2.000

Est. 8
Tab. 3
Núm. 3000

T. 1370535
C. 7201468

LA

LEYENDA DE ORO.

TOMO SEGUNDO.

LA
LEYENDA DE ORO.

TOMO SEGUNDO.

LEYENDA DE ORO.

LA

LEYENDA DE ORO

PARA CADA DIA DEL AÑO.

VIDAS DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA.

obra que contiene

TODO EL RIBADENEIRA, MEJORADO, LAS NOTICIAS DEL CROISET, BUTLER, GODESCART, ETC.,
QUE FALTAN EN AQUÉL: LAS VIDAS DE MILLARES DE SANTOS DE QUE NO HABLAN DICHOS AUTORES Y QUE ESTÁN COMPRENDIDOS
EN EL MARTIROLOGIO ROMANO, QUE SE INSERTA ÍNTEGRO, CON SUS ADICIONES MAS RECIENTES,
Y UN VOCABULARIO GENERAL ALFABÉTICO DE TODOS LOS SANTOS CON REMISION
AL DIA DEL AÑO EN QUE SE ENCUENTRA SU VIDA.

OBRA NECESARIA

PARA EL PASTO ESPIRITUAL DE LOS FIELES QUE ANHELAN SABER LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VÍDA Y VIRTUDES DE SUS PATRONOS
Y PARA LOS SEÑORES CURAS PÁRROCOS Á FIN DE SABER LOS NOMBRES QUE PUEDEN ADMITIR EN LAS PILAS BAUTISMALES.

LA REVISA

el Rdo. D. José Sayol y Echevarría

SE PUBLICA CON LA APROBACION Y BAJO LOS AUSPICIOS DEL

EXMO. É ILMO. SEÑOR D. DOMINGO COSTA Y BORRÁS

OBISPO DE BARCELONA.

y han concedido indulgencias á los fieles que la leyeren ú oyeren leer

LOS EXMOS. É ILMOS. SEÑOR PATRIARCA DE LAS INDIAS, SEÑOR ARZOBISPO DE SELEUCIA,
Y EL SEÑOR OBISPO DE TERUEL.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.
LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE DE RELATORES,
NÚM. 14.

BARCELONA.
LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE ANCHA,
NÚM. 23.

1853

R 31852

LEYENDA DE ORO

LA LEYENDA DE ORO

TOMO SEGUNDO.

MAYO.

DIA 1.

San Felipe, apóstol.—El glorioso san Felipe, apóstol, fué de nacion galileo y natural de Bethsaida, de la cual fueron asimismo san Pedro y san Andrés. Siendo mozo, se dió mucho al estudio de las Letras sagradas, y particularmente de los libros de Moisés, en los cuales halló, como en sombra y en figura, pintado el Mesías y Redentor que habia de venir al mundo; y así, cuando Cristo nuestro Señor le llamó, por la noticia que ya tenia, le fué mas fácil reconocer que él era el verdadero Mesías, y le siguió y obedeció, y fué contado en el número de los doce apóstoles. Lo que tenemos cierto de su vida y martirio, sacado del Evangelio y de graves autores, es lo siguiente:

Luego que san Felipe conoció á Cristo, comenzó á hacer oficio de apóstol, que es traer otros al conocimiento y amor de Dios, porque la bondad luego se derrama y comunica, y procura que todos gocen del bien que ella posee; y así san Felipe trajo á Natanael á Cristo, de quien dijo el Señor que era verdadero israelita, y hombre sin doblez ni engaño. Antes de hacer Cristo nuestro Señor aquel gran milagro de la multiplicacion de los cinco panes en el desierto, con que dió de comer á cinco mil hombres, preguntó á Felipe, ¿de dónde comprarian pan para sustentar aquella grande muchedumbre de pueblo? Para enseñarle y darnos á entender con su respuesta la falta que habia de pan. Despues que el Señor resucitó á Lázaro, algunos gentiles vinieron á ver á Jesucristo, y tomaron por medio á san Felipe, declarándole su deseo; y Felipe dió parte á san Andrés, y los dos lo dijeron al Señor: el cual hizo gracias al Padre eterno, porque ya los gentiles comenzaban á conocerle. Y en aquel sermon admirable y altísimo, que el mismo Señor hizo á los apóstoles despues de la sagrada cena, le dijo san Felipe: Señor, mostradnos al Padre; que esto nos basta para cumplimiento de todos nuestros deseos, como se lee en el sagrado Evangelio de san Juan, y lo que el Señor le respondió. Esto es lo que en las divinas Letras hallamos escrito de san Felipe, apóstol; digamos ahora lo que añaden santos y graves autores.

Despues de la subida á los cielos del Hijo de Dios y venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, ellos se repartieron por toda la redondez de la tierra. A san Felipe le cupo la provincia del Asia superior, en la cual predicó como embajador enviado de Dios, para la salvacion de todos aquellos pueblos que le oian, y con su vida admirable y celestial doctrina, y grandes y continuos milagros, alumbró aquella ciega gentilidad y la convirtió á la fé de Jesucristo. Derribó los ídolos, edificó iglesias, levantó altares, ordenó sacerdotes, y dió á los pueblos forma y regla para vivir como cristianos, y como hombres que habian salido de las tinieblas de la idolatría, y del cautiverio de sus vicios y pecados, y con la nueva luz del cielo conocian por Dios y Salvador suyo á Jesucristo. Pasó tambien á la Escitia; y habiendo gastado veinte años en esta gloriosa predicacion, con tan grande y tan maravilloso fruto, fué á la ciudad de Hierápolis, que es en la provincia de Frigia, para hacer en ella lo mismo que habia hecho en las demás; y como dice Simeon Metafraste, halló que en un templo de esta ciudad residia una víbora extraña, á la cual adoraba el pueblo y ofrecia sacrificio como si fuera Dios. Enterneciése el apóstol, por ver la ceguedad de aquel pueblo engañado, y que se diese al demonio en la serpiente el culto y reverencia que se debe solo á Dios; y postrado delante de su acatamiento le suplicó con muchos gemidos y lágrimas que abriese los ojos á aquella pobre gente, y la librase de la tiranía de Satanás; porque muchos perecerian, ó porque la serpiente los tragaba, ó porque eran ofrecidos en sacrificio; que el demonio es crueísimo carnicero y amicísimo de sangre humana, como nuestro enemigo mortal. Oyó el Señor las oraciones de su siervo, y la serpiente quedó allí muerta, y el pueblo libre de los daños que de ella recibia, y dispuesto para recibir la luz del Evangelio y la doctrina que el santo após-

tol les predicaba. Lo cual como los sacerdotes y magistrados llevasen mal, echaron mano del santo apóstol, y dieron con él en la cárcel, y despues de haberle azotado ásperamente le crucificaron y mataron á pedradas, dando él muchas gracias al Señor, porque le hacia imitador de su cruz. Y estando los sayones é impíos ministros burlándose del santo apóstol, envió Dios un temblor de tierra muy espantoso y extraordinario, que derribó edificios, asoló casas y hundió los que las habitaban, y tragó vivos á los que habian puesto á san Felipe en la cruz, en castigo de su maldad: con lo cual quedaron asombrados los paganos y rebeldes, y los fieles y católicos consolados, y alabando al Señor por las maravillas que obraba con su siervo. Queriéndole quitar de la cruz, el santo apóstol hizo oracion por sí y por todos los circunstantes, y fué oido de Dios, porque ántes que lo bajasen de la cruz acabó su jornada felicísimamente, y dió su espíritu á su Criador, y el pueblo quedó libre del pavor y espanto que tenia. Despues de muerto san Felipe, los cristianos tomaron su cuerpo, y le sepultaron con la reverencia y honor que convenia. Andando el tiempo fué trasladado á Roma, donde está con el cuerpo de Santiago el menor, en el templo de los doce apóstoles, que edificaron los papas Pelagio y Juan, su sucesor, y vulgarmente se llama *Sancti Apostoli*, y es convento de frailes de san Francisco. Celebra la Iglesia el dia de su martirio á 1.° de mayo, y fué en el año del Señor de 54, y en el duodécimo del emperador Claudio, segun Eusebio. Adviértase que algunos autores griegos y latinos confunden al apóstol san Felipe con Felipe, uno de los siete diáconos; y lo que es del diácono lo atribuyen al apóstol, y dicen, que san Felipe, apóstol, tuvo hijas: lo cual se ha de entender de san Felipe el diácono: porque (como dice san Gerónimo escribiendo contra Joviniano) de ninguno de los apóstoles es cierto que fuese casado, sino de solo san Pedro. De san Felipe escribieron san Isidoro, *lib. de Pat. Vet. et Novi Testam. cap. 75;* san Gerónimo, *de Scrip. Eccles.;* Sofronio *in Philip.;* Euseb. *lib.* III *Histor. Eccles., cap. 30 y 31;* Metafraste, referido por Surio, tomo III; san Antonino, I *part., tit. 6, cap. 11;* Baron., tomo I *Annal.* y en las anotaciones del Martirologio.

SANTIAGO, APÓSTOL, EL MENOR. — Santiago el Menor, ó por otro nombre el Justo, hermano del Señor, fué de Caná de Galilea; y llámase «hermano del Señor,» nó por haber sido hijo de la gloriosísima Vírgen María, nuestra Señora, como soñó Helvidio, hereje, ni por haber sido hijo de san José ó de otra mujer, como algunos doctores han escrito, sino porque fué hijo de una hermana ó prima de nuestra Señora, aunque no falta quién diga que le llamaron hermano del Señor, porque era hijo de Cleofas Alfeo, hermano de san José; y que así como Cristo fué tenido por hijo de san José, así Cleofas su hermano fué tenido por tio de Cristo, y Santiago, hijo de Cleofas, por su primo hermano, y que segun la costumbre de los hebreos, los primos y parientes muy cercanos eran llamados hermanos; y tambien le llamaban hermano de Cristo, porque en las facciones del rostro se le parecia en tanto grado, que despues de la subida al cielo de Cristo nuestro Redendor, muchos cristianos venian á Jerusalen por ver á Santiago, porque viéndole les parecia ver á Jesucristo. Llamábase asimismo Santiago el Menor, respecto de Santiago el Mayor, nó por haber sido menor en la dignidad ó santidad, sino porque fué llamado al apostolado despues de Santiago, hermano de san Juan Evangelista é hijo del Zebedeo, que por esta causa es llamado Santiago el Menor. Llamáronlo «el Justo» por la excelencia de su santa vida y costumbres: porque, como dice Hegesipo, fué santificado en el vientre de su madre; y como escribe Epifanio, perpetuamente vírgen; y como dicen san Gerónimo, Eusebio, Metafraste y los otros autores de la historia eclesiástica, fué de grande penitencia, y de una vida tan ejemplar, que parecia un retrato del cielo. Sus ojos eran muy honestos, y sus oidos atentos á las cosas divinas. En su boca siempre se halló verdad. Sus manos prontas para todas las obras de virtud; su cuerpo y afectos muy mortificados con los continuos ayunos. Nunca comió carne, ni bebió vino ni otro licor de los que suelen embriagar. Sustentábase con pan y agua, y mezclaba muy de ordinario lágrimas en la bebida. No hacia diferencia de la noche al dia para la oracion, de la cual parece que vivia y se sustentaba. De estar de rodillas las tenia duras y con callos, y como de camellos. Y aun san Juan Crisóstomo añade que tenia hechos callos en la frente, por tenerla pegada al suelo cuando oraba. Andaba vestido de lino y nó de lana, y los piés descalzos. No consintió que se le cortase el cabello, ni jamás quiso bañarse ni ser ungido con óleo, como se usaba en aquel tiempo. Era tan grande la opinion que los mismos judíos tenian de su santidad, que á porfía venian á él por tocar la ropa y besarla; y á él solo le dejaban entrar en el *Sancta Sanctorum*. Y Josefo, autor gravísimo (con ser judío), escribe que la ruina y destruccion de Jerusalen, que hicieron Vespasiano y Tito, su hijo, fué castigo que Dios envió á aquella ciudad por haber muerto á Santiago, hermano de Cristo y varon justísimo y conocido por tal; tanta era la fama y opinion que de él tenian: aunque, á la verdad, la principal causa de la destruccion de Jerusalen fué por la ingratitud de aquel pueblo desconocido y rebelde, que cerró los ojos á la luz, y dió la muerte al autor de la vida.

Habiendo pues los apóstoles recibido el Espíritu Santo, y predicado en varias lenguas á los judíos, que aquel mismo Señor, que ellos habian crucificado, era el Mesías prometido en la ley, y verdadero Dios, y confirmádolo con muchos y grandes milagros; por parecer de los otros apóstoles, san Pedro, como dice san Juan Crisóstomo, ordenó á Santiago por obispo de Jerusalen: porque aunque Cristo nuestro Señor ántes le habia ordenado con los otros apóstoles no le habia señalado cierta iglesia y lugar, en el cual ejercitase la potestad que le habia dado; y esto hizo san Pedro como cabeza de la Iglesia. Y aun añade san Anacleto, papa, que san Pedro, Santiago el Mayor y san Juan Evangelista su hermano, todos tres juntos le ordenaron; para dar forma á sus sucesores, y establecer que no se consagre el obispo sino interviniendo tres obispos en su consagracion. Traia Santiago en señal de suprema dignidad una lámina de oro en la cabeza; la cual tambien dice Policrates, que traia el bienaventurado san Juan Evangelista. Fué de tan gran autoridad este sagrado apóstol, que cuando san Pedro por mandado del ángel salió de la cárcel, en que le habia puesto Herodes, luego envió á avisar á Santiago y á los demás hermanos como estaba ya libre, nombrando á Santiago entre ellos solo por su nombre como á hermano mayor, y el mas principal de todos ellos. En el primer concilio ó junta que hicieron los apóstoles, para determinar si los gentiles que se convertirian á la fé, habian de circuncidarse, como lo querian y porfiaban al-

gunos de los judíos que se habian bautizado; despues que san Pedro hubo dicho, lo que Dios habia obrado por él, y como habian abierto la puerta á los gentiles, para que recibiesen el bautismo y se salvasen; Santiago como obispo de Jerusalen (donde aquel negocio se trataba), dijo su parecer tan altamente y con tanta resolucion, que todos los demás apóstoles le siguieron, y conforme á él se hizo el decreto que se escribió á los gentiles, enseñándoles lo que debian hacer. Y san Pablo hace honorífica mencion de Santiago, y dice: que habiendo venido á Jerusalen á ver á san Pedro, no vió á ningun otro de los apóstoles, sino á Santiago; y en otro lugar: que san Pedro, Santiago y san Juan, que eran las columnas de la Iglesia, habian hecho compañía con él, y dádole las manos para que trabajase como ellos en el Evangelio. Y san Judas apóstol, se precia tanto de ser hermano de Santiago, que en el principio de la epístola canónica que escribe á los fieles, juntamente se llama siervo de Jesucristo, y hermano de Jacobo; y de esta manera los saluda.

Viviendo, pues, Santiago en Jerusalen con la santidad de vida, autoridad y opinion que habemos dicho, haciendo oficio de verdadero apóstol, y pastor de aquel rebaño del Señor, era maravilloso el fruto que hacia en las almas, é innumerables los judíos que por su predicacion se convertian á la luz del santo Evangelio. Lo cual como Anano, sumo sacerdote (que era hombre atrevido, fiero, cruel, y de secta saduceo), y los demás sacerdotes no pudiesen llevar en paciencia ni se atreviesen á oponerse al santo, por ser tan grande su autoridad, y la reverencia que el pueblo le tenia; determinaron de ganarle la boca, y hacerle si pudiesen de su bando, para acabar por su medio, lo que sin él tenian por muy dificultoso. Rogáronle que pues era tan grande siervo de Dios, y tan celoso de aquel templo, que dias y noches moraba en él, haciendo oracion, y entrando él solo en el *Sancta Sanctorum* con singular privilegio: que se doliese del mismo templo, y de la ley que habia dado Dios, y confirmado con tantos milagros, y desengañase al pueblo para que no siguiese á un Crucificado; pues creerian cualquiera cosa que él les predicase, y que para esto el dia de Pascua, cuando habria mayor concurso de gente, les dijese lo que sentia de Cristo; porque ellos ponian la honra de Dios, y de su templo en sus manos. Prometió el santo de hacerlo: vino el dia señalado; y estando presente un sinnúmero de judíos y gentiles le subieron en un lugar alto y eminente del templo, y despues de haberle dicho los príncipes de los sacerdotes grandes alabanzas de Santiago para ganarle mas la voluntad, le preguntaron ¿qué le parecia del Hijo del hombre Jesucristo? Respondió con grande resolucion y constancia; ¿qué me preguntais del Hijo del hombre? Sabed que está sentado á la diestra de Dios Padre, y ha de venir á juzgar vivos y muertos. Levantóse luego un murmullo entre los fieles, oyendo estas palabras, alabando á Dios por ello, y confirmándose en la fé; y los sacerdotes bramando como leones, tomaron piedras contra él, y dando voces hasta el cielo, decian: ¿No veis como ha errado el Justo? Y echando mano de él, le arrojaron de allí abajo. Y aunque quedó muy maltratado de la caida, olvidándose de su injuria y acordándose de la caridad de su Señor, que en la cruz habia rogado al Padre eterno por sus enemigos; levantó las manos y el corazon á Dios, y puesto de rodillas comenzó á echar de sí llamas de amor, y á decir: «Yo os suplico, Señor, que los perdoneis; porque no saben lo que se hacen.» No se aplacaron aquellos hombres malvados con palabras tan dulces, que bastaban á ablandar cualquiera duro corazon, ántes perseverando en su maldad, le herian y golpeaban; y uno de ellos tomando un grueso palo, ó pértiga, le dió con él en la cabeza, esparciendo los sesos por el suelo; y con este martirio dió su bendita alma á Dios, habiendo gobernado su Iglesia, como dice san Gerónimo, treinta años, y en el séptimo del imperio de Neron. Su santo cuerpo fué sepultado cerca del templo, en el mismo lugar donde murió, y despues de algun tiempo fué trasladado á Roma, donde está con el cuerpo de san Felipe apóstol. Fué su martirio el dia 1.° de mayo del año del Señor de 63, segun Baronio, y en él celebra la Iglesia su fiesta.

Escribió Santiago una epístola, que es una de las siete canónicas que tiene la Iglesia, en la cual nos da admirable y celestial doctrina para todos estados, y particularmente nos enseña el gran bien que se encierra en las adversidades y tribulaciones, cuando se llevan con paciencia, y nos exhorta á gozarnos en gran manera, cuando somos tentados, y probados con muchas y varias aflicciones del Señor. Escribió asimismo la forma de celebrar la misa, que los griegos llaman *Liturgia*, y siempre ha sido tenida en gran veneracion: la cual alega Proclo, arzobispo de Constantinopla, contra Nestorio hereje, en el concilio que se celebró en la ciudad de Efeso, y en el concilio universal que llaman *In Trullo* (y se juntó en tiempo de Justiniano emperador, con autoridad de esta divina misa de Santiago), reprende á los herejes que no mezclaban en el cáliz agua con el vino para la consagracion. San Gerónimo en el libro de sus escritores eclesiásticos, hablando de Santiago, dice, que en el Evangelio que llamaba segun los hebreos, y él mismo habia traducido en griego y en latin, se hallaba escrito que Santiago juró la noche de la cena de no comer bocado, hasta que viese á Cristo resucitado, y que Cristo le apareció despues de la resurreccion, y mandando traer pan, le bendijo, y partió, y se le dió diciéndole: «Hermano mio, come tu pan; porque ya el Hijo del hombre ha resucitado.» Y algunos quieren decir, que alude á esto lo que san Pablo, escribiendo á los de Corinto, dice, que el Señor despues de la resurreccion apareció á los once apóstoles, y á Santiago, dando á entender que le apareció dos veces: una estando solo, y otra en compañía de los demás apóstoles.

SANTA VALBURGA, VIRGEN.—Santa Valburga, virgen y abadesa del monasterio Heydon Tremense, fué inglesa y hermana de san Wilibaldo, obispo Licstetense, Winiboldo, que murió santamente en un monasterio de la misma diócesis de Esistar.

Pasó de Inglaterra á Francia con sus santos hermanos, para servir mas quietamente al Señor. Encerróse la santa doncella en aquel monasterio, y gobernaba las vírgenes que estaban á su cargo con tan rara santidad, y era tan favorecida de Dios, que todo lo que pedia lo alcanzaba por medio de sus oraciones. Una noche no quiso darle lumbre, la que tenia cargo de ello, y al punto resplandeció una claridad tan excesiva en el convento, que todas las monjas quedaron admiradas, y ella hizo gracias á Dios por aquel favor que le habia hecho. Otra vez estando una hija de un hombre rico muy fatigada de dolores, y casi para espirar, con su oracion le alcanzó entera salud. Dándole el padre de la doncella muchos dones en reconocimiento

de aquella misericordia, que por su mano, de Dios habia recibido, no los quiso admitir: y creciendo cada dia de virtud en virtud, y dando mayores ejemplos á sus monjas de perfeccion y santidad, acabó el curso de su peregrinacion, y dió su bendito espíritu al Señor en el mismo monasterio, donde fué sepultada. De su sagrado cuerpo dice Juan Molano en el catálogo de los santos de Flandes, que hasta el dia de hoy mana en un vaso de plata milagrosamente un licor como aceite, que sana muchas y muy graves enfermedades, y que el año de 870 Odaguero obispo Acichstadense, le colocó honoríficamente en su altar, y la puso en el catálogo de los santos con consentimiento del papa Adriano II. Despues el año de 893, en tiempo del rey Arnulfo, por una revelacion que tuvo el obispo Licstetense, se trasladó el sagrado cuerpo á la iglesia de aquel monasterio. En esta traslacion sanó á una moza que estaba muy fatigada de dolores, y de una hambre canina tan grande, que no se podia ver harta de comer: y habiéndola ofrecido sus amos al servicio del monasterio de Santa Valburga, y ella, por no haberla querido admitir la abadesa, tornado sana á su casa; luego le volvió el mal, y le duró hasta que de nuevo tornó al monasterio. Quedóle aquella hambre canina por algun tiempo, y comiendo un pedazo de pan bendito se le quitó, y de tal suerte se apagó, que despues no podia comer cosa alguna, y si la comia, luego la trocaba, y estuvo tres años sin comer ni beber cosa alguna cumpliendo su tarea y trabajando con las demás.

Obró nuestro Señor muchos milagros por esta santa vírgen, y de muchas partes venian á su sepulcro en romería peregrinos, para pedir favor á Dios por intercesion de santa Valburga, y remedio de sus necesidades. Entre las otras cosas memorables que de ella se cuentan, quiero aquí referir una de la manera que se escribe en su vida, por parecerme digna de admiracion. Por una grande hambre que afligia á los mortales, dos pobres se determinaron probar su ventura, é ir á otras tierras á buscar de comer. Juntóse con ellos en el camino otro compañero; y preguntado de ellos donde iba, respondió que iba por devocion á visitar el sepulcro de santa Valburga. Pues nosotros tambien, dijeron ellos, vamos á esa misma romería para cumplir un voto que habemos hecho. Determinaron todos tres de irse juntos y hacerse buena compañía; y un dia habiendo descansado y comido todos tres de lo que llevaba el tercer compañero, se pusieron á dormir; y estando él reposando en un profundo sueño, los otros dos le mataron: pero para encubrir aquel maleficio, el uno de ellos tomó sobre sus hombros el cuerpo muerto, para echarle á un lugar apartado del camino. Mas ¡oh potencia vengadora de los malos! cuando llegó al lugar donde lo queria echar, nunca pudo; porque el muerto en sus brazos le tenia tan apretado y estaba tan asido con él, que por mas que hizo no lo pudo desasir y echar de sí. Quedó asombrado el matador, viendo que no podia encubrir su maldad, ni desechar de sí al que estando muerto le hacia guerra, y le habia de quitar la vida que él le habia quitado á él. Encontró á un amigo suyo, que le preguntó qué era aquello; y él, como amigo, le descubrió todo lo que habia pasado, rogándole que le ayudase. El amigo echó mano á la espada y comenzó á cortar los brazos del cuerpo muerto que tenian tan aferrado al cuerpo vivo: pero al tocar con sus manos los brazos del muerto, quedó él tan pegado y asido, que no pudo despegarse, hasta que conociendo su culpa, pidió favor á santa Valburga, y mediante su oracion se destrabó y soltó de aquellas como ataduras, con que estaba aprisionado, y quedó libre y acompañó al homicida cargado y atado con el cuerpo muerto, hasta que llegó al rio Rhin, y desesperado se echó con la carga que llevaba en el rio. Pero el mismo rio no sufriendo á hombre tan facineroso, luego le arrojó á la orilla con el mismo cuerpo del inocente muerto: y el compañero, de esto asombrado, y por una parte lloroso, por ver lo que habia sucedido á su compañero, y por otra parte haciendo gracias á Dios, por haberlo librado, vino al monasterio de Santa Valburga, y contó lo que aquí queda referido; pero nunca pudo entrar dentro de su iglesia: para que se vea como castiga nuestro Señor las maldades que los hombres cometen, y como honra á sus santos. La vida de santa Valburga trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su séptimo tomo, añadido por el P. Fr. Jacobo Monsandro. Hace mencion de ella el Martirologio romano el primer dia de mayo, y Juan Molano en las adiciones al Martirologio de Usuardo, y mas largamente en el catálogo de los santos de Flandes, y el cardenal Baronio en sus anotaciones. Floreció por los años del Señor de 730.

* San Jeremías, profeta.—Empezó á profetizar en el reinado de Jorias, el año 629 ántes de Jesucristo. Fué hijo del sacerdote Helcias, y natural de Anathot, cerca de Jerusalen. Los judíos estaban entregados á los mas grandes desórdenes; así es que este profeta no solo les reprendia con una libertad santa, sí que tambien les anunciaba las muchas desgracias que caerian sobre ellos; todo lo que acarreó de tal manera la indignacion de los judíos, que irritados lo echaron en una laguna llena de cieno, de la que fué sacado por órden de un ministro del rey Sedecías. Animado del espíritu de Dios, profetizó Jeremías la toma de Jerusalen, y en efecto, la ciudad santa cayó en poder de los babilonios el año 606 ántes de Jesucristo. El general del ejército de Nabucodonosor, Nabuzardan, dióle facultad para irse ó bien á Babilonia, ó bien á Judea; y el profeta escogió esta última, á fin de ser de alguna utilidad á los judíos que habian quedado en ella. Mucho debia á Jeremías el gobernador de la Judea Godolías, por los buenos consejos que le daba el santo profeta, mas su correspondencia fué despreciarlos, cuyo desprecio le ocasionó sin duda de que algun tiempo despues fuese asesinado con su escolta. Siguió á los judíos, junto con su discípulo Baruch, cuando aquellos se retiraron á Egipto, temiendo el furor del rey de Babilonia, en cuyo punto continuó reprendiendo á los judíos sus crímenes y maldades, profetizándoles varios sucesos en contra, como tambien á los egipcios. Se cree murió apedreado en Taphne, el año 590 ántes de Jesucristo; la santa Escritura nada dice sobre el particular. Cincuenta y un capítulos contienen las profecías de Jeremías, y son muy recomendables sus Trenos ó Lamentaciones, pues nos dan una idea del dolor y tristeza de que estaba poseido el profeta, á vista de las desgracias que iban á llover sobre el pueblo escogido y la ciudad santa. Junto á Taphne fué enterrado su cuerpo, y san Epifanio nos dice que los fieles acostumbraron á frecuentar su sepulcro para alcanzar por su intercesion remedio á sus males, y curar con el polvo de su ataud la picadura de los áspides.

San Segismundo, rey de Borgoña.—Por los años de 516

sucedió en el trono á su padre Gondebaud, que era arriano, cuya herejía abjuró el hijo por consejo de san Avito, obispo de Viena. En 516 fundó el célebre monasterio de san Mauricio en el Valais. Este santo rey puso todo su cuidado en purgar á sus estados del veneno de los vicios y de la herejía, y se debió á su zelo la convocacion de varios concilios para arreglar la disciplina. Despues de la muerte de su esposa Amalberga, de la cual tenia un hijo llamado Sigerico, casó de segundas nupcias. El jóven príncipe cayó en desgracia con su madrastra, que le acusó de atentar contra la vida y la corona de su padre: calumnia gratuita que costó al hijo la vida por la credulidad del padre. Segismundo no tardó en reconocer su error, y se retiró al monasterio de san Mauricio, para expiar su precipitacion y su falta con las lágrimas de la penitencia. En él estableció los «acemetas» ó no durmientes, con el fin de dejar á la Iglesia un monumento perpetuo de su dolor y arrepentimiento. Clodomiro, hijo de Clodoveo, le declaró la guerra, y en ella fué Segismundo batido, hecho prisionero y enviado á Orleans. Muy poco despues fué asesinado con su mujer y sus hijos, y sus cuerpos arrojados en un pozo junto al pueblo de Saint-Pere-Avy-la-Colombe, á cuatro leguas de Orleans, por los años de 523. Sus reliquias se guardaron en el monasterio de San Mauricio, hasta que el emperador Cárlos IV las hizo trasladar á Praga. Algunas veces se da á san Segismundo el título de mártir, como á otros hombres piadosos de aquella época, que morian de muerte violenta.

San Andeolo, subdiácono y mártir.—Natural de Grecia, fué enviado por san Policarpo á las Galias á predicar la palabra de Dios. Cuando el emperador Severo pretendió viajar por las Galias, pasando por Viveres hizo prender al santo; y despues de haberle mandado azotar con varas espinosas, le hizo dar muerte, aserrándole la cabeza en forma de cruz por medio de una sierra de madera. Su martirio sucedió por los años 208.

San Orencio y santa Paciencia, mártires.—Aunque se han perdido las actas de estos dos santos, se cree con fundamento que fueron naturales de Huesca, en el reino de Aragon, y que derramaron su sangre por la fé en la misma ciudad, durante la persecucion de Diocleciano. Dícese tambien que fueron padres del mártir san Lorenzo.

San Amador, obispo de Auxerre.—Sirvió á Dios desde su infancia, y se dedicó con mucho fruto al estudio de las ciencias sagradas. Por dar gusto á sus padres casó con Marta, dama rica de Langres; pero apenas fué solemnizado el matrimonio, la llamó aparte y habló en términos tan expresivos sobre las ventajas de la virginidad, que con libre consentimiento se obligaron ambos con un voto recíproco á abrazar aquel estado. Ella tomó luego el velo religioso, y él la tonsura clerical. Consagrado despues obispo de Auxerre, gobernó aquella iglesia desde el año 388 hasta el 418, desvelándose en conducir á su grey por los pasos de la salvacion eterna con sus ejemplos y exhortaciones.

San Asafo, obispo.—Véase la vida de santa Valburga en este mismo dia: nada nos dice de él el Matirologio.

San Orencio, obispo de Aux, en Aquitania.—Floreció en tiempo de la invasion de los godos, y se ignoran las circunstancias de su vida y de su muerte.

Santa Grata, viuda de Bérgamo.—Nada se sabe de ella mas que el nombre.

DIA 2.

San Atanasio, obispo y confesor.—Entre las vidas de los santos, que nuestra madre la Iglesia nos propone por dechado de santidad y por regla de nuestras vidas y modelo de nuestras acciones, la vida de san Atanasio, obispo de Alejandría y doctor de la misma Iglesia, es muy esclarecida y admirable: porque Dios nuestro Señor dió á su Iglesia á este santo prelado, para que fuese columna de la fé y cuchillo de herejes, esfuerzo de los católicos, ejemplo de los santos prelados, luz de la verdad, pozo de sabiduría, rio de elocuencia, espanto de los emperadores, terror de los ejércitos, descubridor de los embustes y marañas de sus enemigos, roca firmísima, en que se quebraron las ondas de sus persecuciones, y triunfador de todo el poder del universo, que con todas sus máquinas se armó contra él. Fué san Atanasio de la ciudad de Alejandría, hijo de padres nobles, y desde niño muy inclinado á las cosas de la Iglesia y de virtud. Estando una vez jugando con otros muchachos á la orilla de la mar, remedaba Atanasio lo que hacian los obispos en la iglesia, y bautizó á algunos muchachos que aun no estaban bautizados. Viólo, desde una ventana que caia hácia el mar, san Alejandro, que á la sazon era obispo de Alejandría; y maravillado, mandó traer á Atanasio y á los otros sus compañeros delante de sí. Preguntóles lo que hacian: y despues que supo que Atanasio habia bautizado aquellos muchachos y dicho las palabras, de que usa la Iglesia; con la intencion de hacer lo que ella hace en este sacramento; declaró que realmente eran bautizados, y no tenian necesidad de otro bautismo, sino de suplir algunas ceremonias, que en aquel acto habian faltado; y así mandó que se supliesen. De este hecho y de otras cosas que vió en él, entendió que Atanasio habia de ser un vaso escogido de Dios, para defender su Iglesia y amplificar su santo nombre, y encargó mucho á sus padres que le criasen en toda virtud, y le enseñasen las ciencias, y despues se le trajesen y le dedicasen al servicio de la Iglesia. Aprendió el santo niño las primeras letras con grande habilidad y cuidado; y despues, siendo mozo, estudió el derecho civil y la sagrada teología, en la cual salió varon consumado. Retiróse por algun tiempo al yermo, para hacer vida solitaria. Tuvo comunicacion con el gran padre san Antonio Abad, y sirvióle (como él mismo lo dijo y se precia de ello), y dióle dos túnicas para el abrigo y reparo de su cuerpo. Despues volvió á Alejandría, y se dedicó totalmente al servicio de la Iglesia, comenzando á servirla desde las órdenes menores, hasta ser finalmente su prelado.

Habíase levantado poco ántes en Alejandría un clérigo soberbio, inquieto, furioso y pestilente, llamado Arrio, el cual con sus herejías y errores turbó la paz de toda la Iglesia. Juntóse concilio en Nicea de trescientos y diez y ocho obispos, para sosegarla y condenar los desatinos de Arrio, que ya habian inficionado á muchos. Fué á este concilio san Alejandro, obispo. Acompañóle san Atanasio, que ya era diácono; y con su gran doctrina, ingenio y valor, dió gran luz en aquel concilio, confirmando la verdad católica, y confundiendo á los herejes y al mismo Arrio, en las disputas que tuvo con él. Acabóse el concilio felicísimamente, y la verdad triunfó de la mentira, y la

fé católica de la herejía que Arrio habia inventado. Pero no bastó, para arrancarla de raiz: porque Arrio y algunos secuaces fingieron que estaban arrepentidos, como lo suelen hacer los herejes para engañar mas. Pasados cinco meses del concilio murió san Alejandro, obispo, y fué elegido en su lugar san Atanasio, con gran consentimiento y aplauso de toda la ciudad de Alejandría; y por divina inspiracion y revelacion, san Alejandro, estando para morir, le nombró por su sucesor. Y porque Atanasio, temiendo esto, se habia huido, el santo viejo Alejandro, como vió que habiéndole llamado por su nombre algunas veces, no le respondia, dijo: ¿Piensas huir, Atanasio? No podrás huir. Y de aquí es, que hablando san Gregorio Nazianceno de esta eleccion de Atanasio, dice: «Por estas causas Atanasio, sucesor, no ménos de la piedad de san Marcos, que de su silla patriarcal, fué puesto en su trono, por comun consentimiento de todo el pueblo: nó, como otros suelen, por ambicion ni por violencia, sino apostólica y espiritualmente.»

Grande fué la alegría de todos los católicos, por ver á san Atanasio levantado á aquella dignidad de patriarca de Alejandría; pero no fué menor la tristeza y pena que tuvieron los herejes arrianos, que ya eran muchos, temiendo que contra tal capitan y valor no podrian contrastar, ni desbaratar, como pretendian, los escuadrones invencibles de la Iglesia del Señor. Veian la vida de san Atanasio ser irreprensible, la doctrina excelente, el ingenio raro, el zelo de la fé católica singular, el pecho constante, firme y mas fuerte que el hierro, que el acero y diamante para resistir á todas las fuerzas, máquinas y ardides de sus contrarios. Pero no por eso desmayaron los herejes; ántes se hicieron á una, para derribarle y echarle, no solamente de la silla, en que Dios le habia puesto, sino tambien de la ciudad de Alejandría y del Oriente, y aun de todo el mundo, si pudieran: que parece, como dice Rufino, que se podia bien decir de san Atanasio, lo que Cristo nuestro Señor dijo de san Pablo: «Yo le mostraré cuanto habrá de padecer por mi nombre;» porque fueron tantas las acusaciones, calumnias y persecuciones, que se armaron contra él, que parecia que todo el mundo se habia conjurado contra Atanasio, y que los príncipes de la tierra, las gentes de los reinos y los ejércitos se habian confederado, para destruirle; y que él, estando armado de Dios, decia: «Si todo el mundo estuviere puesto en armas contra mí, y me cercare, Señor, no temerá mi corazon, teniéndoos á vos á mi lado.»

Cuatro emperadores le persiguieron, Constantino Magno, Constancio su hijo, Juliano Apóstata y Valente, aunque diferentemente; porque Constantino le persiguió con buen celo, pensando que acertaba; y los otros emperadores como enemigos de Dios. Acusaron los arrianos á Atanasio delante del emperador Constantino, al principio de hombre codicioso, soberbio y enemigo suyo, y perturbador de la república. Añadieron despues, que habia enviado gran suma de dineros á un Filomeno que se habia rebelado contra el emperador; pero llamando Constantino á Atanasio y averiguada la verdad, le mandó volver á su iglesia, y escribió una carta á la misma iglesia, reprendiendo á los enemigos de Atanasio, y alabándole á él por estas palabras: «Yo he recibido á Atanasio, vuestro obispo, de buena gana, y le he hablado como á varon de Dios: pero á vosotros toca el juzgar esto y nó á mí. Pero por lo que yo he echado de ver en los razonamientos que habemos tenido, él es hombre suficiente y necesario para ser vuestro prelado, porque su diligencia en defender la verdad es grande, y muy á propósito para conservar nuestra religion, que es pacífica y quieta, y siempre abraza las sentencias saludables y conformes á la razon.» Pero con haber escrito el emperador esta carta, y vuelto Atanasio con ella á Alejandría con grande contento de los católicos, los herejes se turbaron y embravecieron, y pegaron fuego por tantas partes y con tanta vehemencia, que en muchos años no se pudo apagar. Engañaron al mismo emperador con nuevas y falsas acusaciones contra Atanasio. Suplicáronle que mandase formar un concilio en que se determinase aquella causa, y que pareciese Atanasio delante de los obispos, que eran sus jueces, y diese razon de sí. Y como el emperador era humano y fácil, y deseoso de paz y quietud, y los que esto le proponian eran obispos que exteriormente mostraban ser católicos y obedecer al concilio Niceno, é interiormente eran herejes y favorecedores de Arrio; engañado de ellos, mandó juntar el concilio de Tiro, poniendo la mano en lo que no le tocaba, y dando ánimo á los enemigos de la verdad, pensando falsamente que por aquel camino saldria la luz y seria mas conocida: para que entendamos las astucias de los herejes, y que de una pequeña centella, si no se ataja, se levanta un grande incendio, y el recato con que deben proceder los príncipes en materia de religion, y la firmeza y constancia en lo que una vez maduramente hubieren determinado, porque en aquel conciliábulo que se congregó en la ciudad de Tiro, se hallaron muchos obispos, los mas de ellos herejes arrianos y enemigos de la fé católica y de Atanasio, los cuales habian de ser los testigos contra él y los jueces, y por esto habian procurado con tantas veras que se hiciese aquella perversa junta, y quedaron muy contentos de verse en ella; porque podian hacer y deshacer á su voluntad, absolver al culpado y condenar al inocente. El que allí presidia era Eusebio obispo de Cesarea, arriano: el conde que envió el emperador para que asistiese á ella, estaba ya pervertido; y habia muchos soldados y ruidos de armas para espantar á Atanasio, y hacer por fuerza lo que por justicia no pudiesen. Vino Atanasio acompañado de los obispos de Egipto: entró en el concilio, y no le dieron lugar en que se sentase; debiendo él, como patriarca de Alejandría y cabeza, presidir en él: lo cual como viese san Potamon, obispo de Heraclea, varon esclarecido é ilustre confesor de Cristo, no lo pudo sufrir; y levantándose del lugar en que estaba, con muchas lágrimas y sollozos, dijo á Eusebio Cesariense que presidia: ¿Tú estás sentado y Atanasio en pié? ¿Él como reo, y tú como juez? ¿Quién lo puede sufrir? ¿No te acuerdas, que yo y tú estuvimos juntos presos por la fé? Yo perdí este ojo por confesarla; y tú saliste libre y sano, porque hiciste lo que los gentiles te pidieron, ó lo prometiste hacer. Pero ninguna cosa bastó, para que la acusacion no fuése adelante: en la cual, aunque hubo otros cargos, dos fueron los principales. El primero de una mujercilla liviana y deshonesta, que por persuasion de los arrianos y dineros que le dieron, exclamó allí en el concilio contra Atanasio, diciendo, que habiéndole hospedado en su casa, la habia violado y quitado por fuerza su virginidad: pero luego se conoció la desvergüenza de la mala hembra, y el artificio y embuste de los herejes; porque Timoteo, presbítero de

Atanasio, fingiendo que era el mismo Atanasio, al cual la mujer no conocia, le dijo: Dí, mujer, ¿yo fuí huésped en tu casa? ¿Yo te he hecho fuerza, y mancillado tu castidad? Y como ella respondiese á grandes voces y con muchas lágrimas fingidas que sí, y que él era el que la habia deshonrado y quitado su limpieza, y jurase que era verdad lo que decia, y pidiese á los jueces que le castigasen: con esto se vino á descubrir toda aquella maraña y enredo, y paró en risa esta primera acusacion. El segundo fué, de un brazo que los herejes decian, que Atanasio habia cortado á un lector ó presbítero suyo llamado Arsenio, para sus hechizos y nigromancia; aunque el mismo san Atanasio dice, que Arsenio fué obispo; y en efecto, trajeron un brazo cortado allí delante de todos, creyendo que con falsos testigos podrian convencer á Atanasio; porque habia mucho tiempo que Arsenio no parecia, así porque los mismos herejes le habian ocultado, como porque despues el mismo Arsenio, temiendo que no le matasen, para hacer verdadera su mentira y salir con su intento, se habia escondido. Pero por voluntad de Dios, cuando supo la tela que urdian y tejian los arrianos contra el santo obispo, y el peligro en que estaba, vino á él la noche ántes y le descubrió lo que pasaba: y con esto, cuando se propuso la acusacion del brazo cortado, dijo Atanasio: ¿Hay aquí alguno que conozca á Arsenio? Y como muchos respondiesen que sí, mandóle parecer allí en el concilio, y dijo: ¿Es este Arsenio? Y habiéndole reconocido, le quitó el manto. Hé aquí, dice, este es el brazo derecho de Arsenio, y este es el izquierdo: este tercero ¿cuyo es? Díganlo los acusadores, y den razon de él. Fué tan grande la rabia de los herejes por verse tan claramente convencidos, y descubiertas sus astucias y maldades, que comenzaron á dar gritos contra Atanasio, llamándole engañador, embustero, mago, hechicero: y quisieron poner las manos en él y despedazarle; y en efecto lo hubieran hecho, si él con buena diligencia no se escapara á Constantinopla, para dar razon de sí al emperador, y cuenta de lo que habia pasado.

Mas ya que no pudieron los herejes ejecutar su saña en la persona de Atanasio, dieron sentencia contra él, privándole de su silla, y de su iglesia y ciudad; y lo mismo confirmaron en otro conciliábulo que hicieron los mismos obispos de Tiro en Jerusalen, á donde habian ido por mandado del emperador, para consagrar un templo magnífico y suntuoso, que él habia edificado: y en esta junta, Arrio y los que le seguian fueron admitidos á la comunion de la Iglesia; dando á entender al emperador que estaban arrepentidos de sus errores, y conocida la verdad de la Iglesia católica, aparejados para seguirla. Pudieron tanto los herejes con sus artes y mañas diabólicas, que viniendo á Constantinopla Atanasio con algunos obispos de su parte para hablar al emperador, nunca pudo hallar entrada, ni quién le diese la puerta, estando todas las guardas ya corrompidas de los herejes, y queriendo sus principales ministros dar contento á su hijo Constancio, que ya estaba tocado de la herejía de Arrio, y habia sido declarado por César sucesor suyo, y tenian mas cuenta con lisonjearle, que con obedecer á su padre, mirando mas al sol que nace que al que se pone: y así, fué forzado Atanasio á aguardar un dia que el emperador entraba en Constantinopla, y hablarle en la calle: lo cual alcanzó con mucha dificultad; porque la guardia le apretaba y no le dejaba llegar; y aun el mismo Constantino no conociéndole, daba de mano para que le desechasen; hasta que con gran libertad Atanasio le dijo: No pido, señor, sino que vengan delante de vos los que me han condenado, para que en vuestra presencia me pueda quejar de ellos. Entonces mandó que los obispos, jueces de aquella causa, pareciesen en Constantinopla, para dar razon de lo que habian hecho.

Vinieron los mas principales de los obispos enemigos de Atanasio y de la verdad; pero vinieron tan armados de malicia, y de mentiras y nuevas calumnias contra el santo, que encendieron mas el ánimo de Constantino, y como si echaran aceite en el fuego, le inflamaron contra él: porque le dijeron, que Atanasio habia amenazado de estorbar que no viniese de Egipto trigo á Constantinopla: que fuera quitarle el sustento y la vida, y alterar toda aquella populosa é imperial ciudad, en que vivia el mismo emperador y su córte con grande esplendor y magnificencia, y á la cual deseaba dar gusto con la abundancia de mantenimientos. El emperador le mandó desterrar á Francia; ó porque creyó que era verdad lo que los falsos obispos decian, ó porque juzgó, que no tendria paz la Iglesia de Alejandría, ni fin aquellas contiendas de la religion, si Atanasio, contra quien estaban tan hostigados, no se les quitaba de delante; ó porque temió que le matasen, segun estaban locos y fuera de sí: y como no dió aquella sentencia como juez, porque no lo era de Atanasio, sino como ejecutor de la que dió el concilio de Tiro; la mayor culpa de ella se debe atribuir á quien dió, y á quien con máscara de piedad engañó al emperador, y siendo lobo se le mostró oveja. Mas con todo esto, cuando Atanasio oyó el mandato de Constantino, con grande gravedad y autoridad le dijo: El Señor juzgará entre mí y tí, ó emperador; pues te has dejado llevar de las calumnias de mis enemigos. Salió á cumplir su destierro el gran Atanasio, y con él fueron desterrados otros obispos que defendian su inocencia. Y aunque él fué muy bien recibido y regalado de Constantino el mozo, hijo mayor del emperador, de la ciudad de Tréveris (que entonces era ciudad de Francia, y ahora lo es de Alemania), y de san Máximo, obispo de ella: todavía este destierro causó grande alboroto y confusion en la Iglesia de Dios, y todos los católicos se hallaron muy angustiados y afligidos; y el gran padre san Antonio abad escribió una carta al emperador, reprendiéndole y rogándole que no se ejecutase contra un tan santo varon una tan inicua sentencia. Y Constantino, que hasta allí habia sido como un sol, que daba luz y vida al mundo, en este caso parece que se eclipsó y obscureció, poniéndose delante como una nube tenebrosa algunos obispos enemigos de Atanasio que le engañaron.

Pero no se sosegó la tempestad por haber echado en el mar á Atanasio, como á otro Jonás; ántes cobró nuevas fuerzas, y con el ánimo que habian tomado los autores de ella, creció de manera que procuraron que Arrio volviese á Alejandría, donde estando san Anastasio no habia podido entrar; y habiendo salido con ello, y turbado de nuevo aquella ciudad (porque los católicos le aborrecian como á hereje, y deseaban á su santo prelado), volvió á Constantinopla, y con el favor de los obispos herejes y de los cortesanos que le seguian, escribió una confesion de su fé, y juró falsamente que aquello era lo que creia y nó otra cosa; y con esto engañó al emperador, el cual le dijo: Si esto, que dices de palabra, lo sientes así en tu corazon, bien has

jurado; pero si sientes uno y dices otro, y con todo eso has jurado, Dios te condene por el juramento que has hecho Despues de esto procuró Arrio con increible fuerza é instancia ser admitido del santo obispo de Constantinopla, Alejandro, á la comunion de la fé católica; para lo cual se valió de la autoridad del emperador y de las armas de sus soldados, del favor de los obispos arrianos y de gran parte del pueblo que los seguia. Mas el santo prelado Alejandro, como sabia la verdad, y que Arrio no era oveja del Señor, sino lobo carnicero y cruel que le queria despedazar, se determinó á morir mil muertes ántes que darle entrada en la Iglesia; y dejando aparte los libros y argumentos, las armas y todos los otros medios humanos, acudió á Dios, como á defensor y protector de su Iglesia, dióse á penitencia y oracion, encerróse en un templo que se llamaba de la Paz, postróse delante del altar, y con el rostro en el suelo, derramando muchas lágrimas, perseveró muchos dias y noches en oracion, y dijo á Dios estas palabras: Señor mio, otorgadme que si la fé que yo tengo es verdadera, como es Arrio autor de todos estos males, pague con la pena su mal. Con esta oracion, y con la que hizo todo el pueblo católico, y ayunando siete dias continuos por consejo de aquel gran patriarca Jacobo, obispo de Nicebis, que á la sazon se halló en Constantinopla, Dios visiblemente castigó á Arrio con un vergonzoso y horrible castigo, porque yendo una mañana armado y acompañado de mucha gente para entrar en la iglesia con violencia, queriendo satisfacer á una necesidad natural que le apretó, echó las entrañas como otro Judas, y dió su infeliz alma á Satanás, quedando atónitos y confusos los herejes que le acompañaban, y los católicos admirados y animados con esta tan particular providencia del Señor; y dejando en el mundo la semilla de sus errores y un incendio tan lastimoso, que con muchos rios de lágrimas y de sangre apenas se pudo apagar. Poco despues murió el emperador Constantino, y tratóse de restituir á san Atanasio, el cual, habiendo estado en su destierro dos años y cuatro meses, volvió á su iglesia con cartas muy honoríficas de Constantino, el Mozo, que gobernaba aquella provincia de Francia, y habia sucedido con sus dos hermanos, Constantino y Constante, en el imperio á su padre.

Esto es en suma lo que sucedió á Atanasio en tiempo del gran Constantino, el cual fué engañado y se dejó llevar de los obispos arrianos en la condenacion de Atanasio, pensando que con ella se sosegara aquella tempestad y tuviera paz la Iglesia; todavía, como era príncipe católico y celoso de nuestra santa religion, no tuvieron mano en su tiempo los herejes, para hacer contra ella lo que deseaban, como la tuvieron en tiempo de Constancio, su hijo, que era, como dijimos, tocado ya de aquella pestilencia, y descubiertamente la favoreció, y despues de la muerte de sus dos hermanos, Constantino y Constante, quedó con todo el imperio y afligió á la Iglesia católica sobremanera. Y puesto caso que deseaba echar de Alejandría á Atanasio, por ser tan contrario á sus intentos, no se atrevió á hacerlo por razon de estado; porque habia venido á ella con cartas de Constantino, su hermano mayor, á quien tenia respeto y no queria darle ocasion de disgusto, reservando el hacerlo á su tiempo. Pero como los enemigos de Atanasio eran tan furiosos y violentos, y no podian sufrir tanta dilacion para despojarle de su dignidad é iglesia, enviaron sus embajadores al romano pontífice Julio y á los emperadores Constantino y Constante, contra Atanasio, pensando que por estar léjos no sabrian la verdad de lo que pasaba, y podrian mas fácilmente persuadirles contra el santo sus calumnias y mentiras. Mas ellos fueron desechados de los emperadores como merecian; y el papa Julio, aunque estaba enterado de la verdad, para averiguarla mejor convocó un concilio (como los embajadores se lo habian suplicado, pensando no lo hiciera), y mandó que los acusadores y Atanasio viniesen á Roma. Vino Atanasio luego para dar razon de sí, y estuvo en Roma año y medio aguardando que los acusadores viniesen, los cuales, sabiendo el mal pleito que tenian, no osaron venir; y vistas y examinadas todas las cosas por menudo en el concilio de cincuenta obispos católicos que se juntaron en Roma, y leidas las cartas que otro concilio de los dos obispos católicos de Alejandría escribió al papa Julio, informándole enteramente de la verdad; pronunció el sumo pontífice sentencia en favor de Atanasio, declarando que era inocente y sin culpa, y valeroso defensor de la fé católica, y condenando á sus contrarios. En este tiempo que estuvo en Roma Atanasio, escribió el símbolo que llaman de Atanasio, para dar razon de su fé, el cual como cosa venida del cielo y regla certísima de nuestra santa fé, ha sido recibido y usado de toda la Iglesia católica. Trajo tambien san Atanasio, cuando vino á aquella ciudad, la vida que él mismo habia escrito de san Antonio abad, que aun vivia; y fué tanto lo que leyéndola se movieron muchos caballeros y señores principales, que desde entonces comenzaron á dar libelo de repudio á todas las cosas del siglo, con deseo de imitarle y de servir perfectamente á Jesucristo; y el nombre de los monges comenzó á florecer y á ser estimado en toda Italia y las partes de Occidente; que el instituto y forma de vivir de ellos ya mucho tiempo ántes lo era. Con la sentencia del sumo pontífice Julio, volvió Atanasio la segunda vez á su Iglesia; pero los herejes, gente perniciosa y diabólica, como tenian tan de su mano á Constancio, procuraron que se hiciese un concilio en Antioquía, en el cual se halló el mismo emperador, y en él condenaron de nuevo á Atanasio, echándole, entre otras cosas, que habiendo sido depuesto por el concilio de Tiro habia vuelto á su Iglesia sin autoridad del mismo concilio que le habia condenado. Nombraron á un Gregorio, que era de Capadocia, hombre facineroso, hereje, insolente y atrevido, por obispo de Alejandría, para que se sentase en la silla de Atanasio; y él fué á tomar la posesion de ella, acompañado del prefecto de Egipto, llamado Filagrio, apóstata de nuestra santa religion, y de gente de guerra y bárbara, é hizo un estrago en toda aquella ciudad tan extraño y lastimoso como si fuera un ejército de enemigos que la iba á asolar; no perdonó á doncellas ni casadas; nó á viejos ni á niños; nó á seglares ni eclesiásticos; nó á cosa sagrada ni profana, ni divina ni humana, con tan grande impiedad y fuerza que no se puede explicar. Y viendo san Atanasio esta calamidad tan lastimosa, se salió á escondidas de la ciudad, para que sabiéndose que no estaba en ella, el furor de los enemigos en alguna manera se mitigase; mas ántes de salir escribió á los fieles, animándolos y exhortándolos á la constancia y perseverancia en la fé católica, y á morir mil veces ántes que comunicar con los herejes, ni dar ni tomar con ellos, porque eran crueles enemigos de Jesucristo y de toda la religion. Y despues de haber hecho con sus ovejas este oficio tan digno de buen pastor, vino la segunda

vez á Roma, como á puerto seguro de la fé, para ver si con la autoridad del sumo pontífice y del emperador Constante, que ya Constantino su hermano mayor era muerto, podia hallar algun mérito para detener el ímpetu arrebatado y furioso de los herejes, y apagar el incendio que abrasaba á Alejandría, á Egipto y á todas las partes de Oriente.

Fué san Atanasio muy bien recibido en Roma del santo pontífice Julio y de toda la ciudad, como valeroso capitan del Señor é invencible defensor de su Iglesia. Celebróse otro concilio en Roma, y aprobóse su inocencia, y habiendo estado en ella tres años, al cuarto fué llamado del emperador Constante á Milan, donde á la sazon estaba, y con autoridad del papa y consentimiento de Constante se convocó un concilio ecuménico, general y universal en Sárdica, ciudad en los confines de Ilírico, y de Misia y de Tracia, que ahora, dicen, se llama «Triadice,» y es de turcos. En este concilio, que fué de trescientos obispos de todas las provincias de la Iglesia occidental, y setenta y seis de la oriental, aunque otros dicen ménos, y todos católicos (porque los obispos arrianos no quisieron venir á él, é hicieron su conciliábulo aparte, en Filípoli, y le vendieron y publicaron por el concilio sardicense), presidió Osio, español, obispo de Córdoba, como lo escribe el mismo san Atanasio, y Archidamo y Filoxeno, legados de la sede apostólica, y en él se hallaron Pafnuncio, Serapion, Apolinio, Amonio, Paulo, Agatario, Espiridion, Trifilio, Protasio, Maximino y otros santísimos obispos, y conocidos por tales en la Iglesia católica; y despues de haber examinado con gran cuidado la causa de Atanasio, declararon que su fé era la sincera, verdadera y católica, la de sus contrarios herética y reprobada; y privaron á Gregorio, usurpador de la silla de Alejandría, declarando que nunca habia sido obispo; y así lo escribieron en una carta á la Iglesia de Alejandría, para que no lo obedeciesen por tal, y que recibiesen y reverenciasen á su verdadero y santo obispo Atanasio, el cual, acabado el concilio, y llamado del emperador Constante, fué á la ciudad de Aquileya, y de allí con él á Francia, y de Francia, pasando otra vez por Roma, vino á Antioquía, donde estaba el emperador Constancio; porque su hermano Constante fué tan celoso de la fé católica, y tan imitador de la piedad de su padre el gran Constantino, que viendo lo mucho que Atanasio por ella padecia, le honró, favoreció y amparó en gran manera, y escribió á Constancio que le mandase volver á su Iglesia, y que si no lo hacia le haria guerra y vendria con su ejército en persona á restituirle su silla. Y como Constante, por la muerte de su hermano Constantino, habia quedado poderoso y tenia las dos partes del imperio, y era hombre determinado, temió Constancio venir á rompimiento con él, y que estando á la sazon apretado de la guerra de los persas, no podria llevar tan gran peso y resistir juntamente á dos enemigos tan poderosos; consultando con los mismos obispos arrianos, escribió tres cartas á Atanasio, rogándole que le viniese á ver, y ofreciéndole su ayuda y favor, nó por religion y celo de la fé católica, sino por razon de estado; y por la misma le recibió humanamente y con alegre rostro, y no quiso que se tratasen, sino que se enterrasen las injurias pasadas, prometiéndole con juramento que de allí adelante le habia de favorecer, y que no creeria las acusaciones que contra él se dirigiesen, sin oirle. Y como el emperador mostrase tanto favor y gracia á Atanasio, por persuasion de los herejes, le dijo: que pues él estaba aparejado para hacerle aquel beneficio y restituirle á s Iglesia, que le hiciese placer de dar en Alejandría una iglesia á los que por fé de otra religion no querian comunicar con él. A esto respondió Atanasio, que todo lo que el emperador mandara se habia de hacer; mas que le suplicaba que mandase que allí en Antioquía diesen una iglesia á los que profesaban lo que él, porque no tenian ninguna, para que sin temor pudiesen juntarse y celebrar los oficios divinos. Con esta respuesta atajó al emperador; porque los herejes le aconsejaron que dejase así aquel negocio, juzgando que les estaba mejor no recibir la iglesia de mano de Atanasio en Alejandría, que darla ellos en Antioquía á los católicos. Escribió Constancio cartas á la Iglesia de Alejandría para que recibiesen á Atanasio; porque todo esto saben hacer los príncipes cuando les viene á cuenta, y los herejes usar de la astucia de raposas cuando no pueden valerse de la braveza del leon. Con las cartas de Constancio y las que el papa Julio escribia á la Iglesia, clero y pueblo de Alejandría, volvió el santo prelado á ella otra vez, pasando primero por Jerusalen, donde fué recibido del santo pontífice Máximo con grande amistad y benevolencia, y se celebró un concilio, en el cual se halló Atanasio, y fué alabada y ensalzada su fé. Cuando llegó á Alejandría, ya el falso obispo Gregorio, arriano, que con violencia y mano armada de los arrianos, como dijimos, habia usurpado la silla y sido privado de ella, y declarado por obispo por el concilio Sardicense, diez meses despues de él acabado, habia sido muerto por el mismo pueblo alejandrino, por no poder sufrir sus desafueros.

Fué recibido Atanasio como si viniera del cielo, con increible alegría, aplauso y regocijo de todos los católicos, como el santo papa Julio en sus cartas se lo escribia por estas palabras: «Recibid, amados mios, á vuestro obispo Atanasio con entera gloria y alegría espiritual, y con él á todos los que han sido compañeros en sus grandes y trabajosas persecuciones, y gozaos del fruto de vuestras oraciones; pues con vuestros escritos saludables le habeis recreado y sustentado, y estando ausente de vos, y deseoso de veros constantes en la confesion de la fé, le habeis consolado, y con vuestra fidelidad y sincera obediencia alentado en las calamidades que ha padecido. Yo, cierto, tengo particular alegría cuando me pongo á pensar la que cada uno de vosotros ha de tener cuando llegue vuestro pastor á esa ciudad, como toda ella ha de salir á recibirle, y la fiesta que se ha de hacer. ¡Qué dia tan regocijado será para vosotros cuando nuestro hermano vuelva á veros, y los males pasados tendrán fin, y el corazon de todos será uno! Porque uno será el gozo de todos, el cual en gran parte llega hasta nosotros, á quien Dios ha hecho merced de darnos á conocer un varon tan santo y señalado.» Todo esto es del papa Julio. Fué maravilloso el fruto que en las almas del pueblo de Alejandría causó la venida de Atanasio, de la cual él mismo dice estas palabras: «Grande ha sido la alegría de todos los pueblos con mi venida, exhortándose unos á otros á la virtud. ¿Cuántas doncellas que estaban para casarse han consagrado á Cristo su virginidad? ¿Cuántos mancebos, movidos del ejemplo de otros sus compañeros, han abrazado la vida monástica? ¿Cuántos padres han rogado á sus hijos, y cuántos hijos á sus padres, que no les estorbasen ni los apartasen de la piedad que deben á Cristo? ¿Cuántos maridos persuadieron á sus mujeres, y cuántas mujeres acabaron con sus maridos, que

viviesen en continencia, por darse mas libremente á la oracion, como lo enseña el Apóstol? ¿Qué de viudas, qué de huérfanos que ántes andaban muertos de hambre y desnudos, han sido remediados por las copiosas limosnas de los pueblos? Y para decirlo en pocas palabras, ha hábido tanto fervor y tanta porfía entre la gente, sobre el darse á la virtud, que cada casa y cada familia parecia una Iglesia de Dios, por la bondad de los moradores y por la continua oracion; y habia una admirable y excelente paz en la Iglesia, escribiendo todos á Atanasio, y recibiendo cartas de él de suma paz y tranquilidad.» Esto dice el santo doctor.

Mas estando la Iglesia de Alejandría en tan feliz estado por la vigilancia de su pastor, los arrianos pretendieron, como solian, perturbarla y echar á Atanasio otra vez de su silla; porque mientras estaba en ella les parecia que no podian prevalecer. Tuvieron ocasion para intentarlo; porque el emperador Constante, que era el único protector y amparo de Atanasio, y á quien Constancio su hermano tenia tanto respeto, habia sido muerto á traicion, y Magnencio, tirano, habia usurpado el imperio; permitiendo nuestro Señor que muriese el emperador católico y viviese el hereje para castigo del mundo, y para afinar y apurar mas con el fuego de la tribulacion á sus siervos, y apartar la paja del grano con el viento de la persecucion que despues se levantó. Trabajaron mucho los herejes por persuadir á Constancio, que pues ya habia cesado el respeto que tenia á su hermano, mandase desterrar á Atanasio; pero Constancio, aunque deseaba mucho hacerlo y ejecutar el enojo que contra él tenia, como se vió apretado de tantas partes, y que la guerra de los persas, con los cuales habia peleado muchas veces infelizmente, no le sucedia bien, y que el tirano Magnencio se habia hecho muy poderoso, y señor de las provincias que habian sido de su hermano; por razon de estado no quiso por entonces intentar cosa contra Atanasio, aguardando mejor ocasion; ántes le escribió nuevas cartas de amor y benevolencia, confirmando en ellas lo que ántes le habia prometido y ofreciéndole de nuevo su favor. Pero despues que peleó con Magnencio, y en una reñida y porfiada batalla le desbarató y venció, y fué obedecido de todas las provincias por emperador; usando mal de aquella prosperidad y grandeza que Dios le habia dado, se volvió contra él y contra su santa fé católica, y como quien muele de represa, se determinó de perseguirla con todo su poder, y arrancarla, si pudiera, del mundo. Para esto asestó todos sus tiros y máquinas contra el gran Atanasio, que era su principal defensor y columna, y por serlo le aborreció como á capital enemigo, sin tener respeto á lo que le habia tantas veces prometido, y á la constancia que debia guardar en su fé y palabra, por su nombre y por la majestad de su imperio. Mandó que la memoria de Atanasio fuese condenada, y que todos los obispos que no quisiesen firmar su condenacion, fuesen desterrados; y para apretarlos mas, hizo juntar en Milan concilio de casi trescientos obispos, y comenzándose á celebrar en la Iglesia, le mandó trasladar á su palacio para hallarse él presente, y ser juez y testigo contra Atanasio; y privó de sus sillas á los santos Dionisio, obispo de Milan, Eusebio, obispo de Verceli, Paulino, obispo de Tréveris, Lucífero, obispo de Cáller en Cerdeña, porque no quisieron firmar la sentencia de su condenacion, de los cuales Eusebio y Dionisio murieron en el destierro; y por la misma causa el sumo pontífice y cabeza de la Iglesia Liberio, que habia sucedido á Julio, ya difunto, no habiéndole podido ablandar con dones, ni espantar con amenazas, ni persuadir con cartas y mensajes, ni con las razones que, traido á Milan, le dijo el mismo emperador, le envió desterrado á Berea de Tracia; tambien apretó á Osio, obispo de Córdoba, varon por su ancianidad, letras y autoridad, y por haber sido padre y maestro de los obispos, y presidido en los concilios Niceno y Sardicense, tenido en suma veneracion (juzgando que importaba mucho que un tan excelente prelado condenase á Atanasio, para que todos le tuviesen por condenado justamente), y le afligió sobremanera. Pero ninguna cosa de estas aprovechó para que estos venerables prelados condescendiesen con su mal intento y dañada intencion, queriendo ántes padecer cualquiera calamidad y dura muerte, que condenar á un varon tan insigne é inocente, cuya causa estaba tan trabada y encadenada con la de la fé católica, que lo mismo era condenarle á él que á ella; y por esto lo pretendian con todas sus fuerzas los arrianos, echando el resto para salir con su voluntad.

No se puede fácilmente creer cuán horrible y espantosa fué esta persecucion, que con color y capa de Atanasio movió Constancio contra la Iglesia católica, y á donde llegó la braveza y furor de aquella tempestad, que como un diluvio inundó y anegó todas las provincias de Oriente, y no perdonó á las de Occidente. La impiedad de Constancio era igual á su poder. La emperatriz Eusebia era hereje, sagaz y mañosa, y echaba leña continuamente en el fuego que ardia en el pecho de su pobre marido. El artificio y violencia de los herejes era increible: la solicitud de los ministros, á quienes se encomendaba la ejecucion y la lisonja con que pretendian ganar gracias con su amo, no se pueden encarecer: el demonio, como enemigo de Jesucristo, los incitaba á todos, y encendia cuarenta codos en alto el horno de Babilonia; y el Señor lo permitia para castigo de los malos y prueba de los buenos, y mayor gloria de su santá fé; la cual al cabo triunfó maravillosamente de tantos y tan poderosos contrarios y crueles enemigos. Innumerables obispos fueron echados de sus Iglesias y desterrados; los clérigos, diáconos y presbíteros afligidos y maltratados; los monges y santos que estaban escondidos en sus cuevas y vivian en los desiertos, presos, afrentados y perseguidos, en tanto grado, que san Basilio dice que fué tan atroz y tan espantosa esta persecucion de Constancio, que él pensó que era el principio de la del Anticristo, de la cual habla san Pablo en la epístola que escribió á los tesalonicenses. Pero dejemos aparte lo demás, y digamos lo que sucedió á Atanasio en Alejandría. Mandó Constancio que fuese obispo de ella un hombre desalmado, fiero y cruel que se llamaba Jorge, y envióle muy acompañado de capitanes y gente de guerra, que llegaban á cinco mil hombres, y con ellos entró Siriano, que era cabeza de todos, en la iglesia donde estaba Atanasio orando, y de repente dió en el pueblo que estaba con su santo pastor, tomando las puertas para que no se pudiese escapar Atanasio, el cual se estuvo en su cátedra exhortando á todos los suyos á que hiciesen oracion, y no queriendo huir porque ellos no peligrasen. Mas el Señor de tal manera cegó á los mismos soldados que le buscaban y estaban junto á él, que por medio de ellos, entre algunos monges y sus clérigos, salió del templo y se salvó por particular providencia de Dios.

Fuése al yermo, donde estuvo esta vez escondido en una cisterna sin agua seis años, sin poder ver á sus parientes, conocidos y amigos, ni aun el sol, ni ser visto de nadie sino de un solo ministro, que le traia lo que habia menester por no perecer de hambre; porque con la rabia y ansia que tenia Constancio y sus consejeros herejes de haberle á las manos, vivo ó muerto, hicieron exquisitas é increibles diligencias para descubrirle y sacarle de bajo de tierra. Enviaron comisarios, pesquisidores, descubridores y espías por todas partes, acompañados de una infinidad de sayones, porteros, corchetes, alguaciles y otros ministros, que corriesen las provincias, ciudades, villas, aldeas y parroquias, y no dejasen cosa por andar para hallar á Atanasio, como si fuera enemigo de todo el género humano; pero era amigo del Señor, y como á tal le probaba y lo ejercitaba con estas duras batallas, y en la cisterna, en aquella soledad áspera, y desamparado de todos, le acompañaba, y sustentaba y regalaba con sus consolaciones divinas, y le hacia superior y triunfador de todos los que le buscaban.

En este tiempo que estuvo escondido, supo que los herejes habian escrito una confesion de su perfidia, y la habian dado á los católicos, para que ellos tambien la firmasen; y que muchos, espantados de los mandatos y amenazas del emperador, la habian firmado; de lo cual se entristeció el santo y esforzado capitan extrañamente, por ver la flaqueza y pusilanimidad que los soldados de Cristo habian tenido en la defensa de la fé católica: y como leon que del desierto da bramidos, escribió cuatro oraciones en confirmacion y establecimiento de la verdad, destruccion y ruina de las herejías, con tanto espíritu, doctrina y elocuencia, que son un retrato vivo de Atanasio.

Estando las cosas de la Iglesia en este estado, fué Dios servido que muriese Constancio, á quien sucedió en el imperio Juliano Apóstata, su primo; y aunque él habia sido fingido cristiano, y era verdadero enemigo de Cristo y deseaba desarraigar su nombre y religion, si pudiera, de toda la tierra; mas por engañar mejor á los cristianos, y ganar opinion de benigno y clemente príncipe, y establecer con la benevolencia de los pueblos su imperio y el odio que tenian á Constancio; para deshacer lo que él habia hecho y desagraviar á los agraviados, por razon de estado mandó que todos los obispos desterrados volviesen á sus iglesias, como lo dice san Gerónimo por estas palabras: «La navecilla apostólica estaba en gran peligro; soplaban los furiosos vientos, las ondas se levantaban y por todas partes la combatian, de manera que ya no quedaba alguna esperanza. Despertó el Señor, mandó á la tormenta que cesase, murió la bestia (es á saber, Constancio emperador), y tuvo el mar bonanza. Dirélo mas claramente. Todos los obispos que habian sido echados de sus propias sillas volvieron á sus iglesias de consentimiento del nuevo príncipe: entonces Egipto recibió á su gran pastor Atanasio.» Esto es de san Gerónimo. Y san Gregorio Nazianceno pinta la entrada que hizo san Atanasio del desierto de Alejandría, y dice que fué mas solemne que si entrara el mismo emperador Constancio, y que todo el pueblo, puesto en órden por sus edades, estados y oficios, le salieron á recibir, viniendo el santo sobre un jumento, representando con este acto la entrada de Jesucristo nuestro Señor en Jerusalen; y que no solo los niños, como á Cristo, sino todos los hombres y mujeres de diversas lenguas, á porfía daban voces de júbilo y alegría, dando gracias á Dios porque les habia dejado ver á su pastor. Hubo grandiosos convites en público y en particular; derramáronse muchos ungüentos olorosos; y por las luminarias, la noche parecia dia claro; y no hay género y argumento de alegría que en aquella ciudad no se representase por la venida de Atanasio. Así suele Dios honrar á los suyos; y era muy justo que honrase á quien tanto habia padecido, y tan afrentado habia sido por su amor. Y para que mejor se entienda que Dios, así como levanta al humilde, así tambien humilla al soberbio, y algunas veces ensalza al malo para que dé mayor caida, y la honra que tuvo le sirva de mayor deshonra y afrenta; es mucho para notar que el falso obispo Jorge, el cual con violencia y mandato de Constancio habia sido intruso en la silla de san Atanasio, además de ser hereje y aborrecido de los católicos, hizo tantos desafueros y agravios á todo el pueblo, que los mismos gentiles que vivian en Alejandría, no pudiéndole mas sufrir, con gran furia y rabia le despedazaron y mataron, y puesto su cuerpo sobre un camello, le llevaron por la ciudad y le quemaron, y echaron sus cenizas en el mar, y aun quemaron el mismo camello, como cosa detestable, por haber tocado á aquel cuerpo sacrílego. De manera que pagó las maldades que habia cometido contra Dios y contra su santa religion, y contra Atanasio; y trocándose las suertes, como otro Aman, fué colgado en el palo que tenia aparejado á Mardoqueo; y Atanasio fué ensalzado y honrado de todos, como lo fué en su tiempo tambien Mardoqueo.

Halló el santo su iglesia muy desbaratada, y afeada con el mal gobierno del obispo Jorge: puso luego la mano á limpiarla de todas las inmundicias de la herejía arriana, nó con espanto, sino como dice san Gregorio Nazianceno, con suavidad y blandura, y con razones fuertes y eficaces, para persuadir la verdad; y juntó un concilio para reparar las quiebras y sanar las llagas que habian hecho los herejes. Demás de esto, con el ejemplo de su santa vida, y con la doctrina celestial y singular valor y prudencia, convirtió á la fé de Cristo nuestro Señor muchos gentiles, que aun entonces habia en Alejandría. Supo esto el emperador Juliano, y sintiólo sobremanera, porque ya se habia quitado la máscara de la hipocresía, con la cual se habia mostrado humano y benigno á los cristianos, para engañarlos; siendo verdad, que ninguna cosa mas deseaba que aniquilarlos, y propagar y extender por todo su imperio la adoracion de sus falsos dioses, y estaba siempre ocupado en hacerles crueles y abominables sacrificios, y en consultar á los nigrománticos y magos. Y para encenderle mas contra Atanasio, se juntaron los herejes que le aborrecian como á defensor de la fé católica, y los gentiles que no podian llevar en paciencia que tantos de los suyos se hiciesen cristianos, y escribieron al emperador, que Atanasio era el veneno de la religion de los dioses inmortales, y que si no le echaba de Alejandría, muy presto ella se acabaria; y supieron pintarle las cosas de suerte, que Juliano, que de suyo estaba ya inclinado á perseguir á Atanasio, escribió á Emdicio, prefecto de Egipto, una carta del tenor siguiente: «Aun de otras cosas no me escribes, y cierto me debias escribir de aquel grande enemigo de nuestros dioses, Atanasio, especialmente habiendo ántes oido los decretos excelentes que habemos hecho contra él. Yo te juro por el dios Serapis, que si Atanasio, enemigo de los dioses, no sale de esa ciudad, ó por mejor decir, de todo el Egipto, ántes del primer dia de di-

ciembre, he de castigar á los soldados que están debajo de tí, y hacerles pagar cien pesos de oro. Bien sabes que soy tardo y me voy poco á poco ántes de condenar á nadie, y que soy mas tardo en perdonar al que una vez he condenado No puedo sufrir que nuestros dioses sean menospreciados por la industria de este hombre. De todos los servicios que me puedes hacer, ninguno puedo yo ver ni oir, que sea mas acepto de saber, que aquel traidor malvado Atanasio ha sido echado de todos los lugares de Egipto, el cual ha sido tan atrevido que en mi reino ha inducido á las mujeres ilustres de los griegos á recibir el bautismo.» Esta es la epístola de Juliano, por la cual se ve el odio que tenia á Atanasio, y la causa porque le perseguia. Por este nuevo mandato de aquel sacrílego apóstata hubo de salir otra vez de Alejandría Atanasio: el cual viendo triste y afligido á su pueblo, y que con muchas lágrimas y sollozos lamentaba su partida, con mucha serenidad les dijo las siguientes palabras: No os congojeis; sino tened buen ánimo, que esta nube pronto pasará.

No se contentó Juliano con mandar salir á Atanasio de Alejandría y de todo Egipto; mas por el grande odio que le tenia, dió órden secreta que le matasen: lo cual sabido por Atanasio, se embarcó en un navío para huir de aquel peligro. El que se habia encargado de matarle, fué con gente tras él: y yéndole ya á los alcances, aconsejaron á Atanasio los que iban con él, que saltase en tierra y se salvase en alguna espelunca ó desierto; pero él, movido del Señor, mandó al que gobernaba el navío, que volviese atrás y que se hiciese encontradizo con los que le venian á buscar: los cuales preguntaron á los del otro navío, si habian visto á Atanasio, y como ellos respondieron que sí, y que poco ántes le habian visto pasar por allí, siguieron su curso; y quedando ellos burlados, Atanasio volvió á Alejandría, donde estuvo escondido y amparado de los católicos, hasta la muerte del apóstata Juliano. El cual habiendo amenazado á todos los cristianos y prometido destruirlos, acabada la guerra de Persia murió en ella infelicísimamente; y se deshizo aquel nublado, como lo habia profetizado san Atanasio, y cesó aquel torbellino impetuoso con el imperio de Joviniano, príncipe católico y piadoso, á quien el ejército romano por su gran valor eligió por emperador; y él no quiso aceptar el imperio hasta que los soldados dijeron que eran cristianos. Y puesto caso que no vivió ocho meses enteros, luego mandó que todos los obispos que habia desterrado Juliano, tornasen á sus iglesias, y principalmente Atanasio, á quien estimó como á santo, y reverenció como á obispo, y obedeció como á maestro, y honró como á único defensor de la fé de Cristo. En este breve tiempo del imperio de Joviniano, y en el de Valentiniano que le sucedió, tuvo quietud Atanasio y gobernó su iglesia con ménos fatigas y peleas que ántes, aunque los arrianos, gentiles y judíos, siempre ladraban y daban en qué entender.

Pero como Valentiniano hiciese su compañero en el imperio á Valente su hermano, y tomando para sí las provincias del Occidente, le diese el gobierno de las de Oriente, y Valente, que habia sido católico, con las blanduras de su mujer que era arriana, y con las astucias de Eudoxio, arzobispo de Constantinopla que le bautizó, se hubiese pervertido y abrazado la herejía de Arrio; para favorecerla y amplificarla en su imperio determinó perseguir á los católicos, y quitarles las iglesias, y desterrar á los obispos que le contradecian, y ante todos á Atanasio que le podia hacer mayor resistencia. Para esto publicó un edicto, en que ordenaba que todos los obispos, que en tiempo de Constancio habian sido privados de sus iglesias, y en el de Joviniano habian sido restituidos, fuesen de nuevo echados de ellas. Y como este mandato viniese á noticia de los de Alejandría, no se puede fácilmente creer la turbacion que hubo en ella, tomando todos los católicos las armas, para defender á su pastor y santo prelado; el cual temiendo que si venian á las manos, habria algun grande alboroto, y por su causa padecerian sus ovejas graves daños y calamidades, se escondió en la misma ciudad y estuvo cuatro meses en la sepultura de su padre como encerrado, y habiendo pasado la furia de aquella sedicion, y estando las cosas mas quietas y sosegadas, se partió de improviso de la ciudad, y otra vez se escondió en cierto lugar remoto y apartado. Fué esta salida por particular inspiracion y providencia del Señor, que le guardaba; porque la noche siguiente, despues que él salió, fué el prefecto con su gente de guarda á la iglesia, donde ántes estaba, para buscarle y prenderle, y no le halló; y el emperador Valente, ó porque temió que Valentiniano su hermano, príncipe católico, llevaria á mal que Atanasio fuese maltratado, ó por excusar los escándalos que por la devocion y amor que el pueblo tenia á su obispo, podrian suceder en Alejandría, ó por otros respetos que le movieron; habiendo sido informado de lo que pasaba, mandó que Atanasio libremente volviese á su Iglesia; y así volvió y trabajó con la misma vigilancia y constancia en la viña del Señor, hasta que él fué servido de llevarle para sí, y darle el galardon y corona de sus largos, inmensos y gloriosos trabajos.

De la muerte de san Atanasio dice san Gregorio Nazianceno estas palabras. «En santa vejez acabó su vida: se acompañó con sus padres los patriarcas, profetas, apóstoles y mártires, que pelearon como él por la verdad. Y para comprender en pocas palabras su epitafio: con mucha mayor gloria y honra se partió de esta vida, que fué recibido en las entradas que hizo en Alejandría; porque su muerte fué llorada de todos los buenos con infinitas lágrimas, dejando impresa en sus corazones la gloria inmortal de su nombre.» Y despues convierte su oracion al santo, y le suplica que le mire desde el cielo, y le favorezca y ayude á regir la grey, que Dios le habia encomendado, y conservarla en la fé católica; y que si por los pecados del mundo los herejes habian de tener mano contra ella, le libre de aquellas miserias, y le lleve por su intercesion á gozar de Dios en su compañía, aunque era mucho lo que pedia. Esto dice el Nazianceno. Murió á 2 de mayo del año de nuestra salud de 363, habiendo gobernado la Iglesia de Alejandría cuarenta y seis años, con las persecuciones, fatigas, angustias, batallas, victorias y trofeos, que brevemente quedan referidos. Y por mucho que se diga, todo será muy poco si se mira lo que los mas graves autores de la historia eclesiástica escriben de él, las alabanzas con que los santos Padres y lumbreras de la Iglesia católica celebran su memoria: entre los cuales san Gregorio Nazianceno le llama ojo del mundo, prelado de los sacerdotes, confesor, guia y maestro, voz sublime, firme columna de la fé, y despues de san Juan Bautista, la segunda lucerna, ó antorcha y precursor de Cristo. Y san Basilio su compañero, y los demás le ensalzan sobremane-

ra: y con mucha razon; porque además del gran valor, zelo, constancia y perseverancia que tuvo hasta la muerte en defender la fé católica, con tan extraños trabajos y fatigas, fué humildísimo, sapientísimo, y tan abrasado del amor divino, como se echa de ver por lo mucho que por él padeció, y por el deseo que tuvo de propagar y dilatar su santo nombre por el mundo, enviando hasta las últimas partes y provincias mas remotas de la India Oriental á Frumencio, consagrándole por obispo para que los cultivase, y alumbrase aquella gente ciega, con el conocimiento de Cristo y luz del santo Evangelio.

Por haber sido la vida de este santo tan notable y digna de admiracion, no me parece que será fuera de propósito advertir al lector lo que en ella principalmente debe considerar, ponderar, é imitar. Porque primeramente resplandece en el discurso de la vida de este gloriosísimo doctor el poder de Dios, que de tal manera arma y esfuerza á un hombre flaco, que toda la potencia de los príncipes, reyes, ejércitos, y de todo el mundo é infierno no puede prevalecer contra él. Vese asimismo la constancia y firmeza, que el verdadero católico debe tener en todo lo que toca á la pureza y entereza de nuestra santa religion, y las marañas, embustes y artificios que usan los herejes, para contaminarla y corromperla, y que con el favor y aliento de los malos príncipes, se fomenta y cunde la herejía, y que nuestro Señor, para castigo de nuestros pecados, los hace príncipes y les da el azote en la mano; pues tan en breve quitó la vida á Constante y á Joviniano, emperadores católicos, amigos y zelosos de nuestra santa fé, y dió el imperio á Constancio, á Juliano y á Valente, que como crueles enemigos suyos la persiguieron y turbaron. Tambien se ha de considerar que estos mismos enemigos de Dios, cuando les parecia que les estaba bien, favorecieron á Atanasio, y se mostraron clementes y benignos, sirviéndose de la religion para la conservacion de su estado; pero nuestro Señor, que quiere ser servido de los príncipes con verdad, sencillo y puro corazon, al cabo los castigó: á Constancio con una apoplejía, que en breve le acabó; á Juliano, con una saeta venida del cielo; y á Valente con haberle quemado los bárbaros en una choza adonde se habia huido de la batalla que habia tenido con ellos y perdídola. Porque puesto caso, que Dios se sirva de los malos príncipes, como de verdugos y ministros suyos para castigar las provincias y reinos, en que presiden; pero no les dura mas aquel imperio y potestad, de lo que el mismo Señor quiere; y despues que de ellos, como de vara de su furor, se ha servido, la arroja en el fuego, y la quema y la consume; y los justos que con ella han sido heridos y azotados, quedan victoriosos y gloriosos: como quedó san Atanasio triunfador de estos infelices tiranos, y de todos los herejes, que con tan porfiada rabia y crueza le persiguieron. Escribió san Atanasio, como dice san Gerónimo, dos libros contra Valente y Ursacio, y otro de la virginidad, y muchos de las persecuciones de los arrianos, y de los títulos de los salmos, la vida del gran Antonio abad, y muchas epístolas y otras obras, que dice el mismo doctor seria largo contarlas; y fueron tan estimadas y reverenciadas de toda la antigüedad, que un santo abad, llamado Cosme, de quien escribe Sofronio, dice: «Cuando hallares alguna sentencia ó palabra de las obras de Atanasio, y no tuvieres papel para escribirla, escríbela en tus vestidos.» Y Focio, arzobispo de Constantinopla, encareciendo el estilo y modo de escribir de san Atanasio, dice que de él, como de su fuente manaron los rios caudalosos de la elocuencia de san Gregorio Nazianceno, llamado por su excelencia el *Teólogo*, y de san Basilio el Magno, que fueron en los estudios y en la santidad de la vida compañeros, y hoy dia son luz y ornamento de la Iglesia católica.

SAN ANTONINO, ARZOBISPO DE FLORENCIA Y CONFESOR. — La vida de san Antonino, arzobispo de Florencia, ejemplo de santos prelados, gloria de su patria y ornamento de la órden de los predicadores, escribió Fr. Vincencio Maynardo, de la misma órden, por mandado del papa Clemente VII, de la cual, y de la bula de su canonizacion, sacaremos nosotros lo que diremos.

Nació san Antonio, ó Antonino, que así le llamaron, por ser pequeño de cuerpo, en la ciudad de Florencia, de honrados padres, el año de 1389, siendo Urbano VI sumo pontífice, y Venceslao emperador. Su padre se llamó Nicolás, y su madre Tomasa. Desde niño comenzó luego á mostrar lo que habia de ser, y que era escogido de Dios; porque no se deleitaba en cosas de niños, y siendo muchacho huia de los juegos, parlerías y liviandades, que son propias de aquella edad, y se ocupaba en cosas graves, orando, callando, y estando muy en sí. Frecuentaba las iglesias y oia de buena gana sermones, y hacia á menudo oracion en la iglesia de San Miguel, postrado delante de un Crucifijo, suplicando muy de veras á nuestro Señor que le otorgase gracia para guardar la pureza de su alma y virginidad perpetuamente sin mancilla; porque ya desde aquella edad la amaba y estimaba como una joya preciosísima. Siendo ya de trece años (como se dice en la bula de canonizacion) le inspiró nuestro Señor que tomase el hábito del gran patriarca santo Domingo; y para esto se fué al convento de Fiésoli, que está cerca de Florencia, y con grande humildad y modestia pidió al prior que se le diese. Era prior á la sazon de aquel convento Fr. Juan Dominico, que por sus grandes merecimientos vino á ser arzobispo de Ragusa y cardenal de la santa Iglesia de Roma, el cual viendo á Antonino pequeño de cuerpo, delicado, flaco y de poca edad, juzgando que no tendria bastantes fuerzas para llevar la carga de la religion, le preguntó qué estudiaba. Y como le respondiese que el derecho canónico, el prior dijo que cuando supiese de memoria todo el derecho canónico, entonces le recibiria; tomando este expediente por no contristarle ni recibirle. No se turbó Antonino con esta respuesta, ántes se encendió mas en su buen deseo, y se volvió alegre á su casa, y se dió á estudiar y decorar todo el derecho canónico; de manera que dentro de un año volvió al mismo convento de Fiésoli, y dijo al prior que ya habia hecho lo que habia mandado, y que sabia todo el derecho de memoria, y que así le rogaba que le diese el hábito. Maravillóse el prior cuando esto oyó, y mucho mas cuando por la experiencia vió que era verdad lo que Antonino le decia; porque en cualquiera parte que le preguntasen del derecho, la recitaba como si la fuera leyendo. Vista, pues, su gran memoria é ingenio, y mucho mas su espíritu, é instancia con que pedia ser admitido en la religion, conocieron que Dios le traia para gran bien de ella, y que aquel mozo habia de ser gran ministro de su gloria. Recibido el hábito, le enviaron al convento de Cortona, y de allí tornó á su convento de Fiésoli, dándose á todos los ejercicios de bueno y santo religioso. An-

te todas cosas huia de tratar y hablar con mujeres, si no habia precisa necesidad, para guardar mejor la castidad que tanto habia pedido á nuestro Señor. Nunca estaba ocioso: era el primero que venia al coro, y el último que salia de él. Despues de maitines comunmente se quedaba en oracion, ó estudiando ó escribiendo. En la comida era muy abstinente: nunca comia carne, sino estando enfermo. Traia cilicio, ó una cadena de hierro junto á sus carnes. Dormia en el suelo sobre las tablas, y siendo mas viejo usaba algunas veces por regalo un jergon de paja. Fué cosa propia de la mano del Señor, que siendo tan flaco y tan debilitado, y acosado de muchas enfermedades, y desde mozo casi tísico, pudiese hacer una vida tan rigurosa y penitente. Ordenáronle de sacerdote, y decia cada dia misa con gran devocion y ternura. Finalmente, la vida de san Antonino en el convento era un dechado para todos los religiosos, y un perfecto retrato de toda virtud; y así, aunque él era humildísimo y deseosísimo de estar debajo de todos, y no ser superior de ninguno, no le dejaron gozar de su humildad y quietud, ántes le levantaron y le hicieron prior de muchos de los mas principales conventos de su órden en Italia, que fueron el de Fiésoli, de Cortona, de Gaeta, de Sena, de Florencia, de Nápoles y de Roma, y vicario general de la provincia de Roma y Nápoles; el cual cargo le encomendaron, para que con el ejemplo de su santa vida, doctrina y prudencia, reformase la disciplina religiosa de su órden, que estaba muy estragada y caida, por ocasion de una cruelísima pestilencia que hubo el año de 1348, en la cual murió innumerable gente en Italia, y muchos religiosos de la órden de santo Domingo, de los mas graves y mas celosos que la conservaban en su puridad. Hizo su oficio san Antonino admirablemente, visitando á pié, cuando podia, ó en un jumento, sus conventos; y era tan grande su humildad, que siendo superior se iba á la cocina y lavaba los platos y escudillas, y barria la casa y servia á los mozos, y hacia los otros oficios bajos como el menor de todos; lo cual tambien hizo algunas veces, aun despues de ser arzobispo. Y no era menor su caridad ni afabilidad con que trataba á sus súbditos, amonestándolos con blandura, y corrigiéndolos con severidad, y mostrándose padre en todo, curando las llagas con vino y aceite, como ministro fiel del Señor.

Al tiempo que san Antonino se ocupaba en el gobierno y reformacion de su órden, murió Bartolomé Zebarela, arzobispo de Florencia; y deseando el papa Eugenio IV, que á la sazon presidia en la silla de san Pedro, proveer á la de Florencia de vigilante y santo pastor, puso los ojos en san Antonino, que sobre todos resplandecia como un sol entre las estrellas. Supo el santo, yendo de camino á Nápoles, la determinacion del sumo pontífice, y afligióse y congojóse de manera, que quiso navegar á la isla de Cerdeña, y esconderse en ella hasta tanto que se hubiese proveido de arzobispo á la iglesia de Florencia. Pero nuestro Señor, que le habia escogido, le divirtió con la esperanza de que con otros medios mas blandos se podia excusar, y desechar de sí aquella dignidad, de la cual se tenia por indigno, y juzgaba que era carga sobre sus fuerzas, y que habiéndose recogido á la religion, como puerto seguro, huyendo de las tempestades del siglo, tornaria á engolfarse, y correria gran riesgo su salvacion. No hay persona tan ambiciosa, ni que haya tomado tantos medios para alcanzar el cargo ó dignidad que pretende, cuantos san Antonino tomó para huir de la honra, que como sombra de su cuerpo le seguia. Mas todo lo que hizo para excusarse fué en vano, porque el papa Eugenio IV estuvo muy firme en su primera resolucion, y le envió las bulas despachadas graciosamente, y á decir, que si no obedecia le excomulgaria, y le mandaria que aceptase el arzobispado, so pena de anatema. Recibidas las letras apostólicas, juntó san Antonino en su monasterio á los hombres mas graves de las religiones, del clero y del magistrado de la ciudad de Florencia, para consultar con ellos si estaba obligado á obedecer al pontífice, y si habia alguna manera para poderse escapar. Todos le respondieron que estaba obligado á obedecer, y que aquel negocio era guiado por Dios, y que le ofenderia gravemente si no lo aceptara. Hincóse entonces de rodillas el santo, y alzando las manos al cielo, dijo: «Bien sabeis vos, Señor mio, cuán contra mi voluntad acepto yo este cargo, y solo por no contradecir á la vuestra y á la de vuestro vicario: y pues vos lo sabeis, yo os suplico que me endereceis, para que yo haga siempre la vuestra y lo que debo.» Diciendo esto derramaba muchas lágrimas de tristeza y sentimiento, y los que estaban presentes de admiracion y devocion. Él tomó la posesion de la Iglesia, y vino á ella á pié y descalzo, con grande amargura y ternura de su corazon, y no menor alegría y regocijo de toda la ciudad, que tenia á Antonino por santo, y esperaba que la habia de gobernar como pastor, nó de la tierra, sino venido del cielo. Salió aquel dia toda la ciudad á recibirle, hombres y mujeres, nobles y plebeyos, pobres y ricos, los cuales viendo á su arzobispo tan humilde y devoto, se enternecian y compungian, y se postraban en el suelo y le pedian su bendicion, juntas las manos con tan grande reverencia y respeto, como si fuera el mismo sumo pontífice.

En sentándose en la silla, fué admirable la vida que hizo, el gobierno que tuvo, y las cosas que para gloria de Dios y bien de sus ovejas instituyó. Su casa era como un monasterio muy recogido y concertado: familia poca; y como dice la bula de su canonizacion, de solas ocho personas, y entre ellas un compañero religioso; pero bien avenidas y temerosas de Dios, y á propósito para los negocios del arzobispado. No habia aderezos de aposentos, ni tapices, ni paños de seda, ni vasos ricos de oro ó plata, ni caballos, ni coches en la caballeriza; solamente siendo ya viejo, y estando debilitado, tenia para ir de camino un macho que le habian presentado; porque decia, que los bienes de los pobres no se habian de gastar en sustentar bestias ni en otras superfluidades. Daba de comer á sus criados con abundancia, pero nó con demasía; y él los enseñaba la templanza comiendo poco y cenando ménos, y nunca preguntando lo qué habia de comer ó cenar, contentándose con lo que le daban. Habia siempre leccion á la mesa, y estaba el santo tan atento á lo que se leia, que cualquiera falta que hiciera el lector la enmendaba. Ayunaba las vigilias y cuatro témporas, el adviento, la cuaresma y todos los viernes del año; y los de su casa hacian lo mismo. Siempre guardó la regla monástica en todo lo que pudo, no solo en el hábito, que siempre lo trajo, sino en las ceremonias y estatutos de su religion. Tenia dos vicarios para decidir las causas y pleitos que tocaban á su jurisdiccion, hombres letrados y de buena conciencia, y dábales buenos salarios para quitarles la ocasion de torcer la justicia por interés. Jamás consintió

que ninguno de sus criados le sirviese sin salario. Hasta media noche se ocupaba en oracion, y decia sus maitines con algunos de sus clérigos; y dichos, dormia un poco. Levantábase de mañana para decir misa, la cual nunca dejaba de decir sino por enfermedad. El resto del dia gastaba en negocios tocantes á su dignidad. Y como todos le tenian por tan santo, tan recto y tan sabio, venian á él con sus negocios y pleitos, para que él los decidiese y compusiese; porque era tan grande su prudencia y el don de consejo que Dios le habia dado, que aun ántes de ser arzobispo le llamaban *Antonino de los consejos*. Pero eran tantos los que le venian que le cansaban mucho, y sus oficiales se quejaban que no tenian fuerzas para tanto trabajo, rogándole que se doliese de sí y de ellos; y el santo con un rostro sereno, como siempre le traia, respondia que los prelados nunca han de ser suyos sino ajenos. Visitaba por sí mismo su arzobispado, y cada domingo tenia por regla ir á una iglesia parroquial, en la cual él predicaba. Y habiendo sabido que en la iglesia catedral se decian los maitines á la media noche indecentemente, se quiso hallar presente para quitar aquel abuso con su presencia, sin ser parte lluvia, ni mal tiempo que hiciese, ni su mucha edad ó poca salud para estorbarle que no fuése, hasta que asentó lo del coro como convenia. A todas las cosas de su cargo atendia el santo pontífice con gran vigilancia: pero en ninguna cosa se desvelaba mas que en desarraigar los pecados y ofensas de Dios de la república. Echaba con gran severidad de las iglesias á las mujeres que venian á ellas para enlazar las almas muy compuestas, y á los mozos lascivos que venian á ver. No consentia tablajes ni otras cosas escandalosas en cuanto podia; y no pocas veces quitó los dados, naipes y dineros á los que jugaban, con sus manos. Desentrañábase por los pobres, y dábales cuanto tenia: porque decia que era de ellos y nó suyo. Hizo un hospital en que se diese limosna á los pobres honrados y vergonzantes: y para que fuese la buena obra perpetua, instituyó una hermandad ó cofradía de ciudadanos ricos y principales que tuviesen cargo de ellos, y con sus limosnas los sustentasen. Mas de tal manera hacia la limosna, que sirviese para la necesidad y nó para la vanidad: y para hacerlo así, se movió con una cosa notable que le sucedió. Yendo un dia de fiesta solemne por la calle, vió sobre el techo de una pobre casa algunos ángeles, y maravillado entró en ella y halló una madre viuda con tres hijas doncellas, tan pobres que andaban descalzas, y cubiertas con unos andrajos; pero tan virtuosas y honestas, que estaban trabajando y ganando su pobre sustento con la labor de sus manos. Informado de quiénes eran, de cómo vivian, y de su pobreza y necesidad, les mandó dar una larga limosna con que pudiesen pasar su vida cómodamente. De allí á algun tiempo, pasando otra vez por la misma calle y mirando hácia la casa de la viuda, vió sobre ella nó ángeles del Señor, sino demonios del infierno. Espantóse de aquella novedad, é informándose de la causa, supo que aquellas pobres mujeres con la limosna que él les habia dado se habian estragado, y hecho perezosas, enemigas del trabajo y amigas de la ociosidad y de galas, y de estarse mano sobre mano. Avisóles de lo que habia visto la primera vez y la segunda; exhortólas al trabajo y á la virtud, y á echar de su casa aquellas bestias infernales que habian venido á ella en lugar de ángeles, por haber trocado sus buenas costumbres; y con este ejemplo aprendió el santo prelado á hacer de tal manera la limosna, que con ella se remediase la necesidad de los pobres, y no hubiese exceso ni en su comida ni en su vestido. Tenia un pobre hombre muchas hijas ya grandes y casaderas, y por consejo de san Antonino iba muchas veces á hacer oracion á nuestra Señora de la Anunciacion de Florencia (que en aquella ciudad y en toda Italia es de gran veneracion), y á suplicar á la sacratísima Vírgen que remediase á sus hijas y las pusiese en estado, porque él no tenia con qué. Yendo un dia á esta devocion, como solia, halló dos pobres ciegos, que sin saber que él los oia, trataban de las ganancias que habian hecho, y de lo que cada uno de ellos habia allegado de las limosnas de los fieles; y el uno decia que tenia doscientos escudos de oro cosidos en su caperuza, y el otro trescientos en su sombrero. Avisó de ello á san Antonino; mandó traer delante de sí á los pobres, cogióles el dinero, y reprendióles por haberse fingido pobres teniendo tanto, y quitado á otros mas pobres las limosnas que les dieran; y dejando al uno veinte y cinco escudos, y al otro treinta, mandó dar el resto á aquel pobre hombre para dote de sus hijas; y los ciegos pasaron por ello por reverencia del santo prelado, y porque temian otro mayor castigo. Otra vez le presentó un pobre hombre una cestilla de fruta, pensando que él, como tan amigo de pobres y tan liberal, se la habia de pagar bien y darle otra cosa de mayor valor. El santo no le dió nada, sino con rostro alegre alabó su fruta y el buen ánimo del que se la habia dado, y díjole: *Dios os lo pague, hermano*. Parecióle al hombre que habia empleado mal su fruta, y perdido aquel lance, é íbase quejando de sí mismo y del arzobispo. Súpolo el santo, y mandóle llamar y traer papel y tinta y un peso; escribió en el papel solas aquellas palabras que habia dicho, *Dios os lo pague*, y puso el papel en una balanza, y en la otra la cestilla de fruta que el hombre le habia dado; y levantando el peso, la balanza que tenia el papel bajó hasta el suelo, y la otra subió todo lo que pudo con la fruta. Entonces, volviéndose al hombre, le dijo: Mirad como yo no os hice agravio; que mas os dí, que recibí; mostrando Dios con este milagro que da á logro el que hace limosna. Yendo una vez á Roma, topó en el camino un pobre, desabrigado y desnudo; y movido de compasion, dióle la capa de fraile que llevaba. Cuando llegó á Roma, se vió que el santo llevaba otra capa muy buena, sin poderse entender de dónde la hubiese habido, ó quién se la hubiese dado; y así entendió que se le habian enviado del cielo. Y no se contentaba el santo de dar á los pobres todo lo que tenia, sino cuando no tenia qué dar lo buscaba y pedia á otros; y los sumos pontífices, sabiendo cuán bien lo gastaba, le enviaron grandes cantidades de dinero para que las repartiese á los pobres.

El que con los pobres era tan benigno y piadoso, no era ménos constante y animoso en reprimir á los insolentes y poderosos, y defender constantemente la autoridad y jurisdiccion de la Iglesia, sin tener respeto á las personas por grandes que fuesen, excomulgando y mandando hacer penitencia pública á los que quebrantaban la libertad ó inmunidad de la Iglesia. Y puesto caso que algunos le pretendieron espantar con amenazas, siempre estuvo fuerte y en sí, diciendo: que él no era digno de ser coronado con los santos mártires, y que si le quitasen el arzobispado le harian un sumo beneficio, porque le tenia de tan mala

gana como le habia recibido. Pero aunque era tan magnánimo en conservar la jurisdiccion de la Iglesia, era muy considerado en usar de la excomunion, la cual decia que no habian de usar los prelados de la Iglesia sino en casos gravísimos, por ser el arma mas fuerte que tienen, y para las almas mas espantosa. Y porque algunos se quejaban de él, porque no excomulgaba por cosas mínimas á sus súbditos, como ellos querian; para declararles la razon que tenia para no hacerlo, por el daño que recibe el alma con la excomunion, mandó traer un pan blanco, y dijo sobre él las palabras que se suelen decir en la excomunion, y luego delante de todos el pan se convirtió en carbon, y tornó á decir las palabras de la absolucion, y el pan negro se tornó á su primera blancura: y con esto entendieron los efectos que hace la excomunion en el alma, y que no se debe usar de ella sino á mas no poder.

Tambien mostró su rectitud y zelo en perseguir á los herejes, y en hacer quemar á un médico extranjero, que moraba en Florencia, y era nigromántico y blasfemo contra la sacratísima Vírgen nuestra Señora, y envuelto en otras herejías y maldades, puesto caso que muchas personas principales le favorecian y se lo quisieron estorbar.

Gobernando pues san Antonino la Iglesia de Florencia tan santa y prudentemente, no solo los de aquella ciudad le amaban como á padre, y le respetaban como á prelado, y le reverenciaban como á santo, sino tambien por toda la Italia resonaba la fama de sus virtudes, y era de los príncipes y grandes señores tenido en suma veneracion, especialmente los pontífices romanos que presidieron en la cátedra apostólica, siendo él arzobispo, le honraron y estimaron mucho: porque Eugenio IV, que fué el que le dió el arzobispado, le mandó ir á Roma para aprovecharse de su consejo en el gobierno de la Iglesia; y queriéndole hacer cardenal, á lo que se decia, no pudo, porque le sobrevino la muerte. En su última enfermedad quiso que san Antonino le asistiese siempre, y estuviese á su cabecera, y recibir de su mano, y nó de otro, los santos sacramentos de la penitencia, del altar, y extremauncion. Y el papa Nicolao V, que sucedió á Eugenio IV, además de no admitir apelacion alguna de sentencia, que hubiese dado san Antonino, sino tornársela á remitir, cuando el año del jubileo de 1454, puso en el catálogo de los santos á san Bernardino de Sena, de la órden de los Menores, dijo: que tan bien se podia canonizar á san Antonino vivo, como á san Bernardino muerto: tanta era la opinion que tenia de su santidad; y á este tono era el juicio de los cardenales y prelados, que habia en la córte romana; de los cuales, especialmente de los mas doctos y santos, era muy estimado y amado: y la república de Florencia estaba tan pagada y gozosa con su santo pastor, que en los negocios mas graves que se le ofrecieron en aquel tiempo, le rogó que fuése por cabeza de los embajadores, que enviaba á Calixto V, y Pio II, que inmediatamente sucedieron á Nicolao V. Y Cosme de Médicis, que era ciudadano principalísimo de Florencia, y no ménos piadoso que rico, y como padre de su patria, solia decir, viviendo san Antonino: que las calamidades de hambre, guerra, pestilencia y sediciones que habian venido sobre aquella ciudad, sin duda la hubieran destruido, si no fuera por los grandes merecimientos de Antonino. El cual siendo ya de setenta años, de los cuales cuarenta y cuatro habia vivido en el monasterio, y trece arzobispo de Florencia, cayó malo de una calentura flemática que le acabó: y aunque algunos le daban esperanza de vida, él dijo aquellas palabras del salmo: *Dies annorum nostrorum in ipsis septuaginta anni*: «Los dias de nuestra vida son setenta años;» y mandó dar todo lo que habia en su casa á los pobres; que era tan poco, despues que le enterraron, que lo que quedó en ella no valia sino como solos cuatro ducados. Y armándose con los santos sacramentos, estando ya casi sin habla, dijo: *Servire Deo, regnare est*: «Servir á Dios es reinar:» como quien ya veia abrirse las puertas del cielo, y el premio de sus trabajos. Mandóse leer una indulgencia plenaria que el sumo pontífice le habia dado para aquella hora, y recibióla; y diciéndole los frailes de su órden, que habian venido á su dichoso tránsito, las laudes despues de los maitines, y repitiendo el santo algunos versos como podia, y abrazándose con gran fervor con un Crucifijo, y besándole afectuosamente, dió su espíritu al Señor la víspera de la Ascension, al amanecer de aquel dia, que fué á los 2 de mayo de 1459; y aquel mismo dia hubo varias revelaciones de su gloria. Hallóse á la sazon en Florencia el papa Pio II, y sintió mucho la muerte de tan gran prelado: mandó que le enterrasen con gran pompa y solemnidad, y acompañamiento de su córte; y así se hizo llevándole primero á la iglesia catedral, y de allí al convento de San Marcos, de la órden de los predicadores, y concurriendo al entierro, no solamente toda la ciudad, sino innumerable gente de toda aquella comarca, por ver y besar el santo cuerpo y ganar las indulgencias que el papa Pio habia concedido. Fué tanto el concurso que no le pudieron dar sepultura hasta pasados ocho dias, los cuales estuvo el santo cuerpo en la iglesia, fresco, hermoso el rostro, y los miembros blancos y tratables, y con un olor suavísimo que despedia de sí. Sepultáronle como él habia mandado en su convento de San Marcos, junto á sus frailes, y nuestro Señor despues de su muerte hizo grandes milagros por su intercesion, como tambien los habia hecho en vida; porque como dice el papa en su bula, con solo invocar su nombre, los endemoniados quedaban libres de los malignos espíritus que los atormentaban: los enfermos agravados de varias enfermedades, y desahuciados de los médicos, y muertos, ó tenidos por muertos, revivieron y cobraron salud: los cojos, piés; los sordos, oidos; los mudos, habla; los ciegos, vista; y los mancos y contrahechos, el uso de sus miembros. Con sus oraciones, con su túnica, con su bonetillo, y con las cosas que el santo habia traido ó tocado, hizo milagros el Señor, los cuales se pueden ver mas largamente en su vida, que en esta no los quiero yo referir por ser muchos. Solo quiero decir que en la oracion se encendia y transportaba algunas veces de tal manera, que quedaba arrobado, y suspenso en el aire, y resplandeciendo su rostro con maravillosa claridad; y que entre los otros dones de Dios que tuvo, fué uno el don de la profecía, por el cual dijo muchas cosas que estaban por venir: y como él las dijo, así sucedieron. Y tambien quiero añadir que siendo los hijos de un cirujano, que se llamaba Pedro, muy fatigados del demonio, que los sacaba de noche de la cama, sin que ninguno lo sintiese, y los echaba por los rincones de la casa; san Antonino escribió en un papel algunas oraciones y exorcismos, y los mandó poner en el aposento,

donde dormian, delante de una imágen de nuestra Señora; y con esto el demonio no tuvo mas fuerzas contra los niños. Pero despues entendió el santo pontífice que de toda aquella molestia que el demonio daba á los hijos, la causa era el tener el padre un libro de remedios para varias enfermedades, en el cual habia mezclados algunos hechizos y encantamientos, y mandó quemar el libro, y con esto quedó libre la casa del cirujano, y sus hijos sin temor ni peligro. Escribió san Antonino algunos libros muy eruditos y provechosos, los cuales comenzó á escribir ántes de ser arzobispo, y despues de serlo los acabó; y parece que demás de su grande memoria é ingenio, y continua leccion y estudio, Dios nuestro Señor le alumbró y le infundió mucha parte de aquella ciencia, porque se sabe que no tuvo maestro que le enseñase tantas y tan varias y recónditas ciencias y cosas, de que están llenos sus libros, y que solamente tuvo preceptor en la gramática, siendo muchacho, y despues en la dialéctica; y que todo lo demás, que supo, lo estudió y alcanzó por sí. La muerte de san Antonino fué, como dijimos, el año de 1459, á 2 de mayo, en que la santa Iglesia le celebra, y hace mencion de él el Martirologio romano. Canonizóle Adriano, papa sexto de este nombre, el dia de la Santísima Trinidad, á 31 de mayo, en el segundo año de su pontificado, y en el de 1523 de Cristo, y sesenta y cuatro años despues de la muerte del santo prelado.

* Los santos Saturnino, Neopolo, German y Celestino, mártires.—Cuando reinaba el cruel emperador Decio, vivian estos santos en Roma, ocupados en obras de piedad cristiana, por cuyo motivo padecieron muchísimos trabajos, acabando su vida en un oscuro calabozo por los años 250 de Jesucristo.

Los santos Esperio y Zoa, su mujer; Ciriaco y Tendulo, sus hijos, todos mártires.—Italianos de nacimiento, vivian en Roma en tiempo del emperador Adriano, de criados de una familia opulenta; y presentándose un dia los dos últimos á sus padres, les dijeron: ¿Por qué servimos á esos infieles y nó á Cristo? La madre, que era fervorosa y valiente, contestó: Dejemos, pues, á los que compran nuestros cuerpos, y entreguémonos al martirio. Al momento se presentan los cuatro á sus amos, y anunciándoles que son cristianos, son mandados prender, y despues de haberlos cruelmente azotado, sufren un largo interrogatorio, despues del cual les condena el juez á ser decapitados. Su martirio se efectuó en la misma ciudad de Roma, y en él obró el cielo patentes maravillas.

San Félix, diácono y mártir.—Nació en Andalucía, y estuvo inscrito al servicio de la iglesia de Sevilla. Predicó con gran zelo la palabra de Dios en todas las provincias de la España Bética, y selló con su sangre la doctrina que enseñaba.

San Vindemial, obispo y mártir.—Este santo murió mártir, segun el Martirologio romano, juntamente con los obispos Eugenio y Longinos, en África, por órden del rey Hunnerico, á causa de su zelo y de sus trabajos contra los arrianos.

San Segundo, obispo de Ávila.—Véase la vida de san Torcuato en el dia 15 de este mismo mes.

Los santos mártires cartujos de Inglaterra.—El glorioso martirio de esos fieles servidores del Señor es objeto de una conmemoracion especial por parte de los católicos, que en Inglaterra lloran todavía el descarrío de sus compatricios.

DIA 3.

La Invencion de la santa Cruz.—A los 3 de mayo celebra la Iglesia católica la Invencion de la santa Cruz, cuya historia, sacada de san Ambrosio, san Paulino, Rufino, y de los otros autores de la historia eclesiástica, fué de esta manera. Despues que el emperador Constantino vió en el cielo al mediodía una cruz resplandeciente, y al rededor de ella una letra que decia: «Constantino, con esta señal vencerás,» y siguiéndose el efecto, venció al tirano Majencio, fué grande la devocion que el emperador cobró á la señal de la cruz, y muy particular el cuidado que puso, para que fuese conocida, estimada y reverenciada en su imperio. Mudó las águilas del guion y estandarte imperial en la cruz, y con ella mandó batir y acuñar las monedas, y poner un globo del mundo en la mano derecha de sus estatuas y sobre el globo la misma cruz; para que se entendiese que el mismo mundo habia sido conquistado por la cruz. Esta devocion á la santa cruz tuvo tambien la bienaventurada santa Elena, madre del mismo emperador Constantino: la cual movida con una revelacion de Dios, acabado que fué el concilio Niceno, se determinó á ir en persona á Jerusalen, para visitar aquellos santos lugares, consagrados con la vida y sangre de Cristo nuestro Redentor, y para buscar la cruz, en que su muerte habia dado al linaje humano la vida. Llegada á Jerusalen, halló gran dificultad en descubrir el tesoro inestimable de la santa cruz, que buscaba: porque aquella infernal serpiente, viendo que Cristo nuestro Señor le habia quebrantado la cabeza, y derribado de su silla por medio de la cruz, y que queria que fuese de todos reverenciada y adorada; por el grande odio que tiene á Dios, procuró que se escondiese y se quitase de los ojos de los hombres. Para esto dió órden que los judíos y los gentiles, ministros suyos, la echasen en una profunda hoya con las otras cruces de los dos ladrones, y con el título de la cruz del Señor, y con los clavos, con que habia sido crucificado; y que despues llenasen de tierra aquella hoya, y echasen encima muchas piedras, y para mas cubrir el hecho, que pusiesen allí los gentiles un ídolo de Vénus, para que si algun cristiano, teniendo noticia que la cruz estaba encerrada en aquel lugar, fuése á hacer oracion á él, pareciese que iba á adorar á Vénus, y por no dar este escándalo lo dejase. Esta hoya, en que escondieron la cruz del Señor, estaba junto al lugar donde su santo cuerpo fué sepultado, el cual tambien cubrieron de piedras, para que totalmente se perdiese la memoria. Habíanse pasado muchos años, despues que esto se hizo, y apenas quedaba rastro ni señal de lo que se buscaba, ni persona que lo pudiese decir. Hallábase la santa emperatriz muy congojada y perpleja; porque por una parte, su devocion y encendido deseo de descubrir aquel precioso tesoro no la dejaba reposar; y por otra, la dificultad y casi imposibilidad de hallarle en gran manera la afligia: pero siempre confiaba que nuestro Señor, que la habia movido á venir á Jerusalen, y dádole aquel deseo, le daria el cumplimiento de él, y le descubriria lo que buscaba; y así fué: porque habiendo entendido de algunos judíos ancianos, lo cuales (por temor de un grave castigo)

manifestaron la verdad y fama, que de padres á hijos habia entre ellos, dónde estaba sepultada la santa cruz, mandó limpiar y cavar aquel lugar. El cardenal Baronio dice que fué costumbre de los judíos, cuando hacian morir por justicia algun hombre facineroso, enterrar los instrumentos del suplicio que le daban, junto al lugar donde se sepultaba el cuerpo; y que habiendo sabido santa Elena de los cristianos y de los judíos, el lugar del sepulcro del Señor, mandó cavar allí cerca alrededor, entendiendo que allí se hallaria la cruz, en que él fué crucificado; porque los judíos, siguiendo su costumbre y tradicion, allí la habrian soterrado. De cualquiera de las dos maneras que ello fuese, en aquel lugar se hallaron las tres cruces, la de Cristo nuestro Redentor y la de los dos ladrones; y el título de la cruz de Cristo tan apartado, que no podia declarar, cuál de aquellas tres cruces fuese la del Señor. Esto causó grande alegría en el pecho de la santa reina, y no ménos confusion; porque habia hallado lo que con tanta ansia habia buscado, y era como si no lo hubiera hallado, pues no lo podia conocer.

Estando en esta perplejidad, san Macario, patriarca de Jerusalen, que allí estaba, la consoló; y haciendo, y mandando hacer oracion al Señor, para que manifestase aquel tesoro divino, y mostrase con algun milagro, cuál de las tres cruces era la de nuestro Redentor, hizo traer allí una mujer tan enferma que los médicos la tenian por desahuciada. A esta mandó aplicar la primera cruz y la segunda, sin verse fruto alguno; y en aplicándole la tercera, luego quedó con entera salud y fuerzas. Con este milagro cesó la duda y se entendió que aquella era la cruz de nuestro Salvador, como dice Rufino; aunque san Paulino y otros escriben que la cruz del Señor resucitó á muertos, y la oracion que usa la Iglesia en esta fiesta, parece que lo da á entender; y lo cierto es, como dice Nicéforo, que Dios hizo el uno y otro milagro, y por medio de la santa cruz sanó á la enferma y resucitó al muerto.

Increible fué el gozo que la religiosa y bienaventurada santa Elena recibió con este favor y regalo de Dios, y con haber hallado y conocido con tanta evidencia la cruz de nuestro Redentor, haciendo gracias por aquel singular beneficio al mismo Señor, que la habia movido á venir y traido y cumplido sus deseos. Mandó edificar un suntuoso templo en aquel mismo lugar, donde dejó parte de la cruz ricamente engastada y adornada, y la otra parte con los clavos envió al emperador Constantino, su hijo: el cual mandó poner el madero de la santa cruz en la iglesia, que el mismo habia fabricado en Roma, y despues se llamó y se llama hoy dia «Santa Cruz en Jerusalen.» Tambien mandó el emperador Constantino, que ningun malhechor fuese crucificado, ni se diese el suplicio de la cruz, por haber muerto en ella el Señor: para que la cruz, que era el mas vil é ignominioso suplicio, que hasta aquel tiempo se habia usado, de allí adelante fuese la gloria y corona de los reyes, y escudo y defensa de la república cristiana.

Esta es la fiesta de la Invencion de la santa Cruz que hoy celebra la Iglesia, para enseñarnos la reverencia que habemos de tener, y la devocion con que nos habemos de aprovechar de las grandes gracias de este tesoro divino; porque en ella está la salud, la paz, la verdadera sabiduría, la justicia, la santificacion del género humano, y finalmente el remedio universal de todos los males de todos los siglos pasados, presentes y venideros. Por lo cual con mucha razon en un sermon de la cruz exclama san Juan Crisóstomo, y dice: «La cruz es esperanza de los cristianos, resurreccion de muertos, guia de los ciegos, báculo de los cojos, consolacion de los pobres, freno de los ricos, destruccion de los soberbios, tormento de los malos, triunfo de los demonios, ayo de los mozos, gobernadora de los que navegan, puerto de los que peligran y muro de los cercados. La cruz es padre de los huérfanos, defension de las viudas, consiliario de los justos, descanso de los atribulados, guarda de los pequeñuelos, lumbre de los que moran en las tinieblas, magnificencia de los reyes, escudo de los pobres, sabiduría de los simples, libertad de los siervos y filosofía de emperadores. La cruz es pregon de los profetas, predicador de los apóstoles, gloria de los mártires, abstinencia de los monges, castidad de las vírgenes y alegría de los sacerdotes. La cruz es fundamento de la Iglesia, destruccion de los ídolos, escándalo de los judíos, perdicion de los malos, fortaleza de los flacos, medicina de los enfermos, pan de los hambrientos, fuente de los sedientos y abrigo de los desnudos.» Todo esto es de san Juan Crisóstomo. Y san Efren dice: «Pintemos en nuestras puertas y en nuestras frentes, en la boca, en el pecho, en todos nuestros miembros, la vivífica señal de la cruz: armémonos con esta armadura impenetrable de los cristianos; porque la cruz es la victoria de la muerte, esperanza de los fieles, luz del mundo, llave del paraiso, cuchillo de las herejías, ayuda de los monges, esfuerzo de la fé, defensa, guarda y gloria perpetua de los católicos. Esta arma, ó cristiano, lleva de dia y de noche, en todo lugar y á todas horas siempre contigo, y no hagas cosa alguna sin la señal de la santa cruz. Cuando duermas, cuando veles, cuando camines, cuando trabajes, cuando comas, y bebas, y navegues, y pases los rios, ármate con este arnés de la santa cruz; porque estando con ella armado, los males huirán de tí.» Hasta aquí es de san Efren. Y san Juan Damasceno: «La cruz, dice, es nuestro escudo, nuestra arma y nuestro trofeo contra el demonio. La cruz es la señal que tenemos, para que el ángel destruidor no nos toque ni empeza. La cruz levanta á los caidos, tiene á los que están en pié, sustenta á los flacos, rige á los pastores, es guia de los que comienzan, y perfeccion de los que acaban, y salud del alma y del cuerpo, destruccion de todos los males, y raiz y causa de todos los bienes, muerte del pecado y árbol de la vida, y fuente de nuestra bienaventuranza.» Y Tertuliano, autor antiquísimo, y á quien san Cipriano llamaba maestro, declara la costumbre que tenian los cristianos en santiguarse, y armarse con la señal de la cruz, por estas palabras: «En todos los pasos que damos, en nuestras entradas, en nuestras salidas, cuando nos calzamos, cuando nos lavamos y nos ponemos á la mesa, cuando nos sentamos y nos traen lumbre y nos acostamos, y finalmente en todas nuestras acciones continuamente hacemos la señal de la cruz en la frente.» Esto dice Tertuliano; declarándonos la costumbre antigua de los buenos cristianos, la cual nosotros debemos imitar, y en todo lugar y tiempo (pues sabemos que no tenemos ninguno seguro, y que el demonio en todos, como leon bramando, nos cerca, y procura nuestra perdicion) armarnos con esta arma divina para nuestra defensa.

Los milagros que el Señor ha obrado por medio de la santa cruz son tantos y tan grandes, que no caben en breve escritura; porque casi todos los que se han hecho en la Iglesia católica en todos los siglos pasados, que son innumerables, han tenido su principio y eficacia de esta fuente de vida. Pero entre los otros milagros que Dios ha hecho por la cruz, no quiero dejar de referir uno de grande admiracion, que ha obrado en la misma cruz, y le escriben gravísimos autores. Porque san Paulino dice, que del pedazo de la cruz, que quedó en Jerusalen, por mucho que se repartia á los peregrinos que venian á ella, nunca se disminuia ni menoscababa; ántes con un perpetuo y continuo milagro, siempre se hallaba tan entero, como si no se hubiera cortado nada de él. Las palabras de san Paulino son estas: «La cruz, dice, siendo de un madero que no tiene sentido, parece que tiene una virtud viva, y que de aquel tiempo acá de tal manera se deja partir, para cumplir con el deseo de innumerables hombres, que no siente diminucion, y queda como si no la hubiesen cortado; de suerte que es divisible para aquellos á quienes se reparte, y queda entera para aquellos que la adoran y veneran.» Hasta aquí son palabras de este santo: el cual refiere este milagro, como cosa muy sabida y averiguada, y por ser de tan gran santo, tan docto y antiguo, la debemos nosotros tener por tal, y con ella satisfacer á los que se maravillan que haya en el mundo tantos pedazos y reliquias de la sagrada cruz del Salvador, que si se juntasen podrian hacer muchas y muy grandes cruces. Y san Cirilo, patriarca de Jerusalen y vecino de aquellos tiempos afirma que todo el mundo estaba lleno y rico del precioso tesoro de la santa cruz, sacado de Jerusalen.

Otra cosa asimismo se ha de advertir, y es, que para que los gentiles mas fácilmente recibiesen la luz del Evangelio, y creyesen que Dios se habia hecho hombre, y muerto en la cruz, quiso el Señor que muchos años ántes una de las Sibilas con espíritu divino lo pronosticase y dijese: *¡O lignum felix, in quo Deus ipse pependit!* «¡O dichoso madero, en el cual el mismo Dios estuvo colgado y pendiente!» Y ordenó que los egipcios, en sus letras jeroglíficas, por la cruz significasen la salud y vida venidera. Y Sócrates escribe, que derribando los cristianos el templo de Serapis, hallaron en las piedras de los cimientos esculpida la señal de la santa cruz, y que muchos gentiles se movieron á hacer cristianos, por haber visto esta maravilla.

Algunos preguntan, si el Salvador fué enclavado en la cruz con tres clavos, ó con cuatro. La comun opinion es, que con solos tres; y esto siguen comunmente los pintores, y escultores en los Crucifijos que nos representan, aunque algunos hay antiguos y de mucha veneracion, con cuatro clavos, dos en los piés, y dos en las manos. San Gregorio Turonense, autor de mil años, dice, que fueron cuatro: Santa Brígida en sus revelaciones siente lo mismo; y el glorioso obispo y mártir san Cipriano parece significar que fueron cuatro, con aquellas palabras: *Clavis sacros pedes terebrantibus:* «Traspasando los sagrados piés con los clavos.» La invencion de la cruz sucedió el año del Señor, segun Eusebio, de 326, que fué el siguiente despues de acabado el concilio Niceno, siendo sumo pontífice san Silvestre, y emperador el gran Constantino, á los veinte y un años de su imperio.

San Juvenal, obispo y confesor.—La ciudad de Narni, ilustrada con la luz del Evangelio, pidió al sumo pontífice se sirviera mandarlos un obispo á fin de dirigir á los fieles, y acrecentarlos mas y mas en la fé. En aquella ocasion misma habia llegado á Roma procedente del África el presbítero Juvenal; y pareciéndole al papa (sin duda por divina ilustracion) que seria á propósito para gobernar y dirigir aquellos fieles, le consagró obispo y lo envió á Narni. Puesto en aquella diócesis trabajó con celo para el bien espiritual de los que le habian sido encomendados, de modo que esto y los portentosos milagros que obró, movieron tanto á los habitantes de aquel pais, que logró desterrar de él los ídolos y la idolatría. Murió este santo lleno de méritos y virtudes el dia 2 de mayo del año 376.

San Alejandro y santa Antonina, mártires.—El primero era un soldado de la guardia del prefecto, español de nacion, y se convirtió á Dios de este modo, segun un antiguo manuscrito. Estando un dia de centinela á la puerta de la cárcel, donde estaba detenida santa Antonina para ser ejecutada al siguiente dia, se le apareció un ángel, y le dijo que entrase á confortar á la santa, y que le asegurase que su castidad no seria violada, porque él la guardaria. Entró en efecto, y cumplió lo que se le mandaba; y viendo á la santa vírgen rodeada de resplandores celestiales, y oyendo sus dulcísimas palabras, se convirtió de todas veras á la religion cristiana. En seguida ambos cambiaron de vestidos, y quedando Alejandro detenido, se escapó Antonina, librándose así de los peligros que corria su pureza; pero el dia siguiente ambos fueron bárbaramente atormentados, les cortaron las manos, los echaron al fuego, y últimamente los degollaron el dia 2 de mayo del año 313.

San Timoteo y santa Maura, su mujer, mártires.—A principios del año 296, el prefecto de la Tebaida hizo tan gran carnicería con los cristianos de sus dominios, que se puede decir que la sangre corria á torrentes. Entre esas ilustres víctimas son notables, por el género de muerte que sufrieron, los dos santos esposos Timoteo y Maura, que fueron clavados en una cruz, de la cual estuvieron pendientes vivos nueve dias, y animándose mutuamente á perseverar en la fé, al cabo consumaron el martirio.

Los santos Diodoro y Ropodiano, mártires.—Eran de Afrodisia, ciudad de Caria; y en la persecucion de Diocleciano sufrieron por la fé muchos tormentos, y al fin fueron apedreados por sus mismos conciudadanos hasta que murieron.

San Sosteneo y san Ugucion, confesores.—Murieron en el monte Senario junto á Florencia, en el mismo dia y hora que Dios les habia revelado, estando rezando el Avemaría, Véase los siete Siervos de María, en el dia 11 de febrero.

DIA 4.

Los santos Alejandro, papa, Evencio y Teódulo, presbíteros y mártires, Juvenal, obispo y confesor.—El mismo dia de la Invencion de la santa Cruz celebra la Iglesia católica el martirio de san Alejandro, papa y mártir, el cual fué natural de Roma, é hijo de un ciudadano romano llamado tambien Alejandro. Sucedió en la silla pontifical al sumo pontífice Evaristo, y fué el séptimo para despues de san Pedro, poniendo en el número de los papas, como se han de poner, á san Lino y san Cleto, que inmediata-

mente uno despues de otro sucedieron á san Pedro. Fué nuestro Alejandro en la santidad admirable, y en la fé y constancia del martirio muy esclarecido. Era mozo de treinta años, cuando comenzó á gobernar la Iglesia; pero su vida y doctrina suplian bien el defecto de su edad. Convirtió con su predicacion, y trato celestial, á muchos senadores y gran parte de la nobleza de Roma, y entre ellos á un prefecto llamado Hermes, con toda su casa y familia, que fueron en número de mil doscientas y cincuenta personas, por lo cual fué preso por mandato de un gobernador, llamado Aureliano; y echado en la cárcel, hizo muchos y grandes milagros, entre los cuales fué uno, que estando en ella aherrojado, vino á él de noche un niño con una hacha encendida en sus manos, que le dijo: Sígueme, Alejandro: y habiendo hecho oracion, y entendido que era el ángel del Señor, le siguió, sin que las paredes, ni puertas, ni guardas, le impidiesen la salida de la cárcel, y el niño le guió hasta la casa de Quirino tribuno, en la cual estaba preso Hermes, que deseaba mucho verse con san Alejandro, y habia prometido á Quirino que por mas que estuviese preso vendria á su casa. En viéndose se abrazaron los dos santos mártires, y derramaron muchas lágrimas de consuelo, animándose el uno al otro á padecer por Jesucristo. Esto espantó mucho al tribuno Quirino; el cual habiendo oido algunas razones á Hermes, y el modo con que él se habia convertido á la fé de Cristo nuestro Señor, y visto que san Alejandro con el tocamiento de sus cadenas habia sanado una hija suya llamada Balbina, que estaba gravemente enferma de lamparones, se convirtió tambien él á la fé de Jesucristo, con su hija y todos los presos que estaban en la cárcel, y el santo pontífice Alejandro mandó á Evencio, y á Teódulo, sacerdotes que habian venido á Roma de Oriente, que los bautizasen. Vino esto á noticia de Aureliano; enojóse sobremanera y habiendo mandado atormentar y matar á Quirino, y degollar á Hermes, y echar en el mar á todos los que en la cárcel se habian bautizado, y con ellos á santa Balbina vírgen, hija de Quirino, mandó traer delante de sí á Alejandro con los dos presbíteros, Evencio y Teódulo, y despues de haber entre ellos pasado algunas palabras, dijo Aureliano: Dejemos de pláticas, y tratemos de lo que hace al caso; é hizo que los verdugos desgarrasen á Alejandro, y le extendiesen en el potro, y desgarrasen con uñas aceradas sus carnes, y quemasen los costados con hachas encendidas. En este tormento estaba callando el santo; y preguntándole Aureliano: ¿Por qué callas? ¿por qué no te quejas? respondió Alejandro: Cuando el cristiano ora, con Dios habla. Por el mismo tormento pasaron Evencio y Teódulo. Era Evencio de ochenta y un años, y habíase bautizado de once, y ordenado de órden sacro de veinte; y como los santos mártires con los tormentos creciesen mas en la fé, y amor á su Señor, y Aureliano no pudiese ablandarlos á su voluntad, mandó encender un horno, y echar en él á Alejandro y Evencio, y á Teódulo poner á la boca de él, para que viendo como se abrasaban, y temiendo semejante castigo, hiciese sacrificio á los dioses; pero Teódulo no solo no se espantó por ver en el fuego á sus santos compañeros, ántes encendido del amor divino, se dejó caer con ellos que desde el horno le llamaban, y le decian que allí donde estaban no habia dolor ni tormento, sino refrigerio y holganza: y así fué; porque las llamas no los empecieron, ántes salieron del horno mas resplandecientes como el oro sale del crisol. No se ablandó con este milagro el duro y rebelde corazon del tirano; ántes mandó degollar á Evencio y Teódulo, y con unas alesnas de acero muy agudas punzar, atravesar por todos los miembros de su cuerpo al santo pontífice Alejandro, para que muriese mas cruelmente: y en este tormento como dice el libro de los romanos pontífices, despues degollado, dió su bendita alma á Dios, á los 3 de mayo del año del Señor de 132, segun el cardenal Baronio, imperando Adriano: el cual por haber sido apoderado de Trajano, se llamó Trajano Adriano. Y así no es maravilla que algunos autores, engañados de la semejanza del nombre, escriban que san Alejandro fué martirizado en el tiempo de Trajano.

Quedó Aureliano muy gozoso, por haber muerto á los santos mártires, como si hubiera alcanzado alguna gran victoria; mas este gozo presto se le convirtió en llanto; porque oyó una voz que le dijo: «Aureliano, á estos que tú has quitado la vida se les han abierto las puertas del cielo, y á tí las del infierno.» Quedó Aureliano con esta voz fuera de sí; cayó en el suelo mordiéndose la lengua y espiró, para ser atormentado en el infierno con tormento eterno. Los cuerpos de san Alejandro y sus compañeros fueron enterrados fuera de la ciudad en la via Nomentana, siete millas de Roma, y despues se trasladaron dentro á la iglesia de Santa Sabina, que es convento de los padres de santo Domingo. Vivió en el sumo pontificado san Alejandro diez años y cinco meses y veinte dias, segun Baronio; aunque Eusebio no le da sino diez años, y el libro de los romanos pontífices diez años, siete meses y dos dias.

Fué Alejandro zelosísimo del culto divino: ordenó, que en la misa se consagrase con pan sin levadura, para denotar la puridad del santísimo Sacramento, y por imitar mas á Cristo nuestro Señor, que en la institucion de este sagrado misterio, la noche de la cena, así lo hizo. Dió por ley que en la consagracion del cáliz se mezclase una poca de agua con el vino, para significar la union de Cristo nuestro Señor con su Iglesia, y representar la sangre y agua que salieron de su precioso costado. Y cuando decimos que san Alejandro ordenó estas ceremonias sagradas, no queremos dar á entender que él las instituyó de nuevo, porque los apóstoles las usaron; sino que lo que ellos aprendieron de Cristo, y enseñaron á la Iglesia, este santo pontífice lo aprobó, y estableció con sus cánones. Y así vemos que san Cipriano y Justino, mártires, hablan de mezclar agua con el vino en el cáliz, como de cosa enseñada á los apóstoles por el Señor, por tal recibida y usada siempre en la Iglesia católica. Añadió tambien á la misa aquella devotísima cláusula que comienza: *Qui pridiè, quàm pateretur*, hasta llegar á las palabras de la consagracion. Mandó que ningun clérigo pudiese decir mas de una misa cada dia. Pronunció sentencia de excomunion contra los que impiden á los legados apostólicos, que no puedan hacerlo que por el sumo pontífice les fuere mandado. Celebró tres veces órdenes en el mes de diciembre, y en ellas consagró cinco obispos, seis presbíteros y dos diáconos. Escribió tres epístolas que se hallan en el primer tomo de los concilios, de las cuales se sacan los decretos y ordinaciones que habemos referido, y otra muy importante de bendecir el agua con sal, y con las ceremonias que hoy dia celebra la Iglesia, y tenerla en los templos, casas y aposentos, contra las tentaciones y asechanzas de los demonios que continuamente nos persiguen é infestan; la cual costumbre ha perseverado en la

Iglesia católica desde sus principios, y el Señor ha hecho innumerables milagros de muchas y diversas maneras por medio del agua bendita, sanando todo género de enfermedades, apagando fuegos é incendios, sosegando las tormentas del mar, y temblores de la tierra, y tempestades del aire, y rayos del cielo, y librando las almas y los cuerpos de los endemoniados. Y en nuestros dias se han visto grandes efectos del agua bendita, en las Indias, en los gentiles y cristianos nuevamente convertidos, y en las tierras inficionadas de herejías, entre los mismos herejes. Y sin duda el agua bendita es una arma poderosa contra los hechizos y embustes, y contra todas las artes del demonio; la cual el Señor con gran misericordia ha dado á su Iglesia, y de ella debemos nosotros continuamente usar con grande devocion y confianza en el mismo Señor que nos la dió.

De san Juvenal, obispo de Narni, que es ciudad de Umbría, cuarenta millas de Roma, hace conmemoracion la Iglesia con los santos mártires Alejandro y sus compañeros. De él dice el Breviario romano, y los Martirologios de Beda, Adon y Usuardo, que fué varon de santísima vida y esclarecido en milagros, y que convirtió casi toda toda la ciudad de Narni á la fé de Jesucristo. Otro Juvenal, asimismo dice san Gregorio, que está sepultado en Narni, el cual fué mártir, y de él se hace mencion en el Martirologio romano á los 7 de mayo.

SANTA MÓNICA, VIUDA, MADRE DE SAN AGUSTIN.— La vida de la gloriosa santa Mónica, madre de san Agustin, luz y doctor de la Iglesia católica, sacada de las obras del mismo padre san Agustin, es en esta manera.

Fué santa Mónica de nacion africana, hija de padres honrados y cristianos, que la criaron en toda honestidad y virtud; y ella, que de suyo era bien inclinada, se daba á la devocion. Siendo niña, se entraba muchas veces en la iglesia, y puesta en un rincon se estaba orando con sosiego y quietud. Levantábase de noche á rezar las oraciones que su madre Facunda la enseñaba. Era amiga de hacer limosna, y de su propia comida quitaba parte para dar á los pobres; y cuanto mas crecia en estado, tanto mas crecia en deseo de toda virtud. Cuando sus padres la mandaban que se ataviase, hacíalo por obedecerlos, aunque de mala gana; porque era enemiga de galas y de vanidad. Deseó perseverar en virginidad; pero condescendió con la voluntad de sus padres, que la casaron con un varon llamado Patricio; queriendo nuestro Señor que de tan buen árbol saliese para bien del mundo un fruto tan precioso y suave como fué su hijo san Agustin. Era Patricio hombre noble, mas gentil. Tuvo mucho que sufrir con él santa Mónica; porque ella era muy grande cristiana, y sentia mucho que su marido no lo fuese. Ella era blanda y apacible, y su marido desabrido y mal acondicionado; pero pudo tanto la bienaventurada santa con sus oraciones y lágrimas delante del Señor, y con su sufrimiento, paciencia y obediencia para con su marido, que le rindió y sujetó á Cristo nuestro Redentor y le hizo cristiano, y se conformó despues tanto con la voluntad de su mujer, que en todo procuraba darle gusto y contento, como quien entendia la santidad de ella y la merced que Dios por su medio le habia hecho. La manera que santa Mónica tuvo para ganar á su marido, dice san Agustin, que fué servirle como á señor; hablarle mas con sus costumbres que con sus palabras; sufrir los agravios que le decia; nunca enojarse con él, ni decirle mala palabra; hacer continua oracion al Señor, y suplicarle que le hiciese cristiano, y con la fé casto; cuando su marido estaba enojado y con la cólera como fuera de sí, no resistirle con hecho ni con palabra, sino callar, y á su tiempo, estando ya mas sosegado, darle con modestia y humildad razon de sí. Nunca quejarse con las otras mujeres del maltratamiento de su marido, ni hablar mal de él, como suelen hacer las que tienen ménos sufrimiento y prudencia. Y añade el mismo san Agustin, que quejándose las otras casadas y vecinas á santa Mónica del maltratamiento que les hacian sus maridos, y mostrando los cardenales y señales de los golpes que les daban, y maravillándose que siendo Patricio tan colérico y áspero de condicion, no se supiese que jamás hubiese puesto las manos en su mujer, ni entre ellos hubiese habido un dia de discordia ni una mala palabra, preguntando á santa Mónica cuál fuese la causa de esto, ella les respondia lo que hacia con su marido, y la forma que guardaba con él para tenerle sabroso y contento, y les aconsejaba que ellas la guardasen con los suyos, y que se acordasen que desde el punto en que habian tomado marido y se habian sujetado á él, le habian tomado por su cabeza y señor, y como á tal le debian obedecer y respetar, pues esto es ser casada, y con el sufrimiento y buen término ablandar al marido duro, y con la buena condicion, sujecion y modestia en hablar con él, hacerle bien acondicionado; porque no tiene ménos culpa la mujer que habla mal de su marido, que el marido que da ocasion con su mala vida para que la mujer hable mal de él. Las casadas que tomaban el consejo que la santa les daba, sentian su provecho y se holgaban; las que no le tomaban, sentian su trabajo y le lloraban. Todo esto dice de su madre san Agustin.

Dice mas: que tambien supo ganar á su suegra: la cual estando al principio poco gustosa con su nuera por los chismes de las criadas que sembraban cizaña, como suelen, entre las dos; santa Mónica con su humildad, paciencia y mansedumbre, y perseverancia, de tal manera la ganó, que la misma suegra hizo castigar á las criadas chismosas que la inquietaban; y amenazó y avisó á todas las de su casa, que lo mismo haria con las demás que murmurasen de su nuera, y le viniesen á decir mal de ella; y con esto se apaciguó la casa y vivieron todos en concierto y quietud. De esta manera fué santa Mónica ejemplo y dechado de casadas en el matrimonio.

Tuvo de su marido Patricio á san Agustin, al cual crió con gran cuidado y diligencia, pariéndole tantas veces con dolor de sus entrañas, cuantas le veia apartarse de la ley de Dios. Porque siendo mozo se enredó en vicios y livianidades, y creyó en los herejes maniqueos ántes de ser bautizado, y la santa madre derramaba ríos de lágrimas por su hijo, y clamaba de dia y de noche sin cesar al Señor, suplicándole que le sacase de aquella profundidad de errores y torpezas en que estaba. Era esto de manera que no podia reposar ni sosegar su espíritu, temiendo la perdicion de su hijo; y así acudia á todas las personas santas, doctas y graves que hallaba, rogándoles que hablasen, enseñasen y convenciesen á su hijo, y le alumbrasen con la luz verdadera y católica doctrina. Y como una vez rogase esto á un santo obispo; y él (por juzgar que aun no estaba Agustino sazonado y maduro para recibir la santa doctrina) no lo quisiese hacer, y ella le hiciese mayor instancia y le importunase con ruegos y copiosas lágrimas que lo hiciese, el buen obispo como cansado le dijo: Por vida vuestra,

señora, que no es posible que perezca un hijo comprado con tantas lágrimas como son esas vuestras; y con esta respuesta ella se consoló. Otra vez en sueños le reveló nuestro Señor que su hijo no se perderia; porque le parecia que estando muy afligida y consumida de dolor en una regla de madre, veia cerca de sí un mancebo hermosísimo y resplandeciente, que con rostro alegre y risueño le preguntaba la causa de su dolor; y como ella le respondiese que era la perdicion de su hijo, díjole que no tuviese pena, sino que mirase y advirtiese bien, que donde estaba ella estaba tambien su hijo; y así mirándolo con atencion vió que su hijo estaba en la misma regla en que estaba ella; y entendió que el Señor con aquella demostracion le daba á entender que su hijo vendria á creer lo que ella creia, y á recibir la fé en que ella estaba. Vínole ganas á san Agustin de dejar á Cartago, donde leia retórica, y pasar á Roma para valer mas. Procuró la santa madre estorbárselo con todos los medios que pudo; y en fin él la engañó y se fué á Roma, donde tuvo una grave y peligrosa enfermedad, de la cual nuestro Señor le libró por las oraciones de su buena madre, para que no quedase atravesada perpetuamente de dolor viendo á su hijo muerto sin bautismo y en desgracia de nuestro Señor, como lo dice el mismo san Agustin por estas palabras: «Con mayor solicitud me paria mi madre en espíritu, que me habia parido en la carne: y no veo cómo se pudiera curar la llaga que le hiciera al verme morir de aquella manera, y de qué provecho hubieran sido aquellas oraciones tan continuas y tan fervorosas, que ella por mí á vos, Señor, hacia. ¿Pudiérades vos, que sois Dios de las misericordias, despreciar el corazon contrito y humilde de una viuda casta y sobria, que hacia tantas limosnas y servia con tanto cuidado á vuestros siervos, y cada dia os ofrecia ofrenda en vuestro altar; y la mañana y la tarde infaliblemente venia á la iglesia, nó para parlar, sino para oir vuestra palabra, y para ser oida de vos en sus oraciones? ¿Vos habíades de desechar las lágrimas de la que no os pedia oro y plata, ú otra cosa frágil y caduca, sino la salvacion del alma de su hijo?» Esto es de san Agustin.

Pero no se contentó santa Mónica con las oraciones y penitencias que continuamente hacia por su hijo, sino que se determinó de venir á buscarle á Italia, y pasó el mar con grande confianza y seguridad, animando á los otros pasajeros y marineros, que estaban atemorizados por la tormenta que les sobrevino, y halló á su hijo en Milan, adonde habia sido enviado de Roma para enseñar la retórica; y con la comunicacion y sermones de san Ambrosio estaba mas blando y no tan pertinaz como solia. Aquí en Milan tuvo mucha familiaridad con el santo, que á la sazon era obispo de ella; y le amaba y respetaba como á un ángel del cielo, así por sus admirables virtudes, como porque esperaba que por su medio su hijo se habia de convertir y salir de aquel abismo de errores en que estaba, como despues sucedió. San Ambrosio estimaba y alababa á santa Mónica, como á tan gran sierva del Señor, y queria bien á san Agustin, no tanto por su gran ingenio, como por ser hijo de tal madre, la cual vivia de oracion, y era la primera que entraba en el templo y la postrera que salia de él, y la mas fervorosa en las vigilias que en aquel tiempo se hacian en Milan con gran devocion de los católicos, contra la violencia y furor de Justina, madre del emperador Valentiniano el Mozo.

Esta emperatriz era hereje arriana, y por favorecer y establecer su mala secta, perseguia á san Ambrosio, que se le oponia, y á los otros católicos que le contradecian; mas san Ambrosio, por animar á su pueblo y alegrarle con alguna consolacion y alivio espiritual, para que no desmayasen por la fuerza y violencia de la persecucion de la emperatriz, que era terrible, instituyó que se cantasen los himnos y salmos, como se usaba en la Iglesia oriental, y despues siguieron esta misma costumbre las otras Iglesias; de suerte que no tiene fundamento lo que algunos escriben, que san Ambrosio, por aviso de santa Mónica, quitó las vigilias eclesiásticas, porque se usaba mal de ellas; porque ántes en su tiempo se frecuentaron y celebraron con mayor fervor por la ocasion que habemos dicho, como se saca del mismo san Ambrosio y de san Agustin, y doctamente lo notó el cardenal Baronio. Finalmente, con el trato y familiaridad que tuvo Agustino con san Ambrosio, se convirtió y bautizó en Milan á los treinta y cuatro años de edad, y fué despues tan gran santo y uno de los mas firmes pilares de la Iglesia católica, haciéndole Dios nuestro Señor á él, y á nosotros en él, tan gran merced por las oraciones y lágrimas de su bendita madre santa Mónica; y por esta causa celebra la santa Iglesia la conversion de san Agustin á los 5 de mayo, en el cual dia se bautizó; y no hace esto por la conversion de ningun otro santo, sino por la de san Pablo.

Volviendo, pues, santa Mónica muy consolada y alegre con su hijo san Agustin para África, y habiendo llegado á la ciudad de Ostia, que está como cuatro leguas de Roma, aguardando embarcacion y tiempo para navegar, fué nuestro Señor servido que muriese allí. Habia estado poco ántes con su mismo hijo san Agustin, hablando á solas dulcísima y altísimamente del menosprecio de todas las cosas visibles, del amor y deseo de las celestiales y eternas, y dichole que ya no tenia para qué vivir, pues Dios nuestro Señor le habia cumplido su deseo de verle cristiano y siervo suyo, y que allí moriria, y que enterrasen su cuerpo donde quisiesen: pues para Dios nuestro Señor ninguna cosa está léjos, y que en cualquiera lugar que estuviese conoceria su cuerpo y le podria resucitar; que una sola cosa les rogaba, que dijesen misas por ella y se acordasen de su alma en el altar del Señor; y á los nueve dias de su enfermedad pasó la bienaventurada santa Mónica á la vida perdurable, siendo de cincuenta y seis años. Quedó el santo hijo lastimado por la pérdida de tan santa madre, y enterró su cuerpo en la iglesia de Santa Aurea, en la misma ciudad de Ostia: de la cual, en el año trece del pontificado del papa Martino V, fué trasladado á Roma y colocado en la iglesia de San Agustin, á los 9 de abril.

De su madre, dice san Agustin, que fué sierva de los siervos de Dios, y que cualquiera de ellos que la conocia y trataba, se movia á alabar, honrar y amar mucho al Señor, porque conocia que moraba en el corazon de ella, como lo testificaban las buenas obras, y el fruto de su santa conversion; y que habia sido mujer de un solo marido, y pagado á sus padres lo que les debia por haberla engendrado; gobernado su casa con gran piedad, ejercitándose continuamente en loables obras; criado sus hijos en el temor de Dios, pariéndolos tantas veces cuantas ellos se apartaban del camino de la virtud, y tenia tan gran cuidado de todos los que iban en su compañía, como si fuera madre de todos; y así los servia como si fuera hija de cada

uno. Dice mas san Agustin: que era muy pacífica y muy amiga de hacer amistades entre las personas que se tenian mala voluntad, y que le habia nuestro Señor dado singular gracia para ello; porque oyendo muchas veces de la una parte y de la otra quejas y palabras de amargura, sentimiento é injuria (como comunmente suele decirse, cuando el corazon está ciego y turbado con la pasion de la ira ú odio), nunca referia cosa que hubiese oido de los unos á los otros, sino solamente lo que podia amansarlos y desenojarlos, y aprovechar para la paz y concordia que ella pretendia, procurando en todo unir los corazones desunidos y quitarles la amargura del odio con la dulzura de la santa caridad: muy diferente de lo que hacen algunos, que no solamente refieren el mal que oyen á las personas de quienes se dice, ántes le acrecientan y añaden lo que no oyeron, como lo dice y llora san Agustin: el cual con extenderse en estas y otras alabanzas de su piadosa madre, es cosa maravillosa ver con cuán dulce y tierno afecto suplica á nuestro Señor que le perdone las culpas que cometió; y á todos los siervos de Dios que leyeren lo que él escribe, que se acuerden de ella cuando estuvieren en el altar del Señor: porque, dice, aunque ella fué vivificada en Cristo, y vivido tan santamente, no por eso se atrevia á decir que despues que fué lavada con el agua del bautismo no habia salido palabra de su boca contra los mandamientos de Dios: y que sin su misericordia no hay vida de hombre tan loable que no tenga mucho que temer. Celebra la Iglesia católica la fiesta de santa Mónica el dia de su muerte, que fué á los 4 de mayo del año del Señor de 389.

San Silvano, obispo y mártir.—Fué natural de Gaza y obispo de esta misma ciudad. Dotado de un talento estraordinario, y aun mucho mas de zelo por la religion de Jesucristo, tuvo que sufrir muchos trabajos de los enemigos de la fé. Encontrándose en cierta ocasion en Cesarea, despues de haber sido cruelmente azotado, fué espuesto desnudo á la vergüenza pública. No fué este solo el tormento que sufrió Silvano, sino que anciano ya, desgarraron sus costados con garfios de hierro, siendo por último condenado á las minas de Feunes en Palestina; allí durante la persecucion de Diocleciano, y por órden del emperador Maximiano, fué martirizado junto con la mayor parte de su clero. Acaeció su muerte el año 309, siendo tambien degollados en el mismo dia treinta y nueve cristianos, habiendo sufrido ántes varios tormentos.

San Ciriaco, obispo y mártir.—Créese fué obispo de Ancona en Italia, y el Martirologio romano dice, que habiendo ido á visitar los santos lugares de Jerusalen, fué muerto por órden del emperador Juliano Apóstata.

San Porfirio, presbítero y mártir.—Vió la luz en Camerino ciudad de Umbría, y estando en Roma en tiempo del emperador Decio, envióle el papa á su patria Camerino, donde debia desplegar todo el ardor de su zelo y de su ciencia en la predicacion del Evangelio. Efectivamente, á sus trabajos apostólicos debió la mayor parte de aquellos paises el conocimiento de las verdades de la fé, y desde los mas infelices hasta los principales habitantes de aquellas tierras, llegaron á mirar á Porfirio como á su apóstol y su padre. Los paganos no pudieron ver con indiferencia por mucho tiempo la rapidez de las conquistas de este sacerdote del Señor, y en los primeros dias de persecucion, el año 230, le hicieron sufrir una dolorosa muerte.

Santa Antonia, mártir.—Fué natural de Nicomedia, y logró la dicha de oir la predicacion del Evangelio de la misma boca del apóstol san Andrés. Recibió el bautismo, y al poco tiempo acusada de ser cristiana, sufrió por parte de los gentiles crueles y excesivos tormentos: despues estuvo colgada de un brazo por espacio de tres dias, luego permaneció dos años encerrada en un oscuro calabozo, y finalmente, por órden del gobernador Prisciliano, fué quemada confesando á Jesucristo en su misma patria, el último año del siglo I.

San Godoardo, obispo y confesor.—Fué natural de Baviera, y abad de Altaich en aquel pais. Reformó las abadías de su nacion, y habiendo vacado la silla episcopal de Hildesheim, en el año 1021, fué el santo compelido á aceptarla. El objeto principal de todas sus atenciones fué el socorro espiritual y corporal de los pobres, y coronado de virtudes, murió entre sus ovejas el dia 4 de mayo del año 1038, siendo despues canonizado por el papa Inocencio II, en el año 1131.

San Florian, mártir.—Fué natural de Austria y ciudadano de Lorch. En este lugar sufrió el martirio en tiempo del emperador Diocleciano. Atáronle una piedra al cuello, y habiéndole arrastrado por el camino, fué echado al rio Eus, en cuyo instante fueron todos los circunstantes testigos de un prodigio grande, por el cual el cielo mostraba cuán agradable le era el sacrificio de su ilustre mártir.

Santa Pelaya, vírgen y mártir.—Era de Tarso, y vivia en el reinado del emperador Diocleciano. Oyendo hablar de la doctrina de Cristo, y deseando abrazarla, vió en sueños á un obispo bautizando; y pretextando ir á ver á su nodriza, fué despues á hacerse bautizar. Habiéndolo sabido su familia y el prefecto de la ciudad, fué llamada ante el juez, y como confesase constantemente que era cristiana, y que por nada de este mundo dejaria de serlo, fué metida dentro de un buey de bronce hecho ascua, y allí recibió la palma y la corona del martirio.

San Paulino, mártir.—Fué diácono de la iglesia de Colonia, ordenado por Materno, y mereció ser envuelto en la persecucion de los primeros siglos del cristianismo, derramando su sangre por confesar á Jesucristo. Sus reliquias están depositadas en la iglesia de Santa Cecilia, de la ciudad de Colonia, donde obra el cielo por su intercesion muchos milagros.

San Venerio, obispo y confesor.—Fué natural de Italia, y se educó en la escuela de san Ambrosio, que le ordenó de diácono. Sus virtudes y su zelo animaron á muchos en el camino de la perfeccion, y estando vacante la sede episcopal de Milan, fué Venerio elegido y consagrado obispo. San Juan Crisóstomo y san Paulino de Nola le escribieron varias veces, felicitándole por los progresos del Evangelio, que su zelo promovió; y siendo ilustre en merecimientos y en milagros, murió santamente el dia 4 de mayo del año 409.

San Curcodemo, diácono y confesor.—Siendo subdiácono de la iglesia de Roma, y muy querido por sus relevantes prendas cristianas, fué ordenado diácono por el papa san Pio, y enviado á Auxerre á fundar aquella iglesia y predicar á sus habitantes la fé de Jesucristo. Despues de trabajar con mucho fruto en la Iglesia del Señor, acabó sus dias tranquila y santamente, durante el siglo III.

San Sacerdote, obispo.—Nació en Aquitania de padres santos, y despues de haber pasado sus primeros años en el estudio de las ciencias y de los deberes de cristiano, entró al servicio de la Iglesia. Pasó por todos los grados de la jerarquía, y últimamente fué elegido obispo de Limoges, cuya Iglesia santificó con sus extraordinarias virtudes. Hallándose en Perigord, por los años de 530, se sintió acometido de una enfermedad mortal: preparóse fervorosamente para la hora suprema, y entregó su espíritu á Dios.

DIA 5.

San Ángelo, mártir.—Uno de los mas gloriosos entre tantos admirables hijos que ha tenido el sacro monte Carmelo, ha sido el insigne mártir san Ángelo, hombre en el ser, ángel en la pureza, y querubin en la sabiduría. Su concepcion fué anunciada á sus padres, nó de un ángel como la del Bautista, sí de la misma Reina de los ángeles. José y María, nobles casados, descendientes de la real casa de David, aunque judíos de profesion, eran estimados en la ciudad de Jerusalen por su buena vida y loables costumbres. Es verdad que vivian en la pérfida ceguedad del judaismo; pero pulsando la sangre y parentesco que tenian con el verdadero Hijo de David, Cristo Señor nuestro, los hacia desear la verdad de la fé: para la cual hacian súplicas, oraciones, ayunos y penitencias. Compadecido su Majestad de ver aquellas dos flores de virtud entre las espinas de la infidelidad, una noche que vestidos de cilicios, y bañados en lágrimas, perseveraban fervorosos en la súplica, les apareció la Reina de los ángeles, Madre de Dios y Señora nuestra, María santísima, sin pecado concebida, cercada de resplandores y gran multitud de ángeles, y con alegre y cariñoso rostro les anunció la verdad del Evangelio, mandándoles se bautizasen, y que les aseguraba dos hijos, «que serian (dijo la soberana Reina) dos lucientes candeleros en el templo del Señor, y dos olivas floridas en el monte del Carmelo. Al primero llamareis Ángelo; al segundo Juan: aquel será glorioso mártir; este patriarca de Jerusalen; y siempre tendré á los dos debajo de mi amparo y tutela.»

Desapareció la emperatriz de los cielos; y ellos luego recibieron gozosos el agua del bautismo, viviendo santa y religiosamente, y mereciendo continuados favores del cielo. El sábado santo, estando oyendo misa en el templo de Jerusalen, que celebraba el patriarca Nicodemus, al tiempo que sobre el cáliz hacia la señal de la cruz con la Hostia, vieron con los ojos corporales á Cristo nuestro bien, en la misma edad y forma que tenia al tiempo de su predicacion: con lo que los dejó consoladísimos, y de nuevo confirmados en la fé. A pocos dias se sintió María ocupada, y á la mitad de abril del siguiente año, que fué el de 1186, parió dos hermosos niños que luego hizo bautizar, llamando al primero Ángelo, y Juan al segundo, segun les habia ordenado y mandado la Vírgen sacratísima.

Desde luego fueron abstinentes; pues jamás tomaron el pecho sin conocida necesidad; y sus padres, agradecidos al cielo, repartieron su hacienda á los pobres, profetizando que sus hijos tenian ya las riquezas del cielo por patrimonio y herencia. Pagóles Dios la renuncia, con avisarles habia de darles la gloria. Murieron y fueron sepultados en el convento de Santa Ana de religiosos carmelitas. Quedaron Ángelo y Juan huérfanos y pobres, de edad de cuatro años; mas nó desamparados: porque el patriarca de Jerusalen, á quien sus padres los encomendaron ántes de morir, tomó á su cargo el alimentarlos y doctrinarlos. Aprendieron las artes liberales, saliendo en todas doctísimos, sobre todo en la sagrada teología y lenguas hebrea, griega y latina, que en todas se aventajaban á todos á los diez y ocho años de su edad. Viéndose ya en esta edad, y que á su nuevo padre el patriarca se le acercaba la muerte, le pidieron con grandes instancias les hiciese dar el hábito de nuestra Señora del Cármen, en el mismo convento de Santa Ana, donde habian sido enterrados sus padres: convento antiquísimo, fundado fuera de los muros de la santa ciudad (aunque antiguamente estaba dentro), y cerca de la puerta que llamaban *Dorada*, donde estando la casa de la gloriosa santa, fué concebida en gracia y gloria la Madre de la gracia y gloria del mundo todo, María santísima, Señora nuestra. Aquí, pues, tomaron el hábito el dia de la Natividad de la Vírgen santísima, el año de 1201, con gran solemnidad y alegría suya, del santo patriarca, de los religiosos todos del convento, y edificacion del pueblo católico.

En el noviciado dieron evidentes muestras de que eran consumados en toda virtud y observancia religiosa: por lo cual con gran satisfaccion y aprobacion de su maestro y toda la comunidad, hicieron su solemne profesion, el año siguiente de 1205. Deseaban grandemente los benditos recien profesos vivir en soledad, por darse á Dios mas á solas; y así los mudaron luego al monasterio del monte Carmelo, por ser mas retirado. En este tiempo fué, cuando el glorioso patriarca de Jerusalen san Alberto, nuevo sucesor del que habia criado á nuestros santos, dió nueva regla á los religiosos carmelitas; y para mostrar que sus rigores no eran inobservables, como algunos juzgaban, previno el Señor á Fr. Ángelo y Fr. Juan, que, pareciéndoles pocos, alcanzaron licencia del prior para añadir á los que la regla mandaba. Los ayunos que ella manda desde la Santa Cruz de setiembre hasta el dia de la Resurreccion, cumplian con pan y agua. Los lúnes, miércoles y viernes se abstenian del pan, contentándose con unas habas crudas. Desde pascua de Resurreccion á la de Pentecostés, los miércoles y viernes ayunaban á pan y agua, y los demás dias añadian unas yerbas rociadas con unas gotas de aceite; y volviendo por la Santa Cruz de setiembre á comenzar sus ayunos, tenian por gran regalo, los domingos y jueves, una porcion de legumbres: sin que jamás comiesen carne, ni leche, ni bebiesen vino, como los antiguos carmelitas observaron. El hábito era muy áspero y tosco, y á raiz de las carnes traian una cota de hierro por camisa: su cama la tierra dura, y en sus indisposiciones una tabla con un poco de heno, y dos mantas, una para cubrirlo y otra para echar encima, mas por honestidad que por abrigo ó regalo. Dormian siempre vestidos, y nunca echados, sino recostados; para que el quebrantamiento del cuerpo los dispertase á la oracion, en que tenian su mas florido lecho. Rezaban el oficio divino de rodillas, y despues con gran devocion todo el Salterio, sin saber mas camino, que desde el coro á sus celdas, si el prelado no les ordenaba otra cosa. En cuya fé

comenzó san Ángelo á manifestar la virtud de hacer milagros, que le concedió el Señor, en todo semejante á la que antiguamente acreditó á sus santísimos padres, Elías y Eliseo.

Un dia fuéron los dos hermanos, mandándoles el prior, á cortar leña para el monasterio. Cayósele á Fr. Juan el hierro de la hacha en un estanque profundo que recogia el agua de la fuente de San Elías, su padre. Afligióse por ser prestado, y no tener los religiosos posibles para pagarlo. Su hermano Ángelo, que le vió afligido, se puso en oracion, y luego tomó el hástil, y aplicándole al agua (como en el Jordan hizo su padre san Eliseo) vieron, que andando el hierro y subiendo contra su naturaleza, se encajó en el palo. Quedóse admirado Fr. Juan; pero Ángelo le dijo, que diese gracias á Dios y lo tuviese en silencio. Así lo hizo: pero Dios que queria manifestar la santidad de su siervo Ángelo, se lo reveló al santo prior de su convento, que á la sazon estaba en oracion: el cual, para gloria del Señor y edificacion de los demás, publicó la maravilla en el convento. Con estas penitencias y aspereza de vida, llegaron los dos santos hermanos al año de 1213, en que haciendo órdenes el patriarca de Jerusalen, el prior los envió (con otros religiosos) á ellas, aunque lo rehusaban humildes, reconociéndose por indignos del sacerdocio santo. No les bastó su humilde excusa, y así obedeciendo, salieron del monte y le dieron vuelta, porque san Ángelo quiso visitar la cueva de san Juan Bautista, especial devoto suyo, y así hubieron de pasar el Jordan, el cual venia tan crecido, por haber llovido aquellos dias, que la barca estaba anegada, y mucha gente detenida por no haber paso.

Tuvo Ángelo lástima á los detenidos pasajeros, y puesto en oracion, al cabo de media hora se levantó, y vuelto al rio, le dijo animosamente: «Sagrado rio, por la virtud que en tí dejó Jesucristo cuando se bautizó en tus aguas, por el poder de la santísima Trinidad y la intercesion de nuestro padre san Elías, cuando con su discípulo Eliseo hirió con su melota tus aguas; te mando que des paso enjuto á estos religiosos y fieles que están aquí detenidos.» ¡Caso maravilloso! Al instante se dividió el rio y dió paso enjuto y libre á todos los pasajeros. Divulgóse por todo el reino la maravilla, y fué causa de la conversion de muchos judíos y sarracenos, y en san Ángelo de mayor humillacion; pues cuanto mas lo sublimaba el Señor, quedaba en sí mas abatido y confuso. Ordenáronse de sacerdotes los santos hermanos, y despues de algunos dias se partieron para su Carmelo. Vinieron por Belen, por visitar el santo pesebre, y llegando á la ciudad se conmovieron sus vecinos, y por la opinion que le seguia á Ángelo de santo, le traian sus enfermos y necesitados, fiando de su intercesion la salud. Entre los demás vino una mujer llamada Isabel, llorando la muerte de un hijo que se habia muerto entre las travesuras de mancebo, y le pidió se lo resucitase. Excusábase el santo, confesándose indigno de que por él obrase Dios tan gran milagro: pero ella con importunos ruegos y repetidas lágrimas, hizo traer á su presencia al difunto, que habia dos dias que lo era; y era tanta la fé, que solo pedia tocase el cuerpo con la punta de su capa, fiada en que solo con tocarla habia de resucitar su hijo. Enternecieron el corazon del santo los clamores de la mujer, y los demás ayudaron con sus ruegos y lágrimas: hizo san Ángelo oracion, y aplicando la capa al difunto, al instante se levantó vivo, con admiracion de todos los circunstantes. Echóse el mozo á sus piés, dándole las gracias por el beneficio, confesando que no solo debia á su intercesion la vida corporal, sino tambien la del alma, la cual habia perdido por sus juramentos y blasfemias.

Sucedió este milagro por la fiesta de la Epifanía, que habian concurrido á Belen muchos prelados circunvecinos y multitud de gente, con lo que fué mayor su aplauso. No pudiendo sufrirlo su modestia, porque reconocia que el cuerpo peligra entre las espadas, y el alma entre las alabanzas y lisonjas, pidió al Señor que le pusiese en seguro. Discurrió dónde se iria, y envióle Dios un ángel que le confirmó en su propósito, señaló el lugar de su habitacion, y se le ofreció por compañero en el camino, como á Tobías Rafael. Con este seguro y fiel compañero y licencia que tenia, aunque oculta á los demás, de su prior, salió en compañía del ángel que le guió al desierto de la Cuarentena, no léjos de Jericó, y á imitacion de Cristo que lo consagró con su ayuno de cuarenta dias, estuvo en él san Ángelo por espacio de cinco años, tan retirado de toda humana conversacion que ni monjes ni seglares lo pudieron descubrir por diligencias que hicieron, porque quien lo llevó á la soledad lo encubria, segun dice David, en lo mas escondido de su rostro. Era el sitio áspero, espantoso y que causaba horror solo mirarlo, pero al santo le pareció un ameno paraiso; y excediendo al rigor de la habitacion el de su vida, se hizo un espectáculo gustoso á los ángeles y al cielo. Procuró con todo fervor imitar los ayunos de Cristo, bien nuestro. Castigaba su cuerpo inocente con rigurosos silicios y penitencias. Las noches gastaba en oracion, bañado ya en lágrimas, ya en júbilos, estos por agradecido á los divinos fervores, y aquellas por dolor de sus pecados. Asistíale el Señor, y los ángeles le acompañaban y traian la comida, que como de tales manos le llenaba el cuerpo y el alma de celestiales dulzuras.

Al paso que por huir del mundo las aclamaciones, se retiró al desierto, se las buscaba el Señor mayores en los poblados: y como la capa de su padre Elías, dejada á Eliseo, substituyó por su dueño abriendo el Jordan milagrosamente; así la capa de Ángelo, que se habia dejado en Belen (por no poderla sacar sin nota de sus compañeros), obró tantos milagros, que no solo sanaba enfermos de varias enfermedades, á quienes la aplicaban como sagrada reliquia, sino es que resucitó siete muertos, cuyos nombres trae el patriarca Enoch, autor de esta vida é historia; el cual refiere tambien, que los cinco que eran varones se hicieron religiosos, y las dos que eran doncellas, tomaron de religiosas el hábito; para que se viese que sus milagros, no tanto miraban á la salud del cuerpo, cuanto á la del alma. Al quinto año de su retiro se le apareció Cristo, bien nuestro, mas resplandeciente que el sol, acompañado de ángeles y santos, y díjole, que ya era tiempo de que volviese al poblado; porque su eterno Padre le tenia señalado para otra empresa, no ménos dificultosa y agradable, que la del yermo; que era dar la vida por reducir pecadores. Postróse Ángelo á tanta luz: resignóse en la divina voluntad; ofreció la vida al sacrificio, y respondió que obedecia pronto y humilde. Mandóle su Majestad ir á Jerusalen á predicar contra los vicios, y despues á Alejandría; de donde se llevaria unas reliquias sagradas para librarles de que los bárbaros las profana-

sen; y que pasando á Roma las daria al pontífice para que las venerase y colocase en lugar decente; y que al fin pasase á Sicilia donde le esperaba guerra declarada con los vicios; «mas triunfarás gloriosamente,» dijo su Majestad, «para que con la corona del martirio, como otro Bautista, entres triunfante en mi reino. Y así ten ánimo; pues yo soy el que te llevo y asisto.»

Despues de mostrarse humildemente agradecido á tantos divinos favores, y haber tenido soberanos coloquios con su divina Majestad, ya agradeciéndole la gran misericordia de que usaba con los pecadores, ya pidiéndole que si pudiese ser no profanasen los bárbaros aquellos santos lugares, ni perturbasen tanto la cristiandad; supo de la boca de la Verdad misma, como, aunque por nuestros pecados grandes permitiria tanto estrago, y ruina tanta en su pueblo escogido, dando lugar al bárbaro otomano á que se señorease de toda la Judea, Galilea, Samaria, Capadocia, con muchas provincias de África y Asia Menor y la Grecia, y hasta los reinos de Egipto y Dalmacia, sin perdonar la Hungría, ni dejar de perturbar á Italia; con todo su gran piedad y misericordia, cuando viere reconocido y arrepentido á su pueblo católico, levantará el brazo de su poder un fuerte guerrero que libertará á Jerusalen, rescatará sus provincias, levantará sus iglesias y volverá su corona al cristianismo. Con esto desapareció Cristo; y san Ángelo quedó deshecho en lágrimas, considerando lo mucho que irritan á Dios nuestros pecados. El cumplimiento de la amenaza y profecía nos ha dado la experiencia. El de la libertad parece se va cumpliendo, segun en nuestros dias vemos triunfante la Iglesia católica contra las medias otomanas lunas, siendo el guerrero fuerte el emperador Leopoldo; su divina Majestad conceda lo veamos todo cumplido, así como se lo ofreció á su siervo san Ángelo, para que aquellos lugares santos donde Cristo Señor nuestro tuvo su nacimiento, y obró nuestra redencion, no estén mas tiempo en posesion de paganos.

Salió san Ángelo de su amada soledad, obedeciendo á Cristo, por la octava de la Epifanía del año de 1219, habiendo estado en ella cinco años, y se encaminó á Jerusalen. Iba tan flaco y desfigurado, que apenas lo conocian los religiosos. Su hermano á este tiempo ya era patriarca de Jerusalen; hízole grandes instancias para que se quedase allí; mas advertido del órden que tenia de pasar á Italia, hubo de obedecer al cielo como su hermano Ángelo. El cual, despues de haber predicado casi dos meses y convertido gran parte de judíos y moros, y reducido á mejor vida infinitos católicos que le oian como si fuese un Bautista ó un Elías; avisado del cielo, que prosiguiese su viaje, se despidió de su hermano, pidió licencia al general y eligió por compañeros tres insignes religiosos de su hábito, Fr. José de Emmaús, Fr. Pedro de Belen, que despues fueron obispos, y Fr. Enoch Jerosolimitano, que subió á ser patriarca de Jerusalen, y escribió la vida de su compañero san Ángelo. Partieron para Alejandría de Egipto, dejando á todos tristísimos con su ausencia. En esta ciudad predicó hasta fin de mayo; y entregándole el patriarca de ella, con harto dolor de su corazon, las reliquias que por órden del cielo le pidió san Ángelo, se hicieron á la vela en una nave genovesa. Navegaron quince dias; y habiendo descubierto tierra de Sicilia cerca ya del puerto, dieron con cuatro galeras de moros, que cercando de improviso la nave la rindieron. Setenta moros entraron dentro; y viendo iban aprisionando los cristianos, les dijo san Ángelo: Tratad bien á los siervos de Jesucristo. Pero ellos sin hacer caso, mas irritados, pasaron á atarle tambien á él por los piés. Levantó al cielo los ojos y las manos, diciendo: Líbranos, Señor, de las manos de tus enemigos, y dá gloria á tu nombre. Fué tan eficaz esta oracion, que juntó muchos milagros en uno; porque bajando fuego del cielo, hizo ceniza á los setenta moros sin tocar á los cristianos, y trescientos que habian quedado en las galeras quedaron ciegos con su resplandor: los cuales á grandes voces comenzaron á pedir misericordia á los cristianos. Compadecido el santo pasó á las galeras con algunos cristianos, y les dijo: Quien de vosotros se hiciere cristiano, cobrará la vista del cuerpo y del alma; y todos respondieron que querian ser cristianos; con que habiéndolos catequizado algunos dias que se detuvo en aquel puerto, los bautizó, y con la luz de la fé recibieron todos la corporal de sus ojos.

Partieron despues para Mesina, donde entró con aquel solemne triunfo y despojo que habia ganado por Jesucristo, y se fué á hospedar á su convento, acompañado de toda la ciudad que se habia conmovido á la voz de tantos milagros. Aquí hizo otros muchos, sanando enfermos de varias enfermedades, y milagrosas conversiones con tres sermones que predicó. Partióse para Roma, y llegando á besar con toda humildad el pié al sumo pontífice Honorio III, le presentó las reliquias que por órden del mismo Cristo le traia de Alejandría, que fueron un brazo y una pierna de Juan Bautista, la cabeza del santo profeta Jeremías, un brazo de santa Catalina, vírgen y mártir de Alejandría, una pierna del ínclito mártir san Jorge, y una preciosa imágen de nuestra Señora, pintada por san Lucas: las cuales recibió su santidad con gran consuelo y estimacion, por saber de boca del mismo san Ángelo, era órden del cielo que las recibiese y tuviese en toda veneracion como lo hizo. Visitó los santuarios de aquella santa ciudad, adoró sus reliquias, y ganóle á Dios muchas almas en el púlpito. El santo pontífice le oyó cuatro sermones, y se le aficionó tanto, que con grandes instancias le rogó se quedase en Roma; y pasara á mandárselo, si no supiera tenia órden del cielo para volver á Sicilia. Dióle en muestras de su cariño la iglesia de San Julian, en los Montes y Trofeos de Mario, para convento de su religion que hoy posee; y por este título de antigüedad y fundacion preceden en Roma los carmelitas á los padres menores y agustinos.

Uno de los sermones que predicó en Roma Ángelo, fué en San Juan de Letran, donde tuvo por oyentes á los gloriosos padres santo Domingo y san Francisco. San Ángelo sin haberlos jamás visto ni tenido de ellos noticia, con luz superior los conoció desde el púlpito, y así dijo en el sermon, que entre los que le oian habia dos nuevas y firmes columnas de la Iglesia. Predicó con tanto fervor y espíritu, que admirados los dos santos patriarcas, luego que acabó, se llegaron á él, y nombrándose por sus nombres como si toda la vida se hubieran conocido, se abrazaron. Ángelo, adelantándose, les dijo: Sálveos Dios, grandes doctores de la milicia cristiana. A tí, Domingo, á quien ha escogido el Señor para acérrimo impugnador de las herejías, y predicador contra los vicios: y á tí, Francisco, principal imitador de Jesucristo, cuyas cinco llagas ha de

imprimir en tu cuerpo por premio de tu humildad. Á estas proféticas razones respondió santo Domingo: Alégrate, Ángelo, á quien el Señor por singular privilegio ha escogido por predicador de la verdad contra los vicios y herejías, y lustre de la Iglesia con tus virtudes y ejemplos. Á que añadió san Francisco: Con razon, Ángelo, te puedes alegrar; porque en breve tiempo darás tu vida por la honra del Señor en el reino de Sicilia, y con tres coronas de vírgen, doctor y mártir, subirás triunfante al cielo. Con estos y otros coloquios santos se alegraron y comunicaron entre sí estas tres lumbreras del mundo. Salieron juntos, y llegando á Santa Sabina, cuya iglesia este mismo año dió el papa á santo Domingo para convento de su religion, les pidió un leproso la salud, que tuvo luego por la oracion de tan poderosos abogados. En Santa Sabina pasaron la siguiente noche los tres, ya en oracion, ya en santísimos coloquios. Hoy se lee sobre la celda en que vivió santo Domingo en este convento, una latina inscripcion que es memoria eterna de todo lo referido, demás de referirlo el patriarca Enoch que se halló presente, y otros gravísimos autores.

Recibió Ángelo la última bendicion del papa, y partióse habiéndose despedido de sus dos santos amigos, con sus tres compañeros de Roma. Predicó en el reino de Nápoles, y ganó con su predicacion y milagros, infinitas almas para Dios, y para su religion muchos sugetos y algunos conventos. Llegó al fin á Sicilia, desembarcando en Palermo, donde con su predicacion convirtió doscientos y siete judíos moros, y redujo á verdadera penitencia á infinitos cristianos, haciendo asimismo muchísimos milagros. Entrado el año de 1220, se partió á Agrigento con deseo de visitar su obispo. En el camino pasó por las termas ó baños Cefalitanos, en que halló siete leprosos que reñian con la guarda, sobre que no los dejaban entrar: compadecióse Ángelo, y díjoles: Tened paz, hermanos mios, y si quereis alcanzar salud, arrepentíos de vuestras culpas y confesadlas, que sanareis sin duda. A esta voz conmovidos todos siete, se confesaron con él; y habiéndoles absuelto y hecho oracion por ellos, los dejó tan sanos y buenos, como si en su vida no hubieran tenido tal enfermedad. Halláronse presentes á este tan grande milagro mas de ciento y treinta personas, y entre ellas el arzobispo de Palermo, que aquejado de graves dolores habia venido á bañarse; pero manifestando al santo su necesidad, halló en él mejor medicina, y la salud entera, sin necesidad del baño. Viendo el agradecido arzobispo, que no pudo detener á Ángelo en su ciudad, se fué con él á Agrigento, hecho discípulo suyo y predicador de su santidad y milagros. En esta ciudad de Agrigento hizo lo que en las demás, sacar infinitas almas de pecado, y sanar infinitos cuerpos.

A los primeros de marzo salió para Leocata, acompañándole siempre el arzobispo. Era esta ciudad la que le habia señalado el Señor por campaña de sus triunfos; y así comenzó á hacer cruel guerra á todos los vicios con su divina predicacion. Pudo tanto con los ánimos más obstinados, que en breve tiempo no se oia otra cosa que llantos, clamores, penitencias y confesiones públicas. No lo hizo así el tirano conde Berengario, hombre fiero, hereje y desalmado, á quien en secreto afeó muchas veces Ángelo, entre otros vicios detestables, el estar públicamente amancebado con su hermana, la ofensa que hacia á Dios, el escándalo que daba al pueblo; y de todo se reia el hereje, haciendo gala de ser vicioso. Viendo su dureza, el santo prosiguió en público, y en un sermon que predicó á los 25 de abril, en que cayeron las letanías mayores, dió el Señor tal virtud á su voz, que convirtió el corazon de Margarita, hermana y manceba de Berengario. Luego que se convirtió tomó sus tres hijos por sacarlos de tan mal padre, y llena de dolor y lágrimas, se fué á los piés de Ángelo, manifestando su pecado y arrepentimiento. Suplicóle, que sacándola del poder de su hermano, la pusiese en parte segura donde pudiese satisfacer al Señor lo mucho que le habia ofendido. Gozoso el santo, oyó á Margarita en confesion, confirmóla en su propósito, y ofrecióle de parte de Dios el remedio y la seguridad.

El pérfido Berengario, que con la conversion de cualquiera pecador mas se obstinaba, sabiendo la de su hermana dió en frenético, y lo ménos con que se contentaba era dar muerte á san Ángelo. Para la ejecucion habló á los de su séquito, que como hombre poderoso y desalmado tenia muchos, y determinaron fuese en público y en dia solemne, para que fuesen mas solemnes y públicas sus maldades. Mientras Berengario prevenia crueldades, el cielo prevenia favores á Ángelo; y así estando en oracion se le apareció san Juan Bautista y le dijo: «Sabe, Ángelo, que tus virtudes y buenas obras son tan aceptas á Dios, y á su santísima Madre María, que á 5 de mayo te han de llevar á la patria celestial en compañía de los santos y ángeles, colocándote en sus coros con la corona del martirio.» Alegre sobremanera recibió Angelo nueva tan deseada; y poniéndole por medianero para que Cristo y su Madre le diesen valor en el trance que esperaba, gastó lo restante de la noche en prevenir su batalla y su triunfo. Por la mañana dió parte á sus compañeros de la celestial vision. Aconsejóle Fr. Pedro, como san Pedro á Cristo, que huyese y diese lugar á la ira del tirano; pero Angelo, que solo deseaba ir á reinar con Cristo, desechó su persuasion, y se preparó para la ocasion con mas fervores. Llegó el dia 5 de mayo, que era el que el Bautista le señaló para su triunfo, y despues de haber dicho misa en su convento con especialísima devocion y ternura, fué á la iglesia de los gloriosos apóstoles San Felipe y Santiago, que está vecina al mar, y aquel dia predicaba en ella. Era el concurso de mas de cinco mil personas; y subiendo al púlpito como cisne que solemniza su muerte, comenzó á predicar con tal dulzura, eficacia y fervor, que parecia un ángel enviado del cielo; porque despidiendo de su rostro celestiales resplandores, tenia suspensos los ánimos con sus voces y sus luces. En el fervor del sermon, llegó el herético y malvado conde Berengario, asistido de mas furias infernales que hombres facinerosos, y encaminándose y subiendo al mismo púlpito, dio al santo cinco crueles y mortales puñaladas, sacrificando á Dios aquel inmaculado cordero, que con cinco fuentes de su virginal sangre quiso recompensar al Redentor las cinco preciosas llagas, que en la cátedra y púlpito de la cruz recibió por la salvacion de los hombres.

A vista de tal maldad se puso todo el auditorio en armas, para vengar tan enorme sacrilegio; pero el santo con rostro sereno y alegre rogó á todos dejasen ir á Berengario, y acudiesen á favorecer á su hermana, librándola de sus crueles manos. Sintiendo ya ansias mortales, se puso de rodillas con los ojos en un santo Crucifijo, y despues de haber orado por Berengario, por Margarita, por todo el

pueblo, y por la Iglesia toda con tierna devocion y afecto, comenzó á decir el salmo: *In te, Domine, speravi:* y llegando á decir el verso: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu;» se oyó una voz del cielo, que dijo: «Ven, Ángelo, al reino que está preparado para tí, y todos mis escogidos:» y al mismo tiempo vieron los presentes bajar sobre su cuerpo una luz mas resplandeciente que el sol, y salir su alma en forma de una candidísima paloma. Oyéronse suavísimos cánticos, con los cuales y con los fragantísimos olores, que exhalaba su santísimo cuerpo, las lágrimas de los presentes se convirtieron en gozo. Solo Berengario, digno de eterno castigo, los desmereció; el cual acudiendo á dar la muerte á su hermana, y no pudiendo hallarla, se ahorcó desesperado, dando infame fin á su vida: cuyo cuerpo echado de la ciudad, fué sepultado en el vientre de las fieras, por haberlo sido él en la vida y en las obras. Sucedió el martirio de san Ángelo el año de 1220, dia 5 de mayo en que le celebra la Iglesia.

Su amigo el arzobispo no habia asistido al sermon, por estar muy ocupado; pero san Ángelo le apareció á la hora misma que espiró, cercado de resplandores y le dijo: «Gotfredo (así se llamaba el arzobispo), quédate en paz: teme y sirve á Dios; que él te hará salvo. Yo me voy al cielo, y rogaré por tí á mi señor Jesucristo.» Animoso el arzobispo, le dijo: «Ruégote, me digas, ¿quién eres?» «Yo soy, respondió, Ángelo carmelita, que hoy he sido martirizado en la iglesia de San Felipe y Santiago: sepulta mi cuerpo en el mismo lugar en que padecí martirio.» Con esto desapareció. Gran dolor causó á Gotfredo la muerte de su amigo: partió luego á la iglesia; y sintiendo el celestial olor, y oyendo los suaves cánticos veneró el cuerpo como santo, y le hizo colocar en un alto túmulo, donde á peticion del pueblo estuvo ocho dias haciendo tantos milagros, que es imposible reducirlos á número. Al darle sepultura, hubo una piadosa competencia entre los padres carmelitas y el clero, sobre que aquellos se lo querian llevar á su casa, y este no lo queria dejar salir de la suya, donde al fin se quedó declarando Gotfredo la voluntad del santo. Luego que fué enterrado, comenzaron á experimentarse entre otros muchos, tres singulares prodigios. Una fuente de aceite que corria en el lugar donde fué martirizado, todos los años desde las primeras vísperas del santo hasta las segundas (hoy persevera esta milagrosa fuente, si bien no es aceite, el que ahora mana, sino agua; pero tan milagrosa como era el aceite), con el cual se hacian innumerables milagros, sanando enfermos de todas enfermedades. Una hermosa azucena que cuantas veces la cortaban, tantas volvia á nacer en el lugar donde estaba sepultado su cuerpo, con cuyo celestial aviso lo trasladaron á mas suntuoso y autorizado sepulcro. El tercero fué que descubriendo su cuerpo, siempre le hallaban con la sangre de las heridas tan reciente, fresca y colorada como el dia de su martirio, y las rosas y flores tan frescas y olorosas, como estaban al tiempo que las recogieron.

Fuera nunca acabar querer referir la suma de los milagros que ha hecho y hace en todos tiempos ya curando enfermos de todas enfermedades (y especialmente en tiempo de peste, de que es abogado, ha librado muchas veces á Leocata, como tambien de invasiones de turcos), ya resucitando muertos, dando vista á ciegos, oido á sordos, piés á cojos, manos y brazos á baldados, y ahuyentando espíritus inmundos de los cuerpos de muchísimas personas. Quien gustare de ver muchos, lea las historias de santos carmelitas que, hallará cumplidos sus deseos, que aquí por la brevedad los omitimos. A fuerza de sus maravillas le ha hecho Palermo su patron, como tambien Leocata, donde han conseguido los padres carmelitas la iglesia en que está su cuerpo, y la ciudad les ha fabricado allí nuevo y suntuosísimo templo y convento. La Iglesia romana le publica mártir y santo carmelita en sus Martirologios. El papa Pio II le concedió oficio eclesiástico á peticion del beato Fr. Juan Soret general del Cármen el año de 1458, y el papa Clemente X ha concedido jubileo plenísimo y perpetuo para el dia 5 de mayo en que su religion le celebra.

Escribieron la vida de San Ángelo mártir carmelita, Enoch carmelita su compañero, patriarca de Jerusalen, Molano *in Addition. ad Usuardum;* el P. Trullo *in Thesauro Concionatorum, tom.* II; Paleonidoro, Nicolao, Manerbio, Luizaubnio *in com. vit. Ss.;* Diago de Coria *in Chron., lib.* X, *c.* 5; Arnaldo de Bostio *in Speculo Histor.;* Mantuano *lib.* V. *Fastorum;* el P. Andrés José *in Dec. Carm.;* Wenero Rolevink *in Fasciculo tempor., an.* 1220, Benedicto Gogono, monge celestino, *lib.* IV, *de Vitis Patrum;* Roberto Bertelot obispo de Damasco; Abrahan Bzovio, *tom.* I. *Annalium, an.* 1220; Cartagena, *tom.* IV, *Homil., lib.* XVII, *homil.* 3; Lúcas Wadingo, *Annalibus Minorum, tom.* I, *an.* 1216; Juan Baleo, *in Catalogo Scriptor., cent.* 3; Tomás Belloroso protonotario apostólico, anónimo, cuyo original se tiene en la librería Vaticana; Bautista de la Roca, Daniel de la Virgen, Sarraceno, Lezana *in Anal. Carmel.*, Villegas en su *Flos Sanctorum*, Sanctoro, el Martirologio romano, Baronio en sus atonaciones y otros muchos.

En vida tan ejemplar, maravillosa y divina, no es menester dar mas ejemplos; basta que al lector le quede de la misma vida el gusto en el paladar del corazon para imitarla en cuanto alcanzaren sus fuerzas, que ayudado de la divina gracia todo lo podrá.

* SANTA CRESCENCIANA, MARTIR.—El siglo tercero fué muy terrible para la Iglesia, teniendo que sufrir muchas privaciones los discípulos del Crucificado. Entre ellos derramó su sangre, en testimonio de la fé, Crescenciana natural de Roma.

SAN SILVANO, MARTIR.—Créese que fué este santo natural de Portugal, y que habiendo pasado á Roma á visitar el sepulcro de los apóstoles, murió mártir en la misma ciudad. El papa san Bonifacio fué muy devoto de este mártir, y adornó su sepulcro con varias alhajas de oro y plata.

SAN EUTIMIO, DIACONO Y MÁRTIR.—Por los años 505 de Jesucristo, cuando mas desencadenada se hallaba la persecucion que habia suscitado el emperador Diocleciano, fué san Eutimio preso en Alejandría, donde vivia, y le atormentaron tanto dentro del mismo calabozo, que en él acabó sus dias con una muerte gloriosa á los ojos de Dios.

SAN IRENEO, SAN PELEGRIN Y SANTA IRENE, MÁRTIRES.—Murieron quemados vivos en Tesalniega durante el reinado del mismo Diocleciano, porque habian confesado públicamente á Jesucristo.

SAN JOVINIANO, LECTOR Y MÁRTIR.—En tiempo del papa Sixto y del obispo Pelegrin fué Joviniano enviado á Auxerre para ayudar en la conversion de las almas. Era varon elocuente é instruido en las santas Escrituras, y como empezase á hablar públicamente contra las supersticiones de

los paganos fué detenido y martirizado durante el siglo III.

San Máximo obispo y confesor.—Fué el tercer obispo de Jerusalen de este mismo nombre, sucedió á San Macario, y tomó posesion del episcopado en el año 331. Ántes de ser obispo se habia ya señalado en las persecuciones de la Iglesia, pues habia perdido el ojo derecho y tenia una pierna quemada en defensa de la fé, y aun habia sido condenado á las minas por Maximiano Galerio. Asistió al concilio Niceno en 325, y al de Tiro en 335, donde fueron condenados los arrianos .San Máximo convocó en Jerusalen á todos los obispos de Palestina para la consagracion de la basílica que habia hecho construir el emperador Constantino. Asistió y se distinguió siempre en todos los concilios celebrados en Oriente durante su pontificado, y trabajó con mucho empeño en favor de san Atanasio y contra los arrianos. Murió en medio de su rebaño el dia 5 de mayo del año 351 despues de haber gobernado la Iglesia de Jerusalen por espacio de veinte años. San Gerónimo habla con mucho elogio de este prelado, y dice que le sucedió en el episcopado san Cirilo.

San Eulogio, obispo y confesor.—Natural de Mesopotamia y obispo de Edesa, se distinguió por una larga carrera de tribulaciones y amarguras, sobrellevadas con toda la paciencia de que es capaz un cristiano. Asistió al concilio general de Constantinopla, y murió en paz bajo el reinado del emperador Teodosio el Grande.

San Nicecio, obispo y confesor.—Varon de admirable santidad, fué el XIV obispo de Viena en Francia : asistió á varios concilios de su tiempo, y murió santamente el año 375.

San Teodoro, obispo.—Lo fué de Bolonia en el siglo VI, y legado de la santa sede con el papa san Agapito. Su esclarecido mérito hacia que todos respetasen en él, al hombre sabio que podia instruirles, y en sus virtudes al siervo de Dios que debia guiarlos por el camino de la santidad. Acabó sus dias en la misma ciudad de Bolonia el año 540, despues de diez años de episcopado.

San Geruncio, obispo y confesor.—Cuando los bárbaros del norte, capitaneados por su rey Odoacro invadieron la Italia, era san Geruncio arzobispo de Milan. En aquella general devastacion quedó esta ciudad casi arruinada, y lo hubiera tal vez quedado enteramente, si las virtudes, el valor, y los admirables esfuerzos del santo pastor no hubiesen contenido de un modo milagroso á aquellas hordas salvajes. Su constancia y la suavidad de sus palabras ablandaron aquellos fieros corazones; y tuvo la dicha de ver ántes de su muerte, aumentada considerablemente su grey con un número muy crecido de ostrogodos convertidos. Geruncio murió por los últimos años del siglo V, dejando á la Iglesia de Milan con los gérmenes mas preciosos de cristiana fecundidad.

La Conversion de san Agustin.—Su fiesta principal se celebra el dia 28 de agosto.

San Sacerdote, obispo.—Parece que fué obispo de Lyon, y que Childeberto rey de los francos, lo envió á España con una mision cerca del rey godo Atanagildo. Elegido entonces obispo de Sigüenza, gobernó esta Iglesia por algun tiempo, hasta que volvió á su primitiva silla de Lyon. Hallándose poco despues en París, acabó santamente su vida, y sus reliquias fueron repartidas entre las iglesias de esta última ciudad de Lyon y de Sigüenza.

San Hilario, obispo y confesor.—Nació en Arles en 401, y fué educado en Lerins por su pariente Honorato, abad de aquel monasterio, que le hizo gustar las delicias de la soledad. El santo abad fué elevado despues á la sede episcopal de Arles, y se llevó consigo á Hilario, que fué su cooperador, su sucesor y perfecto imitador de sus virtudes. Nuestro santo fué consagrado obispo en 429, y fué tal la semejanza con su antecesor que aquella grey dichosa no creyó haber mudado de pastor. Para contener los progresos del error, congregó Hilario muchos concilios, y en 441 presidió el de Orange, en que fué depuesto Celedonio obispo de Besanzon. Esta conducta del santo le acarreó muchos y poderosos enemigos, que le hicieron sufrir graves y prolongadas persecuciones, hasta que el papa san Leon, convencido de su inocencia, prohibió á nadie el hablar contra él. Su celo y su caridad no conocieron límites : con sus palabras y sus escritos fué en su tiempo la antorcha de las Galias, y una de las mas firmes columnas de la verdad, hasta que debilitado por los años y las fatigas apostólicas, murió santamente en Arles, el dia 6 de mayo del año 449.

DIA 6.

San Juan Ante-portam-latinam.—A los 6 de mayo celebra la santa madre Iglesia la fiesta de san Juan *Ante-portam-latinam*, y en ella un milagro maravilloso, que obró el Señor para honra, y gloria de su amado discípulo san Juan Evangelista ; y fué de esta manera.

Despues de Vespasiano y de Tito, que fueron emperadores modestísimos, sucedió Domiciano en el imperio, bien desemejante á Vespasiano su padre y á Tito su hermano, y movió la segunda persecucion contra los cristianos, y los afligió sobremanera. Estaba á la sazon el gloriosísimo san Juan Evangelista en la ciudad de Efeso, gobernando todas las Iglesias de Asia, y alumbrando con su doctrina y vida celestial á todos los fieles: los cuales le miraban y reverenciaban como á un varon divino, apóstol y discípulo regalado del Señor, y como un oráculo y luz del mundo. Fué preso por ocasion de la persecucion de Domiciano, siendo ya de mucha edad; y con grandes fatigas, pesadumbres y molestias llevado á Roma, donde por no querer obedecer á Domiciano, y adorar á los falsos dioses, fué condenado á ser echado en una tina de aceite hirviendo, para que con aquel tormento acabase su dichosa vida. Señalóse el dia para hacer este sacrificio, que fué á los 6 de mayo del año del Señor de 92, y el lugar fuera de una puerta de la ciudad, que por salirse por ella á los pueblos de Lacio, y de aquí llamados latinos, se llamó y hasta hoy dia se llama la puerta Latina. Estuvo el senado presente á este espectáculo, al cual concurrió toda la ciudad por la gran fama del santo apóstol, y por su venerable ancianidad, y por la novedad del caso : y habiéndole primero azotado, como era costumbre de los romanos hacerlo con los que condenaban á muerte, le desnudaron y echaron en la tina de óleo hirviendo que allí tenian aparejada. Entró con grande alegría y seguridad, el glorioso evangelista, acordándose que Cristo nuestro Señor le habia dicho á él y á su hermano Santiago, que beberian el cáliz de su pasion: y considerando cuánto mas amargo y doloroso habia sido el de la cruz, que el mismo Señor habia bebido por él, deseando de la manera que podia pagar aquel inestimable beneficio, y morir por amor del que por su amor habia

dado la vida, y por este camino llegar á gozar de la bienaventurada y eterna.

Entrando en la tina el santo apóstol, el fuego perdió su fuerza, y el óleo que hervia, se convirtió en un rocío del cielo, y los tormentos en refrigerio. Y para que se viese que todas las criaturas sirven al Criador, y la diferencia que hay entre el justo y el pecador, entre el cristiano y el pagano: atizando los ministros impíos el fuego, y echando leña para que ardiese mas; el mismo fuego hizo venganza de aquella crueldad, y á muchos de ellos abrasó no haciendo lesion alguna al santo. Salió san Juan de la tina mas puro y resplandeciente, y con mas vigor que habia entrado, como suele salir el oro fino del crisol, con grande terror y espanto de los gentiles, consuelo y alegría de los fieles, é indignacion del emperador: el cual le mandó desterrar á una isla apartada que se llamaba Pathmos, y es una de las Sporades y no léjos de la isla de Candía, adonde fué llevado el glorioso evangelista, y tuvo en ella grandes revelaciones y regalos del Señor; y escribió el Apocalipsi, que, como dice san Gerónimo, tiene tantos misterios como palabras, y tan profundos y encubiertos, que para esplicarlos ha dado mucho en qué entender á los mas altos ingenios y grandes letrados que ha tenido la Iglesia, y por mucho que se diga, siempre habrá mas que decir.

Estuvo san Juan Evangelista en este destierro hasta la muerte de Domiciano; y en este tiempo convirtió aquellos isleños de Pathmos y bárbaros, á la fé de Cristo nuestro Redentor. Y san Dionisio Areopagita le escribió una epístola, en la cual le dice que presto quedaria libre y se verian los dos, y san Juan tornaria de aquel destierro á Asia; porque así se lo habia revelado el Señor, y así sucedió; porque luego que mataron en Roma á Domiciano por sus grandes vicios, con el aborrecimiento que todos le tenian, el senado deshizo todo cuanto él habia hecho en su vida, y revocó sus decretos y condenaciones; y con esto el santo Evangelista volvió de su destierro á Asia, y fué recibido de todos los cristianos como si viniera del cielo, mirándole como apóstol, y apóstol tan querido del Señor, y como á profeta y mártir que habia padecido por él, y á quien no habia faltado la voluntad y ocasion de morir por Cristo, sino el efecto de la muerte que no le quiso conceder el Señor, para que escribiese despues el sagrado Evangelio, y volase como águila á lo mas alto del cielo, y viese con la luz soberana y agudeza de su vista, á aquella generacion eterna del Verbo, que nace siempre del Padre, y naciendo está en su pecho: y nos declarase como este mismo Verbo se habia vestido de carne, y aparecido entre los hombres por los mismos hombres. Y esto es lo que celebra hoy la Iglesia santa en fiesta de san Juan de *Porta Latina*, y hacen mencion de este milagro Tertuliano y san Gerónimo.

SAN JUAN DAMASCENO, CONFESOR.—San Juan Damasceno fué, como el mismo nombre lo dice, de la noble, amena y deliciosa ciudad de Damasco. Nació de muy ricos, generosos y cristianos padres, los cuales le criaron en temor de Dios, y en honestidad y toda virtud. Siendo él niño, sucedió que los sarracenos pusieron cerco sobre Damasco, y la entraron por fuerza, y la saquearon y cautivaron á muchos cristianos. Quiso nuestro Señor, que el padre de san Juan Damasceno quedase exento de aquella comun ca-amidad, y que no perdiese su libertad, casa ni hacienda; ántes por ser tenido de todos por hombre modesto, benigno y prudente, el príncipe y cabeza de los sarracenos que habian tomado la ciudad, le dejó por gobernador de ella, y él lo hizo tan escogidamente, que ganó las voluntades de aquellos bárbaros, y rescató de sus manos muchos cristianos que tenian cautivos, los consoló y ayudó con sus limosnas en aquella su afliccion. Entre estos cautivos que rescató, hubo uno de nacion italiano y de nombre Cosmo, varon entero y cuerdo, muy erudito en todas las lenguas y ciencias. Rogóle el padre de Damasceno que fuese maestro y ayo de su hijo, y que le criase y enseñase de su mano; porque segun el gran ingenio y buena inclinacion que mostraba, esperaba que con tal maestro saldria excelente y doctísimo varon. Y no se engañó; porque aceptando Cosmo la crianza y enseñanza de Juan, de tal manera le cultivó y perfeccionó, que era en su mocedad ejemplo de toda virtud y muy aventajado en letras: las cuales él procuraba juntar con la humildad, y hermanar la ciencia con la modestia, de tal manera, que cuanto mas crecia por su sabiduría en la opinion de los otros, tanto mas profundamente se humillaba y confundia dentro de sí. Cuando el maestro Cosmo le hubo enseñado lo que sabia, pareciéndole, que ya el discípulo podia ser maestro, pidió licencia al padre de san Juan Damasceno, para irse á vivir y servir á Dios en un monasterio, y dar de mano á los gustos y vanidades del siglo. El padre le dió la licencia, aunque de mala gana por no repugnar á tan santo propósito; y Cosmo se fué á un monasterio de Sabas, abad, que estaba en un desierto, donde se encerró y consagró á Dios. Poco despues murió el padre de Damasceno; y como aquel príncipe de los bárbaros se habia hallado bien con su gobierno, y vió que dejaba un hijo de tantas prendas, pidióle que sucediese á su padre en el gobierno de la ciudad, dándole libertad para que viviese como cristiano en su ley, como lo habia hecho con su padre. Encargóse Damasceno de la ciudad, y gobernábala con maravillosa justicia, rectitud, moderacion y prudencia, y con tanta satisfaccion del príncipe bárbaro, que le hizo de su consejo, y le daba gran crédito y mano para todo lo que tocaba á la administracion de su señorío y estado.

Estando Damasceno, aunque entre enemigos y bárbaros con esta paz y quietud, el demonio que siempre vela para nuestro mal, le perturbó con una nueva y cruel guerra que levantó contra la Iglesia católica. Era á esta sazon emperador de Oriente Leon Isáurico, que con malas mañas y tiranía se habia apoderado del imperio, hombre impío, temerario y sacrílego; el cual engañado de algunos judíos que habian pronosticado que seria emperador, determinó alzar bandera contra la Iglesia católica, y quitar de ella la adoracion y culto de las imágenes de Cristo nuestro Señor y de su benditísima Madre, y de los otros santos que siempre han sido reverenciados en ella. Tomó esto tan á pechos el malvado emperador, que el año de 726, y el onceno de su imperio, hizo publicar un edicto, en que mandaba que por todo él se quitasen todas las imágenes de todos los templos, oratorios, capillas, humilladeros y de todos los otros lugares sagrados y profanos, y en muchas partes las hizo quemar; y porque algunos santos y doctos varones le resistian, los mandó maltratar, atormentar y matar fiera y cruelmente. Fué esta muy grande y muy peligrosa persecucion de toda la Iglesia; porque no habia quién

se opusiese á un leon tan bravo y poderoso, armado de crueldad y potencia. Muchos huian y se desterraban de su patria, y dejando sus casas y haciendas se entraban por los desiertos y se escondian entre las cuevas y breñas, por no consentir en aquella impiedad: otros flacos y pusilánimes, por no perder sus haciendas perdian sus almas y obedecian al emperador: otros, aunque pocos, anteponian el cielo á la tierra, y el mandato de Dios al del hombre, y ofrecian sus vidas al cuchillo, por no desamparar la fé católica en que vivian. Estando, pues, las cosas en este lastimoso estado, y andando el emperador Leon Isáurico á guisa de un leon feroz, suelto y desencadenado, dando bramidos contra Dios y despedazando y tragando las ovejas mansas de su ganado, movió el sumo pastor á nuestro Juan Damasceno, para que como otro David, defendiese su rebaño y saliese al encuentro á este leon, y se abrazase con él y le ahogase, y porque no podia vencerle con armas, tomó la pluma y escribió muchas cartas contra el emperador y contra sus impíos mandatos, tan graves, tan eruditas y tan llenas de celestial sabiduría, que mas parecian enviadas del cielo, que escritas de hombre mortal. Estas cartas envió Damasceno á muchas partes, y procuró que se derramasen y extendiesen de mano en mano, para que muchos las leyesen y no creyesen que lo que el emperador habia mandado, era verdad, ni se dejasen llevar de sus espantos y amenazas. Fué tanto lo que el Señor detuvo á la gente, para que no cayesen en el profundo de aquella maldad, con las cartas de Damasceno, que Leon entendió, que él era el que principalmente hacia resistencia; y viendo que no estaba debajo de su imperio, ni con armas le podia castigar, se determinó vengarse de él con maña y artificio. Procuró con su diligencia haber alguna carta escrita de mano de Damasceno, y habida, dióla á algunos escribientes hábiles, para que la contrahiciesen, y ellos lo hicieron tan perfectamente, como si fuera de su misma y propia mano. Con este engaño y falsedad, hizo escribir una carta fingida, en nombre de Juan Damasceno, para el mismo emperador Leon, en que en substancia le dice: que porque los dos eran cristianos y de una misma religion, y porque esperaba que algun dia se lo gratificaria, le habia parecido suplicarle, que se compadeciese de la ciudad de Damasco, que tenia poca gente de guarnicion y con la paz estaba descuidada, y fácilmente la podria haber á sus manos, si enviase alguna gente armada, secreta y disimuladamente; porque él, que tenia tanta parte en aquella ciudad y en todo el reino, le ayudaria y serviria en tan gloriosa y santa empresa. Esto contenia la carta de Damasceno para el emperador; y él escribió otra de su mano al príncipe de Damasco, diciéndole, que si él no fuera tan amigo de paz y de guardar su palabra, ahora tenia buena ocasion para hacerle guerra; pero que nunca Dios quisiese que él quebrantase lo que con él tenia capitulado, aunque le pesaba que tuviese tan malos y desleales criados, que le quisiesen vender y privar de su estado, como lo podia ver por una de las muchas cartas, que uno de ellos de quien él mas fiaba, le habia escrito: la cual le enviaba, para que entendiese lo que tenia en él, y lo poco que se podia fiar de quien tal hacia. Recibió estas cartas el príncipe de Damasco, y leidas, llamó á su gobernador Juan: mostróselas, y preguntóle si aquella letra era suya: y él respondió la verdad, que la letra y mano parecia suya, mas que no lo era; y el príncipe bárbaro, sin replicar, le mandó cortar la mano derecha y fijarla en un palo en la plaza; y así se hizo. Bien entendió san Juan de dónde venia el daño y que el leon que no podia echarle la garra, y desplacer con fuerza, se habia convertido en raposa, para perderle por maña; y confiando en Dios nuestro Señor que le restituiria la mano, que primero con tinta y despues con sangre habia defendido su fé y el culto de las santas imágenes. Entendió que el príncipe estaba algo mas aplacado; le envió á suplicar que mandase quitar su mano derecha del lugar público, en donde estaba, y restituírsela, para que haciéndola enterrar, tuviese algun alivio en los dolores gravísimos, é ignominia que padecia. Túvolo por bien el príncipe, y mandó volver su mano á Damasceno, y él con ella se entró aquella noche en su oratorio, y postrado delante de una imágen de la Vírgen María, nuestra Señora, con grande afecto y muchas lágrimas, juntando la mano cortada con su brazo, le comenzó á suplicar que se la restituyese y consolidase; pues tan bien sabia que se la habian cortado, por querer él defender sus imágenes y las de su bendito Hijo, que era la diestra del Padre eterno, y tan fácilmente se la podia restituir y consolidar; y él no lo deseaba, sino para servir mas á Hijo y Madre, y predicar sus alabanzas con himnos, cánticos y acrecentar la devocion de los fieles. Hecha esta oracion, Damasceno quedó dormido; y apareciéndosele nuestra Señora, díjole: Ya estás sano: componme himnos, escribe mis honores y cumple lo que has prometido. Despertó el santo, hallóse sano, y con la mano tan pegada y tan fuerte, como si nunca hubiera sido cortada: y lleno de júbilo y de indecible gozo y alegría, comenzó á alabar aquella Señora, que siempre oye y consuela á los que confian en ella; y esto con tales voces y regocijo, que los vecinos sarracenos le oyeron cantar, y sabiendo la causa, porque no se pudo encubrir, luego á la mañana le acusaron á su príncipe, dándole á entender que habia sido engañado de sus ministros de justicia, los cuales no habian ejecutado en Juan su justa sentencia, y que aquella mano que se habia cortado y colgado en la plaza no era suya, sino de algun otro criado ó esclavo suyo, que por su interés ó libertad, habia consentido que se la cortasen, por librar de aquel tormento y afrenta á su señor. Para averiguar la verdad, mandó el príncipe llamar á Juan, y que mostrase su brazo y mano cortada. Mostróla Juan, y por una delgada señal, que para testificacion del milagro y confusion de los infieles, habia nuestro Señor querido quedase en la juntura, en que la mano se unió con el brazo, se vió claramente que la mano habia sido cortada, y ejecutádose contra Juan, lo que el bárbaro príncipe habia mandado. Y queriendo saber cómo aquello se habia hecho, entendió de Juan, que Cristo su Señor le habia hecho aquella merced, y restituídole la mano, como Dios todopoderoso: porque era inocente y sin culpa de lo que le habia impuesto. Quedó tan satisfecho el príncipe, que le pidió perdon y le rogó que volviese á su gobierno, y fuese el primero y principal de su consejo y la segunda persona de su reino. Mas Juan, herido del amor de Dios y deseoso de emplearse todo en su servicio y en alabar á la santísima Vírgen, como se lo habia prometido, le pidió que no le embarazase, ni ocupase, sino que le diese licencia para retirarse y atender solo á servir á aquel Señor que tanto bien le habia hecho. Hubo muchas dificultades y contiendas en esto;

porque el bárbaro queria tener consigo á Juan, y él partirse, para vivir consigo y con Dios: el cual al fin le dió victoria y gracia, para alcanzar la licencia que le pedia, y con ella se despidió del rey y de los negocios públicos, y repartida su hacienda á los pobres, y dada libertad á los esclavos, y compuestas sus cosas, con increible gozo se partió solo y acompañado de Dios, pobre de bienes y rico de virtudes, primero para visitar los sagrados lugares de Jerusalen y de allí al monasterio donde vivia su maestro Cosmo, para tomar el hábito de monge y hacer un perpetuo sacrificio de sí mismo al Señor.

Pidió Juan humildemente al abad, que le recibiese en su convento, llamándose la oveja perdida, que venia á Cristo de los desiertos del mundo. Diósele el abad con gran regocijo suyo y de los monges que alababan á Dios, por haber traido á su compañía un varon tan insigne en letras y virtud. Para instruirle en las cosas propias de su instituto y religion, trataron de darle maestro que se las enseñase; pero no se hallaba quién lo quisiese ser de tan calificado discípulo. Al cabo un santo viejo, sencillo y sin letras, se encargó de él: y Juan le tomó en lugar de maestro y como á tal le oia y obedecia. La primera cosa que hizo el viejo, fué darle los preceptos que se siguen: «Que ninguna cosa hiciese por su propia voluntad; que ofreciese á Dios sus trabajos y oraciones; que procurase lavar las culpas de la vida pasada con lágrimas que agradan á Dios mas que el incienso ni cualquiera otro suave olor; que no anduviese vagueando en diversas imaginaciones; que procurase tener su ánimo libre de toda vana presuncion; que no se desvaneciese pensando que sabia mucho; que no desease tener revelaciones; que no confiase de sí mismo, ni en ciencia humana y de la tierra; que examinase bien sus pensamientos; que en los casos dificultosos tomase consejo de otro; que tuviese sus deseos en Dios y le pidiese siempre que santificase su cuerpo y alma.» Mandóle demás de esto: «Que no escribiese cartas sin licencia, ni hablase de otra ciencia ó disciplina, sino de la que profesaba; que guardase silencio y que no pensase que era bueno hablar bien sin tiempo.» Estas y otras cosas le dijo el santo viejo, sacadas, nó de los libros, sino del espíritu del cielo y de su larga experiencia. Recibiólas Juan, como si un ángel enviado del Señor se las hubiera dicho, con grande humildad y firme propósito de guardarlas al pié de la letra, y así lo hacia; y añadia otras, como era no contradecir á nadie, ni murmurar de nadie, ni pasarle por el pensamiento que podia ser malo lo que el superior le mandaba. Quiso un dia su maestro probarle y mandóle que llevase á vender á Damasco algunas cestillas de palma que hacian los monges, porque allí habia compradores: señalóle el precio en que las habia de dar, que era doblado de lo que comunmente se vendian. Hízolo san Juan con gran prontitud y alegría; cargóse de sus cestillas; fuése á la ciudad; entró en la plaza y púsose á venderlas, en el mismo lugar donde con tanto lustre y acompañamiento de criados ántes habia mandado y gobernado. Los que venian á comprar, cuando oian el precio, hacian burla de él, y decíanle mil injurias y baldones, tratándole de mentecato é insensato. Vióle un hombre que habia sido criado suyo y conocióle y compróle todas las espuertas que traia, dándole el precio que pedia por ellas, por librarle de oir las palabras afrentosas, que le decian. Volvió á su monasterio muy contento, por haber obedecido y mortificado el apetito de la gloria vana y estimacion del mundo. Ejercitábase en los oficios mas bajos, en servir á los otros religiosos, en lavarles los vasos y limpiar las inmundicias con extremada humildad; y el viejo en varias maneras le probaba, para hacerle mas perfecto y santo, y no le dejaba pasar cosa, por menuda que fuese, sin grave reprension y castigo: y el santo Juan se sabia tan bien aprovechar, que todo lo que el viejo hacia, le servia de espuela y estímulo para correr con mas aliento á la perfeccion. Tuvo el santo viejo su maestro una revelacion, en que le mandaba Dios que ordenase á Juan que escribiese, para que se derivasen en los otros las aguas saludables de su sabiduría; y así se lo ordenó, y Juan le obedeció y comenzó á escribir altamente en prosa y en verso, libros y tratados admirables de los misterios divinos, los cuales han sido siempre muy estimados y tenidos en grande veneracion de los santos padres griegos y de toda la Iglesia católica. Y habiéndose extendido la fama de la santidad y doctrina de Damasceno por muchas partes, el patriarca de Jerusalen que habia ordenado á Cosmo, maestro de Juan, en obispo, contra su voluntad (en la cual dignidad santamente murió), llamó á Juan y le ordenó de presbítero, para que en aquel grado sirviese mas al Señor. Él se volvió luego á su nido para vivir en su corcho, como abeja solícita y cuidadosa, y labrar panales de miel y cera, con que la santa Iglesia se habia de sustentar y alumbrar; porque decia, que el grado de sacerdote le obligaba á trabajar mas: y que así como dice el apóstol san Pablo, que el buen presbítero es digno de doblada honra; así debe, el que es tal, doblar su cuidado y trabajo, y cultivar su alma de tal manera que sea un dechado de toda santidad. Estando, pues, san Juan Damasceno en su monasterio, gastando su tiempo en la contemplacion de Dios ó en el estudio de la sagrada Escritura, ó en escribir libros fructuosos para enseñar á los católicos y confutar á los herejes, especialmente contra los que perseguian y hacian guerra á las santas imágenes, que ya eran muchos, y armados con la potencia del emperador Leon y de su hijo Constantino Coprónimo, que fué otra víbora peor que su padre, hacian grandísimo estrago en las almas: porque el furioso y perverso emperador, no contento con lo que arriba dijimos, procuró establecer con violencia su error, y desarraigar totalmente, si pudiera, de la Iglesia el uso y culto de las santas imágenes; y para esto hizo juntar un conciliábulo, y echó de su silla á Germano, patriarca de Constantinopla, que no le queria consentir y puso en su lugar á Anastasio, tan hereje como él. Quemó las imágenes; rayó las de las iglesias: hizo blanquear los templos, y los despojó de sus rentas y ornamentos. Procuró echar de Roma y quitar la vida muchas veces al santo pontífice Gregorio II de este nombre, y encarceló á sus legados y mandó echar á los perros los cuerpos de los santos mártires; y finalmente encendió en el mundo un fuego tan espantoso y un incendio tan horrible y lastimero, que en muchos años no se pudo apagar; porque sus hijos y sucesores le alentaron y le hicieron crecer mas con su impiedad. Pero nuestro Señor le castigó aun en esta vida con su brazo poderoso; porque el papa despues que le avisó y amonestó paternalmente, y él se hizo sordo, le excomulgó; y fué de tanta autoridad el mandato del papa y tan odioso y aborrecible el hecho de Leon emperador, que las mas de las ciudades de Italia y las gentes de guerra

que tenia en Ravena, tomaron la voz del pontífice contra él, y mataron al exarco y suplicaron al papa que privase á Leon del imperio y eligiese otro que fuese católico: y con esto perdió la mayor parte de las ciudades que tenia en Italia, que fué ocasion para que el papa volviese los ojos á Francia, é implorase el favor de Cárlos Martelo, poderoso y valeroso príncipe, y que despues se trasladase el imperio de Oriente al Occidente. Y sobrevino tan terrible hambre y pestilencia, que en sola la ciudad de Constantinopla murieron trescientas mil personas de ella: y los sarracenos infestaron las provincias de Oriente, y destruyeron la de Capadocia; y otras ciudades de Asia la Menor, y demás de estas calamidades, envió Dios grandes y espantosos temblores de tierra, de los mayores que jamás se vieron, y pocos meses despues murió miserablemente el emperador Leon: para que se vea que aunque el castigo entero de los malos se guarda para la otra vida; pero que algunas veces, para nuestro escarmiento y ejemplo, quiere Dios que comienza en esta: lo cual he referido tan particularmente, porque los herejes de nuestros tiempos imitan la impiedad del emperador Leon, y resucitan sus errores, tantas veces condenados en tantos concilios por la Iglesia católica, y le pretenden quitar las imágenes de Cristo y de sus santos, que siempre desde sus principios fueron reverenciados en ellas, y de cuyo culto se sigue tanta gloria á Dios, honra á sus santos, edificacion á los fieles, ejemplo á los doctos, luz y doctrina á los indoctos, y confusion y quebranto á los mismos herejes. Pero volvamos á nuestro Damasceno, el cual ilustró la Iglesia con su vida y con su doctrina, y escribió con tanta elegancia que por su elocuencia le dieron los griegos el nombre de Chrisoóras: y de él particularmente se dice que era muy cuidadoso de enmendar lo que escribia, para que las palabras fuesen medidas, propias y elegantes: las sentencias graves y provechosas: la disposicion apta y conveniente, y no hubiese en sus escritos cosa que oliese á ostentacion y vanidad. Finalmente, habiendo vivido san Juan Damasceno muchos años con tan grande ejemplo de santidad en su monasterio, y servido al Señor tan excelentemente con sus trabajos, acabó su peregrinacion y se fué á gozar eternamente de aquel sumo bien que tanto él habia amado y á quien tanto habia deseado agradar.

Hace mencion de san Juan Damasceno el Martirologio romano á los 6 de mayo: aunque, como notó el cardenal Baronio, otros ponen su muerte en diferentes dias; y los mismos griegos la celebran, unos á los 29 de noviembre y otros á los 4 de diciembre. Escribió su vida Juan, obispo jerosolimitano y trâela Surio en su segundo tomo: y de ella, de lo que escribe el cardenal Baronio en el noveno tomo de sus anales, y de otros autores se sacó lo que aquí queda referido. Adviértase, que Tritemio y otros hacen dos Juanes Damascenos, el uno que vivió en tiempo del emperador Teodosio el Mayor, y fué presbítero y abad de monges de Constantinopla, y escribió los libros *de Fide Orthodoxa;* y otro que vivió en tiempo del emperador Leon Isáurico y escribió contra él las oraciones que tenemos de la adoracion de las imágenes: pero la verdad es que no ha habido sino un Juan Damasceno, que es este cuya vida aquí escribimos, y él compuso las unas obras y las otras, como queda dicho, y lo afirma el cardenal Baronio, y ántes de él Jacobo Bilio, varon muy erudito que en nuestro tiempo ilustró las obras de san Juan Damasceno.

San Evodio, obispo y mártir.—Segun refiere Eusebio este santo fué el primer obispo que ordenó el apóstol san Pedro en Antioquía. Los autores no están contestes en esto, pues entre ellos san Juan Crisóstomo pretende que san Ignacio fué el primer obispo de Antioquía; pero el cardenal Baronio afirma lo contrario, diciendo que Evodio fué el primero y que le sucedió san Ignacio; y así parece debe entenderse pues el mismo san Ignacio en su carta á los de Filadelfia hace un bello elogio de las apostólicas virtudes que adornaron á Evodio, añadiendo que permaneció vírgen toda su vida. Sufrió el martirio en Antioquía el año 62 de Jesucristo en el reinado del emperador Claudio.

San Lucio, obispo.—Fué discípulo y pariente del apóstol san Pablo. Era de Cirene, de donde se asegura era obispo. El Martirologio romano dice que padeció allí el martirio en 22 de abril. Háblase de este santo en los Actos de los apóstoles, cap. 13, v. 1, y en la carta de san Pablo á los romanos, cap. 16.

Los santos Eliodoro, Venusta y otros setenta y cinco.—Murieron estos santos en África, martirizados por los vándalos. Como no se han encontrado las actas de su martirio, se ignoran las circunstancias y la época de su muerte.

San Teodoto, obispo y confesor.—Vivió bajo el reinado del emperador Licinio, siendo gobernador de la isla de Chipre el impío Sabino que le hizo sufrir horribles tormentos. Primero fué cruelmente azotado, despues estuvo colgado de un árbol y le hirieron el cuerpo con garfios, y por fin fué estendido sobre un lecho de hierro candente. Librado por el Señor de tantos suplicios, fué encarcelado y permaneció en un oscuro calabozo, hasta que dada la paz á la Iglesia por el emperador Constantino, volvió á su obispado de Cirina en la misma isla de Chipre, y habiendo gobernado á su grey por dos años mas, murió en la paz de Dios.

San Protógenes, obispo.—Floreció en tiempo del emperador Valente y defendió con santa energía y con un celo admirable la religion de Jesucristo. Fué obispo de Carres en Mesopotamia, asistió á varios concilios orientales, en los cuales hizo brillar su estraordinario saber, y murió en el reinado del emperador Teodosio el Jóven.

San Eadberto, obispo.—Fué este santo instruido en las sagradas Escrituras y en todos los preceptos divinos. Su vida fué notable por la multitud de limosnas que daba, privándose hasta de lo mas preciso, para emplearlo en socorrer á los pobres. Fué consagrado obispo de Lindisfarne, en el año 687, y gobernó esta Iglesia por espacio de once años del modo mas digno y admirable. Gastaba todos los años una buena parte de tiempo en el retiro y la soledad; macerando su cuerpo y absteniéndose de cuanto puede lisonjear los sentidos. Su muerte acaecida en 698, fué gloriosa en portentos, por innumerables enfermos que encontraron la salud junto al sepulcro del santo.

Santa Benita, vírgen.—Monja del órden de san Benito en un convento de Roma, admirable modelo de humildad y paciencia, consagró toda su vida al Esposo celestial. Santa Grata, su amiga y compañera, pocos momentos ántes de morir, tuvo una vision, en que apareciéndole el apóstol san Pedro, le anunció que muy en breve seria introducida en las bodas del divino Cordero. La enferma pidió entonces al santo apóstol que fuese tambien llevada luego allá su íntima amiga Benita, para que pudiesen con-

tinuar en el cielo la amistad santa con que habian estado unidas en la tierra, y el glorioso santo le contestó que su compañera iria á juntarse con ella dentro de treinta dias. Efectivamente, cumplido este término, estando santa Benita entregada al mas fervoroso y dulce éxtasis, entregó su alma al Criador.

La Traslacion del cuerpo de san Mateo, apóstol.—En los primeros siglos de la Iglesia fueron llevadas estas santas reliquias á varias provincias, hasta que el papa Gregorio VII, en 1080, las hizo colocar en Salerno, en una basílica dedicada á este santo apóstol.

DIA 7.

San Estanislao, obispo y mártir.—El bienaventurado san Estanislao, obispo y mártir, nació en la ciudad de Cracovia, cabeza del reino de Polonia, de padres ricos y nobles, los cuales habiendo sido casados ya treinta años, sin tener hijos, por sus oraciones y lágrimas impetraron del Señor á san Estanislao. Desde niño comenzó á mostrar lo que habia de ser, así en habilidad é ingenio para todo género de letras, como en la vergüenza, modestia y honestidad de sus costnmbres. Estudió primero en la ciudad de Gnesna, y despues en la universidad de París, las artes liberales, el derecho canónico y la sagrada teología, con grande aprovechamiento; y volviendo á Polonia siendo ya muertos sus padres, repartió á los pobres el rico patrimonio que le habian dejado. Tuvo deseo de renunciar á todas las cosas del siglo y hacerse religioso; pero nuestro Señor que se queria servir de él en otro ministerio, ordenó que fuese canónigo y predicador, y despues obispo de la iglesia de Cracovia, y que sucediese en ella á Lamberto: lo cual aceptó con gran repugnancia y dificultad, y por no resistir á la voluntad del Señor que le llamaba y lo queria poner sobre el candelero, como una hacha resplandeciente para alumbrar con la luz de su vida y doctrina á todos aquellos pueblos que él le encomendaba.

Admirable fué la santidad, vigilancia, prudencia y valor de este santo en el gobierno de su obispado, y la caridad y misericordia para con los pobres y necesitados. Era el mas humilde de todos, blando con los flacos, severo con los rebeldes, piadoso con los afligidos, manso en sus injurias, celoso y terrible en las cosas de Dios. Era rey de Polonia en aquella sazon Boleslao, hijo del rey Casimiro, el cual habiendo dado al principio muestras de valeroso príncipe en las guerras que trabó con los rusos, despues con el regalo se estragó y se dió á todo género de vicios y deshonestidades, y se convirtió en una bestia, no solo carnal, sino tambien fiera y cruel y derramadora de sangre humana. Y como los vicios de los príncipes son mas notados y mas dañosos; todo el reino de Polonia estaba muy escandalizado y afligido por el mal ejemplo y tiranía de su rey. Parecióle á Estanislao que tenia obligacion de avisar, como padre espiritual, á Boleslao de sus desafueros. Hízolo con humildad y grave modestia, suplicándole una y muchas veces que se reportase, y se fuése á la mano y considerase que los pecados de los reyes son mucho mas feos que los de las personas particulares, así por la mayor obligacion que tienen á Dios, que los ha hecho reyes, como por el mayor daño que se sigue á todo el reino, el cual con el mal ejemplo de su rey se inficiona: que si no se enmendaba, supiese cierto que Dios le castigaria, y por ventura le quitaria el mando y la corona, y le privaria del reino que él mismo le habia dado. Salió fuera de sí Boleslao, por esta tan santa y justa amonestacion del obispo; porque no queria desistir de su mala vida, ni que hubiese persona en su reino que se atreviese á reprenderle. Determinó perseguir á Estanislao, y hacerle callar mal de su grado, y echarle de su Iglesia; y como no hallase ocasion verdadera para poderlo hacer, buscó una fingida y aparente.

Habia comprado el santo obispo una heredad de un hombre rico, llamado Pedro, para su Iglesia, y pagado enteramente el precio de ella; pero no tenia bastantes escrituras para poderlo probar. Era ya muerto tres años ántes el dueño de la heredad de quien él la habia comprado; y los herederos del difunto por dar gusto al rey, y aprovecharse de la ocasion, pusieron pleito al obispo, diciendo que aquella heredad, que él habia usurpado, era de ellos. Vióse el negocio en córtes delante del rey; y como al obispo le faltasen los recursos necesarios, y los testigos que sabian la verdad, no lo quisiesen decir por temor del rey, fué condenado mandándole que restituyese la heredad. Pidió tres dias de término para traer allí á Pedro, tres años ántes como se ha dicho, difunto, que se la habia vendido. Diéronselos haciendo burla de él.

Mas el santo ayunó, veló y oró con gran fervor á nuestro Señor, suplicándole que pues aquella era causa suya, él la defendiese, y al cabo de los tres dias habiendo ofrecido el santo sacrificio de la misa, se fué á la sepultura donde Pedro estaba enterrado, é hizo quitar la loza que estaba encima, y cavar la tierra y descubrir el cuerpo; y tocándole con el báculo pastoral, le mandó que se levantase. Al mismo punto obedeció el muerto á la voz del santo vivo, y se levantó, y por su mandato le siguió hasta el tribunal donde estaba el rey, y los grandes y jueces de su córte. Díjoles Estanislao: Hé aquí á Pedro, el que me vendió la heredad el cual de muerte ha resucitado y está presente. Preguntadle si es verdad que yo le pagué enteramente, lo que para la Iglesia me vendió. El hombre es conocido: la sepultura está abierta: Dios ha sido el que le ha resucitado para confirmacion de la verdad: su palabra debe ser mas firme y cierto argumento de ella, que todos los dichos de los testigos ni escrituras que se pueden alegar.

De este milagro tan grave y tan manifiesto, quedaron atónitos y helados los adversarios del santo obispo, y no tuvieron qué decir; porque Pedro les declaró toda la verdad, y amonestó á sus deudos que hiciesen penitencia de su pecado, y de las molestias que contra justicia habian dado á Estanislao: el cual le ofreció, que si queria vivir algunos años, él se los alcanzaria del Señor: y Pedro escogió ántes volver á la sepultura, y tornar á morir, que quedar en una vida tan congojosa y peligrosa: diciendo al santo, que él estaba en el purgatorio, y le quedaba poco tiempo para acabar de purgar los pecados que habia cometido en esta vida; y que mas queria estar seguro de su salvacion, aunque fuese padeciendo las penas que le restaban por padecer, que ponerse en contingencia de perderla, volviendo al golfo y tormenta del mar tempestuoso de este siglo: que lo que le suplicaba era, que rogase á nuestro Señor, que le remitiese aquellas penas y le llevase presto á gozar de sí entre los bienaventurados. Con esto acompañándole el obispo y gran número de gente, volvió

Pedro á la sepultura y compuso sus miembros, y pidiendo á los circunstantes que le encomendasen á Dios, murió la segunda vez para vivir con Dios eternamente. ¿A quién no convirtiera un milagro tan ilustre, y tan evidente como este? ¿Qué pecho tan duro y empedernido puede haber, que no se ablande y enmiende, viendo á un hombre resucitado, y que quiere ántes tornar á morir que vivir en esta frágil y miserable vida? Mas estaba el corazon del rey tan abrasado con sus vicios, y tan encarnizado en sus deshonestidades, que todo esto no bastó para reducirle y rendirle á Dios; ántes como una fiera se relamia en la sangre inocente de sus súbditos, y como animal inmundo se revolcaba en el cieno de sus torpezas, con notablees cándalo de su reino. Tomó Estanislao primero todos los medios suaves y blandos que pudo, para sanar aquella llaga tan encancerada del rey; y viendo que todos le salian en vano, vino á tomar el postrero del hierro y fuego, y á excomulgarle apartándole de la comunion de los fieles, como miembro podrido, para que con este golpe, ó volviese en sí y se enmendase, ó de tal manera se perdiese que no perdiese juntamente consigo el reino. Pero el rey, como otro Faraon, con los azotes Dios mas se endureció; y sabiendo que el santo obispo iba á decir misa á una iglesia de San Miguel, envió sus soldados y ministros, que le sacasen de ella, y le arrebatasen del altar si fuese menester, para matarle. Fuéron: y queriendo poner las manos en el santo, que estaba celebrando el misterio de nuestra redencion; espantados con una súbita y excesiva luz del cielo, cayeron en tierra sin poder ejecutar su maldad: y lo mismo sucedió la segunda y tercera vez á otros soldados, que el rey habia enviado para el mismo efecto, habiendo ido Boleslao para hallarse presente á aquel detestable espectáculo, y recibir contento viendo por sus propios ojos la muerte del que tenia por cruel enemigo: y como los sayones despavoridos volviesen atrás sin poder ejecutar lo que su señor les habia mandado, y reprendiéndoles de flojos y pusilánimes, arremetió al santo: y él mismo por su mano le dió con la espada un golpe tan terrible en la cabeza, que los sesos se esparcieron por las paredes; y luego los de su guardia, allí en el altar donde estaba le acabaron de matar y le hicieron pedazos arrojando aquellos miembros sagrados por los campos, para que fuesen comidos de los perros y de las fieras. Mas el Señor envió de cuatro partes cuatro águilas de notable grandeza, que se pusieron allí cerca del santo cuerpo, y milagrosamente le defendieron dos dias enteros; y fueron vistas muchas luces de noche en el aire sobre aquellas santas reliquias. De aquel milagro movidos algunos sacerdotes y personas piadosas, que al principio estaban encogidas por miedo del cruel tirano Boleslao, tomando ánimo, recogieron los miembros esparcidos del santo cuerpo y los compusieron y tornaron á juntar; y con otro milagro, por voluntad del Señor, vinieron á unirse y trabarse entre sí, tan sólida y enteramente como si nunca hubieran sido divididos ni apartados, y sin quedar rastro ni señal en ellos de las heridas. Enterraron el cuerpo entero á la puerta de la misma iglesia de San Miguel, donde habia sido muerto: de allí á diez años le trasladaron á la ciudad de Cracovia, y con grande honra le sepultaron en medio del templo de la fortaleza de aquella ciudad.

No se puede fácilmente creer el sentimiento que hubo en el reino de Polonia, y en los otros de la cristiandad, de un caso tan lastimoso y abominable, y lo que todos los buenos pronosticaron de los desastres y calamidades, que habian de llover sobre aquel desventurado rey. Pero el que hizo mayor demostracion fué el sumo pontífice Gregorio VII, el cual, queriendo castigar un caso tan atroz, y la injuria tan extraña que se habia hecho á la Iglesia, puso entredicho en todo el reino de Polonia. Excomulgó y anatematizó al rey Boleslao, y le privó del reino, y mandó á los obispos que sin su licencia no ungiesen, ni coronasen á nadie por rey: y á todos los que intervinieron en la muerte del santo obispo y mártir, los escluyó á ellos, y á todos sus descendientes hasta la cuarta generacion de todos los oficios, beneficios y rentas eclesiásticas. Y el miserable rey aborrecido de todos, y atormentado del verdugo cruel de su propia conciencia, huyó de Polonia á Hungría, donde no mucho despues no pudiéndose sufrir, él mismo se mató: aunque otros dicen, que yendo á caza cayó del caballo, y fué comido de los perros. Y no falta quien diga que hizo penitencia, y sin ser conocido estuvo en un monasterio sirviendo en la cocina, hasta que acabó su vida.

La muerte de san Estanislao, segun Martin Cromero, fué el año del Señor de 1079, y fué á los 11 de abril: y despues se trasladó su cuerpo á los 8 de mayo; aunque por estar este dia ocupado con la Aparicion de san Miguel, celebra la Iglesia su fiesta á los 7 de mayo. Despues, por los años de 1253, ciento setenta y cuatro años despues de su muerte, Inocencio IV, sumo pontífice, le canonizó, y le puso en el catálogo de los santos, habiendo precedido algunos singulares milagros, que Dios obró, para honrar y magnificar al santo obispo mártir. Y nuestro muy santo padre Clemente VIII mandó que la fiesta de san Estanislao se pusiese en el Breviario romano, y que se celebrase con oficio de *duplex* en toda la Iglesia católica. Sacóse esta vida de Fr. Lorenzo Surio en el segundo tomo de las vidas de los santos, á los 11 de abril, de Juan Longino, canónigo de Cracovia, y de la Wandalia de Alberto Krancio, en el tercero libro, á los capítulos doce, trece y catorce, y de Martin Cromero autor muy grave, en su historia de las cosas del reino de Polonia, al fin del cuarto, y en el principio del libro nono, y de las lecciones aprobadas con la autoridad de la sede apostólica.

SAN PIO V, DE LA ÓRDEN DE PREDICADORES, PAPA Y CONFESOR.—El santísimo pontífice de la Iglesia, digno sucesor de san Pedro, hijo y gloria de la esclarecidísima órden de predicadores, Pio V de este nombre, nació en el Boscho, villa antigua y pequeña del estado de Milan, muy conocida ya por haber sido oriente de este incomparable varon, á 17 de enero de 1504, dia de san Antonio abad. Sus padres fueron Pablo Ghislerio, de antigua familia, y Domina Augeria, pobres de los bienes de fortuna, y ricos por el hijo, que les concedió el Señor, el cual nació en una choza, para ascender á la tiara, como se gloriaba Roma de que sus fundadores habian subido de las chozas pajizas al cetro del mundo. Llamáronle en el bautismo Miguel, el cual nombre mudó en su coronacion en el de Pio. Su espíritu generoso era mejor que la fortuna de sus padres: y así deseando ellos que tomase algun oficio, para sustentarse á sí y á ellos, por no tener posibilidad para costearle los estudios; nunca pudieron reducirle á que en esto se siguiese su gusto, aunque en todo lo demás estaba rendido á su voluntad como bueno y obediente hijo; porque Dios que le disponia para cabeza de su Iglesia, le dió grande

inclinacion á las letras, como tambien á la virtud, viéndose en su niñez no pocos rastros de la santidad á que habia de ascender cuando varon.

Acertaron á pasar dos religiosos de santo Domingo por su pueblo, y viendo al niño, ellos se aficionaron á Miguel por ver su buena inclinacion, y Miguel se aficionó á los religiosos, deseando tomar su hábito y profesion; porque ya Dios le habia dado deseos de ser religioso, aunque no determinaba en qué religion le habia de servir. Llevároнle aquellos padres consigo al convento de Voguera de la provincia de Lombardía, donde sirvió en la sacristía, y comenzó á estudiar las primeras letras, dando tan buena cuenta de su persona, en cuanto se le encargaba, y mostrando tan buen ingenio, y tanta modestia y compostura en todas sus acciones, que todos los frailes se aficionaron á el, y los dos religiosos que le habian traido, sin dificultad negociaron que tomase el hábito en el convento de Vilevano, que es casa de noviciado de aquella provincia de Lombardía. En viéndose el hábito de santo Domingo empezó á dar ejemplos de todas las virtudes, dándose prisa por alcanzar y adelantarse á los que veia ir mas adelante en el camino de la perfeccion. Considerábase muerto al mundo y vivo á Dios solamente; y así su modestia, obediencia y humildad, eran de quien ni tenia sentidos, ni potencias, ni ojos para ver, ni oidos para oir, ni voluntad para querer; queriendo solo lo que el superior le ordenaba, y teniendo por mas conveniente lo que le mandaba la obediencia, olvidándose de su patria, padres y parientes, como si no los hubiera tenido jamás, ó hubiera nacido fuera del mundo, acordándose solamente de Dios y de las virtudes con que habia de agradarle; de la oracion, en que gastaba muchas horas; de los rigores y penitencias, en que necesitaba mas de freno que de espuela; de la mortificacion con que negaba todos sus gustos; de ejercicios de devocion, humildad y caridad en que se empleaba gustosamente; y finalmente, todos sus cuidados eran crecer cada dia mas en la perfeccion, caminando de virtud en virtud, y poniendo los piés en las huellas que dejó santo Domingo á sus hijos, para lo cual leia con atencion la vida de este gran patriarca.

Acabado el año del noviciado, y hecha su profesion, fué destinado á estudiar primero en Vilevano, y luego en la universidad de Bolonia, para que en aquel no ménos religioso que sabio convento, que tiene allí la religion de santo Domingo, juntase Fr. Miguel las virtudes con las letras, y saliese no ménos religioso que docto; y él dió tales muestras de la agudeza de su ingenio y felicidad de su memoria, que acabando los cursos de discípulo le hicieron maestro de filosofía, y acabada la filosofía fué nombrado maestro de estudiantes, y luego de teología; y en estos ejercicios gastó muchos años con grande alabanza, procurando enseñar á sus discípulos con sus palabras la ciencia, y con sus obras la virtud, sin que él por maestro gozase los privilegios que el magisterio le permitia; ántes dándose por mas obligado de dar ejemplo á todos los frailes, cuanto su ejemplo era mas poderoso, procuraba ser el menor en los oficios humildes del convento, y el primero en las acciones de comunidad, uniendo las ocupaciones de la aula con las del coro, y las de religioso con las de lector; porque decia que para perfeccion, nó para excusar de obligaciones, trabajaba. La mira que tenia en los estudios, era la gloria de Dios y provecho de las almas; y por eso era su ordinaria leccion la sagrada Escritura, que le servia de libro de estudio y de materia de meditacion, hallando en ella luces su entendimiento, y ardores su voluntad, con que aumentar las llamas de amor de Dios y de los prójimos, que ardian en su pecho. Era muy amigo de la celda y de los libros, y dábanle en rostro los religiosos ociosos, que se andan por el convento buscando con quién perder el tiempo, que no les gusta el estudio ni la oracion; y de estos huia con gran cuidado, porque tienen un mal contagioso, que le pegan á cuantos tratan con ellos. Recibió el sacerdocio en Génova, año de 1522, y añadiéndose á las obligaciones de religioso las de sacerdote, cumplió con todas perfectamente. Juntó la provincia de Lombardía capítulo en Parma, y encargándole el acto que se habia de tener en aquella ciudad delante de toda la provincia, defendió en treinta conclusiones la autoridad del vicario de Cristo contra Lutero y Calvino, enemigos declarados de Cristo, y confutó muchos errores y herejías que habian nacido en aquel tiempo, con aplauso y admiracion de cuantos le oyeron; porque defendió la silla de san Pedro con tanta fuerza y energía, como si supiera que Dios le habia de sentar algun dia en ella. Empezaron los prelados á ocuparle en el gobierno, pareciéndoles que su ciencia, virtud y prudencia habian de componer un perfectísimo superior. Fué dos veces prior en Vilevano; porque aquella casa, que le mereció hijo, quiso dos veces gozarle padre. Fuélo una vez en Songino, y otra en Alva, y llegó á estos puestos y otros que tuvo en la religion, por el camino seguro de la obediencia, que conduce á los aciertos, siendo necesario obligarle con preceptos á que admitiese las elecciones; nó por el camino de la ambicion, que para en despeñaderos y precipicios. Con esto se dice cuán bien cumplió con las obligaciones del prelado. Procuraba ir delante de todos para suavizar á sus súbditos el rigor de la observancia; no faltaba á los maitines de media noche, y asistia á todas las horas del dia; era muy celoso de la guarda de la regla, y muy amoroso con los religiosos; afervorizaba á los tibios, adelantaba á los fervorosos, enseñaba á los ignorantes, estimaba á los sabios, consolaba á los tristes, socorria á los necesitados, y todos hallaban en el ejemplos, fervor, consuelo, alivio, maestro y padre; y solo parece que no hallaban superior; porque los trataba con llaneza y afabilidad de hermano y compañero, aunque no por esto dejaba sin castigo las faltas, ni disimulaba con los culpados. Exhortaba á sus súbditos á la oracion y estudio, diciendo: que son como dos pechos que dan sustento al alma del religioso. Era difícil en dar licencia para salir fuera de casa, diciendo: era indecente que quien predica penitencia y profesa retiro, ande vagueando por las calles y plazas como si fuera seglar. Decia que el goloso no puede ser casto, y que la comida se ha de tomar como se toma la medicina, solamente lo necesario para conservar la vida y recobrar la salud. Y lo que enseñaba, eso hacia; porque era grande su abstinencia y riguroso su ayuno; y así viviendo en Roma, y quejándose un caballero de que hacia excesivos calores, respondió él: «Quien poco come y bebe, poco siente el calor de Roma.» Teníase por cosa rara, el verle fuera de casa; y cuando salia, era tal su modestia y compostura en todas las acciones, y tan parecido en esto á san Bernardino de Sena, como tambien en la disposicion del cuerpo y facciones del rostro, que algunos le empezaron á llamar Bernardino, y

se extendió tanto esta voz en gran parte de Italia, que por el nombre de Bernardino, y nó por el de Fr. Miguel, era conocido. Siendo prior de Vilevano, le escogió por su confesor el marqués de Pescara, que era gobernador de Milan. Andaba con un hábito pobrísimo, una capa llena de remiendos; y siendo necesario caminar muchas veces desde Vilevano á Milan, que dista casi seis leguas, le dijeron los religiosos que comprase en Milan otra capa, siquiera para defenderse de las aguas en los viajes que hacia. A que respondió: «Nó, padres; que somos pobres mendicantes, y á los mendigos con una capa les basta: y yo por prelado tengo mayor obligacion de dar ejemplo.» Mas aunque gustaba de traer el vestido pobre, queria que estuviese limpio, porque decia: «Cuanto me agrada en los religiosos la pobreza, tanto me ofende la poca limpieza.» Caminaba á pié de un convento á otro, con una talega al hombro, en que llevaba el breviario, una túnica de lana y algun pan: á esto se reducia toda la provision de sus viajes, en los cuales hablaba de Dios con los caminantes, ó á solas con Dios vocalmente con himnos y salmos, y mentalmente con afectos y sollozos.

Siendo prior de Alva, en un caso que le sucedió, mostró su fortaleza, caridad y prudencia. Abrasaban juntas la guerra y la hambre al Piamonte, y los soldados, apremiados de la necesidad, que no respeta á nadie, así de amigos como de enemigos robaban para sustentarse. Trescientos soldados con su cabo dieron en el convento, con ánimo de robar los bastimentos que habian recogido los frailes. Sosegó el movimiento el santo prior, diciendo á los soldados que no queria poner ley mas estrecha á su necesidad, de lo que ella era; ántes remediar la de todos. Si habia concierto, que él tenia mantenimientos para muchos dias; pero si desórden, ni para uno, y quedaria el convento desolado y su necesidad en pié. Con esto, sosegada la gente de guerra, quedó en el monasterio tan compuesta por la prudencia del santo, que el ruido de las armas jamás turbó la quietud religiosa. Acudian á las horas, tenian celdas señaladas, y con leccion comian en el refectorio, mezclados entre los frailes, como si fuesen religiosos y nó soldados. Los demás que estaban de guarnicion, apremiados de igual necesidad, acometieron tambien al monasterio, coligiendo del tiempo que habia se sustentaban los otros, era su provision muy grande; acudieron á las puertas para echarlas por tierra: los frailes, turbados, temian aun mayor daño, y los soldados para resistir no eran bastantes. Hizo abrir el prior las puertas, y puesto delante les dijo con grande ánimo: ¿Qué es esto? ¿Aun la iglesia y lugares sagrados no han de valernos contra vosotros? ¿Qué harian los alemanes herejes cuando los católicos se atreven á la religion? ¿Qué pudiéramos temer si los enemigos entraran la tierra, cuando tal violencia padecemos de los que nos defienden? Aun el ímpetu de los vencedores refrena la reverencia de los lugares santos; ¿y vosotros violareis y metereis á saco vuestros altares y sacerdotes, que os sustentan contra el enemigo mas que las propias espadas? Confieso la necesidad; pero ¿qué mas podemos hacer nosotros que con las vituallas de treinta sustentar á trescientos? Negamos á nuestras vidas el sustento por repartirle con vuestros hermanos; ¿y el galardon será saco? Si la reverencia de este hábito no os mueve, no solo á nosotros, sino á vuestros compañeros quitais lo que quitáredes; ellos defenderán su parte, y Dios, á quien agraviais y en cuyo amparo estamos, defenderá la nuestra. Suspensos detuvieron estas razones llenas de fuego á los soldados, sin que pasasen del primer umbral ni respondiesen palabra: solo uno, alzando la voz, dijo: Padre, muy soberbio habla; y él respondió: En defensa de la Iglesia decir y morir: con que sin hacer daño se fuéron todos. Tambien los trescientos, mejorada la estrechura del tiempo, dejaron el monasterio; y segun su posibilidad gratificaron el acogimiento.

Los grisones, que son los antiguos rheros, metidos en los Alpes de Alemania, gente inculta, y que aun no se ha desnudado de toda la fiereza antigua, por la vecindad que tienen con los cantones herejes de los esguízaros, como gente sin letras, se dejaron inficionar poco á poco. Habitan las fuentes del Rhin, hasta el lago Lario, hoy de Como, y por el comercio con el ducado de Milan, el fuego que en ellos se habia emprendido amenazaba incendios á toda Lombardía é Italia. Para remedio de tan grave daño fué elegido Fr. Miguel Ghislerio por inquisidor de Como; y luego se vió que habia sido eleccion del cielo. Corria de noche disfrazado los valles, expuesto á todos los temporales, y con gran peligro de la vida; y espiando los designios de los enemigos prevenia muy con tiempo los remedios, aprovechándose de la industria de Bernardo Odescalco, gentilhombre de Como, que profesó amistad con el santo, y le daba los avisos necesarios. Los de Felma enviaron á un mercader de Como doce balas de libros llenos de errores, para que los repartiese por las principales ciudades de Italia: industria muy usada de los herejes para derramar la ponzoña con disimulo por todas partes, haciendo beber el veneno por los ojos á los incautos. Súpolo el santo inquisidor: embargó los libros por el santo oficio; pero el mercader se quejó al vicario que gobernaba el cabildo, por estar aquella iglesia en sede vacante del inquisidor, porque le habia quitado los libros; y el vicario los sacó con violencia de donde estaban y se los llevó á su casa. Requiriólo el santo inquisidor, amenazóle con censuras, excomulgóle; y no aprovechándo por esta via, escribió á los cardenales de la inquisicion de Roma lo que pasaba. Fueron citados á Roma el vicario y cabildo; y el santo inquisidor se vió en gran peligro, porque le amenazaron con la muerte si mas contradecia; y como no bastase para cerrar la boca al que estaba dispuesto á perder la vida por defender la fé; se alborotó el pueblo contra él, incitado por los interesados, y un dia arremetieron á él para apedrearle: de que escapó dificilmente con el amparo de Odescalco, su amigo, que sosegó el alboroto y le defendió en su casa. Despues de algunos encuentros con personas poderosas, se partió á Roma; y aunque tenia en aquella córte algunos émulos, bien prevenidos de sus enemigos, venció la verdad á la mentira, y salió con tanta honra y crédito, que los cardenales de la inquisicion, juzgando que pecho tan fuerte convenia para el servicio de la fé, le encomendaron cierta averiguacion en medio de los grisones, en materia muy peligrosa: y persuadiéndole algunos que mudase el hábito para entrar con ménos riesgo; él replicó, que él habia tomado aquel hábito para morir con él, y que morir por la religion era logro, y mas para deseado que para temido. Hiciéronle despues inquisidor de Bérgamo, donde procedió contra personas muy poderosas é hizo grandes cosas en servicio de la fé, con tanto celo de reducir los herejes al camino de la ver-

dad que á los que con pública penitencia y nota de infamia se reducian en los cadalsos, los sentaba él á su mesa; costumbre que guardó, aun siendo cardenal. Por haber hecho inquisicion del obispo de Bérgamo que era hereje, el mismo obispo y el magistrado de la ciudad enviaron gran tropa de gente que le prendiesen ó matasen; cercaron el convento y aplicaron escalas, porque no se les escapase. Habia tenido noticia el santo del peligro que le amenazaba; y cuidando mas de guardar el proceso de lo actuado que su vida, entregó los papeles á un religioso de san Francisco, y él se estuvo en su convento sin temor, hasta que oyendo el ruido de gente y armas, habiendo hecho oracion y puesta su vida en manos de Dios, para que lo guardase por defensa de su fé, ó la recibiese por víctima de la verdad, salió al encuentro á los que entraban ya en el convento, como Cristo á los que le venian á prender, y con una voz los hizo retirar y volver las espaldas, atemorizados como si vieran venir sobre sí un ejército armado. Cobró sus papeles y partióse á Roma por caminos excusados; porque en muchas partes habia puestas espías para quitarle la vida: y siendo examinados los procesos en Roma, fué llamado á ella el obispo, y convencido de muchos errores, castigado como merecia. Vacó en esta ocasion el oficio de comisario general de la inquisicion suprema, y proveyéronle en el santo inquisidor, juzgando que no se podria hallar otro mas digno, ni mas á propósito para aquel puesto.

Cada dia se daba mas á conocer la santidad de Fr. Miguel, y con los príncipes eclesiásticos de la córte romana cobró tanto crédito, que le tenian por digno de las primeras dignidades; especialmente Juan Pedro Carrafa, cardenal teatino y presidente de la inquisicion suprema, le estimaba mucho y gustaba de hablar con él y tratar los negocios de la fé, y decia muchas veces á sus familiares y amigos: Fr. Miguel es gran siervo de Dios, y sus virtudes merecen los mayores puestos de la Iglesia. Fué despues asumido al pontificado el cardenal teatino, que se llamó en su coronacion Paulo IV, y vacando el obispado de Nepi, eligió para aquella dignidad á Fr. Miguel. Rehusólo cuanto pudo, y rogóle que le dejase volver á su celda, porque la córte era para él muy pesada. Respondió el sumo pontífice: ¿A la celda os quereis ir? Pues yo os pondré unos grillos y os echaré una cadena con que ni aun despues de mis dias podais volver á vuestro convento. Bien entendió el santo varon que esto era prometerle capelo, y díjole: Santísimo padre, ¿quereisme sacar del purgatorio, para meterme en el infierno? Finalmente le obligó el pontífice, y con precepto de obediencia, á que aceptase la mitra, y él inclinó la cabeza á la que tenia por carga muy pesada, aunque tantos la tienen por muy lijera, por mirar en ella solamente las piedras preciosas que resplandecen, y nó, las obligaciones que trae consigo el haber de dar á Dios cuenta de muchas almas. Despues le hizo cardenal del título de Santa María *super Minervam*, y se llamó cardenal Alejandrino, por la razon que aquí diré. Es comun en Italia, como en España lo usan algunas religiones, dejar los religiosos sus apellidos propios y tomar los de sus patrias: al entrar en la religion Fr. Miguel, habiendo de dejar el apellido de Ghislerio, no quiso el prior que le tomase del Boscho, y así se llamó desde entonces Fr. Miguel Alejandrino, y despues cardenal Alejandrino, conservando este nombre hasta que ascendió al pontificado. Creó el sumo pontífice un nuevo oficio de sumo inquisidor, á quien estuviesen sujetos todos los jueces de las causas de la fé, en todas las que tocasen á este tribunal: hizo sumo inquisidor al cardenal Alejandrino y ejercitóle con sumo acierto; mas como empezó en él esta dignidad, acabó tambien, siendo el primero y el postrero que la tuvo: queriendo Dios que él solo gozase esta prenda en premio de su celo sin segundo.

Con las nuevas dignidades mudó el santo obispo, cardenal é inquisidor de casa; pero nó de costumbres: pasó del monasterio al palacio, pero llevó al palacio las virtudes del monasterio: conservó la humildad, modestia y aspereza de vida que habia adquirido en la religion. Él andaba vestido con un hábito pobre de santo Domingo, y las salas de su palacio no se adornaban con tapicerías, ni su mesa se servia con vajilla de plata sino de barro. Su familia era de veinte personas por cumplir con la dignidad y nó servir á la ostentacion, y reservar algo que dar á los pobres, de cinco mil escudos que solo tenia de renta. A los criados que recibia les avisaba, que no entraban en un palacio sino en un monasterio, ni á servir á un cardenal, sino á un religioso, y así habian de vivir como en un monasterio de religiosos: que en su casa no habia de haber murmuraciones, chismes, envidias, ni emulaciones; porque todos estaban con oficio de criados, pero con estimacion y amor de hijos; y así se debian amar como hermanos. Tratábalos con afabilidad, remediaba con amor sus necesidades, y con piedad los cuidaba y regalaba en sus enfermedades. Daba á todos suficientes salarios, contra el estilo de Roma, donde suelen los príncipes pagar á sus criados con pequeñas raciones, pero con grandes promesas y excesivas esperanzas, que ellas son de viento y se suelen quedar en el aire. Por mucha necesidad que tuviese nunca llamaba á ningun criado á la hora de comer ó dormir, diciendo que aquel tiempo era debido al descanso del cuerpo; y esta costumbre guardó siendo sumo pontífice. Hacíales frecuentar los sacramentos, y por certificarse mas, en dias señalados los comulgaba de su mano á todos. Finalmente su casa era como él la deseaba: por defuera, palacio de un príncipe, y por dentro monasterio de religiosos en la órden de vida y concierto de las costumbres.

Murió Paulo IV á 18 de agosto de 1559. Sucedióle Pio IV á 26 de diciembre del mismo año: y aunque el nuevo pontífice se portó con grande severidad con los parientes y hechuras de Paulo IV, no entró en esta cuenta el cardenal alejandrino; ántes por sus grandes méritos le confirmó en el cargo de sumo inquisidor, que su predecesor le habia dado, y le dió el obispado de Monreal, que estaba vaco. Portábase el santo cardenal con gran justificacion en todos los negocios, gobernándose solo por las reglas de la justicia y razon, oponiéndose á los otros cardenales y al mismo sumo pontífice, en las pretensiones que no eran conformes á su dictámen, aunque por esto experimentó grande aspereza, y oyó palabras muy injuriosas á su persona: pero su ánimo invencible solamente se dejaba vencer de la razon; nó del fervor ni del temor: y así diciéndole algunos que condescendiese algo con el tiempo, y no sucediese que le encerrasen en un castillo, respondió el magnánimo príncipe: En caso que por decir la verdad, no pueda yo estar en el colegio cardenalicio, no me faltará una celda en mi religion.» Por esto decia el cardenal Aní-

bal Buzuto, que en el sagrado colegio mas valia el voto solo de Alejandrino, que el de todos los cardenales juntos. Contradijo un dia con toda resolucion al papa, y negó el voto que fuesen creados cardenales dos sobrinos suyos de poca edad, concediéndolo los otros cardenales; y admirado el cardenal de San Ángel, decia despues: que si fuera señor de muchos tesoros, los daria por haber dicho al papa su parecer con la resolucion que Alejandrino; y añadia con admiracion: «¿Entre tantos señores, y entre tanta nobleza, solo osa hablar un pobre fraile? Dios le pondrá en la silla de san Pedro, pues ha mostrado merecerla mas que todos.»

No fué pronóstico vano, como se fundaba en méritos, porque muerto Pio IV, con grande conformidad del sacro colegio fué elegido el cardenal alejandrino: y aunque él procuró embarazarlo y resistió á toda su eleccion cuanto pudo, hubo de obedecer á Dios que le mandaba tomar el gobernalle de la nave de san Pedro para el bien de su Iglesia. Fué profetizada esta eleccion algunos dias ántes por personas santas, y san Felipe Neri dijo á un hijo compañero suyo, que seria sumo pontífice quien mas descuidado estaba y no pretendia ni pensaba ser papa, que era el cardenal Alejandrino. Sobre la ciudad de Lóndres, cabeza del reino de Inglaterra, apareció un cometa horrendo, de los que llaman crinitos, que duró muchos dias, y era de color de sangre: viéronse fuegos espantosos en el cielo y una mano muy grande con una espada, amenazando en las nubes. Y bien mereció Inglaterra aquel funesto aviso de la eleccion de Pio V, como de calamidad grandísima para las herejías de aquel reino, que con armas y censuras persiguió, declarando á su reina Isabel por hereje, y absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad; porque no hay para el malo prodigio mas funesto que el imperio del justo, y para el hereje que el imperio del católico, pio y religioso príncipe, aunque si para la herejía fué cometa, para el reino fué astro de salud y felicidad, en lo que cabia en un mal tan sin remedio. Quisiera conservar en su coronacion el nombre de Miguel, por devocion al sagrado arcángel san Miguel, y dejólo de hacer, por huir de la singularidad y no ser el primero de este nombre, y tomó el nombre de Pio, por dar gusto á san Cárlos Borromeo y á otros cardenales, hechuras de Pio IV, que se lo pidieron para honra de su predecesor. Desde la capilla de la adoracion le llevaron á la basílica de San Pedro á adorar el santísimo Sacramento; y sucedióle aquí una cosa muy singular. Puesto de rodillas delante de aquella soberana Majestad, le daba gracias porque le habia levantado del polvo de la tierra á la suprema dignidad de la Iglesia, y pedia fuerzas para llevar tan grande peso, siendo sus ojos dos fuentes de lágrimas, que hacian correr la humildad y el agradecimiento: pero el demonio, temiendo la guerra que se le prevenia en tan santo pontífice, haciendo armas de su misma humildad, le propuso que haria bien en renunciar aquella dignidad; porque era temeridad, siendo él un pobre fraile, acostumbrado mas al retiro de su celda, que al bullicio de la córte, y á tratar con religiosos pobres y humildes, que con príncipes, grandes y poderosos, admitir el gobierno de todo el orbe, en que habian vacilado los mayores hombres del mundo, y tomar el gobernalle de una nave que habia de navegar sobre las olas hinchadas, y entre las deshechas tormentas. Turbóse el santo, y combatido de temores y recelos, dudaba qué debia hacer, cuando le habló un ángel venido de Dios, y le dijo: ¿De qué te turbas y afliges? ¿Has pretendido ó deseado tú esta dignidad? Respondió el santo: Sabe el Señor que nó, ni jamás tal cosa me vino al pensamiento. Pues no te turbes ni desconfíes (dijo el ángel); que Dios que te ha puesto en esta silla te ayudará, y el Señor que te dió el gobernalle de esta nave, te favorecerá para que la gobiernes con acierto y prosperidad. No temas escollos ni peligros; que Dios no desampara á los que él escoge, y ayuda á los que confían en él.

Cuanto iba colocando el Señor á su siervo en mas alto lugar, tanto mas resplandecian sus virtudes, como el sol que entonces nos alumbra mas, cuando está sobre nosotros: y si cuando religioso parecia santo, y mas santo, cuando obispo y cardenal; cuando sumo pontífice, pareció santísimo en las obras, como en el nombre. No fué recibida su eleccion del pueblo romano con el aplauso y alegría que la de otros pontífices; porque su encogimiento les parecia extrañeza, su retiro severidad, su silencio melancolía, su constancia mala condicion, y temia hallar un juez riguroso, en el que deseaba amoroso padre. Supo esto el santo, y dijo á quien se lo avisó: «Dios me dará gracia para obrar, de modo que se duela mas Roma de mi muerte que de mi eleccion.» Empezó su gobierno ganando con su liberalidad y misericordia el amor de todos, quitando los excesos que sirven solo á la ostentacion y excediendo á sus predecesores en la liberalidad que agrada á la misericordia. Mandaban los pontífices el dia de su coronacion en San Pedro arrojar gran cantidad de dinero, grabadas en la moneda sus armas: tocaba la mayor parte de este desperdicio, nó al mas pobre, sino al mas venturoso, y la codicia de la multitud hacia estragos en sí misma, saliendo muchos estropeados y heridos, y algunos ahogados por salir ricos. Mandó que no se arrojase dinero alguno, y que aquella cantidad doblada se repartiese á los pobres de la ciudad, para que la limosna buscase á los necesitados, y no la comprasen ellos á costa de heridas y desgracias. Coronóse á 17 de enero de 1566, dia de san Antonio, en que habia nacido al mundo, y recibió la corona suprema de toda la cristiandad y del orbe. Acostumbraban los pontífices cada año el dia de su coronacion hacer un convite espléndido á todos los cardenales y embajadores, en que se gastaban mil escudos: dióle este primer año con disgusto, por no alterar tan presto aquella costumbre; mas considerando la superfluidad del gasto, no quiso hacer convite los demás años, y mandó dar la cantidad que en esto se habia de gastar á monasterios pobres; porque decia: que á la hora que aquellos príncipes comian con tanta grandeza y regalo, gemian los pobres debajo de la hambre y necesidad, y que en el juicio de Dios se le habia de pedir estrecha cuenta, de cómo habia administrado la hacienda de Jesucristo. Mandó á los limosneros que le trajesen las matrículas de los pobres que habia en Roma, y aumentó las limosnas que ordinariamente solian darse, conforme á la calidad y necesidad de las personas. Dotó á muchas doncellas, cuya necesidad ponia á peligro su honor. Repartió entre los oficiales y criados conclavistas diez mil escudos en recompensa del trabajo padecido en que conmutó algunas pensiones antiguas. A los cardenales, cuya pobreza parecia obscurecer en algo el resplandor de la púrpura, por no poder sustentar la majestad conveniente, mandó repartir mas de veinte mil escudos. A los

obispos de las órdenes mendicantes, mandó se les despachasen sus bulas gratis y sin interés alguno. De cada cardenal difunto se cobraban quinientos escudos: el dinero, que de esto estaba caido, y diez mil que aumentó, mandó se diesen á un convento de religiosas de su órden que se llama Mañapoli, en el monte Quirinal, con que se acabó de edificar magníficamente. Con estas acciones de piadoso y magnánimo príncipe, abrió Roma los ojos, y al que esperaba juez, le halló padre, y conoció que Dios le habia dado á su Iglesia y al orbe para hacer nacer en su gobierno todas las felicidades. Solia decir muchas veces el santo: «Quien recibe un beneficio, ha de observar tres cosas; acordarse siempre del beneficio, alabar á quien se lo hizo, y remunerarle, en habiendo ocasion conforme á la posibilidad.» Y lo que decia con las palabras, cumplió con las obras; porque no era de aquellos á quienes la prosperidad es Leteo, que hace olvidar los beneficios: y mas cuando han ascendido á una suma fortuna, en que ni tienen qué esperar, ni qué temer; ántes retornó favores á todos cuantos le habian hecho beneficios: y estando muchos olvidados de lo que habian hecho por Fr. Miguel ó por el cardenal Alejandrino, se acordaba de ello el sumo pontífice Pio, para remunerarlo. Premió á todos sus criados conforme á su capacidad y méritos: solia decirles: *Vos estis, qui permansistis mecum in tentationibus meis.* Y avisándole que se murmuraba, que acomodaba primero á sus criados, respondió: que aquellos criados le habian servido sin ambicion cuando era un podre cardenal, de quien no podian esperar nada: y que pues él podia, y ellos no lo desmerecian, los queria remunerar segun su capacidad. Estaba sepultado Paulo IV en San Pedro en un sepulcro humilde, y él trasladó sus huesos al convento de la Minerva, que es de la órden de predicadores, y los cobró en un sepulcro magnífico, que mandó labrar de exquisitos mármoles con la estátua del difunto, y un elegante epitafio que publicaba sus virtudes. Otro sepulcro de mármol con su elogio erigió á Alonso Carrafa, cardenal y arzobispo de Nápoles, sobrino de Paulo; y á toda la casa Carrafa hizo grandes favores por ser de ella Paulo IV, á quien tanto debia. A Antonio Carrafa, en quien halló méritos y erudicion iguales á su sangre, le hizo su camarero, y despues cardenal, y le dió otros cargos muy honrosos. De los compañeros que le habian asistido en el tribunal de la inquisicion y otros oficios, á Julio Antonio Sartereo, varon de grande entereza, doctrina y zelo de la fé, le hizo arzobispo de Santa Severina y cardenal; y al cardenal Carpense, que habia muerto, mandó fabricar un suntuoso depósito, con una letra que predicaba sus virtudes. De esta manera favorecia á los vivos, y no se olvidaba de los muertos, y pagaba deudas de agradecido, donde encontraba méritos para las honras. No resplandeció ménos su humildad en tanta grandeza, que su agradecimiento en tanta prosperidad; porque no quiso ocultar sus principios debajo de la majestad, como ordinariamente sucede en los hombres, que quieren sea la grandeza presente mausoleo de bajeza pasada, que la retire en los ojos de todos, como los sepulcros magníficos encubren el horror de los cadáveres. Cuando fuéron á adorarle los cardenales, llegando el cardenal Aragon, le dijo: Acordaos que fuí criado de vuestro tio. Volviendo el mismo dia desde San Juan de Letran al Vaticano, con acompañamiento de cardenales, príncipes y prelados, vió entre la multitud á un pobre labrador que le habia hospedado en su casa una noche, siendo inquisidor de Bérgamo, y mandóle llamar. Turbóse el labrador, viéndose llamar del papa, y ya se miraba preso y sentenciado; y el santo pontífice con rostro apacible le dijo: Hijo, no os turbeis: yo soy aquel fraile dominico que vos hospedasteis en vuestra casa tantos años ha. Preguntóle por su familia, y sabiendo que tenia dos hijas, le mandó dar mil escudos de oro, para que las pusiese en estado, y otros quinientos á él para que se mejorase de fortuna. Escribió un ocioso ó maldiciente, que todo es uno, un pasquin contra el santo pontífice, lleno de injurias y desprecios, y le fijó en parte bien pública: fué conocido y preso; y mereciendo, segun las leyes, pena de muerte, el santo le hizo traer á su presencia, y le mandó leer el pasquin, y explicarle, como quien gustaba de oir sus desprecios, y luego le dijo: Si vos hubierais hablado mal de mí en cuanto sumo pontífice, no os fuérais sin castigo: pero porque esos oprobios son contra mí, en cuanto Fr. Miguel, que soy un fraile humilde ó cardenal Alejandrino, yo os perdono. Yo no olvido, ni olvidaré jamás la humildad de mi linaje, de mi vida y de mi hábito religioso, ántes lo confesaré siempre: y lo que soy, está tan presente á mis ojos, que jamás me dará lugar á desvanecerme. Perdonóle las penas que merecia y envióle libre, rogándole que le avisase de cualquiera falta que notase en su persona, que él la enmendaria. No solo olvidaba las injurias; pero las remuneraba como beneficio: y notaban que aquellos iban mejor despachados del pontífice, que en algun tiempo le habian hecho agravio.

Sabiendo el santo pontífice, que traia sobre sus hombros todo el mundo, como antiguamente el sumo sacerdote sobre sus vestiduras á nada atendia tanto como á su reformacion, la cual quiso, que saliese de su palacio á Roma, y de Roma á todo el orbe cristiano; porque solia decir, que quien gobierna á otros, ha de menester gobernarse primero á sí, y á su familia; y de otra manera no será obedecido; porque los hombres libres por su naturaleza, no obedecen de tan buena gana á las leyes que hacen los hombres como imitan á los hombres que guardan las leyes. En su persona no tenia el santísimo pontífice qué reformar, porque su vida era idea de santidad; y siendo papa, no sucedieron las virtudes de príncipe á las de religioso, sino las acompañaron ó coronaron, haciéndolas resplandecer mas, por ser mas admirables en un palacio que en una celda, y en un sumo pontífice que en un fraile particular. Conservó el amor que tuvo á la pobreza religiosa: no quiso hacer nuevas vestiduras pontificales, y usó de las que habia dejado Paulo IV. Los hábitos encubiertos que traia, eran pobres y remendados, como cuando fraile. Jamás vistió lino, sino por necesidad precisa del mal de que murió, y la estameña de las camisas era de la mas áspera; y reprendió á su camarero, porque atendiendo á sus achaques y años, le hizo unas túnicas de lana mas delgada y no se las quiso poner. Su mesa era tan parca, como la de un pobre oficial, y en ella continuaba los ayunos de su religion. Ayunaba con todo rigor los adviento y cuaresmas, y en todo el año rara vez se desayunaba por estar mas desembarazado para los negocios. Las mas veces era su comida y colacion toda á un tiempo, reduciéndose á un par de huevos y una escudilla de garbanzos; y otras veces se reducian á unas yerbas amargas

todos sus regalos, sin aceite, sal, ni vinagre. En los tiempos que no eran de ayuno, solo tres dias en la semana comia carne; los demás guardaba abstinencia eclesiástica: no pudieron las enfermedades hacerle dejar este rigor; ántes crecia como crecian las necesidades de la Iglesia. Pocos dias ántes de su muerte le dieron una pechuga de capon disimulada en una almendrada: conociólo al llegarla á la boca y no la quiso tomar, riñendo á sus criados, porque por dos dias de vida le querian hacer dejar costumbre de sesenta años. Tenia bajos los ojos, cuando estaba en la mesa, y no miraba á nadie, ni hablaba palabra, hasta pedir por señas la bebida, por no interrumpir la leccion de las Escrituras sagradas. El tiempo que le sobraba de los negocios, daba á la oracion retirada, en que le hallaban muchas veces como fuera de sí, y no podian volverle, aunque le tiraban de las ropas, ni respondia á propósito á lo que le preguntaban: y solia decir, que la oracion era el refugio de los pontífices, donde habian de buscar la luz para los aciertos, y pedir la gracia para el cumplimiento de sus obligaciones. Moderó los gastos que solian hacer otros pontífices para ostentacion de la majestad; diciendo: que esta mas se habia de dar á conocer por las virtudes, que por el fausto y aparato. Preservóle de la soberbia y los otros vicios que suelen traer consigo las grandes dignidades, la memoria de la muerte que tenia siempre presente, no olvidándose que era hombre por verse sumo prelado, ni que era mortal, por verse adorar de todos; ántes luego que ascendió al sumo pontificado, hizo fabricar en su patria un convento de la órden de predicadores, y en él labrar un sepulcro y poner un epitafio, que como compuesto del santo pontífice, dice sus virtudes, callándolas, y su modestia es su panegirista. Vuelto en castellano, dice así: «Pio, papa V, natural del Boscho, descendiente de la casa de Ghislerio, religioso profeso de la órden de predicadores, teniendo presente delante de los ojos el dia de su muerte, y de la general resurrecion, desde el dia de su asumpsion á la suma altura del apostolado, mandó erigir este monumento para depositar su cadáver cuando á la divina clemencia pareciere sacar su espíritu de este miserable siglo.»

Quiso reformar su palacio sacro, y hallando poco qué reformar en sus criados, le reformó en las estatuas que halló en él de los dioses de la ciega gentilidad, las cuales mandó echar de él, pareciéndole mal que estuviesen los simulacros donde se reprobaba el culto, y hubiese sombras de falsa religion, donde todas son luces de la verdadera fé, y diólas al senado, donde por seglares no parecia tan mal estimar el arte de los que reprobaban la Divinidad.

Juntó á todos sus criados: hízoles un prudente razonamiento, persuadiéndoles á huir todos los vicios, y abrazarse con las virtudes, para que su palacio fuese regla de los demás; porque todos se miraban en él como en un espejo, y notarian cualquiera mancha, y copiarian de él ejemplos para sus familias: por lo cual debia su casa exceder á las demás en la modestia y virtud como él excedia á los demás en la dignidad. Maldiciones, mentiras, juramentos, emulaciones, juegos y vicios semejantes, no se veian en él; porque sabian todos que ellos ó sus vicios habian de salir de aquella casa donde no cabia ningun vicioso; aun la música les prohibió para que en todo se mostrase una modestia religiosa: la cual les encargaba ostentasen en todas sus acciones como indicio de la compostura de su ánimo. No permitió que hubiese mujer ninguna en su palacio, aunque fuese casada. Cerrábase por la noche la puerta á hora señalada, y todos habian de estar en casa, y ninguno podia salir despues. Quiso reducir á Roma á la santidad, que debe tener la ciudad, que es corte de la Iglesia. Para esto visitó por su misma persona las cinco iglesias patriarcales; y tuvo una plática á las comunidades y colegios, que asisten en ellas, exhortándoles á cumplir con todas sus obligaciones. Señañó eclesiásticos de vida ejemplar, que visitasen las otras iglesias de la ciudad; y en todas hizo, que se celebrasen los oficios divinos, con la decencia que convenia. Encargó á los jueces y ministros, la rectitud en sus juicios, y que no inclinasen el peso de la justicia á ninguna de las partes por interés ó favor, pesando solo la razon en sus balanzas; y armó los tribunales con severas leyes contra los delitos. A los pobres presos, y pleiteantes, para que no pereciese su justicia por falta de defensa, señaló comida, abogados, y escribanos. No permitió que se vendiesen los oficios, advirtiendo, que quien compra el administrar justicia, ha de venderla. Limpió á Roma de muchas mujeres perdidas, que estaban repartidas por la ciudad como lazos de Satanás, para prender la castidad, desterrando las mas escandalosas y permitiendo, que las demás se redujesen á un barrio; porque así pareció necesario por evitar mayores excesos: y oponiéndose el senado con demasiada resolucion á esta determinacion del papa, por los intereses que perdia la república, de las casas principales, en que estas rameras vivian con fausto de señoras, les amenazó que sacaria la córte de Roma; porque él no podia vivir entre gente tan perdida. A las que quedaron, compelió á oir sermones en dias señalados y amenazó que si morian sin sacramentos, no permitiria que las enterrasen en sagrado, sino en el campo; y con este temor se redujeron algunas; y otras á quienes la pobreza obligaba á vender la castidad, dotó, para que tomasen estado en que pudiesen vivir sin ofensa de Dios. Estaba Italia llena de foragidos, en quienes peligraba la vida y hacienda de los caminantes y peregrinos, porque todo lo llenaban de robos y muertes, con la impunidad que hallaban los delitos en tanta diversidad de dominios, pasándose de una jurisdiccion á otra los delincuentes: y para limpiar la tierra de semejante gente, mandó, que en ningun gobierno sujeto á la Iglesia tuviesen libertad, y en todos pudiesen ser prendidos y castigados; é hizo pactos con el rey de España y duque de Florencia, para que no les valiese su sagrado. A los jueces y señores de los lugares, mandó que cuidasen de desterrar de su jurisdiccion los ladrones y que si sucediese algun latrocinio, estuviesen obligados á pagarlo.

Aplicóse luego á la reformacion de toda la Iglesia, y no cuidaba de sí, por cuidar de su obligacion. Empezaba á dar audiencia tan de mañana, que en el invierno era menester encender hachas, y acababa de noche: y diciendo los médicos que mirase por su salud, porque el cansancio solo de las audiencias era bastante en sus años para quitarle la vida, respondió: que Dios le habia puesto en aquel lugar, nó para buscar comodidades propias, sino para atender á las necesidades ajenas; y que el príncipe ántes debe mirar á la obligacion de su oficio, que á la salud de su cuerpo. Y pareciéndole, que ningun remedio habia mas eficaz para sanar al mundo de tantas enfermedades, como entonces padecia, como aplicarle las medicinas que los padres del

concilio Tridentino habian juzgado necesarias y convenientes; procuró que se promulgasen y observasen en toda la cristiandad los decretos de aquel santo concilio. Mandó á todos los prelados y personas eclesiásticas, que tenian cura de almas, residiesen en su jurisdiccion, dándoles un mes de término, y privando á los inobedientes de sus beneficios. Pedia á los obispos, que le diesen noticia de los hombres de virtud y prendas que habia en sus obispados, para darles premios y ocupaciones eclesiásticas, conforme á sus méritos, y componer la Iglesia de ministros adornados de santidad y doctrina. No daba los puestos á quien los pretendia, sino á quien los merecia: quien buscaba las dignidades no las hallaba, y buscaban las dignidades á quien huía de ellas; solo el favor de los méritos era poderoso con él, y este pedia callando y pretendia retirándose. Encargó á hombres doctísimos, que compusiesen en latin el catecismo, que tanto provecho ha hecho en la Iglesia, y despues le hizo traducir en italiano, francés, aleman y polaco, para que corriese como natural en aquellas provincias. Reformó el misal y breviario: hizo importantísimos decretos acerca del respeto á los templos, y del modo de celebrar el sacrificio de la misa. Fortificó el santo oficio de la inquisicion con nuevos privilegios é inmunidades, para que teniendo mayor fuerza, destruyese mejor las herejías. Estrechó la clausura de las monjas que con peligro y escándalo salian de los encerramientos. Extinguió la religion de los humillados, obligado de sus escándalos. A las religiones mendicantes hizo exentas de pagar tributos, gabelas, é imposiciones, conforme á sus privilegios antiguos, confirmándolos, y concediendo otros de nuevo. A la religion de santo Domingo honró, como hijo de tan buena y benemérita madre: á santo Tomás hizo igual en la solemnidad á los cuatro doctores de la Iglesia: é hizo nueva impresion de sus obras y de las de san Buenaventura, por ser aficionadísimo á la doctrina y santidad del doctor angélico, y del seráfico. A todas las religiones hizo particulares favores, en que no fué la última la compañía de Jesús, de que debe perpetua alabanza y agradecimiento á este santo pontífice: porque viendo lo mucho que trabajaba en todo el mundo, para gloria de Dios y provecho de las almas, la favoreció con amor de verdadero padre, y mostró la estimacion grande que tenia de ella en las honras, que la hizo; y entre las demás fué darle el cargo en el colegio de la penitenciaria de san Pedro; y mandar que los padres de ella le predicasen en su palacio apostólico, y que la compañía se encargase de examinar, no solamente á los que en Roma habian de ser promovidos á los sacros órdenes, como ántes por mandato de Pio IV se hacia, sino tambien á los que se oponian á beneficios eclesiásticos. Sirvióse de la compañía para reprimir á los herejes, convertir á los gentiles, y enseñar y catequizar á los judíos; é instituyó dos congregaciones de cuatro cardenales que confiriesen los medios para reducir los herejes y convertir los gentiles, con las cuales dió favor á la compañía para cumplir su instituto. Encomendóla á los príncipes católicos y prelados eclesiásticos, para que la favoreciesen y amparasen de los que la perseguian, diciendo en sus breves tales alabanzas de ella (como tambien en las bulas, en que la declara por mendicante y concede otros privilegios), que no se pueden oir sin confusion; y decia, que aunque la compañía tenia ya colegios en casi todas las provincias de la cristiandad, quisiera que tuviera muchos mas, especialmente en las ciudades tocadas ó inficionadas de herejías. Otras muchas cosas ordenó é instituyó, para bien de la república cristiana, que pedirian un grande volúmen, si en particular se hubieran de referir: véalas quien quisiere en los autores, que tratan mas á la larga su vida.

Fue combatida la nave de san Pedro en tiempo del santísimo pontífice Pio de diversas olas y tempestades, y la Iglesia asaltada por todas partes de herejías y armas. El imperio estaba casi inundado con el veneno de la herejía, que vomitó Lutero y sus secuaces: los hugonotes con fuerza é infidelidad llenaban á Francia de estragos y de errores: Polonia se inquietó con nuevas guerras y herejías: Inglaterra inficionada de Enrico, y gobernada de Isabela, Anticristo de su sexo, inficionaba y alteraba á Escocia; y su reina María Estuarda, por católica, se vió oprimida de sus vasallos, y desterrada de su reino, y presa de Isabela: Soliman gran turco, intentó con gran poder sitiar á Malta; tomó á Chio: entró por Ungría; y despues su hijo Selin, habiendo heredado de su padre Soliman con la sangre y la religion, el ódio contra los cristianos, con una formidable armada amenazó fuego y sangre á toda la cristiandad: y en tantas tormentas, riesgos y tribulaciones no desmayó el ánimo de Pio; ántes haciendo oficio de piloto, de capitan y de pastor, para librar la nave de los escollos, defender la Iglesia de las armas, y guardar los fieles de los lobos, que los pretendian tragar, proveyó á todas partes su providencia del remedio de que eran capaces. A Alemania envió por legado al cardenal Comendon para el emperador Maximiliano; é informado de lo que convenia hacer para que no se acabase de anegar aquel imperio en la herejía, remedió los males presentes, y preservó los venideros con buenos libros, zelosos predicadores y doctos obispos. A los príncipes católicos amonestó, que no admitisen obispos herejes: á los obispos mandó, que avisasen qué hombres doctos tenian en su obispado, para predicar y argüir con los herejes; y que desterrasen de sus diócesis á los religiosos poco firmes en la fé, y reedificasen los monasterios que habian destruido los luteranos, prometiendo enviar, si fuese necesario, religiosos escogidos, que los poblasen: que fundasen en sus obispados seminarios, donde bien instruidos los mancebos hábiles en virtud, letras, doctrina católica y ceremónias eclesiásticas, saljesen varones capaces de enseñar y defender la fé en su patria; y finalmente, que celebrasen en sus diócesis sínodos, para establecer el concilio Tridentino, que era el remedio universal de todos los males: prometiendo para esto á los príncipes y prelados, toda ayuda y favor, armas y dineros si fuese menester. Al gran maestre de san Juan, llamado Juan de la Valeta, avisó que fortificase á Malta, y ofreció darle tres mil hombres, pagados de su dinero para defenderla del turco, y desde luego mandó hacer gente, y pagar sueldos: dió quince mil escudos á los caballeros soldados; y por espacio de siete meses, que duró la fortificacion, le envió cinco mil escudos cada mes; y porque el maestre echó voz, habia de desamparar la isla, si los príncipes cristianos, como en causa comun, no le ayudaban, le escribió el santo pontífice, que aunque todos los príncipes cristianos le desamparasen, él le ayudaria, y enviaria cuantos socorros pudiese, de armas, bastimentos y gente, y daria su sangre y vida, si fuese necesario. Despachó una bula á toda

la cristiandad, concediendo jubileo plenísimo, á los que con oraciones ó limosnas ayudasen á esta necesidad. No se atrevió el turco á sitiar á Malta, sabiendo cuán fortificada estaba, y dando de repente sobre la isla de Chio, la tomó, y amenazaban mayor daño á toda la cristiandad sus armas. Quiso el santo pontífice mover á Dios á la defensa de su pueblo con súplicas: salió tres dias con procesion de la iglesia de San Marcos, yendo él á pié descalzo y descubierta la cabeza, puestas las manos sobre el pecho, y los ojos con grande humildad en la tierra, rezando salmos en voz baja, y solo levantando los ojos, ó la voz, al entrar en las iglesias. Corrian por sus mejillas las lágrimas con tal ímpetu, que interrumpiendo la voz, no le dejaban proseguir su oracion; é inclinando Dios á sus ruegos, dió felices sucesos á Malta contra el turco, y reprimió su soberbia para que no la volviese á molestar. Sabiendo que Soliman pretendia entrar por Hungría, procuró coligar los príncipes cristianos para la defensa, y solicitó los socorros de muchos príncipes, y él envió al emperador cien mil escudos, y le consignó cincuenta mil cada año, mientras durase la guerra, y con estos socorros, y principalmente con las oraciones y rogativas que repitió, haciendo otros dias procesiones en Roma, defendió Dios la cristiandad de tan poderoso enemigo. Porque habiendo entrado el mismo Soliman por Hungría, y puesto sitio á la ciudad de Sigeto, estando con grandes esperanzas de cogerla, le quitó Dios la vida de repente, y queriendo el general de su ejército proseguir con el cerco de la ciudad, ocultando la muerte del emperador, se puso el cielo en defensa de la plaza; porque se levantó de repente una tempestad de agua, aire, relámpagos, truenos y rayos, que desbarató los pabellones y tiendas de campaña, é hizo levantar el sitio huyendo los soldados atónitos y despavoridos. Y bien lo habia temido Soliman; porque teniendo noticia de las virtudes y celo del santo pontífice decia, que no le espantaban los ejércitos y armas de los cristianos, y le atemorizaban las oraciones del pontífice de Roma. A Francia envió al conde Miguel Turriano, obispo de Genete, por su legado al rey Cristianísimo, advirtiéndole la obligacion que tenia de defender la fé de las herejías; y que no estaba firme su corona, mientras no lo estuviera la religion, que es la seguridad de los reinos. Mandó que se guardasen los decretos del concilio Tridentino: hizo revocar un edicto real, que se habia hecho en favor de los hugonotes: privó á algunos sospechosos de herejía y á mujeres, de las dignidades eclesiásticas que poseian, é hizo otros muchos decretos contra los herejes; por lo cual quisieron ellos quitar á Aviñon al pontífice, por vengarse; mas él los previno y embarazó el paso y tomó una plaza muy fuerte y castigó á muchos herejes y desterró á todos de Aviñon, del estado de la Iglesia. Consiguió el ejército del rey una insigne victoria del ejército de los hugonotes, por las oraciones del santo pontífice. Envióle el rey las banderas que habian cogido á los enemigos, para que se pusiesen por trofeo en la iglesia de San Pedro; y el santo pontífice hizo una procesion en accion de gracias al Señor de los ejércitos, por tan señalada victoria. Solicitó que se coligasen los príncipes de España é Italia, para ayudar al francés, y procuró que él desterrase de su reino á todos los herejes, ayudándole él con armas, soldados y grandes cantidades, y lo que importa mas, con oraciones, á que debió muy felices sucesos y una ilustre victoria, de que se trajeron las banderas á San Juan de Letran. No socorrió ménos á Flandes contra los rebeldes á Dios y á su rey, amonestando á Felipe II, como debia portarse con ellos, y enviando socorros de dineros al duque de Alba, é inventando las medallas benditas con indulgencias, nunca usadas hasta entonces, con ocasion, de las que en el gobierno de doña Margarita de Austria llevaban los herejes por divisa de sublevacion: las que usaron en contraposicion los católicos, en señal de que eran fieles á Dios y al rey. Procuró restituir al reino de Escocia la fé católica, y á su reina Estuarda la libertad y la corona: y viendo la gran dificultad, lloraba y se entristecia, sin admitir consuelo, diciendo á los que procuraban consolarle: ¿Cómo no tengo de llorar, si veo el miserable estado de aquel reino y no puedo remediarle? Quiso socorrer á la reina con dineros, y estando apurado su erario, y no queriendo gravar al pueblo con exacciones, moderó sus gastos que eran tan moderados, y minoró su familia que era la precisa; y así le dijo á un obispo de Escocia, enviado de la reina, que asistia á su mesa, admirado de ver la templanza y pobreza de ella: ¿Ya habeis visto los gastos de mi mesa? Pues aun han de ser menores; porque á costa de nuestro sustento queremos socorrer á vuestra reina, aunque á nosotros nos falte lo que habemos menester. Y le podeis decir que sus negocios y salud anteponemos á las necesidades nuestras y de nuestra familia. Consoló á la reina por cartas: esforzóla á la constancia en la fé: socorrióla con dinero; pero atajóle la muerte sus principales intentos; pues la santa reina en la prision, donde la puso Isabela, siendo por su mandado degollada, trocó la corona de Escocia por el martirio. Aun con mayor cuidado y solicitud, procuró el remedio de Inglaterra, excomulgando á su reina y absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad, como dijimos, solicitando contra ella las armas de los reyes católicos; pero Dios por sus altos juicios permitió que no tuviesen efecto los deseos é intentos del santo pontífice, y aquel reino persevera aun envuelto en las tinieblas de la herejía, hasta que la misericordia divina esparza sobre él los rayos de la verdad, y los resplandores de la fé deshagan las tinieblas de los errores. ¿Pues qué medios no intentó para pacificar á Polonia y desterrar de ella las herejías? Pero de todas las empresas que acabó el celo, valor y constancia del sumo pontífice, la mas celebrada es la victoria naval de Lepanto, que alcanzó de Selin el invictísimo señor don Juan de Austria, hijo no ménos de las victorias que de la sangre del emperador Cárlos V, de que hablamos en la primera dominica de octubre, tratando de la fiesta del santísimo Rosario de nuestra Señora; y por eso no hay para qué repetirlo aquí: solo diré lo que es mas propio de este lugar; que procuró para esta batalla coligar á todos los príncipes cristianos contra el comun enemigo, y envió para esto al cardenal Alejandrino con san Francisco de Borja á los reyes de España, Francia y Portugal y al cardenal Comendon al emperador, y aunque solo se coligaron al mismo santo pontífice, el rey de España y la república de Venecia; con sus armas y las oraciones de Pio, se alcanzó una de las mas insignes y milagrosas victorias, que han visto todos los siglos de la Iglesia: lo cual prometió y profetizó el santo pontífice á don Juan de Austria y á otros capitanes: y como la previó ántes que sucediese, la vió cuando sucedió, como si se hallara presente en la batalla que sucedió primer domingo de octubre de

1571. Sabia el santo el sábado en la noche, por revelacion divina que estaban las armadas una en frente de otra, y fuera de las oraciones y rogativas que habia mandado hacer en toda la cristiandad por el buen suceso, ordenó que en todas las iglesias de Roma se continuasen las oraciones toda aquella noche, y el domingo sucediesen unos á otros, para que no cesase la oracion en que ponia su confianza, y él estuvo toda aquella noche de rodillas orando delante de un crucifijo y toda la mañana del domingo hasta que sentándose á comer, de repente se levantó de la mesa y se puso en una ventana de su palacio, donde estuvo mirando al cielo mas de una hora, y dijo á sus domésticos con grande alegría: «Los nuestros han peleado y vencido al turco.» Inmediatamente entró el tesorero general, llamado Busoto, á quien el santo pontífice dijo: «No es ahora tiempo de ocuparnos en negocios: vamos á dar gracias á Dios; que ahora ha peleado nuestra armada con la del turco y la ha destruido y alcanzado la victoria.» Notóse el dia y la hora en que el santo pontífice lo dijo; y despues se halló ser la misma la de la batalla y victoria.

Forzoso es callar mucho, de quien hay tanto que decir; porque si se hubiera de hablar de todas sus virtudes y decir los ejemplos que dió de ellas, era necesario un grande volúmen: con todo eso, no se excusa decir algo, ya que no se pueda decir todo. Era amicísimo de la verdad y la palabra que una vez daba, no la quebrantaba por cosa del mundo; porque decia que era indigno de un hombre vil y mas de un príncipe y mucho mas de un vicario de Cristo faltar á la palabra dada y no cumplir lo prometido. Los que decian verdad le ganaban la voluntad y los que faltaban á ella, le ofendian tanto que habiendo honrado á un deudo suyo, mas por tener mérito que por tener su sangre, porque le cogió en una mentira, le mandó retirar y no quiso admitirle mas á su gracia. Deseaba mucho prender á un capitan de bandoleros, que andaba en el estado de la Iglesia, llamado Mariano, célebre por sus maldades y delitos. Vino una persona, diciendo que era amigo de Mariano, y prometió que le cogeria en su casa con engaño y se le traeria preso. «Pues qué ¿quereis (dijo el santo) quebrantar la fé de hombre de bien y con traicion entregar á vuestro amigo? No permitiré tal, ni quiero prender por aqueste medio al delincuente; y espero en el Señor, que por otro camino podremos castigar á Mariano.» Supo Mariano esta accion, y admirando la generosidad de Pio, se salió voluntariamente con sus soldados del estado de la Iglesia y no volvió á él, mientras vivió el sumo pontífice. No habia favor ni poder humano que pudiese hacerle torcer la razon y justicia; y así, cuando los príncipes le pedian cosa, que pudiese hacer lícitamente, la concedia gustoso; mas si le parecia no ser conforme á razon, era inexorable: y solia decir muchas veces á sus familiares que si fuera necesario retirarse á San Juan de Letran, con solos dos capellanes, lo haria ántes que conceder cosa que no fuese justa: y otras veces, que él no temia el martirio, y que pues Dios le habia puesto en aquel lugar, lo habia de conservar, en cuanto pudiese, con toda autoridad y poder. Amaba mucho la justicia y queria que se castigasen los delincuentes, para que se excusasen los delitos. Ofrecia un condenado á muerte por un homicidio diez mil escudos por la libertad: y aunque habia quien la solicitaba, diciendo que importaba mas á la curia el dinero, que á la república un particular castigo; respondió Pio: «Debemos mirar á lo que se debe á la justicia, nó á lo que paga su riqueza. Si con dineros se rescataran las vidas, las penas solo se hicieran para los pobres y los ricos gozaran impunidad, porque tienen con qué comprar el perdon.» Hallábase muchas veces apretado con los socorros que habia de hacer á la liga contra el turco, y no teniendo de donde sacar dineros, le dijeron que los regresos de los beneficios y otros medios podian administrarles grandes cantidades, á que respondió: «No quiera Dios, que con pretexto de una guerra justa y piadosa, haga yo ni permita cosa que no sea muy piadosa ó pueda parecer avaricia.» Él velaba sobre los jueces y todos velaban para cumplir con su obligacion; porque sabian que no habian de quedar sin castigo, los que faltasen á la justicia y que perderian el oficio, si no cumplian la obligacion. Fuera de las audiencias ordinarias de todos los dias, tenia señalado cada mes un dia, para oir á todos aunque fuesen los miserables y desvalidos, y componia sus diferencias ó definia sus pleitos, para que no creciesen los gastos en las dilaciones. Era muy misericordioso y liberal, y nunca reparó en gastar, como fuese en beneficio de la república. Habiendo en Roma grande carestía y necesidad, trajo de Sicilia y Provenza, gran cantidad de trigo, con que convirtió en abundancia la necesidad, vendiendo el trigo á ménos precio que le habia costado, y como se quejase el tesorero de la pérdida, respondió: «Logro es perder lo que la república gana, y mas vale la hartura del pueblo que el dinero ocioso.» Á los logreros que habian guardado trigo, para enriquecer con la hambre ajena, prohibió que vendiesen para que tuviesen el castigo de su avaricia en su misma traza. Con privilegios y cien mil ducados de gasto, resucitó en Roma el arte de tejer las lanas, para desterrar las telas de los extranjeros, que sacaban el dinero de la ciudad é introducian el ocio y la profanidad en los ciudadanos. A los cardenales pobres hacia grandes socorros; á los ministros que ejercian su ocupacion cristianamente, añadia ayudas de costa á sus salarios, cuatro mil escudos gastaba cada año en casar huérfanas: en ejércitos para defensa de la Iglesia, grandes sumas: él mismo visitaba los hospitales y atendia al regalo de los enfermos, añadiéndoles rentas: en las cárceles y en todas partes, donde habia necesidad, entraban las limosnas del santísimo pontífice y padre de los pobres á socorrerla, y no es menor maravilla que su liberalidad, que pudiesen sus rentas, menores que la de los otros pontífices, igualar á los gastos mayores que los de ninguno. Pero la liberalidad de Dios vencia á la liberalidad de Pio, y le daba lo que queria recibir en pobres, huérfanos, doncellas, viudas, cautivos, soldados que socorria, amparaba, casaba, favorecia, redimia, premiaba, y en iglesias, monasterios, hospitales, colegios, puentes, murallas, castillos y otros edificios que acabó ó perfeccionó ó aumentó ó dotó para beneficio de Roma, del estado de la Iglesia, y de toda la república cristiana; porque estos eran los erarios del santo pontífice, en ellos guardaba sus tesoros y sus riquezas las poseia la necesidad agena, nó la avaricia propia. Solamente consigo y con los suyos no era liberal, lo que gastaba por su persona le parecia exceso, y lo que daba á sus parientes tenia por desperdicio. A sus deudos mas cercanos les dejó en el estado en que los halló, socorriendo la necesidad, no levantando su

fortuna, lo que por ventura parecerá á alguno mas admirable en este santo pontífice, á quien nó la carne y sangre inspiraba, sino Dios que está en los cielos. A Miguel y Gerónimo, sobrinos de hermano, y mas cercanos deudos, dió quinientos ducados de por vida á cada uno. A dos sobrinas, hijas de un oficial, mil ducados de dote. Preguntóle su padre, con quién las casaria, y díjole que con otros de su oficio. Deseó el marqués del Boscho casar la hija heredera con un sobrino de Pio. Vino á Roma á tratarlo; mas él dijo, que por su favor no habian de quedar marqueses sus sobrinos: por su virtud si lo mereciesen, hallarian despues de muerto él quien los honrase; y así fué que á Gerónimo hizo el rey Católico marqués de Casano, y el duque de Saboya á Miguel, comendador mayor del Piamonte. A Fr. Miguel Bonelo su sobrino, de la órden de santo Domingo, solo porque tenia su sangre, no le bastaron los méritos sobresalientes para el capelo, hasta que se interpusieran las súplicas del rey Felipe II, y del sacro colegio de los cardenales, proponiéndole motivos de conveniencia para la Iglesia; y así al darle el capelo, dijo: que delante de Dios y sus santos, protestaba que lo hacia, obligado de las razones del bien comun que le representaban y de los méritos del sugeto, y que descargaba su propia conciencia en las suyas. En la creacion de los demás cardenales se portó con grande rectitud y eligió sugetos muy beneméritos, y á algunos fué necesario que los obligase con precepto á aceptar la dignidad. Hizo tres creaciones, y en ellas veinte y un cardenales. Era prudentísimo en sus resoluciones; y con todo eso no se fiaba de su juicio, y gustaba mucho que en las consultas cada uno dijese libremente su parecer, y le seguia gustoso aunque fuese contrario al suyo si le apoyaba la razon; y disgustaba de los que se gobernaban en sus dictámenes, mas por la voluntad del príncipe que por su juicio propio, apoyando lo que él quiere, nó lo que ellos juzgan. Y así alabándole á un criado suyo de bueno y obsequioso, respondió: «Bueno es; pero nunca me contradice.» En una ocasion le contradijo el cardenal de San Severino, y en público le dió las gracias por ello. No promovia los ministros á los cargos, sin tener larga esperiencia de ellos; pero en estando enterado, no daba fáciles oidos á las calumnias y emulaciones que pretenden derribar del puesto al que ven levantado para ponerse ellos en su lugar.

De su pureza y castidad no hay que decir; porque toda su vida se conservó vírgen, y nunca cometió pecado mortal. En todo procuraba ajustarse á la ley divina, y deseaba que no saliesen sus pasos del camino de los mandamientos de Dios: y por esto mandó poner en el sello de sus despachos aquellas palabras de David á Dios: *Utinam dirigantur viæ meæ ad custodiendas justificationes tuas.* Mas ¿qué diré de su devocion al santísimo Sacramento, á la pasion de Cristo y á María santísima? Nunca que podia dejaba de decir misa, y cuando no podia, la hacia decir en su presencia, y por eso afirmaban algunos que no podia dejar de acertar Pio, porque consultaba sus resoluciones con el Sacramento. Llevaba los dias del Corpus en la procesion el santísimo Sacramento en sus manos á pié, y con tanta devocion y humildad, que asistiendo á esta procesion un príncipe hereje de Inglaterra, solo por ver la reverencia y devocion del santo pontífice, fué á besarle el pié, y abjuró sus herejías y se reconcilió con la Iglesia. El jueves santo, conforme al estilo de sus predecesores, lavaba los piés á trece pobres, y en la devocion con que ejercitaba este humilde acto, mostraba bien tener presente el ejemplo de Jesucristo. Encontró una vez entre los pobres uno, que tenia una llaga en una pierna llena de materia y mal olor, lavóle, curóle, y llegó sus labios á la llaga del pobre, como si llegara á la llaga de Cristo. Estaba presente entre los cardenales un gran señor, y dijo admirado: «Si vieran este ejemplo los herejes mas pertinaces, él solo bastaba para reducirlos y convertirlos á la fé.» El libro en que estudiaba mas frecuentemente, era Cristo crucificado, y por orla de un crucifijo que tenia en su oratorio, mandó escribir estas palabras: *Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesuchristi;* para tener siempre delante de los ojos este recuerdo, y no desvanecerse con la suprema dignidad á que Dios le habia levantado: Nunca por muy ocupado que estuviese, dejó de rezar el rosario á la Vírgen nuestra Señora; y aun le rezaba segunda vez por las almas del purgatorio. María santísima era todo su recurso en las necesidades propias de la Iglesia: á esta Señora pedia favor contra los enemigos de su Hijo, y de su mano recibia las victorias, y por la naval de Lepanto la instituyó nueva fiesta, con título de santa María de la Victoria. Mas con ser tales las virtudes de este santísimo pontífice, tan grande su celo, tan singular su cuidado en el gobierno de la Iglesia, que resucitó en ella el siglo de oro de los magnos pontífices Gregorio, Leon y otros muy esclarecidos; él tenia de sí tan bajo concepto, que nunca le parecia que cumplia con el cargo en que Dios le habia puesto, y decia con sentimiento á sus familiares: «No me tengais envidia; tenedme lástima; porque desde que ceñí las sienes con la tiara no he tenido una hora entera de sosiego, y en que no haya sido asaltado de mil congojas. Esta grandeza es un grandísimo peso para mis hombros: esta majestad y fausto son espinas que llegan á herirme y traspasarme el corazon, y tiemblo siempre que me acuerdo que he de dar á Dios cuenta de este oficio y dignidad.»

Quiso el senado romano erigirle estátua en el Capitolio, como á padre de la patria, é insigne pontífice para eternizar su memoria de la manera que podia: pero embarazólo el santo pontífice diciendo: que si en él habia algo de bueno, era de Dios, á quien se debia la honra de todo. Y verdaderamente no habia para qué eternizar el mármol ó bronce, al que eternizaron sus obras y sus virtudes, ni tiene el olvido jurisdiccion sobre los verdaderos siervos de Dios. Aun en esta vida le hizo Dios esclarecido en todo el mundo, porque todo se le llenó de la fama de su santidad; y así los católicos como los herejes y turcos, se hacian lenguas en su alabanza, tanto, que decian los luteranos de Alemania, que el demonio para tener mas engañados á los papistas, les habia dado un pontífice de admirable santidad con que los tenia mas obstinados en su sentir. Y un hereje que en Inglatera, subiéndose al púlpito, empezó á decir mal del santo pontífice, quedó luego mudo y le dió una gravísima enfermedad con que acabó el octavo dia, en castigo de su atrevimiento. Honróle Dios con muchos milagros que hizo por sus merecimientos; porque á diversas personas, con solo echarles su bendicion ó hacer una breve oracion, libró de los infernales espíritus; y á otras que padecian alguna enfermedad, tocándolas con su mano dió la salud. Dos milagros por mas singulares quiero referir solamente. Saliendo de su palacio para ir á San Pedro, el embajador de Polonia que se queria volver á su

reino, le pidió algunas reliquias que llevar. Mandóle el santo sacar un lienzo, é hincándose de rodillas con gran reverencia, tomó con ambas manos la tierra que pudo de la plaza, y echósela en el pañuelo al embajador. Admiróse de esta novedad y fuése á su posada con intento de arrojar la tierra; pero al desenvolver el lienzo, halló toda la tierra convertida en sangre congelada. Mas admirado volvió al santo pontífice y le contó lo que pasaba, y él respondió: «No os admireis de eso; porque toda esta tierra está regada con sangre de mártires.» Y con esto estimó y veneró las reliquias que despreciaba ántes. Acostumbraba el santo pontífice hacer oracion delante de un Crucifijo, y llegaba muchas veces á besarle los piés. Pusiéronle en ellos veneno para quitarle la vida, y llegando el santo á cumplir su devocion y besar los piés de la imágen, retiró los piés el Crucifijo que ló atónito y desconsolado, volvió segunda y tercera vez á procurar besar los piés al Crucifijo, y todas tres veces lo retiró. Conoció entonces con luz interior la causa, y mandó limpiar el veneno: con que pudo despues besar los piés de la imágen sin dificultad; dando gracias á Dios que por modo tan maravilloso habia guardado su vida. Esta hechura de Cristo crucificado está en el convento de San Pablo de Valladolid: es de marfil, y aun conserva en los piés la señal del veneno. Pero mayores milagros son la conversion de las almas; y de estos hizo muchos el santo pontífice con su oracion. Habia procurado, siendo cardenal, reducir á un judío su conocido, llamado Elías Carcosio, hombre poderoso, docto en su ley y presidente de la sinagoga: y él, como burla y entretenimiento le dijo: Cuando el cardenal Fr. Miguel sea papa, seré yo cristiano. Despues de algunos dias cuando puso Dios á su siervo en la silla de san Pedro, fué Elías á darle el parabien; y el santo, valiéndose de la ocasion le dijo: Ea Elías, ya por la misericordia de Dios soy papa: ahora lo que resta es, que vos seais cristiano y cumplais vuestra palabra. No trataba de esto el judío, y volvióse á su casa confuso: encomendóle á Dios el santo pontífice con lágrimas é instancias, y al fin se rindió Elías, y volvió con tres hijos suyos y un sobrino, para que los hiciese cristianos. El mismo santo les dió el bautismo, tercer dia de pascua del Espíritu santo en la iglesia de San Pedro, con grande solemnidad, y mandó que asistiesen los judíos principales de la sinagoga al bautismo, y con sus ruegos alcanzó de Dios, que treinta de aquellos judíos se convirtiesen á nuestra santa fé.

Hizo el santo pontífice en seis años de su pontificado, lo que era bastante para un siglo, y quiso Dios sacar de esta vida, al que todos deseaban eterno. Apretóle el mal de la orina de que era muy fatigado, por el mes de enero de 1572, que era el sexto de su pontificado: convaleció por marzo, aunque no le dejaron los dolores; pero él disimulaba cuanto podia, y atendia á los negocios como si estuviera sano, y ayunaba los dias que tenia de costumbre como si estuviera robusto, y cuando mas le apretaban los dolores decia: *Adauge, Domine, dolores, dum adaugeas patientiam.* Aumentad Señor los dolores, como aumenteis la paciencia. Vieronse estos dias muchos prodigios funestos, que anunciaban (á lo que se creyó) la muerte del santo pontífice; y él tuvo prendas del cielo, de que estaba cercana su partida á la eternidad; porque llegándole á hablar de algunos negocios dijo: que tenia otro de mas importancia, que era disponerse para la cuenta que habia de dar al sumo pontífice y juez de vivos y muertos. Salió á visitar las santas reliquias á pié, como por despedida, y dándole algunos la enhorabuena de la mejoría, dijo: Yo, hijos, ya estoy libre del peso; rogad por buen sucesor, que importa á la cristiandad. Volviendo á su palacio, se echó en la cama para morir: donde se hizo leer los salmos penitenciales muy de espacio, y muchas veces la pasion, por el texto de san Juan, quitándose el bonete siempre que oia el nombre de Jesus. Y habiendo ántes confesado muchas veces y recibido el viático, recibió la extremauncion al último de abril, y luego puesto de rodillas sobre la cama, encomendó á Dios primero su alma, y despues que favoreciese á su Iglesia. Decíanle algunos que Dios le daria vida; pues era tan necesaria para la Iglesia; y él dijo: «No hallareis facilmente quien mayor deseo haya tenido de extirpar las herejías; pero Dios que es poderoso á levantar de las piedras hijos de Abraham, os dará un sucesor nuestro que mejor os rija.» Dos horas ántes de morir, le dió un desmayo que pensaron era ya querer espirar, y empezaron á decirle la recomendacion del alma, pero volviendo en sí dijo: que no era tiempo, que él avisaria y la diria con ellos. Luego llamó á algunos cardenales y les encomendó, que eligiesen un sucesor lleno de celo de Dios, y que solo buscase su gloria, y el provecho de su Iglesia, y la exaltacion de su fé, y despues pidió al maestro general de la órden de predicadores que le asistia con muchos religiosos, que le dijesen la recomendacion del alma; y acabada, puestos los ojos en el cielo, y los brazos delante del pecho en forma de cruz, encomendando su Iglesia á Dios, le entregó su dichosa alma, jueves, primer dia del mes de mayo, entre las cuatro y cinco de la tarde, del año de 1572, teniendo sesenta y ocho años de edad, y habiendo administrado su pontificado, y regido la Iglesia santísimamente seis años, tres meses y veinte y cuatro dias.

El sentimiento de la ciudad de Roma por la muerte de tan santo pontífice, tan amoroso padre y tan vigilante pastor, era cual se puede pensar, y no se puede decir, y se explicaba mejor con sus lágrimas que con nuestras palabras; pero muy inferior á la alegría que tuvieron en su glorioso tránsito los ángeles del cielo. Reveló Dios su gloria á diversas personas. Al mismo punto que expiró, una doncella romana virtuosa, puesta en lo último de la vida, dió voces, diciendo á un religioso capuchino que la ayudaba á bien morir, y á su madre, que mirasen la gloria con que llevaban los ángeles el alma de Pio V. Ella poco despues murió, y le siguió sin duda. En Bolonia le vió otra sierva de Dios coronado con tres diademas de gloria, y acompañado de ángeles que le llevaban al cielo. Tambien se apareció á santa Teresa de Jesus de camino para el cielo. Estuvo cuatro dias el sagrado cadáver en la iglesia de San Pedro, con innumerable concurso de los que venian á venerarle, y tocar rosarios é imágenes, y llevar alguna prenda suya por reliquia; y habiéndole cortado parte de las ropas, fué necesario encerrarle dentro de una capilla, dejando un pié solo fuera de la reja, porque no cortaran la carne; y poner guarda de alabarderos, para que le defendiesen. El cuerpo perseveró este tiempo con las carnes, nó secas y amarillas como de hombre muerto, sino frescas, blandas, tratables como de hombre vivo. Pero lo mas maravilloso es, que viniendo algunas mujeres deshonestas, á quienes el santo habia castigado, para gozarse y triunfar, viendo muerto al que

tenian por enemigo, y ultrajar, si pudiesen, el sagrado rostro, vengándose de la manera que podian; en viéndole, se trocó de repente la ira en dolor, y el enojo en lágrimas, y llorando sus culpas pusieron por intercesion á Pio, para alcanzar perdon de ellas. Enterráronle en la capilla de San Andrés, donde grabaron este epitafio en un pequeño mármol: «Pio V, pontífice, restaurador de la religion y honestidad, establecedor de la rectitud y justicia, renovador de la disciplina y costumbres, defensor de la cristiandad: habiendo dado leyes saludables, conservado á la Francia, coligado á los príncipes y conseguido victoria de los turcos: en heroicos hechos é intentos en gloria de paz y guerra; Máximo, Pio, Feliz y Óptimo Príncipe.» Despues Sixto V, que habia sido creado cardenal por Pio, le labró un majestuoso sepulcro, con un elogio lleno de grandes alabanzas, con que ciñó sus grandes y heroicas virtudes.

Hale honrado Dios despues de su muerte con muchos milagros, por los cuales y por sus grandes virtudes le beatificó nuestro santísimo padre Clemente X, á 1.º de mayo de 1672.

Escribieron la vida de este bienaventurado pontífice don Antonio de Fuenmayor, ántes de su beatificacion, y despues de ella el R. P. presentado Fr. Antonio de Lorea.

* Santa Flavia Domitila, vírgen y mártir.—Terracina en Campaña fué la patria de esta santa que estaba emparentada con el cónsul Flavio Clemente. Durante la persecucion que contra la Iglesia movió Domiciano, fué desterrada á una isla llamada Poncia, por haber persistido en no tributar culto á los ídolos, y en esta misma época fué cuando recibió el bautismo de manos de san Clemente, y se consagró enteramente al servicio de Dios. Muchos padecimientos tuvo que sufrir en su destierro, pero el Señor que queria hacerla brillar mas en honor de la religion cristiana, permitió volviera á Terracina, donde á vista de su grande fé y de los milagros que obraba, se convirtieron muchos paganos, abrasando la religion católica. El valor y constancia que mostró esta santa, irritó en gran manera el ánimo del juez, quien mandó por último poner fuego al cuarto donde habitaba con las vírgenes Eufrosina y Teodora, y todas entregaron su espíritu al Criador.

San Juvenal, mártir.—Fué diácono de la Iglesia romana en tiempo del papa san Alejandro, y murió mártir en la misma ciudad. Su sagrado cuerpo se guarda en Benevento, venerado de todos los fieles por las gracias que dispensa á sus devotos.

San Flavio, san Augusto y san Agustin, hermanos, martires.—Créese que fueron estos santos españoles de nacimiento, y que el primero fué obispo de la antigua Iliberis cerca de Granada. Habiéndoles obligado un grave negocio á trasladarse á Nicomedia, derramaron en esta última ciudad su sangre, para dar testimonio de la fé de Jesucristo, durante la persecucion de Diocleciano.

San Cuadrado.—Era un jóven natural y vecino de Nicomedia, que despues de haber sido varias veces atormentado durante la persecucion de Decio, por último fué degollado en la misma ciudad, á fines del año 131.

San Pedro, obispo.—De la real estirpe de los longobardos, fué este santo un modelo de príncipes perfectos. Desterrado por un pariente suyo de la córte que santificaba con sus virtudes, vivia retirado del mundo en Espoleto, dedicado á las prácticas de piedad y ejercicios de devocion. Un dia, estando en la iglesia del mártir San Sabino, del cual era muy devoto, una voz del cielo le anunció que seria obispo de Pavía. Efectivamente, cuando vacó esta silla, fué elegido y consagrado pastor, y gobernó aquella Iglesia con admirable santidad. Sus virtudes, principalmente la de la castidad, que miró siempre con particular predileccion, fueron tan agradables á Dios, que el Señor le concedió el don de milagros, acabando su vida en paz el 7 de mayo de 738.

San Juan, obispo y confesor.—Fué natural de Harpham en el reino de Nortumberland. Un ardiente deseo de distinguirse en el servicio de Dios, lo llevó, siendo jóven, á Kent, donde hizo grandes progresos en doctrina y piedad, en la hermosa escuela del arzobispo san Teodoro, bajo la direccion del abad Adriano. Vuelto despues á su patria, prosiguió sus piadosos ejercicios en un célebre monasterio, hasta que fué nombrado obispo de Hexam. El tiempo que le dejaban desocupado sus obligaciones pastorales, lo invertia en la contemplacion de las cosas celestiales, y en el cuidado de los pobres. Poco tiempo despues fué elegido arzobispo de York, cuya sede ilustró, como la anterior, con sus predicaciones, sus virtudes y milagros. El venerable Beda, que fué ordenado por este santo prelado, da testimonio de muchos portentos obrados por Juan, y dice que fué un verdadero sucesor de los apóstoles en zelo, fervor y piedad. En 717, sintiendo su salud y sus fuerzas muy perdidas, renunció su obispado, y se retiró á Beverley, donde despues de cuatro años empleados en la mas puntal observancia de las reglas monásticas, murió con la muerte de los justos, el dia 7 de mayo del 721.

San Benedicto, papa y confesor.—Natural de Roma, se dedicó desde sus primeros años á la carrera eclesiástica, y salió muy versado en los estudios sagrados. Fué siempre humilde, manso, paciente, mortificado, amante de la pobreza y generoso para con el pobre. Ordenado de presbítero, tomó parte en el gobierno de la Iglesia romana durante los pontificados de Agaton y de Leon II, y por muerte de este último, acaecida en 684, fué elegido sumo pontífice en 26 de junio. Su virtud mereció tanta consideracion del emperador Constantino Pogonato, que dió una ley, por la que permitia consagrar al papa futuro, luego que fuese electo. Benedicto convocó el XIV concilio toledano, para hacer recibir en toda España los cánones del sexto concilio ecuménico, celebrado en Constantinopla el año 681. Tenia todas las prendas que hacen á los papas buenos para la Iglesia, y murió llorado del mundo cristiano, el dia 7 de mayo del año 685, habiendo obtenido la cátedra de san Pedro solo diez meses y doce dias.

La Traslacion del cuerpo de san Estéban, protomartir.—En tiempo del papa Pelagio fueron llevadas estas santas reliquias desde Constantinopla, donde se hallaban depositadas, á la ciudad de Roma, y colocadas junto al sepulcro de san Lorenzo, mártir, en el campo Verano, donde son visitadas y veneradas por un gran concurso de fieles, que de continuo van á implorar su patrocinio.

DIA 8.

La Aparicion de san Miguel, arcángel.—Así como la divina bondad ha dado á su Iglesia por príncipe y defen-

sor al glorioso Miguel, arcángel, como ántes le habia dado á la sinagoga, así tambien ha querido en diversos lugares y tiempos obrar cosas maravillosas, por intercesion y ministerio de este bienaventurado príncipe de la Iglesia, para que todos los fieles sepan que están debajo de su proteccion, le sean muy devotos y acudan á él en sus trabajos y necesidades. En las historias eclesiásticas leemos varias apariciones de san Miguel, arcángel, y muchos templos en su memoria consagrados al Señor, así en Oriente como Occidente. En Roma Bonifacio, papa, edificó una iglesia á honra de san Miguel, arcángel, en lo mas alto de aquel edificio, que llamaban: *Moles Adriani*, y hoy se llama «el castillo de San Ángelo:» otra se hizo junto á la Pesquería; y otra fabricó en el Vaticano, Leon, papa IV, despues que venció á los sarracenos. De una aparicion mas antigua de san Miguel, hecha en Roma, hace mencion Crepanio Floro, antiquísimo poeta: de otras de Francia escribe Sigiberto; y Sozomeno y Nicéforo refieren una muy señalada que sucedió cerca de Constantinopla, donde se edificó un solemne templo en honra de san Miguel, y Dios obró en él grandes milagros. Y los griegos celebran otra aparicion muy insigne junto á la ciudad de Rodas: y en tiempo de Diocleciano, emperador, hubo en Bithinia iglesia de San Miguel: y Justiniano, emperador, le dedicó seis, como lo escribe Procopio: porque san Miguel es príncipe universal de la Iglesia, quiso nuestro Señor, que todas las partes de ella sintiesen su patrocinio, y recibiesen muchos y muy continuos beneficios por su mano. Pero la mas ilustre y mas señalada aparicion, es la que hoy celebra la santa Iglesia, y sucedió en el monte Gargano, que hoy llaman el monte de San Ángel, en la provincia de la Pulla, del reino de Nápoles, junto á la ciudad de Siponto, que hoy se dice Manfredonia; y de este monte, llamándole Gargano, Virgilio y Lucano hacen mencion. La aparicion fué de esta manera.

Siendo sumo pontífice Gelasio, primero de este nombre, que lo comenzó á ser el año de 492, un hombre rico que se llamaba tambien Gargano, tenia grandes manadas de ganado mayor, y de una de ellas un toro se desmandó. Buscáronle algunos dias, y al cabo de ellos le hallaron dentro de una cueva; tiráronle una saeta, la cual se volvió del medio del camino, contra el que le habia tirado y le lastimó. Turbáronse los presentes, y asombráronse, entendiendo que allí habia algun secreto y oculto misterio. Acudieron al obispo Sipontino, para que le declarase. El obispo mandó que todos ayunasen é hiciesen oracion por tres dias, para invocar la gracia del Señor; y al cabo de ellos le apareció san Miguel, y le declaró que aquel lugar donde se habia recogido el toro, estaba debajo de su tutela, y que la voluntad de Dios era, que en aquella cueva se fabricase un templo en honra suya y de todos los ángeles. El obispo, acompañado de todo el pueblo y clero, fué á la cueva, á la cual halló muy acomodada para templo: y celebrando en ella los oficios divinos, la consagró en honra de san Miguel; por cuyos merecimientos ha obrado Dios nuestro Señor despues acá muchos milagros en aquel templo, mostrando que se sirve, de que san Miguel sea en él reverenciado; y á esta causa ha sido siempre tenido por un santuario de gran concurso y devocion: y leemos que san Romualdo, fundador de la órden Camaldula, ordenó á Oton, emperador, que fuése en romería á pié y descalzo desde Roma al monte Gargano, á visitar este templo de San Miguel, en penitencia de haber mandado ó consentido matar á Crescencio, hombre principal, habiéndole dado ántes su palabra que no le mataria: la cual penitencia cumplió el emperador, como lo escribe Pedro Damian, cardenal y autor gravísimo de aquel mismo tiempo: que es señal de la grande veneracion, que siempre ha tenido este templo de San Miguel, y que los fieles cristianos le frecuentaban con romerías.

* San Víctor, mártir.—Imbuido en los principios fundamentales de la religion ya desde su niñez, perseveró en ella hasta su muerte. Fué soldado de los imperiales ejércitos, pero no por esto desamparó la religion de Jesucristo, por manera que obligado cuando se hallaba en Milan á sacrificar á los ídolos de órden de Maximiano, se resistió á obedecer, confesando siempre á Jesucristo. Esta confesion motivó á que le apalearan; pero el Señor permitió que no recibiera daño alguno, así como tampoco recibió lesion alguna cuando le echaron en un baño de plomo derretido; así es que mandaron degollarlo, consumando su glorioso martirio, que fué el dia 8 de mayo del año 303. Fué este santo natural de Berbería, pero sus reliquias, sepultadas primeramente por los cristianos, fueron despues colocadas en un suntuoso templo erigido en Milan en honor suyo, en donde se conservan todavía.

San Acacio, mártir.—Era centurion en Constantinopla, en tiempo de los dos emperadores Diocleciano y Maximiano. Acusado de que era cristiano por el tribuno Fermo, fué cruelmente atormentado por órden de Bibiano, gobernador de Pera, y últimamente fué degollado en Constantinopla por órden del procónsul Hacino. Su cuerpo fué milagrosamente conducido á Esquilache, en donde se conserva con gran veneracion.

San Dionisio, obispo y confesor.—Sexto obispo de Viena en Francia, natural de Grecia, educado por los discípulos de los apóstoles, varon de singular doctrina y de esclarecida piedad, gobernó aquella Iglesia desde el año 177 hasta el 197, en que murió. El papa san Víctor le escribió varias veces sobre asuntos de disciplina, y le nombró primado en todas las Galias.

San Eladio, obispo.—Fué obispo de Auxerre en Francia, en tiempo de los emperadores Constancio y Constantino, y de los papas Julio y Liberio. Convirtió á muchísimos á la fé de Jesucristo con su sabiduría y sus ejemplos; fundó varias congregaciones de fieles que se dedicaban á la vida de perfeccion; instituyó varios establecimientos de beneficencia para los pobres y los peregrinos, y acabó santamente sus dias en medio de su rebaño, el año 387.

San Pedro, arzobispo.—Nació en el Delfinado, y desde niño mostró tanta aficion á las ciencias, que de muy poca edad habia hecho ya grandes progresos en sus estudios. A los veinte años tomó el hábito de los monges cistercienses en el monasterio de Bonevaux, fundado por san Bernardo. Esta casa era el modelo de todas las religiosas, por la austeridad de vida que en ella se observaba. Pedro adelantó á todos sus compañeros en los caminos de la perfeccion, y su ejemplo alentaba á cuantos le veian. Su padre y hermanos le siguieron á la soledad, y sus parientes y amigos quisieron tambien participar con él de las dulzuras de tan santa vida. Hecho abad de aquella casa, redobló su fervor y sus penitencias, y á su voz todos se esmeraron

en imitar al superior, de modo que aquel monasterio mas parecia mansion de ángeles que de hombres. La fama de tan elevadas virtudes se difundió por el mundo, y en el año 1142, Pedro fué elegido arzobispo de Taranteso, cuyo cargo le fué preciso aceptar, á pesar de su repugnancia. San Bernardo, varios prelados y el mismo sumo pontífice le obligaron á ello, convencidos de que Dios dispensaria sobre aquella Iglesia sus bendiciones, teniendo al frente tan piadoso y justo pastor. Así fué en efecto; pues el cielo derramó durante el pontificado de san Pedro abundantes misericordias sobre la grey que le estaba encomendada, y que se hallaba ántes en muy mal estado, á causa de la relajacion de la disciplina. Pero el santo se cansaba de los aplausos del mundo, y en 1155 desapareció de improviso, despues de haber tenido por espacio de trece años el carácter episcopal, y se retiró á un monasterio de Alemania, donde no era conocido. Su familia y su diócesis lloraban inconsolables por la pérdida de su pastor: fueron vanas cuantas diligencias se hicieron para encontrarle, hasta que despues de mucho tiempo la Providencia lo mostró milagrosamente y le hizo volver á su silla. Dedicóse desde entonces á las funciones de su cargo pastoral con mucho mas ardor que ántes, y desempeñó varias comisiones de parte del rey y de la santa sede. Habiendo caido enfermo en un monasterio de su órden en la diócesis de Besanzon, entregó en él su espíritu á Dios, el dia 8 de mayo del año 1175, y á vista de sus milagros fué solemnemente canonizado por el papa Celestino III, en 1191.

San Wiron.—Célebre obispo irlandés del siglo VII, viajó á Roma con san Plechelmo y con el diácono Otgerio, y despues predicó la fé de Cristo á los paganos en los Paises Bajos. El príncipe Pipino de Hersital fué grande admirador de su santidad, y le concedió gratuitamente un bosque solitario, llamado monte de San Pedro, á una legua de Koremunda, y fué muchas veces á confesar con él sus pecados. Quebrantada su salud por las austeridades, y cargado del peso de la edad, partió Wiron para el Señor á fines del siglo VII, dejando á sus sucesores grandes ejemplos que imitar.

La Conquista de Oran.—En este dia celebra la santa Iglesia de Toledo la fiesta de este nombre, que recuerda uno de los triunfos mas gloriosos, obtenido por los españoles contra los sarracenos.

DIA 9.

San Gregorio Nazianzeno, obispo y doctor de la Iglesia.—San Gregorio Nazianzeno, llamado por su grande excelencia «el Teólogo,» fué natural de Nazianzo, ciudad de Capadocia. Su padre se llamó Gregorio, como él, fué obispo de su misma ciudad: y su madre Nona, santísima mujer: y la Iglesia celebra su fiesta á los 5 de agosto. De tal árbol nació tal fruto; y no fué solo Gregorio Nazianzeno; pero tambien san Cesáreo, hermano suyo, del cual se hace mencion, como de santo, en el Martirologio romano á los 25 de febrero, y de Gorgonia, su hermana, á los 9 de diciembre. Todos fueron santos, y Gregorio santísimo, y dado de la mano de Dios á su Iglesia, y alcanzado por oraciones y lágrimas de su piadosa madre: porque deseando ella tener un hijo, y pidiéndole á nuestro Señor y prometiéndole que si se le daba le consagraria á su servicio; tuvo una revelacion en sueños, en la cual le fué mostrado muy al vivo el hijo que habia de tener, con su rostro y su propia figura, y le fué dicho que le llamase Gregorio. Con esto desde niño tuvieron sus padres gran cuidado de criarle para Dios, con buenas costumbres y letras; y él mostraba grande inclinacion á todas las cosas de la virtud, y singular habilidad para las ciencias que aprendia. Siendo ya de edad conveniente, fué enviado de sus padres á Atenas, que en aquel tiempo era muy ilustre universidad y escuela, á donde concurrian los grandes ingenios, por ser madre de la elocuencia y de toda buena filosofía. En esta jornada, navegando Gregorio para Atenas, se levantó en el mar una tormenta espantosa, y tuvo gran temor de morir; porque aun no era bautizado, sino solo catecúmeno; y volviéndose á nuestro Señor, humildemente le suplicó que le librase de aquel peligro, y le diese tiempo para bautizarse, prometiéndole, si se lo otorgaba, de gastar toda su vida en su servicio; y fué tan eficaz su oracion, que luego se sosegó el mar, y los que iban en el navío le hicieron gracias por ello, entendiendo que por su medio habia cesado aquella tempestad; y á la misma hora en que sucedió, estaban sus padres rogando á nuestro Señor que le librase á su hijo de los peligros del mar; y acabada la oracion le vieron como que tenia debajo de los piés un demonio ó furia infernal, que procuraba dañarle y destruirle. Llegó á Atenas Gregorio, y estuvo en aquella universidad con grande loa de todos los maestros y discípulos, los cuales le amaban y estimaban en gran manera por su rara modestia y excelente ingenio y doctrina. Vino á la misma universidad de Atenas poco despues san Basilio, para estudiar las mismas facultades y ciencias que estudiaba Gregorio; y como ambos eran tan semejantes en las inclinaciones, virtudes é ingenios, trabaron una amistad entrañable, firme y dulcísima, que parecian los dos una alma, un corazon, un ejemplo y un dechado de toda aquella universidad. Vivian juntos con extremada templanza y modestia, huian de los estudiantes libres y desenvueltos; acompañábanse con los recogidos y virtuosos; para todas las cosas de virtud eran los primeros; daban de mano á las fiestas y entretenimientos vanos; dos calles solo sabian, la una que iba á la iglesia, y la otra á las escuelas; menospreciaban las riquezas y teníanlas por espinas; hacian el bien que podian á los pobres; atendian al estudio, leccion y oracion; y finalmente ocupábanse en todos los ejercicios de piedad y erudicion, con una porfía y contienda tan grande entre sí, que ninguno de los dos miraba cómo venceria á su compañero, sino cómo podria ser de él vencido; porque no habia envidia entre ellos, sino cariño y benevolencia, y cada uno tenia por propia la honra del otro. Con esto, habiendo gastado en los estudios muchos años, vinieron á ser dos de los mas insignes y notables varones que tiene la Iglesia católica.

San Basilio, acabados sus estudios, se volvió á su casa, y san Gregorio se quedó en Atenas; porque todos sus amigos y conocidos le pidieron con gran instancia que leyese en aquella universidad la ciencia que en ella habia aprendido, y tan bien sabia, particularmente la arte de hablar, en la cual era eminentísimo; y por darles contento lo hizo. Al mismo tiempo que Gregorio estaba en Atenas, vino Juliano el Apóstata al estudio de las buenas letras; y aunque él era muchacho y de buen ingenio, y se queria mostrar devoto cristiano, todavía Gregorio le conoció, y desde entónces adivinó cuán pernicioso seria para toda la

república si Dios le daba el cetro de ella, porque en la risa falsa, en el andar desenvuelto, en las ruines compañías que traia, en los argumentos y disputas que hacia, impías, aunque cubiertas con velo de piedad, en el aborrecimiento que tenia á los que le amonestaban y daban buenos consejos; parece que leia el corazon de Juliano, y en él, todo lo que habia de suceder; y por esto se apartó de su compañía. Y puesto caso que Juliano, siendo ya emperador, procuró ganar la voluntad de Gregorio y traerle á su servicio, nunca pudo; ántes habiendo rendido á Cesáreo, su hermano, y honrádole con un cargo preeminente, tuvo Gregorio tanto sentimiento de ello, que le escribió una carta muy grave y severa: en la cual le dice, que corridos estaban él, sus padres y sus hermanos, de que siendo quien era, sirviese á un príncipe enemigo de Jesucristo, que habia dejado su santa fé; y pudo tanto con Cesáreo, que dejó el cargo y honra que Juliano le habia dado, y se puso en peligro de perder la hacienda y vida por no querer servir. Y el mismo Gregorio, cuando vió la persecucion que movió Juliano contra los cristianos, escribió algunas oraciones elegantísimas y elocuentísimas contra él, en defensa de nuestra santa religion. Y no contento con esto, porque el sacrílego apóstata mandó que los cristianos no enseñasen letras humanas de poesía, retórica y filosofía, por parecerle que con estas armas pelcaban, y le hacian cruda guerra; san Gregorio, inflamado del amor de Dios y del celo de su gloria, se puso á escribir muy de propósito comedias y tragedias, y todo género de verso, con grande elegancia, agudeza y excelencia de sentencias, que los cristianos hallaron en ellos todo lo que en los poetas gentiles podian desear.

Despues que Gregorio hubo satisfecho á sus amigos, y leido en Atenas algunos años (como se ha dicho), tomando ocasion de la mucha vejez de su padre, y del deseo que el buen viejo tenia de ver á su hijo, y de las necesidades de su casa, despidiéndose de ellos y de aquella universidad, se volvió á ella y se bautizó; y acordándose de la tormenta que habia tenido cuando navegó á Atenas, y que habia prometido á Dios dedicarse á su servicio, determinó ponerlo por obra, y renunciando á todos los deleites y cosas de esta breve y frágil vida, darse del todo al Señor; y para principio de esto propuso nunca jurar en toda su vida, y así lo cumplió. Estaba tan embebecido en la leccion, meditacion y contemplacion de todas las cosas celestiales, que de dia y de noche no pensaba otra cosa, y muchas veces de noche se le aparecia Cristo nuestro Señor, y le recreaba con su dulcísima presencia: una vez en sueños se le representaron dos hermosísimas doncellas, y se llegaron á la mesa, donde estaba estudiando, comenzaron á regalarle y tratar con él amorosamente; y como él no conociéndolas, les diese de mano y se enojase por verlas tan desenvueltas, y les preguntase, ¿quiénes eran, y á qué habian venido? respondieran ellas: No te pese, ó Gregorio, que nos llegamos á tí, y te hagamos caricias; porque sabe que la una de nosotras es la sabiduría, y la otra la castidad, y que Dios nos ha enviado á tí, para que tengamos contigo buena amistad, y toda tu vida te acompañemos. Lo cual se cumplió de manera, que Gregorio perpetuamente fué vírgen, y adornado de tan alta y profunda sabiduría, que fué llamado *el Teólogo;* que es la alabanza y renombre que á solo san Juan Evangelista, y y á san Gregorio Nazianzeno, se ha dado de los Padres antiguos; y toda su doctrina ha sido tan segura y tan estimada de toda la Iglesia, que, como dice santo Tomás, alegando á san Gerónimo, no hay en ella en qué empezar: y aun añade Rufino, que cualquiera que le ha querido contradecir, ha sido tenido por hereje ó por sospechoso de herejía. Y de aquí es, que el gran doctor de la Iglesia san Gerónimo, se precia y gloría de haber sido discípulo de san Gregorio, habiendo ido desde Siria á Constantinopla, en compañía de Vincencio, para serlo y aprender de él á explicar la sagrada Escritura.

Deseó el padre de Gregorio tener á su hijo cabe sí para gobierno de su casa y báculo de su vejez; y para obligarle á ello, le ordenó contra su voluntad, de presbítero, pensando que le echaba unos grillos: pero como el santo anhelaba á la perfeccion y era enemigo de bullicio y ruido, y supo que su grande amigo y compañero Basilio se habia retirado como á un puerto seguro á la soledad de Ponto; rompiendo por todo sin poder ser detenido, se fué á él, estuvo en su compañía, aunque habitaban apartados nno de otro muchos años, haciendo los dos en aquella tierra vida de ángeles. San Gregorio, hablando de este tiempo, cuando era mozo, dice estas palabras: «Yo con mis continuos trabajos quebranté mi carne, que con la flor de la edad tiraba coces y hervia: vencí la glotonería del vientre y la tiranía, que está cerca de él: mortifiqué mis ojos: reprimí el ímpetu de mi ira: enfrené mis miembros, y lloré la risa: todas mis cosas consagré á Cristo. El suelo fué mi cama, el silencio mi vestido, el velar fué mi sueño, y las lágrimas mi descanso. De dia puse los hombros al trabajo, y de noche me estuve como una estatua, escribiendo himnos, sin querer admitir deleite humano en mi alma, ni aun en el pensamiento. Esto fué el instituto de mi vida, cuando era mozo: porque la sangre y la carne como incendio echaban llamas, y me procuraban apartar de la sabiduría del cielo. Tambien arrojé la carga pesada de las riquezas para poder subir á Dios mas lijero.» Todo ésto es de san Gregorio, hablando de sí, y lo mismo habemos de creer de san Basilio: al cual el mismo santo en su comparacion llama gigante. Dábanse los dos al estudio de la sagrada Escritura, procurando entenderla, nó de su cabeza, sino con la luz divina que el Señor les comunicaba, y con la interpretacion de los doctores y de los Padres antiguos de la Iglesia católica, que la habian declarado. Aquí tambien escribieron reglas saludables y perfectas para los monges, dándoles la forma y modo que habian de tener para serlo, no ménos con las obras que lo eran en el nombre. Pero como el padre de san Gregorio fuese ya de edad muy crecida y decrépita, y estuviese desconsolado por la muerte de su hijo san Cesáreo, importunó á Gregorio que le viniese á ver y á poner cobro en su casa y hacienda; porque él no estaba ya para administrarla y llevar pleitos con los que con falsos títulos se la querian usurpar: y Gregorio, vencido de la obediencia y respeto de su padre, y de la necesidad precisa que tenia de su persona; aunque con muchas lágrimas y sentimiento, dejó aquella soledad, tan acompañada de deleites, gustos del cielo, y á su buen amigo Basilio, y volvió á Nazianzo, para alivio de su padre: y parece que nuestro Señor le trajo, no solo para darle este consuelo temporal; pero mucho mas para remedio y salud eterna de su alma: porque como los herejes arrianos con el favor del emperador Valente anduviesen desenfrenados y bu-

lliciosos, y persiguiesen tan crudamente la Iglesia de Dios, echaban de sus Iglesias á los obispos católicos con violencia, ó procuraban con promesas y amenazas atraerlos, para que consintiesen á su impiedad: y á los mas sencillos y de ménos letras los enredaban y enlazaban con sus razones y argumentos, como lo hicieron con el padre de san Gregorio: el cual por ser hombre sincero y de noventa años, y no tan ejercitado en las escuelas, cayó en el lazo que le armaron y consintió con ellos. Pero el gran Gregorio su hijo, con las oraciones que hizo y las buenas obras que ofreció á Dios por su padre, y las eficaces y verdaderas razones que le dió, le redujo y le hizo conocer su culpa, y sosegó á los monges y á los del pueblo de Nazianzo, que no querian comunicar con su obispo por haberse dejado engañar de los arrianos: y para resistirles con mayor fuerza, persuadió al gran Basilio, que dejase el desierto y le viniese á ayudar, porque los enemigos eran muchos y poderosos, y habia necesidad de juntarse los dos, y volver á una los dos por la fé católica y por la causa del Señor. Vino san Basilio, y muriendo poco despues Eusebio, obispo de Cesarea, y juzgando Gregorio que ninguno le podia suceder en aquella silla tan á propósito como el mismo Basilio, por cuya santidad, doctrina y elocuencia, los herejes perderian sus brios, y los católicos se animarian, procuró con todas sus fuerzas que le eligiesen, y que Basilio lo aceptase; y así fué: porque estos santísimos varones no se buscaban á sí mismos, sino á Dios, ni pretendian gusto suyo, sino trabajo y descanso y salud para las almas de sus prójimos. Mas luego que San Basilio se sentó en su silla, y se vió obispo de aquella gran ciudad y metrópoli de Cesarea, quiso tener quien le ayudase á llevar aquella carga tan pesada, y rogó á san Gregorio, que ya que huia de otras dignidades mayores, aceptase el obispado de Sasima, que era una ciudad pequeña, sujeta á Cesarea, y necesitada de pastor docto y vigilante por los muchos forasteros que concurrian á ella. Aceptólo Gregorio aunque de mala gana: mas presto lo dejó; porque Antimo, obispo de Triana, pretendiendo que aquella Iglesia era de su jurisdiccion, se habia entrado en ella y estorbado que san Gregorio no se sentase en aquella, para que san Basilio, con quien llevaba pleito, no adquiriese posesion: y por esto, y por ver que no haria tanto fruto en Sasima como esperaba, y porque su padre siendo ya de cien años, é inhábil para regir la Iglesia de Nazianzo le hizo grande instancia, que él gobernase y le descargase de aquel cuidado; Gregorio por dar contento á su padre, se ofreció á hacerlo, nó como obispo de Nazianzo, sino como un ministro suyo: y con condicion, que muerto el padre no quedase él atado ni obligado á aquella Iglesia; y así fué: porque muriendo primero el padre y despues su santa madre Nona, salió de Nazianzo, y se fué como en romería á un templo de Santa Tecla, de gran devocion, que estaba en la ciudad de Seleucia, para que con su ausencia el clero y pueblo de Nazianzo eligiesen otro obispo; mas cuando volvió, halló que no habia habido mudanza ni se habia hecho eleccion de nuevo obispo; porque todos le estaban aguardando á él para que lo fuese: lo cual él, por muchas lágrimas que derramaron, y muchos medios que tomaron, nunca lo quiso aceptar; ántes procuró que se eligiese otro que lo fuese; porque él no era ni habia sido consagrado obispo de aquella ciudad, aunque un poco de tiempo, como se ha dicho, tuvo la administracion de ella, para ayudar á su padre. Con esto, á instancia del mismo san Gregorio, fué elegido otro y colocado en aquella silla Eulalio, publicando algunos enemigos de Gregorio que le habia sido quitada á él contra su voluntad, y otros que no la queria por ser pequeña y de poca renta; porque los ojos flacos no pueden sufrir gran resplandor, y la envidia y malicia de los hombres no miran lo que dicen, contentándose de decir mal aun de lo bueno. Ayudó san Gregorio á su buen amigo san Basilio á edificar y fundar un hospital magnífico, en que se recogiesen y curasen los leprosos, que fué obra de gran caridad y muy provechosa por la necesidad que habia de ella.

Hallándose san Gregorio desocupado del cuidado de la Iglesia de Nazianzo, no estuvo ocioso, ántes fué necesario que emplease todo el gran caudal que Dios le habia dado en defensa de la religion católica, y en reprimir á los nuevos herejes, que en aquel tiempo se levantaron contra ella; porque á mas de los arrianos que habian inficionado con su pestífera doctrina el mundo, y negaban la consubstancialidad é igualdad del Hijo eterno Jesucristo con su Padre, salió del infierno Macedonio, blasfemando contra el Espíritu Santo, y afirmando que no era Dios: y Apolinar inventó otros disparates acerca de la encarnacion del Hijo de Dios, y de la carne y el alma que tomó cuando unió nuestra naturaleza humana con su persona divina. Sembraron sus desvaríos estos falsos maestros, y multiplicáronse de manera, que san Gregorio se tuvo por obligado de ir á Constantinopla, donde mas cundia aquella contagion y pestilencia, para oponerse á ellos y defender la causa de Dios. Lo cual hizo con tanto divino espíritu, singular doctrina y admirable elocuencia, que en poco tiempo se trocaron las cosas en aquella imperial ciudad, y donde ántes no habia mas que una pequeña iglesia de San Anastasio de católicos, despues hubo muchas por los innumerables herejes que se convirtieron. Mas los que quedaban obstinados en su perfidia, no pudieron llevar con paciencia la gloria de Gregorio, y persuadieron á la chusma y canalla del pueblo que era hombre inquieto y facineroso, y que debia ser echado de aquella ciudad: y así le apedrearon; y le hubieran muerto si el Señor no le guardara: y no contentos con esto, le prendieron y acusaron delante de los jueces como á revolvedor y alborotador de su patria: y ofreciéndose el santo con ansiosos deseos á todos los tormentos y muertes por Cristo, y siendo mártir con el corazon y con la voluntad, no quiso el Señor que muriese ni padeciese; porque se queria servir de él para otras cosas; y así sabida la verdad y vista su inocencia, los jueces le dieron por libre.

Supo Pedro, patriarca de Alejandría que habia sucedido á san Atanasio, el fruto maravilloso que hacia en Constantinopla san Gregorio con sus sermones, coloquios y escritos, y como por su industria reflorecia en aquella ciudad la fé católica, y los herejes andaban abatidos y amilanados: y juzgando que serian mas provechosos sus trabajos, siendo prelado, y que no pondria ménos cuidado y vigilancia en aquel rebaño, siendo pastor, nombró á Gregorio por arzobispo de Constantinopla: y él, aunque era amigo de quietud, y enemigo de honras y grandezas, viendo que no se le excusaba el trabajo, aceptó aquella dignidad, para con ella resistir con mayor fuerza á los herejes, y servir mas al Señor, y el tiempo que la tuvo

con ser tan rica y tan opulenta, fué tan pobre y tan desinteresado, que no quiso tener cuenta con sus rentas y aprovechamientos, ni aun con los de la misma Iglesia; ántes remitia estos cuidados á los mayordomos y ministros, cuyos decia que eran, y nó de los obispos, que se deben ocupar en apacentar sus ovejas con el ejemplo de santa vida, y con el pasto de saludable doctrina; y hablando el mismo santo de esto, escribe estas palabras: «Aunque la codicia es fea en todas las cosas; mucho mas fea en las sagradas: y si todos acerca de las riquezas fuesen de mi parecer, no habria tantos daños en la Iglesia de Cristo.» Pero sucedió, que un hombre que se llamaba Máximo, egipcio de nacion, y filósofo cínico de profesion, compuesto en lo exterior y en lo interior vano y ambicioso, en la apariencia oveja, y en la existencia lobo verdadero, se entró por la puerta de Gregorio, se le hizo muy amigo, mostrándose modesto, menospreciador del mundo y prudente, y habiendo sido bautizado y hecho miembro de la Iglesia, pasó tan adelante la familiaridad de los dos, que san Gregorio le sentaba consigo en su mesa y le comunicaba los negocios, y tomaba su parecer; porque como era santo, juzgaba el corazon ajeno por el suyo y por lo que veia defuera, lo interior de Máximo que no podia ver: el cual, como otro Judas pretendió vender á su maestro, y echarle de su silla y haberla para sí, y lo negoció y alcanzó en Alejandría, engañando á Pedro, patriarca, con embustes y mentiras; y volvió á Constantinopla para tomar la posesion de ella, aunque los católicos tomaron las armas y se la defendieron, y echaron de la ciudad, enojándose mucho con san Gregorio, por haberse fiado tanto de aquel hombre doblado é hipócrita, y admitídole á su familiaridad; y fué necesario que el santo les diese razon de sí, y les dijese, con cuánta benignidad debe ser recibido cualquiera que viene al sagrado bautismo y dejando la ignorancia de la vana filosofía, se abraza con la luz de la verdad de la Iglesia; y con las buenas razones que les dijo, los sosegó.

Era ya emperador de Oriente el gran Teodosio, español, príncipe aun mas esclarecido por su piedad y singular religion, que por el gran valor y fortaleza militar con que sujetó y triunfó de sus enemigos, el cual vino á Constantinopla en esta sazon, y honró y reverenció á san Gregorio, como á padre suyo y luz de la Iglesia católica, y columna y amparo de nuestra santa religion, y le rogó que se encargase, como pastor, de aquella grey, agradeciéndole los trabajos que habia tomado: y porque todavía los herejes arrianos tenian por suyo el templo patriarcal de Constantinopla, el emperador le prometió quitárseles y darlo á los católicos y señaló el dia en que lo habia de hacer. Publicóse esto por la ciudad: turbáronse los herejes y tomaron las armas, quejándose del emperador y amenazando de muerte á Gregorio, y en efecto le intentaron matar: mas Teodosio dispuso su guardia por la ciudad, de manera que no sucedió el alboroto que se temian, y él mismo vino al templo para dar la posesion á Gregorio. Sucedió aquel dia, que una niebla muy oscura y espesa se puso sobre la ciudad de Constantinopla, de manera que mas parecia de noche que de dia. Tomando de esto ocasion los arrianos, decian que este era milagro de Dios, que mostraba que no era su voluntad que se les quitase aquel templo; mas quedaron burlados y confusos cuando vieron que al tiempo que el emperador y san Gregorio llegaban á la puerta de la iglesia, súbitamente desapareció la niebla, y se descubrió un dia muy claro y resplandeciente que fué muy alegre para los católicos. Entrados en la iglesia, san Gregorio se puso de rodillas y con lágrimas en sus ojos hizo gracias á nuestro Señor por la merced que le hacia, en restituir aquel templo por su mano á su devocion y servicio. Lo mismo hacia el emperador y los católicos se abrazaban unos á otros, y se daban el parabien: solos los herejes se deshacian en rabia y pesar. Quiso el emperador que Gregorio se sentase en su silla y tomase enteramente la posesion de su dignidad; pero él le suplicó que no se lo mandase, y hablando por un pregonero al pueblo (porque por las muchas voces y gritos no le oian), les pidió que aquel dia todo se gastase, sin tratar de otra cosa, en alabanzas de la Santísima Trinidad, que así triunfaba de sus enemigos y con esto se sosegó el emperador, admirándose de la modestia y santidad de Gregorio, y llamándole á su palacio y rogándole que le visitase á menudo: lo cual no hacia san Gregorio sino pocas veces; porque como era amigo de quietud, huia del tráfago de la córte, y echó de ver que aunque el emperador era príncipe bien inclinado, humano, justo y piadoso, algunos de sus principales ministros eran codiciosos y favorecian mas á los que le untaban las manos, que nó á los que lo merecian; y el santo no hallaba tanta entrada con ellos, como fuera razon.

Todo el favor que el emperador hacia á Gregorio, era tósigo para los herejes, los cuales determinaron acabarle; y para salir con su intento, se concertaron con un mozo hereje como ellos, valiente, bravo y atrevido, que entrase á vueltas de otra gente que iba á visitar á san Gregorio, por estar enfermo y buscase ocasion para cometer la maldad. Hízolo él así y cuando se vió en el aposento del santo, al tiempo que por haber ménos gente le pudiera herir, se echó á sus piés pidiéndole perdon con muchos sollozos y lágrimas; y como san Gregorio le preguntase ¿qué queria? ¿por qué lloraba? el mozo sin poder hablar no hacia sino llorar y sollozar, hasta que uno de los que estaban presentes, le dijo: Este mozo, padre, ha entrado aquí inducido de los herejes, para matarte, y te hubiera quitado la vida con esta espada, si Cristo no le hubiera detenido; y ahora arrepentido llora su pecado y te pide perdon. Entonces el santo volviéndose al mozo y abrazándole con mucha blandura, le dijo: Dios te perdone, hijo carísimo, y te guarde; pues á mí me ha guardado: yo tambien te perdono. Solo una cosa te pido, que dejes la herejía y seas católico, y sirvas al Señor con sincero y perfecto corazon. Con esta tan suave y paternal respuesta, quedó el mozo mas confuso, y todos los católicos muy edificados, alabando á Dios que les habia dado tal pastor. Pero para que san Gregorio lo fuese perpetuamente y con mayor union y conformidad de todos (porque algunos decian que no lo era sino Máximo; otros que siendo obispo de Nazianzo, no podia pasar á otra Iglesia sin órden de algun concilio legítimo); el emperador procuró que se juntase concilio en Constantinopla, para establecer mas la fé del concilio Niceno contra los herejes arrianos, y condenar las herejías que de nuevo se habian inventado, y de camino colocar con mayor autoridad á Gregorio en su silla. Juntáronse ciento cincuenta obispos de Oriente, y faltaron los obispos de Egipto, con Timoteo que ya era patriarca Alejandrino, y los obispos de Occidente. En aquel concilio

se confirmó á Gregorio en la dignidad arzobispal de Constantinopla, y la fé católica contra los arrianos, macedonianos y apolinaristas, y san Dámaso papa le aprobó y fué concilio ecuménico y universal, y uno de los cuatro que escribe san Gregorio, reverenciaba como los cuatro Evangelios.

Mas como hubiese otras contiendas y debates en aquel concilio, y los obispos estuviesen divididos y de diferentes pareceres, y san Gregorio los quisiese concordar y unir y les diese un consejo saludable que de ellos no fuese recibido; turbáronse algunos y disgustáronse con Gregorio: y sobreviniendo despues los obispos de Egipto con su patriarca, alegando que Gregorio no podia ser arzobispo de Constantinopla, porque el concilio no los habia aguardado ni ellos habian consentido en su eleccion; causaron gran novedad y division, queriendo una parte de los obispos que Gregorio fuese arzobispo de Constantinopla, y la otra que no fuese: nó porque aborreciesen la persona ó la juzgasen por indigna de tan alta dignidad, sino por vengarse de los que no los habian aguardado, ó por otros respetos particulares que tenian. Entonces el santo como amador de la paz y de su quietud, habló á todo el concilio de esta manera: «Padres y pastores del rebaño del Señor, que aquí os habeis juntado para poner paz á la Iglesia; mirad que es cosa indigna de vuestras personas que haya guerra y discordia entre vosotros. Si yo soy la causa de ella, aquí estoy, echadme en el mar como á otro Jonás; que con esto cesará la tempestad. Si quereis dar la dignidad á otro, dadla; que yo nunca la apetecí y contra mi voluntad la tomé. Si ordenais que me salga de la ciudad, de buena gana lo haré y me volveré á mi rincon y quietud, á trueque de que vosotros la tengais y gozeis la paz de la Iglesia del Señor.» De allí se fué al emperador y le dijo que le queria pedir una señalada merced, y que no eran riquezas para sí, ni oficios, ni cargos para sus deudos ó amigos, ni otra cosa alguna temporal, sino licencia para dejar la dignidad arzobispal y recogerse en alguna soledad á acabar su vida, que por su cansada vejez y enfermedades no podia ser mucha; porque esto es lo que convenia á la paz y union de la Iglesia, la cual él estaba obligado á procurar sobre todas las cosas; y fué tanto lo que importunó al emperador y á los de su consejo, que puesto caso que lo sintió por estremo, no pudo dejar de otorgarle la licencia que le pedia. Con esto se despidió el santo con gran ternura de todo el pueblo de Constantinopla, de los monges, clérigos y legos, de los templos, hospitales, palacios imperiales y de su misma cátedra é iglesia arzobispal, y finalmente de todas las cosas que le podian detener á dar contento en aquella ciudad, como hombre que no la habia mas de ver, y que iba á vivir y morir con Cristo. No se puede fácilmente creer la tristeza que su partida causó á Constantinopla, porque pedian un pastor vigilantísimo, un maestro irrefragable de la verdad, un dechado perfectísimo de santidad, que iba siempre delante con su ejemplo, y nunca enseñaba cosa que él primero no la hubiese hecho: perdian un valeroso defensor de la fé católica, un terror y espanto de los herejes, un padre de los huérfanos, amparo de las viudas, consuelo de los afligidos, remedio de los pobres: perdian un doctor esclarecido de la Iglesia, una luz de sabiduría, un mar de elocuencia, un sol que con su claridad alumbra á los otros doctores de su tiempo. Acompañóle mucha gente, derramando lágrimas de sentimiento y pena; y él se volvió á su patria y de allí se retiró á una casa de campo, en una heredad de sus padres que se llamaba Alianzo, cargado de años y de dolores, especialmente de la gota, que le fatigaba y tenia preso en la cama y él se regalaba con la oracion, y consideracion de la vida bienaventurada y eterna que esperaba, y se ocupaba en escribir en prosa y en verso algunas de las obras que ahora tenemos suyas, llenas de tan rara y exquisita elegancia de palabras, y peso de sentencias que no se pueden leer sin grande admiracion, entre las cuales escribió el mismo santo en verso el discurso de su vida, y viniendo á tratar de este su recogimiento, para darnos ejemplo de humildad y recatarnos y enseñarnos á quebrantar los apetitos sensuales, y no fiarnos ni de la vejez ni de otras victorias que hayamos tenido de la castidad; hablando en su persona, dice estas palabras contra su carne, «¿Cuándo has de acabar y poner fin á tu rebeldía y desvergüenza? ¿Cuándo, desventurada de tí, te has de sujetar al espíritu y á la vejez, ya blanca y cana? Ten respeto y refrena estos libidinosos y desenfrenados apetitos, y no me hagas guerra con tan gran furor; porque si así no lo hicieres, yo te prometo de hacerte resistencia y pelear contigo con todas mis fuerzas, y de quebrantarte con los dolores y penas que pudiere, hasta que te rinda, y estés mas flaca y mas debilitada que un cuerpo muerto.» Y luego llamaba las lágrimas para que saliendo en gran abundancia de sus ojos, lavasen las manchas de sus pecados, y él mismo se exhortaba al ayuno, á la penitencia, á postrarse en el suelo á menudo, y á comer por pan ceniza, á vestirse de saco y á darse á todo género de aspereza, para triunfar de la carne: iba diciendo otras cosas á este propósito, admirables y de grande edificacion, en las cuales resplandece su grande humildad; pues descubre las tentaciones de su carne que le apretaban en su vejez por permision de Dios: para que entendiese que su virginidad, y el no haberlas padecido en la mocedad, era don de Dios nuestro Señor, y no se desvaneciese por su gran sabiduría y elocuencia: como dió el estímulo de la carne á san Pablo, para que no le trastornase la alteza de sus revelaciones: ó por ventura quiso san Gregorio en persona enseñarnos á todos el recato, con que habemos de vivir, y las armas que debemos usar contra tan fiero doméstico y perseverante enemigo.

Para mayor gloria del santo permitió nuestro Señor, que un mal caballero llamado Valentiniano, que vivia allí cerca, trajese á su casa algunas mujercillas deshonestas y lascivas, que con su desenvoltura y profanidad, inquietasen á san Gregorio, y él, estimando mas la pureza de su alma que el regalo de su cuerpo, y el sosiego y quietud de su espíritu, mas que todas las comodidades de aquel lugar que tenia, le dejó, y se fué á otra parte, y escribió una carta á aquel hombre perdido, en que le decia que le habia echado del paraiso por medio de aquellas mujeres, como por otra Eva, pretendiendo quitarle la gravedad é inocencia de la vida, que hasta entonces habia profesado. Y no solamente fué perseguido de Valentiano, que era seglar y hombre disoluto y carnal, sino tambien de algunos religiosos que tenian nombre de monges, y no lo eran en la vida: los cuales por envidia murmuraron del santo, y le hicieron guerra con sus lenguas y aun con sus manos, apedreándole, y queriéndole matar, si Dios por su misericordia no le librara de ellas; porque sus caminos son varios y maravillosos, y permite que el malo algunas veces

tenga fuerzas contra el bueno, y que como trigo le quebrante, y limpie, apartando la paja del grano; para que ejercite la caridad con el mismo que le afligió, como lo hizo san Gregorio, intercediendo por los que le habian perseguido con Teodoro, obispo de Tianeo, que los queria castigar. Porque este bienaventurado santo, aunque toda la vida se habia entregado totalmente á Dios y al estudio, á la mortificacion y perfeccion, al cabo de sus dias se daba con mas fervor, y era como la piedra que cuanto mas se allega á su centro, tanto es mas impetuosa en su movimiento. Y vese esto bien, en lo que él mismo escribe de sí: que pareciéndole que era fácil en el hablar; aunque todas sus palabras debian de ser necesarias ó provechosas, y de cosas santas y divinas, para mas mortificarse, se estuvo cuarenta dias sin hablar, y al cabo de ellos dió libertad á su lengua atándola y desatándola, para servir mejor al Señor con ella.

Finalmente, habiendo este glorioso doctor ilustrado la Iglesia con su vida, doctrina y escritos, cargado de merecimientos y de noventa años de su edad, fué á recibir el galardon de sus largos y dichosos trabajos de mano del Señor, á quien él con tanto afecto, solicitud, y perseverancia habia servido. Falleció á los 9 de mayo, del año del Señor de 389, y el onceno del imperio de Teodosio. Sintió toda la Iglesia católica su muerte, aunque no murió, pues quedó vivo en las obras que nos dejó: las cuales con loores y encarecimientos han celebrado los doctores, que despues de él se han seguido, y entre los otros su grande amigo san Basilio el Magno le llama vaso de eleccion, pozo profundo, y boca de Cristo; y Casiodoro dice de él estas palabras: «Gregorio, como una clarísima luz de ciencia, y doctrina, aunque parezca que se obscureció con su muerte, todavía vive ahora su autoridad, y con su fé, y estando muchos años ha apartado el cuerpo de las iglesias, está presente con su voz y enseñanza de maestro.» Esto es de san Casiodoro.

Fué san Gregorio de mediana estatura: el color amortiguado; pero no triste: la nariz corvada, las cejas arqueadas, el aspecto blando y suave, el ojo derecho algo caido: la barba no larga; pero bien poblada y autorizada: era algo calvo, y con las canas venerable. Así pinta Metafraste á san Gregorio Nazianzeno, y un libro griego antiguo de la librería Vaticana: y refiérolo aquí porque despues de su muerte se puso su imágen en la iglesia, y fué reverenciada con gran devocion de todos los fieles, y Dios hizo por ella muchos milagros; y entre ellos se escribe que restituyó la habla á Constancio, hijo del emperador Leon Armeno, que la habia perdido como lo cuenta Cedreno. La vida de san Gregorio escribió un Gregorio, presbítero, autor antiguo, Suidas, Adon y Metafraste; pero mejor que todos la escribió san Gregorio en un tratado largo, que compuso en verso de su vida, y en las oraciones que hizo en alabanza de san Basilio, en las honras de su padre, y de sus hermanos: y muy por extenso las refiere el cardenal Baronio, en el cuarto tomo de sus anales. El cuerpo de este santísimo doctor (como dice el Martirologio romano) fué llevado de Constantinopla á Roma, y colocado en un monasterio de monjas, que primero fueron de la órden de san Basilio, y ahora son de la de san Benito, y se llama Santa María del Campo Marcio: donde estuvo hasta que el papa Gregorio XIII, de feliz recordacion, con grande solemnidad y aparato le trasladó de aquella iglesia á una capilla de la basílica de San Pedro, que el mismo sumo pontífice Gregorio para su entierro habia edificado de extremada arquitectura y suntuosidad.

San Hermas obispo.—Fué este santo muy amigo del apóstol san Pablo y que contribuyó á las glorias de su apostolado. El mismo apóstol segun se lee en el capítulo 16 de su carta á los romanos, le saluda entre otros de los cristianos. Los bolandistas refieren que los apóstoles consagraron á Hermas obispo de Philippis en Macedonia. Era hombre dotado de extraordinario talento, pues se cree ser autor de una excelente obra titulada *Pastor*, que fué tenida en mucho aprecio en los primeros tiempos de la Iglesia. Murió este santo lleno de méritos y virtudes; pero no se sabe á punto fijo el año de su muerte.

El triunfo de trescientos y diez santos, mártires.—No se sabe sino que murieron en Persia, ignorándose en qué época.

San Gerancio, obispo y mártir.—Nació á mediados del siglo V y fué obispo de Cerve: asistió á un concilio de Roma celebrado en su tiempo, y se distinguió sobremanera por sus luces y su eminente virtud. Volviéndose á su diócesis, iba predicando por los pueblos del tránsito y hacia muchas conquistas desvaneciendo los errores de la herejía de aquellos tiempos. Los herejes y los incrédulos se conjuran para perderle, y conociendo él sus asechanzas, procuró evitarlas con la fuga; pero habiéndole alcanzado sus enemigos junto á Calli, se apoderaron de su persona, y no pudiendo lograr que desistiese de su santo fervor, le dieron muerte violenta el dia 9 de mayo del año 501. Su sagrado cuerpo fué enterrado con gran veneracion por los cristianos, y en el año 700 la ciudad de Calli levantó un suntuoso templo á su santa memoria, y á vista de los favores que lograba del cielo por su mediacion, le aclamó patron de la ciudad y de toda su comarca.

San Beato, confesor.—Floreció, segun la opinion mas comun, durante el primer siglo de la Iglesia, y fué enviado por el apóstol san Pedro á predicar el Evangelio en las Galias. No se sabe si fué coronado con la corona del martirio, ó si acabó su vida en paz. Lo que hay de cierto es que su culto se celebra desde la mas remota antigüedad cristiana; pues todos los breviarios, martirologios y relaciones de santos traen su nombre.

La Traslacion de san Andrés, apóstol; de san Lucas, evangelista, y de san Timoteo, discípulo del apóstol san Pablo.—Los cuerpos de los dos primeros fueron trasladados de Acaya á Constantinopla, el año 23 del imperio de Constancio, y el del último fué de Efeso tambien á Constantinopla, el año 23 del mismo emperador. Levantóse en la ciudad imperial una magnífica basílica para colocarlos, y despues de algunos años, el cuerpo de san Andrés fué otra vez trasladado de Constantinopla á Amalfi, donde se venera con gran devocion, y de su sepulcro emana continuamente un licor que, como dice el Martirologio romano, sirve para curar las enfermedades.

La Traslacion de san Gerónimo, doctor.—Cuando los sarracenos invadieron la Palestina, los fieles procuraron salvar de su profanacion los sagrados objetos que mas respetaban. Uno de ellos fué el cuerpo de este santo doctor de la Iglesia, que llevaron desde Belen de Judá, donde se hallaba enterrado, á Roma, y fué colocado en la iglesia de Santa María ad Presepe.

La traslacion de san Nicolás.—Estaba enterrado este

santo en Mira, en Licia, de cuya ciudad habia sido obispo, y fué trasladado á Bari, ciudad de la Pulla, en 1087.

SAN GREGORIO, OBISPO DE OSNIA, CONFESOR.—No son conocidas con certeza muchas particularidades de su vida.

DIA 10.

LOS SANTOS GORDIANO Y EPÍMACO MÁRTIRES.—Despues que el impiísimo Juliano Apóstata fué aclamado por emperador de su ejército en Francia, y con la muerte del emperador Constancio, su primo hermano cobró fuerzas, y se vió señor, luego comenzó á quitarse la máscara de piedad, con que ántes habia favorecido y engañado á los cristianos, á los cuales se determinó perseguir y deshacer, y conservar y ampliar el culto de sus falsos dioses; pero porque pretendia ser tenido de todos por príncipe manso y benigno, y no queria que los que morian por Cristo, fuesen honrados como mártires, y ya la religion cristiana se habia extendido, y florecia mucho por el mundo, temiendo alguna alteracion y turbacion en el imperio, por razon de estado pretendió con maña y artificio destruir á los cristianos, haciendo presidentes y gobernadores de las provincias á hombres crueles y bárbaros, é inimicísimos de nuestra religion, para tirar la piedra (como dicen) y esconder la mano y por medio de sus ministros acabar una cosa, que no juzgaba bien hacerla por sí. Entre los otros ministros que nombró Juliano para ejecutar su mal intento, fué uno Gordiano, al cual hizo vicario en Roma; y él con gran cuidado y solicitud ejercitaba su crueldad, y derramaba la sangre inocente de los fieles. Estaba preso con otros muchos un santo presbítero y venerable, llamado Januario. Tuvo con él Gordiano largas y diferentes pláticas, y finalmente tocándole el Señor el corazon, abrió los ojos al rayo de la divina luz y determinó hacerse cristiano, y en efecto recibió el bautismo por mano de san Januario, y Marina su mujer, y otros cincuenta y tres de su familia, y entregó á Januario un ídolo de Júpiter, que tenia en su casa y le quebraron, y desmenuzaron, y echaron en un lugar inmundo. Supo lo que pasaba Juliano, y embravecióse por ver, que sus principales ministros, y los mismos que él ponia por perseguidores de los cristianos, y defensores de su imperio, se volvian contra él y se hacian cristianos; y quitando á Gordiano el cargo, mandó á Clemencio tribuno, que le tomase y castigase severamente á Gordiano. Clemencio lo hizo: mandóle parecer delante de sí, cargado de prisiones y cadenas, y le reprendió como á ingrato al emperador, y le amenazó si no sacrificaba á los dioses. Y como Gordiano estuviese firme y constante en la confesion de Jesucristo, y se burlase de Juliano, y de sus falsos dioses; Clemencio le hizo atormentar y azotar cruelmente, y quebrantar los huesos con plomadas, haciendo el santo mártir gracias al Señor, por la merced que le hacia en darle que padecer por él, y por haberle puesto en el número de los santos mártires. Finalmente le mandó cortar la cabeza delante del templo de la diosa Téllus, y que no enterrasen su cuerpo, para que fuese comido de los perros. Mas el Señor, para mostrar su bondad y omnipotencia, ordenó que viniesen los perros hambrientos, y no tocasen al santo cuerpo, ántes con ladridos le guardasen y defendiesen. Despues de cinco dias que estuvo sin ser sepultado, un criado de Gordiano y otros cristianos le tomaron de noche, y le enterraron como una milla de Roma en la *Via Latina*, en una cueva, donde ántes habia sido enterrado san Epímaco, mártir, cuyo martirio tambien celebra hoy la santa Iglesia: el cual siendo natural de Alejandría, fué preso por el nombre de Jesucristo, y habiendo en una áspera y dura cárcel padecido muchos dias excesivos trabajos y molestias, y llevádolos con gran paciencia y alegría; al cabo fué mandado quemar, y sus huesos y cenizas fueron llevados á Roma por algunos cristianos, y puestos en aquel sepulcro en que dijimos que despues fué sepultado san Gordiano; y por esto la Iglesia católica celebra juntamente el martirio de estos dos santos en un mismo dia, que es á los 10 de mayo en que fué martirizado Gordiano, en el año del Señor de 362, imperando el ya nombrado Juliano Apóstata: y las reliquias de estos dos bienaventurados mártires despues fueron trasladadas á Alemania, el año del Señor de 77, como lo escribe en su crónica Hermanno Contracto.

Escriben de san Gordiano y Epímaco los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon y el P. Fr. Lorenzo Surio, tomo tercero y el cardenal Baronio en las anotaciones al Martirologio romano y en el cuarto tomo de sus Anales, página 98.

* SAN JOB, PROFETA.—Nació en la tierra de Hus, pais situado entre la Idumea y la Arabia por los años 1700 ántes de Jesucristo. La sagrada Escritura le da el nombre de Justo; en efecto él procuraba hacerse agradable á los ojos del Ser Supremo, ofreciéndole sacrificios que le eran agradables; al paso que dirigia á sus hijos amándolos en la virtud. Dios quiso probar su virtud; y á este fin permitió que perdiera sus bienes, sus hijos, sus ganados y cuanto poseia. Estas desgracias le acontecieron á la vez al santo Job, pero por esto no se alteró su corazon ántes bien con una resignacion admirable, prorumpió con aquellas palabras de tanto consuelo para los que esperimentan desgracias en esta vida: « El Señor me lo dió, el Señor me lo ha quitado; nada sucede que él no lo quiera: sea bendito su santo nombre.» No pudo el maligno espíritu sufrir tanta virtud; pidió pues al Señor le permitiera mortificarlo en su persona, y á fin de que quedara confundida la malicia del demonio, así lo permitió. Herido entonces Job por el espíritu maligno se miró cubierto de una asquerosa lepra, llagado de piés á cabeza, reducido á vivir en un muladar, viéndose en la dura necesidad de limpiar con un tiesto la podre que salia de sus llagas, corriendo al mismo tiempo por su cuerpo los gusanos. Léjos de consolarle su mujer en su triste situacion, insultaba su piedad, y le inducia en la desesperacion con sus blasfemas palabras: mas el santo Job cuya conformidad era tan grande se contentaba en contestarla: «Has hablado como una mujer loca: si hemos recibido los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no hemos de recibir tambien y tolerar los males? Sus tres amigos, al considerar su infelicidad, le insultaban tambien haciéndole presente, serian muy graves los delitos que debiera haber cometido contra Dios, cuando este tan severamente le castigaba. El Señor al ver la resignacion con que Job habia tolerado sus infortunios, volvió por la honra de su siervo, manifestando á sus amigos que tan indiscretamente se habian portado con él, que solo por los ruegos de aquel á quien habian calumniado, les serian perdonadas sus culpas, dando á Job en recompensa de su paciencia y sufrimiento mas riquezas que las que

le habia quitado el demonio. Murió Job á los doscientos once años de su edad, siendo sepultado su cuerpo cerca del Jordan donde acudieron siempre multitud de gentes así de la antigua como de la nueva ley, para encomendarse á sus oraciones. No se sabe á punto fijo cuánto tiempo duró la miseria con que permitió Dios fuese afligido, pretendiendo unos durase siete años, y otros solamente uno.

SAN ANTONINO.—Véase el dia 2 del corriente.

LOS SANTOS CALEPODIO PRESBÍTERO; PALMACIO, CÓNSUL, CON SU MUJER É HIJOS Y OTROS CUARENTA Y DOS; SIMPLICIO SENADOR, SU MUJER Y OTROS SESENTA Y OCHO; Y FELIX Y BLANDA, ESPOSOS, TODOS MÁRTIRES.—En el año 222 hubo en Roma un grande incendio que consumió parte del Capitolio y el templo de Júpiter que estaba en él. Los arúspices y los sacerdotes se presentaron al emperador Alejandro, y le dijeron que debian ser aplacados los dioses por medio de sacrificios y libaciones; y como accediese el emperador á la peticion, empezóse la ceremonia. Apenas se habia dado principio al sacrificio, un rayo milagroso mató á cuatro de los sacrificadores y destruyó el altar de las libaciones, cubriéndose el cielo de tan tupida oscuridad, que el pueblo romano se estremeció y muchos corrieron á salir de la ciudad, para no ser víctimas de la catástrofe que se temia. En la fuga, encontraron á unos cristianos en la otra parte del Tíber, que dentro de una habitacion se ocupaban en cantar divinas alabanzas, cuya funcion presidia el presbítero Calepodio. Palmacio, cónsul romano de aquel año, se presentó al emperador y le comunicó que la desgracia que se estaba sufriendo, era á motivo de la indignacion que causaba á los dioses la tolerancia que se usaba con los cristianos, pues que en aquel mismo momento estaban provocando la venganza del cielo, haciendo pública ostentacion de sus sacrilegios. Alejandro dió entonces aquel famoso edicto que condenaba á muerte á todos los que en cualquiera parte del imperio, donde se hallasen, no quisiesen adorar á los ídolos. En seguida se fué Palmacio á la otra parte del Tíber, acompañado de una cohorte de soldados, y entrando donde estaban los cristianos, quedaron los paganos todos ciegos y Calepodio, anciano presbítero, le dijo: Nuestro Dios os ha privado de la luz, convertíos á él, y sanará vuestra ceguera. Palmacio temió, y marchándose donde estaba el emperador, le anunció lo que le habia pasado; y se decretaron grandes sacrificios en el Capitolio para aplacar á los dioses. Mientras estos se celebraban, acontecieron una serie de prodigios, que mostraron á todos los romanos la ridiculez de sus dioses y la grandeza del Dios de los cristianos. Palmacio se convirtió á la verdad con toda su familia, y fué bautizado por san Calixto: tambien abrazó la fé en Jesucristo Simplicio, senador, con su mujer y sus hijos y los dos esposos Félix y Blanda, con otros muchos, los cuales fueron mandados degollar juntos por el emperador Alejandro, el dia 10 de mayo del sobredicho año de 222. El cuerpo de san Calepodio y los de los demás compañeros suyos de martirio fueron arrojados al Tíber; pero recogidos luego por san Calixto y otros fieles, fueron sepultados con gran veneracion.

LOS SANTOS ALFIO, FILADELFO Y CIRINO, MÁRTIRES.—Nacieron en Calabria de noble familia, y fueron enviados á Roma á instruirse en las ciencias. Allí conocieron á un tal Onésimo, que les esplicó el Evangelio y las bellezas de la religion de Jesucristo. Bautizados por el mismo Onésimo, siguieron por algun tiempo practicando las virtudes cristianas, hasta que en la persecucion de Decio, fueron acusados y degollados en la misma ciudad de Roma, á principios del año 250.

SAN CUARTO Y SAN QUINTO, MÁRTIRES.—Algunos autores afirman que fueron obispos de Capua y otros que fueron mártires en Roma durante el siglo III.

SAN DIOSCÓRIDES, MÁRTIR.—No se sabe sino que murió en Esmirna, durante las persecuciones de los primeros siglos.

SAN CATALDO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué obispo de Tarento en Italia, glorioso en milagros y esclarecido en toda clase de virtudes. Ignórase la época de su muerte: su cuerpo se guarda con gran veneracion en la catedral de dicha ciudad, de la cual es patron, obrando el Señor muchos prodigios junto á su sepulcro.

SAN NICOLÁS ALBERGATO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Bolonia en 1375 y estudió en la misma ciudad el derecho, tomando despues el hábito de los cartujos. Fué prior de la Cartuja de Florencia, y su piedad y sabiduría le merecieron, en 1417, ser elevado á la silla episcopal de Bolonia. Reconcilió á sus diocesanos con el papa Martino V; fué enviado en 1422 á Francia en calidad de nuncio y se portó tan bien en este destino, que la santa sede le recompensó en 1426, con el capelo de cardenal, que se vió obligado á aceptar, á pesar de su repugnancia. El papa Martino V le nombró legado á latere, y Eugenio IV lo mandó á presidir en su nombre el concilio de Basilea. Desempeñó otras varias comisiones importantes en varias córtes de Europa; presidió un concilio en Ferrara, y desempeñó la penitenciaría de la Iglesia romana. Cuantos cargos se le confiaron, los desempeñó con suma brillantez, distinguiéndose particularmente por su modestia, su elocuencia, su celo y su vasto saber. El dia 9 de mayo del año 1443, hallándose en Sena, murió santamente, rodeado de sus amigos, de sus admiradores y de su servidumbre, en la que contaba entonces á Tomás de Sarzano y á Eneas Silvius, que ocuparon despues sucesivamente la cátedra de san Pedro.

LA INVENCION DE LOS SANTOS MARTIRES NAZARIO Y CELSO.—En memoria del dia en que san Ambrosio obispo de Milan encontró el cuerpo de Nazario, bañado aun en sangre fresca y lo trasladó á la iglesia de los Apóstoles, juntamente con las reliquias del niño san Celso, á quien habia criado san Nazario, instituyó la Iglesia una fiesta en conmemoracion de este hecho, y por esto recuerda hoy sus nombres en el Martirologio. La festividad principal de estos dos santos se celebra el dia 28 de julio, en que fué su glorioso martirio.

DIA 11.

SAN MAYOLO, ABAD.—Fué san Mayolo natural de Borgoña de Francia, de una ciudad llamada Matisco, hijo de padres ilustres y generosos, los cuales le enseñaron todas las buenas costumbres y letras; porque llegó á merecer que el obispo de dicha ciudad, á peticion de toda la clerecía y ciudadanos, le hiciese arcediano de la Iglesia, dignidad que si rehusó humilde, ejercitó docta y santamente. Iba muy continuamente al monasterio de Cluni, donde enamorado de la santa vida monástica, vino á to-

mar el hábito del gran padre san Benito, siendo recibido de todos aquellos monges con tanto gozo, cuanto era el deseo que tenian de que se aficionase á vivir con ellos, por conocer sus grandes y sobresalientes prendas de virtud y letras. Sobre todos quien mas lo celebró, por desearlo mas, fué el abad Adamaro, tercer abad de Cluni y sucesor de san Odon, segundo abad del mismo monasterio; porque conocia muy bien el bendito padre, no podia dejar mejor sucesor en su dignidad que á Mayolo, y no se engañaba. Tantas muestras dió Mayolo en el noviciado de su humildad grande y conocida santidad, que al año siguiente á su aprobacion, fué electo abad y sucesor de Adamaro, por voto de todos los monges y del mismo Adamaro que le nombró. Humildè rehusaba la dignidad; mas despues viendo se lo mandaba Adamaro, hubo de aceptar, mas por obedecer que por ser obedecido: obligándole tambien una vision que tuvo una noche en esta forma. Estando en oracion á la media noche, se quedó dormido y se le apareció un varon religioso, de hermoso rostro y le dijo: Está seguro, hermano, y no te turbes en recibir el gobierno de este monasterio; porque para que cumplidamente hagas tu oficio, no te faltará el favor divino: y diciendo esto, le dió un libro, y le dijo que se guiase por lo que en él estaba escrito. Mucho se consoló san Mayolo con esta vision, pensando ser Benito el que le habia hablado; y así entonces llamando á todos los monges, aceptó el oficio de abad, y fué el cuarto del monasterio de Cluni.

Rigió el rebaño amado y encomendado de Dios santísimamente, enseñando á todos á pelear con el antiguo enemigo de la naturaleza humana. Encomendábales la paz, la virginidad y leccion de la sagrada Escritura. Su hablar era gracioso y persuasivo, tanto, que muchos seglares de solo oirle, aborrecian el siglo y se hacian religiosos. Su abstinencia era grande, su penitencia frecuente, su oracion fervorosa, y sus lágrimas tan copiosas, que de ordinario dejaba bañada en ellas la tierra donde se hincaba de rodillas. Conforme era su vida, así eran sus milagros continuos; dando vista á los ciegos, oido á los sordos, voz á los mudos, curando leprosos y todas enfermedades. Su caridad con los pobres era grande: dábales de limosna cuanto tenia, y hubo ocasion en que llegando un pobre á pedir limosna, y no hallándose con otra cosa que darle, se desnudó el vestido que llevaba y se le dió. Pagóle de contado Dios esta santa obra; pues cuando fué á su casa, halló un vestido nuevo y mucho mejor que el suyo, que le habia enviado el obispo. Otra vez, pasando por los Alpes, dió grandísimas muestras de su ardiente caridad; pues saliendo una escuadra de turcos, prendieron muchos de los que iban en su compañía, y tirando una flecha á un mozo suyo que no se queria dejar prender puso la mano el santo al verla venir, y recibióla en ella: cuya herida y señal quiso Dios, tuviese mientras vivió, para memoria de tan heroico, acto de caridad. Pudo huir tambien, como lo hicieron algunos en la ocasion, y no quiso, sino es dejarse prender de aquellos bárbaros, por dar libertad á los demás cautivos, como lo hizo; porque habiéndole puesto con grillos y cadenas en una oscura mazmorra, la noche siguiente se le apareció un venerable anciano vestido de pontifical, y entendió habia de ser libre de su prision y cautiverio por el apóstol san Pedro; mas puesto despues en oracion rogó á la Vírgen santísima María, sin pecado concebida, de quien era muy devoto, que no permitiese saliese él del poder de los bárbaros, quedando los demás cautivos. Oyóle la soberana Reina de los ángeles, y á la mañana se halló sin grillos ni cadenas: fuéron los turcos, y admirados del prodigio lo veneraron como á santo y le dieron libertad; mas él no quiso irse solo sin llevar consigo los demás, por quienes se habia dejado prender; y al fin, concertado el rescate de todos, escribió á los monges de su monasterio, enviasen cierta cantidad de dinero para rescatar aquellos fieles que con él estaban. Vinieron los mas principales del monasterio con el dinero, y no quiso la libertad hasta que todos los demás la tuvieron.

Por este tiempo vacó la silla apostólica, y el emperador Oton II, que conocia bien las muchas prendas y virtudes de Mayolo, trató con él que fuese papa, pues solo con que dijese sí, lo seria, por estar en su mano el hacerlo. Escusóse humilde, que es la mayor prueba de su gran santidad. Al fin se retiró á su monasterio, donde ejercitado en santas obras, de su humildad y caridad legítimas hijas, conoció se llegaba el fin de sus dias, y entendido tambien por los monges, le preguntaron llorando, ¿á quién dejaba encomendado su rebaño? Y él respondió: A Jesús, sumo pastor, tendreis siempre en vuestro amparo. Comenzó despues á decir salmos; y preguntándole los monges si le dolia alguna cosa, dijo, que no tenia molestia alguna, ántes veia todas las cosas quietas y sosegadas, y los bienes del Señor en tierra de los que viven. Así sin dolor, con clara vista, oido y sana memoria, en el año del Señor de 993, á los 11 de mayo, diciendo salmos y signándose con la señal de la cruz, entregó su bienaventurada alma al Señor, y fué sepultado en la iglesia de San Pedro y San Pablo, donde despues hizo infinitos milagros. Escribieron su vida san Bernardo *in Apolog.*; Sigiberto *in Chron.*; Pedro Cluniacense, *lib.* II *Miraculorum, cap.* 31; Lamberto *in Chron, ann.* 993; Tritemio *de Vir. illust., lib.* III, *cap.* 230; Odilon, presbítero; Hilarion, monge; san Aoro, el Martirologio romano y Baronio en sus anotaciones y en sus Anales, tom. x, año 993.

Quien tiene amor de Dios firme en su corazon, fácil lo muestra, porque como este anda unido y hermanado con el del prójimo, síguese del uno el otro. Cuan arraigado estaba en el corazon de Mayolo el amor divino, bien fácil lo conocerá cualquiera que le viere desnudarse por amor del prójimo y no desnudarse como quiera; pues dar su vestido al pobre, hazaña es grande del amor; pero la vence á ésta, y sobre las valentías suyas puede blasonar el desnudarse de la prenda mas estimable, que es la libertad, por el prójimo, como hizo el glorioso Mayolo; acto de caridad tan grande, que si esta virtud es de las demás corona, esta accion en san Mayolo fué la corona de las suyas todas, y de su misma caridad, de la cual nos adorne su divina Majestad. Amen.

* SAN ANASTASIO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.—Lérida, ciudad notable en el principado de Cataluña, fué la patria de este santo, que fué militar de profesion, sirviendo á las banderas del emperador Diocleciano. Cuando este emperador afligió la cristiandad con la mas cruel de las persecuciones, tiempo hacia que Anastasio profesaba la fé de Jesucristo; pero su persecucion no empezó hasta que Daciano vino á la España Tarraconense para hacer ejecutar los edictos del emperador; entonces fué cuando este prefecto apenas llegó al lugar donde estaba Anastasio, mandó prenderle, y

despues de haberlo conducido á Tarragona y encerrado en una obscura y lóbrega carcel, luego lo mandó llevar preso á Barcelona, teniendo que sufrir de los paganos que le acompañaban los mas duros tratamientos. Despues de algunos dias de su llegada á Barcelona, fué Anastasio preguntado acerca de la religion que profesaba, con otros varios interrogatorios, y como el santo permaneciese fiel en la fé, fué degollado junto con otros sesenta y tres mártires en un punto no muy distante de Barcelona. Fué su martirio el dia 11 de mayo del año 303.

San Mamerto, obispo y confesor.—Fué prelado célebre en la Iglesia por su santidad, doctrina y milagros. Floreció en el siglo V, y fué obispo de Viena en el Delfinado. Dícese que por los años de 469 instituyó en su diócesis los ayunos y rogaciones, llamadas vulgarmente letanías, aunque Feller es de parecer que semejante institucion estaba ya anteriormente en uso en las diócesis de Milan desde el tiempo de su obispo san Lázaro. Dieron ocasion á estas letanías las calamidades públicas de la Francia durante el pontificado de san Mamerto: letanías ó súplicas que desde luego fueron adoptadas por la Iglesia universal. Este santo pasó toda su vida empleado en promover los intereses de la religion, y murió santamente el dia 11 de mayo del año 475.

San Antimo, presbítero y mártir.—Era sacerdote de la Iglesia de Roma, bajo el reinado de Diocleciano. Fué esclarecido en virtudes, y despues de haber predicado el Evangelio con mucho fruto, fué precipitado por los paganos en el Tíber, de donde lo sacó un ángel, restituyéndole á su oratorio; y habiéndole degollado se fué victorioso al cielo. Fueron tambien degollados con él los santos Máximo, Baso y Fabio, por órden del mismo Diocleciano.

San Evelio, mártir.—Era romano y de la familia de Neron. En tiempo de este emperador asistió al martirio de san Torpeto, y á vista de los portentos que obró el cielo durante la ejecucion de aquel santo, abrió su corazon á la verdad, y abrazó tan de veras la religion de Jesucristo, que él mismo se denunció al emperador como cristiano, y por esta santa causa fué decapitado en la misma ciudad de Roma por órden de Neron.

Los santos Sisino, Diocleció y Florencio, mártires.—El primero era diácono y los tres discípulos del sobredicho san Antimo, presbítero, y bautizados por él en Roma. Estando en Osino en la Marca de Ancona, durante la persecucion del emperador Diocleciano, consumaron el martirio, muriendo apedreados.

San Gangulfo, mártir.—Nació en Borgoña, y se dió al estudio y á las prácticas cristianas desde muy niño. Mas adelante en edad, entró al servicio del rey en los ejércitos de Pepino, y habiendo contraido matrimonio, tuvo que sufrir muchas contradicciones por parte de su esposa, de la cual al fin se separó por haberla convencido de adulterio. El seductor quiso vengarse de la severidad de Gangulfo, y habiéndose introducido en su aposento, le intimó que si no permitia á su mujer que cohabitase libremente con él, le daria muerte; pero habiendo contestado el santo que no accederia, y que apelaba á Dios de su inocencia, el agresor le dió una estocada mortal que acabó con su vida dentro de pocos dias. Obró este santo muchos milagros antes y despues de su muerte, acaecida en Varennes de Francia, el dia 10 de mayo del año 750.

San Iluminado, confesor.—Ignórase en qué siglo floreció, y solo se sabe que fué natural de Septempedano en Italia. Su sagrado cuerpo se venera en la ciudad de san Severino en la Marca, en una iglesia de religiosas de san Benito; y su sepulcro ha sido y es glorioso en milagros, principalmente en la curacion de los enfermos que se encomiendan á su proteccion.

San Poncio, mártir.—Véase el 14 de este mismo mes.

San Eudaldo, mártir.—Nació en Lombardía, de padres idólatras, aunque ilustres. No se sabe á punto fijo en qué año nació, y el modo con que abrazó la fé de Jesucristo. De un manuscrito antiguo del monasterio de San Benito de Ripoll en Cataluña, consta que su nacimiento fué por los tiempos del consulado de Arcadio y Honorio; y que saliendo un dia á cazar, desviándose de la comitiva, fué tras una cierva, y llegó á una ermita de san Pancracio, á cuyos piés se echó aquel temeroso animal, quedando él de ello admirado y maravillado. Recibiólo benignamente el santo ermitaño, quien le catequizó y bautizó. Salieron ambos á la orilla del mar, y hallando una nave que estaba para partir, se embarcaron en ella, y llegaron á Portvendres en las costas de Cataluña, donde empezó á arrepentirse de haber dejado sus padres; y resolviendo volverse á ellos, puesto Pancracio en oracion, se oyó un espantoso trueno y apareció una estrella encima de su cabeza, alumbrándole por espacio de una hora. Asombrado con este prodigio Eudaldo, pidió luego perdon á Dios y al santo de su poca firmeza, y ambos salieron á un desierto, donde hicieron penitencia veinte años. Al cabo de este tiempo murió san Pancracio, y dando ántes de morir la bendicion á Eudaldo, acabó gloriosamente en el Señor. Apareciósele despues de esto Jesucristo á Eudaldo; mandóle ir á Tolosa, y al llegar allí le salieron al encuentro san Raimundo, san Juan, sacerdote, y san Vicente, avisados de su venida por divina revelacion. En dicha ciudad resucitó un niño de un devoto suyo, llamado Profano. Acompañado de otros siervos del Señor, fué á Roma para visitar los apóstoles san Pedro y san Pablo, y visitados aquellos santos lugares, dejó á Roma y sus compañeros. Despues de muy penosos viajes, llegando por mandato del Señor á una ciudad llamada Jaste, la libró de una horrorosa plaga de ponzoñosos animales que mataban mucha gente. A vista de semejantes milagros Wilielmo ó Guilielmo, rey de los hunos, antecesor y hermano de Atila, le mandó azotar y arañarle los costados con garfios de hierro, de que fué milagrosamente curado. Viéndole tambien Valamiro, rey de los ostrogodos, tan constante en la fé, y que obraba admirables prodigios, ordenó que le azotasen, y despues de azotado le diesen un vaso lleno de plomo derretido, el que bebió sin daño alguno, habiendo hecho ántes sobre aquella bebida la señal de la cruz. Avisado de Dios que padeceria martirio á manos de los godos, tomó la cabeza de san Saturnino, la cual trajo á Cataluña, donde edificó una iglesia á honra de este santo y dejó en ella la reliquia. De esto sin duda se infiere que fué Eudaldo sacerdote, y como á tal se ve pintado en muchos altares, y en un Martirologio español es llamado presbítero y mártir. Por fin volviéndose él á Francia, encontró en la villa de Acqs con Valamiro y Atila, rey de los hunos, que iban á España movidos de la fama de sus tesoros para vencerla y tiranizarla; y siendo preso por los ministros del rey godo, de órden de este tirano fué martirizado á violencia de tres clavos que le ta-

ladraron la cabeza, y de un cuchillo que le pasó el corazon á 11 de mayo de 452, siendo de edad de cuarenta y seis años. Nótese, que aunque se hallan en el manuscrito, del que se ha sacado ese compendio de la vida de este santo, algunas cosas que no atan bien con la cronología y la historia, sin embargo de lo referido hasta aquí, se tiene por cierto que este invicto mártir murió por la fé de Jesucristo en la ciudad de Acqs ó de Ax, ciudad episcopal de la Novempopulania ó Aquitania, hoy Gascuña. Despues andando el tiempo, fué su sagrado cuerpo trasladado al monasterio que habia en Ripoll, el dia 9 de agosto de 1004, y la fiesta de esta traslacion se celebra en dicha villa el dia 6 de noviembre. Ha ilustrado el Señor este santo cuerpo con insignes milagros: es notorio su patrocinio en calenturas y otras enfermedades; en tiempos de sequedades apenas ha salido en procesion, que no se haya logrado abundancia de agua. Es muy señalada su proteccion á favor de las mujeres en los partos peligrosos.

DIA 12.

Los Santos Nereo, Aquileo y Domitila, mártires.— Los santos mártires Nereo y Aquileo fueron hermanos eunucos, camareros de Flavia Domitila, hija de Plautila y sobrina de Flavio Clemente, cónsul, el cual era primo hermano del emperador Domiciano. Convirtiéronse á la fé de Cristo estos dos hermanos por la predicacion del apóstol san Pedro, y pudieron tanto con su buen ejemplo y santas palabras con Domitila, su señora, que la persuadieron que fuese cristiana, sin tener cuenta con la grandeza de su linaje, ni con sus muchas riquezas, ni con la persecucion, que por serlo se le habia de levantar. Siendo ya Domitila cristiana, trataron de casarla con un caballero principalísimo, que se llamaba Aureliano: y como un dia ella estuviese vistiéndose ricamente, y ataviándose con gran curiosidad en presencia de sus dos criados; cuando ellos la vieron tan aderezada y compuesta, le dijeron: Si el estudio y diligencia que pones, ó Domitila, para adornar tu cuerpo, por agradar á Aureliano, hijo del cónsul, tu esposo, le pusieses en hermosear tu alma con las virtudes, agradarias sin duda á Jesucristo, y él te recibiria por esposa, y haria que tu belleza, que al fin se ha de marchitar, permaneciese perpetuamente con su flor, y se acrecentase en los reinos del cielo. Respondió Domitila: No es malo que yo me case para tener hijos y sucesion en mi casa, y que con este intento me aderece, y me ponga, y pretenda gozar de los deleites del matrimonio; pues son tan conformes á nuestra naturaleza que Dios crió. A esto respondió Nereo: Tú, señora, tienes puestos los ojos en los deleites breves y frágiles de este soplo de vida, y no miras á aquellos macizos y perpetuos de la bienaventurada eternidad. Miras los bienes que hay en el matrimonio, y no consideras las cargas y trabajos de él: y esto querria, señora, que atentamente considerases ántes de perder lo que al presente tienes: porque primeramente la doncella que se casa pierde el nombre de doncella, y siendo libre, se hace esclava de un varon extraño, que no conoce; y muchas veces es tratada como esclava, y si se antoja á su marido, le vedará que no trate con sus propios parientes y aun con sus mismos padres: que no oiga ni vea: que no hable y que se prive de todo lo que le da gusto: y si es zeloso, todo lo que la mujer hiciere con ánimo sincero y limpio, lo echará á la peor parte. Los hombres, dijo Aquileo, ántes que se casen suelen mostrarse muy humanos, afables y amorosos hasta el dia de las bodas; pero cuando ya tienen á sus mujeres en sus casas, múdanse de tal suerte, que parecen otros, y trátanlas como quieren, no solo con malas palabras, sino con peores obras. Pero puesto caso que el esposo no tenga zelos ni ruines amistades; ¿qué provecho saca la esposa de su compañía? Si no tienen hijos; ¿qué de desabrimientos y disgustos? Si los tienen; ¿qué de molestias en la preñez, qué de dolores en el parto, qué de peligros de perder la vida ó la salud? ¿Cuántas madres perdieron las vidas que dieron á sus hijos? ¿Qué de trabajos en criarlos? ¿Qué de temores de perderlos? ¿Qué de angustias y tormentos si salen á veces rebeldes y desobedientes? Pues ¿qué si salen cojos, ciegos ó mancos, sordos ó mudos, corcovados ó contrahechos, locos ó feos, ó con otras tachas que se ven cada dia, aun en los hijos de los señores y príncipes, y de los que se tienen por bienaventurados? No quiero hablar de los cuidados, angustias y peligros que traen consigo las hijas en criarlas, guardarlas, casarlas y ponerlas en estado. ¿Qué pocos son los hijos que salen buenos y son alivio y consuelo de sus padres? ¿Cuántos mas son los que les dieron gran contento en su nacimiento, y mucho mayor en su muerte? ¿Cuántos nacieron para cruz y tormento de los que los engendraron, para deshonra de sus casas, para destruccion de la república, para infamia de todo su linaje y para perdicion suya propia, los cuales con sus calamidades y tristes sucesos, convirtieron el placer de sus madres en penas, todo su gozo en angustias, y todo el gusto en llanto? Finalmente, si se pudiesen pintar en un retablo todos los trabajos, dolores, cuidados, temores y miserias que pasa una triste mujer cuando se casa con un hombre desbaratado; ellos solos bastarian para desengañar á todas las mujeres, y quitarles el deseo de casarse.

En acabando de decir Aquileo estas razones, tornó á tomar la mano Nereo, su hermano, y dijo: ¡O cuán bienaventurada es la virginidad, que está fuera de estas miserias, y agrada á Dios y le tiene por Esposo, y es en la tierra lo que son los ángeles en el cielo! ¡O amor divino y fortaleza no humana, sino celestial, con la cual la doncella vence su carne, y resiste á los apetitos sensuales, y triunfa del mundo, de la muerte y del infierno, y alcanza en el cielo una nueva corona, que no se da á los que no son vírgenes, y goza para siempre aquella primavera deleitosa y suavísima del paraiso, y se pasea por aquellos campos llenos de flores maravillosas, y de inestimable fragancia, sin temor de enfermedad, ni de alguna corrupcion del marido; porque está abrazada para siempre con su dulcísimo Esposo Jesucristo, con un amor castísimo, y de él es regalada sin fin! Escoge, pues, ó Domitila, señora nuestra, cuál de los dos esposos quieres: ¿ó á Jesucristo, que siempre regala á su esposa, y nunca muere, ó á un hombre mortal, que por bueno que sea te ha dejar? Estas y otras razones Nereo y Aquileo dijeron á Domitila; y por ser ella doncella prudentísima, movida de ellas y alumbrada con la luz del cielo, dijo: ¡O si Dios fuera servido que esta vuestra doctrina hubiera llegado á mis oidos, ántes que yo tomara el nombre de esposa! Pero aunque ya parece tarde, no lo es, si podemos hallar modo para conservar mi virginidad y librarme de las manos de Aureliano, á quien por esposa estoy prometida. Ala-

ban su propósito los dos santos hermanos, y vanse luego á san Clemente, papa, y danle parte de los intentos de Domitila, que era su prima, y del deseo que tenia de consagrar á Dios su virginidad, y tomar á Jesucristo por Esposo dejando á Aureliano. Respondió á esto el santo pontífice: «Paréceme que este es el tiempo, en que Dios quiere que vosotros, yo y ella alcancemos la corona del martirio: pero pues el Señor nos manda que no temamos á los que solamente pueden matar al cuerpo, no hagamos caso del hombre mortal por obedecer á Dios inmortal, que es Príncipe soberano:» y luego se fué con Nereo y Aquileo á casa de Domitila, y la consagró al Señor, como ella lo deseaba.

No se pueden fácilmente explicar los muchos trabajos y persecuciones que padeció esta santa doncella de Aureliano su esposo, por esta ocasion: el cual pudo tanto con el emperador Domiciano, que la mandó desterrar á una isla llamada Poncia, si no sacrificaba á los dioses, pensando Aureliano, que con las molestias y aflicciones de aquel destierro ablandaria el ánimo de la santa vírgen, para que le tomase por esposo. Fueron en su compañía Nereo y Aquileo para servirla y consolarla en aquel trabajo, y estuvieron con ella algun tiempo. Y Aureliano vino á la misma isla Poncia, para ver si estaba ya trocada y rendida á su voluntad; y hallándola mas firme y constante que nunca en su santo propósito, y que los dos santos hermanos eran gran parte para que lo estuviese, convirtió contra ellos su rabia y furor y determinó quitarles la vida. Hízolos azotar cruelmente: enviólos á Terracina á Minucio Rufo, varon consular y juez de aquella provincia, para que los castigase. El juez, viendo que ni con blandura ni con aspereza los podia atraer á sacrificar á los dioses (porque decian, que por ninguna cosa dejarian de obedecer á la doctrina que habian aprendido del glorioso apóstol san Pedro), los mandó de nuevo atormentar en el ecúleo, y abrasar sus costados con láminas de hierro encendidas, y al cabo cortarles las cabezas. Tomó sus cuerpos Auspicio, discípulo suyo y ayo de santa Domitila, y sepultólos en una heredad de la misma Domitila, que estaba en la *Via Ardeatina*, no léjos de Roma, ni del lugar donde estaba sepultado el cuerpo de santa Petronila, vírgen, hija del apóstol san Pedro: y despues se les edificó templo en Roma, y san Gregorio, papa, hizo la homilia veinte y ocho sobre los Evangelios, en ella, y exhorta á los fieles á menospreciar el mundo con el glorioso ejemplo de estos santos, cuyos cuerpos tenian allí presentes. Fué su martirio á los 12 de mayo del año del Señor, segun el cardenal Baronio, de 98, y en el mismo dia celebra su fiesta la Iglesia católica.

La santidad de Clemente VIII, en el Breviario reformado, ha mandado añadir á la fiesta de estos santos mártires la de santa Domitila, vírgen y mártir, su señora, y que se haga su oficio semidoble: y así diremos aquí el fin que tuvo, y el curso de su martirio. Llevóla Aureliano á la ciudad de Terracina, y quiso que ó de grado ó por fuerza fuese su mujer. Para esto encerróla en un aposento, é hizo juntar mucha gente para la solemnidad de las bodas. Comenzaron á danzar con gran regocijo, y Aureliano quiso danzar y bailar tanto, que cayó allí muerto, estando la santa vírgen en oracion y suplicando á nuestro Señor que le librase de sus manos. Con esto quedó libre Domitila de la fuerza que temia; aunque nó de la muerte: porque un hermano de Aureliano, llamado Luxorio, queriendo vengar la muerte de su hermano, cuya culpa echaba á Domitila, alcanzó de Trajano (que ya era emperador) comision para prenderla y darle muerte, si no quisiese adorar á los dioses, protectores del imperio romano. Con este intento vino á Terracina, donde halló á santa Domitila con otras doncellas, á las cuales habia persuadido que fuesen cristianas, y guardasen perpetua virginidad: hízoles sus protestaciones y otras diligencias para reducirlas: y como las hallase siempre firmes en su santo propósito, estando santa Domitila con dos compañeras suyas, Teodora y Eufrosina encerradas en un aposento, las mandó poner fuego por defuera y quemarlas. Vino el dia siguiente Cesario, diácono, y hallólas postradas en el suelo sobre sus rostros como quien estaba orando. El fuego les habia quitado la vida; mas nó quemado, ni tocado un cabello de su cabeza; y enterró sus cuerpos honoríficamente. La fiesta de santa Domitila celebra la Iglesia á los 7 de mayo, y Eusebio y Nicéforo, y el Martirologio romano y los otros hacen mencion: y san Gerónimo escribe que en la navegacion que hizo santa Paula de Roma á Jerusalen, fué á la isla Poncia, y visitó con gran devocion y reverencia aquellos lugares, donde santa Domitila habia vivido y padecido tantos trabajos en su destierro por Cristo. Despues, el año de 1597, á los 12 de mayo, siendo sumo pontífice nuestro muy santo padre Clemente VIII, el cardenal César Baronio, titular de san Nereo y Aquileo, trasladó sus cuerpos y el de santa Domitila de la diaconía de San Adriano, donde estaban, á su antigua iglesia y título, con gran pompa y solemnidad.

SAN PANCRACIO, MÁRTIR.—Con los santos Nereo y Aquileo, junta la Iglesia este mismo dia á san Pancracio mártir, niño de catorce años: el cual en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano venció varonilmente la flaqueza de su tierna edad, y con la fortaleza y ardor de la fé triunfó gloriosamente del demonio. Fué san Pancracio de la provincia de Frigia, hijo de un caballero nobilísimo, llamado Cledonio, el cual á la hora de la muerte encargó á un hermano suyo, que se llamaba Dionisio, que tuviese cuidado de Pancracio, su hijo, y de la mucha hacienda que dejaba, porque quedaba solo y sin madre, y no tenia otro padre ni arrimo sino á él. Dionisio le prometió que así lo haria, y muerto el padre, Cledonio tomó por hijo á Pancracio y como á tal le amó, regaló y crió: y partiéndose de su patria de allí á tres años para Roma, le llevó consigo, y vino á morar y tener casa en un barrio apartado de la ciudad, donde san Marcelino, papa, por la persecucion de los emperadores estaba escondido. Era tan grande la santidad del santo pontífice, y la fragancia que por todas partes se derramaba de sus virtudes y milagros, que llegó á noticia de Dionisio y Pancracio, y ellos tocados del Señor, desearon verle y tratarle y ser de él enseñados, como lo fueron, y convertidos á la fé de Cristo nuestro Señor, con tanto fervor y deseo de morir por él, que se ofrecian sin ser buscados á los ministros de justicia. Murió de su muerte natural Dionisio de allí á pocos dias, y Pancracio fué preso; y sabiendo que era muy noble y de alta sangre, le presentaron al emperador Diocleciano, el cual por haber sido (á lo que él mismo decia) amigo de su padre, y verle de tan poca edad y de extremada hermosura, procuró con halagos y caricias persuadirle que sacrificase á los dioses; mas el santo niño le respondió que

se maravillaba que el emperador, siendo hombre cuerdo, le mandase tener por dioses á unos hombres que habian sido tan viciosos, que si sus criados fueran tales como ellos, severamente los castigara: con cuyas palabras enojado el emperador le mandó degollar, y una santa mujer llamada Octavila tomó de noche secretamente su cuerpo, y envolviéndole en lienzos y ungüentos preciosos le enterró honoríficamente en una sepultura nueva, á los 12 de mayo del año del Señor de 303, segun el cardenal Baronio. Muchos santos autores hacen particular mencion de san Pancracio. Tiene iglesia propia en Roma, y la puerta de la ciudad que antiguamente se llamaba Aurelia, hoy se llama de San Pancracio, y muchos años ha que tiene este nombre, como se ve en Procopio en el primer libro de la Guerra gótica. San Gregorio, papa, trata de sus reliquias: san Gregorio Turonense, contemporáneo de este santo pontífice, dice, que fueron trasladadas á Francia, y refiere un milagro perpetuo que Dios obró por los merecimientos de este santo niño mártir, y era, que los que llevados á su templo juraban falso, visiblemente Dios los castigaba y caian luego muertos, ó el demonio entraba en ellos y los atormentaba.

Santo Domingo de la Calzada, confesor.—Santo Domingo de la Calzada fué italiano de nacion, y de niño muy bien inclinado al servicio de Dios y á todas obras de virtud; y para mas libremente darse á Dios, vendió su patrimonio y dió el precio á los pobres, y para ser ménos conocido dejó su casa y naturaleza y pasó á España, y pretendió ser religioso en ella en un monasterio de Valbanera, que es de la órden de san Benito: pero como él no habia estudiado y era extranjero, no le quisieron admitir allí ni en el monasterio de San Millan. En este tiempo, que era cerca de los años del Señor de 1030, en todo el reino de Navarra la langosta y pulgon comian y destruian los frutos de la tierra; y el papa avisado de este trabajo por los navarros, que le suplicaron les diese algun remedio para mitigar el azote de Dios, envió á España por legado suyo á un glorioso confesor llamado Gregorio, obispo de Ostia, el cual con su vida y predicacion, y las buenas obras de oraciones, limosnas y penitencias que mandó hacer, se enmendaron muchos de su mala vida; y cesando los pecados cesó tambien el azote de ellos. Con este santo varon se juntó nuestro Domingo, y anduvo en su compañía hasta que murió. Despues de la muerte de Gregorio, se determinó santo Domingo de hacer asiento en el mismo lugar que ahora tiene su nombre. Movióse á hacerlo porque en aquel lugar habia ántes una selva espesa, y ciénagos y lodazales, y juntamente muchos ladrones y salteadores de caminos, que robaban á los peregrinos que iban en romería á Santiago de Galicia, aprovechándose de aquél mal paso y trabajoso para sus malos intentos. Edificó para su morada una pequeña celda y una capilla que dedicó á nuestra Señora. Luego procuró desmontar aquella selva, quemando los árboles y haciendo camino llano, y una calzada ó camino de piedra, que por ser obra tan insigne, tomó el santo de ella el nombre y le dió á la ciudad, que despues allí se edificó, y vino á ser su iglesia catedral. Demás de esto, para hospedar á los peregrinos que pasaban á Santiago, hizo un hospital; y el Señor, por cuyo amor él lo hacia, le favoreció con su espíritu y con largas limosnas, que muchos le daban para las obras de tanta caridad que emprendia. Allí le visitó santo Domingo de Silos, que á la sazon vivia, y los dos santos se recibieron con mucha ternura y caridad, y el de Silos alabó mucho lo que el de la Calzada hacia en hacerla, y las demás obras en que entendia. Fué varon de grande aspereza y penitencia, y en ella y en estos santos ejercicios vivió muchos años, y despues de ellos murió en el Señor. Fué sepultado en el mismo lugar. Hízose en él un insigne templo, y despues una ciudad que tomó y tiene su nombre de él, y se llama *Santo Domingo de la Calzada*. Hizo Dios muchos milagros por este glorioso santo en vida y en muerte: la cual fué á 12 de mayo, y en este dia hace mencion de santo Domingo de la Calzada el Martirologio romano: y el doctor Juan Molano en las adiciones que hizo á Usuardo, y algunos breviarios de España y autores de santorales. El cardenal Baronio, en sus anotaciones al Martirologio, dice que murió por los años del Señor de 1070.

San Epifanio, obispo y confesor.—La vida del santísimo obispo Epifanio escribió uno de sus discípulos, y la refiere Metafraste, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en el tercer tomo de las vidas de los santos: pero el cardenal Baronio no la aprueba ni la tiene por sincera; así no la seguiremos nosotros, sino en lo que conformare con lo que muchos graves autores y santísimos doctores escribieron de san Epifanio; y es de esta manera. Nació san Epifanio en la provincia Fenicia, de padres pobres y judíos, los cuales se sustentaban de su trabajo: el padre en el campo como labrador, y la madre hilando un poco de lino. Tuvieron un hijo y una hija que fueron Epifanio y Calitropes su hermana. Murió el padre dejando á Epifanio de diez años, y la madre quedó tan sola y pobre que no tenia con que sustentar á sus hijos: mas Dios nuestro Señor, que habia escogido á Epifanio, y le queria hacer lumbrera de su Iglesia, movió á un judío llamado Trifon, hombre rico, y muy docto en su ley, para que compadeciéndose de la madre, y agradándose mucho de la buena inclinacion y gracia del hijo, se le pidiese para tenerle en su casa, y criarle y adoptarle por hijo, y darle por marido de una sola hija que tenia. Hízolo la madre de buena gana, y Trifon llevó á Epifanio á su casa, y le enseñó todo lo que sabia de la lengua hebrea, y de su secta y otras ciencias: y habiendo muerto su hija, le dejó por heredero de toda su hacienda: de esta manera el que era tan pobre quedó muy rico, y por medio de un sabio monge llamado Luciano, él y su hermana Calitropes se convirtieron á nuestra santa religion y se bautizaron. Sucedió una cosa particular, que al tiempo que Epifanio llegaba á la pila para ser bautizado, se le cayó el calzado (por sí mismo) de sus piés; y movido de esto, nunca en su vida lo quiso tornar á tomar, ántes siempre anduvo descalzo. Con la luz del santo bautismo entró en el corazon de Epifanio el conocimiento de la vanidad del mundo, y deseo de repudiarle y servir perfectamente al Señor. Para esto puso á su hermana con una tia suya, hermana de su madre, llamada Verónica, que era mujer religiosa, y tenia cargo de cierto monasterio; y dióle parte de su hacienda para que se pudiese sustentar. La otra parte vendió y repartió á los pobres, guardando alguna pequeña cantidad para comprar libros: y siendo ya de edad de diez y seis años, se entró en un monasterio que habia fundado Luciano, el que le convirtió á la fé de Cristo, en el cual vivian solo diez monges, y entre ellos un santo sa-

cerdote llamado Hilarion, que instruyó á Epifanio en la vida monástica, y muerto Luciano, gobernó aquel monasterio con una vida tan áspera y penitente, que los monges no parecian hombres de carne, sino moradores del cielo: pero entre todos resplandecia Epifanio con rayos de mas claras y excelentes virtudes, y Dios obró algunos milagros por él, por los cuales vino á ser muy estimado y reverenciado. El santo por huir del aire popular y la honra vana, con bendicion de su abad y mucho sentimiento de los monges, se partió de aquel monasterio y se entró en un desierto fragoso y áspero, de donde despues de algunos sucesos maravillosos, pasó primero á Jerusalen, para visitar aquellos santos lugares, consagrados con vida y muerte del Salvador, y de allí despues á Egipto, para aprender nuevas virtudes de aquellos santos padres que moraban en él, y con su ejemplo ir adelante y crecer cada dia mas en la perfeccion. Estando aquí (como el mismo santo lo escribe), cayó en manos de los herejes gnósticos que le quisieron engañar y pervertir con sus errores, y mucho mas con sus torpezas y deshonestidades; porque los gnósticos fueron hombres no solamente desatinados en lo que creian, sino tambien muy sucios y abominables en su vida: y para esto llevaban consigo mujeres compuestas, lascivas y hermosas, que enlazasen las almas y las amancillasen con la deshonestidad, y picando en aquel engañoso cebo, tragasen mas fácilmente el anzuelo del error y herejía. Algunas, pues, de estas mujeres perdidas dieron grandes asaltos á Epifanio para hacerle caer y perder su castidad; pero él se volvió al Señor y le pidió favor y ayuda; y armado del espíritu del cielo, resistió el ímpetu de aquella terrible tentacion, y quedó victorioso en dos maneras: la una por haber vencido su carne en batalla tan doméstica y peligrosa; y la otra por haber conocido las abominaciones de los herejes gnósticos, y los modos sucios y detestables que usaban para enredar é inficionar las almas, y como hombre experimentado escribir contra ellos y publicar lo que él mismo habia pasado y tocado con sus manos, como lo hizo doctísimamente, pintando sus abominaciones en el libro que compuso contra ochenta herejías, y llamó *Panario*. Aquí en Egipto comunicó con san Pafnucio, que habia sido discípulo del gran padre de los monges san Antonio Abad, y le dijo que habia de ser obispo de Chipre, y le exhortó á ir á aquella isla, para servir al Señor en aquel monasterio de obispo, porque esta era su voluntad: y aunque san Epifanio tenia tanto respecto á Pafnucio, en esto no se dejó aconsejar de él, porque por su humildad se tenia por indigno de tan alta dignidad, y pretendió esconderse y huir de ella; y habiéndose embarcado para ir á Escalona, y estar apartado de la isla de Chipre, el viento le llevó á ella contra su voluntad, y halló que los obispos se habian juntado para hacer obispo de Salamina, y por otro nombre Constancia, que es metrópoli de aquel reino, y por divina revelacion fué ordenado de diácono y presbítero, y consagrado en obispo de aquella Iglesia, sin poderlo resistir, por ver tan claramente ser aquello eleccion de Dios; aunque lloraba muchas lágrimas por verse sublimado en aquella dignidad.

Luego que se sentó en su silla, resplandeció como una hacha encendida y puesta en el candelero para dar luz á todos sus súbditos. Comenzó á apacentar sus ovejas con los pastos de la doctrina del cielo, á consolar los afligidos, remediar los pobres, enseñar los ignorantes, reprimir los insolentes, animar á los católicos, confundir á los herejes y convertir á los judíos: todo esto hacia Epifanio con suma vigilancia, acompañada de una vida santísima, y de muchos milagros que Dios obraba por él. Y como la ciudad de Salamina era grande, populosa y marítima, como escala de muchas provincias de Oriente, que por el trato y comercio acudian á ella; no solamente san Epifanio era amado y estimado en sus diócesis y en todo el reino de Chipre, sino tambien por las otras tierras y naciones se divulgó su nombre con gran fama y opinion de santidad. Pero no por ser san Epifanio varon tan eminente y famoso, le faltaron adversarios calumniadores que ladrasen contra él y le procurasen morder y deslustrar su persona; porque siempre de la excelente virtud nace la envidia, como el humo del fuego y del leño la carcoma: y Dios lo permite para probar mas sus siervos y afinarlos como oro en crisol. Libró san Epifanio á un caballero romano que estaba preso por deudas, con los dineros de la Iglesia, porque no tenia otra cosa. Súpolo un diácono suyo llamado Carino, hombre rico, insolente y ambicioso, á quien habia pesado mucho de la eleccion de Epifanio, porque pretendia él para sí aquella silla. Este incitó á los demás clérigos contra el santo, llamándole disipador de los bienes de la Iglesia, y haciéndole muchas mofas é injurias, las cuales él llevaba con admirable paciencia y mansedumbre. Sucedió, que un dia el obispo convidó á todos los clérigos, y entre ellos á Carino, á quien ya habia vuelto los dineros que habia gastado en librar de la cárcel á aquel caballero, para que los restituyese á la Iglesia. Estando todos comiendo, sonó allí un cuervo tres veces distintas, y dió tres graznidos, y Carino el diácono dijo á Epifanio, que si le sabia declarar lo que queria decir aquel cuervo, que le haria señor de toda su hacienda. Respondió san Epifanio: Lo que quiere decir el cuervo, es que no has de ser tú mas diácono. Oyendo esto Carino, se heló y pasmó, y no pudo hablar mas palabra. Llevároнle en brazos á su casa, y á la mañana siguiente murió, y toda su hacienda vino á la Iglesia, y los demás clérigos escarmentaron y se reportaron, y de allí adelante reverenciaron mas á su pastor.

Ofrecióselе un camino largo á Roma, siendo san Dámaso sumo pontífice, por algunos negocios graves é importantes de las Iglesias de Oriente. Hizo aquella jornada, y llegó á Roma en compañía de san Paulino, obispo de Antioquía y de san Gerónimo, que fué grande amigo suyo, é interpretó de griego en latin alguna de sus obras; y cuando volvió de Roma á Jerusalen, para ser morador y adorador de la sagrada cueva de Belen, pasando por la isla de Chipre, fué huésped de san Epifanio, el cual en Roma posó en casa de santa Paula, hija en Cristo, y discípula de san Gerónimo, señora tan santa, como rica y poderosa. De ella fué san Epifanio muy servido y venerado, y no ménos de toda la córte y ciudad, por sus venerables canas, raras virtudes, singular doctrina, y muchas lenguas que sabia, y grave y dulce conversacion. Acabados los negocios que llevaba con el santo pontífice Dámaso, se volvió á su Iglesia, y de allí, andando el tiempo, fué á Jerusalen, donde ya vivia san Gerónimo, y ordenó de presbítero á Pauliniano, hermano del mismo san Gerónimo, y con este achaque, aunque á la verdad por otra cosa mas grave, tuvo algunas pendencias y disgustos

con Juan patriarca de Jerusalen, que era amigo de Orígenes y favorecedor de los origenistas que en aquel tiempo eran muchos, y sembraban mala doctrina en la Iglesia del Señor, la cual san Epifanio procuraba arrancar juntamente con san Gerónimo, y por esta causa padecieron los dos muchas molestias del patriarca Juan; aunque parece, por lo que escribe san Gerónimo, que al cabo conoció su error en lo que tocaba á Orígenes. Por la misma causa tuvo tambien san Epifanio algunas reyertas con san Crisóstomo, porque habiendo ido á Constantinopla en el mismo tiempo que la emperatriz Eudoxia, y algunos obispos trataban de echar de su silla á san Crisóstomo; ellos para dar color á su maldad, y autorizarla con el parecer de un varon tan insigne como era Epifanio, procuraron tenerle de su parte, para que consintiese en la condenacion de Crisóstomo, dándole á entender que era inquieto, altivo y perturbador de la paz pública, y amigo de Orígenes y de su doctrina, y san Epifanio le rogó que la condenase como habia sido condenada en Chipre, Alejandría y otras partes, y san Crisóstomo no lo quiso hacer, alegando que para hacerlo legítimamente y como se debia, convenia primero juntar sínodo de obispos, y examinar aquella doctrina ántes de condenarla, especialmente siendo de un varon tan docto, y que habia sido tenido maestro de la Iglesia, y los que la seguian religiosos, y parecian buenos y santos. Por esta ocasion principalmente hubo entre los dos santos poca conformidad, y comunmente los autores de la historia eclesiástica escriben que san Crisóstomo envió á decir á san Epifanio que estaba para embarcarse, que no llegaria á su Iglesia, y Epifanio á Crisóstomo que no moriria en la suya, ó que no llegaria al lugar de su destierro; y añaden que el uno y el otro profetizó, y con espíritu divino dijo ántes lo que habia de ser, y que así sucedió; porque san Epifanio murió en la nave ántes de llegar á Chipre, y san Juan Crisóstomo echado de su Iglesia en el camino, ántes de llegar al lugar de su destierro. Esto es lo que estos autores escriben, y comunmente está recibido, para que nó nos maravillemos (si es verdad), cuando viéremos entre los otros varones santos y perfectos algunos disgustillos y diferentes pareceres, que se compadecen con la caridad. Pero el cardenal Baronio siente que todo esto que dice de las palabras que hubo entre los dos santos, es invencion de los hombres que favorecian á la doctrina de Orígenes, y sembrada y creida en el vulgo, que la tomaron de él los autores que la escriben; y entre las otras razones que trae para probar su opinion, es un lugar de una epístola de san Gerónimo, escrita un año despues de la contienda de san Epifanio y san Juan Crisóstomo en Constantinopla, de la cual se saca que aun vivia aquel año san Epifanio; y siendo esto así, no pudo ser verdad que muriese en la nave sin llegar á la Iglesia.

Estando, pues, en ella cargado de años, que (segun el Menologio de los griegos, y el autor que con nombre de su discípulo escribió su vida) eran ciento y quince, y no ménos lleno de merecimientos, acabó su larga peregrinacion y se fué á gozar de Dios á los 12 de mayo del año de 402 ó poco mas, segun el cardenal Baronio, porque el año preciso en que murió no se sabe, pero sácase que fué al tiempo que dije, porque san Epifanio fué muy conocido y familiar de san Hilarion abad desde su mocedad, como dice san Gerónimo, y de alguna mas edad que no Hilarion, el cual murió de ochenta años, y el de 372 de nuestra redencion, y habiendo vivido san Epifanio ciento y quince años ménos tres meses, habemos de estender su vida hasta este tiempo ó poco mas; y san Gerónimo en el libro de los escritores eclesiásticos, hablando de san Epifanio, dice que aquel año en que él escribia aquel libro, que fué el catorceno del imperio de Teodosio, y el de 392 de nuestra salud, san Epifanio en su postrera y última vejez componia varias obras y tratados, que por lo ménos deberia tener entonces mas de cien años. Fué san Epifanio varon esclarecido, y por su santidad, doctrina, libros, años y milagros, muy famoso y tan estimado en todo el mundo, que con haber sido uno de los mayores adversarios que tuvieron los herejes arrianos, hombres furiosos y armados de osadía y maldad, nunca se atrevieron ellos ni su caudillo y protector Valente emperador á molestar ni tocar en un hilo la ropa á san Epifanio, en tiempo que maltrataban, perseguian, desterraban, y aun privaban de la vida á los otros obispos católicos, porque (como dice san Gerónimo) fué siempre de tanto respeto y veneracion, que los mismos herejes cuando reinaban, y eran mas poderosos, juzgaban que seria grande ignominia suya si persiguiesen á un tal varon. Y los monges y archimandritas de Siria, en una epístola que escriben á san Epifanio, en que le piden el libro que habia escrito contra los herejes, le dicen que aunque no habian podido venir corporalmente á echarse á sus piés, pero que confesaban ellos y todos los que le conocian, que era un nuevo apóstol y predicador de la verdad, y un nuevo Juan Bautista que enseñaba lo que habian de guardar los que seguian aquella profesion é instituto. Y san Gerónimo, escribiendo contra Juan Jerosolimitano, llama á Epifanio padre de casi todos los obispos, y reliquia de la antigua santidad, y Teófilo, patriarca alejandrino, en una epístola le alaba como á capitan esforzado que habia peleado las batallas del Señor, y todos los antiguos hablaban de esta manera de él, y en vida fué tenido por un oráculo, y despues de muerto por un santuario de devocion, y médico y remedio de salud, porque en Salamina edificaron un templo y le adornaron de su imágen y de otras de otros santos, y nuestro Señor obró por él muchos y grandes milagros, como tambien lo habia hecho en su vida. Echó muchos demonios de los cuerpos, dió vista á los ciegos, salud á los paralíticos, vida á los muertos, y aun muerte á los vivos, porque habiéndose concertado dos burladores y hombres perdidos, de fingir el uno que era muerto y el otro de pedir limosna para enterrar al difunto, á san Epifanio que pasaba por un camino para hacer escarnio de él, el santo se quitó el manto que llevaba, y se le dió para que le amortajase, y cuando su compañero le llamó haciendo burla de él, como de hombre simple y engañadizo, halló que estaba de veras muerto, el que estando vivo lo habia fingido. Otros muchos y grandes milagros se cuentan en su vida, á la cual remito al lector. De san Epifanio, á mas de los autores que habemos nombrado en esta vida, hacen mencion los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon, y los griegos en el Menologio, san Agustin en el libro *Hæresibus ad Quodvultdeum*, Sócrates, Sozómeno y Nicéforo, y todos los que escribieron la historia de san Juan Crisóstomo, como Leon, emperador, Metafraste, Suidas y otros, y la segunda sínodo Nicena, y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el cuarto y quinto tomo de sus Anales.

* San German, obispo y confesor.—Descendiente de una familia muy distinguida de Constantinopla, en cuya ciudad nació, fué educado por sus piadosos padres en la virtud, y fué tanto lo que en ella aprovechó, así como tambien en las ciencias, que muy luego fué considerado como resplandeciente antorcha entre el clero. Su piedad y saber le elevaron á la silla episcopal de Cyzico, y fué tanto el celo y acierto con que trabajó para el bien espiritual y temporal de sus súbditos, que luego de estar vacante la silla patriarcal de Constantinopla, fué trasladado á ella, corriendo el año 715. En su tiempo se levantó la herejía de los monotelitas é iconoclastas, y entonces dió pruebas de valor y saber, confundiendo al hereje y conteniéndole en sus excesos. En el año 725, Leon Isauro mandó publicar un edicto para que fuesen demolidas todas las imágenes, mas German se resistió á obedecer al emperador, no solo no permitiendo quitarlas de sus Iglesias, sino defendiendo ante el emperador mismo el culto que debe dárseles. Cuando fué coronado Isauro, puso de testigo á Dios de que en nada alteraria la tradicion de la Iglesia, y esto mismo le recordó el santo obispo; y así es, que viendo el emperador que nada podia sacar de German, le provocaba para ver si de este modo haciéndole perder la mansedumbre, se deslizaria en algunas injuriosas palabras, para acusarle de sedicioso y atrevido, pero la paciencia y sufrimiento eran el modo con que respondia á los ultrajes que cada dia le hacia el emperador. Los herejes no cesaban de darle malos tratamientos, llegando estos á un punto tal, que German se vió obligado á dejar su silla despues de haberla ocupado catorce años y cinco meses. Retirado, ó mejor diríamos, desterrado á Platanio, vivia en una casa de su padre, ocupado en llorar los males que afligian á la Iglesia, ejercitándose en las prácticas de devocion, castigando su cuerpo, y preparándose de continuo para la eternidad feliz, la que consiguió el dia 12 de mayo del año 733.

San Dionisio, tio de san Pancracio.—Puede verse la vida de este, en este mismo dia.

San Felipe, confesor.—Natural de Argirio, pueblo de Sicilia, de familia ilustre, cuyos títulos renunció para entregarse á Dios en la vida contemplativa. Fué monge en un monasterio de Italia, y hallándose en Roma, fué milagrosamente designado al sumo pontífice, para ser enviado á Sicilia á predicar el Evangelio. Ordenado de sacerdote, partió á su destino por mandato del papa, y habiendo convertido muchos infieles á la religion y obrado grandes prodigios, descansó santamente en el Señor, á fines del siglo V.

San Modoaldo.—Fué obispo de Tréveris en el siglo VII, hermano segun se cree de Iduberga ó Itta, esposa de Pepino de Landen, gobernador de Austrasia, y madre de santa Gertrudis. Era muy versado en las ciencias eclesiásticas, de gran virtud, y de celo admirable por la gloria de Dios. Fué electo obispo en 622; en 623 asistió al concilio de Reims, donde se distinguió por su doctrina, y murió santamente en 12 de mayo del año 640.

DIA 13.

San Servacio, obispo de Tungros.—Tuvo mi Señora santa Ana, madre de mi Señora la reina de los ángeles y madre de Dios, María santísima sin pecado concebida, una hermana llamada Esmeria, la cual tuvo por hijos á santa Isabel, madre de san Juan Bautista, y á Eliud, varon muy principal. Este Eliud tuvo por hijo á Eminin, el cual se fué á servir á Persia, y de este y sus sucesores nació el glorioso san Servacio, ó Servacion, segun le llama Severo Sulpicio en el libro segundo de la sagrada historia. Por una inspiracion ó revelacion, mandó Dios á su siervo Servacio se viniese á la baja Alemania, y en ella predicase el santo Evangelio. Obedeció: llegó á Tungros, ciudad antigua de Brabante, y en ella fué obispo y sirvió á Dios tantos años, que san Atanasio tuvo noticia de él, y vivió hasta que Atila, rey de los hunos, hizo guerra al imperio romano occidental, y entró como rayo destruyendo toda la Francia, hasta que dió con Aecio en los campos de Chalons, que son en la Borgoña. San Servacio, que tuvo revelacion de estas guerras muchos años ántes, velaba, ayunaba, y todo bañado en lágrimas pedia á Dios, que gente tan bárbara como Atila y los suyos no llegasen á Francia. Sintiendo por divina inspiracion que Dios no le queria otorgar aquella merced, por causa de los graves delitos de aquellos pueblos, determinó ir á Roma á pedir á los gloriosos apóstoles y príncipe de la Iglesia, le alcanzasen de nuestro Señor lo que él no podia. Llegó á Roma, y puesto en oracion ante el sepulcro del príncipe de los apóstoles san Pedro, se estaba en él los dos y tres dias sin comer ni beber cosa alguna. Perseveró así muchos dias, pidiendo al santo apóstol alcanzase de Dios el perdon de las culpas de todos los habitadores de la Francia Bélgica, que es Alemania la baja, para que no llegase el azote de Atila á ellos; mas como ya estaba determinada otra cosa en el divino consistorio, alcanzó por respuesta esta voz del glorioso apóstol san Pedro: «¿Para qué me inquietas, varon santísimo? Ten por cierto que Dios tiene determinado que los hunos vayan á Francia y la destruyan con grandísima tempestad. Tú, toma mi consejo: vete presto á tu casa, dispon de ella, preven luego tu mortaja y sepultura, porque con brevedad te llevará el Señor de esta mortal vida á la eterna, y no verán tus ojos los males que con su venida harán los hunos en Francia.»

Luego que el santo obispo Servacio oyó estas palabras del apóstol, se partió para Brabante, y tomando de su ciudad de Tungros lo que habia menester para su sepultura, se despidió de sus clérigos y demás ciudadanos, y con grande llanto y tristeza les dijo como ya no verian mas su rostro. Los tungros con tal nueva quedaron desconsoladísimos; y siguiéndole con tiernas lágrimas y sollozos le decian: «No nos desampares, padre santo; no te olvides de nosotros, pastor bueno.» Mas viendo no podian detenerlo, le pidieron su bendicion; y él se la dió con beso amoroso de santa paz. Así salió de su obispado, y se fué á Mastricht, donde le dió una lijera calentura, mediante la cual se fué á gozar de Dios para siempre. Fué sepultado su santo cuerpo en un monton de tierra que habia público: y allí estuvo hasta que pasados muchos años, Monulfo, obispo de Mastricht, edificó en la misma ciudad un suntuosísimo templo, y trasladó á él las santas y venerables reliquias, donde despues hizo muchos y extraños milagros, como los habia hecho en el lugar y tierra donde ántes estaba: y uno de los mas notables y célebres fué, que aunque en toda aquella tierra caia mucha nieve, y en mas de tres ó cuatro palmos de alto, y á veces se hacian montañas de nieve, jamás tocó á su santo sepulcro, ni aun se humedeció con

ella; y sucedió tambien que muchos devotos cubrian con tablas ú otros edificios el sepulcro; pero nunca pudieron conseguir que estuviese cubierto, porque disponia el Señor que el viento lo quitase luego. Y sobre ser innumerables los milagros que cada dia obra este santo glorioso, aun se hallan hoy memorias de algunos de los muchos que hizo en vida; como es una fuente, que hallándose sediento en el camino y haciendo con los dedos una cruz en tierra, brotó en el mismo lugar, y un monton de tierra, á manera de una almohada blanda, que en otra parte, hinchándose la misma tierra, se hizo para que se sentase á descansar; que así regala Dios á los que fielmente le sirven. Otra vez, fatigado se durmió en el camino, y vieron muchos una águila, que con la una ala le hacia sombra y defendia del rigor del sol, y con la otra le hacia un regalado y suavísimo viento. Al fin, si se hubieran de referir los favores que Dios le hizo, seria nunca acabar. Fué su gloriosa muerte á 13 de mayo, dia en que la Iglesia celebra su fiesta, por los años del Señor de 451. Escribieron su vida Beda, Usuardo, Adon, Severo Sulpicio *lib.* II *Hist. Sac.*; san Gregorio Turonense *lib. de Gloria Confessor., cap.* 72, y *lib.* II *de Gestis Franciæ, cap.* 5; san Atanasio *in Apolog. ad Constantium*; Sigiberto *in Chron.*; Pedro de Natalibus *in Catal., lib.* V, *cap.* 162; Molano, Sanctoro, el Martirologio romano, Baronio en sus anotaciones, y en el tomo III de sus Anales, año 347 y año 451.

Hay quien ponga alguna duda en si el glorioso san Servacio pudo ser del linaje de Cristo, bien nuestro, segun la carne, ó nó: como si esto fuera imposible, dirán que nó. Es cierto tuvo parientes, y que todos los que fueron de su Madre y mi Señora, la Vírgen santísima María, sin pecado concebida, lo fueron suyos; pero en lo que ponen duda es en que siendo hijo de Eminin, como se ha dicho, y muriendo por los años referidos, como murió, es forzoso darle mas de trescientos años de vida, como si esto fuera dificultoso al autor de ella; ó sino, yo quisiera saber, ¿quién tiene vivos en el paraiso á Enoch y á Elías? Y esto nó trescientos años, sino millares. ¿Quién tuvo vivos doscientos años, y segun otros trescientos setenta y dos, á los santos siete Durmientes? Otros muchos prodigiosos ejemplares se podrian referir; pero estos bastan para saber puede Dios conservar la vida del hombre todo el tiempo que quisiere, segun su divina voluntad, la cual se haga siempre en la tierra así como en el cielo. Amen.

La Dedicacion de la Iglesia de Santa María de los Mártires.—En el año 604 gobernaba la Iglesia el sumo pontífice Bonifacio IV, y el imperio Focas. En esta ocasion fué cuando aquel papa concibió la idea de dedicar á la Vírgen María el templo en el que en otro tiempo los romanos veneraban á sus fementidas divinidades, llamado por estos Panteon. Como los gentiles habian cometido en él muchas abominaciones, purificóle el sumo pontífice, dedicándolo á Nuestra Señora y á todos los santos; cuya dedicacion celebra la Iglesia con una fiesta todos los años.

San Juan Silenciario, obispo y confesor.—Nació en Armenia por los años de 454, de padres nobles y piadosos, que educaron á su hijo en el santo temor de Dios. A la edad de diez y ocho años, habiendo perdido á sus padres, mandó construir un monasterio cerca de Nicópolis, y en él se encerró con otros diez compañeros, viviendo una vida enteramente de ángel en carne. La fama de su santidad voló muy luego por todas partes, y el arzobispo de Sebaste obligó á Juan á dejar su retiro, y teniendo no mas que veinte y ocho años fué consagrado obispo de Colonia en Alemania. En esta dignidad conservó siempre el mismo espíritu que en la soledad; y en cuanto era compatible con las obligaciones de su cargo, continuó sus ejercicios y austeridades monásticas. Por su amor al retiro y al silencio, fué llamado por sus contemporáneos Juan el Silenciario. Nueve años habia desempeñado santamente todas las obligaciones pastorales, instruyendo á su grey, y siendo el padre y el consuelo de sus ovejas, cuando por divina inspiracion renunció el episcopado y se embarcó para Palestina. Despues de haber visitado los santos lugares, tomó el hábito en el monasterio de San Sabas, donde vivió por muchos años, siempre desconocido de todos en cuanto á su dignidad. Despues se fué al desierto, donde vivió solo en una celda por espacio de cuarenta años, no tomando otro alimento que yerbas y agua, y no hablando sino lo mas preciso con los que iban á pedirle consejo para las necesidades del alma, y con los que se encomendaban á sus oraciones, en favor de los cuales obró muchos prodigios. Habiendo vivido setenta y seis años en el desierto, participando ya de las dulzuras anticipadas del paraiso, entregó Juan su alma á Dios el dia 13 de mayo del año 558, el ciento y cuatro de su edad.

San Pedro Regalado, confesor.—Nació en Valladolid el año 1389: su madre quedó viuda al poco tiempo, y se consagró toda entera á la piadosa educacion de su hijo. Salió este tan aventajado en sus estudios y en las prácticas de la virtud, que habiendo entrado, á la edad de trece años, en la religion de san Francisco, fué la admiracion de todos sus hermanos. Siempre mortificado, abstraido del mundo, silencioso, retirado, humilde, obediente y del todo subordinado á sus superiores, era el modelo y el pasmo de todos. Su único anhelo era el adelantamiento espiritual, y se estimuló tanto para conseguirlo, que causaba asombro á los mas provectos. Su ocupacion favorita era la asistencia á los enfermos é imposibilitados, en cuyo ejercicio pasó muchos años, siendo el consolador y el padre de todos los desvalidos. Fué uno de los principales promovedores de la reforma del órden franciscano, y él mismo dió el ejemplo, retirándose á un lugar solitario del obispado de Osma, donde tuvo orígen la práctica del espíritu primitivo de san Francisco en la observancia de su regla. Ordenado de sacerdote, emprendió varias misiones que produjeron grandísimo fruto en la Iglesia: estuvo dotado del don de profecía y de milagros, y fué venerado como el taumaturgo de su tiempo. Los reyes de Castilla, los prelados de aquel reino y todos los hombres piadosos que le conocieron, le consultaban como á un oráculo del cielo y como un verdadero siervo de Dios. Despreció constantemente todas las vanidades de la tierra, y solo suspiró de continuo para la patria celestial, á la cual fué llamado el dia 13 de mayo del año 1456, en que murió, preparado con todos los sacramentos de la Iglesia, y vivamente llorado de cuantos tuvieron la dicha de conocerle, siendo despues canonizado por el papa Benedicto XIV.

San Mucio, presbítero y mártir.—Fué griego de nacimiento: sufrió primeramente en la ciudad de Crisópoli muchos géneros de tormentos por confesar á Jesucristo, y despues en tiempo del emperador Diocleciano y del procónsul Laodicio, habiéndole conducido á Bizancio, hoy Constantinopla, le degollaron.

Santa Gliceria, vírgen y mártir.—Natural de Roma, se hallaba en Heraclea cuando se publicaron los edictos del emperador Antonino contra los cristianos. Dentro de un templo de Júpiter confesó públicamente á Jesucristo y cayó derribada la estátua de aquel dios. Al momento fué hecha prisionera y condenada á varios suplicios: la colgaron de los cabellos, la azotaron con varas de hierro, y despues la encerraron en un calabozo, donde fué visitada por los ángeles, y habiéndola despues metido en un horno encendido, salió sin recibir lesion. Por fin la degollaron en la misma ciudad de Heraclea en Tracia, por los años 177, y se levantó en el mismo lugar del martirio un templo á su memoria.

La conmemoracion de un gran número de santos mártires.—La Iglesia honra hoy la memoria de estos santos, que fueron asesinados por los arrianos dentro de la iglesia de Santo Tomás de Alejandría, en el año 372.

DIA 14.

San Bonifacio, mártir.—En tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano Hercúleo, hubo en Roma una señora llamada Aglaes, muy noble, rica y hermosa, y emparentada con lo mas ilustre y principal de aquella ciudad: la cual como mujer y moza, usando mal de los dones de Dios, era mas desenvuelta y liviana de lo que á su persona y estado convenia. Tenia entre otros criados á un ciudadano romano, por nombre Bonifacio, procurador de sus negocios y hacienda. Aficionósele Aglaes por su gentil disposicion, discrecion y buena gracia; y como suelen semejantes aficiones comenzar por poco, crecer y acabar en mucho, vino á parar el amor en demasiada familiaridad y torpe amistad, con grande infamia de Aglaes y sentimiento de sus deudos, y escándalo del pueblo. Bonifacio con el favor y regalos de su señora soltó la rienda á los vicios; y puesto caso que se daba á los gustos y entretenimientos, no dejaba por eso de hacer algunas buenas obras. Era liberal, dadivoso y limosnero: hacia el bien que podia á los pobres: enterneciase cuando veia algun afligido, y de la manera que podia le procuraba remediar. Duró aquel ruin trato y conversacion algunos años, hasta que el Señor, apiadándose de la mujer flaca y del hombre miserable, y usando con ellos de su acostumbrada é inmensa misericordia por algunas obras que hacian, les trocó el corazon para que viesen el abismo de miserias en que estaban, la brevedad de la vida, las penas del infierno sin fin, la fama perdida y el escándalo de toda la ciudad, y la propia conciencia que como cruel verdugo los atormentaba. Con este rayo de luz que entró en ellos, se vieron y conocieron y lloraron, y determinaron volverse á Dios: pero porque sabian que le tenian muy ofendido y enojado con sus graves pecados, parecióles buscar algunos intercesores y medianeros, para alcanzar del Señor por los merecimientos de ellos, lo que alcanzar de sí desconfiaban.

Duraba todavía la persecucion horrible que los emperadores Diocleciano y Maximiano habian movido contra la Iglesia, especialmente en Oriente, donde ya Galerio Maximiano imperaba, hombre fiero y bárbaro y enemigo de cristianos: porque aunque los emperadores ya dichos habian dejado el imperio, todavía sus crueles leyes se guardaban; aunque en Occidente donde Constancio Cloro, padre del gran Constantino, gobernaba, habia mas quietud por la grande humildad de Constancio, que era enemigo de derramar sangre y aficionado á los cristianos. Determinaron, pues, Aglaes y Bonifacio buscar algunos cuerpos de santos mártires y honrarlos y reverenciarlos, para que por este servicio fuesen sus abogados delante del acatamiento del Señor, y alcanzasen de él perdon de sus pecados. Supieron que en la provincia de Cilicia habia un presidente llamado Simpliciano, que era tan avaro como cruel, y que hacia carnicería de los santos mártires, matando innumerables de ellos con exquisitos y atroces tormentos, y despues vendiendo sus cuerpos á los cristianos que los compraban con singular devocion, y los tenian y guardaban como un preciosísimo tesoro. Parecióle bien que Bonifacio fuése á aquella provincia, donde hallaria fácilmente y sin peligro lo que tanto deseaban. Dió Aglaes á Bonifacio gran suma de oro para el gasto del camino para dar á pobres, y para comprar al codicioso tirano algunos cuerpos de los gloriosos mártires y volver con ellos á Roma. Dióle caballos y criados que le acompañasen, y lienzos regalados, ungüentos preciosos, perfumes y cosas olorosas en que envolviesen las reliquias de los santos mártires. Al partir, ó por burla ó inspirado de Dios, dijo Bonifacio á Aglaes: ¿Qué seria, señora, si yo no os trujese cuerpos de mártires, y otros os trujesen mi cuerpo? ¿Recibiríadesle por reliquia? Y ella respondió: No es este tiempo de gracias ni de burlas, ó Bonifacio; acuérdate que no somos dignos de tocar, ni aun de mirar las reliquias de los santos mártires. Vive de manera que merezcas alcanzar lo que yo tanto te encomiendo y deseo.

Con esto se partió de Roma Bonifacio para esta piadosa jornada, y fué tan acepto al Señor este deseo de honrar y buscar á los santos mártires, que le comenzó á abrir mas los ojos, para que se aborreciese y cónociese por indigno de traer y tocar las reliquias de los mártires, y á disponerse con limosnas, ayunos y penitencias que hizo por todo el camino, para que nuestro Señor le hiciese la merced que despues le hizo. Llegó á Tarso, ciudad principal de Cilicia, en donde estaba el presidente Simpliciano ejecutando su maldad en los cristianos, y luego Bonifacio ordenó á los que iban con él, que buscasen posada acomodada para todos, porque entretanto queria dar una vuelta por toda la ciudad. Iba ya tan encendido y deseoso del martirio, que se fué derecho á la plaza donde los santos mártires eran atormentados, y al punto que llegó, halló que veinte de ellos estaban puestos á cuestion de tormento, cada uno de su forma y manera, y todos atrocísimamente despedazados. Puso luego los ojos donde tenia el corazon, y viendo la paciencia, fortaleza y constancia de los santos mártires, enterneciósе sobremanera, é inflamóse mas en el amor del Señor; y corriendo á ellos se echó á sus piés, besando sus llagas y lavándolas con sus lágrimas, y ungiendo sus ojos con la sangre de ellos, comenzó á voces á decirles: O bienaventurados mártires, ó amigos de Dios, tened fuerte: resistid con ánimo esforzado á estos dolores; pues son tan breves, y por ellos se os ha de dar gozo y alegría sempiterna. Vió esto el impío juez Simpliciano: mandóle prender y traer delante de sí. Pregúntale quién es y cómo se llama; y oyendo decir que era cristiano, le hizo atormentar y abrir su cuerpo con uñas de hierro, hasta que descubriesen los huesos: y no contento con este tormento, le hizo hincar cañas muy agudas por entre las

uñas de los dedos y la carne, y como viese que el santo mártir estaba muy alegre y con los ojos puestos en el cielo, y con la lengua alabando al Señor por la merced que le hacia, mandó echarle en la boca plomo derretido. Entonces Bonifacio suplicó con grande afecto al Señor, que le diese esfuerzo y constancia; y rogó á los otros veinte mártires que allí estaban atormentados, que le ayudasen con sus oraciones, para que por medio de ellas alcanzase de Dios lo que él por sus grandes pecados no merecia. Hicieron los santos la oracion que Bonifacio les pidió, y él sufrió aquel tormento con un semblante del cielo; y todo el pueblo que estaba presente se conmovió en favor del mártir contra el tirano, y comenzó á decir á gritos: «Grande es el Dios de los cristianos: gran Rey eres, ó Cristo; todos creemos en tí:» y diciendo esto, derribaron un altar que estaba allí puesto, para que los cristianos que se arrepintiesen, pudiesen sacrificar á los dioses, y comenzaron á tirar piedras al presidente, el cual temiendo que no le matasen se retiró y escondió por entonces en su casa. Pero no por eso se enmendó y aplacó, ántes al dia siguiente mandó echar á Bonifacio de cabeza en una caldera grande llena de pez derretida y ardiente: mas el Señor envió un ángel que le amparó, para que saliese de ella sin lesion alguna, quemando la llama á muchos de los circunstantes infieles. Finalmente le mandó cortar la cabeza; y así se hizo, pidiendo el santo un poco de tiempo para hacer primero oracion, y suplicar á nuestro Señor que no mirase á sus pecados pasados, sino á la voluntad presente que él mismo le daba para morir en su fé, y le contase en el número de los bienaventurados mártires y alumbrase á toda aquella gentilidad, y la librase de su ceguedad y tinieblas. Acabada la oracion fué degollado, y su espíritu voló al cielo, y quinientos y cincuenta de los gentiles que allí estaban se convirtieron á la fé de Jesucristo, como Bonifacio se lo habia suplicado.

Los compañeros del santo mártir no sabian lo que pasaba, sospechando que como hombre liviano y lascivo se entretenia con alguna mujer deshonesta ó comiendo y bebiendo, y así lo dijeron y murmuraron entre sí: porque los hombres somos mas inclinados á creer lo malo que lo bueno, aun cuando la vida pasada y las acciones de nuestros prójimos no nos dan ocasion para ello. Salieron á buscarle, y no hallando rastro de él, encontraron con un ministro de justicia; y preguntándole si por ventura habia visto un extranjero romano que el dia ántes habia llegado á aquella ciudad, él les dijo que el mismo dia habia muerto por justicia un cristiano que parecia forastero; que no sabia si era él el que buscaban. Nó (dijeron ellos), no es de esos: mas presto le hallaremos entretenido con una mujercilla ó en otros deleites de su gusto, que nó muriendo por Cristo. Pero como por las señas que les dieron, entendieron que podia ser él, fuéron á la plaza, donde todavía estaba su cuerpo apartado de su cabeza: viéndolo, conocieron que era el mismo que buscaban, y mucho mas se certificaron cuando vieron su cabeza, la cual tomaron y la juntaron con el cuerpo derramando muchas lágrimas, y pidiendo perdon al santo por el mal juicio que habian tenido de él; y el santo mártir abrió los ojos y los miró amorosamente con rostro alegre aunque difunto, como quien les perdonaba lo que contra él habian pensado y dicho; que esta es la costumbre de los santos, perdonar fácilmente las injurias y mostrarse blandos y benignos aun con sus enemigos. Pareció á los compañeros de Bonifacio, que habiendo venido á buscar reliquias de mártires, no podian llevar otras mas ciertas ni que mas agradasen á Aglaes que las del mismo Bonifacio: pidieron su cuerpo y compráronle por quinientos sueldos, porque de otra manera no se lo quisieron dar; y envolviéndole en aquellos lienzos y ungüentos olorosos que traian, le llevaron á Roma, en donde Aglaes ya por revelacion del cielo sabia lo que pasaba, y un ángel del Señor le habia avisado que recibiese á Bonifacio, nó como á criado, sino como á su Señor, porque era mártir de Cristo, y por él le haria Dios á ella grandes mercedes: y así le salió á recibir con grandísima solemnidad y acompañamiento del clero, y le edificó un templo, en que el santo mártir fué colocado, y Dios hizo grandes milagros por él. Aglaes por su intercesion vino á ser gran santa, y á dar libelo de repudio á todas las cosas del mundo. Repartió sus riquezas á los pobres, dió libertad á sus esclavos, encerróse en un monasterio, dándose á la oracion y macerando su carne con ayunos y penitencias; y en esta vida perseveró quince años y acabó santamente, y fué sepultada junto á san Bonifacio: para que no nos admiremos de las misericordias del Señor, que saca tan grandes bienes de nuestros males, y de pecadores hace santos, y convierte los lobos en ovejas, y los vasos inmundos y de corrupcion en vasos de gloria preciosísimos. Mas lo es dejar la rienda á nuestro apetito, y olvidarnos de Dios, confiando presuntuosamente en su misericordia, y tomando ocasion de la que él hizo á Bonifacio y á Aglaes con tan largas manos, pues vemos que comunmente á la mala vida se sigue mala muerte; pero el que hubiere caido no desespere: ejercítese siempre en obras de piedad como hizo Bonifacio: tome los santos como intercesores delante del Señor, dése á penitencia, llore sus pecados, y haga lo que estos dos santos hicieron; que así podrá esperar la gracia que ellos alcanzaron del Señor. El martirio de san Bonifacio fué á los 14 de mayo del año de nuestra salud de 305, imperando los emperadores que habemos dicho, Constancio, Cloro y Galerio Maximiano, en el segundo año del pontificado de san Marcelo, papa. La iglesia de San Bonifacio es principal en Roma, y en ella estuvo sepultado san Alejandro, y fué una de las veinte y dos abadías que habia en aquella santa ciudad, como se saca del antiguo Ceremonial romano. De san Bonifacio, á mas de Metafraste que escribió su vida, hacen mencion los Martirologios romano, de Usuardo y Adon, y el padre Fr. Lorenzo Surio en el tercer tomo de las vidas de los santos.

San Pacomio, abad y confesor.—San Pacomio, abad, padre y maestro de innumerables monges, y varon perfectísimo, nació de padres gentiles en la Tebaida, donde se crió sin lumbre ni conocimiento de Cristo: pero luego que comenzó á vivir, se entendió que Dios le habia escogido para sí; porque si le daban á beber vino ó cualquiera otro licor que se hubiese ofrecido á los ídolos, en tomándolo luego lo tornaba á echar por las náuseas que sentia su estómago. Llevároule una vez á cierto sacrificio de sus falsos dioses; y estando él presente, nunca los demonios pudieron responder á las preguntas que les hacian, ni los sacerdotes hacer sus ceremonias; ántes se enojaron en gran manera contra los padres de Pacomio, porque habian traido á aquel templo un enemigo de sus dioses, mandándoles que le echasen luego de allí, y ellos lo hicieron, temiendo

que no viniese sobre ellos la ira del cielo. Siendo ya de veinte años se hizo soldado, y se halló en la guerra que Constancio, emperador, hizo contra Magnencio, tirano. Padecieron mucho los soldados por falta de mantenimiento; supiéronlo los pueblos comarcanos que eran cristianos, y movidos de compasion y caridad, enviaron la provision y las vituallas necesarias á los soldados, para remedio de la hambre que padecian: y esto con tanto fervor y espíritu que Pacomio quedó admirado, y preguntó, ¿qué gente era aquella tan benigna y piadosa? Respondiéronle, que eran cristianos: y tornando á preguntar: qué era su religion y manera de vivir; entendió, que creian en Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, y que por su amor hacian bien á todos, esperando del mismo Dios retribucion eterna. Oyendo estas palabras, sintió Pacomio en su alma una nueva luz y consuelo, y apartándose un poco de sus compañeros, alzó las manos al cielo, y dijo: Señor Dios, que criaste el cielo y la tierra, yo te prometo servirte y obedecer á tus preceptos, mientras que yo viviere, si tú te dignares mirar mi bajeza y darme conocimiento de tu divinidad. Con esta oracion y promesa creció en Pacomio el amor de la virtud, y comenzó á resistir con la divina gracia á la sensualidad. Y habiéndose acabado su malicia, se fué á una aldea de la Tebaida alta, donde moraban algunos siervos de Dios, de los cuales fué enseñado y bautizado. Aquella misma noche que recibió el santo sacramento del bautismo, tuvo un sueño, y vió que del cielo caia sobre su mano derecha un rocío que se convertia en miel: y juntamente oyó una voz que le decia: Pacomio, abre los ojos de tu entendimiento; porque este rocío es señal de la gracia que Cristo te da. Con esta vision se encendió mas Pacomio en el amor divino, y determinó luego renunciar al mundo, y consagrarse á la vida monástica: y sabiendo que en aquellos desiertos habitaba un ermitaño de gran fama, llamado Palemon, varon severo y riguroso, se fué á él y se echó á sus piés, suplicándole con muchas lágrimas que le admitiese en su compañía y le enseñase el camino del cielo. Apenas lo pudo alcanzar, pareciéndole al santo viejo, que el mozo Pacomio no podria imitar su manera de vida tan áspera y dificultosa: mas viendo su perseverancia y el afecto con que se lo pedia, y que no se espantaba de todo lo que él habia dicho, le abrió la puerta y le recibió. Gastaban la mayor parte del tiempo en oracion, y despues en hacer sacos ó costales de pelos de camello para dar limosna á los pobres; y á la noche, al tiempo de la oracion, si Palemon veia tentado del sueño á Pacomio, para despertarle y vencer aquella tentacion, le mandaba pasar de una parte á otra con espuertas unos montones de tierra, siendo el viejo el primero en poner la mano al trabajo por darle ejemplo. Con tal maestro creció Pacomio mucho en la virtud y en la mortificacion de sí mismo. Mandábale su maestro ir descalzo al bosque, para hacer leña y traerla; estaban el campo y la selva llena de muchas y agudas espinas, que traspasaban y lastimaban los piés del buen Pacomio; y él con grande alegría y regocijo de su espíritu pasaba por aquel tormento, acordándose que los duros clavos habian atravesado los sagrados piés del Señor. Y fué tanto lo que el santo aprovechó en la humildad, obediencia, paciencia, penitencia y en toda virtud, que el mismo Palemon se maravillaba y reverenciaba á su discípulo. Ofrecióse le un vez ir á la isla de Tabenua; y estando en una larga y profunda oracion, oyó una voz que le decia: Pacomio, estáte aquí y haz un monasterio; porque muchos vendrán á tí con deseo de salvarse, y tú les encaminarás conforme á la instruccion que yo te daré. Oyendo esta voz, le apareció un ángel y le dió una tabla, en la cual estaba escrita la regla que habia de guardar, y que muchos siglos guardaron los monges, que de aquel lugar se llamaron tabenuenses. Entendió Pacomio que aquella vision y regla era cosa del cielo: comunicóla con su padre y maestro Palemon, y la alabó mucho, y animóle á poner por obra lo que Dios le habia mandado: y poco despues el santo viejo, consumido por los muchos años y penitencias, acabó santamente su vida; y Pacomio con gran sentimiento y ternura, con sus propias manos le enterró, cantando himnos y salmos, conforme al antiguo uso de la Iglesia.

Despues de esto un hermano mayor de Pacomio, que se llamaba Juan, y se habia hecho cristiano, le vino á buscar para vivir con él y darse á la perfeccion. Vivieron juntos quince años: y pareciéndole á Pacomio que presto se cumpliria lo que Dios por el ángel le habia revelado, comenzó á aparejar el lugar y edificarle por los muchos monges que habian de vivir. Pareció á Juan que aquello era contra la pobreza, porque no sabia los intentos de Dios, y reprendió á su hermano con palabras acedas y graves, de las cuales interiormente se sintió algo Pacomio, aunque exteriormente no lo mostró: pero despues fué tanto el sentimiento que de este su sentimiento tuvo el santo, que toda la noche siguiente estuvo en oracion, deshaciéndose en lágrimas, y suplicando á nuestro Señor que le perdonase; porque todavía era hombre carnal, y reinaba en él la prudencia del siglo, y se debaja vencer de la ira, y no podia ser bueno para regir á otros el que no habia bien domado sus pasiones: y fueron tantas las lágrimas que derramó, que á la mañana halló á sus piés los efectos de ellas. Despues vivió con su hermano con gran paz, concordia y mansedumbre, hasta que el hermano murió, y Pacomio le enterró con su piedad acostumbrada y devocion.

La vida de Pacomio era perfectísima, y como de hombre, á quien Dios habia escogido para singular ministro de su gloria, y capitan y maestro de tantos monges. Pero el demonio, nuestro comun enemigo, temiendo esto, le hacia cruel guerra para desmayarle, asombrarle y hacerle volver atrás. Aparecíanle aquellos monstruos infernales para espantarle con varias y extrañas figuras. Una vez, estando en oracion, se abrió súbitamente la tierra como para tragarle. Otras veces volviendo de las partes mas remotas del desierto (donde se retiraba para hacer mas quietamente oracion), se ponian delante como soldados que marchaban en ordenanza, y con alta voz decian: Dad lugar al hombre de Dios. Pusiéronse asimismo á querer derribar y echar por el suelo la nueva fábrica que habia comenzado. Con estos y otros semejantes embustes le pretendieron los demonios espantar; pero no les valió, porque el santo se armaba con la señal de la cruz, y con algun verso de David, y los menospreciaba. Viendo ellos esto, le tentaron de risa, haciendo delante de él cosas que le pudiesen provocar; mas el santo guardó su gravedad y constancia, gimiendo y llorando en lugar de reir. Mas no por esto dejaron de molestarle,

tomando bábito y forma de mujeres hermosas que se querian sentar á la mesa á comer con él: y como el santo estuviese siempre en sí, y no ablandase un punto de su constancia; mudando traje y figura, por divina dispensacion, para su mayor corona, le atormentaban, aporreaban y afligian. Mas así como él quedaba siempre vencedor de aquellas bestias infernales; así el Señor le dió dominio sobre los animales fieros y serpientes venenosas, y hasta los mismos cocodrilos le servian, y cuando queria pasar el Nilo, le traspasaban de la otra parte. Habiendo con semejantes pruebas y con tan gloriosas victorias llegado Pacomio á un alto grado de caridad, se le apareció de nuevo el ángel, y le dijo que Dios se agradaba en él, y que queria que fuese su ministro para ganarle la gente que á él viniese; y de allí á pocos dias comenzaron á venir de diversas partes muchos desengañados del siglo, y deseosos de salvarse. A todos recibia Pacomio amorosamente; mas no daba el hábito de monge á ninguno hasta examinarle y probarle con una larga y exquisita probacion por espacio de tres años, como el ángel se lo habia mandado en la regla, que le trajo del cielo; apartándolos primero de todo lo que les podia estorbar ó entibiar su buen propósito, y enseñándolos á descarnarse primero del mundo y despues de sus cosas propias, y finalmente de sí mismos; y para moverlos mas con su ejemplo, él era el primero que guardaba todo lo que les enseñaba, y el que aparejaba la mesa, cultivaba la huerta, hacia oficio de portero y de enfermero. Fué tanto lo que con su vida edificó y aprovechó á sus primeros compañeros, que el buen olor y la fama del nuevo instituto se derramó por todas partes, y en breve tiempo vinieron á ser ciento los monges de aquel monasterio. No habia entre ellos ningun sacerdote; porque Pacomio no permitia que ninguno de sus discípulos aspirase á tal dignidad ni á otra honra ó grado, juzgando que cualquiera ambicion es peligrosa, y el deseo de lugar alto es la ruina de la religion. Mas cuando se habian de comulgar, llamaban algun clérigo de alguna aldea vecina para que les dijese misa, y les administrase el sacrosanto Sacramento del altar: aunque despues, si algun sacerdote venia á él y se ofrecia á seguir la regla, no dejaba Pacomio de recibirle. Así como era para sí austero y riguroso, así para con los otros era dulce y suavísimo padre, especialmente con los viejos, achacosos y enfermos, y tenia gran blandura, discrecion y longanimidad para acomodarse á los mozos de mas tierna edad, y para llevarlos poco á poco con maravilloso zelo y solicitud á la perfeccion. Enseñaba á los rudos é ignorantes, con algunos compañeros suyos la doctrina cristiana, y enseñábala con tal devocion y gracia, que parecia un ángel venido del cielo. Fué muy zeloso de la fé católica, y enemigo de los herejes, cuyos libros no consentia que ninguno de sus monges los tuviese. No podia sufrir que ninguno murmurase de su prójimo, especialmente de superiores. Huia por extremo de la conversacion y familiaridad de los parientes carnales, sino era cuando tenia esperanza de ayudarlos en el espíritu. Vino una hermana suya á visitarle, y no la quiso ver; ántes le envió á decir con el portero que ya sabia que estaba allí, y que estaba sano; que esto le bastaba, y que así se volviese á su casa, si ya no queria dar de mano al mundo, y hacer penitencia de sus pecados, y mover con su ejemplo á otras mujeres para hacer lo mismo; que en tal caso él le haria un aposento en lugar apartado y quieto, para que en silencio y oracion se pudiese dar á Dios; porque al fin no habia consolacion en la tierra, sino hacer bien, y servir á tan gran Señor. Con estas palabras se compungió la hermana y se ofreció de servir y obedecer al hermano: el cual le hizo hacer una casa apartada del monasterio para su habitacion, y luego vinieron otras mujeres, y se fundó un monasterio de monjas de gran santidad, cuya madre y abadesa era la hermana de Pacomio, y vivian con grande observancia de su regla y perfeccion. Entre los otros que vinieron á Pacomio para ser de él instruidos y enseñados, fué uno Teodoro, muchacho de catorce años, cristiano y de sangre ilustre: el cual estando un dia mirando las riquezas, regalos y aparato de su propia casa, alumbrado con el rayo de la divina luz, comenzó á hablar consigo mismo y decir dentro de sí: ¿Qué me aprovecharán, triste de mí, todas las comodidades, contentos y holganzas momentáneas de esta vida, si pierdo las de la otra, que nunca se acaba; pues ninguno puede gozar acá de estos placeres presentes, y allá de los eternos? Y dando un gran suspiro, se retiró á un lugar apartado de su casa, y postrado en el suelo, derramando muchas lágrimas, dijo: O Señor, que veis el interior de los corazones, bien sabeis que yo no antepongo cosa alguna de esta vida á vuestro amor: alumbradme, para que entienda vuestra voluntad, y dadme fuerzas para que perfectamente la cumpla, y para que siempre os glorifique. Despues comenzó á dar de mano á los regalos y caricias de su madre, y ayunar mas y mortificarse mas: y habiéndose ocupado en esto dos años, y estando algun tiempo en compañía de algunos siervos de Dios, vino al monasterio de Pacomio, pidiéndole con grande afecto que le recibiese, y fué admitido. Mas la pobre madre de Teodoro, que era viuda, viéndose sin hijo, fué volando al monasterio donde estaba, con cartas del obispo para Pacomio, mandándole que restituyese á la madre su hijo. Ordenó el santo abad á Teodoro que saliese á hablar á su madre: el muchacho le respondió con grande espíritu: Padre mio, aseguradme que el dia del juicio no me pedirá Dios cuenta de la poca edificacion que doy á los otros monges con hablar ahorá á la madre que me parió: y alegó algunas razones para excusarse, por las cuales Pacomio le dijo: Hijo, si tú no quieres, yo no te obligo á hablar, ántes confieso, que lo que tú dices es de mayor perfeccion; porque el monge debe huir las pláticas de las cosas mundanas, y amar con ordenado afecto á todos los que son miembros de Cristo. O si alguno dijese que ninguno puede dejar de querer bien á su propia sangre, acuérdese de aquel dicho de la sagrada Escritura, que cada uno es siervo del que le vence. Con esto Teodoro no quiso ver á su madre; y ella movida de aquel desamor y constancia de su hijo, y favorecida de Dios, determinó imitar á su hijo y dejar el mundo, y fué recibida en el número de las otras monjas, y siervas de Cristo. Entre los otros dones del Señor, que tuvo Pacomio, fué la discrecion de los espíritus, y juntamente la discrecion de las enfermedades, sabiendo distinguir las que procedian de causas naturales, de las que nacian de tentacion del enemigo: el cual muchas veces para impedir el servicio divino, suele (permitiéndolo el Señor) alterar los humores del cuerpo, y causar indisposiciones y enfermedades. Una vez le dió una enfermedad, y entendiendo que era tentacion del demonio, que

le pretendia entibiar, estuvo cinco dias sin comer, orando en este tiempo con los demás, y con esto quedó sano, y venció al que le pretendia derribar. Era humildísimo, y siendo padre y superior de todos, se abajaba é igualaba con sus súbditos y con sus hijos. Estaba una vez tejiendo esteras en compañía de otros, y un muchacho de los que allí estaban, sencillamente le dijo: Padre, vos no tejeis bien, ni haceis buena obra: nuestro maestro no lo hace así. Levantóse luego el santo abad, y rogó al niño que le enseñase; y con singular humildad y suma edificacion de los que allí estaban, comenzó á trabajar como el niño le habia enseñado. En la oracion era muy fervoroso, continuo y perseverante; y queriéndole un santo monge imitar, estando una vez orando le mordió en el pié un escorpion, de manera, que sintió grandísimo dolor, y la ponzoña se subia al corazon; mas no por eso se turbó el monge ni se movió de donde estaba, ni dejó la oracion hasta que la acabó. Aunque de suyo era mas inclinado á blandura, que nó á rigor, todavía cuando la necesidad lo pedia, sabia muy bien juntar la severidad con la suavidad, y con la dulzura el castigo. Entre los otros monges que habia en el monasterio, habia uno llamado Silvano, el cual ántes de tomar el hábito habia sido comediante, y de vida (como los tales suelen ser) libre y disoluta. Éste en los principios dió buenas muestras de sí, mientras que le duró el fervor de la devocion, y el aliento que le daba san Pacomio con sus consejos y amonestaciones. Despues se comenzó poco á poco á resfriar y á volver á sus antiguas costumbres, burlas y gracias seglares. Avisóle Pacomio muchas veces, reprendióle, castigóle; y viendo que todo esto no aprovechaba, habiendo estado veinte años en el convento, le mandó llamar delante de todos los monges, y quitarle el hábito, y echarle de aquella santa congregacion. Con este castigo Silvano volvió en sí; y confuso y temblando se echó á los piés del santo abad, suplicándole con muchas lágrimas, que le perdonase y le esperase porque él se enmendaria. Y como el abad estuviese fuerte, y dijese que no era justo que un miembro podrido inficionase todo el cuerpo de la religion, salió un venerable padre, llamado Petronio, por fiador de Silvano, y con esto vencido de la humildad, promesas y perseverancia del afligido monge, le perdonó, y nuestro Señor desde el cielo le dió su espíritu, de manera que de allí adelante fué á todo el convento espejo de virtud, y tuvo un don de lágrimas admirable y singularísimo, y al cabo de ocho años santamente murió, y Pacomio vió á la alma de Silvano subir al cielo, acompañada de muchos ángeles. Este fruto se sacó de la severidad que Pacomio usó con Silvano.

Otra vez un monje hizo dos esteras en un dia, no teniendo obligacion por regla de hacer mas de una: vínole vanagloria de esto: sacó sus esteras fuera de su celda, y púsolas en parte, donde Pacomio las pudiese ver; el cual luego entendió la vanidad del monge, y dando un suspiro, dijo á los que estaban con él: ¿No veis que este pobre hermano ha estado trabajando desde la mañana hasta ahora, para dedicar sus obras al demonio, sin provecho de su alma, pues ha querido en sus obras agradar mas á los hombres, que á Dios? Llamóle, reprendióle gravemente, dióle algunas penitencias, y encerróle en una celda por cinco meses, mandando que ninguno le visitase, y que él no comiese en todo aquel tiemp sino pan y sal: tan grande era el cuidado que el santo abad tenia de la pureza del corazon de sus monges, y de desarraigar de ellos cualquiera imperfeccion y pecado, que á nosotros por nuestra tibieza nos parecen veniales y muy lijeros. Ofreciósele otra vez un camino, y dejó mandado que algunos muchachos novicios, que por su tierna edad no podrian hacer tanta abstinencia como los grandes y robustos, fuesen tratados diferentemente que los demás. Los oficiales del convento, y especialmente el cocinero, viendo que los otros monges no comian por su voluntad de las yerbas que se aparejaban para el convento, y que se contentaban con comer en el refetorio pan á secas, dejaron de hacer la olla, y llevaron á los chicos y á los grandes por un mismo rasero; y como el cocinero no tenia qué hacer, se ocupaba (por no estar ocioso) en hacer pleitas y esteras como los demás. Volvió Pacomio, y supo lo que pasaba: sintió mucho la desobediencia y el haber tratado con tanta igualdad á personas en la edad y fuerzas tan desiguales, y ordenó al cocinero que trajese allí delante todas las esteras que habia hecho (que eran quinientas), y mandólas todas quemar, porque hacia grande caso de la sincera obediencia, y no consentia que ningun súbdito examinase curiosamente lo que mandaba, porque no era aquel su oficio, sino con pronta y perfecta ejecucion obedecer.

En una grande y extrema carestía que hubo en su tiempo, envió al procurador del convento con cien piezas de oro, sacadas del precio de los trabajos de los monges, para que comprase trigo do quiera que lo hallase. El procurador hizo sus diligencias; y no hallándole en los lugares vecinos pasó adelante á buscarle. Quiso Dios, que halló un hombre rico, piadoso, que tenia á cargo los alfolís de la república, el cual le dió no solamente el trigo, que importaba las cien piezas de oro, sino mucho mas, obligándose el monge de pagárselo al mismo precio á su tiempo: y cargando su trigo en una barca, se volvió muy contento á su casa. Súpolo Pacomio, y pareciéndole que aquella demasía habia nacido de desobediencia y de codicia, no quiso ver al procurador, ni que se descargase el trigo en el convento; ántes le envió á mandar, que se vendiese el trigo al precio que se habia concertado con el que se lo habia dado, y le pagase cumplidamente todo lo que le debia, y despues comprase el trigo que pudiese por los cien ducados que le habia dado. Hízolo el procurador, y trajo al convento su trigo; y fué privado del oficio y castigado severamente. A este sucedió otro procurador en el oficio y en la codicia: mandóle Pacomio que llevase á vender algunas cosas que los monges habian hecho con sus manos, y señalóle el precio en que las habia de vender: el procurador, al tiempo de venderlas, halló quién le diese tres tanto mas por ellas de lo que el abad habia tasado: y pareciéndole mucha inocencia y bobería no tomarlo, lo tomó, y se tornó á casa mas que contento. Pero Pacomio, entendiendo el caso, mandó al procurador que restituyese á los compradores todo lo que le habian dado mas del precio que él le habia señalado; y quitóle el oficio, y dióle otras penitencias rigurosas, enseñándonos la puridad y puntualidad que los religiosos debemos guardar en la obediencia, y que los que de ellos tienen á cargo las cosas temporales, deben estar muy apartados de cualquier especie de avaricia.

Con ser Pacomio tan fervoroso, era muy discreto, y no le contentaban algunos fervores inmoderados, que conti-

namente tienen malas salidas. Habia en el convento un monge de buena voluntad y poco saber, el cual con cierto fervor indiscreto é ímpetu de mozo, comenzó á pedir con grande instancia á Pacomio, que le alcanzase de Dios con sus oraciones gracia para ser mártir, y derramar su sangre por la fé católica. Aconsejóle el santo abad, que pues entonces habia paz en la Iglesia, y nó ocasion de martirio, que pusiese todo su cuidado en domar sus pasiones, y pelear y vencer á sí mismo; pues esta victoria, y perseverar en la religion santamente hasta la muerte, es un género de martirio muy agradable al Señor. No se satisfizo el monge con este santo consejo; ántes cada dia importunaba á Pacomio, rogándole que le alcanzase de Dios la corona del martirio. Entonces le dijo el santo: Yo haré lo que me pides, y pienso alcanzarlo del Señor; mas mira tú que cuando venga la ocasion no desfallezcas y te pierdas. De allí á dos años envió Pacomio algunos monges por algunas cosas, que para el uso del convento eran menester, y entre los otros mandó á este monge, confiado ó presuntuoso, que fuése á cierta parte con su jumento cargado, y al partir le previno estuviese alerta, y que no perdiese tan buena ocasion, como se le ofrecia, para lo que tantos años ha deseaba. El monge salió del convento, y allá donde iba, topó con ciertos hombres paganos, salvajes y bárbaros, que habitaban en aquellas montañas, y habian bajado á los llanos por agua: los cuales viéndole echaron mano de él, y atado lo llevaron al monte á tiempo que los otros gentiles sus compañeros estaban haciendo sacrificios á los falsos dioses. En viéndole comenzaron á dar risadas, y apretarle para que él tambien adorase á sus dioses: aunque al principio el monge estuvo sobre sí, é hizo resistencia; cuando vió que los paganos echaron mano á las armas, y le pusieron los puñales á los pechos, se rindió y bebió del vino y comió de las carnes que se habian ofrecido á los demonios; que fué una manera de idolatrar y reconocerlos por dioses. Con esto le dejaron, y él volvió en sí, y reconoció su desventura y el abismo á que su temeridad le habia despeñado, y comenzó á llorar tanto, que casi vino á desesperarse, y á pensar que no podria alcanzar perdon de Dios, y fué necesario que Pacomio, despues de haberle gravemente reprendido, le consolase, animase é impusiese la penitencia. Encerróle en su celda, y mandóle que no comiese sino pan, sal y agua, y que acrecentase su oracion, y trabajase mas que los otros monges; y él lo hizo todo con gran voluntad: y habiendo perseverado en esta manera de vida diez años, trocó las miserias temporales con la eterna felicidad, y de ello tuvo Pacomio revelacion.

Hizo el Señor muchos milagros por san Pacomio en su vida. Una mujer que padecia un flujo de sangre incurable, tocando con gran fé la cogulla del santo abad, luego quedó sana y libre de su enfermedad. Entrando una vez á visitar un monasterio de los que estaban á su cargo, vió que algunos muchachos novicios subian á una higuera grande y alta secretamente, para coger los higos y comerlos sin licencia; y llegándose un poco mas cerca, advirtió que un demonio estaba sentado en lo mas alto de la higuera, y luego entendió que aquel demonio era el espíritu maligno de la gula, que suele tentar á todos, y especialmente á los de poca edad. Mandó llamar al hortelano que era un santo viejo, y ordenóle que cortase aquella higuera, para que no fuese ocasion de tentaciones á aquellos mozos. El hortelano rogó á Pacomio que no se la mandase cortar, porque era provechosa y daba mucho fruto al convento. Pacomio por no contristar al hortelano, no dijo mas; porque era tan santo varon, que con haber vivido ochenta años en el convento, y tenido muchos años él solo cuidado de la huerta, y plantado diversos árboles, jamás habia comido ni gustado ni una fruta de ellos, siendo muy franco y liberal para con los otros hermanos; pero Pacomio hizo oracion, y la mañana siguiente se halló la higuera seca, de manera que no tenia ni raiz, ni fruto, ni hoja, que no fuese seca. Otra vez haciendo una exhortacion á los monges, como solia, se arrebató; y habiendo estado un rato elevado, y como absorto, mandó al vicario del convento que entrase en la celda de un monge, y que mirase lo que hacia, porque debia estar durmiendo y daba ocasion al demonio para que le tentase y sacase de la religion, como pretendia. El vicario halló durmiendo al monge, y poco despues dejó el hábito y volvió al siglo. Otro monge que estaba en un monasterio muy enfermo y para morir, deseó en gran manera ver al santo abad y tomar su santa bendicion, ántes de dar su espíritu al Señor, y envió á rogar á Pacomio que viniese. Pacomio se puso en camino con algunos monges, para ver y consolar al enfermo, y ántes de llegar al monasterio, mirando al cielo, vió que su alma subia acompañada de muchos ángeles y con gran música y armonía de suaves voces: y despues se supo que en aquel mismo punto el buen monge habia espirado. Dióle el obispo un lugar cómodo para edificar un monasterio; y Pacomio le comenzó á edificar. Algunos hombres perdidos, incitados del demonio á quien pesaba mucho que se hiciese aquella obra, vinieron de noche y derribaron lo que se habia labrado. Tuvo paciencia Pacomio, y exhortó á sus monges que la tuviesen; pero el Señor mandó un ángel, que los quemó á todos. Vino de las partes de Roma un monge extranjero, docto en la lengua latina y griega; mas del todo ignorante de la egipcíaca que era la natural de Pacomio, y no sabia otra. El monge romano deseaba sobremanera manifestar su conciencia á Pacomio, y confesarse con él, y en ninguna manera queria comunicar sus secretos á otra tercera persona. Hallóse Pacomio atajado, y despidiendo el intérprete, se recogió á la oracion; y hablando con Dios le dijo: Señor, si ya por falta de lengua no puedo ayudar á los que vienen á mí de tan lejas tierras; ¿para qué me los enviais? Y si vos, Señor, quereis que os sirva en esta, dadme lo que he menester para cumplir vuestra voluntad. Duró en esta oracion con gran fervor tres horas continuas, y estando en ella, vió caer del cielo en su mano un papel escrito á manera de carta. Leyóla Pacomio, y luego sintió dentro de sí el don de todas las lenguas, y comenzó á hablar en griego y en latin con tanta elegancia y copia de palabras, que parecia que hacia ventaja á todos los letrados del mundo. De esta manera pudo confesar al monge romano, y enviarle bien enseñado y consolado á su casa; y de allí adelante tratar en todas lenguas con los demás extranjeros. Otra vez vino un hombre á rogarle que sanase una hija suya que estaba muy atormentada del demonio. Excusóse, con que no solia hablar con mujeres; pero díjole, que le trajese una saya de su hija, que él la bendeciria; y que esperaba que quedaria sana. Trajo el padre la saya; y en viéndola dijo Pacomio: Esta saya no es la suya; y afirmando el padre que sí era, añadió Pacomio: bien sé que es suya; mas tu hija no guarda castidad, haciendo profesion de virgen

Y prometiendo enmienda la mujer, con un poco de aceite bendito la sanó. Con estas y otras maravillas que Dios obraba por el santo abad, y mas por su santa vida y por el espíritu del cielo, con que Dios le habia adornado por haberle escogido para tanta gloria suya, fundó Pacomio muchos monasterios, en los cuales vivian como ángeles casi siempre mil monges, y solo en el que habitaba san Pacomio habia mil cuatrocientos. Finalmente, cargado de años, de virtudes y de merecimientos, el bienaventurado padre, y habiendo enviado al cielo inumerables hijos, y presentádoles delante del acatamiento del Señor, entendió que su divina misericordia le queria hacer merced de librarle de la cárcel del cuerpo, y llevarle para sí. Hizo juntar á sus monges; y con un semblante amoroso y benigno les avisó como el Señor le llamaba, exhortándolos á guardar con gran cuidado los preceptos y documentos que en vida les habia dado, y en particular, que se amasen entrañablemente en Cristo, y que huyesen de cualquiera cosa que pudiese entibiar la caridad, y que sobre todo aborreciesen á los herejes y cualquiera doctrina que discrepase un punto de lo que la santa universal Iglesia enseña. Y habiéndoles dado su bendicion, y elegido los monges por sucesor suyo, y por su consejo á otro santo monge llamado Petronio; en los brazos y suspiros de aquella santa congregacion dió su espíritu Pacomio al Señor, que para tanta gloria suya le habia criado. Fué su muerte á los 14 de mayo, y Sigiberto en su crónica dice, que fué el año del Señor de 406, y que murió de ciento y diez años. Su cuerpo fué enterrado con gran solemnidad y llanto de todos aquellos sagrados coros de monges, que en él habian tenido perfectísimo retrato de la vida religiosa, y motivos eficaces para menospreciar las engañosas blanduras de la carne, y las vanas esperanzas del mundo, y los espantos y astucias de Satanás.

De la regla de san Pacomio, que recibió de mano de un ángel, hace mencion Genadio, y dice que escribió algunas epístolas que refiere. Esta misma regla de Pacomio, traducida de la lengua egipciaca en griego, trasladó san Gerónimo en latin á peticion de Silvano, monge, como se ve en su prefacion, y se halla al fin de las Colaciones de Casiano impresas en Roma. La vida de Pacomio se escribió en griego, y despues la tradujo en latin Dionisio, abad romano, llamado el Pequeño, ó Exiguo, mas ha de mil y cien años, y se halla en el libro de las vidas de los santos padres. Tambien la escribió Metafraste, y la trae Fr. Lorenzo Surio en el tercer tomo. Hacen mencion de Pacomio el Martirologio romano, de Beda, Usuardo y Adon, y los griegos en su Menologio; Sozomeno, lib. III, cap. 13; Paladio, *in Lausica;* Casiodoro *Tripor.;* Nicéforo, lib. IV, cap. 14, y el cardenal Baronio en sus anotaciones y en el tomo III y V de sus Anales.

* San Poncio, mártir.—Durante la persecucion de Valeriano por los años de 258, sufrió este santo el martirio en Cimelea, ciudad de los Alpes, y de consiguiente fué uno de los primeros mártires de la Iglesia. La ciudad de Nicea en Saboya fué la que sustituyó á Cimelea destruida por los lombardos, no quedando de ella mas que la abadía de San Pons. Las reliquias de este santo fueron trasladadas al monasterio de Tomiers en el Languedoc, en cuyo punto erigió el papa Juan XXII una silla episcopal, quedando secularizada la abadía por los años 1625. Muchos fueron los milagros obrados por la intercesion de este santo, segun lo atestigua el obispo de Cimelea san Valeriano, que floreció en el siglo quinto.

San Pascual, papa.—Fué el primero de este nombre: habia nacido en Roma, y pasando por todos los grados de la jerarquía eclesiástica, fué elevado á la silla de san Pedro, en 817, por muerte de Estéban IV. Envió legados á Ludovico Pío para que ratificase en su favor las donaciones hechas á la santa sede; recibió en Roma á los griegos desterrados á causa del culto de las santas imágenes, y el 5 de abril de 823 coronó á Lotario por emperador. Este pontífice, digno de los tiempos apostólicos por sus virtudes y su sabiduría, murió santamente en Roma el dia 14 de mayo del año 824, despues de haber obtenido la santa silla siete años y tres meses.

Los Santos Víctor y Corona, mártires.—En tiempo del emperador Antonino, el año 177, sufrieron martirio estos dos santos en un lugar de Siria. Víctor era soldado, natural de Cicilia, y no queriendo abjurar la fé de Jesucristo, fué atormentado con varios horrendos castigos, por órden del juez Sebastian. Corona, que era mujer de otro soldado, presenciaba el martirio de Víctor, y admirándose del valor y constancia que este manifestaba en medio de unos tormentos que duraron muchos dias, comenzó á llamarlo en alta voz bienaventurado. Vió luego dos coronas que bajaban del cielo, destinadas la una para Víctor y la otra para ella, y asegurando esto á presencia de todos los circunstantes, habiéndola atado por órden del juez á dos árboles, los soltaron, y la partieron á ella en dos pedazos y á Víctor le degollaron.

Las santas Justa, Justina y Enedina, mártires.—Presas por ser cristianas, bajo el reinado del emperador Adriano derramaron juntas su sangre por la fé en Cerdeña, en el siglo II. Sus reliquias se conservan con gran veneracion en la catedral que lleva su nombre.

San Bonifacio, obispo.—Fué obispo de la ciudad de Fiorento en Toscana, cuya Iglesia ilustró no tanto con su abundante doctrina, como con el tesoro de todas las virtudes. Entre ellas sobresalió extraordinariamente la caridad con los pobres, pues se privaba de lo mas preciso para socorrerles en sus necesidades. Sus milagros fueron tantos, que el presbítero Gaudencio, su contemporáneo, que nos dejó escrita la relacion de ellos, dice que son incalculables. Floreció en el siglo VI, en tiempo del emperador Justino, con quien estuvo en íntima correspondencia, y murió en paz entre sus ovejas. San Gregerio el Grande, en su libro *Dialogorum*, cap. 1, recomienda á la Iglesia la contemplacion de las virtudes de Bonifacio, como un incentivo poderoso para adelantar en el camino de la perfeccion.

San Pomponio, obispo.—Ignórase de dónde era natural: fué consagrado obispo de Nápoles á principios del siglo VI, y murió el dia 14 de mayo del año 536. Su pontificado fué recomendable por la fundacion de varios establecimientos piadosos en Nápoles y otros puntos de la diócesis; por el infatigable cuidado con que atendia el santo obispo á las necesidades de sus ovejas, y por la gracia con que estaba dotado de obrar milagros para confirmar la verdad de la religion de Jesucristo. Entre ellos se cuenta como muy ruidoso el de haber Pomponio conjurado y ahuyentado al demonio, que bajo la forma de un enjambre de abejas infestaba la ciudad de Nápoles, causando la muerte á cuantos eran picados por ellas.

DIA 15.

SAN ISIDRO, LABRADOR, NATURAL DE LA VILLA DE MADRID.—En la vida de san Isidro, labrador, que escribió antiguamente Juan, diácono, se echa de ver claramente como no es el Señor aceptador de personas; pues no niega su gracia á los de mas humilde condicion, y que en cualquier estado puede subir un hombre á gran perfeccion y santidad con el favor divino. Era san Isidro de la villa de Madrid que es ahora córte de los reyes de España; porque nó sin grande providencia tiene por patron á un labrador aquel lugar, donde está la nobleza del mundo. Fué san Isidro casado, y hombre del campo, sustentándose siempre del sudor de su rostro, y ocupado en la labranza. Era muy devoto y callado y amable de todos. Madrugaba muy de mañana, y ántes de ocuparse en la labor del campo, visitaba las iglesias de Madrid, oia misas y se encomendaba á Dios, empleando mucha parte del dia en oracion. Pero aunque acudia tarde á su labranza; cuando los demás habian arado mucho tiempo, él se daba tan buena maña que trabajaba mas que todos, y al cabo del dia se hallaba haber sido mayor su trabajo; porque fuera de ser mayor su diligencia, los ángeles araban con él y le ayudaban. Entendió de sí aquella sentencia que se intimó á nuestro primer padre Adan: «En el trabajo de tus manos y en el sudor de tu rostro comerás tu pan:» y así hizo eleccion de no vivir de otra manera ni ganar su vida y sustento con otra industria, sino con el trabajo de sus manos, aunque le aumentase mucho mas que otros, por dar tiempo tambien á la oracion.

Púsose á servir con humildad á un caballero de Madrid llamado Iban de Vargas, en una casería suya, encargándose de tenerle cuenta de sus heredades, por cierta soldada en que se concertaron. Los que vivian en semejantes caserías por allí cerca, por envidia que le tuvieron, viéndole ir tarde á trabajar, y que trabajaba mas que todos, quisieron ponerle mal con su amo, y para eso le dijeron que Isidro acudia muy tarde al trabajo, porque primero se iba en peregrinacion á visitar todas las iglesias de Madrid, por lo cual cuando llegaba al campo era muy entrado el dia: y así que mirase por su hacienda; porque sino, Isidro se la perderia presto. Enojóse el amo con su santo criado, y reprendióle severamente, diciéndole que no correspondia con él en la confianza que de él habia hecho, fiándole su hacienda: que era verdaderamente hurto llevar el jornal de todo el dia y no trabajar el medio: ni era servicio de Dios que se estuviese rezando en el tiempo que tenia obligacion de justicia á trabajar, y con agravio de otro; que no le aprovecharian las devociones, para las cuales bastaban los dias de fiesta, en los cuales podia rezar lo que quisiese; y que entendiese si no se enmendaba que le despediria y pondria otro en su lugar que cuidase mas de su hacienda. El santo con grande humildad y paciencia le respondió que no le queria agraviar en nada, y si temia que por lo que tardaba al principio en acudir al trabajo se habia de disminuir su hacienda, que lo mirase y tentase bien, y si en ello se hallaba agraviado, que él se lo restituiria de su propia hacienda: y así le rogaba que no llevase á mal que acudiese á sus devociones y servicios del Rey del cielo.

Sosegóse por entonces aquel caballero, viendo la bondad de su criado; con todo eso, para enterarse mejor de todo, quiso ver él por sí mismo lo que pasaba. Fué al campo y estuvo acechando al santo: y viendo de léjos que se habia puesto muy tarde á arar, fuése para él para reñirle; mas acercándose á la heredad, vió como estaban arando á una parte y otra de su criado, dos pares de bueyes mas, los cuales eran blancos como la nieve. Quedó admirado, no sabiendo cómo era aquello, porque sabia muy bien que no tenia posibilidad Isidro para hacer que arasen con él dos mozos, y sospechando que era aquello cosa sobrenatural, holgóse mucho, y dándose mas prisa, para enterarse de aquella novedad, cuando llegó, halló solo á su criado. Maravillóse mas de aquesto, y preguntándole quiénes eran aquellos que poco ántes estaban arando con él y ayudándole, respondió el varon de Dios con grande encogimiento y simplicidad: Ningun hombre ha estado aquí, ni me ha ayudado sino Dios que me ayuda siempre, y á quien invoco; y nunca me falta su misericordia y amparo. Con esto quedó cierto el caballero que eran ángeles los que habia visto, y ayudaban al trabajo de Isidro, supliendo por él el tiempo que habia gastado en oir misas y hacer oracion; y así le dijo que de allí adelante hiciera lo que quisiese; porque no haria caso de los que murmuraban contra él y le acusaban; que ántes toda su hacienda y heredades se las encomendaba, y que estuviese cierto que nunca le despediria. Con esto el santo prosiguió en su modo de vida, confirmando el Señor con nuevas maravillas, lo que se agradaba de sus devociones.

Un dia de fiesta por la tarde habia ido el santo á la iglesia de Santa María Magdalena, que estaba cerca de Caramanchel de abajo, y habiendo dejado fuera su jumento, le acometió un lobo para comérsele. Unos mozuelos que lo vieron, fuéron corriendo con grande alboroto á visitar á san Isidro, dándole voces para que acudiese presto, porque un lobo despedazaba su jumento. Respondióles el siervo de Dios con mucha serenidad y quietud: Hijos, idos en paz, y hágase la voluntad de Dios; quedándose él en su oracion. Cuando la acabó salió á ver lo que pasaba y halló al lobo muerto, y su jumento sano y bueno, sin herida alguna. Otra vez sucedió, yendo unos hombres á buscar á san Isidro á la heredad, no le hallaron, sino solo á los bueyes uncidos, que estaban por sí arando, sin regirles nadie, y habian arado mucha tierra. Avisaron al amo del santo, el cual fué luego á ver lo que pasaba, y maravillado de aquel caso, sospechó que entretanto estaria su criado en alguna iglesia; volvió á Madrid á buscarle, y hallóle en la iglesia de San Andrés, que estaba con mucha devocion rezando. Otro dia de trabajo sucedió que no pudo el siervo de Dios oir misa como solia: sintiólo mucho, y á la tarde despues de haber venido del campo se fué á la iglesia de San Andrés que estaba ya cerrada: hincóse de rodillas á la puerta; y allí fué arrebatado en un éxtasis maravilloso, en que se le abrieron las puertas del cielo, y vió que celebraban los bienaventurados una misa con gran solemnidad; la cual habiéndola oido el siervo de Dios, volvió á sus sentidos con gran consuelo de su espíritu.

La caridad de este santo no fué menor que su devocion: porque no solo daba de comer á los hombres; pero aun á los animales del campo y aves tenia compasion y proveia del sustento, compadeciéndose de la hambre y frio

que padecian. Un dia muy riguroso del invierno, estando la tierra toda cubierta de nieve, iba á moler trigo al molino: vió desde el camino en unos árboles gran multitud de palomas: y pareciéndole que estaban hambrientas, movido de misericordia, limpió con los piés y las manos la tierra, apartando la nieve, y del trigo que llevaba á moler, derramó grande cantidad, para que viniesen allí á comer. Un hombre que iba con él, se enojó mucho, y hacia burla del siervo de Dios, teniendo por desprecio echar á mal tanto trigo; mas llegando al molino no se hallaron faltos los costales, sino enteros y llenos, de que quedaron todos admirados y llenos de un afecto tierno y devoto para con Dios, obrador de tales maravillas por aquellos que le sirven de corazon. Cuando iba el santo labrador á sembrar, repartia del trigo que llevaba á los pobres que encontraba, echando tambien puñados de él á las avecillas del campo, diciendo: Tomad, avecillas de Dios, que cuando Dios amanece para todos amanece: y aunque en el camino iban los costales menguados con tanto repartimiento, en llegando á la heredad los hallaba llenos de trigo. Allí tambien cuando empezaba á sembrar, decia: En nombre de Dios, esto para Dios, esto para nosotros y esto para las hormigas. Aconteciéle tambien yendo al molino, repartir en el camino gran cantidad de trigo á los pobres y aves, y moliendo despues lo poco que le habia quedado, salió tanta harina que no cupo en el costal. Advirtiéronlo los molineros, y sospechando que la habia hurtado en el molino, le preguntaron cómo habiendo traido tan poco trigo llevaba tanta harina; porque no podia ser sino porque lo habia hurtado de los costales ajenos. El santo respondió con grande paciencia: Yo no soy ladron; pero si todavía pensais que lo he hurtado, no puedo satisfaceros de otra manera que con daros la harina, devolviéndome otro tanto trigo como traje: Hízose así; pero tornando á moler aquella poca cantidad de trigo salió igual que ántes.

A los pobres daba el santo mas que podia, concurriendo Dios con notables maravillas. Tenia en la memoria aquel documento del santo Tobías: «Si tuvieres mucho, dá abundantemente; si poco, préciate de aquello poco dar algo de buena gana:» porque con sus entrañas llenas de misericordia jamás cesaba de dar limosna. Un sábado habiendo dado á pobres todo lo que tenia de comer, vino un peregrino de nuevo, que dicen fué Cristo ó algun ángel, á pedirle limosna, y no teniendo ya qué darle ni sabiendo qué hacerse, dijo con grande confianza y humildad á su mujer: Ruégote por Dios hermana, que si sobró algo de la olla des limosna á este pobre. Ella con estar cierta que no habia sobrado nada, fué á la cocina para mostrar la olla vacía á su marido; mas hallóla toda llena como estaba, ántes que comiese ni diesen limosna á los pobres: con lo cual dió de comer á aquel peregrino y á otros muchos que acudieron luego. Tenia costumbre el santo todos los sábados de hacer otra olla aparte para los pobres, fuera de su comida ordinaria; y así quiso Dios con este favor tan grande darle á entender lo que se agradaba de aquella devocion que usaba en honra de su Madre santísima.

Era el santo cofrade de una piadosa cofradía, y juntándose todos los hermanos á comer en cierto dia que tenian de costumbre, faltó san Isidro, porque se detuvo mucho en visitar las iglesias como solia, y cumplir sus devociones: entretanto comieron los otros, guardando á san Isidro su parte; el cual vino despues y halló unos pobres á la puerta que esperaban limosna, y los metió consigo. Dijéronle los demás cofrades que no tenia que entrar ninguna persona, porque ya todos habian comido. A los cuales respondió el santo: Lo que Dios nos diere, y eso que me habeis guardado, partiremos entre nosotros. Fuéron los que servian por la comida de san Isidro, y halláronla multiplicada, viendo la olla llena de carne, y comida bastante para todos aquellos pobres y otros que luego se llegaron. De esta manera favorecia el Señor á las entrañas de su siervo tan llenas de misericordia, que algunas veces se quedaba él sin comer por darlo todo á los pobres.

Una vez habia ido su amo Iban de Vargas á visitar sus heredades, y estando con gran sed en tiempo muy caloroso, se lo dijo á su criado Isidro pidiéndole agua: el cual con su acostumbrada caridad, no habiendo cerca agua, para que bebiese su señor, le señaló con el dedo un lugar diciendo que allí hallaria una fuente. Fué allá Iban de Vargas y no hallando nada, llamó á san Isidro, diciendo: ¿Dónde está la fuente? ¿Por ventura quereis hacer burla de mí? Fué allá el siervo de Dios con su ijada que hoy se guarda por reliquia; é hiriendo con ella una piedra como otro Moisés, dijo: Aquí, cuando Dios queria, agua habia; y al punto salió una fuente de agua clara, la cual dura hasta hoy cerca de Madrid, en una ermita del santo, y ha hecho y hace innumerables milagros, sanando á los enfermos de calenturas y otras enfermedades, y llevan su agua para este efecto de darla á beber á los enfermos. Nunca se ha secado esta fuente con estar en parte muy alta y seca, sino es cuando el año de 1575, los moriscos vendian su agua. Otras muchas fuentes y pozos sacó el glorioso santo en varias villas y lugares como en Longares, en Val de la Salud, en Valpermin, la Peña del Cuervo y en Soto de Caraquiz; y esta fuente sana asimismo de todas enfermedades á los que la beben: y afirman los de aquel pueblo que pasó con ella otro tanto que con la fuente de Madrid. Sacó tambien el glorioso san Isidro otra fuente ó pozo en Madrid, en la calle Mayor, que entonces era campo, y en la calle de Toledo dos: y es tradicion muy recibida, aprobada en las informaciones, con mucho número de testigos contestes, que en las casas que fueron de don Felipe de Vera, regidor de Madrid, y hoy están metidas en el colegio imperial de la Compañía de Jesus, en la calle de Toledo, junto á una arca de agua, arrimada á los estudios reales del mismo colegio que en aquel tiempo era de un antecesor suyo del propio apellido, persona muy rica y de muy grande labranza, hizo san Isidro un pozo, cuya agua ha sanado de muchas enfermedades, acudiendo á él mucha gente por ella para enfermos: y asimismo hizo la cueva que está junto á él en la misma casa. Y algunas personas que en sus casas han abierto pozos, y no hallando agua en ellas, encomendándolo á san Isidro, luego han manado agua dulce y saludable para muchas enfermedades.

Tenia su amo una hija única, llamada María, á quien queria mucho: sucedió que cayendo en una grave enfermedad murió. Cuando vino el santo del campo, halló á sus amos muy afligidos, llorando y lamentándose amargamente por la muerte de su hija porque no tenian otra: estaba ya aparejada la cera y todo lo demás que era ne-

cesario para el entierro: pero el siervo de Dios con el amor y ley que tenia á sus señores, compadecióse de su pena: hizo devotamente oracion á Dios nuestro Señor; y tocando luego á la difunta con su rostro, la resucitó, dando todos muchas gracias y alabanzas al obrador de tales milagros.

Vivió algun tiempo el santo en un lugar llamado Caraquiz, donde tuvo otro amo, con el cual, dicen, le sucedieron semejantes maravillas. Teniendo un monton de trigo limpio en las eras y aparte la paja, dijo su amo á san Isidro: Poco trigo tenemos. El siervo de Dios dijo, que no tuviese pena; que Dios le daria mas. Fuése á la paja, que estaba aparte, y aventándola otra vez sacó mucho trigo de ella con grande admiracion de todos los que lo vieron. Pidió luego á su señor que le diese el grano que habia quedado en la paja: él le respondió que allí no habia quedado nada; mas que lo tomase todo. Volvió el santo á aventar la paja y sacó mas trigo que ántes; con lo cual tuvo mucho que dar á pobres. En Tordelaguna estuvo san Isidro algun tiempo, donde tuvo otro amo: el cual, viendo que su cosecha no habia sido tan grande como deseaba, y que la que san Isidro habia cogido de un corto pegujar suyo, habia sido muy copiosa; sospechando que su criado habia pasado trigo de su monton, le dijo: que ¿cómo era posible, que él hubiese cogido tanto de tan poco como habia sembrado? El siervo de Dios le respondió con una boca llena de risa: Dios es el repartidor de sus bienes; y así reparte, como quiere y es servido: pero porque salgais de la duda que teneis, tomad para vos el un monton y el otro; que yo estaré muy contento con solo la paja de mi pegujar: y despues de haber hecho oracion tomando el bieldo con grande confianza, tornó á aventar la paja, de la cual sacó mas trigo que la primera vez: el cual luego repartió á los pobres.

Yendo á visitar sus heredades el amo de san Isidro, se le murió el caballo: avisado el santo, fué allá, y cuando le vió muerto dióle una palmada, diciendo: Levántate en el nombre de Dios; y al punto se levantó el caballo vivo y sano. Tuvo san Isidro un hijo en su mujer la bendita María de la Cabeza, que fué tambien santa. Habiendo crecido el muchacho cayó en un pozo muy hondo, donde se ahogó. Llegó san Isidro del campo, y viendo á su mujer afligida y muy llorosa, supo lo que pasaba. Pusiéronse entrambos en oracion, hincadas las rodillas, suplicando á nuestro Señor con lágrimas les favoreciese en aquel trabajo. Estando así, creció el agua de aquel pozo hasta el brocal, viniendo el hijo vivo sobre las aguas. Entonces el santo, tomándole por la mano, le sacó bueno y sano. Este pozo se dice que está en las casas de los Lujanes de Madrid, que son descendientes de Iban de Vargas, amo de san Isidro.

Quiso el enemigo comun inquietar al siervo de Dios, y sembrar cizaña entre los dos santos casados; porque viviendo apartados, para mas agradar á Dios en castidad y pureza, y emplearse en obras del servicio divino, se quedó su santa mujer en Caraquiz en una ermita de Nuestra Señora, que despues se llamó Santa María de la Cabeza. Pedia limosna á los del lugar para la lámpara que ardia delante del altar de la sacratísima Vírgen: iba cada dia á encenderla y barrer la ermita, pasando el rio Jarama, que por aquella parte no tenia barca ni puente en mas de dos leguas, y así le pasaba por el vado; y cuando venia crecido iba sobre las aguas sin hundirse, llevando siempre lumbre y aceite, y lo demás necesario para el adorno y limpieza de la ermita. Pedia juntamente limosna á los moradores y caseros de aquellos contornos, para lámparas de otras ermitas, ocupándose en oracion por los campos. Pero como no hay cosa, por buena que sea, que no la pueda interpretar mal la malicia humana, acusáronla unos calumniadores á san Isidro, diciendo: que su mujer con capa de devocion vivia deshonestamente, conversando con los pastores que estaban á la orilla del Jarama; y no sólo los hombres sino el mismo demonio, tomando forma de uno de aquellos villanos malsines, se lo procuraba persuadir. El santo varon, aunque no le dió crédito, con todo eso quiso él por sí mismo enterarse de lo que pasaba: fué de Madrid al pueblo de Caraquiz, sin saberlo su mujer, y esperándola un dia en parte donde no pudiese ser visto de ella, vió que caminaba á la ermita cargada de lumbre y aceite, y llegando á la ribera del rio, que venia muy crecido y con grande raudal, hecha la señal de la cruz y tendida su mantilla sobre las aguas, se puso sobre ella, y así pasó el rio sin mojarse como si caminara por un enladrillado, y despues de haber cumplido con su devocion, hizo á la vuelta lo mismo: con lo cual se consoló mucho el siervo de Dios, y se confirmó en la buena opinion que tenia de su santa mujer, dejándola, como ántes, cumplir sus devociones; pues con tales maravillas mostraba el Señor que le eran muy aceptas. Otra vez pasando el rio juntos, san Isidro y su santa mujer, yendo entrambos sobre las aguas, la Vírgen nuestra Señora les pasó á la otra parte, en donde estaba la ermita, y puestos allí hincados de rodillas, dieron muchas gracias á nuestro Señor y á su santísima Madre.

Tornaron otra vez algunos á infamar á la sierva de Dios, María de la Cabeza de que no guardaba fé á su marido, sino que andaba á buscar é inquietar á los pastores y vaqueros del Jarama, no teniendo otro fundamento para esto sino que salia cada dia al campo á encender la lámpara de la ermita, y que no podia pasar á la ermita por ir el rio crecido, y no haber barca ni puente; porque no sabian el modo maravilloso con que atravesaba las aguas. Dieron otra vez aviso al santo, el cual satisfecho de la inocencia de su esposa, y sintiendo en el alma la ofensa que se podia hacer en levantar testimonio de cosa tan grave, á la que no tenia culpa, derramó muchas lágrimas delante de un Crucifijo; y confiado en Dios le pareció tornar otra vez á Caraquiz, donde estaba su santa mujer, para satisfacer los ánimos de los mal intencionados, y que se declarase la inocencia de su santa mujer. Para esto dispuso que estuviese gente con él, cuando iba su mujer á la ermita al pasar el rio; y viéndola todos que echando su mantilla sobre las aguas le pasó á ida y vuelta sin mojarse, quedaron maravillados todos, y confusos los que la habian infamado: dando todos muchas gracias á nuestro Señor por las cosas maravillosas que obra por los que fielmente le sirven.

Llegado el tiempo en que quiso el Señor premiar la caridad y virtudes de su siervo cayó malo en la cama; y como conociese que se le acercaba el último dia de su vida, habiendo recibido devotísimamente los sacramentos y exhortado á los de su casa al temor de Dios, hiriendo muchas veces con lágrimas y gran ternura sus pechos, las manos juntas, y todo su cuerpo compuesto, cerrados los ojos, entregó su humilde espíritu á su Criador. Fué su muerte, segun dice Juliano, á 38 de noviembre del año 973, sien-

do el santo ya muy lleno de años y virtudes. Fué sepultado su santo cuerpo en el cementerio de San Andrés de Madrid, que era la postrera iglesia que cuando vivia visitaba cada dia, y de donde últimamente se partia para su trabajo. Allí estuvo sepultado cuarenta años con tanto olvido, que en tiempo de lluvias pasaba un arroyo de agua sobre su sepultura, llevándose la tierra de ella, de manera que la henchia toda de agua, y llegó casi á descubrir el cuerpo. Mas el misericordioso Dios, que dijo en su Evangelio: «No perecerá un cabello de vuestra cabeza;» ordenó, que de este su siervo fiel no pereciese cabello, ni miembro alguno, honrando á san Isidro y publicando milagrosamente su santidad en el mundo; porque pasados los cuarenta años de su muerte, apareció el siervo de Dios á un buen hombre que habia sido compadre y amigo suyo que vivia cerca de la iglesia, encargándole que dijese á los clérigos y parroquianos de San Andrés, que mandaba Dios trasladasen su cuerpo del cementerio á la iglesia. Rehusó el hombre publicar esta revelacion, temiendo no ser creido, por lo cual cayó luego enfermo. Apareció segunda vez el santo á una noble matrona de Madrid, mandándola lo mismo; la cual hizo como el siervo de Dios se lo ordenó, siendo fácilmente creida por la buena fama que habia dejado de sí en Madrid aquel santo labrador. Fuéron todos con gran devocion al cementerio: cavaron y descubrieron la sepultura del santo, y hallaron el bendito cuerpo sin corrupcion alguna y la mortaja entera, que olia todo suavísimamente. Fué grande la devocion que causó á todos: la cual creció mucho mas con un raro prodigio que obró nuestro Señor, para mostrar la santidad de su siervo; porque al tiempo que le trasladaban, se tocaron todas las campanas de la iglesia de San Andrés por sí mismas, sin manos de hombres, ni otro humano artificio. Estaban en este tiempo algunos pobres tullidos y ciegos, pidiendo limosna en el camino real cerca de Madrid, los cuales oyendo lo que pasaba en la iglesia de San Andrés, se fuéron como mejor pudieron allá, acudiendo á la sepultura vacía, donde habia estado enterrado san Isidro, y tomando la tierra de ella, tocaron con viva fé sus miembros doloridos y enfermos; con lo cual sanaron milagrosamente. Con estas maravillas tuvieron todos al siervo de Dios por santo, y empezaron á decir misa de él, y dedicarle templo, con aprobacion de los prelados. Manaba de su santo cuerpo un licor suavísimo á manera de bálsamo, que llenaba toda la iglesia de un olor celestial, con el cual sanaban los enfermos de varias enfermedades, aumentándose la devocion para con el siervo de Dios en todo género de gente. El rey don Alonso, que ganó la batalla de las Navas, fué muy devoto suyo: se encomendó á este santo, el cual le apareció ántes de entrar en la batalla contra Miramamolin, y le guió y favoreció, de manera que ganó aquella milagrosa victoria, quedando muy agradecido al siervo de Dios; y visitando su santo cuerpo, echó de ver como era el mismo que se le habia aparecido en forma de pastor y guiado su ejército.

Crecian cada dia los milagros que el Señor hacia, para significar la santidad de san Isidro. En tiempo del rey don Fernando el Santo, estando la tierra con grande necesidad de agua, y casi perdidos los panes, sacó el pueblo y clerecía de Madrid el santo cuerpo, y luego llovió con gran abundancia. Cuando quisieron volver el cuerpo de san Isidro á su sepulcro, un sacerdote porcionista de Santa María llamado Pedro García, cortó de los cabellos de la cabeza del siervo de Dios, para que se pusiesen decentemente en su iglesia entre otras reliquias. Acabados los oficios, se fué á su casa, por ser tarde, á comer: puso sobre una ventana los cabellos, con propósito de llevarlos á Santa María, despues de haber comido: al sentarse á la mesa, le dió de repente un temblor tan grande y una turbacion de cabeza, que parecia se habia de morir allí. Cayó en la cuenta que aquello era castigo de Dios, porque no estaba en lugar decente la santa reliquia: levantóse y llevólos luego á la iglesia de Santa María, poniéndolos sobre el altar de la Vírgen, quedando con esto libre de aquel accidente tan extraordinario, y muy contento y consolado en su espíritu. Volvió á su casa y comió, contando á todos aquel prodigio; y Juan Diácono, que escribió la vida de san Isidro, dice que se lo oyó contar al mismo sacerdote. El mismo Juan Diácono escribe, que otra vez no llovió desde el primer dia del mes de mayo hasta el dia de san Gregorio: la sequedad fué tan grande, que muchos labradores no se atrevieron á sembrar. Acudió la gente de Madrid y de los lugares circunvecinos al sepulcro de san Isidro con gran devocion, por espacio de un mes, y en este tiempo apareció el santo á un religioso de san Francisco y díjole: No dejeis de rogar á Dios que da comida á toda carne viviente, y él nos hizo á nosotros, y nó nosotros mismos, porque por su inefable misericordia os concederá lluvia. Perseveró la gente animada con esta revelacion en orar al santo y llovió luego tan abundantemente, que se reparó aquella sequedad tan notable. Sucedió esto, año 1232. En otra grande sequedad concurrieron muchos pueblos á Madrid, y sacaron en procesion el cuerpo de san Isidro hasta una iglesia que estaba algunas millas léjos: allí encontraron mucha gente que habia venido de la parte de Illescas, trayendo la imágen de nuestra Señora, y estaban todos esperando lluvia. Celebráronse devotamente los divinos oficios, y acabado el sermon, viendo que no llovia, la infinita gente que allí se habia juntado, comenzó á romper el aire con muchos clamores y gemidos, espantados de que Dios por tales intercesores no los socorriera con agua, para que no pereciesen. Dijo entonces el predicador: «Saquen el cuerpo de san Isidro de su arca, y pónganle delante de la Vírgen; y con esto hágase la voluntad de Dios.» Hiciéronlo así, y descubriendo el bendito cuerpo delante de la Madre de Dios, el pueblo se deshacia en lágrimas: fué cosa maravillosa, que no habiendo señales de llover, se fraguó de repente una lluvia tan grande, que bastó á satisfacer el deseo de los labradores, sucediendo en aquel año la cosecha muy colmada. Otras muchas veces remedió el Señor faltas muy grandes de agua por la intercesion de este santo. En una de estas sequedades, un moro, llamado Carsas, hizo voto delante de muchos otros moros y cristianos en esta forma: «Yo prometo á Dios y la fé cristiana, que si en este tiempo de sequedad, en el cual los cristianos han sacado el cuerpo de su san Isidro para alcanzar lluvia, Dios la concede, me tornaré cristiano; y si no lo cumpliere, muera mala muerte.» Antes de ocho dias fué Dios servido de llover luego con gran abundancia. Pero no haciendo caso aquel hombre miserable de cumplir el voto; ántes de acabarse los ocho dias fué muerto á puñaladas.

En el mismo tiempo que reinaba el santo rey don Fernando, el que ganó á Sevilla, llegó un ministro real á Ma-

drid á cobrar el derecho que llamaban de la martiniega: el cual como á primera noche oyese contar muchas maravillas que Dios obraba por aquel santo labrador, no lo creia, diciendo que no se persuadia que un trabajador y quintero pobre hubiese sido tan santo. Acostóse despues; pero no pudo pegar los ojos de una gran pena y afliccion mortal que sentia en su corazon. Echó de ver que aquello era castigo por lo que habia dicho contra el santo; comenzó á dar voces y despertar á sus criados, llamándolos á prisa para que le socorriesen luego; porque tal enfermedad y pena no habia sentido en su vida, reconociendo que Dios le castigaba por haber hablado y sentido mal de san Isidro: pidióles que ellos y los huéspedes, y otros amigos suyos le ayudasen y llevasen al sepulcro del siervo de Dios, y no sosegó hasta que en amaneciendo se hizo llevar allá con una procesion de mucha gente que le acompañó, todos con velas encendidas en las manos; y llegando al sepulcro del santo le pidió perdon con muchas lágrimas, y ofreció algunos dones: con lo cual se sosegó y fué libre de aquel accidente, volviendo á su casa muy consolado, y sano ya del cuerpo y alma, siendo de allí adelante un perpetuo pregonero de las alabanzas del santo.

Murióseles á dos buenos casados un hijo que tenian: pidieron al santo (teniendo delante de su sepulcro la criatura muerta), les tornase su hijo vivo: oyólos san Isidro; y allí luego les restituyó su hijo, sano y bueno. Una lámpara que estaba delante del sepulcro del siervo de Dios, se encendia cada sábado por manos de ángeles: la cual fué tambien vista que la traian los ángeles por la iglesia de San Andrés.

El año de 1270, un hombre honrado, llamado Juan Domingo, vecino de la ciudad de Córdoba, habiendo ido á la guerra contra los moros, fué cautivo de ellos: rogaba continuamente á Dios que le sacase de aquel trabajo y tiranía; oyó Dios su peticion; y apareciéndole san Isidro le dijo: Dá gracias á Dios, que te ha oido y se ha compadecido de tí, y me envia á que te libre de las manos de tus enemigos. Con esto se le cayeron las cadenas y prisiones, y el santo le fué guiando hasta que le dejó en parte segura. Por este milagro hizo voto de ir á Madrid á visitar el sepulcro del siervo de Dios; pero descuidándose en cumplirle, fué otra vez cautivo de moros. Reconoció su culpa; pidió perdon de ella al glorioso san Isidro, suplicándole que se compadeciese de él otra vez, y le librase de aquella esclavitud. Oyóle el santo: y libróle tan milagrosamente como ántes lo habia hecho. Viéndose libre, se fué á su casa y contó á todos los suyos las maravillas que el Señor habia obrado por su siervo, dando las señales de su rostro, estatura y disposicion, no habiendo visto retrato de san Isidro ni oido de él cosa alguna. Fué luego á cumplir su voto, ofreciendo algunos dones al sepulcro del santo. Otro hombre, llamado Pedro García, fué acusado de haber hecho moneda falsa: al cabo de diez meses de prision fué sentenciado á muerte. Daba voces el hombre, viéndose inocente, y decia: O bienaventurado san Isidro, ayudadme y libradme de este trabajo y de la muerte. Aparecióle el santo, diciéndole: Pedro, no temais, que no prevalecerán vuestros enemigos contra vos; porque mañana os hallareis sin grillos. Sucedió como el santo lo dijo, que libró aquel hombre por este modo de la muerte.

Un mayordomo de la cofradía de san Isidro, habiendo dado de comer á diez y seis pobres por mandado de los otros cofrades, sobró en la olla un pedazo de carne: vinieron dos pobres mas, á los cuales dieron de comer bastantemente con aquello poco, que se multiplicó por virtud divina. Hallaron despues la olla, que habia dejado vacía, llena de carne, como si no hubieran tocado á otros ella; y así llamaron á otros pobres, y les dieron de comer cumplidamente. A un hombre, llamado Hernando Dominguez, habiendo cegado totalmente, le llevaron sus parientes al sepulcro del santo; pidióle la vista y salud de sus ojos con tanto afecto, que luego fué oido, sintiéndose con vista. Vuelto á casa sin guia alguna, para hacer algun servicio agradable á san Isidro, dió de comer á muchos pobres. Fué cosa maravillosa que toda la harina y vino que en esto se gastó no se disminuyó, sino que quedó otro tanto, con grande admiracion de todos los que lo vieron.

Recibió un caballero, para que cultivase sus tierras, á un quintero, y para pagarle algo adelantado le pidió fiador, y no teniendo quién le fiase, le prometió delante del sepulcro de san Isidro que cumpliria su palabra, y sino, que el santo le castigase: con lo cual el caballero le pagó toda su soldada y le fió. Mas desagradecido aquel hombre, no haciendo caso de su promesa, se huyó sin acabar de servir el tiempo concertado. Pasó de noche sin reparar en ello por la iglesia de San Andrés, donde está el cuerpo de este siervo de Dios: y fué cosa maravillosa, que andando corriendo todo la noche, no se apartó de la iglesia, sino que toda se le fué en dar mil vueltas al rededor de ella, hasta que por la mañana, yendo el amo á quejarse de san Isidro y pedirle cumpliese su fianza, halló su quintero allí, dando mas y mas vueltas, sin poderse haber apartado de aquel sitio. Pidió perdon al santo y á su amo; al cual satisfizo despues enteramente por su trabajo.

Estándose muriendo un hombre, vió que muchos demonios le rodeaban, porque estaba en pecado mortal: imploró el favor de san Isidro, cuyo devoto era; y vino el santo á favorecerle, apareciéndosele visiblemente; y ahuyentó con su presencia los malos espíritus, dándole lugar para que se confesase. A otro hombre, estándo acostado en su cama, se le apareció en sueños el demonio en una horrible figura, y tomándole de la mano lo queria echar en un pozo; pero apareciéndosele entonces el bienaventurado san Isidro, dijo al comun enemigo: No tienes poder en este hombre, porque yo soy su fiador. Replicó el demonio: ¿Cómo le has fiado; porque está en pecado mortal? El santo dijo: Ha muchos dias que es mi devoto; y el poder y gracia de Cristo le quitará de tus manos. Al punto desapareció el demonio; y el santo dijo á aquel hombre: Toma mi consejo, y confiesa luego tus pecados con verdadero dolor, sin callar cosa alguna. No vió la hora de amanecer, cuando luego se fué á confesar con grandes lágrimas y sentimiento, quedando libre del demonio espiritualmente. Estos milagros y otros muchos que seria largo de contar refiere Juan Diácono, y despues acá son sin número los que ha hecho y hace este grandísimo amigo de nuestro Dios verdadero.

A un moro que servia al licenciado Benito de Lujan, estando un dia una hermana de su amo y otras mujeres echando suertes de santos, le dijeron si queria le metiesen en ellas; él, haciendo burla de esto, dijo que hiciesen lo que quisiesen. Ellas le metieron; y saliéndole san Isidro, le dieron el papelillo en que estaba escrito el nombre del santo, encargándole que le guardase: él le tomó; pero sin

pensamiento de hacerse cristiano, aunque su amo se lo habia exhortado mucho, prometiéndole que le daria luego la libertad; mas él respondia que mas queria ser esclavo toda su vida, siendo moro, que libre siendo cristiano. Sucedió que cayendo su amo en la cama, le mandó que fuese por un cantaro de agua á la fuente de san Isidro; trájole, y á la noche estando durmiendo y á oscuras, oyó que le daban voces por su nombre, que era Amete, pareciendo que le tiraban por los cabellos, para sacarle de la cama. Despertó muy espantado y halló el aposento lleno de claridad: salió al patio de la casa á ver si le llamaba alguno; y no sintiendo nada, se tornó á echar en la cama, y luego tornó á oir la misma voz que le decia: «Amete, hazte cristiano; que san Isidro, de cuya fuente trajiste el agua, te lo dice;» pareciéndole tambien que le tiraban, para sacarle de la cama; y volviendo en sí halló el aposento con la misma claridad. Levantóse á ver si era de dia ó si topaba alguno; y viendo que era de noche, se tornó á acostar bien temeroso: mas sucedióle lo mismo tercera vez. Con esto acabó de entender que aquello era cosa milagrosa, y á la mañana pidió luego á su amo que le hiciese cristiano, sin otra merced alguna: porque no queria libertad ni otro premio, por lo que tan bien le estaba; y así, despues de bien catequizado le bautizaron.

Una beata, llamada Catalina de Lerma, estando muy apretada de tercianas dobles, pidió al santo la sanase: el cual la vino á visitar del cielo, y poniéndosele junto á la cama, con lo cual nunca mas vino el acrecimiento.

Juan Lopez, portugués, habiendo recibido la extremauncion y los demás sacramentos, estando desahuciado de los médicos, mandó en su testamento diez ducados para la canonizacion de san Isidro: una noche que entendian se moriria, amaneció á la mañana sano y bueno, diciendo que ya no tenia necesidad de médicos, porque un médico del cielo le habia sanado. Preguntándole ¿qué médico? respondió que aquella noche habian estado en su compañía unos niños, y entre ellos un hombre, y que pensando que venian por la limosna de ciertas misas, que él habia dicho las pagasen, respondió el hombre: «No venimos por esa limosna, sino á visitarte; que yo soy san Isidro;» y desde entonces quedó el enfermo sin calentura, bueno y sano.

Con mas rigor ejecutó otra manda que se habia hecho para la canonizacion de san Isidro, su santa mujer María de la Cabeza, por lo que interesaba que se tratase de ella, no solo por la parte de la honra que le cabia, en que su glorioso marido tuviese en la Iglesia militante título de santo, canonizado solemnemente por el vicario de Jesucristo, sino tambien porque de ahí se habia de tomar ocasion para colocar sus santos huesos en lugar mas digno, y tratarse de su canonizacion con veras. En la informacion plenaria de esta sierva de Dios, hecha en Madrid ante el nuncio de su santidad y otros jueces apostólicos, el año de 1616, consta como doña Ana María Remesal prometió á san Isidro, que el dia que casase á su hermana doña María Remesal, daria cierta cantidad de dinero para ayuda de su canonizacion. Casóla; y ocupada en los embarazos de las bodas, se olvidó de la promesa. Luego al otro dia, estando á su parecer durmiendo, le pareció que entraba una labradora vestida de colores, como está pintada en Nuestra Señora de Atocha la sierva de Dios, María de la Cabeza, con una presencia muy grave y una toca rebozada, la punta postrera suelta, y traia consigo junto á ella un hombre moreno y grosero, con una vara en la mano, como portero de vara, el cual traia un perro negro tras ella con una cadena. La labradora poniendo la mano en la dicha doña María, dijo al portero: Esta es la que debe el dinero para la canonizacion de san Isidro. El alguacil echándola el perro, la asió de los vestidos; y volvióse con gravedad la labradora para irse. La presa daba voces con gran temor, que ella llevaria el dinero. Entonces la mandó soltar y desapareció. No habia visto jamás doña Ana María pintada á la santa mujer de san Isidro, María de la Cabeza; pero cuando la vió en Atocha, en la ermita de san Isidro, dijo que era la que le habia aparecido. Luego cumplió su promesa, porque no sosegó su corazon, pareciendo que la sierva de Dios habia venido de parte de Dios, y san Isidro á ejecutarla.

El año de 1609, sucedió en la cofradía de san Isidro otro milagro aun mas maravilloso que el que arriba referimos haber acontecido antiguamente. Habiéndose juntado los cofrades de san Isidro de Madrid un dia á comer juntos como suelen; por haber concurrido muchos á la comida, quedó ménos de lo que habian menester para dar limosna á veinte pobres. No obstante eso, Gerónimo Fex, tesorero de la cofradía, vino tarde á comer, y trajo consigo cosa de trescientos pobres. Viéndoles los oficiales de la cofradía, dijeron: que ¿para qué traia tanta gente, no habiendo comida ni para veinte, porque todas las ollas estaban vacías, sino solo una donde habia comida para solos muy pocos? Él respondió: que Dios y san Isidro lo remediarian. Hizo sentar á todos; y habiéndoles dado de comer abundantemente, sobró mucho para dar á otros pobres. Fué tambien notable maravilla que no habiendo mas que una redoma de vino en la cofradía, se multiplicó de manera que habiéndose satisfecho á todos, sobró mucho vino en ella.

Es un continuo milagro la incorrupcion del cuerpo de san Isidro, y el suave olor que echa de sí, muy diferente de todos los olores que produce la naturaleza y puede componer el arte. Marineo Sículo dice estas palabras: «Yo he visto su santo cuerpo, y está tan entero, que no parece sino que ha dos ó tres meses que murió: y lo que admira es que en cualquiera cuerpo lo primero que empieza á faltar es la punta de la nariz, y los blancos de los ojos: esto tiene tan entero, que admira; y cuando así lo ví, me acordé de aquel lugar de la sagrada Escritura, que dice: *Capillus de capite vestro non peribit.*» Esto es del autor citado: y los que viven ahora pueden ser testigos de lo mismo, como yo lo soy, que he visto entero el cuerpo de este glorioso santo, con gran admiracion y consuelo de mi alma.

La reina doña Juana, mujer del rey don Enrique II, por la devocion que tenia al santo, quiso trasladar un brazo de su santo cuerpo; mas no pudo salir de la capilla por sobrevenirle un mal repentino: por donde conoció que no era la voluntad de Dios que se apartase aquel brazo del resto del cuerpo; y volviéndole á restituir cobró al punto salud. Habiendo sanado la reina doña Isabel la Católica de una grave enfermedad, por intercesion de san Isidro, fué á visitarle, y una dama de la reina, llegando á besar los piés del santo, le quitó con los dientes el dedo segundo del izquierdo; pero cuando la reina se iba y toda la gente, aquella dama que cortó el dedo no pudo salir de la capilla, hasta que viniendo esta maravilla á oidos de la reina, y descubriendo la dama lo que habia hecho, mandó la

reina restituyese el dedo, con lo cual pudo moverse.

Han sido innumerables los milagros que en todo tiempo ha obrado el Señor por intercesion de su siervo san Isidro, sanando enfermos desahuciados, resucitando niños muertos, dando brazos sanos á los mancos, piés á los tullidos, vista á los ciegos, consuelo á los afligidos, remedio á los pobres, que seria largo el referirlos; quien quisiere ver gran multitud de ellos, vea al P. Fr. Jaime Bleda. Y aunque siempre ha sido tenido por santo, y venerado por tal de los pueblos; con todo esto por mostrarse agradecida la villa de Madrid á su santo bienhechor y patron, ha alcanzado de la santa seda romana le canonice con la solemnidad con que usa ahora declarar los santos; y así Gregorio XV, el año de 1622, á 12 de marzo, le canonizó juntamente con otros cuatro grandes santos, y los tres fundadores de santos institutos de gran gloria de Dios y provecho de la Iglesia; que son Ignacio de Loyola, fundador de la compañía de Jesus; san Francisco Javier, de la misma Compañía y apóstol de la India; santa Teresa de Jesus, fundadora del Cármen descalzo, y san Felipe Neri, fundador de la congregacion del Oratorio: que es para alabar á Dios, haber sido honrado con esta suprema honra un humilde labrador, entre santos tan grandes y patriarcas de tan ilustres congregaciones, y de celo y espíritu apostólico. Y no es ménos de admirar la suma sabiduría de Dios, que ha hecho á un santo labrador patron de la córte de tan gran monarca como el rey de España, donde los príncipes y grandes veneran á un pobre quintero é imploran su favor y ayuda: para que se vea la ventaja que hace la virtud á todas las grandezas humanas. Escribieron la vida de san Isidro, Juan Diácono autor muy antiguo, Basilio Sanctoro, el maestro Alonso de Villegas, Fr. Juan Ortiz, Lucio, y el P. Fr. Jaime Bleda. Muchos hacen mencion de él; Juliano Arcipreste, Marineo Sículo y otros escritores.

SAN TORCUATO Y LOS OTROS SEIS SANTOS COMPAÑEROS SUYOS. —Despues que el gloriosísimo príncipe de los apóstoles san Pedro puso su cátedra pontifical como vicario de Cristo y fundó la santa Iglesia en aquella ciudad, que era señora y cabeza del mundo, luego comenzó é enviar sus rayos, como un sol divino, á diversas provincias, y como copiosa fuente, á derramar las aguas de la doctrina del cielo por toda la Italia, Francia, España, África y Sicilia, enviando obispos desde Roma á todas estas tierras, para que las cultivasen y alumbrasen con la luz del Evangelio: así lo dice Inocencio, papa, primero de este nombre, en una epístola, que solos los obispos que envió san Pedro de Roma, ó sus sucesores, instituyeron Iglesias en varias provincias. El Martirologio romano á los 15 de mayo dice estas palabras: «En España san Torcuato, Ctesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Hesiquio y Eufrasio; los cuales habiendo sido por los santos apóstoles ordenados por obispos, fueron enviados á las Españas á predicar la palabra de Dios, y despues de haberla sembrado en varias ciudades, y sujetado á la fé de Cristo innumerable muchedumbre de gente en diversos lugares de aquella provincia, reposaron en el Señor: Torcuato en Acci, Ctesifonte en Berja, Segundo en Ávila, Indalecio en Urco, Cecilio en Iliturgo.» Esto dice á la letra el Martirologio romano; y el papa Gregorio, séptimo de este nombre, en una epístola que escribe al rey don Alonso, y la trae el cardenal Baronio, dice que los santos apóstoles san Pedro y san Pablo enviaron desde Roma siete obispos para alumbrar y enseñar á los pueblos de España; y que estos, habiendo destruido la idolatría, fundaron la cristiandad, y plantaron la religion, y mostraron el órden y forma que se habia de tener en el culto divino, y dedicaron las Iglesias con su sangre. Todo esto dice el papa en aquella epístola.

Por haber sido estos siete santos obispos enviados de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y estos mismos haber sido como apóstoles de toda España, y maestros y predicadores del Evangelio, y tenerles todos los cristianos de estos reinos tanta obligacion, bien es que digamos lo que sabemos de ellos, sacándolo de los autores eclesiásticos y de los santorales antiguos, y breviarios de algunas Iglesias de España.

Aportaron estos siete obispos cerca de la ciudad de Guadix, que entonces llamaban Acci. Venian cansados como viejos del camino, y pararon en un campo fresco y apacible, de donde enviaron algunos mozos á la ciudad, para que comprasen y les trajesen alguna comida. Habia aquel dia en la ciudad gran regocijo por cierta fiesta que hacian los gentiles á sus falsos dioses; los cuales viendo á aquellos mozos y conociendo por el traje que eran extranjeros, y de otra religion, tuviéronlo por mal agüero; y temiendo que se profanarian sus fiestas, y sus sacrificios se contaminarian, y se enojarian sus dioses, pretendieron maltratarlos: y los mozos viendo su peligro, por no caer en él, comenzaron á retirarse, y volverse por donde habian venido. Los de Guadix los seguian con ánimo de hacerles mal, mas el Señor los libró con un caso estraño. Habia una puente sobre el rio, de piedra fuerte y antiguo: y habiéndola pasado los cristianos, al punto que los gentiles en su seguimiento entraron por ella, cayó la puente y ellos se hundieron con ella, quedando los cristianos en salvo y sin lesion alguna. Con este suceso los gentiles asombrados comenzaron á mirar con respeto y temor á los cristianos, y á convertir en espanto y reverencia, el odio con que ántes les perseguian. Entre los otros se señaló muy particularmente una señora muy rica y muy principal, llamada Luparia: la cual alumbrada con la luz del cielo, envió á rogar á los santos, que la viesen; y ellos la vieron é instruyeron en la fé, y la bautizaron en una iglesia que ella misma mandó aparejar. El ejemplo de esta mujer siguieron otros gentiles de Guadix, y gran parte de la ciudad abrazó nuestra santa religion; y desterradas las tinieblas de su ceguedad se convirtió á la fé de Jesucristo. Allí quedó por obispo san Torcuato, y los otros santos seis obispos sus compañeros se repartieron por España de esta manera: san Cecilio se fué á Iliberi, que era una ciudad cerca de Granada, Indalecio á Urco, que es Almería ú otra ciudad allí cerca, Eufrasio á Iliturgo, que es ahora Andújar, san Segundo predicó en Ávila, Ctesifonte y Hesiquio en Berja, cerca de Almería, y en Carcosa, que aunque no se puede bien saber del todo dónde era, algunos la ponen cerca de Astorga. A estos santos los Martirologios los nombran confesores, y el Misal y Breviario de san Isidoro: otros los hacen mártires; mas no dicen nada de su martirio. El papa Gregorio VII en aquella epístola que citamos, dice que dedicaron las Iglesias con su sangre, que es decir que fueron mártires. Escríbese, que delante de la iglesia de San Torcuato, que está en Guadix, habia un olivo puesto por su mano, que milagrosamente florecia y fructificaba el dia de su fiesta con grande espanto de los gentiles. Este santo tiene iglesia de su nombre en Toledo, y en un pueblo cer-

ca de Alcalá que se llama San Torcaz: su cuerpo está en un rico monasterio de san Benito, que se llama *Cella Nova*, cerca de la ciudad de Orense en Galicia. San segundo tiene iglesia en Ávila, donde se tiene por cierto está su santo cuerpo, y es grande la devocion de aquella ciudad para con su santo apóstol y maestro; y hase acrecentado mas despues que don Gerónimo María, obispo de aquella ciudad, le edificó una suntuosa capilla, y se trasladó á ella su sagrado cuerpo. San Cecilio tiene en Granada una insigne parroquia, que á lo que se entiende siempre fué de cristianos, aun en tiempo que los moros eran señores de la ciudad. De san Indalecio hay mucha memoria y devocion en Aragon, y en un lugar que llaman Piedrapisada fué hallado su cuerpo, aunque otros dicen que de Almería fué llevado al monasterio de San Juan de la Peña: y la iglesia de Burgos le celebra fiesta al postrero dia de abril, por haberse llevado á aquella iglesia parte de sus reliquias en tal dia. En Andújar, en tiempo del rey Sisebuto, se edificó un rico templo en el lugar del sepulcro de san Eufrasio, como se saca de san Eulogio en el Apologético que escribió de los mártires. El cuerpo de este glorioso santo está en Galicia, en una iglesia de su nombre, en una montaña llamada Valldemao, cerca del monasterio de Samos, de la órden de san Benito, donde los monges tambien tienen de sus reliquias y una capilla de su advocacion.

Muchos y graves autores escriben que estos siete santos ántes de ser consagrados obispos, y enviados de Roma á España por los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, habian sido discípulos y compañeros del apóstol Santiago acá en España y que volvieron á Jerusalen con él, y despues hallándose en Roma, fueron consagrados por obispos y enviados á España, como personas que ya tenian noticia y práctica de la gente y tierra. Otros añaden á estos siete otros dos, llamados Atanasio y Teodoro, que no salieron de España, de los cuales Atanasio quedó por obispo de Zaragoza y Teodoro por presbítero. En la historia de Pelagio, obispo de Oviedo, que él escribió en tiempo de Fernando VI, se dice que los discípulos de Santiago fueron siete, nombrados así: Calocero, Basilio, Pio, Crisógono, Teodoro, Atanasio y Máximo, que son nombres diferentes de los siete primeros: nosotros referimos lo que estos autores dicen, sin poder afirmar con certidumbre cuál sea la verdad. Bien puede ser que los unos y los otros hayan sido discípulos del santo apóstol; aunque los primeros mas familiares, y los otros de los discípulos comunes. Pero volviendo á los santos obispos Torcuato y sus compañeros, que fueron por los santos apóstoles enviados á España; la fiesta de todos ellos juntos se celebra á los 15 de mayo: y en este dia los pone el Martirologio romano, y el de Beda Usuardo y Adon. Ambrosio de Morales escribe, que en un libro muy antiguo y de letra gótica, que fué del insigne monasterio de San Millan de la Cogulla, de la órden de san Benito, y ahora es de san Lorenzo el Real del Escorial, donde están los concilios de España, hay una breve memoria de estos santos con título que lo escribieron san Julian y Félix arzobispos de Toledo, y que allí se dice en particular que trajeron consigo la forma y el órden de la misa que los apóstoles usaban; y que ellos se la dieron con lo demás que de la doctrina apostólica habian sabido. Hacen mencion de estos santos, á mas de los martirologios y autores que habemos referido en su vida, san Isidoro y el Breviario toledano, donde hay un himno sagrado en sus alabanzas.

SANTA DIMPNA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Para que se vea cuán poderoso es el amor ciego y las horribles tinieblas en que están los gentiles sin la luz de Cristo nuestro Salvador, y el espíritu y esfuerzo que él da aun á doncellas tiernas y flacas, para defender su castidad y derramar la sangre por su amor; quiero escribir aquí la vida y martirio de santa Dimpna, vírgen y mártir: la cual fué de esta manera.

En la isla de Hibernia, ó Irlanda, hubo un rey gentil, poderoso, casado con una señora de extremada belleza, y por esta y por otras buenas partes muy querida de su marido. Tuvo el rey de la reina su mujer una hija, muy parecida á la madre en la belleza, que llamaron Dimpna, la cual criaron con grande regalo y cuidado, pero ella en comenzando á tener edad y discrecion tuvo conocimiento de Jesucristo, y se hizo cristiana y le consagró su virginidad, menospreciando los bailes, saraos y otros entretenimientos y vanidades de la córte. Murió la reina su madre, y queriéndose el rey su padre casar otra vez, puso los ojos en su misma hija, pareciéndole que no habia otra mujer que en hermosura con ella se pudiese comparar. Luego con esta pasion tentó el ánimo de su hija con caricias y blanduras, prometiendole todo cuanto tenia si queria casarse con él. Cerró los oidos Dimpna á los silbos de aquella serpiente venenosa, respondiendo que en ninguna manera consentiria en cosa tan abominable; y como el rey porfiase con tanta instancia, y ella con no menor resistencia, finalmente el rey enojado le dijo que de grado ó por fuerza ella habia de ser su mujer. Entonces ella, encomendándose de corazon al Señor, respondió á su padre: que pues así lo queria, le diese cuarenta dias de término y los atavíos y vestidos ricos y joyas que era menester, para que ella se aparejase y compusiese, y le fuese mas agradable; y él lo hizo todo con mucho gusto, creyendo que ya su hija habia mudado de parecer. Habia en Hibernia á la sazon un sacerdote que se llamaba Gereberno, varon santo, que habia sido confesor de la reina muerta y habia bautizado á Dimpna, y el que á ella y su madre solia dar el santo Sacramento del altar. Con este consultó Dimpna lo que habia de hacer en un caso tan horrendo y peligroso; y el sacerdote de Dios le aconsejó que se huyese de su padre por no cometer tan detestable maldad, y ofrecióse á acompañarla; y así con él y con un criado de su padre y su madre, secretamente se embarcó, y por voluntad de Dios llegó á Amberes, y de allí pasaron á una aldea por caminos ocultos, por no ser conocidos: y en un lugar allí cerca, limpiándole de las malezas y espinas muchas que habia, labraron una casilla para recogerse y vivir desconocidos de todos, y estar seguros.

El rey estaba con gran deseo y gozo aguardando el dia de las bodas de su hija; y cuando supo que se habia ido, como estaba embriagado con el vino del amor, no se puede facilmente creer la tribulacion que tuvo, dando gemidos y bramidos de sentimiento y furor. Determinó buscarla por su misma persona, y sacarla de bajo de la tierra, do quiera que estuviese. Buscóla por todo su reino y no la halló; y acompañado de mucha gente pasó el mar, y ordenándolo así el Señor, llegó á Amberes. Allí se detuvo algunos dias, enviando por todas partes sus criados y ministros para descubrir su hija. Algunos de los criados llegaron á un pueblo

y posaron en un meson, y queriendo pagar al huésped lo que le debian, le dieron cierta moneda de su tierra, y el huésped dijo: Yo tengo otras monedas como esta, y no sé lo que valen. Y preguntándole los criados de quién habia recibido aquellas monedas, respondió (sin saber la causa porque lo preguntaban), que una doncella hermosísima que habia venido de Hibernia y moraba allí cerca, se las enviaba por las cosas de comer, que para ella le compraban. Luego entendieron los criados que aquella era la hija del rey, que buscaban; fuéron allá, y conociéronla; y volviendo con grande alegría al rey, le avisaron donde estaba su hija.

El rey, como si resucitara de muerte á vida, se puso luego en camino con su gente; y hallando á la santísima vírgen, le habló amorosamente, convidándola á celebrar las bodas y cumplir su deseo. Estaba presente el santo sacerdote Gereberno, y tomó la mano y reprendió severamente al rey por aquella maldad, aunque no tanto como él merecia: el cual, rabioso y furioso, con los otros criados suyos que allí estaban, apartando al sacerdote de Dimpna le hicieron pedazos. Despues tornó á combatir y á dar mas recios asaltos á la vírgen, amenazándola de muerte si no consentia; y como no la pudiese rendir, no hallando entre sus criados persona tan bárbara que quisiese manchar sus manos con la sangre de aquella purísima vírgen, y ejecutar tan gran maldad, él mismo con sus manos cortó la sagrada cabeza á su hija; y muy contento porque se habia vengado de ella, como de cristiana y enemiga de los dioses, y desobediente y repugnante á su voluntad, se volvió á su casa, dejando en el campo los sagrados cuerpos de los mártires para que fuesen comidos de las aves y de las fieras. Pero no permitió el Señor que fuesen tocados de las bestias, aunque estuvieron algunos dias así arrojados por el campo, ántes algunos moradores de aquella tierra, movidos de piedad, los recogieron y enterraron en una cueva, en donde comenzó el Señor á magnificarlos con muchos y grandes milagros que cada dia obraba en aquel lugar: de lo cual movido el clero y el pueblo de aquella comarca, determinaron buscar y honrar los santos cuerpos, y cavando la tierra hallaron dos tumbas ó dos sepulcros de mármol blanco mas que la nieve (no habiendo en toda aquella tierra sino piedra tosca y negra): y para que se entendiese que aquella obra no habia sido hecha por mano de hombres sino de ángeles, los sepulcros de mármol eran hechos con primor y arte, y no tenian ninguna juntura, ántes cada sepulcro parecia de una pieza, y en ellos estaban los dos cuerpos santos, el de la vírgen y el del sacerdote. Con este milagro la gente comenzó á avivar mas su fé y á dispertar mas su devocion, y á concurrir de todas partes á aquel lugar, para impetrar del Señor salud y otras mercedes por intercesion de los santos; y Dios se lo concedia con liberal y larga mano. Despues se llevó el cuerpo de san Gereberno á Jantes, y el de santa Dimpna quedó en Ghele, que fué el lugar de su martirio; y pasados algunos años, el obispo de Cámbray con toda la clerecía é innumerable muchedumbre de pueblos trasladó su sagrado cuerpo de aquel sepulcro de mármol á una arca de oro y plata y piedras preciosas, á los 15 de mayo, habiendo sido el dia de su martirio á los treinta dias del mismo mes. Esta vez cuando abrieron la tumba de mármol en que estaba, hallaron sobre su cuerpo una rica piedra colorada, en la cual estaba escrito *Dimpna*. Su vida escribió Pedro, canónigo de San Auberto de Cambray, y la trae Surio en su tercer tomo. Hace mencion de ella el Martirologio romano y el cardenal Baronio en sus anotaciones; Juan Molano, en las que hizo al de Usuardo, y en el Índice de los santos de Flandes, donde dice que murió la sagrada vírgen por los años de 600, y que entre los otros milagros que obra Dios por ella, particularmente echa los demonios de los cuerpos por su intercesion, y que por esta causa la pintan con un demonio atado, y que por huir de la pronunciacion dura de Dimpna, muchos la llaman santa Digna, por ser voz mas blanda y suave.

¿Quién leyendo lo que queda escrito, no se mueve y no admira y conoce la flaqueza y miseria de los hombres, pues un hombre vino á tan gran ceguedad y locura, y á tan profundo abismo de maldad, que siendo padre se quiso casar con su propia hija, y le dió la muerte con sus propias manos porque no consintió? ¿Cómo se echa de ver la sombra de muerte en que viven los gentiles, y la lumbre del cielo, de que gozamos los cristianos? ¿El furor é ímpetu con que son arrebatados los hombres viciosos de sus pasiones; y la fuerza, gracia y espíritu, que nuestro Señor da á los suyos para vencerlas? El cual adornó á esta santa vírgen con el don de la castidad: inspiróle, para que la defendiese: esforzóla, para que muriese por ella y por su fé; y finalmente la honró y glorificó, dándole sepultura labrada por manos de ángeles, y victoria tan ilustre de los demonios, y esclareciéndola con tantos y tan diversos milagros. Él sea bendito para siempre, como autor y obrador de tan grandes maravillas. Amen.

* San Mancio, mártir.—Portugal fué la patria de este santo: educado en la piedad y temor de Dios, perseveró en tan santos propósitos, pues toda su vida la ocupó en la contemplacion de las cosas celestiales. Los judíos, que tantas crueldades cometieron en España al ver destruido su culto, dejaron tambien sentir su indignacion en Portugal, sacrificando algunos cristianos á su furor. Entre estas víctimas se cuenta Mancio, que sufrió el martirio en Évora en el siglo sexto.

San Isidoro, mártir. —Patron de los navegantes en los mares de Grecia, es famoso este santo por los milagros que ha obrado en favor de los que le invocan. Derramó su sangre por la fé en la isla de Chio, en cuya iglesia hay un pozo, en el cual dicen fué echado: de su agua acuden á beber muchos enfermos para curarse de sus dolencias. Su martirio fué por los años de 250, reinando el emperador Decio.

Los santos Pedro, Andrés, Pablo y Dionisía, mártires. —Por los años 250 de Jesucristo, en las inmediaciones de Lampsaco, ciudad del Asia Menor, cerca del Helesponto, fué preso durante la persecucion de Decio un jóven llamado Pedro, admirable por sus dotes de cuerpo y alma; pero mucho mas por su fé y por su virtud. Conducido á presencia de Óptimo, procónsul de Asia, resistió todos los halagos y amenazas, y aquél mandó que lo pusiesen en una especie de tortura, y que extendido y amarrado sobre la máquina, se fuesen gradualmente quebrantando sus huesos, á medida que iba aquella tomando movimiento. El mártir sufrió el suplicio con imponderable resignacion, y viendo el tirano su inflexible constancia, le mandó cortar la cabeza. Despues de ejecutado este suplicio, y al irse el procónsul á Troas, ciudad de Frigia, fueron presos por su órden Andrés, Pablo y Dionisia, y habiéndose manifestado

tan constantes en su fé como el santo anterior, les atormentaron tambien con horribles suplicios, de los cuales les sacó el cielo con vida, y últimamente murieron degollados.

San Simplicio, obispo.—Lo fué de Fausina, hoy Terranova, en Cerdeña. En tiempo del emperador Diocleciano, en el año 304, fué llamado á la presencia del prefecto, y habiendo contestado con valentía que él era cristiano, y que los dioses de los romanos eran unos vanos simulacros, causó á los presentes tanta indignacion la entereza del santo, que el mismo prefecto tomó una lanza y le pasó de parte á parte, muriendo luego coronado con la gloria de los mártires.

Los santos Casio, Victorino, Máximo y otros compañeros, todos mártires.—Convertidos á la fé por un sacerdote enviado de Roma á las Galias, derramaron su sangre en Auvergne, en el año 261.

DIA 16.

San Peregrino, obispo y mártir. — San Peregrino, sacerdote y ciudadano romano, fué ordenado de obispo, y enviado por san Sixto, papa, á Francia, á á predicar el Evangelio y fé de Jesucristo en compañía de Marcos, sacerdote, Concordio, diácono, Joviano, subdiácono, y Januario, lector. Llegaron á Marsella y de allí fuéron á Leon, y al fin á Auxerre, antiguamente llamada Artisiodoro. Predicaron todos en todas estas tierras, y especialmente en Auxerre, donde convirtieron muchas almas, y edificaron una iglesia. Despues san Peregrino se fué á Iterano, donde le prendió un juez porque predicaba el santo Evangelio, el cual le envió preso á un lugar llamado Bangiaco. En este tiempo el emperador Adriano llegó á Iterano, y presentáronle á san Peregrino. El emperador le procuró atraer á la adoracion de los falsos dioses; mas viendo que era en vano, porque mientras mas le persuadia, mas firme estaba en la fé, lo hizo atormentar cruelísimamente, hasta que ya cansado lo mandó degollar, y que su cuerpo fuese echado á las fieras; lo cual se ejecutó al instante, y el invictísimo mártir dió su garganta al cuchillo, y su bendita alma á la gloria. Estuvo su glorioso cuerpo muchos dias expuesto á las fieras, sin que ninguna le tocase, hasta que por amonestacion de un ángel lo tomó un labrador cristiano y lo puso sobre su carro, y guiándolo el mismo ángel desde la media noche, hasta reir el alba, lo llevó á San Dionisio cerca de París, donde fué con gran veneracion recibido; porque al llegar se tocaron las campanas, y los monges de aquel monasterio oyeron una voz del cielo que les mandaba salirlo á recibir, como lo hicieron; y puesto en una caja de plata, con gran veneracion y devocion fué sepultado, y resplandece en milagros. Padeció martirio á 16 de mayo, dia en que la Iglesia celebra su fiesta, año del Señor de 330. Escribieron su vida y martirio Beda, Usuardo, Adon, Vincencio lib. x, c. 119; san Antonio, parte I, tít. VII; c. 5; Pedro de Natalibus, lib. V, c. 5; Sanctoro, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones.

Cuán grande sea la misericordia de nuestro gran Dios, déjase fácilmente conocer, porque no hay obra suya en que no resplandezca; pero donde grandemente campea, es en el cuidado que tiene en que sean veneradas las reliquias de sus siervos, guardándolas de las fieras, brutos y aves de rapiña, enviando sus ángeles para que las asistan, acompañen y guien al lugar que su Majestad las tiene ya señalado para su culto; todo lo cual se vió á la clara en el glorioso san Peregrino, por cuyos méritos se sirva su Majestad darnos la gloria. Amen.

San Juan Nepomuceno, sacerdote. — San Juan Nepomuceno, tomó este segundo nombre de Nepomuk, lugar de Bohemia, donde nació en el año de 1330. Fué estimado de sus padres como un don del cielo, ya porque le consiguieron del Señor por intercesion de la Vírgen santísima cuando se hallaban en una edad muy adelantada, ya porque habiendo caido en una enfermedad muy peligrosa, mientras era aun muy niño, fué milagrosamente preservado de la muerte que tenia ya cercana, por medio de un voto que hicieron de consagrarle á Dios y al culto especial de la Reina del cielo, si salia libre de aquella enfermedad; y por esta causa fué el santo devotísimo en toda su vida de la Vírgen santísima. Habiendo hecho los primeros estudios de humanidad en una ciudad cercana á Nepomuk, pasó á la ciudad de Praga, capital del reino de Bohemia, para estudiar en la universidad, que allí poco ántes habia fundado el emperador Cárlos IV, las ciencias mayores de teología y sagrados cánones, y con el vivo ingenio y raro talento de que Dios le habia dotado, é incesante aplicacion, salió en ambas muy docto y aprovechado. Pero lo mas particular fué, que en medio de los muchos peligros á que suele estar espuesta la juventud en las universidades, á las que concurre mucho número de estudiantes, se conservó Juan puro é inocente, creciendo cada dia en el santo temor de Dios, que es la basa y fundamento de la sabiduría de un cristiano, y sin el cual todos los demás conocimientos no sirven sino para hinchar el espíritu, y para hacer al hombre mas abominable á los ojos de Dios. Acordándose del voto que sus padres habian hecho de consagrarle al Señor, quiso en todo caso cumplirle, y á este fin solicitó y consiguió ser admitido en el clero de la iglesia de Praga; y en este estado condujo una vida tan virtuosa, que mereció ser promovido á las sagradas órdenes, y finalmente al sacerdocio. Este sublime carácter sirvió al santo de estímulo y de incentivo, para dedicarse con mucho fervor á promover la gloria de Dios y la salvacion de las almas con los ejercicios propios de este estado, singularmente con la práctica de predicar la palabra de Dios, para la cual le habia concedido el cielo un don y una gracia particular. Como en el ejercicio de este sagrado ministerio no tenia Nepomuceno otra mira que la de ayudar á sus prójimos, y cooperar con todas sus fuerzas á la conversion de los pecadores, y á la santificacion de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo, que es el fin único de la predicacion evangélica, cuidaba poco de hermosear sus discursos con vanos adornos de la elocuencia humana, ántes se valia de palabras sencillas adaptadas á la capacidad del vulgo, con las cuales proponia al pueblo las verdades mas esenciales de nuestra religion, las esplicaba con claridad, y exhortaba á sus oyentes con grande eficacia y suavidad de espíritu á abrazarlas y practicarlas, insistiendo ordinariamente en la necesidad de hacer penitencia para conseguir la eterna salvacion.

Luego se estendió por todas partes la fama de este verdadero predicador del santo Evangelio: corrian á oirle innumerables gentes, y aun hasta el mismo Venceslao, que

habia sucedido en el imperio á su padre Cárlos IV, era uno de sus continuos oyentes. Aunque el santo se hallaba provisto de una canongía en la iglesia metropolitana de Praga, y fué nombrado despues por el rey Venceslao, para su primero capellan ó limosnero, jamás quiso dejar el ministerio de la predicacion, viendo que por una particular bendicion de Dios sus sermones producian mucho fruto en beneficio de las almas. Habiéndole nombrado el emperador para los principales obispados de Bohemia que fueron vacando, nunca quiso admitir ninguno de ellos, ni tampoco aceptar una de las ricas y honoríficas abadías á que le nombraba Venceslao: tan grande era su desinterés y su humildad. Pero aunque logró nuestro santo librarse del gravísimo peso del obispado, no pudo eximirse del cargo de confesor y director espiritual de la emperatriz doña Juana, mujer del referido Venceslao; porque fueron tan fuertes y eficaces las instancias que esta buena princesa le hizo para que lo admitiese, que por último hubo de dar su consentimiento, y este cargo, como ahora veremos, le ocasionó muchos trabajos, y finalmente el martirio.

Porque el emperador Venceslao, siguiendo sus depravadas inclinaciones, se abandonó á la lujuria y á la crueldad, y llegó aun al frenesí de dejar poseer su corazon de una ciega pasion de celos contra la emperatriz su consorte, y de un loco deseo de saber los secretos de su corazon, que descubria á su confesor cuando recibia el sacramento de la penitencia. A este efecto hizo llamar á san Juan Nepomuceno, y ya con lisonjas, ya con promesas, ya tambien con amenazas, deseaba saber lo que habia oido de su boca á la emperatriz en la confesion. Se horrorizó el santo al oir una demanda tan sacrílega, y con una libertad y espíritu apostólico representó al engañado príncipe el enorme exceso á que su furiosa pasion lo trasportaba, y la indispensable obligacion que tenia de sacrificar mil vidas, ántes que hablar de semejantes materias oidas en confesion, y de quebrantar el sagrado sigilo que por ley divina y humana debia conservar inviolable. Venceslao quedó algun tanto atónito con esta fuerte representacion del santo; y no sabiendo qué replicar, disimuló por entonces el resentimiento que habia concebido; pero no pasó mucho tiempo, que volviéndosele á excitar el mismo deseo, buscó modo con que hacer venir al santo á palacio, en la ocasion que pensó ser mas oportuna para la ejecucion de sus inicuos designios, y volvió á amenazarle con mayor fuerza que la primera vez, para que le manifestase los secretos que en la confesion le descubria la emperatriz; y hallando al santo siempre mas firme y constante en desechar sus sacrílegas demandas, llamó algunos soldados de su guardia, que tenia siempre prontos para ejecutar sus órdenes crueles, con los que repugnaban á sus injustos preceptos, y les entregó la persona del santo para que en las interiores piezas de palacio lo atormentasen y apaleasen con el mas fiero furor. Ellos, despojados de toda piedad, ejecutaron con todo rigor la órden del emperador, y el siervo de Dios sufrió con tan grande paciencia aquel tormento, que jamás abrió la boca para quejarse, invocando solamente algunas veces entre sus acerbos dolores los dulcísimos nombres de Jesus y de María: por fin, despues que los ministros de la crueldad estuvieron cansados de maltratarle, le dejaron ir libre, cubierto de contusiones y heridas. El santo ofreció á Jesucristo crucificado los dolores que habia padecido, y le dió las gracias de haberse dignado hacerle participante del cáliz amargo de su pasion, por un motivo tan santo como era conservar ilesa la fidelidad de su sagrado ministerio: se hizo curar las llagas con todo el secreto posible, y jamás manifestó á persona alguna el mal trato y ultrajes que habia recibido del bárbaro emperador. Así que estuvo curado, continuó en predicar al pueblo la palabra de Dios en la iglesia metropolitana de Praga, lo que hacia entonces aun con mayor fervor de espíritu que ántes, pues llevaba ya sobre su cuerpo, á semejanza del apóstol san Pablo, las llagas de Jesucristo, y las gloriosas señales de su apostólico ministerio. Solia predicar todas las dominicas del año, y predicando en una de ellas, que fué la tercera despues de la Pascua, explicando las palabras que dijo Cristo á los apóstoles: *Modicum et videbitis me: et iterum modicum, et non videbitis, quia vado ad Patrem*; habló con bastante claridad de su cercana muerte, de la cual se puede creer que habria recibido una particular revelacion de Dios nuestro Señor. En efecto, este fué el último sermon, porque habiendo ido algunos dias despues á visitar una imágen de la Vírgen santísima, que con grande devocion y concurso del pueblo se veneraba en la ciudad de Boleslabia, tal vez para implorar su poderosa intercesion en el inminente peligro en que se hallaba; así que al anochecer volvió á Praga, fué visto del emperador Venceslao que estaba en el balcon de su palacio, é inmediatamente lo hizo llamar, mandándole que fuese al instante á verse con él. Obedeció prontamente el santo sacerdote, y así que compareció delante de él, le volvió á intimar con toda resolucion le manifestase lo que sabia por confesion de la conciencia de la emperatriz, amenazándole que en caso de persistir en su negativa, lo haria echar al momento al rio, y morir ahogado en el agua. El santo dió intrépidamente la respuesta acostumbrada, reprendiendo al sacrílego príncipe su inicua demanda; por lo que enfurecido el emperador, mandó que atado de piés y manos fuése echado al rio Moldava, que pasa por medio de Praga, como en efecto fué ejecutado con todo secreto en la oscuridad de la noche. Se intentaba con esta diligencia mantener oculto el delito; pero el Señor quiso hacer patente á todos la gloria de su siervo, porque por muchas noches se vieron algunas antorchas encendidas, que prodigiosamente discurrian sobre el rio, las cuales despues quedaban paradas en un cierto lugar. Por esto, discurriendo que esta maravilla contenia algun misterio, buscaron lo que allí habia, y hallaron el cadáver de nuestro glorioso mártir, al cual los canónigos de la metropolitana, animados con este celestial prodigio, sepultaron con la mayor pompa en su iglesia catedral, nada temiendo la ira del emperador. El Señor se dignó ilustrar á su invencible mártir con muchos milagros, de los cuales aprobó la santa sede los siguientes, para su beatificacion y canonizacion.

El primero fué el de la incorrupcion de su lengua, pues habiendo estado sepultada debajo de tierra juntamente con el cuerpo por espacio de trescientos años, cuando se reconoció jurídicamente, fué hallada incorrupta y como si fuera viva.

El segundo sucedió en la misma sagrada lengua; porque habiendo sido presentada al cabo de seis años del reconocimiento ya referido á los jueces delegados de la silla apostólica, de repente con un nuevo prodigio se entume-

ció y mudó el color que tenia algo oscuro, en un color de púrpura.

El tercero sucedió con una mujer llamada Ana Teresa, la cual seis meses habia que tenia el brazo izquierdo gravísimamente baldado, seco y muy encogido; pero invocando al glorioso san Juan Nepomuceno, instantáneamente quedó perfectamente curada.

El cuarto lo obró el santo con una niña de seis años y seis meses de edad llamada Rosalía Hodark: esta niña cayó casualmente en un rio llamado Watava, llevándola la corriente hasta la canal de un molino, donde el ímpetu del agua la estrelló en la primera rueda de él; y habiendo pasado debajo de ella y de la segunda, permaneció allí por espacio de media hora. Estuvo la niña una hora sumergida en el agua: las gentes que la vieron caer en ella, invocaron en su socorro al glorioso san Juan Nepomuceno; sacáronla despues de bajo de la segunda rueda del molino, y la niña no dió señal alguna de vida; pero invocando siempre al patrocinio de san Juan, la llevaron á una casa cercana, donde echó la agua que habia tragado, y recobrando los sentidos, se halló libre de toda lesion y enteramente buena y sana.

San Ubaldo, obispo y confesor.—Gubio, ciudad de la Italia, vió nacer á este santo, y el seminario de la misma vió tambien con asombro los grandes progresos que hizo así en las letras sagradas como en las profanas, dedicándose con mayor esmero en las primeras, llamando principalmente su atencion el estudio de la sagrada Escritura. Sus vastos conocimientos, junto con la nobleza de su cuna y las bellas circunstancias de que estaba adornado, excitaban el deseo de varios padres de familia de enlazar con él alguna de sus hijas; mas como Ubaldo abrigase en su corazon otros sentimientos, se negó á ello, haciendo voto perpetuo de castidad. Emprendió la carrera eclesiástica, y en ella se distinguió por sus virtudes, por manera, que cuando canónigo, estimuló con su ejemplo á los demás compañeros á emprender con mas ardor la carrera de la perfeccion, teniendo el consuelo de ver restituida á su antigua pureza la disciplina antigua de la Iglesia. Deseoso de pasar la vida en retiro, renunció su dignidad, viviendo en un monasterio de solitarios, no muy léjos de su patria; mas el Señor que le tenia destinado para que brillara en la Iglesia á manera de resplandeciente antorcha, permitió fuese elegido obispo en 1129. De nada le sirvieron las excusas que alegó para no cargar con el peso del obispado, siendo consagrado obispo de Gubio por el mismo papa Honorio II. Desde entonces resplandeció mucho mas en la virtud, y especialmente dió ejemplos de mansedumbre, caridad y modestia, señalándose por su celo en favor de las almas. Cuán agradables eran al Señor las virtudes de Ubaldo, lo dió el cielo á entender concediéndole el don de milagros, que empleaba en beneficio de sus semejantes. Su salud empezó á debilitarse, y conociendo se acercaba su última hora exhortó desde el púlpito á sus ovejas, y luego entregó su alma al Señor, que fué el dia 16 de mayo de 1160. Canonizóle el papa Celestino II en 1492.

San Brendano, abad.—Nació en Escocia en el siglo VI, y se retiró á un monasterio de Irlanda, del cual fué despues abad. En esta isla fundó varias escuelas y lugares de retiro, para los cristianos que querian separarse del mundo; escribió una regla monástica que llegó á ser muy famosa en las islas Británicas; enseñó algun tiempo en Roscarbre, y murió en Connaugh, monasterio que él mismo habia fundado el dia 16 de mayo del año 577, de muy avanzada edad.

San Aquilino y san Victoriano, mártires.—Murieron en Isauria, ciudad del Asia, y no se sabe la época.

San Pelegrin, obispo y mártir.—Fué consagrado por el papa Sixto II, y enviado por el mismo á las Galias á predicar el Evangelio con otros compañeros. Fué el primer obispo de Auxerre, cuya iglesia fundó en 259, y pocos años despues habiendo desempeñado exactamente su apostólico monasterio, consiguió la corona del martirio, muriendo degollado.

Los santos Félix y Gennadio.—Ignórase la época y el lugar de su martirio, y se celebra hoy su conmemoracion en memoria de la invencion de sus santas reliquias que descubrió por divina revelacion una santa mujer en Uzali, ciudad del África.

Los santos monges, mártires.—En el imperio de Heraclio, por los años 614, se enfurecieron tan atrozmente los sarracenos de Palestina contra los cristianos, que entrando un dia de repente en el monasterio ó Laura de San Sabas, degollaron á todos los monges que en él habitaban. A estos santos honra hoy la Iglesia en el número de los mártires.

San Audas, obispo, siete presbíteros, nueve diáconos y siete vírgenes, todos mártires.—Vivian en la ciudad de Chaschara en Persia, de la cual el primero era obispo; y habiendo sido denunciados al rey Isdegerdes como cristianos, y habiéndose ellos confesado tales, fueron entregados al hermano del rey para que los mandase atormentar. Por espacio de siete dias se les puso en tortura, hasta que fracturados todos sus huesos, y permaneciendo constantes en la fé, fueron todos degollados el dia 16 de mayo del año 350.

San Honorato, obispo y confesor.—Nació en Ponthieu, y en el año 660 fué consagrado obispo de Amiens, muriendo despues santamente en medio de sus ovejas, que tenian en él un padre y un ejemplar de todas las virtudes.

San Domnolo, obispo y confesor.—Fué íntimo amigo del rey Clotario, á quien ayudó con sus consejos y sus oraciones. Elegido obispo de Mans en Francia, llegó á la cumbre de la santidad por la práctica fiel de todas las virtudes apostólicas. Gobernó su Iglesia por espacio de veinte y dos años, y entregó su espíritu al Criador el dia 16 de mayo del año 581.

San Fidolo, confesor.—Floreció en Francia en el siglo VI; fué abad de un monasterio, célebre por la regularidad de vida que en él se observaba, y murió en Troyes por los años de 540.

Santa Máxima, vírgen.—Entre la confusion de los siglos V y VI, producida por la invasion de los bárbaros, floreció, segun parece, esta santa, y acabó sus dias en el Foro Julio, hoy ciudad de Friuli. Esta es la razon porque nada se sabe de ella mas que el nombre continuado en el Martirologio romano.

San Posidio, obispo.—Fué discípulo de san Agustin, cuya compañía dejó para encargarse del obispado de Calamo en 397. En esta ciudad estableció un monasterio semejante al de Hipona. Los paganos, incomodados por su celo y su piedad, le persiguieron, y el año 428, cuando los

vándalos entraron en África, dejó su iglesia y se retiró á Hipona, donde asistió á la muerte de san Agustin, cuya vida escribió en estilo muy sencillo, agregándola á las obras de este santo padre. Despues de esto, nada mas se sabe de él.

DIA 17.

San Pascual Bailon.—Pascual, nombrado Bailon, nació en el año de 1540 en Torre-Hermosa, que es una villa del reino de Aragon. Sus padres ganaban el sustento trabajando la tierra, y eran tan miserables que no tuvieron aun posibilidad para hacer enseñar á leer á este hijo suyo: pero el niño Pascual tenia tan extraordinaria inclinacion el estudio, que cuando iba al campo llevaba consigo un libro, y pedia á todos los que encontraba le enseñasen á leer; y con aquello poco que le iban enseñando, ahora el uno, ahora el otro, en breve tiempo llegó á saber leer. De esta habilidad se sirvió para leer libros devotos, que le pudiesen ayudar á aprender las obligaciones de un cristiano, y halló tal gusto en leer estos libros, que empleaba en su lectura todo el tiempo que podia, no haciendo caso de juegos ni de otras diversiones, y por este medio le inspiró el Señor tan grande amor á las verdades del santo Evangelio, que no cuidaba de cosa alguna de este mundo, entendiendo solo á agradar y servir á Dios nuestro Señor.

Cuando fué algo mas crecido y apto para servir, entró en casa de un labrador que le destinó á guardar su ganado en calidad de ayudante del mayoral: contentísimo de la vida inocente que llevaba, procuró tener su mente siempre fija en Dios, excitándose á considerar y adorar su omnipotencia é infinita sabiduría, mirando las yerbas y plantas y las otras producciones del campo, y atribuyendo siempre la fecundidad de la tierra á la inefable bondad de Dios, de quien todo depende, mas presto que á las causas segundas. En una palabra, en todas las cosas miraba con los ojos de la fé á Dios criador y conservador de las mismas; y de este modo lo que á los otros les sirve de distraccion y disipacion de espíritu, era para Pascual un estímulo para tener el espíritu mas recogido y unido con el Señor. De aquí es, que ningun caso hacia de los bienes de este mundo, que los hombres tanto aman y desean, aspirando solo con todo su afecto á los bienes del cielo. En efecto, queriendo su amo (que era un hombre muy rico) adoptarle por hijo y hacerle heredero de todos sus bienes, Pascual le dió muchas gracias de la buena voluntad y amor que le mostraba, pero le rogó le dejase en su estado, pobre á la verdad y humilde, pero mas conforme á Jesucristo, su supremo Señor, el cual no habia venido al mundo para ser servido sino para servir.

Pero por mas que Pascual amase su oficio de pastor, encontró en él algunas dificultades que le hicieron tomar la resolucion de abandonarle. Una de ellas fué, que guardando un rebaño de cabras, por mas diligencias que hiciese no podia impedir que alguna vez no se le escapasen á pacer en las dehesas y campos de otros dueños: esto le daba muchísima pena, porque se creia obligado á reparar todo el daño que causaba el ganado, aun cuando no lo podia impedir, de modo que por escrúpulo de conciencia no quiso jamás guardar cabras. Pero en guardar otro ganado encontró tambien otras dificultades, porque como aquellos con quienes habia tal vez de vivir, estaban muy léjos de tener su virtud y piedad, blasfemaban y maldecian, reñian entre sí, y llegaban frecuentemente á las manos: Pascual los reprendia á veces con caridad y procuraba ponerlos en paz; pero las mas veces no sacaba otro fruto de su caridad que ser maltratado de los mismos que procuraba sosegar y pacificar, los cuales se volvian contra él. Por lo que, viendo que el mundo estaba lleno de vicios, resolvió abandonarle enteramente y retirarse á alguna religion, donde con mayor seguridad pudiese trabajar para su eterna salvacion.

Comunicó el santo en confianza este pensamiento á algunos amigos suyos, los cuales le propusieron para el proyectado retiro un convento que tenia buenas rentas, donde podria gozar (le decian) de toda su comodidad: mas esto solo bastó para que Pascual lo desechase: «He nacido pobre (respondió), y quiero vivir y morir pobre y penitente:» se encomendó, pues, con mucho fervor á Dios nuestro Señor, para que le hiciese conocer su santa voluntad; y poco despues, no teniendo mas que veinte años, dejó el amo y la patria y pasó al reino de Valencia, donde se presentó á un convento de religiosos de san Francisco, de la reforma de san Pedro de Alcántara. Este convento se llamaba de nuestra Señora de Loreto y estaba cerca de la villa de Monforte. Quedó Pascual muy edificado de la caridad con que fué recibido y tratado en aquel convento; pero, ó fuese por timidez, ó por discrecion, queriendo tomarse mas tiempo para deliberar en tal asunto, no osó pedir el hábito; por lo que se acomodó con algunos vecinos de aquellos lugares para sacar al campo su ganado. Bien presto fué conocida y admirada su piedad, por lo que comunmente le llamaban el pastor santo; mas él lleno de temor por un título de tanta honra, y queriendo vivir para su mayor seguridad desconocido de los hombres, pidió á los padres de aquel convento le recibiesen en calidad de fraile.

Ellos le recibieron con mucho gusto, de modo que querian admitirle por religioso de coro; mas él jamás quiso consentir á este honor y fué preciso ceder á su humildad. Entró en el noviciado el año 1564, y empezó á vivir de modo que hizo conocer á todos el sublime grado de santidad á que habia de llegar. Observaba la regla de san Francisco con una increible exactitud, haciendo caso de todas las cosas que en ella se prescriben, aunque fueran muy mínimas, y procurando revestirse todo lo posible del espíritu de su santo fundador. Jamás se oia que hablase mal, ni que se quejase de ninguno: sus asperezas eran mucho mayores de las que están ordenadas en la regla; porque todo su alimento consistia en pan y agua, y á lo mas en algunas yerbas.

Llevaba continuamente un cilicio de cerdas de puerco con una pesada cadena de hierro que se ceñia sobre sus desnudas carnes, á mas de otras dos espuelas de caballo que traia, la una sobre su pecho y la otra sobre sus espaldas debajo del cilicio. Dormia sobre la desnuda tierra ó bien sobre unas tablas, y á veces ni ménos se echaba, sino que sentado ó reclinado en alguna postura incómoda, tomaba el descanso que le era necesario, el cual jamás excedia de tres horas. Frecuentemente pasaba las noches enteras en una pequeña celda que no tenia ni puerta ni techo; trabajaba en el huerto siempre con la cabeza descubierta, aun en los mas fuertes calores: jamás usaba de alpargatas,

sino que caminaba con los piés desnudos, así en el invierno como en el verano; y en cualquier pais en que se encontraba, ó fuese frio ó caluroso, no usaba de mas vestidos que de una sola túnica que era las mas vil y remendada del convento. Este tenor de vida mantuvo siempre en todos los conventos á donde lo enviaron sus superiores, conservando en todas partes el mismo espíritu de mortificacion, de humildad y de obediencia, viviendo siempre contento de su estado y buscando solamente en todos los conventos los oficios mas bajos y mas trabajosos, porque deseaba ser tenido y tratado como siervo de todos.

Aunque sus cotidianas mortificaciones fuesen tan extraordinarias y superiores á las fuerzas humanas, todavía en las fiestas, particularmente de los mártires, las duplicaba, azotándose rigurosamente hasta quedar todo cubierto de sangre, para hacerse de este modo semejante á aquel santo, cuya memoria y fiesta se celebraba; y rogaba continuamente á Dios nuestro Señor, quisiese aceptar aquellas mortificaciones en vez del martirio que deseaba ardientemente padecer por su amor: y si bien el Señor no le hizo la gracia de cumplirle plenamente este su santo deseo, le presentó sin embargo una ocasion en odio de la católica religion, que le faltó poco para conseguir la palma del martirio.

Se hallaba en aquel tiempo el general de la religion de san Francisco en la ciudad de París, y como el reino de Francia estaba entonces lleno de hugonotes que no daban cuartel á ningun religioso que llegase á sus manos; enviar uno de ellos para que se presentase á su general, era lo mismo que exponerle á un riesgo inminente de perder la vida á manos de los herejes, como en efecto acaeció á muchos. El provincial de Valencia tenia una precisa necesidad de enviar una persona con carta suya á su general para un asunto de suma importancia; pero nadie queria tomar sobre sí este encargo y exponerse á este peligro; por lo que puso el provincial los ojos sobre nuestro Pascual, del cual se sabia ya por experiencia cuán pronta y ciega era su obediencia. En efecto, él aceptó esta comision con mucho júbilo y contento, y sin proponer ningun reparo, se puso luego en camino con los piés desnudos, y sin tomar provision alguna para un viaje tan largo y difícil.

Así que llegó al reino de Francia, atravesando intrépidamente en medio del dia las ciudades en que dominaban los hugonotes, padeció de ellos muchos y gravísimos insultos. Frecuentemente gritaban tras él: «¡Hé aquí el papista, hé aquí el papista!» y muchas veces le seguian á pedradas; la gente vulgar de la ínfima plebe se unia á los muchachos y los incitaba á cargarlo de villanías, y alguna vez de palos; de los cuales en una ocasion le quedó una espalda tan maltratada, que quedó estropeado de ella todo el resto de su vida. Hallándose en la ciudad de Orleans, fué cercado de una tropa de gente que le preguntó; ¿si creia que en la Eucaristía estaba verdaderamente el cuerpo de Jesucristo? á lo que respondió Pascual con toda resolucion: que lo creia, y que esto era indubitable. Algunos probaron si podrian enredarle, haciéndole varias preguntas de cosas abstractas y sutiles; pero Dios que habia prometido á los apóstoles que hablaria él mismo por su boca en semejantes ocasiones, inspiró á Pascual respuestas tan juiciosas y cuerdas, y tan llenas de sabiduría, que los mismos que le hacian aquellas preguntas quedaron confundidos y avergonzados, y no sabiendo como replicar á sus respuestas, empezaron á tirarle piedras, de las cuales quedó herido en varias partes de su cuerpo.

Habiendo escapado de este peligro, cayó en otro: porque pasando por delante de la puerta de un castillo, se paró allí á pedir de limosna un pedazo de pan, como lo solia hacer cuando la hambre le apretaba. El señor de aquel lugar, que era hugonote y enemigo jurado de los católicos, estando entonces en la mesa, oyó decir que á la puerta estaba un fraile muy mal vestido que pedia limosna. Mandó que le hiciesen entrar, y considerando aquel hábito roto y su cara macilenta, juró que era un espía español, y sin duda lo habria hecho morir si su mujer, movida á la compasion del santo, no le hubiera librado de sus manos, sin darle empero un solo bocado de pan. Prosiguió Pascual su viaje, así débil y extenuado de la hambre, hasta que entrando en una villa, una buena mujer católica le alentó, dándole un poco de comer; pero aquí quedó expuesto á un nuevo riesgo de perder la vida: porque el vulgo, incitado de la curiosidad de ver aquel su hábito, le rodeó por todas partes en crecido número, y uno de ellos le echó la mano y lo encerró dentro de una caballeriza. El santo, hallándose en aquel estado, no pensó en otra cosa aquella noche que en prepararse para la muerte que creia habia de sufrir al dia siguiente: pero acaeció muy al contrario; porque el mismo que le habia encerrado, vino á la mañana á verle, le dió una limosna y le puso en libertad. De este modo en medio de mil peligros llegó el santo á París, y habiendo cumplido su comision dió prontamente la vuelta para España. En este regreso, viéndose el santo libre y que no llevaba encargo ó comision alguna, deseaba derramar su sangre en defensa de la fé católica; y en efecto tuvo varios encuentros, y se halló en diversos peligros de perder la vida; pero Dios le preservó y le protegió para que escapase de todos; por lo que el santo despues se condolia que le hubiese estimado indigno del martirio: pero si no fué mártir de la fé, lo fué ciertamente de la obediencia, por la cual en un tan largo camino habia expuesto continuamente la vida al riesgo de perderla.

Despues que Pascual se hubo restituido á su convento de España, volvió á tomar desde luego sus acostumbrados empleos, y continuó en vivir con el mismo espíritu de humillacion, de pobreza y de penitencia; dando á sus hermanos admirables ejemplos de abstinencia, de mortificacion y de paciencia. Un cúmulo de tantas virtudes, junto con los dones de profecía, de contemplacion, de discrecion de espíritu, de penetracion de los corazones y de hacer milagros, con que el Señor habia enriquecido á este su fiel siervo, le conciliaron de tal modo la estimacion y la veneracion de todos, y particularmente de sus religiosos, que los mismos superiores no hallaban reparo en aconsejarse con él en los negocios mas difíciles, y en encargarle el gobierno del convento cuando estaban ausentes; habiendo comprobado por la experiencia cuán alumbrado estaba de Dios, y cuánta era la eficacia de sus santos ejemplos para contener á los demás, y hacerles observar la regla que habian profesado. En los últimos años de su vida pasaba casi todas las noches en la iglesia: sobre todo tenia una tiernísima devocion á la pasion de Jesucristo, y esta era la materia ordinaria de su oracion y

contemplacion: de ella sacaba siempre nuevo esfuerzo para mortificarse y humillarse, y buscar siempre el padecer, á fin de imitar los ejemplos de su divino Salvador, humillado, paciente y muerto sobre una cruz por su amor. Tambien era grande la devocion que tenia á la Vírgen santísima, á la cual pedia continuamente le alcanzase la gracia de vivir léjos de cualquier pecado, hasta el fin de su peregrinacion.

Murió Pascual lleno de méritos en Villareal, siete leguas distante de Valencia, á 17 de mayo de 1592, á los cincuenta y dos años de edad, de los cuales habia pasado veinte y ocho en la religion de san Francisco. Su cuerpo quedó tres dias expuesto en la iglesia para satisfacer la devocion del pueblo que fué testigo de un gran número de milagros que Dios obró en aquella ocasion por intercesion de su siervo: entre los cuales fué muy admirable el de que al elevar el sacerdote la sagrada Hostia en el oficio solemne que se le cantó, dos veces abrió y cerró sus ojos.

La santidad de Paulo V le puso en el catálogo de los beatos, y la santidad de Alejandro VIII le canonizó solemnemente.

Entre los muchos milagros con que Dios nuestro Señor manifestó la santidad de su siervo, aprobó la silla apostólica los siguientes.

El primero el de la incorrupcion de su cuerpo; pues aunque cuando le dieron sepultura echaron sobre él mucha cantidad de cal, con todo permaneció sin la menor corrupcion, exhalando además un olor suavísimo, que la misma santa sede declaró ser tambien milagroso.

Otro milagro estupendo obró Dios nuestro Señor por intercesion de san Pascual, aprobado por la santa sede: porque padeciendo cierto lugar mucha falta de agua, un labrador llamado Domingo Perez, implorando el ausilio del santo, buscó agua en un paraje muy seco, y al primer golpe que dió con su azadon salió una fuente de agua dulce, que mana continuamente, y que jamás crece ni se disminuye; con lo que se remedió la pública necesidad del lugar, que tuvo bastante agua no solo para sus habitantes, sino tambien para todos sus ganados.

San Torpetes, mártir.—Era este santo uno de los principales ministros del emperador Neron, del que hace mencion el apóstol san Pablo cuando escribiendo desde Roma á los filipenses les decia estas palabras. «Todos vuestros hermanos os saludan, especialmente aquellos que son de la casa del César.» Mandóle cierto dia el emperador que adorase á la diosa Diana, y Torpetes léjos de hacerlo se resistió, confesando públicamente que él no daba culto á las falsas divinidades, y solo al Dios de los cristianos. Indignóse Neron al oir la respuesta de su ministro, y mandó que al momento fuese castigada su osadía, como efectivamente lo ejecutó el prefecto satélico, ordenando fuese abofeteado y cruelmente azotado con varas de hierro. No por esto desistió el santo de sus propósitos, lo que visto por el prefecto, mandó fuera echado á las fieras para que fuese devorado, mas estas ningun daño le hicieron. Degollado por último alcanzó la palma del martirio el dia 29 de abril.

Santa Restituta, vírgen y mártir.—En tiempo del emperador Valeriano fué atormentada de diversos modos en África, por órden del juez Próculo. Despues la pusieron en un barquichuelo lleno de estopa y de pez, para quemarla en el mar; pero las llamas se volvieron contra los que pegaron el fuego, y la santa, puesta en oracion, entregó su alma al Criador. Su cuerpo, metido en la misma barca, por divino poder fué á aportar á Ischia, isla vecina á Nápoles, en donde lo recibieron los cristianos con gran veneracion, y despues fué trasladado á la misma ciudad de Nápoles, donde en su honor mandó el emperador Constantino Magno que se edificase un templo.

Los santos Eradio, Pablo, Aquilino y otros dos compañeros, todos mártires.—Derramaron su sangre por la fé en Noyon, en la persecucion de Diocleciano.

San Solocon y sus compañeros, martires.—Era este santo egipcio de nacion, y servia en los ejércitos del emperador Maximiano. La cohorte en que servia fué de guarnicion á Calcedonia, y en esta ciudad recibieron un edicto del emperador, en que mandaba que todos los soldados fuesen obligados por sus gefes á sacrificar á los ídolos. Toda la guarnicion obedeció el mandato, excepto solo Solocon y otros dos compañeros suyos, que habiéndose manifestado decididos á no dejar el culto de Jesucristo por el de las divinidades fingidas, fueron azotados tan cruelmente, que en medio de los azotes, entregaron su espíritu á Dios los dos compañeros de Solocon. El tirano mandó entonces que todos los suplicios preparados para los tres se aplicasen al que habia quedado con vida, y así murió Solocon, atormentado de una manera inaudita.

Los santos Adrian, Victor y Basila, mártires.—Se han perdido las actas de su martirio, y no se sabe sino que derramaron su sangre en Alejandría.

San Bruno, obispo y confesor.—Era hijo de Conrado, duque de Carintia, y tio del emperador Conrado II. Despues de una educacion cual convenia á su alto rango, abrazó el estado eclesiástico, y fué ejemplar de sacerdotes. En el año 1033 fué elevado á la silla episcopal de Vitzburgo, y murió en Hungría, á 12 de mayo del año 1045, sepultado en las ruinas de un salon, en el cual estaba comiendo, al tiempo que acompañaba al emperador Enrique III, en el viaje que hacia á Hungría. Este santo obispo fué célebre por sus milagros ántes y despues de su muerte, y por las luminosas obras que publicó sobre la sagrada Escritura. El papa Inocencio III lo colocó solemnemente en el número de los santos.

San Felipe Neri.—Véase el 26 de este mes.

DIA 18.

San Venancio, mártir.—Siendo Decio emperador, y Antioco presidente de la ciudad de Camerino, en el ducado de Espoleto, fué acusado porque era cristiano Venancio, mancebo de quince años, y natural de la misma ciudad. En sabiéndolo el santo mancebo, se presentó al presidente en la puerta de la ciudad, confesando que adoraba á Jesucristo, verdadero Dios y Hombre, y nó á los dioses falsos y gentiles, que ni ven ni oyen, ni pueden ayudar á los que los adoran y sirven. Mandóle prender el presidente, y pensando, como á mancebo de pocos años, engañarle con razones, le tentó mucho tiempo con promesas y amenazas, para que dejase la religion cristiana, hablándole, ya como padre que le aconsejaba mirase por su edad, y pues estaba en la flor de ella, no quisiese perder la vida en que podia gozar de los deleites de que gozaban los otros mancebos, y las riquezas que le daria

el emperador si obedecia sus mandatos y sacrificaba á los ídolos: ya como juez, amenazándole con horribles tormentos y penas, si creyéndole á él, no tomaba mejor consejo, y dejaba la locura de los cristianos. Pero como nada bastase para rendir y ablandar al santo mancebo, que armado de Cristo, ni hacia caso de sus promesas, ni temia sus amenazas, le mandó azotar cruelmente, y despues cargar de prisiones.

Envió Dios un ángel, que le quitó las prisiones, y el impío juez, en lugar de ablandarse, mas embravecido, mandó que le abrasasen en lámparas encendidas, y que colgándole la cabeza abajo, pusiesen debajo mucho humo, para que fuese abrasado de la llama, y ahogado del humo. Pero el Señor envió segunda vez su ángel, que desató á Venancio, el cual fué visto andar sobre el humo, con una vestidura blanca, de Anastasio Cornicularío, que por ver esta maravilla, y la alegría con que padecia los tormentos el santo mártir, se convirtió á Cristo, y fué bautizado con su familia de san Porfirio, presbítero; y poco despues él tambien mereció ser mártir, y perder la vida por la fé que habia recibido.

Fué presentado otra vez Venancio delante del juez, que quiso saber si con la pena habia abierto los ojos y mudado de parecer, y si estaba dispuesto á adorar á los ídolos; mas como le hallase en la misma constancia que ántes, le mandó encerrar en la cárcel, y allí le envió un hombre engañoso y astuto, llamado Atalo, el cual le dijo: que él tambien habia sido primero cristiano, y despues desamparado la fé, por conocer que era locura privarse de los bienes presentes por una esperanza vana de los futuros, y dejar lo que se posee, por lo que nunca ha de venir; que creyese el consejo de quien le habia dado primero ejemplo, y mirase por sí, y obedeciese al prefecto, que le amaba como padre, y tenia lástima de su juventud mal aconsejada, y queria hacerle mercedes; y no quisiese padecer los muchos y terribles tormentos que le estaban aparejados, por perseverar en una obstinacion infructuosa. Conoció el santo los embustes de este ministro de Satanás, y respondióle como sus razones merecian. Fuése Atalo al prefecto, y le dijo lo que pasaba, y que perdia tiempo en querer persuadir á Venancio dejase su religion, porque estaba mas firme que una roca. Mandó el prefecto traer á Venancio delante de sí: y habiéndole reprendido, porque era desobediente á sus mandatos, y perseveraba en su locura, le mandó quebrar los dientes y quijadas, y arrojar en un muladar. De este lugar le sacó el ángel, y luego fué presentado ante un juez de la ciudad; y estando el santo mártir hablando al juez, y dándole razon de su fé, cayó el juez de su tribunal, y diciendo: «Verdadero es el Dios de Venancio, que destruye nuestros dioses,» espiró allí de repente, con temor y admiracion de todos los presentes.

Supo lo que pasaba el prefecto, y mandó echar á Venancio á los leones hambrientos; pero los leones olvidados de la hambre, y desnudos de la crueldad, de que se habia vestido el prefecto, se echaron á los piés del mártir, y se los lamian con tanta mansedumbre, como si fueran corderos, y nó leones. Venancio, sin temor ninguno, y con grande seguridad, se puso á predicar al pueblo, que miraba aquel espectáculo, la fé de Jesucristo, enseñándoles que reconociesen á su Criador, como le reconocian las fieras: pues ellas se amansaban para confesarle, y ellos se embravecian para perseguir á sus siervos. Fué llevado á la cárcel el santo mártir: y al dia siguiente se fué Porfirio al prefecto, y le contó una vision que habia tenido aquella noche, y era: que los pueblos que bautizaba Venancio resplandecian con maravillosa claridad, y el mismo prefecto estaba cercado de obscurísimas tinieblas. Encendióse en grande cólera el prefecto, y mandó que luego al punto degollasen á Porfirio, y que á Venancio le arrastrasen por lugares llenos de cardos y espinas. Hiciéronlo así los verdugos: y dejándole allí medio muerto, al otro dia se presentó el santo mártir al prefecto, que le mandó despeñar de una alta roca; y librándole Dios milagrosamente de la muerte, le mandó segunda vez arrastrar por lugares ásperos y pedregosos, por espacio de mil pasos. Cansábanse los verdugos de atormentar al santo mártir; y él no se cansaba de ser atormentado: á ellos les faltaban fuerzas para dar el tormento; y él las tenia para recibir aquel tormento y otros muchos por amor de Jesucristo; y como si recibiera de ellos beneficio, volvia bien por mal á sus atormentadores; y así, viendo que padecian mucha sed los verdugos, y que no habia cerca agua, hizo la señal de la cruz sobre una piedra, y luego manó de ella una fuente de agua dulce y clara, con que satisfacieron su sed. Dejó señales de sus rodillas en esta piedra, como hoy se ven en su iglesia de Camerino. Por el milagro de la fuente se convirtieron muchos á la fé, y el prefecto mandó que en el mismo lugar los descabezasen á todos con el mismo Venancio. Luego que se ejecutó la sentencia, se levantó tan grande tempestad de relámpagos, truenos y rayos, que el prefecto huyó temeroso del castigo, con que el cielo le amenazaba; mas pocos dias despues, no pudiendo huir de la ira divina, murió infelicísimamente. Los cristianos recogieron los cuerpos de san Venancio y de los otros mártires, y los sepultaron en un lugar decente, y hoy se guardan con gran reverencia en una iglesia dedicada á san Venancio en Camerino, de donde el santo es ciudadano y patron. En un himno, de los que le da la Iglesia, se dice que bañó á su patria con las aguas del bautismo.

El cardenal Baronio en las anotaciones al Martirologio romano, dice: que vió las tablas de la iglesia de Camerino, y las actas de san Venancio y sus compañeros, y que por la demasiada antigüedad tienen algunas cosas borradas, y enmendadas con algunos yerros: por lo cual necesitan de no poca correccion; mas nosotros hemos puesto solamente lo que dicen las lecciones é himnos que le da la Iglesia en el Breviario romano, donde le ha puesto nuestro santísimo padre Clemente X, que fué ántes obispo de Camerino, mandando que se rece de él con el oficio de *semiduplex*.

Algunos hacen obispo á san Venancio; pero esto no puede ser: porque como hemos dicho, tenia sólos quince años, cuando fué martirizado; y por ventura se equivocan con otro santo Venancio, obispo y mártir, de que hace mencion el Martirologio romano á 1.° de abril, como tambien habla de san Venancio abad, á 13 de octubre; mas de nuestro Venancio hace mencion á 18 de mayo, que es el dia en que le celebra la Iglesia, y dice que fué descabezado con otros diez compañeros. Escribe de san Venancio Pedro de Natalibus, y Ferrario en los santos de Italia.

SAN FÉLIX DE CANTALICIO, CONFESOR.—Célebre es la variedad de los santos con que la Majestad divina adorna su

estimada Esposa la santa Iglesia: unas veces con realces de sabiduría, esmaltados de los primores de la virtud, labra preciosas láminas de oro: tales fueron los Gregorios, Ambrosios, Agustinos, Gerónimos, y otros muchos que con su elevada doctrina ilustraron los misterios de nuestra santa fé, confundiendo la hidra de la infidelidad y herejía.

Otras veces, para mostrar lo admirable de su omnipotencia, compone ladrillos de barro, cincelando en ellos las perfecciones de la Jerusalen triunfante. Entre los muchos es uno no vulgar el glorioso san Félix de Cantalicio, á quien no teniendo alguna cultura de estudios, comunicó Dios los tesoros preciosos de la gracia, y altísimos secretos de su divinidad, para ornato de la Iglesia católica, y esplendor de los santos mas elevados de Roma. Nació este siervo de Dios en el año 1513 en las faldas de los montes Apeninos en un pueblo pequeño, cuatro millas distante de la ciudad de Reate, llamado Cantalicio. Sus padres tuvieron cuatro varones y una hembra, y el tercero fué nuestro santo. Vivian aplicados á labrar la tierra, conservando en la simplicidad de rústicos mucha piedad y devocion cristiana.

El abuelo, hallándose con entera salud, pronosticó su muerte próxima: porque muriendo una nieta suya, hija del primogénito, le dijo: «Vete al cielo, santica mia: de mi Dios y de mí seas bendita; y aguárdame, que el sábado iré á buscarte:» lo que se cumplió como habia dicho. De donde los vecinos gustosamente les daban el apellido de Santos, que era propio de su casa; y admirando los preludios de la virtud, que ilustraron á la infancia de san Félix, decian: Santos los padres; ¿qué ha de ser sino el hijo santo? Cuando empieza á rayar el alba, baña al mundo de alegría: nó de otra manera san Félix, en los crepúsculos de su tierna edad, dió muestras de los resplandores de gracia con que Dios le iba disponiendo al gozo y consuelo de los fieles. La pobreza de sus padres no permitió aplicarle á otro estudio que á las rustiqueces del campo: pero criáronle en santo temor de Dios, instruyéndole en los rudimentos de nuestra santa fé, y buenas costumbres; mas los pimpollos de la virtud, que empezaban á despuntar en el alma de este niño, declaraban bien tener superior maestro, que con la virtud de su gracia obraba mas en él, que la humana industria. Oia de tal modo las voces interiores de Dios, que le inclinaban al aborrecimiento del vicio, y á la escuela de la virtud, que no daba oidos á palabras indecentes, ni á acciones descompuestas de los otros muchachos: los cuales si se divertian en alguna travesura pueril, al ver venir al siervo de Dios, reprimiéndose, se avisaban diciendo: Ola, aquí está Félix: mirad que viene el santo. Todos los que conocieron su mocedad, testificaban fácilmente no haber visto en él alguna accion, aunque leve, inmodesta; sí que siempre habian admirado la exterior composicion de su cuerpo y sus costumbres, juntas con una inclinacion especial á todo lo que pertenece á piedad y devocion. Llegado á la edad de doce años, le enviaron á Ciudad Ducal, para servir á Marco Tulio Pico, noble y honrado ciudadano: el cual le destinó á guardar ganado, y poco despues siendo mas robusto en edad, á la labranza de sus posesiones. A uno y otro empeño atendió san Félix con toda diligencia y fidelidad, no olvidando trabajar el propio terreno de su corazon, en el cual el labrador celeste de continuo echaba copiosa semilla de devotos afectos y ardientes deseos de complacer mas á Dios que á los hombres. Las continuas ocupaciones de su oficio no le permitian detenerse mucho tiempo en el templo ni en el retiro de su casa, en donde veneraba con devocion á una imágen de Cristo crucificado, en cuya meditacion habia empezado á gustar no ordinaria suavidad de espíritu; pero hallándose en el bosque ó en el campo, se consideraba casi siempre delante de la divina presencia, y escondiéndose en las cuevas, y entre las espesas arboledas, juntaba las manos, fijos al cielo los ojos y puesto de rodillas rezaba sus devociones locales, y con piadosos afectos hacia de sí mismo una continua oblacion á la divina Majestad. En la noche, observando ya dormidos á sus compañeros en el campo, se levantaba quietico por no ser oido, para irse delante de una encina, en que tenia esculpida la santísima cruz, y allí postrado meditaba con ternura la pasion y muerte del Señor, derramando copiosas lágrimas: luego con la disciplina que tenia prevenida, azotaba con toda su fuerza su tierno cuerpo. Al sacrosanto sacrificio de la misa tenia especial afecto de devocion: y porque la obligacion de su oficio le quitaba la libertad de asistir á él todos los dias, como deseara su espíritu; mientras atendia al trabajo del campo, levantaba la mente y corazon al sacerdote que sacrificaba en el altar; y mereció por esta extraordinaria piedad y reverencia á los divinos misterios, que fuese con milagros aprobada del cielo su devocion; pues sucedió muchas veces, que en un mismo tiempo se hallase en la iglesia asistiendo al sacrosanto sacrificio, y labrando la tierra en el campo; y referido á su amo, quiso certificarse de la verdad, y vió con grandísima admiracion á su criado Félix, que con el arado labraba sus posesiones en ocasion que asistia á la misa dentro del templo, todo entregado á la contemplacion de este sacrificio sacrosanto.

Continuó nuestro santo al servicio de Tulio, quedando todo ese largo tiempo muy satisfecho su amo de la bondad de Félix, y fidelidad en el trabajo. Llegaba ya cerca de los treinta años de su edad, cuando sintió mucho mas de lo ordinario inflamarse su espíritu en los deseos de mayor perfeccion. No sabia leer, ni ménos conocia las letras; pero gustaba que otros le leyesen algun libro devoto, á que atendia con mucha piedad. Habiendo un dia oido á un pariente suyo que le leia las vidas de los santos padres del yermo, aficionóse sobremanera á aquel modo de vivir desviado del trato comun, que inclinó á su ánimo á la vida eremítica; pero despues de haber formado sobre esto varios discursos, y encomendado á Dios que le inspirase lo que era mas de su agrado; pareciéndole ser el estado de solitario libre, y expuesto á innumerables engaños del demonio, se resolvió abrazar el instituto de los padres capuchinos; juzgando podria en él cómodamente satisfacer á la quietud de su espíritu con la abstraccion de lo mundano. Comunicó esta determinacion con aquel su pariente, que le leia el libro; el cual atendiendo á la aspereza y rigor de la religion que queria emprender, temiendo que despues de emprendida no le obligase á volver atrás, le aconsejó que abrazase otra de mas latitud. Pero Félix con ánimo intrépido, deseoso de ser todo del servicio de Dios, dijo: ¿Qué me propones instituto ménos estrecho? Verdaderamente ó he de ser César, ó nada he de ser. Aunque tenia tan bien arraigada en su alma la semilla de la vocacion celestial, dudando si acaso era Dios quien la habia sembrado, puso alguna dilacion en cumplirla: y la Majestad divina le sacó de esta duda con una amonestacion pa-

terna, pero algo áspera. Rogóle un dia cierto amigo suyo, que domase unos novillos enseñándoles á llevar el yugo: atólos al arado, en ocasion que llegó su amo, y los brutos se embravecieron de manera, que coceando desenredaron la cabeza de las cuerdas, y empezando con gran furia á correr, dieron con el siervo de Dios en tierra, y arrastraron el arado y reja sobre el pecho y rostro del santo; pero el Señor, que habia dispuesto tal accidente, nó á fin de privarlo de la vida, sino para ejercitarlo á estado de vida mas perfecta, ordenó que el arado le rompiese solamente los vestidos, dejando su cuerpo sin el menor daño: con este evidente milagro le manifestó el Señor que le reservaba para mas alto empeño, cuya ejecucion debia solicitar sin mas tardanza. Entendió san Félix lo que pretendia Dios con este peligroso suceso, y puesto luego de rodillas, dándole gracias de haberlo librado de la muerte, profirió estas palabras: Conozco mi Dios, lo que quereis de mí: veisme ahí pronto á obedeceros; y renovó la promesa de no diferir mas la entrada en la religion. Partióse luego á casa de su amo, á quien manifestó la nueva determinacion hecha: y siendo con él acreedor de algun dinero, dispuso del alcance á favor de los pobres, y pidió perdon á todos de los escándalos que habria dado; y sin mas tardar, se encaminó á la ciudad de Roma, suplicando al Señor se dignase conducir á buen éxito sus santos deseos. Gobernaba en aquel tiempo el convento de capuchinos de Roma el padre Bernardino Astense, varon de admirable virtud y singular prudencia: á este se presentó Félix, descubriéndole con humildes palabras el deseo de su corazon; y el venerable padre examinó su vocacion, con representarle la aspereza de la religion, y la continua mortificacion de sentidos y de la propia voluntad á que debia sujetarse hasta la muerte: y por hacer mejor experiencia de esta vocacion, añadió algunas palabras ásperas y de desabrimiento, tratándole de inútil para el servicio de la órden; y lo halló siempre de un ánimo invicto é inalterable: por lo que le aseguró del hábito de la religion; aprobó su espíritu y su vocacion y lo envió al provincial, que entonces era el padre Rafael de Volterra, el cual despues de haberlo recibido con agrado y de nuevo examinado, le admitió para lego, y lo remitió para hacer el noviciado al convento de Anticoli. Entretanto que el siervo de Dios esperaba la obediencia de poderse vestir el santo hábito, visitó los mas devotos santuarios de Roma, dando gracias á la divina bondad con grande fervor de espíritu y lágrimas de contento, porque se dignaba sacarlo de los peligros del mundo.

Habiendo llegado san Félix al convento de su destino, se estuvo ocho dias entre los novicios en hábito seglar, conforme la costumbre de la órden. Fué despues vestido del santo hábito con grande consolacion de su alma, quedándole el mismo nombre de Félix: presagio de la felicidad eterna, que por medio de este instituto se le prometia. Alistado á la seráfica milicia, desafió á su propio cuerpo, á quien reconocia por capital enemigo, á tolerar toda suerte de trabajo y mortificacion, en ayunos, disciplinas, vigilias y otras asperezas; y al mismo tiempo que con esto privaba al cuerpo de toda suerte de alivio, estudiaba en dar la celestial consolacion á su alma; era incansable en las oraciones vocales y mentales; estaba inmoble en oir y servir á los divinos sacrificios; con grande prontitud obedecia los mandatos é insinuaciones de cualquier religioso, y á todos servia con alegría y caridad, reputándose inferior, trabajaba lo posible para guardar su corazon inmaculado. No pudo el demonio sufrir los progresos de virtud con que este novicio excedia en la perfeccion á muchos religiosos mas antiguos de la órden: tentó con varias artes y sugestiones apartarlo de la carrera de tan heroica virtud. En el sueño que tomaba, molestábale con varias ilusiones de cosas impuras: en la oracion representaba á su entendimiento imágenes lascivas y le infundia tedio, á fin de que dejase este ejercicio, á que empezaba aplicarse con fervor de espíritu. Otras veces le asaltaba con fuertes tentaciones de fé y de vanagloria, que le ponian en terror y espanto.

Contra estas diabólicas artes, el fervoroso novicio se defendia con el escudo de la continua oracion y de la humildad profunda: y reconociéndose flaco para resistir por sí mismo, acudia con confianza á la proteccion de la divina gracia; mas no faltaba en manifestar todas sus tentaciones á su padre maestro: y con esto y con las pláticas que le oia, recibia nuevo ánimo para resistir á los fieros asaltos del enemigo. Una de las fuertes tentaciones que Félix en el tiempo del noviciado padeció, fueron unas cuartanas prolijas, que debilitándole el cuerpo, afligian á su alma con el temor de ser excluido de la compañía de los religiosos; pero por mas que se le agravase la cuartana, no aflojó un punto en el camino empezado, estimándose mucho mas morir novicio bajo el duro peso de la mortificacion regular, que vivir aliviado de la carga. Cuando el Señor fué servido de quitarle este accidente penoso y librarle del afan que le ocasionaba la duda de si podria perseverar en la órden, rindió las debidas gracias á Dios, y con mayor fervor de espíritu renovó los propósitos y se entregó del todo á su servicio. Llegado Félix al término del noviciado con plena satisfaccion de los religiosos, le admitieron á la profesion en el convenvento del Monte de San Juan: despues fué luego enviado á Tívoli, bajo la direccion del padre Miguel de Susa, religioso adornado de mucha virtud, el cual le instruyó con toda diligencia en el camino de la perfeccion á que el profeso con tanto fervor anhelaba; y fué admirable el progreso que hizo en toda suerte de virtud. Propuso firmemente observar el mas mínimo precepto y ceremonia de la religion, y con todo el rigor posible los votos prometidos á Dios y al seráfico padre. Buscaba con ansia las ocasiones de ser despreciado y mortificado, no reputándose ménos dichoso en los oprobios de los hombres, que feliz con las gracias.

Habian discurrido cuatro años que Félix vestia el santo hábito, y certificados los superiores de su virtud, le destinaron al oficio de limosnero: empleo que pide integridad de vida mas que ordinaria, especialmente habiéndose de ejercitar en Roma, ciudad ilustre, populosa y grande. Aplicóse á este ejercicio con todo cuidado, considerando que Dios queria ser servido de él no ménos por las plazas que por los claustros. Era Félix de robusta complexion, hábil para el trabajo y la fatiga: no le espantaban incomodidades; porque la ardiente caridad que residia en su corazon alijeraba la carga de su cuerpo. Por las calles iba casi siempre con la mente elevada en Dios, y con los piés descalzos, llamándose, como otro David, *el Asno*. Gustaba tanto el siervo de Dios de servir á los religiosos en este oficio, impuesto de la obediencia, que si ocurria salir del convento para otro negocio, tenia empacho de compa-

recer en la ciudad sin la alforja sobre sus hombros.

Continuó por espacio de cuarenta años en este ejercicio, con tanto contento de su alma, que jamás pronunció una palabra de queja, ni aun cuando se le disminuia la robustez de las fuerzas con el crecer de los años. Hallándose el santo una vez en la presencia del cardenal de San Severino, que era protector de su órden, el compañero tomó ocasion de rogar al purpurado, que quisiese ordenar á los superiores, exonerasen á Félix de aquel ejercicio, ya que se hallaba cargado años. Asintió á esta pia instancia el cardenal; pero primero deseó saber el parecer del santo: el cual humildemente le dió esta respuesta: Eminentísimo señor, no conviene que el soldado muera sin las armas en las manos: mis prelados me han destinado á este oficio: dejémoslos á ellos; que mejor que yo saben lo que me conviene. Quedó el protector muy edificado de la virtud del santo. Semejante respuesta dió á otro religioso que le aconsejaba procurase con los superiores eximirse de esta carga; pues le dijo: En esta alforja he colocado mi tesoro; y ¿quereis que haga tan poca estima de él, que permita y aun procure que otros me lo quiten? Conocia bien ser aquel particular oficio el estado de su vocacion. No se puede con bastantes palabras explicar la comun satisfaccion que todos los religiosos tenian de la caridad del santo en el servicio de la comunidad, pues todos admiraron la prontitud en el trabajar, la constancia en el padecer, y la humildad en abatirse á los ministerios mas despreciados. No fué menor la edificacion que dió san Félix al pueblo romano: porque observando la gente una extraordinaria modestia en su trato, una brevedad en el hablar, una extrema compostura en el cuerpo, una serenidad imperturbable en el rostro, una caridad fervorosa y compasion tierna con todos, todos le ofrecian con gusto lo que era necesario al sustento de los religiosos enfermos y sanos, y acudian á sus oraciones con grande confianza, por cuyo medio lograban del Señor singulares bendiciones y gracias.

Esta opinion de su bondad singular corria no solo por el vulgo, mas tambien se extendia por las casas de los ciudadanos, por las familias de los nobles, y por los palacios de los grandes. Si bien Félix se ocultaba cuanto le era posible de la presencia de todos, contentándose con recibir la limosna de los criados; pero era muchas veces constreñida su humildad á ceder á los piadosos deseos de los señores que salian á verle para recibir su bendicion, y besar su santo hábito. Sucedió no pocas veces, que los primeros señores de la córte, prelados y cardenales, encontrándole por la calle, hacian parar sus carrozas para recomendarse á sus oraciones. El cardenal Capisucchi, curado milagrosamente por las oraciones del santo, le respetaba con grandísima reverencia. El cardenal de San Severino le llamaba muchas veces para oir su conversacion devota, no desdeñándose de recibir de él amostaciones saludables. El cardenal Montalto, que asumpto al pontificado se llamó Sixto V, encontrándole por la ciudad le pedia del pan que habia recogido de limosna; y cualquier que fuese, negro ó blanco, lo ponia en la mesa, y con extraordinaria devocion lo gustaba. Al fin todos á porfía se esmeraban en obsequiar á Félix; pero él vivia tan abstraido de las cosas del mundo con la presencia de Dios, que siempre llevaba, que no hacia caso de las cosas del mundo: con que, ni los palacios, ni los campidolios, ni las plazas, ni las calles, ni las tiendas, ni las carrozas, ni las fuentes, ni los príncipes, ni los cardenales, ni las fiestas, ni los juegos, ni todos los divertimientos de Roma le apartaron un punto de la presencia de Dios; pues cuanto se le representaba material á la vista, lo convertia Félix en espirituales meditaciones, y subiendo por la hermosura, grandeza y estimacion de lo criado, se fijaba á contemplar la hermosura, variedad, grandeza y estimacion de lo divino. Fué creciendo en años, y con los años en las virtudes: la piedra fundamental que puso para su oficio espiritual, fué la humildad: tan bajamente sentia de sí mismo, que se reputaba no solo indigno de llevar el santo hábito, sí aun del nombre de fraile menor: por esto en su estimacion se reconocia como á fámulo y criado de todos, y aun, como ya tengo dicho, el jumentillo de todos: y tanto mas resplandecia en esta virtud, cuanto mas se miraba honrado de los señores, cuyas honras le ocasionaban extraordinaria afliccion de espíritu, de manera, que deseaba ser totalmente deformado en el rostro, para que todos le aborreciesen: en otra ocasion confesó con sinceridad de su ánimo, que estimara mas ser despedazado por las calles de Roma, que respetado de las gentes. Encontrándole una vez algunos señores devotos y familiares suyos, sabiendo bien el aborrecimiento que tenia Félix á las honras, le dijeron por burla que el papa le queria promover al cardenalato: á que sin simulacion respondió, que de buena gana suplicaria á su bondad mandase atarle en un palo como á ladron. Cuando alguno queria besarle la mano, luego la retiraba, y solo le presentaba el hábito para que conociese que la reverencia no se debia á su persona, sino al honor del santo hábito.

Si alguno, ó por desahogo de su pasion, ó por prueba de la virtud, le ultrajaba con palabras, concebia entonces en su corazon un grande júbilo, que resaltaba aun en lo exterior de su semblante. Hallándose un dia en casa de un prelado, ciertas personas le dijeron que era un hipócrita y un ladron de limosnas; y él con un rostro sereno agradeció humildemente los dichos, rogándoles que alcanzasen de la divina bondad gracia para enmendarse. Acostumbraba muchas veces á recoger flores en los jardines de los devotos, para llevarlas á los enfermos; y volviendo un dia de un huerto, en donde habia recogido purpúreas rosas, queriendo hacer experiencia su compañero de la humildad de Félix, que tanto por el mundo se celebraba, tomó y formó de ellas un ramillete, y se lo puso en su oreja. No rehusó el santo viejo el presente, ántes con un rostro muy alegre prosiguió el camino: y viendo el compañero, que á tropel venia la gente hácia Félix, se lo quitó, diciéndole: ¿No te avergüenzas, que vienen seglares? ¿Qué dirán con esas rosas en tu oreja? ¿Qué me importa? respondió el santo: formarán juicio que soy un loco, y no se engañarán; porque lo soy. A un sacerdote le vino pensamiento de enviar á Nápoles algunas crucecitas, como lo ejecutó: y para dar á ellas mas crédito, escribió una carta, diciendo que eran fabricadas por las manos del gran siervo de Dios, Félix de Cantalicio. Cerrada la carta se fué el sacerdote al siervo de Dios, suplicándole le diese algunas de sus cruces; pero lo halló con un rostro severo: y preguntando la causa, le dió san Félix esta admirable respuesta: ¿No se avergüenza su reverencia, siendo un sacerdote que todos los dias celebra, de escri-

bir una carta tan claramente falsa? Me publica por santo, y soy el mayor pecador del mundo. Rasgue la carta, que con mentira quiere enviar á Nápoles. Quedó el sacerdote pasmado, y mas del humilde concepto que concebia Félix de sí mismo. En otra ocasion, conversando familiarmente con san Félix un confesor, le dijo: Félix, tres y cuatro veces feliz y dichoso. No permitió el siervo de Dios, que pasase mas adelante; ántes le dijo: No me digas tres y cuatro veces feliz; sino tres y cuatro mil veces malvado.

¿Qué diremos del celo que tuvo Félix de la virtud de la pobreza? Todo el discurso de su vida llevó un hábito estrecho, corto, y por dentro y fuera remendado: si en algun rincon del convento hallaba algun remiendo de paño viejo, lo guardaba para ponerlo en su hábito, y solia decir, que aquellos pedazos eran sus brocados. En aquel poco tiempo de su vejez, que por órden de sus superiores llevaba sandalias, eran tan rotas, que apenas podian defenderle sus piés. En la celda no tenia mas alhajas que una cruz de madera y las alforjas pendientes de una estaca. Al dinero tenia tal aborrecimiento, que poniéndole un dia un colegial, llamado Marino, una moneda de plata en la alforja, sin advertirlo el siervo de Dios, exclamó luego: ¡Jesus, Jesus, Jesus! La serpiente, y nó otra cosa, está en la alforja: ¡ó qué peso! Retiróse al pórtico de la iglesia de San Eustaquio, y descargó toda la alforja del pan, y vista la moneda, la echó al lodo, y con el desprecio demostró bien el afecto que tenia á la santa pobreza.

A esta virtud añadió, como á fiel compañera, la obediencia; pues apenas se vistió el santo hábito, se desnudó de su propio querer, sujetándose á la disposicion de los prelados, sin alegar jamás excusas, ni demostrar repugnancias; de manera que los prelados andaban advertidos en no manifestar aun de burlas su voluntad, porque luego Félix recibia cualquier dicho de ellos, como si fuesen rigurosos preceptos. Sin el consentimiento y voluntad expresa de los superiores no obraba cosa alguna, aunque perteneciese á su ministerio, ó á la caridad de los enfermos. Era pronto en dejar su propio parecer, y no emprendia mortificacion alguna, que primeramente no tuviese el mérito de la santa obediencia. Vióse ser así, cuando un guardian, para hacer mayor prueba de la virtud de Félix, le impidió los ayunos de pan y agua, que hacia todas las semanas; pues sin turbarse y rin repugnancia recibió la órden, y con la misma satisfaccion que ántes ayunaba, comia despues lo que le ponian delante: y viendo entonces el prelado la obediencia y rendimiento de Félix, le dió licencia para volver á sus abstinencias acostumbradas. Ordenóle tambien el cardenal protector, que dejase la austeridad de andar descalzo: ejercicio que habia practicado con consentimiento de los prelados por muchísimos años: no obstante, recibido el precepto del eminentísimo protector, buscó sandalias para sus piés, y no hallándolas hasta la mañana, le ocurrió la duda si habia cumplido con su obligacion, por la tardanza. Manifestóla á su superior, y le respondió: Cuando falta la posibilidad, basta la prontitud del ánimo.

Brilló no ménos en el alma y cuerpo de san Félix la virtud de la castidad, mostrándose en todas sus acciones inocente y casto. Cuantos en el siglo le conocieron, fueron testimonio de su pureza. No se vió jamás que levantase los ojos para mirar el rostro de ninguna mujer. Las avecillas que se desdeñan de andar por la tierra inmunda, volando por el puro elemento del aire, se mostraban muchas veces con san Félix muy familiares. Hallándose una vez descansando en la huerta, unas volaban al rededor de él, otras se le ponian sobre su cabeza: unas llegaban á sus hombros, otras le rodeaban el pecho, lisonjeándole con sonoro canto. Hallándose en la casa de cierta mujer devota de la órden, llamada Magdalena Titillina, tomando san Félix un pedazo de pan en sus manos, vinieron unas avecillas á cogerle las migajas que le caian de sus manos. Para conservar san Félix esta heroica virtud de la pureza, cual otra azucena, que se defiende con las espinas, defendia á su cuerpo con los abrojos de ayunos; pues observaba exactamente las siete cuaresmas de su seráfico patriarca, y sin estos hacia cada semana tres ayunos con solo pan y agua, y tambien en todas las vigilias de la Vírgen santísima y en los tres últimos dias de la semana santa. Poquísimas veces comia carne, ni bebia vino: y cuando era constreñido á subvenir la necesidad del cuerpo, echaba agua ó ceniza en la comida, y siempre tomaba los mendrugos ó zoquetes de pan mas duro, teniéndolos aun como á regalo. Persuadiéronle los religiosos, movidos de caridad, que comiera un poco de pan mas tierno; pero nunca, aunque viejo, condescendió, diciendo que era sobrado regalo, y que el pan duro y negro era mejor para los religiosos, y el pan tierno y blando se administra en las mesas de los grandes. Con lo erizado del invierno se le abrian los talones de sus piés, sacando de ellos mucha sangre; y la medicina que aplicaba, era coser las extremidades con un cordel, con cuyo remedio mas acrecentaba el dolor que curaba la llaga. El sueño que tomaba era tan breve que no pasaba de dos horas, y tan incomodado, que dormia sin extender el cuerpo, teniendo por almohada un madero, ó unos sarmientos, y unas tablas por descanso, pero llegando á la ancianidad, puso por obediencia sobre ellos un poco de paja. ¿Qué diré del rigor de sus disciplinas? Tres veces de dia y otras tantas de noche las tomaba en la bóveda de los difuntos, ó en la iglesia, y se encarnizaba con tanto rigor contra el cuerpo, que quitándose el hábito no dejaba en él parte sana. Fué esto una vez observado de fray Anselmo, que escondido en lugar secreto, para esplorar los rigores de sus disciplinas, le vió entrar ántes de los maitines en la bóveda, y desnudándose el hábito, daba profundos suspiros, y hablando con los difuntos hermanos allí sepultados, les decia: Vosotros habeis corrido ya vuestra carrera y hecho vuestro deber; la imitacion de vuestros rigores queda á mi cargo. En otra ocasion el padre Alonso Lobo, varon insigne en letras y en virtud, cuyo cuerpo quedó despues sepultado en el convento de capuchinos de Barcelona, llamado Monte Calvario, queriendo certificarse de los sangrientos ejercicios que hacia san Félix por la noche en la iglesia, se escondió dentro del púlpito, y vió que Félix se postraba delante del altar mayor, y despues de unos devotos y fervorosos coloquios acompañados de suspiros, se despojó el hábito con tanto fervor, que por largo espacio descargó sobre sus carnes fuertes golpes con una áspera disciplina; tanto, que no pudiendo el corazon del venerable Alonso sufrir tan cruel descarga de disciplinas, levantó la voz y dijo: Basta, basta, fray Félix, no mas, no mas. Quedó el siervo de Dios afligido de verse descubierto, y conociendo por la voz que era el padre Lobo, le dijo:

Dios os lo perdone, padre. Tal era el rigor de Félix contra su cuerpo, que parece no tener otro deseo que maltratarle, y á ese fin solia llevar una cota de malla á raiz de sus carnes, aun cuando visitaba las siete iglesias de Roma.

Movido del mismo afecto que tenia á las penalidades, con aborrecimiento de sí mismo, sufria con admirable paciencia las enfermedades. Apretóle en una ocasion con mas vehemencia que otras veces un dolor cólico, y visitado del médico, llamado Lorenzo Gallardeo, le preguntó ¿cómo lo pasaba? Respondióle sonriéndose: Este cuerpo quiere huir del azote, pero mal de su grado ha de aguantarlo. Animóle el médico con decirle: Recurrid á la divina asistencia, é invocad el nombre dulcísimo de Jesus, que al sonido de este nombre recibireis enteramente la salud, así como con él la dais vos á otros. Replicóle entonces san Félix, y le dijo: Habeis de saber que si yo me habia de librar de esta dolencia pronunciando el nombre de Jesus, jamás por esto lo haria, porque si Dios es el que me visita con estos dolores, ¿por qué quereis vos que yo me libre de ellos? á lo ménos con estas leves penas sufridas con paciencia, quiero mostrarme agradecido á las penas y dolores que por mí pasó el Redentor. Otras veces, cuando mas fuertemente le oprimia el dolor, se ponia á cantar algunas endechas espirituales, y preguntándole los religiosos cuando le visitaban sobre el estado de su dolencia, les respondia: ¿Qué decís vosotros de dolencias? Son rosas y flores que produce el paraíso, y las distribuye Dios á sus amados.

No fué menor la constancia de ánimo que tuvo siempre san Félix en soportar todo lo adverso, con injurias, baldones, reprensiones y desprecios; pues jamás por ellas perdió la serenidad del rostro, ni la tranquilidad del alma. Quiso hacer prueba un religioso en presencia de otros, pues asaltándole de improviso, prorumpió en estas palabras: Demasiado abusas, fray Félix, de la paciencia del Señor y de la religion; yo no comprendo cómo los superiores pueden soportar esta tu loca simplicidad, con la cual ofendes á los religiosos, y escandalizas á los ciudadanos. Pero el siervo de Dios, conservando el semblante sereno, rindió las gracias al padre por el buen cuidado que tenia de su espiritual salud; y con esto, todos los circunstantes conocieron bien que fray Félix era soldado veterano y prevenido de armas para resistir á los insultos, en la escuela de Jesus. Encendido con estos deseos de tolerar cualquiera pena por el amor de Jesucristo, cuando visitaba á los enfermos, levantaba los ojos al cielo, y deseaba trocar las penas de los dolientes con la entereza de su salud. En cierta ocasion, viendo á un religioso mozo, penitenciado por su prelado en público capítulo por levísimos defectos, ó por ejercicio de virtud, como se acostumbra hacer, sintió un ardiente deseo de tales mortificaciones, y postrándose en medio del capítulo, pedia á los superiores le mortificasen á él con las penas, pues era él reo de gravísimas faltas.

Estendióse la caridad de san Félix con los sanos, y con los enfermos en el cuerpo: á aquellos socorriéndoles, si vivian divertidos, con pláticas espirituales, y con el singular ejemplo que procuraba darles; á estos, visitándoles en sus dolencias, exhortándoles á la paciencia con suaves palabras, sirviéndoles en sus necesidades, y aun con licencia de los prelados, buscándoles algun regalo, y de todo esto resultó librar á no pocos de los males del cuerpo, y á muchos de los males del alma. Un dia habia de hacerse en Roma una procesion solemne, y movido de caridad y bien de los prójimos, dijo á su compañero, que él estaba determinado á predicar al pueblo en aquel dia. Salióse del convento con un paso muy grave, con los ojos muy bajos, y con los piés descalzos, y se encaminó por la calle de mas gente, por donde habia de pasar la procesion, y volviéndose luego al convento, preguntóle el compañero, si acaso se habia olvidado del sermon, que movido de la caridad con los prójimos deseaba hacer aquel dia; y el santo le respondió, que desde la salida del convento hasta la entrada no habia hecho otra cosa que predicar; pues el buen ejemplo y la mortificacion de sentidos era una elocuente y muda voz para salvar las almas. Mas, otras veces cuando iba por la ciudad, si encontraba personas viciosas, ú oia algunas palabras descompuestas, ó hallaba algun jóven en las puertas sospechosas, los reprendia movido de caridad, y les decia acercándose á sus oidos. ¡Ah pobrecitos, cómo os despeñais! ¿No veis que estais á las puertas del infierno? En otra ocasion pidió una limosna á una señora devota de la órden, y poniéndose esta á conversar con san Félix, no le respondia. Admiróse de la novedad la señora, y viendo que derramaba san Félix amargas lágrimas, le preguntó la causa, y de tan estrecho silencio. Respondió entonces san Félix: No tengais á mal el oirme, que no puedo callar, movido de caridad por vuestro provecho; creedme, que vos ofendeis á Dios, y no poco á vuestra reputacion, andando con el pecho descubierto. Oyendo esto la mujer, cubriéndose el pecho y derramando amargas lágrimas de dolor, exclamó: Sea, fray Félix, bendita tu lengua. Otras veces, si venia á su noticia que alguna persona noble fuese murmurada por la ciudad, movido de su salud espiritual iba á su casa, é introduciendo alguna devota conversacion, le manifestaba con sagacidad el hecho que corria contra su reputacion y contra su honor, con el peligro de su alma, y cuando no se enmendaban con eficaces persuasiones, ó negaban el hecho, el santo repetia los avisos con mas ásperas palabras.

Hallándose en la casa de un abogado, vió le enviaban de regalo una ternera con una carta, y mientras el señor doctor leia la carta, dió la ternera unos mugidos. Tomó de esto ocasion el santo, y avisó al señor doctor de la recta administracion de la justicia, diciéndole: ¿Entendeis con vuestras letras el lenguaje de esta ternera? Mirad que os convida á que juzgueis á favor del que la envia; mirad lo que hareis, porque semejantes regalos son la condenacion de muchas almas; y entonces el abogado agradeció el aviso del santo.

Es donoso el caso que sucedió con doña Felicia Colona. Habíale prometido san Félix algunas crucecitas, de las que distribuia á las personas bienhechoras; en el ínterin se las pidió otra persona, á la cual no pudo negárselas: llegando despues san Félix á la presencia de esta dama, le preguntó por las cruces: respondiendo que ya las habia distribuido, porque se las habian pedido, le dijo: Oh ¡qué linda cosa, prometer y no cumplir! No cayó en tierra esta palabra, porque prontamente dijo san Félix á la señora: ¡Ah señora, cuántas cosas prometemos á Dios y no las guardamos!

De aquí resultó, que aun las personas que en aquel tiempo resplandecian con fama de santidad, procuraban

tener con él estrecha familiaridad; como fueron el padre Perciano Rosa, confesor de san Felipe Neri, el padre Marcelino de los franciscos observantes, famosísimo predicador y hombre de mucha virtud, y sobre todos el santo fundador de la congregacion del Oratorio, san Felipe Neri, pues mutuamente tenia con san Félix santos coloquios. Hallóse san Félix en el aposento de san Felipe, y se arrodilló á los piés de este pidiéndole la bendicion, y este santo se arrodilló tambien á los piés de san Félix, diciendo que por esta vez queria ser de él bendito, y no queriendo ceder el uno al otro, perseveraron arrodillados y abrazados mucho tiempo en esta humilde contienda, y merecieron ambos ser largamente benditos de Dios.

En otra ocasion vió san Félix de léjos á san Felipe, apretó el paso, y postrándose á sus piés le besó la mano, y el santo, hecho un Etna de amor divino, le abrazó, y para mas enfervorizarse, se decian mutuamente estas palabras: Quiera Dios te vea yo quemado; y respondia el otro: Quiera Dios te vea yo despedazado. Ojalá te cortasen las manos. Ojalá, decia el otro, te cortasen la cabeza. Véate yo azotado por Roma. Véate yo, respondia el otro, echado al Tíber con una rueda de molino pendiente al cuello. Tambien otra vez encontrando san Félix á san Felipe, le preguntó si tenia sed, y le respondió que sí: Pues ahora, dijo Félix, quiero ver si sois al mundo mortificado. Sacó el frasco de vino de la limosna, y se lo dió á beber. Acudió mucha gente, y mas edificados que admirados, decian: ¿No veis cómo un santo da de beber á otro santo? Despues san Felipe Neri, vuelto á san Félix, le dijo: Yo tambien quiero hacer prueba de vos; y quitándose el sombrero se lo puso en la cabeza, ordenándole que de esta manera anduviese por Roma, prosiguiendo su curso; y así fué, hasta que enviando san Felipe á uno, despues de haber Félix seguido muchas calles con escarnio de los muchachos, le quitó el sombrero de la cabeza. No tanto era todo esto para despreciar al mundo, cuanto para reducir y convertir con el desprecio y encendida caridad á las almas.

Si en Félix fué ardiente la caridad con los prójimos, convirtiendo á muchos con el ejemplo, con obras, con desprecios y con palabras; no ménos lo fué la caridad y amor de Dios que residia en sus entrañas, pues que por ella mereció tener alguna vez al niño Jesus en sus brazos. Una vez, despues de una hora de oracion junto á la puerta de la iglesia, corrió al altar mayor diciendo: ¡O Jesus mio! ¡O dulce amor! Y vió luego sobre la mesa á Jesus, niño; tomóle en sus brazos, apretóle en el seno de su corazon, dióle afectuosísimos ósculos, vertiendo al mismo tiempo de sus ojos tiernísimas lágrimas. Otra vez el venerable padre Alonso Lobo, una noche ántes del dia del Nacimiento de Jesus, vió á nuestro san Félix, que inflamándosele el corazon, se iba acercando al altar del santísimo Sacramento, suplicando con eficaces instancias á la Vírgen santísima, se dignase concederle á su santísimo Hijo, cuando de repente la misma Vírgen, con rostro benigno y risueño, se lo puso en sus brazos. Y si la pia y suave aficion al nombre de Jesus es tambien indicio del amor de Dios, segun la censura de san Bernardo, buenos indicios tenemos de este amor divino en san Félix, teniendo frecuentemente en sus labios á tan dulcísimo nombre. No habia para Félix deleite tan grande, como pronunciar tan suave nombre, y jamás lo pronunciaba sin muchas lágrimas que salian de devocion. Era un nombre en su estimacion y en su voluntad, amable sobre todas las cosas; en su boca era una miel, en sus oidos un sonoro canto, en su corazon un celestial néctar; por esto, en hallando muchachos, ó ya en las calles, ó ya en las casas, les enseñaba á decir á voces este nombre *Jesus*, y en oyéndole, sentia en su pecho el mismo afecto y el mismo ardor que percibia al pronunciarle. Llevado de tan dulce aficion, habia compuesto unos versos en metro rudo, sin medida ni arte, pero llenos de espíritu, los cuales, ó cantaba él solo, ó los daba á las doncellas que solia hallar en las casas de los caballeros, ensayándose á tocar clavicordios.

Así desahogaba Félix los incendios grandes con que se abrasaba su corazon, y de este amor le nacian los continuos éxtasis y arrobamientos que padecia, y fueron testigos de ellos varias personas, oyéndole al mismo tiempo suaves palabras que decian: ¡O Jesus mio! O dulce amor! Al fin, si habíamos de referir todas las virtudes de este santo, podríamos formar un libro muy voluminoso; quien quiera verlas y saberlas, acuda á los Anales del padre Zacarías Boverio, pues sin las que aquí sucintamente se refieren, hallará otras muy difusas como la grande paciencia en los trabajos, el fruto admirable que hizo en las almas, la poca familiaridad que tenia con parientes y extraños, la oracion continua y el espíritu de profecía con que penetró los sucesos mas ocultos. Viendo el Señor á Félix adornado con tantas virtudes, le honró haciendo por él muchos milagros de diferentes clases, aun viviendo. Referiré aquí algunos. Ana Borromea, madre del gran maestre de campo Colona, que padecia un vehemente dolor de cabeza, haciéndole la señal de la cruz, al momento la curó. A la marquesa del Valle que padecia un dolor de costado, aplicándole la cruz de su rosario, al puntó sanó. A Fulvio Frisco, muchacho de siete años, á quien un humor copioso corrido á los ojos tenia totalmente ciego, confiando que Fr. Félix, capuchino, le habia de restituir la vista, lo llamó, y acudiendo, le dijo: ¿Crees, hijo, que la señal de la cruz te puede librar de tu ceguera? Respondió el muchacho: Creo. Tocóle los ojos con sus manos, formó sobre ellos la señal de la cruz, y luego vió. Julio Jacomello, enfermo de una calentura ardiente, con un dolor de costado, fué curado, poniéndole el santo varon la mano sobre el lado izquierdo. Yendo el siervo de Dios con su compañero pidiendo limosna, llegó á una casa donde se oian grandes llantos; y preguntando la causa de ellos, salió una mujer llena de lágrimas, y le dijo: ¡Ay de mí, Fr. Félix! á mi hijo he ahogado esta noche imprudentemente en la cama: mi marido ha de matarme. Compadecióse el santo varon del sentimiento y del peligro de la muerte de la mujer, y le preguntó: ¿Dónde está tu hijo? Ven, le respondió, que lo verás sobre una mesa. Viólo, y luego dijo: No está muerto, sino durmiendo. Tomóle ambas manos: dióle un bofeton: abrió los ojos el muchacho, y lo entregó vivo y alegre á su madre. Salióse san Félix de la casa, cerrando la puerta, porque nadie por entonces saliese á publicar el caso.

Ya el bienaventurado san Félix habia llenado de merecimientos sus dias en los setenta y cuatro años de edad que corria; y la bondad inmensa de Dios, queriendo que tuviesen fin sus penalidades, sus virtudes el premio, y su bienaventuranza el principio, le manifestó en la oracion de la mañana la hora de su tránsito de esta vida, y muchas

otras cosas que ántes y despues de su muerte habian de suceder como el mismo santo las declaró. A Pedro Mongilio, desahuciado de los médicos por una recia calentura, tomándole por la mano, le dijo: Estad de buen ánimo; que vos presto cobrareis la salud, y primero moriré yo. A Lucrecia Crescencia, próxima á la muerte por su indisposicion, la dijo: No dudeis, hermana, que vos cobrareis la salud, y yo dentro poco tiempo he de salir de este mundo: y así fué; pues no convalecida del todo la señora, ya Félix puso término á su vida. Otra vez pidiendo limosna al mayordomo de Alejandro Olgiato, el santo varon la tomó y dijo: Hermano Juan, ya no volveré mas á pedirte; pero te encomiendo á mis hermanos los capuchinos, que los ames de corazon. No entendió por entonces el sentido de las palabras; pero dentro pocos dias, oyendo decir que era muerto, las entendió. Poco ántes que enfermase el santo, le preguntó su guardian: ¿cómo se hallaba de salud? Muy bien por ahora, le respondió; mas cuanto ántes pondré fin á esta mortal vida. Uno ó dos meses ántes de su tránsito, hallándose en conversacion san Félix con Alejandro Pogio, su amigo, le dijo así: Alejandro, yo tengo que pedirte una cosa, y deseo que no me la niegues. Respondióle Alejandro: Pídela y cuéntala ya por tuya. San Félix prosiguió diciendo: Aunque la ofreces con tanta liberalidad, yo sé que no has de llevar bien mi demanda: pero habrás de tomar paciencia. Volvió á decir Alejandro: ¿Qué dudas, Fr. Félix? Cualquiera cosa que sea lo que me has de pedir, será para mí de mucho gusto. Díjole entonces el varon de Dios: Tres cajas de mármol tienes aquí: yo he de menester la una; y entiéndeme bien, Alejandro: esta es (señalándola) la que he de menester: esta has de darme. Detúvose Alejandro al oirle, y estuvo con algun reparo porque la habia prometido á otro; pero al fin se la prometió á Félix; y este, sonriéndose, aceptó la promesa y añadió: ¿No te dije yo que no habias de llevar bien mi demanda? Pero queda gozoso, que has hecho una gracia á tu amigo. Trató luego de que llevasen al convento la caja, ignorando el fin para que la queria, hasta que habiendo muerto el siervo de Dios, mas por divino que por humano acuerdo, sirvió para su cuerpo de urna; y entonces entendió Alejandro el motivo para que pidió Félix de Cantalicio la caja.

Aproximándose el tiempo en que debia congregarse el capítulo general de los padres capuchinos, mientras se hablaba de la eleccion venidera, san Félix que estaba presente, dijo: Yo daré una voz tan alta en este capítulo, que se oirá por todas partes: y así fué; porque á los 30 de abril fué sorprendido de calentura. Disimuló el mal algunos dias, en los cuales se detuvo mas largamente en la iglesia, procurando con todo el afecto posible unir mucho mas su espíritu con Dios, por medio de una oracion continua y fervorosa; pero advirtiendo el compañero la debilidad de fuerzas en el santo, avisó al enfermero para que lo llevase á la enfermería: y como el santo habia siempre aborrecido toda suerte de regalo para su propio cuerpo, no solo no permitió que pusieran en su cama colchon de lana, sí que en declinando su calentura, se iba á la iglesia á orar, hasta que destituido de fuerzas, los enfermeros le habian de volver á brazos en la enfermería, con órden de que no saliese de la celda, y decia: Deje, hermano, que yo me entretenga en aquel lugar, donde mi Señor mora, y le haga compañía. A los otros religiosos que le reprendian, porque no estaba á las órdenes del médico y enfermeros, respondia: Deseo obedecerlos; pero al mismo tiempo querria ser obediente á Dios que con suave violencia me tira á la iglesia, para que goce de su compañía. Observando esto los superiores, le mandaron estuviese sujeto enteramente á los enfermeros sin salir de la celda. Rindióse el siervo de Dios al precepto, aunque sintió no poca pena en aquel leve descanso, que en el fin de la vida empezaba dar á su cuerpo. Agravósele por instantes la enfermedad: y avisado del médico de que le quedaban pocas horas de vida, cosa que por divina revelacion ya sabia, dió señales de extraordinario júbilo, prorumpiendo en sus acostumbradas palabras: *Deo gratias*, *Deo gratias:* y su mente quedó de tal manera elevada en Dios, que viniéndole á visitar un paje del embajador de España, al despedirse, oyóle que decia: Jesus, Jesus Jesus, tomad mi corazon, sin que jamás vuelva á mi posesion.

Acercándose mas á su fin, despues de haberse confesado devotamente, derramando copiosas lágrimas, y dando señales de vehementísimo dolor, como si fuese uno de los mayores pecadores, pidió que le trajesen el Viático: y habiendo ántes pedido perdon á los religiosos del mal ejemplo y molestia que les habia dado, recibió con extraordinaria devocion el Pan de los ángeles. Rogó luego á los circunstantes que le ayudasen á dar gracias á Dios por los beneficios recibidos de la divina clemencia, y en especial por el de la vocacion y perseverancia en la religion; y levantando los ojos y manos al cielo, exclamó con estas letras O, O, O; dando á entender que le regocijaba la vista agradable de alguna persona: y perseverando algun rato en esta forma, Fr. Urbano de Prado, que cuidaba de él en la enfermedad, se hincó de rodillas y le preguntó: ¿qué era lo que miraba? Y el santo le respondió: Veo á la santísima Vírgen, acompañada de innumerables ángeles; y poco despues volviendo á repetir las mismas letras, dijo al mismo religioso que saliese un breve rato de la celda. Obedeció, dejándole en soledad para recibir las influencias del cielo. Cuáles fuesen los afectos de su corazon, y los devotos coloquios que tuvo con la santísima Vírgen María en esta hora, se dejan á la pia consideracion de los lectores; pues yo solamente digo, que desde entonces hasta que murió, cantó en voz baja alabanzas de esta Señora; y viniendo á perder sus fuerzas, absorto todo en Dios, cerró los ojos y ofreció su alma al Señor, dia 18 de mayo, á las once de la noche, y á los setenta y cuatro años de su edad, siendo pontífice sumo Sixto V, trocando una vida miserable con otra sempiterna.

Al punto que expiró, su cuerpo, que por la edad, por las fatigas y penitencias estaba descolorido, se volvió de repente blanco y tratable; y los piés, que con el lodo, desabrigo y frio se habian endurecido, y estaban llenos de grietas, adquirieron una maravillosa blandura, sin algun vestigio de cicatriz: argumento grande de la bienaventuranza que el alma poseia. Fué san Félix bajo de cuerpo, pero robusto: su frente espaciosa, la cabeza algo grande, los ojos vivos, la boca no afeminada, sino grave, el rostro alegre y la barba no larga.

Apenas se divulgó por la ciudad de Roma la muerte del santo, acudieron al convento muchos príncipes y caballeros ilustres que habia en ella, y entre los demás el maestre de campo Colona: entraron en su celda, la despojaron tomando lo que encontraron; que fué una manta rota, las

tablas que le servian de cama, el colchon, la sábana que habian puesto para su enfermedad, una mesilla, unas alforjas y unas sandalias: y fué tanta la devocion y el concepto de la santidad de él, que barrieron la celda y se llevaron el polvo y basura para reliquias. El embajador de España por intercesion alcanzó que le diesen el hábito con que murió; y á la duquesa de Baviera, deseosa de alguna reliquia del santo, se le entregó la corona, la punta del capucho y la cuerda. Fué despues revestido el santo cuerpo, y llevado á la capilla de la enfermería, y acudió tanto concurso al convento, que se llenaron de gente los dormitorios, los claustros y el huerto, todos ansiosos de besarle la mano. No fué cosa fácil á los padres librarse de tanto pueblo; mas fué menester prometer que al dia siguiente pondrian el cadáver en la iglesia, en donde con mayor comodidad podrian verle. En el dia siguiente, en que concurria la tercera fiesta del Espíritu Santo, fué el santo cuerpo puesto á lo público con custodia de algunos religiosos para que no fuese maltratado con el concurso; pero la grande devocion que de él habian concebido, obligó á cortarle pedazos del hábito, las uñas de piés y manos, y los cabellos; y los que no podian llegar á él, hacian que tocasen las coronas con el cuerpo. Unos traian flores, las echaban al difunto, y recobrándolas, las conservaban con piedad: otros ofrecian sortijas de oro, pareciéndoles recibirian mayor valor por el contacto del santo cuerpo, que por las piedras preciosas que encerraban. Al fin tanta fué la conmocion del pueblo romano, que no se ha visto igual en aquella ciudad; porque las carrozas se extendian desde el convento que entonces era vecino á Monte Calvario, hasta la plaza de los Santos Apóstoles, y las demás calles tan llenas estaban, que fué necesario á un religioso que venia al convento entrar por otra parte. La mañana siguiente quiso el guardian darle sepultura, y para evitar el concurso, habia resuelto hacerlo ántes de dia; mas el cardenal protector envió órden que no se sepultase ántes de haber hablado con su santidad; pues la hermana del señor papa queria verle: y con esta ocasion vino el embajador de España con muchos príncipes y princesas. Cuatro dias estuvo el santo cadáver sin sepultura, echando de sí una fragancia suavísima. Sepultáronle en el cementerio comun, con una caja de plomo que hizo fabricar el eminentísimo protector de la órden: y sabiendo el padre Pedro Trigocio, grande teólogo capuchino (que doctamente ha escrito sobre san Buenaventura), todo lo que pasó en este entierro, exclamó con estas palabras: ¿Qué hacemos nosotros con todos nuestros libros? Hagámonos ignorantes, ya que un religioso sencillo é indocto es de Dios y de los hombres honrado.

Admirada quedó Roma de los prodigios y milagros que obró Dios, aun viviendo san Félix; pero mucho mas lo quedó despues de muerto, y ántes de dar sepultura á su cuerpo; porque entonces se vieron muchos. El hijo de Lucrecia Mathei, del todo sordo, tocando su oreja con el dedo del santo, recuperó el oido. La hija de Bernardino Cotta, juez de la vicaría del papa, poseida de mucho tiempo de los malignos espíritus, diciéndole un sacerdote en presencia del difunto cuerpo de san Félix el evangelio de san Juan, al llegar á las palabras *Fuit homo missus à Deo*, y poniéndole las manos del santo sobre su cabeza, quedó libre del demonio. Una mujer de Sena, hallándose el cuerpo de san Félix en la iglesia ántes de enterrarle, le cortó un pedazo de hábito, y tocando con él la lengua de un mancebo de Nápoles, mudo de nacimiento, le quitó al instante el estorbo que le impedia hablar, y alcanzó el uso de su voz perfectísimamente. Una monja del convento de San Ambrosio, tullida de ocho meses en una cama, sin poderse mover á un lado ni á otro, llegando á su cuerpo un rosario que se habia tocado en la cabeza de san Félix, invocando su ayuda, se levantó al momento sana.

Pasados nueve meses desde el dia en que su cuerpo fué sepultado, mandó el cardenal protector que le sacasen de la sepultura. Sacáronle: y habiéndole hallado (ménos la extremidad de la nariz) en todo lo demás entero y sin corrupcion, mandó, que vuelto á enterrar en su caja de plomo y en la de mármol que habia pedido á Alejandro Pogio en su vida, lo colocasen un poco levantado en la capilla del Santo Cristo, pero ¡ó prodigio! apenas estuvo encerrado en la caja de mármol, se reconoció que del mismo cuerpo manaba un licor, y examinado de órden del papa por muchos cardenales y médicos mas afamados de Roma el caso, declararon ser aquel licor milagroso: y se vió bien; porque el Señor ha obrado con él innumerables milagros. Federico Cesio, enfermo de una calentura, frenético y desahuciado, ungido con un poco de este licor que mana del cuerpo del santo, que se lo habia dado el cardenal de San Severino, volvió á su juicio, desterró la calentura y quedó sano. Antonio Roncallo, hallándose ya con la extremauncion por un mal grave, ungido con el licor quedó sano: de manera que los que iban ya á dar á su mujer el pésame de la muerte de su marido, le dieron la enhorabuena de su salud. Seria nunca acabar si quisiéramos referir los milagros que con este licor ha obrado Dios; porque calenturientos, ciegos, tullidos, baldados, paralíticos y sordos con él han curado. Las mismas maravillas ha querido mostrar Dios en otra cosa. Es la inefable grandeza de la bondad divina, liberal para gloria y honor de los santos, que no contentándose con dar á sus huesos, á sus cenizas, á sus vestidos y otras reliquias, calidad de obrar milagros, comunica tambien la misma virtud al aceite de las lámparas que los alumbran, haciendo que sean pregoneros entre los hombres, y como unas lenguas celestiales, de la bienaventuranza que gozan. Esto se verifica en nuestro santo; pues sin los milagros que ha obrado y obra Dios con las reliquias de su santo cuerpo, con las partículas de su hábito, con la invocacion del santo, y con el licor que mana de su caja; los obra tambien con el aceite de la lámpara que arde delante del sepulcro del santo. El primero que se nos ofrece, es el que sucedió en el año de 1621 con un hijo de Laurencio Balegnolo, ciudadano de Roma, llamado Gabriel. Llegó á estar tan ciego de unas viruelas, que segun el juicio de los médicos, naturalmente no era capaz de tener ya vista. Acudieron sus padres á la ayuda del santo varon, ofreciéndole que si su hijo llegaba á ver, lo vestirian de capuchino hasta los doce años de su edad, siendo entonces de cuatro. Lleváronlo á su sepulcro, y pidieron al sacristan que con el aceite de la lámpara le untase los ojos: untóselos, y yéndose con sus padres á casa, apenas puso el pié en el umbral, cuando vió las puertas, las sillas y todas las demás alhajas. Volviéronle segunda y tercera vez al sepulcro á untarle con el aceite, y consiguió él perfecta vista: de que los médicos quedaron tan admirados, que

para honra y gloria de Dios y de su santo siervo, declararon ante un escribano público, que el caso excedia los límites de lá naturaleza, y que solo se podia obrar con virtud divina y soberana.

No es ménos admirable suceso el de un niño de tierna edad, hijo de Minera Marcatina, llamado Gerónimo, de que hay testimonio auténtico en los originales del convento de Roma. Padecia un mal de calenturas tan maliciosas y pestilentes, que ya le habian desamparado los médicos, y estaba para expirar. Encomendóle su madre á san Félix, haciendo voto de vestirle el sayal que llevan los capuchinos, y de colgar en su sepulcro una imágen de cera: despues le untó con el aceite de la lámpara; y al mismo instante se le apareció el santo lleno de resplandores, y le dijo: Gerónimo, haz sobre tí la señal de la cruz y reza el Padrenuestro: que si lo haces, yo te aseguro que no morirás de esta. Obedeció el muchacho, y apenas habia comenzado á rezar la oracion, cuando se sintió con tal mejoría, que al dia siguiente se levantó de la cama sin mal. Su madre, que le habia untado con el aceite, vió que movia los labios, y le preguntó qué era lo que decia entonces; y él refirió la vision de san Félix, y lo que le habia mandado. Pero lo que mas confirma la verdad de este raro portento, es, que llevándole luego su madre á la sepultura del siervo de Dios, al momento que el muchacho miró la imágen pintada en la tabla, le conoció y empezó á dar voces, diciendo: Este es, madre, el que ayer se me apareció en la cama y me curó.

Tambien entre los sucesos de esta clase es notable aquel de Domingo Florin, enfermo en una cama de calenturas y de una apoplejía que duraba seis meses, á una parte á que se le habia añadido un cáncer tan peligroso en el lado derecho, que le tenia cerca de rendir el último espíritu, habiéndose hecho con él todas las diligencias que se hacen con los desahuciados, como es llevarle la extremauncion: en el ínterin su mujer, cuyo nombre era Brígida, le exhortó con afecto grande á que implorase el ausilio del bendito san Félix: él, bajando la cabeza, dió muestras de hacerlo: porque con la boca le era tan imposible, que habia ya cinco dias que estaba sin habla. Ungiéndole la mujer la frente y el lado comido del cáncer con el aceite de la lámpara milagrosa; lo fué tanto aquí, que luego se le quitó la calentura, la apoplejía y el cáncer.

A lo referido adelanta la admiracion, la salud, ó por hablar con mas propiedad, la vida que dió este celestial y divino médico á una hija de Gaspar Belintano, tan cierta y auténtica, que consta por las deposiciones juradas de siete testigos. Era una niña de tres años, y estaba tan apretada de una calentura continua y de un desconcierto, que sin haberla podido valer el estudio y solicitud de los médicos de mas opinion, habia venido á los lances últimos del vivir; y finalmente teniéndola su padre en los brazos, la cogió un desmayo repentino, que no fué desmayo, sino muerte. Hiciéronse remedios innumerables para ver si volvia en sí: pero habiendo esperado tres ó cuatro horas, viendo los remedios sin fruto y el cuerpo de la muchacha ya frio y yerto, sin señal alguna de vida, hubieron de desnudarla, y tratar de vestirla como difunta. Su padre y la gente de casa la lloraron por tal: y uno de ellos, haciendo voto á san Félix, la untó con el aceite de su lámpara, tan lleno de confianza, que respirando la muchacha súbitamente, y arrancando de lo hondo del pecho un suspiro, miró á su padre, que estaba llorando, y le dijo así: ¿Por qué lloras? Deja las lágrimas, que no me tienes muerta, sino viva por gracia del bienaventurado san Félix, que me ha dado vida y salud. Pidió al instante sus vestidos, y libre de la calentura, del desconcierto y de todo el mal que habia pasado, andaba por la casa y la vecindad, diciendo á unos y otros: O hombres, alabad á Dios y al bendito san Félix, por cuya intercesion estoy viva y sana. Por último, tanta es en el mundo la fama de los milagros de san Félix, que todos los dias á sus capillas vienen tablas de plata, de bronce y de madera, extendiéndose la devocion por Italia, por Francia, por Lorena, por Flandes, por Austria, por los esguizaros, por España y por todo el orbe católico cristiano.

Con esto los sumos pontífices han pasado á honrar á nuestro santo. Sixto V, despues de haber visitado el altar del santísimo Sacramento del convento de capuchinos, hizo larga oracion delante del sepulcro de san Félix. Gregorio XV, despues de haber celebrado misa en la iglesia de los padres capuchinos de Roma, se acercó al sepulcro del santo, y despues de haber hecho una breve oracion, dijo: Nos tenemos grandísima obligacion á este hombre; porque hemos alcanzado de Dios una gracia singular por su intercesion; y al principio de su pontificado envió al dicho sepulcro una imágen de plata. Urbano VIII en la bula que empieza *In specula*, lo declaró beato: Clemente XI lo puso en el catálogo de los santos, y Benedicto XIII consagró la celda del santo, que está en los claustros de los capuchinos de Roma, en capilla ú oratorio, y mandó tambien al magistrado romano, que le ofreciesen un cáliz de plata, y cuatro blandones de cera para implorar su patrocinio, proteccion y amparo.

De san Félix hacen mencion Tomás Bocio, *de Signis Ecclesiæ*, Pedro Mártir Florino, de la órden de los Esclavos de María, Octavio Pancirolo en el libro de los Tesoros de la ciudad de Roma, Jacobo Baccio en la vida de san Felipe Neri, y mas difusamente las crónicas de la órden.

* San Pontamion, mártir. — San Atanasio, hablando de este santo, dice que fué dos veces mártir; una de los paganos, y otra de los arrianos. En la persecucion que contra de la Iglesia movió Máximino Daia en el año 310, Pontamion confesó gloriosamente la fé de Jesucristo, por cuya confesion le sacaron un ojo y el nervio de una pierna. Asistió, como obispo que era de Heraclea en Egipto, al concilio de Tiro, celebrado el año 325, y le hicieron muy notable las señales de tortura que se mostraban en su cuerpo. Distinguióse este santo por su celo contra el arrianismo, por manera que cuando Gregorio el tirano, usurpador de la silla patriarcal de san Atanasio, recorrió el pais, acompañado del prefecto de Egipto, Filagrio, atormentando y desterrando á los católicos, fué apaleado con varas á las espaldas, hasta dejarle por muerto. Si bien curó Pontamion de las heridas que recibiera, no mucho despues murió mártir en defensa de la divinidad del Verbo, por los arrianos, el año 341. Así lo refiere el mismo san Atanasio.

San Enrique, ó Erico, rey de Suecia. — Fué hijo de Jezward, y se adquirió, por su buena conducta y por su casamiento con una hija del rey Ingo, tal estimacion entre los suecos, que despues de muerto el rey Smercher, en 1141, le eligieron para sucederle, á pesar de los es-

fuerzos de los ostrogodos que querian entronizar á Cárlos, hijo del rey difunto. Despues se reunieron las dos parcialidades en una, por la convencion de que Enrique reinaria primero; que le sucederia Cárlos, y que despues de la muerte de estos dos príncipes, los descendientes de ambos reinarian sucesivamente. Desde el principio de su reinado se ganó Enrique el afecto de sus pueblos, manteniéndolos contra la insolencia de los grandes, no buscando enriquecerse, como habian hecho sus predecesores, y no queriendo aceptar mas que una parte de los derechos ordinarios de la corona. Destruyó, además, las leyes que contenian todavía algun resto de las abominaciones del paganismo, y publicó otras llenas de sabiduría y bondad. Los de Finlandia asolaban á la sazon la Suecia con sus piraterías, y seguian aun la religion pagana. Enrique les hizo ofrecer la paz, y añadió á estas ofertas algunas exhortaciones para que abrazasen la religion cristiana; pero habiendo menospreciado ambas cosas, marchó Enrique contra ellos y muy pronto les sometió á su obediencia. El santo rey empleó en la conversion de estos pueblos á un obispo indiscreto, que con su zelo inmoderado provocó una sublevacion tan grande, que el prelado perdió en ella la vida. Enrique no desmayó por esto: abrasado en fervor y caridad marchó en persona contra los sediciosos; apaciguó el tumulto, mandó derribar los templos de los ídolos, y levantó muchas iglesias al Dios verdadero. La obra de la conversion de aquellos pueblos se regularizó entonces; pero Enrique no logró el consuelo de ver la empresa finalizada, pues marchando contra unos sediciosos, á los cuales libró un combate sangriento, fué vencido y decapitado en Upsal, el dia 18 de mayo del año 1162. La Iglesia venera á este rey en el número de los mártires, por haber muerto de las manos airadas de los enemigos de la religion cristiana.

San Dioscoro, lector.—Era egipcio, y en su misma patria derramó su sangre por la fé. El juez mandó ejercer contra este santo todo género de tormentos: le horadaron las uñas, le quemaron los costados, aplicándole lámparas encendidas; pero sorprendidos los ejecutores por el resplandor de una luz celestial, cayeron en tierra medio muertos. Por último, consumó el martirio, habiéndole quemado con planchas de hierro hechas ascua.

San Félix, obispo de Espoleto y mártir.—Floreció en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, predicando continuamente á los infieles el Evangelio, y obrando gran multitud de conversiones. No quiso obedecer á los edictos imperiales que mandaban adorar á los ídolos, por cuyo motivo sufrió varios tormentos, y últimamente la muerte.

San Teodoto, tabernero; y las santas Tecusa su tia, Alejandra, Claudia, Trina, Eufrasia, Madrona y Julita, vírgenes.—Estas santas fueron condenadas por sentencia del juez á un lugar infame, para que en él fuesen violadas; pero habiendo sido preservadas por un efecto del poder divino, atándolas á cada una de ellas una piedra al cuello, las sumergieron en una laguna y murieron ahogadas. A san Teodoto, por haber recogido el cuerpo de estas mártires, mandó el juez prenderle y cruelmente atormentarle; y por último consumó el martirio, degollado en el mismo sitio en que habian sido martirizadas las otras santas, en Ancira de Galacia, por los años de 304.

DIA 19.

Santa Potenciana, ó Pudenciana, vírgen.—Cuando vino á Roma el glorioso príncipe de los apóstoles san Pedro, se tiene por comun y cierta tradicion, que posó en la casa de un senador grave y principal, que se llamaba Pudente, el cual estaba casado con una señora por nombre Priscila, y de ella tuvo dos hijos, Novato y Timoteo, y dos hijas Potenciana, ó mas propiamente Pudenciana, y Praxedes. Todos, padres é hijos, fueron cristianos y grandes siervos de Dios, y recibieron muy larga bendicion de su bendita mano, y Pudente tuvo por maestro á san Pablo, y de él hace mencion el santo apóstol en la segunda epístola que escribió á Timoteo, su discípulo. Merecieron estos santos, que su casa se convirtiese en iglesia, y se llamase el título, ó iglesia de Pudente, por el dueño; ó del Pastor, por un presbítero llamado Hermes, que la consagró, á quien apareció un ángel en forma de pastor; y fué el primer título que en Roma se instituyó, y hoy dia se llama la iglesia de Santa Potenciana: de la cual (por dejar los demás santos sus hermanos) hoy celebra fiesta la Iglesia, como de vírgen santísima: porque despues de la muerte de sus padres vendió su hacienda que era mucha, y la dió á los pobres, y recogida en su casa con su santa hermana Praxedes, de dia y de noche no trataban las dos sino de ayuno, penitencia y oracion, y de recoger la sangre de los mártires, y dar á sus cuerpos sepultura, y de animar y consolar á los cristianos: y pudo tanto la vírgen Potenciana con su santa vida y amonestaciones, que todos los de su familia que eran noventa y seis personas, se convirtieron á la fé de Jesucristo, y fueron bautizados por el santo pontífice Pio I de este nombre; y porque el emperador Antonino habia mandado que los cristianos no tuviesen templos, en que públicamente celebrasen los oficios divinos, el mismo pontífice venia á la casa de santa Potenciana, y allí decia misa, y muchos cristianos de secreto venian á oirla, y á recibir el santísimo cuerpo del Señor, y á todos acogia la santa con grande caridad y alegría, y les daba las cosas necesarias para la vida: y ocupada en estos santos ejercicios, plugo al Señor llamarla para sí, y darle el galardon de sus santas obras, y por la temporal vida la eterna. Su cuerpo fué sepultado á los 19 de mayo en el sepulcro de sus padres, en el cementerio de Priscila, en la via Salaria. Falleció por los años del Señor de 164, imperando el ya nombrado Antonino Pio: y en el mismo dia de santa Potenciana hace mencion el Martirologio romano de san Pudente su padre. Escriben de santa Potenciana Usuardo, Adon, y el cardenal Baronio, en las anotaciones del Martirologio, y en el segundo tomo de sus Anales.

San Ivon, presbítero, abogado de los pobres.—Nació san Ivon en una aldea, llamada comunmente San Martin, en la menor Bretaña: su padre se llamó Aheloro, y su madre Azona. Reveló Dios á su madre, cuán grato siervo le habia de ser su hijo Ivon; y así lo fué desde que nació hasta que dió su espíritu á su Criador. Pasados los primeros años, estudió hasta los catorce la gramática, y las otras letras convenientes á aquella edad: y despues dejando el regalo de su casa, se fué á estudiar á París, para proseguir los otros estudios mayores: y de allí pasó á la ciudad de Orleans, para atender con mas quietud y cui-

dado á la sagrada teología, y al derecho canónico: y para poderlo hacer mejor no bebia vino, y daba de mano á todos los regalos y entretenimientos sensuales, procurando conservar muy entera la pureza de su cuerpo y espíritu. Habiendo pues gastado loablemente algunos años en estos estudios, y dando nuestro Ivon muy buena cuenta de sí, fué llamado de un arcediano Redonense, para que hiciese oficio de juez eclesiástico. Él lo aceptó y ejercitó con maravillosa rectitud y caridad: porque tenia gran cuenta de amparar á todos los huérfanos, afligidos y necesitados, de consolar á los que estaban presos, y de defender la libertad eclesiástica; y era tan piadoso, que cuando la justicia le obligaba á dar alguna sentencia rigurosa, y castigar á los delincuentes, derramaba muchas lágrimas. Divulgóse la fama de su bondad, rectitud y letras, y movido de ella el obispo Trecorense le rogó, que fuesen su oficial y vicario general, y él lo fué algun tiempo creciendo cada dia de virtud en virtud, y anhelando á la perfeccion. Con el deseo de alcanzarla dejó el oficio de juez, pareciéndole que era bullicioso y contrario al sosiego y quietud que él deseaba, y se retiró á una iglesia parroquial que habia, para darse mas á la oracion y contemplacion, y entregarse de veras al Señor. Aquí dejó los vestidos delicados y blancos, de que por razon de su oficio habia usado, y se vistió de un paño grosero blanco, como verdadero pobre de Cristo. Maceraba su carne con un áspero cilicio, y sobre él llevaba una camisa gruesa de cáñamo: ayunaba mucho, y los dias de precepto de la Iglesia á pan y agua. No comia manjares regalados, sino pan basto y algun potaje; y aconteciéle una vez estar siete dias en un aposento en oracion, tan embebecido y absorto en Dios, que ni tuvo hambre, ni comió bocado: y acabada su oracion, salió tan bueno, y con tantas fuerzas, como si hubiera comido regaladamente. Rezaba las horas canónicas con maravillosa atencion: levantábase á maitines: dormia poquísimo; y cuando ya estaba cansado de leer, ó de algun camino, entonces se echaba vestido en el suelo, ó sobre algun madero, teniendo por cabecera, ó la Biblia, ó una dura piedra. Era excelente predicador, y predicaba á menudo, y endo á pié por diversos pueblos, por sembrar la palabra de Señor: pero sobre todas las otras virtudes se esmeró en la misericordia y regalo de los pobres. Recibíalos con gran caridad: lavábales los piés: proveíalos de lo que habian menester, y tenia casa señalada para esto; y tuvo nueve años en su casa á un pobre hombre casado con cuatro hijos, sustentándolos y remediándolos con extremada caridad.

Y como él no era suyo, sino de los pobres, así el Señor le acudia con larga mano, y muchas veces milagrosamente, para que los pudiese remediar. En una gran carestía, no teniendo mas de un pan en casa para comer él y los suyos, y dar á los pobres que en gran número habian concurrido; el Señor le multiplicó de manera, que tuvo que comer y repartir á todos los que habian venido.

Otra vez, habiendo mandado guardar una arca de trigo para los pobres, le avisaron que era muy poco el trigo que habia en ella; y así era verdad; pero ordenando él, que tornasen á mirar bien el arca, la hallaron llena y colmada de trigo. Otra vez yendo de camino, le pidió un pobre limosna; y no teniendo él que darle, le dió su capirote ó capilla que llevaba en la cabeza: y de allí á poco rato siguiendo su camino, halló su cabeza cubierta con la misma capilla, que habia dado al pobre. Otros muchos milagros obró el Señor por él en vida.

Diciendo misa un dia, al tiempo de alzar la Hostia, se vió sobre ella un globo de fuego de maravillosa claridad, que cercaba la Hostia, el cual desapareció en acabando de alzar el cáliz. Una mujer noble y enferma, á quien los médicos no habian podido curar, sanó comiendo un poco de pan mojado en agua, que san Ivon bebia. Otro hombre endemoniado que tres años habia sido atormentado de aquel cruel é infernal espíritu, por sus oraciones quedó libre: y asimismo apagó con ellas un incendio que se habia levantado. Queriendo pasar por la puente de un rio caudaloso, habia crecido el rio de manera que habia sobrepujado la puente; y el santo haciendo la señal de la cruz sobre las aguas, se partieron y dejaron libre el paso para él y su criado; y despues de haber pasado, volvieron á cubrir la puente. Estando un dia comiendo á la mesa, sobrevino un pobre, al parecer muy andrajoso y miserable, pidiendo limosna. Mandóle Ivon sentar consigo á la mesa y comer en su escudilla: habiendo comido un poco, se levantó el pobre de la mesa, y dijo: *Dominus vobiscum;* y apareció allí hermosísimo, y con una celestial luz resplandeciente, y vestido de una vestidura mas blanca que la nieve; y con esto desapareció.

Era muy regalado de Dios nuestro Señor, y á menudo visitado de los ángeles, y con señales exteriores esclarecido y honrado acá en la tierra. Estando una vez en la sacristía de la iglesia Trecorense, bajó una paloma tan hermosa y resplandeciente, que la sacristía y toda la iglesia se llenó de nueva luz: y otra vez estando comiendo con los pobres, se puso otra paloma sobre su cabeza, la cual él tomó en la mano y la acarició, y despues la soltó diciendo: Vete en el nombre del Señor, y ella desapareció: y otras cosas como estas hizo el Señor, para declararnos la santidad grande del glorioso confesor: el cual hallándose ya muy cansado, y atenuado por los muchos ayunos y penitencias, y deseoso de salir de la cárcel de este cuerpo mortal, tuvo revelacion que el Señor le queria cumplir sus deseos, y llevarle para sí, y por mas flaco y debilitado que estaba, no quiso mudar su cama (que era el suelo con un poco de paja), ni tomar otro regalo, sino encomendarse afectuosamente al Señor. Recibió el sacramento de la extremauncion, y armóse con la cruz: y encomendándose al Señor, le dió su espíritu á los 19 de mayo, un domingo por la mañana, que fué entre la octava de la Ascension; y su sagrado cuerpo fué sepultado honoríficamente y con mucha devocion en la misma iglesia Trecorense, en donde es visitado, no solamente de los naturales de aquella ciudad y de su comarca, sino de otros muchos peregrinos, que de diversas y remotas partes vienen en romería á su sepulcro, por los muchos beneficios que reciben del Señor por su intercesion: oyen los sordos, ven los ciegos, los cojos andan, los mudos hablan, los leprosos quedan limpios, los endemoniados libres, y los muertos resucitan, y lo que es mas, los pecadores se convierten á penitencia, y los que están desunidos y discordes, se reconcilian y viven en paz, y la virtud y vida cristiana reflorece. Mereció san Ivon el nombre de abogado de los pobres con mucha razon: porque en su vida de ninguna cosa se preció mas, que de ser refugio y amparo de pobres, padre de huérfanos, defensor de las viudas y remedio de todos los necesitados: y todo lo que hacia por

ellos, lo hacia á su costa y por solo Dios, que se lo habia de pagar con retribucion eterna. Canonizóle y púsole en el catálogo de los santos, Clemente, papa VI de este nombre, el año del Señor de 1347, á los 19 de mayo: y de la bula de su canonizacion, y de lo que trae el padre fray Lorenzo Surio en su tercer tomo, se sacó esta vida. Hace mencion de san Ivon el Martirologio romano á los 19 de mayo.

San Dunstano, arzobispo cantuariense, confesor.—Fué san Dunstano de nacion inglés, hijo de padres nobilísimos: su padre se llamó Hortano y su madre Chinedrita. Estando Dunstano en las entrañas de su madre, declaró el Señor que le habia escogido para sí y para que alumbrase al mundo con la luz y claridad de su santa vida y doctrina: porque haciéndose la procesion de la Candelaria el dia de la Purificacion de la sacratísima Vírgen María, nuestra Señora, y hallándose en ella los padres de Dunstano con mucha devocion; súbitamente estando el cielo sereno y el aire sosegado, se apagaron todas las velas que llevaban encendidas en aquella procesion: y estando todos admirados y atónitos de aquella repentina novedad, bajó del cielo una llama y encendió la vela que llevaba en su mano la madre de Dunstano, que á la sazon estaba preñada de él, y de aquella vela encendieron los demás las suyas, y entendieron que habia de parir un hijo que seria lumbrera del mundo, y comenzaron á respetar y á tener en mas á los padres de Dunstano. Nació el niño agraciado y hermoso, y diéronle nombre de Dunstano en el bautismo.

Pasados los años de la niñez, le aplicaron á los estudios: y por el demasiado cuidado que ponia en ellos, le dió una enfermedad que le llevó al cabo, y estando casi para espirar, á media noche, con admiracion de todos los que aun estaban presentes, se sintió sano, y saltando de la cama, se fué á la iglesia para hacer gracias á Dios por aquella salud que le habia dado. Quiso el demonio espantarle y estorbarle aquella ida á la iglesia, y acometióle en figura de una manada de perros negros y rabiosos que le ladraban y querian morder: mas el santo mozo con la señal de la cruz y con un báculo que llevaba, hizo huir á aquel monstruo infernal, y con mucha seguridad continuó su camino: y llegado á la puerta de la iglesia, y hallándola cerrada, por ministerio de los ángeles se halló milagrosamente dentro de ella y delante del altar.

Creció con los años la bondad y sabiduría de Dunstano. Ocupábase de buena gana y gran rato en la oracion y meditacion del Señor, y en leer los Libros sagrados y en juntar á Marta con María, ayudando y socorriendo á los pobres: y para huir de la ociosidad, madre y raiz de todos los males, aprendió á escribir muy bien, y á pintar y esculpir, y á labrar oro y plata como excelente platero. Tañia todos los instrumentos músicos admirablemente, usando de todas estas artes para su honesto entretenimiento, y para con ellas alabar al Señor, y mover mas á las personas con quienes trataba á su amor. Era su tio san Athelmo, arzobispo Cantuariense, varon santísimo: fuése Dunstano á él, para estar en su compañía, y servirle: y el azobispo, conociendo el gran caudal de Dunstano, le encomendó al rey de Inglaterra Ethelstano, que le estimó en mucho é hizo gran caso de él, favoreciéndole y honrándole mas de lo que algunos cortesanos quisieran; que la envidia es fruta ordinaria de las córtes. Estos, tomando ocasiones frívolas, comenzaron á perseguir á Dunstano y á ponerle mal con el rey y con los otros señores, de manera que le fué forzoso dejar la córte é irse á Elfego, obispo Wintoniense, deudo suyo. Entendieron esto sus contrarios y atajáronle los pasos, y derribáronle del caballo en que iba: atáronle, azotáronle y maltratáronle, y echáronle en un lodazal; y no le mataron, como deseaban, porque súbitamente vino una gran muchedumbre de perros que le defendió. Libre de este peligro por la bondad del Señor, llegó á san Elfego, del cual fué ordenado de sacerdote, y luego trató de dar libelo de repudio á todas las cosas de la tierra, y hacerse monge: y para serlo mas perfectamente, se fué á un monasterio de Glasconia, dedicado á la Vírgen María, nuestra Señora. Allí hizo una celdilla de cuatro piés de largo y dos y medio de ancho; y alto, cuanto una estatura de hombre. En este aposentillo moraba, para darse mas á Dios, orando y cantando salmos, aunque no dejaba de hacer algunas obras de manos. Pretendió el demonio turbarle, y una vez en forma humana se llegó á él, como quien le rogaba que le hiciese cierta obra. Conoció el santo que era demonio el que le hablaba; y echando mano de unas tenazas encendidas que allí tenia, asió aquel monstruo de las narices, y apretóle fuertemente; y él clamando y lamentándose desesperadamente, y dejando un color abominable, desapareció: y de allí adelante Dunstano recibió del Señor tanta gracia, y fué adornado de una tan rara pureza de cuerpo y alma, que mas parecia ángel venido del cielo que hombre criado en la tierra.

Murió el rey Ethelstano: sucedióle Edmundo, su hermano, en el reino; y rogó á Dunstano que estuviese siempre á su lado, y le ayudase en el gobierno: y el santo, por hacer aquel servicio á Dios y beneficio á la república, lo aceptó: pero de esta gracia y privanza del rey tambien le echaron los que no podian sufrir tanta luz, ni que uno solo pudiese mas que todos. Echóle el rey de sí; pero al tercer dia yendo de caza, se vió en peligro de morir, y conociendo su culpa, prometió que si Dios le libraba, restituiria á Dunstano á su lugar. Librólo Dios, y cumplió el rey lo que habia prometido, y á mas le dió un heredamiento en que el santo habia nacido, para que dispusiese de él á su voluntad; y él con ayuda del mismo rey fundó allí un monasterio, y juntó gran número de religiosos, siendo su abad, y por su ejemplo é industria salieron de aquella escuela tantos y tan excelentes varones, discípulos de san Dunstano, que fueron fundamentos de la vida religiosa, y pilares de la santa Iglesia en aquel reino.

Murió asimismo el rey Edmundo, y de ello tuvo revelacion san Dunstano; y siguióle el rey Edredo, su hermano, que le habia sucedido en el reino, el cual vino á manos de Eduino, hijo de Edmundo por justo castigo de Dios, que quiso tomarle por azote para destruir y afligir aquel reino; porque dejando aparte su impiedad, crueldad y tiranía, con que arruinaba todas las cosas sagradas y profanas, era muy carnal y muy dado á los deleites sensuales, y estaba tan ciego y tan aficionado á dos mujeres, madre é hija, principales, que el mismo dia de su coronacion, no haciendo caso de todos los grandes, prelados y señores del reino, dejándolos en un banquete solemne que se celebraba aquel dia, se retiró públicamente con ellas, con grande escándalo y turbacion de todo el reino:

y para sosegarle san Dunstano, entró al rey y le reprendió y le hizo salir á donde estaban aquellos señores. Pero fué tanto el enojo que aquellas malas hembras concibieron contra Dunstano, y tan poco el aseo, y tanta la flaqueza y carnalidad del rey, que le persuadieron que le echase del reino; porque mientras estuviese en él, no se tenian por seguras. El rey lo mandó; confiscóle todos los bienes de su monasterio; y el santo partió de Inglaterra con gran gozo de su alma, porque padecia por la justicia y por el amor de la castidad. Navegó á Flandes, y fué recibido del señor de aquellos estados con mucha benevolencia, y estuvo en la ciudad de Gante, aguardando lo que Dios ordenaba de él. No se contentaron aquellas dos mujeres y furias infernales de haber echado al santo varon de Inglaterra, pero intentaron ántes que saliese de ella prenderle, y hacerle sacar los ojos, mas no pudieron ejecutar su mal intento; porque cuando llegaron los ministros de esta malad al puerto, ya el santo se habia embarcado y pasado el mar. Mucho consoló en aquel destierro nuestro Señor á Dunstano por medio del glorioso apóstol san Andrés, del cual era muy devoto, visitándole á menudo y regalándole con su visita y con la esperanza de que presto saldria de aquel trabajo, como sucedió: porque Dios tomó la mano y castigó al rey Eduino, dándole muchos trabajos y guerras y division de su reino, por la cual perdió gran parte de él, y despues la vida temporal: y para que no perdiese la eterna, las oraciones de Dunstano le aprovecharon; porque estando Dunstano orando, los demonios le presentaron el alma de Eduino; y el santo, olvidado de sus injurias, y acordándose de la benignidad de Dios, con grande afecto y abundancia de lágrimas, le suplicó que tuviese misericordia de aquella pobre alma; y no se levantó de la oracion hasta que entendió que el Señor le habia oido.

Sucedió Edgaro en el cetro y corona del reino á su hermano Eduino, y queriendo dar paz y quietud á su reino, envió á Flandes por san Dunstano para gobernarse por su consejo, é hízolo primero obispo de Vigornia, y despues de Lóndres, y finalmente arzobispo cantuariense y primado de Inglaterra. Fué á Roma san Dunstano para pedir el palio al sumo pontífice (que así lo usaban hacer entonces los arzobispos cantuarienses), del cual fué muy bien recibido, favorecido y regalado; y alcanzado lo que le suplicaba, con su bendicion volvió á su Iglesia. No se puede fácilmente creer la vigilancia de este santo pastor en apacentar y curar sus ovejas, y la entereza, severidad y constancia con que administró aquella iglesia. Un conde y gran señor se casó sin licencia con una cuñada suya: avisóle, amonestóle y reprendióle el santo prelado; y no aprovechando, lo descomulgó y le apartó de la comunion de los fieles. Embravecióse el conde: acudió al rey y al papa para que intercediesen con Dunstano; pero viéndole mas firme que una roca, y que por ninguna cosa se movia, espantado de la constancia del santo, y temiendo que no cayese sobre él su maldicion, se apartó de aquella mujer; y estando san Dunstano celebrando un concilio nacional de todo el reino, vino el conde descalzo y cubierto con un vestido llano de lana, con un manojo de varas en la mano, y se echó á los piés del santo prelado allí delante de todos, y le dió las varas para que le hiriese y le absolviese de la excomunion, y le restituyese á los sacramentos de la Iglesia.

Pero de mayor admiracion es lo que hizo con el mismo rey que tanto le amaba y respetaba, para castigo de un grave pecado que habia cometido, y del escándalo que con él al reino habia dado. Yendo una vez el rey á un monasterio de monjas en Wintonia, vió una doncella muy noble y hermosa que en él se criaba: enamoróse luego de ella y quisole hablar: mandóla llamar aparte; y ella, temiendo alguna violencia del rey, tomó el velo de una de las monjas y púsoselo en la cabeza, pareciéndole que con esto el rey le tendria respeto. En viéndola el rey le dijo: ¿Qué presto te has hecho monja? Quitóle el velo, y finalmente le hizo fuerza. ¡Qué grandes enemigos del alma son nuestros ojos, y cómo nos roban el corazon! Súpolo san Dunstano: fué al rey; y el rey, al uso de la tierra, quiso tomarle por la mano para honrarle; mas el santo retiró la mano y no se la quiso dar, ántes reprendiéndole gravemente de su deshonestidad, le dijo que lavase primero sus manos con lágrimas y con penitencias, y que despues tocaria las suyas que eran sagradas; y el rey, aunque habia sido flaco en cometer el pecado, fué fuerte y valeroso en hacer penitencia de él; porque luego se echó á los piés del obispo y le pidió penitencia, y él se la dió y fué de siete años, y el rey la aceptó y cumplió con grande humildad, devocion y ejemplo de todo el reino, á quien ántes habia escandalizado con su deshonestidad. En otra cosa tambien mostró san Dunstano su zelo y constancia. Vivian en aquel tiempo los clérigos en Inglaterra muy licenciosamente y estaban casados muchos de ellos, ó por mejor decir, amigados, con grave injuria de Dios é ignominia de su Iglesia, y escándalo público de todo el pueblo. No habian bastado para curar una llaga tan honda y tan encancerada, remedios blandos y suaves; fué necesario usar del hierro y del fuego, y quitar aquel oprobio de la casa de Dios, y privar á los canónigos y clérigos seglares de sus beneficios y rentas, y echarlos de las iglesias, y poner en ellas monges que con su santa vida y buen ejemplo edificasen al pueblo, y alabasen al Señor. Hízose esto así en muchas partes con autoridad de la sede apostólica, y con beneplácito y voluntad del mismo rey: mas quejándose y lamentándose los clérigos desposeidos, mandó el rey juntar concilio en Wintonia, para tratar con mayor acuerdo de aquel negocio: y habiéndose propuesto en el concilio, y dado razon san Dunstano, de lo que se habia hecho, y de las causas porque se habia hecho; el rey y los grandes las tuvieron por buenas y quedaron satisfechos. Pero como los clérigos eran muchos, y principales, y ricos, é hiciesen grandes lástimas, suplicando al rey que los favoreciese y les mandase restituir sus bienes; el rey, movido de compasion, y muchos de los grandes con él, comenzaron á rogar á san Dunstano que por aquella vez los perdonase, y que si no se enmendasen de nuevo les echase de sus iglesias: y estando el santo pensando lo que habia de responder, un Crucifijo, que estaba allí delante, oyéndolo todos, alzó la voz, y dijo: «No se haga, no se haga: bien lo habeis juzgado; no lo mudeis mal.» Quedó el rey y todos los de aquella junta asombrados, y san Dunstano dijo: Hermanos, Dios ha dado la sentencia; ¿qué quereis que hagamos? De esta manera quedó aquella vez concluso el negocio, y los clérigos echados fuera de la iglesia, sin atreverse á reclamar, y los monges alabando á Dios en su posesion. Mas andando el tiempo, los hijos de aquellos clérigos intentaron otra vez cobrar las ha-

ciendas que habian tenido sus padres, y para esto buscaron un gran letrado y excelente orador, y le rogaron que se encargase de aquella causa, y que con sus razones y elocuencia, persuadiesen á san Dunstano, que les restituyese los bienes que habian sido de sus padres. Propuso el orador muy elegantemente sus razones á Dunstano, y el santo con semblante sereno y grave, respondió: Ya sabeis, que esta causa está decisa y acabada, muchos dias ha por sentencia de Dios: yo hasta ahora he procurado ayudar á la Iglesia del Señor con mis flacas fuerzas; ahora con la edad y con los trabajos, ya estoy exhausto, y con deseo de pasar los pocos dias de la vida que me quedan, en paz y quietud, no estoy para pleitos ni para nuevos trabajos: al Señor encomiendo su Iglesia, para que él la defienda. En acabando de decir estas palabras, el suelo del aposento, en que estaba el abogado y los hijos de los clérigos, se hundió, y los maltrató, quedando la parte de él en que estaba san Dunstano, y los suyos, entera. Con esta demostracion de Dios cesó aquella porfía, fundada en codicia, y todos entendieron que el Señor aprobaba lo que estaba hecho: y fueron tantos los que se aplicaron á la religion, y hábito de los monges, que se fundaron en Inglaterra en aquella ocasion cuarenta y ocho monasterios. En otra cosa tambien mostró el santo zelo que tenia de la justicia, y que los malos se desarraigasen de la tierra. Fueron presos y condenados á muerte tres hombres, por haber hecho moneda falsa; y habiéndose dilatado la ejecucion de la sentencia, un dia, por ser pascua del Espíritu Santo, no quiso el santo prelado decir misa en él, hasta que se hubiese ejecutado la justicia: y puesto caso, que á algunos les pareció demasiado rigor, y cierta manera de inhumanidad la de Dunstano, Dios nuestro Señor del cielo, mostró que no habia sido sino zelo de justicia, y del bien de la república; porque en acabando de hacerla de aquellos hombres desventurados, se puso á decir misa el santo, y bajó una paloma del cielo blanca como una nieve, y se puso y estuvo sobre su cabeza, hasta que acabó aquel santo sacrificio, con extraordinaria ternura, devocion y lágrimas; para que se estendiese, cuán agradable habia sido á Dios aquel afecto de su siervo, y que no era severidad sino zelo de la justicia, sin la cual no se pueden conservar los reinos. Regalóle mucho el Señor con grandes visiones, revelaciones y favores del cielo; y el demonio por otra parte le perseguia y procuraba turbar su oracion, contemplacion y quietud; pero siempre quedaba con las manos en la cabeza, y rendido á sus piés. No pocas veces estando en oracion, oyó músicas y consonancias del cielo, y una vez yendo á la iglesia de la santísima Vírgen, en medio de un coro de innumerables vírgenes, que cantaban suavísimamente, y le acompañaron hasta que llegó á la iglesia á donde iba. Entre otros favores que tuvo del Señor, mereció ver la hermosura de las almas santas, y quedó con esta vista tan encendido su amor, que despues no podia tratar sino de la salud de las almas, y de arrebatarlas tras sí al cielo. Un dia de la gloriosa Ascension del Señor, estando contemplando en su iglesia la gloria y triunfo de Cristo, vió entrar una multitud innumerable de hombres vestidos de blanco y resplandecientes, con coronas de oro en la cabeza, y vió que le decian de parte del Hijo de Dios, que si estaba aparejado se fuése con ellos para celebrar en el cielo aquella festividad con mayor solemnidad. El santo, despues de haber hecho gracias al Señor por aquel incomparable beneficio, respondió que su oficio era enseñar al pueblo, que estaba allí aparejado para oirle, la grandeza de la gloria y triunfo de Cristo, y el modo con que la habian de imitar y seguirle con los corazones al cielo, y que por esta causa no podia aquel dia ir con ellos: y los santos aceptando la escusa, le avisaron que estuviese á punto el sábado siguiente, para ir con ellos, y cantar *Santo, Santo, Santo* eternamente: y él dijo, que así lo haria; y entendió que el Señor le queria hacer merced de llevarle de esta vida, como fué: porque estando ya muy viejo, y despues de haber vencido tantas veces á los demonios, y sufrido graves persecuciones de sus ministros, y obrado cosas maravillosas en servicio del Señor y bien de las almas; avisado con esta revelacion de Dios, alegre y gozoso se partió de esta vida, y subió á la eterna, y fué presentado de los ángeles delante del acatamiento, del que para tanta gloria suya le habia criado. Entre otras gracias del Señor tuvo don de profecía: y habiendo sido sublimado al reino Ethehedo, por muerte de san Eduardo, á quien su madrastra, y madre de Ethehedo, habia hecho matar para que su hijo reinase; el Señor le profetizó, que no le faltaria la espada del Señor, mientras que viviese en su casa, y que el reino pasaria á otra casta y gente, cuya lengua y costumbres los ingleses no sabian; y todo se cumplió como el santo lo dijo. Los milagros que el Señor hizo por él, fueron muchos. Dió vista á tres ciegos: sanó á un paralítico, que era clérigo noble y rico, y se habia metido entre la gente popular á pedir favor al santo: pero despues corriéndose él, porque le decian que habia estado entre aquella gente baja y pobre, y negando, luego le volvió el mal y le quitó la vida, como á hombre vano y desagradecido. Los demás milagros véanse en su vida: escribióla Osberto, monge cantuariense, que floreció por los años del Señor de 1020; tráela el P. Fr. Lorenzo Surio en su tercer tomo, y hace mencion el Martirologio romano á los 19 de mayo, y Tritemio en el libro de los Varones ilustres de la órden de san Benito, libro III, cap. 221, y lib. IV, capítulo 100. Murió el año del Señor de 988, á los setenta de su edad, y á los treinta y tres despues que le hicieron arzobispo, como lo dice el mismo Tritemio, y lo refiere el cardenal Baronio en sus anotaciones, y mas largamente en el décimo tomo de sus Anales.

SAN PEDRO CELESTINO, PAPA Y CONFESOR.—San Pedro Celestino nació el año de 1215, en Esernia, que hoy se llama Sergne, ciudad de la Tierra de Labor, que es provincia del reino de Nápoles; sus padres eran pobres; pero virtuosos y buenos cristianos: su padre se llamó Angelerico, y su madre María. Tuvieron estos casados doce hijos, y rogaban siempre á nuestro Señor, que de ellos escogiese alguno, que fuese todo suyo, y le dedicase perpetuamente á su servicio. Escogió el Señor á Pedro, que como otro José fué el onceno entre sus hermanos: y desde el vientre de su madre mostró que le habia escogido Dios para sí; porque cuando salió á luz, salió como vestido de una vestidura de religioso. Cuando tuvo seis años, era tan inclinado á todas las obras de virtud, que hablando con su madre, le solia decir: Madre, yo quiero ser buen siervo de Dios. Murió su padre, y la madre con gran cuidado le puso al estudio; aunque el demonio por muchos caminos se lo pretendia estorbar. Era Pedro muchacho sincerísimo, y cuando comenzó á aprender á leer el salterio, enterneciase al mirar una imágen, en que la santísima Vírgen y san

Juan Evangelista estaban al pié de la cruz, de Jesucristo nuestro Redentor: él cual bajaba de la cruz, y regalando á Pedro, cantaba con él los salmos suavísimamente, y á las noches cuando dormia, le parecia ver en sueños los ángeles que como maestros le venian á enseñar, y le reprendian si aquel dia habia hecho alguna cosa mal hecha. Despues tuvo deseo de retirarse al yermo, para hacer penitencia, y darse mas libremente á Dios, y con este deseo, por no tener á quien comunicarle vivió hasta los veinte años de su edad, en la cual se partió de su casa, y habiendo estado diez dias en un lugar apartado de un ermitaño, por inspiracion de Dios se fué á un alto monte, y en una cueva en que apenas cabia su cuerpo, moró tres años con admirable abstinencia y aspereza de vida. Aquí tuvo grandes batallas del demonio, é ilustres victorias y no menores consuelos y regalos del Señor. Pasados los tres años, por consejo y ruegos de algunos amigos y devotos suyos, fué á Roma y allí se ordenó de misa, y en el monasterio de Santa María de Piésoli tomó el hábito de san Benito. Mas como muchos le viniesen á visitar, y el santo fuese enemigo de bullicio, con licencia de su abad se volvió á su soledad, y en el monte llamado Moron estuvo cinco años haciendo vida angelical: de donde echó una serpiente terrible y venenosa que inficionaba toda aquella tierra, y le hacia notable daño. De este lugar donde estuvo, despues tomó el nombrenombre, y le llamaron Pedro Moron. Mas como la fama de su santidad se divulgase, y en los ojos de los hombres resplandeciese, y por esta causa muchos le viniesen á buscar é inquietar, se partió de este lugar con dos solos discípulos á otro monte llamado la Magela, que está cerca la ciudad de Sulmona, donde le pareció que podria estar mas apartado, secreto, y seguro.

Era extremada su penitencia; llevaba una cadena de hierro ceñida sobre su carne; vestíase un áspero cilicio; su comer era poquísimo, y ayunaba casi todo el año, y muchos dias á pan y agua; su cama era el suelo, y por cabecera un madero, y la ropa con que se cubria era un pobre, roto y vil vestido. Era humildísimo; y aunque en el decir misa sentia mucho gusto y devocion, considerando por una parte la alteza de aquel soberano misterio, y la majestad incomprensible del Señor, y por otra su grande indignidad, quiso dejar de decir misa; pero con una vision que tuvo de un santo abad que le habia dado el hábito, y siendo ya difunto le apareció, y por consejo de su confesor, se animó y perseró en decir misa, entendiendo, que agradaba mas á nuestro Señor en llegarse á él con humildad, confianza y devocion, que en apartarse de él por reverencia y temor.

Siendo la vida de san Pedro tan excelente, y mas divina que humana, el Señor, que se queria servir de él, le manifestó y movió á muchos deseos de la perfeccion á venir á él, y ponerse en sus manos para que los encaminase como buen maestro al cielo: y él por inspiracion divina comenzó á fundar la órden de los celestinos, y edificó una pequeña iglesia que llamaron *Sancti Spiritus de Magela*; porque por espacio de tres años, celebrando el santo misa, fué visto el Espíritu Santo allí en forma de paloma: y este fué el primer monasterio de la religion de los celestinos, la cual se multiplicó mucho, y se dilató en gran manera, viviendo los religiosos en pobreza y suma perfeccion. Visitábalos san Pedro, y animábalos con su ejemplo, y con sus palabras y consejos: y para que aquella obra que Dios habia comenzado, tuviese mas firmes fundamentos y quedase establecida con la autoridad apostólica, se fué á pié con dos solos compañeros á Leon de Francia, en donde se celebraba el concilio universal, y suplicó humildemente al sumo pontífice Gregorio X, que en él presidia que se dignase confirmar su órden; y el papa lo hizo con muy entera voluntad. Desde aquel tiempo creció mucho la religion de los celestinos, y san Pedro edificó treinta y seis conventos, en los cuales vivian como seiscientos frailes, con grande provecho de ellos, y edificacion y admiracion del mundo: y demás de esto reformó otros muchos monasterios de la órden de san Benito, cuyo hábito él habia tomado, y debajo de cuyas reglas sus monges vivian.

Ya se hallaba el santo varon viejo en la edad, y en el espíritu y fervor vigoroso y robusto; y así cada dia acrecentaba nuevas penitencias, y hacia una vida tan austera, como si no fuera de carne, sino ángel sin cuerpo mortal. Estando, pues, muy retirado, y mudándose muchas veces de un lugar á otro, por estar mas escondido y apartado de la mucha gente que de diversas partes le venia á visitar; el Señor, que levanta á los humildes y descubre y manifiesta á los que por su amor se esconden y menosprecian, le sacó de donde estaba, y como una hacha encendida le puso sobre el candelero de su Iglesia, para que alumbrase y fuese sumo pastor y vicario suyo en la tierra de la manera que aquí diré.

Por la muerte de Nicolás, papa IV, se juntaron los cardenales para elegir sucesor: habia entre ellos muchos bandos y diferentes pareceres, y no se concertaban ni convenian en la persona que habian de elegir: de tal manera que duró la sede vacante veinte y siete meses, sin que los electores se concertasen ni eligiesen sumo pontífice. Estaba toda la Iglesia católica viuda, y las ovejas sin pastor, y muchos lobos las robaban y pretendian tragar: de lo cual resultaban muchos y graves daños en toda la república cristiana. Pues para atajarlos, ordenó nuestro Señor que los cardenales que estaban en la ciudad de Perusa, en su cónclave, eligiesen por sumo pastor á Pedro de Moron, que estaba en su cueva haciendo penitencia, muy descuidado y contento de que nadie le inquietaba, ni se acordaba dél; pero cuando entendió su eleccion, y vió los embajadores, que el sagrado colegio de los cardenales le envió, postrados á sus piés, suplicándole que le aceptase; ¿quién podrá explicar la admiracion, espanto y turbacion que tuvo con aquella novedad? No sabia si era sueño ó si era verdad lo que decian; porque por una parte mirando los recados que le traian y la calidad de los embajadores, no podia dudar de la verdad. Pero como él era humilde y temeroso de conciencia, determinó huir y desaparecerse por no tomar cargo sobre sí, que no pudiese llevar ni dar buena cuenta de tantas almas al sumo pastor, no pudiéndola dar á su parecer de sola la suya. Estando con este propósito y buscando manera para ponerlo en ejecucion, fué tan grande el concurso de la gente que movida de la fama de la santidad, y de aquella maravillosa eleccion, concurrió de muchas partes á verle, que le tomaron los pasos y no le dejaron salir con lo que él pretendia. Finalmente, entendiendo que era voluntad de Dios, bajó su cabeza y consintió en su eleccion, y mandó á los cardenales que viniesen á la ciudad de Aquila, que es la

mas principal de toda la provincia de Abruzzo, y allí fué coronado el año del Señor de 1294, siendo él de edad de setenta y nueve, y tomó el nombre de Celestino V. Halláronse á su coronacion el rey Cárlos de Nápoles, el rey de Hungría, y á lo que escriben los historiadores mas de doscientas mil personas, que concurrieron por solo verle y tomar su santa bendicion. Allí en Aquila hizo doce cardenales y dió el capelo á dos de sus monges, varones santos y dignos de aquella sagrada dignidad, con los cuales habia vivido ántes, y despues pensaba vivir; y los otros diez fueron tambien personas señaladas y de grandes partes, para servir á la santa Iglesia.

No se desvaneció ni se trocó un punto el antiguo anacoreta, nuevo y santo pontífice, por aquella dignidad; ántes con la misma humildad con que ántes habia vivido, procuró conservarse en su manera antigua de vida, fuera de lo que obligaba la nueva dignidad: y así cuando fué á Aquila para coronarse, no quiso grande aparato de caballería, ántes se fué en un pobre jumento para imitar á Cristo nuestro Señor, sin que los reyes da Nápoles y de Hungría, por muchas razones que le dieron se lo pudiesen estorbar: nó porque él con este hecho pretendiese tachar lo que otros sumos pontífices y santísimos habian hecho, y hoy dia hacen; sino porque como él era tan humilde y tan apartado de toda vanidad y pompa del mundo, no pudo su corazon dejar tan presto lo acostumbrado, y lo que era mas precioso en sus ojos. Con este mismo espíritu mandó hacer en su palacio apostólico un aposento apartado de madera para retirarse en él y vivir, lo que mas pudiese, como religioso. Y como él era tan santo y criado toda su vida en mortificarse á la oracion y contemplacion de Dios, y no tenia uso de los negocios y malicias del mundo; cuando se vió fuera de su puerto y quietud, y metido en un golfo tan profundo y tempestuoso, y de tantas ondas y tan contrarios vientos por todas partes combatido, no se puede creer la angustia y congoja de corazon que cayó sobre el santo varon, temiendo que por sus pecados no le hubiese levantado Dios á la cumbre de la mas alta dignidad que hay en su Iglesia, para condenarle con mas graves penas. Por esta poca experiencia y resolucion que tenia en los negocios, algunos de los que ántes se habian holgado de su eleccion, mirando solamente á su santidad, despues les pesó y comenzaron á tenerle en poco por verle tan atado y encogido. Vino á su noticia lo que se decia y murmuraba de él, y comenzó á afligirse y á tener escrúpulo, y á dudar si estaba obligado á renunciar el pontificado, y dejar aquella carga que no podia llevar. Este escrúpulo crecia mas en el pecho de san Pedro Moron; porque un cardenal de grandes letras y prudencia del siglo, de quien él mucho confiaba, atizaba el fuego, y con sus soplos hacia crecer aquellas llamas, dando á entender al papa que estaba obligado en conciencia á hacerlo, y Dios le demandaria cuenta de todos los daños que viniesen á la Iglesia por su culpa, que á lo que él veia y temia, serian innumerables. Y aunque el cardenal aconsejaba esto al papa por entrar en su lugar y ocupar la silla apostólica, si él la dejase; mas como el papa era santo, sincero y tan ayuno de semejantes artificios y astucias del mundo, creia fácilmente lo que le decia, y lo que era mas conforme á su gusto é inclinacion: y así se resolvió á hacer dejacion del sumo pontificado, y volverse á su recogimiento y antigua soledad: pero ántes que lo ejecutase, habiéndose entendido esta deliberacion, estando en la ciudad de Nápoles, el rey Carlos mandó hacer una solemnísima procesion, para suplicar á nuestro Señor, que no permitiese que aquel santo varon dejase el gobierno de la nave de su Iglesia, y le tomase otro que diese con ella al través: y pasando la procesion que era de gente innumerable delante del palacio del papa, que estaba mirándola de una ventana, el arzobispo de Nápoles, puesto de rodillas con muchas lágrimas, comenzó á decir con voz alta: Beatísimo Padre, no dejeis la que Dios os dió; no creais á quien os quiere engañar: gobernad vos la Iglesia de Dios, y no tengais escrúpulo ninguno; que esta es la voluntad de Dios. Tras estas voces se levantó una grita de todo el pueblo, llorando, y diciendo: Padre santo, no nos desampareis, ni nos pongais en poder de algun lobo que nos desuelle. No se alteró ni mudó el santo pontífice por estas voces y lágrimas; ántes mandó á uno de los obispos que con él estaban que respondiese de su parte que él haria lo que Dios ordenase y fuese servido. Ninguna diligencia bastó para hacerle mudar de propósito: tanto habia cavado el escrúpulo en su pecho, y tanto las palabras del cardenal y fingido amigo le habian persuadido hacer la renunciacion. Mas porque se comenzó á dudar si de derecho se podia hacer; por consejo del mismo cardenal hizo un estatuto y declaracion que así como los prelados inferiores pueden exonerarse de la carga de sus prelacías, así lo puede hacer el sumo pontífice, especialmente conociéndose inhábil ó insuficiente para ejercitar su oficio como debe: y este decreto confirmó despues Bonifacio VIII, que le sucedió en el pontificado, y lo mandó poner en el derecho. Hecho este decreto, el santo pontífice hizo luego solemnísima renunciacion del pontificado, el dia ántes de santa Lucía, á 12 de diciembre del mismo año de 1294, habiéndolo tenido solo seis meses, y dió libre facultad á los cardenales que pudiesen elegir pontífice á su voluntad: y dejando las insignias pontificales con mas contento que ninguno jamás las tomó, el que era papa y sumo pastor de todos, bajando de la silla apostólica de san Pedro, para subir mas seguramente á la del cielo, se postró como un pobre monge á los piés de los que poco ántes eran sus ovejas, con admiracion y espanto de todos. Y para que se viese que el Señor aprobaba aquella estupenda renunciacion (que algunos reprendian, atribuyéndola nó á humildad, sino á pusilanimidad), al dia siguiente sanó san Pedro un cojo con su bendicion, y despues hizo otros muchos milagros; y el mayor de todos fué la paciencia y alegría con que sufrió la persecucion tan inhumana que le hizo Bonifacio su sucesor, y la constancia y teson que tuvo en no tomar medio ninguno para salir de ella, que fuese contrario á lo que habia hecho, como algunos se lo aconsejaban: porque deseando el santo varon sumamente tornar á su quieta soledad, como á puerto sagrado, y yendo camino de su yermo, mas gozoso de verse libre que cuando le eligieron pontífice; Bonifacio, temiendo alguna novedad y desunion en la Iglesia, le mandó recoger, y finalmente encerrar en una estrecha cárcel de una fortaleza, donde estuvo con dos de sus monges, guardado de muchos soldados, y haciendo Dios nuestro Señor muchos y grandes milagros en aquella prision por él. Estaba el santo en aquel trabajo tan indigno de su persona, con increible paz y tranquilidad de su alma; no se enojaba, no se turbaba ni se arrepentia de lo que habia hecho; ántes

con maravillosa y celestial alegría decia muchas veces: «Pedro, celda deseaste, celda tienes.» Al cabo de diez meses de la prision, habiendo dicho misa, hizo llamar á los soldados que le guardaban, y con grande blandura de corazon y serenidad de rostro les dijo, que se llegaba la hora por él tan deseada, en que el Señor queria usar de su misericordia y llevarle á gozar de sí: y habiendo tomado la sagrada uncion, echado en el suelo sobre una tabla, cantando salmos y acabando de decir: *Omnis spiritus laudet Dominum:* Todos los espíritus alaben al Señor; dió su espíritu á su Criador, para alabarle eternamente en el cielo. Murió de ochenta y un años, á los 19 de mayo, el año del Señor de 1296. Cuando Bonifacio supo su muerte, mostró exteriormente mucho sentimiento de ella, y en la iglesia de San Pedro de Roma le hizo muy solemnes honras con todo el colegio de los cardenales, y envió á uno de ellos para que juntando los obispos y religiosos de la provincia de Campania, donde el santo habia muerto, le llevasen á la iglesia de San Antonio de la ciudad de Ferentino, que poco ántes él habia hecho; y allí, cabe el altar mayor, con gran solemnidad le sepultaron, y el Señor le ilustró con muchos milagros despues de muerto, como lo habia hecho en vida: por los cuales el papa Clemente V de este nombre le canonizó el año de 1313, y le puso en el catálogo de los santos, y se mandó que su fiesta se celebrase á los 19 de mayo, que es dia de su glorioso tránsito; y esto es lo cierto: Palmerio dice que el concilio Vienense, como lo refiere Genebrardo en el cuarto libro de su Crónica, año de 1294.

La religion de los celestinos, que este santo varon instituyó, se multiplicó mucho en Italia, Alemania, Francia y Flandes: tiene al presente trece provincias, y en ellas ciento veinte y cuatro conventos, á lo que dice Paulo Morigia en la historia del orígen de las religiones. De san Pedro Celestino, que (por haber dejado el sumo pontificado) otros llaman Pedro Moron, escriben todos los autores de la historia eclesiástica, y de las vidas de los pontífices, y muy á la larga Pedro de Aliaco, cardenal, y arzobispo de Cambray, que fué maestro de Juan Gerson. Hace mencion de él el Martirologio romano y el cardenal Baronio en sus anotaciones á los 19 de mayo, y san Antonio en la tercera parte de su historia, y últimamente Paulo Regio.

Pues, ¿quién en la vida y muerte de este santo varon no se admira de los caminos y consejos de Dios, que escogió á san Pedro desde niño para santo, y le adornó de tantas y tan admirables virtudes, y le encerró en una cueva para enseñarnos el menosprecio del mundo, y de allí le sacó y levantó á la mayor grandeza y dignidad que hay en la tierra, y quiso que la renunciase, para que el mundo entendiese que no merecia tal pastor, y que al verdadero humilde la honra es carga, y que al corazon humano ninguna cosa puede hartarle sino Dios? El cual asimismo permitió que fuese atribulado, y muriese en prision para afinarle mas, y declararnos con este ejemplo la mutabilidad de las cosas humanas, y la fuerza que en los príncipes tiene la ambicion, y la que ellos llaman razon de estado, para atropellar la ley de Dios.

San Pudente, padre de santa Potenciana.—En la vida de esta santa ya se hace mencion de Pudente, pero aquí se puede añadir lo que consta en el Martirologio romano, esto es, que era un varon insigne, senador de Roma, y que habia recibido el santo bautismo de mano de los apóstoles, cuya gracia bautismal guardó inmaculada hasta su muerte.

San Calocero y san Parterio, eunucos y mártires.—El primero era camarero de la esposa del emperador Decio, y el segundo tenia tambien otro empleo en palacio. Denunciados al emperador por haberse negado á ofrecer incienso á los ídolos, confesaron animosamente que eran cristianos, y se les entregó al prefecto para que los castigase. Habiendo despreciado las amenazas y las promesas, fueron entregados á los ejecutores, para que á fuerza de padecimientos mudasen de resolucion; pero permaneciendo siempre constantes en sus propósitos, fueron probados con varios y dilatados suplicios, de los cuales salieron siempre ilesos, hasta que el dia 19 de mayo del año 250 por mandato del mismo Decio les cortaron la cabeza en Roma en la via Salaria.

San Filotero, mártir.—Nació en Nicomedia y fué hijo de un procónsul llamado Paciano. Murió mártir en la misma ciudad, bajo el reinado del emperador Diocleciano, por los años de 313, despues de haber sufrido crueles tormentos.

Santa Ciriaca y cinco compañeras, todas vírgenes y mártires.—Hay unas actas de estas santas, que, segun los bolandistas, son apócrifas, no pudiéndose asegurar sino que murieron quemadas en Nicomedia, en el reinado de Maximiano. El Martirologio romano dice, que ántes de morir fueron azotadas y despedazadas.

DIA 20.

San Bernardino de Sena, confesor.—El glorioso confesor, y sublime predicador y fraile humilde de san Francisco, san Bernardino de Sena, nació, nó en Massa, como algunos escriben, sino en la misma ciudad de Sena; y así lo testifica el papa Pio II, que fué natural de la misma ciudad. Nació el año de 1380: su padre se llamó Tulo y su madre Nera, ambos de noble familia, y que en el matrimonio vivian cristianamente. Dióles nuestro Señor por hijo á Bernardino para su consuelo, honra de su casa y bien de Italia, y aun de todo el mundo. Su madre murió, dejándole de tres años, y el padre de seis. Por la muerte de sus padres quedó encomendado á una tia suya, hermana de su madre, que se llamaba Diana, la cual le crió con gran cuidado, y con afecto de madre, así por el deudo tan estrecho, que con él tenia, como por la belleza, gracia y buena inclinacion que el niño mostraba. Era devoto, humilde, modesto y vergonzoso, y amigo de dar limosna á los pobres, y de visitar las iglesias, y componer altares, oir misas y sermones, y de remedar á los predicadores que oia, contrahaciendo sus voces y meneos, y refiriendo las cosas que habian predicado: y para esto se subia á algun lugar alto y eminente, estando sentados los otros muchachos, que era como ensayarse á predicar, y un indicio de lo que despues habia de ser. Estudió, luego que pudo, las primeras letras, y siendo ya de edad de trece años, las artes liberales, y tuvo por maestro á un varon famoso en aquel tiempo, el cual solia decir, que nunca habia tenido discípulo de mayor ingenio, ni de mas loables costumbres que Bernardino. Era tan compuesto, y tan medido y recatado en su hablar, que ni él decia palabra ociosa, ó que no fuese muy honesta, ni consentia

que otro la dijese delante de él: y si á alguno de sus compañeros acasó se le soltaba cualquier palabra liviana, se corria Bernardino y avergonzaba, y se ponia colorado, como ló hiciera una purísima doncella. Por esto los otros mozos que le conocian, se guardaban de hablar en su presencia cosas torpes y libres: y si estando él ausente, las hablaban entre sí, en viéndole venir, luego decian: Ola, Bernardino viene; dejemos estas pláticas. Celebrábase un dia en Sena la fiesta de san Onofre, y habia concurrido tanta gente á su iglesia, que por no caber en ella, se habia quedado mucha á la puerta. Vióla Bernardino, y encendido en amor de Dios, y arrebatado en un espíritu, se subió á un púlpito que estaba allí, y haciendo la señal de la cruz comenzó á predicar con tanta libertad, devocion, gracia y ciencia, que todos los oyentes quedaron maravillados, y alabando al Señor, por lo que le habian oido; aunque no faltaron algunos hijos de este siglo, que interpretando mal lo que el santo mozo habia hecho, le tuvieron por loco: mas despues cuando vieron los maravillosos efectos, que siendo ya de edad madura hizo con su predicacion, entendieron que aquel primer sermon habia sido pronóstico de lo que el Señor queria obrar por él. Tenia en Sena una prima hermana, hija de Diana su tia, que se llamaba Tobia, religiosa del tercero órden de san Francisco, mujer devota y de vida santísima, á la cual él solia visitar á menudo, y ella le daba saludables consejos. Hablando con ella muchas veces el casto mozo, le decia que estaba enamorado de una vírgen hermosísima y graciosísima que le tenia robado el corazon, de tal manera que si un solo dia la dejara de ver, sin duda espirara y se muriera. Al principio turbóse Tobia, oyendo decir estas palabras á Bernardino, temiendo que como mozo no estuviese enlazado y preso del amor de alguna doncella; aunque sus costumbres le parecia que le aseguraban, porque eran graves y modestas, y contrarias á toda desenvoltura. Quiso enterarse de la verdad, y acechándole y mirando á donde iba, le vió sin ser vista de él, que cada dia iba á una puerta de la ciudad que va á Florencia, y se llama Camolia, sobre la cual estaba una imágen de la Vírgen María, nuestra Señora, muy linda y de grande devocion, y que el mozo se ponia delante de ella con las rodillas desnudas, y estaba gran rato en oracion, regalándose y entreteniéndose con la Vírgen; y por aquí entendió que ella era aquella doncella tan querida de Bernardino, y á quien entrañablemente y mas que á sí mismo amaba; y así se lo confesó él mismo, apretándole mucho Tobia para que le descubriese la verdad: mas le dijo, que lo que mas le suplicaba, que le defendiese de los peligros, que como mozo y de buen parecer podia temer de perder la castidad, la cual estimaba como una joya y tesoro preciosísimo; y toda su vida fué devotísimo de nuestra Señora, y ántes que se hiciese religioso, le ayunaba todos los sábados, y siendo despues excelentísimo predicador, se esmeraba en las fiestas de la santísima Vírgen, predicando con mas alegría y fervor sus virtudes y alabanzas. Un dia predicando dijo en el púlpito: «Yo nací en el dia del Nacimiento de nuestra Señora, y en el mismo dia despues nací en la religion y tomé el hábito, é hice profesion y dije la primera misa, é hice el primer sermon, y espero que por sus merecimientos nuestro Señor me llevará á su reino.» Despues que hubo aprendido bien la filosofía moral, siendo de edad de diez y siete años, se dió á estudiar los sagrados cánones y la divina Escritura, con la cual finalmente se abrazó con tan gran estudio y voluntad, que dejadas las otras ciencias, se entregó á sola ella, juntando con el estudio su aprovechamiento y progresos en la virtud. Maceraba y afligia su cuerpo con ayunos, disciplinas y cilicios; dormia vestido y muchas veces en el suelo: comia poco y cosas comunes y viles; era benigno y suave en su trato y conversacion, y siempre con el mismo semblante, sin que ninguno le viese airado, turbado ó desabrido.

Vino el año de 1400, que fué muy calamitoso por una famosa pestilencia que se encendió en Italia, y entró en la ciudad de Sena, haciendo grande estrago y riza en la gente, y especialmente en el hospital de Nuestra Señora de la Escala, que es muy insigne, y entonces lo era mas, y recibia á todos los peregrinos que iban aquel año santo á Roma, y curaba á los enfermos con grande caridad y solicitud. Habiendo, pues, muerto en este hospital de pestilencia, no solamente los extraños que para curarse se habian acogido á él, sino tambien los mismos ministros que los servian, y embraveciéndose la pestilencia cada dia mas, eran tantos los muertos, que no habia quién se atreviese á entrar en aquel hospital, ni encargarse de los enfermos, temiendo cada uno de perder la vida que se pretendia dar á ellos. Con esto estaba desierto y desamparado el hospital, y los pobres peregrinos y enfermos perecian sin remedio. Movió Dios con su espíritu á nuestro Bernardino para que se encargase por su amor de obra tan importante, y que siendo de edad de solos veinte años, y por esto y su natural complexion, mayor su peligro, no temiese la muerte, sino que se pusiese á cualquier peligro, por librar á sus prójimos, y servir al Señor en tan gloriosa empresa. Y porque él solo no bastaba á dar recado á tantos y á tan contagiosos enfermos, rogó á algunos mozos bien inclinados amigos suyos, que le ayudasen, y persuadióles que confiasen en Dios, que les daria vida y salud, pues la arriesgaban por su amor en beneficio de tantos pobres desamparados, y cuando él fuese servido de otra cosa, el morir por caridad era un género de martirio glorioso para los que muriesen, y provechoso ejemplo para los demás. Entró san Bernardino en el hospital con sus compañeros, y por su ejemplo otros le siguieron; y en el espacio de cuatro meses que allí estuvo, con su cuidado, diligencia y caridad reparó el hospital, dió vida y salud á muchos, y Dios le guardó para que no se quemase en medio de las llamas, y andando continuamente entre los que estaban heridos de pestilencia, sin perdonar á trabajo ni excusar el mal olor, ni huir de las llagas asquerosas que manaban podre, ni de los otros oficios mas bajos y peligrosos, no murió ni enfermó; porque el Señor estaba con él y le tenia de su mano, hasta que el mismo Señor fué servido que se aplacase la pestilencia y cesase aquel azote, con que toda la tierra estaba afligida. Pero para mayor prueba y corona del santo mozo Bernardino, en volviendo á su casa adoleció de una fiebre muy aguda, y estuvo en la cama por espacio de cuatro meses, llevando su enfermedad con maravillosa paciencia y alegría. Luego que sanó, buscó otra ocupacion para ejercitar su caridad, y Dios le ofreció una muy á su propósito. Tenia san Bernardino una tia suya llamada Bartolomea, hermana de su padre, mujer muy honrada, y viuda, de edad de noventa años, y ciega y tan flaca que no se

podia ayudar por sí misma, y tenia necesidad de quien la sirviese. A esta tia suya (que á mas de las calidades que he dicho, era de muy santa vida, y de la tercera órden de san Agustin) comenzó san Bernardino á servir, como si fuera su propia madre, asistiéndola, curándola y regalándola por espacio de un año, que fué lo que le duró la vida. De esta santa vieja, se cree que se le pegó á nuestro san Bernardino la devocion tan cordial y tan entrañable que tuvo al dulcísimo y amabilísimo nombre de Jesus, como adelante se verá. Con las obras de caridad en que se ejercitaba san Bernardino, crecia cada dia mas la misma caridad en su alma, y despertaba nuevos deseos y nuevos incendios para ir adelante en la virtud. Tenia grandes estímulos de dar libelo de repudio á las cosas de la tierra, y librarse de una vez de los peligros y ondas turbulentas del siglo, y acogerse al puerto sagrado de alguna santa religion; porque viéndose en la flor de su edad, y de tan gentil disposicion, que habitaba entre escorpiones y serpientes, que pretendian robarle y despojarle del tesoro de la castidad, no se le ofrecia mejor medio para defenderla, que huir el cuerpo á las ocasiones, y morir en la cruz desnudo, con Cristo desnudo. Pero parecióle que para acertar en cosa tan grande, y escoger la religion que habia de seguir, le convenia primero ensayarse en su casa, y ocuparse en todos los ejercicios de la religion, y pedir á nuestro Señor con continua y fervorosa oracion, que le alumbrase y enseñase su santísima voluntad, y en qué instituto y órden se queria servir de él. Con este intento se recogió en una huerta, donde en una casilla que tomó para su vivienda, se daba á la oracion, vigilias, ayunos y disciplinas, llevando cilicio y durmiendo en tierra, comiendo yerbas y bebiendo agua, y apacentando su alma con la leccion de la sagrada Escritura; y muchas veces se echaba á los piés de un Crucifijo, y con lágrimas le suplicaba que le mostrase el camino por donde habia de entrar. Una vez, estando en esta oracion, sintió dentro de su alma una como voz que le decia: «Hijo, tú me ves aquí desnudo y enclavado en una cruz; si tú me amas y buscas, aquí me hallarás; pero procura estar tú desnudo y crucificado como lo estoy yo, porque de esta manera mas fácilmente me hallarás.» Con estas palabras y con la ilustracion divina, se determinó á militar debajo de la bandera del glorioso patriarca san Francisco, porque entre los otros santos habia seguido desnudo y perfectamente á Jesucristo. Comunicó esta su determinacion con un gran religioso de la misma órden, que se llamaba fray Juan Costoco de Sena, y por su consejo vendió la hacienda que tenia, y la dió toda á los pobres, y siendo de veinte y dos años, tomó el hábito de san Francisco en el convento de Sena delante del altar mayor, el dia del Nacimiento de nuestra Señora del año de 1402, con extraordinaria devocion suya, y contentamiento y júbilo de todos los frailes, que esperaban que aquel mozo habia de ser luz y ornamento de su religion. De este convento de san Francisco de Sena, donde fué recibido por consejo del santo fray Juan, se fué á tener su noviciado á otro monasterio llamado Columbario, áspero, solitario y devoto, y de la invocacion de nuestra Señora, y en que el mismo padre san Francisco habia morado, donde á la sazon vivian los religiosos con mayor recogimiento, estrechura y observancia. En esta casa tuvo su noviciado san Bernardino, con una vida tan perfecta y tan llena de devocion y aspereza, que mas parecia de ángel, que de hombre en cuerpo mortal. Acabado el año de la probacion, hizo su profesion el mismo dia del Nacimiento de nuestra Señora, su dulcísima abogada. De allí á un año le hicieron cantar la primera misa, y en ella predicar al pueblo; y fué tanto lo que agradó en su sermon, y tan raro el espíritu del Señor que mostró en sus palabras, que los superiores le mandaron que de allí adelante hiciese oficio de predicador de la órden. Pero porque él tenia cierta enfermedad en la garganta, y la voz bronca y desabrida, suplicó á nuestro Señor, que si era su voluntad que predicase como sus superiores se lo mandaban, le quitase aquel impedimento; y el Señor se lo quitó y le dió entera salud, y manifestó que le habia escogido para pregonero magnífico de su palabra.

El santo lo fué tan perfectamente, y con tanta continuacion, que en diez y seis años predicó todos los dias una y mas veces, donde habia pueblo que le oyese, sin dejar de celebrar y seguir el coro, y los trabajos y cargas del monasterio en que se hallaba, como cualquiera de los otros frailes. Despues que hubo predicado en Sena y Florencia, y en las otras partes de la Toscana, pasó á la provincia de Lombardía, y corrió las mas principales ciudades de ella y de toda Italia, alumbrándolas con su doctrina, é inflamándolas con su santísima vida. Predicaba con tan gran fervor, devocion, gracia y celo de las almas, que parecia un nuevo apóstol, enviado de Dios al mundo para componerle y reformarle. Era tan extraordinario el concurso á sus sermones, que á la hora que él predicaba, se cerraban las tiendas y cesaban los tribunales, las audiencias, y en las universidades las lecciones, porque todos á porfía le querian oir, y por no caber en las iglesias la gente, era forzado á predicar en las plazas y en los campos. El fruto era á la medida del auditorio, raro, maravilloso, y propio de la mano del Señor; porque en aquel tiempo estaban en Italia muy en su punto los bandos de los güelfos y gibelinos, que á guisa de su furia infernal asolaban y destruian toda la tierra, sin respeto de naturaleza, sangre y amistad; se mataban unos á otros, hasta los hermanos, y los padres á los hijos, y muchas ciudades, y pueblos y señores, se abrasaban con discordias y guerras, las cuales san Bernardino atajó, y casi extinguió con su predicacion. Convirtió demás desto á innumerables pecadores, y mujeres lascivas y públicamente malas, á llorar y hacer penitencia de sus pecados, y volverse de veras á Dios. Compungíanse de manera, que le llevaban los hombres los tableros, naipes, dados y todos los instrumentos de juegos ilícitos; y las mujeres sus vanidades, afeites, cabellos, aguas, colores, espejos y vestidos, para que á su voluntad dispusiese de ellos, y él en una hoguera lo mandaba todo abrasar. Y no ménos le trajeron un gran número de nóminas, suertes, hechizos y supersticiones, para que todo lo quemase, é hiciese justicia de ello. ¿Quién podrá explicar los otros provechos que nuestro Señor hizo en las almas por la predicacion de este siervo suyo, en desarraigar los vicios de la república y plantar las virtudes, reformar las costumbres, despertar la gente á la devocion, y traerla al conocimiento y menosprecio del mundo, y á vivir en religion? No se puede decir esto, por ser tanto, en pocas palabras: basta saber, que san Bernardino fué en toda Italia una trompeta del cielo, un predicador soberano del Evangelio, un solícito y cui-

dadoso hortelano, para arrancar las malezas y espinas del jardin de la santa Iglesia, y una fuente de aguas vivas para regarle y cultivarle, y una como lluvia copiosa que viene á su tiempo para fecundar los campos, como un nuevo sol, que con su luz, calor y movimiento, da vida y salud al mundo; porque no solamente la dió á los seglares que le oian y tomaban sus consejos, sino tambien á los religiosos, que vivian con mas libertad de la que convenia á su hábito y profesion. Edificó muchos monasterios de frailes de la observancia, que por devocion que tenia al nombre de Jesus, y á nuestra Señora, llamaba «Santa María de Jesus,» y otros no pocos de monjas. Reformó otros muchos que vivian con privilegios relajadamente; y la tercera órden del padre san Francisco, que estaba casi olvidada y como sepultada, revivió en su tiempo, y muchas personas devotas y nobles, hombres y mujeres, servian á Dios en sus propias casas, viviendo en penitencia y en temor de Dios, y en el hábito de la tercera órden. Finalmente, cuando san Bernardino tomó el hábito, no habia sino pocos mas de veinte monasterios de la observancia en Italia, y en ellos como doscientos frailes; y cuando murió, dejó mas de doscientos y cincuenta conventos, y en ellos mas de cuatro mil frailes, sin otros tantos que ya eran muertos, y para esto lo escogió tambien Dios, y le hizo ministro y vicario general de todos los conventos de la observancia en Italia, y él tuvo gran mano, y con su rara santidad, doctrina, celo y prudencia, reparó la religion de su padre san Francisco, y la restituyó á su antiguo espíritu, devocion y fervor. Pero ¿qué maravilla que hiciese tanto fruto en los otros, el que habia sido escogido singularmente de Dios para sembrador y predicador de su palabra? ¿que encendiese á los demás el que estaba abrasado del amor divino; y que enamorase y moviese los corazones de los que le oian, á la virtud, el que estaba tan adornado de todas virtudes, que parecia un paraiso de deleites?

Porque ¿quién podrá explicar con pocas palabras el adorno, atavío y hermosura del alma de este gran siervo del Señor, y los dones de heroicas y excelentísimas virtudes con que resplandeció? Su castidad y honestidad fué admirable, y por muchos y varios lazos que le armó el demonio en el siglo y en la religion, para hacérsela perder, siempre quedó burlado. Dejemos las demás, y digamos una sola de estas tentaciones con que el demonio le acometió para hacerle perder la virginidad y pureza de su alma, porque nos podrá servir de aviso y ejemplo. Despues que tomó el hábito san Bernardino, iba como los otros frailes á pedir limosna por la ciudad de Sena. Llegó á la puerta de una mujer casada, noble, rica y hermosa, la cual se habia aficionado al santo mozo, tan torpe y ciegamente, que le estaba aguardando para acometerle y hacerle caer en la red. Pidióle Bernardino limosna, y díjole que entrase, que de buena gana se la daria. Entró el castísimo religioso sin recelo en el aposento por la limosna, y ella le descubrió su mal intento, protestándole que si no consentia luego con su voluntad, daria voces, y publicaria que la habia querido hacer fuerza. ¡O lazo de Satanás! ¡O corazon loco! ¡O mujer desvergonzada y perdida! Turbóse el santo mozo, helósele la sangre, y quedó como fuera de sí, cuando se vió en medio de las llamas, con peligro tan evidente de quemarse, y perder la preciosa joya de su castidad. Socorrióle la Reina de los ángeles, y Vírgen de las vírgenes, y su especial abogada nuestra Señora, é inspiróle Dios una cosa, que fué su total remedio y salud. Dijo á la mala hembra, que si queria que él se entregase á su voluntad, que se desnudase y echase en la cama, y ella lo hizo con gran presteza y desenvoltura. Cuando allí la vió, sacó una áspera disciplina que traía consigo, con que á menudo se disciplinaba, y comenzó á azotar cruelmente á la pobre y desventurada mujer, la cual no osaba clamar ni chistar; porque hallándola en aquella manera, no se entendiese que ella habia querido provocar al santo, y no hacerla él fuerza. En fin fué que ella quedó lastimada de los muchos azotes que le dió, y admirada de la virtud de san Bernardino, y temblando y confusa, le pidió que la dejase, prometiendo enmienda; y él la dejó, haciendo incesantes gracias al Señor, por haber quebrado aquel lazo tan apretado, y conservado su castidad; y él por ayudarle de su parte, sabiendo que ninguno puede ser casto, si Dios no le da el don de castidad, y que para que él la dé, quiere que se la pidamos; se daba muy de veras á la oracion, y todo el tiempo que podia, le gastaba en la consideracion de su flaqueza, y en la contemplacion de la bondad y poder infinito del Señor, el cual regalaba el espíritu de este su siervo con tanta abundancia y suavidad, que parecia que vivia mas en el cielo que en la tierra. Con esta continua oracion y devocion, juntaba la aspereza y penitencia rigurosa, tratando su cuerpo como si no fuera de carne, especialmente los doce primeros años de religion, en los cuales vivió con tanto fervor, que parecia escedia á las fuerzas humanas. Pues ¿qué diré de su obediencia, y de la observancia de su regla? ¿Qué del amor y cuidado de la santa pobreza? ¿Qué de la humildad, con que no quiso admitir ninguno de los tres obispados de Sena, de Ferrara y Urbino, que los papas le ofrecieron, y con que habiendo una vez el santo pontífice puéstole por su mano sobre su cabeza la mitra obispal, él se la quitó, y humildemente le suplicó que no le obligase á aceptar iglesia alguna, ni mudar el pobre estado á que Dios le habia llamado; porque mas serviria á la Iglesia, predicando la palabra de Dios, y ayudando á las almas en muchos obispados, que siendo obispo en uno solo? Y el papa, oidas sus razones, juzgó tenia razon; y con todo esto le dejó. ¿Quién podrá alabar su paciencia, que fué excelentísima, y mas divina que humana, así en los trabajos, como en las persecuciones muchas y y gravísimas que padeció en todo el discurso de su vida? Al principio, cuando iba pidiendo limosna por la ciudad de Sena, los muchachos, haciendo burla de él y de su compañero, iban tras ellos, tirándoles piedras y lastimando con ellas sus piés descalzos: y como llevase esto mal el compañero, él con rostro de suavidad y alegría, le dijo: Déjalos, hermano, hacer; porque así nos ayudan á merecer el reino de Dios por la virtud de la paciencia. Por ocasion de sus sermones, y del admirable fruto que hacia, el demonio levantó contra el santo grandes tempestades, y hubo personas que, instigados de ambicion y envidia, le tacharon, y aun acusaron delante del papa Martino V, de mala doctrina, y de predicador arrojado; porque llevaba consigo una tabla, en que estaba pintado con rayos de oro el sacratísimo nombre de Jesus, del cual fué devotísimo, y la mostraba al pueblo, cuando predicaba. Pero todas las calumnias cesaron, cuando el papa llamó á Roma al santo, y oyó sus razones, y entendió la

verdad, sinceridad y fundamentos sólidos de su doctrina; y toda aquella niebla, con que los adversarios habian procurado obscurecer á san Bernardino, sirvió para esclarecerle, é ilustrarle mas. Pero en estos trabajos siempre estuvo con igual y constante alegría, y con una maravillosa mansedumbre, sin dejar por esto de predicar la verdad, y reprender, cuando era menester, aun á los príncipes, grandes y poderosos, con libertad; aunque con tal modestia y prudencia, que ninguno justamente se podia agraviar de sus palabras: y dado, que sin razon algunos se ofendieron; mas despues le probaron, y le hallaron tan entero, tan desinteresado y santo, y que ni aceptaba sus dones, ni queria sus riquezas, ni buscaba otra cosa sino la gloria del Señor y bien de sus almas, se le rindieron y humillaron, confesando su culpa y engaño, especialmente viendo que su vida era inocentísima é irreprensible, la doctrina alta, sublime, eficaz, y mas enseñada de Dios, que aprendida con estudio, y que el cielo la confirmaba con muchos y grandes milagros: los cuales, por ser tantos, no se pueden aquí referir. Habiendo, pues, san Bernardino alumbrado la mayor parte de las ciudades y pueblos de Italia con su doctrina; aunque ya se hallaba viejo y flaco para los trabajos, no por esto dejaba de predicar (porque la caridad le daba las fuerzas, que su edad y flaqueza le quitaba); y determinando pasar al reino de Nápoles, para sembrar en él la semilla evangélica, como lo habia hecho en todas partes, tomó el camino por la ciudad de Aquila, que es cabeza de la ciudad de Abruzzo. En este camino enfermó gravemente: llegó á un lugar cerca de la ciudad, donde habia una hermosa fuente: allí le apareció san Pedro Celestino (el que dejó al sumo pontificado, y es patron y abogado de aquella ciudad), y con mucha blandura y suavidad le confortó para el trabajo de la muerte, porque ya se le acercaba. Con este aviso san Bernardino se recreó en gran manera y regocijó; porque todos sus deseos y ansias eran de la otra vida, y de ver y gozar del sumo bien; y así exhortando á los religiosos que allí estaban á la perfecta observancia de su regla, y recibidos los sacramentos de la Iglesia, con mucha devocion se hizo poner en el suelo como verdadero hijo de su padre san Francisco, y levantando los ojos y manos al cielo, comenzó á alegrarse y reirse muy dulcemente como quien veia ya el puerto deseado, y abrirse las puertas de su bienaventuranza; y con esta suave risa, partió del cuerpo su alma para reinar con Dios, la vigilia de la Ascension de de nuestro Señor Jesucristo, un miércoles á hora de vísperas, á los 20 dias del mes de mayo del año de 1444, como consta de un letrero que está sobre el arco de la capilla mayor del templo, que despues se le edificó en la ciudad de Aquila, que dice así: «San Bernardino de Sena acabó el último dia de su vida en Aquila, á 20 de mayo en el año del Señor de 1444, siendo papa Eugenio VI, y su cuerpo fué sepultado en la iglesia y monasterio de San Francisco. Despues fué escrito en el catálogo y número de santos por el papa Nicolás V, en Roma, el año de 1450 á 25 dias del mes de mayo, en el cual año habia grandísimo jubileo en Roma.» Estas palabras son de aquel letrero, las cuales ponen Fr. Marcos de Lisboa en su crónica de san Francisco, y las refiere el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el Martirologio á 20 de mayo; por las cuales se ha de enmendar lo que fuere diferente de esto, acerca del año en que murió y fué canonizado. Vivió san Bernardino sesenta y tres años y ocho meses, y de estos, veinte y dos en el siglo, y cuarenta y uno y los ocho meses en la religion. Al año siguiente despues de su canonizacion se le edificó un suntuoso templo, donde se trasladó su sagrado cuerpo el año del Señor de 1472, por mandado del papa Sixto VI, celebrando los frailes observantes capítulo general, en el mismo convento de Aquila. Hizo Dios nuestro Señor despues de su muerte innumerables milagros por san Bernardino, como los habia hecho ántes de su vida, sanando enfermos incurables de muchas y varias enfermedades, y librando á los endemoniados de la tiranía de Satanás, y haciendo otros grandes beneficios á los que se encomiendan á él, y le invocan en sus necesidades; y la ciudad de Aquila y toda aquella comarca le tiene gran devocion, y le reconoce y reverencia por abogado y patron.

La vida de san Bernardino escribió un padre grave de san Francisco, de su mismo tiempo, que le conoció y oyó predicar; aunque por su humildad no quiso poner su nombre. Tráela Surio en el tercer tomo de las vidas de los santos, y san Antonino, arzobispo de Florencia, y mas copiosamente la crónica de los Menores, que es la bula de su canonizacion. Hace mencion de san Bernardino el Martirologio romano á los 20 de mayo, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, el papa Pio II en su Cosmografía de Europa, cap. 64.

* Santa Basila, vírgen y mártir.—Descendiente esta santa de real estirpe, y desposada con un ilustre personaje de Roma, repudió á su esposo, por no querer este dejar el culto de los ídolos. Acusada al emperador Galieno por su mismo esposo, de que era cristiana, mandó aquél, ó que habitara con su marido, ó fuese degollada. No se intimidó al oir la sentencia la vírgen Basila, ántes bien con grande magnanimidad confesó que ella no tenia mas esposo que el Rey de los reyes, cuya confesion le hizo conseguir la doble palma de vírgen y de mártir, muriendo atravesada de una espada. Sucedió su martirio en Roma en la via Salaria por los años de 259.

San Baudilio mártir.—Fué francés de nacion, y vivió en los primeros siglos de la Iglesia, siendo cristiano desde sus primeros años. Distinguióse por su amor á la castidad y á la penitencia; fué caritativo y humilde en sumo grado, siendo su mayor consuelo asistir á los pobres y á los confesores de la fé. Vendió su rico patrimonio para emplearlo en socorrer las necesidades ajenas, y habia ya subido á un alto grado de perfeccion, cuando llegó á la ciudad de Nimes, donde estaba aun en todo su vigor la idolatría. Encendido en santo celo, empezó á predicar públicamente á Jesucristo, desafiando á las divinidades del paganismo á que contradijesen cuanto él decia. Muchos abrazaron la fé por la eficacia de sus palabras, que corroboraba con gran número de milagros, hasta que fué preso, martirizado, y últimamente degollado en la misma ciudad de Nimes, principal teatro de sus glorias.

San Talaleo, médico, y sus compañeros san Asterio y san Alejandro.—En el año 284, en el reinado del emperador Numeriano, siendo prefecto Teodoro, fueron presos por su fé en Jesucristo muchos ciudadanos de Edesa en Siria, y todos fueron luego exterminados en la misma ciudad. Los unos fueron arrojados al mar, otros murieron decapitados, otros devorados por las llamas, y acabaron otros su vida sufriendo todos estos suplicios juntos. De este

número fueron los tres santos de que hablamos, que despues de un solemne interrogatorio en presencia del juez, alcanzaron una muerte preciosa á los ojos del Señor.

San Aquila, mártir.—Derramó su sangre por Jesucristo en la Tebaida de Egipto, en tiempo del emperador Diocleciano y del prefecto Arriano, por los años 304. En su martirio le despedazaron todo el cuerpo con peines de hierro.

San Austregisilo, obispo y confesor.—Fué arzobispo de Bourges, en cuya ciudad habia nacido en 551, y en la cual murió en 624, despues de haber gobernado santamente su iglesia por espacio de doce años. Antes de abrazar el estado eclesiástico contestó á sus parientes, que querian casarle, estas palabras: «Si yo lograse tener una buena esposa, temeria perderla; y si me cupiese la suerte de tenerla mala, sentiria no poderme deshacer de ella.» El rey Gontrando respetaba á este santo como á un padre, y con frecuencia tomaba sus instrucciones y sus consejos.

San Anastasio, obispo y confesor.—Prelado eminente en doctrina y piedad: apenas fué ordenado obispo de Brescia, empezó un infatigable apostolado contra los arrianos, é iba recorriendo el mundo cristiano, trabajando siempre contra aquellos herejes. Predicó en Italia, en Egipto, en África, en España, y principalmente en las ciudades de Zaragoza, Valencia, Salamanca y Toledo. Su celo y virtudes atraian á oirle á muchísimos arrianos, que despues dejaron sus errores; y Anastasio, colmado de merecimientos, y restituido á su diócesis, murió en Brescia, el dia 20 de mayo del año 609.

San Teodoro, obispo.—Natural de Italia floreció durante el siglo VIII. Consagrado obispo de Pavía por el mismo papa Zacarías, fué recibido por el clero y pueblo de su diócesis con entrañables muestras de su alegría, porque conocian ya sus raras prendas. En el desempeño de su ministerio era un ejemplar de caridad, y un ministro segun los designios del Señor. Humilde, retirado y penitente, no aparecia en público sino para socorrer las necesidades de sus ovejas, ó para hacer pública ostentacion del poder de hacer milagros, que el cielo le confiriera. Preservó á su rebaño del contagio de las herejías de aquel tiempo, y descansó en paz por los años de 778.

Santa Plautila.—Natural de Roma, matrona consular, fué bautizada por el apóstol san Pedro y aprendió de su boca la doctrina celestial, que practicó ella con admirable santidad. Fué madre de la gloriosa vírgen y mártir santa Flavia Domitila, que se celebra el dia 12 de este mes. Asistió al martirio de san Pablo, de quien era muy querida; y el apóstol le dejó una prenda de su cariño en una especie de sudario, empapado en su sangre, el cual llevaba puesto á la hora de su martirio. Santa Plautila vivió siempre con todo el fervor de los discípulos de los apóstoles, y llena de gracias y virtudes murió pacíficamente en Roma por los años 66.

DIA 21.

San Hospicio, confesor.—Vestido de áspero cilicio, rodeado de cadenas de hierro, y atado á una de ellas dentro de una torre, comiendo solo un poco de pan, con unos dátiles y algunas raices de yerbas, y bebiendo solo agua, vivia en la ciudad de Niza un varon santísimo, llamado Hospicio. Junto á esta torre habia un monasterio: y aunque los monges de él tenian prior, que les gobernaba; con todo siempre vivian sujetos á la direccion del siervo de Dios, Hospicio. Agradó tanto al Señor su gran penitencia y encerrada vida, que hizo por él grandes maravillas. Tuvo espíritu de profecía, con que muchos años ántes que viniesen los fieros longobardos á Francia, lo anunció; y así aconsejó á los monges se fuésen á vivir á otro lugar, porque aquellos bárbaros vendrian, y lo destruirian todo. Ellos dijeron, que no se partirian de allí, sin que él los acompañase: y el santo respondió: Idos vosotros, que á mí no me quitarán la vida, aunque me harán malos tratamientos. Aconsejó tambien á los vecinos de Niza se ausentasen, porque los bárbaros destruirian su ciudad y otras seis mas, por cuanto todos estos franceses pueblos, decia el santo, tienen á Dios muy enojado con sus homicidios, latrocinios, infidelidad, poca reverencia á los templos, poco amor á los pobres, y otros infinitos vicios que en ellos hay: de los cuales, los que se enmendaren serán salvos; los que nó, perecerán. Todo fué así como el santo Hospicio lo profetizó; pues vinieron los longobardos y todo lo destruyeron: llegaron á la torre donde estaba el santo glorioso: quisieron entrar en ella, y no hallaron por dónde: al fin, tuvieron modo de subirse al tejado, y quitando tejas y rompiendo el techo, entraron; y como vieron á aquel hombre rodeado de cadenas, dijeron: Este es sin duda algun malhechor que por sus homicidios y latrocinios está encerrado y preso en esta torre, y con tan fuertes cadenas atado. Llamaron un intérprete, y por él le preguntaron, que ¿por qué estaba de aquella manera preso? El santo respondió: Porque soy el mas mal hombre del mundo, y que mas delitos ha cometido. Con razon, dijo entonces uno de los bárbaros, te tienen entre tantas cadenas; pero ¿por qué no quitan la vida á tan mal hombre? y diciendo y haciendo, sacó la espada y levantó el brazo, y al ir á descargarle el golpe con que intentaba cortarle la cabeza, se le quedó seco el brazo, y cayó la espada en tierra. Entonces el soldado se echó á los piés del santo, confesando su culpa y pidiéndole perdon. El santo le echó su bendicion sobre el brazo, y al instante sanó: con que reducido el bárbaro, se convirtió y se entró monge, donde acabó su vida; y predicándoles á Jesucristo desde sus cadenas, redujo á muchos de aquellos bárbaros. Curó muchas enfermedades: sanó muchos mudos, ciegos y tullidos. Lanzaba los demonios con solo tocar los dedos á la persona que atormentaban, los cuales salian dando voces y diciendo: ¿por qué, varon santo, nos atormentas así?

Pasada la furia de los longobardos, los monges volvieron á su monasterio, y cuando el glorioso Hospicio conoció que se acercaba su muerte, de que tuvo divina revelacion, llamó al prior y le dijo: Trae las herramientas necesarias y rompe esta pared, y dí al obispo que venga á sepultar mi cuerpo, porque mi hora es llegada: pues dentro de tres dias dejaré estar este mundo y me iré á gozar del eterno descanso. Luego avisaron al obispo de Niza: rompieron las paredes y entraron dentro: y viéndole todo lleno de gusanos, le dijo uno de los que entraron: ¡O padre! ¿y cómo es posible puedas sufrir estos gusanos? A que respondió el santo: Porque me conforta aquel Señor por quien yo padezco. Ciertamente te digo que ya soy desatado de estas prisiones, y me voy á mi descanso. Pasados tres dias, dejó las cadenas y se postró en oracion, y

habiendo orado un grande espacio con mucha abundancia de lágrimas, se puso sobre un escaño, y tendiendo los piés y alzando las manos al cielo, y dando gracias al Señor, le entregó su espíritu á 21 de mayo, y luego desaparecieron todos los gusanos que comian su cuerpo, y quedó hermoso y resplandeciente. Vino el obispo de Niza, y con gran pompa y solemnidad hizo sepultar el santo cuerpo. Escribieron su vida san Gregorio Turonense en el libro de *Histor. Franc.* lib. VI, c. 6 y 7; y en el libro de *Glor. Confessor.* cap. 97: Paulo diácono en el libro III de la Historia de los Longobardos, cap. 1: Sigiberto, *in Cronic.*, año 581: Pedro de Natalibus, *in Cathal.*, lib V, cap. 27: Sanctoro, el Martirologio romano, Baronio en sus anotaciones, y en el tomo VII de sus Anales, y otros. Su glorioso cuerpo, dicen, está en la iglesia catedral de Niza, donde es muy venerado de los fieles, y le hacen gran fiesta á 25 de octubre, que debe ser el dia de su traslacion.

Al santo Job comian sus carnes gusanos, y estaba tan bien con ellos, que los llamaba madre; para denotar que ningun daño le hacian, ántes le trataban con el cariño que suele una madre á un hijo: por lo cual él los amaba tanto como un hijo á una madre: otro Job hemos visto en el glorioso san Hospicio; pues comiendo sus carnes gusanos, estaba tan alegre y contento, cual pudiera estar otro cualquiera gozando de los regalos y delicias del mundo: pero si el Señor, por quien los padecia, le confortaba, como afirmó él mismo, ¿qué mucho viviese tan gozoso? Job conocia que venian de la mano de Dios; Hospicio por Dios los hospedaba en sus carnes: y ambos tienen eterno hospicio y descanso en la gloria, donde los veamos. Amen.

* San Secundino, mártir.—Córdoba, ciudad célebre de España, fué la patria de este santo. Abrazó siendo muy jóven, la fé de Jesucristo, y era tanto su zelo por la gloria de Dios y bien de las almas, que muy á menudo se presentaba al público con el objeto de abolir las supersticiones paganas, declamando contra el culto gentílico. Deseaba en gran manera sacrificarse á Dios por medio del martirio; pero Dios se lo retardó para que experimentara mas el efecto de sus palabras; pues por medio de sus exhortaciones, muchos abandonaban el culto de los ídolos y se bautizaban. Por aquellos tiempos publicáronse los edictos del emperador Diocleciano, que tantos estragos ocasionaron en España, y Secundino fué preso en esta persecucion, y despues de martirizado, fué por último decapitado en Córdoba el año 306.

Los santos Timoteo, Polio y Eutiquio, mártires.—Fueron diáconos, y enviados á predicar el Evangelio al reino de Tremecen. Ganaron muchísimas almas para Jesucristo, y merecieron despues la corona del martirio, siendo degollados juntos, durante la persecucion del emperador Decio.

San Polieuto, san Victorio y san Donato, mártires.—Sábese tan solo de estos santos que fueron de Cesarea en Capadocia, y que murieron mártires en la misma ciudad por los años de 250.

San Sinesio y san Teopompo.—No se sabe de fijo dónde esos santos padecieron martirio; pero el cardenal Baronio cree que fué en Nicomedia, durante el reinado de Diocleciano.

San Nicostrato y san Antíoco, mártires.—Eran tribunos del ejército bajo el imperio de Diocleciano, y hallándose en Cesarea de Filipis, el año 302, se convirtieron á la fé con muchos soldados, y por órden del prefecto fueron todos decapitados.

San Valente, obispo, y tres niños, mártires.—Las actas del martirio de estos santos se han perdido, y solo se sabe por Salazar, que san Valente fué uno de los primeros obispos de Pamplona en España, y que habiéndose declarado abiertamente contra el culto de las falsas divinidades, fué encarcelado con tres niños de la misma ciudad, que él habia instruido y bautizado, y que permaneciendo los cuatro constantes en su fé, despues de haber soportado grandes tormentos, fueron degollados.

San Segundo, presbítero, y otros compañeros mártires.—San Atanasio en su epístola *ad solitarios*, hace una vivísima pintura de los tormentos y de la muerte de estos santos. Por él sabemos que en la cuaresma del año 357, hallándose unos cuantos cristianos reunidos en el cementerio de Alejandría, presididos por san Segundo, estando en fervorosa oracion, entraron en aquel lugar unos hombres armados, que por órden del obispo arriano Jorge prendieron á todos aquellos fieles, y despues de haberles hecho sufrir varios tormentos, por fin acabaron con la vida de todos, proporcionándoles así la corona de la vida eterna. Tambien celebra hoy la Iglesia la memoria de muchos santos obispos y presbíteros, de quienes habla asimismo Atanasio en su *Apologia de fuga*. Dice que eran de varias iglesias de Egipto y de África, de cuyas iglesias fueron desterrados por los arrianos, y que por sus padecimientos y su admirable constancia, merecieron asociarse á los santos confesores.

DIA 22.

Santa Quiteria, vírgen y mártir.—Lucio Catelio, presidente de Galicia y Portugal, señor de tantas tierras y vasallos, que se extendia á título de rey su dominio, tuvo en su esposa Calsia nueve hijas de un parto. Admirada Calsia de tan prodigioso parto, quiso que á todas nueve les quitasen luego las vidas, porque su esposo no juzgase ménos casta su honestidad: por lo cual ordenó á la partera que las echase luego en el rio; pero la divina Providencia lo dispuso de otra suerte: pues llevándolas á una vecina aldea, la partera misma las dió á criar, y las amas que las recibieron por hijas, porque de veras lo fuesen, las hicieron bautizar y pusieron por nombres Genivera, Librada, Victoria, Eumelia, Germana, Gemma, Marcia, Basilisa y Quiteria, todas santas esposas de Jesucristo, que con él viven y reinan. ¡Con cuánta verdad se puede decir que no hay mal que por bien no venga! Dígalo el presente suceso; pues el querer Calsia tanto mal á sus hijas, como quitarles la vida, fué para tanto bien suyo, que no pudo ser mas; porque sus padres eran gentiles; y así no las hubieran bautizado, ántes sí dejado en las obscuras tinieblas de su ciega idolatría.

Vinieron despues por divina disposicion á ser conocidas de sus padres, y recibidas en su casa como hijas: donde un dia, estando en oracion Quiteria, se le apareció un ángel que le dijo: Dichosa y bienaventurada tú, que mereciste hallar gracia delante de Dios, para que te haya escogido por esposa. De su parte vengo á decirte que es su voluntad vivas algun tiempo solitaria en el monte Oria,

donde te ejercitarás en oracion y contemplacion. La santa doncella obedeció al punto, y siguiendo al ángel llegó con él al dicho monte, donde vivió algun tiempo, gozando divinos coloquios de su dulce Esposo Jesus, visitada de ángeles y sustentada por ellos; tanto que ya temia si la ordenarian que dejase aquella vida celestial, como sucedió; pues dentro de poco tiempo se le mandó volver á casa de su padre: el cual estaba muy cuidadoso por no saber qué de ella habia sido. Recibióla alegre con decirle que tenia concertado casarla. Ella, sin determinar lo que haria, se retiró á orar y pedir á Dios la librase del peligro en que su padre la queria poner de perder su virginidad: y que pues se la habia ofrecido, que su Majestad se la conservase. Envióle al instante Dios un ángel que la consoló, y dijo que no temiese y se dispusiese á salir otra vez de casa de su padre; pero que habia de llevar compañía, conforme á su estado é hija de quién era, y pasase á la ciudad de Aufragia, en donde Dios tenia determinado que recibiese la corona del martirio. La santa doncella, escogiendo número bastante, así de varones como de mujeres de casa de su padre, á quien movió Dios los corazones para que fuésen con ella; salió con ellos y se fué á la ciudad de Aufragia, de donde era señor Lentiano, idólatra. Tuvo con él Quiteria diversos coloquios: y aunque al principio él la trató ásperamente, al fin convencido de sus prudentísimas razones, vino á convertirse á Jesucristo y hacerse cristiano.

Luego que el padre de santa Quiteria supo de la ida de su hija, sentíalo demasiadamente: no sabia á qué atribuirlo, porque tenia de ella tanta confianza, que pensaba, ó que con alguna de sus hermanas, ó con alguno de sus deudos, iba á entretenerse. Pero sabiendo el camino que ahora llevaba, la gente que la acompañaba, y el efecto que habia hecho de convertir á la fé de Jesucristo á Lentiano, siendo él enemigo del nombre de Cristo; muy enojado mandó á un caballero principal de su casa, llamado Germano, con quien tenia concertado casarla, que fuése á buscarla con gente bien prevenida, y hallada, le quitase la vida. Así como lo ordenó el cruel padre, se puso por obra: y hallándola en un monte, allí le cortaron la cabeza, yendo su bendita alma á recibir su bien ganada corona de vírgen y mártir á la gloria. Despues de degollada, dicen que la bendita santa tomó su misma cabeza entre sus manos, y fué con ella un largo espacio de camino hasta una ciudad cercana, donde paró, y allí fué sepultada de cristianos, y en su sepulcro hizo Dios por ella infinitos milagros. Fué su martirio á 22 de mayo, dia en que la Iglesia celebra su fiesta, por los años del Señor de 100. En Toledo tiene una capilla esta religiosa santa, junto al monasterio de la Concepcion; y en un lugar que es jurisdiccion de la misma ciudad de Toledo, y se llama Marializa, hay una iglesia antigua de su nombre. El lugar está al pié de unas sierras, en las cuales es antigua tradicion que vivió solitaria, junto á una fuente, que hoy llaman unos «la fuente Santa,» y los mas «la fuente de Santa Quiteria,» donde se dice fué degollada, y en la iglesia ya dicha sepultada: y del agua de la fuente se ven cada dia maravillas; bebiéndola enfermos, é invocando á santa Quiteria, curan de varias enfermedades, especialmente de calenturas y tullidos: y á la iglesi aacude mucha gente, heridos de perros rabiosos, de que es particular abogada, y hallan remedio. Tambien en Sigüenza está el cuerpo de santa Librada, una de sus hermanas, y la tienen por patrona: y las otras siete hermanas, de quienes hay memoria en diversas partes de España, las celebra y venera á todas. La causa de su division fué que huyendo todas de la casa de su padre, mas porque no cometiese él el crímen de ensangrentar sus manos en sus mismas hijas, que por huir la cara al martirio, le fuéron á buscar á diversas partes, y todas se ciñeron la gloriosa diadema. Hállanse sus vidas en diversos breviarios de Espana, de donde escribió esta Villegas en su Flos Sanctorum de fiestas y santos de España, Trujillo *in Thesauro Concionat.* tom. II; el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones.

Los prodigios de naturaleza suelen á las veces parecer monstruosos; pero ninguno hay que no encierre particular misterio; ó sino veámoslo en el monstruoso parto de Calsia, pues de una vez, cosa poco vista, y por eso tan rara, dió á luz comun nueve lucidos astros, que como tales los venera la Iglesia, y corona el empíreo en sus nueve hijas. ¿Quién la dijera á Calsia, que tal monstruosidad de naturaleza encerraba otra de la divina gracia, que prevenia tan abundante parto, para superabundar mas, escondiéndose el misterio en aquel mandarlas echar en el agua, que fué lo mismo que mandarlas bautizar sin quererlo ni saber lo que se hacia? Pero siempre los juicios de Dios son ocultos y de pocos entendidos. Por ventura si no las hubiera mandado quitar la vida, no hubieran tenido, estándose en su casa, ocasion de gozar de la eterna que hoy poseen. La familiaridad con que Dios le enviaba sus santos ángeles á Quiteria, declara cuánto le agradaron sus virtudes; y que puede mucho con el Rey de la gloria su Esposo, es mas que cierto; y así valgámonos de su intercesion, para que su Majestad nos dé su divina gracia.

* Santa Rita de Casia, viuda.—En Casia, ciudad de la diócesis de Espoleto, nació esta santa de padres piadosos y devotos. El cielo concedióles este fruto de bendicion, para darles á entender cuánto se complacia en el bien que practicaban, oyendo tambien benigno las oraciones fervorosas que de continuo dirigian al Señor, al efecto de lograrlo. Desde niña atestiguó que su nacimiento habia sido un don particular de Dios; pues apenas soltó la lengua, mostró una aficion muy particular á la virtud. Desde su mas tierna edad, retirada en su aposento dirigia al cielo las ansias y suspiros de su inocente corazon; allí se derretia en lágrimas y sollozos, á la consideracion de las perfecciones de Dios; por manera que por su inocencia, candidez y amabilidad, era el dulce embeleso de su familia, así como la gloria de toda su casa. Tanto considerada en el estado de vírgen, como de casada, siempre estuvo en continua vigilancia, dedicada á los quehaceres domésticos, siempre pura y fervorosa, hecha un espectáculo agradable á los ojos de Dios y de los hombres. Casó Rita con un varon rico, de quien tuvo dos hijos; mas por muerte de su marido y tambien de sus hijos, y al verse enteramente libre, dedicóse únicamente al Esposo celestial; así es que despreciando el mundo y sus vanidades, vendió cuanto poseia, lo distribuyó entre los pobres, y se retiró al claustro, tomando el hábito religioso en el monasterio de agustinas, de la ciudad de Casia. Dedicóse esclusivamente á la virtud, empezando por la que es el fundamento de todas las demás, la humildad, siguiéndose de ahí la abnegacion entera, la caridad en favor de sus semejantes; por manera

que era la admiracion y encanto de todas sus hermanas. Dotóla el cielo del don de profecía, regalándola con frecuentes visiones, y si bien permitió el Señor la afligiera el infierno con repetidas tentaciones, con todo quedó victoriosa, por medio de sus rigurosas penitencias. Colmada de grandes merecimientos, murió santamente en su misma patria, el dia 22 de mayo del año 1456. El Señor dió á entender la santidad de su sierva, haciendo célebre su sepulcro por la multitud de milagros que se obraron por su intercesion.

Santa Elena, vírgen.—Fué natural de Auxerre y discípula del obispo san Amador. Cuando murió este santo, Elena mereció ver como su alma era conducida al cielo entre coros de ángeles. Fué ilustre en toda clase de virtudes, y murió santamente en su patria á fines del siglo V.

Los santos Faustino, Timoteo y Venusto, con otros compañeros, todos mártires.—El primero era español y los otros italianos, y hallándose todos en Roma durante los primeros siglos del cristianismo, derramaron su sangre por amor á Jesucristo.

San Casto y san Emilio, mártires.—Naturales de África y mártires tambien en el mismo pais. San Cipriano, en su libro *de Lapsis*, dice que consumaron su martirio en el fuego, el año 250: que la primera vez que los hicieron entrar en las llamas, cedieron al rigor del fuego; pero que de la segunda salieron victoriosos con la ayuda del Señor, con la cual se hicieron mas fuertes que las mismas llamas.

Santa Julia, vírgen y mártir.—Nació en Africa á principios del siglo V, y cuando entraron los vándalos en Cartago, fué hecha cautiva y vendida como esclava á un pagano, al cual se vió obligada á servir. Sufrió siempre con admirable resignacion las penalidades de su suerte, hasta que queriendo obligarla á dejar la religion de Jesucristo, prefirió ántes la muerte á dejar la adoracion de su divino Esposo. Por consiguiente murió mártir en la misma ciudad de Cartago, el dia 22 de mayo del año 439, y su cuerpo fué trasladado á Córcega, en 763, donde se venera con gran devocion.

San Basilisco, mártir.—Siendo emperador Maximiano, y gobernador del Ponto Agripa, fué este santo hecho prisionero en Arsenga, ciudad del Ponto, donde vivia, y negándose constantemente á ofrecer incienso á los ídolos, le condenaron á los siguientes suplicios. Le calzaron unas chinelas de hierro, clavándoselas en los piés con clavos hechos ascua, le pusieron en las parrillas y en el ecúleo, y por último le degollaron, echando luego su sagrado cuerpo al rio.

San Marciano, obispo y confesor.—Floreció en el segundo siglo de la Iglesia, y fué obispo de Ravena. Predicaba con tanta eficacia á sus ovejas, que no solo convirtió á casi todas ellas á Jesucristo, sino que las confirmó y animó de tal modo en la virtud, que muchas de ellas derramaron su sangre, y las otras se hallaban dispuestas á sufrirlo todo por la fé. El santo prelado murió martirizado, segun san Gerónimo, en Ravena, el año 127.

San Roman, abad.—Natural de Italia, íntimo amigo de san Benito, al cual sirvió mientras estuvo en la cueva, y con cuyas lecciones y ejemplos adelantó extraordinariamente en la perfeccion y en la vida contemplativa. Posteriormente fué enviado por san Mauro á las Galias, y edificó un monasterio cerca de Auxerre, en el cual dejó muchos discípulos de gran santidad, muriendo en la paz de Dios á fines del siglo VI.

San Fulco, confesor.—En la diócesis de Aquino en Italia hay una tradicion, por la que se atestigua que este santo era inglés, y que habiendo repartido sus bienes á los pobres, pasó su vida peregrinando, primero á los lugares santos de Jerusalen y Roma, y á otros santuarios célebres de Europa. Parece que vivió en el siglo XII, y que hallándose de paso en Aquino, cayó gravemente enfermo, y que despues de algunos dias, murió en el hospital de la misma ciudad. Antes de morir dió muestras de su santidad y virtud, no solo en su resignacion y en el fervor con que recibió los santos sacramentos, sí que tambien en los visibles favores que el cielo le dispensaba. Algunos enfermos que se encomendaron á sus oraciones cuando iba á morir, quedaron sanos, y habiéndose divulgado la noticia por la ciudad, su féretro fué visitado y venerado por una multitud de pueblo que fué testigo de grandes portentos. Dícese tambien que el cielo reveló á un pobre cojo los méritos, la patria y circunstancias de su siervo, y que por este medio pudo saberse lo que en vida habia el santo tenido oculto.

San Aton, confesor.—Cuando dominaban en España los moros, nació en un pueblo junto á la frontera de Portugal, de padres pobres, pero honrados. Detestando Aton vivir bajo el yugo de los opresores de su patria, la dejó y se fué á Roma, donde siguió sus estudios eclesiásticos con grande aprovechamiento. Despues tomó el hábito en la religion de Valleumbrosa, y apenas habia sido ordenado sacerdote, fué elegido abad. En el desempeño de este cargo se portó tan admirablemente, que era el asombro de todos por sus penitencias y por la perfeccion con que practicaba toda clase de virtudes. Elegido general de la órden, su principal cuidado fué la observancia de la antigua disciplina. La santa sede, conociendo su raro mérito, le eligió obispo de Pistoya, cuya dignidad tuvo que aceptar á la fuerza, y la cual desempeñó por espacio de veinte años. Fué infatigable en el desempeño de su ministerio; asistió á varios concilios; se hizo respetar hasta de los mismos herejes; fué entrañablemente amado de sus diocesanos, y lleno de grandes merecimientos, siendo de edad muy avanzada, honrado por el Señor con insignes milagros, entregó su espíritu el dia 22 de mayo del año 1153.

DIA 23.

San Desiderio, obispo de Langres, y mártir.—Por tiempos de Honorio y Teodosio, emperadores, floreció el glorioso san Desiderio, y por sus grandes virtudes y méritos vino á ser obispo de Langres. Los vándalos entraron por aquel tiempo en la Francia, y sitiaron la ciudad de Langres, y san Desiderio subia al muro, y pedia misericordia para su encomendado rebaño. Los bárbaros, no atendiendo á sus palabras, batieron la ciudad, y al fin de mucho tiempo que se defendió, la tomaron y quitaron la vida á muchos cristianos, solo porque confesaban el nombre de Cristo. Luego que hubieron entrado en la ciudad, se fuéron á la iglesia y hallaron en ella á san Desiderio, que estaba orando, y lo prendieron y llevaron á su general que se llamaba Cresco. Estando en su presencia, el prelado santísimo le rogó que se contentase con darle á

él la muerte, y perdonar á los demás ciudadanos; que él se ofrecia voluntariamente por todos á padecer cuantos tormentos quisiesen darle. El cruel Cresco, sin atender á sus piadosos ruegos, impiamente lo hizo sacar fuera de la ciudad, y despues de haberle cruelmente herido y atormentado, lo hizo degollar: con cuyo glorioso martirio dió su bendita alma á Dios, y despues quitaron la vida á muchos de los langreses muriendo todos gozosos y constantes por la fé de Jesucristo.

Sucedió, que cuando el cruel verdugo hirió al santo obispo, saltaron muchas gotas de su sangre sobre un libro, las cuales agujerearon muchas hojas, sin tocar ninguna letra: en cuyo testimonio hasta hoy se guarda, y muestra el dicho libro. Despues cuando el verdugo fué á entrar en la ciudad, cayó una piedra, y dándole en la cabeza le quitó la vida miserablemente, y al mismo punto cayeron muchas piedras, y cerraron de tal suerte las puertas, que nunca mas por ellas pudo ni ha podido entrar persona alguna. A pocos dias estando en la ciudad de Arles el capitan Cresco, fué por los suyos preso y entregado á sus enemigos, y murió cruel, desesperada y desdichadamente. Fué el martirio de san Desiderio á los 23 de mayo, dia en que le celebra la Iglesia por los años del Señor de 411, si bien otros quieren sea el de 346. Sucede entre otros muchos milagros, en que el glorioso mártir Desiderio resplandece, que si alguno dentro de los términos de su templo jura falso, al instante es castigado por el cielo. Escribieron su vida y martirio, Beda, Usuardo, Adon, Pedro de Natalibus en su catálogo, libro y capítulo 31; Sigiberto *in Chron.*, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones y en sus Anales.

El jurar falso por sí tiene su castigo merecido, aun sin que el cielo lo declare, porque es tan gran pecado que no habia menester el cielo hacer milagros, para que los hombres viésemos su malicia; pero somos tan malos, que nada basta: y así el glorioso san Desiderio, como tan zeloso de la honra de Dios y la verdad, ha querido mostrar cuánto se opone á la falsedad de un vil juramento en un tan célebre y continuado milagro; como es disponer que el que en su iglesia y términos de ella jura falso, sea luego castigado, para ver si así con el temor hay alguna enmienda en los hombres. Quiera su Majestad por intercesion de su santo nos sirva de freno el castigo, y escarmentemos todos. Amen.

* La aparicion de Santiago apóstol.—Pagábase en España un tributo vergonzoso á los moros todos los años, que consistia en entregarles cien doncellas, tributo que se resistieron pagar los españoles al rey moro Abderraman, pues habiendo Ramiro primero de Leon dado una batalla á los infieles á los que venció, quedó libre la nacion de aquella afrenta. Hay una piadosa creencia de que el apóstol Santiago favoreció á los criatianos, apareciendo en los aires.

San Desiderio, obispo de Viena.—Cuando la reina Brunequilda gobernaba la córte de sus dos hijos, esto es, de Teodoberto rey de Austrasia, y de Teodorico, rey de Borgoña, Desiderio, como celoso pastor, le reprendió agriamente por sus amores incestuosos y sus crueldades. Un sermon que predicó delante de ella y de Teodorico sobre la castidad, le proporcionó la corona del martirio; porque al volver á su casa, por órden y manejo de aquellos fué traidoramente asesinado, por los años de 612. Su cuerpo se conserva con gran veneracion en la iglesia de Viena de Francia, de la cual habia sido digno pastor.

La conmemoracion de muchos santos mártires.—Alcanzaron la corona y palma del martirio durante la persecucion de Maximiano Galerio, los unos en Capadocia y los otros en Mesopotamia. A los primeros les rompieron las piernas y no les dejaron hasta que murieron, y á los otros les colgaron por las piernas cabeza abajo, les ahogaron con humo, y les quemaron á fuego lento.

Los santos Epitasio y Basileo mártires.—Ambos fueron españoles y discípulos de san Pedro obispo de Braga, que les ordenó de sacerdotes. Desempeñaron el ministerio de la palabra con copioso fruto, y sellaron despues sus palabras con su sangre en un lugar de España, cuyo nombre se ignora.

Los santos Quinciano, Lucio y Julian con otros muchos, todos mártires.—Eran de África, y segun Baronio, el primero era obispo. Cuando los vándalos entraron en África, cayeron estos santos en su poder, y fueron sacrificados con una muerte cruel á las divinidades de aquellos bárbaros.

San Miguel, obispo y confesor.—Frigio de nacion y dedicado desde su primera edad á los estudios sagrados, adelantó tanto en doctrina y piedad, que habiendo entrado monge en un monasterio de benedictinos, dentro de poco fué sacado de la soledad, para ser elevado á la silla episcopal de Sinuada. En tiempo del emperador Leon Iconomaco, fué de los prelados que mas se distinguieron en la defensa de las santas imágenes, por lo que fué desterrado de su diócesis. Su paciencia en medio de las infinitas tribulaciones que tuvo que soportar, su celo y su constancia, han hecho que fuese siempre mirado como una de las mas fuertes columnas de la verdad. Este santo murió en su destierro, el dia 23 de mayo del año 820.

San Mercurial, obispo.—Ignórase de dónde lo fué, y solo se sabe por Baronio, que murió el año 156 de Jesucristo.

San Eusebio, obispo y confesor.—Floreció segun el cardenal Baronio, en el siglo VII, y murió siendo obispo de Nápoles, el año 714. Los bolandistas dicen que vivia en el siglo III, y que fué el octavo prelado de aquella Iglesia. Parece que la opinion del primero está mas apoyada; pues entre otras cosas se cita un documento, en el cual aparece el nombre de este santo, haciendo un convenio con los sarracenos, en nombre de la ciudad de Nápoles. De todos modos nada se sabe de las particularidades de su vida.

San Eutiquio y san Florencio, monges.—Vivian en Nurcia durante el siglo VI, y san Gregorio Magno, en su libro de los Diálogos, afirma que fueron varones de vida ejemplar y de gran perfeccion. San Eutiquio fué abad y el otro simple monge: ambos se estimulaban mutuamente en los caminos de la perfeccion, y el cielo les favoreció con el don de milagros y de profecía. La primitiva disciplina y el fervor de la vida contemplativa se restablecieron completamente entre sus compañeros, por medio de sus trabajos y ejemplos. En su tiempo afligia á todo aquel pais una peste horrorosa, y Dios concedió la cesacion del azote por las súplicas de sus dos siervos. Florencio murió en el Señor el año 540, y Eutiquio, que habia sido su padre y compañero en la tierra, fué á reunirse con él en el cielo el dia 23 de mayo del año 547. Los cuerpos de ambos

fueron depositados en un mismo sepulcro, que ha sido famoso por los milagros que junto á él ha obrado el Señor.

DIA 24

San Donaciano y Rogaciano, hermanos, mártires.—En tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, vivian en la ciudad de Nimes, en Francia, dos hermanos de claro linaje y noble proceder, de los cuales el mayor, llamado Donaciano, se aventajaba en la fé y virtudes aun á su misma nobleza: era anciano en el consejo, aunque mancebo en la edad; menospreciador de los decretos gentílicos de los emperadores, y valeroso predicador de la fé de Jesucristo. Su hermano, llamado Rogaciano, era de menor edad y gentil, á quien continuamente con blandas y suaves palabras rogaba y persuadia que se bautizase, ántes que sobreviniese alguna persecucion, para que se hallase fortalecido con el agua del santo bautismo, para entrar en el palenque del martirio, y juntos pudiesen los dos con la pérdida de la vida temporal ganar la eterna. Rogaciano al fin vino en ello; mas aunque se quiso bautizar, no pudo, porque á este punto llegaron á Nimes crueles edictos de los emperadores contra los cristianos, y toda la gente quedó confusa y asombrada, y el sacerdote que habia de bautizarle huyó de temor. A pocos dias un ciudadano de Nimes se fué al juez y le dijo: Justísimo juez, á oportuno tiempo vienes para reducir á la religion de los dioses, á los que se van tras el Crucificado. Sabrás que Donaciano sigue su doctrina: por lo cual debes proceder contra él secretamente; pues no solo él se ha apartado de la veneracion de los dioses, sino que tambien ha persuadido á su hermano á que menosprecie á Júpiter y á Apolo, dioses que los invictísimos emperadores adoran y todos los avisados veneran, y siga esta nueva religion de los cristianos. Y si tú te quieres informar si es verdad lo que te digo, háblale y pregúntale, y de sus respuestas conocerás ser así.

El juez sintió mucho esta nueva, hizo llamar á Donaciano y díjole: De la relacion que me han hecho de tu vida sé que no solo no adoras á Júpiter y á Apolo que nos dieron la vida y nos conservan en ella, mas que aun blasfemas de ellos, y predicas y dices al pueblo que se salva si creen en la muerte del Crucificado. A esto respondió Donaciano: Aunque no has querido, has dicho la verdad, acusándome de que procuro reducir á todos los que andan errados, á aquel á quien todo lo criado debe servir. Dijo el presidente. Tú has de dejar de confesar á Cristo por tu Dios, ó se te ha de quitar con arrebatado fin la vida. Tú, dijo Donaciano, como estás tan ciego, antepones á la luz las tinieblas. Luego que el juez oyó estas palabras, encendióse en furor y mandó que pusiesen al santo en la cárcel con rigurosas prisiones, para que despues fuese cruelmente atormentado.

Hecho esto, mandó traer al tribunal á Rogaciano, y luego con blandas y engañosas palabras le comenzó á persuadir á que dejase la religion y decirle: Tú sin consideracion te quieres apartar de la veneracion de los dioses, los cuales han tenido por bien darte cumplidísimas riquezas y sabiduría: y cierto que me parece quedaria yo afrentado, si habiendo entendido esto vinieres á tener y seguir nueva doctrina y enloquecer. Yo te aconsejo que por la confesion de un solo Dios no incites á muchos dioses á tu perdicion, y pues hasta ahora no estás bautizado; si dejas esa voluntad y engaño, alcanzarás perdon de los dioses, y un oficio en el palacio de los emperadores, con que podrás pasar la vida con mucha honra, y aumento de cargos y dignidades. Respondió Rogaciano: Como eres perverso, prometes cosas perversas: ¿con qué razon han de ser adorados aquellos que son ménos que vosotros; pues son de metal y sin sentido, y vosotros teneis espíritu, y sentís? El que pone su adoracion en las piedras, no es otra cosa que lo que adora. Admirado quedó el presidente de la osadía de Rogaciano; y volviéndose á sus ministros les dijo: Llevad tambien á este loco á la cárcel y ponedlo con el doctor de la necedad, su hermano, para que los dos paguen las injurias que han dicho contra los dioses y emperadores. Así lo hicieron los crueles ministros, y los dos santos hermanos se hallaron á un tiempo en una obscura cárcel. Rogaciano por una parte estaba triste, por no estar bautizado, y por otra se consolaba por entender que con sangre habia de ser bautizado y redimido; y para mas esforzarlo, Donaciano se volvió al Señor y dijo: Señor mio Jesucristo, con quien valen tanto los deseos buenos cuando no pueden ser ejecutados, que pasan por obras; pues donde falta el poder, es cierto basta el querer; suplícote, que la muerte le sea á tu siervo Rogaciano el don del bautismo, y si fuéramos mañana muertos con la espada, el derramar su sangre por tí le sea el sacramento del bautismo.

Perseveraron ambos hermanos lo restante de la noche en la misma oracion, y entrado el dia, el presidente mandó que los sacasen delante de todo el pueblo, cargados de prisiones, como estaban, y díjoles: Con indignacion os quiero hablar; porque ó por ignorancia dejais la religion y veneracion de los dioses, ó lo que es peor, no entendiendo lo que haceis los menospreciais. A esto respondieron los gloriosos mártires: Tu ciencia que es peor que la necedad y toda ignorancia, sea semejante á vuestros dioses, que adorais en metales que no tienen sentido. Ya nosotros estamos resueltos y dispuestos á padecer por el nombre de Cristo los mayores y mas crueles tormentos, que inventar quisieres y pudieres: pues ningun daño recibirá con ellos nuestra vida, vueltos á aquél de donde tuvo principio; ántes bien con duplicada ganancia será en el otro mundo remunerada. El presidente, oida esta respuesta, se enfureció mas, y los mandó poner en un potro, y que les rompiesen las carnes para que, si ya con el terrible dolor y tormento no les pudiese mudar los ánimos, á lo ménos con despedazar y deshacer sus cuerpos quedase vengado. Esta crueldad se ejecutó con todo rigor, quedando los invictos mártires despedazados; pero siempre estuvieron alegres, constantes y firmes en la confesion de la fé y nombre de nuestro Señor Jesucristo: por lo cual los verdugos por mandato del presidente con dos lanzas les traspasaron las cervices y al fin les cortaron las cabezas. De esta manera estos felices hermanos y mártires gloriosos dieron sus almas á Dios, y fueron á reinar con Cristo, siendo el uno al otro causa de su salud eterna, y el otro al otro causa del galardon doblado por el martirio, que recibia, y la conversion que habia hecho de su hermano. Fué su martirio á los 24 de mayo (dia en que se celebra su fiesta), por los años del Señor de 303. Escribieron su vida y martirio Beda, Usuardo, Adon, Pedro de

Natalibus *in Cathalogo; lib.* v, *cap.* 37; Surio tom. III; Gregorio Turonense de *Gloria Martyrum, cap.* 60; Sanctoro, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tom. II de sus Anales, año 303, número 130.

La buena compañía y hermandad ¡cuánto vale! ¡qué amada es de Dios! ¡Cuánta diferencia hay de acompañarnos con malos, ó con buenos! Estos siempre buscan el bien de nuestras almas; aquellos mas aspiran á nuestra perdicion, que á otra cosa: de lo uno y otro hay ejemplares infinitos en sacras y profanas historias: baste para nuestra enseñanza la presente; pues la bondad de Donaciano, con quien siempre se acompañó Rogaciano su hermano, bastó á sacarle de la ceguedad del gentilismo, y á que por él alcanzase la corona y palma del martirio, aun siendo gentil: si bien no fué ya culpa suya el serlo; pues de verdad, y afecto ya era católico: faltóle solo el agua del bautismo, por quien suplió su sangre, que derramada por Cristo le sirvió de lavatorio y diadema, con que reina en la gloria con Cristo, con quien nos lleguemos á gozar todos eternamente. Amen.

San Juan Francisco de Regis.—Nació san Juan Francisco de Regis á 31 de enero del año 1697, en un pequeño lugar llamado Foncobierto, del arzobispado de Narbona, en el reino de Francia. Su buena madre desde sus mas tiernos años procuró imprimir en su corazon las máximas de la piedad y de la religion, insinuándole continuamente el desprecio del mundo, el deseo del cielo, un grande horror al pecado, y un vivo y ardiente amor á Dios nuestro Señor. Ayudado de la divina gracia se aprovechó el bendito niño de tal modo de estas insinuaciones de su virtuosa madre, que aun en aquella edad pueril manifestó mucho aborrecimiento á los juegos y entretenimientos, y una particular inclinacion á la oracion, al retiro y á la virtud; por lo que en todas sus acciones descubria una madurez de juicio, una modestia y una cordura que ganaba el corazon á todos. Habiéndose adelantado algo en la edad, le enviaron sus padres á la ciudad de Beziers, para continuar los estudios en la escuela del colegio de los padres jesuitas, y aquí prosiguió en dar muestras de una piedad singular: pues no solo se conservó exento de cualquier defecto ó desórden, huyendo de los malos compañeros, y viviendo recogido y aplicado á sus estudios y á los ejercicios de devocion, sino que procuró á mas de esto con su dulce y apacible modo ganar para Dios algunos jóvenes sus coetáneos ó condiscípulos, en compañía de los cuales frecuentaba las iglesias, oia la palabra de Dios y recibia los santos sacramentos, y se ocupaba en otras obras de piedad, singularmente en los dias de fiesta; de modo que parece que desde entonces la divina Providencia lo llamó al ministerio evangélico de procurar con ardentísimo zelo la salud de las almas. Verdad es que no faltaron jóvenes disolutos y de costumbres viciosas, que se rieron é hicieron mofa de la virtud del siervo de Dios; pero él, no haciendo caso de sus burlas y censuras, perseveró siempre en el mismo tenor de vida santa que habia emprendido; y esta firmeza del santo en el servicio de Dios hizo tal impresion en el corazon de aquellos jóvenes disolutos, que cambiaron en respeto y veneracion las burlas que ántes hacian de su virtud. Profesaba el santo una tierna y singular devocion á María santísima, y conociendo que el mejor modo de honrarla es el de conservarse puro y casto á sus purísimos ojos, no se contentaba con venerarla y honrarla con solas palabras y actos exteriores de devocion, sino que procuraba con total solicitud y cuidado de hacer continuos progresos en la santidad, y en el ejercicio de las virtudes cristianas.

Siendo de edad de diez y ocho años, padeció una enfermedad mortal, que lo redujo al extremo de la vida: pero habiendo convalecido de ella contra la expectacion de todos, resolvió consagrarse enteramente al divino servicio. Por eso hizo instancias para ser admitido en la Compañía de Jesus, y habiendo logrado sus deseos, á 8 de setiembre de 1616 empezó su noviciado en la ciudad de Tolosa, siendo entonces de edad de diez y nueve años. Abrazando el estado religioso, no tuvo necesidad de mudar de costumbres, porque ni tenia hábitos viciosos que corregir, ni pasiones dominantes que sojuzgar; por lo que no tuvo que hacer otra cosa que proseguir el camino que llevaba, y trabajar para perfeccionar la obra de su santificacion que habia empezado, y hacerse idóneo con el estudio, para cooperar á la santificacion de su prójimo, que era el fin principal del instituto que habia abrazado. Desde el primer dia que entró en la religion, fué un modelo y ejemplar de observancia y fervor á los demás novicios, sus hermanos; y este fervor jamás se entibió, ántes fué siempre creciendo mas y mas. Aun en el tiempo en que no habia concluido el noviciado, se dedicó á los estudios de las ciencias, en las cuales igualmente que en la piedad hizo progresos estupendos. Cuando, segun la costumbre que se observaba en aquella religion, fué destinado á enseñar las ciencias que habia aprendido; su principal cuidado y solicitud era la de enseñar á los jóvenes estudiantes la cristiana piedad de apartarles de los pecados, y hacerles, en cuanto dependia de él, no ménos virtuosos que doctos. Despues en los domingos y demás fiestas en que se hallaba desocupado de las funciones eclesiásticas, se iba á los lugares cercanos á predicar la palabra de Dios á la pobre gente del campo, á la cual como mas necesitada de instruccion conservó siempre un afecto particular, empleando en esto, como despues veremos, sus apostólicas fatigas.

En el año de 1630, le mandaron los superiores recibir las órdenes sagradas, y él, por obedecer, las recibió todas hasta el sacerdocio. Este sagrado carácter llenó su corazon de tal abundancia de espíritu, que resolvió vivir en adelante muerto á sí mismo y totalmente entregado á promover la gloria de Dios y la salud de las almas. En aquel mismo año le presentó el Señor una oportunísima ocasion de ejercitar la ardiente caridad de que estaba inflamado: porque estando en la ciudad de Tolosa, y hallándose esta infestada de la peste que hacia mucho estrago en el pueblo, hizo muchas instancias á los superiores, y consiguió de ellos que le diesen licencia para emplearse en el servicio de los apestados, siendo conveniente, como él decia, á un sacerdote, que cada dia ofrece la divina Víctima sobre el altar, ser él mismo víctima aparejada para ser sacrificada por la salud de sus hermanos. Penetrado, pues, de estos heroicos sentimientos, se dedicó con indecible fervor á servir á los apestados; pero el Señor, que lo destinaba á cosas mayores, le preservó de quedar infecto de aquel mal contagioso.

Cuando hubo cesado en la ciudad de Tolosa el azote de la peste, fué el siervo de Dios destinado por sus superiores al ministerio evangélico de las misiones, que era el ministerio á que mas se sentia inclinado, y en él se ocupó to-

do el resto de su vida, que fué de diez años. Empezó sus misiones en Mompeller y en todas las villas y lugares de aquel distrito: las continuó en el Vivarés, y en las aldeas y lugares de aquel pais, y las terminó juntamente con su vida en el Velay. Empezó pues su trabajosa carrera en el año de 1631, en la ciudad de Mompeller, de la provincia de Languedoc, donde con sus catecismos y sermones, con oir las confesiones de los fieles, y con las conferencias espirituales, recogió un fruto abundante, é introdujo en toda clase de personas una gran reforma de costumbres.

Acostumbraba á comenzar sus sermones con alguna verdad evangélica que proponia de una manera fácil y familiar; y despues de haberla bien declarado, sacaba consecuencias morales y prácticas, y aquí insistia con mucha energía. Concluia despues su discurso, moviendo diferentes afectos tiernos, segun la materia que trataba, adaptada siempre á la necesidad y á la capacidad de todos sus oyentes, los cuales de sus sermones, aunque sencillos y desnudos de figuras y adornos retóricos, salian compungidos y sacaban de ellos mucho fruto. Acaeció un dia, que fué á oirle un famoso predicador que se habia hecho admirar en los primeros púlpitos del reino de Francia, el cual al principio quedó sorprendido de ver la multitud de gente de todas clases que acudia al sermon del santo; pero despues quedó mucho mas atónito, observando la extraordinaria conmocion del auditorio, viendo que la gente salia del sermon suspirando y llorando: por lo que, lleno de asombro, exclamó: ¡O cuán inútilmente nos cansamos en hermosear nuestros discursos! Los sermones de este misionero son admirados, y producen el fruto de grandes conversiones, cuando nosotros con todo el estudio que empleamos en componer los nuestros, vemos con disgusto y confusion nuestra, que son pocos los que sacan de ellos provecho. Pero no es de admirar que la palabra de Dios en la boca del santo fuese tan eficaz; porque él se preparaba para predicar con prolija y fervorosa oracion, y como salia de ella lleno del Espíritu santo, así encendia en sus auditorios el mismo fuego celestial en que se abrasaba su corazon, siendo sobrado verídico aquel dicho de san Gregorio Magno: *qui non ardet non incendit*. Además de esto él acompañaba los sermones con que exhortaba á la penitencia, con una vida santa, mortificada y penitente mas de lo que puede ponderarse: desde el primer dia que empezó á ejercer las funciones de misionero hasta que murió, se abstuvo de carne, de queso, de huevos y de vino, contentándose para su alimento con pan, yerbas, legumbres, alguna fruta, y tal vez de un poco de leche, y bebiendo siempre agua. Dormia poquísimo, y ordinariamente sobre las desnudas tablas: llevaba un áspero cilicio sobre sus desnudas carnes, visitaba continuamente los hospitales y enfermos, y gastaba toda su vida en obras de piedad y misericordia.

Aunque el zelo de san Juan Francisco abrazase toda clase de personas, sin excluir ninguna, todavía su inclinacion le llevaba con mas fuerza á procurar la salud de los pobres, especialmente de los que viven en las aldeas, donde solia pasar la mayor parte del año, particularmente en el invierno, en cuyo tiempo los labradores están ménos distraidos y ocupados en sus labores. Discurria de lugar en lugar, de aldea en aldea, siempre á pié entre la nieve y el hielo; y con increibles fatigas y trabajos se empleaba en instruirles en los misterios de nuestra santa religion, oir sus confesiones, componer sus discordias y ponerles en paz, y en reducirles á llevar una vida verdaderamente cristiana. Por lo comun estaba rodeado de multitud de pobres, á los cuales manifestaba entrañas de un amoroso padre, estrechándoles entre sus brazos, y diciéndoles: Venid, mis amados hijos; vosotros sois mi tesoro y las delicias de mi corazon. Su confesonario era siempre frecuentado de pobrecitos: á las personas de calidad, solia decir, jamás faltarán confesores; esta pobre gente que es la mas abandonada en la grey de Jesucristo, es la parte que me toca. Tuvo tambien el siervo de Dios una gracia y don singular de reducir al camino de la salvacion á las mujeres de mala vida, que servian al demonio de instrumento para corromper las costumbres de muchos, y particularmente de la incauta juventud. En todos los lugares donde predicó, muchas de estas infelices mujeres, conmovidas de la eficacia de sus discursos, renunciaron á su vida infame, y abrazaron la penitencia. El santo para asegurarlas en el buen camino, y tenerlas apartadas de los peligros de recaer en sus primeros desórdenes, fundó en muchas partes casas llamadas de refugio, las cuales le costaron muchas penas, contradicciones, disgustos y murmuraciones que hubo de sufrir, ya de aquellos que de mala gana veian que su zelo les privaba de los instrumentos de su incontinencia; ya tambien de otras personas poco afectas á semejantes asilos, que miraban como inútil esta obra de caridad. Hubo tambien alguno que tuvo el atrevimiento de acometerle con villanías, de ultrajarle, y aun hacerle amenazas de quitarle la vida: mas el santo, superior á todos los respetos humanos, ningun caso hizo de los vanos dichos del mundo, ni de los dichos y murmuraciones que se hacian contra él, resistiendo con intrepidez á todas las amenazas é insultos, sin abandonar jamás la obra de Dios. Un caballero jóven, fuertemente encolerizado contra el santo, porque queria sacar de sus manos impuras una muchacha, le dijo: Retiraos, padre, sino vuestra imprudencia os costará la vida. Mas el santo hombre no se retiró por eso de su resolucion, y respondió al jóven: Entended que vuestras amenazas no me hacen ninguna fuerza, y que tendré á gloria el ser sacrificado á vuestro loco furor por una tan justa causa. A estas palabras se encolerizó mucho mas aquel jóven licencioso, y desenvainando la espada se puso en acto de traspasarle. ¡Ah! voluntariamente, exclamó entonces el santo, derramaré mi sangre por Jesucristo; y diciendo estas palabras, le descubrió el pecho y le dijo: Herid, que moriré gustoso para que mi Dios no sea ofendido. Este valor espantó y desarmó aquel furioso, que se fué muy confuso.

Pero mucho mayores fueron los trabajos que el santo padeció en las misiones que hizo en el Vivarés, por el espacio de muchos años. Comprende este pais muchas ciudades, villas, lugares y aldeas del alto Languedoc, y una parte de él está situada entre montes ásperos y poco accesibles; y aquí tuvo que combatir no solo contra los vicios, llamando á los pecadores á penitencia, sino tambien contra los errores de Calvino, que habian inficionado muchísimos de aquellos pueblos, procurando reducir á los herejes al gremio de la Iglesia católica, como lo consiguió felizmente asistido de la divina gracia. Así pues, las cosas de la religion que se hallaban en un estado lamentable, mudaron de aspecto, y nuestro santo tuvo el consuelo de ver un copioso número de almas reducidas al camino de la

salvacion, restablecido en aquellas partes el culto divino, y recibida la fé y los dogmas de la religion católica. Despues de haber trabajado cerca de seis años en el obispado de Mompeller y en el Vivarés, con mucho fruto y beneficio de todo el pais, empleó los últimos cuatro años de su vida en santificar el Velay, que es una provincia que confina con el Vivarés. La ciudad de Puy es la capital de esta provincia. Esta ciudad, que es bastante grande y poblada, se habia á la verdad preservado del contagio de la herejía; pero las costumbres de la mayor parte de sus vecinos eran tan depravadas, que en vez de honrar su fé con una vida ejemplar, la deshonraban con el desenfreno de los vicios y disoluciones que reinaban en ella. Emprendió san Juan Francisco con gran valor la reforma de aquella viciosa ciudad, haciendo sus acostumbradas misiones en el verano, y discurriendo en el invierno por las villas, lugares y aldeas circunvecinas, haciendo en todas partes un increible fruto en las almas. Aun en la ciudad de Puy conservaba su acostumbrado método de predicar la palabra de Dios en forma de catecismo, y sus discursos eran sencillos y sin arte; pero los pronunciaba con tan grande fervor de espíritu, y con un corazon tan conmovido y penetrado de las verdades evangélicas que anunciaba, que todos acudian á oirle con mucho gusto, y no menor beneficio de sus almas, no solo los seglares y la gente sencilla, sino tambien los eclesiásticos y religiosos. Este sí, se decian los unos á los otros, este sí que nos predica á Jesucristo, y la palabra divina como ella es en sí misma, cuando los otros nos vienen á predicarse á sí mismos, y en lugar de la palabra divina, nos proponen una palabra y unos discursos que son suyos propios, y que en consecuencia son todo humanos. Verdad es, como arriba se ha dicho, que la vida santa, ejemplar y penitente del siervo de Dios, contribuia mucho á su predicacion, y en hacerla mas útil y fructuosa á toda clase de personas.

Corria ya el año décimo en que san Juan Francisco se ejercitaba en sus misiones, cuando el Señor quiso anticiparle el premio de sus trabajos. Habiendo en el año de 1640 seguido, segun su costumbre, algunas villas y aldeas del obispado de Puy, predicando en todas partes la palabra de Dios, y reduciendo á buen camino muchos pecadores; cerca del fin del adviento se retiró al colegio de Puy, para ocuparse algunos dias en ejercicios espirituales, á fin de prepararse á la muerte, de cuya cercanía habia tenido un secreto presentimiento, como lo manifestó en confianza á su director, con el cual hizo una confesion general de toda su vida. Despues en el dia 23 de diciembre, no obstante de ser la estacion en extremo fria, y de estar la tierra cubierta de nieve y de hielo, quiso ir á Lovés, lugar situado entre montes asperísimos, á seis leguas de Puy, donde habia intimado una mision para el dia 24 de diciembre. Los graves trabajos que padeció en el camino le ocasionaron una calentura ardiente, la cual bien presto degeneró en una grande inflamacion; pero no obstante todos estos males, su ardiente zelo no le permitió ningun descanso, pues apenas llegó á Lovés, cuando dió principio á la mision; predicando muchas veces al dia, oyendo muchas horas continuas las confesiones de los fieles, y haciendo todos los demás acostumbrados ejercicios hasta que el dia 26, fiesta de san Estéban, hallándose en la iglesia, fué acometido de un grave deliquio que le obligó á ponerse en la cama en casa del cura.

Agravándosele el mal, despues de haber recibido con singular devocion y fervor de espíritu los sacramentos de la Iglesia, pidió con instancia que lo llevasen á la caballeriza, para tener el consuelo de morir como habia nacido su Salvador; mas habiéndole respondido que su extrema debilidad no permitia llevarlo allí sin peligro de su vida, levantó los ojos y las manos al cielo, y dió humildes gracias á Dios de que á lo ménos le daba el consuelo de hacerle morir entre pobres y rústicos labradores que habia siempre tiernamente amado.

Acercándose la hora de su feliz tránsito, advirtieron los circunstantes que el santo fué de repente poseido de una alegría y júbilo extraordinario; y no era mucho, porque Dios le favoreció con una vision celestial, en que le aparecieron Jesus y María que le convidaban para el cielo. Por lo que el santo, lleno de inexplicable consuelo, dijo al que le asistia al lado de la cama: ¡Ah mi amado hermano, qué bella suerte es la mia! ¡oh, cómo yo muero contento! Hé aquí á Jesus y María, que han venido para llevarme á la bienaventurada habitacion de los santos; y á poco rato de haber dicho estas palabras, espiró plácidamente en el dia último de diciembre del sobredicho año de 1640, aunque se hace la conmemoracion de este santo en el Martirologio romano, y se celebra su fiesta en España en el dia 16 de junio.

El Señor se dignó honrar su sepulcro con muchos milagros, aprobando la santa sede los siguientes para su beatificacion y canonizacion.

El primero se obró con sor Juana María Peret, monja del monasterio de la Visitacion de la ciudad de Molins, en el Borbonés. Por espacio de siete años habia sido atormentada esta religiosa de gravísimas enfermedades, y en los dos últimos quedó enteramente paralítica de las partes inferiores del cuerpo, de modo que los muslos se la secaron, y en los últimos tres meses fué acometida de una hidropesía, que los médicos llaman *timpanitis*. Tantos males juntos habian reducido á la religiosa al último extremo de la vida, de suerte que cada dia se creia habia de ser el último: su debilidad era tanta, que ni se la podia hacer la cama, ni permitia que aun en silla de manos la llevasen al coro. Desesperanzada de sanar con medios humanos, hizo una novena á honor de san Juan Francisco, y llegada ya al último dia de ella, llena de confianza de que en este dia alcanzaria la salud, se hizo llevar como pudo en una silla de mano al coro, donde ántes de empezarse la misa recibió el santísimo Sacramento, y con asombro de todas las religiosas que estaban al rededor de ella, en un instante recobró la salud y las fuerzas perdidas; de suerte, que pudo tenerse en pié y arrodillarse sin ayuda de nadie; oyó la misa con devocion, se levantó al evangelio, y acabada la misa anduvo firme y sana por el coro, y llegada la hora de comer asistió al refectorio con todas las demás, y despues durmió en su celda gozando de perfecta salud.

El segundo acaeció en la ciudad de Annesi en el año de 1674, en la persona de Gaspar Montercimar, ilustre ciudadano de dicha ciudad. Padecia este, tres años habia, tres hernias tan enormes, que el escroto igualaba la copa de un sombrero, y era duro como si fuera un leño. Los remedios que le aplicaron varios médicos y cirujanos, de nada le aprovecharon: estaba el pobre postrado en la cama padeciendo cruelísimos dolores, cuando el dia 29

de enero de 1674, aumentándosele los dolores y faltándole la paciencia para sufrirlos, pensó que ciertamente se moria, y de aquí empezó á prorumpir en tristes lamentos y lastimosos clamores: su hijo, que se hallaba presente, compadecido de su trabajo, le exhortó eficazmente á encomendarse á san Juan Francisco de Regis, diciéndole que habia curado poco habia á una doncella toda tullida. El enfermo, que era muy devoto del santo, empezó á confiar que recibiria la salud por su intercesion; por lo que poniéndose como pudo de rodillas, empezó á encomendarse á él con mucho fervor, prometiéndole que si le sanaba, luego que pudiese, iria á visitar su sepulcro: acabada la oracion, queriendo levantarse, se sintió en un momento libre de los dolores; advirtió que el tumor se habia del todo desvanecido, y que él estaba perfectamente sano: llamáronse los cirujanos y boticario, quienes, reconocidas las partes ofendidas, pasmados y atónitos declararon y testificaron que se hallaba perfectamente sano.

El tercero, que fué aprobado para la canonizacion, sucedió en la ciudad de Tolosa en Francia, y en la iglesia que allí tenia la Compañía, con la persona de Mariana Forget: estaba esta mujer toda tullida de las partes inferiores del cuerpo, de modo que no podia moverse: esta enfermedad la habia sacado de las entrañas de su madre; pero mientras se celebraban en Tolosa las fiestas de la beatificacion de san Juan Francisco de Regis, se hizo llevar á la iglesia de la Compañía para asistir á aquella solemnidad, y puesta en ella, se encomendó al santo con tanto fervor y feliz efecto, que instantáneamente quedó libre de todos sus males y perfectamente sana.

El cuarto acaeció en la ciudad de San Amor de la diócesis de Leon, en el mismo reino de Francia, con una religiosa de la Visitacion, llamada sor María Teresa de Montplaizant: padecia esta señora un grande y duro tumor en el vientre, con una calentura aguda y otros síntomas mortales, que la habian reducido al extremo de la vida; pero invocando con mucho fervor y confianza á san Juan Francisco, para que la ayudase en aquel trabajo, al mismo instante quedó curada de todos sus males tan perfectamente, que no le quedó la mas mínima señal de ellos, habiendo recobrado en el mismo momento todas las fuerzas del cuerpo, como si no hubiese padecido mal alguno.

* San Manahen.—Este santo era hermano de leche de Herodes el Tetrarca, y fué profeta y doctor de la Iglesia de Antioquía, en tiempo del apóstol san Pablo. Créese que fué uno de los setenta y dos discípulos que eligió Jesucristo; pero no cabe duda que fué uno de los sacerdotes de Antioquía que impusieron las manos á san Pablo y á san Bernabé para enviarles á predicar el Evangelio, siguiendo las inspiraciones del divino Espíritu. Fué Manahen hombre eminente en virtudes, y que acreditó con su celo y trabajos cuánto interés se tomaba en la propagacion del Evangelio, cuyos méritos le hicieron digno de estar inscrito en el catálogo de los santos.

Santa Juana.—Fué esposa de Cuza, mayordomo de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea. Es del número de aquellas mujeres que curadas por Jesucristo, le asistieron y acompañaron casi siempre. Juana le siguió en el monte Calvario, y aunque no se atrevió á acercarse tanto como la Vírgen y san Juan, no dejó de ser testigo de cuanto allí pasaba. Tambien asistió á su sepultura, y fué una de aquellas que pasaron al sepulcro á llevar aromas, y á quienes se apareció el Salvador cuando volvian. Nada mas se sabe de esta santa, y por consiguiente ignórase el lugar y la época de su muerte.

San Vicente, mártir.—Murió mártir en el Puerto Romano, por los años de 270.

Santa Afra, mártir.—Era natural de Italia y estaba casada con un pagano, noble principal de la ciudad de Brescia, comisionado por el emperador Adriano para perseguir y exterminar á los cristianos. Por su órden fueron presos los santos Faustino y Jovita, y habiéndoles condenado á las fieras, estas respetaron á los siervos de Dios, y devoraron al marido de Afra. Indignada esta de la impotencia de sus dioses, y alumbrada por la luz celestial, empezó á glorificar al Dios de los cristianos y á confesarle como el único verdadero. El emperador Adriano, que se hallaba á la sazon en Brescia, quiso ver á la santa para consolarla y persuadirla; pero ella, mas resuelta siempre en su nueva vocacion, despreció al emperador por sus crueldades, y le echó en cara su iniquidad. Agotados todos los recursos de suavidad y de amenazas, fué Afra conducida al suplicio, habiendo sido ántes bautizada por San Apolonio, y en él recibió la corona del martirio el dia 24 de mayo del año 133.

Los santos Zoelo, Servilio, Félix, Silvano y Diocles, mártires.—Vivian estos santos en Italia, retirados y haciendo vida penitente, cuando se extendió por todo el mundo la persecucion de Diocleciano. Fueron, pues, buscados y arrebatados de su soledad para ser ofrecidos en holocausto á las divinidades del paganismo, y derramaron su sangre por medio de crueles y variados suplicios, siendo al fin degollados.

San Melecio y doscientos cincuenta y dos compañeros, y las santas Marciana, Susana y Paladia, todos mártires.—El primero era coronel del ejército acantonado en Galicia, en tiempo del emperador Maximiano; y habiéndose convertido á la religion de Jesucristo con muchos de sus subordinados, y con su esposa y otras mujeres, todos fueron atormentados con diverso género de suplicios, y consiguieron la corona de la vida eterna.

San Vicente, confesor.—Nació en Francia de noble familia, y fué en sus primeros años oficial de ejército. Despues, dejando el mundo y todo lo que poseia, se retiró al monasterio de Lerins, en una isla cerca de Provenza. Encerrado en su retiro, ocupábase continuamente en la meditacion y contemplacion de las cosas celestiales, y en esta divina escuela aprendió lo necesario para escribir y trabajar contra los errores de su tiempo. Escribió con gran claridad, elocuencia y fuerza de discurso un libro que tituló *Conminatorio contra los herejes*, y lo publicó en el año 434, el cual sirvió entonces y ha servido siempre para confutar todos los errores. En adelante vivió oculto en su retiro, humilde y penitente hasta un grado que parecia sobrenatural, y Dios le llamó á sí á fines del año 450. Sus reliquias se conservan con gran veneracion en Lerins, y su sepulcro ha sido testigo de muchos milagros.

San Juan de Prado, presbítero y confesor.—Fué natural del reino de Leon en España, y abrazó en su patria el órden de los descalzos observantes franciscanos. Habiendo sido enviado á Marruecos y á Fez por la congregacion de *Propaganda*, desempeñó su mision con tanto celo, que los mahometanos le pusieron en un calabozo cargado de ca-

denas. El santo confesor sufrió con constancia y alegría los azotes mas crueles, y otros tormentos inhumanos, y consumó su martirio con el fuego en 24 de mayo.

San Robustiano, mártir.—Solo se sabe que derramó su sangre por no querer adorar á los ídolos en Milan, durante los primeros años de la persecucion del emperador Diocleciano.

DIA 25.

San Urbano, papa y mártir.—San Urbano papa y mártir fué romano, hijo de Ponciano. Sucedió á Calixto en la cátedra de san Pedro. Fué varon santísimo y de muy amable y dulce conversacion, y con el ejemplo de su vida y predicacion apostólica convirtió en Roma á nuestra santa fé gran número de ciudadanos y caballeros, y entre ellos fueron Valeriano esposo de santa Cecilia, y Tiburcio su hermano, á los cuales el santo pontífice bautizó, y animó para que constantemente muriesen por Jesucristo: á cuya honra y veneracion el santo pontífice consagró la casa de santa Cecilia y la hizo templo. Escribió una epístola llena de admirable doctrina, de que se coligen algunos decretos. Daban en aquel tiempo los fieles sus heredades y posesiones á la Iglesia para el culto divino y sustento de los ministros de ella y de los pobres. Mandó Urbano que los tales bienes no se pudiesen gastar en otros usos, añadiendo graves penas contra los que usurpasen las cosas eclesiásticas: porque son, dice, ofrenda de los fieles y rescate de pecados y patrimonio de los pobres. Y porque algunas veces las mismas heredades, bienes y raices se vendian para socorrer á las necesidades de los pobres, ordenó que de allí adelante no se vendiesen, sino que con las rentas se proveyese lo que los ministros de la Iglesia y los pobres hubiesen menester, quedando siempre en pié la raiz y la fuente de donde se pudiesen remediar semejantes necesidades. Mandó asimismo evitar al excomulgado por el obispo, aunque no fuese de todo punto la sentencia justa, y que de mano del mismo obispo recibiesen los fieles el sacramento de la confirmacion despues del bautismo. Fué el primero que usó patenas y cálices y vasos de plata para uso de la iglesia y ministerio del santo sacrificio de la misa. Y no solo cálices y vasos de plata, mas de oro y de piedras preciosas, usaron los santos en el servicio de la iglesia, y los fieles las ofrecian al Señor, mostrando en esto su piedad y devocion, reconociendo que lo que los hombres tienen por mas precioso debe servir al Señor de todo lo criado, que se lo dió y cuyo es. Vivió el santo pontífice Urbano en la silla de san Pedro seis años, siete meses y cuatro dias: y habiendo padecido y trabajado mucho por la Iglesia del Señor, fué preso del prefecto Almaquio; y despues de haber sido azotado cruelmente con plomadas, fué degollado por su mandado, y su cuerpo echado á las aves y bestias, pero una santa matrona llamada Maimenia y su hija Lucina, le recogieron y sepultaron en el cementerio de Pretextato, en la via Apia. Su martirio fué á los 25 de mayo del año del Señor de 233 y en el décimo de Alejandro severo: porque aunque este emperador no fué enemigo de cristianos, ni movió persecucion alguna contra la Iglesia, ántes tuvo la imágen de Cristo nuestro Redentor en un oratorio suyo entre las de sus dioses; todavía algunos de sus ministros, de quienes él mucho se fiaba, fueron grandísimos enemigos de Jesucristo y de su cruz, y procuraban arrancar de raiz la religion cristiana. Tuvo Urbano cinco veces órdenes en el mes de diciembre; hizo en ellas nueve sacerdotes, cinco diáconos y ocho obispos. De san Urbano escribió san Dámaso papa, y los demás autores de las vidas de los sumos pontífices: y hacen mencion los Martirologios romano de Beda, Usuardo, Adon y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio y en el segundo tomo de sus Anales, página 356.

San Cenobio, arzobispo de Florencia y confesor.—La vida de san Cenobio, arzobispo de Florencia, varon santísimo, y gran defensor de la religion católica contra los arrianos, escribió Juan, arcipreste de Arezo en Toscana, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su tercer tomo, y san Antonino arzobispo de Florencia, asimismo la refiere en la segunda parte de su historia, de esta manera. Nació san Cenobio en Florencia el año del Señor de 335, de nobles padres aunque gentiles. Su padre se llamó Lucio y su madre Sofía. Dióse desde niño á la virtud y era muy vergonzoso, callado y modesto, en tanto grado, que no le vieron reir jamás descompuestamente. Estudió las buenas letras, y aprovechó mucho en ellas por la fecundidad de su ingenio y por su diligencia y cuidado. Siendo ya de veinte años, sus padres trataron de casarle con una doncella noble, rica y hermosa y digna de tal esposo. Pero él deseando servir á nuestro Señor en mas perfecto estado y consagrarle la pureza de su alma, rogó á Teodoro, que á la sazon era obispo de Florencia, que le amparase, y le diese la mano y librase de aquella servidumbre y perplejidad: y el obispo lo hizo, y sus padres se enojaron terriblemente contra él, y vinieron con gente armada y deudos y amigos suyos á reñir aquella pendencia con el obispo, y con su hijo, el cual alumbrado con la luz del cielo é inflamado del amor divino, de tal manera les habló que quedaron blandos y sosegados, y persuadidos á dejar los errores de los gentiles, y recibir el santo bautismo, como su hijo le habia recibido. No se contentó Cenobio con esta victoria, sino que quiso alcanzar otra mayor del mundo despreciando sus vanidades y locuras, y dedicarse totalmente al servicio del Señor. Para esto se hizo clérigo: despues fué canónigo y arcediano de la iglesia catedral, y espejo de virtud y ejemplo de santidad. Era muy dado á la oracion, muy caritativo y liberal para los pobres, y fuerte y constante predicador contra los herejes. Pasó en este tiempo por Florencia, yendo á Roma, el gran doctor de la Iglesia san Ambrosio, y conociendo las grandes partes de santidad y doctrina de Cenobio, trabó con él muy estrecha amistad, y llegando á Roma, dió parte á San Dámaso, sumo pontífice, de la persona y calidades de Cenobio, y el papa le mandó llamar, y le hizo diácono de la santa Iglesia romana, y le ordenó que residiese en Roma. Un dia acompañando á San Dámaso á la iglesia de Santa María *Trans-Tiberim*, habiéndole traido un hijo del prefecto de la ciudad, que estaba paralítico, san Cenobio con su oracion le sanó. Despues habiéndose ofrecido á San Dámaso algunos negocios eclesiásticos é importantes, envió á Constantinopla á Cenobio, para que los tratase con el emperador; y él lo hizo con maravillosa prudencia y diligencia, confundiendo á los herejes que eran muchos, y consolando y animando á los católicos, y confirmando su doctrina con milagros, y con echar los demonios de los hombres, que de ellos eran atormentados.

Acabados los negocios volvió san Cenobio de Constantinopla á Roma, donde fué recibido muy bien de san Dámaso; el cual habiendo sabido que por la muerte del arzobispo Teodoro la ciudad de Florencia estaba en bandos, y que los herejes querian que el sucesor fuese hereje, y los católicos católico; para ponerlos en paz envió á Cenobio á Florencia, donde fué alegremente recibido de todos. Pero por inspiracion y voluntad del Señor, todos los católicos y herejes concordaron en que no habia de ser otro su obispo, sino Cenobio. Él, como era humilde, luego volvió á Roma á gran priesa, y dijo al papa que no habia podido acabar nada con los de Florencia. Estando en esto, llegaron á Roma dos embajadores de aquella ciudad, suplicando á su santidad que les diese á Cenobio por obispo; porque no admitirian á otro ninguno sino á él. El papa, aunque sintió mucho apartar de sí á Cenobio, por lo bien que se hallaba servido de él; todavía movido de la importunidad de los embajadores y de la instancia grande que le hacian, condescendió con ellos, y mandó á Cenobio que aceptase el obispado, y le consagró con grande repugnancia del santo, y le hizo metropolitano y cabeza de los demás obispos de Toscana, siendo Cenobio de edad de cuarenta y un años. A la partida de Roma, en señal de amor y benevolencia, san Dámaso le dió los cuerpos de los santos mártires Abdon y Senen, los cuales él colocó en la iglesia de San Salvador, debajo del altar mayor.

Fué recibido san Cenobio de toda la ciudad de Florencia con tan extraordinarias muestras de alegría y regocijo, que muchos dias hicieron fiesta por verle ya obispo en su ciudad; pero cuanto mas ellos se regocijaban por tener tal pastor, tanto mas el mismo pastor se afligia considerando las obligaciones que le ocurrian, de apacentar bien aquel ganado, temiendo que no se perdiese por su culpa. Dióse mas á la oracion, suplicando á nuestro Señor que pues le habia dado la carga, le diese fuerzas para llevarla. Ayunaba y velaba mucho, afligia su cuerpo con ásperos cilicios, y otras penitencias; y con las lecciones, consejos, sermones y disputas, procuraba alumbrar á los herejes, y traerlos á camino de salvacion; y tomando para sí, y para su familia, solo lo que precisamente habia menester, todo lo demás de sus rentas lo repartia á los pobres liberalmente: y con esta vida, doctrina y vigilancia, y con los muchos y grandes milagros, que Dios obró por él, vino á resplandecer como un sol en el mundo. Uno de estos milagros fué, que una mujer viuda, pagana, noble y rica, tenia dos hijos, los cuales habia criado con mucho regalo: y un dia, por no sé qué enojo, que tuvieron con su madre, pusieron las manos en ella, y maltrataron gravemente (y por ventura fué castigo de Dios, por el demasiado regalo con que los habia criado): la triste madre, furiosa y rabiosa, y como fuera de sí, postrada en el suelo, comenzó con horrible alarido á llamar á todas las furias infernales, y á pedirles, que la vengasen de sus hijos. Fué Dios servido, que (aunque aquella mujer y sus hijos eran gentiles, y por esto la maldicion de su madre no parece que habia de tener tanto efecto) los demonios entrasen en ellos; para enseñarnos la obediencia, que los hijos deben á sus padres, y cuánto deben temer sus maldiciones. Entraron los demonios en los hijos de esta pobre mujer, y ellos como unos perros rabiosos se mordian, y hacian pedazos sus carnes. Atáronlos, encadenáronlos; y no habia nadie que se pudiese valer con ellos. Cuando la desventurada madre vió á sus hijos de aquella manera, por la maldicion que les habia echado, no se puede creer el sentimiento que tuvo, y las lágrimas que derramó, venciendo el amor de madre al justo enojo, que ántes habia tenido: y no sabiendo otro remedio, llevó sus hijos delante del santo pontífice Cenobio, suplicándole humildemente, que los sanase: y él lo hizo, estando dos horas en oracion: y despues se bautizaron ellos, la madre y toda su familia, y perseveraron en la virtud.

Otra señora francesa, que iba por su devocion á Roma, pasó por Florencia, por ver á Cenobio, de quien oia hablar tantas maravillas, y dejóle un hijo, que traia consigo enfermo del camino, mientras que ella volvia. Murió el hijo en Florencia, ántes que la madre volviese de Roma. Cuando volvió, y supo que su hijo era muerto, mandó tomar su cuerpo, y llevarle á donde estaba el santo obispo: y ella con gran fé, y deshaciéndose en lágrimas de dolor, le pidió, que le volviese á su hijo, que le habia dejado en depósito, porque no volveria á Francia sin él. Enternecióse el santo: hizo oracion, y la señal de la cruz sobre el difunto, y luego resucitó, y él se le restituyó á su madre, con admiracion de todo el pueblo, é increible gozo de la misma madre.

Otra vez, yendo á visitar una iglesia con sus clérigos, topó en el camino el entierro de un caballero mozo, y queriéndose apartar de la gente, no pudo, y fué tanta la que cargó sobre el santo obispo, suplicándole, que resucitase aquel difunto, que no se lo pudo negar.

Tambien resucitó á otro niño de cinco años, á quien unos bueyes furiosos que tiraban un carro, habian despedazado; y asimismo otro que habia muerto sin confesion, mandó á un diácono suyo, y varon santo llamado Eugenio que se levantase de la cama en que estaba enfermo, y rociase el cuerpo del hombre muerto con el agua bendita que le dió, y le trajese vivo: y así lo hizo Eugenio, el cual volviéndose á acostar en su cama, murió de aquella enfermedad.

Todas estas resurrecciones de muertos fueron milagrosas y admirables; pero no lo fué ménos otra que aquí diré. Yendo por los Alpes á consagrar una iglesia, topó en el camino unos mensajeros de san Ambrosio, que de su parte le traian un precioso don de las reliquias de los gloriosos mártires Vital y Agrícola, Nazario y Celso, Gervasio y Protasio; pero hallólos muy llorosos, porque el mas principal de ellos, que se llamaba Sulpicio, habia caido de un despeñadero altísimo, y rodado con su cabalgadura hasta lo bajo, y héchose pedazos, acabando lastimosamente su vida. Apeóse luego san Cenobio, y adoró las reliquias, y besó con grande devocion, humildad y reverencia la caja en que venian: y movido de las lágrimas y los ruegos de los otros compañeros, hizo oracion por el difunto, y no se levantó del suelo hasta que resucitó, y le restituyó vivo á sus compañeros, para que todos juntos, sanos y contentos volviesen á san Ambrosio, de quien habian sido enviados.

Todos estos muertos resucitaron por las oraciones de san Cenobio; pero otros milagros obró el Señor por él maravillosos. Sanó á un ciego de muchos años, que pedia limosna á la puerta de una iglesia, el cual, siendo ántes gentil, se convirtió á la fé y se hizo cristiano, y se dedicó al servicio del Señor todo el resto de su vida; y lo mismo

hicieron su madre y una hermana que tenia. Con estos y otros muchos milagros florecia nuestro Cenobio, y derramaba un suavísimo olor de sí, resplandecia en el mundo y era venerado de todos los buenos, y respetado de los malos, creciendo él cada dia mas en la santidad. Murieron sus padres, y dejáronle mucha hacienda: dió parte á los pobres, y de la otra parte fundó su monasterio allí cercá de Florencia, para que algunos monges, debajo de la obediencia y clausura, sirviesen mas libremente al Señor. Finalmente, lleno de años, de trabajos, de virtudes y merecimientos cayó malo, y entendió que se acercaba el dichoso dia de su tránsito, en que esperaba ir á gozar de Dios; y así lo dijo á sus clérigos: y habiendo concurrido por la fama de lo que el santo habia dicho, innumerable gente, por ver la faz y recibir la bendicion de su pastor; habiéndolos exhortado al temor y al amor santo del Señor, y dádoles su bendicion, rogó á los obispos que allí estaban, que con sus manos sagradas hiciesen la cruz sobre él; y mirando la muerte con alegría, dió su espíritu al Señor, á los 25 de mayo del año de 421, siendo él de edad casi de noventa años, y emperadores Honorio y Teodosio el menor su sobrino. Esto dice la vida de san Cenobio, que trae Surio en su tercer tomo: mas debe haber error en los años; porque en la misma vida se dice, que murió san Cenobio en el octavo año del pontificado de Inocencio I, el cual fué asumpto el año de 402; y así no pudo caer su muerte el año de 421; porque vivió quince años en el pontificado, y murió, segun el cardenal Baronio, el año de 417. Fué enterrado de los obispos y de todo el clero y pueblo, con gran solemnidad en la iglesia, que llamaron Ambrosiana, como el mismo santo lo habia mandado; aunque despues el obispo Andrés, su sucesor, le trasladó con grande aparato á la iglesia Mayor, y en esta traslacion sucedieron dos cosas milagrosas. La primera fué, que llevando los obispos las andas en que iba el santo cuerpo, fué tan grande la multitud y el tropel de la gente que habia concurrido á verle y tocarle, que por no caer, tuvieron que arrimarse con las andas á un olmo antiguo y seco que estaba en la plaza: el cual luego que le tocó el cuerpo de san Cenobio, revivió, y echó hojas y flores. La otra fué, que no pudiendo entrar en la iglesia con el cuerpo santo, porque parecia que la virtud del cielo tenia á los que le llevaban; el obispo, postrado en el suelo y con las manos levantadas, y fijos sus ojos en el cielo, suplicó con muchas lágrimas al Señor, que no desconsolase aquel pueblo, é hizo voto de fundar en aquella iglesia doce capellanes, que perpetuamente sirviesen al santo en ella; y con esta oracion y voto, pudieron entrar fácilmente.

Innumerables fueron las misericordias que Dios nuestro Señor hizo á todo aquel pueblo por intercesion de san Cenobio, sanando á los que fatigados de varias enfermedades venian á su sepulcro, y con devocion se encomendaban á él. Entre los otros quiero referir aquí uno por ser notable. Tenia una madre un hijo enfermo que se abrasaba de calenturas, y de una sed ardentísima. Velábale su madre una noche, y aquejado de la sed, á poco rato la pedia de beber, y en aquella misma noche se la pidió, y la madre se la dió cuarenta veces. Y como la madre estuviese ya cansada y cargada de sueño, y el hijo la llamase y despertase otra vez, para que de nuevo le diese de beber; ella se levantó, y enojada y como fuera de sí, dándole el vaso le dijo: Bebe al diablo con esa agua. No fué sordo el demonio; porque luego por voluntad de Dios, que nos quiso enseñar, cuán recatadas deben ser las madres en echar semejantes maldiciones, entró en el hijo y comenzó á atormentarle gravemente, como habian entrado los demonios en los otros dos hijos que habian maltratado á su madre y lo referimos arriba. No hallando otro remedio, trajeron al pobre mozo á Florencia al sepulcro de san Cenobio, y por sus oraciones quedó libre. Despues, á los 25 de abril del año del Señor 1439, siendo sumo pontífice Eugenio IV, y celebrándose el concilio de Florencia para la union de la Iglesia latina y griega, se hizo otra traslacion mas solemne del cuerpo de san Cenobio, y se traspasó á otro lugar mas ilustre y honroso. Intervinieron á esta traslacion los cardenales, patriarcas y prelados, y los príncipes y embajadores, y señores que habian venido á celebrar aquel concilio universal. De san Cenobio, á mas de los autores que arriba dije, hace mencion el Martirologio romano á los 25 de mayo, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y en el cuarto tomo de sus Anales, pág. 244 y 653, y Paulino en la vida de san Ambrosio, y otros autores modernos.

SANTA MARIA MAGDALENA DE PAZZIS, VÍRGEN.—Florencia, llamada así, segun Ortelio, por ser la flor de las ciudades de Italia, fué la patria de santa María Magdalena de Pazzis, flor hermosísima del monte Carmelo. Su padre se llamaba Camilo de Geri de Pazzi, y su madre María Lorenza Buon del Monti, ilustres en sangre, y no ménos ilustres en la piedad cristiana, por la cual merecieron que Dios les diese tal hija, que añadió nobleza á su linaje y á su santidad, y bastaria ella sola para ilustrar á su patria, si no fuera tan ilustre por los muchos santos que ha producido. Bien conoció su madre, aun ántes que naciese la niña, que no habia de ser carga para su casa el fruto de bendicion que Dios le habia dado; porque en su preñez no sintió aquellas molestias que sienten las madres, cuando traen en el vientre á sus hijos. Nació el 2 de abril de 1576, y al dia siguiente recibió la gracia en el bautismo, y el nombre de Catalina, por santa Catalina de Sena, de quien toda su vida fué muy devota é imitadora, el cual nombre mudó despues en el de María Magdalena. Casi desde la cuna tomó el camino de la perfeccion, y se dió tanta prisa á correr por él, que al empezar pudo parecer que acababa. Fué dotada de un gran entendimiento, y agudeza de ingenio: cosa rara en una mujer; pero mas rara en una niña, que anduviesen estas prendas juntas, nó con una natural inquietud y travesura, sino ántes acompañadas de compostura y modestia virginal, con que se hacia amar, y aun reverenciar de los que la miraban. Ántes de poder entender las cosas espirituales, gustaba de oir hablar de ellas: y si hablaba de esto su madre con alguna persona, aunque la echasen de la conversacion, se volvia luego á ella. Ántes de saber qué cosa era oracion, gustaba de estar retirada, y sola: y apenas sabia leer, y ménos entendia latin, cuando hallando unas Horas de nuestra Señora, y en ellas el símbolo de san Atanasio, le leyó todo con mucha atencion y devocion, y le llevó á su madre, como una cosa de gran precio; porque aunque ella no entendia las palabras, un cierto instinto ó espíritu arrebataba su afecto á estimar lo que no entendia, y venerar lo que no alcanzaba, como la misma santa confesaba despues. Y conforme á esto, cuando oia hablar de cosas espirituales y

divinas, preguntaba cosas que excedian su capacidad, con deseo de saber lo que aun no era tiempo de aprender. Tambien mostraba, que Dios la habia escogido para religiosa; porque en esta edad su mayor travesura era retirarse á solas, y ponerse un velo, como si fuera monja, y obedecia, no solamente á sus padres, mas aun á las mismas criadas de su casa, ensayándose ya en la obediencia de la religion.

A los siete años ya gastaba algunos ratos en la oracion mental, enseñada solamente por el Espíritu Santo: y con tal maestro, no es maravilla que en aquella edad guardase las reglas, que dan los maestros de la vida espiritual; porque buscando tiempo oportuno, y lugar retirado, se proponia el fin de su oracion, que era buscar puramente á Dios, y su voluntad en todas las cosas; y esto deseaba, y pedia al Señor, mas con afectos, que con palabras: y cuando padecia alguna distraccion, se humillaba y tenia por indigna de tratar con Dios, sin que ningun accidente, ni sequedad, pudiese embarazar su oracion: cosa que se estima mucho en los muy experimentados. Habia perseverado en este santo ejercicio hasta los nueve años, en que el padre Andrés de Rosi, de la Compañía de Jesus, confesor de su madre, viendo en la niña tan buena disposicion para la oracion, y tantas señales, de que Dios la habia escogido para una grande santidad, le enseñó á meditar en la pasion de Cristo, y le señaló por materia las meditaciones del padre Gaspar de Loarte, de la misma Compañía. El principio de su oracion era el himno *Veni, Sancte Spiritus*, con la confesion general, y entrábase tan adentro en la consideracion de las finezas de Cristo, que salia fuera de sí, y estaba inmóvil y absorta, sin que ningun ruido la pudiese distraer. Señalóle su confesor media hora para este ejercicio; pero ella gastaba todas las mañanas una hora, y muchas veces otras tres, ó cuatro entre dia; y alguna vez se le pasó toda la noche sin dormir, ni reposar, por no dejar aquel dulce sueño, que era todo su reposo.

Con el ejercicio de estas meditaciones iba creciendo cada dia en las virtudes, y particularmente en el amor de Jesucristo, y deseo de padecer, y hacer penitencia en tan tiernos é inocentes años. No gustaba de los regalos y golosinas de los niños, y si le daban fruta ó algun dulce entre dia, no lo queria comer, si su madre no se lo mandaba; que entonces cedia la mortificacion á la obediencia. Quitaba algunas veces de su cama los colchones, y dormia sobre un jergon, hasta que conociéndolo su madre, lo embarazó, acostándola consigo. Tomaba muchas disciplinas, considerando los azotes que habia padecido el Señor por ella: y por imitar su corona de espinas, tejia coronas de ramos espinosos, y se las ponia en la cabeza, y con cintas tejidas de los mismos ramos, se ceñia las espaldas en lugar de cilicio. Era tal su devocion con el santísimo Sacramento, y tan grande el deseo que tenia de llegarse á él, que cuando por sus pocos años no le daban licencia para comulgar, gustaba de ver comulgar á otras personas, y pedia á su madre, que la llevase consigo á la iglesia de la compañía de Jesus, porque se frecuentaba en ella mucho la sagrada comunion; y allí se estaba muchas horas de rodillas, mirando con envidia santa á los que comulgaban. Cuando su madre habia comulgado, se acercaba mas á ella que los otros dias: y preguntada de su madre, por qué; respondió: Porque me oleis á Jesucristo. A los diez años le dió su confesor, que era de la compañía de Jesus, licencia para comulgar: y ella se preparó con muchos dias de oracion y ejercicios devotos, y fué tal el gusto espiritual, que en esta primera comunion recibió, que decia, no haber experimentado hasta entonces semejante dulzura. Quedó tan engolosinada de este dulcísimo manjar, que dándole licencia para comulgar de ocho á ocho dias, contaba los dias y las horas, pareciéndole las horas dias y los dias años con la hambre que tenia de este divino pan: y como le comia con tanta hambre, era notable el provecho que sacaba de todas sus comuniones.

Desde luego se conoció una grande misericordia para con los pobres, de los cuales se compadecia cuando los veia padecer necesidad, y partia con ellos lo que su madre le daba como niña, para almorzar ó merendar. Despues que consideró cuántos tormentos habia padecido Cristo para pagar las culpas de los hombres, era tan grande el sentimiento que tenia de ellas, que pasó toda una noche llorando y sollozando por algunos pecados ajenos que habian llegado á su noticia. Tenia tanto zelo del bien de sus prójimos, que no habia para ella mayor entretenimiento que enseñar á otros niños el Padre nuestro, Avemaría, Credo y las otras oraciones: y gustaba mucho de ir á una aldea, donde sus padres tenian hacienda, por la comodidad que habia allí de enseñar la doctrina cristiana á los hijos de los labradores y aldeanos. Para esto juntaba las fiestas á las niñas de su edad, y hecha maestra y predicadora, las enseñaba la doctrina cristiana: y para que acudiesen con gusto á oirla y ninguna faltase, llevaba algunas cosillas que pedia á su madre, y las daba por premio. En una ocasion mostró tanto sentimiento de volverse de la aldea, porque perdia la ocasion de enseñar á las niñas, que su madre se llevó á Florencia una niña, hija de un labrador pobre, para que su hija tuviese á quien enseñar la doctrina cristiana. A las criadas de su casa enseñaba á tener oracion: y para que no se excusasen con la mucha ocupacion, las ayudaba, en cuanto alcanzaban sus fuerzas, á barrer y á hacer las otras haciendas de la casa, para que ellas despues desocupadas la acompañasen en la oracion. Era muy pura y amiga de la pureza, y decia que gustaba de tratar con los niños, porque conservaban la pureza é inocencia aun no manchada con culpa.

De diez años, considerando el amor que Dios nos mostró haciéndose hombre en la encarnacion, dándosenos todo en el Sacramento; por corresponder de la manera que podia á esta fineza, le consagró la pureza de cuerpo y alma con voto de perpetua virginidad.

Siendo la santa virgen de catorce años, dió el duque de Florencia el gobierno de Cortona á su padre, y partiéndose con su mujer á aquella ciudad, la dejó en Florencia en el convento de Malta, con una prima suya, llamada soror Salvagra Morelli, por consejo del padre rector de la compañía de Jesus, á quien prometieron las monjas que le dejarian comulgar todos los dias de fiesta. No aprobaban todas las religiosas esta frecuencia, por ser poco usada en aquellos tiempos, aun de las personas que trataban de perfeccion; pero pudo tanto su ejemplo, que muchas la imitaron y empezaron á comulgar á menudo. Con la buena comodidad que aquí tenia, se dió tanto á la oracion, que se le pasaba la mayor parte del dia y de la noche en este santo ejercicio, y muchas veces la halla-

ban enajenada de los sentidos, con el rostro hermoso como de un ángel, y los ojos resplandecientes como dos estrellas, fija en un lugar por muchas horas como si fuese una estatua de mármol. Dobló sus ayunos, disciplinas y mortificaciones, porque faltaba el freno de su madre que la detenia: y siendo consigo tan rigurosa, con todas las monjas era blanda y suave, especialmente con las enfermas, á las cuales visitaba á menudo y las servia y consolaba: para lo cual leia delante de ellas libros devotos, que juntamente divirtiesen el dolor y amonestasen la paciencia. Nunca la vieron alterada ni descompuesta, ni decir palabra injuriosa ó de murmuracion contra aquellas que condenaban su frecuencia en el comulgar; ántes disculpaba la intencion sin dejar su propósito. A su prima y maestra guardaba grande obediencia sin salir en nada de su voluntad, y á todas las monjas trataba con gran reverencia; porque tenia tan bajo concepto de sí y tan alto concepto de ellas, que solia decir: Vosotras sois esposas de Jesucristo por la profesion que habeis hecho, y yo nó: por lo cual soy indigna de estar en vuestra compañía. Habíanla oido decir las religiosas que habia de ser religiosa, y deseaban muchas que tomase su hábito, esperando que si ántes de ser religiosa era ejemplo de religiosas, despues de serlo seria una santa Catalina de Sena, como ellas decian, y con su ejemplo pondria en gran observancia aquel monasterio; pero ella queria entrar en otro, donde se observase con mas perfeccion la vida comun: y aunque las monjas codiciosas de tenerla consigo, prometian que lo harian si tomaba su hábito, no pareció á la humilde vírgen, que era esa empresa para sus fuerzas, y así habiendo vuelto sus padres á Florencia, se la llevaron á su casa despues de haber estado quince meses en el convento de Malta.

Tenia la santa vírgen edad competente para casarse: propusiéronle sus padres varios casamientos; mas ella que tenia ya Esposo, y no queria trocarle por ningun hombre del mundo, los desengañó y habló con tanta resolucion, que llegó á decir que ántes se dejaria cortar la cabeza que dejar de ser monja. Desistió luego su padre; mas la madre, que la amaba con mas ternura y sentia mucho apartarla de sí, procuraba con caricias y halagos atraerla á su voluntad; y la santa hija se mostraba triste y desconsolada con su madre, para que se entibiase su amor para con ella, y le diese licencia para ser religiosa. Alcanzóla finalmente, y escogió el monasterio de Santa María de los Angeles, que es de la órden del Cármen de la Observancia, por la gran observancia de aquella casa, y porque se frecuentaba mucho en ella la sagrada comunion. Fué recibida por diez dias á primera probacion en hábito de seglar, segun la loable costumbre de aquel monasterio, en los cuales las monjas observan el natural y condicion de la pretendiente, ántes de darle el hábito, y ella tambien considera si podrá llevar la vida de aquella religion. En este tiempo notaron en la santa vírgen tantas virtudes las religiosas, que tenian por particular merced del Señor que se la trajese á su monasterio. Particularmente notaron su continua oracion, y las muchas horas que gastaba en ella: y como una religiosa por probar su espíritu, le dijese que si entraba monja no podria tener tanta oracion porque le seria forzoso dejarla muchas veces por acudir á los ejercicios de las novicias, respondió la prudente vírgen: Madre, eso no me da pena ninguna; porque sé que todas las cosas que se hacen por obediencia en la religion, son oracion. Tambien admiraron mucho su mortificacion; porque estando un dia haciendo labor con otras religiosas, cayeron de improviso algunas cosas que hicieron grande ruido, y levantándose todas las monjas espantadas para ver la causa del ruido, sola ella ni se levantó ni movió, ni aun volvió los ojos para ver lo que habia caido. No quisiera salir del monasterio; pero sus padres la volvieron á su casa por tres meses, mientras se disponian las cosas necesarias para su entrada. Habíase introducido en Florencia, que cuando las doncellas estaban para entrar religiosas, salian ricamente vestidas y aderezadas á pasear la ciudad, y veian todas las cosas curiosas, entretenimientos, comedias, juegos y espectáculos, como despidiéndose del siglo para encerrarse para siempre: y á la verdad era ir á recoger especies del mundo, que llevar á la religion, para tener en la religion el mundo, de que huian entrando en ella. No quiso la purísima vírgen seguir este abuso: ántes decia, que no podia entender cómo las que deseaban ser religiosas y esposas de Jesucristo, gustaban de estas vanidades. Solamente visitó iglesias y lugares devotos, y por pura obediencia de su madre se puso un vestido blanco de seda, sin oro ni plata, y mientras que le tuvo puesto, no cesaba de derramar continuas lágrimas: y preguntada por qué lloraba, respondió: Lloro, porque no es conveniente que la que va á dedicarse á Dios, se vista de modo que las criaturas pongan en ella los ojos.

Entró en el convento el sábado ántes de la primera dominica de adviento del año de 1582, que fué el primer dia del mes de diciembre, y estúvose preparando para recibir el hábito hasta los 30 de enero. Sus padres, sintiendo la soledad que les causaba tan amada hija, quisieron tener á lo ménos un retrato suyo que les sirviese de consuelo en su ausencia: enviaron un pintor para que lo sacase; pero no lo consintió la vírgen por ningunos ruegos, hasta que se lo mandaron por obediencia su confesor y la superiora del convento: y aunque obedeció, no dejó de llorar mientras el pintor la retrataba, diciendo: ¡Es posible, que de una criatura tan vil como yo soy, y de un poco de polvo, ha de quedar memoria en el mundo! Los dias inmediatos á recibir el hábito no se dejó ver de sus parientes, diciendo que aquel no era tiempo de hablar con los hombres sino con Dios.

El dia 30 de enero le dió el hábito el confesor del monasterio, llamado Agustino Campo: y fué tal su devocion al recibirle, que todos los presentes se compungieron, y una doncella se movió á dejar el mundo y tomar el hábito en aquel monasterio, como despues lo cumplió. Particularmente al recibir el Crucifijo en las manos y cantar las monjas: *Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesuchristi*, sintió unirse su alma con Cristo por afecto de amor, con tanta dulzura espiritual, que confesó era la mayor que habia tenido hasta entonces, y sintió tirarle Cristo su corazon, como si fuera una piedra iman, de tal manera, que protestó de no querer otra cosa en toda su vida sino á Cristo.

En su noviciado dió tal ejemplo de todas virtudes, que no solo las novicias tenian que aprender de ella; pero aun su misma maestra, mujer muy espiritual, como tal oficio requiere, solia decir: que soror María Magdalena era mejor para maestra, que para novicia.

El mismo dia que tomó el hábito, postrada ante su maestra, le dijo: que ella desde entonces estaba muerta; y así hiciese de ella, como de un cuerpo muerto, todo lo que quisiese, mortificándole y afligiéndole, como Dios la inspirase.

En todos los ejercicios de humildad, obediencia, mortificacion y devocion, era la primera sin excusarse de ningun oficio, á que las demás acudian, ni con pretexto de hacer otra cosa mejor; porque juzgaba que para los religiosos nada es mejor que el obedecer.

Viendo la aficion que tenia á la oracion, le daba su maestra licencia para tener mas oracion que la ordinaria; pero si era en tiempo que las demás novicias se habian de ocupar en algun ejercicio corporal, no aceptaba esta gracia, ántes decia: Mas quiero ocuparme en cualquiera obra de obediencia, aunque sea muy baja, que en cualquiera contemplacion aunque sea muy alta; porque en el hacer los ejercicios que manda la obediencia, estoy cierta de hacer la voluntad de Dios, de lo cual no me aseguro cuando hago oracion ú otros ejercicios, aunque sean buenos y santos, por mi propia voluntad. Mas despues de haber asistido, como Marta, á la accion, buscaba, como María Magdalena en el nombre, y en el amor, tiempo para estar á los piés de Cristo: para lo cual tomaba todo el que las novicias tenian de recreacion, fuera del que quitaba del sueño; y cuando la maestra de novicias no le daba licencia para levantarse de noche, se hincaba de rodillas sobre la cama; y así la hallaron muchas veces en oracion. Teníase por la menor de todas: servia aun á las legas, y á escondidas lavaba la ropa que ellas habian de lavar: barria y hacia los otros oficios humildes, que ellas habian de hacer, por aliviarlas del trabajo á costa de su propia fatiga. Trataba de mejor gana con las mas sencillas: pedia consejo á las que sabian ménos que ella: imitaba lo bueno que veian en las demás; y todas tenian mucho que imitar en ella.

Acabado el año de noviciado, le dilataron la profesion, para que la hiciera juntamente con otras novicias, á quienes faltaba poco tiempo para cumplir. Sintiólo mucho la santa vírgen, porque deseaba verse atada con Cristo, con aquel lazo triplicado de los votos religiosos, y dijo con espíritu profético: Yo no haré la profesion, como pensais, con las otras novicias; sino que sereis forzadas á dármela á mí sola á vuestro pesar. Así sucedió; porque sobreviniéndole una gravísima enfermedad, que no entendian los médicos, ni acertaban á curar, la desahuciaron, y el confesor y las religiosas, porque no muriese sin la profesion, que tanto deseaba, se resolvieron á dársela á ella sola, sin esperar á las demás novicias. Entró el confesor en el convento, para que profesase en la cama; mas ella pidió que la llevasen al coro delante de un altar de nuestra Señora, y allí profesó, dia de la Santísima Trinidad, en 27 de mayo de 1584. Volviéronla á la enfermería, y dejáronla sola: y volviendo despues de una hora, la hallaron arrebatada en éxtasis, sin uso de los sentidos, con el rostro hermosísimo, y sin accidente ni señal de la enfermedad pasada; pero en volviendo del rapto, volvia á su enfermedad y accidente como ántes. Este fué el primer rapto que la vieron las religiosas, y duró dos horas enteras, y por los cuarenta dias siguientes tuvo semejantes raptos acabando de comulgar que duraban dos horas, en que le dió el Señor á conocer cosas altísimas, y sobre la humana capacidad. Mandóle su confesor que acabando el rapto, diese cuenta á la madre de novicias, y á la madre soror Evangelista, de lo que Dios le daba á entender en él; y la santa, aunque con mucho sentimiento, lo referia todo y las madres lo notaban: lo cual observó en lo restante de su vida; y de esta manera á pesar de su humildad, dejó un tesoro inestimable en el libro de sus éxtasis y revelaciones, que se guarda en su monasterio de Santa María de los Angeles.

Como vieron los superiores el camino extraordinario, por donde llevaba el Señor á esta su sierva, no querian tenerla en el noviciado, como á las recien profesas, sino ponerla en celda aparte; pero la humilde vírgen suplicó con grandes instancias, que no la sacasen de entre las otras novicias, ni de la enseñanza de su maestra; porque era la mas imperfecta de todas, y mas necesitada del ejemplo de las novicias, y direccion de su maestra. Con esto prosiguió siendo profesa, en los ejercicios de novicia, solo que ahora era mas humilde que ántes, viéndose mas favorecida de Dios. Deseaba mortificarse en todo: y porque las superioras, viendo que tenia poca salud, le procuraban algunos alivios, usaba de un modo de padecer que llamaba oculto, y era mostrar con una santa disimulacion, que le era gustoso aquello á que sentia mayor repugnancia, y penoso aquello á que tenia inclinacion natural: para que de esta manera le diesen lo penoso, y le negasen lo gustoso. Un jueves de la semana de pasion del año 1585, le vino deseo de experimentar en sí aquel dolor, que sintió Cristo en la cruz, particularmente al apartarse el alma del cuerpo: concedióle el Señor esta gracia, y sintió unos dolores tan vehementes, y una agonía tan grande, que sin poderlo sufrir, decia: Jesus mio, yo no puedo participar tanto de esas tus penas. Duró en esta afliccion el jueves y viernes siguiente, y mostrósele Cristo Señor nuestro, como estaba en la cruz, cuando espiró. El lunes de la semana santa en un éxtasis se le apareció Cristo, y comunicó á su alma mucha parte de dolores de su pasion, y vió salir de las llagas de Cristo cinco rayos de fuego muy resplandecientes, que con modo maravilloso imprimieron espiritualmente en su alma las cinco llagas, dejando las señales de ellas correspondientes á los piés, manos y costado. Quiso el Señor darle á sentir no solamente una parte de los dolores de su pasion, sino toda su pasion, de la manera que era capaz; y así el jueves santo siguiente, desde cerca el medio dia tuvo un éxtasis de veinte y seis horas continuas, en que siguió á Cristo con la meditacion desde el cenáculo hasta la cruz, como si le viera presente padeciendo en el alma las penas que veia padecer á su Redentor en el cuerpo, y de tal manera estaba transformada en Cristo, y le representaba en sí misma, que parecia padecer aun exteriormente los mismos tormentos, y remedaba todas aquellas acciones, que hizo Cristo en su pasion, ya juntando las manos atrás, al contemplar que le ataban, ya arrimándose á una columna, al contemplar los azotes; y de esta manera en los otros pasos.

Habiéndola Cristo señalado con la marca de sus llagas, y échola principalmente de los tormentos de su pasion, la halló digna de desposarla consigo, y hacerla el favor que ha hecho á las almas mas regaladas. En 2 de abril de 1585, víspera de santa Catalina de Sena, tuvo un éxtasis, en que vió las cosas que hacian contra Dios sus criaturas, de que ella recibió grandísima pena: y queriendo Cristo consolarla, se le apareció en medio de Sena, y le dió á entender, que queria celebrar desposorios con ella. Encogióse la san-

ta vírgen, teniéndose por indigna de tan gran favor, y el Señor la puso en el dedo un anillo; y la vírgen dijo: Desposóme el Señor consigo en la dulzura de la suavidad, y liberalidad de su amor, en union de la Santísima Trinidad. Pocos dias despues, á 4 de mayo del mismo año, añadiendo Cristo favores á favores, y queriendo mostrar que era esposa del Rey, se le apareció glorioso, pero con la corona de espinas en la cabeza, y le dijo: que queria darle su corona; pero sin que ella sintiese pena alguna. Exclamó la santa vírgen admirada: ¿Qué rey ha habido jamás que se quitase la corona de su propia cabeza, y la pusiese en la de su esposa, para hacerla reina? Invocó entonces á la Reina de los ángeles, á santa Catalina de Sena, san Agustin, y san Ángelo, carmelita para que estuviesen á aquella coronacion: y apareciéndose todos para hacer mas solemne y regocijado este acto, la puso el Señor la corona sobre su cabeza, y ella dijo sobre estos altísimos conceptos. En otro éxtasis, que tuvo á 12 del mismo mes de mayo, y le duró cuarenta horas, le dió Cristo su corazon con un modo maravilloso, en presencia de santa Catalina de Sena, y san Angelo carmelita, y fué tanto el exceso de su amor y de su gozo, que no cabiendo en el corazon, sin poder respirar, parecia acabarse la vida, hasta que desfogando en amorosos afectos, oyó una voz del padre Eterno, que le dijo: «Esposa de mi unigénito Verbo, pídeme lo que quisieres;» y ella, olvidada de todo propio interés, pidió gracias para sus prójimos, y para sí solamente el padecer por las almas.

Oyóla Dios; porque á 21 de mayo de 1585, estando ocupada la esposa de Cristo en los ejercicios del monasterio, fué derribada en tierra por el Señor, y despues de haber estado un gran rato como muerta, dijo: Señor, ¿qué quereis de mí? ¿Por ventura lo exterior por lo interior? Y el Señor le mandó, que en adelante siguiese en el comer vida particular; y en satisfaccion de los grandes pecados que hacen los hombres contra él, ayunase á pan y agua todos los dias, sino en domingo, en que habia de usar manjares cuaresmales. Vió luego el premio que se da á los que por amor de Dios se privan de las consolaciones terrenas, y dijo: ¡O cómo es suave y deleitoso el lugar! Pero grandes son las cosas que han de hacer, los que á él desean llegar. Mas si esto bastase, Dios mio, para salvacion de tus criaturas, pasara yo mil años con este modo de vida, y me pareciera que estaba en la gloria. Mandóle Dios lo mismo á la santa otras dos veces: y ella por no ser engañada, dió cuenta á sus superiores, los cuales le dijeron que no queriansiguiese vida particular, sino que comiese lo que comian las monjas, esperando que si era espíritu de Dios, le daria otra señal, como sucedió; porque al dia siguiente, estando en la mesa y queriendo comer lo que la comunidad comia, nunca pudo atravesar bocado, y todo lo que mascaba, lo echaba luego fuera á manera de vómito, sin poder tragar nada. Con esto le dieron licencia para hacer su ayuno de pan y agua, que comenzó á 25 de mayo de 1585, y perseveró en él cinco años, hasta que Dios le ordenó otra cosa. Dos años despues le mandó el Señor que anduviese descalza, y vestida de un hábito pobre y vil, y que su celda y cama fuese la mas pobre; y así lo ejecutó, dándole licencia sus superiores, por conocer era esta la voluntad de Dios, hasta que por voluntad del mismo Dios se volvió á calzar, y andar como las demás. Viendo el enemigo infernal como la sierva de Dios mortificaba su carne con este ayuno, la tentaba de gula, para que comiese escondidamente, y ofrecíale ocasiones para ello; porque al pasar por los lugares, donde habia cosas de comer, le abria las puertas cerradas, para que las viese, y se provocase con mas vehemencia á la gula; pero de todas estas tentaciones sacaba el demonio confusion, y la santa merecimiento y humillacion, viéndose tentada de una cosa tan asquerosa como la gula segun ella decia. Habiéndole dado Dios regla acerca del comer, se la dió acerca del dormir en otras ocasiones; mandóle que no pasase su sueño de cinco horas, y ordinariamente sobre un jergon; que sus palabras fuesen acompañadas de mansedumbre, verdad y justicia; y que su memoria, entendimiento y voluntad, se empleasen solamente en él, estando como muerta para las cosas de la tierra, y viva solo para las del cielo. Díjole tambien, que queria que entrase, como otro profeta Daniel, en el lago de los leones: esto es, en una muchedumbre de terribilísimas tentaciones, que le habian de durar por cinco años contínuos, habiéndole primero infundido al Espíritu Santo en la pascua de Pentecostés inmediata, para fortalecerla y confortarla contra tan duras batallas; y ella se ofreció á Dios animosamente, para padecer cualquiera tentacion, y tribulacion por su amor.

En toda la octava de Pentecostés, desde la vigilia á medio-dia, estuvo en continuo éxtasis de dia y de noche, sin volver en este tiempo del rapto en que estaba, sino es lo que bastaba para rezar las horas, oir misa, recibir el santísimo Sacramento, tomar un poco de pan y agua, y á veces dormir media hora, recibiendo al Espíritu Santo con sus dones todas las mañanas á la hora de tercia, con señales exteriores que lo manifestaban en diversas figuras de fuego, de rio, de paloma, de columna, de nubes, de viento, de lenguas encendidas; y en todos estos dias y noches, tuvo altísimas inteligencias de las cosas divinas, y gozó de una inefable alegría espiritual, sino es, cuando tenia inteligencias de cosas temerosas y horrorosas. De esta manera la dispuso Dios, para entrar en el lago de los leones y en la prueba de los cinco años, en los cuales padeció tan terribles tentaciones, y tan grandes aflicciones, que bien fué menester que la previniese el Señor tan abundantemente con sus favores, para que pudiese llevar el peso insoportable de los trabajos.

El mismo dia del Espíritu Santo por la tarde entró en el lago de los leones, y vió en figura lo que habia de padecer en los cinco años; porque se le puso delante una gran multitud de demonios, que con espantosos bramidos procuraban amedrentarla, y como fieras cruelísimas daban muestras de quererla acometer y despedazar, é interiormente la afligian con horribles tentaciones. Con esta vision se volvió pálida, macilenta; y temblando de pavor, empezó á llamar al cielo y la tierra en su favor, y á quejarse amorosamente de su Esposo, porque la habia desamparado y dejado en tinieblas; y fuéle respondido: que pues ella no podia ayudar de otra manera á sus prójimos, los habia de ayudar padeciendo por ellos penas y trabajos. Fueron tantas y tan grandes las tentaciones, de que fué combatida esta bienaventurada vírgen, en el espacio de los cinco años, que parecia haberse armado contra ella todos los demonios, procurando cada uno tentarla de su manera: ó como ella misma dijo, creia no haber tentacion alguna en el infierno que no la hubiese acometido,

siendo estas tentaciones tanto mayores, cuanto lo era la sequedad de espíritu que padecia; porque era tan grande, que le parecia estar desamparada de Dios, y solia decir, que no sabia si era criatura racional ó nó; ántes bien, que era como una piedra, ó cosa insensible, cuanto al espíritu. Dábanle en rostro todos los ejercicios de la religion, y le parecia pesado lo que ántes muy suave, y amargo lo que tenia por muy dulce: y como las tentaciones eran tan vehementes, la ofuscaban en gran parte el entendimiento, y temia que consentia en las tentaciones, no acertando á discernir bien con la obscuridad entre el sentimiento y consentimiento; y esto era lo que mas afligia su espíritu, pensar que ofendia á su Dios: por lo cual solia decir: que ella era un agregado de maldades, y causa de todos los males que se hacian contra Dios. Decia tambien: que lo interior de su alma era como una sala grande, llena de tinieblas, con una luz muy pequeña en medio; porque estaba obscurecida con tentaciones, con solo una pequeña luz de buena voluntad de no ofender á Dios. Para vencer las tentaciones deshonestas, que singularmente afligian su purísima alma, tomaba rigurosísimas disciplinas con abrojos de hierro, y andaba ceñida, y apretada con una cinta, ó pretina de clavos, cuyas puntas traspasaban la carne. Una vez que se vió mas acosada de una tentacion, sin poder vencerla con los otros medios, llevando á una celda apartada un haz de espinas y abrojos, se echó sobre ellos desnuda, hasta que la sangre que salió de las heridas apagó el fuego de la sensualidad. Tenia continua vista intelectual del demonio, con lo cual vivia en continuo espanto y pavor, y decia: que quisiera mas morir, que padecer esta pena: y muchas veces se le aparecian los demonios en horribles figuras de monstruos, leones, perros rabiosos, que arremetian para despedazarla, y era azotada de ellos, arrastrada, echada por las escaleras, y atormentada corporalmente de diversas maneras: y es cosa maravillosa ver la constancia y fortaleza que tenia en tantos tormentos, sin mostrar jamás flaqueza, ni cobardía, ántes viendo las monjas que lloraban, compadecidas de sus trabajos, las consolaba diciendo: Dejadlos que hagan á su gusto lo que quisieren; que yo sé, que el Señor no les permitirá que hagan mas de lo que pudieren sufrir mis fuerzas. Aparecióronsele una vez dos demonios en figura de dos monjas, para persuadirle que dejase aquella aspereza de vida, con que desagradaba á Dios: acudió á la oracion; y conociendo, que eran demonios, no hizo caso de sus persuasiones. Añadióse á todo esto una frecuente representacion imaginaria de las ofensas que hacen los hombres á Dios nuestro Señor, como si las viera y oyera corporalmente: y como amaba la santa vírgen á Dios, no solo como á Señor, Criador y Redentor, mas tambien como Esposo, aunque á ella le parecia que su amor era tan tibio, sentia extrañamente sus ofensas.

No dejaba el Señor á su sierva tan desamparada en manos de sus enemigos, que no la consolase de cuando en cuando con alguna dulzura y consuelo espiritual, ó revelacion celestial, para que tomase algun descanso, y cobrase nuevo aliento para sus peleas. Fué muy regalado el favor que le hizo una vez Cristo, estando considerando su pasion deseosa de padecer por él; porque le dió un hacecito de los instrumentos de la pasion, que san Bernardo llama: *Fasciculus Myrrhæ*, y tomándole la santa Vírgen de las manos de Cristo, llegándosele al pecho, dijo: *Fasciculus Myrrhæ dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur.* Y María santísima en otra ocasion se le apareció con un niño en los brazos, en aquella forma, y pequeñez de recien nacido, y se le puso á la santa en los suyos. Dia de santo Tomás de Aquino, contemplando la gloria de este angélico doctor, la visitó, y animó á padecer, diciéndole: que se le habia de aumentar la sequedad: y juntamente le ungió el lado del corazon, y todos sus sentidos con odorífero y precioso licor con que se sintió animar en el espíritu y fortificar en la voluntad, para padecer mayores tormentos. Víspera de san Agustin, estando meditando en sus excelencias, mereció ver la grande gloria de que gozaba, y despues el santo doctor rezó con ella á coros maitines, oyendo al mismo tiempo música suavísima de los ángeles. Especialmente despues de haber vencido alguna gravísima tentacion, ó hecho algun acto muy heroico, la premiaba el Señor con algun favor singular. Habiendo vencido una gravísima tentacion de deshonestidad, se le apareció nuestra Señora, y asegurándole que nunca en tales tentaciones habia ofendido á Dios, ni sido vencida del demonio, le vistió un blanquísimo velo, prometiéndole, que nunca en adelante sentiria tentacion deshonesta ni movimiento impuro. Despues de haber vencido otra tentacion gravísima de dejar el hábito de la religion, le vistió Cristo interiormente otro hábito misterioso, con el que quedó invencible para semejantes tentaciones. Tomaba el demonio la figura de la santa, y con ella hurtaba algunas cosas de comer del monasterio para desacreditarla: pero el Señor descubria luego el engaño, é hizo, para acreditarla, algunos milagros por sus merecimientos.

Estando una monja de su monasterio paralítica, con retraccion de miembros, é hinchada de piés á cabeza; orando la santa vírgen, y haciendo sobre ella la señal de la cruz con una imágen de nuestra Señora, la dejó del todo sana. Llevándole una niña endemoniada, dijo al demonio con grande imperio: Yo te mando de parte de Dios que te vayas de este cuerpo; y al punto huyó el mal espíritu.

Volvióse vinagre una cuba de vino, que habia en el monasterio, y la santa con la oracion y la señal de la cruz convirtió el vinagre en vino muy precioso: y una monja que padecia flujo de sangre, bebiendo de él, sintió grande mejoría, y la segunda vez mayor, y á la tercera cobró perfecta salud.

Habia en el monasterio una monja que estaba llena de llagas asquerosísimas muchos años habia: encontróla santa María Magdalena en lugar apartado despues de comulgar; y movida de compasion y deseosa de mortificarse, hincada de rodillas, se puso á lamerla con su boca las llagas, dándole esperanza, que presto cobraria salud, como sucedió; porque dentro de dos ó tres dias, sin advertir en ello, se halló totalmente sana, limpia y pura de sus llagas, como si nunca las hubiera padecido. A otra monja lega y paralítica sanó con la señal de la cruz.

Despues de la noche viene el dia: despues de las tinieblas aparece la luz; y á la tristeza sucede la alegría: así sucedió á nuestra santa vírgen, que despues de pasados los cinco años de la probacion, fueron las consolaciones mayores que habian sido las tristezas y tribulaciones, y salió mas alegre el dia, que habia sido triste la noche. Cincuenta dias ántes de acabarse los cinco años, hizo aspe-

rísima penitencia, por los defectos que habia cometido en ellos, ayunando todos los dias á pan y agua, durmiendo en el suelo, sino en los domingos que dormia en el jergon, disciplinándose casi todos los dias con una disciplina de hierro, y haciendo otras particulares mortificaciones. Al fin de los cincuenta dias, parece le dijo su Esposo lo que á la Esposa en sus Cantares: *Veni de Libano, Sponsa mea, veni de Libano, veni, coronaberis de capite Amaná, de vertice Sanin et Hermon, de cubilibus Leonum, de montibus Pardorum:* Ven, esposa mia, á ser coronada de las cuevas de los Leones, y montes de los Pardos: porque la noche de la pascua del Espíritu Santo de 1590, estando con las monjas en el coro, al decir el *Te Deum laudamus*, fué arrebatada en espíritu, y sacada del lago de los Leones, como ella lo mostraba con algunos lugares de la Escritura, que decia á propósito; y luego fué visitada de todos los santos, de quienes era especialmente devota, entendiendo que Dios se los enviaba para consolarla, en premio de lo que habia padecido en los cinco años: y cada uno de los santos le alcanzó del Señor ciertos dones espirituales para su adorno. Entonces dijo ella con suma alegría: Parèceme, Señor, que quereis remunerarme, en cierto modo de hablar, las ofensas con que os tengo ofendido; porque á mí no me parece que tengo hecho otra cosa mas que pecados; y hablando con los santos, les decia: ¡O abogados mios, y qué favorables me sois! Enriqueciéronla todos con diversos dones: uno le ponia corona de piedras preciosas en la cabeza; otro le ceñia el pecho con cadena de oro; este la adornaba con vestidos ricos; aquel ponia anillos de gran precio en sus dedos; y de esta manera todos la adornaban y hermoseaban del cielo. Viéndose la vírgen cercada por todas partes de los santos, decia: No sé á dónde vuelva los ojos; porque quisiera veros á todos juntos, y nó puedo ver á uno, sin dejar de ver á otro.

Cuántos fueron los éxtasis, revelaciones y favores, que recibió del Señor en lo restante de su vida, no es cosa que se pueda decir, porque fueron innumerables. Prometióle el Señor, que en premio de los cinco años, que habia tenido vista continua intelectual de los demonios, le tendria siempre á su entendimiento; y luego se le manifestó de tres maneras, que deseó verle; como era en la infancia, en la niñez, y en el tiempo que murió. Revelóle Dios el estado de muchas personas difuntas, viendo algunas en el cielo, otras en el purgatorio, otras en el infierno. Entre las demás fué ilustrísima la revelacion que tuvo de la gloria del beato Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesus, al cual vió en el cielo entre los otros santos, y admirada, dijo: ¡O qué gran gloria es la que tiene Luis, hijo de Ignacio! No pensara tal, si Jesucristo no me la hubiera mostrado. Paréceme en cierta manera que no creia hubiese tanta gloria en el cielo, como veo que tiene Luis. Yo digo que Luis es un gran santo. Muchos santos hay, los cuales creo que no tienen tanta gloria. Yo quisiera andar por todo el mundo, y decir: Luis, hijo de Ignacio, es un gran santo; y quisiera poder significar á todos su gloria, para que Dios nuestro Señor fuese glorificado. Tiene tanta gloria, porque obró interiormente. ¿Quién podrá inferir el valor de las obras y virtudes interiores? No hay comparacion alguna de lo interno á lo externo. Luis fué mártir incógnito; porque quien te ama, Señor Dios mio, como te conoce tan grande y tan infinitamente amable, padece un género de martirio en ver que no te ama cuanto te desea amar, y que no seas amado de las criaturas, sino ántes ofendido. Tambien le fué mostrado en un éxtasis la gloria de san Ignacio de Loyola, como se dice en el libro de sus Revelaciones, y lo trae el padre Daniel Bartolí en la Vida de san Ignacio, y el padre Nicolás Lancicio en sus Opúsculos espirituales; porque vió que la divina Majestad se complacia y deleitaba tanto en el alma de san Juan Evangelista, que en cierta manera parecia no tener otros santos en el cielo; y vió tambien que de semejante modo se complacia en el alma de san Ignacio, fundador de la Compañía de Jesus: por lo cual, hablando con voz sonora, decia: El espíritu de Juan y de Ignacio es el mismo: porque todo es amar á Dios y traer á los hombres al amor de Dios: y entendió que por eso se complacia Dios tanto en estos dos santos, porque todo su fin fué la caridad y traer los hombres á Dios por el camino de la caridad.

Entre los otros favores que Dios nuestro Señor hizo á esta gloriosa santa, fué uno muy particular, que veia y conocia las cosas ocultas y distantes como si las tuviera presentes, y con espíritu profético anunciaba las cosas que habian de suceder.

Estando dos novicias en un lugar apartado del monasterio, la santa, que estaba muy distante, las oyó murmurar y fué á reprenderlas de su falta. Desde su monasterio oyó una plática que tenia con otros padres el padre Virgilio Cepari, su confesor, rector de la Compañía de Jesus de Florencia, y refirió entonces á una novicia las palabras que decia: y viniendo el rector al dia siguiente al convento, por confesor extraordinario, á confesar las religiosas, le contó la santa lo que habia dicho el dia ántes en su consulta.

Al cardenal de Médicis, arzobispo de Florencia, le profetizó que habia de ser papa; pero que habia de durar poco en aquella dignidad: y verificóse el año de 1605, en que por muerte de Clemente VIII fué electo sumo pontífice, y se llamó Leon XI, y vivió solos veinte y seis en el pontificado. Predijo que algunas doncellas habian de ser monjas de su monasterio, y en especial el año de 1597, estando en un éxtasis, dijo: que la Vírgen traia de las Indias una niña para ser monja en aquella casa: lo cual sucedió cinco años despues; porque habiendo venido á Florencia, Catalina, hija de Rodrigo Jimenez, portugués, traida de sus padres para casarla con alguna familia noble de Florencia; ella, renunciando todos los desposorios humanos, escogió por esposo á Jesucristo, y un mes despues de que llegó á Florencia, entró en el monasterio de la santa: la cual le dijo, el dia que tomó el velo, muchas cosas interiores que le habian de suceder en el discurso de su vida. Profetizó la muerte á una madre de familias, porque estorbaba que su hija se hiciese religiosa, y así sucedió en pena de su pecado. Yendo á despedirse de la santa vírgen María de Médicis, hija del duque de Toscana, para ir á desposarse con Enrique IV, rey de Francia, le pidió que encomendase á Dios tres cosas; y una de ellas era que le diese hijos varones. Encomendóle la santa otras tres: la primera, que procurase con el rey su marido que hiciese volver á su reino los padres de la Compañía, diciéndole que este era uno de los grandes servicios que podria hacer en beneficio de aquel reino; la segunda, que procurase en él la extirpacion de las herejías, y reducirlo al estado que tenia en tiempo de san Luis, y la tercera que amase á los pobres: añadiendo que si esto hacia, te-

nia por cierto alcanzaria de Dios nuestro Señor todocuanto deseaba, y particularmente hijos varones, exhortándola á criarlos cristiana y católicamente. Y aunque entonces no dijo á la reina claramente que tendria hijos varones (quizá para obligarla con la duda á cumplir lo que pedia), despues lo dijo á las monjas claramente. A muchas personas profetizó la muerte, y dijo otras profecías que fuera largo contar. Conocia los mas ocultos pensamientos de las personas con quienes trataba; tanto que algunas monjas no se atrevian á ponerse á su presencia sin examinar primero su conciencia, y limpiarla de cualquier pensamiento ménos ajustado.

Los dones mas preciosos que Dios puso en el alma de esta su sierva y esposa, fueron las virtudes de que la adornó. El fuego de amor de Dios, que ardia en el pecho de esta santa vírgen, era tan grande, que no cabiendo dentro de él, se desahogaba en llamas por la boca (que tales eran sus palabras): y como quien se abrasaba, sin hallar remedio, andaba por el monasterio dando voces sin poder parar, y con una locura concertada, y una elocuencia enseñada solamente del amor (porque nadie sino el amor la sabe), decia: ¡Amor! ¡amor! ¡amor! ¡O Señor mio, no mas amor! ¡no mas amor! Es mucho amor, Jesus, el que tú muestras á las criaturas: no es muy grande respecto de tu grandeza; pero lo es para una criatura tan vil y baja. Redundaba este fuego al cuerpo de la santa, de tal modo, que no podia sufrir el hábito de lana, y era menester alijerarse: bebia agua frigidísima, y se lavaba en ella los brazos, el pecho y la cara para templar el ardor, diciendo que se sentia arder y consumir: y vuelta al cielo, clamaba: No puedo mas sufrir tan grande llama. Si encontraba alguna de las monjas, apretábala fuertemente las manos y decia: O alma ¿amas al amor? ¿Y cómo puedes vivir? ¿No te sientes consumir y morir de amor? Otras veces se iba á tocar las campanas á la torre, y decia á voces: Venid, almas, á amar al amor, de quien sois tan amadas. Finalmente, en los excesos ó crecimientos de su amor, que frecuentemente padecia, decia y hacia tales cosas, que mostraba estar loca y furiosa, con aquella locura que dice san Crisóstomo es mejor que todas las sobriedades. Llegó á ser tan excesivo y puro su amor, que deseando parecerse totalmente á su Esposo, hizo con él un pacto de no querer mas gustos ni regalos espirituales, sino solamente llevar su cruz sin interés, y pidió al Señor que viniese en ello: y como despues de una ocasion quisiese el Señor regalarla, le dijo con una amorosa queja: Ah, Señor, ¿cómo os olvidais del concierto que conmigo habeis hecho? Y solia decir muchas veces á las hermanas una sentencia nueva y digna de admiracion: No deseo morir, hermanas mias, tan presto; porque en el cielo no hay padecer. Y con padecer continuamente achaques, enfermedades y dolores intensísimos, nunca estaba contenta, y siempre deseaba padecer mas y mas.

Ninguna cosa le daba tanta pena, como saber que Dios nuestro Señor era ofendido: y mostrándole una vez el Señor todas las faltas y defectos que habia cometido en su vida, lloró amarguísimamente, y dijo: O Dios mio, de buena gana me fuéra al infierno, si con eso pudiera hacer que no os hubiera ofendido. Parecíale que era imposible que quien conoce á Dios nuestro Señor, le ofendiese deliberadamente; y así, quince dias ántes de su muerte, dijo á las otras monjas: Hermanas, pártome de este mundo con esta ignorancia é inhabilidad; y es que no sé, ni puedo entender, de qué manera pueda alguno cometer deliberadamente una culpa mortal contra su Criador.

¿Qué diré del amor que tenia á sus prójimos por amor de Dios? Mostróle su Majestad la hermosura de una alma que estaba en gracia, y quedó tan enamorada de ella que decia: ¡O quién me diera que yo fuése á las Indias, y á los turcos y bárbaros, para enseñarles los misterios de la fé, aunque por ello hubiera de padecer muchos tormentos! Leyéndose en el refectorio de su convento la vida de san Francisco Javier, y las cartas de los padres de la Compañía de Jesus, que estaban en el Japon, en que contaban la conversion de aquella gente, parecia deshacerse en ansias de ir á aquellas tierras para cooperar á la conversion de las almas, y padecer martirio: y en cierta manera tenia envidia á los pájaros, porque podian volar adonde quisiesen. Mostróla Dios algunas almas que estaban en pecado mortal, especialmente de sacerdotes, y decia que de buena gana se desnudara de todos los dones de Dios, como le dejase la gracia y caridad, por darlos á sus prójimos.

Con mayor ansia pedia el remedio de los sacerdotes; porque su mal ejemplo redunda en daño de todo el pueblo. Ya que no podia con sus palabras convertir á los infieles y pecadores, ofrecia por ellos continuamente penitencias, oraciones y lágrimas. Compadecíase mucho de las necesidades corporales de sus prójimos, y remediábalas en cuanto podia. Servia con grande gusto á las enfermas, y decia muchas veces á las enfermeras para que sin embarazo la ocupasen en servicio de las enfermas: Hermanas, yo no estoy ahora para tener oracion. Encargábase de mejor gana de las legas y de las que padecian mas asquerosas enfermedades. A una lega que tenia una llaga incurable, llena de gusanos, la curaba con sus manos y besaba la llaga muchas veces. Cuando estaban en peligro las enfermas, las velaba muchas noches, y con una se quedó diez noches continuas. Ofrecíase á padecer en esta vida lo que habian de padecer en el purgatorio las que morian; y Dios aceptó no pocas veces su oferta, afligiéndola con mano mas pesada por algunos dias. Queria ayudar á todas las monjas en sus oficios y trabajos, y cuando alguna lo rehusaba, le decia: No me quiteis, hermana mia, el mérito de esta obra: dejadme que haga esto por vos; que despues vos haréis por mí otra cosa; porque es mejor que nos ocupemos en hacer las cosas una por otra, que nó en hacerlas cada una por sí; porque en esto entra el amor propio, y en aquello la caridad. Tambien solia decir: Mas estimo poder ayudar y favorecer á mis prójimos, que todos los ejercicios mentales que puedo tener; porque en estos soy yo ayudada de Dios; y socorriendo á los prójimos, ayudo yo en ellos á Dios. Finalmente la santa vírgen era llamada de las monjas la madre de la caridad y la caridad del monasterio; porque en todas las monjas, y con sus prójimos en cuanto podia, ejercitaba todas las obras de misericordia espirituales y corporales. Hacia muchas veces los ejercicios de san Ignacio de Loyola, y procuraba que otras monjas los hiciesen, para que gozasen del gran provecho que su alma experimentaba con ellos.

En la guarda de los votos era exactísima. En la castidad parecia ángel y nó mujer: conservó su pureza virginal, como rosa entre espinas, con penitencias y asperezas, y con el recato y retiro de todas las ocasiones. Algunas ve-

ces la vieron besar las paredes del monasterio, y preguntada por qué, respondió: ¿No os parece, hermanas mias, que tengo razon de besar estos santos muros que me apartan del miserable mundo, y me aseguran el precioso tesoro de la virginidad? Huia de bajar á las rejas del monasterio y tratar con seglares, aunque fuesen deudos; porque decia que las pláticas de los seglares marchitan la azucena de la castidad. Aborrecia de tal manera al locutorio, que solia decir: De buena gana trocara yo las horas que me es forzoso hablar en el locutorio, con otras tantas de purgatorio, si Dios nuestro Señor lo quisiera así: porque de este lugar no sacan las esposas de Cristo provecho alguno sino distracciones y tentaciones. No tenia mas voluntad que la de sus superioras y confesor, y decia: que estimaba mas cualquiera mínimo ejercicio hecho por obediencia, que la mas alta contemplacion tenida por propia voluntad. Aun las cosas que la mandaba Dios, no las ejecutaba sin licencia de sus superiores; y hacia lo contrario, si se lo ordenaban: por entender que en lo primero puede haber engaño, de si es Dios quien lo manda, y en lo segundo hay certeza que manda Dios lo que manda el superior: y mostraba Dios, cuánto gustaba de este modo de obediencia, haciéndole nuevos favores, y dando señales á los superiores de su voluntad. Consideraba en los superiores á Cristo, y con esto le parecia fácil todo cuanto le mandaban. Sentia tanto gusto en obedecer, que tenia por perdido el dia que no se sujetaba á alguna monja, aunque fuese muy inferior: y dijo en una ocasion que era este un medio eficacísimo para quitar la vida al cuerpo, y dar la vida al espíritu. En la probeza fué extremada: sentia que las superioras le diesen las cosas necesarias, y se quejaba con gran dolor, diciendo: hermanas, yo me moriré sin haber guardado la santa probeza, como yo deseo. Recibia singular alegría, cuando le faltaba algo de lo necesario, y solia decir muchas veces á las otras monjas: ¿Con qué pagáramos nosotras al Señor si nos hiciera tal beneficio que queriendo comer, no tuviéramos qué comer mas que un poco de pan? ¿Queriendo reposar, no tuviéramos cama; siéndonos necesario mudar los hábitos nos faltaran? Yo os digo de mí que no pudiera pagar este beneficio, ménos que con la sangre. Penetremos bien el valor de esta noble virtud, hermanas: pues á quien la posee, es dado en premio el mismo Dios. Otras veces, hablando con Cristo crucificado, decia: Señor, ¿para qué moveis mi corazon á tanta probeza, si por otra parte no me dejais mendigar de puerta en puerta un pedazo de pan, para sustentar la vida? Mi gusto en esta vida, Jesus de mi alma, fuera padecer en una cruz la probeza y desnudez que vos padecisteis. ¡O cuán dichosa y bienaventurada fuera yo, si todo aquello, de que mi cuerpo tiene necesidad, le faltara, y en lugar de alivios, padeciera trabajo, y afrentas por vuestro amor! En una ocasion anduvo por el refectorio con una cestilla pidiendo de limosna un bocado de pan á las religiosas, y despues se lo comió en el suelo con grande alegría. Procuraba llevar el hábito mas viejo y vil de toda la casa: y habiendo pedido una vez un pedazo de paño para remendarle; porque despues la pareció que aun podia pasar su hábito sin aquel remiendo, lloró esta culpa, como si fuera un pecado gravísimo. Era menester buscar trazas y ardides para hacerla que mudase el hábito, cuando ya no la podia servir. Apareciósele en 18 de diciembre de 1591 la Reina de los ángeles, acompañada de san Ángel, carmelita, y san Ignacio de Loyola; y san Ángel la hizo una plática de la probeza, y san Ignacio otra de la humildad, con los conceptos y sentimientos de estas virtudes, que se pueden entender de tan excelentes predicadores: y mostraba bien, en el ejercicio de estas virtudes, que no las habia aprendido de hombres mortales, sino de los santos bienaventurados.

Era cosa admirable ver en esta santa vírgen tanta pureza de conciencia junta con tanta humildad. Vivia como si fuera un ángel, excusando hasta los mas leves defectos, y tenia de sí tan bajo concepto como si fuera una grande pecadora. Teníase por inútil para todo, é indigna de estar en la casa de Dios, y de conversar con las esposas de Cristo. Tenia gran estima de todas las monjas: besaba la tierra que ellas pisaban; y rogábalas de rodillas que la diesen á conocer sus faltas, diciendo que por sus oraciones la habia dado Dios espacio de penitencia. Siendo maestra de novicias, se sujetaba á alguna de sus súbditas y la mandaba que la castigase sus faltas con penitencias y disciplinas. Acabando de dar el hábito á una novicia que venia del siglo, la contó sus tentaciones con tantas lágrimas, como si hubiera cometido otros tantos pecados, y añadió: Esto os digo, hija, para que sepais quién soy yo, y qué maestra teneis; porque soy tal, que á no tenerme Dios en la religion, estuviera presa en un calabozo, y acabara en poder de la justicia: por eso rogad á Dios que me salve. Por otra parte ocultaba cuanto podia sus virtudes, y nunca tuvo mas dificultosa obediencia, que cuando la mandaron sus superiores que descubriese y manifestase las revelaciones y favores que recibia del Señor. Cuando la pedian que rogase por algun pecador, decia: Si Dios nuestro Señor alzara de mí su mano, no hubiera pecado tan grave y enorme que no cometiera yo. Cuando oia decir graves pecados de algunos, examinaba sus culpas, y siempre las suyas le parecian mayores, en consideracion de los continuos beneficios que de Dios recibia. Preguntada de una religiosa si tenia alguna complacencia de los favores que Dios le hacia, respondió: ¿No sabeis, hermana, que nadie puede gloriarse de lo que no es suyo? ¿Pues qué tengo yo de qué gloriarme ó complacerme si todo lo bueno es de Dios? Acompañaba esta humildad interior con actos exteriores de humildad, besando los piés á las hermanas, ó postrándose para que todas pasasen por encima de ella, ó hincándose de rodillas para que le dijesen sus faltas ó diesen alguna disciplina. Una vez se hizo atar las manos atrás y cubrir los ojos, y que la atasen á las rejas del coro, para que las hermanas la despreciasen é hiciesen burla de ella: otra se hizo atar á una columna, y luego se arrobó con la consideracion de los azotes del Señor.

El año de 1595 la hicieron maestra de novicias, y acabado el trienio, la reeligieron otra vez para que plantase en aquellas nuevas plantas su espíritu; porque su vida era regla viva que daba alma á sus reglas y constituciones; y así se llamaba *Regla de bien vivir*. Era singular su zelo en la observancia, y decia que ántes sufriria cualquier tormento, que ver quebrantar un solo estatuto y ordinacion de su monasterio. Hacia el mayor fundamento en la abnegacion de la propia voluntad, y contradecia á sus hijas todos sus gustos, diciéndolas que no pensasen tener amor á Dios hasta que negasen por él su propia

voluntad. Cuando veia que alguna novicia tenia afecto á alguna cosa, aunque fuese de devocion, como rosario ó algun libro espiritual, luego se le quitaba. Algunas veces hacia que trocasen entre sí los hábitos para que no tuviesen afecto á ninguna cosa, ni la mirasen como á propia. Encomendábales mucho la humildad y caridad, y decia: que todos los defectos sufriria, pero nó el oir hablar mal del prójimo. Muchas veces las preguntaba repentinamente: ¿Dónde está ahora vuestro corazon? ¿Qué pensais? Y segun la repuesta, les daba el consejo. Otras veces les decia: que si en breve tiempo deseaban llegar á gran perfeccion, tomasen por su maestro á Cristo, y aplicasen bien los oidos interiores á sus palabras, porque siempre nos habla al corazon, y en particular despues de recibido el santísimo Sacramento; y así les preguntaba algunas veces: Hijas, ¿que os habló hoy Cristo al corazon? Decídmelo; porque os afirmo que desde mis tiernos años me fué esta leccion de gran provecho. Encargábales mucho la frecuencia de la comunion, con tal que no comulgasen solo por costumbre, sino con actual devocion; y que en la confesion declarasen bien sus culpas al confesor, no usando cavilaciones, mirando que se van á lavar con la sangre de Jesucristo en aquel sacramento. Cada dia señalaba á sus discípulas tres tiempos para examinar la conciencia, y cada mes un exámen general en que viesen lo que habian aprovechado en aquel mes. Con avisos y penitencias proporcionadas corregia sus imperfecciones y defectos. A una novicia de veinte y ocho años, quien sentia algo la poca estimacion, mandó por humillarla que leyese públicamente el abecé, aunque ella sabia leer. A otra, que no sabia, ni acertaba á orar, la envió á la huerta á que aprendiese de un árbol, lo que Dios le enseñase en aquella criatura; y con esta humildad y negacion de su juicio, salió la novicia muy mejorada, y tan enseñada y aficionada á la oracion, que gastaba despues en ella mucha parte de la noche. Dábales muy saludal les consejos, parte que ella habia aprendido por experiencia, parte que el mismo Cristo le habia dictado, para que se aprovechase á sí y á otras personas; y nada aconsejaba que no ejecutase primero, y de esta manera sacó muchas discípulas muy espirituales, y enfervorizó en gran manera su monasterio, y por su medio se reformaron las constituciones de él. Y no solo de su monasterio, mas de todas las religiones tenia tal zelo y sentimiento de ver algunas relajadas que afirmaba, anduviera de buena gana corriendo por el mundo, aunque la tuvieran por loca si pudiera ayudar de esta manera á su reformacion.

Dia de san Juan Butista, á 24 de junio de 1604, tuvo un rapto admirable, y entendió que habia de ser el último de su vida; porque Dios queria enviarle una penosísima enfermedad que le durase hasta la muerte, con gran desolacion de espíritu, para que bebiese puro y sin consuelo el cáliz de su pasion. Dispúsose á todo la santa vírgen, y en el octubre siguiente le envió el Señor, nó una sola, sino muchas enfermedades juntas que la obligaron á estar treinta meses en una cama, y dijera mejor en una cruz hasta que murió. No es fácil decir cuántos dolores padeció en el cuerpo todo este tiempo, y cuántas aflicciones en el alma. Tenia calentura continua, catarro y tos muy penosa: echaba sangre por la boca: no se le quitaba el dolor de cabeza: afligíale un agudísimo dolor de dientes, de manera que no podia cerrar laboca sin gravísimo tormento y lágrimas: pudriéronsele las encías y se le cayeron los dientes, y los que quedaban, fué menester sacarlos, porque era insufrible el dolor que le causaban. En todos los miembros de su cuerpo padecia tantos dolores, como si le estuvieran martirizando con atrocísimas penas. Espantábanse los médicos cómo podia vivir la que padecia tanto, no considerando que Dios conservaba la vida muriendo, para que muriese cada dia y cada hora, con una vida mas penosa que la misma muerte. Mucho mas era lo que padecia interiormente que lo que exteriormente sentia, y era mas cruelmente atormentada su alma que su cuerpo; porque el Señor le privó de todo consuelo y gozo espiritual, y le dió una sequedad tan grande, que el cielo, que ántes destilaba dulzuras y suavidades, ahora era de bronce para ella, y parecia que le arrojaba rayos. Cristo, que ántes se le mostraba padre y esposo amante, ahora se le representaba juez severo y riguroso. Pareciale que sus oraciones hallaban cerradas las puertas del cielo, y que no llegaban á los oidos de Dios: estaba olvidada de todas sus buenas obras, y solo se acordaba de sus culpas, que aunque eran lijeras, le ponian tanto temor como si fueran muy graves; y así rogaba á las religiosas que la encomendasen á Dios para que usase con ella de misericordia: y solia proguntar á su confesor: Padre, ¿parécoos que me tengo de salvar? Y como el confesor le dijese: por qué lo preguntaba; respondió: Porque es cosa terrible que una criatura como yo, que no ha hecho cosa buena en toda su vida, haya de parecer ante el tribunal de Dios. Finalmente estaba como desamparada de Dios, al modo que Cristo en la cruz, cuando se quejó á su Padre, y así lo decian las personas que la trataban. Pero era cosa admirable ver cuán conforme estaba entre tantas penas, y cómo le decia con ánimo invencible: Señor, si quereis que esté penando en esta cama hasta el dia del juicio; hágase vuestra santísima voluntad. Y á una hermana que se compadecia de sus trabajos, le dijo: que este habia sido su deseo desde su mocedad, padecer por Dios, y que esto le pedia continuamente, en particular cuando comulgaba; y así lo tenia por singular favor y regalo de Dios. Recibia todos los dias la sagrada comunion, y con ella se fortalecia para padecer. No queria privarse del mérito de oir el oficio divino; y así le rezaban dos hermanas en su celda todos los dias, y ella le oia con grande atencion, y repetia devotísimamente algunos versos. Habiendo llegado con su enfermedad á los 13 de mayo de 1607, despues de haberla comulgado su confesor, viéndola notablemente agravada de su enfermedad, le pareció darle la extremauncion, y ella la recibió con mucha devocion, aunque sabia que no estaba tan próxima su muerte, como se vió despues; porque habiendo determinado su confesor ir al dia siguiente á visitar los ermitaños del monte Senario, que son de la órden de los servitas, y no atreviéndose ahora por verla en tanto peligro; le aseguró la santa una y otra vez que podia ir y estarse allí por tres dias, que deseaba; porque la hallaria viva; y así sucedió: por donde se ve haberla Dios revelado el dia de su muerte. Despues que fué olcada, cargaron sobre su cuerpo dolorido mayores dolores, y ella no admitia ningun género de alivio, diciendo: Jesus en la cruz no tuvo consuelo alguno. Duró hasta los 25 de mayo, dando en estos dias buenos consejos á las religiosas, diciéndolas: que no amasen otra cosa mas que á Jesucristo: y que en él pusiesen toda su esperanza, y de-

seasen padecer por su amor. A los 25 de mayo, recibió el Viático, para partir de esta vida, y estuvo hasta las diez del dia acompañada de las hermanas que esperaban por momentos su muerte. A esta hora se fué el confesor á decir misa para comulgar á las monjas, y estando ya revestido, le dijeron que la santa vírgen estaba ya en la agonía de la muerte. No sabia qué hacer, si salir á celebrar, ó asistir á su tránsito: al fin, inspirado de Dios, le dijo á la sacristana que fuése á la madre priora, y le dijese de su parte, que mandase á María Magdalena, que pues habia sido obediente en vida, lo fuese tambien en la muerte, y no muriese, hasta que él acabase la misa, y hubiese comulgado á las religiosas. Mandóselo la priora: y habiendo mas de tres horas que estaba sin hablar, y ya para espirar, volvió en sí, como si despertara de un sueño, y dijo: *Benedictus Deus*, y pidiendo algo para tomar fuerzas, dijo: Gracias al Señor que hasta el último punto de mi vida me ha dejado desconsolada, y sin gusto, hágase su voluntad. De nuevo le ofrezco todo el esfuerzo espiritual, que pudiera tener, con tal que me haga merced de la salvacion. Acabando el sacerdote de decir misa, vino á visitarla, y despues entregó el bienaventurado espíritu á su celestial Esposo, en 25 de mayo de 1607, en la fiesta de san Cenobio, obispo de la ciudad de Florencia, siendo de edad de cuarenta y un años, dos meses y veinte y cuatro dias. Su rostro quedó hermosísimo, atestiguando la gloria de su santa alma, y en tal compostura, que á todos provocaba á devocion.

Al dia siguiente se puso el cuerpo en la iglesia, donde concurrió mucha gente para venerarle. Desde luego empezó Dios á obrar por ella muchos milagros, y el primero fué, que llegando á mirar á la santa vírgen un mancebo deshonesto, volvió el rostro á otro lado, como si estuviera viva, no dejándose ver la que habia sido tan pura, de aquellos ojos lascivos: y el mancebo, espantado y arrepentido propúso la enmienda de su vida para en adelante. Enterraron el cuerpo en un lugar muy húmedo, sin embalsamarle ni abrirle, ni hacer otra diligencia para su conservacion: y sacándole de allí despues de un año, para ponerle en otro lugar mas decente, por crecer cada dia los milagros que Dios obraba por la santa vírgen y la devocion del pueblo, le hallaron incorrupto, tratable y oloroso. Empezó luego á manar del sagrado cuerpo un licor á manera de aceite, de suavísimo olor, que recogian en paños por preciosa reliquia, y duró el manar este licor doce años, desde el 1608, hasta el 1620: pero el cuerpo persevera hasta hoy incorrupto y entero, conservando un suavísimo olor, desemejante á todos los olores de la tierra.

Beatificó á esta sierva de Dios el papa Urbano VII, por la bula despachada á 8 de mayo de 1626, diez y nueve años despues de su muerte: y canonizóla, en 28 de abril de 1669, el papa Clemente IX, y púsola en el Breviario romano nuestro santísimo padre y papa Clemente X, mandando rezar de ella con oficio de *semiduplex*.

Escribió la vida de esta santa vírgen Vicente Pucino, que fué confesor suyo y de su monasterio: despues brevemente Fr. Luis de la Presentacion; y mas difusamente con notas y explicaciones muy doctas acerca de sus revelaciones y éxtasis el muy R. P. M. Fr. Juan Bautista de Lezana, consultor de la sagrada congregacion del Índice, y catedrático de la Sapiencia romana. Y otros hacen honorífica mencion de esta prodigiosa y extática vírgen.

SAN GREGORIO, PAPA VII.—Fué uno de los mas grandes pontífices que han ocupado la sede de san Pedro, y uno de los hombres mas eminentes que han producido los siglos. Antes de su elevacion al pontificado, llamábase Hildebrando, habia nacido en Soano de Toscana, y era hijo de un carpintero. Pasó en Roma los primeros años de su vida, en donde tuvo por maestro á Lorenzo, arzobispo de Melfi, en el reino de Nápoles, y trabó estrechísima amistad con los papas Benedicto IX y Gregorio VI. Acompañó á este último en su destierro á Alemania, y despues de su muerte se retiró á la abadía de Cluni, donde fué abad y ejemplar de gran virtud para aquellos religiosos. Cuando Bruno, obispo de Toul, designado papa por el emperador Enrique, pasó por Cluni, se llevó consigo á Roma á Hildebrando, cuyo crédito y conocimientos debian servirle de grandísima utilidad. Efectivamente el santo monge se hizo en poco tiempo dueño de todas las voluntades por el ascendiente que le proporcionaban sus virtudes y su sabiduría. Nada se hizo por aquel tiempo en Roma sin el consejo y el asentimiento de Hildebrando; él dominaba con su vasta capacidad la córte y las facciones, y todos tributaban respeto y homenaje á su elevado mérito. Durante las agitaciones de aquellos tiempos apareció siempre Hildebrando como el mediador y el árbitro en los mas graves negocios. La fama de su esclarecido genio y de las prendas cristianas con que iba acompañado, se extendió por toda Europa, y cuando murió Alejandro II, fué nuevamente aclamado papa y consagrado en Roma por el mes de junio del año 1073, con el nombre de Gregorio VII.

El nuevo papa, animado de un zelo intrépido, formó desde luego vastísimos proyectos sobre la reforma de la Iglesia, principalmente para la abolicion de la simonía apoyada entonces por la misma autoridad imperial. Dió decretos y fulminó anatemas hasta contra el mismo emperador Enrique IV, que le declaró la guerra, y en la cual hubiera indudablemente sucumbido Gregorio, si no hubiese estado apoyado en el favor del cielo, y si su carácter no le hubiese proporcionado abundancia de recursos. Mientras estaba sitiado dentro de Roma por las tropas de Enrique, celebró un sínodo en que le excomulgó; y cuando aquél entró en la ciudad é iba Gregorio á caer en sus manos, retiróse al castillo Sant-Angelo, y allí esperó la ayuda de Roberto Guiscardo, príncipe de la Pulla, que le libertó. La tempestad no se aquietó por esto: el emperador hizo elegir otro papa con el nombre de Clemente III, y por esta causa hubo en la Iglesia un cisma que principió en el año 1080. Gregorio, sostenido por su alma y por la gracia del Señor, conjuró todas esas calamidades, por medio de los reglamentos é instrucciones continuas que daba incesantemente á los fieles y á los príncipes de la cristiandad.

Sin embargo, viéndose amenazado en Roma por las asechanzas que le preparaban sus enemigos, marchó al Monte Casino, y de aquí pasó á Salerno, en cuya ciudad acabó sus dias, el 4 de mayo del año 1085, despues de un pontificado de los mas gloriosos, y tal vez el mas fecundo en resultados de cuantos ha habido. En los últimos dias de su vida sufrió horribles amarguras, por las noticias que le llegaban de los disturbios, con que era la Iglesia atribulada; y en medio de sus pesares su único consuelo era recordar á sus familiares la pureza de sus miras, la legitimidad de su zelo, y su ardiente deseo por la extirpacion de los abusos. Su muerte fué una calamidad inmensa para el

catolicismo, y lo fué mas aun para la civilizacion del mundo, cuyos destinos habia incomparablemente mejorado el zeloso é ilustrado genio de Gregorio. Su principal mira habia sido hacer de todo el universo una sola familia unida por los vínculos de la religion, y á este efecto empezó por reprimir la simonía, la violencia y los excesos de toda clase, tan frecuentes en aquellos tiempos. Su conducta, que parece dura, con algunos príncipes de Europa, fué un beneficio incalculable para los pueblos que gemian bajo la dominacion de reyes tiranos. El que conozca la historia de aquellos siglos, verá con cuánta justicia y conocimiento obraba el santo pontífice, queriendo que los soberanos que se arrogaban sobre sus súbditos un poder sin límites, debiesen reconocer en la tierra un poder superior á ellos, que les contuviese en sus demasías. El cielo, que mira siempre con interés la causa de los pueblos, suscitó por aquel tiempo al grande pontífice Gregorio VII, para dar nueva direccion á los destinos humanos en la tierra, para mantener á la Iglesia en una conveniente independencia de los poderes temporales, y para señalar su pontificado como el punto de partida de la civilizacion humana y benéfica, que ha sucedido á la de aquella época de barbarie y embrutecimiento.

San Pasicrates, san Valencion y otros dos compañeros, mártires.—Eran de Misia, soldados de una legion romana acantonada en Dorostoro, en cuya ciudad murieron abrasados por las llamas por negarse á renunciar al culto de Jesucristo. Su muerte acaeció el año 302.

San Dionisio, obispo y confesor.—Floreció en el siglo IV, y siendo obispo de Milan, fué desterrado á Capadocia por órden del emperador Constancio, que seguia la herejía de Arrio. Su constancia en defender la fé católica, le prolongó el destierro, pues murió en él por los años de 340, y le acarreó muchas persecuciones, por las cuales mereció el título de mártir. Su sagrado cuerpo, dice el Martirologio romano, lo envió el obispo Aurelio á Milan, cuando era su obispo san Ambrosio, á cuya traslacion cooperó, segun algunos, san Basilio el Magno.

San Bonifacio, papa IV.—Nació en Valeria, ciudad de la provincia de Alarsi en el Abrucio ulterior, y fué hijo de un médico. Desde sus primeros años se dedicó á la carrera eclesiástica: fué de talento no comun, de vasta erudicion, y sobre todo de virtud eminente. Habiendo pasado por todos los grados de la clerecía, y desempeñado varios destinos en la Iglesia, fué electo y consagrado papa, el dia 18 de setiembre del año 607. Dedicóse en particular asiduidad al fomento de los intereses de la religion, y obtuvo del emperador Focas el Panteon, templo célebre en los escritos de los antiguos, que Agripa habia edificado en honor de Júpiter vengador, y de las demás divinidades del paganismo, el año 729 de Roma, y el 25 ántes de Jesucristo. Mudóle Bonifacio en una iglesia dedicada á la Madre de Dios y á los mártires, y hoy se llama Santa María de la *Rotunda*. Ocupó Bonifacio la silla de san Pedro seis años y algunos meses, y murió en Roma el dia 8 de mayo del año 614.

San Aldelmo, obispo.—Nació en Bretaña de familia sajona, pariente del rey Ina, y tuvo por maestro de su educacion á san Adrian de Cantorbery. Siendo todavía muy jóven, tomó el hábito en el monasterio de Malmesbury, y fué su abad dentro de poco. Tan brillantes eran sus virtudes que habiendo hecho el santo un viaje á Roma, en tiempo del papa Sergio, este quiso conocerle personalmente, y le colmó de favores. Vuelto á su soledad, cultivó con mucho esmero la poesía latina, inglesa y sajona, en la que compuso una obra en elogio de la virginidad. El año 750 fué elegido y consagrado obispo de Sherburn, portándose en este cargo como un perfecto sucesor de los apóstoles. Por los años 709, estando visitando su diócesis, y hallándose en Dullinge, cayó enfermo, y murió, resplandeciente en santidad y milagros.

DIA 26.

San Felipe Neri, fundador.—El glorioso san Felipe Neri nació en Florencia, ciudad insigne de Italia, año de 1515: su padre se llamó Francisco Neri, persona de grandes prendas; y su madre Lucrecia Soldi, una de las nobles familias de Toscana. Fueron temerosos de Dios, y así criaron á su hijo cristiana y santamente; el cual mostró desde luego grande inclinacion á la virtud, siendo muy quieto, amable y devoto: por lo cual le llamaban comunmente «Felipe el Bueno.» Estudió las primeras letras con gran aprovechamiento, aunque se adelantó mas en el estudio de la perfeccion cristiana, el cual siempre antepuso á todas las demás cosas. Desde sus primeros años despreció el mundo de tal manera, que habiéndose quemado gran parte de la hacienda de su padre, no hizo sentimiento por ello; y dándole una vez un papel en que estaban empadronados todos los antepasados de su casa hasta él, ántes de leerle, le rasgó. Enviéle su padre al reino de Nápoles con un tio suyo rico, para que le heredase, y ocupase en trato y negociacion temporal: pero él, tocado de Dios, escogió mas emplearse en la eterna, deseoso solo de heredar el cielo, y granjear riquezas espirituales; y así dejando todos las esperanzas del mundo, se fué á Roma, donde empezó á hacer una vida muy penitente, comiendo solo pan y agua, una vez al dia, y cuando mucho, añadia algunas veces unas pocas de yerbas, ó aceitunas; mas otras veces pasaba sin desayunarse ni comer bocado por espacio de tres dias. Disciplinábase cada dia, dormia muy poco, oraba mucho, guardando en su vestido y todas las demás cosas gran pobreza, sin querer recibir nada de sus parientes, ni otra renta alguna, ni pension, ni beneficio: de suerte, que vivia en la córte del mundo, como si estuviera solo en el yermo, cuanto al rigor de vida; porque de esta manera se queria Dios servir de él, como se lo significó en una vision que tuvo. Vió, estando en oracion, dos santas vestidas de gran gloria, la una de ellas tenia en las manos un pedazo de pan duro, que estaba comiendo sin mas vianda: luego oyó una voz que le dijo: «Felipe, la voluntad de Dios es que vivas en esta ciudad de Roma, como si estuvieras en el desierto:» con las cuales palabras quiso enseñarle el Señor, como habia de vivir en Roma con gran abstinencia y castidad, y así se guardó vírgen toda su vida, aunque el demonio procuró con fuertes tentaciones y ocasiones, que le armó, contrastar su virginal pureza. Unos mancebos atrevidos le encerraron una vez con dos mujercillas livianas, para que provocasen al casto mancebo; mas él cuando se vió en tan gran peligro, no hizo sino hincarse de rodillas, orando con tal reverencia, que se encogieron aquellas mujeres perdidas, de modo, que ni aun mirarle á la cara se atrevieron. Otras veces le acometieron varias

personas, para marchitarle la hermosa azucena de su virginidad; mas el siervo de Dios las redujo á conocimiento de su culpa, y grandes lágrimas, por el pecado que querian cometer.

Estudió en Roma filosofía y teología, muy aficionado siempre á santo Tomás: salió aventajado estudiante, no dejándose por eso de emplear en obras de caridad, que fué tanta, que despues de las lecciones se solía ir á los portales de San Pedro y de San Juan de Letran, á enseñar á los pobres la doctrina: y cada vez que ponia los ojos en un Crucifijo, no podia detener las lágrimas y suspiros, que echaba del pecho abrasado de amor de Dios. En este libro de la vida determinó estudiar lo que le quedaba de la suya. Despues que acabó el curso de teología escolástica, dióse totalmente á la mística; y así vendiendo todos sus libros, se entregó á la oracion y trato con Dios; visitaba las principales iglesias de Roma, quedándose en alguna de ellas orando toda la noche. Procuró el demonio estorbarle tan santa ocupacion, apareciéndosele en formas horribles ó deshonestas, de mujeres desnudas; pero el santo perseveró siempre en su santo propósito, venciendo al enemigo comun y quebrantándole siempre la cabeza.

Entre ejercicios tan santos, le comunicaba el Señor tan grandes consuelos, que no los podia llevar la naturaleza flaca; y así le decia á Dios amorosamente: Basta ya, Señor, basta; detened el corriente raudal de vuestra suavidad: Señor, no puedo mas: apartaos de mí: que siendo yo mortal, no puedo llevar esta avenida de vuestros celestiales deleites. Y tal vez estuvo en peligro de muerte. Un dia poco ántes de la fiesta de Pentecostés, estando haciendo oracion al Espíritu Santo, vino sobre él un fuego de amor tan grande, que le derribó en el suelo con una gran palpitacion del corazon, que le duró toda su vida, quebrándosele dos costillas de encima del pecho, y sobresaliéndole un grande tumor como un puño; porque no le cabia el corazon en el cuerpo. Crecia esta palpitacion mas ó ménos, estando en oracion, y á veces le hacia temblar á él, y á la silla ó cama, en que estaba, y aun al aposento, como si sucediera algun terremoto. Sentia tambien en aquella parte un calor tan excesivo, que por más frio que hiciese, y siendo él ya muy viejo, era fuerza desabrigarse el pecho, y á veces siendo invierno, abrir las puertas y ventanas del aposento, para templar aquel fuego, que se le solia esparcir por todo el cuerpo, de manera que á todos los que le tocaban las manos, los abrasaba; y una vez al exhalarse el incendio de su pecho por la boca, le abrasó la garganta, de modo, que estuvo de ello muchos dias enfermo. Fué tan notable y admirado en Italia esto, que pasaba en san Felipe, que muchos médicos doctísimos escribieron muy eruditos tratados sobre este punto, y teniendo por milagrosa la palpitacion del corazon, concuerdan en decir, que causó Dios en este siervo suyo aquella rotura de las costillas, para que el corazon al dar aquellos saltos, no recibiese daño, y las partes vecinas pudieran dilatarse y ensancharse mejor, y tomar tanto aire, que bastase á refrescar el corazon.

Despues de haber gastado san Felipe Neri algun tiempo en vida solitaria, y hecho para sí gran provision de virtud y santidad, se determinó á negociar con el talento espiritual que Dios le comunicó, la salud de sus prójimos. Salia por las plazas y calles, y entrábase por las casas de los mercaderes, para tomar ocasion de hablar de Dios, trabando santas conversaciones con gente muy perdida, por ganarla para Cristo, como lo hizo con muchos, obrando nuestro Señor por su siervo notables conversiones de grandes pecadores, y él las recababa del cielo con sus fervorosas oraciones. Juntaba con la caridad espiritual la corporal, dando de su pobreza, y de lo que le daban, muchas limosnas.

Un dia se le apareció un ángel en figura de pobre muy necesitado, y le pidió limosna. El santo le dió luego un poco de dinero que tenia. Entonces se le descubrió el ángel diciéndole: Yo he venido á experimentar y á ver lo que harias, Felipe: y dicho esto, desapareció: con lo cual quedó el siervo de Dios tan tierno y devoto de los pobres, que nunca negó limosna alguna á quien se la pidiese, ántes buscaba él á quien darla, pasando por eso malas noches, y muchos peligros, de que Dios le libró milagrosamente. Una noche llevando unos panes que dar por amor de Dios, por apartarse de un carro que venia con gran ímpetu, cayó en un hoyo ó pozo profundísimo, pero el ángel del Señor le detuvo en el aire, y le sacó á fuera de los cabellos, sin recibir daño. Visitaba juntamente los hospitales, consolaba los enfermos, haciales las camas, barriales las salas, dábales de comer, ayudábales á morir; con lo cual dió tan buen ejemplo, que le imitaron otros muchos en tan santa obra, y fué ocasion que san Camilo de Lelis, hijo espiritual suyo, fundase la religion de clérigos regulares, llamados ministros de los enfermos. Vió una vez san Felipe á unos ángeles, que á los dos de los mismos padres les iban diciendo las palabras que ellos decian á unos pobres, que estaban ayudando á bien morir.

El mismo san Felipe fué autor de muchas obras de piedad: fundó juntamente con otros quince la cofradía de la Santísima Trinidad de peregrinos y convalecientes de Roma. Juntábanse al principio en la iglesia de San Salvador muy á menudo para confesar y comulgar, y otros ejercicios santos y espirituales con que se animaban grandemente á servir al Señor. Procuró san Felipe, que se tuviese allí la oracion de las cuarenta horas, que se usó en Roma, aun ántes que la instituyese el papa Clemente VIII sin apartarse todo aquel tiempo este siervo de Dios de la presencia del santísimo Sacramento, haciendo él solo las pláticas con tan notable fruto, que en una sola convirtió treinta mancebos de mala vida, sacándolos del poder del demonio, con notable mudanza de sus vidas. Las obras, que los cofrades ejercitaban con los peregrinos y convalecientes, causaron tanta edificacion en todos, que se movieron á imitarlos, viniendo á servir á los pobres, personas de gran calidad y prelados eclesiásticos: hasta el papa Clemente VIII venia á lavarles los piés, bendiciéndoles muchas veces la mesa, y sirviéndoles en ella.

Siendo de tan grande provecho para las almas san Felipe, le mandó su confesor se ordenase, para poder ayudarlas mejor: hízolo por obedecer, esmerándose todo en ser un perfecto sacerdote: porque verdaderamente puso Dios en su Iglesia á este santo, para que fuese una perfecta idea de cómo debian ser los eclesiásticos. Fué grande la devocion que tenia con el santo sacrificio de la misa, y singulares los favores del cielo que en ella recibia, con perpetuos éxtasis, y arrobamientos y ardores de amor divino. Era necesario, para haber de decir misa, divertirse algun rato

primero, y despues tener un ayudante conocido que le tirase la casulla, y advirtiese de lo que habia de hacer. Muchas veces era menester pararse en el altar un buen rato, para cobrar las fuerzas, que el exceso de su amor le habia quitado. Dióse totalmente á oir confesiones, por el grande fruto que en eso experimentó, en lo cual no solo el dia, sino tambien parte de la noche, se ocupaba. Iba todas las mañanas á la iglesia, y se sentaba en el confesonario, esperando la gente: de donde no se levantaba, sino es para decir misa, ó para otra cosa precisa; y entonces dejaba dicho á dónde iba. Cuando no habia penitentes, se estaba junto al confesonario, leyendo ú orando, esperando á que alguno acudiese á confesarse: con lo cual le hallaban todos los que querian. Con esta asistencia, ganó infinitos para Dios; pero no se contentaba con solo confesarlos, sino que procuraba perfeccionarlos, y adelantarlos en mucho espíritu; y así tuvo hijos de penitencia eminente, y de rara santidad. Juntábalos por las tardes, y les trataba del desprecio del mundo, fealtad del pecado, y hermosura de la virtud, con tan grande fervor, que le veian levantado en el aire: otras veces se estremecia la silla y el aposento en que estaba. Era muy ordinario haber confesado ántes de amanecer cuarenta personas, y en habiéndolos confesado á estos, y otros que se seguian, los enviaba los domingos y fiestas á que estuviesen en oracion, hasta que él dijese misa, la cual oian todos y comulgaban en ella; y en dando gracias, los repartia por los hospitales de Roma, en donde consolaban los enfermos, dábanles buenos consejos, exhortábanlos á que con verdadero dolor confesasen sus pecados, llevábanles algunos regalos y limosnas, haciéndoles las camas, y limpiando los vasos inmundos, ejercitando juntamente la misericordia corporal con la espiritual. Cada dia de los que no eran fiestas de guardar, enviaba tambien á los hospitales á treinta, ó cuarenta de los mas fervorosos, con singular edificacion de toda Roma, por ser entre ellos muchas personas de calidad.

Dotó el Señor á san Felipe de las partes necesarias para ser un perfecto maestro de espíritu, y operario evangélico; porque le tenia escogido, para salvar por su medio innumerables almas; y así en órden al bien de los prójimos le ilustró con una soberana sabiduría. Conoció los pensamientos mas secretos de sus penitentes, y lo mas oculto de sus corazones, avisándoles de sus faltas: y si cuando los confesaba, se les olvidaba algun pecado, el santo les acordaba y avisaba, que le confesasen: otras veces se los decia ántes que ellos los dijesen; entre otros el cardenal Francisco María Tarusio certificó, que se los habia dicho á él. Conocia tambien los que estaban en gracia, ó pecado, causándole mal olor los pecados, y pareciéndole disformes: especialmente los puros y castos, le causaban un olor muy suave, y los deshonestos un hedor abominable; y así conocia por el olor, los que eran puros ó deshonestos. Llegando una persona que habia cometido un pecado grave, le dijo: ¡Que mala cara teneis! Ella se retiró, é hizo algunos actos de contricion, y tornó á ponerse delante del siervo de Dios, el cual le dijo: Desde que os apartasteis de mí, habeis mudado de rostro. Otra vez entró en el aposento del santo un mancebo que se confesaba mal: al verle san Felipe, comenzó á llorar amargamente, diciendo con grandes lágrimas: ¿Qué es la causa, que no os confesais enteramente? Hijo, no mintais á vuestro padre espiritual los pecados: declaradlos todos en la confesion. Pasmóse el mancebo oyendo estas palabras, y al dia siguiente, habiéndose primero confesado bien con otro, fué á ver al siervo de Dios; mas en viéndole san Felipe, dijo: Ahora sí, hijo, habeis mudado de rostro: ahora sí, que sois otro diferente del de ántes. Otro mancebo se fué á confesar con el santo por cumplimiento; el cual le oyó; pero en acabando la confesion, sin absolverle, le dijo: El Espíritu Santo me ha dicho, que todo cuanto me habeis confesado, es mentira. Quedó espantado el mancebo, y tan trocado, que despues se confesó bien y entró religioso. A otro, que tambien se confesaba fingidamente, le dijo: Vos habeis encubierto tal y tal pecado por vergüenza: confesadlos todos, si no quereis iros al infierno. Muchas personas que deseaban tomar consejo del santo, él se lo daba, y respondia á sus dudas ó escrúpulos, ántes que se los dijesen, ó animaba á que hiciesen tal ó tal cosa que habian pensado, porque no se le encubria lo mas secreto del alma. A otros, que tenian empacho de descubrirle sus tentaciones, el santo les llamaba, y se las decia.

Ponia á sus penitentes en gran desprecio del mundo, y de los bienes temporales. Habiendo uno que se confesaba con el santo, juntado mucha hacienda con demasiada codicia, le dijo: Hijo, ántes que tuvieses esta hacienda, tenias un rostro de ángel, y yo me deleitaba en mirarte; pero ahora has perdido aquella alegría y mudado de rostro; y así mira por tí. Fueron tan eficaces estas palabras, que de allí adelante, no trató aquel hombre sino de atesorar las riquezas del cielo. Un mancebo, tambien hijo suyo de confesion, estudiaba leyes con grande diligencia y afan, para medrar por aquel camino, y subir á grandes puestos. Vino un dia llamado por san Felipe, y se le arrodilló delante. El santo comenzó á hacerle grandes caricias, descubriéndole todos sus intentos, y diciéndole: ¡Dichoso vos, y bienaventurado! Vos estudiais ahora: despues de graduado ganareis crédito, y hacienda juntamente: levantareis vuestra casa, sereis abogado, y vendreis á tener una gran dignidad. De esta manera le fué diciendo todas las grandezas que le podia dar el mundo, y á él le habian ya pasado por el pensamiento, repitiendo de nuevo aquellas palabras: ¡Dichoso vos y bienaventurado! Entonces ya no habrá quién pueda llegar á hablaros. El mancebo pensaba que el santo decia todo aquello de veras; y así le escuchaba con gusto, hasta que cogiéndole san Felipe la cabeza y llegándola al pecho, le dijo al oido estas palabras solas: ¿Y despues? Las cuales imprimió de tal suerte en el corazon de aquel estudiante, que volviéndose á casa no las podia echar de sí, sino repetirlas á menudo: ¿Y despues? Diciendo entre sí: Yo estudio para valer: ¿y despues? Despues de haber estudiado me graduaré: ¿y despues? Despues vendré á ser abogado: ¿y despues? Despues me darán una granacha: ¿y despues? Cavó tanto esto en su corazon, que determinó mudar intentos y no buscar mas que á Dios. Lo mismo pasó con otras personas á quienes sucedian las cosas del mundo prósperamente; porque diciéndoles el santo las mismas palabras: ¿y despues? les hizo dejar los cuidados y negocios del siglo.

Al principio rehusaba admitir mujeres para oirlas de confesion, con las cuales era recatadísimo, temiendo no cayese en la pureza de su alma alguna mancilla, y si al-

guna confesaba era tratándolas con aspereza y rigor, pero para que pudiese hacer igual fruto en ellas que en los hombres, le desahogó el mismo Señor que le habia escogido para bien de todos, comunicándole un singular don de castidad: lo cual fué desde una gran victoria, que alcanzó este siervo de Dios del enemigo comun; y sucedió de esta manera. Estando una dama de Roma muy hermosa hablando con su amigo, que no estaba bien con el santo por ser contrario á sus costumbres, le dijo, que ella se sentia con ánimo y determinacion de vencer aquel sacerdote y hacerle caer con ella en pecado. El amigo se holgó mucho, y la prometió si lo hacia, de darle una gran suma de dineros. Para ejecucion de esta infernal resolucion, se fingió enferma aquella mujer, y envió á llamar al santo, diciendo que estaba muy mala y arrepentida de su vida escandalosa, y le suplicaba quisiese venir á consolarla y remediar su alma. El siervo de Dios, con el encendido celo que tenia, al punto fué allá: mas cuando estuvo en su sala, salióle á recibir aquel lazo de Satanás con solo un vestido de volante tan sutil, que ninguna parte de su cuerpo se encubria. El santo conociendo luego las asechanzas del demonio, sin responder palabra á los halagos con que le provocaba la mujer, volvió las espaldas y se fué escalera abajo. Ella fué tras él, y viendo que se escapaba, llena de rabiosa furia, cogió un banquillo, que fué lo primero que encontró, y lo arrojó tras el siervo de Dios con gran fuerza para matarle ó descalabrarle malamente; pero quiso Dios que no recibiese daño alguno. Agradó tanto al Señor es e hecho de san Felipe, que desde entonces hasta el fin de su vida, que fueron cosa de cuarenta años, no sintió movimiento alguno sensual ni ilusion natural, quedando insensible como si fuera piedra para todas las blanduras y violencias de la carne. Con esto no excluyó san Felipe á ningun género de gente de su doctrina y santa comunicacion: con que fué increible el fruto que hizo en innumerables almas, así de los que se quedaron en el siglo, pero con grande perfeccion de vida, como de los que entraron en religion por su consejo.

Florecia en este mismo tiempo en Roma el glorioso patriarca san Ignacio de Loyola, que poco ántes habia fundado la Compañía de Jesus, de quien fué muy familiar san Felipe: san Ignacio estimaba tambien su santidad y celo, en que eran muy parecidos los dos santos. Solia llamar san Ignacio á san Felipe la Campana, por los muchos que por su medio llamó Dios á las religiones. El mismo san Felipe maravillado de la santidad de san Ignacio porque visiblemente le veia con grandes rayos de luz que echaba de su rostro, y considerando el buen ejemplo y celo de las almas de los primeros padres de la Compañía de Jesus, le pidió le admitiese en la Compañía como el mismo san Felipe lo contó á dos cardenales; pero san Ignacio, ilustrado de Dios no lo quiso hacer porque el Señor tenia guardado á san Felipe para fundador de otro santo instituto, que fué la Congregacion del Oratorio, que ha sido para tanta gloria de Dios: y tambien porque le pareció que no era bien interrumpiese ó dejase los santos empleos en que se ocupaba con fruto tan notorio; porque los santos no tienen otra mira sino la mayor gloria divina. Con esto prosiguió san Felipe con mas fervor en su modo de vida, en la cual tambien se confirmó con otra respuesta que tuvo del cielo para que continuase lo comenzado; porque con el trato que tenia el santo con los religiosos de la Compañía, le comunicaron las cartas de los padres que estaban en las Indias, las cuales hacia leer san Felipe á sus discípulos, y él se encendió tanto en deseos de imitarlos, empleándose en la conversion de la gentilidad, que quiso irse á las Indias. Mas un gran siervo de Dios, religioso de san Bernardo, llamado Fr. Agustin Ghetini, abad del monasterio de las Tres Fontanas, á quien pidió el santo le encomendase á Dios y diese su consejo, lo contó como san Juan Evangelista se le habia aparecido, y habia dicho que las Indias de Felipe habian de ser Roma, y que en ella queria Dios servirse de su persona.

Pero así como Dios se agradaba en las santas obras de este siervo suyo; así el demonio las sentia mucho, y procuró con todas sus fuerzas y artes estorbarlo. Para esto tomó por instrumento á un diputado de la iglesia de San Gerónimo de la Caridad, en donde confesaba este santo y otros dos malos sacerdotes; todos tres se confederaron para perseguir á san Felipe y echarle de aquella glesia: murmuraban de él continuamente y escarnecíanle diciendo mil oprobios, echándole maldiciones y haciéndole muchas vejaciones. Cuando iba á decir misa, unas veces le daban con la puerta de la sacristía en los ojos y no le dejaban entrar: otras le hacian esperar y escondian el cáliz, y por lo ménos le daban mal recado. Algunas veces estando revestido, le mandaban desnudar: aun despues de haber salido á decir misa, le echaban de un altar á otro; y á veces le hacian tornar á la sacristía, y que se volviese á desnudar sin dejarle decir misa. Fué terrible y prolija esta persecucion, y el santo se volvió con ella muy afligido, de manera que estando una vez diciendo misa, dijo afectuosamente á Dios: O buen Jesus, ¿por qué no me oís? ¿Qué es esto, Señor, que habiendo yo pedido á vuestra divina Majestad, tanto tiempo y con tanta instancia, el don de paciencia para rebatir la violencia de tantas adversidades, no me habeis oido? Oyó entonces la voz del Señor, que claramente le respondió: Felipe, ¿no me pides paciencia? Pues advierte qne quiero dártela, con tal que tú mismo, si de corazon la deseas, te la procures y ganes con las persecuciones y trabajos que ahora padeces. Con este favor quedó animado para sufrir mucho por Jesucristo, deseando padecer mas por tan buen Señor. Al fin de dos años de persecucion, gozó el fruto de su paciencia, triunfando con bondad de la malicia de sus contrarios; porque estando uno de los sacerdotes que le perseguian diciendo al siervo de Dios muchos oprobios y escarnios, con palabras muy injuriosas, y gran cólera: el otro lo estaba viendo; y considerando la invencible paciencia de san Felipe, tuvo de él gran compasion y le pareció tan mal lo que hacia su compañero, que arrementiendo á él, quiso ahogarle; y lo hiciera, porque le apretó la garganta, de suerte, que si el mismo san Felipe no se lo impidiera, lo dejara allí muerto por falta de respiracion. Despues, confuso de lo que él habia usado con el mismo santo, le pidió perdon, y se confesó con él, poniéndose totalmente en sus manos, que fueron el remedio de su alma perdida. Tambien el diputado de la iglesia, que habia sido la principal causa de aquella vejacion, se postró á los piés de san Felipe, en presencia de muchos, pidiéndole perdon, muy arrepentido de su yerro. Confesóse con él, quedando por uno de sus hijos espirituales, y mas aficionados del siervo de Dios, con notable mudanza de vida, y aprovechamiento de su espíritu.

Con esto prosiguió san Felipe con mas fervor en su santa ocupacion, acrecentándose cada dia el número de sus discípulos, y pláticas espirituales, sermones, disciplinas, y otros santos ejercicios en que se empleaban. Solia ir el santo con ellos á visitar las siete iglesias de Roma, al principio con veinte, ó treinta, que le acompañaban; pero despues pasaron de dos mil. No pudo sufrir el demonio tanta piedad y devocion; y así levantó otra persecucion contra el siervo de Dios: porque muchos empezaron á murmurar de aquella accion, atribuyendo á soberbia y ambicion, el andar acompañado de tanta gente. Acusaron á san Felipe delante del vicario general del sumo pontífice, calumniándole todas sus acciones, é imputándole de inventor de una secta nueva. Oyendo esto el vicario del papa con un celo arrojado é indiscreto, hizo llamar á san Felipe, y encendido en cólera le llamó ambicioso, soberbio, hipócrita, quitándole por tiempo la licencia de confesar, y prohibiéndole hacer cualquier otro ejercicio. El santo lo llevó todo con gran paciencia; mas el Señor le consoló á él y á los suyos, apareciéndose en medio de ellos un sacerdote, no visto ni conocido, ántes ni despues, vestido de un hábito basto y grosero, y ceñido con una soga, diciéndoles que venia de parte de unos santos religiosos, que habian tenido revelacion de lo que pasaba: que orasen; porque todo pararia en bien, y la persecucion cesaria muy presto con grandes mejoras de aquella santa obra, y los que entonces eran contrarios, presto serian amigos: mas los que perseverasen en contradecirla, serian castigados con la muerte, y que el vicario general, que mas que todos la perseguia, moriria dentro de quince dias. Todo sucedió así; y el vicario murió repentinamente dentro del término señalado. El papa Paulo IV, cuando supo lo que pasaba, envió al siervo de Dios dos velas doradas, de las que arden delante de su santidad el dia de la Purificacion de la Vírgen, dándole plena licencia para todo, y que anduviese con todos los que quisiesen las siete iglesias, y que le pesaba no poder él mismo en persona hacerlo. Padeció despues otras grandes calamidades y calumnias por las pláticas y sermones, que por su órden se hacian á la gente que acudia á san Felipe; pero el Señor volvió por la verdad y avisó á su siervo de todo lo que pasaba contra él, y le consoló mucho.

Con tantos favores y significaciones del cielo, de lo mucho que se agradaba la divina bondad en todas las cosas que ponia mano su siervo para aprovechar á las almas, y lograr en ellas la sangre del Redentor, iba cada dia creciendo su zelo y encendiéndose mas su ardiente caridad, con mas vivos deseos de aprovechar á todos; y así para ayudar con muchas manos la salvacion de sus prójimos, que tanto deseaba ganar para Jesucristo, instituyó la congregacion del Oratorio, de presbíteros y clérigos seglares, que sin obligacion de voto ó juramento sirviesen al Señor, atendiendo á la salud y perfeccion de sus almas, y de sus prójimos, con el uso de la oracion, predicacion de la palabra de Dios y frecuencia de los sacramentos. Su primero y perpetuo general fué san Felipe Neri, y él la dió principio y forma y leyes utilísimas, y rigió con gran caridad y prudencia. Hicieron iglesia y casa en Santa María de Vallicella, en cuyo edificio concurrieron grandes señales de lo mucho que nuestro Señor se habia de agradar en aquel santo instituto, de donde han salido muchos prelados y cardenales, y otros hombres muy insignes, y señalados escritores. Conservábalos san Felipe en singular observancia y obediencia, en la cual se esmeraron tanto sus discípulos, que no les mandaba cosa el siervo de Dios, que no la ejecutasen luego, por repugnante que fuese al sentido, concurriendo el Señor con notables maravillas. El cardenal César Baronio, que fué uno de los primeros de la dicha Congregacion, padecia tan grande flaqueza de estómago, que por poco que comiese, le daba mucha pena y un desvanecimiento de cabeza tan notable, que el santo le habia prohibido tener oracion y otros ejercicios que pudieran dañarle. Fué un dia despues de comer al aposento de san Felipe, donde estaba un pan muy grande y un limon no pequeño. Viéndole allí, le dijo el siervo de Dios: Tomad este pan y este limon, y comedlo todo en presencia mia. Hízolo así como se lo ordenó, aunque echaba de ver que naturalmente le habia de hacer grande daño, y que podia correr riesgo su vida. Fué cosa maravillosa que con esto quedó libre totalmente de aquellos achaques, bueno y sano de la cabeza y estómago. Algunas veces estando el mismo César Baronio con calentura, le mandaba ir al hospital á servir á los pobres, y volvia sano y bueno. Una cosa maravillosa se notó en este santo, que cuanto mandaba á sus discípulos ó penitentes, les salia bien; y al contrario, lo que hacian sin su órden les costaba caro: con cual experiencia le eran obedientísimos. Pasando un dia el siervo de Dios con sus discípulos por junto á un lago, dijo: ¿Quién de vosotros seria tan obediente que se echase en este lago? Apenas lo hubo dicho, cuando uno de ellos se echó dentro, sin considerar que el santo no lo habia dicho con aquella intencion. Favoreció Dios al hombre obediente librándole que no se ahogase. Otra vez mandó á tres de sus discípulos que desnudos anduviesen por la calle de mayor concurso de Roma; luego al punto se fueron á desnudar; pero el santo, viendo su puntualidad, les mandó se volviesen á vestir y lo dejasen.

Ejercitaba á los suyos en grande mortificacion, mandándoles cosas muy difíciles á juicio y sentido. Habiendo predicado un dia en la iglesia de la Congregacion el padre Agustin Marno un excelente sermon, de que hubo grande aplauso, le ordenó que otro dia cuando predicase, dijese el mismo sermon sin mudar palabra; y él lo hizo así: despues le mandó lo mismo hasta seis veces, ordenándole siempre repitiese el mismo sermon. A todo obedeció el dicho padre, aunque sabia que los oyentes decian, cuando subia al púlpito: Este es el padre que no predica sino un mismo sermon. A otros mandaba predicar de repente, favoreciendo Dios la simplicidad de su obediencia ciega, predicando entonces mejor que de pensado. Otras veces, cuando uno estaba en lo mejor del sermon, le mandaba que lo dejase. Al cardenal Baronio, cuando era de la Congregacion, le hacia, por humillarle, que llevase la cruz en los entierros, siendo ya sacerdote y persona de grande autoridad y estima. Mandábale tambien, ántes de ordenarse, que con una gran redoma de cuatro ó cinco azumbres fuése á comprar vino á las hosterías, ordenándole que no comprase mas de dos ó tres cuartos, pero que hiciese primero le lavasen y limpiasen muy bien la redoma, y que bajase á la bodega á ver como sacaban el vino, y que hiciese le trocasen un escudo: cosa que en Roma lo hacen de mala gana y disgusto, por haber muy poca moneda de cobre; y así cumpliendo él todas estas diligencias, y pareciéndoles, á los que vendian el vino, se burlaba de

ellos, le decian muchas palabras pesadas, amenazándole que le darian de palos. A otros hacia postrarse á la puerta de su aposento y estarse allí, para que todos los que venian á visitarle pasasen por encima, ó los pisasen. Vinieron á uno de la Congregacion pensamientos de desprecio de san Felipe: descubrió esta tentacion al siervo de Dios, el cual, por mortificarse á sí y al otro, le mandó los refiriese públicamente en el refectorio en presencia de todos. Obedeció el discípulo, y el santo varon le estuvo escuchando con grande gusto suyo, por oir sus desprecios; porque no ménos se mortificaba san Felipe á sí, que mortificaba á otros, no tanto para vencer en sí algun afecto desordenado, cuanto para ser verdaderamente despreciado de todos y disminuir el concepto que tenian de su santidad.

En órden á esto tenia en su aposento algunos libros entretenidos de fábulas y dichos graciosos, que se hacia leer cuando le visitaban algunas personas extranjeras á título de santo. Envióle una vez el papa Clemente VIII unos señores del reino de Polonia para que viesen un santo: mas san Felipe, cuando lo supo, y que ya venian, mandó que le leyesen un libro de gracias, y que no parase el lector hasta que él por señas se lo dijese. Cuando llegaron aquellos caballeros, sin mas cumplimiento les dijo: Esperad, señores, por hacerme merced, hasta que se acabe de leer esta fábula, y mientras se leia, iba diciendo: Mirad si tengo yo buenos libros; y otras cosas semejantes, sin hablar ni una sola palabra de devocion ni espíritu. Mirábanse aquellos caballeros uno á otro, porque esperaban que les habia de decir grandes cosas; al cabo de un rato se fuéron, sin sacar mas de san Felipe; el cual así que salieron mandó arrimar el libro, diciendo: Ya se ha hecho aquello que convenia. En algunas ocasiones solia andar con un manojo de retama en la mano, para que le despreciasen. Otra vez se hizo raer la mitad de la barba, y salió así en público, saltando y bailando para que todos se burlasen de él. Un dia habiendo gran multitud de gente en la plaza de San Pedro Ad-Vincula, se puso á saltar. Otra vez en una de las calles mas públicas de Roma se encontró con el gran siervo de Dios Fr. Félix de Cantalicio, capuchino, varon santísimo, grandemente mortificado: preguntóle Fr. Félix si tenia sed: y respondiendo san Felipe que sí, le dió á beber públicamente una bota de vino que llevaba al cuello, diciendo: Ahora veré si sois mortificado. San Felipe al punto comenzó á beber, y concurriendo mucha gente, decian: ¿No veis como un santo da de beber á otro santo? Despues dijo san Felipe á Fr. Félix: Ahora quiero yo tambien ver si sois mortificado, y quitándose el sombrero se lo puso en la cabeza, diciéndole que anduviese así. El bendito Fr. Félix respondió que sí iria, pero que si le quitaban el sombrero no fuése á su cuenta. Anduvo de aquella manera un gran trecho, hasta que san Felipe, que tenia ya conocida la gran santidad de Fr. Félix, envió quién se le quitase; y cada uno se fué por su parte, dejando en duda cuál de los dos se habia mortificado mas en aquella ocasion.

Con tales ejemplos se animaban á hacer grandes mortificaciones, que les ordenaba san Felipe, no solo los sacerdotes de la Congregacion, sino los seglares, penitentes del santo, siendo gente de palacio y muy noble, á los cuales ejercitaba el siervo de Dios segun el caudal de virtud de cada uno: y como tuvo muchos penitentes de gran perfeccion, les hizo tambien hacer obras de grande mortificacion. Vió una vez á un hijo suyo de confesion enrizado y con copete: luego le mandó que se quitase el cabello, y que por eso fuése al P. Fr. Félix, que él se lo quitaria. Fué allá; pero Fr. Félix, á quien habia ya dicho el santo lo que habia de hacer, en vez de quitarle el cabello, le rapó la cabeza, pasando aquella persona por ello con gran paciencia. Otro hombre llamado Alberto, le pidió licencia para llevar cilicio: el santo le dijo que se le pusiese sobre la ropilla: así lo hizo sin replicar mas palabra, y le trajo hasta la muerte: por lo cual vinieron á llamarle «Alberto el del cilicio.» A un gentilhombre del cardenal Sitleto mandó algunas veces que llevase, como lacayo, á un caballo del freno, pasando por las casas del mismo cardenal. A este mismo mandó que se rayase la mitad de la barba, y lo hubiera hecho si el santo no se lo estorbara despues. Muy de ordinario era mandar á personas de calidad que fuésen á las iglesias de mayor concurso á pedir limosna, que las barriesen y llevasen la basura. Otras veces les enviaba á que pidiesen por amor de Dios de puerta en puerta. A otros hizo trabajar en algunas fábricas: á otros ordenaba que con ropas hechas pedazos saliesen por las calles, ó sin capa; á otros, que se pusiesen muchos sombreros. Un perro, dejando á su ama, se vino á san Felipe, cobrándole tanto amor, que no le pudieron apartar de él. Con este perro hizo hacer á los suyos notables mortificaciones por espacio de catorce años: hacia que le llevasen en brazos ó atado, de manera que el perro era muy conocido: le llamaban cruel azote del entendimiento humano, por lo mucho que con él mortificaba san Felipe el juicio de sus discípulos. Fué cosa admirable en este santo, que no hizo hacer mortificacion alguna, que no sacase de ella el fruto que pretendia.

Obedecian al santo con tanta prontitud todos sus discípulos, así por el grande concepto que hacian de su eminente santidad, como por la experiencia que tenian de sus amorosas entrañas, y lo mucho que les favorecia corporal y espiritualmente, acudiendo con su ardiente caridad á todos, librándolos en sus aflicciones y trabajos, con grandes maravillas que Dios obraba por su siervo, el cual se multiplicaba milagrosamente por hacer bien á sus penitentes, cuidando de todas maneras de su bien temporal y eterno. Un hijo de confesion del santo, habiéndose embarcado, vino á dar en manos de turcos, y por escaparse de ellos, se echó al mar con otros muchos. Apenas se hubo echado, cuando comenzó á luchar con las olas y con la muerte, porque no sabia nadar: ya que se hundia, acordándose de su santo maestro que estaba en Roma, se encomendó á él. Al mismo punto se le apareció san Felipe sobre las aguas, y tomándole de los cabellos, le sacó del mar sano y bueno; y poniéndole en la ribera, desapareció. Otro penitente suyo fué preso de turcos, y afligido de su desgracia, acudió á la oracion, rogando á Dios que por los merecimientos de su confesor le librase de aquella servidumbre. Apareciéle tambien el santo, y le dijo: No temas: encomiéndate á Dios, que no serás esclavo; y fué así; porque echando á los demás en cadena, á él, por ser ya viejo, le dejaron ir libre.

No hacia ménos maravillas por el bien espiritual de los suyos. Un sacerdote de la Congregacion estaba en peligro de ofender á Dios, por acabar cierto negocio que le encomendó san Felipe, y así estaba muy afligido una noche;

mas estando cerrado en el aposento oyó abrir la puerta y vió entrar al siervo de Dios que moraba en otra parte, y acercándose á él le preguntó: ¿Cómo estais? Respondió: Malo; entendiéndolo de la afliccion y peligro que tenia. Entonces san Felipe, poniéndole las manos sobre la cabeza, y haciéndole la señal de la cruz, le dijo: No temais: con lo cual desapareció y cesó toda aquella tribulacion del buen sacerdote, quedando muy alegre y contento: el cual halló á la mañana cerrada la puerta del aposento como la dejó. Una señora muy noble de Roma, por odio que tenia con un pariente suyo, dejó de confesarse con el siervo de Dios, cuyos consejos no queria oir. Perseverando en esta obstinacion, sintió una noche que le dieron una gran bofetada, y con el golpe oyó la voz de san Felipe, que le decia: ¿Hasta cuándo has de estar con ese enojo? Con esto la mujer volvió sobre sí, derramando muchas lágrimas, y al amanecer fué á buscar á su santo confesor. A otra matrona florentina habia dado órden san Felipe, que cada noche á cierta hora señalada se levantase á oracion; pero descuidándose ella en cumplirlo, la tornó á encargar fuese en esto mas diligente, y que si no se enmendaba, él mismo la iria á despertar; y así fué, porque cada vez que ella se dejaba llevar del sueño, sentia que el santo la despertaba y decia que se levantase á orar, y cuando á la mañana iba á reconciliarse con él, le decia: ¿No os he despertado yo esta noche? Fueron muchas esas milagrosas visitas que hizo el santo, para socorrer sus penitentes, así de trabajos de alma como de cuerpo; y á muchos daba salud, apareciéndoseles de noche y hablando con ellos; porque los tenia metidos todos en sus entrañas, y estaba rogando por ellos cuando ellos dormian, favoreciéndoles de otras muchas maneras.

Fué caso singular el que pasó con un hijo de Fabricio de Maximi, el cual teniendo cinco hijas de Lavinia Rustici, su mujer, y estando ella preñada y con dolores de parto, dijo á san Felipe que rogase á Dios por ella: el cual despues de haber estado un rato suspenso, respondió: Vuestra mujer parirá esta vez un hijo; yo quiero que le pongais el nombre á mi gusto: ¿no estais contento de ello? Respondió Fabricio que sí. Añadió san Felipe: Pues llamadle Paulo; y esto no solo se lo profetizó entonces, porque mucho ántes se lo habia dicho; al fin sucedió como el santo le habia prometido; pero siendo el niño ya de catorce años cayó malo de una calentura continua que le duró setenta y cinco dias. Iba el siervo de Dios á visitarle cada dia, porque le queria mucho, y desde niño le habia confesado: llegando el muchacho á punto de muerte, enviaron á decir al siervo del Señor, que si le queria ver vivo viniese luego. Estaba san Felipe diciendo misa, y entretanto murió Paulo, y su padre le cerró los ojos, y el cura que le habia oleado y ayudado á bien morir, se habia ido ya, y los de casa querian amortajarle. En esta sazon llegó san Felipe, y diciéndole como ya el muchacho estaba muerto, se puso en oracion, y en acabándola roció con agua bendita el rostro del difunto, y le echó unas gotas dentro de la boca; luego comenzó á soplar en el rostro; y poniéndole la mano sobre la frente, le llamó con voz alta, diciendo: Paulo, Paulo; el cual al punto abrió los ojos y le respondió: Padre; y añadió: yo me habia olvidado de un pecado, y así querria confesarme. Hizo el santo que se saliesen todos fuera, y habiéndole dado un Crucifijo, le confesó. Acabada la confesion, y vueltos los de casa al aposento, se puso el resucitado á hablar de su madre y hermana difuntas: duró la conversacion media hora, respondiendo siempre el muchacho con voz clara y con colores de santo. Últimamente le preguntó san Felipe si queria morir: respondió que sí, por irse al cielo, donde estaba su madre y hermana. Entonces el siervo de Dios, dándole su bendicion, le dijo: Vete en hora buena y ruega á Dios por mí. Al mismo punto tornó á morir el muchacho con rostro muy alegre y sin hacer movimiento alguno, estando presentes á todo su padre y madrastra, y otra gente.

No es ménos maravilloso lo que sucedió con una señora romana, la cual estándose muriendo, padecia grandes tentaciones. Fuéla á ver el santo, y habiéndola animado un rato, se salió para visitar otro enfermo; pero en el camino se paró, y dijo á los que le acompañaban: ¡Oh pobrecita, pobrecita! Necesidad tiene de favor, y menester es volver á socorrerla; volvamos á la casa de aquella señora. Vuelto que hubo, hallóla en el mismo estado; y acercándose á la cama hizo retirar á algunas señoras que estaban allí: luego comenzó á soplar en el rostro de la enferma, y á orar por ella; y habiéndola puesto las manos sobre la cabeza, y mirándola fijamente, en voz alta, que lo oyeron todos, dijo estas palabras: Alma, yo te mando de parte de Dios que salgas de este cuerpo: y en el mismo instante espiró. Esto hizo el siervo de Dios, como despues lo declaró, porque si aquella persona tardara en morir, corria gran peligro de consentir en las tentaciones que el demonio la ofrecia. Parecia que tenia en la mano este glorioso y bienaventurado santo la vida y la muerte, la salud y enfermedades de sus discípulos, y penitentes principalmente: en diciendo á alguno: Yo no quiero que murais ahora; por desahuciado que estuviese, luego convalecia, y algunos cobraban salud de repente. Otros, estando frenéticos, sin haberse confesado, en visitándolos san Felipe, luego volvian en sí y se confesaban, tornándoles despues el frenesí. A Antonia Raidi dijo una vez el santo: Antonia, yo no quiero que esteis enferma sin mi licencia; y ella todas las veces que se sentia con accidentes malos y prenuncios de alguna enfermedad, se iba al siervo de Dios y le decia si queria que estuviese enferma, y todas las veces que el santo le decia que nó, cesaba todo mal. Otros muchos de sus penitentes, cuando estaban malos y el santo ausente, en encomendándose á él, luego cobraban salud.

Muchos que estaban en la hora de la muerte combatidos del demonio, en visitándoles san Felipe y haciendo oracion quedaban libres y veian á los demonios que huian, los cuales del nombre solo de Felipe temblaban. Una mujer moza, combatida de terribles tentaciones del demonio, fué á pedir remedio de ellas á este siervo de Dios: el cual le dijo: Cuando sintais semejantes tentaciones, decid al demonio estas palabras: «Yo te acusaré á aquel asno, á aquel malvado de Felipe.» Obedeció la mujer, y en habiendo dicho las palabras quedó libre de las tentaciones, y usando del mismo remedio para otro género de tentaciones, sentia el mismo provecho. Lo mismo sucedió con otras personas, á quienes el santo aconsejó lo propio. Tenian los demonios gran miedo de este varon de Dios; y así no tuvo ménos gracia de echarlos de los cuerpos que de las almas. Un dia de gran concurso en San Juan de Letran, cuando mostraban las cabezas de los apóstoles san Pedro y san Pablo, al tiempo de mostrarlas comenzó una mujer endemoniada á dar grandes voces y alaridos. Hallándose el santo cerca

de ella, y cogiéndola por los cabellos, le escupió en el rostro, diciendo al demonio: ¿Conócesme tú? Respondió el mal espíritu: ¡Ah, si yo no te conociera! Y al punto salió de la mujer, dejándola como muerta. A otros muchos endemoniados sanó con la eficacia de su oracion, y fuera cosa muy larga escribir las maravillas que por medio de ella hizo este siervo de Dios.

Fué singular la luz del cielo que por ella alcanzó: sabia las cosas ausentes, y para que sus penitentes dispusiesen mejor sus cosas, les advertia lo que en partes muy léjos habia sucedido. Tuvo singular don de profecía: dijo muy ántes como habian de ser sumos pontífices Pio V, Gregorio XIII, Gregorio XIV y Clemente VIII, porque en las sedes vacantes sucedia casi siempre oir una voz del cielo, que decia qué cardenal habia de ser papa. Tenia pintadas en su aposento dos armas de cardenales, con una calavera en el campo del escudo: una vez, yendo á ver al santo el cardenal Aldobrandino, sobrino de Clemente VIII, le preguntó ¿qué significaba aquello? Tanto le importunó, que se lo vino á declarar, diciendo que aquello significaba que despues de su muerte habia de tener dos cardenales de su Congregacion; y así fué, porque al año siguiente despues de muerto san Felipe, fueron creados cardenales el P. Francisco María Tarusio, y el P. César Baronio. A otros que estaban bien léjos de esta dignidad, se la pronosticó mucho ántes. Pronosticó tambien la muerte de san Cárlos Borromeo. A muchos prevenia que se aparejasen para la muerte, diciéndoles cuando habia de ser. Dijo tambien otras muchas cosas que sucedieron como el santo lo habia dicho, porque Dios hablaba por su siervo, y le manifestaba sus secretos como á su amigo fiel: y nó sin espíritu profético ordenó al cardenal Baronio, siendo de la Congregacion, que las pláticas que hacia de los novísimos y otras materias á propósito para engendrar temor de Dios, las hiciese de las historias eclesiásticas, y que se aplicase á este estudio; y despues le animó á que siguiese con ellas, y sacase los Anales eclesiásticos que han sido tan admirables en el mundo, y de tanto provecho contra los herejes, en los cuales tuvo tanta parte san Felipe con sus oraciones, que el mismo cardenal Baronio se los atribuye á este siervo de Dios; el cual dijo tambien al mismo cardenal que no tenia que gloriarse de ello, porque habia sido obra de Dios.

Tuvo muchos favores del cielo, apareciéndosele Cristo en el santísimo Sacramento: visitóle la Vírgen santísima algunas veces, y en una le dió salud de repente, estando desahuciado de los médicos llenando al santo de gran gozo y consuelo con su soberana presencia. De los ángeles tambien fué visitado, y de otros bienaventurados; veia á los hombres santos, que aun vivian en su tiempo, con grandes resplandores, entre los cuales vió al glorioso patriarca san Ignacio de Loyola, á san Cárlos Borromeo, al P. Claudio Aquaviva, general de la compañía, y á otro santo religioso de la órden de Predicadores. Hablando de san Ignacio decia á los suyos, que era tal y tan grande la hermosura de su alma, que se le parecia exteriormente y que le habia visto los ojos, y el rostro claro y resplandeciente, y que despedia grandes rayos de luz; por lo cual comunicó con grande confianza con san Ignacio, y consultaba con él sus dudas. El mismo san Felipe fué visto con grandes resplandores: tuvo admirables éxtasis y raptos: vióse muchas veces, cuando decia misa, levantado en el aire muchos palmos en alto, y rodeado de una nube blanquecina y resplandeciente. Fué cosa muy rara y notada, que echaba de su cuerpo un olor suavísimo que confortaba á los que trataban con él: señal de la limpieza de su cuerpo y alma, y buen olor de Cristo que en todas sus obras esparcia. Muchos de sus hijos espirituales confesaban haber recibido espíritu de devocion con solo el olor que salia de sus manos. Una persona principal, yendo á ver al santo, le halló enfermo, y temiendo que por ser viejo ya y estar enfermo no le hiciese daño el mal olor, no queria llegarse á él; pero al fin acercándose al santo, le tomó por la cabeza y se la puso al pecho, apretándole allí: entonces sintió un olor tan suave que quedó asombrado sin saber á qué cosa compararle; mas oyendo despues decir que Felipe era vírgen, lo atribuyó á su virginal pureza. Lo mismo pasó con otros que quedaban admirados de la fragancia que salia de su pecho.

Sobre tantos y tan celestiales favores, lo que hizo mas admirable á san Felipe fueron sus raras virtudes y singularmente su humildad y caridad: teníase por el mayor pecador y mas inútil hombre del mundo: cada dia hacia á Dios esta protesta: Señor, guardaos de mí hoy, porque os seré traidor; otras veces decia: Desespero de mí mismo; por la poca satisfaccion que de sí tenia. Tambien solia decir: La llaga del costado de Cristo es muy grande; pero si Dios no me tuviese de su mano yo la haria mayor. Estando una vez á punto de muerte, dijéronle los de la Congregacion, que dijese aquellas palabras de san Martin: *Si adhuc populo tuo sum necessarius non, recuso laborem:* Si aun soy, Señor, necesario para tu pueblo, no rehuso el trabajo; el santo respondió con grande sentimiento: Dios me libre de decir tal cosa, nó, nó; ¿y quién soy yo, que pueda presumir que soy necesario para nada? No podia llevar que le tuviesen por bueno: haciendo, para que le despreciasen, tan notables extremos como quedan dichos. Con ser tan gran maestro de espíritu, se sujetaba como un novicio á su confesor. Siendo general, se confesaba con el siervo de Dios el P. Juan Bautista Perusio, de la Compañía de Jesus, á quien daba muy á menudo cuenta de la conciencia; y despues que dejó de ser general, aunque se confesaba ordinariamente con el P. César Baronio, que le sucedió en el cargo, no por eso dejó de tener al mismo P. Perusio por padre espiritual, ántes estando muy enfermo y siendo viejísimo, iba muy léjos á la Compañía de Jesus á dar cuenta de la conciencia á dicho padre, y confesarse con él generalmente.

Huia de las honras, como de la muerte, y no pudieron acabar con él los santos pontífices Gregorio XIV y Clemente VIII, que recibiese el capelo que le daban; queriéndose siempre conservar en su santa pobreza y humildad.

Su caridad fué grandísima con Dios y con los hombres, empleándose todo en el bien de los prójimos, consolando á los afligidos, sosegando á los tentados, aconsejando á los dudosos, enderezando á los errados, levantando á los caidos, adelantando á los aprovechados, librando á los que peligraban, compungiendo á los pecadores, perfeccionando los justos, convirtiendo herejes y judíos, que fueron muchos los que por su medio se redujeron; y con no tener nada, dando muy largas limosnas á los necesitados. Fuera nunca acabar si hubiéramos de referir los casos particulares que en todas estas cosas le sucedieron, y las heroicas virtudes que ejercitó por toda su vida. Al cabo de ochenta años quiso

el Señor darle el premio de sus muchos trabajos, y habiendo precedido algunas enfermedades, de que fué librado milagrosamente, sanando de repente, en que llevó grandes dolores con increible paciencia, sin dar muestra alguna de sentimiento, y ménos conformidad, ántes diciendo muy á menudo: Aumentad, Señor, los dolores, y aumentad la paciencia: estuvo algunos dias bueno y sano, diciendo cada dia misa, y rezando y confesando mañana y tarde dispuso sus cosas para morir, porque Dios le reveló el dia y hora en que habia de salir de esta vida, haciéndole este singular favor, que perseverase hasta el mismo dia en que murió, en sus santos ejercicios y vocacion; y así el dia del Corpus Christi de 1595 se puso muy de mañana á confesar, rogando á sus penitentes que despues de su muerte le rezasen una corona ó rosario por él: dióles muchos documentos espirituales, abrazándoles muy apretadamente, y haciéndoles muchas caricias, como despidiéndose de ellos. Celebró luego misa casi cantando de puro gozo y júbilo de su alma; particularmente cuando llegó á decir: *Gloria in excelsis Deo*, empezó á cantar: lo restante del dia gastó en los ejercicios que solia, pero con mas alegría: despues de acostado, á las doce y media de la noche le dió un accidente de sangre que se le subió á la garganta, que no le dió mas lugar de vida que cuanto fué necesario para que se juntasen todos los de la Congregacion, y en presencia de todos, habiéndolos primero encomendado á Dios, espiró.

Luego manifestó el Señor á muchas personas santas la gloria de su siervo. La mañana en que murió vió una devota vírgen, beata de santo Domingo, estando muy despierta, sentado en un trono de gloria á un viejo venerable, vestido de blanco, con ornamentos sacerdotales, y que al rededor del trono habia un lugar muy ancho y espacioso, el cual estaba adornado de diferentes colgaduras, y en ellas escritas con letras de oro todas las virtudes en que aquel santo varon se habia ejercitado; debajo del trono estaban una gran multitud de almas de todos estados; y deseando ella saber quiénes fuesen aquellas almas, oyó una voz que le dijo ser de aquellos que por medio de aquel sacerdote se habian salvado. No habia visto nunca esta sierva de Dios á san Felipe; pero mostrándole su confesor el retrato del santo, luego le conoció y dijo que aquel era el viejo que Dios le habia mostrado. Al mismo punto que murió, se apareció en sueños á una monja camaldulense del monasterio de Santa Cecilia, vestido de blanco y todo resplandeciente, y que le llevaban unos ángeles hermosísimos en una silla, el cual le dijo: Yo voy al descanso; prosigue en vivir religiosamente, porque á donde yo voy, vendrás tú despues: no temas, que yo rogaré por tí mucho mas que rogaba ántes; y con esto desapareció. A otra monja de san Agustin del monasterio de Santa Marta, hija de confesion suya, se le apareció aquella misma noche, y le dijo: He venido á visitarte ántes de partir, porque no te quejases de mí. Respondió la monja: Padre, ¿á dónde quereis ir? Dijo san Felipe: Yo voy á Jerusalen. Replicó la monja: Ah padre, vos quereis iros al cielo. Entonces el santo le enseñó un campo lleno de espinas, diciéndole: Si quieres venir á donde yo voy, es menester que pases por este campo, y pises estas espinas. A otro siervo de Dios, que vivia en Sena, se le mostró san Felipe á la misma hora en que murió, todo resplandeciente, y oyó, estando muy despierto, que le dijo tres veces: La paz sea contigo, hermano; sabe que ahora me voy á otro mejor lugar.

Cuando se publicó la muerte de san Felipe, concurrió toda Roma á venerar su santo cuerpo: fuéron muchos cardenales y obispos, sintiendo todos grande devocion y consuelo en su alma; unos le besaban los piés, otros tocaban rosarios, otros llevaban las flores que estaban sobre su santo cuerpo, las cuales hicieron muchos milagros: otros le cortaron las uñas y cabellos, llevándoselas por reliquias; y así por satisfacer á la multitud de los que venian estuvo descubierto tres dias, en los cuales obró Dios muchas maravillas, sacando á los dolientes de varias enfermedades, con solo tocarle. Fué cosa maravillosa y señal de gran pureza y virginidad que mientras que le lavaban, como se usa en Roma, y mientras le abrieron, revolviéndole de una parte á otra, siempre el santo como si estuviera vivo, cubria con las manos sus partes naturales, para que no las viesen. Hallaron tambien á su cuerpo y entrañas incorruptas y frescas; y despues de algunos años en que estuvieron enterradas, sintieron muchas personas, que de su sepulcro salia un olor suavísimo. Continuó el Señor en hacer por su siervo grandes milagros á todo género de personas que acudian á su sepulcro, ó se valian de su intercesion. Con solos unos pocos de cabellos del santo que tocaron á un niño que habia muerto sin bautismo, resucitó y le bautizaron.

El P. Fr. Bautista Massia, de la órden de la Santísima Trinidad, habiendo estado dos años enfermo, y consumido de un corrimiento á una de las rodillas, con cámaras de sangre é hinchazon de algunas partes del cuerpo; despues de haber experimentado todos los remedios que el arte de la medicina le pudo dar, y padecido grandes tormentos en su cura, sin sentir mejoría alguna, ántes hallándose peor cada dia; oyendo una vez referir los muchos milagros que hacia san Felipe, con quien se habia confesado muchas veces, hizo voto de visitar su sepulcro, si le daba salud, y escribió á un padre de la misma órden que estaba en Roma, dijese una misa por él en la capilla del santo; fué cosa maravillosa, que mientras aquel padre decia la misa en Roma, el enfermo que estaba en Nápoles, sanó de todos sus males, y el misma dia anduvo por Nápoles, con admiracion de todos los que le conocian.

Paunonino Ciccareli estaba preso en Perusa, porque le imputaban falsamente un delito grave: un hermano suyo sacerdote, que estaba en Roma, se fué juntamente con otro sacerdote al sepulcro del santo á rogar por él: pidió á su compañero que dijese misa por su hermano: él la dijo; y al mismo tiempo que la decia, deparó el santo al preso las llaves de la cárcel, en parte donde jamás pudiera imaginarse: abrióla el mismo pasando por delante del juez y del escribano, sin que le dijesen nada; y salió de ella, ausentándose hasta que se averiguó la verdad.

Una hija de Violante Martelli, estando para morir le puso su madre al cuello una nómina, y por no atreverse á ver espirar su hija, se fué de casa; pero volviendo, cuando ya entendia estaria muerta, le dijeron los criados que los médicos muy admirados, habian dicho que ya estaba la niña buena, y así corriendo á la cama donde estaba su hija, le dijo luego la enferma: que el P. Felipe la habia curado con aquella reliquia que tenia al cuello: no sabiendo ántes la niña ni la madre lo que estaba dentro: con todo eso decia la niña, que el glorioso santo la habia

curado con la sangre que estaba en un pedazo de lienzo; y era así verdad, que aquella reliquia de san Felipe era lo que estaba dentro de la nómina.

Leonardo Rovelli, estando desahuciado de los médicos, la noche ántes del dia de la fiesta de san Felipe, se encomendó á él muy de veras: á la mañana, estando muy despierto y con la luz encendida, vió al santo, que se le acercó junto á la cama. Con este favor, vertiendo muchas lágrimas, se tornó á encomendar á él: al cual dijo san Felipe: Vé en paz, hijo; y hallóse bueno y tan sano, que se levantó y se fué á oir misa á la capilla del santo. Felicia Sebastiani, estando preñada, cayó enferma de un dolor de costado: los médicos la tenian ya por muerta; mas habiendo bebido deshechas en un poco de caldo unas reliquias del santo, oyó una voz que le llamaba; y volviendo la cabeza vió al siervo de Dios, vestido de sacerdote, que tenia una criatura en los brazos, el cual le dijo: No temas, que yo tengo cuidado de tí y de esta criatura; y desapareció. La misma noche se le reventó el mal que tenia en el costado, y luego cobró salud y parió la criatura buena y sana.

Queriendo un hijo de confesion de san Felipe comer de una fruta que le habian presentado, en la cual habia ponzoña, apenas se la hubo puesto en la boca, cuando oyó la voz del santo que le dijo claramente dos veces: Échala fuera; y así todo temblando la echó; mas por haber tragado un poco de saliva comenzó á hincharse. Llamado el médico conoció que era veneno, y le dió muchas triacas contra él, diciendo que si hubiera comido algo, hubiera muerto al instante. A un mancebo llamado Estéban Calcinardi llamó una mujer lasciva, y le procuró para que pecase con ella; y estando el mancebo vacilando, y poco fuerte contra aquella tentacion, unas reliquias que traia consigo del santo le dieron tales golpes como si fueran con un martillo. Apretósele el corazon, y faltóle el aliento de manera que cayó de su estado. Estando tendido en tierra, oyó una voz que conoció ser la de san Felipe, la cual le dijo: Mira lo que haces: véte de aquí: véte de aquí: huye el pecado. Volvió luego en sí, y fuése corriendo de la casa sin ofender á Dios.

Nero Neri, señor de Porsillano, fué tan devoto del santo en vida, y despues de muerto mas, que procuró que la hermana de san Felipe, llamada Isabel, y á la sazon tenia ochenta y cuatro años, que habia quedado sola en su familia, tuviese por bien que las casas de entrambos se juntasen, y pudiese él poner sus armas, que eran tres estrellas en campo azul, con las de la casa y familia de san Felipe: ella lo concedió con instrumento público. Este caballero era riquísimo, y hallándose sin hijo varon que le heredase, acudió con gran fé á la intercesion del santo, el cual oyó á su devoto; porque al cabo de nueve meses puntualmente tuvo un hijo, y le puso por nombre Felipe, á devocion de su glorioso patron. Quiso serle tan agradecido que comenzó á edificarle con gran priesa una grandiosa capilla: teniéndola en buen estado, cayó el niño malo de viruelas, y llegó á estarlo tanto, que perdió el habla y las fuerzas, que apenas podia respirar: ya desahuciado de los médicos, esperaban por momentos su muerte: el padre no teniendo ánimo para ver morir á su hijo, se retiró á su aposento, y con el gran dolor vino á decir: ¿Es posible, bienaventurado padre, que querais que la primera accion que se haga en la capilla que yo os he hecho edificar, sea el entierro de mi hijo, y ese único? Apenas hubo dicho estas palabras, cuando el niño volvió en sí, y empezó á llamar á su padre que vino luego: En viéndole el niño, dijo: Padre, yo estoy bueno, y me ha sanado el abuelo; llamaba así á san Felipe, porque le enseñaban de ordinario un retrato suyo, y decian que aquel era el abuelo; y así mostrándole una imágen del santo, dijo que aquél era el que le habia curado. Preguntándole el modo, se tocaba el niño la cabeza, dando á entender que con tocarle. Con este favor quedó el padre mas agradecido, y tan devoto de san Felipe, que prosiguió su capilla sin perdonar costa ni gasto, no atendiendo á otra cosa sino á hacerla mas suntuosa y rica. Hizo todas las paredes cubiertas de riquísimos diaspros, ágatas y otras ricas piedras, que estaban engastadas en ellas: el cimborio, sustentado de cuatro columnas de alabastro, está cubierto de unos florones hechos de madreperla ó nácar, con perfiles de oro al rededor: el suelo está al modo del cimborio; pero los florones que tiene, son rosas de alabastro y otras piedras, en medio de las cuales hay un diaspro oriental verde, de notable grandeza, con otros diaspres menores, que ricamente lo acompañan. En esta capilla se puso el cuerpo del santo, donde es reverenciado de todos, y el Señor ha hecho por él innumerables milagros: por los cuales y por las heroicas virtudes y obras de san Felipe, el papa Paulo V le beatificó, y despues Gregorio XV, á 12 de marzo del año de 1622, con gran solemnidad y pompa le canonizó juntamente con san Isidro de Madrid, san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus, san Francisco Javier de la misma Compañía y apóstol de las Indias, y santa Teresa de Jesus fundadora de los carmelitas descalzos. Escribieron la vida de san Felipe Neri, Antonio Guilloni, Pedro Jacomo Bacci y el P. Fr. Luis Marco; y tambien Agustin Marno en su historia sexta hace grande mencion de este santo.

SAN ELEUTERIO, PAPA Y MÁRTIR.—Pasados veinte dias despues de la muerte del santo papa Soter, fué elegido en su lugar Eleuterio, natural de Nicópoli, ciudad de Grecia, y diácono y discípulo del santo pontífice Aniceto. Tuvo en su tiempo alguna paz y tranquilidad la Iglesia: la cual con el escuadron invencible de sus valerosos guerreros y gloriosos mártires habia conquistado y rendido los corazones de muchos gentiles; y la vida ejemplar y doctrina celestial de los santos pontífices, acompañada con los milagros que Dios obraba en todas partes, en testimonio de la verdad de la religion cristiana, habia tenido mas fuerzas para plantarla y extenderla por el mundo, que la rabia y furor de los tiranos para derribarla y oprimirla. Con esta quietud se iba multiplicando la Iglesia del Señor maravillosamente: y en Roma muchos caballeros y señores, cansados ya de la supersticion de sus vanos dioses, y de la crueldad y abominaciones de sus emperadores, por la doctrina y predicacion del santo pontífice Eleuterio recibian la luz del Evangelio, y se convertian al Señor. Y no ménos en las otras provincias y reinos descubria sus claros rayos y resplendores nuestra santa religion; particularmente se vió en Britania (es la que ahora llamamos Inglaterra), porque Lucio, su rey, habia entendido la santa vida y milagros de los cristianos, y que poco ántes Marco Aurelio, emperador, habia alcanzado por oracion de ellos una gran victoria contra los marcomanos, y que por esta causa los trataba bien, y permitia que viviesen en su ley, y que algunos caballeros y senadores romanos se habian bautizado y seguido el estandarte de Cristo; movido del mismo

Cristo y Señor, dejando á los obispos que habia en Francia y en otras partes mas vecinas, envió una solemne embajada con Elvano y Meduino, criados suyos, á san Eleuterio: porque conocia que era cabeza, padre y pastor universal de todos los fieles, suplicándole que le enviase algunos ministros suyos, para que á él y á toda su casa y reino hiciese cristianos, y los reconociese como á ovejas suyas y del rebaño del Señor.

No se puede creer la alegría que el santo pontífice Eleuterio recibió con esta embajada; y para cumplimiento de lo que por ella se le pedia, envió á Fugacio y Donacio (que otros llaman Damiano), varones dignos de tan grande empresa, á Britania, para que enseñasen los misterios de nuestra santa fé á Lucio y á su reino, y con el agua del santo bautismo los reengendrasen en Cristo. Ellos fuéron y lo hicieron, y todo conforme al deseo y órden de Eleuterio; y el rey se bautizó y fué santo, y como de tal hace mencion de él el Martirologio romano á los 3 de diciembre, y su reino públicamente aceptó la fé de Cristo nuestro Salvador, y fué el primero del mundo que por público decreto y comun parecer de los moradores de él, recibió y profesó la religion cristiana; puesto caso que en España y en Francia, y en los otros reinos y provincias, ya habia en este tiempo muchos cristianos. Esta conversion de Lucio fué el año de nuestra salud de 183, segun el cardenal Baronio. Habia en la isla de Britania, ántes que se convirtiese, veinte y dos flámines y tres arquiflámines (que así llaman los gentiles á sus pontífices y sumos sacerdotes): estos se convirtieron tambien; y en su lugar Fugacio y Damiano instituyeron veinte y dos obispos y tres arzobispos, y los repartieron por aquella isla, y les señalaron sus iglesias y distritos, para que no faltasen á los cristianos convertidos pastores que los gobernasen en las cosas de verdadera religion; pues los gentiles los habian tenido en sus supersticiones é idolatrías.

Con la paz que tuvo la Iglesia en este tiempo se levantaron algunos herejes que la turbaron, como los valentinianos, marcionistas, severianos y otros monstruos como estos, á los cuales el santo pontífice Eleuterio resistió valerosamente, y fué ayudado del glorioso obispo y mártir san Ireneo, discípulo de san Policarpo y de Papias, que habian sido discípulos de los apóstoles; porque Ireneo, siendo presbítero, vino á Roma, enviado de la iglesia de Leon de Francia, y en el tiempo que estuvo en ella escribió contra los herejes, y les hizo guerra, como varon doctísimo apostólico, confutando los disparates que ellos enseñaban, con la doctrina y tradiciones apostólicas que él habia aprendido: y despues volvió á Leon, de donde fué obispo y mártir gloriosísimo: y porque algunos de aquellos herejes enseñaban que Dios habia criado muchas cosas malas, y que no se habian de comer algunos manjares, por ser tales; Eleuterio mandó que nadie desechase por supersticion género alguno de manjar, de las criaturas que Dios hizo para servicio del hombre: nó porque no sea lícito y loable el no comer de algunos manjares regalados y gustosos, para mortificar y refrenar la carne y sus apetitos, ó porque no se deba obedecer á la santa Iglesia, cuando nos manda abstenernos de semejantes mantenimientos, en los dias de ayuno (que esto es necesario); sino porque no se han de desechar, por pensar que son malos de su naturaleza, pues son criaturas que Dios crió. Ordenó asimismo este santo pontífice, que ningun sacerdote fuese depuesto, sin que primero fuese legítimamente convencido de algun grave delito, y que ningun ausente fuese condenado ántes de ser oido; pues Cristo nuestro Señor no condenó ni dejó de comulgar á Judas (con saber quién era), porque aun no era notorio su pecado. Hizo tres veces órdenes en el mes de diciembre, y en ellas ordenó doce presbíteros, ocho diáconos y quince obispos: y despues de haber gobernado santamente la Iglesia romana quince años y veinte y tres dias, fué martirizado, dando su vida por Cristo, como dicen los martirologios romanos antiguos, aunque no declaran con qué género de muerte fuese coronado. Celebra la Iglesia su festividad en 26 de mayo, en que murió, y fué año del Señor de 191, siendo Cómodo emperador. Su cuerpo fué sepultado en el Vaticano. De san Eleuterio, demás de los autores que escriben las vidas de los santos pontífices, hacen mencion todos los Martirologios y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y mas largamente en el segundo tomo de sus Anales.

* Los santos Simitrio, presbítero, y veinte y dos compañeros mártires.—Horrible fué la persecucion que se levantó contra los cristianos por los años 159 de Jesucristo, reinando el emperador Antonino Pio. Atemorizados los cristianos por tan atroz persecucion, huian despavoridos; encontrando algunos de ellos refugio en casa de una santa y caritativa mujer, llamada Praxedes, que vivia en Roma. Sabido por el emperador que esta mujer tenia albergados en su casa algunos cristianos, mandó fuéran á ella unos cuantos soldados, y que degollaran á los que encontrasen en su casa. Simitrio y compañeros se hallaban en casa de Praxedes, y allí fueron degollados. Sus cuerpos fueron sepultados en el cementerio de Priscilla, siendo despues venerados devotamente por los fieles.

San Zacarías, mártir.—Fué el segundo obispo de Viena en el Delfinado, por cuyas regiones propagó extraordinariamente el Evangelio, y murió mártir el dia 26 de mayo del año 101.

San Cuadrado, y compañeros mártires.—Padecieron por la fé en África, se ignora cuándo; y el dia que se celebra su memoria, predicó san Agustin un sermon en su alabanza.

San Felicísimo; san Heraclio y san Paulino, mártires.—Eran naturales de Todi, y recien convertidos, se dedicaban con tanto ardor á la predicacion de la verdad, que durante la persecucion de Diocleciano y Maximiano, fueron presos, y despues de sufrir varios tormentos, les quitaron la vida en Todi, por los años de 303.

San Prisco y otros muchísimos mártires.—Cuando el emperador Aureliano viajó por las Galias, al pasar por cerca de Auxerre, supo que habia por allí una congregacion de cristianos, que se ocupaban en hacer prosélitos, y en hacer abominar el culto de los dioses. Él mismo fué al lugar donde estaban reunidos, y vió á Prisco en medio de una inmensa multitud, que cantaba salmos y divinas alabanzas. Colérico y furioso, interrogó á Prisco de cuál era el objeto de aquella reunion, y habiéndole contestado en nombre de todos, que solo deseaban dar gloria á Jesucristo y confundir á las falsas divinidades del imperio, fueron todos al momento degollados, y sus cuerpos arrojados á un pozo contiguo, sobre el cual se edificó despues una iglesia que aun subsiste.

San Agustin, obispo y confesor.—Fué arzobispo de Cantorbery en Inglaterra, y vivió en el siglo VI. Era prior

del monasterio de San Andrés de benedictinos en Roma, y en 596 el papa san Gregorio el Grande le envió á predicar la fé evangélica á los ingleses y sajones, que se habian establecido en la Gran Bretaña, cuyo pais mira á este santo como á su apóstol. Al año siguiente convirtió san Agustin á Etelberto, rey de Kent, que le cedió una iglesia en Cantorbery. En seguida pasó á Francia para ser consagrado obispo, y conferenciar con los prelados de este reino sobre algunos puntos de disciplina. A su vuelta á Inglaterra bautizó en un solo dia mas de diez mil personas, y tuvo la dicha de ver establecidos diferentes obispados para atender al pasto espiritual de sus nuevos convertidos. La rapidez de sus conquistas, dice un historiador antiguo, era efecto no solo del celo del santo misionero y del espectáculo de sus virtudes, sí que tambien de las maravillas que Dios obraba por su ministerio. Su fama corrió por toda Europa, y san Gregorio le dió entonces algunos avisos que atestiguan su santidad y la certeza de sus portentos. Agustin y sus compañeros se dejaban ver en público siempre rodeados de un prestigio sobrenatural, que atestiguaba bien á las claras que el Señor estaba con ellos. En breve la Inglaterra varió de aspecto; porque sus moradores, enamorados de la vida angelical de su primer pastor, se esmeraron en imitar sus virtudes y seguir sus consejos, y aquella isla se convirtió en un jardin de santos. Los nobles y los príncipes levantaron á sus expensas templos y monasterios, y en ménos de un siglo quedó todo tan trasformado que apenas quedó recuerdo de lo que ántes era. Parece que san Agustin acabó sus dias el 26 de mayo del año 607: su sepulcro fué venerado por la gloria de los milagros, y por el respeto que infundia á aquellos fieles la memoria de su apóstol y bienhechor.

San Cuadrado, obispo.—Fué discípulo de los apóstoles, y segun la opinion de algunos expositores es el ángel de Filadelfia, al cual habla Jesucristo en el Apocalipsis de san Juan. Cuadrado era ya célebre en la Iglesia durante el imperio de Trajano, por sus tareas en esparcir las semillas de la palabra de Dios. Dícese que fué consagrado obispo de Atenas el año 126: lo que sí es cierto, que hallándose en 131 en dicha ciudad el emperador Adriano, publicó Cuadrado su *Apología de la religion cristiana*, y la presentó al mismo emperador, que se manifestó conmovido con su lectura, y que mandó cesase la persecucion contra los cristianos. Esta obra, la primera en su género, está llena de razones incontrovertibles y de pruebas irrefragables: de ella no conservamos mas que algunos fragmentos que nos ha trasmitido el historiador Eusebio, y por los cuales puede venirse en conocimiento de la excelencia de la obra. En ella se lee, entre otras cosas, esta sólida distincion entre los milagros de Jesucristo y las imposturas de los mágicos: «Los milagros del Salvador subsistieron siempre, porque eran reales y verdaderos. Los enfermos curados y los muertos resucitados por él, no aparecieron tales por un instante, sino que permanecieron con él todo el tiempo que estuvo Cristo en la tierra: algunos han vivido además hasta nuestros dias, y por consiguiente mucho despues de la ascension del Señor.» Ignóranse las demás circunstancias de la vida de este santo, como asimismo el lugar y la época de su muerte.

DIA 27.

San Juan, papa y mártir.—San Juan, primero de este nombre, sumo pontífice y glorioso mártir del Señor, fué de Toscana, hijo de Constancio. Sucedió en la silla apostólica al santo pontífice Hormisdas, cuya muerte por sus grandes virtudes fué muy sentida; pero presto se consolaron los fieles con la eleccion que se hizo en la persona de Juan, por las raras partes, que todos conocian en él, de santidad, de doctrina, de prudencia y magnanimidad, y de las otras que para un sumo pastor de la Iglesia se requieren; y así luego comenzó el santo pontífice Juan á mostrar su piedad y celo de aumentar todo lo que pertenecia á nuestra sagrada religion y al culto divino. Hizo un cementerio en la via Ardeatina, y dedicóle á los santos mártires Nereo y Aquileo: otro en honor de los santos mártires Félix y Adaucto; y otro con nombre de santa Priscila, vírgen. Adornó el altar de San Pedro de muchas joyas y piedras de gran valor, y en todas las cosas del Señor era muy cuidadoso y vigilante. Reinaba á la sazon en Italia Teodorico, rey de los ostrogodos, con poder y fama de valeroso, prudente y benigno príncipe; porque aunque era arriano, dejaba vivir á los católicos quietamente, y en algunas cosas los favorecia, y hacia presentes á la iglesia de San Pedro y á otras, procurando (por razon de estado) de contrapesar las cosas entre los católicos y los arrianos, y conservarlos en toda paz y quietud. Pero poco á poco vino á tener sospecha del senado romano, y que alguna gente principal se entendia con el emperador Justino, que imperaba en Oriente, y comenzó á perder aquella blandura de condicion y moderacion en el gobierno que ántes tenia, y á hacerse sospechoso, inhumano y cruel. Añadióse á esta otra causa, que fué echar aceite en el fuego. Quiso el emperador Justino, como católico príncipe, reducir todos los súbditos de Oriente (donde hasta entonces habian tenido mucha mano los herejes arrianos) á la religion católica, y quitar la confusion que habia en su imperio; y para esto mandó que no se admitiesen obispos y sacerdotes arrianos, y que se les quitasen las iglesias que tenian y se diesen á los fieles y católicos. Sintió esto sobremanera Teodorico: embravecióse y dió bramidos como un leon; así porque como arriano deseaba que su falsa creencia prevaleciese, y los mismos arrianos de Oriente le pedian favor, como porque temia que creciendo el número de los católicos, seria ménos firme su imperio. Amenazó de poner á sangre y fuego á Italia, pasar á cuchillo á todos los católicos de su reino y destruir sus iglesias, si Justino no revocaba sus mandamientos, y no se restituian á los arrianos las suyas en Oriente. Recatábase de todas las personas de valor católicas, que veia aficionadas á la parte de Justino, y mandó prender al sapientísimo Severino Boecio, á su suegro Símaco, varones principalísimos, que habian sido cónsules y eran de grande estima en la ciudad de Roma, y á otros algunos; porque eran amigos del emperador y á él le iban á la mano. Pero ántes de ejecutar en ellos su furor, envió sus embajadores á Justino, con grandes amenazas si no restituia las iglesias á los de su falsa opinion. Escogió para esta cruel embajada á Teodoro y á dos Agapitos, varones insignes; y quiso que en todo caso nuestro santo pontífice Juan fuese el principal y cabeza de todos, para con su autoridad y presencia alcanzar mas fácilmente de Justino lo que deseaba; y el buen pontífice, movido de las lágrimas de toda Italia (aunque estaba doliente y flaco), no rehusó el trabajo del camino, por sosegar al tirano y atajar los daños que se temian, y ver si se podia dar al-

gun corte en un negocio tan dificultoso, en que por una parte y por otra se mostraban tantos y tan graves inconvenientes; aunque, como el suceso mostró siempre, fué con ánimo de anteponer la religion al estado, y arriesgar lo temporal, por conservar lo espiritual, y limpia y entera la fé de Jesucristo.

Partióse, pues, el santo pontífice para esta jornada: y cuenta san Gregorio papa, que cuando llegó á Corinto un caballero le prestó un cuartago manso y de buen paso para el camino, de que se solia servir su mujer; y que habiéndosele tornado á enviar el papa desde cierto lugar, no consintió el caballo despues que aquella señora subiese en él, como ántes solia: dando á entender por voluntad del Señor, que era cosa indigna que una mujer usase del caballo que habia servido al vicario de Cristo: y así el caballero envió de nuevo su caballo al sumo pontífice, suplicándole, que se sirviese de él perpetuamente. Llegado á Constantinopla fué recibido del emperador Justino y de toda la ciudad con extraordinaria alegría, pompa y regocijo: porque decian que nunca en ella se habia visto otro pontífice romano. Bajó Justino del caballo en que iba, en viendo el santo pontífice; y puesto ante él de rodillas con una humildad profundísima le hizo reverencia como á vicario de Dios en la tierra: y entrando por la puerta de la ciudad (como lo escribe el mismo san Gregorio, papa), dió el santo pontífice la vista á un ciego, poniéndole las manos sobre los ojos. Trató los negocios que llevaba con el emperador, y concluyólos como deseaba; aunque convinieron los dos en no dar las iglesias á los arrianos, ni profanar, ni contaminar los templos del Señor con ceremonias ajenas de la profesion católica. Fué el papa muy honrado, servido y regalado del emperador: el cual dado que ya estaba coronado del patriarca de Constantinopla, pidió con grande instancia al santo pontífice Juan, que de su mano le coronase; y él lo hizo con grande pompa y aparato: y dejando al emperador muy contento, y la ciudad de Constantinopla muy admirada de sus grandes virtudes, y á los grandes confirmados en la fé, y tristes y rabiosos á los herejes arrianos, se volvió á Italia.

El rey Teodorico, sabiendo lo que pasaba, le hizo prender, y echar en una cárcel áspera y tenebrosa en la ciudad de Ravena, donde él estaba: pero no por eso desmayó el santo pontífice, ni dejó por temor del tirano llevar adelante la defensa de la fé católica; ántes escribió una carta á los obispos de Italia, en que les dice las palabras que me ha parecido poner aquí, para que mejor se entienda el ánimo de este santo, y fortísimo mártir, y lo que hizo en Constantinopla, por ser diferente de lo que algunos historiadores escriben: dice, pues, así: «Muchas veces he conocido por experiencia, que el santo cuidado y piedad vuestra que teneis de la religion cristiana crece siempre y se aumenta, y que la fé católica, que no solo á mí me consuela y esfuerza, sino tambien á todos los otros sacerdotes del Señor, se manifiesta y se dilata y crece, mediante vuestros trabajos y santas obras. Por tanto yo os exhorto y amonesto, hermanos mios, que os armeis con la espada del espíritu del Señor contra la perfidia de los arrianos: la cual nó una, sino muchas veces ha sido condenada: y ahora parece que revive en algunos. Perseguidla, hasta que no quede raiz ni rastro de ella, y consagrad con los ritos y ceremonias católicas, sin tardanza alguna, las iglesias de los arrianos, do quiera que estuvieren. Porque nosotros cuando fuimos á Constantinopla por la religion católica, y por los negocios del rey Teodorico, todas las que hallamos en aquellas partes, las reconciliamos y restituimos al Señor con su favor, exhortándonos y ayudándonos á hacerlo el pisimo, cristianísimo y verdadero católico emperador Justino, para desarraigar los herejes arrianos. Y puesto caso que el rey Teodorico, por estar inficionado de la pestilencia arriana, nos amenace y diga que á nosotros y á toda nuestra tierra la ha de destruir á sangre y fuego, no por eso os turbeis ni lo dejeis de hacer, ántes procurad trabajar varonilmente en la viña del Señor; y conformándoos con sus divinas palabras, no temais á los que pueden matar el cuerpo y nó el alma, sino al que puede echar el cuerpo y el alma en el infierno.» Todo esto es del mismo pontífice san Juan: del cual, y del mal tratamiento que el rey Teodorico le hizo, y de la muerte que al cabo le dió, se ve claramente el intento que llevó, y lo que hizo en Constantinopla; y quiso ántes perder la vida como santo pastor, que la sinceridad de la fé faltando á su oficio. Estuvo el santo pontífice en aquella cárcel sucia y oscura, y fué en ella tan maltratado, que dentro de pocos dias dió su espíritu al Señor. Y Teodorico, no contento con su muerte, hizo asimismo matar á Símaco y á Boecio, que tenia presos, siendo ambos tan esclarecidos varones, que eran la gloria y ornamento de la ciudad de Roma; y Boecio tan santo, que despues de degollado en Pavía, preguntándole por risa uno de los sayones: ¿Quién te ha muerto? Respondió: Los impíos; y tomando con sus manos su cabeza, como otro san Dionisio Areopagita, se fué con ella á un templo allí cerca, é hincado de rodillas recibió el santísimo Sacramento, y luego espiró. Pero no se fué alabando Teodorico; porque á los noventa y ocho dias despues de la muerte del santo pontífice Juan, fué castigado de Dios en el cuerpo y en el alma severísimamente de esta manera. Estaba Teodorico cenando; y sirviéndole á la mesa una cabeza de un pez de extraña grandeza, parecióle que era la cabeza de Símaco, que él poco ántes habia hecho matar, y que le miraba con ceño y aspecto turbado, y que le amenazaba apretando los dientes. Helóse Teodorico y quedó fuera de sí: lleváronle á la cama, y dentro de pocos dias, conociendo que aquella era venganza del cielo por las muertes que habia mandado dar á tan santos varones, y no pidiendo á Dios misericordia, dió su alma á Satanás: la cual, como escribe san Gregorio en sus Diálogos, un santo ermitaño vió llevar presa y encadenada, y asida de los santos Juan, papa, y Símaco, como ejecutores de la divina justicia, y echar en el abismo profundo de la isla de Tulcano, que está junto á la de Lipari, y continuamente arroja fuego y humo, para ser eternamente atormentada. Así permite nuestro Señor que sus siervos padezcan, y sean afligidos y atribulados de los tiranos, para coronar su paciencia y despues castigar á los mismos tiranos con su mano fuerte y poderosa, mostrándose en lo uno justo, y en lo otro misericordioso. Murió san Juan á los 21 del mes de mayo del año del Señor, segun el cardenal Baronio, 526, habiendo tenido la cátedra de san Pedro dos años y ocho meses. Celebró órdenes en Roma, ántes que se partiese á Constantinopla, y en ellas ordenó quince obispos. Su santo cuerpo fué llevado de Ravena á Roma, y sepultado en la iglesia de San Pedro á los 27 de mayo, en que la santa Iglesia celebra su fiesta y traslacion. De san Juan, papa y mártir, escriben los autores

de la historia eclesiástica y de las vidas de los romanos pontífices, y todos los Martirologios y el cardenal Baronio en el séptimo tomo de sus Anales.

El VENERABLE BEDA, PRESBÍTERO Y CONFESOR.—El venerable Beda fué de nacion inglés, y nació en una aldea, que se llamaba Jeru, ó Geruvico. Siendo de edad de siete años, como él mismo lo dice, fué entregado, para que le criase, á un abad llamado Benedicto, y despues á otro por nombre Georfrido, que tenia cargo de los monasterios de la órden de san Benito, dedicados á los apóstoles san Pedro y san Pablo, poco distantes entre sí. Habia en estos monasterios seiscientos monges (porque en aquel tiempo en los monasterios de san Benito habia estudios y escuelas), entre los cuales se esmeró mucho Beda en la disciplina religiosa, y en la observancia de su regla, y en toda virtud. Tuvo por maestro á Juan Beverlacio, varon doctísimo: aprendió la lengua latina y griega, y las ciencias filosóficas y la sagrada teología, tan exacta y perfectamente, como lo muestran las obras muchas y varias que escribió; y en su tiempo fué tenido por un pozo de ciencia, y oráculo de sabiduría, y dejó algunos buenos discípulos en todas buenas letras excelentísimos, como fueron Rhabano, arzobispo de Maguncia, Alcuino, maestro del emperador Carlo Magno, Claudio y Juan Escoto, que fueron los primeros que enseñaron en la universidad de París, é ilustraron la Francia con su erudicion, y la enriquecieron con los muchos y doctos discípulos, que instruyeron y enseñaron. Ordenóse de diácono á diez y nueve años, y de misa á treinta de su edad. Gastaba los dias y las noches, ó en orar, ó en escribir, ó en enseñar. Vivió todo el tiempo de su vida en su monasterio: y aunque san Gregorio, papa, segundo de este nombre, movido de la fama y opinion de la santidad y ciencia de Beda, le convidó, y mandó que fuése á Roma, para servirse de él en el gobierno de la sede apostólica; como él era humilde, y amador de su estudio y quietud, se excusó modestamente, y suplicó á su santidad, que no se lo mandase. Vivió, segun algunos, sesenta años: otros le dan sesenta y uno, y otros mas; y Tritemio sesenta y dos. El cardenal Baronio dice, que vivió ciento y cinco años, por las razones que trae, sacadas de los mismos escritos de Beda. Todo este tan largo tiempo gastó Beda en servir al Señor con su vida, y con su doctrina, y con muchos libros y muy provechosos que escribió: y habiendo corrido su carrera tan felizmente, le dió una enfermedad algunos dias ántes de la pascua de Resurreccion, de apretura del pecho y dificultad de respiracion, la cual le duró hasta la Ascension; aunque como él era tan fervoroso y amigo del trabajo, no dejaba de ir al coro, y de enseñar, leer y dictar á sus discípulos, á los cuales muchas veces decia aquellas palabras de san Pablo: «Horrible cosa es caer en manos de Dios vivo;» para despertarlos mas al temor del Señor: y otras veces les decia: «Daos prisa en aprender, porque no sé cuánto tiempo tengo de estar con vosotros.» Y cuando estaba mas fatigado de su enfermedad, repetia muchas veces: «Dios azota á los que tiene por hijos:» y aquel dicho de san Ambrosio: «No he vivido de tal manera, que tenga vergüenza de vivir entre vosotros: ni tampoco temo la muerte, porque tenemos buen Señor.» Tambien dicen, que profetizó con divino espíritu la calamidad extremada, y asolamiento lastimoso, que en breve habia de venir sobre la cristiandad, si no se apagaba el fuego, que se comenzaba á encender, y que por sus cartas avisó á algunos príncipes, sus conocidos, de este peligro: y poco despues vino aquella terrible tempestad de los sarracenos, que arruinaron y destruyeron á Europa: y dicen, que esta su profecía la declaró con un verso en latin, que dice: *Regnarunt Romæ ferro, flammaque, fameque*: Los reyes de Roma caerán con hierro, fuego y hambre. Finalmente, conociendo que se le iba acabando la vida, y deseoso de ver á Jesucristo su Señor, en su hermosura, y gozar de aquella, que es verdadera vida, cantando el *Gloria Patri*, dió su espíritu al Señor, dia de la Ascension, y el Martirologio romano hacemencion de Beda á los 27 de mayo. Pero adviértase, que algunos autores han hallado misterios en el título, que comunmente se da á Beda, llamándole venerable, y nó santo, y han fingido ó creido fácilmente algunos sueños y fábulas, que no tienen fundamento. La verdad es, que en vida le llamaron venerable por su grande excelencia, porque no le podian llamar santo, hasta que muriese; y despues de muerto continuaron aquel mismo apellido de venerable, como en su vida se habia comenzado: pero esto no quita, que no le llamen santo; porque santo le llama Alcuino, Mariano Escoto, Albino Flaco, Amalario, Usuardo, y otros graves autores, como lo notó el cardenal Baronio. Tambien se engañan, los que dicen que fué ciego; porque de sus escritos, y de los otros autores, que escriben de su vida, no se prueba esto, sino ántes lo contrario. Escribió su vida Cumberto, monge de su tiempo, como lo dice Molano, aunque esta vida no se halla. En el principio de sus obras está una breve, y de ella y de Tritemio, y de una relacion de su muerte, que está en el séptimo tomo de Surio, y de las anotaciones del cardenal Baronio, y de su nono tomo, se sacó lo que aquí queda referido.

* SAN JULIO, MÁRTIR.—Este santo servia en las filas del emperador Diocleciano, y habiendo descubierto sus oficiales que era cristiano, lo acusaron al gobernador de la baja Mysia. Léjos de negarlo Julio lo confesó clara y generosamente, y á fin de distraerle de su intento, el juez se valió de caricias, halagos y promesas; mas viendo que todo era inútil, mandó fuese decapitado. Resuelto iba Julio á sufrir la muerte por Jesucristo, cuando viendo por el camino que le conducia al suplicio, á un soldado cristiano, llamado Hesiquio, que habia de ser martirizado pocos dias despues, le dirigió la palabra animándole á que perseverare fiel, y no le atemorizaran los suplicios, diciéndole que pronto se verian en el paraiso. El dia 27 de mayo del año 302, imperando Diocleciano, fué decapitado Julio en Durostoro, sobre el Danubio.

SANTA RESTITUTA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—En tiempo del emperador Aureliano y del procónsul Agacio, defendiendo esta santa la fé católica, triunfó de las persecuciones del demonio, de las caricias que le hacian sus padres para que consintiese en salvarse la vida, y de la crueldad de los verdugos. Despues de muchos padecimientos, fué degollada con otros cristianos en Roma, el año 272, y su cuerpo, trasladado posteriormente á Sora, se venera con gran devocion.

SAN RANULFO, MÁRTIR.—Ignóranse todas las circunstancias de la vida y muerte de este santo, y solamente hay una tradicion apoyada por los Bolandistas, de que murió mártir en Telodio, pueblo junto á Arras, por los sarracenos, en el año 702.

San Eutropio, obispo y confesor.—Nació en Marsella en el siglo V; y queriendo evitar los peligros de la incontinencia, contrajo matrimonio con una santa mujer, en cuya compañía vivió por espacio de algunos años. Ocupado en la meditacion de las cosas celestiales, y en el estudio de las santas Escrituras, su delicia era la oracion y la práctica de la caridad. Muerta su esposa, dedicóse mas fervorosamente al servicio de la Iglesia, y era diácono de la iglesia de Orange, cuando vacando aquella sede, fué Eutropio elegido su obispo. Iba á escaparse, para no cargar con aquel peso; pero el clero y el pueblo lo detuvieron y le forzaron á admitir la dignidad. En ella fué grande, y ejemplar de todas las virtudes apostólicas: era el padre de los pobres, de los huérfanos y de las viudas; el consuelo y el apoyo de todos. Su rebaño fué testigo de los portentos que obraba el pastor con toda clase de enfermos y poseidos, que quedaban sanos con solo imponerles las manos. Eutropio entregó su espíritu á Dios, el dia 27 de mayo del año 476.

DIA 28.

San German, obispo de París, confesor—San German, obispo de París, varon por su excelencia, santidad y grandes milagros, admirado, fué hijo de padres honrados y nobles: nació en Augustoduno: su padre se llamó Eleuterio y su madre Eusebia. Estando su madre preñada de él, aborrecida por haberle concebido en breve tiempo, despues de otro hijo, tomó medios para matarle en el vientre y mover; y no pudo: porque Dios guardaba aquel niño, y le habia escogido para gran ministro de su gloria. Despues que nació, tambien su abuela le quiso matar con ponzoña, pero no pudo: ántes el veneno que le habia de dar á German, por error se dió á un hijo de la abuela, en castigo de la codicia con que ella pretendia quitar la hacienda al nieto. Habiendo, pues, pasado loablemente los años de la primera edad en buenos ejercicios y estudios de letras, se ordenó de diácono y de presbítero, y fué elegido por abad del monasterio de San Sinforiano, en el cual vivió con admirable ejemplo de religion, orando, velando y ayunando mucho, y siendo en todas sus acciones espejo de virtud á sus monges. Era muy compasivo, tan liberal y misericordioso para con los pobres, que les daba cuanto tenia, sin guardar nada para sí. Aconteciole una vez, que no teniendo pan para comer, y los monges, sintiendo su falta y necesidad, se quejaron del abad; y él, encerrándose en su celda, se puso en oracion, suplicando á nuestro Señor que los proveyese y sosegase aquellos monges. Oyóle Dios, y luego llegaron á la puerta del convento dos hombres cargados de pan que les enviaba una señora, la cual al dia siguiente tambien les envió algunos carros cargados de mantenimiento; y con este milagro aprendieron los religiosos á confiar en Dios, y conocieron la fuerza que tiene la limosna, y comenzaron á estimar y respetar mas á su abad. Pero porque la buena obra para ser fina ha de pasar por la fragua y fuego de la tribulacion, permitió Dios que por estas y otras buenas obras, el obispo, mal informado, le prendiese y le echase en la cárcel, con mucho gusto del santo, que habiéndose por voluntad divina abierto las puertas de la cárcel en que estaba, no quiso salir de ella sin licencia y bendicion del mismo obispo.

Florecia, pues, san German con rara virtud y muchos milagros: tuvo revelacion que Dios le queria hacer obispo de París; porque en sueños le apareció un venerable viejo que le daba las llaves de aquella ciudad: y preguntándole san German para qué le daba aquellas llaves; le respondió el viejo: Para que salves á los de París. Cumplióse esta revelacion, y por voluntad del rey Childeberto, fué consagrado obispo de aquella nobilísima ciudad: y el santo de tal manera se encargó de la cura pastoral, que no dejó la de monge, y como si entonces comenzara á serlo; y así acrecentó su oracion y penitencia, procurando aprovechar á sí, para poder aprovechar á otros. Era muy largo y maniroto en las limosnas, y Dios le ayudaba por muchos medios y especialmente por mano del rey Childeberto que le daba liberalmente qué repartir á los pobres, hasta darle sus vasos de oro y plata, rogándole que lo diese todo: porque no le faltaria qué dar. Mucha gracia y favor tuvo el santo obispo con el rey Childeberto, y por sus oraciones y merecimientos Dios hizo grandes mercedes al rey; pero despues de su muerte no fué tan favorecido del rey Clotario, su hermano; aunque Dios nuestro Señor le castigó por ello con una enfermedad, de la cual el mismo santo le sanó Despues, habiendo venido la corona de Francia al rey Chariberto, que estaba amancebado con la hermana de su mujer, y habiendo tomado los medios blandos y suaves para corregir al rey y quitar del reino aquel escándalo, sin provecho; san German con grande autoridad y espíritu excomulgó al mismo rey y á la amiga que él tenia por mujer: y como aun todo esto no bastase, porque estaban presos los desventurados del ciego amor, tomó Dios la mano y confirmó la sentencia de san German, quitando la vida primero á la amiga del rey, y despues al mismo rey: porque el Señor quiere que los grandes príncipes y reyes se sujeten á las censuras de la Iglesia, y obedezcan sus leyes. Tambien procuró san German que, siendo él obispo, se celebrase un concilio en París, en el cual él y los otros santos obispos que se juntaron, decretaron muchas y muy saludables cosas para la libertad de la Iglesia y reformacion del reino, sin tener respeto á la voluntad del rey ni á la ambicion y codicia de sus ministros y de otras personas que pretendian usurpar y profanar los bienes que los fieles habian dado á las Iglesias para remision de sus pecados. En esto puso gran fuerza san German, y en mover con sus sermones (que eran admirables, y como de un ángel del cielo), á todos á la devocion y estimacion de las cosas sagradas y del culto divino. Y para moverlos mas, él mismo fué á Jerusalen en tiempo del emperador Justiniano, del cual fué recibido y regalado en gran manera: y ofreciéndole el emperador grandes dones de oro y plata, el santo varon no quiso aceptarlos; ántes le suplicó que si le queria hacer alguna merced, le diese algunas reliquias de su mano; y el emperador le dió la corona de espinas de Cristo nuestro Redentor, y de los cuerpos de los niños Inocentes, y un brazo de san Jorge, mártir: y el santo obispo, muy gozoso y rico con tan gran tesoro, volvió á Francia y le colocó con gran solemnidad en la iglesia de Santa Cruz y de San Vicente mártir, que el rey Childeberto, á instancia del mismo santo, habia edificado en la ciudad de París.

Los milagros que Dios hizo por san German en vida y

en muerte fueron innumerables. Sanó á muchos enfermos de graves enfermedades, y dió vista á los ciegos, oido á los sordos, piés á los cojos, vida á los muertos, y consuelo y libertad á los endemoniados, y todas sus cosas parece que eran medicinales y que daban salud: su oracion, la señal de la cruz hecha por él, su saliva, su vestido, las pajas de su camilla, su tocamiento, y finalmente cualquiera cosa de este glorioso santo, bastaba para vencer cualquiera enfermedad y trabajo: porque nuestro Señor, parece que le habia dado señorío é imperio sobre las criaturas. La letra escrita de su mano y la firma de su nombre daba salud. Estaba un monge ya habia dos años en la cama fatigado de calenturas; recibió su abad una carta de san German, y tomándola en su mano el monge enfermo con mucha devocion, comenzó con la lengua á lamer la firma de la carta, y luego quedó sano. Otro caballero llamado Leudegifito tenia una carta firmada de san German, y estando alguno de su familia enfermo, le daba de beber un poco de agua, en la cual ántes habia bañado aquella carta; y con este solo remedio los enfermos sanaban. Pero dejando los demás milagros, porque, como dije, son innumerables y se pueden leer en su vida: solo quiero yo referir el que Dios obró algunas veces por san German, para remedio y consuelo de los pobres de la cárcel, á los cuales parece que el santo era muy aficionado y deseoso de su consuelo.

Yendo camino, llegó á un pueblo de un señor conde principal llamado Nicasio: supo que habia muchos presos en la cárcel: y siendo convidado á comer del mismo conde, luego comenzó á hablarle el santo prelado de la misericordia y á rogarle que se apiadase de aquellos encarcelados, y se diese algun corte para que saliesen de la cárcel todos los que podian salir. Hízose el conde sordo y no quiso oir á san German, y él se levantó de la mesa y se fué á la cárcel, y postrado á la puerta, con muchas lágrimas suplicó á nuestro Señor que le oyese y librase aquellos pobres, pues el conde no le habia querido oir. En acabando su oracion, se quebraron las prisiones y se soltaron las cadenas, y resplandeció la cárcel, y se abrieron las puertas, y los presos salieron libres: y en castigo de su dureza, Nicasio, queriendo dar satisfaccion á san German, tuvo una enfermedad, de la cual el mismo santo le sanó. Otra vez le aconteció casi lo mismo con un tribunal ó maestre de campo, á quien rogó por ciertos encarcelados: y no habiendo alcanzado de él lo que pedia, lo alcanzó con sus oraciones de Dios, y milagrosamente se abrieron las puertas de la cárcel en que estaban y quedaron libres. Otra vez apareció de noche á otros presos, y les dijo lo que habian de hacer para librarse, como se libraron: y castigando el juez al carcelero y los guardas por haberse huido los presos; el santo convidó á comer al juez que traia consigo las llaves de la cárcel, en la cual habia echado á los guardas: y estando comiendo, llegaron allí los mismos guardas presos, con espanto del mismo juez, que quedó atónito cuando vió delante de sí á los que pensaba que tenia presos, y debajo de su llave, y conoció la gran santidad de German y las maravillas que Dios obraba por los merecimientos de sus siervos.

Habiendo, pues, san German florecido con tantos milagros, y alumbrado el mundo con su vida y doctrina, nuestro Señor le reveló el dia en que le queria librar de este destierro, y llevarle á gozar de sí: y llamando á un notario suyo, le mandó que escribiese sobre su cama estas palabras: «A los 28 de mayo.» Y aunque entonces no se entendió lo que queria decir, despues cuando vieron que el mismo dia dió su bienaventurado espíritu al Señor; todos conocieron que el santo sabia el dia en que habia de morir, y que Dios se lo habia revelado. Murió de casi ochenta años, y el del Señor de 178, y su sagrado cuerpo fué sepultado en el portal de la iglesia de San Vicente, con gran llanto y solemnidad: y en tiempo del rey Pepino, padre del emperador Carlomagno, como doscientos años despues, se trasladó por divina revelacion á la Iglesia mayor, concurriendo á esta traslacion el rey, los obispos y grandes del reino, y obrando nuestro Señor muy notables milagros: entre los cuales fué uno, que ni el rey con los señores de su córte, ni los obispos ni los religiosos que allí estaban, pudieron mover el santo cuerpo, hasta que el rey hizo donacion al santo de un territorio y villa que tenia al rededor de algunas tierras que poseia algun monasterio, y por la vecindad eran maltratadas de los ministros del rey.

La vida de san German, obispo de París, escribió Fortunato, obispo de Poitiers, autor de su tiempo, y la trae Surio en su tercer tomo. Hacen mencion de él los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon, á los 28 de mayo; y Gregorio Turonense en la Historia de Francia, lib. IV, cap. 51, y libro V, cap. 8, y en el libro *de Gloria Confessor.*, *cap.* 92; y Aymon en el libro de su Historia, cap. 9 y 16; y Adon en su Crónica; y Vincencio, lib. XXI, cap. 63; y san Antonino, pág. 2, tít. XII, cap. 6. La Historia de su traslacion está en el séptimo tomo de Surio, á los 25 de junio. Y Aymon escribió dos libros de milagros que Dios obró en ella. Y Gregorio Turonense en el lib. VIII, cap. 33 de la Historia de Francia, y el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio, y en el séptimo tomo de sus Anales, hablan mucho de san German, obispo de París.

* San Justo, obispo.—Fué este santo hijo de Cataluña antiguo principado de España, y uno de los mas célebres hombres de su tiempo por su sabiduría. Educado en el santo temor de Dios, y en los sólidos principios de la virtud, despreció las vanidades del mundo, abrazó la carrera eclesiástica recibiendo el órden sagrado del presbiterado, estando agregado á la santa iglesia de Urgel. Era tanta la fama de su virtud y sabiduría, que por muerte del obispo fué promovido á la silla episcopal del mismo Urgel por eleccion del clero y del pueblo. En el ministerio episcopal portóse como un verdadero apóstol, procurando la reforma de costumbres, reprimiendo así la licencia que tantos estragos causaba en aquellos tiempos. Justo fué otro de los que asistieron al concilio de Toledo en el año 527. Algun tiempo despues publicó un libro sobre el Cantar de los Cantares, que era tenido en gran estima por todos sus contemporáneos. En el año 546 asistió al concilio Leridano, y luego ocupado en su diócesis de Urgel en apacentar su amado rebaño. Murió en 28 de mayo del mismo año 546, habiendo gobernado aquella silla doce años.

San Podio, obispo.—Hijo del rey de Etruria, nació el año de 930, y fué educado como su elevada cuna exigia. Aprovechó extraordinariamente en las ciencias, y fué hecho canónigo en la abadía de San Andrés. Estando vacante la silla episcopal de Florencia, fué Podio consa-

grado obispo, y su vida en el pontificado fué la de un esclarecido santo. Aumentó la gloria de Dios entre sus ovejas, y murió pacíficamente en el Señor el dia 28 de mayo del año 1002. Su cuerpo fué sepultado en aquella catedral, donde todavía se conserva.

San Carauno, mártir.—Natural de las Galias, é hijo de padres cristianos, floreció á fines del siglo V, á pesar de lo que dicen otros, que murió en el reinado de Donaciano. Habiendo quedado huérfano, distribuyó su patrimonio á los pobres y se retiró á una soledad inhabitable, donde fué recreado con frecuentes visitas de ángeles. Dios reveló su mansion al obispo de aquel distrito, que le ordenó de diácono, y lo empleó en el servicio de la Iglesia, dedicándose especialmente al ministerio de la palabra. Su zelo necesitaba mas extension, y asociándose algunos discípulos, emprendió varias misiones á distintas provincias de las Galias, en las que hizo admirable fruto. Un dia al salir de Chartres divisó una cuadrilla de ladrones que se acercaban á él: aconsejó á sus compañeros que se escondiesen entre unas malezas, mientras él divertia á aquellos malhechores con sus discursos. Aquellos criminales, airados por no haberle hallado dinero, se echaron sobre él, y le asesinaron inhumanamente, muriendo de esta suerte Carauno, mártir de la caridad.

Los santos Emilio, Félix, Priamo y Luciano, mártires.—Recibieron la corona del martirio, defendiendo la fé de Jesucristo, en Cerdeña, bajo el imperio de Neron.

Santa Elconida, mártir.—Oriunda de la ciudad de Tesalónica, vivia en ella, y durante la persecucion que se encendió contra la Iglesia, el año 244, fué hecha prisionera y conducida á Corinto. Presentada al juez, confesó generosamente la fé, y fué condenada á ser uncida á un carro de bueyes, y azotada por todo su cuerpo con varas de hierro: despues le cortaron la cabellera, y habiéndola hecho pasear desnuda por toda la ciudad, la quemaron por mucho rato á fuego lento. Librada milagrosamente de estos suplicios, entró en un templo pagano, y por medio de sus oraciones cayeron hechos pedazos los ídolos. Cortáronle los pechos, la entraron otra vez en las llamas, y ella glorificaba siempre al Señor en todos sus tormentos. Habiéndola arrojado á las fieras, estas respetaron su persona, y teniéndola extendida sobre unas parrillas, se le aparecieron los arcángeles Miguel y Gabriel, y le enseñaron la corona que tenia preparada, la cual alcanzó luego, siendo degollada.

Los santos Crescente, Dioscórides, Pablo y Eladio.—Vivian en Roma y predicaban en plazas y calles la religion de Jesucristo. Habiéndolo sabido el prefecto de la ciudad, mandó que fuesen encerrados en un calabozo, con prohibicion de enseñar y de predicar; pero los santos continuaron sus tareas dentro de la misma cárcel, logrando convertir á muchos que estaban presos con ellos, y hasta á los mismos centinelas que los guardaban. Por cuyo motivo fueron sacados de su prision, y despues de haberles azotado fuertemente, les condujeron al templo de Júpiter, para que ofreciesen incienso al dios capitolino. En vez de obedecer la órden imperial, confesaron en alta voz á Jesucristo, y desde luego fueron echados dentro de una hoguera, en la que, glorificando á Dios como los niños de Babilonia, consumaron el martirio.

La Conmemoracion de muchos santos monges de Palestina, mártires.—Estos santos fueron degollados por los sarracenos, en tiempo de Teodosio el Jóven, por los años de 410, en Tecua de Palestina. Sus reliquias, recogidas por sus amigos, obraron muchos portentos y se conservaron con veneracion.

San Senador, obispo.—Fué natural de Milan y arzobispo de la misma ciudad. Su ingenio penetrante, y sus vastos conocimientos en ciencias eclesiásticas, lo hicieron muy respetado de san Leon el Grande, que siendo no mas que presbítero lo envió con una legacion á Teodosio II, emperador de Oriente. Asistió á varios sínodos de Oriente y Occidente, y en todos ellos descolló por su virtud y sabiduría. Elegido y consagrado obispo de Milan, fué prelado vigilantísimo, y nada hizo que no redundase siempre en bien de la Iglesia, y murió el 28 de mayo del año 480.

DIA 29.

San Maximino, obispo de Trebers.—Fué san Maximino natural de la ciudad de Poectiers, hijo de padres clarísimos en linaje, descendientes de senadores. Tuvo por hermano á san Majencio, obispo. En sus primeros años fueron noblemente criados, y aprendieron las sagradas Letras con tanto deseo y aprovechamiento, que pudieron muy bien ser despues, como lo fueron, acérrimos defensores de la cristiana doctrina, y sincera fé. Andando el tiempo, fué Majencio electo en obispo de Poectiers, y su hermano dejó su tierra, y se fué á la Galia Bélgica, que es en los estados de Flandes, hasta llegar á los rios Rhin y Mosa. Allí tuvo noticia de la santidad y heroicas virtudes de san Agricio, obispo de Trebers: fuése á él; y en su compañía, y debajo de su magisterio y doctrina estuvo muchos dias en compañía de otros muchos que por la fama de santidad de aquel santo prelado habian venido de diversas partes á lo mismo. Estando Maximino tan bien ocupado, adquirió tantas virtudes, que ya el Señor lo queria para obispo de aquella ciudad. Súpose así la voluntad de Dios. Un varon de grande santidad, llamado Kiriaco, estando una noche en oracion, vió un ángel que le dijo, dijese á Maximino, que la voluntad de Dios era, que despues que Agricio se fuese al eterno descanso, le sucediese en la dignidad y cargo pastoral. Kiriaco se lo dijo: pero Maximino no queria se lo dijese; porque decia, era indigno de tanta honra y ministerio. Tambien por medio de un ángel fué mandado á Agricio, lo nombrase por su sucesor; y el santo obispo, sin dudar ni rehusar la amonestacion divina, lo bendijo, y nombró por su sucesor. Poco despues á 13 de enero, murió el santo Agricio, y san Maximino fué nombrado y confirmado en la dignidad episcopal, por consentimiento de todos los clérigos, y con asistencia de los obispos comarcanos.

Grandes fueron las cosas que este santo obispo hizo en defensa de la fé católica; porque al tiempo que el emperador Constancio, hereje arriano y favorecedor de los arrianos, desterraba los obispos católicos, Maximino, como dice san Gerónimo en su Cronicon, era tenido por clarísimo de la fé. Siempre estuvo constante, y siempre se puso á los peligros que le pudiesen venir, por ser contrario á los decretos de Constancio. Y aunque todo el Oriente se levantó contra el glorioso san Atanasio, y anduvo huido y desterrado, no hallando donde acogerse en todo el imperio romano; Maximino lo recogió valeroso, y tuvo en

su casa hasta que cesó aquella tempestad. Y no satisfecho con esto, por todas aquellas tierras predicaba la consubstancialidad del Hijo con el Padre: y porque entendió que un obispo llamado Eufrates perdia aquella tierra, predicando que Jesucristo no era verdadero Hijo de Dios, hizo juntar concilio en Colonia, y habiéndose dispuesto la verdad de lo que se habia de tener, privó del obispado á Eufrates, y lo excomulgó. Como sus méritos eran grandes, vino á hacer muchos y extraños milagros: volvia la vista á los ciegos, sanaba los paralíticos, curaba los endemoniados, y hacia, y hasta hoy hace, otros infinitos milagros.

Tenia por costumbre ir en peregrinacion á los sepulcros de los santos, y pedirles favor en todas sus necesidades: por esta causa fué á Roma, y en el camino halló á san Martin, y los dos santos obispos anduvieron mucho tiempo juntos, pasando el trabajo del camino en santas conversaciones. Caminando un dia, tratando de cosas celestiales, un oso feroz les salió al camino, y les comió un jumentillo que los dos llevaban para llevar su ropa y cosas de que tenian necesidad. Advertida por los santos la mala obra, que el oso les habia hecho, san Maximino en nombre del Señor le mandó, que pues se habia comido el animalejo que les servia, que tratase él de servirlos, y que tomase la carga que el jumentillo llevaba: lo cual hizo el oso humildemente llevándola hasta un lugar llamado Ursaria, donde Maximino lo despidió, y dió licencia que se fuése donde quisiese, con tal que no hiciese daño alguno; y así lo hizo humilde y obediente el fiero animal. Tanto gustaba san Maximino de la conversacion de san Martin, que le rogó se fuése con él á Trebers, y san Martin fué, por lo mucho que tambien le agradaba de Maximino la santa conversacion, y llegados los dos, bendijeron al pueblo. Allí encomendó á Maximino un hijo espiritual y muy querido que llevaba, llamado Lubencio; y el santo se quedó con él, y le enseñó las divinas Letras, y le ordenó de misa, é hizo rector de una de sus iglesias.

Despues de esto el glorioso Maximino vino á ver su patria y deudos, y habiendo estado algunos dias gozando de la conversacion de sus parientes y amigos, pasó de esta presente vida á la eterna, donde alcanzó del Señor el justo galardon y premio de sus trabajos. Luego que en Trebers se supo su muerte, eligieron por su sucesor á Paulino, varon de grande constancia en la fé, por cuya defensa habia sido desterrado: el cual comunicándolo primero con su clerecía, y pueblo de Trebers, envió á Poectiers por el santo cuerpo de san Maximino; y traido, lo sepultaron en un lugar, que por un ángel les fué mostrado, donde despues hizo, y hace siempre, infinitos milagros, con que el santo es esclarecido, y Dios glorificado. Fué su dichoso tránsito á los 29 de mayo, dia en que la Iglesia celebra su fiesta por los años del Señor de 347. Escribieron su vida Beda, Usuardo, Adon, Surio tom. III; san Gerónimo *in Chronic.*; Nicéforo, lib. IX hist., cap. 12; Sanctoro, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones y en el tom. III de sus Anales, año 336, núm. 19 y año 347. De los grandes milagros que en su sepulcro obra, escribe Gregorio Turonense *de Gloria Confessorum*, cap. 93.

Al primer hombre estuvieron sujetos todos los animales reconociéndole señor, el tiempo que estuvo en gracia; mas luego que la perdió por la culpa y transgresion del divino precepto, con que inficionó toda su posteridad, todos se le rebelaron justamente; pues él se habia rebelado contra el Criador, y señor de todos y suyo: de aquí nacen los graves daños, que de diversos animales cada dia experimentan los hombres: mas quiere Dios, para honra y gloria suya, y de sus siervos, que á aquellos que de verdad lo son, estén sujetos los animales todos, y la naturaleza, como lo estuvo al primer hombre. Vióse esto ser así en nuestro glorioso obispo san Maximino; pues al punto que mandó á un oso fiero le sirviese, luego le obedeció humilde: no era de los prelados que no saben salir de su casa sin carrozas y vanidades del mundo; y así todo le estaba sujeto, porque lo despreciaba todo: Dios quiera acertemos á imitarle por su intercesion. Amen.

* San Conon y su hijo, mártires.—En el reinado del emperador Aurelio, este santo vivia en Iconia, ciudad del Asia; y despues de la muerte de su esposa, puso todos sus cuidados en educar en la virtud el hijo que le diera el cielo. Fué su hijo ordenado de diácono á la edad de doce años, y viviendo en compañía de su padre, ambos se ocupaban en obras de piedad, y en instruir á las gentes en la doctrina del Evangelio difundiendo así la caridad y el amor á Dios entre los pueblos. Mientras se dedicaban á tan buenas obras, se promulgaron en su patria los edictos del emperador contra los cristianos. Como era pública y notoria la profesion de fé de Conon y su hijo, muy en breve fueron conducidos en presencia del ejecutor de los edictos; y al ver el gobernador á un padre anciano y á un tierno hijo, les preguntó porque habian escogido una vida tan trabajosa y privativa; mas ellos que no tenian mas deseo que gozar de su Dios, le contestaron: que ellos no amaban el mundo, y por lo mismo no vivian segun el espíritu del mundo; pues solo anhelaban adquirir en el cielo; y como este no se alcanza sino por medio de la violencia y sufrimentos, por esto habian preferido una vida de humillacion á una vida de placeres y delicias. Esta respuesta llenó de confusion al tirano; así es que montado en cólera mandó que padre é hijo fuesen colocados sobre unas parrillas ardiendo, y colgados despues de los piés fuesen ahogados por el humo. Conon y su hijo manifestaron mucho valor, en términos que el padre reprendia la debilidad de los verdugos, de que enfurecido el tirano dió órden para que les fuesen cortadas las manos por medio de una sierra de madera, en cuyo tormento exhalaron padre é hijo su último suspiro. Sucedió su muerte el dia 20 de mayo del año 275.

Los santos Sisinio, Martirio y Alejandro, mártires. —Estos tres santos, de los cuales los dos últimos fueron hermanos, vinieron de Capadocia á Italia, durante el reinado de Teodosio el Grande. Estuvieron algun tiempo en Milan, donde san Ambrosio les trató con todo el respeto debido á sus virtudes. Habiendo san Viglio, obispo de Trento, ordenado de diácono á Sisinio, á Martirio de lector, y á Alejandro de ostiario, les envió á predicar el Evangelio á los Alpes, donde apenas era conocida la religion cristiana. Excitaron su celo particularmente entre los habitantes de Anania; y sin embargo de la oposicion y malos tratos que tuvieron que sufrir, al fin con su paciencia, mansedumbre y caridad ganaron un gran número de almas para Jesucristo. Sisinio erigió una iglesia donde juntó á sus convertidos para completar su enseñanza. Los pa-

ganos vieron que su número se iba diariamente disminuyendo, y formaron la resolucion de obligar á los nuevos convertidos á asistir á una de sus idólatras funciones; pero Sisinio y sus compañeros se esmeraron en retraerles de semejante pensamiento. Esto enfureció tanto á los infieles, que resolvieron matar á los santos predicadores, y yendo á la iglesia en que estaban cantando las divinas alabanzas, les apalearon de un modo tan cruel, que Sisinio murió á las pocas horas. A los pocos dias le siguieron en la corona sus dos santos compañeros, en el mes de mayo del año 397.

SAN RESTITUTO, MÁRTIR.—La ciudad de Roma le dió el ser, y fué testigo de su glorioso martirio. En tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, fué Restituto presentado por unos soldados al presidente Hermógenes, que habiéndole preguntado por su religion y por su conducta, le contestó que él era cristiano de todo corazon, y que en su conducta no tenia mas mira que alcanzar la gloria eterna, y hacer participante de ella á sus hermanos. Permaneciendo siempre constante en esta confesion, fué azotado, emplomado, atormentado, con otros suplicios, y por fin degollado.

SANTA TEODOSIA, Y OTRAS DOCE NOBLES MATRONAS, MÁRTIRES.—Santa Teodosia fué madre de san Procopio, y su vida se halla con la de su hijo en el dia 8 de julio.

LA CONMEMORACIÓN DE MIL QUINIENTOS VEINTE Y CINCO MÁRTIRES.—Fueron compañeros de san Venancio en el martirio, el cual se explica en la vida de este santo, puesta en el dia 18 de este mismo mes.

SAN MÁXIMO, OBISPO DE VERONA.—Floreció en el siglo IV, y fué de gran santidad. Juntó á una caridad inmensa un celo ardiente por la gloria de la religion, cuyos intereses y doctrina defendió contra los herejes y libertinos de su tiempo. Fué muy estimado de los hombres y muy favorecido de Dios, y murió en medio de su rebaño á fines del siglo IV ó á principios del V. En su honor levantóse poco despues de su muerte un templo, donde obró el cielo muchos milagros por su intercesion.

SAN ELEUTERIO, CONFESOR.—Fué de nacion inglés, y hermano de los santos Grimaldo y Fulco, en cuya compañía se trasladó de su patria á Italia. Habiendo visitado los lugares santos de Roma, pasó á Aquino, y hallándose en Arce, pueblo del Lacio, acometióle una enfermedad que le llevó al sepulcro. Su conformidad, sus penitencias, y su humildad fueron admirables. El Señor se complació en manifestar la santidad de su siervo por medio de milagros obrados junto á su cadáver. En el mismo lugar donde acabó Eleuterio sus dias, levantó el pueblo un templo en señal de gratitud á los beneficios que le habia dispensado; cuyo templo es aun glorioso por los muchos portentos de que son testigos los que van á visitarle.

DIA 30.

SAN FÉLIX, PAPA Y MÁRTIR.—San Félix, papa, primero de este nombre, natural de Roma, é hijo de Constancio, sucedió en el pontificado á san Dionisio, papa. Fué martirizado en tiempo de Aureliano, emperador, el cual, aunque los primeros años de su imperio, por estar muy ocupado en grandes guerras, dejó vivir en paz á los cristianos; pero despues que alcanzó ilustres victorias de sus enemigos, y triunfó de ellos, en Roma movió persecucion contra la Iglesia de Cristo, y fué la novena, que ella padeció, y murieron muchos gloriosos mártires del Señor, por los edictos y crueldad de Aureliano, y entre ellos nuestro santo pontífice Félix, despues de haberlo sido dos años y cinco meses, segun el cardenal Baronio; aunque otros le ponen cuatro años, y algunos meses mas. En tiempo de san Félix salieron del infierno dos herejes para hacer guerra á la Iglesia Católica, Paulo Samosateno, obispo de Antioquía, siro de nacion, y un Manes, persiano, caudillo y autor de la secta de los maniqueos, que duró y afligió tantos años la Iglesia del Señor. Pero nuestro glorioso y sumo pastor se opuso valerosamente á ellos, no dejando de hacer todo cuanto pudo, para sanar á los herejes, y confirmar en la fé los católicos, y cumplir con su obligacion de santo prelado; y como tal escribió una carta maravillosa á Maximino, obispo de Alejandría, de la divinidad y humanidad del Hijo de Dios, y de las dos naturalezas distintas en una persona, en la cual gravemente confuta los errores de Paulo Samosateno y de Sabelio: y de esta epístola se hace mencion en el concilio Calcedonense, y san Cirilo la cita, y se vale de la autoridad de ella contra los herejes. Ordenó, que nadie osase celebrar, sino solo los sacerdotes: que la misa no se pudiese decir fuera del templo, ni en lugar profano, sin grandísima necesidad: lo cual establecieron tambien otros santos pontífices y concilios, juzgando ser ménos inconveniente no oir misa, que oirla en lugar profano é indecente.

Determinó, que si acaso se dudase, si alguna iglesia estaba consagrada, ó nó; que en duda se pudiese tornar á consagrar: pues no se puede decir, que se torna á hacer, lo que no se sabe de cierto haber hecho una vez. Hizo decreto, que se celebrasen misas en honor y memoria de los mártires, como hasta entonces se habia usado en la Iglesia, aunque no habia decretos de ello. Ordenó en dos veces nueve sacerdotes, cinco diáconos, y otros tantos obispos. Su martirio fué á los 3 de mayo, en que la Iglesia celebra su fiesta: y murió el año del Señor de 275, y en el quinto año del emperador Aureliano. Su santo cuerpo fué sepultado en la via Aurelia, dos millas de Roma, en un cementerio propio suyo, en donde él habia hecho y consagrado un templo.

SAN FERNANDO, REY DE CASTILLA Y LEON, CONFESOR.—San Fernando, rey de Castilla y Leon, tercero de este nombre, fué hijo de don Alonso el IX, rey de Leon, y de doña Berenguela, que primero fué infanta, y despues reina de Castilla. Su padre fué valeroso rey, zeloso de la religion y amigo de la justicia, enemigo de los infieles, padre de sus vasallos, liberal con los pobres, especialmente con los religiosos, y tan aficionado al sagrado culto, que llevaba consigo muchos eclesiásticos que celebrasen en su presencia solemnemente los oficios divinos todos los dias; aunque deslució algo tantas prendas con el enojo implacable que tuvo con su hijo, por dar oidos á chismes de hombres, que por congraciarse con él, le pusieron mal con su hijo don Fernando y su esposa doña Berenguela. A la madre del santo dan las historias los títulos de santísima, devotísima, prudentísima, sapientísima, reina sin segunda, espejo de toda España y consejo de los príncipes de ella. «Esta es, dice don Lucas, obispo de Tuy, la que dilató la fé en Castilla y Leon: la que reprimió los enemigos del reino, la que edificó magníficos

templos, y la que enriqueció las iglesias: » y verdaderamente merece todos estos elogios; porque fué una reina incomparable, digna madre, y maestra de tan santo y excelente rey, como nuestro Fernando. El lugar de su nacimiento no se sabe, compitiendo muchos lugares, por la honra de su patria: porque los de Guadalajara dicen, que nació en una torre suya, llamada la Torre del Infante: otros escriben, que nació en un monte entre Salamanca y Zamora, que por eso le llamaron «Montano» ó «Montesino:» otros, que nació en Toro: otros que en Leon, córte de los reyes; mas nó sin particular providencia quiso Dios que se ignorase el lugar de su nacimiento, para que no sabiéndose su patria en la tierra, se conociese que era un rey venido del cielo, ó porque el rey no es natural de una ciudad ó pueblo, sino de todo el reino, para cuya utilidad nace. Tampoco se sabe el año cierto de su nacimiento; pero fué al tiempo, que en Francia se iba extendiendo la herejía de los albigenses, y en mucha parte de España reinaba la secta de Mahoma, cuando Dios envió al mundo las sagradas religiones de santo Domingo, y san Francisco, dando á aquellos dos valerosísimos caudillos, por compañeros á Fernando, para que cuando ellos con sus sagradas compañías de religiosos destruian con la palabra las herejías; Fernando con los escuadrones de sus soldados desterrase de España con las armas el Alcoran, y dilatase los términos á la fé.

El nombre de Fernando, y su reinado, fué profetizado maravillosamente muchos años ántes de su nacimiento; porque queriendo un hebreo en la ciudad de Toledo extender los linderos de una viña suya, rompió una peña y halló dentro un libro tan milagrosamente encerrado, como lo manifestó el no tener la piedra ninguna hendedura, por donde pudiese haber sido puesto en ella. Tenia este libro las hojas de madera muy sutil, y estaba escrito en tres lenguas, hebrea, griega y latina; hablaba de tres mundos, desde Adan hasta el Anticristo, y declaraba las propiedades de los hombres, que habian de vivir en aquellos tiempos: y en el principio del tercer mundo decia: que el hijo de Dios habia de nacer de la Vírgen María, y habia de padecer por la salud de los hombres. Contenia tambien el libro, que habia de ser hallado, reinando en España el rey don Fernando. Admirado el judío de tan raro suceso y maravilla, se convirtió á la verdadera religion él y toda su familia. Tambien se dice que estando el rey don Alonso el VIII, abuelo de nuestro Fernando, enfermo y furioso, por la muerte violenta de aquella mujer lasciva, llamada Fermosa, se le apareció un ángel y le dijo: que en castigo de sus pecados no se lograrian sus hijos varones; mas que se restauraria esta pérdida, por una hija suya madre de un príncipe milagroso, conquistador de nuevos reinos, y propagador de la fé católica. Despues que nació Fernando, siendo de pocos años, fueron profetizadas sus felicidades por san Juan de Mata, patriarca de la sagrada órden de la Santísima Trinidad; segun refiere Gil Gonzalez Dávila: porque hallándose el santo rey con su padre don Alonso en Burgos, á tiempo que san Juan de Mata trataba de fundar allí un convento de su religion, el rey, conociendo su santidad, le rogó que bendijese á sus hijos, y llegando el santo á Fernando, dijo: que habia de tener muchas felicidades en Castilla, y habia de recibir muy especiales favores de Dios.

Crió la reina doña Berenguela á los pechos á su hijo Fernando como doña Blanca su hermana á san Luis, hermanas verdaderamente dignas de eterna alabanza, que criaron á sus pechos dos reyes santos, y siglo verdaderamente de oro para España y Francia, en que merecieron un Luis y un Fernando, y pudieran competir en la santidad de sus reyes, mejor que ahora en las armas, si hubiera batallas en el cielo. Parece que mamó el niño con la leche las virtudes de su santa madre: y ella en teniendo uso de razon, le crió en temor de Dios y buenas costumbres, y le dió maestros, que le enseñasen las letras y artes que convienen á un príncipe. Con esto no tuvo el santo rey en su niñez mas que el nombre de niño: en las costumbres era anciano, como escribe don Lucas de Tuy. En la mocedad resplandeció en él todo género de virtud, y especialmente la religion, la honestidad, la modestia, la prudencia y la misericordia, no conociéndose en él ningun vicio: á que le ayudó mucho el estar siempre ocupado y nunca ocioso; porque el tiempo que no gastaba en la devocion ó las armas, ocupaba en leer historias, para sacar de ellas acciones que imitar, yerros que huir: con que copió en sí las virtudes de los reyes sus progenitores, y huyó sus vicios para hacerse un príncipe cabal y perfecto. Era obedientísimo á su madre, y duróle esta obediencia, aun despues de haber empezado á reinar, todo el tiempo que su madre vivió, estando sujeto á la voluntad de su madre; como pudiera un humilde discípulo á su maestro, segun dice don Lucas de Tuy; y como algunos de los ricos hombres murmurasen, de que despues de ser rey, estuviese tan rendido á su madre; dijo el santo. En dejando de ser su hijo, dejaré de serle obediente.

Sucedió en Palencia la muerte desgraciada de don Enrique el I, jóven de pocos años, hijo de don Alonso el VIII, habiendo reinado dos años y nueve meses. Sucedió en el reino doña Berenguela, su hermana mayor, que á la sazon estaba en Castilla apartada, y repudiada del rey de Leon, por mandado del sumo pontífice, á causa del parentesco: y ántes que el rey de Leon supiese la muerte de don Enrique, la cual procuraba ocultar, aun de la misma reina, el conde Lara, por no perder el mando que tenia, viviendo el rey, le envió á pedir con toda priesa, que le enviase á su hijo don Fernando, para que le defendiese de la tiranía de los condes de Lara, que le hacian guerra declarada, y la habian cercado en Otella (aunque despues levantaron el cerco), sin descubrirle al rey la muerte de su hermano, porque no hiciese pretension á la corona, á título de esposo. Envió el rey de Leon á su hijo, y él vino á Otella, donde estaba su madre, sin saber á lo que venia. Doña Berenguela se hizo luego jurar por reina de Castilla, y despues hizo pública renuncia del reino en su hijo. Fué aclamado por rey don Fernando en la ciudad de Najara, debajo de un olmo, segun la llaneza de aquellos tiempos, y se alzaron los estandartes por el nuevo rey, é hicieron las demás solemnidades: luego pasó acompañado de los ricos hombres á la ciudad de Palencia, que se allanó fácilmente, y despues la villa de Dueñas con las armas. Pretendia el conde de Lara, don Álvaro, ser tutor del nuevo rey como lo habia sido de don Enrique; pero ni la edad de Fernando, que era de diez y ocho años, ni la prudencia que era de mucha edad, necesitaban de este arrimo: por lo cual la reina doña Berenguela, temiendo los rompimientos que

podia haber en Castilla, ocasionados del conde, y los que se podian temer de Leon, queriendo el rey su marido la corona para sí, ántes que para su hijo; convocó cortes generales en Valladolid, donde se decretó que la reina doña Berenguela era la heredera legítima de su hermano don Enrique; y segunda vez cedió la corona en su hijo don Fernando, y fué aclamado por rey de Castilla en una de las plazas de Valladolid, de donde fué acompañado de señores y ricos hombres, é innumerable pueblo á la iglesia Mayor, donde juró los privilegios del reino, y los vasallos le hicieron sus acostumbrados homenajes; y él rindió las gracias al Rey de los reyes, poniendo á sus piés la corona, que él mismo le habia puesto en la cabeza.

En sabiendo el rey de Leon lo que pasaba en Castilla, y la cautela con que doña Berenguela le habia quitado á su hijo, envió á su hermano don Sancho con grueso ejército á las fronteras de Castilla, y luego entró él con otro mayor por la tierra de Campos, haciendo tantas hostilidades en las tierras de su hijo, como si fueran del mayor enemigo. No quisieron doña Berenguela ni don Fernando hacer guerra á su esposo, y padre: trataron de paces; pero el rey de Leon, persuadido de su ambicion, y de las promesas del conde don Álvaro, que como mal contento se puso de su parte, no dió oidos á los obispos de Burgos y Ávila, que le envió su hijo por embajadores, y prosiguió sus hostilidades hasta Burgos, pretendiendo apoderarse de aquella ciudad por fuerza de armas; pero saliéndoles al opuesto un ejército de castellanos, aunque muy inferior en el número al de los leoneses, como le favorecia la justicia, y le acompañaba el valor, hizo retirar al rey de Leon y á los suyos con mas priesa que habia venido. Con este buen suceso enviaron á Fernando sus embajadores, para darle la obediencia, algunas ciudades engañadas del conde don Álvaro, y á él le quitó por fuerza de armas otros pueblos, que tenia tiranizados.

Celebró cortes en Burgos, y ganó tanta fama de prudente y religioso príncipe, que luego se le rindieron muchos lugares que estaban á devocion del conde: y cogió el mismo conde, y usando de grande clemencia, le perdonó la vida y le admitió en su gracia, y á don Fernando, hermano del conde, que aun se resistia y no queria entregar á Castrojeriz y á Oracion, le concedió por via de concierto que tuviese en nombre del rey los pueblos, de que se nombraba señor. Pero volviendo el rey de Leon con su ejército reclutado á Castilla, los Laras se volvieron á inquietar, y á llamarse señores de los lugares; y el santo con fuerza de armas los hizo huir de Castilla, y pasarse á Leon: pero estando para darse la batalla entre los dos ejércitos de Castilla y de Leon, no pudiendo sufrir el santo rey que se derramase la sangre de sus vasallos, que lo eran ya, y lo habian de ser despues, ni que se dijese que un hijo, aunque con tan justa causa, hacia guerra á su padre, le escribió una carta en que se queja amorosamente, de que le haga guerra sin causa, debiendo alegrarse de su felicidad: y concluye, que no teme hacer guerra á ningun rey del mundo; pero que no puede hacérsela á él, que es su padre y señor, y que por eso le conviene sufrir, hasta que conozca lo mal que hace. La respuesta de su padre fué, que le movia á hacer la guerra el interés de cantidad de maravedises, en que estaba defraudado su reino: á que satisfizo prontamente el rey don Fernando, sin mas averiguacion; y con esto se ajustaron las paces. Aunque el santo rey era castísimo, sin verse en él señal alguna, que oliese á ménos pureza; con todo esto, cuando tuvo edad competente, pareció á la reina doña Berenguela su madre, que se casase: y para esto eligió á la infanta doña Beatriz, hija de Felipe, que fué emperador de Alemania, y de su mujer la emperatriz doña Irene. Ajustáronse las bodas, y fué traida la infanta á Castilla, donde se desposó con el rey don Fernando en la ciudad de Burgos, velándolos el obispo de Burgos Mauricio, habiendo celebrado el dia ántes misa de pontifical en el monasterio de las Huelgas, en que el santo rey se armó á sí mismo caballero. Fué la reina doña Beatriz, como dice el arzobispo don Rodrigo, excelentísima, hermosa, sabia y honesta, y dióle al rey siete hijos, don Alonso, don Enrique, don Felipe, don Sancho, don Manuel, doña Leonor, que murió niña, y doña Berenguela, que tomó el hábito en el convento de las Huelgas de Burgos. Muerta doña Beatriz, casó segunda vez con doña Juana hija de Simon, conde de Poitiers; y de este matrimonio le nacieron tres hijos, don Fernando, llamado de Poitiers, doña Leonor, y don Luis. Mas volviendo al hilo de nuestra narracion; sucedió la muerte del conde de Lara, y su hermano don Fernando, con que cobró mayores esperanzas de paz Castilla; y así le fué mas fácil al santo rey sosegar algunas alteraciones de menor monta, que se levantaron: y en viendo reprimidas las parcialidades de Castilla, y sosegadas las alteraciones, para hacer vasallos leales, de los que habian sido infieles, y porque la paz fuese perpetua y durable, dió perdon general á todos los que le habian desservido, y mandó que todos sus vasallos hiciesen lo mismo, y olvidasen las enemistades que entre sí tenian, y los agravios recibidos: ganó á los nobles con honras y mercedes, y á los plebeyos con liberalidad y agrado. Para el gobierno de las ciudades nombró á los que en virtud y prudencia se adelantaron á los demás, y á los que entendia ser mas aceptos á los vasallos; proveyó que en los tribunales se hiciese justicia, y se mirasen con misericordia las causas de los pobres. Entraron por entonces en España algunos herejes albigenses; y el santo era tan enemigo de ellos, que no contento con hacerlos castigar por sus ministros, él mismo traia la leña en sus hombros, y la aplicaba, para quemarlos. Finalmente, puso buen órden en todas las cosas de su reino, con tanto acierto y prudencia, como si hubiera reinado muchos años, y le hubiera enseñado la larga experiencia el arte de reinar; pero enseñábasele Dios en la oracion, en que gastaba mucho tiempo, pidiendo luz para acertar, diligenciándola con ayunos, penitencias y frecuencia de sacramentos. Con estas y otras virtudes tenia tan ganados á sus vasallos, que era mas rey de sus corazones, que de las ciudades y lugares de su reino.

Aprovechándose el rey de esta buena voluntad de sus vasallos, y conociendo que Dios le habia puesto en una mano el cetro, para que tomase en la otra mano la espada vengadora de sus injurias, determinó hacer guerra á los moros, que tiranizaban gran parte de España, y conquistar los reinos y ciudades que poseian: nó para extender los límites de su imperio, sino para aumentar los términos de la religion cristiana. Con saber que el rey salia á pelear, se le juntó luego un buen golpe de ejército, y entre ellos los señores y caballeros mas principales de su reino. Con esta noticia, y algunas entradas que hicieron en el reino de Valencia los de Cuenca, Huete, y otros de aquella comarca; el rey moro de Valencia, que se llamaba

Benzuit, temeroso de la guerra que amenazaba á sus fronteras, envió á pedir licencia al rey don Fernando, para verse con él en Cuenca, que habia hecho su plaza de armas, y el santo rey le recibió con mucho agasajo, y le dió silla debajo de su dosel: y el moro, vencido del agasajo, mas que ántes del temor le ofreció perpetuo vasallaje, y se volvió á Valencia: y hay quien diga que poco despues dejó la secta de Mahoma, y recibió la ley de Jesucristo. Hizo entrada el santo rey en Andalucía, y pasando Sierra Morena, vinieron embajadores de Mahomad, rey de Baeza, á ofrecerle la obediencia, y que estaba pronto para rendirle la ciudad, y asistirle con dineros y vituallas, contra los que le hiciesen resistencia. Estos dos reyes tributarios fueron las dos primeras victorias, que le dió el Señor sin sangre, por prenuncio de las que despues le habia de dar en lo restante de su vida. Y si quisiéramos contar todas sus guerras y conquistas, fuera cosa muy prolija, y ajena de nuestro propósito; basta decir ahora, que en treinta y cinco años que reinó, andando siempre en campaña con las armas en la mano, no intentó empresa con que no saliese, ni entró en batalla que no venciese, ni sitió ciudad ó fortaleza que no rindiese, ni acometió reino que no avasallase. ¡Cosa prodigiosa y mayor que toda admiracion! Unos reyes se le rendian vencidos del temor de su poder, otros ganados de su afabilidad y trato, otros de la fuerza de sus armas; y en todas ocasiones era singularísimamente favorecido de Dios, en quien ponia toda su confianza, nó en sus escuadrones. Repetia en todas sus peleas las palabras del profeta David: *Dominus mihi adjutor: non timebo, quid faciat mihi homo:* El Señor está en mi ayuda: no temeré cuanto me puede hacer el hombre, y favorecíale Dios tanto; porque en todas sus batallas no buscaba su propia gloria, sino la gloria de Dios. Preguntado, cuál seria la causa de que sus dichas eran mayores que las de sus antepasados; respondia: Pudo ser que mis antecesores cuidasen á veces mas de extender su grandeza, que de introducir la fé: de multiplicar vasallos, que de aumentar altares; y con esto se malograsen sus designios. Y en el mismo escuadron, y ocasion de acometer, solia levantar los ojos y las manos al cielo, y decir con grande afecto: Tú, Señor, que conoces los corazones, y te son patentes los mas secretos pensamientos, sabes que no busco mi gloria, sino la tuya, y que no deseo tanto el aumento de los reinos caducos de la tierra, cuanto el aumento de la fé católica y religion cristiana. Cuando habia de salir á batalla, principalmente en la conquista de Sevilla, se armaba el pecho y los brazos con un interior cilicio. Antes de emprender la guerra y mientras duraba, precedian y la acompañaban sagradas romerías, oraciones y sacrificios, implorando el favor de Dios, de María santísima y de los ángeles y santos, á cuyo culto y veneracion dedicó siempre los despojos de sus victorias, y consagró los lugares de sus triunfos; y con eso no es maravilla que pelease por él el cielo, y que la victoria se alistase debajo de sus banderas, y que se cuenten sus batallas por sus victorias, y sus empresas por sus triunfos.

Despues de haber entrado en el reino de Castilla, y pacificádole sin sangre, nó sin particular favor del cielo, le introdujo Dios aun con providencia mas maravillosa en el reino de Leon. Murió por los años de 1232 el rey don Alonso su padre, dejando por herederas á doña Sancha, y doña Dulce, hijas de su primera mujer doña Teresa, desheredando sin razon ni justicia al santo rey. Fué este á tomar la posesion del reino de Leon, y le halló mas llano de lo que pensaba; porque los pueblos le abrian las puertas, y le festejaban llamándole rey pio y bienaventurado, con otros títulos y renombres. La ciudad de Toro fué la primera que le envió la obediencia por sus cartas; y así mereció la honra de que se coronase en ella el santo por rey de Leon. Con todo eso, en la ciudad de Leon resistian á la posesion y entrada del santo rey, algunos hombres poderosos, por sus particulares intereses, apoyando el derecho de las infantas, queriendo mas ver el cetro en manos de una mujer, que de un rey tan poderoso, por poder ellos tener mas parte en el mando. Entre los demás se señaló particularmente don Diego Lopez de Haro, hijo de la condesa doña Sancha, haciéndose fuerte con sus aliados en la iglesia y torre de San Isidro, desde donde publicaban por reinas á las infantas; pero el cielo con un suceso milagroso lo pacificó todo, y facilitó al santo rey la posesion; porque de repente le sobrevino á don Diego Lopez de Haro un dolor de cabeza tan vehemente, que le parecia le sacaban los ojos y que se le acababa la vida. Apareciósele san Isidro, y amenazóle con la muerte, si no se rendia al santo rey; y obligado del dolor, sin ver con quién hablaba, le oian repetir con alaridos disformes: «Déjame de atormentar, Isidro; que yo hago voto á Dios, y te prometo de dar la obediencia al rey don Fernando.» Con esto sintió alivio en su dolor, y entregó al obispo de Leon don Rodrigo la iglesia y torre; y este al santo rey don Fernando, que fué recibido en Leon con pompa real, y en esta ciudad fué coronado solemnemente del obispo don Rodrigo. Milagroso fué tambien el triunfo que alcanzó el santo rey de los moros de Jerez de la Frontera. Envió á esta conquista al príncipe don Alonso, su hijo, y á don Alvar Perez de Castro, con tan poca gente, que para cada cristiano habia diez moros. Trabóse la batalla con grande soberbia y confianza de Abenuth rey de Jerez, que tenia la victoria por segura, pero presto se declaró la victoria por los cristianos, que quitaron la vida á innumerables moros, que habian visto al patron de las Españas, Santiago, y á otros hermosísimos caballeros, vestidos de blanco peleando por los cristianos.

No fué ménos maravilloso el suceso de Martos, cuando la condesa doña Irene con solas mujeres, por los méritos del santo rey, defendió aquella fortaleza de un poderoso ejército de moros, hasta que le vino socorro. Habiendo desamparado de noche secretamente el maestre de Calatrava y los cristianos el alcázar de Baeza, donde estaban de guarnicion, juzgando imposible el conservarle, por hallarse cercados y acometidos de innumerables moros, volviendo los ojos hácia el castillo, que habian dejado, vieron sobre su homenaje una cruz resplandeciente en el aire, y entendieron que el cielo marcaba aquella ciudad por los cristianos, y los llamaba para entregársela. Volvieron al alcázar, y se conservaron en él hasta que viniéndoles socorro, ganaron la ciudad; atribuyendo todo este milagroso suceso á las oraciones y mérito del santo rey. Cuando el rey determinó conquistar á Sevilla, envió á don Pelayo Correa, maestre de Santiago, con parte de sus tropas, á la otra parte del Guadalquivir á vista de Arnalfarache, villa fuerte y muy poblada de moros, donde hizo cosas hazañosas; mas un dia saliendo de su alojamiento con buen número de gente hácia Sierra Morena y confines de Estremadura,

en el sitio que llaman la Calera, trabó una sangrienta batalla con innumerable multitud de moros: estuvo mucho tiempo dudosa la victoria, hasta que declarándose por los cristianos, los moros se pusieron en huida: y dicen muchos y graves historiadores, que viendo el valeroso capitan que le faltaba el dia para dar el alcance á los enemigos y perfeccionar la victoria, alzó los ojos al cielo y á la Vírgen santísima, cuyo dia era, y con grande confianza le dijo: Santa María, deten tu dia: y obedeciendo María á la voz de don Pelayo, como dice la Escritura que obedeció Dios á la de Josué, se repitió el mismo prodigio, parándose el sol en el cielo todo el tiempo que fué menester para que el capitan consiguiese la victoria. Notaron despues los que asistian al rey, que estaba al mismo tiempo en oracion, vueltos los ojos al occidente; y atribuyeron el haberse parado el sol, mas á la oracion del santo, que á la voz del maestre. En memoria de este prodigio dedicó el maestre don Pelayo á la Reina del cielo un templo en aquel sitio, con nombre de «Santa María, deten tu dia;» y hoy abreviado se llama Santa María de tu dia. A este prodigio se siguió otro: porque estando el ejército muy fatigado y sediento, sin encontrar agua, el maestre, cual otro Moisés, hirió con la lanza un peñasco, en nombre de Dios y de su santísima Madre, y luego brotó una clara y copiosa fuente de agua con que bebió y se refrigeró todo el ejército.

Dejando muchos sucesos y providencias singulares con que favorecia el cielo al santo rey; baste decir que Fernando pacificó los reinos de Castilla y Leon, que habia heredado: hizo tributarios á los reinos de Valencia y Granada: conquistó á los de Murcia, Córdoba, Jaen y Sevilla; y en tantas conquistas y victorias tuvieron mas parte sus oraciones que sus armas, y el favor del cielo que el valor de sus soldados. Solamente hablaremos de la conquista de Sevilla donde se amontonaron los milagros, si se puede decir así; y por eso es justo hablar mas en particular de los sucesos de esta conquista; y porque juntamente se verá la prudencia militar y cristiana del santo rey. Habiendo sitiado el rey don Fernando á la ciudad de Sevilla á lo largo, por tener pocos soldados, y el rey de Sevilla Ajathaph innumerable ejército, vino su hijo el infante don Alonso, acompañado de muy lucidas tropas; y con este socorro estrechó el sitio de Sevilla, con determinacion de no desistir de la empresa, aunque fuese menester morir en ella. Dispuso todas las cosas como para un largo sitio, de manera que tuviesen los soldados alguna comodidad y abundancia de lo necesario. Sus reales parecian una numerosa córte, ú otra Sevilla cristiana, opuesta á la que poseian los moros; porque formó diferentes plazas de madera para las vituallas, y calles en que estuviesen repartidos los artífices, como otras cosas necesarias á la vida humana. Hizo tres templos en que se celebrase el sacrificio de la misa, y le oyesen los soldados, y colocó en los tres templos tres imágenes de la Vírgen, que llevaba siempre consigo. Estando en oracion el santo rey en uno de estos templos, se le apareció san Isidoro, arzobispo de Sevilla, y le mandó que levantase sus reales y se acercase á la ciudad, para que la cogiera, aunque á costa de muchos trabajos. Aun no tenia bastante gente para poner sitio regular á Sevilla: y como valeroso y prudente capitan repartió los soldados en sus puestos para que embarazasen todos los caminos reales que guiaban á las puertas de Sevilla, poniéndolos en distancia que pudiesen ayudarse unos á otros en las ocasiones. Hacian los moros diversas salidas de la ciudad; pero como siempre llevasen la peor parte, determinaron defenderse dentro de los muros de Sevilla. Con esto iba el cerco muy á la larga: y habiendo pasado un año, considerando el santo que sus reinos estaban muy gastados, y no le podian socorrer con mas cantidad de la que hasta allí le habian socorrido, siendo necesario conservar y sustentar allí el ejército; de consejo y consentimiento de los tres estados, mandó labrar gran suma de moneda con el mismo cuño, que hasta allí tenia, mas no se le echó mas que la mitad de la justa ley, y quilates: y el rey prometió que pasada esta necesidad pagaria á todos los que tuviesen esta moneda lo que faltaba del justo precio, como despues lo cumplió. Animó tambien á los soldados con la confianza en Dios, y con el favor de su santísima Madre, que como le habian movido á esta empresa, le ayudarian para darle cabo: y no le faltó el favor que se prometia; porque recogiéndose una tarde á orar á uno de los templos, que habia fabricado en sus reales, en el cual tenia la imágen de nuestra Señora de los Reyes, perseveró algunas horas en oracion, implorando el favor de la Reina de los ángeles, llorando sus culpas, á las cuales atribuia la dilacion de aquella empresa, y oyó claramente de la boca de la Vírgen estas palabras: «En mi imágen de la Antigua, de quien tanto fia tu devocion, tienes continua intercesora: prosigue, que tú vencerás.» Estaba por especial providencia de Dios la imágen de la Antigua dentro de Sevilla, en la mezquita de los moros; y el santo rey, siendo ya muy entrada la noche, absorto y fuera de sí, salió del templo donde habia recibido el favor de la Vírgen, y movido de superior impulso se fué á Sevilla, y llegó á la puerta de Córdoba, donde encontró un mancebo gallardo y hermoso, que se cree, era su ángel de guarda, el cual caminando delante, y haciéndole señas, para que le siguiese, le llevó por las calles de Sevilla á la mezquita mayor: abriéronsele las puertas; y entrando dentro, vió y adoró la imágen de María con increible gozo de su corazon: y despues de haber orado y pedido favor á la Reina del cielo, y recibido de ella los favores que no merecimos saber, salió de la mezquita para volverse á sus reales, y reconoció habérsele caido la espada: la cual encontró al salir por la puerta de Córdoba; mostrando Dios y la Reina del cielo, que no necesitaba de armas en aquella ciudad de enemigos; porque ellos le defendian y guardaban en mayor peligro.

Finalmente, apretando cada dia mas el santo rey á Sevilla con su gente, y venciendo á los moros en diferentes encuentros, el rey Ajathaph le rindió la ciudad, solo con condicion que les guardase las haciendas y las vidas, dia de san Clemente á 23 de noviembre de 1248, habiendo durado diez y seis meses el sitio. Entregaron los moros al rey las llaves; y los judíos, que habia en la ciudad de Sevilla, le entregaron otra que hoy se conserva en la santa iglesia de aquella ciudad, en la arca donde se venera el cuerpo del santo rey. Es de diferentes metales, y tenia dos inscripciones de caractéres hebreos que profetizaban al parecer este suceso y entrada del santo rey: una inscripcion estaba en las guardias, y decia así: «Dios abrirá, y el rey entrará:» otra en el anillo de la llave, que decia: «El Rey de los reyes abrirá, y el rey de

toda la tierra entrará.» Eligió el rey para entrar triunfando en Sevilla el dia 22 de diciembre de 1248, por ser consagrado á la traslacion de san Isidoro, su arzobispo: y reconociendo que á la Reina de los ángeles se debia esta victoria, quiso que ella triunfase; y así se dispuso una solemne procesion, en que iban delante los capitanes, cabos y gente lucida del ejército, marchando en forma militar al son de cajas y clarines: á estos se seguian los maestres de las órdenes militares, ricos hombres de Castilla y Leon, y muchos nobles y caballeros de Aragon que acompañaron al príncipe don Alonso en esta conquista: seguíanse despues algunos religiosos, y entre ellos san Pedro Nolasco, fundador de la órden de nuestra Señora de la Merced, y san Pedro Gonzalez y el beato Domingo, ambos hijos y compañeros del gran patriarca santo Domingo de Guzman, que todos tres emplearon su zelo en el ejército del santo rey, todo el tiempo que duró el sitio: luego venian el clero y los obispos, é inmediatamente la venerable efigie de nuestra Señora de los Reyes en un carro triunfal de plata; y algo detrás al lado derecho, el santo rey don Fernando con la espada desnuda, y al lado izquierdo el príncipe don Alonso y los infantes; y luego se seguia innumerable pueblo.

Encaminóse este religioso triunfo y universal procesion á la mezquita mayor, purificada y consagrada en iglesia por el arzobispo de Toledo don Gutierrez, y colocando en el templo á la santa imágen en el mismo carro de plata, que estaba hecho en forma, que le podia servir de altar, se cantó el *Te Deum laudamus*, en accion de gracias por tan singular favor, como habia hecho Dios á los cristianos, restituyéndoles aquella nobilísima ciudad, despues de quinientos y treinta y cinco años que habia estado en poder de moros, reconociendo el santo rey á la Reina de los ángeles por conquistadora y vencedora, y no atribuyéndose á sí nada de la gloria, queriéndola toda para María santísima.

Viendo ya el santo rey á Sevilla en poder de los cristianos, quiso que fuese cristiana y religiosa: y para esto dispuso primero lo eclesiástico, con liberalidad y magnificencia verdaderamente real: fundó y dotó la iglesia catedral y metropolitana, enriqueciéndola con heredades, villas y lugares, con su jurisdiccion. Fundó y dotó con gruesas rentas el monasterio de San Clemente, de monges del Cister, en los palacios reales; el de San Leandro en el cementerio sevillano, intitulado el Degolladero; el de Santo Domingo de Silos, órden de san Benito; los conventos de la Santísima Trinidad, San Pablo, San Francisco, Nuestra Señora de la Merced, Santa Clara, veinte parroquias, algunas ermitas y hospitales, y la iglesia de Santa Ana, adonde su víspera cada año llevaba de la rienda en una hacanea la imágen de nuestra Señora de los Reyes. Ordenado lo eclesiástico, se aplicó luego al gobierno político: convocó cortes generales en que concedió grandes inmunidades á los que viniesen á poblar á Sevilla: con que vino tanta gente de Vizcaya, Asturias, Castilla y Leon, convidados de la fertilidad del sitio, que no se echó ménos la multitud de moros que la habian faltado. Eligió ministros y jueces sabios y rectos, para la administracion de la justicia y gobierno civil: y no contento con eso, se ponia todos los dias á una puerta de una plaza, cuyas señales se ven hoy, á dar audiencia á cuantos la querian. Instituyó la Hermandad vieja, de que es hija la que hoy se conserva en Ciudad Real, para limpiar los caminos de ladrones y salteadores. Dejó herederos en Sevilla doscientos caballeros, de los que mas se señalaron en la conquista, dando á cada uno proporcionalmente el premio conforme á sus méritos. Trajo artífices y oficiales de los mas primorosos que halló en todo género de artes: con que redujo aquella ciudad en la hermosura de las calles, grandeza de edificios, suntuosidad y majestad de los templos, al lustre que gozó ántes que la ganasen los moros. Finalmente, con suma vigilancia ordenó todas las cosas que al buen gobierno pertenecian.

Acabada esta empresa, le aconsejaban sus vasallos que diese vuelta á Castilla y Leon, y visitase sus reinos, y descansase de tan prolijas y continuadas guerras; pero él les dijo que se previniesen para la campaña, porque hasta no dejar moro de esta parte del mar, no era tiempo de descansar ni tomar reposo. Obedecieron los vasallos: y apenas fueron necesarias las armas; porque aunque eran muchos los lugares y fuertes que faltaban en la posesion de los moros, al terror solo que les causaba el nombre del santo rey, se le rendian y abrian las puertas: y así en esta y en las conquistas pasadas, echó á los moros de casi todos los términos de España, fuera del reino de Granada, que mucho tiempo ántes se habia hecho su vasallo y tributario, y fué conquistado por los cristianos en tiempo de los reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel. Habiendo echado los moros de España, trataba pasar á África á continuar sus conquistas y plantar en ella la fé. Como llegaron estas noticias á los bárbaros, y conocian su valor, y sabian su presteza en ejecutar lo que determinaba, trataron algunos de ponerse en defensa, y los mas de solicitar su amistad con partidos decentes. Al mismo tiempo envió al almirante Bonifaz á las costas de África, donde hizo diferentes invasiones, siempre con felicidad: con que cobraron mayor temor los bárbaros. El rey de Marruecos solicitó y consiguió con humildes ruegos la amistad del santo rey: y pretendiéndola despues el rey de Belamerin, no se la concedió, porque habia pactado con el rey de Marruecos, que habia de ser enemigo de sus enemigos, y estos dos reyes eran capitales enemigos y tenian entre sí sangrientas guerras; estimando mas el santo rey guardar su palabra real que todos los reinos del mundo. Otros reinos del África le enviaron sus embajadores, pidiéndole paz; pero cuando se esperaba que habia de hacer grandes estragos su espada en el imperio mahometano, y dar tantos reinos á Cristo, como coronas á su cabeza, quiso Dios llevarle al cielo para coronarle de gloria.

De los continuos trabajos que tomó por la propagacion de la fé, le sobrevinieron varias enfermedades, y la última fué hidropesía. Reconoció que se acercaba su muerte y el descanso de sus trabajos; y desembarazado de cuidados de gobierno, solo atendió al cuidado de su salvacion, y como dice Mariana, en ningun tiempo dió mayores muestras de santidad que en la muerte. Antes que lo mandasen los médicos, se confesó para morir, y pidió la sagrada Eucaristía: trajósela su confesor, el obispo de Segovia, don Ramon de Lizana, acompañado del infante don Felipe y los otros obispos y numerosa clerecía. Al entrar el Sacramento por la sala, se arrojó el santo rey de la cama, y postrado en tierra, se puso al cuello una soga que tenia prevenida: tomó un crucifijo en las manos, é

hiriendo el pecho con recios golpes, con afectuosos suspiros y tiernas lágrimas, fué discurriendo por los pasos de la pasion de Cristo, engrandeciendo la misericordia y piedad de su Señor, y acusando su mala correspondencia y grandes culpas, y pidiendo perdon de ellas por los tormentos que su Redentor habia padecido. Luego en alta voz hizo protestacion de la fé católica, y recibió el Viático con grandísima devocion. Despues hizo que sacasen de su cámara todas las insignias reales, queriendo significar que delante de Jesucristo no hay otro rey, ó que en la muerte todos son iguales, los reyes y los vasallos, los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres; pues todos mueren desnudos como nacieron. Dadas gracias al Señor porque le habia visitado, y dignádose de entrar en su pecho, llamó á la reina doña Juana y á todos sus hijos, despidióse de ellos dándoles buenos consejos, é hizo un prudentísimo y discretísimo razonamiento al príncipe, su hijo heredero, en que le manifestó sus obligaciones, así las generales del reino como las particulares de su persona, el amparo de su madre y hermanos, el temor de Dios, la reverencia á los eclesiásticos, la estima de los nobles, el amparo de los desvalidos, la administracion de la justicia, la misericordia con lo pobres, el culto divino, la propagacion de la fé y otras cosas dignas de tan santo príncipe, y concluyó su razonamiento con estas palabras: Señor te dejo de toda la tierra de mar acá, que ganaron los moros desde el rey don Rodrigo: toda queda debajo de tu dominio, parte conquistada y parte tributaria: si la conservares en el estado en que te la dejo, serás tan buen rey como yo: si ganares mas, serás mejor rey que yo: si la menoscabares no serás tan buen rey como yo. Acabado su razonamiento, se quedó elevado en un éxtasis, en que le manifestó Dios compañías de ángeles que venian á llevar su dichosa alma. Volviendo del éxtasis muy alegre y risueño, pidió que le encendiesen una vela bendita, y ántes de tomarla en la mano, dijo: Dísteme, Señor, el reino que no tenia y mas honra y poder que yo merecia: dísteme vida por el tiempo que fué tu voluntad: gracias te doy, Señor, por todo, volviéndote el reino con el aumento que he podido con tu favor, y ofreciendo en tus manos mi alma recibida en compañía de tus siervos: y volviéndose á los circunstantes, les pidió humildemente, que si tenian alguna queja de él por algun agravio que les hubiese hecho, le perdonasen: y respondiendo todos que no tenian ningun agravio que perdonar, sino muchas mercedes que agradecer; alzando con ambas manos al cielo la vela, dijo: Desnudo nací del vientre de mi madre á la tierra, y desnudo vuelvo á ella; y bajando la vela, la adoró en reverencia del Espíritu Santo. Mandó luego á la clerecía que cantase la letanía de los santos, y el *Te Deum laudamus*, y al segundo verso inclinando con gran sosiego los ojos, dió su espíritu en manos de su Criador, un jueves 30 de mayo de 1252. El obispo de Palencia testifica que se oyeron aquel dia unas voces que decian: *Eu moritur justus, at nemo considerat;* y Tomás Bocio añade, que resonaron cánticos y música de ángeles en este dichoso tránsito. El pergamino antiguo de las antigüedades de España que cita don Pablo de Espinosa en las Grandezas de Sevilla, dice: que luego que espiró el santo rey don Fernando, se oyeron en los alcázares reales de Sevilla voces celestiales que con suavísima armonía cantaban la gloria del santo rey. Reinó san Fernando en Castilla treinta y cinco años, y en Leon veinte; y vivió, segun unos, cincuenta y dos años, segun otros setenta y tres, y segun otros, mas de ochenta, por haber dudas y opiniones acerca del año de su nacimiento; pero de cualquiera manera su vida pareció breve á todo su reino, que le deseaba eterno, y le tenian mas por padre que por rey; y así fué su muerte tan llorada de los hombres como celebrada de los ángeles: nunca España sintió mas la muerte de algun rey, como dicen los historiadores; porque los hombres se mesaban las barbas, y las mujeres principales se arrancaban los cabellos, y sin atender al decoro de sus personas, salian por las calles llorando y poblando de clamores el aire: «Todos lloraban, dice el obispo de Palencia, y con dolorosas aclamaciones decian: Ojalá que no hubiese nacido ó no hubiese muerto tal príncipe, tan feliz en la guerra, tan moderado en la paz, tan piadoso con Dios, y tan liberal con los hombres.» Celebráronse sus exequias primero dia de junio: sepultaron el real cuerpo con excesivo concurso, solemnidad y grandeza en una capilla de la iglesia Mayor, que desde entonces se intitula: «de los Reyes.» Celebró misa pontifical el obispo don Ramon: y el mismo predicó despues un grave sermon de elogios de tan santo rey: y no solo hizo el oficio de difuntos la música de la tierra, sino tambien la del cielo, porque al poner el cuerpo en la sepultura, repitieron los ángeles música, como testifican graves autores, que cantaban las alabanzas del santo rey. Grabóse un epitafio en su sepulcro, por mandado de su hijo el rey don Alonso el Sabio, escrito en lengua latina, hebrea y castellana: en esta dice así:

«Aquí yace el rey muy honrado, Fernando, señor de Castilla é de Toledo, de Leon, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia é de Jaen, el que conquistó toda España, el mas leal, el mas verdadero, é el mas franco, é el mas sofrido, é el mas apuesto, é el mas granado, e el mas sofrido, é el mas humildoso, é el que mas teme á Dios, é el que quebrantó, é destruyó á todos sus enemigos, é conquistó la ciudad de Sevilla, que es cabeza de toda España, é passó, y en el postrimero dia de mayo, en la era de mil doscientos y noventa y dos.»

Divulgóse la muerte del santo rey por todo el mundo, y todos los reyes y príncipes cristianos la sintieron mucho, y hasta los infieles hicieron demostraciones de sentimiento. Alhamar, rey de Granada, sabiendo la muerte del santo, mandó hacer en su reino grandes demostraciones de sentimiento, y envió cien moros ricamente vestidos, que con cirios blancos asistiesen á sus exequias. Perseveró en este voluntario feudo toda su vida, y despues le continuaron sus sucesores hasta que los reyes católicos conquistaron á Granada. Celebróse el aniversario del santo rey por muchísimos años en Sevilla, con misa y sermon, y era un solemne y festivo dia el de su muerte, que cesaban los oficios, cerrábanse las tiendas, suspendíanse los tribunales, concurrian ambos cabildos con toda la nobleza, y de muchas ciudades y lugares de Andalucía innumerable gente que con sus insignias y pendones con ofertas y blancos cirios rodeaban el sepulcro.

Despues ha sido celebrado san Fernando con alabanzas de todos los historiadores, de manera que hablando de él muchísimos, así propios como extraños, todos se hacen lenguas ó plumas, para alabar á este excelente rey, sin haber habido envidia ó pasion que mueva una lengua ó

una pluma contra su gloria, y con muchísima razon; porque podemos decir que es el príncipe mas cabal que han conocido los siglos, si consideramos el cúmulo de prendas naturales, los privilegios de la gracia, y los que llaman de fortuna: porque unos príncipes fueron valerosos y nó santos: otros santos y nó afortunados: muchos sabios y nó victoriosos: otros poderosos en las armas; pero sin el adorno de las letras: nó pocos en lo natural perfectos, y en lo sobrenatural viciosos; pero nuestro Fernando fué en lo natural hermoso y bien dispuesto, sin desdecir de la decencia varonil, entendido, animoso, afable, cortés, magnánimo y liberal, y tuvo en perfecto grado todas las prendas con que se desea nazca un príncipe: las cuales realzó con el estudio de las ciencias y ejercicio de las armas, con que llegó á ser sabio rey y excelente capitan. Ilustró el cielo tantas prendas con una dicha tan singular que siempre venció y nunca fué vencido, y la que llaman fortuna, siempre variable hasta entonces, en sus ejércitos y empresas desmintió esta fama; porque fué siempre constante, y parece que la fijó el santo rey don Fernando con un clavo de la cruz de Jesucristo. Pero sobre todo consagró tantas prendas, dones y privilegios con una eminente y perfecta santidad, porque no le faltó ninguna virtud de las que se desean en un rey y en un santo, las cuales son admirables por ser en un santo rey. Mariana dice que se puede dudar si el rey don Fernando fué mas santo ó mas valeroso, y con la misma razon se pudiera preguntar, si fué mas dichoso, mas valeroso ó mas santo: con todo eso se ha de decir que su santidad excede mucho á todas las otras prendas suyas: lo que no es tan fácil de determinar cuál de sus virtudes fué la mayor, ó su fé, ó su religion, ó su piedad, ó su devocion, ó su humildad, ó su penitencia, ó su amor á María santísima, ó su caridad con Dios nuestro Señor, ó alguna de las otras virtudes: solamente se puede decir que todas fueron grandes.

La fé, que es el fundamento de toda la santidad, fué excelente en el santo rey. De ella dió ilustrísimo testimonio con una confesion solemnísima, que hizo del misterio de la Santísima Trinidad, la cual se contiene en un privilegio que dejó á la ciudad de Sevilla: y porque en términos muy preciosos y ajustados, contiene lo que nos enseña la Iglesia acerca de este misterio, me ha parecido ponerla aquí; y dice de esta manera: «En el nombre de aquel que es Dios verdadero y perdurable, que es un Dios con el Hijo, é con el Espíritu Santo, é un Señor trino en personas, é uno en substancia: é aquello que nos él descubrió de su gloria, é nos creemos de él, aqueso mesmo, é creemos que nos fué descubierto de la su gloria de su Hijo, ó del Espíritu Santo; ca así lo creemos, é otorgamos la divinidad verdadera é perdurable, é adoramos propiedad en personas, unidad en esencia, é igualdad en la divinidad, el nombre de santa Trinidad que no se departe en esencia: con lo cual nos comenzamos, é acabamos todos los buenos fechos que fecimos, á que fé clamamos nos, que sea el comienzo, é el acabamiento de esta nuestra obra. Amen.» Aborrecia tanto la herejía, y perseguia de modo á los herejes, que él mismo, dice don Lucas de Tuy, llevaba la leña y el fuego, para que fuesen abrasados: y el padre Juan de Mariana añade, que no contento con hacerles castigar por sus ministros, él mismo con su propia mano arrimaba la leña, y les pegaba fuego. No son pocos ni pequeños argumentos de su fé, las batallas que tuvo con los enemigos de Cristo por tantos años, nó por dilatar sus términos, como él mismo confesaba, sino por extender el reino de Cristo, y dilatar su fé, desterrando de todo el mundo á Mahoma, si le fuera posible. «Nunca desnudé la espada, decia él, ni cerqué ciudad, ni castillo, ni salí á empresa, que no fuese mi único motivo el dilatar y ensalzar la fé de Cristo, y por la mayor gloria de Dios.» Padeció trabajos, fatigas, incomodidades, vigilias y peligros de la vida sin número, solamente por extender la fé y religion cristiana. En el sitio de Jaen padeció su ejército tan recios temporales, que muriendo muchos y enfermando los mas, pidieron los cabos licencia para retirarse; concediósela el rey; pero juntamente les dijo que él no habia de dejar la empresa hasta morir ó vencer; y fué su ejemplo tan poderoso, que ninguno quiso desamparar á su rey, y todos perseveraron, hasta que con el favor del Señor consiguieron la victoria. Muchas veces intentaron matarle sus enemigos: y sabiendo poco ántes de su muerte, que trataban de esto unos moros, y que ya habian recibido el precio de su maldad, dijo: Estos moros no me buscan á mí sino á mi reino; porque juzgan que si yo muero, fácilmente se harán señores de las Españas, y que viviendo yo, pueden ser vencidos. El obispo don Lucas y otros le ponen en el catálogo de los mártires, no solo por los peligros de la muerte que padecia cada dia por causa de la fé, sino porque le ocasionaron la muerte los trabajos que padeció por dilatarla.

No fué menor su religion que su fé. Asistia frecuentemente al sacrificio de la misa: y para que se pudiese celebrar con decencia, fabricaba templos de madera en sus mismos reales. Tenia gran respeto á las iglesias, y era zelosísimo del lustre y majestad de ellas, procurando desagraviarlas de las injurias que habian recibido de los moros. Cuando ganó la ciudad de Córdoba, sabiendo que el rey Almanzor habia hecho traer en hombros de cautivos cristianos las campanas de Santiago á Córdoba, y puéstolas en su mezquita por lámparas de su falso profeta; las hizo restituir en hombros de moros á la iglesia de Santiago: y aun añaden otros, que tambien restituyó las puertas á la misma iglesia. Siempre comenzaba su gobierno por lo divino y eclesiástico, consagrando á Dios las primicias de la guerra como las de la paz: por lo cual, dice el obispo de Palencia, que las ganancias de los reinos eran ganancias de la fé católica y logros de la religion cristiana. Lo primero que hacia en ganando una ciudad ó lugar de moros, era purificar la mezquita; y consagrarla en la iglesia, previniendo luego casa para Dios en los lugares que ganaba por su majestad. Testimonio son de su religion los templos que edificó ó consagró á Cristo y á su Madre, y á otros santos de su especial devocion, los cuales son tantos, que solo los que consagró á María santísima pasan de dos mil. Puso la primera piedra de la santa iglesia de Toledo, llevándola sobre sus hombros con gran devocion y humildad. No se fabricaba iglesia, ni lugar piadoso en su reino, en que él no quisiese tener parte. Marineo Sículo le da título de bienhechor de la Iglesia, y don Lucas de Tuy le atribuye todos los buenos sucesos en las iglesias de España. Edificó muchos conventos de religiosos; y decia, que los templos eran los alcázares de su reino, las religiones sus muros, y los coros de los religiosos los escuadrones, en cuyas oraciones confiaba mas que en sus armas; porque cantando alaban-

zas á Dios, merecian para su ejército las victorias. Cumplia con gran fidelidad sus votos á Dios, y repartia con las iglesias y monasterios de sus reinos los despojos de sus victorias. Reverenciaba mucho al estado eclesiástico, venerando á los sacerdotes y prelados, y obedeciendo, no escudriñando las determinaciones de la Iglesia; ántes decia, que la obligacion de los príncipes era hacer sombra con sus armas á las determinaciones de la Iglesia, para que no las ultrajase la violencia, viéndolas faltas de poder. Hacia grande estimacion de los estados, órdenes y ceremonias eclesiásticas; y por esto hizo canónigos de Toledo á sus hijos los infantes don Felipe y don Sancho, que despues fueron arzobispos don Sancho de Toledo, y don Felipe electo de Sevilla; y á su hijo don Fernando, arcediano de Salamanca. Metió monja en las Huelgas de Burgos á su hija doña Berenguela, y anduvo muchas leguas por asistirla el dia que tomó el velo. Encontrando en una ocasion el santo rey don Fernando, y la reina doña Juana, su mujer, la procesion de la cofradía de san Mateo, se apoderaron y la fuéron acompañando. Tuvo gran reverencia y devocion al santísimo Sacramento del altar, como se vió bien en las demostraciones que hizo en su muerte, cuando se le trajeron por Viático. Siempre traia consigo la santa Verónica, que segun tradicion, y sentir de muchos autores, es la misma, que hoy se venera en Jaen; y á esta venerable efigie llamaba su fiel, y seguro consejero: con ella comunicaba todos los negocios de la guerra y de la paz, como si viera al mismo Cristo presente. A la santa cruz tenia por la mejor arma ofensiva y defensiva para sus batallas, por haber vencido Cristo con ella sus enemigos; y así en las ciudades que conquistaba de los moros, luego hacia enarbolar sobre sus torreones el estandarte de la cruz. Cuando conquistó á Sevilla, siendo necesario romper la puente de barcas, que unia á Triana con Sevilla, mandó el rey, que en las gavias de los navíos se pusiese la insignia de la santa cruz, y por virtud de ella, dia de la Invencion de la santa cruz, rompió el almirante Bonifaz las cadenas, que eslabonaban una barca con otra. Acompañaban en nuestro santo rey á la religion la justicia y la misericordia, virtudes muy necesarias en un príncipe, y que supo juntar felizmente: tenia una justicia misericordiosa, y una misericordia justiciera, como significa don Lucas de Tuy; porque castigaba con severidad á los rebeldes; y perdonaba con piedad á los rendidos. Nunca su espada se manchó en sangre de los inocentes; y no se ensangrentaba en los culpados, sin costarle lágrimas de su corazon, ni sabia olvidarse que era padre, cuando castigaba como juez: y si alguna vez pareció riguroso, fué traza de su piedad, para castigar pocas veces con el escarmiento de los delitos. El arzobispo don Rodrigo dice que era muy justiciero en los lugares donde convenia, y que no habia rey, que así supiese honrar á los que lo merecian. Una mujercilla, incitada de unos soldados, solicitó á un religioso de santo Domingo; y su respuesta fué arrojarse en un fuego, queriendo ántes quemarse en el fuego material, que en el de la lascivia: mas al que no habia abrasado este fuego, no pudo abrasar aquél; y así quedó indemne en medio de las llamas. Súpolo el santo rey, y mandó echar en el fuego á aquella mujer lasciva, para que se abrasase en el fuego la que habia pretendido abrasar en las llamas de la deshonestidad á aquel castísimo religioso. Otros castigos hizo muy ejemplares; y con esto temian los delincuentes, y se excusaban los delitos. Don Lucas de Tuy dice: que los reinos de Castilla y Leon gozaban de tanta paz y seguridad, que ninguno osaba hacer agravio á otro, y se guardaban sus derechos á las iglesias. Perdonaba fácilmente sus propias injurias, como se vió en los principios de su reinado, cuando hizo publicar perdon general de todas las injurias, que le habian hecho sus vasallos; y pudiendo vengarse de los condes de Lara, y otros señores, que se le habian rebelado, no se vengó de ellos; ántes les hizo beneficios y mercedes. Nacíale esta facilidad de la compasion, que tenia aun de sus mayores enemigos; y por eso era fácil en admitir conciertos de paz, y por ella perdia de su derecho, cuando no se atravesaba la gloria de Dios. Mas queria conservar la cabeza de un vasallo, que cortar mil de sus enemigos: por eso no hacia guerra sin legítima causa, y superiores motivos; y decia, que era una jactancia y liviandad de corazon, dejarse llevar solo del deseo del triunfo, sin otros superiores motivos, poniendo á peligro de inciertos sucesos la seguridad y vida de los leales vasallos, y que no era recompensa de la pérdida de un vasallo una ciudad, ni quitar mil vidas á los enemigos, porque no es buen piloto, el que, cuidando de sí, descuide de la nave, ni buen rey el que desatiende á conveniencias de sus vasallos, por conveniencias propias. Cuidaba mucho del alivio de sus vasallos, y no queria imponer nuevos tributos y gabelas en su reino, aunque se lo aconsejaban algunos ministros, con el buen pretexto de hacer guerra á los moros, respondiendo muchas veces: Mas temo las maldiciones de una viejecita pobre de mi reino, que á todos los moros de África. Con los pobres fué muy compasivo y misericordioso: socorríales largamente con limosnas; y por eso se ven algunas imágenes suyas con el cetro en la mano izquierda, y con la derecha repartiendo monedas en los pobres, de que está cercado. Él empezó é instituyó la costumbre, que hasta hoy observan nuestros catolicísimos reyes, de dar de comer en el jueves santo á doce pobres, y lavarles los piés: digna herencia de tal progenitor y rey santo. En sus victorias redimió innumerables cautivos cristianos, y no cautivó ménos moros; premio correspondiente á su caridad. Singular fué su caridad en hospedar los peregrinos. En la administracion de la justicia cuidaba mucho, que los pobres no fuesen agraviados de los ricos, ni los pequeños hollados de los grandes. Sabia que la grandeza de los reyes es ser sagrado de los inocentes, y altar para los miserables; y como los templos tienen abiertas las puertas, para que entren los necesitados á pedir el remedio; así él tenia patente la entrada de su palacio, y daba audiencia fácilmente á cuantos la querian, y juzgaba por sí mismo muchas veces las causas de los pobres. Finalmente, Fernando era ojos del ciego, piés del cojo, amparo de los huérfanos, remedio de las viudas, proteccion de los desvalidos, remedio de todos los necesitados, padre de sus vasallos, y rey de sus corazones, á los cuales cautivaba y rendia con la suave fuerza de su amor. Por esto le lloraban todos en su muerte: y todos tenian razon para llorar; porque todos perdieron en Fernando, al que con algun estrecho parentesco de favor les tocaba.

¡Qué diré de las otras virtudes propias de rey! ¡Cuánta fué en Fernando la prudencia y desvelo en el gobierno de su reino! De diez y ocho años empezó á gobernar su

reino con tanto acierto, como si entonces acabara despues de muchos años de experiencia, y hallándole lleno de turbaciones y alborotos, le pacificó sin derramamiento de sangre. En las córtes en que se halló, y en otras ocasiones, admiraba á todos el juicio con que deliberaba, y la madurez con que resolvia, siendo anciana la prudencia en un rey mancebo, que parecia maestro en la edad de discípulo. Uno de los mayores testimonios que dió de su prudencia toda la vida, fué que no se fiaba tanto de ella, que le pareciese tener vinculados á su juicio todos los aciertos, ni hacia vanidad de ser como el sol, que no vuelve atrás, sino es por un gran milagro: ántes conociendo que podia errar, como hombre, llevaba siempre consigo en su córte, y en los ejércitos, doce varones sabios, con los cuales consultaba todas las resoluciones, nó para despojarse de su autoridad y dejar de ser rey, haciendo ley del parecer ajeno, sino para determinar, como rey prudente, y ver los aciertos con las luces que los sabios le daban. De estos doce varones sabios tuvo orígen el consejo real de Castilla, que tantos aciertos y felicidades ha traido á la monarquía española. Mas no solamente de sus consejeros tomaba parecer, pero seguia el de cualquier vasallo, cuando la razon le apoyaba, y hasta de los dichos de los truhanes sacaba avisos. Gustaba de uno llamado Paja, porque entre los donaires mezclaba advertencias. Despues que el rey ganó á Sevilla, y ordenó las cosas de ella, estaba determinado, á instancias de los ricos-hombres, á sacar de ella su córte. Oyó murmurar Paja la falta grande que habia de hacer el rey, si salia de Sevilla, para la conservacion y poblacion de aquella ciudad, y rogóle una vez que subiese con sus ricos-hombres á una torre alta, para registrar la hermosura de la ciudad, y estando el rey en ella, le dijo Paja: Bien repara vuestra alteza, en que se halla aquí la flor de los reinos; y aun con todo esto no se reconoce la ciudad bastantemente poblada, pues ¿que será si vuestra alteza la desampara, y falta todo el séquito y concurso de su córte? Mirad, señor, que en ninguna parte servis á Dios mas que aquí, y que si una vez salís de esta ciudad, quizá ya no podreis volver á dominarla sino con gran trabajo. A que respondió el rey: Siempre oí decir, y ahora creo ser verdad, que de los locos salen á veces buenos consejos; y si yo no te creyere, Dios no me valga; y así te prometo que en toda mi vida no saldré de aquí, y que aquí será mi sepultura. No se contentaba con poner ministros idóneos y fieles para el gobierno; él velaba sobre todos y examinaba su proceder. Aborrecia mucho los cohechos, y no se quedaba sin castigo quien los admitia, conociendo que si se hace vendible la justicia, los delitos pobres serán castigados; mas los delitos ricos gozarán del salvoconducto en las repúblicas: por eso tomaba juramento á sus jueces de que no recibirian dádiva alguna: y para que no tuviesen excusa para vender la justicia, les señalaba de su patrimonio real copiosos salarios. Era tanta su vigilancia, que levantándose en Burgos de una grave enfermedad, olvidado del regalo de su persona, solo cuidaba del gobierno de su reino, y ni en ocasion de sus casamientos remitia un punto de este cuidado. Por atender al gobierno dormia poco: y como le dijesen algunos que diese mas tiempo al descanso, respondió: Ya sé que vosotros dormís mas; pero si yo, que soy rey, no estoy desvelado, ¿cómo podreis dormir vosotros seguros?

Pues, ¿cuánta fué su sabiduría en las letras, y su destreza y ciencia en las armas? Floreció en un siglo abundante de sabios; porque concurrió con santo Tomás de Aquino, san Buenaventura, el beato Alberto Magno, Alejandro de Ales, Guillermo Parisiense, y otros muchos; y en la sabiduría política, que es la propia de un rey, puede entrar en el número de tantos sapientísimos doctores nuestro Fernando. Bobadilla en su Política le celebra con el título de sabio y guerrero: el obispo don Lucas de Tuy dice, que fué mas sabio que el rey don Alonso de Castilla, su abuelo; y no falta quien le compara con el rey don Alonso el Sabio, su hijo, y con don Alonso el primero de Nápoles, y con don Alonso el quinto de Aragon, todos reyes insignes en letras. Supo aquellas ciencias que eran necesarias á un rey para su gobierno político y militar, y convenientes para el adorno del entendimiento de un príncipe, que no debe carecer de aquellas noticias que se echan ménos en un caballero particular. Fué muy versado en la leccion de varia historia, haciendo de los tiempos pasados espejo para los presentes en los ejemplos de los príncipes, aprendiendo de unos lo que debia imitar, y de otros lo que debia huir. Era aficionadísimo á los profesores de las ciencias; y así luego que ganó á Sevilla, buscó hombres sabios que la ilustrasen, premiando largamente sus letras. Gilberto Genebrardo, francés, en su Cronología dice: «Por la magnificencia de san Fernando, rey de España, y de san Luis, rey de Francia, la teología y las buenas artes, que habia tiempo de cien años estaban muy caidas, cobraron fuerza y levantaron cabeza.» Hizo san Fernando recopilar las leyes é inventó las Siete Partidas, que se publicaron en tiempo de su hijo. La comun opinion es que el santo rey mandó la universidad de Palencia á Salamanca, y que es primer fundador de aquella insigne universidad; pero el padre Pineda lo niega, y afirma que fué su primer fundador el rey don Alonso, su padre, como consta de tres privilegios del santo rey, en que aprueba la que su padre hizo en Salamanca.

Fué el santo rey tan eminente en la disciplina militar, que por eso le llamaron Magno. Ninguno habia mas diestro en ordenar un ejército, ninguno mas advertido en prevenir los riesgos de los soldados, ninguno mas ingenioso en discurrir los designios del enemigo, ninguno mas valiente en acometer, y ninguno mas constante en perseverar hasta conseguir la victoria. Nunca hacia guerra sin haber hecho manifiesta justicia de su causa, y sin procurar ántes los medios de paz. Aunque tenia de su parte la fortuna, no se entraba temerariamente en los riesgos; ántes con prudencia solia decir: que el no temer la guerra era de valerosos, y el no buscarla de muy cuerdos. Aconsejaba á sus soldados que se ejercitasen siempre en las armas, para hallarse diestros en la ocasion, diciendo: El continuo uso y ejercicio de las armas son los que dan las victorias, y los que hacen diferencia entre un buen gañan y un buen soldado. Él mismo iba á la guerra y llevaba á sus hijos para habilitarlos en el manejo de las armas, y dar ejemplo á los nobles para que le siguiesen en las conquistas. Muchas veces, mal convalecido de alguna enfermedad, salia á las batallas, por saber cuánto importaba en ellas su presencia, para la asistencia y valor de sus soldados. Entrábase no pocas veces en los riesgos: no rehusaba ningun trabajo, como si fuera soldado particular, hasta hacer las centinelas por su turno con los demás soldados

en el sitio de Sevilla; y queria padecer las mismas descomodidades que ellos, para hacérselas fáciles y suaves. Recibia con los brazos abiertos á los soldados que se habian portado con valor en alguna accion, aunque fuesen de la ínfima suerte, dándoles las gracias y limpiándoles por su mano el sudor y la sangre: visitábalos en sus cuarteles, mas como compañero que como rey; y en los hospitales, cuando estaban dolientes, con amor de cuidadoso padre. Era liberalísimo con ellos: y así conquistando los reinos para Cristo, los despojos eran para las iglesias y para los soldados, sin querer para sí mas que las fatigas; y no estimaba en nada los tesoros de la tierra, como tenia puesto su corazon en los del cielo. Con esto le asistian de su voluntad todos los que podian tener armas, sin necesidad de hacer levas violentas ni imponer gabelas para levantar ejércitos, y exponer de buena gana sus vidas por el que sabia estimar y galardonar su valor.

Cuanto era prudente y esforzado en las batallas, era benigno y misericordioso despues de las victorias, modesto y templado en los triunfos. Con los vencidos, ó que se le rendian de su voluntad, era muy humano, y los trataba nó como enemigos, sino como si fueran amigos. Cuando ganó Sevilla, acomodó de bagajes á todos los que se quisiesen pasar á África, y dió bagajes y guias á los que quisieron ir por tierra á Granada, y mandó á los capitanes que les hiciesen buen tratamiento: de manera que hasta ser vencidos, le aborrecian sus enemigos; pero en venciéndolos, conquistaba con su agrado y afabilidad los corazones de los que habia conquistado con las armas, como se vió en el amor que le tuvo siempre, sentimientos y demostraciones que hizo en su muerte, Alhamar, rey de Granada, y en la conversion á nuestra santa fé de Benzuit, rey de Valencia, ocasionada del buen tratamiento y afabilidad con que le recibió el santo rey, cuando le fué á visitar á Cuenca. La palabra que daba á sus enemigos, nunca la quebrantaba; ántes era celosísimo, de que se guardase en todo: de que es buen testimonio lo que encargó á su hijo don Alonso en la muerte, entre los otros sabios y prudentes consejos que le dió. Habia dado palabra el santo rey al moro de Granada, cuando le entregó la ciudad de Jaen, que se la volveria siempre que se la pidiese; y mandóle á su hijo que si le pidiese el rey moro la ciudad de Jaen, se la entregase; porque queria que despues de su muerte fuese guardada su palabra, como él la habia guardado siempre en vida. Con ser tantas sus victorias como sus batallas, y tener tanta parte en ellas su industria, valor y disposicion, no queria para sí las alabanzas, sino para Dios nuestro Señor, ni las atribuia á sus méritos ó valor, sino á la infidelidad ó deméritos de sus enemigos, diciendo que por castigarlos Dios nuestro Señor á ellos, como á infieles, le favorecia á él. Tambien atribuia sus victorias á las oraciones de los siervos de Dios: y por eso aconsejándole algunos de los ricos-hombres en el sitio de Sevilla, que se valiese de parte de las rentas eclesiásticas, pues se hallaba tan falto de dinero, la necesidad era tan grande y la causa tan piadosa; respondió unas palabras dignas de tan santo rey, y que debian estar escritas en el cielo con estrellas: De los eclesiásticos solo quiero las oraciones: estas las pediré y solicitaré siempre; porque á sus santos sacrificios y ruegos les debemos la mayor parte de nuestras conquistas. En Dios ponia la confianza de todos sus buenos sucesos y en la intercesion de la Reina de los ángeles, y de los santos; y así prevenia sus batallas con romerías y rogativas, y las acababa con accion de gracias y riquísimas ofrendas.

Pues ¿qué diré de aquellas virtudes que en todos son muy estimables, y en los reyes muy admirables? La castidad que ilustra y hermosea á todos los estados, acompañó al santo rey toda su vida, adornó sus juveniles años y honró sus años varoniles. Deseaba el santo guardar perpetuamente su virginidad, y profesar la vida religiosa; mas por consejo de su santa madre se casó primera y segunda vez, y se tiene por constante que llegó vírgen al tálamo de su primera esposa, y nunca violó con culpa el tálamo conyugal: por lo cual le concedió el Señor la fecundidad, que niega á tantos por su incontinencia, dejando los reinos y familias sin sucesion. Ayudáronle mucho para guardar la castidad los buenos consejos de su santa madre, la continua ocupacion con que en la mocedad le tenia repartido el tiempo, entre el estudio de las letras y el ejercicio de las armas; y en toda su vida la ocupacion continua de la guerra, y la mucha penitencia que hacia: porque aunque fuera bastante penitencia, no solo para su inocencia, mas aun para descuento de muchas culpas, las continuas fatigas, vigilias, descomodidades, trabajos y peligros que padecia, durmiendo muchas veces en la tierra desnuda, comiendo lo que ofrecia la ocasion, nó la prevencion ni el cuidado, trayendo las pesadas armas sin quitárselas en mucho tiempo, y otros trabajos semejantes; añadia á todo esto frecuentes ayunos, asperísimos cilicios y sangrientas disciplinas. Para la conquista de Sevilla se armó pecho y brazos, debajo de la cota y loriga, con un cilicio sembrado de menudas puntas de acero, y tres disciplinas cada semana, con que regaba el suelo de sangre. Con esto se vencia primero á sí, para vencer á sus enemigos, y sujetaba sus pasiones para dominar las ciudades. Su oracion y devocion fueron muy singulares. Rara vez se ve la devocion armada de acero, y la oracion marchar al son de las trompetas y cajas: mas Fernando, de las campañas hacia oratorio, y entre el ruido de las armas se oian sus clamores en el cielo. Era muy dado á la oracion, y no se le pasaba dia sin ocupar en ella muchos ratos, y en ocasiones de mayor necesidad pasaba las noches enteras en oracion implorando el favor de Dios. Las victorias que consiguió por sí y por sus capitanes, á su oracion se deben: y por no repetir lo que hemos dicho ya, ni detenernos en otros sucesos que pudiéramos contar, basta decir lo que testifican el obispo de Palencia y Marineo Sículo: que no pidió el santo rey á Dios cosa que no la alcanzase. En su oracion tuvo raptos, éxtasis, apariciones, visitas de la santísima Vírgen y de los santos, ilustraciones y revelaciones, y gozó todos aquellos regalos con que Dios suele regalar en ella á sus fieles siervos.

El amor y devocion á María santísima fué singularísimo, y las demostraciones que hizo con ella sin ejemplar. Amábala con amor mas tierno que de hijo: acudia á ella con mayor confianza que á madre: María santísima era consejera de sus empresas, compañera de sus jornadas, autora de sus conquistas, principio y fin de sus batallas, porque las empezaba en nombre de Dios y de santa María, y las acababa haciendo triunfar á María, y rindiéndole los aplausos y alabanzas. Tres imágenes llevaba consigo en las batallas: la imágen de los Reyes, de quien es tradicion recibida, y se dice, que habiéndosele aparecido María santísima en un éxtasis de su fervorosa oracion, deseó hacer una

copia de la Reina de los ángeles, parecida á la que habia visto: llamó artífices primorosos, explicóles con la mayor viveza que pudo su concepto; pero entre muchas imágenes ninguna salió que se pareciese á la que tenia pintada en su idea. Sintiólo mucho el santo rey; y para consolarle envió el cielo dos artífices en figura de hermosísimos mancebos, que pidiendo de término tres dias y un lugar retirado del palacio, ofrecieron cumplirle su deseo. Dióseles lo que pedian, haciéndosele al santo los tres dias siglos; y al fin de ellos, entrando en el retrete, halló la imágen, copia de su idea; pero los artífices no parecieron, con que se entendió que eran ángeles. Otros creen ser obra de Francia, y riquísimo don de su rey san Luis, por tener en el pié derecho una flor de lis. De cualquier manera que sea, es imágen milagrosísima, y digna de especial veneracion, por la que tuvo el santo rey don Fernando á esta imágen. Con ella gastaba todas las horas que le permitian las obligaciones de rey: á esta sagrada imágen puso en casa real, con todos los oficios que hay en palacio, de cámara, mayordomos, gentilhombres, capellanes, reyes de armas y porteros, repartiendo los oficios entre las personas reales, grandes y nobles de su reino: piedad que dura hasta hoy, y se conserva con emulacion santa en la nobleza de la ciudad de Sevilla. A esta sagrada imágen hizo triunfar cuando ganó á Sevilla, como dijimos; y en su muerte mandó que estuviese su cuerpo donde estuviese la sagrada imágen de Nuestra Señora. Otra imágen de plata llevaba consigo, que está en medio del retablo de la iglesia Mayor de Sevilla con grande veneracion. La tercera imágen de María era de marfil, de una tercia de longitud, y la llevaba en su caballo sobre el arzon de la silla cuando peleaba, para pedirla favor contra los enemigos de su Hijo. Esta imágen se guarda hoy en el tesoro de reliquias de la santa Iglesia de Sevilla. Fueron sin número las imágenes que hizo labrar y pintar de la Reina de los ángeles, para extender su veneracion y culto. Los templos que dedicó son tantos, que dice Fr. Alonso de Vargas, que con haber fundado el rey don Jaime de Aragon en solos los lugares de su corona, casi dos mil templos á honra de la Reina del cielo; en Castilla no tienen cuenta ni cuento las iglesias y templos que el santo rey dedicó á la Vírgen gloriosísima, como se verifica en multitud sin número de iglesias catedrales, colegiatas, monasterios, parroquias, ermitas y oratorios consagrados en aquellos tiempos á Nuestra Señora. Con esto no es maravilla que fuese tan favorecido de la Vírgen con muchos y singulares favores. Del amor que tuvo á Dios el santo rey, no hay para qué hablar en particular; pues dan testimonio de él todas sus empresas, todas sus batallas, todas sus victorias, todos sus triunfos, todas sus conquistas, los riesgos á que se expuso, los trabajos que padeció, las incomodidades que sufrió, porque todo lo hizo y padeció por extender el reino de Cristo y acrecentar su gloria; y por decirlo en una palabra, todas las virtudes de Fernando dan testimonio de su caridad para con Dios; porque todas sus obras tenian por motivo la gloria divina.

Finalmente, en todas las virtudes fué excelente este glorioso príncipe. El P. Juan de Mariana, nada encarecedor, dice en la historia latina: *Nihil eo sanctius omnium opinione erat:* Que en la opinion de todos no habia cosa mas santa que Fernando; y en la historia española dice: «Fué varon dotado de todas las partes de ánimo y cuerpo que se podian desear; de costumbres tan buenas, que por ellas ganó el renombre de santo, título que le dió, no mas el favor del pueblo, que el merecimiento de su vida y obras excelentes: muchos dudaron si fuese mas fuerte, ó mas santo, ó mas afortúnado. Era severo consigo, exorable para los otros, en todas las partes de la vida templado, y que en conclusion cumplió con todos los oficios de un varon y príncipe justo y bueno.» Hasta aquí Mariana; y de esta manera hablan los historiadores propios y extraños, dándole muchos y diversos renombres y títulos para significar su santidad y excelencia; porque le llaman augusto, glorioso, gloriosísimo, excelentísimo, magno, gran rey, rey de reyes, lucero de reyes, nuevo sol de España, potentísimo, felicísimo, bienaventurado, santo, santísimo, nobilísimo, religiosísimo, pisimo, fidelísimo, bueno, irreprensible, amado de Dios y de los hombres, gratísimo á Dios, catolicísimo, cortesísimo, liberalísimo, humanísimo, casto, justiciero, benigno, clemente, determinado, osado, detenido, sufrido, recatado, humilde, guerrero, sabio, propagador de la fé, dilatador de sus términos, defensor de la religion, celoso de sus creces, eclesiástico, muro de la Iglesia, defensa de sus inmunidades, rey apostólico, terror de los infieles, y otros renombres sin número, que repartidos entre los reyes de España, y aun de todo el mundo, han bastado para hacerlos célebres y venerados, y ha juntado en sí nuestro Fernando, rey verdaderamente digno de todas las alabanzas y de las alabanzas de todos.

No permitió el santo rey que le erigiesen estatua en su vida, como lo pretendian los señores y grandes de su reino; y en la muerte, preguntándole uno de sus capitanes, de qué materia ó cómo disponia que se le hiciese el sepulcro y levantase la estatua; respondió: Mi vida sin reprension ni culpa, de la manera que he podido, y mis obras, esas sean mi sepulcro y mi estatua. La estatua que rehusó Fernando por su humildad, debia tener en los templos de los santos y en los palacios de los reyes, si hubiera materia de que fabricarla; pero la plata, el oro y las piedras preciosas son vulgar materia para la gloria de tal príncipe. Solamente su vida, sin reprension, es digna estatua de Fernando; y esta es la que deben tener todos los príncipes delante de los ojos, para espejo de sus acciones. No echarán ménos nada en Fernando para la imitacion, ni hallarán nada que reprender en Fernando: singular príncipe, en quien no tiene defectos que cubrir la sombra de Apeles, ni perfeccion que suplir la adulacion de los lisonjeros. En él verán la severidad sin amargura, la benignidad sin remision, el valor sin temeridad, la prudencia sin presuncion, la magnanimidad sin soberbia, la humildad sin bajeza, la confianza sin descuido, la devocion sin ociosidad, la castidad sin quiebras, la penitencia sin culpas, y finalmente las virtudes sin el confinio de los vicios, como decia Plinio de su Trajano; y aun sin el azar de la desgracia, viéndose en Fernando la santidad, como rosa sin espinas. Mas no pretendo por esto negarle aquellos defectos, en que suelen caer los mas santos, sino darle todas aquellas perfecciones, de que se adornan los muy perfectos.

Con muchos y grandes milagros acreditó y honró Dios en vida y en muerte la santidad de Fernando. Tomás Bocio dice, que resplandeció con muchos milagros; y Marineo Siculo dice, que Fernando se debe contar entre los santos de suma santidad, costumbres perfectísimas é innumerables milagros; y que en su sepulcro, que está en Sevilla, siempre se han visto muchísimos y grandísimos

milagros; y lo mismo afirman otros muchos autores. Entre todos los milagros que Dios hizo en vida por medio del santo rey, de que hemos dicho muchos, ninguno hay mayor que el que Dios hizo en el mismo rey: y fué, hacerle santo entre tantas felicidades: que es milagro tan raro que no sé si ha tenido primero; porque el camino ordinario por donde Dios lleva á los santos á la cumbre de la perfeccion, es el de los trabajos, áspero, fragoso y lleno de espinas, y ya que envie felicidades, no las envia tan puras que no tengan alternativa con las desgracias, y las hagan su lugar. Al mismo tiempo hizo Dios santo á san Luis, rey de Francia, primo de Fernando; pero ¿por cuán diversos caminos los condujo á la santidad, y los llevó á la gloria? A san Luis, por el camino de las infelicidades en lo humano, y á san Fernando por el camino de las dichas: san Fernando, como dijimos, no dió batalla sin conseguir la victoria, no opugnó ciudad que no tomase, ni intentó conquista de reino, de que no se señorease; san Luis, al contrario, fué vencido de sus enemigos, y obligado á dejar las ciudades que habia cogido, y desistir de la conquista que habia empezado: san Luis padeció en sus ejércitos hambres y peste, que le hirió al mismo rey san Luis; pero en treinta y cinco años que reinó Fernando, hubo tanta prosperidad en sus ejércitos y reino, que no padecieron hambre, ni peste, ni otro trabajo, sino grande abundancia y prosperidad. No digo cuál es mejor camino, para conseguir la santidad; pero digo que es mas dificultoso conservar la santidad entre las prosperidades, que entre los trabajos; y el mismo conservar y aumentar la santidad entre las prosperidades, es señal de grande y extraordinaria perfeccion: y así dice san Agustin: «Propio es de una gran virtud luchar con la felicidad; y gran felicidad, no ser vencido de la felicidad:» y el mismo santo doctor dice en otra parte: «Ninguna infelicidad quebranta al que ninguna felicidad corrompe.» Con que esta batalla y esta victoria tuvo mas nuestro santo rey, que luchando continuamente con sus felicidades, nunca fué vencido de ellas, ántes venció á sus mismas victorias y triunfó de sus mismos triunfos. Quiso Dios en estos dos reyes mostrar que es Señor de las prosperidades y de las desgracias, y que no hay camino por donde no puedan ir los hombres á la gloria, si su gracia los lleva de la mano; como llevaba á Fernando, dándole felicidades para que las pisase, dándole triunfos para que no se desvaneciese con ellos, y dándole coronas para que las pusiese primero á los piés de Cristo, que en su cabeza. ¡O santísimo y felicísimo Fernando, muchas veces feliz y muchas veces santo! Feliz, porque no perdiste entre las felicidades la santidad: y santo, porque sujetaste con la santidad la felicidad. ¡Quién te alabará dignamente! ¡Quién no se espantará de un prodigio tan nuevo! Un santo feliz en el mundo y feliz en el cielo; acá bien afortunado, y allá bienaventurado; acá aplaudido de todos los hombres, y allá celebrado de todos los ángeles; en la tierra amado hasta de sus mismos enemigos, y en el cielo amado de Dios y de los amigos de Dios: hombre que mereció tener á los ángeles por soldados de su ejército, y hasta el sol se paró por tener parte en sus triunfos; y ahora reina con Dios en compañía de los santos por los siglos. Amen.

Despues de muerto, son innumerables los milagros que ha hecho el santo rey; pero especialmente se ha experimentado su intercesion en tres géneros de aflicciones, teniendo las prerogativas de tres santos: de san Antonio, en el descubrimiento de las cosas perdidas; de santo Domingo, en la defensa de los encarcelados y cautivos; y de san Nicolás, en el amparo de los desvalidos. Innumerables obró, manifestando cosas perdidas, joyas, lámparas de plata, vajillas, vestidos, dineros, papeles de importancia, ganado, y principalmente esclavos. Dos solos referiré. Huyósele un esclavo á un devoto de nuestra Señora de los Reyes, de nuestro santo rey; buscóle por ocho dias, y al último mandó se celebrase á este fin una misa en su real capilla, oyéndola é invocando al santo rey; volvió la cabeza, y halló cerca de sí al esclavo, que le dijo: Anoche estaba catorce leguas de aquí, y al amanecer me hallé cerca de Sevilla. A dos que se huyeron apareció el santo rey, y trajo á Sevilla; habia que faltaban diez dias, en que su dueño continuaba la visita de la Vírgen de los Reyes y del santo rey: volvieron confesando que un señor principal, con traje é insignias de rey, y en todo un vivo retrato de nuestro santo, les hizo venir hasta las puertas de su dueño. En la defensa de los reos, de los encarcelados y cautivos, se ha mostrado el santo rey tan patrocinador, ya muerto, cuanto se mostró príncipe clemente estando vivo. Lamentaba su desdicha un patron de una nave sevillana, preso en Lisboa, arriesgado á afrentosa sentencia de muerte, á causa de haber ofendido con graves daños á los portugueses en sus guerras. Su piadosa mujer, deseosa de su libertad, hizo voto de ofrecer treinta dias en la capilla del santo rey el sacrificio de la misa, una oferta de pan, vino, y una luz que perpetuamente ardiese. Desde el dia que comenzó su devocion, rogando á la Reina del cielo y al rey santo por la libertad de su marido, veia el preso en su mazmorra una luz encendida, y delante de sí pan y vino con que se sustentaba. Continuóse el milagro por ocho dias; tuvo de él noticia el rey de Portugal, y tomándole pleito homenaje de su vuelta, con estar ya sentenciado á muerte, le dió licencia para venir á Sevilla, á averiguar la causa de tal prodigio. Su mujer, aun despues de haber oido se habia ejecutado en su marido sentencia de muerte, proseguia con las misas y ofertas, y viniendo de ellas cierto dia, que era el vigésimo de su devocion, le halló en su casa alegre sobremanera; y reconociendo ambos que estas diligencias y la intercesion del santo rey le habian granjeado tanta dicha, fueron luego á rendirle las debidas gracias. Volvió el patron á Lisboa y refirió lo sucedido al rey, que le envió libre á su patria. Semejante favor gozó otro hombre en Sevilla, que puesto ya en la torre de la cárcel de la Hermandad, cargado de grillos, esposas y cadenas, y con un cepo al cuello, para sacarlo á asaetear el dia siguiente, encomendándose aquella noche al santo rey, se halló de repente libre de sus prisiones y de la cárcel, y en amaneciendo fué á su capilla á agradecer el beneficio recibido. Encendió por algunos dias delante del sepulcro del santo una mujer una candela, pidiendo socorriese á su hijo sentenciado á muerte, é inopinadamente le revocaron la sentencia sin haber nueva causa: como tambien la madre de un esclavo, á quien cortaban la mano por una bofetada que dió á una mujer, ofreció al santo rey una misa y una mano de cera, y quedó libre su hijo.

Experimentaron siempre su amparo los desvalidos. Recibióle de su mano una pobre doncella, á quien faltando sesenta y cinco maravedís, para cumplir diez mil que á su esposo se habian prometido en dote, determinó, segun el

estilo de Sevilla, echarlos en suertes en nombre de este glorioso rey; gozólas felices, sacando en ellas cien doblas castellanas y tres varas de terciopelo; con que se celebraron luego las bodas. En mayor aprieto socorrió á un esclavo, que enviado por leña al pago de Benagete, una legua de Sevilla, y huyéndose el caballo, temeroso del castigo, echó un lazo á un árbol para ahorcarse: apareciósele al punto el santo rey; estorbó la ejecucion; llevóle al lugar donde estaba el caballo, y mandóle volviese á la casa de su amo. Prolijo fuera referir otros sucesos felices, que en los negocios mas árduos, en los mas rematados pleitos, y en las mas peligrosas borrascas ha conseguido su intercesion: como tambien los innumerables enfermos, que ya llorados por muertos, han restaurado su perdida salud, singularizándose en los mas recios partos, sucediendo tal vez, puesta la madre en los extremos de su vida, con la imágen del santo rey arrojar la criatura de tres dias muerta. Sea la corona de estos y de los demás milagros que callamos, el que dura hasta hoy, y es, su sagrado cuerpo sin corrupcion alguna, despues de mas de cuatrocientos años, entero, sano, sus miembros juntos, sus huesos unidos, su piel y carne tratable, su cabeza, narices, orejas y dientes sin disminucion, sin lesion sus vestiduras: cosa tanto mas milagrosa, cuanto se ven á sus lados consumidos, desbaratados y deshechos los cuerpos de la reina doña Beatriz (otros dicen que es de la reina doña Juana, su segunda esposa) y del rey don Alonso el Sabio; y que el del santo rey exhala un olor mas que natural.

Desde que murió el santo rey, tuvo culto y veneracion de santo, con aprobacion de los ordinarios y consentimiento de los sumos pontífices, siendo invocado públicamente su favor, puestas sobre los altares sus estatuas ó imágenes, celebrando sus fiestas con grande solemnidad, diciendo misa á honor suyo, instituyendo capellanías y memorias en su nombre, y finalmente dándole todos aquellos honores que se dan á los santos canonizados solamente por la Iglesia; pero estrechábase este culto á la ciudad de Sevilla, y así á las piadosas súplicas é instancias de sus dos augustísimos nietos, Cárlos II, rey de las Españas, y doña Mariana de Austria, su madre, reina y gobernadora, ha estendido el culto á todos los reinos y provincias de la monarquía española, nuestro santísimo padre Clemente X, de gloriosa recordacion, y le ha concedido rezo doble y mandado poner en el Martirologio de los santos, y que su dia, que es á los 30 de mayo, en que murió, sea fiesta de guardar.

Los autores que hacen mencion del santo rey son innumerables: el catálogo de muchos pone el padre Juan de Pineda. Los principales de estos son el rey don Alonso el Sabio, en la Historia de España; en las suyas, don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo; don Alonso de Cartagena, obispo de Tuy; don Rodrigo Sanchez, obispo de Palencia; el padre Juan de Mariana, Estéban de Garibay, Lucio Marineo Sículo, Juan Baseo, fray Juan de Pineda en su Monarquía, Fr. Alonso Espino en su Fortalicio, Fr. Gerónimo de Castro en los Reyes godos y católicos, Argote de Molina en la Nobleza de Andalucía y en sus versos, Luis Nuñez en su España, el doctor Ranuncio Pico en su Espejo de príncipes, en su Flos Sanctorum el doctor Gonzalo de Milan, y Fr. Domingo Baltanas en sus Varones ilustres, Juan Botero y Juan Sedeños; y finalmente los que han escrito de las cosas de España, singularmente las historias manuscritas de mucha autoridad y antigüedad; cuales son la vulgar en pergamino, con nombre de Suplemento á la del arzobispo don Rodrigo, que piensa ser su autor: es de cuatrocientas y setenta y ocho hojas, se halla en la librería del marqués de Tarifa: otra crónica vulgar manuscrita del señor obispo de Tuy, dedicada á la reina doña Berenguela; otra sin nombre de autor, intitulada del rey don Fernando el III, mandaba escribir por el mismo rey, por esposa é hijo; el antiguo pergamino de la capilla real; la recopilacion manuscrita que de la vida de este santo rey dejaron Cristóbal Nuñez, capellan de los reyes, y el doctor Martin Lopez de Medina, racionero de la santa Iglesia de Sevilla: los discursos que de lo mismo imprimió el año de 1629 Hipólito de Vergara, y con mas latitud el memorial que dispuso el padre Juan de Pineda, de nuestra Compañía de Jesus, y presentó á la majestad católica de Felipe IV el eminentísimo señor don Diego de Guzman, arzobispo de Sevilla, patriarca de las Indias, y cardenal de Roma, para que solicitase con la sede apostólica el breve de canonizacion del santo rey, su décimotercio primogenitor, y últimamente ha escrito su vida don Alonso Nuñez de Castro, cronista de su majestad el rey nuestro señor.

*San Gavino y san Críspulo, mártires.—Durante el imperio de Adriano nacieron estos santos en Torres de Cerdeña. Verdaderos discípulos de Jesucristo sufrieron por la fé innumerables tormentos, como se colige por una lápida antigua. Perdiéronse las actas de estos mártires, pero se sabe que alcanzaron la palma del martirio en la ciudad misma de Torres de Cerdeña, y bajo el imperio tambien de Adriano. Mucha es la devocion que se profesa en Cerdeña á estos santos mártires, siendo muchísimos los milagros que por su intercesion ha obrado el Señor.

Los santos Sico y Palatino, mártires.—Murieron en Antioquía, y segun el Martirologio romano de San Gerónimo, padecieron muchos tormentos por confesar la fé de Jesucristo. Esto es cuanto se sabe de estos santos.

San Exuperancio, obispo y confesor.—Fué el XIX obispo de Ravena, varon dotado de grandes virtudes, y sobre todo de ardentísima caridad. Asistió y suscribió á los concilios de Tarragona, Aquilea y Toledo; trabajó incesantemente en bien de la Iglesia, estuvo enriquecido con el don de milagros, y por su inocencia de costumbres, su humildad y su laborioso celo, fué la admiracion y pasmo de sus contemporáneos. Murió en Ravena, el dia 30 de mayo del año 418, despues de haber sufrido crueles persecuciones de parte de los herejes arrianos.

San Anastasio, obispo.—En tiempo de Rotario, rey de los longobardos, en casi todas las ciudades de sus dominios habia dos obispos, uno arriano y otro católico. En Pavía estaba entonces de pastor san Atanasio, nacido de noble alcurnia, muy docto en toda clase de conocimientos. Habia estado por algun tiempo inficionado de la herejía, pero desde su elevacion al cargo pastoral abrazó la fé católica, y fué una de sus mas firmes columnas. Por su predicacion abandonaron muchos errores y la secta de los herejes, y entraron en el seno verdadero de la Iglesia. Anastasio se vió por esta razon cruelmente perseguido; pero el Señor le prodigó sus consuelos, y le sostuvo en medio de sus amarguras. Finalmente, despues de un pontificado memorable en abundantes frutos de gracia, murió el santo obispo pacíficamente en Pavía el 30 de mayo de 680.

Los santos Basilio y Emelia, su mujer. — Estos santos esposos, cabeza de una familia de santos, tuvieron la gloria de dar al mundo y á la Iglesia al ilustre san Basilio el Grande, que debió á sus nobles padres la educacion santa y escogida, que le hizo despues una lumbrera del mundo. Basilio y Emelia vivian ocupados en prácticas de virtud, cuando por el solo motivo de ser cristianos, fueron desterrados de Cesarea de Capadocia, su patria, en tiempo de Galerio Maximino. Retiráronse á los desiertos del Ponto, y despues, habiendo cesado la persecucion, murieron en paz dejando á sus hijos por herederos de sus eminentes virtudes. Puede verse la vida de san Basilio, puesta en el dia 14 de junio.

DIA 31.

Santa Petronila, vírgen.—Santa Petronila, vírgen, fué hija de san Pedro, el cual fué casado ántes de ser llamado al apostolado por Cristo nuestro Señor; y el mismo Señor sanó á la suegra de san Pedro, estando enferma de recias calenturas. Su mujer se llamó Perpetua; y de ella dice Clemente Alejandrino, que fué mártir, y que san Pedro, viéndola llevar al martirio se holgó en gran manera por aquella gran merced que Dios le hacia; y que llamándola por su nombre, la consoló y exhortó, y le dijo: *Heus tu, memento Domini*: Perpetua, mirad que os acordeis del Señor. De este matrimonio tuvo san Pedro, ántes que siguiese á Jesucristo, una hija que se llamó Petronila; porque despues se apartó de su mujer, y vivió en perpetua continencia. Fué Petronila de extremada hermosura y gracia: para que no se desvaneciese con ella, y con la flor de su edad perdiese el fruto de la virtud, dióle nuestro Señor una enfermedad larga y trabajosa. Dijeron á san Pedro que porque sanando él á tantos enfermos con sola su sombra, no sanaba á su hija, que tenia paralítica en su casa, y siendo piadoso para todos, para sola ella era cruel; respondió el santo padre: No es eso lo que le conviene á mi hija: para bien de su alma le es necesario estar enferma; que muchas veces sana el alma, ó no cae enferma por la dolencia del cuerpo; y para que veais que dejarla en la cama no es falta de poder en mí, sino sobra de amor y mirar por su bien: Levántate, Petronila, dijo, y sírvenos á la mesa. Levantóse la santa hija, sana como si nunca hubiera estado enferma, y sirvió á la mesa: y despues de haber cumplido con este oficio se volvió á la cama, porque así se lo mandó su padre. Pasaron algunos años, y estando ya sin las imperfecciones que ántes tenia, ó se podian temer, sanó de sus enfermedades, y fué tan gran santa, que hizo muchos milagros, y por su intercesion otros muchos cobraron salud. Tuvo noticia de su hermosura y gracia un caballero noble y poderoso llamado Flaco, y y encendióse tanto en su amor, que deseando tenerla por mujer vino á casa de Petronila, acompañado de soldados y gente de guerra, y declaró á la santa doncella la causa de su venida. Ella sin turbarse le respondió: ¿A qué propósito, ó Flaco, tanto ruido de armas para una doncella flaca ó sola? No se suelen ganar las voluntades de las mujeres con armas ni espantos, sino con servicios y ruegos. Si quieres que sea tu mujer, déjame aparejar estos tres dias, y al cabo de ellos vengan algunas dueñas y doncellas, para que me acompañen y me lleven á tu casa, conforme á tu estado. Con esta respuesta quedó Flaco contento, y dijo: que así se haria; y la santa doncella, que habia ofrecido su virginidad á Jesucristo, gastó los tres dias en perpetua oracion y ayunos, suplicándole con muchas lágrimas y grande afecto, que le librase de aquel peligro, y no permitiese que ella contra su voluntad perdiese lo que le habia prometido, y tanto deseaba confesar. Vino al tercero dia á su casa un santo sacerdote, llamado Nicomedes: díjole misa y dióle el santísimo Sacramento; y en recibiéndole se inclinó sobre su cama y dió su espíritu á Dios. Vinieron aquel dia las dueñas y doncellas, que Flaco enviaba para acompañarla y llevarla á su casa, y hallándola muerta, en lugar de celebrar las bodas, celebraron sus exequias. Su muerte fué el postrero dia de mayo, en el cual la Iglesia celebra su fiesta. El cuerpo de santa Petronila fué sepultado en la via Ardeatina, y despues trasladado con gran solemnidad á la basílica del príncipe de los apóstoles, san Pedro, en tiempo del papa Paulo, primero de este nombre. Escribió de santa Petrolina, Marcelo presbítero, como testigo de vista; y aunque san Agustin, escribiendo contra Adimanto, maniqueo, dice que aquel libro es apócrifo, no le reprueba como á falso, sino responde al hereje que le alegaba en su favor y reprendia lo que está escrito en la divinas Letras, mostrando cuánto mas crédito se debe dar á cualquiera libro canónico de la sagrada Escritura, que todos los libros y autores fuera de ella; y que sin perjuicio de la caridad se puede castigar el cuerpo del enemigo para que se salve el alma; haciendo en esto oficio de amigo, como muchas veces lo hicieron los santos. Tambien escriben de santa Petronila, como de hija de san Pedro, todos los Martirologios, y por comun tradicion, recibida con universal consentimiento, la Iglesia hoy celebra su fiesta, y se venera su sagrado cuerpo en el templo de San Pedro de Roma, donde está; y así, á mi juicio, lo que aquí queda referido, se debe tener por cierto; aunque algunos varones doctos hallen alguna dificultad.

* Los santos Cancio, Cancianо y Cancianila, hermanos. —Durante la cruel persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano sufrieron el martirio en Aquileya estos santos, descendientes de la ilustre familia de los Anicios. Tambien su maestro Proto fué decapitado junto con ellos en defensa de la fé católica.

San Crescenciano.—Fué martirizado en Cerdeña, pueblo llamado de Torres. No se sabe de fijo la época de su muerte.

San Hermias, soldado.—Floreció en tiempo del emperador Antonino. Fué martirizado cruelmente por seguir la fé de Cristo. Por sus inefables decretos libróle el Señor de muchos padecimientos con que querian atormentarle, de manera que su verdugo se convirtió á la fé verdadera, y fué partícipe con él de la corona del martirio. Por último fué decapitado en Comana, en el Ponto.

San Lupicino, obispo.— El Martirologio romano hace mencion de él en este dia, sin añadir ninguna otra circunstancia de su vida. Fué martirizado en Verona.

San Pascasio, diácono y confesor.—De él hace mencion no solo el Martirologio romano en este dia, sí que tambien el papa san Gregorio. Fué martirizado en Roma, en los primitivos tiempos de la Iglesia.

JUNIO.

DIA 1.

*San Simeon, monge.—Era natural de Siracusa en la isla de Sicilia, y despues de haber hecho sus estudios en Constantinopla, pasó á Jerusalen donde permaneció siete años visitando todos los dias los santos lugares, hasta que por fin se dirigió al célebre monasterio situado al monte Sinaí, donde vistió el hábito, viviendo allí muchos años. Sus virtudes le granjearon el aprecio de aquellos monges y especialmente de sus superiores, quienes le mandaron á desempeñar una mision á Italia, la que efectuada se retiró á Tréveris, donde su obispo Popon le cedió una habitacion en la torre de la catedral, en cuyo punto se dió á la penitencia y mortificacion, muchos años, hasta el dia de su muerte que fué el dia 1.° de junio de 1035. Muchos fueron los milagros que el Señor obró por la intercesion de su siervo, en vista de los cuales el papa Benedicto IX le colocó en el número de los santos.

San Fortunato, presbítero.—Nació en Espoleto y habiéndose aprovechado mucho en los estudios sagrados fué ordenado sacerdote de aquella Iglesia. Sus virtudes fueron tan esclarecidas, que mereció que le visitasen los ángeles, y que se le apareciese varias veces Jesucristo. Su caridad con los pobres fué extremada; privábase de todo lo necesario á la vida para socorrerlos, y despues de una vida pasada en la práctica de las eminentes virtudes, descansó tranquilamente en el Señor, en la misma ciudad de Espoleto, el dia 1.° de junio del año 400. Fué insigne en milagros ántes y despues de su muerte.

San Juvencio, mártir.—Derramó su sangre por la fé en Roma, durante los primeros siglos del cristianismo. Sus reliquias fueron trasladadas por los fieles á las Galias, y colocadas despues en el monasterio de la Casa de Dios, donde han obrado grandes milagros.

San Reverіano, san Pablo y otros diez, todos mártires.—El primero fué obispo, y el segundo presbítero de la iglesia de Autun, en Francia. En tiempo del emperador Aureliano, por los años de 272, fueron presos con otros diez cristianos de la misma ciudad, y permaneciendo constantes en la fé fueron degollados.

San Tespecio, mártir.—Reinando el emperador Alejandro, y siendo prefecto de Capadocia Simplicio, en el año 230, fué conducido Tespecio á la presencia del juez, y habiéndole mandado que ofreciese incienso y adoracion á los dioses del paganismo, no solo se negó á hacerlo, sino que se mofó claramente de aquellas divinidades. Entonces fué el santo condenado al ecúleo, y á ser abrasado por las llamas de una grande hoguera. El Señor le libró milagrosamente de todos los tormentos, por cuyo motivo se convirtieron muchos infieles á la verdadera religion, y el santo fué degollado el dia 1.° de junio del mismo año 230.

San Isquirion y otros compañeros, mártires.—El primero era gefe, y los demás soldados de una legion romana acantonada en Alejandría de Egipto, y habiéndose convertido á la fé por los milagros de los mártires, fueron tambien ellos martirizados en la misma ciudad el año 249.

San Firmo, mártir.—Durante la persecucion del emperador Maximiano, fué atormentado en Grecia por no querer abjurar la religion de Jesucristo, y habiéndole apedreado, consumó el martirio.

San Felino y san Graciniano, mártires.—Eran estos dos santos gentiles, de gran nobleza y de no comun sabiduría, y estaban empleados en el palacio del emperador Decio. Por los años de 250 fueron enviados desde Roma á Perusia, á dar providencias contra los cristianos que no querian ceder á la violencia de la persecucion; pero cuando vieron la sobrenatural constancia de aquellos esforzados atletas, y los portentos que obraba el cielo en medio de sus suplicios, abrieron ambos los ojos á la luz del Evangelio, recibieron el bautismo, y poco despues la corona del martirio.

San Próculo, mártir.—Fué natural de Bolonia en Italia, y murió mártir en esta misma ciudad por los años de 303.

San Segundo, mártir.—Padeció martirio por la fé en la ciudad de Amelia en Umbría, durante el reinado del emperador Diocleciano. Los tormentos á que se le sujetó fueron tan extraordinarios, que una infinidad de gentiles creyeron en Jesucristo á la sola vista de la constancia y de la admirable fortaleza del mártir.

San Crescenciano, mártir.—Natural de Italia, y muy dado á la vida contemplativa desde su conversion al cristianismo, vivia en un lugar solitario, ocupado en prácticas de devocion, cuando se encendió la persecucion en el reinado de Diocleciano. En ella fué envuelto nuestro santo, y despues de varios y dolorosos suplicios, permaneciendo siempre constante en la fé, fué al fin degollado. Su cuerpo se venera en la ciudad del Castillo en Italia, y su sepulcro es célebre por los milagros obrados por su intercesion.

San Caprasio, abad.—Lo fué del monasterio de Lerins, y floreció en el siglo V. Habiendo sido espejo de virtudes monásticas, murió santamente el año 430.

San Enecon, abad y confesor.—Nació en España de padres piadosos á fines del siglo X. Sus raras prendas le hicieron el mas amable y el mas distinguido de todos los jóvenes de su época; pero él, que solo queria vivir para Jesucristo, renunció al mundo y sus pompas, y se retiró á un monasterio de benedictinos, junto á Burgos, donde tomó el hábito religioso. Fué ejemplar de humildad y paciencia, mereció ser nombrado abad de aquella casa, la cual gobernó con prudencia y santidad, y despues de una vida ilustre en milagros y en ejemplos de imitacion, murió santamente el dia 1.° de junio del año 177.

Los santos Pánfilo, presbítero; Valente, diácono; Pablo, y otros nueve, todos mártires.—San Pánfilo fué hom-

bre de santidad y ciencia admirable, y muy liberal con los pobres. Por la fé de Jesucristo, primeramente fué atormentado durante la persecucion de Galerio Maximiano, y luego fué encerrado en una prision por órden del gobernador Urbano. Despues, en tiempo de Firmiliano, habiéndole nuevamente atormentado, consumó el martirio juntamente con otros santos en Cesarea de Palestina, en el año 308. Tambien fueron entonces martirizados, segun el Martirologio romano, san Valente, diácono, san Pablo y otros nueve, de todos los cuales hace hoy la Iglesia conmemoracion.

DIA 2.

Los santos Marcelino y Pedro, mártires. — Entre los otros gloriosos mártires que dieron la vida por Jesucristo en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, fueron Pedro y Marcelino, cuya festividad celebra la santa Iglesia á los 2 de junio. Era san Pedro exorcista, y hacia el Señor por él muchos y grandes milagros, librando á muchos endemoniados del poder de Satanás; y por esto era muy conocido y aborrecido de los ministros injustos de justicia, y tan crueles carniceros, que nunca se hartaban de la sangre de los siervos de Jesucristo. Mandóle prender Sereno Vicario, y entrególe á Artemio; el cual tenia una hija que se llamaba Paulina, muy amada de su padre, y muy atormentada y afligida del demonio. Estando en la cárcel san Pedro, viendo triste y desconsolado á Artemio, por el mal de su hija, le dijo: ¡O Artemio, si conocieses á Jesucristo y le adorases por Dios, qué grandes bienes recibiria tu alma, y cómo tu hija luego quedaria sana! Respondió Artemio: En eso, que me dices, veo que estás loco y desvarías. ¿Ese Cristo, que tú tienes por Dios, no te puede librar á tí de la cárcel donde estás y de mis manos; y dices que creyendo yo en él, librará á mi hija del demonio que la atormenta, y que le dará salud? A esto dijo Pedro: Nuestro Dios no libra siempre á sus siervos de las penas y fatigas que padecen, por probarlos y apurarlos mas con los tormentos, como se afina el oro con el fuego; pero bien puede librarlos y los libra, cuando conviene; y si quieres hacer la prueba, concertémonos y prométeme de creer en Cristo, si él me librare esta noche de la cárcel en que estoy. Artemio, haciendo burla de lo que oia, se lo prometió; y para que no hubiese engaño, dobló al santo las prisiones, echóle nuevas cadenas, púsole en lo mas profundo de la cárcel, cerró las puertas con mas cuidado, añadió mas guardas; y dijo á Cándida, su mujer, lo que pasaba, haciendo donaire de lo que Pedro le habia dicho. Mas Cándida, que era mas cuerda, dijo á su marido que no hiciese burla de lo que habia dicho Pedro, sino que aguardase aquella noche para ver lo que sucedia; pues tan presto se podria certificar de la verdad. Estando en esto, al principio de la noche se presentó san Pedro á los dos, y á Paulina su hija, que estaba con su padre. Venia vestido de ropas blancas, con una cruz en la mano, á la cual, viendo el demonio, huyó súbitamente de allí, dando horribles alaridos, y diciendo: «La virtud de Cristo, ó Pedro, que está en tí, me ha atado y echado;» y dejó á Paulina libre y enteramente sana.

Quedaron los padres atónitos, por ver á Pedro sin prisiones delante de sí, y á su hija con salud. Echáronse luego á los piés del santo, confesando á Jesucristo por verdadero Dios y pidiendo el agua del bautismo, y lo mismo hicieron todos los de su casa y otras treinta personas que á la fama de este milagro concurrieron á la de Artemio; y los encarcelados, que estaban por sus delitos aprisionados, soltándolos Artemio, y trayéndolos á san Pedro, entendieron aquel gran milagro que Dios obraba por él; tambien se convirtieron, y todos fueron bautizados por san Marcelino, presbítero, á quien san Pedro llamó para este efecto; y él estuvo mas de un mes en casa de Artemio, catequizando y enseñando á aquellos nuevos cristianos los misterios admirables de nuestra santa religion, y confirmándolos en la fé, porque el juez Sereno á la sazon estaba enfermo; pero en estando para ello, luego envió á mandar á Artemio que trajese á su presencia los cristianos que tenia presos; mas Artemio, besando con mucha devocion sus manos, les dijo, que los que tenian deseo del martirio se aparejasen animosamente para la pelea; y los que quisiesen irse, él les daba licencia para hacerlo; y á la mañana siguiente se fué al juez, y contóle lo que pasaba, y que Pedro y Marcelino nunca habian querido salir de la cárcel, por mas que él les habia abierto las puertas y se lo habia rogado. Enojóse Sereno sobremanera, y con aquel furor mandó prender á Artemio, y herirle fuertemente con plomadas, y echarle en la cárcel, y parecer en su tribunal á Pedro y Marcelino. Tentóles al principio con blandura; y viendo que no aprovechaba, y que Marcelino le respondia con constancia y gravedad, mandó á los soldados de su guarda que le diesen grandes puñadas en el rostro; y diéronle tantas, que se cansaron; y el juez malvado ordenó que le apartasen de Pedro y le volviesen á la cárcel, le tendiesen en el suelo, sembrado de pedazos de vidrio, y que le dejasen sin darle cosa de comer; y volviéndose á Pedro, con rostro severo y turbado, le dijo: No pienses que te tengo que atormentar otra vez en el potro, y quemar tus costados con hachas encendidas; mañana te mandaré atar á un palo para que seas despedazado y comido de las fieras. Respondió el santo exorcista: No sé por qué te llamas Sereno, pues estás tan anublado y tan lleno de tinieblas, y mandas herir y encarcelar á Marcelino, que es amigo de Dios, á quien debias suplicar que rogase por tí, para que Dios te librase de las penas eternas que te están aparejadas. Embraveciόse mas Sereno con las palabras de Pedro, y mandóle cargar de prisiones y llevarle á la cárcel, y meterle en un cepo: mas el Señor no se olvidó de sus dos siervos; ántes les envió un ángel, el cual apareció á Marcelino, que estaba en oracion tendido sobre los pedazos de vidrio, y le vistió de vestiduras, y le dijo que le siguiese, y lo llevó adonde estaba Pedro aherrojado; y habiéndole asimismo librado, los llevó consigo á la casa donde estaban los que ántes habian bautizado, puestos en oracion, con grande union. Allí les dijo el ángel que estuviesen siete dias con aquellos cristianos noveles, y los animasen á presentarse al juez Sereno: el cual enviando al dia siguiente á la cárcel por Pedro y Marcelino, no los hallaron. Turbóse sobremanera Sereno, y convirtió su rabia y furor contra Artemio y contra Cándida su mujer, y Paulina su hija, y mandó que los enterrasen vivos; y como los llevasen al dia siguiente para ejecutar esta cruel sentencia, saliéronles al encuentro san Pedro y Marcelino, para animarlos y ponerles delante el galardon que Dios les habia de dar si peleaban como valerosos soldados; y conociéndolos los ministros impíos de Sereno, echaron mano de ellos, y cortando

la cabeza á Artemio, arrojaron á Cándida y Paulina en una sima, y un monton de piedras sobre ellas muy grandes, donde quedaron sepultadas.

A Pedro y Marcelino mandó el juez llevar á un bosque apartado de la ciudad, que se llamaba la Selva Negra, y por ellos se llamó despues la Selva Cándida ó Blanca: y añade el papa san Dámaso, que estando el campo lleno de espinas, los mismos santos con sus manos las quitaron, para que en él se hiciese el sacrificio. Allí los dos gloriosos mártires se abrazaron, y dieron ósculo de paz, con singular devocion y ternura; y puestos de rodillas en oracion fueron degollados. Sus cuerpos recogieron dos santas matronas, Lucina y Firmia, y los enterraron junto al sepulcro de san Tiburcio, mártir, por mandado del mismo san Tiburcio. Toda esta historia supo san Dámaso, siendo ordenado de lector del mismo verdugo que los degolló, y se llamaba Doroteo: y despues siendo obispo escribió unos versos en alabanza de estos dos santos, en los cuales refiere su martirio. Y el mismo verdugo dijo públicamente que habia visto las almas de estos dichosos mártires vestidas de blanco, por manos de ángeles subir al cielo: y compungido se bautizó é hizo penitencia de su pecado, y acabó santamente su vida. El martirio de estos santos celebra la Iglesia, como dijimos, á los 2 de junio, y fué el año del Señor de 302. El emperador Constantino edificó á estos dos santos un templo en la via Lavicana, le dotó de grandes posesiones y dones, y en Roma hay otra iglesia tambien dedicada á estos santos: y algunas de sus reliquias fueron llevadas á Francia, siendo sumo pontífice Gregorio IV. Y la ciudad de Cremona tuvo una insigne victoria el año de 1213 contra los milaneses, por intercesion de san Pedro y san Marcelino, á los cuales todo el pueblo pidió favor; y de su altar luego salieron dos palomas blancas, y al tiempo de la batalla los soldados de la ciudad de Cremona vieron ante sí dos mancebos en caballos blancos, que desbarataban los escuadrones de sus enemigos y los hacian huir. Así lo cuenta Cárlos Sigonio, lib. XVI *de Regno Italiæ*, año 1213. Escriben de estos santos los Martirologios Romano, de Beda, Usuardo y Adon, y los actos de su martirio que refieren el P. Fr. Lorenzo Surio y el cardenal Baronio.

SAN ERASMO, OBISPO Y MARTIR.—Con los santos Pedro y Marcelino, junta la Iglesia católica el mismo dia la festividad de san Erasmo, obispo y mártir: el cual en tiempo de los mismos emperadores, Diocleciano y Maximiano, peleó valerosamente por la fé de Jesucristo, y fué atormentado muchas veces con atroces y exquisitas penas. Mandóle Diocleciano desnudar y azotar cruelmente con unos látigos, que tenian los remates de plomo, y despues quebrantarle los huesos con bastones nudosos: y como ninguna cosa bastase para ablandarle y apartarle de la fé de Cristo nuestro Señor, hizo aparejar una gran caldera llena de pez, resina, alcrebite y plomo derretido, y ardiendo, echar al santo dentro; pero por voluntad del Señor ninguna cosa le empeció. Visto del pueblo este milagro, dejando la adoracion de sus falsos dioses, muchos se convirtieron y abrazaron nuestra santa religion. Mandóle el emperador llevar á la cárcel, cargado de yerro y cadenas, y que so pena de muerte no le diesen de comer ni de beber: mas á media noche, estando el santo en oracion, resplandeció en la cárcel una luz maravillosa, y derramóse un olor suavísimo por toda ella, y aparecióle un ángel, y quitándole las prisiones le dijo: Levántate, Erasmo, y vente conmigo; porque has de convertir muchas almas al Señor. Llevóle el ángel á un pueblo llamado Lucrino, que es en la provincia de la Pulla, en el reino de Nápoles, donde Dios por su santo hizo muchos y muy grandes milagros, y mediante ellos y su celestial vida y doctrina fueron innumerables los infieles que, dejadas las tinieblas de su ignorancia, vieron la luz clara del santo Evangelio, y vinieron al aprisco del Señor.

Divulgóse por toda aquella tierra la fama de san Erasmo: y como Maximiano, emperador, viniese á ella y oyese hablar tanto de los milagros y virtudes de san Erasmo, mandóle traer á su presencia, y preguntóle qué religion profesaba. Alzó el santo los ojos al cielo, como quien pedia favor á Dios para responder: y el tirano indignado le mandó herir en el rostro, diciéndole: Mira lo que te conviene, y sacrifica á nuestros dioses. Luego hizo que le vistiesen una loriga de hierro hecha brasa á raiz de sus carnes: y como la loriga no le quemase, ni hiciese señal alguna en su cuerpo; embravecido el tirano, le hizo poner dentro de una olla grande de plomo, pez, resina y aceite ardiendo, para que allí fuese consumido. Pero ¿qué fuerza puede tener el fuego contra la voluntad del Señor? En este tormento estuvo gran rato el santo, sin tormento y sin lesion: y turbado el tirano, mandóle volver á la cárcel, para buscar nuevos géneros de penas, con que atormentarle: mas aquella noche se le apareció un ángel quitándole las prisiones, y le llevó á la ribera del mar, donde estaba una barca aparejada, en la cual guiándole el santo ángel, llegó á la ciudad Formiana en la provincia de Campania, no léjos de Gaeta. Allí hizo lo que solia, y con su ejemplo, predicacion y milagros alumbró aquella gente ciega, y le comunicó la luz soberana del santo Evangelio; y un dia, estando orando, oyó una voz del cielo que le dijo: Erasmo, siervo mio, pues has peleado como buen soldado por mí, ven á recibir la corona; y luego vió una corona riquísima que le traian del cielo; y reclinando su cabeza, dijo: Recibe, Señor en paz mi espíritu; y con esto voló en figura de paloma blanca, acompañado de ángeles, al que le crió y le habia dado fortaleza para pelear, y librádole tantas veces de los tormentos y muerte, como queda referido. Murió á los 2 de junio, por los años del Señor, segun Baronio, de 303. Su cuerpo, como dice san Gerónimo, estuvo en la iglesia catedral de la ciudad de Formias, y despues se pasó á la de Gaeta, donde está al presente, y es reverenciado con grande honra y devocion. El glorioso padre san Benito fué devotísimo de san Erasmo, y le hizo edificar dos suntuosas iglesias, una en Roma, y otra en la ciudad de Vercel, como lo notó el cardenal Baronio. Sacóse esta vida del Martirologio de Adon, y pónenla mas á la larga san Antonino, arzobispo de Florencia, Vicencio Belovacense. Gelasio II, sumo pontífice, siendo monge del Monte Casino, escribió la vida de san Erasmo, obispo y mártir, y de otros santos, como lo escribe Pedro Diácono en el libro que hizo de los varones ilustres de aquel monasterio; y hacen mencion de san Erasmo los demás Martirologios.

SAN JUAN DE ORTEGA, CONFESOR.—Fué san Juan de Ortega del arzobispado de Burgos, de una pequeña aldea que llaman Quintana de Ortuño, á dos leguas de aquella ciudad. Sus padres eran nobles: el padre se llamaba Vela Velazquez, y la madre doña Eufemia. Estuvieron veinte años sin hijos, y con muchos ruegos y lágrimas alcanza-

ron de Dios á Juan, que fué tan santo como hijo de oracion. Desde niño dió muestras de humildad y claro ingenio; y así salió bien con los estudios, y siendo de edad, se ordenó de presbítero, haciendo vida digna de tan alto ministerio, dándose del todo al servicio de nuestro Señor. Habia á la sazon muchas revueltas y desasosiegos en España, despues de la muerte del rey don Alonso el VI, que ganó á Toledo: y como el siervo de Dios era amador de la paz, repartió la mayor parte de su hacienda á los pobres, y guardó alguna para sí, con determinacion de ir á visitar la Tierra Santa, y aquellos santos lugares que consagró con su sangre el Rey pacífico, Jesucristo nuestro Señor. Partió san Juan á Jerusalen, y vivió en aquella santa ciudad algun tiempo con no poca quietud de su alma; y pareciéndole que las cosas de su tierra estarian en mejor estado, se embarcó para venir á ella, y en el mar tuvo una brava tempestad, por lo cual todos los que venian en aquel navío se tuvieron por perdidos. Hizo oracion san Juan, y suplicó al Señor que los socorriese en aquel tan evidente peligro: tomó por intercesor á san Nicolás, obispo, prometiendo hacerle una ermita: la oracion y la tempestad se acabaron casi á una. Llegando á su tierra, halló en ella mayores y mas peligrosas ondas que en el mismo mar, por la revolucion de los tiempos, y por la ambicion de los que pretendian reinar; y así se determinó á retirarse á vida solitaria, y apartar de sí todo lo que le podia apartar de Dios. Puso los ojos en un lugar áspero y peligroso, que habia en los montes de Oca, llamado Ortega, por las malezas, segun dicen, y espesuras de ortigas y de otras malas yerbas que habia en él, junto del camino por donde pasan los peregrinos que van á Santiago de Galicia. En este lugar se encerraban los ladrones, y de él salian con seguridad á hacer sus asaltos y despojar á los que iban á aquella santa romería. Escogió el siervo de Dios este sitio con grande ánimo: pidió licencia al rey don Alonso el VII para edificar allí una celda, y levantar una ermita con título de San Nicolás, tomándole por su patron y abogado. Otorgóle el rey fácilmente la licencia, y el santo comenzó luego á levantar el edificio; al cual los ladrones y salteadores muchas veces acometieron, y de noche derribaban cuanto el siervo de Dios habia edificado de dia. No desmayó por esto san Juan, aunque pasó con esta gente muchos encuentros, y le amenazaron, no solo de quemar y asolar el edificio, mas de quitarle la vida. Con la resistencia misma cobró fuerzas, y poniendo su corazon en Dios, prosiguió adelante cayendo y levantando. Cuando le faltaba posibilidad y dineros, iba á aquellos pueblos comarcanos y pedíales socorros: y ellos le ayudaban con todo lo que podian, conociendo su santo intento, y él repartia de lo que le daban con los mismos salteadores, venciéndoles con el ánimo y buenas obras. Salió al fin con su intento: edificó el monasterio que ahora conserva su nombre, y un hospital donde al presente hay diez y siete camas, que se llenan cada noche de peregrinos pobres. Fundó tambien una capilla fuera de la iglesia, en honra de san Nicolás su patron, de quien recibió grandes favores, apareciéndole muchas veces y agradeciéndole sus servicios, y dándole ciertas esperanzas de que habian de ser compañeros en la gloria.

Resplandeciendo, pues, san Juan de Ortega con su vida ejemplar, y derramando tan suave olor de sus virtudes, comenzó á atraer á sí los ánimos de muchos, y mover los corazones de los que venian á él para imitarle y seguirle su doctrina y sus santos institutos. Parecióle ser cosa del Señor, y determinó vivir con ellos como en congregacion, y en forma de religion, á manera de canónigos reglares, que profesaban la regla de san Agustin; pero esto no le estorbaba que no saliese á hacer obras santas á unas y otras partes, donde entendia que habia necesidad, gastando las muchas y largas limosnas que le daban en beneficio de los pobres. Servíalos con mucha humildad: regalaba á los peregrinos, dispensando aquel tesoro, como siervo fiel, en oficios de caridad. Reparó lo primero una puente que se habia llevado el rio Ebro, junto á Logroño: edificó otra desde sus fundamentos en la ciudad de Nájara: hizo otra tercera puente de mas de quinientos pasos en largo cerca de Santo Domingo de la Calzada, en un arroyo que cuando se enoja es muy perjudicial y estorba el paso por muchos dias, con gran peligro de los que se atreven á vadearle. Trabajando con sus propias manos enjugó un paso largo, lodoso y empantanado, y trabajoso para los peregrinos que iban á Santiago, é hizo en él una calzada maciza, que hoy dura, con lo cual quedó fácil y llano. Todos los hospitales de aquella tierra se gobernaban por su consejo; y él no tenia otro fin sino el bien de los pobres y la gloria del Señor. Pues ¿qué diré de su abstinencia y aspereza de vida; la cual comenzó desde su niñez y prosiguió toda su vida, y mas desde que se recogió á aquella soledad? No comia sino sola una vez al dia, y en poca cantidad: ayunaba cada año tres cuaresmas; y en este tiempo casi no comia, y parecia vivir por milagro. El hábito era humilde, sin ostentacion: andaba en un asnillo, cuando la jornada era larga. Sobre todas sus virtudes, resplandecia en la que es sobre todas, que es la caridad; y el Señor la manifestó con muchas maravillas que por él hizo. Llegaron una vez de golpe muchos peregrinos, cogiéndole desapercibido y sin bocado de pan en casa; y el Señor le proveyó de manera que el arca, que ántes estaba vacía, se halló llena de pan, amasado por la oracion del santo con las manos de la caridad. Otra vez, faltando cinco sueldos para pagar un buey que habia comprado, al tiempo de hacer la paga, halló todo el dinero que habia menester. Llevando una vez una carreta cargada, pasó la carreta por encima de un pobre hombre que junto al camino dormia, y murió luego. Hizo oracion el santo á Dios por él con muchas lágrimas, y levantóse el difunto sano y bueno. Hurtáronle las vacas una noche unos ladrones: anduvieron con ellas toda la noche, pensando que á la mañana estarian bien traspuestas; y cuando vino el dia, se hallaron á las mismas puertas de la casa del santo, cansados, confusos y con el hurto en las manos. Confesaron su pecado y pidieron perdon, y prometieron la enmienda de sus vidas. Otra vez un pescador codicioso echó cierta confeccion viscosa en un lago donde habia muchos peces, para emborracharlos y pescarlos todos. Rogó el santo al pescador que no echase aquella ponzoña en el agua, porque la corromperia y no tenia otra para beber. No hizo caso de ello, y cuando fué á coger los peces, cegó de repente el cuitado pescador, de manera que no pudo coger ninguno, ni aun sabia dónde estaba. Pidió perdon y medicina al santo, conociendo que aquel era castigo de su culpa; y san Juan suplicó á nuestro Señor le perdonase y restituyese la vista, y así la cobró luego. Otras maravillas, como estas, obró el Señor por el santo en vida: y no es menor la que siendo ya viejo le aconteció, que dejando una vez atado su asni-

llo, royó el cabestro: quiso el santo remendarlo: deslizó la alezna con que hacia los agujeros: tenia la cabeza baja y dióse en el ojo derecho y quebróselo: y viniendo el obispo de Nájara á visitarle y consolarle, y para hacerle reverencia, san Juan hizo oracion á nuestro Señor, y al instante quedó bueno, y con los ojos sanos y claros.

Atajó con su prudencia y espíritu grandes males en estos reinos de España, y confesó algunas veces al rey don Alonso el VII, y dióle muy buenos consejos y recibió de él largas limosnas, para proseguir las obras que tenia comenzadas; y entre otras cosas que le dió el rey, fué un Crucifijo de marfil que el santo llevó siempre al cuello, hasta que murió, que fué el año 1163, á los 2 dias del mes de junio, habiéndose hecho llevar ántes á su casa de Ortega, y hecho su testamento algunos dias ántes que muriese, y dejado por rector de aquella casa y de los demás canónigos, á su sobrino Martin Estévan, por haberle siempre hallado varon de prudencia y de virtud. Dió su alma al Señor con singular alegría, y con un semblante del cielo; y despues de su muerte el Señor le ilustró con muchos y grandes milagros: y entre otros se ha señalado mucho el santo en haber alcanzado hijos de bendicion á los que habiendo estado muchos años casados sin tenerlos, se encomiendan á él: porque así como sus padres de san Juan estuvieron veinte años sin tener hijo, y le alcanzaron por oraciones; así quiso el Señor que el mismo santo fuese medianero para alcanzar á otros semejantes beneficios.

Una mujer alcanzó por los méritos del santo varon una hija, al tiempo que casi no la esperaba: y siendo ya grandecilla, estando su madre lavando un poco de verdura junto á la canal de un molino, cayó en el agua: arrebatóla el raudal: dió la madre un grito con el ansia, y dijo: Válgame san Juan de Ortega; y habiendo pasado por el golpe de la canal y del rodezno que andaba á toda furia, la halló de piés sana y entera sobre el agua, como riéndose y contenta.

Un niño de dos años, natural del mismo lugar de Ortega, vigilia de la Ascension de nuestro Señor, cayó en un pozo hondo y allí se ahogó. Sacáronle y llevarónle sus padres muerto á la capilla del santo, rogándole se apiadase de ellos: apiadóse y resucitóle.

El dia de la fiesta de este santo, cierto hombre hizo esquilar su ganado, no haciendo caso de lo que algunos le avisaron y amonestaron, que no lo hiciese aquel dia; y al otro dia de mañana pasando por delante de la iglesia del monasterio un rebaño de doscientos carneros que se habian esquilado el dia de la fiesta, cayeron todos allí muertos en tierra.

Cada año se celebra su fiesta con grandísimo concurso de gente que viene de toda aquella comarca y de muy léjos, á celebrarla, y llevan muchas mortajas para colgarlas en su templo, de personas que por haber estado en lo último de su vida, se las tenian ya vestidas ó aparejadas, y por intercesion del santo alcanzaron salud. En esta casa de san Juan de Ortega vivieron despues por largos años canónigos reglares, hasta el año 1431, gobernándose por sus priores elegidos de entre ellos mismos. Despues el obispo de Burgos, don Pablo de Santa María, que se habia convertido del judaismo á la religion cristiana, varon doctísimo, entregó aquella casa á los padres de san Gerónimo, con ciertas condiciones, y con acuerdo y voluntad de tres canónigos reglares, que solos quedaban en ella: y finalmente el año de 1434, á 8 de enero se tomó la posesion por la órden y se puso por prior del monasterio á Fr. Alonso de Bonilla; y así quedó hecha casa de la órden de san Gerónimo, confirmándolo todo con bula apostólica el papa Eugenio IV. Despues el año de 1474, á 2 de marzo, queriendo trasladar el cuerpo del santo desde la capilla de San Nicolás á un sepulcro suntuoso, que tenian hecho en la iglesia del convento, y habiéndose juntado muchos prelados y gente ilustre para esta traslacion; al tiempo que se quiso hacer y comenzar la procesion, súbitamente se llenó la iglesia y capilla de unas abejitas blancas jamás vistas que andaban volando entre todos con un susurro suave, y junto con ellas salió un olor celestial, que llenó de consuelo las almas de cuantos allí estaban, y el cuerpo de san Juan estuvo inmóvil sin poderle menear; dando nuestro Señor á entender su voluntad, de que se quedase en aquella capilla de san Nicolás, y así le dejaron: y pocos años ha, mudaron el cuerpo del santo confesor, nó de la capilla sino á otro mas digno sepulcro dentro de ella. Hallaron consumida toda la carne, y los huesos muy enteros, y el corazon casi fresco y reciente: y Dios nuestro Señor se ha servido mucho de esta santa casa, despues que los padres de san Gerónimo entraron en ella, no solamente en el culto divino, del cual los padres en todas partes tienen tanto cuidado, ni por haber edificado toda aquella tierra (como suelen) con su rara religion y ejemplo; sino tambien á las largas limosnas que hacen á los innumerables peregrinos de todas naciones que por allí pasan á Santiago de Galicia, y por el hospital que mantienen, y porque en todas las necesidades de hambre y pestilencia, que algunas veces han sucedido, han sido el único refugio, amparo y remedio de los pobres de toda aquella tierra, concurriendo Dios nuestro Señor con su caridad y misericordia, como autor de ella, y supliendo milagrosamente la poca renta que tienen, para tan grandes y continuos gastos, conforme á su gran fé, y á la confianza que tienen en san Juan de Ortega, que con esta caridad la fundó. De san Juan de Ortega hacen mencion los breviarios antiguos de España; y el P. Fr. José de Sigüenza, de la órden de san Gerónimo, escribe mas largamente su vida en la segunda parte de la historia de su órden, lib. III, cap. 10, del cual principalmente se sacó lo que aquí queda referido.

* San Nicolás, peregrino, confesor.— En la Acaya, á principios del siglo once, nació este santo de padres pobres en bienes de fortuna, pero muy ricos en piedad. Educáronle en el santo temor de Dios, y se aprovechó tanto de sus santas instrucciones, que muy niño dió ya muestras de su futura santidad. Ocupado en apacentar rebaños y cuando solo contaba ocho años de edad, vióse de repente inflamado del espíritu de Dios, y entonando el *Kirye eleyson* se le apareció Jesucristo, quien le enseñó la ciencia de la perfeccion, é instruido por tan sabio maestro y despues de haber continuado cuatro años viviendo en su casa, dejóla, retirándose á una cueva desierta, donde vivió algunos años. Dios quiso probar á su siervo, permitiendo sufriera persecuciones de sus deudos, que querian volviera al seno de su familia. Mas aquel Dios, que es la guarda y consuelo de los que fielmente le sirven, le mandó pasara á Italia, evitando así las dichas persecuciones, y entregarse mas pacíficamente á sus santos ejercicios. Obedeció Nicolás, y conocidas sus cualidades, unos le tuvieron por santo, otros por necio y demente. Nicolás iba no obstante de ciudad en ciu-

dad, dando á conocer la gloria de Dios, hasta que este Señor permitió que acometido de una enfermedad mortal acabase sus dias en Trani en la Pulla, el año 1095. En el concilio romano, en tiempo de Urbano II, se hizo mérito de los milagros de este santo.

Los santos Fotino, obispo, Diácono, Mesio, Epagato, Maturo, Pontico, Biblides, Atalo, Alejandro y santa Blaudina, con otros muchos compañeros, todos mártires.—En tiempo de Marco Aurelio Antonino y de Lucio Vero, padecieron estos santos mártires en Leon de Francia, cuya Iglesia escribió á las de Asia y de Frigia la relacion de los valerosos y renovados triunfos de estos atletas de la fé. Entre todos ellos se distinguió santa Blaudina que, de sexo mas frágil, de cuerpo mas flaco y de condicion mas vil, sufrió mas dilatados y crueles tormentos, y permaneciendo cada vez mas constante y mas fuerte, habiéndola pasado con una espada, siguió á los demás á quienes habia exhortado al martirio. Su muerte se fija en el mes de junio del año 177.

San Eugenio, papa I y confesor.—Nació en Roma, y con felices disposiciones abrazó el estado eclesiástico. A su sabiduría y piedad estuvo encargado el gobierno de la Iglesia universal durante el cautiverio del papa san Martin, y por muerte de este pontífice fué Eugenio colocado en la silla de san Pedro el año 655. Su vida fué en todas épocas la de un santo, y se distinguió principalmente por varios reglamentos muy útiles que dió á la Iglesia en una época bastante azarosa. Estuvo dotado del don de milagros, y murió santamente el dia 1.° de junio del año 658.

DIA 3.

San Isaac, monge y mártir, cordobés.—El glorioso san Isaac fué natural de la ciudad de Córdoba en Andalucía: nació de padres ilustres en sangre y riquezas. Empleó muy bien sus primeros años; porque aunque en su tiempo Córdoba y lo mas de España estaba en poder de los moros, aprendió la ley evangélica y letras humanas: y como supiese con perfeccion la lengua arábiga, fué escribano público. Siendo de siete años se entendió habia de ser mártir; porque una doncella vió bajar del cielo una bola de gran resplandor, y que entre los demás que con él estaban, este bendito santo levantó los brazos y la tomó con sus manos, y se la comió toda; y todos desde entonces lo tenian por dichoso acerca del fin de su vida. Habiendo usado algun tiempo el oficio de escribano, advirtió en cuánto peligro vivia ejercitándole, por ser tan peligroso para las malas conciencias, y asimismo por vivir entre bárbaros, enemigos del nombre cristiano: por lo cual repentinamente dejó el siglo, é inflamado del divino amor se fué al monasterio de Tabanos, donde tomó el hábito angélico de monge, y comenzó á servir á Dios con todas veras. Aunque este monasterio fué destruido despues por los moros, y no quedaron ruinas de él, sábese que estaba en un lugar pequeño, llamado tambien Tabanos, siete millas de Córdoba, á la parte septentrional, metido entre peñascos y montes, cercado de espesas selvas, lugar propio para vivir vida solitaria y contemplativa; y por ser lugar tan acomodado para monasterio, Jeremías, tio de san Isaac, lo habia edificado allí, en cuya fábrica habia gastado la mayor parte de su patrimonio y de la venerable Isabel, su mujer, y de sus hijos y deudos, y se vivia en él sirviendo al Señor.

El maestro Lezana, carmelita observante, en sus Anales del Cármen, tom. III, año 847 hasta el de 854, prueba doctísimamente, y con grandes fundamentos, que este monasterio de Tabanos, y otros muchos que habia en los montes de Córdoba, eran de monges carmelitas, y así que san Isaac fué carmelita, y los demás monges mártires de Córdoba, que en aquel tiempo hubo muchos. Quien fuere curioso podrá verlo en dichos Anales, á que me remito, sin hacer en esto mas opinion; si bien la siguen muchos, que cita el mismo Lezana.

Tres años estuvo en este monasterio san Isaac, debajo de la obediencia del abad Martin, hermano de Isabel, ejercitándose en obras santísimas. Mas como oyese decir que los jueces moros procedian con aspereza contra los cristianos, quiso ir á defender la causa de Cristo y de su Esposa la Iglesia; é inspirado divinamente, se fué á la plaza de Córdoba, y dijo al juez: Querria, señor juez, informarme de la veneracion de vuestra ley, y que me declaraseis el órden y razon de ella. El juez muy gozoso, juzgando tenia ya á quien instruir en su secta, le dijo: El autor desta secta fué Mahoma, el cual siendo alumbrado con la doctrina del ángel Gabriel, alcanzó el nombre de gran profeta é instituyó una nueva ley, en la cual nos informó del paraiso, y nos prometió el reino de los cielos, lleno de manjares delicados y de mujeres hermosas: de aquí pasó adelante y dijo otras cosas de sus ritos y falsa doctrina. San Isaac entonces, pareciéndole que aquel juez habia hablado bastantes desatinos, habló le en lengua arábiga con gran constancia y osadía. Entiende, ó juez, le dijo, que en todo cuanto os dijo aquel falso profeta, os mintió y engañó. De Dios sea maldito que con tantas infamias enredó y pervirtió tantas gentes llevándolas consigo al infierno. Él, estando endemoniado y usando de las hechicerías del demonio, se perdió á sí y á vosotros; pues por la doctrina infernal que enseñó, paga ahora sus engaños desdichadamente en el infierno. Pero vosotros, que sois sabios, ¿por qué no os apartais de tales peligros? ¿Por qué no dejais tan pestilencial doctrina y deseais alcanzar la salud eterna por medio de la fé de Jesucristo?

Apenas el glorioso Isaac acabó estas santas razones, con que dejó al juez suspenso y admirado, tanto que de enojo y cólera no pudo hablar palabra, cuando al fin lleno de furor se comenzó á dar grandes bofetadas: lo cual visto por el santo, le dijo: ¿Al vulto hecho á semejanza de Dios osas herir? Mira qué tal ha de ser la cuenta que has de dar por esto. El juez volvió en sí con esta reprension y dijo: Como vienes, y vives fuera de juicio, no fué fácil advirtieses en las cosas tan sacrílegas, que has dicho; que si las advirtieras, no las dijeras, mayormente siendo decreto del profeta que injuriaste, que se dé la muerte á los que dicen cosas semejantes. Entonces respondió el bendito Isaac: Yo, ó juez, ni vivo ni estoy fuera de juicio; mas abrasándome con el celo de la justicia, de que vuestro profeta y vosotros careceis, dije la verdad, por la cual si se me diere muerte cruel, yo la recibiré de muy buena gana; porque sé que dijo la verdad misma: «Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia; pues de ellos es el reino de los cielos.» El juez, sin querer oir mas razones, mandó poner en la cárcel al santo y luego se fué al rey Abderramen, y le contó lo que pasaba; y el rey lo condenó á muerte por blasfemador del autor de su religion. Al punto ejecutando la sen-

tencia, cortaron la cabeza al glorioso Isaac, y la pusieron en un palo á la otra parte del rio Guadalquivir, donde pudiese ser vista de todo el pueblo: lo cual fué miércoles á los 3 de junio del año del Señor 851; y despues de algunos dias quemaron su santo cuerpo con otros santos mártires, que padecieron aquellos dias y echaron sus cenizas en el rio. Un sacerdote que estaba en el monasterio de Tabanos, el domingo siguiente acabando de decir misa, vió un niño muy hermoso, que venia de la parte de Oriente, y llevaba en la mano una cédula; y el sacerdote la tomó, y leyó que decia así: «De la manera que nuestro padre Abrahan ofreció á Dios en sacrificio á su hijo Isaac, así tambien san Isaac delante del acatamiento del Señor ofreció sacrificio por sus hermanos:» y al punto que la acababa de leer, llegó la nueva al monasterio, de como el bendito Isaac con otros habia recibido la corona del martirio.

Escribieron su vida y martirio san Eulogio en su Memorial de Santos, lib. II, cap 2; Usuardo, Villegas, Sanctoro, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tom. X de sus Anales, año 851, núm. 4.

No es para todos los cristianos el ponerse á disputas con los que siguen diversa ley, sino es solo para aquellos á quienes perteneciere por razon de dignidad y oficio el predicar y enseñar, ó aquel que tuviera para ello inspiracion divina, como la tuvo el bendito Isaac: el cual feneció su disputa feliz y gloriosamente, dando la vida por la verdad que predicaba y confesaba. Quiera su Majestad darnos tal espíritu y valor, para que vayamos á acompañarle en la gloria. Amen.

SAN PERGENTINO Y SAN LOBENTINO, HERMANOS, Y OTROS MÁRTIRES.—Durante la cruel persecucion de Decio, estos santos hermanos mártires junto con otros padecieron grandes tormentos por la fé. Ninguna consideracion tuvo el presidente Tiburcio á la tierna edad de los santos hermanos, quienes animados del espíritu del Señor se exhortaban mutuamente, predicaban á los circunstantes la religion de Jesucristo, obrando con sus esfuerzos multitud de conversiones, pues se dice llegaron á cuatrocientos los infieles convertidos y bautizados, los cuales fueron degollados junto con los santos hermanos en la misma ciudad de Arezzo por los años de 250.

SAN LUCILIANO Y CUATRO NIÑOS, LLAMADOS CLAUDIO, IPACIO, PABLO Y DIONISIO, MÁRTIRES.—El primero era sacerdote de los ídolos en Nicomedia, cuando siendo ya de muy avanzada edad, se convirtió á la fé. Preso y llevado á la cárcel, encontró en ella cuatro niños que se hallaban allí por ser cristianos, y habiéndoles confirmado el santo en su constancia, los cinco fueron presentados al tribunal del juez del cual salieron para ser conducidos á Bizancio, donde Luciliano fué clavado en cruz, y los cuatro niños degollados el dia 3 de junio del año 273.

SANTA PAULA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Cuidaba á los cinco santos anteriores en la cárcel y por el camino: curaba sus llagas y les prodigaba todos los socorros que le inspiraban la humanidad y la religion. Presa tambien y no queriendo prestar adoracion á los dioses, fué arrojada en un horno encendido, del cual salió ilesa, muriendo degollada en compañía de los cuatro niños precedentes.

SAN CECILIO, PRESBÍTERO DE CARTAGO Y MÁRTIR.—Nada se sabe de este santo, sino que floreció durante el siglo III, y que convirtió y bautizó á san Cipriano, despues obispo de Cartago.

SAN LIFARDO, PRESBÍTERO.—Fué de un pueblo de Orleans, y vivió en él con tan austera abstinencia, que su alimento consistia en una sola onza de pan al dia, y un puñado de yerbas, no bebiendo mas que una vez cada tres dias. Estuvo dotado con la gracia de profecía y milagros, y murió santamente por los años de 550.

SAN DAVINO, CONFESOR.—Fué oriundo de Armenia, de ilustrísima cuna, y de grandes riquezas. Dedicóse á la vida de perfeccion, y agobiándole mucho el peso de las cosas del mundo, las renunció todas por servir á Jesucristo; y habiendo repartido su caudal á los pobres, dejó su patria y sus parientes, y se fué á visitar los santos lugares de Jerusalen. De aquí pasó á Roma, y de esta ciudad á Galicia, á visitar el sepulcro de Santiago, viajando como pobre y penitente, y sujetándose siempre de buena voluntad á todas las penalidades del camino. Hallándose despues en Luca de Toscana, cayó enfermo, y habiendo profetizado el dia y la hora de su muerte, entregó su espíritu al Criador el dia 3 de junio del año 1051. Fué glorioso en milagros ántes y despues de su muerte, y su sepulcro es aun visitado con grande veneracion.

SANTA OLIVA, VÍRGEN.—Nació en Aguani, y se dió desde muy niña á la vida perfecta. Consagró su integridad á Jesucristo, y desechó todas las solicitudes y halagos de los mas brillantes partidos. Sufrió varias y crueles persecuciones á causa de su constancia, y mereció ver un dia el cielo abierto y el asiento que le tenia reservado su divino Esposo. Encendida desde entonces en santos deseos de gozar cuanto ántes de aquel inefable premio, su vida no fué mas que un acto continuo de purísimo amor, hasta que un dia, hallándose postrada en oracion, cayó en el suelo, y en lo mas fuerte de su éxtasis entregó su alma á aquel por quien tanto habia suspirado.

SANTA CLOTILDE, REINA.—Hija de Chilperico, rey de los borgoñones, tuvo la dicha de ser educada en las verdades de la religion católica, y aunque se vió obligada á vivir entre los arrianos, los principios de la verdadera fé, en que se habia imbuido su alma desde la cuna, conservaron siempre sobre ella impresiones profundas. Desde edad muy temprana se acostumbró á despreciar el mundo y su falsa gloria, y sus bellos sentimientos se fortificaron cada dia mas con la práctica de las obras de piedad. Su inocencia y el candor de su espíritu no se dejaron nunca sorprender por los encantos de la vanidad del mundo, que por todas partes la rodeaban, y conservó pura y acrisolada su integridad. El año 493 se casó con Clodoveo, primer rey cristiano de la Francia, y contribuyó extraordinariamente á la conversion de su esposo por su persuasion, y sobre todo por el suave ascendiente que le daban sus virtudes. Vivió en el matrimonio como la mujer fuerte, cuyas calidades nos explica el Espíritu Santo, y habiendo muerto su esposo en 511, y habiéndose dividido sus hijos en guerra sobre la particion de la herencia, Clotilde se retiró, llena de dolor, á Tours, y vivió junto al sepulcro de san Martin todo el resto de su vida, empleándose en ejercicios de caridad y de penitencia. Sus mas fervientes plegarias se dirigian de continuo á lograr del cielo la paz entre sus hijos, y la reconciliacion entre todos los franceses. Durante su última enfermedad, sintiendo acercarse el fin de su vida, llamó junto á su lecho á sus hijos, y habiéndoles exhortado de la manera mas insinuante á servir á Dios y guardar sus preceptos, á proteger á los pobres y desvalidos,

á gobernar los pueblos con bondad paternal, á vivir unidos en una perfecta armonía, á mantener á toda costa la paz y tranquilidad pública, murió Clotilde santamente el dia 3 de junio del año 513. Su cuerpo fué trasladado á París, y depositado en la iglesia de los santos apóstoles Pedro y Pablo, donde Clodoveo estaba enterrado. El Señor ha glorificado su sepulcro con muchos portentos, y su nombre es aun memorable por las magníficas donaciones con que promovió los establecimientos de beneficencia, las casas de religion y los asilos de piedad.

DIA 4.

San Quirino, obispo y mártir.—Siscia es una ciudad en Austria, donde fué obispo san Quirino: el cual en el tiempo que Diocleciano era emperador, fué preso porque predicaba la fé de Cristo por mandado de Maximino, prefecto de aquella tierra, el cual trató con el santo obispo que adorase los ídolos. San Quirino, no solo no lo quiso hacer, mas ántes le dijo, como el imperio de su príncipe era de poco poder: de lo que ofendido Maximino, lo mandó llevar á Amancio, presidente de la primera Panonia, que comunmente llaman Austria. Antes de llevarlo, estando en la cárcel, vino sobre ella un resplandor celestial, que consoló á todos cuantos le vieron, y Marcelo, carcelero, tocado del divino Espíritu, abrió el aposento donde estaba Quirino, y se postró á sus piés, diciéndole con muchas lágrimas: Ruega por mí, señor: porque creo, que no hay otro Dios, sino el que tú veneras y confiesas. San Quirino lo recibió con grande alegría, y lo instruyó en nuestra santa fé, y luego le bautizó.

Pasados tres dias, Maximino envió cargado de prisiones al bendito obispo al presidente Amancio, el cual le recibió y leyó el proceso que de su confesion y exámen llevaban; y habiendo ido á la ciudad de Escarabata, lo volvió á examinar y á rogarle que adorase los ídolos; porque si nó, lo castigaria con rigurosos tormentos y espantosamente. El santo glorioso, sin hacer caso de sus palabras, siempre estuvo firme en su confesion: por lo cual le mandó echar en el rio de esta suerte; que le atasen al cuello una piedra de molino, y lo arrojasen de la puente abajo: lo cual se ejecutó con toda puntualidad y rigor; mas no permitió el Señor que se hundiese, sino es, que se estuviese sobre el agua con la piedra, que era de grandísimo peso. Todos los cristianos, que le tenian por padre y pastor, admirados de tal milagro, fuéron corriendo á él; y como los viese temerosos, los confortó y consoló, diciéndoles que no los turbasen aquellos tormentos, ni pensasen que morir por Dios era morir, sino una muy dulce y gloriosa vida. Así se estuvo sobre el agua mucho tiempo, predicando y exhortando á todos, hasta que advirtiendo el santo obispo que por no hundirse se le dilataba la corona del martirio, hizo oracion fervorosa, en que pidió á Dios se sirviese de admitirle en sacrificio, pues de su voluntad se ofrecia: Ya el rio, Señor, aprueba y confiesa en mí tu poder, decia; pues ni la pesadez de mi cuerpo, ni la de esta gran piedra, basta á hundirme, sino es, que en obsequio tuyo me sostienen las aguas, como si fuera tierra firme: resta, que yo vaya á gozar de tí, mi Señor y mi Dios, por quien padezco; y en diciendo esto se hundió, y dió su bendita alma á Dios que la crió para su gloria. Su santo cuerpo fué despues sepultado junto á la misma ciudad, de donde despues de mucho tiempo fué trasladado á Roma, y sepultado en la via Apia, tres millas de la ciudad, en la iglesia de San Sebastian. Pasado despues mucho tiempo el venerable Angilberto, arzobispo de Milan, le trajo á su ciudad, y lo puso con mucho decoro en el monasterio de San Vicencio, diácono, junto con el cuerpo de san Nicomedes, presbítero y mártir. Fué su martirio á los 4 de junio, dia en que se celebra su fiesta, por los años del Señor de 308. Escribieron su vida y martirio Beda, Usuardo, Adon, Prudencio, Venancio, Fortunato, lib. VII, Mombricio, tom. II, Molano, Sanctoro, el Martirologio romano, Baronio en sus anotaciones y en el tom. III de sus Anales, año 308, núm. 27, y otros.

Todas las criaturas sirven á su Criador, como y cuando su Majestad es servido: y por él sirven tambien á sus siervos, aun las que son insensibles, como se ha visto y consta de las letras divinas y humanas, haberlo hecho infinitas veces. Experimentólo el glorioso santo Quirino, viendo como el agua le servia de firme roca, en que pudiese sustentarse y vivir milagrosamente, como lo conoció el mismo santo, y admiraron cuantos lo vieron: y creo que hasta hoy le sustentarian las aguas, si él, deseoso de irse á gozar de su Criador, no le hubiera pedido cesase el milagro y permitiese su divina Majestad, dejasen de sustentarle, para que hundiéndose en ellas segun el órden natural, cesase lo sobrenatural y divino, y él fuése á la gloria, donde vive y reina; y todos le veamos. Amen.

El beato Francisco Garacciolo, fundador.—Nació el beato Francisco Caracciolo en el lugar llamado Santa María, de la diócesis de Trivento del reino de Nápoles, á 13 de octubre de 1563: su padre fué don Fernando Caracciolo, príncipe de la Villa, y su madre doña Isabel Baratucci, nobilísima señora de Teano, ambos de las familias mas nobles de aquel reino. En el bautismo le pusieron el nombre de Ascanio, en memoria de sus ascendientes, el cual trocó en el de Francisco cuando profesó el estado religioso. Procuraron estos nobles y piadosos padres criar virtuosamente á su hijo Francisco, y él desde sus primeros años se mostró muy compasivo de los pobres; sus mayores delicias eran socorrerles con limosnas; y cuando se sentaba á la mesa para comer, dejaba á un lado el plato que mas le gustaba ó le llevaba á la puerta á los pobres; y si los padres le importunaban que comiese, que ya socorrerian á los pobres de lo que sobrase despues de haber comido los criados; respondia: Estos miserables siempre se alimentan de viandas groseras, frias y mal sazonadas, y alguna vez los pobres han de gustar los manjares delicados. Siendo de mayor edad se inclinó á las armas, y aprendió los ejercicios militares, propios de los caballeros que quieren seguir la milicia: se aficionó á la caza, y este ejercicio, que fué la única diversion que tuvo en su mocedad, le alejó de los peligros á que suelen estar expuestos los jóvenes que viven en ciudades y lugares populosas, y le ofreció ocasion de practicar muchas obras buenas; porque dirigiendo la caza por los lugares de su padre se informaba de la pobreza y miseria de los vasallos, y la hacia saber á su padre pidiéndole con mucha instancia la remediase. Mas aunque nuestro Francisco llevaba una vida muy honesta y virtuosa, que le ganó el amor de cuantos le conocian, ningun pensamiento tenia de retirarse del mundo y de consagrarse enteramente al servicio divino: pero llegando á la edad de veinte y dos años, fué acome-

tido de una calentura tan maligna que le cubrió de piés á cabeza de una asquerosísima lepra, le quitó las fuerzas y redujo toda su hermosura y gentileza á un disforme esqueleto. En este estado habló Dios al corazon de Francisco y le hizo ver la fragilidad de esta miserable vida y la condicion de todas las cosas humanas; por lo que alumbrado de una luz celestial, empezó á despreciarlas, ofreciendo á Dios, que si le restituia la primera salud, abandonando todas las esperanzas del mundo, abrazaria el estado religioso, para dedicarse enteramente á su divino obsequio; mientras estaba haciendo estas santas resoluciones, se sintió inundado de una avenida de lágrimas tan copiosa, que embargándole la voz, le dejó suspenso; y vuelto en sí, como si despertara de un dulce sueño, se halló fuera de todo peligro, y en pocos dias se halló bueno y sano como si no hubiera padecido mal alguno. Libre ya Francisco de su enfermedad, renovó á los piés de un Crucifijo con muchas lágrimas el propósito que habia hecho de mudar de estado, y para ponerlo mas fácilmente en ejecucion, pidió licencia á sus padres para pasar á la ciudad de Nápoles con el pretexto de ser su clima mas apacible y de mejores aires. Consintieron gustosos los padres á la demanda de Francisco, y él dispuso luego su viaje, y como amaba tanto á los pobres, les repartió cuanto tenia en armas, galas y joyas preciosas. Llegado á Nápoles, se llevó desde luego las atenciones de todos por su modesta gentileza, agradable discrecion y demás amables prendas, de que le habia dotado el cielo; pero quien mas se prendó de su buen genio fué un señor del primer lustre y autoridad, el cual le sacaba todos los dias de su casa, para que se divirtiese viendo las cosas mas memorables de aquella gran ciudad. Continuando aquel esclarecido caballero la urbanidad de cortejar á Francisco, le convidó una tarde, como solia, al paseo, y Francisco, movido de un superior impulso, sin deliberacion ni arbitrio, ni saber el por qué, se excusó de salir, no obstante de que recelaba que su amigo no se disgustase de aquella resistencia: desde luego conoció que aquel impulso habia sido de Dios, pues apenas salió al paseo aquel caballero, cuando fué acometido alevosamente de algunos asesinos que le dejaron allí mismo muerto, disparando tantas balas contra él, que sin duda alcanzaria á Francisco alguna, si saliera en su compañía como lo solia practicar todos los otros dias. Este infausto suceso hizo tanta impresion en el alma de Francisco, que reconociendo por un nuevo beneficio de Dios el haberle conservado la vida preservándole de aquel peligro, cortó todas las dilaciones y superó todos los obstáculos, determinándose á consagrarse totalmente al divino servicio; y así con pretexto de retirarse para los órdenes sacros, se despidió de su pariente y de su casa, tomando otra muy retirada. Escribió á sus padres la resolucion de ser sacerdote, pidiéndoles su bendicion y licencia para ascender á tan soberano estado: sus padres, que tenian á otro hijo llamado don Julio, que era el primogénito, para propagar su noble familia, le dieron gustosos la licencia, esperando que sus sobresalientes prendas lo elevarian á las mayores dignidades de la Iglesia. Recibió Francisco con mucho gusto esta licencia de sus padres, y luego emprendió una vida verdaderamente exacta. Dejó desde luego las galas y vestidos seculares, y se vistió de unos hábitos clericales honestos y penitentes: frecuentaba con estraordinario fervor los santos sacramentos: se daba al ejercicio de la oracion mental: afligia su cuerpo con ayunos, cilicios y disciplinas: visitaba continuamente las iglesias, escogiendo las mas retiradas, para orar en ellas con mas quietud. Aplicóse á los estudios de la teología escolástica y mística, en la cual hizo singulares progresos. Disponíase para recibir las sagradas órdenes, aumentando sus penitencias, retiro, ayuno y oracion. Ordenado que fué de sacerdote, celebró su primera misa con asistencia de la nobleza mas distinguida de Nápoles; y fué este acto de mucha ternura y edificacion para los oyentes, porque durante el sacrificio fueron los ojos del celebrante dos fuentes de copiosísimas lágrimas de devocion, y desde este dia se dedicó con nuevo fervor á obras de caridad, visitando los hospitales, sirviendo y consolando los enfermos, y exhortándolos en la agonía. Se alistó por hermano en la congregacion de Santa María de *Succurre miseris*, vulgarmente llamada de los Blancos, formada de eclesiásticos ejemplares, los cuales, vestidos de hábitos talares blancos, y con capuchos en la cabeza del mismo color, para no ser conocidos, asisten y confortan á los reos condenados á muerte, acompañándolos hasta el suplicio. Pero no podia apartar jamás nuestro Francisco de su pensamiento el propósito de ser religioso, que hizo cuando sanó de la lepra; pedia en consecuencia á Dios nuestro Señor con mucha instancia le inspirase la religion en que queria que le sirviese; porque aunque queria ser religioso, no se sentia inclinado á ninguna religion en particular. En esta sazon llegó á Nápoles don Juan Agustin Adorno, natural de Génova, quien se sentia movido de Dios tiempo habia á fundar una religion nueva de clérigos, que fuesen como un compendio y cifra de todas las otras: permaneciendo en esta ciudad se ordenó de sacerdote, y entró en la dicha congregacion de los Blancos, de la cual era tambien alumno don Fabricio Caracciolo, abad de la colegiata de Santa María la Mayor, de la misma ciudad de Nápoles, sugeto de mucho mérito, tanto por su distinguida nobleza, como por su conocida virtud y doctrina. Comunicó Adorno á Fabricio los intentos que tenia de fundar una nueva religion, convidándole á ser una de las primeras piedras de este espiritual edificio; y Fabricio, aprobando mucho su idea, se le ofreció desde luego por inseparable compañero. Habiendo encomendado Adorno con muchas veras este asunto á Dios, movido de una nueva inspiracion, con consejo de su confesor se determinó á dar principio á la ejecucion de sus intentos, y escribió una esquela á su amigo don Fabricio, dándole cuenta de su última constante resolucion. El mensajero puso la esquela en manos de nuestro Francisco Caracciolo, pensando que á él se dirigia: Francisco, leyendo lo que se contenia en ella, la devolvió al mensajero, advirtiéndole que no iba á él, sino á Fabricio Caracciolo, su pariente; pero reflexionando que aquella equivocacion podia ser una particular providencia de Dios, que le llamaba por este medio á aquella nueva religion que se queria fundar, quedó entre sí muy pensativo y suspenso: entre tanto llevó el mensajero la esquela á don Fabricio, y le contó la equivocacion que habia ocurrido de entregarla á don Francisco, que entonces se llamaba aun don Ascanio. Don Fabricio con este motivo instó eficazmente á don Francisco, que quisiese acompañar con él á don Agustin Adorno en la idea de fundar la nueva religion. Don Francisco encomendaba el asunto con muchas veras á Dios, pero entretanto no acababa de resolverse. Sucedió, pues, que un dia vió á don Fabricio con unos hábitos humildes y po-

brísimos, nada correspondientes, segun el parecer del mundo, á su persona y á su dignidad; este ejemplo de pobreza y de menosprecio del mundo le conmovió de manera, que se resolvió desde luego á acompañarle en el intento de fundar la nueva religion, y lleno de un nuevo espíritu, fué á buscar á Adorno, que tenia muy bien conocido, por ser, igualmente que él, hermano de la congregacion de los Blancos, y arrojándose á sus piés le pidió su bendicion, ofreciéndosele á seguir su instituto como súbdito, y como hermano y compañero: le refirió el caso de la esquela, y le dió cuenta de toda su vida, para acreditar con las obras la filial confianza que tenia en su sagrada conducta. Alegre Adorno de que se le hubiese unido don Ascanio, dió cuenta de todo á don Fabricio, y los tres se retiraron al yermo de los padres camaldulenses, cosa de una legua distante de Nápoles, para formar de comun acuerdo en aquella soledad las reglas de aquella nueva religion que ideaban. Cuando las hubieron formado, se volvieron á la ciudad, y empezaron á practicarlas con la mayor exactitud. El buen olor de todas las virtudes que exhalaban estos santos fundadores, hizo que se les agregasen en poco tiempo muchos compañeros, con lo que se determinaron pedir al papa la confirmacion de sus reglas, y por comun aclamacion fueron elegidos á este efecto el padre Agustin Adorno y nuestro Francisco. Hicieron estos dos sagrados comisarios su viaje á pié, pidiendo limosna como á pobres mendigos, sin llevar mas equipaje que un Crucifijo y un breviario: al acercarse á Roma temerosos que sus deudos que eran de la primera nobleza, avisados de Nápoles, no saliesen á recibirles en sus carrozas, torcieron el camino, y apartándose del de Nápoles, entraron por otra puerta; fuéronse en derechura al convento de los padres capuchinos, y allí recibieron la limosna junto con los otros mendigos; y descubriendo nuestro Francisco entre ellos un leproso, acordándose de la lepra de que Dios le habia milagrosamente sanado, se fué á él, le trató como amigo de tal modo, que los dos comieron en un plato, y en la noche durmieron juntos con bastante inmediacion en una estancia cerca de la portería, descansando en el suelo sin mas colchones que un poco de heno.

A la mañana se despidieron aquellos religiosos y empezaron á hacer sus diligencias para obtener la aprobacion de su órden, aunque al principio hallaron grandes dificultades: porque los cardenales á quienes Sixto V habia remitido el asunto, no venian en aprobar la nueva religion; pero al último, asistidos de Dios, y protegidos del cardenal Montalto, sobrino del sumo pontífice, vencieron todas las oposiciones con tanta facilidad y felicidad, que á los tres meses de su arribo á Roma, despachó el sumo pontífice Sixto V la bula de la confirmacion de la órden que quiso se nombrase de clérigos menores, dándoles el mismo título de menores con que se honra la religion seráfica que él habia profesado. Obtenida la aprobacion de su religion, se volvió Adorno á Nápoles, para donde habia partido algunos dias ántes nuestro Francisco, y á 9 de abril de 1589 hicieron los dos compañeros, Adorno y Francisco, su profesion solemne en manos del vicario general de aquella diócesis, por ausencia del señor arzobispo. Unido ya nuestro Francisco con Dios, por medio de los votos religiosos, se entregó á una vida tan perfecta que era la admiracion y asombro de todos. Ayunaba tres dias á la semana á pan y agua; dormia siempre vestido sobre las desnudas tablas, y muchas veces sobre el suelo de la iglesia; tomaba todos los dias rigurosas y sangrientas disciplinas, ordinariamente con cordeles que remataban en unas rosetas de hierro; iba ceñido de cilicios asperísimos, y todos los viernes y vísperas de nuestra Señora traia un cilicio de un ajustador de medio cuerpo, lleno de puntas que se le clavaban en las carnes. Con esta asombrosa penitencia se disponia para el ejercicio de la santa oracion, que era el dulce pábulo de su alma; era tan inclinado á este celestial ejercicio, que además de la oracion de comunidad, que era dos veces al dia y la que le tocaba de turno en la circular, que es como el distintivo de esta sagrada órden, se obligó con voto particular á tener todos los dias dos horas mas de oracion, y no solo cumplia exactamente este voto, sino que empleaba en la oracion todo el tiempo que le sobraba de sus precisas obligaciones, dirigidas todas á la mayor gloria de Dios, y al provecho espiritual y temporal de sus prójimos; este modo de vida conservó constantemente, no solo cuando vivia en las casas de la órden, sino tambien en los muchos y largos viajes que hizo, ordinariamente á pié como pobre mendigo, sustentándose de las limosnas de los fieles. Tres veces pasó de Nápoles á la córte de Madrid: la primera en compañía del padre Agustin Adorno, para obtener del señor Felipe II, que concediese á su religion la iglesia colegiata de Santa María de Nápoles, que era del real patronato: la segunda para ver si podia introducir su instituto en esta monarquía, como lo logró, superando con la ayuda de Dios las mas fuertes oposiciones: la tercera, para asegurar esta fundacion por medio de dos breves de Clemente VIII, el uno dirigido al soberano, en que su santidad le recomendaba dicha religion, rogándole la protegiese; y el otro dirigido al señor nuncio, en que le mandaba hiciese todas las posibles diligencias, para que no se deshiciese la casa que se hallaba ya fundada en Madrid, como lo pretendia la envidia: los cuales breves produjeron todo el efecto que se deseaba; de modo, que no solo quedó asegurada la fundacion de esta primera casa en Madrid, sino que se fundaron luego otras con licencia de Felipe III, en diversas partes del reino.

Habiendo fallecido á 29 de diciembre de 1591 el padre Agustin Adorno, primer general y principal fundador de esta religion, los padres á 9 de marzo de 1593 eligieron á nuestro Francisco, que era confundador, en general de ella por toda su vida: mas como Francisco de modo alguno quisiese admitir este oficio, los padres le propusieron que á lo ménos lo admitiese por tiempo de tres años, á lo que condescendió el siervo de Dios, para no contristarles. Pasado el trienio, fué reelegido en el mismo oficio por otro trienio, pasado el cual obtuvo en la religion otros oficios mas inferiores: hasta que en el capítulo general, celebrado en el año 1607, condescendiendo los padres á sus muchos ruegos, le dejaron sin oficio alguno de gobierno. Entonces se dió á una vida tan santa, que hacia parecer imperfecta la precedente: escogió para su habitacion un rincon debajo de la escalera de la casa, tan estrecho y obscuro, que mas parecia sepulcro de muertos que habitacion de vivos; guarneciólo todo de calaveras. Aquí estaba recluso como otro san Alejo, todo el tiempo que le sobraba de los actos de la comunidad, absorto en la contemplacion de las cosas celestiales: la tabla desnuda sobre que descansaba en las noches, estaba ordinariamente ociosa, porque las pasaba casi todas en la iglesia, velando en ora-

cion, donde le vieron varias veces en éxtasis con los brazos en cruz, prorumpiendo, cuando volvia en sí, en amorosos suspiros y dulces coloquios. La tierna devocion que tuvo á María santísima, le hacia desear ir á visitarla en su santa casa de Loreto: expuso estos deseos al padre general, al cual le dió grata licencia para pasar á aquella santa casa, y despues á la ciudad de Añon, á tratar algunos asuntos de la gloria de Dios. Llegado á la santa casa de Loreto, junto con su hermano el padre don Antonio, que era religioso de la esclarecida órden de los clérigos regulares de san Cayetano, que le acompañó en aquel viaje, alcanzó licencia para pasar toda la noche velando delante de María santísima, y al amanecer se halló que tenia en los piés una estraña debilidad y gran falta de fuerza en las piernas, causada tal vez de la torpeza de los nervios, por haber pasado toda la noche de rodillas. Entre otros favores que del cielo recibió Francisco en esta casa, fué la noticia de su cercana muerte: de aquí pasó á la ciudad de Añon, donde fué á hospedarse en la casa de los padres del Oratorio de san Felipe Neri, que le recibieron con extraordinaria alegría: el siervo de Dios asistia en esta casa á todos los actos de comunidad, y predicaba al pueblo con extraordinario fervor la palabra de Dios; pero al cabo de pocos dias se sintió acometido de una calentura, que aunque al principio parecia cosa leve, se le agravó de tal manera, que se reconoció de mucho peligro. Viendo el siervo de Dios que le quedaban pocos dias de vida, dictó tres cartas, que escribió su hermano el padre don Antonio, y él firmó de su mano: la una dirigida á sus hermanos religiosos; y las otras dos dirigidas á los cardenales Montalto y Gimnasio, en las cuales les recomendaba su religion. Preguntó al religioso enfermero que le asistia: ¿En qué dia estamos? y respondió: En mártes, 3 de junio, antevíspera de Corpus. Dijo Francisco: Pues segun eso mañana saldré de este mundo; y para disponerse con mas fervor á este paso, se confesó generalmente de toda su vida con su hermano el padre don Antonio, llorando ambos, el padre Francisco de contricion, y su hermano de admiracion y ternura, viendo cuán inocente habia sido toda su vida: pidió despues con muchas ansias que le diesen su Majestad por viático, y al entrar en su aposento el sacerdote que lo llevaba, saltó de la cama, y puesto en tierra de rodillas dijo la confesion, y pidió perdon á todos de sus defectos, perdonando al mismo tiempo á los que le hubiesen agraviado, y exhalando su afecto en tiernas y afectuosas jaculatorias, recibió su Majestad con tranquilidad extraordinaria. Pidió despues con muchas instancias el sacramento de la extremauncion, que recibió con indecible sosiego de ánimo, y á las siete de la tarde del mismo dia 4 de junio, víspera del Corpus del año 1608, plácidamente espiró. Su sagrado cuerpo fué trasportado despues á Nápoles, honrándole Dios con repetidos milagros, que obró por intercesion de su siervo. Nuestro santísimo padre Clemente XIV puso á nuestro Francisco en el catálogo de los beatos, á cuyo efecto se hallaban ya aprobados por sus antecesores Benedicto XIV y Clemente XIII, los cuatro milagros siguientes.

En el año de 1721 Genaro Capelo padecia en las narices una llaga que le consumia lo mas de la parte exterior, la cual empeorándose cada dia, degeneró en una mortal gangrena, y el cirujano, temeroso de que no pasase el mal á inflamar las partes contiguas y sanas del rostro, determinó usar con él el último remedio del fuego, para cuya dolorosa operacion señaló el dia 3 de diciembre del mismo año. Viéndose Genaro en tan miserable estado, se encomendó con mucho fervor al venerable padre Francisco Caracciolo, cuya estampa tenia en frente de la cama, suplicándole le alcanzase de Dios la salud; durmióse plácidamente, y dispertando al cabo de dos horas, se halló perfectamente sano, restablecidas las narices en su natural y perfecta figura, como si no hubiese padecido en ellas mal alguno.

En el dia 16 de diciembre de 1727, Felipe Rubinacci, napolitano, jardinero, fué al convento de religiosas de san Juan Bautista, á componer un empedrado del jardin de aquel monasterio, y quebrándosele un madero por donde pasaba, cayó de diez y seis palmos de alto, dando con mucho ímpetu en una fuerte piedra con el lado izquierdo: á la violencia del golpe cayó casi muerto, arrojando gran copia de sangre por la boca, narices y orejas; reconocido por un famoso cirujano, se halló que tenia dislocado el hueso del muslo izquierdo, contiguo á la ingle, y roto el hueso subyacente al músculo temporal, y con la misma fractura el hueso de la clavícula: habiendo despues llamado á un médico y á otro cirujano, resolvieron no hacerle ninguna operacion, de miedo de que no se quedase muerto en ella. En este estado invocó al beato Francisco, y empezó á moverse con libertad en la cama, sin sentir dolor alguno, y le parecia que le decian al oido: levántate, levántate; pero él no se atrevia: apareciéndosele en esta sazon el beato cercado de luz, tomándolo por la mano le dijo: ¿Cuántas veces te he dicho que ya podias levantarte y no has querido vestirte? ¿Esperabas á que yo te sacase de la cama? En fuerza de estas palabras se sintió del todo sano, y gritando milagro, se vistió, saltó de la cama, andó por la sala mas firme que ántes de la caida, y el dia inmediato continuó en trabajar en su oficio de jardinero, como si ningun mal hubiese padecido.

El tercero acaeció con Cárlos Vivis, religioso de la misma religion de clérigos menores, quien habiendo padecido por espacio de año y medio una grave enfermedad en el pecho, á 8 de agosto de 1732 vomitó muchísima sangre, con algunos pedazos de membranas, que el médico dijo ser parte de los pulmones, y empeorando siempre mas, en el dia 11 del mismo mes se halló tan agravado con los copiosos vómitos de sangre, gran calentura, tos, dolor de pecho y mucha dificultad en respirar, que el médico juzgó le quedaban pocas horas de vida, pues su figura era ya cadavérica. Mientras le estaban ausiliando y confortando para el último paso, le persuadió uno de los enfermeros que se encomendase al beato Francisco, cuya estampa le llevaron, junto con un vaso de agua, en que echaron unos polvos de su sepulcro: bebióla el enfermo con mucha fé, pidiendo con mucha confianza la salud al beato: mientras la pedia, se quedó apaciblemente dormido, y oyó entonces que le decian: Hijo, me has llamado, vesme aquí ¿qué se te ofrece? Padre, respondió el enfermo, la salud del cuerpo, si es de vuestro agrado. Sí, le dijo el beato, ya estás bueno, levántate, obedece: con esto se dispertó perfectamente sano, sin la mas leve señal de su enfermedad, vistióse, barrió la celda, bajó y subió las escaleras como el hombre mas robusto, siguió el mismo dia toda la vida de la comunidad, y fué en adelante uno de los mas incansables obreros de esta santa religion.

El cuarto lo obró el año de 1739 con Antonia Niglio, napolitana, la cual habiendo padecido por espacio de diez y seis meses la enfermedad de dolores de ciática, y hallándose cercana de la muerte, reducido su cuerpo á un propio esqueleto, invocando al beato, curó tan perfectamente que recobró al instante el color natural, las carnes y las fuerzas, de tal modo que el mismo dia empezó á trabajar en las haciendas domésticas, y no padeció mas en toda su vida esta enfermedad.

Para su canonizacion ha aprobado ya la sagrada congregacion los dos milagros siguientes.

El primero acaecido en el mes de febrero de 1779, curando á Agata Montelli, doncella romana, de tisiquez pulmonal, tan perfectamente que recobró al momento las fuerzas perdidas en lo dilatado de la enfermedad.

El segundo sucedió en el mes de octubre de 1778 con Ángela Nardi, tambien romana, curándola instantáneamente de un cancro, y recobrando incontinenti las fuerzas perdidas, bebiendo agua, en la que echó unos polvos del sepulcro del beato y untándose el tumor con aceite de su lámpara.

*San Clateo, obispo y mártir.—Nació en Milan en el siglo primero de la Iglesia. Sus virtudes y talentos le merecieron ser elevado á la silla episcopal de Brescia, y fué tanto el ardor con que trabajó en dilatar el reino de Jesucristo, que en poco tiempo fueron convertidos á la religion cristiana cuantos infieles habia en la region que le estaba encomendada. Por aquellos tiempos ocupaba la silla de Milan el obispo Cayo, antiguo amigo y compañero del santo, y dirigiéndose allí, fué preso de órden del prefecto Anolino, quien mandó fuese cruelmente azotado, y despues de haber sufrido este martirio, como persistiera en la fé, le quitaron la vida el dia 4 de junio, en los últimos años del imperio de Neron.

San Arecio y san Daciano, mártires.—Estos dos santos derramaron su sangre por amor á Jesucristo, en Roma en la via Apia, durante el reinado del emperador Adriano. Un antiguo escritor español dice, que habian nacido en la ciudad de Mérida en España, y que habiendo pasado á Roma con el fin de instruirse en la filosofía estoica, allí abrazaron la religion verdadera, y murieron poco despues en su defensa.

San Rutilio y dos compañeros, mártires.—No se sabe de estos santos mas que murieron en Sabaria, antigua ciudad de Panonia, y que sus reliquias fueron despues trasladadas á Hungría, donde se veneran.

San Quirino, mártir.—Nació en Roma y fué sacerdote ejemplar en la iglesia de Tívoli, cuya ciudad honró con un glorioso martirio. En tiempo de Constantino el Grande, edificósé en Tivoli una magnífica basílica en honor de san Lorenzo, y en ella se depositaron los restos de Quirino.

Santa Saturnina, vírgen y mártir.—Fué germana de nacion y de cuna ilustre. Desde sus tiernos años dedicóse á la virtud, y siendo aun muy jóven hizo voto de guardar perpetua castidad, y de no tener otro esposo que Jesucristo. Sus padres trataron despues de casarla; pero ella les dijo que habia ofrecido su integridad al Esposo celestial, y que de ningun modo entraria en otro tálamo mundano. Viendo la santa, á pesar de esto, que no podia acallar las exigencias de sus padres, y de aquel que la habia solicitado por esposa, escapóse de su casa y se dirigió al monte. En la soledad le salió al encuentro el jóven que habia querido ser su esposo, y negándose Saturnina á satisfacer sus brutales apetitos, él, furioso y despechado, la acometió con violencia y le cortó de un golpe la cabeza. Dícese que la gloriosa vírgen tomó su propia cabeza con las manos, y que en esta actitud caminó hasta la cercana iglesia de San Remigio de la ciudad de Arras; pero esta opinion, en sentir de los Bolandistas y otros autores, es completamente fabulosa.

San Optato, obispo y confesor.—Este campeon ilustre de la fé católica y de la Iglesia de Cristo en el IV siglo, nació en África de padres idólatras, y fué educado tambien en el culto del gentilismo. San Agustin, san Cipriano y san Hilario le nombran entre aquellos que habian pasado de las sombras del paganismo á la luz de la fé, y que habian llevado á la Iglesia los despojos de Egipto, esto es, la ciencia y elocuencia humana. Otros santos le llaman prelado de venerable memoria y ornato distinguido de la Iglesia de Dios. San Fulgencio hace de él admirables elogios, y le iguala á san Agustin y á san Ambrosio. Convertido Optato á la fé, fué al poco tiempo consagrado obispo de Milevo en Numidia, y es el primer prelado católico que emprendió contener por escrito en el África el torrente del cisma de los donatistas. Sus luminosas obras contra estos herejes nada dejaron que desear á los Padres de aquellos tiempos. Optato se distinguió por su sabiduría y por un celo ardiente en varios concilios de África, y en todas partes brilló siempre como un astro de primera magnitud, y como un apóstol infatigable en promover los intereses del rebaño que le estaba confiado, y el bien de la Iglesia universal. Despues de una larga vida, empleada casi toda en el laborioso ministerio del apostolado, murió este santo pastor el dia 4 de junio del año 370.

San Metrofanes, obispo y confesor.—Fué sobrino del emperador Probo, y habiendo conocido las verdades de la religion cristiana, la abrazó y se hizo bautizar. Marchó despues á Bizancio, y contrajo estrecha amistad con su obispo Tito, que le ordenó de sacerdote. Muerto este, fué Metrofanes ascendido á aquella sede episcopal, y fué tan luminosa su santidad, y la prudencia con que gobernó á sus ovejas, que cuando el emperador Constantino llegó á Bizancio con ánimo de establecer allí el centro de su imperio, se asegura que dijo que las admirables prendas de aquel obispo serian por sí solas capaces de determinarle á fijar su mansion en aquel lugar. El emperador lo amó, pues, con particular afecto, y la historia nos cuenta varios rasgos de nobleza y piadosa amistad entre el príncipe y el venerable pastor, que lleno de merecimientos y de alto renombre en la Iglesia, cargado con el peso de los años, y agobiado tambien con la alegría de ver en paz á la Iglesia, acabó santamente sus dias, llorado de su rebaño y de sus amigos, en Constantinopla, el dia 4 de junio del año 325.

San Alejandro, obispo y confesor.—Natural de Italia y obispo de Verona, se distinguió este santo por su amor al retiro y á la oracion, sin dejar por esto el cumplimiento de sus deberes apostólicos. El Señor le enriqueció con el don de milagros, y su sepulcro, que existe aun en la iglesia de San Estéban de la propia ciudad, ha sido y es testigo de las maravillas que el cielo obra por su intercesion.

DIA 5.

San Bonifacio, apóstol de Alemania, arzobispo y már-

TIA.—Entre los muchos santos y excelentes varones que ha producido el reino de Inglaterra, uno fué muy señalado san Bonifacio, arzobispo y mártir, y apóstol de Germania, que con su predicacion y doctrina convirtió innumerables gentes ciegas á la luz del Evangelio. Criáronle sus padres con gran cuidado; y él desde niño dió muestras de lo que habia de ser. Procuró su padre inclinarle á las cosas del mundo con halagos y con amenazas; pero no pudo, ántes cuanto mas era combatido del padre, tanto él mas se resistia, y de las fuertes batallas salió con mas ilustres victorias. Cayó malo su padre repentinamente de una grave enfermedad, y conoció que aquel era castigo del cielo por la violencia que hacia á su hijo: y llorando su culpa condescendió con él, y le envió á un monasterio de monges, y le encomendó al abad; y allí estuvo algunos años el santo mozo, dándose al estudio de la virtud y letras. Mas porque en aquel convento habia falta de buenos maestros para aprenderlas con licencia y bendicion de su abad, se mudó á otro monasterio, donde pensaba tener mayor comodidad. En este segundo monasterio aprendió las ciencias convenientes á su estado, y por la rara habilidad, entereza de vida y excelencia de su doctrina, comenzó á ser muy estimado, y siendo de edad, como de treinta años, se ordenó de misa. Murió el abad de su convento, y los monges le rogaron que quisiese ser su superior y abad de aquella casa; pero él no lo aceptó, así porque por su humildad se tenia por indigno, como principalmente porque Dios le movia á cosas mayores, y le daba un deseo muy encendido de predicar el Evangelio á los gentiles, y sellar su predicacion con su sangre. Manifestó su propósito á los monges, y ellos, entendiendo que aquello era voluntad de Dios, se aquietaron. Con esto se despidió de ellos, y se fué al obispo de aquel lugar, que se llamaba Daniel, y le declaró que su intento era ir á Roma por su devocion á visitar los cuerpos de los gloriosos príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo; y le suplicó que le diese su bendicion y cartas testimoniales de su vida para el sumo pontífice, que á la sazon era Gregorio II de este nombre. El obispo lo hizo todo con muy entera voluntad, y san Bonifacio se partió de Inglaterra, acompañado de otros muchos siervos de Dios, que tenian el mismo espíritu, y deseaban imitarle. Llegó á Roma: cumplió con su devocion: besó el pié al papa, y manifestóle su deseo y la causa de su ida á Roma; y el santo pontífice Gregorio se holgó mucho con Bonifacio: y vistas las cartas del obispo, y entendiendo que aquel era negocio del Señor, le recibió con gran benevolencia, y trató varias y graves cosas con él. Finalmente le hizo predicador apostólico, y le dió un breve muy favorable, para que predicase el Evangelio á todos los infieles de cualquier parte del mundo, mandándole que en todo siguiese la regla y órden de la Iglesia romana, y que le avisase de lo que para la buena ejecucion de tan alto oficio hubiese menester. Tomada la bendicion de su santidad, y un gran tesoro de reliquias que san Bonifacio le pidió, y el papa le dió, se partió de Roma para Alemania, y pasando por Lombardía visitó á Luitprando, rey de los longobardos, del cual fué muy bien recibido y acariciado: y de allí por la aspereza de los Alpes entró en Baviera y en Alemania, hasta llegar á la provincia de Thuringia, donde comenzó á sembrar la semilla del cielo, para ganar las voluntades de los príncipes seglares, y á exhortar á los sacerdotes que reformasen sus costumbres. Pero habiendo entendido que era muerto Rarbodo, rey de los frisones, cruel enemigo de los cristianos y destruidor de las iglesias, luego se embarcó para Frisia, juzgando que allí tendria mas copiosa cosecha y mayor ocasion de padecer mas, y de ampliar la gloria de Cristo, el cual le favoreció en aquella santa empresa, y con su gracia ganó muchas almas de aquellos paganos, y las redujo como ovejas descarriadas al aprisco del verdadero pastor. Y fué tan humilde, que no quiso por sí y aparte ejercer el oficio apostólico que el sumo pontífice le habia cometido; ántes se juntó con san Uvilibrodo, ó por otro nombre san Clemente, obispo de Utrech, varon santísimo, que andaba ocupado en la misma empresa, y le sirvió tres años en ella con extremada humildad, obediencia y caridad. Mas queriendo el santo obispo, por ser ya muy viejo, retirarse y descansar, rogó á Bonifacio que aceptase el obispado, y se encargase de aquella Iglesia; pero no lo pudo acabar con él; ántes para cumplir mejor con la predicacion del Evangelio, que el papa le habia mandado y alumbrar á los gentiles, volvió á Alemania, dejando en Frisia ántes fundado un monasterio de religiosas, que con vivos deseos y vida perfecta servian al Señor.

En la provincia de Hasia, que confina con la Sajonia, convirtió y bautizó gran número de infieles, y cada dia florecia mas nuestra santa religion en aquellas partes, donde poco ántes el demonio habia sido adorado. Derribábanse los templos de los falsos dioses; edificábanse otros nuevos del verdadero Dios, y fundábanse muchos monasterios en que morasen los que aspiraban á la perfeccion. Eran tantos los que venian á Bonifacio, para ser doctrinados de él, y tan copiosa la cosecha, que tuvo necesidad de pedir socorro, y llamar de Inglaterra algunos varones religiosos, conocidos suyos, y aun algunas mujeres de vida perfecta, bien enseñadas, para que tuviesen cargo de las otras mujeres, y gobernasen los monasterios ó casas de recogimiento que para ellas se hacian. Y porque deseaba sumamente acertar, y ser enderezado de la silla apostólica, envió á Roma uno de sus familiares, llamado Binna, con sus cartas para que particularmente diese su relacion al sumo pontífice Gregorio, de lo que habia hecho, y del estado en que quedaba la Iglesia de Cristo en aquellas partes, y suplicase á su santidad, que le respondiese á las dudas que le proponia. El papa recibió con mucho gusto al embajador y embajada de Bonifacio, y respondió á sus cartas y le mandó venir á Roma; y él, como hijo de obediencia, vino luego y el papa le regaló y favoreció mucho: y entendiendo que era varon de Dios y gran ministro de su gloria, le consagró obispo mudándole el nombre que ántes tenia de Uvinfrido en el de Bonifacio, y tomándole juramento de obediencia á sí, y á todos sus sucesores: y el papa le prometió ayudarle y favorecerle perpetuamente y le dió sus letras apostólicas para el duque Cárlos, que á la sazon gobernaba el reino de los francos, y para los otros príncipes eclesiásticos y seglares, cristianos de Alemania: por las cuales les encomendaba á Bonifacio, y les rogaba que le amparasen y defendiesen. Escribió asimismo al clero y pueblo de Thuringia, y á algunas personas principales otro breve particular; y finalmente á los mismos pueblos infieles de Sajonia, mostrándose el santo pontífice pastor universal, y padre amoroso y celoso de la gloria del sumo pastor.

Armado de estos breves apostólicos, con la bendicion

del pontífice, volvió Bonifacio muy contento á Germania, y habiendo dado á los príncipes sus cartas y sido bien recibido de ellos, puso la mano á la labor y comenzó con grandes trabajos, fatigas y angustias, y con suma pobreza de todas las cosas, á cultivar aquella tierra yerma y fragosa. Las dificultades que se le ofrecian eran muchas y grandes: y para poderlas vencer á mas de la oracion que continuamente hacia, procuraba que otros amigos suyos y siervos de Dios, con las suyas le ayudasen y favoreciesen delante de su acatamiento; como quien tan bien entendia, cuán flaco es nuestro brazo, aun para las cosas mínimas, si no es sustentado y esforzado con el brazo de Dios: en el cual confiado determinó cortar y arrancar un árbol de extraordinaria grandeza, que llamaban el *árbol de Júpiter*, por estar dedicado á los demonios, y aunque concurrió gran multitud de paganos, para estorbarlo y matarle, como á enemigo de sus dioses; pero él tuvo fuerte, y en comenzando á dar con la segur en el árbol, por virtud del cielo cayó hecho pedazos en cuatro partes: y viendo este milagro los gentiles se convirtieron, y él edificó en aquel lugar un oratorio en honra del apóstol san Pedro, del cual era devotísimo; y escribió á Eadberga, abadesa, parienta del rey de Concio en Inglaterra, rogándola que le hiciese escribir las epístolas de san Pedro con letras de oro y se las enviase, para llevarlas consigo como un preciosísimo tesoro; pues el mismo apóstol san Pedro por su sucesor le habia mandado predicar. No se contentó este santo con alumbrar á los infieles y sacarlos de la sombra de la muerte, en que estaban, y fueron cien mil y mas los que convirtió; sino tambien puso mucho cuidado en arrancar las espinas y malezas de los vicios que entre los fieles y cristianos habian crecido: y en esto tuvo mucho que hacer y padecer, para resistirá los que abrasados con sus vicios le perseguian, y algunos herejes que con nombre falso de católicos sembraban la cizaña de sus errores entre el buen trigo del Señor. Entre los otros templos que edificó en Thuringia, fué uno al arcángel san Miguel, por una revelacion, que tuvo de esta manera. Estaba una noche velando y orando, á la ribera de un rio: apareciósele san Miguel con tan gran claridad, que todo aquel lugar donde estaba resplandecia. Confortóle el glorioso arcángel, y animóle para que llevase adelante lo que habia comenzado. Dijo allí misa á la mañana, y queriendo comer, no hubo cosa que darle; y él mandó que se aparejase la mesa, teniendo por cierto que Dios le proveeria. Al punto bajó una ave volando, que traia un pez en el pico, que bastaba para comer aquel dia, y púsole delante de la mesa. Hizo gracias al Señor Bonifacio: comió del pez y mandó echar en el rio lo que le habia sobrado. Y por esta vision y aparicion que tuvo de san Miguel, le hizo labrar allí el templo, como se dice en su vida.

Mientras que san Bonifacio se ocupaba en estos ejercicios, y como el sol alumbraba aquellas partes oscuras y caliginosas de la gentilidad, murió en Roma el santo pontífice Gregorio II, á los 11 de febrero del año de 731, y en su lugar fué elegido otro Gregorio III; y cuando Bonifacio lo supo, luego le envió sus embajadores para darle la obediencia, como á vicario de Cristo é informarle del fruto que se habia hecho en Alemania, y proponerle algunas leyes que tenia en el gobierno de aquella santa Iglesia que Dios iba plantando. El nuevo pontífice se alegró mucho con tan buenas nuevas, por ver que se propagaba la gloria de Cristo, y le concedió lo que pedia, respondiendo á sus dudas y otras cosas que no pedia: porque le hizo arzobispo, y le envió el palio, dándole órden de cómo lo habia de usar; mandándole que ordenase obispos donde fuese menester. Con estos favores y gracias de la sede apostólica, se consoló por extremo san Bonifacio, é hizo gracias á Dios, y labró dos iglesias, una á san Pedro y otra á san Miguel arcángel, y junto á ellas dos monasterios, para que los monges que habitaban en ellos continuamente alabasen al Señor. De aquí pasó á la provincia de Baviera, y la ilustró con su predicacion, y de allí pasó á Roma, acompañado de mucha y muy lucida gente de Francia, Inglaterra y Baviera: parte por su devocion, para pedir favor al Señor por intercesion de los apóstoles san Pedro y san Pablo; y parte por conocer al nuevo y santo pontífice, y conferir con él las cosas en que dudaba, para bien de los fieles ya convertidos, y de los que esperaba se habian de convertir, y para desarraigar los malos usos y depravadas costumbres que entre los cristianos se habian introducido. Todo se hizo como san Bonifacio deseaba, y el papa le dió su bendicion, y muchas reliquias y dones, y todas las letras apostólicas que quiso, para los príncipes, obispos y pueblos de Germania, para donde volvió, y de camino visitó al rey de los longobardos, y por reverencia de san Agustin, cuyo cuerpo está en la ciudad de Pavía, se detuvo allí con el rey algunos dias; y habiendo sido convidado del duque de Baviera, Utilon, llegó á aquella provincia y predicó en ella con gran fruto, é instituyó tres obispos para desterrar algunos, que no siéndolo, se hacian obispos. Y siendo muerto Cárlos Martelo, y habiéndole sucedido dos hijos suyos, Pipino y Carlo Magno, procuró que se celebrase concilio, que ya por espacio de ochenta años no se habia celebrado, para reparar los daños innumerables que habian resultado de darse las Iglesias por favor á los legos idiotas y hombres perdidos, y de haber promovido á los órdenes mayores á personas criadas desde su niñez en los vicios: los cuales, por haber hecho callos en ellos, vivian torpe y disolutamente, y escandalizaban el pueblo é inficionaban y afeaban el grado y dignidad sacerdotal. En este concilio se halló Carlo Magno, y en él presidió san Bonifacio, como legado de la sede apostólica, y se ordenaron muchas cosas, muy útiles para el culto divino y bien de la Iglesia; y algunos clérigos y obispos fueron privados de su dignidad, y entre ellos un arzobispo de Maguncia, llamado Gervilio, por haber muerto por su mano á un soldado que en guerra habia muerto á su padre. En su lugar de este arzobispo de Maguncia sucedió san Bonifacio, por voluntad de Carlo Magno y de Pipino su hermano, y confirmacion del sumo pontífice Zacarías, que habia sucedido á Gregorio, papa III, ya difunto; al cual escribió san Bonifacio con Bruchardo, obispo de Herbipoli, suplicándole hiciese otro arzobispo de Maguncia, y enviase á Alemania otro mejor que él, para que en nombre de la sede apostólica fuese legado é hiciese los negocios de ella. Esto escribió Bonifacio, papa, por haber entendido que algunos malos hombres le habian calumniado y puesto mal con su santidad, y creido que el papa les habia dado crédito, aunque en esto segundo, como hombre, se engañó. Pero san Zacarías, como pastor santo y benigno, respondió amorosamente á Bonifacio, y le dió satisfaccion de lo que escribia, y le alabó de lo que Dios habia obrado por él, y le exhortó á llevar adelante lo que para tanta glo-

ria del mismo Dios habia comenzado, asegurándole que mientras Bonifacio viviese, no enviaria otro legado ni nombraria otro arzobispo de Maguncia. Despues le mandó que coronase por rey de Francia á Pipino, habiendo privado del reino á Childerico, por flojo é inhábil y puéstole en un monasterio: y así lo hizo Bonifacio, y alcanzó del mismo rey Pipino que confirmase los privilegios que su hermano Carlo Magno habia concedido al monasterio de Fulda, que san Bonifacio habia fundado para descanso de su vejez: lo cual hizo el rey Pipino muy liberalmente, por honra del glorioso apóstol san Pedro. Tuvo noticia san Bonifacio, que los frisones que él habia convertido, habian apostatado de la fé, y vuelto á sus antiguas supersticiones é idolatrías; de lo cual tuvo el dolor que se puede pensar. Tuvo tambien revelacion de Dios de su muerte, que le queria sacar presto de la cárcel de este mundo; y para aparejarse mejor, y tener ocasion de derramar la sangre por la fé que habia predicado, determinó tornar á Frisia, y reparar con su presencia los daños que el demonio habia hecho en aquella provincia. Pero ántes de emprender aquella jornada, proveyó á las cosas de la Iglesia de Maguncia, y á las otras de la cristiandad de Germania, como hombre que no las pensaba mas ver. Para esto dejó en Maguncia en su lugar con consentimiento del papa Estéban III, que habia sucedido á Zacarías, á un discípulo suyo llamado Lullo, varon, segun su corazon, celoso y prudente. Encomendó al rey Pipino á todos sus compañeros y obreros del Señor, que le habian ayudado en plantar y cultivar aquella viña de la nueva cristiandad. Ordenó que enterrasen su cuerpo en el monasterio de la Fulda, y despues de sus dias, el de la santa vírgen Lioba (que él habia hecho venir de Inglaterra, para tener cargo de las otras vírgenes que debajo de su obediencia se habian juntado); deseando que estuviesen juntos hasta la resurreccion los cuerpos de los que con el mismo espíritu habian trabajado, y buscado la gloria del Señor. Y habiendo asentado todas las demás cosas tocantes al bien de aquellas provincias, y dado su cogulla á Lullo, su sucesor, y exhortándole á perseverar constantemente en su devocion hasta la muerte, se embarcó para Frisia con tres presbíteros y tres diáconos y cuatro monges, los cuales todos merecieron la corona del martirio, con su capitan y maestro san Bonifacio; lo cual sucedió de la manera que aquí diré. Habiendo con su venida recreado á los buenos cristianos y levantado á muchos caidos, y alumbrado con su predicacion á los ciegos; no pudo rendir á otros obstinados y empedernidos, los cuales no solamente no se ablandaron con verle, ántes determinaron matarle, como á enemigo y destruidor de su falsa religion. Estando, pues, el santo con sus compañeros cerca de un rio, aguardando que los que habian sido bautizados viniesen á recibir el sacramento de la confirmacion, vinieron de repente los gentiles y bárbaros armados; y de tropel con gran impiedad y crueldad, dieron en el lugar donde estaba el santo: el cual tomó luego por escudo y peto fuerte las reliquias de los santos que consigo llevaba; y viendo que sus criados y clérigos querian tomar las armas para resistirles, rogó que no lo hiciesen, ni perdiesen tan buena ocasion como Dios les ofrecia de alcanzar aquel dia la corona del martirio. Con esto todos se sosegaron y se aparejaron á morir por Cristo, y los paganos los acometieron y los mataron sin resistencia alguna. Despues robaron los libros y cofres de reliquias y lo demás que hallaron pensando que habia grandes tesoros: y queriéndoselos repartir, vinieron sobre la particion á las manos, y con las mismas armas con que habian muerto á los santos mártires, ellos mismos entre sí se mataron. Algunos de ellos que quedaron vivos, abriendo los despojos que ellos y sus compañeros habian robado, no hallaron oro ni plata ni otros tesoros, sino las reliquias y los libros sagrados, y entre ellos se halló un libro de los Evangelios, que san Bonifacio continuamente llevaba consigo, el cual se halló pasado con una espada; pero sin que le faltase una letra: lo cual se tuvo por milagro. Cuando los cristianos de Frisia supieron la muerte de su apóstol y glorioso pastor, entraron con mano armada en las tierras de los paganos que la habian cometido, y las destruyeron, y mataron á los matadores del santo. Despues el clero de Utrecht llevó el cuerpo de san Bonifacio del lugar donde murió, y le sepultó con gran veneracion en su iglesia. Mas el arzobispo Lullo, cuando supo la dichosa muerte de su padre y maestro, acordándose de lo que le habia mandado, procuró que su sagrado cuerpo con gran pompa y solemnidad se trasladase de la iglesia de Utrecht á la de Maguncia, y de allí á la de Fulda, haciendo Dios innumerables milagros por intercesion del santo. El venerable Beda dice que fueron martirizados con san Bonifacio cincuenta y tres de sus compañeros. La vida de san Bonifacio escribió Uvilibaldo, su discípulo; y Rutardo, que fué discípulo de Rhabano, escribió su martirio en verso heroico. Hacen mencion de él á los 5 de junio el Martirologio romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y otros, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y mas largamente en el IX tomo de sus Anales. Fué martirizado san Bonifacio en el año de 755 á los 5 de junio, segun Tritemio *(in Chron. Hirsaug.)*, y segun Beda en el Epítome, y Sigisberto, y el cardenal Baronio el año de 754. Es muy celebrado un dicho de san Bonifacio, el cual hablando de los sacerdotes, y de los cálices antiguos y de los de su tiempo, dijo: «que los sacerdotes antiguos eran de oro y celebraban en cálices de madera: y que los de su tiempo eran sacerdotes de madera, y celebraban en cálices de oro.» De este dicho se hace mencion en el decreto y en el concilio Triburense. Luego que se supo el martirio de san Bonifacio, se comenzó á celebrar, como de santo mártir, su memoria, especialmente en el reino de Francia.

* SAN DOROTEO, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.—Floreció este santo en la misma ciudad de Tiro donde habia nacido, y desde sus mas tiernos años se dedicó al servicio de la Iglesia, dando á entender ya entonces lo que en lo sucesivo habia de ser. Piadoso al paso que sabio, mereció por estas circunstancias ser elevado al sacerdocio, desempeñando las funciones propias de su ministerio con grande provecho de los fieles. Alcanzó este santo parte de los reinados de Diocleciano y de Juliano, padeciendo en entrambos muchísimos tormentos en la defensa de la religion. Llegó Doroteo á una muy avanzada edad, y como siempre hubiese ardido en vivísimos deseos de derramar su sangre por la fé, el Señor le concedió esta gracia, perdiendo su vida en testimonio de ella, siendo degollado en Tiro, por los años de 362, á los ciento y siete de su edad.

SAN FERNANDO, INFANTE DE PORTUGAL.—Fué hijo quinto de Juan primero de este nombre, y décimo entre los reyes de Portugal, y de Felipa, hermana de Enrique quinto de Inglaterra. Sin embargo de haberse criado débil y

macilento, en razon de su prematuro nacimiento; con todo no dejó de ejercitarse en la virtud, é instruirse en las ciencias, especialmente sagradas, practicando desde la edad de catorce años la vida que pudiera el eclesiástico mas ejemplar. Invertia todos sus bienes en socorrer á los pobres; amaba la castidad con particular afecto, aborreciendo á los lascivos; guardaba un continuo ayuno, haciéndolo á pan y agua en todos los sábados y vigilias de las festividades de la santísima Vírgen. El papa Eugenio tercero lo condecoró con la insignia de cardenal, pero no quiso admitir tan suprema dignidad, confesándose indigno de ser príncipe de la Iglesia. Acompañó á su hermano Eduardo, que sucedió á su padre en la corona, en la espedicion que aquél hizo contra con los moros, siendo nombrado general del ejército. Entregóse voluntariamente á los moros en rehenes, junto con algunos personajes esclarecidos de Portugal. Murió en el cautiverio despues de seis años que lo estaba sufriendo, el año 1443.

Los santos Marciano, Nicanor, Apolonio y otros compañeros, todos martires.—Entre las víctimas ilustres que segó el hacha de la persecucion en el Egipto, durante el reinado de Maximiano Galerio, fueron estos santos de los que mas se distinguieron por su heroica constancia, y por el gozo con que se presentaron en el altar del sacrificio. Su martirio fué seguido de una serie de portentos que refiere un autor antiguo, en la relacion que nos ha dejado de los sufrimientos de estos santos, y de los milagros con que el cielo atestiguó la santidad y la gloria de sus siervos.

San Sancho, martir.—Fué discípulo de san Eulogio, y dió la vida gloriosamente por Jesucristo. Era noble, católico, francés de nacion, natural de Albs, cerca los Pirineos, desde donde fué traido cautivo á Córdoba. Probablemente fué su cautiverio el año 845, con motivo de la guerra que Abderraman II tuvo con Cárlos el Calvo, rey de Francia. Poco despues alcanzó libertad, y fué admitido en el palacio por paje del rey. Manteníase á su sueldo, como otros muchos mancebos que servian en la casa real, criándose en los ejercicios de la disciplina militar, de cuyo número fué José, hermano menor de san Eulogio. No consta, sin embargo, de estos cristianos ni otros ningunos de los que servian á los moros, forzados de la dominacion, que ayudasen á los reyes en sus guerras contra los cristianos, ni en otra cosa ninguna que los hiciese reos de infidelidad á Dios ni á su ley. El santo mozo no abusó de su libertad, ni de las ventajas de su nobleza, ni de la renta que ponia el rey en su mano: tenia todo esto por lo que ello es, fatuidad y locura de los hombres. Sancho aspiraba solo á la libertad del espíritu, á la hidalguía de los hijos de Dios, á los bienes que siempre duran. Muy léjos estuvieron de él la vanidad, la lisonja, el deseo de ser mas en el mundo, y otros defectos, que pierden regularmente á los que se arriman á los grandes y poderosos del siglo. A paso largo corria este santo por el camino angosto de la perfeccion, mirando con espanto los ultrajes que se hacian á la verdad de nuestra santa fé, cuando inflamado en amor del martirio, alentado con el ejemplo reciente de otros santos compañeros suyos, confesó en público la fé de cristiano, ofreciéndose á dar la vida por ella. Sintieron el atrevimiento y el desprecio del santo jóven, y habiéndole preso, lo llevaron al juez. Tratólo este no solo de infamador de su ley, sino tambien de traidor al rey, y desleal al que de esclavo lo habia hecho libre, y de enemigo soldado de su guardia, y sin esperar mas formalidad, mandó que al punto le cortasen la cabeza. Aceptó el santo la pena como premio de su constancia, y la sentencia se ejecutó el dia 5 de junio del año 851, en la ciudad de Córdoba en España. Pusieron su cuerpo colgado en un palo junto al de san Isaac, los cuales, con otros seis que murieron despues, ya medio podridos, los quemaron el dia 11 de junio, y echaron sus cenizas en el rio Guadalquivir.

Los santos Florencio, Julian, Ciriaco, Marcelino y Faustino, mártires.—No se sabe la patria de estos santos, y por qué fueron compañeros de una multitud de tormentos que sufrieron juntos, todos constantes, todos igualmente alegres de padecer por la fé de Jesucristo. Parece fuera de duda que acabaron su vida con el martirio en Perusa, durante el reinado del emperador Decio. En la misma ciudad se edificó despues una iglesia en honra suya, que lleva el nombre de San Florencio, y en la cual descansan sus reliquias.

Las santas Zenaida, Ciria, Valeria y Marcia, mártires.—Eran naturales de la ciudad de Cesarea en Palestina, y vivian en ella en tiempo de las primeras persecuciones. Un cristiano fervoroso las instruyó en la doctrina de Jesucristo, y luego que la conocieron, hiciéronse bautizar. Vivian despues retiradas del mundo, ocupándose en ejercicios de santo fervor, rogando á Dios hiciese cesar la cruel persecucion que pesaba sobre el pueblo cristiano, cuando á pesar de su retiro, fueron descubiertas y llevadas al tribunal del prefecto. Fué heroico su valor, y la intrepidez con que dijeron, que primero renunciarian á la vida ántes que á la religion que profesaban; y no pudiendo hacerlas variar de propósito ni los halagos ni las amenazas, despues de ser afligidas con repetidos suplicios, fueron degolladas, y sus almas volaron á unirse con su celestial Esposo.

DIA 6.

San Norberto, arzobispo y confesor.—Nació san Norberto en un pueblo cerca de la ciudad de Colonia llamado Xanctis, antiguamente Troya. Su padre se llamó Heriberto, su madre Eduvigis, personas ilustres y ricas. Estando su madre preñada de él, oyó en sueños una voz que le dijo: Ten ánimo, que el hijo que tienes en tus entrañas ha de ser arzobispo. Nació Norberto, creció y estudió; é hízose cortesano, primero en casa del arzobispo de Colonia Federico, y despues en la córte del emperador Enrique. Era de todos muy amado, y bien quisto por su nobleza, riquezas, y blanda y afable condicion: y viendo que le corrian prósperos vientos, tendió las velas y engolfóse en las vanidades del siglo, y dióse á sus gustos y contentos, haciendo castillos en el aire, y pensando cómo podia acrecentar aquella que él tenia por felicidad. Pero como el mundo sea engañoso, y la ambicion no tenga término, y los gustos de las cosas en la tierra sean breves, y mezclados con tantos disgustos y amarguras, no hallaba Norberto lo que buscaba, ni puerto de quietud en golfo tan bravo y tempestuoso. Por aquí le comenzó Dios á despertar para que conociese que la paz de su alma estaba en solo Dios, y la procurase buscar y hallar en él, y servirle con tanto y mas cuidado que ántes habia servido al mundo. Ordenóse de misa, dejó los vestidos ricos y regalos que llevaba, y vistióse de un paño grosero y basto, y dió de

mano á los otros gustos y entretenimientos, en que hasta allí se habia cebado, y abrazóse con la oracion y penitencia; y para poderlo hacer mejor, se retiró á un monasterio, donde estuvo cuarenta dias; y de allí volvió á la iglesia donde era canónigo, y con particular instinto y espíritu del Señor, comenzó á predicar con gran fervor, exhortando á todos á la virtud con admiracion de los oyentes, por ver la mudanza tan súbita de su vida, y predicador del Evangelio al que poco ántes habian visto cortesano disoluto y liviano. Y aunque algunos se compungian, otros llevaban á mal tanta libertad en amonestarlos y reprenderlos, é instigaron á un clérigo, hombre de baja suerte, para que le maltratase y persiguiese; y él lo hizo, diciéndole muchos baldones é injurias, y ensuciándole la cara por afrentarle mas; pero Norberto que ya estaba trocado y habia entregado á Dios su corazon, tuvo mucha paciencia y sufrimiento, y trató mas de llorar sus pecados y los del clérigo que de vengarse.

En este tiempo le sucedió una cosa maravillosa. Íbase á decir misa á lugares apartados, por decirla con mas quietud y devocion: y un dia diciendo misa en cierta capilla subterránea y baja, vió que en el cáliz ya consagrado habia caido una araña disforme y de mala calidad. Estuvo el santo varon dudoso y perplejo de lo que habia de hacer: si tomar la sangre del Señor con peligro de la vida; ó dejar de tomarla con menoscabo de aquel sacrosanto sacrificio; porque por ventura no estaba tan bien instruido de lo que segun la ordenacion de la Iglesia en semejantes casos se debe hacer. Al cabo se resolvió á tomar la sangre, aunque fuese con tan gran peligro; y así la tomó y tragó la araña que habia caido en el cáliz; y acabada la misa, se puso en oracion aguardando la muerte: mas plugo al Señor, por cuyo amor él se habia puesto en aquel peligro, que con un estornudo que le sobrevino, echó por las narices la araña, quedando sin lesion alguna, y con singular confianza de la proteccion que Dios tiene de los suyos.

Habiendo pues predicado tres años como canónigo, en hábito de pobre clérigo, y padeciendo muchas persecuciones y molestias de los que por la flaqueza de su vista no podian sufrir tan gran resplandor, determinó dejar todos sus beneficios y rentas eclesiásticas. Así lo hizo; y vendió y dió á los pobres el precio de su patrimonio y de otros bienes que tenia, y descalzo y pobremente vestido, en el corazon del invierno, con dos compañeros que le seguian, fué en busca del papa Gelasio, que habia sucedido á Pascual II, y echado á sus piés, le dió cuenta de su vida pasada y de sus nuevos intentos, y el papa se holgó con él: y conociendo el espíritu del Señor que habitaba en él, y su buena razon y prudencia, le quiso tener consigo; mas Norberto le suplicó que no se lo mandase; porque habiendo él vivido tan rotamente en las córtes, y gastado su mocedad y la renta de la Iglesia en liviandades, queria hacer penitencia por sus pecados, y para esto no era buen medio la merced que su santidad le queria hacer. El papa lo tuvo por bien, y le dió facultad de predicar la palabra de Dios en cualquiera parte del mundo; y esta misma facultad le concedió despues Calixto II, que sucedió á Gelasio.

Con esta licencia y bendicion del papa, se partió Norberto con sus compañeros descalzos en tiempo de hielos muy rigurosos y frio, llegándoles la nieve algunas veces á la rodilla y á la cintura; pero como él estaba tan abrasado del amor de Dios, y deseoso de padecer, todo lo llevaba con paciencia y alegría. Pasó por la ciudad de Orleans, y allí se le juntó otro tercer compañero, y despues en Valenciennes un capellan del obispo de Cambray, llamado Hugon, que despues le sucedió en el gobierno de la nueva religion que instituyó, como adelante se dirá. Con estos compañeros iba san Norberto de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, predicando con tan grande admiracion y fruto de la gente, que todos se iban tras ellos, y los salian á recibir y tocaban las campanas, y cuando entraban en algun pueblo, corrian á las iglesias por verlos y oirlos, y se tenia por bienaventurado el que podia llevarlos á su casa. Trataban en sus pláticas y razonamientos de la penitencia, del confesarse á menudo, de lo que deben hacer los casados para salvarse, y cada uno en su estado. Tuvo don raro muy particular de Dios en hacer paces entre los discordes, y amigos de enemigos; y era tanta la autoridad de Norberto, que los mas bravos y sangrientos corazones se le rendian y sujetaban: y si habia alguno tan rebelde y obstinado que no admitia su consejo, Dios le castigaba. Una vez trató de reconciliar á dos señores principales que con odio cruel se abrasaban y hacian guerra. Habló al uno, y luego se le rindió y se puso en sus manos: habló despues al otro, y estuvo tan duro é intratable, que no le pudo ablandar en ninguna manera. Entonces volviéndose Norberto á su compañero, le dijo: Este hombre está fuera de sí y no nos quiere oir; pero presto lo pagará y caerá en manos de sus enemigos y será maltratado de ellos, y así fué. Otra vez persuadiendo á muchos la union, paz y concordia entre sí, un soldado no queriendo obedecer al santo, se partió muy enojado y subió en su caballo para irse, mas por mucho que apretó con espuelas al caballo, nunca le pudo mover de donde estaba, y conociendo su culpa, allí delante de todos se echó á los piés del santo y le pidió perdon. Fué á Colonia con deseo de llevar allí algunas reliquias; y el Señor se las reveló, y el cuerpo de san Gerion, de lo cual hubo gran regocijo en toda la ciudad. Iba Dios multiplicando los compañeros de Norberto, y alumbrándole y encaminándole para fundar una nueva religion: y entendiendo él ser esta la voluntad del Señor, y teniendo revelacion de ello, escogió un lugar solitario, áspero y apartado, que se llamaba Premonstrato, en el obispado de Lauduno, para asiento del primer monasterio que hizo. En este lugar comenzó su nueva religion, que del mismo lugar se llamó premonstratense. Tomó la regla de san Agustin, y el hábito blanco de canónigos reglares: hacian vida muy penitente, y mas angélica que humana. Perseguia el enemigo del linaje humano terriblemente á aquellos religiosos en sus principios, y con varias tentaciones y embustes pretendia engañarlos; y ellos con oraciones, ayunos y vigilias, peleaban contra él y le vencian; aunque no faltaba entre tantos quien por su flaqueza desfalleciese. Habia un religioso muy devoto y penitente, y sobre todo grande ayunador, porque ayunaba todo el año sino eran los domingos, sin comer cosa cocida. A este, un miércoles de ceniza, estando Norberto ausente, le tentó el espíritu de la gula tan fuertemente, que se rindió y dijo, que él no podia ayunar la cuaresma ni dejar de comer leche y queso; porque de otra manera se moriria, y Dios no queria que se muriese. No bastó razon alguna con él para que ayunase, ántes le dejaron que comiese las veces que se le antojase, manjares quadragesimales. Volvió al monasterio san Norberto, y ántes de entrar en él, por el mismo aire que

le dió, y cierto horror que sintió en sí, entendió que en su convento habia acaecido alguna desgracia, por tentacion de Satanás. Entró en él, supo lo que pasaba, mandó traer delante de sí al fraile que estaba tan gordo y pesado que no cabia en el pellejo: y conociendo que aquello no habia sido necesidad, sino tentacion del enemigo, le mandó ayunar y dar por tasa un poco de pan basto y un poco de agua para su sustento. Con esta regla dentro de pocos dias volvió en sí, y siguió su vida comun y religiosa. Volviendo una vez á su convento con los novicios, oyeron una voz que venia como del cielo y decia: «Esta es la compañía de frailes de Norberto;» y de la otra parte respondió otra voz y decia: «De estos dos novicios el uno no es de su compañía.» Espantóse el santo de esta voz, y mirando á ellos con atencion, halló que uno de los dos novicios era ménos devoto y ménos modesto en sus palabras, inconstante en sus propósitos, flojo en la oracion y descuidado en la obediencia. Avisóle y reprendióle paternalmente; y al cabo se salió de la religion, hurtando un poco de plata y otras cosas, que otro novicio habia traido á esta. Este se salió, mas otros muchos entraron, y entre otros fué uno un conde muy poderoso de Westfalia, llamado Godfredo, en la flor de su edad, dejando sus riquezas, honras, regalos, criados y vasallos, con grande admiracion de los que ántes le conocian. Y el conde Teobaldo, nobilísimo y riquísimo príncipe de Francia, quiso hacer lo mismo, y puso su persona y estado en manos de san Norberto; mas él le aconsejó que se casase; porque en aquella coyuntura haria mas servicio á Dios y bien á la Iglesia.

Ilustróle Dios con muchos milagros, y tuvo don particular de echar de los cuerpos los demonios que los atormentaban. Entre otros le trajeron una doncella que era atormentada ya habia un año, del demonio, el cual por boca de ella recitó el libro de los Cantares de Salomon, y le interpretó primero en latin y despues en tudesco. Con este demonio tuvo grandes contiendas san Norberto; porque era muy rebelde y furioso; pero al fin le venció y le echó diciendo misa, por virtud del sacrosanto Sacramento del altar. Otra vez trajeron al convento á un mozo atormentado del demonio, tan valiente y furioso, que no habia quien le pudiese tener, hasta que uno de los religiosos, mozo, confiado en la obediencia dijo al prior: Si la obediencia me mandare que yo lo tenga, yo solo lo tendré, nó por mis fuerzas, sino por la fuerza de la obediencia. Mandóle el prior que le tuviese, túvole, y el demonio le salió del cuerpo y dejó libre al mozo. Otra vez conjurando á otro demonio terrible delante de mucha gente, comenzó el demonio á descubrir los pecados secretos de los circunstantes que allí estaban; mas nunca pudo descubrir pecado que hubiesen confesado. Y como la gente oyendo sus pecados, huyese y dejase casi solo á san Norberto; él con oraciones y ayunos le rindió y le echó de su casa: y de esta manera libró á otros endemoniados. Tambien tuvo don de profecía y revelacion, de lo que habia de crecer su órden. Trayendo uno de sus frailes un cántaro de agua de una fuente muy clara y limpia, le dijo: que por qué traia aquella agua sucia. Y mirando el vaso, hallaron un gran sapo en él. Aparecióselo una vez el demonio en figura de un oso grande, espantoso y horrible que le queria agarrar: y aunque al principio se turbó un poco, despues conociendo que era el demonio, cobró ánimo, y le mandó en nombre de Cristo que desapareciese, y así lo hizo.

Fué á Roma por su devocion y para suplicar al sumo pontífice, que confirmase con autoridad apostólica la congregacion que él habia fundado; y el papa lo hizo benignamente, y le concedió otras gracias y favores. Ya que se queria partir de Roma, se oyó una voz del cielo que decia que habia de ser obispo magdeburgense; y así lo fué por divina voluntad, sin que él lo pudiese resistir, con grande aprobacion del rey Lotario, y de un cardenal legado del papa y de los obispos, prelados y príncipes que se hallaron en aquella eleccion: y cuando le llevaban á su Iglesia, iba con su pobre vestido y con los piés descalzos.

Despues que se sentó en su silla de obispo, comenzó á apacentar sus ovejas con el pasto de la celestial doctrina, y reformar las costumbres de los clérigos con sus amonestaciones y castigos, y principalmente con el ejemplo de su santa vida. Pero entendiendo que los bienes y rentas de su Iglesia habian sido menoscabados y disminuidos, ó por descuido de sus predecesores ó por violencia de algunos hombres poderosos que tiránicamente los habian usurpado; juzgando que aquellos bienes eran de los pobres, y que cuanto ménos tuviese la Iglesia, tanto ellos tendrian ménos para socorrer sus necesidades; se determinó de cobrar lo que estaba perdido, porque Dios no le castigase por mal administrador y defensor de su Iglesia. Apretó á los usurpadores y poseedores de aquellas rentas, de manera, que hubieron de dejar lo que con mala conciencia poseian: y como eran hombres perversos y poderosos, concibieron grande saña contra el santo prelado, porque hacia lo que debia y pretendieron vengarse de él. Un juéves santo, estando confesando san Norberto, vino un hombre en traje de penitente, y pidió al portero que le dejase entrar al obispo, porque se queria confesar con él. El portero dió el recado al obispo, y él le respondió que no le dejase entrar hasta que le avisase. Finalmente habiendo despedido á los otros, lo mandó entrar, y luego le dijo: que se estuviese quedo y que no se llegase á él ni se menease. Luego le mandó que le quitasen la capa y que mirasen lo que traia, y hallaron que traia un puñal para matar al obispo, como él mismo lo confesó, declarando los autores de aquella tan execrable maldad. Otra vez yendo de noche á la iglesia á maitines, otro hombre perdido le quiso matar; pero por voluntad de Dios no pudo; porque hirió á uno de los clérigos que iban con él, pensando que era el mismo obispo á quien pretendia matar. Otra cosa hizo san Norberto despues que le hicieron obispo; y fué proveer de cabeza y prelado á la religion premonstratense que él habia instituido, para que la gobernase en su lugar y regase lo que él habia plantado; y así lo hizo con el parecer y consejo de los hombres mas graves de la religion: y Dios nuestro Señor aprobó aquella eleccion, y confirmó con cierta revelacion al que habia sido elegido.

Tambien sirvió san Norberto á la santa Iglesia, en el cisma que se levantó en su tiempo, cuando por la muerte del papa Honorio II fué asumpto al sumo pontificado Inocencio, asimismo segundo de este nombre: y Pedro Leon, hombre inquieto y poderoso, con nombre de Anacleto; pretendió usurpar la silla apostólica, y con su potencia y malas mañas, causó divisiones en la Iglesia del Señor. Entre los otros santos varones que ayudaron y favorecieron la parte del verdadero y legítimo pontífice Inocencio, fué uno

Norberto, y para esto fué á Italia, y con su consejo y autoridad sirvió en aquella ocasion tan peligrosa á Inocencio, hasta dejarle asentado en Roma en su silla. Y habiendo acabado felizmente esta jornada, volvió á su Iglesia, donde Dios nuestro Señor le dió una larga enfermedad de cuatro meses: y habiéndola gobernado santamente ocho años, lleno de merecimientos y de virtudes, con grande sosiego y quietud de su espíritu, dió la bendicion á los que estaban presentes, y su alma á su Criador, á los 6 de junio del año del Señor de 1134. Enterráronlo con mucha solemnidad en la iglesia de Santa María, que era monasterio de su órden: y aunque el clero pretendió, que se debia sepultar en la iglesia catedral donde habia sido obispo; mas el emperador Lotario mandó que se enterrase en el monasterio, por haber ordenado el santo en vida que así se hiciese. Apareció despues de muerto á algunos de sus frailes, y hubo revelaciones de su gloria.

La vida de san Norberto escribió un autor grave de su mismo tiempo: tráela el P. Lorenzo Surio en su tercer tomo. Hace mencion de él el Martirologio romano, y el cardenal Baronio en sus anotaciones á los 6 de junio; y san Antonino en la segunda parte, tít. xv, cap. 10, tít. xvii, cap. 1, §. 3, y Segisberto en la Crónica, año 1134. Paulo Morigia, en la historia del orígen de las religiones, capítulo 57, dice: que la religion premonstratense creció tanto que tenia treinta provincias, y en ellas mas de mil y trescientos monasterios y cuatrocientos de monjas. Entre las otras alabanzas que se pueden dar á su órden, es haber tomado de ella el gran patriarca santo Domingo algunas ceremonias y ordenanzas para la suya, que es señal que en su tiempo florecia mucho y era muy rigurosa, como lo dice el P. Fr. Hernando del Castillo, y nosotros á los 4 de agosto lo escribimos en su vida; porque el no comer carne perpetuamente, el ayuno continuo de muchos meses, no vestir lienzo y no dormir en él, y otras cosas de mucha importancia, todas se tomaron de aquella religion, como lo escribió Fr. Humberto de Romanis, que alcanzó santo Domingo y fué general de su órden.

* San Artemio, santa Cándida y santa Paulina, mártires.—En tiempo del emperador Diocleciano vivian en Roma estos santos, de los cuales los dos primeros eran esposos y Paulina hija legítima de ellos. A la predicacion y milagros de san Pedro, exorcista, se debe el que Artemio junto con su familia creyeran en Jesucristo, y fueran bautizados por el presbítero Marcelino. Acusado Artemio de cristiano fué llevado á la presencia del juez Sereno, quien mandó azotarlo con cordeles emplomados y despues degollarlo. Los verdugos llevaron á su mujer y á su hija á una cueva donde las hundieron con piedras y escombros, recibiendo de este modo la palma del martirio.

Veinte santos mártires de Tarso en Cilicia.—Por los años de 290 murieron estos gloriosos santos en la dicha ciudad de Tarso, por negarse á ofrecer incienso á las deidades de los paganos. El juez Simpliciano, que los condenó, se gozó en hacerles prolongar su martirio por medio de exquisitos suplicios; pero habiéndolos soportado todos con constancia, alcanzaron el premio de la vida eterna.

San Amancio, san Alejandro y sus compañeros mártires.—Derramaron su sangre por la fé en Noyon de Francia, y se ignora la época de su muerte, como asimismo las particularidades de su vida.

San Alejandro, obispo y mártir.—Nació en Fiésoli de Toscana, de cuya ciudad fué despues obispo. Anduvo siempre por las vias de la verdad, y fué de singular virtud. Muchas veces espuso su vida por los intereses de la religion, de los cuales fué tan acérrimo defensor, que se privaba hasta del preciso descanso que exige la naturaleza, para ocuparse de continuo en promoverlos y guardarlos. A este fin trabó estrecha amistad con Atario rey de los longobardos, y convirtióle á él y á toda su familia á la religion cristiana, familia que hizo luego importantes beneficios á la Iglesia. Iba una vez el santo á una mision que le habia confiado este rey, y estando cerca de Bolonia, al pasar por un despoblado, le acometieron los enemigos de la religion y le arrojaron al rio, donde pereció ahogado glorificando á Dios, el dia 6 de junio del año 811. Su sagrado cuerpo apareció al dia siguiente sobre la orilla, y sus discípulos lo recogieron y lo llevaron á Fiésoli, donde obró muchos prodigios, y despues se colocó en un suntuoso sepulcro, hasta que fué trasladado á otra iglesia, que se erigió en honor suyo.

San Eustorgio, obispo y confesor.—Fué el segundo de su nombre en la sucesion de los prelados de la Iglesia de Milan. Varon de portentoso ingenio, de vasto saber y de celo ilustrado, juntó á estas calidades virtudes tan ilustres, que en su tiempo fué la mas brillante lumbrera de la Iglesia. Defendió y aumentó considerablemente los bienes de la Iglesia, y dotó á su catedral con dádivas magníficas. Asistió á varios concilios, publicó varios tratados contra los herejes de su tiempo, hizo dos viajes á Roma para consultar con la santa sede, y por fin lleno de merecimientos y de virtudes, dotado con la gracia de hacer milagros, y con espíritu profético, murió en el Señor el dia 6 de junio del año 518.

San Juan, obispo y confesor.—Entre los prelados que mas ilustraron la silla episcopal de Verona en Italia, fué uno san Juan, hombre de gran caridad con los pobres y de una humildad tan profunda, que en todos los actos públicos aparecia como la última de sus ovejas. Floreció durante el siglo IV, ilustró la Iglesia con su doctrina y sus ejemplos, y murió santamente llorado de su rebaño, por el cual habia hecho el santo toda clase de sacrificios. Sus restos fueron desenterrados el siglo XVI, y al abrir la urna donde estaban depositados, se sintió un olor tan agradable, que todos los circunstantes reconocieron en ellos la virtud de Dios.

San Claudio, obispo.—Nació en las Galias de noble familia á fines del siglo V. Su educacion fué esmerada, cual convenia á la elevacion de su cuna; y cuando le esperaba en el mundo un porvenir dichoso y brillante, lo renunció todo para abrazar la vida cenobítica. Tomó el hábito en el monasterio Jurense, célebre plantel de santos en los primitivos tiempos, y dentro de poco aventajó Claudio á todos sus hermanos en los caminos de la perfeccion. Al poco tiempo fué elegido abad de aquella casa, y fué tanta la sabiduría y prudencia con que gobernó, que vacando la silla episcopal de Besanzon, el clero y el pueblo le aclamaron unánimemente por su pastor. Léjos de mitigar los ardores de Claudio el nuevo peso que se le imponia, tomó nuevos bríos su espíritu, y se dejó ver en el desempeño de su cargo como un atleta vigoroso, dispuesto siempre á contener al vicio y al error en sus trincheras, y fomentando con su ilustrado celo todos los intereses de la religion. Temperó

siempre la severidad de la disciplina y el rigor de la ley una benignidad suma y una complacencia extraordinaria. Sus delicias eran la predicacion, la caridad, la humildad con todos. Así pasó siete años en el desempeño de su alto ministerio, al cabo de los cuales, echando todavía de ménos su amada soledad, renunció el episcopado y los cuidados de su rebaño para volver á su retiro. Fijóse en el monasterio de San Eugendo, de una observancia rigurosa, de la cual no quiso dispensarse á pesar de su carácter y de los quebrantos de su salud. Elegido abad de este monasterio, no pudo rehusarse á admitir el encargo, y lo desempeñó tan bien como correspondia á su esclarecida santidad, y la fama que en todas partes habia dejado. El Señor coronó sus virtudes concediéndole el don de milagros, y obró tantos y tan famosos, que sus contemporáneos le llamaron el milagrero, el favorecido de Dios. Por fin despues de una larga vida, sembrada de altos merecimientos, empleada toda entera en promover los intereses de la religion, murió Claudio asistido de visibles coros de ángeles, y se fué con ellos á gozar de Dios. Su féretro fué glorioso por los muchos portentos obrados á su alrededor, y su muerte, acaecida el dia 6 de junio del año 551, se contó entre sus contemporáneos como su mas grande calamidad.

DIA 7.

SAN PEDRO, Y CINCO COMPAÑEROS, MONGES Y MÁRTIRES DE CÓRDOBA. —San Pedro fué natural de Ecija, antiguamente llamada *Astygis*, y *Julia Firma*, y por su santa vida y buenas letras se ordenó de sacerdote, y san Uvalabonso, su compañero, era diácono y natural de un lugar que se llamaba Lipula, que estaba donde ahora dicen Peñaflor, pueblo pequeño entre Córdoba y Sevilla, y fué hermano de santa María, mártir, la que padeció juntamente con santa Flora. Estos dos siervos de Dios, aunque estaban ya ordenados; no se contentaron con las letras que sabian; y así se fuéron á Córdoba por oir las artes liberales, y las oyeron y salieron esclarecidos en ellas y en la interpretacion de la Escritura sagrada, teniendo por preceptor á Frugelo, abad del monasterio de Nuestra Señora de Cuteclara, no léjos de la ciudad de Córdoba á la parte de poniente.

San Sabiniano era monge, natural de Froviano, pueblo pequeño de la montaña de Córdoba, hombre anciano, y que hacia muchos años que habia tomado el hábito. San Vistremundo fué natural de Ecija, mozo de mucha virtud y monge del monasterio de San Zoilo que estaba en un monte por cuya falda corre el rio Guadalmelabo, antiguamente llamado Armilata, lugar desierto y solitario, treinta millas de Córdoba, á la parte septentrional, y porque estaba junto al rio, le llamaban tambien el monasterio de Armilata. San Habencio fué natural de Córdoba, y tomó el hábito de monge en san Cristobal, monasterio que estaba á la otra parte del rio Guadalquivir, á la parte del mediodía, en frente de la ciudad. En este monasterio se ejercitó el siervo de Dios, muerto para el siglo y vivo para Cristo, debajo de la estrecha regla, que aquellos santos monges Elianos ó Esenos, todos carmelitas, segun se dijo en la vida de san Isaac, guardaban. San Jeremías fué un varon de vida inculpable, el cual, como se dijo en la vida de san Isaac, fundó el monasterio de Tabanos, y en él sirvió al Señor, dando ejemplo á otros muchos.

Todos estos seis santos varones oyeron decir, como habian padecido martirio san Isaac y Sancho en la persecucion, que contra la Iglesia habia movido el rey Abderramen III de Córdoba; y abrazados en fuego de amor de Dios, y de su santa fé, por defender lo que los dos santos mártires habian predicado y confesado, se fuéron delante del juez; y ofrecidos de su propia voluntad al martirio, le dijeron: Nosotros tambien, ó juez, tenemos la religion y confesamos la fé, por la cual nuestros hermanos Isaac y Sancho, con otros, han muerto temporalmente; y así bien puedes ejecutar contra nosotros la misma sentencia, en venganza de tu falso profeta; porque á mas de que confesamos á Jesucristo por nuestro verdadero Dios, decimos y afirmamos que vuestro profeta Mahoma es precursor del Anticristo, y autor de una falsa doctrina, y nos dolemos de veros atosigados con el mortal veneno de su infernal doctrina, y embriagados con la ponzoñosa bebida de Zabulon, y sabemos que por esto habeis de padecer los tormentos del infierno; porque lloramos vuestra ignorancia y ceguedad. Al instante que los santos mártires acabaron estas razones, los ministros del juez los prendieron, y llevaron á degollar; aunque primero azotaron cruelmente al santo viejo Jeremías de tal manera, que cuando le llevaron á degollar no podia ir por sus piés. Luego que los caballeros de Cristo llegaron al lugar del martirio, los unos se despidieron de los otros, y deseaba cada uno ser el primero, como si hubieran de entrar á un espléndido banquete. Al fin san Pedro y Uvalabonso fueron los primeros degollados, y despues sus cuatro compañeros; y así dieron sus benditas almas á Dios: y tomando sus santos cuerpos, los pusieron sobre unos palos, y pasados algunos dias, los quemaron, y sus cenizas echaron en el rio. Padecieron estos invictos mártires, domingo á los 7 de junio, dia en que se celebra su fiesta, por los años del Señor de 821. Escribieron su vida y martirio, Usuardo, san Eulogio en su Memorial de Santos, lib. II. cap. 4; Villegas, Sanctoro, el Martirologio romano, Baronio en sus anotaciones, y en el tom. X de sus Anales, año 851, núm. 14.

Mucho vale una santa y pronta resolucion, y mas cuando se ve, que para ella inspira y anima el Espíritu Santo, como es cierto inspiró á estos seis gloriosos mártires, para que sin temor alguno de la muerte, todos unidos y conformes, se fuésen á reprender al inicuo juez, que cuatro dias ántes por lo mismo habia quitado la vida al glorioso san Isaac, y despues á Sancho, y otros santos mártires. Su Majestad se sirva, por quién es, de enviarnos á todos tan santas inspiraciones, que ejercitadas prontamente, merezcamos por ellas la gloria, que alcanzaron estos seis gloriosos mártires. Amen.

* SAN PABLO, OBISPO Y MARTIR.—Nació en Tesalónica de Macedonia á principios del siglo cuarto. Fué criado por sus padres en el santo temor Dios; y como el Señor le hubiese dotado de excelente ingenio, y de un natural apacible, muy en breve hizo maravillosos progresos en las letras divinas y humanas, pero principalmente en la ciencia de la salvacion. Enviado á Constantinopla, cuando Metrofanes era patriarca de ella, muy en breve se hizo admirar por su elocuencia y eminente virtud; por manera que fué nombrado secretario del presbítero Alejandro, señalado

para asistir en su nombre al celebre concilio de Nicea, en cuya ocasion estrechó con san Atanasio aquella fina amistad que duró toda la vida. Alejandro sucedió á Metrofanes en la silla episcopal, y como aquel conociese el singular mérito de Pablo, lo ordenó de presbítero encargándole el cuidado de dispensar al pueblo el pan de la divina palabra. Era tal el efecto que producian sus palabras, que se halló enteramente mudada en poco tiempo Constantinopla, inficionada por las herejías, haciendo triunfar la fé y siendo el azote de los arrianos. Al tiempo de espirar el obispo Alejandro declaró á su pueblo que no habia sujeto mas digno para sucederle que Pablo; y en efecto, á pesar de los esfuerzos que hicieron los arrianos para elegir á Macedonio, recayó la eleccion en Pablo. Despues de disipadas las calumnias que contra el santo vomitaba Macedonio, hízole cruda guerra el que era como gefe de los arrianos, Eusebio de Nicomedia, alcanzando del emperador Constancio, príncipe exagerado y poco cauto, deponerá Pablo de su silla y desterrarlo. Sufrió el santo el destierro en el Ponto, no restituyéndose á su Iglesia hasta que salió el famoso decreto en que se mandaba que todos los obispos desterrados volvieran á ocupar sus propias sillas. Grande fué el gozo de las ovejas á vista de su pastor, y no fué ménos el que experimentaba el santo viéndose entre su amada grey. La calma no duró mucho tiempo: sucedióle á Constantino su hijo Constancio, y arrastrado por los arrianos y eusebianos despojó al santo de su silla. Ocupó la silla de Constantinopla Eusebio, el mismo que habia forjado las calumnias y acusaciones contra él. Dirigióse Pablo á Tréveris en busca de Constante, noticioso de la favorable acogida que dió este príncipe á san Atanasio y á otros obispos: fué recibido con particulares muestras de estimacion, prometiéndole su imperial proteccion con su hermano Constancio. Partió despues para Roma, donde se encontraron con san Atanasio y otros obispos, distinguiéndole mucho el papa san Julio. Por mandato del sumo pontífice y á consecuencia de un concilio, en el que fué examinada la causa de muchos obispos de Oriente, fué Pablo restablecido, y como hubiese muerto su usurpador Eusebio, entró segunda vez nuestro santo á ocupar su silla. Los arrianos pusieron por su obispo á Macedonio, y esta consagracion cismática fué seguida de una cruel sedicion, en que toda la ciudad acudió á las armas y varias personas perdieron la vida. Noticioso del desórden el emperador Constancio que se hallaba en Antioquía, y prevenido contra el santo, dió órden á Hermógenes, maestro de campo de la milicia que marchaba á Tracia, para que pasara por Constantinopla y echara á Pablo de la ciudad. Por el modo imprudente con que se portó Hermógenes perdió su vida, en la sedicion que contra él se habia levantado, lo que motivó que el emperador mismo pasase á Constantinopla, con el ánimo de hacer un ejemplar castigo de todos los cómplices en la sedicion, y si bien el senado pudo contener al emperador, con todo descargó toda su cólera contra el santo patriarca, arrojándole de la ciudad. Marchóse el santo á Tesalónica, lugar de su nacimiento, y por los años 344 volvió á Constantinopla con letras comendaticias del emperador del Occidente, y Constancio le concedió la restauracion á su silla, por miedo de las armas de su hermano. Los obispos perseguidos del Oriente clamaban tiempo habia por un concilio general, que se celebró por último en Sardica el año 347. En este concilio asistió san Atanasio, pero los católicos no permitieron asistiera Pablo, temerosos de que no le hicieran alguna emboscada, y en otro concilio fué depuesto Macedonio y confirmado el santo. El emperador Constante murió el año 350, y entonces volvió á excitarse la persecucion contra él. Constancio mandó prender al patriarca, y cargado de cadenas le envió primero á Singales en Mesopotamia, despues á Emesa en Siria, y en fin á Cucusa en los desiertos del monte Tauro. Pablo fué siempre objeto de odio de parte de los arrianos, así es que cuando le tuvieron en su poder, enterráronle en un calabozo muy estrecho y muy oscuro sin darle de comer, y como en este estado viviera aun seis dias, le ahogaron con un cordel el dia 7 de enero del año 351. Así murió este célebre defensor de la divinidad de Jesucristo. Fué sepultado en Cuenca, y despues fué conducido á Ancyra, y trasladado por el gran Teodosio á Constantinopla el año 381.

San Ligarion, mártir. — Natural de Egipto, estaba en la ciudad de Mercurio, donde lo habian conducido cautivo por ser cristiano, y habiéndole llevado á la presencia del juez, le mandó que abjurase su religion. El santo respondió con fortaleza que su vida, su esperanza y su gloria era solo Jesucristo, á quien de todo corazon adoraba. Se le encerró en una lóbrega é inmunda cárcel, de donde se le sacó despues de algunos dias para interrogarle de nuevo; pero como permaneciese constante en la confesion de su fé, se le descarnó todo el cuerpo por medio de uñas de hierro, se le suspendió de una cruz, se le rasgaron todos los nervios, y se le aplicaron planchas encendidas. El Señor le sostuvo con su virtud en medio de tantos tormentos, y el tirano viéndose burlado por la constancia del mártir, inventaba de continuo nuevos suplicios. Le azotaron por la espalda y el pecho con varas hechas ascua, le metieron en un horno encendido, del cual salió ileso á los tres dias, y le hicieron beber un veneno activo, que no le hizo ningun efecto. A vista de este último milagro, se convirtió á la fé el que habia preparado el veneno, y ambos acabaron su vida, siendo degollados.

San Roberto, abad. — Nació en Inglaterra, y fué desde su niñez enemigo de las diversiones y pasatiempos del mundo, dedicando sus primeros años á la soledad y á la práctica de las mas bellas virtudes. Acabados sus estudios, fué promovido á las sagradas órdenes y presentado para un curato de la diócesis de York; pero despues de haber desempeñado por algun tiempo este cargo con exactitud y celo, dejó aquel género de vida, y tomó el hábito religioso en un monasterio de benedictinos. Deseando restablecer el rigor de la primitiva disciplina, fué Roberto con algunos compañeros, el año 1137, á fundar el monasterio de Newminster, del cual fué el primer abad, dignidad que miró siempre como un incentivo para exceder á todos sus hermanos en fervor y santidad. Su amor al retiro y á la oracion eran extremados: no los dejaba mas que para ir á ejercer la caridad con el prójimo, y los demás deberes de su estado. Fué favorecido con los dones de profecía y milagros: fundó varias abadías, y vivió en la mas estrecha union de amistad con san Bernardo, y con otros santos de su tiempo, alentándose mutuamente en la vida espiritual. San Roberto acabó sus dias con una muerte dichosa, el 7 de junio del año 1159: y sus milagros, obrados ántes y despues de su muerte, testificaron á todo el mundo su santidad, y dieron ocasion á que se autorizase solemnemente su culto.

DIA 8.

SAN MEDARDO Y SAN GILDARDO, HERMANOS. — Medardo fué hijo de Nectardo, y Protagia su esposa: nació en Salentiaco, posesion muy rica de sus padres y antepasados, ricos todos y nobles. Esta posesion está en el obispado de Vermandois, en la region de Noyon, pueblo, que aunque era humilde, y de poco nombre, despues vino á ser ciudad y cabeza de obispado, por los méritos de san Medardo, al cual su padre crió con toda virtud y letras, en que se aventajó brevemente á todos sus condiscípulos. Desde niño tuvo espíritu de profecía; pues dijo un dia á otro condiscípulo suyo, que despues de treinta años seria obispo; y así fué. Desde sus tiernos años fué tan caritativo y amador de los pobres, que les daba su misma comida, y él se quedaba muchas veces sin comer, y desnudo, por dar á los pobres sus mismos vestidos; como lo hizo un dia con un ciego que halló desnudo. Otro dia, dejándole su padre en el campo guardando los caballos, en que ambos iban; mientras él se divertia en la selva, dió á un pobre el uno de ellos, sin reparar en la falta que le haria, para volver á casa, y en que le podia reñir su padre, cuando echase ménos el caballo; pero Dios lo dispuso de otra suerte; que habiéndose el pobre servido de él, cuando ya su padre venia, vino tambien el caballo, guiado sin duda de algun ángel. Riñeron unos labradores de su tierra sobre el linde y término de unas tierras que tenian, y conviniéronse en ir á dichas tierras, y allí ajustarlo con las armas y las vidas: Medardo, que lo supo, se fué con ellos, y viendo una piedra, puso el pié sobre ella, y dijo: Esta piedra es el mojon y término de esta porfía; y quitando el pié, vieron todos habia quedado estampado en la piedra: con cuya maravilla quedaron en paz, y tuvieron por buena la sentencia del muchacho; y así se volvieron á sus casas quietos y gozosos.

Viéndole sus padres tan bien inclinado, le entregaron al obispo de Vermandois para que con su doctrina se adelantase en letras y virtudes, y le ordenase y dedicase á Dios, como ellos tambien desde luego se le dedicaban. Era Medardo continuo en la oracion, ayunos y vigilias, y compadecíase con muchas lágrimas de las tribulaciones de los otros, y adelantóse tanto en todo genero de virtudes en compañía del obispo, que le tenia admirado, porque lo veia peregrino en el siglo, y morador en el cielo. Era casi inimitable en la virtud de la obediencia y templanza. Al fin el obispo viendo tal santidad, lo ordenó de misa. Luego que Medardo se vió en tal dignidad, no se puede decir cuánto afligia sus carnes con abstinencias: dejaba de comer y hartaba á los hambrientos: dejaba de beber y recreaba á los que tenian sed: no perdonaba á su desnudez y vestia con gran misericordia á los desnudos; al fin cuanto podia haber lo daba á pobres. Con tales obras servia al Señor: y su Majestad, en señal de que lo amaba, hacia infinitos milagros por su medio. Una noche un ladron le fué á robar una viña; y cogidas las uvas, no pudo salir de ella hasta que el santo vino por la mañana, y lo absolvió y perdonó. Otro le fué á hurtar la miel de un colmenar que tenia, y las abejas le pararon tal, que si el santo no mandara le dejasen, le hubieran quitado la vida. De este género hizo muchos milagros, y en todos resplandecia su gran caridad.

Clotario, rey de Francia, tenia guerras por este tiempo, y sus soldados hicieron grandes robos, sin perdonar las iglesias todas: permitió que en tres dias no se pudo mover el ejército; y conociendo los cabos de que procedia, acudieron á Medardo por remedio, y restituido cuanto habian robado, los absolvió con mucha caridad de sus culpas, y luego el ejército se movió y caminaron los caballos, que tres dias habian estado inmóbiles. Sanaba endemoniados y curaba de todas enfermedades: con lo cual todos cuantos á él venian, hacian cuanto les decia y aconsejaba, como si se lo dijera un ángel; que tal parecia en la pureza de su vida y santos ejercicios en que se ocupaba. Murió el obispo de Vermandois, y luego se oyó la voz comun que aclamaba por su obispo á Medardo: y aunque el santo glorioso lo rehusó mucho por su humildad; al fin vencido de los ruegos y lágrimas de todo el pueblo, nobles y plebeyos, hubo de aceptarlo: cosa que causó á todos tanto gozo, que lloraban y daban voces á Dios, agradeciendo la merced que su divina Majestad les habia hecho en darles tal pastor y padre.

Colocado en el candelero, lucia como divina antorcha, dando á todos luz de vida ejemplar, y tan austera que parecia inimitable. Predicaba continuamente, poniendo en ejecucion aquello mismo que predicaba, para mayor ejemplo y persuasion de los que le oian. Por el tiempo que mas ocupado se hallaba Medardo en reducir almas con su predicacion, murió Eleuterio, obispo de Tornay, y asistieron á su entierro todos los obispos comarcanos, clérigos y gente principal de toda aquella tierra: y despues de ayunar cuatro dias, suplicando al Señor les diese pastor conveniente á aquella Iglesia, todos á una voz aclamaron á san Medardo: cuya voz confirmada por todos los obispos y la clerecía toda, confirmó tambien el rey, y pidió al pontífice que uniese las dos Iglesias, para que san Medardo las gobernase ambas; y así lo hizo. Eran los de Tornay muy bárbaros é indómitos, de malas costumbres y obstinados en sus pecados, y no querian dejar la adoracion de los ídolos que sus antepasados habian adorado: lo cual fué causa que el santo obispo Medardo se vió muchísimas veces de peligro de muerte amenazado, porque les predicaba el Evangelio y contradecia su idolatría, supersticiones, fiestas y costumbres, que tenian abominables; mas al fin pudo tanto Medardo con sus suaves y dulces razones, que á todos los bautizó, é hizo buenos cristianos. Quince años gobernó los dos obispados, haciendo cada dia milagros, cumpliéndose en él la potestad que el Señor dió á sus sacerdotes, cuando dijo por san Marcos: «En mi nombre echarán los demonios de los cuerpos que atormentan: hablarán con nuevas lenguas, etc.» Dióle al fin una grave enfermedad: y viendo sus hijos espirituales que se le acababan sus fuerzas corporales (si bien que las del espíritu eran tales que jamás dejaba de predicar), lloraban viendo que se les iba á los cielos; y el santo consolaba á todos con gran valor y esfuerzo. Vino el rey Clotario á pedirle su bendicion y que pidiese por él á Dios, cuando estuviese en su presencia. Hecho esto, el santo se encomendó á Dios con una devota oracion, la cual acabada le entregó su benditísima alma, y al mismo punto los que presentes estaban vieron los cielos abiertos, y muchas luminarias ante el santo cuerpo, cuyas clarísimas luces duraron por espacio de dos horas.

Aquella noche llevaron el santo cuerpo á su iglesia, y á la mañana acudió infinita gente de todos estados al entierro, y por órden del rey, llevando él mismo con otros caballeros muchas veces las andas sobre sus hombros, con mucha clerecía, luminarias y gente, lo llevaron á Soissons, ciudad principal de Francia, donde el rey habia prometido al santo hacerle un gran sepulcro, y sobre él un monasterio con gran copia de monges: y en el camino, y despues en su sepulcro, el Señor hizo muchos milagros y muy señalados. Despues Clotario no acabó de cumplir lo que al santo habia ofrecido; mas su hijo Sigeberto lo cumplió, y adornó la sepultura de varias riquezas, y fundó una iglesia y monasterio de suntuosos edificios, y lo dotó de muchas rentas. Sigeberto despues murió en Victoriaco, queriendo sitiar á su hermano Childerico, por la astucia de la reina Fredegunda; y habiendo sido primero sepultado en Lambris, el mismo Childerico lo hizo trasladar y sepultar en el mismo monasterio de San Medardo, que él habia fundado y dotado.

San Gildardo fué hermano del glorioso san Medardo, y los dos nacieron de un parto, á los 8 de junio, y en el mismo dia 8 de junio fueron los dos consagrados en obispos, Medardo de Vermandois y Gildardo de Roan, y en el mismo dia y hora murieron ambos; de suerte que en vida, santidad y virtudes, y en muerte fueron tan conformes, que no hay que decir del uno mas que del otro, sino es que Gildardo fué sepultado en su iglesia de Roan; y ambos se gozan con Jesucristo en la gloria. San Gregorio, papa, concedió que el monasterio de San Medardo (por sus grandes méritos) fuese el principal y cabeza de todos los monasterios de Francia, y otros muchos privilegios. Escribieron la vida de estos dos gloriosos hermanos Beda, Usuardo, Adon, Fortunato, Surio t. III; Gregorio Turonense *de Gloria Conf. cap.* 95; Sigeberto *in Chronic.*; Pedro de Natalib. *in Cathalogo*, *lib.* V, *cap.* 97 y 98; Melano, Sanctoro, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en los tom. VI y VII de sus Anales.

No pueden con verdad llamarse hermanos, sino monstruos disformes, los que siendo parto de un padre y una madre que procuran enseñarlos y doctrinarlos en todas buenas virtudes, sale el uno perfecto en ellas, y el otro no le imita, sino que ántes procura ser escándalo del mundo con su modo de vivir, y la total ruina de su casa. No así los dos gloriosos Medardo y Gildardo; pues fueron tan hermanos en todo, que para conocer al uno, bastaba ver al otro; ninguno se excedia ni llevaba la ventaja; pues si uno era caritativo con los pobres, abstinente, sabio, docto, milagroso y santo; el otro, imitándole en todo, decia y publicaba á voces, eran los dos hermanos: por lo cual hoy se gozan con iguales coronas y palmas de sempiterna gloria, donde los veamos todos. Amen.

* San Maximiano, obispo.—Suponen algunos que este santo fué uno de los discípulos del Señor, y otros que no floreció hasta el siglo IV ó V. Por una piadosa tradicion se sabe que fué este santo el primer obispo de Aix en Francia, enviado por la santa sede para convertir aquellos infieles. La Iglesia de Francia le honra como uno de sus primeros apóstoles.

Santa Caliopa, mártir.—Fué griega y nó española, como pretendieron algunos, y vivió en tiempo del emperador Decio. Porque confesaba la fé de Jesucristo le cortaron los pechos, le quemaron las carnes, y despues la revolcaron sobre cascos de vidriado, y por último recibió la palma del martirio, siendo degollada.

San Wilhelmo, arzobispo y confesor.—Nació en Inglaterra de una hermana del rey Estéban, y sus inclinaciones correspondieron perfectamente á la nobleza de su alcurnia. Era modesto, amable, caritativo y humilde en tanto grado que hacia el embeleso de la córte y la delicia de cuantos le trataban. Habiendo ido á York á desempeñar el cargo de tesorero regio, fué tan grande el resplandor de sus virtudes, que estando vacante aquella silla arzobispal, fué elegido Wilhelmo para ocuparla. Gobernaba santamente su Iglesia; pero la envidia y la herejía que no podian sufrir la pureza de sus costumbres y la severidad de su zelo, maquinaron perderle, y le acusaron de torpeza en un conciliábulo que lo depuso. El santo llevó con resignacion admirable estas pruebas que el Señor le enviaba; y habiéndose retirado á la soledad, vivió en ella tranquilo, hasta que el clero y los fieles de su diócesis, volvieron con instancia á llamarle. Entonces se encargó otra vez del ministerio pastoral, y con la aprobacion y las instancias de la santa sede dirigió á su rebaño por las sendas de la virtud hasta su dichosa muerte, acaecida el dia 8 de junio del año 1348. Su sepulcro fué testigo de muchos milagros, y entre ellos se cuenta que resucitó tres muertos. El papa Honorio III lo colocó en el número de los santos.

San Eutropio, obispo y confesor.—De este santo hace mencion san Isidoro en su obra de los Varones ilustres, y dice que fué discípulo de san Donato, el que desde África vino á España acompañado de muchos monges, hácia la mitad del siglo VI, y en ella introdujo y propagó la vida monástica bajo la regla de san Agustin, con la proteccion y los caudales de una ilustre y piadosa señora, llamada Minicea. Habia fundado Donato un insigne monasterio llamado *Servitano*, entre Sagunto y Cartagena, y de este monasterio fué monge san Eutropio, y discípulo de su fundador san Donato y sucesor suyo en la abadía. El gran saber de Eutropio, su virtud y su zelo por la pureza de la fé, se echa de ver en la confianza que de él hizo el concilio tercero de Toledo, celebrado en 589; pues á pesar de no ser á la sazon el santo mas que simple abad, y de haber varios metropolitanos en el concilio, este le encargó á él y á san Leandro el arreglo de los veinte y tres cánones que estableció para la disciplina eclesiástica. A fines del siglo VI, habiendo vacado la silla episcopal de Valencia, por consentimiento universal del clero y del pueblo, y con aprobacion de Recaredo, fué nombrado para ocuparla el abad Eutropio. No queda memoria ninguna de las cosas que este santo varon hizo durante su pontificado: fundándose algunos en muy buena razon, hablan de su ejemplo, de su zelo y de las demás prendas pastorales en que resplandecia, y aseguran que murió por los años de 608.

San Heraclio, obispo.—Natural de las Galias y obispo de Sens, prelado recomendable por la solicitud pastoral que desplegó en la conversion de los francos. A invitacion de san Remigio, asistió al bautismo del rey Clodoveo. Fué ejemplar de todas las virtudes, particularmente de la castidad, que guardó como la mas preciosa joya. Dirigió en la via espiritual á Teodoquilda, hija de Clodoveo, y la persuadió á que consagrase su virginidad al

y Esposo celestial, como efectivamente así lo hizo, fundando un monasterio en honor de san Pedro, del cual fué superiora hasta su muerte. El venerable pontífice continuó apacentando en santidad á sus ovejas, hasta que siendo ya hostia agradable al Señor, acabó sus dias, el 8 de junio del año 522, y fué, despues de muerto, glorioso en milagros, como lo habia sido durante su vida.

San Clodulfo, obispo y confesor.—Francés de nacion, cristiano fervoroso y dedicado á la vida contemplativa, era aun del estado seglar, y tenia solo treinta y dos años, cuando por inspiracion divina fué elegido obispo de Metz. Su episcopado fué ilustre por sus trabajos apostólicos, por sus milagros y por el éxito con que el Señor coronó sus santos esfuerzos. Siendo ya Clodulfo de una edad muy avanzada, suspirando solo por el descanso de los bienaventurados, murió por los años 692.

San Salustiano confesor.—Los Bolandistas hacen á este santo mártir, y dicen que derramó su sangre en tiempo del emperador Adriano, pero el Martirologio romano y otros autores le dan solo la calidad de confesor, asegurando que vivió y murió en Cerdeña en la soledad, y que resplandeció con grandes milagros.

San Severino, obispo y confesor.—Ignórase en qué época floreció este santo, y solo se sabe que fué obispo de Setempeda, cuya ciudad le tomó despues por patrono, y tomó el nombre de ciudad de San Severino.

San Victoriano, confesor.—Natural de Italia, y hermano del anterior, ilustró á sus contemporáneos con la luz de su sabiduría y de sus eminentes virtudes. Mereció ser visitado muchas veces por los ángeles y por la Vírgen santísima; poseyó el don de profecía, y despues de una vida santa, murió tambien santamente, coronado de fama y de gloria inmortal.

DIA 9.

Los santos Primo y Feliciano, hermanos mártires.—Los santos mártires Primo y Feliciano fueron hermanos y caballeros ilustres por la fé y confesion del Señor. Nacieron en Roma, y vivieron largos años con gran recogimiento y virtudes, sin hacer mal á nadie, y haciendo bien á muchos. Tuvo el demonio grande envidia de la paz y quietud, en que vivian, y para turbarla y hacerles guerra, movió los sacerdotes de los ídolos, sus ministros, para que los acusasen delante de los emperadores, que á la sazon eran Diocleciano y Maximiano, enemigos capitales de nuestra santa religion. Y además de acusar á los santos hermanos por ser cristianos, los sacerdotes dijeron á los embajadores, que los dioses estaban tan enojados, que no darian respuesta á cosa que les preguntasen, y cesarian sus oráculos, ni les harian beneficio alguno, hasta que Primo y Feliciano los reconociesen por dioses y protectores del imperio romano, y les sacrificasen. Por mandado de los emperadores fueron presos los dos santos hermanos y echados en la cárcel, cargados de cadenas y prisiones; mas el ángel del Señor aquella noche los visitó y consoló, y libró de las prisiones; y ellos le hicieron gracias por aquel regalo, y le suplicaron, que por intercesion del glorioso apóstol san Pedro, á quien tambien el ángel habia librado de la cárcel, les diese su espíritu, para pelear valerosamente y vencer por su amor. De allí á algunos dias fueron presentados delante de los emperadores; y habiendo pasado algunas pláticas y razones entre ellos, sin poder los ministros de Satanás hacer mella en aquellos pechos esforzados, con todo el artificio que usaron para pervertirlos, y atraerlos á que sacrificasen á los dioses, mandaron los emperadores que los llevasen al templo de Hércules, y que si no sacrificaban á su estatua, los atormentasen cruelmente. Llevároulos: y como los hallasen fuertes como una roca, los azotaron con varas crudamente, y avisaron á los emperadores de la obstinacion y pertinacia, y extremada locura (que así la llamaban) de Primo y Feliciano, que estaban aparejados á morir mil veces, ántes que vivir con ofensa de Jesucristo. Embravecié-ronse Diocleciano y Maximiano sobremanera, y mandáronlos entregar á un gobernador de la ciudad Nomentana, que se llamaba Promoto, con órden, que si no los pudiese apartar de su propósito, procediese contra ellos con todo rigor: y así fueron llevados, cargados de hierros, á la ciudad de Nomento, que está como cuatro leguas de Roma, y allí fueron entregados al juez. Puestos en la cárcel, no cesaban de cantar himnos y alabar al Señor, el cual los consolaba cada dia por medio de los santos ángeles, que los visitaban.

Un dia mandólos Promoto parecer en juicio: propúsoles el mandato de los emperadores; exhortóles á obedecer: y viendo que todas las diligencias salian en vano, hízolos apartar uno de otro, para asaltar á cada uno de los dos por sí, pensando con esto poderlos mas fácilmente vencer. Y habiendo llevado á Primo á la cárcel, y quedádose allí Feliciano, comenzó Promoto á decirle que mirase por su vejez, y no quisiese acabar su vida con dolores atroces y penosos. Respondió Feliciano: Mire Cristo por mi vejez; pues se ha dignado de guardarme hasta ahora entero en la confesion de la fé. Ochenta años tengo de edad, y ha treinta que Dios me alumbró, y que me determiné á vivir á solo Cristo, en quien confio que me librará de tus manos. Mandóle el juez azotar con azotes de plomo terriblemente; y visto que aun esto no bastaba, le hizo enclavar en un palo, y traspasar sus piés y sus manos con agudos clavos, y el santo mártir, abrasado del amor de su Señor, con alegre rostro, así como estaba mirando al cielo, cantaba: *In Deo speravi; non timebo, quid faciat mihi homo:* En Dios tengo puesta mi esperanza, y no temo mal ninguno, que el hombre me pueda hacer. Tornáronle de nuevo á atormentar; dejáronle por mandado del tirano así enclavado como estaba tres dias, sin darle de comer ni beber, para que vencido de su misma flaqueza, se rindiese: no le faltó allí consuelo del cielo á Feliciano; ántes con el refrigerio y recreo, que le dieron los ángeles, cobró tan grande vigor y esfuerzo, que todo aquel tiempo gastó orando y hablando al Señor. Mucho sintió esto el juez: mandóle renovar las llagas con nuevos azotes, quitar del palo en que estaba, y volver á la cárcel, y que ninguno entrase á hablarle: y al dia siguiente hizo traer á su tribunal á Primo; y hablándole mansamente, para engañarle, le dijo que su hermano Feliciano ya estaba trocado y habia obedecido á los emperadores, y que por esto habia sido de ellos muy honrado, y admitido en su palacio y servicio: al cual respondió Primo: Aunque eres hijo del demonio, y padre de las mentiras, verdad es lo que dices; porque mi hermano Feliciano ha obedecido al Emperador, nó al de la tierra, sino al del cielo. Yo sé los tormentos que ha padecido, que el ángel del Señor me lo ha

revelado, y ahora está en la cárcel, gozando de los regalos de Dios, como si estuviese en el paraiso: y yo deseo, que tú no apartes con los tormentos, á los que Jesucristo ha unido con su amor. Mandó el juez á los verdugos que moliesen á Primo con palos nudosos, y despues extenderle en el ecúleo, y abrasar sus costados con hachas encendidas: y el santo en este tormento cantaba: *Igne nos, sicut examinatur argentum:* Con fuego, Señor, me purificais, como se purifica la plata. Yo os bendigo; porque de tal manera me recreais, que no siento los tormentos. Y como el juez atribuyese esta alegría y constancia del santo mártir á hechizos y encantamientos, díjole al santo: No atribuyas, ó Promoto, á arte mágica la misericordia que Jesucristo usa con sus siervos para gloria de su nombre. Y el juez malvado mandó bajar del ecúleo á Primo, y tenderle en el suelo, y echarle plomo derretido por la boca, y que estuviese presente Feliciano, para que espantado de aquel tormento, que padecia su hermano, y temiendo ser atormentado de semejante manera, se redujese y rindiese á su voluntad. Bebió el santo el plomo derretido, sin recibir daño alguno mas que si fuera un poco de agua, ó un licor suavísimo: y habiéndole bebido, y viendo junto á sí á su hermano Feliciano, dijo al juez: Mira, como mi hermano Feliciano no ha sacrificado á los dioses, como tú decias; ántes está firme en Cristo, en quien espero que nos librará de tus tormentos, y nos dará el premio que suele dar á los que los sufren por su amor. No sabia ya que hacerse Promoto contra los santos; porque los tormentos para ellos eran regalos, y las penas dulces, y el fuego refrigerio, y cuanto él mas les afligia, tanto mas ellos se esforzaban, y se regocijaban. Quiso probar, si aquellos hechizos, que él pensaba que usaban los santos, serian poderosos para resistir á las fieras, y mandó que les echasen dos leones ferocísimos: los cuales, aunque con sus bramidos espantaron á la gente de la ciudad Nomentana, y á otros muchos que de toda aquella comarca á este espectáculo habian concurrido; cuando llegaron á los santos mártires, se arrojaron á sus piés, como dos corderos, lamiéndolos y halagándolos, y reverenciando en ellos la voluntad de Dios. Soltaron tras los leones dos osos terribles, para que los despedazasen; y como olvidados de su naturaleza, hicieron lo que habian hecho los leones, obedeciendo al Señor de todo lo criado. Entonces alzaron la voz los santos y dijeron al presidente: Juez malvado, las fieras reconocen á su Criador; ¿y tú eres tan ciego, que no lo quieres conocer, ni creer, y tener por Señor al que te formó á su semejanza é imágen? Conmovióse la gente con este milagro, y convirtiéronse á la fé de Jesucristo quinientas personas con sus familias: y el tirano Promoto, cansado ya de atormentarlos, los mandó degollar, y echar sus cuerpos á los perros. Hízose así, mas aunque estuvieron los santos cuerpos algunos dias en el campo, ni los perros, ni las fieras, ni las aves los osaron tocar, y los cristianos los hurtaron, y envolviéndolos en sábanas limpias y olorosas, los sepultaron en un arenal, junto á los arcos Nomentanos, perseverando treinta dias en oracion, cantando salmos é himnos en alabanza del Señor, que les habia dado tan ilustre victoria, y la corona del martirio: y andando el tiempo, el papa Teodoro trasladó los dichos cuerpos á Roma, y los colocó en la iglesia de San Estéban, protomártir, en el Monte Celio, que hoy se llama san Estévan Rotundo, y ofreció grandes dones, por devocion de estos santos mártires, á aquella iglesia, en la cual hasta hoy dia se ven dos imágenes suyas muy antiguas de mosaico, en el lugar donde fueron sepultados. El dia de su martirio fué á los 9 de junio, y en él celebra la Iglesia su fiesta, y fué el año de 363 de nuestra salud. Escriben de san Primo y Feliciano los Martirologios Romano, de Beda y Usuardo, y mas copiosamente el de Adon; y el padre Surio en el tercero tomo de las vidas de los santos.

* San Maximiano, obispo y confesor. — Nació en Siracusa á principios del siglo VI. Recibió de sus padres una educacion brillante, y para perfeccionarse en las ciencias pasó á Roma, estudiándolas bajo la direccion de san Gregorio llamado el Grande. Recibió el sagrado órden del presbiterado, y luego abandonando el mundo abrazó la vida monástica, dando brillantes ejemplos de obediencia y de humildad.

Su saber, virtud y demás prendas que le adornaban, excitaron la admiracion del papa Pelagio, quien le confió una legacion muy importante enviándole á Constantinopla cerca del emperador. Cuando volvia de su legacion dió pruebas de cuán amado era de Dios, permitiendo el Señor que los vientos, los mares, los elementos todos, obedecieran á sus mandatos. Cuando Gregorio el Grande fué elevado á la silla pontificia, como no ignoraba los grandes méritos de Maximiano, lo eligió obispo de Siracusa, y legado en toda la isla de Sicilia, desempeñando entrambos encargos con aquel celo y acierto que era de esperar de un hombre tan eminente. Estuvo algun tiempo en Roma al lado del pontífice, ayudándole en varios trabajos, y especialmente en la redaccion de su libro de los Diálogos, y despues de haber cooperado con sus luces y virtudes á la ilustracion del orbe católico, volvió otra vez á su diócesis, la que despues de haber gobernado algun tiempo murió santamente, el dia 9 de junio del año 594.

San Julian, monge.—Fué sirio de nacimiento, y gentil; pero conocida la religion verdadera, la abrazó y se retiró al desierto con otros solitarios. Trabajó extraordinariamente para regularizar la disciplina de aquellos anacoretas: con su ejemplo y su celo adelantó mucho aquella obra: sus milagros, que obraba en gran número con sola la señal de la cruz, le cautivaron respeto y admiracion de todos, y fué en el desierto la lumbrera de la fé, y uno de los primeros ornamentos del yermo. Su vida era de ángel en carne, y fué llamado á la patria de los bienaventurados por los años de 370, muriendo en Edesa, donde habia ido para un negocio de caridad.

San Vicente, mártir.—Era diácono de Agen en Francia, y predicó la fé en las Galias durante el siglo II y III. Preso por los paganos fué condenado á ser tendido en el suelo, estirado su cuerpo y clavado en la tierra con cuatro estacas puntiagudas, en cuya postura fué primeramente azotado con inhumana crueldad, y despues decapitado. San Gregorio de Tours y Fortunato de Poitiers testifican, que en el siglo VI y VII acudian de todas partes de Europa á Agen innumerables peregrinos á visitar su sepulcro.

San Ricardo obispo.—Habia nacido en Inglaterra, y habiendo ido á Roma, conociéndose sus virtudes y talentos, el papa lo hizo primer obispo de Andria en la Apulia, en la provincia de Bari por los años de 492. Créese que habia abrazado la religion estando en Roma; pues se sabe, que los ingleses no fueron convertidos hasta el año 600

de Jesucristo. Su nombre se halla recordado con mucho elogio en las antiguas leyendas de los santos de Italia, y en todas partes se elogia su santidad y sus milagros.

SANTA PELAGIA, VÍRGEN Y MARTIR.—Era una tierna doncella de Antioquía, de solos quince años de edad, cuando fué cogida por los perseguidores de la fé en el año 311. Estando sola en casa y considerando que querian llevarla á la presencia del juez, donde peligraria mucho su castidad, pidió licencia á los soldados para subir á vestirse ántes de salir. Pero temerosa de ser ocasion, aunque inocente, para que otros pecasen, se arrojó por una ventana del edificio, y murió de su caida en el mismo momento; en cuya accion, dice san Juan Crisóstomo, llevó á Jesus en su pecho, quien la inspiró y animó á que la ejecutase. No hay duda que por este medio pensó la santa escapar del riesgo, aunque no muriese, y pudo lícitamente exponer su vida á algun peligro de perderla por defender su castidad; aunque nada puede autorizar el intento directo de procurar su muerte propia.

SAN COLUMBO, ABAD.—Fué uno de los patriarcas mas grandes del órden monástico en Irlanda. Era de noble familia, y nació en Gartan, en el condado de Tyrconel el año 521. Desde su infancia despreció todo lo que no era grande ni digno de estimacion para los que aspiran á los bienes eternos, á cuya consecucion se dedicó desde luego con un corazon puro y una alma libre de todas las afecciones de la carne. Fué adelantado en el estudio de las sagradas Escrituras, y en 546 habiendo sido promovido al sacerdocio, principió á dar lecciones admirables de piedad y sagrada doctrina, y en muy corto tiempo formó muchos y sabios discípulos. Por los años de 550 fundó varios monasterios, para los cuales compuso una regla en idioma irlandés, que produjo excelentes efectos. Pero ofendido el rey del celo del santo abad en reprender los vicios públicos, le persiguió, y tuvo este que dejar su patria y refugiarse á Escocia, donde tambien fundó otros monasterios, llegando unos y otros al número de ciento. Con su predicacion convirtió los escoceses á la religion de Jesucristo, y los confirmó en ella por medio de innumerables milagros. Agradecidos los pictos á los beneficios del santo, le cedieron la pequeña isla de Hy ó Jona, donde se edificó un gran monasterio que fué por muchos siglos el principal seminario de los nord-bretones, y por mucho tiempo sepulcro de los reyes de Escocia. San Columbano estaba en todas partes animando á sus discípulos con su ejemplo. Su vida era la mas austera, y su ayuno nunca se interrumpió. Sus costumbres eran en todo las de un santo; su esperanza el cielo, su deseo Jesucristo. Su fervor era tal, que en cuanto hacia parecia exceder las fuerzas humanas, y en cuanto estaba de su parte nunca perdia ni un momento, que no emplease en honor de Dios y en beneficio de los hombres. Su incomparable dulzura y caridad con el prójimo, encantaba y atraia los corazones de cuantos le hablaban, y sus virtudes y milagros le granjeaban la veneracion de todas las clases del estado. El pueblo y el rey buscaban en todo su consejo y su apoyo, y cuatro años ántes de morir, tuvo una vision en que Dios le manifestaba que por el bien de las Iglesias bretona y escocesa, le dejaba por todo aquel tiempo en el mundo. Efectivamente, cumplido este plazo el dia 7 de junio del año 597, su alma voló al cielo rodeada de espíritus bienaventurados que asistian á su tránsito.

DIA 10.

SANTA MARGARITA, REINA DE ESCOCIA.—Fué santa Margarita hija de Eduardo, rey de Inglaterra, y de su esposa la reina Agueda, hija del emperador. Desde su niñez fué dada á todas las obras de virtud y caridad, y en todas florecia, ocupada siempre en la leccion y contemplacion. Llegada á la edad de tomar estado, se casó, mas por obedecer en todo á sus padres y á la divina disposicion, que por inclinacion y gusto con Malcolino ó Malcolmo, tercero rey de Escocia. Con el nuevo estado no mudó de vida; porque siempre se ejercitó en sus loables y santos ejercicios de leccion y meditacion, deleitándose mas en hacer buenas obras, que en la posesion de las riquezas y el reino. Todo el reino se gobernaba por su disposicion y consejo con que se aumentaba el amor de los vasallos y la religion católica. En el lugar donde se celebraron sus bodas fabricó una suntuosa iglesia á honra y gloria de la Santísima Trinidad, enriqueciéndola con ornamentos de grande valor y precio, con muchos vasos de oro y plata, y una cruz de oro y piedras preciosas, con rentas y riquezas muchas. En las demás iglesias del reino procuró hubiese los ornamentos debidos, y en todas dejó memoria de su devocion y magnificencia, reparándolas y enriqueciéndolas. Tanta era su severidad, unida con una afabilidad de ánimo y alegría de rostro, amable á todos, que todos la temian y amaban, de suerte, que á su vista ninguno jamás se descompuso, ni atrevió á accion ni palabra que no fuese muy decente, honesta y lícita. Crió sus hijos con gran cariño, amor y virtud, sin que hubiese alguna de las muchas en que resplandecia, que no procurase enseñarles, y sobre todo continuamente les amonestaba é intimaba que temiese á Dios. Continuamente oraba, y con lágrimas pedia á Dios comunicase á sus hijos su santo temor para que despues les diese su gloria. A su esposo fué tan amable, que le hizo con su trato y compañía virtuoso y caritativo con los pobres, tanto, que dando ella de limosna, además de lo que él veia y sabia, otras muchas cosas, así dineros como preseas, joyas y alhajas suyas; cuando el rey las hallaba ménos, jamás se dió por entendido, ni hizo sentimiento alguno por ello; ántes se mostraba muy alegre y gozoso considerando se habian dado á los pobres de Jesucristo por manos de su santa esposa. Tan obediente estuvo siempre á sus ruegos y consejos, que jamás hizo cosa sin su gusto; y una sola que hizo le costó la vida como despues veremos. Tanto era el amor que la tenia, que se deleitaba grandemente solo con tocar con sus manos y besar devotamente un libro que tenia, en que la santa reina acostumbraba á rezar. Cuando salia á algun viaje en que iba muy acompañado de príncipes, capitanes y soldados, ponia la santa reina todo su esfuerzo en pedir á los soldados no hiciesen mal por los caminos á persona alguna ni molestasen á los pobres labradores: en todo lo cual fué siempre obedecida con sumo gusto; porque sabia muy bien satisfacer despues á dichos soldados, y tenerlos gustosos y obedientes.

Vivia siempre temerosa del tremendo dia del juicio. Rogaba continuamente á su confesor que le advirtiese y reprendiese sus defectos: y viendo que nada le reprendia, porque nada habia en su santa vida digno de reprension, le decia que era descuidado y que no queria cumplir su obligacion, pues siendo tan mala nada le reprendia ni cas-

tigaba. Si veia alguno conocidamente malo, le amonestaba y corregia con humildad y cariño; y á los buenos aconsejaba y pedia fuesen mejores. Reformó y redujo á buenas muchas malas costumbres que habia en aquel reino de Escocia, ayudando á su ejemplo, y por darle gusto en todo, su esposo el rey, con que con facilidad consiguió vencer los ánimos fieros de aquella gente, sacarlos de sus errores que tenian muchos en la observancia de nuestra ley católica, y reducirlos á vida quieta, pacífica, amable, y que guiaba sus almas á la salvacion. Cuando trataba con su confesor cosas tocantes á su salvacion, se deshacia en lágrimas. En la iglesia guardaba perpetuo silencio y oraba sin cesar, sin tratar jamás en ella de cosas del mundo, sino es de solo orar y derramar lágrimas. Tuvo una grandísima enfermedad causada de su grande abstinencia y rigor grande de que consigo solo usaba, siendo así que con los otros ninguna hubo mas piadosa y benigna, y mas caritativa, especialmente con los pobres á quienes no solo daba cuanto tenia, no solo hasta dejar pobre el tesoro del rey muchas veces, sino es que á sí misma quisiera darse de muy buena gana si posible fuera; y así venia á ser mas pobre que los pobres todos: porque ellos sin tener cosa alguna deseaban tener; pero ella todo cuanto tenia daba, sin reservar ni desear cosa alguna para sí. Saliendo en público, era para dar gracias á Dios ver la multitud de viudas, huérfanos, y todo género de pobres que la seguian como á piadosísima madre, y á todos daba socorro, alivio y consuelo. No solo era piadosa con los pobres de su reino, mas tambien con los extraños; que á todos se estendia su gran caridad y amor, libertando cada dia á expensas propias infinitos cautivos y encarcelados. Tenia tambien exploradores repartidos por las provincias, que mirasen si se hacia alguna injusticia ó inhumanidad, oprimiendo á los pobres como suele suceder, y que lo remediasen todo, y en todo se obrase con amor y caridad.

A los ermitaños, y dados á la soledad, visitaba devota, encomendándose á sus oraciones, socorriéndolos y haciendo cuanto le pedian. Á prima noche descansaba un poco, y luego se levantaba y entraba en la iglesia, y rezaba maitines de la Santísima Trinidad, despues de la santa cruz, y luego de la soberana Reina de los ángeles y Madre de Dios María, sin pecado concebida: y estos acabados, rezaba el oficio de difuntos y todo el salterio, y cuando los capellanes entraban en el coro, si habia acabado el salterio, le volvia de nuevo á comenzar, y sino le acababa. Acabadas las horas se volvia á su cuarto, y á la mañana lavaba los piés á seis pobres, besándolos humilde aunque estuviesen leprosos y llenos de llagas, y luego les daba larga limosna. Luego le traian nueve niños pobrecitos, y puesta de rodillas les daba de comer comidas regaladas y delicadas, segun pedia la edad delicada y tierna, poniéndoles ella misma los bocados en la boca. Despues venian trescientos pobres, y puesto el rey de una parte y ella de otra, les daba de comer y beber regalada y abundantemente; y esto concluido, se volvia á la iglesia, y despues de haberse ofrecido á sí misma en sacrificio á Dios con muchos gemidos y lágrimas, oia cinco ó seis misas, y la mayor. Ántes de sentarse á comer, daba de comer con sus manos á veinte y cuatro pobres: despues comia ella, no tomando el manjar para deleite como muchos, y regalo, sino es solo para conservar la vida; y era tan parca en el comer, que mas parecia escitar la hambre que satisfacerla. La cuaresma era un ayuno continuado, de suerte, que en toda ella solia no comer bocado: y tanta vino á ser su abstinencia y rigor de los ayunos, que no solo como ya dijimos, cayó por ella en una gravísima enfermedad, sino es que hasta morir vivió siempre con grandísimos dolores de estómago, sin que por vivir así enferma, omitiese jamás obra alguna de virtud y penitencia. Un libro que tenia ricamente adornado de oro y piedras preciosas, en que rezaba y leia continuamente, se cayó en un estanque de agua por descuido de quien le guardaba, donde estuvo un dia y una noche sin que el agua le tocase.

Entendiendo se le acababa la vida, llamó á su confesor é hizo una confesion general, con tantas lágrimas y suspiros que se anegaba con ellas, y acabada le dijo: Queda, ó padre, en paz; sabe que yo viviré muy poco tiempo, y tú me seguirás muy presto: dos cosas te pido; una es, que el tiempo que vivieres te acuerdes de mi alma en tus sacrificios y oraciones; la otra, que tengas especial cuidado de mis hijos, enseñándolos á temer á Dios; y si vieres que alguno sube á la dignidad del reino, cuida de serle padre y maestro, amonestándole, y si necesario fuere, reprendiéndole severamente; no sea, que por la prosperidad del mundo pierda la felicidad de la vida eterna. Pasados seis meses, le apretaron de suerte los dolores y achaques, que no podia levantarse del lecho, y cuatro dias ántes de su muerte, como hubiese el rey su esposo salido á una batalla, se puso muy triste y dijo á los que la asistian: Hoy ha sucedido al reino de Escocia el mayor mal que podia, ni ha visto muchos años ha. Con brevedad vino la nueva, de que el mismo dia que la reina santa habia dicho, fueron muertos en la batalla el rey y el príncipe Eduardo su hijo, á quien ella sabedora de lo porvenir, habia hecho grandes instancias y súplicas para que no fuése entonces con el ejército, que fué, como advertimos al principio, la única cosa en que no quiso obedecerla y darle gusto; mas le costó la vida. Al cuarto dia, despues de la muerte del rey, agravándosele la enfermedad, pensaron que espiraba; mas despues, aliviándosele de repente algun tanto, le dió lugar y ánimo para levantarse, é ir al oratorio á oir misa y recibir el santísimo Sacramento de la Eucaristía, para fortalecer su alma con tan divino viático; y al punto volviéndose á la cama, le apretó de suerte la enfermedad, que solo le dejó ánimo para tomar una cruz y abrazarse con ella y besarla tiernamente. A ese punto volvió del ejército el príncipe Edgaro su hijo, y entró en el aposento á ver su madre; á quien ella, luego que le vió preguntó por su padre y hermano; mas él temiendo no espirase su santa madre, oyendo la nueva de la muerte de su padre, le dijo que quedaban buenos. Pero ella, dando un tierno suspiro dijo: ¡Ay hijo! que sé muy bien todo lo que pasa, y así no tienes que negarme la verdad: la cual por Dios te ruego me digas. Entonces él, conociendo que ya todo lo sabia, le confesó como su padre y hermanos eran muertos en la batalla: lo cual oido levantó como otro Job las manos y los ojos al cielo, y dando gracias á Dios dijo así: Gracias y alabanzas infinitas te doy, mi Dios, y Señor, porque al fin de mi vida me has enviado tantas angustias y penas, para que llevándolas con paciencia, mi alma, como espero en tu misericordia infinita, se limpie y purifique de toda mancha de pecado.

Y luego sintiendo se le llegaba la muerte, dijo esta oracion: Señor mio Jesucristo, que por voluntad de tu eterno Padre, cooperando el Espíritu Santo, con tu muerte vivificaste el mundo, líbrame Señor; y al decir estas palabras, libró su alma santísima de la cárcel del cuerpo, y voló á la sempiterna gloria á reinar con Jesucristo eternamente. Su rostro que totalmente se habia vuelto pálido y desfigurado, al punto que espiró se volvió tan róseo y hermoso, que nadie creyera era muerta, sino es que viva dormia. Murió á 10 de junio, y fué sepultada en la iglesia de la Santísima Trinidad que ella edificó. Su hija Matilde casó con Enrique I, rey de Inglaterra: la cual imitando á su santa madre, llamó un dia á su hermano David que la acompañaba, y delante de él comenzó á lavar los piés á muchos leprosos que habia hecho juntar, y luego los enjugaba y besaba con devocion y amor grande: lo cual visto por su hermano la dijo: ¿Qué haces, señora mia? Si el rey esto supiese, jamás tocaria tus labios manchados con la infeccion de tantos piés leprosos como has besado. A que ella con una graciosa risa dijo: Los piés del Rey eterno se deben estimar en mas que los labios del rey perecedero y terreno. Pero ¿sabes, hermano, por qué te he llamado? Solo porque aprendas á hacer otro tanto; y así toma la bacía é imítame, que yo esto aprendí de mi santa madre la reina Margarita; y tú como hijo suyo debes imitarla. Escribieron la vida de la gloriosa santa Margarita Deidonato *lib.* XII; *Hist. Scotor.*; Durgoto *in eadem Hist.*; Surio en el tomo III, Molano *in Annot. ad Usuard., die* 16 *novemb., edit.* 2, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo XI de sus Anales, año 1697, núm. 134. Despues con autoridad de Clemente X, fué elegida por patrona de Escocia á vista de su gran santidad y la multitud de milagros que obraba y obra cada dia, y nuestro santísimo padre Inocencio XI trasladó el dia de su fiesta, para otras partes de la cristiandad á 8 de julio.

El ejemplo puede mucho, y mas cuando es de los padres; porque los hijos con el cariño de tales siguen con facilidad las costumbres y modo de obrar de sus padres: las de Margarita gloriosa fueron ocuparse en obras de virtud y ardiente caridad como hemos visto; ¿qué mucho fuesen tales las de su hija Matilde, si continuamente miraba á su santa madre ocupada en lavar los piés á los pobres, regalarlos, vestirlos, curarlos, y con humildad, caridad y devocion besar sus llagas? ¿Qué mucho que hiciese lo mismo su hijo? Aprendan los padres á dar buenos ejemplos á sus hijos, especialmente sean estos de obras mas que de palabras; porque ¿qué importa que la madre diga y aconseje una cosa á su hija, si ella hace lo contrario? Si hacen lo que santa Margarita, esperen reinar con ella en la gloria, donde nos veamos todos. Amen.

SANTA OLIVA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Venérase en algunas poblaciones, y especialmente en Esparraguera principado de Cataluña. No debe confundirse con santa Oliva, vírgen (véase el dia 3 de este mismo mes), pues santa Oliva, de que se hace mencion en este dia, no solo ganó la corona de la virginidad, que tiene en tanta estima la Reina de los ángeles, sino tambien la del martirio, sufriéndolo por la fé de Cristo en una de las mas crueles persecuciones de la Iglesia.

* LOS SANTOS GETULIO, CEREAL, AMANCIO Y PRIMITIVO, MÁRTIRES.—El primero de estos santos era un varon muy ilustre y muy devoto, esposo de santa Sinforosa. Servia de oficial del ejército romano en tiempo de los emperadores Trajano y Adriano; y habiéndose convertido á la fé, dejó de servir en las filas de aquellos perseguidores del cristianismo, retirándose al territorio de los sabinos. Su hermano Amancio, si bien era tribuno de una legion, con todo profesaba la fé católica. Noticioso el emperador Adriano de que Getulio era cristiano, envió á Cereal para que lo prendiera en el mismo pais en donde aquel se hallaba; mas los dos hermanos convencieron á este agente del emperador, de la verdad de la religion católica, y lo ganaron para Jesucristo. Airóse el emperador al saber tal conversion, y mandó á Licinio que les condenase á muerte si no renegaban de la religion cristiana que habian abrazado. Como los santos permaneciesen fieles en la fé, mandó Licinio azotarlos junto con otro cristiano llamado Primitivo, fueron despues echados á un gran fuego del que salieron ilesos; en fin, despues de haber estado encerrados por el espacio de veinte y siete dias, y sufrido durante este tiempo varios tormentos, fueron decapitados en Roma el año 121. Sus cuerpos fueron recogidos por Sinforosa mujer de Getulio, enterrándolos en el cementerio de su heredad.

LOS SANTOS BASÍLIDES, TRIPODES, MANDALES Y OTROS VEINTE COMPAÑEROS, MÁRTIRES.—Nada se sabe de estos santos, mas que lo que nos refiere en este dia el Martirologio romano, esto es, que fueron martirizados en tiempo del emperador Aureliano por Platon, prefecto de Roma.

SAN ZACARÍAS, MÁRTIR.—Las actas de este santo, segun los Bolandistas, se perdieron; y lo único que se sabe es, que en los mas antiguos martirologios se halla su nombre continuado, con la circunstancia de que padeció martirio en Nicomedia.

SAN TIMOTEO, OBISPO Y MÁRTIR.—Floreció bajo el imperio de Juliano el Apóstata, y atrajo sobre su pueblo las bendiciones del Señor. Nació en Bureia de Bithinia, de cuya ciudad fué con el tiempo obispo, y en la cual murió por defender la fé católica. En sus primeros años siguió la vida monástica y fué elegido y consagrado obispo, en razon á las grandes virtudes que le adornaban, y la ciencia que en la soledad habia atesorado. Poseyó el don de milagros, y entre ellos nos cuenta particularmente uno la historia, que fué el que mas difundió su fama por todas partes. Habia en los confines de Bureia una cueva, de la cual salia con frecuencia un enorme y formidable dragon, que paseándose por toda la comarca, causaba frecuentes y deplorables estragos en sus habitantes. El temor y la consternacion se habian apoderado del pais, cuando llegó á oidos de Timoteo la noticia de aquella calamidad, y se fué á donde acostumbraba salir el dragon, y viéndole venir hácia sí se postró en tierra, oró fervorosamente al Señor, y levantándose cuando ya la fiera iba á embestirle, le tiró su capa, y quedó el monstruo muerto en el mismo acto. Una gran multitud de pueblo que presenciaba de léjos el terrible espectáculo, empezó á glorificar al Señor y cantar solemnes alabanzas á su siervo; la fama de este corrió por todas partes acompañada de las bendiciones de todos; pero llegando á oidos del emperador Juliano, mandó llamar al santo á su presencia, y exigiéndole los secretos de magia, por los cuales habia obrado aquella maravilla, y confesando este que solo lo habia hecho en virtud de la gracia de Jesucristo, el mismo emperador le condenó á muerte, y fué luego degollado.

San Crispulo y san Restituto, mártires.—Españoles y compañeros inseparables en los tormentos y en la corona del martirio. Parece que murieron en Palencia en tiempo del emperador Neron.

Los santos Arecio, Rogato y otros quince compañeros mártires.—Los Bolandistas creen que murieron en Roma, en compañía de san Basílides y otros de quienes hablamos mas arriba.

San Maurino, abad y mártir.—Floreció en el siglo XII, y fué uno de los mas fuertes impugnadores de la herejías de aquel tiempo, cuyos partidarios le dieron muerte violenta, en el atrio de la iglesia de San Pantaleon de la ciudad de Colonia, donde fueron enterrados sus restos, y junto á los cuales ha obrado el cielo muchos milagros. San Maurino era abad de un monasterio de benedictinos, en el cual habia hecho revivir el fervor de la primitiva institucion, preparando además á sus discípulos con las luces del saber, para estar siempre dispuestos á combatir el error que en aquella época tomaba los mas bellos disfraces. El Señor coronó su obra, haciendo salir de su escuela una porcion de atletas que defendieron con vigor la fé católica, cuya defensa selló el santo con su misma sangre.

San Censurio, obispo y confesor.—Fué natural de Italia, y enviado por la santa sede á ser obispo de Auxerre. Ilustró todas las Galias con su predicacion y sus milagros, y convirtió á muchísimos godos á la religion de Jesucristo. Cuando la irrupcion de los bárbaros del norte, fué el mas eficaz medianero entre vencedores y vencidos, y á sus esfuerzos se debió la alianza entre unos y otros, que despues confundió á ambos pueblos en uno solo. Su amabilidad y la uncion y dulzura de sus palabras desarmaban todos los enemigos y le hacian suyas todas las voluntades. Estas circunstancias le hicieron tal vez el hombre mas querido de su tiempo, y el mas llorado despues de su muerte, acaecida en medio de su rebaño por los años 520 ó 527.

San Asterio, obispo y confesor.—Lo fué de Krach ó Arach, ciudad de Arabia Petrea, y se distinguió tanto en la defensa de la fé católica, que los arrianos le profesaban un odio implacable, y lo persiguieron cruelmente. El emperador Constancio, que seguia el partido de los herejes, lo desterró al África, donde poco despues murió en la confesion de la misma fé.

DIA 11.

San Bernabé, apóstol.—El glorioso apóstol san Bernabé, que tambien en la Escritura se llama José Levita, fué hebreo de nacion, de la tribu de Leví. Nació en la isla de Chipre, en la cual sus padres tenian grandes y ricas posesiones, y asimismo en Jerusalen, á donde, siendo ya de suficiente edad, enviaron á José, su hijo, para que aprendiese virtud y letras; y él las aprendió de Gamaliel, varon doctísimo y muy ejercitado en la ley de Moisés, y tuvo por condiscípulo á san Estéban Protomártir, y Saulo que despues se llamó Pablo, y fué apóstol y vaso escogido del Señor. Desde niño fué José muy bien inclinado y modesto, y apartado de las travesuras que son propias de aquella edad. Juntaba con el estudio de las divinas letras, ayunos, oraciones y limosnas: huia las conversaciones dañosas, allegándose á la gente virtuosa y devota, y frecuentando el templo de Dios. Estas ocupaciones le ayudaron mucho para conservar la pureza de su alma tan entera, que perpetuamente fué vírgen, para que el Señor ilustrase mas su entendimiento, y le infundiese la luz de su divina sabiduría; y así vino á ser muy docto en la divina Escritura, y á tener de memoria muchos de los libros sagrados, y gran fama y crédito entre sus iguales. En este tiempo vino Cristo nuestro Redentor á Jerusalen, y luego causó en toda aquella ciudad grande admiracion con su doctrina y con los milagros tan nuevos y nunca oidos que obraba. Los cuales viendo Bernabé, y entendiendo por ellos que Cristo era el Mesías prometido en la ley, vino á él, y echóse á sus piés, y suplicóle que le bendijese: y fué del Señor recibido amorosamente, y despues contado en el número de los setenta y dos discípulos que le siguieron: y como en los Hechos apostólicos se dice, los apóstoles le mudaron el nombre de José y le llamaron Bernabé, que quiere decir *Hijo de Consolacion*; porque verdaderamente lo fué para todos los desconsolados, y por su gran santidad y apacible condicion, muy agradable á todos los que trataban con él. Oyó un dia predicar á Cristo nuestro Señor aquellas palabras: «Vended vuestras posesiones y dad limosna, y no tengais riquezas que se os pueden consumir y gastar; sino atesorad en el cielo, para que vuestro tesoro sea perpetuo, y no desfallezca.» Oidas estas palabras, luego Bernabé vendió todas sus heredades, porque ya eran muertos sus padres; y repartió el precio de ellas á los pobres, quedándose con una sola posesion rica, para poderse sustentar: la cual, despues de la subida de Cristo á los cielos, tambien vendió, y el precio de ella puso á los piés de los apóstoles. Los demás fieles y discípulos del Señor deshacíanse de sus haciendas, de manera que todas fuesen de todos, y cada uno se proveyese conforme á su necesidad, y no daban el precio de ellas á los apóstoles en sus manos, sino poníanle á sus piés, por la reverencia y respeto grande que les tenian, y por dar á entender que hacian mas los apóstoles en recibirle que ellos en ofrecerle: pero aunque todos los fieles que tenian bienes raices, hacian esto como allí se dice, de san Bernabé se hace particular mencion; porque como era mas rica la heredad que vendió, fué cosa mas notable el venderla, y causó mas admiracion.

Con este espíritu de pobreza evangélica y menosprecio de todas las cosas de la tierra, tuvo san Bernabé un deseo muy encendido de las del cielo: y herido del amor del Señor, zelaba el bien de las almas, y particularmente la de Saulo, con quien habia estudiado y tenido amistad. Hablábale muchas veces: persuadíale que dejase aquellos caminos torcidos que llevaba: que no fuese tan terco ni tan ciego que no viese la luz de medio dia; y que no persiguiese á los inocentes y lavase sus manos en la sangre de los que creian en Cristo; pero como el corazon de Saulo estaba empedernido, de todo lo que le decia Bernabé, sacaba ponzoña y se hacia mas duro y obstinado, hasta que el Señor por su piedad le rindió y le alumbró interiormente, quitándole primero la vista exterior de los ojos: y como estuviese ya trocado, y de lobo hecho pastor, y de hombre perdido vaso de eleccion, y todavía los apóstoles y discípulos de Cristo, no sabiendo esto, huyesen de él, como de enemigo: san Bernabé se llegó á él y le habló, entendiendo cuán trocado estaba, y lo que le habia

acontecido yendo á Damasco, y le abrazó y lo llevó á los apóstoles, y con gran regocijo y alegría fué admitido en su compañía.

San Bernabé fué enviado de los mismos apóstoles á Antioquía, donde con su doctrina y ejemplo hizo maravilloso fruto y confirmó á los que ya se habian convertido, y convirtió á otros muchos á la fé de Jesucristo. Despues por órden del Espíritu Santo se salió de Antioquía y anduvo por las ciudades y pueblos circunvecinos, comunicándoles la doctrina del cielo y la luz del santo Evangelio, y llegó á Alejandría de Egipto; de allí por Jerusalen, volvió á Antioquía, en donde aquellas nuevas plantas del Señor habian crecido en gran manera, y la multitud de los fieles se habia aumentado mucho: y como él era varon apostólico y lleno de Espíritu Santo, recibió singular contentamiento, viendo el feliz progreso de nuestra santa religion. De allí fué á Tarso en busca de Saulo, y volvió con él á la misma ciudad de Antioquía, donde los dos estuvieron predicando por espacio de un año, con tan grande aprovechamiento de los fieles, que dejando el nombre de discípulos, y perdiendo el vano temor y respeto al mundo, se comenzaron á llamar cristianos, allí primero que en otra parte; confesando con este nombre, que eran discípulos é imitadores de Jesucristo nuestro Señor. Volvieron á Jerusalen, y allí se concertaron con san Pedro algunos otros apóstoles, para que ellos predicasen á los hebreos, y Saulo y Bernabé á los gentiles: porque el Espíritu Santo los habia hecho apóstoles y escogidos para tan alto ministerio; y así se partieron para la isla de Chipre, y predicaron en Salamina y en Pafo, alumbrando aquellas gentes con su doctrina y milagros. Pasaron á Panfilia y de allí tornaron á Antioquía, de donde dieron la vuelta otra vez á Jerusalen para repartir las limosnas, que los de nuevo convertidos les habian dado, entre los cristianos que vivian en aquella ciudad, y por la hambre que habia sucedido aquellos años, padecian mucha necesidad. Y no ménos fuéron para averiguar con los apóstoles una cuestion y diferencia que habia nacido, entre los que se convertian del judaismo y de la gentilidad, sobre si era necesario que el gentil que se convertia se circuncidase, para ser salvo, como algunos de los judíos convertidos lo afirmaban. Para decidir esta cuestion, se juntaron en Jerusalen los apóstoles y determinaron que no era necesario el circuncidarse, ni guardar la ley de Moisés, sino que la fé de Jesucristo, por el santo bautismo recibido con las buenas obras, bastaba para la salvacion. Con esta resolucion y decreto del concilio apostólico, consolaron en Antioquía á los fieles que estaban perplejos y afligidos.

En todos estos caminos padecieron los santos apóstoles, Pablo y Bernabé, grandes fatigas y persecuciones, trabajando con sus manos y comiendo de su sudor, por sembrar la doctrina evangélica, y plantar á Cristo en los corazones de los hombres: habiendo tenido entrañable concordia y union entre sí, sin haber un *sí* ni un *nó* entre los dos, quiso el Señor apartarlos, para que cada uno por sí predicase y fructificase; y para esto les ofreció una ocasion con la cual cada uno de los dos echó por su camino y se dividió del otro. Tenia san Bernabé un primo hermano llamado Juan, y por otro nombre Marcos, el cual era hijo de una tia suya, llamada María, en cuya casa se dice que Cristo celebró la cena con sus discípulos, y despues de resucitado les apareció, y vino sobre ellos el Espíritu Santo, donde estaban todos en oracion, cuando san Pedro, libre ya de la cárcel, vino á ellos, guiado por un ángel. Este Marcos habia andado algun tiempo en compañía de san Bernabé, su primo hermano, y san Pablo, ayudándolos y sirviéndolos en la predicacion evangélica: estando en Panfilia por temor y flaqueza humana, los dejó y se volvió á su casa. Mas despues arrepentido, quiso volver á la misma compañía que habia dejado, prometiendo la enmienda en lo porvenir, y mas firmeza y constancia. San Pablo, que era severo, no le queria admitir, juzgando que para que él se conociese, y los otros escarmentasen en su cabeza, convenia usar de aquel rigor. San Bernabé era blando y echaba por el camino de la benignidad y misericordia, queriendo que se perdonase á quien con tantas veras y lágrimas pedia perdon; para que entendamos que no se menoscaba la caridad entre los santos, por la diversidad de pareceres y juicios, ni nos escandalicemos por verla en los hombres perfectos y amigos de Dios; y que el mismo Dios toma algunas veces estos medios para sacar grandes bienes de ellos, como lo hizo esta vez con san Pablo y san Bernabé; porque san Pablo, tomando en su compañía á Sila, se fué á Siria y Silicia, y Bernabé con Marcos navegó á la isla de Chipre: y vióse que la severidad de Pablo y la blandura de Bernabé fueron muy provechosas al mismo Marcos; porque despues siendo mas perfecto y robusto, fué compañero de san Pablo, y el mismo apóstol le llamó su condjutor; y estando en Roma, le envió á llamar desde Oriente, como á ministro tan útil y provechoso en la obra del Señor.

En Chipre predicó san Bernabé con gran fruto de los moradores de aquella isla, y particularmente de los de la ciudad de Salamina (que despues se llamó Constancia), en la cual se detuvo mas tiempo. De allí vino á Italia, y estuvo en Roma (nó ántes, como algunos autores afirman, sino despues que el príncipe de los apóstoles san Pedro hubo en ella predicado, y puesto la silla apostólica, y convertido muchas almas de las tinieblas de la gentilidad á la luz del santo Evangelio), y pasó á la provincia que ahora llamamos Lombardía: y á lo que se saca de graves escritores y firmes testimonios y piedras antiguas, y de la misma tradicion de padres á hijos, que hasta hoy dura; san Bernabé fundó la iglesia de Milan, y estuvo en ella siete años, y fué el primer arzobispo de aquella insigne ciudad: y dejando á un discípulo suyo, llamado Anatalon, en su lugar, y visitando las ciudades de Bérgamo y de Bresa, en la cual aun dura su memoria, y se muestra el altar en que el santo apóstol decia misa, tornó á Chipre y anduvo toda aquella isla, con grandes trabajos y sudores, alumbrándola con su doctrina, y dándole verdadero conocimiento de la bienaventuranza que está en Jesucristo nuestro Señor. Llegado á Salamina, disputaba todos los sábados con los judíos, convenciéndolos con testimonios de las divinas Letras, que Jesucristo era el Mesías prometido de Dios. Tenian todos gran respeto y reverencia al santo por su singular modestia, y por la celestial honestidad que representaba.

Su rostro era muy venerable: su traje pobre; el vestido humilde, y como de hombre despreciador del mundo: sus cejas eran arqueadas: los ojos alegremente graves, y fijos en el suelo: en su boca y labios mostraba muchas gracias: sus palabras eran mas dulces que la miel, nun-

ca ociosas y siempre provechosas: su paso era compuesto sin ostentacion ni afectacion: además de la reverencia que por esta su compostura exterior todos tenian al santo apóstol, su vida admirable y celestial doctrina, y los milagros que continuamente obraba, los obligaban á mirarle y respetarle, nó como á hombre mortal, sino como á varon divino y venido del cielo. Pero resplandeciendo sus virtudes, y siendo tan acatado y reverenciado por ellas, como habemos dicho, vinieron á Chipre unos judíos de Siria con intencion de perseguirle y acabarle: y buscando ocasion para ejecutar su intento, el santo lo entendió, y juntando á sus mas familiares discípulos, les amonestó que perseverasen en el temor de Dios, y guardasen sus mandamientos, y se acordasen del juicio universal, y les avisó que presto los dejaria; porque ya la hora de su muerte era llegada. Turbáronse mucho con estas palabras y derramaron con él muchas lágrimas; y él, despues de haberlos consolado, se recogió, oró, dijo misa y los comulgó: y llevando en su compañía á Marcos, su primo, se apartó con él y le dijo: que aquel dia moriria á manos de los judíos, y que él tomase su cuerpo (señalándole el lugar donde le hallaria) y le enterrase; y hecho esto fuése á buscar á san Pablo, y estuviese con él hasta que Dios ordenase otra cosa. Y como varon apostólico, fuerte y deseoso de dejar ya esta cárcel del cuerpo mortal, por gozar de las moradas eternas, en compañía de su dulcísimo Señor, sumo y solo bien suyo, Jesucristo, se entró en una sinagoga de judíos, donde sabia que le estaban aparejando la muerte, y enseñándoles y probándoles eficazmente que Cristo era el Mesías, que los profetas habian anunciado, cobraron tan grande rabia contra él, que le echaron mano, y despues de haberle crudamente atormentado le apedrearon, y con esto dió su espíritu al Señor; el cual no permitió que su santo cuerpo se quemase ni recibiese lesion alguna del fuego, á donde los mismos judíos le echaron, para que se hiciese ceniza, y no quedase memoria de él.

Vino Marcos con otros cristianos, y derramando muchas lágrimas por la pérdida de tan santo y dulce maestro, tomaron su cuerpo y le sepultaron en una cueva fuera de la ciudad. Levantándose despues una terrible persecucion contra los cristianos en la isla de Chipre, por ella con el discurso del tiempo, se vino á olvidar el lugar, donde el cuerpo del santo apóstol estaba sepultado: porque puesto caso que nuestro Señor hacia grandes milagros, daba salud á muchos enfermos, y lanzaba los demonios de los cuerpos de muchos, y el lugar de su sepultura por eso se llama el lugar de la salud; todavía no sabian, que estuviera el santo cuerpo allí enterrado, ni que por su intercesion recibian tantos y tan señalados beneficios, hasta que siendo emperador Zenon, el mismo santo apóstol se apareció tres veces á Antemio, obispo de Chipre, y le declaró dónde estaba su cuerpo, y que sobre él hallaria el Evangelio de san Mateo, escrito de su propia mano, y le quitó las dudas y perplejidad que tenia, y le mandó ir á Constantinopla, y defender su iglesia contra un falso obispo de Antioquía, que le pretendia sujetar. Fué Antemio al lugar señalado, acompañado de toda la clerecía, y él halló el cuerpo y el Evangelio de san Mateo sobre el pecho del santo, como le habia sido revelado. Por el Evangelio puesto sobre los enfermos daba Dios salud, y por esto fué llevado á Constantinopla al emperador Zenon, que con grande instancia le pidió, y mandó hacer en Chipre un suntuoso templo para sepultura del santo, en el mismo lugar donde fué hallado su sagrado cuerpo. Allí estuvo muchos años: y Dios obró por sus oraciones y merecimientos grandes maravillas y prodigios, en beneficio de toda aquella isla. Celebra la Iglesia su fiesta el dia de su martirio, que fué á los 11 de junio, imperando Neron; aunque del año en que murió no hay cosa cierta. Escribe san Bernabé apóstol, como dice san Gerónimo, una epístola para edificacion de los fieles, la cual antiguamente fué muy estimada; aunque nunca fué tenida en la Iglesia por canónica; y Orígenes y Clemente Alejandrino la citan, y traen algunos pedazos de ella, los cuales refiere Sixto Senense en su Biblioteca. La vida de san Bernabé escribió Alejandro monge difusamente, y al cabo de ella dice estas palabras: «Este glorioso apóstol es como una oliva fructuosa y abundante, que ofrece cada dia al Señor licor suavísimo. Esta es gloria de los emperadores, honra de los sacerdotes, alegría de los pueblos, consuelo de los desconsolados, refugio de los afligidos, esperanza de los desesperados, descanso de los peregrinos, medicina de los enfermos, salud de los santos, fuente de bienes espirituales, muro de la Iglesia, amparo de los católicos, defensa de la fé, y ornamento de todo el mundo.» Del mismo santo escriben tambien todos los martirologios, y Eusebio, *lib. 1 Hist. cap. 24, lib. II, cap. 3,* y San Gerónimo *de Script. Eccles.* y san Isidoro *de Vitis Patrum Novi Testam. cap.* 82, Beda al fin del cuarto capítulo de los Hechos apostólicos. Adviértase, que anda una historia con nombre de Marcos, el primo de san Bernabé, en que se cuenta su vida y martirio, y que en el libro intitulado de las Recogniciones de Clemente, se hace mencion de san Bernabé; pero no se tienen estos libros por auténticos, y dignos de fé, por hallarse en ellos algunas cosas contrarias á lo que de este santo se escribe en las divinas Letras.

* San Félix y san Fortunato, hermanos y mártires.—El gobernador de la ciudad de Aquileya, en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, mandó fuesen conducidos á su presencia estos dos hermanos que vivian en la misma ciudad. Apenas llegaron fueron conducidos al templo de Júpiter, les dijo el mismo gobernador que ofrecieran incienso á los ídolos, ó de lo contrario experimentarian los mas horribles tormentos. Hicieron los santos una profesion de fé, diciendo que solo adoraban á Jesucristo, Hijo único del Padre celestial, que habia venido al mundo para salvar á los hombres, y que deseaban morir gustosos por esta creencia. Al oir el gobernador estas palabras mandó que los dos hermanos fuesen atados de piés y manos, paseados como viles esclavos por toda la ciudad, y luego puestos en el potro. Así colocados, aplicaron hachas encendidas á sus costados, y como estas se apagaron milagrosamente, bañaron sus vientres con aceite hirviendo; mas el Señor, que queria brillase la omnipotencia de su brazo, los libró de tan acervos suplicios. Este triunfo de los santos indignaba mas y mas á los impíos gentiles, hasta que determinaron acabar con ellos cortándoles la cabeza en la misma ciudad de Aquileya el dia 11 de junio del año 294.

San Parisio, confesor.—Nació en Bolonia el año 1151 y fué desde niño espejo de santidad y portento de milagros. A la edad de doce años entró en la religion de monges camaldulenses, y se distinguió entre todos por su in-

signe humildad, y por la compuncion y el fervor de su espíritu. Elevado á las sagradas órdenes, se dedicó con asiduo afan al ministerio de la predicacion, y conversion de las almas, obteniendo admirables triunfos en la direccion de las almas. El don de profecía y el de milagros extendieron su fama, y de muy remotos paises acudian á él los fieles para buscar su consejo y su intercesion. Se cuentan en su historia infinidad de paralíticos sanados, de enfermos, colocados al borde del sepulcro, restituidos á la salud, de herejes convertidos, de tempestades apaciguadas, y de toda clase de males conjurados por su mediacion. Por fin, este siervo de Dios, que no suspiraba sino por ir á reunirse con Jesucristo, lleno de méritos, acabó su peregrinacion en este mundo, muriendo santamente el dia 11 de junio del año 1267. Su cuerpo fué enterrado en Bolonia, donde se le tiene aun en grandísima veneracion.

La traslacion de san Gregorio Nazianzeno.—El cuerpo de este santo padre de la Iglesia fué primero trasladado de Constantinopla á Roma, y habiendo estado depositado por mucho tiempo en la iglesia de la Madre de Dios, en el campo Marcio, el papa Gregorio XIII lo trasladó con gran solemnidad á una suntuosa capilla que le habia hecho edificar en la iglesia de San Pedro, y en memoria de esta traslacion hacemos hoy memoria de este santo. Véase el 9 de mayo.

DIA 12.

Los santos mártires Basílides, Cirino, Nabor y Nazario.—Los santos mártires Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, fueron caballeros romanos, ilustres por su sangre, y mas ilustres por su gran piedad. Habian seguido, como soldados, la guerra, de la cual se retiraron, por militar mas quietamente debajo de las banderas de Jesucristo, viviendo en santa paz, sin ofender á nadie, y haciendo bien á muchos. Fueron acusados delante de los emperadores Diocleciano y Maximiano, porque eran cristianos: mandáronlos prender; y ellos, sabiéndolo, se dieron tan buena maña, que ántes que el tal mandamiento de prision se ejecutase, vendieron lo mas y mejor de sus haciendas, y lo dieron á los pobres. Fueron presos, y entregados á Aurelio, prefecto, el cual los mandó poner en una obscura y penosa cárcel, para afligirlos y tomar tiempo para deliberar los tormentos que les habia de dar, en caso que no quisiesen negar la fé de Cristo, y obedecer á los emperadores. Estando los santos mártires en aquella profunda obscuridad de la cárcel, resplandeció una súbita y maravillosa claridad, que la alumbró, y todos los que en ella estaban presentes fueron participantes de sus resplandores, y esforzó los corazones de los santos mártires, reconociendo aquel tan sublime favor y regalo del Señor, y haciéndole gracias, porque le tenian á su lado en aquella dura pelea. Vió la luz, entre otros, Marcelo, alcaide de la cárcel; y admirado del suceso, creyó en Cristo con otros de su familia. Sacaron despues á los gloriosos y esclarecidos mártires, y presentáronlos ante el juéz: el cual, viendo su firmeza y constancia en el amor de Cristo, y deseosos de derramar su sangre por él, los mandó desnudar y azotar crudamente con varas nudosas y fuertes, á manera de zarza espinosa, que llamaban escorpiones, porque no solo lastimaban las carnes, sino arrancábanla á pedazos. Sufrieron este tormento los soldados esforzados, nó ya del emperador de la tierra, sino del cielo, con gran constancia y alegría. Volviéronlos á la cárcel, donde estuvieron otros siete dias aprisionados, con mal olor, hambre y sed, y con todo el mal tratamiento que en semejantes ocasiones los enemigos tan pérfidos y crueles de Cristo solian hacer á los siervos y amigos suyos. Al cabo de los siete dias fueron sacados de la cárcel, y llevados segunda vez á la presencia del mismo emperador Maximiano, y él los mandó degollar, y echar sus cuerpos á las bestias fieras. Ejecutóse esta sentencia en la via Aurelia: mas las fieras trataron con mas respeto y reverencia los cuerpos de los santos, ya muertos, que los hombres los habian tratado, siendo vivos; porque no los tocaron. Despues los cristianos los recogieron, y los trasladaron á Roma, y los sepultaron honoríficamente en un lugar, llamado las Catacumbas. Celebra la Iglesia su fiesta á los 12 de junio, en el cual dia fueron martirizados, el año del Señor de 303, segun Baronio. Despues, por los años de 765, siendo sumo pontífice Paulo I de este nombre, los cuerpos de san Nabor y san Nazario, y el de san Gregorio, mártires, fueron llevados á Francia, por mano de Grodegando, obispo de Metz, y colocados en tres distintos monasterios: allí dieron salud á muchos y varios enfermos, y obró Dios grandes milagros por ellos, como lo escriben en su Martirologio Beda, y Molano en sus anotaciones al de Usuardo. Pero hase de advertir que hubo otros dos mártires, llamados como ellos, Nabor y Nazario; que fué martirizado Nabor con san Félix en Milan, en tiempo de estos mismos emperadores Diocleciano y Maximiano, cuya fiesta se celebra á 12 de junio; y Nazario con san Celso padeció en la misma ciudad de Milan á los 28 del mismo mes, en la primera persecucion de Neron.

San Onofre, confesor.—La variedad de santos, que Dios tiene en su Iglesia, es admirable, y un argumento eficacísimo de su soberano é infinito poder, y con ella está mas adornada y enriquecida la Iglesia, que esta máquina del mundo con tanta multitud de criaturas, tan hermosas, y tan diferentes y diversas entre sí. Tiene patriarcas excelentes en la fé, profetas alumbrados con la luz del cielo, apóstoles abrasados de caridad, mártires esforzados y triunfadores de los tormentos y muertes, doctores, que como rios caudalosos de la sabiduría, regaron y fertilizaron la tierra, vírgenes y doncellas purísimas, que en la carne flaca vivieron como ángeles, y santos confesores, que con su penitencia y humildad nos enseñaron el camino de la vida eterna. Pero entre todas las vidas de los santos algunas hay de ermitaños, y perfectísimos anacoretas, los cuales moraron muchos años en los desiertos, y siendo hombres, como nosotros, vivieron tan apartados de los hombres, y teniendo cuerpo tan sin cuerpo, que cierto pone grande admiracion, y suspende nuestros entendimientos, considerando lo que puede nuestra frágil carne, confortada con el favor de aquel Señor, que escoge y se sirve de las cosas flacas, por mostrar mas poder. Tal es la vida de san Onofre, ermitaño, la cual escribió un santo monge, llamado Pafnucio, y la refiere Simeon Metafraste, y la trae Fr. Lorenzo Surio en el tercer tomo de las Vidas de los santos; y es de esta manera.

Estando el santo Pafnucio en el yermo, inspirado del Se-

ñor, le vino gana de entrarse mas adentro por aquellos desiertos, para conocer y tratar los varones santos que habia en ellos: y despues de haber caminado algunos dias y vencido grandes dificultades de cansancio, hambre y sed, y hallando en una cueva un santo muerto y á otro lloroso y penitente; finalmente vió venir de léjos un hombre desnudo, cubierto de cerdas, al modo de una espantosa fiera, y ceñido con una cinta hecha de hojas de árboles. Asombróse Pafnucio, y viendo que venia para él, despavorido y temblando, huyó y se subió á un monte; y el hombre desnudo le siguió hasta la falda del monte, y se dejó caer en tierra á una sombra, y alzando como pudo la voz le comenzó á hablar de esta manera: Varon santo, desciende, que hombre soy mortal que vivo en este desierto. Oyendo estas palabras, luego bajó Pafnucio y se echó á sus piés, y él lo hizo levantar y sentar junto á sí. Preguntóle por su nombre Pafnucio, y él respondió que se llamaba Onofre, y que habia sesenta años que vivia en aquella soledad, y que en todo este tiempo nunca habia visto otro hombre sino á él; porque siendo mozo y monge en el monasterio llamado Erico, en Tebas (donde habitaban cien monges, grandes siervos de Dios y muy unidos en la fé misma y caridad), y habiendo oido decir de la vida que hizo el profeta Elías y san Juan Bautista en el desierto, y que era cosa mas perfecta vivir en soledad, apartado de los hombres y pendiente de sola la providencia de Dios, que nó en la comunidad donde hay tantas ayudas y socorros; se determinó á seguir lo que le decian que era mas perfecto, y tomando algunos pocos panes que le podian bastar para cuatro dias, salió del monasterio y entró en el desierto, y vió una luz que iba delante de él guiándole, de que quedó algo turbado, no sabiendo lo qué era ni lo qué haria; y que estando en esto, habia oido una voz que le dijo, que no temiese, porque era el ángel de su guarda que venia á guiarle en aquella jornada, la cual era muy agradable á Dios nuestro Señor. Dijo mas: que animado con aquella voz y con tan buena compañía, caminó por aquella soledad, como siete millas, hasta que llegó á una cueva: y queriendo saber si vivia allí algun solitario, llamó á la puerta, pidiendo que le bendijese el que estaba dentro, y que habia salido de ella un venerable viejo en traje de ermitaño, con un rostro de mucha gracia y gravedad, y que cuando le vió se derribó á sus piés haciéndole la debida reverencia; mas que el santo viejo le levantó de la mano diciéndole: Tú eres Onofre, mi huésped é imitador: entra hijo, y persevera en lo que has comenzado, que Dios te ayudará: y que habia entrado en la cueva y estado en compañía del viejo algunos dias, aprendiendo de él la vida é instituto de los ermitaños; y cuando le pareció que ya estaba bien instruido, le dijo, que le queria llevar á otra cueva mas apartada en que habitase solo; porque esta era la voluntad de Dios, y así le llevó mas adentro del desierto cuatro dias de camino, donde hallando una palma cerca de una pobre choza, le dijo, que aquél era el lugar que Dios le tenia aparejado; y que estuvo treinta años con él, y cada año se veian una vez hasta que murió, y enterró su cuerpo allí junto á la choza en que vivia. Todo esto dijo el santo viejo Onofre á Pafnucio con particular instinto del Señor para su edificacion, y de otros que de él lo oyesen, y porque sabia el fin para que Dios le habia traido á aquella soledad. Admirado Pafnucio de la narracion de Onofre, le preguntó: si en los principios, cuando comenzó aquella vida, habia padecido grandes molestias y dificultades; y él le respondió, que habian sido tantas y tan terribles, que muchas veces habia pensado perecer de hambre y de sed, y de frio y de calor; pero que viendo nuestro Señor su paciencia y sus ayunos y penitencia, le habia enviado despues su santo ángel que le traia el sustento cotidiano y un poco de agua: y que tambien aquella palma le daba al año doce racimos de dátiles, uno para cada mes: los cuales, y algunas yerbas que comia, le perecian mas sabrosas y mas dulces que la miel. Todo esto trataron los santos al pié del monte donde se encontraron, y Pafnucio estaba contentísimo y olvidado del trabajo que habia tenido en aquel camino por haber hallado á tan santo varon. Levantóse el santo viejo y díjole que se fuése con él. Llevóle á su choza ó cueva donde estaba la palma, y vieron en medio de ella pan y agua. Dieron gracias á Dios y comieron siendo ya puesto el sol, y pasaron la noche en oracion, apartado el uno del otro. Amaneció el dia siguiente, y mirando Pafnucio el rostro de Onofre, le vió muy trocado de color y turbóse. Notó esto el santo viejo y díjole: Hermano Pafnucio no temas; porque el Señor que es misericordioso te ha enviado aquí para que entierres mi cuerpo; porque hoy acabo mi peregrinacion y me voy al lugar de mi descanso. Y si fuéres á Egipto dá cuenta á los monges de lo que te he dicho, y de las grandes misericordias que he recibido de Dios, en cuya bondad confio hará muchas mercedes á los que se encomendaren á él, tomándome por su intercesor, porque así lo he pedido y suplicado. Díjole Pafnucio, que despues de ser él muerto deseaba quedarse allí para vivir en aquel lugar; mas el santo viejo no vino en ello, diciéndole que no era aquella la voluntad de Dios, sino que se informase de las vidas y ejemplos de los santos que moraban por aquellos desiertos, y los narrase á los otros monges de Egipto para edificacion, y que así se volviese á su primera habitacion. Echóse Pafnucio á los piés del santo viejo Onofre, y pidióle que le bendijese, y que suplicase á nuestro Señor, que como se le habia dejado ver en la tierra en carne mortal, se le dejase ver inmortal en el cielo. Y despues de haberle dado Onofre su bendicion, se puso de rodillas é hizo oracion con muchas lágrimas y gemidos, y cayó en tierra su cansado cuerpo y dió su bienaventurado espíritu con grande alegría á Dios. Oyéronse luego cantares de ángeles que alababan al Señor. Pafnucio hizo dos partes de su hábito, y con la una cubrió el cuerpo desnudo de Onofre que tanto habia padecido y tan buen compañero habia sido de su dendita alma, y púsole en una piedra cavada á manera de cisterna y muchas piedras á la boca: y deseando quedarse allí y hacer su vida, donde san Onofre habia vivido, vió que en aquel mismo punto se habia caido aquella pobre casilla en que moraba el santo viejo y arrancado la palma de que comia: y así entendió que no era la voluntad de Dios que allí permaneciese. La muerte de san Onofre fué á los 12 de junio, y en este dia le pone el Martirologio romano, y el Monologio de los griegos, y el libro de las vidas de los santos padres, capítulo 32; y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio hace mencion de él. El tiempo que vivió, no sabemos cierto, ni quién fué este Pafnucio á quien el santo contó su vida, y le enterró; porque ha habido diversos Pafnucios, y algunos de ellos mártires, y un insigne monge que vivió en tiempo de san Antonio Abad, y de él hace mencion san Atanasio en su vida, y despues fue

santísimo obispo y se halló en el concilio Niceno: y el emperador Constantino le tuvo tan gran reverencia y respeto, que muchas veces le besaba el ojo izquierdo que le habian sacado por Cristo: y si él fué el que escribió la vida de san Onofre, (porque como dijimos, fué monge ántes de ser obispo), habemos de referir al tiempo que él vivió en el yermo todo lo que aquí queda referido. Bendito, alabado y glorificado sea el Señor, que por tales y tan raros y peregrinos ejemplos de santidad, nos enseña que este mundo es destierro, y que los caminos para el cielo no son imposibles: pues hombres vestidos de carne como nosotros, pudieron con su gracia andar por ellos, y correr á tan largos pasos carrera como corrió el santo y bienaventurado viejo Onofre, que fué (como consta de graves autores) rey y religioso carmelita en el monasterio de Tebas.

* San juan de Sahagun, confesor.—Este santo que fué uno de los mas brillantes ornamentos de la esclarecida órden de san Agustin, nació en la villa de Sahagun del obispado de Leon en España, de donde tomó el nombre. Sus padres llamados Juan Gonzalez de Castrillo, y Sancha Martinez, si bien eran distinguidos por su nobleza, lo eran mas por su piedad, y como no tuviesen sucesion, imploraron con fervorosas súplicas al Señor por la mediacion de la Vírgen para alcanzarla; el Señor oyó sus peticiones y les dió el niño Juan. La docilidad á los consejos de sus padres, su natural propension á la virtud, sus inclinaciones á todo lo bueno, dieron á entender que Dios le habia elegido por siervo suyo. Todo el pueblo admiraba su virtud, y el modo con que reprendia las travesuras de los niños, poniéndose en un sitio elevado y predicándoles que no pecasen y que amaran mucho á Dios. Don Alonso de Cartagena, varon sabio y virtuoso, ocupaba la silla arzobispal de Burgos, y como Juan tuviese un tio familiar del arzobispo, persuadió al padre de aquél que le acomodase con este prelado. En vista de los brillantes informes, lo recibió el obispo en su familia, y prendado de sus circunstancias lo ordenó de sacerdote, presentándolo luego para una canongía y un beneficio eclesiástico, y despues para un curato. Conociendo el santo la incompatibilidad de estos beneficios, renunciólos, pidiendo permiso al arzobispo para retirarse á la iglesia de Santa Agueda, llamada vulgarmente Gadea de la misma ciudad de Burgos á servir un beneficio simple sustentándose de él pobremente. Ejercitábase en la predicacion, cuyos sermones producian admirable fruto, pasando algunos años en esta vida apostólica hasta que el Señor le llamó á otra vida mas perfecta, inspirándole la resolucion de ir á Salamanca. Esta ciudad ardia en guerra civil por la enemistad de dos familias conocidas con el nombre de Monroyos y Manzanos, las cuales trayendo á su partido una porcion de la ciudad, lo tenian todo alborotado y entregado el pueblo á la ira y á la venganza. Empezó á predicar Juan en aquella ciudad, y fué tanto el ardor con que declamó contra los vicios que la dividian, contra el odio y la venganza, que fué mirado como otro Jonás, censor severo de las abominaciones de Nínive. Dedicóse Juan con ardiente aplicacion al estudio cursando en aquella universidad, lo que unido al indecible rigor de sus penitencias le ocasionó una gravísima enfermedad que le puso á peligro de muerte, prometiendo á Dios que si curaba tomaria hábito de religion y acabaria su vida en ella. Recobrada la salud cumplió el voto, vistiendo el hábito de los ermitaños de san Agustin en la misma ciudad de Salamanca en 18 de junio de 1433. Muchos volúmenes serian necesarios para referir las heroicas virtudes con que Juan brillaba en la religion su pobreza evangélica; su oracion continua, su ciega obediencia, tenian asombrados á los mas perfectos religiosos. Dióle el Señor especial acierto para poner en paz á los desavenidos, de modo que donde él estaba estorbaba siempre todas las discordias privadas y públicas. Un año ántes de su muerte la habia ya profetizado, y al acercarse el instante de ella, cantando salmos y divinas alabanzas, entregó su espíritu al Criador en el convento de Salamanca el dia 11 de junio de 1478. El Señor dispensó grandes favores á los mortales por los muchos milagros que obró en favor suyo, los cuales autentizados debidamente, los sumos pontífices Clemente VIII y Alejandro VIII le colocaron en el catálogo de los santos.

Santa Antonina, mártir.—Era de Nicea en Bithinia, y en este mismo lugar fué martirizada durante la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano. El prefecto Prisciliano la mandó adorar á los dioses; pero como ella permaneciese siempre constante en su fé, le mandó apalear cruelmente: despues fué puesta en el potro, despedazada por los costados, abrasada en las llamas, y por último degollada.

San Olimpio, obispo.—Segun el Martirologio romano, fué este santo obispo de Tracia, y se asegura por algunos que era español, sin que se sepa cómo fué á parar á aquellas regiones. San Atanasio habla de las penas y persecuciones que sufrió aquel ilustre prelado en defensa de la fé católica: es cierto que fué depuesto de su silla por los arrianos y que acabó su vida en el desierto. Algunos dicen que escribió un excelente tratado de la fé contra los herejes que negaban el libre arbitrio en los actos humanos.

San Anfion, obispo.—Fué esclarecido confesor de la fé de Jesucristo en tiempo del emperador Galerio Maximiano, y siendo obispo de Cilicia, trabajó tanto por la religion, que á su celo se debieron una multitud de conversiones importantes, que mudaron la situacion de la Iglesia en aquellos paises. Despues de haber padecido muchos trabajos por Jesucristo, murió santa y tranquilamente en medio de su rebaño, no sabemos en qué época.

San Leon, papa iii y confesor.—Fué natural de Roma, y despues de haber pasado por todos los grados de la clerecía, subió á la cátedra de san Pedro, despues de Adriano I, en el año 795. Una de sus primeras disposiciones fué enviar á Carlomagno legados, que le presentasen las llaves de la basílica de san Pedro y el estandarte de la ciudad de Roma, rogando al mismo tiempo al emperador se sirviese deputar una persona para recibir el juramento de fidelidad á los romanos. Pero despues se formó contra este santo pontífice tan atroz conjuracion por parte de los que habian querido usurpar su sede, que habiendo estallado el dia 23 de abril del año 799, al tiempo que el papa salia de casa, los conjurados se apoderaron de su persona, y le maltrataron hasta el punto de quererle arrancar los ojos y la lengua. En seguida lo llevaron prisionero al monasterio de san Silvestre, donde reiteraron sus crueldades para asegurarse de que nunca mas haria uso de la vista ni de la palabra. Sin embargo, el Señor por un prodigio de su bondad conservó á Leon los ojos y la lengua, y cuando por la noche llegaron á su aposento los que habian acudido á su defensa, le encontraron tranquilo y pacífico, cantando him-

nos de alabanza al Señor. Sus amigos le acompañaron á Francia, donde Carlomagno le dió socorros y su escolta para volver á Roma, donde vivió despues tranquilamente hasta su dichosa y santa muerte, acaecida el dia 12 de junio del año 816. El largo pontificado de san Leon es uno de los mas fecundos y gloriosos en los fastos de la Iglesia.

DIA 13.

SAN ANTONIO DE PADUA, CONFESOR.—En la insigne ciudad de Lisboa, cabeza de los reinos de Portugal, hubo un varon noble que se llamaba Martin de Bullones, el cual estaba casado con una señora no ménos principal, que se decia doña Teresa Tavera, y de ella tuvo un hijo á que pusieron por nombre Hernando. Bautizóse en la iglesia mayor de Lisboa, que está dedicada á la Reina de los ángeles nuestra Señora, y en ella se crió desde su niñez, y aprendió las primeras letras, por estar junto á casa de sus padres, y bebió con la leche la devocion de la Madre de Dios: la cual conservó por toda la vida. Dió luego muestras de lo que habia de ser, así por su vivo ingenio como por su gran recogimiento y modestia, viviendo en aquella edad tierna con reposo y madurez de viejo. Llegado á los quince años, cuando los otros abren los ojos para ver las pompas del mundo y seguir los apetitos de la carne; él los abrió para conocer la vanidad y peligros que hay en ellos; y para huirlos, determinó acogerse á lo sagrado, y entrar en alguna religion como en puerto seguro; y así lo puso por obra en un monasterio de canónigos reglares de la órden de san Agustin, que estaba fuera de la ciudad de Lisboa y se llamaba San Vicente. Allí tomó el hábito é hizo profesion, y estuvo dos años con gran devocion, humildad y obediencia, echando hondos cimientos de virtudes para la alta obra que Dios en él queria levantar. Venian á él sus deudos y conocidos: visitábanle á menudo, y turbaban como suelen, el recogimiento y quietud del santo mancebo, y estorbaban su aprovechamiento espiritual: y como Hernando tuviese mas cuenta con Dios que con el mundo y con su alma, mas que con su carne y sangre; por estar mas apartado de sus deudos, pidió licencia para irse al convento de Santa Cruz de Coimbra, donde estuvo algunos años dándose á la oracion y al estudio de las divinas letras con admirable fruto. Pasaron por Coimbra á esta sazon cinco religiosos de la sagrada órden de san Francisco, enviados de su glorioso padre á predicar la fé de Jesucristo entre los moros; y habiendo predicado con gran fervor y echado el sello á su predicacion con su sangre en la ciudad de Marruecos, dentro de poco tiempo fueron traidos sus santos cuerpos por el infante don Pedro, hermano del rey de Portugal don Alonso, el segundo á Coimbra, y en ella fueron recibidos con grandes fiestas y aparato, y colocados en el mismo convento de Santa Cruz, en donde Fr. Hernando moraba: el cual, oyendo la constancia con que aquellos santos religiosos habian predicado la fé de Cristo, los tormentos que habian padecido, la fortaleza y alegría con que habian muerto, los milagros que despues de su muerte Dios habia obrado por ellos; encendido de amor divino, deseó imitarlos en vida y en muerte, con el hábito de san Fracisco, y en la profesion de la fé para alcanzar la corona del martirio que ellos habian alcanzado, si el Señor le quisiese hacer á él tan gran merced. Para esto comunicó su ánimo con ciertos padres menores que ya vivian en una ermita de San Antonio, fuera de la ciudad de Coimbra, y habian venido á pedir limosna al convento de Santa Cruz: con su acuerdo tomó el hábito de san Francisco dándole la bendicion su prelado; aunque de mala gana, por lo mucho que perdia su órden con la partida de Fr. Hernando, por su singular religion y virtud. Todos los religiosos de Santa Cruz tuvieron grande sentimiento y tristeza de esta mudanza, y uno que lo mostraba mas, le dijo como por desden: Anda, anda, Fr. Hernando; toma el hábito de los menores, que por ventura serás muy presto santo; á lo cual él humildemente respondió: Hermano, cuando oyeres que yo soy santo, la gloria será de Dios. Era ya de veinte y seis años cuando tomó el hábito de san Francisco, y para que los suyos ménos le importunasen ni supiesen dónde estaba, se mudó el nombre de Hernando en Antonio, por la devocion de aquella casa en que tomaba el hábito que tenia este apellido. Crecia en Antonio cada dia mas la sed del martirio: y conforme al concierto que habia hecho con sus frailes, le enviaron á África para que predicase la fé de Cristo á los moros; pero nuestro Señor que le guardaba, para que con su ejemplo y doctrina se salvasen muchos, estando en África le dió una grave y larga enfermedad; y viendo que no estaba por entonces con fuerza para ejecutar lo que deseaba, se embarcó para España para cobrar en ella la salud: mas en esta navegacion por la voluntad del Señor, los vientos le fueron tan contrarios y furiosos, que de lance en lance llevaron el navío en que iba á Sicilia. Allí supo que su padre san Francisco celebraba capítulo en Asís: y aunque san Antonio no estaba del todo sano, se quiso hallar en él y tomar la bendicion de su seráfico padre. Acabado el capítulo y volviéndose los frailes á su convento, no hubo ninguno que le quisiese llevar consigo; porque como le veian enfermo y le tenian por idiota y no sabian de qué podia servir, cada uno le daba de mano. Rogó él á un santo varon llamado Graciano, que era ministro de la provincia de Romania, que le llevase consigo: y él vista su humildad lo hizo con la licencia del ministro general, y le envió á un monasterio que estaba en un desierto llamado el Monte de Paulo. En él estuvo el santo dándose del todo á la oracion y contemplacion, y á una extremada penitencia, sustentándose solamente con pan y agua, y debilitando su cuerpo con tanto rigor, que apenas se podia tener en pié. Servia á los frailes en fregar y barrer, y en todos los oficios humildes de la órden, sin dar á entender que habia estudiado ni que sabia letras. Pasado algun tiempo en esta manera de vida, fué enviado á la ciudad de Forli con otros religiosos que iban á ordenarse; vinieron asimismo algunos otros frailes de la religion de los predicadores; y estando todos juntos á la hora de la colacion, el prelado, en cuya casa estaban, rogó á los padres predicadores, que alguno de ellos propusiese la palabra del Señor: mas todos se escusaron por la voluntad de Dios, para lo que despues sucedió; porque su guardian mandó á san Antonio que él hablase, y le compelió á hacerlo sin que le valiese el alegar, que él se habia ejercitado en los oficios bajos y humildes de los frailes, mas que en el estudio de letras y sutilezas de escuelas. Habló por obediencia, y habló tan altamente, que dejó á los oyentes admirados por las cosas tan profundas que les dijo, y por las palabras tan acertadas con que habló, y mucho mas por la energía y fervor de espíritu con que

habia movido y arrebatado sus corazones, y por la grande humildad con que tanto tiempo habia encubierto y disimulado los dones de Dios que traia encerrados en su pecho.

Con esta ocasion mandó el glorioso padre san Francisco á san Antonio, que ejercitase el oficio de predicador y no ocultase mas la gracia que el Señor le habia dado para bien de muchos: y tambien le mandó que leyese á los frailes la sagrada teología, y para que lo hiciese con mayor resignacion y obediencia, le envió una licencia del tenor siguiente: «A mi carísimo hermano fray Antonio, fra-Francisco, salud en Cristo: Paréceme que leas á los frayles la teología, con tanto, que por el demasiado estudio no apagues en tí ni en ellos el fervor y espíritu de la santa oracion como en la regla se contiene.» Con este mandato levantó Dios la hacha ensendida para que alumbrase la casa de su santa Iglesia, y ensalzó al humilde san Antonio; el cual leyó teología en las ciudades de Mompeller en Francia, y de Bolonia y Padua en Italia, y fué el primero de su sagrada religion que la leyó y predicó la palabra del Señor en el reino de Francia y en Italia; y con el ejemplo de su santa vida y celestial doctrina, y muchos y grandes milagros, convirtió innumerables almas al Señor, atravesando los corazones de los que le oian, como una saeta muy aguda; discurria por las ciudades, villas y aldeas con grandísimo celo de salvar á todos. Sus palabras eran como unas llamas de fuego que abrasaban las entrañas. Eran sus reprensiones severas, sus amonestaciones suaves, la copia y gracia de su lengua admirable, el modo de decir muy discreto y acomodado á la necesidad y disposicion de los oyentes, sin tener respeto á grandes ni pequeños, sino regulándolo todo con su santa prudencia para la mayor gloria del Señor. De aquí nacian los sollozos y lágrimas que derramaba su auditorio, la enmienda de su vida, la reformacion de costumbres, la conversion de muchos grandes pecadores: entre los cuales se confesaron con él, y se convirtieron veinte y dos famosos ladrones, y otros muchos herejes se redujeron por sus sermones, á los cuales el santo persiguió con tanta solicitud y perseverancia, que con razon fué llamado Martillo de los herejes.

Una vez disputando con uno llamado Bonibillo, que era muy obstinado y negaba la verdad del santo Sacramento del altar; habiéndole convencido el santo, de manera que no tenia qué responder, se acogió el hereje como suelen, á pedir milagros. San Antonio hizo uno de grande admiracion; y fué, que habiendo el hereje tenido una mula suya tres dias encerrada sin darle cosa alguna de comer; el santo, despues de haber dicho misa, llevó la Hostia consagrada con grande acompañamiento y reverencia, y mandó traer la mula hambrienta, y hablando con ella le dijo: En nombre de aquel Señor á quien yo, aunque indigno tengo en mis manos, te mando, que vengas luego á hacer reverencia á tu Criador, para que la malicia de los herejes se confunda, y todos entiendan la verdad de este altísimo Sacramento, que los sacerdotes tratamos en el altar y que todas las criaturas están sujetas á su Criador. Mientras que decia estas palabras el santo, el hereje echaba cebada á la mula para que comiese: ella que tenia mas conocimiento que él, se arrodilló sin hacer caso de la comida, y postró allí delante del santísimo Sacramento, adorándole y reverenciándole como á su Criador y Señor. Con este tan evidente milagro quedaron todos los católicos consoladísimos, y los herejes rabiosos y confusos; y su principal maestro, con quien habia sido la disputa, ganado y convertido á la fé católica.

Otra vez, estando en la ciudad de Arimino, donde á la sazon habia muchos herejes, queriendo el santo predicarles y reducirlos al conocimento de la verdad, cerraron sus orejas y no le quisieron oir; y él se fué á la ribera del mar que está allí cerca, y con gran seguridad y confianza en el Señor, llamó á los peces para que le oyesen, diciéndolos: Oidme, vosotros; pues estos herejes no me quieren oir. Fué cosa maravillosa que á estas palabras vino una muchedumbre innumerable de peces grandes, medianos y pequeños, puestos por su órden, y levantadas del agua las cabezas, con grande atencion y sosiego le comenzaron á oir: y el santo, llamándolos hermanos, les hizo un sermon de los grandes beneficios que habian recibido de Dios, y de las gracias que le habian de dar ellos, y como le habian de servir: y acabado su razonamiento, bajando sus cabezas, como quien tomaba su bendicion, se fuéron los peces, y todo el pueblo que habia estado presente á este espectáculo quedó atónito, y los mismos herejes tan corridos y rendidos, que se echaron á sus piés, suplicándole que les predicase y enseñase la verdad: y muchos de ellos dejando las tinieblas de sus errores, fueron alumbrados con la luz del cielo.

Otra vez, habiéndole ciertos herejes convidado, fué á comer con ellos por darles gusto, y traerlos con esta ocasion al gremio de la santa Iglesia; pero ellos, como herejes, echaron ponzoña en lo que habia de comer, para matarle. Revelóselo Dios, y él los reprendió blandamente: y ellos, por excusarse, dijeron que lo habian hecho por experimentar si era predicador apostólico, y si se cumplia en él lo que el Señor habia dicho, que los que en él creyesen, no recibirian daño del veneno que bebiesen; y finalmente prometieron que si él lo comia y no le hacia daño, que se convertirian á la fé que él predicaba. Hizo el santo la señal de la cruz sobre el manjar, y comióle; y quedó tan sano y sin lesion como ántes, y muchos de ellos reconocieron sus errores, y abrazaron la fé católica.

Obraba nuestro Señor grandes milagros, cuando san Antonio predicaba: y puesto caso que los mayores eran las mudanzas de las vidas, y las conversiones de las almas, y la reformacion de la república, que en todos sus miembros y estados de gente se mejoraba, como habemos dicho; no eran estos solos, sino acompañados de otros visibles y exteriores: porque predicando en una lengua, le entendian los oyentes de diferentes naciones y lenguas como si predicara en la de cada uno; y fué oido de dos millas léjos, de donde predicaba, de una mujer que por no haberla dejado ir su marido al sermon, se subió á un terrado de su casa á oirle. Sucedió asimismo que predicando en el campo á gran multitud de gente, se levantó repentinamente una gran tempestad de agua, truenos y relámpagos, y alterándose el auditorio, les dijo que se sosegasen; porque ninguno peligraria con aquel torbellino, ni se mojarian. Obedecieron al santo; y cayendo mucha agua al rededor, ninguno de los oyentes se mojó. Una vez, estando predicando de la cruz y pasion de Cristo nuestro Redentor, en un capítulo provincial, se le apareció el seráfico padre san Francisco, que estaba bien

léjos de allí, y habia venido milagrosamente por el aire, con los brazos extendidos en forma de cruz, como aprobando todo lo que san Antonio decia.

Por estos milagros y por la fuerza y eficacia divina de su predicacion, era tanta la gente que acudia á oirle, que no cabian ya en los templos é iglesias, y se salian á los campos, y se levantaban á media noche para tomar lugar y oirle, como á un apóstol. Los oficiales tenian cerradas las tiendas hasta pasado el sermon; y cuando se acababa, era necesario que algunos hombres valientes y robustos le tomasen en peso, y le defendiesen de la gente que venia á besarle la mano, y tocarle el hábito, para que no le ahogasen. Y en una cuaresma que predicó en Padua, se movió tanto aquella ciudad á llanto y penitencia, que muchos se juntaron, y desnudos se disciplinaron por las calles, pidiendo misericordia al Señor: y de aquella ciudad despues se escribió á otras, y dice, que quedó el uso de las disciplinas públicas, que se hacen la semana santa. Daba gran fuerza y eficacia el santo á sus palabras, con otras cosas muy extraordinarias, que Dios obraba por él: porque muchas veces se aparecia de noche en sueños á algunos, y les decia: Levántate, y confiésate con fulano de tal pecado que cometiste contra Dios, y haz penitencia; siendo el pecado tan oculto que solo Dios y el que le habia cometido lo sabian. Predicaba una vez en las honras de un rico muy avariento y dijo: Sabed que como dice Cristo nuestro Señor, donde está tu tesoro, está tu corazon: y así este rico avaro tuvo su corazon en su tesoro y allí le dejó. Id á sus cofres, donde tenia sus riquezas, y allí lo hallareis. Fuéron y hallaron el corazon del avaro entre la moneda, como el santo lo habia dicho.

No solamente en los sermones era admirable este santo; pero tambien en algunas confesiones que oia. Una vez vino un hombre gran pecador á confesarse con él, y traia tan gran sentimiento y dolor de sus pecados, y derramaba tantas lágrimas que no podia hablar. Díjole el santo: Pues no puedes hablar, escribe tus pecados en un papel y tráemelos. Trájolos; y hallâronse borrados. Otra vez vino otro que habia dado de coces á su madre, y acusóse de aquel grave pecado. Reprendióle el santo severamente y díjole: que el pié del hijo que habia herido á su madre, merecia ser cortado. Imprimiéronsele estas palabras en el corazon al penitente de tal manera, que acabada la confesion se fué á su casa y se cortó el pié: lo cual sabido por el santo, hizo oracion; y tomando el pié, le pegó con la pierna y le dejó sano. Haciendo san Antonio tan brava guerra al demonio con sus palabras y obras, no es maravilla que el demonio se la hiciese á él, y que procurase, si pudiera, acabarle, y estorbarle el fruto de su predicacion y doctrina. Una noche le quiso ahogar, y le echó mano á la garganta, y se la apretó fuertemente; y el santo varon se vió á punto de morir: mas invocando á nuestra Señora la Vírgen María, su especial abogada, y diciendo como pudo, aquel himno, que comienza: *O gloriosa Domina;* el demonio huyó. Otra vez hizo caer el tablado en que estaba el púlpito, donde san Antonio predicaba: pero sin daño de nadie, ni turbacion de los oyentes; porque el mismo santo les habia prevenido y avisado que no temiesen. Otra vez, estando san Antonio predicando, tomó figura y traje de caminante, y se llegó á una señora que le estaba oyendo, y le dijo que un hijo suyo era muerto. Vióle el santo desde el púlpito, y dijo á aquella señora que no creyese lo que aquel falso mensajero le decia; porque era el demonio, que la venia á desasosegar, para que no oyese ni se aprovechase del sermon, y que su hijo no era muerto, sino vivo; y con esto el demonio desapareció.

Aunque san Antonio y el demonio se hacian tan cruda guerra, el uno predicando y el otro inquietando su predicacion; pero mas sentia el comun enemigo las heridas que el santo le daba con su santidad y ejemplo de su vida, y con aquellas raras y esclarecidas virtudes, con que su ánima estaba adornada; porque de ellas, como de su fuente, salian los resplandores y ardores que en sus sermones derramaba. Dábase todo el tiempo que podia á la oracion y trato familiar con Jesus, el cual regalaba á su siervo con extraordinarios consuelos y visitaciones divinas. Y una vez entre otras, estando el santo una noche solo en su aposento, el huésped que le habia recibido en su casa, le estuvo acechando, y vió en el aposento una gran claridad: y mirando mas en ella, vió un niño hermosísimo, sobremanera gracioso, encima del libro, y despues en los brazos de san Antonio, y que el santo le abrazaba y se regalaba con él, sin poder apartar los ojos de su divino rostro. Supo despues el santo por revelacion divina, que el huésped habia visto aquel regalo, que le habia hecho el niño *Jesus*, y rogóle que no lo descubriese á persona alguna, mientras él viviese. Era muy blando y compasivo, especialmente con los que veia atribulados y afligidos de varias tentaciones del demonio. Revelóle Dios que un novicio suyo andaba muy acosado de Satanás, para que dejase el hábito y se volviese á las ollas de Egipto, y que estaba ya rendido y determinado á hacerlo. Enterneciόse é hizo oracion y lloró por él; y despues llamándole, le abrió la boca con sus manos, y soplando en ella, le dijo: Recibe el Espíritu Santo: y con esto el novicio quedó libre de su tentacion, y persevero en su santa vocacion. Otra vez, estándo en un monasterio en Francia, vino á él un monge muy congojado y casi desesperado, por una molestísima tentacion de carne, que no podia vencer ni con oraciones, ni con ayunos y penitencias, ni con el uso de los santos sacramentos, ni con otro remedio alguno. Confesóso con san Antonio; y el bienaventurado padre, llamándole á parte, desnudóse la túnica que traia, y mandó al monge que se la vistiese; y haciéndolo así, se sosegó aquella terrible tempestad, y las ondas turbulentas de los apetitos sensuales se aquietaron, y su alma quedó con tan grande tranquilidad y bonanza, que nunca mas sintió molestia ni tentacion de ella. Fué tan obediente y tan puntual en la observancia de las reglas y estatutos de su órden, que una vez estando predicando el jueves en la noche en una iglesia, cantando sus frailes á aquella misma hora en su convento maitines, en los cuales él habia de cantar una leccion; cuando llegó el tiempo de decirla, apareció en el coro, y la cantó, estando en el púlpito y callando el tiempo que cantó la leccion. Otra vez le sucedió otro caso semejante: porque habiéndole mandado la obediencia cierto oficio del coro, y habiendo él ido á predicar en aquella misma hora, sin acordarse de avisar al prelado, que encomendase aquel oficio á otro; estando predicando se acordó de aquella falta, y reclinado en el púlpito, y cubriendo su cabeza con la capilla, se estuvo quedo; y en aquella misma hora fué visto en el coro cantando y

haciendo el oficio que le habia sido mandado por el prelado : que es señal de la puntualidad que tenia este santo varon en la obediencia, y que para manifestar y dar ejemplo á los religiosos de imitarla, obraba el Señor tan grandes y particulares maravillas. Podemos juntar con esto el gran zelo que tuvo este glorioso padre de la observancia de su instituto, y lo mucho que hizo y padeció, para que no se relajase la regla y modo de vivir que su padre san Francisco les habia dejado : porque siendo ministro general de la órden Fr. Elías, hombre mas de prudencia y negociacion del siglo, que hijo y heredero del espíritu de san Francisco, comenzó á relajar la órden é introducir nuevos usos y costumbres contrarias á la probreza evangélica y á la pureza y santidad que su padre y sus primeros compañeros habian profesado : á los cuales, porque le resistian, persiguió y afligió con muchas y varias molestias y penas : y san Antonio, como caudillo y hermano de los demás, se le opuso ; y queriéndole Fr. Elías prender, se le escapó, y apeló de su sentencia al papa Gregorio IX, y delante de su santidad le convenció y le hizo callar; y fué parte para que le quitase el sumo pontífice el cargo de ministro general, y le diese á otro que tuviese el primitivo espíritu de su santo fundador, y procurase conservarle en aquella religion que Dios habia instituido para tanto bien del mundo.

No solamente mostró el bienaventurado san Antonio este zelo y fortaleza en la guarda y pureza de su religion; sino tambien en otras muchas cosas graves que se le ofrecieron : entre las cuales fué una muy notable, la que le sucedió con Encelino, tirano de Padua, y de otras ciudades de Lombardía. Era este tirano uno de los mas espantosos y fieros monstruos que ha habido en el mundo, y mas leon ó tigre que hombre : porque dejando las demás cosas, en que manifestó su crueldad; en una sola vez mandó matar con exquisitos y diversos géneros de muertes á once mil paduanos que tenia en la ciudad de Verona, soldados y ministros suyos, por haber entendido que se le habia rebelado la ciudad de Padua. A este tirano y enemigo de la naturaleza humana fué san Antonio, y con ásperas y severas palabras, sacadas de aquel pecho encendido en amor divino, le reprendió y le afeó sus desafueros y maldades, y le amenazó con la ira divina y con el fuego eterno que le estaba aparejado : y aguardando los soldados de Encelino que les mandase matar al santo, como lo solia hacer con los otros que le daban algun disgusto; él tomó su cinto y se le puso al cuello, y se puso á los piés de san Antonio, prometiendo enmendarse, aunque no lo hizo; y la causa de esta mudanza en este tirano fué el haber visto salir del rostro de san Antonio, cuando hablaba, un resplandor divino que le hizo temblar, y como azogado, hacer lo que hizo.

Esta tan grande magnanimidad y constancia que tenia este santo, nacia del menosprecio de todas las cosas de la tierra, y de tener fijo el corazon en el cielo ; y por esto no temia muerte, ni deseaba vida, ni codiciaba los bienes caducos y frágiles que el mundo le podia ofrecer ; y así le sucedió con el mismo tirano Encelino, que habiéndole enviado un rico y magnífico presente con palabras muy humildes y amorosas, no le quiso el santo recibir ; ántes se enojó con los que le traian, mandándoles luego salir de allí, porque no cayese sobre él la casa en que estaba. Y valióle al santo la vida el no haber tomado el presente : porque el tirano habia mandado á sus criados que si le aceptase luego le matasen ; que parece sabia san Antonio por revelacion divina lo que Encelino les habia mandado: y no es maravilla : porque entre los otros grandes dones de Dios que tuvo, fué el de la profecía, como se ve en dos cosas, que entre otras le sucedieron. La una, que dijo á una señora, que se habia encomendado á él en sus oraciones : que Dios le daria un hijo, que seria grande en la Iglesia del Señor, y fraile menor, mártir y padre espiritual de muchos mártires, á los cuales animaria al martirio con su predicacion, y así se cumplió. La otra es, que en una ciudad de Francia habia un escribano, hombre perdido y de malísima vida, al cual, cuando le topaba en la calle, el santo inclinaba la cabeza, y con las rodillas en tierra le hacia grande reverencia : y como un dia hiciese esto mas particularmente, el escribano se enojó, pensando que hacia burla de él, y le dijo : que si no fuera por temor de Dios, que le hubiera echado la espada por el cuerpo. San Antonio con blando y sereno rostro le respondió, que no se maravillase, que le hiciese aquella reverencia ; porque le hacia saber, que él habia deseado y pedido á Dios con gande instancia, le pusiese en el número de sus santos mártires, y que ya que él no habia merecido tan grande merced, deseaba honrar á los mártires : y porque Dios le habia revelado que él lo habia de ser, le hacia aquella honra y acatamiento. Rióse el escribano, y burlóse del santo, é hizo donaire de lo que le habia dicho ; porque tenia otros pensamientos y cuidados muy diferentes.

Pero no pasó mucho tiempo que este hombre, en compañía del obispo de su ciudad que iba á predicar, navegó á la Tierra Santa : y oyendo un dia predicar con tibieza al obispo, él se encendió de manera, que como lo hizo san Vicente, mártir, con san Valerio, obispo, tomó el escribano la mano, y con grande espíritu y fervor dijo tan altas cosas de la excelencia de Cristo, y de las abominaciones del falso profeta Mahoma, que fué preso, y atormentado por tres dias, y al fin muerto : y cuando le llevaban á degollar, se acordó de la profecía de san Antonio, y la descubrió á los que allí estaban.

Los milagros que san Antonio hizo en vida y en muerte son innumerables, y para referirlos seria menester una larga historia. Algunos de ellos quedan aquí referidos: los que mas por extenso los quisieren ver, los hallarán en la crónica de la órden del glorioso padre san Francisco. Uno solo no quiero yo dejar de escribir, por ser tan raro y tan maravilloso, en que mostró Dios cuán grandes eran en sus ojos los merecimientos de este santo; y el mismo santo el respeto y amor que tenia y debia á su padre : porque dos veces vino de Italia á Lisboa para socorrerle y librarle del peligro de perder la honra y la vida : y fué así : que habiendo su padre tenido cargo de algunas cosas del rey de Portugal, y como hombre llano y sin malicia dádolas á los oficiales del mismo rey, sin tomar cartas de pago por fiarse de ellos ; al tiempo de dar las cuentas ellos negaron lo que habian recibido, y su padre se vió muy fatigado y sin remedio humano; mas no le faltó el divino ; porque habiendo sido citado para dar razon de sí delante de los del consejo de hacienda del rey, al mismo punto que ellos se habian juntado para oir al padre de san Antonio y decidir aquella causa ; el mismo santo súbitamente entró en la sala en que estaban, y con palabras graves dijo á los oficiales del rey : Tomad luego en cuenta á este hombre

lo que os entregó de la hacienda del rey, en tal dia, en tal hora, y en tal lugar, y en tales cosas, y en tal moneda, y delante de tales personas, y si no lo hiciéredes, ofendereis á Dios, y él os castigará gravemente. Quedaron asombrados los oficiales reales, y dieron luego carta de pago y finiquito al desconsolado padre de san Antonio; y él desapareció y no fué mas allí visto. Otra vez fué acusado falsamente su mismo padre de haber muerto á un hombre: y estándose ya para ejecutar la sentencia de muerte que se habia dado contra él y contra algunos criados suyos, san Antonio, que estaba en Padua, supo por revelacion de Dios el peligro de su padre, y pidiendo una tarde licencia á su guardian para ir un poco de camino fuera de la ciudad, aquella misma noche fué llevado de algun ángel, como otro Habacuc, ó san Felipe el diácono, de Padua á Lisboa, y se fué luego por la mañana al corregidor, rogándole por las entrañas de Jesucristo, que no hiciese morir aquellos hombres inocentes. Y como el corregidor no quisiese revocar la sentencia, el santo resucitó al muerto, y delante de la justicia le preguntó, si aquellos hombres que allí estaban y llevaban á ajusticiar tenian culpa en su muerte; y él respondió que nó. Y no quiso preguntar al resucitado quién le habia muerto, como pretendian los ministros de la justicia; porque él no habia venido para condenar al culpado, sino para librar al inocente, como lo era su padre: el cual por este milagro quedó libre; y el resucitado se volvió á la sepultura, y el santo á Padua con la misma presteza que habia venido: y toda la ciudad de Lisboa, y las demás ciudades y provincias en que este caso se supo, alabaron al Señor, por lo que obra en sus santos, y porque, aunque á las veces deja padecer al inocente, y que los jueces se engañen en sus probanzas y juicios, cuando conviene vuelve por la verdad.

Vuelto que fué san Antonio á Padua de esta jornada tan maravillosa como piadosa, atendia, como ántes, á su predicacion, y á ganar almas para Dios, é hízolo aun con mas fervor la postrera cuaresma que vivió: en la cual fué increible el fruto que hizo y las copiosas mieses que recogió en las trojes del Señor. Pasada aquella cuaresma, quedando el santo flaco y cansado, y con poca salud, por los muchos y continuos trabajos y penitencias, y queriendo descansar un poco y darse mas á Dios, y aparejarse con mas oracion para su gloriosa vista, y entendiendo que se acababa ya el tiempo de su peregrinacion, y se acercaba el del premio y galardon eterno; se retiró con dos compañeros, varones perfectos, á un lugar solitario, y estando en él, se comenzó á enflaquecer y aumentársele una recia enfermedad, de la cual finalmente, despues de haber recibido con singular devocion los sacramentos de la Iglesia, y rezado con los frailes los siete salmos, y dicho por sí solo á nuestra Señora el himno: *O gloriosa Domina;* por su intercesion y favor vió á nuestro Señor Jesucristo, y hablando interiormente con gran sosiego con él, dió su alma bienaventurada al mismo que la habia criado para tanta gloria suya y bien de su Iglesia.

Quedó el cuerpo del santo como dormido, y con vivo color, como si no fuera muerto, y con sus miembros blandos y flexibles, como cuando era vivo. Murió á los 13 de junio de 1231, y á los treinta y seis de su edad: de los cuales quince estuvo en casa de sus padres, once en la órden de los canónigos reglares de san Agustin, y diez en la de los frailes menores. El mismo dia en que murió, queriendo sus frailes encubrir su muerte, para poderle enterrar en su iglesia, sin contradiccion de la ciudad de Padua, los niños y muchachos de ella comenzaron á andar por toda la ciudad, movidos de Dios, dando voces y diciendo: «Muerto es el santo, muerto es el santo:» con cuyas voces toda aquella ciudad se espantó, y entendió que san Antonio era ya muerto, y por ventura de aquellas voces tuvo orígen el llamarle, nó san Antonio, sino el Santo; que este nombre tiene hoy dia san Antonio en la ciudad de Padua, y en ella ir al Santo, ó venir del Santo, es ir ó venir á la iglesia de San Antonio.

Fueron tantos y tan esclarecidos los milagros que Dios hizo por san Antonio despues de su muerte, que todos los enfermos de cualquiera enfermedad, que venian á su santo cuerpo, recibian salud si se confesaban ántes de llegar á su sepultura, y sino, nó: y por ser tan notorios, luego al año siguiente de 1232, el papa Gregorio IX, estando en la ciudad de Espoleto, en la pascua de Pentecostés, le canonizó y puso en el catálogo de los santos. En aquel dia sucedió en Lisboa (sin saber que en él habia sido canonizado el santo) una cosa rara y maravillosa, con que parece que el cielo y la tierra quisieron celebrar la fiesta de su canonizacion: porque todas las campanas de la ciudad se tañeron por sí mismas, sin saberse la causa de aquella tan grande novedad: y los hombres y las mujeres salian de sus casas, dando saltos de placer, y todo el pueblo andaba como fuera de sí, de alegría y regocijo, moviéndolos el Señor para testificacion de la gloria de su santo, como á natural de aquella real ciudad: y notándose el dia, despues se supo que habia sido el mismo de su canonizacion.

Extendióse por todo el mundo la fama de la santidad, gloria y milagros de san Antonio: y especialmente por las ciudades de Italia y Francia, donde él habia predicado, cobrándole grandísima devocion, acudiendo á él en todas sus necesidades, y yendo en romería á su sepulcro, y ofreciéndole ricos y preciosos dones: pero la que mas se señaló en la devocion del santo, fué la ciudad de Padua, que le edificó un muy suntuoso templo, y cada año celebra su fiesta, y hace una procesion solemnísima en honra suya, en la cual se llevan con gran pompa y aparato sus reliquias, y muchas ciudades, hechas de plata, de gran precio y valor, que las mismas y verdaderas ciudades, representadas por las de plata, ofrecieron al santo, por haber alcanzado del Señor por su intercesion lo que le pedian, estando afligidas y apretadas con alguna pública calamidad. Y tiene la ciudad de Padua por tan propio y tan particular patron á san Antonio, que habiendo sido natural de Lisboa, no se llama comunmente sino san Antonio de Padua; y el bienaventurado santo ha favorecido siempre y favorece á aquella ciudad: y estando una vez oprimida del cruel tirano Encelino, la libró de sus manos, y salió de su sepulcro una voz tan clara y sonora, que dijo á fray Bartolomé Coradino, que era guardian de aquel convento, y estaba de noche llorando delante del santo, por las miserias que toda la ciudad de aquel tirano padecia: que supiese cierto, que el dia octavo despues de su fiesta seria consolada, y quedaria libre la ciudad: y así se cumplió como lo dijo.

Treinta y dos años despues de la muerte de san Antonio, trasladaron su santo cuerpo al templo donde ahora

está, siendo ministro general de la órden del seráfico padre san Francisco san Buenaventura, que estuvo presente: y habiéndose hallado la lengua de san Antonio tan entera y fresca como si estuviera vivo, san Buenaventura la tomó en las manos, y bañado en lágrimas, con entrañable devocion, dijo estas palabras: O lengua bendita, que siempre alabaste á Dios, y fuiste causa que otros le alabasen: bien se ve ahora de cuánto merecimiento eres, delante del que para tan alto oficio te formó. Y besándola con mucha suavidad y reverencia, la colocó en la sacristía de aquel sagrado convento. La vida, muerte, traslacion y milagros de este santo se escriben copiosamente en las Crónicas de la órden de san Francisco: y todo lo que se dice es poco, para lo mucho que se podia decir de él.

Tiene el pueblo cristiano por abogado á san Antonio para las cosas perdidas; y vense muchas veces maravillosos efectos. Al mismo santo le sucedió, que habiendo un novicio de su órden huido y dejado el hábito, y hurtado un salterio de mano glosado, por el cual el varon de Dios estudiaba para leer á los frailes la sagrada Escritura; se puso luego en oracion, suplicando á nuestro Señor que le restituyese su libro: y al pasar de un rio el demonio se puso delante del novicio con una espada en la mano y díjole, que se volviese luego al convento y restituyese á san Antonio su libro; porque si no lo hacia allí lo mataria: y díjoselo con un semblante tan severo y terrible, que el novicio despavorido dió la vuelta á su casa, y restituyó al santo el libro que se habia llevado, y pidió de nuevo el hábito de su santa religion.

* Santa Felícula, vírgen y mártir.—El triunfo de esta santa fué en Roma en la via Ardeatina; la cual no queriendo casarse con Flaco ni sacrificar á los ídolos, fué entregada á un juez, quien viéndola constante en confesar á Jesucristo, la encerró en una oscura cárcel donde padeció grande hambre, y despues poniéndola en un potro, mandó descoyuntarla con tal crueldad que murió en el tormento. Su cuerpo fué arrojado á una cloaca; pero san Nicomedes lo sacó de aquel lugar indigno y le dió sepultura en la misma via Ardeatina. Ocurrió el martirio de esta ilustre vírgen durante el reinado de Domiciano.

Los santos Fortunato y Luciano, mártires.—Derramaron estos santos su sangre en compañía de otros seis en un lugar de África, cuyo nombre se ignora, como asimismo la época y las circunstancias del martirio.

Santa Aquilina, vírgen y mártir.—Nació y fué bautizada en Bili de Palestina por unos sacerdotes que predicaban por todas partes las verdades de la fé, á pesar de la horrible persecucion que afligia entonces á aquella Iglesia. Habiendo quedado huérfano á la edad de nueve años, se aplicó aun con mas esmero al amor de las cosas celestiales y á la práctica de las mas puras virtudes. Su delicia era platicar con los ancianos y los sacerdotes sobre la doctrina de Jesucristo, dejando á todos prendados con la abundancia de dones que revelaba poseer su tierno corazon. Era Aquilina la gloria y el encanto de cuantos cristianos tenian la dicha de tratarla, por su cándida virtud y por su deseo vehemente de unirse con el esposo celestial. Pero no tardó mucho en lograrlo: Dios, que se complacia en las caricias de aquella tierna y purísima criatura, permitió que el tirano, celoso de la manera con que aquella criatura cautivaba los corazones, la llamó á sí, y despues de haber agotado todos los recursos de halago, seduccion y amenaza, la mandó abofetear bárbaramente, pensando que una criatura tan débil no podria aguantar los malos tratos. Se engañó torpemente la divina niña que apenas contaba doce años de edad, se mostró tan valerosa y constante como el mas esforzado atleta, y desafiando las iras y enojos de Volusiano, le desafiaba á vencer el valor que Dios le inspiraba. En seguida fué azotada y punzada con aleznas encendidas, y finalmente degollada por los años de 293, consagrando así su virginidad con el martirio.

San Peregrino, obispo y mártir.—Era obispo del Abruzzo cuando entraron en él los lombardos. Habiéndose opuesto el santo á las profanaciones con que querian manchar el santuario, lo cogieron aquellos bárbaros y le hicieron morir ahogado en el rio Pescara, por los años de 600.

San Fandila, presbítero y mártir.—Fué natural de la ciudad de Córdoba en España: varon educado en la piedad desde sus primeros años, y que habiendo seguido con grande aprovechamiento los estudios eclesiásticos, fué promovido á las órdenes sagradas. Disgustado de los peligros y vanidades del mundo, lo dejo para retirarse á un monasterio llamado de San Salvador, donde vivió con grandísima penitencia por espacio de algunos años. Cuando los moros que se apoderaron de Córdoba se encarnizaron contra los cristianos, Fandila se hallaba allí, y fué uno de los que prendieron para hacerles abjurar su religion. Pero el santo no solo se negó á tal exigencia, sino que exhortó y animó tan eficazmente á sus compañeros á perder la vida ántes que la religion, que muchos debieron á estas exhortaciones el perseverar con constancia hasta alcanzar la corona de su martirio. San Eulogio, en su *Memorial de los Santos*, hace tantos elogios del monge y mártir Fandila, que en aquella cruel persecucion de los moros aparece siempre este santo como un astro de primera magnitud, y como uno de los mas insignes mártires de la Iglesia de España. Puesto en la cárcel donde se le hicieron sufrir toda clase de penalidades, pasaba el tiempo en glorificar á Dios, en cantar divinas alabanzas, y en escribir á sus hermanos que se hallaban en igual caso que él, cartas llenas de uncion, de dulzura, y sobre todo de fuego santo para despreciar la vida y todas las glorias del mundo, con el solo objeto de poseer á Jesucristo. Por fin, permaneciendo constante en sus propósitos, cansados los moros de hacer dolorosas pruebas sobre su sagrado cuerpo, á fin de vencerle y abjurar sus creencias, le sacaron un dia á la plaza pública, y allí suspendiéndole de un altísimo palo, le quitaron la vida por medio de un martirio prolongado que al fin le proporcionó la corona de la gloria, el dia 13 de junio del año del Señor 853. Su cuerpo fué despues recogido por los fieles y se conserva todavía en la misma ciudad de Córdoba, donde ha obrado grandes y numerosos milagros.

San Trifilo, obispo y confesor.—Natural de la isla de Chipre, y obispo de Leucosia en la misma isla. Fué discípulo de san Espiridion, que le dedicó al monasterio sagrado, y le enseñó las reglas para llegar á ser un sacerdote perfecto, doctrina que aprendió Trifilo con tanto aprovechamiento, que por sus virtudes llegó á ser elevado á la dignidad de obispo, y luego fué ejemplar de pastores y de prelados. Asistió á algunos concilios de Asia y de Italia, y estuvo particularmente dotado de la gracia de hacerse suyos los corazones de los que le oian. Su erudicion y su

ciencia le granjearon un lugar distinguido en todas las asambleas en que se halló, y por su virtud y sus milagros fué tan respetado y tan querido, que sus diocesanos no le llamaban mas que el padre y el director de todos. Su muerte, acaecida en medio de su rebaño por los años 370, fué tan sentida, que por mucho tiempo quedó su cadáver insepulto, por no quererlo perder de vista sus inconsolables diocesanos.

DIA 14.

SAN BASILIO MAGNO, DOCTOR DE LA IGLESIA Y OBISPO DE CESAREA.—La vida de san Basilio, obispo de Cesarea y doctor de la Iglesia, fué tan rara y tan admirable, que mereció que los mas insignes doctores y lumbreras de la Iglesia la alabasen con tan grandes encarecimientos, que todo lo que dicen les parece poco, para lo mucho que de ella se puede decir. Toda la antigüedad le dió el título de *Magno*: y con mucha razon; porque verdaderamente fué grande en todas sus cosas; grande su ingenio, grande su elocuencia, grande su sabiduría, grande su santidad, grande su celo y fuerza contra los herejes, grandes sus milagros: finalmente toda su vida y su muerte fueron de un perfectísimo y celestial varon. La historia de su vida se ha de sacar principalmente de lo que el mismo santo escribió de sí, de las oraciones que hicieron en su alabanza despues de su muerte, san Gregorio Niseno, su hermano, y san Gregorio Nazianceno, su fidelísimo compañero y amigo, y de lo que san Gerónimo, Anfiloquio, obispo de la ciudad de Iconio, Heladio, obispo de Cesarea, y su sucesor, Metafraste, el cardenal Baronio, Suidas y otros autores graves, han dejado escrito de este santísimo doctor.

Nació san Basilio en una ciudad llamada Helenoponto, de la provincia de Ponto. Su padre se llamó Basilio, como el hijo, y su madre Eumelia. Fueron muy nobles y muy ricos santos, y de ellos hace conmemoracion el Martirologio romano á los 30 de mayo: y échase bien de ver la santidad de los padres en la santidad de sus hijos, y la bondad del árbol, en la suavidad y bondad del fruto; porque tuvieron diez hijos, de los cuales la mayor de todos sus hermanos fué Macrina, santísima doncella, que habiendo sido desposada de doce años, y muértosele el esposo ántes de las bodas, consagró su virginidad al Señor, y vivió con grande recogimiento encerrada en un monasterio: de los otros no sabemos los nombres, sino de cuatro solos varones, Basilio Magno, de quien tratamos, Gregorio, obispo de Nisia, Pedro, obispo de Sebaste y Naucrabio, que fué monge; y todos señalados en la entereza y perfeccion de la vida cristiana. De Macrina hace conmemoracion el Martirologio romano á los 19 de junio: de Gregorio Niseno, á los 9 de marzo; y de Pedro á los 9 de enero. Sus abuelos paternos padecieron grandes persecuciones y fatigas por la fé de Cristo, y en tiempo de Galerio Maximiano, cruelísimo tirano y enemigo capital de nuestra santa religion, estuvieron siete años escondidos en un monte con gran pobreza y necesidad. Pasaban muchas heladas y grandes frios, dormian al sereno sobre el suelo, comian un pedazo de pan, carecian de todo regalo corporal, llevando con gran paciencia y alegría sus trabajos por no ponerse en peligro de negar la fé, ni querer ellos ofrecerse de suyo á los tormentos, hasta que el Señor les entregase en manos de los que les buscaban y perseguian: y fué cosa maravillosa, que no teniendo ellos qué comer sino muy escasa y pobremente, por voluntad del Señor venian á la cueva donde estaban grandes manadas de gamos y venados, y se ponian en sus manos, y ellos mataban los que habian menester para sí y para sus criados; y finalmente murieron con gran fortaleza y constancia por la confesion de Jesucristo: de manera, que el linaje de san Basilio fué linaje de santos, los abuelos santos, los padres santos, y santos los hermanos, y Basilio sobre todo santísimo, á quien, como él mismo escribe, crió su abuela Macrina, madre de su padre, que habia sido discípulo de san Gregorio, obispo de Neocesarea (llamado por la muchedumbre y grandeza de milagros Taumaturgo): de la cual como de santa hace conmemoracion el Martirologio romano á los 14 de enero. A esta abuela llama san Basilio ama y maestra suya en la fé, y se precia de haber mamado aquella leche y conservado la doctrina que ella le habia enseñado. Y no debia de ser de ménos santidad la otra Macrina, nieta de esta, que llaman la Menor y hermana de san Basilio; pues Gregorio Niseno, hermano de ambos, confiesa haber aprendido de ella los mas altos misterios y secretos de nuestra santa fé, los cuales, dice, que no se pueden ver sino con ojos limpios, ni comprender sino con el corazon purgado.

Fué san Basilio de alto y delicado ingenio, de grave y maduro juicio, y en sus costumbres muy compuesto; tanto, que en su tierna edad parecia viejo en el seso. Aprendió las letras humanas peritísimamente, primero en Cesarea, y despues en Constantinopla, de donde vino ya docto y bien cultivado á Atenas, como á la madre de todas las ciencias, y halló á Gregorio Nazianceno, con quien trabó muy estrecha y cordial amistad; porque eran los dos muy parecidos, no ménos en la virtud y costumbres, que en el ingenio y estudios: en los cuales se ocuparon muchos años con mucha diligencia y cuidado, y alcanzaron fama de sapientísimos varones en todo género de letras. Despues de haberlas enseñado en Atenas san Basilio, por inspiracion divina y por consejo de su hermana Macrina, se resolvió á entregarse totalmente al estudio de la sagrada Escritura: y dejando á Gregorio en Atenas, se fué á Egipto para ver y comunicar con un grande teólogo llamado Porfirio, que era abad de un monasterio, y estuvo con él un año entero, gozando de su conversacion y aprovechándose de su erudicion. Era Basilio robusto de complexion; mas por su estudio tan continuo, por la oracion fervorosa y perseverante, y por la grande penitencia que hacia, comiendo solamente unas yerbas y bebiendo un poco de agua, se vino á enflaquecer y perder la salud. Vínole devocion de ver la ciudad de Jerusalen y visitar los santos lugares en que se habia obrado nuestra redencion; y tomando la bendicion de Porfirio se partió de Egipto para hacer esta piadosa jornada. Mas porque en Atenas habia tenido por maestro á Eubulo, filósofo excelente y famoso, quiso verle, y tentar, si le podia arrancar de los cuidados vanos, y deseos impertinentes y esperanzas engañosas del siglo en que Ebulo estaba entretenido y ocupado, y sucedióle como deseaba; porque hallándole disputando entre otros filósofos, y estando tres dias con él en su casa, de tal manera le habló y persuadió que se abrazase con Jesucristo y le siguiese, que vendió luego su hacienda y la dió á los pobres, y se fué á Jerusalen en compañía del mismo Basilio, con intento de bautizarse ambos en el rio Jordan.

En este camino les sucedió, que pasando por Antioquía, posaron en casa de un huésped honrado, que tenia un hijo estudiante, discípulo de Libanio Sofista, que tambien habia sido maestro de san Basilio, el cual viendo al mozo triste y pensativo, le preguntó la causa de aquella tristeza: y como el estudiante le respondiese, que su maestro le habia dado unos versos de Homero para que los declarase, y que no los entendia ni acertaba á hacerlo, y que esta era la causa de su congoja: san Basilio se los declaró y le dió la declaracion por escrito, y fué tal, que espantó á Libanio, á quien parecia que ningun hombre mortal sino él, podia desenvolver ó interpretar cosa tan enmarañada y dificultosa, y salir de aquel ciego laberinto. Y sabiendo del estudiante, que un huésped que estaba en su posada le habia dado aquella explicacion, se fué á ella, y reconoció á Basilio y á Eubulo, y los llevó á su casa, y los quiso regalar con mesa espléndida y de varias viandas: pero ellos se contentaron con agua y pan, que era su ordinario manjar. En pago del buen tratamiento que les hizo Libanio, quiso Basilio persuadirle, que diese de mano á la vana ostentacion de la elocuencia, y á la perniciosa supersticion de los dioses, y que se convirtiese al conocimiento del verdadero Dios y Redentor del mundo Jesucristo: pero Libanio, cerrando los oidos á la voz de Dios, dijo, que aun no era venida su hora; y se quedó en su ceguedad: aunque rogó á Basilio que enseñase á sus discípulos, que para esto mandó juntar los caminos de la verdadera filosofía, y les diese preceptos para ser doctos y virtuosos; y así lo hizo.

Díjoles que guardasen la castidad, y con ella la limpieza del alma y la pureza del cuerpo: que su andar fuese sosegado y grave: sus palabras bien compuestas y bien pronunciadas; y su comer templado; que delante de los viejos callasen; y cuando hablaban los sabios estuviesen atentos: á los mayores fuesen obedientes y sujetos; y con los inferiores é iguales, caritativos y amorosos: que hablasen poco y oyesen mucho, y huyesen de ser parleros y porfiados: que no fuesen fáciles en la risa, ni desenvueltos y livianos, sino compuestos, modestos y vergonzosos, andando con los ojos bajos y con los corazones puestos en el cielo: que menospreciasen todas las honras vanas del siglo, y no pretendiesen grados y magisterios, sin tener partes para ello: que hiciesen á todos el bien que pudiesen, y esperasen el premio del Señor. Estos documentos en suma dió san Basilio á los discípulos de Libanio, y despidiéndose de él y de ellos, prosiguió con su compañero Eubulo su camino á Jerusalen. Allí los dos bienaventurados peregrinos, con gran ternura y devocion visitaron los santos lugares, y hablaron á Máximo, obispo de aquella ciudad: el cual, conociendo lo que debajo de aquel pobre sayal y vestido humilde que traian estaba encubierto, se fué con ellos al rio Jordan para bautizarlos. Al tiempo que bautizaba á san Basilio, bajó una llamarada de fuego del cielo, y de ella salió una paloma, que tocó con sus alas las aguas, y luego voló á lo alto, dejando llenos de admiracion y temor á los que estaban presentes. Bautizó tambien Máximo á Eubulo, y ungió con óleo santo, y vistió á los nuevos bautizados la ropa de Cristo, y luego les dió la sagrada comunion con gran consuelo de los que la recibian y de todos los circunstantes.

Acabada su peregrinacion volvieron á Antioquía, donde Melecio, obispo, ordenó de diácono á Basilio; y él comenzó á predicar y derramar los rayos de su luz y doctrina, con tan gran fervor y eficacia, que encendia y trocaba los corazones de los hombres con sus palabras, y mas con el ejemplo de su vida. Anduvo predicando por muchas partes, alumbrando los pueblos, y moviéndolos al menosprecio del mundo y al amor de la virtud. Llegó á Cesarea, y allí hizo el mismo fruto que habia predicado: y fué ordenado de presbítero por mano de Hermógenes, obispo de Cesarea: el cual acabó el curso de su peregrinacion, y tratando de darle sucesor, la gente celosa y virtuosa puso los ojos en Basilio, que con tanta fama de vida y doctrina resplandecia sobre todos los demás; pero por negociacion de algunos sucedió á Hermógenes Eusebio, varon católico y de buenas partes; pero algo vano y tocado de envidia, y que por ver á san Basilio con grande aplauso y opinion, se disgustó con él, y le dió ocasion para que ejecutase lo que habia pensado, de huir y esconderse, por no ser compelido á ser obispo y aceptar aquella dignidad; y así con mucha paciencia, modestia y humildad, se retiró á un desierto del Ponto, llamado Mataya, á la ribera del rio Irede, y allí vivió algunos años en compañía de san Gregorio Nazianceno un género de vida tan admirable y perfecta, que mas parecian ángeles venidos del cielo, que hombres nacidos en la tierra y vestidos de cuerpo mortal. El mismo san Gregorio en la epístola octava pinta la aspereza de vida que hacian en una choza sin puertas, ni ventanas y sin hogar. La comida y bebida era un perpetuo y estrecho ayuno: y si Eumelia, madre de san Basilio, no los socorriera y enviara de comer, allí acabaran su vida de hambre. Allí se juntaron con Basilio muchos monges, y allí los instruyó y les escribió las reglas y documentos que debian guardar, yendo él con su ejemplo delante de todos, y enseñándoles mas con obras que con palabras: de suerte, que aunque san Basilio no fué autor é instituidor de los monasterios y monges, fué su maestro é ilustrador; y de él como de fuente, bebieron los que despues escribieron reglas de religiones y fueron padres de ellas. Allí Basilio y sus monges en el yermo fueron perseguidos de los herejes con falsas acusaciones y calumnias; porque siendo muerto san Musonio, obispo de Neocesarea, varon perfectísimo, y tratándose de elegir en su lugar prelado digno de tal predecesor, y de los otros santos obispos que habian tenido aquella silla desde san Gregorio Taumaturgo; muchos juzgaron que san Basilio era el mas digno de todos, y el que mas convenia para aquella dignidad: lo cual sintieron los herejes sobremanera, así por ser la doctrina de Basilio tan contraria á sus errores y engaños, como porque para sí la pretendian, siendo tan indignos de ella, y temian que no la podrian alcanzar, siendo su competidor san Basilio. Por esta causa no le perdonaron con sus lenguas maldicientes, ni á los santos monges que tenia en su compañía, porque les hacian guerra con su vida, y ellos se cegaban con su desacostumbrada claridad. Alumbró san Basilio, como un sol espiritual, aquellas naciones del Ponto, y convirtió innumerables gentes ciegas al conocimiento de Jesucristo. Pero como en tiempo del emperador Valente, arriano, la herejía con su favor, como un furioso incendio, abrasase todas las partes de Oriente, y en Cesarea hiciese grande riza y estrago en la fé católica, no le sufrió el corazon á san Basilio estarse en su quietud y soledad, en tiempo que la causa de Dios pedia, que como bueno y leal soldado, saliese á su defensa: y así pos-

puesto todo su contento, y sin tener cuenta con las ocasiones de disgusto, que Eusebio, obispo cesariense, le habia dado, se vino á Cesarea, para oponerse al ímpetu furioso de los enemigos de Cristo; y fué tan extremada su caridad, modestia y prudencia que ganó á Eusebio, y le obligó tanto con sus buenas obras y beneficios, que estimó y reverenció en tan gran manera á san Basilio, que despues no sabia hacer cosa sin su consejo y direccion. Fué nuestro Señor servido que muriese Eusebio, y que el clero y pueblo se inclinase á tomar á Basilio por su pastor: y él, puesto que por no serlo se escondió y fingió que estaba enfermo, al cabo se rindió á la voluntad de Dios, por persuasion de san Gregorio Nazianceno, y lo aceptó por juzgar que tendria mas fuerza y autoridad para amparar y apacentar aquel ganado de Cristo, y resistir y ahuyentar los lobos que por tantas partes le rodeaban y procuraban despedazar.

Sucedió una hambre cruelísima en la ciudad de Cesarea: la cual por ser apartada del mar y por haber mucha carestía en toda aquella comarca, no podia ser socorrida. Los ricos apretaban la mano: los mercaderes no vendian sus mercaderías: los oficiales no tenian en que pagar un pan: los pobres hambrientos, desalentados y transidos, daban gritos por las calles, y parecian mas estatuas que hombres vivos: pero el santo acudió con su caridad á esta necesidad. Vendió todas las posesiones y bienes que tenia: daba de comer á los pobres con sus propias manos, y hasta á los hijos de los judíos sustentaba: comenzó á predicar de la limosna en los templos, en las plazas, en las calles, y en las mismas casas, exhortando á todos que no perdiesen tan buena ocasion para ganar con sus limosnas el cielo: que se acordasen que lo que se daba al pobre se daba á Cristo: y que el rico avariento por no haber dado á Lázaro una migaja de pan, no alcanzó en el infierno una gota de agua: y que el que puede socorrer al pobre que se muere de hambre y no le socorre, le mata; y que la limosna es el rescate de nuestros pecados, y lo que el aceite en la lámpara, y el sol en el dia, y la primavera en el año, y el alma en el cuerpo: que es la llave del paraiso, el árbol de la vida, el tesoro escondido en el campo, la piedra preciosa, de la cual habla el Evangelio, y aquella semilla que sembró Isaac, que dió ciento por uno, el aceite de la Sunamite, que se multiplicó en los vasos, y la harina de la viuda Sarephtana que nunca falta, la escala de Jacob que estando en tierra llega hasta el cielo, el ungüento de la Magdalena que tanto agradó á Cristo, la guia que llevó los magos á adorar al niño Jesus, la fuente de Jacob, donde está sentado Cristo y convierte á la Samaritana, el refugio de los pecadores, la vestidura hermosa de José, y aquel tesoro y riquezas que no temen la polilla, ni el orin, ni la violencia de los ladrones; y finalmente el logro que da Dios y es de tanta ganancia, que por el pan que se da á los pobres da el cielo. Fueron de tanta eficacia sus palabras y ejemplo, que los pobres se remediaron y tuvieron alivio en aquella tan extremada necesidad. No mostró ménos esta misma caridad en el hospital que edificó para curar los pobres y enfermos; que fué obra tan insigne y suntuosa, que san Gregorio Nazianceno escribe, que despues de haberla considerado, le parecia que se podia contar entre los otros milagros del mundo; porque los pobres que en él se recogian y curaban eran muchos, y el cuidado y concierto con que se curaban maravilloso: y el mismo santo, no contentándose de lo que los otros sus ministros hacian, por su persona servia á los enfermos con singular benignidad, abrazando y besando tiernamente á los que estaban mas llagados y asquerosos, como quien reconocia en ellos al Señor, y los tenia por miembros del cuerpo, cuya cabeza es Cristo.

No faltaba quien le murmuraba y atribuia á vanidad lo que era caridad, y á ambicion lo que era menosprecio del mundo; pero él tenia virtud y estaba tan fijo y puesto en Dios, que miraba todas las cosas en aquella luz soberana, y viendo que las que hácia eran agradables al supremo Juez, que penetra los corazones, no hacia caso de los juicios vanos, ni de las palabras maliciosas de los hombres: porque entre todas las virtudes, con que fué adornado este glorioso santo; la fortaleza y constancia que tuvo en las cosas, que emprendió por servicio de Dios, fué singular y divina: como se ve en lo que le aconteció, primero con el emperador Juliano Apóstata, y despues con el emperador Valente, arriano: porque Juliano, que en Atenas habia tratado á san Basilio, y conocia su grande sabiduría y elocuencia, le estimó en tanto, siendo ya emperador, que le escribió y le rogó, que le viniese á ver como un amigo á otro: y el santo no hizo caso de él, ántes le respondió, protestando su fé, y dándole á entender que él estaba aparejado para morir por ella. Juliano por esto, y porque le era tan contrario, y le hacia guerra con su vida y con su doctrina, le aborreció por extremo á él, y á Gregorio Nazianceno, y determinó matarlos, acabada la guerra de Persia: en la cual fué muerto milagrosamente, y su muerte se atribuyó á las oraciones y lágrimas de san Basilio, el cual suplicó afectuosamente al Señor, que atajase los pasos de aquel impío tirano, y le quitase el azote de la mano, con el cual pensaba destruir la Iglesia católica; y para alcanzarlo tomó por medianera á la gloriosísima Vírgen María, nuestra Señora, como madre, reina, señora, protectora y único amparo de la misma Iglesia. Pero mas notable fué lo que le sucedió con Valente, y mayor argumento de su divino espíritu y valor: porque habiendo Valente destruido y arruinado, y como una avenida arrebatada y furiosa, arrancado los árboles fructuosos, y plantas saludables de los campos del Señor, echando los obispos católicos de las Iglesias, y persiguiendo la fé católica con tanta crueldad que mandó tomar ochenta clérigos católicos, y ponerlos en un navío, y pegarle fuego en alta mar; vino á Cesarea con gran deseo de derribar á Basilio, que solo le hacia mas resistencia que todos los demás: pero porque era tan grande la autoridad del santo, quiso tentarle primero con promesas y blanduras; y para esto le enviaba unas veces los de su consejo y cámara, que le persuadiesen que se conformase con su voluntad; otras veces, capitanes y soldados que le espantasen con sus fieros, usando de la fuerza y maña; pero cómo todo fuese en vano, un prefecto de Valente, llamado Modesto, hombre inmodesto, acedo y furioso, le mandó parecer delante de sí.

Vino Basilio con el corazon sosegado, con el rostro alegre y grave, y con la frente serena, como si viniera á alguna fiesta: y el prefecto, sin hacerle acatamiento, ni llamarle obispo, le dijo: ¿Qué atrevimiento es este tuyo, que así te opones á la majestad imperial? ¿Piensas tú poderle hacer resistencia? Respondió Basilio blandamente:

No sé yo por qué tú me llamas atrevido, no habiendo yo hecho cosa digna de esto nombre. De lo que me quejo, dice Modesto, es que sirviendo todos al emperador, tú solo lo menosprecias. Respondió el santo: Yo debo obedecer al sumo y supremo Emperador del cielo y de la tierra que me manda lo que tengo de creer, y que sea contrario á los que no creen lo que él manda. Yo quiero ser obedecido, dijo Modesto: ¿no te parece que te viene muy ancho y que ganas harta honra, en que tú seas de mi opinion, y que seamos compañeros en lo que profesamos? Gran cosa es por cierto tenerte por compañero, dice Basilio; mas nó como ministro del emperador, ni como arriano, sino como uno de los otros cristianos católicos, que son mis ovejas, y me están sujetos: porque el cristiano no se ha de estimar por la persona ni por la nobleza, sino por la fé verdadera y por la pura conciencia. Yo te tengo por un gran ministro del emperador, y por hombre esclarecido; mas no por eso pienso, que eres mas grato á Dios que yo. Airóse Modesto, y entró en cólera con esta respuesta, y comenzó á bravear y á amenazar á san Basilio con confiscacion de bienes, destierro, tormento y muerte: y el santo, con gran paz y severidad, le dijo: Modesto, no me hagas fieros, ni pienses que me podrás espantar. No puedes confiscar los bienes que yo no tengo, ni desterrarme; porque todo este mundo para mí es un destierro, y sé que mi patria es el paraiso. No temo tus tormentos, porque mi cuerpo está tan exhausto y consumido que no tengo donde recibirlos, y al primer golpe se acabará. Pues ménos temo la muerte; porque sé que me librará de esta cárcel, y me restituirá á mi Criador. Quedó asombrado el cruel prefecto de la constancia de Basilio, y díjole: No he hallado hasta ahora persona que me haya hablado con tanta libertad y atrevimiento como tú. Eso será, dijo Basilio, porque no has hablado con algun obispo: que los obispos estamos obligados en las otras cosas á ser mas humildes que todos; pero cuando se trata de la fe y de la reverencia que se debe á Jesucristo, debemos ser osados y animosos, y no consentir que se menoscabe un punto la majestad de su divinidad. Finalmente, despues de haber dado y tomado en el negocio, la conclusion fué, que Modesto dijo á san Basilio que él le daba aquella noche para que durmiese sobre ello, y pensase lo que convenia. Entonces respondió Basilio con gran resolucion: Yo seré mañana el que hoy soy: mira tú, no te mudes. En suma san Basilio quedó vencedor y firme como una roca en medio del mar: y Modesto confuso, mirando ya al santo con respeto, se fué al emperador y le dijo lo que pasaba, y que perdia tiempo en querer conquistar á Basilio; y el emperador, convirtiendo el odio en admiracion, y el aborrecimiento en reverencia, mandó que no le molestasen: y por ser dia de la Epifanía, vino á la iglesia, donde estaba él, y todo el pueblo de los católicos, celebrando aquella gloriosa solemnidad; y cuando vió el órden y concierto que habia en la Iglesia católica, en el cantar los salmos, en las ceremonias sagradas, en el ornato y atavío de los altares, en la devocion, silencio y modestia del pueblo, en gran manera se maravilló, porque todos estaban como unos ángeles al rededor de Basilio, honrándole con acatamiento, y mirándole con veneracion; y él en medio de todos con los ojos bajos, y con el aspecto recogido, sin moverse mas que si fuera de piedra, cuando entró el emperador: el cual ofreció al templo ricos dones; aunque ninguno del clero se atrevia á recibirlos de su mano: porque no sabian si por ser herejes, san Basilio los queria admitir: tan grande era el respeto que le tenian, como á santo; y tan poco al emperador, por estar apartado de la fé católica. En la misma iglesia se turbó Valente, y le vino uno como un vahido de cabeza; y para que no cayese de su estado, fué menester que se la tuviesen los ministros.

Allí habló á san Basilio Valente, y se ablandó con sus divinas palabras, y comenzó á mostrarse humano con los católicos; pero como eran tantos y tan importunos los herejes, labraron tanto en el corazon inficionado del emperador, que mandó que Basilio fuese desterrado. Estaban todas las cosas á punto, para ejecutarse la sentencia: mas venida la noche y aparejado el carro haciendo fiesta los herejes, y deshaciéndose de tristeza los católicos, sin apartarse del lado de su pastor, deseosos de acompañarle en el destierro; puso el Señor su mano para deshacer tan impío y cruel decreto. Hirió con una enfermedad terrible y peligrosa aquella noche á un hijo único del emperador, por nombre Galates, de poca edad, y apretóle de manera que los médicos le desahuciaron; y la emperatriz Dominica dijo al emperador que aquel era castigo de Dios por el agravio é injuria que se hacia á Basilio, y que ella habia padecido espantosos sueños y visiones por la misma causa. Mandó llamar el emperador á Basilio, y díjole: Si es verdadera tu fé, ruega á Dios que no muera mi hijo: y el santo dijo: Si tú, ó emperador, crees lo que yo creo, y das paz á la Iglesia, vivirá tu hijo. Manda que le bauticen los católicos. Con esto comenzó á mejorar el hijo, y Basilio salió de palacio; y el emperador, porque no se atribuyese aquella mejoría á las oraciones de Basilio, le hizo bautizar por mano de los obispos arrianos, y que hiciesen oracion por él; y luego espiró el muchacho, que sin duda viviera, si Valente hubiera tomado el consejo saludable de san Basilio. Quedó el emperador muy lastimado y amargo con este suceso, y cargaron tanto sobre él los obispos, y privados suyos herejes, diciéndole, que estando Basilio en Cesarea, su religion no podia florecer ni tener prosperidad, que determinó otra vez desterrarle y echarle de su silla. Formóse el decreto imperial, llevóse á Valente para que le firmase; y tomándole en sus manos la silla en que estaba, se quebró. Tomó la pluma para firmarle, y no dió tinta. Mudóla tres veces, y todas tres veces las plumas se quebraron. No escarmentó Valente, ni entendió que aquella era la mano de Dios, y perseverando en su maldad, comenzó á temblarle el brazo como si estuviese tocado de perlesía. Entonces se rindió, y temiendo daño, rasgó con sus manos la cédula y decreto que tenia hecho contra san Basilio, y dejóle estar en Cesarea, sin inquietarle, muy contra su voluntad; porque no podia contrastar con Dios que defendia á su santo prelado.

Hablando una vez san Basilio con Valente, un criado suyo que se llamaba Demóstenes, y era como veedor de la casa del emperador, y el que tenia cargo de las viandas que se servian á su mesa, estaba presente; y queriendo lisonjear á su amo, se atravesó en aquel razonamiento, y reprendiendo á san Basilio, porque no se ajustaba con la voluntad del emperador, hizo un barbarismo. San Basilio dijo: Basta, que vemos á Demóstenes, que no sabe hablar aludiendo al Demóstenes, que fué príncipe de la elocuen-

cia griega, como Ciceron lo fué de la latina): y queriendo él porfiar á hablar, añadió el santo: Mejor harias en entender en tu oficio, y procurar que la comida del emperador esté bien sazonada, que no en ponerte á tratar las cosas de la fé.

Otra contienda tuvo san Basilio, aunque de ménos importancia, con un prefecto del emperador llamado Eusebio, tio de la emperatriz y gobernador de las provincias de Ponto y Capadocia, en la cual mostró asimismo su valor y constancia. Habia una mujer muy noble, muy rica y viuda, de buen parecer, llamada Vestiana, hija de un senador del supremo consejo, por nombre Araxio. Aficionósele el asesor del prefecto, y pretendió casarse con ella: y como Vestiana no le diese oidos por el deseo que tenia de guardar castidad; el malvado asesor quiso alcanzar por fuerza lo que no podia por gracia. Viéndose ella muy acosada, acudió á la oracion y acogióse á la iglesia como á puerto seguro, y rogó á san Basilio que la amparase; y él como fué siempre vírgen y enemigo de toda inmundicia y corrupcion de carne, tomó debajo de su amparo á la pobre mujer, para defender la limpieza que deseaba no perder. Quiso el prefecto sacarla de la iglesia, y el santo se lo estorbó; y él se embraveció, y como hereje é injusto juez, tomó esta ocasion para perseguir á san Basilio. Hízole acusar de algunos delitos: envió ministros y sayones á su aposento para infamarle, como si estuviera alguna ruin compañía: mandóle parecer en su tribunal, y allí rasgarle la ropa ó manto que llevaba; estando el santo en pié, y el inicuo juez sentado como Cristo ante Pilato. Dijo san Basilio al juez, que si queria se desnudaria tambien la sotana; y él le comenzó á amenazar, que le haria atormentar, descoyuntar y morir afrentosa y cruel muerte: y el santo estaba con mucha paz y serenidad, no haciendo caso de sus amenazas. Súpose en la ciudad la insolencia y tiranía del prefecto, y vinieron todos á porfía á socorrer á su pastor, y librarle de aquel lobo carnicero. Corrian hombres y mujeres, mozos y viejos, pobres y ricos, oficiales y caballeros, cada uno con las armas é instrumentos que hallaban á las manos para ponerlas en Eusebio y defender á san Basilio: pero él, por dar bien por mal, y la vida á quien le amenazaba la muerte, sosegó al pueblo, y con sola su presencia le detuvo para que no ejecutase su justo enojo en aquel hombre bárbaro é inhumano. Vestiana se entró en el monasterio donde santa Macrina, hermana de san Basilio, era abadesa, para ser en la vida religiosa de ella enseñada. Este fué el fin de este encuentro que tuvo san Basilio, por defender la castidad de una mujer honrada y honesta, contra la tiranía y saña del injusto prefecto, que con la vara de justicia (como algunos suelen) pretendió oprimirla y hacerle fuerza. Este pago dió el santo á quien no se lo merecia; por imitar la clemencia y benignidad del Señor, que continuamente hace mercedes á quien le ofende; porque la grande constancia y magnanimidad de san Basilio, estaba acompañada con una rara blandura y modestia: y así como era leon en lo que tocaba á la honra de Dios, así era cordero manso en sus propias injurias y en hacer bien á quien le perseguia; como lo hizo con el otro prefecto llamado Modesto, de quien hablamos arriba que tan descortesmente y con tanto rigor le habia tratado; porque habiendo caido en una enfermedad muy recia y trabajosa, y no hallando para ella medicina, rogó á san Basilio que le viniese á ver, y con humildad le pidió perdon y remedio; y el santo le ganó de tal manera, que de allí adelante fué pregonero de sus virtudes y grandezas.

En otra cosa mostró su singular paciencia y sufrimiento, que no fué ménos notable; y suele ser mas rara aun en los santos. Visitando san Basilio las iglesias de Armenia, para proveerlas de pastores y obispos, admitió á la comunion de la fé á un Fustacio, obispo de Sebaste, que habiendo sido hereje, dió muestras de reducirse á la Iglesia católica é hizo la profesion de la fé, abjurando las herejías; y despues volvió á ellas. Por esta clemencia que con él habia usado san Basilio, se escandalizaron muchos católicos, y se apartaron de él, como de hombre sospechoso; y hasta sus mismos monges rehusaban su conversacion. Sintió en gran manera el santo, como debia, este trabajo, y aunque dió algunas razones para satisfaccion de los que se escandalizaban de lo que él habia hecho; todavía estuvo tres años sin tomar la pluma para escribir á Fustacio, ó contra él, como contra engañador; y esto hizo por no decir palabras descompuestas, y que saliesen mas del sentimiento que tenia contra él por haberle engañado, que de la razon.

Esta paciencia tan extremada nacia de estar san Basilio tan deshecho de sí, y tan arrimado y firme en Dios, y de tener los juicios de los hombres por lo que son, y gozar del testimonio de la buena y limpia conciencia. Habia alcanzado aquella renunciacion tan perfecta, que él mismo enseña, por la cual el hombre alumbrado y ayudado de Dios hace divorcio con todas las cosas del mundo, y no teme ni se espanta de la misma muerte. A la cumbre de esta perfeccion habia llegado por medio de la penitencia y oracion que en él fueron mas admirables que imitables: porque nunca se vistió mas que una ropa: dormia siempre en el suelo, ayunaba todos los dias, nunca bebia vino, traia su cuerpo como si no fuera cuerpo suyo, en tanto grado que por la extremada penitencia vino á estar tan debilitado, que no tenia sino el pellejo y los huesos: velaba las noches enteras en oracion, y era muy regalado y visitado del Señor en ella; y por su medio le hizo grandes mercedes, y obró muchos milagros, de los cuales referiré alguno.

Deseó particularmente el amor del Espíritu Santo, para alabar á Dios en la misa con oraciones y palabras propias suyas, y despues de haber tenido un éxtasis y revelacion sobre lo que deseaba, le fué otorgada la gracia que pedia, y escribió la misa que se llama de san Basilio; y el primer dia que celebró por aquel nuevo órden, bajó sobre él un grande resplandor, y permaneció hasta que acabó el sacrificio. Otra vez estando celebrando, se ingirió y juntó con los cristianos que allí estaban un judío con curiosidad de ver lo que se hacia; y al tiempo de frangir y partir la hostia, vió en manos de san Basilio un hermosísimo niño que juntamente se dividió; y movido de lo que habia visto, se llegó á comulgar con los otros, y recibió la hostia consagrada convertida en carne: y con este admirable caso entendió la verdad de aquel sagrado misterio, y al dia siguiente vino á san Basilio, y fué de él bautizado con toda su familia.

Tenia un caballero principal, llamado Proterio, una hija doncella, virtuosa y deseosa de hacerse monja, y consagrar su virginidad al Señor: mas el demonio, como enemigo de la castidad y de nuestro bien, incitó á un

criado del mismo Proterio, para que la pretendiese por mujer; y porque no se atrevia á pedirla, por su suerte y condicion tan desigual; por medio de un mago y nigromántico, por alcanzar lo que tanto deseaba, prometió al demonio vasallaje, y le dió cédula de ello, escrita y firmada de su mano, renunciando al bautismo que habia recibido, y negando á Jesucristo nuestro Señor. Permitió Dios que el demonio tuviese poder para tentar á la doncella, y que ella se abrasase en vivas llamas de amor de su mismo criado, y que con lágrimas y gemidos pidiese á su padre que se le diese por marido si no la queria ver luego muerta delante de sus ojos. En suma, ella se casó, y despues entendió que aquel hombre no entraba en la iglesia, ni hacia obras de cristiano. Sabida la causa, y el pacto que habia hecho con el demonio, la mujer, deshaciendo sus carnes y llorando su desventura, vino á san Basilio y le contó el caso. El santo animó á aquel hombre miserable, que desesperaba ya de su salud, y creia que no podia ser perdonado, para que confiase de la bondad infinita del Señor, y se echase en sus amorosos brazos. Encerróle en un aposento: hízole ayunar, púsose en oracion, y despues de muchos asaltos que le dieron los demonios y horribles voces y ahullidos, en que le decian, que él habia venido á ellos, y nó ellos á él, y que no se podia escapar de sus manos, porque tenian su cédula por prenda de su homenaje; fueron tan eficaces las oraciones de san Basilio, que aquellos monstruos infernales, forzados de ellas, restituyeron la cédula de aquel hombre, echándola por el aire allí delante de todo el pueblo, que por órden del santo estaba, levantadas las manos al cielo, puesto en oracion; y él la rasgó; y despues de haberle reconciliado con la Iglesia, viéndole arrepentido y penitente de su grave culpa, le hizo dar la comunion, amonestándole de lo que en adelante debia hacer.

Tambien fué gran milagro el que sucedió con san Basilio á Efren, siro, diácono: el cual fué tan santo varon, y tan ilustrado de Dios, y escribió tan altamente de las cosas divinas; que como dice san Gerónimo, despues de las sagradas letras, se leian sus obras en las iglesias con grande reverencia y admiracion. Estando, pues, Efren en la soledad, vió una columna de fuego, y oyó una voz que le dijo, que aquella columna era el gran Basilio, y le mandó que le buscase, y se aprovechase de su doctrina. Vino á Cesarea, entró en la iglesia donde estaba el santo; y sin descubrirse, fué conocido por revelacion divina de san Basilio, cuya boca, cuando cantaba el oficio divino, parecia á Efren boca de fuego: y vió sobre la diestra de Basilio una paloma que le inspiraba y avisaba lo que habia de predicar. Y aunque el mismo Efren, contando el conocimiento que tuvo con san Basilio, no lo dice; el autor que escribió la vida de san Basilio, que anda impresa en los tomos de Surio con nombre de Anfiloquio, refiere que Efren por las oraciones de san Basilio alcanzó el entender y poder hablar la lengua griega, como él mismo se lo habia pedido. Y añade este autor, que san Basilio sanó á un leproso tan gastado y comido de la lepra, que habia perdido ya el uso de la lengua, y estaba en casa de un santo clérigo, llamado Anastasio, que le tenia encerrado en un aposento aparte, para curarle secretamente y hacer con él aquella obra de tanta misericordia y piedad. Dice mas: que con sus oraciones alcanzó de Dios perdon de sus pecados á una mujer noble y rica, que con nombre de viuda habia sido lasciva y deshonesta, y soltado la rienda á todo género de vicios y maldades. Esta, tocada de la mano del Señor, conoció su mala vida y la lloró, y escribió en un papel todos sus pecados de que se acordaba, y sellados, los dió á san Basilio, rogándole, que suplicase á nuestro Señor que los borrase de aquel papel, para que ella entendiese que se los habia perdonado. Oró el santo, y todos parecieron borrados, sino fué uno solo que era el mas grave. Despues, muerto ya san Basilio, poniendo el mismo papel sobre su cuerpo, cuando le llevaban á enterrar; se halló borrado aquel pecado, como los demás, por los merecimientos del santo, y por la fé y lágrimas con que la pobre mujer se lo pidió.

Vino otra pobre y desventurada mujer á san Basilio, y rogóle que le diese una carta de recomendacion para el prefecto ó gobernador que le debia cierta cantidad. Hízolo el santo, y escribióle estas palabras: «Esta pobre mujer ha venido á mí diciéndome, que te la encomiende porque tú harás lo que yo te rogare. Si es así, muéstralo por las obras.» El prefecto no hizo nada, y queriendo cumplir con san Basilio de palabras, como se acostumbra, le respondió, que de muy buena gana hiciera lo que le mandaba, y se compadeciera de aquella mujer si pudiera, pero que aquel negocio pertenecia al fisco. Entendió el santo el negocio, y escribió de nuevo al prefecto estas palabras: «Si quisiste y no pudiste, no hay que tratar mas; si pudiste y no quisiste, tú caerás, y vendrás á tal estado, que quieras y no puedas.» Como lo escribió san Basilio, así sucedió; porque de allí á poco perdió la gracia del emperador, y fué preso por su mandado, y no tuvo otro remedio sino suplicar á san Basilio, que intercediese por él con el emperador, y él lo hizo; quedando el prefecto muy agradecido y desengañado de la inconstancia de la fortuna, y pagando á la mujer que Basilio le habia encomendado, dos tanto mas de lo que le debia.

Otro milagro no ménos notable trae el mismo historiador, y Juan Zonara, autor griego, escribe en sus Anales, que declara mas la eficacia de la oracion de san Basilio, y las cosas maravillosas que Dios obraba por ella. Habia mandado el emperador Valente quitar una iglesia á los católicos en la ciudad de Nicea, y darla á los herejes. Los católicos pidieron á san Basilio que fuése á Constantinopla y suplicase al emperador que les volviese su iglesia. Fué, habló, rogóle, importunóle, y no pudo alcanzar nada del hereje emperador. Entonces Basilio con grande fé y libertad, le dijo: Señor, pongamos este pleito en manos de Dios para que él le determine. Mandad cerrar esta iglesia, y que los de vuestra secta estén fuera y se pongan en oracion: y si las puertas de la iglesia cerradas se abrieren de suyo, sea de ellos la iglesia: y si no se abrieren, nosotros haremos oracion, y si se nos abrieren, sea nuestra; y si se quedaren cerradas las puertas á los unos y á los otros, nosotros nos contentaremos que la iglesia quede por suya. Pareció bien este partido al emperador. Hízose así: cerráronse las puertas, y los arrianos hicieron una larga y prolija oracion, y quedáronse cerradas. Vino la tarde de aquel dia, y habiéndose retirado los herejes, san Basilio con los católicos hizo su oracion, y luego todos los cerrojos se quebraron, y las puertas se abrieron de par en par, con gran consuelo y gozo de los católicos, y espanto de los herejes: de los cuales muchos se convirtieron por este milagro, aunque el emperador Valente siempre quedó empe-

dernido y obstinado: pero el Señor poco despues le castigó severamente; porque habiendo sido vencido en una batalla de los godos, y entrado en una casilla pajiza, huyendo de ellos, le pusieron fuego y fué quemado como hereje. Todos estos fueron efectos milagrosos de la oracion de san Basilio, y no ménos otro, referido por el mismo autor, que sucedió al tiempo de su muerte; y fué de esta manera.

Habia tenido amistad san Basilio con un médico de secta judío, llamado José, muy sabio y experimentado en su arte de medicina, con deseo de atraerle al conocimiento de Jesucristo nuestro Salvador; pero en vida no se lo habia podido persuadir. Estando ya á la muerte, le envió á llamar, para que le dijese lo que le parecia de su vida y salud. Habiéndole tomado el pulso el judío, le respondió, que se moriria sin remedio, y que aquel mismo dia al poner el sol se acabaria. Entonces san Basilio dijo: Pues ¿qué direis vos si mañana me hallais vivo? Eso no puede ser, dijo el médico; y si yo lo viere, yo os prometo de hacerme cristiano. Rogó el santo al Señor, que le alargase la vida corporal, para que el judío alcanzase la espiritual de su alma, y se convirtiese como se convirtió, por haber visto aquel milagro tan contrario á las reglas de la medicina, y sobre todo el poder de la naturaleza: y el mismo santo con las mismas fuerzas sobrenaturales que el Señor le dió, se levantó de la cama, y fué á la iglesia, y le bautizó con los de su casa, y se volvió á su cama para morir.

Entendióse en la ciudad el trance en que estaba su santo pastor, y como si fuera padre del cuerpo, como lo era del espíritu de cada uno, así venian todos desalentados y afligidos á su casa, llorando y gimiendo, y buscando medios para entretenerle y conservarle la vida, y deseando cada uno quitar de sus años, para dárselos á él: pero pudieron mas en el acatamiento del Señor, para que le llevase, sus merecimientos y las ansias de salir de este destierro por verle, que los deseos del pueblo para detenerle en la vida.

Entretúvose el santo con Dios en la oracion, y exhortó á los circunstantes, que sirviesen de todo corazon á su Criador; y admirando á los ángeles, que venian por su alma, la dió al Señor; y diciendo aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, murió al primer dia de enero, el año de 378. Habia sido obispo ocho años, seis meses y diez y seis dias; y por estar ocupado el dia de su muerte con la festividad de la Circuncision de Cristo nuestro Redentor, celebra la Iglesia la memoria de san Basilio á los 14 de junio, en que fué consagrado en obispo. No se puede encarecer el sentimiento y lágrimas que causó en toda la ciudad de Cesarea el fallecimiento de tan santo pastor, y el concurso de gente que hubo en su entierro, de cristianos, judíos y gentiles que venian de tropel, por verle, y la devocion con que los fieles tocaban el cuerpo difunto, y pretendian llevar alguna reliquia suya, como riquísimo tesoro; pero entre todos el médico, amigo de san Basilio, y por él de judío hecho cristiano, cuando le vió muerto, echándose de pechos sobre el santo, derramando muchas lágrimas dijo: Verdaderamente, siervo de Dios Basilio, que si tú quisieras, tampoco murieras ahora, como no moriste ántes.

Á mas de haber servido este esclarecido doctor al Señor tan escogidamente con su vida y con su doctrina, escribió muchos y admirables libros, de los cuales goza la Iglesia católica, y sentenidos en suma veneracion: y san Ambrosio los estimó en tanto, que casi trasladó de griego en latin el libro que san Basilio escribió del Espíritu Santo, y las homilias sobre el Exameron, en que explica la creacion del mundo, y lo que Dios obró en aquellos seis primeros dias: y tuvo amistad con san Basilio, y los dos se comunicaron por cartas; y por medio de Basilio se envió á san Ambrosio el cuerpo de san Dionisio mártir, obispo de Milan, que habia muerto en Capadocia, desterrado por la fé católica del emperador Constancio. Y san Gregorio Nazianceno, hablando de los escritos de Basilio dice, que ninguno ántes de él habia declarado las divinas letras tan alta y acertadamente. Fué san Basilio alto de cuerpo, flaco y enjuto de carnes: el color pálido y algo triste: la nariz bien proporcionada: arqueadas las cejas: el aspecto de hombre absorto y pensativo: el rostro con algunas rugas y prolongado: las sienes algo cóncavas: la barba larga y entrecana.

Las alabanzas que los santos doctores antiguos dan á san Basilio son tantas y con tan grande encarecimiento, que ellas solas bastan para entender la estima y veneracion en que le habemos de tener, y el cuidado con que le debemos imitar. San Gregorio Nazianceno, su gran compañero y amigo, escribe una oracion admirable de su vida y virtudes, y le llama vínculo de la paz, pregonero de la verdad, ojo clarísimo de los cristianos, y varon que igualó la vida con la doctrina, y la doctrina con la vida. San Gregorio Niseno su hermano, que tambien le alabó con otra elocuentísima oracion, dice fué profeta é intérpetre del Espíritu Santo, soldado valeroso de Cristo, excelente predicador de la verdad, y defensor invencible de la Iglesia del Señor. Compárale en el zelo á Elías, en el tratamiento y aspereza de su cuerpo, y en la libertad de reprender á los príncipes, á san Juan Bautista. San Efren dice, que fué acepto á Dios como Abel: como Noé, guardado en las aguas del diluvio: como Abrahan, llamado amigo de Dios: ofrecido por víctima, como Isaac: vencedor de las tribulaciones y adversidades, como Job; y sublimado como José; y vale comparando con Moisés, con Aaron, con Josué y los profetas del Señor, y con los apóstoles y evangelistas; y exhorta á imitarle en todo, sin desechar cosa alguna en sus obras y palabras. Simeon Metafraste le llama hacha de la Iglesia católica: sol resplandeciente de la verdad, que con sus rayos alumbra toda la tierra: columna excelsa de Dios: luz de la teología: legítimo hijo de la sabiduría: plenitud de inteligencia: embajador del Padre: trompeta del Verbo Eterno; y dispensador de los dones del Espíritu Santo: y de esta manera otros santos loan su virtudes y excelencias. Supliquemos al Señor por los merecimientos del mismo santo, que nos dé su gracia, para que en alguna parte de ellas le imitemos, y gocemos de la gloria que él goza en aquella bienaventurada eternidad, por los siglos de los siglos. Amen.

* San Marciano, obispo y confesor. — El apóstol san Pedro bautizó á este santo, griego de nacion, y atendidas sus virtudes lo consagró obispo y lo envió á Siracusa. Trabajó con celo apostólico en este pais combatiendo la idolatría, y fueron tan admirables los frutos de sus afanes, que continuamente daba incesantes gracias al Señor por los beneficios que le dispensaba. Dícese llegó á una edad muy avanzada, y que murió á principios del siglo tercero. Mu-

rió mártir, sufriendo con valor los tormentos con que le afligieron los judíos en la isla de Sicilia, en cuyo punto se conservó su sagrado cuerpo hasta la irrupcion de los sarracenos, en cuya época fué trasladado á Gaeta, donde es muy venerado de los fieles, y muy glorioso por la multitud de milagros.

San Rufino y san Valerio, mártires. — Fueron intendentes de los tributos reales en el territorio de Soissons, y practicaban todas las virtudes cristianas, en especial la limosna, de un modo extraordinariamente generoso y abundante. Habiendo el emperador Maximiano Hercúleo derrotado á los bagaudas cerca de París, dejó por prefecto pretorio de las Galias al sangriento Ricciovano, con órden de emplear todos los medios imaginables para exterminar hasta el nombre de cristiano. Despues de haber hecho derramar mucha sangre en Reims, fué á Soissons, y dió órden para que condujesen á su presencia á Rufino y á Valerio. Habian ido á esconderse en un bosque, pero fueron hallados, puestos en el potro, maltratados con azotes armados de pelotillas de plomo, y decapitados en seguida junto á Soissons, por los primeros años del siglo III.

Los santos Anastasio, presbítero, Félix, monge; y Digna, virgen, todos mártires. — El mismo san Eulogio, en su Memorial de los santos, nos da noticia de estos tres mártires de Córdoba en España, los cuales fueron del número de los que animó y confirmó en la fé san Fandila, y que murieron al dia siguiente que este. Pasaron tambien por todos los horrores de un martirio exquisito, y al fin fueron degollados, el dia 14 de junio del año mismo de 853. Sus cuerpos fueron reducidos á cenizas, y estas arrojadas al viento.

San Metodio, obispo y confesor. — Nació en Sicilia de alta alcurnia; fué muy instruido en las ciencias sagradas y profanas, y poseyó inmensas riquezas. Pero despreciando las vanidades del mundo, erigió un monasterio en la isla de Chio, y despues fué llamado á Constantinopla por el patriarca Nicéforo, á quien acompañó en sus dos destierros en tiempo del emperador Isauro. El año 817 fué enviado á Roma por el patriarca, en calidad de nuncio; pero sabiendo la muerte de su prelado, se marchó á su Iglesia, donde fué puesto en una prision por órden del emperador Miguel el Tartamudo, en la que permaneció encerrado, hasta que en 830 la emperatriz Teodora le dió libertad, y le volvió á las funciones de su ministerio. En 842 la misma emperatriz, que era gobernadora del imperio durante la menor edad de su hijo Miguel III, colocó á Metodio en la silla patriarcal de Constantinopla, para que pudiese desde tan elevado puesto, desplegar mejor las virtudes eminentes que en él habia admirado. Su primer cuidado, despues de su consagracion, fué purgar aquella Iglesia de las herejías que la habian infestado; lo cual logró en gran parte, instituyendo con este motivo una fiesta anual que se titula la solemnidad del Catolicismo. Habiendo, pues, ocupado aquella cátedra por espacio de cuatro años, murió de hidropesía, el dia 14 de junio del año 846. San Metodio fué un santo y un sabio de primer órden en su siglo, y la Iglesia oriental le venera como uno de sus mas bellos ornamentos.

San Eterio, obispo y confesor. — Floreció en las Galias durante el siglo VII, y fué el XXX obispo de Viena en Francia. Estuvo unido muy estrechamente en amistad con el rey Dagoberto, y con otros príncipes, á los que inclinó muchísimo á favorecer los intereses de la religion. En todo fué grande, dice un autor contemporáneo; en piedad, en justicia y en misericordia excedió á los iguales, y brilló sobre todos, como la antorcha del Evangelio. Su muerte fué santa y dichosa, como lo habia sido su vida, y su sepulcro, que se colocó en la capilla de San Jorge, mártir, fué siempre frecuentado por innumerables devotos que van á implorar su eficaz patrocinio.

San Quinciano, obispo y confesor. — Gobernaba este santo la Iglesia de Rodas, cuando los bárbaros invadieron la Europa. Expulsado por los godos de su silla, refugióse en Auvernia, cuya Iglesia, que estaba sin pastor, le fué confiada. En ella desempeñó por espacio de algunos años los deberes de su santo ministerio, hasta que restituido á su propia silla de Rodas, tuvo mucho que trabajar para el arreglo de las costumbres y disciplina, tan mal parada á causa de los grandes trastornos de aquella época; y despues de una vida consagrada á los intereses de la religion, murió santamente como habia vivido.

San Eliseo, profeta. — Fué hijo de Saphat, discípulo de Elías, y profeta como él. Nació en Abeumeula, en la tribu de Manasés, á diez millas de Scythopolis. Conducia el carro misterioso, cuando por órden de Dios se le asoció Elías, su maestro, que habiendo sido arrebatado por un torbellino de fuego, Eliseo recibió su capa y espíritu profético. Los prodigios que en seguida obró, le dieron á reconocer por el heredero de las virtudes y de las gracias del anciano profeta. Pasó á pié enjuto las aguas del Jordan, cambió las malas calidades de la agua de la fuente de Jericó, socorrió al ejército de Josafat y de Joram, que estaban muriéndose de sed, y les predijo la victoria que despues alcanzaron sobre los moabitas; aumentó milagrosamente el aceite que una pobre viuda tenia en su casa, resucitó al hijo de una sunamita, curó la lepra á Naamon, general sirio, predijo los males que Hazael causaria á los israelitas, y anunció á Joas, rey de Israel, que ganaria tantas victorias á los sirios, como veces heriria la tierra con su dardo. Eliseo sobrevivió muy poco tiempo á esta profecía, pues murió en Samaria de una edad muy avanzada, por los años 830 ántes de Jesucristo. Un hombre asesinado por unos ladrones fué colocado en la tumba del profeta, y apenas el cadáver habia tocado los huesos del siervo de Dios, recobró la vida. Eliseo fué uno de esos hombres extraordinarios, que de vez en cuando enviaba la Providencia al mundo en tiempo de corrupcion y de oscuridad, para reanimar la fé de unos, y aterrorizar con sus prodigios á los malvados. San Gerónimo dice, que el sepulcro de este profeta hace temblar á los demonios.

DIA 15.

Los santos Vito, Modesto y Crescencia, mártires. — En la ciudad de Mazara, que es en el reino de Sicilia, nació san Vito, mártir. Su padre era gentil y hombre rico y poderoso, y se llamaba Hila, contra cuya voluntad Vito, siendo niño, se bautizó y comenzó á hacer grandes milagros, sanando á muchos enfermos y librando endemoniados y obrando grandes maravillas; porque Dios le habia escogido desde aquella tierna edad, para manifestar en él su gloria. Siendo ya de doce años, y sabiendo que era cristiano, un prefecto de Sicilia, por nombre Valeriano,

mandó llamar ante sí á Hila y Vito, y despues de haber pasado algunas razones entre el prefecto y el padre, y gastado los dos muchas palabras, para persuadir á Vito que negase á Jesucristo, y se redujese al culto de sus dioses; como no aprovechasen sus ruegos y amenazas, para ablandar y trocar al santo niño, el juez le mandó azotar con varas crudamente, y no habiendo bastado esto, atormentarle con otros instrumentos mas crueles. Queriendo los verdugos echar mano del santo, para ejecutar el mandato de Valeriano, se les secaron los brazos y la mano al juez; y Vito con sus oraciones se la restituyó y le dió entera salud. Por no verse en otro peligro Valeriano, entregó á Vito á su padre, diciéndole que el como padre le castigase y procurase atraerle á la adoracion de los dioses. Tentó el padre primero los medios blandos, y pensó con caricias y regalos, salir con su intento. Hizo aderezar una pieza muy ricamente y aparejar en ella una cama blanda y olorosa y traer mucha música y que algunas doncellas, hermosas y desenvueltas, entretuviesen á su hijo, para que como muchacho, ablandado con aquellas dulzuras y regalos, se dejase vencer; mas el santo niño volvió sus ojos y su corazon á Dios, y suplicóle tiernamente que le favoreciese y librase de aquellas mujeres, como de serpientes ponzoñosas. Vióse luego en aquel aposento una luz clarísima, venida del cielo y fueron oidos los ángeles cantar alabanzas á Dios. Y como su padre acudiese al aposento de su hijo, fué tan grande el resplandor que en él vió, que no pudiéndole sufrir, perdió la vista y dió grandes voces y gemidos, por el intenso dolor que en los ojos tenia. Fué al templo de sus dioses, para ser curado, y no le aprovechó: é hízoles grandes votos y promesas, si le restituian la vista; pero las estatuas que no la tenian, no se la pudieron dar. Diósela su hijo Vito, por virtud de aquel que es luz del mundo, sin la cual los agudos ojos son ciegos: pero no bastó este beneficio, para que el ingrato padre conociese á Jesucristo y se acordase que era padre, y amase por aquel nuevo título, al que por instinto de la naturaleza debia amar; ántes determinó afligir á su hijo. Mas el Señor le libró de sus manos, envió un ángel á Modesto y á Crescencia que le habian criado, y les mandó que tomasen á Vito y fuésen con él al mar y entrasen en un navío, que allí hallarian aprestado, porque él los guiaria, y así se hizo: el mismo ángel fué el piloto y guia de aquella navegacion y los llevó al reino de Nápoles en la provincia de Lucania; y dejándoles cerca de un rio, desapareció. En aquel lugar estuvieron todos tres comiendo, de lo que un águila les traia, haciendo Dios muchos milagros por las oraciones de san Vito, y alumbrando á los pueblos comarcanos, que por haberse divulgado su santidad venian á él, lanzando de sus cuerpos los demonios, que los atormentaban: y para mayor gloria de su santo nombre, quiso Dios que una hija del emperador Diocleciano, en aquella sazon estuviese muy afligida del demonio, el cual dijo que en ninguna manera saldria de ella, hasta que Vito, siervo de Jesucristo viniese. Buscaron luego al santo mozo por mandado del emperador: hallárónle y trajéronle, y en poniendo sus manos sobre la doncella endemoniada, súbitamente huyó el demonio, dejando heridos y maltratados algunos de los gentiles que estaban presentes, por haber hecho burla de san Vito y dicho que no podia sanar á la enferma, la cual quedó con entera salud. El emperador, como vió á su hija sana tan presto, y que Vito era mozo y de muy gentil disposicion y presencia, aficionósele en gran manera y ofrecióle grandes dádivas y favores, y que le tendria en su palacio y le trataria como á hijo, si dejando á Jesucristo, reconociese y adorase á sus dioses. Y como Vito se riese de todo lo que el emperador le ofrecia; convirtiendo la blandura en enojo y el amor en aborrecimiento, le mandó echar en una obscura prision con Modesto y Crescencia, y cargarlos de hierro y prisiones, y que no les diesen ni una sed de agua. Allí cantaba Vito con el profeta David: *Deus in adjutorium meum intende:* Venid, Dios mio, en mi ayuda y favor. Apareció en la cárcel luego el favor del cielo: vióse una inmensa luz en ella, y oyóse una voz que decia: Está fuerte, Vito, siervo mio; que yo estoy presto para ayudarte: y aquel lugar horrible é inmundo quedó lleno de fragancia y de suavísimo olor. Supo Diocleciano de los carceleros lo que habia pasado en la cárcel, é hizo parecer ante sí á los santos mártires. Llevándolos al tribunal, Vito animaba á sus compañeros, y les decia que tuviesen buen ánimo, porque ya se llegaba la hora de su corona, la cual sin duda recibirian de la mano del Señor, si perseveraban hasta el fin en la confesion de su fé. Y como el emperador no pudiese persuadir á Vito que se rindiese á su perversa voluntad, mandó encender un horno lleno de plomo, resina y pez, y poner en él á los santos, diciendo á Vito: Ahora sí que veremos, si tu Dios te puede librar de mis manos. Pero el santo, haciendo la señal de la cruz, entró en el horno y cantó en él á Dios himnos de alabanza, como lo hicieron los tres mozos en el horno de Babilonia, y salió de él tan entero como ántes, sin ser quemado ni chamuscado, ni faltarle un pelo, sino con mas lustre y resplandor. Echáronle á un leon ferocísimo para que le despedazase; y como si fuera un manso cordero, cayó á los piés del santo, y halagándole, se los lamia. Habian concurrido á este espectáculo mas de cien mil hombres, y un número innumerable de mujeres y muchachos; y viendo esta maravilla de Dios, se convirtieron casi mil de ellos y creyeron en Cristo. Decia Vito al emperador: ¿No ves, Diocleciano, cómo las fieras se amansan, y olvidadas de su crueldad natural, reconocen y obedecen á su Señor; y tú le desconoces y le desobedeces? Pero estaba tan ciego y tan empedernido el desventurado emperador, que ni las palabras del santo, ni los milagros que veia, ni los beneficios que habia recibido, bastaron para ablandarle, ni para que entendiese, que la virtud que Dios obraba en aquel santo mozo, era para confusion suya y de sus vanos dioses: ántes le hizo extender con Modesto y Crescencia en la catasta, que era un tablado alto y eminente, en que extendian y atormentaban á los santos mártires con varios instrumentos y penas: y allí los atormentaron terriblemente y los descoyuntaron y desencajaron de sus lugares todos sus miembros, y rasgaron y despedazaron aquellos benditos cuerpos, hasta descubrir sus entrañas. Estaba á la sazon el cielo sereno y el aire sosegado; y orando san Vito y pidiendo favor al Señor, se levantó súbitamente una terrible tempestad, y la tierra comenzó á temblar y á caer rayos del cielo y muchos templos de los ídolos se asolaron y quedaron muertos muchos gentiles, y el mismo emperador corrido, é hiriéndose la frente, huyó por verse vencido de un muchacho. Bajó un ángel del cielo y libró á los santos del tormento en que estaban: llevóles al rio Silario, de donde habian venido, y púsoles de-

bajo de un árbol. Allí san Vito hizo oracion al Señor, suplicándole que pues les habia hecho gracia, que venciesen los tormentos y los peligros de los demonios y tiranos, les diese la gloria que de su misericordia esperaban: y acabada la oracion, oyó una voz que le decia: Vito, yo he oido tus ruegos: y con esto dieron sus almas bienaventuradas á Dios, y los fieles sepultaron sus cuerpos honoríficamente con ungüentos preciosos. El martirio de estos santos fué á los 15 de junio del año del Señor de 303; y el vigésimo del imperio de Diocleciano y Maximiano. El cuerpo de san Vito despues fué trasladado de Roma á París, y san Venceslao rey de Bohemia, por gran tesoro hubo un brazo suyo y le edificó un suntuoso templo en Praga, que es la metrópoli y cabeza del reino de Bohemia, el año de 775, y de allí otra vez á Sajonia el año de 826. ¿Quién no ve en esta vida y martirio de san Vito la omnipotencia y bondad de Dios, que en un flaco y delicado niño así triunfó de los tiranos, de los tormentos, de la muerte y de todo el poder del infierno? ¿Quién temerá su flaqueza ó desmayará, considerando la virtud y favor del Señor? Y ¿quién se fiará de amor de padre ó de otro hombre, por las buenas obras que le ha hecho, si su mismo padre, y Diocleciano, cuya hija habia sanado, fueron los verdugos de san Vito y causa de su martirio?

La vida de estos santos traen Surio, y los martirologios Romano, Beda, Usuardo y Adon.

San Próspero, Aquitano, obispo.—Fué san Próspero de nacion francés, y nació en la provincia de Aquitania, que hoy es la Gascuña. De sus padres, patria, nacimiento y niñez, no sabemos cosa cierta: solo se escribe, que fué varon muy elocuente y erudito, y muy dado á la sagrada Escritura, y que un dia abriendo el libro de los Evangelios que tenia en la mano, halló aquel lugar en que Cristo nuestro Redentor, hablando con un mancebo le dijo: «Si quieres ser perfecto, vé, y vende todo lo que tienes y dalo á los pobres, y ven, y sígueme.» Leyendo estas palabras san Próspero, hablóle Dios al corazon, y movióle de manera como si para él solo las hubiera escrito el sagrado evangelista: y alumbrado con la luz del cielo, y abrasado con el amor divino, entendió que Dios le queria para mas alto estado, y para que haciendo divorcio con el mundo, siguiese el estandarte de Cristo en santa y rica pobreza. No fué sordo á la voz interior del Señor, ántes luego vendió su hacienda, que era mucha, y la repartió á los pobres y á sus criados, y dió libertad á sus esclavos; y suelto y libre de aquellas prisiones y cadenas, se fué á Roma para visitar los cuerpos de los gloriosos príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, lo cual hizo con rara devocion y gusto espiritual de su alma. Era á la sazon sumo pontífice el gran Leon, primero de este nombre, el cual habiendo entendido que san Próspero habia llegado á Roma, y la causa por que habia venido, y la caridad y méritos de su persona, se holgó por extremo, y le mandó posar en su palacio, y trabó estrecha comunicacion y familiaridad con él, y parecióle que Dios nuestro Señor con singular providencia se lo habia enviado en aquella coyuntura, en que la Iglesia católica estaba cruelmente combatida de herejes en muchas partes, y especialmente en las provincias de Oriente; porque el impío Nestorio y Eutiques negaban las dos naturalezas divina y humana, que los católicos confesamos en Cristo, y habian emprendido un fuego tan terrible, que en muchos años no se pudo apagar, y fué necesario celebrarse algunos concilios para estinguirle; como fué el Efesino, que se celebró en tiempo del papa Celestino y del emperador Teodosio el Menor, y el concilio Calcedonense, que siendo emperador Marciano, mandó juntar san Leon papa: al cual envió á san Próspero, con otros prelados, para que con su grande santidad y sabiduría ayudase en aquel santo concilio á confundir á los herejes y establecer la fé católica, como lo hizo. Tuvo san Próspero gran cabida con san Leon, papa, y sirvióle en el mismo oficio que el gran Gerónimo tuvo con san Dámaso, papa, que fué de secretario eclesiástico, y de responder á las consultas que de todas las iglesias de la cristiandad se proponian al sumo pontífice: y algunos dicen que el mismo san Próspero fué el autor de aquella admirable y divina epístola de la Encarnacion del Verbo eterno, que san Leon, papa, escribió á Flaviano. A mas de esto, trabajó mucho san Próspero contra los herejes pelagianos, cuya herejía, aunque muchas veces habia sido condenada y como sepultada, otras tantas revivia y resucitaba; hasta que, como dice Focio en su Biblioteca, por la vigilancia é industria de san Próspero se acabó. Y porque algunos en Francia reprendian la doctrina de san Agustin, que habia sido el martillo y cuchillo de Pelagio, y el que con su luz habia deshecho las tinieblas y errores de aquel perverso herejo enemigo de la gracia de Jesucristo, san Próspero tomó la mano, y salió á la causa, y defendió á san Agustin, y quedó la verdadera y católica doctrina asentada y aprobada por la sede apostólica. Estando Próspero bien descuidado, tuvo el sumo pontífice san Leon, inspiracion y luz del cielo para hacerle obispo de la ciudad de Regio. Mucho sintió Próspero la carga de pastor que se le impuso, pareciéndole ser sobre sus fuerzas, y que él era indigno de ella, mas bajó la cabeza y obedeció al vicario de Cristo. Cuando llegó á la Iglesia, halló todo el pueblo muy desconsolado por la muerte del obispo, su predecesor, que habia sido muy santo prelado: pero consolóse presto cuando oyeron á Próspero una plática y razonamiento que les hizo, hablando modestamente de sí y del peso del oficio pastoral, exhortándoles á que le ayudasen; porque el cargo de obispo, dijo, era intolerable, y para que se pueda llevar, conviene que los súbditos ayuden y no desayuden al prelado, llevando cada uno la parte que pudiere de la carga, y no dejándola toda sobre los hombros de él. Sentado en su silla, luego comenzó á hacer su oficio de santísimo y vigilantísimo pastor. Predicaba muy á menudo con maravillosa elocuencia y eficacia, y no con menor fruto: porque no enseñaba cosa con la lengua que primero no la hubiese enseñado con su ejemplo. Era muy caritativo, manso, afable, en castigar las culpas moderado, benigno y liberal con los pobres que acudian á él en todas las necesidades, y él las remediaba como verdadero padre. A los viejos amonestaba como á padres; á los mozos corregia como á hermanos: para todos era suave sino para consigo; porque se daba mucho á ayunos, penitencias, y trataba ásperamente su cuerpo. Con esta forma de vida tan ejemplar fué amado y reverenciado de todos sus súbditos y de los obispos comarcanos, á quienes escribia muchas cartas, exhortándolos á servir al Señor con gran cuidado. Vivió san Próspero, como dice el cardenal Baronio, veinte y cuatro años en su obispado, aunque otros no le dan sino veinte y dos; y al fin de ellos, queriendo nuestro Señor dar el premio de los grandes y fructuosos trabajos

que habia tomado en su servicio, le vino una grave enfermedad: de la cual entendiendo el santo que Dios le queria librar de la cárcel del cuerpo y llevarle para sí, gozoso y alegre, mandó juntar á los de su casa, que estaban bien desconsolados y afligidos, y les rogó que no se entristeciesen tanto por su partida, ni por la falta que pensaban que él les podia hacer, sino que ántes se alegrasen por el bien que él esperaba recibir de la misericordia del Señor; y porque no los desampararia, sino que estaria en parte donde mas los pudiese ayudar. Despues dió la bendicion á los sacerdotes y clérigos y á muchos de la ciudad que habian concurrido por verle: y orando todos y ayudándole en aquel trance, resplandeció su rostro con una nueva claridad y dulzura; y así dió su espíritu al que para tanta gloria suya le habia criado, llorando todo el pueblo la muerte de su santo pastor: la cual fué á los 25 dias de junio, del año del Señor de 466, siendo sumo pontífice Hilario y emperador Leon. Sepultáronle con gran solemnidad fuera de la ciudad, en un templo de san Apolinar que él mismo habia consagrado. Hizo nuestro Señor muchos milagros por el santo pontífice; y todos los que venian á su sepulcro alcanzaban por su intercesion lo que pedian. Despues pasados algunos años, estando todavía su sagrado cuerpo en aquella iglesia, que era pequeña y fuera de la ciudad, apareció el mismo santo en sueños al obispo que era de su iglesia, resplandeciente y vestido de una estola blanca, y de aspecto cano y venerable, y le mandó que le trasladase á otro lugar mas honroso y decente. El obispo hizo luego labrar una iglesia y aparejar un suntuoso altar, y sacóle de donde estaba el santo cuerpo; el cual, cuando se descubrió, despidió de sí una fragancia y olor tan suave, que parecia mas del cielo que de la tierra, y con gran pompa, solemnidad y devocion fué trasladado y puesto en la nueva iglesia, renovando nuestro Señor sus maravillas y milagros, dando á los sordos oidos, lengua á los mudos, ojos á los ciegos, piés á los cojos, y salud á los dolientes de cualquier enfermedad. Escribió san Próspero muchas obras en prosa y en verso, en que muestra su grande doctrina, las cuales aprobó san Gelasio, papa, en un concilio romano, y llama á san Próspero «varon religiosísimo.» Escribió su vida Juan Antonio Plaminio, y tráela Surio en el tercer tomo; y hacen mencion de él el Martirologio romano, Genadio, Honorio Augustoduno y los otros, que tratan de los escritores eclesiásticos, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones, y en el quinto y sexto tomo de sus Anales.

San Bernardo de Menton, confesor. — Fué por su nacimiento noble saboyano, y pasó su juventud en inocencia, penitencia y estudios serios. Cuando tuvo ya mas edad le propuso su padre un honroso casamiento; pero él que deseaba consagrarse á Dios, se retiró secretamente por dedicarse al servicio de la Iglesia, poniéndose bajo la direccion de Pedro, arcediano de Aoust, con quien hizo grandes progresos en piedad y sagrada doctrina. En el año de 966 el obispo de Aoust le hizo arcediano, cuya dignidad comprendia entonces la jurisdiccion de vicario general, y por consiguiente el gobierno de la diócesis bajo su obispo. Dedicóse al ministerio de la divina palabra por el espacio de cuarenta y dos años, emprendiendo misiones en las vecinas comarcas, principalmente en los montes, disipando las antiguas supersticiones que todavía conservaban aquellos moradores. Fundó dos hospicios en los Alpes, conocidos ahora bajo las denominaciones de Grande y Pequeño San Bernardo, servidos desde el principio con exactitud y generosidad por canónigos regulares de San Agustin, siendo Bernardo su primer prelado. Despues de haber asegurado socorros para aquellos pobres, marchó á llevar la luz de la fé á los pueblos de la Lombardía, situados en la falda de aquellos montes. San Bernardo murió en Novara, de ochenta y cinco años de edad, el dia 28 de mayo de 1008. La cabeza de este santo se muestra en una rica urna en Monte-Joye, que tiene su mismo nombre en la diócesis de Aoust.

San Landelino, abad. — Fué de noble cuna, y nació en Vaux, cerca de Bapaume, el año 623, recibiendo una educacion esmerada y piadosa de san Auberto, obispo de Cambray. Pero despues entregado á las lisonjas y seducciones de sus parientes, descuidó Landelino las máximas que habia aprendido del santo obispo, y se entregó insensiblemente á una vida deliciosa y distraida. En medio de su desarreglo, la muerte repentina de uno de sus compañeros le ocasionó tal terror, que entró seriamente en sí mismo, y con la mas profunda compuncion, fué á arrojarse á los piés de san Auberto, que nunca habia dejado de orar por su conversion. El obispo lo puso en un austero monasterio, para que hiciese penitencia algunos años; y fué tan extraordinario su fervor y tan grande su contricion, que mereció ser ordenado de diácono, y cuando tuvo treinta años de sacerdote. Pero el santo penitente, con sus pecados pasados siempre á la vista, pidió licencia para irlos á llorar á una soledad con santa penitencia, y se retiró á Laubach, llamado ahora Lobes, lugar desierto sobre las riberas del Sambra. Juntándosele otras varias personas é imitando su método de vida, aunque al principio vivieron en celdas separadas, despues fueron los fundadores de la grande abadía de Lobes, por los años de 651. Landelino, que se consideraba indigno, no pudo soportar el verse cabeza de una comunidad religiosa de santos; y luego que vió bien arreglada aquella casa, nombró á su discípulo san Ursmaro para que fuese el primer abad. Los reyes de Francia le hicieron donacion de grandes estados, que él dejó á su monasterio de Lobes. Fundó otros varios asilos de piedad, y los dejó á todos bien organizados, empleando el tiempo que le sobraba de sus obligaciones, en instruir y predicar al pueblo, y en hacer otras obras de caridad, hasta que vino la muerte á acabar con el curso de su vida, en el mes de junio del año 686, en un monasterio que tambien habia fundado él cerca de Valenciennes.

San Esiquio y san Julio, soldados y mártires. — En tiempo del emperador Diocleciano, gobernando la Misia el prefecto Máximo, fueron estos dos santos presos en Dorostoro, y despues de haber confesado á Jesucristo, derramaron su sangre por defender su religion.

Santa Benilda, mártir. — En este dia, que era el siguiente al martirio de los santos Anastasio, Felix y Digna, repitióse en la ciudad de Córdoba, en España, el mismo horroroso espectáculo, en la esclarecida mujer santa Benilda. Era esta natural de Córdoba, de muy avanzada edad, y segun nos refiere san Eulogio, se presentó á los jueces con tanta serenidad y valor, que todos los presentes quedaron espantados. Pero el juez, no pudiendo sufrir sus imprecaciones y amenazas, mandó que la degollasen. Ejecutóse esta sentencia el dia 15 de junio de 853, y su cuerpo, segun costumbre de los moros, fué puesto como

los otros en un palo á vista de la ciudad. Pocos dias despues fueron quemados todos juntos en una hoguera, y sus cenizas arrojadas en el rio Guadalquivir, porque no las venerasen los cristianos.

SAN DULAS, MÁRTIR.—Vivia en Zefirio de Cilicia, y acusado como cristiano por decreto del presidente Máximo, fué azotado con varas, puesto sobre parrillas ardiendo, y abrasado con aceite hirviendo. Despues padeció otros tormentos por confesar el nombre de Jesucristo, de todos los cuales salió vencedor, hasta que alcanzó la corona del martirio siendo degollado.

LAS SANTAS LIBIA, LEONIDES Y EUTROPIA, MÁRTIRES.—Las dos primeras eran hermanas, y la otra una niña de doce años. Las tres fueron encarceladas por ser cristianas, y no queriendo prestar adoracion á los ídolos, las hicieron sufrir varios y horribles tormentos, hasta que al fin las degollaron en Palmira de Siria por los años 251.

SAN ABRAHAN, CONFESOR. — Fué un célebre anacoreta de Siria en el siglo VI, que desde su primera juventud se enterró en el desierto, y pasó toda su vida entregado á la mas áspera penitencia. Era el oráculo de su tiempo, pues de todas partes acudian á aquella soledad á buscar su mediacion y su consejo. Murió de una edad muy avanzada, y sobre su féretro y sepulcro obró el Señor grandes milagros.

DIA 16.

SANTA LUTGARDIS, VÍRGEN.—En el ducado de Brabante floreció una vírgen santísima, llamada Lutgardis, cuya vida escribió en tres libros un padre de santo Domingo, por nombre Fr. Tomas Cantipratense, que la conoció mucho y fué su familiar; y la trae Fr. Lorenzo Surio en su tercer tomo: y reducida á suma, fué de esta manera. Nació esta vírgen en la ciudad de Tongre, de padres honrados. El padre deseó casarla: y la madre entrarla en algun monasterio. Prevaleció la voluntad de la madre; y siendo muchacha de doce años entró en un monasterio de santa Catalina, de la órden de san Benito, aunque, á lo que parece, nó con intento y resolucion de ser monja, porque pretendiendo un caballero mozo casarse con ella, le dió oidos. Pero Cristo nuestro Señor, que la habia escogido para esposa suya, estando un dia hablando con aquel mozo, le apareció en aquella figura, con que vivió en la tierra; y descubriendo la sagrada llaga del costado, que destilaba sangre, le dijo: Mira, de aquí adelante no te entretengas en estas falsas blanduras de amor necio: aquí contempla lo que debes amar, y por qué lo debes amar; que yo aquí te prometo todas las delicias y regalos, puros y macizos. Con esta vision quedó tan confusa y presa del amor de Cristo la santa vírgen, que cerró las puertas de su corazon á cualquiera adulterino amor, y sus oidos á las palabras de aquel mozo, y de otros, que despues se quisieron casar con ella, como si fueran silbos de venenosas serpientes. Comenzó, pues, á darse á la oracion y meditacion de las cosas del cielo, y á abrazarse con Cristo crucificado, con tanto fervor, como si lo tuviera vivo y presente. Y como á algunas de las monjas ancianas les pareciese aquel fervor de novicia, y que presto se resfriaria, y por eso ella temiese su flaqueza, y se entristeciese, le apareció la sacratísima Vírgen nuestra Señora, y con rostro alegre y sereno, le dijo, que no temiese; porque ella la ampararia, y la haria crecer de virtud en virtud. Tambien le apareció santa Catalina, vírgen y mártir, patrona de aquel monasterio, y la confortó y prometió el don de perseverancia, y apareció á otra mujer, exhortándola á que tomase por abogada para con Dios á Lutgardis; porque tenia gran lugar aparejado en el cielo. Para prueba de esto la vieron las monjas en el coro puesta en oracion, levantada en el aire dos codos alta de tierra, y otra noche una claridad sobre ella tan resplandeciente, que parecia el mismo sol. Y nuestro Señor le dió una gracia tan singular, que tocando cualquiera enfermo con su mano, ó con su saliva, luego sanaba: y como por esta causa concurriese á ella gran multitud de enfermos, para que los sanase, y la estorbasen su oracion; se volvió á su esposo, y le dijo: ¿Señor, para qué me habeis dado esta gracia; pues me estorba de estar con Vos? Quitádmela, y dadme otra de mas provecho para mí. Y como el Señor le respondiese: ¿qué gracia queria? ella dijo: Vuestro corazon quiero, Señor; y el Señor: Pues yo tambien quiero el tuyo: y de allí adelante quedó el corazon de Cristo tan unido y tan impreso en el corazon de la vírgen, que ni tuvo movimiento sensual, ni pensamiento torpe por un solo momento en toda la vida. Otra vez á la puerta de la iglesia le apareció Cristo crucificado, ensangrentado; y bajando el brazo de la cruz lo extendió sobre ella, y la abrazó, y juntó la boca de ella con la llaga de su sagrado costado, del cual chupó y bebió una suavidad tan celestial y divina, que la saliva de su boca le quedó mas dulce que la miel. Para remedio de cualquier trabajo y fatiga de su cuerpo, no tenia necesidad sino de mirar la imájen del crucifijo, porque con esta sola vista, cerrados los ojos del cuerpo, se arrobaba en su espíritu: veia á Cristo, y su sacratísimo costado abierto: y con este regalo y dulzura del Señor se recreaba de manera que ninguna cosa le daba pena ni afliccion.

Doce años estuvo en el monasterio de Santa Catalina, y siendo muerta la priora, y ella de solos veinte y cuatro años, la rogaron que lo fuese. Condescendió con la voluntad de las monjas; pero poco despues por divina revelacion, y por consejo de un santo varon, determinó dejar aquel monasterio, y se pasó á otro, que estaba en el estado del duque de Brabante, y era de la órden del Cister, y se llamaba Aquiria, con gran tristeza y sentimiento de todo el convento de Santa Catalina, que perdia en Lutgardis, madre, y un vivo retrato de santidad: y ella, como tan dulce y amorosa, se enterneció, y suplicó á nuestro Señor por el monasterio que dejaba; y la Vírgen le apareció, y le prometió que por su intercesion lo haria, y tendria particular cuidado de él en lo espiritual y en lo temporal; y le agradeció que se pasase al monasterio de la órden del Cister, porque estaba dedicado á su servicio, y especialmente debajo de su amparo y proteccion.

Esta es la vida de esta santa vírgen en el tiempo de su niñez, y que estuvo en el convento de Santa Catalina: veamos ahora lo que le sucedió, despues que se pasó al convento del Cister.

Primeramente: luego que se supo que Lutgardis se habia pasado á aquel monasterio, otros muchos monasterios de monjas de la misma órden, que á la sazon se fundaban, la desearon y pretendieron por su prelada, por la fama de su gran santidad. Súpolo ella, y afligióse

mucho, y suplicó á nuestra Señora que la librase de tener cargo de otras, y la Vírgen sacratísima le apareció, y la consoló: porque la santa vírgen en cuarenta años que estuvo en aquel monasterio, en que las monjas hablaban francés, apenas pudo aprender de aquella lengua á pedir un poco de pan, cuando tenia hambre: y como todos aquellos monasterios fuesen de la misma lengua, entendiendo esto, la dejaron en su quietud y contemplacion.

Levantóse en su tiempo en Francia aquella tempestad tan horrible de los herejes albigenses. Apareciéle nuestra Señora una vez con el rostro triste y lloroso: y preguntada la causa de aquella tristeza, respondió, que porque los herejes y malos cristianos escupian y crucificaban otra vez á su benditísimo hijo Jesucristo: y le mandó, que estuviese en continua penitencia y llanto, y ayunase siete años por los pecados del mundo, para que su Hijo no le asolase, que estaba muy airado contra él: y ella ayunó los siete años continuos, no comiendo sino un poco de pan, y bebiendo un poco de cerveza: y aunque algunos superiores suyos la mandaron algunas veces comer mas, y le hicieron fuerza, y ella por la obediencia queria comer; nunca pudo tragar de otro manjar la cantidad de una sola haba. Pasados estos siete años de este ayuno riguroso, le fué mandado por revelacion divina, que tomase otro ayuno por todos los pecadores; y esto lo hizo con gran voluntad, y ayunó otros siete años, comiendo cada dia un poco de pan, y algunas yerbas; y nó otra cosa.

Murió un caballero noble y rico, tudesco de nacion, llamado Simon, el cual renunciando la vanidad del mundo, habia entrado en la órden del Cister, y siendo abad, habia pasado á mejor vida. Hizo mucha oracion y penitencia la santa vírgen por el alma de este religioso, porque habia sido muy devoto suyo; el Señor la oyó, y se le apareció trayendo consigo el alma de Simon: la cual despues le apareció muchas veces, haciéndole gracia por la merced que por sus oraciones habia recibido de Dios: porque decia, que si no fuera por ellas, once años habia de estar en las penas del purgatorio. Otras visiones tuvo maravillosas de personas, ó que estaban en el purgatorio, para que les ayudase; ó que ya estaban en el cielo y le daban parte de su gloria y bienaventuranza: porque era tanta su caridad, que todos los males y los bienes de sus prójimos los tenia por suyos propios.

Comulgaba todos los domingos, como lo aconseja san Agustin: y como en esto la santa vírgen fuese singular, la abadesa, que se llamaba Inés, le ordenó, que no se comulgase tan á menudo, y ella le respondió: Madre, yo haré lo que mandais; pero tengo por cierto y ya veo que lo habeis de pagar en vuestro cuerpo. Dióle luego á la abadesa una tan recia enfermedad, que no podia entrar en la iglesia. Conoció su culpa: pidió perdon, y cobró salud; y Lutgardis prosiguió su santa costumbre de comulgar cada ocho dias. De esta manera fueron castigadas otras monjas, que murmuraban de ella, ó quitándoles Dios la vida ántes de tiempo, ó por otros caminos dándoles á conocer su error.

Temíanla terriblemente los demonios, y no osaban llegarse á ella, ni al lugar de su oracion: y aunque no entendia el latin, cuando se cantaba aquel verso: *Deus in adjutorium meum intende*, y otros algunos, veia huir los demonios con grande espanto, y entendia la eficacia que tenian las palabras divinas para ahuyentar aquellas bestias infernales, aunque no las entiendan los que las oyen.

Estaba tan ilustrada y llena de celestial luz, y dotada de un conocimiento tan raro y profundo de la soberana majestad de Dios, y de su nada, que en medio de tantas virtudes, grandezas, prerogativas y regalos, que tuvo del Señor, la vanagloria nunca la molestaba. Si este conocimiento fué tan excelente, y su humildad tan grande, no lo fué ménos su caridad, y el deseo encendido que tuvo de morir por Cristo; porque una noche tuvo un deseo ardentísimo de imitar á la gloriosa vírgen santa Inés, y morir, como habia muerto, por Cristo; y fué este deseo tan encendido, que pensó allí espirar, y se le rompió una vena cerca del corazon, y salió tanta sangre de ella, que bañó el hábito. Allí le apareció Cristo nuestro Señor, y le dijo, que tendria en el cielo el mismo premio que habia tenido santa Inés: porque aunque no habia derramado la sangre por él como santa Inés, habia deseado derramarla; y toda la vida le duró la señal de la vena rompida y soldada. Era tanta su devocion, especialmente cuando meditaba la pasion de Cristo nuestro Señor, que se arrobaba, y le parecia quedar teñida en sangre. De esta virtud interior de su alma bienaventurada nacia una fuerza maravillosa, que Dios daba á las oraciones de su sierva, para convertir á los pecadores, dar salud á los enfermos, y obrar otras cosas miraculosas. Un caballero, soldado, noble y rico, pero muy vicioso y perdido, á ruegos de una hija suya monja, pidió á santa Lutgardis que le encomendase á Dios. Hízolo la santa vírgen con grande instancia, y dentro de poco tiempo el caballero perdió su hacienda y de muy rico vino á gran pobreza, sufriéndola con gran paciencia; y finalmente se hizo religioso, y vivió y murió santamente. A una monja, que por su flaqueza y enfermedad no podia ayunar, ni dejar de comer, alcanzó del Señor fuerzas para poder seguir en todo la comunidad y hacer otras penitencias: á otra que por una vehemente tentacion estaba para desesperarse, la detuvo y consoló; y lo mismo le aconteció con otro hombre que por sus grandes pecados desconfiaba de su salvacion. Sanó con sus oraciones á una mujer del todo sorda, y á otro enfermo de epilepsia. Tuvo don de profecía, y á algunas personas les profetizó mucho ántes su muerte. Penetraba las conciencias de las personas con quienes trataba, y los pecados ocultos que tenian, y que aun á sus mismos confesores no querian manifestarlos. Hablando en su lengua tudesca con algunas personas de lengua francesa, que no sabian la tudesca, milagrosamente la entendian. Y en otras muchas y muy señaladas cosas mostraba el Señor, cuán dulce esposa era la santa vírgen, y los favores que le hacia.

Mas porque la perfeccion de la vida cristiana no consiste tanto en hacer cosas grandes y maravillosas, cuanto en padecer con alegría las duras y dificultosas por Cristo; once años ántes que muriese la santa vírgen, la privó Dios de la vista corporal, para ejercitar mas su paciencia, y para que cerrados los ojos del cuerpo, abriese mas los del alma, y gozase mas puramente de la celestial y divina luz. Cinco años ántes que se fuése al cielo, dijo el dia en que habia de morir; y el año ántes le apareció su dulce Esposo, y le dijo: Ya se va llegando el tiempo en que has de recibir el premio de tus trabajos, y estar eter-

namente conmigo; pero quiero hagas tres cosas este año: la primera, que me hagas muchas gracias por las mercedes que de mí has recibido, y pidas á los santos, que hagan lo mismo por tí: la segunda, que ruegues con grande afecto por los pecadores á mi eterno Padre: la tercera, que dejando todos los otros cuidados, con grande ansia desees venir á mí. Otras veces tuvo revelacion de su muerte: y quince dias ántes le apareció la sacratísima Vírgen, y san Juan Bautista, del cual era devotísima, y le avisaron de su bienaventurado tránsito. Finalmente cayó mala de una recia calentura: y armada con los santos sacramentos de la Iglesia, y visitada de los santos, y de muchas almas bienaventuradas de las monjas de su monasterio, que ya gozaban de Dios, dió su bienaventurado espíritu al Señor, á los 16 de junio del año de 1246, y al de 64 de su edad. Quedó su cuerpo blando y tratable, y el rostro blanco y resplandeciente. Una monja, que era manca de una mano, tocando el cuerpo quedó sana: otra que tenia en el cuello un carbunco, poniendo sobre él el velo de la santa, luego sanó; y otros enfermos con sus reliquias cobraron salud. De santa Lutgardis hace mencion el Martirologio romano á los 16 de junio, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y Juan Molano en las que hizo á Usuardo, y en el índice de los santos de Bélgia.

* San Juan Francisco de Regis.—Véase su vida en el dia 24 de mayo.

San Aureliano, obispo y confesor.—Fué ascendido á la silla episcopal de Arles, el año 546, y pidió al papa Vigilio el palio y la calidad de vicario de la santa sede, al mismo tiempo que las cartas de recomendacion del rey Childeberto solicitaban la misma gracia en su favor. El papa se lo concedió, y le dió en consecuencia, poder para terminar, asistido de cierto número de obispos, las diferencias que podrian suscitarse entre los prelados sometidos á su jurisdiccion. «Pero si, lo que Dios no permita, dice el papa, si ocurriese alguna disputa sobre la fé, ó se presentase alguna otra causa mayor, despues de haber extendido las averiguaciones y dado vuestro informe, reservad su decision á la sede apostólica; porque segun encontramos en los archivos de la Iglesia romana, este es el método que han seguido todos vuestros predecesores, que han sido honrados con la dignidad de vicarios de la sede apostólica.» El santo obispo dió á sus Iglesias muchos reglamentos útiles y edificantes: de continuo instruia, con celo y con esa fuerza que da el espíritu de Dios á los pueblos y á los reyes, y daba al mismo tiempo una regla llena de sabiduría á los religiosos de un gran monasterio que él mismo habia fundado en Arles. Su vida de ángel en carne, le tenia siempre desapegado de todo lo de la tierra: así es que vió acercarse su última hora con un gozo indecible, y murió tranquilamente el dia 12 de abril del año 553. Este santo es uno de los obispos de Occidente que mas se alarmaron porque el papa Vigilio habia firmado la condenacion de los tres capítulos, con cuyo motivo el pontífice le escribió una carta llena de moderacion y de razones para convencerle.

San Bennon, obispo.—Nació en Alemania, y por sus raras prendas y piedad insigne, llegó contra su voluntad á ser arzobispo de Meissen en la misma Alemania. Trabajó con celo en el aumento de la Iglesia de Dios, y murió con la muerte de los justos por los años 1107. Dios glorificó su sepulcro con continuos milagros, y fué canonizado el año 1523, cuando Lutero propagaba con mejor éxito su herejía, y de aquí tomó motivo el heresiarca para ridiculizar á la religion, publicando un tratado intitulado: «El nuevo ídolo de Meissen.»

Los santos Ferreolo, presbítero, y Ferrucion, diácono, mártires.—Estos dos santos fueron ordenados por san Ireneo, arzobispo de Lyon, y enviados á predicar el Evangelio á Besanzon, donde despues de haber sufrido muchos tormentos, fueron decapitados por la fé en la persecucion del emperador Severo, el año 212. San Gregorio de Tours dice, que sus reliquias fueron en su tiempo glorificadas con milagros, y que un cuñado suyo habia sido curado por ellas de una enfermedad muy peligrosa.

San Quirico y santa Julita, mártires.—Eran estos dos santos madre é hijo, y los dos se ofrecieron al Señor en agradable y precioso holocausto. Cuando Domiciano, gobernador de Icaonia ejecutaba con la mayor crueldad los edictos del emperador contra los cristianos, Julita, dama de Iconio, se retiró á Seleucia con su pequeño hijo Quirico, de solos tres años de edad. El prefecto de esta última ciudad no era ménos perseguidor que el de Iconio, por lo que Julita se fué á Tarso en Cilicia. Casualmente al mismo tiempo que entraba ella en la ciudad, entraba tambien el gobernador Alejandro, quien la hizo prender desde luego con el infante en sus brazos. La santa era de sangre real, descendiente de ilustres reyes, y poseedora de grandes estados y opulencias: al preguntarle Alejandro su patria, nombre y calidad, solo contestó que era cristiana, y el juez se puso tan airado, que al momento mandó que le quitasen el hijo, y que teniéndola desnuda en el suelo, la hiriesen con agudas espinas, cuya crueldad fué, segun la sentencia, ejecutada. La madre en medio de sus dolores clamaba que era cristiana, y el tierno niño que apenas podia hablar, repetia las palabras de la madre, llorando por verla padecer. Enfurecido el tirano, cojió al niño por los piés y tirándole contra el suelo, le abrió la cabeza en presencia de la madre. Esta redobló entonces su fervor y su constancia, y poco despues fué degollada, y sus cadáveres arrojados á un lugar inmundo en señal de desprecio. Pero dos santas mujeres los recogieron y colocaron en otro lugar decente, hasta que restituida la paz á la Iglesia, ellas mismas revelaron tan preciosas reliquias, que se espusieron á la pública veneracion. El martirio de estos santos sucedió por los años de 304 ó 305.

San Aureo y santa Justina, mártires.—Eran hermanos y vivian en Maguncia, de cuya ciudad era obispo el primero. Por los años 451, estando un dia en la iglesia con otra multitud de cristianos de todos sexos y estados, entraron de repente los hunos capitaneados por Atila, y cayendo sobre aquella congregacion de fieles, los hicieron á todos pedazos, no dejando ni uno solo con vida.

San Ticon, obispo y confesor.—Era hijo de un panadero de la isla de Chipre, y habiéndole un dia reprendido su padre porque lo daba todo á los pobres, le contestó: que él solo aspiraba á atesorar para el cielo, y que nada para sí queria en este mundo. Dejada pues la casa paterna, fuése á un monasterio, donde se instruyó en las ciencias sagradas, y abrazó el estado eclesiástico. Llegó á ser obispo de Limiso en la misma isla de Chipre, y fué tan favorecido de Dios, que le llamaban el taumaturgo de su siglo. Teodosio el jóven lo queria en extremo, y con frecuencia le pedia su consejo en los negocios árduos. Ticon fué un mo-

delo de pastores, y murió tranquilamente por los últimos años del siglo V.

San Similiano, obispo y confesor.—Este santo, que floreció en el siglo IV de la Iglesia, es solamente conocido por la mencion que hace de él san Gregorio de Tours en su libro de *Gloria martyrum*, diciéndonos que fué obispo de Nantes en Bretaña, y que en tiempo del rey Clodoveo, estando aquella ciudad sitiada por los bárbaros, se apareció por los aires este santo obispo, y despues de haber dado á aquellos habitantes algunas instrucciones acerca lo que debian hacer en el peligro que les amenazaba, desapareció, y la ciudad quedó dentro de poco libertada. En la misma ciudad de Nantes hay un magnífico templo, en el que se guardan sus reliquias, y está dedicado á su nombre.

DIA 17.

San Manuel, Sabel é Ismael, hermanos, mártires.—Los que nacieron en la ceguedad y tinieblas del gentilismo, que quieran vivir en su ceguedad, malo es; pero al fin como fueron así criados y enseñados, parece tienen algun género de disculpa: mas quien nació alumbrado luego con la clara luz del Evangelio, se crió y doctrinó en ella con el ayuda de las letras y divinas Escrituras, y despues la dejó, siguiendo pertinazmente por sus vicios el error de los gentiles, ¿qué disculpa tendrá? El desdichado emperador Juliano Apóstata, fué uno de estos, el cual desde su niñez fué criado y enseñado en la santa ley evangélica; leyó y supo mucho de las sagradas Escrituras; y despues dejándolo todo, siguió la adoracion de los ídolos, y fué el mas cruel y declarado perseguidor del nombre de Cristo que jamás se vió. ¿Quién pues le tendrá lástima? Ninguno; pues él se buscó y quiso su perdicion eterna. Entre los innumerables que esperimentaron el rigor de este cruel apóstata, fueron los tres ínclitos mártires y gloriosos hermanos Manuel, Sabel é Ismael, los cuales eran naturales de Persia, de madre cristiana y padre gentil. Su vida era inmaculada y solícita en no llegar á los sacrificios y fuegos que los persas solian hacer en honor de sus dioses; porque aun en solo mirarlos les parecia quedaban contaminados, segun habian sido pura y religiosamente instruidos por Eunoico su ayo, varon clarísimo, cristiano y muy docto en la fé.

Reinaba entonces en Persia Alamundaro, el cual con cartas y embajadores habia tratado con el emperador Juliano, hiciese paces; y estando ya conformes en ellas, envió por sus embajadores á estos tres santos hermanos, para que las efectuasen y llevasen los capítulos y condiciones de ellas. Llegados al imperio romano, hablaron al emperador, y le mostraron las condiciones y pactos hechos; y Juliano les mandó que descansasen; é hizo que los tratasen y regalasen, como se acostumbraba hacer á los embajadores. Poco les duró; porque en breves dias pasó el estrecho de Calcedonia, y fué á Bithinia, llevándose consigo muchas gentes principales, y entre ellas á los tres santos hermanos. Hizo un solemne sacrificio en un lugar llamado Trigon; y todos los gentiles acudieron á la fiesta y sacrificaron á los ídolos. Los tres gloriosos hermanos no quisieron aun ver el abominable sacrificio, y tristes lloraban y suplicaban á Dios, los conservase sinceros y sin mancilla en su religion y santa fé, y fuese servido de apartar de tan grave error á los idólatras. ¡O Señor! decian, no los dejes así estar metidos en el profundo de los males. A este tiempo, por órden del emperador fué á ellos un su camarero, y procuró llevarlos al sacrificio; mas ellos con una voz y voluntad le dijeron: Véte de nosotros, pues nunca hemos de negar la fé en que fuimos criados, ni dejaremos á nuestro Dios y Señor, por venerar á los demonios que están con vosotros. No venimos tan largo camino para negar nuestra religion; solo venimos á hacer las paces y confirmar lo que mas nos pareciere. Sepa vuestro emperador que en ningun modo nos apartará de la ley de nuestro Señor Jesucristo; aunque contra nosotros manifieste todo su poder, entregándonos al fuego, al hierro y cuantos instrumentos para atormentar ha inventado la tiranía y rigor de los mas crueles bárbaros. El camarero refirió todo esto al emperador, el cual por entonces los mandó solo poner en la cárcel.

Los gloriosos santos iban tan gozosos á la prision, que iban cantando así: Venid, regocijémonos con el Señor: alegrémonos en Dios, nuestra salud. ¿Qué Dios hay que sea grande como nuestro Dios, el cual siempre nos hace bien en gloria y potestad? Nosotros somos su pueblo y obra de sus manos, y perpetuamente lo invocaremos. El siguiente dia, sentado el emperador apóstata en su tribunal, mandó traer á su presencia á los santos mártires, y primero los procuró traer á su propósito con blandas palabras, y despues los amenazó diciendo, que aunque eran embajadores, no les guardaria la fé (quien á Dios no se la guardó, ¡qué mucho!) y palabra si no adoraban á los dioses como él; porque debajo de este presupuesto se habian hecho las paces. Los valerosos caballeros respondieron, que ellos se habian criado y sido enseñados en la religion cristiana por Eunoico, varon insigne en las cosas divinas é incomparable en la virtud, y estaban firmes en su doctrina, con que en ningun tiempo dejarian al Criador de los cielos y tierra por los demonios; y que pues ellos solo habian venido por capitular las paces entre el imperio romano y el reino pérsico, no tratase cosa alguna de la religion y dejase adorar á cada uno á quien adoraba; pues esto no tocaba á la embajada. Con estas palabras se enojó Julianó, y lleno de ira dijo: Decidme; ¿cómo vosotros, que siempre fuisteis rudos é ignorantes de la lengua griega, sois tan desvergonzados y atrevidos, que con vuestro grosero hablar nos querais persuadir vuestra religion, á nosotros, que alcanzamos la cumbre de las letras y no somos ignorantes de vuestras Escrituras? Sabed, que en mi mocedad traté en ellas; mas como conocí cuán poco valian, las dejé, Y pues yo las entiendo y os aconsejo; sabed, que os importa dejar ese pensamiento inconsiderado y de niños; y si no me quisiéredeis oir y odedecer, la experiencia de los tormentos os enseñará, cuán mal os estará vuestra arrogancia y porfía en una religion indigna de ser oida.

Oyendo tan sacrílegas palabras, se confirmaron mas en su propósito los ínclitos mártires; y así dijeron: De nuestro Dios aprendimos que no hemos de temer, á los que quitan la vida al cuerpo, y que por miedo no hemos de hacer traicion á la verdad, y que cuando seamos presos, no pensemos lo que hemos de responder; pues el mismo Espíritu Santo nos dará ánimo y osadía para las batallas, y qué decir en abriendo los labios. ¿Qué falta de razon y ciencia nos imputas tú, que pareces el mas sabio de

todos? No sé cual está mas falto de ella; aquel que no conoce á Dios, criador de todo el universo, y no le da toda honra; ó aquel que lo dejó, y adora las cosas por él criadas, y les da el nombre divino, y ama las honras de los demonios y sucios simulacros. Dios es el extremo de cuanto se ha de desear, y fin del mas encumbrado entendimiento: que la abundancia de la vana retórica está llena de mentiras, y os hace ensoberbecer, y caer del estado perfecto á un triste y desventurado, como á tí te ha sucedido, que diste oido á la elocuencia; y estás con ella tan loco y soberbio, que te has mudado el nombre, y querido, que por religioso te llamen infiel y ajeno de Dios. Luego que esto oyó el cruel apóstata, lleno de ira y furor mandó tender en el suelo á los mártires, y que cuatro hombres con cuatro duras correas los azotasen, hasta que sus cuerpos se bañasen en sangre: luego hizo que les agujereasen los piés y manos con clavos, y los pusiesen en un palo, y que con uñas de hierro fuesen sus carnes despedazadas. Así se ejecutó, y sus cuerpos santos fueron deshechos con crueldad grande, y muchos pedazos de sus delicadas carnes caian por el suelo. En medio de tan gran tormento pusieron los ojos en el cielo, y con la boca y alma decian: ¡O Señor! que fuiste por los malos clavado en el madero y no triunfaras del pecado, si así no hubieras padecido muerte de cruz; mira, Señor, como por tu amor estamos tambien clavados, para que así se purifiquen nuestras almas: y pues conoces la flaqueza de nuestra naturaleza, envia de lo alto tu favor, alivia este trabajo y mitiga esta crueldad y dolor. Confiados en tí, Señor, osamos recibir estos tan graves tormentos: cuán crueles sean, y cuánto nos atormentan, bien lo ves; y así Jesus dulcísimo, pues estás pronto para defender, defiende á tus siervos Manuel y sus dos hermanos. Mas ¡ó benignísimo Señor! aun el ruego se está en los labios, y ya tu santo ángel les mitigó los dolores y dejó mas sanos que estaban, y esforzó para los demás tormentos. Entonces Juliano los mandó soltar del tormento, y burlando de ellos, les dijo: ¿Veis, como hasta ahora me entretengo, dejando de daros tormentos mayores, pensando que habeis de mudar de intento? Los mártires gloriosos sufriendo mal estas palabras, llenos de mayor confianza le dijeron: No pienses ó enemigo de Dios, lo que hasta aquí; haz lo que mas quisieres; que dispuestos estamos á padecer todas tus furias por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y todo nos será suave. Con todo, el apóstata cruel, teniendo esperanza de convencerlos, hizo apartar á Manuel, y comenzó con dulces palabras á persuadir á los dos que adorasen á sus dioses, diciéndoles mal de su hermano, porque los aconsejaba que solo á Cristo conociesen por Dios; y prometióles grandes honras, bienes y dádivas, si le daban este gusto. Los santos gloriosos no pudiendo oir sus palabras; con grande ánimo le dijeron á voces: ¿Por qué te cansas en buscar caminos para perdernos? Si no has experimentado cuanto valemos, ni te basta lo que ha pasado no dejes de hacer cuanto pudieres, pues tienes tan maldita y cruel alma: pero si ya sabes nuestra fé; ¿por qué juzgas hemos de ser tan fáciles, que en un instante nos mudemos? Pues ten por cierto que si acaso no nos volvemos locos, no hemos de honrar á vuestros ídolos falsos, hechos de lodo y piedra, sin saber mas que las piedras; porque burlando de ellos, ántes que nosotros dijo David con espíritu divino; que serian semejantes á ellos, los que en ellos confiaban. Turbado quedó con estas razones Juliano, y no pudiendo sufrir mas, les mandó quemar los costados para que ardiesen en fuego, así como él se ardia en ira y furor. Ardian los benditos santos y daban gracias á Dios, no mirando á los presentes tormentos, sino á la eterna gloria que por ellos esperaban; ántes deseaban padecer mas, y tan enamorados estaban de Cristo, que se olvidaban de su misma naturaleza. Juliano entonces mas ciego les dijo: ¿No sentis, como los dioses esperan vuestra conversion; pues hacen que podais sufrir tantos males? A que respondieron: No tenemos nosotros que mirar á vuestros dioses, ó desdichado, cuando tenemos á nuestro Dios y Señor Jesucristo: este sabemos, nos libra de los presentes dolores, y hace que despreciemos el hierro y el fuego: porque ¿cómo de otra suerte bastaria la carne y sangre; pues aun una piedra haria sentimiento? Que si los demonios no te hubieran engañado y traido á su idolatría, en que estás ciego, tú verias la verdad, y nuestra razon. Temió el tirano que si mas los atormentaba, mayores afrentas le dirian; y así los dejó, y llamó á Manuel, el cual tambien lo afrentó: con lo cual perdió la esperanza de vencerlos, y desesperado, les mandó hincar clavos por las cabezas, y meter cañas por los uñas, y que al fin les cortasen las cabezas, y que despues los quemasen, para que despues los cristianos aun no pudiesen venerar sus cenizas. Cumpliéronlo todo los crueles verdugos, y para degollarlos subieron á un peñasco difícil de subir, que se decia de Constantino, donde oraron así los invictos mártires: Recibe, Señor, en sacrificio esta muerte, que nos ha de dar la espada, y convierte á tu conocimiento esta gente que nos mira, ciega cautiva del demonio: dales, Señor, tal luz que á tí solo conozcan por Dios, y á tí solo adoren. En acabando estas palabras, oyeron una voz del cielo, que les dijo: «Venid á recibir las coronas de la gloria; pues magníficamente se han acabado vuestras batallas;» y luego les fueron cortadas las cabezas, siendo aquel dia á los 17 de junio. La piedra se abrió al instante, y recibió dentro de sí los santos cuerpos. Los verdugos que esto vieron, y que no podian ya quemarlos, como habia mandado el inicuo emperador, echaron á huir; y los que presentes estaban creyeron en el Señor: y habiendo estado allí muchos cristianos dos dias en oracion, repentinamente el peñasco les volvió los santos cuerpos, llenos de admirable olor, y ellos los llevaron y sepultaron suntuosamente, y despues hicieron infinitos milagros. El cruel Juliano no quedó sin castigo de haber quebrantado la palabra á Dios y á los embajadores; porque el rey de Persia luego que supo su muerte, le hizo su guerra; y el enemigo de la paz fué tambien contra él, y venidos á la batalla, fué el malaventurado Juliano vencido, y herido en sus entrañas con celestial saeta, quedando escarnecido de los demonios, que lo habian engañado, y tambien de los cristianos, que quedaron de él muy amenazados, cuando se partió para la guerra de Persia. Escribieron la vida de estos gloriosos mártires los griegos en su Menologio, Metafraste en sus vidas, Nicéforo Calixto en el lib. x de su Hist. Eclesiást., cap. 11; Lipomano, tom. vi; Surio, tom. iii; Sanctero, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tom. iv de sus Anales, año 362, n. 47. Quien mal anda, en mal acaba; y como se vive se muere, son adagios comunes, que

otros llaman cortos evangelios. Dígalo el cruel y apóstata Juliano; pues acabó mísera y desdichadamente: y no es esa su peor suerte, sino es el estar su desdichada alma ardiendo en los infiernos, mientras que Dios fuere Dios. No así las de los tres gloriosos hermanos y mártires de Jesucristo; pues por ser constantes en la confesion de su santísimo nombre y fé católica, gozan de la eterna gloria con las coronas y palmas, que tan valerosamente ganaron, por cuya intercesion merezcamos la misma gloria. Amen.

* La Conmemoracion de doscientos sesenta y dos santos, mártires.—Cuando la cruel persecucion del emperador Diocleciano, estos santos sufrieron el martirio en Roma, siendo sus cuerpos sepultados en la via Salaria antigua, en la cuesta del Cohombro.

San Montano, soldado y mártir.—Era ciudadano romano, y servia en los ejércitos del emperador, cuando movido por la predicacion y los milagros de los primeros fieles, abrazó la religion cristiana. Luego que recibió el bautismo, fué tan fervoroso que él mismo iba predicando y aconsejando á sus compañeros, que dejasen el culto estéril del paganismo, y probasen las dulzuras que se encerraban en la religion que él habia abrazado. Sabido esto por el emperador, lo llamó á su presencia, y despues de un largo interrogatorio en el cual se mostró siempre Montano como un verdadero soldado de Jesucristo, lo mandó el juez azotar y llevarle á una oscura prision. Despues de algunos dias, fué conducido á Terracina, donde le sujetaron á otro largo interrogatorio, en medio del cual le arrancaron la lengua, para que no hablase tantas blasfemias contra los dioses; pero el Señor le conservó milagrosamente el uso de la palabra, hasta el último momento de su vida, y murió degollado en la misma ciudad de Terracina, en tiempo del emperador Adriano y del cónsul Leoncio.

San Nicandro y san Marciano, mártires.—Padecieron en tiempo de Diocleciano, en la ciudad de Venafro del reino de Nápoles. Habian servido por algun tiempo en los ejércitos romanos; pero cuando fueron publicados aquellos bárbaros edictos contra los cristianos, dejaron las tropas en que servian. Acusados por esta accion ante Máximo, gobernador de la provincia, este los informó de la órden que habia, para que todos ofreciesen sacrificios á los dioses, so pena de ser tratados con la mayor crueldad. Los dos santos contestaron, que estaban dispuestos á todo, ménos á cometer semejante abominacion. Queriendo el juez usar de compasion con ellos, y esperando que la reflexion mudaria sus propósitos, los mandó encerrar en una prision, y al cabo de veinte dias, llamándolos otra vez á su presencia, les preguntó si se decidian á lo que les habia propuesto; pero ellos contestaron con mas fuerza, que solo vivian para Jesucristo y que nunca adorarian mas que á él, pidiendo solo una gracia, y era que se les abreviase el martirio, para que pudiesen llegar cuanto ántes á la patria celestial. Efectivamente el juez accedió á sus deseos, y mandando que les cortasen la cabeza, volaron sus almas al cielo, el año 304.

San Avito, abad.—Era natural de Orleans, y retirándose en Auvergne, tomó el hábito monástico en compañía de san Calais, en la abadía de Menat, que era á la sazon muy pequeña, aunque enriquecida despues por la reina Brunequilda, y por san Benito, obispo de Clermont. En esta casa fué san Avito elegido abad; pero renunció pronto el cargo, para dedicarse con mas fervor á la penitencia en otra soledad mas recogida. Efectivamente se retiró con otros compañeros á un bosque del Maine, donde el rey Clotario edificó una iglesia y un monasterio para san Avito, que estuvo á su frente hasta su dichosa muerte, acaecida en junio del año 530. Su cuerpo fué conducido á Orleans, donde fué sepultado con gran pompa, y su festividad se celebra con grandísima veneracion.

Los santos Isauro, Inocencio, Félix, Jeremías y Peregrino, mártires.—Eran naturales de Atenas y fueron presos por seguir la religion de Jesucristo. Conducidos á Apolonia de Macedonia, donde á la sazon se hallaba el tribuno Triponcio, se les quiso obligar á ofrecer incienso á los ídolos, y rehusándose á hacerlo, fueron afligidos por medio de varios tormentos, y últimamente degollados.

San Imerio, obispo.—Fué natural de Umbría y obispo de la ciudad de Amelia. Floreció en el siglo V, y nada sabemos de las particularidades de su vida, sino que despues de un largo pontificado, entregó su espíritu en paz al Criador. Un monge llamado Ambrosio escribió la relacion de los milagros que vió obrarse junto á la tumba de este santo, en la iglesia dedicada á su nombre, en la misma ciudad de donde habia sido dignísimo obispo.

San Besarion, anacoreta.—Nació en Frigia en el siglo cuarto, de padres cristianos que le imbuyeron desde su mas tierna infancia el amor á las cosas celestiales. Tenia apenas quince años, cuando despreciando todos los bienes de la tierra, se fué á los desiertos de Egipto, donde empezó un género de vida tan austero, que era la admiracion de los demás solitarios que allí habia. No se fijó en ningun punto, ni durmió nunca debajo de tejado: andando continuamente de una parte á otra, comia cuando y lo que se le presentaba; sufria los rigores del frio y del calor con una impasibilidad asombrosa, y creyéndose como cautivo en esta tierra de tránsito, solo suspiraba por la eternidad. Con este género de vida, que no alteró jamás, llegó á una edad muy avanzada y entregó su alma á Dios, á fines del mismo siglo IV.

San Gundulfo, obispo y confesor.—Los bolandistas, despues de haber examinado todas las historias que se cuentan de este santo, convienen en que ninguna de ellas es verdadera, y que solamente se sabe de cierto que fué natural de una aldea cerca de Bourges, y que fué obispo de Milan, desde el año 555, hasta que se extinguió el cisma del obispo Vidal, que habia sido depuesto por la santa sede. Ignórase asimismo el año y lugar de su muerte, pero se sabe que su sagrado cuerpo, ilustre en muchos milagros, fué trasladado desde Milan á la aldea donde habia nacido.

San Ipacio, confesor.—Nacido en Frigia, cuando tenia diez y ocho años, fué cruelmente castigado por su padre, y con esta ocasion huyó de su casa y se fué á la Tracia, donde entró en un monasterio que le admitieron entre sus monges y muy pronto fué modelo y espejo de todas las virtudes. Su abstinencia era tan grande que si alguna vez se veia asaltado por alguna tentacion de la carne, estaba ocho dias sin probar alimento. Promovido á las sagradas órdenes, se empleó con mucho éxito en el ministerio de la predicacion y obró muchas conversiones. Sus milagros le granjearon la admiracion de todos, y sus virtudes fue-

ron en tan alto grado, que poco despues de su muerte, acaecida por los años 452, fué ya venerado sobre los altares.

San Reinerio, confesor.—Nació en la ciudad de Pisa, y por mucho tiempo escondió su juicio al mundo, apareciendo insensato á los ojos del público, para ser mas sabio en el Señor. Trasladóse á Jerusalen y vivió en los santos lugares algunos años, entregado á la penitencia y no tomando alimento mas que dos veces á la semana, el domingo y jueves. Por inspiracion divina volvióse á Pisa, en cuya ciudad murió, el dia 17 de junio del año 1190. Mientras el arzobispo celebraba sus exequias, oyéronse unos coros de ángeles que cantaban el *Gloria in excelsis Deo*, y en aquel mismo momento, quedaron sanos todos los enfermos que habian acudido á implorar su proteccion.

DIA 18.

San Marcos y san Marceliano, hermanos mártires.—Los valerosos y nobles caballeros de Jesucristo, Marcos y Marceliano, fueron romanos y hermanos de un vientre, y de ilustre sangre é hijos de Tranquilino y de Marcia, personas muy ricas y principales. Eran cristianos y ya casados y con hijos; mandólos prender por la fé de Cristo, Cromacio, prefecto de aquella ciudad, y despues de muchos tormentos, los condenó á ser degollados, si dentro de treinta dias no volvian en sí, y se arrepentian y adoraban á los dioses. En este espacio de tiempo, no se puede fácilmente creer las máquinas de que usó el demonio para derribarlos, las batallas que tuvieron, la batería y asaltos que les dieron su padre, su madre, sus mujeres é hijos, sus deudos, amigos y conocidos que eran muchos, por ser ellos personas de tanta calidad y estima; todos dieron en ellos. Porque primeramente los visitaron otros caballeros, sus compañeros y amigos y con gran enojo y sentimiento, les dijeron: ¿Qué locura es esta, amigos? ¿Es posible que siendo nacidos en Roma y entre caballeros romanos, y nó allá en Arabia ó en Scithia entre fieras, ni las canas de vuestro pobre padre, ni las lágrimas de vuestra afligida madre os muevan, para que dejeis ese desatino, que estos malditos cristianos os han puesto en la cabeza? Gran dolor disteis á vuestra madre, cuando de un parto os parió; pero ¿qué tiene que ver aquel dolor con el de ahora; viendo que en un momento os ha de perder y llorar la muerte de los dos juntos, á quienes juntamente dió la vida? ¿Este es el pago que dais á vuestros padres, y padres tan amorosos y que tanto han trabajado por vosotros? Si no teneis lástima de los que os engendraron, tenedla á lo ménos de vuestros dulces hijos: los cuales, perseverando vosotros en vuestra obstinacion, perderán la hacienda, la nobleza y en un punto quedarán huérfanos, pobres é infames. Acordaos de vuestras mujeres, y no les deis con vuestras propias manos la muerte, por desear ellas tanto vuestra vida. Estando diciendo esto aquellos falsos amigos y verdaderos enemigos, entró la madre Marcia cargada de años y de dolor, y deshaciéndose por las muchas lágrimas, se derribó á los piés de sus hijos, y les dijo: Oh hijos mios, nacidos de mis entrañas, criados á mis pechos y sustentados con tantos trabajos y dolores mios; ¿qué desatino es este? ¿Así correis á la muerte, de la cual todos los cuerdos huyen? ¿En un mismo tiempo quereis matar á vosotros mismos, á vuestra madre y vuestro padre, á vuestras mujeres y á vuestros hijos? ¿Qué mal os habemos hecho, para que querais cortar la cabeza de un golpe, á todos los que tanto os aman y desean vuestra vida? ¡Oh calamidad nueva y nunca oida, que yo vea á los hijos que parí, ir tan de corrida á la muerte, y que ni mis lágrimas ni el llanto de toda Roma los puedan detener! ¡Desventurada de mí! pues mis mismos hijos ruegan al verdugo que los mate, y no aman la vida sino para perderla, ni me quieren á mí oir que soy madre, y les doy consejo, que vivan, para poder yo vivir y gozar de la vida de ellos! ¡Cómo se han trocado las cosas, que los mozos con tanta ansia buscan la muerte, y los viejos lloran, porque se les acaba la vida! Estas razones decia la madre, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, cuando el padre Tranquilino, sustentado á manos de dos criados suyos por su mucha edad y por la gota que padecia, entró desalentado donde estaban sus hijos aprisionados; y viéndolos, apenas pudo hablar por la fuerza del dolor. Al fin les dijo: Hijos, yo he venido á despediros de vosotros y ofreceros para vuestro entierro, todo lo que yo tenia aparejado para el mio: aunque querria saber de vosotros, pues sois leidos y os teneis por discretos, si jamás habeis oido ó leido, que alguno, sino son los desesperados, desee la muerte: la cual siendo, como es el remate de nuestra vida, que es tan grande bien, no puede ninguno que tenga seso desearla. Vosotros correis á la muerte sin guerra, sin fuerza, sin violencia, huyendo ella de vosotros. ¡Oh qué locura, oh qué desatino! Venid, mozos, y llorad conmigo á estos que por su voluntad se entregan á la muerte: venid, viejos, y acompañad al dolor que yo siento en mi vejez, causado de los que no quieren vivir, para que yo muera. Hubiera pasado adelante Tranquilino y soltado mas la rienda á sus lágrimas y dolor, si sus nueras y nietos no le hubieran interrumpido, los cuales entraron en la cárcel y sin hacer cortesía á nadie, porque venian fuera de sí, dando gritos, comenzaron á hablar con Marcos y Marceliano, de esta manera: ¡O desdichadas y malaventuradas mujeres que os tomaron á vosotros por maridos; pues así quereis huir de nosotras, por no vernos, ni ver á estos vuestros hijos! ¿Dónde está aquella fé y aquel nudo indisoluble, con que os atasteis con nosotras y que no se puede desatar sino con la muerte? ¿Dónde está nuestro amor, nuestra union y aquella caridad que de dos cuerpos hizo un cuerpo, y de dos almas hizo una alma, y aquel entrañable afecto con que habemos vivido tantos años en tanta paz? O hijos que salisteis de nuestras entrañas, ¿conoceis á estos vuestros padres? Pluguiera á los dioses que nunca los hubiérades conocido, ni venido al mundo; pues que ellos son tan crueles, que quieren que los perdais, nó por mano de tirano ni de verdugo, sino porque ellos mismos se quitan la vida, para que vosotros no vivais y nosotras desdichadas muramos con ellos. Despiértese el amor de padres en vosotros, que está dormido: abrid los ojos de la razon, que con el velo de la obstinacion teneis cubiertos: considerad á cuánta pobreza, á cuánta infamia condenais á estos vuestros hijos inocentes, condenándoos á vosotros á la muerte. ¿No sabeis cuán infame es el nombre de cristianos? ¿A cuántos tormentos, suplicios y penas por las leyes están sujetos? ¿No sabeis que todos vuestros bienes están ya confiscados y que vuestros hijos quedan deshe-

redados y pidiendo de puerta en puerta? ¿Esta llamais piedad? ¿Mataros con vuestras propias manos y con un golpe dar la muerte á los padres que os dieron la vida, y á las mujeres que en solos vosotros viven, y á estos niños chiquitos, á los cuales así como disteis el sér, así estais obligados á conservarles? Llegaos, hijos, á vuestros padres, llegaos, abrazadlos y besadlos, asios á ellos y tenedlos: morid con ellos, porque vivir sin ellos os será mas cruda y dura muerte. Cayeron como muertas las madres en el suelo, sin poder hablar mas palabra. Los hijos se deshacian en lágrimas: todos los circunstantes sollozaban y con ojos llorosos y tristes se miraban unos á otros; y ya las entrañas de Marcos y Marceliano se ablandaban, traspasados de dolor.

El glorioso san Sebastian se halló presente á todos estos encuentros y combates, como caballero de la córte imperial, que aunque interiormente era cristiano, encubria exteriormente su creencia y fé, para ayudar mas y mejor á los cristianos perseguidos: que por ser aquella persecucion de Diocleciano y Maximiano tan horrible y espantosa, algunos desfallecian en los tormentos, y por no perder la vida, perdian la fé; y el santo mártir Sebastian les asistia, los esforzaba y socorria al tiempo de la necesidad, como hizo ahora con los dos santos hermanos, Marcos y Marceliano; porque viendolos ya casi rendidos por la furiosa y continua batería, que sus domésticos enemigos les daban; juzgando que era tiempo de declarar lo que tenia encerrado en su pecho, y manifestar que era cristiano para que los dos hermanos no lo dejasen de ser y exponer su cuerpo á la muerte; para que las almas de ellos no perdiesen la vida comenzó con palabras graves y encendidas de amor de Cristo, á exhortarlos á la perseverancia y á la gloria del martirio: y habló tan altamente de la brevedad, fragilidad y engaños de esta nuestra vida mortal, de la certidumbre y gloria de la bienaventuranza que esperamos los cristianos, que los santos hermanos se determinaron á morir, y los que estaban presentes se convirtieron á la fé del Señor y fueron compañeros en el martirio de aquellos mismos, á quienes ántes con palabras, lágrimas y gemidos persuadian, que no muriesen por Cristo: y así pasado el término de los treinta dias, un juez llamado Fabian, que habia sucedido á Cromacio, y era hombre cruelísimo, mandó atar á los santos hermanos en un madero y enclavar en él sus piés con duros clavos. Allí enclavados, cantaban con gran alegría aquel verso de David: «O qué buena y qué alegre cosa es habitar dos hermanos en uno.» Y como el juez les dijese, que dejasen aquella locura, porque así serian libres de grandes tormentos; ellos le respondieron que bien estaban allí, pues que estaban fijos en el amor de Jesucristo y que los dejase de aquella manera, hasta que la vida los dejase. Estuvieron en este tormento un dia y una noche, alabando al Señor y cantando á versos algunos salmos: y Fabian, vista su perseverancia, mandó que los alanceasen, y con este género de muerte dieron sus almas á Dios. Sus cuerpos fueron sepultados en la via Ardeatina. Celebra la Iglesia su fiesta á los 18 de junio, que fué el dia de su martirio, el año del Señor de 284, y el primero del emperador Diocleciano. Escriben de estos santos el Breviario romano, los Martirologios Romano, de Beda, Adon y Usuardo, y el Antifonario de san Gregorio, y Metafraste en la vida de san Sebastian que está en el primer tomo del padre Surio. En nuestros dias, siendo sumo pontífice Gregorio XIII, á los 20 de junio del año del Señor de 1582, se hallaron los cuerpos de estos dos gloriosos santos mártires y hermanos, Marcos y Marceliano, y el de su padre Tranquilino, en una arca de mármol, en la iglesia de San Cosme y San Damian, que es título de cardenal diácono en Roma, y en la misma arca, á un lado, el cuerpo de san Félix, papa y mártir, el que condenó al emperador Constancio, como lo refiere el Martirologio Romano, á 29 de junio, y el cardenal Baronio en el tercer tomo de sus Anales.

El Beato Gregorio Barbarigo, obispo y cardenal—El beato Gregorio nació en Venecia á 25 de setiembre del año 1625, de Juan Francisco Barbarigo y de Lucrecia Leoni, ambos de las familias senatorias mas ilustres de aquella república. Habiendo arrebatado la muerte á la madre de Gregorio á lo mas florido de sus años, Juan Francisco, su padre, renunciando todo pensamiento de contraer segundo matrimonio, se aplicó con el posible cuidado á educar á sus pequeños hijos en la piedad y en las letras, segun convenia á su noble condicion, para que fuesen á su tiempo, no solo buenos ciudadanos, sino tambien verdaderos siervos de Dios, y virtuosos cristianos. Descubriendo el padre en Gregorio un raro talento, un ingenio muy vivo, y un espíritu generoso, inclinado á la virtud, procuró cultivar con diligencia tan preciosas semillas, y creyó no debia encargar este cuidado á otra persona; por lo que quiso que fuese instruido dentro de su misma casa y á su presencia, y despues él mismo quiso ser su maestro en la filosofía, en cuya ciencia se hallaba instruido. El jóven Gregorio, viviendo alejado de los peligros á que están expuestos los jóvenes, con el trato familiar de los otros de su edad, cúpole la suerte, ó por mejor decir, recibió de Dios la gracia especial de conservar la inocencia, y de preservarse de la corrupcion, que suele reinar de ordinario en la juventud, cuando el ardor de la sangre, los malos ejemplos, y los peores consejos de los compañeros, la atraen é inclinan fuertemente al mal. Era Gregorio muy obediente y rendido á su padre, respetuoso con todos, humilde y manso en sus palabras y acciones, modesto y afable con sus inferiores, y sobre todo, pio y religioso para con Dios, á quien dirigia fervientes súplicas. Levantábase en el silencio de la noche, mientras los demás dormian, y empleaba muchas horas en la santa oracion, y en otros ejercicios de penitencia y piedad cristiana. Viéndole su padre con el mayor júbilo de su corazon muy bien arraigado en la virtud, le dió licencia para que en aquella edad juvenil, que era de solo diez y nueve años, se apartase de su presencia y de su patria, y partiese á Alemania en compañía de Luis Contarini, quien, en calidad de embajador de la república de Venecia, habia de asistir al congreso de Munster, donde se trató la paz entre los príncipes de Europa. Allí tuvo Gregorio la fortuna de tratar familiarmente con Fabio Chigi, nuncio de la santa sede, el cual elevado despues al pontificado, se llamó Alejandro VII; y este celoso prelado dió á Gregorio saludables documentos, de los cuales se aprovechó para adelantarse mas en el camino de la perfeccion. Concluido el congreso de Munster, hizo Gregorio varios viajes, ya en la Alemania superior é inferior, ya tambien en la Francia; y aunque se detuvo por espacio de cuatro meses en París, nada perdió de su devocion, y se mantuvo siempre firme y constante en el bien, sin omitir jamás sus acostumbra-

dos ejercicios de piedad, y en especial la lectura espiritual de las obras de san Francisco de Sales que el sobredicho prelado le habia encomendado con grande eficacia, como muy provechosas para la consecucion de las virtudes cristianas.

Vuelto Gregorio á su patria, se mereció de todos un aprecio y un concepto muy singular, así por la integridad de sus costumbres, como por la capacidad de su talento. Por lo que desde luego fué admitido al magistrado, llamado de los sabios, entre los cuales dió evidentes muestras de su probidad, prudencia y habilidad; por cuyas prendas todos juzgaban se hallaba en disposicion de ocupar con el discurso del tiempo los cargos mas honoríficos de aquella república. Pero eran muy diferentes los designios que Dios habia formado sobre él, y muy diversos los sentimientos del corazon de Gregorio; que disgustado de aquellas cosas, que mas se aprecian en el mundo, no aspiraba sino á unirse mas estrechamente con la divina bondad, y adquirir aquellas grandezas que no se hallan sobre la tierra, sino solo en el cielo. Por esto iba discurriendo en su interior cómo retirarse del mundo, y abrazar una vida humilde y penitente en alguna religion austera: dos se habia propuesto para elegir, la una era la de los ermitaños camaldulenses, y la otra la de los carmelitas descalzos. Pero ántes de escoger una de las dos, y tomar la última resolucion, pidió al Señor con fervorosa oracion, le manifestara su voluntad, y despues, segun conviene en semejantes casos, tomó consejos de personas sabias, prudentes é ilustradas en el camino de Dios; las cuales despues de un maduro y prudente exámen, le aconsejaron abrazase el estado eclesiástico secular, y nó regular, y él se rindió con entera docilidad al juicio y parecer de estas personas, ó por mejor decir, á la voluntad de Dios, que por su medio se le manifestaba: mas ántes de alistarse en la milicia eclesiástica, quiso aplicarse á los sagrados estudios. A este fin pasó á la cercana ciudad de Padua, donde se dedicó con grande aplicacion al estudio de la sagrada teología, y de la historia eclesiástica. Todo el tiempo que moró en Padua llevó una vida muy retirada; de manera, que pudo decirse de él lo mismo que de san Basilio, y de sí mismo asegura san Gregorio Nazianceno, en el tiempo que estudiaban en Atenas, esto es, que no conocian otros caminos, ni sabian otras calles, que las que conducian á las escuelas de sus maestros, para aprender allí las ciencias, ó las que encaminaban á las iglesias, para ocuparse en ellas en los ejercicios de piedad, en la cual cada dia hacia mayores progresos.

Concluidos sus estudios, volvió á Venecia, y á los 5 de abril del año 1655, que era el trigésimo de su edad, renunció la toga de senador, se vistió el hábito eclesiástico, y tomó la tonsura clerical, y despues las demás órdenes hasta el sacerdocio. Dentro de poco tiempo se fué á Roma, donde le llamaba Alejandro VII, quien, como se ha dicho arriba, lo habia conocido y tratado familiarmente en el congreso de Munster; recibió dicho pontífice á Gregorio con mucho honor, y desde luego le hizo prelado de la córte romana. En este tiempo, que fué el año 1656, la ciudad de Roma fué muy afligida de la peste, que hacia asombrosos estragos, especialmente en el barrio de Transtiber: el sumo pontífice destinó á Gregorio para proveer de conveniente socorro á las necesidades, así espirituales como temporales de aquella pobre gente; y el siervo de Dios, sin atender al peligro que exponia su vida, se aplicó, con el mayor fervor de su espíritu, á desempeñar el cargo que se le habia confiado; de modo que á nadie faltó el necesario socorro; y aunque el contagio fué creciendo, y dos de su misma familia fueron inficionados y murieron de él, no dejó de hacer Gregorio las acostumbradas visitas en las casas de los apestados, y de ir en persona á cualquiera lugar que fuese necesario, para dar las providencias convenientes para el alivio de aquella necesidad. Esta heroica caridad de Gregorio mereció los aplausos y alabanzas de toda la córte romana, y en particular el papa Alejandro VII hizo tal concepto de su eminente virtud, que creyó debia destinarle al ministerio pastoral, y conferirle el obispado de la ciudad de Bérgamo, que se hallaba vacante. Quedó Gregorio asombrado, considerando el peso formidable que el pontífice queria poner sobre sus hombros, y mostró en aceptarle aquella repugnancia sincera, que han manifestado siempre todos los que han conocido á fondo la sublimidad, la importancia y los peligros de este ministerio. Mas fuéle preciso obedecer al precepto del pontífice, y así á los 29 de julio del año 1657 fué consagrado obispo de la sobredicha ciudad de Bérgamo; á la cual se encaminó sin tardanza alguna, para ejercitar en ella el pastoral ministerio que se le habia impuesto.

Encontró Gregorio la Iglesia de Bérgamo en un estado muy infeliz, por los muchos abusos y perniciosas corruptelas que reinaban, así en el clero como en el pueblo, las cuales pedian un pronto y eficaz remedio. Por lo que fiado en la ayuda de Dios, que continuamente imploraba con fervorosas oraciones, resolvió imitar los ilustres y recientes ejemplos de san Cárlos Borromeo, cuyo vida tenia siempre en sus manos, junto con sus consejos, y demás instrucciones y ordenaciones, hechas por aquel santo y zeloso arzobispo. Primeramente, á imitacion de san Cárlos, puso tal órden en la conducta particular de su persona y de su familia, que causase edificacion á todos, y fuese como un espejo y modelo de la vida que queria inspirar á los otros, y en especial á las personas eclesiásticas. A este fin alejó de su palacio episcopal cualquiera cosa que tuviese la mas mínima apariencia de fausto, de lujo y delicadeza. Las alhajas de su palacio eran modestas y de poco valor; usaba muy poco de cosas de plata, y casi solamente para el servicio de su capilla; la mesa era frugal, y en comun con su familia, y siempre se sazonaba la comida con una lectura espiritual; todos los miércoles se comia de pescado, y se ayunaba todos los viernes del año. Estaba prohibida á las mujeres la entrada en el palacio episcopal; á nadie de la familia se permitia salir de noche; y tenian tambien todos sus familiares expresa prohibicion de asistir á juegos, á espectáculos, á festines y á otros mundanos pasatiempos. Todos los de palacio acudian tres veces al dia á la capilla episcopal: por la mañana á la oracion, despues de la comida de medio dia á la leccion espiritual, y por la noche al exámen de conciencia y la oracion. Acostumbraban todos frecuentar el sacramento de la penitencia, y una vez al mes comulgaban. Todos debian hacer brillar en sus palabras y acciones una singular modestia y una verdadera humildad; se miraba desterrada de la casa del obispo la

ociosidad, teniendo cada uno sus ocupaciones; de modo, que no les quedaba siquiera un cuarto de hora para ocuparlo en conversaciones vanas, é inútiles noticias; teniendo él en su servicio muy pocas personas, pero todas temerosas de Dios, y muy hábiles para desempeñar cuanto necesitaba de ellos. Estaba severamente prohibido á todos los dependientes del palacio aceptar regalos, por pequeños que fuesen, por ningun pretexto; y él daba á cada uno los convenientes estipendios y salarios. Tenia deputado un sacerdote de autorizada bondad y prudencia, para que velase sobre las costumbres y conducta de sus familiares, y corrigiese sus faltas y defectos. Sin embargo, no se dispensaba con esto de velar él mismo con mucha atencion sobre su familia. El santo obispo iba adelante con su ejemplo, llevando una vida austera, mortificada, laboriosa, aplicada continuamente á las sagradas funciones de su pastoral ministerio, y en todo irreprensible. Y porque sabia por una parte, cuán sujeta está á errar la humana flaqueza, y por otra, que aquellos que presiden y gobiernan á los demás, raras veces hallan quien les advierta sus yerros y defectos, antes sí muchos, que frecuentemente les lisonjean y adulan, tenia destinados por censores de todas sus acciones dos personas muy ilustradas, y superiores á todo respeto humano, para que le advirtieran con libertad evangélica, y le avisaran de todo lo que fuese digno de correccion y enmienda. En suma, arregló su casa y su familia de manera, que parecia una comunidad de observantes religiosos. Hizo imprimir un librito, donde se contenia todo lo que cada uno de su familia debia practicar con toda prontitud; á la frente del librito se leian escritas aquellas palabras de san Bernardo: *Domum episcopi decet sanctitudo, decet modestia, decet honestas.* Finalmente, cualquiera que contraviniera á las reglas prescritas, si prontamente no se enmendaba, era inmediatamente despedido de su servicio.

Habiendo dispuesto el santo prelado con el órden dicho las cosas tocantes á su familia, ántes de emprender la reforma de las costumbres del pueblo, quiso primero restablecer una exacta disciplina en el clero; sabiendo muy bien, que de la vida desarreglada de los eclesiásticos, suelen tomar de ordinario los seglares motivo ó pretexto, para perseverar en sus viciosas costumbres. A este fin prohibió á todos los eclesiásticos asistir á los teatros, á los festines y á toda suerte de profanos espectáculos: prohibióles asimismo la negociacion, el jugar á naipes, y las familiares conversaciones con personas de diverso sexo: quitó el abuso que se habia introducido, de que los eclesiásticos sirvieran de procuradores en las causas de los señores y se emplearan en ellas, y en otros oficios poco honrosos y convenientes á su carácter: y para que todos los eclesiásticos supieran las obligaciones de su estado, y qué tenor de vida debian entablar, hizo dar á la imprenta y sacó á luz un librito, que contenia un breve compendio y coleccion de las cosas importantes, que así en los concilios generales, como en los particulares, y en los sínodos de sus antecesores se habian prescrito, en órden á las costumbres y disciplina del clero, distribuyéndolos entre las personas eclesiásticas, y encomendándoles con el mas vivo encarecimiento, por palabra y por escrito, su debida y puntual observancia. Dispuso tambien, que todos los eclesiásticos hicieran una vez al año un retiro de ocho ó diez dias, bajo la direccion de un ejemplar sacerdote, adornado de piedad y doctrina, que él mismo destinaba á este efecto. Procuraba asimismo, que una vez al mes se juntasen los eclesiásticos de la ciudad con algun docto y buen sacerdote, y por modo de conferencia tratasen entre sí algunos puntos pertenecientes á la disciplina eclesiástica, prescribiéndoles el mismo prelado la materia, la forma y el método que debia observarse: lo mismo se practicaba en los demás lugares de su diócesis; llamaba á menudo, ya á uno, ya á otro, ya tambien á muchos de sus eclesiásticos juntos, y con sus palabras, animadas de fuego celestial, los exhortaba eficazmente á la enmienda de sus costumbres, y á adelantarse en el estudio de las ciencias y de las virtudes, segun lo pedia la necesidad de cada uno; pues tenia exacta noticia de todos sus eclesiásticos por las diligencias que habia hecho desde los primeros meses del ingreso á su obispado, para informarse de las calidades, talentos y costumbres de ellos, tanto de los de la ciudad, como de los demás de su diócesis. Pero el principal medio y el mas útil de que se valió para introducir una reforma universal en su clero, fué aquel que por inspiracion divina señaló y prescribió el sagrado concilio de Trento; es á saber, el de hacer educar á los jóvenes clérigos en un seminario bien arreglado, donde aprendan las ciencias y la piedad conveniente á su estado. De aquí es, que se aplicó con suma solicitud á poner en pié y establecer un seminario, capaz de poder morar en él ciento y aun mas jóvenes colegiales, destinando muy buenos maestros celosos directores de espíritu, que cuidasen de su enseñanza y direccion, y velasen sobre el exacto cumplimiento de las reglas y constituciones prescritas por el santo prelado, y sacadas la mayor parte de las de san Cárlos Borromeo. Este seminario era la niña de los ojos del santo obispo: en él á veces pasaba los dias enteros, velando con toda la atencion posible, que todos aprovechasen, no ménos en las letras, que en el ejercicio de las virtudes cristianas; y no admitia regularmente á las órdenes, sino aquellos clérigos que hubiesen dado en el mismo seminario suficientes señales de su adelantamiento en la devocion y doctrina eclesiástica.

No fué menor el celo del beato Gregorio en procurar la salud del pueblo encargado á su cuidado, y hacer de él un pueblo de santos en cuanto era de su parte: halló que en una gran parte del pueblo reinaba una profunda ignorancia de las verdades de la religion; y erigió en la ciudad y en toda su diócesis escuelas de doctrina, no solo para los niños y niñas, sino tambien para los mas adelantados de edad; los cuales las mas veces, cuanto son mas juiciosos é instruidos en los negocios temporales, tanto son mas groseros y torpes en las cosas mas esenciales de su eterna salud. Él mismo en persona asistia con frecuencia á semejantes conferencias de catecismo, ya en una, ya en otra parroquia; animando con su ejemplo, no solo á los eclesiásticos, sino tambien á las personas seglares, que eran capaces de emprender una obra tan útil y ventajosa para las almas, tanto de aquellos que se instruian, como de aquellos que eran instruidos. Envió por toda su diócesis varios celosos sacerdotes, para que enseñasen á la pobre gente del campo, y especialmente á la gente de las montañas, que componen la mayor parte del obispado de Bérgamo. Despues el mismo prelado fué en persona á aquellas partes, y por caminos ásperos y lugares casi inaccesibles anduvo solícito, difundiendo la luz de la palabra

evangélica á una numerosa muchedumbre de gentes, que yacian sepultadas en las tinieblas de la ignorancia. Abolió y destruyó muchos abusos y supersticiones, que suelen ser consecuencia ordinaria de la ignorancia; apaciguó innumerables discordias, y desarraigó enemistades y odios muy envejecidos: restableció en su decoro el culto divino, la observancia de los dias festivos y la frecuencia de los santos sacramentos: en una palabra, no perdonó trabajo, industria, ni diligencia alguna, para desempeñar con provecho de las almas confiadas á su celo, las obligaciones de su pastoral ministerio. Sabiendo el siervo de Dios (son palabras del autor de su vida), que la predicacion de la divina palabra es el principal oficio del obispo; la cual los apóstoles, de quienes los obispos son sucesores, la tenian en tanto aprecio, que la preferian á otras obras, aunque santas y agradables á Dios; fué siempre infatigable en dispensar á sus ovejas en los dias festivos y en otras muchas ocasiones, y en especial en tiempo de visita, el pan de la palabra evangélica, que anunciaba con un estilo fácil, sencillo y proporcionado á la capacidad de todos, sin adorno de palabras estudiadas y de figuras retóricas; pero con tal energía, eficacia, celo y uncion de espíritu, que penetraba los corazones de sus oyentes y producia copiosos frutos en toda suerte de personas. Con este medio y con sus fervorosas oraciones, logró el santo obispo extirpar en su pueblo la cizaña de los vicios y pecados, renovar el semblante de aquella iglesia, y reducir aquel pueblo á un estado muy bueno y ejemplar, que perseveró aun bajo el gobierno de sus sucesores.

Esparcióse bien presto por todas partes la fama de las esclarecidas acciones de Gregorio, por lo que Alejandro VII creyó debia colocar esta resplandeciente antorcha en lugar mas sublime, para que difundiese sus rayos á beneficio de muchos, y aumentase el decoro y hermosura de la Iglesia católica. A este fin, á los 5 de abril del año 1663, le promovió á la dignidad de cardenal de la romana Iglesia: recibió Gregorio el aviso de esta promocion con grande indiferencia y superioridad de ánimo, pues su corazon, lleno del amor de Dios y de un eficaz deseo de los bienes eternos, hacia poco ó ningun caso de las pasajeras grandezas y de todos los bienes de la tierra. Esta nueva dignidad no causó mudanza alguna en su modo de vivir; ántes bien, segun el aviso del Espíritu Santo, juzgó que estaba obligado á humillarse tanto mas delante de Dios y delante de los hombres, cuanto el Señor permitia que fuese de ellos mas exaltado, y así continuó como ántes sus apostólicas tareas y fatigas, el mismo tenor de vida penitente y mortificada, y las mismas ocupaciones, dirigidas todas á la mayor gloria de Dios y á la salud de las almas confiadas á su cuidado. Congregó sínodo de todos los eclesiásticos de su ciudad y de su diócesis, nó para establecer nuevas leyes y ordenar nuevos estatutos, porque creia bastaban ya los que se contenian en los sinodales y decretos de sus antecesores, sino para renovar la memoria de ellos y exhortar á todos á su observancia, y para animar y enfervorizar á su clero con sus exhortaciones penetrantes y llenas de fuego, para que se emplease con mayor celo y solicitud en las funciones de su sagrado ministerio. Esta fué la última funcion que hizo el beato Gregorio en su Iglesia de Bérgamo, porque poco despues, á saber, cerca del fin del año 1663, fué elegido por el sumo pontífice obispo de la Iglesia de Padua, la cual conteniendo un numeroso pueblo compuesto de mas de trescientas mil almas, pedia y necesitaba de un pastor vigilante y celoso, cual era el siervo de Dios. Quedó el beato Gregorio pasmado á la primera noticia que tuvo de esta eleccion, y no poco atemorizado del nuevo y mas pesado cargo que se le queria imponer; á mas de que sentia en sí grande repugnancia en dejar su primera Esposa, esto es, la Iglesia de Bérgamo; sabiendo cuánto repugna á las disposiciones de los sagrados cánones el pasar de uno á otro obispado si no concurre alguna muy urgente y legítima causa; por lo que hizo cuanto pudo para renunciarlo y para quedarse en su obispado de Bérgamo. Pero fueron inútiles todos sus esfuerzos, pues el sumo pontífice no quiso admitir su renuncia, ántes le mandó transferirse á Padua, y pasar á edificar con sus ejemplos y saludables instrucciones aquella Iglesia, como habia edificado á la Iglesia de Bérgamo.

Hubo, pues, de partirse con grande disgusto suyo y de todo su pueblo de la ciudad de Bérgamo para la de Padua, donde comenzó luego á apacentar aquel numeroso rebaño y gobernar aquella Iglesia con el mismo arreglo, órden y acierto que habia gobernado la Iglesia de Bérgamo. Pero siendo la mesa episcopal de Padua provista de abundantes rentas, deputó algunas personas de conocida bondad y fidelidad, para que con plena potestad cuidaran de su administracion, á fin de que el cuidado de las cosas temporales no le distrajese un solo momento de atender con todo su espíritu á las necesidades espirituales de su Iglesia. El uso que hizo el santo obispo de las entradas de su Iglesia, lo diremos un poco mas abajo cuando hablaremos de su heroica caridad. Una de las cosas que primero se llevaron la atencion y cuidado de Gregorio, fué la erección de un seminario que fuese proporcionado á la vasta extension de su diócesis, á la necesidad que tenia de muchos operarios evangélicos, y á la dignidad de la misma ciudad de Padua, donde habia una universidad tan célebre para enseñar todas las ciencias á la juventud. En lugar, pues, del pequeño y angosto seminario que primero habia, hizo levantar desde sus cimientos otro espacioso y magnífico, proveido de copiosas rentas: estableció en él una exacta disciplina, acompañada de muy buenas leyes y estatutos prudentísimos: llamó é hizo venir de todas partes los mejores maestros que pudo hallar, varones excelentes en toda suerte de ciencias humanas y eclesiásticas, y aun en la lengua griega, hebrea, caldea y arábiga. Velaba sobremanera para que los jóvenes clérigos se instruyeran en los dogmas de la Iglesia y en las reglas de las costumbres, tomadas de las puras fuentes de la divina Escritura, de los sagrados cánones, de los concilios, de las constituciones pontificias y de los escritos de los santos padres, y en particular de la Suma teológica de santo Tomás de Aquino. Se mostraba muy interesado en que todos sus clérigos estuvieran bien instruidos en la historia eclesiástica, porque siendo la constante tradicion de todos los siglos uno de los principales fundamentos de la doctrina de la Iglesia, así por lo tocante á los dogmas, como tambien por lo que mira á las costumbres, con razon juzgaba Gregorio que era muy útil á los clérigos la historia eclesiástica, que pone delante de los ojos, segun el órden de los tiempos, la serie de los monumentos que componen la misma tradicion, aclara las dificultades que se suscitan, y hace mas fácil y provechoso el estudio de la teología: todo lo que movió á decir á un célebre autor: «Que aquel que se priva del

socorro de la historia eclesiástica, no puede ser sino un pobre é inepto teólogo.» El santo cardenal, que desde los primeros años que empezó la carrera de los sagrados estudios se habia dedicado á la historia eclesiástica, se deleitaba tanto en su estudio y lo apreciaba en tanto grado, que en medio de sus graves y continuas ocupaciones, empleaba en él todo el tiempo que podia. Bendijo el Señor las santas intenciones y piadosas diligencias del santo cardenal; pues que su seminario se hizo célebre en toda la Italia, y de él salieron muchos sugetos insignes por su doctrina y por su piedad, como es notorio á todos.

En la distribucion de los beneficios, y principalmente en los que tenian cura de almas, usaba el siervo de Dios de una suma diligencia en preelegir aquellos sugetos que reconocia mas dignos por su doctrina y por su virtud; con él nada valian los respetos humanos ni las recomendaciones de cualquiera personaje, ántes quien procuraba semejantes recomendaciones, podia estar seguro de no conseguir beneficio alguno. De aquí provino, que nadie se atrevia á buscar recomendaciones ni empeños. Acostumbraba decir, que no tanto él debia conferir los beneficios, cuanto discernir los méritos de aquellos á quienes debia conferirlos; y que el único medio de conseguirlos era el hacerse digno de ellos, con la piedad, con la doctrina y con el ejercicio de las cristianas virtudes. Como no hay cosa que deba llevarse mas la atencion del obispo, y que merezca mas su aplicacion, como la de no admitir á los sagrados órdenes sino aquellos que son llamados de Dios, y dan fundada esperanza de que serán dignos ministros del altar: examinaba por sí mismo la vocacion de aquellos que se presentaban: tomaba exactos informes de sus talentos y de sus costumbres: imploraba de Dios las luces necesarias para no errar en un negocio tan importante, del cual depende en gran parte el bien de la Iglesia: por esto encomendaba el Apóstol de las gentes á los sagrados pastores, el no imponer las manos con lijereza y con demasiada facilidad, para no exponerse al peligro de participar de los pecados ajenos. Si podia rastrear que alguno se movia á pedir los órdenes por motivos temporales, ó de sustentar su vida á expensas del santuario, ó de conseguir algun beneficio, ó de llevar una vida cómoda y honrosa, ó por otros semejantes motivos humanos, era irremisiblemente excluido y reprobado, sin atender súplicas, ni valimientos, ni recomendaciones. Despues que eran admitidos á las primeras órdenes, velaba sobremanera, que se hicieran capaces con el estudio de las letras y con una vida virtuosa, de salir con el tiempo útiles operarios de su Iglesia, y de edificarla con sus buenos ejemplos; y sobre todo deseaba que se ejercitasen y habilitasen en la predicacion de la palabra de Dios, y en las instrucciones del catecismo. A este fin tenia ordenado, que todas las fiestas los alumnos del seminario hicieran cada uno por su turno en la iglesia catedral un sermon ó plática doctrinal al pueblo, para acostumbrarlos así á ejercitarse en un ministerio tan necesario y tan provechoso para la salud de las almas. Siendo la diócesis de Padua harto vasta y dilatada, necesitaba de un gran número de sagrados ministros, y así sucedia á menudo que el santo prelado se hallaba en grande apuro por la escasez de eclesiásticos; no obstante, ni por esto creia deber apartarse ni un ápice de aquellas reglas, que segun los sagrados cánones tenia establecidas, respecto á las ordenaciones, acostumbrando decir, que era preciso acudir humildemente al dueño de la mies para que enviase buenos operarios, y que era un grosero error el admitir á los órdenes bajo algun pretexto á los sugetos viciosos é ignorantes, pues que en vez de servir de alivio y ayuda al obispo, le son de grande peso y embarazo. Finalmente á imitacion de san Cárlos Borromeo, cuyas huellas, segun se ha dicho, seguia en todo, instituyó en la ciudad de Padua una congregacion numerosa de eclesiásticos, muy semejante á la que san Cárlos instituyó en Milan, llamada de los Oblatos, de la cual sacaba gran socorro para proveer á las diferentes necesidades de su diócesis, y para enviarles á aquellos lugares, que por algun repentino accidente, ó de enfermedad, ó de muerte de párrocos, ó de capellanes, quedaban privados de quien administrase los sacramentos, y cumpliese las otras funciones eclesiásticas.

Aunque el beato Gregorio practicaba tantas diligencias para tener en su ciudad y su diócesis competente número de buenos operarios que instruyeran á los pueblos encargados á su cuidado, y que los encaminaran por el camino del cielo, no por esto estaba él un instante ocioso; ántes bien se dedicaba continuamente á apacentar su ganado con la divina palabra, que frecuentemente dispensaba del modo mismo que habia hecho en Bérgamo. Y para que su voz llegase á las partes mas remotas de su diócesis, y todos escuchasen las amonestaciones de su pastor, de cuando en cuando enviaba á los párrocos de sus diócesis cartas pastorales para comunicarlas á sus feligreses, en las cuales daba á cada uno documentos muy sabios acerca las obligaciones de la vida cristiana, y exhortaba á todos á huir los vicios que entre ellos reinaban, y á practicar las virtudes convenientes al estado de cada uno; y de estas cartas se formó despues un volúmen, que impreso, salió á la luz pública. Cada año el santo prelado visitaba alguna parte de su obispado; y en estas ocasiones á mas de las instrucciones que allí hacia con gran fervor de espíritu, remediaba los desórdenes, arrancaba de raiz los abusos, pacificaba las discordias, y atraia á todos los lugares que visitaba copiosas bendiciones del cielo á favor de sus amadas ovejas. A la buena disciplina que estableció en el clero y en el pueblo, mas que otra cosa contribuia su vida santa é irreprensible; de manera, que era para su grey como exige san Pedro en los sagrados pastores, un vivo ejemplar y un espejo lucidísimo de todas las virtudes. Sobre todo resplandecia en él una caridad muy ardiente, tanto hácia Dios, de quien procuraba la mayor gloria con todas sus fuerzas, cuanto para con sus prójimos, empleando todo su tiempo infatigablemente, su sustancia y su misma vida en socorrer sus necesidades espirituales y temporales. Sus limosnas no tenian límite alguno, y se distribuian con abundancia á todo género de personas que se hallaban necesitadas, y particularmente á las viudas y á las doncellas que corrian peligro de perder la pureza á causa de su pobreza, y á las familias vergonzantes, á las cuales les hacia secretamente suministrar por personas fieles los socorros que les eran necesarios para remediar sus miserias. Su profusa liberalidad hácia los pobres puso á menudo en grandes aprietos á sus mismos mayordomos, los cuales no dejaban de exponerle que las rentas de su Iglesia, aunque pingües, no eran suficientes á tantas y tales limosnas. Mas él acostumbraba responder, que era menester confiar en la providencia divina, y que no cesaria jamás de hacer limosna, mientras hubiese quien necesita-

se de ser socorrido, hasta privarse de las cosas mas necesarias.

En efecto, llegó á despojar las estancias de su palacio episcopal de las alhajas y colgaduras con que estaban adornadas, para emplear el precio que se sacó de su venta, en socorro de las personas necesitadas. Habiéndosele una vez expuesto, que dos doncellas estaban en grande peligro de padecer el mas triste naufragio de su honestidad, mandó que se vendiesen al instante los caballos de su carroza, y su valor sirvió para competente dote á aquellas pobres doncellas para colocarlas en un honesto matrimonio. Otra vez andando de Padua á Venecia, encontró un pobre medio desnudo y tiritando de frio; á semejante espectáculo movióse á compasion el santo prelado, quitóse el manteo y cubrió con él la desnudez de aquel pobrecito, ó por mejor decir de su Salvador, que con los ojos de la fé reconocia en la persona de aquel miserable. Asomándose otro dia á la ventana, y viendo en la calle un mendigo cubierto de andrajos y muy asqueroso, le llamó, y desnudándose sus vestidos interiores, vistió con ellos aquel infeliz, y por una escalera escusada hízole salir de su palacio, con expreso mandato de no hablar á persona alguna de lo sucedido, con el fin de apartar de sí el peligro de vanagloria, la cual los santos siempre han temido. Tenia dado órden el beato Gregorio á sus párrocos, que en los casos de urgentes necesidades recurrieran á él, que procuraria darles el conveniente socorro, como á la verdad ellos lo hacian con plena libertad, y eran siempre recibidos con alegre semblante por el caritativo obispo, experimentando su liberalidad, pues llevaban socorros mas abundantes de los que pedian. Sucedió pues, en una ocasion, que un párroco que habia acudido en poco tiempo muchas veces al santo prelado por el alivio de diferentes necesidades, presentóse al cabo de pocos dias con algun empacho, y rogóle le perdonase su importunidad y las frecuentes molestias que le causaba; entonces el beato cardenal abrazándole le dijo: No temas, hijo, de serme molesto é importuno: sepas que nadie es tanto de mi agrado como el que me pide alguna cosa á favor de los pobres: cuando no hubiese otra cosa que dar, este mi anillo episcopal serviria para uso y alivio de los pobres. Ni sus limosnas eran en pequeña suma, pues algunas veces subian á centenares y millares de escudos los que suministraba á una sola persona, segun la urgencia de la necesidad. Se arrojó á sus piés una pobre señora, á la cual poco tiempo habia se le habia muerto el marido, y mas con lágrimas que con palabras le representó que se hallaba molestada de un acreedor de su difunto marido, quien queria forzarla á que de contado le pagase todo su crédito; cuyo pago la reduciria á la mayor miseria, ó tal vez la expondria á hacer una vergonzosa venta de su honestidad; el beato cardenal, consolando á dicha señora con paternal benignidad, la pidió el nombre del acreedor y la suma de la deuda, que entendió subia á la cantidad de cuatro mil escudos. Estad de buen ánimo, la dijo con rostro tranquilo, que no sereis molestada mas de este acreedor. Inmediatamente pidió á su mayordomo los cuatro mil escudos, la cual cantidad por medio de un sugeto de confianza hizo entregar al acreedor á cuenta de aquella dama, la cual por la caridad de su santo pastor, quedó libre de la miseria y peligro de perder su honestidad.

Seria nunca acabar si quisiéramos contar por menudo las copiosísimas limosnas que hizo el beato Gregorio en el espacio de treinta y tres años que gobernó la Iglesia de Padua. Basta decir, que segun consta de los libros en que sus mayordomos escribian las cuentas, habia expendido durante su obispado en limosnas y otras obras pias, la considerable suma de ochocientos mil ducados; porque él justamente se consideraba, nó ya como dueño, sino como simple administrador de las pingües rentas de su Iglesia; las que nunca llamaba con otro nombre, que con el de «patrimonio de los pobres,» segun el lenguaje y el espíritu de los cánones de la Iglesia. Por lo que, si algunas veces acontecia oir las voces de los pobres, que alabando su caridad le llamaban su amantísimo padre, sonriéndose solia decir á los circunstantes: ¡Oh, qué bella alabanza es esta! alabar al obispo porque no es un ladron. Tanto estaba persuadido de aquella máxima de san Bernardo, ser una especie de hurto sacrílego aquello que los eclesiásticos de los frutos de sus beneficios, á mas de su necesario sustento, tienen para sí ó para sus parientes, ó bien emplean en usos profanos. De aquí provenia el ser muy parco y muy escaso en todo lo que tocaba á su persona: Yo vivo, decia, del patrimonio de los pobres; y así iba muy contenido, no solo en no hacer expensas supérfluas, sino que á menudo ahorraba aun de lo que era necesario. Su mesa era parca y frugal como la de los religiosos; su vestido interior de ropa vil y de poco precio, y con dificultad se le podia inducir á que llevase vestidos nuevos, contentándose con los viejos aunque fuesen usados, rotos y casi despedazados: los muebles de sus aposentos eran de poco valor, no queriendo como decia, adornar su persona ó la habitacion de su palacio con la sustancia de los pobres. En suma, todo respiraba pobreza en el santo prelado, que gustaba de tratarse como pobre, á fin de poder socorrer con mayor abundancia las ajenas miserias á ejemplo del divino Pastor: el cual siendo rico, por amor nuestro se hizo pobre para enriquecernos á todos con su pobreza. De aquí tambien se seguia, que aunque el beato cardenal amase con sincero y afectuoso amor á sus parientes, y en particular á su padre, á su hermano y á sus sobrinos, con todo jamás les dió cosa alguna, ni les hizo el menor regalo, porque hubiera creido que quitaba á los pobres todo lo que daba á sus parientes, á quienes solia decir: Mucho os dejaré á la hora de mi muerte, si no os dejo ni os doy nada: pues que los bienes de la Iglesia son gusano que roe y consume los bienes propios y ocasiona la ruina de las casas. Habiendo enviado su hermano, el senador Antonio Barbarigo, á Padua sus hijos, para que bajo su cuidado y disciplina fuesen educados en las letras y en la piedad, los puso el santo obispo en su seminario, y quiso que su hermano pagase la pension que pagaban los demás colegiales que no eran pobres, y que fuesen provistos de todo lo necesario á expensas de su padre. Eran los sobrinos de Gregorio de muy buena índole y de grandes esperanzas, pero no por esto les confirió algun beneficio eclesiástico, ni renunció á su favor alguna de las abadías que poseia para acudir á las necesidades de su Iglesia, ni les procuró jamás un temporal acomodo; tanto temia ser arrastrado y vencido del afecto de carne y sangre, el cual suele tener una gran fuerza, para seducir y deslumbrar aun las personas piadosas, si no andan con gran tiento y vigilancia sobre sí mismas.

Pero en lo que mas sobresalió el siervo de Dios fue

en la heroica caridad, con que amó y favoreció aquellos que le injuriaron y afrentaron, que fueron muchos y de todas clases. Porque como el siervo de Dios trabajó siempre en promover la reforma de costumbres, tanto en el clero como en el pueblo, y procuró con ardiente celo quitar los abusos y desórdenes, é impedir cuanto le era posible las ofensas de Dios, acaeció á él lo que en todos los tiempos ha acaecido á los pastores celosos del honor y gloria de Dios, y de la salud de las almas; que es el haber sido maltratados, calumniados, perseguidos y contradichos de los malos, cuyo número siempre es grande. Los mismos canónigos de sus iglesias, primero los de Bérgamo, y despues los de Padua, le causaron grandes disgustos y vejaciones, pretendiendo no estar sujetos á su visita pastoral, y rehusando obedecer sus órdenes y decretos; y uno de ellos llegó hasta el arrojo de llenarle públicamente de afrentas é injurias. Hubo tambien un párroco, que osó esparcir y fijar en lugares públicos una sátira picante contra la fama del santo prelado; y omitiendo otros insultos que se hicieron á su dignidad, un caballero que estaba firmemente enojado contra él, porque habia puesto en lugar seguro á su consorte, que corria peligro de perder la vida por su excesiva sevicia y brutalidad, llegó á tal exceso de furor, que le embistió mientras volvia del campo á la ciudad, y disparó contra su sagrada persona un pistoletazo, aunque por una particular providencia del cielo erró el tiro, y no consiguió su malvado designio. Mas el beato Gregorio, siempre inalterable, sufrió con admirable paciencia y mansedumbre todo lo que sus enemigos maquinaron y atentaron contra él; y no solo les perdonó de todo corazon la ofensas é injurias que le hicieron, sino que les correspondió con beneficios, y con señales de sincero amor y benevolencia, de tal modo, que parecia no habia medio mejor para conseguir de él gracias y favores, como el haberle ofendido y ultrajado. En efecto, presentóse al santo cardenal cierto caballero para pedirle una gracia: al principio mostró alguna dificultal en condescender á su súplica: entonces el caballero, para inducirle mas fácilmente á concederle lo que le pedia, le dijo, que le habia dispensado poco ántes semejante favor á tal sujeto que le nombró: entonces le respondió el santo prelado: Esta persona que me nombrais me habia ofendido, como vos no ignorais, así convino que usara con el de mayor condescendencia. Al oir esto el caballero, acordóle que tambien él en otro tiempo habia sido uno de sus enemigos y contrarios; bastó esto, para que le concediese lo que deseaba. Asimismo el caballero, que cometió el enorme atentado de querer quitarle la vida con un pistoletazo, fué libre de todo castigo, porque léjos el santo cardenal de mostrar algun resentimiento de tan sacrílego delito, y de pensar en hacer castigar al delincuente, prohibió rigurosamente á los domésticos que entonces se hallaban en su compañía, hablar á nadie sobre lo que habia acaecido, para que el delito quedase oculto mientras él viviese. Al párroco que habia compuesto y publicado con imprudencia la sátira sobredicha, no pudiendo disimularle su culpa, porque era bastante notoria, no dió otro castigo, que el de obligarle á hacer algunos dias de ejercicios espirituales en su seminario, con el fin de que por este medio se reconociera y arrepintiera, y obtuviera de Dios el perdon de su pecado. Este era el modo de que usaba regularmente para castigar los defectos y culpas de sus eclesiásticos; pues su grande caridad hácia ellos, no le permitia desear otra cosa mas, que ganarlos para Dios, con la mudanza de vida, y con la enmienda de sus costumbres.

Uno de los principales cuidados de la pastoral solicitud y caridad del beato Gregorio, fué siempre el velar sobre los monasterios de las vírgenes consagradas á Dios, á fin de desterrar de ellos cualesquiera abusos, por mas envejecidos que fuesen, y para hacer reinar en ellos aquella verdadera piedad y devocion, que corresponde á las Esposas de Jesucristo. Grandes y muchas fueron las fatigas, disgustos y pesares que tuvo que sufrir, ya de parte de algunas monjas, que querian obstinadamente perseverar en sus desórdenes, que cubrian con el especioso nombre de antiguas costumbres, por mas que fuesen envejecidas corruptelas: ya tambien por parte de algunas personas extrañas, que, ó para dar que sentir al beato cardenal, ó por otros fines particulares, se oponian con toda suerte de máquinas y artificios á sus mas santas intenciones. Mas su constancia y santa intrepidez, acompañada de mucha dulzura y benignidad hácia las monjas renitentes, venció todos los obstáculos y superó todas las dificultades; de modo, que con el favor del cielo llevó felizmente la empresa á su término, é introdujo y estableció en todos los monasterios de la ciudad y de la diócesis una exacta disciplina, y una puntual observancia de sus reglas. Valióse principalmente de dos medios para conseguir sus designios: el primero, fué impedir la frecuente concurrencia al locutorio de personas de uno y otro sexo: y el segundo, el instruir por sí mismo con paternales y fervorosas exhortaciones á las religiosas sobre las obligaciones de su estado, y el hacerlas tambien instruir frecuentemente por eclesiásticos doctos y virtuosos, y el franquearlas á mas de esto buenos libros espirituales, para que con su lectura se alumbrasen con nuevas luces sus entendimientos, y se inflamase su voluntad en el amor de Dios, y en un sincero deseo de la perfeccion religiosa. Prohibió en las iglesias de monjas toda suerte de conciertos músicos, ya porque no se cargasen los monasterios de expensas inútiles y superfluas, ya tambien para impedir el concurso y tumulto de las gentes, de que suele nacer la disipacion de espíritu en las mismas religiosas. Aunque en todos tiempos velaba con el mayor cuidado en la guarda de estos jardines de la santa Iglesia, sin embargo redoblaba su cuidado y diligencia en el tiempo de carnaval, para que de ningun modo entrase en aquellos santos retiros alguna de tantas profanidades, como reinaban en el siglo, en aquel tiempo, en deshonor del nombre cristiano; por lo que queria que en los dias de carnaval estuviesen cerrados los locutorios, se guardasen mas diligentemente los tornos, y se tomasen todas las cautelas posibles para alejar de los monasterios cualquiera pasatiempo ó divertimiento, que tuviera el menor resabio de carnaval. «Si en algun tiempo, decia el beato Gregorio, conviene á las personas consagradas á Dios, atender con mayor fervor á la oracion, á la penitencia y á la mortificacion, es sin duda el tiempo del carnaval, en el cual nuestro celestial Padre es ofendido mas que en otro tiempo del año de los cristianos, y en que

el mundo su enemigo, coligado y de acuerdo con el demonio, lleva en triunfo la disolucion, y multiplica sin número los desórdenes y los pecados.» ¡Pluguiera á Dios, que estos no ménos verdaderos que piadosos sentimientos del beato Gregorio se grabaran no solo en el corazon de las sagradas vírgenes y demás comunidades religiosas, sino tambien en el de todos los ministros de Dios, lo que seria de grande edificacion para los seglares, y contribuiria no poco para alejarlos de los desórdenes del carnaval!

Aunque Gregorio cumpliese con toda exactitud los cargos de un pastor vigilante y solícito de la salud de sus amadas ovejas, con todo le parecia que nada hacia de bueno, y que era un hombre inútil; por lo que considerando la estrecha cuenta que han de dar los sagrados pastores en el divino tribunal, por las almas encargadas á su cuidado, se sentía estremecer todo de temor, de que alguna pereciese por su negligencia, de aquí es, que pensó muchas veces en exonerarse del peso de su obispado, y retirarse á llevar una vida privada y atender solo para sí: pero personas muy ilustradas le disuadieron de este pensamiento, viendo el gran bien que hacia con su pastoral gobierno, y que él no conocia porque se lo ocultaba su humildad. Esta virtud de la humildad que es el fundamento de la vida cristiana, habia echado tan profundas raices en su corazon, que se traslucia de un modo muy particular en todas sus acciones. Tenia él muy bajos sentimientos de sí mismo, y no emprendia cosa de consideracion sin el consejo de personas hábiles y juiciosas: trataba gustoso con personas pobres y sencillas, y huia toda suerte de pompa, de fausto y afectacion, así en la conversacion como en el trato. Era afable y manso, y de facil acceso, acogiendo benignamente á todos, y en especial á los de su familia, á quienes amaba con ternura, y se compadecia de sus defectos, sin los cuales nadie vive en este mundo, como un padre ama y se compadece de las faltas de sus propios hijos; tenia un cuidado muy particular, de que sus familiares fuesen provistos de todo lo necesario, y no dejaba de recompensar con liberalidad sus trabajos, y de interesarse á su favor, y de ayudarlos en todo lo que miraba á sus aumentos. Cuando caian enfermos, queria que fuesen servidos y asistidos con una suma diligencia, y que se les suministrase con abundancia todo lo que fuese necesario; él mismo frecuentemente los visitaba, y con dulces palabras los consolaba, y les exhortaba á tolerar los males de la enfermedad con paciencia y con mérito: y semejantes oficios de humildad y de caridad cristiana practicaba tambien con los que estaban empleados en los mas bajos oficios de su palacio. Cuando morian, tomaba á su cargo cuidar de sus familias, procurando no las faltase el conveniente sustento. Proveia de competente dote á las hijas, para colocarse en honesto matrimonio, y hacia dar una buena educacion á los hijos varones, para que con el tiempo pudiesen vivir honestamente, segun su estado y condicion. Por esta causa las viudas apenas echaban ménos la pérdida de sus maridos, y los hijos la de su padre; porque en la caridad del beato Gregorio hallaban todo lo que necesitaban. Ejemplo digno de ser imitado por todos los que tienen personas en su servicio, hácia las cuales debieran usar toda la caridad posible mientras viven, y aun despues de muertos.

Habia llegado ya el beato Gregorio casi á la edad de setenta dos y años cumplidos, y se hallaba muy flaco y exhauto de fuerzas, no tanto por lo avanzado de su edad, como por las continuas y penosas fatigas de su pastoral ministerio; no obstante su flaqueza, quiso por el mes de junio de 1697 abrir y emprender la visita de su diócesis, como solia hacerlo todos los años, ahora en una parte, ahora en otra, para proveer á las necesidades de sus queridas ovejas: y acercándose la fiesta de san Antonio de Padua, que se celebra con grande solemnidad y numeroso concurso de pueblo en la ciudad de Padua, donde descansa su sagrado cuerpo, regresó el santo prelado á esta ciudad, y la vigilia de dicha fiesta asistió á las vísperas, y habiendo el dia siguiente celebrado de pontifical en la iglesia del santo, le acometió, despues de comer, una fiebre, que á juicio de los médicos parecia de pocos momentos y de ningun peligro. Pero el beato Gregorio, que antisipadamente habia tenido algun presentimiento de su cercana muerte, segun lo habia él mismo declarado desde los primeros de mayo áun confidente suyo, no pensó en otra cosa, que á prepararse para el tránsito de la vida á la eternidad. Por tanto recibió con una estraordinaria devocion los santos sacramentos de la Iglesia. Despues reflexionando seriamente en el juicio de Dios, en el cual dentro de poco habia de comparecer, y sobre todo en la cuenta que debia dar al eterno Juez de su gobierno pastoral que habia ejercido por espacio de cuarenta años, es á saber, siete en Bérgamo y treinta y tres en Padua, sintió su ánimo poseido de tal espanto y horror, que levantaba muy á menudo las manos y los ojos al cielo, y con voz triste y lastimosa iba repitiendo: *Quid erit, quid erit?* ¿Qué será, qué será? Los que le asistieron en su enfermedad procuraban alentarle diciéndole que se acordase de tantas obras buenas que con la ayuda de Dios habia hecho en su pastoral oficio, y que pusiese toda su confianza en la bondad infinita de su Señor. Mas el beato prosiguió todavía por algun espacio de tiempo, á padecer una furiosa agitacion de espíritu, temiendo el terrible juicio que espera á los pastores de las almas. Por fin á esta fiera borrasca que el Señor permitió en su siervo, para mas purificarlo y hacerle atesorar mayores méritos, sucedió una calma y tranquilidad tan grande, que lleno de confianza en la divina misericordia y en los méritos de su Salvador, y como seguro del premio eterno que le estaba prevenido en el cielo, comenzó á esclamar y repetir con mucho júbilo de espíritu aquellas palabras del salmo 30. *In te, Domine, speravi; non confundar in æternum*; y así fué continuando, hasta que entre las oraciones de los sacerdotes que le asistian, y las lágrimas de los circunstantes, que lloraban inconsolablemente la pérdida de tan digno y santo pastor, entregó plácidamente su alma en las manos, de su Salvador á los 18 de junio del sobredicho año de 1697.

Ilustró el Señor al beato Gregorio con muchos milagros, que obró despues de su muerte por su intercesion, los cuales manifestaron siempre mas y mas á los hombres su heroica santidad; y habiéndose propuesto cuatro de estos milagros al exámen y juicio de la congregacion de ritos, Clemente XIII aprobó los dos siguientes para la beatificacion del siervo de Dios, que celebró á 20 de setiembre de 1761.

El primero lo obró Dios nuestro Señor con sor Nicolata, monja lega benedictina en el monasterio de Santa Ana de

la ciudad de Padua. Estaba esta religiosa tocando las campanas, cuando cayó de encima de la torre una piedra muy grande y de no pequeño peso, la cual dando en la cabeza de la pobre monja, le hizo en ella una herida mortal: por lo que nada aprovechándole los remedios que se le hicieron, á los nueve dias de haber recibido la herida se hallaba á las puertas de la muerte; pero mientras estaban esperando que acabase de dar la última boqueada, la pusieron en la cabeza un bonete del beato Gregorio, exhortándola como pudieron á que se encomendase á él de todo corazon, y al instante quedó libre de todos sus males, y recobró una perfecta y entera salud.

El segundo milagro acaeció con una doncella, llamada Lucía Casoto: se habia hecho á esta doncella una gangrena en el brazo derecho, para cuya curacion los cirujanos por espacio de nueve meses habian usado muchas veces del hierro y del fuego, causando á la enferma el dolor que se deja discurrir: pero todas estas dolorosas diligencias nada pudieron detener el progreso de la gangrena, la cual fué comiendo la carne del brazo desde el codo hasta el hombro, reduciendo á la enferma á las puertas de la muerte. En este lastimoso estado la dieron á beber un poco de agua, donde echaron cuatro hilos de la púrpura cardenalicia del beato Gregorio, la cual bebió la doliente con tan grande fé, que desde luego se cicatrizó aquella grande llaga, y la enferma al momento convaleció.

* San Amando, obispo y confesor.—Este santo fué el maestro de san Paulino á quien instruyó en los misterios de la fé y le administró el santo bautismo; lo que motivó que vivieran en adelante en la mas íntima amistad. Por las cartas que Paulino dirigia frecuentemente á su amigo Amando, se colige que era este muy virtuoso, cuya virtud le merecia la mas grande veneracion y respeto. Amando fué elegido obispo de Burdeos en Francia el año 404; mas deseando vivir ajeno de los grandes cargos que llevaba consigo tal dignidad, cedió el gobierno de su iglesia á san Severino obispo de Colonia, hasta que por muerte de este prelado volvió á encargarse de ella. No se sabe la época fija de su muerte, así como tambien se ignora el año de su nacimiento; pero sí que aquella acaeceria despues de la de san Paulino, por haber recogido y publicado los escritos de este.

San Ciriaco, mártir, y santa Paula, vírgen y mártir.—Españoles ambos por nacimiento, abrazaron la fé en los primeros tiempos que se conoció por la península el cristianismo. Vivian en Málaga cuando se publicó un edicto para que todos los súbditos del imperio reconociesen el poder de los dioses, bajo pena de ser tratados como traidores á la patria. Los dos santos se presentaron luego á la autoridad, y le anunciaron que ellos no prestarian nunca adoracion mas que al Dios de los cristianos: irritado el juez mandó azotarlos y castigarlos con otros tormentos; pero viendo que cada vez estaban mas constantes en su fé, los hizo apedrear, hasta que en medio de este suplicio entregaron sus almas al Criador, por los años de 305. Cuando los reyes Católicos conquistaron la ciudad de Málaga, hicieron edificar un templo en honra de estos santos.

Los santos Leoncio, Ipacio, Tribuno y Teodulo, mártires.—El primero era soldado romano, y con sus persuasiones y continuos esfuerzos convirtió á la fé á los tres restantes. Sabido esto por el emperador Vespasiano, hizo llamar á su soldado, y despues de haberlo hecho azotar cruelmente, le mandó que en adelante se guardase de hablar de la religion cristiana, y que ofreciese, como debia, incienso á los ídolos. Contestóle el santo, que ninguna obligacion tenia de obedecer en esto á su emperador, porque era para él mas fuerte el mandato del Emperador supremo, que queria ser adorado en espíritu y verdad. A estas palabras, entregaron al santo á los ejecutores, que ensayaron en su persona varios y crueles tormentos, hasta que al fin le degollaron junto con sus tres compañeros, en la ciudad de Trípoli en Fenicia, teatro de sus gloriosas hazañas.

San Eterio, mártir.—Acusado en tiempo de Diocleciano, y llevado á la presencia del presidente Eleusio, no quiso negar á Jesucristo, y despues de haber sido probado por medio del fuego y del agua, y de otros acerbos tormentos, murió degollado en medio de la plaza pública de Nicomedia.

Santa Marina, vírgen.—Natural de Espoleto, y educada en la mas fervorosa piedad. Desde muy niña mostró grande amor á la soledad y á la pureza, de modo que á la edad de catorce años hizo voto de perpetua castidad, y tomó el hábito religioso en la órden regular de san Agustin. Deseosa de que su patria no careciese de un asilo para las santas vírgenes que quisiesen consagrarse al Señor, fundó, en 1265, el monasterio de San Mateo en Espoleto, de la regular observancia de san Agustin, y fué su primera superiora. Fué esta casa un plantel de castas esposas de Jesucristo; pues á la sombra y bajo la direccion de Marina, caminaban todas sus compañeras á pasos agigantados por los senderos de la perfeccion. Su humildad, su modestia y prudencia la hicieron siempre amable á los ojos de Dios y de los hombres; mereció ser recreada muchas veces con celestiales visiones, y murió, como habia vivido, el dia 18 de junio del año 1300. Al morir su lecho quedó cubierto de celestial resplandor, y por muchos dias se sintió en su aposento una fragancia desconocida.—En este mismo dia hace la Iglesia conmemoracion de otra santa Marina, vírgen y mártir, que derramó su sangre por la fé en Antioquía, durante cuyo martirio se le apareció el demonio en figura de dragon y de etíope, para tentarla.

San Calogero, ermitaño.—Créese que vivió solitario por espacio de muchos años en un monte junto al mar Tirreno, en cuya cumbre levantó una capilla á la Vírgen santísima. Despues se trasladó á Sacea en Sicilia, y vivió tambien muy penitente y solitario, no hablando mas que con los que iban á consultarle sobre los negocios de su salvacion. Fué este santo muy dado á la contemplacion, y pasaba dias enteros en éxtasis continuos. Estuvo particularmente dotado de la gracia de curar á los poseidos del demonio, y de anunciar las cosas venideras. Siendo ya de edad muy avanzada, murió tranquilamente en su soledad el dia 17 de junio del año 485. El Señor hizo glorioso su sepulcro por medio de ruidosos milagros, que no se acabaron ni hasta nuestros dias.

Santa Isabel, vírgen.—Fundadora de un famoso monasterio de monjas en Alemania, del órden de san Benito, y su primera abadesa. Desde su infancia fué Isabel vaso de eleccion y digna Esposa de Jesucristo; pues conservó

su integridad virginal, á pesar de los continuos asaltos del espíritu tentador. Hizo florecer en su monasterio la vida religiosa con admirable edificacion, y mereció ser favorecida con celestiales visiones, en las que se le enseñaba el modo de reglar su conducta para ser útil á la Iglesia de Dios. Colmada de gracias y mercedes espirituales llegó á la edad de treinta y seis años, y cayó gravemente enferma. Como no suspiraba mas que para unirse pronto con su esposo Jesucristo, su enfermedad fué muy breve, porque aquel deseo consumió sus fuerzas y postró á la naturaleza, muriendo santamente el dia 18 de junio del año 1165. Su cuerpo estuvo por espacio de muchos dias espuesto á la pública veneracion, y el Señor obró por su intercesion grandes milagros, los cuales, unidos á la memoria de sus insignes virtudes, la colocaron sobre los altares, y le granjearon el título de santa, con que la honra hoy la Iglesia, á pesar de no haber sido nunca solemnemente canonizada.

DIA 19.

SAN GERVASIO Y SAN PROTASIO, MÁRTIRES. — La vida y martirio de los bienaventurados mártires y hermanos, Gervasio y Protasio; se ha de sacar de una epístola, que escribió á todos los obispos católicos de Italia san Ambrosio, arzobispo de Milan, y doctor de la Iglesia; dándoles cuenta de la merced que Dios nuestro Señor le habia hecho en descubrir los cuerpos de estos santos mártires, que estaban encubiertos, por medio de una revelacion, que tuvo el mismo san Ambrosio, de esta manera. «La cuaresma pasada (dice), habiéndome hecho Dios merced de haberla ayunado, y ser compañero de los otros fieles, que tambien ayunaron, estando en oracion, me vino sueño, y me dormia, de manera, que ni del todo dormia, ni del todo velaba, y abriendo los ojos, ví dos mancebos, vestidos con ropas mas blancas que la nieve, extendidas las manos, y puestos en oracion: y como estaba medio dormido, no pude hablar con ellos, hasta que sacudiendo el sueño, y hallándome del todo despierto, desapareció aquella vision. Volvíme á Dios, y supliquéle, que si aquella habia sido ilusion del demonio, la apartase de mí; y si revelacion suya, me la manifestase: y para alcanzar esta gracia de su divina Majestad, aumenté el ayuno. Apareciéronme otra noche los mismos mancebos, y de la misma manera que la primera; y la tercera vez, estando del todo despierto, porque el ayuno me quitaba el sueño, se me tornaron á representar, y con ellos una tercera persona venerable, que en el aspecto parecia á san Pablo, cuyo retrato é imágen yo tenia: y callando ellos, él me habló de esta manera: Estos son los que siguiendo mis amonestaciones, tuvieron en poco las riquezas, pasiones, y bienes de la tierra, é imitaron á nuestro Señor Jesucristo, sin prender cosa de ella: y en medio de esta ciudad de Milan perseveraron diez años continuos con tanto fervor en el servicio de Dios, que merecieron la corona del martirio. Sus cuerpos están ahí donde tú estás. Cavarás la tierra doce piés, y hallarás una arca cubierta, y en ella sus cuerpos: sácala, y ponla en un lugar alto y honroso, y edifica una iglesia en nombre de estos santos. Y como yo preguntase, cómo se llamaban; díjome: A su cabecera hallarás un papel y la revelacion de quiénes fueron, y el principio y fin de su vida. Convoqué á todos los obispos comarcanos, hermanos mios: díles cuenta á todos juntos, de lo que habia visto; y tomando yo primero el azadon, comenzé á cavar la tierra; y siguiéndome ellos, hallamos el arca que el santo apóstol habia prometido. Abrímosla, y parecieron los santos como si en aquella hora los hubieran puesto allí dentro: tan frescos estaban y tan viva la sangre, despidiendo de sí un olor suavísimo. A la cabecera hallamos una escritura con estas palabras.

«Yo Filipo, siervo de Cristo, en compañía de mi hijo hurté los cuerpos de estos santos, y dentro de mi casa los sepulté. Su madre se llamó Valeria, y Vital su padre. Nacieron de un parto; y llamáronlos Gervasio y Protasio. Siendo ya difuntos sus padres, san Vital mártir y santa Valeria, y habiendo ellos sucedido *ab intestato* en sus bienes, vendieron la casa propia en que habian nacido, y toda su hacienda, y repartieron el precio de ella á los pobres y sus esclavos, dándoles libertad; y encerrándose en un aposento, para darse á la leccion y á la oracion, estuvieron en él diez años vacando á solo Dios; y al onceno alcanzaron la corona del martirio. A esta sazon iba á la guerra contra los marcomanos (que son los pueblos de Moravia), un conde, llamado Astasio: saliéronle al camino los sacerdotes de sus templos, y dijéronle, que si queria alcanzar victoria de los enemigos, apremiase á Gervasio y Protasio, que eran cristianos, para que sacrificasen á los dioses inmortales: los cuales estaban de ellos enojados, porque les negaban la debida adoracion, y que no querian ya responder á sus preguntas, ni hacer á los pueblos el favor que solian con sus oráculos. Mandóles Astasio buscar y prender, y rogóles que le diesen contento, y le hiciesen placer de ofrecer con él sacrificio á sus dioses, para que prosperasen su jornada, y el fin de aquella guerra fuese como deseaba, y la victoria que esperaba alcanzar, se celebrase por todo el imperio romano. A esto respondió Gervasio: La victoria ó Astasio la da del cielo el Dios verdadero, y de él la debes aguardar, y nó de estas estátuas vanas y mudas de tus dioses, que tienen ojos, y no ven: orejas, y no oyen: narices, y no huelen: boca, y no hablan: manos, y no tocan: piés, y no andan; y no tienen espíritu, ni vida, ni pueden resollar. Enojóse Astasio sobremanera, oyendo estas palabras de Gervasio, dichas con tanta libertad: mandóle luego azotar, y herir con plomados fuertemente, hasta que allí muriese, y con este tormento Gervasio dió su espíritu al Señor: y quitando de allí su santo cuerpo hizo llamar á Protasio, y díjole: Desventurado, y miserable, mira por tí, y no seas loco como tu hermano. Respondió Protasio: ¿Quién de los dos es miserable; tú que me temes á mí; ó yo que no te temo á tí? Y Astasio: ¿En qué te temo yo, ó hombre vil y desdichado? Y el santo: Si no me temieses, no me apretarias tanto, á que yo sacrifique á tus dioses; ni creerias, que si yo no lo hago, ha de venir algun grave daño. Mas yo, porque no te temo, no hago caso de tus amenazas, y tengo á tus dioses en lo que un poco de basura, y adoro aquel solo Dios, que reina en los cielos. Oyendo estas palabras Astasio, mandóle moler con unos bastones nudosos: y habiéndole herido un buen rato, le hizo levantar y le dijo: Protasio, ¿por qué eres tan soberbio y tan rebelde? ¿Quieres perecer como tu hermano Gervasio? Y el santo mártir respondió con gran suavi-

dad y blandura: No me enojo, contigo, ó Astasio; porque veo la ceguedad de tu corazon, la cual no te deja ver las cosas de Dios. Aprendido he de mi Señor Jesucristo, que no abrió su boca contra los que le crucificaron, y abrióla para rogar al Padre que los perdonase porque no sabian lo que se hacian. Imitando yo este ejemplo, ó conde Astasio, te tengo gran lástima; porque no sabes lo que haces. Por tanto acaba lo que has comenzado, para que yo juntamente con mi hermano Gervasio pueda gozar de la benignidad de mi Señor Jesucristo. El conde le hizo degollar. Y yo Filipo, siervo de Cristo, con mi hijo, secretamente tomé de noche los cuerpos de estos dos santos hermanos, y los llevé á mi casa, y siendo Dios solo testigo, los puse en su arca de piedra, y la enterré en este lugar, esperando, mediante sus oraciones, alcanzar misericordia de nuestro Señor Jesucristo: el cual con el Padre, y el Espíritu Santo, vive y reina en los siglos de los siglos.»

Hasta aquí son palabras de la carta, que san Ambrosio escribió á los hermanos obispos de Italia: y el mismo santo escribió otra carta á su hermana, en que le dice, que los cuerpos de los dos santos, que halló, eran muy grandes, y de maravillosa estatura: y que cuando los trasladaron, y llevaron á la iglesia Ambrosiana, sanaron á un ciego, y le envió á su hermana dos sermones, que predicó á todo el pueblo de Milan, en los cuales refiere los muchos milagros, que Dios habia obrado por ellos, y reprende á los herejes arrianos, que no los creian, y eran mas pertinaces y obstinados, que los demonios que salian de los cuerpos, por virtud de las reliquias de estos santos hermanos, y confesaban que no podian estar en su presencia porque los atormentaban. San Agustin se halló presente en Milan, cuando se descubrieron los cuerpos de estos gloriosos mártires, y en los libros de la Ciudad de Dios hace mencion de un ciego, que alumbraron, y en el de sus Confesiones notó este gloriosísimo santo, que nuestro Señor hizo estos milagros, para reprimir el furor de la emperatriz Justina, madre del emperador Valentiniano el Mozo, la cual era hereje arriana, y por favorecer á los arrianos, perseguia crudamente á san Ambrosio, y pretendia echarle de su silla, y de Milan: y hablando de esto, dice estas palabras: «En este mismo tiempo revelásteis á vuestro santo prelado el lugar donde estaban encubiertos los cuerpos de los mártires Protasio, y Gervasio: los cuales por tantos años habiades guardado sin corrupcion en el tesoro de vuestro secreto consejo, para descubrirlos á su tiempo, y con este favor reprimir la rabia de una mujer, y mujer reina. Porque habiéndose manifestado, y sacado estos cuerpos, y llevádose á la iglesia de san Ambrosio, con la honra y reverencia debida, no solamente los endemoniados quedaban libres, confesándolo los mismos demonios, que les atormentaban; pero un ciudadano muy conocido en la ciudad, que muchos años ántes era ciego, oyendo el ruido, y la alegría, que habia en ellos, preguntando, y oyendo la causa saltó de placer, y rogó al que le adiestraba, que le llevase á donde los cuerpos estaban. Llegó, y alcanzó que le dejasen tocar con su sudario las andas de vuestros santos, cuya muerte es preciosa en vuestro acatamiento. Hízolo; aplicó sus ojos al lienzo y luego vió: y de aquí comenzó á derramar la fama de este milagro por la ciudad y á ejercitarse todos en vuestro amor, y el ánimo de la mala reina, puesto caso, que no se convirtió, ni sanó, detúvose en la persecucion de vuestro siervo, y mitigó su furor.» Todo esto es de san Agustin. Y san Gregorio Turonense escribe, que habia oido, que en el tiempo que se hizo la traslacion de los cuerpos de estos santos, y se cantaba la misa en la iglesia, cayó una tabla de lo alto, y dió en las cabezas de los santos, y que salió de ellas un rio de sangre, que bañó todas las sábanas en que estaban envueltos, y se cogió alguna cantidad de ella, y que de sus reliquias se enriquecieron muchas iglesias de Italia y de Francia, y que el bienaventurado san Martin hubo buena parte de ellas, como lo escribe san Paulino en una epístola. Esto refiere este autor; y añade que lo escribe, porque no estaba en la historia de su martirio. Y es cierto, que en Roma una ilustre matrona, llamada Vestina, les edificó una iglesia, la cual dedicó Inocencio, papa, primero de este nombre: y de ella hace mencion san Gregorio: y san Gaudencio, obispo de Bresa, y san Paulino, obispo de Nola, edificaron otras, y colocaron en ellas las reliquias de estos santos, y hasta África fueron llevadas, como dice san Agustin. Su martirio fué á los 19 de junio, y en él celebra la Iglesia su fiesta.

Adviértase que Metafraste, en la vida que escribe de estos santos, dice: que el juez que los martirizó, se llamaba Anolino, y que estuvieron diez años presos en Milan, y que juntamente con ellos fueron martirizados otros dos, llamados Nazario y Celso, y que murieron, siendo emperador Neron; pero ninguna de estas cosas se contiene en la carta de san Ambrosio; ántes de ella parece que se puede sacar que su martirio fué, imperando Marco Aurelio Antonino y Lucio Vero, en cuyo tiempo fué la guerra contra los marcomanos, á los cuatro años de su imperio, como lo notó el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio romano.

San Lamberto, mártir. —Aunque en algun punto se venera á este glorioso santo en este dia, sin embargo corresponde su conmemoracion á 16 de abril, dia en que se habla de él.

* Santa Juliana de Falconeri, vírgen. —La santidad de esta venerable vírgen dió mayor lustre á la familia de Falconeri, de que descendia. Nació en Florencia el año 1270, habiéndola sus padres obtenido maravillosamente del cielo, pues habiendo sido estériles hasta su vejez, se la concedió el Señor por sus oraciones. Fué educada cual correspondia á su elevada clase; y Juliana en su misma infancia parecia anticipar el curso ordinario de la naturaleza en el uso de la razon, por su temprana piedad, siendo las primeras palabras que aprendió, los dulcísimos nombres de Jesus y María. Era tal su modestia angelical, que jamás se atrevió á levantar sus ojos para mirar á un hombre á la cara; y era tal su horror á todo pecado, que su nombre solo le hacia desfallecer. Dedicóse enteramente á la virtud: á este fin renunció á todo pensamiento y deleite mundano, y su opulento patrimonio, consagrando á Dios su virginidad, y recibiendo á este fin de mano de Felipe Benito el velo religioso en las Mantellatas. Las Mantellatas son una especie de órden tercero de la religion de los Servitas, y toman su nombre de un género de mangas de que usan en el hábito, mas á propósito para sus labores. Juliana fué de este tercer órden, bajo la direccion de san Felipe su fundador; y siendo ya de mas edad, la

multitud de devotas que trajo su reputacion á aquella casa, la obligó á aceptar el cargo de priora. A pesar de que era la madre espiritual de todas las demás, hacia todo su estudio, y hallaba toda su delicia en servir á las otras. Jamás omitió el hacer obras de caridad para con su prójimo, dedicándose en reconciliar enemistades, convertir pecadores y servir enfermos. Era tanta su mortificacion, que chupaba las úlceras mas asquerosas de los escorbúticos y leprosos; con cuya operacion solia curar las llagas sin dejar aun cicatrices, excusando las incisiones y penosas maniobras de los cirujanos, haciendo innumerables curaciones. Practicaba además Juliana indecibles austeridades; y en su edad avanzada fué afligida de penosas enfermedades que soportaba con una paciencia y una alegría inexplicable. Lo que la afligia en su última enfermedad, era verse privada del consuelo del Sacramento del altar por la sagrada comunion, pues no le era posible recibirla, en razon de que no podia con el continuo vómito retener su estómago alimento alguno. Sin embargo, fué enviado á su celda el Viático, y estando en ella desapareció repentinamente de las manos del sacerdote, encontrándose despues de su muerte estampada al lado siniestro de su pecho la figura del Redentor sacramentado; por cuyo prodigio se juzgó dignamente que Cristo habia milagrosamente satisfecho en aquella agonía sus ardientes deseos. Murió la santa en su convento de Florencia en el año de 1340, á los setenta de su edad. El papa Benedicto XIII la puso en el catálogo de los bienaventurados en el año 1729: y su sucesor Clemente XII publicó su canonizacion.

San Ursicino, mártir.—Era médico de Ravena durante el primer siglo del cristianismo. Presentado al juez Paulino por ser cristiano, fué condenado á ser degollado, y al entrar en el lugar donde debia efectuarse la ejecucion, se asustó y escapó; pero al momento oyóse una voz misteriosa que decia: ¡Ursicino! ¿curas á los demás y no sabes curarte á tí mismo? Al momento volvió el santo de su temor, y arrodillándose ante el verdugo, y pidiendo perdon á Dios por su cobardía, alcanzó la palma del martirio en la misma ciudad de Ravena, el año 67 de Jesucristo.

San Zosimo, mártir. — Era soldado romano, y estaba en Sozopoli de Pisidia en tiempo del emperador Trajano, cuando un dia que habia oido celebrar y encarecer mucho los dogmas de la religion cristiana, dejó las armas y se fué en direccion á una iglesia para hacerse bautizar. Al llegar cerca de la puerta fué descubierto por unos compañeros, que lo prendieron y llevaron al presidente Domiciano. Confesóle á este su resolucion, y desde luego fué condenado á los mas atroces suplicios. Se le suspendió de una cruz y se le ahogaba entre tanto con humo apestado; extendiéronle luego sobre un lecho de fuego, del cual salió ileso, y le metieron en seguida dentro de una nevera. Al dia siguiente volvieron á extenderlo sobre un lecho de ascuas, que al tocarlo el santo se trocaron en un fresco rocío, con cuyo milagro convirtiéronse casi todos los circunstantes. Despues le calzaron unos zapatos erizados de puntas de acero por la parte interior, y le obligaron á correr delante del presidente; y por fin, viendo que salia con vida de tantos tormentos, lo dividieron en cuatro partes, y así alcanzó la corona de la gloria en el año 110.

San Gaudencio y san Culmacio, mártires. — Fueron estos dos santos víctimas del furor de los gentiles en tiempo del emperador Valentiniano, muriendo mártires, segun los Bolandistas, en Arezzo de Toscana, por los años 363. San Gaudencio era obispo y san Culmacio diácono, y fueron amigos y compañeros en vida y en muerte.

San Bonifacio, obispo y mártir.—Natural de Sajonia, discípulo de san Romualdo, y por consiguiente monge camaldulense, fué modelo de acrisolada virtud en todas las condiciones de la vida. Cortesano, solitario, obispo, apóstol y mártir, fué siempre el ejemplar mas cabal que vió la Iglesia en su siglo. Emprendió la conversion de la Rusia, y á este fin hizo un viaje á Roma para la aprobacion de la santa sede. Esta no solo le concedió amplias facultades de misionero, legado y vicario apostólico, sino que mandó fuese consagrado obispo. Su apostolado fué sumamente laborioso; pero tuvo la gloria de bautizar al rey y á infinidad de habitantes de aquellos paises, y de dejar en ellos profundamente arraigada la religion de Jesucristo. Indignados los idólatras de los progresos del santo, persuadieron á un hermano del rey á que se aliase con ellos para dar muerte á Bonifacio; y efectivamente el príncipe accedió, y el santo obispo fué llevado á un lugar desierto, y allí le degollaron, alcanzando de este modo la corona del martirio que tanto habia deseado.

San Romualdo, abad.—Su vida se halla continuada en el dia 7 de febrero.

DIA 20.

San Silverio, papa y mártir.—Habiendo ido á Constantinopla el santo pontífice Agapito, y sido recibido del emperador Justiniano con grande pompa y solemnidad, y despachado los negocios que iba á tratar con el mismo emperador, y privado de su silla patriarcal de Constantinopla á Antimo, por ser hereje eutiquiano, y puesto en ella á Menna, varon católico; al tiempo que se queria partir de aquella ciudad fué nuestro Señor servido de llamarle para sí, y darle el premio de sus piadosos trabajos. En el lugar de Agapito fué elegido en Roma san Silverio; papa, natural de la provincia de Campania, hijo de legítimo matrimonio (como se debe creer de tan santo varon) del papa Hormisdas. Celébrale la santa Iglesia fiesta como á santo y verdadero mártir. La causa de su martirio fué la que aquí referiré. Era el emperador Justiniano en este tiempo católico príncipe, y tenia por mujer á Teodora, que era hereje, y estaba tan rendido á su voluntad, que hacia todo lo que ella queria por darle gusto: y ella era tan mañosa y eficaz, que podia todo lo que queria, y mandaba mas que el mismo emperador. Por esta causa, aunque Justiniano mandaba desterrar los herejes y hacia muchos decretos contra ellos, Teodora los encubria y ponia impedimentos para que no se ejecutasen las leyes imperiales contra ellos, y les daba calor y fuerzas para que se multiplicasen y prevaleciesen, y turbasen la Iglesia santa del Señor. Demás de esto, procuró que se restituyese á su silla Antimo, que era cabeza de ellos, y que san Silverio con su autoridad apostólica le volviese á su Iglesia de Constantinopla, de la cual habia sido privado, como dijimos, por Agapito, su predecesor. Ayudó para esto á Teodora Vigilio, diácono de la Iglesia romana, que á la sazon estaba en Constantinopla: el cual abrasado de ambicion y ciego con el apetito de mandar, ofreció á Teodora que si le hacian papa, él le daria contento y volveria á su silla á

Antimo y le favoreceria como ella lo deseaba. Estaba entonces en Italia el gran capitan Belisario, haciendo cruda guerra á los godos en nombre del emperador Justiniano, y en su compañía Antonina, su mujer: y pareciéndole á Teodora esta buena ocasion, y que con las armas de Belisario podria ella mandar y vedar todo lo que quisiese sin resistencia; escribió con el mismo Vigilio á Belisario que procurase que Silverio, papa, hiciese lo que por sus cartas le mandaba, y que revocase la sentencia de Agapito contra Antimo, y le mandase volver á su Iglesia y quitar á Menna: y que en caso que no quisiese hacerlo por ruegos y amenazas, que le privase del pontificado é hiciese papa á Vigilio, que era el que habia urdido y tejido aquella tela. Propuso Belisario á san Silverio lo que la emperatriz mandaba; y el santo pontífice no hizo caso de ello, y con gran constancia y ánimo respondió, que ántes perderia el pontificado y la vida, que deshacer lo que tan santamente habia hecho su predecesor Agapito, y restituir á un hereje impenitente, justamente condenado. Y como Belisario viese lo poco que podian fieros y espantos con Silverio, y estuviese muy embarazado en las cosas de la guerra; encargó á su mujer Antonina que ella ejecutase lo que la emperatriz mandaba. Para esto no faltaron falsos testigos que fingieron algunas cartas, como escritas en nombre de Silverio á los godos, en que les prometia que si llegaban á Roma, les entregaria la ciudad, y al mismo Belisario que en ella estaba: y con este color, teniendo ya concertada la maldad, llamaron Belisario y Antonina á su palacio al santo pontífice, como que querian tratar con él algunos negocios de importancia: y habiendo entrado, y con él Vigilio, su diácono, detuvieron á la otra gente que le acompañaba: y llegado al aposento donde estaba Antonina en la cama y Belisario á su cabecera, la descompuesta y loca mujer tomó la mano y comenzó á dar voces contra el santo pontífice, como contra un traidor que los queria vender y entregar en manos de sus enemigos, no habiéndoselo merecido; y diciendo y haciendo, le despojaron de su hábito pontifical y le vistieron de monge, y con buena guarda le enviaron desterrado á la isla Poncia, donde afligido y consumido de pobreza, calamidades y miserias, juntó algunos obispos y ordenó algunas cosas importantes para la conservacion de la fé católica y reformacion de las costumbres: y escribió una carta á Amador, obispo, referida por Graciano y por Anastasio, bibliotecario, aunque otros la tienen por apócrifa, y otra á Vigilio, en la cual, como vicario de Cristo; le excomulga á él, y á todos los que le seguian y tenian por papa.

Grande turbacion y escándalo hubo en Roma y en toda la Iglesia católica, por ver tan maltratado y afrentado á su padre y pastor en tiempo de un emperador cristiano, y que se mostraba tan celoso de la fé católica: y que Vigilio, hombre tan indigno por malos medios y desafueros, hubiese sido puesto en su lugar: mas por entonces la razon cedió á la fuerza, y la inocencia fué oprimida de la maldad: la cual llegó á tanto, que en esta isla Poncia apretaron sus enemigos al santo pontífice de tal manera, que de puro maltratamiento vino á morir: y Dios despues de su muerte hizo por él muchos milagros, y la Iglesia católica, como dijimos, le tiene por mártir, por haber padecido por la justicia y verdad. De esta manera dicen que murió san Silverio; mas Liberato, diácono, autor de aquellos tiempos, escribe fué desterrado á Patara y en Lisie, y que á suplicacion del obispo de ella Justiniano le mandó volver á Roma, y que sus enemigos le detuvieron en la isla Palmaria, que está cerca de la isla Poncia, y que allí del maltratamiento y de pura hambre murió.

Caso extraño y lastimoso parece este, y mucho para maravillar que Dios nuestro Señor haya permitido que un vicario suyo, y pastor y príncipe universal de su Iglesia, haya sido despojado de su silla, y padecido tantas calamidades y la misma muerte, por mano de dos mujeres locas y atrevidas: pero debemos reverenciar sus secretos, y entender que permitió un caso tan feo y abominable, para hacer santo á Silverio y honrarle como á mártir con corona de eterna gloria: como permitió que su grande favorecido y precursor san Juan Bautista, perdiese la cabeza por una muchacha, que con su baile dió contento al rey Herodes: y juntamente para enseñarnos la fuerza que tiene la herejía, y cuán violenta y furiosa cosa es cuando se señorea de persona poderosa; y que cualquiera fiel debe aborrecerla y sufrir todos los trabajos y tormentos, por no hacer cosa que no deba, y por no comunicar con el hereje por la Iglesia condenado. Tambien nos enseña el Señor el castigo terrible que merece el que trata con desacato á su vicario, y pone las manos violentas en el cristo del Señor: porque despues que fué preso san Silverio, el cielo y la tierra parece que se conjuraron contra el imperio romano, y los hunos, gente fiera y bárbara, por una parte hicieron cruel guerra en Oriente á Justiniano; y los persas por otra: é Italia padeció una hambre tan grande, extremada y rabiosa, que muchas madres comieron á sus hijos, y los godos tornaron otra vez á hacerse señores de Roma, en castigo de lo que en ella se habia hecho contra su obispo y pastor universal de la Iglesia. Y Belisario, que ántes habia sido en varias provincias y guerras uno de los mas famosos capitanes del mundo, despues de este hecho perdió su brio y valor, y la gracia del emperador en tanto grado, que despojado de su hacienda, dignidad y favor, vino, como algunos escriben, sacados los ojos por su mandado, á pedir limosna como mendigo: aunque otros no dicen perdió sino la hacienda y la dignidad.

Y para que mas alabemos al Señor por la providencia con que asiste á su Iglesia y al que preside en ella, no es ménos de notar que Vigilio, muerto san Silverio, dejó la cátedra apostólica, que indignamente habia usurpado: y siendo elegido canónicamente del clero romano por sumo pontífice, despues que fué verdadero papa y se sentó en aquella santa silla, no quiso cumplir lo que habia prometido á la emperatriz, ni restituir á Antimo, patriarca, diciendo: que no lo podia hacer con buena conciencia, ni absolver al que por hereje dos predecesores suyos habian condenado; aunque perdiese el pontificado y la vida: y excomulgó á la misma Teodora: la cual no mucho despues de la excomunion infelizmente murió. Y Justiniano, emperador, habiendo sido ántes católico y esclarecido príncipe, por entrometerse mas de lo que convenia en las cosas de la Iglesia, y querer en ellas vedar y mandar, y por haber dado tanta mano á su mujer; cayó en la herejía de los monotelitas, y oscureció su primera gloria y resplandor. Fué san Silverio papa diez y siete meses, como dicen algunos autores, contando por ventura el tiempo de su pontificado hasta que fué despojado de su dignidad: mas si se cuenta hasta que murió, como se debe contar, parece que de una epístola que el mismo Silverio escribió

á Vigilio, se puede sacar que vivió por lo ménos tres años, como dice el Breviario romano, y lo nota el cardenal Baronio. Hizo una vez órdenes: diólas á catorce presbíteros, y consagró diez y nueve obispos. Celebra la Iglesia su fiesta el dia de su muerte, que fué á los 20 de junio, del año del Señor de 1540.

* San Novato, presbítero.—Fué este santo hijo de san Pudente, senador, hermano de san Timoteo, presbítero, y de las santas vírgenes de Jesucristo, Pudenciana y Praxedes. Nació en Roma, en donde fué instruido con toda su familia, en la fé de Jesucristo por los mismos apóstoles, en cuya ciudad continuaron viviendo, ejercitándose en obras de piedad, siendo su casa el asilo donde se refugiaban los perseguidos cristianos. Únicamente por lo que dejó escrito en una de sus cartas un presbítero romano, llamado Pastor, sabemos algo de Novato. He aquí las palabras de la carta: «Despues de la muerte de su hermano, habitaba santa Praxedes en la casa del mismo título, viviendo muy afligida por la muerte de Pudenciana. Muchas personas notables y entre ellas el sumo pontífice Pio, fuéron á consolarla; con este motivo fué á visitarla tambien su hermano Novato, consolándola y dando muchas limosnas á los pobres en honor y memoria de la santa vírgen Praxedes. Al cabo de un año y veinte y un dias, en que Novato practicaba la misma operacion, dejó de repente de visitar á su hermana, detenido en cama con motivo de una grande enfermedad, de cuya noticia se contristaron todos. La vírgen Praxedes dijo entonces al pontífice Pio: Vamos á visitarle, y á ver si con nuestra visita y oraciones, se sirve Dios curarlo. Por el espacio de ocho dias fueron en casa de Novato, cuantos visitaban la casa de Praxedes, y el dia trece entregó su espíritu al Señor, asistido de su hermana y el papa Pio.» Hasta aquí las palabras del citado autor. Segun el Martirologio romano la casa de esta familia de santos fué consagrada en iglesia con el título de *Pastor*, y segun los Bolandistas se cree que este santo murió por los años 151.

San Macario, obispo y confesor.—Floreció este santo en el siglo IV de la Iglesia, siendo obispo de Petra en Palestina. Fué íntimo amigo de san Atanasio, y defendiendo como él las verdades católicas, fué atrozmente perseguido por los arrianos. En su vejez fué desterrado al África, donde murió en el Señor, el dia 20 de junio del año 350. Su paciencia, su mansedumbre y constancia fueron las prendas que mas resaltaron entre las virtudes de su vida pública y privada, digna de los tiempos apostólicos.

San Pablo, y san Ciriaco, con otros muchos compañeros, mártires.—Por haberse perdido las actas del martirio de estos santos, nada sabemos de su vida y santa muerte. El Martirologio romano habla de ellos en este dia, y dice que derramaron su sangre por la fé de Jesucristo, en la ciudad de Tomis en el Ponto.

Santa Florentina, vírgen. — Fué hermana de san Leandro y san Isidoro, arzobispos de Sevilla. Su fiesta principal se celebra en España, el 14 de marzo, en cuyo dia puede verse su vida.

DIA 21.

San Luis Gonzaga.—El bienaventurado san Luis Gonzaga, religioso de la compañía de Jesus, fué hijo primogénito de don Ferrante Gonzaga, príncipe del imperio, y marqués de Castellon en Lombardía, y deudo muy cercano de los duques de Mantua, y de doña Marta Tana Santena de Chieri del Piamonte, señora muy principal, la cual habia sido dama, y muy favorecida de la reina doña Isabel, mujer del rey don Felipe II, y por voluntad del mismo rey y de la reina, se casó con el marqués de Castellon, don Ferrante que estaba en la misma córte en servicio del rey. Despues de casados tornaron á Italia, donde la marquesa, que era muy devota, libre ya del ruido y cuidados de la córte, se comenzó á dar mas á nuestro Señor, y á suplicarle que le diese un hijo, que le sirviese entera y perfectamente en la santa religion. Hízose preñada de nuestro Luis, y al tiempo del parto tuvo grandes dolores y santa flaqueza para echar la criatura, que á juicio de los médicos, ni la madre, ni la criatura podian vivir; pero ella acudió á la santísima Vírgen, Madre de misericordia, nuestra Señora, é hizo voto, que si la libraba de aquel peligro, y salia á luz lo que tenia en el vientre, iria á visitar la santísima casa de Loreto, y llevaria consigo al hijo que naciese. Alentada con este voto, el niño que tenia en las entrañas, comenzó á salir, y luego le bautizaron, por el peligro que habia, de que no acabase de nacer; pero despues fué nuestro Señor servido que naciese y que viviese él y su madre, con grande admiracion de los que se hallaron presentes: de manera, que podemos decir que por intercesion de la sacratísima Vírgen recibió el agua del bautismo, y la gracia del Señor, á quién comenzó á vivir ántes que al mundo.

Nació este bendito niño en Castellon, el año de 1568, á los 9 del mes de marzo, siendo sumo pontífice Pio V, y á los 20 de abril del mismo año, con gran solemnidad, en la iglesia parroquial de san Nazario y Celso, siendo el serenísimo duque de Mantua don Guillermo su padrino, se hicieron las demás ceremonias que la santa Iglesia usa. Criáronle sus padres con grande cuidado y vigilancia, como heredero suyo, y de otros dos tios suyos, hermanos de su padre, á cuyos estados habia de suceder. La marquesa, su madre, desde el punto que comenzó nuestro Luis á soltar la lengua, le enseñó á pronunciar el santísimo nombre de Jesus y de María, y á hacer la señal de la cruz, y despues á rezar el Padre nuestro y el Ave María, y otras oraciones. Pegábasele la devocion y el temor de Dios, de manera que la ama y las criadas que le servian, se espantaban de verle tan bien inclinado á hacer limosna á los pobres, y desde que comenzó á andar por sus piés, á retirarse á algun lugar apartado á hacer oracion: y era tan amable que á algunas personas, que siendo niño, le tomaban en los brazos, les parecia que tomaban un ángel del cielo, é interiormente se sentian mover á devocion. De esto tenia gran gusto la marquesa, su madre, mas el marqués, su padre, como era soldado, mas gustaria de verle inclinado á las armas y ejercicios de la guerra; y para inclinarle á ellas, le llevó á Casamayor, donde hacia muestra de la gente de guerra, que el mismo marqués habia de llevar por órden del rey católico á Túnez.

Era entonces Luis niño de cuatro ó cinco años: y tratando en aquella tierna edad con los soldados, de pólvora, arcabuces y tiros con mas ánimo que discrecion y fuerzas: disparando una vez un arcabuz, se quemó la cara: y

una vez estuvo en peligro de perder la vida por poner fuego á un tiro pequeño de artillería; pero el Señor le guardó; porque se queria servir de él para gran gloria suya. Aquí tambien se le pegaron algunas palabras desconcertadas y libres, las cuales oia decir á los soldados, sin entender el niño lo que decian y lo que significaban aquellas palabras: pero siendo avisado y reprendido de su ayo, nunca jamás despues las dijo, ántes huia de los otros que las decian, y quedó despues el santo niño tan corrido y avergonzado de haber usado de aquellas palabras, aunque sin entenderlas, que tuvo este por el mayor pecado de su vida, y como tal le lloraba: y para su mayor mortificacion y confusion, estando ya en la religion, lo solia contar á algunos amigos suyos, para declararles cuán travieso y mal muchacho habia sido. Cuando llegó á la edad de siete años, al tiempo que la razon comienza á descubrirse en los niños, parece que el Señor le previno y le dió su luz, para que con todo su corazon le amase, y fuese suyo hasta la muerte, como en el discurso de su vida se verá. Estando aun en aquella edad, aconteció que en un monasterio de san Francisco, que se llamaba Santa María, y está cerca de Castellon, un fraile de aquella órden, tenido por santo, queriendo echar los demonios de algunas personas, y haciendo los exorcismos de la santa Iglesia, entre la otra gente que allí estaba, se halló presente nuestro Luis, y en viéndole los demonios alzaron el grito, y señalándole con la mano, dijeron: Veis aquel niño: este sí, que irá al cielo, y tendrá gran gloria: y parece que Dios se lo hizo decir; porque verdaderamente ya desde aquella tierna edad en su vida y costumbres parecia, y era tenido por un ángel. Rezaba cada dia los siete salmos y las horas de nuestra Señora, y otras devociones, y siempre de rodillas, sin querer jamás usar de almohadilla, ú otra cosa debajo de ellas, sino ponerlas en la tierra; y esto guardó toda la vida.

Siendo ya de ocho años, tuvo necesidad el marqués, su padre, de ir á los baños de la ciudad de Luca, que es en Toscana, y llevó consigo á Luis, su primogénito, y á Rodulfo, que era el segundo; y despues de haber tomado aquellas aguas, que se tienen por saludables, visitó al gran duque de Toscana don Francisco de Médicis, con quien tenia mucha amistad, y dejó sus dos hijos en Florencia, para que se criasen en la córte de aquel príncipe, y aprendiesen la lengua toscana, y proveyóles de ayo, maestro, mayordomo y otros criados convenientes á la grandeza de sus hijos. Aquí en Florencia nuestro Luis, á mas de darse con gran diligencia al estudio de la lengua latina y de la toscana, y á visitar los dias de fiesta al gran duque, y á sus hijas, que ahora son la reina de Francia, y la duquesa de Mantua; se dió á mas oracion, y tomó por particular patrona y abogada á la sacratísima Vírgen María, á la cual se encomendaba muy á menudo de todo corazon, con deseo de hacerle algun agradable servicio. Y habiendo considerado que el mayor servicio, que le podia hacer, era imitar su virginal pureza, y guardarse limpio y entero de cualquiera corrupcion de carne; estando un dia delante de la imágen de la Anunciata de Florencia, que en aquella ciudad es de grandísima devocion, hizo voto de perpetua virginidad á gloria de la santísima Vírgen: la cual guardó tan entera por toda la vida, que bien se echa de ver, que fué don raro y propio de la mano del Señor, dado por intercesion de la Vírgen de las vírgenes: porque á lo que afirman los confesores que le confesaron generalmente, y entre ellos el cardenal Belarmino, fué tan celestial este don del Señor, que por todos los dias de su vida no tuvo nuestro Luis ningun estímulo ó movimiento sensual en el cuerpo, ni pensamiento, ni imaginacion torpe en el alma, contraria al propósito y voto que tenia hecho: que es cosa maravillosa y divina, y tan rara, como cada uno puede experimentar en sí, y mas considerando, que Luis era señor, y se crió con mucho regalo, y nó encerrado en monasterios, sino en las córtes de los reyes y de los príncipes, y que de su complexion era sanguíneo, vivo y amoroso: pero la gracia del Señor y la proteccion de la santísima Vírgen todo lo puede, especialmente que nuestro Luis, favorecido y alentado de la misma Vírgen, se ayudaba de su parte cuanto podia, para conservar aquella preciosa joya de la virginidad estando sobre sí, con una continua y extraordinaria vigilancia: y refrenando sus sentidos, y especialmente los ojos, los cuales llevaba siempre bajos, sin mirar á una parte ni á otra. Cuando iba por la calle, huia de hablar y tratar con mujeres, de tal manera, que parecia que las aborrecia: y cuando estaba en su aposento, y la marquesa su madre le enviaba algun recado con alguna de las criadas, él no aguardaba que entrase en el aposento, sino salia de él, y con los ojos bajos, sin mirarla, tomaba el recado y la despedia; y hasta con su misma madre; cuando estaba á solas, estaba con recato y con una virginal vergüenza. Gran prueba es de este recato y guarda de sus ojos, el saber que con haber ido en servicio de la emperatriz doña María desde Italia á España, en compañía del marqués, su padre, y haber servido despues al príncipe de España don Diego, como adelante se dirá, y tratado en el palacio real, y tener tantas ocasiones, para ver y mirar, y remirar á la emperatriz, nunca la miró al rostro. Tambien en Florencia se comenzó á confesar mas á menudo, é hizo una confesion general con el rector del colegio de la Compañía de Jesus, con particular exámen y diligencia, llorando sus pecados con un sentimiento y ternura, como si hubiera sido el mayor pecador del mundo. Dióse tanto al recogimiento ya desde esta edad y á estar sobre sí, y vencer todas las viciosas inclinaciones, que dió de mano á las conversaciones y entretenimientos de los de fuera, y de los mismos de su casa: y aunque le tenian por escrupuloso y melancólico, no se le daba nada. Obedecia á su ayo con gran respeto: mandaba á sus criados con maravillosa modestia y agrado; y era tan vergonzoso y honesto, que cuando su camarero le vestia, parece que tenia empacho, y apenas descubria la punta del pié por no ser visto. Oia cada dia misa, y en las fiestas, vísperas; y aunque en este tiempo no tenia conocimiento ni noticia de la oracion mental, ejercitábase en la vocal, con mucha atencion y devocion, proponiendo vivir siempre lo mas perfectamente que pudiese en su estado.

Mas de dos años estuvo nuestro Luis en Florencia, de donde, siendo ya de once á doce años, con buena gracia del gran duque de Toscana, fué con su hermano Rodulfo á Mantua; porque el duque de aquella ciudad y estado habia hecho gobernador de Monferrato al marqués don Ferrante, su padre, y el padre quiso que sus hijos estuviesen en la córte del duque, que le habia hecho gobernador de aquel estado. Aquí en Mantua le vino una enfer-

medad trabajosa de la orina: y para curarse se dió tanto á la dieta, que cuando comia un huevo, que era pocas veces, le parecia exceso. Con esta dieta sanó de la enfermedad: mas estando ya sano la llevó adelante, no tanto por necesidad, como por devocion y deseo de padecer: y fué esto con tanto extremo y de manera, que vino á debilitarse el estómago y no poder comer, y cuando se hacia fuerza para sustentar la vida no podia tener el manjar; y así cayó en una flaqueza y caimiento tan grande, que le trocó y gastó totalmente la complexion. Pero como ya gustaba tanto del recogimiento y de la devocion, no se le daba nada, ántes con esta ocasion dió de mano á los gustos, entretenimientos y conversaciones de los hombres, y se estaba solo, y quieto y retirado, leyendo algunas vidas de santos, ó rezando sin salir fuera de casa, sino era á alguna iglesia ó casa de religion.

Aquí determinó dejar á su hermano Rodulfo el estado (que por ser mayorazgo le competia, y del cual habia recibido ya la investidura del emperador), y seguir el estado eclesiástico, nó para alcanzar dignidades ó rentas de la Iglesia, sino para darse mas libremente á Dios. De Mantua volvió á Castellon, donde el Señor le dió mas luz y le abrió camino para darse mas á la perfeccion, porque sin otro maestro le enseñó á meditar los misterios sagrados de nuestra redencion, y la grandeza de las perfecciones y atributos divinos, con tanto gusto y júbilo de su alma, que por la dulzura que sentia, derramaba de sus ojos tantas lágrimas, que hasta el suelo donde oraba le dejaba bañado de ellas.

Encerrábase lo mas que podia en su aposento, y extendia las velas de su devocion al favorable viento del Espíritu Santo que le guiaba, y sus mismos criados que le servian, maravillados y espantados de la vida de su amo en tan poca edad, le acechaban algunas veces, y le veian postrado en el suelo, tendidos los brazos muchas horas delante de un Crucifijo, ó cruzados sobre el pecho, llorando con muchos sollozos y suspiros, y otras veces le hallaban quieto y sosegado, arrobado y suspenso é inmoble, como una estátua. Despues leyendo un libro del P. Pedro Canisio, de la Compañía de Jesus, varon insigne y esclarecido en todo género de letras y virtud, aprendió el modo y órden y tiempo que debia tener en la oracion, y este libro y las cartas de las Indias le aficionaron á la Compañía de Jesus, con deseo de ayudar como pudiese á la salvacion de los gentiles, y de tantas naciones incultas y bárbaras, que por no tener quien las alumbre, están en la sombra de la muerte: y en aquel mismo tiempo se iba las fiestas á las escuelas, donde se enseñaba la doctrina cristiana, y él mismo la enseñaba á los otros muchachos, y mas á los mas pobres, con maravillosa modestia y humildad. Tenia cuenta que en su casa no hubiese discordias ni disgustos: que ninguno jurase, ni hablase palabra desconcertada ó deshonesta: que ayunasen y oyesen misa los dias que manda la Iglesia, y que no se hiciese agravio á nadie. Y cuando sabia que alguno de sus vasallos vivia mal, le avisaba y amonestaba para que se enmendase y no fuese ofendido Dios. Todos sus razonamientos eran de cosas de Dios; y hacíalo con tanta autoridad y cordura, que parecia un viejo de mucho seso y canas.

Vino á Castellon el bienaventurado cardenal Borromeo, cardenal de la santa Iglesia y arzobispo de Milan, á quien Dios dió en estos tiempos á su santa Iglesia para espejo y dechado de prelados, y tuvo con nuestro Luis largas pláticas, y quedó admirado de los dones de Dios, y conoció en aquel pecho de un mozo de tan pocos años tanto espíritu y fervor, como si fuera ya varon perfecto. Exhortóle el cardenal á comulgarse y hacerlo á menudo (porque hasta entonces nunca habia recibido al Señor), y le dió una breve instruccion como se habia de aparejar para recibirle: y el santo mozo la primera vez que hubo de comulgar hizo extraordinaria diligencia, examinando toda su vida pasada muy menudamente, y se confesó con tan grande humildad, dolor y lágrimas, que el confesor tuvo harto que aprender de él; y algunos dias ántes de comulgarse, todos sus pensamientos, razonamientos y cuidados, eran de este santísimo Sacramento, y este era el blanco de sus meditaciones y oraciones. Despues frecuentó este santísimo Sacramento del altar, y quedóle una devocion tan tierna y suave para con el Señor, que cada vez que se comulgaba, recibia su alma una celestial é interna consolacion, y con el cuerpo estaba gran rato puesto de rodillas en la iglesia inmoble: y cuando oia misa, acabada la consagracion, se deshacia en lágrimas: y esta devocion le duró por toda la vida. Andando, pues, nuestro Luis con este gusto interior y tan regalado del Señor, no es maravilla que determinase, como se determinó, á dejar el estado á su hermano menor Rodulfo, como se dijo; porque en gustándose la dulzura del cielo, fácilmente se menosprecian y dejan los deleites de la tierra.

Estando su padre en el gobierno de Monferrato, mandó que la marquesa, su mujer, y sus hijos, se fuésen á donde él estaba. En este camino libró Dios á este bienaventurado niño de un grande y evidente peligro; porque yendo en la carroza con su hermano Rodulfo y su ayo, por un brazo del rio Tersin, que por las lluvias y crecientes venia muy furioso, en medio del rio se hizo pedazos la carroza: y sacando los caballos la parte de adelante en que iba el hermano, la otra parte en que iba Luis y su ayo quedó en el rio, el cual con la corriente y raudal la llevó agua abajo, hasta que Dios fué servido que, topando con un tronco de un grande árbol, se detuvo y hubo tiempo para ser socorridos y sacados de aquel peligro: y luego se fueron todos á hacer gracias á nuestro Señor á una iglesia que estaba allí, por la merced que de él habian recibido.

En el casal de Monferrato creció en toda virtud nuestro Luis con el uso de los santos Sacramentos y su continua oracion, y con la comunicacion que allí tuvo con los padres capuchinos y con los padres bernabitas, cuya religion es de clérigos regulares, como lo es la Compañía, cuyas casas solia visitar á menudo, y aprovecharse de sus ejemplos y pláticas espirituales. Aquí, considerando la alegria exterior de aquellos pobres religiosos, el menosprecio de las cosas temporales y el concierto de su oracion, la quietud y silencio fuera de todo bullicio y ruido del mundo, y la igualdad de ánimo, con que puestos en las manos del Señor, ni deseaban vivir, ni temian morir, y habiéndolo dejado todo por Cristo, eran señores de todo en Cristo; despues de haberlo bien mirado y encomendado mucho á nuestro Señor, se determinó á dejar todo el mundo, y con el voto de virginidad que ya habia hecho, como dijimos en Florencia, juntar el de la obediencia y de la pobreza evangélica, siendo en este tiempo de edad de trece años, y aun no cumplidos: mas no se resolvió en la religion que habia de tomar, sino á encubrir esta determinacion y á

vivir en el siglo una vida como religiosa, mientras que Dios le daba gracia para poner en ejecucion sus deseos, y para hacerlo mejor se estaba lo mas del tiempo retirado en su aposento: y aunque era delicado y padeció mucho del frio, y se le hinchaban las manos; de allí adelante no quiso llegarse al fuego, ni usar de los remedios que le daban para la hinchazon de las manos, por padecer algo por amor del Señor.

Demás de esto, aunque su comida era una perpetua abstinencia, comenzó á ayunar muchos dias, á lo ménos tres cada semana, miércoles, viernes y sábado; y los viernes y algunos miércoles á pan y agua, comiendo á la mañana tres rebanadas de pan mojadas en agua, y á la noche por colacion una sola tostada de pan; y fuera de esto su ordinaria comida era tan poca, que parece que humanamente no se podia sustentar, si Dios milagrosamente no le sustentara; porque los mismos criados que le servian y se lo daban, decian con juramento, que pesaron lo que comia y que apenas era peso de una onza. Dióse tambien á otras penitencias: se disciplinaba al principio tres veces cada semana, hasta derramar sangre, despues cada dia, y al fin tres veces entre noche y dia; y ponia secretamente debajo de las sábanas algun pedazo de tabla para dormir ménos y mal: y no teniendo cilicio para ponerse tomaba las espuelas, y las llevaba á raiz de las carnes para que le lastimasen, y juntaba estas asperezas con una continua y fervorosa oracion mental, y con los ejercicios y ocupaciones santas, y propias de hombre escogido y guiado de Dios. No se contentaba con gastar todo el dia en estas santas ocupaciones, sino que tambien la noche: durmiendo sus criados se levantaba secretamente de la cama en camisa en lo mas recio del invierno, y traspasado de los grandes frios de la Lombardía, hasta que de pura flaqueza se caia en el suelo, con una indiscreta, pero fuerte y fervorosa devocion. De la fuerza que se hacia en estar atento á la oracion, le sobrevino un gran dolor de cabeza, que le afligió mucho y le duró toda la vida, aunque él le llevaba con gran paciencia y alegría, por el deseo que tenia de padecer y conformarse en algo con la pasion del Señor. Una noche se acostó, y queriendo rezar los siete salmos, que por el dolor de cabeza no habia podido rezar entre dia, se hizo traer una vela y ponerla junto á su cama, y despidió á sus criados; pero vencido del sueño se adormeció, y la candela se consumió y pegó fuego á la cama, de manera que si el bienaventurado Luis no despertara y abriera presto la puerta para llamar algun criado, allí quedara, ó quemado del fuego ó ahogado del humo; y se tuvo por milagro el haber salido libre de aquel incendio, que quemó toda la cama, la cual echaron los soldados que acudieron en el foso del castillo, y le atajaron para que no hiciese mayor daño.

Vino el año de 1581, en que la emperatriz doña María de Austria, hija del emperador Cárlos V, y hermana del rey católico don Felipe el II, partió de Alemania para España. Acompañó á su magestad el marqués don Ferrante con toda su casa, y sirvióle en aquella jornada. En España hizo el rey á nuestro Luis, y á sus dos hermanos, ministros del príncipe don Diego. Aunque por haber de acudir á palacio á servir al príncipe, y por las ocasiones de distracciones que hay en él, no fuera maravilla que un mozo de tan tierna edad se entibiara en sus buenos propósitos, y aflojara en sus santos ejercicios; no lo hizo así el bienaventurado Luis; ántes á mas de ocuparse en el estudio de la lógica y de la esfera y filosofía natural, continuó el uso de los santos sacramentos de la confesion y comunion, y de su oracion; y por este medio el Señor le iba perfeccionando y enriqueciendo cada dia mas de nuevos dones y gracias, para dar cumplimiento á los encendidos deseos que le habia dado de dejar totalmente el mundo y hacer divorcio con todas sus vanidades, ambiciones y gustos de la tierra; porque habiendo estado como un año y medio en España, juzgó que era ya llegado el tiempo en que debia poner en ejecucion la resolucion que habia hecho en Italia de hacerse religioso: y para acertar en la religion que habia de tomar para mayor gloria de Dios, que esta fué siempre su mira, se dió mas á la oracion, suplicando con grande instancia á nuestro Señor, que le diese su luz y su espíritu en negocio de tan grande importancia.

Despues de muchos y largos discursos, oraciones y consideraciones, habiendo leido en santo Tomás, que aquellas religiones entre las demás, tienen el sumo grado de perfeccion, que se ordenan á enseñar, y á predicar, y á la salud de las almas (porque no solamente atienden á la contemplacion, sino que tambien comunican á los otros lo que han contemplado, y son mas semejantes á la vida sacratísima de Jesucristo nuestro Señor y de sus apóstoles), se determinó de escoger la religion de la Compañía de Jesus; y decia, que para eso le habian movido cuatro razones: la primera, el parecerle que aun estaba su instituto en la primera observancia: la segunda, por el voto que se hace en ella, de no procurar dignidad fuera de la Compañía, ni de aceptarla, sino por obediencia del papa: la tercera, por la ocupacion que tiene la Compañía en enseñar á los niños el temor de Dios y las buenas letras, y mover á á la virtud al pueblo con tantos y tan variados ministerios: la cuarta, por ser totalmente instituida para alumbrar á los gentiles, y reducir á los herejes al conocimiento del Señor, y esperar que algun dia le podria caber la dichosa suerte de ser enviado á parte donde pudiese convertir las almas á la santa fé. Pero para certificarse mas, si esta era la voluntad del Señor, el año de 1583, siendo ya entrado en los diez y seis años de su edad, tomando por intercesora á la sacratísima Virgen nuestra Señora, el dia de su gloriosa Asuncion comulgó con extraordinario aparejo y devocion, en el colegio de la Compañía de Jesus de Madrid; y estando despues de la comunion haciendo gracias, oyó una voz clara y distinta que le decia, que se hiciese religioso en la Compañía de Jesús, y que luego descubriese todo su pecho á su confesor, que era un padre de la misma Compañía, siciliano, llamado Ferdinando Paterno; y así lo hizo; y entendió de él, que en la Compañía no le recibirian sin licencia de su padre por excusar ruidos y pendencias. Cuando el marqués supo de su hijo su resolucion, sintiólo por extremo, y tomó todos los medios que pudo para divertirle; pero el mozo estuvo tan en sí, y tan firme en su propósito, que ni los regalos ni las amenazas de su padre pudieron hacer mella en aquel pecho poseido ya de Dios. Mas despues de muchos dares y tomares, se concertaron, que no se hiciese religioso en España sino en Italia, á donde el marqués queria volver; prometiendo á su hijo, que allí le daria licencia y su bendicion para hacer su voluntad.

Volvió el marqués con su casa á Italia el año de 1584, y luego pensó el bienaventurado Luis, que su padre le ha-

bia de dar licencia para entrarse en la Compañía, conforme á lo concertado; mas sucedióle muy al revés; porque su padre primeramente le envió á visitar de su parte á muchos de los príncipes de Italia, y despues le envió á Milan á tratar algunos negocios importantes, pero muy dificultosos y enmarañados, los cuales el santo mozo acabó y desenmarañó con gran prudencia y destreza. Pero como el marqués sentia tanto el perder un hijo primogénito (aunque no le perdia, sino le ganaba mas), en quien tenia puestos los ojos y la esperanza de su descanso, y de la grandeza de su casa; no se pueden creer los medios que tomó para divertirle de aquel propósito, y la bateria que por mil partes le dieron. El mismo duque de Mantua, por medio de un obispo y de los otros señores de la casa de Gonzaga, sus deudos, y los hombres letrados y aun religiosos, y hasta los mismos de la Compañía (para mayor satisfaccion del marqués) le dieron terribles asaltos y le pusieron grandes dificultades: las cuales todas venció nuestro Luis con increible constancia y espíritu del Señor, armándose siempre con la oracion y la penitencia, como con un arnés trazado para resistir á los fieros golpes que de todas partes le daban.

Poníase debajo de las alas del Señor, como el pollito debajo de la gallina, para escaparse de las uñas del milano que le pretendia arrebatar. Finalmente, despues de muchas y duras batallas, y largas peleas, con oraciones, ayunos y disciplinas, y una maravillosa fortaleza y perseverancia, rindió el corazon de su padre, que en esto parecia no se podia vencer: el cual le dió grata licencia y su bendicion para ir á Roma y entrar en la Compañía, como lo hizo despues de haber renunciado su estado, con consentimiento del emperador (por ser feudo imperial) á su hermano Rodulfo: la cual renunciacion hizo á los 2 de noviembre del año 1585, en la ciudad de Mantua; llorando su padre tiernamente, y gozándose el hijo por verse libre de aquellas cadenas con que le parecia estar aprisionado, y con esperanza de llegar presto al puerto deseado de la Compañía, despues de tantas borrascas y vientos contrarios. Partió para Roma nuestro Luis, acompañado de muchos criados que le dió su padre, con grande sentimiento y dolor de sus vasallos: los cuales, cuando le vieron partir, pensando que no le habian de ver mas, corrian los hombres por las calles, y las mujeres se ponian á las ventanas y las puertas por verle y hacerle reverencia, llorando muchas lágrimas y predicándole á voz llena por santo, diciendo que eran desdichados, pues no habian merecido tener por su señor á un mozo tan santo, y algunos dieron sus quejas porque les dejaba y burlaba sus esperanzas: mas el santo mozo, medio riendo, les respondia que es cosa muy dificultosa que los grandes señores se salven, y que él queria asegurar su salvacion, y que así lo procurasen ellos hacer.

Pasó por Nuestra Señora de Loreto, donde en aquella santa y celestial capilla se comulgó con extraordinaria consolacion y favor de la sacratísima Vírgen, que le tenia ya desde niño debajo de su amparo y proteccion. Hizo su camino con maravilloso concierto, sin perder un punto de su oracion mental y vocal, recogimiento y penitencia, disciplinándose buen rato cada noche: y llegado á Roma, y cumplido con su devocion, y visitado las siete iglesias de aquella santa ciudad, y tomado la bendicion de la santidad de Sixto V, y buena licencia de algunos cardenales, amigos de su casa, entró en el noviciado de la Compañía de Jesus de San Andrés, en el año de 1585, á los 25 de noviembre, dia de santa Catalina, vírgen y mártir, siendo él ya de edad de diez y ocho años no cumplidos, con notable tristeza y admiracion de sus criados que le dejaban, y edificacion de todos los que veian á un mozo en la flor de su juventud, tan noble, tan rico y poderoso, dar de coces al mundo, y tratarle como él merece; y que con tantas ansias habia procurado de ser pobre y abatido, como otros pretenden ser ricos y honrados.

Envió á decir con sus criados á su padre solas estas palabras: *Obliviscere populum tuum, et domum, patris tui:* Olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre: y á su hermano Rodulfo: *Qui timet Deum, faciet bona:* El que teme á Dios hará buenas obras. Y llevándole á un aposentillo retirado, conforme á la costumbre de la Compañía, para hacer su primera probacion; cuando entró en él, le pareció que entraba en el paraiso, y dijo aquellas palabras del salmo: *Hæc requies mea in sæculum sæculi: hic habitabo, quoniam elegi eam:* Aquí es mi descanso en los siglos de los siglos: aquí habitaré, porque este es el lugar que he escogido; y postrado en el suelo, lleno de dulzura é increible alegría, hizo gracias á nuestro Señor por haberle sacado de Egipto y llevádole á tierra de promision, abundante de leche y miel de consolaciones celestiales, y se ofreció á la divina Majestad en perpetuo sacrificio y holocausto, suplicándole afectuosamente, que le diese gracia para perseverar y morir en su santo servicio; y despues mientras que vivió, siempre celebró con particular devocion el dia en que habia entrado en la Compañía, y tomó por su abogada á la gloriosa vírgen y mártir santa Catalina, cuya fiesta, como se dijo, aquel dia se celebraba.

Entrado, pues, nuestro Luis en el noviciado de la Compañía, no se puede fácilmente creer cuánto resplandeció, como una hacha encendida entre los novicios, y los rayos de todas las virtudes que descubrió. Era en compostura y exterior apariencia muy modesto, y sobrio por extremo en la comida: domaba rigurosamente su cuerpo con las penitencias; y atendia á la mortificacion de sus pasiones, especialmente á la de la honra. Era humilde en sí mismo; afable y benigno para con los otros: obedientísimo á los superiores, devoto para con Dios, y descarnado para todos los afectos de carne y sangre, olvidándose de su casa, patria y parientes, como si no los hubiera tenido en el mundo. Vióse esto bien en la muerte del marqués, su padre, la cual sucedió dos meses y medio despues de su entrada en la Compañía. Murió muy cristianamente y con grande aparejo, devocion y lágrimas por sus pecados, recibidos todos los sacramentos, y maravillándose el mismo de la mudanza y ternura que sentia en su corazon, la atribuia á las oraciones de Luis, su hijo, diciendo que él le habia alcanzado de Dios aquella compuncion: y Luis hizo gracias á nuestro Señor, por haberse llevado á su padre tan bien dispuesto, y por haber guardado á llevársele, estando él ya dentro del puerto de la religion, y fuera de los peligros y ondas del siglo. Tambien se vió cuán de veras estaba muerto á la carne y sangre, cuando estando en Nápoles, le dieron la nueva de haber sido promovido el patriarca Gonzaga, que era su tio, y muy aficionado, al capelo; que no se movió mas que si fuera de piedra, ó el nuevo cardenal no le tocara.

Fué cosa maravillosa ver qué presto y cuán fácilmente se amoldó al uso y vida comun de la religion: y habiendo nacido señor, y criádose con grandeza y regalo, y siendo de suyo de delicada y flaca complexion, no queria que con él se usase particularidad alguna: y con tan gran gusto se aplicaba á los ejercicios mas viles y bajos de su casa, como si no estuviera acostumbrado á ser servido, sino á servir: juzgando que para ser uno perfecto religioso, el mejor medio y mas fácil es tomar su regla y mirarse en ella como en un espejo, y guardar exactamente todas las reglas de su instituto por mínimas que sean; él se determinó á poner todo su estudio en la perfecta observancia de las reglas de la Compañía: lo cual hizo tan exactamente, como adelante se verá.

Tenia tanta reverencia y respeto á todos los otros novicios, como si fuera el menor de todos: refrenaba los sentidos con tanto rigor, que parecia, que teniendo oidos no oia. Habiendo ido con los otros novicios algunas veces á cierta viña, como suelen ir á sus tiempos entre año, para aflojar el arco y tener alguna remision, y habiendo ido otra vez, por no sé qué accidente, á otra viña; despues le preguntaron, cuál de aquellas dos viñas le habia parecido mejor; y el quedó con esta pregunta maravillado y confuso, porque no habia dejado de ver que la segunda viña no era la primera, pensando que las dos eran una: tanto estaba absorto en Dios, y tan poco atento á lo que veia.

Tres meses habia comido en el refectorio del noviciado, y no sabia la disposicion y órden de las mesas, y habiéndole ordenado que trajese un lino que estaba en el refectorio, en el asiento del rector, para hacerlo, fué necesario que se informase, cuál era el asiento del padre rector. Un jueves santo le ordenó el sacristan que estuviese cerca del monumento, para despabilar las velas y hachas que ardian delante del santísimo Sacramento; y él se estuvo muchas horas de rodillas, sin alzar los ojos, ni mirar al aderezo y riqueza del monumento, y preguntado despues, qué le habia parecido; respondió que no le habia mirado, por pensar que no le era lícito hacerlo; porque el sacristan no le habia mandado, sino que tuviese cuenta con las velas. Tuvo grande escrúpulo, por parecerle que se le habian ido los ojos, dos ó tres veces, á mirar lo que hacia su hermano, que estaba sentado en la mesa junto á él, y dando cuenta de este escrúpulo al maestro de novicios, dijo que era el primero que habia tenido en materia de mirar, despues que entró en la Compañía.

En el oir era recatadísimo, y nunca oia á personas que contasen nuevas ó cosas inútiles: y cuando se ofrecia alguna ocasion de esto, mudaba la plática, y si eran personas de respeto, con el silencio y semblante severo mostraba que no gustaba de semejantes pláticas. Parece que habia totalmente perdido el sentido del gusto; porque no sentia en la comida sabor alguno, ni hacia diferencia que el manjar fuese bueno ó malo, sabroso ó desabrido; ántes echaba mano de lo peor: y cuando comia, estaba con la mente atento á pensar en la hiel y vinagre de Cristo, nuestro Salvador, ó en otra piadosa meditacion. Tenia tan enfrenada su lengua y hablaba tan pocas palabras, y tan consideradas, y á tiempo, que era cosa de maravilla.

Diéronle un dia licencia para salir fuera de casa, con un sacerdote, y porque habia oido decir, que no siempre que se daba licencia para salir de casa, se daba licencia para hablar, llevó consigo un libro espiritual para leer y no habló palabra con aquel padre: el cual gustando y edificándose mucho de aquella observancia de Luis, tampoco le quiso hablar. Era tan medido en sus palabras, que siendo como era, de delicado y agudo ingenio, habiendo de ir del noviciado á la casa profesa de Roma, preguntó al superior, si era palabra ociosa decir: Voy á la casa profesa, bastando decir: Voy á la casa: y es cosa cierta que en todo el tiempo que vivió en la Compañía, nunca quebrantó la regla del silencio. En su hablar guardaba por extremo la verdad con sinceridad y llaneza: si era sí, sí: si era nó, nó, sin equivocacion ni simulacion alguna: y decia, que la doblez, artificio ó fingimiento en el siglo, quitaba la comunicacion y trato humano; y en la religion eran el veneno de la simplicidad religiosa. Mortificaba el sentido del tacto y la carne con disciplinas, cilicios, ayunos á pan y agua y otras penitencias y asperezas corporales, que eran muchas; mas no tantas cuantas él quisiera, porque por su flaca complexion los superiores le iban á la mano y le tenian la rienda. Pedia siempre el vestido mas pobre y mas roto, y una vez que le mandaron hacer una sotana nueva, sintió una grande mortificacion y repugnancia, que el ropero y los otros que estaban presentes se lo echaron de ver.

Todas las meditaciones de la pasion del Salvador, que hizo por espacio de algunos meses, las enderezó á desarraigar de sí la complacencia vana y alcanzar por medio de ellas el menosprecio y odio santo de sí mismo. Iba de buena por Roma vestido pobremente, con las alforjas acuestas, pidiendo limosna: y preguntándole, si sentia vergüenza ó repugnancia en hacerlo; respondió que nó, porque ponia delante de los ojos á Jesucristo, abatido y humillado por sus pecados, y el premio eterno que él da, por lo que se hace por su amor. A mas, que los que le veian en aquel traje, si no le conocian, no tenia que tener vergüenza de ellos; y si le conocian, se edificaban: y ántes habia peligro de alguna vanagloria que de mortificacion. Con la misma alegría iba las fiestas á enseñar la doctrina cristiana en las plazas de Roma á los pobres y labradores, y á servir á los hospitales, y acudia mas á los mas necesitados y asquerosos, dando en todo ejemplo de extremada obediencia, humildad y caridad.

Con este ejemplo y grande opinion de santidad, vivió nuestro Luis en el noviciado en Roma y en Nápoles, y despues siendo estudiante en los colegios de Roma y de Milan, creciendo cada dia mas en virtud y corriendo á largos pasos, hasta llegar á la cumbre de la perfeccion, y fué esto de manera, que un compañero que estuvo dos años en una misma celda con él, y tenia órden de notar sus faltas y avisar de ellas, nunca pudo en todo este espacio de tiempo notar cosa de que poderle avisar. Pero ¿quién podrá en pocas palabras explicar los dones tan raros, con que el Señor enriqueció su bendita alma, y las virtudes tan heróicas y esclarecidas con que la adornó? De las cuales otros han escrito mucho; nosotros digamos brevemente la suma de ellas, como conviene á nuestro instituto.

Era tan dado á la oracion, que parecia vivia de ella, y ponia tanto cuidado en no faltar un punto de su oracion, como si en sola ella consistiera su aprovechamiento y per-

feccion: y solia decir que el que no es hombre de oracion y recogimiento, no puede llegar á grado eminente de santidad, ni tener perfecta victoria de sí mismo; y que toda la inmortificacion, turbacion y descontento, que algunas veces sienten los religiosos, es por falta de ejercicio de la meditacion y oracion, al cual él llamaba atajo y camino corto de la perfeccion. Su regalo y delicias era el tiempo señalado para la oracion, y ántes de entrar en ella se aparejaba y se recogia en sí mismo, procurando tener el alma sosegada y libre de cualquier solicitud y deseo impertinente; y á la noche ántes de acostarse, gastaba algun tiempo en proveer y ordenar la meditacion que habia de hacer la mañana siguiente. Cuando tocaban á la oracion á la mañana, luego se hincaba de rodillas con la mayor reverencia y acatamiento que podia, y estaba tan atento á su meditacion, que por no distraerse de ella, aun cuando tenia necesidad de escupir no escupia: y no pocas veces por la atencion de la mente quedaba tan debilitado, que acabada la oracion, no se podia levantar en pié; y otras tan abstracto y absorto, especialmente cuando contemplaba los atributos divinos, que no sabia dónde estaba, hasta que despues, como un hombre enajenado volvia en sí. Era esto de manera, que nunca en todo el tiempo de su noviciado vió al hermano que visitaba, como se suele, á los que están en oracion, ni notó que ninguno entrase en su aposento, ni le viese.

Tuvo un don muy señalado de lágrimas, las cuales derramaba tan copiosas, que fué necesario que los superiores le fuésen á la mano y que le diesen razones para que procurase reprimirlas, por el gran daño que por no hacerlo podria recibir su salud. Era tan señor de su imaginacion, que en su oracion ordinariamente no tenia distraccion alguna, con tan grande extremo, que siendo preguntado de su superior (dándole cuenta de su conciencia) acerca de esto, con mucha llaneza y sinceridad le respondió que todas las distracciones que habia padecido en espacio de seis meses en su oracion no llegarian, á su parecer, al tiempo que es menester para rezar una Avemaría; que es cosa rarísima que pone admiracion; pero la gracia del Señor puede mucho, y con el uso grande y de muchos años, que Luis tuvo en refrenar la potencia imaginativa y aprensiva, la habia sujetado y hecho obediente á la razon, de manera, que no le venia en la oracion ningun pensamiento, sino el que él queria, y con tal ahinco fijaba su atencion en lo que queria, que cualquiera otra cosa de fuera no le turbaba, ni derramaba su corazon, y sentia tanta dificultad en apartar el pensamiento de Dios, como otros la suelen tener en apartarle de otras cosas y fijarle en Dios. Esta atencion tuvo muy de atrás; porque siendo aun muchacho y viviendo en el siglo, se determinó á hacer cada dia una hora de oracion mental á lo ménos, sin distraccion alguna: y si comenzada su oracion, le venia el menor pensamiento y distraccion, no contaba el tiempo que habia pasado en la hora, sino comenzábala de nuevo y perseveraba hasta acabar su hora sin distraccion alguna, y así le aconteció hacer cinco y mas horas de oracion mental. Tambien en la oracion vocal tenia muchos sentimientos y gustos espirituales; especialmente, cuando rezaba los salmos, le daba Dios unos afectos tan suaves y vehementes, que algunas veces no podia pronunciar la palabra del salmo. Era devotísimo de la santísima pasion del Señor, y se regalaba y enternecia en meditar los sagrados misterios de nuestra redencion. Tenia muy particular afecto á los santos ángeles y mas particular al ángel de su guarda: y escribió una meditacion muy devota que anda impresa entre las meditaciones del P. Vicencio Bruno, de nuestra Compañía, con la vida del mismo Luis de la excelencia de los ángeles. Pues ¿qué diré de la devocion tan rara y entrañable que tuvo este bienaventurado hermano al santísimo Sacramento del altar? Fué tan grande y tan conocida que algunos padres en Roma juzgaron que cuando se pintase su imágen, se debia pintar de rodillas, adorando la Hostia consagrada: y esta devocion le nacia de los gustos y sentimientos notables que recibia en la sagrada comunion; porque, como tenia el alma tan pura y se disponia para comulgarse con tanto cuidado, regalábale el Señor extraordinariamente. Una comunion le servia de aparejo para otra y toda la semana tenia repartida en varias devociones para este propósito. Visitaba cada dia él muchas veces al santísimo Sacramento, y el dia ántes de la Comunion, todo era tratar en su conversacion de este sagrado misterio: hacíalo con tanto sentimiento y fervor, que algunos sacerdotes, para celebrar con mayor devocion, procuraban oirle hablar y trabar pláticas con él de este misterio. Acabada la comunion, se estaba retirado en un rincon buen rato de tiempo, inmoble, lleno de celestial dulzura y con dificultad se podia levantar y partir de aquel lugar. Á la santísima Vírgen ya desde niño se habia entregado y tomádola por su especial patrona y abogada y dedicádole su virginidad; y así todos los dias de su vida procuró alabarla y servirla, acudiendo á ella en todas sus necesidades y recibiendo de su bendita mano el remedio de ellas y otros singulares favores. Finalmente, toda la vida del bienaventurado Luis era una continua oracion, y en ella y en medio de las otras ocupaciones exteriores era visitado y regalado del Señor con maravillosas revelaciones, que no eran breves, ni de paso, mas largas y durables, y de tal manera llenaban de gozo al espíritu, que redundaban en el cuerpo, y le encendian, y en el rostro y en la palpitacion del corazon se descubrian y manifestaban las llamas que ardian en su pecho.

Con esta tan continua y regalada devocion, y singular familiaridad con Dios, juntó la mortificacion, que es grande hermana de la oracion, y las dos son como dos alas para volar al cielo, y como dos pesos con que anda concertado el reloj de la vida religiosa. Era tan inclinado á las penitencias corporales, que si los superiores no le hubieran tenido la rienda, se hubiera acortado aun mas los dias de su vida, de lo que lo hizo; porque el fervor le llevaba, y le hacia hacer mas de lo que podian sus fuerzas. Como él era tan flaco y débil, y muchos padres le reprendiesen por esto, y le pusiesen escrúpulos, diciéndole que se mataba; él respondia, que él representaba á los superiores su deseo, y que cuando le concedian lo que pedia, no tenia escrúpulo de hacerlo, y cuando se lo negaban, ofrecia su buen deseo al Señor, y añadia que muchos de los padres que le aconsejaban que se fuése á la mano, y moderase en sus penitencias, ellos no lo guardaban en sí, y que queria ántes imitar sus ejemplos, que tomar sus consejos, y que él era como hierro duro y torcido, que habia venido á la religion, como á una fragua, para ser ablandado y enderazado con el martillo de las penitencias y mortificaciones; y que el tiempo de hacerlas es

cuando el hombre es mozo y está sano, y con fuerzas corporales; porque en la vejez cargan las enfermedades, y faltan las fuerzas, y no se pueden hacer. Y estando para morir, y habiendo recibido el Viático, declaró en presencia de muchos padres y hermanos, que no tenia escrúpulo de las penitencias que habia hecho, sino de las que habia dejado de hacer; porque siempre las habia hecho con obediencia, y nó por sola su propia voluntad. Cuando los superiores le negaban alguna penitencia, procuraba recompensarla con alguna otra obrá espiritual, y no dejaba pasar ocasion de mortificar su cuerpo, en el andar, estar en pié, ó sentado, buscando alguna manera de incomodidad. Pues ¿ qué diré de la mortificacion interior de sus pasiones? En las cuales tuvo poco que hacer; porque estaba tan mortificado que parecia no tenia pasiones: y para esto le ayudó mucho la diligencia, que puso en examinar muy por menudo todos los movimientos de su alma; y cuando conocia haber caido en alguna falta, no se afligia demasiadamente, mas luego se humillaba en el acatamiento del Señor, suplicándole que le perdonase, y proponiendo la enmienda: y decia, que cuando la persona cae en alguna falta y despues se congoja y aflige demasiadamente, es señal que no se conoce bien; porque si se conociese, entenderia que está compuesto de una tierra que no puede producir sino espinas y abrojos. Deseaba mucho que le reprendiesen públicamente sus faltas; y él las daba á los superiores escritas en un papel, para que le mandasen reprender, aunque la mortificacion de su cuerpo y de todas sus pasiones era tan grande; pero particularmente se mortificó en vencer la soberbia, y cualquier apetito de honra y vanidad, abrazándose con la humildad, madre y fundamento de todas las virtudes; y despues de su muerte se halló un papel escrito de su mano de esta virtud, y de los motivos que tiene el hombre de humillarse. Tenia bajísimo concepto de sí, y mostrábalo en las obras y en las palabras. Nunca hizo cosa, ni dijo palabra, que de léjos pudiese redundar en alabanza suya: ántes con maravilloso silencio encubria lo que se podia loar en él, y como una doncella vergonzosa se paraba colorado cuando se oia alabar. Una vez estando enfermo, un médico que le curaba, comenzó á alabar y engrandecer la nobleza y grandeza de la casa de Gonzaga; y el hermano Luis se afligió, y mostró mucho disgusto, y le pesaba de haber nacido de casa ilustre, y de ser por ello tenido en mas, y con haber vencido las pasiones, parece que siempre le quedaba un cierto sentimiento y disgusto, cuande le alababan ó tenian respeto, por cosa que hubiese tenido en el siglo. Predicó una vez en el refectorio: contentó mucho el sermon; y alabándole un padre en su presencia, quedó tan corrido y confuso, por su grande humildad, como otros suelen quedar contentos cuando los alaban.

Siempre daba en casa, y fuera, á todos el primer lugar, hasta á los hermanos coadjutores; y al cocinero de casa, saliendo fuera con él, le aconteció darle el primer lugar; aunque los superiores despues le avisaron que por tener órden clerical, tuviese mas cuenta con su grado, que con la propia humillacion. En casa conversaba á menudo, y de buena gana con los hermanos y coadjutores, y con la gente mas simple y llana; y cuando se sentaba á la mesa, ordinariamente se ponia en el lugar mas humilde y bajo; y porque era de flaca complexion y enfermizo, habiéndole ordenado los superiores que se sentase en la mesa de los convalecientes, les presentó muchas razones, para persuadirles que no tenia necesidad de aquel privilegio, sino que en todo podia pasar con la comunidad. Otro tanto le aconteció en lo de su aposento; porque habiéndole dado uno para sí solo, por la necesidad que tenia de reposar, estando indispuesto; viendo que los otros estudiantes tenian compañeros en su aposento, hizo grande instancia que le diesen compañero, y que no se hiciese aquella singularidad con él, porque así convenia para su propio aprovechamiento, y ejemplo y edificacion de los demás. Deseó mucho, que acabados sus estudios de teología, le pusiesen á leer la ínfima clase de gramática, así por no ser cosa alguna singular, como principalmente, por hacer algun servicio á nuestro Señor en la crianza y enseñanza en la virtud de la juventud, y tenia una santa envidia á los maestros de gramática, á los cuales solia llamar bienaventurados, por tener tan santa ocupacion. Muchas veces iba por Roma con una sotana hecha pedazos, con la espuerta, ó con las alforjas á cuestas, pidiendo limosna con grande alegría, y en casa no habia ejercicio tan bajo y vil, que no le desease y procurase mas que los ambiciosos procuran las honras y dignidades. Algunos dias entre semana, ordinariamente mañana y tarde servia en la cocina y á la mesa en el refectorio, alzando los platos y recogiendo las sobras para los pobres y él mismo se las llevaba y repartia con mucha humildad y caridad. Gustaba mucho de barrer su aposento, y los otros lugares que le señalaban, quitar las telarañas de los lugares públicos, y limpiar y encender las lámparas: y hacia estos oficios bajos con tanto gusto, que los hermanos le solian decir, que ya habia llegado á lo que deseaba, y tenia ocupacion á la medida de su corazon. Finalmente se puede decir de él, que era verdadero despreciador de sí mismo, y que en todas las cosas buscaba su propia humillacion.

De esta profunda humildad, nacia una exacta y profunda obediencia, y túvola en tanto grado que no se acordaba de haber traspasado la voluntad, y órden de sus superiores, ni tenido inclinacion ni primer movimiento contra lo que le ordenaban: de manera, que en todas las cosas tenia el mismo querer, sentimiento y juicio con el de los superiores, y nunca buscaba la causa, por qué le ordenaban la cosa, sino era órden de los superiores para ponerla por obra: y era tan exacto y escrupuloso en lo que tocaba á la obediencia, que por ninguna manera queria tener ó mostrar inclinacion suya á los superiores, en cosa que le hubiesen de mandar, sino estar siempre indiferente y como una materia primera en sus manos, para que le diesen la forma, y dispusiesen de él á su voluntad: y decia que en hacer la suya, sentia grandísima afliccion de espíritu. Esta perfeccion de la obediencia nacia en él, porque tenia á su superior en lugar de Dios: y decia, que debiendo nosotros obedecer á Dios, que es invisible y no pudiendo inmediatamente saber de él su voluntad; Dios pone en la tierra sus vicarios é intérpretes que son los superiores, por medio de los cuales nos hace saber lo que quiere que nosotros hagamos; y por esto los habemos de obedecer como al mismo Dios. De esta persuasion y fundamento que el bienaventurado Luis tenia en su pecho, nacia en él una maravillosa reverencia y devocion á todos sus superiores, cualesquiera que fuesen,

y no miraba si el superior era alto ó bajo, docto ó indocto, santo ó imperfecto, grande ó de poca calidad: porque á él le bastaba para obedecerle perfectamente ser ministro de Dios: y por esto se esmeraba mas en obedecer y respetar á los superiores menores, y aun á los hermanos, que por razon de oficio tenian alguna superioridad como al sacristan, cocinero, refitolero, enfermero y otros, en las cosas tocantes á sus oficios: y decia, que el que de esta manera obedece, tiene gran gusto en la obediencia, y está seguro que recibirá el premio, que Dios tiene prometido á los verdaderos obedientes: y tenia por bajeza de ánimo, que un hombre se sujetase á obedecer á otro hombre por cualquier respeto humano, y nó por sola la razon espiritual que habemos dicho, que estar el superior en lugar de Dios. Y añadia, que los mismos superiores, cuando mandaban alguna cosa á sus súbditos, no les habian de dar por razon de aquel mandamiento otros respetos humanos, sino solo el servicio ó la mayor gloria de Dios para desasirlos de los afectos humanos, y alentarlos mas á buscar la gloria del Señor y su propio aprovechamiento, que es el blanco y fin de la religion. Y decia el bienaventurado hermano que muchas veces habia experimentado en sí la providencia particular que Dios tiene de los verdaderos obedientes, ordenándole por medio de los superiores las cosas que él deseaba ó habia menester, sin hablar él palabra de ello. Cuando era reprendido del superior, estaba descubierta la cabeza y con los ojos bajos oyendo con gran reverencia lo que le decia, sin excusarse ni repugnar; y este respeto y reverencia, no solo la guardaba con los superiores mayores, sino con el cocinero, refitolero y sacristan, y cualquiera otro hermano que tuviese alguna superioridad, mirándole como á Dios en la tierra.

Pues ¿qué diré de la vigilancia que tuvo en la observancia de las reglas, que fué tan extremada, que no se acordaba de haber quebrantado alguna, y en esto no tenia respeto á persona viviente? Habiendo ido á visitar al cardenal de Rovere, su pariente, el cardenal le convidó á comer consigo; y él le respondió que aquello no lo podia hacer, porque era contra su regla; y el cardenal quedó tan edificado, que despues siempre que le pedia alguna cosa, añadia: «si no es contra vuestra regla.»

Pidióle una vez un compañero de aposento medio pliego de papel para escribir una carta: dudó si lo podia dar sin licencia: salió disimuladamente de su aposento y pidió licencia; y volviendo, se le dió: tan exacto era y menudo en las cosas de la obediencia y en la guarda de su regla. Otra vez diciéndole su maestro de teología que leyese un lugar de san Agustin, y abriéndole el libro y señalándole el lugar, leyó toda aquella plana, y no quiso volver de hoja y acabar de leer algunos renglones que quedaban, solo porque su maestro no le habia dicho que lo leyese todo.

Fué amicísimo de la santa pobreza; y se regalaba con ella, como los avaros se alegran con las riquezas. Aun cuando estaba en el siglo y era señor, gustaba de llevar los vestidos rotos y remendados, y disgustaba de llevar vestidos nuevos, aunque su ayo le reprendia y le decia, que hacia contra la honra de su persona y casa: pero él no hacia caso de ello. Aborreció en la religion cualquiera cosa que tuviese especie de propiedad: no tenia ropa, libro, reloj, estuche, imágen, ni otra cosa particular: nó relicario ni rosario de materia preciosa ó curiosa, ni pintura, sino dos imágenes de papel, una de santa Catalina, vírgen y mártir, por haber entrado el dia de su fiesta en la religion, y otra de santo Tomás de Aquino: las cuales le habian hecho como por fuerza, aceptar con licencia de los superiores. Escribió algunos papeles de la teología, y algunos conceptos suyos en ellos, y despues los dió al superior: y preguntado por qué se los daba, pues los habia menester; respondió: que los daba, porque como á cosa propia suya les tenia no sé qué afecto particular. Del breviario que trajo del siglo, cuando entró en la Compañía, no quiso usar por ser algo curioso. Diéronle, siendo estudiante, unas Partes de santo Tomás; y porque tenian las hojas doradas, no paró hasta que se las trocaron por otras viejas. Queriendo los superiores que estuviese en una celda solo por sus indisposiciones, impetró que le diesen una estrecha, oscura y baja, que habia sobre una escalera, y apenas cabia en ella, y parecia mas sepultura de muertos que morada de vivos. Todo su gusto era no tener nada y no desear nada, y estar descarnado de todas las cosas; porque de esta manera era señor de todas, y poseía á Dios. Cuando le daban el bonete, ó el vestido, nunca decia que era largo, ó corto, ó ancho, ó angosto: ántes preguntado del ropero, si aquello le estaba bien, respondia: A mí me parece que sí. Y era cosa maravillosa ver el contento que tenia cuando le daban lo peor; y este tenia por el amor grande que tenia á la santa pobreza; y de tal manera vivia en la religion, como si fuera un pobre mendigo, recogido por misericordia en casa, que cualquiera cosa que se le dé, la estima y agradece.

Volvió á casa de su madre por cierta ocasion, que luego se dirá, y teniendo necesidad de vestirse por el gran frio del invierno, nunca podian acabar con él, que tomase los vestidos que habia de menester, de su madre, sino que envió al colegio de la compañía de Bresa al rector, que le enviase alguna cosa vieja con que se abrigase; y apenas le pudieron persuadir que tomase de su madre una almilla, y no sé qué ropa blanca que le daba de limosna, como á pobre: ni consentia que los criados de su madre le hiciesen la cama; ántes él se la hacia y ayudaba á hacer la de su compañero, aunque los criados, cuando cayeron en ello, se anticipaban y le prevenian. En esta jornada, habiendo sido recibido de don Alonso Gonzaga, su tio, con grande honra y aposentado en una cama ricamente aderezada, se volvió gimiendo á su compañero, y le dijo: Dios nos ayude, hermano, esta noche: ¿á donde habemos llegado por nuestros pecados? ¿Cuánto mejor estuviéramos en nuestras pobres camas? Y yendo de camino, en tiempo de grandes hielos (que en Lombardía suelen ser rigurosos), padeciendo mucho, y abriéndosele las manos por el frio, no queria llevar guantes ni otra defensa por padecer mas. De la castidad no hay que decir, mas de lo que dijimos arriba; pues es cierto que conservó siempre el precioso don de la virginidad del cuerpo, y mente con tanta excelencia, que parecia mas ángel sin cuerpo que mozo compuesto de carne.

Por estos grados y escalones subió el bienaventurado Luis á la cumbre de la perfeccion, y á la reina de todas las virtudes, que es la caridad. Amaba en gran manera al Señor: estaba siempre colgado de él; y cuando se hablaba en su presencia de Dios, se enternecia de tal manera que en el mismo semblante se le echaba de ver:

esto en todo lugar y en todo tiempo. Una vez estando comiendo en el refectorio, oyendo leer no sé qué cosa del amor divino, se sintió encender súbitamente con un fuego, y no pudo pasar adelante con la comida, hinchado el pecho, el rostro como una llama, y los ojos despidiendo suaves lágrimas. Deseaba que fuese amado y servido de todas las naciones del mundo, y de buena gana hubiera dado su sangre por ello: y de esta caridad y amor de Dios, nacia el amor tan excelente que tuvo para con los prójimos.

Procuraba que le enviasen muchas veces á los hospitales para servir á los enfermos, y cuando iba les hacia las camas y les daba de comer: lavábales los piés y barria la pieza donde estaban; y se ocupaba con gran alegría en los otros oficios mas humildes y bajos. En casa solia con mucho gusto suyo visitar los enfermos á menudo, y consolarlos (cuando por el dolor de la cabeza no podia estudiar), servirlos y ayudar al enfermero en todo lo que le queria mandar. Tuvo gran zelo cuando estudiaba, que en el colegio, al tiempo de la recreacion en que se comunican los estudiantes, siempre hablasen de cosas espirituales; y con su ejemplo é industria, con la buena disposicion y deseo que tenian todos de la perfeccion, se introdujo esta costumbre con grande aprovechamiento de los padres y hermanos: de manera, que no solamente no se hablaba de cosas ociosas é inútiles (que estas la regla no las permite), sino tampoco de las cosas diferentes, ni de letras, sino tan solamente de cosas tocantes al espíritu: de suerte que la recreacion era como una conferencia espiritual, de la cual muchos decian que sacaban no menor fruto que de la misma oracion: y en todo el colegio romano se encendió un fuego y un fervor de espíritu y devocion, que era para alabar al Señor: lo cual se debe principalmente al ejemplo de este bienaventurado hermano.

Aunque él era tan fervoroso; éralo con juicio y prudencia, y se acomodaba en el lugar y tiempo á las personas, con quienes trataba con suavidad de espíritu: y aunque era grave en sus acciones; en la conversacion no era severo ni desabrido; mas dulce, gracioso y afable con todos. Tenia grandísimo zelo de la salud de las almas, y de muy buena gana hubiera ido á las Indias, para emplearse en convertirlas y traerlas al conocimiento del Señor, como lo habia deseado, aun estando en el siglo, si los superiores hubieran juzgado, que era á propósito para cosa tan grande. Con haber caido en la enfermedad de que murió, de ocasion de haber servido á los pobres enfermos de mal contagioso, oyendo decir que se temia hubiese pestilencia en Roma aquel año, con gran fervor y alegría, hizo voto (con licencia del padre general) de servir á los apestados, si Dios le daba salud.

No solamente fué adornado de las virtudes que habemos dicho, y son propias de religiosos y de personas que buscan la perfeccion, sino tambien de una singular prudencia: la cual fué tanto mas admirable en él, cuanto por sus pocos años no podia tener la experiencia, que suele ser madre de la prudencia. Esta mostró Luis en una cosa grande, enmarañada y peligrosa que sucedió; y para desmarañarla y componerla, no se halló otro medio, sino ponerla en sus manos.

Hubo un pleito muy reñido entre el duque de Mantua y el marqués de Castellon, hermano del bienaventurado Luis, por la muerte de Honorio Gonzaga, tio suyo, y Señor de Solveriño, sobre el feudo de aquel estado: porque pertenecia al marqués: y su tio en su testamento le habia dejado al duque, y él tomó la posesion de él. Y aunque al principio el pleito fué civil, despues, como se suele, se encendió de manera el enojo entre el duque de Mantua, y Rodulfo, marqués de Castellon, que lo ménos que se trataba era el feudo y el interés de la hacienda. Enconóse mucho este negocio, pusieronse de por medio grandes príncipes para aplacar al duque, y atajar los daños que podian suceder: todos los medios que se tomaron, fueron vanos, hasta que por órden y obediencia del padre general de la Compañía, el hermano Luis tomó la mano y fué á Lombardía: y la primera vez que habló con el duque, compuso el negocio, como se podia desear, y reconcilió á su hermano con el duque de Mantua: el cual quedó tan pagado de su santidad, discrecion y modestia, que lo que no quiso hacer por intercesion de tan grandes príncipes, dijo que lo hacia por solo su respeto. Tanta era la opinion de su santidad, que por ella, cuando fué al estado de Castellon, que habia dejado, todos los pueblos le salian á recibir, y muchos se hincaban de rodillas, reverenciándole como á santo, y llorando su desventura, porque no le habian merecido tener por señor. Y su misma madre, cuando llegó á ella no le abrazó como madre, sino le recibió de rodillas como á santo y como á cosa sagrada, con una profundísima reverencia; y desde niño le tuvo por santo y llamaba mi ángel. A mas de esto, teniendo su hermano una mala compañía, con escándalo de sus vasallos, se la quitó é hizo que se casase con ella: y porque era de baja suerte en comparacion de su hermano, persuadió á todos los señores, sus deudos, que de tal casamiento no gustaban, que era lo que convenia para el servicio de Dios y bien del alma de su hermano y quietud del estado; y todos por su parecer quedaron con entera satisfaccion. Acabó este negocio, nuestro Luis con su discrecion y prudencia, y mucho mas con sus ayunos, oraciones y penitencias, con las cuales negociaba primero con Dios, lo que queria negociar con los hombres; y así todo en lo que ponia mano, le salia bien. Y alcanzó una singular confianza en la paternal providencia del Señor, para con él tan grande y tan regalada, que él mismo confesó que nunca habia encomendado cosa grande ni pequeña á Dios, que no hubiese tenido el fin que deseaba, aunque la cosa fuese dificultosa y enmarañada, y al parecer del todo desesperada: que es cosa maravillosa, pero concedida del Señor á otros santos y privados suyos.

Acabados estos negocios, y habiendo estado algun tiempo en el colegio de la Compañía de Milan, donde tuvo revelacion de Dios, que en breve le queria llevar á gozar de sí; volvió á Roma muy contento y gozoso con esta nueva y prendas del cielo, y tan muerto al mundo, y olvidado de las cosas de la tierra, como si no viviera ya en ella. Todas sus cosas eran de santo, y olian á santidad; y él solo verle componia á los que le miraban. Sus palabras los encendian en el amor divino; y todos tenian en él un retrato vivo de perfeccion. Hubo en Roma el año de 1591 gran mortandad, causada de la carestía y hambre que habia precedido, y por el gran concurso de la pobre gente que habia concurrido á Roma, para buscar un pedazo de pan. Procuró el padre general y los de-

más padres de la Compañía, socorrer á los pobres en tan extremada afliccion y necesidad: y á mas de las muchas y grandes limosnas, que para esto buscaron, pusieron un hospital para recoger y curar á los enfermos que eran muchos, y de enfermedades contagiosas: y como era tan grande la caridad del bienaventurado Luis, importunó tanto á los superiores, que le dieron licencia para servir á los pobres; y hacialo con tanta devocion, humildad y caridad, que siempre se llegaba á los mas asquerosos, y que tenian mayor peligro. De este trabajo se le pegó el mal como á otros de la Compañía, que tambien murieron: y él, entendiendo que el Señor le queria hacer merced de librarle de la cárcel de este cuerpo mortal, se alegró extrañamente, y le hizo gracias por ello: y porque le llevaba en aquella edad, y ántes de ser sacerdote, juzgando que su estado era mas seguro, y que no tendria tanto de que dar cuenta á Dios. Confesóse generalmente y recibió el viático y la extremauncion, aparejándose para morir: pero fué el Señor servido, que á los siete dias de la enfermedad aflojó la furia del mal, y le quedó una calentura lenta por espacio de tres meses, que poco á poco le fué consumiendo. En este espacio de tiempo no queria que se le hablase de otras cosas, sino de las del cielo, donde tenia puesto y fijo su corazon; y el Señor le descubrió en el dia en que habia de morir, con increible gusto y regocijo de su alma, y cantó el *Te Deum laudamus*, y algunos dias ántes claramente dijo que moriria en la octava de la fiesta del santísimo Sacramento. Y aunque aquella mañana y todo aquel dia de la octava parecia que estaba mejor, y los enfermeros y otros le decian: que cómo pensaba morir aquel dia, pues estaba mejor; respondió: Aun no es pasado el dia de hoy: esta noche me moriré. Vino la noche; y entrando el padre provincial á visitarle, le preguntó: ¿Qué se hace, hermano Luis? Y él respondió: Padre, vámonos. ¿A dónde? dijo el padre: Al cielo, respondió Luis. ¿Cómo al cielo? Si mis pecados no me lo impiden, espero en la misericordia de Dios que iré allá. Supo el papa Gregorio XIV el paso en que estaba, y envióle su bendicion é indulgencia plenaria: mas cuando él lo supo, aunque se holgó de aquella gracia é indulgencia; todavía quedó, como corrido y confuso, por ver que su santidad de suyo se habia acordado de él. Deseó mucho, estando al cabo de su vida tomar una disciplina, ó por estar flaco que otro se la diese, ó á lo ménos morir en el suelo, y pidiólo al padre provincial: tanto era el fervor. Finalmente, despues de haberse despedido de los padres y hermanos del colegio, que tiernísimamente le lloraban, y tenido dulces y largos coloquios interiores con el Señor, y besado muchas veces un crucifijo; mirándole fijamente é invocando el santo nombre de Jesus, dió su bendita alma á su Criador, cuando se acababa á punto el dia del jueves, y la octava del santísimo Sacramento, á los 20 de junio del año de 1591, siendo de edad de veinte y tres años y tres meses y once dias, y habiendo vivido en la Compañía cinco años y casi siete meses. Halláronle en las rodillas unos callos grandes y duros, que se le habian hecho de la continuacion, que desde niño habia tenido de rezar de rodillas: algunos cortaron de aquellos callos, y los tuvieron por reliquia. Tambien le hallaron sobre el pecho un crucifijo de metal, que tres dias le habia tenido sobre él. Enterráronle en la iglesia de la Anunciata del colegio romano, con tan extraordinario concurso y sentimiento, no solamente de los de la Compañía y estudiantes de fuera, sino de la córte y pueblo romano, que apenas le pudieron enterrar; y todos con devocion le besaban la mano, y algunos cortaron de sus cabellos, uñas, camisa, vestido, y aun parte de alguno de sus dedos. Fué colocado en una caja en la capilla del Crucifijo, y de allí, el año de 1568 le pasaron á otro lugar muy eminente: y finalmente, el año de 1605, á los 13 de mayo, fué trasladado con gran solemnidad de cirios y hachas encendidas y música, á la capilla mayor de la misma iglesia, que es de nuestra Señora, y colocado en la pared junto al altar, al lado del evangelio. La causa de esta solemne traslacion fueron los muchos milagros que en diferentes partes Dios obraba por él, y los votos que traian á su sepulcro, con los cuales crecia la devocion de la gente, y el concurso al mismo sepulcro: y han sido tantos y algunos tan notables y tan notorios en Roma, que la santidad de Paulo V, el mes de setiembre del año de 1607, concedió las remisorias, para que se hiciese el proceso y se procediese á su canonizacion. Entre los otros milagros que el Señor ha obrado por intercesion de este bienaventurado hermano nuestro, en el estado de Castellon que él dejó, se hizo un proceso de cuarenta y cuatro milagros; y allí tiene puesta su imágen en un altar, y casi cuatrocientos votos colgados delante de ella, y doce lámparas que arden continuamente; á mas de la mucha cera que el pueblo ofrece, y se gasta en honra del beato Luis.

En otras muchas partes se ha mostrado el santo mozo, dando salud á muchos dolientes, que padecían notables y peligrosas enfermedades, de calentura, de ojos, de sordera, de corazon, reumas, brazos, piernas, partos revesados y sin esperanza de remedio, y finalmente de otras varias y muy apretadas dolencias, que se refieren en su vida, á la cual remito al lector. Solamente quiero yo decir aquí, que el año de 1593, estando la marquesa, madre del beato Luis, para morir, de una grandísima enfermedad, y desahuciada y recibidos los santos sacramentos de la confesion, viático y extremauncion, le apareció su hijo resplandeciente y glorioso; y estando presente ella, se alentó y comenzó á llorar dulcemente, y cobró salud; y de allí adelante las cosas de su casa y estado, que estaban muy trabajadas y descompuestas, se comenzaron á mejorar; y este fué el primer milagro que Dios nuestro Señor obró por el beato Luis, despues de su muerte, para dar vida á su madre, y usar con ella este oficio de piedad. Añado á este, otro del serenísimo duque de Mantua, el cual habiendo venido á Roma este año pasado de 1605, á besar el pié á la santidad del papa Paulo V, visitado el sepulcro del beato Luis, su primo, y recibido una reliquia suya de mano del marqués don Francisco de Gonzaga, hermano suyo y embajador del emperador, se partió de Roma, y en Florencia y despues en Mantua tuvo una enfermedad en una rodilla, trabajosa, que le solia fatigar muchos dias, y por medio de aquella reliquia sanó presto y fácilmente, como él mismo lo escribió al marqués, dándole cuenta de su jornada. A mas de los milagros, tambien tuvo don de profecía. Dijo á su madre, que don Francisco seria el reparo y honra de su casa, siendo aun niño el dicho don Francisco, y teniendo otros hermanos mayores; y así lo ha sido. Y otras cosas se cuentan de

esta manera, que sucedieron, como él mucho ántes las anunció.

La vida del beato Luis se imprimió en Roma en lengua italiana, en este año pasado de 1606. Escribióla por órden del papa Claudio Aquaviva, general de la Compañía de Jesus, el padre Virgilio Cepari, de la misma Compañía, que conoció y trató muy familiarmente al dicho hermano Luis, y se informó de la misma marquesa de Castellon su madre, y de los criados y criadas, que desde niño le habian servido, y de otros deudos suyos y personas graves que le habian conversado: anduvo por las ciudades, donde el santo mozo habia vivido, para sacar de raiz la verdad, y leyó procesos, que en varias partes se han hecho para su canonizacion. De estos originales tejió el dicho padre su historia, sin discrepar un punto de la verdad: de la cual dan testimonio Fr. Silvestro Ilogoleti, de la órden de santo Domingo, lector de teología, y vicario general del santo oficio de la ciudad de Bresa: don Pablo Cataneo, de la órden de san Benito, lector de filosofía y de actos de conciencia, en el monasterio de san Faustino y Jovita, de la misma ciudad: el P. Fr. Juan Francisco, provincial de los capuchinos de aquella provincia, y predicador y lector de teología; y el padre Juan Bautista Perusco, rector del colegio de la compañía de Jesus de Bresa.

Los cuales cuatro religiosos, y de diferentes religiones testifican con juramento y hacen fé, que el libro de la vida del beato Luis Gonzaga, escrita por el padre Virgilio Cepari, es conforme y concuerda con los procesos originales, que se habian visto y conferido. Y el padre Claudio Aquaviva, general de nuestra Compañía, en la licencia que da para imprimirse el libro de dicha vida, dice, que él mismo le habia revisto y aprobado, y otros muchos teólogos de nuestra Compañía; y añade estas palabras: «Y tanto de mejor gana concedemos esta licencia, cuanto por noticia cierta y propia ciencia sabemos, que este santo y bendito mozo, fué en todo género de virtud cumplidísimo y ejemplarísimo, y que no solamente en el siglo vivió siempre con grande edificacion de todos; mas desde que entró en la compañía, fué siempre una verdadera idea, y modelo de perfecta santidad: y por tal comunmente fué tenido de todos los que le conocieron, y trataron en los pocos años que vivió entre nosotros, en los cuales claramente descubrimos, que Dios nuestro Señor se agradaba mucho de aquella alma, y la habia enriquecido de señalados dones sobrenaturales, de los cuales le derivaban en el exterior obras santísimas, y angélicas costumbres: y así vivió y perseveró, hasta que pasó de la tierra al cielo, á donde, con grandes fundamentos, creemos que aquella alma santa, desatada del cuerpo, voló súbitamente para gozar de la gloria eterna, é interceder por nosotros del acatamiento del Señor.» Todo esto dice el padre general. Y el cardenal Belarmino, de nuestra Compañía, que ántes de ser cardenal, le trató familiarmente y le confesó mucho tiempo, y generalmente de toda su vida; en un testimonio que dió con juramento, de la santidad del hermano Luis, dice las cosas siguientes: «Primeramente, que tiene por cierto, que nunca pecó mortalmente: lo segundo, que desde la edad de siete años, en la cual el mismo hermano decia, que se habia convertido del mundo á Dios, habia vivido vida perfecta: lo tercero, que nunca sintió estímulo de la carne: cuarto, que en la oracion, y contemplacion ordinariamente no habia tenido distracciones: quinto, que fué un espejo de obediencia, humildad, mortificacion, abstinencia, prudencia, y pobreza, y finalmente, que en los últimos dias de su vida, una noche se le representó la gloria de los bienaventurados, con tan excesiva consolacion, que habiendo durado casi toda la noche, le pareció que habia durado ménos de un cuarto de hora.» Y añade mas en su testimonio el cardenal, que él está persuadido, que el bienaventurado Luis fué derecho al cielo: que siempre tuvo escrúpulo de rogar á Dios por él, pareciéndole que hacia injuria á la gracia de Dios, que habia conocido en él: y al contrario, que nunca habia tenido escrúpulo de encomendarse á sus oraciones, en las cuales confiaba mucho. Este testimonio da el cardenal Belarmino, persona (á mas de su alta dignidad) tan conocida por sus raras letras y entereza de vida, y tan estimada en el mundo: del cual, y de los padres que confesaron al hermano Luis y trataron su alma, como padres espirituales, se han sabido muchas de las cosas interiores que en esta vida quedan referidas: y tambien de lo que el mismo dijo de sí á sus superiores, dándoles cuenta de su conciencia (como se usa en la compañía cada seis meses), descubriéndoles lo íntimo y secreto de su alma: lo cual él hacia con singular llaneza, simplicidad y verdad, por cumplir con la regla. Pues ¿quién no vé en esta vida y no se admira de la bondad y liberalidad del Señor, que así previno con la dulzura y bendicion de su divina gracia á este santo mozo, y le escogió desde el vientre de su madre, para hacerlo glorioso en el cielo y en la tierra? ¡Qué niñez tan amable! ¡Qué seso en tan tierna edad! ¡Qué recogimiento en su bullicio! ¡Qué mortificacion en medio de los deleites! ¡Qué humildad en tanta grandeza! ¡Qué menosprecio en todas las cosas del siglo! ¡Y qué aprecio y estima de las del cielo! ¿Adónde puede llegar una alma en esta vida, mas que perder la gracia bautismal, y á no sentir en la carne estímulo carnal? ¿Y en la oracion no padecer derramamiento de corazon? ¿Y vivir en la tierra como ángel del cielo? Todo esto vemos en este santo mozo, rico en el siglo y pobre en la religion, y mas rico en su pobreza, que jamás lo fuera en el siglo: al cual todos los religiosos y mas los de la Compañía, debemos imitar como á hermano carísimo y miembro bienaventurado nuestro; para que imitando sus virtudes, seamos partícioneros de sus merecimientos y coronas.

San Acacio y Heliades, con los diez mil mártires. — Imperando en Roma Adriano y Antonino, se rebelaron contra el romano imperio los sarracenos y comarcanos del rio Eufrates. Tenian á la sazon los emperadores su asiento y trono en Alejandría de Armenia la Mayor, junto al rio Tigris, y enviaron contra los rebelados nueve mil soldados por una parte, y por otra otro batallon de siete mil, de todos los cuales iba por general Acacio, y maestre de campo Heliades. Luego que dieron vista al enemigo, reparando que tenia un poderoso ejército de mas de cien mil hombres, temieron grandemente, y con afrenta volvieron las espaldas. Despues unos á otros se preguntaban, ¿cómo era posible, que soldados del imperio romano hubiesen vuelto la espalda al enemigo

aunque tuviera un millon de gente? Y resolvieron entre sí, que sin duda los dioses estaban indignados contra ellos, porque ántes de dar vista al enemigo no les habian sacrificado. Conformes en este parecer, determinaron con especialidad sacrificarles un cabrito, con muchas ceremonias gentílicas, y asimismo ofrecieron grandes sacrificios á todos sus ídolos. Despues de esto vinieron otra vez sobre ellos los enemigos, y tuvieron mayor miedo que ántes; y así huyeron con mayor afrenta y pérdida de su reputacion.

Estando de tal suceso afligidos, se les apareció un ángel en figura de un hermoso mancebo, y dijo: que supiesen y estuviesen ciertos, de que los dioses de los gentiles eran demonios, y que habian huido dos veces porque les habia pedido favor: mas que si querian creer en Jesucristo, Hijo de Dios y Rey inmortal, alcanzarian victoria de sus enemigos, porque el mismo Dios pelearia por ellos. Todos entonces unánimes y conformes dijeron, que querian creer en Cristo; y el ángel se les desapareció. Al dia siguiente todo el ejército pidió favor y socorro á Cristo Señor nuestro, diciendo: En tí, Señor Jesucristo, creemos y prometemos cumplir lo que tu ángel nos ha amonestado y descubierto. Armados todos con esta breve oracion, y de gran confianza, fuéron contra sus enemigos: y el ángel se les apareció y se puso delante, y los comenzó á guiar y esforzar; y luego hirieron con grande esfuerzo y valor á los bárbaros y quitaron infinitas vidas, haciendo que los pocos que quisieron salvarlas huyesen ignominiosamente, y de estos pocos que huyeron, los mas se ahogaron en un lago. Habiendo conseguido tan señalada y célebre victoria, el mismo ángel llevó á los gloriosos vencedores al monte Ararath de Armenia, que fué el mismo donde paró el arca de Noé, despues del diluvio, y de él hace mencion Jeremías en la vision contra Babilonia; y allí se puso en medio de ellos, y los comenzó á instruir en la fé de Jesucristo, y luego los cielos se abrieron, y visiblemente bajaron á ellos otros siete ángeles, los cuales dijeron: Bienaventurados sois, pues creisteis en Dios vivo: pasados tres dias sereis llevados á la presencia de las potestades del mundo: no tengais temor alguno, pues Dios os asiste.

Desaparecieron los ángeles; y los gloriosos mártires, fundados ya en el amor de Cristo, se estuvieron en oracion en aquel monte tres dias, sin comer ni beber cosa criada. A este tiempo los emperadores los esperaban para darles el premio del triunfo que habian alcanzado de sus enemigos: pero maravillados de ver su detencion, enviaron correos á saber cuál era la causa, y supieron como se habian vuelto cristianos: por lo cual escribieron luego á siete reyes ó generales de aquella tierra, llamados Adriano, Tiberino, Sapor, y otros tres Máximos, para que fuésen con grande ejército contra ellos, y los castigasen; y si no querian adorar los ídolos, les quitasen las vidas con toda crueldad y rigor. Los generales juntaron un grande ejército, y fuéron al monte Ararath, donde hallaron á Acacio y Helíades con sus nueve mil soldados puestos en oracion, y suplicando al Señor les hiciese dignos de ser sus mártires, y testigos de como Cristo Jesus era Dios, é Hijo de Dios verdadero; y luego con unos soldados les enviaron á decir, viniesen á donde ellos estaban. Los esforzados y nuevos soldados de Jesucristo hicieron otra vez oracion al Señor, y se le encomendaron mucho, y los unos á los otros se confortaron, y á la misma hora tambien fueron consolados y confortados de una voz celestial; y con esto se partieron para donde los generales estaban. Luego que llegaron, Adriano les preguntó: que ¿por qué despues que habian conseguido tan gran victoria, se habian vuelto al Nazareno crucificado, y no habian temido traspasar las leyes de los augustos emperadores? Acacio en nombre de todos respondió, y dijo la causa que habian tenido y todo cuanto les habia sucedido, y con voz alta y libre predicó á Cristo por Señor de todas las cosas criadas en el universo, y todos los soldados añadieron que Cristo solo era el verdadero Dios, Criador de cielo y tierra.

Entonces Adriano los amenazó, diciendo: que les haria dar todos los tormentos y penas que el Crucificado habia pasado, si no adoraban los ídolos. Carceria, que era el sargento mayor del ejército, respondió animoso y resuelto por todos: que ellos se tendrian por dichosos y bienaventurados, si merecian recibir semejante muerte y pasion, como la que recibió su Señor Jesucristo. Los del ejército gentílico, que así los oyeron hablar libremente, daban contra ellos muchas voces; y ellos mayores, confesando á Cristo por verdadero Dios. Los gentiles, encendidos en ira y furor, tomaron piedras contra ellos y los comenzaron á apedrear; mas por disposicion y voluntad de aquel soberano Señor que confesaban, las piedras se volvian contra los mismos que las tiraban, con que murieron muchos de los gentiles, sin que los gloriosos santos recibiesen daño alguno. Viendo esto los generales, lo atribuyeron á arte mágica, y mandaron que con escorpiones de hierro los azotasen. Hiriéronlos mucho tiempo, y como el tormento era tan cruel, uno de ellos de tierna edad, llamado Draconario, vino á desfallecer por la falta de la sangre; y así pidió consuelo á Acacio, el cual lo consoló y animó, y con grande eficacia, porque algun otro no desfalleciese, rogó al Señor que los librase de aquel tan cruel tormento: y al instante, penetrando su oracion los cielos, hubo gran terremoto y tan espantoso, que los gentiles ni tuvieron mas ánimo para herirlos, ni pudieron, aunque quisieran; porque á los verdugos se les secaron en el mismo instante los brazos, con que los azotaban. Viendo este tan gran milagro, un maestre de campo, que se llamaba Teodoro, que habia venido con el general Máximo, y tenia debajo de sus banderas mil soldados, quedó admirado; y tocándole Dios el corazon, vino á creer en su divina Majestad, y con alta voz dijo: Señor, Dios del cielo y de la tierra, que diste el favor de tu misericordia á los nueve mil soldados tus siervos, ten por bien de contarnos, aunque somos pecadores en el número de tus mártires: y en diciendo esto, se pasó á la parte de Acacio y sus compañeros, siguiéndole gozosos y alegres todos sus mil soldados. Máximo recibió tanto disgusto, que por vengarse mandó llevar gran muchedumbre de clavos de tres puntas, que llaman abrojos, y que los sembrasen por el espacio de veinte estadios, que venian á hacer casi tres millas, ó una legua corta (porque cada estadio, segun Plinio y otros, constaba de ciento veinte y tres pasos, ó seiscientos veinte y cinco piés, casi una legua), y que hiciesen andar sobre ellos á los santos mártires con los piés descalzos.

Los soldados gentiles lo hicieron así; pero Dios lo dis-

puso de otra suerte; pues envió sus soldados y santos ángeles, que iban delante de los santos mártires apartando los abrojos, y haciendo á una y otra parte montañas de ellos. Los generales juzgaban, que aquellos ángeles eran sus falsos dioses: por lo cual aconsejaban con mas vehemencia á los santos, que adorasen los ídolos; pues usando los dioses con ellos de misericordia, los libraban del peligro y tormento de los abrojos. Poco aprovecharon estas persuasiones, pues todos los diez mil santos á grandes voces decian, que solo el Crucificado era el verdadero Dios. Enojados los siete generales, mandaron que les diesen todos los tormentos que padeció el Crucificado. Al instante les pusieron en las cabezas coronas de espinas: les abrieron con lanzas los costados; y haciéndoles reverencias, los escarnecian, mofaban y herian, dándoles crueles bofetadas. Todo lo sufrian con gran constancia los invictísimos y esforzados caballeros de Cristo, y con su propia sangre teñian sus frentes, por el bautismo que no habian recibido. Hecho esto, los llevaron á crucificar; y en lugar del monte Calvario, porque fuese tambien en monte, los volvieron á subir al monte Ararath, y á la hora de tercia los crucificaron á todos.

El valeroso Acacio, estando enclavado en su cruz, á pedimento de Heliades, consolaba y esforzaba á todos sus diez mil gloriosos compañeros, viéndolos á todos en sus cruces, y les decia el símbolo de la fé, que es el credo. Y porque la pasion y muerte de estos gloriosísimos mártires en todo fuese semejante á la del Señor, hubo milagros y cosas extrañas á la hora de su muerte; pues desde la hora de sexta hasta la de nona el sol se obscureció, y hubo un gran terremoto; de tal suerte, que muchos edificios cayeron, y muchísimas piedras muy grandes se desapegaban de los mas fuertes edificios, y cuantos lo veian quedaban asombrados. Los santos mártires, ántes de espirar, rogaron al Señor, que todos los que los invocasen en cualquiera necesidad, alcanzasen el efecto de su peticion; y que los que ayunasen en su vigilia, consiguiesen un año de perdon, y remision de las penas debidas por sus pecados: y luego bajó de los cielos, y se oyó una voz divina que los convidaba y llamaba para el reino de los cielos, á gozar del eterno descanso, y les dijo: como su peticion habia sido de Dios otorgada. De allí á poco, siendo la hora de nona, rodeó todo el monte una grande y resplandeciente uz: y los gloriosos mártires, encomendando á grandes voces sus almas en las manos del Señor, se las entregaron todas: y sus santísimos cuerpos fueron bajados de las cruces por manos de ángeles, y sepultados por los mismos en el mismo monte. Celébrase su fiesta, y martirio, en unas partes á los 21 de junio, y en otras á los 22, que sin duda fué en uno de los dos dias, ó en ambos, por os años del Señor de 108. Escribieron la vida y martirio de estos gloriosos santos Beda, Pedro de Natalibus, *in Catalogo, lib.* v, *cap.* 137. Mombricio, tom. i. Maurólico, Pedro Galesino, los griegos en su Menologio; Anastasio, bibliotecario de la sede apostólica; Sanctoro, el Martilogio romano y Baronio, en el tom. ii de sus Anales, año 108, n. 2, y en las anotaciones al Martirologio, donde hace algunas dignas de saberse, que omito por la brevedad, remitiendo al curioso á dichas anotaciones en el dia 22 de junio.

El mayor mérito es el de la paciencia cristiana; pues ella nos acarrea todo bien, y da la corona indefectiblemente, como afirma el apóstol: la que tuvieron estos gloriosísimos diez mil soldados mártires, cualquiera que medianamente discurra, lo alcanzará; pues vemos, que hallándose triunfantes y vencedores de mas de cien mil enemigos, estándose con sus armas hechas así á vencer, no se lee, que alguno de ellos las tomase en la mano, para ir contra los que, en lugar de darles las debidas gracias por tal triunfo y victoria, vinieron á quitarles las vidas, con tanto género de tormentos: todo lo cual es indicio manifiesto de su gran paciencia, con la cual todo lo sufrieron por aquel Señor, que vino al mundo á enseñarnos á tenerla en todas nuestras adversidades, sabiendo que por ella alcanzaremos la corona de gloria, como hicieron nuestros invictos diez mil mártires, dignos por ella de imitar al Señor y maestro de ella en la pasion y muerte: con quien viven y reinan, y nos gocemos todos. Amen.

* San Eusebio, confesor.—Samosata, capital de Comageneges en Siria, llamada ahora Sempsat, fué una silla episcopal antiquísima bajo el metropolitano de Hierápolis. Eusebio fué colocado en ella en un tiempo en que todos los obispados circunvecinos estaban ocupados de arrianos, que fué el año 361. Asistió en aquel mismo tiempo á un concilio en Antioquía, compuesto la mayor parte de arrianos, estando en aquella ciudad el emperador Constancio. Concurrió Eusebio y procuró la eleccion de san Melecio, patriarca de Antioquía, constándole su celo por la fé católica. Los arrianos querian mucho á Eusebio, á pesar de ser contrario suyo, teniendo en él mucha confianza, y confiando á su prudencia la acta sinódica de la eleccion de san Melecio. Al ver los arrianos que este predicaba con gran fervor la fé del concilio Niceno, escogitaron medios para deshacerse de él, enviando á este fin Constancio un oficial suyo á Eusebio, para que le quitara á este la acta de aquella sinódica eleccion. El santo manifestó que no podia entregarla sin consentimiento de los que se la habian confiado. Amenazóle el oficial de que le cortaria la mano derecha si resistia entregarle el acta; y el santo, lleno de valor, le presentó las dos manos, diciéndole bien podia cortarlas, pues que de ningun modo consentiria á tan injusta accion. El emperador no pudo ménos que elogiar tan grande acto. La entereza con que se opuso siempre á los errores de los arrianos, le acarreó una serie de disgustos que turbaron toda su vida. Su celo daba cada dia nuevos golpes al partido arriano; de suerte que el año 374 el emperador Valente lo desterró á Tracia. Durante este destierro visitaba ocultamente y disfrazado de soldado las iglesias de los católicos, consolando á los perseguidos, fortificando á los débiles y confirmando á los animosos. Despues de la muerte de su perseguidor, Eusebio se halló en el concilio de Antioquía, hablando en él en favor de la divinidad de Jesucristo. Despues de haber visitado diferentes iglesias, procurando que las sillas vacantes fuesen ocupadas de los católicos, estando en Dolicha, una mujer arriana que le vió pasar por la calle, le tiró una teja desde lo alto de la casa y le hirió de muerte, verificándose esta á los pocos dias, y por los años 379 ó 380. En sus últimos momentos suplicó, ó por mejor decir, obligó con juramento á sus amigos, á que no persiguieran en tiempo alguno á su asesina ni á sus cómplices.

San Leutfrido, abad y confesor.—Nació en Evreux de noble cuna, y despues de los años empleados en los estudios se retiró á una soledad, donde habiéndosele reunido varios compañeros, fundó el célebre monasterio de

Madriz, en la diócesis de su misma patria. Fué el primer abad de esta casa, en la que hizo revivir todo el fervor de los antiguos solitarios. El don de milagros y de profecía con que el cielo le enriqueció, difundieron la fama de su santidad, y en poco tiempo vió bajo su direccion multitud de personas que aspiraban á la perfeccion cristiana. Leutfrido murió en paz el dia 20 de junio del año 738.

San Albano, mártir.—En tiempo del emperador Diocleciano, fué este santo desde una isla vecina á Italia, y se estableció en Milan, donde se hizo notar por su celo y y caridad con los santos confesores que eran llevados al martirio. Despues por huir de la persecucion se trasladó á Maguncia, donde fué preso, y confesando valerosa y enérgicamente á Jesucristo, alcanzó la palma del martirio y la corona de la vida eterna.

San Ursiscino, obispo y confesor.—Parece que fué natural de Italia y el séptimo obispo de Pavía. Desde su primera edad se dedicó al servicio de la Iglesia, siendo por sus insignes costumbres y por sus aventajados conocimientos querido y admirado de todos. Vivió en continua penitencia y mortificacion, y se esmeró tanto en el cuidado pastoral de sus ovejas, que á casi todas ellas las arrancó de las tinieblas de la idolatría, en los treinta y tres años que estuvo al frente de su rebaño. Los pobres eran su familia y les daba cuanto tenia, viéndose á veces en la precision de mendigar para su propio sustento. Fué perfecto en todo, y murió santamente el dia 21 de junio del año 216, en la misma ciudad de Pavía, donde está enterrado.

San Martin, obispo y confesor.—Estando vacantes las sillas episcopales de Tungres y de Tréveris, fué este santo elegido obispo de ambas iglesias por eleccion del clero y del pueblo. Ya ántes de ser elevado á tan alta dignidad, era ilustre por su celo y por los milagros que hacia. Durante su pontificado emprendió la conversion de la Hasbania, y efectivamente logró desterrar de ella al error y cimentar la religion cristiana. Granjeáronle muchos admiradores sus virtudes, y sobre todas la caridad, con que no solo perdonaba á sus enemigos, sino la solicitud con que procuraba atraérselos por medio de beneficios. Llegó á una edad muy avanzada, y murió en Tungres, el año 276. Su cuerpo fué sepultado en la basílica de Santa María, que él mismo habia mandado levantar, y que ha sido teatro de muchos y grandes milagros.

Los santos Ciriaco y Apolinar, mártires.—Estos santos derramaron su sangre por la fé en África, en compañía, segun parece, de otros muchos cristianos, que fueron sacrificados á la brutalidad de los idólatras.

San Rufino y santa Marcia, mártires.—Murieron en Siracusa de Sicilia, por no querer abandonar la religion de Jesucristo. De estos santos y los anteriores nada se puede saber mas que sus nombres y el lugar de su martirio, por no parecer las actas de su vida y muerte en ninguna parte.

Santa Demetria, vírgen y mártir.—Natural de Roma, hermana de santa Bibiana, é hija de santa Dafrosa y de san Flaviano, siguió á toda su familia en la corona de la gloria. En tiempo de Juliano Apóstata fué presa por no querer abjurar su fé, y no pudiendo vencerla ni con caricias, ni amenazas, fué condenada á ser decapitada. Ejecutóse su sentencia el dia 21 de junio del año 362.

San Terencio, obispo y mártir.—Era sobrino de san Bernabé, apóstol, y uno de los setenta discípulos del Salvador. Fué ordenado y consagrado por san Pedro, obispo de Iconio en Licaonia, cuyas regiones convirtió á la fé de Jesucristo. Escribió una epístola á la Iglesia de Roma, en que daba noticia de sus trabajos apostólicos, cuya epístola se leia en los primeros tiempos como canónica. Ilustró su apostolado con muchos milagros, y en una de las primeras persecucicnes que se levantaron contra la Iglesia, selló su predicacion con su preciosa sangre, muriendo por los últimos años del siglo I.

DIA 22.

San Paulino, obispo de Nola.—La vida de san Paulino, obispo de Nola, sacada de sus mismos escritos, y de lo que los santos Ambrosio, Gerónimo, Agustino y Gregorio, papa, doctor de la Iglesia, de él escribieron, y Uranio, que se halló en su muerte, san Severo Sulpicio, su contemporáneo, san Gregorio Turonense y otros santos refieren, es de esta manera.

Fué san Paulino de nacion francés: nació en la ciudad de Burdeos, en la provincia de Gascuña: sus padres fueron caballeros romanos muy ilustres y muy ricos, y dejaron á su hijo grandes rentas, heredades y posesiones. Siendo mozo, con gran cuidado se dió á las letras humanas, y tuvo por maestro á Ausonio Galo, excelente poeta y muy estimado en aquellos tiempos, y alcanzó tan extremada elocuencia, elegancia y copia de palabras y sentencias en el escribir, que san Gerónimo, habiendo leido una oracion suya que le envió en defensa del emperador Teodosio, le alaba sobremanera, y exhorta á darse al estudio de las divinas letras, para que juntándolas con las humanas, venga á oscurecer á los otros escritores de la Iglesia, con el resplandor y elegancia de su elocuencia; y añade estas palabras: «Dichoso Teodosio, que es de tal orador de Cristo defendido. Tú has ilustrado tu púrpura, y la utilidad de sus leyes has consagrado á los siglos venideros. Si ahora que eres nuevo en la guerra son tales tus principios, cuando serás soldado veterano, ¿qué serás? Grande es tu ingenio é infinita la copia de tus palabras. Hablas fácil y puramente, y esta facilidad y pureza están acompañadas con prudencia: porque cuando está sana la cabeza, todos los sentidos tienen vigor.» Esto es de san Gerónimo.

Fué casado san Paulino con una señora principal llamada Terasia; y fué cónsul y prefecto de la ciudad de Roma: y todos tenian en él puestos los ojos, así por su sangre, riquezas y dignidad, como por sus singulares letras y loables costumbres. No tuvo hijos de su mujer: ántes se dieron tanto los dos al recogimiento y devocion, que de comun consentimiento determinaron apartarse y vivir como hermanos, y entregarse totalmente al Señor, dando de mano á todos los deleites y gustos de la carne.

Estando en este propósito vino Paulino á España, y estuvo algun tiempo en la ciudad de Barcelona, donde por la grande instancia que todo el pueblo le hizo, el obispo Lampio, contra la voluntad del santo, le ordenó de presbítero. Y aunque él por su humildad deseaba mas comenzar á servir á la Iglesia de sacristan, como él mismo lo escribe, todavía bajó la cabeza por entender que aquella era ordenacion del Señor. Vino despues á Italia con Terasia, ya su buena hermana: y pasando por Milan, comunicó sus deseos con san Ambrosio; y con sus amonestacio-

nes y consejos llevó adelante su santo propósito, y se encendió mas en el divino amor.

Llegó á Roma, donde fué regalado y visitado de los buenos, y murmurado y perseguido de los que no amaban tanta perfeccion. Y porque él habia tenido siempre muy particular devocion á san Félix, mártir, y obispo de Nola (al cual en unos versos que le dedica se ofrece servirle, barriendo la puerta de su iglesia y velando en ella las noches, y de acabar en ella su vida en estos santos ejercicios), determinó con voluntad de Terasia vender las posesiones y bienes de ambos, y edificar del precio de ellos una iglesia en la ciudad de Fundi, y el resto repartiólo á los pobres, quedando los dos pobrísimos, y viviendo en un campo de la ciudad de Nola, desconocidos y apartados, en hábito y profesion de monges; y así lo hicieron, con tanta perfeccion y con tan vivos deseos de agradar á Dios é imitar la pobreza de Jesucristo, que siendo Rey de gloria se hizo pobre por enriquecernos, que parecian ángeles vestidos de carne. Consultó san Paulino á san Gerónimo, que ya era viejo y moraba en Belen, lo que debia hacer: y si le parecia, que se fuése á vivir á Jerusalen para gozar de aquellos santos lugares, y él por entonces le respondió que nó, porque habia en Jerusalen mucho ruido, sino que se estuviese quieto y solo como monge, en alguna heredad fuera de las ciudades; pues habia puesto el precio de sus posesiones á los piés de los apóstoles, para enseñar que la hacienda se debe pisar; y para que viviendo en silencio y humildad, pudiese siempre menospreciar lo que una vez habia menospreciado, dióle el órden que se debe tener para ser perfecto monge.

Estuvieron algun tiempo en Nola Paulino y Terasia sin ser conocidos, viviendo de las limosnas que les daban: mas cuando se entendió quiénes eran, causó este hecho grande admiracion en Roma, en Italia y en todo el mundo: porque como Paulino era conocido por varon tan ilustre, de tan alta dignidad, tan rico, tan poderoso, de tantas letras, y estaba en lo mejor de su edad, y abastado de todos los bienes que llaman de fortuna; el verle despues en tan diferente y bajo estado por su propia voluntad y por haber dado libelo de repudio á todas las cosas, que naturalmente los hombres apetecen y procuran, era grande motivo para que los hijos de este siglo le tuviesen por loco y los siervos de Dios le reverenciasen como á santo: y así dice san Ambrosio, hablando de este ejemplo de Paulino, estas palabras: «Paulino, á quien en la claridad de su linaje ninguno hace ventaja, habiendo vendido sus bienes y los de su mujer en la provincia de Aquitania, ha tomado hábito de monge, para repartir el precio de ellos á los pobres, y quedado él de rico pobre, y descargado de una grave carga, dejado su casa, su patria y sus deudos para servir mas al Señor: y para esto, ha escogido la soledad en la ciudad de Nola, por huir del bullicio y tráfago y vivir con quietud. ¿Qué dirán de este ejemplo los señores caballeros? ¿Cómo se embravecerán y clamarán, que no es cosa para sufrirse, que un hombre de tal casta y familia, de tan grande ingenio y elocuencia, deje el senado y acabe la sucesion de una casa tan noble; y rayendo ellos sus cabezas y sus cejas, cuando se consagran á Iside, su falso dios; si algun cristiano, por darse mas al verdadero Dios muda su vestido, lo tienen por gran maldad y locura? Yo cierto tengo pena, por ver el cuidado que se pone en la mentira, y el descuido con que se trata la verdad.» Esto es de san Ambrosio, hablando de la mudanza que hizo Paulino.

No solo san Ambrosio, pero muchos de los varones mas insignes de aquel tiempo tuvieron amistad con él, movidos de tan raro ejemplo. San Anastasio, papa, luego que se sentó en la silla de san Pedro, escribió á los obispos de Campania, á donde san Paulino se habia retirado, que tuviesen mucha cuenta con él: y viniendo á Roma á visitar los cuerpos de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, le acogió con particular honra, regalo y benignidad. Los obispos de Italia le vinieron á visitar: los de África le enviaron una solemne embajada; y san Agustin, que fué grandísimo amigo suyo, le escribió muchas cartas, y le dedicó el libro: *De cura pro mortuis agenda*, y le ruega que se llegue á Africa, para consuelo y regalo de todos los prelados de ella que le deseaban ver. Él se habia escondido, y Dios lo manifestaba: huia la honra y el aplauso de los hombres; y la honra, como sombra, iba tras él: habíase hecho pobre por Cristo; y Cristo le enriquecia con los tesoros de sus divinos dones, y adornaba de virtudes aquella ánima pura. Con ser tan pobre san Paulino, era tan piadoso, que no llegaba pobre á él á pedirle limosna, que no le quisiese dar mas de lo que tenia. Vino un dia un pobre, y rogóle que le socorriese; y el santo dijo á Terasia que le diese lo que habia menester. Respondió Terasia que no habia sino un pan en casa. Pues dásele, dijo él, que Dios nos proveerá. Y como ella no lo hiciese, porque no faltase pan para san Paulino, á la hora de comer llegaron unos marineros, que le dijeron que le traian ciertas barcas de trigo y de vino, y que se habian detenido por razon de habérseles hundido una. Estaba Terasia delante, y díjole el santo: ¿No echais de ver, hermana, que por un pan que no quisisteis dar, os ha quitado Dios una barca de trigo?

Vino á morir el obispo de Nola, y como ya la fama de san Paulino se hubiese extendido por toda aquella tierra, y él fuese tan conocido y estimado de todo el pueblo, y tenido en gran veneracion; luego pusieron los ojos en él, y le compelieron á aceptar la dignidad de obispo, y hacer oficio de pastor en la Iglesia de Nola, que á la sazon era muy rica y principal. Comenzó san Paulino á ejercitar su oficio, de tal manera, que con ser ántes sus obras tan esclarecidas, las oscureció con el resplandor de las que hizo despues, como el sol con la luz de las estrellas; porque no se apreciaba de ser reverenciado como obispo, sino amado como padre. Consolaba á los afligidos: levantaba á los caidos: animaba á los temerosos: ayudaba á unos con consejo, y á otros con limosnas, y á otros con sus oraciones. Nadie se partia de él desconsolado: era piadoso, misericordioso, humilde y manso: edificaba á todos no ménos con su santa vida, que con su celestial doctrina. Siendo obispo le envió á llamar el emperador Honorio para un concilio que se juntaba, sobre ciertos negocios tocantes á la quietud de la Iglesia: para esto le escribió una carta: y porque Paulino, por estar enfermo, no habia podido ir, le tornó á escribir otra, avisándole que se habia dilatado la conclusion del concilio: y rogándole que fuése, le dice estas palabras: «Especialmente, señor, santo y padre venerable, y verdadero siervo de Dios, os ruego, que pospuesto el trabajo, hagais la obra de Dios y nos consoleis con vuestra presencia, y sin dilacion vengais luego, para beneficio del sínodo, y para cumplir con nuestros deseos y darnos la bendicion.»

Otras dos cosas sucedieron á san Paulino, siendo obispo, en que mostró el amor grande que tenia á la pobreza, y su maravillosa caridad para con los prójimos; la una cuenta san Agustin, y la otra san Gregorio, papa; y nosotros las referiremos aquí. Despues que Alarico, rey de los godos, tomó á Roma y la saqueó, y pasó con su ejército victorioso hasta el reino de Nápoles, destruyendo y asolando los pueblos y provincias por donde pasaba; vino su gente á la ciudad de Nola, y prendieron al santo obispo Paulino. Dice san Agustin de esta su prision estas palabras. «Nuestro Paulino, obispo de Nola, que de hombre riquísimo se habia hecho por su voluntad pobrísimo, y era santísimo; cuando los bárbaros destruyeron á Nola, estando en sus manos cautivo, hacia esta oracion á Dios, como él mismo nos lo dijo: Señor, no sea yo atormentado por el oro y por la plata, porque vos sabeis dónde tengo yo todo mi bien. Allí cierto tenia Paulino todos sus bienes, donde el mismo Señor, que tanto ántes dijo los males que habian de venir, nos amonestó que allegásemos y guardásemos nuestros tesoros.» Esto es del bienaventurado san Agustin, el cual añade, que san Félix apareció á los de Nola, y los amparó con su patrocinio. Algunos años despues vinieron los vándalos de África, y corrieron toda aquella costa, robándola, arruinándola, y cautivando á muchos vecinos de Nola: y el que mas daño sintió fué san Paulino; porque le robaron la casa y la iglesia, y con haber quedado tan despojado, procuró desentrañarse y dar todo lo que podia allegar, para remedio y algun alivio de todos los cautivos.

No habiéndole quedado cosa que dar, dice san Gregorio, papa, que vino á él una pobre viuda y le rogó que le diese alguna limosna, para rescatar un hijo que tenia en África en poder del yerno del rey de los vándalos: á la cual respondió el santo, que ya no tenia cosa que darle sino á sí mismo: que le tomase á él y le entregase al yerno del rey por su hijo; que de buena gana le serviria por él. Y como ella hiciese donaire de esto, el santo con su grande elocuencia le dió tantas razones y tan eficaces, que la persuadió á hacerlo. Pasaron los dos á África, y la viuda pidió al yerno del rey que le hiciese merced de darle su hijo, que á lo ménos le trocase por aquel hombre que allí le ofrecia. Miróle el bárbaro, y apareciéle bien la compostura y modestia de su rostro. Preguntóle si sabia algun oficio, y el santo le respondió que nó, sino que fuese el de hortelano para cultivar una huerta. Contentóse con esto, y dió su hijo á la viuda, y entregó á Paulino una huerta suya para que tuviese cargo de ella. Hacíalo Paulino con mucho cuidado y esmerábase en ella, y cada dia enviaba á su amo de las yerbas y flores de su huerta algun regalo: y y el mismo bárbaro se holgaba mucho cuando entraba en ella, y trababa pláticas con su hortelano, y gustaba mucho de sus razones; y dejando á los otros sus amigos, venia muchas veces á hablar con él y preguntarle diversas cosas, por hallarle varon muy sabio y prudente. Pasó la conversacion tan adelante, que un dia Paulino dijo en secreto á su amo, que mirase por sí y por sus cosas, porque el rey su suegro habia de morir presto. Descubrió este secreto el yerno al suegro: y queriendo el rey ver á Paulino, dieron traza que viniese, estando los dos comiendo, como quien les traia algun regalo de su huerta. En viéndole el rey, quedó helado, y dijo á su yerno que debia ser verdad lo que aquel esclavo le habia dicho; porque la noche ántes en sueños habia visto algunos jueces, y entre ellos aquel hortelano, sentados en un tribunal, y que por su mandato le quitaba el azote que tenia en las manos. Pregúntale tú, dijo el rey aparte y sin puridad, quién es; porque no es posible que sea lo que en el exterior parece. Preguntóle á Paulino su amo, y apretóle de manera, que aunque él lo quiso encubrir, no pudo dejar de decirle que era obispo; y oyéndolo su amo se turbó, y le dijo que mirase lo que queria, porque él deseaba que cargado de dones volviese á su tierra. Y como el santo no quisiese oro ni plata, sino los cautivos de su obispado, el bárbaro los mandó buscar y poner en una nave cargada de trigo: con la cual el santo obispo, vencedor de sí mismo, del mundo, de los tiranos, del demonio y del infierno, y como quien hacia el triunfo de la caridad, tornó á Nola, y fué recibido de sus ovejas con la alegría y regocijo que se puede pensar. Y como el santo la profetizó, así sucedió la muerte del rey dentro de pocos dias.

San Paulino, ejercitándose en las obras de piedad y del gobierno de su Iglesia, como ántes solia, cayó malo de un recio dolor de costado: visitáronle dos obispos, Símaco y Benedicto, y con su vista se consoló mucho. Mandó poner un altar en su aposento, y sacando fuerzas de flaqueza por su mucha devocion, se levantó de la cama, y dijo misa ministrándole ellos. Volvióse luego á la cama y preguntó: ¿Dónde están mis hermanos? Y como un criado suyo, entendiendo que preguntaba por los obispos que estaban presentes, respondiese: Padre, veislos aquí; dijo el santo: No pregunto sino por Januario y Martin, que han estado aquí hablando conmigo y me dijeron que luego volverian. Fué san Januario obispo y mártir, y es patron de la ciudad de Nápoles, donde hoy dia está la cabeza y sangre, que poniéndola junto á la cabeza suele deshelarse y hervir con un ordinario y perpetuo milagro: y san Martin era el obispo de Turs, tan famoso por su santidad y milagros en el mundo, al cual habia conocido san Paulino, y tenia particular devocion, y por sus oraciones habia sanado de un ojo, untándose con un poco de aceite de la lámpara, que despues de él muerto ardia delante de su santo cuerpo. Estos dos santos vinieron á visitar á Paulino en su muerte: el cual comenzó luego á cantar aquel salmo de David: *Levavi oculos meos in montes*, etc.

Estaba allí un sacerdote llamado Postumio, muy afligido, porque debia cuarenta sueldos de las limosnas que habia hecho por órden de san Paulino, y le veia morir sin tener con qué pagarlos. Díjoselo á san Paulino, y oyéndolo el santo, sonrióse un poco y dijo: No tengas pena, hijo Postumio, que no faltará quien pague deudas hechas en beneficio de los pobres. Y poco despues llegó una limosna que le enviaban de cincuenta sueldos: de los cuales dió dos al que la traia, y de los demás mandó que se pagasen las deudas, é hizo gracias á Dios porque nunca desampara á los que confian en él. Pasó aquella noche con gravísimos dolores, y á la mañana siguiente rezó sus maitines: y despues de haber exhortado á sus clérigos que sirviesen al Señor, y se amasen y tuviesen paz entre sí, se puso en oracion con gran silencio hasta la hora de vísperas, y como quien despierta del sueño, viendo que ya venia la noche y era tiempo de traer luces; con gran voz baja y suave cantó aquellas palabras: *Paravi lucernam Christo meo*. Y habiendo estado rezando y meditando hasta las cuatro horas de la noche, hallándose con mucha gente aguardando su glo-

rioso tránsito, comenzó de repente á temblar el aposento donde el santo varon estaba. Dió esto grande espanto á todos los circunstantes, y cayeron despavoridos en el suelo pidiendo á Dios misericordia: y el santo con este ruido que se sintió solo dentro de su aposento, dió su bendita alma á Dios, y su rostro quedó muy hermoso y blanco como la nieve, y que manifestaba bien la gloria de que gozaba el alma, á la cual habia servido aquel cuerpo. Entristecióse la tierra, y alegróse el cielo con su muerte. Las ovejas de Nola lloraban á su pastor, y los ángeles hacian fiesta por tenerle en su compañía. Murió san Paulino á los 22 de junio, en que la Iglesia celebra su fiesta, y fué el año del Señor de 431, siendo emperadores Teodosio el Menor, y Valentiniano. Con tener san Paulino tan grande ingenio y elocuencia, como dijimos, no quiso declarar ni interpretar la sagrada Escritura, por su grande humildad y por tenerse por indigno. Algunos versos y epístolas excelentes escribió; pero no las publicó él, ni las guardó, ántes por la industria de san Amando, obispo de Burdeos, su amigo, se recogieron y hoy las tenemos: porque el santo estaba tan deshecho de sí y de todas las cosas del siglo, y tan puesto en el cielo, que él mismo dice que no tenia memoria de las epístolas que habia escrito. El cuerpo de san Paulino está en Roma, en la iglesia de San Bartolomé de la Isla, como lo dice el Martirologio romano, y añade que san Paulino fué muy poderoso contra los demonios, y tuvo muy grande virtud contra ellos.

San Albano, mártir.—Nació este santo en Verulam, descendiente de una distinguida familia romana. En su juventud fué á Roma para estudiar las bellas letras, y habiendo vuelto á Inglaterra y establecídose en el lugar de su nacimiento, vivia allí muy bien reputado á pesar de que no conocia todavía la ley de Jesucristo. Sus virtuosas disposiciones, su bondad y dulzura, fueron recompensadas por Dios, permitiendo viniera en conocimiento de la verdad de nuestra religion. Todavía era idólatra Albano cuando resonaron en la Gran Bretaña los edictos de los emperadores contra los cristianos. Recogió Albano en su casa á un eclesiástico fugitivo de las pesquisas de su enemigo; y enamorado de la conducta del siervo de Dios, entró en vivos deseos de conocer la religion que semejantes virtudes infundia. Despues de haber sido instruido en los misterios de la religion fué bautizado, llegando á un alto grado de virtud. Sabido que en casa de Albano estaba oculto un predicador de la religion cristiana, el gobernador envió sus ministros para que se informaran de ello. El santo habia hecho escapar al eclesiástico trocando los vestidos, y como Albano ardiera en vivos deseos de derramar su sangre por la fé, se presentó sin temor á los soldados, quienes llevároulo atado al juez, y al verle éste vestido con traje eclesiástico, montado en cólera le mandó que ofreciera inmediatamente incienso á los ídolos. Albano le contestó que solo adoraba al Dios verdadero, único criador de todas las cosas. Esta confesion le mereció ser azotado cruelmente y condenado á que le cortaran la cabeza. El pueblo salió para presenciar la ejecucion; y como para esto era preciso atravesar un rio por medio de un puente, y no pudiendo verificarlo por la mucha gente que habia en él, echó el santo á andar por las aguas, las que se detuvieron para hacerle paso. El verdugo que debia ejecutar la sentencia al ver el milagro se convirtió al momento, y echándose á los piés del santo le suplicó le alcanzara la gracia de ser su compañero en el martirio, muriendo efectivamente ambos. El ministro que ejecutó la sentencia murió en el acto, y convertidos mas de mil espectadores, marcharon á Gales para recibir el bautismo de manos del mismo sacerdote que habia convertido á san Albano, muriendo á poco tiempo todos degollados en testimonio de la fé. Fué el martirio de este santo segun Beda en Verulam el dia 22 de junio del año 303.

La conmemoracion de diez mil santos mártires.—En tiempo del emperador Adriano sostuvieron estos santos decidida lucha con el poder de las tinieblas, y permaneciendo constantes en la confesion de su fé, fueron todos crucificados sobre el monte Ararath.

La conmemoracion de otros mil cuatrocientos y ochenta mártires.—Por los años 614, cuando entraron los persas en Palestina, hicieron tan horrible estrago en las vidas y haciendas de sus habitantes, que parece una fábula todo lo que nos cuenta la historia. Los santos, cuya memoria acordamos aquí, escaparon de la general matanza de aquellos bárbaros, pero solo fué para hacer mas espantosa su situacion. Presentados al rey Cosroas, les mandó este que adorasen al sol, y negándose ellos á obedecer sus órdenes, fueron todos condenados á acabar su vida por medio de los mas ingeniosos tormentos que habia inventado jamás la crueldad humana. Tres dias duró el doloroso martirio de estos cristianos, que permanecieron todos constantes en su fé, y volaron á la posesion de la gloria.

San Flavio Clemente, cónsul y mártir.—Vivia en tiempo del emperador Domiciano, y porque rehusaba adorar á los dioses del imperio, fué condenado á muerte, y murió en Roma. Su cuerpo está en la basílica de San Clemente, papa.

San Niceas, obispo y confesor.—Floreció en el siglo V, y fué esclarecido por su saber y santas costumbres. Elegido obispo de Aquileya, no cesaba de predicar á su pueblo que se convirtiese á Dios ó hiciese penitencia, si no queria experimentar muy pronto los efectos de la ira de Dios. El castigo no se hizo esperar: Atila entró dentro de poco en Italia, y lo pasó todo á sangre y fuego; pero el santo obispo, que conocia los sucesos futuros, reunió las reliquias, los tesoros de la iglesia, las viudas y los pobres, y se trasladó con ellos á la vecina isla de Grado, donde se salvaron de la fiereza de los bárbaros, y echaron así los célebres fundamentos de la ciudad de Venecia. Niceas continuó siendo el padre de su grey, hasta que á la edad de sesenta años el Señor lo llamó á sí, y murió en la ciudad de Aquileya el año 458.

San Juan, obispo y confesor.—Gobernó la Iglesia de Nápoles en tiempo de san Paulino, obispo de Nola, con quien estuvo unido por los vínculos de la caridad, y al cual sobrevivió muy poco tiempo.

Santa Consorcia, vírgen.—Nació en las Galias de padres ricos y cristianos. Fué muy solicitada en matrimonio; pero ella, que habia probado ya las dulzuras del Esposo celestial desde muy niña, se negó á contraer ningun enlace, y se retiró al monasterio de Cluni, que acababa de fundar san Benito para su hermana y otras vírgenes piadosas. En esta casa vivió Consorcia tan penitente, tan fervorosa y tan abstraida de las cosas de la tierra, que los superiores la proponian constantemente por modelo á las verdaderas esposas de Jesucristo. Su padre y su madre abrazaron la vida religiosa, enamorados de la felicidad de su hija, y

esta murió santamente, rodeada de coros de ángeles, á fines del siglo VI.

DIA 23.

SANTA EDILDRIDA, REINA DE LOS NORDANIMBROS, VÍRGEN. —La gloriosa reina Edildrida ó Edildrudis fué hija de Anas, rey de los ingleses orientales, varon muy religioso, el cual la primera vez la casó con Tombrecto, príncipe de los girvos australes. Viviendo con este príncipe, guardó siempre la bendita Edildrida su virginidad y entereza. Poco despues murió su esposo el príncipe, y fué segunda vez casada con Ecfrido, rey de los nordanimbros, con quien vivió por espacio de doce años, conservando siempre su pureza virginal, aunque queria y amaba al rey su marido mas que á todas las cosas de esta vida. Súpose esto, porque el rey su esposo prometió muchas tierras y dineros á Wifredo, obispo de gran santidad, si pudiese acabar con la reina su esposa, á quien no queria violentar, sino atraer con suavidad, que durmiese con él. Y fué Dios servido de mostrarlo despues de su muerte; porque jamás, estando su cuerpo en la sepultura, pudo ser corrompido ni deshecho. En el espacio de doce años que estuvo casada, suplicó é importunó muchas veces al rey su esposo le diese licencia para servir en un monasterio al Rey de los cielos, y al fin de los doce años que con él vivió, lo consiguió, y con su gusto y beneplácito se entró en un monasterio, donde era abadesa Evacia, tia del rey Ecfrido, su esposo, y allí tomó el velo de manos del santo obispo Wifredo.

De allí á un año fué nombrada por abadesa para una tierra que se llamaba Elge, donde gobernó santamente á muchas devotas monjas, á quienes fué ejemplo de vida celestial con sus palabras y obras. Despues que entró en el monasterio, no quiso llevar mas vestidura de lino sino de lana. Entraba raras veces en los baños, tan usados por todas personas en aquellos tiempos; y estas, en las fiestas principales, como el dia de Pentecostés y Epifanía; y entonces era la última; porque primero se bañaban las demás religiosas, y ella las servia á todas. No comia mas de una vez al dia, sino en las fiestas principales y cuando estaba enferma. Desde la hora de maitines hasta el alba estaba siempre en la iglesia en oracion. Tuvo espíritu de profecía, y profetizó una pestilencia que habia de venir, y que habia de morir en ella, y nombró otros que tambien habian de morir en dicha peste, como sucedió. Despues de esto, habiendo sido abadesa cuatro años, pasó de esta presente vida para la eterna, y fué sepultada humildemente en un sepulcro de madera, como ella lo habia dispuesto; y le sucedió en el oficio una hermana suya, llamada Sexburga, la cual habia sido casada con Carcombrecto, rey de Cantua, ahora llamada Cantorberi ó Cantuaria. Despues de diez años trasladaron su santo cuerpo, y lo hallaron sin corrupcion alguna; y un famoso médico, llamado Cint-Frido, le miró una llaga que tenia, y la halló sana y buena, y cicatrizada como si estuviera viva, y se la hubieran curado los cirujanos; y de allí adelante hizo muchos y extraordinarios milagros. Fué su glorioso tránsito á los 23 de junio, dia en que la Iglesia celebra su fiesta, por los años del Señor de 680. Escribieron su vida Usuardo, Adon, Beda, en su historia de Inglaterra, lib. VI, cap. 19 y 20; Tritemio *de Vir. illust. Ord. Sanct. Benedicti, lib.* III, *cap.* 22; Sanctoro, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo VIII de sus Anales, año 625, núm. 32 y año 680.

La flor de la virginidad es la mayor corona de una reina: esta guardó pura é intacta la gloriosa Edildrida, de cuya fragancia enamorados los coros angélicos, se la presentaron ilesa á su Criador, el cual agradecido á la fineza con que su esposa Edildrida, siendo de otros dos reyes esposa, no quiso ni permitió perder el nombre de esposa de Rey de reyes, guardándole con fidelidad su pureza virginal, la premió con la inmarcesible corona de gloria, á la cual nos lleve su divina Majestad á todos. Amen.

* SAN JUAN, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.—Dotado de grande fé y de extraordinaria pureza este santo, servia con celo á la Iglesia de Roma, distinguiéndose especialmente en lo perteneciente al sagrado culto. Era esto en los años 362, en cuya época el emperador Juliano mandó fuese Juan llevado delante una estatua del sol que habia en la via Salaria para que la adorara. El santo, que ardia en la fé mas viva, se denegó á practicar lo que se le mandaba; así es que fué degollado allí mismo. Los fieles recogieron su cuerpo, el que el papa Urbano octavo cedió á los padres trinitarios de Madrid, en cuya iglesia se conserva.

SANTA AGRIPINA, VÍRGEN Y MÁRTIR. —Era de una ínclita familia de Roma, en cuya ciudad florecia, en tiempo del emperador Valeriano, como una mística rosa, despidiendo suave olor de virtudes. Habia consagrado su integridad al Esposo celestial, y por amor á él y para poderle gozar mas pronto se expuso voluntariamente á muy graves tormentos. Los paganos cebaron su rabia en aquel delicado cuerpo: la azotaron con varas de hierro, y le quebrantaron todos los huesos, llevándola otra vez á la cárcel despues de un suplicio que parecia deber acabar con ella. El ángel del Señor la visitó de noche y la curó de todas las heridas; pero el dia siguiente los tiranos la sacaron otra vez á la plaza pública, la desnudaron enteramente de sus vestidos, y despues de haberla horriblemente atormentado, le cortaron la cabeza. Tres santas mujeres recogieron ocultamente su cuerpo, y se lo llevaron consigo como un tesoro riquísimo, y al cabo de algun tiempo lo depositaron en Sicilia, donde todavía resplandece con muchos milagros.

SAN FÉLIX, PRESBÍTERO Y MÁRTIR. —Vivia este santo en Sutri de Toscana, cuando el emperador Aureliano dió aquel terrible edicto contra los cristianos del imperio. Félix, que veia acercarse la hora de la prueba, congregó á todos los fieles de la ciudad, y les animó á la constancia y al martirio, repitiendo sus exhortaciones casi todos los dias. Llegó en esto á Sutri el prefecto Turcio, encargado de hacer ejecutar los edictos imperiales, y el primero que llamó á su tribunal fué san Félix. Despues de reconvenirle con aspereza, le mandó que ofreciese incienso á los dioses, y que no predicase mas contra ellos; pero el santo se negó con valor y perseverancia. El prefecto mandó que lo sacasen fuera de la ciudad, y que lo apedreasen hasta que acabase la vida, como así sucedió, muriendo mártir el año 257.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES DE NICOMEDIA.—En tiempo del emperador Diocleciano, por los años de 300 poco mas ó ménos, hubo en Nicomedia una porcion de cristianos, que para escapar á los horrores de la persecucion se escondieron en las cuevas y en los montes; pero habiendo salido una partida de soldados en su busca, fue-

ron hallados y degollados, alcanzando todos el premio y la corona del martirio.

SAN ZENON Y SAN ZENAS, MÁRTIRES.—Eran naturales y vivian en Filadelfia de Arabia. El primero era militar y el otro esclavo suyo: aquel deseaba dar su sangre por Jesucristo, y vendiendo cuanto tenia lo dió á los pobres. Presentóse en seguida acompañado de Zenas al prefecto Máximo, y habiendo confesado á Jesucristo, fué desnudado y azotado, y suspendido en el ecúleo, y sus huesos todos descoyuntados. Despues cargado de cadenas lo encerraron en un calabozo, y su esclavo Zenas estaba arrodillado á sus piés besando sus grillos. Sabiéndolo el prefecto, mandó que el esclavo fuese tambien detenido, y ambos fueron luego sacados del calabozo y decapitados el dia 23 de junio del año 304.

DIA 24.

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA.—La festividad del nacimiento del gloriosísimo precursor de Cristo, san Juan Bautista, es tan gozosa y regocijada en la Iglesia de Dios, que para celebrarla con mayor solemnidad, antiguamente se solian decir en ella tres misas, cosa que no ha usado la santa Iglesia en ninguna fiesta de otro santo. La concepcion de este glorioso varon, su nacimiento, vida y muerte, habemos de sacar de los sagrados evangelistas: los cuales muy particularmente lo escribieron; porque Dios nuestro Señor, que habia escogido á san Juan Bautista para tan grande y tan aventajado oficio, entre los otros privilegios y prerogativas de suma excelencia que le dió, fué uno: que los mismos historiadores de su vida, lo fuesen tambien de la de san Juan: entre los cuales san Lucas, evangelista, comienza su Evangelio, diciendo: que siendo rey de Judea Herodes Ascalonita, hubo un sacerdote, llamado Zacarías, casado con una mujer, por nombre Isabel, y que los dos eran justos y guardaban la ley de Dios enteramente, sin queja ni agravio de nadie, y que no tenian hijos, así porque Isabel era estéril, como porque ambos eran ya viejos y de mucha edad: y que estando un dia Zacarías ofreciendo incienso al Señor ante el altar, y todo el pueblo fuera orando, le apareció un ángel de Dios al lado diestro del altar, con cuya vista en gran manera se turbó; y el ángel le dijo: No temas, Zacarías, porque tu oracion ha sido oida, é Isabel, tu mujer, te parirá un hijo, al cual llamarás Juan, y será causa de gozo y alegría, y muchos se regocijarán en su nacimiento, porque será grande delante del Señor. No beberá vino ni cosa que pueda embriagar, y será lleno del Espíritu Santo desde las entrañas de su madre. Y va siguiendo su historia el escritor divino, refiriendo la duda de Zacarías, y la pregunta que hizo al ángel (que era san Gabriel), y la respuesta que le dió, y como quedó mudo en castigo de su culpa, y la admiracion y espanto del pueblo, hasta que acabado el tiempo de su ministerio Zacarías volvió á su casa, é Isabel concibió á san Juan á los 24 de setiembre, seis meses ántes de la encarnacion del Hijo de Dios, y le parió á 24 de junio del año siguiente.

Mas porque la vida, predicacion y oficio, y las demás cosas que pertenecian á este varon divino, son tan sabidas; dejando el hilo de su historia, paréceme tratar algo de sus virtudes y excelencias; aunque para exprimir la sombra de alguna de ellas, lengua de ángeles seria menester; pues el ángel dijo á Zacarías, que su hijo seria grande delante de Dios. Y si todas las gentes son como si no fuesen, y como una gota de agua delante del Señor: ¿cuán grande, cuán excelente, cuán sublime y divino varon es el que fué tan grande en el acatamiento de Dios, en cuyos ojos el que es grande, es de veras grande, y el pequeño, es pequeño, y el que es nada, realmente nada, como decia el humilde padre san Francisco? Porque si bien consideramos, hallaremos que toda la excelencia y grandeza de la criatura no consiste en el juicio engañoso y falsa opinion de los hombres, sino en la estima y peso que tiene delante de su Criador. Nosotros, como no conocemos las cosas, no las podemos pesar con justo peso: y aunque el entendimiento las ve, algunas veces le ciega la pasion; y por esto trocamos nombres, y llamamos pobre al rico, sabio al necio, prudente al astuto y fuerte al atrevido; alabando lo que debíamos vituperar, y vituperando lo que debíamos alabar. Por esto dijo san Pablo: «Aquel merece ser alabado, que es alabado de Dios, y nó de los hombres:» y en otro lugar: «Digno de loa es, nó el que se alaba á sí, sino el que es alabado de Dios.» Y de aquí es, que aquellos son bienaventurados y grandes, que lo son en el acatamiento de Dios: y tanto debe ser mayor nuestra alabanza, cuanta es mayor la que les da el Señor; porque él es, como dice san Agustin, la verdadera alabanza de sus santos, y la medida y regla de todo lo que en ella se debe alabar. Alabó Dios en el Viejo Testamento á Noé, cuando le dijo: Entre todos los hombres, á tí solo he hallado justo en mis ojos: alabó á Moisés, llamándole siervo fidelísimo: alabó á David, diciendo que era varon conforme á su corazon: alabó á Job de hombre sincero, recto y temeroso de Dios, y que no habia otro como él en la tierra: y otros se hallaron en la ley vieja, que merecieron por sus grandes virtudes ser loados del Señor y en el sagrado Evangelio hay muchos que fueron magnificados por la boca del Verbo eterno. Del centurion dijo, que no habia hallado tanta fé en Israel: á la Cananea, como vencido de sus piadosos ruegos y humilde perseverancia, dijo: O mujer, grande es tu fé: á Natanael dió testimonio, que era verdadero israelita, en el cual no habia doblez ni engaño: del apóstol san Pablo dijo, que era vaso de eleccion, para llevar por el mundo su santo nombre, y predicarle á los gentiles, y reyes é hijos de Israel; y el príncipe de los apóstoles san Pedro, despues de haber conocido por revelacion del Padre eterno, y confesado á Jesucristo por Hijo suyo, mereció oir del mismo Señor: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Joná; porque has aprendido, nó en la escuela de la carne y sangre, sino en la de mi eterno Padre. Singulares, admirables y divinas son las alabanzas de estos santos que habemos referido; porque el autor de ellas es la suma y primera Verdad, que ni puede engañar ni ser engañado: pero sin comparacion son mayores las que el Señor dió á su siervo: el Juez á su pregronero: el Esposo á su paraninfo: el Sol al lucero de la mañana: la Luz del mundo á la hacha encendida: el Rey del cielo á su aposentador, el Verbo eterno á su voz; y finalmente Jesucristo á san Juan Bautista, cuando hablando de él, dijo: «Entre los nacidos de las mujeres, ninguno mayor que Juan Bautista.»

Sobre las cuales palabras dice san Ambrosio: «Es mas aventajado que todos, sobrepuja á los profetas, excede á los patriarcas; y cualquiera que nació de mujer, es menor que Juan.»

Esta eminencia tan eminente y soberana nos declara el nombre mismo de Juan, el cual fué traido del cielo, y revelado á Zacarías, y él le declaró el dia que fué circuncidado su hijo, diciendo: *Johannes est nomen ejus:* Juan es su nombre: y no se lo pongo yo, sino Dios se lo ha puesto, y ha querido que así se llame. Porque Juan quiere decir: aquél, en que está la gracia. Y así, si bien miramos, todas las cosas de Juan están tan llenas y colmadas de gracia divina, que, como hijo de gracia, mas parte tiene en él, que la naturaleza. Porque gracia singular fué nacer de padres viejos, y de madre que naturalmente, por ser estéril, no podia tener hijos: gracia fué que el mismo ángel Gabriel, que anunció á la Vírgen sacratísima el bienaventurado parto del Verbo eterno, revelase á Zacarías el nacimiento de Juan, y que se lo revelase en el templo, estando incensando el altar, y ofreciendo las oraciones y suspiros de todo el pueblo al Señor: gracia fué el manifestar, que este niño habia de ser grande delante de Dios, y santificado en las entrañas de su madre y lleno de Espíritu Santo, y dedicado perpetuamente á su servicio; de manera, que lo que los apóstoles alcanzaron al cabo de tanto tiempo, despues de haber conversado con Cristo, y vístole subir á los cielos, y bajar de allá el divino Espíritu; eso alcanzó san Juan en el vientre de su madre, como dice el cardenal Pedro Damiano: gracia fué, que viniese Jesucristo encerrado en el vientre de su purísima Madre á visitarle, y que oyendo las palabras que ella dijo á santa Isabel, cuando la saludó, saltase de placer ántes de haber nacido, y por medio de aquella voz divina: fuese santificado y limpiado del pecado original, en el cual habia sido concebido; y que se acelerase el uso, de razon, y comenzase á vivir ántes á Dios que al mundo, porque ántes llegó al cielo que á la tierra; primero vió á Cristo que á la luz corporal; ó por mejor decir, en en el mismo tiempo comenzó Cristo á vivir en Juan, que él comenzó á vivir en sí: y para vencer al mundo, primero venció la naturaleza, y con esta gracia tan singular pudo Juan aventajarse cada dia, y crecer en nueva gracia y dones del Señor: y si la Reina del cielo nuestra Señora se halló, como algunos graves autores dicen, al parto de santa Isabel, tambien fué gracia nueva que saliese de las entrañas de su madre, en las manos de la Madre de Dios, y fuese lavado y empañado de aquella Señora que estaba llena de gracia y traia en su sacratísimo vientre al tesoro y fuente de todas las gracias, de las cuales tan grande parte habia de caber á san Juan: gracia asimismo fué el gozo y alegría que causó su nacimiento en los corazones de la gente, que maravillada de los prodigios divinos, que de él oian, nó sin grande admiracion, preguntando decian: *Quis, putas, puer iste erit?* ¿Quién pensais que ha de ser este niño tan milagroso y tan favorecido del Señor?

No fué menor gracia, haberle Dios escogido para un oficio tan alto, como el de precursor de Cristo; porque como el bien del mundo no consiste en conocer y servir á Jesucristo, y para esto le hubiese Dios tantas veces, y tanto ántes prometido á los patriarcas y profetizado por los profetas, y prefigurado con tantas sombras y figuras, y señalado el lugar y tiempo en que habia de nacer; fué necesario, que hubiese un hombre mas divino que humano y conocido por tal, que le pudiese mostrar con el dedo, y decir: *Este es;* para que los hombres de aquel tiempo no se pudiesen escusar, ni tuviesen ocasion de errar en cosa que tanto importaba en su salvacion. Porque aunque en general la venida del Mesías, como habemos dicho, estaba profetizada; pero todas las circunstancias estaban tan especificadas y declaradas en las divinas letras, que la gente comun las pudiese por sí entender, sin tener necesidad de quien se las desenvolviese y explicase mas en particular, especialmente estando como estaba engañada, pensando que el Mesías habia de venir con grande aparato, poder y majestad temporal, para librarlos de la servidumbre, calamidades y miserias del cuerpo, sin tener cuenta con las del alma, que eran mayores y mas para llorar. Y como Cristo nuestro Señor y Redentor venia principalmente para librar al hombre del miserable cautiverio y tiranía de Satanás, y venia pobre, humilde y desconocido; era conveniente que hubiese una persona de tanta autoridad y estima, que con la luz del Espíritu Santo lo conociese, y alumbrase con su testimonio á los demás, para que no se deslumbrasen con aquella exterior bajeza y humildad de Cristo, ni dejasen de conocer al que tenian delante de sus ojos, ni recibir y obedecer á aquel Señor, que siendo Rey de gloria, é igual al Padre, habia tomado aquella humilde figura, para cautivarlos mas con esta demostracion de su incomprensible bondad. A mas de esto fué necesario que viniese san Juan, para aparejar el camino al Señor, y disponer los corazones de los hombres para recibirle; porque estaban tan estragados, tan llenos de espinas, abrojos y malezas de vicios y pecados, que era menester arrancarlos primero, y romper y cultivar aquella tierra, para poder sembrar en ella la semilla venida del cielo, de manera que la abrazase y diese fruto. No pudiera el mundo, que estaba envuelto en tan horribles tinieblas, sufrir de golpe aquella soberana luz del Sol de justicia, sin cegarse; si primero y poco á poco no hubiera puesto los ojos en la hacha encendida de Juan, que se le venia á mostrar: *Ille erat lucerna lucens, et ardens.* Y esto es lo que dice el sagrado evangelista san Juan en su Evangelio, que fué enviado de Dios un hombre, que se llamaba Juan, el cual vino para dar testimonio de la luz, para que todos creyesen por él. Pues para que hiciese san Juan este oficio de precursor, y enderezase y limpiase el camino del Señor, y diese testimonio de la luz y de la verdad, siendo niño y de tierna edad, hijo de padres nobles y ricos, salió de su casa y se entró en un áspero desierto, viviendo solo y en compañía de fieras, vestidos sus delicados miembros de un ceñidor de pellejos, comiendo de la miel silvestre y amarga que nacia por los campos, y algunas langostas, animalejo vil, asqueroso y desabrido, durmiendo en el suelo y afligiendo con penitencias aquel cuerpecito santo, que no tenia culpa, con tan extremado rigor, como si hubiera cometido muchas. Esta penitencia tan rigurosa de san Juan nos pinta el sagrado Evangelio; y es lo cierto. Nicéforo Calixto y Cedreno, autores griegos, escriben que en la persecucion de Herodes, cuando buscaba á los niños para matarlos, santa

Isabel huyó á las montañas mas escondidas con su hijo san Juan, de año y medio, y que allí en una cueva, en la cual, como dice Beda, se edificó una iglesia, vivió la madre cuarenta dias, dejando al bendito niño en las manos de Dios, para que le guardase; y que el Señor le envió un ángel para que le criase, como envió á Ismael, hijo de Abrahan, otro ángel, cuando su madre Agar le echó bajo de un árbol y se apartó léjos de él por no verle morir. Esto dicen estos autores, y lo refieren el cardenal Baronio y el padre doctor Francisco Suarez: y por ser varones tan diligentes y doctos, no he querido yo dejar de hacer mencion de ello. Y aun Crisóstomo y san Pedro, mártir, obispo de Alejandría, añaden, que la muerte de Zacarías fué por haber escondido á su hijo, y no haberle querido descubrir. Pero de cualquiera manera que ello haya sido, en lo que concuerdan los santos doctores, es en que san Juan de muy tierna edad hizo penitencia en el desierto, y fué el primero que abrió el camino de los anacoretas y solitarios; y por esto san Gregorio Nacianceno á boca llena le llama ermitaño; y san Gerónimo, san Crisóstomo y san Bernardo, capitan, maestro y guia de los monges; porque fué el modelo y dechado de todos ellos, y perseveró en aquesta aspereza de vida, hasta que el Señor le mandó salir á predicar y ejercer el oficio de precursor para que le habia escogido: y para que todo el pueblo, viendo las maravillas y prodigios de su nacimiento, y aspereza tan extraña con que habia vivido en el desierto, y el nuevo traje y hábito con que venia, el espíritu con que predicaba la penitencia y bautizaba, entendiese que aquel varon traia el espíritu y sello de Dios; y que le debian creer y obedecer como á ministro suyo. Él fué el primero que, como hombre venido del cielo, predicó el reino de los cielos y penitencia que nos lleva á ellos. Fué de tanto peso todo esto que habemos referido, que como un continuo y perpetuo milagro, sin otro milagro que san Juan hiciese, no solamente le tuvieron los judíos por hombre santo, sino por el mismo Mesías que esperaban, y de tanto crédito, que le enviaron una solemne embajada para preguntarle si lo era, estando aparejados para creerle y tenerle por tal, si él confesara y dijera que sí, que no se dejó desvanecer ni llevar del aire popular, ántes confesó y protestó que no era Cristo ni aquel profeta que ellos pensaban, sino voz de Cristo, que venia á dar voces y á predicarles que aparejasen el camino al Señor, como mucho ántes Isaías lo habia profetizado.

Voz, dijo Juan, que era de Cristo: no era el Verbo que fué y es y será en el principio; pero voz y embajador de este Verbo, para manifestarle y darle á conocer al mundo: porque así como el verbo nuestro interior es el concepto que forma nuestro entendimiento, y la voz es la que le declara; así Cristo nuestro Redentor es el Verbo y un simplísimo y perfectísimo concepto de su Padre eterno, y verdadera imágen, forma y figura de su substancia, resplandor de su gloria y un substancial espejo, en que están y se representan todas sus perfecciones: y Juan, la voz que se deriva de Cristo como de su fuente para predicarle, y testificar que era el cordero sin mancilla que venia á quitar los pecados del mundo. La voz se instituyó para significar el verbo; y Juan para mostrar á Cristo: el verbo está encerrado y encubierto, ántes que la voz le descierre y descubra; y Cristo estuvo sin ser conocido en el seno del Padre, hasta que vino esta voz divina y le manifestó á los judíos: la voz se forma para esplicar el verbo, y despues de él; y Juan fué despues de Cristo: porque Cristo, como Verbo del Padre, fué *ab æterno*; y Juan, como voz, fué formado en tiempo: y por eso él mismo dijo: «Despues de mí vendrá, el que fué ántes de mí.» Finalmente fué voz: porque así como en oyendo la voz de uno, decimos: «Él es: aquí está:» y por la voz propia conocemos la persona; como la criada de María, madre de Juan, conoció á san Pedro por su voz, cuando el ángel le libró de la cárcel y de las manos de Herodes; así en oyendo á Juan, que es la voz de Cristo, luego se entendió que Cristo era venido. Los otros profetas decian: «Vendrá, vendrá;» mas Juan dijo: «Ya es venido;» y mostrándole con el dedo, añadió: «Este es el Cordero de Dios; este es el que quita los pecados del mundo:» y por esto Juan no solamente es profeta, pero mas que profeta.

Profeta le llama su padre cuando dijo: «Tú serás llamado profeta del Altísimo:» y el Salvador, hablando de él, dijo: que no solamente «era profeta, pero mas que profeta:» porque los profetas, como dijimos, tenian por oficio avisar y declarar al pueblo que el Mesías habia de venir; y Juan le tuvo de mostrarle y testificar que ya habia venido. Fué mas que profeta; porque los otros profetas profetizaron de él; y él hizo profeta á su madre ántes que naciese, y despues de él nacido, tambien á su padre; y estando mudo por no haber creido al ángel, le restituyó la habla: porque no era conveniente que saliendo á luz la voz y oyéndola otros, quedase mudo el padre de ella. Fué mas que profeta; porque fué el remate y fin de todos los profetas del Viejo Testamento y principio del Nuevo: que por esto dijo Cristo nuestro Señor, que la ley y los profetas se acababan en Juan. Mas que profeta; porque no solamente vió y conversó como amigo, con el que los otros profetas desearon ver y reverenciar, sino porque mereció bautizarle con sus manos y ver al Espíritu Santo en figura de paloma sobre el Señor, y oir la voz del Padre eterno, que testificaba que aquel era su Hijo benditísimo.

Fué mas que profeta; porque fué ángel: y ángel le llama el mismo Dios por el profeta Malaquías, y lo confirmó Cristo nuestro Redentor, alegando el mismo lugar de su profeta: nó porque no fuese hombre en su naturaleza; mas porque tuvo oficio y vida de ángel, y se puede comparar con los mas altos querubines y serafines. Angeles se llaman aquellos bienaventurados espíritus; porque son nuncios del Señor, y sus ministros é intérpretes de su voluntad: porque ángel en griego quiere decir *nuncio*; y como Juan fué embajador del Señor, con razon debe tener nombre de ángel; pues tuvo el oficio: y mucho mas, por haber tenido la pureza de ángel, y haber sido en la tierra con carne flaca mas perfecto y santo, que muchos ángeles nobilísimos, que por su naturaleza lo son en el cielo. Porque, ¿qué lengua de ángeles podrá explicar aquel colmo de virtudes, y mar de santidad y abismo de perfeccion que tuvo Juan, desde que fué santificado en las entrañas de su madre santa Isabel, hasta que dió su cabeza por la justicia y por la defensa de la castidad? ¡Qué entretenido estuvo de pensamientos divinos en el desierto! ¡Qué gustos tuvo de gloria! ¡Qué favores del cielo! ¡Qué regalos de ángeles! ¡Qué resplandores! ¡Qué de encendimientos y ardores de caridad abrasaban aquel pecho sagrado y le hacian salir de sí, y vivir, nó donde estaba, sino donde amaba y poseia todo su bien! Porque si de algunos santos leemos, que por la gran fuerza de su espí-

ritu y singular favor del Señor, fueron levantados sobre sí, arrobados y absortos de tal manera, que se olvidaban de la flaqueza de su carne y de todos los contentos y necesidades de esta vida, y sus ojos, viendo, no veian, y sus orejas, oyendo, no oian, y comiendo, no comian; ¿qué debemos pensar de Juan Bautista que en tan delicada edad dejó tanto mas que ellos, y se fué á habitar á los desiertos para no vivir á sí, sino á Dios, y ser digno embajador de su gloria, y testigo sin excepcion mayor de su unigénito y benditísimo Hijo?

Allí, dicen san Ambrosio y san Crisóstomo y otros santos doctores, que tuvo por maestro al Espíritu Santo, que le alumbró en los misterios divinos, nó como á hombre, sino como á ángel. Allí recibió don de declarar las divinas Escrituras, y para escribir y hablar como escritor canónico. Tuvo don de la fé, de ciencia, y de toda la sabiduría necesaria para un predicador y doctor tan grande como él era, y que venia, para que todos los hombres creyesen por él. Los otros apóstoles convirtieron uno una provincia, y otro otra, y san Pablo, predicador de las gentes, convirtió á muchas: pero san Juan Bautista, el Evangelio dice: que fué enviado para que todos creyesen por él. Y por esto san Gerónimo y otros santos, le llaman apóstol, nó en la dignidad y potestad apostólica, sino en el oficio y ministerio: porque apóstol quiere decir *enviado*; y Juan lo fué de Dios, nó á un reino, nacion ó provincia, sino á todo el mundo. Finalmente, tuvo altísimo y perfectísimo grado de todas las grandezas y excelencias, que para la vida activa y para la contemplativa en que se ejercitó, y para los ministerios de precursor y baustista, que Dios le encargó eran menester. Y por esto los santos dicen, y nunca acaban de sus virtudes; y quien quisiese recoger sus alabanzas, haria un grande volúmen. San Pedro Crisólogo le llama escuela de virtudes, maestro de la vida, modelo de santidad, regla de justicia, espejo de virginidad, título de honestidad, ejemplo de castidad, predicador de la penitencia, doctor de la fé, mas que hombre, igual á los ángeles, suma de la ley, sementera del Evangelio, voz de los apóstoles, silencio de los profetas, hacha del mundo, adelantado del juez, aposentador de Cristo, testigo del Señor, y sagrario de toda la Santísima Trinidad. San Agustin, san Bernardo y otros santos le llaman, trompeta del cielo, pregonero de Cristo, secretario del Padre, precursor del Hijo, alferez del Rey soberano, predicador de la penitencia, correccion de los judíos, gozo de sus padres, nobleza de su linaje, ejemplo del mundo, destierro de la muerte y puerta de la vida, ornamento de los hombres, resplandor de la conversacion, norma y regla de la justicia y alegría de los ángeles, hombre excelentísimo, pariente de Cristo, amigo del Esposo, y atavío y componedor de la Esposa. Y el mismo san Bernardo le llama patriarca, cabeza y fin de los patriarcas, profeta y mas que profeta, ángel y entre los ángeles escogido, vírgen y esposo limpísimo de la virginidad, mártir y lumbrera de los mártires, y el que entre la natividad y muerte de Cristo, nos dejó ejemplo de constantísimo martirio. Pero todas las alabanzas que amontonaron los santos, hablando de san Juan Bautista, por grandes y admirables que sean, callen con la que el Señor de los santos le dió, cuando dijo: que « entre los nacidos de las mujeres, no habia mayor que Juan Bautista; » porque en esto se resumen y cifran todas las que de él se pueden decir: y así dice Eusebio Emiseno, que san Juan no se puede alabar con voz humana, porque fué alabado del mismo Dios. Y san Agustin viene á concluir, que si entre los hombres y nacidos de las mujeres, no hay otro mayor que Juan; el que es mayor que él, no solamente ha de ser hombre, sino Dios. Y fué tan parecido en la santidad á Jesucristo, que en vida fué tenido por el Mesías, como dice san Ambrosio; y en muerte el Mesías fué tenido por Juan. Finalmente, despues de haber cumplido perfectísimamente con su oficio de predicador de la penitencia, y de testigo y precursor del Señor, le fué cortada la cabeza por mandado del rey Herodes, á quien él con gran libertad reprendia, por haber tomado á su hermano Filipo á Herodías su mujer, y estar públicamente amancebado con ella, en grave ofensa de Dios y escándalo de todo el pueblo, como se dirá el dia de su martirio, que con particular fiesta celebra la Iglesia; y por esto no se trata aquí; que no quiso nuestro Señor que faltase á su grande amigo san Juan esta laureola y corona tan gloriosa de mártir; pues le habia dado las de doctor y de vírgen, y todas las otras excelencias y grandezas que arriba quedan referidas. De san Juan, á mas de lo que hay en las divinas Letras, escriben casi todos los doctores y autores de la historia eclesiástica, antiguos y modernos: Lipomano y Surio traen muchos sermones de santos, de sus virtudes y privilegios, en donde el que quiera, las podrá ver.

* La Conmemoracion de muchísimos santos mártires. —Durante el reinado del impío y cruel Neron, fueron muchísimos los cristianos que derramaron su sangre por la fé. En cierta ocasion pegóse fuego en uno de los barrios de la ciudad de Roma, causando grandes estragos: y como en aquel entonces todo cuanto sucedia de malo se atribuia á los cristianos, de ahí es que muchos fueron acusados de haber provocado el incendio. Cuantos cristianos fueron hallados, sufrieron crueles martirios por órden del mismo Neron: así es que unos cubiertos de pieles de fieras fueron echados á los perros; otros clavados en cruz fueron arrojados al fuego. Estas fueron las primicias de los mártires; pues casi todos eran discípulos de los apóstoles, y murieron el año 64 de Jesucristo.

Los santos Oroncio, Heros, Farnacio, Fermin, Fermo, Ciriaco y Longinos, mártires.—Los siete eran hermanos y servian en las legiones romanas. Hallándose en Sataló de Armenia, fueron acusados de ser cristianos y aunque eran muy buenos soldados, fueron privados de las insignias y prerogativas militares por órden del emperador Maximiano, á causa de haberse negado á prestar obediencia á los edictos que se habian publicado contra los cristianos. Despues fueron separados el uno del otro, y conduciéndolos á diversos lugares, habiendo pasado muchos trabajos y aflicciones, alcanzaron la corona del martirio y volvieron á juntarse todos en el cielo.

San Agoardo y san Agliberto, con otros innumerables cristianos, todos mártires.—Estos dos santos eran naturales de las márgenes del Rhin y se habian establecido en el pueblo de Creteil, á dos leguas de París. Fuéron convertidos á la fé, con otras muchas personas, por los bienaventurados Altino y Evaldo, y habiendo derribado un templo de los ídolos, fueron condenados á muerte con otra multitud de cristianos, por órden del gobernador que era idólatra, aunque otros aseguran que fueron muertos por los vándalos. Colócase su martirio en el año 400 de la era

actual. Sobre su tumba levantóse despues una iglesia, y sus reliquias se guardan todavía en ella con grandísima veneracion.

SAN SIMPLICIO, OBISPO Y CONFESOR.—Este santo, que florecia en el siglo IV, era de una familia noble y rica, y se casó en su juventud con una mujer que á su ilustre nacimiento unia tambien las mas bellas virtudes. Ambos vivieron en perfecta continencia, aunque en el exterior se portaban como dos personas casadas; ambos se hallaban animados de una misma caridad y de sin igual celo por los varios ejercicios de la piedad cristiana. Al vacar la silla episcopal de Autun, Simplicio fué de comun acuerdo elegido para ocuparla, y como su esposa no quiso separarse de él, como se acostumbraba siempre en semejantes casos, el pueblo se escandalizó de semejante conducta. El cielo obró entonces un prodigio para manifestar que los dos esposos vivian unidos como hermanos, y la opinion pública se cambió en veneracion y aprecio. Otro milagro obrado por el santo obispo abrió los ojos á un gran número de paganos, y les hizo abandonar para siempre el culto de Cibeles, que estaba entre ellos en una veneracion singular. Ignórase de fijo el año de la dichosa muerte de san Simplicio: créese solamente que murió un dia 24 de junio, por estar continuado en tal dia en los mas antiguos Martirologios.

SAN FAUSTO Y OTROS VEINTE Y TRES COMPAÑEROS MÁRTIRES.—Acusado Fausto de no querer adorar á los ídolos ante el prefecto de la ciudad de Roma, fué condenado á muerte juntamente con otros veinte y tres compañeros, que todos derramaron su sangre, el dia 24 de junio del año 250, reinando Decio.

SAN TEODULFO, OBISPO Y CONFESOR.—Natural de las Galias, y educado en el santo temor de Dios, fué Teodulfo espejo de santidad en el claustro y modelo de pastores en la silla episcopal. Pasó su juventud en el monasterio de Loubes, del cual fué nombrado abad, por el ascendiente que le daban sobre todos su sabiduría y eminentes virtudes. Mientras él gobernó aquella casa religiosa, vióse en ella florecer de tal modo la religion, que parecia un semillero de santos, de modo que de ella salieron una porcion de pastores para la Iglesia de Francia, que están hoy colocados sobre los altares. Teodulfo fué elegido obispo del mismo territorio de Loubes, conservando la abadía de su monasterio, y fué tanta la fama de su ciencia y santidad, que muchas veces los reyes de Francia lo llamaron á su córte para consultarlo. En sus viajes se vió obligado á ocultar su verdadero nombre para sustraerse á las adoraciones del pueblo, y á pesar de esto fué tan humilde y tan sencillo, que en medio de su rebaño no se desdeñaba de los oficios mas bajos, para servir y ser útil á sus ovejas. Poseyó el don de profecía y de milagros, y murió santamente en el mismo monasterio de Loubes, el dia 24 de junio del año 676. Su nombre se halla continuado en el catálogo de los arzobispos de Reims; pero no se sabe cuándo lo fué, ni que dejase nunca su obispado. La disciplina monástica en Francia debe á este santo muchos escritos luminosos, para el buen arreglo y direccion de los monasterios.

SAN JUAN, LLAMADO TERESTES, ERMITAÑO Y CONFESOR.—Natural de Galicia en España, de padres virtuosos, recibió desde la cuna una enseñanza enteramente cristiana. En su tiempo dominaban los moros en su patria, y deseando consagrarse á Dios de todo corazon y apartarse de las abominaciones que á su vista se cometian, dejó secretamente la casa paterna y se encaminó á un desierto, donde despues pasó toda su vida. Entregado á la contemplacion de las cosas celestiales, su único alimento consistia en yerbas y agua pura; sus delicias eran la meditacion y la soledad, y nunca salió de ella mas que para asistir una vez al año á los santos misterios en la iglesia mas próxima. Despues de cuarenta y dos años, empleados en las austeridades y privaciones de esta vida, llegó la hora de ser llamado á la patria de las recompensas: los ángeles asistieron á su dichoso tránsito, y despues de su muerte, revelaron el sitio en donde estaba á un virtuoso siervo de Dios, que luego hizo pública la noticia. Gran multitud de personas de todas edades y condiciones acudieron á la cueva, donde estaba aun el santo cadáver, y por los milagros, de que todos fueron testigos, conocieron que aquel era efectivamente el santo que los ángeles habian revelado. San Juan murió á fines del siglo IX, y desde entonces es venerado con grandísima devocion en los reinos de Galicia y de Portugal.

DIA 25.

SAN MÁXIMO, OBISPO DE TURIN.—San Máximo fué natural de Turin. Sus virtudes fueron tantas, que desde su primera edad hasta el fin de su vida, parece que cada dia nacian y comenzaban. En sus tiernos años fué ya en todas sus cosas perfecto. En su mocedad vivió en el mundo con hábito seglar; aunque en su intencion siempre estaba fuera del mundo. Despues dejólo del todo con las cosas, que saben á él, pareciéndole que las propias virtudes y el ornamento de la alma no se pueden esclarecer de otra manera, y saliéndose de su tierra, fuése á la isla de Eras, que es cabo de Marsella, y tomó el hábito de monge, y poniendo sobre sus hombros la cruz del Señor, se ejercitó maravillosamente en su servicio con los demás monges de aquel famoso monasterio, los cuales: viendo sus grandes prendas, lo eligieron por su abad y pastor. Con este oficio rigió el monasterio siete años, enseñando con su doctrina y ejemplo á los devotos monges, y con su fama y santidad conservaba y aumentaba cada dia el rebaño ofrecido á nuestro Señor. Tenia grandes guerras y contiendas con sus pensamientos y con los demonios, y en todas sus tentaciones y batallas salia vencedor. Despues fué elegido por obispo de su patria, y entonces resplandecieron mas las virtudes, con que en el monasterio se habia enriquecido, representando en sí una imágen expresa de santidad. Con su severidad se hacia temer y con su benignidad reverenciar. Con su mansedumbre y humildad templaba su autoridad, porque su vista amenazaba. De todos era respetado y acatado, y era tanta la gente que acudia á visitarlo y verlo, que recibiendo de ello fastidio, se escondia. Al fin lo buscaban y le hacian asistir en su iglesia, y que aprovechase á todos con su presencia. Era templado en la honra, pobre en el dinero y rico en la conciencia. Humilde para los que lo merecian, y severo para los viciosos y colmado de los bienes de Dios. Así se ejercitaba en cualquier ejercicio, como si no hubiera mas que aquel. Como habia hecho el oficio de prelado, siendo abad; siendo prelado y obispo, hacia y cumplia el oficio de abad: de nada tenia mas cuidado que de la leccion, predi-

cacion y oracion. Cuanto mas servia al Señor, mas cuidado ponia en servirlo, y solia decir aquello de Job: Yo, como si la tempestad del mar fuése sobre mí, temí al Señor: y ejercitándose en esta santa vida, dió su alma santísima al Señor. Celébrase su fiesta á los 25 de junio. Sacóse esta vida de Eusebio Emiseno, en una homilia que hace de este mismo santo.

* San Guillermo, confesor.—Perdió este santo en su infancia á sus padres, corriendo su educacion á cargo de unos parientes, que procuraron inspirarle sentimientos de piedad. Solo contaba quince años de edad, cuando animado de vivos deseos de penitencia emprendió la peregrinacion á Santiago de Galicia. Despues de haber visitado el sepulcro del glorioso apóstol se dirigió al reino de Nápoles, fijando su residencia en una montaña enteramente desierta, donde su ocupacion era toda de Dios, mortificando su cuerpo con todo género de austeridades. Vióse precisado Guillermo á cambiar de soledad, porque le interrumpian sus oraciones, trasladándose en un lugar llamado Monte-Vírgen, situado entre Nola y Benevento en el mismo reino de Nápoles. La fama de su santidad le siguió tambien á este punto, y deseando algunos ponerse bajo la direccion del santo, de ahí tomó orígen la congregacion religiosa llamada de Monte-Vírgen fundada el año 1119. Murió este santo el año 1142 á 25 de junio, y despues de su muerte el papa Alejandro III dió á su órden la regla de san Benito.

San Galicano, mártir.—Fué cónsul romano y estuvo decorado con las insignias triunfales. Era muy amigo del emperador Constantino, cuando se convirtió á la religion cristiana á instancia y persuasion de los santos Juan y Pablo. Retiróse con san Hilarino á la ciudad de Ostia Tiberina, y se dedicó á la hospitalidad y al servicio de los enfermos. Divulgándose por todo el mundo la fama de tan insignes virtudes, concurrian muchos de todas partes á ver á un hombre, que habiendo sido patricio y cónsul, lavaba los piés á los pobres, les servia á la mesa, les echaba agua en las manos para lavarse, servia á los enfermos con mucho esmero y se ejercitaba en todas las demás obras de piedad y misericordia. El emperador Juliano el Apóstata, á quien incomodaban todas las virtudes, lo hizo echar de Ostia, y el santo se fué entonces á Alejandría, en cuya ciudad, queriendo obligarle el juez Rauciano á que adorase á los ídolos y no queriendo Galicano obedecer, fué condenado á ser degollado. La sentencia se ejecutó el dia 25 de junio del año 329.

San Adelberto, confesor.—Descendiente de los reyes de Nortumberland, dejó el mundo y todas sus pompas para no vivir mas que para Dios. Por los años de 700 se juntó con san Vilibordo obispo, que estaba predicando el Evangelio en la baja Alemania. Adelberto predicó tambien los misterios de la religion y convirtió gran parte de los pueblos que habitaban la Frisia y la Holanda, y fué nombrado arcediano de Utrech. Continuando despues sus misiones y sus trabajos apostólicos, cayó enfermo en Egmond donde murió por los años de 740, habiendo ilustrado su vida con un laborioso apostolado. Su tumba se hizo célebre por los muchos milagros que obró el Señor en ella, y su nombre es aun invocado con grandísima devocion en los paises que fueron teatro de sus glorias.

Santa Fedronia, vírgen y mártir.—Durante la persecucion del emperador Diocleciano vivia esta santa en Sibapolis de Siria, y habiendo sido presentada al gobernador Lysimaco como cristiana, procuró este tentar su pureza y luego obligarla á adorar á los dioses; pero ella que queria á toda costa conservar la castidad y la fé, se negó valerosamente á una y otra exigencia, y el juez la condenó á los siguientes tormentos. Primeramente fué azotada con nervios y atormentada en el potro; despues descarnada por medio de peines de hierro, y echada en el fuego; luégo le arrancaron los dientes y le cortaron los pechos, y por último, habiéndola degollado, adornada de tantas y tan preciosas joyas voló á su celestial Esposo, Jesucristo.

San Sosipatro, obispo.—Fué discípulo del apóstol san Pablo, y natural de la ciudad de Berea en Macedonia. Enviado por el apóstol á predicar el Evangelio á la isla de Córcega, en donde cogió abundante miés para la Iglesia, fué despues consagrado obispo de Iconio, cuyos fieles apacentó por espacio de algunos años. Vuelto despues á Córcega, y recibido en ella por los cristianos como un apóstol, levantó varias iglesias, principalmente una en honor del protomártir san Estéban. Cercilino, rey de la isla, viendo los progresos que hacia el santo en la conversion de sus súbditos, mandó prenderle, y le hizo encerrar en una oscura cárcel, donde habia detenidos siete ladrones, que por las palabras de Sosipatro creyeron en Jesucristo y fueron bautizados dentro de la misma cárcel, en compañía del carcelero, que tambien se habia convertido. El rey mandó que todos juntos fuesen atormentados hasta que renegasen de su fé; pero mientras los santos estaban sufriendo, bajó de repente un fuego del cielo, que devoró á los dos hijos y á la mujer del rey. Viendo el rey este milagro, invocó al Dios de Sosipatro, y siendo instruido en los misterios de la religion, fué tambien bautizado. Desde entonces estuvo en paz la Iglesia de Córcega; Sosipatro continuó obrando muchos milagros, y murió santamente á fines del siglo I.

Santa Lucía, vírgen y mártir, con otros veinte y dos compañeros mártires.—Era esta santa de Urbino, y habiendo sido llevada á Roma para satisfacer la sensualidad del emperador, á causa de su belleza, negóse á toda torpeza, diciendo que estaba desposada con Jesucristo, al cual no queria faltar. Fué pues atormentada cruelmente, y habiendo permanecido siempre constante en sus propósitos, fué degollada en compañía de otros veinte y dos santos, en la misma Roma, el año 301.

San Antidio, obispo.—Nació de ilustre sangre, y despues de haberse dedicado al estudio de las ciencias sagradas, fué elegido canónigo y luego obispo de Besanzon. Portóse en este cargo con grande sabiduría y virtud: obró muchos milagros, y hallándose su ciudad sitiada por los vándalos, fué á su campamento á consolar á algunos cristianos, que el enemigo tenia prisioneros. Habiendo sido cogido é interrogado, le azotaron, y despues le cortaron la cabeza el dia 25 de junio del año 411.

Santa Eurosia, vírgen y mártir.—En la persecucion que movió contra los cristianos en España el rey moro de Córdoba, Abderraman, entre las ilustres víctimas que llevó al cielo, fué una santa Eurosia, que derramó su sangre por Jesucristo en una ciudad del reino de Aragon, durante el siglo VIII. Su sagrado cuerpo fué trasladado á la catedral de Jaca, donde se venera con gran devocion.

San Próspero.—Esta vida se halla en el dia 12 de este mismo mes.

DIA 26.

SAN JUAN Y SAN PAULO, MÁRTIRES.—El martirio de los valerosos mártires san Juan y Paulo escribió Terenciano, el cual siendo capitan de la guardia del emperador Juliano Apóstata, por su mandado los hizo matar, y despues se convirtió á la fé de Cristo nuestro Señor: y es de esta manera. En tiempo del emperador Constantino Magno, los escitas, gente feroz y bárbara, acometieron con gran furor al imperio romano, y le comenzaron á hacer cruda guerra por la provincia de Tracia. No pudo ir el emperador en persona á esta guerra, y puso los ojos en un capitan muy esforzado y experimentado, y que habia alcanzado grandes victorias, por nombre Galicano, el cual era gentil, viudo, y tenia dos hijas, que se llamaban Atica y Artemia, doncellas de rara virtud, y bien enseñadas en todo género de letras. Convidó Constantino á Galicano con el cargo de capitan general de aquella jornada tan importante, y rogóle que la aceptase: porque todos los soldados y capitanes lo deseaban, juzgando que no habia persona mas á propósito para tan dificultosa empresa. No salió á ello Galicano, temiendo el peligro y gran dificultad de aquella guerra; pero al fin dijo al emperador, que él iria á ella si despues de acabada y vencidos los bárbaros, le prometia hacerle cónsul, y darle á Constancia su hija por mujer. Hallóse congojado con esta demanda Constantino, no tanto por haber de dar su hija á un criado suyo, como porque Constancia habia hecho voto de perpetua castidad, y sabia que ántes se dejaria matar que perderla. Supo Constancia el cuidado en que su padre estaba, y despues de haberse encomendado á Dios, le habló, y le dijo: Si yo, señor y padre mio, no supiese de cierto que Dios no me ha de desamparar, estaria con temor, por lo que á mí me toca, y por veros á vos puesto en tanta congoja, perplejidad y afliccion: mas porque espero que mi Dios será conmigo, no dudeis de prometer á Galicano que yo me casaré con él, y que le hareis cónsul, volviendo con victoria; con tal que lleve consigo á los hermanos criados íntimos mios, á Juan, mi mayordomo, y á Paulo, mi secretario, y que deje en mi compañía á sus dos hijas. Propuso el emperador á Galicano lo que su hija le habia dicho con gran contentamiento; y él lo aceptó de buena gana y se partió para la guerra, y en su compañía los santos hermanos y eunucos Juan y Paulo. Las hijas de Galicano vinieron á palacio, y Constancia teniéndolas ya en su poder, estando en su recogimiento, levantadas las manos y el corazon á Dios, hizo oracion de esta manera: Señor Dios mio todopoderoso, que por las oraciones de tu santa virgen y mártir Inés me curaste de la llaga incurable, y me enseñaste el camino de la verdad, y me inspiraste que permaneciese en castidad, y te dignaste admitirme en el número de tus esposas: tú, Señor, que eres Hijo y Padre de María, y recibiste sustento de sus sagrados pechos, siendo tú, el que sustentas el universo: tú, que creciste en edad, siendo el que da el crecer y aumento á toda criatura: tú, que creciste en sabiduría, siendo sabiduría eterna: tú, que eres grande, todopoderoso, infinito y en tiempo naciste de madre, siendo sin madre engendrado *ab æterno* de la substancia del eterno Padre, Dios de Dios, lumbre de lumbre: tú que reparaste el mundo con tu muerte, y eres juez universal de vivos y de muertos: yo te suplico, Dios mio, humildísimamente, que me concedas para tu servicio estas dos almas, que tú redimiste con tu preciosa sangre, y la de su padre Galicano, para que se conviertan á tí, y vivan en tí siendo cristianos. Abre, Señor, mi boca, para que yo sepa decir lo que les conviene, y abre sus oidos, para que oyendo mis amonestaciones, ellas y yo perseveremos en castidad, y no deseemos otro esposo sino á tí, con quien ellas y yo eternamente nos gocemos en tu reino celestial. Esta oracion hizo la santa doncella Constancia: la cual escrita de su misma mano, dice Terenciano, vino á su poder, y que la misma Constancia se la refirió.

Oyó nuestro Señor esta oracion; porque las dos doncellas de Galicano, prometiéndole su virginidad, recibieron la fé de Cristo, y el mismo Galicano, haciendo voto de ser cristiano, por consejo y amonestacion de los dos santos hermanos, Juan y Paulo, alcanzó victoria de los bárbaros. Los cuales al principio le apretaron mucho, y en varios reencuentros que tuvieron, llevaron siempre lo mejor, y con el número y valor de su gente le tuvieron cercado, y pasándose la que tenia Galicano á los enemigos; y él no hacia sino ofrecer sacrificios al dios Marte, para que le ayudase: pero como Marte no era Dios, sino una estatua muerta, no le podia ayudar: y así hallándose tan alcanzado de cuenta, y tan afligido, y que ya no pensaba pelear ni resistir, sino huir, vinieron á él los santos hermanos Juan y Paulo, y dijéronle, que hiciese voto á Dios del cielo, que creeria en él y seria cristiano, y que con esto alcanzaria la victoria que Marte no le habia podido dar. Hizo el voto Galicano, y luego al momento vió á su lado un mancebo, alto de cuerpo, que tenia sobre el hombro la cruz, y díjole: Toma tu espada y sígueme. Tomó la espada y siguióle, y vió al rededor de sí muchos soldados armados, que le animaban y decian: No temas; que nosotros iremos contigo; tú entra animosamente en los reales de los enemigos, llevando en la mano esa espada desenvainada, y no pares, hasta que llegues á la tienda donde está el rey. Cumplió Galicano todo lo que le fué mandado; y el rey de los escitas, viéndole acompañado de aquellos escuadrones armados del cielo, se echó á sus piés, pidiéndole que le otorgase la vida: y él, movido de piedad, no lo quiso matar, ni que otro matase á alguno de los enemigos; y con esto alcanzó gloriosa victoria. Libró la Tracia de los enemigos bárbaros, é hizo tributarios á los escitas. Recogió su ejército, aunque no quiso admitir á él los soldados y capitanes que se le habian huido, si no se hacian cristianos, y á los que lo hicieron, acrecentó con mayores ventajas, y á los otros los despidió. Y para ser mas agradecido á aquel Señor, que le habia dado tan ilustre y milagrosa victoria, y no solamente ser cristiano, como lo habia prometido, sino serlo perfectamente, y estar mas desembarazado de las cosas del mundo, determinó no casarse, y en vida retirada darse de todo á Dios.

Con este próspero suceso y mayor victoria del demonio que de los escitas, volvió Galicano á Roma, donde fué recibido del emperador, del senado, y de toda la nobleza y ciudad, con increible fiesta y regocijo. Pero ántes que entrase en la ciudad, fué á visitar la iglesia del príncipe de los apóstoles, san Pedro. De lo cual maravillándose el emperador, le dijo: Cuando saliste de Roma para ir á la guerra, te ví ir primero al Capitolio y ofrecer sacrificio á los demonios; y ahora que vuelves vencedor, veo que adoras á Cristo, y haces reverencia á su apóstol: mucho de-

seo saber la causa de esto. Entonces Galicano contó al emperador todo lo que habia sucedido en la guerra, que es lo que queda referido; y mas le dijo, que en cumplimiento de sus deseos y propósitos, lo que le suplicaba era que diese á otros aquellos cargos y honras, y á él le dejase ya recoger en algun rincon, para servir de veras á aquel Señor que habia conocido: y que Constancia, su hija y su señora, bien se podia casar con quien fuese servida, porque él no pensaba casarse, sino dar de mano á todos los gustos y cosas de la tierra. Oyendo esto el emperador, le abrazó con mucho amor, y le dijo que le hacia saber que sus dos hijas tambien eran cristianas y habian consagrado su virginidad á Jesucristo: de lo que él recibió muy gran placer y contento. Entrando con el emperador en el palacio, le salieron á recibir la madre del emperador, Elena, y la hija Constancia, y sus dos hijas Artica y Artemia, despidiendo todas de sus ojos dulcísimas y copiosísimas lágrimas de consuelo y gozo, alabando al obrador de tan grandes maravillas. Queria Galicano dejarlo luego todo; mas el emperador no lo consintió, ántes le hizo cónsul y le honró y ensalzó mucho para que fuese mas notable su mudanza, y los cristianos se animasen y los gentiles conociesen mas la virtud y poder de Cristo: el cual, para que triunfen del mundo y de sus vanidades, da luz á sus siervos con que las conozcan, y espíritu con que las huellen y lleven debajo de los piés, como lo hizo Galicano: porque dió libertad á cinco mil esclavos que tenia; vendió sus heredades y posesiones, que eran riquísimas, y dejando á sus hijas lo que habian menester, partió con los pobres el precio de ellas y se retiró á la ciudad de Ostia, cuatro leguas de Roma, donde hizo un hospital para recibir á los pobres peregrinos, y edificó la iglesia primera que hubo en aquella ciudad, y la enriqueció de ricos dones; y otra á san Lorenzo mártir, que le apareció y mandó que la hiciese, señalándole el lugar donde la habia de hacer. Allí se acompañó con un santo varon llamado Hilarino, y se ejercitó con grande afecto y humildad en las obras de misericordia, hospedando á los peregrinos, sirviendo por su persona á los pobres, dándoles aguamanos y lavándoles los piés, y haciendo Dios por él muchos y muy grandes milagros, dando salud á los enfermos y librando á los endemoniados por las oraciones de Galicano. Y como en el siglo habia sido tan conocido, venia mucha gente desde Oriente y de otras partes á verle y á echarse á sus piés, teniéndole en mas por aquella humildad con que resplandecia en Cristo, que por todas las grandezas, riquezas y trofeos que ántes habia tenido.

En esta vida perseveró Galicano muchos años, hasta que muerto el emperador Constantino y sus tres hijos, Constantino, Constante y Constancio, vino el imperio á Juliano Apóstata, su sobrino. Este le hizo matar, queriendo vengarse de Galicano, porque los demonios hablaban por boca de los dioses: y no queriendo él hacerlo, como el desventurado Juliano habia hecho, dió contra él la sentencia de muerte, y la Iglesia celebra su fiesta á los 25 de junio; é Hilarino su compañero por la misma causa fué muerto á palos. Y sucedió una cosa bien notable, que queriendo Juliano quitar á Galicano cuatro posesiones muy buenas, que tenia en Ostia para el sustento de los pobres, ó el demonio se apoderaba luego de los que iban á tomar posesion por el fisco imperial, y trataban de cobrar las rentas de ellas, ó quedaban leprosos; defendiendo Dios con evidentes milagros la hacienda y sustento de sus pobres. Este fin tan glorioso tuvo Galicano, y el principio de él y de todo su bien fueron los dos santos hermanos Juan y Paulo, cuya vida aquí escribimos, por haber ido en su compañía, y aconsejádole se hiciese cristiano, porque así tendria victoria de sus enemigos.

Pero como el emperador Juliano estaba tan encarnizado y tan codicioso de las haciendas de los cristianos, y de despojarlos de cuanto tenian, alegando falsamente que Cristo los queria pobres, y que ninguno podia ser su discípulo si no dejaba todo lo que tenia (que se debe entender del afecto y no del efecto, y cuando la hacienda se opone con la ley de Dios), y supo que san Juan y Paulo repartian á los pobres con larga mano las grandes riquezas que Constancia su señora les habia dado; buscando algun color, para quitarles la hacienda y la vida, les envió á ofrecer su palacio imperial, y á decirles que de buena gana se serviria de ellos y los tendria cabe sí, y les honraria como á cortesanos tan antiguos, y criados tan queridos del emperador Constantino, su tio, y de Constancia, su prima, haciendo ellos lo que era razon é imitándole en dejar la vida de los cristianos, porque era una vida holgazana y sin provecho, y adorando á los dioses inmortales que eran los protectores y conservadores de su imperio; y que si no lo quisiesen hacer de grado les costaria caro: porque él estaba determinado á no sufrir que ellos ni nadie le menospreciasen. A esto respondieron los santos, que no dejaban el servicio de Juliano, por servir á otro hombre mortal, sino por servir á Dios, Criador del cielo y de la tierra, y verdadero dador y conservador de todos los imperios: y por no ofender á Dios, no querian su amistad, ni entrar en su palacio, ni ver su cara; pues habia dejado la fé de Cristo, que ántes habia recibido. Dióles Terenciano, que era el intérprete de Juliano en este negocio, diez dias para que mejor lo pensasen, y tomasen acuerdo en lo que les convenia. Ellos le dijeron, que ya hiciese cuenta que ya los diez dias eran pasados, y que ejecutase lo que su amo le mandaba, porque ellos no se mudarian.

Entendiendo los santos que habian de morir por Cristo, y reconociéndolo por singular beneficio suyo y haciéndole gracias por él, dieron á los pobres en aquellos diez dias todo cuanto tenian, ocupándose de dia y de noche en hacer largas limosnas. Al onceno dia, á la hora de cena, vino Terenciano con grande acompañamiento de soldados á la casa de ellos, y hallólos puestos en oracion, y mostróles una estatua pequeña de Júpiter hecha de oro que llevaba consigo, y díjoles que el emperador mandaba que la adorasen y le ofreciesen incienso; si nó, que allí fuesen degollados, porque no queria que muriesen en público, por ser personas principales, y toda su vida criados en palacio; aunque á la verdad, lo que le movió á hacerles morir en secreto, fué el temor de algun alboroto en la ciudad, y que fuesen honrados como mártires de los cristianos. Ellos con gran constancia respondieron á Terenciano: Si Juliano es tu señor, préciate de ser su criado; que nosotros no nos preciamos de tener por Señor sino á Jesucristo, á quien él no tuvo empacho de negar por Dios, habiendo sido bautizado. Con esto los mandó allí degollar Terenciano, y enterrar secretamente en una hoya que se hizo en la misma casa, y publicar por

la ciudad que habian sido desterrados por mandado del emperador, sin que cosa cierta de su muerte se supiese. Pero ¿quién puede engañar á Dios ó librarse de sus manos? Porque el impío Juliano, yendo á la guerra contra los persas, murió infelicísimamente el año siguiente el mismo dia que murieron en Roma los santos mártires Juan y Paulo, y el imperio vino á Joviniano príncipe católico y favorecedor de la Iglesia: la cual luego comenzó á florecer, y á propagarse nuestra santa religion: y en la misma casa de los santos hermanos, donde sus cuerpos estaban escondidos, comenzaron los demonios á publicar que estaban allí los santos, y que de ellos eran atormentados: y muchos endemoniados fueron libres por su intercesion, y entre ellos un hijo único de Terenciano, que los habia mandado degollar, y fué ocasion para que su padre reconociese su culpa, y la vanidad de sus dioses, y la impía crueldad que habia cometido contra los santos, obedeciendo á Juliano: y postrado ante los mártires, les pidió perdon y se convirtió á la fé de Cristo, é hizo penitencia y escribió el martirio de estos dos santos hermanos, que es el que aquí queda referido. Fué su muerte á los 26 de junio, el año de Cristo de 362. Los cuerpos de estos santos se colocaron en una suntuosa iglesia que se les fabricó en su misma casa, que hoy dia es título de cardenal, y se llamó antiguamente el «Título de Pamaquia;» y ahora se llama «la iglesia de San Juan y Paulo.» Llevaron algunas de sus santas reliquias á Francia, en tiempo del papa Pelagio, y de ellas hace mencion Gregorio Turonense de *Gloria Martyr., cap.* 83, y en Ravena donde tienen una iglesia, resplandecieron con milagros, como lo escriben Paulo diácono, *de Gestis Longobar., l.* II, *c.* 9, Fortunato *l.* IV, *de Vita sancti Martini*. De san Juan y Paulo hacen mencion todos los martirologios.

SAN PELAYO, NIÑO, MÁRTIR.—Escribamos el ilustrísimo martirio de un niño bendito, que por guardar la fé á Jesucristo y su castidad fué martirizado en Córdoba, siendo rey Abderramen III de este nombre, y escribámosle como lo escribió un clérigo de Córdoba llamado Raguel, á lo que parece como testigo de vista. Habiendo dado el rey Abderramen una cruel batalla á los cristianos, el año de 921, en el valle de Junquera y salido victorioso; á mas de los muchos cristianos que quedaron muertos, cautivó á otros muchos y entre ellos un obispo de Tuy, llamado Ermoigio: el cual fué llevado á Córdoba, y echado á la cárcel con duras prisiones. Trató el obispo de dar por su rescate algunos moros que tenia, y mientras los enviaba al rey, dejar en rehenes á un niño de diez años, sobrino suyo, por nombre Pelayo. Contentóse el rey de este concierto: salió de la cárcel el obispo y quedó en ella el niño Pelayo, cuya hermosura era extremada y no ménos su modestia. Y como el Señor le habia ya escogido para mártir, favoreciólo de manera en la cárcel, que aquella tribulacion le fué ejercicio de virtud, y en ella se afinó como el oro en el crisol. Era muy honesto, templado, reposado y prudente: velaba en oracion: leia libros santos: sus pláticas eran de cosas de virtud y ajenas de parlerías, risa y disolucion; y en fin no parecia niño, sino viejo, en el seso y madurez. De esta manera estuvo el santo niño tres años y medio en la cárcel disponiéndose para que Dios le hiciese la merced, que despues le hizo, dándole corona y gloria de mártir. Porque estando un dia el rey moro comiendo, alguno de sus criados le alabó la rara y admirable belleza del niño Pelayo; y el rey mandó que luego le sacasen de la cárcel, donde estaba aherrojado, y le trajesen á su presencia. Sacáronle y vistiéronle ricamente; y avisándole al mismo niño de la dichosa suerte que le habia cabido, le pusieron delante del rey: el cual como era hombre no ménos torpe que infiel, en viéndole se cegó con el resplandor de su hermosura, y comenzó á ofrecerle honras, riquezas y otros grandes dones y dignidades para sí y para los suyos, si dejaba de ser cristiano, y seguia la ley del gran profeta Mahoma. El santo niño estuvo muy en sí, y respondió: Todo lo que, ó rey muy poderoso, me prometes, no es nada. Yo soy cristiano y lo seré como lo he sido, sin negar jamás á Jesucristo. Todo lo que tú me ofreces es caduco, frágil y momentáneo: mas Jesucristo, mi Dios y mi Señor, que crió todas las cosas y las tiene debajo su mano, es eterno y no tiene fin. Quiso el rey llegarse al bendito niño para halagarle y tocarle con algunas muestras de deshonestidad: y Pelayo, nó como niño, sino como varon esforzado: Aparta, perro, dice, tu rostro: ¿piensas que yo soy como uno de esos tus afeminados? Diciendo esto rasgó la rica ropa que le habian vestido, y la echó de sí para estar mas desenvuelto para la lucha y pelea que esperaba, y morir si fuese menester por Jesucristo. Estaba ya el rey tan cautivo y abrasado del amor, que ni las palabras de Pelayo ni sus obras fueron parte para mudarle; ántes mandó á sus criados que con caricias y blanduras procurasen persuadirle que dejase de ser cristiano, y se rindiese á su voluntad. Pero como vió el rey que perdia tiempo, porque Pelayo estaba constante y fuerte en su propósito, convirtió el amor en odio, y toda aquella blandura en rabia y furor: y sañoso, y con los ojos que centelleaban y arrojaban llamas de sí, mandó colgarle luego en la garrucha, y alzarle y soltarle muchas veces, hasta que, ó acabase la vida, ó dejase de confesar á Jesucristo por Dios. Hízose luego lo que el rey mandó con gran crueldad, y el santo niño estaba con un semblante del cielo, sin mostrar flaqueza, aparejado para padecer otros tormentos mayores que le quisiese dar. Supo el rey esto: y creciendo mas su furia infernal, mandó que le fuesen cortando todos los miembros uno á uno, y despues de haberle así muerto, lo echasen en el rio Guadalquivir. Con esto los impíos y crueles ministros se encarnizaron mas y dieron en el santo niño, cortándole uno el brazo, otro tronchándole las delicadas piernas, otros hiriéndole en la cabeza, y otros á porfía atormentándole: y corriendo arroyos de sangre por todas partes de aquel bendito cuerpo, estaba el espíritu de Pelayo muy sereno y sosegado, como si no fuera suyo sino de otro aquel cuerpo que padecia. Invocaba á Jesucristo en su ayuda, y decia: Libradme, Señor, de las manos de mis enemigos; y queriendo levantarlas al cielo, los verdugos se las cortaron y despues la cabeza; y con esta muerte dió su espíritu al Señor. Echaron el santo cuerpo en el Guadalquivir, y despues los cristianos con devocion le buscaron, y hallaron, y sepultaron en la iglesia de San Ginés, y la cabeza en la de San Cipriano. Fué su martirio un domingo á los 26 de junio, el año del Señor de 926, segun este autor; y segun Ambrosio de Morales y el cardenal Baronio, de 925: porque aquel año cayó en domingo el dia 26 de junio, y nó el de 926. Comenzaron á martirizarle á la una de medio dia y duraron los tormentos casi seis horas; los cuales fueron gravísimos, y no menor la fortaleza, que Dios le dió para sufrirlos y vencerlos.

El rey don Sancho que llaman el *Gordo*, hijo del rey don Ramiro el segundo, envió una solemne embajada al rey de Córdoba para asentar paces con él, y pedirle el cuerpo del santo niño Pelayo, y le alcanzó; pero por su muerte el rey Ramiro el tercero, su hijo, le recibió con gran pompa y le colocó en el monasterio que su padre para este efecto habia edificado. Despues con el tiempo trasladaron á Oviedo el santo cuerpo, el año de 1023 á 8 de noviembre, donde está al presente. Celebran la fiesta de san Pelayo muchas iglesias de España, y en toda ella es gloriosa y muy célebre la memoria de este benditísimo niño, y tiene muchas iglesias por toda Castilla, y mas en Galicia, y en la ciudad de Santiago un rico monasterio de monjas de la órden de san Benito, con su advocacion, y en todo aquel reino se ponen muchos el nombre del santo, á quien llaman san Pelayo. Fué tan ilustre su martirio que se estendió luego hasta Alemania; y en la isla de Sajonia una monja de gran linaje y mayor ingenio y muchas letras, que se llamaba Rosoita, en oyéndole se movió á escribir y celebrar en verso heroico el martirio de este santo, afirmando que tuvo relacion de él de un hombre natural de Córdoba que se halló presente cuando le martirizaron. Hace mencion de san Pelayo el Martirologio romano á los 26 de junio, y dice que con tenazas de hierro le fueron despedazando todos sus miembros. Y en los santorales antiguos, especialmente de San Pedro de Cerdeña y de la santa Iglesia de Toledo y de la de Tuy, se escribe largamente su historia; y en Tuy tienen por cierto, por tradicion de unos á otros, que fué natural de aquella ciudad. Gran gloria es de Dios, que así triunfa en los niños tiernos de todo el poder del infierno; y gran prueba y testimonio de ser verdadera nuestra santa religion, es cortar la cabeza por mano de David al soberbio y orgulloso gigante, y á Satanás por mano de Pelayo; y gran vergüenza es de los tibios que no corran tras los fervorosos, y que los hombres se dejen vencer de los niños.

* San Vigilio, obispo y mártir.—El año 385 fué este santo elevado á la silla episcopal de Trento. Deseando vivir en todo conforme á su dignidad, escribió á su metropolitano, que lo era san Ambrosio, pidiéndole cuál debia ser su conducta; el santo le contestó el modo con que debia portarse, y á este se ciñó completamente. La diócesis de Trento estaba infestada de muchos paganos, y á fin de convertirlos encargó Vigilio á Sisinio, Martirio y Alejandro que los convencieran; mas estos santos derramaron su sangre en la mision, enviando Vigilio la relacion del martirio á Simpliciano, sucesor de san Ambrosio, y á san Juan Crisóstomo. Pintaba el santo en esta relacion la dicha que habia cabido á aquellos santos, dejándose entrever los deseos que tenia de derramar su sangre por la fé. Dios quiso dispensarle esta gracia, pues en el año 400 ó 405, fué asesinado por los idólatras, quienes no podian tolerar sus discursos. Segun el Martirologio romano murió apedreado.

San Antelmo, obispo y confesor.— Nació en Saboya, y entró desde muy jóven en el estado eclesiástico. Su conducta á la sazon no era de las mas piadosas, sin que por esto pudiese achacársele ningun desarreglo. Una visita que hizo á un monasterio de cartujos le inspiró saludables reflexiones sobre la vanidad de los bienes del mundo, al cual quiso desde luego renunciar y consagrarse al servicio de Dios entre los solitarios, cuya vida le habia parecido tan edificante. Tomó, pues, el hábito de san Bruno, y pasado poco tiempo fué enviado á la Gran Cartuja, donde practicó todas las austeridades de la regla con un fervor indecible. Nombrado procurador, desempeñó el cargo de la manera que habia hecho esperar la idea que sus compañeros tenian de su capacidad y de su virtud. Cuando fué elegido general, puso todo su cuidado en corregir los abusos y las relajaciones; y las contradicciones que con este objeto se le opusieron, sirvieron solo para hacer brillar mas su paciencia y su firmeza. Luego que hubo restablecido la disciplina, dimitió el cargo y se volvió á su celda, pero en 1138 se vió obligado á salir de ella para hacer un servicio importante á la Iglesia, arreglando las divisiones que estaba produciendo el cisma entre el antipapa Víctor III y el verdadero pontífice Alejandro III. Restablecida la paz fué Antelmo consagrado obispo de Belley, á pesar de su decidida repugnancia á abandonar su amada soledad. Empezó la reforma de su diócesis por la del clero, y valiéndose de dulzura y constancia, logró ver coronada su obra. Mostró una firmeza inflexible en las contestaciones que tuvieron lugar entre él y el conde Huberto de Saboya, firmeza que no dió los resultados que el santo esperaba, por cuya causa hizo renuncia de su obispado, que no le fué admitida. El piadoso obispo visitaba con frecuencia los monasterios, y sobre todos la Gran Cartuja, en donde pasaba algunos dias entre sus antiguos hermanos. Solícito siempre por el bien de sus ovejas, buscaba por todas partes á los pecadores y los recibia siempre con bondad. Tierno y caritativo con los pobres, procurábales socorros abundantes. Así llegó al fin de su carrera, y coronado de altos merecimientos, entregó su espíritu á Dios en Belley, el dia 26 de junio del año 1178.

San Majencio, presbítero y confesor. — Nacido este santo en Agde, recibió en el bautismo el nombre de Adjutorio. Sus piadosos padres lo pusieron luego bajo la direccion del abate Severo, que no perdonó ningun medio para inspirarle profundos sentimientos de piedad. El santo jóven supo aprovecharse perfectamente de las lecciones del maestro, y preservó así su alma de los peligros del pecado. Su fama se extendió muy pronto, y por todas partes se le prodigaban los mas lisonjeros elogios. Pero este aplauso de los hombres le hizo temer con justicia el veneno de la vanagloria, y para evitar este peligro, se escapó secretamente y se retiró á un lugar desconocido. Hasta despues de dos años no dieron con él sus parientes y amigos, que lo condujeron á su patria, en la cual permaneció muy corto tiempo, porque temia de tal modo la lisonja y los peligros del mundo, que se escapó otra vez. Fuése á Poitou, y cambiando su verdadero nombre en el de Majencio, se puso bajo la direccion de un santo abad llamado Agapito. Los religiosos de aquel monasterio se llenaron de asombro al ver la humildad, la mortificacion y la caridad, llevadas hasta su último punto por el jóven religioso, y lo eligieron por su superior, y Majencio desempeñó aquel ministerio conforme en un todo á su esclarecida santidad. A la sazon Clodoveo, rey de los francos, se hallaba en guerra con Alarico, rey de los visigodos, que se habia apoderado de la España, el Languedoc y la Aquitania, y la presencia del santo contuvo á un ejército de bárbaros que iba á apoderarse del monasterio. Habiendo un soldado corrido espada en mano contra Majencio, experimentó al mismo momento los efectos de la vengan-

za celeste; pues su brazo ya levantado, quedó inerte y no pudo moverlo hasta que el santo se lo hubo curado. San Majencio fué el taumaturgo de su siglo, y una de las mas brillantes lumbreras de la vida monástica, y murió por los años de 515.

San Salvio, obispo, y san Superio, su discípulo, los dos mártires.—En el siglo VIII, mientras reinaba en Francia el emperador Carlomagno, apareció en Valenciennes el santo obispo Salvio, predicando y enseñando las divinas verdades, y le ayudaba en su ministerio un discípulo llamado Superio. Eran ambos del agrado de Dios, pues su mision iba acompañada de grandes portentos, y por todas partes iban dejando señales de su divino poder. Por fin se fijaron en Angulema, cuya Iglesia dirigieron por espacio de algunos años. Un dia iban los dos santos á visitar un monasterio vecino, dedicado en honor de la Vírgen María, y saliéndoles al encuentro Vinegardo, hijo del rey Genardo, le insultó y le robó las vestiduras y vasos sagrados, que el santo llevaba para el sacrificio, y mandando á sus guardias que lo prendiesen, le llevaron á la cárcel, juntamente con su compañero, donde ambos fueron asesinados de noche por el carcelero, segun la órden del mismo Vinegardo.

San David, ermitaño y confesor. —Nació este santo en Oriente, é ilustró el Occidente como una estrella de primera magnitud. Desde sus tiernos años fué tan puro y tan fervoroso, que se le vió siempre como un ángel en carne. Pasó muchos años sobre una columna, desde la cual predicaba al pueblo, que acudia atraido por la fama de su santidad y milagros. El emperador de Oriente quiso ver al santo, y este se le presentó reprendiéndole por sus injusticias, y permaneciendo en medio de las llamas sin quemarse, para dar autoridad á sus palabras. Murió este santo el año 540, no se sabe dónde, y su cuerpo fué despues llevado á Pavía, donde todavía se venera.

DIA 27.

San Zoilo, mártir. — Fué Zoilo noble en linaje y cristiano desde niño. Era crueísima en su tiempo la persecucion de los tiranos contra los cristianos. Prendiéronlo en Córdoba, y el juez se alegró mucho de comenzar en aquella ciudad con tal prision; porque siendo, como era, ilustre, si flaqueaba en la fé y sacrificaba á los ídolos, moveria á muchos con el ejemplo; y si por constante moria, causaria gran miedo y asombro á muchos con el escarmiento. Era muy mozo cuando le prendieron, y el juez le amonestaba conservase la flor de su juventud. De donde parece no era sacerdote, como algunos afirman, porque en aquellos tiempos no se daba tan alta dignidad sino á hombres de edad muy madura: que así lo insinúa el nombre que les daban de presbíteros, que en griego quiere decir *ancianos*. No se nombra el juez que le martirizó; solo se sabe, que no moviéndole con blandas persuasiones de que al principio usó con él, y perseverando el santo en confesar á Jesucristo y maldecir á los dioses de los gentiles; el juez al fin le dijo: A vosotros los cristianos no se os ha de responder con palabras, sino con tormentos; pues aun de vosotros mismos no quereis tener lástima. Escoge, pues, lo mejor que te pareciere; ó vivir honradamente conmigo y entre los tuyos sacrificando á los dioses; ó menospreciando lo que mandan los príncipes, ser muerto con diversos tormentos como los grandes malhechores. La ejecucion fué tan cruel como la amenaza, por estar el santo constante siempre en la fé. Mandóle azotar y despedazar con garfios de hierro, diciendo el glorioso mártir entretanto con mucha seguridad: Mientras mas maltratarás mi cuerpo que tienes ahora en tu poder, mas crece mi verdadero bien, que no teme tus tormentos. Jesucristo nos enseñó en su Evangelio á temer solo al enemigo que puede perder el alma; nó al que solo despedaza el cuerpo. Estos mis tormentos se acabarán muy presto; los que tú padecerás jamás tendrán fin.

A esto añadió el tirano tanta crueldad sobre la pasada, que hizo abrir al santo mártir por las espaldas y le sacaron los riñones. Esta fiera crueldad no se refiere en los breviarios; mas es cosa que constantemente se afirma en Córdoba, y lo dice el arcipestre de Murcia en su *Valerio de Historias*. No pudo despues de esto sufrir aquel malvado mas la alegría del glorioso mártir, en padecer y resistir el furor de su ira: y así él mismo, sacando de la vaina su espada, le cortó la cabeza. Pasó mas adelante su malicia y rigor; pues no contento con la muerte del invictísimo mártir, mandó enterrar su cuerpo vilmente entre las sepulturas de peregrinos y extranjeros, para que no pudiese ser conocido ni venerado de cristianos. Padeció este glorioso mártir á los 27 de junio, dia en que se celebra su fiesta, por los años del Señor de 300. Despues, en tiempo del rey Recaredo de los godos, siendo obispo de Córdoba Agapio, persona de muy buena vida, y que se halló y firmó en el tercer concilio de Toledo, se le apareció san Zoilo en sueños, diciéndole quién era y dónde estaba su cuerpo, que ántes no se sabia de él, para que le sacase de allí y dignamente le trasladase. Agapio lo hizo, muy gozoso de haber hallado tal tesoro, y le edificó una iglesia y monasterio tan principal, que habia en él cien monges. Despues, estando Córdoba en poder de moros, sirvió al rey en ella con otros moros sus enemigos el conde Fernan Gomez de Carrion, que es en tierra de Campos en Castilla la Vieja: y en remuneracion de sus servicios no pidió otra cosa sino el cuerpo de san Zoilo. El rey se le dió y lo llevó á Carrion, por los años de Cristo, bien nuestro, de 1080; y está allí en un monasterio del órden de san Benito. Está este santo cuerpo con el de otro mártir de Córdoba llamado Félix, cada uno en su arca de plata muy antigua, en dos nichos del retablo del altar mayor, con gran decencia y veneracion; y los monges tienen escritos muchos milagros que por su intercesion cada dia hace nuestro Señor. Escribieron la vida del glorioso mártir san Zoilo, Pedro Galesino en su Martirologio, san Eulogio, *in Memor. Sanctor.*, *lib.* II, *cap.* 6; Prudencio, *Hymno* 4; Beda, Usuardo, Adon, Valerio *en las Histor.*, *tit.* 3, *de Pacienc.*, *cap.* 5, Surio, *en Histor. Lucii*, *tom.* VII; Vaseo, *in Chron. Hisp.*; Villegas en los santos de España, Trujillo, *in Thesaur. conc. t.* 2; el Martirologio romano, Baronio en sus anotaciones, el Breviario toledano y otros. Fué su martirio, imperando Diocleciano y Maximiano.

Un ánimo noble y generoso en todo tiempo y todas ocasiones se muestra; pero nunca mejor que en el valor y constancia, para defender y conservar la fé de Jesucristo, padeciendo por su santo nombre los mayores tormentos, sin hacer caso de ellos, ni de los tiranos que los mandan ejecutar. El que nuestro invictísimo mártir san Zoilo padeció, siendo abierto por las espaldas, entre los demás,

crueles todos, para sacarle por ellas los riñones, como lo hicieron, es nó cruel, sino cruelísimo, y creo que inaudito, pero mostró la generosidad de su noble sangre, y ánimo esforzado, con reirse y hacer burla del tirano, con que le incitó á cortarle la cabeza, y obligó al mismo Dios que asistia al terrible, pero glorioso espectáculo, á que le diese la bien ganada aureola en la sempiterna gloria, donde por su intercesion le gocemos todos. Amen.

* SAN JUAN, PRESBÍTERO Y CONFESOR.—Nació este santo en la Gran Bretaña, apartado del mundo y retirado en Caion, villa situada en la diócesis de Tours. Habíase construido una pequeña celda y un oratorio detrás la iglesia de aquella villa, teniendo un pequeño huerto que el mismo santo cultivaba por sus propias manos. A la sombra de unos laureles que habia plantado en el huerto, pasaba muchas horas el santo, entregado á la lectura ó á la meditacion; y dedicado enteramente á la virtud, permaneció fiel á su Dios hasta la hora de su muerte. No se sabe cuándo acaeció esta, pero sí que fué enterrado en su misma soledad, obrando el Señor por su intercesion muchos milagros.

SAN LADISLAO I, REY DE HUNGRÍA.—Nació el año 1041, en Polonia, donde se habia retirado su padre Bela I, para evitar las violencias del rey Pedro. Despues de varias revoluciones, subió al trono de Hungría en 1080, por la eleccion de sus estados, y por el amor que le profesaban los pueblos. Desde luego desplegó con toda su fuerza el valor y la firmeza de que tantas pruebas habia ya dado. Sujetó á los bohemios, derrotó á los hunos y los echó de la Hungría, venció á los rusos, á los búlgaros y los tártaros, extendió su reino con las conquistas sobre ellos alcanzadas, y añadió á ellas la Dalmacia y la Croacia, donde habia sido llamado para librar á su hermana de los malos tratamientos que le daba Zunimiro, su cruel esposo. Admirábanse en este príncipe el amor á la castidad, cierta dulzura y suavidad, cierta ternura con los pobres, y un espíritu de inflamada caridad, que desde la infancia habian constituido su carácter distintivo. Vivamente penetrado de las máximas del Evangelio, detestaba la ambicion y la avaricia, vivia en su palacio como un penitente, y nunca olvidaba que su poder lo tenia de Dios. Enemigo de las frivolidades y de las intrigas de la córte, continuamente estaba entregado á los ejercicios de piedad y á los deberes de su estado, proponiéndose siempre en cada una de sus acciones el cumplimento de la voluntad divina y el aumento de la gloria del Señor. Generoso y suave con sus enemigos, era siempre valiente y denodado en tratándose de defender los derechos de su pais, y de mantener la paz de la Iglesia. Habiéndose encargado del mando de la primera cruzada para echar á los infieles de la Tierra Santa, cayó enfermo, y no pudo partir para la Palestina; pues murió el dia 30 de julio del año 1095. Fué enterrado su cuerpo en Waradin, ciudad de Hungría, donde descansa hasta el presente. Sus milagros determinaron al papa Celestino III á canonizarlo solemnemente el año 1198. Sus estados conservaron por mucho tiempo la memoria de su munificencia; pues habia dotado muchas iglesias y fundado gran número de monasterios.

SAN CRESCENTE, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué discípulo del apóstol san Pablo, y consagrado por él, obispo de Galicia. Despues de haber gobernado por algun tiempo esta Iglesia, fué enviado por el apóstol á las Galias, y rigió tambien por algun tiempo la sede de Viena, ilustrando toda aquella parte del Occidente con su predicacion. Siguiendo las inspiraciones de su zelo, habiendo ya convertido muchos infieles á Jesucristo, y ordenado obispo de Viena á san Zacarías su discípulo, dejó aquellas regiones, y se marchó otra vez á la Iglesia cuyo cargo se le habia primeramente confiado. Confirmó, pues, á los gálatas en las obras y la doctrina del Señor, y continuó dispensándoles su ministerio apostólico hasta el fin de su vida, que acabó y coronó con un glorioso martirio sufrido en la misma ciudad de Galacia, por los años 100 de Jesucristo, reinando el emperador Trajano.

SAN ANECTO, MÁRTIR.—Reinando el emperador Diocleciano, y estando de gobernador en Cesarea de Palestina un tal Urbano, fué presentado á este un cristiano llamado Anecto, hombre venerable por su edad, por su ciencia y por el género de vida que hacia tiempo llevaba. Despues de un cruel diálogo, fué compelido á adorar á los ídolos; pero manteniéndose constante é invencible, fué atado sobre cuatro palos, y azotado tan inhumanamente que todo su cuerpo quedó hecho una llaga. En seguida lo suspendieron del ecúleo y le desgarraron con garfios todas las carnes; pero apareciéndosele entonces un ángel del cielo, le consoló y le curó todas las heridas. Al dia siguiente le ataron por el cuello á un palo de hierro, y colgándole de sus piés enormes pesos, y oprimiéndole el pecho y espaldas entre dos planchas de hierro candentes, lo metieron en esta postura otra vez en la cárcel, dejándole así abandonado. El ángel del Señor volvió á visitarle y le libró de las ataduras. Despues lo metieron en una caldera de pez hirviendo, y le hicieron beber plomo derretido, y le colocaron en la cabeza una corona de llamas. Habiendo salido siempre ileso de tantos y tan grandes tormentos, muchos infieles, á esta vista, creyeron en Dios y derramaron su sangre por la fé. San Anecto fué por fin condenado á ser decapitado, y al momento de separarle la cabeza del tronco, manó leche en vez de sangre, y con la cabeza en las manos anduvo unos cuantos pasos, hasta que su alma voló á gozar de Dios.

SAN SANSON, PRESBÍTERO Y CONFESOR.—Nació en Roma de padres piadosos, y se dedicó al estudio de la medicina. Desde muy niño mostró particular aficion al socorro de los pobres y de toda clase de necesitados: así fué que apenas se vió dueño de sí mismo, vendió cuanto poseia y lo repartió entre los que mas afectaban su compasion, y dejando á Roma se fué á Constantinopla. Habitaba en una pequeña casa donde recibia y cuidaba á todos los pobres que en ella cabian, y curaba á los enfermos que necesitaban de su arte. El emperador Justiniano, á cuyos oidos habia llegado ya la fama de las virtudes y curaciones de Sanson, cayó gravemente enfermo y lo mandó llamar. Hallábase desahuciado de los médicos, y el santo le restituyó muy pronto la salud por medio de un milagro, encargándole solamente que no lo revelase. Agradecido el emperador, mandó edificar en Constantinopla un suntuoso hospital, que dotó y cedió á Sanson para que en él pudiese con mas desahogo ejercer su caridad. Ordenado entonces de sacerdote, fué la admiracion de toda la ciudad, y de todas partes acudian no solo á implorar su ausilio y su mediacion, sino á admirar su gran virtud y el poder divino que en todas sus obras resplandecia. Llegado á muy avanzada edad, no habiendo aflojado en nada

de su ardiente caridad, murió en el Señor, alegre y contento, y cantando divinas alabanzas, el año 330. «Los milagros que obró despues de su muerte, dice un autor antiguo, son tantos y tan extraordinarios, que ni la lengua puede decirlos, ni la imaginacion comprenderlos.»

DIA 28.

San Leon II, papa y confesor.—Por muerte del santo papa Agaton, fué elegido en su lugar Leon II, de este nombre, hijo de Pablo, y siciliano de nacion, como lo habia sido su predecesor. Fué varon santo, docto, vigilante, agradable y muy diestro, y ejercitado en la música. Habíase juntado en tiempo de Agaton concilio en Constantinopla, y es el sexto general, siendo emperador Constantino IV; el santo pontífice Leon le confirmó, y tradujo de griego en latin. Confirmó asimismo los concilios generales, que ántes se habian hecho, y condenó los errores y herejías, que en ellos habian sido condenados. Escribió una carta muy grave y amorosa al emperador, alabándole y agradeciéndole el zelo que habia tenido, en procurar que se celebrase aquel concilio, para establecer la paz en la Iglesia, y desterrar de ella los escándalos y errores que la turbaban. Verdad es que el cardenal Baronio duda mucho de la verdad de esta epístola y de las otras, que andan impresas con nombre de san Leon, II de este nombre. Fué el primero que ordenó que se diese en la misa paz á todos los que la oyesen: porque aunque ántes de él usaba darse, como se saca de san Dionisio Areopagita, de san Justino mártir, y de san Juan Crisóstomo, él debió ser el que con decreto lo estableció. Mostró gran pecho y valor contra los arzobispos de Ravena: los cuales con el favor de los exarcos y gobernadores de los emperadores de Constantinopla, que comunmente habitaban en aquella ciudad, se engreian y levantaban á mayores, y no querian reconocer y obedecer á los pontífices romanos. Nuestro Leon, para quebrantar este orgullo é insolencia, hizo un decreto en que mandó que ningun obispo de Ravena pudiese usar ni ejercitar el oficio de prelado, sin que primero precediese la confirmacion del sumo pontífice. Mandó tambien que en Roma, el palio que se envia á los patriarcas y arzobispos, y los oficios eclesiásticos, se diese graciosamente y sin interés. Hizo una iglesia en Roma junto á Santa Bibiana, y dedicóla á san Pablo apóstol, y en ella colocó los cuerpos de san Simplicio, Fausto y Beatriz, y de otros santos. Halló san Leon muy estragado el canto llano que san Gregorio Magno compuso, y reformó la música de los salmos y otras cosas eclesiásticas, y puso en muy dulce armonía los himnos que se cantan en la Iglesia, y compuso algunos de ellos. Hizo una vez órdenes, y en ellas ordenó veinte y tres obispos, nueve sacerdotes y tres diáconos. Era de todos muy amado y reverenciado por sus admirables y heroicas virtudes, por ser de su condicion muy blando y apacible, liberal, misericordioso con los pobres, y en todo religiosísimo: ninguna cosa le faltó para ser contado en el número de los señalados pontífices, que ha tenido la Iglesia, sino la vida que fué muy corta: porque á los diez meses y ocho dias de su pontificado, segun el cardenal Baronio, y segun el breviario reformado de Clemente VIII, diez meses y diez y siete dias, falleció á 28 de junio del año del Señor de 681; y en tal dia celebra la Iglesia su festividad. Su santo cuerpo fué sepultado en la iglesia de San Pedro.

San Ireneo, obispo y mártir.—De san Ireneo, obispo de Leon de Francia, escritor sapientísimo y mártir fortísimo del Señor, algunos autores, como Ecumenio y Anastasio Sinaita, patriarca de Antioquía, dicen que fué francés de nacion, y le llaman por esto *Leonés*: pero lo mas cierto es que nació en Asia; porque él mismo escribe de sí, que siendo muchacho, oyó á san Policarpo, obispo de Esmirna y discípulo que habia sido del amado apóstol del Señor, y conoció y trató á Papias, y otros varones apostólicos de aquel dichoso y bienaventurado siglo: y por esto san Gerónimo le llama varon de los tiempos apostólicos; y Tertuliano, diligentísimo investigador de todas las buenas letras, y san Epifanio, santísimo y antiguo teólogo y sucesor de los apóstoles. Y puede ser que los que le llaman Leonés, le llamen así, nó porque nació en Leon, sino porque fué obispo de Leon, á donde fué enviado desde Asia de san Policarpo, su maestro, para alumbrar con la luz del Evangelio aquella ciudad; y él lo hizo maravillosamente, enseñándola con la doctrina del cielo, é inflamándola con su santísima vida: y fué esto de manera que como dice Gregorio Turonense, en breve tiempo la convirtió toda á la fé de Cristo nuestro Redentor con su predicacion; porque san Ireneo fué varon de excelente ingenio, grandes y varias letras, y sobre todo de un espíritu apostólico y divino, tal como convenia que fuese el que habia bebido de aquella sagrada fuente de Policarpo, Papias y otros varones apostólicos y discípulos de los apóstoles del Señor.

En su tiempo, y siendo aun presbítero, hubo en Leon muchos santos mártires, que murieron valerosamente por la fé de Cristo nuestro Salvador, y se ofrecieron algunos negocios graves y cuestiones eclesiásticas, por las cuales la Iglesia de Leon envió á Roma á san Ireneo, su presbítero, para que las tratase y confiriese con san Eleuterio, papa, que á la sazon presidia en la Iglesia universal del Señor: al cual los santos confesores que estaban aherrojados en las cárceles, y todo el clero é Iglesia de Leon, escribieron una carta con el mismo san Ireneo, en que con grande encarecimiento dan testimonio de su insigne santidad y doctrina, y de las otras partes aventajadas que Dios le habia dado para tanta gloria suya y bien de su Iglesia. Llegado á Roma, fué recibido del santo pontífice Eleuterio con mucha benignidad, y concluyó felizmente los negocios que llevaba á su cargo, y entre otras ocupaciones que allí tuvo fué una muy particular, informarse é investigar los ritos, costumbres y tradiciones, y toda la disciplina eclesiástica que los gloriosos príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo habian enseñado á la Iglesia romana, y despues de mano en mano se habian guardado en ella: porque le pareció que las tradiciones apostólicas son una arma muy fuerte contra los herejes, y contra todas las nuevas invenciones y errores de la gente descaminada. Algunos dicen que san Ireneo esta vez pasó de Roma á Asia, enviado tambien de la Iglesia de Leon, que sentia mucho el haberse levantado en aquella provincia algunas herejías, y deseaba que un varon tan señalado, como él era, las atajase y diese á entender á los católicos la union que deben tener entre sí; que siendo todos miembros de una misma Iglesia, nos debemos compadecer y tener por propios los trabajos unos de otros, especialmente en materia de la

santa fé. Puede ser que san Ireneo haya ido con esta ocasion á Asia; mas ni Eusebio en su historia ni san Gerónimo, escribiendo de él, hacen mencion de esta jornada.

Volvió, pues, el santo de Roma á Leon, donde su santo obispo Potino, siendo de noventa años, habia sido martirizado, y por voluntad de Dios fué erigido san Ireneo de todo el pueblo cristiano por sucesor de Potino, padre y pastor de aquella Iglesia: en la cual trabajó mucho é hizo grandísimo fruto con su santísima vida, y con sus escritos, y con la sangre que derramó por Cristo: porque primeramente procuró recoger la grey que estaba asombrada y descarriada con la persecucion: animar á los flacos: detener á los que iban á caer: levantar á los caidos: consolar á los afligidos: proveer á los necesitados; y con sus consejos, palabras y obras, dar remedio y alivio á todos los que le habian menester. Y no se contentó el santísimo prelado con gobernar tan santamente su Iglesia, y apacentar el ganado que Dios le habia encomendado, sino que era tanta su caridad, y el fuego del amor divino que ardia en su pecho, que procuró desarraigar la gentilidad de las provincias comarcanas, y que fuesen cultivadas por manos de labradores y ministros evangélicos: y para esto envió á la ciudad de Besanzon á Ferriol, presbítero, y á Ferrucion, diácono, y á la de Valencia á Félix, presbítero, y Aquileo, diácono, y á Fortunato, para que alumbrasen aquellos pueblos con el resplandor de la doctrina evangélica, y librándolos de la tiranía de Satanás, los sujetasen al suave yugo del Señor. Y porque en su tiempo muchos herejes hacian guerra á la Iglesia católica, y Valentino, Marcion y otros monstruos la pretendian inficionar; san Ireneo tomó la mano y escribió en griego divinamente contra ellos, deshaciendo sus tinieblas y errores, y declarando la sincera y verdadera doctrina, que él habia aprendido de los varones apostólicos, que (como habemos dicho) habian sido sus maestros. Y para que sus libros fuesen trasladados fielmente, puso en ellos al fin una cláusula, que por ser rara y de este santo, la quiero poner aquí: «Yo te conjuro, dice, á tí, que trasladas este libro, por Jesucristo nuestro Señor, Dios y Hombre verdadero, y por su glorioso advenimiento, por el cual ha de juzgar á los vivos y á los muertos, que despues que le hubieres trasladado, le confieras y enmiendes diligentísimamente con el original, de donde le trasladaste, y que en tu traslado escribas tambien esta mi peticion, y protestacion como está en su original.» Esto es de san Ireneo. En otra cosa asimismo mostró su gran celo, espíritu y prudencia: porque habiéndose levantado una muy reñida cuestion en la Iglesia de Dios acerca del tiempo, en que se habia de celebrar la pascua de Resurreccion, queriendo por una parte algunas Iglesias de Oriente, y muchos santísimos y gravísimos varones, que se celebrase á los catorce dias de la luna de marzo, como la celebró Cristo nuestro Redentor, segun la ley vieja, y ahora la celebran los judíos; y por otra san Víctor, papa, que ya era vicario del Señor en la tierra, que se celebrase el primer domingo siguiente, en que el Salvador habia resucitado, por haberlo enseñado así el príncipe de los apóstoles, san Pedro, y por no conformarnos con los judíos; creció tanto esta riña y controversia, que san Víctor, papa, estuvo para excomulgar y apartar de la Iglesia á todos los que sentian y seguian lo contrario. Pero san Ireneo se puso de por medio y suplicó al santo pontífice, que templase su justo celo y se fuése poco á poco en aquel negocio tan importante, y que no cortase con rigor los miembros de la Iglesia, sino que los curase y procurase sanar con suavidad y blandura: y escribió juntamente á los santos prelados y á las iglesias que eran de contrario parecer, que obedeciesen al santo pastor y se sujetasen á lo que la Iglesia romana, que es maestra y cabeza de las demás, mandase: y con esta divina prudencia aflojó el papa y obedecieron los demás; y sin escándalo ni quiebra, la tradicion apostólica y uso de la sacrosanta Iglesia romana quedó en su vigor y fuerza.

Habiendo, pues, muchos años gobernado san Ireneo su Iglesia, y resplandecido con tan insigne santidad, doctrina y merecimientos, en el tiempo que fueron emperadores Marco Aurelio Antonino, el filósofo, y Commodo, su hijo, y Elio Pertinaz; sucedió en el imperio Septimio Severo, inimicísimo de cristianos, que movió la quinta persecucion contra la Iglesia: la cual fué muy cruel, especialmente en Leon de Francia, y en toda su comarca, donde Severo ántes de ser emperador habia gobernado. Derramó tanta sangre de cristianos el severo y cruel emperador, que san Gregorio Turonense afirma que corrian arroyos de sangre por las calles de Leon; y san Ireneo, como pastor vigilante y capitan esforzado, murió en esta persecucion con casi toda la ciudad, por los años del Señor, segun el cardenal Baronio, de 205, siendo, á lo que algunos escriben, el santo prelado de edad de noventa años, y habiendo tenido aquella Iglesia sesenta. Padeció el santo muchos y graves tormentos ántes que le matasen; y fué el dia de su martirio á los 28 de junio, en que la santa Iglesia le celebra, y le señala el Martirologio romano y el de Beda, Usuardo y Adon. Su sagrado cuerpo recogió un presbítero llamado Zacarías, y lo puso lo mejor que pudo en un lugar decente; y despues que los cristianos tuvieron paz, siempre fué tenido en gran reverencia en la ciudad de Leon, hasta que en nuestros tiempos tan tristes y calamitosos, el año de 1562, los herejes calvinistas y hugonotes del reino de Francia, armados de impiedad, hierro y poder, arruinaron todo aquel reino, y tomaron, saquearon y asolaron muchas ciudades, derribando los templos y monasterios, y cosas sagradas de ellos, sin perdonar á las reliquias de los santos, á las cuales el fuego y el agua, los leones, osos, tigres y otras bestias fieras habian perdonado, y mostrando su rabia y furor contra aquellos preciosos miembros, delante de los cuales los mismos demonios tiemblan. Entre las otras ciudades, que estas bestias infernales abrasaron, fué una la ciudad de Leon: en la cual despues de haber robado el arca preciosa, donde estaban las reliquias sagradas de san Ireneo, las tomaron con increible y bárbara violencia, y las echaron en un arroyo y jugaron con su santa cabeza, llevándola con los piés por las calles, y cansados la dejaron por voluntad del Señor en un charco de agua, y un cirujano católico la recogió secretamente y guardó en su casa, hasta pasada aquella tempestad; y trocadas las cosas siendo ya rey de Francia Cárlos IX, cristianísimo príncipe é inimicísimo de los herejes, la ciudad de Leon tuvo quietud, y el arzobispo, el clero, el magistrado y toda la ciudad con una general y solemne procesion sacaron la cabeza y las otras reliquias del santo de los lugares donde estaban, y las colocaron honoríficamente en la iglesia de su nombre, como lo refiere el padre Francisco Faverdencio, de

la órden de los menores, y doctor teólogo, en la vida que escribió de san Ireneo, y puso en el principio de las obras del mismo santo, las cuales él ilustró con sus doctas anotaciones. A mas de este autor, á quien en gran parte habemos seguido en esta vida, hacen mencion de san Ireneo, Tertuliano, Eusebio, Epifanio, san Gerónimo, Gregorio Turonense, Ecumenio, Adon Viennense, los martirologios, y y otros autores que arriba quedan referidos.

* San Pablo ó Paulo I, papa y confesor.—Nació en Roma de una familia distinguida, y despues de haber sido educado cual correspondia á su clase, abrazó el estado eclesiástico. Eran tantas sus virtudes, tan raro su talento y saber, que muy luego fué elevado á los puestos mas distinguidos de la Iglesia, ocupando la silla de san Pedro por muerte de su hermano el papa Estéban II, por los años 757. Tenia grandes relaciones con Pepino, príncipe que le proporcionó socorros para defenderse y rechazar las vejaciones de Didier rey de los lombardos, y de otros enemigos no ménos temibles. Paulo I fundó varios establecimientos de beneficencia, hizo construir varias iglesias dejando por todas partes piadosos recuerdos de su religioso celo. Dejó este pontífice varios escritos que honran mucho su memoria.

Los santos Plutarco, Sereno, Heráclides, Eron, otro Sereno, Raida, Potamiena y Marcela, mártires.—Durante la persecucion que excitó el emperador Severo, y que duró desde el año 202 al 211, muchos cristianos que iban á oir las lecciones que daba en Alejandría el célebre Orígenes, inflamados por las palabras del maestro, dieron ilustre testimonio de su fé derramando su sangre por Jesucristo. Entre los héroes cristianos que en aquella ocasion se distinguieron, fué muy particularmente Plutarco, hermano de san Heradas que fué despues obispo de Alejandría. Ambos hermanos se habian convertido al mismo tiempo, siendo Orígenes el instrumento de que Dios se habia servido para descubrirles la verdad. Hé aquí como se preparó para el martirio. Como era Plutarco una de las personas mas conocidas en Alejandría, fué de los primeros que prendieron. Mientras estuvo en la cárcel, Orígenes le visitó diferentes veces para exhortarle á la perseverancia, y le acompañó hasta el lugar del martirio, que consumó con la mas heroica constancia. El celo de Orígenes en esta ocasion por poco le cuesta la vida, pues la familia de san Plutarco, que era pagana, le atribuia la muerte del que habia perdido. Los demás santos de que hace hoy conmemoracion la Iglesia, y que habian salido tambien de la escuela de Orígenes son: san Sereno, que fué condenado á ser quemado vivo, san Heráclides, que era un catecúmeno y fué degollado, san Eron, recien bautizado tambien decapitado, san Sereno fué condenado á varios tormentos, y todos alcanzaron la corona de la vida eterna por medio de un martirio glorioso. Raida era una vírgen catecúmena, y fué bautizada por el bautismo de sangre: era tambien discípula de Orígenes, que enseñaba los misterios de la fé á las personas de ambos sexos. De santa Potamiena y santa Marcela se hablará en el dia 30 de este mismo mes.

San Argimiro, mártir.—Era hijo de padres católicos, descendiente de la antigua Egabro, ciudad ántes con silla episcopal, que hoy es la villa de Cabra en el reino de Córdoba. Su nobleza y sus buenas prendas le abrieron camino á la gracia del rey Mahomad, aunque tan contrarios ambos en religion. Hízole merced del oficio público de censor, cuyo cargo y profesion no sabemos cuál fuese, á no ser que los moros estableciesen este oficio á semejanza del que tenian los romanos con el mismo nombre. Algunos conjeturan que equivalia al de juez ó prefecto, al cual estaba aneja jurisdiccion y administracion de justicia. En este cargo se portó Argimiro con la equidad y pureza que prometia su piedad, de que tenemos bastante testimonio en el resplandor de su vida y de su gloriosa muerte. Algunos historiadores aseguran, fundados en el título de confesor que le da san Eulogio, que hizo profesion pública de la fé, ántes de llegar á la corona de mártir; y tal vez por esta confesion fué privado del oficio. San Eulogio solo dice, que desembarazado de los negocios del mundo, hizo vida de monge. Pero ni en su retiro lo dejaron en paz los enemigos de la fé: acusáronle ante un juez que ensalzaba la dignidad del Hijo de Dios, y trataba á Mahoma de insensato, de autor de falsedad y caudillo de gente perdida. Alterado el juez con la acusacion, lo mandó encarcelar y encadenar con extraña fiereza. Al cabo de algunos dias lo hizo comparecer ante su tribunal, y para atraerlo á su secta fingió blandura y suavidad que no sentia. Argimiro no hizo caso de sus halagos, ni tuvo miedo á su ferocidad, y continuó hablando y obrando como soldado de Cristo. Ratificó la primera confesion de la fé con la grandeza de ánimo que engendra la caridad, y el juez mandó que lo atormentasen en el caballete, y que aun en él lo atravesasen de parte á parte con una espada. Llegó Argimiro á la consecucion de la palma del martirio, el dia 28 de junio del año 856. Su cuerpo fué, segun costumbre de los moros, colgado de un alto palo á la vista de la ciudad, y quitándolo de allí por órden del juez, un piadoso monge pudo apoderarse de él, y con asistencia de algunos sacerdotes le dió sepultura en la iglesia de San Acisclo, junto al sepulcro de este mártir, y de san Perfecto, y en la actualidad se hallan estas preciosas reliquias en la parroquia del apóstol San Pedro en la ciudad de Córdoba.

San Benigno, obispo y mártir.—Solo sabemos de este santo que fué obispo de Utrech, y que floreció durante los primeros siglos de la Iglesia. El Martirologio romano le da el título de mártir, y parece probable, segun un documento citado por los Bolandistas, que murió durante la persecucion del emperador Diocleciano.

San Papio ó Papias, mártir.—Natural de Sicilia, abrazó la religion cristiana siendo todavía muy jóven. Cuando se publicaron los edictos de Diocleciano contra los cristianos, Papio no quiso obedecerlos, y fué preso y llevado á los tribunales. De ellos salió para ser horriblemente atormentado: desnudado de sus vestiduras le azotaron, y despues lo echaron en una caldera de aceite y manteca hirviendo. Pasó por otros fuertes y dolorosísimos suplicios, hasta que indignado el juez de tanta constancia y no pudiendo ya sufrir el espectáculo de un hombre que con tanta serenidad predicaba al pueblo en medio de los tormentos, mandó que le cortasen la cabeza, y el santo acabó su vida degollado el dia 28 de junio del año 298. Su cuerpo fué sepultado en Mileto, de cuya ciudad es ahora patrono, y á la cual ha dispensado grandes mercedes.

DIA 29.

San Pedro, príncipe de los apóstoles.—La vida del glorioso príncipe de los apóstoles, san Pedro, se ha de sacar

principalmente de los sagrados Evangelios, y de los Hechos apostólicos que escribió san Lucas, y despues de los otros graves y antiguos autores, que tratan de sus admirables hazañas y virtudes. Fué san Pedro hebreo, de nacion galileo, y natural de Betsaida, y casado con una mujer que dicen se llamaba Perpetua, y era hija de Aristibulo, hermano de san Bernabé. Tuvo hermano mayor á san Andrés, y ambos vivian del arte de pescar. Tuvo noticia de Cristo san Andrés, por unas palabras que oyó de él á san Juan Bautista, su maestro, y siguióle, y fué con él á la casa en que moraba. Estuvo con el Señor un dia, y enamorado de sus divinas palabras, y entendiendo por ellas que era el Mesías que todo el pueblo de Israel esperaba, buscó á su hermano Pedro, y dióle parte del bien que habia hallado, y llevóle á Cristo. El Señor en viendo á san Pedro le dijo cómo se llamaba, y quién era su padre, y que habia de mudar el nombre: « Tú, dijo el Señor, eres Simon, hijo de Juan; tú te llamarás Cefas;» que en lengua siríaca ó caldea, es lo mismo que Pedro; y Pedro, que piedra: dando á entender Cristo nuestro Señor con estas palabras, que así como él es la primera y fundamental piedra, sobre la cual todo el edificio de la Iglesia está fundado; así habia de comunicar su nombre de piedra, y sus propiedades á Pedro, para que sobre ella y como sobre un firme y fuerte, aunque secundario fundamento, todos los otros fieles, como piedras vivas, se fundasen y permaneciesen en su Iglesia, con tan grande é inviolable fortaleza, que toda la fuerza y poder del infierno no la pudiesen empecer ni derribar. No quedó san Pedro de esta vez por discípulo del Señor, hasta que pasados algunos dias, andando por la ribera del mar, le vió con su hermano Andrés que estaban pescando, y los llamó y les dijo: « Venios en pos de mí para ser pescadores, nó de peces, sino de hombres:» y estos, obedeciendo luego á la voz y llamamiento del Señor, dejaron sus redes y su pobre casilla, y con el afecto todo el mundo, y le siguieron como discípulos á su maestro, y se entregaron del todo á su voluntad.

Fué tanto el favor que Cristo nuestro Señor hizo á san Pedro, que todos los otros apóstoles le reconocian por hermano mayor, y los evangelistas nombrando á los demás, y variando en el órden de contarlos, siempre ponen á Pedro por el primero como cabeza de todos, sin que en esto haya variedad. Él era el que siempre acompañaba á Cristo, aun en las cosas mas secretas: como cuando se transfiguró en el monte Tabor, y cuando resucitó á la hija de Jairo, príncipe de la sinagoga, y cuando se apartó á orar en el huerto.

Él fué, en cuya barca entró nuestro Señor para predicar desde ella á la gente que á la orilla del mar oia sus dulcísimas palabras, dejando las otras naves; para darnos á entender que en la nave de Pedro se habia de enseñar la doctrina celestial y evangélica. Finalmente, Pedro fué á quien Dios escogió para su vicario en la tierra, y para único y universal pastor de toda su Iglesia, y á quien dió las llaves del tesoro de ella, y la disposicion del precio inestimable de su sangre y de nuestra redencion; y para que fuese digno ministro y pastor suyo, le adornó de todas las gracias y virtudes que habia menester. Dióle grande humildad, con la cual habiendo cogido en una redada muy gran cantidad de peces en el lugar que el Señor le señaló, despues de haber estado toda la noche pescando en vano, asombrado y atónito, como fuera de sí, se arrojó á sus piés suplicándole que se apartase de él, porque él era pecador é indigno de estar en su compañia. Y cuando Cristo le quiso lavar los piés, con la misma humildad y espanto dijo aquellas palabras: Señor, ¿vos me lavais los piés? Y conociendo su dignidad añadió: no me lavareis los piés para siempre jamás: aunque despues obedeció, y se los dejó lavar por la amenaza que el Señor le hizo. Dióle gran fé, con la cual ilustrado, traspasando todas las cosas visibles y usadas, conoció con verdadero y cierto conocimiento, que Cristo era Hijo de Dios vivo, y Dios verdadero, y por tal le confesó, y en pago de esta sublime y admirable confesion le dió el Señor la primacía de toda su Iglesia. Dióle un dulcísimo y tierno amor, con el cual amaba á Cristo, y deseaba estar siempre con él, y no apartarse un punto de su lado: y de aquí vino, que cuando algunos discípulos le dejaron, escandalizados por la doctrina que ellos no entendian, de su cuerpo y sangre; y él dijo, á los que quedaban: ¿ Quereis vosotros tambien iros? Pedro respondió: *¿Domine, ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes:* Señor, ¿á dónde iremos que mas valgamos; pues vuestras palabras dan vida, y sin vos desfalleceremos y moriremos? De este amor nació el decir en el monte Tabor: Señor, bien estamos aquí; porque estando con Cristo, le parecia que en ninguna parte podia estar mejor; y el exhortarle que no muriese, porque como hombre aun no sabia el misterio inefable de nuestra redencion. Por este mismo amor quiso saber en aquella última y sagrada cena, quién era el traidor que habia de vender á Cristo; porque si lo supiera, lo despedazara con los dientes, como dice san Juan Crisóstomo. De este mismo amor procedió el echarse en el mar dos veces, para venir á Cristo, porque no le sufria el corazon aguardar tanto, ni que llegase el barco en que estaba con los otros apóstoles. Por este mismo amor se ofreció con gran denuedo y esfuerzo á cualquiera trabajo, peligro y muerte por Cristo; aunque para que conociese su flaqueza, y que era hombre y se compadeciese despues de sus hermanos, y mereciese mas llorando su culpa y haciendo toda la vida tan áspera penitencia por ella, que no comia sino pan y unas aceitunas, ó como san Gregorio Nazianceno dice, lupinos, que son los que llaman altramuces, y cuando mucho mas, yerbas ó legumbres; permitió el Señor, que le negase y cayese. Este mismo amor le hizo en el huerto echar mano del acero y oponerse al escuadron de tantos soldados y gente armada, y herir al siervo del sumo sacerdote, pensando que aquel negocio se habia de llevar por armas; porque aun no entendia la disposicion de Dios. Fué tan grande y tan extremado este amor de Pedro para con Cristo, que el mismo Señor le preguntó tres veces si le amaba mas que todos los otros apóstoles, y confesando él lo mucho que le amaba, le encomendó su ganado y le hizo pastor universal de su Iglesia: y así comenzó á ejercitar su oficio, y luego que subió Cristo nuestro Redentor al cielo, cuando estando los apóstoles y discípulos todos juntos en el cenáculo, le propuso, como cabeza, que eligiesen otro en lugar de Judas, y cayó la suerte sobre san Matías, y fué contado en el número de los doce apóstoles.

Despues que vino el Espíritu Santo, Pedro fué el primero que predicó á los judíos el misterio escondido de la cruz, con tan grande espíritu y fervor, que en un sermon convirtió tres mil, y en otro cinco mil almas al conocimien-

to de Jesucristo nuestro Salvador. Él fué el primero que hizo milagros, en prueba de la doctrina evangélica, comenzando de aquel cojo desde su nacimiento, que cada dia se ponia á la puerta del templo para pedir limosna: al cual san Pedro tomó de la mano, y le levantó y sanó con grande admiracion y espanto del pueblo. Y fueron tantas las maravillas y prodigios, que Dios obró por san Pedro, echando los demonios de los cuerpos y sanando á todos los que venian á él de cualquiera enfermedad, que de otras ciudades y de toda la comarca de Jerusalen traian los enfermos y los ponian en las plazas, para que cuando él pasaba, tocando la sombra de su cuerpo á alguno de ellos, todos quedasen sanos: lo cual no se lee de otro santo ni aun de Cristo nuestro Redentor; porque en esta parte quiso que su siervo se aventajase mas é hiciese mayores milagros, nó por su virtud, sino por la de su Señor. Y no solamente sanaba el doliente á quien tocaba la sombra de Pedro, sino que tocando á uno, sanaban todos los que allí estaban, como lo notó san Crisóstomo; y parece que lo significa san Lucas en aquellas palabras: «Ponian (dice) en las plazas á los enfermos en sus lechos, para que viniendo Pedro su sombra tocase á alguno de ellos; y todos quedasen libres de sus enfermedades.» Y no fué el menor de los milagros de san Pedro el haber caido á sus piés muertos Ananías y Safira, marido y mujer, los cuales habiendo ofrecido á Dios un campo que tenian, y vendido le trajeron el precio de él, y le echaron á los piés de los apóstoles, pero nó entero ni cumplido, sino defraudado, tomando para sí parte de la moneda en que lo habian vendido; castigó el Señor por la boca de Pedro, como de juez supremo, aquella infidelidad, enseñando á todos la sinceridad y verdad con que quiere ser servido, y el rigor con que aun en esta vida castiga algunas veces á los que se dejan cegar de la codicia, y no dan á Dios enteramente lo que le prometen, para ejemplo y escarmiento de los demás. El mismo Pedro fué el que lleno de Espíritu Santo, cuando los príncipes de los judíos les mandaron que no hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesus, con gran constancia y fortaleza respondió, que no podian dejar de hablar lo que habian visto y oido, y obedecer ántes á Dios que á los hombres. Él, por parecer y acuerdo de los otros apóstoles, fué con san Juan á Samaria, para que los que en ella habian creido recibiesen el Espíritu Santo. Él fué el primero que por particular revelacion de Dios, que le hizo con aquel lienzo misterioso lleno de serpientes y sabandijas, predicó el Evangelio á los gentiles, y convirtió á Cornelio centurion y á los de su casa, y con sus palabras les comunicó el Espíritu Santo y el don de lenguas; porque quiso nuestro Señor que el que era cabeza de toda la Iglesia, fuese el primero que predicase á los judíos y á los gentiles que en ella se habian de juntar como en un rebaño, y conocer, y obedecer, y reverenciar á Pedro y á cualquiera legítimo sucesor suyo por su pastor.

A mas de esto, anduvo el santo apóstol alumbrando con su doctrina, y admirando con sus milagros á todos los pueblos de Judea, entre los cuales fueron señalados el que hizo, sanando en Lida á un hombre llamado Eneas, que estaba paralítico ocho años habia en una cama, y el que hizo en Jope, resucitando á Tabita, mujer piadosa y muy limosnera: y penetró é ilustró las provincias de Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, echando en ella los fundamentos de nuestra santa religion, ordenando sacerdotes y obispos, y asentando todo lo que era necesario para el buen gobierno de las iglesias: y habiendo llegado á la ciudad de Antioquía, visitándolas y haciendo oficio de vigilante y solícito pontífice, padeció muchos baldones y grandes afrentas al principio, y puso en ella su cátedra pontifical, á la cual acudian los fieles como á un oráculo en todas sus dudas y dificultades.

Siete años estuvo en Antioquía la cátedra de san Pedro, nó de manera que todos estos años viviese el santo apóstol en aquella ciudad, sin salir de ella; porque teniendo sobre sí el peso y gobierno de todas las iglesias, era necesidad ir á otras partes; pero dícese, que tuvo la cátedra siete años en Antioquía, porque allí residia comunmente lo mas del tiempo.

Viniendo una vez á Jerusalen, fué preso por mandado del rey Herodes, el cual, por ganar las voluntades de los judíos, hizo degollar á Santiago el mayor, hermano de san Juan evangelista: y para darles entero contento determinó matar tambien á san Pedro, como principal caudillo de los cristianos, y cabeza de los demás. Toda la Iglesia sintió por extremo este golpe, y se puso en oracion continua y fervorosa, suplicando á nuestro Señor que librase á Pedro de las manos de Herodes, y le guardase del lobo carnicero, para que aquel rebaño suyo no se derramase y desfalleciese, faltándole su pastor, y el Señor le libró de la manera que en los Hechos apostólicos se escribe. Y habiéndose cumplido ya doce años despues de la subida de Cristo á los cielos, en los cuales él habia mandado á sus apóstoles, segun lo escriben muchos y graves autores, que predicasen á los judíos, y nó á los gentiles, y siendo ya llegado el tiempo de llevar la luz evangélica y el estandarte de Cristo por todo el mundo, se dividieron los apóstoles, y cada uno tomó aquella provincia que por inspiracion é instinto del Espíritu Santo le cupo. Nuestro apóstol san Pedro por particular revelacion del Espíritu Santo vino á Roma, así para fundar en ella su silla apostólica y hacer cabeza de la Iglesia católica aquella ciudad, que era señora y cabeza del imperio, como para convencer á Simon Mago, enemigo capital del Evangelio, que habia venido á Roma, y con malas y diabólicas artes llevaba embaucada la gente, y se vendia por dios, y como á tal le habian puesto una estatua.

Porque el demonio, viendo y conociendo que por la virtud de la cruz habia de ser echado del mundo y privado de la silla, que como tirano habia usurpado de Dios, y que los ídolos habian de ser derribados, y debilitadas sus fuerzas, procuró, para remedio de los daños que temia, levantar una nueva sinagoga, y oponerla á la Iglesia del Señor, que comenzaba ya á florecer, y con tanta gloria se habia de extender y amplificar por toda la redondez de la tierra. Para esto tomó por instrumento á Simon Mago, y contrapúsole á Simon Pedro; para que lo que el uno obraba con la verdad y espíritu del cielo, el otro lo deshiciese con la mentira y con el espíritu de Satanás: y así como san Pedro, en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, iba fundando la Iglesia católica; así Simon Mago, fingiendo que era Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con una vana y diabólica ostentacion engañase á los pueblos; y los apartase de la verdadera creencia y conocimiento del Señor. San Pedro, con la doctrina del cielo hacia varones celestiales, á los que le oian y creian; y Simon Mago con su falsa predicacion trastornaba la gente.

San Pedro con verdaderos milagros y prodigios confirmaba su doctrina; y Simon Mago con aparentes y fingidos y por arte mágica y diabólica deslumbraba los ojos flacos de los que le trataban. Finalmente, él fué un ministro del demonio tan eficaz, que san Ignacio con mucha razon le llama primogénito de Satanás, y san Justino, Ireneo y Epifanio y otros santos dicen que fué maestro y fuente de todos los errores y herejías. Comenzó esta contienda entre los dos Simones en Samaria, de donde era natural Simon Mago: porque habiendo venido á ella san Pedro y san Juan, y recibido los fieles al Espíritu Santo por la imposicion de las manos de los santos apóstoles; Simon, espantado de ver aquella maravilla, y codicioso de alcanzar tan gran poder, ofreció dinero á los apóstoles, para que le diesen aquella gracia de comunicar al Espíritu Santo por sus manos, creyendo que el don de Dios se podia comprar con dineros, y san Pedro se lo afeó y le exhortó á hacer penitencia. Y habiéndose escapado Simon de aquella ciudad, y predicando por otras su falsedad y mentira, y pervirtiendo los pueblos, por donde pasaba; el glorioso san Pedro le siguió en algunas provincias, y le fué á los alcances para deshacer las tinieblas de sus malas artes y desengañar á los que le habian creido y le tenian por una virtud soberana de Dios. Y como Simon, huyendo del santo apóstol, hubiese venido á Roma, el Señor mandó á san Pedro, que él tambien viniese á ella, para echarle de aquella ciudad, y quitar aquel estorbo tan grande á la religion cristiana, y establecer en ella la cátedra pontifical, como dijimos.

Partió san Pedro de Antioquía para Roma, acompañado de su discípulo san Marcos, que despues escribió el Evangelio, de Apolinar, á quien hizo obispo de Ravena, de Marcial, á quien envió á Francia, de Rufo, á quien hizo obispo de Capua, y de algunos otros santos, discípulos y compañeros; y como escribe Metafraste, llegó á Sicilia, y por tradicion se tiene que estuvo en Nápoles, y hoy dia se reverencia un lugar donde se dice que el santo apóstol dijo misa. Entró en Roma á los 18 de enero del año del Señor de 44, y en el segundo del imperio de Claudio, segun la mas probable opinion de Eusebio y san Gerónimo: aunque otros dicen, que fué el tercero de su imperio, y el 45 de Cristo; y en este dia celebra la santa Iglesia la cátedra de san Pedro en Roma, como en su festividad se dijo, y fué dia dichosísimo para aquella ciudad, y para todo el mundo, que habia de ser ilustrado con los rayos de su luz y bañado de los rios caudalosos, que de la silla de Pedro, como de fuente perpetua y divina, se habian de derivar por toda la tierra, y fertilizar todas las provincias, regiones y naciones del mundo. Y así san Pedro, volviendo los ojos por todas ellas, y abrazándolas con su vigilancia y cuidado pastoral, las proveyó de pastor, y envió por toda Italia, Francia, España, África, Sicilia y otras islas, obispos y sacerdotes, que las enseñasen y alumbrasen con los resplandores del Evangelio: á Sicilia envió á Pancracio, Marciano, Berillo y Filipo: á Capua, á Prisco: á Nápoles, á Aspernate: á Terracina, á Epafrodito: á Nepe, á Ptolomeo: á Fiesoli, á Rómulo: á Luca, á Paulino: á Ravena, á Apolinar: á Verona, á Eutropio: á Padua, á Prosdocimo: á Pavía, á Siro: á Aquileya, primero á Marcos y despues á Hermagora: á Francia, á Marcial, Materno, Valerio, Sixto, Trofimo, Sabiniano y Juliano: á España, á Torcuato, á Ctesifonte, Secundo, Indalecio, Cecilio, Esiquio, Eufrasio y otros. Y aun Metafraste escribe, que el mismo santo apóstol vino á España y pasó á Inglaterra, derramando por todas partes, como un sol resplandeciente, su claridad y los rayos de la divina luz; porque como pastor universal, tenia cuidado de todos y á todos proveia. Y san Cipriano llama á la Iglesia romana *Matriz*: porque no solo la Iglesia de Cartago habia recibido de ella la fé, sino tambien las de Mauritania y Numidia, que eran sufragáneas de la de Cartago: y san Gregorio, papa, escribiendo á los obispos de Numidia, les dice que habian recibido los principios de la fé del apóstol san Pedro: y por esto Inocencio I, sumo pontífice, en una epístola que escribe á Decencio, afirma que de san Pedro y de sus sucesores fueron enviados por el mundo los obispos y sacerdotes, que plantaron la fé y fundaron las iglesias en muchas provincias y naciones.

No se puede fácilmente creer el fruto que el santo apóstol hizo en Roma, así deshaciéndose los embustes y artificios diabólicos de Simon Mago, que por la venida de san Pedro por entonces huyó de aquella ciudad, como alumbrando á los que le oian con la doctrina evangélica y con las maravillas que Dios obraba por él, con gran contradicion de los judíos que se le oponian, y con esta ocasion alborotaron y turbaron la ciudad. Por donde el emperador Claudio, el noveno año de su imperio, los mandó salir á todos de Roma, como gente inquieta y revoltosa. Por este mandato del emperador salió tambien san Pedro de Roma, si ya ántes no habia salido, ordenándolo así nuestro Señor, para que con su presencia visitase las iglesias de Oriente, y celebrase en Jerusalen el primer concilio que se hizo en la Iglesia, y compusiese en él las diferencias y debates que habian nacido entre judíos y gentiles, que se habian convertido á nuestra santa fé, que eran muy pesadas y muy graves: porque, como se escribe en los Hechos apostólicos, los judíos convertidos, con el celo de su antigua ley querian que los gentiles juntamente con el bautismo se circuncidasen, afirmando que de otra manera no se podian salvar: y los gentiles no querian sujetarse á la circuncision, entendiendo, como era verdad, que por la fé de Cristo nuestro Señor y el santo bautismo, y las buenas obras alcanzaban la salud eterna. Y pasó tan adelante esta contienda, que para determinar lo que se habia de hacer, fué necesario que san Pablo y san Bernabé fuésen á Jerusalen y propusiesen esta cuestion á san Pedro y á Santiago el menor, obispo de aquella ciudad, y san Juan Evangelista y algunos otros de los principales discípulos del Señor. En aquel concilio se definió, conforme al parecer de san Pedro, que no se echase carga tan pesada á los gentiles, como pretendian los judíos; pues sola la gracia de nuestro Señor Jesucristo es causa de nuestra salud: y formaron el decreto de lo que habian de guardar, y le enviaron con los mismos san Pablo y san Bernabé, y con Judas y Silas, dos de los mas principales hermanos, con tan gran resolucion y autoridad, que dicen en él los apóstoles: «Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros, no cargaros, ni obligaros á mas, que guardaros y absteneros de los manjares que han sido ofrecidos á los ídolos, y de la fornicacion.» Acabados los negocios que al santo apóstol se le ofrecieron en Jerusalen y Judea, y partes de Oriente, volvió á Roma, pasando por Egipto y por África, como escribe el Metafraste. Apresuró su camino san Pedro, por entender que Neron, el cual habia

sucedido en el imperio á Claudio, era amicísimo de magos y nigrománticos, y en todas partes los buscaba y honraba, y habia hecho llamar á Simon Mago, que en tiempo de Claudio, su predecesor, por la venida de san Pedro se entiende habia huido de Roma, como dijimos, y le tenia en gran reputacion, creyendo que fuese Dios ó alguna virtud divina; porque este primogénito de Satanás, como escribe Anastasio Niceno, por arte de encantamiento y diabólica fingia muchas cosas aparentes, que admiraban y suspendian á los circunstantes. Hacia caminar las estatuas: tomaba figura de serpiente y de otras bestias: andaba sobre el fuego sin quemarse: volaba por el aire: convertia las piedras en pan: abria las puertas cerradas sin tocarlas: quebraba las cadenas y prisiones, soltando á los que estaban atados; y con ellos obraba cosas semejantes á estas, vanas, fingidas y aparentes, con las cuales traia encantada y arrobada toda la ciudad. A mas de esto, habiéndose en Roma encendido un fuego horrible y espantoso, que duró seis dias y siete noches, segun Suetonio y Tácito, que abrasó buena parte de la ciudad, ahora fuese acaso, ahora como graves escritores dicen, por mandado secreto del mismo emperador, tomando Neron esta ocasion para perseguir á los cristianos como autores de aquel incendio, habia movido la primera persecucion contra la Iglesia, y con exquisitos y atrocísimos tormentos hecho morir á muchos de ellos, como lo escriben los mismos autores gentiles. Por esta crueldad de Neron los cristianos que vivian en Roma estaban muy afligidos, arrinconados y desmayados; y como ovejas despavoridas y descarriadas, tenian necesidad de su pastor, que las recogiese y amparase, y defendiese del leon bravo y furioso, que así llama á Neron san Pablo, que las pretendia tragar: y aunque ya era venido á Roma el mismo san Pablo, y con su presencia consolaba y esforzaba á los cristianos; todavía vino san Pedro, como obispo particular de Roma y pastor universal de todo el rebaño del Señor, por las razones aquí referidas.

Llegado á Roma, y consolados y animados los fieles con su vista, entró el santo apóstol en batalla con Simon Mago, su grande adversario y competidor: y despues de varias altercaciones y disputas, dijo el santo apóstol, que trajesen allí un difunto, y que el que de los dos lo resucitase, fuese tenido por predicador de la verdad. Trájose el muerto: y aunque al principio Simon Mago con sus hechizos y arte diabólico hizo que la cabeza del difunto al parecer se moviese, y el pueblo que estaba presente creyese que le habia dado la vida; al cabo el que era muerto se quedó muerto, y se descubrió el engaño de Simon: y san Pedro, haciendo oracion lo resucitó allí delante de todos los circunstantes, que por este milagro quedaron convencidos de la verdad del santo apóstol, y de la mentira de Simon: el cual, como enojado y despechado por la resistencia que san Pedro le hacia, y porque los romanos no le daban tanto crédito como él deseaba, les dijo que pues eran tan insensatos que dejaban á él y creian á Pedro, que él mandaria á sus ángeles que en su presencia y en sus ojos le llevasen por el aire y subiria al cielo, de donde los castigaria con extrañas calamidades. Habiéndose señalado un dia de domingo en que habia de volar, escribe san Agustin por relacion de muchos, que el santo apóstol ayunó y mandó ayunar á todos los fieles el dia ántes que fué sábado, para que nuestro Señor le diese victoria de tan pernicioso enemigo, como se la dió. Porque venido el dia señalado, Simon delante del pueblo subió á un lugar alto y eminente, y llevándole por el aire los demonios, comenzó á volar y subir hácia el cielo, con gran admiracion de todo el pueblo que habia concurrido á este espectáculo, y movido de un tan extraño prodigio daba voces creyendo que Simon fuese lo que él decia, santo y verdadero dios. Mas el glorioso apóstol san Pedro, viendo la turbacion del pueblo y la liviandad de Simon y los embustes de los demonios, volviendo los ojos al cielo con gran humildad y confianza, hizo oracion al Señor y mandó á aquellos espíritus infernales que le soltasen y le dejasen allí caer. Al momento le soltaron, y él cayó y se quebró las piernas, para que no pudiese andar por tierra el que habia querido subir al cielo, y perdiese el uso de los piés el que habia tomado alas para volar: y se viese cuánto mas poderosa era la oracion del apóstol que la presuncion del mago, y la virtud de Dios para derribarle que el poder de los demonios para llevarle. No quiso san Pedro, que cayese muerto, para que tuviese tiempo aquel miserable de reconocerse y arrepentirse, y para que el pueblo, viéndole vivo, mas se confirmase en la verdad: pero al dia siguiente murió Simon en Ariza, pueblo cercano de Roma á donde se hizo llevar. Muy victorioso y glorioso quedó san Pedro, habiendo dado cabo á una hazaña tan memorable y quebrantado y destruido aquel monstruo infernal que inficionaba y arruinaba toda la tierra. Los fieles quedaron consoladísimos, los gentiles admirados y confusos; y el emperador Neron rabioso y furioso, porque habia perdido un grande amigo y tan excelente en aquella arte de nigromancia que él tanto estimaba: y embraveciéndose contra san Pedro y san Pablo, los mandó prender: para lo cual ayudó otra causa que no fué la menor.

Entre los romanos, que habian recibido la fé por la predicacion de los santos apóstoles, habia muchas mujeres y matronas que juntamente con el bautismo habian recibido la gracia y don de la castidad, y procuraban guardarla con gran recato y vigilancia dando de mano á todo deleite sensual, y á los gustos y entrenimientos de la vida pasada. En el número de estas mujeres hubo dos, las cuales habiendo sido ántes amigas del emperador y tenido ruin trato con él, se apartaron de su conversacion sin poderlas él con blanduras y amenazas atraer á su voluntad. Como Neron era tan carnal como cruel, salió de sí; y ciego con la pasion, juzgando que no habia de haber en el mundo quién le resistiese ó no se sujetase á su querer; entendido que aquellas mujeres por ser cristianas no lo hacian, convirtió su saña contra los maestros de aquella doctrina que enseñaba tales costumbres y tal castidad: la cual así como es virtud celestial y propia del Evangelio, así los predicadores de él siempre la encomendaron y encarecieron á los fieles: y para que mas la estimasen, ordenó el Señor que algunos de sus mayores privados y amigos muriesen en defensa de la castidad, como san Juan Bautista y san Mateo apóstol y evangelista, y los dos príncipes de los apóstoles san Pedro y Pablo de quienes aquí tratamos.

Estuvieron los santos apóstoles presos nueve meses en una cárcel llamada de Mamertino, tenebrosa y penosa, aunque nó sin gran provecho de los soldados y guardas

que los tenian á su cargo, porque Proceso y Martiniano que eran los principales, y otros muchos por la predicacion del apóstol san Pablo se convirtieron á nuestra santa fé y fueron ilustres mártires del Señor. Y para que no faltase agua para bautizarlos, de la misma peña salió una fuente que hoy dia se ve en Roma en la misma cárcel, sin haber faltado hasta ahora, corriendo con tanta copia de agua, que algunos dias entre año, en que los fieles concurren con gran devocion á visitar la cárcel de los gloriosos apóstoles, bebiendo del agua de esta fuente, nunca se seca, ni deja de dar la que la gente para su refrigerio ha menester. Acercábase el tiempo en que los santos apóstoles habian de morir: lloraban muchos cristianos y enternecíanse por la falta que les habian de hacer aquellos dos ojos y columnas de la Iglesia. Pidieron á san Pedro como á su querido pastor, con muchas lágrimas y sollozos, que saliese de la cárcel y se ausentase para su bien de ellos: y puesto caso que el santo apóstol deseaba morir por el Señor, fué tanta la instancia é importunidad que hicieron, que vencido de sus ruegos y lágrimas, salió de la cárcel y de Roma para esconderse por algun tiempo: nuestro Señor Jesucristo, como escribe san Ambrosio, san Gregorio y Hegesipo, le apareció en un lugar que se llama *Sancta Maria ad Passus*, en el cual hasta hoy dia está edificada una capilla, entre San Juan de Letran y San Sebastian: y viendo el apóstol á su buen maestro y conociéndole le dijo: *Domine, quo vadis?* Señor, ¿á dónde vais? Y él le respondió: á Roma voy para ser crucificado otra vez. Luego entendió san Pedro que Cristo, que ya es inmortal y glorioso, no habia de ser crucificado en su propia persona, sino en la de su siervo, en la cual queria de nuevo morir, y volviendo atrás entró en Roma y se fué á la cárcel aparejado para morir, consolando y animando á los fieles con la vision que habia tenido, y exhortándolos á conformarse con la voluntad del Señor.

Dióse sentencia de muerte contra los santos apóstoles, en que se mandaba que Pedro como judío fuese crucificado, y Pablo degollado como ciudadano romano. Azotáronles cruelmente, ántes de llevarlos al suplicio; y en la iglesia de Santa María Transpontina que es de los padres carmelitas, se muestran y reverencian hoy dia en Roma las columnas á las cuales fueron atados cuando los azotaron. Despues los sacaron de la cárcel y los llevaron fuera de la ciudad por la puerta llamada Trigemina, ú Ostiense, porque va á la ciudad de Ostia: y despidiéndose el uno del otro y dándose ósculo de paz con grande amor y ternura, los apartaron y llevaron á san Pedro á una parte alta y eminente del Vaticano, que ahora se llama *Mons aureus*: el monte de oro: por ventura por haber sido en él crucificado el príncipe de la Iglesia. Allí le desnudaron y enclavaron en la cruz, con inestimable gozo y alegría del beatísimo apóstol, por la merced que recibia del Señor, dándole ocasion de imitarle, y con aquel tormento y muerte de cruz corresponder de la manera que podia al amor entrañable é inmenso, con que el mismo Señor en otra cruz habia dado su vida por él. Y teniéndose por indigno de estar en la cruz en aquella forma y figura que su maestro y Señor habia estado, rogó á los ministros de justicia que le crucificasen la cabeza abajo y los piés arriba, posponiendo con su grande humildad su mayor pena á su mayor devocion. De esta manera acabó el curso de su peregrinacion el príncipe de los apóstoles san Pedro, imitando con su muerte la muerte, y con su cruz la cruz de Cristo, y plantando la religion cristiana, y regándole con su sangre en aquella ciudad que en aquel tiempo era señora del imperio, y despues por la cátedra y sucesion de san Pedro habia de ser cabeza de todos los fieles que están derramados por el universo, siendo mas extendida y dilatada por la jurisdicion espiritual que ahora tiene, que jamás lo fué por la potestad temporal. El cuerpo de san Pedro con gran reverencia y devocion tomó Marcelo presbítero, y con ungüentos olorosos y especies aromáticas le enterró con gran solemnidad en una parte del Vaticano muy léjos de donde habia sido crucificado.

Fué san Pedro alto de cuerpo, aunque no abultado: blanco de rostro y descolorido: los cabellos de la cabeza y los pelos de la barba eran crespos, espesos, pero nó largos: los ojos negros y como teñidos en sangre por las muchas lágrimas que derramaba, y particularmente cuando oia el canto del gallo, y se acordaba que habia negado al Señor: las cejas rasas y casi despobladas: la nariz larga y nó aguda, sino corva y algo remachada. Tuvieron los santos antiguos tanta devocion á las imágenes de los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, que san Agustin escribe que las solian los cristianos pintar á los lados de la imágen de Cristo nuestro Salvador. Y Eusebio Cesariense afirma haber visto las imágenes de estos apóstoles antiguas; y en la iglesia de San Pedro en Roma se guardan hasta hoy las que tenia san Silvestre, papa, y las mostró á Constantino, emperador, cuando por revelacion y aviso de los mismos santos apóstoles le hizo buscar para ser enseñado de él y bautizado: el cual emperador tuvo tanta devocion con san Pedro, que le edificó un suntuosísimo templo en Roma, y él mismo, dejando la púrpura imperial, sacó doce espuertas de tierra para hacer los cimientos de él: y todos los demás emperadores y reyes, y príncipes cristianos, han tenido en suma veneracion aquel templo, en que están sus preciosas reliquias: y muchos de ellos le han visitado, y quitadas sus coronas imperiales, se han postrado delante de ellas, y tendidos por el suelo, besado los umbrales de sus puertas: mostrando con esta piadosa y humilde devocion, las ventajas que hace el pobre pescador de Cristo á la soberanía y majestad del emperador terreno. Y de todas las partes del mundo van multitud de fieles en romería, para alcanzar dones y beneficios del Señor, por la intercesion y merecimientos de su vicario y apóstol glorioso. Y no solamente despues que se hizo aquel templo tienen los cristianos esta devocion con él, sino aun en tiempo de los emperadores gentiles, cuando mas brava y cruda era la persecucion contra los cristianos, venian de Persia y de otras partes muy remotas á Roma con gran piedad, para reverenciar aquel santo lugar, y encomendarse al patrocinio de san Pedro; juzgando que debajo de su amparo y proteccion estarian seguros, como se ve en los actos de muchos mártires. Y hasta los obispos solian venir á Roma de diversas partes para celebrar la fiesta del apóstol con mayor solemnidad: como se saca de san Paulino en la epístola trece, que escribió á Severo, y en la diez y seis á Delfino. Y los santos pontífices Anacleto y Zacarías mandaron que todos los obispos una vez cada año visitasen los templos de los apóstoles; y san Gregorio, papa, lo ordenó así á los obispos

de Sicilia. Y san Cleto tercero, papa, despues de san Pedro, y mártir del Señor, en una epístola, dice que el visitar la iglesia de San Pedro era de mayor merecimiento que el ayunar dos años. Y san Gregorio confiesa que la ciudad de Roma sin gente armada, y casi sin defensa entre las espadas y armas de los longobardos, habia sido guardada de Dios por el patrocinio de san Pedro. Y hasta los bárbaros é impíos príncipes tuvieron siempre tanto respeto á las iglesias de San Pedro y San Pablo, que Alarico, rey de los godos, cuando entró en Roma y la saqueó, mandó que se guardasen inviolablemente aquellos templos, y no se tocase á cosa de ellos ni de sus ministros, ni á persona que á ellos se acogiese. Y Teodora, emperatriz, hereje, mandando á Antemio que prendiese al papa Vigilio en cualquier parte que estuviese, añadió: «Fuera de la iglesia de San Pedro:» porque aunque era extremada su rabia y furor contra Vigilio, é igual á su impiedad, no se atrevió la perversa emperatriz á perder el respeto á aquel templo, que de todo el mundo era venerado, y violándole, ofender al santo apóstol, á quien Dios tanto engrandeció y enriqueció con tan larga mano.

Porque cierto parece cosa de grande admiracion ver las gracias, privilegios y prerogativas que sobre todos los mortales y sobre todos los otros apóstoles el Señor dió á san Pedro; porque de todos sus apóstoles á solo Pedro mudó el nombre, de manera que le durase y fuese propio suyo: y de Simon le llamó Pedro ó Cefas, que es lo mismo para darnos á entender que le daba lo que aquel nombre significaba, haciéndole piedra fundamental de su Iglesia. A él particularmente hizo la revelacion de su divinidad y la distincion de las personas divinas, de la encarnacion del Verbo y de los misterios de nuestra santa fé, que son altísimos é incomprensibles á la razon humana. A Pedro se da siempre en las sagradas Letras, como dijimos, el primer lugar entre todos los apóstoles: nó porque fuese mayor de edad, pues era menor que su hermano san Andrés, ni por haber sido llamado de Cristo ántes que todos; sino porque era el primero en la eleccion del Señor, y cabeza de los demás: y por eso le mandó Cristo pagar el tributo por sí y por el mismo Pedro, como padre de familias y pastor de todos: y así él solo anduvo sobre las aguas, como lo notó san Bernardo, como anduvo Cristo: y por esta causa él echó las redes por su mandado, y cogió tantos y tan grandes peces dos veces milagrosamente, para denotar con la una la Iglesia militante, y con la otra la triunfante, como escribe san Agustin. A Pedro prometió y dió el Señor las llaves de su Iglesia: por Pedro especialmente hizo oracion, para que no faltase su fé, y para que ayudase y esforzase á sus hermanos: á Pedro solo bautizó Cristo por su mano entre todos los apóstoles, como lo escribe Evodio, obispo de Antioquía, y Clemente Strometeo: Pedro fué el primero á quien lavó los piés, segun san Agustin: á Pedro apareció despues de resucitado, primero que á ningun otro de los apóstoles: á solo Pedro dijo Cristo la muerte que habia de morir: Pedro es la boca de todos los apóstoles: él hablaba por todos, y como dijimos, es el primero que promulgó el Evangelio á los judíos: y para confirmarle, hizo el primer milagro y condenó como juez supremo á Ananías y Safira, y por revelacion de Dios abrió la puerta á la conversion de los gentiles, bautizando á Cornelio, centurion. Por Pedro, como por cabeza de toda la Iglesia, hacia ella continua y fervorosa oracion, cuando le tenia preso Herodes. Pedro es el que junta concilio y preside en él, y decreta lo que se ha de seguir; porque este era su oficio, y aquello se habia de tener por cierto y seguro que él enseñaba: por eso dice san Pablo que fué á Jerusalen á ver á Pedro; porque aunque era vaso de Dios escogido para predicar el Evangelio, quiso conferirlo con el príncipe de toda la Iglesia, como lo notaron san Crisóstomo, san Ambrosio, san Gerónimo y Ecumenio. A solo Pedro apareció Cristo visiblemente, y le dijo aquellas palabras: «Voy á Roma para ser crucificado otra vez.» Finalmente toda la Iglesia católica ha reconocido siempre y reconoce á Pedro por pastor único y universal, y ha reverenciado por principales y patriarcales las Iglesias que fundó san Pedro, que son la romana, alejandrina y antioquena; porque aunque la Iglesia alejandrina no la fundó san Pedro por su misma persona, fundóla por la de su discípulo san Márcos, evangelista, el cual la edificó con título de San Pedro; de manera, que aun viviendo el glorioso apóstol, tuvo iglesia dedicada al Señor en su nombre, como lo escribe el cardenal Pedro Damiano en un sermon de san Marcos evangelista. Tambien la santa Iglesia celebra la fiesta de sola la cátedra de san Pedro, no celebrando la de los otros apóstoles. Y antiguamente, como dice Atico, obispo, en las letras que llamaban formadas, y era como un símbolo patente de que usaban los cristianos católicos para conocerse, ayudarse y hospedarse cuando peregrinaban; despues del nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ponian los fieles el nombre del príncipe de los apóstoles, venerándole sobre todos y reconociendo en él el amor y liberalidad inestimable con que el Señor le hizo pastor de su rebaño, padre de su familia, maestro de su escuela, cabeza del cuerpo de su Iglesia, capitan general de su ejército, depositario y dispensador de su tesoro, portero del cielo, príncipe sobre todos los reyes y príncipes de la tierra, y principalísimo ministro de sus merecimientos y de su sangre; con estos y otros semejantes títulos le alaban y honran los santos doctores. Y el divino Dionisio Areogapita le llama suprema gloria y ornamento soberano, y pilar ó estribo, ó columna fortísima y antiquísima de todos los teólogos. Ha sido tan respetado el nombre de Pedro, que ninguno de sus sucesores ha osado en su asumpcion llamarse Pedro.

Escribió san Pedro dos epístolas canónicas, de las cuales usa la Iglesia; y de lo que predicó en Roma escribió su Evangelio san Marcos, intérprete y discípulo suyo: al cual san Pedro aprobó y mandó que se leyese en las iglesias. Otros libros, como refiere Eusebio y Sifronio, se dice que escribió; como son el de sus Hechos, el Evangelio de Pedro, el de la Predicacion, el Apocalipsi y el del Juicio; pero todos estos son libros apócrifos, y no recibidos de la Iglesia; aunque Clemente Alejandrino y Orígenes alegan el libro de la Predicacion de san Pedro, y Rufino hace mencion del libro del Juicio. Murió el bienaventurado san Pedro á los 29 de junio del año del Señor de 69, y segun Eusebio y san Gerónimo, el décimocuarto del imperio de Neron; aunque el cardenal Baronio dice que fué el décimotercio, y á los veinte y cinco años de su pontificado, despues que entró la primera vez en Roma, y puso en ella su cátedra apostólica: al cual tiempo ninguno de los legítimos sucesores ha llegado ni vivido tantos años en la silla de san Pedro. Sus milagros fueron innumerables y las alabanzas grandes, que de él dicen casi todos los santos doc-

tores de la Iglesia, son tantas que no se pueden referir aquí. Supliquemos al Señor, por los merecimientos y oraciones de este gloriosísimo apóstol y pastor nuestro, que nos haga ovejas dignas de su rebaño y de tal pastor; para que oyendo su voz, y obedeciendo á su doctrina y siguiendo sus pisadas, merezcamos entrar en aquellos pastos eternos, donde el príncipe de los pastores Jesucristo, cuyo vicario fué Pedro, apacienta con su vista los escogidos, y les da á beber en aquellas corrientes de vida perdurable y sin fin.

SAN MARCELO Y SAN ANASTASIO, MÁRTIRES.—Marcelo era hijo de padre infiel y de madre católica, la cual le habia instruido en los principios fundamentales de nuestra santa religion. Mucho aprovechó el santo de las instrucciones de su madre, y habiendo sido discípulo del glorioso papa y mártir san Sixto, se fué por consejo de san Lorenzo á las Galias cuando la persecucion de Roma en compañía de un tal Anastasio. Este era cristiano y servia al ejército romano. Llegaron á Argenton, y allí presenciaron la crueldad con que el prefecto afligia á los cristianos, y como Marcelo y Anastasio obrasen allí algunos milagros, fueron llamados por el prefecto y atormentados bárbaramente. En medio de los tormentos predicaban á Jesucristo, y caian los ídolos, lo que visto por el prefecto mandó cortarles la cabeza. Fué su martirio en tiempo del emperador Aureliano.

SAN SIRO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Italia, y fué modelo de confesores durante la última persecucion que sufrió la Iglesia de Dios. Era todavía levita de Génova, cuando habiendo muerto su obispo, fué Siro elegido y consagrado para ocupar aquella silla. Obró muchos milagros, y trabajó con mucha eficacia en el arreglo de la disciplina despues de la persecucion. Un dia estando delante de Jesus sacramentado, vió en la sagrada hostia una mano que le señalaba donde debia ir á ejercer su ministerio. Despues de una vida pasada entre las desgracias y amarguras de la persecucion, murió este santo obispo en la paz del Señor el dia 29 de junio del año 330.

SAN CASIO, OBISPO Y CONFESOR.—Floreció este santo durante el siglo VI, siendo obispo de Narni. San Gregorio, hablando de él, dice que apenas pasó dia alguno de su vida en que no ofreciese al omnipotente Dios sacrificios de reconciliacion, con lo cual era conforme su vida; pues cuanto tenia lo repartia entre los pobres. En el sacrificio de la misa se derretia en lágrimas. Cuando se acercó á Narni el rey Totila con su ejército de godos, el santo pastor le salió al encuentro y curó sus soldados de un mal grave que padecian, y el rey conociendo el milagro empezó á venerar á Casio y al Dios que este adoraba. Finalmente el dia de la festividad de los santos apóstoles, en que por costumbre pasaba el santo todos los años á Roma, habiendo dicho misa, y dado al pueblo el cuerpo de Cristo y la paz, entregó su espíritu á Dios. Era aquel año el 1558.

SANTA BENITA, VÍRGEN.—Parece que fué esta santa francesa de nacion, aunque algunos creen que vivió en Cádiz de España. Nada sabemos de ella: los mas antiguos Martirologios traen continuado su nombre.

SANTA MARÍA MADRE DE JUAN, LLAMADO MARCOS.—Las pocas noticias que tenemos de esta santa discípula del Salvador nos las da san Lucas en las Actas de los apóstoles. «Cuando san Pedro estaba en la cárcel, continuamente se robaba en la Iglesia por él, y estas oraciones alcanzaron de Dios que un ángel librase de sus grillos al santo apóstol, el cual al salir de la cárcel, se fué á casa de María, madre de Juan, llamado Marcos, en donde habia muchos fieles congregados. Créese que fué esta santa una de aquellas mujeres que siguieron siempre á Jesucristo y que recibieron el Espíritu Santo en el cenáculo. La tradicion enseña tambien que María hospedó mas de una vez en su casa al Salvador del mundo, y algunos aseguran que en su casa celebró la Pascua, y que en ella se constituyó la primera Iglesia cristiana. Parece tambien que despues de la ascension del Señor se fué á Chipre con san Bernabé y que murió en esta isla á fines del primer siglo.

DIA 30.

SAN PABLO, APÓSTOL.—Son tan grandes los merecimientos de los gloriosísimos príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y tan inmensos los beneficios que como de sus principales maestros la santa Iglesia ha recibido del Señor por su mano, que para mayor reconocimiento de ellos; no se contenta con juntar, como suele á estos dos apóstoles y celebrar su fiesta en el mismo dia en que murieron, sino que para mayor solemnidad se ocupa el dia de su martirio en celebrar y regocijar principalmente la festividad de san Pedro, y al dia siguiente la de su bienaventurado compañero san Pablo, la cual instituyó como dice Micrologo, san Gregorio Magno, primero de este nombre; porque ántes, como se saca del poeta Prudencio, solian los pontífices romanos celebrar con gran solemnidad las fiestas de estos apóstoles el mismo dia de su martirio, la una en la iglesia de San Pedro y la otra en la de San Pablo, cuya vida escribiremos aquí.

Fué san Pablo hebreo de nacion, de la tribu de Benjamin; nació en la ciudad de Tarso, como el mismo santo lo dice. Tuvo padres honrados y ricos, y de ellos fué enviado á Jerusalen, para que debajo de la disciplina y magisterio de Gamaliel, famoso letrado, fuese enseñado en la ley y ceremonias de Moisés, y él las aprendió con tanto estudio y fervor, que para mejor guardarlas y defenderlas, entendiendo que los discípulos de Cristo les eran contrarios, les comenzó á perseguir y los pretendió desarraigar de la tierra, y no contentándose con haber procurado la muerte del glorioso protomártir san Estévan y de guardar las capas, de los que le apedreaban, para que lo pudiesen hacer mas sueltamente y sin tirar él piedra por su mano, apedrearle por las manos de todos; para satisfacer á su saña y furor, y hartarse de la sangre de los cristianos, él mismo se ofreció á perseguirlos al sumo sacerdote y con sus cartas y gente armada se partió para la ciudad de Damasco, para buscar, prender y traer aherrojados y encadenados, á todos los que hallase, hombres y mujeres que creyesen en Cristo, y hacerlos infame y cruelmente morir. Pero en el mismo tiempo que él estaba tan fuera de sí é iba á Damasco, le apareció en el camino el Señor, y cegándole primero con su luz, le alumbró, y con su voz sonora y poderosa, como trueno lo asombró y derribó en el suelo y le convirtió, y de lobo le hizo oveja, y de perseguidor defensor de su Iglesia y doctor de los gentiles y vaso escogido, para que llevase su santo nombre por el mundo, como se dijo en el dia de su conversion.

Y habiendo estado algunos dias en Damasco, y predicado á Jesucristo por verdadero Dios, y el Mesías prome-

tido en las sinagogas de los judíos, con extraordinaria eficacia, vehemencia, admiracion y estupor de todos los que le oian y veian la mudanza tan repentina y tan extraña en su persona; se fué á Arabia; y despues de haber allí tambien predicado, se volvió á la ciudad de Damasco, convenciendo y confundiendo á los judíos que habia en ella, y probándoles con razones y autoridades evidentes de la sagrada Escritura, que Jesucristo, á quien él ántes perseguia, era el verdadero Salvador. Y aunque algunos de los judíos se convertian y abrazaban la verdad; los mas eran tan obstinados, que se cegaban con la misma luz y convertian en ponzoña la medicina: los cuales de tal manera se embravecieron contra san Pablo, que determinaron quitarle la vida y acabarle, y para poderlo hacer mas á su salvo, persuadieron á los gobernadores de la ciudad de Damasco, que era hombre malvado, embaucador y revoltoso, para que le echasen mano; y en efecto lo pretendieron hacer, y cerraron las puertas de la ciudad, para que no se pudiese escapar; mas como el Señor le guardaba para mayores cosas, los otros discípulos de Cristo le descolgaron de noche por una ventana que caia á la parte del muro de la ciudad, metido en un seron, y queriéndose acompañar con los otros discípulos del Señor, ellos huian de él, como de enemigo cruel; porque aun no sabian que ya no lo era, sino discípulo como ellos, de Cristo y predicador de su Evangelio, hasta que san Bernabé, que habia estudiado en la misma escuela de Gamaliel y sido condiscípulo de san Pablo, y tenido amistad con él, le habló y trató, y sabiendo la misericordia que Dios habia usado con él y cuán trocado estaba, le abrazó y con grande regocijo y alegría le llevó á los otros apóstoles, y el mismo santo les contó lo que le habia acontecido en el camino de Damasco, y la manera con què Dios le habia llamado y convertido, y lo que despues le habia sucedido en la misma ciudad de Damasco; alabando todos al Señor por aquella gracia, que con su mano poderosa habia hecho á su Iglesia, sacando agua viva de la dura peña y de las tinieblas luz y de un bravo y rabioso perseguidor un valeroso caudillo y esforzado capitan y defensor de la Iglesia.

No se puede explicar con pocas palabras, ni fácilmente creer, lo que este santísimo apóstol trabajó y padeció en cultivar la viña del Señor: las peregrinaciones que hizo: las tierras que anduvo: las ánimas que convirtió al Señor, y el modo con que las convirtió, que fué enseñándoles una doctrina aprendida del cielo, é inflamándoles con el fuego de su encendida caridad y con el ejemplo de sus admirables y divinas virtudes, y con una paciencia invencible con que sufria las persecuciones y encuentros de Satanás y de sus ministros que le acosaban y afligian; y con los milagros continuos y espantosos, que Dios obraba por él; porque así como le habia escogido, como vaso precioso, para llevar y derramar por todo el mundo el ungüento oloroso y saludable de su santísimo nombre y testificar á los reyes y príncipes, á los judíos y gentiles que era el Salvador del linaje humano, así fué necesario que le adornase con su espíritu soberano; para que con él pudiese cumplir con tan alto oficio y resistir á todos los asaltos y dificultades que se le ponian delante. Porque primeramente hablando de las regiones que este sol divino alumbró con la luz del Evangelio; él mismo dice de sí, que desde Jerusalen hasta la Esclavonia y Dalmacia y todas las tierras circunvecinas, habia predicado el Evangelio y predicádole en las partes, donde ántes no habia sido oido, ni otro habia predicado: porque no edificó el glorioso apóstol sobre fundamento ajeno: ántes sobre los cimientos que él echó, otros edificaron. Y en estas peregrinaciones de san Pablo es mucho para notar, que algunas veces el Señor le revelaba á dónde habia de ir, y á quiénes habia de predicar, y otras, queriendo él predicar, se lo estorbaba: como aconteció una vez, cuando como escribe san Lucas, el Espíritu Santo le prohibió que predicase en Asia la Menor; y otra, cuando en sueños le apareció un hombre de la provincia de Macedonia, que por ventura era el ángel que la tenia á cargo, y le rogaba que pasase allá y que los ayudase: y luego se puso san Pablo en camino para Macedonia, teniendo por cierto que el Señor le llamaba, y con aquella revelacion le mandaba que predicase en Macedonia el Evangelio; porque los juicios de Dios son secretísimos é incomprensibles, y aunque no los entendamos, los debemos reverenciar, y no carecen de razon; la cual en este hecho pudo ser querer el Señor alumbrar á los de Macedonia por la predicacion de su apóstol; porque en aquella sazon estaban dispuestos para recibirla y los de Asia por ventura no lo estaban, y fuera para mayor condenacion suya si no obedecieran á la doctrina del Evangelio que se les predicaba. Y tambien pudo ser la causa de esto el querer el Señor, que por entonces el apóstol sembrase en otra tierra, donde habia de coger mas fruto y aguardar que la de la provincia de Asia estuviese mas dispuesta para recibir el riego del cielo, que sobre ella habia de derramar á su tiempo el evangelista san Juan que fué el maestro y príncipe de todas las iglesias de Asia.

En todos los lugares, en que anduvo el apóstol, ganó innumerables almas para el Señor, por la fuerza de su predicacion y por la admirable y divina doctrina que les enseñaba; la cual no habia aprendido de los hombres, ni tenido otro maestro de su evangelio, sino el que solo lo es, y le habia escogido para tan alto ministerio y se lo habia revelado. Habia subido al tercer cielo, donde oyó aquellas palabras misteriosas é inefables que con lengua humana no se pueden explicar, bebió de la misma luz; abrasóse en aquel fuego divino, y quedó tan lleno, tan resplandeciente, tan encendido, que no podia dejar de regar y bañar la tierra con sus corrientes y alumbrarla con sus resplandores é inflamarla con sus ardores y con las llamas que salian de su pecho. Y si es verdad (como lo afirman san Agustin, san Anselmo, santo Tomás y otros graves autores), que san Pablo en aquel rapto vió la esencia divina (dado que otros son de contrario parecer), y aunque por poco tiempo fué bienaventurado; ¿cómo creemos, quedó el alma de este bienaventurado apóstol? ¿Cuán rica de tesoros? ¿Cuán adornada de dones? ¿Cuán ilustrada de la ciencia del cielo? Y ¿cuán abrasada de amor divino y por toda la vida, con qué rastros y memorias, de lo que habia pasado por él? Y así san Pablo en todo lo que enseñó y escribió, fué como intérprete y comentador del Evangelio; porque los evangelistas cuentan la vida, y muerte del Señor con un estilo llano é histórico, sin encarecer la grandeza de los misterios; mas sobre este canto llano, envió Dios á san Pablo como cantador divino que echase el contrapunto, descubriendo la caridad de Dios, dándonos á su Hijo benditísimo y las riquezas y tesoros

que están escondidos en Cristo. Y por esto dice san Juan Crisóstomo, cuando estaban los otros apóstoles y discípulos del Señor con san Pablo, siempre le daban el lugar de predicar; porque él era la boca de todos: y que por esto tenian los gentiles á Pablo por Mercurio, y á Bernabé por Júpiter, porque Pablo era el que hablaba por todos y con su elocuencia los admiraba y alumbraba. Esta elocuencia de san Pablo fué tan estupenda, que dice el mismo san Crisóstomo, hablando de ella, estas palabras: «No nos espanta á nosotros tanto el trueno, como la voz de Pablo espantaba á los demonios; porque si ellos huian de sus vestidos, cuanto mas huian de su voz: la cual fué la que los venció y cautivó: la que limpió el mundo: la que sanó las enfermedades: desechó la maldad, y restituyó la verdad que estaba desterrada; y tuvo siempre á Cristo sobre sí: porque el Señor siempre le acompañó, y do quiera que anduvo fué con él: y así como Dios está sentado sobre los querubines, así lo estuvo sobre la lengua de Pablo: por la cual habló Cristo tantos y tan inefables misterios, y mayores que no por sí mismo: porque así como obró mayores cosas por sus discípulos que por sí mismo, así tambien las habló, y el Espíritu Santo pronunció tantos oráculos, tan admirables y divinos.» Todo esto es de san Juan Crisóstomo. Y san Gerónimo, hablando de esta misma elocuencia de san Pablo dice, que cuando leia sus epístolas, le parecia que oia truenos y no palabras, y que eran como relámpagos y rayos. Y en otra parte dice estas palabras: «El vaso de eleccion, la trompeta del Evangelio, el bramido de nuestro leon, el trueno de las gentes, el rio de la elocuencia cristiana, nos declara el misterio escondido á los siglos pasados, y el profundo abismo de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, de tal manera que mas parece estar absorto y suspenso en la consideracion de ella, que poder hablar y manifestar lo que tenia en su pecho.» Hasta aquí son palabras de san Gerónimo, declarando la ciencia y elocuencia de san Pablo, y aquel afecto interior admirable, que tenia dentro y no cabia en sí, sino que rebosaba y se comunicaba con tan gran fuerza á los demás, que trocaba los corazones y los transformaba en Dios. Porque no consiste la elocuencia de san Pablo en palabras elegantes y exquisitas, ni en floreo y retórica humana, que deleita el oido y deja seco el corazon de los oyentes, y vano el del orador, sino (como él mismo dice) sus pláticas y sus sermones, no eran adornados de palabras afeitadas y compuestas para persuadir, sino de fuerza de espíritu de Dios, que se servia de ellas como de saetas agudas, para penetrar las almas y compungirlas, y atraerlas al conocimiento y amor de la verdad. Pero no se contentaba el apóstol con dar pasto á las almas de sus ovejas, y repartir el pan de la doctrina evangélica á los hambrientos y necesitados; pero tambien tuvo cuidado de proveer á los cuerpos y de socorrer á los menesterosos, para que no pereciesen de hambre corporal: porque habiendo sucedido, imperando Claudio, una hambre grandísima y universal, (la cual ántes que sucediese, Agabo, profeta y discípulo del Señor habia anunciado), y padeciendo los nuevos fieles que en Jerusalen se habian convertido extrema necesidad, el glorioso apóstol, movido de su caridad, procuró que los otros cristianos que en diversas partes estaban esparcidos, los socorriesen contribuyendo cada uno con lo que podia: y juntando en uno todas aquellas limosnas, él mismo las llevó á Jerusalen en compañía de san Bernabé. Asimismo procuró, no solo enseñar la doctrina que Dios le habia revelado, mas tambien que se conservase pura y sincera, y que en todo se reconociese la virtud y eficacia de la gracia de Cristo, y que por sus merecimientos con las obras de la gracia evangélica, nos salvamos sin tener necesidad de guardar la ley de Moisés, ni la circuncision y las otras ceremonias de los judíos, como algunos de los nuevamente convertidos pretendian. Para lo cual, como se hubiese levantado una cuestion sobre esta materia, con gran porfía entre los judíos y los gentiles; para decidirla y resolverla con autoridad de san Pedro y de los otros apóstoles, fué otra vez san Pablo con su compañero san Bernabé á Jerusalen, donde en un concilio en que presidió san Pedro, se determinó aquella cuestion de la manera que dijimos en su vida. Mas volviendo á san Pablo, no solamente alumbraba el santo apóstol las gentes con la luz de su doctrina, y las inflamaba y movia con las palabras abrasadas de su divina elocuencia; pero tambien las atraia y convertia á la fé de Cristo, con los muchos milagros que el mismo Señor por él obraba: entre los cuales fué uno, que estando el apóstol en Chipre, en la ciudad de Pafo, halló á un falso profeta y mago, de nacion judío, llamado Bariesu, que era grande lazo del demonio, y estorbo, para que un caballero romano, principal y prudente, que era procónsul, y se llamaba Sergio Pablo, no recibiese la fé. El apóstol, lleno de espíritu santo, mirándole con rostro grave y severo le dijo: «O hijo del demonio, lleno de malicia y engaño, y enemigo de toda justicia, ¿hasta cuándo has de ser tropiezo y embarazo de los caminos derechos del Señor? Pues para castigo de esta tu maldad la mano del Señor viene sobre tí, y serás ciego, sin poder ver el sol por algun tiempo:» y con estas palabras de repente allí luego cegó el mago; el procónsul Pablo se convirtió: y por haber sido el primer caballero romano y persona tan ilustre y de tan alta dignidad, que habia recibido la fé de Cristo, san Pablo tomó su nombre, como dice san Gerónimo y san Agustin, y de Saulo se llamó Pablo, y san Lucas en el libro de los Hechos apostólicos, que hasta este milagro siempre le habia llamado Saulo, de allí adelante le nombraba Pablo: aunque orígenes dice, que desde su nacimiento tuvo los dos nombres de Saulo y de Pablo, y otros autores dicen que trocó en el bautismo el nombre: y no falta quien diga, que lo mismo es en latin Pablo, que Saulo en hebreo, y que tomó el apóstol el nombre de Pablo, por ser mas usado entre los romanos y gentiles, con quien habia de tratar. Pero san Juan Crisóstomo es de parecer, que Dios le mudó el nombre, como á Simon, llamándole Pedro, y de esta opinion son Teodoreto, Teofilato y Ecumenio. Otro milagro fué, que en la ciudad de Listris sanó á un hombre que era cojo de su nacimiento y nunca habia andado, ni tenia uso de sus piés, y por aquel milagro asombrado el pueblo, le quisieron adorar, y sacrificarle toros y ofrecerle coronas; aunque poco despues le apedrearon. En la ciudad asimismo de Filipo, en Macedonia; dice san Lucas, que sanó el apóstol una moza, que tenia el espíritu pitónico, y adivinaba y descubria por arte del demonio, las cosas hurtadas y ocultas, y por via de encantamiento traia embaucada la gente y daba mucha ganancia á sus amos: la cual, ó porque Dios se lo hacia decir, para que sus siervos fuesen conocidos, ó porque el demonio pretendia estorbarles su oracion y hacerlos caer

en alguna gloria vana; muchas veces iba tras san Pablo y sus compañeros, y decia á gritos: «Estos hombres son siervos de Dios excelso, los cuales os muestran el camino de la salud.» Y el apóstol san Pablo, compadeciéndose de ella, se volvió una vez y dijo al demonio: «En nombre de Jesucristo te mando que salgas de esta mujer,» no queriendo ser loado dél; y luego salió el demonio y la moza quedó libre. Pero sus amos, viendo que habian perdido lo que con aquel mal espíritu solian ganar, movieron contra ellos toda la ciudad, y los azotaron y maltrataron gravemente, y los echaron en la cárcel y aprisionaron. Mas estando orando aquella noche, tembló la cárcel y se abrieron las puertas, y se manifestó en ellos la virtud de Dios, y al dia siguiente los libraron. En la ciudad de Tróade, predicando una vez san Pablo, y con el fervor de su espíritu alargando la plática hasta la media noche, un mozo llamado Eutiquio que la estaba oyendo desde una ventana alta, vencido del sueño cayó de ella en el suelo y luego murió, y el apóstol abrazándole, le restituyó la vida con grande admiracion y consuelo de los circunstantes. Finalmente, dice el evangelista san Lucas, hablando de los milagros de san Pablo, que no eran comunes y ordinarios, sino extraordinarios y exquisitos, y con poner sus lienzos y pañuelos mas viles sobre los enfermos y endemoniados, todos quedaron libres de sus dolencias y de los demonios que los atormentaban: y el mismo apóstol, hablando de los de Corinto, dice: «Las señales de mi apostolado ha obrado Dios sobre vosotros, en toda paciencia, en milagros y prodigios, y en obras maravillosas.» Y no hay duda, sino que fueron innumerables, admirables y provechosísimos los milagros que hizo Dios por san Pablo, para confirmacion de su Evangelio y conversion del mundo.

Pero el mayor de todos á mi ver, y el mayor testimonio de la doctrina que predicaba, era la vida que vivia: la cual no era vida de hombre mortal, sino de hombre venido del cielo: era vida de hombre, en quien vivia y por quien hablaba y obraba Dios, y que con verdad pudo decir: «Vivo yo, mas ya no yo, sino Cristo vive en mí: y mi vida es Cristo, y el morir es ganancia para mí; y nuestra vida y nuestra conversacion está en el cielo. ¿Quereis prueba para saber cierto que Cristo habla en mí?» De manera, que san Pablo era un retrato de Cristo, y no tanto vivia vida natural por el alma, que era forma de su cuerpo y le daba ser, cuanto vida sobrenatural y divina, por el aliento y espíritu que le comunicaba la gracia del Señor. ¿Qué trasformado estaba en Cristo, el que decia, que no sabia otra cosa sino á Cristo, y Cristo crucificado? ¿El que decia: «No permita Dios que yo me glorie, sino en la cruz de mi Señor Jesucristo, por el cual el mundo me aborrece y yo aborrezco al mundo?» ¿Y el que todas las cosas transitorias de este mundo pisaba y las tenia por basura, por ganar, abrazar y poseer á Cristo? ¿Qué fuego de amor divino y qué incendio padecia, el que desafiaba á todas las adversidades, y con tanto fervor decia: «¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulacion ó la afliccion, la hambre, la desnudez, el peligro, la persecucion, el cuchillo? Yo soy cierto que no me podrá apartar de la caridad de Dios, que manifestó en su Hijo Jesucristo Señor nuestro, ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades del cielo, ni los bienes presentes, ni los venideros, ni la fortaleza, ni la alteza, ni la profundidad, ni otra cosa alguna que esté en el cielo ni en la tierra?» ¿Con qué copia é ímpetu se derivaba este rio de fuego de amor en los prójimos y en todo el mundo: pues siendo tan grande como es, no henchia el corazon de Pablo y mil mundos fueran pocos para él? ¿Qué caridad tenia para con sus enemigos, el que hablando de los judíos, que tanto le perseguian y procuraban desarraigar de la tierra, dice, que deseaba ser anatema y apartado de Cristo por ellos, á trueque de librarlos de la ira del Señor? ¿El qué enfermaba con los enfermos, y se afligia con los afligidos, y se consumia y abrasaba de dolor, cuando alguno se escandalizaba y caia? ¿El qué para todos era padre y madre y ama amorosa, que con la leche de su dulcísima doctrina sustentaba, como á niños tiernos, á los nuevamente convertidos? ¿Qué desinteresado era el que no buscaba las haciendas, sino las almas de los que trataba? ¿El qué por no serles cargoso sin manchar la gloria del Evangelio que predicaba, se sustentaba con el trabajo de sus manos y con su sudor; y habiéndose empleado todo el dia en la salud de los prójimos, gastaba las noches en hacer riendas de cuero para tener un pedazo de pan que comer? No porque no pudiese tomar lo necesario de aquellos á quienes predicaba, que sí podia, y ellos se lo daban, y los apóstoles así lo usaban; mas porque los judíos, á quienes los otros predicaban, tenian por costumbre proveer á sus padres y maestros espirituales, de lo que habian menester para su sustento, y no se escandalizaban que lo recibiesen, como se escandalizaran los gentiles á quienes san Pablo predicaba, si él lo tomara de ellos con menoscabo del Evangelio.

Pues ¿qué diré de las otras virtudes admirables de este glorioso apóstol? ¡Qué fé tan viva, qué esperanza tan firme, qué templanza tan excelente, qué justicia tan igual, qué prudencia tan divina, qué fortaleza y constancia tan acabada y perfecta! ¡Qué penitencia y rigor en castigar y domar su cuerpo, para no aprovechar á otros con daño suyo y quedar seco, regando y fertilizando los campos ajenos! Basta oir las palabras que él mismo dice de sí, que son estas: «Si son ministros de Cristo, mas lo soy yo, ejercitado en muchos trabajos, encarcelado mas veces que no ellos, lastimado en llagas sobremanera, y muchas veces en peligro de la muerte. Cinco veces he sido azotado de los judíos, y recibido en mi cuerpo cada vez treinta y nueve golpes, segun su ley. Tres veces he sido herido con varas, y una vez apedreado. Tres veces he dado al través y padecido naufragio. Una noche y un dia he estado en el profundo del mar, peregrinando toda la vida, pasando peligros de rios, de ladrones, de judíos, de gentiles, en la ciudad y en la soledad, en el mar y en la tierra, y de los falsos hermanos, cansado por los trabajos y fatigado por las angustias, y consumido de las vigilias, de hambre y sed, de los continuos ayunos, del frio y desnudez.» Y en otro lugar: «Hasta la hora presente estamos muertos de hambre y de sed, y andamos desnudos y abofeteados, sin tener morada cierta en que acogernos, trabajando con nuestras manos. Maldícennos; y nosotros bendecimos: padecemos persecucion; y estamos fuertes y sufrímosla con alegría: somos blasfemados; y nosotros rogamos por los que nos blasfeman. Finalmente somos tenidos y tratados como el desecho del mundo, como un poco de polvo, horrura y basura de la tierra, como hombres que los gentiles sacrificaban por todo el pueblo, para aplacar la ira de sus falsos dioses.»

Pero ¿quién dignamente podrá referir aquella profundísima humildad, raiz y fundamento de todas las virtudes que tuvo este bienaventurado apóstol? El cual con ser tan excelente y aventajado sobre todos, que cuando se dice apóstol absolutamente, se entiende por eminencia el apóstol san Pablo; él mismo dice de sí: «Yo soy el mínimo de todos los apóstoles é indigno de ser llamado apóstol; porque perseguia la Iglesia de Dios.» Y en otro lugar dice: Jesucristo vino al mundo para salvar los pecadores, de los cuales yo soy el mayor. Mas Dios me ha perdonado para mostrar su longanimidad y paciencia, y con este ejemplo mover á los creyentes que esperasen su divina misericordia, y de esta manera alcancen la vida eterna.» Y para significar mas la sobreabundante misericordia de Dios, dice, que habia sido blasfemo y perseguidor, y vaso de ira y de contumelia. Pero lo que mas se debe considerar, es, para conservar en esta humildad tan necesaria é importante á su apóstol, y perseverarle de la vanidad y complacencia de sí, que le podian causar tantas y tan grandes revelaciones divinas, y la predicacion del Evangelio con tanto fruto y aplauso, y los milagros sin número que obraba; nuestro Señor permitia que el estímulo de la carne le afligiese y apretase, y le hiciese conocer que era hombre y necesitado del favor de Dios, y que le pidiese tres veces que le librase de él y no lo alcanzase; porque así le convenia para conocer su flaqueza y ser fuerte en Dios, y nó en sí; porque hacia Dios con su apóstol lo que los romanos con el que triunfaba: y era que saliendo el senado romano y toda la ciudad con gran pompa y aparato á recibirle, y yendo los cautivos delante, y los soldados y ejército victorioso acompañándole, y todo el pueblo aclamando al triunfador, iba tambien detrás un esclavo, que entre las alabanzas y voces de la gente decia: «Acuérdate que eres hombre:» para que el que así triunfaba, con aquel aviso conociese lo que era, y no se desvaneciese con las voces, alabanzas y aclamaciones que oia de los otros en su loor. Esto mismo hizo el Señor con san Pablo, cuando con tanta gloria triunfaba del mundo, dándole como esclavo el estímulo de la carne, que algunos santos dicen, que era lo que suena, para que le dijese: «Acuérdate que eres hombre;» porque no hay cosa que mas nos haga conocer nuestra flaqueza y miseria que esta. Otros dicen, que eran las enfermedades y persecuciones que el santo apóstol padecia, que fueron tales y tantas, especialmente las de los judíos, y sufridas con tan espantosa paciencia y alegría, que ponen admiracion; porque como si el apóstol fuera un enemigo comun y cruel de todo el linaje humano, así los judíos le perseguian en todos los lugares, tiempos y ocasiones, procurando darle la muerte con grande ahinco y vehemencia, como si en ella estuviera la conservacion de la vida de cada uno de ellos: y de tal manera alguna vez le apretaron, que el mismo apóstol dice de sí estas palabras: «Queremos, hermanos, que sepais la tribulacion grande que habemos tenido en Asia, la cual nos ha afligido sobre manera, y sobre nuestras fuerzas, y nos ha angustiado tanto, que nos daba fastidio la misma vida: todas las cosas pronosticaban y amenazaban la muerte, y como ya desahuciados y sin remedio, nosotros mismos la esperábamos; permitiéndolo Dios para que aprendiésemos á no confiar en nosotros sino en aquel Señor que resucita los muertos, y con su poderoso brazo nos libró, y libra de tan grandes peligros.» Y en otro lugar dice: «Yo me gozo en mis enfermedades, en las contumeliás, necesidades, persecuciones y aflicciones que padezco por Cristo; porque cuanto en mí soy mas flaco y abatido, tanto soy mas fuerte y poderoso en el Señor.»

Habiendo nuestro Señor librado muchas veces á su apóstol de manos de los judíos, quiso que una vez cayese en ellas, para ser mas glorificado y para que tuviese ocasion de ir preso y encadenado á Roma, y manifestar en aquella ciudad que era cabeza del mundo, y en el mismo palacio del emperador, que señoreaba el nombre de Cristo, que por este medio queria triunfar y sujetar la grandeza y majestad del imperio romano debajo de los piés de un pobre oficial y siervo suyo, acusado, aprisionado y tenido por el desecho del mundo; y fué de esta manera. Iba el apóstol á Jerusalen, y llegado á Cesarea, el profeta Agabo tomando el cíngulo de san Pablo, se ató con él los piés y las manos, y dijo con instinto del Espíritu Santo: De esta manera atarán los judíos en Jerusalen al dueño de este cíngulo, y le entregarán en manos de gentiles. Y como oyendo esto los otros discípulos, rogasen al apóstol que se librase de aquel peligro y no pasase á Jerusalen; él con grande ánimo y constancia les dijo: ¿Qué haceis? ¿Por qué llorais y me afligís? Yo no solamente estoy aparejado para ser atado, sino para morir en Jerusalen por el nombre de mi Señor Jesucristo. Fué á Jerusalen, porque no se lo pudieron estorbar con ruegos y lágrimas, y entró en el templo á hacer oracion. Viéronle algunos judíos venidos de Asia, y alborotando el pueblo, echaron mano de él, y con grandes voces y alaridos le arrastraron y sacaron fuera del templo, dándole muchos golpes, y sin duda le acabaran, si el tribuno ó el maestre de campo Claudio Lisias, temiendo alguna sedicion, no acudiera luego con su gente de guerra, y se lo quitara de las manos.

Envióle Lisias á Félix, presidente de Judea, con relacion de lo que pasaba; y Félix, despues de haber oido las quejas y cargos que los judíos le hacian, y sus descargos, como no pudo sacar el interés que esperaba de san Pablo; por dar contento á los judíos, al cabo de dos años que le tuvo, le dejó en la cárcel, remitiendo su causa á Festo, que en el gobierno de Judea le habia sucedido; porque el Señor estimó en mas el provecho, que su apóstol y vaso escogido habia de recibir en su alma aquellos años de prision, que el gran fruto que, estando libre, en los otros pudiera hacer. Festo, por congraciarse con los mismos judíos (los cuales querian matar á san Pablo en el camino), le convidó á ir á Jerusalen, para que allí mas despacio se viese y examinase su negocio; mas el apóstol, entendiendo las asechanzas que le tenian aparejadas, y animado con una revelacion que el Señor le habia hecho, en la cual le dijo: «Seas constante; porque así cómo has dado testimonio de mí en Jerusalen; así es necesario que les des en Roma;» apeló al tribunal del César, y fué enviado en una nave con un centurion y muchos soldados al mismo emperador, el segundo año de su imperio, como dice Eusebio, á los veinte y cinco de la Ascension, como escribe san Gerónimo, mandando á los acusadores que compareciesen en Roma, y delante del César siguiesen su causa.

La navegacion fué muy trabajosa y peligrosa, y todos se tuvieron por perdidos: y sin duda se perdieran, si el Señor por las oraciones de su apóstol no los salvara, á quien envió un ángel, certificándole que no padeceria nadie, y

que Dios le daba las vidas de todos los que estaban con él. Finalmente pasando una terribilísima tempestad por muchos dias, y habiendo estado catorce dias sin comer, perdiéndose la nave en que iban, se salvaron todas las personas que eran doscientas y sesenta y seis, y por los merecimientos y oraciones del apóstol dieron en la isla de Malta, donde fueron acogidos de aquellos isleños y bárbaros, que por salir la gente mojada del mar, y ser tiempo lluvioso y frio, encendieron para abrigarlos lumbre: y como el apóstol tomase algunos sarmientos para cebar el fuego, una víbora que estaba entre ellos, sintiendo el calor saltó fuera, y asió la mano de Pablo y quedó colgada de ella. Los bárbaros vieron esto, y unos á otros decian: Sin duda que este debe ser algun homicida y mal hombre: pues habiendo salido con tanto trabajo del mar, sus pecados le persiguen; porque como hombres ciegos no sabian, que no siempre las penas que da Dios en esta vida son castigo de culpas, ni todas las culpas son castigadas acá: y que nuestro Señor muchas veces da bienes temporales á los malos, y males á los buenos en este mundo; porque así conviene á la disposicion de su divina providencia. Mas el apóstol, sacudiendo la víbora, la echó en el fuego sin lesion alguna. Y como los bárbaros estuviesen atentos y viesen que no se hinchaba, ni caia, ni moria, ni habia recibido daño alguno; comenzaron con otro nuevo y mayor pasmo á decir, que aquel no era hombre sino Dios. Con este milagro, y con haber sanado san Pablo al padre de Publio, señor de aquella isla, que estaba enfermo y fatigado con calenturas y otras enfermedades, le trajeron todos los enfermos de la isla, á los cuales curó y dió salud.

Despues que el apóstol estuvo en la isla de Malta, y en ella le sucedió lo que hemos referido de la víbora, para memoria de cosa tan señalada, y mayor gloria del mismo apóstol, ha sido Dios servido que las serpientes de aquella isla no sean pozoñosas ni hagan daño. De allí siguió el apóstol su navegacion por Zaragoza de Sicilia, por Rijoles de Calabria, por Puzol de Nápoles, hasta llegar á Roma, saliéndole á recibir al camino los cristianos que ya habia en ella, y abrazándole y reverenciándole como á apóstol de Jesucristo, y encadenado por su amor.

Entró en Roma san Pablo, segun el cardenal Baronio, á los 59 años del Señor, y en el tercero del imperio de Neron. Estuvo preso dos años con un soldado de guarda, en una casilla, que hoy dia se muestra en la iglesia de Santa María *in Via lata*, que es título de cardenal diácono, donde se dice por tradicion que moró san Pablo. En el espacio de estos dos años tuvo muchas disputas y reyertas con los judíos, de los cuales fué acusado y perseguido bravamente. Examinóse su causa delante del mismo emperador, y del senado, y de los pontífices por ser causa de religion; y porque le vieron tan apretado y acosado, teniendo por cierto que darian sentencia de muerte contra él, muchos de los que le habian acompañado le desampararon. San Lucas acaba la historia de la peregrinacion de san Pablo, y el libro de los Hechos apostólicos en los dos años de la prision que tuvo en Roma san Pablo, al cual consoló Dios y le visitó, esforzó y libró de la boca del leon, que así llama el mismo san Pablo á Neron, para que acabase el ministerio de la predicacion evangélica, que el mismo Señor le habia encomendado.

Teniendo ya al cabo de dos años libertad, y juntándose con el príncipe de los apóstoles san Pedro, no se puede fácilmente creer el progreso que con dos caudillos tan esforzados y valerosos hizo nuestra religion, y la gente que, despedidas las tinieblas de su ceguedad é idolatría, recibió en Roma la luz del Evangelio. Mas porque san Pablo habia sido escogido para llevar el nombre del Señor por el mundo, y manifestar á los gentiles el misterio de nuestra redencion, no se detuvo mucho en Roma; ántes (como lo dice Metafraste y otros autores) fué por Italia y Francia, sembrando la semilla y doctrina del cielo, y llegó á España y predicó en ella, y hay rastros hoy dia, y argumentos no pequeños de ello; porque en Narbona, que es en la provincia de Languedoc en Francia, tienen á Pablo el procónsul, que convirtió san Pablo, por su primer obispo; y dicen haberle dejado allí el mismo apóstol: y en Tortosa en España se celebra fiesta á san Rufo, uno de los hijos de Simon Cirineo, el que ayudó á llevar la cruz á Cristo, y tiénelo aquella ciudad por su prelado, afirmando haberle traido san Pablo, cuando vino á España, donde se convirtió el divino Hieroteo, nuestro español, á quien tanto alaba y ensalza el gran Dionisio Areopagita. Y en la historia de los grandes mártires Facundo y Primitivo, que fueron españoles, se dice, que preguntándoles el juez, quién les habia enseñado aquella doctrina; respondieron, que san Pablo apóstol: nó porque la hubiesen oido de él mismo (que no le alcanzaron á ver), sino de los que la habian aprendido de san Pablo. Y aun añade Metafraste, que andando el apóstol predicando por España con gran fruto, una mujer principal y rica, movida de la fama del apóstol, deseó mucho verle y oir sus palabras, y que una vez con particular instinto de Dios fué á la plaza y le vió, y pareciéndole hombre blando y de santas costumbres, persuadió á su marido llamado Probo, que le hospedase en su casa y así lo hizo: y estando en ella vió en la frente de san Pablo escritas con letras de oro estas palabras: *Pablo predicador de Cristo*, y movida con esta vista, se arrojó á sus piés, y se convirtió, y bautizó la primera, y se llamó Xantipe, y tras ella su marido y los demás.

No sabemos si el apóstol de España pasó á África, ni si despues que vino de Jerusalen á Roma, volvió mas á las partes de Oriente. De la caridad de san Pablo se puede presumir que no dejó cosa por hacer que fuese de trabajo suyo, gloria de Cristo y bien de las almas. Mas cuando él se despidió de los obispos, presbíteros y cabezas de la Iglesia de Efeso, claramente les dijo que no le verian mas: y así se despidieron de él con grandes lágrimas y sollozos, como de hombre que no habian de ver mas su cara. Lo que se entiende es, que habiendo gastado el apóstol ocho años, despues que en Roma fué dado por libre, en la predicacion del Evangelio, y peregrinado por las provincias que habemos dicho, alumbrándoles con la luz y doctrina del cielo, volvió á Roma á los doce del imperio de Neron, del cual fué mandado prender juntamente con el apóstol san Pedro, por las causas que dijimos en su vida: las cuales no hay para qué repetir, ni el modo con que estos apóstoles fueron sacados de la cárcel, y se despidieron el uno del otro: y finalmente dieron la vida por Cristo. Solo quiero añadir lo que es propio del santo apóstol Pablo, cuya vida aquí escribimos. Llevaban al suplicio al glorioso apóstol con grande acompañamiento y estruendo: llegado á la puerta de la ciudad vió á una señora nobilísima lla-

mada Plautila, muy triste y llorosa: pidióle un velo para cubrir los ojos, como era costumbre, á los que cortaban la cabeza, prometiéndole que se lo volveria: y ella se lo dió con gran voluntad. En el mismo camino se convirtieron tres soldados, de los que le llevaban, á la fé de Cristo, que se llamaban Longino, Acesto y Magistro, y fueron mártires, y la santa Iglesia celebra su memoria á 2 de julio. El lugar donde le degollaron fué el que ahora se llama *Las Tres Fontanas*, donde despues los gentiles hicieron carnicería de cristianos, y mataron á san Zenon y á diez mil y doscientos y tres soldados, sus compañeros. Allí se puso en oracion sosegada y fervorosa, y con grande alegría y júbilo de su corazon tendió el cuello al cuchillo. Pero fué cosa maravillosa, como dice san Crisóstomo, que de la cabeza cortada no salió sangre, sino un rio de leche: y no es maravilla; porque segun dice san Ambrosio, el que como ama daba el pecho á los fieles y los criaba con la leche dulcísima y purísima de su doctrina, derramase en su muerte leche y nó sangre: y la misma cabeza por tradicion se sabe, que dió tres saltos, y con ellos hizo tres fuentes, que hoy dia se ven en Roma en el mismo lugar, y son reverenciadas con gran devocion de los cristianos: y por estos milagros que sucedieron en el martirio de san Pablo, se convirtieron treinta y seis hombres á nuestra santa religion, como lo afirma san Juan Crisóstomo: y el mismo apóstol despues apareció á Plautila, y le restituyó el velo y sudario que le habia prestado para cubrir los ojos. El cuerpo de san Pablo tomó despues una señora ilustrísima, llamada Lucina, y le enterró en una heredad suya, con gran reverencia y piedad.

Fué san Pablo pequeño de cuerpo y algo corvado, de rostro blanco, y que en el semblante mostraba mas años de los que tenia: la cabeza pequeña, los ojos graciosos, las cejas caidas hácia abajo, la nariz hermosa, corvada y larga, la barba asimismo larga y muy poblada: mostrábanse en ella y entre los cabellos de la cabeza algunas canas: su vista era venerable y provocaba á devocion, dando indicio de ser vaso de la divina gracia. San Crisóstomo escribe, que san Pablo vivió sesenta y ocho años, y murió á los sesenta y nueve del Señor, y á los trece del imperio de Neron, segun Baronio.

Las alabanzas y grandezas que todos los santos antiguos y modernos dan á los príncipes de la Iglesia san Pedro y san Pablo son tantas y tan admirables, que no se pueden recoger en tan breve escritura, como esta: y por mucho que digan, todo es poco, respecto de lo que queda que decir. San Juan Crisóstomo, hablando con los mismos apóstoles, dice: «Vosotros sois alabados del mismo Dios: él os llama luz del mundo: sois mas poderosos que los reyes, mas valerosos que los soldados, mas abastados que los ricos, mas sabios que los filósofos, mas elocuentes que los oradores; y no teniendo nada, lo poseeis todo. Vosotros sois ejemplo de los mártires, corona de las vírgenes, regla de los casados, forma de los monges, ornamento de los reyes, defensa de los cristianos, freno de los bárbaros y martirio y confusion de los herejes.» Esto es de san Juan Crisóstomo. Eusebio Emiseno llama á estos dos apóstoles dos fuentes, que salen del trono de Dios como de un rio impetuoso, para apagar la sed de las almas, y dos médicos del cielo: dos saetas agudas, despedidas de la aljaba de Dios: dos trompetas que dispiertan con su sonido á los hombres, y dos lámparas que dan luz á todo el mundo. San Gaudencio, obispo de Bresa, dice, que son dos lumbreras del mundo, columnas de la fé, fundadores de la Iglesia, maestros de la inocencia y autores de la santidad, y que no se pueden alabar dignamente, sino con las palabras del Salvador. San Leon, papa, dice en un sermon, que es el primero que hizo de la festividad de estos dos apóstoles, que aunque en el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, respecto de los otros santos son como los dos ojos de la cara, y que sus merecimientos y virtudes exceden y son mayores que todo lo que de ellos se puede decir, no debemos pensar que entre los dos hay diferencia: porque fueron pares en la eleccion y semejantes en el trabajo, y en el martirio iguales. Seria nunca acabar, si quisiésemos aquí referir los dichos de los otros santos en alabanza de estos dos príncipes de la Iglesia. Amémoslos, como buenos hijos á sus padres: oigámoslos, como discípulos á sus maestros: sigámoslos, como ovejas á sus pastores: imitémoslos, como á santos: pidámosles socorro y favor, como á bienaventurados; sabiendo que no le negarán. Refiere Gregorio Turonense, que un hombre devoto de san Pablo, estando gravemente tentado y desesparado y teniendo ya el lazo puesto á la garganta para ahorcarse, no dejaba de invocar el nombre del santo apóstol, y decir: San Pablo, ayúdame; y que al tiempo que así le llamaba, se le puso delante el demonio, como una sombra temerosa, dándole priesa para que acabase lo que tenia comenzado: pero que luego le apareció el mismo apóstol san Pablo, con cuya vista el demonio desapareció, y el hombre miserable volvió en sí, y tuvo arrepentimiento de sus pecados, y con muchas lágrimas pidió perdon de ellos al Señor, é hizo gracias al apóstol que le habia librado de la muerte temporal y eterna. El Señor nos libre de ella por los merecimientos y oraciones de su santo apóstol. Amen.

* SANTA LUCINA, MARTIR.—Fué bautizada por los santos apóstoles Pedro y Pablo despues de haberla instruido en la fé. Era natural de Roma, y como poseyera grandes riquezas, proveia á las necesidades de los santos, visitaba los cristianos encarcelados, y á fin de que fueran depositados decentemente los cuerpos de los que morian por Cristo, mandó construir un cementerio á costas suyas. Sin embargo de ser una matrona romana no se desdeñaba de sepultar por sí misma á los mártires, cuyos buenos oficios no ocultándose al tirano mandó fuese degollada, siendo su cuerpo colocado en el lugar mismo que ella habia mandado construir para depositar los santos mártires.

SANTA POTAMIANA, SANTA MARCELA Y SAN BASILIDES, MÁRTIRES.—Los tres habian sido informados en la virtud cristiana por Orígenes. Potamiana era esclava: su madre Marcela la habia educado en los principios de la fé, pero despues la puso bajo la direccion del gran maestro, para que diese cima al edificio que ella habia empezado. Potamiana era jóven de extraordinaria belleza, y su amo concibió por ella una pasion tan violenta, que probó hacerla consentir á sus infames deseos; pero la santa se portó de manera, que no le dejó esperanza alguna, frustrando todos sus designios y menospreciando sus promesas y amenazas. Resuelto, pues, á vengarse, la entregó al prefecto de Alejandría, llamado Aquilas, previniéndole sin embargo, que no le hiciese daño alguno si podia decidirla á contentar su pasion, y prometiéndole una suma considerable de dinero en el caso que pudiese lograr su objeto. Pero los reiterados esfuerzos del prefecto fueron tambien todos inútiles, y la

santa fué condenada á varios tormentos. Habiéndose preparado una caldera de pez ardiendo, y llevando á su presencia á Potamiana, se la amenazó con echarla dentro, si no consentia en lo que de ella se exigia, y la santa contestó al juez en estos términos: «Yo os conjuro por la vida del emperador, á quien vos respetais, que no me desnudeis de mis vestidos: mandad al ménos que me metan poco á poco en esa caldera, y podreis cerciorarnos de la paciencia que Jesucristo, á quien no conoceis, da á los que en él confian.» El prefecto dió la órden, y encargó á uno de las centinelas que la ejecutase. Este centinela se llamaba Basilides, y trató á Potamiana con toda especie de consideraciones, preservándola de las insolencias del populacho, que insultaba su pudor con palabras obscenas. Semejante conducta en un idólatra obtuvo muy pronto la recompensa, pues le prometió que despues de su muerte le alcanzaria la gracia de Dios. Apenas habia esta acabado de hablar, la entró por los piés en el caldero, y poco á poco la metió dentro hasta la cabeza. De este modo consumó Potamiana su sacrificio, y su madre Marcela fué al mismo tiempo abrasada en una hoguera. Sucedieron en aquel momento, segun Orígenes, varias visiones y apariciones, en cuya consecuencia muchos se convirtieron á Jesucristo. Entre estos fué el mas notable Basilides, á quien Potamiana habia prometido hacer ver su reconocimiento luego que estuviese en el cielo. Poco despues del martirio de la santa, los soldados camaradas de Basilides le exigieron que jurase por los dioses falsos, á lo cual se negó, diciendo que era cristiano. Al principio creyeron que se chanceaba; pero despues viendo que persistia en su resolucion, lo denunciaron al prefecto, que mandó prenderle. Los cristianos que le visitaron querian saber la causa de un cambio tan repentino, y él les contestó: Potamiana se me ha aparecido de noche, tres dias despues de su martirio, y me ha puesto una corona en la cabeza, diciéndome: que habia obtenido para mí la gracia del Señor, y que muy pronto me reuniria á ella en la gloria. Los cristianos, llenos de alegría le administraron el bautismo, y al dia siguiente, habiendo Basilides confesado de nuevo la fé ante el tribunal del juez, fué condenado á ser decapitado. Su sentencia se ejecutó en la misma ciudad de Alejandría, cuatro dias despues del de santa Potamiana.

San Marcial, obispo, y los santos Alpimiano y Astridiano, presbíteros. — San Marcial fué uno de aquellos misioneros, que habiendo sido enviados desde Roma con san Dionisio á París, por los años de 250, predicaron el Evangelio en todas las Galias. Marcial fijó su residencia en Limoges, y fué el primer obispo de aquella Iglesia. Sus trabajos apostólicos obraron la conversion de un gran número de idólatras, y á su zelo se debió el establecimiento de muchas iglesias en aquella parte de las Galias. Resplandeció con toda clase de virtudes, y fué esclarecido en grandes milagros. Murió en paz entre sus ovejas, despues de haber sufrido muchos trabajos por Jesucristo, y su sepulcro fué testigo de ruidosos milagros, obrados con el contacto de sus sagradas reliquias.

San Cayo, presbítero, y san Leon, subdiácono. — La historia no nos ha conservado de estos santos mas que los nombres, y solo sabemos que en compañía de otros santos derramaron su sangre por la fé de Jesucristo, en tiempo del emperador Decio.

Santa Emiliana, mártir. — Esta santa es de los primeros tiempos del cristianismo, y calculan que vivió, floreció y murió mártir en Roma, porque en esta ciudad habia ya una iglesia bajo la invocacion de santa Emiliana ántes del año 400. Por unos versos antiguos que existian en dicha iglesia se sabe que sufrió varios tormentos, los cuales no pudieron vencer su constancia, y que últimamente fué degollada.

San Ostiano, presbítero y confesor. — Nació en las Galias, y fue discípulo de san Policarpo y compañero de san Benigno. Rehusó el cargo episcopal que se le habia ofrecido, pasó toda su vida en la mortificacion y la penitencia, abstraido y retirado del mundo, no saliendo de su soledad sino para ir á socorrer las necesidades del prójimo. Su fé, su ardiente caridad y su continua oracion alcanzaron del cielo muchos portentos en favor de los infelices y de los obcecados de corazon, é hizo brillar dignamente la gloria y el poder de Dios. Los pobres le buscaban como á su padre y protector; y sucedió muchas veces, que estando entre ellos se le aparecieron los ángeles del cielo. Previendo su última hora, se preparó á ella con nuevo fervor, y murió tranquilamente en el Vivarés, teatro de sus glorias y virtudes, y testigo de sus milagros ántes y despues de su muerte. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de San Martin de aquel territorio, y su sepulcro fué célebre por la curacion de los enfermos que á él acudian.

JULIO.

DIA 1.

San Gallo, obispo. — Arverna es ciudad de Francia, sita á las márgenes del rio Ligeris, que vulgarmente en Francia llaman Loire: de aquí fué natural san Gallo, hijo de nobilísimos padres, y tanto que eran de los primeros senadores y mas nobles de toda Francia. Su padre se llamó Jorge, y su madre Leocadia. Desde su infancia fué muy virtuoso y amó á Dios de todo corazon. Viéndole su padre que iba creciendo en edad de poder tomar estado, y que tenia prendas á todos amables, quiso casarle con una hija de un senador de su misma ciudad: lo cual entendido del santo niño, se fué al monasterio Cremonense, que está seis millas de Arverna, llevando en su compañía un criado. Entró en el monasterio, y con humildad grande suplicaba al abad lo recibiese en su compañía y cortase el cabello. El abad, viendo la hermosura del niño, su gentil disposicion y gran prudencia, le preguntó su nombre, linaje y patria. A todo respondió por su órden, diciendo con elegancia: Mi nombre es Gallo, mi patria Arverna, y mi padre Jorge el senador. Conocida por el abad su gran nobleza, le dijo: Hijo, vuestros deseos son

santos y buenos; mas es menester primero dar cuenta y noticia á vuestro padre: y si él viniere bien en que os reciba, yo lo haré de toda mi voluntad. Luego envió el abad á avisar á Jorge de lo que pasaba, el cual se entristeció, luego que oyó tal nueva, y dijo: Él es mi primogénito querido, y por eso deseaba casarle; pero si Dios le quiere para su servicio, hágase su voluntad y nó la mia. Y luego añadió: Direisle al padre abad que cumpla, y ponga en ejecucion cuanto quisiere el niño, y le dijere de Dios inspirado. Recibida la respuesta por el abad, al punto le cortó el cabello y ordenó de primera tonsura, ó corona, con que quedó recibido en el monasterio. Al instante se hicieron notorias sus grandes prendas y virtudes, porque era muy amador de la castidad: jamás se juntaba á juegos y divertimientos lícitos, que á los de su edad son permitidos, y ayunaba continuamente.

Tenia tal dulzura y suavidad en la voz, cuando cantaba los divinos oficios, que enamoraba á todos. Un dia vino al monasterio san Quinciano, obispo de Arverna, y enamorado de oirlo cantar, se lo llevó consigo y se lo crió y enseñó en toda virtud como celestial padre. A este tiempo creciendo la fama de su virtud y suavidad de voz, murió su padre, y el rey Teodorico se lo llevó, y tuvo en lugar de hijo, y le amaba mas que si lo fuera. La reina le tenia el mismo amor. Fué un dia en compañía del rey á la ciudad de Agripina, donde habia un templo lleno de abominaciones gentílicas, y donde se comia y bebia como los gentiles usaban, y se hacian cosas indignas de referirse: lo cual sabido por Gallo, se fué á él en compañía de un clérigo, y viendo que no parecia por allí alguno de los paganos, encendió fuego y lo aplicó al profano templo, con que todo se abrasó. Viendo el humo y llamas, que subian al cielo, acudieron los paganos á buscar al inventor del fuego, y hallado, sacaron las espadas contra él. El santo huyó al palacio real; y el rey con blandas y suaves palabras los quitó. Despues todo el tiempo que vivió, solia el santo glorioso referir este caso con lágrimas, y decia: ¡Ay de mí, que volví la cara cobardemente al martirio, pues fuera entonces gloriosa mi muerte, muriendo por tal causa!

Murió por este tiempo el santo obispo Quinciano, y los ciudadanos de Arverna concurrieron á casa de un sacerdote, tio del santo obispo, á pedirle consejo en la eleccion de nuevo obispo: lo cual tratado con brevedad, cada uno se fué á su casa. Estaba á la sazon en Arverna el glorioso Gallo, y no era aun sacerdote; solo era diácono. Llamó á uno de los clérigos, é inspirado del Espíritu Santo le dijo: ¿Qué hablan estos? ¿Adónde van y vienen? ¿Qué tratan? En balde se cansan; porque yo seré obispo. El Señor se dignará de darme á mí este cargo y dignidad. El clérigo enojado le dió un golpe y se fué. Entonces el santo sacerdote, donde se habian juntado; le dijo: Hijo, toma mi consejo, y véte al rey; que sin duda serás tú el obispo. Hízolo así, y contóle al rey como era muerto san Quinciano. A este tiempo llegó Aprúnculo, obispo de Trevers, el cual con su clero pidió al rey, hiciese á Gallo obispo de su ciudad. Él les dijo: Buscad otro sugeto; que Gallo ya tiene obispado. Ellos, oyendo esto, eligieron á san Nicesio por su obispo. Hizo el rey ordenar de sacerdote á Gallo, y dióle el obispado de Arverna, y cuando iba, le salió á recibir entre los demás el clérigo que le habia herido: y advirtiendo el santo en que estaba con vergüenza á su vista, le habló cariñoso, é hízose su amigo, perdonándole por Dios la injuria y la incredulidad de su santa profecía. Fué recibido con gozo y alegría universal, con mucha música y fiesta. Era amado de toda la ciudad por su afabilidad, humildad y paciencia: virtudes que entre las demás sobresalian y lucian en él como astros. Un dia, en un convite, un clérigo suyo le hirió en la cabeza, y se estuvo tan quieto y sin hablar palabra, como si fuera de mármol, porque decia su gran paciencia, que cuanto le sucedia, venia de la mano de Dios. En otro convite, otro sacerdote senador, llamado Enodio, le dijo mil afrentas y baldones injuriosos; y el santo obispo levantándose, se salió de donde era el convite, y se fué á visitar los templos. Refiriéronle esto á Enodio, y fué corriendo á buscarle, y hallándole en la plaza, se postró á sus piés, pidiéndole perdon: el cual se lo concedió con toda benignidad, y le abrazó cariñosamente: solo le advirtió, no le sucediese otra vez hablar así contra un obispo; porque le hacia saber, que no merecia ser obispo. Habló aquí, como otras veces, con espíritu profético; pues siendo despues Enodio hecho obispo Gabalitano, estando ya en la cátedra, y todas las cosas dispuestas para bendecirle, repentinamente se levantó contra él todo el pueblo, de suerte que no hizo poco en escapar con la vida; y al fin murió sin ser obispo.

Un dia se ardia la ciudad de Arverna, y el santo obispo, viendo no habia remedio humano á tanto incendio, acudió al divino: fuése al templo, y puesto en oracion alcanzó de Dios cuanto le pidió: tomó el libro de los Evangelios, y abriéndole, salió á vista del fuego, el cual luego al punto desapareció, de suerte, que ni aun pavesas quedaron por señal. Hubo una gran peste y general en todas aquellas provincias, y el santo de dia y noche oraba por su pueblo y ciudad, pidiendo á su divina Majestad, que si habia de castigarla, no fuese viviendo él. Aparecióselo una noche un ángel, cuyo cabello y vestido era como los ampos de la nieve, y le dijo: Sabe, ó sacerdote santo, que la divina piedad ha oido tus ruegos, y así no temas; porque tú y tu pueblo seréis libres de esta contagiosa enfermedad, y en toda esta region no perecerá persona alguna de tal contagio, viviendo tú, y así está alegre y sabe, como dentro de ocho años cumplidos te irás á la eterna gloria. Desapareció el ángel, y vuelto en sí el santo obispo, dió gracias á Dios por tan piadoso consuelo. Sucedió así, como dijo el ángel, todo. Otros muchos milagros hizo, que seria nunca acabar referirlos todos. Pasados los ochos años, sintió la enfermedad de la muerte, y avisado del Señor, que seria pasados tres dias, hizo juntar el pueblo, y con entrañas piadosas de padre les dió la santa comunion y su bendicion á todos. El dia tercero que era domingo, primer dia de julio, año del Señor de 573, dijo á los que le asistian: Quedad en paz, hermanos mios; y extendiendo su santo cuerpo dió su bendita alma á Dios, con quien ahora vive y reina. Vivió en este mundo sesenta y cinco años, y los veinte y siete fué obispo. Lavaron su cuerpo: vistiéronle de pontifical, y pusiéronle en la iglesia, donde estuvo por tres dias, esperando se juntasen los obispos comprovinciales para enterrarle. Sucedió un gran milagro en este tiempo (sin otros muchísimos que hizo), y fué, que á vista de todo el pueblo levantó el pie derecho del féretro, y se volvió de lado, para estar mirando al altar. Vinieron los obispos,

y con toda pompa y solemnidad llevaron el santo cuerpo de la iglesia donde estaba, á la de San Lorenzo. Por las calles no se oia otra cosa que llantos y gemidos, diciendo: ¡Ay de nosotros! ¡Y cuándo mereceremos tener otro santo obispo! Las mujeres todas iban vestidas de luto, y tan llorosas como si hubieran perdido sus maridos, y de la misma suerte los hombres, como si hubieran perdido sus mujeres. Despues acá ha obrado, y obra cada dia infinitos milagros, sanando de varias enfermedades, siendo especial abogado de los que padecen cuartanas; porque de este mal, pocos ó ningunos son los que llegan á su sepulcro, que no hayan sanado luego, sin volverle á padecer. Escribieron su vida san Gregorio Turonense, *de Gestis Franc.*, *lib.* IV, *c.* 5 y 6, y mas largamente en las vidas de los Santos Padres, *cap.* 6; Venancio Fortunato, *lib.* IV, *Carmin.*; Surio *tom.* IV; el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el *tom.* VII de sus Anales, año 541, *núm.* 30, y año 573, *núm.* 26.

La altura en que se ve la humana nobleza, siempre anhela por las dignidades: se ensoberbece con los honores: desprecia á los humildes: no tiene paciencia para sufrir el menor baldon y menosprecio de esta vida: todos quisiera que estuviesen debajo de sus piés, deseando atropellarlos á todos, y que ninguno hubiese que, atenta su nobleza, no les rindiese profanos cultos é individuas adoraciones, y cuando poseen mas rentas y riquezas, entonces es cuando mas desean; porque el oro mismo trae y engendra deseos de adquirir y poseer mas oro y mas riquezas. No fué así el gloriosísimo obispo san Gallo; pues siendo tan noble, era el que mas se humillaba, como si fuera menor: sufria con paciencia imponderable las injurias y ofensas que le hacian; y quisiera ser ménos que todos. A esto parece se opone el decir habia de ser obispo, cuando aun parecia cosa de sueño imaginarlo solo; pero deshácese con facilidad la réplica, sabiendo que ántes esa profecía sube de punto su santidad humilde; pues se vió hablaba en él y por él el Espíritu Santo, el cual nos asista siempre á todos con su divina gracia. Amen.

* San Aaron, profeta.—Nació en Egipto el año 1571 ántes de la venida de Jesucristo, y era hermano mayor de Moisés é hijo de Amram y de Jocabet. Moisés fué elegido por Dios para libertar al pueblo hebreo del cautiverio de Egipto, y Aaron le acompañó en tan grande empresa, pues se esplicaba con mas facilidad que su hermano que tartamudeaba. Entrambos hermanos se presentaron á Faraon á intimarle la órden de Dios, obrando una multitud de prodigios á fin de ablandar el duro corazon de aquel rey. Despues que Faraon dió salida al pueblo, pasó este el mar Rojo, y despues de pasado, Moisés subió á la cumbre del Sinaí para recibir las tablas de la ley, quedando Aaron á la frente del pueblo acuartelado en la falda del monte. El pueblo ingrato é infiel pedia un Dios visible, y Aaron tuvo la flaqueza de ceder á sus instancias, permitiéndoles que construyeran un becerro de oro y lo adoraran. Conoció despues Aaron su pecado, y á su arrepentimiento se debió el perdon de su falta, eligiéndole despues Dios y consagrándolo gran sacerdote del pueblo escogido. Esta eleccion causó algun disturbio entre aquel inconstante pueblo, así es que Coré, Datan y Abiron envidian el honor del sacerdocio, se rebelan contra su Dios; mas el Señor castigó su pecado, permitiendo se abriera la tierra bajo sus piés y se los tragara. Doscientos cincuenta hombres que abrazaron el partido de los rebeldes y ofrecieron incienso en el altar, fueron devorados por el fuego que del mismo salia, y como este escarmiento no bastara, devoró á mas de catorce mil, y hubiera sin duda acabado con todos á no haberse interpuesto el mismo Aaron aplacando la ira de Dios. Cesaron las murmuraciones del pueblo en razon de un nuevo milagro que obró Dios, en confirmacion del sacerdocio de Aaron, y fue el siguiente: Mandó Moisés que las varas de las doce tribus se encerraran en el tabernáculo, conviniendo todos en que se conferiria el sacerdocio á la tribu cuya vara floreciera. Solo la vara de la tribu de Leví apareció cargada de flores y frutos, y en su consecuencia fué declarado Aaron pontífice supremo. Aaron fué el que junto con Hur sostuvo los brazos de Moisés cuando este oraba mientras Josué combatia contra los amalecitas. Aaron murió el año 1452 ántes de Jesucristo á los 123 de su edad, sobre el monte Hor, á la vista de la tierra prometida, á la que no pudo entrar en castigo de la desconfianza que mostró, cuando Moisés en el desierto de Cades hirió la roca con la vara. Su hijo Eleázaro le sucedió en el sacerdocio.

San Julio y san Aaron, mártires.—Estos dos santos, que en el bautismo recibieron el primero un nombre romano y el otro un nombre hebreo, eran naturales de la Gran Bretaña. Glorificaron á Dios por medio del martirio en Caerleon, en el condado de Monmouth, bajo el imperio de Diocleciano. Algunos historiadores antiguos dicen que murieron en Roma, adonde habian ido para instruirse en las ciencias, y Beda añade que no fueron ellos solos los que en aquella ocasion sellaron su fé con su sangre, sino que con ellos sufrieron martirio una porcion de cristianos de uno y otro sexo.

San Rumoldo, obispo y martir.—Fué hijo del rey de Escocia, y es conocido con el nombre de Rombaud. Fué uno de aquellos celosos monges anglo-sajones establecidos en Inglaterra é Irlanda, que en el siglo VIII dejaron su soledad para ir á llevar la luz de la fé á diferentes regiones de Europa. Asociόse Rumoldo á los trabajos apostólicos de san Wilibrordo, y fué consagrado obispo *regionario*, es decir, sin tener sede fija. Convirtió una multitud de infieles en los alrededores de Malinas, de Lierra y de Anvers, y murió mártir de su zelo por haber levantado su voz contra los escandalosos desórdenes de un habitante del pais, el dia 24 de junio del año 775. Su cuerpo fué arrojado á un rio; pero descubierto milagrosamente, fué sepultado con gran pompa por el conde Adon. Posteriormente sus sagradas reliquias fueron trasladadas á la catedral de Malinas, que el papa Paulo IV elevó á la dignidad de metropolitana, y que honra á este santo como á su apóstol y su patron, siéndole deudora de muchas mercedes.

San Teodorico, presbítero y confesor.—Nació en el territorio de Reims, de Marguad, hombre licencioso, que no dió á su hijo mas que malos ejemplos. Felizmente san Remigio se encargó de la educacion del niño y formó su corazon en la piedad. Habiéndole obligado sus padres á contraer matrimonio, el santo propuso á su consorte vivir ambos en perpetua virginidad, lo cual logró fácilmente porque era tambien ella muy piadosa. Teodorico abrazó, pues, el estado monástico y fué elegido superior del monasterio que san Remigio habia fundado en el monte Hor,

cerca de Reims. El mismo san Remigio lo elevó despues al sacerdocio y lo empleó con muy buen resultado en el ministerio de la predicacion, pues el nuevo sacerdote convirtió gran número de pecadores, entre otros á su padre, que pasó el resto de sus dias en la penitencia, bajo la direccion de su hijo. Trabajó asimismo con san Remigio por lograr que un lugar de prostitucion se cambiase en monasterio de vírgenes cristianas, y murió santamente el dia 1.° de julio del año 533. Sus reliquias son tenidas en grandísima veneracion y se guardan en San Remigio.

San Eparquio, abad y confesor.—Francés de nacion dejó el mundo para consagrarse á Dios á pesar de la voluntad de sus padres que querian estorbar su vocacion. Habiéndose retirado á un monasterio de Perigord, vivió en él algunos años, hasta que temiendo los peligros de la vanagloria, por haberse revelado su santidad á los demás compañeros, determinó marcharse á un lugar enteramente solitario. Encerróse en una pequeña celda cerca de Angulema con el permiso del obispo de Perigueux y de su abad, y el obispo de Angulema, enamorado de sus insignes virtudes, lo elevó al sacerdocio. Eparquio vivia en una austeridad suma, y la redoblaba mas y mas en la cuaresma. En su soledad recibió tambien algunos discípulos; pero no les permitió nunca el trabajo de manos, queriendo que continuamente estuviesen ocupados en meditar y orar. Las liberalidades de los fieles que iban á visitarle proveian á sus necesidades y á las de sus religiosos, y le dejaban sobrante para emplear algunas sumas en la redencion de cautivos. Despues de cuarenta años de una vida tan meritoria, murió Eparquio el dia 1.° de julio del año 581, y fué célebre ántes y despues de su muerte en grandes milagros.

San Simeon, confesor.—Queriendo este santo establecer sólidamente en su corazon la práctica de la humildad y del menosprecio de sí mismo, conformóse con pasar por loco á los ojos de los hombres, y hasta de ser designado por tal, por medio de un apodo humillante. Habia nacido en Egipto en 522, y habiendo ido en peregrinacion á Jerusalen el año 552, se retiró á un desierto vecino al mar Rojo, pasando veinte y nueve años en la mas austera penitencia. Despues se fijó en Emesa donde logró pasar por loco, afectando las acciones de los que han perdido la razon. Tenia entonces sesenta años, y vivió otros siete en Emesa, en cuya ciudad estaba todavía, cuando en 588 hubo un espantoso terremoto que casi la arruinó. Entonces el Señor manifestó la discrecion y sabiduría de su siervo concediéndole el don de milagros y haciéndole respetable entre los mismos que lo habian despreciado. Ignoramos el año de su muerte, y algunos aseguran que fué el de 591.

San Teobaldo, ermitaño y confesor.—Nació de los condes de Champagne en 1017; su educacion fué correspondiente á su noble cuna, y mostró desde sus primeros años decidida aficion á la soledad. Con frecuencia visitaba á un piadoso solitario y recibia de él instrucciones y consejos. Su padre se empeñó inútilmente en detenerle en el mundo, prometiéndole un porvenir lleno de gloria, pues el santo lo desechó todo y se marchó secretamente á San Remigio de Reims, acompañado de un amigo llamado Gualtero. Allí cambiaron sus vestidos con los de un pobre mendigo, y se dirigieron á pié á Alemania. El bosque de Petingen en Suavia les pareció á propósito para su designio, y se fijaron en él. Al cabo de algun tiempo fueron descubiertos y se marcharon en peregrinacion á Santiago de Galicia: volviéndose á Alemania, al pasar por Tréveris, Teobaldo encontró á su padre que no le conoció, y para evitar semejantes encuentros, los dos amigos se dirigieron á Roma, y despues de haber visitado aquellos santos lugares, fijaron su residencia en un espantoso desierto llamado Salanigo cerca de Vicenza. Gualtero murió al cabo de dos años, y Teobaldo redobló su fervor y sus penitencias de un modo asombroso. El obispo de Vicenza lo ordenó de sacerdote, y vióse rodeado de una multitud de personas que anhelaban vivir bajo su direccion. La fama de su santidad corrió por toda Europa; sus padres que aun vivian fuéron á visitarle, y la madre se quedó con él. Sintiendo Teobaldo acercarse su último fin, mandó llamar al abad Vangadice camaldulense, que un año ántes le habia dado el hábito de su órden, le recomendó su madre y sus discípulos, se preparó con los sacramentos y espiró en paz el dia 30 de junio de 1066, á la edad de 33 años, y fué despues canonizado por el papa Alejandro III.

San Domiciano, abad.—Fué el primero que en Lyon de Francia hizo vida eremítica. Habiendo reunido muchas personas para aplicarlas al culto de Dios y á la contemplacion de las cosas santas, las dirigió por muchos años en las sendas de la perfeccion. Fué muy esclarecido en grandes virtudes y milagros, y en su última vejez subió á gozar de la bienaventuranza, muriendo en el mes de junio de año 420 ó 427.

San Cayo y san Secundino, obispos y mártires.—Aquel fué obispo de Sesa y este de Cayeta en Campaña. Murieron mártires en los primeros siglos, y aunque no sabemos la época de su muerte ni las particularidades de su vida, se ve por sus elogios que de ellos nos hacen varios santos Padres, que fueron pontífices insignes y mártires esclarecidos de la Iglesia.

San Martin, obispo.—Fué discípulo de los apóstoles, y se dice que habia visto morir al Salvador. Despues de la ascension fué consagrado obispo por san Pedro y enviado á las Galias, y fijando su residencia y su sede en Viena de Francia, fué el fundador y el apóstol de aquella Iglesia. Convirtió á muchos á la fé, y despues de haber recorrido gran parte del Occidente, predicando á Jesucristo, murió en Viena á principios del siglo II.

DIA 2.

La Visitacion de nuestra Señora.—Así como es propio del sol naturalmente alumbrar, y del fuego calentar, y del agua humedecer; así es propio y mas natural de la bondad infinita de Dios el comunicarse, y de aquí es que los santos, como tienen á Dios en sí, se visten de las condiciones de Dios y procuran cuanto pueden comunicar á los otros la luz y amor del sumo bien que ellos poseen, y atraer á todos al conocimiento y amor del Señor. Vese esto ser así en la Reina de los ángeles la Virgen María nuestra Señora; la cual despues que dió aquel *sí*, que alegró el cielo y la tierra, y consintió á las palabras del ángel san Gabriel y concibió al Verbo eterno en sus purísimas entrañas y fué verdadera Madre de Dios, dice el evangelista san Lucas que se levantó y se fué con gran priesa y diligencia á las montañas y á una ciudad de Judá que estaba en ellas, y que entró en la casa de Zacarías y saludó á Isabel. La causa de esta ida, y de haber tomado la sacratí-

sima Vírgen el trabajo de tan largo camino, que era como de veinte y siete leguas desde Nazareth, fué principalmente porque el Espíritu Santo, que habia venido sobre ella y por cuya virtud habia recibido al unigénito Hijo de Dios, la movió é incitó para que comunicase á su prima Isabel aquel inestimable tesoro que habia concebido, y repartiese con ella los divinos dones con que estaba tan enriquecida, y con sus palabras dejase el divino precursor santificado desde el vientre de su madre, y en su presencia se hiciesen tantos milagros como allí se hicieron, saltando san Juan en el vientre de su madre, y llenándola á ella de su espíritu, haciendo profetizar á sus padres y dando lengua al mudo. Porque ya esta Señora era persona pública y ministra en la obra de nuestra redencion: y las personas públicas, como son los obispos y pastores de la Iglesia, han de visitar su ganado y repartirle los pastos de la vida y salud y no mirar solamente por sí. Asimismo fué la Vírgen para dar á santa Isabel el parabien de la merced que Dios nuestro Señor le habia hecho, en haberle cumplido sus deseos y dádole (siendo vieja y estéril) gracia, para que concibiese un hijo que habia de ser tan grande y tan admirable y causa de tanto gozo en el mundo. Porque la caridad, todos los dones de Dios que ve en los otros, los tiene por propios, y se goza de ellos y hace gracias al Señor por ellos, y da la enhorabuena á los que los reciben. Tambien se movió la Vírgen santísima á hacer este camino y visitar á santa Isabel, para servirla y ayudarla en su preñez; porque como era tan humilde, y sabia que el Hijo benditísimo que tenia encerrado en sus entrañas no venia á ser servido, sino á servir, quísole imitar en esto, y siendo Madre suya y Señora del cielo y de la tierra, ir á visitar y servir á su criada. No la lleva la curiosidad, nó la duda de lo que habia oido, ni el deseo de ver con los ojos lo que de su prima Isabel le habia dicho el ángel, sino el impulso del Espíritu Santo y una caridad encendida, y una humildad profundísima, para regalarla y servirla, y la alegría que recibió con las nuevas de su preñez porque cesaba la afrenta de su esterilidad antigua. Fué una visita de dos madres milagrosas: de una niña y otra anciana, de una vírgen y de otra estéril: de una recien preñada y otra que habia seis meses que lo estaba: de una que era Madre de Dios, y de otra que era madre de un hombre que en vida fué tenido por Dios. Y no solamente fué visita esta de las madres, sino mucho mas de los hijos, que estando en las entrañas de sus madres, por bocas de ellas se visitaron y hablaron; porque Cristo nuestro Salvador, aunque fué niño en el cuerpo y en la edad, mientras que estuvo en el vientre de su madre; nunca lo fué en la prudencia y en el juicio, sino varon perfecto como lo dijo Jeremías, y desde el punto que fué concebido tan sabio como es ahora en el cielo; y Juan, aunque era niño de seis meses, con la visita de su Señor tuvo uso de razon y no le perdió jamás.

Dice, pues, el sagrado evangelista san Lucas, que levantándose en aquellos dias la Vírgen se puso en camino para las montañas y lugares de Judea, y que anduvo con tanta presteza y cuidado, hasta llegar á una ciudad de Judá y entrar en la casa de Zacarías á visitar á su prima santa Isabel. Habiendo cumplido la Vírgen con el misterio soberano de la encarnacion, y con la contemplacion y hacimiento de gracias, que al Señor que la habia escogido por Madre, debia; quiso cumplir con su parienta y hacerla particionera del sumo bien que habia recibido; porque á veces debemos dejar á Dios por Dios, y la oracion por la accion y por ayudar á nuestros prójimos; aunque la sacratísima Vírgen estaba tan absorta en Dios, que con grande eminencia juntaba los oficios de María y Marta, y su accion no le estorbaba la contemplacion. Levantóse aquellos dias (algunos pocos despues de la encarnacion), para ir á una ciudad de Judá, que san Agustin y Beda dicen que era la ciudad de Jerusalen, y otros (y es lo mas probable), que era otra allí cerca en las montañas de Judea, donde moraba Zacarías. Y pondera el sacro escritor que anduvo este camino con presteza y diligencia; para darnos á entender, que el Hijo, que tenia en su sagrado vientre, no le era carga sino alivio, y que el Espíritu Santo, que la llevaba, la alentaba y el mismo Hijo le daba priesa, por la que tenia de santificar á su precursor. Y aun san Ambrosio añade que iba de priesa, por la modestia virginal, para llegar presto á la casa de santa Isabel, donde estaba recogida: «Aprended, vírgenes, dice san Ambrosio, á no frecuentar casas ajenas, ni deteneros en las calles y plazas, ni hablar en público; pues la Vírgen de las vírgenes y dechado vuestro se estaba recogida muy despacio en su casa, y se daba priesa cuando andaba camino.» Esto es de san Ambrosio. Aunque esta priesa no era descompuesta, ni tan apresurada que causase turbacion en la Vírgen ó admiracion en los que la veian, sino una diligencia en no detenerse, y modestia virginal que edificaba y suspendia á los que la miraban.

Llegó á la ciudad la Vírgen y Madre purísima, y entró en casa de su parienta Isabel, y saludóla con humildad: y luego como oyó Isabel la salutacion de María, saltó de placer el niño de su vientre, y en ese punto fué llena de Espíritu Santo Isabel su madre, y exclamó con grande voz, diciendo: Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí tan grande bien que la madre de mi Señor venga á mí? Saludó la Vírgen á Isabel de palabra, y abrazóla y dióle ósculo de paz, como á parienta, segun la costumbre de los hebreos: y no se dice que hizo esto con Zacarías, porque la honestidad virginal huye de acercarse á los hombres aunque sean viejos y santos. Y siendo mayor en dignidad, visitó á la inferior y la saludó primero; porque, como dice san Ambrosio, las vírgenes cuanto son mas excelentes en la castidad, tanto mas lo deben ser en la humildad. Pero en hablando la Vírgen, y luego como sonó la voz de su salutacion (que seria, «Dios te salve, ó Dios sea contigo») en los oidos de santa Isabel, en ese punto fué Dios con ella, y por los oidos de la madre penetró y traspasó hasta el alma de su hijo: de manera que en aquel punto le fué acelerado el uso de la razon, y le fué dado conocimiento de quién era aquel Señor que allí venia, y del misterio inefable de su encarnacion, y de este conocimiento resultó una alegría en aquella bendita alma, tan nueva, tan grande y tan extraña, que vino á hacer aquel salto y movimiento con el cuerpo, y por él dió á entender á su madre aquel sagrado misterio, que él en el vientre adoraba y reverenciaba; para declararnos el sentimiento y estima que nosotros debemos tener de él. Y no es maravilla que san Juan, prevenido con aquella copiosa gracia, y viendo tan de cerca al Deseado de todas las gentes, y por quien suspiraban todos los santos patriarcas y profetas, no cupiese en sí de placer; pues el patriarca Abraham (como lo dijo Cristo á los

judíos), por ver de lejos la sombra de este dia, tuvo tanto gozo y regocijo. Con este favor tan singular quedó el bendito niño san Juan santificado del pecado original y confirmado en gracia, la cual jamás perdió ni cometió en su vida pecado mortal; ántes con el uso de la razon que allí le dió el Señor, y le duró siempre, mereció mucho y creció en la gracia y en la virtud, aun estando en las entrañas de su madre. De esta santificacion dice san Pedro Crisólogo: «Veis, como Juan ántes llegó al cielo que á la tierra: ántes se le comunicó el espíritu divino que usase del humano; ántes recibió los dones de Dios que los miembros del cuerpo; ántes comenzó á vivir á Dios que á sí; ántes tomó las armas, que los miembros, para usar de ellas y para vencer al mundo, venció primero á la naturaleza y para ir delante de Cristo, fué delante de sí.» Esto es del Crisólogo.

Mas santa Isabel con aquel súbito resplandor de tan grande luz entendió en una breve suma casi todo el misterio de nuestra redencion, y participando del espíritu que Dios habia infundido á su hijo, comenzó á profetizar (como dice san Gregorio) las cosas que ella no sabia, presentes, pasadas y por venir. Las presentes, cuando dijo: ¿De dónde á mí tan grande bien, que la Madre de mi Señor venga á mí? Porque allí conoció que aquella doncella que tenia delante, era Madre de Dios, y que habia concebido del Espíritu Santo y que el Hijo de Dios estaba encerrado en sus entrañas, y que el Mesías era ya venido al mundo y que el género humano habia de ser redimido por él. Y llamó santa Isabel madre á la Vírgen, ántes que pariese, lo cual (como dice Teofilato) no se suele hacer con las otras mujeres que están preñadas, ántes del parto, por el peligro que hay de morir, y que no salga á luz la criatura; mas en la Vírgen no habia este peligro: y por esto ántes de parir, con mucha propiedad la llamó Madre y Madre del Señor, y fué la primera que con este tan glorioso título la honró. Profetizó asimismo santa Isabel lo pasado, cuando dijo: Bienaventurada eres, porque creiste; dando á entender (como dice san Gregorio), que le habian sido reveladas las palabras que el ángel san Gabriel habia dicho á la Vírgen y que ella las habia creido y dado consentimiento y obedecido al Señor. Y no ménos conoció las cosas futuras, cuando añadió: Y cumplir se ha en tí lo que el Señor te ha prometido. Todo esto dijo santa Isabel, ó por mejor decir, por su boca el niño Juan que estaba en sus entrañas, como lo notaron Nicéforo, Teofilato, y el autor de *Mirabilibus Scripturæ*, que anda entre las obras de san Agustin. Y por esto san Juan fué profeta y mas que profeta; pues no solamente profetizó despues de nacido, como los otros profetas sino ántes que naciese é hizo profetas á sus padres. ¡O bienaventurada santa Isabel, que mereció ser visitada y regalada de la Madre de Dios! Bienaventurada por el gozo que tuvo el niño en sus entrañas y por los saltos que dió de placer, reverenciando aquel Señor encubierto que allí tenia presente. Bienaventurada porque enseñada por aquel movimiento y alegría de su hijo, entendió los altos é inefables misterios del Señor, y alumbrada con la luz del cielo y abrasada de aquel fuego que nunca se apaga, y llena de suavidad y admiracion, conoció que aquella Vírgen que la visitaba, era vírgen de las vírgenes y Madre del Rey del cielo y de la tierra, que por su medio venia á dar salud al mundo, y absorta y enajenada y como fuera de sí, con gran voz y con gran fé y afecto, exclamó y dijo: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí tan grande bien que la Madre de mi Señor venga á mí? Bien se echa de ver que es Juan el que habla por la boca de su madre y que aquel mismo espíritu le hace decir ahora: ¿Dónde merecí yo, que la madre de mi Señor venga á mí? que despues cuando Cristo vino al Jordan para ser bautizado, le movió á decir: ¿Yo debo ser bautizado de tí y tú vienes á mí?

Pero si santa Isabel fué bienaventurada por haber entendido el misterio de la encarnacion del hijo de Dios; ¿cuanto mas lo será aquella Vírgen y Madre castísima, en cuyas entrañas este misterio se obró? Y si sola la voz de la salutacion de esta Señora hizo saltar de placer al niño encerrado y envuelto en el vientre de su madre, y le aceleró el uso de la razon y del juicio, y le limpió de la mancha del pecado original, y le dió tan copiosa gracia como queda referido; ¿cuánta creemos que es la dignidad y grandeza de esta Vírgen, pues en diciendo ella á Isabel, «Dios te salve,» entró la luz y la salud en su ánima junto con la voz, y obró tan grandes maravillas? Y por esto con muy justa razon exclamó Isabel, y con grande voz dijo: Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. Exclamó con gran voz; porque Isabel era madre de Juan: el cual era voz y gran voz: y las excelencias y prerogativas de la Vírgen son tantas y tan grandes, que es menester alzar la voz para explicarlas: y por mucho que se alce y que se diga, siempre la bajeza humana será corta y habrá mucho mas que decir. Y así cuando el Salvador echó al demonio mudo y declaró á los que le calumniaban aquel milagro, que él le habia hecho en virtud de Dios; una buena mujer queriendo alabar á la Vírgen alzó la voz y dijo: Bienaventurado es el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste: porque para alabarla habia de alzar la voz. Y no solamente la llamó «Bendita» santa Isabel, sino tambien declaró la causa porque era bendita añadiendo: Y bendito el fruto de tu vientre: y bienaventurada, porque creiste: quiere decir: Tú eres bendita porque tu Hijo es bendito y fuente de la gracia: y en quien todas las gentes serán benditas. Y como el fruto no se dice bendito por el árbol, sino el árbol por el fruto, así la Vírgen fué bendita entre todas las mujeres por su Hijo, que es bendito segun la naturaleza divina y humana. Y puesto caso que otras madres paren muchos hijos, y tú parirás á este solo; con todo eso entre todas las mujeres tú eres bendita: porque esto solo vale mas que todo lo criado y cuanto se puede criar. Y dado que algunas mujeres sean benditas por su virtud; no siempre lo son por sus hijos, que muchas veces salen traviesos y desbaratados: mas tú eres bendita porque estás llena del Espíritu Santo, y porque eres Madre del Autor de la gracia y del Padre que te crió. Y tambien eres bendita entre las mujeres; porque aunque tengas un solo hijo nacido de tus entrañas; pero por él eres madre de todos los creyentes y verdaderos hijos de Dios. Pues si el patriarca Abraham es llamado padre de muchas gentes, no segun la generacion carnal (porque por ella no lo fué mas que de un solo pueblo), sino porque le fué prometido que Cristo habia de descender de él segun la carne, y por esto es padre de todos los creyentes; ¿con cuánta mas razon la Vírgen santísima que es Madre del Hijo de Dios, será Madre de todos los fieles? Y por eso

se dice que parió á su Hijo primogénito; para que entendamos que todos los hermanos de Cristo son hijos suyos, nó segun la carne, sino segun el espíritu: para que Cristo sea (como dice el apóstol) *Primogenitus in multis fratribus:* Primogénito entre todos sus hermanos. Y así dice Alberto Magno, que la Vírgen por la generacion es Madre de solo Cristo: por la regeneracion de todos los fieles; y por la imitacion Madre de todas las vírgenes.

Mas el medio con que la Vírgen alcanzó esta suprema dignidad de ser Madre de Dios, declaró santa Isabel que fué la fé: Bienaventurada (dice), porque creiste. Creyó la Vírgen al ángel mucho mas perfectamente que ningun santo ni profeta: y su fé fué mucho mas excelente que la del Patriarca Abraham, tan predicada en las divinas letras: porque Abraham creyó, que Sara su mujer, aunque estéril, tendria hijo, y María creyó que siendo y quedando vírgen pariria: Abraham creyó que siendo viejo, podria engendrar; y la Vírgen creyó que sin obra de varon podria concebir: creyó Abraham, que tendria un hijo que seria hombre y mortal; y María creyó que habia de parir un hijo, que seria hombre mortal y Dios inmortal: Abraham creyó que habia de nacer Isaac por el órden y curso comun; y la Vírgen creyó que su benditísimo Hijo Jesucristo naceria sobre todas las leyes de naturaleza: Abraham finalmente creyó que para cumplir Dios sus promesas, podia resucitar de muerte á vida á su hijo Isaac; mas la Vírgen creyó que Dios podia nacer, morir y resucitar: y así no es maravilla que santa Isabel haya loado y ensalzado tanto la fé de la Vírgen; pues fué tan excelente y tan singular, que por ella fué bienaventurada; porque la fé es el principio, la raiz y fundamento de nuestra bienaventuranza, y la que acompañada con la caridad la merece: y por ella concibió la Vírgen á Dios, primero en el corazon que en el vientre, y mereció que se cumpliesen todas aquellas magníficas promesas, que el ángel le dijo en la salutacion: de las cuales una sola se habia cumplido, cuando con gran voz exclamó santa Isabel, y la llamó bienaventurada, porque habia creido y porque se cumpliria en ella lo que el Señor le habia prometido. Díjole el ángel, «que concebiria á su Hijo;» y esto estaba cumplido: mas añadió: «que le pariria;» y esto se cumplió en el nacimiento de Cristo nuestro Salvador: «que se llamaria Jesus,» como lo hizo en su circuncision: «que seria grande,» como lo mostró en su predicacion y milagros: «que se llamaria Hijo del Altísimo,» como le llamó san Pedro y otros: «que le daria Dios la silla de David;» y esto se cumplió en su resurreccion dándole el Padre eterno el señorío universal de todas las cosas: y finalmente le dijo, «que reinaria en la casa de Jacob, y que su reino no tendria fin:» porque habia de subir al cielo y sentarse á la diestra del Padre, y reinar con él y con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Todas estas promesas quedaban por cumplirse entónces, y todas á su tiempo se cumplieron.

Mas la sacratísima Vírgen cuando oyó sus alabanzas y llamarse «bendita y bienaventurada,» recogida en sí, y sumida en el abismo de su nada, y arrebatada en Dios y reconociendo tan grandes beneficios de su liberal mano, con singular alegría de su corazon, y copiosas y suaves lágrimas de sus ojos, comenzó á cantar aquel divino cántico de *Magnificat*, y á decir: Engrandece mi ánima á Dios y mi espíritu se alegró en Dios, é hizo en mí grandes cosas el Todopoderoso. El primer cántico del Viejo testamento fué el que cantó María hermana de Moisés, despues que ahogó al rey Faraon y á sus carros y ejército en el mar Bermejo, y por medio de las hondas libró á todo su pueblo con tan gran maravilla y espanto; y el primer cántico del Nuevo testamento es el de otra María, no hermana de Moisés, sino madre del verdadero Moisés, legislador y libertador del mundo con mas razon que el otro, cuanto va de María á María: «Mi ánima (dice) magnifica y ensalza al Señor:» Como si dijera: «Tú, Isabel, me llamas bendita y bienaventurada por los dones que Dios ha puesto en mí; mas yo le alabo á él, y mi alma derretida en su amor y absorta en su contemplacion, le engrandece como el Autor de tan grandes maravillas. De aquel Sol divino descienden estos rayos: de aquel fuego inmenso de bondad nacen estas centellas, de aquella raiz estos frutos, y así todo se debe á él. Y si tu Hijo en tus entrañas se alegró y dió saltos de placer oyendo mi voz, mucho mas mi espíritu se debe regocijar en Dios; pues le tengo yo en las mias y siendo Todopoderoso, ha hecho en mí grandes cosas.

No explica la Vírgen qué cosas son estas que hizo en ella el Señor; porque son tan grandes y exceden tanto nuestra capacidad, que no es dado á nosotros escudriñarlas, sino maravillarnos y alegrarnos y quedar atónitos con la consideracion de ellas. Y va prosiguiendo la santísima Vírgen las alabanzas y grandezas de Dios, fundándolas en la gracia é infinita misericordia del mismo Señor y en su bajeza y vileza, cual él miró desde la cumbre de su altísima majestad con ojos blandos y piadosos, para levantarla sobre todo lo criado, y predicarla perpetuamente todas las naciones y generaciones del mundo.

Despues dice el sagrado evangelista que la sacratísima Vírgen se quedó con su prima Isabel casi tres meses; y como dicen los santos para ayudarla servirla y regalarla. De donde podemos sacar los favores y mercedes, que en tiempo de los tres meses hizo Dios á aquella casa en que estuvo aunque encubierto: porque si los tres ángeles que aparecieron á Abraham, y entraron en el Tabernáculo, le pagaron tan bien el hospedaje, que le cumplieron sus deseos, y le prometieron que siendo ya viejo y Sara estéril, tendria fruto de bendicion: si los dos ángeles por haber sido recibido en casa de Lot, le libraron á él y á sus hijas de aquel incendio horrible y espantoso de Sodoma: si por haber entrado Jacob en casa de su suegro Laban, con ser gentil y perverso entró juntamente con él la bendicion de Dios, ¿cuánto mayores gracias debemos nosotros creer que derramó la fuente de todas ellas, cuando entró y estuvo tanto tiempo en aquella dichosa casa, encerrado en las entrañas de su Madre y Reina de todos los ángeles y patriarcas? Entró Elías en casa de la pobre viuda de Sarephta, y luego entró en ella abundancia de harina y aceite y huyó la hambre que por todas partes la cercaba: entró Eliseo en casa de la Sunamitis, y resucitóle el hijo: entró el arca del Testamento en casa de Obededom, y echóle Dios su bendicion para él y para toda su familia. Pues ¿cuánto mayor y mas copiosa bendicion habrá echado Dios á aquella casa, en la cual entró el arca viva de Dios, y el verdadero maná y pan del cielo, Jesucristo, y se detuvo tantos dias en ella? ¿Qué maravilla es, que san Juan haya saltado de placer delante de esta arca; pues el rey David bailó y saltó delante del arca del testamento, que no

era mas que sombra de esta? Y si sola la entrada de esta santa Vírgen y la voz de su salutacion, bastó para santificar á Juan y hacerle dar saltos de gozo y alegría, y alumbrar á la madre y llenarla de tantos resplandores y ardores divinos, que prorrumpió con gran voz en alabanzas de la misma Vírgen; ¿cuánto mas habrán crecido las corrientes de los otros beneficios divinos, con las avenidas y lluvias, que por espacio de aquellos tres meses cayeron del cielo y con aquella dulcísima conversacion? Do quiera que entró el Señor, dejó enriquecidos á todos los que con amor le recibieron. Entró primero en el vientre de su sacratísima Madre: y dióle la primacía sobre toda pura criatura, con privilegios y prerogativas singulares y dignas de toda veneracion: entró en el pobre portal de Belen y tornóle de establo paraíso: entró en la tierra de Egipto, y con su presencia cayeron los ídolos de ella y sus desiertos quedaron tan llenos de bendicion, que fueron poblados de muchedumbre de monjes que vivieron mas como ángeles del cielo, que como hombres de la tierra: entró convidado en las bodas de Caná de Galilea, y mudó el agua en vino, proveyendo las faltas de los que le habian convidado: entró en la casa de san Pedro y sanó de la calentura á su suegra: entró en casa de san Mateo al convite que le hizo en su conversion, y atrajo con su virtud allí á muchos publicanos y pecadores que llamó y sanó como médico de vida: entró en la casa del Fariseo, y justificó á la mujer pecadora y humilló con su ejemplo la soberbia, del que habiéndole recibido fué muy negligente en servirle: entró en la casa de Jairo y resucitó á su hija: entró en la de Zaqueo y dejóla en concierto y en estado de salvacion; entró en la casa de Marta, de María Magdalena, y resucitó á su hermano Lázaro, muerto de cuatro dias y dejóla por espejo de cristiandad: y de esta manera podríamos traer otros muchos ejemplos, para declarar que do quiera que entraba el Señor, dejaba rastros de su infinita misericordia y copiosas y largas mercedes de su bondad: y así hízolo entrando este dia, aunque secreto, en casa de Zacarías y santificando á su dichoso adelantado san Juan, é hinchendo de Espíritu Santo á su madre y á su padre, despues con la detencion de los tres meses que allí hizo, multiplicó mas favores y repartió con mas larga mano los dones celestiales, que cada dia crecian con su presencia y de su santísima Madre. Porque ¿qué razonamientos creemos que habria entre las dos madres, entre la Vírgen y santa Isabel? ¿Qué coloquios entre los hijos? ¿Cómo se hablarian desde los vientres de sus madres? ¿Con cuánta humildad serviria la Vírgen á su prima? ¿Y cuánto empacho tendria la santa vieja, conociendo que aquella tierna y purísima doncella, era Madre de Dios y Reina de todo lo criado? ¿Cuántos ratos gastarian en conferir y practicar los misterios soberanos de Dios, admirándose de las entrañas de su inmensa piedad, que por tales medios y tan costosos para él queria redimir el linaje humano? ¿Y cuán diferente fué aquella visita de las visitas de nuestros tiempos, donde se pierde tanto tiempo, siendo cosa tan preciosa, y que una vez perdido no se puede recobrar? ¿Dónde se hace representacion de vanidad, de galas, de afeites, de belleza fingida y contrahecha? ¿Dónde las pláticas son, ó de nuevas inciertas y vanas y de poca sustancia, ó de cosas dañosas, perjudiciales, ó murmuraciones de vidas ajenas que lastiman el corazon, y dejan la conciencia herida y corriendo sangre con grande ofensa de nuestro Señor? Colejemos nuestras visitas con la visita que hoy hizo la Reina de los ángeles á santa Isabel y lo que pasó en esta y pasa en las nuestras, y veremos cuanta razon tenemos de confundirnos y de enmendarnos y de suplicar á la misma Vírgen, que nos alcance gracia de su benditísimo Hijo, para que en esto y en las demás cosas lo podamos imitar.

De esta fiesta de la Visitacion dice el concilio de Basilea unas palabras que, por comprender brevemente todo este misterio, las quiero poner aquí. «La Vírgen beatísima, dijo el concilio, habiendo sido enseñada por el embajador celestial y guia del Espíritu Santo, subiendo á los montes con lijereza, entró en la humilde casa de Zacarías: porque Jesus, que estaba encerrado en sus entrañas, se daba priesa por santificar á Juan que estaba en las de su madre Isabel: y la misma Vírgen gloriosa, visitando á su prima, la saludó con unas palabras llenas de vida. Grandísima alegría debe dar á todos los fieles aquel excelente misterio, por el cual aquellas bienaventuradas madres que tenian las primicias de nuestra salud, tan familiarmente se hablaron y recocijaron entre sí. La una era la Vírgen divina de la casa de David; y la otra Isabel, digna de reverencia entre los hijos de Aaron. La Vírgen tenia en su vientre al Criador de todas las cosas y Salvador nuestro; é Isabel á su Precursor; y habiendo la una y otra concebido milagrosamente, confieren entre sí los beneficios y gracias que del cielo habian recibido. Dichosa por cierto y bienaventurada fué aquella visita y esclarecida con grandes resplandores de la divina gracia, en la cual se juntaron dos madres tan grandes, que la una siendo vírgen, habia concebido del Espíritu Santo; y la otra siendo vieja y estéril, de su marido Zacarías, y el mismo ángel les habia anunciado los hijos que habian de parir. Bienaventurada visita, en la cual el niño Juan, encerrado en las entrañas de su madre, conoció y adoró al Señor en las entrañas de María: en la cual Isabel, llena de Espíritu Santo, dió el parabien á la Vírgen por haber concebido al Hijo de Dios, y la llamó bienaventurada por haber creido, y descubrió los misterios secretos y escondidos: en la cual finalmente la Madre del Señor y Reina nuestra la Vírgen María, llena de un gozo inefable y divino, confiriendo en su corazon lo que ántes habia oido al ángel y allí oia á Isabel, prorumpió en alabanzas del Señor, y cantó aquel divino cántico de *Magnificat*.» Todo esto es del concilio de Basilea.

La fiesta de la Visitacion instituyó el papa Urbano VI y la confirmó, ó por mejor decir, la publicó el papa Bonifacio IX el año del Señor de 1389: y la ocasion de la institucion fué por el cisma peligrosísimo que se levantó en la Iglesia por la eleccion de Urbano VI, y para que el Señor pusiese su mano y quitase tan gran mal de su Iglesia, toda ella acudió á la Vírgen sacratísima y la tomó por medianera, para que lo alcanzase de su Hijo; y para esto se instituyó principalmente la fiesta de la Visitacion de nuestra Señora, y Dios la confirmó con algunos milagros y revelaciones.

San Proceso y san Martiniano, mártires. — Entre los otros soldados que guardaban á los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, al tiempo que por mandado del emperador Neron estaban presos en Roma en la cárcel de Mamertino, dos de los mas principales fueron Proceso y Martiniano: los cuales viendo los milagros que los santos

apóstoles obraban allí en la cárcel, sanando á muchos enfermos y endemoniados, y oyendo su admirable y celestial doctrina, alumbrados y esforzados con divina luz, determinaron ser cristianos y se echaron á los piés de los apóstoles, manifestándoles su deseo, y suplicándoles que los bautizasen, y que fuesen libres de la cárcel; porque ellos quedarian á pagar la pena que por haberlos soltado les quisiesen dar. El bienaventurado san Pedro los acogió y confirmó en su buen propósito; y queriéndolos bautizar, como hubiese falta de agua, hizo la señal de la cruz en la misma peña en que está fundada aquella cárcel y luego salió una fuente de agua viva, tan copiosa y tan perenne, que hasta hoy dia dura, sin haberse podido secar en el discurso de tan largo tiempo, ni agotar con la muchedumbre de la gente que va á visitar aquel santo lugar, y por su devocion bebe de ella. Con el agua de esta fuente fueron bautizados Proceso y Martiniano y de soldados de Neron fueron hechos soldados de Jesucristo. Convirtiéronse con ellos otros cuarenta y siete entre hombres y mujeres. Pero sabiendo Paulino que era juez, que Proceso y Martiniano habian creido en Jesucristo, los mandó prender; y traidos delante de sí, procuró con blanduras y algunas palabras persuadirles que se apartasen de aquella que él llamaba locura, y adorasen á los dioses del imperio romano, en cuya religion se habian criado; porque así serian honrados y acrecentados y no despojados de la honra y vida que poseian. Y no hadiendo podido persuadirles lo que pretendia, les mandó dar grandes golpes con piedras en sus bocas, quebrándoles las muelas y dientes, y bañándolos en sangre; y los santos, levantados los ojos al cielo, decian: Gloria sea á Dios en las alturas. Mandó despues Paulino traer allí un ídolo de Júpiter, y ponerle en un altar y á los santos mártires que le adorasen; pero ellos le escupieron, de lo cual Paulino se enojó sobremanera: y para vengarse de ellos los mandó desnudar y estirar en el ecúleo y atormentar cruelmente, y despues abrazar sus costados con planchas de hierro encendidas, y ellos con grande alegría cantaban: Sea tu nombre, Señor, para siempre bendito; los ángeles te alaben y todas las criaturas te bendigan. Despedazaron sus carnes con escorpiones y afligiéronlos con otros tormentos, en los cuales estando los santos mártires con increible gozo, Paulino de repente perdió un ojo saliéndosele de su lugar, y el demonio se apoderó de él, comenzando á sentir dolores del infierno, al cabo de tres dias espiró. En venganza de la muerte de su padre, Pomponio su hijo dió parte á Neron de lo que pasaba, y que Proceso y Martiniano eran encantadores y magos, y con sus hechizos habian muerto á su padre: y el emperador mandó á Cesáreo, prefecto de la ciudad, que luego los hiciese morir; y él dió sentencia que les fuesen cortadas las cabezas: y así se hizo en la via Aurelia, fuera los muros de Roma. Sus cuerpos dejaron en el campo para que fuesen comidos de los perros; mas una santa y noble matrona romana, llamada Lucina, que habia animado en sus tormentos á los santos mártires, recogió los cuerpos, y con gran veneracion y ungüentos preciosos y aromáticos los enterró en una heredad suya, de donde despues fueron trasladados á una iglesia que edificó á honra suya y arruinada aquella iglesia otra vez, fueron colocados en la del príncipe de los apóstoles san Pedro. Fué su martirio á dos de julio, del año del Señor de 69, á los trece años del imperio de Neron. San Gregorio en una homilia, que es la treinta y dos, y es la que hizo en la iglesia donde estaban los cuerpos de estos santos, dice estas palabras: «A los cuerpos de estos santos vienen los enfermos, y vuelven sanos: vienen los que han jurado falso y son afligidos del demonio: vienen los endemoniados, y quedan libres. ¿Cómo pensamos que viven estos santos allá donde de veras viven, pues aquí donde están muertos viven con tantos milagros?» Y entre otros cuenta uno de una santa y religiosa mujer, que visitaba á menudo sus santos cuerpos, y ellos le aparecieron y le prometieron que el dia del juicio le pagarian aquella buena obra y pia devocion con que los visitaba. Esto refiere san Gregorio. De los santos Proceso y Martiniano hacen mencion todos los Martirologios, el romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y el padre Surio en el cuarto tomo de las vidas de los santos, y el cardenal Baronio en el primero de sus Anales.

*La conmemoracion de los tres santos soldados mártires. — La gracia de Dios ha obrado y obra las mas estupendas maravillas. Esta gracia se hizo bien patente con estos tres santos que guardando el lugar de la ejecucion mientras martirizaban al apóstol san Pablo, se hallaron de repente trocados confesando en alta voz á Jesucristo. Sabedor el juez de este hecho mandó fueran degollados en el mismo sitio donde habia sufrido el martirio el santo apóstol.

San Oton, obispo.—Era de Suavia en Alemania, de noble familia, que queria dedicarlo al ejercicio de las armas; pero él, que deseaba consagrarse enteramente á Dios, abrazó el estado eclesiástico. El emperador Enrique IV que conocia su ciencia y piedad, le nombró director y capellan de su hermana la princesa Judit, cuando casó con Boleslao III duque de Polonia. Despues de la muerte de esta princesa, volvió á Alemania y fué nombrado canciller del emperador, y el año 1103 consagrado obispo de Bamberga á instancias del papa Pascual II y del emperador. Trabajó asiduamente en extinguir el cisma que afligia entonces á la Iglesia, y asistió á la dieta del año 1104 en donde desplegó su elocuencia, su capacidad y su zelo por la paz. Dos años despues sucedió Enrique V á su padre en el trono imperial, y continuó dispensando á Oton la misma confianza que su antecesor, y por sus persuasiones se convirtió y abrazó el partido del papa legítimo, quedando de este modo completamente extinguido el cisma. Cuando Boleslao IV, duque de Polonia, conquistó la Pomerania, suplicó á san Oton que fuése á instruir en las verdades del cristianismo á los idólatras de aquel pais, y el santo que no deseaba otra cosa que aumentar el reino de Jesucristo, arregló los asuntos de su diócesis y se puso en marcha con una porcion de obreros evangélicos. Atravesando la Polonia y la Prusia, llegó por fin á la Pomerania oriental, y empezó sus conquistas. Uratistas II, duque de la alta Pomerania, recibió el bautismo con la mayor parte de sus súbditos en 1124, de modo que el santo misionero pudo dar por bien empleados sus esfuerzos. Despues de haber normalizado las prácticas religiosas de los nuevos fieles, regresó el año siguiente á Bamberga, y al cabo de dos años hizo otro viaje á Pomerania, y de vuelta á su diócesis murió en Bamberga el dia 30 de junio del año 1139, y fué canonizado por Clemente III, en 1189. La urna que encierra sus reliquias se guarda en Hannover en el tesoro del elector.

Los santos Ariston, Crescenciano, Eutiquiano, Urbano, Vidal, Justo, Felicísimo, Félix, Marcia y Sinforosa, mártires.—Durante los dias en que mas encarnizada se hallaba la persecucion que excitó contra los cristianos el emperador Diocleciano, fueron estos santos martirizados juntos en Champagne, muriendo todos degollados despues de sufrir varios suplicios.

Santa Monegundis, solitaria.—Nació en Chartres de padres cristianos. Era aun muy jóven cuando fué entregada en matrimonio á un hombre respetable del pais, bueno y piadoso. Monegundis tuvo dos hijas que hicieron todas sus delicias mientras vivieron, y cuando el Señor se las quitó, se abandonó á un dolor excesivo. De aquí data su perfeccion: conociendo que hasta entonces habia entregado su amor á un objeto que no era inmutable y eterno, sino perecedero y frágil, y que solo Dios era el único Sér capaz de fijar nuestro corazon y llenarlo de un modo digno, trató de no llorar ya mas para que el torrente de sus lágrimas no ofendiese al Señor, y bendiciendo la mano que la habia herido, resolvióse á hacer una vida enteramente nueva. Firmemente resuelta á abandonar un mundo pérfido, mandó construirse en Chartres una pequeña celda, en la cual con el consentimiento de su marido se encerró, pasando todo el tiempo en oracion y en la práctica de todas las austeridades de la penitencia. Se acostaba de noche sobre una estera, y no tomaba mas que pan y agua. Pasados algunos años, retiróse á Tours, y continuó el mismo género de vida en una celdita junto á la iglesia de San Martin, á donde se le reunieron otras santas mujeres, y se formó un monasterio. Santa Monegundis murió el año 570, despues de haber sido por mucho tiempo un cabal modelo de virtud y santidad.

San Swituno, confesor.—Nació en Inglaterra, y pasados los años de la niñez en que dió ya grandes pruebas de su futura santidad, entró al servicio de la Iglesia. De grado en grado y de virtud en virtud llegó al sacerdocio, complemento para él de todos sus deseos y objeto de sus mayores ansias. Desde aquel dia se mostró al mundo como un ángel en carne. Fué ministro idóneo y agradable á los ojos de Dios por su humildad, por su modestia, por la piedad que resplandecia en todas sus acciones y por el celo con que trataba todas las cosas de Dios. Su fama llegó al rey de Inglaterra Egberto, que quiso conocerlo y tratarlo, y le confió la educacion de su hijo Adolfo, en cuyo cargo se esmeró el santo de tal modo, que su discípulo salió un príncipe perfecto á los ojos de la religion. Cuando vacó la silla episcopal de Vincester, fué Swituno elegido para ocuparla; pero se necesitó un mandato expreso del pontífice para hacerle aceptar el cargo, el cual desempeñó despues con toda la perfeccion que hacian esperar sus ilustres virtudes. Sus esfuerzos en el desempeño de su ministerio se dirigieron principalmente á extirpar los abusos, y á hacer renacer en su Iglesia la observancia de la primitiva disciplina, y despues de haber obrado muchos milagros, y de haber profetizado el dia y la hora de su muerte, entregó su espíritu á Dios, el dia 2 de julio del año 862. Su cuerpo fué sepultado, segun él mismo habia dispuesto, en un lugar oscuro y humilde fuera de la iglesia, pero el año 971, el Señor quiso de nuevo manifestar la gloria de su siervo, descubriendo el sagrado depósito de su cuerpo por medio de algunos milagros. Entonces las sagradas reliquias fueron trasladadas á la iglesia catedral de Vincester, que el santo habia gobernado en santidad, y que fué otra vez testigo del poder de su digno pastor.

DIA 3.

San Ireneo y santa Mustiola, mártires.—En tiempo del emperador Aureliano era Turcio vicario en la ciudad de Clusi, en la Toscana ó Etruria, que es en la Italia el estado del gran duque de Florencia. En esta ciudad, pues, padecieron martirio los gloriosos san Ireneo, diácono, y santa Mustiola, vírgen. Sucedió así: que habiendo el dicho vicario Turcio martirizado en la ciudad de Sutria, en la misma Toscana, al glorioso san Félix á 23 de junio, y habiendo sepultado su santo cuerpo junto á los muros de la misma ciudad el glorioso san Ireneo; llegó á noticia del cruel vicario la piadosa obra de Ireneo: por lo cual lo mandó prender, y rodeado de cadenas lo hizo venir, siguiendo su carroza hasta la ciudad de Clusi, donde lo puso en la cárcel con otros muchos cristianos presos, á los cuales visitaba y regalaba con cuanto podia Mustiola, doncella y señora rica, y tan noble, que era prima hermana del príncipe Claudio.

Dieron cuenta á Turcio de la gran caridad que Mustiola usaba con los cristianos presos: por lo cual la mandó prender sin reparar en su gran nobleza. Entonces hizo degollar á todos los cristianos que tenia presos, dejando solo con la vida á Ireneo: al cual mandó, que á vista de Mustiola lo colgasen en el ecúleo ó potro, y lo despedazasen con uñas de acero, y pusiesen fuego debajo, hasta que sin quitarle del tormento perdiese la vida: lo cual hicieron los crueles verdugos sin piedad alguna. Luego que acabó Ireneo esta vida mortal, y se fué á gozar de la eterna é inmortal, con la corona y palma del martirio, mandó el impío vicario, que á Mustiola, pues no queria sacrificar á los dioses, la azotasen con planchas de plomo hasta quitarle la vida: lo cual tambien fué ejecutado, así como mandado, y la bendita vírgen fué á gozar de su Esposo, y reinar con él para siempre: cuyos dos sagrados cuerpos enterró cerca de los muros de la misma ciudad de Clusi Marcos, varon cristiano y religioso, donde hoy tienen un suntuoso templo y hacen continuos milagros, con que es Dios en ellos glorioso, como siempre en sus santos. Fué su glorioso martirio á 3 de julio (dia en que se celebra su fiesta) por los años del Señor de 275. Escribieron su vida Usuardo; Surio, tom. IV; Pedro de Natalibus *in Cathalogo lib.* VI, *cap.* 48; el Martirologio romano; Baronio en sus Anotaciones, y en el tom. II, año 275, núm. 5, y otros autores.

Parece que la piedad cristiana se trae consigo el premio; pues pocos ó ninguno se habrán visto usarla, que no le hayan conseguido, si no de contado, por lo ménos muy presto, en la otra vida. De esto hay infinitos ejemplares; pero baste ahora el presente: pues vemos que la piedad que usó Ireneo, sepultando el santo cuerpo del glorioso mártir san Félix, le adquirió al instante la insigne corona del martirio: y la que la gloriosa vírgen santa Mustiola usaba con los pobres encarcelados, fué tambien asimismo causa de que luego fuese con la misma corona del martirio premiada. Siendo pues así, muy ciego será quien no viere el camino de ir á reinar con Cristo en la gloria, pues nos enseñan estos dos gloriosos mártires, es el de la piedad

cristiana; cuya virtud nos comunique Dios á todos por la intercesion de sus santos. Amen.

* San Trifon y otros doce mártires. — Reinando el emperador Aureliano, derramaron estos mártires la sangre por Jesucristo en Alejandría.

San Eulogio y compañeros mártires. — Estos veinte y cuatro santos, de que hace hoy memoria el Martirologio romano, murieron mártires en tiempo del emperador Valente por no querer seguir la doctrina de los arrianos acerca de la divinidad de Jesucristo. Un dia que en Constantinopla habian movido aquellos herejes un alboroto popular contra los católicos, cogieron á estos veinte y cuatro santos, los embarcaron en una nave, á la cual pegaron fuego cuando estuvo en alta mar, y los gloriosos confesores alcanzaron la palma de su triunfo en medio del fuego y de las aguas.

San Jacinto, mártir.—Era oriundo de Cesarea en Capadocia, y estaba en Roma de camarero del emperador Trajano, que le queria mucho por su fidelidad y por la exactitud con que cumplia sus órdenes. Un dia supo el emperador que su camarero invocaba con mucha frecuencia el nombre de Jesucristo, y para probarle le dió á comer de las viandas ofrecidas á los dioses. Jacinto se excusó; pero insistiendo el emperador en preguntarle la causa de su repugnancia, confesó paladinamente que era cristiano. Trajano quiso al principio reducirle buenamente á que dejase aquella religion; pero el santo cada vez mas decidido á perderlo todo ántes que abandonar á Jesucristo, perseveró siempre constante en su primer propósito. Fué, pues, condenado á ser encerrado en un calabozo, y á que nada se le diese de comer hasta que comiese ántes de los manjares inmolados. Todos los dias iba á su prision un criado á ofrecerle aquellas viandas, y siempre eran desechadas, hasta que pasados cuarenta dias de hambre absoluta, Jacinto durmió tranquilamente en el Señor, á principios del siglo II.

San Marcos, san Muciano, san Pablo y otro compañero, mártires. — Los dos primeros fueron presos por órden del prefecto Máximo, y los llevaron á un lugar donde habia una hoguera y á su lado un altar. Amenazóles el prefecto de que si no sacrificaban en el altar serian echados á la hoguera, y mientras duraban las exhortaciones y las amenazas, un niño de pocos años se acercó á ellos, y reconviniendo al prefecto por su crueldad, animaba á los santos para que no se dejasen vencer. El niño fué preso tambien y agregado al martirio, y lo fué tambien otro cristiano llamado Pablo, que se hallaba presente y animaba á los demás al martirio. Los cuatro murieron el dia siguiente degollados, y sus familias, gozosas por tener aquellos individuos suyos en el cielo, recogieron sus cuerpos y les dieron honrosa sepultura.

San Heliodoro, obispo y confesor. — Floreció este santo en el siglo IV, siendo obispo de Altino, cuyos habitantes habia convertido á la fé. Su amistad con san Gerónimo y otros padres de aquel tiempo, le proporcionó el dar á sus ovejas nuevamente convertidas, abundante pasto de doctrina en los escritos de aquellos santos. No se pasaba dia sin que gastase muchas horas en predicar é instruir al pueblo, y así logró ver desterrada la idolatría de toda aquella parte de Italia. Su sabiduría le proporcionaba recursos abundantes contra las seducciones de los sacerdotes del paganismo. Por fin, despues de un pontificado ilustre en toda clase de virtudes, fué Heliodoro llamado á recibir el premio de su laborioso apostolado en la patria de los bienaventurados.

San Dato, obispo.—Estando vacante la sede episcopal de Ravena, hallábanse los fieles congregados con todo el clero para elegir un pastor que se encargase de aquella grey. De repente apareció una paloma que posándose sobre la cabeza de un hombre llamado Dato, y llamando á sí las miradas de todos sobre aquel hombre, todos vieron que su cara resplandecia con un brillo sobrenatural. Conociendo que aquel era el designado por el cielo, lo eligieron y consagraron obispo, y gobernó la Iglesia de Ravena en paz y santidad por espacio de nueve años, despues de los cuales, lleno de altos merecimientos murió tranquilamente en el mes de julio de 185.

San Anatolio, obispo y confesor.—Nació en Alejandría á principios del siglo III, se dedicó á la carrera de las ciencias y salió maestro en los estudios sagrados. Cultivó tambien y le merecieron mucha fama la aritmética, la geometría, la física, la astronomía, la gramática y la retórica. El año 269 fué elegido por el clero y por el pueblo obispo de Laodicea, en Siria, cuyo ministerio desempeñó por algunos años con aplauso universal. Escribió varias obras para las personas piadosas, y un cánon pascual, que le dió mucha nombradía. A sus talentos unia gran virtud y ferviente celo por la gloria de Dios y el aumento de su Iglesia. Murió en la paz del Señor por los años de 280, obrando el cielo por su intercesion, ántes y despues de su muerte muchos milagros.

La traslacion de santo Tomás, apóstol. — En este dia celebra la Iglesia la memoria de este glorioso apóstol, en conmemoracion de haber sido trasladado su cuerpo desde Edesa de Mesopotamia á Ortona.

DIA 4.

San Laureano, arzobispo. — San Laureano, arzobispo de Sevilla y glorioso mártir de Cristo, nació de padres nobles, aunque gentiles, en la provincia de Pannonia, que ahora llamamos Hungría. Dejó su patria siendo de poca edad: vino á Milan; y por misericordia del Señor allí se hizo cristiano, y se crió en la iglesia de aquella ciudad: habiendo estudiado letras sagradas, siendo de treinta y cinco años, fué ordenado diácono. Despues (no se sabe con qué ocasion) pasó á España, pero por el suceso se ve que aquella jornada fué guiada por la mano del Señor, y que san Laureano era varon santísimo, y segun el corazon de Dios: porque estando en Sevilla, murió Máximo arzobispo de ella, y por su muerte Laureano fué puesto en su dignidad, y gobernó aquella Iglesia por espacio de diez y siete años, con singular doctrina y admirable ejemplo de vida.

Entre las otras virtudes de este santo prelado, fué una, el celo de nuestra santa religion católica, y el oponerse á los herejes arrianos que en aquel tiempo eran poderosos y señores de España, y la inficionaban y perseguian á todos los católicos, para destruir y arrancar de raiz, si pudieran, la pureza y firmeza de la fé católica, especialmente Totila, rey de los godos y hereje arriano, hombre feroz y bravo, y que procuraba propagar y extender la perfidia y error de su secta; entendiendo la resistencia que san Laureano le hacia con su predicacion, consejos y doctrina, co-

menzó á perseguirle y procurarle la muerte. Para esto envió gente que le matasen de cualquiera manera que le pudiesen haber. No hay cosa segura de la potencia de un tirano poderoso y furioso, si Dios no toma la mano para su defensa, como la tomó aquí para amparar esta vez á san Laureano y no dejarle caer en el lazo que le habian armado. Envióle un ángel mandándole que saliese luego de aquella ciudad, donde no le oian ni le merecian, y se fuése donde le mereciesen y oyesen. Revelóle tambien, que al cabo con corona de mártir daria fin á sus dichosos dias: No tardes (dijo el ángel); porque esta ciudad por sus pecados ha de ser castigada de Dios con sequedad, hambre y pestilencia; hasta que teniendo dolor de sus culpas, y enriquecida de tres reliquias, alce Dios su mano y la remedie. Levantóse san Laureano, y con mucha devocion dijo misa: convocó al pueblo y desde la mañana hasta las tres despues del mediodía les predicó penitencia y les exortó á volverse á Dios, y aplacarle con oraciones, limosnas y lágrimas para que alzase su ira y el azote con que los amenazaba. Tomó su báculo, y rodeó parte de la ciudad, llorando y dando voces y diciendo: Haced penitencia y mirad, que está Dios enojado y tiene levantado el brazo para herirnos. Salió de Sevilla, y en el camino sanó á un ciego. Entró en un navío y aportó á Marsella, y allí resucitó á un hijo de un hombre principal. De allí pasó á Italia, y llegó á Roma sanando muchos enfermos por el camino. En Roma visitó al sumo pontífice, y consolóse con él, comunicándole su vida y los negocios de su Iglesia. Dijo misa de pontifical delante del papa el dia de la Cátedra de san Pedro, y allí sanó á un viejo que desde niño estaba tullido de piés y manos. Habiendo cumplido con su devocion y negocios en Roma, se partió para visitar el cuerpo de san Martin en Francia, y habiéndole visitado y hecha devota oracion, tuvo revelacion, que venian por parte del rey Totila algunos soldados á matarle. No se turbó el santo, ni se congojó ántes encendido de amor del Señor, y deseoso del martirio, salió á buscarlos, y encontrándose con ellos en un campo raso y siendo conocido de ellos, dieron en él y le cortaron la cabeza. En acabándosela de cortar, los matadores sobresaltados y despavoridos echaron á huir; y el santo, así muerto como estaba, les dió voces que volviesen y llevasen su cabeza á Totila como se les habia mandado. Ellos la tomaron y la llevaron, y el tirano cuando la vió y supo lo que habia pasado, la envió á Sevilla, y con su entrada respiró aquella ciudad y cesó la sequedad, hambre y pestilencia con que habia sido azotada y afligida del Señor por sus pecados. El cuerpo del santo sepultó Eusebio, obispo de Arles, en la iglesia de la ciudad de Bourges, por una divina revelacion que tuvo. Basco dice, que la muerte de este santo fué el año de 544. Hacen mencion de él los Martirologios romano, el de Beda, Usuardo, y Adon, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones.

SAN UDALRICO, OBISPO Y CONFESOR.—La vida de Udalrico, obispo de Augusta, escribió Bernon abad, y la trae Fray Lorenzo Surio en su cuarto tomo, y fué de esta manera. Nació Udalrico de los ilustres condes de Dilinga: su padre se llamó Hupaldo y su madre Tierburga. Destetáronle á los tres meses despues que nació, y comenzó desde niño á dar indicios de la gran santidad que habia de tener en vida, y sus padres que eran piadosos, le entregaron á los monges del convento de san Galo, para que le enseñasen letras humanas y virtudes divinas. Sintió tan gran dulzura por la contemplacion de Dios en aquel convento el santo mozo, que determinó hacer divorcio con el mundo y abrazarse con la vida religiosa; y hubiéralo hecho, si una santa doncella que se llamaba Viverata, que vivia entre cuatro paredes con fama de gran santidad, no se lo hubiera estorbado, diciéndole que aun no era tiempo. Volvió á casa de sus padres, y ellos viendo que su hijo estaba bien instruido en las ciencias, le encomendaron al obispo de Augusta, que á la sazon era Adalberon, varon santo y venerable; y él le tomó á su cargo, y conociendo su gran caudal de virtud y ciencia, le trató muy familiarmente, y se sirvió de él para las cosas de casa y para los negocios de fuera con gran provecho de toda la Iglesia.

Vínole deseo de ir á Roma para visitar los sagrados cuerpos de los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y de los demás santuarios de aquella ciudad. Llegado á ella nuestro Udalrico, fué recibido del sumo pontífice con mucho amor y benignidad: el cual le preguntó, quién era, y como él respondiese que era aleman de nacion, y clérigo y familiar de Adalberon, obispo de Augusta, le dijo el papa: Tu obispo Adalberon ya es muerto, y Dios quiere que tú le sucedas en el obispado, y te encargues de la cura pastoral de aquella Iglesia. Turbóse el santo oyendo lo que le decia el pontífice, teniéndose por indigno: y temblando y confuso, se escondió y huyó de Roma: y el papa, sabiéndolo, nombró á Hiltonio por obispo, diciendo: Si ahora que hay quietud y bonanza en la Iglesia de Augusta, no la quiere Udalrico, él será forzado á tomarla, cuando esté turbada y de muchas ondas combatida, y así fué; porque de allí á quince años habiendo pasado á mejor vida Hiltonio, sucesor de Adalberon, por voluntad del rey Enrique y de todo el pueblo fué forzado Udalrico á aceptar aquella cátedra pontifical. Despues que la aceptó, dió muestras de su rara santidad, é hizo oficio de cuidadoso y vigilante pastor. Estaba siempre ocupado en oracion ó en la leccion de cosas sagradas, afligia su cuerpo ásperamente, nunca comia carne, y siempre tenia á su mesa muchos pobres, á quienes daba de comer y de vestir liberalmente. Sus palabras eran pocas, sabias y eficaces, para persuadir lo que queria, y sus sentencias graves y de mucho peso. Decia misa con admirable devocion y ternura, y un dia estando ocupado en este sagrado misterio al tiempo que extendió la mano para tomar la hostia y consagrarla, fué vista de los que estaban presentes, otra mano que venia del cielo y se juntaba con la del santo obispo para ayudarle á hacer aquella divina consagracion. Otra vez queriendo una noche reposar un poco, le apareció santa Afra, mártir de Augusta, con un rostro hermoso y vestido de una ropa preciosa, y le sacó al campo, y allí halló al apóstol san Pedro que estaba sentado entre una gran multitud de santos que pedian á Dios venganza de los que los habian atribulado y perseguido, y todos clamaban contra Armelofo, duque de Baviera, vivo, porque habia destruido muchas iglesias y monasterios, y dado las rentas de ellos á los legos; y de comun sentencia de todos aquellos santos, Armelofo fué condenado. Otras muchas revelaciones le hizo nuestro Señor, descubriéndole lo que habia de venir, mucho ántes que viniese. Tuvo gran cuidado de reparar sus iglesias caidas por antigüedad, ó quemadas ó destruidas de los enemigos; pero mucho mas de edificar y reparar las almas perdidas por pecados y malas costumbres. Especialmente

tuvo cuidado de desterrar la simonía, que en su tiempo estaba muy arraigada, y los otros malos usos que poco á poco se introducen sin sentir en la república, cuando los pastores no velan, y con presteza no los arrancan ántes que crezcan y echen raices. Hubo una gran discordia entre el emperador Oton y Ludolfo, su hijo, y vinieron á rompimiento y á tomar las armas para dar batalla. Súpolo san Udalrico, y tomando en su compañía á Hartelberto, obispo Curiense, se puso en medio de los ejércitos, y pudo tanto con su santidad y elocuencia, que los detuvo, é hizo las paces entre aquellos dos príncipes tan poderosos.

No se contentó Udalrico de haber ido una vez á Roma por su devocion; volvió la segunda, y trajo de ella la cabeza de san Abundio, mártir, que fué recibida en Augusta con grande veneracion, y Dios nuestro Señor le comenzó á honrar y magnificar con muchos milagros, dando salud á los enfermos de varias dolencias por su intercesion. Tambien libró á la ciudad de Augusta de manos de los húngaros que habian arruinado aquellas provincias, y la tenian cercada muy apretadamente; y Dios nuestro Señor por las oraciones de este santo obispo, los castigó y murieron muchos de ellos, y la ciudad quedó libre de sus manos. Y como quedasen muchos clérigos y gente del pueblo pobres y con grandes necesidades, por las calamidades y estragos que habian padecido de los bárbaros; el santo obispo con extremada caridad y solicitud, procuró remediarlos y consolarlos, desentrañándose á sí, por darles algun alivio y remedio.

Una cosa sucedió á este santo digna de notarse. Deseaba en gran manera dejar la carga pastoral para darse mas á la oracion y contemplacion del Señor. Tenia un sobrino hijo de una su hermana, que se llamaba Adalberto: parecióle que era bien descargarse con su sobrino, y encomendarle los cuidados del obispado, y así lo hizo. El sobrino se desvaneció, y no salió al tio tan bueno como lo pensaba: pero nuestro Señor le quitó la vida dentro de pocos meses; y Udalrico, habiéndose aparejado para morir con dar á los pobres todo lo que tenia, y hacer mucha y muy larga y fervorosa oracion, y derramar copiosas lágrimas, pidió á á nuestro Señor misericordia de sus culpas. Una vez como quien se despierta del sueño, comenzó á lamentarse y á decir: ¡Ay! ¡Ay! Pluguiera á Dios que yo nunca hubiera conocido á Adalberto, mi sobrino; porque por haber yo consentido con su deseo, no quieren los santos recibirme en su compañía sin castigo; dándonos á entender, que habia sido culpa el haber dado á su sobrino el cargo del gobierno de su Iglesia, y que se habia de pagar aquel pecado en el purgatorio; que es ejemplo notable y semejante al que san Gregorio papa en el libro de sus Diálogos escribe de Pascasio, diácono de la santa Iglesia romana, y varon de rara santidad; porque dice san Gregorio, que con haber sido Pascasio tan santo, que llevándole á enterrar, en tocando un endemoniado la dalmática, que iba en las andas sobre su cuerpo, luego quedó sano y libre del demonio; despues su alma apareció á san German, obispo de Capua, en un baño donde estaba purgando un pecado que habia cometido, y rogó á san German hiciese oracion por él; y haciéndola, quedó Pascasio libre de las penas del purgatorio que padecia. De estos ejemplos se sacan dos cosas: la primera, que no hay culpa por pequeña que sea, que no se haya de pagar en esta vida ó en la otra: la segunda, que bien puede uno ser santo, y hacer milagros, y pasar por el purgatorio. Mas volviendo á san Udalrico, pidió perdon á todos los que estaban presentes, y en los brazos de sus hijos y clérigos que se deshacian en lágrimas, dió su espíritu al Señor, siendo de edad de ochenta años, y en el de 963, y á los 50 despues que le ordenaron de obispo. Fué su muerte á los 4 de julio, imperando Oton II. Enterraron su sagrado cuerpo en la Iglesia de Santa Afra, mártir, con gran compañía y solemnidad, y nuestro Señor hizo por él muchos y grandes milagros. Hacen mencion de él el Martirologio romano, el de Beda y Adon.

El beato Gaspar de Bono.—Nació Gaspar de Bono á 5 de enero de 1530, en la ciudad de Valencia en el reino de España, de padres honrados, pero tan pobres de bienes de fortuna, como ricos de cristianas virtudes. Su padre que se llamaba Juan de Bonom, era natural de la villa de San Lambert, en la provincia de Gascuña, y su madre, llamada Isabel Juana Monsó, era natural de la villa de Cervera del mismo reino de Valencia. Ejerció Juan de Bonom en dicha ciudad el oficio de tejedor de lino en su mocedad, y despues en edad mas adelantada el de afilar cuchillos. Criaron estos piadosos padres á nuestro Gaspar en el santo temor de Dios, y él prevenido de copiosas bendiciones de la gracia, ya desde su niñez empezó á dar claros indicios de la elevada santidad á que Dios le tenia predestinado. Era muy obediente á sus padres y muy ajeno de los pueriles entretenimientos. Todas sus delicias eran, ó estarse en casa retirado á orar, ó asistir en la iglesia á la santa misa y á otros ejercicios de piedad. Desde aquella primera edad comenzó la devota práctica que continuó por toda su vida, de implorar cada dia el patrocinio de la santísima Vírgen con la Letania lauretana, la Salve Regina y otras devotas oraciones: su diversion era juntar otros niños, formar con ellos una procesion y rodear por las calles vecinas, cantando responsos en sufragio de los difuntos, y diciendo á trechos en alta voz: Señor, verdadero Dios, misericordia. Practicaba Gaspar estos y otros ejercicios de religion con tal modestia y fervor, que causaba asombro á cuantos lo miraban. Sintiéndose inclinado al estado eclesiástico se aplicó al estudio de la gramática, y no obstante que estudiaba con mucha diligencia para habilitarse para el estado á que Dios le llamaba, su incesante aplicacion nada entibió los ardores de su piedad: de modo que sus maestros le proponian por modelo á los otros discípulos: á los quince años de su edad concluyó los estudios de la gramática, y entonces resolvió consagrarse enteramente á Dios, en la sagrada religion de los predicadores. Fué en efecto admitido con gusto por aquellos religiosos al noviciado, y mientras estaba ya para recibir el santo hábito, un cuñado suyo logró la ocasion de hablarle, y supo persuadirle con tanta energía, que á lo ménos por entonces retardase su designio, en atencion al desamparo y miseria grande de sus padres, que el santo jóven no sabiendo resistir á la fuerza de sus razones, se despidió con lágrimas de los padres dominicos, y se salió del convento en compañía de su cuñado.

Restituido á la casa de sus amados padres no pensó sino en elegir una ocupacion con que pudiese aliviar su pobreza. Con esta mira entró á servir en casa de un comerciante de sedas y aquí aumentó mucho la mortificacion y penitencia que desde niño habia practicado, con el deseo de imitar la conducta de los santos, cuyas vidas leia. Co-

mia una sola vez al dia y aun esta con gran parsimonia y frecuentemente no tomaba sino pan y agua, su sueño era breve y su oracion casi continua. De la comida que le daban sus amos cercenaba buena porcion de pan y vianda, y la llevaba todos los dias á la casa de sus padres, para que con ella se sustentasen. No conocia ocupacion mas dulce que la de servir á su cieguecita madre y anciano padre, en barrer la casa, componerles la cama, limpiar los platos, prepararles la mesa y animarlos á sufrir con cristiana resignacion las incomodidades de la enfermedad y pobreza, á cuyo fin les leia frecuentemente algun libro espiritual. Continuó el beato el expresado tenor de vida en casa del buen mercader por cerca de cinco años, y entrado á los veinte de su edad, considerando que siendo como era tardo, balbuciente y casi de ninguna expedicion en la lengua, podia adelantar poco en el comercio ni en otro empleo, pensó que en la carrera de las armas haria tal vez mayores progresos, pues que sus fuerzas, robusta salud y proporcionada estatura le prometian algun ascenso.

Con esta mira, y disponiéndolo así Dios, cuyos juicios son verdaderamente incomprensibles, tomó plaza de soldado en un regimiento de caballería del ejército del invicto emperador Cárlos V, con el cual pasó luego á Italia, donde militó por espacio casi de diez años, cumpliendo en todo como cristiano y valeroso soldado. Entre el estrépito de las armas, el libertinaje y los peligros que de ordinario acompañan la profesion militar, conservó el beato la misma inocencia, pureza de costumbres y fervor de espíritu con que habia vivido; frecuentaba los templos y hospitales, y se quitaba el pan de la boca para socorrer á los menesterosos, con quienes partia su tenue sueldo. Jamás ninguno de sus camaradas pudo distraerle de sus acostumbrados ejercicios de caridad y religion, ni atraerle por una sola vez á los excesos del juego, del vino y de la intemperancia. Llegado por fin el tiempo en que el Altísimo tenia dispuesto unir á sí con lazos mas estrechos á su fiel siervo, permitió que siendo Gaspar destacado con una corta partida para observar á los enemigos, fuese de estos atacado de improviso con tal ímpetu, que todos se dieron á una precipitada fuga, en la cual el caballo de Gaspar, desviándose del camino, se precipitó en un pozo seco; y observándolo uno de los enemigos que le seguian se acercó al dicho pozo que era de poca profundidad, y y con su pica le dió un golpe tan fuerte en la cabeza que pensó dejarle muerto, y efectivamente le abrió en ella una herida mortal. Viéndose Gaspar solo, oprimido del caballo, mortalmente herido y destituido de todo socorro humano, acudió con mucho fervor á nuestra Señora de los Desamparados, é hizo voto de ser religioso de la órden de san Francisco de Paula, si escapase vivo de aquel peligro.

Apenas habia hecho este voto, cuando de improviso fué socorrido de sus compañeros, los cuales sacándole del pozo le llevaron al hospital, donde contra la esperanza de todos sanó de su herida, y obtenida su licencia, se restituyó á Valencia, donde en cumplimiento del referido voto, á los 16 de junio de 1560, tomó el sagrado hábito de dicho patriarca en el convento de los padres mínimos, llamado vulgarmente de San Sebastian, situado fuera de los muros de la ciudad, teniendo treinta años de edad; y habiendo cumplido con admirable fervor el año de su noviciado, á los 17 de junio de 1561 hizo la solemne profesion en la iglesia de dicho convento, y aunque en aquellos tiempos no permitian los superiores de la provincia á los jóvenes religiosos subir á órdenes mayores hasta pasados á lo ménos dos años despues de su profesion, el fervor extraordinario y virtudes eminentes de Gaspar merecieron se hiciese á su favor una excepcion de aquella general costumbre; de manera que despues de diez y ocho meses de su profesion, fué ordenado de presbítero y celebró su primera misa con indecible consuelo de su alma. Penetrado profundamente de la santidad del estado de sacerdote en que se veia constituido, se propuso un nuevo método de vida exactamente conforme á las constituciones de su rígido instituto, y á los ápices de las mas severas leyes canónicas. Era puntualísimo á todos los actos de comunidad, y siempre el primero á entrar y el último á salir del coro. Rezados allí los maitines despues de la media noche en compañía de los religiosos, perseveraba por muchas horas en el mismo lugar delante de una imágen de Cristo crucificado, todo absorto en la contemplacion, y tomaba allí mismo tan rigurosas disciplinas que á la mañana siguiente veian los religiosos salpicadas de sangre las paredes y el suelo. Se retiraba despues á su celda á dar un brevísimo descanso á sus macerados miembros y volvia otra vez al coro á rezar prima y tercia con la comunidad, y persistia en él preparándose muy despacio para el santo sacrificio, que celebraba todos los dias con indecible recogimiento y fervor, precediendo siempre la confesion sacramental. Recogíase despues á dar gracias en el oratorio de la sacristía, hasta que llegaba la hora de volver al coro para asistir á sexta, nona y á la misa conventual, y permanecia allí hasta el toque de refectorio. Volvia á su tiempo á cantar las vísperas con la comunidad, y despues de haberlas cantado se detenia en el coro á lo ménos por espacio de una hora; jamás salia del convento sino para ganar el jubileo en alguna iglesia, ó para visitar algunos enfermos en el hospital ó en sus casas particulares, ó cuando la obediencia le destinaba por compañero de otro religioso. Todo el tiempo que le quedaba libre, lo empleaba en la leccion de algun libro espiritual, que siempre traia consigo. Estos ejercicios, el rezar el oficio de la Vírgen y de los difuntos, el repetir himnos y oraciones jaculatorias, ó el pasar el santo rosario eran todas sus recreaciones. Tal fué el sistema de vida que adoptó Gaspar desde su sacerdocio y que observó constantemente por mas de cuarenta años, no solo siendo súbdito, sino tambien siendo superior y prelado.

En este cargo, que forzado de la obediencia ejercitó muchos años, ya en calidad de corrector ó de colega, ya en la de vicario provincial y de provincial en propiedad, se portó siempre con tal celo, caridad, discrecion y dulzura, que con grandes ventajas de la órden logró mantener en su vigor y promover felizmente la disciplina regular. Su ejemplo era para todos el mas eficaz estímulo á la observancia. Aun cuando se hallaba cargado de años y de enfermedades, era siempre el primero á todos los actos de comunidad, y el mas puntual en el cumplimiento de todas las reglas y costumbres de la órden. Añadia al buen ejemplo las amonestaciones, reprensiones y tal vez el castigo de las faltas; pero templaba de tal modo la aspereza con la suavidad que los delincuentes léjos de darse por agraviados, le quedaban obligadísimos y se sentian

muy movidos á enmendarse. En cierta ocasion, cerciorado de la falta cometida por un novicio, le llamó á su presencia, y despues de haberle representado afectuosamente la gravedad de su culpa, se desnudó las espaldas y tomó una furiosa disciplina, diciendo entre tanto al culpado con sentimiento de profunda humildad: Yo, yo soy el digno de este severo castigo, por no haberos reprendido y corregido á su tiempo, como debia. Tal vez despues de haber experimentado ineficaces sus correcciones con algun delincuente, se postraba á sus piés y deshecho en amargo llanto con un crucifijo en la mano le rogaba por amor de aquel Señor mejorase su vida. Cierta mañana, habiendo vuelto demasiado tarde al convento un lector de filosofía, y entrado al refectorio á tiempo que la comunidad estaba ya para levantarse de la mesa, Gaspar que era superior, le dió una pública reprension; pero poco despues, acercándose al culpado mientras este acababa de comer, le dijo con singular agrado: Padre lector, perdone por amor de Dios; bien sabe aquel Señor que escudriña los corazones, que la correccion que poco ha le he hecho en público, no ha nacido sino del celo y amor que profeso á V. R., considere que ha tenido ocasion de adquirirse un gran mérito para con Dios, llevando con paciencia la pública reprension de un hombre idiota y pecador cual soy yo: dejando con esto al lector compungido, contento y edificado. Mientras era corrector, recorria por tres veces cada noche todo el convento y abria las celdas para ver si se guardaba el silencio y todo lo demás mandado por la regla en aquellas horas, sin querer excusar esta diligencia, ni aun la noche inmediata al dia en que tomaba posesion de dicho oficio, no obstante de que los nuevos superiores acostumbraban en estas ocasiones dispensar en la ley del silencio. En los capítulos vulgarmente dichos de culpas, exhortaba á los religiosos con tal fervor y eficacia á la fiel observancia del santo instituto, que las mas veces se veia obligado á interrumpir el discurso por la abundancia de las lágrimas. Cuando alguno de sus súbditos enfermaba, lo visitaba tres ó cuatro veces al dia, le servia y regalaba, y lo recomendaba apretadísimamente á los médicos y enfermeros, mandando no se perdonase á gasto alguno para la curacion de los enfermos, aunque fuese necesario vender los muebles de la casa. Cuando en calidad de provincial visitaba los conventos, jamás permitió se le hiciese otro tratamiento, que el que suele hacer la comunidad al ínfimo oblato de ella.

No dejó Dios de probar y acrisolar mas y mas la virtud de su amado siervo con el fuego de las tribulaciones. Padeció Gaspar el mal de gota y de retencion de orina, y á estos dos graves achaques se añadieron en lo sucesivo frecuentes calenturas y una enorme hernia intestinal, cuyas acres materias se abrieron puerta por tres ó cuatro partes al rededor formando otras tantas llagas, que irritadas de la continua destilacion de la orina no podian ménos de causarle los mas vehementes dolores. En medio de tantas y tan largas penas jamás dió la menor seña de perturbacion ni de queja; jamás interrumpió su asistencia al coro, al confesionario y á todos los actos de comunidad, tanto de dia como de noche: á veces no pudiendo casi tenerse en pié andaba como arrastrando, apoyada la una mano en un báculo y la otra en la pared. En lo mas acerbo de sus males todo su alivio y desahogo era pronunciar los dulces nombres de Jesus, María, José, ó de otros santos sus especiales abogados, añadiendo tal vez: sea todo por amor de Dios. Héroe igualmente de la honestidad que de la paciencia, nunca pudieron rendirle los vivísimos dolores con que le atormentaba la hernia, á que la expusiese á los ojos ni á las manos de ningun médico ó cirujano. Aun resplandeció mas su paciencia invicta entre las injurias y ultrajes que se hicieron á su persona, que entre sus grandes acerbos dolores. Siendo corrector del convento de Alaquás le pidió el provincial una bota de vino para el convento de San Sebastian de Valencia; respondióle atentamente el siervo de Dios, que no podia en esto complacerle por ser en notorio perjuicio de su comunidad, como así lo sentia la consulta de los religiosos del convento. Irritado de esta negativa el provincial, fué al convento de Alaquás, juntó capítulo, y en presencia de toda la comunidad le mandó postrarse á sus piés, y lleno de enojo le trató de insensato, desobediente, malicioso, soberbio, y llegó hasta al atentado de mandarle tomar allí mismo una disciplina. El santo viejo y corrector no solo escuchó la impetuosa invectiva con ánimo tranquilo, y sin proferir la menor palabra en su defensa, sino que besó las disciplinas, se desnudó las espaldas y descargó sobre ellas fierecísimos golpes. Acabado este acto, se acercó Gaspar á su inicuo juez, le dió las gracias por la correccion y castigo, y le suplicó le admitiese la renuncia del oficio de corrector, del cual se reconocia indigno, como en efecto se la aceptó el apasionado provincial. Queriendo despues los religiosos hacer contra este algun recurso, el beato los detuvo, rogándolos guardasen un perpetuo silencio sobre aquel caso, y tomando del agravio recibido la venganza que suelen tomar los santos, habiendo venido á Valencia el padre general, para castigar al provincial y deponerle de su oficio, el beato le rogó eficazmente disimulase aquel caso. Y siendo despues elegido el mismo beato, provincial de Valencia, colmó de atenciones y de beneficios al dicho su antecesor provincial. Otra vez siendo el beato provincial, y hallándose enfermo en cama en Alaquás, el corrector de aquel convento entrando descomedidamente en su celda, empezó á gritar contra cierta providencia muy razonable y fácil de ejecutar, dada por el santo superior, tachándola de injusta y extravagante. Acudieron á los gritos algunos religiosos, delante de los cuales el corrector mucho mas encendido de cólera trató al buen viejo de inconsiderado, malicioso, bárbaro y le cargó de otros mil improperios. Gaspar, bien léjos de alterarse, se arrodilló como pudo sobre la cama, y con las manos juntas por tres veces le repitió benignamente: Padre mio, por amor de Dios y de su santísima Madre que me perdone; añadiendo que le daba las gracias por haberle dicho con claridad quién era. Al fin cayendo en la cuenta el desatento corrector, y confundido de tanta humildad y paciencia de su provincial, corrió tras los demás religiosos á besarle la mano, y al empezar á pedirle perdon, le interrumpió luego el beato con estas humildes y afectuosas palabras: Padre mio, no hay para qué disculparse conmigo, ni yo tengo de qué perdonarle; me ha dicho la pura verdad.

Lo que hace á un religioso perfecto en su estado es el cumplimiento exacto de los votos de su religion, y en esta parte fué Gaspar verdaderamente admirable; y empezando por la pobreza, la practicó el beato con tal rigor, que jamás quiso administrar, ni aun tocar moneda alguna, cualquiera que fuese. En sus viajes y en los gastos que

por razon de sus oficios debia hacer, se servia de un oblato para entregar y recibir dinero; y esto con tal parsimonia, que una vez habiéndole las lluvias precisado á detenerse dos dias en un meson, mientras visitaba los conventos como provincial, le faltó el dinero para pagar la posada y hubo de dejar en prenda al mesonero un lienzo de María Santísima que traia para el convento de la Puebla del Duque. Cuando murió no se halló en su celda alhaja que valiese dos reales. Decia que no observan la pobreza evangélica aquellos á quienes nada falta de lo preciso en vestido y alimento, y que es un grande defecto en un religioso no querer carecer de ninguna cosa necesaria. Por lo que toca al voto de castidad, á mas de lo que se ha dicho de su extremo recato, consta por el testimonio de los que le trataron familiarmente, y de los sacerdotes que le confesaron, que no amancilló en toda su vida con culpa alguna grave el candor de su virginal pureza. Huyó siempre el visitar y tratar familiarmente con mujeres, aunque fuesen parientas suyas muy cercanas. Muchos testigos depusieron en los procesos hechos para su beatificacion, que solo al observar la modestia de su rostro ú oir su celestial conversacion, sentian arder su pecho en el amor de la castidad. En cuanto á la obediencia la ejercitó en tal grado, que una leve insinuacion ó un solo gesto del superior bastaba para hacerle abrazar las cosas mas repugnantes á su inclinacion. En todas sus empresas, y hasta en las acciones mas lijeras y menudas, se gobernaba por la voluntad de sus superiores. No solo obedecia puntualmente á estos, sino tambien á los inferiores, particularmente en todo aquello de que estaban respectivamente encargados; de manera, que luego que el novicio ó sacristan le avisaban para decir misa ó para confesar, ó que la campana lo llamaba á otro acto, no habia ocupacion por grave que fuese, que no la dejase para cumplir con la obediencia. Nombrado que fué provincial, no habiendo podido lograr con reiteradas súplicas del padre general que le admitiese la renuncia de dicho oficio, eligió á su confesor por su superior inmediato, rogándole encarecidamente le corrigiese y dirigiese como si fuera el último novicio, y nunca sin su licencia comulgó en su última prolija enfermedad. Por fin, fué tal su exactitud en el cumplimiento del cuarto voto de vida cuadragesimal, que despues de su muerte los religiosos, los médicos y criados del convento de San Sebastian, en que tomó el hábito, vivió lo mas del tiempo y finalmente murió, pudieron deponer con juramento, que en todo el tiempo que vivió en la religion, solo en los últimos dias de su vida, y obligado de la obediencia, consintió en gustar la carne; y lo que causa mayor asombro es, que declararon ellos mismos, que jamás le advirtieron la mas mínima inobservancia en la regla, ni por sus continuas enfermedades y dolores, ni por su grado de provincial, ni por la edad de septuagenario: cosa ciertamente fácil de decirse, pero difícil de practicarse, sino por quien esté poseido como Gaspar del espíritu de una sublime mortificacion y penitencia.

Todos los dias tomaba tan rigurosas disciplinas, que su inocente cuerpo quedaba bañado en sangre; traia continuamente un cilicio de cerdas anudadas, no dormia sino dos ó tres horas echado sobre el duro suelo ó sobre las desnudas tablas, sus ayunos eran casi perpetuos, y ordinariamente á pan y agua. En las muchas enfermedades que padeció no queria desnudarse la túnica de lana, ni comer carne como se ha dicho. Hallándose postrado en la cama en el dia del viernes santo, de resultas de su última enfermedad que habia seis meses padecia, y viendo que no podia asistir á la disciplina de la comunidad, se arrodilló como pudo sobre la cama delante una imágen de Jesucristo, y tomando las disciplinas, se dió con ellas tan desapiadados golpes, que oyéndolos desde el corredor el padre Cristóbal Ariño, entró en la celda del beato y vió que la sangre le corria por todas sus espaldas. Los religiosos que vivieron mas tiempo con él, atestiguan unánimes no haberle visto jamás salir del convento por sola recreacion, ni salir aun de la celda para pasearse por el huerto, claustros ó dormitorios, sino únicamente para ir al coro, á la iglesia ó el confesonario, ó para visitar algun enfermo. La caridad, que es el alma de todas las otras virtudes, ocupaba enteramente el corazon de Gaspar: no sabia pensar sino en Dios; le miraba presente con los ojos de la fé en todas las criaturas, y todas sus acciones dirigia á él, procurando en todas su mayor gloria; por lo que las ocupaciones exteriores, léjos de distraerle su interior recogimiento, le servian como de gradas para elevarse á Dios. De aquí provino el prolongar tanto su oracion en el coro, donde varios religiosos le vieron algunas veces elevado de la tierra por espacio de una buena hora inmóvil, y sin dar mas señas de vida que las ardientes lágrimas y suspiros que de cuando en cuando echaba. Entrando una vez el padre Pedro Perez, sub-sacristan, para tocar á maitines, al abrir la puerta vió el coro lleno de una luz y resplandor tan grande, que quedó inmóvil y como ciego, hasta que cesando la iluminacion advirtió que estaba allí arrodillado el beato Gaspar, quien levantándose, le mandó con precepto de obediencia, pues era entonces superior, que de ningun modo revelase á nadie lo que acababa de sucederle.

La misma caridad que le tenia tan unido con Dios, le hacia amar con indecible ternura á sus prójimos. Se derretia en lágrimas al ver las necesidades de los pobres. En todos los conventos que fué corrector, su primer cuidado fué ordenar al dispensero diese limosna á todos los pobres que llegasen á pedirla á la portería. Todos los dias despues de prima y de tercia, bajaba á la cocina para ver como se preparaba la olla para los pobres, y decia al dispensero: Carísimo hermano, mientras haya pan en el convento no dejeis de dar limosna, porque si sois remiso en esta parte me dareis la mayor pesadumbre, y seria una gran desgracia para el convento, que llegase un pobre y se fuése desconsolado sin haber recibido ningun socorro. En los dias mas solemnes mandaba hacer mayor limosna á los mendigos, diciendo que siendo los religiosos mejor tratados en aquella solemnidad, era razon lo fuesen tambien los pobrecitos. Cierto dia siendo corrector de Alaquás en un año de gran miseria, se juntó á las puertas del convento tal multitud de gentes acosadas del hambre, que enternecido el santo superior, mandó se les distribuyese todo el pan que habia en la casa. Llegada la hora de ir al refectorio, el dispensero todo turbado le representó que no habia quedado pan sino para tres ó cuatro personas, siendo veinte los conventuales, sin contar la gente de servicio. Sin embargo, el beato le mandó hiciese la acostumbrada señal con la campanilla, y llegada la comunidad al refectorio, lleno de confianza en la divina providencia, bendijo cuatro panecillos, y repartiéndolos á pe-

dazos los multiplicó Dios de manera, que no solo quedaron satisfechos los religiosos y los familiares del convento, sino que sobró aun bastante cantidad de pan para que brillase mas la fé y la caridad de su siervo. Por mas que honrase el Señor á Gaspar con semejantes maravillas, y con los dones sobrenaturales de profecía y de curar las enfermedades, los cuales le hacian venerar de los hombres como á un santo; fué sin embargo tan profunda su humildad, que puede decirse fué esta su característica virtud. Reputábase por un gran pecador indigno del hábito que vestia: nada veia en sí de bueno. Sus lijeros defectos, que él graduaba de gravísimas culpas, le tenian á todas horas tan afligido, lloroso y sobresaltado, que no le dejaban tomar el sueño. A la hora de la muerte rogó al corrector y á los otros padres, que no le enterrasen en la sepultura de los religiosos donde estaban sepultados tantos santos, sino en el lugar mas vil y despreciable del convento; y si era posible que le arrojasen á un muladar á modo de una bestia; pues en verdad él no habia sido propiamente otra cosa, y en el curso de su vida habia ofendido á Dios desenfrenadamente. Hacia gala de publicar la bajeza y oscuridad de su familia y sus naturales defectos. Cuando algunos personajes de alta esfera iban á consultarle en sus graves negocios, luego se desembarazaba diciéndoles: Consultad con hombres doctos, y dejadme estar á mí miserable, ignorante y tartamudo, que no hago poco de entenderme con mi breviario. Siendo provincial no quiso admitir el religioso que se le habia destinado para su servicio; sino que á pesar de su grado, de sus achaques y de su edad de mas de setenta años, él mismo barria su celda y bajaba con el cántaro á buscar la agua que necesitaba. A los que le importunaban para que les permitiese servirle en alguna cosa, diciéndole que así convenia á la autoridad de su oficio de provincial, respondia, que no necesitaba de ningun servicio, y agradeciéndoles la atencion añadia: ¿Qué provincial? ¿qué provincial? ¿por qué nó mas bien polvo y nada? ¡vanidad, vanidad! váyase, hermano, y otra vez no tome la incomodidad de entrar en mi celda por semejante motivo, porque ciertamente me causará disgusto y pesadumbre. Se acercaba ya el tiempo en que Dios queria premiar á su fiel siervo sus heroicas virtudes con la posesion de su gloria, y para purificar mas su alma y darle ocasion de atesorar mayores merecimientos, le envió una enfermedad que le tuvo postrado nueve meses en la cama. Sufrió el siervo de Dios con invencible paciencia esta larga enfermedad. Previó y vaticinó con toda claridad el dia y hora de su muerte, y despues de haber recibido con singular devocion y derramando copiosas lágrimas, los santos sacramentos, al acercarse el momento de su feliz tránsito, se hizo leer la pasion de Jesucristo, segun la escribió el glorioso san Juan, y al tiempo que el religioso que la leia, pronunciaba aquellas palabras: «Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu;» las repitió Gaspar con voz tierna é inteligible, y abiertos y fijos los ojos en un santo crucifijo, plácidamente rindió su inocente alma en manos de su Criador á 14 de julio de 1604, en edad de setenta y tres años.

Ha manifestado Dios al mundo la eminente santidad de su siervo, obrando muchos milagros por su intercesion, de los cuales solo referiremos los tres que fueron aprobados por la santidad de Pio VI, para su beatificacion, celebrada á 10 de setiembre de 1786.

Antonio Guilla, cirujano habilísimo de la ciudad de Valencia, á principios de abril de 1624 fué acometido de una calentura que le obligó á estar en cama toda la semana santa; pareciéndole el viernes santo que se habia desvanecido, quiso levantarse la mañana del sábado, pero apenas empezó á vestirse, cuando le sorprendió un dolor espasmódico y maligno humor, que acometiéndole al principio por el lado del pié izquierdo, en breve llegó hasta debajo de la rodilla. El enfermo, los médicos y cirujanos que le visitaron, creyeron que aquel mal era una gangrena, que en breve si no se atajaba le quitaria la vida, por lo que resolvieron cortarle la pierna, dudando mucho que esta dolorosa operacion le produjese ningun beneficio. En este lastimoso estado recibió Antonio los sacramentos de la Iglesia, y estando con un crucifijo en las manos esperando que llegase la muerte, mandó le trajesen un retrato del beato que tenia en otra pieza: luego que le tuvo presente, se encomendó á él con tal fervor y feliz efecto, que al momento observó que se desvanecia toda la afluencia del humor maligno, y que la pierna se volvia á su color y estado natural; de suerte, que pasados los tres dias de pascua salió de casa á dar gracias á su libertador, y continuar el ejercicio de su facultad sin sentir la menor incomodidad.

El segundo sucedió con Fr. Gabriel Morallon, lego profeso en el convento de mínimos de Valencia, de edad de treinta y dos años; enfermó este religioso en el año 1602 de una aguda calentura, acompañada de un furioso delirio; desvanecióse despues la calentura, pero quedóle el delirio, y pasó á estar tan poseido de la furia, que no conocia á ninguno de los hermanos del convento; despedazaba los hábitos y cuanto podia alcanzar con las manos: todas las diligencias que se hicieron para su remedio por mucho tiempo, ya en el convento, ya en el hospital general de Valencia, fueron inútiles; por lo que fué preciso tenerle atado en una estancia del mismo convento. Agitado un dia de un extraordinario furor rompió las ataduras, salió de la estancia, y alborotado fué corriendo hácia la huerta. Fuéle al alcance Fr. Mateo Villacañas, que no queria creer en los milagros que Dios obraba por intercesion de Gaspar poco ántes difunto, y andaba todos los dias con disputas sobre esto con los demás religiosos: el cual habiéndole alcanzado á fuerza de golpes le condujo al sepulcro del beato, y haciéndole poner la cabeza en una ventanilla del mismo, le dijo: Mentecato, haz oracion, y dile al padre Bono que te cure, sino yo no quiero creer que sea santo; y luego añadió: Padre Bono, si quereis que crea que sois santo sanad este loco, y pues dicen que haceis milagros, razon será que los hagais tambien dentro de vuestra propia casa. Dicho esto se fué dejando arrodillado allí al loco, quien despues de haber permanecido allí cuatro ó cinco minutos como en acto de orar, se levantó sin furor, manso y sano; conoció y nombró uno por uno á los religiosos, besó la mano á los sacerdotes, visitó devotamente los altares, y al dia siguiente por dictámen del médico, hechas las convenientes experiencias, se confesó, ayudó misa, comulgó en ella y volvió á los ejercicios de su estado, conservándose cuerdo en todo el resto de su vida, y con mayor juicio que ántes de perderle.

El tercero acaeció en la ciudad de Nápoles á 16 de agosto de 1723. Doña Francisca Antonia Poppola, baronesa de Masa, de edad de setenta años, padecia esta dama unas

calenturas malignas: todo su cuerpo estaba lleno de parótidas, con un tumor durísimo, que se le habia formado en el cuello y partes inferiores del útero, y la habia roto notablemente el intestino recto, donde la quedó una llaga mortal. Estos males la habian reducido al extremo de la vida; de suerte que desahuciada de los médicos, recibidos los sacramentos, tenia ya aplicada la indulgencia plenaria para la última hora. En este estado, por consejo de un religioso mínimo se encomendó con mucho fervor al beato Bono, suplicándole la alcanzase Dios la salud, si habia de ser para mayor gloria suya. Terminada la súplica la sobrevino un apacible y tranquilo sueño, y á la mañana del dia siguiente se halló enteramente sana y sin la menor señal de los males que habia padecido.

* Los santos profetas Oseas y Ageo. — Fué Oseas otro de los doce profetas menores, y el mas antiguo de los que profetizaron en tiempo de Jeroboan, segundo rey de Israel, y en tiempo de Ozías, Joatan, Acaz y Ezequías, reyes de Judá, por los años 860 ántes de Jesucristo. Fué hijo de Beeri, escogiéndolo Dios para que intimara sus juicios á Israel y á sus diez tribus, lo que cumplió el profeta ya con palabras, ya con proféticas acciones. Como la casa de Israel habia abandonado á su Dios, entregándose al culto de los ídolos; Dios, al objeto de representar la infidelidad de aquel ingrato pueblo, mandó al profeta tomase por esposa á una prostituta. Casó Oseas con Gomera, hija de Debelain, de la cual tuvo tres hijos, dándoles nombres de lo que debia acontecer al reino de Israel. Algunos intérpretes han creido que esto no fué un hecho positivo, sino una mera vision; mas san Agustin lo esplica como un matrimonio real, con una mujer que al principio habia vivido entregada á la disolucion, pero que despues se apartó de su mala vida. La profecía de Oseas se halla dividida en cuatro capítulos: representa á la sinagoga repudiada, predica su ruina y la vocacion de los gentiles, y habla con mucha energía contra los desórdenes que mas reinaban entonces entre las diez tribus. Declama contra los desórdenes de Judá, anuncia la venida de Senaquerib y la cautividad del pueblo, y traza con bellos rasgos los caractéres de la verdadera y falsa conversion. Su estilo es patético y lleno de cortas pero vivas sentencias.—Ageo es tambien otro de los doce profetas menores. Animó á los judíos para que reedificasen el templo, profetizándoles que el segundo seria mas ilustre que el primero, lo que daba á entender la llegada y venida de Jesucristo á este nuevo templo. Profetizó Ageo 516 años ántes de la era cristiana. De ambos profetas el Martirologio romano hace hoy conmemoracion, venerándolos la Iglesia en el número de los santos.

San Jucundiano, mártir.—Nada sabemos de este santo mas que el nombre, y que por negarse á las exigencias de los idólatras fué arrojado al mar en África, en los primeros siglos del cristianismo.

Los santos Inocencio y Sebastian, con otros treinta mártires. — Murieron estos santos martirizados en Sirmio durante la persecucion del emperador Decio.

San Nanfanion, y sus compañeros mártires. — Vivia este santo en Madaura, ciudad de África, sirviendo á Dios en la religion cristiana y dedicándose á obras de piedad. Fué célebre en una de las primeras persecuciones contra la Iglesia, por su celo en visitar, consolar y fortalecer con sus exhortaciones á los santos confesores de Jesucristo. Acusado de cristianismo se presentó delante del juez, y sin turbarse le reprendió por sus crueldades. Fué pues condenado junto con otros á ser degollado. Mientras los conducian al suplicio, Nanfanion procuró animar á sus compañeros á pelear con valor y á ser constantes hasta alcanzar la corona de la vida eterna. San Nanfanion obró durante su martirio muchos portentos, y causó tanta admiracion su valor y su intrepidez, que en las iglesias de África se le llamaba el protomártir africano. San Agustin habla de él con particular elogio en su carta 44 *ad Maximum Madaurensem*.

San Teodoro, obispo y mártir. — Floreció en Cirene de Libia, en el reinado de Diocleciano, siendo obispo de la misma ciudad y muy versado en las ciencias sagradas. Escribió varios tratados contra la idolatría y en favor de la verdadera religion, por cuya lectura se convirtieron muchos gentiles á la fé. Tenia este santo un hijo llamado Leon, que le acusó al prefecto Digniano de sedicioso y blasfemo contra los dioses del imperio. Llamado á la presencia del tribunal, Teodoro confesó la verdad de cuanto se le imputaba, asegurando que lo mismo despues que ántes no dejaria de poner todo su celo en buscar prosélitos para Jesucristo. Indignado el juez con estas palabras, mandó que lo azotasen con cordeles emplomados, que le arrancasen la lengua, y que despues lo encerrasen otra vez en la cárcel, donde se le dejase morir de hambre. Efectivamente sufrió Teodoro todos estos martirios; pero al poco tiempo de haber entrado en la cárcel, le visitó el Señor, y se llevó su alma á gozar de la bienaventuranza infinita, el dia 4 de junio del año 310.

San Flaviano, obispo y confesor. — Era sacerdote y aprocrisario de la Iglesia de Antioquía, cuando fué nombrado para ocupar la silla episcopal de la misma por el emperador Anastasio el año 498. Al principio de su obispado usó de disimulo en lo tocante al concilio de Calcedonia, mas por complacencia al emperador, que porque fuesen aquellos sus sentimientos. Sus intenciones eran rectas y puro su corazon; por esto, el año 511, asistiendo al concilio de Sidon, impidió con sus esfuerzos y su elocuencia que las decisiones del de Calcedonia fuesen proscritas, por cuya causa desde entonces se declararon los herejes sus acérrimos enemigos. El año 512, Tenais obispo de Hierápolis y otros prelados opuestos como él al concilio de Calcedonia, depusieron en un conciliábulo á Flaviano de su silla: en seguida el mismo emperador Anastasio lo desterró á Patra, donde floreció por espacio de cinco años en grandes virtudes, y murió con la muerte de los justos en el mes de julio del año 518.

San Elías, obispo y confesor. — Árabe de nacion y discípulo del abad san Eutimio, fué elegido obispo de Jerusalen el dia 25 de julio del año 494. Era admirable en ciencia y piedad, y muy zeloso de las doctrinas de la Iglesia católica. En 511 asistió al concilio de Sidon, y se asoció á san Flaviano de Antioquía para impedir que las decisiones de Calcedonia fuesen proscritas. En 513 excomulgó á Severo, usurpador de la silla de Antioquía, razon porque el emperador Anastasio lo echó de su Iglesia, y lo desterró á Arabia, donde acabó gloriosa y santamente sus dias, el 20 de julio del año 518. La Iglesia romana celebra hoy su fiesta juntamente con la de san Flaviano.

DIA 5.

SANTA ZOE, MÁRTIR.—En el tiempo de los cruelísimos tiranos, y enemigos grandes del nombre de Cristo, Diocleciano y Maximiano, emperadores, vivia en Roma el invictísimo mártir san Sebastian, con la honra y título de príncipe de la caballería romana, que es como ahora condestable: honor bien merecido por su nobleza, y prendas naturales y adquiridas. Visitaba este glorioso mártir las cárceles, donde estaban presos los cristianos, y á todos los exhortaba y animaba á padecer. Sucedió un dia que acababa una plática, bajó sobre él una luz hermosa del cielo, la cual todos vieron, y que á su lado estaba un ángel, en forma de un hermoso mancebo, que daba testimonio de la verdad que Sebastian predicaba. Era esto en casa de Nicostrato, que era primicerio, ó príncipe de las causas y escrituras reales, dignidad tercera en Roma: porque pimero era el general, luego el tribuno, y despues el primicerio. Estaba ya Roma tan abundante de cristianos presos por la fé de Cristo, que hasta la casa de este príncipe era tambien cárcel. Zoe, su mujer, hacia seis años que estaba muda, sin poder explicar los conceptos de su entendimiento, y movimientos de su corazon; si bien oia y entendia muy bien cuanto le hablaban. Discurriendo, pues, esta señora, en lo que oia predicar al caballero de Cristo Sebastian, ya que no pubo hablar, dió á entender por señas, que queria pasar adonde él estaba, y en llegando le tocó los piés, y por señas le pidió la salud. San Sebastian hizo por ella oracion, y al instante habló, invocando el santo nombre de Cristo, y dijo que habia visto un ángel, que estaba al lado de san Sebastian, y tenia un libro abierto, y en él escrito cuanto el santo predicaba. Lo cual visto y oido por su esposo Nicostrato, quitó las prisiones á los cristianos todos, y él se volvió cristiano, y siendo bautizado con su mujer, y otros muchos por san Policarpo, despues de varios sucesos y tormentos recibió la palma del martirio, al dia siguiente á 6 de julio.

La primera, con quien encontró la persecucion de los tiranos, fué con la gloriosísima Zoe; la cual, estando orando sobre el sepulcro del príncipe de los apóstoles san Pedro, fué presa por los ministros de la justicia, y primeramente fué llevada al magistrado de la vecindad: él la mandó que sacrificase á la estatua de Marte, que estaba allí. Santa Zoe con grande empacho y vergüenza le dijo: Mas le agradaria Vénus á este tu dios, que no yo; y en diciendo esto calló, y puso con grande honestidad los ojos en tierra. Enojado por esto grandemente el juez, la mandó poner en una cárcel fuerte y oscura, donde no le diesen de comer ni beber, ni viese luz alguna. Habiendo pasado seis dias en esta afliccion, al séptimo dia la envió al presidente Flaviano: el cual como despues de muchas preguntas, viese que no la podia persuadir á la falsa adoracion de los ídolos, mandó que la colgasen cabeza abajo de un árbol, y que por abajo le diesen mucho humo y así acabase la vida: y así entregó su bendita alma en manos de aquel Señor que la crió para su santa gloria. Despues los crueles verdugos tomaron su santo cuerpo, y atándole una gran piedra al cuello, lo arrojaron al rio Tíber, pensando, que así no seria venerado de los cristianos, y se engañaron; pues ántes fué causa de mayor culto y veneracion. Fué su martirio á 5 de julio (dia en que la Iglesia celebra su fiesta) por los años del Señor de 284. Escribieron su vida Beda, Usuardo, Adon, Surio en el tomo 1, Sanctoro y Metafraste, Pedro de *Natalibus* en su catálogo, lib. VI, cap. 55; el Martirologio romano en sus Anotaciones, y en el tom. II de sus Anales, año 284, núm. 13, y año 286, núm. 12, y otros.

Siempre de dar entrada en casa á los malos se siguen mil desdichas y perdiciones; como al contrario, de darla á los buenos se siguen mil felicidades: dígalo la gloriosa Zoe, y su esposo Nicostrato, pues por dar entrada en su casa al glorioso Sebastian, piedad de que usaban con ser gentiles, sabiendo venia á predicar, consolar y animar á los santos presos, que en ella habia, se le siguió cobrar el habla, seis años habia perdida, á la benditísima santa, y lo que mas es, bautizarse con toda su familia, y merecer la corona del martirio. Ejemplo es este, para que cada uno mire qué personas entran en su casa, y á qué fin; pues nó á todas se puede fiar la entrada, cuando solo es saludable fiarla á los buenos. Dios quiera que todos lo seamos. Amen.

EL BEATO MIGUEL DE LOS SANTOS.—De Enrique Argemir y de Monserrata Margarita Mitjana, su consorte, nació el beato Miguel de los Santos, en el dia 29 de setiembre del año 1591 en la ciudad de Vique, del principado de Cataluña. Vivian estos buenos consortes en la villa de Centellas, dos leguas distante de la dicha ciudad de Vique, donde Enrique ejercia el arte de escribano; pero un año ántes que naciese nuestro Miguel, trasfirieron su domicilio á la ciudad de Vique, en la cual continuó Enrique la misma profesion. Procuraban estos virtuosos consortes inspirar á sus hijos la piedad y la devocion; pero poco tuvieron que desvelarse en nuestro Miguel, porque el Señor le previno desde su infancia con tal copia de celestiales ilustraciones, que ya en la edad de cinco años comenzó á tener sentimientos de piedad, muy superiores á aquella edad, porque se compadecia de los dolores y tormentos que Jesucristo habia padecido en su santísima pasion; deseaba que nadie le ofendiese, y él se sentia interiormente movido á imitarlo y á llevar una vida austera y penitente. En efecto, no habia aun cumplido los seis años, cuando resolvió irse á la soledad para hacer allí una vida áspera y penitente como la habian hecho los santos; buscó otros dos niños sus coetáneos, para que le acompañasen en esta resolucion, y con ellos sin decir nada á sus padres se encaminó hácia Monseny, que es una montaña muy elevada, dos leguas distante de Vique, para hacer allí la proyectada penitencia. Por el camino desmayó el uno de los compañeros y se volvió á su casa; prosiguió no obstante Miguel su camino con el otro, y llegados á la montaña se entraron en una gruta; pero hallándola llena de sabandijas, salieron en busca de otra que fuese mas acomodada, y hallando dos á propósito, entró cada uno en la suya: mas como el niño que se habia vuelto refiriese en su barrio lo que habia ocurrido, el padre de Miguel con el del otro niño, fuéron á buscarlos á dicha montaña, y con el auxilio de personas prácticas de ella encontraron las cuevas donde se habian retirado; y entrando Enrique en la de su hijo, le halló llorando, é hincado de rodillas preguntóle por qué lloraba, y Miguel le respondió. Lloro por la pasion de nuestro Señor Jesucristo. Preguntóle tambien ¿cómo pensaba sustentarse en aquella cueva, ó si pensaba vivir sin comer? y Miguel le respondió, que como Dios sustentaba á otros santos,

tambien le sustentaria á él. El suceso del otro niño fué muy semejante al de Miguel: llevároнse los dos padres á sus hijos á sus respectivas casas, muy edificados y enternecidos, de su piedad y animosa resolucion.

Reducido Miguel á la casa de su padre procuró conservar en ella el mismo espíritu de piedad y de penitencia que le habia conducido á Monseny: huia del comercio y trato de los otros niños, y se retiraba á los rincones de su casa á llorar la pasion de nuestro Salvador. Así que llegó á la edad de siete años emprendió el ayunar no solo la cuaresma y vigilias, sino tambien todos los miércoles, viernes y sábados de la semana: cuando le preguntaban; ¿por qué ayunaba tanto? respondia: Ayuno por amor de nuestro Señor, y para alcanzar el perdon de mis culpas. Su padre, temeroso de que estos ayunos le debilitasen la complexion le obligaba á tomar su almuerzo con sus hermanos; nuestro Miguel lo recibia para no disgustarle; pero saliendo disimuladamente á la calle lo repartia con los pobres. Descalzábase muchas veces los zapatos y medias para enfriarse los piés, poniéndolos en varias ocasiones sobre el hielo y la nieve, que son frecuentes en aquel pais: se retiraba de noche á un cuarto separado, y desnudándose las espaldas, se azotaba con unos cordeles que él mismo industriosamente habia añudado por muchas partes, y en este tiempo usaba de una cruz de madera con clavos en los extremos, y la llevaba en el pecho arrimada á la carne con los clavos hácia dentro. Una criada de la casa llamada Eufrosina, que queria mucho á nuestro Miguel, lo llevó en una ocasion con sus hermanos á una viña, para que se divirtiesen y comiesen uvas; pero Miguel, en llegando á la viña se retiró al descuido de los demás, y habiéndose desnudado de sus vestidos, se arrojó sobre unas zarzas ó cambroneras, revolcándose en ellas para que le atormentasen sus espinas. Echándole ménos la criada y sus hermanos, fuéron á buscarle, y le hallaron del modo dicho. Preguntóle Eufrosina, ¿por qué hacia aquello? y el inocente niño respondió: que por amor de Dios nuestro Señor, y por imitar al padre san Francisco: mas Dios que se agradó mucho en esta accion heroica de Miguel, no quiso quedase lastimado de las espinas, embotando milagrosamente sus puntas para que no le ofendiesen.

Por este tiempo estudiaba ya Miguel la gramática, acudiendo á la escuela pública, y al salir de ella iba derechamente á su casa, ó á la iglesia catedral, ó á la de nuestra Señora de la Merced, donde sus condiscípulos, que por curiosidad observaban sus pasos, lo hallaron varias veces, pero siempre arrodillado en oracion y con mucho recogimiento. En su casa, fuera de los ratos en que estudiaba, se ocupaba en leer libros devotos, singularmente uno que trataba de las excelencias de nuestra Señora, á quien nuestro beato amaba con mucha ternura, rezándola cada dia el rosario y otras devociones delante de un altar, que habia formado de muchas estampas, en un cuarto retirado de la casa. Evitaba cuidadosamente el trato de los otros muchachos de la escuela, y en las ocasiones en que no podia evitarle les hablaba siempre de Dios, exhortándoles á hacer penitencia de sus culpas. No tenia nuestro Miguel aficion sino á las cosas celestiales, y todos sus deseos eran de consagrarse enteramente al divino servicio, entrando en alguna religion; á este efecto pidió el hábito religioso en todos los conventos de Vique, y como por su poca edad en ninguno quisiesen concedérsele, revivió en él el deseo de hacer vida eremítica en la montaña de Monseny. Pero ántes de resolverse quiso hacer un ensayo sobre si podria sustentarse con solas yerbas del campo; á cuyo fin pasó unos dias no comiendo otra cosa que unas yerbas silvestres de un huerto que tenia su padre; y experimentando que le iba bien con aquel alimento, buscó compañeros, como la vez primera, de sus buenos propósitos, y habiendo hallado á Antonio Marfá, y á otro llamado Segismundo Viñes, que se le ofrecieron á seguirle, les persuadió que ántes de partirse fuésen á tomar la bendicion de Dios y de su benditísima Madre en alguna iglesia, haciendo voto de perpetua castidad; como en efecto fuéron todos tres á la iglesia de Santa Clara de monjas dominicas, é hincados de rodillas hicieron el referido voto. Hecho esto se partieron á Monseny, pero llegando á la mitad del camino encontraron tres varones venerables, que les preguntaron cariñosamente ¿dónde iban? y respondiendo ellos que á la ermita de San Segismundo, que está en la misma montaña, á cierta devocion; les dijeron que se volviesen á sus casas, que sus padres estarian con grande pena no sabiendo de ellos, y que eran muy niños para vivir en el desierto, donde los lobos los comerian; con lo que se volvieron á la ciudad, y deseoso Miguel de imitar la vida penitente de los ermitaños y de seguir el consejo que le dió uno de aquellos tres referidos ancianos, que se discurre fuesen ángeles, previno una piedra y unos manojos de sarmientos, con los cuales dispuso un lecho penitente bajo la cama en que dormia, con un hermano suyo llamado Jacinto, y así que le reparaba dormido, dejaba Miguel su cama y se echaba sobre aquellos sarmientos, y á la mañana ántes de dispertarse el hermano, se volvia á la cama traspasado de frio, como se deja discurrir. Sus hermanos, y aun su mismo padre, viéndole tan entregado á los ejercicios devotos, y habiendo oido que habia hecho voto de castidad, le decian muchas veces por chanza, que le habian de casar luego que fuese mayor; y el beato se desconsolaba y entristecia, oyendo estas cosas; y yendo delante del altar de la santísima Vírgen renovaba con mayor fervor el voto de castidad que habia hecho.

A 2 de noviembre de 1602 falleció Enrique Argemir, padre de nuestro Miguel, el cual por este accidente, y por haber muerto algunos años ántes su madre, quedó en poder de tutores, quienes le pusieron en una tienda de mercaderes para que aprendiera su oficio y se entibiara en el deseo de ser religioso. En esta tienda tuvo mucho que sufrir nuestro beato; porque la atencion continua que tenia á la oracion y al trato interior con Dios nuestro Señor, no le permitia atender mucho á las cosas de la tienda; estaba en ella como abstraido y absorto, y en consecuencia cometia algunos descuidos; y llevado de la inclinacion grande que tenia á la oracion, siempre que hallaba oportunidad se retiraba á una cueva subterránea de la casa, donde arrodillado decia sus oraciones ó bien meditaba con quietud. Este modo de conducirse le ocasionó muchos castigos; porque uno de los mercaderes que era tio suyo, disgustado de verle tan poco atento á los asuntos de la tienda, le daba frecuentemente palos con la vara de medir, y una vez le hizo con ella una herida en la frente: cuando reparaban que no estaba en la tienda, lo iban á buscar á dicha cueva, y le daban de bofetones, y le trataban con la mayor indignidad; y el bendito niño, viéndose así maltratado, se ponia de rodillas y les pedia perdon de los dis-

gustos que les hubiese dado. Compadecida una buena mujer que habia sido muy familiar en la casa de Argemir, de la dureza y crueldad con que se trataba al niño, le llevó consigo á una heredad ó quinta, media legua distante de la ciudad: en esta quinta vivió cosa de cinco meses en compañía de aquella buena mujer, y llevó una vida sumamente recogida, devota y penitente; dormia sobre una haz de sarmientos, teniendo una piedra por almohada: tomaba rigurosas disciplinas, y ayunaba con mucha frecuencia, dando siempre á los pobres su almuerzo. Habiéndole llevado un dia la buena mujer á la iglesia del convento de los padres menores observantes, llamado santo Tomás, que está allí cerca, aprovechó Miguel esta ocasion para hacer humildes y apretadas instancias al padre guardian de aquel convento, para que le diese el hábito de su religion; y no habiendo sido oido por causa de su poca edad, se afligió y entristeció el buen niño, quejándose amorosamente al seráfico patriarca, de que no quisiese admitirle por hijo suyo.

Convencido nuestro Miguel con tantas repulsas, de que en su patria no lograria ser admitido en ninguna religion, resolvió pasar á Barcelona, confiado en que habiendo tantos conventos en aquella populosa capital de Cataluña, le seria fácil hallar entrada en alguno de ellos. Con esta resolucion, sin decir nada ni á sus tutores, ni á sus hermanos, se partió á pié á aquella ciudad, donde llegó al otro dia de su partida. Luego que se supo en Vique la fuga y el paradero de Miguel, bajó á Barcelona uno de sus tutores para buscarle y darle algun destino en la misma capital, como lo hizo poniéndole en casa de un deudo suyo llamado Marés, cordonero, para que aprendiese en ella este oficio. En el tiempo que Miguel vivió en esta casa, no suspiró sino para ser religioso, acudia á oir y ayudar misas al convento de padres trinitarios calzados, con esta ocasion pidió á aquellos padres con tantas instancias que le admitiesen en su religion, que admirados de ver tanto fervor en un niño de doce años, le consolaron dándole el santo hábito que recibió nuestro beato con indecible alegria y consuelo de espíritu. Como era tan niño, le destinaron los superiores al servicio de la sacristía, y para que ayudase al sacristan en lo que ordenase: en esta ocupacion dió nuestro Miguel muchas pruebas de la eminente santidad á que el cielo le habia elegido; obedecia con alegría y prontitud todo lo que le ordenaban; ayudaba las misas con un recogimiento y devocion que edificaba, iba por la iglesia con muchísima modestia y siempre con los ojos bajos; cuando alguna mujer le encargaba que la llamase á su confesor, iba sin detenerse á avisarle; pero si el confesor le preguntaba, ¿quién le habia dado el recado, ó cómo iba vestida? respondia sencillamente que no lo sabia, porque jamás miraba ni el rostro ni el vestido de ninguna mujer. Su oracion era continua, y sus penitencias mucho mayores de lo que sus fuerzas naturalmente podian llevar; pero los superiores se las permitian, conociendo que esta era la voluntad de Dios, que conducia á su siervo á lo mas elevado de la perfeccion religiosa por un camino muy extraordinario. Despues de haber vivido como dos años y medio en el convento de Barcelona, le enviaron los superiores al de san Lamberto de Zaragoza, donde concluyó el noviciado, é hizo la profesion á 30 de setiembre de 1607, cuando acabó de cumplir los diez y seis años de su edad. Tres meses despues que nuestro Miguel se hubo consagrado á Dios con los votos solemnes de la religion, se hospedó en el mismo convento un religioso de la nueva reforma de trinitarios descalzos, que desde Pamplona habia pasado á Zaragoza para recibir las sagradas órdenes. Trabó nuestro Miguel mucha amistad con este religioso forastero, y en los dias que se detuvo en aquel convento, no sabia apartarse de su lado: se informó exactamente del modo de vivir de los padres descalzos, y deseó luego con tal ardor pasar á ellos, que pedia á dicho religioso lo llevase consigo; pero aunque el religioso no condescendió á las súplicas de Fr. Miguel, fueron tales las diligencias que este hizo para pasar á la descalcez, que á 28 de enero de 1608 recibió en el convento de Pamplona el hábito de esta reforma. De aquí le enviaron los superiores á Madrid, donde concluyó el año de su nuevo noviciado, é hizo su nueva profesion con extraordinario fervor de espíritu y singular gozo de todos los religiosos. De Madrid le envió la obediencia al convento de la Solana, y despues de haber vivido seis meses en este convento, pasó al de Sevilla, donde estuvo cerca de tres años ántes de dar principio á sus estudios. Despues pasó al colegio de Baeza, donde oyó artes por tiempo de tres años hasta el de 1614. Entonces pasó á Salamanca á estudiar la sagrada teología, y á principios del año 1616 volvió á Baeza, en cuyo colegio permaneció algunos años, y obtuvo en él el oficio de vicario, y allí mismo ejercitó bastante tiempo los cargos de confesor y predicador. Habiendo despues el P. Fr. Alonso de San Juan Bautista renunciado el oficio de ministro del convento de Valladolid, el definitorio general de la órden á 21 de mayo de 1622 eligió para este oficio á nuestro beato Miguel, el cual en el capítulo general que en el año siguiente celebró la órden en la ciudad de Toledo, fué reelegido para el mismo oficio, que obtuvo hasta su santa muerte.

Las heroicas virtudes que practicó el sirvo de Dios desde que vistió el hábito de la descalcez hasta su santa muerte, fueron el asombro de los religiosos de los conventos donde vivió: su penitencia y la fortificacion de su cuerpo fué tal, que bastara á quitarle en poco tiempo la vida, si Dios que le inspiraba aquellos extraordinarios rigores, no se la hubiese milagrosamente conservado.

En los cuatro primeros años no comió otra cosa que pan acompañándolo alguna vez con uvas, pasas ó alguna tajada de melon; y aunque no comia sino de dos á dos dias, y algunas veces solo los jueves y domingos, cuando tomaba su desayuno comia el pan en muy poca cantidad. Para disimular este ayuno, dispuso el prelado que leyese ó sirviese mientras los otros comian; y estas milagrosas abstinencias no las interrumpia el siervo de Dios, ni en las pascuas y otras grandes solemnidades, ni en los muchos viajes que hizo. En uno que hizo desde Madrid á la Solana, no comió bocado en cinco dias; y en otro que hizo desde Madrid á Baeza, no comió en toda una semana.

Ni fué ménos maravillosa su abstinencia en la bebida: pues se pasaban los doce, los quince, y á veces los veinte dias sin probarla; y alguna vez pasó dos ó tres meses sin beber, aunque se hallaba en los ardores del verano. Salíale la sed á la lengua y á los labios, poniéndosele secos como en los que padecen una ardentísima fiebre, y el siervo de Dios no solo sufria esta terrible mortificacion, sino que para aumentarla se bajaba á un sótano donde habia muchas tinajas de agua fresca, para que á vista del re-

frigerio fuese mayor su sacrificio. Al cabo de cuatro años le mandaron los prelados que templase estos rigores y se conformase con los demás en la comida y bebida: y el beato por obedecer se conformó en adelante con la comunidad, dejando no obstante con licencia de sus prelados la mayor parte de la comida para los pobres: sus vigilias eran casi contínuas: no dormia sino dos horas, y tomaba este escaso sueño sentado en el suelo sobre una tabla ó pedazo de estera, arrimando la cabeza á la pared; y varias veces pagaba este tributo al cuerpo sin salir del coro arrimado á un banco y quedándose de rodillas. Cuando usó de celda no tuvo sobre las tablas mas que una manta vieja, desecho de otro ménos penitente. Por muchos años anduvo con los piés desnudos por las aguas y nieves en los tiempos mas rigurosos del invierno, y no usó de sandalias hasta que se lo mandaron sus prelados, que fué segun se cree, despues que fué ordenado sacerdote; pero lo mas digno de admiracion es, que todo este rigor no le ofendió jamás la salud, ni se resfrió jamás en todo este tiempo. Azotábase rigurosamente todas las noches hasta quedar bañado en sangre: llevaba el cuerpo fajado de cilicios: en los muslos, piernas y brazos traia unas fajas de alambre recio, con las puntas que le pasaban las carnes: llevaba ceñida al cuerpo una cadena de hierro delgada que le daba cuatro vueltas; y en las espaldas llevaba una cruz de hierro sembrada de agudos clavos que le cogia de alto á bajo: traíala colgada del cuello con una cadena de hierro, tambien con iguales puntas. Una de estas cruces se guarda hoy en el convento de padres trinitarios de Vique, y tiene ochenta y un clavos, y mas de tercia de larga. De todos estos cilicios usaba á un tiempo el siervo de Dios, en los dias que consagraba á la penitencia; pero siempre llevaba alguno, y en particular la cruz de las espaldas jamás se la quitaba; arrimábase de propósito á las paredes y á los árboles de la huerta para mas lastimarse, y con estas y otras industrias fueron tantas las llagas que se le hicieron en las espaldas, que llegaba á corromperse la carne, criando materias que le calaban el hábito, y causaban un hedor que percibian todos los que se le acercaban. Compadecidos los religiosos, dieron parte al ministro de lo que pasaba, el cual llamando al beato Miguel, le mandó que dejase los cilicios y que procurase curarse las llagas; á cuyo afecto mandó avisar á un cirujano sin oir las razones que le daba el siervo de Dios para apartarle de aquella resolucion, diciéndole que todo aquello era nada. Viendo el beato aquella firme resolucion del prelado, temeroso de que no le hiciese dejar para siempre sus amados cilicios, acudió á Dios con una ferviente oracion, suplicándole no permitiese apartarse sus espaldas de la cruz, pues él habia cargado sobre las suyas la de nuestros pecados: esta oracion penetró los cielos, y al punto cayeron de su cuerpo unas costras que le dejaron bueno y sano; llegó el cirujano para reconocer las espaldas en presencia del prelado; y aunque vieron el hábito manchado de materias recientes, no encontraron llagas ni señales de ellas, y en vez de hedor percibieron una fragancia suavísima que exhalaba su virginal cuerpo. Pero aunque Fr. Miguel era tan áustero consigo mismo, y tan inclinado en la mortificacion de la carne, que jamás se le caia de la boca esta voz *penitencia, penitencia;* con todo era benigno y compasivo con los otros, queriendo que cada uno se diese á la mortificacion del cuerpo conforme á sus fuerzas y robustez; pero queria que los que no podian hacer penitencia á causa de su débil complexion, supliesen su falta con poner mayor cuidado en la mortificacion de sus pasiones y en el ejercicio de la paciencia de la humildad, del silencio y retiro de las criaturas.

Por medio de esta mortificacion del cuerpo y de la interior de las pasiones, se aparejaba nuestro beato para el ejercicio de la santa oracion, en la cual fué favorecido de Dios nuestro Señor en una manera muy extraordinaria. No tenia sino cinco años, cuando le comunicó el Señor tiernísimos sentimientos de su santísima pasion, que le hacian derretir en lágrimas; desde este tiempo la oracion fué la principal ocupacion de su vida; todo el tiempo que vivió en la órden, estaba continuamente puesto en oracion, en la celda ó en el coro; y aunque la obediencia le llamase á otros ejercicios exteriores, no se distraia de la oracion, porque estaba su espíritu tan íntimamente unido con Dios, que apenas atendia á lo que hacia, viviendo en un perpetuo enajenamiento y olvido de las cosas exteriores; de suerte que algunas veces no sabia si comia, ó bebia, ó dormia, ó si estaba en el convento ó fuera de casa. Preguntóle su provincial, Fr. Francisco de santa Ana, ¿cuántas horas tenia cada dia de oracion? á que respondió el siervo de Dios, que siempre estaba en oracion; pero cuando vacaba con mas quietud y mayor fervor en este divino ejercicio, era en el silencio de la noche, que gastaba toda en oracion, fuera de dos horas en que dormia. De este contínuo trato con Dios procedia aquella pureza como de un ángel, que todos admiraban en nuestro beato; el menosprecio de sí mismo y de todas las cosas del mundo; el amor de las celestiales, el suspirar contínuamente por la patria feliz de los santos y aquella alegría de su rostro, que manifestaba el júbilo interno de su alma, y aquel afecto ardiente con que amaba á su Criador, suspirando contínuamente por mas y mas amar al único dueño de su alma, hasta que la suave fuerza de su amor le quitase la vida.

Llegaba muchas veces á tanta intension este sagrado incendio que le salia al rostro, y redundaba tanto en el cuerpo, que para templarle, aunque fuese en el tiempo mas frio del invierno, se salia á la huerta, se descubria el pecho y aplicaba á él agua fria ó hielos cuando los encontraba. En estas ocasiones nunca hallaba fria el agua, y solia decir que nunca la habia bebido, de modo que le refrigerase; y era por fin tal el calor que sentia, que dijo en un ocasion, en que los otros no podian sufrir el frio, que se arrojara con mucho gusto en un estanque helado. Abrasado de amor de Dios, extrañaba de que hubiese hombres que no le amasen, y preguntaba: ¿Quién no quiere y ama á Dios? y arrebatado de la fuerza de su espíritu, varias veces clamaba: ¡Ah, hijos de Adan! ¿hasta cuándo, hasta cuándo habeis de amar la vanidad y buscar la mentira? Otras veces decia: ¡Ah, si conocieran los hombres á Dios, y experimentaran la suavidad con que trata á los suyos, cómo se murieran todos de amor por él! ¡Oh, si las almas conocieran aquella suma bondad, cómo no le ofendieran, ántes se abrasaran en su amor! Aunque el beato estaba tan encendido en el amor de Dios, no estaba satisfecho de su amor, y pedia incesantemente á Dios que se le acrecentase: á este fin, en una ocasion, no se sabe el año en que sucedió, en que pedia al Señor le cambiase su corazon con otro mas encendido

en amor suyo, le hizo el Señor una fineza de la primera magnitud, pues quitó á Miguel su corazon, y tomándole para sí, le dió el suyo propio, poniéndole en el lugar de donde habia quitado el de Miguel. Este favor le reveló el siervo de Dios á su confesor Fr. Francisco de la Madre de Dios, quien lo depuso debajo de juramento en los procesos hechos para su beatificacion. Algunos escritores sostenian, que este maravilloso trueque de corazones habia sido real y físico: pero Benedicto XIV, en el panegírico que hizo en el convento de los trinitarios de Roma de las virtudes del siervo de Dios, cuando las declaró en grado heroico, dijo: que ese trueque de corazones fué solo místico y espiritual: y este sentir se adoptó despues en las lecciones para el oficio de nuestro beato. Un favor tan raro, extraordinario y estupendo, encendió de tal modo en el pecho de Miguel la hoguera del divino amor, y le colmó de favores tan excesivos que parecia ya mas ciudadano del cielo que morador de la tierra: gozaba frecuentísimamente de dulcísimos éxtasis y raptos, no solo de espíritu, sino tambien muchas veces de cuerpo; el cual como si gozara ya de los dotes de un cuerpo glorificado, se elevaba del suelo, y permanecia en el aire con asombro de los que se hallaban presentes á esta maravilla. Eran tan frecuentes ó continuos estos éxtasis en el beato Miguel, que se arrobaba en todas ocasiones; predicando, oyendo predicar, diciendo misa, en la oracion, rezando ó cantando el oficio divino, y casi siempre que estaba expuesto el santísimo Sacramento; por cuyo motivo se suele pintar arrobado delante de una custodia. Pero no solo se arrobaba en estas ocasiones de ejercicios devotos, sino tambien en las plazas, en las calles, en las visitas y oyendo hablar de cosas espirituales. Al tiempo que le acontecia el arrobarse, daba un grito ó quejido con las expresiones de repetidos ayes; y otras veces se le oia solamente: *ea, ea*: la postura de los brazos era siempre en cruz y bien levantados en alto; ménos en aquellas veces que le venia el éxtasis, cuando estaba con el cáliz en las manos. El rostro le tenia siempre levantado al cielo, adonde le llamaba el Señor; los ojos abiertos, aunque sin pestañear, ni ver con ellos, porque toda la atencion del alma estaba en lo interior; y cuando estaba en la iglesia arrobado, siempre tenia vuelto el rostro hácia el santísimo Sacramento. En cuanto á la elevacion del cuerpo no era siempre la misma: unas veces no era arrebatado totalmente en el aire, sino como empinado, tocando solo en el suelo con las extremidades de los dedos pulgares, y á veces con solo el uno; pero otras veces quedaba totalmente elevado en el aire, y permanecia en esta postura un cuarto de hora, media hora, y á veces tres cuartos de hora. Pedro Lopez de Bahamonde, escribano de Valladolid, en una ocasion que se confesaba con el beato en un lugar retirado, le vió arrebatado en el aire mas de una tercia del suelo, permaneciendo en esta postura un cuarto de hora, sin haberle hecho volver en sí, con haberle tirado del hábito con fuerza por dos veces. Fr. Bonifacio de santa María, ayudando en varias ocasiones á misa al beato, le vió tres veces arrobado en el aire, y teniendo la curiosidad de medir la distancia que habia desde el suelo á los piés del celebrante, halló que una vez estaba elevado mas de media vara, otra no tanto y la tercera un poco ménos. El mismo religioso una noche del juéves santo le vió en el *De profundis* del convento de Valladolid, pegado contra una cruz que estaba pintada en la pared, y levantado mas de vara y media del suelo. Predicando la tarde del dia de san José en el convento de Valladolid, en presencia del señor obispo y de un concurso numerosísimo; dió tres ó cuatro gritos muy grandes, y á su compas otros tantos vuelos tan altos, que se levantó sobre el mismo púlpito mas alto que el borde de su baranda, viéndole todos, los piés por encima de ella. Estos admirables éxtasis unidos á sus heroicas virtudes, le conciliaron el respeto y amor de todos los que le conocieron, así de sus hermanos religiosos, como de los de fuéra del convento. Con todo no quiso el Señor que fuese enteramente libre de las persecuciones de los hombres, á fin de que con ellas se perfeccionase mas su virtud, y él adquiriese mayor mérito. Porque al principio de haber entrado en la descalcez, no todos aprobaban la vida singular y extraordinaria que llevaba, y no eran pocos los que la censuraban de extravagancia y de hipocresía: despues viviendo en el colegio de Baeza se conjuraron contra él dos religiosos, que habiendo sido castigados de sus prelados por los excesos cometidos, sospecharon que el beato Miguel habria hecho la delacion de su delito. Fueron tales las calumnias que estos malvados levantaron contra Miguel y los artificios de que se valieron para hacerlas creer de los superiores, que estos mandaron formar proceso contra el beato, y ponerle en la cárcel, donde estuvo encerrado por espacio de diez meses; al cabo de los cuales se dió sentencia, en la que se declaró estar inocente en los delitos que los acusadores le imponian, condenando á estos á la pena que merecian en un delito tan atroz y escandaloso. El beato Miguel que en todo el tiempo que estuvo preso, no quiso hablar una sola palabra en su favor, suplicó entonces con muchas instancias á los superiores á favor de sus enemigos, para que les remitiesen las penas que les habian impuesto; y no habiendo podido obtener de sus prelados esta gracia, favoreció á lo ménos cuanto pudo á sus calumniadores, manifestándoles un amor sumamente compasivo. Esta heroica caridad del beato Miguel enterneció y ganó á aquellos dos religiosos, los cuales se reconocieron, y publicando la inocencia y santidad de Miguel, confesaron llanamente la calumnia que le habian levantado, y que eran bien merecedores del castigo que se les habia impuesto.

Habia ya llegado el tiempo, en que Dios nuestro Señor queria premiar las grandes virtudes de su siervo con la posesion de su gloria, cuando el segundo dia de Pascua de Resurreccion, del año de 1625, despues de haber predicado en la mañana con mucho fervor, fué acometido de un fuerte tabardillo que le obligó á acostarse sobre su camilla. Sufrió el beato con invencible paciencia esta enfermedad, sin quejarse jamás de sus dolores, y sin querer admitir aquellos alivios que le ofrecian los enfermeros, para templarle la ardiente sed en que se abrasaba; diciendo que mayor la habia pasado Cristo por sus pecados; y sabiendo que esta enfermedad habia de poner fin á su peregrinacion, hacia muchos actos de contricion. Habiendo vuelto al convento Fr. Benito de la santísima Trinidad, quiso confesarse generalmente con él de toda su vida, la que habia sido tan pura é inocente que declaró con juramento el confesor, que en toda ella no habia cometido un pecado mortal ni venial, con plena deliberacion y advertencia. Pidió y recibió despues el santísimo

Sacramento con la devocion y fervor que se deja discurrir, y en el dia 9 de abril recibió con mucho gozo el sacramento de la extremauncion, y lleno de confianza en la divina misericordia, entregó plácidamente su espíritu en manos del Criador en el dia siguiente 10 de abril, en la edad de treinta y tres años cumplidos.

El Señor hizo conocer al mundo la santidad de su siervo, obrando muchos milagros por su intercesion, de los cuales aprobó la santa sede los dos siguientes para su beatificacion.

En Valladolid María Gil, comenzó á sentir en el pecho izquierdo un dolor tan intenso, que creciendo con inflamacion, reconocieron los médicos y cirujanos, despues de muchas curaciones, ser un maligno zaratan ó cancro que la quitaria la vida. Padeció por espacio de tres meses esta enfermedad; al cabo de los cuales aplicóla una amiga suya un lienzo mojado en la sangre del siervo de Dios, y lo hizo cubrir, por el horror que la causaba verle el pecho tan malo: al dia siguiente vino el cirujano á curarla, y la halló el pecho sano y bueno, sin señal del zaratan, declarando la curacion por milagrosa.

En la misma ciudad de Valladolid, Alonso de Otero Grajal, criado de don Rodrigo Pacheco, oidor de aquella chancillería, se quebró el brazo derecho por la parte que estaba cuatro dedos mas abajo del hombro; de manera que se le cayó hácia atrás como muerto: curáronle por cuatro ó seis dias, y solo resultó de las curas ponérsele tan disformemente hinchado, que se le puso tres veces mas grueso de lo que le tenia: sobreviniéronle despues de la hinchazon dolores vehementes que no le dejaban descansar un instante: diéronle un lienzo mojado en la sangre del beato Miguel, y se le puso en el brazo, invocándole con tanta fé y devocion, que instantáneamente cesaron los dolores y se quitó la hinchazon: se cayeron hácia la mano las ligaduras con que tenia fajada la quebradura del brazo, y le quedó este tan sano y robusto que hacia mas fuerza con él, que ántes de quebrársele.

Beatificó al siervo de Dios la santidad de Pio VI, á 2 de mayo de 1779.

San Domicio, mártir.—Cuando Juliano el Apóstata por los años 363 iba á la guerra contra los sirios, pasó por un lugar donde estaba este santo, y llamóle la atencion el ver mucha gente reunida delante de una cueva. Preguntando el motivo de ello, dijéronle que era un santo anacoreta que moraba allí, por cuyo medio dispensaba el Señor grandes beneficios á los mortales. Llamó el emperador Domicio que era el anacoreta, amenazándo á que dejara la magia, y que viviera solo y aislado, de lo contrario mandaria castigarlo severamente. El santo le contestó que solo obraba por virtud de Dios, y que estaba pronto á derramar su sangre por él. Indignado Juliano de tal respuesta mandó fuese degollado, sucediendo su muerte el año 363.

Santa Cirila, mártir.—Durante la persecucion del emperador Diocleciano tuvo por mucho tiempo en la mano ascuas encendidas con incienso sin quererlas soltar, para que no pareciese que sacrificaba á los ídolos; y por último despedazándola cruelísimamente, hermoseada, con su propia sangre, llegó al Esposo celestial. El martirio de esta santa tuvo lugar en Cirene de Libia, á principios del siglo IV.

San Atanasio, diacono y mártir.—El año de 452 vivia este santo en Jerusalen, y habiéndose levantado muchos herejes á impugnar la doctrina y las decisiones del concilio de Calcedonia, Atanasio las defendió con obras y palabras por medio de un celo admirable. Pero los herejes lo cogieron un dia y habiéndole hecho padecer muchos martirios, por fin lo degollaron, siendo ilustre mártir de la confesion católica.

Los santos Agaton y Trifina.—Murieron mártires en Sicilia, se ignora cuándo.

Los santos Marino, Teodoto y Sedofa, mártires.—Lo único que sabemos de estos santos es lo que nos dice el Martirologio romano, á saber, que murieron en Tomis, en la Escitia.

San Numeriano, obispo y confesor.—Gobernó la Iglesia de Tréveris en el siglo VII, y murió santamente el año 657, despues de una vida ejemplar en ciencias y virtud.

Santa Filomena, vírgen.—Su cuerpo se guarda y venera en la ciudad de San Severino, en la iglesia de san Lorenzo, adonde fué trasladado por el mismo San Severino, obispo, en tiempo de Totila, rey de los godos; todo lo cual consta por una inscripcion que se encontró juntamente con el cuerpo, debajo del altar mayor, el año 1527. Parece que esta santa, siguiendo la opinion de los bolandistas, es del siglo VI, y que murió en la paz de Dios, en una poblacion de la Marca de Ancona. Hay otra santa Filomena, cuyo culto se ha establecido ahora nuevamente, celebrándose su fiesta el dia 10 de agosto.

DIA 6.

Santa Godoleva, martir.—Grandes son los trabajos y gravísimas las cargas del matrimonio, y que no se pueden bien llevar sin las fuerzas y gracia del Señor; porque si los casados no tienen hijos, el deseo de tenerlos atormenta: si los tienen y son buenos y obedientes, el temor de perderlos y el cuidado de criarlos y acrecentarlos, continuamente los aflige; por no sentir nada de las otras molestias y tormentos que padecen y que no se pueden excusar en aquel estado; pero al fin, todas se pueden pasar cuando entre el marido y la mujer hay paz y concordia, y son los dos, como una alma en una carne. Mas cuando el marido es mal acondicionado, cruel y mas fiera que hombre, hácese insufrible la carga, y las ondas que combaten el corazon de la triste mujer son tan horribles y espantosas, que si Dios no la tiene de su mano, necesariamente se ha de ahogar y undir en el profundo abismo de la desesperacion y tristeza. Y porque cada dia vemos por nuestros pecados semejantes desventuras, quiero yo para consuelo de las tales, escribir aquí la vida y martirio de santa Godoleva, que fué casada y santa, y martirizada por su mismo marido.

Fué santa Godoleva hija de Uvifredo y Ognia, personas nobles en sangre y en costumbres. Nació en Francia, en el territorio de Bretaña que está cerca de Calés. Era muy hermosa en el cuerpo y mas en el alma. Por la fama de sus grandes partes un caballero flamenco, llamado Bertulfo, ilustre y rico, la pidió por mujer á sus padres con grande instancia, y ellos se la concedieron y se concertó el casamiento y se la entregaron, y él la llevó á su casa, para celebrar las bodas con grande aparato. Pero para que

se vea, cuán mudable es el corazon del hombre y que no hay cosa en la tierra, que le pueda hartar, y ménos los gustos de la carne; Bertulfo que con tantas ansias y con tantos medios habia procurado que Godoleva fuese su mujer, cuando la tuvo en casa, de tal manera se trocó, que comenzó á aborrecerla en tanto grado que no la podia ver; y la madre de Bertulfo echaba aceite y atizaba el fuego, dándole en rostro á su hijo, por haberse casado con mujer extranjera, como si en su tierra no hubiera otras mas generosas, ricas y hermosas. Apenas habia tomado la santa doncella los umbrales de la casa de su esposo, cuando vió venir sobre sí un nublado terrible de trabajos, y se armó de oracion y paciencia, para poderlos llevar. Tres dias duró la fiesta de las bodas; mas Bertulfo, por no ver á su mujer, no se quiso hallar en ellas: y así pasados los tres dias, dejando á su mujer en su casa, para que tuviese cargo de su familia, aborrecido y despechado se fué á vivir á la casa de sus padres. Godoleva, aborrecida de su esposo, perseguida de su suegra y amada de Cristo, quedó en su casa y atendia á gobernarla con gran prudencia y modestia y con tan excelente ejemplo de honestidad, que ninguno se atrevia á poner la lengua en ella. Pero el desventurado Bertulfo, sin tener respeto á Dios, ni á su sangre, ni á la virtud de su esposa para afligirla mas, mandó á un criado que tuviese cargo de ella y que la diese á cierta hora determinada un pedazo de pan á comer, y no otra cosa so pena de su indignacion; y el criado que de suyo debia ser descortés, por obedecer á su amo, la trataba nó como á señora, sino como á esclava, dándole de comer solamente pan, sal y agua; haciendo la santa gracia al Señor por ello y repartiendo con los pobres de aquella poca comida que la daban; y respondiendo á las injurias y vituperios de su criado palabras tan blandas y amorosas que bastaban á quebrantar cualquiera duro corazon. De la racion que le daban tan tasada y corta, mandó Bertulfo quitar la mitad; pero no por eso la santa dejó su sufrimiento y paciencia, ni de dar su parte á los pobres, procurando sustentar su alma con oraciones, pues no podia dar al cuerpo el sustento necesario. Acrecentábase esta afliccion, porque los deudos de Bertulfo estaban de su parte de él, y le incitaban para que la maltratase, hasta darle la muerte, la cual le tramaba y urdia Bertulfo; pero por temor de los padres y deudos de Godoleva, que eran nobles y poderosos, no se atrevia á matarla. Pasó tan adelante este odio y rencor, que la santa fué forzada, para no morir, salirse secretamente de aquella casa, donde (sin culpa suya) era tan aborrecida; y acompañada de sola una criada á pié y descalza, volvió á casa de sus padres, y les dió cuenta de lo que con aquel hombre (ó por mejor decir cruel tirano) habia padecido. Sintiéronlo los padres como era razon, y por medio de Balduino, conde de Flandes, y del obispo Noviomense que era su deudo, apretaron á Bertulfo, para que recibiese á su mujer y la tratase con el amor y honra que á tan santa y generosa señora convenia. Recibióla en su casa Bertulfo, y prometió hacer lo que se le mandaba, por no poder mas; pero con ánimo de no cumplirlo, sino de acabarla, y para hacerlo mas presto, la trataba, nó como á su mujer, sino como á esclava. Entendió Godoleva, que Dios nuestro Señor, por aquel camino áspero y fragoso, la queria llevar al cielo, y por manos de los sayones fabricarle la corona de la gloria; y así lo dijo á algunas mujeres que se compadecian de ella y lloraban su desventura, pues siendo moza, noble y hermosa, no podia gozar de los deleites y gustos del matrimonio, los cuales decia la santa que no apetecia ni los queria; porque Dios nuestro Señor la regalaba interiormente y con tanta abundancia de la divina gracia, que no hacia caso de la tierra.

Mas Bertulfo, viendo que no le salian bien otras trazas, mandó á dos criados suyos, que una noche la matasen, y para engañar mas á la santa, le habló con amorosas y regaladas palabras, diciendo que él habia mandado á aquellos criados que le trajesen una mujer muy á su propósito, para acompañarla y servirla y que esperaba que seria el único medio, para que entre él y ella hubiese el debido amor y concordia, como él deseaba tener de allí adelante, pidiéndole perdon de lo pasado, y con esto se despidió de ella por algunos dias y se partió para la ciudad de Brujas para aguardar allí la nueva de la muerte de Godoleva y dar á entender que se habia hecho sin su voluntad. Estando pues, una noche durmiendo todos los de su casa, vinieron los dos criados y crueles verdugos, y la hicieron levantar de la cama, y con los piés descalzos y con los cabellos desgreñados y en camisa, la sacaron y con un lazo al cuello la ahogaron y echaron en el rio, para que acabase de morir y despues la sacaron del agua, y la pusieron en su cama, cubriéndola con la ropa, creyendo que no se sabrian los autores de aquella maldad. Pero, aunque al principio estuvo encubierta, y la enterraron, creyendo los mas que habia muerto en su cama súbita y repentinamente; nuestro Señor tomó la mano, para declarar la verdad, haciendo muchos milagros por la santa; porque la tierra donde la mataron, se convirtió en unas piedras mas blancas que la nieve, y algunos que por su devocion tomaron de ella y la llevaban á su casa, hallaban que aquella tierra se habia convertido en piedras preciosas, y el agua, en donde la ahogaron, cobró tanta virtud del cielo que sanaba las enfermedades de todos los que bebian de ella, y una hija del mismo Bertulfo de la segunda mujer, ciega de su nacimiento, lavándose los ojos con esta agua, cobró la vista, y en reconocimiento de esta misericordia del Señor, edificaron un monasterio de sagradas vírgenes de la órden de san Benito, dedicado á santa Godoleva; y en este monasterio se guarda con gran reverencia la sangre que salió de la boca y narices, cuando la echaron en el agua, para que se acabase de ahogar, y en su sepulcro los enfermos cobran salud y alcanzan del Señor, por intercesion de la santa, grandes beneficios. Despues del año de 1088, su sagrado cuerpo fué colocado honoríficamente por el obispo Noviomense y de Tornay á los 30 de julio.

La vida de santa Godoleva escribió un sacerdote llamado Progon, y dice que la escribe de lo que oyó decir á los testigos de vista, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo. Hace mencion de ella Juan Molano en las anotaciones que hizo al Martirologio de Usuardo, en el índice de los santos de Flandes, y Jacobo Mayer en los Anales de Flandes, y dice que el año de su martirio fué el de 1070, á los 6 de julio, y que Bertulfo se convirtió é hizo penitencia y vivió y acabó santamente en un monasterio de San Vinocio, y que su madre de él fué causa de que cometiese aquella maldad. Las oraciones de su santa mujer debieron alcanzar perdon y misericordia del Señor, el cual es justo y secretísimo en sus juicios; y nosotros

los debemos reverenciar y no escudriñar, pues permitió que santa Godoleva cayese en manos de un verdugo y y monstruo de la naturaleza, como fué Bertulfo ántes que se convirtiese, para que labrase, afinase y martirizase con sus malos tratamientos y finalmente le quitase la vida, para que ella gozase eternamente de la que es verdadera vida en el cielo y acá en la tierra fuese ilustrada con muchos milagros; adorada por santa de los fieles, é imitada de las mujeres, que sin culpa suya son afligidas de sus maridos, para que conformándose en la paciencia y sufrimiento con ella, alcancen la corona de la gloria que ella alcanzó.

San Goar, presbítero y confesor.—Fué san Goar francés de nacion, de la provincia de Gascuña: su padre se llamó Jorje y su madre Valeria, personas por sangre ilustres. Desde niño fué muy bien inclinado, de amable aspecto, humilde y honesto, y dado á todas las obras de virtud. Creció tanto en el temor de Dios, que con su ejemplo movia á otros á seguirle, y á enmendar sus vidas y vivir cristianamente. Ordenóse de presbítero, y abrasado del fuego del amor divino, determinó de dar mano á todas las cosas de la tierra; dejando á sus padres y á sus deudos y amigos, se partió de su patria peregrinando, y se fué á un lugar del obispado de Tréveris, que se llamaba Wocara, donde hizo una iglesia con licencia del obispo Félix, y colocó en ella algunas reliquias de santos con mucha devocion. En este lugar vivió muchos años, dándose á la oracion, ayunos y penitencia, y á ejercitar cuanto podia, la hospitalidad y acogimiento de los pobres y peregrinos. Habia aun muchos gentiles en aquella tierra, los cuales con la vida tan ejemplar y con la predicacion de san Goar, salieron de las tinieblas de su ceguedad, y se convirtieron á nuestra santa religion, y para que lo hiciesen mas fácilmente, obró el Señor muchos milagros por su siervo, echando los demonios de los cuerpos que atormentaban, dando vista á los ciegos, piés á los cojos, y sanando á muchos dolientes de varias enfermedades. Decia cada dia misa con grande ternura y devocion, y rezaba todo el salterio, y despues se ocupaba en obras de caridad, sirviendo á los pobres y albergando á los peregrinos con tanto afecto, como quien veia en ellos á Jesucristo. Tuvo el demonio envidia de la santidad de Goar, y saña por el gran fruto que hacia en las almas, y movió á dos criados del obispo, que ya era, y se llamaba Rústico, que le acusasen delante de su amo, diciéndole que era hipócrita y embustero, interpretando mal las honestas acciones de san Goar. Creyó el obispo fácilmente lo que falsamente se le habia dicho: mandó venir al santo delante de sí, y envió por él á los mismos acusadores. El cual, cuando supo que le llamaba el obispo, hizo gracias á nuestro Señor, porque su prelado se habia acordado de él, teniéndose por indigno; sin poder sospechar lo que queria. Recibió con alegría, y acarició con mucha humildad á los mensajeros del obispo, y al dia siguiente dijo su misa, rezó su salterio y cumplió con sus devociones, como solia, y aparejóles la comida para partirse luego con ellos; mas ellos no quisieron aguardar sino partirse luego; y él les dió comida para el camino. Pero el Señor que es justo juez y veia sus corazones, y lo que urdian y tramaban contra el santo, los afligió de manera, que se hallaron tan cansados en el camino, que no pudieron pasar adelante, y estando muertos de hambre y sed, no hallaron en las alforjas la comida que el santo les habia dado, ni otra cosa que comer, ni una gota de agua en un arroyo que allí habia. Conocieron su error, pidieron perdon al santo, y al improviso aparecieron tres ciervas grandes, y el santo las mandó parar y las ordeñó, y dió de beber de aquella leche á los tristes mensajeros del obispo, y los perdonó y echó su bendicion; y con esto ellos hallaron en su alforja la comida, y en el arroyo agua que por voluntad de Dios habia desaparecido; y volvieron al obispo y le contaron lo que pasaba. Mas él estaba ya tan impresionado y enojado con san Goar, que cuando él vino á su presencia le trató mal, atribuyendo todo lo que habia hecho, nó á virtud divina, sino á arte mágica, apretándole mucho para que declarase quién era, y dónde habia estudiado aquellas malas artes que ejercitaba.

Finalmente, despues de varias pláticas y razones que tuvieron entre los dos, trajeron un niño de pechos de solos tres dias, y dijo el obispo á san Goar. Ahora veremos si tú eres mago como yo creo, ó siervo de Dios: dínos, quiénes son los padres de este niño. Entonces san Goar se afligió mucho por lo que le mandaba el obispo, pareciéndole por una parte que era presuncion y sobre sus merecimientos pedir á Dios que le revelase, quiénes eran los padres de aquella criatura; y por otra, que si no lo hacia, se ponia en peligro de ser detenido por encantador, y maltratado del obispo. Volvióse á Dios: suplicóle que le favoreciese en un trance tan riguroso, y que volviese por su inocencia: y confiado en él y movido con su instinto, mandó al niño que declarase por sus nombres á su padre y á su madre. Entonces el niño, extendiendo la manecita hácia el obispo con voz clara, como si fuera de muchos años, dijo: Este es mi padre, Rústico, obispo, y mi madre se llama Flavia. Quedó el obispo corrido y confuso, y toda la gente admirada alabando al Señor, porque así volvia por la honra de su siervo, y castigaba al obispo, que la queria oprimir, descubriendo sus flaquezas, para que conociéndolas el obispo, las llorase amargamente, é hiciese penitencia de ellas: porque san Goar, viendo que el obispo habia caido en el lazo, que le habia querido armar, y que por su causa, aunque sin culpa suya, Dios habia manifestado públicamente las secretas culpas suyas, tuvo grandísimo dolor, y no se podia consolar de aquel suceso. Habló al obispo, y suplicóle con lágrimas y sollozos, que se reconociese, y con la penitencia diese satisfaccion al pueblo; pues le habia dado tan grande escándalo, y ofrecióle ayudarle con sus oraciones, y con hacer siete años de dura penitencia por él.

Publicóse luego todo lo que habia sucedido, y llegó la fama al rey Sigiberto, que á la sazon reinaba: el cual mandó llamar á san Goar, y quiso saber de él la historia de todo lo que habia pasado; mas el santo, por no decir cosa que pudiese redundar en alabanza suya, ó en infamia del obispo, cerróse y no lo quiso decir: y apretándole mucho el rey, y mandándole que lo dijese, respondió el santo que le suplicaba, que primero le dijese él lo que habia oido. Díjoselo el rey, y era puntualmente la verdad de lo que habia pasado entre Goar y el obispo. Entonces dijo Goar al rey: Pues yo no tengo que decir mas de lo que ha oido y me ha dicho vuestra majestad. Todo el pueblo que habia sabido el caso, se levantó contra el obispo, clamando que era indigno de serlo, y que Goar le habia de sustituir en su lugar; y el rey vino en ello y tomó todos

los medios que pudo para persuadir á san Goar que aceptase aquel obispado de Tréveris; porque en todo caso queria privar á Rústico por sus culpas, y proveer bien aquella Iglesia, y dar satisfaccion á todo el pueblo que lo deseaba y se lo suplicaba. Nunca pudo acabar con san Goar que aceptase el obispado; ántes temiendo la fuerza del rey, le suplicó con mucha instancia, que le diese veinte dias de término para recogerse y hacer oracion sobre ello. Concedióselos el rey, y el santo se encerró en su celda, y postrado en el suelo delante del acatamiento del Señor, muy desconsolado y afligido, y llorando arroyos de lágrimas, le suplicó afectuosamente que no permitiese que él fuese obispo ni viviese el tiempo que le quedaba fuera de su rincon. Oyóle el Señor, envióle una calentura que le fatigó siete años gravemente, y de manera, que no pudo salir de ella ni ver mas al rey. Estos siete años de enfermedad ofreció el santo al Señor, y llorando y pidiéndole perdon por los pecados del obispo, como se lo habia prometido. Y aunque el rey procuró muchas veces que san Goar le viniese á ver, con intento siempre de sentarle en la silla de obispo, y servirse de él en el gobierno del reino, nunca lo pudo acabar con él; ántes desengañó al rey, y le certificó que no saldria de aquel rincon, y que en él daria fin á sus dias, y así fué: porque pasados los siete años que dijimos de enfermedad, y de oracion y lágrimas por el obispo Rústico, vivió otros tres años y tres meses con la misma enfermedad, y acabó gloriosamente el curso de su peregrinacion, dió su espíritu al Señor, siendo Mauricio emperador á los 6 de julio, y este dia hace mencion de san Goar, presbítero, el Martirologio romano. Su sagrado cuerpo fué sepultado por Agripino y Eusebio, loables sacerdotes de Cristo, y por otros muchos caballeros y gente del pueblo en la misma iglesia que el santo habia edificado; aunque despues le trasladaron á la otra mas suntuosa que se labró para este efecto. Hizo el Señor muchos y grandísimos milagros por este santo, así en librar de varias é incurables enfermedades, y de la tiranía de los demonios, á muchos que se encomendaban á él, como en resucitar muertos y castigar á los que con poca reverencia se llegaban á la iglesia donde estaban sus santas reliquias, y trataban sus cosas con ménos devocion y recato: los cuales milagros se pueden ver en su vida que escribió Wandelberto, diácono, que floreció por los años del Señor de 850, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo de las vidas de los santos, y es la que aquí brevemente queda referida: en la cual se ve, cuan odiosa es á los malos la virtud, y como se ciegan los ojos flacos con la luz, y como el Señor defiende á sus siervos y deshace las marañas y calumnias de sus enemigos, permitiendo que caigan ellos mismos en el lazo que habian armado, para que cayesen los otros; y cuan blandas y amorosas entrañas tienen los santos para con los que les han perseguido, y cuan de veras huyen las grandezas de la tierra: pues Goar lloró é hizo penitencia siete años por los pecados del obispo, que le atribuló, y quiso ántes morir de tan larga enfermedad que ser obispo. Hace mencion de san Goar Segisberto, *in Chron. an.* 600; Legi. *in Chron. in Maritio;* Vicenc. *in Specul. lib.* XXII, y *el cap.* 13; Pedro de Natalib. *lib.* VI, *cap.* 62, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones.

* San Isaías, profeta de la antigua ley.—Era Isaías el primero de los cuatro profetas mayores, hijo de Amós y de la real familia de David. Profetizó en los tiempos de los reyes Osías, Joatan, Acaz y Ezequías desde el año 735 hasta el 681 ántes de Jesucristo. Escogióle el Señor ya desde su infancia para que fuese la antorcha de su pueblo. Cuando empezaba á profetizar, tomó un serafin de sobre el altar del Señor una ascua de fuego y purificó con ella los labios del profeta. Isaías fué el que de parte de Dios anunció al rey Ezequías gravemente enfermo, no curaria ya; mas el Señor ablandado por los ruegos y lágrimas del príncipe, de nuevo le envió al mismo profeta, anunciándole su restablecimiento, dándole Isaías una prueba de seguridad, haciendo retroceder en su presencia diez líneas la sombra del sol sobre el cuadrante de Acaz. Manasés fué el sucesor de Ezequías, é indignado por las reprensiones que le dirigia el profeta, lo hizo aserrar por medio del cuerpo con una sierra de palo. Murió el profeta el año 681 ántes de Jesucristo, á los ciento treinta y uno de su edad, siendo su cuerpo sepultado bajo la encina de Rogel, junto la corriente de las aguas, siendo su sepulcro muy frecuentado, y obrando Dios por su intercesion muchos milagros. El profeta que mas claramente habló de Jesucristo y de su Iglesia, fué Isaías. Anunció los mas grandes acontecimientos, con su elevado y magnífico estilo, y con espresiones vigorosas y llenas de fuego.

San Tranquilino, mártir.—Fué de Roma y padre de los santos Márcos y Marceliano. Habíase convertido á la religion cristiana por la predicacion del mártir san Sebastian y habia sido bautizado por san Policarpo, presbítero. El papa san Cayo que conocia personalmente sus grandes virtudes y particularmente su ilustre zelo, le confirió el sagrado órden del presbiterado. Estando en oracion en el sitio llamado la Confesion de san Pablo, dia de la octava de los santos apóstoles, lo prendieron los gentiles y lo apedrearon hasta alcanzarle la palma del martirio. Su muerte fué el año 286.

San Rómulo, obispo y mártir.—Al principio de haber llegado á Roma el apóstol san Pedro, cuando habia apenas empezado á esparcir las verdades eternas sobre la ciudad de los Césares, se le presentó un jóven de pocos años, de ilustre familia, nacido en la misma Roma, muy instruido en las ciencias humanas, y le pidió unirse á él por los vínculos de la religion y ser bautizado. Luego que fué regenerado Rómulo por el agua santa, empezó á dar tales muestras de adelantamiento en la virtud, que el mismo san Pedro lo consagró obispo y lo envió á predicar el Evangelio fuera de la capital del mundo. Fuése, pues, y anunció á Jesucristo á los de Fiesoli y fué su primer obispo, luego marchó á Bérgamo, en seguida á Brescia y otros lugares; y despues de haber hecho copiosas cosechas de almas para el cielo, volvióse juntamente con cuatro compañeros de apostolado á Fiesoli, en cuya ciudad, en tiempo del emperador Domiciano, alcanzaron todos la corona del martirio.

Santa Dominica, vírgen y mártir.—Era de Trope en Calabria, muy instruida en las verdades de la fé, las cuales anunciaba á cuantos tenia ocasion de ver. Presa en tiempo de Diocleciano, fué llevada á Campaña donde se hallaba á la sazon el emperador, y habiendo hecho pedazos, en presencia del mismo, unos ídolos que querian hacerle adorar, fué condenada á ser devorada por las fieras. Estas respetaron su persona; pero fué condenada á ser decapitada, ejecutándose la sentencia el dia 6 de julio

del año 302. Su cuerpo fué recogido por los cristianos y enterrado en un lugar desconocido, hasta que habiéndose apaciguado la persecucion, lo trasladaron á Trope, su patria, donde aun se venera con suma devocion.

SANTA LUCÍA, MÁRTIR, Y LOS SANTOS RIXIO VARO, ANTONINO, SEVERINO, DIODORO, DION Y OTROS DIEZ Y SIETE COMPAÑEROS TAMBIEN MÁRTIRES.—Santa Lucía era natural de Campaña, y siendo bautizada con otros muchos paisanos suyos, y practicando todos juntos los ejercicios de la religion cristiana, fueron presos, cargados de cadenas, y enviados á Roma para que los juzgasen. Llevados al tribunal de Rixio Varo, mandó este juez que fuesen atormentados hasta que adorasen á los ídolos; pero los santos sufrian con admirable paciencia los tormentos y no dejaban de exhortar á los circunstantes á que reconociesen á Jesucristo. El resultado inmediato y mas glorioso de este martirio fué la conversion de dicho juez Rixio Varo, que luego fué asociado á los tormentos de aquellos santos, y alcanzó con ellos la corona de la vida eterna.

SAN PALADIO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Roma, y fué despues diácono de su Iglesia. Fué muy versado y docto en los estudios sagrados y escribió algunos tratados contra los pelagianos. En 431 el papa Celestino lo envió á Escocia por su primer obispo, en cuyo pais y en Irlanda fundó Paladio varias iglesias y convirtió innumerables infieles á la verdadera religion, por cuya razon mereció ser llamado el apóstol de los escoceses. Su mision fué sumamente penosa y arriesgada, pero todos los obstáculos se vencen, cuando el que ha de superarlos va acompañado con la gracia del Señor. San Paladio murió resplandeciente en milagros, en Fortum, ciudad de Escocia, el dia 6 de julio del año 450, y sus reliquias, guardadas en el monasterio de la propia ciudad, han impetrado del cielo muchas gracias sobre toda la nacion de Escocia.

DIA 7.

SAN ODON, OBISPO.—El glorioso san Odon fué de nacion catalan, y de la nobilísima casa y linaje de los esclarecidos condes de Barcelona, y de la ilustre descendencia de los condes de Gascuña y de Urgel, hijo de don Artal conde de Pallás y de su esposa doña Luciana, señora nobilísima. Ilustró mas su noble sangre san Odon con sus grandes virtudes, y con las proezas y hechos maravillosos que obró en el servicio de Dios. Siendo de edad tierna cuidó su padre darle maestros que le enseñasen buenas letras, en cuya enseñanza dió claras muestras de lo que habia de ser en adelante; porque en todo se excedia y aventajaba á sus condiscípulos. Siendo mayor lo impusieron en el arte militar, como á tan principal caballero convenia, cuyo hábito hubiera el glorioso santo renunciado de muy buena voluntad, si no viera que en el condado y señorío de sus padres la justicia iba de caida, y reinaba la injusticia: porque lo que le hizo tomar las armas fué la maldad de los que no solamente perseguian las iglesias, disipando las cosas eclesiásticas de aquel condado, sino tambien á sus hijos, oprimiendo y haciendo mil vejaciones á los pobres. Sucedió que el obispo de Urgel adoleció de una gravísima enfermedad, la cual bien considerada del mismo, advirtiendo peligraba su vida, y que habia alcanzado y habido aquel obispado, contra lo que mandan los sacros cánones; hizo venir delante de sí á los eclesiásticos y á todo el pueblo, y á vista de todos renunció el oficio, nombre y honra de obispo, y de los bienes de su patrimonio enriqueció, cuanto pudo, la Iglesia.

Muerto que fué este prelado, se juntaron á la eleccion de nuevo obispo el clero, los condes de Pallás y de Urgel, el pueblo todo, así principales como plebeyos, y deseando todos poner los ojos en un sugeto tal, que hiciese con ellos obras de padre espiritual y benigno, despues de bien considerado y consultado el caso, advirtiendo las amables prendas y sobresalientes virtudes de Odon, su condicion apacible, su ánimo generoso, que era gran letrado, de santas y loables costumbres, y que habiendo dejado las armas, era arcediano de la misma Iglesia, y que ejercia esta dignidad loablemente, le eligieron por su obispo y pastor. Siendo, pues, obispo, gobernó admirable y santamente su Iglesia, reformando el pueblo del Señor, y apartándole, cuanto era posible, de los vicios, guiándole al camino de las virtudes, y siendo especial padre de pobres, viudas y huérfanos. Al fin habiendo vivido santísimamente en su obispado 28 años, fué Dios servido de librar aquella santísima alma de la cárcel de su cuerpo, y llevársela á gozar de su gloria para siempre. Fué su gloriosa muerte á 7 de julio (dia en que se celebra su fiesta), año del Señor de 1122, siendo pontífice Inocencio II, y conde de Barcelona el devotísimo don Ramon Berenguer, tercero de este nombre, y muy cercano pariente de nuestro santo. Grande fué el sentimiento y los llantos de todos los de aquella tierra, por haber perdido tan buen pastor y benigno padre. Escribieron su vida y la traen el Brevario de Urgel, y leyenda antigua de los santos de la misma Iglesia, un auto sacado del archivo de dicha Iglesia; Fr. Antonio Vicente Domenech; Villegas; el Martirologio romano, y Baronio en sus Anotaciones.

Los milagros que este glorioso santo hizo en vida, y ha hecho en muerte, son muchos y muy grandes, pero la memoria de los que hizo en vida se ha perdido en nuestros tiempos del todo, que es harta lástima: pero hállanse muchos de los que hace y ha hecho despues de muerto, de los cuales pondré con brevedad algunos, por no cansar con todos. Un mozo de Pallás, mudo de su nacimiento y sin lengua, fué á su sepulcro, y haciendo oracion mental, le dió el santo la lengua, aunque nó el uso de ella, porque aun no podia hablar. Contento se volvió el mozo á su casa, causando grande admiracion en sus deudos, y en cuantos sabian no tenia lengua, y ahora le miraban con ella: por lo cual le dijeron, volviese otra vez al sepulcro del glorioso santo con fé, de que, pues le habia dado lengua, le daria el uso de ella. Volvió á la Seo de Urgel el mozo, y en el camino vió á san Odon, que vestido de pontifical, y con rostro alegre, resplandeciente y benigno, se le puso delante: asombróse de verlo, porque le conocia muy bien de las veces que le habia visto en vida: el santo le saludó benignamente, y él hizo señas, de como estaba mudo, y así no le podia responder. Volvió el bendito santo á saludarlo, mandándole que hablase; y al instante habló y se halló sano enteramente: y luego desapareció san Odon. Agradecido el mozo prosiguió su camino y llegó á la Seo: fué al sepulcro del santo, y dándole las gracias, refirió públicamente á todos los que allí se hallaron, de qué suerte el santo se le habia aparecido y curado; y todos dieron gracias

á Dios y al glorioso san Odon, su siervo. Eran tantos los milagros que por este glorioso santo obraba Dios, que no solo la fama de ellos se extendió por todas las tierras de los Pirineos, sino que sus maravillas tenian llena de espanto, asombro y devocion á toda España y Francia; porque su sepulcro era un hospital general de los ciegos, cojos, mancos, mudos, endemoniados y otros enfermos de diversas enfermedades que acudian á pedirle favor, y todos le hallaban. Sucedió una vez, que estando el procurador y portero de la iglesia, para encender la lámpara del sepulcro de san Odon que se habia apagado; en presencia de todos los que allí se hallaban, que eran muchos, bajó una luz del cielo, y la encendió con grande espanto de todos los que el prodigio vieron y refirieron. Al fin seria nunca acabar, si hubiéramos de referir todos los milagros que se hallan auténticamente escritos, con ser así infinitos aquellos, cuya memoria se ha perdido por descuido de los antiguos: basta saber que así como Dios es admirable en sus santos, lo es en el gloriosísimo san Odon: por cuya intercesion su divina Majestad nos conceda su gracia. Amen.

El beato Lorenzo de Brindis.—Nació Lorenzo en la ciudad de Brindis, del reino de Nápoles, en el año 1559. Guillermo Rosi é Isabel Masela fueron sus padres, ambos de las familias mas nobles de aquella ciudad. En el bautismo le pusieron el nombre de Julio César, que mudó en el de Lorenzo, cuando vistió el hábito religioso. Apenas habia cumplido cuatro años, cuando pidió con muchas instancias á sus padres le vistiesen el hábito de los frailes menores conventuales; y ellos no solo le vistieron este hábito, sino que le pusieron en el convento que estos religiosos tienen en dicha ciudad, para que aprendiese de ellos las letras y la virtud. Pero tuvieron poco que trabajar aquellos religiosos en la educacion de nuestro Lorenzo; porque toda su inclinacion aun en tan tiernos años era á la virtud y á los ejercicios de devocion: asistia al tremendo sacrificio de la misa con tal recogimiento, modestia y atencion, que edificaba á todos: gustaba mucho de oir los sermones, y los escuchaba con un cuidado tan atento, que no solo retenia fácilmente en la memoria lo que decia el predicador, sino que copiaba todas sus acciones; y juntando otros muchachos, y poniéndose en un lugar eminente, lo repetia con admirable propiedad y viveza: su maestro le componia algunos discursos morales, y él los aprendia con mucha facilidad, y decia despues con tanta gracia que los mismos religiosos gustaban de oirle, y se los hacian predicar en el capítulo para que todos tuviesen esta satisfaccion. El arzobispo, que supo la gracia con que nuestro Lorenzo predicaba, quiso tambien oirle, y fué á este fin á la pieza del capítulo, y le gustó tanto el discurso, que quiso predicase en su catedral, como lo ejecutó muchas veces con aplauso y edificacion universal del concurso numeroso que acudia á oirle: cosa á la verdad muy extraordinaria y apartada de las reglas comunes de la Iglesia, mas digna de admirarse que de imitarse. No gastaba inútilmente el tiempo nuestro Lorenzo en sus tiernos años, pues todo lo empleaba, ó en el estudio, ó en la oracion, ó en otros ejercicios devotos. Continuó este tenor de vida hasta que rayó en los catorce años de edad; y entonces habiendo fallecido su padre, quiso su madre que volviese á su casa, para que la hiciera compañía y cuidase de los negocios domésticos. Pero nuestro virtuoso jóven, que deseaba seguir los estudios, no quiso condescender á sus deseos, y para librarse de las súplicas é instancias con que le molestaba para que saliese del convento y se restituyese á su casa, con consejo de los padres conventuales se partió secretamente á la ciudad de Venecia en busca de un tio suyo llamado don Pedro Rosi, sacerdote de vida muy ejemplar, que era cura y rector del colegio de San Márcos, donde se educaban muchos jóvenes en todo género de virtudes y letras: llegado felizmente á Venecia, vió á dicho su tio, y arrodillado á sus piés le pidió su bendicion, diciéndole era su sobrino. El buen sacerdote con mucho regocijo le levantó y estrechó cariñosamente entre sus brazos, dando gracias á Dios de haberle traido á su casa un sobrino de tanto mérito: iba aun nuestro Lorenzo vestido de religioso; pero reflexionando el tio la nota que causaria en la ciudad el ver un muchacho de catorce años con estos hábitos, se los hizo dejar y le vistió del hábito clerical. Luego escribió Lorenzo á su madre una carta muy atenta y humilde, en la cual la daba cuenta de la resolucion que habia tomado, y la pedia perdon del disgusto que con ella la hubiese dado. En la casa de su tio tuvo nuestro beato un tenor de vida muy admirable: dormia poco, y esto sobre la tierra, y sin desnudarse jamás: traia á raiz de las carnes un áspero cilicio: todas las noches tomaba una sangrienta disciplina: ayunaba tres dias en la semana, en los cuales no tomaba mas que pan y agua, y en los demás dias solo añadia yerbas, frutas ó alguna ensalada: era sumamente humilde y obediente á sus maestros y á su tio, oyendo siempre de rodillas las amonestaciones y correcciones que este á veces le daba: era exactísimo en el silencio y de tan rara mansedumbre, que nadie le vió jamás enfadado ni colérico, y aun en las disputas escolásticas cedia fácilmente para evitar altercaciones. Sobre todo era aficionadísimo á la santa oracion, y oraba con tal recogimiento, que no se distraia ni se le iba su imaginacion á otros objetos, favoreciéndole tan particularmente Dios nuestro Señor en este divino ejercicio, que los familiares le hallaban en el oratorio algunas veces postrado en tierra, derramando tantas lágrimas, que corrian por el suelo; otras, enajenado de los sentidos, sudando copiosamente; y en algunas ocasiones le hallaban extático y tan fuera de los sentidos, que aunque le daban voces y le movian, nada oia ni sentia; pero á la menor insinuacion de su tio luego recobraba los sentidos, como si dispertara de un sueño apacible. En este seminario concluyó Lorenzo los estudios de filosofía, y su tio le aplicó á la facultad de los sagrados cánones, y con su vivo ingenio y mucha aplicacion hizo tales progresos en las letras, que era el asombro de todos. Sucedió en este tiempo que habiéndose embarcado para volverse del convento de los padres capuchinos á su colegio de San Márcos, se levantó de improviso tan furiosa tormenta, que todos los que iban en la embarcacion se daban por perdidos; pero nuestro Lorenzo quitándose un agnus que llevaba en el pecho, hizo con él una cruz en el agua, y con esto se sosegó al momento aquella tormenta. Tenia nuestro beato mucha aficion á los padres capuchinos: visitábales frecuentemente en su convento que llaman del Redentor, y con licencia del tio que gustaba mucho de verle tan inclinado á esta santa religion, se quedaba muchos dias en dicho convento; levantándose á maitines, asistiendo á las horas canónicas,

y viviendo en todo como si fuese un religioso. Se hallaba ya en la edad de diez y seis años, cuando sintiendo todos los dias mayores impulsos de entrar en esta sagrada religion, pidió el hábito á Fr. Lorenzo de Bérgamo, que era provincial, el cual se le concedió desde luego con mucho gusto, y él mismo quiso vestírsele en el convento de Verona, á donde le enviaron á pasar el año de noviciado. En este año dió tales ejemplos de obediencia, de humildad, de una observancia exactísima de todas las reglas y ceremonias de la religion y de todas las virtudes religiosas, que era la edificacion de todos los religiosos. Poco despues de haber tomado el hábito le asaltó un dolor de estómago tan fuerte, que ni de noche ni de dia le permitia un punto de descanso: como su fervor era tan grande sufria su mal sin descubrirle, y cumplia todas las obligaciones de novicio como si gozara de una salud muy robusta; pero por fin, la palidez del rostro publicó á los superiores su enfermedad, y le aplicaron desde luego varios remedios para su curacion; y habiendo entretanto cumplido el año del noviciado, se resolvió no darle la profesion (que él tanto deseaba) hasta ver si convalecia de su enfermedad, y si era á propósito para llevar el peso de la religion. Sintió mucho Lorenzo esta dilacion, pero quiso el Señor que mejorase muy en breve de sus males, de modo, que en el dia 24 de marzo de 1576, un mes despues que habia cumplido el año del noviciado, hizo su solemne profesion. Dentro de pocos dias le enviaron al convento que la religion tiene en la ciudad de Padua, para que entre los grandes hombres que en todo género de letras florecen en aquella ciudad, se cultivase el talento extraordinario que Dios habia concedido á nuestro beato. Concluidos allí los estudios, el general le envió patente de predicador, ordenándole que pasase á Venecia, para que en la iglesia de San Juan de nuevo empezase este ministerio apostólico, no siendo todavía nuestro Lorenzo sacerdote por falta de edad. En esta iglesia predicó dos cuaresmas sucesivas, haciendo maravillosas conversiones; porque como sus palabras salian de un pecho tan poseido del amor de Dios y del celo de la salvacion de las almas, enternecian y compungian hasta los pecadores mas endurecidos. Luego se esparció por toda la ciudad la fama del jóven predicador, y las gentes de todas clases acudian á porfía á oirle, porque le habia dotado el cielo de un talento muy particular para la predicacion; pues á una voz dulce, clara y sonora, unia un aspecto grave y agradable, y un atractivo maravilloso, con que cautivaba los corazones de todos. Su elocuencia era admirable, pero natural, sin ninguna afectacion; y su ciencia tan prodigiosa, que á mas de saber con mucha perfeccion las facultades de cánones y teología, sabia de memoria toda la Biblia, y hablaba con toda perfeccion las lenguas italiana, latina, francesa, española, alemana, griega, caldea, siríaca y hebrea. Conocia profundamente los errores de los herejes y judíos, y las cavilaciones y sofismas en que los apoyaban; y tenia una particular gracia de Dios para desatarlos con facilidad, claridad y solidez, con lo que hizo un increible fruto, no solo en los católicos, sino tambien en los herejes y judíos; muchísimos de los cuales, por la predicacion del beato y cooperando la gracia de Dios en sus corazones, detestaron sus errores y abrazaron nuestra santa fé. La predicacion de la divina palabra fué la principal ocupacion de nuestro beato, y el ministerio sagrado para el cual Dios nuestro Señor le habia elegido. Comenzó muy jóven la predicacion, y continuó constantemente este ministerio mientras le duró la vida. Predicó no solo en el estado de la república de Venecia, sino tambien en todos los demás estados y provincias de Italia: predicó en Baviera, en el Palatinado, en el arzobispado de Salisburg, en el Austria, Bohemia, Moravia, Sajonia y en el reino de Hungría, y siempre con maravilloso fruto de sus oyentes. En Mantua, Milan, Bolonia y otras ciudades de Italia, eran tan numerosos los concursos de las gentes que acudian á oirle, que no cabian en las iglesias mas capaces, y muchas veces le era preciso sacar el púlpito á las plazas y en el campo. Predicando en la ciudad de Pavía, fué tan grande la impresion que hizo con sus sermones en los estudiantes de aquella universidad, que fueron muchos los que dejaron el mundo y se hicieron religiosos; y no pocos los que tomaron el hábito de los padres capuchinos. Informado Clemente VIII de la profunda ciencia de nuestro beato, y de la gracia particular que Dios le habia concedido para convertir á los judíos, le mandó predicar tres años consecutivos en la sinagoga de Roma, y nuestro Lorenzo lo ejecutó siempre en lengua hebrea con tanta solidez y facundia, y al mismo tiempo con tanta mansedumbre y agrado (no diciéndoles jamás cosa alguna de que pudiesen ofenderse), que todos le oian con gusto, y muchos movidos de Dios conocieron la verdad de nuestra fé y la abrazaron; y los que no se convirtieron, le quedaron no obstante muy aficionados, y le respetaban como á hombre lleno de bondad, y de una erudicion y ciencia extraordinaria. Los superiores de la religion que no pudieron ignorar el mérito extraordinario de nuestro beato, le promovieron muy temprano á las primeras prelacías y oficios de la órden; era aun muy jóven cuando le hicieron guardian del convento grande de Venecia, y siendo de solos treinta y un años le hicieron provincial de la provincia de Toscana, y seguidamente de la de Venecia: despues fué dos veces elegido definidor general, y en el año 1602 fué elegido ministro general de toda la órden. Cuando de órden de Clemente VIII, y á peticion del emperador Rodulfo y del arzobispo de Praga, se enviaron capuchinos á Alemania, para fundar conventos de su órden en aquellas regiones, fué nombrado nuestro beato visitador y comisario general para efectuar dichas fundaciones. El emperador que estaba ya informado de la virtud de nuestro Lorenzo, se alegró mucho de este nombramiento: le dió varias audiencias en Praga, donde tenia su córte, y le concedió amplia licencia para fundar conventos en todos sus estados de Alemania: y el siervo de Dios, obtenida esta licencia, fundó varios conventos de su órden en Bohemia, Austria, Moravia, el Tirol y en otras provincias del imperio. En este tiempo pasó nuestro beato á la ciudad de Munich, llamado del duque de Baviera, donde libró á la duquesa su esposa de los espíritus malignos que miserablemente la poseian; y teniéndola todos por estéril, y estando por esta causa los católicos muy desconsolados, porque faltando la sucesion habian de pasar los estados de Baviera á un príncipe protestante, profetizó el siervo de Dios que la duquesa tendria sucesion, como se verificó despues con mucho júbilo de la Iglesia católica. El duque en vista de estos sucesos veneraba á nuestro Lorenzo como á un hombre venido del cielo; le ayudaba él mismo la misa, y oia sus palabras y consejos como si fuesen inspirados por el

mismo Dios. El siervo de Dios se valió de esta confianza del duque para empeñarle á defender la religion católica, y para hacer frente á los luteranos, que cada dia se hacian mas poderosos.

Cuando fué general visitó siempre á pié todas las provincias de su órden, no queriendo usar jamás de la dispensa que dan los sumos pontífices á los generales de los capuchinos, de que puedan hacer la visita de la religion á caballo en la mula de su caballeriza, que á este efecto les regalan; y aunque llegase á sus conventos muy cansado, acudia solícito al coro al primer toque de la campana; no faltaba jamás á los maitines de la media noche, dormia sobre las desnudas tablas, y tomaba el alimento con tal parsimonia, que apenas comia lo necesario para sustentar la vida. Aunque era tan duro y áspero el tratamiento que daba á su cuerpo, era muy suave, dulce y apacible con sus religiosos: los oia á todos con caridad, los consolaba en sus tribulaciones, los remediaba en sus necesidades, los dirigia en el camino del espíritu, y condescendia fácilmente á todo lo que le pedian mientras que no fuese contra la observancia de la regla: encargaba esta misma suavidad á todos los prelados de la órden; deseaba á imitacion de san Francisco, que todos los religiosos viviesen alegres y contentos; no le gustaba el nimio rigor; y desaprobaba altamente que se agravase el peso de las penalidades de la religion: Creedme, padres, decia; el nimio rigor hace con las virtudes, lo que los grandes hielos con las flores y frutas, que todo lo abrasa y mata. Pero la suavidad del beato Lorenzo no era una flojedad é indolencia, que permite los abusos y relajacion, por no tener espíritu para hacerles oposicion; sino un celo prudente y caritativo, que siendo firme é invariable en el logro del fin, que es la observancia exacta de la regla, era dulce y suave en la eleccion de los medios ordenados á su consecucion. Con la práctica de estas santas máximas se enfervorizó mucho toda la órden; hubo muchos religiosos de espíritu elevadísimo, tres de los cuales son ya canonizados solemnemente por la Iglesia.

Conociendo los sumos pontífices el ardiente celo y consumada prudencia de nuestro beato, confiaron á su discrecion los asuntos mas importantes y mas intrincados del gobierno: le nombraron varias veces su embajador y legado á las córtes de los príncipes de la Europa. Los mismos príncipes le honraron tambien en varias ocasiones con el carácter de su embajador, y el beato Lorenzo se vió obligado á asistir como tal en las córtes de los príncipes de Alemania y en las córtes ó dieta del imperio; y con su celo, extremada prudencia y grande crédito que tenia con los príncipes católicos, se enfrenó por entonces la herejía luterana, y revivió la religion católica que estaba poco ménos que extinguida en muchas de aquellas provincias septentrionales.

Movido el emperador Rodulfo de su devocion á los padres capuchinos, quiso que pasasen algunos de ellos al ejército que tenia en Hungría, para que predicasen á sus tropas y les administrasen los santos sacramentos: nombró por cabeza de esta mision al beato Lorenzo, y solicitó á este efecto de Paulo V el breve conveniente: en este breve, que se despachó á 28 de mayo de 1606, concedió su santidad muchas gracias y privilegios á nuestro Lorenzo, y á los religiosos que debian seguir el ejército. Era el general de estas tropas el archiduque Matías, hermano del emperador, el cual animado de las exhortaciones de Lorenzo y de las promesas que de parte de Dios le hacia conseguir una plena victoria de los enemigos, se determinó á atacarlos cerca de la ciudad de Alva Real, en un puesto muy ventajoso y guarnecido de artillería que ocupaban; pero los cristianos aunque muy inferiores en número, les acometieron con tanto ímpetu y felicidad, que con espada en mano asaltaron y ganaron sus trincheras, y consiguieron de los bárbaros una victoria completa, á la cual se siguió la conquista de Alva Real, que evacuaron los turcos inmediatamente que hubieron perdido la batalla. Esta victoria que dicen no costó sino treinta hombres á los cristianos, creyeron todos ser obtenida de Dios por las oraciones y merecimientos de Lorenzo; el cual durante el combate, montado á caballo y con una cruz en la mano, iba siguiendo las filas de los soldados animándoles á la pelea, y haciéndoles invocar el santísimo nombre de Jesus. Permaneció Lorenzo en el ejército hasta la conclusion de la paz, que se verificó en el año de 1606. Pero lo mas raro y estupendo en nuestro beato es, que tantas ocupaciones exteriores, el vivir en las córtes de los príncipes, y el tener que tratar tantos negocios políticos, jamás le hicieron olvidar un punto las obligaciones de religioso. En medio de tantas ocupaciones jamás interrumpió el predicar á los pueblos la palabra de Dios, y siempre con nuevo espíritu y fervor. Como su corazon se abrasaba en las llamas de la divina caridad, no sabia hablar ni pensar sino en Dios; las palabras, las flores, las aguas, los montes, los valles y todas las criaturas le servian para elevar su mente y corazon á Dios nuestro Señor. Este fuego de amor de Dios, que ardia en el altar de su corazon, le hacia despreciar todas las grandezas del mundo, y los aplausos y estimaciones de los hombres. Procuraba mantener este fuego del divino amor con el ejercicio de la santa oracion, en la cual empleaba todo el tiempo que le sobraba de sus indispensables obligaciones. Pero en donde el Señor avivaba mas esta llama en el pecho de nuestro beato, era al tiempo del santo sacrificio en la misa: son imponderables los favores y las gracias con que el Señor enriquecia á su siervo en este santo sacrificio; y por eso se detenia en él, singularmente en los últimos años de su vida, seis, ocho y algunas veces doce horas. Al principio que fué sacardote, no empleaba en la santa misa sino tres cuartos de hora; pero al paso que Dios le iba aumentando la devocion y el fervor, iba Lorenzo empleando mas tiempo en ella. Empezaba la misa ordinariamente despues de maitines; porque habia obtenido facultad de Clemente VIII y Paulo V, para empezar la misa á cualquiera hora despues de media noche: al principio la proseguia en una manera devota, pero regular, sin detenerse; pero así que entraba en la accion del sacrificio y se acercaba á la consagracion, se suspendia de tal modo su espíritu, por la abundancia de celestiales consuelos con que Dios le favorecia, que quedaba inmóvil, extático y como fuera de sí; algunas veces arrebatado en espíritu daba muchas palmadas en el altar, y gritando decia: ¡Oh Dios mio, dulzura de mi alma! ¡Oh amor mio, qué puro, qué santo y qué digno eres de ser amado! Otras veces sacaba de su corazon profundos suspiros; otras tan grandes gritos que se oian de muy léjos; su rostro estaba á veces todo encendido, dando muestras de alegría: otras pálido y macilento con que manifestaba su tristeza; y todos estos afectos paraban en una tan grande avenida de lá-

grimas, que bañaba seis ó siete pañuelos, que el ayudante tenia prevenidos para ponerles á su tiempo sobre el altar.

El conde de Vizconti, caballero milanés, que servia en el ejército del duque de Baviera con grado de coronel, ayudándole una noche la misa en Munich el año 1611, ántes de acompañarle á la mision que hizo en varias provincias de Alemania, le vió extático y fuera de sí, levantado de la tierra mas de un codo; el cual rapto le duró por espacio de hora y media, como él mismo lo refirió despues al serenísimo duque; otro milagro sucedia cada dia en la misa del siervo de Dios; porque padeciendo él de dolor de gota, y teniéndole esta enfermedad inmóvil, deseaba no obstante celebrar la santa misa, y se hacia á este fin llevar en brazos al altar: al empezar á revestirse mejoraba, y al empezar el santo sacrificio quedaba sano, continuando la misa sin dolor alguno; y concluida la misa, y quitados los ornamentos, quedaba como ántes imposibilitado y lleno de dolores.

Se acercaba el tiempo en que Dios queria premiar á su siervo lo mucho que habia trabajado por su gloria: se hallaba en el año 1618 en el reino de Nápoles, afligido entonces de las calamidades que son notorias; y para remediarlas resolvieron las personas mas principales enviar al beato Lorenzo, con el carácter de embajador del reino á Felipe III, para que con su habilidad y mucho crédito, consiguiese de aquel religioso corazon el alivio que su patria deseaba; á este fin solicitaron y consiguieron del cardenal protector de la religion una carta de órden, en la que mandaba al beato aceptar aquella embajada: el beato Lorenzo compelido de la obediencia, y para hacer aquel bien á su patria, aceptó aquel honor, y se embarcó para Lisboa, donde entonces Felipe III tenia su córte: llegó á esta ciudad á mediados de junio de 1619, y como los padres capuchinos no tenian en ella convento, se hospedó en el palacio del marqués de Villafranca su devoto: informado el rey de que habia llegado nuestro Lorenzo, mandó desde luego que le hiciesen venir á su presencia, lo recibió con singular agrado y benignidad; y en esta y otras audiencias le dió parte el beato Lorenzo de lo que ocurria en Nápoles, y aunque falleció ántes de concluir su embajada, Felipe III concedió á aquel reino todo lo que se le habia pedido por parte del siervo de Dios; el cual á pocos dias de haber llegado á Lisboa fué acometido de una disenteria que le rindió en la cama. En los cinco primeros dias de la enfermedad se levantó para celebrar la santa misa, pero en los demás dias hubo de contentarse con recibir la sagrada comunion, para la cual se preparaba siempre con el santo sacramento de la penitencia; y agravándosele mas su enfermedad, recibió al Señor por viático el dia de santa Magdalena, con aquella devocion, fervor y lágrimas que se deja discurrir: pidió despues la santa uncion, y echando á todos los presentes su bendicion, por obedecer á su confesor que se lo mandó, cerrando dulcemente sus ojos, entregó plácidamente su alma en manos de su Criador, á 22 de junio de 1619, en edad de sesenta años. Luego que se supo en la ciudad de Lisboa la muerte del beato, se excitó una disputa entre los padres conventuales y observantes, sobre en cual de las dos iglesias se debia depositar el sagrado cuerpo; pero el marqués de Villafranca, habiendo obtenido el beneplácito del rey, dispuso que escondidamente fuese llevado á Galicia á su marquesado de Villafranca, y se depositase en un decente sepulcro en la iglesia de las monjas de Santa Clara, donde vivia una hija suya.

Beatificó al siervo de Dios nuestro santo padre Pio VI, que gobierna felizmente la santa Iglesia, á cuyo efecto fueron aprobados los dos milagros siguientes:

El primero sucedió con Eugenia de Apuso, napolitana, la cual sangrándola un hábil cirujano, mientras estaba abriéndola la vena la rompió tambien una arteria, por no haberla podido sujetar el brazo con motivo de las convulsiones que padecia la enferma. Empezó desde luego á salir tanta sangre, que no solo se llenaron muchos vasos de ella, sino que corria ya por la cama y por el pavimento; procuró el cirujano por todos los medios que dicta su arte, restañar la sangre, pero inútilmente: en este conflicto, acordándose de que tenia un pedazo de uno de los pañuelos con que nuestro Lorenzo solia enjugar sus lágrimas cuando decia la santa misa, se le hizo traer y aplicar sobre la rotura de la arteria por el cirujano, y al momento se restañó la sangre, y se cerró la herida de tal modo, que ni una sola gota de sangre, ni la menor mancha se advirtió en el pedazo del pañuelo que se habia aplicado, ni quedó en la herida alguna señal de la cicatriz.

El segundo sucedió con Clara Corregra, milanesa; la cual teniendo un cáncer en el pecho, que los médicos juzgaban incurable, por haber abierto en él una llaga tan profunda, que llegaba casi al corazon; invocando al beato Lorenzo, y prometiendo ayunar tres sábados en honor suyo, quedó perfectamente curada.

* San Apolonio, obispo y confesor.—Muchos fueron los infieles que convirtió á la religion de Jesucristo este santo, y entre ellos á los santos Faustino y Jovita. Fué consagrado obispo de Brescia, desempeñando con gran celo su ministerio episcopal, bautizó innumerables gentes, y murió en paz en el siglo segundo de la Iglesia.

Los santos Claudio, Nicostrato, Castorio, Vitorino y Sinforiano, mártires.—El primero era alcaide de una cárcel, y el segundo protonotario. Vivian todos en Roma y fueron convertidos á la religion cristiana por el mártir san Sebastian, bautizándoles luego san Policarpo, presbítero. Ocupábanse en recoger y juntar los cuerpos de los santos mártires, cuando los mandó prender el juez Fabiano, y habiéndoles procurado persuadir por espacio de diez dias, unas veces con caricias y otras con amenazas, á que volviesen á adorar á los ídolos, y no pudiendo apartarlos de su propósito en la fé de Jesucristo, mandó atormentarlos tres veces y arrojarlos al mar.

Los santos Peregrino, Luciano, Pompeyo, Esiquio, Papio, Saturnino y German, mártires.—Habian nacido y vivian en Italia, pero habiéndose encendido la persecucion contra los fieles en tiempo del emperador Trajano, para no ser víctimas de ella se refugiaron á Dura de Macedonia. Viendo un dia en esta ciudad, pendiente de una cruz por la fé católica á san Astio, obispo, confesaron públicamente que eran cristianos, y por órden del gobernador de aquella provincia fueron presos, y con piedras al cuello fueron arrojados al mar, consiguiendo así la corona del martirio.

San Benedicto xi, papa y confesor.—Antes de subir á la cátedra de san Pedro se llamaba Nicolás Bocasini, y era hijo de un pastor, ó segun algunos de un escribano de Treviso. Nació en 1240, y despues de haber hecho los pri-

meros estudios en su patria, fué á concluirlos y perfeccionarlos en Venecia, donde siendo aun muy jóven tomó el hábito en la religion de padres predicadores. Su amor á la virtud era igual á su ardor por adelantar en las ciencias. A los catorce años de su entrada en los dominicos, fué enviado en calidad de profesor y de predicador á Bolonia y luego á Venecia, á fin de que comunicase á los demás los tesoros de sabiduría y de virtud que habia reunido en el silencio del retiro, dándose entonces á conocer por sus elocuentes sermones y por unos comentarios que compuso sobre la santa Escritura. En 1296 fué elegido general de su órden; el año siguiente lo mandó la santa sede á Francia en calidad de nuncio; en 1301 fué legado *á latere* en Hungría, y en 23 de octubre del año 1303 fué elegido soberano pontífice por el colegio de los cardenales. Aceptando con suma repugnancia este elevado cargo, nada cambió el santo en su género de vida. Su humildad era tan grande, que habiéndosele presentado una vez su misma madre vestida con algunos adornos, no quiso conocerla hasta que apareció con su modesto y acostumbrado traje. Infatigable por promover la paz de la Iglesia y por la reforma de la disciplina, dió varios reglamentos útiles y se distinguió por su prudencia y moderacion. Anuló la bula de su predecesor contra Felipe el Hermoso, restableció á los Colonnas en sus derechos, y reconcilió á muchos príncipes cristianos con la santa sede. Benedicto XI murió envenenado, víctima de su amor á la paz, en Perusa, el dia 6 de julio del año 1304, á la edad de sesenta y tres años, no habiendo ocupado la cátedra pontificia mas que ocho meses y algunos dias, pontificado corto pero brillante en grandes hechos é insignes virtudes.

San Panteno, confesor.—Este santo llamado la *abeja de Sicilia*, á causa de su extraordinaria elocuencia, floreció durante el siglo II de la Iglesia. Nació en Sicilia, y pertenecia á la secta de los estoicos, cuando habiendo trabado relaciones y amistad con algunos cristianos, y enamorado de las virtudes que practicaban, abandonó las supersticiones del paganismo, y abrió sus ojos á la fé. Despues de su conversion, dedicóse al estudio de los libros santos bajo la direccion de los discípulos de los apóstoles en la famosa escuela de Alejandría, á cuyo frente fué colocado el año de 179, dirigiéndola por espacio de muchos años con la mas asombrosa reputacion. Panteno fué el primer maestro cristiano de su siglo, y tal vez pocos le hayan excedido en los posteriores. Su capacidad y excelente método que seguia en sus instrucciones, atraian á su escuela á todos los extranjeros, de los cuales muchos abrazaban el Evangelio, y se volvian de Alejandría, pregonando la admirable ciencia del maestro. Los cristianos de la India le enviaron un mensaje para que fuése á su pais á combatir contra los bramas en favor de la religion verdadera, y Panteno, que no deseaba otra cosa en este mundo que la gloria de Dios y el aumento de su grey santa, dejó su escuela y marchó á aquellas apartadas regiones. Bien pronto se hizo conocer la eficacia de su celo, pues todas las naciones orientales que él recorrió, brillaron desde luego con los fulgores de la fé y lo reconocieron por su apóstol. Al volver despues de algunos años á Alejandría, trajo consigo un Evangelio de san Mateo en hebreo, que habia encontrado en la India donde lo habia dejado san Bartolomé. Todavía continuó enseñando hasta que, siendo ya de muy avanzada edad, murió santamente en Alejandría, por los años 215, dejando una reputacion de sabiduría y de virtud de que pocos han gozado en mas alto grado.

San Vilebaldo, obispo y confesor.—Fué hijo del rey san Ricardo y nació en el pais que habitaban los sajones orientales, por los años 704. A la edad de tres años, habiendo caido gravemente enfermo, sus padres prometieron consagrarlo á Dios si curaba, y su súplica fué oida. San Ricardo ya no miró á su hijo mas que como un depósito que el cielo le confiara, y cuando apenas tenia siete años lo envió á un monasterio en el cual vivió el tierno niño como un ángel en la tierra. El año 721 salió de este monasterio para ir á Roma en compañía de su padre y hermano, pero el padre murió por el camino, y habiendo los dos hermanos llegado á la capital del mundo cristiano, tomaron el hábito y salieron de él para ir á visitar los lugares santos de Jerusalen. Vilebaldo cayó en poder de los sarracenos que lo tuvieron prisionero por mucho tiempo y al cabo de siete años de haber salido de su patria volvió al Occidente y fijó su residencia en el monasterio del Monte Casino. En los diez años que estuvo en él, cooperó muy extraordinariamente á hacer revivir entre aquellos monges el espíritu de su santo fundador y despues marchó con san Bonifacio á las misiones de Alemania, donde fué ordenado sacerdote y despues consagrado obispo de Aichstadt en la Franconia. En su nueva dignidad, redobló el santo su actividad y su celo, que vió coronado con los mas brillantes resultados, pues fueron innumerables las conversiones que obró y los hombres á quienes administró el bautismo. Tenia un don particular para consolar á los infelices en sus desgracias, á los cuales consideraba siempre como los mas acreedores á su caridad. Era un verdadero pastor, todo para todas sus ovejas y siempre dispuesto á su favor. San Vilebaldo murió con una muerte feliz en Aichstad, el dia 7 de julio á la edad de ochenta y siete años, en el de 791, siendo despues solemnemente canonizado, en 938, por el papa Leon VII.

San Eddas, obispo y confesor.—Era anglo-sajon y se formó en la práctica de las virtudes cristianas bajo la direccion de los monges del monasterio de san Hildas. Su delicia era la soledad y la oracion; pero el Señor le tenia destinado para cosas mas altas, y en 676 fué elegido obispo de los sajones occidentales, cuya silla episcopal residia entonces en Dorchester, despues en Oxford y luego en Winchester. Eddas se aplicó con todas sus fuerzas á mejorar las costumbres públicas de su pais, y á él se deben las bellas leyes que en 693 publicó el rey Ina, que se guiaba por los consejos del santo obispo. San Eddas gobernó su Iglesia con gran santidad, por espacio de treinta años, y murió felizmente el 7 de julio del 705. Beda dice que en la tumba de este santo obró el Señor muchos milagros.

Santa Edilburga, viagen.—Nació en Inglaterra y fué hija del rey Anna. La educacion que recibió, correspondiendo á la nobleza de su clase, le inspiró grande amor á la perfeccion cristiana, dejó la córte y su patria y salió para Francia. Aquí se consagró á Dios en el monasterio de Faremontier, situado en los bosques de Brie. Muerta santa Fara, que habia sido la fundadora de aquella casa religiosa, fué nombrada abadesa Edilburga, y habiendo gobernado con gran santidad, murió tambien santamente durante el siglo VIII. Su cuerpo se conservó por muchos siglos incorrupto, y obró el Señor por su intercesion muchos portentos.

SAN ILDIO, OBISPO.—Floreció durante los primeros siglos del cristianismo, y elegido por el clero y el pueblo obispo de Auvergne, gobernó santamente su Iglesia en santidad. Su mas ardiente deseo era alcanzar la palma del martirio; pero á pesar de su celo é intrepidez en impugnar á los enemigos de la religion cristiana, tuvo que contentarse con sufrir varias persecuciones por Jesucristo, y murió en paz, llorado de todas sus ovejas que lo querian como á su padre.

SAN PEDRO FORERIO, CONFESOR.—Fué francés de nacion é hijo de padres piadosos. Su amor al retiro y su horror al pecado, le hicieron retirarse en el sagrado del claustro, en donde anduvo á pasos agigantados por los caminos de la perfeccion. En los canónigos regulares del santísimo Salvador, cuyo instituto habia abrazado, fué modelo de todas las virtudes y resplandeció en el don de milagros ántes y despues de su muerte. Su vida fué una continuada serie de privaciones y penitencias, y murió santamente en Gray de Borgoña, donde fué enterrado y se veneran todavía sus preciosas reliquias.

SAN CONSUL, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Nusia, ciudad de la Germania inferior. Habiendo pasado á Italia durante el siglo V, fué tan grande la admiracion y respeto que se atrajo por sus virtudes y su sabiduría, que cuando vacó la silla episcopal de Como, fué elegido y consagrado obispo. No dejó nunca de alimentar á sus ovejas con el pan de la divina palabra y de dirigirlas por todos los medios á la vida eterna. Cuando los bárbaros invadieron la Italia, Consul fué mediador entre vencedores y vencidos, y libró á su grey de muchas calamidades. Por fin, cargado de años y de merecimientos, fué llamado á la patria celestial y murió en Como el dia 7 de julio del año 495, despues de un largo pontificado.

DIA 8.

SANTA ISABEL, REINA DE PORTUGAL.—La santa y esclarecida reina de Portugal doña Isabel, fué espejo de reinas y un dechado y vivo retrato de princesas casadas; porque supo juntar con la grandeza y majestad de su estado, la pequeñez y humildad de Cristo, y mereció por sus raras virtudes ser tenida y reverenciada como santa, y así conviene que escribamos su vida, para que las grandes señoras se ajusten con ella é imiten los ejemplos de sus admirables virtudes y las mujeres de mas baja condicion se corran, considerando que no hacen ellas, lo que hizo santa Isabel, siendo reina; cuya vida, sacada de un libro antiguo, auténtico, y de la crónica de la órden del bienaventurado padre san Francisco, es de esta manera.

Fué santa Isabel hija de don Pedro, tercero de este nombre, noveno rey de Aragon y de la reina doña Constancia, su mujer, hija de Manfredo, rey de Sicilia, que fué hijo del emperador Federico, segundo de este nombre. Nació esta santa reina el año de 1271, reinando en Aragon don Jaime, llamado el Conquistador abuelo suyo, el cual la crió con particular amor, hasta que falleció, dejándola de cinco años, y el reino á don Pedro su hijo, padre de la santa. Desde niña comenzó luego á resplandecer, en virtud, devocion y amable condicion; y de ocho años rezaba ya el oficio divino, sin dejarlo hasta que murió. Era muy compasiva, amiga de ayunar, de hacer limosna y de remediar á los pobres en todo lo que podia. Era honestísima y de una pureza angelical y menospreciadora de todas las cosas caducas y transitorias. Siendo de edad de once años la pidió á su padre por mujer don Dionisio, rey de Portugal: y él aunque sintió mucho apartar de su reino cosa que tanto amaba; acordó de dársela y se celebraron las bodas. De este matrimonio nació don Alonso, que sucedió á su padre don Dionisio en el reino de Portugal y doña Constancia que fué reina de Castilla. No se desvaneció santa Isabel, por verse sentada en el trono real, acatada y servida de los grandes, señores y caballeros de todo su reino, ántes reconociendo aquella grandeza del rey soberano, y sabiendo la cuenta que le habia de dar de ella, se humillaba mas y acrecentaba la oracion y los ejercicios de devocion, que en casa de sus padres habia acostumbrado. Tenia sus horas repartidas para oir misa, rezar sus horas y las otras devociones. No gastaba el tiempo en recreaciones vanas y entretenimientos supérfluos, sino (cuando alguno le sobraba) en labrar y hacer labrar á sus damas cosas que sirviesen para el altar. Era muy templada en el comer, modesta en el vestir, benigna en el conversar, y en gran manera dada al culto divino. Luego por la mañana rezaba maitines y oia misa cantada en su capilla, que tenia muy adornada de ricos y preciosos ornamentos, y mucho mas de honestos y virtuosos capellanes y excelentes cantores, y cada dia iba á ofrecer en la misa al tiempo que cantaban la ofrenda y puesta de rodillas besaba la mano al sacerdote y recibia su bendicion con increible voluntad y devocion. Acabada la misa, rezaba las horas canónicas y las de nuestra Señora, y el oficio de los finados. A la tarde oia vísperas todos los dias, y rezaba otras devociones y tenia sus horas señaladas, en que se retraia en su oratorio, para leer algunos libros espirituales, y darse á la contemplacion y oracion mental, en la cual era muy regalada del Señor, y ella se enternecia con él, y derramaba muchas lágrimas, pidiéndole perdon por sus culpas y por las del rey su marido y de su reino. Ayunaba siempre la cuaresma de nuestra Señora, cuarenta dias ántes de la fiesta de su gloriosa asuncion y luego el dia despues de esta festividad comenzaba á ayunar la cuaresma de los ángeles. Ayunaba asimismo el adviento y ordinariamente tres dias en la semana y muchas vigilias de santos por su devocion: los viernes, sábados, las vigilias de nuestra Señora y de los apóstoles, á pan y agua, y ayunara mas si el rey no le fuera á la mano. Visitaba muchas veces á pié las iglesias y monasterios de los religiosos y religiosas de santa vida. Confesábase muy á menudo, y recibia el santísimo Sacramento del altar con singular reverencia, lágrimas y devocion. Finalmente en todo lo que tocaba al gobierno de su persona y á la aspereza de su vida y al amor y trato familiar con Dios, mas parecia santa Isabel una religiosa perfecta, que reina poderosa. Pero no era menor la caridad que la santa reina tenia con los pobres y el celo del bien de sus vasallos. Tenia mandado á su limosnero que á ningun pobre negase limosna. Proveia cada año á todos los monasterios de los menores y de los predicadores y á los de las monjas de todo el reino de Portugal, de la cantidad de trigo que habian menester y á otros muchos fuera del reino hacia grandes limosnas. A los pobres peregrinos y caminantes extranjeros mandaba dar posada y de vestir, cuando tenian necesidad; y eran muchos los que ve-

nian á Portugal, movidos de la fama de su liberalidad. A las personas nobles y necesitadas acudia con mayor cuidado y vigilancia, juzgando que por ser personas de virtud y vergüenza, era mejor empleada la limosna. Socorria secretamente á las doncellas pobres y huérfanas, y ponia á muchas en estado, porque no corriese peligro su castidad. Visitaba las personas enfermas y curábalas con sus propias manos sin asco ni pesadumbre, y el jueves santo lavaba ella misma los piés á algunas mujeres pobres y enfermas de enfermedades enojosas y con grande devocion se los besaba y mandábales dar de vestir y calzar; y en el mismo dia dába de vestir á un clérigo pobre, y á un leproso por amor del Señor. El viernes santo se vestia de paño grosero y asistia á los oficios divinos con extremada humildad y copiosas lágrimas, acordándose de las que el Señor habia derramado aquel dia por el género humano en la cruz. Todo lo que hacia por el Señor, le parecia poco, sabiendo que es digno de infinito amor y servicio. No se hacia iglesia, hospital, puente ú otra cosa en beneficio público, que ella no extendiese la mano y la ayudase y favoreciese. Acabó un monasterio de monjas de san Bernardo que se llamaba Almoster, que habia comenzado una devota y rica dueña, y acrecentóle de renta. En Santaren puso en perfeccion el hospital de los Inocentes, en que se criasen los desamparados y curasen los pobres enfermos, y dotóle de muchas posesiones. En Coimbra, junto á sus palacios reales, edificó un hospital, en que mantenia quince hombres y quince mujeres. En la villa de Torresnovas hizo un recogimiento para las mujeres que llamamos arrepentidas, para que tuviesen donde ampararse y sustentarse. Finalmente ella no era suya, sino de los pobres y menesterosos y de todas las personas afligidas y necesitadas de su reino.

Pero en lo que mas se esmeró la santa reina, fué en el amor, obediencia y respeto que tuvo al rey don Dionisio su marido y en la paciencia, sufrimiento y mansedumbre, con que llevó los grandes agravios que le hizo; porque aunque el rey fué príncipe valeroso y de grandes partes, liberal, amigo de justicia y de verdad y de los pobres labradores; pero fué en su mocedad liviano, derramado en torpes amores, y tuvo muchos hijos bastardos, en gran deshonor suyo y agravio de la reina, la cual procuró con todas sus fuerzas reducir al rey su señor, pesándole mas de las ofensas que cometia contra Dios que de las suyas propias, y mas del escándalo público del rey, que de la mala vida que le daba. Érale muy obediente, dábale gusto en todo lo que podia, hacia y mandaba hacer muchas oraciones por él. Mandaba traer ante sí los hijos bastardos del rey su marido y dábalos á criar, proveíalos de lo necesario y repartia muchos donesá las amas y ayos que los criaban, con estraña suavidad y quietud de su alma, cosa poco usada en el mundo. Y de tal manera rindió el corazon del rey, que conociendo la bondad de la santa reina, salió (mediante la gracia del Señor) de aquel mal estado y abismo de torpezas, en que andaba sumido, y acrecentó el amor que tenia á la reina, y le guardó la fidelidad, que á su mujer y mujer tan santa le debia.

No fué poca parte, para que el rey hiciese esto, un caso grave y mucho para notar, que le sucedió; porque en el tiempo que el rey andaba envuelto en sus liviandades y con poco gusto con la reina, un criado suyo lisonjero y envidioso del favor que otro tenia con ella, le dió á entender que la reina tenia aficion á un paje suyo, de quien se servia para dar las limosnas, por ser mozo virtuoso, honesto y de gran confianza. Creyóle el rey, porque su ánimo estaba mal dispuesto y no entendió el mal intento del criado y determinó hacer matar aquel paje, para lo cual mandó á un calero que cuando en tal dia y en tal hora le enviase un paje á su calera á preguntar, si habia hecho lo que le habia mandado, luego lo arrojase en medio del fuego de la calera, porque así convenia á su servicio. El dia pues y hora, que estaba ordenado, envió el rey con el recado al paje de la reina á la calera. Tenia él por devocion entrar en la iglesia, cuando oia la campanilla de levantar la hostia y estar allí, hasta que se acababa la misa. Yendo pues, su camino para la calera, y pasando por la puerta de una iglesia, en aquel punto hacian señal para alzar el santísimo Sacramento en una misa que se decia. Entró el mancebo en la iglesia á adorar al Señor, y estuvo de rodillas, hasta que se acabó aquella misa y otras dos, que una tras otra se dijeron. En este intervalo de tiempo, deseando saber el rey, si era ya muerto aquel paje, envió al otro criado suyo que era el malsin y atizador de aquel fuego, á preguntar al calero, si estaba ya hecho lo que le habia mandado el rey; mas el calero, creyendo que aquel era el hombre que el rey le habia dicho, le tomó en brazos y le arrojó en la calera y allí luego quedó abrasado y consumido. De esta manera aquel soberano juez volvió por la causa del inocente, y dió al malo su merecido, ordenando que cayese sobre su cabeza la pena que él andaba tramando para el otro, como ordinariamente suele acontecer, y á mas de esto quiso que entendiésemos por este ejemplo, de cuán grande provecho es para el alma y para el cuerpo el oir misa. Llegó despues el criado de la reina á la calera y dió el recado que llevaba, y respondieron que ya se habia hecho lo que el rey habia mandado, y con esta respuesta tornó al rey, el cual quedó como fuera de sí, viendo el efecto contrario á lo que él habia mandado. Pero informándose del caso, como habia pasado, se desengañó y conoció la inocencia del un criado, la culpa del otro y la santidad de la reina, y lo que la habia de estimar y amar.

Otra cosa hubo muy pesada, en que la santa reina tuvo ocasion de mostrar su paciencia y sufrimiento, y fué que el príncipe don Alonso, su hijo, tuvo grandes contiendas y debates con el rey su padre, siendo ya viejo y creció tanto el desabrimiento entre los dos, que algunas veces estuvieron con ejércitos armados para darse batalla; porque el reino estaba partido y unos seguian al rey, y otros al príncipe y de ambas partes habia lisonjeros y malsines que echaban aceite en el fuego y le atizaban, para que diese mayores llamas. Y aunque la santa reina lloraba y ayunaba y se disciplinaba mucho, y con sus limosnas y buenas obras procuraba aplacar á Dios nuestro Señor, y le suplicaba que pusiese su mano entre padre é hijo, y ella ya con buenos consejos y amonestaciones persuadia al hijo, que obedeciese á su padre, ya con ruegos y lágrimas pedia al padre, que perdonase al hijo y le admitiese en su gracia, no faltaron algunos malos hombres y terceros, que la quisieron revolver con el rey (que de estos nunca en las córtes de los grandes príncipes deja de haber gran copia) y darle á entender que con las alas y ayuda secreta de la reina el príncipe se alentaba y tenia

fuerzas contra su padre. Y el rey como estaba tan sentido y disputado con su hijo, creyó fácilmente las mentiras que en esta sazon le dijeron y arrebatamente, y con enojo y furor echó á la reina de Santaren, donde él estaba; y ella con gran paz de su alma y maravillosa mansedumbre, se fué á la villa de Alenquer. Allí se recogió y acrecentó sus asperezas, oraciones y limosnas, suplicando á nuestro Señor por la paz y tranquilidad de su reino. Y puesto caso que algunos grandes señores, celosos de su servicio, la quisieron alentar y animar, para que por fuerza de armas procurase ser restituida á su debido lugar y estado, ofreciéndole sus ayudas y servicios, nunca la santa reina dió oidos á semejantes ofertas y consejos, ántes agradeciéndoles su buen celo, les rogó que no tratasen de ello y no diesen nuevas ocasiones al rey su señor, de disgustos, sino que todo lo remitiesen á la providencia de Dios nuestro Señor, el cual como padre piadoso lo remediaria, y volveria por su inocencia, como lo hizo, porque el rey, entendiendo lo que pasaba, admirado de la maravillosa bondad, humildad y paciencia de la santa reina, la tornó á su compañía, y la amó y reverenció mas.

Para todos estos encuentros tan rigurosos se armaba la santa reina con la oracion y con la consideracion de que Dios era su padre, y que ninguna cosa le podia venir á ella, que no pasase por su mano, y que viniéndole de tal mano no tenia que temer, ni espantarse de los vanos juicios y palabras desatinadas y agravios temerosos del mundo. A mas de esto era de condicion mansa y pacífica, y muy amiga de poner paz y union entre los desunidos y discordes, y dióle nuestro Señor para esto singular gracia, como lo mostró en pacificar á sus vasallos entre sí, y con su rey y señor, y aun al mismo rey, su marido, con el príncipe don Alonso, su hijo (como habemos dicho), y al rey de Castilla don Fernando el IV su yerno, con don Alonso de la Cerda, su primo hermano, y tambien con el rey don Jaime el II de Aragon, hermano de la reina, y para esto ella y el rey su marido fuéron á Castilla y Aragon, y se concluyeron entre los dos reyes las paces tan deseadas por medio de la santa reina, la cual, aunque en toda la vida habia mostrado el amor grande que tenia al rey su marido, pero mucho mas lo mostró al tiempo que el rey murió, que fué en la villa de Santaren, á 7 de enero del año de 1325; porque fué extraña la ansia y cuidado con que la santa reina procuró servirle en la postrera enfermedad y que el rey muriese con dolor y arrepentimiento de sus pecados; y las misas, oraciones y limosnas que ofreció al Señor, para que le llevase en buen estado, como de su divina clemencia se puede esperar que le llevó. En la hora que el rey falleció, se recogió la santa reina á un aposento y se cortó los cabellos y se vistió del hábito de santa Clara, y luego volvió adonde estaba el cuerpo del rey, y despues le acompañó hasta Oliveras, monasterio de monjas de san Bernardo, en que el rey se habia mandado enterrar. Allí estuvo algunos meses, mandando hacer muchas limosnas y sufragios por el alma del rey, como su fiel testamentaria. Despues partió á pié, y sin ser conocida (á lo que se escribe), en romería para Santiago, y estuvo en su casa al propio dia del santo apóstol, y le hizo una ofrenda riquísima de muchas piezas de oro, plata, piedras preciosas y ornamentos de sedas y brocados, sin otras grandes limosnas. De allí volvió á Oliveras, para hacer el cabo de año de su marido, como lo hizo con gran solemnidad y aparato, acompañada del rey don Alonso, su hijo, y de otros muchos y grandes señores del reino. Habiendo cumplido con esta obligacion, se vino de asiento á Coimbra, donde en vida del rey, su marido, habia comenzado un suntuoso monasterio de Santa Clara: el cual acabó y dotó de muchas rentas y posesiones, deshaciéndose de todo lo rico y precioso que tenia, y empleándolo en remedio de los pobres. Y queriéndose encerrar en aquel monasterio para vivir y morir en él debajo de la regla de santa Clara (cuyo hábito con este intento se habia vestido), lo dejó de hacer; porque personas religiosas y siervos de Dios le dijeron que si entraba en el monasterio, innumerable gente honrada y pobre que vivia debajo de su sombra y amparo quedaria desamparada y no tendria qué comer: y así posponiendo su gusto y devocion al remedio y provecho de sus prójimos, quedó con el hábito de penitencia de la tercera órden del padre san Francisco, y edificó para su morada unas casas junto al monasterio de Santa Clara, donde se recogió, y entrando cuando queria en el monasterio, y tratando con las monjas (que eran noventa, y muchas de ellas de ilustre sangre) familiar y santamente, y sirviéndolas algunas veces en el refectorio con rara humildad, acompañada de la reina doña Beatriz, su nuera. Hallábase tambien con las monjas en los oficios divinos, y ella los rezaba aparte con cinco religiosas ancianas de gran perfeccion, y oia todos los dias dos misas cantadas, la primera de difuntos por el rey, su marido, y la segunda de la fiesta que se celebraba aquel dia. Despues de comer se ocupaba en despachar peticiones, oir á los pobres, repartir limosnas, y en visitar un hospital que mandó edificar junto á su casa, con nombre de Santa Isabel de Hungría, y en él mantenia treinta pobres (como dijimos); y habiendo cumplido con estos santos ejercicios, volvia al de la oracion y contemplacion en que la santa mas que en otro ninguno se regalaba.

Pero estando la santa reina en su recogimiento, supo que el rey don Alonso de Portugal, su hijo, estaba muy encontrado con el rey de Castilla, tambien don Alonso, su nieto, y que se iba emprendiendo un fuego entre los dos, que si no se atajaba, pudiera abrasar los dos reinos de Castilla y Portugal. Afligióse sobremanera la santa reina, y lloró muchas lágrimas, y suplicó intensamente á nuestro Señor, que ántes se la llevase de esta vida, que ella viese tan grandes males. Y como era tan amiga de Dios y de la paz y concordia, determinó dejar su quietud y sosiego, y partirse luego para Estremoz donde estaba el rey su hijo, para aplacarle y concordarle con el rey de Castilla; y dado que sus criados le suplicaban, que no se pusiese en el camino hasta que pasasen los excesivos calores del verano, que entonces hacian, respondió que en ninguna cosa podia gastar mejor su salud y acabar su vida que en estorbar los grandes males que se temian, si su hijo y nieto viniesen á rompimiento de guerra: y así se partió luego para Estremoz, donde en llegando, le dió una recia calentura, y entendió la santa reina que el Señor la queria llevar para sí y dar descanso á sus largos y gloriosos trabajos. Confesóse muchas veces, y recibió el santo sacramento de la Eucaristía por viático, postrada delante del altar, é hizo testamento. Fué visitada en la hora de su muerte de la Reina de los ángeles nuestra Señora, de quien en vida habia sido devotísima: y viendo que llegaba la hora,

se encomendó afectuosamente con muchas lágrimas y sollozos á la misma Vírgen, diciendo aquellas palabras:

Maria, Mater gratiæ,
Mater misericordiæ,
Tu nos ab hoste protege,
Et hora mortis suscipe.

María, Madre de gracia y Madre de misericordia, defiéndenos tú del maligno enemigo, y recíbenos en la hora de nuestra muerte. Diciendo esto y otras oraciones devotísimas, estando el rey don Alonso su hijo, con la reina su mujer presentes, dió su alma al Señor á los 4 de julio del año de 1336, siendo de edad de sesenta y cinco años. Hizo nuestro Señor muchos milagros por la santa reina en vida y en muerte. En vida sanó á una religiosa que se llamaba doña Margarita, con la señal de la cruz, de una trabajosa enfermedad de estómago. A otra mujer pobre que tenia un pié casi podrido, lavándole los piés el jueves santo (como solia), y enjugándolos y besando muchas veces el lugar de la podre y corrupcion, lo sanó perfectamente. Lo mismo hizo con otro leproso y con otra mujer que padecia gota coral, y otra doncella ciega de su nacimiento, que todos cobraron salud. Una vez llevaba la santa reina cierta cantidad de dineros atada á su ropa para dar á los pobres: encontróle el rey su marido y preguntóle qué llevaba; y ella respondió que rosas, y mirándolas el rey, halló que verdaderamente eran rosas, no siendo tiempo de ellas; y así en algunos lugares pintan á la santa reina con este milagro. Otra vez estando doliente del estómago, le ordenaron los médicos que bebiese un poco de vino, y no queriendo ella hacerlo, le trajeron para beber agua; la cual milagrosamente se convirtió en excelente vino. Despues de muerta, llevando su cuerpo á enterrar desde Estremoz al monasterio de Santa Clara de Coimbra, en la fuerza del calor del mes de julio, no solo no se sintió en el camino mal olor, sino una suavísima fragancia que salia de su cuerpo, lo cual fué tenido por milagro; porque el camino fué de siete dias, y duró aquella fragancia hasta que en su monasterio y sepultura le enterraron, nó sin muchas lágrimas y gemidos, así de las monjas que ella habia criado como hijas, como de todos los pobres que la tenian por madre y vivian por su mano. El mismo dia que la sepultaron, una religiosa de dicho monasterio, tocando la caja donde iba el cuerpo, sanó luego de una enfermedad, que á manera de cáncer le consumia los labios. Otros tambien, por intercesion de la santa reina recibieron grandes mercedes del Señor, y fueron libres de los demonios que los atormentaban y de las enfermedades corporales que los afligian, como se puede ver en los autores que mas copiosamente escribieron la vida de esta esclarecida reina. De la cual el papa Leon X, á suplicacion del rey de Portugal don Manuel, informado de la santidad de la vida y milagros de la santa reina, concedió que cada año se rezase y celebrase su fiesta en el obispado de Coimbra, el dia en que fué sepultado su santo cuerpo, que fué á los 13 de julio, nueve dias despues de su muerte: y el papa Paulo IV, á contemplacion del rey de Portugal don Juan, III de este nombre, extendió esta concesion, y dió licencia para que en todos los reinos y señoríos de Portugal, se celebrase fiesta y solemnidad de esta santa reina. Despues de esta concesion ha hecho nuestro Señor nuevos y mayores milagros por sus merecimientos, y muchos enfermos, ungiéndose con solo el aceite de la lámpara que ardia sobre su sepulcro, recibieron entera salud para gloria de nuestro Señor Jesucristo, honra de la misma santa, ornamento del reino de Portugal, y edificacion de toda la Iglesia católica. Y últimamente el papa Urbano VIII la canonizó solemnemente.

SAN PROCOPIO, MÁRTIR.—Habiendo el emperador Diocleciano castigado severamente á la ciudad de Alejandría por su desobediencia, se fué á Antioquía, y allí sentado en su tribunal por honrar á los dioses (que él tenia por conservadores y amplificadores de su imperio) hizo nuevos y atroces delitos contra los cristianos, con deseo de desarraigarlos, si pudiera, de la tierra. Estando ocupado en esta impiedad, llegó á él una señora, por nombre Teodosia, mujer principal y de casta de los senadores, que habia sido casada con un caballero cristiano ya difunto, y tenido de él un hijo que se llamaba Neanias, y era mozo de gentil disposicion, grandes fuerzas y muy agraciado. Llevóle consigo al emperador, y suplicóle que le diese algun cargo digno de su persona, y ofrecióle gran cantidad de moneda. Aceptó el emperador el dinero con alegría, y sabiendo la calidad de Teodosia y de su hijo, y que eran muy dados al culto de sus dioses, hizo gobernador de Alejandría á Neanias, y mandóle que no dejase cristiano á vida: y para que mas fácilmente lo pudiese hacer, le dió buen número de soldados. Con esta provision salió Neanias de Antioquía para su gobierno, y una noche en un camino le sobrevino un temblor de tierra espantoso, con muchos truenos y relámpagos, y los que iban en su compañía despavoridos huyeron, y medio muertos cayeron en tierra: solo Neanias, esforzado con la virtud del cielo, paró y oyó una voz sonora que le dijo: Neanias, ¿dónde y contra quién vas tan arrebatado? Y como él respondiese que iba por mandado del emperador á dar cabo de los cristianos y de su falsa religion, oyó una voz que le dijo: ¿Y tú, ó Neanias, tambien vienes contra mí? Y preguntándole el santo: ¿Quién sois vos? vió súbitamente una cruz muy mas clara que el cristal resplandeciente, y oyó una voz que salia de ella y decia: Yo soy Jesus crucificado, Hijo de Dios. Quedó Neanias asombrado; pero nó de manera, que no tornase á preguntar y á decir; ¿Cómo es posible, Señor, que vos seais Hijo de Dios, habiendo sido crucificado y muerto con tantos dolores y afrentas? Y el Señor: Yo (dijo) morí por mi voluntad, y tomé sobre mí las penas que los hombres habian de padecer por sus pecados, y con mi muerte los libré de la muerte eterna. Desapareció aquella vision, y Neanias quedó muy consolado y tan encendido en el amor de la santa cruz, que luego entró en la ciudad de Scitopoli, y mandó secretamente llamar al mas excelente platero de oro que allí habia, que se llamaba Marcos, y le dió órden que le diciese una cruz de oro, sin que ninguno lo supiese. Hízola el platero trabajando de noche, y á excusa de otros para que no se entendiese: y cuando la hubo acabado, parecieron en la cruz tres imágenes con sus letras en hebreo, que declaraban lo que eran. En lo alto de la cruz estaba escrito *Emanuel*, y en los dos brazos *Miguel* y *Gabriel*. Quedó como fuera de sí el platero: quiso borrar lo que habia hallado y él no habia hecho; y luego se le entorpeció la mano y no la pudo mover. Volvió Neanias, halló su cruz acabada con las letras que habemos dicho, y entendió del platero, que eran milagrosas y nó

hechas por su mano: pagóle su trabajo liberalmente, y partióse muy contento con su cruz: y para animarle y confirmarle mas en la fé y creencia de la misma cruz que ya habia comenzado á tener, luego le ofreció Dios una guerra contra los agarenos, que tomaban por fuerza las mujeres á las hijas de los vasallos del imperio romano. Salió contra ellos diciendo entre sí: Ahora veré yo si el que me apareció en el camino es verdadero Hijo de Dios. Al punto que estaba pensando esto, oyó una voz que le dijo: Confía, Neanias; porque yo soy tu Señor y tu Dios y estoy contigo. Con esta voz esforzado dió valerosamente sobre los enemigos y mató seis mil de ellos sin perder un hombre de los suyos.

En sabiendo su madre Teodosia la victoria que habia su hijo tenido de los agarenos: luego le vino á buscar y á darle el parabien, y á llevarle al templo de los dioses para hacerles gracias de aquella merced que le habian hecho: mas el hijo, que estaba ya alumbrado con la luz del cielo, y herido de amor del verdadero Dios, no hizo caso de lo que su madre le decia; ántes le declaró cuán engañada vivia, y delante de ella derribó sus estatuas de los dioses de oro y plata que allí estaban, y les dió muchas coces y las vendió, y el precio de ellas dió á los pobres. No se puede creer fácilmente la saña y furor que Teodosia concibió contra su propio hijo; pues olvidada de que era madre y que le habia tenido en sus entrañas, y parido, y criado, le acusó al emperador Diocleciano; y él mandó luego al presidente de Palestina, que era italiano y hombre cruelísimo y se llamaba Justo que prendiese á Neanias, y le hiciese reconocer y adorar los dioses inmortales; ó (no queriendo hacerlo) á puros tormentos le quitase la vida. Mandóle prender el presidente y llevar á Cesarea, donde todo el pueblo á gritos le pidió que le entregasen á Neanias para darle la muerte. El presidente hallando al santo invencible, y mas fuerte que el acero y diamante, le mandó atormentar cruelísimamente y despues llevar á la cárcel. Estando en ella el glorioso mártir aherrojado y echado en un calabozo, á la media noche vinieron los ángeles del cielo vestidos de inmensa luz, y alumbrando aquel lugar hediondo y tenebroso llamaron por su nombre al santo: y él les preguntó quiénes eran; y ellos respondieron que eran ángeles de Dios que les enviaba á visitarle. Entonces dijo el mártir: Si sois ángeles de Cristo hincad las rodillas y haced la cruz sobre vuestras frentes: y los ángeles hicieron lo que les dijo el mártir; y él quedó muy confuso, teniéndose por indigno de tal visita y regalo del Señor. En este punto, alzando los ojos al cielo, vió á su mano derecha, nó á los ángeles, sino al Rey de los ángeles Jesucristo, vestido de una divina é incomparable claridad, que le rociaba con agua y le decia: De aquí adelante no te llamarás Neanias, sino Procopio: pelea como muy buen soldado, para que otros por tí y contigo sean coronados y alcancen la gloria del martirio. Oyendo estas palabras el santo, se postró en el suelo y pidió perdon de sus pecados al Señor, y fuerzas para poder padecer muchos tormentos, resignándose en sus benditas manos: y al momento quedó sano de todas sus llagas, y con nuevo gozo y resplandor salió de la cárcel, y con sola su vista gran número del pueblo se convirtió y reconoció por verdadero Dios á Jesucristo nuestro Salvador. Turbóse el presidente extrañamente, y queriendo atribuir á sus falsos dioses la salud y el resplandor del mártir, dijo á los circunstantes que alabasen todos la clemencia de los dioses inmortales, por haber hecho aquella merced tan grande á Procopio: pero el santo mártir dijo: ¿Por qué no vamos luego al templo de los dioses, para que se vea quién de ellos me ha hecho este beneficio? Aquí el presidente comenzó á respirar y dilatar el corazon, creyendo que Procopio de veras queria adorar á sus dioses y reconocer su obstinacion pasada. Dejólo ir solo (porque así lo deseaba el mártir), el cual, entrando en el templo y cerradas las puertas, hizo oracion suplicando á nuestro Señor, que hiciese pedazos todas las estatuas de los dioses que allí estaban, y al momento cayeron todas y se hicieron pedazos, y los soldados que habian ido de guarda se convirtieron, deseando ya derramar la sangre por Cristo. Envió el presidente á dos maestres de campo, llamados Nicostrato y Antíoco, con buen número de soldados, para que matasen á los soldados que habian creido; pero en llegando al mártir, alumbrados con la lumbre del cielo, se echaron á sus piés, suplicándole que los hiciese cristianos; y él con admirable júbilo de su espíritu, los llevó de noche á Leoncio, obispo de aquella ciudad, para que los bautizase. Bautizáronse y despues murieron por Cristo á los 21 de mayo, y un hombre noble y piadoso, por nombre Eulalio, recogió sus reliquias y honoríficamente las sepultó.

Mas Procopio, cargado de hierros, de nuevo fué echado en un calabozo: allí vinieron doce señoras muy principales confesando que eran cristianas. Súpolo el malvado juez: mandólas prender; y hallándolas constantes en el amor y confesion de Cristo, las hizo atormentar con varias y exquisitas penas, y finalmente darles la muerte. Hallóse presente á los tormentos y á la muerte de estas santas mujeres, Teodosia, la madre de Procopio, y que era la que le habia acusado, y viendo que unas mujeres, flacas por su condicion, estaban tan fuertes y que no se dejaban vencer, ni del mal olor y aspereza de la cárcel, ni de la terribilidad de los tormentos, ni de las promesas ni persuasion del juez, movida de Dios, entendió que aquello no era cosa humana, sino virtud del cielo y de la religion cristiana, que así esforzaba la flaqueza mujeril; y toda encendida en el amor del Señor, no se pudo contener, que allí en medio de la gente no diese voces y claramente confesase que era cristiana; y el presidente, atónito y como fuera de sí, la mandó apalear y despedazar con uñas de hierro, y despues cortarla la cabeza. No se puede creer el gozo que el santo hijo tuvo del martirio de su santa madre; pero el presidente para vengarse de él, le mandó dar muchos golpes en la cara con manoplas de hierro, y abrir su sagrado cuerpo, y surcarle con puntas aceradas, y darle otros atroces tormentos: pero como viese que todo no aprovechaba, sino que el santo mártir con ánimo invencible resistia á todos sus tormentos; de pura pena y congoja cayó malo; y en castigo de su pecado perdió la vida temporal y eterna. Sucedió Flaviano á Justo en el cargo de presidente, que era no ménos cruel y fiera bestia que su predecesor. Este pensó con su retórica (porque era muy elocuente y se preciaba de ello) poder persuadir al santo que obedeciese al emperador; mas cuando vió que perdia tiempo, arrebatado del enojo y furor, mandó á uno de sus criados que se llamaba Arquilao, que con la espada desnuda atravesase al santo mártir y allí le acabase. El santo con alegría aguardaba el golpe;

mas cuando Arquilao alzó el brazo para descargarle, perdió las fuerzas y cayó con su espada al suelo, y Plaviano no sabiendo que hacerse, mandó de nuevo llevar á la cárcel á Procopio, y al cabo de seis dias despedazarle con duros nervios y quemarle todo el cuerpo con planchas encendidas, y echar sal en las llagas. Todo esto sufria el santo mártir con increible constancia y alegría; mas el juez atravesado de dolor, mandó que á la mano derecha extendida sobre un altar de los dioses, le echasen ascuas encendidas y un poco de incienso, para que si menease la mano, vencido del dolor del fuego, pareciese que habia sacrificado á los dioses y ofrecídoles incienso. Mas habiendo estado así largo espacio, quemando el fuego y comiendo poco á poco la carne, no movió la mano, ántes alzando la voz, dijo aquello del salmo: «Vos, Señor, habeis tenido mi mano;» haciendo gracias por aquel favor. No se acabaron aquí las batallas de Procopio: colgáronle de los brazos; y echando á sus piés piedras muy pesadas para desmembrarle, arrojáronle en un horno encendido, y por la virtud de la santa cruz que hizo al fuego, no le quemó á él sino á los ministros que le encendian. Finalmente el impío juez dió sentencia de muerte contra el santo: mandóle degollar; y al tiempo que se habia de ejecutar la sentencia, se puso en oracion en el lugar del suplicio, y suplicó á nuestro Señor con muchas lágrimas por la salud de todos los que allí estaban, por las viudas, huérfanos, enfermos, encarcelados y afligidos, y particularmente por todos los que despues de su muerte á él se encomendasen y pidiesen favor por su intercesion. Vino una voz del cielo que le aseguró que el Señor habia oido su oracion: y tendiendo el cuello le fué cortada la cabeza á los ocho de julio, y en este dia hacen mencion de san Procopio todos los martirologios latinos y el Menologio de los griegos, los cuales celebran fiesta el dia de su martirio. Escribióle el Metafraste, y trâelo Surio en su cuarto tomo; y en el segundo sínodo Niceno se citan los actos de san Procopio, y se alega un ejemplo de la veneracion de las santas imágenes; y Eusebio en su hist., lib. VIII, cap. 12: y Nicéforo, lib. VII, cap. 15, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones escribe de él.

* Los santos Kiliano, Colomano y Tornano, mártires. — Los dos últimos acompañaron al primero, que era un monge irlandés del siglo VII, á un viaje que hizo á Roma en el año 686, encargándoles el papa fueran á predicar el Evangelio á los germanos idólatras, despues de haber consagrado á Kiliano obispo. Dieron principio á su mision, y fueron tan admirables sus frutos, que muy pronto fundaron la iglesia de Wurtzburgo, muy célebre en Alemania por los muchos santos que ha dado al cielo. Entre los nuevos convertidos recibió el bautismo el duque Gobert, quien habiendo contraido matrimonio con su cuñada, fué reprendido del obispo, diciéndole que la Iglesia no permitia semejantes enlaces; pero el buen duque, fiel á la religion, repudió á su esposa. Indignada Geilana contra el santo, y aprovechando la ocasion de estar ausente el duque, hizo asesinar á los tres ilustres misioneros en el mes de julio del año 688.

Cincuenta santos mártires. — Eran soldados romanos de una legion acantonada en Porto, durante el reinado del emperador Aureliano. En el martirio de santa Bonosa, siendo testigos de las maravillas que aquella santa obraba, se convirtieron á la religion cristiana, y fueron bautizados por el papa san Félix, siendo poco despues acusados, atormentados y degollados.

Los santos monges abrahamitas, mártires. — Llámanse abrahamitas estos santos porque vivian en un monasterio de Constantinopla titulado de San Abraham. En tiempo del emperador Teófilo, que se complacia en perseguir cruelmente á los adoradores de las santas imágenes, les mandó este un dia que le entregasen algunas pinturas de santos que se guardaban en el monasterio, ó que ellos mismos las echasen al fuego. Aquellos religiosos se negaron á obedecer uno y otro mandato, ni hicieron caso de las amenazas con que se les conminó. Al contrario, contestaron al emperador por medio de un luminoso y extenso escrito, en que hacian ver que el culto de las santas imágenes se hallaba autorizado por la tradicion, y además era conforme á las leyes y espíritu de la Iglesia católica. Al leer aquella apología se llenó el tirano de despecho, y mandó que todos los monges de aquel monasterio fuesen espulsados de Constantinopla. Salieron, pues, escoltados por una compañía de soldados, y al llegar al Ponto Euxino fueron azotados y maltratados tan bárbaramente, que todos espiraron allí mismo, en el mes de julio del año 832. Sus cuerpos quedaron abandonados en el mismo lugar de su martirio, hasta que unos cristianos fuéron á recojerlos y les dieron honrosa sepultura.

San Auspicio, obispo y confesor. — Floreció durante el siglo II de la Iglesia, y fué el cuarto obispo de Tréveris. En su tiempo viéronse revivir los trabajos, las virtudes y los milagros de los apóstoles. Su celo logró extirpar casi enteramente las reliquias del paganismo, convirtiendo á todos sus diocesanos á la fé. Su caridad y el entrañable amor que manifestaba á todos los infieles, le hacian tan venerable hasta á los ojos de los mismos gentiles, que cuando murió, las lágrimas de todos le acompañaron hasta la tumba. Un caballero gentil que habia resistido á la persuasion de sus palabras, tuvo que ceder á la fuerza de la verdad probada con grandes milagros, y habiendo abrazado el Evangelio, derramó despues su sangre por Jesucristo. San Auspicio es uno de los mas ilustres pastores de la Iglesia de Tréveris.

Santa Witburga, vírgen. — Era la menor de las hijas de Anna, rey de los ingleses meridionales. Consagróse á Dios desde su juventud, y llevó por espacio de muchos años una vida penitente y mortificada, retirada en Holkam, en el condado de Norfolk; donde se edificó despues una iglesia que tomó el nombre de la santa. Despues de la muerte de su padre, cambió de morada y se fué á vivir en Deheram, en el mismo condado. Reunió en su compañía muchas vírgenes que querian consagrarse á Jesucristo, y echó los fundamentos de un monasterio, que la muerte le impidió concluir. Witburga descansó en el Señor con la muerte de los justos, el dia 2 de marzo del año 743.

San Grimbaldo, confesor. — Nació en San Omer, fué educado en la abadía de San Bertin, y concluyó sus estudios en ella con aplauso general, tomando en seguida el hábito monástico. El año 885, Alfredo el Grande, rey de Inglaterra, al ir á Roma pasó por aquella abadía, y habiendo conocido al siervo de Dios, concibió por él tan grande veneracion, que al volver de su viaje se lo llevó consigo y le nombró profesor de teología en la universidad de Oxford. Despues de la muerte del rey, Grimbaldo

obtuvo permiso de su sucesor para retirarse á la abadía de Vinchester, de cuyo monasterio fué nombrado abad. Ocupado en los ejercicios de penitencia y en el estudio de las sagradas letras, adelantaba cada dia mas en el camino de la perfeccion cristiana, y se preparaba para ser siempre mas digno á los ojos del Señor. En su última enfermedad, á pesar de la debilidad extrema que le aquejaba, quiso recibir de rodillas el sagrado viático, y se encendió tanto su fervor y su caridad, que por espacio de tres dias no quiso ver á nadie mas que al monge que le asistia, á fin de que nada interrumpiese la íntima union de su alma con Dios. El cuarto dia, sintiendo que se acercaba su última hora, llamó á toda la comunidad, y entregó tranquilamente su espíritu al Criador, entre las oraciones y las lágrimas de sus hermanos. Su cuerpo fué enterrado con gran pompa, y de su sepulcro salió extraordinaria virtud contra todas las enfermedades.

Los santos Aquila y Priscila, esposos.—Véase la vida de santa Priscila en el dia 16 de enero.

DIA 9.

Santa Anatolia, vírgen y mártir.—Fué de alta y noble sangre la gloriosa santa Anatolia; pero mas alta y noble en virtud. Estaba en su destierro que padecia por la fé de Jesucristo, ocupada toda en ayunos y oraciones y penitencias, leyendo dia y noche, y meditando en las santas Escrituras, tan alegre como si estuviera en la gloria. Aconteció que un hijo de Diodoro (cónsul de la provincia Picena, que es en la Italia, en la parte que llaman la Marca de Ancona, junto al lago Velino, donde estaba la santa vírgen Anatolia), llamado Ananiano, atormentado y poseido del demonio, comenzó á dar voces, diciendo: Señora Anatolia, tú me abrasas y quemas. Diodoro, que vió así padecer á su hijo, lo envió á las selvas y bosques vecinos como pagano al fin que era; porque allí tenian los gentiles sus templos. Llegó á una selva, cerca de la cual estaba la gloriosa Anatolia, padeciendo su destierro y rompiendo las cadenas con que venia atado, se arrojó á los piés de la santa vírgen que estaba puesta en oracion, y dijo: Tú eres la que me abrasas y quemas con las llamas de tus oraciones. La santa entonces, compadecida del mancebo, sopló en su rostro y dijo: Sal luego, bestia infernal, de este hombre; y al instante salió el demonio. Volvió el mancebo á casa de su padre y le contó, como Anatolia le habia curado; y al instante el padre, acompañado de su mujer é hijos se fué á buscar á la santa vírgen, y adorándola le ofreció infinitos dineros y riquezas, porque habia sanado á su hijo. La santa gloriosa, sin querer recibir cosa alguna, le dijo: Vé luego y dá esos dineros á los pobres cristianos y demás necesitados, y tú cree en Jesucristo, y tambien tus hijos y mujer, y todos os salvaréis.

A la fama de este milagro corrió la opinion de santa Anatolia por toda la provincia del Piceno, y todos le traian sus enfermos, así endemoniados, como de otras cualesquiera enfermedades, especialmente aquellos que los médicos desahuciaban y desesperaban de salud y vida, y á todos los sanaba y convertia á Cristo. Viendo los sacerdotes de los gentiles los infinitos prodigios y milagros que Anatolia hacia, y cuantos por ella, dejada la idolatría y culto de los falsos dioses, se convertian á la fé de Jesucristo, la acusaron ante el emperador Decio: el cual envió órden para que, si no queria sacrificar á los dioses, le quitasen la vida. Tuvo esta órden Faustiniano; y así la hizo llevar á la ciudad Turiense, ó Tora, que está en la misma provincia del Piceno, y allí la hizo atormentar cruelísimamente con variedad de tormentos: despues la hizo colgar del ecúleo, ó potro y ponerle fuego debajo. Preguntábale algunas veces, mientras la abrasaba el fuego, si queria ofrecer incienso á los dioses, y la dejaria ir libremente adonde quisiese; á que ella respondió: Mísero y desdichado, si no te apartas del culto de los demonios, serás con ellos puesto en el fuego eterno. Entonces Faustiniano hizo llamar un grande mago y encantador, llamado Marco, y le dijo: Yo mandaré encerrar á esta mujer en un aposento: tú cuidarás de echarle cantidad de serpientes que se la coman; y si lo haces, te daré grandes premios y riquezas, y serás uno de mis mayores amigos.

Marco, que tambien se llamaba *Audax* ó *Atrevido*, respondió: Tú dices que le eche muchas serpientes; pero yo solo le echaré una que al instante la hará pedazos, y se la comerá. Entraron, pues, á Anatolia, en un estrecho aposento, y Marco le echó dentro una grande y fiera serpiente, que solo mirarla causaba horror y espanto. La santa gloriosa, sin hacer caso del monstruo venenoso, estuvo toda la noche en oracion, ya mental, ya vocal, cantando himnos y salmos, con que amansó el furor de aquella fiera y la hizo se postrase á sus piés, y se dejase tomar de sus manos como si fuera una simple paloma. Por la mañana Marco, invocando á Mercurio y Minerva, abrió el aposento, y la sierpe al instante volando sobre él, le rodeó la garganta, para despedazarlo y comérselo: lo cual visto por Anatolia, se fué á él, y tomando con su mano la sierpe, se la quitó del pescuezo sin que le hiciese mal alguno, y la mandó que se fuése al desierto y lugar suyo en el nombre de Jesucristo: lo cual hizo la venenosa fiera, obedeciendo con toda mansedumbre y humildad. Entonces Marco, tocado ya de divina luz á vista de tan gran milagro, se arrojó á los piés de Anatolia y la adoró diciendo: Cristo es Dios verdadero. Luego que Faustiniano supo que Marco *Audax* confesaba á Cristo, lo hizo llamar, y puesto en su presencia, le dijo: Si aquella encantadora con su arte mágica echó de sí la serpiente; ¿por qué tú, en menosprecio de los dioses, has creido en Cristo? ¿Así se deja engañar un hombre tan sabio como tú? *Audax* entonces, verdaderamente audaz, respondió: Yo creo en Cristo verdadero Dios, al cual invocando santa Anatolia, me quitó aquella fierísima y cruel sierpe de mi garganta con su propia mano. Faustiniano dijo: ¡O miserable y desdichado! ¿Tienes infinito oro y plata: tienes gran familia: tienes mujer é hijos; y menospreciando todas estas cosas, no temes morir? *Audax* Marco respondió: Yo sé y conozco muy bien la virtud del nombre de Cristo, por lo cual no temo morir. ¿No adviertes que solo la invocacion de su santísimo nombre, bastó á quitarme un tan horrendo y venenoso monstruo?

Faustiniano le dijo entonces: Haráse de tí relacion; y con ella serás sentenciado á morir con los demás cristianos. Mandóle poner en la cárcel, mientras iba la relacion al emperador, y venia la respuesta. Entre tanto por órden y cuidado de santa Anatolia, fué totalmente instruido en las cosas de nuestra santa fé, y al fin fué sentenciado á

degollar: con que de mago y gentil, vino á ser invictísimo mártir de Jesucristo, por los méritos de la santa vírgen Anatolia: la cual puesta en oracion, levantadas las manos al cielo, fué del verdugo atravesada de parte á parte con la espada, con lo cual dió á un tiempo dos almas al cielo y dos triunfos á Cristo (que en ellas triunfa) la bendita vírgen Anatolia, la suya y la de Marco, que juntas fueron á recibir la corona gloriosa y palma del martirio. Los ciudadanos de Tora tomaron el cuerpo de la santa vírgen y mártir, y lo sepultaron donde les fué revelado, siendo Dios por él, y en él bendito para siempre, y glorificado por la suma de milagros, que cada dia hace y ha hecho. Fué el martirio de esta gloriosísima vírgen á los 9 de julio (dia en que se celebra su fiesta), por los años del Señor de 253, imperando Decio. La mujer del glorioso mártir *Audax* tomó su santo cuerpo, y con él la historia de su conversion y la del martirio de santa Anatolia: y embarcándose con sus hijos, y hacienda, se fué á otra provincia, donde acabó santamente. Escribieron la vida de santa Anatolia, Beda; Usuardo; Adon; Surio, en el tomo IV; Aldelmo en el libro *Laudib. Virginit.*; Pedro diácono casinense en el libro *de Vir. Illust. Cœnobii Cassinen, cap.* 46; Gelasio, segundo pontífice; el Martirologio romano; Baronio en sus Anotaciones, y en el tomo II de sus Anales, año 253, núm. 29 y otros.

Así como Dios sabe hacer fieros leones y venenosas sierpes, mansos corderos y cándidas palomas; así tambien en su nombre saben los justos siervos suyos fieles hacer tan divinos metamorfóseos, siendo nó fabulosos estos, y fingidos como los de Ovidio y otros poetas, sino reales y verdaderos; ó sino, dígame cualquiera: ¿qué monstruo como *Audax*, ó Marco? ¿qué fiera mas venenosa que la fiera que echó á la santa y castísima vírgen Anatolia, para que se la comiese, hecha pedazos? Pero ¿qué sucede? que la sierpe se vuelve mansa, humilde y obediente; y Marco, de fiero monstruo del averno, se trasforma en cordero manso, que ofrecido en víctima al inmaculado cordero Cristo Jesus, se convirtió en cándida paloma, que con la corona del martirio voló á eterno nido y descanso de la gloria. Metamórfosis tan divino ¿quién le hizo, sino es la oracion de la gloriosísima Anatolia? La cual con este triunfo, añadido á las coronas de su virginidad y martirio, se regala y goza con su Esposo Jesus en la gloria para siempre; donde merezcamos verla por su intercesion. Amen.

* Los santos Zenon y otros diez mil doscientos y tres. —Los emperadores Diocleciano y Maximiano, queriendo sacar de sus legiones á todos los soldados cristianos mandaron pasar una revista, separando á los que lo eran y conduciéndolos á Roma para ser tratados como esclavos. De todas partes del mundo iban llegando cristianos ya medio desnudos, ya atados, y eran llevados á trabajar como esclavos en las termas del emperador. Despues de concluida la obra fueron llamados, y su número llegaba á dos mil doscientos y tres, que con su tribuno Zenon á la cabeza persistieron en confesar á Jesucristo, siendo por este motivo todos decapitados. Fueron degollados en un valle llamado de las Aguas Salvias, donde está una fuente que siempre mana. Su martirio sucedió el año 298. Sus reliquias se hallan repartidas entre algunos puntos de la cristiandad.

San Cirilo, obispo y mártir.—Varon de acendrada fé en Jesucristo y dotado de venerables virtudes. Habia sido consagrado obispo de la Iglesia de Creta, y apacentaba á su grey aumentándola cada dia con nuevas conquistas cuando se publicaron los edictos del emperador Decio contra los cristianos. En la isla de Creta fué el obispo el primero que prendieron, y llevándolo á la presencia del juez, confesó tan valerosamente á Jesucristo, que por primera sentencia fué condenado al fuego. Entró en la hoguera con la mayor serenidad, y salió de ella sin haber recibido lesion alguna, quemadas solo las ataduras, de cuyo portento quedó el juez tan atónito que le dejó ir libre. Mas viendo que con la misma constancia y serenidad de ánimo proseguia en predicar la fé de Jesucristo, lo mandó degollar, y su martirio se efectuó en Gortina, ciudad de la misma isla, el año 250.

Los santos Patermucio, Copretes y Alejandro, mártires.—Eran los dos primeros solitarios que vivan en un desierto de Egipto, dedicados enteramente á la contemplacion de las cosas celestiales. Cuando el emperador Juliano el Apóstata iba á la guerra contra los persas, fueron hallados estos dos santos y presentados al mismo emperador que se empeñó en que sacrificasen á los ídolos. Patermucio tenia setenta y cinco años, y Copretes cuarenta y cinco. Los separaron el uno del otro, y Copretes cedió á los alhagos y negó á Jesucristo. Patermucio que cuando iba á ser atormentado vió á Copretes vestido con galas y que estaba libre, se echó á llorar y á rogar á Dios tuviese piedad de su compañero. Al momento que observó este que su amigo lloraba por él, volvió en sí, y rasgando sus vestiduras, confesó otra vez á Jesucristo. Ambos santos fueron, pues, entrados en una hoguera cuyo fuego respetó sus personas, á cuyo milagro se convirtió á la fé un gentil llamado Alejandro; en seguida los tres fueron degollados y coronados con la eterna bienaventuranza.

San Bruccio, obispo y confesor.—Solo sabemos que fué obispo de Martula, antigua ciudad de Italia, cerca de donde está hoy Espoleto. El Martirologio romano, dice que padeció muchos tormentos en defensa de la fé, por mandato del juez Marciano, y que habiendo convertido á Cristo á una gran muchedumbre del pueblo, murió en la paz de Dios.

La Conmemoracion de diez y nueve santos mártires, llamados gorcomienses.—Estos santos mártires eran todos ó religiosos ó sacerdotes seglares. Despues de haber sufrido una serie de malos tratamientos de parte de los calvinistas que los tenian presos en Gorcum, fueron ahorcados en Briela, ciudad de Holanda, en odio á la religion católica el dia 9 de julio del año 1572. Habia entre ellos once frailes recoletos, un dominico, dos premostratenses un canónigo regular de san Agustin y cuatro sacerdotes seglares. El primero de todos era guardian de los recoletos de Gorcum, hombre de treinta y ocho años, célebre por el fruto que hacian sus sermones y universalmente respetado por su exactitud en vivir conforme á su regla. Fué el que mas contribuyó á alentar á sus compañeros, en la constancia que debian siempre tener en medio de los mayores suplicios. Los demás eran todos muy fieles á su vocacion y derramaron gozosos su sangre por la verdad católica.

Santa Everilda, vírgen.—Cuando en el año 635, el rey de los sajones occidentales abrazó el cristianismo,

Everilda tuvo la dicha de conocer la doctrina de Jesucristo. El deseo de consagrarse mas perfectamente al servicio de Dios, le inspiró el proyecto de abandonar en secreto la casa de sus padres y de ir en busca de algun asilo donde retirada del mundo, pudiese dedicarse toda entera á su esposo celestial. San Valfrido le señaló un lugar que con el tiempo tomó el nombre de mansion de Everilda. En él se formó como una especie de monasterio; pues juntáronse muchas vírgenes que se consagraron á Dios bajo la direccion de la santa, que habiendo brillado con las mas sublimes virtudes, murió con una muerte muy gloriosa, un dia 9 de julio, no se sabe de qué año. Santa Everilda no se encuentra en ninguno de los Martirologios, pero los bolandistas dicen que su nombre estaba en el de Usuardo, y continuan en su obra las lecciones del oficio de esta santa, que antiguamente se leia en algunas iglesias de Inglaterra é Irlanda.

DIA 10.

Los santos siete hermanos mártires.—Siendo emperador Marco Aurelio Antonino, hubo en Roma una santa matrona, llamada Felicitas, noble en linaje y mas ilustre en piedad, que tenia siete hijos, todos cristianos y criados con la leche de la fé católica y con santas y loables costumbres. Habia hecho esta santa viuda voto de castidad: ejercitábase en oraciones, ayunos y obras de piedad, y con su vida movia á muchos de los gentiles, para que se hiciesen cristianos, y á los cristianos para que viviesen loablemente, conforme á la religion que profesaban. Los sacerdotes de los ídolos concibieron por esta causa gran saña contra santa Felicitas y contra sus hijos, y procuraron con el emperador que los mandase prender y compeliese á adorar á los dioses, fingiendo que estaban muy enojados y que no se aplacarian, sino con este sacrificio. Fué presa santa Felicitas con sus siete hijos y su causa se remitió á Público, prefecto de la ciudad, el cual, llamando aparte á la madre, con blandas palabras, le rogó que sacrificase á los ídolos y que no le obligase á usar de rigor con ella y con sus hijos. Respondió Felicitas: no pienses, ó Público, que con tus blandas palabras me podrás ablandar ni espantar con tus amenazas; porque tengo en mi favor al espíritu del Señor, que no permitirá que yo sea vencida del demonio; ántes estoy muy cierta que á tí, que eres ministro suyo, viva y muerta, te venceré. A esto respondió Público: ¡Desventurada de tí! ¿Es posible, que tengas tan aborrecida la vida, y que ya no temas la muerte; y que no procures que tus hijos vivan y no mueran á mis manos? Mis hijos, dijo Felicitas, sacrificando á los dioses, morirán muerte eterna; y reconociendo y adorando á Jesucristo, vivirán para siempre. Al dia siguiente, estando el juez en la plaza del templo de Marte, mandó que fuese traido á juicio Felicitas con sus hijos y díjole: Ten, Felicitas, piedad de tus hijos que están ahora en la flor de su juventud y tienen para ser estimados y valer mucho. Respondió Felicitas: Tu piedad es impiedad y tu consejo cruel y engañoso: y volviéndose á sus hijos, les dijo: Mirad, hijos mios, al cielo, en donde os está Cristo esperando con todos sus cantos, pelead valerosamente por vuestras almas y mostraos fieles y constantes en el amor de Jesucristo. El juez, oyendo estas palabras, se embraveció y le mandó dar muchas bofetadas en el rostro, pareciéndole gran atrevimiento, que en su presencia diese tales consejos á sus hijos, é hizo traer delante de sí al mayor de ellos, llamado Januario, y usando todo su artificio y mezclando grandes promesas con amenazas y alhagos con espantos, le persuadia que adorase á los dioses; mas el santo mozo, con gran constancia y resolucion le respondió: Tú me aconsejas una cosa loca y fuera de razon, y espero en mi Señor Jesucristo, que me librará de tal desatino y de tal locura. Mandole el juez desnudar y azotar crudamente y llevarle á la cárcel. Por este mismo órden llamó uno á uno á los siete hermanos, procurando con todas sus fuerzas pervertirlos y engañarlos, y atraerlos á que adorasen á los dioses y obedeciesen al mandato del emperador; pero como le salieron en vano todas sus artes y mañas, y todos los santos hermanos (hablando Cristo con ellos), aunque con diferentes palabras, le diesen la misma respuesta; despues de haberlos mandado azotar cruelmente y echar en la cárcel, dió aviso al emperador, de lo que pasaba. El emperador mandó que con diferentes géneros de muertes les quitase la vida, y ejecutándose este impío mandato, Januario que era el primero, siendo azotado gravísimamente y quebrantado con plomadas, dió su espíritu al Señor: Felix y Felipe, fueron molidos á palos, Silvano murió despeñado: Alejandro Vidal y Marcial, fueron descabezados. Su madre santa Felicitas, al cabo de cuatro meses, tambien fué martirizada; y su martirio celebra la santa Iglesia á los 23 de noviembre.

De ella dice san Gregorio en una homilia estas palabras: «La bienaventurada santa Felicitas, cuya fiesta hoy celebramos, creyendo fué sierva de Cristo, y predicándole madre de Cristo, porque teniendo ella siete hijos, de tal manera temió dejarlos vivos en el mundo, como los otros padres carnales suelen temer que no se les mueran; porque hallándose en la persecucion, esforzó los corazones de sus hijos con sus palabras en el amor de la patria celestial y parió en el espíritu, á los que habia parido en la carne, y dió á Dios con su exhortacion á los que con la carne habia dado al mundo. No me parece, que habemos de llamar á esta mujer mártir, sino mas que mártir; pues habiendo enviado delante de sí siete hijos y llegado con ellos al cielo, á la postre vino despues de ellos á recibir la corona del martirio que se debia por sí y por ellos. Veíalos atormentar y matar la santa madre; y estaba inmoble y constante, sintiendo el dolor de la naturaleza como madre y gozándose de la esperanza. Temió dejarlos vivos, y por esto se alegró con su muerte. Deseó no dejar alguno de sus hijos en la tierra, porque no perdiesen el cielo. Amó santa Felicitas á sus hijos segun la carne, mas por el amor de la eterna bienaventuranza quiso que muriesen, los que amaba.» Todo esto es de san Gregorio. Celebra la Iglesia fiesta de estos santos hermanos el dia de su martirio, que fué á los 10 de julio del año del Señor, de 165, imperando el nombrado ya Marco Aurelio Antonino.

Las santas vírgenes y mártires, Rufina y Secunda, hermanas.—Las santas vírgenes y mártires, Rufina y Secunda, fueron hermanas y romanas de ilustre sangre: su padre se llamó Asterio y su madre Aurelia. Fueron desposadas con dos caballeros principales, el uno se llamaba Armentario y el otro Verino: los cuales por temor de la persecucion de Valeriano y Galieno, volvieron atrás y de-

jaron la fé de Cristo y pretendieron persuadir á sus esposas Rufina y Secunda que la dejasen; pero ellas, aunque mujeres, y por su condicion y naturaleza flacas, tuvieron mas ánimo y esfuerzo que los hombres y estuvieron fuertes y constantes en la fé, y para no perderla, determinaron salir de Roma y recogerse á una heredad suya, apartada que tenian en Toscana. Partiéronse de Roma, y sus esposos, dieron aviso de ello á un conde, llamado Arcesilao, el cual con gente armada las siguió y alcanzó catorce millas de Roma, y las entregó á Junio Donato, prefecto de la ciudad, el cual las mandó apartar una de otra y llevar á la cárcel y al tercer dia parecer ante su tribunal. Quiso tentar primero á Rufina aparte, y proponiéndole blandamente su nobleza, edad y hermosura, y el contento y gozo que podia tener con su esposo, y los daños que si no lo hacia, le podian suceder; procuró atraerla á la adoracion de los falsos dioses. Y como ni con fuerza, ni con maña pudiese rendir aquel pecho invencible y armado de un fuerte amor de la castidad y de la fé de Cristo, mandó llamar á Secunda, para que en su presencia fuese azotada su hermana Rufina, y por el temor de semejante castigo, ella se redujese á su voluntad. Pero como Secunda viese que su hermana era azotada y que á ella no le tocaban, encendida con un vehemente deseo de padecer por Jesucristo, se volvió con gran saña contra el juez, y á gritos le dijo: ¿Qué haces, ó hombre perverso y enemigo de toda la virtud? ¿Porqué honras á mi hermana y á mí me dejas para que no sea particionera de su gloria y de su corona? Respondió el prefecto: paréceme que eres mas loca que tu hermana. Ni mi hermana (dijo Secunda) es loca, ni yo lo soy; pero ella y yo somos cristianas, y es justo que ambas seamos azotadas; pues ambas creemos y confesamos á Cristo; porque la virtud del cristiano crece con los azotes, y tanto mayores coronas de gloria sempiterna alcanza, cuanto mayores han sido los golpes de las tribulaciones temporales, con que ha sido ejercitada. Y como el prefecto las exhortase á hacer vida con sus esposos, y ellas se mostrasen muy constantes y deseosas de morir, ántes que perder su virginidad; el prefecto les preguntó: ¿Qué harian si contra su voluntad y por fuerza perdiesen lo que tanto amaban? Respondió Secunda: no puede la vírgen perder la virginidad y entereza de su alma, si ella misma no se aparta de la justicia. La fuerza y agravio que se hace á la vírgen le es tormento y el tormento acrecienta el premio y la corona. Por tanto tú haz lo que es tu voluntad: apareja fuego y cuchillo, azotes, varas, palos y piedras, que cuanto añadieres de tormento, tanto añades de gloria. Mandóles poner el juez en una prision, y allí levantar humo de estiércol, para atormentarlas con el mal olor; pero el Señor le convirtió en una suavísima fragancia, con gran recreo y delectacion de las santas, y en aquella cárcel tenebrosa resplandeció una claridad maravillosa y celestial. Sacáronlas por mandado del prefecto y pusiéronlas en un baño y en una tina de aceite hirviendo: y habiendo en ella estado dos horas continuas, se hallaron sin lesion alguna, con gran refrigerio y recreo: de lo cual admirado el prefecto, mandó llevarlas al rio Tíbet que pasa por medio de la ciudad de Roma y echarlas en él con una pesada piedra, atada á sus cuellos. Anduvieron las santas doncellas por espacio de media hora sobre las aguas, sin hundirse ni mojarse, cantando y alabando al Señor y predicando sus maravillas y triunfos. Finalmente las sacaron fuera de Roma, y en un bosque diez millas lejos de ella, les fueron cortadas las cabezas, dejando los cuerpos sin sepultura, para que fuesen comidos de los lobos. Mas las santas aparecieron muy resplandecientes y gloriosas á una matrona romana, señora de aquella heredad, donde estaban sus cuerpos, la cual era gentil y se llamaba Plautila y la amonestaron que se hiciese cristiana y tomase sus cuerpos y los sepultase, porque así alcanzaria el premio y bienaventuranza que ellas habian alcanzado. Hízolo así Plautila, fué á su heredad, halló los cuerpos de las santas sin mal olor, ni lesion alguna: edificóles allí un sepulcro, donde estuvieron algunos años y despues fueron trasladados á la ciudad, y colocados en san Juan de Letran, en la parte que llaman *Constantiniana*, junto á la pila del bautismo de Constantino.

Fué el martirio de estas santas el año del Señor de 260, á los 10 de julio, y este dia celebra la Iglesia su festividad. Hoy en dia hay gran memoria en Roma del lugar donde padecieron, que está de la otra parte del Tíber, en la via Aurelia; y ha sido honrado con silla é iglesia catedral, que se llama de la *Selva Cándida*. Hacen mencion de estas santas hermanas los Martirologios Romano, de Usuardo, Beda y de Adon.

* Los santos Genaro, Merino, Nabor y Félix, mártires. — De estos santos, Merino era español y los otros eran africanos; siendo los primeros que en África derramaron la sangre por Jesucristo. Todos juntos fueron degollados, y sus cuerpos trasladados á Milan, en Italia, donde son hoy dia objeto de la veneracion de los fieles.

Los santos Leoncio, Mauricio, Daniel y sus compañeros, mártires.—Las calamidades de los tiempos nos han privado de que las actas del martirio de estos santos, pudiesen llegar hasta nosotros. Por san Gerónimo, citado por el cardenal Baronio, sabemos tan solo, que murieron en Alejandría durante el segundo siglo de la Iglesia. El Martirologio romano dice, que fueron atormentados de diferentes maneras en tiempo del emperador Licinio y del gobernador Lisias; y que por último, habiéndoles echado en una hoguera, consumaron el martirio en Nicópolis de Armenia.

San Bianor y san Silvano, mártires.—El primero de estos dos santos era de Pisidia, y por ser cristiano fué preso en Isaura. Habiéndose negado con constancia á abjurar su religion, fué azotado, colgado de un árbol por los piés, quemado con globos de fuego, le arrancaron los ojos y le cortaron las orejas. Un gentil llamado Silvano, que admiraba la constancia y fortaleza sobrenatural de Bianor, abrió sus ojos á la fé y confesó á Jesucristo. Le arrancaron la lengua y luego despues lo decapitaron; y á san Bianor le taladraron los talones, le quitaron un ojo, y despues de haberle desollado la cabeza se la cortaron. La Iglesia griega honra particularmente la memoria de estos dos mártires.

San Apolonio, mártir. — Era oriundo de la ciudad de los Sardienses, en la antigua Lidia. Continuamente andaba por la ciudad y los pueblos circunvecinos, anunciando la verdad y convirtiendo muchos infieles al Señor. Delatado por los idólatras al prefecto de la ciudad de Iconia, fué llevado allá cargado de cadenas, y presentándose al gobernador le dijo éste que jurase por la fortuna del emperador, á lo cual contestó el santo, que no era lícito á los

cristianos jurar por el emperador mortal, y ménos por quien no conocia al Autor del mundo. Acabado este interrogatorio, fué azotado y clavado de piés y manos en una cruz, donde espiró con un glorioso martirio.

Santa Amelberga, viuda. — Segun algunos escritores fué hija de Carlomagno, y segun otros hija de Pepino. Parece que estuvo dos veces casada, teniendo seis hijos de los dos matrimonios, á los cuales educó en el santo temor de Dios y en la abundancia de todas las virtudes, de tal modo, que casi á todos venera la Iglesia en el número de los santos. Despues de la muerte de su segundo esposo, deseando consagrar enteramente á Dios la vida que le quedaba, entró en un monasterio, donde mortificó su cuerpo con extraordinarias penitencias. Hizo los votos solemnes de religion, y fué elegida abadesa de su monasterio, brillando entonces mas que nunca su profunda humildad, su amor á la vida ascética y su caridad para con Dios. Segun los bolandistas murió en Gante, en el mes de julio del año 790, y no se debe extrañar que hayamos explicado la vida de esta santa Amelberga, viuda, y no de la vírgen que trae el Martirologio romano; porque de esta última nada se sabe, y se cree que esta calificacion de vírgen, que el sobredicho Martirologio le da, proviene de algun yerro en la impresion de alguno de los antiguos Martirologios.

DIA 11.

San Pio I, papa y mártir. — San Pio, papa y mártir, fué natural de la ciudad de Aquileya: su padre se llamaba Rufino; y sucedió en el pontificado á Higino, tambien papa y mártir, el año de Cristo de 158, siendo emperador Antonino Pio; y fué sumo pontífice, y ordenó muchas cosas de grande utilidad para la santa Iglesia. Puso grandes penas á los sacerdotes que fuesen negligentes en administrar el santísimo Sacramento del altar, y contra los que maliciosamente perjuran, y contra los que oyéndolos no los reprenden. Mandó que fuesen inviolables las heredades de las iglesias dedicadas para el culto divino y para el sustento de las personas eclesiásticas. Ordenó que no se consagrasen las vírgenes que profesan perpetua continencia, hasta tener veinte y cinco años. Hizo un decreto, por el cual manda, que la santa Pascua se celebre siempre en domingo; pues que en tal dia resucitó Jesucristo nuestro Redentor: lo cual los santos apóstoles primero habian instituido; pero Pio lo confirmó y estableció para quitar el abuso de algunas iglesias, que en celebrar el dia de la Pascua de Resurreccion parecia que imitaban á los judíos. Para lo cual se movió por un libro que le presentó un hermano suyo, santo varon, llamado Hermes: en el cual por manera de diálogo y de un ángel en hábito de pastor, amonestaba á todos los cristianos que celebrasen la santa Resurreccion en dia de domingo. Consagró Pio en Roma las termas novacianas á honor de santa Potenciana, por intercesion de santa Praxedes, su hermana. Dotó el templo de muchos y ricos dones, y celebró en él diversas veces misa, y puso pila de bautizar, en la cual él por sus manos bautizó á muchos. Escribió algunas epístolas, que se hallan con sus decretos en el libro de los Concilios, y demás de estas escribió otros dos á Justo (á lo que parece) obispo de Viena, y en una de ellas le dice estas palabras: « Ten cuidado de los cuerpos de los santos mártires, como de miembros de Cristo; que así le tuvieron los apóstoles del cuerpo de san Estéban. Visita á los santos en las cárceles, para que ninguno se entibie en la fé; y para que perseveren en ella, dáles ánimo y calor. Los clérigos y diáconos te respeten y te reverencien, nó como á mayor, sino como á ministro de Cristo. Todo el pueblo descanse, y sea amparado y defendido con tu santidad. Quiero que sepas, compañero dulcísimo, que Dios me ha revelado que tengo de acabar presto los dias de mi peregrinacion; solo te ruego que estés firme en la union de la Iglesia, y que no te olvides de mí. Todo el senado y pobre compañía de los sacerdotes y ministros de Cristo, que está en Roma te saluda; y yo saludo á todos en el colegio de los hermanos en el Señor que están contigo.» Todo esto dice san Pio en aquella epístola, en la cual descubre su santo celo, y celestial espíritu y cuidado, con que miraba por las cosas de la Iglesia. Finalmente, despues de haber gobernado santísimamente la Iglesia de Dios, segun Baronio, nueve años y seis meses ménos tres dias, fué coronado de mártir; aunque en los de su pontificado hay grande variedad en los autores. Celebró órdenes cinco veces por el mes de diciembre, y en ellas hizo doce obispos, diez y ocho presbíteros, y veinte y un diáconos. Fué sepultado en el Vaticano. Celebra la Iglesia su memoria á los 11 de julio, que es el dia en que murió; y en el año de 167, imperando Marco Aurelio Antonino y Lucio Vero.

* San Sidronio, mártir. — Noble de nacimiento este santo, lo fué aun mas por sus virtudes, habiendo nacido en la ciudad de Samos. Fueron tantos los milagros obrados por este santo, que muchos se convertian á la fé; este fué el motivo porque se llamó el prefecto de la ciudad de Sens, el cual queria obligarle á adorar los falsos dioses ó bien sufrir la muerte. Léjos de intimidarse el santo por esto, obró una multitud de milagros, que convirtieron á los soldados, á todos los circunstantes, y hubieran tambien convertido al prefecto si no se hubiera dejado llevar del temor. Esto sucedia en tiempo del emperador Aureliano, el cual hallándose en Viena de Francia, mandó que Sidronio fuese llevado en su presencia: y como tambien obrase milagros y conversiones, fué arrojado á una hoguera de órden del mismo emperador. Las llamas dejaron sin lesion el cuerpo del ilustre confesor de Jesucristo, que despues de varios tormentos fué degollado el año 270.

San Marciano, mártir. — Natural de la ciudad de Iconia, fué bautizado siendo aun muy niño, y en ella padeció despues grandes trabajos por Jesucristo. Su constancia y la resignacion con que sufrió todos los tormentos con que lo maltrataron los paganos, le alcanzaron al fin la corona y la palma del martirio en la misma ciudad de Iconia, el año 263.

San Cindeo, presbítero. — Durante el reinado de Diocleciano, hallándose un dia este santo en la iglesia de la ciudad de Sida en Panfilia, fué de ella arrebatado por los paganos para ser llevado al tribunal del juez Estratónico, que mandó le pusiesen unos zapatos de hierro erizados de clavos de acero, y que los lictores le azotasen, obligándole al mismo tiempo á correr hácia la puerta llamada Santa. Despues de esto lo echaron en el fuego, y habiendo salido ileso y convertido al sacerdote de los ídolos, por último puesto en oracion, entregó su alma al Criador el año 298.

SAN GENARO Y SANTA PELAYA, MÁRTIRES. —En el reinado del emperador Licinio, fueron estos santos atormentados en Nicópolis de Armenia, por espacio de cuatro dias con el potro, con peines de hierro y con pedazos de vidriado, hasta que al fin consumaron el martirio.

SAN SABINO Y SAN CIPRIANO, MÁRTIRES.—En un Martirologio de los mas antiguos de la Iglesia occidental, hemos encontrado las siguientes palabras: «En el monasterio llamado la Casa de Dios, la festividad de los santos mártires Sabino y Cipriano, que nacidos en Brescia y regenerados en Cristo, estando diseminando su doctrina, fueron presos por el prefecto Lodicio y atormentados por su órden, hasta que viéndose la inutilidad de los castigos, porque de todos ellos salian librados, fueron expulsados de su patria y llegaron á las Galias guiados por un ángel. Tampoco dejaron por esto de esparcir la semilla de la verdad, hasta que el procónsul Máximo, que no podia vencer su constancia ni con amenazas, ni con suplicios, les hizo cortar la cabeza, y así alcanzaron la inmarcesible corona del martirio.»

SAN JUAN, OBISPO. —Cuando los ladrones, esto es, los herejes arrianos mas daño estaban haciendo en la viña del Señor, apareció en ella el laborioso colono y esclarecido pastor san Juan, obispo de Bérgamo en Italia, que con sus escritos, sus continuos sermones y su celo infatigable, logró en algun modo poner coto y barrera á los estragos de la herejía. Durante los veinte y nueve años de su pontificado, no se pasó ninguno sin que visitase toda su diócesis y otras regiones de la Italia, confortando á los débiles, animando á los fervorosos, levantando á los caidos, y sobre todo derramando por todas partes la luz de las verdades católicas contra las maquinaciones de la herejía. Los príncipes, los grandes, los indigentes y los desvalidos, todos le buscaban como á su padre, luz de su alma y lumbre de sus ojos. Estando un dia de camino para ir á predicar en una iglesia vecina, los arrianos que le habian preparado una emboscada, le salieron al encuentro y lo degollaron, el dia 10 de julio del año 683.

SAN SABINO, CONFESOR. — Floreció en el siglo VI, fué discípulo de san German, y uno de sus mas queridos compañeros. Predicó en varias regiones la palabra de Dios, y despues de una vida empleada en servicio de la religion y en actos de austerísima paciencia, descansó en el Señor con la muerte de los justos, en el territorio de Poitiers.

SAN ABUNDIO, PRESBÍTERO Y MÁRTIR. — Fué natural de las montañas de Córdoba, donde vivia apacentando en la religion á una porcion de cristianos refugiados allí. Un dia no pudo contener su despecho al oir la relacion de los malos tratos que se daban en Córdoba á todos los fieles, y encendido en amor á Jesucristo se fué á la ciudad, y presentándose al juez, le reprendió su inhumanidad, su ceguera y su bárbara crueldad para tratar tan indignamente á los adoradores de Jesucristo. El juez no le dió otra respuesta, sino que muy pronto sabria por sí mismo cuán verdadero era lo que decia; y efectivamente, despues de poco rato los verdugos se apoderaron de Abundio, y entregándolo á los perros y bestias fieras, le hicieron de este modo acabar la vida, el dia 11 de julio del año 854. Los sagrados restos de su cuerpo fueron secretamente guardados por los fieles, y despues colocados con gran veneracion en una iglesia de la misma ciudad de Córdoba.

DIA 12.

SAN NABOR Y SAN FÉLIX, MÁRTIRES.—Los santos mártires Nabor y Félix fueron presos en Milan por mandado del emperador Maximiano, que fué grande perseguidor de la fé de Jesucristo, juntamente con el emperador Diocleciano, su compañero; y habiendo examinado y sabido que eran cristianos y que lo pensaban ser toda su vida, mandólos echar en la cárcel; vedando, so graves penas, que no les diesen de comer cosa alguna. Estuvieron algunos dias los santos en la cárcel, padeciendo la hediondez, hambre é incomodidades de ella: y como ninguna de estas cosas fuese parte para mudarlos de su propósito, traidos á su presencia, les mandó dar muchos palos y poner en el ecúleo á Nabor, á presencia de Félix, con hachas encendidas abrasar sus costados, y con uñas de hierro arañar y despedazar todo su cuerpo. Y visto que todavía estaban constantes, y que ni el uno con las penas que padecia, ni el otro con vérselas padecer, ni con el temor de las que á él le podrian dar, se ablandaban, ni rendian á su voluntad; mandó echar á los dos en un gran fuego: el cual ni los quemó, ni chamuscó un cabello de sus cabezas. No bastó esto para que el tirano conociese la virtud de Dios y desistiese de su mal propósito, ántes endureciéndose mas y atribuyendo á arte mágica la virtud del cielo, los mandó volver á la cárcel, y despues de algunos dias sacar á degollar junto á un arroyo llamado Celere. Sus cuerpos enterró una matrona noble llamada Sabina. Celebra la Iglesia su fiesta el dia de su martirio á los 12 de julio; y fué el año del Señor 303, imperando Diocleciano y Maximiano. San Ambrosio hace mencion de estos santos. Paulino en la vida del mismo san Ambrosio dice, que la iglesia donde estaban sepultados sus cuerpos era muy frecuentada de los cristianos.

SAN JUAN GUALBERTO, ABAD Y FUNDADOR. — El mismo dia de los 12 de julio hace la santa Iglesia conmemoracion de san Juan Gualberto, abad, el cual nació en Florencia de padres nobles y ricos, y se convirtió de la vanidad del siglo á la perfeccion evangélica, por un caso notable que le sucedió, y fué de esta manera.

Tenia san Juan un padre, que se llamaba como él, Gualberto: era valiente y bravo soldado: el cual tenia enemistad con un hombre que injustamente habia muerto un pariente suyo: para vengarse le pretendia matar; y Juan acudia á la voluntad de su padre, y andaba en los mismos pasos y cuidados. Un dia yendo á Florencia él y otro criado bien armados, topó acaso á aquel su enemigo en el camino desarmado, en un paso tan estrecho, que no se le podia huir ni escapar. Turbóse aquel pobre hombre, y echándose á los piés de Juan con grande humildad, le pidió por amor de Jesucristo crucificado, que le perdonase y le diese la vida. Fué tanto lo que se enterneció Juan oyendo el nombre de Jesucristo crucificado, que luego levantó del suelo á su enemigo, le abrazó, le perdonó, y dijo que estuviese seguro, pues habia tomado tan buen abogado y patron.

Hecho esto, aquel pobre hombre se partió consolado, y Juan siguió su camino y entró en una iglesia que estaba en él, y se puso á hacer oracion delante de un crucifijo que allí estaba: y para que se vea cuán agradecido es el Señor de las obras que hacemos por su amor, especial-

mente cuando perdonamos las injurias; aquel crucifijo inclinó la cabeza á Juan, como quien le hacia gracias del servicio que le habia hecho en perdonar por su respeto la muerte á su enemigo. Quedó Juan confuso por este beneficio y regalo del Señor: y pareciéndole que le llamaba para cosas mayores, determinó dar de mano á todas las vanidades del siglo, y desnudo abrazarse con Cristo crucificado: y para esto pidió al abad de san Miniato de Florencia el hábito de san Benito, y tomóle con gran devocion; aunque á los principios con gran contradiccion y amenazas de su padre. En viéndose vestido del hábito de religioso, maceraba el cuerpo con continuos ayunos y vigilias: huia de la ociosidad, madre de todos los vicios: ocupábase de dia y de noche en oracion perpetua y fervorosa, en la obediencia, humildad, paciencia, mansedumbre, silencio, modestia y en las demás virtudes, y á todos era ejemplo, dechado de toda santidad. Fué esto de manera, que siendo muerto el abad del monasterio, todos los monges pusieron los ojos en Juan para hacerle su prelado; mas él no lo consintió por su humildad: queriendo ántes obedecer que mandar, y huir el peligro en que están los que ocupan lugares altos. Partióse del convento con un compañero, para buscar otro lugar, donde con mas quietud pudiese servir á Dios; porque en aquel donde estaba le molestaban mucho: y llevando el compañero un solo pan para la comida y sustento de los dos en aquel camino, se lo mandó dar de limosna á un pobre, confiando en nuestro Señor que los proveeria, como lo hizo; porque entrando en un pueblo, hallaron muchas personas que los socorrieron y les dieron abundantemente todo lo que habian menester. Fué al yermo de Camáldula, instituido por san Romualdo, abad: y aunque los religiosos de aquella santa casa le convidaban y rogaban que se quedase con ellos, no lo hizo; porque deseaba mas vivir en comunidad y debajo de obediencia, que en vida solitaria y apartada; porque el Señor se queria servir de él en otra cosa y hacerle fundador de una congregacion, en un valle, que por la espesura de los árboles, se llama Valleumbrosa ó sombría, que es en la provincia de Toscana, en Italia. A este lugar vino san Juan, y por inspiracion del Señor hizo su asiento en él, y poco á poco se comenzó á extender la fama de sus virtudes, y á concurrir á él gran número de gente, para visitarle é imitar su santa conversion, y vivir debajo de su gobierno y disciplina: y fué esto de manera que se formó un gran numeroso monasterio de monges, debajo de la regla y órden de san Benito, aunque con algunas constituciones y ordenanzas propias suyas y particulares: y eligieron á san Juan Gualberto contra su voluntad por abad y prelado; y en este oficio fué cosa maravillosa, cuán excelentemente se gobernó, exhortando siempre á todos sus monges á la perfeccion, y yendo él delante de todos con su ejemplo. Era muy continua su oracion, profunda su humildad, fervorosa su caridad, extraño su sufrimiento, rigurosa su penitencia. Era manso, benigno, grave y modesto, severo con los rebeldes, y suave con los flacos, y muy compasivo con los enfermos: porque Dios le dió á él una enfermedad muy recia, que le duró toda la vida, de una flaqueza de estómago y desmayos (la cual él sufrió con grande alegría), para que se compadeciese de los otros sus hijos. Fué muy celoso de la santa pobreza en su persona y en las de sus súbditos, y en la fábrica de los monasterios que edificó que fueron muchos. Tuvo don de profecía, y parece que leia los corazones de los que venian á tomar su hábito, y que entendia si venian llamados de Dios ó nó. Hizo grandes milagros, y sanó á muchos enfermos de varias y grandes enfermedades. Era muy tierno para con los pobres y en tiempo de necesidad daba todo lo que tenia para socorrerlos; y el Señor le proveia largamente, y recompensaba al convento lo que él tomaba para beneficio de los pobres.

No le faltaron grandes trabajos y persecuciones por la justicia y verdad, las cuales sufrió con grande constancia, y venció con el favor particular que Dios le dió, y con algunos milagros que obró en prueba de la verdad que el santo defendia. Finalmente, siendo ya muy viejo, cayó en una grave enfermedad, y entendiendo que se acercaba aquel dia que él tanto deseaba, de salir de la cárcel de este cuerpo mortal para gozar del Señor; mandó llamar á los abades de los otros monasterios de su órden, y avisándoles que él presto los dejaria, los exhortó á la observancia de su regla, y á la fraterna dilección y caridad. Y habiendo recibido con gran devocion los santos Sacramentos de la Iglesia, dió su espíritu al Señor á los 12 de de julio del año 173, y despues fué enterrado en la iglesia del monasterio de Pasiniano, é hizo por él el Señor muchos y grandes milagros.

La vida de san Juan Gualberto escribió el P. Fr. Blas Malavesio, general de la órden de Valleumbrosa, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo. Hacen mencion de él el Martirologio romano á los 12 de julio, y san Antonino en la segunda parte de su historia, tít. v, cap. XVII.

* SAN JASON.—Se cree que era pariente ó íntimo amigo del apóstol san Pablo, y uno de los setenta y dos discípulos del Salvador. Créese tambien que anunció el Evangelio á los de Chipre, y á últimos del siglo I murió en esta isla. Algunos quieren que predicó en Chipre y despues en Cesarea, y que volviendo despues á Chipre fué consagrado obispo y murió allí. Solo consta de cierto que fué discípulo del Salvador.

SAN HERMÁGORAS, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué discípulo de san Márcos, evangelista, y consagrado por él mismo primer obispo de la ciudad de Aquileya. Digno sucesor de los apóstoles y nutrido con las eficaces inspiraciones de los discípulos del Salvador, brilló tambien con todo el resplandor de las virtudes apostólicas. Bajo el reinado del emperador Neron, despues de haber sufrido diferente género de tormentos, al mismo tiempo que curaba milagrosamente las enfermedades, que predicaba el Evangelio con un celo infatigable, y que convertia á la fé católica pueblos enteros, fué preso, condenado y decapitado en la misma ciudad de Aquileya, juntamente con FORTUNATO, su diácono, y su compañero en la corona del martirio.

SAN PAULINO, OBISPO Y MÁRTIR.—Discípulo del apóstol san Pedro, fué consagrado por el primer obispo de Luca, y enviado á predicar el Evangelio á aquellas regiones de Italia. Despues de haber cumplido su mision de una manera digna de un varon apostólico y de haber padecido muchos trabajos por Jesucristo, en tiempo de Neron fué martirizado con otros compañeros al pié de un monte junto á Pisa, donde se guardaron sus cuerpos.

LOS SANTOS PRÓCULO É HILARION, MÁRTIRES.—Estos dos santos vivian en la ciudad de Ancyra en tiempo del emperador Trajano. Máximo, gobernador de aquella ciudad los

llamó un dia á su presencia, y no pudiendo conseguir que ofreciesen incienso á las divinidades del paganismo, les condenó á muy crueles tormentos, entre ellos el de pasear desnudos por toda la ciudad, y ser despues arrojados á un horno encendido, cuyo fuego consumió sus cuerpos y llevó sus almas al cielo.

SANTA EPIFANIA, MÁRTIR.—Solo sabemos de esta santa lo que dice el Martirologio romano, sin que se hayan podido encontrar en ninguna parte las actas de su martirio. En tiempo del emperador Diocleciano, dice el citado Martirologio, y del gobernador Tertilo, habiéndola cortado los pechos, entregó su alma al Criador en tierra de Otranto.

SAN VIVENCIOLO, OBISPO.—Pasó los primeros años de su juventud en un monasterio del monte Jura, y estuvo unido con estrechísima amistad con san Avito, obispo de Viena, y con san Apolinar su hermano, tambien obispo. Cuando fué elegido superior del monasterio de Coudat, lo gobernó con sabiduría y prudencia, y al poco tiempo fué elevado á la silla arzobispal de Lyon, floreciendo en ella como un verdadero sucesor de los apóstoles. Asistió á varios concilios, y contribuyó á la formacion de algunos reglamentos para el buen régimen de los cristianos y de las costumbres públicas. San Vivenciolo poseia, segun Agoardo, una grande erudicion, lo cual prueban sus escritos y el elogio con que hablan de él algunos autores. Ignórase la época y las circunstancias de su muerte, la que debió suceder despues del año 517, porque en él congregó un concilio para anular cierto matrimonio incestuoso de uno de los primeros oficiales del rey de Borgoña.

SANTA MARCIANA VÍRGEN Y MÁRTIR.—Nació y murió en la Mauritania durante los primeros siglos de la Iglesia. Su martirio consistió en echarla á las fieras para que la devorasen, y murió despedazada por un toro. El cuerpo de esta santa fué despues trasladado á Toledo, en España, donde aun se venera, por cuyo motivo algunos autores la han creido española, y han asegurado que habia padecido martirio en dicha ciudad. Los continuadores de Bolandus prueban hasta la evidencia que son falsas las actas de su martirio que se suponen escritas en Toledo, y son de parecer que santa Marciana habia nacido, vivido y muerto en la Mauritania.

SAN PATERNIANO, OBISPO Y CONFESOR.—Italiano de nacion, y dedicado á las cosas eclesiásticas desde sus primeros años, pasó por todos los grados de la gerarquía clerical, y mereció por su educacion y por la solidez de sus conocimientos ser mirado como un oráculo en su tiempo. El papa san Leon, el Grande, á quien habia ayudado mas de una vez con sus consejos, le elevó á la silla episcopal de Bolonia, y le consagró por sí mismo. La reputacion que se habia adquirido con sus conocimientos aumentóse con el cargo pastoral; pues fué uno de los prelados mas sabios y mas santos de su siglo. Su pontificado duró veinte años, intervalo suficiente para desplegar todos los recursos de su celo y de su virtud en unos tiempos tan calamitosos. La irrupcion de los bárbaros le proporcionó ocasion para prestar los beneficios inmensos á su rebaño, y murió resplandeciente en milagros, el dia 12 de julio del año de 470.

DIA 13.

SAN ANACLETO, PAPA Y MÁRTIR.—Muerto san Clemente, papa y mártir, por comun voluntad de la Iglesia fué puesto en la silla pontifical san Anacleto, griego de nacion, natural de Atenas é hijo de Antíoco, el año del Señor de 103, imperando Trajano: el cual viendo que la religion cristiana se aumentaba, y el culto de sus falsos dioses se disminuia y menoscababa, levantó la tercera persecucion contra la Iglesia, pensando con tormentos poderla acabar; pero ántes se le acabó á él la vida, y la semilla y doctrina del cielo regada con la sangre de los mártires, cada dia florecia mas, y cuanta mas sangre se derramaba, daba mas copiosa cosecha. Por esta persecucion tan cruda, y por estar los cristianos cada dia con el cuchillo á la garganta para ser martirizados, ordenó san Anacleto, que al cabo de la misa comulgasen todos los que se hallasen presentes. Mandó asimismo, que á la consagracion del obispo se hallasen presentes á lo ménos otros tres obispos (como ántes lo habia instituido san Pedro), y que los clérigos se admitiesen á las órdenes públicamente, para que sea conocido por virtuoso y digno de tan alto oficio el que fuere admitido. Escribió algunas epístolas en que trata la autoridad del sumo pontífice, á quien solo Dios puede juzgar, y de solo él recibe la superioridad y poder sobre todas las otras Iglesias; y habla altamente de las Iglesias patriarcales. Escribió grandes alabanzas del apóstol san Pedro, y edificó su capilla y otros lugares, donde se sepultasen los pontífices sus sucesores. Celebró dos veces órdenes en el mes de diciembre, y ordenó en ellas seis obispos, cinco presbíteros y tres diáconos: y despues de haber gobernado la Iglesia de Dios nueve años, tres meses y diez dias, fué martirizado el año del Señor de 112, y el décimotercio del imperio de Trajano. Fué sepultado en el Vaticano. Celebra la Iglesia su fiesta el dia de su martirio, que fué á 13 de julio. San Ignacio, en una epístola que escribe á María Casobolite, hace honorífica mencion de san Anacleto. Adviértase, que algunos autores griegos confunden á Anacleto con Cleto, y de dos hacen uno, y que en la sucesion de los cuatro primeros papas, despues de san Pedro, várian mucho algunos escritores eclesiásticos, y que no falta quien ponga el martirio de san Anacleto en tiempo del emperador Domiciano; pero lo que aquí habemos dicho, como mas cierto y mas comun, se debe seguir.

* LOS SANTOS PROFETAS, JOEL Y ESDRAS.—Joel es el segundo de los profetas menores que profetizó por los años 789 ántes de Jesucristo, y fué hijo de Phatuel. Escrita su profecía en hebreo con estilo vehemente, espresivo y figurado, contiene la devastacion de la Judea por los caldeos, y bajo de este tipo la destruccion de Jerusalen por los romanos, el fin del mundo, el juicio universal, las penas eternas para los réprobos, y una gloria sin fin para los justos. Esdras fué hijo de Saraias, pontífice soberano á quien dió muerte Nabucodonosor, ejerció el gran sacerdocio durante la cautividad de Babilonia. El crédito de que gozaba con Artajerjes Longimano fué muy útil á su nacion; este príncipe lo envió á Jerusalen en una colonia de judíos, y marchó cargado de riquezas para el templo que se habia empezado á construir en tiempo de Zorobabel, y que él se habia empeñado en concluir. Habiendo llegado á Jerusalen 467 años ántes que Jesucristo, se dedicó en reformar algunos abusos que se habian introducido en el pueblo, preparándose para la dedicacion de la ciudad. Dicha ceremonia atrajo multitud de gentes á Jerusalen, y entonces Es-

dras les leyó la ley de Moisés, llamándole desde entonces los judíos el príncipe de los doctores de la ley. Créese fué él quien recogió todos los libros canónicos, purgándolos y distribuyéndolos en veinte y dos libros. Tambien se dice que fundó en Jerusalen una escuela, donde debian instruirse los intérpretes de la Sagrada Escritura, para que así no fuese alterado su sentido. No se sabe cual fué su muerte; pero sí que murió en la paz de Dios. Cuatro libros hay que llevan el título de Esdras, reconocidos por canónicos por la Iglesia únicamente dos; aunque se cree comunmente que solo uno es de Esdras y el otro de Nehemias, ignorando el autor de los otros dos. Algunos escritores le atribuyen tambien los dos libros del Paralipomenon.

San Silas, confesor.—Créese que fué discípulo del Salvador. Lo cierto es, que los apóstoles lo destinaron para ir á predicar el Evangelio á las iglesias de los gentiles en compañía de san Pablo y San Bernabé. Habiendo continuado su apostólico ministerio con un celo que hizo ver estaba lleno de la gracia de Dios despues de haber glorificado á Jesucristo en sus trabajos y aflicciones, murió en paz en Macedonia á fines del siglo I.

San Serapion, martir.—Vivia en Egipto durante el reinado del emperador Severo, y habiéndole preso lo llevaron á Alejandría, donde residia el gobernador Aquila. Manifestóse el santo inflexible á las amenazas que le hicieron para que abandonase su religion, por cuyo motivo fué condenado á ser quemado vivo en compañía de otros nueve cristianos que como él se habian mantenido constantes en la fé.

Santa Mirope, mártir.—Por los años 230, reinando en Roma el emperador Decio, y siendo Numeriano gobernador de la isla de Chio, en ella fué martirizada y muerta á palos santa Mirope, mujer de extraordinaria fortaleza y de heroica virtud. Por mucho tiempo se ocupó esta santa en curar milagrosamente á los enfermos por medio de un ungüento que formaba con la sangre de los mártires.

San Eugenio, obispo, y sus compañeros Salutario, Murita y otros.—San Eugenio era ciudadano de Cartago cuando en el año 481 fué elevado á su silla episcopal. Las virtudes que habia mostrado siendo seglar, aumentaron su brillo así que fué colocado en aquel puesto eminente, y gobernaba aquella Iglesia en santa paz cuando el rey Hunnerico mandó que todos los obispos católicos se reuniesen en Cartago para disputar con los prelados arrianos. Celebróse la conferencia el año 484; pero los arrianos se separaron de ella bajo frívolos y falsos pretextos. Hunnerico, partidario de los herejes, persiguió entonces á sus contrarios con pretextos mas falsos todavía. Hizo jurar á los obispos que «su deseo era que despues de su muerte reinase su hijo.» La mayor parte de los obispos creyeron que podian hacer aquel juramento y algunos se negaron: Hunnerico los condenó á todos igualmente; á los primeros como refractarios á los preceptos del Evangelio, que manda no jurar, y á los otros como infieles á su príncipe. Poco despues dió órdenes para que la persecucion se hiciese general. Un gran número de vírgenes consagradas al Señor fueron cruelmente atormentadas, muriendo muchas de ellas sobre el caballete. Los obispos, los sacerdotes, los diáconos y legos de distincion que fueron desterrados, llegaron al número de 4966. En Cartago todo el clero fué azotado con látigos y varas y despues expulsado de la ciudad, sin que el venerable obispo Eugenio pudiese escaparse á tan bárbaros tratamientos. El pueblo seguia á los sacerdotes con cirios en las manos, y las madres llevando á sus hijos en brazos los ponian á los piés de los santos confesores y les decian: ¿Cómo nos abandonais para correr al martirio? ¿quién bautizará nuestros hijos? ¿quién nos administrará la penitencia y nos librará del peso de los pecados con el beneficio de la reconciliacion? ¿quién nos enterrará despues de muertos, y quién ofrecerá por nosotros el divino sacrificio con las ceremonias ordinarias? ¡Qué! ¿no nos será permitido marcharnos con vosotros? San Eugenio fué restituido á su diócesis en tiempo del rey Gombod, y desterrado despues segunda vez por Trasamundo, su sucesor á las Galias. Retirado en Albi, vivió muchos años en santa soledad, dedicándose á escribir contra la doctrina de los perseguidores de la Iglesia católica, y coronó con una muerte preciosa en 505, una vida sumamente laboriosa y agitada. Todo el clero de Cartago, compuesto de unas quinientas personas, y de muchos niños que eran cantores de la misma Iglesia, murió en el destierro, y entre aquellos venerables confesores se distinguieron el insigne arcediano llamado Salutario, y Murita el segundo en órden, los cuales fueron atormentados tres veces y despues merecieron el título de una gloriosa perseverancia en Jesucristo.

San Turiano, obispo y confesor.—Nació en la diócesis de Vaunes, y habiendo ido á Dol en su juventud, fué educado por San Tiarmel, que era á la vez abad de San Sanson, y obispo de Dol. Este prelado le confirió despues las sagradas órdenes, y posteriormente le hizo su vicario y le consagró por su coadjutor. El año 733, muerto san Tiarmel, fué Turiano colocado en su lugar, y se hizo desde luego recomendable por su piedad, su penitencia, su zelo, su caridad, su fervor, y su firmeza en mantener la disciplina. San Turiano murió en paz el dia 13 de julio del año 749, ilustre en milagros, que se continuaron en su sepulcro.

DIA 14.

San Buenaventura, obispo y doctor.—El santísimo pontífice y seráfico doctor de la Iglesia san Buenaventura, de la sagrada órden de san Francisco, nació el año del Señor en 1221, en una ciudad pequeña de la provincia de Toscana, que en latin se llama *Balneo Regio*, y en italiano *Bagnarea*. Su padre se llamó Juan Fidansa, y su madre Rifela, personas principales y ricas. Siendo niño tuvo una tan recia y tan peligrosa enfermedad, que le desahuciaron los médicos, y su madre acudió á Dios, y tomó por intercesor al glorioso padre san Francisco, y le prometió que si alcanzaba la salud de su hijo, ella procuraria que tomase el hábito de su santa religion, y sirviese al Señor en ella. Dió salud al niño el Señor por los merecimientos y oraciones del santo padre, y fué criado con devocion á su persona y órden, y enseñado en buenas letras y costumbres, hasta que tuvo veinte y dos años: y queriendo dar contento á su madre, y cumplir el voto que ella habia hecho, sintiendo que el Señor le movia á tan alta y santa devocion, tomó el hábito de la religion del padre san Francisco, con gran fervor y menosprecio del mundo: y cumpliendo el año de la probacion, hizo su profesion, manifestando á todos el beneficio, que por mano de san

Francisco habia recibido, y encomendándose afectuosamente á él, y pidiéndole favor para cumplir los votos que habia hecho. Luego comenzó el santo mozo á resplandecer entre todos los otros religiosos con grandes virtudes; y con su continua oracion, silencio, modestia, obediencia, afabilidad y humildad, á atraer á sí los ojos de todos los que le miraban. Ocupábase muy de grado en barrer, fregar, y en los otros humildes oficios de la órden, y en servir y regalar á los enfermos: y hacíalo de tanto mejor gana, cuanto las enfermedades eran mas asquerosas y contagiosas. Ejercitaba la caridad con los frailes, que veia tristes ó desconsolados, y con sus dulces palabras los animaba á la perseverancia, y á llevar hasta el fin el suave yugo del Señor: lo cual todo lo ejerció con grande espíritu y vigilancia, aun despues que fué padre grave en la órden y ministro general. Dióse al estudio de la sagrada teología con grande afecto: y por la agudeza y excelencia de su ingenio, y continuo trabajo, y por su oracion, salió varon sapientísimo, y doctor divino. Tuvo por maestro en París á Alejandro de Ales, que en su tiempo fué famosísimo, y llamado «el doctor irrefragable:» el cual considerando la pureza de san Buenaventura, su gracia y compostura, y suavidad de sus palabras y conversacion angélica, hablando de él, solia decir muchas veces: Este es un verdadero israelita, en quien parece no haber pecado Adan. Alcanzó en breve tiempo tanta eminencia de ciencia, que á los siete años de religion, por comun consentimiento de los superiores de la órden le fué dada la cátedra de teología, y leyó al Maestro de las sentencias en la universidad de París, con grande aceptacion y admiracion. Allí tomó el grado de doctor, y tomóle el mismo dia que el angélico doctor de la Iglesia santo Tomás, con el cual tuvo muy estrecha y santa amistad, y con su humilde porfía le rindió para que tomase primero el grado que él. Tratábanse estos dos santos con mucha familiaridad: y un dia, entrando santo Tomás en la celda de san Buenaventura, le rogó que le mostrase los libros, por donde estudiaba. Mostróle san Buenaventura unos pocos, que allí tenia; y santo Tomás le tornó á rogar, que le mostrase los otros libros mas secretos y raros de donde sacaba aquellos conceptos tan exquisitos, y sentencias maravillosas y profundas, que con tanta elocuencia decia. Entonces el humilde y devoto santo le enseñó un crucifijo pintado, que tenia allí delante, y le dijo: Sabed cierto, padre, que este es el libro, del cual yo saco todo lo que yo leo, ó escribo, y que mayor lumbre recibe mi alma á los piés de este crucifijo, y en oir y servir á las misas, que en todos los ejercicios de letras. De lo cual quedó santo Tomás muy edificado, y mas aficionado á san Buenaventura; aunque no se le hizo cosa nueva; porque él tambien experimentaba en sí cuánto mas le valia para alcanzar la verdadera sabiduría la oracion que la leccion. Otra vez, yendo á visitar santo Tomás á san Buenaventura, halló que estaba escribiendo la vida de san Francisco, su padre, y no le quiso interrumpir, ni estorbar; antes le dejó, diciendo: Dejemos al santo, que trabaje por otro santo. Y parece que nuestro Señor juntó en un mismo tiempo y lugar á estas dos lumbreras de la Iglesia, para que la defendiesen, y resistiesen á unos hombres desvariados y locos, que en la universidad de París se levantaron contra las religiones de san Francisco y santo Domingo, y escribieron libros contra ellas: los cuales refutaron con su excelente doctrina estos santos doctores, y la santa sede apostólica los condenó, y mandó quemar. Y así hablando el sumo pontífice Sixto V de san Buenaventura y de santo Tomás de Aquino, como de dos santos compañeros, y doctísimos varones, y pilares de la Iglesia, dice estas palabras: «Estos son dos olivos, y dos candeleros resplandecientes en la casa de Dios: los cuales con el óleo de la caridad, y con la luz de su ciencia, alumbran toda la Iglesia. Estos, con singular providencia de Dios, salieron, como dos estrellas, al mismo tiempo, de dos esclarecidas religiones, para defender la religion católica, y con sus trabajos ayudarla y servirla en la defensa de la fé. De estos dos, como de una tierra fértil y bien labrada, salen cada dia con la divina gracia admirables y fructuosas plantas, que son los varones en doctrina y santidad excelentes, para emplearse en socorrer á la nave de san Pedro, combatida por tantas partes de ondas y tempestades, y ayudar al romano pontífice, que está en el timon de esta nave, y con tanto trabajo y solicitud lleva el gobernalle.» Todo esto es del papa Sixto V, en la bula en que manda que san Buenaventura sea tenido por doctor de la Iglesia, como santo Tomás. Pero á mas de lo que estos dos santísimos condiscípulos y compañeros hicieron en comun contra aquellos monstruos que impugnaban sus religiones; otro doctor, llamado el maestro Giraldo, escribió un libro pernicioso contra los frailes, tomando ocasion de las faltas de algunos, para reprender á todos, é impugnar la pobreza evangélica, que ellos profesaban. Contra este libro escribió san Buenaventura otro, que se llama *Apología pauperum*, con grande doctrina y elocuencia, y deshizo las falsedades y disparates de Giraldo: y nuestro Señor confirmó la verdad con el castigo que le dió; porque al cabo de pocos dias, paralítico y cubierto de lepra, acabó miserablemente su vida. Con estas obras, y las lecciones y disputas, que como maestro y catedrático cada dia hacia san Buenaventura, se iba conociendo y descubriendo mas la hacha encendida que Dios habia puesto sobre el candelero, y la ciudad puesta sobre el monte, y se extendia la fama de su sabiduría por toda la tierra, y juntábase con ella una prudencia maravillosa, con la cual en las consultas de los prelados y capítulos de la órden decia su parecer tan acertadamente, que continuamente todos le seguian, y tomaban sus respuestas como de un ángel del cielo. Por la fama de tan grandes virtudes y tan excelente doctrina, el papa Clemente, cuarto de este nombre, santísimo varon, quiso hacer á san Buenaventura arzobispo eboracense en Inglaterra; y él por su humildad rehusó aquella tan alta y rica dignidad, teniéndose por indigno de ella, y suplicó al sumo pontífice, que le dejase vivir en su pobreza, evangélica, y servir á la Iglesia con el estudio de las letras sagradas: y así lo hizo el papa, por el gran provecho que toda la Iglesia católica sacaba de los fructuosos trabajos y doctrina singular de nuestro santo. Vacando el oficio de ministro general de toda la órden, aunque era mozo, y de solos treinta y cinco años, y de trece de religion, con grande conformidad fué elegido por padre y ministro general de la órden, con grande repugnancia y contradiccion suya; pero aceptó el cargo por obedecer á Dios y al sumo pontífice, que en su nombre se lo mandó, bajando los hombros á la carga pesada; la cual llevó con profunda humildad, extremada blandura, rara prudencia

y zelo de la disciplina religiosa, y valor para hacer guardar la regla de su santo padre: y como dice el sumo pontífice Sixto IV en la bula de su canonizacion, no solamente guardó con mucha diligencia lo que por el bienaventurado san Francisco habia sido ordenado; mas añadió otras muchas cosas de nuevo, que por haber crecido el número de frailes, pareció se debian establecer: porque como todas las cosas humanas naturalmente tengan sus principios, medios y fines, y no perseveren en el estado y perfeccion que comenzaron, habia ya descaecido algo en tan pocos años su sagrada religion de aquel fervor de sus principios: y san Buenaventura, viéndose ministro general, procuró reducirla á ellos, y restituirla á aquel lustre y resplandor de su santidad, que habia tenido en vida de su padre san Francisco: y para esto tuvo capítulo general: dió nuevas órdenes, escribió epístolas á toda la órden: é hizo todo lo que pudo, con extraordinaria diligencia y santidad. Y con ser riguroso en esto, era muy blando con los flacos, y con los que reconocian sus culpas, y con los que habiendo dejado los hábitos volvian á la religion y pedian penitencia. A estos tales recibia con gran caridad, como verdadero padre, para que no cayesen en desesperacion y en un abismo de infinitos males. En todos los trabajos y dificultades que tenia en su gobierno, acudia como á singular abogada y patrona, á la Madre de Dios, y mandó á sus frailes, que en sus sermones exhortasen al pueblo á su devocion, y á saludarla con la oracion del ángel, cuando oyesen tañer la campana despues de completas, y ordenó que en los himnos dijesen: *Gloria tibi, Domine, qui natus es de Virgine*, desde la fiesta del Nacimiento de Cristo hasta la de los Reyes; y en Roma instituyó cofradía y hermandad, que llaman del Confalon, dándole cierta forma de orar y rezar, en honra de Nuestra Señora. Siendo san Buenaventura general, se trasladó el cuerpo del glorioso san Antonio de Padua á una iglesia suntuosa que se le habia edificado en la misma ciudad. Hallóse presente á esta traslacion: y con ser el año treinta y dos de su muerte, vió que estaba su lengua tan fresca y tan blanda, como si estuviera vivo. Tomóla en sus manos devotamente el santo varon, y derramando muchas lágrimas de sus ojos, dijo: ¡O lengua bendita, que siempre bendijiste á Dios, y enseñaste á otros que le bendijesen: bien muestras ahora, cuán agradable le fuiste! Y besándola con mucha reverencia, la mandó poner aparte en un lugar honorífico.

Considerando la soberana majestad de Dios que está en el santo Sacramento del altar, y su gran vileza, y temiendo que no recibia al Señor con el aparejo y disposicion que convenia, estuvo muchos dias sin llegarse al altar: y un dia oyendo misa, al tiempo que el sacerdote partia la hostia, una parte de ella se vino á él, y se le puso en la boca: y haciendo gracias al Señor por este tan incomparable beneficio, entendió que con él le queria enseñar, que gusta mas Dios de los que con amor y entrañable afecto se llegan á él, y le reciben, que nó de los que por temor se apartan, y dejan de conversar con su Criador, que tan benignamente los ama y busca, como despues el mismo santo lo escribió. Una cosa escribe muy notable Pedro Gelasino, varon docto y curioso de nuestro tiempo, en la vida de san Buenaventura, para declarar la grande opinion y autoridad que tenia este santo en la Iglesia de Dios. Dice que muerto Clemente IV, durò la sede vacante casi tres años, porque diez y siete cardenales que en la ciudad de Viterbo se juntaron para la eleccion del nuevo pontífice, no se concertaban ni convenian en la persona que habian de elegir; y que últimamente vinieron en dar sus votos á san Buenaventura, por su gran santidad, prudencia y erudicion, para que él solo eligiese la persona que le pareciese en el Señor mas digna para aquella dignidad suprema, y que si se nombrase á sí mismo fuese tenido y obedecido por papa. Y añade, que el santo fué tan entero, que desnudándose de todos los afectos que le podian cegar, y de los respetos y amor de los cardenales presentes, nombró á Teobaldo, vicecómite placentino y arcediano de Lieja, varon de tan grande religion y fama, que á la sazon estaba ausente y ocupado en la conquista de la Tierra Santa, y se llamó en su asuncion Gregorio X. Todo esto dice este autor. Habiendo pues gobernado san Buenaventura muchos años su sagrada religion, y floreciendo ella por su gobierno, y el santo por la vida admirable y doctrina excelente y prudencia singular de que Dios le habia dotado, el papa Gregorio X, que entonces presidia en la silla de san Pedro, mandó juntar concilio general en la ciudad de Leon de Francia, para que en él se tratase de la union de la Iglesia griega con la latina, y de otras cosas de grande importancia, y ordenó á san Buenaventura que viniese al concilio para servirse de él: y para poderlo hacer con mayor autoridad le hizo cardenal y obispo de Albano, que es uno de los seis obispados sufragáneos del obispo de Roma. Y así estando el papa presente en el concilio, san Buenaventura llevó el mayor peso en todos los negocios graves que se ofrecieron en él, y en las disputas con los griegos (los cuales se redujeron y reconocieron al papa por su pastor, y se juntaron á su obediencia), y en las otras definiciones de aquel sacro concilio. En el cual quiso Dios honrarle, y darle el premio de sus trabajos, y llevarle al descanso de la bienaventuranza; porque á los 14 de julio del año de nuestra salud de 1274 y á los cincuenta y tres de su edad, dió su alma al Señor, y su cuerpo fué enterrado en San Francisco, en la misma ciudad de Leon, con gran sentimiento y lágrimas de todos los presentes que á una voz afirmaban, que aquel dia habia perdido la santa Iglesia el mejor soldado que tenia; y el mismo papa Gregorio X lloró la muerte de san Buenaventura, por la gran pérdida que dijo haber recibido la Iglesia. Celebráronse suntuosamente sus exequias; cantó la misa Pedro de Tarantasia de la órden de santo Domingo, que á la sazon era cardenal y obispo de Ostia, y despues fué sumo pontífice, y se llamó Inocencio V, y él mismo predicó, y entre las otras cosas que dijo en su alabanza fué una: que todos los que le miraban, luego se le aficionaban y se le rendian, y de buena gana tomaban sus amonestaciones y consejos; porque era benigno, afable, humilde, á todos agradable, prudente, casto, apacible y adornado por extremo de todas las virtudes. Lo cual hoy dia se echa bien de ver en los muchos y doctísimos libros que dejó escritos, en los cuales resplandecen todas estas virtudes, y con una doctrina celestial, un fuego de amor divino que alumbra el entendimiento de los que los leen, y abrasa su voluntad, y los enternece y mueve extrañamente. Porque la doctrina de san Buenaventura no es seca ni fria ni para solo el entendimiento, sino jugosa, ardiente y para encender el corazon y abrasarle con llamas de amor: y por esto con mucha razon es llamado *el doctor se-*

ráfico; porque como un serafin arde y enciende. Y por esto dijo el doctísimo Juan Gerson, cancelario de la universidad de París, hablando de la doctrina de san Buenaventura, que no hay ninguna para los teólogos mas sublime, ninguna mas divina, ni mas saludable y suave. Y en otra parte dice: «Aunque otros doctores se llaman querubines por la eminencia de su ciencia, san Buenaventura juntamente es querubin y serafin, porque inflama el afecto y alumbra el entendimiento, y reduce y une el alma con Dios por amor.» Y en otra parte: «San Buenaventura es singular entre todos los doctores católicos, porque sin hacer agravio á ninguno de ellos, es muy eficaz y segurísimo para alumbrar el entendimiento é inflamar el afecto.» Y el abad Juan Tritemio dice, que san Buenaventura excede á todos los doctores de su tiempo en el provecho de sus obras, si miramos al espíritu del divino amor, y á la devocion cristiana que habla en él: «Es profundo (dice) y no hablador: sútil y no curioso: elocuente y no vano: sus palabras no son henchidas, sino fervorosas: así mas seguramente se lee y mas fácilmente se entiende, del que ama, y con mas provecho se repite, y con mas suavidad y fruto queda en la memoria lo que se ha leido. Muchos enseñan doctrina y muchas cosas devotas, y pocos de los que escriben libros supieron juntar la doctrina con la devocion: pero san Buenaventura excede á los muchos y á los pocos; porque su doctrina es madre de la devocion, y la devocion es cebo de la doctrina: por tanto si quieres ser docto y devoto juntamente, lee atentamente sus obras.» Hasta aquí son palabras de Tritemio. Pero mas altamente y en ménos palabras lo dice el papa Sixto IV en la bula de canonizacion de san Buenaventura: y el papa Sixto V dice: «Tuvo san Buenaventura un don propio y singular de escribir, no solamente con gran sutileza de argumentos y facilidad en el decir y prudencia en el definir, sino tambien de mover los ánimos con una fuerza mas divina que humana: porque de tal manera con una suma erudicion junta un fervor de prudencia admirable, que enseñando mueve al lector, penetra hasta lo mas íntimo de las entrañas, y le compunge con unos estímulos de serafin, y le baña de una suavísima dulzura de devocion: y admirando esta gracia en su boca y en su estilo, nuestro predecesor Sixto IV, sumo pontífice, no dudó decir que parecia haber hablado el Espíritu Santo en san Buenaventura.» Hizo Dios muchos y muy grandes milagros por los merecimientos de san Buenaventura despues de su muerte: sanó muchos enfermos de todas enfermedades: resucitó un niño muerto: socorrió á muchas mujeres que estaban con recios dolores de parto, que fueron libres y remediadas por la invocacion y merecimiento de este santo; al cual canonizó y puso en el catálogo de los santos el papa Sixto, cuarto de este nombre, que habia sido fraile y general de la órden de san Francisco, el año de 1482, y doscientos y ocho años despues que el santo murió. Y el papa Sixto V, fraile de la misma órden, mandó que se rezase de san Buenaventura con la misma solemnidad que por constitucion de Bonifacio VIII se reza de los cuatro doctores de la Iglesia, y por la del papa Pio V, de santo Tomás de Aquino. Escribe de san Buenaventura el Martirologio romano á los 14 de julio; el papa Sixto IV, san Antonino y Pedro Gelasino, protonotario apostólico; y mas copiosamente la crónica de la órden de san Francisco, en la cual en la segunda parte, lib. II, cap. VII, se dice que amó tanto la pobreza hasta la muerte, que hasta el pontifical que dejó todo fué de lienzo de poco valor, como hoy se vé en San Francisco de Leon de Francia, y que en su traslacion que se hizo el año de 1434, y ciento y sesenta años despues de su muerte, á otra iglesia mayor de San Francisco, fué hallada su cabeza entera con sus cabellos, labios y dientes y lengua fresca, y ninguna cosa mudada de cuando vivia y su corazon sin corrupcion alguna.

* San Justo soldado y mártir.—Natural de Roma servia bajo las banderas imperiales, aborreciendo de muerte á los cristianos. Motivó su conversion una milagrosa cruz que vió en el aire rodeada de celestiales resplandores; así es que instruido en la doctrina de Jesucristo fué bautizado repartiendo luego á los pobres cuanto tenia. Observaba con toda escrupulosidad las leyes del Evangelio y asistia á los santos confesores que se preparaban para sufrir el martirio. Sabiendo el gobernador Magnecio la conversion de Justo y los buenos y piadosos oficios en que se ocupaba, mandó prenderlo para que ofreciera incienso á los ídolos. Negándose el santo á ello, fué azotado cruelmente con nervios, luego encubierta la cabeza con un yelmo encendido, fué echado á una hoguera. El Señor empero permitió saliera ileso del fuego, pero espiró luego en la misma ciudad de Roma en el tercer siglo.

San Focas, obispo y mártir.—Natural del Asia, cuyas regiones ilustró con su predicacion y su santidad. Fué obispo de Sinope en el Ponto, en cuya ciudad sufrió martirio en tiempo del emperador Trajano. Primeramente estuvo mucho tiempo cargado de grillos y cadenas en una oscura prision, y permaneciendo siempre constante en la fé de Jesucristo, fué arrojado á una hoguera desde la cual voló su dichosa alma al cielo, muriendo á principios del siglo II. Sus reliquias fueron trasladadas á Viena de Francia y se veneran todavía allí en la iglesia de los santos Apóstoles.

San Heraclas, obispo.—Fué el discípulo mas aventajado de Orígenes y su sucesor en la escuela de Alejandría, en la cual enseñó por muchos años con esclarecida reputacion. Estando vacante la silla episcopal de la misma ciudad por muerte del patriarca Demetrio, fué elegido Heraclas para ocuparla y desempeñó su elevado ministerio, como un sabio segun el corazon de Dios y como un fiel discípulo de Jesucristo. Continuó hasta su muerte instruyendo constantemente al pueblo y mereció gozar de tanta fama, que segun cuenta Africano historiador antiguo, muchos habian ido á Alejandría con solo el objeto de ver al santo obispo. Por fin coronado este de merecimientos y de virtudes, descansó en el Señor despues de un pontificado de diez y seis años, el dia 5 de diciembre del año 247.

San Ciro, obispo y confesor.—Floreció este santo durante el siglo III, fué obispo de Cartago, y murió resplandeciente en virtudes y milagros el año 303. San Agustin predicó despues un sermon al pueblo, excitándole á imitar las virtudes de este ilustre prelado, de quien nada mas sabemos que lo dicho.

San Félix, obispo.—Fué enviado por el apóstol san Pedro á predicar el Evangelio á diferentes provincias de Italia, y ordenado por él mismo primer obispo de Como, cuya ciudad convirtió á Jesucristo. La gracia divina resplandeció siempre en todas las acciones de su vida, y aunque no sabemos si derramó su sangre por la fé, es de creer que al ménos padeció mucho durante la primera per-

secucion de la Iglesia; en que tan afligida estuvo la de Italia. Su muerte se halla colocada á fines del siglo I, y su memoria es muy venerada no solo en Como donde se le honra como su apóstol, sí que tambien en otras regiones de Italia que muchas veces han experimentado los efectos de su patrocinio.

San Optaciano, obispo.—Vivió en tiempo del emperador Valentiniano III, siendo papa san Leon el grande, por quien fué consagrado obispo de Brescia. Asistió al concilio de Milan celebrado por Eusebio, obispo de la misma ciudad, y se dislinguió en él por su celo y sabiduría. Fué infatigable en proporcionar á sus abejas abundante pasto de doctrina, y en preservarlas contra los errores que manifestaban entonces el rebaño de la Iglesia, y murió en paz en su ciudad episcopal, no sabemos en qué año del siglo V.

San Marcelino, presbítero y confesor.—Fué inglés de nacion y habiendo pasado á Francia con otro compañero suyo, siendo aun muy jóven abrazó el estado eclesiástico y fué ordenado presbítero. Apenas se vió revestido de esta dignidad, empezó á predicar por todas partes los preceptos y las máximas del Evangelio; y sus trabajos apostólicos, favorecidos con la ayuda del cielo, alcanzaron la conversion no solo de muchos infieles á la religion, sí que tambien de muchísimos cristianos al verdadero camino que habian abandonado. Marcelino gozó de una larga vida, empleada toda en el servicio de la Iglesia y gloria de Dios, hasta que hallándose por los años 800 en Deventer de Bélgica, trabajando en sus misiones, fué acometido de una enfermedad mortal, que despues de haberle hecho padecer mucho le llevó á gozar de Dios.

DIA 15.

San Enrique, emperador.—San Enrique, emperador de Alemania, llamado por su gran devocion *el Pio*, fué hijo de Enrico, duque de Baviera, y heredó los estados de su padre, siendo mozo de raras virtudes y partes naturales, de grande ingenio y letras, mas de las que suelen caber en las ocupaciones de los príncipes. Fué despues elegido con gran conformidad el año de 1001, por emperador de Alemania, sucediendo en el imperio de Oton III. Los historiadores italianos cuentan á san Enrique por primero de este nombre, porque á Enrique, duque de Sajonia, llamado *Auceps*, que precedió ántes en el imperio, no le ponen en el número de los emperadores, por no haber bajado á Italia, ni coronádose en ella. Seis años ántes de subir san Enrique á la dignidad imperial, estando en Ratisbona, se le apareció san Uvolfango, obispo de aquella ciudad, en una notable vision: representósele, que estaba en la iglesia de San Emmeramo, para visitar el sepulcro de san Uvolfango, que estaba en ella. Aparecióselo luego el santo, diciéndole: Mira con atencion las letras que están escritas en la pared junto á mi sepulcro. Hízolo así Enrique, y notó estar escritas estas solas palabras: *Post sex*. Despues de vuelto en sí, revolvia en su pensamiento, que le queria el cielo significar con aquella cifra. Parecióle al buen príncipe lo mas seguro, que dentro de seis dias moriria; y así hizo luego grandes limosnas, y se dispuso para esperar la muerte; mas pasado el término de seis dias, sin caer malo, extendió el piadoso duque la interpretacion de aquella escritura á seis meses; en los cuales se ocupó todo en prepararse para morir al cabo de ellos: mas como tambien se alargaba su vida á mas tiempo, alargó tambien san Enrique el sentido de aquellas palabras á seis años, disponiéndose tambien en ellos para su último dia; porque de esta manera le quiso obligar la divina Bondad á adelantarse en las muchas virtudes que tenia, y disponerle para que fuese un verdadero dechado de emperadores y príncipes cristianos. En cumpliéndose los seis años, fué elegido por emperador, y acabó de entender, que la revelacion que habia tenido, no era de su muerte, sino de la majestad del imperio romano. No le faltó en su eleccion ningun voto, sino el de Heriberto, arzobispo de Colonia, que aunque fué varon santísimo, entre él y el santo emperador Enrique, no habia la correspondencia que merecian las virtudes de entrambos, por causa de algunos malsines y siniestras informaciones de gente envidiosa, hasta que ilustró Dios al santo emperador, revelando la verdad, y cuan gran siervo suyo era el arzobispo de Colonia. Fuése luego el piadoso príncipe á pedir perdon al santo prelado de no haber sentido de él con la estimacion que debiera, todo con grande humildad y muestras de amor del santo emperador, el cual no quedando contento con esta sola reconciliacion, á la noche siguiente despues de maitines se fué solo á la cámara de san Heriberto: mas no hallándole allí, sino en un oratorio, donde solia estarse el santo prelado largas horas en oracion, entró en él, y despojándose de su palio imperial, se postró en el suelo á los piés del arzobispo, y con grande humildad y contricion de su espíritu, le tornó á suplicar le perdonase y admitiese como á sacerdote de Cristo. El santo arzobispo le levantó del suelo con gran contento suyo, quedando de allí adelante muy amigos. Verdaderamente fué este un grande ejemplo de humildad y sujecion á la Iglesia; porque no habiendo ofendido el emperador ni de obra ni de palabra al arzobispo, dió muestras de tan rara penitencia y rendimiento, por solo lo que le habia pasado por el pensamiento contra un prelado eclesiástico, y siendo mal informado.

Fué el emperador Enrique justo, piadoso y favorecedor de los buenos y de los letrados, muy temeroso de Dios, y deseoso de acertar en todo, y así para cualquiera cosa que hubiese de disponer ó hacer en el gobierno del imperio, primero la consultaba con Dios, dando largas limosnas, y orando fervorosamente, para que el Señor le alumbrase para hacer lo que fuese de su mayor servicio. A los que le daban consejo oia de buena gana, y á los eclesiásticos que le reprendian, aunque no fuese por culpa suya, premiaba largamente. Estaba un dia el emperador para salir á unos espectáculos ó fiestas públicas, que se hacian de unos osos y de un hombre cubierto de miel. Pareció mal esto á san Popo, abad, y reprendió al emperador, por haber querido asistir á tales fiestas. El santo príncipe luego las dejó, y mandó no se hiciesen, quedando tan agradecido á su reprensor, que le hizo abad estabulense.

Tuvo este piadoso príncipe gran cuidado en amplificar la religion católica y el culto divino, dando grandes riquezas, posesiones y rentas á las iglesias, y reparando muchas que estaban destruidas de los esclavones y otros bárbaros, contra los cuales fué valerosísimo é invencible: porque habiendo vencido á Roberto, rey de Francia, aunque excelente príncipe, y así hecho paces con él; mandó juntar dieta, en la cual determinó hacer guerra á los infieles, especialmente á los polacos, bohemios, moravos y

esclavones. Juntó un buen ejército, y confiado en Dios, y ciñéndose con la espada, que habia sido de san Adriano, mártir, salió á campaña contra tantos enemigos. Llegándose á alojar á un campo donde habia estado la iglesia de Merseburg, viendo aquel santo lugar todo destruido y asolado, hizo voto á san Lorenzo de reedificar aquella iglesia en honra suya, si alcanzaba victoria. Los príncipes de Polonia y Bohemia, y de los esclavones, y Moravia, juntaron un formidable ejército de gente innumerable, saliendo al encuentro al pisimo emperador: el cual no por eso temió, sino confiando en el Señor, mandó que todo su ejército confesase y comulgase, como solia hacer, y encomendándose afectuosamente á san Lorenzo, san Jorge y san Adriano, mártires, exhortó á los suyos á pelear animosamente, esperando el favor del cielo. Vió luego á los tres santos mártires, y un ángel, que venian en su favor, yendo delante de su gente, matando á la de los enemigos, y haciéndolos huir: con lo cual alcanzó una milagrosa victoria, sin derramamiento de sangre de los soldados alemanes del santo emperador: el cual hizo tributarias á Polonia, Bohemia y Moravia, quedando agradecidísimo al Señor de los ejércitos, que con tan manifiesto milagro le habia hecho vencedor de sus contrarios. Cumplió luego su voto, reedificando la iglesia que habia prometido. Tuvo despues otra victoria no ménos maravillosa de los borgoñeses, los cuales, estando muy poderosos y armados, no por temor sino por un instinto divino, se le rindieron sin querer pelear, rogándole con paz; porque el santo emperador peleaba mas con oraciones que con armas: y así le hizo Dios triunfador de sus enemigos, sin muerte ni derramamiento de sangre.

Fundó totalmente el obispado de Bamberga, haciéndole tributario de la Iglesia romana, y consagrándole á los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y á san Jorge, mártir, haciendo otras grandes liberalidades con muchas iglesias; porque el santo emperador no queria tener sino á Dios por heredero: y aunque se casó, por contentar á los príncipes de Alemania, con Cunegunda, hija del conde palatino, del Rhin; guardaron ambos castidad virginal, viviendo como hermanos en grande paz y conformidad, y empleándose en heróicas obras de virtud. Mas el enemigo comun, no pudiendo sufrir que hiciesen en la tierra vida tan angélica y pacífica los dos santos casados, instigó á algunos calumniadores que levantasen un falso testimonio á la santa emperatriz, poniendo dolo en su honestidad; mas el Señor declaró su inocencia con una grande maravilla: porque anduvo la honestísima señora con los piés desnudos sobre barras de hierro hechas ascua, sin quemarse, en testimonio de que era vírgen, y de que ni el emperador su marido, ni otro hombre nacido habia violado su entereza y virginidad.

Pasó el religioso emperador á Italia, para restituir, como lo hizo, á la silla de san Pedro á Benedicto VIII, de la cual habia sido injustamente despojado, y componer las cosas de aquellas provincias: donde habiendo con gran valor recobrado la provincia de la Pulla, que le habian usurpado los griegos, y sujetado á los infieles que en Italia habia, le apretó un grande dolor de piedra, el cual llevaba el siervo de Dios con singular paciencia y humildad; pero viendo que su salud era necesaria, y que los remedios humanos no se la daban, quiso ayudarse de la intercesion de san Benito, cuyo sepulcro fué á visitar al monte Casino, ante el cual hizo oracion; pero muy dudoso si estaba allí el cuerpo del santo, porque en aquella sazon habia corrido fama que le habian hurtado. Cuando acabó la oracion san Enrique y se fué á descansar, se le apareció en sueños san Benito, que traia en la mano una navaja de cirujano, con que abren á los de mal de piedra, y dijo al santo emperador: Porque esperaste en Dios y en sus santos, vengo á tí para curarte: yo soy aquel, cuyos huesos pensabas no estaban en mi sepulcro, y en testimonio de la verdad, te sanaré de tu enfermedad y dolores. Diciendo esto, abrió al santo aquella parte del dolor, y sacó blandamente la piedra, poniéndola en la mano del enfermo, que quedó ya sano milagrosamente. Cuando despertó san Enrique, y se vió con la piedra en la mano, y del todo bueno, mandó á sus guardas le llamasen luego á todos los príncipes y obispos que venian con él, y lleno de contento y agradecimiento al autor de tan grandes maravillas, les manifestó lo que habia pasado, y mostró la piedra que san Benito le sacó: pidiendo á todos le ayudasen á ser agradecido á Dios, y con consejo de aquellos príncipes dió á aquel monasterio grandes dones y riquezas, y lo mismo hizo con otros muchos de la órden de san Benito.

Estando en Roma el devotísimo príncipe, donde fué coronado con gran solemnidad del papa Benedicto, reparó, que los sacerdotes de Roma no decian el símbolo en la misa despues del Evangelio, como lo hacian en otras partes: y preguntando la causa, le fué respondido, que por la firmeza de la fé de la silla romana, que nunca habia sido contaminada de alguna herejía; y así mas necesidad habia de repartirse la confesion de la fé en otras partes donde habian entrado muchas herejías. Con todo eso persuadió el piadoso príncipe al papa, que tambien mandase decir en Roma el símbolo, como se hacia en toda la cristiandad, así porque diese Roma ejemplo á las demás Iglesias, como por la uniformidad de todos los católicos; y tambien porque convenia que la autoridad primaria de la Iglesia romana, condenase dentro de sus muros todas las herejías, diciendo el símbolo de la fé.

Cuando volvió á Alemania san Enrique, quiso pasar por Francia y visitar el monasterio Cluniacense, que florecia entonces con fama de gran santidad: tuvo allí mucho consuelo de su espíritu el religioso príncipe; y estando oyendo la misa de la Cátedra de san Pedro, llevado de un gran fervor ofreció en ella su corona de oro llena de preciosísimas piedras, dando despues á aquella santa casa muchas tierras y posesiones en Alsacia. Por la grande devocion que tenia este piadoso emperador á la silla de san Pedro, rogó al papa Benedicto VIII, á quien habia restituido á su dignidad, que visitase á Alemania, principalmente al obispado de Bamberga, que le habia hecho feudo suyo, con pension, que pagase el obispo al sumo pontífice cada año, cien marcos y un caballo blanco. El pontífice, que estaba tan obligado del emperador, le quiso dar gusto en esto, y fué grandemente festejado el vicario de Cristo del devoto emperador, en toda Alemania, principalmente en la ciudad de Bamberga, donde le recibió san Enrique con gran solemnidad, humildad y devocion suya.

Tuvo gran zelo este santo príncipe de amplificar la religion cristiana, y deseoso de la conversion del reino de Hungría, casó á su hermana Gisila con el rey de aquellas gentes, que fué san Estévan, el cual con el favor del em-

perador su cuñado, redujo todas sus provincias al yugo de Cristo.

Despues de tan heroicas obras de virtud y muchas victorias que alcanzó san Enrique, como valeroso emperador, de sus enemigos saliendo siempre vencedor, tuvo una dichosa muerte: el cual viendo que llegaba su última hora, llamó á todos los príncipes del imperio, y tomando por la mano á su mujer santa Cunegunda, se la encomendó encarecidamente, declarando como estaba vírgen, y que él nunca habia llegado á ella. Encomendóles tambien, que eligiesen por emperador despues de su muerte á Conrado duque de Suabia, príncipe muy valeroso y digno del imperio. Murió san Enrique de cincuenta y dos años, habiendo sido los once emperador: fué sepultado en su iglesia de Bamberga, donde nuestro Señor le ilustró con muchos milagros; aunque no faltaron algunos que le fueron adversos despues de muerto: pero Dios nuestro Señor que mira la honra de los suyos, miró por la del santo emperador. Tratándose por órden del emperador Conrado en Roma de la canonizacion del piadoso príncipe Enrique, su predecesor, habia un cardenal que lo resistia y estorbaba mucho alargándose á decir mal del santo. Pero estando una vez murmurando de él, quedó de repente ciego: conoció ser castigo de Dios, y á voces lo publicaba, trocando en alabanzas las calumnias que ántes habia dicho. Hizo penitencia de su pecado, y pidió perdon al santo emperador: por cuya intercesion tornó á cobrar la vista milagrosamente.

Otro sacerdote de la iglesia de Bamberga comenzó á dudar de los milagros que hacia san Enrique, y á pesarle de la honra que le hacian todos, como á santo; y tuvo el mismo castigo del cielo, perdiendo la vista de los ojos. Cuando sintió esta plaga, tuvo gran pena, y hacia muchas oraciones y rogativas á varios santos, para que le diesen vista. Un dia despues de haber hecho muchas oraciones se quedó dormido; apareciósele luego san Uvolfango, de quien era devotísimo, el cual dijo al sacerdote: Ora al santo confesor de Cristo, Enrique emperador y él te librará de tu afliccion; porque en castigo de haber sentido mal de su santidad te sobrevino la ceguera que padeces. Despertó con esto el sacerdote: fuése luego al sepulcro de san Enrique, á quien pidió perdon con muchas lágrimas, y juntamente la vista que habia perdido justísimamente en el cuerpo; pues estaba tan ciego en el alma, que no veia la luz y resplandor de sus grandes virtudes. Oyóle el siervo del Señor san Enrique, por cuyos merecimientos cobró luego la vista el afligido sacerdote; el cual quedó tan agradecido al santo por el beneficio recibido, que se hacia lenguas en loores y alabanzas suyas.

Tuvo san Enrique un hermano llamado Bruno que fué obispo de Augusta, el cual por no ser muy hermano del santo emperador en las costumbres, no lo era tampoco en el afecto, teniendo envidia de la honra, á que habia subido, y á la que todos le hacian, por su excelente vida y hechos. Despues de muerto su santo hermano, procuró deshacer algunas cosas que en vida habia dispuesto, especialmente el señorío y tierras que dió al obispo de Bamberga; y así procuró con el emperador Conrado, que sucedió á san Enrique, que se deshiciese aquel obispado, dándose sus rentas á la reina de Hungría Gisila, mujer de san Estévan, reina y hermana del santo emperador, á la cual decia que pertenecia. Ya estaban las cosas dispuestas, para que en la primera junta que se hiciese, á la cual habia de asistir Bruno como el principal motor, se habia de poner luego en ejecucion el desposeer al obispo de Bamberga: la noche ántes se apareció san Enrique á su hermano Bruno, con un rostro maltratado y la mitad de la barba arrancada. Preguntóle Bruno: ¿Quién habia sido tan atrevido y temerario, que le hubiese puesto así? Respondióle el santo emperador: Tú eres el que me maltratas, que has procurado quitar á mí, y á los santos de Dios lo que yo les he dado: mira lo que haces, y desiste de esos intentos; porque si no, serás castigado de Dios rigurosamente. Despertó Bruno asombrado y temblando de lo que habia oido; desistió luego de lo que habia pretendido, publicando lo que habia pasado, y confesando lo mal que habia hecho en intentarlo. Escribió la vida de san Enrique emperador, Adebaldo obispo, y trae una muy fidedigna Enrique Canisio, y la refiere el cardenal Belarmino en su libro del Príncipe cristiano. Tambien ponen su vida los escritores de las vidas de los emperadores, y Francisco Haereo en las vidas de los santos que juntó.

SANTIAGO, OBISPO Y CONFESOR. —La vida de Santiago, obispo de Nisibe, escribió Teodoreto, obispo de Ciro de esta manera. Nisibe es una ciudad rica y populosa, en los confines del imperio romano y del reino de Persia, en la cual nació este grande y santísimo varon: dióse desde su mocedad á la virtud y al recogimiento, y retirándose á un desierto hizo vida solitaria, áspera y penitente. En el verano vivia y dormia en el campo, en el invierno se recogia á una cueva estrecha, no comia sino yerbas que de suyo produce la tierra: vestíase de pelos de cabras; afligia su cuerpo con ayunos y penitencias; y recreaba su alma con perpetua oracion y contemplacion del sumo bien: y el Señor le favorecia con varias y divinas ilustraciones, y le declaraba mucho ántes lo que despues habia de venir. Pero como en su tiempo el demonio anduviese suelto, y mucha gente estuviese sepultada en las tinieblas de la idolatría, y el santo fuése muy zeloso de la gloria del verdadero Dios, y del bien de aquellas almas, que el demonio en la sombra de la muerte tenia cautivas; vínole gana de entrar en Persia, y probar si con su presencia y doctrina podia ayudar en algo á nuestra santa religion, y alumbrar á los ciegos gentiles de aquel reino.

A la entrada, pues de un pueblo de Persia vió que estaban unas mujeres lavando cerca de una fuente, con poca modestia y recato: las cuales, cuando le vieron, no solamente no le hicieron acatamiento, mas como eran idólatras y de poca vergüenza, comenzaron á mirarle desenvueltamente y como á hacer burla de él. El santo aunque por lo que á él tocaba, se holgaba de su menosprecio, todavía le pareció que para exaltacion de nuestra santa fé, convenia hacer alguna demostracion y castigar aquel atrevimiento: y movido del Señor, mandó á la fuente que se secase; y así luego se secó, y echó su maldicion á las mujeres que lavaban: las cuales súbitamente vieron sus cabezas llenas de canas, y que su cabello negro ó rubio, habia tomado otro color. Con esto conocieron que aquel era mas que hombre, y fueron corriendo á la ciudad avisando lo que habian visto, y como la fuente se habia desaparecido, y mostrando sus cabezas blancas. Saltó el pueblo á honrar y reverenciar al santo, y

á suplicarle que alzase la mano de aquel justo castigo; y él lo hizo, y con su oracion restituyó á la fuente sus aguas, y mandó que viniesen á él aquellas mujeres, y algunas vinieron y otras no; mas los cabellos de las que vinieron y se sujetaron al santo, cobraron su natural color, y las que no quisieron venir, se quedaron con sus canas.

Otra vez vió que un juez de los persas habia dado una injusta sentencia: estaba allí cerca del tribunal una gran peña, y como si tuviera sentido, mandóle Santiago, que se partiese en muchos pedazos, para que el mal juez conociese la mala sentencia que habia dado; y al momento la peña se hizo pedazos, quedando todos los circunstantes admirados, y el juez temblando y confuso: y revocando la sentencia que habia dado, pronunció otra justa y conforme á razon.

Con estas y otras cosas milagrosas semejantes á estas, comenzó Santiago á resplandecer y á ser muy famoso y estimado en el mundo: y estando vacante la silla obispal de su ciudad, por divina voluntad fué elegido por obispo, y él bajó el cuello al yugo, por no resistir al Señor. Pero no por haber subido á mas alta dignidad dejó su humildad y pobreza, y la manera de vivir que ántes tenia: la comida, el vestido, la cama y lo demás de su persona era lo mismo que ántes, y solo habia mudanza en los nuevos cuidados que le habian entrado de apacentar sus ovejas, socorrer á los pobres, proveer los huérfanos, consolar á las viudas, y desentrañarse á sí, por hacer bien á todos. Y como era tan grande su misericordia y liberalidad para con los pobres, una vez algunos de ellos se juntaron para sacarle con embuste y engaño una limosna, pidiéndosela para uno de ellos que decia era muerto, y él en el semblante lo mostraba. Enterneciése el santo, y alzando los ojos al cielo, suplicó á nuestro Señor que recibiese el alma de aquel pobre hombre muerto en sus moradas eternas, y dió á los otros la limosna que le pedian y siguió su camino; pero cuando los otros pobres llamaron al que se habia fingido muerto para que gozase del fruto de su engaño, halláronse ellos engañados, y vieron que estaba verdaderamente muerto: y asombrados se fueron tras el santo obispo, suplicándole humildemente que los perdonase, y que restituyese la vida á su compañero muerto; pues su pobreza y no otra causa, los habia movido á hacer lo que hicieron: y el santo se enterneció, é imitando la clemencia del Señor, con su oracion dió la vida que habia quitado al que estaba sin ella, y muerto en el suelo.

Entre los otros insignes y divinos varones que se hallaron en el concilio Niceno, siendo emperador el gran Constantino, para condenar las blasfemias y herejías del desventurado Arrio, fué uno nuestro santo obispo: y despues cuando el perverso Arrio pretendió con mano armada entrar en la Iglesia de Constantinopla y apoderarse de ella: el mismo santo obispo aconsejó á san Alejandro, obispo de Constantinopla, que ayunasen, orasen y pidiesen á nuestro Señor, que volviese por la verdad de su fé, y reprimiese aquella furia infernal que la turbaba; y por la oracion de los dos santos obispos, Dios lo hizo con un evidente milagro: porque viniendo Arrio una mañana acompañado de gran muchedumbre de soldados y gente de guerra, para entrar por fuerza en la iglesia, en cierta necesidad que tuvo, echó las entrañas, y la fé católica quedó triunfante y vencedora.

Con esta gloriosa victoria se volvió Santiago á su Iglesia para apacentar sus ovejas, como santo y vigilante pastor; mas habiendo muerto el gran Constantino, emperador que tenia enfrenado con su potencia y valor, á Sapor rey de Persia, y sucedídole en el imperio Constancio, su hijo, pareció al rey bárbaro en buena ocasion, para hacer guerra al imperio romano, y con un grande y poderoso ejército puso cerco á la ciudad de Nisibe, que era la frontera y plaza fuerte por naturaleza y por arte, y mucho mas por estar dentro de ella su gran prelado, que la defendia con sus oraciones. Setenta dias duró el cerco, el cual fué muy apretado: y viendo el rey de Persia que no podia forzar la ciudad, mandó detener al rio Tígris (que es muy caudaloso, y pasa por medio de ella) con varias máquinas é ingenios que hizo para esto, y despues soltar el rio de represa, para que con su ímpetu derribase y asolase los muros de la ciudad, que por otros caminos no habia podido derribar. Cayeron los muros por la fuerza del agua, y los de dentro la ciudad se vieron perdidos: y el rey de Persia muy contento y orgulloso, pensó que tenia la victoria en la mano y que ya era suya la ciudad: pero porque por la humedad del agua no podia darle luego el asalto, aguardó para dársele aquella noche: en la cual el santo obispo se recogió á la iglesia, y suplicó á nuestro Señor que la defendiese; y la mañana siguiente, queriendo los persas dar el asalto, vieron que la ciudad estaba cercada de un nuevo muro, mas fuerte y bien labrado que el que ellos habian derribado con el ímpetu del agua, y quedaron asombrados, y mucho mas el rey: el cual vió sobre el mismo muro á un hombre con las insignias imperiales, vestido de púrpura y con su corona en la cabeza: y aunque al principio pensó que era el emperador Constancio, que estaba dentro de la ciudad para defenderla, y quiso matar como engañadores á algunos criados suyos, porque le habian dicho que el emperador no estaba allí sino en Antioquía; mas despues que supo que era verdad lo que le habian dicho, entendió que Dios peleaba por los cristianos, y que él no podia prevalecer contra ellos: y confirmóse mas, por lo que despues sucedió: porque el santo obispo, estando sobre los muros y descubriendo el ejército innumerable del rey Sapor, alzó los ojos al cielo, y suplicó afectuosamente á Dios que deshiciese todo aquel ejército con otro ejército de mosquitos. Al momento vino como una nube de innumerables y fastidiosos mosquitos, y entrando por las trompas de los elefantes y por las narices de los caballos, les hacian dar brincos y saltos, y arrojar á los que estaban sobre ellos en el suelo, porque no podian con arte ni fuerza humana regirlos ni gobernarlos: y así por la oracion de Santiago todo aquel ejército se deshizo, y el rey de Persia con afrenta y rabia se volvió á su reino, habiendo arrojado hácia el cielo un dardo contra el Dios de los cristianos, que así los defendia y visiblemente peleaba por ellos. Por donde se ve, cuánto mas puede delante del Señor la oracion de los santos para defendernos, que el poder y las armas de nuestros enemigos para dañarnos, y que con los mosquitos puede Dios deshacer los ejércitos armados y poderosos; y que no hay quien pueda resistir ni contrastar su voluntad.

Estando, pues, el santo obispo ocupado en sus santos ejercicios, cargado de años y de merecimientos, vino el dia dichoso y deseado por él, en que Dios nuestro Señor le queria galardonar; y así le recogió, dándole la corona

de la gloria, que tan bien tenia merecida. Enterráronle con gran llanto y sentimiento los de Nisibe en su misma ciudad, juzgando que como los habia defendido de los persas en vida, así los defenderia despues de muerto, como lo hizo. Porque todo el tiempo que su sagrado cuerpo estuvo en aquella ciudad la guardó; pero despues que Juliano Apóstata tomó el imperio, y yendo á hacer guerra á los persas, y dejando en Nisibe, como en frontera, ocho mil soldados en presidio para que la guardasen, la quitó el mayor presidio y defensa que tenia, mandándole sacar de la ciudad el cuerpo del santo prelado, por la honra que allí se le hacia, y por el odio que Juliano tenia á nuestra santa religion: y habiendo sido el mismo Juliano Apóstata vencido de los persas, y muerto miserablemente en aquella jornada, fué necesario que Joviniano, que le sucedió en el imperio, diese aquella ciudad al rey de Persia, para contentarle, y perderla, por no perder todo el imperio: y entendieron todos, que no sucediera tan gran calamidad á aquella ciudad, si las reliquias de Santiago se hubieran guardado en ella. Escribió este santo prelado muchas obras, que refiere Genadio en el catálogo de los ilustres varones: el cual comienza por las de Santiago, presbítero, llamado el *Sabio*, y despues obispo de Nisibe: y dice, que fueron veinte y seis libros los que compuso. Murió este santo prelado en tiempo de Constancio, emperador; y el Martirologio romano hace mencion de él á los 15 de julio, y lo mismo Beda, Usuardo y Adon, y los demás autores latinos que escriben vidas de santos, y los griegos en su Menologio el postrero dia de octubre. Escribió su vida (como dijimos) Teodoreto, y tráela en su cuarto tomo el P. Fr. Lorenzo Surio. Escriben de él Genadio, Casiodoro, Nicéforo, y el cardenal Baronio en las Anotaciones del Martirologio, y en el tercero y cuarto tomo de sus Anales.

SAN CAMILO DE LELIS, FUNDADOR.—El glorioso san Camilo de Lelis nació á 25 de mayo de 1550 en la villa de Voquianico, en el arzobispado de Chieti, del reino de Nápoles: Juan de Lelis y Camila Compelio fueron sus padres, ambos ilustres por la nobleza de su sangre: cuando Camila dió á luz á nuestro santo era tan anciana, que pasaba de cincuenta y cinco años, y se acercaba ya á los sesenta, y tan débil y extenuada de fuerzas, que todos juzgaban ser naturalmente incapaz de tener hijos. Pocos dias ántes de dar á luz á nuestro Camilo, tuvo un sueño misterioso, en que le pareció que habia pário un hijo con una cruz en el pecho, y que le seguian otros muchos niños que llevaban tambien en el pecho unas cruces semejantes; pensó que este era pronóstico de alguna desgracia, y que el hijo que traia habia de ser algun famoso capitan de bandoleros: sintiéndose apretada de los dolores del parto, y que éste se dilataba, movida de un impulso extraordinario, se hizo bajar al establo, y allí arrojada en la paja, parió luego sin ninguna dificultad.

Cuidaron muy poco los padres de Camilo de su educacion; cuando tuvo la edad suficiente, le enviaron á la escuela, donde apenas aprendió á leer y escribir. Su inclinacion desde sus primeros años fué principalmente al juego, y en el de naipes y dados tenia toda su aficion; se entretenia tambien á veces en recitar églogas pastoriles: así que llegó á la edad de diez y nueve años, resolvió con otros dos primos suyos profesar la milicia, y seguir la vida de su padre y de sus ascendientes, que habian obtenido grados honoríficos en el estado militar. Con esta resolucion se partieron para Ancona en compañía de su padre, donde debian embarcarse para servir á la república de Venecia en la guerra que tenia contra los turcos; pero en esta ciudad enfermaron gravemente, así Juan de Lelis como su hijo Camilo, de modo, que viéndose sin fuerzas para sufrir los trabajos de la guerra, les fué preciso volverse á Voquianico: mientras se volvian á su patria, en el lugar de san Lupino enfermó tan gravemente Juan de Lelis, que falleció en pocos dias, despues de haber recibido con mucho dolor de sus pecados los santos sacramentos de la Iglesia: sintió mucho Camilo la muerte de su padre, y asistió con lágrimas á sus exequias. Prosiguiendo despues su viaje, y llegando á la ciudad de Fermo, vió á dos padres de la religion de san Francisco de la observancia, que iban con los ojos muy bajos y con mucha modestia; esta vista le compungió de tal modo, que avergonzado de la vida estragada que llevaba, resolvió mudarla, y fué esto tan de veras, que allí mismo hizo voto de hacerse religioso de san Francisco; y deseoso de cumplirle, se partió á la ciudad de Aquila, donde fué á ver á un tio suyo, que era guardian del convento de San Bernardino, que allí tienen los padres menores observantes; le expuso el voto que habia hecho de ser religioso, y le rogó le quisiese dar el hábito de la religion, pero él no quiso condescender á sus instancias, ó porque le vió con poca salud, ó porque tuvo por sospechosa su repentina vocacion, ó porque estaria ya bien informado de su estragada y viciosa vida: esta repulsa hizo olvidar por entonces á Camilo el propósito de ser religioso. Detúvose no obstante algunos dias en aquella ciudad, pero reparando que una llaga que tenia en la corva de la pierna derecha, causada de una lijera rascadura, no acababa de curársele, impaciente de ir cojeando, y de traer la pierna envuelta en vendas, resolvió pasar á Roma para curarse de aquella llaga: llegado á esta ciudad, supo que en el hospital de Santiago de los incurables acudian los mas hábiles cirujanos; por eso se acomodó por sirviente en este hospital, esperando sanar con brevedad; pero no permaneció en él sino poco mas de un mes, porque estaba tan extrañamente apasionado á los naipes, que salia frecuentemente del hospital á jugar, y dejaba el servicio y la asistencia de los enfermos, armando fácilmente riñas y pendencias con los otros enfermeros. Por este motivo le reprendia varias veces el administrador, pero con poco fruto, hasta que hallándole una baraja de naipes escondida debajo de la almohada de la cama, acabando de reprenderle el juego, teniéndole por incorregible, le despidió del hospital. Hallándose Camilo fuera del hospital, aunque no bien curado de su llaga, sentó plaza de soldado, para servir á la república de Venecia en la guerra que tenia contra los turcos. Concluida la guerra en el espacio de tres años, entró al sueldo de la corona de España, donde sirvió hasta el año de 1574: son imponderables los trabajos que Camilo padeció en estos años que pasó sirviendo en el ejército de Venecia y de España, y los peligros evidentes de perder la vida en que se vió. Hallándose en el presidio de la isla de Corfú, cayó en una gravísima enfermedad, ocasionada del frio y hambre que habia padecido, la cual le redujo al extremo de la vida; pasaba su enfermedad en una pequeña barraca de paja, que el aire penetraba por muchas partes, sin médicos, sin medicinas, y sin persona que cuidase de su salud. Des-

confiado pues de vivir, se confesó con mucho dolor de todos sus pecados, y fué nuestro Señor servido, que por virtud de este santo sacramento no solo recobrase su divina gracia, sino tambien las fuerzas y la salud: solia referir esto Camilo á los enfermos para animarlos á recibir con devocion los santos sacramentos: á los 28 de octubre de 1574, la galera en que iba embarcado, pasando de Palermo á Nápoles, padeció una tormenta tan deshecha, que todos se daban por perdidos, y no esperaban sino la muerte: entonces Camilo renovó el voto de ser fraile francisco, pero quiso el Señor que por fin llegasen salvos á Nápoles. Tantos desastres que padeció Camilo en estos años no tuvieron fuerza para hacerle perder la loca aficion que tuvo al juego: en el último mes que se entretuvo en Palermo ántes de embarcarse para Nápoles, le dió el juego tan mal, que perdió todo lo que tenia. Llegado á esta ciudad, olvidado del peligro en que se habia visto de quedar ahogado en la tormenta que acababa de padecer, continuó con tanta pasion al juego, que llegó una vez á jugarse la camisa, y habiéndola perdido, se la quitó en el mismo cuerpo de guardia, y la entregó al que se la habia ganado. Pero aunque Camilo fué tan famoso jugador, no permitió el Señor que cayese en los vicios que son ordinarios en los jugadores, pues todos sus compañeros aseguraron que jamás le habian oido blasfemar, jurar, ni maldecir, ni tampoco hacer en el juego la menor infidelidad. Al cabo de pocos dias de haber llegado Camilo á Nápoles, se deshizo la armada, y se despidió la gente, con lo que quedó Camilo libre de su empeño, pero sin sueldo, con poca salud y tan pobre, que apenas tenia sobre su cuerpo cosa que valiese un real.

Reducido á un estado tan miserable, avergonzándose de parecer entre sus conocidos, partió de Nápoles y se encaminó á Manfredonia, acompañado de otro soldado su camarada: llegado á esta ciudad forzado de su extrema necesidad, con el sombrero en la mano, se puso á pedir limosna en la puerta de la iglesia mayor en el dia de san Andrés del mismo año 1574, padeciendo el rubor y vergüenza que se deja discurrir: acertó á pasar en esta ocasion un anciano noble, llamado Antonio Nicastro, el cual viendo á Camilo jóven y de buena disposicion, le dijo que si queria trabajar, le emplearia en una obra que hacian los padres capuchinos; Camilo le respondió que no podia resolverse, sin dar cuenta á un compañero suyo; el cual no queriendo sujetarse al trabajo, persuadió á Camilo se partiesen de aquella tierra, como lo ejecutaron el mismo dia: caminaron cuatro leguas dirigiéndose hácia la Baleta, pero informados de muchos viajantes, que aquí no hallarian modo de vivir; Camilo, movido de Dios, determinó volverse á Manfredonia, y ponerse á trabajar en la fábrica de los padres capuchinos, dejando á sus aventuras á su compañero que no le quiso seguir. Caminó con tanta diligencia, que en la mañana siguiente se halló en Manfredonia; fué á hablar al referido Nicastro, quien le llevó al convento de los padres capuchinos: admitióle el padre guardian, que era Fr. Francisco de Módica, y el sobrestante de la obra le encargó dos jumentillos para que acarrease piedra, agua y cal: al principio sintió el santo mucha repugnancia en acomodarse á aquel humilde trabajo, tan impropio de su noble condicion, como opuesto á la vida de soldado que habia llevado hasta entonces: los muchachos aumentaban su disgusto y repugnancia, porque viendo un moceton tan alto, con el trajo de soldado estropeado, seguir los jumentillos, dábanle continuas vayas, haciendo burla de él; estuvo resuelto muchas veces á abandonar aquel trabajo, y lo hubiera ejecutado, si no hubiese sido detenido de la necesidad y miseria, y de las caritativas exhortaciones de los padres capuchinos, que temerosos de que dejando la obra no se acabase de perder, con dulces palabras le iban reportando y exhortando á que se quedase; continuó Camilo en conducir los jumentillos, con intento de pasar aquel invierno como pudiese, y de ganar algun dinero para volver despues al juego, á la guerra y á la vida divertida; estando tan léjos de pensar en ser religioso, que habiéndole los padres capuchinos ofrecido graciosamente un poco de sayal que ellos visten, para hacerse un capote y defenderse del frio, no lo quiso admitir, pensando que esta era traza para inducirle á hacerse religioso; aunque despues cuando se vió mas apretado del frio, lo admitió. Continuando Camilo su ejercicio, le enviaron los religiosos á la villa de San Juan, cuatro leguas distantes, para llevar una carga de vino que les habian dado de limosna, y despachado de su negocio se entretuvo toda la tarde con los religiosos del convento que los padres capuchinos tienen en esta villa; y el padre guardian le habló de la recta justicia del Señor, de la gravedad de la culpa, y como se debia aborrecer y huir el pecado, y de otros puntos espirituales, dándole santos documentos para la direccion de su vida. A la mañana siguiente se volvió á Manfredonia: iba Camilo sobre su jumentillo discurriendo solo por entretenerse, y sin sentimiento alguno de piedad, sobre lo que le habia dicho la tarde ántes el padre guardian, cuando al improviso le envió Dios nuestro Señor una luz sobrenatural tan clara, que en un momento le hizo ver de una parte la gravedad y malicia del pecado mortal, el rigor de la divina justicia, y los peligros en que vivia de perecer eternamente; de otra la suma bondad de Dios, los beneficios innumerables que de él habia recibido, la torpe ingratitud con que habia correspondido á sus finezas, y la infinita paciencia con que le habia sufrido en sus desórdenes, esperando su conversion: esta luz penetró de tal modo el corazon de Camilo, que se le despedazaba por la vehemencia de la contricion; saltó del caballo, y arrodillado en medio del camino sobre una piedra, empezó á deshacerse en un copiosísimo llanto, pidiendo á Dios el perdon de sus pecados, y proponiendo firmísimamente de no volver jamás á pecar, de hacer asperísima penitencia de los pecados cometidos, y de entrar lo mas pronto que pudiese en la religion de los padres capuchinos.

Sucedió esta milagrosa conversion en la fiesta de la Purificacion de la Vírgen santísima, á 2 de febrero de 1575, teniendo el santo veinte y cinco años de edad. Despues que se hubo desahogado un poco de lo intenso de su dolor, volvió á subir sobre su jumentillo, y llegando á Manfredonia se fué á echar á los piés del padre guardian, y con muchas lágrimas le refirió todo lo que habia sucedido en el camino, pidiéndole con las mas vivas instancias le admitiese en la religion, ofreciéndole servir á los religiosos como si fuese esclavo de todos. Quedó admirado el guardian de su extraordinaria devocion, y de los tiernos afectos con que le rogaba le diese el santo hábito; y conociendo que aquella repentina mudanza era obra de la diestra del Altísimo, le consoló y prometió darle el hábito con la mayor brevedad. De este dia fué Camilo un hombre nuevo:

se confesó generalmente, y se entregó con tal fervor al ejercicio de todas las virtudes, que admirados todos los religiosos de su fervor, le dieron el hábito pasado aquel invierno, y aficionados á su virtud le querian admitir en el grado de clérigo; pero Camilo no quiso admitir este honor, sino que quiso quedarse en el estado de lego. Perseveró algunos meses en el noviciado, dando un raro ejemplo de todas las virtudes religiosas; mas con el continuo batir del hábito en la corva del pié se le volvió á abrir la llaga antigua, y continuando siempre á empeorarse, no obstante los muchos remedios que se le aplicaban, le fué forzoso dejar el hábito, con grande sentimiento suyo y de los padres, que estimaban mucho su eminente virtud; por cuyo motivo le prometieron que volverian á admitirle siempre que sanase de su llaga; con esta promesa se partió Camilo del convento algo consolado, y se encaminó á Roma, ya para ganar el jubileo del año santo de 1575, ya para curarse de su llaga en el mismo hospital donde habia sanado la primera vez; se acomodó pues aquí para servir á los enfermos, y cumplió este oficio con tal diligencia y ardiente caridad, dando tales ejemplos de una extraordinaria virtud, que fué subiendo de grado en grado por todos los oficios de la casa. Viéndose ya del todo sano de su llaga, deseoso de mayor perfeccion, y teniéndose por obligado al voto que habia hecho de ser religioso de san Francisco, resolvió volver á pedir el hábito; comunicó esta su resolucion con el glorioso padre san Felipe Neri, con quien se confesaba, y por cuyos consejos se gobernaba en todas las cosas: el santo alumbrado de Dios le dijo no lo hiciese, porque se le renovaria la llaga y no perseveraria: mas Camilo, estimulado de sus escrúpulos que le decian estaba obligado á cumplir el voto, pasó á pedir el hábito á los padres capuchinos, quienes le admitieron con mucho gusto segunda vez en su religion, en la que perseveró con increible júbilo de su alma, y singular edificacion de todos los religiosos por espacio de cuatro meses; pero volviéndosele á abrir y renovar la antigua llaga, le fué forzoso, con íntimo dolor de su corazon y de todos los religiosos que le amaban con singular ternura, dejar segunda vez el santo hábito.

Convencido Camilo con este suceso, que Dios no le queria para religioso, determinó aplicarse enteramente á servir á los enfermos: con esta resolucion volvió á Roma, y fué á confesarse con el glorioso san Felipe, el cual, nada resentido de que no se hubiese conformado con su dictámen, solo le dijo: ¡Oh, buen Camilo! ¿no te dije que no volvieses á la religion de los capuchinos, porque se te volveria á abrir la llaga, y que no perseverarias? Y acariciándole como solia, continuó en dirigirle. En esta sazon se hallaba vacante el oficio de administrador ó mayordomo del hospital de Santiago: pretendióle Camilo, y los diputados de dicho hospital, que tenian bien conocida su caridad, virtud y zelo con los enfermos, se lo dieron con mucho gusto: portóse Camilo en este oficio con tanto zelo, que en breve tiempo redujo aquella casa á un monasterio muy reformado; cuidaba no solo de la cura y asistencia de los enfermos, sino tambien de las costumbres de las personas que servian en dicho hospital, procurando infundir en todos aquel espíritu de piedad y de tierna compasion hácia los enfermos, de que él estaba animado; gobernaba con rara suavidad y mansedumbre, mandando nó con palabras ásperas, sino con el ejemplo, y con ser el primero que ponia mano á la obra: era tiernísima la caridad con que asistia á los enfermos, no teniendo asco de cosa alguna, lavando con sus propias manos los paños llenos de materia y podre, y venciendo con mucho valor toda repugnancia natural. Introdujo en esta sazon la costumbre de lavar los piés á los enfermos ántes de ponerlos en la cama, y de leer algun libro espiritual mientras se servia la comida: en el tiempo del carnaval, y en otras ocasiones en que se hacian públicas diversiones, no se movia del hospital, porque aquí tenia todas sus delicias; velaba las noches enteras sobre los enfermos de peligro, para ayudarles en aquel último paso, y tenia un sumo cuidado de que ninguno muriese sin los sacramentos; pero le afligia mucho ver que los enfermos á pesar de su desvelo no eran asistidos como convenia, y que los sirvientes eran muy descuidados en prevenirles la comida, hacerles las camas, aplicarles los medicamentos, y en acudir con prontitud al socorro cuando los llamaban: pero lo que le causaba mayor dolor, era ver que los moribundos estaban destituidos de sacerdotes, que en aquel último paso les inspirasen sentimientos de piedad, y les ayudasen á disponerse para una buena muerte. Deseoso pues de remediar tantos daños, pasaba las noches velando entre los enfermos de mayor peligro, se escondia alguna vez en los rincones de la sala, para ver cómo se portaban los enfermeros, si se dormian, ó acudian con prontitud cuando los llamaban; y si les advertia descuidados, los reprendia ásperamente, y á veces les despedia; pero como los que recibia de nuevo para el servicio de los enfermos no eran mas diligentes que los que despedia, se desconsolaba muchísimo, viendo malogrados los esfuerzos de su zelo; y pedia continuamente al Señor se dignase proveer á estos males de conveniente remedio. Estando pues una tarde pensando en lo mucho que padecian los enfermos por la negligencia de los enfermeros, le vino al pensamiento que esto no podria remediarse, sino instituyendo una congregacion de hombres piadosos y caritativos, para que supliesen las faltas de los asalariados, sirviendo á los enfermos por amor de Jesucristo, y no esperando otra recompensa de su trabajo que la eterna, que el Señor tiene preparada en el cielo: le ocurrió este pensamiento cerca de la fiesta de la Asuncion de la Vírgen santísima, del año 1582; y luego confiado en la ayuda de Dios, resolvió intentar esta empresa, y aplicar todos los posibles medios para salir con ella: empezó desde luego á buscar compañeros, descubriendo á este fin sus intentos á algunos ministros del mismo hospital, hombres de mucha bondad; recogió en efecto nueve de ellos, los cuales aprobando mucho la idea, se le ofrecieron por inseparables compañeros: con ellos se juntaba en una pieza grande, que acomodó en forma de oratorio, con un altar en que colocó un devoto crucifijo de escultura de ocho palmos: en este oratorio se juntaban despues de haber cumplido con las obligaciones de los enfermos, tenian por largo espacio oracion mental y ejercicios de disciplina, decian las letanías, y se animaban mutuamente á la perfeccion, hablando continuamente de Dios, y cómo servirian mejor á los enfermos; perseveraron dos años en estos ejercicios, hasta que el demonio incitó algun ministro del hospital, que fuése á decir á los diputados, que Camilo con aquellas juntas tiraba á levantarse con el hospital, y excluirles del gobierno. Los diputados, temerosos de que no se intentase

alguna cosa en perjuicio de sus preeminencias, llamaron á Camilo, y despues de haberle dicho algunas sequedades le mandaron desistir de estas juntas, y deshacer el oratorio; y viendo que Camilo no cuidaba de cumplirlo, ellos mismos lo hicieron deshacer.

No se puede explicar el dolor que sintió Camilo viendo atajados sus santos designos, y rogaba continuamente al Señor, proveyese de remedio: estando pues un dia orando delante del mismo devoto crucifijo, que llevó á su aposento cuanto se deshizo el oratorio, suplicándole con muchas lágrimas y entrañables suspiros atendiese á sus deseos; oyó que el divino Señor, habiéndose desclavado las manos de la cruz, le decia con mucho amor: ¿De qué te afliges, ó pusilánime? sigue la empresa, que yo te ayudaré; siendo esta obra toda mia, y nó tuya. Por este favor tuvo despues muchísima devocion á esta devota imágen. Animado Camilo con esta divina promesa, determinó erigir su congregacion fuera del hospital: y considerando que siendo seglar no tendria autoridad para una cosa tan grande, ni podria ayudar á los moribundos, resolvió hacerse sacerdote, á cuyo fin empezó á estudiar la gramática; primero con el capellan del mismo hospital, y despues en las escuelas públicas del colegio romano, no avergonzándose de parecer en medio de los niños, siendo de edad de treinta y dos años; y como su aplicacion era extraordinaria, no dejando jamás el libro de la mano, en poco tiempo supo bastante para ordenarse de sacerdote; y en efecto, superadas otras dificultades que ocurrieron recibió la primera tonsura á 2 de febrero del año 1583, y las demás órdenes menores en las dominicas siguientes. Para ser promovido á las órdenes mayores, faltábale el título de beneficio ó patrimonio; pero Dios nuestro Señor dispuso, que Fermo Calvi, romano, le diese un censo de treinta y seis escudos anuales durante su vida, con cuyo título fué admitido á las sagradas órdenes, recibiendo el presbiterado en el dia de Pentecostés del año 1584. Ordenado de sacerdote procuró renunciar el oficio de mayordomo del hospital, y se retiró á una casa contigua á una pequeña iglesia dedicada á nuestra Señora de los Milagros, de la que los diputados del mismo hospital le habian hecho capellan para premiarle sus servicios; y con dos compañeros que se le juntaron á mediados de setiembre del mismo año, dió principio á su meditada congregacion, comenzando desde entonces estos tres compañeros á practicar en casa sus ejercicios espirituales. Todos los dias por la tarde y por la mañana iban al hospital mas nombrado de Roma, llamado del Espíritu Santo, donde conforme á las reglas que habia escrito Camilo, servian á los enfermos, dábanles la comida, hacianles las camas, limpiábanles las lenguas, y ejercitaban con ellos una caridad muy tierna y compasiva; acudian con mayor prontitud á los enfermos de mayor peligro, y cuyas enfermedades eran mas horribles, asquerosas y fáciles de comunicarse. Enseñaban la doctrina á los enfermos, ayudábanles á hacer el acto de contricion, exhortábanles á la paciencia y á recibir devotamente los santos sacramentos; asistian á los moribundos con oraciones y exhortaciones cristianas, propias de este paso, y decianles la recomendacion del alma; todo lo que practicaban con tanto afecto y encendida devocion, que pasaban las noches enteras velando á los que estaban en la agonía, cosa que fué de tanta edificacion á la ciudad de Roma, que varias personas particulares empezaron á llamarles á sus propias casas para que prestasen este mismo oficio á los enfermos que en ellas estaban en la agonía: y no es de admirar que los hijos de Camilo hiciesen tan excelentemente este oficio de ayudar á los moribundos, pues el glorioso san Felipe Neri aseguró haber visto los ángeles que les dictaban las palabras que habian de decir en aquel lance.

Esta heroica caridad para con los enfermos movió á muchos á querer ser compañeros de Camilo, y habiendo crecido mucho su número, y llamándoles ya el pueblo ministros de los enfermos, resolvió el santo pedir á Sixto V erigiese dicha compañía en formal congregacion, como lo ejecutó por medio del cardenal de Mandovi, quien prendado de su sinceridad y llaneza, y edificado de la caridad y admirable fervor con que él y sus compañeros servian á los enfermos, tomó el asunto como propio, y por su poderosa mediacion se logró de Sixto V la confirmacion de la congregacion, despachando á este fin el correspondiente breve apostólico á 18 de marzo de 1586; la cual congregacion Gregorio XIV elevó despues á estado de formal religion, con bula que señaló de su mano á 15 de octubre de 1591, y quedó Camilo elegido por toda su vida general de la religion que habia fundado. No se puede decir el zelo infatigable con que Camilo atendió en lo restante de su vida á dilatar su nueva religion, ni la caridad con que procuraba servir á los enfermos, y socorrer las necesidades de los pobres. En sus viajes llevaba moneda menuda, para poder ir dando á los pobres que encontraba: mandaba llevar al compañero una talega de pan al arzon de la silla, para irlos socorriendo: y cuando encontraba por el camino algun pobre peregrino ó enfermo ó estropeado, le hacia proveer de cabalgadura y alojamiento, dejando despues dinero al huésped para que cuidase de él. En los mesones pagaba por los religiosos pobres que encontraba, y mandaba que les diesen de comer como á su persona: en los viajes que hacia por mar en las galeras inquiria luego si habia enfermos, y en habiéndolos los visitaba, aunque fuesen infieles, y muchas veces repartia con ellos la provision que habia embarcado para sí mismo: ordenó á los superiores que diesen cierta porcion de pan á los mendigos que llegasen á sus puertas, y toda la menestra que sobrase: muchas veces la repartia de su propia mano, y ordinariamente les enviaba lo mejor de su propia comida. Agradó tanto á Dios esta misericordia de Camilo, que la comprobó con evidentes milagros. Hallándose en Nápoles en el año 1612, mandó dar á tres pobres que acompañó á la cocina, y á cuarenta que estaban á la portería, pan, vino, menestra y carne de la olla que estaba prevenida para los religiosos; pensaron estos que la dejarian vacía, y que aquel dia no comerian sino pan y queso; pero cuando se tocó á comer, se halló la olla llena, como si nada se hubiese sacado de ella para los pobres. Pero cuando brilló mas la caridad heroica de Camilo fué en el contagio con que Dios afligió á la ciudad de Roma en el año 1591, pues entonces se excedió Camilo á sí mismo; la hambre y la peste causaban un lastimoso estrago en las familias pobres, donde perecian las personas sin remedio, unas á fuerza de la hambre y otras á impulsos del contagio: parecia que se iba á despoblar aquella metrópoli: todos estaban asustados con el temor de la peste, y cada uno ocupado en conservar la vida, procuraba evitar la comunicacion de los apestados:

modo que estos miserables se veian abandonados de todos: en este triste lance san Camilo y sus hijos, despreciando el temor de perder la salud y la propia vida, acudieron con inexplicable caridad á remediar aquellos pobres apestados; iban por las casas de los pobres, reconocian los enfermos que en ellas habia, les daban de comer, les suministraban los remedios, les hacian las camas y los limpiaban con indecible caridad; á veces les era preciso entrar en las casas con escalas por las ventanas, á causa de estar enfermos todos los que estaban en ellas y no haber ninguno que pudiese levantarse á abrirles la puerta de la calle: dispuso en esta ocasion san Camilo, con las limosnas que le daban los cardenales, cuatro hospitales, y en ellos hacia conducir los enfermos pobres que los suyos iban sacando de las caballerizas, establos y de otros lugares inmundos, en donde la hambre, la miseria y los males los tenian postrados sin aliento para moverse; procurando que ninguno muriese sin haber recibido los santos sacramentos, y sin disponerse cristianamente para el último paso. Parece que el mismo Dios, que quiso afligir á Roma con aquel castigo, envió á Camilo y á sus hijos para que la sirviesen de alivio y consuelo en aquella grande calamidad: apenas habian pasado dos años de este contagio, cuando saliendo de madre el Tíber, inundó muchas casas vecinas y llegó el agua hasta las cuadras bajas del hospital del Espíritu Santo, ocupadas de enfermos: apenas tuvo Camilo noticia de esta desgracia, cuando impelido de su ardiente caridad, fué corriendo al hospital para salvar los pobres dolientes; él mismo se entró por el agua, sacó sobre sus propios hombros los enfermos de aquellas piezas, y despues las camas, trabajando en esto por espacio de tres dias continuos, sin admitir el menor descanso; ni fué sola Roma la que admiró estas obras de caridad de Camilo; porque habiéndose tambien pegado el contagio en las ciudades de Nola y de Milan, mientras los otros procuraban evitar el comercio de estas ciudades infectadas, Camilo y sus hijos intrépidos se arrojaron en medio del peligro, y ejecutaron con los enfermos de estas ciudades los mismos oficios de caridad que habian practicado en Roma en el contagio pasado. En estas heroicas empresas perdió Camilo un gran número de hijos, de tal modo, que solo en el contagio de la ciudad de Nola fallecieron cinco de ellos; pero todas estas pérdidas no acobardaban el ánimo invencible de nuestro santo, que creia ganar los hijos que perdia sacrificados en las aras de la cristiana caridad: en efecto parecia que estos santos hijos eran semilla fecundísima de su religion; pues eran tantos los que pedian ser admitidos en ella, y tantas las ciudades que pedian se fundase en ellas una casa de este santo y utilísimo instituto, que en pocos años se vió dilatado por toda la Italia en muchas provincias, que Camilo gobernaba con mucha prudencia, visitándolas y animando á todos mas con su ejemplo que con sus palabras, á la observancia de las reglas del instituto y al servicio de los enfermos.

Despues que Camilo hubo dado tanto aumento á su religion y mejorado los principales hospitales de Italia, deseoso de practicar la obediencia y de entregarse enteramente á los ejercicios de la oracion y mortificacion y al servicio de los enfermos, y de prepararse de este modo á la muerte, en el año 1607 renunció el oficio de general en manos del cardenal protector, el cual, movido de sus instancias y razones para darle este consuelo, le admitió la renuncia: este acto declaró Camilo, que renunciaba tambien cualquiera preeminencia ó exencion que pudiese tener á título de fundador, y que su voluntad era vivir en todo y por todo debajo del yugo de la obediencia; y luego quiso ser tratado como cualquiera de los sacerdotes sin ninguna distincion. Retiróse despues al hospital de la Anunciata de Nápoles, que de nuevo habia admitido la religion; se aplicó con gran fervor á servir á los enfermos, aumentando los ejercicios de la oracion y mortificacion, con que se acrecienta el espíritu; y entretenido en estos santos ejercicios, no quiso acudir al capítulo general que se celebró en Roma á 19 de marzo de 1608: desde Nápoles pasó á Génova, y de aquí á Milan, de donde por órden del general volvió á Génova á visitar aquella casa. En estas ciudades estaba casi todo el dia en los hospitales principales, asistiendo y sirviendo á los enfermos; aquí, segun él decia, tenia su nido, todo su contento y delicias: de noche cuando se retiraba á su casa, queria siempre estar de vela, por si avisaban para ayudar á algun enfermo. Es indecible el beneficio que hizo en estos hospitales, haciéndose procurador de los pobres; solicitaba continuamente y molestaba á los administradores de los hospitales con sus representaciones, pidiendo varias cosas dirigidas al alivio y mejor asistencia de los enfermos. Despues pasó á Roma, y aquí alcanzó licencia del padre general para quedarse todas las noches en el hospital del Espíritu Santo, para ayudar á los pobres que estaban en mayor peligro; comenzó pues en la fiesta de Todos los Santos del año 1609 á llevar este tenor de vida: todas las noches despues de haber dormido cuatro ó cinco horas en un aposento que tenia señalado en lo mas alto del hospital, que caia sobre el Tíber, bajaba al hospital, tenia un rato de oracion delante del Santísimo Sacramento, daba despues visita á todas las camas, haciendo una breve visita, y si acaso estaba alguno moribundo ó de peligro, preguntaba á los enfermos de las camas vecinas, si habia confesado y comulgado, y faltándole algun sacramento hacia le recibiese: les ayudaba á hacer las protestas conforme al uso de la Iglesia, dábales el óleo santo, les hacia besar su crucifijo ó alguna medalla, para que ganasen las indulgencias; y no les dejaba hasta que hubiesen muerto, ó estuviesen bien dispuestos para morir: acabada esta visita se volvia delante del Santísimo Sacramento, y tenia una hora de oracion; pero si habia algun enfermo que estuviese agonizando, la tenia al lado de su cama, ayudándole en aquel último paso. Concluida la oracion volvia de nuevo á visitar los enfermos con mayor atencion, y andaba de cama en cama, en el invierno cubriéndoles, calentándoles los piés, y enjugándoles las camisas ó sábanas mojadas del sudor, y mulliéndoles las almohadas: mas en el verano, cuando á veces pasaban de cuatrocientos los enfermos, para aliviarles de la sed que padecian, iba con un jarro de agua fria, humedeciéndoles y refrigerándoles las bocas, lo que servia de un gran consuelo á aquellos miserables: acabada esta obra de caridad, volvia á hacer la visita, dándoles algun bizcocho, conserva, huevos frescos ó algun otro confortativo, conforme á la necesidad de cada uno; y él mismo pedia limosnas á sus devotos, para que no faltase este alivio á los enfermos. Acabado este caritativo oficio, no se iba á descansar, sino que siendo ya hora competente, se hallaba de

ordinario á dar las purgas y otras medicinas penosas: animaba á los enfermos con palabras alegres y graciosas á que las tomasen y retuviesen, confortándoles con una rueda de naranja ó casquito de granada: exhortaba á los sirvientes que se las diesen con paciencia y caridad: cuando se acercaba el tiempo de comulgar, iba dispertando á todos los que habian de recibir el divino Sacramento, y les preguntaba si habian comido ó bebido despues de media noche, y si tenian necesidad de reconciliarse, exhortándoles á recibir con devocion tan divino Sacramento. Hecha la comunion, iba uno por uno exhortando á los que habian comulgado, á que no durmiesen ni escupiesen tan presto, que pidiesen perdon á Dios de sus pecados, que entonces era proporcionado tiempo para tratar con el Señor, y negociar su salvacion; mirábales las bocas si habian pasado la forma sacrosanta, temiendo no sucediese algun desórden; hacia despues algunas camas, mudando la ropa á los mas necesitados y sufriendo el hedor intolerable que salia de los enfermos; al amanecer se retiraba á su aposento á rezar con quietud el oficio divino, despues se curaba la llaga, y volvia abajo al hospital. Decia misa ordinariamente por los enfermos de mayor peligro, y despues de haber dado gracias, daba de nuevo vuelta al hospital haciendo diversas obras de caridad: llegada la hora de comer ayudaba á este servicio, y acabada la comida hacia cuatro ó cinco camas á los mas necesitados, y con un semblante alegre se volvia á casa. Aquí se entretenia á leer dos ó tres horas, y despues se volvia á la tarea del hospital, como la noche y dia antecedente: tres años y algunos meses perseveró con una constancia heroica en estos cotidianos ejercicios, hasta que en el mes de febrero de 1612 el padre general y consultores le mandaron ir á Nápoles en su compañía, y despues le hicieron visitar varias casas de la religion, á fin de que consolase á sus hijos en su presencia, y les comunicase aquel fuego de amor de Dios y del prójimo, de que él estaba tan dichosamente poseido: despues volvió y asistió al capítulo celebrado á 1.º de abril de 1613, en que fué elegido general el padre Francisco Antonio Nilo, napolitano, el cual queriendo visitar las casas de la religion, pidió á Camilo le acompañase, y empezó este viaje visitando la santa casa de Loreto, donde dijo misa pidiendo á la Vírgen con muchas lágrimas quisiese serle propicia y abogada en el trance de la muerte. Pasó despues por las casas de Bolonia, Ferrara, Mantua y Milan, dando por todas partes á sus hijos admirables y santos documentos; llegó en fin á Génova, donde agravándosele el mal le redujo á extrema flaqueza, pero hallándose despues algun tanto restablecido, quiso partirse á Roma, y como no tenia fuerzas para hacer por tierra el viaje, el duque de Tursi por la devocion que le tenia mandó aprestar una galera suya, solo para el efecto de llevarle á Roma; habiendo desembarcado en Civitavecchia, le enviaron sus religiosos una litera en que viniese, con la cual llegó á Roma á 13 de octubre de 1613, y entrando en casa dijo: *Hæc est requies mea.* He venido aquí á dejar mis huesos: todos los religiosos vinieron á besarle la mano y despues se puso en la cama; pero pareciéndole de allí á algunos dias que habia algun poco mejorado, tuvo deseo de visitar la iglesia de los príncipes de los apóstoles: en esta jornada al llegar á la puente de San Ángelo, apartando la cortina de la carroza, empezó á mirar con gran cariño á su querido hospital del Espíritu Santo, donde se hizo llevar: apeóse y visitó todos los enfermos sostenido de dos de sus religiosos, siendo cosa que causó devocion ver que apenas llegó al hospital, cuando todos los sirvientes y oficiales fuéron á hacerle reverencia y besarle la mano, diciéndose unos á otros: ahora es menester andar mas vigilantes, que ha vuelto el padre Camilo: pasó despues á la iglesia de San Pedro, donde con fervorosa oracion encomendó á los santos apóstoles su persona y su religion: algunos dias despues pareciéndole que estaba mejor, quiso volver á su amado hospital, donde practicó muchas obras de caridad, y parecia no sabia apartarse de los pobres. Sabe Dios cuánto gustara de estar siempre con vosotros (les decia), pero ya que no puede ser, me quedo acá con el corazon: al volverse á casa tuvo un desmayo que le obligó á retirarse á una tienda de donde fué llevado á casa en brazos ajenos; y aquí se rindió á la cama vencido de la fuerza de sus cinco enfermedades. Así que se publicó en Roma la mortal enfermedad de Camilo, fuéron á visitarle muchas personas de todas clases, pero los religiosos no dejaban entrar sino las personas mas espirituales; porque el santo no gustaba de estas visitas, por estar todo ocupado en prepararse á la muerte, haciendo muchos actos de contricion y rogando á todos le encomendasen á Dios en aquella hora, como si entonces comenzara á servirle: ¡tan penetrado estaba del temor de la muerte, y de la cuenta estrecha que habia de dar á Dios de toda su vida! Lo que era mucho de admirar en un hombre de tan santa vida, y que habia sido ilustrado de Dios con el don de una contemplacion sublime, con el de hacer milagros, el de profecía, el de conocer los secretos del corazon y de otros semejantes. Durante la enfermedad dió á sus hijos brillantes ejemplos de todas las virtudes, singularmente de una invencible paciencia, no quejándose de sus males, ántes estimándolos como una misericordia de Dios; recibió con singular devocion los sacramentos, y dando la bendicion á sus hijos, exhortándoles al ejercicio de todas las virtudes, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y María, fijó los ojos en un devoto crucifijo, y diciéndole sus hijos la recomendacion del alma, al llegar á aquellas palabras: *mitis atque festivus*, etc. lleno de confianza en la divina misericordia, espiró plácidamente á 14 de julio de 1614.

Beatificó á san Camilo Benedicto XIV, en el año 1742, y despues en el de 1746 le puso en el catálogo de los santos: para su beatificacion aprobó los dos milagros siguientes.

El primero se obró con una doncella de la ciudad de Viterbo, á la cual habiéndola nacido repentinamente en las narices un enorme y maligno pólipo, y permaneciendo en ellas tenazmente siete meses, habiendo salido inútiles los cáusticos y cauterios de fuego, que se le aplicaron para curarla, solo con ponerla dentro de las narices dos hilos de la camisa del santo, en el espacio de una sola noche quedó perfectamente curada, y las narices, que se la habian puesto muy disformes, quedaron en su estado natural sin la menor deformidad.

El segundo acaeció con Catalina Dondula, preñada de seis meses; la cual siendo acometida de un cúmulo de varias enfermedades peligrosas, á saber, de la calentura maligna, inflamacion de la pleura y del pulmon, y de una llaga que se la habia hecho en la garganta, y hallándose reducida, segun dictámen de los médicos, al extremo de

su vida, bebiendo un poco de agua, en la cual se habian echado algunos polvos recogidos del aposento del santo, al mismo momento no solo quedó libre de todos estos males, sino que cobró todas las fuerzas y robustez.

Para la canonizacion del santo aprobó la santa sede estos dos milagros, obrados despues de su solemne beatificacion.

El primero sucedió con una doncella del lugar de Caprarola, llamada Luisa Teresa Petti; la cual habiendo nacido con una mala estructura del pecho, padecia mucha dificultad en respirar: con el discurso de los años aumentándosela el asma y sobreviniéndola escreciones sanguíneas y purulentas, y una suma postracion de fuerzas, habiendo ya contraido una jiba, mostraba bien que no podia alargar mucho una vida tan penosa á sí y á los demás; hallándose los males en su mayor fuerza é intencion, bebió un poco de agua, dentro la cual se habian echado unos polvos recogidos del aposento del santo, é invocando con mucha fé su ayuda, en el solo espacio de una noche quedó libre de todos estos males, y recobró una salud entera y perfecta.

El segundo se obró con Margarita Castelli, doncella del lugar de Marini, de edad de diez y ocho años; la cual por motivo de tener viciada la masa de la sangre desde las entrañas de su madre, se hallaba muchas veces afligida de malignas pústulas, las cuales se le aumentaron de tal modo, que su cuerpo parecia todo cubierto de una costra, manando podre y materia, sobreviniéndola despues una maligna calentura; llegó á tal extremo, que perdido ya enteramente el movimiento y los sentidos, se esperaba su muerte por instantes: en este estado pusieron una estampa del santo sobre la enferma, y su madre y hermana pidieron con mucha fé su poderoso socorro, y en un momento la enferma, como si dispertara del sueño de la muerte, sanó perfectamente; su cuerpo de repente se deshinchó, las costras se cayeron y se fué la calentura, de modo que levantándose al instante de la cama, pudo andar y trabajar con fuerzas y robustez entera y perfecta; siendo tan sólida y perseverante esta repentina sanidad, que nunca jamás experimentó incomodidad alguna de los precedentes males.

Los santos Eutropio, Zosima y Bonosa, hermanos, mártires.—De estos mártires unos dicen que fueron martirizados en el Puerto Romano en los primeros siglos de la Iglesia; y otros que fueron degollados en una isla que habia entre el Puerto Romano y la ciudad de Ostia, y que sus cuerpos echados en un pozo, fueron milagrosamente descubiertos y colocados en el monasterio de Claraval donde se conservan.

Los santos Catulino, Genaro, Florencio, Julia y Justa, mártires.—Por haberse perdido las actas del martirio de estos santos nada sabemos de ellos, mas que sus reliquias fueron colocadas en la iglesia de Santa Fausta de Cartago en cuya ciudad habian muerto. San Catulino fué diácono, y en su alabanza predicó san Agustin un sermon al pueblo.

Los santos Felipe, Zenon, Narceo y diez niños, mártires.—Murieron en la ciudad de Alejandría. Es lo único que de ellos sabemos.

San Abudemio, mártir.—Vivia en la isla de Tenedos en tiempo del emperador Diocleciano. Habiéndole preso, fué presentado al prefecto que le mandó abjurase su religion; pero contestando que nada era capaz en la tierra de separarle de Jesucristo, fué mandado azotar por nueve soldados hasta que sus carnes chorreasen sangre. Encerrado despues en una oscura prision, querian obligarle á que comiese de los manjares ofrecidos á los dioses, á lo cual tambien se negó con admirable constancia, por lo que le rajaron todo el cuerpo con garfios de hierro, y le maltrataron hasta cortarle la cabeza. Su cuerpo fué despues arrojado al fuego y sus cenizas aventadas.

San Antioco y san Ciriaco, mártires.—El primero era médico de Sebaste y fué convertido á la fé por su hermano san Platon. Hallándose ejerciendo su profesion en Capadocia, fué preso por órden del prefecto Adriano, y no queriendo abandonar la religion cristiana, fué condenado á ser colgado de un árbol, azotado y quemado con planchas de hierro ardiendo. Despues de este martirio fué otra vez conducido y encerrado en la cárcel, y continuando en su primer propósito, lo sacaron de ella otra vez para ser echado dentro de una caldera de aceite hirviendo: luego le entregaron á las fieras; pero habiendo salido siempre ileso, le cortaron la cabeza, en cuyo momento salió de su cuello leche en lugar de sangre. Viendo este portento convirtióse á la fé Ciriaco que era su verdugo, y al mismo momento fué tambien degollado, consiguiendo ambos la corona del martirio, reinando el emperador Maximiano por los años de 303.

San Félix, obispo y mártir.—Fué obispo de Pavía y derramó su sangre por la fé de Jesucristo en la misma ciudad, el año 253. Es recomendable este prelado por su inocencia de costumbres, y sobre todo por su extraordinaria caridad que era la admiracion de todos, de tal modo que no habia necesidad pública ni privada que por él no fuese socorrida, y no habia ninguna clase de sacrificios á que él no se sujetase con tal de remediar los males y desgracias de sus ovejas. Sus reliquias recogidas por los cristianos se depositaron despues en la basílica del Salvador, que tomó su nombre.

San Atanasio, obispo y confesor.—Nació en Nápoles, y fué su obispo despues de haber pasado por los grados inferiores de la gerarquía eclesiástica, y de haber dado muestras de gran ciencia. Señaló su pontificado por la constancia con que se dedicó á restablecer la disciplina y la regularidad de costumbres en su patria, y á hacer desaparecer las malas inclinaciones que en todas partes habia dejado la irrupcion de los bárbaros. Por medio de su elocuencia, de la suavidad de su carácter y la dulzura de su trato, unido todo á la energía de un zelo ilustrado que no se cansaba nunca, llegó á reformar las costumbres públicas, é introducir en el santuario la regularidad y buena disciplina que son su mas bello ornamento. Dedicóse tambien á hermosear los templos, y logró presentarlos con una magnificencia tal, que nunca se habia visto semejante. Ocupado vivia el santo en el desempeño de su ministerio, cuando un sobrino suyo llamado Sergio, personaje poderoso, y que tenia zelos de la santidad y fama de su tio, empezó á perseguirle, calumniarle, y llevar las cosas tan al extremo, que Atanasio se vió obligado á dejar su rebaño y marchar desterrado á Veroli, donde no estuvo libre de las asechanzas de sus perseguidores; pero donde tambien el Señor manifestó la santidad y el mérito de su siervo, concediéndole el don de milagros. Sobrellevó siempre con admirable resignacion las amarguras y tribulaciones á que se vió sujeto, y murió santamente en su des-

tierro el dia 15 de julio del año 872, siendo su sepulcro glorioso en portentos.

DIA 16.

El Triunfo de la Cruz.—Entre las otras señales y gloriosas victorias que Dios nuestro Señor ha dado á los cristianos contra los infieles y enemigos suyos, es muy ilustre y admirable la de las Navas de Tolosa, que alcanzó el rey de Castilla don Alonso el VIII, hijo del rey don Sancho, en compañía de los reyes de Aragon y de Navarra, con matanza y estrago de una multitud innumerable de moros; lo cual sacado de la historia que escribió don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, que se halló en la batalla al lado del rey, y de la carta que el mismo rey don Alonso escribió al papa Inocencio, III de este nombre, en que le da cuenta de la guerra y victoria, es de esta manera.

Deseando el rey don Alonso volver por la honra y gloria de Dios, y reprimir el orgullo y furor de los moros, que estaban victoriosos, y librar á los cristianos sus vasallos de los gravísimos daños que de tan perversos y pertinaces enemigos continuamente padecian; con acuerdo de los prelados, grandes y prudentes hombres de su reino, confiado en la bondad y poder de Dios, que nunca desampara á los que de verdad le invocan, determinó juntar todas las fuerzas de sus reinos, y convocar en su ayuda y favor á los reyes sus vecinos y aliados, y á otros príncipes extranjeros, y hacer cruda guerra al enemigo. Para esto envió primero á Roma, Francia y Alemania, al arzobispo de Toledo don Rodrigo Jimenez, varon sapientísimo y de grande autoridad, para suplicar al sumo pontífice, que á la sazon era Inocencio III, que concediese la cruzada á todos los que viniesen á aquella guerra para servicio de Dios y bien de la cristiandad, y les otorgase las mismas gracias é indulgencias que se concedian á los que iban á la conquista de la Tierra santa. El papa lo concedió todo como se lo suplicó, y por la buena diligencia é industria del arzobispo don Rodrigo, se divulgó luego por toda la cristiandad esta empresa, y que el rey de Marruecos habia blasfemado y amenazado, que pelearia con cuantos adoraban la cruz, y procuraria extinguir el culto y veneracion de ella. Fué tan grande el concurso de las gentes que se juntaron de toda España y de fuera del reino en la ciudad de Toledo, que no bastando lo poblado de la ciudad, ni los lugares de su comarca, fué necesario que estuviesen en tiendas por las vegas y campos de la ribera del Tajo: y de Francia é Italia asimismo llegaron grandes compañías, y muchos prelados y señores principales, con devocion de servir á nuestro Señor en esta santa guerra: y púsose en órden uno de los mas lucidos ejércitos que en España se habian visto. Salió de Toledo á 20 dias del mes de junio del año 1212. Pasóse mucho trabajo por el camino; porque los moros con su rey Mahomat tenian tomados todos los vados y pasos dificultosos, y sembrado el mismo camino de abrojos de acero, para mancar los caballos y bestias de carga: mas con el favor de Dios y con el buen ánimo que llevaba la gente, se vencieron todas las dificultades, y se ganaron algunos pueblos, como Malagon y Calatrava, de mano de los bárbaros. Pero porque se viese que la victoria que despues alcanzaron era don de Dios, y que á él se debia la gloria, permitió el Señor que luego que se ganó Calatrava (que fué el postrero dia del mes de junio), sucediese en el ejército cierto motin, que casi todos los cruzados extranjeros se volviesen á sus casas. Pero aunque ellos eran muchos, no desmayó el rey don Alonso; ántes prosiguió su camino con el rey de Aragon don Pedro, y poco despues se le juntó con buena gente el rey don Sancho de Navarra. Llegaron al puerto que llaman del Muradal, en donde estaba el rey Mahomat con su ejército muy grande y poderoso, con intencion de solo estorbarles el paso; porque aun no sabia que los extranjeros habian desamparado al rey don Alonso. Mas despues que supo de sus espías lo que habia pasado, determinó el rey esperar en campo raso, y darle la batalla; y así se retiró un poco á los llanos hácia Baeza, dejando en las Navas de Tolosa (que es un paso muy estrecho) parte de su gente, para hacer daño en los cristianos. El camino era muy trabajoso y áspero, y con dificultad se podian tener en pié los caballos, y el ejército de los enemigos (que era innumerable) estaba ya á la vista: y habiendo diversos y contrarios pareceres acerca de pasar adelante (porque parecia imposible), ó volver atrás (que era muy peligroso); el rey don Alonso animó á los demás, para que pasasen adelante, y confiasen en la providencia y misericordia del Señor: el cual en tiempo oportuno les envió un pastor muy práctico de toda aquella tierra (que algunos tuvieron por ángel venido del cielo): este los guió por la ladera del monte, de tal manera, que llegaron al lugar que deseaban, viéndolos los enemigos, sin poder estorbarles el paso. El rey Mahomat presentó luego la batalla á los cristianos; mas el rey don Alonso, viendo que la gente venia cansada y fatigada del camino, no la aceptó por entonces, porque su ejército descansase, y él tuviese tiempo de ver la disposicion y órden de los escuadrones del enemigo. Y pensando el rey moro, que el no querer pelear nacia de temor de los nuestros, y nó de aviso y prudencia militar, se desvaneció y escribió á los suyos que estaban en Jaen y en Baeza, que tenia cercados á tres reyes, y que dentro de tres dias los tomaria: y lleno de hinchazon y orgullo, el dia siguiente se puso en batalla, y desplegó sus estandartes, provocando á los reyes, que con singular constancia se estuvieron en sus reales, sin querer pelear hasta su tiempo: porque nunca el buen capitan ha de pelear cuando quiere el enemigo, sino cuando juzga que le está bien á él. Mas llegada la noche del domingo, todos los cristianos se aparejaron para la batalla con la confesion y comunion, y con las misas que se dijeron, y con el jubileo plenísimo, que en nombre de su santidad les publicaron los prelados que allí estaban: y habiendo ordenado el ejército en escuadrones, levantando las manos y los ojos al cielo, y los corazones encendidos con el deseo del martirio, alegres y esforzados salieron con gran denuedo en campo, invocando al santísimo nombre del Señor, y suplicándole que les diese victoria de aquellos bárbaros y fieros enemigos, que pretendian oprimir su religion, y extinguir la gloria de su cruz. Los moros eran innumerables, y el rey Mahomat con gran pompa y majestad venia vestido sobre sus armas de una capa negra, que habia sido de Abdulmuni, el que habia dado principio á los Almohades, y llevaba delante de sí una espada y el Alcoran de Mahoma. Vinieron á las manos los dos ejércitos: y aunque al principio por su gran multitud parecia que llevaban lo mejor los moros; el rey don Alon-

so con gran valor y esfuerzo dijo al arzobispo don Rodrigo: Ea, arzobispo, muramos aquí yo y vos: y el arzobispo le respondió: Nó señor, no moriremos, sino que alcanzaremos victoria de los enemigos. Mas luego se conoció la ventaja de los cristianos, y el favor del cielo: porque la cruz, que un canónigo de Toledo, llamado Domingo Pascual, llevaba delante del arzobispo, pasó por todos los escuadrones de los enemigos, sin daño del que la llevaba, con tirarle de todas partes infinitas saetas. Y llegando el estandarte real, que llevaba una imágen de nuestra Señora, á un escuadron fortísimo y de gran muchedumbre de gente, que hacia mayor resistencia á los nuestros; luego volvió las espaldas, y se desbarató y deshizo como humo. Finalmente el campo quedó por los cristianos, los cuales alcanzaron victoria tan esclarecida y gloriosa, que bien se vió que era victoria del cielo, y nó de la tierra, y dada mas por mano del Señor de los ejércitos, que habida por valor é industria humana: porque el rey Mahomat, con algunos pocos de moros, en bestias muy lijeras, apenas pudo escapar, y con muerte de solos veinte y cinco cristianos, quedaron allí muertos doscientos mil bárbaros. Y los dias que los cristianos allí estuvieron, gozando de los despojos, quemando las lanzas, ballestas, dardos y otros instrumentos de guerra que hallaron en el campo de los moros, para guisar de comer, nunca los pudieron acabar de quemar y consumir. Con esta victoria tan insigne se debilitaron y desmayaron los moros, y los cristianos cobraron mayor ánimo y confianza en Dios, reconociendo la victoria por singular don y gracia suya. Y para que el Señor se la diese, á mas de su infinita bondad, hubo algunas causas de parte de los reyes y cristianos, que hicieron la guerra: porque primeramente la emprendieron, no tanto por sus intereses, ni por la amplificacion de sus reinos, cuanto por la honra y gloria de Dios, y exaltacion de su fé, que es blanco en que principalmente deben tener puesta la mira los reyes en las guerras que hacen contra los infieles y herejes, y otros enemigos del Señor: lo segundo, acudieron á la cabeza de la Iglesia, que es el sumo pontífice, por indulgencias y oraciones, y el santo pontífice Inocencio las mandó hacer por toda la cristiandad; y en Roma ayunar á pan y agua: é hizo una solemnísima procesion, en la cual él mismo fué á piés descalzos suplicando á nuestro Señor, que se apiadase de su rebaño y diese la victoria á los cristianos: lo tercero, hubo entre los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, mucha conformidad y union, que es la que hace fuertes á los pocos; y la falta de ella, á los muchos, flacos. A mas de esto armóse todo el ejército con las armas divinas de los santos sacramentos (como dijimos), y tambien con las humanas: porque el rey don Alonso, ántes de salir al campo, mandó pregonar por todo su reino, que todos los soldados, dejando las galas y vestidos ricos, se armasen de armas provechosas para la guerra: y que los que desagradaban á Dios con la vanidad y lozanía de sus ropas bordadas y superfluas, procurasen agradarle con vestido honesto, y con las armas necesarias para pelear: y, como dice el arzobispo don Rodrigo, todos obedecieron al rey, desde el mayor hasta el menor. Tambien hubo otra cosa que ayudó mucho para la victoria; y fué, que despues que los enemigos se comenzaron á desbaratar y echaron á huir, los soldados cristianos siguieron su alcance, sin ocuparse en los despojos, hasta haber alcanzado enteramente la victoria, como el dia ántes el arzobispo de Toledo don Rodrigo, lo habia mandado á todos debajo de graves censuras y excomunion, en caso que Dios les diese la victoria. Y la gente noble y principal, sin tener cuenta con el interés y hacienda, sino solamente con servir á Dios y á su rey, y defender á su patria, pelearon con grande ánimo y valor hasta la noche, como convenia á su nobleza y sangre generosa. Esta fué aquella famosa batalla, que los antiguos llamaron la de Ubeda y de las Navas de Tolosa: por la cual pereció entonces el nombre y poder de los almohades, que eran los mas poderosos y valientes soldados de toda la morisma, y que habian puesto á España en peligro de tornar otra vez debajo de su señorío. Hubo en toda la cristiandad grande alegría y regocijo por esta tan señalada victoria, que fué un lúnes á 16 del mes de julio, del año del Señor de 1212: y para memoria de tan señalado y soberano beneficio, se instituyó el mismo dia la fiesta del Triunfo de la Cruz, que se celebra en toda España por mandado del papa Gregorio XIII, como se ve en un breve, despachado el primer año de su pontificado, en 30 dias de diciembre del año de 1573. Y llámase el Triunfo de la Cruz con mucha razon; porque por virtud de la santa cruz vencieron los cristianos al rey bárbaro y soberbio, que confiado en sus huestes y poder, pretendia desarraigar del mundo el culto y veneracion de la santa cruz, y supeditar á los cristianos. Y tambien, por haber la cruz que iba delante del arzobispo de Toledo, rompido por medio de los escuadrones de los enemigos, sin que el que la llevaba recibiese daño, cayendo los bárbaros de una parte y de otra, por do quiera que la cruz pasaba. La crónica general de España dice, que al tiempo de la batalla se vió en el cielo una cruz colorada, y que su vista dió ánimo á los cristianos y lo quitó á los moros, por donde fueron vencidos; y de aquí tomó nombre de Triunfo de la Cruz. Y aun algunos añaden, que un hidalgo del reino de Leon, llamado Reynoso, la mostró al rey, y por ello le dió su bandera é hizo su alférez; y asimismo le dió por armas la cruz colorada en campo blanco, de que usan los reinos. Mas el arzobispo don Rodrigo no hace mencion de esta cruz, que dicen que apareció en el aire, ni el rey don Alonso en la carta que escribió al papa: y no parece, que dejaran de referir cosa tan notable. Supliquemos al Señor que conserve sus dones en nosotros, y que por virtud de su cruz nos dé victoria de nuestros vicios, y de todos nuestros enemigos visibles é invisibles, para que por ella merezcamos la corona que él nos compró con su sangre, y gocemos de la bienaventuranza, para la cual nos crió. Amen.

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.—Este es el dia, y esta la solemnidad, en que la sagrada religion de nuestra Señora del Cármen, y su santa cofradía celebran los principales favores, que de la liberalidad de la Reina de los ángeles, María, sin pecado concebida, han recibido, siendo los primeros que se honraron con el título glorioso de hijos y hermanos de esta celestial princesa, los carmelitas, dignándose su majestad soberana de recibirlos en su proteccion y amparo. Mas porque los favores, con que ha confirmado la Madre de Dios serlo de la religion carmelita, son tantos, que llenan en la historia muchos tomos; diremos aquí solos cuatro, que mas principalmente pertenecen á esta fiesta y solemnidad, que son la institucion, título y patrocinio de María santísima, la prenda sagrada del es-

capulario santísimo, que dió á san Simon Stoch, el privilegio del sábado, y algunos de los infinitos milagros, con que ha confirmado ser todo prendas de su amor y seguros de su afecto.

El oriente de las dichas de la religion carmelitana, es tener á María santísima, sin pecado concebida, por su madre y fundadora, á cuyo ejemplar é idea comenzó el gran profeta de Dios san Elías en el Carmelo, á levantar su religioso edificio que durará (segun la misma Vírgen María aseguró á su carmelita hijo san Pedro Tomás), lo que el mundo. Estaba pues Elías en las soledad de Corith, ensayándose por mandado de Dios en la vida eremítica y religiosa, que despues habia de enseñar á innumerables hijos; mas instando la defensa de la honra divina, que los profetas de Baal amancillaban, le mandó su Majestad saliese en público, para que los castigase con la espada de su ardiente zelo. Obedeció Elías: subió al Carmelo; y habiendo en él celebrado un auto solemnísimo de la fé, en presencia del rey Acab y su reino, en que condenó á muerte á ochocientos cincuenta profetas y sacerdotes idólatras, y él mismo la ejecutó en el arroyo Cison, que corre por las faldas del Carmelo; volvió á subir á su cumbre; y puesto en oracion, en una punta que registra el mar Mediterráneo, le mandó á su discípulo mirase al mismo mar, por si descubria alguna señal de lluvia. En seis veces que hizo la diligencia, no la descubrió el obediente discípulo; pero á la séptima vez vió que subia del mar una nubecilla pequeña, como la huella ó pisada de un hombre, la cual, extendiéndose por su dilatado horizonte lo fecundó con sus lluvias. Que esta nubecilla fuese estampa é imágen de María santísima, sin pecado concebida, lo afirman gravísimos autores, santos Padres y la Iglesia en el rezo de este dia, y en ella reveló Dios á Elías, que en los siglos futuros habia de nacer una doncella, que como la nube sube del mar sin el peso ni amargura de sus aguas; así ella se formaria y naceria del vientre de su madre, pura y exenta de toda culpa, y juntamente desde su niñez se consagraria á Dios con voto de virginidad y pureza, de la cual agradado el Hijo de Dios vestiria nuestra carne en sus entrañas purísimas: y finalmente seria, como nube fecunda, que naciendo al mundo, lo inundaria con la lluvia de sus infinitas gracias. Todos estos misterios y otros muchos reveló Dios á Elías, que se habia de cumplir en María santísima Señora nuestra.

Inflamado el santo profeta con el deseo de servir á tan divina Señora, despues de consultarlo con Dios en la cueva de Horeb, y habérselo su divina Majestad facilitado, mandóle que ungiese en profeta, y escogiese por discípulo y sucesor suyo á Eliseo. En cuya compañía y de otros, subió al sagrado monte Carmelo, y dió principio á su profética religion, para criar en ella, hijos que se ocupasen siempre en servir á Dios y á su divina Madre María, opuestos á Baal y á sus falsos profetas y sacerdotes; y tomando á María por idea y ejemplar de su persona y familia, la fundó y consagró á su culto y veneracion desde su primer principio. Con esta razon y motivo quedó María santísima por primera madre y fundadora de la religion, que el santo profeta Elías fundaba en el santo monte Carmelo, y lo mereció ser en tres géneros de causa, ejemplar, final y meritoria. Fué causa ejemplar María; porque Elías la tuvo por dechado y ejemplar, de quien aprendió la virginidad y demás virtudes religiosas que habia de enseñar á sus hijos: causa final; porque la fundó para su servicio y culto: y causa meritoria, porque siéndolo la Vírgen, de cuantas gracias y dones ha dado á Dios así en el Viejo como en el Nuevo Testamento, como afirman comunmente muchos santos Padres, le mereció á Elías y á sus hijos, la gracia y los auxilios para que le siguiesen é imitasen.

Este fué el hecho: y porque los puntos de la historia no se fian tanto á discursos, cuanto á testimonios irrefragables, será bien alegrar algunos que lo apoyen. San Metodio, que vivió por los años de 285 de la encarnacion del Hijo de Dios, hablando con la Vírgen, dice estas notables palabras: «Asimismo Elías profeta (ó Vírgen), avisado del cielo de tu pureza, recogido en su espíritu quiso ser imitador tuyo, con que para su abrasada vida tejió inmortal corona de virginidad, declarándole el divino testimonio por superior á la muerte, hasta el presente dia: Tambien Eliseo, su sucesor, instruido de su sabio maestro en estos sacramentos, y delincándote ántes de tener ser, como si ya fueras nacida, con señales sobrenaturales (índices verdaderos de las cosas futuras), dió socorro y medicina á los menesterosos.» Con que siendo María la idea y causa ejemplar que tuvo Elías en establecer su órden; Elías viene á ser discípulo (dice Novarino): él y sus discípulos, imitadores de María santísima; y esta Reina soberana su primera fundadora. Sixto IV en la bula: *Dum attenta*, despachada el año de 1476 afirma tambien, que María santísima fundó y produjo esta religion sagrada. Las palabras de este santo pontífice son estas: «La gloriosísima Vírgen y Madre de Dios engendró á Jesucristo, flor preciosísima, indefectible y eterna, y produjo la sagrada órden de la bienaventurada María del monte Carmelo: la cual quiso señalar, con título especial de la misma gloriosa Madre de Dios y siempre Vírgen María, para que dicha órden por reverencia de la misma vírgen fuese de los fieles mas dignamente venerada.» Lo mismo afirma Gregorio XIII en la bula: *Ut laudes*, dada el año 1577 donde dice: «Juzgamos que se debe abrazar con nuestra gracia especial la sagrada órden, que tiene el nombre y vocacion de la bienaventurada María del monte Carmelo, la cual la misma Vírgen hermosísima y adornada de todas las virtudes produjo, y con el título de su propio nombre señaló.» Con estos testimonios, dejando otros muchos, queda eficazmente probado, que á María Señora nuestra, sin pecado concebida, «se le dió la hermosura del Carmelo,» y ella es la principal Madre y fundadora de su religion; pues la produjo, la engendró y sacó á luz, cuando Elías trató de darle principio.

Pero dirá alguno: que ¿cómo María santísima puede ser la fundadora, si esta religion tiene ejecutoriado, por su universal tradicion, autoridad de once pontífices y de innumerables escritores propios y extraños, que su fundador es el santo profeta Elías, y el que en el Carmelo abrió sus primeras zanjas? «No importa (responde Laurencio Crisógono, doctísimo escritor de la compañía), que el santo profeta Elías, se diga fundador de esta religion; porque Elías en nombre de la beatísima Vírgen echó sus fundamentos, cuando orando en el Carmelo contempló la nubecilla, imágen de la Madre de Dios: y en ella conoció ciertamente por revelacion divina, que la misma Vírgen singularmente habia destinado el monte Carmelo para asiento de la órden, que desde entonces habia de ser tan

suya, por domicilio muy amado, huerto y paraiso de sus planteles y flores: al cual ella misma, como nube fecunda y llena de los rocíos de la divina gracia, habia de regar, fecundar y defender de los ardores de la carne, del mundo y del demonio.» De donde se infiere que aunque Elías es el fundador; respecto de María santísima no fué mas que ejecutor de esta obra: porque María fué su principal causa y arquitecto; porque en cuanto Elías obraba, tenia en María los ojos y la atencion. Por eso dijo un dia Cristo á la santa madre Teresa de Jesus, que esta era la religion de su Madre.

Mas de novecientos años pasaron los carmelitas venerando á su santísima madre María en solas esperanzas de verla y gozarla, hasta que naciendo alegró al mundo con su divina presencia. Supieron como ya de la nube de su padre Elías habia rayado y fecundado al mundo todo con el rocío del divino Verbo, encarnado en sus purísimas entrañas: y certificáronse mas cuando obrada nuestra redencion «llegando el dia de Pentecostés (dice la Iglesia este dia), como los apóstoles inspirados del cielo hablasen varias lenguas, y con invocar el santísimo nombre de JESUS, hiciesen muchas maravillas, muchísimos varones, que habian seguido las pisadas de los santos profetas Elías y Eliseo, y por la predicacion de san Juan Bautista habian sido convocados á la venida de Cristo; vista y comprobada la verdad, abrazaron luego al punto la fé del Evangelio.» Esto dice la Iglesia, confirmando lo que innumerables autores han escrito que los sucesores de Elías fueron los primeros, que por la predicacion del Bautista y de los apóstoles se convirtieron y bautizaron con gran facilidad, por cuanto ya en su fé eran cristianos, como dice san Agustin. Ayudaron á los apóstoles en la predicacion del Evangelio por diversas partes del mundo, y especialmente en nuestra España.

Con estas noticias ya alumbrados, acudieron luego á reconocer por madre, y patrona de su órden, á la que tantos siglos ántes sus antecesores habian venerado, teniendo á gran dicha, que la que era Madre de Dios lo fuese tambien de su Carmelo. Gozaron infinitas veces, ya en Jerusalen, ya en Nazareth, que estaba vecina al monte, y ya en el mismo Carmelo, de la presencia y favores de su divina madre María; pues como afirman gravísimos autores, muchas veces la sagrada Vírgen, movida de la santidad del sitio y de la piedad de su ánimo, subió corporalmente á honrar y ver sus hijos, y á conversar con ellos, consagrando el monte con sus divinas plantas, y tomando de él posesion, como heredad, que era tan suya. Creciendo con el trato la veneracion, y con el patrocinio de tan gran Reina y Señora el interés, desearon, que pues los tenia por hijos, y en el amor con que los trataba, por hermanos, gozasen tambien el título. Para mas obligarle, el año de 38, poco despues de la ascension de su Hijo, y nuestro Redentor á los cielos en la caida del monte, donde Elías habia visto la nube, levantaron templo ó capilla, á su nombre y culto: la cual (ó por estar maltratada del tiempo, ó por mejorarla de sitio) mudaron el año de 83, á la eminencia del monte, para que gozando todo él de su vista mejorase sus estancias, pues los ojos de María, como los de Dios cuanto miran, lo mejoran. Desde luego se nombraron, y los fieles todos los nombraron hermanos, ó frailes de la bienaventurada Vírgen María del monte Carmelo, extendiéndose el nombre y advocacion, que habian dado á la iglesia, tambien á sus moradores. Con esto era recíproco el amor de la Vírgen con sus hijos, y por honrarlos y alegrarse con ellos, visitaba con mas frecuencia su templo. Confirman esta verdad graves autores; pero oigamos á la Iglesia que dice así este dia: «Los imitadores de Elías y Eliseo, luego que recibieron la fé comenzaron con particular afecto á venerar de tal suerte á la beatísima Vírgen (de cuya conversacion y trato pudieron felizmente gozar), que entre todos fueron los primeros, que á la misma purísima Vírgen edificaron templo en aquel lugar del monte Carmelo, donde antiguamente Elías habia visto subir una nubecilla insigne, por ser figura de la Vírgen. Juntándose, pues, muchas veces cada dia en el nuevo templo, veneraban con piadosas ceremonias, plegarias y alabanzas á la beatísima Vírgen, como á singular amparo de la órden: por lo cual á cada paso comenzaron todos á llamarlos hermanos, ó frailes de la bienaventurada María del monte Carmelo.

Merecieron tambien este título y parentesco espiritual por la conformidad, así en la perfeccion y profesion de la vida, como en los colores del vestido, que la sacratísima Vírgen usaba: porque lo primero, la vida de nuestra Señora fué de una perfectísima religiosa; pues á mas del voto de virginidad, hizo tambien el de pobreza, como se reveló á santa Brígida, y en la obediencia se esmeró de suerte, que eligiéndola para Madre de Dios, ella se le entregó por esclava. De estos votos, y ejercicio de todas las demás virtudes, infieren graves autores que desde que entró en el templo hizo vida de perfectísima religiosa, y en el tiempo de su viudez no solo lo fué en su persona, sino que hecha ejemplar y maestra de un colegio numeroso de vírgenes, y como madre las dirigia y enseñaba. Juntábanse á esto los colores del vestido, que (segun dicen muchos) fueron los naturales, pardo en la saya, y blanco en la capa, ó manto exterior, como tambien consta de la revelacion de santa Brígida, y hoy se ve en imágenes suyas antiquísimas, como la del Pilar de Zaragoza, la de San Juan de Letran en Roma, y otra en la ciudad de Merina. Todo lo cual demuestra la interior y exterior semejanza que tuvieron los carmelitas con la sacratísima Vírgen; pues ellos fueron los primeros, que teniéndola por ejemplar y maestra, abrazaron la vida religiosa, y por la obediencia, castidad y pobreza, que ella les mereció, han durado tantos siglos. No lo muestran ménos los colores del hábito, el cual, dice Armachano, primado de Hibernia, siempre le ha usado la religion carmelita, en veneracion de la Vírgen, y especialmente de su purísima concepcion. De esto se infiere, que siendo la semejanza madre del amor, fué tan estrecho el lazo, que puso en los extremos, que María miraba á los carmelitas como á hijos y hermanos, y ellos procuraron no desmerecerle ambos títulos.

No se contentó la sagrada reina María con dar uno y otro título de hijos y hermanos suyos á los carmelitas, sino que tambien se dignó de confirmarlos con apariciones milagrosas. Cuanto al de hijos, es dulcísimo el caso que sucedió en Bolonia. Entre los cultos, que los carmelitas ofrecen devotos á su santísima madre María, uno es cantar todos los sábados la *Salve Regina*, con mas solemnidad y devocion, que los demás dias: estándola, pues, cantando los religiosos del convento de dicha ciudad, y llegando á aquellas palabras: Y á Jesus, fruto de tu vientre bendito, nos muestra despues de este destierro;» se apa-

reció la sacratísima Vírgen con su precioso Hijo Jesus en los brazos, y agradada de las alabanzas, que los religiosos hijos le daban, les mostró al divino Infante: y como dándole á todos, les dijo: Cantad devotamente, hijos; que yo os mostraré á mi Hijo Jesus, así en el presente, como en el siglo futuro: » con lo que los dejó llenos de consuelo y devocion, así por el favor, como por el título que les dió de hijos suyos. Para hacer notorio al mundo, que es piadosa madre de los carmelitas, ¿cuántas veces se ha aparecido, teniéndole los cabos ó puntas de su capa blanca dos ángeles, y como el ave debajo de sus alas abriga sus polluelos, mostrar á sus hijos abrigados y recogidos debajo? ¡Qué mayor fineza de madre, que estando los capitulares cantando la misa en el coro, ir por los asientos, dando hermosas flores, y varios dones á cada uno! ¡Qué servir á los religiosos en el refectorio, como se vió en el convento de la Roda! ¡Qué partir la comida, y dar de beber con su mano soberana á los enfermos, como hizo con san Alberto! ¡Qué dar leche de sus pechos divinos al milagroso P. Fr. Domingo de Jesus María, como en otro tiempo á san Bernardo! ¡Qué, estando los religiosos trabajando en una viña, bajar del cielo á limpiarles con un paño el sudor de los rostros, y animarles al trabajo, como se vió en el convento de Valladolid! Todas estas obras, y otras infinitas que pudieran referirse, son de verdadera madre, como dice la Iglesia: « Afecto verdadero de madre.»

Si ha confirmado el título de hijos, propio del amor; el de hermanos tambien, como se verá. En una torre que está en la eminencia de Mompeller, ciudad de Francia, vecina al mar, pusieron los fieles sus habitadores muchas reliquias de estimacion para reparo de las continuas tormentas que padecian, y en ellas una preciosísima del sagrado *lignum crucis*. El año de 1276, el Señor que impera á los vientos, dando lugar, se levantó una tempestad tan furiosa, que derribó la torre, y esparció las reliquias por el campo. Acudieron luego los canónigos de la catedral á recogerlas, y manifestándose la del *lignum crucis* por los rayos de luz que de sí echaba; al irla á recoger, saltaba de una parte á otra, con que frustraba de todos las diligencias. Acudieron otros clérigos y sucedió lo mismo. Vinieron religiosos de otras órdenes, y la santa cruz se les huia de las manos: con lo que crecia en todos la admiracion, no sabiendo lo que el Señor pretendia. Habia poco que los carmelitas habian fundado en aquella ciudad, y queriendo la Vírgen santísima que fuesen conocidos y estimados, se apareció la noche siguiente á uno muy santo y muy su devoto, y le dijo: Quiero que mis hermanos solos lleven la cruz de mi Hijo. La verdad comprobó el hecho. Acudieron por la mañana en procesion, y llegando al lugar la santa cruz se estuvo quieta, y se dejó coger y llevar de los religiosos carmelitas, que igualmente quedaron consolados, así con la posesion de tan preciosa reliquia, como por haber oido de la boca de la Vírgen santísima el dulce nombre de hermanos suyos.

En Cestria, ciudad de Inglaterra, ofendidos algunos seglares de oir que los carmelitas se llamasen hermanos de la Vírgen María del monte Carmelo, comenzaron á murmurarles y ofenderles con palabras injuriosas, diciendo ser indignos de tal nombre. Castigólos luego el cielo, y muriendo con muertes repentinas confesaban á voces que eran sacrílegos, y el haber ofendido á los carmelitas la causa de sus desastradas muertes. Viendo en ellos el castigo y en los demás el asombro, ordenó el abad de San Bamburgo, que era señor en lo temporal y espiritual de Cestria, que se hiciese una procesion solemne para aplacar á Dios, en que fuése toda la clerecía y religiones. Fuéron pasando por debajo de una imágen de nuestra Señora que estaba en parte pública: y al llegar á ella los carmelitas, como se inclinasen á venerarla y saludarla con la oracion del Ave María; la misma imágen (¡ó suma dignidad!) tambien inclinó la cabeza, y señalando con el dedo á los mismos carmelitas, dijo á los demás tres veces en alta voz: Mirad, estos son mis hermanos: y añadió á la tercera: Quien viere uno de los carmelitas, ve á uno de los hermanos mios. De estos tan ilustres testimonios, y otros que traen gravísimos autores, se movió la Iglesia para confirmar á la órden del Cármen en este tan glorioso título, y afirmar que no fueron los pueblos los primeros que se le dieron, sino la misma sagrada Vírgen, y ellos por su inspiracion é impulso: así consta del rezo de este dia en que dice la Iglesia: « Que la sacratísima Vírgen no solo les dió su nombre sino su amparo y tutela:» y lo confirmaron Sixto IV, Gregorio XIII y otros muchos pontífices, los cuales reconociendo su antigüedad y posesion (dice la Iglesia este dia): « No solo les confirmaron el título, sino concedieron particulares indulgencias á los que los llamasen religiosos y hermanos de la Vírgen María del monte Carmelo.» Y Urbano VI concedió tres años y tres cuarentenas de perdon á los que la religion del Cármen y sus religiosos nombrasen ó apellidasen: « Órden ó frailes de la beatísima Madre de Dios, María del monte Carmelo.»

Del nombre pasó la Vírgen santísima á las obras, y como patrona, fundadora y madre de los carmelitas en todos los siglos (dice la Iglesia), ha sido su tutela y amparo. Bien lo mostró el tiempo que vivia; pues tantas veces los visitó en Jerusalen, Nazaret y en el Carmelo. Aumentóse despues, y dilatóse la religion y profesion monástica, en Egipto por san Antonio, y en Palestina por san Hilarion y otros muchos: entre los cuales, pasando tiempos, fué san Cirilo constantinopolitano, á quien se apareció la Reina de los ángeles María, sin pecado concebida, muy gloriosa, y le dijo: Era voluntad de su Hijo y suya, que su religion del Cármen no solo fuese luz de Palestina y Siria, sino que alumbrase á todo el mundo. Y así en todo y para todo, y en todos tiempos asistia á esta su religion. No la asistió ménos en Francia, librando á su rey san Luis del naufragio, porque llevase (como lo hizo) á su reino y á España religiosos del Carmelo.

Entre mil ocasiones, en que ha mostrado esta soberana Señora y madre del Cármen que lo es muy célebre la ocasion, por que su religion agradecida instituyó esta fiesta de hoy. Habiendo celebrado el papa Inocencio III el concilio general Lateranense, y en él ponderado que la multitud de religiones mas causaba confusion que edificacion á la Iglesia, determinó que en adelante ninguno instituyese nueva religion sin licencia del sumo pontífice, sino que el que quisiese ser religioso, escogiese una de las aprobadas por la sede apostólica. Gozosa quedó la religion del Cármen con este decreto por ver en él su aprobacion; pues lo estaba mucho ántes del concilio. Algunos poco afectos comenzaron á poner en duda la antigüedad de esta religion y á afirmar que no era la antigua de los carmelitas, sino otra nuevamente inventada, y que no

tenia regla por la sede apostólica, ni queria obedecer á los obispos, con otras cosas que sabe urdir la emulacion; y así que debia extinguirse segun la decision del sobredicho concilio. Aunque en Jerusalen y otras partes no habia estas dudas, por ser tan conocida la religion y la antigüedad, y constar á todos de la regla nueva dada el año 1205 por san Alberto patriarca de Jerusalen, y confirmada por él mismo, como legado que era de la sede apostólica; con todo, como en Italia y otras partes no eran tan conocidos los carmelitas, determinó la religion enviar dos religiosos procuradores de esta causa á Roma, para que sacasen nueva confirmacion de su profesion y regla. Recibió el papa Honorio III benignamente á los procuradores; porque desde que conoció y oyó predicar á san Ángelo, estimaba mucho á la religion que daba tales hijos. Señalóles el pontífice dos de sus curiales, para que les presentasen los títulos y recados que traian: los cuales mostrándose contrarios, iban dando lugar al despacho, tanto que los religiosos desconfiaron de su pretension; y así acudieron á la Vírgen santísima y madre suya, la cual, oyendo sus ruegos, se apareció al pontífice Honorio y le mandó abrazase benignamente á sus carmelitas y aprobase su regla é instituto; y añadió con imperio: Ni se ha de contradecir lo que mando, ni disimular ó diferir lo que promuevo. Y para que des crédito á mis palabras, esta noche siendo Dios el vengador, dos de tus curiales, que son émulos de mi religion, acabarán con muertes repentinas á una misma hora. Con esto desapareció la gran Madre; y venido el dia que fué 30 de enero, sabiendo la muerte de sus curiales, hizo Honorio llamar á los dos religiosos procuradores: abrazólos benignamente: dióles el parabien de tener tal Madre y valedora en el cielo; y en ejecucion de su mandato, el mismo dia despachó la bula, en que confirmada la regla, les aprobó su instituto: con lo que partieron consolados y agradecidos, principalmente á la sacratísima Vírgen que tan madre y protectora se mostró en defensa de sus hijos.

Gozosa y agradecida la religion toda, para mostrarlo mas, y que quedase perpetua memoria de favor tanto, solicitó el glorioso san Simon Stoch con el general, que se instituyese dia para celebrarle. Con esto salió decreto, que el dia 16 de julio se celebrase esta fiesta con toda solemnidad, con título de Conmemoracion solemne de nuestra Señora del Cármen, como desde entonces se continúa hasta hoy, en cuyas lecciones se refiere este caso milagroso. Y cedió en este dia, y fiesta, la que la religion del Cármen de tiempo inmemorial celebraba á la concepcion purísima de la misma Vírgen, en Roma, con asistencia de los cardenales, y á expensas de toda la religion. Creció despues esta solemnidad, cuando dando la Vírgen santísima el santo escapulario al san Simon, en este mismo dia, se añadió este nuevo título al primero, con el cual creció la veneracion y devocion de los fieles. En diversas ocasiones ha mostrado la soberana Reina de los ángeles María, cuánto le agrada esta fiesta de hoy; pero especialmente en el convento de la ciudad de Burgos, cuando el año de 1618, estando los religiosos en el coro cantando las vísperas de este dia; vió una persona de conocida y aprobada santidad que la Vírgen santísima asistia al lado del altar mayor con el hábito carmelita, teniendo el cabello y el manto blanco todo sembrado de estrellas: traia á un lado á su castísimo esposo san José, al otro á san Simon Stoch, con cuya compañía, y la de muchos ángeles y santos, asistió hasta que acabaron las vísperas, llenando á los religiosos que las cantaban, y fieles que asistian, de celestiales consuelos.

Ya que María Señora nuestra solicitó con el papa Honorio la confirmacion de su órden, y quiso que reconociese el mundo que los carmelitas eran hijos suyos, y debian tener ese título, se dignó vestirlos de su mano, para que por el vestido se conociese su nobilísimo origen. El vestir á los hijos es cuidado propio de las madres; y así la de Eurialo alegaba, que por tejerle una gala, pasaba dias y noches sin sueño: Ana hizo á su hijo Samuel la túnica, que vistió: Jacob á su hijo José; y la mujer fuerte á sus hijos: y en eso mostraron el amor que les tenian, segun Andrómaca, mujer de Hector, le referia á Ascanio, cuando al darle un vestido, que ella le habia hecho por sus manos, le dijo: Lo recibiese por prenda de su amor, y último don y señal de sus finezas todas. Así, pues, lo hizo la serenísima Reina de los ángeles María, sin pecado concebida, con sus hijos los carmelitas; pues sobre tantas prendas de voluntad y cariño, quiso labrarles un vestido de gala y gloria en el santo escapulario, y traérsele del cielo al glorioso san Simon Stoch, para que lo vistiese, no solo él, sino toda su familia, por prenda y señal de lo mucho que la queria y amaba. Este fué el hecho; veamos el modo.

San Simon Stoch nació en Montinduni del condado de Cansia en el reino de Inglaterra, de padres tan nobles, que traian el orígen de sus serenísimos reyes: su padre se llamó Guillermo de Roscheley, y su madre María, que como depositaria del nombre de nuestra Señora le parió, para que por hijo le adoptase. Fué hermosísimo entre otros hijos, que tuvieron, y por eso se le dedicaron á Dios: nó como otros padres, que le dan lo peor, sabiendo que Dios tiene el mejor gusto, y se le debe lo mejor. Bien sintieron los demonios la ofrenda, y nacimiento de Simon; pues muchas veces se oyeron clamar con tristes aullidos y voces, que aquel niño habia de procurar su ruina; porque como otro Hércules desde la cuna comenzó á oprimir las culebras del infierno. Apenas sabia hablar, cuando ya le hallaban por los rincones de la casa orando. De siete años le enviaron sus padres á Cantuaria á estudiar, donde en breves dias se hizo señor de las letras humanas y divinas. De doce se fué (sin dar noticia á sus padres, porque no se lo impidiesen), al desierto, aconsejado de la Vírgen santísima, con quien comunicaba continuamente, como con piadosa madre, que portal la habia escogido, y la soberana Señora le habia recibido por hijo. Entróse en la concavidad de una encina, celda que le habia labrado el tiempo, de quien tomó el renombre de *Stoch*, que en lengua inglesa es lo mismo que *tronco* en nuestra castellana. Los ángeles bajaron á hacerle compañía, y conversar con él dia y noche. Vencido ya el mundo, trató de vencer su cuerpo, y hacíalo con grandes ayunos y penitencias. Su bebida era el agua clara de las fuentes: su comida eran las yerbas ó frutas silvestres, de que se alimentan los brutos: y el Señor, por regalarle, en ciertos dias le enviaba un pan con un perro blanco, como á su padre Elías con los cuervos. Las noches pasaba en oracion el santo niño metido en su tronco, gimiendo y llorando, como si hubiera cometido gravísimas culpas (confusion para los que enredados en ellas, no se acuerdan de Dios), y para que el

sueño no le venciese, unas veces hacia cama de zarzas, otras con manojos de espinas castigaba su inocentísimo cuerpo. Opúsosele el infierno con varias tentaciones, visiones horrendas y crueles castigos, que le daban los demonios, de que no sacaron mas fruto que su confusion, huyendo cobardes, y dejándole triunfante y glorioso.

Asistíale la diestra del Altísimo á los combates, y dándole secretamente armas, luego se le descubria, y celebraba con Simon la gloria del vencimiento, con cuya vista el santo niño quedaba agradecido á tal padrino, y deseoso de padecer nuevos combates por su amor. Otras veces le socorria la Vírgen santísima: y cuando sus enemigos con mayor rabia herian y martirizaban sus carnes, se descubria como escuadron bien ordenado, y se lo quitaba de las manos, deshaciéndose, como la cera á la presencia del sol, ellos á la de María. Obligado el niño á tan celestial protectora, cuando entró en los quince años de su edad en presencia de una imágen de la misma Vírgen hizo voto de virginidad en veneracion de su pureza, por asegurar con este voluntario sacrificio la continuacion de sus favores. Los muchos, que Hijo y Madre hicieron á nuestro solitario, y las visitas y asistencias de los ángeles, que gozó, aunque no los individúan los historiadores, suponen que fueron infinitos, porque ya los espíritus celestes le trataban como á su compañero é igual, si no en el estado, en el mérito. Con este modo de vida pasó san Simon casi veinte años: y como la Vírgen santísima lo tenia tan á su cuenta, y él la miraba con atencion de hijo, un dia (entre otros), le pidió luz, para conocer los empleos y modo de vida, con que mas le agradase. Apareciósele esta celestial Señora, y díjole: Que dentro de pocos años pasarian de Siria y Palestina al Occidente religiosos del monte Carmelo, imitadores del santo profeta Elías: que era gusto de su precioso Hijo, y suyo, que recibiese su hábito y profesion; y en tanto que llegaban, se ordenase de sacerdote, y saliese á predicar á los pueblos.

Era el año 1198 y 32 de su edad, cuando el santo volvió á poblado con asombro de cuantos habian oido la vida pasmosa, que habia hecho en aquella soledad desde los doce años. Ordenóse de sacerdote: dióse á la predicacion con tal fervor y eficacia, que se iban tras él los pueblos admirados; y así sacó innumerables almas de sus culpas y las ganó para Cristo. Algunos caballeros ingleses, que el año de 1191 habian pasado con su rey Ricardo en favor de la Tierra Santa, habiendo ganado á los moros la gran ciudad de Acco, Acre, ó Ptolemayda, que está vecina al Carmelo, con esta ocasion la tuvieron de subir al sacro monte, y visitar á los carmelitas (entre los cuales algunos trocaron el hábito militar por el monástico), y les cobraron tal devocion, que pidieron al general san Brocardo les diese licencia de llevar consigo algunos de sus religiosos para que Inglaterra gozase de su ejemplo y santidad. Dióla con gusto el santo padre, y el año de 1212, embarcándose algunos religiosos ingleses, llegaron con los demás á su patria, y en dos soledades fundaron sus celdas y oratorios eremíticos. Como Simon se carteaba con el cielo, luego supo su venida; y pedido el hábito con toda humildad, se le dieron: con que nuevamente le admitió por hijo María en su religion sácra. Luego que profesó, teniendo el general de los carmelitas san Brocardo noticias de su santidad, lo hizo vicario general de los conventos fundados, y que se fundasen en Europa: lo mismo hicieron san Cirilo, Brocardo II, y Alano, sucesor de san Brocardo, y así fué el que como vicario general procuró la confirmacion de la regla del Papa Honorio III, como se ha dicho, y de Gregorio IX. Pasó al Carmelo Simon, llamado para un capítulo general, y despues de varios sucesos y milagros, que hizo, resolvió quedarse allí en una cueva, como quien tan enamorado estaba de la soledad. Hízolo por espacio de seis años, en que mereció un favor tal, que no creo se lea otro de santo alguno; y es, que como á Elías su padre le traian de comer cuervos, y á Pablo tambien; á Simon como á hijo mas querido se dignó la piadosísima María de ser su provisora, y por espacio de seis años se empleó en regalarlo y sustentarlo por sí misma con maná del cielo. ¡Hay favor mas raro! ¡Con su misma divina mano le daba de comer! Cada bocado seria un ascua, que le encenderia el alma en su amor, y divinizaria sus afectos.

Cumplidos los seis años, el general Alano dispuso venirse á Inglaterra, y se trajo consigo á san Simon y otros religiosos. Siendo de edad de ochenta años, aunque muy entero y robusto, como quien tanto se habia sustentado con manjar del cielo, fué electo general; nó sin particular milagro de la Vírgen santísima, y asistencia continua suya, y fué el sexto de los latinos. Viendo que la regla que observaban era para ermitaños y solitarios, nó para mendicantes, cuyo título ya gozaban; dispuso que el Papa Inocencio IV la mitigase (como lo hizo), de suerte que pudiesen vivir en los poblados, para servir á Dios, ganándole almas con la predicacion y confesion, como lo hacen continuamente. A este zelo, y fruto de san Simon, sucedieron otros mas soberanos, y merecedores, de que en perpetua memoria lo tengan, no solo los carmelitas, sino es el mundo todo. Reconociendo el santo padre, que su religion, á fuer de palma habia de crecer con el rocío del cielo, recurria continuamente á la Vírgen santísima, pidiéndole, que pues los carmelitas eran sus hijos, y les habia concedido su nombre, y título de hermanos suyos, les diese juntamente alguna señal, ó prenda, en que declarase que era verdadera madre suya. Continuaba su peticion, y en ella repetia estos versos: Flor del Carmelo, vid florida, resplandor del cielo, vírgen fecunda y singular madre apacible, sin conocer varon, á tus carmelitas dá privilegios, estrella del mar. Obligada de estos ruegos cariñosos, se le apareció, al rayar del alba la del cielo, acompañada de innumerables ángeles y luces, que hicieron cielo su celda. Venia sobremanera graciosa con el hábito del Cármen, el cabello tendido, y una corona imperial en su cabeza: traia en sus manos el santo escapulario; y llegándose al santo, se le dió, y puso, diciéndole estas palabras: Muy amado hijo, recibe el escapulario de tu órden, que es señal de mi hermandad, y privilegio singular para tí, y todos los carmelitas. El que muriere con él, no padecerá el fuego eterno. Es señal de salud, salud en los peligros, confederacion de paz, y pacto sempiterno. A vista de tal hermosura y tal favor, quedó el santo absorto y rendido, y dió inmensas gracias á la soberana Reina: y viendo que se le iba, envió en su seguimiento toda el alma. Este fué el favor, y así lo refiere el mismo santo en una carta que remitió á toda la religion, para que le ayudase á agradecer el don, que la Vírgen le habia traido del cielo. A otros devotos suyos ha honrado la Vírgen santísimas con semejantes favores. Al toledano san Ildefonso con la casulla, como tambien á Benito Wernienso, y To-

más Cantuariense: á san Alberico, abad del Cister, con la cogulla blanca á san Norberto, fundador de la órden premostratense, á san Reginaldo de la órden de santo Domingo, y á san Franco de Sena carmelita, con el hábito de sus religiones, mas estos y semejantes favores fueron personales, y no se extendieron á otros: pero el santo escapulario, que le dió á su amado san Simon, no solo fué privilegio para su persona y órden, sino para todos los fieles, que se agregasen á ella; y esto no para un dia solo y una edad, sino para todas las presentes y futuras. ¡Qué mayor fineza de madre!

Reparan algunos escrupulosos, en que la religion del Carmen siempre habia usado llevar escapulario: es verdad: pero muy diverso del que trajo la Vírgen del cielo. Sirva por ejemplo, lo que dijo Dios á Noé: Que pondria su arco, ó iris en las nubes por señal del pacto de amistad, que sentaba con la tierra: y es cierto, que el arco aparecia en las nubes desde el principio del mundo: mas no era entónces mas que metéoro que forman las nubes y el sol; despues fué señal de pacto y amistad, que estableció Dios con los hombres, con la cual en cierta manera se obligó á no enviar mas diluvios. Lo mismo pasa con el santísimo escapulario, que siendo ántes vestido comun de los monjes; desde que la Vírgen santísima le bajó del cielo, es señal de pacto y hermandad, que sentó con sus hijos y hermanos los carmelitas, y prenda, que les asegura su proteccion y afianza sus favores.

No satisfecha la Vírgen Madre, con haber honrado á sus religiosos con el precioso título de hijos y hermanos suyos, y haberles dado en la insignia del santo escapulario seguros de su patrocinio, en vida y muerte; añadió otro privilegio singular, para cuando saliesen de esta vida, que es el del sábado, en el cual concedió, que mediante sus continuas intercesiones y sufragios, los ayudaria, para que saliesen del purgatorio cuanto ántes, especialmente el sábado inmediato á su muerte, por ser dia, que la Iglesia le ha dedicado como suyo propio. Este privilegio es el mas solemne y singular, que tiene la religion y las religiones todas. Murió el papa Clemente V en el año de 1314 y estando los cardenales con algunas diferencias sobre la creacion de nuevo pontífice, se apareció la Vírgen santísima al cardenal Jacobo Ossa, obispo portuense, natural de Aquitania, dándole el nombre que habia de tener, que fué Juan XXII, y anunciándole la suma felicidad de vicario de su Hijo, le dijo: « Juan, vicario de mi amado Hijo, porque he visto la devocion que me tienes, he pedido y alcanzado de mi Hijo, que seas papa y vicario suyo en la tierra. Yo te libraré de tus adversarios, y en correspondencia de esta gracia, quiero que favorezcas á mi orden de los carmelitas, comenzado en el monte Carmelo por Elías y Eliseo, y que les confirmes así la religion como la regla, que ordenó mi siervo Alberto, patriarca de Jerusalen, y les concedas (segun yo le he alcanzado en el cielo), que los religiosos de ella, y los que por su devocion entraren en mi cofradía y trajeren su escapulario, llamándose cofrades suyos, y guardaren castidad en su estado, y rezaren el oficio divino, ó los que no saben rezar, se abstuvieren de comer carne los miércoles y sábados, ganen el dia de su entrada remision de la tercera parte de las penas debidas por sus pecados, y en el de su muerte indulgencia plenaria. Y si fuéren al purgatorio, yo como madre de misericordia, en mis ruegos continuos, oraciones y méritos y especial proteccion los ayudaré, para que libres cuanto ántes de sus penas, especialmente el sábado inmediato á la muerte de cada uno, sean sus almas colocadas en la bienaventuranza. « Esta es la revelacion y la sustancia del favor, que ofreció nuestra Señora, segun despues de Juan XXII que concedió la bula y Alejandro V que la confirmó, lo han entendido, confirmado y declarado sus sucesores, Clemente VII, Paulo III, Pio V, Gregorio XIII, el decreto de la sagrada Congregacion en tiempo de Paulo V, y el rezo eclesiástico que en él dió, y Urbano VIII confirmó para esta fiesta. Fué, pues, conforme se le ofreció la Vírgen santísima, hecho pontífice el dia siguiente el dicho cardenal, y llamado Juan XXII, y luego al punto despachó bula, en la cual no solo confirma la religion, su antigüedad y privilegios, sino á sus profesores, haciendas y conventos los exime de toda inferior jurisdiccion, y admite á la proteccion y amparo de la santa sede apostólica. Y luego despachó otra, en que refiriendo la vision que tuvo de la Vírgen santísima, publica el favor que para su órden, y cofradía habia alcanzado de su precioso Hijo, y como gracia que Cristo concedió á peticion de su Madre, la confirmó el pontífice con estas notables palabras: « Esta santa indulgencia yo la acepto, roboro y confirmo en la tierra, así como por los méritos de la gloriosa Vírgen y Madre suya, Jesucristo la concedió en los cielos: » en la cual cláusula el pontífice claramente dice y declara, que esta indulgencia del santo escapulario no es de la tierra, sino del cielo, no estriba en la largueza de los hombres, ni de los ángeles, sino en la del mismo Cristo, de quien los ruegos de su Madre santísima la alcanzaron; y así es digna de la mayor estimacion, porque dimanó inmediatamente de la fuente de la gracia. De aquí consta, que este privilegio no es comunicable á las demás religiones; porque fué gracia personal de la Vírgen para solos sus religiosos y cofrades, los carmelitas: y como no es gracia, que depende de la potestad de las claves, sino es en cuanto á su publicacion y confirmacion externa; el sumo pontífice no solo se hubo en ella como dispensador del tesoro de la Iglesia, sino como juez universal y supremo, interpuso la autoridad pública que goza en la tierra, para que con decreto judicial quedase confirmado, y corroborado en ella, el pacto que la santísima Vírgen sentó con los carmelitas sus hijos, y á peticion suya les concedió en el cielo su Hijo.

Querer referir las obligaciones de los cofrades, fuera repetir; pues están referidas en las palabras de la Vírgen santísima, su madre y patrona: la suma de indulgencias, y jubileo que ganan, fuera cansar; por hallarse en las bulas y sumarios, y ser infinitos los prodigiosos milagros, que ha obrado y obra cada dia el santísimo escapulario, aunque ofrecí decir algunos, considero que es milagro de milagros; pues no hay nacion, provincia, reino, ciudad, villa y lugar, que no los haya experimentando, y experimente por instantes, y son tantos que llenan muchos libros, que andan impresos, donde los curiosos y devotos hallarán bien que emplear sus deseos y cumplir con su devocion; pues si de los santos de esta esclarecida religion dijo el abad Tritemio, que quien quisiera numerarlos, contase las estrellas del cielo: que tan imposible era el reducirlos á número, por ser infinitos; lo mismo se puede decir de los prodigiosos milagros del santísimo escapulario, que

solo Dios, que sabe y cuenta el número de las estrellas, podrá contarlos; y estos en todas edades y tiempos; en agua, fuego, aire y tierra: pues de todos elementos, de todos riesgos, de todos peligros defienden: y si los que se saben de almas, que al sábado inmediato á su muerte ha sacado del purgatorio la Madre de piedad María santísima, sin pecado concebida, son muchísimos; infinitos serán los que deben de ignorarse; porque la divina Madre de misericordia cada dia y cada instante quiere, que sus hijos y hermanos religiosos, y cofrades experimenten sus prodigiosas piedades. La vida de san Simon Stoch, fuera tambien nunca acabar querer acabarla, segun es de prodigiosa y está llena de milagros: y sobre todo baste para gloria suya y de su religion, haberle merecido la gracia y favor del santísimo escapulario, con cuya preciosa joya han ilustrado al Carmelo pontífices, emperadores, reyes, príncipes, señores y señoras infinitas, que le han vestido y se han honrado con él. Pero ¿para qué me canso en repetir lo que el mundo todo sabe? Esta tan célebre fiesta de la Conmemoracion solemne de nuestra Señora del Cármen en la forma que va referida, son infinitos los autores que la escriben y tratan latamente: unos puntos y otros, constan tambien de muchos pontífices, que van nombrados, y otros que no se nombran: asimismo muchas cosas son de la sagrada Escritura: afirma otras muchas la Iglesia; y todas las tiene recibidas: constan de otras muchas, especialmente del Efesino, donde por honra y gloria de san Cirilo Alejandrino, carmelita, su presidente y acérrimo defensor de la maternidad de María santísima contra Nestorio, heresiarca, que le negaba el título de Madre de Dios, se instituyó y declaró: que los carmelitas de justicia se debian llamar religiosos hermanos de la gloriosa Vírgen María del monte Carmelo: que su primer padre Elías fué de la tribu y estirpe misma de la Madre de Dios María; y que el primer convento que dichos religiosos tuvieron en el Nuevo Testamento, fué en Jerusalen, en la puerta Dorada, en la misma casa de mi señora santa Ana, donde fué concebida en gracia y gloria, preservada y libre de toda mancha de culpa original mi señora la siempre Vírgen María. Quien quisiere ver infinitos autores extraños y propios de la religion, que tratan y escribieron de esta fiesta y sus circunstancias, vea al revendísimo maestro Lezana en sus Anales del Cármen, y en su libro *María Patrona*; Silveyra *in Evangelia*, y *Opuscula varia*; Daniel *á Virgine Maria* en la *Vinea Carmeli*; los reverendísimos padres Rainaudo, Salazar, Rodriguez, Florez, José Andrés y Manuel Ortigas de la compañía de Jesus, que hallará á medida de su deseo cuantos quisieren.

* San Artenojes y diez discípulos suyos, todos mártires. —Sebaste, ciudad de la Armenia, era donde vivia este santo por los años 300, entregado enteramente al servicio de Dios, y ocupado en fortificar mas y mas á los fieles, á fin de que no titubearan en la fé á vista de la persecucion de Diocleciano. Sabedores los emisarios del emperador de la conducta del santo, le quitaron la vida junto con otros diez cristianos en la misma ciudad.

San Eustaquio, obispo y confesor. —Nació en Sida de Panfilia, y fué recomendable no solo por su sabiduría y elocuencia, si que tambien por su eminente santidad, y por su ardiente zelo en conservar la pureza de la doctrina católica. Primeramente fué obispo de Berea, pequeña ciudad de Ciria, y habiendo adquirido grande consideracion en la Iglesia, le eligieron obispo y patriarca de Antioquía, á fines del año 324 ó principios del siguiente. A pesar de su repugnancia en dejar su primera Esposa la Iglesia de Berea, por fin cedió á las vivas instancias de los padres de Oriente, que le creian el único capaz de dirigir aquella importante sede en tiempos borrascosos. En 325 asistió Eustaquio al concilio de Nicea donde se distinguió por sus luces, su zelo y la amistad que contrajo con el emperador Constantino. El zelo que desplegó contra los arrianos en esta asamblea, le acarreó el odio de los herejes que no dejaron de trabajar contra él hasta perderle. Sobornaron á una mujer pública, que declaró bajo juramento, que habia tenido un hijo de Eustaquio, acusacion que se llevó hasta los últimos términos de la mala fé, y que inclinó á Constancio, y segun otros, al mismo Constantino á desterrarle de su Iglesia. Vivió algunos años en Macedonia, sobrellevando con ejemplar paciencia y resignacion las amarguras de su injusto destierro, ocupando el tiempo en escribir en defensa de las verdades de la Iglesia católica y publicando varios tratados contra los herejes, que no dejaron nunca de perseguirle y maltratarle. Por fin el glorioso Eustaquio, modelo de confesores, murió en Philippis de Macedonia en julio del año 337, siendo enterrado en Trajanópolis donde se veneran sus reliquias.

San Sisenando, diácono y mártir. —De grande esfuerzo y gozo, dice Villanueva, fué para todos los cristianos que gemian en Córdoba, debajo del yugo de los moros, el brio y ánimo celestial con que en el reinado de Abderramen, un delicado mancebo llamado Sisenando dió la vida por Cristo. Era este siervo de Dios natural de Pax, que hoy es Beja, y sus padres lo llevaron á Córdoba para que aprovechase en doctrina y en virtud, con los excelentes maestros de la una y de la otra que en dicha ciudad florecian. Con el tiempo, fué llamado por Dios al diaconado y en seguida á la gloria del martirio. Un dia tuvo una vision, en que se aparecieron dos compañeros suyos que habian sido sacrificados por los sarracenos, y le manifestaron la gloria de que gozaban. Enardecido con este espetáculo y alentado con el auxilio del Espíritu Santo, sin dilacion alguna se presentó al juez, diciéndole que era cristiano y que amaba y abrazaba la fé de Jesucristo y aborrecia las mentiras y falsedades que creian los moros, y en seguida el juez lo mandó encarcelar. Muy ufano estaba Sisenando de ver tan bien comenzada su carrerra. Veíase en su alegría ser del cielo el llamamiento que lo condujo al tribunal, y agrable á Dios el sacrificio que de su vida le tenia ya hecho, y por esto era mas grande aun el ansia que tenia de ver cumplido su deseo; pero el Señor quiso templársela, anticipándole esta buena nueva con particular revelacion. Estaba el santo jóven respondiendo á un billete que le escribió un amigo suyo, y cuando tenia ya escritos tres ó cuatro renglones, dejó súbitamente la pluma y puesto en pié, se volvió al que le habia llevado la carta, le dió la respuesta conforme estaba sin acabarla, y le dijo en presencia de muchos: Hijo, vete luego de aquí, no sea que te hallen en este lugar los ministros del juez que vienen ya para sacarme de esta cárcel. Esto dijo con semblante risueño, y luego llegaron los alguaciles con grande estruendo y vocería, á los cuales recibió él sin moverse ni mudársele el rostro. Con gran furia descargaron sobre el santo muchos golpes y bofetadas, y á empellones lo llevaron ante

el juez. Puesto en el tribunal, perseveró constante en la confesion de Jesucristo, por cuya causa fué degollado en la misma ciudad de Córdoba, el dia 16 de julio del año 851. Despues fué su sagrado cuerpo echado al rio; pero pasado algun tiempo unas mujeres lo hallaron entre unas piedras de la orilla, y lo colocaron en la iglesia de san Acisclo.

San Fausto, mártir. —Era griego, y en una ciudad de su mismo país fué preso en tiempo del emperador Decio. No habiendo querido ofrecer incienso á los dioses del paganismo, fué clavado en una cruz, donde permaneció cinco dias expuesto á los insultos y á los malos tratos de los infieles, hasta que al fin murió, en el año 251.

San Domnion, mártir. —Era un niño de diez años, que habiendo abrazado la religion cristiana, hablaba siempre de Jesucristo y procuraba persuadir á sus compañeros que se hiciesen bautizar. Un dia fué preso por los paganos, y por órden de Ricciovaro le azotaron, y luego le aplicaron á las narices y orejas, unas cantáridas de sal, mostaza y acíbar. El santo niño se reia de este tormento, y decia que le encontraba tan dulce y suave como la miel, por lo cual indignado el prefecto mandó que preparasen veinte y cuatro clavos y que cuando estuviesen candentes, le traspasasen con ellos las manos, los piés, la nariz y los oidos. Durante su martirio, convirtiéronse á la fé cincuenta y cuatro personas, de las cuales treinta murieron con él, en la ciudad de Bérgamo, bajo el imperio de Diocleciano, por los años 302.

San Hilerino, monge y mártir. —Era natural de la ciudad de Arezzo en Toscana, y vivia en un monasterio de la ciudad de Ostia. Durante la persecucion que suscitó en la Iglesia el emperador Juliano, fué este santo preso con san Donato, obispo; y negándose firmemente á idolatrar, fué molido á palos y por fin le cortaron la cabeza.

San Vitaliano, obispo y confesor. —Nació en Capua, y dedicó sus primeros años al estudio de las ciencias, resplandeciendo ya en ellos con admirable inocencia de costumbres y vida ejemplar. Estando viuda de pastor la Iglesia de su patria, fué elegido para regirla, aclamándole todos unánimemente por el prelado que el cielo les enviaba. Su vida entera fué sin mancilla, casto y humilde, llegando á una edad muy avanzada sin haber desatendido un solo dia los deberes de su alto ministerio. Las viudas, los huérfanos, los desamparados, fueron por él socorridos y consolados, los enfermos curados y los infelices aliviados, y de tal modo se entregó á socorrer las necesidades de sus ovejas, que todas ellas le daban privada y públicamente el título de padre de la patria, y de verdadero pastor de su pueblo. Despues de una vida ilustre en toda clase de virtudes, murió Vitaliano á mediados del siglo VII.

Santa Reinalda, vírgen, y sus compañeros, todos mártires. —Natural de Brabante y hermana de santa Gudula, fué como ella educada en la religion cristiana y muy fervorosa en el servicio de Dios. Deseando derramar su sangre por Jesucristo, marchó á Jerusalen á visitar los santos lugares: en ellos estuvo siete años empleándose en obras de misericordia y piedad, al cabo de los cuales trató de volver á su patria con muchas reliquias de santos que habia recogido. Al pasar por Saintes de Francia, fué detenida por los hunos, que la atormentaron bárbaramente por no querer prestarse á sus sacrílegas exigencias, y despues la degollaron juntamente con sus compañeros san Grimoaldo, subdiácono, y san Gondulfo, su familiar, recibiendo los tres la corona del martio por los últimos años del siglo VII.

San Valentin, obispo y mártir. —Floreció en Tréveris, durante los primeros siglos del cristianismo, y por haberse perdido seguramente las actas de su martirio, ignoramos todas las circunstancias de su vida, y la época y lugar de su muerte.

DIA 17.

San Alejo, confesor. —Siendo sumo pontifice Inocencio I de este nombre, y emperador Honorio, hijo del gran Teodosio, hubo en Roma un gran caballero, rico y poderoso, que se llamaba Eufemiano; el cual estaba casado con una señora, llamada Aglaes, que era estéril: y por esto vivian con gran desconsuelo y con gran deseo de tener un hijo, que heredase su casa y hacienda, que era mucha. Pedíanlo á nuestro Señor con oraciones, y plegarias, y con las buenas obras y limosnas que continuamente hacian, porque su casa era un perpetuo refugio de los huérfanos y viudas, un hospital de pobres y un meson de peregrinos. Oyólos nuestro Señor y dióles un hijo, é hijo de oraciones y lágrimas, á quien pusieron por nombre Alejo. Criáronle en temor de Dios, y en loables costumbres y buenas letras, y siendo aun niño, dió grandes muestras de haber sido escogido singularmente de Dios, para glorificar su santo nombre, y edificar la Iglesia católica con el ejemplo de su rara y admirable vida. Siendo ya de edad para casarse, sus padres le buscaron una doncella de esclarecido linage, rica, hermosa y digna de tal esposo. Dijéronle, que se casase: y Alejo disimulando, obedeció á sus padres, y se desposó con ella con gran regocijo, fiesta y concurso de todo lo principal de Roma. La noche siguiente al dia del desposorio habló Dios interiormente á Alejo, y díjole allá en el corazon lo que queria que hiciese en su servicio, y que no tocase á la esposa, sino que la dejase, y como otro Abraham, saliese de su patria y de entre sus padres y deudos, y le siguiese á la tierra que él le mostraria. Obedeció Alejo á Dios, y armado de su favor y del amor de la castidad, entró en el aposento, donde estaba su esposa, y dióle un anillo de oro y una cinta muy rica, envuelta en un velo colorado de seda, y díjole que guardase aquellas joyas, en prendas de su amor, hasta que Dios ordenase otra cosa. De aquel aposento entró en otro, donde tenia su recámara, y tomando algunas joyas y dineros, mudó el traje y salió de casa de sus padres. Fuése al puerto de Roma, y por voluntad de Dios halló en él un navío aprestado, en el cual pasó á la ciudad de Laodicea, y de allí por tierra á la ciudad de Edesa, en la provincia de Mesopotamia, en donde estaba la imágen del rostro de Cristo nuestro Redentor, que el mismo Señor envió por uno de sus discípulos al rey Abgaro. Llegado Alejo á Edesa, vendió las joyas y todas las cosas de precio que llevaba, y repartiólo á los pobres y él mismo se vistió de pobre, y comenzó á mendigar: y tomando lo que precisamente habia menester para vivir, si cosa alguna le sobraba, le daba para sustento de los viejos pobres. Lo mas del tiempo vivia debajo de un portal de una iglesia, donde habia una imágen devotísima de nuestra Señora la Vírgen María, con la cual tenia grandísima devocion y cumunicacion. La esposa de san Alejo estuvo toda aquella noche aguardándole, muy suspensa y maravilla-

da, de que no volviese á ella. Los padres á la mañana, cuando quisieron ver á su hijo, no le hallaron en su casa; y sabiendo lo que pasaba, quedaron atónitos y como fuera de sí, la madre en un perpetuo llanto, la esposa deshaciéndose en lágrimas, y el padre enviando por todas partes criados, que le descubriesen á su hijo y le fuesen á los alcances. Por el rastro y señas, que algunos de ellos tuvieron, llegaron á Edesa, donde Alejo estaba; pero con la penitencia, ayunos, y hábito de pobre mendigo, le hallaron tan trocado en el rostro, y en la habla, que le dieron limosna y no le conocieron, aunque fueron conocidos de él: y tuvo por gran merced y regalo de Dios, que le hubiese puesto en estado, y hecho tan pobre, que recibiese limosna de sus criados. Diez y siete años estuvo Alejo, despues que salió de la casa de sus padres en esta pobreza, abatimiento y menosprecio del mundo, sin ser conocido de los hombres; pero muy favorecido y regalado de Dios. No dejaban los rayos de su virtud de resplandecer, y mover á los que le miraban con admiracion de su santidad, y á poner los ojos en él. Acrecentóse la buena opinion, que de él tenian, con una revelacion que tuvo el sacristan de aquella iglesia, en cuyo portal vivia Alejo. Hablóle la imagen de nuestra Señora, que allí estaba, y declaróle, cuan grato era á Dios aquel su siervo que moraba en aquel portal, y cuanto podian sus oraciones, en el divino acatamiento. Divulgóse esto entre la gente, y mirábanle ya como á santo: y él por huir de la honra que le hacian, acordó partirse de Edesa, é irse en romería á Tarso de Cilicia á visitar un templo famoso, que allí habia, del apostol san Pablo. Para esto se embarcó, y por voluntad de Dios tuvo una tempestad en el mar, y de una en otra parte llegó á Italia, y se halló en el puerto de Ostia; y con particular inspiracion é impulso de Dios, que le guiaba, determinó entrar en Roma, y para no ser pesado á nadie y tener que padecer mas, y triunfar mas gloriosamente de sí y del mundo, irse á la casa de sus mismos padres, donde entendia, que al cabo de tantos años, por estar tan desfigurado y trocado, no seria conocido. Despues de haber visitado en Roma algunas iglesias y santos lugares, y armádose con el favor del cielo contra las tentaciones, que se habian de ofrecer, yendo á casa de su padre Eufemiano, le topó en la calle con grande acompañamiento de criados, conforme á su estado, y se le puso delante, y le dijo: Por amor de Dios te pido, Señor, que me mandes recoger en un rincon de tu casa y sustentarme con las migajas que caen de tu mesa; que yo no te seré cargoso, ni á tu familia importuno. Usa conmigo de la caridad y limosna que usas con todas las personas necesitadas, y miserables, así Dios mire por todas tus cosas, do quiera que estuvieren, y les dé remedio, y quien bien les haga. Enternecióse con estas palabras Eufemiano, acordándose de su hijo Alejo, que le tenia delante, y no le conocia: mandóle recibir en su casa; y á un criado suyo, que tuviese cargo de él. Este le aposentó en una camarilla estrecha y oscura, en el portal de la casa, donde estuvo el santo otros diez y siete años disfrazado y encubierto, padeciendo de los criados y de la otra gente, que entraba y salia, grandes molestias y baldones: porque como él era tan recogido, estaba en traje de hombre pobre y abatido, y en las córtes los pajes y gente moza suele ser tan poco cortés y comedida; tomaban la santidad de Alejo por materia de risa y entretenimiento, y como si fuera un simple é insensato, le daban bofetadas, mesábanle, pelábanle las barbas, echaban sobre él cosas inmundas, y hacíanle befas y agravios; y el santo lo llevaba todo con gran paciencia y alegría, por verse tratado en casa de sus padres de aquella manera por Dios. Pero no era esta la mayor tentacion, ni la mas dura pelea, que tuvo Alejo, sino otra que ningun pecho pudiera vencer, sino el que fuese tan fuerte como el suyo, y tan armado de gracia de Dios. Porque su madre desde el dia que se partió de su casa, nunca dejaba de suspirar por él, y su esposa viéndose ántes viuda que casada, de dia y de noche daba gritos al cielo, y derramaba rios de lágrimas en aquella misma casa, en la cual él la dejó, y de ella nunca se habia querido partir. La madre decia: ¡O hijo de mis entrañas! O Alejo mio, ¿dónde estás? ¿Para qué te deseé yo? ¿O para que te pedí á Dios? ¿O para qué él te me concedió? sino para que fueses báculo de mi vejez, honra de mi casa, señor de mi hacienda, y nó para que me dejases sola, triste, llorosa, viviendo muerta con tu ausencia, y con un prolijo martirio de tantos años, dando cada dia el alma á Dios. Una vez te parí, y los mismos dolores de parto, que entonces tuve, me fueron causa de gozo y alegría, por ver heredero en mi casa; y ahora otros nuevos y mas desapiadados dolores me atormentan, por haber perdido el gozo de mi corazon, y salido en vano mis esperanzas. A estas voces tan lastimosas respondian otras de la esposa no ménos tiernas y llorosas, que decia: O esposo mio dulcísimo, ¿cómo me dejaste? Si no querias hacer vida conmigo; ¿para qué me tomabas por mujer? ¿Tomásteme para dejarme? ¿En qué te ofendí? ¿Qué disgusto te dí? ¿Qué viste en mí, que te desagradase, y que te hiciese huir de mí, como si fuera tu enemiga? ¿Para todos eres gracioso y amoroso; y para mí sola duro y cruel? ¿En dónde estás? ¿Cómo no vienes? ¿Cómo no me das nuevas de tí? ¿Eres vivo, ó eres muerto? ¿Estás en Italia, ó fuera de ella? ¡Ay! que no siento tanto mi dolor, como el no saber dónde estás, ó cómo estás, porque mas te quiero á tí que no á mí, y mas deseo tu vida que la mia; pues que para mí, estando sin tí, ya el mundo se acabó. ¿Piensas, que por haber tanto que no te veo, estoy olvidada de tí, ó que se ha mitigado mi dolor? No es así; porque ni mi dolor se puede mitigar con el discurso del tiempo, ni el amor, con que yo una vez te entregué mi corazon, disminuirse con tu ausencia. Estas voces, acompañadas de gemidos y lágrimas, llegaban á los oidos de Alejo, y combatian su corazon, que por ser de carne, no podia dejar de sentir la pena de su madre y esposa, á quienes él tanto amaba. Y doblábase sus penas, con verlas algunas veces pasar, entrando ó saliendo por la puerta de la casa, y con oir referir á los criados el continuo llanto en que estaban, y la tristeza de su corazon, y que la causa de ella era la ausencia de Alejo, y no saber donde estaba. Pero (¡ó virtud de Dios! ¡ó gracia del cielo, que así esfuerzas al corazon flaco, y le haces triunfar con tan ilustre victoria de tan crueles, y fieros enemigos!) en grande peligro estuviera Alejo de ser vencido, si el Señor no estuviera á su lado, y le hubiera puesto en aquella ocasion: porque los hombres flacos han de huir las ocasiones, especialmente las que son tan peligrosas, y en que los mas fuertes suelen caer: mas cuando Dios nuestro Señor es el que guia y mueve al hombre, y le pone en ellas en medio de las llamas no se que-

ma, como los tres mozos en el horno de Babilonia y como Daniel en el lago de los Leones, y como Jonás en el vientre de la ballena, está seguro. Huyó Alejo de Edesa por no ser honrado, temiendo por su flaqueza el aire popular: entró en casa de sus padres, donde habia de tener otros asaltos mas terribles y peligrosos; porque el Señor se lo mandaba, y con él no tenia qué temer, sino darnos ejemplo; de lo que puede un corazon de carne con su gracia; y así lo mostró Alejo en aquellas tentaciones; las cuales se deshacian en su pecho, como las bravas hondas de mar furioso en una fuerte roca. Pedia favor á Dios, por cuya virtud era tan fuerte: confesábase y comulgaba cada ocho dias, su vida era una perpetua oracion, ayuno y penitencia: su vestido pobre y roto: su cama el suelo; y con estos ejercicios y asperezas, el cuerpo de Alejo estaba debilitado y flaco, y el espíritu robusto y vigoroso. Al cabo de los diez y siete años de tal vida, y de tantos merecimientos, queriendo el Señor, que se los habia dado, darle el premio de ellos, y coronar en él sus mismos dones, le reveló el dia de su muerte: y él escribió en un papel su nombre, y el de sus padres y de su esposa, y las cosas particulares que habian pasado entre ellos, y el discurso de su vida; y doblado el papel, le apretó en la mano, esperando aquella dichosa hora, en que Dios le habia de llamar para sí. Estaba á la sazon el papa diciendo misa, en presencia del emperador, y oyóse una voz del cielo, que dijo: Venid todos los que trabajais y estais afligidos que yo os recrearé. Quedaron todos los que la oyeron atónitos, y derribados en el suelo sobre sus rostros daban voces, diciendo: Ten, Señor, misericordia de nosotros. Oyóse luego otra voz de la parte del altar, que dijo: Buscad al siervo de Dios, y rogará por Roma, y sus cosas sucederán prósperamente: y mirad, que ha de salir de este mundo el viernes siguiente. Habiéndose esto divulgado por la ciudad, toda Roma concurrió aquel dia á la iglesia de San Pedro, por la curiosidad de saber, quién fuese aquel siervo de Dios; y estando allí presente el papa, el emperador, y Eufemiano padre de Alejo, oyóse otra voz, que dijo: Que buscasen al siervo de Dios en casa de Eufemiano: al cual volviéndose el emperador, le dijo: ¿Tan gran tesoro tenias en tu casa y encubríasle? Vamos (dijo) á verle. Fué delante Eufemiano á su casa, para aderezarla y recibir con mas aparato al emperador: y llegándose á él aquel criado, á quien él habia mandado que tuviese cargo de Alejo, díjole. Sin duda, señor, que este siervo de Dios, que publica el cielo, es aquel pobre, de quien me mandaste, que tuviese cargo; porque es hombre que cada ocho dias comulga: reza mucho; ayuna; y ha sufrido con paciencia, humildad y alegría, muchas y graves persecuciones de los criados de casa. Con esta relacion entró Eufemiano en aquel aposento oscuro y lóbrego, en que el santo estaba tendido en el suelo, cubierto el rostro con su pobre capa; y descubriéndole, salió de él un gran resplandor, y pareció hermoso como un ángel. Vió que estaba difunto: quiso tomarle la carta, que tenia en la mano: mas él la tenia tan apretada, que no pudo: y volviendo al emperador, le dió nuevas, de lo que habia hallado. Púsose el cuerpo en una sala grande sobre una cama bien aderezada: entraron el sumo pontífice y el emperador en aquel aposento, y puestos de rodillas junto al santo, con grande humildad le pidieron la carta que tenia en la mano; y él sin resistencia se la dió, y ellos mandaron á Ecio, cancelario, que la leyese estando todos atentos. Cuando llegó el cancelario á los nombres de sus padres, y al de su esposa, y como le habia dado el anillo y cinta, cuando se partió de ella, Eufemiano, su padre, dió un grito hasta el cielo, y arrancando sus venerables canas de la cabeza, con gran ímpetu se echó sobre el cuerpo de su hijo, y dijo: ¡Ay de mí! Hijo de mi alma, y todo mi bien, ¿por qué lo has hecho así conmigo, y con tu desconsolada madre? En mi casa has estado tantos años, y no te he conocido; y ahora que te conozco, es para mi mayor tormento. Vístenos llorar siendo tú causa de nuestro dolor; y pudiendo quitárnosle, con declarar quién eras, no lo hiciste. La madre oyendo lo que pasaba, y las voces y llanto de su marido, dando bramidos, como una leona, salió de su aposento, rasgando sus vestiduras, é hinchiendo el cielo de gemidos tristes y dolorosos, rompia por la gente, diciendo: Dejadme ver al que parí para mi dolor, que hoy es muerta mi esperanza, con la cual sola me sustentaba, pensando ver al que ahora veo con tanta pena mia y desconsuelo. Vino tambien su esposa, vestida de luto y tristeza, y derribándose sobre el santo cuerpo de su esposo, dijo tales palabras, y con tan extraño sentimiento, que ablandara los corazones de piedra. Toda mi vida (decia) he pasado en llanto, y como tórtola que ha perdido su compañía, en soledad y gemidos: ya, ya soy viuda: ya no tengo que aguardar, ni á quién desear: con tu vida se acabó la mia, y contigo llevas mi corazon. Pusiéronse el papa, y el emperador de por medio, para que los padres, y la esposa de Alejo dejasen el santo cuerpo, que tenian abrazado, é hiciesen alguna pausa en su llanto. Quisieron llevarle á la iglesia; mas era tanta la gente, que no le pudieron mover, de donde estaba. Mandó el emperador derramar alguna cantidad luego de moneda de oro y plata, para que ocupado el pueblo en cogerla, diese lugar á que se llevase el cuerpo santo; pero no hubo quien hiciese caso de oro, ni de plata. Todos estaban atentos, mirando aquel cuerpo tan penitente, que habia sido morada del Espíritu Santo, y compañero de una alma tan pura, y tan fuerte, y tan gloriosa: y todos los que le miraban recibian grandes mercedes de nuestro Señor: los sordos oian: los mudos hablaban: los leprosos quedaban limpios; y los endemoniados libres. Finalmente llevaronle al templo de san Pedro, donde estuvo siete dias, sin que sus padres y su esposa de dia y de noche se pudiesen apartar de él. Despues fué sepultado en la iglesia de San Bonifacio, donde por su intercesion y méritos hizo muchos y grandes milagros nuestro Señor: el cual (como dice el real Profeta) es admirable en sus santos: porque aunque lo sea en todas sus cosas, en ninguna se descubre mas el tesoro de su infinito poder, sabiduría y bondad, que en lo que hace con sus santos, haciéndolos santos, y enriqueciéndolos, y adornándolos de tantas y tan raras victorias, y heroicas virtudes, y obrando por ellos las maravillas que obra, para gloria suya, y honra de los mismos santos, y utilidad de los que se saben aprovechar de sus ejemplos. Y puesto caso que hay innumerables santos, en los cuales, y en cada uno de ellos se manifiestan estas riquezas de Dios; pero en mis ojos la vida de san Alejo es admirable, y el Señor particularmente debe ser admirado y reverenciado en ella, por la castidad tan entera y pura, que infundió en el alma de Alejo, para no llegar á su esposa: por

la obediencia tan perfecta, que le dió, para menospreciar los contentos y regalos que tenia en su casa, y dejar á sus padres, deudos y amigos, é irse en romería á tierras extrañas: por la pobreza de espíritu, con que repartió á los pobres todo lo que tenia, y rico de dones celestiales, vivió mendigando tantos años; y finalmente por aquella fortaleza, sufrimiento, y constancia, con que le armó, para que desconocido, abatido y perseguido de los mismos criados de su casa, resistiese á tantos, tan duros, y tan continuos asaltos de sus enemigos, que con voz y semblante de amigos le acometian, y triunfase de sí, y del mundo, con un género de victoria tan nuevo y tan glorioso. El mismo Señor sea bendito y glorificado para siempre, pór lo que hace con sus santos, y por ellos: y á nosotros nos dé gracia para imitar las virtudes de Alejo, y ser participeneros por su intercesion de su gloria, amen. La muerte de san Alejo fué á los 17 de julio, en que la Iglesia celebra su fiesta. Escribió su vida Metafraste, del cual se sacó lo que aquí queda referido: tráela el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo. Hacen mencion de él el Martirologio romano y los demás Martirologios, latinos y griegos.

* Los santos Escilitano, Esperato, Narzal, Citino, Veturio, Félix, Acilino, Letancio, Genara, Generosa, Vestina, Donada y Segunda, mártires.—Sangrienta fué la persecucion que por los años 202 de Jesucristo movió contra la Iglesia el emperador Severo. Los trece santos arriba nombrados, y conocidos con el nombre de mártires scilitanos, en razon de ser oriundos de la provincia consular de Scilita, fueron los primeros que dieron su vida por Jesucristo en Cartago. Acusados de que eran cristianos, fueron presos y conducidos al tribunal del procónsul; este procuró inducirles á que adorasen los falsos dioses, mas los santos cuyo deseo era morir por la fé, les contestaron que no reconocian otro Dios que el Criador de cielos y tierra, por cuya confesion estaban dispuestos á sacrificar su vida. Condenados fueron en efecto al último suplicio, y despues de haber dado gracias á Dios por tan singular beneficio, murieron degollados el dia 17 de julio del año 202.

San Ennodio, obispo y confesor.—Nació de una de las mas distinguidas familias de las Galias, en Arles, aunque pasó sus primeros años en Italia, y fué educado en Milan. Entregado al estudio de la elocuencia y poesía, y á todas las seducciones de la primera edad, se olvidó de sus deberes para con Dios, y se abandonó todo entero á los caminos corrompidos del siglo. Contrajo matrimonio con una jóven de rara belleza y de muchas riquezas, que le sirvieron tan solo para gozar mas cumplidamente de los favores del mundo. Pero muy pronto se dispertaron en su alma vivos remordimientos por sus excesos y extravíos: la gracia obró en su interior y la conversion fué completa. Para que fuese mas sólida, abrazó el estado eclesiástico con permiso de su mujer, que tambien hizo voto de perpetua continencia. Habiendo sido ordenado diácono por el obispo de Pavía san Epifanio, dedicóse exclusivamente al estudio de la religion, y publicó varios escritos en alabanza y defensa de la Iglesia de Roma, combatida entonces por un cisma. Publicó tambien la apología de Teodorico, rey de Italia, la vida de san Epifanio de Pavía y la de san Antonio de Lerins. La alta idea que se tenia de su mérito, obligó al clero y al pueblo de Pavía á elegir á Ennodio por su obispo, el año 510, y despues de haber aceptado aquel cargo á instancias del papa, del rey y de todo el pueblo, lo desempeñó con un zelo y una santidad digna de un verdadero discípulo de los apóstoles. El papa Hormisdas le eligió para trabajar en la reunion de las Iglesias griega y latina, á cuyo fin hizo el santo dos viajes al Oriente, que, despues de muchos esfuerzos y disgustos, no sirvieron mas que para poner de manifiesto los artificios del emperador Anastasio y la prudencia de Ennodio. Este ilustre prelado volvió á su diócesis, y se empleó ya exclusivamente á la santificacion de sus ovejas, hasta que murió con la muerte de los santos el dia 17 de julio del año 521.

San Leon IV, papa.—Fué natural de Roma y se educó y pasó la mayor parte de su vida en el monasterio de San Martin, junto á la misma ciudad. El papa Sergio II, que conocia sus virtudes, lo elevó al sacerdocio, y por muerte del mismo, fué Leon sublimado al pontificado, el año 847. En su tiempo los sarracenos invadieron la Italia, y causaron graves conflictos á la cristiandad. Hallándose un dia el ejército cristiano junto á Ostia á punto de ser atacado por los árabes, Leon se presentó á animar á aquellos guerreros, que recibieron la comunion de manos del papa, y habiendo entrado en accion, derrotaron completamente á sus enemigos. El santo pontífice puso luego todo su conato en la reforma de las costumbres y en el arreglo de la disciplina, y celebró un concilio en Roma, en el que se dieron á los fieles una porcion de reglamentos útiles; y murió en la misma ciudad, resplandeciente en milagros, el dia 17 de julio del año 855. Cuéntase que habiéndose pegado fuego en la iglesia de los santos apóstoles, san Leon apagó el incendio con solo hacer la señal de la cruz.

Santa Marcelina, vírgen.—Nació en Roma, y habiendo perdido á su padre, que era prefecto de las Galias, retiróse á Roma con su madre y sus hermanos san Ambrosio y Sátiro. La virtud se desarrolló en ella desde la infancia, y vivió siempre de una manera enteramente conforme á su destino. Encargada de la educacion de sus dos hermanos, supo inspirarles un amor entrañable á la piedad y religion. En toda su conducta no se proponia otra cosa que la gloria de Dios, y para adelantar mejor en sus santos propósitos, dejó el mundo y recibió el velo de religiosa de manos del papa san Liberio, el dia de Navidad del año 352, ceremonia que tuvo lugar en la iglesia de San Pedro en presencia de un pueblo numeroso. El pontífice la exhortó á unirse interinamente á Jesucristo que era ya su Esposo, y á vivir en la mas sublime práctica de todas las virtudes. La santa se conformó perfectamente á las instrucciones que habia recibido: ayunaba todos los dias hasta al anochecer, y á veces pasaba algunos dias sin tomar nada. Su vida era una penitencia continua con todas las austeridades del mas acendrado fervor. En los últimos años de su vida Marcelina moderó algun tanto los rigores corporales, conformándose con las instrucciones de san Ambrosio que al mismo tiempo le aconsejó redoblar su celo y eficacia en los ejercicios de la oracion. Ignórase el año fijo de la muerte de esta santa, aunque es cierto que sobrevivió á su hermano san Ambrosio, muerto el año 397.

San Jacinto, mártir.—Nació de padres piadosos en Amestrida de Paflagonia. Por haberlo así mandado un ángel se le puso en el bautismo el nombre de Jacinto, y teniendo solo tres años resucitó á un muerto con la sola in-

vocacion del nombre de Jesus. Su virtud fué creciendo con él, y llegó á la vejez obrando muchos milagros. Un dia arrancó un árbol que los idólatras veneraban, por cuya accion fué preso y conducido al gobernador de su patria, que le hizo arrancar los dientes y azotar cruelmente. Despues lo llevaron atado fuera de la ciudad, donde acribillaron su cuerpo por medio de garfios y puntas de hierro, y lo volvieron á la cárcel donde al poco tiempo entregó su espíritu á Dios. Sus reliquias fueron depositadas en la misma ciudad, y resplandecieron en muchos milagros.

San Generoso, mártir.—Solo se sabe que murió por la fé en Tíboli, y que fué muy venerado en aquella Iglesia, ignorándose la época y las circunstancias de su muerte.

Santa Teodota, mártir.—Vivia esta santa en Constantinopla en tiempo del emperador Leon el Iconoclasta, que tanto se distinguió por su persecucion contra las imágenes de los santos. Teodota, mujer devota, se atrevió un dia á defender el culto de los santos y á abominar la conducta del emperador. Presa por órden de este, fué encerrada en una cárcel, donde espiró á fuerza de malos tratamientos, el dia 17 de julio del año 726 segun el cardenal Baronio.

San Teodosio, obispo.—En el siglo VI de la Iglesia floreció con gloria insigne este santo, elegido por Jesucristo para ser luz de Israel y antorcha de santidad. Toda su vida fué una aplicacion continua á la perfeccion y al estudio de los libros santos. Despues de haber pasado por los grados inferiores de la gerarquía, fué consagrado obispo de Auxerre, cuyo pais perfeccionó en la religion, dejando abundante semilla de virtudes públicas. Efectivamente, desde el pontificado de este santo brilló la Iglesia de Auxerre con toda la pureza de la verdad, dando al cielo muchos santos, y á la tierra grandes ejemplos de heróicas virtudes. El santo prelado murió en paz, entre sus ovejas, á fines del siglo VI.

DIA 18.

Santa Sinforosa, y sus siete hijos, mártires.—El bienaventurado san Getulio Zotico fué martirizado en Roma, en tiempo del emperador Adriano, en compañía de Cerario, Amancio y Primitivo. Habia sido casado con una santa matrona, llamada Sinforosa, de la cual tuvo siete hijos varones, cuyos nombres son Crescencio, Juliano, Nemesio, Primitivo, Justino, Estacteo y Eugenio: los cuales con su santa madre se retiraron á la ciudad de Tíbuli, donde hoy dia hay una cisterna seca, en la cual se dice que estuvieron escondidos en tiempo de aquella persecucion. Mas en fin santa Sinforosa fué presa con sus hijos: y como no pudiese el emperador con blanduras, promesas y amenazas, persuadir á la santa madre que sacrificase á los ídolos, mandóla dar muchas heridas en su rostro, y colgarla de los cabellos, y tenerla suspensa en el aire. De allí la buena madre amonestaba á sus hijos, que siendo ellos varones, no se dejasen vencer de ella, que era mujer flaca, en padecer tormentos con alegría por Jesucristo: que se acordasen de su padre, é imitasen su esfuerzo y valor: que mirasen que ella era su madre, y moria allí delante de sus ojos: y que tuviesen por cierto, que los tormentos no eran tan atroces como parecian, y que el galardon que por ellos se daba, era mayor que el entendimiento humano podia comprender. Con estas y otras razones animó la santa madre á sus santos hijos: y el tirano tomó tanto enojo, que la mandó dar muchos golpes, allí colgada de los cabellos como estaba: y finalmente, atada á su cuello una gran piedra, echarla en un rio, donde dió su espíritu á Dios. Su cuerpo sepultó Eugenio, hermano suyo, que en Tíbuli era hombre principal. A los siete hijos mandó el emperador otro dia atar á siete palos, y matar con diferentes muertes. Crescencio murió atravesado por la garganta con una lanza: Juliano por el pecho: Nemesio por el corazon: Primitivo por el vientre: Justino fué desmembrado y hecho cuartos: Estacteo herido por todo el cuerpo, y despedazado; y Eugenio partido por el pecho en dos partes. Sus santos cuerpos fueron echados en una sima. Hay en la via Tiburtina hoy dia una noble y antigua memoria de santa Sinforosa, cuyas reliquias y de sus santos hijos fueron con el tiempo trasladadas á Roma, y en nuestros dias, siendo sumo pontífice Pio IV, se hallaron en la diaconía de San Ángel de la Pesquería, con una lámina de plomo, con estas palabras escritas en latin: *Hic requiescunt corpora sanctorum martyrum Simphorosæ, viri sui Zotici, et filiorum ejus, à sancto Stephano papa translata:* Aquí reposan los cuerpos de los santos mártires Sinforosa y de Zotico, su marido, y de sus hijos, los cuales trasladó Estéban, papa. Celebra la Iglesia su fiesta á 18 de julio; y fué su martirio el año del Señor de 138, y el diez y nueve del imperio de Adriano.

* San Arnulfo, obispo y confesor.—Este santo, gloria de la Francia, fué uno de los personajes mas distinguidos de la córte del rey Clotario el grande, dando ya desde niño pruebas de virtud y letras. Ocupado en distinguidos empleos en palacio, casó con Doda, mujer ilustre, de la cual tuvo dos hijos llamados Cleodulfo, conocido por san Cloud, y Angesisa, que fué el gefe de la raza Carlovingia de los reyes de Francia. No obstante su elevada posicion, tenia grandes deseos de vivir en la soledad, lo que jamás pudo conseguir por no permitírselo el rey. Vacó la silla de Metz, y el rey permitió al clero y al pueblo que eligieran para obispo á Arnulfo, y efectivamente fué consagrado tal el año 614, abrazando su esposa la vida monástica en Tréveris. En razon de su ministerio no quiso intervenir mas en los negocios del rey, retiróse al desierto, hasta que por los años 622, como hubiese el rey dividido sus estados entre sus dos hijos, dispuso que Arnulfo fuera el consejero y director de uno de ellos. Insistió el santo en sus propósitos, dejando al fin la córte, y retirándose á un desierto de los Vosges despues de renunciado el obispado. En la soledad se dedicó á la perfeccion, hasta que murió el dia 15 de agosto del año 640. Sus reliquias fueron despues depositadas en Metz, donde han obrado muchos milagros.

San Filastro, obispo y confesor.—Ignórase el lugar de su nacimiento y solo se sabe que abandonó su patria, su casa y el patrimonio de sus padres, á fin de vivir enteramente desprendido del mundo. Despues que fué ordenado sacerdote, recorrió diferentes provincias para combatir contra los infieles y los herejes, en particular contra los arrianos, cuyo furor causaba entonces grandes estragos en la Iglesia. Su zelo le proporcionó la gloria de sufrir muy crueles persecuciones por parte de los enemigos de la verdad; pero su constancia y paciencia fueron siempre admirables. Habiendo sido nombrado obispo de Brescia, se excedió á sí mismo en el ejercicio de las funciones pastorales, y su dignidad no hizo sino añadir mas peso y autoridad á los esfuer-

zos de su zelo. Su humildad profunda, su rara piedad y su infatigable aplicacion al desempeño de todos sus deberes, lo hicieron uno de los prelados mas grandes de su siglo. Sus contemporáneos le alaban por estas virtudes, y sobre todo por la dulzura y caridad con que atraia los corazones, ganándolos para Jesucristo. Con las miras fijas en el cielo, estaba en este mundo como una criatura fuera de su elemento, suspirando de continuo por volar á Dios. Estuvo unido por los vínculos de la amistad con san Ambrosio y san Agustin; y siendo digno compañero de sus eminentes merecimientos, descansó santamente en el Señor, en el mes de julio del año 386, dejando una porcion de discípulos que fueron la gloria de la Iglesia y de la religion.

San Federico, obispo y martir.—Descendia de una de las mas ilustres familias de los frisones, y fué educado por los eclesiásticos de la iglesia de Utrech. Desde muy temprana edad acostumbró su cuerpo á las austeridades de la penitencia, y nutrió su alma con todas las dulzuras de la piedad. Ordenado sacerdote, le confió el cuidado de instruir á los catecúmenos su obispo Ricfrido, al cual sucedió el año 820. Consagrado á pesar de su obstinada resistencia, su primer cuidado fué formar operarios evangélicos que destruyesen en aquellos paises las semillas de la idolatría. Cuando mas dedicado se hallaba el santo á los deberes de su laborioso ministerio, suscitáronse en la córte de Carlomagno graves desórdenes á causa de la conducta escandalosa é inmoral de la emperatriz Judit, á la cual reprendió Federico con toda la severidad de su zelo, atrayendo de este modo sobre sí una persecucion espantosa, que no cedió hasta acabar con su existencia. Hallándose en una de las islas de la Zelandia, predicando el Evangelio á aquellos pueblos idólatras, dos asesinos, pagados por la misma emperatriz Judit, entraron en la iglesia, y le asesinaron á puñaladas, consiguiendo de este modo la corona de un ilustre martirio, el dia 17 de julio del año 838, debiéndose su muerte á la generosa libertad con que habia querido advertir á aquella princesa los desórdenes de su vida.

San Bruno, obispo.—Llamáronle *Bruno astensis*, porque habia nacido en Soleria en la diócesis de Asti. Hizo sus estudios en el monasterio de Santa Perpetua, y fué canónigo de Sena por algunos años. Habiéndose distinguido muy notablemente en un concilio celebrado en Roma, en 1077, contra Berengario, Gregorio VII le nombró obispo de Segui, cuyo cargo renunció algun tiempo despues para retirarse al monasterio del Monte Casino del cual fué abad. Pero sus ovejas, que habian experimentado ya los efectos de su prudencia y sabiduría, hicieron tantas instancias para que volviese á dirigirlas, que al fin la santa sede creyó deber obligar al venerable pastor á encargarse de su rebaño. Emprendió de nuevo las funciones de su ministerio con el mismo ardor, y las desempeñó hasta su dichosa muerte, sobrevenida en Segui el 31 de agosto del año 1123, y el papa Lucio III lo canonizó en 1183. Fué este santo de grandísima utilidad á la Iglesia en aquellos tiempos, desempeñando repetidas comisiones de importancia, publicando varios tratados en defensa de la disciplina eclesiástica y de las doctrinas ortodoxas. Fué muy querido de los papas Gregorio VII, Víctor III, Urbano II y Pascual II, que admiraban sus virtudes, sus talentos y el zelo con que promovia los intereses de la religion.

San Emiliano, martir.—Fué oriundo de la ciudad de Dorostolo de Misia en la Tracia, y vivió durante el reinado del emperador Juliano, el Apóstata. Era criado de un gentil, lo cual le proporcionó un dia ocasion para entrar de noche en un templo pagano, y habiendo tomado un martillo, rompió todas las estatuas de los dioses, y tiró cuanto habia preparado para los sacrificios. Ignorando los idólatras quién era el autor de aquel suceso, prendieron á un pobre hortelano, al cual azotaron terriblemente y despues lo llevaron á la presencia del juez. Viendo Emiliano lo que pasaba, se presentó espontáneamente, y confesó que él solo era el autor de aquel hecho, añadiendo en seguida que lo habia hecho por evitar el que se diese culto á cosas tan despreciables como eran aquellos dioses. El juez le mandó retractarse de cuanto habia dicho; pero negándose el santo á obedecer, fué azotado y luego echado en una hoguera, cuyas llamas consumieron su cuerpo é hicieron volar su espíritu al cielo el dia 17 de julio del año 362.

Santa Marina, vírgen y mártir.—No se sabe de dónde fué natural; pero sí que padeció martirio en Galicia cerca de la ciudad de Orense en los primeros siglos del cristianismo. Fué esta santa tenida en mucha veneracion antiguamente; y lo prueban los magníficos templos dedicados á su nombre en Galicia, Córdoba y Sevilla. Algunos creen que es la misma santa Margarita de Antioquía; pero Dextro, el autor mas antiguo que habla de las dos, las distingue perfectamente, y dice que santa Marina fué de Galicia, y que murió en la misma provincia, en compañía de otras ocho vírgenes que fueron sacrificadas al furor de los paganos.

San Rufilo, obispo.—Fué obispo de Forlimpópoli en la Romania: insigne en predicar con mucho fruto la palabra de Dios, la cual confirmaba con ejemplos y milagros. Llegó á una edad muy avanzada, y murió en paz por los años del Señor de 361.

San Materno, obispo y confesor.—Floreció durante el siglo VI, siendo obispo de Milan. En tiempo del emperador Maximiliano, por defensar la fé de Jesucristo y por defender la inmunidad de su Iglesia, fué preso y muchas veces azotado. Librado milagrosamente del furor de sus verdugos, vivió despues en paz, alcanzando á ver acabadas las persecuciones y la guerra contra los cristianos, por la conversion de Constantino. San Materno es de los padres que mas trabajaron en Italia para regularizar la disciplina eclesiástica, y le veneraron todos sus contemporáneos con el respeto que era debido á un esclarecido confesor de Jesucristo, hasta que entregó su espíritu á Dios á mediados del siglo VI. Su sepulcro fué muy célebre por los milagros con que atestiguó el Señor en él la santidad y gloria de su siervo.

Santa Gundena, vírgen y mártir.—Fué de Cartago, en cuya ciudad padeció martirio. Por órden del procónsul Rufino fué por cuatro veces en diversos tiempos atormentada en el potro, y horriblemente descarnada con peines de hierro, porque confesaba á Jesucristo, y por último, despues de haber sufrido largo tiempo la hediondez de un calabozo, consumó su combate, siendo degollada en su misma patria, el año 203.

DIA 19.

San Vicente Paúl, fundador.—Vicente Paúl, destinado por la divina Providencia para misionero de los aldeanos,

perfecta idea de eclesiásticos, reformador del clero secular y padre de pobres, nació á 24 de abril del año 1576, en el lugar de Ranquines de la parroquia de Poy, diócesis de Acqs, ó Dax, ciudad episcopal de la metrópoli de Auch en Francia. Sus padres fueron Guillen Paúl y Beltranda Moras, pobres de bienes de fortuna, mas ricos con la inocencia de costumbres. Pasaban honestamente su vida con los frutos de una pequeña posesion, cultivada por sus manos. De Guillen y Beltranda nacieron seis hijos, dos hembras, María y Claudia; y cuatro varones, que fueron Juan, Bernardo, nuestro Vicente y Domingo. Aplicado san Vicente á la guarda de una pequeña grey, dió muestras de la compasion grande que despues habia de tener de los pobres, á quienes desde aquellos tiernos años repartia de su pan y de su vestido, y de la harina que llevaba del molino: y lo mas maravilloso de aquella edad, fué la limosna de un medio escudo, que poco á poco habia recogido con fatiga é industria, sin reservarse nada. Reparando Guillen Paúl el buen natural é ingenio de Vicente, lo eligió de entre los demás hijos para las letras. Enviólo á la ciudad de Acqs, y púsole en el convento de los padres franciscos, donde concurrian otros muchachos, para ser educados en piedad y letras. Tal progreso hizo san Vicente en las letras humanas en cuatro años, que fué capaz de enseñarlas á dos hijos de un abogado, quien para este fin lo llevó á su casa: en cuyo tiempo tuvo aun la comodidad de aplicarse á la retórica y filosofía en el colegio de aquella ciudad; y pasando de allí á la universidad de Tolosa, y á la de Zaragosa, cabeza del reino de Aragon, estudió por siete años la teología con fervor, sin intermitirle en el estudio de la devocion.

Al fin del año 1596, recibió la tonsura y grados; y para mas unirse con Dios, recibió en el año 1598, los dos primeros órdenes sacros, y en el de 1600, el sacerdocio. Apenas fué ordenado de sacerdote, con la fama de su piedad y doctrina, fué presentado al pingüe beneficio de Tilhy, en el distrito de la ciudad de Acqs, año de 1601. Mas como le pusiesen pleito, y él tuviese el litigar por indigno de un ciervo del Señor, y por otra parte se reputase inhábil para el peso peligroso del gobierno de almas; hizo renuncia de su derecho, quedándose á proseguir la teología. Para no ser cargoso san Vicente á su pobre madre, viuda ya de dos años, se aplicaba al mismo tiempo á enseñar letras humanas: y para cumplir con esta enseñanza, su teología y devocion, quitaba mucho tiempo al sueño, y todo al ocio y divertimientos. Á fuerza de sus fatigas consiguió finalmente, año de 1604, el grado de bachiller, y la licencia de interpretar públicamente al Maestro de las sentencias. De estas públicas testimoniales de los estudios de san Vicente, halladas despues de su muerte, y de muchas otras pruebas de su doctrina, que en el curso de su vida, aun queriendo, no pudo ocultar, se colige con cuanta malicia y temeridad quisieron los noveleros jansenistas hacerle pasar por devoto ignorante, juzgando defecto de ciencia aquella profunda humildad, con que el ciervo de Dios, despreciador de su honra, se llamaba un mero estudiante de gramática. Mas diverso juicio formaron los señores mas principales de la córte, y los obispos de la Francia, quienes contestaron, que en Vicente eran igualmente admirables la piedad y la ciencia.

Despues de haber enseñado por algun tiempo san Vicente la teología, fué llamado á Burdeos; y no se sabe si fué esta ida para deliberar sobre la aceptacion de un obispado, á que le queria nombrar el rey de Francia Enrique IV por insinuacion del duque de Espermon, gobernador del Languedoc, dos parientes del cual habian sido discípulos de san Vicente. Y sabiendo, que le habia dejado una pequeña herencia una persona devota, pasó para recaudarla al territorio de Albi, y de allí á Marsella; y entrando en una barca, para llegar aquel dia á Narbona, llegó el tiempo en que queria Dios probar á su ciervo. Surcando la barca el golfo de Leon, fué asaltada de corsarios moros, quienes, hecho pedazos el patron, muertos unos y heridos casi todos los de la barca, y entre ellos nuestro Vicente, cargaron de cadenas á los que quedaron vivos, y los llevaron á Túnez. Aquí, desnudo san Vicente de sus vestidos, encadenado y vestido como esclavo, fué llevado por las públicas calles y vendido á un pescador: este le vendió á un viejo médico químico, quien atraido de la dulzura y paciencia del esclavo, le trató humanamente, haciendo al mismo tiempo todo esfuerzo, para reducirle al mahometismo, con ofrecimientos aun de libertad y riquezas, y de enseñarle su arte secreta y útil: mas san Vicente venció con valor cristiano sus persecuciones. Llamado el viejo químico del sultan á su corte, dejó á san Vicente á un sobrino, bárbaro de secta y de costumbres. Este despues le vendió á un renegado, originario de Nizza, en la Provenza, quien le destinó á la labor de campo en paraje muy cálido y desierto.

Tres mujeres tenia el amo renegado; y una de ellas mahometana de nacimiento y de profesion, sirvió á la divina Providencia de instrumento, para sacar á su marido de la apostasía y á nuestro santo de la esclavitud. Curiosa de saber nuestro modo de vivir, visitaba á menudo al esclavo en su labranza. Mandóle una vez que cantase alabanzas á su Dios. Obedeció el santo esclavo, y con la memoria de las palabras de los hijos de Israel, esclavos en Babilonia: *Quomodo cantabimus canticum Domini in terra aliena;* entonó con lágrimas: *Super flumina Babylonis*, etc., despues la *Salve Regina* con otras oraciones: de que como la mahometana hubiese manifestado maravilloso contento, no se olvidó á la noche de decir á su marido, cuán mal habia hecho de abandonar la religion cristiana, que le parecia muy buena por un razonamiento que le habia hecho su esclavo, y por unas alabanzas por él cantadas en su presencia, en las cuales habia sentido tal consuelo, que no esperaba gozarlo mayor en el paraiso de sus padres. Al estrellarle su gran falta la consorte mahometana, abrió los ojos el marido apóstata, y tanto, se conmovió, que al dia siguiente dijo á su esclavo, que para volver á Francia solo faltaba la comodidad de embarcacion. Sin embargo se pasaron diez meses: y al junio de 1607, subidos los dos en un frágil barco, atravesaron felizmente el Mediterráneo, nó sin especial ayuda de la santísima Vírgen, que invocada con frecuencia de san Vicente, era el depósito de la esperanza de su libertad. Aportaron, pues, estos felices navegantes á 28 de dicho mes á la ciudad de Aguasmuertas: de allí pasaron á Aviñon, donde san Vicente presentó al apóstata convertido á monseñor Pedro Montorio, vice-legado del papa, quien le absolvió públicamente en la iglesia de San Pedro.

Admirado el prelado de la piedad, doctrina y prudencia de san Vicente, le quiso en su casa y mesa; y partiendo para Roma, lo llevó consigo junto con el penitente

reconciliado, quien estaba obligado con voto de entrar en la religion de los hermanos de San Juan de Dios. En Roma nuestro santo, mortificando su curiosidad en la magnificencia de aquella córte, gastaba en su retiro todo el tiempo ménos el que empleaba en satisfacer y excitar su devocion en la veneracion de las santas reliquias en los templos y catacumbas. Al fin del año 1608 fué enviado san Vicente, ó del papa, ó del duque de Nevers, embajador extraordinario del rey de Francia en Roma, ó del marqués de Breves, embajador ordinario, ó quizás de todos tres, por negocio relevante, al rey de Francia Enrique IV. Hallóse, pues, en Francia nuestro Vicente tan benignamente recibido del rey, que se pudo abrir puerta para las honras y beneficios de aquel reino: mas el humilde sacerdote se retira de la córte, y se aplica al estudio del derecho canónico: alcanza el grado de licenciado; y despues se consagra enteramente al servicio de los pobres enfermos en el hospital de San Juan de Dios, llamado de la Caridad.

En este tiempo servia san Vicente de capellan y aun de consejero á la reina Margarita, ya separada de negocios de mundo; y le sucedió un caso, que descubrió los fondos de la caridad y humildad del siervo de Dios. En su mismo apartamiento se albergaba un forastero, hijo de Burdeos y juez de Sore, y saliendo una mañana, se olvidó de cerrar un armario en que tenia cuatrocientos escudos. Aquella misma mañana vino un mozo del boticario con una medicina para san Vicente, algo indispuesto, y con ocasion de buscar un vaso se halló con los cuatrocientos escudos en el armario abierto y se los llevó. Vuelto el juez y no hallando los escudos, los pide á san Vicente, quien no supo de ellos. El juez airado lo llena de injurias hasta tratarle públicamente de ladron: mas el verdadero imitador de Cristo, ni culpa al mozo del boticario de quien habia b stante sospecha, ni se disculpa; calla y sufre: mas no calló Dios, sino que obligó al dicho mozo que por su boca misma confesase su delito; porque preso en Burdeos por otros delitos, declaró el hurto al mismo juez, restituido á su patria: quien confuso y penado pidió humildemente perdon al inocente Vicente. De este acaecimiento conociendo el siervo de Dios cuán peligrosa es á los sacerdotes la cohabitacion con los seglares, pasó á vivir con el padre Berullo y otros ejemplares sacerdotes, que vivian juntos, hasta fines del año 1611, que tuvo principio por ellos en Francia la congregacion del Oratorio: á la cual no fué agregado san Vicente; porque del cielo estaba destinado para fundar otra congregacion, conforme á la profecía del padre Berullo, despues cardenal de la santa Iglesia, en cuyas manos habia puesto el siervo de Dios su alma y libertad.

Por consejo pues, y órden del dicho Berullo, aceptó san Vicente, año de 1612, la parroquia de Clissi, poco distante de San Dionisio. Aquí cumplió exactamente las partes de un perfecto cura, y como en presagio de las cosas futuras recogia los clérigos para enseñarlos, y juntó los curas vecinos á conferencias de casos de conciencia, de ritus sagrados y de las obligaciones sacerdotales. En esto estaba ocupado nuestro santo, cuando el año 1613, por órden del padre Berullo, renuncia la parroquia de Clichi, bien mejorada, entra en casa del señor Manuel de Gondi, general de las galeras de Francia, para servir de capellan á él y á madama, Margarita de Silly, su consorte Francisca señora de singular virtud, y aun para maestro y director de tres hijos suyos, de quienes el primero fué duque y par de Francia; el segundo murió de edad tierna, y el tercero fué arzobispo de París y cardenal. De la entrada de san Vicente en esta casa, urdió la divina Providencia la preciosa tela de las gloriosas empresas de su siervo: y de aquí tuvo principio la congregacion de la Mision, manantial de tantos bienes para las almas, como se verá en el discurso de esta historia: donde bien se colige haber sido disposicion divina, que san Vicente no gozase en su patria del canonicato que legítimamente le resignaron, año de 1614, y que renunciase la abadía de San Leonardo de Chaumes, á que le habia nombrado el rey; como tambien que se excusase del empleo de limosnero ordinario, para que le habia elegido la reina Margarita; pues aunque se hallaba ocupado en la casa de Gondi; mas su ánimo siempre fué de aplicarse únicamente al alivio, á la enseñanza y á la salvacion de los pobres.

No es fácil de contar cuánto bien hizo san Vicente en aquel palacio. Con su santo ejemplo y santas palabras promovia en él la paz, la caridad, el santo temor de Dios y la inocencia de costumbres, llevando á mas perfeccion al general y á madama: y no pudiendo estrecharse tanto su ardiente celo y obtenida licencia de los obispos, en cuyas diócesis estaban las tierras del general y de madama, para ejercer las funciones sacerdotales y las veces de los curas, se aplicó con gran caridad y satisfaccion de los pueblos año de 1616. En esta ocasion fué llamado de un labrador gravemente enfermo en la parroquia de Gannes, en la diócesis de Amiens, tenido comunmente por buen cristiano. Fué allá san Vicente, y casi penetrando el secreto de aquella conciencia é inspirado de Dios, le indujo á hacer una confesion general. Quedó el enfermo tan trocado de las palabras del celoso Vicente, que en presencia de algunos y de la misma madama, protestó ingenuamente, que sin aquella confesion general se iba al infierno, por haber callado muchos pecados graves en sus pasadas confesiones. Altamente conmovida madama de oir el estado de condenacion al que era tenido en buen concepto, é infiriendo lo que fácilmente podia suceder en los que eran tenidos en ménos concepto; rogó á san Vicente que en la iglesia de Folleville de la misma diócesis hiciese un sermon para exhortar á todos á hacer una confesion general. Aceptólo gustoso el siervo de Dios, y lo ejecutó dia 25 de enero de 1617, consagrado á la conversion de san Pablo. Con tal fervor ponderó la utilidad de la confesion general y la manera de hacerla, que todos á tropel se presentaron para este fin á san Vicente: quien no quiso oirles ántes de haberlos mejor instruido en los dias siguientes. Este fué el principio de la primera, y todas las demás misiones del siervo de Dios, de las cuales cogieron copiosos frutos aquel año los moradores de las tierras de la casa de Gondi: lo que puso á la celosa madama en propósito de establecerlas en sus estados, con fondos perpetuos. No se podia formar mayor concepto del que se tenia de san Vicente en la casa de Gondi, señaladamente de madama que con su direccion habia crecido tanto en la perfeccion, no siendo mejor la opinion que de su virtud tenia el general: mas despreciador de tanta honra el humilde Vicente, acordó de irse, y de hecho, con consejo del padre Berullo se retiró ocultamente en la Bressa, en junio del año 1617, donde fué proveido del cabildo de Leon de la parroquia de Chatillon, abandonada por cuarenta años de sus propios pastores por lo tenue de sus entradas, que apenas llegaban á cien libras.

Entrado san Vicente en esta parroquia, dia 1.º de agosto, no es fácil referir el bien que hizo en solos cuatro meses: redujo á la observancia de los sagrados cánones y del Evangelio á los eclesiásticos simoniacos que vendian la confesion, impuros é irreverentes en sus ministerios: asimismo redujo á la piedad cristiana las mujeres vanas y escandalosas y á los hombres disolutos, y así finalmente diferentes familias inficionadas del calvinismo quedaron reconciliadas con la Iglesia.

Mas sobre todas las referidas conversiones es digna de singular memoria la del señor de Rougemont, baron de Chandé, quien pasando de la córte de Saboya al servicio de Enrique IV, rey de Francia, entre otras corruptelas, habia alcanzado renombre de Duelista. Este, movido de la fama del nuevo cura de Chatillon, dió la vuelta allá: oyó á san Vicente en sus sermones, y tuvo con él conversaciones de que quedó tan compungido, que echa una confesion general, eligió á san Vicente por su director. Vendida la baronía de Rougemont en cien mil escudos, los distribuyó en lugares pios y pobres, y despues del curso de una vida ejemplar bajo el humilde hábito de capuchino, murió santamente en Leon. Estando san Vicente tan útilmente ocupado en cultivar su parroquia, donde con licencia del cardenal de Marquemont, arzobispo de Leon, instituyó la primera cofradía de mujeres llamada de la Caridad, para emplearse en el alivio de los pobres enfermos, que despues fundada en muchos lugares ha sido de tanta edificacion y remedio de ellos, le vinieron cartas apretadas de Enrique, cardenal de Retz, del general, de madama, de sus hijos de otras personas de autoridad, para obligarle á volver á dicha casa: mas todo habria sido en vano á no haberse interpuesto la autoridad de su director. Distribuido á los pobres su poco ajuar, partió san Vicente de Chatillon á 13 de diciembre, acompañado del llanto general del pueblo, y llegado á París, despues de largo tratado con el padre Berullo, tornó á entrar en la casa de Gondi.

En este tiempo trabó san Vicente estrecha amistad con san Francisco de Sales, quien dijo de nuestro santo, que no conocia en París sacerdote mas virtuoso y juntamente mas prudente, á quien por esto recomendó san Francisco, año de 1620, la direccion de la venerable madre de Chantal, Juana Francisca Fremiot, y de las otras religiosas de la órden de la Visitacion, poco ántes introducida en París. Con qué zelo mansedumbre y prudencia hayan sido dirigidas del siervo de Dios, lo han depuesto ellas mismas en los procesos de su beatificacion, y mejor se colige del espíritu primero, conservado en los cuatro monasterios sujetos á su cuidado, y aun en los otros propagados de ellos. No estaba ocioso en estos años el zelo de san Vicente: aplicábase á las misiones en la campaña, con gran fruto de los pueblos y reduccion de muchos herejes; y estableció en la ciudad de Coigny una cofradía de hombres, para alivio de pobres enfermos. Visitaba hospitales y cárceles, donde hacia aun las misiones. Pasó á ver los pobres condenados á galera, que ántes de ser llevados al remo, quedaban mas en cavernas que cárceles, desnudos y transidos del hambre. Descendió pues á estas hoyas; los consoló, remedió y administró los sacramentos. Sabido esto por medio del general Gondi del rey Luis XIII; creó un nuevo oficio de capellan mayor de las galeras, con título de limosnero del rey, y en 6 de febrero de 1619 lo confirió á san Vicente, con amplia jurisdiccion sobre los demás capellanes ordinarios de las galeras. Partió para Marsella, y pasando por la ciudad de Macone, vió una perniciosa multitud de pobres, que con suma ignorancia de las cosas de Dios, sin disciplina y religion, y con sobrado atrevimiento ponian á toda la ciudad en confusion y peligro. Al remedio de tantos desórdenes, juzgado como imposible, nadie aplicaba la mano; aplicóla pero el celoso sacerdote. Trata con el obispo, con los magistrados, con el cabildo, personas de distincion, y aun con la misma turba desreglada, que ya con amenazas, ya con promesas y con destierro de los mas obstinados y pronto socorro á los dóciles, quedó sujeta. Y para remedio estable se instituyó la cofradía de la Caridad, y con otros oportunos reglamentos, en el espacio de tres semanas, se halló albergue, comida y vestido para los necesitados, y se remedió el ocio, malas costumbres y protervia de los mendigos. Esta feliz empresa, juzgada de tantos desesperada, concilió universales aplausos á san Vicente, que los despreció saliéndose de noche con secreto de la ciudad.

Llegado á Marsella para ejercer el empleo de capellan mayor de las galeras, aceptado nó por honra ó interés, sino por la salud de las almas, visitó aquella comunidad de condenados; por la mayor parte mas encadenados por el demonio que por la humana justicia. Tratólos con cariño: proveyó á sus cuerpos con limosnas, y á sus almas con el pasto de la divina palabra y de los sacramentos. Tal mudanza hubo de pecadores arrepentidos, de herejes reconciliados, de mahometanos convertidos, que aquellas galeras que ántes eran albergue de pecados y pecadores, pasaron á ser casas de virtud por el zelo de san Vicente, y despues de sus hijos, á quienes dejó con su espíritu esta incumbencia y la administracion de su hospital, con la fundacion de la casa de la Mision en Marsella. Dió el siervo de Dios la vuelta á París, donde solicitó un edificio en el burgo de San Honorato, y con permiso del general, desenterrando los pobres condenados al remo de aquellos oscuros calabozos, los hizo pasar á aquel mejor albergue. Aquí los enseñaba él mismo y los asistia enfermos y moribundos, dia y noche. Pero herido su corazon de la infelicidad de los que estaban sobre diez galeras, que invernaban en el puerto de Burdeos contra los calvinistas rebeldes, se fué allá, para ayudar á los galeotes, como habia hecho en la dársena de Marsella. Con la licencia del cardenal de Sourdis, arzobispo de aquella ciudad, eligió veinte religiosos de diferentes órdenes; los repartió de dos en dos sobre cada galera, y él solícito acudia por todo, dejando para Dios ganadas innumerables almas.

Vuelto san Vicente á París, visitó el segundo monasterio de la Visitacion, en el burgo de San Jaime, donde con su bendicion una religiosa quedó instantáneamente libre de horrendas é inveteradas invasiones del demonio. El siervo de Dios atribuyó este prodigio á los méritos y reliquia de san Francisco de Sales, poco ántes difunto; mas las religiosas le atribuyeron á su bendicion, teniendo observado que sus visitas no solian concluirse sin algun prodigioso acaecimiento. Aunque san Vicente vivia tan entregado á las misiones y servicios de los prójimos, no faltaba un punto al estudio de la propia perfeccion. Los ejercicios de piedad y penitencia, las disciplinas de san-

gre, cilicio áspero, agudas cadenillas, victo parco, manjares comunes, con salsa de polvos amargos, sueño breve y sobre jergon, eran para él cosas de muchos años usadas, y constantemente continuadas hasta la muerte. Llegábase ya el tiempo destinado de Dios, para hacer nacer en su Iglesia la útil y hermosa planta de la congregacion de la mision: para cuyo fin puso en el corazon de la religiosísima madama de Gondi, á vista de los copiosos frutos de las misiones del siervo de Dios, un ardiente deseo de establecer en sus dias la idea que tenia otorgada en su testamento, de la fundacion de algunos sacerdotes que bajo la direccion de san Vicente atendiesen de propósito á las misiones de la campaña. Comunicó madama este su pensamiento con el geneneral su consorte, y despues á su hermano Juan Francisco de Gondi, primer arzobispo de París: quien, aprobando su santa empresa, señaló para habitacion de dichos sacerdotes un colegio antiguo llamado «de los Buenos Hijos,» vacante á la sazon por falta de entradas, y por su rector á san Vicente. En esto hubo no poca dificultad por parte de su profunda humildad despreciadora de toda honra; mas por no contradecir á la voluntad de Dios bajó su cabeza.

A 6 de marzo de 1624, en nombre de san Vicente tomó posesion de dicho colegio Antonio Portail su compañero, con otro sacerdote. Madama Margarita, como sintiendo su muerte vecina, y atendiendo al necesario fondo para la asistencia de los operarios, juntó la suma de cuarenta y cinco mil libras, y con el beneplácito del general, hizo de ellas donacion á san Vicente, y se estipuló el contrato en París en 17 de abril de 1625 con santas capitulaciones. Las tres principales fueron las siguientes: I. Que san Vicente tome la direccion y superioridad de los sacerdotes que él juzgase idóneos, y admitiese á los ministerios: II. Que él mismo deba continuar á vivir en casa de los fundadores, para proseguir el gran bien espiritual que experimentaba su familia: III. Que los sacerdotes de la nueva congregacion deban emplearse únicamente en las misiones de los lugares y villas de la campaña, absteniéndose sin especial motivo de las ciudades célebres, donde no faltan operarios evangélicos. Apenas pudo ver la piadosa fundadora los felices principios de tan suspirada fundacion, cuando cayó enferma y recibidos con extraordinaria devocion los santos sacramentos, en manos de san Vicente su director, dió su espíritu á Dios en junio del mismo año de 1625. Fué dama verdaderamente de rara virtud, de santas costumbres, desprecio del mundo y zelo de la religion. Habiendo san Vicente cumplido su palabra con madama, pidió licencia al general para retirarse á su colegio: sintiólo mucho; mas se la concedió por no impedir la mayor gloria de Dios, á cuyo servicio pensaba consagrare en la congregacion del Oratorio, en la cual despues de pocos años fué recibido y ordenado de sacerdote, y vivió con fama de gran piedad.

Tenia la silla de san Pedro Urbano VIII y reinaba en Francia Luis XIII, cuando retirándose san Vicente al dicho colegio en el mismo año santo de 1625, echó los fundamentos á su congregacion, y á este año señalamos el principio de esta congregacion: bien que otros le señalan, ó el año 1624, en que el arzobispo de París entregó el colegio, y deputó por rector al siervo de Dios; ó el de 1626, en que á 24 de abril, dia del nacimiento del fundador, fué aprobada la fundacion del mismo arzobispo; ó el de 1627, cuando con real despacho fué autorizado el instrumento y concedida la licencia para plantar el instituto en cualquier parte del reino; ó finalmente el de 1632; cuando la buena memoria de Urbano VIII á 12 del mes de enero con autoridad apostólica, le erigió en congregacion con título de la Mision. Mas nosotros siguiendo la tradicion, contaremos su nacimiento en el año de 1625 ya que la buena memoria de Benedicto XIII, año de 1725, como centésimo de su nacimiento, honró con especiales gracias y privilegios á los hijos de san Vicente. Los primeros que admitió el siervo de Dios, fueron el ya nombrado Antonio Portail, Francisco Coudrai, Juan de la Sala, Juan Becú, Antonio Lúcas, José Brunet y Juan de Horgny, casi todos ó doctores ó educados de la Sorbona.

Estos siete compañeros á quienes dió Dios buena parte del espíritu de san Vicente, fueron las siete colunas preparadas de la divina sabiduría, para sustentar el nuevo edificio. Andaban estos girando por villas y lugares, evangelizando á los pobres. Año de 1628, fué inspirada del cielo en el corazon de san Vicente la reforma del clero: tuvo á este propósito una larga conferencia con Agustino Poterio, vigilantísimo obispo de Beauves y la conclusion fué: Que en tiempos tan calamitosos era lo mejor juntar los ordenandos en el palacio episcopal, donde por diez dias, aplicados á la oracion y leccion, purgados con una confesion general, fuesen instruidos en el alto estado y obligaciones. Ordenó san Vicente un método conforme á esta soledad de diez dias para los ordenandos, distribuyendo los horas del dia para las meditaciones, conferencias, sermones, leccion espiritual, exámen de conciencia, noticia y práctica de rúbricas y ceremonias: en una palabra, dió leyes tan propias para en ese poco tiempo probar y disponer á los ordenandos, que ese nuevo método con gran loa de su autor, fué despues aprobado del sumo pontífice, y de los prelados en sus diócesis, introducido y conservado casi en todas partes. Pasó pues, san Vicente para ponerlo en práctica, á Beauves á primeros de setiembre, y por el camino encontró la suerte de reducir tres herejes. Llegado allí, dispuso el lugar en el palacio episcopal y empezó sus funciones, ayudado de dos doctores de la Sorbona. Tal fuego salia de la boca del siervo de Dios en sus pláticas, que hasta uno de dichos doctores hizo con él su confesion general como un ordenando. Estos fueron los primeros ejercicios de ordenandos, establecidos despues por san Vicente en las casas de su congregacion, con increible provecho del estado eclesiástico.

No dejaba entre tanto san Vicente de atender al progreso espiritual de su pequeña congregacion. En el año 1629, instituyó el noviciado con nombre de seminario interno: cuya direccion encomendó á Juan de la Sala, sacerdote de espíritu verdaderamente eclesiás'ico. Ordenó los estudios de la filosofia y teologia, cuyo prefecto señaló á Francisco Coudrai, hombre de grande erudicion. Prescribió los votos que ántes se hacian privadamente, y él mismo los hizo en presencia de su confesor, que despues renovó públicamente, cuando fueron aprobados de la sede apostólica. En este mismo año manaron de la caridad de san Vicente, dos grandes bienes á la ciudad de París. Fué el primero la fundacion de la cofradía de la Caridad en la iglesia de San Salvador, como la de Chatillon, que bajo de su direccion se propagó en casi todas las parroquias de

aquella vasta diócesis para socorro de los pobres. El otro fué, que habiendo madama Claudia de Gondi, viuda del marqués de Magneles desde el año de 1618, fundado un célebre monasterio para recoger las malas mujeres, faltábales las necesarias directoras; y acordándose san Vicente, que san Francisco de Sales habia profetizado, que sus monjas serian algun dia destinadas á este empleo, con permision del arzobispo destinó una superiora con tres compañeras del primer monasterio de la Visitacion. Quedó dividida aquella gran comunidad de 150 mujeres en tres clases, llamadas de san Lázaro, de santa Marta y de santa Magdalena: la primera de seglares encerradas allí, hasta que se reconozcan: la segunda de las arrepentidas, vestidas con hábito devoto: la tercera de las profesas, admitidas despues de larga prueba á los votos religiosos, bajo la regla de san Agustin; y todas ellas eran visitadas y ayudadas del siervo de Dios.

Cerca de este año 1629, ó bien 1630, abrió san Vicente las puertas de su congregacion, no solo á los eclesiásticos, mas aun á los laicos de toda edad, estado y condicion, deseosos de tratar en santa soledad algunos dias con Dios el grande negocio de su salvacion. De cuanto provecho hayan sido siempre estos ejercicios espirituales, despues de la introduccion hecha por san Ignacio de Loyola, autor gloriosísimo, nadie puede dar mayor testimonio que la universal experiencia. Seria largo proceso querer aquí referir las prodigiosas conversiones, obradas de Dios por medio de los ejercicios espirituales en las casas de san Vicente: quien no pocas veces cedió su aposento, y aun hoy dia frecuentemente lo hacen gustosos sus hijos, para satisfacer á la multitud de los concurrentes, á quienes sirven en todo con caridad, mansedumbre y cortesía; y en sustentar esta empresa en la casa de París, á vista de tan numeroso pueblo, no perdonó á gastos san Vicente y se cargó de deudas.

Desde el año 1630, habia sido ofrecida á san Vicente del señor Adriano del Buono prior de san Lázaro, la casa, tierras y entradas, con la jurisdiccion civil y criminal, de aquel insigne priorato en las puertas de París. Quedó asombrado el varon de Dios de aquel exorbitante ofrecimiento, y teniéndolo como tentacion del enemigo, y traza suya para enflaquecer la virtud de los suyos con tantas posesiones, contento con su pequeño colegio estuvo constante en rehusar esas ventajas. Mas de veinte veces repitió el señor Adriano tan rico ofrecimiento inútilmente á san Vicente: mas el pio bienhechor tanto trabajó por sí y por medio de sus amigos, que finalmente redujo al humilde sacerdote á pensar en el negocio á encomendarlo á Dios, y oir el dictámen de personas sabias señaladamente del señor Duval, que era su director espiritual desde el año 1629 en que murió el cardenal de Berullo. Fué cosa de admiracion que en dos años, en que esta relevante dependencia estuvo pendiente de la desasida perplejidad de san Vicente, él no diese un paso para observar aquel vasto terreno, ni pasando muchas veces por aquel sitio, levantase los ojos para ver el grande y magnífico palacio de aquel priorato. Por fin á instancias de los amigos, y principalmente por las autorizadas del arzobispo, cuya era la colocacion del priorato, vino este negocio á términos de estipularse el contrato con varias capitulaciones. Una de ellas que á todos parecia de poca entidad era: Que los canónigos súbditos del prior, viviesen juntos con los hijos de Vicente: en cuyo juicio pesó tanto que le obligó á protestar que sacrificaria tan honrada conveniencia, ántes de admitir tal condicion temiendo el perjuicio del riguroso silencio, que habia introducido en los suyos: tanto como eso estaban arraigados en el corazon del santo fundador, el desasimiento de bienes temporales, y el zelo de la comun observancia.

Entra pues san Vicente con la mayor parte de sus hijos en el priorato de San Lázaro, en 8 de enero de 1632 quedando despues confirmada la union perpetua de dicho priorato, con la autoridad de Urbano VIII y Alejandro VII. Aquí su insaciable caridad tuvo campo para ejercitar las funciones de su instituto, y aun para separar lugares, para cuidar de mentecatos, y para reducir á vida cristiana á mozos incorregibles. Pero despues de esta entrada en San Lázaro el papa Alejandro VII, con su bula que empieza: *Salvatoris nostri*, aprobó como queda dicho la congregacion, honróla con gracias especiales, y con todos los privilegios concedidos y por conceder á las congregaciones semejantes, y desemejantes. Eligió al santo fundador en superior perpetuo, con facultad de formar constituciones, que asimismo fueron despues aprobadas de la sede apostólica. Declaró aun á instancias del siervo de Dios, que sus misioneros fuesen sujetos, cuanto á las funciones del instituto á los obispos; bien que en lo demás fuesen totalmente exentos. Mientras la congregacion de la Mision caminaba con esta bonanza, se levantó una borrasca, por medio de una comunidad regular, que puso pleito á san Vicente sobre la posesion del priorato. No se alteró el mansueto posesor; mas encomendando el negocio á Dios, se quedó con total resignacion á cualquier acaecimiento: y no es de extrañar que quien tuvo tantos reparos en admitirlo, no tuviese en soltarlo sentimiento, sino en desamparar la cura de aquellos locos, poco ántes con tanta caridad emprendida. Pero pudo mas la justicia y oracion del siervo de Dios, que la energía del abogado contrario, y quedó confirmado en su posesion.

Desde el principio de sus misiones se aplicó san Vicente á la importante funcion, que despues en la citada bula de Urbano fué contada entre las principales del instituto, de exhortar y ayudar á los curas y demás eclesiásticos, á bien cumplir con sus obligaciones: á los cuales solia juntar de los lugares poco distantes, para tratar del modo de catequizar, predicar, celebrar, oir confesiones etc.; por lo que no sin fundamento del clero de Francia, en sus cartas á la santidad de Clemente XI, fué reconocido por autor de estas conferencias eclesiásticas. Mas en el año 1633 tuvo principio en su casa otra manera de conferencias eclesiásticas, todo de espíritu semejantes á las que en los primeros siglos fueron de tanto uso, y aprecio á los monjes de Oriente. Dió ocasion á esta nueva fundacion el fervor de los sacerdotes recien ordenados, que frecuentando la casa de San Lázaro, buscaban medios para conservar el fruto de los ejercicios, hechos bajo la direccion del siervo de Dios, para su ordenacion: y de la utilidad de los privados coloquios con el santo director, arguyendo ellos cuanto mayor seria si les hablase en comun; uno de ellos propuso, que á este fin les juntase á ciertos tiempos. No condescendió luego como era su costumbre; mas encomendando esto á Dios, quedó resuelto que un dia cada semana se congregasen en la casa de San Lázaro, para tratar con discursos llanos y devotos, de las

obligaciones, peligros y virtudes del estado sacerdotal.

A tales juntas se hallaban continuos no solo doctores de la Sorbona, canónigos, curas y otros sacerdotes; mas aun abades mitrados, obispos y arzobispos esclarecidos, sedientos de oir y compungidos de haber oido las palabras de san Vicente: quien á vista de este concurso y del deseo de establecer obra tan útil, la erigió en hermandad con nombre de conferencia eclesiástica, y fué fértil seminario de ministros evangélicos: de la cual quiso ser informado por boca de san Vicente el cardenal Richelieu, para saber los dignos para el gobierno de las Iglesias; y aun el rey Luis XIII envió al padre Doneto de la compañía de Jesus, su confesor á saber de él mismo, los que juzgaba idóneos para prelados. Esta conferencia se ha ido propagando en las casas de la congregacion de la Mision.

Veamos ahora otra singular manera de vida comun, establecida de san Vicente de las hijas de la Caridad, en este año de 1633, con nombre « de Siervas de los pobres. » Habia ya el amoroso padre de pobres establecido en Chatillon año de 1617 la cofradía de las mujeres, llamada aun en otros lugares, « para socorro de los pobres enfermos: » pero como fácilmente acaecia, que, ó por la asistencia de sus familias, ó por la obediencia debida á sus maridos, á las veces quedaban los enfermos privados de su alivio: por tanto fundó otra congregacion distinta, que sin embarazos se emplease en tan pio ejercicio. Esta se compone de muchachas de suficiente edad y virtud, que despues de la aprobacion de cinco años, á mas de los tres ordinarios votos que renuevan de año en año, hacen el cuarto de servir á los enfermos pobres, en los hospitales, ó en sus casillas. No es fácil de explicar con qué modestia y fervor atienden en las ciudades, villas y lugares á aplicar medicamentos y alivios, aderezar las camas, barrer las casas, lavar los paños, etc., y aun para las almas en consolar á los afligidos y exhortar á los moribundos: rigen escuelas para enseñar á las niñas pobres los misterios de la fé y temor de Dios, buena crianza, leer, y labores: y por fin á manera de los misioneros, son sus casas igualmente abiertas disponiéndolo así el comun fundador, á las personas de aquel sexo, deseosas de gastar algunos dias en ejercicios espirituales. Mas de estos oficios de Marta no separan los de María: oracion mental, leccion espiritual, repetido exámen de conciencia, asistencia á la misa, continua presencia de Dios, son sus empleos cuotidianos, con frecuencia de sacramentos y haciendo cada año los ejercicios espirituales. Visten paño grosero: comen pan ordinario: beben sola agua; y sueño escaso. Trescientas y cuarenta con corta diferencia, son hoy las casas de esta congregacion repartidas entre la Francia, Saboya, Polonia y Alemania baja, en las cuales están sirviendo á mas de cuatrocientos mil pobres. Para la fundacion de este instituto, suministró grandes ayudas á san Vicente la veneranda Luisa de Marillac, dama de calificado linaje, que perdiendo moza al señor de Gras, su consorte, que era secretario de la reina María de Médicis, hecho voto de perpetua viudez año de 1625, bajo la direccion de san Vicente, se dedicó enteramente á estas obras de misericordia.

A mas de estas dos, fundó san Vicente tercera hermandad mas calificada, con nombre aun de la Caridad, año de 1634 con la ocasion siguiente. Entre los hospitales de París es numeroso y famoso, entre cuantos hay en Europa, uno llamado de *Nostra Dama*. Con la variedad de los tiempos y muchedumbre de enfermos, aquella gran máquina habia llegado á tan mísero estado, que á la mayor parte faltaban los remedios del cuerpo y del alma, hasta morir sin sacramentos. La piadosa madama de Goussaut, que empleaba sus grandes riquezas, dirigidas de san Vicente, en socorro de pobres, hizo apretada instancia para que emprendiese la restauracion de aquel desamparado hospital; mas él aunque tan zeloso, esperando mas claro indicio de la divina voluntad, se excusaba con modestia de empeño, á que inútilmente se habian aplicado los mas autorizados personajes del clero y del senado, cuya era la administracion. No pierde el ánimo la piadosa madama: participalo al arzobispo de París: quien hizo preciso mandato á san Vicente. Obedeció y comunicó este pensamiento á diferentes damas principales; y dentro de poco juntó mas de ciento y veinte, á quienes despues se unieron otras de las primeras familias, no dedignándose aun de agregarse, las dos reinas de Francia y de Polonia. Dió las leyes prudentes, el modo de elegir las oficialas, y de tener sus juntas á sus tiempos: repartió discretamente los empleos, para la asistencia de los cuerpos, para la enseñanza, y para moribundos: trocóse en fin aquel hospital con espanto de París, á quien dió Dios tal bendicion, que en el solo primer año de la institucion de esta hermandad se convirtieron á la fé mas de setecientos, entre turcos y herejes; y de los fieles en mayor número á un vivir cristiano. Y no estrechó san Vicente á este hospital la caridad de estas damas, pues sacó de ellas copiosas limosnas para grandes empresas en Europa, Africa y América.

Cerca del año de 1635 introdujo san Vicente en su colegio de los Buenos Hijos, á los clérigos muchachos para que desde los tiernos años fuesen educados en la buena disciplina, en el estudio y en la práctica de los ministerios eclesiásticos; y este fué de los primeros seminarios, que vió la Francia para los mocitos destinados al servicio de la Iglesia. Mas todo esto no le hizo olvidar al siervo de Dios sus amadas misiones, pues en este año las empleó en los fragosos montes de las Cevennas, nido á la sazon principal de los calvinistas, donde estaba pronto y aun deseoso, como él escribió á Juan Coudré, á derramar su sangre por la salud de sus hermanos. Asimismo envió algunos de los suyos á las misiones de Arvernia y del Velay, en el mismo tiempo, que san Francisco Regis, de la compañía de Jesus, hacia las suyas con tanta bendicion de Dios por las diócesis del Vivarese, y de Velenza, tirando unos y otros á un mismo fin. Año de 1636 recibió órden del rey san Vicente, para enviar al ejército veinte de sus misioneros para misionar á las tropas. Juntó luego los que pudo: enviólos al campo con prudentes instrucciones, órden y regla; y en los días libres de ataques ó escaramuzas, divididos en varias escuadras, enseñando la doctrina, predicando, oyendo confesiones y administrando sacramentos, siguieron constantemente el ejército, hasta que se retiró victorioso á los cuarteles. De las turbaciones inevitables de la guerra, muchas personas de todos estados aun monjas y niñas, echadas de sus casas, se refugiaron á París con gran penuria, donde san Vicente y la hermandad de las damas de la Caridad, las socorrieron á todas, encerrando á las vírgenes sagradas y niñas en monasterios y otros lugares pios á él sujetos. De estas refugiadas vírgenes cuatro fueron escogidas para fundar con ayuda y consejo del

siervo de Dios, la comunidad de las hijas llamadas *de la Cruz*, obligadas por voto á enseñar á las niñas pobres. En este mismo año tres otras siervas del Señor, fueron movidas y guiadas de san Vicente á fundar nueva comunidad de mujeres, con título *de santa Genoveva*, no tanto destinadas á la educacion de las niñas, cuanto á formar buenas maestras, y recibir á los ejercicios espirituales á todo género de mujeres. Del gran valor de san Vicente se valieron el cardenal Rochefoucault, para la reforma de los canónigos regulares de Francia: Alano de Solminhiac, santísimo obispo de Cahors, para restablecer á los que llaman de la Cancellata; y el célebre Cárlos Froment, fundador de estrecha observancia en el órden de Grammonte, para efectuar sus santos designios. En suma basta decir, que como lo refiere el obispo de Rhodes, apenas se hallará en Francia órden religioso, antiguo y moderno, que no profese agradecimientos á san Vicente.

Año de 1638 dió el santo fundador mejor forma de noviciado á su congregacion. Entre cuarenta mozos admitió á Renato Almerás, consejero real, que fué despues su inmediato sucesor en todo el generalato. Este, concluido su año de aprobacion, le pidió licencia para otro año: concedióselo san Vicente; y estableció, aprobándolo la santa sede, que en adelante pasasen dos años en el seminario interno, los que fuesen admitidos en la congregacion. En este tiempo envió á Roma por negocios de su congregacion á Luis Bretton, misionero de conocida erudicion y piedad, quien entre tanto, por órden de san Vicente, corrió la campaña de Roma, ejercitando sus ministerios con los pobres pastores; y de esto la divina providencia se abrió puerta para la primera fundacion de Italia en la ciudad de Roma. Entrando el año 1639, estimulado san Vicente de su insaciable caridad, fundó en la parroquia de San Lorenzo dos escuelas, una para veinte mocitos, y otra para veinte niñas, educándose y sustentándose en un todo gratuitamente; y con este ejemplo dió motivo á las otras semejantes escuelas, por esto llamadas de la Caridad, que de mano en mano fueron introducidas en las otras parroquias de aquella vasta ciudad.

Bien sabidas son las horrendas calamidades, que poco ántes de la mitad del pasado siglo padecieron los dos ducados de Lorena y de Bar. La hambre y la peste, compañeras ordinarias de una larga guerra, redujeron todo aquel pais á estado, que no puede referirse sin horror. De la hambre basta solo contarse, que se arrebataban, y hechos pedazos se comian los niños; y esto hacian aun sus propias madres, y aun á estas las mataban sus hijos, y las comian; y por gran castigo de Dios, de las selvas salian á tropas los lobos á despedazar niños y mujeres. Nadie pensaba, ni podia remediar tanta calamidad, que pedia el tesoro de un rey, mas pensóla y remedióla nuestro Vicente. Hizo examinar por algunos zelosos sacerdotes de su congregacion, que envió, las miserias de aquellos países, de los cuales pasaron á París mas de doscientas doncellas, que peligraban, gran número de muchachos abandonados, mucha parte de la plebe, y no pocas familias nobles, á quienes se juntaron otros, que por evitar el furor del impío Cromwel, huidos de Inglaterra, se refugiaron en Francia. A sus gastos sustentó el siervo de Dios, á las doncellas con las hijas de la Caridad, y los muchachos en su casa de San Lázaro: á la plebe, que hacia juntar en lugar vecino á París, llamado Capilla, envió frecuentes y abundantes provisiones, é hizo con los suyos una buena mision: finalmente, para los nobles juntaba en San Lázaro cada mes un buen número de caballeros de París, que movidos de las palabras y ejemplos suyos, contribuian tanto, que en cada junta no se recogia ménos de doscientos escudos de oro: y en veinte años, que sobrevivió el siervo de Dios, salieron de aquella junta para socorro de dichos nobles unos cincuenta mil escudos de oro.

Para socorrer despues á los que quedaban en aquellas desoladas provincias, envió doce de sus sacerdotes, que en solo diez años distrubuyeron á los necesitados mas de un millon y seiscientas mil libras, sin los vestidos, ropa blanca y utensilios para las iglesias. Y no solo los seglares fueron socorridos de la caridad de san Vicente; mas aun los religiosos de todo órden y sexo. Las monjas, que por la hambre estaban para salir de sus clausuras, fueron conservadas en ellas; y otras, que no se podian mantener allí, fueron por su medio seguramente trasladadas á París, donde fueron bien colocadas y asistidas. Ni debe pasarse en silencio, que las inmensas limosnas buscadas, expendidas en la Lorena por san Vicente, fueron honradas por Dios con prodigiosos acaecimientos; porque, segun se refiere, se hallaron dichas limosnas varias veces multiplicadas entre las manos de los misioneros que las distribuian: y asimismo se atribuyó á prodigio, que el hermano Mateo, coadjutor de la congregacion, pudiese hacer mas de cincuenta viajes de París á Lorena, cargado de moneda, por medio de los ejércitos, sin daño de los soldados, que despojaban, y aun mataban á los pasajeros. En este tiempo madama María de Chavigni, viuda, noble y rica, vino á París á consultar á san Vicente sobre el piadoso deseo de fundar en América un monasterio de Santa Ursula, para la educacion de las niñas del Canadá; y con aprobacion suya, pasó ella allí con la famosa soror María de la Encarnacion, del monasterio de Santa Ursula de Tours.

Año de 1639 visitó las casas de su congregacion, dejando por todas partes vestigios de piedad: y pasando por la ciudad de Troya, libró instantáneamente á una afligida religiosa, de molestísimas y envejecidas tentaciones. Mas impedido de continuar esta visita por mas graves negocios, que le detenian en París, se aplicó año de 1640 á fundar un hospital para los niños, que por malicia ó miseria de sus padres, quedan abandonados, llamados expósitos. Nadie, ántes que nuestro santo, habia dado eficaz remedio á esta necesidad, mayor de lo que se puede decir; porque unos comidos de perros, otros por falta de alimento, otros por violentos dormitorios, que les daban las criadas de una vieja, á quien dichos niños eran encomendados en una casa, que llamaban del Parto, y otros vendidos por vil precio á personas infames para malas artes, ó por mamar leche infecta, por la mayor parte morian en breve; y lo que era mas lastimoso, sin bautismo. Habia procurado san Vicente desde el año 1638 con las damas de la Caridad, que se encargasen de algunos de aquellos infelices niños, como de hecho sacaron doce por suertes, y encomendaron su crianza á las hijas de la Caridad, junto á la puerta de San Victor. A estos doce se iban añadiendo otros, y otros, de mano en mano de la piedad de aquellas damas; mas la infeliz suerte de los que quedaban, tocó tanto el corazon del siervo de Dios, que llamado á junta general todas las damas, les habló con tal eficacia, que no pudiendo ellas resistirse al espíritu que

en él hablaba, se encargaron de la asistencia de todos bien, que el gasto anual no fuese ménos de cuarenta mil libras: por donde ellas solian decir: Que las lágrimas de san Vicente eran para los pobres rica mina.

Al octubre de 1641 hizo san Vicente una asamblea general en la casa de San Lázaro, de los superiores y sacerdotes mas antiguos de la congregacion, donde trató de la formacion de las reglas y medios para conservar el espíritu del instituto y de los tres votos de pobreza, castidad, y obediencia, añadiendo el cuarto, de consagrarse por toda la vida en congregacion para la salud de los pobres aldeanos, que, como se ha dicho, se hacian privadamente, y despues se suplicó y obtuvo la aprobacion pontificia. Despues el humildísimo sacerdote se hincó de rodillas delante de los congregados: pidió perdon de las faltas de su gobierno; y espontáneamente renunció el generalato en sus manos, y con lágrimas rogó instantemente que pasasen á nueva eleccion, y se retiró del congreso. Asombrada la asamblea, envió por algunos diputados á llamarle; pero sin fruto. Luego fuéron todos allá, y hallándole constante en su renuncia la aceptaron, y al mismo tiempo á una voz dijeron: A vos concordemente elegimos por nuevo general: y con esto contra su voluntad le volvieron al gobierno. En este mismo tiempo pasó á París la venerable madre de Chantal á comunicar su interior al siervo de Dios; y consolada partió á Moulins, donde enfermó y murió en breve santamente. De la muerte y gloria de esta gran sierva de Dios tuvo revelacion san Vicente, que con la noticia de su peligrosa enfermedad, recogido en su oratorio para encomendarla á Dios, vió un pequeño globo, como de fuego, que levantándose de tierra pasó á juntarse con otro mayor, mas resplandeciente y mas elevado; y ambos despues juntos arrebatados muy alto, vinieron á consumarse en otro tercero, y como infinitamente en otro mas lúcido. A esta vision se juntó una habla interior, que dijo el santo: Que el globo menor significaba á la alma de la madre de Chantal, que á la sazon subia al cielo, el segundo á la de san Francisco de Sales, que bajaba del cielo á recibirla: el tercero y tan grande, á la divina esencia, con quien ambos se habian tan felizmente juntado. Despues celebrando misa fué recreado con la misma vision: la cual el siervo de Dios comunicó con humildad y modestia al arzobispo de París, y al padre Mauricio Barnalita: quienes le ordenaron que extendiese esta vision en escrito, lo que ejecutó, mas con nombre de tercera persona, prediciendo aun que algun dia manifestaria Dios la santidad de su sierva. De todo esto guarda documento auténtico en el monasterio mayor de la Visitacion de Anesi, reconocido por el general de la congregacion de la Mision el muy reverendo Juan Bonnet.

Este año, dia del nacimiento de Cristo, introdujo el siervo de Dios la piadosa costumbre, observada despues de todos los generales sucesores hasta hoy dia, de admitir cada dia á la mesa cabe sí dos pobres viejos, servidos como la comunidad, á quienes, como á los demás pobres, se mostraba tan comedido, que no les hablaba sino descubierta la cabeza. A 17 de octubre de este año el ya referido Luis Bretton murió en Roma con fama de extraordinaria virtud, á quien fué subrogado por san Vicente Juan Martin: hijo de París (de cuya bondad, doctrina y zelo, aun hoy viven en Roma testigos oculares), para que diese principio á la casa de la congregacion de la Mision de dicha ciudad, fundada de la religiosísima María de Vignerod, duquesa de Aiguillon, y año de 1642, á la sombra de la santa memoria de Urbano VIII, dieron feliz principio á las funciones del instituto. En este tiempo fundó san Vicente en París otra nueva manera de seminario para los clérigos adultos, ya maduros, para ascender á los sagrados órdenes. Del santo concilio de Trento habia sido eficazmente encomendada la eleccion de seminarios para los clérigos muchachos: esta en Francia se retardó por la mala coyuntura de los tiempos, y los pocos que se eligieron; no correspondian al fin pretendido; pues por la poca edad de estos clerizones se reducian estos seminarios á meras escuelas de letras humanas, ni se podia de ellos hacer prueba en la vocacion, pasando despues por la mayor parte á empleos seculares. Esto sentia san Vicente: y confiriendo su deseo con el cardenal de Richelieu, de quien fué aprobado, con socorro de buenas limosnas, abrió este seminario, donde los que se habian de ordenar, fuesen por largo tiempo probados en su vocacion, y bien instruidos en la piedad, ciencia y funciones de la Iglesia. Esta nueva forma de seminarios fué comunmente aplaudida y aprobada de los obispos de la Francia, que movidos del ejemplo y consejo del siervo de Dios, los establecieron en sus diócesis, y por la mayor parte los encomendaron á los sacerdotes de su congregacion. Emulando santamente otra comunidad de sacerdotes el zelo de nuestro santo, se aplicaron á las mismas funciones por él introducidas; mas el verdaderamente hombre de Dios estuvo bien lejos de sentir desazon ó zelos, é imitando el espíritu de Moisés, respondió á quien le hablaba de esto: *Utinam omnes prophetent:* y en cuanto pudo ayudó en París y en Roma á aquellos dignos obreros, posponiendo á las demás su congregacion, á la cual llamaba mínima; y solia decir: que mas gustoso habria perdido ciento de sus fundaciones, que oponerse á una sola de cualquier otro instituto.

Muere en este año el cardenal de Richelieu, y por argumento del amor que tenia á san Vicente y su congregacion le dejó una manda de una gran suma para la casa por él ya fundada en la ciudad de su apellido en la provincia de Poitou. Desde el año 1639 habia sido elegido san Vicente del rey Luis XIII por su limosnero secreto; y el año de 1643 tuvo con el siervo de Dios largo tratado sobre el modo de reducir los herejes, y fundó aun en la ciudad de Sedano una casa de la Mision para la conversion de los calvinistas, y tomó resolucion de no nombrar para obispados, á quien no hubiese vivido un trienio en algun seminario de la Mision; mas no pudo aquel piadoso monarca ver sus designios cumplidos, porque consumido de larga enfermedad, se vió reducido al extremo de su vida. En este estado mandó llamar á san Vicente para su asistencia en tan peligroso trance: acudió este luego, y en sus manos rindió su alma á Dios en el palacio de San German á los 14 de mayo de este año. Sucediéndole Luis XIV en el reino, de edad de cinco años, quedó gobernadora su madre la serenísima doña Juana de Austria, que bien persuadida de la fidelidad y prudencia de nuestro santo, le nombró por uno de los de su consejo de conciencia, donde se trataban las cosas de Iglesia. Componian este consejo cuatro consejeros, y fueron el Cardenal Mazarini, el gran canciller Seguier, el doctor Charton y san Vicente. Quedó á tal anuncio el siervo de Dios confuso y asombrado y aun

medroso de tan alto como peligroso ministerio; mas por fin, por no faltar á la obediencia de la reina lo aceptó: á quien mereció nuestro santo tanta veneracion, que para hablarla no le hacia detener á su puerta, y se levantaba su majestad del solio para recibirle. En nada se mudó con esta mudanza. Su trato fué tan sincero y modesto como ántes, hallando el modo de cumplir con el mundo sin desagradar á Dios. Su gran cuidado era el examinar quién fuese idóneo para beneficios, obispados y demás dignidades; y en este tan difícil manejo mostró igualmente su discrecion y fortaleza, despreciando promesas, amenazas, injurias de poderosos, y solo teniendo la mira al bien de la Iglesia. A mas de esto publicó guerra á la corrupcion de costumbres, doctrinas y libros perniciosos, y á los excesos de las representaciones públicas. Contra las blasfemias y duelos hizo publicar por la reina severos edictos: enfrenó la audacia de los ministros reales infectos de calvinismo: y en la diócesis de Basaz en Gascuña, como aun en las vecindades de París, arrancó las raices de los iluminados que renacian.

Ocupado el varon de Dios en tan importantes negocios de la Iglesia y de la república, cayó en una grave enfermedad de aguda calentura que le llegó hasta el delirio, en que, por la buena disposicion de su corazon no proferia sino palabras religiosas. A este tiempo estaba aun enfermo Antonio Dufour, sacerdote jóven de la congregacion, quien, sabido el peligro de su santo padre, ofreció á Dios espontáneamente á sí mismo, por la tan importante vida de su amado padre. Aceptó Dios la víctima: y comenzando á mejorar san Vicente, se fué al contrario agravando Antonio, y poco despues murió: cuya muerte se juzgó revelada de Dios al santo, quien dió á entender estar sabedor de ella al instante en que sucedió. Año de 1645 y siguientes, no olvidado de cuanto él mismo habia padecido en Berbería, impetró á la sagrada congregacion de *Propaganda fide* la permision de poder enviar á Túnez, Argel, Tripoli, Biserta y otros lugares de aquellas orillas de África, algunos sacerdotes mas fervorosos de su congregacion: quienes en calidad de vicarios y misioneros apostólicos, llevaron y llevan gran luz y alivio á los miserables cautivos cristianos. La brevedad de esta sucinta narracion no deja referir los grandes bienes que de esto han derivado, ni los nombres de aquellos dignos obreros, que entre fatigas y tormentos acabaron sus vidas. No podia ser oculto al sumo pontífice Inocencio X, que habia sucedido á Urbano, el celo de nuestro santo: por lo que le mandó por los señores cardenales de dicha congregacion, que enviase algunos de sus misioneros al reino de Irlanda, para alivio de aquella asolada Iglesia. Obedeció el santo fundador, y envió ocho sacerdotes que por muchos años atendieron con valor en aquellas provincias, afligidas de guerra y pestilencia á promover la fé y piedad; hasta que rendida la ciudad de Limerich del ejército del impío Cromwel, desterrados, pero llenos de méritos volvieron á su buen padre.

En el año de 1647 dió el siervo de Dios la forma y reglas á la comunidad de las doncellas llamada «de la divina Providencia,» instituida con su direccion y ayuda por una principal matrona de la compañía de la Caridad. Tienen estas por instituto preservar las pobres doncellitas que están en peligro de perder su honestidad. De este instituto manó otro por las discípulas de san Vicente, llamado «de la Union cristiana», para instruccion de las niñas y mujeres recien convertidas del judaismo ó herejía. Como llegó á ser tanta la llama de su caridad, extendió sus ojos, año de 1648, á los remotos pueblos de la isla de Madagascar, por otro nombre de San Lorenzo, una de las mas vastas, que la habitan muchos centenares de millares de personas, ó idólatras ó sin religion. Para purificarla de la infidelidad y vicios, obstuvo san Vicente las necesarias licencias de Roma, y con deseo y esperanza del martirio pensó emplear allí lo restante de su vida. Mas como los tan graves negocios de la Iglesia y reino siempre le tuviesen preso, destinó muchos de sus sacerdotes, que unos con su sudor, otros con su sangre, regaron aquella inculta viña: otros corriendo á esta empresa, naufragaron en aquel seno de mar: otros sorprendidos por los enemigos fueron despojados de los sagrados ornamentos y de abundantes limosnas destinadas para la isla; mas tantos siniestros acontecimientos no entibiaron la llama de la caridad del siervo de Dios, para que no enviase otros. A los primeros trabajos dió Dios tanta bendicion, que se convirtieron unos cinco mil. De su celo y del de sus hijos se esperaba en breve la entera reduccion de aquella numerosidad de pueblos, á no haberse cruzado, por oculto juicio de Dios, los graves disturbios que impidieron el curso de aquella insigne mision. Vive todavía la esperanza en los hijos de san Vicente, que al presente cultivan las vecinas islas de Borbon y Mauricia, de que se les vuelva á abrir la puerta á Madagascar.

Aunque el siervo de Dios estaba tan aplicado á la salud de los que estaban tan léjos, no apartó sus ojos de los que tenia cerca. A fines del año 1648, y principios del siguiente, afligida la ciudad de París y gran parte del reino de la triplicada calamidad de guerra, peste y hambre, no escaseó san Vicente ni fatigas, ni bienes, ni su vida: y reservada para otra pluma la distinta relacion de sus estupendas acciones en aquella lastimosa guerra intestina, solo tocaremos aquí algo. En el tiempo, pues, de estas civiles revoluciones, sustentó cotidianamente en su casa de San Lázaro á sus gastos cerca de dos mil pobres, á quienes para dar mas abundante limosna, repartió la mayor parte de los suyos en otras partes de la congregacion. Salida la reina con el rey su hijo de París, fué luego san Vicente, despreciado todo peligro, á encontrarla para desviarla de poner cerco á París, donde habian de perecer de hambre tanto cúmulo de inocentes, por la culpa de pocos. Asimismo con dictámenes de prudencia cristiana y política exhortó al cardenal Mazarini á ceder un poco á la malignidad de los tiempos; mas viendo tan exasperados los dos partidos, y lo poco que él aprovechaba en la córte, se retiró á una posesion suya, donde por espacio de un mes pasó en ejercicios de penitencia y oracion, exhortando á los labradores de aquella tierra á compuncion, para aplacar la ira de Dios. Entretanto la casa y recinto de San Lázaro fueron saqueados por seiscientos soldados alojados por un personaje del partido contrario al rey: muebles, ganados y el grano prevenido para los pobres, fueron sus despojos: mas avisado san Vicente, dijo las palabras del santo Job, con su mismo espíritu, y escribió á Lamberto Couteaux, que tenia las veces de superior de aquella casa, que para subvencion de los pobres buscase veinte mil libras á logro, para comprar grano: el cual á juicio de algunos, nó sin prodigiosa multiplicacion, bastó á aquella

gran urgencia, hasta que abiertos los pasos, pudieron entrar libremente vituallas en París.

Acabado el retiro y nó las revoluciones civiles, emprendió el siervo de Dios la visita de sus casas, y en ella fué preservado dos veces por la divina Providencia de peligro manifiesto de la vida, así de ahogarse al pasar un rio, como de no haber muerto á manos de un oficial de la faccion contraria al rey, que salió de la ciudad de Rennes de industria para matarle. De órden de la reina, dejada la visita volvió á la córte cuando ya estaban pacificadas las cosas de París. Aquí se aplicó luego á reparar los agravios hechos por los soldados contra la santísima Eucaristía, ordenando ayunos, privadas penitencias, públicas rogativas y procesiones en estos lugares en que habian sucedido estos sacrilegios. Hizo reponer los sagrados vasos despedazados, adornar las iglesias, restaurar las que caian y levantar las destruidas: y esto no solo en las vecindades de París, donde habian estado acampados ambos ejércitos, mas aun en un gran número de los lugares y villas de las provincias de Champaña y Picardía, devastadas de las hostilidades extranjeras. En este tiempo cansado san Vicente de su edad crecida y de su antigua enfermedad de las piernas, con gran dificultad podia andar ni á pié, ni á caballo; y por no privar á la Iglesia y república de ministro tan iluminado, la reina y arzobispo le hicieron expreso mandato de usar en adelante de coche. Usólo, pues, por obedecer; mas de manera que le fuese rubor á él y de alivio á los pobres. Tan mal compuesto estaba su coche de caja y caballos, que movia á risa á los muchachos; y dentro de él admitia toda suerte de enfermos, para llevarlos al hospital.

Aquellos admirables oficios de caridad, que habia hasta aquí practicado san Vicente en socorro de la Lorena, los proseguia y prosiguió hasta el año de 1660 en que se publicó la paz general. En el de 1650 envió á aquellas partes diez y seis misioneros y algunas hijas de la Caridad: estas, para asistir á los pobres enfermos; aquellos para predicar, administrar sacramentos, dar de comer á los hambrientos, vestir á los desnudos y consolar á los afligidos. Se subvino á la miseria de los nobles: se suministró semilla á los labradores, y materia ó instrumentos á los artífices: y para que la caridad fuese del todo ordenada, propuso á todos un sacerdote, que discurriendo por aquellas desoladas provincias, diese á todo pronta providencia y cerciorase de todo á san Vicente. Al fin de este año, en la batalla de Retel, quedaron sobre el campo unos dos mil cadáveres de los enemigos expuestos á las fieras; y sabido de nuestro santo, á sus costas les hizo dar cristiana sepultura. Entrado el año 1651, con nueva facultad del sumo pontífice destinó otros sacerdotes á la conversion de los herejes de Escocia, en aquella parte del reino, que llaman Montuosa y en las numerosas islas adyacentes, llamadas Espérides, al occidente, y Orcadi, al setentrion, donde apenas se hallaba vestigio de religion. Consta de las difusas relaciones, que se conservan de aquellas misiones el copioso fruto recogido de aquellos operarios, hasta que por la tiranía de Cromwel, parte de ellos fueron encarcelados y parte desterrados.

Teniendo noticia san Vicente, que en la ciudad y distrito de Troya, en Champaña, muchos hiberneses, abandonada su patria por la religion, despues de haber servido en las reales tropas con pérdida de no pocos, vivian en gran miseria, señaladamente huérfanos y viudas; envió luego un sacerdote hibernés de su congregacion con abundantes socorros, y con órden de poner en seguridad á las doncellas, y repartir los niños en diferentes hospicios y disponerlos á todos para cumplir con la pascua. Entretanto de la serenísima reina Luisa María Gonzaga, sucesivamente consorte de Ladislao IV y Casimiro V, reyes de Polonia, quien tenia bien experimentado, de las juntas de las damas de la Caridad en París, el zelo de san Vicente, fueron instantèmente pedidos y prontamente de él concedidos dos sacerdotes de su congregacion, Lamberto Couteaux y Guillen Desdames: quienes en aquellas vastas provincias de Polonia y Lituania, echados felizmente los cimientos de la congregacion, donde hoy se halla muy dilatada despues de largas fatigas, llenos de méritos acabaron allí santamente sus vidas.

Acabada á los 7 de setiembre de este año la menor edad del cristianísimo rey Luis XIV, poco despues tanto en París como en el reino se encrudecieron las civiles revoluciones por la conjuracion de los poderosos, bajo la sombra de Juan, príncipe de Condé, contra el cardenal Mazarini: quien por dos veces dejado el mando y salido del reino, en breve tornó al reino y ministerio. Estos disturbios dieron gran materia á la caridad de nuestro santo: quien, siempre fiel al rey y á la reina, mereció por su prudencia y candidez ser medianero entre aquellas majestades y príncipes confederados; y aun no pudo conservar y reducir á la obediencia del rey á los principales consejeros del parlamento. Hervia sin embargo y se mantenia encendido el furor de las sediciones sin hallarse lugar de seguridad, año de 1652; la gente del campo, abandonadas sus casas y labranzas, y saqueadas las villas, buscaban refugio en los lugares murados ó en los bosques; y aun aquí penetraba la caridad de san Vicente, cuyos obreros eran enviados allá, para remediarlos en cuerpo y alma. Puédese bien decir que aquel florido reino de Francia, tan asolado de las civiles discordias, no tuvo en tantas calamidades más poderoso amparo, que las penitencias, oraciones y limosnas suyas, y de otras devotas personas, en especial de las damas de Caridad, que movidas de la industria del siervo de Dios, y tambien de su piedad, instituyeron en esta ocasion una forma de público almacen, donde todos los ricos de París llevasen cuanto les sobraba en todos géneros, granos, harina, vestidos, ropa blanca y alhajas, que se repartieron con buen órden á los necesitados. A mas de esto tenia san Vicente ocupados á su cuenta buen número de oficiales al trabajo en diferentes tiendas, donde se tenian prontos zapatos, medias, jubones, camisas, sábanas y sombreros, que de limosna se daban á los mendigos.

La gravedad de la materia tocante á las cinco proposiciones de Jansenio, nos llama para que digamos lo que hizo el siervo de Dios, para solicitar su condenacion que se logró en estos tiempos. Al mayo de 1638 murió Jansenio: poco despues compareció en diferentes partes su notable libro con el título de Agustino, de quien fueron entresacadas las cinco pestíferas proposiciones: cuyo veneno reparó luego san Vicente, quien desde entonces no dejó por probar medio alguno, para que fuesen condenados en Roma, y detestadas en París y en todas partes: cuya prueba son los sentimientos de los mismos autores jansenistas, y los documentos copiosos traidos de los procesos

y registrados en los autos de su beatificacion. Despues año de 1643 contra dicho libro fué publicada en París, con la ayuda de nuestro santo, la bula de Urbano VIII. Consta aun por confesion de los mismos jansenistas, que año 1650 y el siguiente, fué eficazmente solicitada de san Vicente la suscripcion de aquella célebre carta, que enviaron á Inocencio X ochenta y cinco obispos de Francia, á quienes se juntaron otros tres, para conseguir sobre dichas proposiciones el oráculo decisivo de la santa sede. Llegada á Roma la carta, y destinada del papa, una particular congregacion para el exámen, fueron enviados á la córte romana por los fautores de Jansenio cinco teólogos, para apadrinar sus errores. Sabido eso por el siervo de Dios, hizo todo esfuerzo para que los obispos enviasen por su parte tres doctores de la Sorbona, de cuya sana doctrina tenia toda satisfaccion, y á quienes de su dinero suministró el viático, y recomendó á los suyos de la casa de Roma: adonde llegados, no hicieron cosa sin el consejo del santo, á quien iban dando cuenta de todo, como se colige de las mutuas cartas.

Aun la reina madre, persuadida del siervo de Dios, en su nombre y del rey, su hijo, suplicó al papa la deseada decision sobre las referidas proposiciones. Los doctores enviados del clero de Francia presentaron en escrito sus dictámenes contra ella: la congregacion deputada se juntó con frecuencia, á que intervino por diez veces el mismo papa; quien finalmente á 31 de mayo de 1653, pronunció el gran decreto condenativo. Los tres doctores de la Sorbona escribieron luego lo sucedido, y remitieron la constitucion apostólica á san Vicente, á fin de que obrando con monseñor Bagni, nuncio apostólico, pudiese presentarla al rey, á la reina, al cardenal Mazarini y al gran canciller, y procurar su aceptacion: todo lo cual solicitó con tanta eficacia, que á los 4 de julio salió el decreto de promulgacion, y luego treinta obispos, que á la sazon se hallaban en París, con sumision la aceptaron, y recomendaron á los obispos ausentes. Solos los fautores de Jansenio pusieron dificultad; mas san Vicente se aplicó con espíritu y valientes razones á reducirles á la obediencia de esta constitucion inocenciana (como lo hizo despues, año de 1656, á la de Alejandro VII); y por fin hizo al rey una viva representacion, para que fuesen corregidos los pertinaces, y excluidos los sospechosos de los beneficios eclesiásticos.

En este mismo año no dejó san Vicente, bien que casi octogenario, y cargado de enfermedades y negocios, de correr las campañas, anunciando á los pueblos el jubileo concedido por su santidad; y siéndole consignada buena suma de dinero, para distribuirla á su arbitrio, ni dió cosa á sus pobres parientes, ni á los de su congregacion; mas toda la empleó en la ereccion de un hospital en la parroquia de San Lorenzo, para sustento de cuarenta pobres artífices inválidos, á quienes dió buenas reglas de bien vivir: destinó para directores á los sacerdotes de su congregacion, y deputó las hijas de la Caridad para su servicio. Despues el año 1654 envió nuevos y abundantes socorros á los paises desolados por las guerras; y en el de 1655 tuvo la consolacion de ver confirmada por Alejandro VII su congregacion con los cuatro votos ya referidos solamente dispensables por el papa, y por el superior general en el caso de la dimision de los sugetos. En estos tiempos protegió con largas limosnas, y con la solicitacion del real despacho, la fundacion de las sagradas vírgenes, bajo el título de santa Inés en la ciudad de Arras. Al fin de este año, y en el siguiente de 1656, tantearon las damas de la Caridad, bajo la direccion de san Vicente, otra mas gloriosa empresa de la fundacion de un hospital general, para recoger todos los pobres de París, que entonces se dice llegaban á cuarenta mil: mas obra tan sobresaliente reservó el cristianísimo rey Luis XIV á su magnánima piedad. Publicado pues el real decreto, cedieron dichas damas las casas ya destinadas al nuevo hospital, repartido en cinco hospicios, para pobres de toda edad, condicion y sexo. Del mismo real decreto venia cometida á los sacerdotes de la Mision la direccion espiritual; y á las hijas de la Caridad la temporal: mas el prudente fundador, consintiendo en la incumbencia de las hijas de la Caridad, eximió á sus sacerdotes de la suya, bien que tan pia, á la cual por tan vasta no habria entonces podido satisfacer de lleno: pero sustituyó á esta direccion al célebre Luis Abelli, despues vigilantísimo obispo de Rhodes, con otros sacerdotes de la Conferencia eclesiástica. Sin embargo concurrió san Vicente á los gastos de las primeras provisiones, y á la introduccion de los pobres, ejecutada en el principio del año 1657, sufriendo humildemente las injurias y quejas de aquellos descomedidos mendicantes, que mas querian la insolente libertad de una vida vagabunda, que tantas comodidades para cuerpo y alma, preparadas en aquel hospital.

En este año renovó y aumentó san Vicente las penitencias, al tiempo que cundian las públicas calamidades en Francia, Polonia é Italia, donde algunos de los suyos en el actual servicio de los apestados, no sin santa envidia de su santo padre, acabaron sus vidas. Envió á Calés las hijas de la Caridad, para asistir á setecientos soldados enfermos. En París atendió á promover, por comision pontificia á él significada por el nuncio apostólico, el instituto de las misiones extranjeras, persuadiendo á la duquesa de Aiguillon aquella ilustre fundacion, que despues de la muerte del siervo de Dios tuvo principio, con la cooperacion de muchos obispos, y sacerdotes de su Conferencia, y de los zelosísimos padres Rhodes y Bagot, de la compañía de Jesus, amigos de nuestro santo. En el de 1658, salido de madre el rio Sena, anegó los burgos de París, la isla de San Dionisio, y señaladamente la tierra de Genevillier; de manera que los vecinos cercados en sus propias casas, se hallaban en peligro de muerte, si no hubiese sido pronta la caridad de san Vicente, que envió gente en barquillas, y por las ventanas les daban el alimento. Semejantes providencias practicó en otras inundaciones.

Habian pasado 30 años de la fundacion de la Mision, y aun el santo fundador no habia dado reglas. Su fin fué tomar consejo del tiempo y de la experiencia. A mas que entonces tenian los suyos poca necesidad de reglas escritas, ó impresas, cuando ante sus ojos tenian en su padre una regla viva y animada, que iba delante en todo: aun trabajado de actual fiebre, y asistiendo tres veces cada semana á las conferencias espirituales de la comunidad, y hablando con toda la fuerza de su espíritu, los alentaba á la perfeccion. Con todo eso, entendiendo que se acercaba su muerte, ántes de desamparar á sus hijos les quiso dejar como por testamento las reglas que tan á la larga habia considerado á los piés de Cristo. Y habiéndolas hecho imprimir con una fervorosa plática de su utilidad y premio,

dió á cada uno de la comunidad que estaba junta, el pequeño libro que todos recibieron de rodillas; y pidiendo al santo padre su bendicion se la dió arrodillado. Otras reglas bien que no impresas, dió á las hijas de la Caridad prudentemente acomodadas á las personas y á sus funciones. Año de 1659, acogió el siervo de Dios en su casa de San Lázaro, cuatro mocitos indianos catecúmenos, donde bien instruidos en los misterios de la fé, y bautizados envió á su patria, con la ocasion de tornar á enviar con nueva licencia de la sede apostólica, otros misioneros á la referida isla de San Lorenzo, donde pocos años despues Nicolás Estiennes, director apóstolico de aquella mision, y Juan Paté hermano coadjutor, y uno de los mocitos, fueron cruelmente muertos en odio de la santa fé por un príncipe de aquella isla. En el mes de mayo de este año por la solicitud, direccion y limosnas de san Vicente, fué erigido en Borgoña, en la diócesis de Autun, el hospital de Santa Regina, para alivio de los peregrinos que cada año concurren unos veinte mil de ellos, y muchos caen enfermos.

Nuevamente trabajada de carestía y hambre se hallaba la ciudad de París el año de 1660, y probó los mismos efectos de la compasion de nuestro santo. Y bien que por riguroso edicto fuese prohibido pedir limosna en puertas, calles, é iglesias, despues de fundado aquel gran hospital; mas como fuese todavía angosto, con ser tan capaz, por ser universal la miseria, su tierno amor á los pobres socorrió en este último año de su vida á tres mil de ellos, á quienes despues de haber asistido á la doctrina, hacia dar una abundante menestra. Dió grande y secreto socorro á diferentes familias nobles: proveyó de medicinas á muchísimos enfermos, de amas á niños, que habian perdido sus madres, y obró otras semejantes obras de misericordia para los de París, sin olvidarse de los de Champaña, y Picardía. En sesenta años que tenia de sacerdocio, tuvo la pia costumbre de celebrar todos los dias que no estuvo muy enfermo. En este acto arrebataba los oyentes: y como fué observado de testigos autorizados, con rayos en su rostro. Mas algunos meses ántes de su muerte, abiertas las llagas de las piernas, vino á tanta debilidad que no pudo estar en pié, y se redujo á oir la santa misa y comulgar. Antes de dar Dios el premio á su siervo quiso hacer de él la última prueba. Por espacio de cuarenta años habia padecido san Vicente el importuno tumor en sus piés, piernas y rodillas: mas ahora pasó á muy riguroso el dolor por el humor mordicante, que en gran copia manaba por las llagas abiertas; y aun le parecia á él padecer poco por el deseo de mas padecer. Cumplióle este deseo Dios, añadiéndole cada viernes por tres horas un dolor tan atroz, que sin especial ayuda no habria podido aguantar tal agonía. A este llamaba el secreto favor, y es verosímil que le fuese de Dios concedido, en premio de su tierna devocion á la pasion de Cristo. Esto lo comunicó á monseñor Sevino, entonces obispo de Cahors.

Ibansele entre tanto extenuando las fuerzas, mas no dejaba de consolar á todos. Frecuentaban su cuarto, obíspos, arzobispos, senadores y príncipes, quien por consejo, quien por santos avisos, quien por recibir su bendicion, y partian todos doloridos por la inminente pérdida y edificados de la tranquilidad del santo enfermo. Entre otros fué á verlo monseñor Maupas obispo de Puis en cuya presencia san Vicente, tres dias ántes de morir defendió y purgó de cierta calumnia la dignísima persona de monseñor Juan Darentone, á la sazon obispo de Geneura, á quien veinte años ántes habia predicho la promocion al obispado. Y no fué esta sola, mas otras predicciones se cuentan de él: de que se arguye haber sido dotado de espíritu de profecía, y discrecion de espíritu. Y fué opinion de algunos que previó el dia de su muerte: pues que al principio de setiembre escribió á Renato Almerás, destinado en su corazon por vicario general de la congregacion despues de su fallecimiento, de hacerse traer (que estaba gravemente enfermo) sin dilacion á París. Obedeció Renato, haciéndose llevar en litera de Richelieu y á 21 de setiembre entró en la casa de San Lázaro; pero tan postrado que no tuvo alientos para pasar de la enfermería al aposento de san Vicente. Mas el amoroso padre, bien que por muchos dias habia estado oprimido de somnolencia, se hizo pasar dia 25 despues de oida misa y recibido el Señor, á donde yacia Renato. Allí le habló á la larga de las cosas pertenecientes al gobierno de la congregacion, y dado el último abrazo se hizo llevar á su cuarto y tan consolado, que decia: Ahora muero contento; mientras vive mi hijo. Despues á menudo repetia: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo:* y aquellas del Profeta: *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est. Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?* Parece que fué oido: pues despues fué embestido de un nuevo letargo: y al enfermero que tal vez le iba desvelando, dijo con un devoto sonriso: El hermano (entendia del sueño, hermano de la muerte) llama á la hermana. Dió con cortesía las gracias al médico, de la asistencia que hasta entonces le habia hecho.

Renato Almerás sabido el extremo peligro de su amado padre, le envió á Tomás Borthe, uno de los primeros oficiales de la casa, para que en su nombre y de toda la congregacion le pidiese la última bendicion. Alzó el santo moribundo la cabeza que tenia inclinada al pecho: hizo sobre sí la señal de la cruz, y con palabras distintas invocó sobre todos los misioneros presentes y futuros, la ayuda de la santísima Trinidad y del Verbo encarnado; y faltándole el aliento profirió con voz baja las demás palabras de la bendicion. El dia 26 á las seis horas despues de mediodía, recibió con devocion la extremauncion: y despues entraron á verle Claudio de Rochechovart, abad comendatario de San Juan, y otro ilustre sacerdote de la Conferencia, que á la sazon hacian los ejercicios en San Lázaro, y pidieron al santo instituidor la bendicion para sí y para todos los de la Conferencia; la cual acompañó san Vicente con estas palabras: *Qui cœpit opus bonum: ipse perficiet.* Pasó lo restante de la noche con tranquilidad, y mas anhelando á Dios que agonizando. Ceñíanle, como corona, siete de sus sacerdotes, de los cuales alguno sugeria tal vez algun paso de la Escritura, á que con buen acuerdo respondia él luego, aun entre los últimos alientos y cuando no con la voz, siquiera con señas. Finalmente al romper el alba del dia 27 de setiembre de 1660, rindió su espíritu á Dios que para tanta gloria suya, salud de tantas almas y remedio de tantos necesitados le habia criado.

Murió san Vicente Paúl lleno de dias y méritos, en el año ochenta y cinco de su edad, sesenta de sacerdocio y treinta y seis de la institucion de su congregacion. Murió, nó tendido en la cama, mas sentado en una silla en medio de su aposento y con su vestido de misionero. Murió plácidamente sin calentura, sin agonía, sin convulsiones; de

manera que apenas se distinguia si estaba dormido ó muerto. No hizo mutacion su rostro, mas aun de pálido se paró colorado; sus manos, piés y demás partes se conservaron flexibles y dieron de sí suave olor que se esparció por el aposento: y pudo ser indicio de su excelente castidad, proporcionada á quien tantas hermandades de sagradas vírgenes habia fundado y dirigido. Abrióse despues el cadáver, en que fueron halladas enteras y sanas las partes interiores, y sepultaron aparte. La sangre se encerró en vasos de cristal y con ella se tiñeron pañizuelos: uno de los cuales fué despues de años presentado del superior general de la congregacion á la buena memoria de Benedicto XIII, papa, que lo recibió como don precioso, y lo hizo exponer en un bello relicario. En otro vaso de plata, suministrado de la piedad de madama la duquesa de Aiguillon, fué encerrado el corazon. El cadáver nada embalsamado, vestido con hábitos sacerdotales, fué expuesto primero en la sala mayor de la casa, y despues llevado en hombros de sacerdotes á la iglesia, donde apenas podian defender de la gente sus vestidos, cabellos y pelos de la barba. Otros tocaban su cuerpo con medallas y rosarios, y apenas podian sin gemidos mirar aquel venerando rostro vuelto mas hermoso con la muerte. Su cadáver, encerrado en caja de plomo y esta en otra de madera, fué sepultado en medio del coro, donde año 1712, cuando de órden de la sacra congregacion de Ritos se hizo la recognicion de su cuerpo, fué hallado totalmente entero, con plena satisfaccion de los comisarios delegados.

Apenas se esparció por la ciudad de París la triste noticia de la muerte de nuestro santo, cuando de toda la ciudad se oyó esta sola voz: Ha muerto el santo. Lloráronle los huérfanos; lloráronle las viudas, y todos los pueblos exclamaron con lágrimas: Ha muerto nuestro padre, nuestro refugio y nuestro sustento. Sacerdotes y prelados, caballeros y damas, senadores y príncipes protestaron concordemente haber muerto á la Francia un incansable promotor de la disciplina, un ardiente incendio de la piedad y un zelador de la pública tranquilidad. Pero las mas justas lágrimas las derramaron en abundancia los de sus congregaciones de uno y otro sexo, cuyo penetrante dolor solo le pudo templar el considerar á su comun padre en el gozo del Señor, donde le tenian seguro protector. Despues de su feliz muerte se celebraron sus funerales en muchas iglesias de París y del reino en que declararon su agradecimiento al difunto. Entre estos fué célebre el que á 23 de noviembre de aquel año fué celebrado por muchos obispos y otros calificados sacerdotes de la Conferencia en la iglesia de San German en París, adonde concurrieron innumerables personas, ilustres por virtud y nobleza; y monseñor Enrique de Maupas, obispo á la sazon de Puis y despues de Evreux, pronunció con aplauso universal de los oyentes que eran testigos de vista sobre lo que de las virtudes del difunto oian del erudito orador. Y quedó nuestro santo con tal fama de santidad, que concurrian á su sepulcro hasta obispos y príncipes.

Hasta aquí habemos visto sucintamente la serie de la vida de este varon verdaderamente apostólico, san Vicente; mas para comun edificacion nos parece justo recorrer con brevedad sus heroicas virtudes; y empezando por la fé, que es el fundamento del cristiano edificio, dió de ella esclarecidos testimonios. Mostró su constancia cuando en Túnez pretendia su amo pervertirle. Permitió despues Dios que en su tiempo se disputasen con fuerza de ingenio cuestiones nuevas, especialmente en la materia de la gracia, y que sus fautores procurasen atraerle á su partido; mas nuestro santo se supo bien sacudir de todos ellos y aun de Juan Vergerio, abad de Sanciran, famoso en doctrina, quien por ella estaba en estimacion del cardenal Berullo y de muchos varones insignes en letras y costumbres, y fué muy amigo de san Vicente, hasta que le conoció engañado: quien viendo que con sus santos avisos no se enmendaba, lo abandonó, y fué por esta causa encarcelado y procesado dicho abad de Sanciran. Permaneció pues firme el siervo de Dios en obedecer enteramente á las determinaciones de la sede apostólica; y para mejor explicar su santo sentir usaba de esta semejanza: Así como cuanto mas se fijan los ojos y mas se pretende registrar al sol, tanto ménos se ve; así cuanto mas nos esforzamos en querer examinar con la flaqueza del discurso humano las verdades de la religion católica, tanto ménos las conocemos; basta que la Iglesia nos las propónga, para hacer que nosotros creyéndolas no podamos jamás errar. Y si con los avisos que daba á los suyos, alguno no se enmendaba de seguir estas novedades, lo despedia de su congregacion.

Usaba del mismo cuidado para que las personas de los monasterios y demás lugares pios de su direccion no tratasen con gente notada de esta falta, hasta no permitir que fuese admitida una dama con grande suma de dinero en uno de estos monasterios (bien que era gran conveniencia de las monjas), por estar tocada de estas novedades y tratar con defensores de ellas. Y de la reina gobernadora y del real consejo consiguió real decreto, que no se confiriesen beneficios á personas inclinadas á semejantes doctrinas: y varias veces representó que no se permitiese á los herejes el ejercicio público de su secta ni se les confiriesen oficios públicos. Y queda referido cuanto trabajó para que la santidad de Inocencio X condenase las cinco proposiciones de Jansenio. Premió Dios estos trabajos de su siervo en favor de la fé, probando su constancia con recios combates interiores de infidelidad. La ocasion de esta tentacion fué, que año 1609 se hallaba en la córte de la reina Margarita, ya separada de negocios de mundo, por capellan y consejero, y en semejante empleo, un célebre doctor y gran teólogo, y predicador de una diócesis del reino: este, por haber cesado en sus ministerios, cayó en ocio, y del ocio en grandes tentaciones de la fé, y de estas en peligrosa enfermedad; y á tal aprieto llegó, que el pobre doctor estaba en extremo peligro de perder con la fé la vida. Infructuosos habian salido todos los remedios; cuando san Vicente, á quien se habia encomendado el enfermo, movido del zelo de su caridad, se ofreció á sí en víctima á Dios rogándole que si fuese servido, libre su hermano, pasase á él aquella tentacion y congoja. Oyóle Dios, y en breves instantes desaparecieron aquellas tinieblas, é ilustrado el enfermo, decia sereno: Paréceme nó ya de creer aquello que enseña la fé, sino que lo veo: y así bien dispuesto entregó á Dios su espíritu. Este podemos contar por el primer milagro que obró san Vicente: quien con gran provecho suyo sufrió los recios combates de aquella tentacion. Los medios de que se valió para resistirlos, fué el primero escribir en un papel la protestacion de la fé firmada de su mano, y ponérsela en el pecho de la parte del corazon, rogando á Dios se dignase recibir su buen deseo, que era que cada vez que pondria su mano en el pecho, entendiese que renovaba

la protestacion de la fé. El segundo fué la práctica de la misma fé, consagrando sus fuerzas al servicio de los pobres para honrar en ellos á su divina Majestad; y así salió victorioso. Mas si el indicio mayor de una fé viva y constante es la imitacion de Cristo; ¿qué mayor demostracion de la fé de san Vicente que aquella continua práctica de las virtudes de Cristo? Y conociendo ser esta máxima el fundamento de la perfeccion, la dejó impresa en las reglas que dejó á los suyos por estas palabras: «Ante todas cosas se persuadirá cada uno que la doctrina de Cristo jamás puede engañar, y que la del mundo es siempre falaz: por ende la congregacion siempre hará profesion de obrar conforme á la doctrina del mismo Cristo, y nunca segun la del mundo.»

La esperanza en Dios fué la áncora con que san Vicente en la navegacion de esta vida se aseguró de sus borrascas. Argumentos son los imposibles que emprendió, las dificultades que venció, las adversidades que superó, y las innumerables urgentes necesidades que remedió; de que fueron testigos de vista los de su congregacion y toda la Francia. Conociendo la voluntad de Dios en cualquier negocio le emprendia con intrepidez, y le proseguia hasta el cabo, con tanto mas ánimo, cuanto mayores obstáculos se cruzaban, siendo su máxima: No falta jamás la providencia de Dios en las cosas que de su órden se emprenden. Cuando enviaba á los suyos á las misiones en paises extranjeros, donde se coge el fruto á fuerza de trabajos, les decia: Andad en el nombre del Señor: él os manda por servicio suyo; y vosotros emprendeis este viaje y esta mision por su gloria: en lo demás será cuidado de su divina Majestad el guardaros y asistiros. Un dia le dijo el procurador de casa, que no tenia un sueldo para el gasto ordinario, cuando para el extraordinario que se habia de hacer para los ejercicios de órdenes, que estaban para empezar, se necesitaba de crecida suma. San Vicente, lleno de esperanza, le respondió: ¡O qué buena nueva! Bendito sea Dios: ahora sí que es necesario hacer ver que confiamos en él. Cuando le representaban que su casa no podia sustentar el gran gasto que se hacia con los ejercitantes, y le seria preciso rendir las fuerzas; daba la siguiente respuesta: Son infinitos los tesoros de la divina Providencia, y nuestra desconfianza la deshonra. No dejará su Majestad de proveernos de lo necesario, como nos tiene prometido; y la congregacion de la Mision ántes descaecerá por abundancia que por la pobreza. Verdad es (decia otras veces) que es grande el gasto que hacemos: pero no puede ser mas provechoso. Si la casa está empeñada, sabrá Dios darla medios para que salga de sus deudas.

Cuando se trataba en Roma de la aprobacion de su congregacion, y al mismo tiempo se suplicaba al parlamento de París por la confirmacion de la union del priorato de San Lázaro á la misma congregacion, cosas entrambas tan necesarias para su estabilidad; el siervo de Dios, sin embargo de las gallardas oposiciones que se le hicieron, tuvo tal confianza en Dios, que escribió á un sacerdote de la congregacion estas palabras: «Yo temo de mis pecados y nó ya del suceso en las bulas de Roma, ni del negocio de San Lázaro en París, que tarde ó presto se conseguirá lo uno y lo otro:» y esto decia, fundado en esta verdad, que repetia muchas veces: Habiendo Dios comenzado á beneficiar una criatura, no falta á favorecerla como ella no se haga indigna. De esta perfecta confianza en Dios nacia el despego que tenia de todas las criaturas, hasta de sus misioneros, que por mas útiles que fuesen, no reparaba de enviarlos á misiones remotas y peligrosas: y tal era su arrimo á la divina Providencia, que jamás se valió de medios humanos para adelantar su congregacion; y así dijo un dia: Cuando no fuese menester otra cosa, para que la congregacion lograse fundaciones en las ciudades principales, ó empleos de estimacion ó sugetos para ella, mas que decir una sola palabra, yo no la proferiria. Finalmente, se conservó san Vicente tan amante de la divina Providencia, que su práctica ordinaria en cualquier negocio, ántes de valerse de los medios humanos, era recurrir á los divinos, porque (como decia) la providencia de Dios hace que les salgan bien los negocios á aquellos que procuran seguirla sin jamás prevenirla.

Amaba el corazon de san Vicente á Dios sin modo; pues no le guardó en obrar para agradar á Dios. Las tiernas palabras en que repetidas veces prorumpió, eran: ¡O Salvador! ¡O Señor mio! ¡O divina bondad! ¿Cuándo me hareis gracia de que yo sea enteramente vuestro, y que no ame otra cosa, que á Vos? Acusóse una vez uno de los suyos de haber obrado por respetos humanos; y san Vicente le reprendió severamente, diciendo: Que era mejor ser echado en el fuego atado de piés y manos, que obrar por agradar á los hombres. Temia tanto el siervo de Dios caer en esta falta, y que el amor propio manchase la intencion pura de agradar á solo Dios, que siempre que se sentia inclinado con vehemencia á alguna obra, aunque muy santa, la diferia hasta que se serenase su corazon. El abundante fruto de sus primeras misiones le ocasionó extraordinaria alegría, por ver que ganaba tantas almas á Dios; y continuando este ejercicio reparó que aquella solicitud le quitaba aquella paz que ántes gozaba: por cuyo motivo se retiró á hacer unos ejercicios espirituales, y conoció que aquella sobrada solicitud y extremado contento de su fruto, era en parte parto del amor propio; y pidiendo perdon á Dios y que le trocase su corazon, le oyó su divina Majestad, y se halló libre, y en adelante solo atento en acrecentar el amor divino. En este ejemplo deben estudiar, los que llevados de zelo impuro, solo tienen por bueno lo que aquel fervor les dicta; y si tal vez se ven privados de aquel empleo, que miran todo santo, quedan inquietos. Este honor divino fué el blanco de tantas empresas de que le hizo promotor divino, sin que de esto le hubiesen divertido los respetos de personas tan calificadas y supremas con quienes concurrió; de modo que mucho tiempo ántes de morir dijo en cierta ocasion: Que daba infinitas gracias á la divina bondad, que treinta años habia que no sabia haber hecho cosa alguna deliberadamente, que no hubiese sido enderezada á mayor gloria de su divina Majestad: que es cosa de no pequeña admiracion.

De la hoguera del amor de Dios que ardia en el pecho de nuestro santo, salian aquellas centellas por sus labios que abrasaban los corazones de los oyentes. Testigos son de esta verdad los de su congregacion, los concurrentes de la Conferencia, las damas de la Caridad y todos los demás que merecieron oir sus fervorosas pláticas: de que nacia, que muchas personas nobles y plebeyas, suspensas

del consuelo de oirle, decian á sus misioneros: ¡O cuánto sois dichosos y felices en gozar la compañía de un hombre tan abrasado en amor de Dios! Trajéronle á un sacerdote de la Mision un pecador obstinado, para que le redujese: y viendo el sacerdote que nada aprovechaba con cuanto le proponia, le llevó á san Vicente, para que se dignase hablar á aquel miserable. Hízolo el siervo de Dios, y con tanto espíritu, que le ablandó, le redujo á total mudanza, é hizo los ejercicios espirituales; publicando despues que la singular caridad del siervo de Dios le habia ganado el corazon, y que jamás habia oido hablar de Dios como él. Bello indicio del amor á Dios de san Vicente es la entera resignacion y conformidad que tanto practicó, especialmente en las cosas adversas. Un notable daño padeció la casa de San Lázaro, de que dió parte á un amigo con las siguientes palabras, que hacen, conocer la disposicion de su corazon: «No puedo hacer ménos (dice), que como á tan amigo nuestro no os dé cuenta de la pérdida que habemos padecido, nó ya como de mal que nos ha sobrevenido, sí como de favor que el Señor nos ha hecho, para que nos ayudeis á rendirle las gracias. Favores y beneficios llamo yo á las aflicciones que él nos envía, principalmente cuando son bien recibidas: y porque su infinita bondad ha ordenado esta pérdida, nos la hace aceptar con perfecta y entera resignacion; y aun me atrevo á decir que con alegría tan grande, como si hubiéramos recibido el mas próspero suceso. Esto que digo, pareceria extraño á quien no fuese práctico á los negocios del cielo, y que no supiese que la conformidad con lo que Dios dispone, es interés mucho mayor que todas las ganancias temporales.» Esta conformidad y resignacion de san Vicente se veia en las cosas emprendidas para servicio y gloria de Dios, que no tenian feliz éxito, y en los descuidos de los suyos; pues los que le trataron familiarmente, afirman que nunca le vieron turbado, inquieto y de otro semblante. Suspiros profundos arrancaban de su pecho los juramentos y las blasfemias: herian lo íntimo de su corazon las herejías, los pecados públicos y en especial los de los sacerdotes, por ver su amado dueño tan desestimado.

Con el amor de Dios va junto el amor del prójimo; y así con excelencia se vió en san Vicente. No parece en esta parte, sino remitir al lector á lo que se ha referido en esta vida; pues todo ella está llena de acciones heroicas de este amor. Solo añadiremos que siendo viejo estaba en la disposicion de ir á Indias, ó á cualquiera otra parte á padecer martirio, para procurar el bien espiritual de los prójimos. Perdió la congregacion un buen número de escogidos operarios, cuando se pretendió establecer la Mision en la isla de Madagascar; mas todo esto no entibió el amor fino del siervo de Dios á aquellos desamparados prójimos; y escribiendo á uno de los suyos le decia: «Habemos llorado la muerte de nuestros hermanos, que la Mision de Madagascar nos ha quitado; y no puedo disimular que esta nueva nos ha afligido grandemente; pero ni esta afliccion, ni las otras pérdidas precedentes, ni todas las desgracias que han ocurrido despues, han tenido fuerza de que troquemos la resolucion que se ha tomado, de socorrer aquella isla desamparada.

Este grande afecto de caridad alimentaba san Vicente con la alteza de su oracion. Horas enteras empleaba á veces en contemplar un crucifijo: y no solo en casa, mas aun en los viajes en que siempre traia uno pendiente al pecho: lo que introdujo tambien en los suyos. Visitaba cuanto mas podia al augustísimo Sacramento del altar, y este era el descanso que daba á las fatigas de sus grandes ocupaciones. Aunque su humildad encubria los favores que recibia en su interior; mas en las conferencias que tenia con los suyos inmediatamente despues de la oracion, se notaban las señales del fuego interior de la abundancia de divinas ilustraciones que en su pecho derramaba el Padre de las luces. Este ejercicio de la oracion mental hacia practicar á cuantas almas estaban á su cuidado, sin reservar estado ni ocupacion, y hasta en las enfermerías la introdujo con cierto modo no pesado. La devocion á la Vírgen María santísima estaba tan esculpida en su pecho, que parece que á esta sola atendia. Preparábase para celebrar sus festividades con ayunos y otras mortificaciones: invocábala con filial confianza: visitaba muy de ordinario las iglesias de su advocacion: ardia en el deseo de imprimir esta devocion en todos: á ella exhortaba en sus misiones á los pueblos, y dejó por regla encargado á los suyos que lo continuasen: puso debajo de su proteccion todas las congregaciones y cofradías que instituyó: y por fin, hizo á esta soberana Reina todos los servicios que le fueron posibles, que ella se los recompensó largamente. De aquella gran promesa de Cristo de exaltar á los humildes, es testigo que vale por muchos san Vicente; pues todo su estudio puso en humillarse, y Dios siempre en ensalzarle. Aniquilábase continuamente en la presencia de Dios; y de esto nacia que en todo lo que emprendia y ejecutaba, nada se atribuia á sí, y todo lo miraba como derivado de la divina bondad: por lo que en varias ocasiones prorumpia en estas voces: ¡Ah, señores! Démosle á Dios toda la gloria, y para nosotros no reservemos otra cosa que el desprecio y la confusion: esta es la parte que á nosotros se nos debe.

Esta humildad le movia á seguir á Cristo en lo exterior por el camino comun, y solia decir: que en el modo de vivir ordinario y apartado de toda singularidad, se halla un tesoro escondido. Era tambien máxima suya, que: Las empresas que se enderezan por caminos comunes y llanos, son mas asistidas y favorecidas de Dios, que aquellas que se emprenden con medios particulares y extraordinarios. Consideraba la humildad grande de Cristo: que siendo Hijo de Dios, quiso ser tenido por hijo de un pobre carpintero, y con tantas deshonras ocultó su divinidad. Este asombroso ejemplo procuró imitar tan puntual, que con su mayor estudio escondió todos los dones, así de naturaleza como de gracia, que habia recibido de Dios. Ni de sí publicaba otra cosa, que ser hijo de un pobre labrador: el mas glorioso timbre, haber guardado animales inmundos: su sabiduría, la de un estudiante de gramática: y la dignidad correspondiente, ser cura de una despreciada aldea: y en toda ocasion anhelaba á su desprecio. Una pobre mujer le dijo un dia: Señor ilustrísimo, dadme una limosna. No lo pudo sufrir su humildad, y en presencia de un insigne eclesiástico y de otras personas, le respondió: O pobre mujer, vos me conoceis muy mal y os engañais grandemente. Otra mujer, pareciéndole que le obligaria á darle crecida limosna, le dijo: Que habia sido criada de su señora madre. San Vicente, que á la sazon acompañaba algunas personas de estimacion, le respondió

luego? Mi madre jamás ha tenido criada; ántes ella ha servido y yo soy hijo de un pobre labrador. Vino una vez de la ciudad de Acqs á París un sobrino suyo por solo verle. Cuando lo supo san Vicente sintió una leve repugnancia en dejarle ver de los suyos; porque su pobre vestido daba á entender su baja suerte, y dijo al portero que le retirase á un aposento: mas luego vuelto en sí, bajó á la puerta y abrazándole, lo tomó por la mano, y mandando llamar á todos los de casa, les dijo: Que aquel era el mas honrado hombre de todo su linaje, y que le hiciesen gusto de saludarlo; y no contento con esto, para mejor triunfar de aquel leve vapor, le hizo ver de todas las personas de calidad que entonces le vinieron á visitar; y pasados algunos dias entrando á hacer los ejercicios espirituales con algunos de la congregacion, se acusó públicamente de aquella repugnancia, exagerándola mucho y confesándose por el hombre mas soberbio y digno de todo desprecio.

En los primeros ejercicios de los ordenandos que se hicieron en la casa de San Lázaro, discurriendo el siervo de Dios de la vocacion al estado eclesiástico, ponderó grandemente la bajeza de su nacimiento y la vileza de su vida pasada; y entre otras cosas dijo: Que un pariente suyo habia sido condenado á galeras; y esto lo repitió en otras muchas ocasiones: siendo verdad, que el tal parentesco era en grado muy remoto. Estos modos de buscar su desprecio eran tan ordinarios en él, que seria menester un gran volúmen para referirlos. Uno de los mas principales del parlamento de París dijo un dia públicamente: Que los misioneros de San Lázaro se habian entibiado mucho en el ejercicio de sus misiones, y que ya eran pocas las que hacian. Llegó esto á los oidos del siervo de Dios: y pudiendo fácilmente con la verdad desterrar aquella voz, pues en aquel mismo año y precedente se habian hecho mas misiones, que las que se solian hacer; y aun aconsejándole que lo hiciese, respondió: Dejémosle hacer: yo por mí jamás me justificaré sino con las obras. Un prelado principalísimo dió órden á san Vicente que acogiese en su casa un religioso que trazaba una reforma de su religion, y que le ayudase en esta empresa. Hízolo el siervo de Dios, y le fué dando los consejos oportunos. De allí á algunos dias acudieron al mismo prelado otros religiosos opuestos á la reforma, quejándose de san Vicente y del que la pretendia. No se acordaba el prelado, que todo lo obrado por el siervo de Dios era de órden suya; y dando oidos á las quejas, le hizo llamar, y en presencia de los religiosos le reprendió ásperamente, sin que nuestro santo respondiese, ni volviese por su inocencia: mas Dios, que mira por la honra de los suyos, le defendió, castigando al prelado con la memoria del órden que le habia dado, que le causó no pequeño sentimiento, en especial aquel modesto silencio de san Vicente, á quien mostró el prelado su arrepentimiento, protestando que se retractaria delante de los que le habian oido.

Andando Vicente un dia por el burgo de San Lázaro, recibió sin causa un bofeton de un hombre arrojado, que falsamente creyó que entre la apretura de la gente le hubiese dado un empujon el siervo de Dios. Podia fácilmente el santo injuriado tomarse satisfaccion, hasta gravísima de su propia mano, mientras, como superior de la casa de San Lázaro, tenia en dicho burgo jurisdiccion criminal; mas olvidado de esto, practicó á la letra la doctrina evangélica, y arrodillado á los piés del injuriador, le presentó la otra mejilla, pidiéndole perdon de la ocasion que le hubiese podido dar para la recibida injuria. Con este acto tan heroico de humildad ganó nuestro santo para sí y para Dios al delincuente, que quedó altamente arrepentido de tan gran desman. A uno de su congregacion, que habia sacado á luz un libro del principio de las funciones y aumentos de la congregacion le dió una grave reprension, por el sentimiento que tenia de que se publicase cosa en su alabanza. Semejantes actos, aplicarse á oficios bajos, aun los de cocina, sentir el haber de tratar con personas calificadas, eran tan comunes en él, que nunca se acabarian de contar. Concluyamos esta materia de su humildad con las palabras, que muy de ordinario proferia el cardenal Rochefocault, quien íntimamente trataba al siervo de Dios; y eran, que: Si se queria hallar la verdadera humildad en este mundo, convenia buscarla en el señor Vicente. La importante virtud de la prudencia, sal de las demás, resplandeció grandemente en san Vicente. Cuantos le conocieron le celebraron por uno de los hombres mas sabios y prudentes; y así le buscaban para valerse de su parecer en los negocios mas arduos personas de todos estados, eclesiásticos, regulares, obispos; hasta los nuncios apostólicos. Es digno de consideracion el modo con que encaminó todas las empresas, de que Dios le hizo instituidor ó promotor: sin ruido, sin fausto de aclamaciones y casi sin que nadie lo advirtiese, daba principio y fin á las altas empresas, valiéndose siempre de los medios mas suaves y mas humildes, como mas conformes á aquellos de que se sirvió la divina sabiduría, para fundar su Iglesia; y con esto burlaba las contradicciones del mundo é infierno. Si alguno se le oponia ni se valia del crédito, que tenia en la córte, ni le resistia; mas con paciencia daba tiempo para ganar á su contrario. Los muchos medios y asistencias que Dios le concedió, los aprovechó oportunamente, para dar cimientos firmes á las muchas y santas obras que emprendió, siendo un gran milagro el haber hallado tan gran suma de dinero para socorro de tantas necesidades, y para otros fines piadosos. Es mucho de venerarse su prudencia en haber instituido juntas, hermandades y cofradías para todos estados, para eclesiásticos, para seglares, para damas principales, para mujeres y doncellas pobres, unas para la ciudad, otras para las aldeas y gente del campo; dándolas á todas reglas proporcionadas, para que el buen órden asegurase el fruto y la permanencia.

En el corregir, acto de no pequeña dificultad, se vió la gran prudencia del siervo de Dios. Sabia acomodarse á la disposicion é inclinacion de cada uno, y esperar el tiempo y ocasion mas oportuna; de suerte que los corregidos quedaban enmendados y gustosos. Hallándose un dia en compañía de personas de gran calidad, una de ellas que tenia costumbre de jurar y maldecir, dijo: El diablo me lleve. Ah, nó señor, replicó al punto san Vicente; y abrazándole con modo agradable y sonriéndose, añadió: Yo os tengo para Dios. Conoció entonces el caballero su vicio torpe: propuso públicamente la enmienda; y quedaron los circunstantes admirados, que sin causar dolor sabia curar, con medicina nada ingrata, llaga tan envejecida. Donde mas sobresalió la prudencia de san Vicente, fué en el gobierno de su congregacion, que habiendo de ser ordenada á la salud de los prójimos, determinó que abrazase solos los empleos de ménos estimacion; como son

hacer las misiones á los pobres labradores en villas y lugares pequeños: asistir á los galeotes y otros semejantes: en que se ve la prudencia de asistir por una parte á los que se hallan mas desamparados de sustento espiritual, y guardar á los suyos de peligros, con este trato de gente sencilla. Y si bien con el progreso del tiempo ha abrazado la congregacion empleos de lustre, como los ejercicios de los ordenandos, seminarios, conferencias de eclesiásticos, y otros de este tenor no ménos celebrados que útiles, ha sido no ménos dictado de una gran prudencia; pues el criar buenos curas y sacerdotes, es asegurar el fruto de sus apostólicos sudores en los aldeanos.

Ni se deja conocer ménos su prudencia en el distribuir las reglas á su congregacion, que ántes las vió puestas en ejecucion que impresas en el libro, y tan acomodadas al fin del instituto, y tan suaves, que ellas mismas convidan á su observancia. Con ellas y con otras instrucciones previno los inconvenientes que podian nacer en el ejercicio de las misiones, de relajacion en los misioneros, siendo ellas ocasion de mayor libertad; ordenando que fuésen á las misiones muchos sacerdotes juntos, y uno de ellos fuese señalado director de los demás por el superior de la casa, con su misma autoridad para mandar, prohibir y obligar á la observancia, y con una total dependencia de dicho director; de suerte, que ni salir de la iglesia, ni mudarse de un confesonario á otro pueden sin su licencia. Ordenó asimismo, que en las misiones se tuviese la oracion, rezado y exámenes de conciencia en comun cada dia, con su conferencia espiritual cada semana, yendo juntos á la iglesia y volviendo juntos á su habitacion mañana y tarde. Por fin, que viviesen como en casa; para que hiciesen el bien espiritual en los otros sin perder nada de atender á su perfeccion. Lo que hasta aquí se ha referido de estas virtudes de san Vicente, se podria contar de su castidad, de su mortificacion, de su obediencia, de su mansedumbre y de las demás, que todas concurrieron á formar este varon grande; mas la brevedad de esta obra no lo permite. Solo queda tratar de los milagros con que Dios ha querido honrar á su fiel siervo, y manifestar su santidad. Estos han sido muchos, con los cuales los necesitados han conseguido milagrosamente remedio por su intercesion, así en el reino de Francia, como en otras partes. Mas como referirlos todos seria faltar al intento que llevamos de breve narracion; y de otra parte, ántes de beatificar la Iglesia algun siervo de Dios, se tiene una congregacion particular, donde con exactísimo exámen se averiguan sus milagros, y es estilo de la santa sede el aprobar tres de ellos, y á nuestro santo aprobó cuatro; nos contentaremos con referir estos cuatro solamente.

El primero fué, que Nicolás Compoin, ciudadano de París, y Ana su mujer, tenian un hijo llamado Claudio José, de edad de diez años, que asaltado de una repentina y vehemente fluxion á los ojos, perdió la vista, y en pocos dias los párpados se pegaron y cerraron tan estrechamente, que no hubo forma de abrirles, ni aun para ver si la niña del ojo estaba quebrada, como se juzgaba con gran fundamento, por el gran dolor que en los ojos padecia el enfermo. Aplicáronle sus padres una cierta agua que les dieron por algunos dias, y no sirvió de nada; y el muchacho se quedó ciego por año y medio, sin quedar esperanza de sanar: cuando á persuasion de una devota viuda, llamada Juliana Henaut, que habia conocido á san Vicente y probado los efectos de su caridad, la madre llevó á su hijo ciego encima del sepulcro de nuestro santo, con la intencion de hacer una novena, para alcanzar su intercesion con Dios para la vista de su hijo. ¡Caso estupendo! La primera mañana, estando orando la madre y el hijo ciego en dicho sepulcro, ambos ojos cerrados, como se ha dicho, por año y medio hasta aquel punto, se abrieron súbitamente; y Claudio interrumpiendo la oracion de su madre, de improviso le dijo: Mi madre, yo veo una señora que está delante de mí. Preguntóle la madre: ¿Cómo va vestida? De colorado, respondió Claudio; y así fué: porque enfrente del muchacho estaba haciendo oracion una dama vestida de hábito de ropa colorada. Salió alegre la madre despues de dadas gracias, con Claudio su hijo, no llevándolo de la mano, porque no necesitaba de guia, viendo perfectamente. El padre, que habia visto salir de casa á su hijo ciego, quedó muy consolado, viéndolo con vista y sin mal alguno en los ojos. Así continuó despues Claudio siempre con vista, y aprendió el arte de hacer trenzados, que pide buena vista.

El segundo milagro fué que María Ana, hija da Maturino Lullier y de Quintana, su mujer, vecinos de la parroquia de san Lorenzo, arrabal de París, se hallaba de edad de ocho años sin haber podido proferir una palabra ni dar un paso, ni aun tenerse en pié, teniendo las piernas inútiles, como si fuesen rompidas. Dieron consejo á sus padres de proveerla de muletas: mas en vano; porque la niña no se podia valer de ellas, ni regirse en modo alguno, de suerte, que la pobre madre, se veia obligada á llevarla en brazos, ó á arrastrarla en una silla, para dejarla tendida en un patio, donde estaba gran parte del dia. La esperanza que habia concebido la madre, que Dios apiadándose de aquella miserable enferma, haria un dia un milagro para sanarla, hizo que no cuidase de remedios humanos, para recurrir únicamente á la intercesion de los santos. Hizo, pues, muchos votos y novenas á alguno de aquellos santos que en París están en mayor veneracion: mas porque Dios habia reservado esta milagrosa curacion, para aumentar en los fieles el culto para con su siervo Vicente, nada se consiguió con aquellas rogativas para la niña, que quedaba sin habla y sin movimiento. En este tiempo ya se habian comenzado los procesos de la beatificacion del siervo de Dios, y corria por París la fama de los milagros que habian acaecido en su sepulcro, en la iglesia de San Lázaro. Por esto aconsejada la madre de una su amiga de llevar allá á su hija: lo ejecutó, y empezó una novena que apenas concluida, empezó la niña á levantarse de la silla y á ponerse en pié, recuperadas las fuerzas de las piernas. Viendo la piadosa madre este milagro, confió conseguir el otro de la habla. Por esto empezó otra novena asimismo al sepulcro del santo: confesó y comulgó; y ántes de llegar al fin de la novena, la hija andaba libremente, y hablaba distintamente; de modo, que sin dificultad aprendió á rezar. Toda la vecindad quedó atónita de ver á la niña desde su nacimiento muda y estropeada, andar y hablar con tanta facilidad. Cada uno preguntaba á la madre: ¿Como ha sido eso? Ella respondia: No ha sido otra cosa, que hacer yo con fervor dos novenas en el sepulcro de Vicente, y en el cabo de ellas he conseguido por su intercesion la salud de mi hija.

El tercer milagro fué, que la hermana Maturina Guerin, recibida por nuestro santo en la congregacion de las hijas de la Caridad, y de las cuales fué veinte años superiora general, tuvo una gravísima enfermedad de una pierna muy entumecida, por un tumor mordaz, que le hizo abrir una llaga horrenda, que era especie de cáncer: y como la paciente era de setenta y siete años, fué juzgada incurable por los mas doctos profesores de París. Hacia ya tres años, que padecia Maturina esta llaga, sin poderse regir ni con muletas, sino ó sentada, ó tendida. Ya de mucho tiempo el doctor Vernage, decano de la facultad de medicina de París, y médico de las hijas de la Caridad, juzgando, como los demás, la llaga incurable, solo le hacia aplicar remedios simples, para endulzar el mal, y detenerle el progreso: mas la hermana Maturina, viendo los remedios inútiles, tomó la resolucion de no usarlos mas, sino solo recurrir á Dios por la intercesion de su siervo Vicente, cuya santidad habia admirado, aun siendo vivo. Comenzó, pues, una novena á su sepulcro en compañía de otras hermanas, y no fué defraudada de su esperanza; pues al paso, que se avanzaba la novena, se iba desecando la llaga; de suerte, que al fin de ella se halló soror Maturina perfectamente sana, y caminó con libertad sin muleta, como si tal enfermedad no hubiese padecido.

El cuarto fué, que en el hospital de París, llamado del Niño Jesus, donde como va dicho, por la caridad de nuestro santo son recibidos los niños que llaman expósitos; fué llevado un niño recien nacido, á quien en el bautismo se le puso por nombre Alejandro Felipe, y por apellido *le Grand*. Las hijas de la Caridad, que cuidan de aquel hospital, le entregaron conforme á la costumbre, para darle leche, á una ama del campo: y devolviéndole esta, despues de tres años al hospital, fué hallado Alejandro Felipe paralítico de una parte; y los peritos en el arte juzgaron, que el principio de esta perlesía estaba en el lado, y en los renes, de donde se extendia principalmente por muslo y pierna. Esta enfermedad crecia, y se dilataba al paso de la edad; de modo, que el muchacho quedó tan estropeado, que no podia sostenerse sobre sus piernas, como si fuese niño de pocas semanas, ni llegar con sus manos el manjar á la boca. Las hijas de la Caridad tuvieron un cuidado singular con él, y por consejo de diferentes cirujanos, le aplicaron los remedios recetados por espacio de cuatro años, pero sin alivio alguno: y pensando así las hermanas como los cirujanos, que fuese menester aplicarlo sin interrupcion, hicieron por un año entero y continuo al enfermo toda suerte de fomentos; mas cansadas de no ver efecto alguno, perdieron la esperanza. A mas, que el famoso cirujano Franchet dió en escrito su declaracion diciendo: «que era trabajo perdido: que Alejandro Felipe, *le Grand*, jamás seria curado sin milagro, y que era presiso pasarlo á la enfermería del hospital general.» Oida esta declaracion por la hermana Isabel Bourdois, á la sazon superiora del hospital del Niño Jesus, dijo á sus compañeras que en aquel extremo se debia recurrir al siervo de Dios Vicente Paúl, de quien habia sido erigido aquel hospital, y que le creia poderoso para con Dios, para obtener la salud de aquel paralítico. Resolvieron y empezaron una novena al sepulcro del santo, en la iglesia de san Lázaro; y allí era tambien llevado Alejandro Felipe encima de dicho sepulcro, donde le hacian rezar nueve veces el *Pater noster* y *Ave Maria*, é invocar la intercesion del santo, con estas precisas palabras: Señor Vicente, mi buen padre, alcanzadme la salud. Fué oida la inocente rogativa del niño; porque en el tercero ó cuarto dia, la perlesía de las piernas y manos se soltó; de manera, que pudo andar á pié parte del camino, apoyado á un cayadito, ya por estar aun algo débil, ya por no tener aun el uso de andar: mas despues al dia nono se halló tan perfectamente sanado, que se volvió á pié, y sin cayado al hospital de expósitos, bien que una media legua léjos. Estos y muchos milagros ha obrado Dios por la intercesion de san Vicente, y para manifestar á toda la Iglesia su santidad que ha sido tanto mayor que sus milagros. Pues á tantas almas alumbró, y en tantos corazones encendió el fuego del divino amor, roguémosle, que nos alcance de Dios su imitacion y este fuego divino, para llegar á ver y amar á Dios en su compañía en el cielo. Amen. Beatificóle el papa Benedicto XIII, con su breve expedido en 13 de agosto del año 1729. Escribió la vida de san Vicente Paúl largamente en francés año de 1664, el ilustrísimo señor Luis Abelli, dignísimo obispo de Rhodes, varon de singular virtud y sabiduría, como lo muestran las diversas obras que ha sacado á luz, cuya memoria es venerada de toda la Francia, y quien habia profesado estrecha amistad con el siervo de Dios: despues año de 1668, para comodidad del lector la redujo á menor volúmen: y el doctísimo P. Domingo Acami, sacerdote de la congregacion del oratorio de Roma, la redujo aun á menor compendio, y la sacó á luz en lengua italiana con elegante estilo, que despues fué traducida en lengua alemana y polaca; y por el M. R. P. Fr. Juan del santísimo Sacramento, de la órden de san Agustin, fué ilustrada y traducida en lengua española.

SANTA MACRINA, VÍRGEN.—La vida de santa Macrina, vírgen, hermana de san Basilio el Magno, escribió el elocuentísimo san Gregorio Niceno, tambien hermano suyo, que se halló á su muerte en una epístola á Olimpio, que trae el P. Fr. Lorenzo Surio en el cuarto tomo de las vidas de los santos; y resumida brevemente, fué de esta manera. Los Padres de santa Macrina fueron Basilio y Aumelia, personas nobles y ricas. Tuvieron diez hijos y casi todos santos, y algunos de ellos colunas y lumbreras de la Iglesia, como dijimos en la vida del gran Basilio. La primera que nació y fué primogénita de todos sus hermanos, fué Macrina; y ántes que naciese, en una vision que tuvo su madre, se le puso delante un ángel en figura de una persona venerable y de aspecto mas que humano, que poniendo nombre á la niña que estaba en el vientre de su madre, y para salir á luz la llamó Tecla; para darnos á entender que en la perfeccion y santidad de la vida, Macrina habia de ser muy semejante á santa Tecla, discípula y primogénita del apóstol san Pablo. Pusiéronle en el bautismo el nombre de Macrina, por memoria de una abuela suya madre de su padre, santísima mujer, discípula del gran obispo de Cesarea, Gregorio Taumaturgo, y maestra y guia del gran Basilio; y él se precia mucho de haberla tenido por tal: de la cual hace mencion el Martirologio romano á los 14 de enero; y esta se llama Macrina la mayor, respecto de esta otra menor, nuera suya, cuya vida aquí escribimos.

Criáronla sus padres como santos, santamente, procurando apartarla desde los primeros años, de todo lo que podia mancillar su purísima alma, é inclinarla á las cosas sagradas y al amor de las eternas, y especialmente

al estudio del libro de la sabiduría de Salomon y de los salmos, en los cuales se ejercitó con tanto cuidado, que cuando se acostaba y levantaba; cuando iba al estudio; cuando dejaba de estudiar; en el principio y en el fin de la comida y de su oracion, y de cualquiera otra cosa siempre rezaba algun salmo y en las mismas obras de manos que hacia, era este su gusto y entretenimiento. En la edad de doce años resplandeció en Macrina una hermosura tan extremada y rara, que ningun pintor por excelente que fuese, podia con el pincel llegar á retratarla con la perfeccion que ella tenia. Pidiéronla muchos caballeros á su padre por mujer; y su padre sin decir nada á su hija escogió á un mozo, noble y de buenas costumbres y prometió de darle á su hija: mas fué nuestro Señor servido, que aquel mozo muriese y Macrina quedase libre: y habiendo sabido la voluntad que su padre habia tenido de casarla, y como Dios la habia librado de aquel pesado yugo, determinó de no casarse mas, sino consagrar su virginidad á aquel Esposo celestial, que no puede morir. Y como por su hermosura muchos importunasen á sus padres que se la diesen por mujer, y ellos se inclinasen á casarla; nunca se lo pudieron persuadir, mostrando en eso mayor constancia y firmeza que sus pocos años prometian. Estuvo con su madre acompañándola, sirviéndola y descargándola del cuidado de las cosas domésticas de la casa y familia, con tanta piedad, amor y diligencia, que bien parecia que nuestro Señor estaba en ella y la gobernaba. Ella era como madre de todos sus hermanos, la que los criaba, enseñaba y enderezaba á toda virtud y perfeccion: y siendo ya muerto su padre, persuadió á su madre que se entrasen en un monasterio y se diesen de veras á Dios, y su madre lo hizo, y vivieron en él las dos en una manera de vida que mas parecia de ángeles que de personas humanas. No habia entre ellas ira, ni envidia, ni odio, ni sospechas, ni codicia de honra, ni de gloria vana, ni de cosa alguna de la tierra: la soberbia, fausto, hinchazon, y en suma todos los vicios estaban desterrados de aquel lugar: todo su regalo era la templanza: su honra el no ser conocidas: sus tesoros la pobreza; y el haber sacudido de sí, como polvo, las riquezas y no poseer nada, teniendo por inútil y desaprovechado, cualquiera cuidado que se toma en procurar y alargar esta vida mortal. Todo su estudio era Dios y una continua oracion y canto de los salmos, que nunca se interrumpia ni de dia ni de noche. Este era su trabajo, y este era su descanso: eran mujeres y parecian ángeles: porque aun que eran de carne y tenian figura de mujeres, sus pasiones en la pureza de sus almas, en el amor encendido á Dios y el vivir en la carne sin deleite de la carne, imitaban á los ángeles y eran superiores á los hombres.

En esta vida estuvieron madre é hija con gran gloria del Señor y aprovechamiento de sus almas, y edificacion de todos los que las trataban. Dió á santa Macrina una enfermedad en el pecho rigurosa, con grande hinchazon, dureza y dolor, y con peligro de que cundiese el mal y la acabase, ó se hiciese incurable, si con tiempo no se abria el pecho. Rogóle muchas veces su madre que se pusiese en manos de cirujano, y se dejase curar; pero ella era tan honesta y recatada, que tenia por mas grave descubrir parte alguna de su cuerpo á hombre, que la misma enfermedad. Y una noche se entró en su oratorio y postrada delante del acatamiento del Señor, le suplicó humildemente que la sanase. Lloró muchas lágrimas, y dijo á su madre (que todavía le importunaba, que se dejase curar), que bastaba que ella con su mano hiciese una cruz sobre su pecho lastimado, y que con esto quedaria sana. La madre hizo la cruz y el mal desapareció, y dejando en el pecho una señal muy pequeña y delgada, como una punzada de aguja, que le duró toda la vida, para que se viese que Dios milagrosamente la habia sanado, y aquella señal fuese testigo y memoria de este beneficio. Muerta la santa madre, quedó la santa hija anhelando cada dia mas á la perfeccion, y viviendo en la tierra gozaba muchas veces de los regalos y consolaciones del cielo, alentando con sus ejemplos, oraciones y palabras, como madre y maestra, á todas las otras doncellas y esposas del Señor, que vivian en su compañía; hasta que andando su hermano san Gregorio Niceno desterrado de su iglesia, por la persecucion del emperador Valente, hereje arriano, y habiéndose hallado en el concilio de Antioquía, por instinto divino, tuvo gana de ir á ver á su santa hermana, que habia ya ocho años que no la habia visto. Fué, y hallóla en la cama muy enferma y al cabo de su vida, y entendió que el Señor le habia guiado para que la asistiese en su muerte, y la sepultase con sus manos y cumpliese con el oficio tan debido al amor, que como á hermana mayor y madre, y maestra espiritual le debia. Estaba la santa tendida en el suelo sobre una tabla, cubierta con un saco y otra tabla cubierta con almohada á la cabecera: y cuando vió á su hermano, hizo gracias al Señor por haberle cumplido su deseo, é inspirádole y movídole á tomar el trabajo de aquel camino: y despues de haber pasado entre los dos hermanos algunas pláticas de Dios, estando la santa vírgen ya muy al cabo, hizo una larga y afectuosa oracion á nuestro Señor, alabándole por las mercedes que habia hecho á sus padres y hermanos y á ella misma, descarnándola del amor de todas las cosas de la tierra; y suplicándole que desviase sus piadosos ojos de sus culpas y pecados, y recibiese su espíritu en sus preciosas manos, y que subiese al cielo como incienso derretido en el fuego de su caridad. Hizo la señal de la cruz sobre sus ojos, y sobre su boca y corazon: y estando en oracion, salió aquella bendita alma del cuerpo, dejándole hermoso y compuesto, como cuando estaba vivo. Todas las vírgenes de aquel monasterio, comenzaron á llorar amargamente y á decir con lastimosas voces; la lumbre de nuestros ojos y la luz de nuestras almas se ha acabado: la que era nuestra guia, nuestro amparo, el retrato de la pureza, el nudo de nuestra concordia, la coluna de nuestra vida espiritual nos ha dejado. Todo su tesoro y todas sus riquezas fueron un manto, una toca y unos zapatos viejos: porque en Dios solo tenia puesto su corazon y su tesoro. Traia al cuello una cruz de hierro y un anillo de la misma materia, y en él un poco de *lignum crucis*. El cuerpo quedó tan claro y resplandeciente que parecia echaba rayos de sí.

Concurrió luego que se supo la muerte, gran multitud de hombres y mujeres de toda aquella comarca á su entierro, y llevando las andas san Gregorio Niceno, su hermano y otro obispo y otros dos clérigos varones insignes, y los clérigos y otra gente, cirios encendidos en sus manos, la sepultaron en el sepulcro de sus padres con gran ternura y sentimiento. Hizo Dios muchos milagros por esta santa en vida y en muerte; sanó una doncellita que estaba casi ciega

de un ojo, besándole en él; echó muchos demonios; dió salud á muchos enfermos; y con un espíritu profético pronosticó las cosas futuras que habian de suceder; y el trigo que mandó dar á los pobres, no disminuyó ni cuando se dió, ni despues de haberse dado. De santa Macrina hace mencion el Martirilogio romano á los 19 de julio, y san Gregorio Niceno, su hermano (como dijimos), escribió su vida y la alaba tanto, que en libros de *Anima*, dice que él fué su discípulo y ella su maestra, y que ella aprendió los misterios mas secretos de la teología cristiana, los cuales no se pueden ver ni entender, sino de los que tienen los corazones puros y limpios.

* San Arsenio, anacoreta.—Descendiente de una familia senatoria de la ciudad de Roma, manifestó desde muy niño una grande aficion á las letras, dedicándose muy especialmente al estudio de las sagradas escrituras. Resolvióse á abrazar el estado eclesiástico, y cuando ordenado de diácono, vivia en Roma, pero muy retirado, en compañía de una hermana suya. Teodocio el grande, deseoso de dar á sus hijos una educacion brillante, escribió al papa para que le enviase un eclesiástico ilustrado, y el pontífice le mandó á Arsenio quien fué tutor y preceptor de los príncipes. Desempeñó el santo muy á satisfaccion de todos el encargo que se le habia confiado, pero su corazon suspiraba siempre por la soledad. Estaba cierto dia pidiendo al Señor le mostrara sus caminos, cuando oyó una voz que le decia: Arsenio, huye de la compañía de los hombres y serás salvado. Obediente á la voz de Dios, se embarca para Alejandría, y se dirije al desierto á hacer vida de anacoreta. Sin embargo de estar en el desierto no dejaban de visitarle muchas piadosas personas, y segunda vez oyó una voz del cielo que le decia; huye de los hombres, á este fin construyó una celda á un punto mucho mas retirado, de donde no salia como no fuese para oir el santo sacrificio de la misa en una iglesia bastante lejos. En vano los emperadores Teodosio y Arcadio le aconsejaron volviera á la córte para ser dirigidos con sus consejos; mas el santo que preferia su soledad á todo cuanto podia ofrecerle el mundo, se denegó á sus instancias, permaneciendo en su soledad hasta el fin de sus dias. Murió Arsenio lleno de méritos y virtudes, el año 449, á los noventa y cinco de su edad.

Santa Justa y santa Rufina, vírgenes y mártires.—Eran dos mujeres cristianas de la ciudad de Sevilla, que se ocupaban en una especie de comercio de compra y venta, aprovechando todas las ocasiones que en él se les ofrecia de socorrer á los pobres, y de hacer sus acciones agradables á Dios. Temiendo una vez hacerse culpables de supersticion vendiendo á los paganos, ciertas cosas que estos necesitaban para sus sacrificios, se negaron á ello, y sus enemigos las delataron al juez. Diogeniano viendo que confesaban generosamente á Jesucristo, mandó que les extendiesen sobre el caballete y que les desgarrasen los costados con garfios de hierro. En el mismo lugar de su suplicio habia un ídolo y un altar con incienso, á fin de que pudiesen librarse de los tormentos con la facilidad del sacrificio; pero nada fué capaz de vencer su constancia. Justa espiró sobre el caballete, y Rufina estrangulada; consumando ambas su martirio en Sevilla, en un dia del mes de julio del año 287, siendo despues consumidos sus cuerpos por las llamas.

San Sínmaco, papa.—Fué natural de Cerdeña, y subió al trono pontificio el 22 de noviembre del año 498, siendo arcediano de la Iglesia de Roma. Algun tiempo despues el patricio Festo, á quien no gustaba la eleccion, hizo nombrar á Lorenzo arcipreste de Santa Praxedes, para que ocupase la cátedra de san Pedro, y para poder disponer mas fácilmente de él, que de Sínmaco, celoso partidario del concilio de Calcedonia. Este cisma duró poco tiempo, pues fué extinguido por Teodorico rey de los godos, que aunque arriano, dispuso que se respetase la eleccion que se hubiese hecho primero y con mas sufragios, en cuya consecuencia Sínmaco fué confirmado y reconocido por los obispos por papa legítimo. Sin embargo, quedóle mucho que sufrir de parte de los cismáticos, que le acusaron de un gran delito, del cual tuvo que justificarse en presencia de un concilio. El emperador Anastasio publicó contra el santo un libelo acusándole de maniqueismo, á pesar de que habia desterrado de Roma á los que sostenian aquella herejía: el santo pontífice hizo su analogía; habló en ella con toda la dignidad que corresponde al sacerdocio cristiano, y al mismo tiempo escribió á los obispos orientales exortándoles á sufrir el destierro y toda clase de persecuciones ántes que hacer traicion á la verdad. Su caridad sin límites rescató un gran número de prisioneros, mantuvo por mucho tiempo á los obispos de África desterrados por Trasamundo en Cerdeña, fundó y dotó varios establecimientos de beneficencia y algunas iglesias; y por fin, despues de un pontificado de quince años y ocho meses, murió santamente en Roma á los 19 de julio del año 514. Á él se debe la institucion de cantarse en la misa el *Gloria in excelsis Deo*.

San Epafras, obispo y mártir.—Fué discípulo del apóstol san Pablo y ordenado por obispo de los colosenses. Distinguióse en eminentes virtudes y en la solicitud pastoral por su rebaño. San Pablo hace mencion de él en sus cartas, llamándole su compañero en los trabajos. A principios del siglo II, fué víctima de su zelo por la fé, y recibió la palma del martirio en la ciudad de Colosos y su cuerpo fué despues trasladado á Roma y colocado en la iglesia de Santa María la Mayor.

San Martin, obispo y mártir.—Gobernó con sabiduría y santidad la Iglesia de Tréveris y aumentó considerablemente el rebaño de Jesucristo. Su principal cuidado, era tener siempre á sus ovejas dispuestas y preparadas para el tiempo de persecucion, y en efecto, habiéndose publicado en su diócesis los edictos del emperador Severo, para que todos los cristianos, bajo pena de la vida, prestasen adoracion á los dioses, el ilustre pastor para dar ejemplo y fortaleza, se presentó el primero á los jueces, que despues de haberle condenado á varios suplicios, hiciéronle cortar la cabeza, muriendo así gloriosamente el año 210.

San Félix, obispo.—Lo fué de Varona y se distinguió por su ardiente zelo en propagar el Evangelio, y por su inocencia de costumbres, siendo la admiracion de sus ovejas por sus ilustres virtudes. Despues de haber ganado infinitas almas para Cristo, murió este santo en paz entre sus ovejas, y se ignora la época de su dichoso tránsito.

Santa Aurea, vírgen y mártir.—Fué de nobilísima familia y natural de Córdoba. Su padre era moro, de los principales de su secta, y Artemia su madre, era cristiana y una de las mas celebradas mujeres que florecieron en

aquella edad. Tuvo dos hermanos Adolfo y Juan, insignes mártires, que en esta misma persecucion de los moros dieron la vida por Cristo. Estos tres hermanos por su padre eran descendientes de la provincia de Sevilla. Habíase retirado Artemia, despues que murió su marido, al antiguo monasterio de Guteclara del cual, por ejemplo de su virtud, mereció ser elegida abadesa. Tenia consigo á su hija Aurea, doncella virtuosísima, la cual resplandecia en piedad, principalmente despues del martirio de sus hermanos. Mas de veinte años vivió la santa vírgen en aquel monasterio en compañía de su ilustre madre: cada dia se arraigaba mas en la fé que desde niña habia recibido, y de ella daba excelentes y públicas muestras en sus obras, no solo á los ojos de los cristianos, sino tambien de los moros, á quienes nunca temió ser acusada, no obstante que, segun sus leyes estaba sujeto á pena capital el hijo de moro que no le siguiese en la secta. Como era tan conocida la nobleza de su linaje, y tenia deudos tan poderosos y entre ellos el juez de estas causas, ninguno osó denunciarla jamás. Pero como Dios tenia preparada á esta sierva suya para mas alta corona, permitió que ciertos parientes de su padre, sabedores de la religion que profesaba Aurea, habiendo venido de Sevilla á Córdoba con pretexto de visitarla, fuéron al monasterio, y hallándola inflexible en su religion, lo creyeron afrenta á su linaje, y determinaron llevar el negocio ante el juez. Este se valió de cuantos medios y ardides puede inventar la suavidad y la dulzura, acompañada del deseo de evitar daño á una persona, y Aurea cedió á tanto engaño prometiendo que haria lo que se le mandaba. Pero apenas volvió á su casa, el dolor, el arrepentimiento y las lágrimas dieron desde luego á entender cuán equivocadamente habia dado aquel paso. Puesta de continuo á los piés de Jesus crucificado, le pedia con sollozos y amargura perdon de su pecado, suplicándole que para borrarle le concediese la gracia de derramar su sangre. No cesaba de presentarse en público y de ostentar en todas partes que era cristiana fervorosa. Sabido por el juez, la llamó á su presencia y la dijo que si no se sujetaba á lo que habia prometido, la castigaria severamente; pero gozosa la santa de verse otra vez en ocasion de dar su vida por su Esposo, contestó con valor y fortaleza, que aquello habia sido un error de su voluntad, y que nunca se separaria ni un momento de la fé y de la religion que profesaba. Enfurecióse mucho el juez con las palabras de Aurea; mandóla luego encarcelar, mientras daba cuenta al rey Mahomad, no atreviéndose á sentenciar persona tan calificada sin su consentimiento. Al dia siguiente, con su acuerdo, la mandó degollar y colgar de los piés en un palo donde poco ántes habian ajusticiado á un homicida. Algunos dias despues echaron el santo cuerpo en el Guadalquivir con algunos otros de ladrones castigados con pena de muerte, y nunca mas pareció. Fué el tránsito de esta dichosa vírgen, el dia 19 de julio del año 850.

DIA 20.

SANTA MARGARITA, VÍRGEN Y MÁRTIR. — La gloriosa vírgen y mártir santa Margarita, que los griegos y algunos autores latinos llaman Marina, fué natural de la ciudad de Antioquía de Pisidia, é hija de un famoso sacerdote de los dioses llamado Ediseo. Fué hija única de sus padres: y habiéndosele muerto la madre, siendo niña, fué dada á criar á una buena mujer, quince millas de la ciudad. Allí se crió con leche de la fé cristiana y de santas costumbres, y cuanto mas iba creciendo en edad, tanto mas crecia en virtud, recogimiento, honestidad y hermosura, resplandeciendo su purísima alma en el cuerpo sobre manera. Enternecíase mucho cuando oia decir los tormentos exquisitos y desmedidos, con que los santos mártires eran despedazados y muertos, y la constancia y fortaleza con que los padecian, queriendo ántes perder mil veces la vida que la fé de su Señor, y veníale gran deseo de imitarlos y de padecer por Cristo, lo que ellos padecian. Mas su padre, como fué idólatra y sacerdote de los falsos dioses, aborrecia á su hija, y maltratábala por verla tan asida y abrazada con Jesucristo, y tan contraria á sus intentos. Aconteció que estando la santa vírgen un dia en el campo, y pasando por allí Olibrio, presidente de Oriente, con mucho acompañamiento, la vió, y maravillado de su extremada belleza, se enamoró de ella y determinó tomarla por mujer: pero como despues entendiese que era cristiana, y no pudiese ablandarla con regalos, ni espantarla con fieros, ni atraerla á su voluntad con maña ni fuerza: trocando todo el amor en odio, y la ternura en furor, quiso vengarse de ella con tormentos. Mandóla tender en el suelo y azotar cruelísimamente, y con tanta fuerza, que de su delicado y despedazado cuerpo salian arroyos de sangre: y el pueblo que estaba presente, de pura lástima derramaba muchas lágrimas. Mas la santa doncella estaba tan fija y absorta en el amor de su dulcísimo Esposo, que parecia que no sentia sus penas mas que si no fuera ella quien las padecia. Mandóle el fiero presidente desgarrar con uñas de hierro, y con clavos enclavada, atormentarla tan desapiadadamente, que el mismo presidente cubria sus ojos por no verla. De allí le llevaron de nuevo á la cárcel; la cual, orando la santa con gran devocion, y suplicando al Señor que le diese fortaleza y perseverancia hasta el fin, de repente tembló: y el demonio, tomando forma de un dragon terrible y espantoso, se le apareció y con silbos y un olor intolerable se llegó á ella, como que la queria tragar, mas la santa con gran seguridad y firmeza, haciendo la señal de la cruz, le hizo allí reventar; y luego en aquel obscuro calabozo resplandeció una luz clarísima y divina, y se oyó una voz que dijo: Margarita sierva de Dios, alégrate, porque has vencido á tus enemigos: al tirano dejas corrido y al demonio espantado. No pierdas tu constancia en lo que te queda de padecer, que presto tendrán fin tus tormentos y comenzará tu gloria. Con esta voz se consoló mucho la santa doncella, y con verse luego sana de sus heridas, dió por ello gracias á Dios. Al dia siguiente la mandó el juez parecer delante de sí, y viéndola tan sana y tan entera como si no hubiera padecido cosa alguna, admirándose de ello la mandó desnudar, y con hachas encendidas abrazar los pechos y costados. Hacia la santa oracion á Dios en tanto que duraba este tormento; y con el refrésco y favor del cielo, le sufrió con gran paciencia y alegría. Despues mandó traer una gran tina de agua, y echarla en ella atada para que se ahogase: mas echándola en el agua, se sintió un gran terremoto, y bajó una claridad grandísima, y en medio de ella una paloma que se sentó sobre la cabeza de la santa, y luego se desataron las ataduras en que estaba atada, y santa Margarita, sin lesion alguna, salió del

agua, y la paloma y claridad se desapareció. Por este milagro se convirtieron muchos de los que allí estaban, en los cuales el presidente ejercitó su crueldad y los mandó matar: y lo mismo quiso que se ejecutase contra santa Margarita, dando sentencia que fuese degollada. Al tiempo que el verdugo estaba con la espada en la mano para ejecutar esta cruel sentencia, la santa vírgen con afectuoso corazon, y piadosas y abundantes lágrimas, levantó los ojos al cielo y suplicó al Señor, que pues le habia dado esfuerzo para vencer tantos tormentos, y morir por la confesion de la fé (por lo cual ella le hacia infinitas gracias), usase de misericordia con todos los que puestos en algun trabajo le pidiesen favor y por su intercesion invocasen su santo nombre. A esta oracion tembló de nuevo la tierra, y muchos de los que estaban presentes, despavoridos cayeron en el suelo, y el mismo verdugo se desmayó y cayó: y el Señor rodeado de ángeles le apareció, y le dijo que habia oido su oracion y que le otorgaba todo lo que habia pedido; y con esto animando ella misma al verdugo que estaba desatinado y temblando, fué degollada, y recibió de mano de su amorosísimo y celestial Esposo la corona doblada de su virginidad y martirio. Celébrale la Iglesia á los 20 de julio, y fué cerca de los años del Señor de 300, imperando Diocleciano. Escribió su vida Metasfrate, y de ella hacen mencion el Martirologio romano, y Beda, y los griegos en su Menologio.

San Elías, profeta y fundador. — Corriendo los años de la creacion del mundo 3073, ántes del nacimiento de Cristo 980, nació Elías para ser sol de Israel, y lucero hermoso de toda la Iglesia en Thesbis (de quien tomó el renombre de Thesbita), ciudad ó aldea situada á la otra parte del Jordan, en la region de Galaad, que confina con la Arabia, y pertenecia á la tribu de Gad ó Manasés. No dice la Escritura sagrada expresamente su patria; porque no habia de recibir de ella el honor, sino ella de Elías, á quien mereció por hijo. Tampoco escribe su nacimiento ni los nombres de sus padres, con que dejó á los de la Iglesia el descubrir, que el haber el Espíritu Santo callado sus nombres, fué por representar en él (como en otro Melquisedech) la eternidad del sacerdocio de Cristo, que ni tiene principio ni fin: con que fué mas misterioso el callar sus padres, que el decirlo: porque si la antigüedad tenia por nobilísimos á los que ignoraban sus padres, y los veneraban por hombres bajados del cielo, como á Mario y Caton, segun refiere Eliano; con mas razon podemos afirmar del grande Elías, que el silencio de su patria y de sus padres, fué persuadirnos á que Elías fué todo celestial, y que su orígen no habia de buscarse en la tierra. Mas siendo cierto que nació en la tierra y tuvo padres, ya que la santa Escritura los calló, procuraron los antiguos escritores averiguarlos. San Epifanio, á quien siguen otros muchos, dice que el padre se llamó Sabaca, noble ciudadano de Thesbis y muy virtuoso; el cual, estando su mujer en vigilia del parto, vió por divina revelacion, que parió un niño hermosísimo, á quien unos celestiales varones vestidos de blanco saludaban; envolvian al niño en vivas llamas de fuego, y con ellas en vez de leche, le paladeaban los labios. Admirado de tan extraño prodigio, fué á Jerusalen y consultólo con los sacerdotes; y uno, á quien se comunicaba el Señor, le respondió: No temas, Sabaca; porque ese niño es uno de los mayores dones que Dios ha concedido á su pueblo: vivirá siempre en luz; porque en sus dichos y hechos jamás habrá tinieblas: será su boca fuente de claridad, y castigará los delitos de Israel con el fuego de su espada. Esos ángeles, que en forma de varones vestidos de blanco le veneran, significan los muchos hijos que en ese mismo hábito han de ser sucesores de su castidad y pureza. Ten, pues, en silencio maravillas tantas, hasta que el Señor se digne de publicarlas.

Nació el niño, y á los ocho dias le circuncidaron, y por divina inspiracion, ó mandato de un ángel, le llamaron Elías, que quiere decir el «Señor Dios, ó Dios del Señor,» y en griego «sol» dando á entender tambien el nombre que era mas celestial y divino, que humano, Elías. Algunos autores afirman, que fué santificado en el vientre de su madre, y confirmado en gracia, como el Bautista; pues vino en su espíritu y virtud, y siendo sus nacimientos anunciados, y nacidos ambos para ser vírgenes, doctores, mártires, príncipes del estado monástico y precursores de Cristo, en una y otra venida; es muy verosímil, gozasen los dos unos mismos privilegios: y mas cuando del segundo Elías, Juan, no se dicen sus puericias, sino su nacimiento admirable, y predicacion en el desierto; y vemos guarda la Escritura el mismo estilo con nuestro primero Elías. Pero ¿qué mucho, si le disponia el Señor para intérprete de su voluntad, instrumento de milagros, juez y reformador de Israel, maestro de la soledad, y otros gloriosos asuntos? Instruido de sus padres en la observancia de su santa ley, á pocos años se retiró al desierto de Masfa, en el monte Galaad, donde se labró una casa de oracion, que despues fué colegio de profetas. Su cuerpo traia rodeado de espinas y rigores, siendo su vestido unas pobres pieles, su lecho la tierra dura, su pan las lágrimas, su regalo el ayuno, y su sueño el que podia tomar, quien casi siempre (como él dijo) estaba en la divina presencia. Añadió á estos rigores el voto de castidad (en la forma, que ya tiene declarado el santo tribunal de la Inquisicion) con la profesion de nazareo perpetuo (de que le alaban los padres), abstinencia de vino, y otras observancias de su ley, con tales realces, que todos los profetas nazareos, siervos de Dios, que en aquella soledad se ocupaban con él en el canto de las alabanzas divinas, le estimaban, como á superior y prelado.

Así se disponia Elías para ministro de Dios, zelador de su honra y culto. Crecian los pecados del pueblo, tanto, que ya no habia quien no idolatrase, y mas cuando llegó á reinar Acab, de quien dice la Escritura excedió en maldades á todos los reyes de Israel. Este, casado con Jezabel, hija del rey de Tiro, que era gentil, admitió por dioses á sus ídolos y labró en su misma corte templo á Hércules, á quien con nombre de Baal, adoraban en Tiro y Sidon, cabezas de la Fenicia. A ejemplo de tan mal rey, y por lisonjearle, todos en Israel idolatraban; que el ejemplar del príncipe y superior todo lo arrastra: desdichado del que es malo. Para la cura de enfermedad tan mortal, previno Dios el remedio en Elías, así como en su Iglesia contra Arrio á san Atanasio, contra Pelagio á san Agustin, contra Nestorio á san Cirilo, alejandrino carmelita. Para esta lid, habiéndole criado con leche del cielo: purificádole con su fuego, encendídole en su honra, y endurecídole con las penitencias; le dió el Señor poder en cielos, y tierra, todas las armas que pedia su valor y necesitaba la arrogancia de sus enemigos Acab y Jezabel.

Tenia cincuenta años de edad, Elías, cuando le dijo el Señor, que saliese á la campaña contra el rey Acab, y todo su reino. Obedeció Elías, y conociendo, que para reducir aquel pueblo, el mejor medio era, que el cielo negase sus lluvias á la tierra, porque lo mas sensible para el corazon humano, no es, que le falten los bienes del alma, sino los de su apetito: por esto le pidió á Dios, le diese las llaves del cielo: otorgóselas su Majestad; y arrojando llamas por la boca, se fué al rey y le dijo: Pues no hay enmienda en tí, rey descreido, ni temor, en tí, ó pueblo pérfido que desprecias al Señor, por verlo blando, usando mal de su gran misericordia: vive el Señor Dios de Israel, ante cuyo acatamiento estoy, que no habeis de ver rocío, ni lluvia del cielo sobre vuestros campos, sino cuándo y cómo yo quisiere. Quedó atónito el rey, pasmados los circunstantes y toda la corte temblando. Con esto Elías, instruido del Señor, se salió de la ciudad volviendo al cielo las llaves. Confirmó Dios el órden de Elías, y le mandó se retirase á la otra parte del Jordan, á un collado peñascoso cerca de un arroyo, llamado Corith. Escondióse en sus quiebras, y el Señor le hacia el plato, enviándole dos veces al dia pan y carne con dos ángeles en forma de cuervos; ó si no eran ángeles, ellos á lo ménos tomaban la comida de la mesa de Acab, y se la ponian á los cuervos en los picos, mandándoles, la llevasen á Elías; para que se viese que á quien busca el reino de Dios, lo temporal no le falta.

Como la piedad de Dios es tan grande, quiso su Majestad, que Elías la tuviese del pueblo necesitado, y así le secó el arroyo y dejó de enviarle los cuervos, y porque experimentase que cosa era necesidad, le mandó ir á Sarephta, ciudad cerca de Sidon, donde una mujer viuda le sustentaria. Obedeció Elías: y llegando á las puertas de la ciudad, vió una mujer recogiendo unas serojas para hacer fuego: llamóla, y con humildad de pobre y necesitado, que lo iba ya, le dijo le diese un vaso de agua; y partió la mujer para su casa á traerle el agua; y Elías añadió: Tráeme tambien un poco de pan. Vive el Señor Dios tuyo (dijo la mujer) que no tengo bocado de pan en mi casa, sino solo un puñado bien pequeño de harina en la cántara, y un poco de aceite en la aceitera. Y ando recogiendo dos serojas para hacer algo, que yo y mi hijo comamos, y luego muramos; porque no da lugar á mas la cruel hambre que consume esta tierra. Elías, que no venia á quitarle la vida, sino á asegurársela con su bendicion, dijo, animándola: No temas; porque esto dice el Señor Dios de Israel: la cántara de la harina no faltará, ni la alcuza del aceite disminuirá hasta el dia, en que el Señor ha de dar agua á la tierra. Así sucedió: y la novedad del milagro, hasta entonces jamás visto en el mundo (como ni tampoco el de los cuervos) le hizo mayor, y la continuacion tan notado, que no solo corrió por las vecinas, sino por toda la ciudad. A pocos dias se le murió á la viuda un hijo único que tenia: y como se quèjase al santo, él, movido á piedad, le resucitó. Milagro tan nunca visto hasta entonces, que ser Elías el primero en esta maravilla, le engrandece tanto, que el Espíritu santo se hizo su panegirista, diciéndole: ¿Quién se podrá gloriar como tú, que sacaste un muerto de la sepultura? Agradecido el niño al santo profeta que le volvió á la vida, se hizo su discípulo, y despues fué tambien profeta, uno de los doce menores llamado Jonás.

En el tiempo que Elías estuvo en Sarephta, frecuentó el monte Carmelo (teatro de sus prodigios y maravillas) por tenerle cerca. Pasados los tres años y medio de la seca, le mandó Dios se viese con Acab; porque deseaba ya su Majestad dar agua á la tierra, y queria se la pidiesa el mismo Elías. Bajó al llano, y halló á Abdías, mayordomo de la casa real, á quien dijo que fuése y dijese al rey, lo esperaba allí. Vino Acab, y despues de otros lances se convino entre los dos á peticion de Elías, que se tuviese en el monte Carmelo aquel auto tan solemne de la fé, en que juntó lo mas principal del reino, y ochocientos cincuenta profetas falsos de Abaal, estando solo Elías de parte de Dios y la verdadera religion, vencidos todos con el prodigio de hacer bajar fuego del cielo: despues á todos quitó la vida con el zelo de su ardiente espada, como mas largamente se refiere en el libro III de los Reyes. Castigados con la muerte los ochocientos cincuenta falsos profetas, viendo Elías á Acab penitente, al pueblo convertido, y mas obediente á Dios, levantó la mano de su castigo: ofreció al rey el agua tan deseada: subióse á la cumbre de su Carmelo; y sucedió todo lo que ya queda referido en la fiesta de nuestra Señora del Cármen de la nubecilla, siendo Jonás, el hijo de la viuda que él habia resucitado, el discípulo que entonces le asistia, y envió á descubrir la nubecilla, que dió con sus abundantes lluvias consuelo, alegría, vida, salud y sustento á todo Israel.

Era Jezabel, á cuya cuenta vivian los falsos profetas; y así luego que supo su muerte, y el triunfo de Elías, juró le habia de quitar la vida: y así Elías huyó; que el furor del poderoso, y á mas, de una mujer, no se puede vencer con mejores armas que con la fuga. Rindió á Elías el cansancio del camino, y sentado al pié de un enebro, pidió á Dios la muerte, de que huia. Bástame, Señor (le dijo), lo que he vivido. Lleva para tí esta alma, que por tí ansía. No soy mejor que mis padres; y por eso no he de igualarlos en dias. Quedóse dormido con la tristeza: enviòle Dios un ángel, para que lo visitase, y trajese de comer y beber, que lo necesitaba mucho. Despertòle el ángel, y díjole: Levántate y come. Despertó: vió á su cabecera el pan (figura del eucarístico y divino, que dichosamente hoy posee la Iglesia) y un vaso de agua, y comenzó á comer del pan; mas estaba tan rendido, que se volvió á dormir. Volvió el ángel segunda vez, y despertándole con mas fuerza, le dijo: Levántate y come; porque te queda largo camino que andar. Levantóse el santo: comió y bebió: y aunque era tan pobre y parca la comida; como venia de la dispensa de Dios, y por mano de un ángel, tuvo tal virtud, y le dió tales fuerzas, que caminó con ella cuarenta dias con sus noches, hasta llegar al monte Horeb, adonde el Señor le encaminaba. Entróse en una cueva, y el Señor se le apareció, y dijo: ¿Qué haces aquí, Elías? ¿Qué temes si yo te asisto? Respondió Elías: Con zelo he zelado por el Señor Dios de los ejércitos. Regalóle Dios con un viento suave y aura divina, por venir su Majestad en ella, como afirma el sacro texto: mandóle ir á Samaria, y que ungiese á Jehú por rey de Israel, y en Damasco á Hazael por rey de Siria, que eran los dos cuchillos que su Majestad prevenia para castigar en Acab y Jezabel, sus grandes idolatrías y pecados: al fin, que ungiese á Eliseo, hijo de Safad, natural de Abelmeula, en profeta, y sucesor suyo. Todo lo cumplió Elías, pospuesto todo temor; que á quien Dios asegura, nada tiene que

temer. Ungidos los dos reyes, pasó á ungir á Eliseo: hallólo arando las tierras de su padre, en compañía de otros: conociólo con su espíritu profético; y ungiéndolo con el óleo santo, con que en aquel tiempo se ungian los reyes, sacerdotes y profetas, le echó sobre los hombros su melota, ó capa, que fué darle el hábito de la religion, que á vista de la nubecita, símbolo de María santísima, sin pecado concebida, teniéndola por ejemplar capitana y maestra de los tres esenciales votos, obediencia, pobreza y castidad, instituyó en el Carmelo; ofreciendo juntarle familia, que desde entonces atendiese á su veneracion, y cuando naciese, estuviesen á su obediencia, con título de hijos y siervos suyos, como ya dijimos en la fiesta de nuestra Señora del Cármen; y así quedó Eliseo admitido á su religion, profesion é instituto.

Viéndose ya con este discípulo tan aventajado, con Jonás, Miqueas y otros, que trajo el buen olor de su vida, se partió para el Carmelo (en cuyas faldas nació María santísima, como tomando posesion de su monte glorioso al nacer), donde plantó la primera colonia y convento de su órden, á honor y servicio de la sacratísima Vírgen María, sin pecado concebida, á quien habia tenido por causa ejemplar, final y meritoria, y de cuyo influjo esperaba su conservacion y aumento, corriendo el año de la creacion 3127, y ántes de la encarnacion del divino Verbo 926, llamando á sus hijos y sucesores «los hijos de los profetas.» Labró un oratorio para que se juntasen á orar y cantar á Dios alabanzas divinas, y á explicar al pueblo la ley del Señor. A esta observancia instituida en los colegios de los profetas desde los tiempos de Samuel, anadió Elías á mas de la soledad, penitencia, silencio y oracion, la observancia de los tres votos perpetuos de obediencia, castidad y pobreza, que constituyen el estado religioso, cosa hasta entonces no usada de los hombres: bien que Elías, aunque dió el ser y sustancia del estado, no fué con la perfeccion, solemnidad y potestad de claves, ni otras prerogativas que usa la ley de gracia: porque de este en toda su perfeccion fué el principal instituidor Cristo, nuestro Bien, y del que instituyó Elías en la antigua ley, causa tambien ejemplar, final y meritoria; con que Elías respecto de Cristo es ministro é instrumento; pero en órden á los demás en el tiempo es patriarca, y en méritos y santidad no es inferior á ninguno de las demás religiones. En la instruccion de sus nuevos hijos, y casas que se fundaban, gastó el santo profeta nueve años. Mandóle Dios despues, que saliese del Carmelo á sentenciar á Acab y Jezabel, por la inocente muerte de Naabod, á quien por quitar una viña, quitaron tambien la vida. Bajó del Carmelo: encontró á Acad, y díjole. Mataste á Naabod, y tomaste posesion de su viña. Pues hágote saber, que en este lugar donde los perros lamieron la sangre de Naabod, lamerán la tuya, y tambien comerán las carnes de Jezabel en el campo de Jezrael. Dichas estas amenazas, Elías se volvió á su Carmelo: las cuales cumplidas (la de Acab ántes, y la de Jezabel despues de su rapto), reinó Ocozías por su padre Acab; y á pocos dias cayó de un corredor, de que quedó con gran riesgo de la vida. Envió á consultar á Beelzebub, ídolo de Accaron, acerca de su enfermedad; y el Señor avisó á Elías, y mandó saliese al encuentro á los criados del rey. Obedeció; bajó del monte; y viéndolos, les dijo: ¿Por ventura no hay Dios en Israel á quien consultar? ¿Para qué vais á Accaron? Con la vida pagará el rey su pecado: no se levantará de la cama. Lleváronle al rey las nuevas, y díjoles á sus criados: ¿Qué persona era quien así os habló? ¿qué señas tenia? Un hombre es velloso, vestido de unas pieles (dijeron), y ceñido con una correa de las mismas. Hábito es este penitente y religioso; aunque mas quieran quitársele á Elías. Elías thesbita es (respondió el rey), porque le conocia muy bien. Comunicó el caso con su madre Jezabel: y como ella le aborrecia, dieron órden que le fuésen á prender un capitan con cincuenta soldados. Fué el capitan; y estando en el Carmelo, cerca de donde Elías estaba, le dijo con irrision y arrogancia: Hombre de Dios, el rey manda que desciendas. Conociendo el santo que la ironía con que hablaba, é intento que traia, no cargaba tanto sobre su persona, cuanto sobre la autoridad de Dios, en cuyo nombre habia hablado; nó con zelo de venganza, sino de honor divino, le respondió: Si soy hombre de Dios, baje fuego del cielo y trague á tí y á tus cincuenta soldados. Al instante bajó el fuego y los convirtió á todos en cenizas. Viendo el rey que tardaba, envió segundo capitan con otros tantos soldados, á quienes, por la misma causa, sucedió lo que al primero, bajando fuego del cielo y consumiéndolos, defendiendo Dios su honor, agraviado en su profeta.

Envió el rey tercero capitan, que fué Abdías, mayordomo de su padre Acab: llegó como católico de su tiempo con grande humildad y cortesía, suplicando á Elías tuviese de él piedad, pues obedecia á su rey. Entonces el ángel que asistia á Elías le dijo: Desciende, y vé con él; no temas. Descendió Elías del monte, y puesto en la presencia del rey, le dijo sin mas preámbulos: Esto dijo el Señor: Porque enviaste mensajeros á consultar á Beelzebub, dios de Accaron, como si no hubiera Dios de Israel á quien pudieses preguntar; del lecho sobre que subieses no descenderás, sino morirás. Con esto se salió de palacio el santo profeta, dejando á todos asustados, mas rabiosa á Jezabel, y al rey en manos de la muerte, que en breve experimentó. Viendo que las palabras de Elías eran eficaces para cerrar el cielo, abrazar capitanes y quitar vidas á reyes, cuando al honor de Dios importaba, siendo cuanto obró por mandado expreso de su divina Majestad, como el mismo profeta santo confesó; no ha faltado quien, ya en libros, ya en púlpitos (por lograr un concepto), diga fué cruel este zelo, imperfecto é injusto el santo profeta, y contrario al espíritu de Cristo. ¡Bravo arrojo! sin advertir, como dice Teodoreto: «que los que al profeta acusan de cruel, contra el Dios del profeta mueven la lengua, porque él envió aquel fuego.» ¿Imperfecto debia de ser Dios en sentir de los tales? ¿Muy ajeno del espíritu de Cristo, y muy cruel san Pedro, cuando con una palabra quitó la vida á Ananías y á Safira, y san Pablo á Elimas los ojos? ¿Imperfecto el sagrado Precursor que vino en la virtud y espíritu de Elías? Pero dejemos á los tales.

Habian ya crecido en número y perfeccion, y admitido el santo padre los colegios de Bethel, Jericó, Samaria, Galgala, Masfa y otros, en los cuales florecia su santidad y magisterio. Prueba el águila la legitimidad de sus hijos poniéndolos á vista del sol para que examinen sus rayos: así lo hacian los hijos del Carmelo, teniendo á Elías, su sol, tan á la vista, de quien con sagrada emulacion copiaban los resplandores, y mejorábanse cada dia mas en

su contemplacion. Estando ya bien instruidos en su nueva profesion, y viendo que en Eliseo y otros hijos aventajados, dejaba quien la llevase adelante, quiso Dios trasladar á su ministro y profeta, y como depositarlo en el paraiso, y reservarlo con la vida en él para los tiempos mas atribulados de su Iglesia, encargándole esta última victoria, á quien tantas habia alcanzado de Satanás y sus ministros. Quiso Dios que un hombre tan divino no conversase mas con los humanos, sino con los celestes espíritus: y como á los grandes y valerosos capitanes honraban los reyes con carro triunfal, quiso que Elías, que tantas batallas venció, y tanta sangre derramó de sus contrarios, subiese al paraíso triunfante, en un carro y caballos de fuego. Esta fué la intencion: veamos el hecho. Sabiendo ya Elías como Dios queria llevárselo al paraiso, partióse su amado discípulo Eliseo al convento de Galgala, y de allí á Bethel, donde acompañado de cincuenta monges, llegó Elías al Jordan con Eliseo: quitóse la melota ó capa; doblándola hirió con ella las aguas, que obedientes á su presencia y santidad, se dividieron: con que no solo dejaron el paso franco, sino seca y enjuta la madre, mostrando en una accion dos milagros. Pasado el Jordan, encargó á Eliseo, como sucesor suyo, el cuidado y observancia de su religion, y le ofreció que desde el lugar donde el Señor le colocase, pediria por su duracion y aumento. Por fin, le dijo le pidiese cuanto quisiese, que se lo concederia con gusto. Eliseo solo le pidió su espíritu doblado; y aunque se le hizo dificultosa la peticion, se la concedió. En esto vino el carro de fuego en que Elías subió á los cielos triunfante, y Eliseo lleno de dolor, le miraba y decia: Padre mio, padre mio, carro de Israel y carretero suyo. Así lamentaba Eliseo la ausencia de su santo padre, cuando perdiéndole de vista, vió que le arrojaba su capa ó melota, y en ella su espíritu doblado, con cuya prenda se volvió al Jordan: y habiéndole dado tambien paso milagrosamente, dividiéndose otra vez sus aguas al contacto de la capa, los cincuenta hijos de los profetas, ó monges, que á la otra orilla le esperaban, viéndole venir con la capa y espíritu de su maestro Elías, le adoraron por su sucesor y admitieron por prelado.

Trasladado Elías, no nos dice la Escritura el lugar donde paró, ni la vida que en él hace; y así es forzoso seguir lo que nos han dicho los santos: los cuales afirman que Elías está vivo: el lugar donde habita no es el cielo, lugar de los bienaventurados (porque hasta la muerte y ascension de Cristo, á nadie se abrieron sus puertas) sino el paraíso terrenal, donde lo reserva Dios, para que en compañía de Enoch, venga á predicar penitencia en tiempo del Anticristo. En el paraiso, pues (que no pereció con las aguas del diluvio), les previno el Señor su habitacion, donde, aunque no ven á Dios cara á cara, pasan una vida felicísima, gozando de muchas consolaciones divinas, de visitas frecuentes de los ángeles, sustentados del árbol de la vida; mereciendo infinito, y libres del estado de pecar y desmerecer. Viven por fé, porque no ha llegado la clara vision, y así merecen con sus obras y sus actos. De aquí se sigue, que en el estado feliz que Elías goza, puede ser venerado é invocado de los fieles: lo cual consta de la práctica de la Iglesia, así en tiempo de la antigua ley, como en el mas dichoso de la nueva ley de gracia. De la antigua consta: pues luego que fué arrebatado en carro triunfal, Eliseo, queriendo pasar el Jordan, le invocó. Viniendo al Carmelo levantaron una iglesia ú oratorio á su memoria. Los hebreos cuando circuncidaban á sus hijos, ponian dos sillas, una para el sacerdote y otra para san Elías; persuadidos á que el santo profeta asistia á la gracia de aquel sacramento, y como medianero é intercesor á todas las que Dios les concedia. En las preces y letanías de los santos de su ley le invocaban. En la ley de gracia fué aun mas expreso su culto é invocacion. La Iglesia griega ferió su dia: le edificó muchos templos: en su fiesta hicieron muchos sermones y homilias sus doctores sapientísimos. Rezaban de él con oficio eclesiástico; y hoy se continúa en muchas partes, segun se lee en sus misales antiguos y modernos. La Iglesia latina no ha sido ménos fervorosa en su veneracion. En Italia, Nápoles, Sicilia, Hungría y nuestra España, le han dedicado muchos templos y celebran su memoria en muchos Martirologios, y este dia en el romano. A los padres carmelitas, que siempre le han venerado por su primer fundador y patriarca, concedieron los sumos pontífices Gregorio XIII y Sixto V, con otros muchos de sus sucesores, rezo de primera clase con octava, como á su padre, fundador y patron, el cual usa toda la religion con la solemnidad que es notoria: privilegio tan singular como es venerar en iglesias y rezar de un hombre vivo como si ya estuviera en el cielo, y gozar ántes de entrar en él: esta prerogativa, que solamente da y concede la Iglesia á los bienaventurados, es tan grande y nunca vista, que á algunos zelosos ha causado gran novedad, y han procurado y pretendido que no se rece del santo, así por estar vivo, como por no hallarse en la Iglesia privilegio semejante; pero ha salido Dios á la defensa de su zelador santo. El caso milagroso refiere el muy docto P. M. José Andrés, de la ilustrísima Compañía de Jesus, y sucedió en esta forma. Un personaje grave de Roma entró peticion á la sacra congregacion de Ritus, que debia prohibir el rezo del profeta san Elías, por los graves inconvenientes que tenia, de que al dia siguiente daria bastantes pruebas. Púsose aquella noche á trasladarlos muy alegre y agradecido á su estudio. Pero (¡ó sumo poder de Dios!) encontrando acaso con estas palabras del capítulo 48 del Eclesiástico: *Surrexit Elias propheta, quasi ignis*, etc., al mismo tiempo le cogió al cuerpo y ánimo un temblor y horror tan grande, que ni pudo mover la mano, gobernar la pluma, ni desembarazar el ingenio, entregado todo á lamentar sus dolores. Así duró algunas horas, hasta que su afliccion, informando su conciencia, le dió á entender que aquel arresto no era zelo discreto, sino emulacion y aficion poco pia al santísimo profeta: con que reconoció el castigo de su temeridad, y ofreció arrepentido la enmienda. Luego que llegó la mañana, y el Señor en premio de su dolor le mitigó sus dolores, se fué á la sacra congregacion: refirió todo el caso; y de acusador se hizo abogado del santo, confesando que lo tenia por tal, y por merecedor de que gozase en la Iglesia aquel y otros públicos honores. Con cuya experiencia y otras, ha puesto la sacra congregacion perpetuo silencio en la materia de semejantes contradicciones.

Bien ha mostrado Elías su agradecimiento á la misma Iglesia en varias ocasiones, que refieren los libros sagrados y otros autores. A los nueve años de su rapto escribió una carta á Joran, hijo de Josafat, rey de Jerusalen, reprendiéndole su mala vida, y el haberse apartado de los caminos que siguió su santo padre, y amenazándole con

rigurosos castigos, si no procuraba enmendarse. Sabida es la aparicion en el Tabor, asistiendo á la trasfiguracion de Cristo, Bien nuestro, donde pidió por la duracion de su religion carmelita, y alcanzó de Cristo que duraria hasta el fin del mundo, segun la Vírgen santísima se lo reveló á su hijo san Pedro Tomás, patriarca y mártir. Otras dos apariciones refiere la gloriosa madre santa Teresa de Jesus en el libro de sus fundaciones; y de otras muchísimas hacen mencion varias historias, todas en utilidad de la Iglesia y sus hijos los fieles. Es abogado especial, y antídoto soberano contra la peste, y tiempo de seca y falta de agua. Pudiera comprobarse esto con muchos milagros; pero basta lijeramente referir lo que sucede en una ermita de san Elías, que está en nuestra España (porque no vamos mas léjos) en una montecilla, que está en Aragon, entre Monzon y Lérida, un tiro de escopeta de Belclara: la cual ermita es todo el año frecuentada, y especialmente este dia 20 de julio, que es su fiesta de guardar por voto de sus vecinos pueblos, que suben á ella en procesion, agradecidos á los milagros que por su intercesion experimentan; y así está llena de mortajas, velas doradas, madejas de seda, piernas y brazos de cera, pechos de mujeres y otras presentallas, que atestiguan los milagros que del santo profeta han recibido, así mediante su intercesion, como bebiendo el agua de una fuente, que llaman de San Elías y nace del montecillo en que está fundada la ermita: y cuando tienen necesidad de agua los campos, valiéndose de su intercesion, luego la consiguen. En Lombardía le tienen tambien por abogado para las faltas de agua: porque por su intercesion siempre la han conseguido.

Es abogado contra la peste, como se experimentó el año de 1656 en el reino de Nápoles, haciéndole los ciudadanos de Capua y Nola su patron, fabricándole templos ricos y hermosos: porque sobre haber sanado infinitos, untándose con el aceite de su lámpara, que milagrosamente tambien lo da con abundancia, como si fuera una fuente manantial, juntando en uno infinidad de milagros; el dia, que la ciudad de Capua lo eligió por su patron movida con tantos milagros, cesó repentina y totalmente la peste, sin que quedase de ella mas memoria. Con cuyo prodigio, mas fervorosos, hicieron su voto en la iglesia de los padres carmelitas: dotaron su fiesta de primera clase: celebráronle ambos cabildos eclesiástico y secular y los caballeros todos con fiestas, los poetas con epígramas, los predicadores con famosos panegíricos, y Dios, que en sí es glorioso, lo quedó de nuevo en Elías. Otros infinitos milagros se pudieran referir; pero se dejan por abreviar: quien quisiere verlos, lea al reverendísimo P. Fr. José de Santa Teresa, en sus Flores del Carmelo, y hallará abundancia. Finalmente, llegado el tiempo del Anticristo, aquel fiero monstruo, que asistido del demonio, de la gentilidad judaismo y herejes, publicará guerra contra Jesucristo, y sus santos: derribará sus iglesias: pisará sus imágenes: hará que cese en público el santo sacrificio de la misa: martirizará á los sacerdotes: postrará las vírgenes: la culpa sera virtud, y no habrá mayor delito en su tribunal, que el ser cristiano: publicará que es elverdadero Dios y Mesías: fingirá su muerte y resurreccion: pondrá su estatua en el templo y hará aparentes milagros, que será una de las mayores angustias de los fieles. Contra tantos males Elías será el antídoto; pues para verdadero apóstol de aquella última persecucion, y la mayor y mas temerosa que ha padecido la Iglesia desde el principio del mundo, tantos siglos ha que Dios le tiene guardado, señalado y prevenido. Vendrá como precursor de aquella segunda venida, con potestad extraordinaria, concedida inmediatamente de Dios (aunque subordinada é inferior á la del sumo pontífice), para gobernar el pueblo cristiano, para enseñar la fé, y doctrina verdadera, para hacer milagros en apoyo de su doctrina y predicacion: con la cual confirmará á los fieles, reducirá á Dios á los hijos de su pueblo, volviendo todas las cosas á su debido lugar, de que las habia desencajado el Anticristo.

Saldrá armado de las noticias y méritos de tantos siglos, limpio y purificado su corazon del temor que tuvo en tiempo de Jezabel, docto y fuerte en el trato de los ángeles, obligado con los favores de Dios, sabiendo que esta es la ocasion para que su Majestad lo tiene reservado, y que es obligacion suya mirar por el crédito y honra de su Dios, como siempre lo hizo su zelo abrasado. Acompañado de Enoch, y de otros fieles ministros, especialmente de sus religiosos los carmelitas, de las demás religiones, y varones fervorosos, eclesiásticos y seculares del cuerpo y campo de la Iglesia, saldrá á plaza contra su mayor enemigo, cuyos aparatos y victorias así las describe el evangelista san Juan: « Daré (dice) á mis dos testigos, y profetarán mil doscientos sesenta dias cubiertos de sacos. Estos son dos olivas, dos candeleros, que están en la presencia de Dios: si alguno les quisiere dañar, saldrá fuego de la boca de ellos, y tragará sus enemigos. Estos tienen potestad para cerrar el cielo, para que no llueva en los dias de su profecía: y tienen potestad sobre las aguas, para convertirlas en sangre; y para herir la tierra con toda plaga, siempre que quisieren. » Despues de este tiempo, que será tres años y medio (menos veinte dias) que gastará el Anticristo en perseguir la Iglesia, y Elías en defenderla, concurrirán todos á Jerusalen. Quitará el dragon (que es el Anticristo) las vidas á Elías y Enoch; su muerte, afirma santo Tomás, que será en cruz, por imitar en esto á su capitan: sus cuerpos (dice san Juan) serán arrojados en la plaza de Jerusalen; y causará tal espanto y admiracion ver vencidos á los invencibles, y muertos á los que parecian inmortales, que concurrirán á ver sus cuerpos, « de las tribus, de los pueblos, y de las lenguas, por tres dias y medio, en que no se consentirán que sus cuerpos sean enterrados (dice san Juan) y pasados tres dias y medio, el espíritu de la vida del Señor entró en ellos, y se levantaron sobre sus piés. Y cayó un gran temor sobre aquellos, que los vieron ántes muertos. Y oyeron una voz grande del cielo, que les decia: Subid acá; y hubieron al cielo en una nube, y los vieron sus enemigos.» Con que vendrá á ser apóstol y mártir en Jerusalen nuestro grande Elías, muriendo en el árbol sacro de la cruz á ejemplo de Cristo: resucitará despues de tres dias y medio, y en una nube hermosa, como el carro, subirá en cuerpo y alma triunfante y glorioso al cielo, á vista de su mayor enemigo el Anticristo, el cual despues de veinte dias acabará por la divina justicia. Con cuya muerte, y el juicio universal, acabará el mundo, recibiendo los pecadores su castigo, y los justos su galardon, comenzando el reino de Cristo y de sus santos, para durar una eternidad. Escribieron la vida de san Elías, sus virtudes, proezas y milagros, las mejores plumas del cielo y de la tier-

ra; pues el Espíritu Santo en los libros sagrados de los Reyes, Eclesiástico, Apocalipsis y otras partes, y los mayores santos é intérpretes de la Iglesia en sus escritos se hacen lenguas en su loor y alabanza: algunos, en particulares libros, que hicieron del santo profeta (como son Juan Jerosolimitano; Egidio Camarto *de rebus Eliæ;* Saliano; Tornielo *in Annal. mundi;* Lezana en los del Cármen; Fr. Francisco de Santa María, *Hist. prophetica* y en su *Apologia;* Muñoz *in Propugnaculo Eliæ*; Mathias à S. Joanne tom. 1 *Hist. panegyr.;* Doroteus á Sancto Renato *in lib. Regn. de Apocalyp.*, y otros, que cita Daniel á Virgen Maria *in Vinea Carmeli)* juntaron todas sus glorias, si puede haber alguna que se iguale al referirlas el Espíritu Santo (que por último de sus elogios dice: ¿Quién en el mundo podrá como tú gloriarse, ó Elías?), cuya gloria y divinidad merezcamos ver por la intercesion del gran zelador de la honra de Dios, Elías. Amen.

SAN GERÓNIMO EMILIANO, FUNDADOR. — El glorioso san Gerónimo Emiliano ó Miani, nació en Venecia en el año 1481: fueron su padres Ángelo Miani y Diodora Morosini, ambos de las familias patricias y senatorias mas ilustres de aquella república. Aunque Gerónimo fué el último de los cuatro hijos varones que tuvieron sus padres, con todo fué el primero por gracia y mérito delante de Dios. Como su padre se hallaba continuamente ocupado en los negocios de la república, y en desempeñar los mas principales cargos de ella, la educacion de Gerónimo quedó al cuidado de su madre, que siendo dama de mucha piedad, no dejó de destilar en el corazon del niño las máximas de la religion cristiana, y de acostumbrarle muy temprano á los ejercicios de devocion y demás virtudes propias de su clase y de su edad. Pero el ardor de las pasiones juveniles ahogó bien presto estas buenas semillas, que su madre habia procurado sembrar en su alma; pues así que hubo llegado Gerónimo á los quince años de su edad, se dejó engañar de los placeres y de los perversos ejemplos de otros jóvenes nobles coetáneos suyos, y así abandonando el estudio de las letras, y toda práctica de su devocion, no cuidó sino de holgarse y darse buen tiempo; si leia algunos libros eran solo los que respiraban máximas de caballería y de vanidad mundana. Con esta leccion se empeoraba cada dia mas y mas su espíritu, y se hacia mas abominable á los ojos de Dios, al tiempo que á los ojos de los hombres conservaba aquel decoro que convenia á su noble condicion, del cual se mostraba mucho mas zeloso que de la gracia de Dios. Habiendo muerto en este tiempo su padre, que le tenia en alguna sujecion, creció sobre manera su disolucion, la cual llegó, por decirlo así, hasta lo sumo, cuando abrazó la milicia sirviendo á su república en la guerra, que tuvo esta que sostener en aquellos tiempos contra poderosos enemigos, conjurados á su ruina en la famosa liga de Cambray. Porque en medio del estrépito de las armas y licencia militar, se abandonó á toda suerte de vicios, y cuanto mas animoso y valeroso se mostraba en los ejercicios militares, y en varios encuentros y combates que tuvo contra los enemigos del estado, tanto mas con su vida libertina y escandalosa, reforzaba la cadena de sus vicios, y se hacia mas esclavo de Satanás. « En suma, en el tiempo de la guerra (son palabras del autor que fielmente escribió su vida) quedó el ánimo de Gerónimo inficionado de muchos contagiosos achaques, que fueron la audacia, la fiereza, la temeridad, con todos los demás vicios que consigo lleva la desenfrenada juventud, las malvadas compañías y las ocasiones del pecado; y sobre todo, la pasion de la ira avasalló su espíritu de tal modo, que traspasando todos los límites de la razon, llegaba algunas veces hasta el furor. »

En este tan deplorable estado perseveró Gerónimo hasta la edad de treinta años. Pero en este tiempo se dignó la divina bondad mirarle con ojos de misericordia, y convertir este vaso de contumelia y de ignominia en un vaso de eleccion: sucedió esta maravillosa conversion en la manera siguiente. Hallándose Gerónimo en el año de 1511 comandante de Castronovo, plaza de mucha importancia en el Trevisano, con el título de proveedor; fué esta plaza en el mes de agosto sitiada del ejército imperial: y no obstante la valerosa defensa de los venecianos, y con especialidad del proveedor Gerónimo Miani, fué tomada por asalto, y quedó Gerónimo prisionero de guerra de sus enemigos; los cuales, segun el uso de aquellos tiempos, le trataron con increible inhumanidad. Cargáronle de cadenas, le pusieron esposas y grillos, y una argolla al cuello: de este modo lo metieron en lo mas profundo de una torre, donde muchas veces le daban de palos con bárbara inhumanidad, sustentándole con escasa porcion de pan y agua que le traian todos los dias. En este lastimoso estado habló eficazmente el Señor al corazon de Gerónimo, y con la luz de su gracia le hizo conocer claramente los desórdenes de su vida pasada; y de aquí empezó á conocer y temer los terribles castigos del fuego eterno, que merecia por tantos y tan enormes delitos como habia cometido contra la divina Majestad. Las graves tribulaciones de que se veia oprimido, y el peligro que le amenazaba á todas horas de acabar sus dias con una muerte violenta, le humillaron á la presencia del Señor, y cual otro Manasés desde lo mas oscuro de su prision levantó la mente y el corazon al Padre de misericordias y Dios de toda consolacion, y con incesantes lágrimas y suspiros le rogó le perdonase sus graves pecados, y le librase no solo de las cadenas que ataban su cuerpo, sino de las otras, mucho mas duras y pesadas, que ataban su alma: prometiendo firmemente expiar sus pecados con la debida penitencia, y llevar en adelante una vida digna de un cristiano. Interpuso á este fin la poderosa intercesion de la Vírgen santísima, suplicándola con mucho fervor y humildad le alcanzara de su divino Hijo una verdadera contricion de sus culpas, y una plenaria remision de ellas, junto con el socorro conveniente á sus urgentes temporales necesidades, haciendo voto de ir á pié á visitar su imágen, que se venera en la iglesia de Terviño, luego que escapase de aquel peligro. No tardó mucho en experimentar los benéficos efectos de la piedad de la Madre de misericordia, porque se le apareció en la cárcel esta soberana Señora, le quitó los grillos, las esposas y las cadenas, le dió las llaves de aquel oscuro calabozo, y abriéndolas Gerónimo se encaminó directamente á Terviño para cumplir su voto: pero como los enemigos habian tomado todos los caminos, dió Gerónimo en una partida de ellos: y no sabiendo como librarse de caer en sus manos, recurrió de nuevo á su bienhechora la Vírgen santísima, la cual se le apareció segunda vez, y sirviéndole de guia, con un nuevo prodigio, por medio de los enemigos le condujo salvo delante de Terviño. Entró Gerónimo en la ciudad, y se en-

caminó á la iglesia ; y postrado ante el altar de la Vírgen santísima, mas con lágrimas y sollozos que con palabras, dió á su celestial bienhechora las debidas gracias del beneficio recibido; y en las paredes de la misma capilla colgó las esposas, grillos y argolla que habia llevado consigo, para que fuesen perpetuos testigos del beneficio recibido, donde aun al presente permanecen.

De esta ciudad pasó Gerónimo á Venecia con una firme resolucion de entregarse enteramente y sin ninguna reserva al servicio de Dios: y aunque por entonces no renunció la toga, ni dejó de acudir á las juntas del senado, y de servir los oficios públicos de su patria; pero en todos sus discursos y en todas sus acciones, descubria una singular piedad y un zelo tan grande del honor y gloria de Dios, que causaba á todos suma edificacion. Se puso luego bajo la conducta de un director espiritual, dotado de mucha piedad y doctrina y habiendo hecho á sus piés con muchas lágrimas una confesion general de sus pecados, emprendió con su consejo una vida penitente, mortificada y de mucha edificacion, ayunaba frecuentemente con grande rigor, llevaba sobre sus carnes un áspero cilicio, y afligia su cuerpo con otras mortificaciones, ya para satisfacer por los deleites de su vida pasada, ya para tener sujeta la carne al espíritu, ya finalmente para implorar sobre sí con mayor abundancia las divinas misericordias. Atendia con todo cuidado á mortificar todas sus pasiones, especialmente la de la ira, que tanto le habia dominado; y ayudado de la divina gracia logró vencerla tan perfectamente, que fué despues el hombre mas humilde y pacífico del mundo. Visitaba los enfermos en los hospitales, frecuentaba las iglesias y los monasterios, hallando sus delicias en tratar con personas religiosas de las cosas de de Dios; recibia muy amenudo los santos sacramentos, que son los canales de la divina gracia, y hacia abundantes limosnas á los pobres y en especial á las familias vergonzantes.

En una palabra, la vida del senador Miani despues de su conversion, fué una continua serie de ejercicios de piedad y obras buenas. Como Gerónimo estaba enteramente desengañado del mundo, deseaba volver las espaldas y retirarse á un lugar solitario para hacer allí penitencia, y contemplar únicamente los años eternos y las cosas celestiales. Mas vióse impedido de ejecutar sus designios por la muerte anticipada de Lucas, su hermano primogénito; el cual dejó los hijos en edad tierna encomendados al cuidado de Gerónimo; por lo que debió el siervo de Dios encargarse, por motivo de piedad, de la tutela de sus sobrinos y de la administracion de sus bienes. Satisfizo en efecto á uno y á otro encargo con suma diligencia, y los desempeñó con tal fidelidad y acierto, que los sobrinos fueron educados en el santo temor de Dios, y sus bienes no solo se conservaron, sino que se aumentaron notablemente.

Entretanto presentóse á Gerónimo una ocasion muy oportuna de ejercitar su generosa caridad para con los pobres, que fué la hambre que afligió toda la Italia en el año 1528, porque aunque en Venecia se sintió ménos que en otras partes la falta de trigo y otros víveres : porque aquellos sabios senadores, á la primera noticia de la escasez de la cosecha, hicieron las provisiones mas copiosas que les fué posible, no perdonando á este fin ni diligencias ni expensas, pero fueron tantos los pobres que concurrieron de todas partes á aquella ciudad, que las plazas y las calles estaban llenas de gentes necesitadas, y tan miserables, que mas con la palidez de su rostro y la debilidad de sus fuerzas, que con las palabras, pedian ayuda y socorro en su miseria. A este lastimoso espectáculo se enternació en modo particular el piadoso corazon de Gerónimo; y mirando en aquellos pobres la persona del mismo Jesucristo; resolvió emplear en alivio de aquellos infelices todo lo que tenia, hasta su misma persona. A este fin, despues de haber repartido todo el trigo y dinero que tenia, vendió la plata, tapices, muebles preciosos y ricas alhajas de su palacio, y se despojó de todos sus bienes para socorrer la miseria de los hambrientos. Su misma casa era el asilo de los pobrecitos, á quienes distribuia por su mano, ó pan, ó dinero, y aun en ella les daba albergue para preservarles del peligro de morirse de frio en las calles públicas, á ocasion de la rigurosa estacion que entonces corria. No se contentaba con esto su caridad; se informaba tambien de la miseria de muchas familias, que se hallaban reducidas á las mayores angustias, y las procuraba con afecto de cariñoso padre todo el tesoro que podia, hasta reducirse él mismo á la mendiguez: de manera que le faltó muchas veces pan y dinero para proveer su necesidad. El ejemplo de esta heroica caridad conmovió de tal modo los ánimos de los demás ricos y hacendados de la ciudad, que contribuyeron por su parte con mucho gusto al sustento de los pobres, y al alivio de la comun necesidad.

Siguióse á la hambre y miseria (como suele acontecer en semejentes lances) una maligna epidemia, que llenó las casas y los hospitales de enfermos; de aquí se abrió á Gerónimo un nuevo campo para ejercitar su caridad : iba continuamente este ilustre senador á los hospitales para asistir á los pobres enfermos, para consolarles y animarles con sus piadosas exhortaciones á sufrir con paciencia sus males, y á disponerse para una buena muerte, cuando el Señor se dignase llamarlos á la otra vida. Fueron tantas las fatigas y las incomodidades que padeció en esta obra de caridad, que al último cayó enfermo asaltado de una fiebre ardiente y contagiosa, que en pocos dias le puso á los últimos términos de su vida. Mas el Señor, que le reservaba para obras mayores de su gloria, le restituyó la salud, contra la esperanza de todos con una especie de milagro. El siervo de Dios, que entonces se hallaba en la edad de cuarenta y ocho años, miró esta gracia y próroga de su vida, que le acababa de conceder la divina beneficencia, como un convite que el Señor le hacia, á que se emplease en adelante enteramente y sin distraccion alguna en las cosas de su divino obsequio y en prepararse á la muerte: y deseoso de poner desde luego en ejecucion esta inspiracion divina, encargó el cuidado y la administracion de los bienes de su difunto hermano al mayor de sus sobrinos que se hallaba ya en estado de poder gobernar la casa. Renunció los oficios públicos y los cargos de la república: depuso para siempre la toga senatoria, y vistióse un vestido tosco y vil, de paño grosero de color pardo, segun lo llevaban las gentes pobres y plebeyas, queriendo seguir fielmente los humildes pasos de Jesucristo, y consagrarse todo á su gloria y á la salud de sus prójimos. No tomó Gerónimo esta resolucion, sino despues de mucha y fervorosa oracion, pidiendo á Dios le mostrase el camino en que queria que le sirviese, y despues de haber toma-

do el consejo de personas ilustradas en la vida espiritual, especialmente del P. Juan Pedro Carrafa (que despues fué promovido á la silla de san Pedro con el nombre de Paulo IV), que era en aquel tiempo su director. Algunos admiraron esta extraordinaria resolucion, otros la alabaron y aprobaron, y otros la censuraron y reprobaron, é hicieron burla de Gerónimo; pero el santo, que no tenia otra mira que la de agradar á Dios, despreció igualmente las alabanzas, que las murmuraciones y las burlas de los hombres; estando bien persuadido, que no hay cosa mas opuesta al espíritu de un verdadero cristiano, que el vano temor del qué dirá el mundo y que la loca aprension de los respetos humanos.

En efecto, el éxito hizo conocer que el espíritu del Señor guiaba á Gerónimo en todos sus pasos; porque desde que tomó esta resolucion, empezó á llevar una vida mucho mas perfecta que ántes, mas humilde, penitente y mortificada; y emprendió por divina inspiracion una obra piadosa de grande utilidad á las almas, y de no menor provecho al bien del estado, y fué la siguiente. Como las guerras, la carestía y el contagio habian desolado la Italia, y quitado la vida á innumerables personas y cabezas de familia, muchísimos niños quedaron huérfanos, y no teniendo de qué sustentarse iban dispersos y perdidos por la ciudad, mendigando el pan por las calles, y vivian sin temor de Dios, corriendo manifiesto peligro de perecer temporal y eternamente. Compadeciéndose el bienaventurado Gerónimo de las miserias espirituales y temporales de tantos huérfanos, empezó á recogerlos y juntarlos en una casa que compró para este fin; y allí les administraba el necesario alimento, y les instruia en el camino de la salvacion. En breve tiempo se aumentó mucho el número de estos niños, que el siervo de Dios recogia en todas partes, no solo en Venecia, sino tambien en las pequeñas islas cercanas á la ciudad; por lo que le fué necesario acudir á la piedad y caridad de las personas ricas y hacendadas, á fin de que con sus limosnas ayudasen á mantener una obra tan santa y provechosa, como lo ejecutaron con increible contento del santo, que ejercitaba con los huérfanos que recogia los cariñosos oficios de padre, de madre y de maestro; estableciendo un órden bellísimo y unos reglamentos muy acertados para su educacion. A mas de los ejercicios de caridad cristiana, arreglados para cada dia, queria que todos los niños aprendiesen á leer y escribir: que se dedicasen á aprender algun oficio, segun la condicion de cada uno, para que cuando fuesen adultos tuviesen modo de alimentarse. A los que conocia de mayor capacidad y talento, hacia aplicar al estudio de las letras, y todos mediante su industria y diligencia vivian de un modo tan piadoso y arreglado, que edificaban toda la ciudad de Venecia; que no podia dejar de admirar y de llenar de bendiciones y elogios á su santo conciudadano, el cual, renunciando la toga de senador, se habia hecho padre de los pobres, y amparo y protector de los huérfanos.

Viendo Gerónimo que el Señor habia colmado de bendiciones esta piadosa obra, y considerándola establecida de modo, que ya podia proseguir sin su personal asistencia, pensó que si se estableciera en otras partes, haria en ellas el mismo fruto que hacia en Venecia; mayormente estableciéndola en las ciudades del dominio veneciano, donde por las recientes guerras, por la carestía y consiguiente peste que habian padecido, era mayor su necesidad. Por eso en el año 1531, que era el quincuagésimo de su edad, con no poco sentimiento de sus conciudadanos partió de Venecia, con un vestido humilde y un pobre equipaje, y confiado únicamente en la divina Providencia, se encaminó á las ciudades y lugares de la Lombardía veneciana, para promover allí la misma obra de piedad; y en el espacio de solos seis años que sobrevivió, estableció y fundó muchas casas para niños huérfanos: concurriendo con sus limosnas á promover esta obra las personas acomodadas y ricas, atraidas de las eficaces exhortaciones del siervo de Dios, y del concepto grande que todos hacian de su santidad. No solamente en las ciudades del dominio de Venecia, sino tambien en las del ducado de Milan, y aun en la misma ciudad de Milan, promovió la misma obra de piedad; y por su medio se fundaron muchas casas para recoger y educar en ellas los huérfanos. Pero la ciudad en que Gerónimo hizo mas larga demora fué la de Bérgamo, donde le pareció mas urgente la necesidad, y mayor la desolacion en que entonces se hallaba. Aquí no solo estableció una casa para niños huérfanos, como en otras partes, sino que dispuso tambien otra para niñas huérfanas, y otra para recoger las mujeres de mala vida, que por medio de sus instrucciones y exhortaciones se habian convertido al camino de la salvacion y abrazado la penitencia. Ardiendo en zelo de la salvacion de las almas, se valia de varias industrias para apartar los hombres de los vicios y atraerles al camino de la virtud. A este fin, escogiendo aquellos niños huérfanos mas instruidos y piadosos, iba con ellos como en procesion por las aldeas y lugares circunvecinos, llevando delante la santa cruz, y cantando la doctrina cristiana y otras oraciones. Con esta devocion llamaba así las gentes rudas de aquellos pueblos, que acudian en mucho número á ver aquella novedad, y con esta ocasion él les enseñaba la doctrina cristiana, y con palabras sencillas, pero con mucho fervor de espíritu, persuadia á los pecadores la penitencia, poniendo á su vista las llamas eternas que la justicia divina tiene prevenidas en el infierno para el castigo de sus culpas, con lo que fueron muchísimos los que con la divina gracia redujo al camino de la salvacion.

En todos estos lugares, y en las diferentes ciudades donde el santo iba para el efecto susodicho, hallaba muchas personas, la mayor parte nobles, y aun muchos sacerdotes, que movidos de su singular piedad y de la eficacia de sus palabras, le ofrecian todos sus bienes y sus mismas personas, para que dispusiera de ellas á su arbitrio, en las obras de caridad que habia instituido; y por mas que él fuese un hombre seglar, que jamás quiso recibir órden alguno eclesiástico, porque no se creia digno de ellos, sin embargo todos lo reconocian por su padre y director espiritual, y dependian enteramente de su voluntad. El siervo de Dios, que contemplaba estas personas como otros tantos obreros que le enviaba el Señor para cultivar aquella viña, y para ayudarle en las obras caritativas de los huérfanos, se valia de cada uno de ellos en los varios y diversos ramos que les encargaba, destinando á unos para la direccion de los niños, á otros para instruirles en las máximas de la religion, á otros para que les enseñasen las ciencias de que eran capaces, á otros para proveerlos de lo que necesitaban para su sustento; y finalmente destinando á muchos para enseñar la doctrina cristiana á las

personas rústicas é ignorantes, en las aldeas y campos del territorio de Bérgamo. Habiendo crecido el número de estos operarios, juzgó Gerónimo que convendria unirlos entre sí con el vínculo de caridad, y hacer de este modo mas estable y duradera esta obra de misericordia. Para esto resolvió san Gerónimo con el consejo y consentimiento de sus compañeros, fundar en un lugar determinado una casa, la cual fuese como la cabeza y el centro de las obras de caridad hasta entonces establecidas, y de aquellas que en adelante se instituyeran en el estado veneciano, como en el ducado de Milan y en otras partes. Despues de una madura deliberacion fué elegida para este efecto la pequeña aldea de Somasca, situada en el condado de Bérgamo, en un valle llamado de San Martin. De esta aldea ha tomado el nombre de Somasca la congregacion que fundó el bienaventurado Gerónimo Miani, especialmente destinada á la educacion de los pobres huérfanos; la cual congregacion poco despues de su muerte fué erigida en religion con autoridad de la silla apostólica. En esta casa de Somasca, como en lugar solitario y muy á propósito para la contemplacion de las cosas divinas, se retiraba á sus tiempos el siervo de Dios, para aplicarse con mayor quietud á la oracion, á los ejercicios de penitencia, y á purificar mas y mas su corazon de aquellas pequeñas manchas, que por un efecto de la humana fragilidad, contraen aun las personas justas y santas en el trato y conversacion con los hombres, y en las acciones piadosas de la vida activa. Habiendo hallado una cueva en el monte que está sobre Somasca, se entraba Gerónimo en ella donde tomaba rigurosas disciplinas; pasaba los dias enteros en ayunas, sin tomar alimento alguno ocupado en la contemplacion, que prolongaba hasta la noche; y cuando le era forzoso dar algun descanso á sus miembros, lo tomaba sobre la desnuda tierra. En lo mas interior de la cueva hay una peña de la cual mana una fuente de agua dulce, y es tradicion constante que el siervo de Dios la consiguió de Dios con su oracion: llevan de esta agua á varias partes, y la dan á beber por devocion á los enfermos, y muchos alcanzan por este medio la salud. Mientras Gerónimo permanecia en esta casa de Somasca, iba por aquellos campos, ayudaba en sus labores á los pobres labradores y entretanto los instruia en los misterios de la fé, les curaba las llagas podridas y cancerradas con tal feliz efecto, que se creia lo habia dotado el Señor del don de curacion: tambien se aplicaba con particular cuidado á curar los niños de la tiña que les suele salir en la cabeza, mal que es sobrado comun en los hospitales. Finalmente en esta casa de Somasca terminó el siervo de Dios felizmente sus dias con una muerte preciosa, ocasionada de una enfermedad contagiosa que se le pegó, asistiendo á los enfermos que adolecian del mismo mal; por lo que así como toda la vida de este santo, despues de su conversion, fué un continuo ejercicio de caridad hácia el prójimo, así tambien su muerte fué un efecto de su misma ardiente caridad, con la cual dichosamente selló los últimos momentos de su vida. Acaeció la muerte del bienaventurado Gerónimo Miani á los 8 de febrero del año 1539, siendo de edad de cincuenta y cinco años.

Beatificó al siervo de Dios la santidad de Benedicto XIV en el año 1748, habiendo ántes aprobado los dos milagros siguientes que obró Dios por intercesion de Gerónimo.

El primero sucedió en el año 1737 en la ciudad de Venecia, con la persona de Gerónima Durigella: padecia esta mujer muchos años habia de escorbuto, la cual enfermedad la habia ocasionado malignas llagas, crueles convulsiones y otros fatales síntomas, y los últimos cuatro años los habia pasado siempre en la cama sin poderse levantar en un modo que causaba compasion: en este estado deplorable invocó con gran fervor al bienaventarado Gerónimo, y desde luego recobró la salud y se halló perfectamente buena.

El segundo milagro acaeció en el año 1738 con un muchacho de siete años de edad llamado Antonio Blanchini: adolecia este, desde la cuna, de epilepsia, de tal modo que no pasaba dia en que varias veces no fuese atacado de este accidente: todos tenian por incurable esta enfermedad; pero encomendándose á la poderosa intercesion de Gerónimo, desapareció el mal, y el muchacho nunca jamás padeció dicho accidente.

Despues que Gerónimo gozó ya del culto público en la Iglesia, continuó en favorecer á sus devotos, alcanzándoles de Dios varias gracias milagrosas, de las cuales la santa sede aprobó las dos siguientes.

La primera sucedió en el mes de junio del año 1748, con sor María Gesualda Pocobella; á la cual habia sobrevenido en el talon del pié izquierdo un humor tan maligno, que le habia podrido la carne y los huesos, y no obstante encomendándose al beato Gerónimo, curó perfectamente.

La segunda sucedió en el mes de abril del año 1759 con Isabel Dandanillia: padecia esta mujer una cólica nefrítica y otros varios males que la habian reducido al último estremo de la vida: en este estado invocó con gran fervor al beato Gerónimo, suplicándole la alcanzase de Dios la salud; y lo consiguió tan completamente, que en el mismo instante no solo se halló libre de todos sus males, sino que recobró al mismo punto todas las fuerzas y robustez que habia perdido con aquella larga y mortal enfermedad.

En vista de estos milagros, y precediendo todos los demás requisitos, la santidad de Clemente XIII, puso al beato Gerónimo en el catálago de los santos.

* San José, llamado el Justo. — Por muerte del infiel discípulo Judas, fueron propuestos dos hombres piadosos para sucederle, Matías, y José llamado el Justo, que fué otro de los setenta y dos discípulos del Salvador. Si bien no entró en el apostolado, con todo trabajó con zelo verdaderamente apostólico predicando el Evangelio en varios puntos, distinguiéndose por sus virtudes, especialmente por sus prodigios, pues bebia el veneno sin que recibiera daño alguno. Ignórase dónde y cómo acabó sus dias; con todo el Martirologio romano dice murió en Palestina.

Los santos Sabino, Juliano, Máximo, Macrobio, Casia, y Paula, con otros diez compañeros. — Murieron mártires en Damasco durante la persecucion de Decio.

San Vulmaro, abad. — Nació de una honrada familia en Bolonia, pueblo de la Picardía. Educado en la piedad, renunció el mundo desde su juventud y se retiró á la abadía de Haumont, donde fué empleado en guardar los ganados y proveer de leña á la comunidad. El singular espíritu para la oracion, que poseia en un grado eminente, le atrajo muy pronto la admiracion de todo el monasterio, y habiéndose empeñado todos los monges, consintió por obediencia, en recibir órdenes sagradas y ascender al sacerdocio. Su

amor al retiro le obligó á pedir permiso para vivir solo en una ermita junto á la montaña de Cassel; pero pasado algun tiempo dejó la soledad y volvió á su patria donde fundó una abadía en un bosque que pertenecia al patrimonio de su padre. Encerrado el santo en esta soledad, evitaba cuanto podia ser capaz de distraerle: vivia en perpetuo recogimiento, y se entregaba casi sin cesar á los ejercicios de la contemplacion. Vulmaro continuó este género de vida hasta su feliz muerte sucedida el dia 20 de julio del año 710, atestiguando el cielo por medio de milagros la santidad de su siervo.

SANTA VILGEFORTIS, VÍRGEN Y MÁRTIR. — Era hija de un príncipe de Portugal, y fué convertida á la religion cristiana siendo aun muy niña. Vivia santamente en casa de su padre, ocupando en ejercicios de piedad todo el tiempo que se lo permitia la vigilancia de sus domésticos. Por aquel tiempo publicáronse en Portugal edictos del emperador, mandando que todos los cristianos ofreciesen incienso á los ídolos, y que de lo contrario fuesen inmediatamente sacrificados. El padre de Vilgefortis era el encargado de hacerlos ejecutar, por lo cual y para dejar ejemplo á los demás, llamó á su hija y procuró con amenazas y halagos persuadirla á que abandonase desde luego la religion que estaba en contradiccion con las leyes del imperio, y que le podria costar la vida si se empeñaba en seguirla. La santa vírgen, que con sus palabras y esclarecidos ejemplos habia convertido muchos gentiles á la fé, pensó que debia confirmarlos en ella con un admirable ejemplo de constancia, y contestando á su padre que nada lograria de ella sino afirmarla mas y mas en el amor á su Esposo Jesucristo, dijo que estaba dispuesta á todo y al sacrificio de su vida. Cegando entonces al padre el espíritu infernal, y sofocándole todos los sentimientos de la naturaleza, mandó que la azotasen cruelmente, y viéndola tan constante y tan firme como ántes, dispuso que la clavasen en una cruz donde espiró.

SANTA SEVERA, VÍRGEN. — Nació en Tréveris, fué hermana de san Modoaldo, obispo, y la fundadora del célebre monasterio de San Sinforiano en la Mosela. Sujetó su fundacion á la regla de san Benito, y fué toda su vida ejemplar de perfeccion monástica y espejo de todas las virtudes. El Señor la favoreció con el don de milagros, y despues de una larga enfermedad que sufrió con toda la resignacion de una santa, murió tranquilamente el dia 20 de julio del año 656. A su cuerpo se le dió honrosa sepultura en la basílica de San Matías de Tréveris, donde todavía se venera.

SAN PABLO, DIÁCONO Y MÁRTIR. — Natural de Córdoba, de padres distinguidos, fué desde su primera edad hermoso pimpollo en la Iglesia de Dios. Humilde, afable, obediente y humano, era el embeleso de todos los cristianos y el consuelo de todos los encarcelados, de todos los pobres, y de todos los enfermos á quienes continuamente visitaba. Pasaba dias enteros en oracion en la iglesia donde se guardaban los restos del mártir san Zoilo, y en ella se nutria en fervor y piedad, disponiéndose así para desempeñar con mas zelo y eficacia los deberes de su ministerio. Por otra parte, animado con las palabras y el ejemplo de san Sisenando empezó á predicar públicamente contra los excesos y crueldades que con los cristianos cometian los príncipes y magnates mahometanos, arguyéndoles al mismo tiempo contra la falsedad de su doctrina y contra las abominaciones de su culto. A poco tiempo lo prendieron, lo encerraron en una mazmorra donde habia toda clase de criminales, y despues de muchos dias lo sacaron de ella, para conducirlo al suplicio, consumando su preciosa vida el dia 20 de julio del año 851. Su cuerpo fué expuesto á los animales para que lo devorasen; pero el Señor lo guardó de todo ultraje, y habiéndolo recogido los cristianos, le dieron sepultura en la misma iglesia de San Zoilo.

DIA 21.

SANTA PRAXEDES, VÍRGEN. — Fué la vírgen santa Praxedes romana, hija de Pudente, senador nobilísimo, y hermana de Navaro y Timoteo, y de Pudenciana, que todos fueron santos, y como á tales los celebra la santa Iglesia. La vida de santa Praxedes era ocuparse en oracion, vigilias, ayunos y penitencias, y gastar la mucha hacienda que tenia, en socorrer á los pobres, y particularmente en servir y consolar á todos los que padecian por la fé de Cristo, que eran muchos, proveyendo sus necesidades, visitándolos en las cárceles, curando sus heridas y llagas, animándolos y esforzándolos á padecer, y recogiendo su sangre, y enterrando sus cuerpos, y recomendándose entrañablemente á sus oraciones, congratulándose de sus victorias, y deseando imitarlos y morir por Cristo para ser particionera de sus coronas. Hospedaba en su casa á los santos: entretenialos y regalábalos; y á ella, como puerto seguro, se acogian, y juntábalos á hacer oracion y á oir misa, y recibir el cuerpo del Señor. Pero durando mucho la persecucion de Marco Aurelio Antonino emperador, y derramándose tanta sangre de cristianos, enterneciósela santa vírgen, y suplicó á nuestro Señor que si era servido, y lo tenia por bien, la librase de las miserias y calamidades de esta vida, y la llevase á gozar de su bienaventurada presencia, donde se enjugarian las lágrimas que en esta vida, por ver morir con muertes atroces á tantos siervos suyos, continuamente derramaba. Oyó el Señor su piadosa oracion, y llevóla para sí á los 21 de julio, año de 194, imperando Marco Aurelio Antonino y Lucio Vero. Su cuerpo fué sepultado en el sepulcro de sus padres y hermanos, por un sacerdote llamado Pastor, que escribió su vida, y todos los Martirologios hacen de ella mencion.

* SAN DANIEL, PROFETA. — Fué este el cuarto de los profetas mayores, era príncipe de la sangre real de Judá, siendo conducido cautivo á Babilonia, cuando la toma de Jerusalen, 606 años ántes de Jesucristo. Fué otro de los jóvenes que el rey Nabucodonosor habia escogido para su servicio; ásí es que le hizo educar, cambiando su nombre con el de Baltasar. Fueron tantos los progresos que hizo en las ciencias, y especialmente en las lenguas de los caldeos, que se captó el aprecio de Nabucodonosor. Este príncipe, atendidas las cualidades de Daniel, lo nombró gefe de todos los magos, y le dió el gobierno de todas las provincias de Babilonia, en gratitud de la explicacion del sueño. Despues de algun tiempo, orgulloso Nabucodonosor por haber vencido á varias naciones, quiso ser adorado como una divinidad, mandando construir una estatua de oro y obligando á sus súbditos que la adoraran. Daniel y dos compañeros no quisieron rendir sus homenajes á una criatura con notable injuria de su Criador, y en castigo de su desobediencia fueron arrojados á un horno encendido, del que salieron ilesos. Profetizó Daniel en el reinado de Baltasar, esplicando á este príncipe el signifi-

cado de unos caractéres escritos en la pared por desconocida mano, que contenian nada ménos que la sentencia de su condenacion. Fué nombrado ministro por Dario el Medo llamado por otro nombre Cyaxares, tendiéndole mil lazos los cortesanos á causa de la envidia. Como se opusiese á las pretensiones de Dario, que queria tambien ser adorado, fué condenado á ser echado en el hoyo de los leones, pero lo preservó Dios siendo castigados sus acusadores. Segunda vez fué echado á este hoyo por haber descubierto la supercheria de los sacerdotes del ídolo de Bel, y confundido á los oradores del dragon que se adoraba en Babilonia, pero tambien lo preservó el Señor. Murió Daniel á la edad de ochenta y ocho años, 530 ántes de Jesucristo, y dejó escritas varias profecías que se han cumplido enteramente, siendo muy célebre la de las setenta semanas.

San Víctor y sus compañeros los santos Alejandro, Feliciano y Longinos, mártires. — Al poco tiempo de haber mandado degollar á toda la legion tebana y á muchos otros mártires, fué el emperador Maximiano á Marsella donde habia una Iglesia numerosa y floreciente. A su llegada temblaron por su vida todos los fieles de la ciudad y se prepararon para el martirio. Durante esta general consternacion, un oficial cristiano, llamado Víctor, iba durante la noche de casa en casa á visitar á sus hermanos en Jesucristo para exhortarles al desprecio de la muerte é inspirarles el deseo de los bienes eternos. Habiendo sido sorprendido en una accion tan digna de un soldado de Cristo, fué conducido á la presencia de los prefectos Asterio y Eutiquio, que le representaron el peligro que corria y cuán loco era de exponerse á perder el fruto de sus servicios y el favor del príncipe, adorando á «un hombre muerto.» Víctor les contestó que renunciaba á todas las ventajas que no podia gozar sino renunciando á Jesucristo, Hijo eterno de Dios, que se habia dignado hacerse hombre para nuestra salvacion, que habia resucitado despues de muerto, y que reinaba con su Padre celestial á quien era igual en todas las cosas. Semejante respuesta excitó furiosos gritos de indignacion y de rabia: pero como el prisionero era persona de distincion, lo enviaron al emperador. El continente airado de Maximiano no fué capaz de torcer la constancia de Víctor, y viendo el príncipe que eran inútiles sus amenazas, lo hizo atar de piés y manos, y mandó que lo paseasen por todas las calles de la ciudad, exponiéndolo así á los insultos é indignidades del populacho. A la vuelta de este tormento fué Víctor presentado otra vez todo cubierto de sangre á los prefectos, que viendo invencible su constancia, empezaron á deliberar sobre el género de tortura que le aplicarian. Asterio mandó que lo extendiesen sobre el caballete y que le atormentasen por mucho tiempo; y entretanto Víctor, con los ojos fijos en el cielo, no cesaba de pedir la constancia que le era tan necesaria. Jesucristo se le apareció entonces y le consoló asegurándole que él tambien sufria con sus siervos y que los coronaba despues de la victoria. Esta vision dulcificó maravillosamente sus dolores, y estando los verdugos cansados, fué metido dentro de una lóbrega prision. A media noche visitóle el Señor en ella por el ministerio de sus ángeles: la cárcel se llenó de una claridad mas brillante que la del sol, y el santo mártir cantaba con los espíritus celestiales las alabanzas del Señor. Tres soldados encargados de custodiar la prision quedaron tan asombrados de lo que dentro pasaba, que arrojándose á los piés de Víctor, le pidieron perdon y le pidieron la gracia del bautismo. Llamábase Longinos, Alejandro y Feliciano, los cuales fueron bautizados en seguida, y Víctor les sirvió de padrino. Al dia siguiente supo el emperador cuanto habia pasado en la cárcel. Montado en cólera hizo trasladar los cuatro santos á la plaza pública donde fueron cargados de injurias por el populacho, y los tres centinelas perdieron la cabeza. Víctor santamente gozoso de su obra, fué azotado y llevado otra vez á la cárcel, hasta que despues de tres dias el emperador lo llamó de nuevo á su tribunal y le mandó adorar una estatua de Júpiter puesta sobre un altar, pero Víctor lleno de fé en Jesucristo dió un puntapié al altar y lo derribó juntamente con el ídolo hecho pedazos. El príncipe, para vengar á sus dioses, le hizo al mismo tiempo cortar el pié. El soldado de Jesucristo sufria con alegría, ofreciendo á Dios las primicias de su sangre. Poco despues Maximiano mandó que lo metiesen debajo de la rueda de un molino; pero á la primera vuelta el molino se descompuso, el santo salió medio molido, y en seguida le cortaron la cabeza. Su cuerpo junto con los de Alejandro, de Longinos y de Feliciano fueron arrojados al mar, pero los cristianos los encontraron sobre la orilla, y les dieron honrosa sepultura.

San Zótico, obispo y mártir. — Este santo fué el primero que descubrió los errores y las imposturas de los montanistas, y los combatió con zelo, los condenó públicamente, é hizo ver la ilusion de las pretendidas profecías de estos herejes. Al triunfo que habia conseguido sobre la impostura y la herejía juntó Zótico la corona del martirio, que recibió durante la persecucion del emperador Severo por los años 204, siendo obispo de Comano en la Armenia.

Los santos Claudio, Justo y Jucundino, con cinco compañeros mártires. — Derramaron su sangre por la fé en Troyes de Francia en el reinado del emperador Aureliano. En su martirio obró el cielo grandes milagros.

San Arbogasto, obispo y confesor. — Descendia de una familia ilustre de Aquitania. Habiendo ido á la Alsacia, estableció aquí su mansion por los años de 530, é hizo vida eremítica en el «bosque sagrado.» El rey Dagoberto II, que le estimaba mucho, lo llamaba con frecuencia á su córte, y lo hizo elegir para el obispado de Strasburgo. En la historia de su vida vemos que Arbogasto estuvo dotado del don de milagros, y que resucitó á un hijo del rey, llamado Sigisberto, que habia muerto de una caida de caballo. Por su mediacion, hizo el rey considerables donativos á la iglesia de Strasburgo, fundó y dotó varios monasterios y contribuyó á propagar la luz del Evangelio. Este santo fué en su siglo un modelo de pastores, y murió en la paz de Dios en julio del año 678.

Santa Julia, vírgen y mártir. — Nació en Troyes de Francia, y fué de castísimas costumbres y de una hermosura singular. Solicitada por esposa por un general gentil, se negó á sus deseos, pero fué tanta la gracia y persuasion de sus palabras, que le convirtió á la religion cristiana, y con él á muchos otros de su ejército. Sabido el suceso por el emperador Aureliano y encendido en furor contra la santa vírgen, mandó que inmediatamente la prendiesen, y llevándosela fuera las puertas de la ciudad la degollasen. Así se verificó, y santa Julia consiguió la pal-

ma del martirio en el año 275, dejando á su patria memoria de grandes milagros, y en su sepulcro motivo de celestiales beneficios.

San Juan, monge. —Floreció á fines del siglo VI en Palestina, viviendo en las orillas del mar Muerto como los primeros anacoretas del Egipto. Fué íntimo amigo de san Simeon Stilita, y como él solo se ocupaba en hablar de cosas celestiales cuando los hombres le visitaban. Hizo muchos milagros, y murió en santa paz en su cueva desierta, la cual glorificó Dios por medio de grandes maravillas.

DIA 22.

Santa María Magdalena. —La bienaventurada María Magdalena, espejo de penitencia, honradora de los piés de Cristo, discípula á los piés de Cristo y apóstola de los apóstoles del Señor, fué hermana de Lázaro y Marta, que eran nobles, ricos y poderosos. Su padre, dice san Antonino arzobispo de Florencia, que se llamaba Sito, y su madre Eucaria, y que despues de su muerte, el hermano y las dos hermanas hicieron particion de las muchas riquezas que sus padres les habian dejado, y que á Lázaro le cupieron por su parte grandes heredades y posesiones, y á Marta la villa de Betania cerca de Jerusalen, y á María el castillo de Magdalo en la provincia de Galilea, del cual tomó el nombre de Magdalena. Pero dejando aparte lo que san Antonino y otros santos dicen: la vida de la Magdalena principalmente la habemos de sacar del sagrado Evangelio: porque los mismos historiadores que con luz del Espíritu Santo escribieron la vida de Jesucristo, escribieron tambien los hechos mas notables de la Magdalena: entre los cuales san Lucas Evangelista, pintándonos sus lágrimas y penitencia, dice, que ántes de convertirse y venir á los piés del Señor, era mujer públicamente mala y pecadora: ahora sea, porque realmente lo fué (como algunos santos y graves autores lo sienten, fundándose en las palabras del texto evangélico), ahora; porque aunque no lo haya sido, su vida fué tan desenvuelta y libre, y tan poco recatada en su trato y conversacion, que se le dió nombre de pecadora: y de este parecer son otros, que dicen, que como la Magdalena era noble, rica, moza, hermosa y de buena condicion, usando mal de la libertad que tenia por ser muertos sus padres, comenzó á darse á cosas de entretenimiento y gusto, y á pláticas y conversaciones de galanes y de mozos livianos, al principio solamente por pasatiempo, despues por deleite sensual (porque los vicios no entran de golpe en el alma, sino poco á poco y sin sentir hasta que se han apoderado de ella): y que creció tanto el mal de la Magdalena, que tenia escandalizada toda la ciudad en que vivia, en tanto grado, que la llamaban «la pecadora.» Y reparándose tanto en su mala vida, es señal de su gran perdicion: nó porque fuese una de las mujeres públicas; sino porque siendo mujer principal, era tropiezo y lazo de Satanás, para que muchos con su trato y comunicacion se enlazasen y perdiesen, que muchas veces semejantes personas son mas perjudiciales y perniciosas en la república, que las que apretadas de la pobreza y necesidad, venden su honestidad á todos los que la quieren, y para sustentar la vida del cuerpo, pierden sus almas y sus mismos cuerpos. San Marcos y san Lucas dicen, que el Señor echó siete demonios de la Magdalena; mas no dicen el tiempo en que los echó. Y algunos santos entienden por los siete demonios todo género de pecados y vicios: de los cuales el Salvador la libró, y juntamente de aquellos duros y crueles demonios que atormentaban su alma.

Para librarla, la primera cosa que hizo el Señor fué prevenirla y alumbrarla por su infinita misericordia con un rayo de su luz, para que viendo con él la fealdad y abominacion de su alma y cuán fuera de camino andaba, cuán atollada estaba en el cieno é inmundicia de sus torpezas; desease salir de ella y entrar por la senda derecha y apacible de la virtud, y lavar con sus lágrimas las manchas de sus pecados y como oveja descarriada volver al seno de su dulce Pastor. Este rayo de luz fué tan poderoso y penetró el corazon de esta pecadora de tal manera, que deshaciendo aquellas tinieblas espesas y horribles que por todas partes la cercaban, le abrió los ojos para que viese su fealdad y aquel abismo profundo de vicios en que estaba anegada, con un aborrecimiento y confusion tan extraña que ella misma no se podia sufrir: aunque con una esperanza cierta de hallar remedio en el Salvador y medicina para sus llagas, y que yendo á él la resucitaria de muerte á vida. Herida pues con una aguda saeta flechada por la mano de aquel Señor que habia venido al mundo á buscar y remediar á los pecadores, fué á él de la manera que cuenta el evangelista san Lucas. Dice que un fariseo, llamado Simon, le habia convidado á comer, y que el Señor lo aceptó por tener ocasion de ganarle y enseñarle, y darle á él y á los otros convidados doctrina y otro manjar divino y con el ejemplo de esta pecadora, despertarlos y moverlos á penitencia y mostrar que era Dios verdadero y podia perdonar pecados. Sabiendo pues esta mujer pecadora que el Salvador estaba en casa del fariseo comiendo, sin mas aguardar lugar ni sazon (porque el amor y el dolor la traian fuera de sí) tomó un vaso de un ungüento precioso en las manos y entró en la casa del fariseo: y por la grande vergüenza y confusion que tenia de sus pecados, no se atrevió á parecer delante de los ojos de Cristo sino rodeando por las espaldas vino á derribarse á sus piés. Allí comenzó á derramar unas lágrimas tan copiosas, que bastaron para regar los piés del Señor. Luego los limpió con los cabellos de su cabeza: y no contenta con esto, comenzó á besarlos y á ungirlos con precioso ungüento: de manera que de todas las cosas que le habian sido instrumento de pecado hizo remedios contra el pecado. De los ojos altivos, disimulados y engañosos con que cautivaba ántes las almas, hizo fuentes para lavar las mancillas de la suya: de los cabellos hizo lienzo para limpiarlas: de la boca hizo portapaz para recibir la de Cristo; y del ungüento que ántes servia para multiplicar pecados, hizo medicina para curarlos y ungir á Cristo y librarse del hedor de su mala vida. Hirió el Cazador divino la cierva lasciva y desmandada: y ella herida y sedienta corrió á la fuente de aguas vivas y á buscar la misma mano que le habia herido; porque ella sola la podia sanar y refrescar. Ella vino y el Señor la recibió, porque él mismo la traia y la habia herido para que viniese. Y en el mismo tiempo que ella lloraba, lavaba, enjugaba, besaba y ungia los piés del Señor, él mismo obraba en su alma interiormente lo que ella obraba esteriormente: porque él ofrecia su sangre por aquella pecadora, para lavar sus piés y sus afectos tan inmundos y

torcidos: él la adornaba con el atavío de las virtudes: él la daba ósculo de paz y la ungia con el ungüento precioso de su gracia. De donde se ve la inestimable benignidad de nuestro Dios que así previene al pecador, y la eficacia de su gracia que trueca los corazones con una manera tan extraña, como él trocó el corazon de esta pecadora; pues no le dejó sosegar ni considerar que para llorar sus pecados y hacer penitencia de ellos á los piés del Señor, no era tiempo oportuno el de mediodía ni lugar cómodo el del convite, ni á propósito la muchedumbre de los convidados y el fausto y sobrecejo de los fariseos: y no pudiendo aguardar siquiera una hora mas para aquel negocio y buscar á solas y sin testigos á Cristo; la vehemencia del dolor y el espanto de sí misma de tal manera ocuparon su entendimiento, que no podia atender sino solo á la grandeza de su peligro.

Y es mucho para notar (como lo advirtió gravemente san Crisóstomo) que la Magdalena, fué la primera que vino al Señor para buscar el remedio de sus pecados y la salud eterna de su alma: lo cual no leemos de otros. Porque no vino como la Cananea para que librase á su hija del demonio que corporalmente la atormentaba; ni como el Centurion para que sanase á su criado paralítico; ni como el Régulo para que alargase la vida á su hijo: ni como el príncipe de la sinagoga Jairo, para que resucitase á su hija ya difunta: ni como otros que de todas partes venian para que los curase; no vino por interés y bienes temporales, sino para llorar sus pecados, para remedio de su alma, para alcanzar perdon de aquel Señor á quien tanto habia ofendido, testificando con sus sollozos, suspiros y lágrimas el dolor grande que traia atravesado en su corazon, y que esperaba que el mismo Señor, que era Jesus y Salvador de pecadores, la habia de perdonar y recibirla en su gracia y amistad y con esta confesion hecha con obras y no con palabras, honró á Cristo en gran manera en presencia de los fariseos, que eran sus enemigos, los cuales como soberbiosé hipócritas comenzaron á desdeñar aquella mujer que conocian por pública pecadora, y á tener en poco á Cristo y á juzgar que no debia de ser profeta; pues se dejaba tocar de ella; no entendiendo que porque era verdadero y santo profeta, y maestro y alumbrador de todos los profetas, se dejaba tocar de ella para hacerla de pecadora, santa; de mujer infame, gloriosa; y de esclava del demonio hija regalada suya, como lo hizo respondiendo por ella al fariseo que le habia convidado, y reprendiéndole porque habiendo recibido mayores dones de Dios, le habia sido ménos agradecido, y dando á la Magdalena un jubileo plenísimo y remision de todos sus pecados, y enviándola con paz y alegría á su casa como lo cuenta el evangelista san Lucas. Esta es la primera cosa que leemos en el Evangelio de esta santa pecadora; para que con este ejemplo de tan amargo llanto y penitencia, regulemos nosotros la nuestra; y por lo que ella hizo para lavar sus pecados, sepamos lo que en los nuestros debemos hacer.

Muy agradecida quedó la Magdalena al Señor, por haberle perdonado sus pecados y dado paz y quietud á su alma desconsolada y afligida; y para servirle por esta tan gran misericordia y merced, se determinó á emplear de allí adelante todo su caudal, su persona y hacienda en su servicio, y no apartarse un punto (en cuanto le fuese posible) de los ojos de aquel Señor, que tan benignamente la habia mirado y dádole vida con su vista. Para esto cuando el Salvador iba predicando de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, ella con otras santas mujeres le seguia y con sus limosnas le sustentaba, y daba de comer á él y á sus discípulos: y olvidada de la comodidad y regalo que tenia en su casa, iba por caminos con trabajos y cansancio, teniéndose por dichosa y bienaventurada, porque podia servir en algo al Señor y á aquellos pobres pescadores que le seguian: porque aunque parecian viles y eran menospreciados de los hombres, en sus ojos eran gloriosos y felicísimos por ser discípulos de su dulce Maestro, y estar tan cerca de la fuente de vida de la cual ella deseaba siempre beber. Esta misma sed de oir siempre al Señor y aquel amor tan cordial y afectuoso que le tenia, fué tambien causa que le hospedase con su hermana Marta en su casa de Betania, y que estando la hermana tan ocupada y solícita en aparejar la comida y regalar al Señor, ella se estuviese sentada á sus piés, regalándose con sus palabras y apacentando su alma con el mantenimiento de vida que el Señor le daba: porque estaba tan llagada y abrasada de su amor, tan absorta y trasportada en él, y tan olvidada de sí y de todas las cosas del mundo, que no se podia apartar de aquellos piés que habia bañado con sus lágrimas. Y como Marta su hermana anduviese cuidadosa y solícita y toda ocupada en aparejar lo necesario, y viese á María tan descuidada y ociosa, dió de ella queja al Señor porque la dejaba sola en el trabajo y se entretenia en oir sus palabras. Mas el Señor, que habia defendido á la Magdalena del fariseo, tambien la defendió de las quejas de su hermana y le respondió: Marta, Marta, muy solícita andas y distraida en muchas cosas, siendo como es, una sola menester. Tu hermana María ha escogido la mayor parte, la cual durará para siempre, y nunca le será quitada. Como si dijera: Tu ocupacion buena es; pero mejor es la de María: á tí muchas cosas te embarazan; tu hermana una sola ha escogido que la recoge y hace morar dentro de sí: tú quieres regalar mi cuerpo; ella regalar á su alma: lo que tú haces se ha de acabar; en lo que María se ocupa no tendrá fin: lo que ella hace, es lo que se debe hacer, es lo necesario, lo mas provechoso; y todo lo demás á esto se debe posponer y preferir. Con esto quedó María segura, y Marta enseñada, y nosotros instruidos de la diferencia que hay de la vida activa á la contemplativa, de la que sirve al Señor en sus miembros, y de la que goza de Dios para sí: y que todas las cosas ha de posponer el hombre al aprovechamiento y salvacion de su alma: y que no se debe tener por gente inútil y ociosa, la que se ocupa de dia y de noche en alabar y contemplar á Dios: como lo hacen muchos santos religiosos y devotas personas y lo hacia la Magdalena; la cual amaba al Señor con un afecto tan encendido y tan vehemente, que mas vivia su espíritu con aquel amor, que su cuerpo con el alma que le daba vida. Y el Señor que es autor de nuestro amor y nos previene siempre con el suyo, así como le infundia aquel amor, con que ella le amaba; así amaba á ella con otro amor infinitamente mas aventajado y perfecto, no solo como Criador á su criatura, sino tambien como Esposo dulcísimo á su esposa regalada, y por amor de ella queria bien á Lázaro, su hermano. Por donde habiendo Lázaro caido malo, María y Marta le enviaron un mensajero, que le dijese: Señor, el que amais, está enfermo: porque sabian que para Cristo, nuestro Redentor estas solas palabras bastaban, sin ser menester añadir, que viniese y que le sanase, ni que de

allí donde estaba mandase á la enfermedad que dejase á Lázaro, y se partiese: porque estaban muy seguras que Cristo les amaba tiernamente, y por amor de ellas á su hermano, y que bastaba que supiese su necesidad para remediarla, como lo hizo: porque dejando pasar dos dias, despues que recibió el recado de María y Marta, vino á Betania: y Marta sabiendo su venida le salió á recibir, y María avisada en secreto de su hermana y llamada del Señor, luego se levantó de donde estaba dejando á muchos, que de Jerusalen habian venido á visitarla y consolarla de la muerte de su hermano: y en viendo al Señor delante de los que le seguian, se echó á sus piés y lloró muchas lágrimas de amor y dolor: y el Señor se enterneció con ella, de manera, que viéndola llorar, aulló y lloró con ella: y los circustantes entendieron por las lágrimas del Salvador, el amor grande que tenia á aquellas dos santas hermanas: por cuyo respeto resucitó á su hermano Lázaro que estaba ya de cuatro dias muerto, y olia mal en la sepultura. ¿Qué mayores muestras del amor que tenia á María Magdalena, pudo dar el Señor que enternecerse tanto con ella y derramar lágrimas por verla llorar, y resucitar por sus ruegos á Lázaro cuatriduano? ¿Qué gracia, qué privilegio tan excelente y singular es el de esta santa pecadora: pues no solamente ella lloró á los piés de Cristo, mas el mismo Cristo lloró por ella? ¡O lágrimas preciosísimas del Señor, que bastaron para regar y regalar el alma de la Magdalena, y para dar vida á los muertos y admirar y edificar á toda la Iglesia! Por este milagro tan grande y tan esclarecido, que hizo el Señor en presencia de tanta gente resucitando á Lázaro, creyeron muchos en él: y para que mas se certificasen de la verdad del milagro y que Lázaro habia resucitado de muerte á vida; en un convite que le hicieron de Betania, Lázaro fué uno de los que estaban sentados á la mesa y comia con los demás. Fué esto seis dias ántes de la pascua, en la cual el Señor habia de morir: y estando él cenando y Marta sirviendo á la mesa, María tomó una libra de ungüento precioso, hecho de las espigas de una yerba muy fragante y olorosa, que se llama nardo, que era lo mas fino, y con grande ternura y devocion, comenzó á ungir los piés del Salvador y á limpiarlos con sus cabellos, y quebrando el vaso para que no quedase gota, derramó todo aquel suavísimo licor sobre su sagrada cabeza: pareciéndole, que todo lo que hacia por su dulce Maestro era poco, y que todo lo mas rico y de mayor precio, se debia emplear en servicio del Señor de todo.

Como se sintió la fragancia de aquel ungüento oloroso que la Magdalena habia derramado; Judas, que estaba sentado con los otros apóstoles á la mesa, comenzó á murmurar de lo que habia hecho esta santa mujer, y á decir que habia sido un desperdicio y derramamiento bien excusado, y que fuera mejor vender aquel ungüento y dar el precio á los pobres: lo cual, como advierte el evangelista san Juan, no lo dijo Judas por el cuidado que tenia de los pobres, sino por cubrir con aquella capa de compasion é hipocresía, su codicia, con la cual sisaba parte de las limosnas, que se daban para los pobres: porque él tenia la bolsa comun, y cuenta con lo que se gastaba. Mas el Señor le fué á la mano, y como ántes habia defendido á María del fariseo que la desechaba como á pecadora, y de su hermana Marta que la tachaba, como á ociosa y de poca caridad; así ahora no solamente la excusó de la falsa compasion y verdadera avaricia de Judas, mas la alabó diciendo que la dejasen; porque habia hecho una buena obra, y que siempre tendrian pobres á quienes hacer bien, y á él no siempre le tendrian presente: y que lo que habia hecho la Magdalena habia sido como darle la uncion para morir, anticipando el tiempo de su sepultura que estaba cerca, porque entonces no lo podria hacer, y que en todo el mundo donde aquel hecho ó historia evangélica se predicase, seria alabada la piedad de la Magdalena, y aquel amoroso y abrasado afecto de caridad, con que se habia movido á hacer lo que habia hecho. Y esta tan encendida caridad, fué causa de que el Señor aprobase tanto aquella obra, y que la defendiese de los que la murmuraban, y la galardonase con honra y gloria perpetua de la Magdalena por todo el mundo: porque por lo demás el que tenia ofrecidos sus piés á los clavos, y su cabeza á la corona de espinas, poco caso hacia de aquel regalo para su cabeza y para sus piés.

Esta misma caridad llevó á esta santa mujer al monte Calvario, y la fijó al pié de la cruz del Salvador, para que allí le mirase desnudo, atormentado y consumido entre dos ladrones, y derramase mas y mas lastimosas lágrimas, viendo á su Dios padecer por sus pecados, que ántes habia derramado por los mismos pecados, porque cuando regó con ellas los piés del Salvador, aun no sabia lo que aquellos pecados que ella lloraba, le habian de costar á él, y que para lavarlos habia él de verter mas sangre, que ella habia derramado lágrimas. Despues que le bajaron de la cruz, ella se abrazó con aquel cuerpo tan desfigurado; y besando con increible sentimiento las llagas de los piés, de las manos y de la cabeza, y mirando aquellos ojos divinos oscurecidos, el rostro amarillo y afeado, la boca anhelada, y el pecho abierto y ensangrentado; traspasada con una espada aguda de dolor, desfallecida y caida quedó como muerta: mas tornando á tomar las fuerzas, que le quitaba el dolor y le daba el amor, revivia y moria, porque no moria, y entraba en aquel sagrado pecho rasgado y en el corazon del Señor, para morir allí con él; porque vivir sin él era muerte para ella.

Con este mismo amor, siendo ya sepultado, compró gran cantidad de especies aromáticas para ungirle en el sepulcro, y hacer lo que no habia podido ántes de enterrarle. Y no bastó la ignominia de la cruz, ni la oscuridad de la noche, ni la distancia del sepulcro, ni las guardas de los soldados, ni la rabia de los príncipes de los sacerdotes, ni todos los peligros que se le pusieron delante, para espantarla, y ponerle grima y horror y divertirla de su santo propósito. Vino al sepulcro con otras santas y devotas mujeres, y no hallando al Señor que buscaba, luego á gran priesa fué á dar nueva á los discípulos como no le habia hallado, y dado que Pedro y Juan, como los mas queridos y fervorosos, fuéron corriendo al sepulcro y entraron en él, y no hallando al cuerpo del Señor, luego se volvieron de miedo á su casa, y las demás mujeres se partieron; sola ella no se partió de aquel lugar, donde pensaba que estaba su tesoro y todo el bien de su corazon. Entraba en la cueva del sepulcro y salia; tornaba á entrar y salir; y habiendo muchas veces hecho esto, nunca se hartaba. Hablárónla dos ángeles: preguntábanle lo que buscaba y por qué lloraba; pero ella no se satisfizo con la vista ni con las palabras de los ángeles; porque buscaba y no hallaba al Señor de los ángeles que solo la podia con-

solar: hasta que con esta perseverancia mereció ser la primera á quien Cristo, segun la historia evangélica, ya resucitado y glorioso, se apareció, aunque en figura de hortelano: y ella pensando que lo era y no conociendo al Salvador, le dijo: Señor, si vos lo habeis tomado, decidme donde está; que yo le llevaré. No declaró quien era aquél que buscaba: porque como ella estaba tan absorta y trasportada en Cristo, pensó que todos los otros tenian el corazon en el que ella le tenia. Ni tampoco consideró su condicion y flaqueza mujeril, y que no tendria fuerzas para llevar el cuerpo del Salvador: porque el amor es ciego y atrevido, y suple con el vigor del ánimo, lo que falta de fuerzas al cuerpo, y no repara en dificultades, y todas las cosas le parecen fáciles por alcanzar lo que mucho ama y desea. Mas el Señor, que es piadoso, se le descubrió y llamó por su nombre y consoló, y regaló con una inefable alegría y dulzura, y la hizo apóstola de sus apóstoles que estaban retirados y encogidos de temor, y mandóle que les diese nuevas de su gloriosa resurreccion y subida á los cielos. Esto es lo que hallamos escrito en el sagrado Evangelio de la Magdalena. Y aunque el Evangelio no lo dice, parece cosa sin duda que la Magdalena se halló á la subida del Salvador al cielo: y tambien cuando bajó el Espíritu Santo sobre los apóstoles, y los llenó de sus gracias y divinos dones: y que el tiempo que despues vivió en Jerusalen, le ocuparia en acompañar y servir á la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, como á Madre de su Señor y dulcísimo Maestro, y en visitar y bañar con copiosas lágrimas aquellos lugares, que el mismo Señor habia hollado y santificado con su vida santísima y muerte preciosísima.

Mas como despues de la muerte de san Esteban Protomártir, se levantase en Jerusalen una gran persecucion contra la Iglesia, y con esta ocasion los discípulos del Señor por particular disposicion y providencia suya, saliesen de aquella ciudad, y se esparciesen por varias tierras y provincias para alumbrarlas con la luz del santo Evangelio, y doctrina de Cristo; entre los otros fieles, que los judíos maltrataron y persiguieron con mas rabia y furor, fué una María Magdalena: con la cual y con sus hermanos Lázaro y Marta, tenian particular ojeriza y aborrecimiento por el amor entrañable, que habian mostrado al Señor en su vida y sentimiento en su muerte: y para vengarse de ellos tomaron á los tres hermanos, Magdalena, Lázaro, Marta y á Marcela, su criada (que dicen fué la que hablando con el Señor, alzó la voz, y dijo aquellas palabras: Bienaventurado el vientre que te concibió, y los pechos que mamaste), y á san Maximino que era uno de los setenta discípulos de Cristo, y á Celedonio, que fué el ciego de nacimiento, á quien con el lodo puesto sobre sus ojos restituyó la vista: y tambien dicen, que aquel noble decurion llamado José *ab Arimathea*, que le descolgó de la cruz y le sepultó en su sepulcro, y otros muchos cristianos, y los metieron en un navío sin remos, sin velas, sin timon y sin gente que lo gobernase, para que se ahogasen y pereciesen en el mar. Pero como no hay consejo contra Dios, el navío aportó á Francia á la ciudad de Marsella á salvamento; y la Magdalena con toda aquella bienaventurada compañía, saltó en tierra y con el admirable ejemplo de su vida y palabras del cielo y milagros, que el Señor obró por ella, toda aquella provincia se convirtió á la fé de Cristo, y san Lázaro fué electo obispo de Marsella: san Maximino de la ciudad de Aix: Marta se recogió en un monasterio con gran copia de doncellas: y José *ab Arimathea* (á lo que algunos escriben) pasó á Inglaterra y fué el primero que en aquel reino anunció al Señor. Y la Magdalena despues de haber predicado por sí misma y convertido muchas almas, se retiró á un desierto á llorar de nuevo sus pecados (como si nunca los hubiera llorado) y ocuparse de dia y de noche en la contemplacion del Señor y gozar de sus y regalos suavísimos. Treinta años estuvo en aquella soledad comiendo yerbas y raices de árboles: y como se gastasen sus vestidos, Dios la vistió con sus cabellos. Hacia vida mas de ángel que de mujer, y así los ángeles la levantaban siete veces cada dia á oir cantos celestiales. Pero al cabo de los treinta años, ella misma rogó á un sacerdote que fuése á san Maximino de su parte, y le avisase que para el domingo siguiente se hallase en la iglesia solo á la hora de maitines. Hízolo así el santo obispo, y halló á la Magdalena orando, levantada en el aire y puestas las manos en alto, y ella recibió de las suyas el santísimo Sacramento, con maravillosa devocion y lágrimas, y de allí á poco dió su espíritu á aquel amorosísimo Esposo y maestro, á quien por sus pecados habia visto en la cruz encomendar el suyo al Padre eterno. Llevaron al cielo los ángeles el alma de la bendita Magdalena, con gran júbilo y alegría. El cuerpo fué allí sepultado, y siempre ha sido tenida en grande veneracion.

Fr. Silvestre de Prierio, de la órden de santo Domingo, y maestro del sacro palacio, escribe en un sermon, que el año de 1597, visitó por su devocion la cueva donde hizo penitencia la Magdalena, y sus sagradas reliquias, y dice que vió su cabeza, que era grande y que solamente tenia un poco de carne denegrida y seca, en aquella parte de la frente, que tocó al Salvador, cuando le apareció despues de su resurreccion: en la cual carne quedaron impresas las señales de los dedos con que el Señor la tocó. Dice mas: que le mostraron en una ampolla de vidrio algunos de los cabellos, con que limpió los piés del Señor; y en otra, tierra mezclada con sangre, de color entre negro y colorado, la cual tierra la Magdalena recogió el viernes santo al pié de la cruz: y que todos afirmaban, que cada año, aquel mismo dia del viernes santo, acabada de leer la pasion, lo que estaba en aquella redoma hervia como si fuera sangre. Muéstrase tambien su brazo, y en una arca de plata el cuerpo de esta santa, que está en un convento de los padres de Santo Domingo.

Muchos, grandes y admirables son los milagros que Dios ha obrado por la intercesion de esta gloriosa santa y bienaventurada pecadora, los cuales se podrán ver en su historia. Uno solo quiero yo contar: que refiere el sobredicho P. Fr. Silvestre, como cosa muy sabida y cierta. Dice: que por los años del Señor de 1279, en las guerras que los reyes de Aragon tuvieron con Carlos, primero de este nombre que fué hermano de Luis, rey de Francia, y el que ganó y perdió el reino de Sicilia), fué preso en una batalla naval de los aragoneses, y Cárlos II, y conde de Proenza. Este Cárlos, estando preso en Barcelona, y muy apretado y en peligro de peder la vida, acordándose, que la Magdalena habia predicado en sus tierras de la Proenza, y convertido tantas almas á Dios, se encomendó muy efectuosamente á ella, suplicándola, que le librase de aquel afan y agonía en que estaba;

y para alcanzarlo mas facilmente, ayunó y se confesó, y lloró muchas lágrimas. La misma noche de la vigilia de su fiesta, la Magdalena se le apareció en figura de una mujer hermosísima y grave: la cual con una voz clara y sonora, llamándole por su propio nombre, le dijo, que sus oraciones habian sido oidas, y en prueba de esto, le mandó, que la siguiese: y despues le declaró, que ella era la Magdalena á quien él se habia encomendado, que le venia á ayudar. Y habiendo andado un poco, le preguntó si sabia dónde estaba: y como él respondiese, que creia, que todavía estaba dentro de los muros de Barcelona; la santa le dijo: Mucho te engañas: ya estás en tierra y una legua de Narbona; donde entró al amanecer. Y por aviso de la misma santa, y en paga del beneficio tan señalado, que de ella habia recibido, el conde mandó edificar un monasterio suntuoso, y de mucha renta, en el lugar donde estaban sus sagradas reliquias, y le entregó á los padres predicadores de Santo Domingo: y en otras partes hizo otros conventos de la misma órden, de la cual fué muy devoto: y junto á Narbona hizo poner una cruz, en aquel mismo lugar donde le dejó la Magdalena, que se llamó «la Cruz de la legua.» Todo esto es del sobredicho P. M. Fr. Silvestre Prierio, varon tan religioso, docto, y de tanta autoridad. La fiesta de la Magdalena celebra la Iglesia, los 22 de julio, que fué el dia en que murió.

Dos cosas se han de advertir en la vida de esta santa: la primera que ha habido muy gran duda entre los santos doctores, si la Magdalena, de la cual hablan los evangelistas, fué una sola, ó mas; porque no han faltado graves autores, que han escrito que fueron dos: una la pecadora, de la cual habla el evangelista san Lucas: y otra hermana de Marta y Lázaro: y otros hacen tres Magdalenas. Pero ya esta cuestion parece que en gran parte ha cesado, y que la mas probable y mas segura es, decir que fué una sola, que es lo que yo escribo en esta historia, así por ser la opinion mas comun de los santos antiguos y escritores modernos, como por ser mas recibido del uso de la santa Iglesia nuestra madre: la cual el dia de la fiesta de la Magdalena celebra á la mujer pecadora: y juntamente dice, que fué hermana de Lázaro: y tambien porque si se miran atentamente las palabras del evangelista san Juan, claramente parece, que da á entender haber sido una misma la hermana de Lázaro, y la que ungió los piés del Señor en casa del fariseo y los limpió con sus cabellos; porque dice el sagrado evangelista estas palabras: «Habia un enfermo, llamado Lázaro, de Betania, en el castillo de Marta y María, sus hermanas, y María era la que ungió con ungüento al Señor y limpió los piés de él con sus cabellos, y cuyo hermano Lázaro estaba enfermo:» las cuales palabras son de mas fuerza, para probar, que fué una la Magdalena y no muchas, que todas las razones que se pueden alegar en contrario. La otra cosa es, que algunos autores griegos han escrito, que el cuerpo de la Magdalena y de Lázaro, estuvieron mucho tiempo en la ciudad de Efeso en Asia, y que despues fueron traspasados á Constantinopla, y colocados en un templo que les edificó el emperador Leon, llamado el Filósofo. Pero lo cierto es, lo que aquí escribimos; y hoy en dia se muestran sus sagradas reliquias en Francia, en los lugares en que vivieron y murieron, como se ha dicho: aunque Sigiberto en su Crónica escribe, que habiendo sido asolada la ciudad de Aix de los sarracenos, el cuerpo de la Magdalena fué trasladado por Gerardo, conde de Borgoña, al monasterio Viciliaco, que él mismo habia edificado. De la Magdalena escriben todos los Martirologios; y los autores, que interpretan la sagrada historia de los evangelistas, y otros muchos que hicieron sermones de sus alabanzas.

* San Meneleo, abad.—Anjou fué la patria de este santo, descendiente de una familia ilustre aliada á la casa real de Francia. Eran tantos sus deseos de servir á Dios, que habia formado el proyecto de renunciar el mundo; mas sus padres se opusieron á su resolucion, y á este fin resolvieron casarlo. Habiéndole propuesto por esposa la hija de un caballero llamado Baronte, frustró los planes de su familia huyendo secretamente con otros dos compañeros á Auvernia, donde tomaron el hábito en el monasterio de Carmery. Siete años permanecieron Meneleo y sus compañeros en aquel monasterio, trasladándose al de Mena no muy lejos de Clermont, siendo allí su segundo fundador en razon de haberlo reedificado. Murió en olor de santidad el año 720.

San José, confesor.—Célebre judío del siglo IV, por su sabiduría y por el favor de que gozó en su tiempo. Despues de la destruccion de Jerusalen, continuaron los judíos en tener sus doctores y pontífice: tenian dos escuelas, una en Babilonia y otra en Tiberíades, de las cuales salian todavía hombres ilustrados que procuraron conservar sin alteracion el texto de los libros santos. José fué uno de esos hombres; y estando encargado de la educacion del hijo del patriarca Hillel, fué testigo de varios prodigios, y él mismo oyó una voz que le decia: Yo soy Jesucristo que tus padres han crucificado: cree en mí. Despues de esto, José miraba ya á los cristianos con particular estimacion. Habiendo ido á la Cilice á recoger los diezmos que se pagaban al patriarca, pidió á los cristianos el libro de los Evangelios. Los judios, descontentos ya de su conducta, le sorprendieron un dia leyendo este libro, se echaron furiosos sobre él, lo llevaron á la sinagoga, lo maltrataron cruelmente; y se preparaban á hacerle sufrir todavía mas indignidades, cuando un obispo cristiano lo quitó de entre sus manos. José que acababa de sufrir por Jesucristo, no tardó en aumentar el número de sus discípulos, y en recibir el bautismo. Constantino el Grande, que en el año 323 se habia hecho dueño del Oriente, le dió el título y el rango de conde, con pleno poder para edificar iglesias en la Palestina, José empezó levantando una en Tiberíades, la cual vió pronto concluida á pesar de las maquinaciones y esfuerzos de sus enemigos. En seguida experimentaron los efectos de su zelo, arrianos y judíos que se unieron para perseguirle. Pero la dignidad de conde del imperio de que se hallaba revestido, le hizo superior á todos sus ataques y le proporcionó el triunfar de todos. Cuando el emperador Constancio persiguió á los obispos fieles al símbolo de Nicea, José se retiró á Scitópolis. Aquí ejerció con muchos pastores las buenas obras de la hospitalidad; se dedicó á los ejercicios de la virtud, y murió santamente, á la edad de setenta años, el de 356. San Epifanio y otros autores antiguos han escrito de las virtudes de este santo, ensalzando particularmente su humildad y su fervor.

San Vandrilo, abad. — Descendiente de una de las primeras familias del reino de Austrasia, desde su juventud figuró en la corte de Dagoberto I que le dió empleos

considerables y le nombró conde del palacio. Rodeado de honores, se preservó sin embargo del veneno del orgullo, y llevó una vida muy mortificada en el mismo seno de los placeres. Para complacer á su familia, contrajo matrimonio; pero el mismo dia de su boda, propuso á su esposa, que era tan virtuosa como él, vivir en perpetua continencia haciendo ambos el sacrificio de su virginidad. Vandrilo dejó, pues, la córte y todos sus cargos, y se retiró á la abadía de Monfaucon, y tomó en ella el hábito religioso en el año 629. Algun tiempo despues el siervo de Dios, mandó edificar un monasterio en una de sus tierras, que tomó el nombre de Clisang y que fué su permanencia ordinaria. En seguida hizo dos viajes, el uno á Bobio y el otro á Roma, para perfeccionarse en los ejercicios de la vida monástica, y á su vuelta á Francia, pasó diez años en la abadía de Romans. En 646 fundó en el pais de Caux el célebre monasterio de Fontenelle, y como poco ántes habia recibido las órdenes sagradas, fué elegido superior y abad de aquella casa que muy luego contó mas de trescientos religiosos. La vida del santo abad era edificante y gloriosa: el primero en todos los ejercicios mas penosos de la casa, el modelo y el ejemplar de todos sus súbditos en la vida espiritual, no cesaba por esto de salir con frecuencia de su monasterio para ir á predicar el Evangelio á los pueblos comarcanos, á quienes convirtió casi completamente. Por fin, coronado de méritos y de virtudes, murió Vandrilo, el dia 22 de julio del año 666, resplandeciente en muchos milagros.

SANTA SÍNTICA. — Fué discípula de san Pablo y su cooperadora en la propagacion del Evangelio, como lo dice el mismo apóstol en su carta á los filipenses con estas palabras: « Ruego á Evodia y suplico á Síntica que sientan lo mismo en el Señor. Tambien te ruego á tí, fiel compañero, que asistas á aquellas que trabajaron conmigo en el Evangelio, con Clemente y con los otros que me ayudaron, cuyos nombres están en el libro de la vida. » San Juan Crisóstomo dice que por estas palabras de san Pablo hay fundamento para creer que aquellas dos santas mujeres fueron la cabeza de la Iglesia de Filippis, y que las recomienda el apóstol, como se ve, nó por amistad ó afecto particular que las tenga, sino por lo que han trabajado en favor del Evangelio. Parece que empleó esta santa el resto de sus dias en hospedar á los pobres y peregrinos, y convertir á muchos á la verdad, y que murió en Filippis de Macedonia el año 78 de Jesucristo.

SAN PLATON, MÁRTIR. — Nació en Ancira de Galacia, y padeció en la misma ciudad ilustre martirio por la fé. En tiempo del emperador Maximiano, fué preso por órden del juez Agripino, que no pudiendo vencer su constancia, mandó que doce soldados le azotasen hasta que sus carnes se cayesen á pedazos. El santo mártir se mostraba siempre mas firme en su propósito, y el juez dispuso que le tendiesen sobre unas parrillas y lo quemasen á fuego lento; despues de esto, lo amarraron á unos palos y lo desollaron de piés á cabeza, hasta que por fin le cortaron la cabeza, y coronó con inmarcesible corona su laborioso y cruel combate. Durante su martirio y despues de su muerte obró este santo muchos milagros, de los cuales hace gloriosa mencion el concilio de Nicea.

SAN CIRILO, OBISPO Y CONFESOR. — Durante la persecucion del emperador Diocleciano, fué este santo azotado por tres dias consecutivos, y despues encerrado en una oscura prision, de la cual salió milagrosamente por ministerio de los ángeles. Vivió despues en un desierto, hasta que el Señor reveló su sabiduría, su mérito y esclarecidas virtudes á los habitantes de Antioquía, que le eligieron por su obispo. Su pontificado fué ilustre por los importantes trabajos que desempeñó en favor de la Iglesia católica, y por la abundancia de conocimientos útiles que derramó entre sus ovejas. Era un sabio de primer órden, y un santo de los mas distinguidos, y murió en paz en la misma ciudad de Antioquía, el dia 22 de agosto del año 300.

SAN TEÓFILO, MÁRTIR. — Natural de Constantinopla, del órden senatorio, fué nombrado general por la emperatriz Irene para ir contra los sarracenos que se habian apoderado de la isla de Chipre. Habiendo presentado una batalla á sus enemigos contra el parecer de los demás generales de su ejército, en lo mas fuerte de la pelea se metió solo entre las huestes enemigas, y peleaba con gran denuedo, cuando habiéndole abandonado los suyos, que miraban sus hazañas con envidia, cayó en poder de los sarracenos. Cuatro años lo tuvieron estos en una mazmorra, importunándole todos los dias para que abandonase su religion y abrazase la ley del profeta; pero Teófilo permanecia constante siempre en su fé, y por este motivo fué degollado en la misma isla de Chipre, el dia 20 de agosto del año 790.

DIA 23.

SAN APOLINAR, OBISPO Y MÁRTIR. — Cuando el príncipe de los apóstoles san Pedro traspasó su silla apostólica de Antioquía á Roma, entre los otros discípulos que trajo consigo, fué uno san Apolinar, al cual consagró obispo y le envió á la ciudad de Ravena, para que en ella predicase el santo Evangelio, y con la luz del cielo alumbrase aquellos pueblos que estaban sentados en la sombra de la muerte. Partióse san Apolinar con la bendicion de su dulce maestro, posponiendo el gusto y regalo que tenia con su presencia, á la obediencia y á la voluntad del Señor, que por medio de su sagrado apóstol le llamaba á grandes trabajos y grandes empresas. Llegando cerca de Ravena, fué acogido en casa de un soldado llamado Treneo, que tenia un hijo ciego, al cual el santo pontífice Apolinar, haciendo la señal de la cruz, restituyó la vista. Por este milagro, Treneo y toda su casa creyeron en Cristo y fueron bautizados. Supo un tribuno ó maestre de campo el milagro que el santo habia hecho, dando vista al hijo de Treneo, que era su soldado, y haciéndole llamar, le rogó que sanase su mujer que se llamaba Tecla, y estaba enferma gravemente de muchos años y sin esperanza alguna de remedio: á la cual Apolinar tomó por la mano y le dijo: levántate, sana en el nombre de nuestro Dios y Señor Jesucristo y cree en él; y entiende que no hay cosa semejante á él en el cielo ni en la tierra. Luego se levantó la mujer sana, diciendo: No hay otro Dios sino Jesucristo á quien tú predicas. Con esto ella y el tribuno, su marido, con sus hijos y todos los de su casa y otros muchos que estaban presentes, se convirtieron y recibieron el agua del santo bautismo. Doce años se ocupó san Apolinar en predicar la doctrina del cielo y en bautizar á los que recibian y creian en Cristo, y en enseñar las Letras sagradas á los hijos de algunos caballeros que se los traian,

y en administrar los santos sacramentos, instituyendo algunos clérigos sacerdotes que le ayudasen. Pero como ya creciese el número de los cristianos, y la luz que habia estado escondida se manifestase por su grande resplandor, tuvo noticia de lo que pasaba, Saturnino, gobernador de la ciudad, mandó llamar á Apolinar y llevóle consigo á los pontífices y sacerdotes, y delante de ellos le examinó, ¿quién era? ¿de dónde habia venido? ¿qué pretendia? Y finalmente habiendo respondido altamente á todas sus preguntas, los sacerdotes alborotando al pueblo, le maltrataron y aporrearon, y echándole fuera de la ciudad le dejaron medio muerto: mas los cristianos le tomaron y escondieron en casa de una buena viuda cristiana y allí le curaron. Al cabo de seis meses, un caballero muy principal llamado Bonifacio, que estaba en la ciudad de Clusi en Toscana, repentinamente perdió la habla y quedó mudo; el cual habiendo entendido las maravillas que Dios obraba por Apolinar, y que todavía vivia, le rogó que viniese á su casa y él vino, y le sanó y libró una criada suya que estaba endemoniada: y con estos milagros se convirtió á la fé de Cristo Bonifacio y otras quinientas personas. Pero los gentiles, teniendo grande enojo, echaron mano del santo y le apalearon fuertemente, y le hicieron pasear sobre las brasas con los piés descalzos, mandándole que no hablase del nombre de Jesus; y con esto le echaron fuera de la ciudad. Estuvo Apolinar en una choza de pastores maltratado en el cuerpo y regalado en el alma, porque padecia por su Señor: y allí donde estaba predicaba á los que venian á él, y bautizaba á muchos, y la fé de Cristo nuestro Señor se dilataba y crecia. De allí pasó á la provincia de Emilia (que es aquella parte de Lombardía, que está de allá del Pó hácia Ravena), donde resucitó á una difunta hija de un caballero patricio llamado Rufino: y por esta ocasion la doncella y su padre y otra mucha gente se bautizó, y la doncella se consagró á Dios viviendo en castidad toda su vida. No pudo el demonio sufrir las maravillas y grandezas que Dios obraba por su siervo Apolinar, y así movió al emperador Neron (sabiendo lo que pasaba), para que enviase contra él un juez, llamado Mesalino: el cual le mandó desnudar y azotar cruelmente, y darle con gruesos y nudosos palos grandes golpes y poner en el eculeo para atormentarle. Mas por graves y atroces que fuesen los tormentos, no perdia nuestro santo pontífice su fortaleza y constancia, cansándose los verdugos de dárselos y no cansándose él de padecerlos. Mandóle de nuevo Mesalino azotar y echar agua hirviendo sobre sus llagas, y cargado de prisiones y cadenas, poner en una nave y desterrar á Esclavonia. En este tiempo quiso nuestro Señor que uno de los que atormentaban al santo, y se mostraba mas agudo y diligente en cumplir lo que el juez mandaba, arrebatado del demonio, súbitamente cayese allí muerto. Y aunque Mesalino, por unas palabras que el santo le dijo, le hizo dar grandes golpes en la boca con una piedra, y los cristianos que allí estaban se le quisieron quitar de sus manos; y tornando á la cárcel le extendieron y le tuvieron algunos dias sin comer, y allí fué visitado de un ángel y recreado y sustentado con mantenimiento del cielo; al fin pasó adelante con su intento, y luego le envió desterrado en un navío á Grecia. Perdióse la nave en una terrible tempestad, y todos los que iban en ella, fuera de tres clérigos suyos y dos soldados gentiles, los cuales se convirtieron. Llegado á la provincia de Misia, donde el santo sanó á un hermano de un hombre poderoso que estaba cubierto de lepra, en cuya casa estuvo muchos dias. De allí pasó á Tracia, y entrando en una ciudad de esta provincia enmudeció el ídolo que estaba en el templo de Serapis, y por parte del demonio daba respuestas á los que le preguntaban, teniéndose por óraculo todo lo que decia. Causó esto grande admiracion y turbacion entre los gentiles, é hicieron grandes ofrendas y sacrificios para aplacar al ídolo y saber la causa porque no les respondia. Al cabo de algunos dias dijo, que no podia hablar porque un discípulo de san Pedro, apostol de Jesucristo, venido de Roma, le habia atado y que mientras allí estuviese no les podia responder. Buscaron al santo, y hallándole, supieron de él quién era y por qué habia venido: y habiéndole azotado y maltratado, le pusieron en una nave y le mandaron volver á Italia, y con varios trabajos, peligros y persecuciones, y no con ménos milagros y prodigios, que Dios por él obraba; finalmente al cabo de tres años volvió á Ravena, donde fué recibido de los cristianos con suma alegría, por ver á su pastor y maestro. Mas los idólatras de nuevo le prendieron y le arrastraron hasta la plaza y le dieron muchos tormentos, amenazándole con otros mayores, si no sacrificaba al dios Apolo, á cuyo templo lo llevaron. Allí el santo haciendo oracion, el simulacro de Apolo se deshizo en polvo con grande alegría de los cristianos y rabia de los gentiles. Entregáronle á un juez ordinario, llamado Fauro, para que le sentenciase á muerte: el cual le llevó á su casa y por haber sanado á un hijo suyo ciego de nacimiento, le envió de noche á una alquería suya seis millas de la ciudad, en donde estuvo cuatro años enseñando y sanando algunos enfermos que venian á él. No se pudo encubrir á los sacerdotes Apolinar, y de nuevo fué preso, estando ya muy viejo, cansado y consumido de los trabajos y tormentos pasados: y habiéndose consultado su negocio con el emperador Vespasiano, fué presentado al tribunal de un varon patricio llamado Doméstenes: el cual despues de varias pláticas le entregó á un capitan para que le guardase, entre tanto que él pensaba con qué género de muerte le habia de acabar. El capitan ocultamente era cristiano; llevóle á su casa y tratóle bien; y sabiendo que le querian ya matar, le aconsejó que se salvase, porque su vida era muy importante para la salud de muchos, ofreciéndole lugar para poderlo hacer á su salvo. El santo, entendiendo que hacia mayor servicio á Dios en esconderse y guardarse por entonces, salió de la casa del capitan á media noche; pero fué oido y seguido de los gentiles, y le alcanzaron no muy lejos de la puerta de la ciudad y allí le dieron tantos palos y heridas, que le dejaron por muerto. Despues vivió siete dias en unas casas donde se recogian los leprosos, exhortando á los cristianos á que perseverasen en la fé, y avisándoles que la Iglesia padeceria grandes persecuciones, y despues de ellas tendrian mucha paz. Con esto dió su espíritu al Señor á los 23 de julio, el año último del imperio de Vespasiano, que segun Pedro Damian fué el año de Cristo de 81, habiendo peleado valerosamente y sacrificádose como hostia viva al Señor, con un martirio prolijo de veinte y nueve años, como lo dice el mismo autor en un sermon. Solian los fieles visitar el sepulcro de san Apolinar, y tocándole con la mano, jurar lo que querian afirmar de manera que se creyese, como

se saca del libro v, epístola 33 de san Gregorio papa, que en cierto negocio grave manda que así se haga. De san Apolinar hace mencion san Ambrosio en la prefacion de su misal; san Pedro Crisólogo en el sermon 128; Pedro Damian; y Gerónimo Rubeo y otros que escriben las cosas de Ravena, á mas de todos los Martirologios de Beda, Usuardo y Adon.

Santa Brígida, viuda.—Fué santa Brígida del reino de Suecia, de padres ilustrísimos y que descendian de la sangre real, y juntamente eran muy devotos y piadosos, como lo habian sido sus progenitores. Su padre se llamó Brigero: el cual fué tan devoto que vino en peregrinacion á Santiago de Galicia, y cada viernes se solia confesar, y decia que queria aquel dia componer su alma de tal manera con Dios, que pudiese llevar con paciencia y alegría los trabajos que los otros dias de la semana él le diese. La madre, que se llamaba Sigridis, fué señora no ménos religiosa y edificó muchas iglesias, y las dotó de rentas copiosas y de ricos ornamentos. Estando esta señora preñada de santa Brígida y navegando, tuvo una recia tempestad, en la cual muchos de los que iban en el navío se ahogaron: y estando Sigridis en gran peligro, fué socorrida de Enrique, hermano del rey de Suecia, y escapó casi milagrosamente. La noche siguiente le apareció una persona venerable, de ropa rica vestida, y le dijo: Por una niña que tienes en tus entrañas, te ha Dios guardado y dado la vida: críala como don de Dios por su amor. Nació la niña y llamáronla Brígida: y cuando nació, un sacerdote anciano y siervo de Dios, que despues fué obispo, vió de noche una claridad muy grande y una vírgen sentada sobre una nube con un libro en la mano, y oyó una voz que dijo: Una hija ha nacido á Brigero, cuya voz admirable resonará por todo el mundo. Los tres primeros años estuvo la niña sin hablar, como si fuera muda, y al fin de ellos comenzó á hablar tan distinta y perfectamente, que no parecia niña de tres años, sino mujer de mayor edad. Murió poco despues su buena madre muy cristianamente y contenta por entender que Dios la llamaba al cielo, y que dejaba tal prenda en la tierra, como lo era Brígida, la cual dió su padre á criar á una tia suya, matrona grave y honestísima. Siendo de siete años y estando velando una noche, vió en frente de su cama un altar, y sobre él á nuestra Señora, vestida de gloria y resplandor con una corona preciosa en la mano, que la llevaba, y ella se levantó y corrió al altar; y nuestra Señora le dijo: Brígida, ¿quieres esta corona? Y respondió la niña que sí. La Vírgen le puso la corona en la cabeza, y con esto desapareció aquella vision, aunque siempre se le quedó la memoria de ella. Cuando llegó á edad de diez años, comenzó á descubrir mas el tesoro que tenia en su alma, y á echar de sí mas claros rayos de virtud y santidad: porque á mas de ser honestísima, era modesta, humilde, obediente, alegre y vergonzosa, y de maravillosa blandura y caridad: y habiendo oido un sermon de la pasion del Señor, le apareció en sueños la noche siguiente, como si le acabaran de crucificar, doloroso y sangriento, y le dijo: Mira como estoy llagado. Y creyendo la bendita niña que aquellas llagas eran frescas, con mucha ternura y sentimiento dijo al Salvador: ¡Ay Señor! ¿Y quién os ha tratado así? Y él respondió: Los que me desprecian y no hacen caso de mi caridad. Con esta vision quedó Brígida tan lastimada y compungida, que de allí adelante no podia pensar ni acordarse de la pasion del Señor, sin derramar muchas y tiernas lágrimas de sentimiento. Ocupábase en hacer labor de oro y seda; pero de manera, que su corazon estaba atento, no tanto en lo que hacia con sus manos, como á su dulcísimo Esposo Jesucristo, en quien tenia puesto todo su amor: y algunas veces fué vista una doncella de maravillosa hermosura que estaba con ella y la ayudaba en su labor, sin saberse quién era. Levantábase de su cama de noche cuando los otros dormian, á hacer oracion delante de un crucifijo: y una vez vió al demonio en figura disforme y espantosa, con cien manos y cien piés: y ella huyendo de aquella horrible bestia, se fué corriendo al crucifijo, y el maligno espíritu le tornó á aparecer y le dijo: No tengo poder para dañarte si no me lo permite el Crucificado; y con esto desapareció.

Siendo ya santa Brígida de edad para casarse, su padre le dió por marido á un caballero muy principal, mozo, noble, rico y prudente, que se llamaba Ulfo y era príncipe de Nericia. Y aunque la santa doncella deseara permanecer en su virginidad, todavía obedeció á su padre; pero ántes de consumar el matrimonio, ella y su marido vivieron un año castamente, suplicando á nuestro Señor que los guardase de su santo temor, y que de aquel matrimonio les diese hijos que le sirviesen: y así los oyó el Señor, y vivieron santamente y con gran paz y concordia en el estado conyugal. Tenia Brígida criadas cuerdas, honestas y de loables costumbres: ocupábalas en hacer labor; y ella iba adelante con su ejemplo. Confesábase á menudo con un padre espiritual, docto y prudente, y obedecíale con gran cuidado y reverencia en las cosas de su alma: y cuando se confesaba, lloraba sus culpas por livianas que fuesen, mas que otros las muy graves. Tenia en su casa un oratorio (como la santa Judith), donde se recogia como á puerto sagrado de las ondas y ocupaciones domésticas y seglares: y cuando su marido estaba ausente, pasaba casi todas las noches en oracion, arrodillándose muchas veces en el suelo, disciplinándose y afligiendo su cuerpo para sujetarle á la razon. Era muy templada en el comer y beber, y como era señora tan rica y tan piadosa, repartia largas limosnas á los pobres, y tenia una casa apartada para recibirlos y darles de comer y vestir, y ella misma los servia y lavaba los piés. Oia de buena gana las palabras de los siervos de Dios, y leia con devocion y afecto las vidas de los santos, y finalmente, toda su vida era un dechado y un perfecto retrato de toda virtud: la cual procuraba plantar en los corazones de sus hijos, y criarlos para Dios, y tenia gran sentimiento cuando alguno de ellos faltaba á su obligacion. Y porque uno de ellos una vez no ayunó la vigilia de san Juan Bautista, se afligió sobremanera, y san Juan le apareció y le dijo, que por haber llorado tanto el no haber ayunado su hijo el dia de su vigilia, él la ayudaria y defenderia con sus armas espirituales.

Una vez tuvo un recio parto, y viéndose en peligro se encomendó á nuestra Señora; la cual aquella noche apareció en el aposento donde estaba santa Brígida, vestida de blanco, y la tocó su cuerpo y desapareció; y luego parió sin dificultad alguna. Como ella y su marido eran tan conformes y tan unidos entre sí y en el amor de Dios, y tan dados á la devocion, concertáronse de venir en romería á Santiago de Galicia, y al tiempo que volvian á su casa cayó malo su marido de una grave enfermedad en la

ciudad de Arras, que es en los estados de Flandes. La santa encomendó al Señor la salud de su marido, y apareciéle san Dionisio Areopagita, y díjole quien era, y que porque tenia particular devocion con él, Dios le habia enviado para consolarla y decirle que queria manifestarle al mundo: y que él seria su guarda y que su marido no moriria: y así convaleció y tornaron á su casa, y los dos se encendieron tanto en amor de Dios y de la castidad, que determinaron apartarse y entrar en religion, como lo hizo su marido en un monasterio donde vivió algunos años y murió en santa vejez; y Brígida entró en otro monasterio de monjas, repartiendo primero su hacienda, parte á sus hijos, parte á los pobres. Y como el mundo loco lisonjea á los ricos y menosprecia á los pobres, y tiene por desatino el despojarse la persona de sus bienes y vivir en pobreza; los que ántes la honraban y reverenciaban, comenzaron á escarnecerla y á no hacer caso de ella; pero Brígida estaba tan fija en el amor de Dios, y tan puesta con el corazon en aquel Señor que, siendo rico y rey de gloria, se habia hecho pobre por ella, que los juicios vanos y palabras descompuestas de los hombres no la turbaban ni movian: y Dios la regalaba y favorecia, y la ilustraba con grandes y maravillosas revelaciones, de manera, que parecia que el mismo Señor la guiaba con su impulso y espíritu en todas las cosas que hacia, y crecia siempre en fervor. Entre los otros dones grandes que tenia de nuestro Señor, fué uno, que en diciendo alguna palabra ménos ajustada con la voluntad de Dios, luego sentia en su boca una grande amargura, como de piedra azufre; y en las narizes, cuando alguno hablando con ella decia palabra viciosa ó engañosa. Maceraba su cuerpo con cilicios, con dormir en una camilla dura, y hacer tanta oracion de noche y de dia, que era maravilla que una mujer flaca y delicada pudiese sufrir tan grandes trabajos. Solia en los viernes echarse sobre sus brazos algunas gotas de cera ardiendo, y llevar en la boca una yerba muy amarga, para sentir mas la pasion del Salvador. Sin el cilicio traia ceñida una soga á su cuerpo y otras dos á los muslos en memoria de la santísima Trinidad. Todos los domingos y fiestas principales recibia el santísimo Sacramento del altar. Dormia el invierno acostada en una pobre camilla con muy poca ropa encima en tiempo de grandísimos yelos, como los hace en el reino de Suecia, por estar tan debajo del norte: y preguntada como podia vivir con tan poco abrigo en tan intenso frio, respondia: que era tan grande el calor interior que por la divina gracia sentia en su alma, que el frio esterior no la empecia. Y no solamente hacia este efecto en santa Brígida el fuego del divino amor; pero de tal manera la encendia y abrasaba, que le hacia escribir muchas cartas á los religiosos, prelados de las iglesias, y á los príncipes, reyes, emperadores y sumos pontífices, segun que Dios se lo mandaba, ahora avisándoles que se guardasen de la ira de Dios que los amenazaba, ahora reprendiéndoles con mucha humildad y modestia, ahora exhortándolos á la enmienda de la vida y á la reformacion de la república, y al papa Gregorio XI estando en Aviñon le escribió la santa de parte de Dios, que se volviese con su córte á Roma, y así lo hizo el papa.

Viviendo en su monasterio, le mandó Dios que fuése en peregrinacion á Roma, donde las calles estaban bañadas de sangre de mártires, y por medio de las indulgencias, como por un antojo, se podia llegar mas facilmente al cielo: y ella obedeció dejando su patria y su casa, amigos y conocidos y se puso en camino y llegó á aquella santa ciudad, y en ella estuvo visitando las estaciones y santuarios de ella con increible devocion y alegría de su purísima alma; y algunas veces fué vista cuando los visitaba, andar como por el aire levantada sobre los otros y echar de su rostro unos rayos tan claros y resplandecientes como el sol. De Roma pasó al reino de Nápoles y Sicilia, y tornó á Roma, y de allí navegó á Jerusalen; porque así le fué mandado del cielo: y aunque al principio le parecia que ya era vieja, flaca y enferma para tanto trabajo, el Señor la confortó, y le prometió de serle guia y de llevarla y volverla diciéndole: que era el Autor de la naturaleza, y el que le daba la carga y fuerzas para llevarla. Cuando estuvo en Jerusalen visitando aquellos lugares, consagrados con la vida y muerte del Señor, fué de él maravillosamente ilustrada y regalada con revelaciones divinas y muy particulares del nacimiento, pasion y misterios de Jesucristo nuestro Redentor, y de las mudanzas, estados y calamidades de los reinos. Entre estas revelaciones, que fueron muchas y muy señaladas, tuvo una en el reino de Chipre, del azote que Dios nuestro Señor habia de dar á los griegos por estar apartados de la Iglesia romana, y que su imperio no tendria paz ni tranquilidad, sino que siempre estarian sujetos á sus enemigos, y padecerian gravísimas y continuas miserias, hasta que con verdadera humildad y caridad la reconociesen por madre y maestra, y se sujetasen á ella. Volvió á Roma como Dios se lo habia prometido, y dióle una enfermedad que le duró un año, llevándola con gran paciencia y alegría. Revelóle el Señor que se llegaba el tiempo deseado de su partida de esta vida, y apareciéle y hablóle y díjole lo que queria que hiciese, y la santa lo cumplió todo: y habiendo oido misa y recibido los sacramentos, dió su espíritu al Señor, que para tanta gloria suya la habia criado. Fué su muerte á los 23 de julio del año del Señor de 1363, y hubo revelaciones de su gloria, y Dios hizo algunos milagros por esta santa en vida, y muchos mas despues de su muerte: porque como refiere san Antonino, á mas de haber dado vista á los ciegos, oido á los sordos, habla á los mudos y salud á otros muchos enfermos; en diversos lugares resucitaron diez muertos por su intercesion: por los cuales milagros y por su santísima vida Bonifacio IX, papa, la canonizó y puso en el número de los santos. Su cuerpo en el año siguiente despues de su muerte, fué trasladado al reino de Suecia, y colocado en el monasterio vastanense de San Salvador donde ella habia sido monja, obrando nuestro Señor por el camino muchos milagros; y en Roma hoy en dia dicen, que se guarda una ropilla de santa Brígida, la cual tiene gran virtud, especialmente para librar á las mujeres de parto que están en peligro de la vida. Instituyó santa Brígida una nueva religion de frailes y monjas, debajo de la regla de san Agustin, que hasta hoy dia se llama la órden de santa Brígida, y floreció mucho en Suecia, Alemania, Inglaterra y en otras provincias septentrionales; y hoy dia en algunas ciudades de Italia hay conventos de ella, en que se vive con mucha religion y observancia. Tambien escribió un libro de sus revelaciones, el cual ha sido muy examinado y cernido, por haberle querido tachar algunos teólogos, que midiendo las cosas divinas con prudencia humana, no acababan de entender,

que Dios reparte á quien él es servido, nó conforme á la condicion ni ciencia de los hombres, sino conforme á la humildad y disposicion que halla en los corazones. Pero este libro fué aprobado por el doctísimo y sapientísimo cardenal Fr. Juan de Torquemada, fraile de Santo Domingo, al cual el concilio de Basilea cometió el exámen de él, y despues aprobó la censura que el cardenal habia dado.

La vida de santa Brígida viuda, escribió un autor grave, sacándola de la bula de su canonizacion, y la pone Surio en su cuarto tomo, y san Antonino en su tercera parte, tít. 24, cap. 11, y el Martirologio romano y el cardenal Baronio hacen mencion de ella á los 23 de julio.

San Liborio, obispo.—Siendo el glorioso san Liborio mas conocido en España, por los muchos milagros y maravillas que continuamente por su intercesion obra el Señor en todo género de personas, y en especial con los que padecen el mal de piedra, ijada, orina, riñones, cuya abogacía le ha dado Dios, como lo comprueban los admirables efectos en todas las partes en donde es invocado su favor, y florece la devocion en los corazones de los fieles; que por las heroicas virtudes en que resplandeció su vida, por haber mas de 1300 años, que pasó á la bienaventuranza: ha parecido seria de grande gloria de Dios, y no ménos de mucho obsequio al santo, satisfacer á las piadosas instancias y deseos de sus devotos, el poner aquí un breve resúmen de lo poco que de su vida, que por ser tan antigua y cortas sus noticias por lo que queda dicho, se ha podido de ella alcanzar, recopilándola de lo que dejó escrito y recogió de varios autores el V. P. Fr. Lorenzo Surio, en el tomo IV de su historia á 23 de julio, dia en que el santo murió, año del nacimiento de Cristo 400, y en que la Iglesia romana celebra su fiesta.

Nació, pues, san Liborio, segun se deduce é infiere de lo que del santo escribieron los obispos que despues le sucedieron en el obispado, en la hermosa ciudad Cenomanense de Francia, la cual no está léjos de la de Turon, en donde san Martin fué obispo y contemporáneo suyo. Su linaje fué muy ilustre, de muy noble y conocida prosapia, y su nacimiento por los años de 300 en los principios de aquel siglo, aunque no se sabe el año ni dia fijamente; y segun el cómputo del tiempo, fué en el del emperador Teodosio, y alcanzando el de sus dos hijos Arcadio y Honorio, los cuales reinaban á la sazon, que murió gobernando su obispado como diremos despues.

De su infancia y juventud hablan los autores citados con tan encarecidas palabras, que no parece pudieran decir mas de san Juan Bautista, y de cualquiera de los mayores santos de la Iglesia; porque lo primero afirman que no se vió en sus costumbres, accion pueril, ni cosa que no fuese digna de hombre de razon: desde el pecho de su madre fué inclinado á la virtud y al culto y veneracion de los santos, y á servir en el altar y ocuparse en las celebridades de la Iglesia, en asistir á las misas y oir los sermones. No se vió en este siervo de Dios, escogido por su mano para pastor y padre de su ganado, alguno de los malos resabios que suele brotar nuestra naturaleza, viciada por el pecado, de libertad ó mala inclinacion al vicio, sino que como flor entre las espinas de las malas inclinaciones de otras, dió siempre olor suavísimo de buenos ejemplos: porque fué humilde como la tierra, y obediente y rendido á la voluntad de sus padres y maestro, sin tener otro querer ó no querer mas que el suyo: nunca resistió á cosa que le mandasen, ni tuvo riñas ó discordias con sus iguales: mostrábase afable á todos, y en aquella edad sufrido y piadoso con los pobres y necesitados, quitándose el pan de la boca para dárselo. Fué siempre pacífico y manso, y tan quieto y temeroso de Dios, que se puede afirmar sin riesgo de encarecimiento, que se verificó en él lo que afirma Isaías, cap. 66, del varon justo y escogido de Dios: que se derramó en su alma la gracia del Espíritu Santo con la abundancia de sus dones, previniéndole con ellos desde luego para prelado y pastor de sus ovejas, y para maestro de su Iglesia.

Uno de los dones divinos que resplandecieron en este grande santo desde su infancia, fué el de entendimiento y sabiduría mas que humana; porque ostentó desde luego un vivo y despierto ingenio para las letras, escogida habilidad para el estudio: la cual junta con su mucha virtud y aplicacion, en poco tiempo le hizo campear entre todos sus condiscípulos. Tuvo grande presteza en aprender, mucha energía en argüir, igual destreza en responder, claridad y prontitud en declararse y enseñar lo que sabia, y el espíritu divino parece que le asistia en cuanto obraba y hablaba; porque de todos era aplaudido y alabado sin envidia, que no es pequeño don en los estudios, en donde al paso que alguno se adelanta y sobresale entre los otros, es mas envidiado que alabado de los condiscípulos; pero la virtud y la modestia de nuestro santo fué tan grande, que refrenó á los díscolos y prendó las voluntades de todos los buenos, de manera que le amaron y estimaron, reconociendo en sus acciones el don divino, comunicado del Espíritu Santo, que le habia escogido para vaso de eleccion y sabiduría en su Iglesia, y como tal le miraban y veneraban todos con igual estima, respeto y amor: y viéndole tan aprovechado en las letras, mereció pasar de discípulo á maestro, y enseñar lo que habia aprendido con la eminencia y acierto que Dios le dió, á sus discípulos, á los cuales leyó cátedra no ménos de virtudes que de letras, enseñándoles con la filosofía humana la divina del temor santo de Dios, la piedad para con los prójimos, el estudio de aprovechar en la perfeccion, el celo de la gloria divina, y de la salvacion de las almas, en primer lugar de las propias, que son los prójimos mas próximos, por quienes debemos mirar con mas cuidado; porque seria grande yerro olvidarse de sí mismo por cuidar de la salud ajena. Estas y otras muchas virtudes enseñaba el siervo del Altísimo, mas con el ejemplo de su vida, que con el estruendo de las palabras, que es el mas eficaz, el mejor y mas útil modo de enseñar, ostentándose en su juventud anciano, y en la flor de sus años árbol fructífero, no solo de flores, sino de sazonados frutos de virtudes.

Llegando el siervo de Dios á la edad competente de tomar estado, lo primero que hizo fué cerrar los ojos á la carne y sangre, y á todo cuanto brilla en el mundo y es apreciado de los hombres, poniendo la mira en el mayor servicio de Dios y provecho de su alma: y despues de mucha oracion y consulta con Dios, y con las personas espirituales y doctas que le podian dar consejo, y atendiendo á la mayor gloria divina; se resolvió dar de mano á todas las pompas del mundo y á cuanto estima y adora, y dedicarse todo á Dios y á su culto y servicio, cerrando los oidos á los halagos del mundo, y á las delicias y gustos que le ofrecia, así por su riqueza como por su nobleza, y

por la alta estimacion en que se hallaba, no solo de sus parientes sino de toda su ciudad; y pisándolo todo con varonil resolucion, se sacrificó á Dios con voto de perpetua castidad, para servirle en su Iglesia todos los dias de su vida; y despues de larga y fervorosa preparacion en oracion retirada, penitencias, mortificaciones y ayunos, recibió los sagrados órdenes de subdiácono, diácono y sacerdocio con igual gozo de su alma y júbilo de toda la ciudad, mirándole como á ángel del cielo que se ponia en el altar; porque su modestia y humildad, y el ejemplo de su vida, mas era de ángel de la gloria que de hombre mortal.

Aquí faltan palabras y sobran obras para decir las que el santo hizo en el nuevo estado de sacerdote, y las veras y el fervor con que se entregó todo al culto divino, al servicio del altar, al bien de los prójimos y á todas las acciones de perfeccion. Si hasta aquí habia sido ángel, despues se ostentó querubin y serafin: querubin en la ciencia y serafin en el amor, así para con Dios como para con sus prójimos: lo cual declaran los autores de su vida por el tenor siguiente.

Despues que se consagró á Dios y mudó de hábito y vida, alistándose en el del estado clerical, que es la parte escogida del Señor, todo él sin reservarse cosa para sí, su alma y su cuerpo, su entendimiento, memoria y voluntad, sus estudios, fuerzas y todas sus acciones, dedicó y entregó de todo su corazon al servicio de su Dios y al culto de su altar, á los oficios divinos y á todo lo que tocaba á su mayor gloria y honra y provecho de sus prójimos: todo su estudio dedicó á ordenar sus acciones y enderezar sus pensamientos, voluntad y deseos á la mayor gloria de Dios, y en cuanto la fragilidad humana le pudo permitir á no desviarse un punto de la voluntad divina, ni de lo que dicta la razon, obrando siempre lo que juzgaba era de mayor perfeccion: fué muy circunspecto y mirado en todas sus acciones, guardando la modestia y compostura que pide el hombre esterior, cautelándose de lo malo y afectando siempre lo mejor: era dócil y manso de condicion, prudente y próvido en todas sus acciones, previniendo los riesgos en que podia caer: de donde le nacia que en ninguna se hallaba descuidado ni desapercibido, y ni las cosas prósperas le envanecian ni las adversas le inmutaban: á todas se hallaba superior, con una igualdad de ánimo mas celestial que humano: tan conforme con la voluntad divina, como si viviera nó en la tierra, sino en la córte celestial: tan firme y arraigado en Dios, que de ninguna cosa tuvo temor viviendo en el mundo, sino del pecado y de lo que podia ser ménos agradable á la divina Majestad, en quien tuvo siempre segurísima confianza y grande firmeza en su fé, constancia y tolerancia en los trabajos.

Púsose fuera de esto rigurosísimas leyes á sí mismo, para no mirar con sus ojos, ni hablar con su lengua, ni gustar con su paladar, ni oir con sus oidos, ni percibir con sus sentidos, sino lo que fuese voluntad de Dios, sin faltar en un ápice en lo que ordena su ley, que es la primera y mas útil devocion; y repetia muchas veces que no era justo hacer ni apetecer cosa alguna que le pesase despues. Traia siempre á mano la regla de la ley y la razon para ajustar todas sus acciones y deseos con ella al edificio de la perfeccion, como el diestro artífice la regla de su arte, para nivelar las piedras que pone en su edificio: con que siempre sus obras iban niveladas con la voluntad de Dios; para lo cual usaba de continua mortificacion, refrenando sus pasiones, para que no pasasen ni pisasen las lindes de la razon, y ménos las de la ley de Dios.

De este continuo estudio y vigilancia que tuvo entre sí mismo le nació el ser tan modesto y tan casto en lo interior y exterior, que fué un espejo cristalino de honestidad y santidad á cuantos conversaban con él, notablemente templado, mortificado y medido en todas sus obras, palabras y acciones: su comida tan moderada, que era un continuo y riguroso ayuno: el sueño corto, la oracion larga, en el rezo devoto: en su oficio clerical continuo, el primero en el coro y el mas perseverante: nunca excusó el trabajo; siempre era el primero que ponia el hombro á llevarle, imitando á Cristo, que puso el suyo á la cruz para salvarnos.

¿Qué diré de su rectitud en la justicia? ¿De la equidad en sus determinaciones? ¿De su valor en refrenar á los malos? ¿De su piedad con los pobres, afligidos y menesterosos? ¿De la caridad con los enfermos y la asistencia en los hospitales, y el amor y blandura con que recibia, animaba y corregia á los que venian á sus piés á confesar sus pecados? Cada una de estas materias pedia un volúmen grande para poder declararlas; porque todas fueron llamas que brotaron del volcan que ardia en su pecho, del fuego de amor divino y caridad con sus prójimos, en que tenia sus delicias, y con quienes siempre le hallaban, persuadidos con la experiencia, que el tiempo que no gastaba en el culto divino y la oracion pública ó retirada, en los templos, en oratorios, le habian de hallar ocupado en las obras de caridad con sus hermanos, siguiendo el ejemplo de Cristo y el de sus apóstoles, á quienes propuso firmísimamente imitarlos. Hasta aquí los autores de su vida, en que no se alargaron, ajustándose á la verdad.

No puede ocultar el sol la grandeza de su luz por mas que se emboce de nubes; ni pudo nuestro san Liborio encubrir al mundo los relevantes rayos de sus esclarecidas virtudes, por mas diligencias que puso su profunda humildad, retirando cuanto le fué posible de los ojos de todos las obras de sus virtudes: su fama voló por toda Francia, y penetrando los extendidos términos de Flandes, Alemania é Italia, llegó á Roma y á los oidos del sumo pontífice y de toda su córte, con igual estima de su santidad y gozo de tener en su Iglesia un sacerdote de tan esclarecidas prendas, así de santidad, como de letras y nobleza, que sube muy de punto con el esmalte de las virtudes.

Llegó el año de 350, en que fué nuestro Señor servido de llevar para sí á descansar á su reino, á Pavacio, obispo de la ciudad Cenomanense, varon consumado en todo género de virtudes, y como tal llorado de toda aquella noble ciudad, como huérfana sin padre y destituida de la luz de su maestro, lamentando triste la falta de su doctrina y clamando juntamente á Dios, para que les diese prelado tal que restaurase la pérdida del que habian perdido: y despues de larga y fervorosa oracion, acompañada con ayunos y limosnas, penitencias y sacrificios, vino la luz del Espíritu Santo sobre todos, hablando por su boca, y á una voz eligieron y apellidaron por obispo á su santo ciudadano Liborio, tan conocido por el resplandor de sus virtudes como por el de sus letras y linaje, confesando que en su persona restauraban la pérdida de su antecesor Pavacio, con tanta razon estimado de todos por santo; por cuanto en Liborio tendrian pastor que los apacentase y guiase con el ejemplo de su vida, y con el pasto saludable

de su santa doctrina: maestro que los enseñase con la erudicion de su lengua y mucha sabiduría: juez rectísimo que les hiciese justicia; y padre que los tratase con amor de hijos, y fuese medianero poderoso con Dios en sus necesidades y trabajos, y en las calamidades que algunas veces padecian. Todos se alegraban; y solo el santo lloraba, teniéndose por indigno de aquella suprema dignidad, la cual rehusó cuanto pudo; pero no le valieron sus diligencias, porque la voz del pueblo prevaleció contra él; y el sumo pontífice que á la sazon era Julio I, confirmó la eleccion con mucho gusto, por la grande opinion que tenia de su santidad y letras. Fué su eleccion el año de 350, imperando Constancio, si bien el dia fijamente no se sabe.

Fué aquel siglo de los mas felices que ha tenido ni tendrá la Iglesia; porque en él florecieron san Silvestre papa, y el gran Constantino, emperador inclito, bautizado por su mano, el cual dió principio por su persona á la Iglesia de San Pedro, y edificó otras muchas por el orbe, y florecieron asimismo los santísimos prelados san Nicolás, obispo de Mira y san Martin, obispo de Turon, en Francia, varones tan milagrosos en vida y muerte, que fueron los primeros santos confesores, de quien rezó la Iglesia: á los cuales y otros muchos semejantes que se hallaron en el concilio Niceno, siguió nuestro glorioso san Liborio, no inferior en las virtudes, en el zelo de las almas, en la vigilancia del oficio pastoral y en la muchedumbre y grandeza de milagros, como se verá en el discurso de su vida, á todos visos admirable.

Consagrado fué, pues, nuestro santo obispo en su ciudad Cenomanense, segun los ritos de la Iglesia, con grandísima solemnidad y alborozo de todo el pueblo, clamando á voces y diciendo: que miraban repetida la dicha del pueblo de Israel, cuando ausentándose Elías al cielo, les dejó en la tierra su espíritu en su discípulo Eliseo, que fué todo su consuelo, de la misma manera (decian), que subiendo al cielo su santo pastor Pavacio, les habia dejado su espíritu y doblado, como Elías en su sucesor Liborio, para su pastor y padre, luz, enseñanza y consuelo; y no les engañó su esperanza, como lo mostró el suceso.

Colocada, pues, esta antorcha refulgente en el candelero de la Iglesia, comenzó á brillar con nuevas y mayores luces de resplandecientes virtudes y ejemplos admirables, con que edificaba á todos, enseñándoles y persuadiéndoles en primer lugar con obras el camino del cielo: porque si en el estado clerical hizo vida tan penitente y ejemplar; en el de obispo lo hizo mas excelente, doblando los ayunos y las vigilias, macerando su cuerpo con disciplinas, cilicios y asperezas. Púsose rigurosas leyes de retiro y silencio, cuanto le permitian los negocios ocurrentes: gastaba muchas horas en oracion retirada con Dios y sus ángeles y con los santos, que moraban en el cielo: en la misa y en los oficios divinos estaba con tan grande postura y devocion, que la ponia á cuantos le asistian: era manso, afable, piadoso y sufrido: ninguno le vió airado: con todos fué benigno, sino solo consigo: nunca miró las rentas de su obispado como suyas, sino como de los pobres, de quienes se tenia por siervo y administrador solamente y como tal las repartia, sin tomar para sí mas que lo precisamente necesario para sustentar la vida. Puso suma diligencia en reformar su familia, no sufriendo persona en ella, que no fuese ejemplarísima: cosa importantísima á los prelados, cuya opinion manchan muchas veces los desórdenes de sus familiares: y siendo ellos buenos los desacreditan los que los sirven con sus malas costumbres é insaciable codicia.

Comenzando, pues, por su persona y familia, trató de reformar las costumbres de sus ovejas, enseñándolas y guiándolas por el camino del cielo; lo primero con su ejemplo y despues con sus palabras: entabló la distribucion del tiempo, dando parte á la oracion, así mental como vocal, parte al estudio de las sagradas Letras, y parte á los negocios ocurrentes, en que entraban las causas de los pobres, las visitas de los hospitales y el consuelo de los huérfanos: ninguno le vió ocioso, siempre ocupado en santos ejercicios y en los ministerios de su obispado, persuadido que debia dar cuenta á Dios, no solamente de su alma, sino de todas las que tenia á su cargo, y que debia ser su vida tanto mejor que la de sus ovejas, cuanto excede la dignidad de pastor á ellas: por lo cual raro ó ningun dia dejó de predicarles la palabra de Dios y declararles el santo Evangelio: juzgando, que como el buen pastor todos los dias da el pasto á sus ovejas; así le corria obligacion de dar como pastor, el pasto espiritual á las suyas: y si bien se mira, á todas horas le daba con su ordinario ejemplo, que era el sólido y sustancial alimento; porque no hubo virtud, que no procurase entrañarla en el corazon de sus amadas ovejas, nunca persuadiendo alguna que no la ejerciese primero, de que son buenos testigos los historiadores, afirmando, que el que deseare aprender la honestidad, modestia, prudencia, afabilidad, el desprecio de sí, la paciencia, integridad de costumbres y la pureza de vida; mirándose en la de san Liborio como en cristalino espejo, aprenderia la perfeccion de todas las virtudes; porque era un dechado de ellas. Así obrando y predicando, llegó este pastor incomparable á ser maestro grande y doctor esclarecido, rigiendo con la luz de su doctina, y alimentando con la leche de su ejemplo su rebaño, que en poco tiempo mejoró su obispado, en tanto grado que parecia otro diferente, quitando muchos abusos, arrancando de cuajo las malezas y espinas de muchos vicios, convirtiendo grande suma de pecadores, reduciéndoles á mejor vida y sacando de las tinieblas de sus errores á muchos infieles.

Despues de haber el glorioso santo reformado las costumbres en su obispado, y promovido el estado eclesiástico con el ardiente zelo que tenia de la gloria de Dios y provecho de las almas, todo se dedicó al culto divino, y en adornarle y disponerle con tal ornato, que engendrase devocion en los corazones de todos, y á celebrarle: á este fin y con el de cumplir enteramente á sus obligaciones, dividió sus rentas en tres partes: la primera, para los templos vivos de Dios, sus amados pobres, con quienes fué siempre liberalísimo: la segunda, para el culto divino, edificacion de los templos, ornato de los altares y celebridad de las fiestas de Dios y de sus santos: y la tercera, para el sustento de su casa y familia, siendo aquella tan corta, que con dificultad alcanzaba á lo mas preciso, juzgando, que era mas justo que faltase para él, que para los pobres y celebridad de las fiestas: siendo tal su devocion, que no pocas veces se ocupaba en adornar los altares con sus manos, trocando en el oficio de sacristan el suyo de prelado, diciendo: que no era solo de hombres, sino de ángeles como camareros de Dios que asisten á sus altares á adornarlos.

Para atraer mas á la gente á la celebridad de las fiestas, á la oracion y culto divino, exhortaba al pueblo á la frecuencia de los templos y oratorios, afeando con su vivo zelo el que fuesen tan visitados los teatros, las farsas y casas de juego, y las de Dios tan olvidadas de los fieles: por cuyo motivo, decia, les venian los castigos que padecian, y eran juntamente privados de las grandes mercedes que suele el Señor hacer á los que frecuentan sus casas y oratorios. Para esto puso particular cuidado en la música y canto de las horas canónicas, y en facilitarles su frecuencia, quitándoles todas las dificultades que podian retardarlos; por lo cual considerando que habia pocos templos en la ciudad, y que muchos por vivir apartados y léjos del comercio y de los oratorios, no venian á ellos, edificó diez y siete iglesias de nuevo en los barrios mas poblados y mas retirados del comercio, para que teniéndolas á mano, las frecuentasen con facilidad: y para que perseverasen en ellas, orando y rezando, las adornó y acomodó de manera, que estuviesen abrigadas en invierno y templadas en verano. Fundó capellanías, y buenas rentas para los eclesiásticos, curas, beneficiados, sacristanes y clerizones, y juntamente confesores que asistiesen en los confesonarios á horas determinadas, y proveyó tambien de predicadores que dijesen la palabra de Dios á los que allí se juntasen; y hasta para la cera de los altares y el aceite de las lámparas, estableció renta perpetua, porque no les faltase nada: cuyas diligencias nacidas de su santo zelo, se lograron, de manera que las vidas de los hombres se trocaron en vidas de ángeles, y la ciudad parecia un barrio de la córte celestial.

Otras muchas cosas utilísimas estableció en su obispado, cuya memoria ha sepultado el tiempo, entre las cuales se cuentan los órdenes que celebró en número de noventa y seis, en las cuales ordenó doscientos diez y seis sacerdotes, ciento setenta y seis diáconos y noventa y tres subdiáconos, y otra grande suma de clérigos de menores órdenes, conforme convenia para el servicio de las iglesias, y culto divino, exhortando á todos á vivir tan ejemplarmente, que fuesen norma de santidad á los seglares, como los ángeles respecto de los hombres.

Cuarenta y nueve años habia gobernado Liborio su Iglesia, como santo y solícito pastor, amado de Dios y de los hombres, y resplandeciendo en el mundo como un sol de grande santidad y raro ejemplo de devocion: cuando llegó el año de 400, año de jubileo universal para todos, en que, segun la ley antigua, todas las cosas volvian á sus dueños y los siervos á su libertad, y Dios les concedió á su fidelísimo siervo Liborio, que saliese de la esclavitud de este mundo, y volviese á la libertad de la patria celestial; y su alma que habia salido de las manos de Dios, volviese á él llena de grandes merecimientos, para gozar la gloria que tiene prometida á los mansos y humildes de corazon. Entrando, pues, en el año cincuenta de su obispado y cerca de ciento de su edad, le dió una flaqueza grande con penosos accidentes, que le derribaron en la cama, faltándole las fuerzas para trabajar; y luego conoció el siervo de Dios, que era aviso del Altísimo que tocaba á su puerta con aquella enfermedad, y le llamaba á la partida para la patria celestial; y dando muchas gracias al Señor por la merced que le hacia, alegre por salir de la cárcel del cuerpo, y conforme con su santa voluntad, cantó, como cisne, aquel verso de David: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* Salm. 121. Mi alma se goza con la nueva que me dan, de que se llega la partida á la casa del Señor: y dando de mano á todas las cosas de este mundo, fijó los de su alma en las celestiales y divinas, disponiéndose para la partida á las eternas moradas, donde estuvo siempre con el corazon.

Tuvo (como dijimos arriba) el glorioso san Liborio conocimiento con el bienaventurado san Martin, obispo de Turon; y reconociendo que se llegaba el tiempo de su partida, deseó verle en aquella hora y recibir de su mano los santos sacramentos de la Iglesia; y encomendarle sus ovejas como á tan santo y vigilante pastor; y Dios nuestro Señor, que está tan atento al consuelo de sus siervos, envió un ángel á san Martin, el cual le dijo en oracion: que fuése luego á la ciudad de Cenomayna; porque su amigo el obispo estaba enfermo de partida para el cielo, y la voluntad de Dios era, que le asistiese en aquel trance postrero. Oida esta embajada por el santo obispo, se puso luego en camino, y fué con gran diligencia á ver á su buen amigo, qué persona habia digna de quedar en su silla por obispo de aquella ciudad: y entrando por unas viñas, vió á un diácono que se llamaba Victurio, discípulo querido de san Liborio, el cual estaba á la sazon rezando las horas canónicas de la Iglesia, con mucha devocion y en compañía de los ángeles, cantando las alabanzas de Dios. Detúvose san Martin, contemplando atentísimamente su modestia y devocion, y Dios le reveló, que aquel era el escogido por sucesor de san Liborio: y llegándose cerca, le saludó con mucha caridad y muestras de benevolencia, diciendo: Dios os guarde y prospere, nuestro obispo futuro. Humillóse el buen diácono, oyendo estas palabras, y turbóse, enmudeciendo su lengua sin hallar respuesta á sus palabras; y san Martin prosiguió, y diciendo y haciendo le dió su báculo, exortándole á recibir aquella dignidad que Dios le enviaba.

Llegó el santo á la ciudad, en donde halló á san Liborio en el extremo de su vida y principio de la eterna. Aquí faltan palabras para declarar el júbilo espiritual que tuvieron los dos santísimos obispos en esta visita: abrazáronse tiernísimamente, y bañados en un mar de gozo y consolacion celestial, tuvieron largos coloquios, dulcísima conversación de las cosas divinas y de la gloria que esperaban: y acercándose á san Liborio la hora de la partida, le administró san Martin los santos sacramentos de la eucaristía y extremauncion, con inefable devocion de ambos santos, y con la misma le asistió san Martin hasta que espiró, acompañándole los ángeles que llevaron su alma á la córte celestial, y la presentaron á la majestad de Dios.

El glorioso san Martin dispuso su entierro en un templo suntuoso que Juliano, primer obispo de aquella ciudad, habia edificado en nombre de los doce apóstoles de Cristo, en un sepulcro honorífico: y fué muy conveniente que tuviese lugar entre los apóstoles, el que habia sido apóstol en la vida y en la predicacion. Concurrió á sus honras innumerable pueblo de toda la comarca, llorándole como á padre, y venerándole como á santo y procurando á porfía alcanzar cada uno algo de sus reliquias: por las cuales obró Dios muchos milagros, lanzando demonios de los cuerpos y sanando de varias enfermedades, así á paralíticos y calenturientos, como á cojos y mancos, y en especial á quebrados y aflijidos de mal de ijada, piedra y

orina; declarando el cielo que le daba la abogacía de estas enfermedades, como se ve hasta hoy en los muchos que por su intercesion sanan.

Acabadas las exequias, segun los ritos de la Iglesia hizo san Martin un sermon al pueblo de sus loores y alabanzas como de verdadero santo, de que dió y da el cielo comunmente testimonio con innumerables milagros que obra por su intercesion en todas partes; y acabado el sermon juntó san Martin el clero, y por voto de todos declaró y consagró al diácono Victurio que dijimos, por obispo de aquella ciudad, y sucesor de san Liborio, á quien imitó en la vida y vigilancia de santo y vigilante prelado.

La muerte de san Liborio fué á 23 de julio del año de 400, siendo (segun el cardenal Baronio) pontífice Anastasio, y emperadores los dos hermanos, hijos del gran Teodosio, Honorio y Arcadio. El Martirologio romano dice, que fué obispo cuarenta y nueve años, y que alcanzó los tiempos de Valentiniano, Graciano y Teodosio.

En la vida que anda impresa del invicto emperador Cárlo Magno, llamado el santo por sus heroicas virtudes, se refiere que empleó treinta y tres años los mejores de su vida en conquistar Sajonia, tierra estéril y montuosa, tan ocupada en las idolatrías y vicios de sus moradores, como de la fragosidad de los cardos y espinas, y de los animales fieros que entre ellas se crian, á quienes en parte se parecian en las condiciones naturales los que en ella vivian: y habiéndola conquistado el religioso emperador á costa de inmensos trabajos y sangre de los suyos, todo su cuidado dedicó á reducir sus moradores de la falsa idolatría á la verdadera fé de Cristo, deseando mas amplificar la religion cristiana y el imperio del verdadero Dios, que el suyo: por lo cual á toda costa y diligencia edificó templos: levantó iglesias: adornólas de imágenes: enriquecióla de ornamentos y cálices y vasos para el culto del altar: llevó obispos y clérigos, religiosos y predicadores que entablasen el culto divino, y alumbrasen á aquella gente bárbara y ciega en las idolatrías y hechicerías, con la luz del santo Evangelio, reduciéndolos juntamente á la vida política y sociable en ciudades y pueblos de los montes y selvas, en que habitaban como fieras: por lo cual los historiadores de su tiempo le dan título de apóstol de Sajonia como á san Gregorio Magno de Inglaterra, por haber enviado á ella varones apostólicos que la convirtieron.

Una pues de las mas principales ciudades é iglesias es la Paderbornense, fundada en un lago amenísimo de igual delicia y riqueza: es iglesia catedral, y su obispo de los primeros del reino, adonde el dicho emperador Cárlos venia muchas veces á morar y descansar en ella, y el sumo pontífice Leon la honró con su presencia cuando vino de Roma á pedir á Carlo Magno, que le restituyese á su silla de la cual le habia echado el rey de los longobardos con violencia: y pasando el tiempo que nunca para, se llegó el año de 836 del nacimiento de Cristo nuestro Señor, en que habiendo vacado la silla de aquella Iglesia, fué electo obispo Badurado, varon de gran zelo de la gloria de Dios, aumento de su culto y provecho de las almas: el cual, viendo que muchos de sus feligreses no bien arraigados en la fé, se volvian al gentilismo y á las hechicerías antiguas, deseó grandemente atajar este contagio y poner freno á tan pernicioso vicio, y despues de larga oracion y prudente consulta con las personas de su Iglesia, se resolvió á traer á su ciudad alguna célebre reliquia de santo muy nombrado y milagroso, que con su presencia y patrocinio defendiese á sus feligreses de la sugestion y engaños del demonio, y con sus milagros los alumbrase y persuadiese que la fé de Cristo nuestro Señor era la santa y verdadera.

Tomada esta resolucion, no fué fácil la ejecucion de ella así por la dificultad de hallar tal reliquia como despues de hallada, alcanzar que se la diesen los que la poseian: pero no se acobardó el ánimo del buen prelado con estas dificultades: porque lleno de espíritu y confianza en la divina Providencia publicó ayuno en su obispado: hizo públicas procesiones: ofreció sacrificios y limosnas con tal afecto y perseverancia, que mereció alcanzar de Dios lo que pedia, enviándole su divina Majestad un ángel que le dijo: que enviase sus embajadores á la ciudad de Cenomayna, en donde tendria logro su deseo. Recibido este oráculo divino con increible gozo de su alma, con acuerdo de ambos cabildos eclesiástico y seglar, disputaron cuatro personas, dos eclesiásticas y dos seglares, que fuésen con cartas, así del rey de Francia Ludovico como suyas á la dicha ciudad, y obispo, adonde llegaron á 14 de mayo del año dicho, y fueron de él bien recibidos: y considerando la causa de su venida á la importancia de su pretension para el bien de aquella tierra, moviendo Dios su corazon, determinaron á darles el cuerpo de san Liborio, celebérrimo en santidad y milagros.

Tomada esta resolucion, trató de ponerla en ejecucion; pero la devocion de la ciudad y el sentimiento de sus moradores, hizo grande contradiccion, clamando todos por su santo prelado que era todo su consuelo, amparo, defensa y patron con Dios; pero al fin como era disposicion del cielo, venció la resolucion del obispo: el cual vestido de pontifical, vino de la iglesia catedral á la de los santos apóstoles, en donde estaba el santo cuerpo, y abrió la arca de su depósito y salió un olor celestial, que recreó á cuantos se hallaron presentes, sintiendo en sus corazones una suavidad y devocion grande: y reconociendo que era la reliquia de san Liborio que buscaban, la entregaron á los embajadores paderbornenses que la recibieron con grandísima reverencia, igual estima y devocion; y en el mismo dia fué nuestro Señor servido de regalar á su pueblo por medio del santo con los milagros siguientes.

A la misma hora en que se abrieron las sagradas reliquias á puerta cerrada por escusar el tumulto de la gente que estaba fuera, una mujer que habia muchos años que estaba ciega totalmente, se encomendó con gran afecto y devocion al santo, é invocando su favor, al punto que pronunció su nombre recobró la vista enteramente con igual gozo suyo y admiracion del pueblo, que mirando tan evidente milagro, prorumpió con grandes voces en alabanzas de Dios y de san Liborio: las cuales oyeron el obispo con su clero, y derramando dulces lágrimas de devocion, cantaron himnos y oraciones en loor y alabanzas de su santo pastor, que vivo y difunto no cesaba de favorecer y sanar á sus ovejas.

A la fama de este milagro vino otra devota matrona con un hijo, atormentado del demonio como el que trajeron á Cristo sus padres, que le echaba en el agua y en el fuego, y los apóstoles no habian podido sanarle: así no habia alcanzado salud para su hijo esta matrona en muchos

santuarios que habia visitado, hasta que llegando este dia al templo en que el sagrado cuerpo de San Liborio estaba en las manos de los sacerdotes, y rogándole con lágrimas tuviese misericordia del hijo que le ofrecia; al punto salió el demonio de su cuerpo, y le dejó libre y sano con admiracion de todos, así eclesiásticos como seglares, que á una voz dieron gracias á Dios y al santo por ello.

Luego ordenó el obispo que todos en procesion con la solemnidad posible, llevasen el santo cuerpo á la iglesia catedral para entregarle allí solemnemente á los embajadores referidos; y al entrar por las puertas, dió salud milagrosamente á un cojo que padecia muchos años defecto en las piernas, y al tiempo que inclinó la cabeza para reverenciarle pidiéndole su favor, el santo se le dió con la salud y fuerzas para seguirle.

Mayor milagro fué el que Dios obró por su medio poco despues en la misma iglesia, dando salud á un hombre que habia nacido con los piés y piernas áridas, semejante al que los apóstoles sanaron á la puerta del templo en Jerusalen: porque oyendo los milagros, que el santo obraba, le llevaron á la iglesia, y careándole con el santo cuerpo de san Liborio, sintió fuerzas en las piernas y los piés hasta entonces secos y muertos, sin vida ni fuerzas para nada, y lleno de gozo saltó y corrió á echarse á los piés del santo, dándole infinitas gracias con pasmo de todos los presentes, que jamás le habian visto sano hasta este tiempo.

Aquella noche quedó el santo cuerpo en la iglesia catedral acompañado del clero que cantó los maitines, y al amanecer las laudes, y al mismo tiempo entró á visitarle un ciego de su nacimiento, como el que sanó Cristo, y recibió los ojos y la vista para ver las sagradas reliquias: por cuya virtud de allí á poco tiempo fué libre un endemoniado del mal espíritu que le atormentaba, quedando del todo sano.

La muchedumbre de la gente que concurrió de todas partes fué tanta, que temiendo el obispo no le impidiesen dar el santo cuerpo á los embajadores, ordenó bien de mañana una solemne procesion y con toda la música y aparato posible, vinieron con él á la iglesia de San Vicente, que estaba á la puerta de la ciudad, para hacer allí la entrega; pero el alarido del pueblo, que creció con los milagros fué tan grande, que lamentándose porque les quitaban su patron, su padre, su pastor, su defensor y medianero con Dios, y todo su consuelo y amparo, se armaron contra el obispo: quien para aquietarlos les hizo una larga plática, diciéndoles: que allí les quedaban muchos cuerpos de otros santos, y que Sajonia, recien convertida necesitaba de amparo; y Dios habia declarado con aquellos milagros, que era su voluntad fuése san Liborio á honrarlos, el cual desde el cielo siempre los defenderia como su patron y padre.

Habiendo pues, aquietado al pueblo, hizo la entrega solemne á los embajadores con indecible gozo de sus almas; y con el mayor aparato que pudieron, comenzaron á llevarle, siguiéndole mucha gente regando el suelo con lágrimas, y obrando en todas partes Dios muchos milagros por él.

No se puede explicar con pocas palabras el gozo con que los embajadores paderbonenses caminaban con el rico tesoro del santo cuerpo á Sajonia: el cual, siempre él mismo, favorecia y consolaba á los que devotamente le invocaban: y como el sol en el curso de su carrera, no cesa de alumbrar y fertilizar la tierra con sus rayos é influencias, de la misma manera el nuevo sol espiritual de san Liborio, en el discurso de su camino no cesó de alumbrar al mundo con los rayos de santidad, y de fertilizarle con las saludables influencias de sus milagros: de que son buenos testigos los que ahora referiré.

En el primer lugar, adonde llegó el santo cuerpo, que se llama Pontleuva, no léjos de la ciudad de Cenomayna, le siguió un hombre mudo y sordo, con gran confianza de alcanzar salud; pero faltándole las fuerzas para ir adelante, clamó al santo, nó con la lengua, sino con el corazon y las manos y las lágrimas de sus ojos, levantando los brazos al arca en que iba, y clavados los ojos, ya en ella ya en el cielo, en donde el santo moraba: el cual no se hizo sordo á sus gemidos; porque luego de contado le dió oidos para oir, y lengua para hablar, sin cesar un momento de darle infinitas gracias por la merced que le hizo, publicando á todos su grande misericordia y santidad.

El dia siguiente pasaron á otro pueblo, y depositaron el santo cuerpo en la iglesia de San Medardo, de igual veneracion y frecuencia de toda aquella tierra, adonde les vino siguiendo una mujer muy afligida, que toda su vida habia padecido gravísima enfermedad, sin hallar remedio en médicos, ni medicinas, ni en los santuarios que habia visitado; y oyendo las maravillas que Dios obraba por Liborio, le seguia pidiéndole á voces remedio para su enfermedad: el santo la oyó y sanó, al tiempo que llegaba á la ciudad; hallándose con entera salud, la que habia padecido toda su vida penosa enfermedad.

Prosiguiendo el camino llegaron al templo de san Sinforio, no ménos célebre en aquel país que el pasado, en donde hospedaron á san Liborio: y parece que en todas partes quiso pagar el hospedaje ó hacer ostentacion de su santidad y poder contra los espíritus malignos; porque entrando á su vista una mujer por muchos años atormentada de los espíritus infernales, como la luz destierra las tinieblas, así la presencia de las reliquias de san Liborio desterró aquellas furias tenebrosas, que tantos años habian habitado en el cuerpo de aquella mujer, quedando libre de su tiranía, buena y sana, y sumamente agradecida y devota al santo que la habia sanado.

Continuando su camino, llegaron al monasterio de San Sulpicio, cuyos venerables monges recibieron el santo cuerpo con grande solemnidad y concurso de los pueblos á venerarle y pedirle mercedes: entre los cuales trajeron en un carretoncillo á un hombre pobre, contrahecho de piés y manos, hecho un ovillo, las rodillas casi pegadas al pecho y los dedos trabados, sin poderse menear ni extender, andando siempre en manos ajenas; los ojos y la boca que tenia libres puso en san Liborio, mirando su santo cuerpo con grande afecto de su alma, y pidiéndole á voces misericordia y salud: la cual sin mas plazos se la dió el santo, sintiéndose sano de todos sus miembros al tiempo que invocó su favor, y con grande presteza saltó del carretoncillo en que le llevaban, y se arrojó á los piés de san Liborio, dándole mil gracias por la salud que le habia dado.

Del monasterio de San Sulpicio, pasaron á un templo dedicado á san Pedro y san Pablo, y en el camino sanó á un endemoniado que habia muchos dias padecia la opre-

sion de los espíritus infernales; los cuales le dejaron libre á la presencia del santo.

Consolados y gozosos los embajadores con tantas y tan grandes maravillas como continuamente Dios obraba por su santo prelado; todo el trabajo del camino se les convertía en descanso, alegrísimos y devotos con la compañía que llevaban, con la cual vinieron á la amplísima ciudad de Carloto, á la sazon que su obispo Bernuino, varon tan santo como anciano, celebraba sínodo diocesano con la flor de la clerecía de su obispado: el cual así como supo que llegaba el santo cuerpo á su ciudad, salió con todos sus clérigos y capitulares en procesion, buen trecho ántes que llegase con la música y aparato posible, y recibió el santo cuerpo, postrados todos á sus piés, adorándole y reverenciándole con grandísima devocion, y le llevaron á su iglesia catedral, en donde celebraron misa y oficio de pontífice, concurriendo á venerarle toda aquella populosa y noble ciudad; y el santo les pagó de contado la honra que le hicieron, dando milagrosa salud á muchos enfermos de varias enfermedades, que fuera largo contarlas: entre las cuales fué muy señalada la de una noble doncella que habia muchos años que estaba contrahecha de todos sus miembros, gafos los piés y las manos, y las piernas tan dobladas que nunca pudo mandarlas, hasta que puesta á vista del santo cuerpo, se desplegaron y estendieron los dedos de piés y manos, y se levantó buena y sana con admiracion y pasmo de todos los presentes, que á voces no cesaban de engrandecer la virtud de nuestro santo: cuyo cuerpo acompañaron al salir de su ciudad, con la misma pompa y admiracion que le recibieron el dia ántes.

Andando su camino llegaron á la celebérrima ciudad de París, córte de los reyes de Francia, cuyo obispo Encantado, vestido de pontifical, salió procesionalmente con el estado eclesiástico y secular, hasta la puente del rio á recibir el santo cuerpo, y le colocó en su iglesia catedral con suntuoso aparato, y celebrando los oficios de pontífice, trajeron á la presencia del santo una mujer sorda y muda de su nacimiento, y poseida del espíritu infernal que duramente la atormentaba, por la cual rogaron todos al santo: cuyas plegarias llegaron á sus oidos y luego incontinenti quedó sana y libre del espíritu maligno; y pagándoles el buen hospedaje con esta maravilla, pasó adelante su camino.

Aquí sucedió otro milagro; porque pasando por el monte de los Mártires, á vista del célebre monasterio de San Dionisio, entierro de los reyes de Francia, salió un criado de su familia, sordo y mudo, el cual mirando como el golpe de la gente tocaban sus rosarios y medallas al arca en que iba el santo y que muchos le ofrecian dones, llegó con los demás á ofrecer parte de lo poco que llevaba; y al punto que tocó la arca en que iban las preciosas reliquias, se desató la lengua muda y se abrieron las puertas de los oidos cerrados, y quedó sano y bueno por beneficio del glorioso santo.

Otro caso bien notable sucedió en aquel camino que se tuvo por milagro, y fué; que llegando el santo cuerpo á pasar un rio de poca agua, los cuatro que llevaban en hombros las andas delante, guiaron por una puente rehusando mojarse los piés por el vado, y los cuatro postreros no rehusaron pasar esta incomodidad por servicio del santo. Hubo porfía entre ellos, y al fin vencieron los que iban delante; pero por su mal, pues rehusando mojarse las plantas de los piés, se sumergieron en el agua, por cuanto entrando por la puente se quebraron los maderos que pisaron, y cayeron en el rio, de donde los sacaron bien mojados; quedando milagrosamente el arca por aquella parte anterior en el aire, hasta que lo recogieron otros en sus hombros y la pasaron por el vado.

Los embajadores continuaron su camino y el santo sus milagros obrándolos en todas partes con tan grande frecuencia que tejiéramos larga tela si quisiéramos contarlos: solo uno referiré, obrado en una noble matrona que estuvo endemoniada quince años, hasta que á vista de las reliquias del glorioso Liborio quedó sana; y reconocida á su favor, le siguió hasta Sajonia, sirviéndole y venerándole, y permaneció toda su vida cuidando de su capilla y altar, publicando sus milagros.

La fama de tantas y tan grandes maravillas llegó á Sajonia ántes que el sagrado cuerpo: y aumentándose el deseo de verle, venerarle y poseerle, concurrieron de todas partes infinitas gentes, cuya multitud cubria los campos y no daba paso á los que le llevaban, para proseguir su camino, combatiéndoles olas de personas, sanas y enfermas á tocar las sagradas reliquias: y cuando entraron en la barca del rio Rhin, que divide el ducado de Sajonia, quedó infinita gente á la ribera clamando, y otra tanta en la otra parte con el mismo clamor, esperándole de rodillas: y para satisfacer á la devocion de todos, levantaron un altar y celebraron misa en el campo con la solemnidad posible: luego partieron en procesion, con toda la pompa imaginable, del obispo, clero y ciudadanos, nobles y plebeyos, músicas y danzas, y muestras de alegría, y anduvieron tres millas hasta llegar á la ciudad Padeabornense; y á 5 de julio del año dicho de 836 le colocaron en la iglesia principal en lugar eminente, suntuosamente dispuesto como á patron universal del reino; y el mismo dia obró seis milagros evidentes, sanando á varios enfermos y entre ellos á un niño sordo y mudo de su nacimiento: y desde entonces hasta hoy no cesa de obrar maravillas, confirmando en nuestra santa fé á los fieles de aquel reino, y convirtiendo á los infieles con tantos y tan manifiestos testimonios de la verdadera religion que profesamos, pues en ella sola se ven maravillas tan patentes: las cuales no se limitan á solo Sajonia, sino que se extienden á toda la redondez de la tierra, y en particular á los enfermos de piedra, orina y mal de ijada, como lo testifica la experiencia en sus devotos que le invocan y rezan su antífona y oracion.

Y supuesto que en este santísimo obispo san Liborio tenemos un claro espejo de santidad, y un dechado grande de perfeccion, y asimismo un patron de altísimos merecimientos, que intercede por nosotros, tan poderoso, que parece que Dios no le niega cosa que por su intercesion se le pide, como lo manifiestan sus tan repetidos milagros; procuremos, pues, mirarnos siempre en él, imitando sus heroicas virtudes, valiéndonos de su eficaz patrocinio en todas nuestras necesidades y aflicciones, para que logrando por aquellas los favores de su gracia, alcancemos por su intercesion los eternos gozos de la gloria. Amen.

* Los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mártires.—El reino de Valencia fué su patria, su naturaleza un lugar llamado Pintarraplees, puesto antiguamente entre Benimodol y Carlet y ahora derribado. Su padre que era

moro se llamaba Almanzor, y era señor de dichos pueblos. Tuvo dos hijos y dos hijas, Zaida y Zoraida estas, Almanzor y Amete aquellos. Los hijos fueron enviados por el padre á la córte del rey moro de Valencia para que allí se educaran; si bien los dos fueron muy favorecidos, lo fué especialmente Amete, que mereció la confianza del rey, el cual le encargó varias importantes comisiones, enviándole en calidad de embajador á Cataluña á tratar del rescate de algunos moros cautivos. Pasó por Lérida y de allí á Tarragona; permitiendo la Providencia que Amete y el criado que le seguia se perdiesen en el camino por unos bosques. Detúvose Amete, durmióse rendido por el sueño, y dispertando á poco rato parecióle haber oido una suave música. No fué esto ilusion: pues el canto salia de un monasterio del órden del Cister que acababa de levantar no muy léjos de allí la piedad del rey don Alonso de Aragon; abuelo de don Jaime el Conquistador, llamado de Nuestra Señora de Poblet, cuyos monges cantaban solemnes maitines á media noche. Admirado Amete por el canto que habia oido, apenas amaneció cuando se dirigió con su criado al monasterio. Preguntó Amete con mucha cortesía á los monges, qué casa era aquella, qué gente y cómo vivian. Satisfacieron los monges sus preguntas, contestándole que era uno de los templos del verdadero Dios, y que se ocupaban en alabarle. Dios iba moviendo poco á poco el corazon de Amete, así es que pidió con instancia á los monges le informasen minuciosamente de las verdades que le anunciaban. Los religiosos se prestaron gustosos y le hospedaron en el monasterio despidiendo ántes al criado por temor de un oculto designio. Ilustrado de veras el entendimiento de Amete, pidió el santo bautismo, trocando su nombre con el de Bernardo. Pidió al abad ser admitido entre los religiosos, y vestido el hábito, corria á pasos agigantados en la carrera de la perfeccion. Fué nombrado portero y limosnero del convento, y era de ver como socorria y consolaba á los pobres, obrando el Señor por su siervo muchos milagros. Como estos se multiplicaban cada dia, salian á recibirle en los pueblos presentándole los enfermos para que los curara. Algunos años pasó Bernardo ocupado en la práctica de las virtudes, hasta que encendido en vivos deseos de ser útil á la religion, pidió permiso para ir á visitar á sus deudos para ver si de este modo lograba convertirlos á la fé. En efecto, al pasar por Lérida convirtió á su tia mora y en Valencia á sus hermanas Zaida y Zoraida quienes al recibir el bautismo tomaron el nombre de Gracia y María. Su hermano Almanzor bramaba de coraje á vista de estas conversiones, y Bernardo junto con sus hermanas tomó el partido de marcharse; mas apenas el hermano mayor notó la ausencia cuando salió con gente armada en su busca, y como los encontrara junto á Alcira, persuadióles á que no renegasen de la religion mahometana, y como estos se denegasen á seguirla, mandó que Bernardo fuese atado á un árbol y taladrada su cabeza con un gran clavo, murió en este suplicio. No se desalentaron Gracia y María á vista de la muerte de su hermano, ántes bien confesando á Jesucristo y animándose mútuamente acabaron sus vidas siendo despedazadas.

San Rasifo, mártir.—Sábese solamente que murió mártir en Roma, ignorándose su patria, las circunstancias de su martirio, y las particularidades de su muerte. Su cuerpo fué enterrado en la basílica de la Rotunda, donde se vé una inscripcion á su memoria.

Santa Paimitiva, vírgen y mártir.—Tambien se ignoran todas las noticias de esta santa por no encontrarse las actas de su martirio en ninguna de las colecciones de actas que recogieron los antiguos. El cardenal Baronio dice únicamente que derramó su sangre en Roma.

Los santos Trófimo y Teófilo, mártires.—Ocupábanse estos santos en instruir y bautizar á los gentiles, y fueron un dia presos y conducidos al tribunal, para ser interrogados y amenazados con la aplicacion de los edictos del emperador Diocleciano sobre sus personas, si no resolvian prosternarse ante los ídolos. Negáronse á ello con admirable constancia, y fueron azotados, apedreados y echados en una hoguera. El Señor los sacó libres de todos los suplicios, y al fin fueron degollados en la Licia, en el mes de agosto del año 303. Su martirio fué acompañado de grandes milagros.

San Apolonio y san Eugenio, mártires.—Derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en Roma durante los primeros siglos de la Iglesia. Creen algunos que el primero fué español y natural de Sevilla, y que habiendo pasado á Roma con una mision de su Iglesia, allí contrajo amistad con san Eugenio, y ambos consiguieron juntos la corona del martirio.

Las santas Rómula, Redempta y Erundina, vírgenes.—San Gregorio papa, en el libro IV de los Diálogos cap. 15, dice que la primera de estas santas fundó en el siglo VI en la misma ciudad de Roma, una especie de monasterio donde vivia con otras dos compañeras llamadas Redempta y Erundina, siendo las tres modelo perfecto de castidad, de paciencia, de sufrimiento y mortificacion. El Señor las probó por medio de las tribulaciones y enfermedades, y ellas sufrieron siempre con santa resignacion, y bendijeron la mano que les enviaba los trabajos, confiando en que ella misma seria la que les distribuiria las recompensas. Efectivamente, despues de una larga vida fueron las tres santas llamadas con poco intervalo de tiempo á la Jerusalen celestial, por los últimos años del siglo VI.

DIA 24.

Santa Cristina, vírgen y mártir.—En la provincia de Toscana, como diez y ocho leguas mas acá de Roma, hay un lago que se llama de Bolsena, y un pueblo de este nombre que está junto á él. Hubo antiguamente en este lago una ciudad que se llamaba Tiro, de la cual el mismo lago se llamó Tiro, y por haber crecido mucho é inundado, ahogó y asoló la ciudad que estaba en él. En esta ciudad de Tiro nació de muy ilustre sangre y de la familia de los Anicios, la vírgen santa Cristina. Su padre se llamó Urbano, gobernador y prefecto por los emperadores Diocleciano y Maximiano. Desde niña se aficionó á la fé de Cristo, y por la devocion de su santo nombre se llamó Cristina, contra la voluntad de su padre, que como era gentil y ministro de los emperadores (que eran tan grandes y crueles enemigos de Cristo), procuró con todas sus fuerzas y mañas apartar á su hija de aquella creencia, que él tenia por locura. Mas no pudo hacer mella en aquel pecho sagrado y fuerte que de Cristo era poseido: ántes la santa doncella, tomando los ídolos de oro y plata que su padre tenia, los quebró é hizo pedazos y los repartió á los pobres: de lo cual tuvo tan grande enojo su padre, que él mismo la dió grandes bofetadas y golpes, y la mandó

desnudar y azotar en su presencia por ciertos criados, y ellos lo hicieron hasta quedar cansados y sin fuerzas. No contento con esta crueldad, desnudándose del afecto de padre y vistiéndose del de enemigo y verdugo, otro dia hizo rasgar sus carnes con garfios de hierro, con tanta violencia, que no solo corrian arroyos de sangre del cuerpo de la santa doncella, sino tambien algunos pedazos de sus carnes caian en el suelo y los huesos se le descubrian: y la santa con admirable paciencia por una parte, y por otra con espantosa fortaleza y constancia se abajó, y tomando los pedazos de sus propias carnes, se los ofreció á su padre diciendo: Toma cruel tirano, come de la carne que engendraste. Mandóla poner su padre en una rueda de hierro algo levantada del suelo, y debajo encender carbones y echar en ellos aceite: mas el Señor la defendió de este tormento; y para justo castigo de los gentiles que estaban presentes á este espectáculo, ordenó que la llama de aquel fuego diese sobre ellos y matase mil personas. Volviéronla á la cárcel donde fué visitada y curada enteramente de los ángeles. Otro dia la mandó el padre atar una gran pesa al cuello, y echar en el lago de Bolsena: pero los mismos ángeles la libraron y sacaron á tierra sin lesion alguna, con grande rabia y despecho de su padre que la mandó tornar á la cárcel, para imaginar otros nuevos y exquisitos tormentos con que atormentarla y consumirla: mas el otro dia fué hallado muerto en su cama, y no pudo ejecutar en su santa hija su saña y furor. Sucedióle en el oficio de juez Dion, no ménos cruel que su padre: mandó hacer una grande cuna de hierro, y henchirla de pez, óleo y resina, y estando todo hirviendo echar dentro á la santa Cristina: y la santa vírgen con alegría, diciendo que como á niña engendrada por el bautismo la ponian en la cuna, hizo la señal de la cruz y fué libre del tormento de ella. Llevároula raida la cabeza y descubierto el cuerpo al templo de Apolo, y el ídolo cayó en tierra hecho ceniza. Quedó de esto tan asombrado y fuera de sí el prefecto Dion, que cayó allí muerto, y tres mil personas se convirtieron á la fé de Cristo. A Dion sucedió otro juez en la crueldad y en el oficio llamado Julian: el cual mandó encender un horno y poner en él á la santa: donde estuvo cinco dias ardiendo siempre el horno, alabando al Señor sin recibir daño alguno. Volviéronla á la cárcel, y por medio de un mago y nigromántico, echaron muchos áspides, serpientes venenosas y malas sabandijas, las cuales venció con la fé de Cristo y se le sujetaron y rindieron. Cortáronle la lengua; y sin ella hablaba y se entendia mejor, no cesando de alabar al Señor. Finalmente fué atada á un madero y asaetada: y con este martirio victoriosa envió su alma al cielo, donde fué recibida con increible regocijo de todos aquellos cortesanos y espíritus bienaventurados que habian estado á la mira de tan dura y larga pelea; y le daban el parabien de haber salido de tres tiranos con victoria. Fué su muerte el dia en que la Iglesia hace de ella conmemoracion á 24 de julio cerca de los años del Señor de 300. El cuerpo de santa Cristina está en la ciudad de Palermo de Sicilia; donde es reverenciado con gran concurso y devocion de todo el pueblo, y la tienen por patrona y abogada. De santa Cristina escriben los Martirologios romano, de Usuardo, y de Adon; y san Antonino 1 part., tít. 8 cap. 1 y Adelmo obispo, y otros muchos.

San Francisco Solano, confesor. — De Mateo Sanchez Solano, y de Ana Jimenez á 10 de marzo de 1549, nació Francisco destinado de Dios para ilustrar con el esplandor de sus virtudes, y con la luz de la predicacion evangélica una parte de la América meridional, y para ser uno de los héroes que ilustran la sagrada órden de san Francisco. Su patria fué la ciudad de Montilla del obispado de Córdoba. Siendo muchacho fué tan modesto, que su presencia bastaba para estorbar á los otros jóvenes cualquiera accion ménos decente; no obstante huia cuanto podia su compañía para dedicarse al estudio, á la oracion y al ejercicio de las demás virtudes propias de su edad. Luego que cumplió los veinte años determinó abandonar el mundo, y servir á Dios en el estado humilde y penitente de religioso de san Francisco; y vistió en el mismo año el hábito de esta santa religion en el convento de Montilla, su patria. Aunque las austeridades que practicaban aquellos religiosos, llamados de la regular observancia de Granada, eran muchas, todavía no pudieron contentar el fervor de Francisco, que deseoso de mayores rigores, llevaba debajo del tosco sayal de la religion un cilicio de puntas; dormia sobre unos palos atados unos con otros, teniendo un pedazo de madera por almohada; se disciplinaba ásperamente, y muchas veces hasta derramar sangre; ayunaba con mucho rigor, y muchos mas dias de los que prescribe la regla. Con estos ejercicios tenia la carne sujeta al espíritu, y se disponia para recibir con mayor abundancia los dones del Altísimo, que llueven mas copiosamente sobre las almas mas humildes y mas mortificadas.

Este tenor de vida que llevó Francisco en su noviciado, lo continuó todo el tiempo de su vida; y aun fué creciendo siempre en el fervor y en la virtud. Ordenado de sacerdote, sus superiores le destinaron al sagrado ministerio de la predicacion del Evangelio; y despues le hicieron guardian del convento de San Francisco del Monte. Entonces con un nuevo fervor anunció la palabra de Dios á los pueblos vecinos con muchísimo fruto de aquellas gentes, que movidas de las fervorosas exhortaciones del siervo de Dios, y mucho mas de los ejemplos de su santa y apostólica vida, ponian en práctica lo que el santo les persuadia. En este tiempo que era el año 1583, dió Francisco una prueba convincente de aquella caridad hácia el prójimo que ardia en su pecho; porque la peste que hacia grandes estragos en diferentes partes de Andalucía, atacó la villa de Montoro. Solicitó luego nuestro santo de sus superiores, la debida licencia para servir junto con otro religioso de su misma órden á aquellos pobres apestados: los superiores rehusaban concedérsela, temiendo perder un religioso de tantas esperanzas; pero al último hubieron de condescender á sus continuas instancias, y darle la licencia que pedia. Obtenida esta licencia, se dedicó el santo con indecible fervor al servicio de los apestados, y resuelto á sacrificar su vida por la salud de sus hermanos, les ayudaba y socorria cuanto podia, así en lo espiritual como en lo temporal. Oia sus confesiones, les administraba los sacramentos de la Eucaristía y Extremauncion, les alentaba con sus exhortaciones y les ausiliaba hasta el último alimento: componia tambien sus camas, les daba de comer con sus propias manos, preparaba los remedios y las medicinas; todo lo cual hacia con tanta prontitud y alegría, que á todos causaba suma admiracion. Para dar Dios á su siervo ocasion de mayor mérito, le quitó su compañero que murió de mal contagioso, y permitió al mismo tiempo que el santo fuese tambien inficionado del

contagio, y padeciese los mas terribles dolores; aunque le libró de la muerte, reservándole para otras mayores empresas de su gloria.

Desde aquel tiempo se sintió el siervo de Dios mas encendido en deseos de dar la vida por Cristo, procurando la salud eterna de sus prójimos. Deseó pasar á África para predicar nuestra santa fé á los moros, y pidió con instancias á sus superiores le diesen á este fin su licencia, pero no pudo jamás conseguirla. Sabiendo despues que el señor Felipe II, rey de España, habia determinado enviar á las Indias occidentales misioneros de la órden de san Francisco, para que predicasen el santo Evangelio en la América meridional, solicitó con eficacia y obtuvo con extremado contento suyo, ser elegido para esta mision, y destinado á predicar con otros religiosos en la provincia de Tucuman: y en el año 1589 se embarcó con el virey del Perú, que iba á Lima para pasar despues de esta ciudad al lugar de su destino. En esta navegacion que fué larga y peligrosa, ejercitó el santo su caridad con la gente del navío, instruyendo y exhortando á todos á vivir cristianamente; lo que ejecutó con un zelo apostólico en un funesto naufragio que padeció el navío: porque habiendo sido arrojado por la furia de la tempestad en un banco de arena, se dieron todos por perdidos, y el capitan del navío procuró salvar en la lancha las personas mas principales, entre las cuales quiso fuese comprendido el santo misionero, rogándole pasase á la lancha para salvar su vida: pero el santo rehusó constantemente esta distincion, diciendo: Guárdeme el cielo de que para conservar yo esta mi vida temporal, me aleje de estos mis hermanos que estan en peligro de perder la vida temporal y la eterna: y así quiso permanecer en el navío, para fortalecer y ayudar espiritualmente á aquellos miserables, que se hallaban en peligro de perder el cuerpo juntamente con el alma. En efecto, no se pasó mucho tiempo cuando la furia de la tempestad dividió en dos partes el navío, pereciendo en esta ocasion muchas personas pero con fundada esperanza de su salvacion, por los socorros espirituales que recibieron del santo; el cual por espacio de tres dias permaneció junto con los demás que escaparon de la muerte, en una de las dos partes de la nave echada sobre una roca: alentaba en esta ocasion Francisco á aquellos infelices, asegurándoles que volveria á buscarles la lancha que habia llevado á los otros á salvamento, como se verificó al cabo de dichos tres dias: embarcáronse todos en ella, pero san Francisco para asegurarse que ninguno quedaba en tierra, quiso ser el último; y de este modo llegaron todos salvos á la costa.

Libre el santo del naufragio, prosiguió su viaje por tierra hasta la ciudad de Lima, capital del reino del Perú; donde se recobró un tanto de los trabajos padecidos, y despues partió para las provincias del Tucuman y Rio de la Plata. Pocos años ántes habian llevado á aquellos paises el primer conocimiento del Evangelio otros religiosos de su órden; pero la mayor parte de aquellos pueblos yacian aun en las tinieblas de la infidelidad. El santo que se veia destinado por la divina Providencia para cultivar aquella viña que era entonces una horrorosa selva, se armó con las virtudes que el ejemplo de los apóstoles le enseñó ser necesarias para una tan ardua empresa. Se entregó pues con inesplicable fervor á la oracion, al ayuno, á la mortificacion de la carne y á la práctica de una suma pobreza, que se manifestaba en sus vestidos, en la desnudez de sus piés y en la escasez y calidad del alimento de que usaba; y con un espíritu de mansedumbre, de zelo y de caridad empezó á seguir aquellos bárbaros paises; predicando la ley de Jesucristo con las palabras, con el ejemplo y con el desprecio de los peligros de perder la vida, en que á cada paso se encontraba. Fué muy copioso el fruto de su predicacion, y fueron muchísimos los que (obrando la gracia de Dios en sus corazones), abrazaron la ley cristiana, movidos de la eficacia de sus palabras, y en vista de los muchos milagros que obraba, en testimonio de la verdad que predicaba. A este propósito, no puede dejar de referirse lo que aconteció un jueves santo mientras Francisco estaba con sus nuevos cristianos, ocupado en las sagradas funciones de aquel dia; porque sobrevino de improviso una gran multitud de indios bravos, prevenidos de armas para despedazar y comer despues (segun su bárbara costumbre), á todos los cristianos de aquella pequeña iglesia: avisado el santo del peligro, salió al encuentro de aquella furiosa gente, sin otras armas que la palabra de Dios; habló, pues, Francisco á aquellas gentes salvajes de los misterios de la religion cristiana con tanto espíritu, que nó solo desarmó su furor, sino que muchos de ellos se convirtieron á nuestra santa fé. Como aquellos salvajes no tenian conocimiento de la lengua española, en que les hablaba el santo, su repentina mudanza fué un manifiesto milagro del poder de Dios. Desde este prodigioso acontecimiento, creció mucho mas la fama de este admirable misionero, y se vieron mas copiosos efectos de sus apostólicas fatigas.

Despues que el siervo de Dios se hubo ocupado por algunos años, en el santo ministerio de predicar la palabra de Dios en la provincia de Tucuman, sus superiores le llamaron á Lima, donde primero le nombraron vicario y prefecto, y despues guardian del nuevo convento de Santa María de los Ángeles; pero aunque el siervo de Dios, por obedecer á sus superiores aceptó el oficio, luego que pudo lo renunció porque deseaba ser súbdito y nó superior de otros. En lo restante de su vida fué la ciudad de Lima el teatro de las virtudes de este varon apostólico; en ella predicaba con frecuencia por las calles y plazas públicas, y donde se juntaba la gente con peligro de ofender á Dios; y renunciando á todo humano respeto hablaba con tal fervor de espíritu, que redujo á innumerables pecadores al camino de la penitencia. Una vez con un solo sermon movió á toda la ciudad á hacer penitencia pública, para aplacar la indignacion de Dios, que la amenazaba con un gravísimo castigo: oia continuamente las confesiones de los que acudian á él, y Dios le concedia muchas veces el don de conocer en espíritu los pecados ocultos de sus penitentes: visitaba á los enfermos en los hospitales públicos, consolaba é instruia á las monjas en los monasterios; en una palabra, no habia obra de caridad hácia el prójimo que no la emprendiese el santo, y que no la concluyese felizmente ayudado de Dios. La muchedumbre y continuacion de tantas ocupaciones dirigidas al bien espiritual de sus prójimos, no le impedia el atender á la contemplacion y santificacion de su propia alma. A veces pasaba las noches enteras meditando la vida y pasion de Jesucristo, de la cual era devotísimo; como lo era tambien del augustísimo Sacramento del altar; por lo que celebrando la santa misa, parecia á los ojos de los circunstantes tan lleno de espíritu del cielo, que se sentian movidos á singular ter-

nura y devocion; se puede decir con toda verdad, que su vida era una continua oracion; pues á mas de consagrar á este ejercicio todas las horas que podia, en las demás tenia siempre su mente elevada á Dios, y á él solo deseaba dar gusto en todas las cosas.

La oracion pues, era el canal por donde bajaban á su alma con mucha abundancia las gracias celestiales, con las cuales se adelantaba siempre en el camino de las virtudes; y aunque el siervo de Dios fué eminente en todas, parece que se señaló particularmente en la humildad, base y fundamento de las otras; sentia de sí tan bajamente que no solo se tuvo siempre por incapaz é indigno de presidir á los otros como se ha visto, sino que gustaba aun de ser despreciado. Un religioso fué una vez á su celda, y le dijo con aspereza, que era un soberbio, un hipócrita, y que con vana apariencia de santidad procuraba engañar á todos, pero que vendria dia en que sus engaños serian descubiertos, y entonces daria fin á sus simulaciones. Recibió el santo tan amarga reprension con un semblante risueño, se echó á los piés de aquel religioso, le dió las gracias de su caritativo zelo, confesando que se conocia por lo que era, le rogó le perdonase y le alcanzase de Dios misericordia con sus oraciones. Otra vez habiendo ido el siervo de Dios á visitar á uno de sus religiosos que estaba enfermo y era tenido por hombre grave y erudito, al entrar en la celda, le dijo el enfermo: ¿Qué viene á hacer conmigo, fraile hipócrita? ¿por ventura á engañarme como hace con los otros? váyase de aquí y no se me presente mas delante. Un recibimiento de esta naturaleza y tan inesperado, nada turbó al santo, ántes lleno de júbilo y con rostro tranquilo y sereno le respondió: Padre, ha dicho la verdad.

Habia Dios visitado muchas veces á este su siervo con diferentes y graves enfermedades, que le habian dado ocasion de ejercitar su paciencia; pero al último fué acometido de una mucho mas grave que las antecedentes, la cual lo trasportó de este destierro á la patria celestial. Empezó esta enfermedad en el mes de mayo con agudos dolores y muy fuerte calentura; por lo que el santo no pudo levantarse mas de su pobre cama; en este estado frecuentemente volvia sus ojos á un crucifijo, y al sentir la vehemencia de los dolores, decia: Dichoso yo, que no habiendo tenido fuerzas bastantes para domar y castigar este cuerpo, mi enemigo, viene ahora en mi ayuda la mano de Dios, y hace en mí lo que yo debia. En lo restante del tiempo estaba con la mente toda recogida en Dios; se hacia leer las meditaciones del padre Granada, y á veces algun salmo ó la pasion de Jesucristo como se refiere en el santo Evangelio, y algunos himnos en alabanza de la Vírgen santísima, á quien tuvo siempre muy singular devocion. Las palabras que con mas frecuencia salian de su boca eran estas: Sea Dios glorificado. Durante su enfermedad se dignó Dios consolarle con algunas visiones y éxtasis, y volviendo en sí despues del último éxtasis que tuvo, dijo aquellas palabras del salmo 121. *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus.* Uno de los religiosos que le asistian, le dijo: Pues vos ó padre, os vais luego al paraiso; pero yo os ruego que os acordeis de mí. Sí, respondió el santo, iré al paraiso, pero por los méritos de la pasion y muerte de Jesucristo; pues en cuanto á mí soy un grandísimo pecador, y cuando habré llegado á la dichosa patria, os seré un buen amigo. Recibió los santos sacramentos del Viático y Extremauncion con vivísimos sentimientos de amor, de humildad, de confianza y de gratitud hácia Jesucristo; y despues de haberse despedido de sus religiosos á quienes encomendó la observancia de sus reglas, en el dia que él mismo habia predicho, que fué á los 14 de julio, fiesta de san Buenaventura, á quien siempre habia singularmente venerado, como si tomase un plácido sueño, murió en el Señor.

Luego que hubo espirado, su cuerpo, que de resultas de sus muchos trabajos, penitencias y larga enfermedad estaba extenuado, denegrido y muy desfigurado, se puso al momento hermoso y colorado y manó de él un licor prodigioso que exhalaba una fragancia celestial: por lo que la ciudad de Lima corrió toda á venerar las reliquias del santo, que el Señor se dignó ilustrar con otros muchos y grandes milagros; de los cuales la santa sede aprobó los siguientes para su canonizacion.

El primero lo obró con Juana de Blancas: padecia esta mujer un cancro en el pecho izquierdo, para cuya curacion nada aprovecharon los remedios que se la hicieron; el tumor crecia todos los dias, y la enferma era atormentada de agudísimos dolores; de modo que ni podia tomar el sueño, ni aun estar en la cama: perdida toda esperanza de curar por medios humanos, acudió á la intercesion del beato Francisco Solano; puso una estampa suya sobre el cancro y tomó un sueño muy apacible; cuando despertó por la mañana se halló libre de todo dolor, fué á la iglesia, dondo oró con mucho fervor delante del altar donde se hallaba colocada una imágen del beato: vuelta á su casa, el tumor del pecho se abrió de repente y con tanto ímpetu, que la agua que de él salió en mucha abundancia, roció los circunstantes y hasta las mismas paredes. La enferma quedó tan postrada en la cama como si fuese muerta; llamáronse el médico y el cirujano, el cual de la gran llaga que habia quedado en el pecho, sacó el cancro sin causarla el mas mínimo dolor y sin la menor erupcion de sangre: la figura del cancro era tan grande que igualaba la grandeza de una mano, y estaba lleno de raices varicosas y de color entre negro y verde; y el oyo profundo y ancho que quedó en el pecho, dentro de nueve dias se llenó de carne, y la enferma recobró una entera y perfecta salud.

El segundo sucedió con Francisca Victoria, la cual fué acometida de una vehementísima calentura, con vómitos y delirio, y en los sobacos se le decubrieron dos tumores que manifestaron mucha dureza; conoció el médico que la enfermedad era de peste, que hizo despues mucho estrago en la ciudad de Montilla, donde dicha enferma habitaba: no aprovechándola los remedios, fué preciso preparla á la muerte y administrarla los santos sacramentos. La madre de la enferma acudió en este lance á la intercesion del beato Francisco Solano; la puso una estampa suya sobre los tumores, y al instante estos se desvanecieron, cesó la calentura, y la enferma quedó perfectamente sana.

El tercero le obró á favor de la ciudad de Montilla su patria. Se hallaba esta ciudad atacada de una peste cruel que hacia lastimosos estragos en sus vecinos; mientras el contagio iba en aumento, muriendo unos y enfermando otros, resolvió la ciudad para impedir su total inminente ruina, invocar solemnemente el auxilio del beato Francisco su paisano, y el beato acudió con tal prontitud al socorro de su patria, que cesó al momento la peste,

de modo que ninguno cayó enfermo de este mal despues de la solemne invocacion del santo, y los que se hallaban atacados de él curaron todos á excepcion de algunos pocos. Canonizó á san Francisco Solano la santidad de Benedicto XIII, con bula que despachó á 27 de diciembre de 1726.

Las santas Niceta y Aquilina, mártires.—Nacieron estas santas en Licia y fueron educadas en los errores y supersticiones gentílicas; mas el Señor las iluminó convirtiendose á la fé por la predicacion del glorioso mártir san Cristóbal. Encendidas en vivos deseos de morir por Cristo, y sabiendo que estaba preso su maestro, se presentaron al juez suplicándole no le hiciera daño alguno. Eran estas santas muy hermosas y muy jóvenes, lo que movió al tirano á persuadirlas no quisieran perder la vida en tan lozana edad; mas las santas que estaban prontas á sufrirlo todo por Jesucristo, toleraron mil tormentos, hasta que por último fueron degolladas el año 251.

Los santos Víctor, Estercacio y Antinógenes, mártires. — Los tres eran hermanos, naturales de la ciudad de Mérida en España; y convertidos á la fé por el obispo de su patria. Hacia ya mucho tiempo que profesaban la doctrina de Jesucristo, cuando un dia Víctor que era oficial militar, estuvo encargado de custodiar unos cristianos que debian ser martirizados, y habiéndoles hecho huir, se presentó él mismo al prefecto, le confesó su accion y le descubrió que era, hacia ya mucho tiempo, discípulo de Jesucristo. Al dia siguiente fué condenado á ser degollado, y sus dos hermanos que deseaban tambien la corona del martirio, se presentaron y fueron al instante asociados á sus tormentos y á su triunfo, muriendo los tres en Mérida, el 21 de agosto del año 303.

San Victorino y ochenta y tres compañeros, mártires.—Sábese solamente que padecieron martirio en el Abrucio ulterior, en el siglo III.

San Vicente, mártir.—Nació este santo en Roma y parece que siguió la carrera de las armas. Ignórase la época de su muerte y las circunstancias de su martirio, aunque segun Ferrario debió padecer en Roma en la via Tiburtina, por los años 250, reinando el emperador Decio.

Los santos Meneo y Capiton, mártires.—Nada sabemos de ellos mas que sus nombres que nos ha conservado y trasmitido el Martirologio romano.

San Uasicino, obispo y confesor. — Floreció segun los bolandistas, durante el siglo IV, siendo obispo de Sens. Fundó y dotó el célebre monasterio de los santos Gervasio y Protasio, al cual se retiraba para descansar de sus trabajos pastorales por medio de los ejercicios de la penitencia. Trabajó con zelo infatigable contra los arrianos y asistió á cuantos concilios se celebraron en las Galias en su tiempo. Fué muy perseguido por los herejes y muy estimado por los fieles, á los cuales confirmaba en la verdad por medio de sus ejemplos y doctrina. Fué en peregrinacion á Jerusalen, á Constantinopla y á Capadocia, hasta que apaciguada la persecucion levantada contra él por los herejes de las Galias, volvió á su diócesis y allí murió santa y pacíficamente en el Señor.

DIA 25.

Santiago, el mayor, apóstol.—El glorioso apóstol Santiago el mayor, luz y patron de las Españas, fué natural de la provincia de Galilea, hijo del Zebedeo y de María Salomé, y hermano mayor de san Juan Evangelista y primo de Jesucristo segun la carne. Fueron ambos hermanos pescadores, como lo fué su padre el Zebedeo que vivia á la ribera del mar de Galilea y debia de ser pescador rico; pues tenia navío propio y criados. San Gerónimo dice que eran nobles. La vida de Santiago principalmente habemos de sacar de lo que de él y de su hermano san Juan escriben los sagrados evangelistas. Y primeramente san Marcos dice, que andando el Señor á la ribera del mar de Galilea, vió dos hermanos Diego y Juan que estaban en un navío con su padre el Zebedeo, aderezando y reparando sus redes, y que los llamó para que fuesen sus discípulos: y ellos fueron tan obedientes á este mandato del Señor, que luego dejando las redes, á su padre, el navío y ejercicio en que estaban ocupados, le siguieron, dando de mano á todas las cosas de la tierra. Añade san Marcos que despues que los llamó el Señor, les mudó el nombre y los llamó *Boanerges* que quiere decir, «hijos del trueno;» que es cosa particular y digna de consideracion: porque á solo san Pedro y á estos dos hermanos, de todos los apóstoles, leemos haberles el Señor trocado los nombres: á Pedro mudándole el nombre de Simon en Pedro ó Cefas: porque habia de ser cabeza de la Iglesia y la piedra fundamental, sobre la cual despues de Cristo, ella se habia de edificar; y á Santiago y á san Juan; porque despues de san Pedro habian de ser los mas allegados y familiares, los mas favorecidos y regalados, como se ve en muchas cosas que les comunicó excluyendo á los demás. Llevólos consigo cuando fué á resucitar á la hija del príncipe de la sinagoga: quiso que fuesen testigos de la gloria de su sagrada humanidad, cuando se transfiguró y resplandeció su divino rostro mas que el sol en el monte Tabor: á estos tres solos llevó consigo, dejando á los demás cuando se partió á hacer oracion en el huerto de Getsemaní, y les descubrió su tristeza y agonía, para que viesen desfigurado y sudando sangre en el huerto, al que ántes habian visto en el monte en tanta gloria y claridad. Y asimismo les dió el nombre de «hijos del trueno,» como á principales capitanes de su ejército, y que con la voz sonora de su predicacion y doctrina á manera de trueno, habian de espantar y convertir el mundo y traerle al conocimiento y fé de su Criador. Y aunque esto se verifica mas claramente en el evangelista san Juan, porque fué como fundador, padre y maestro de todas las Iglesias de Asia, y el que fijando (á manera de águila real) sus limpios y agudos ojos en los rayos del sol, nos declaró la generacion del Verbo eterno, y en aquel mismo tiempo se oyeron grandes truenos y se vieron espantosos relámpagos del cielo; tambien se cumplió en Santiago su hermano: el cual á mas de haber predicado en Judea y en España, ha defendido tantas veces estos reinos, y como un horrible trueno y furioso rayo, desbaratado y deshecho los ejércitos de los moros y de otros enemigos del nombre cristiano: y con el amparo y proteccion de este glorioso apóstol los mismos españoles han llevado por todo el mundo el estandarte de la cruz, y plantado en las Indias y en otras provincias y reinos la doctrina evangélica, y descubierto á las gentes ciegas los resplandores de la divina luz. Dice mas el evangelista san Lucas: que yendo el Señor cerca de la pascua á Jerusalen, envió algunos de sus discípulos adelante á la ciudad de Samaria por donde habian de pa-

sar, para que les aparejasen lo que habian de comer y que no fueron recibidos de los samaritanos, por ventura porque conocieron en su manera y traje que eran judíos y de diferente religion de la suya, y no quisieron tratar con ellos, ni admitirlos en su ciudad. Cuando Santiago y san Juan su hermano que eran hijos del trueno, vieron la descortesía de los samaritanos, movidos de zelo y deseos de vengar la injuria que se hizo á Cristo, le dijeron: Señor, ¿quereis que hagamos bajar fuego del cielo y que abrase toda esa gente? Mas el Señor les respondió. No sabeis de que espíritu sois; dándoles á entender que aquel espíritu y zelo que los movia, era espíritu de venganza y no de blandura, espíritu del viejo Testamento y no del nuevo, y de Elías y no de Jesucristo: el cual así como habia venido á enseñar y ganar los pecadores; así el modo para enseñarlos y ganarlos, habia de ser blandura, suavidad y caridad evangélica. Finalmente estos dos hermanos fueron tan queridos y privados del Señor, que su madre María Salomé, confiada del deudo que tenia con él y del amor que mostraba á sus hijos, se atrevió á pedirle que les diese los preeminentes lugares en su reino, y que el uno de ellos se sentase á su diestra y el otro á la siniestra: ahora pidiese esta merced, por creer que el Salvador habia de reinar temporalmente, y como rey tener cabe sí algunos ministros y personas de alta dignidad para su servicio, entre los cuales deseaba la madre que su hijos tuviesen el primer lugar: ahora pretendiese que en el reino de los cielos fuesen aventajados sobre todos. Mas el Señor respondió á los mismos hijos (de los cuales habia nacido aquella peticion de la madre, ó se enderezaba para su bien) que no sabian lo que se pedian: porque si pedian dignidad temporal, el reino de Cristo no era de este mundo: y si pedian la del cielo, aunque su deseo era bueno, el modo de alcanzar lo que deseaban, no era acertado: pues querian el triunfo ántes de haber peleado y vencido, y alcanzar por favor lo que no se daba sino por merecimientos: y por esto les preguntó si podrian beber el cáliz que él mismo habia de beber y morir por él, así como él habia de morir por ellos: y respondieron que sí, como animosos y esforzados: y así lo cumplieron. Esto es lo que hallamos escrito de Santiago en el sagrado Evangelio. Además de esto no hay duda, sino que este glorioso apóstol se halló en la última cena del Señor y que le vió resucitado y subir á los cielos, y recibió el Espíritu Santo con los demás apóstoles.

Lo que despues hizo, se ha de recoger de los autores graves que han escrito vidas de santos: los cuales escriben, que el santo apóstol predicó en Jerusalen y en Samaria, y que vino á España y estuvo algun tiempo en ella, y convirtió nueve discípulos: Torcuato, Esiquio, Eufrasio, Cecilio, Segundo, Indalecio, Ctesifon, Atanasio y Teodoro, de los cuales Atanasio quedó por obispo en Zaragoza, y Teodoro por presbítero, á lo que se afirma en aquella ciudad, aunque Pelagio, obispo de Oviedo, que vivió en tiempo del rey Don Alonso el VI, que ganó á Toledo, escribe en su historia que no fueron mas que siete los discípulos de Santiago en España; Calocero, Basilio, Pio, Crisógono, Teodoro, Atanasio y Máximo. La venida á España de Santiago se cree haber sido en el tiempo, que apedreado y muerto san Estéban por los judíos, se levantó aquella grande tempestad en Jerusalen contra la Iglesia: y para confirmacion de esto en Italia, en la ciudad de Veruli, está hoy dia, y se tiene en grande veneracion el cuerpo de María, mujer del Zebedeo y madre de Santiago y san Juan: la cual, es comun opinion y tradicion, que vino á Italia dar esta misma ocasion y murió allí, como lo notó el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio. Y puesto caso, que algunos autores modernos y doctos han puesto en duda la venida de este glorioso apóstol á España: á mi pobre juicio todas las razones, que traen para probar lo contrario, no pesan tanto, como sola la tradicion universal, tan recibida y asentada de todas las Iglesias de España, que esto rezan, afirman y predican. Porque de la misma manera se podrian negar con grande detrimento de la piedad cristiana, otros muchas cosas que pertenecen á los santos, que no se saben sino por tradicion de padres á hijos. Además de que el milagro de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza es muy grande testimonio de esta verdad: y aunque aquel milagro es muy sabido; para los que no lo saben, quiérole yo referir con brevedad. Llegando el santo á Zaragoza, salió una noche con sus discípulos á la ribera del rio Ebro para orar: estando allí, se le apareció la Reina de los ángeles nuestra Señora, que aun vivia, sobre una coluna ó pilar de jaspe, que allí estaba, ó (como se dice en las historias y oraciones antiguas de aquella santa Iglesia y se tiene por tradicion) fué traida de los ángeles y puesta en aquel lugar, rodeada de gran muchedumbre de aquellos espíritus celestiales, que con suavísima armonía le cantaban maitines y alabanzas. Conocióla por el santo apóstol: postróse en el suelo para reverenciarla; y ella le dijo: En este mismo lugar labrarás una Iglesia de mi nombre, porque yo sé, que esta parte de España ha de ser muy devota mia: y desde ahora la tomo debajo de mi amparo y proteccion. Desapareció aquella vision, y el santo apóstol con gran diligencia hizo lo que del cielo le habia sido mandado, y edificó aquella santa capilla de nuestra Señora del Pilar (que por haber quedado en ella aquel pilar de jaspe, sobre el cual apareció la Vírgen al santo apóstol, así se llama): la cual con mucha razon en la ciudad de Zaragoza y en toda España es tenida en santa veneracion. Además de esto la Iglesia de Braga celebra fiesta de san Pedro mártir, su primer obispo, dado y ordenado por el apóstol Santiago, cuando estaba acá en España, y así lo reza en los maitines, y las demás iglesias del reino de Portugal siguen en esto á la de Braga, y muchos autores antiguos y modernos hacen mencion de la venida de Santiago á España: y el papa Leon III, en una epístola que escribió á los obispos de España, y el papa Calixto II de este nombre y el breviario reformado de Pio V lo afirman; y el cardenal Baronio en las Anotaciones del Martirologio romano da salida á las razones que se alegan en contrario: las cuales (como he dicho) son muy flacas, si se contraponen á la tradicion tan antigua é inmemorial, que con tanta devocion y piedad guardan todas las iglesias de España. El tiempo que estuvo en ella el santo apóstol y el fruto de su predicacion y grandes trabajos, no se sabe. Lo cierto es, que él volvió de España á Jerusalen: donde fué martirizado, y fué el primero de todos los apóstoles, que dió su sangre por Jesucristo en la misma ciudad, donde el Señor habia dado la suya por nuestra salud; que fué gran gloria y corona de nuestro sagrado apóstol, ser entre todos aquellos doce valerosos capitanes y conquistadores del mundo, el primero que triunfó de la muerte, dando su vida por Cristo y confirmando

la doctrina que predicaba, con su sangre. La manera de su muerte fué de esta manera. Como el santo apóstol predicase en Jerusalen y en toda aquella tierra, y convirtiese mucha gente á la fé, los judíos le tomaron estraño aborrecimiento, y se determinaron á acabarle con grande rabia y furor; y para salir mejor con su intento, se concertaron con un mago y nigromántico, llamado Hermógenes, y con un discípulo suyo por nombre Fileto, para que convenciese en disputa al santo apóstol, y por medio de los demonios le maltratasen. Hermógenes envió á Fileto, para que ejecutase lo que estaba concertado; mas de tal manera quedó convencido de las razones del apóstol y con los milagros que le vió hacer, que se convirtió á nuestra santa fé y se echó á los piés del santo apóstol, pidiéndole perdon, y quiso persuadir á Hermógenes que hiciese lo mismo; el cual salió de sí y se embraveció, y por su arte diabólica ató de tal manera á Fileto, que no se podia mover de un lugar, hasta que con un lienzo que le envió el apóstol, se soltó y vino á él. Hermógenes, queriendo que los demonios le trajesen atados y encadenados á Santiago y á Fileto, fué encadenado y llevado por los mismos demonios delante del apóstol, que así les mandó que lo hiciesen: el cual despues mandó á Fileto, que en el nombre de Jesus Nazareno soltase á su maestro y le pusiese en libertad. Quedó tan atemorizado y atónito Hermógenes con este suceso, que no osaba apartarse un punto del apóstol, temiendo que si se apartaba, los demonios le matarian; pero el apóstol le dió un báculo suyo, afirmándole que con él iria seguro. Con esto se convirtió y quedó por discípulo suyo, y echó de sí todos sus libros diabólicos. San Pablo hace mencion de la segunda epístola, que escribe á Timoteo, su discípulo, de Figelo, ó Fileto y Hermógenes, y dice que le habian desamparado y vuelto las espaldas. No sabemos, si fueron estos mismos, los que convirtió Santiago á la fé: si lo fueron, por ventura se pervirtieron despues, como lo hizo Simon mago, el cual habiendo ántes recibido el bautismo, despues fué grande y cruel enemigo de Jesucristo y de su santísima fé.

Mas como los judíos vieron, que mal les habia sucedido el medio que habian tomado para destruir al apóstol Santiago, y que Hermógenes y Fileto habian sido convencidos de él, y dádose por sus discípulos, buscaron otro medio para salir con su intento. Hablaron con dos centuriones, ó capitanes de la gente de la guarnicion romana, que residia en Jerusalen, llamados Lisias y Teócrito, y concertaron con ellos, que estuviesen alerta y sobre aviso, para acudir con su gente y prenderle en un alboroto, que ellos levantarian, estando el apóstol predicando; y así se hizo. Porque predicando Santiago con gran fervor de espíritu, y con gran copia de testimonios de la sagrada Escritura, probando que Jesucristo era el verdadero Mesías ó Hijo de Dios, y moviéndose el auditorio con sus palabras; Abiathar, sumo pontífice, hizo la señal del concierto, y uno de los escribas, llamado Josías, con grande ímpetu arremetió al apóstol, y le echó una soga á la garganta; y acudiendo los soldados, le prendieron y llevaron delante del rey Herodes, el cual, por dar contento al pueblo, le mandó degollar. Al tiempo que le llevaron (dice san Isidoro), que un paralítico le pidió la salud, y que el santo apóstol se la dió muy entera en el nombre del Señor. Añade Clemente Alejandrino (como lo refiere Eusebio Cesariense en su Historia eclesiástica) que Josías, el que con mas orgullo y rabia habia sido el primero en prenderle, se convirtió á la fé, y confesó que Cristo era Dios, y pidió perdon al santo apóstol con grande humildad y arrepentimiento: y él con tiernísimas palabras le perdonó y le dió paz en su rostro. Alteráronse los judíos viendo esto, y echaron mano de Josías, y procuraron que fuese degollado con el mismo santo apóstol, por cuyas oraciones se habia convertido. Fué la muerte de Santiago á los 44 años del Señor, segun Eusebio, y el segundo del emperador Claudio: y segun algunos autores, el dia de su martirio fué á los 25 de marzo, el mismo dia, en que el Salvador del mundo fué concebido y murió: aunque el breviario reformado del papa Pio V pone la muerte de Santiago el primer dia de abril. Despues que murió el santo apóstol, sus discípulos tomaron su sagrado cuerpo (ó por habérselo así mandado ántes su Maestro, ó por particular instinto y revelacion de Dios), y le llevaron al puerto de Jope (que ahora se llama Infa), y poniéndole en un navío, vinieron con él á España: y habiendo navegado por todo el mar Mediterráneo, y pasado por el estrecho de Gibraltar, entraron por el mar Océano, y siguiendo su ruta, llegaron á la costa de Galicia; y de allí en la ciudad de Iria Flavia (que es la que ahora se llama el Padron) desembarcaron el santo cuerpo: el cual por varios sucesos y revueltas, estuvo por muchos años secreto y escondido, hasta que el Señor le reveló y descubrió, y se trasladó á la ciudad de Compostela, donde es reverenciado, no solamente de aquella provincia de Galicia, y de todos los reinos de España, sino tambien de las otras naciones de la cristiandad, que vienen en romería á visitarle y venerarle con gran devocion y concurso: como en el dia de su traslacion, que se celebra á los 30 de diciembre, mas largamente se dirá.

No se puede fácilmente creer las muchas y grandes mercedes, que Dios nuestro Señor ha hecho á los reinos de España por medio de este gloriosísimo apóstol y privado suyo, no solamente por haberles dado los primeros resplandores de la luz evangélica, y sembrado en ellos la semilla del cielo, y edificado á la Madre de Dios el primer templo que sepamos haberse fabricado en su nombre y honra, y ennoblecídolos é ilustrádolos con tantos dones espirituales; pero tambien por haberlos amparado y defendido tantas veces con insignes milagros y prodigios del cielo contra los moros, infieles y bárbaros, que los infestaban y oprimian; porque nó una, ni dos veces, sino muchas despues que por justo juicio y castigo de Dios, los reinos de España fueron vencidos y arruinados de los moros, hallándose los españoles cristianos cercados y apretados de ellos, el santo apóstol los ha socorrido y desbaratado, vencido y deshecho grandes y poderosos ejércitos de los bárbaros, peleando armado en un caballo blanco delante de los cristianos, y haciendo gran riza y estrago en los fieros enemigos, como invencible capitan y único protector y amparo de España: la cual comenzó á sentir este tan señalado beneficio el año del Señor de 834 en tiempo del rey don Ramiro, en la batalla que llaman de Clavijo; porque habiendo el rey juntado todas sus fuerzas para pelear con los moros, y librar sus reinos de un infame tributo de cien doncellas, que cada año daban á los moros, y como inocentes corderas las entregaban á los lobos: y habiéndoles dado la batalla, y por disposicion de Dios sido vencidos en ella los cristianos, y recogídose lo mejor que pudieron á la montaña que llaman del Clavijo; aquella no-

che apareció el santo apóstol al rey Ramiro, que estaba muy afligido y puesto en oracion, y le mandó que al dia siguiente, habiéndose confesado y comulgado la gente, acometiese al ejército de los moros, llamando el nombre de Dios y el suyo; porque él como patron de las Españas, á quien Dios habia encomendado la defensa de ellas, iria delante de su ejército sobre un caballo blanco, con un grande estandarte blanco en la mano, y desharia aquel innumerable ejército de moros que allí se habian juntado contra él. Y como el santo apóstol lo dijo, así se hizo; y en aquella batalla quedaron muertos casi setenta mil de los moros, y se tomaron y saquearon sus reales, y se ganó la ciudad de Calahorra y otros pueblos, y se restituyeron á la fé de Cristo. Por esta tan insigne victoria y singular patrocinio del apóstol santísimo, el rey, los prelados y grandes de su reino dieron á la iglesia del santo apóstol el privilegio que llaman de los votos: el cual se guarda hasta ahora, y se extiende con mucha razon y se acrecienta cada dia mas. Desde este tiempo comenzaron los soldados españoles á invocar en las guerras al glorioso apóstol como á su valeroso caudillo y singular defensor, lo cual hacen en todas las batallas; y la señal para acometer y cerrar con el enemigo, hecha oracion y la señal de la cruz, es invocar al santo y decir: Santiago, cierra España. Y en prueba de que no es vana esta invocacion, se han visto grandes milagros cuando han peleado con los moros de Europa y con los gentiles en las Indias: porque muchas veces visiblemente el santo apóstol les ha aparecido armado, como se ha dicho, derribando y matando á los infieles, y favoreciendo á los cristianos. Y en las guerras justas contra los otros cristianos han tenido los españoles felicísimos sucesos, y acabado cosas tan extrañas y heróicas que humanamente no parece que se podian hacer. Por donde toda la nacion española, reconociendo y agradeciendo tantos y tan grandes beneficios de su patron y defensor, le tiene particular devocion, y ha instituido la órden de la caballería de Santiago, que es tan antigua y de tanta riqueza y autoridad, en la cual la mayor parte de la nobleza de España sirve á este santo y glorioso apóstol, y los mismos reyes son los maestros de esta caballería; que no es poca honra del bienaventurado apóstol y amparo de nuestra España. Algunos dicen que la órden de esta caballería tuvo principio del beneficio que el rey don Ramiro y los cristianos españoles recibieron en aquella memorable batalla de Clavijo, cuando el glorioso apóstol se les apareció y desbarató con tan grande estrago el ejército de los moros, como queda referido: puede ser que fuese aquella la ocasion; pero la institucion y fundacion de esta órden, en modo y forma de verdadera religion aprobada por la santa madre Iglesia, los cronistas la atribuyen al rey don Alonso el IX, que comenzó á reinar el año del Señor de 1158, como lo dice el licenciado Fr. Francisco de Rades y Andrada, y en la crónica de Santiago, cap. 2. Dénos nuestro Señor gracia por intercesion del mismo apóstol para imitar sus admirables virtudes, de tal manera que merezcamos en esta vida ser defendidos de nuestros enemigos invisibles que por todas partes nos cercan; y gozar en la otra de la gloria y corona que él goza y gozará por todos los siglos de los siglos. Amen.

SAN CUCUFATE Y SAN FÉLIX, HERMANOS, MÁRTIRES. — Al tiempo que Daciano, enviado por presidente de los emperadores Diocleciano y Maximiano llegó á España para regarla con la sangre de los mártires, y extinguir (si pudiese) la religion cristiana, hubo en África en la ciudad de Silitana dos caballeros cristianos (que comunmente se dice que fueron hermanos): los cuales habiendo estudiado las buenas letras en la ciudad de Cesarea y hecho gran progreso en ellas; oyendo decir la llegada de Daciano á España, y el ánimo y fiereza con que venia, y la buena ocasion que se les ofrecia de alcanzar por su mano la corona del martirio, encendidos del amor del Señor y deseosos de derramar la sangre por él, dieron de mano á los estudios y otras ocupaciones, comodidades y regalos; y entrando en una nave cargada de mercadería, en hábito y traje de mercaderes, llegaron á Barcelona, donde se juntaron con los demás cristianos, y despues de haber estado allí algunos dias dando limosna á los pobres, esforzando á los cristianos y exhortándoles á que se armasen y aparejasen para la batalla que esperaban, se concertaron entre sí, que Félix se fuése á Gerona, y Cucufate quedase en Barcelona, que eran como las fronteras y las partes, donde habian de ser los primeros encuentros de la persecucion. Aquí en Barcelona, predicando y haciendo el Señor por él muchos milagros, fué preso por mandado de Daciano san Cucufate, y atormentado muchas veces por tres jueces tenientes del mismo Daciano, con exquisitos y atroces tormentos. El primer juez se llamaba Valerio ó Galerio: este mandó que doce soldados, descansando y remudándose unos tras otros, le atormentasen; y ellos lo hicieron con tan fiera crueldad, rasgándole las carnes por los lados y por el vientre, que las entrañas le salian del cuerpo. Hizo el santo oracion, y Dios le sanó tan perfectamente como si no hubiera padecido aquellas penas, y los verdugos súbitamente quedaron ciegos, y el juez pereció abriéndose la tierra y tragándole vivo. A este sucedió Maximiano: y debiendo escarmentar en cabeza agena no lo hizo así; ántes siguiendo la impiedad de Galerio ó Valerio, mandó asar al santo mártir en una parrilla, echándole por todo el cuerpo mostaza desleida con vinagre. No le empeció este tormento; porque el Señor le guardaba para que padeciese mas, y con mayor victoria triunfase del tirano. Echóle en una hoguera y luego se apagó con su oracion. Volviéronle á la cárcel, mas allí le consoló el Señor con lumbre del cielo: y aquel estrecho y horrible aposento resplandeció con maravillosa claridad, y las guardas de la cárcel, visto este milagro, se convirtieron. El dia siguiente Maximiano mandóle azotar con nervios de bueyes y cardos de hierro; pero yendo él á sacrificar á un ídolo de Júpiter, murió mala muerte, y el ídolo cayó en tierra y se hizo menudos pedazos, y muchos gentiles se convirtieron, y tuvieron y confesaron por solo verdadero Dios al que Cucufate predicaba, y tan visiblemente en sus tormentos le favorecia. A Maximiano sucedió Rufino; el cual, temiendo quedar vencido de la constancia y fortaleza invencible de Cucufate, y que otros muchos gentiles por su ejemplo se harian cristianos, quiso acabar con él y le mandó degollar á los 25 de julio. Los cristianos tomaron su sagrado cuerpo, y con la mayor honra y veneracion que pudieron, le sepultaron en Barcelona: despues (no se sabe cuando ni cómo) fué su santo cuerpo trasladado al monasterio de San Dionisio, que es entierro de los reyes de Francia, cerca de la ciudad de Paris, donde está en capilla propia. Algunos sospechan que cuando el emperador Ludovico, hijo de Carlo Magno, tomó á Barcelona, llevó consigo el cuerpo

de san Cucufate, y despues andando el tiempo don Diego Gelmirez, primer arzobispo de Santiago, trasladó parte de él á Galicia, y en la iglesia de Santiago (que celebra su traslacion) le tienen en una arca bien esmaltada.

Hacen mencion de san Cucufate los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon á los 25 de julio; y los breviarios toledano y de Barcelona, y Prudencio en un himno.

SAN CRISTÓBAL, MÁRTIR.—El valeroso y glorioso mártir san Cristóbal fué cananeo de nacion, y siendo cristiano, movido por el Señor, vino á la provincia de Licia para manifestarle y predicarle á aquellas gentes, armándose con mucha y continua oracion contra las batallas y dificultades que por ello le habian de venir. Era hombre de gentil disposicion, alta y grande estatura; y por esto traia á sí los ojos de los que le miraban. Llevaba una vara en la mano; y habiéndola una vez incado en el suelo, súbitamente reverdeció y floreció; y visto este milagro, muchos se convirtieron á la fé de Cristo nuestro Redentor, y por la oracion de san Cristóbal y por las maravillas que el Señor obraba por él, se iba propagando cada dia mas y acrecentándose la Iglesia de los fieles, hasta que siendo Decio emperador fué preso san Cristóbal en la ciudad de Samo, en la provincia de Licia. Procuró el juez ablandarle con promesas y espantarle con amenazas, y persuadirle que adorase á sus falsos dioses: y como le viese constante y firme mas que una roca, envió dos mujeres lascivas y deshonestas á la cárcel, para que le provocasen á mal: pareciéndole que si le hacian perder la castidad, mas fácilmente perderia la fé y gracia de Cristo, á quien Cristóbal predicaba por Dios. Entraron las infames mujeres en la cárcel, y luego cayó sobre ellas un pavor y horror tan espantoso, que conociendo su maldad, se arrojaron á los piés de san Cristóbal, suplicándole que les alcanzase perdon de Dios: y fueron de él tan bien enseñadas y confirmadas en la fé verdadera del Señor, que murieron despues por ella con otros cuarenta que por la predicacion de san Cristóbal se habian convertido; y otros muchos caballeros por la misma causa padecieron la misma pena y derramaron su sangre por el Señor. Pero como el juez viese que ninguna cosa bastaba para trocar el corazon de Cristóbal, determinó ejecutar en él su saña y furor, y hacerle morir con nuevos y exquisitos tormentos. Mandóle primeramente azotar crudamente; despues poner sobre su cabeza un yelmo encendido hecho ascua, y tenderle sobre un escaño de hierro hecho á la medida de su cuerpo, y rociándole todo con aceite hirviendo, poner fuego debajo, para que poco á poco se asase y consumiese. Mas el fortísimo mártir con rostro sereno decia al tirano: Por la virtud de Jesucristo yo no siento tus tormentos; y así salió de este tan cruel, libre y sin lesion alguna, y muchos de los circunstantes se convirtieron al Señor. Mandóle despues el juez atar á un palo y asaetear; pero todas las saetas que le tiraron no le hirieron ni fueron parte para hacerle daño, ántes una de ellas dió en el ojo de un verdugo y se le sacó, y quedando ciego, untándose con la sangre del mártir que habia caido en tierra, cobró la vista del cuerpo y del alma, alumbrado por el Señor. Al cabo le cortaron la cabeza; y ántes que se la cortasen, pidió humildemente á Dios que ni granizo, ni piedra, ni fuego, hambre ni pestilencia hiciesen daño do quiera que estuviere sepultado su cuerpo; y con esta oracion dió su bendita alma en las manos del Señor, que le habia criado y dado victoria de la misma muerte. Convirtiéronse á la fé de Cristo por su predicacion cuarenta y ocho mil personas. San Ambrosio hace mencion de san Cristóbal, y en la prefacion de la misa que pone para la fiesta de este glorioso mártir, dice las palabras que me han parecido referir aquí, porque son una breve suma de toda su vida. Vos, Señor (dice), disteis á Cristóbal un colmo de virtudes tan lleno y una gracia de doctrina tan soberana, que con ella y con sus milagros convirtió cuarenta y ocho mil almas, y despedidas las tinieblas de la gentilidad en que estaban, las alumbró con la lumbre de la fé. Él redujo á la gloria de la castidad á Aniceta y Aquilina, que eran públicas y malas mujeres, y habian hecho callos en la inmundicia y torpeza de la deshonestidad, y las enseñó á confesar vuestra fé, y morir por ella y recibir la corona. Demás de esto echado en el fuego y apretado en un escaño de hierro, no temió el extremado calor ni pudo ser traspasado con las saetas que un dia entero le tiraron los soldados, ántes una de las saetas sacó el ojo al verdugo; pero la sangre del bienaventurado mártir mezclada con la tierra le restituyó la vista, y quitándole la ceguedad del cuerpo alumbró su ánima. Alcanzó perdon y gracia para sanar las enfermedades y dolencias con su intercesion. Todo esto es de san Ambrosio. Fué el martirio de san Cristóbal el dia que la Iglesia hace de él conmemoracion, en 25 de julio, año del Señor de 254, imperando Decio, como dice el Martirologio romano y el cardenal Baronio.

Comunmente se pinta san Cristóbal con el Niño Jesus en el hombro, como que le pasa un rio: y no hallo qué fundamento tenga pintarle así, sino es por un símbolo de que san Cristóbal pasó las muchas olas de tormentos y trabajos con la gran fortaleza que le dió el Señor. El ponerle en lugares altos debe ser por la gracia que nuestro Señor le concedió contra las tempestades de granizo y truenos, como queda dicho.

* SAN PABLO, MÁRTIR.—El gobernador Firmiliano condenó á este santo á ser degollado, durante la persecucion que contra los cristianos movió el emperador Maximiano Galerio. Antes de sufrir la muerte quiso, á semejanza de su Maestro, rogar por los perseguidores, y tambien para que el Señor se dignara abrir los ojos á los judíos y gentiles. Fué su martirio en un pueblo de Palestina, en julio del año 308.

SANTA VALENTINA, Y OTRA COMPAÑERA SUYA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.—En tiempo del emperador Maximiano Galerio, habia en la Tebaida un gran número de cristianos condenados á los trabajos públicos. Noventa y siete de estos confesores fueron conducidos á la presencia de Firmiliano, que viendo su invencible constancia, les hizo abrasar el carrillo izquierdo y que les arrancasen el ojo derecho, y en seguida los mandó á las minas del monte Líbano. Hizo sufrir diversos géneros de tormentos á muchos otros fieles que le llevaron de varios puntos de la Palestina; pero se excedió á sí mismo en su furor contra los que habian sido presos en Gaza, mientras estaban asistiendo á la lectura de los libros santos. Entre ellos habia una vírgen ilustre llamada Valentina que se distinguió por su valor y constancia. Habiéndola amenazado el gobernador de que la haria exponer en un lugar de prostitucion, ella le reprendió sus injusticias y la corrupcion de su corazon. Para castigar su atrevimiento, ordenó aquél que fuese

cruelmente azotada, despues extendida sobre el caballete, donde se descarnaron sus costados con garfios de hierro. Semejante espectáculo arrancó gritos de compasion á otra vírgen cristiana, que de en medio de la multitud dijo al gobernador: ¿Hasta cuando atormentaréis á mi hermana? Sacada de entre la demás gente é interrogada al mismo momento, fué en seguida confundida con Valentina en los tormentos, y ambas atadas y encadenadas, fueron arrojadas al fuego, donde espiraron, el dia 25 de julio del año 308.

Los santos Florencio y Félix, mártires.—Nacieron en Manfredonia, y se convirtieron á la religion de Jesucristo durante la persecucion del emperador Decio. Presos y llevados á la presencia del gobernador de la ciudad de Turconio en el Abrucio ulterior, confesaron generosamente á Jesucristo, y negándose á adorar á los ídolos, fueron condenados á ser degollados, cuya sentencia se ejecutó en el año 252.

San Teodomiro, monge y mártir.—Ilustre español del siglo IX, selló con su sangre la religion que profesaba. Vivia en un monasterio junto á la ciudad de Córdoba, cuando esta se hallaba en poder de los mahometanos. Con frecuencia iba el santo religioso á la ciudad á consolar á los fieles que en ella habian quedado, y á alimentar con sus palabras de vida las esperanzas que todavía les animaban. Algunas veces atestiguó por medio de milagros la santidad de su mision y la celestial autoridad de sus discursos. Un dia fué preso por los sectarios del falso profeta, que quisieron obligarle á abandonar no solo su tarea y método de vida, sino tambien la religion de Jesucristo. Indignado Teodomiro de semejante pretension, respondió con valor y energía á sus enemigos, que solo la muerte le separaria de la confesion eterna y gloriosa de su fé. En seguida reprendió á los mahometanos su crueldad y sus torpezas, y fué sentenciado á ser arrojado vivo á una hoguera en la cual espiró. Su cuerpo fué enterrado en la misma ciudad de Córdoba, donde se veneran aun sus reliquias con mucha devocion.

San Magnérico, obispo y confesor.—Solo sabemos de este santo que fué obispo de Tréveris, y que floreció dignamente en ciencia y piedad.

DIA 26.

Santa Ana, madre de nuestra Señora.—La bienaventurada santa Ana, madre de nuestra Señora santa María, Madre de nuestro señor Jesucristo, fué natural de Belen, hija de Estolano, y por otro nombre Gaziro y de Emerencia, y fué mujer de san Joaquin, galileo, de la ciudad de Nazareth. Los dos eran de la tribu de Judá y del real linaje de David: ejercitábanse continuamente en la guarda de la ley de Dios, en oraciones y santas obras, y particularmente en limosnas; porque dividian la renta que cada año cobraban de su hacienda en tres partes: de las cuales la una gastaban en su casa y familia, la otra en el templo y con sus ministros, y la tercera daban á los pobres. Vivian muy afligidos estos santos casados por haberlo sido veinte años sin tener fruto de bendicion: por lo cual andaban como avergonzados y corridos, y apartados del trato y conversacion de los otros hombres de su calidad, hasta que un dia apareció un ángel á san Joaquin y le dijo, que Ana su mujer pariria una hija, á quien pondrian por nombre María; la cual seria llena de Espíritu Santo, y mas ilustre y dichosa que Sara, Rebeca, Raquel y todas las otras excelentes mujeres, que ha habido en el mundo: y como el ángel lo dijo, así se cumplió. Concibió Ana de su marido Joaquin y parió á la serenísima Reina de los ángeles nuestra Señora la Vírgen María. No tenemos otras cosas ciertas y averiguadas de la vida y muerte de santa Ana. Algunos dicen que murió despues de haber nacido Jesucristo nuestro Redentor, en 26 de julio, imperando Octaviano. Lo que podemos afirmar seguramente, es que tiene eminentísimo lugar en el cielo: pues así como la mayor alabanza que se puede dar á nuestra Señora, en llamarla Madre de Dios, porque en este apellido se encierran todos los privilegios, gracias y preeminencias que compiten á tal madre; así la mayor loa que se puede dar á santa Ana, es llamarla madre de la Madre de Dios y abuela de Jesucristo; del cual nó hay duda sino que fué muy regalada y favorecida, y enriquecida de todas las virtudes que convenia tuviese la que se podia tener por tal, y á boca llena llamarse abuela del Hijo de Dios. Y si el agua es tanto mas pura cuanto se coge mas cerca de su fuente; ¿qué debemos nosotros creer de la grandeza, excelencia y pureza de esta gloriosa santa, que bebió y se hartó de la misma fuente de todas las virtudes y gracias, y segun la carne le fué mas conjunta persona que ninguna otra criatura despues de su bendita hija y Madre del mismo Dios? Escribieron de santa Ana san Epifanio, *Hæres* 68; san Juan Damasceno, lib. IV, cap. 15. Tambien anda entre las epístolas de san Gerónimo una, que es la 101, en que se trata de santa Ana y del nacimiento de nuestra Señora; y el Martirologio romano y los demás hacen mencion de santa Ana. El papa Gregorio XIII el año 1584, que fué el duodécimo de su pontificado, en el primer dia de mayo mandó que se celebrase por toda la Iglesia católica la fiesta de santa Ana, con solemnidad de fiesta doble, á los 26 de julio, que es el dia de su fiesta.

* San Erasto, obispo y mártir. — Cuando el apóstol san Pablo empezó á predicar el evangelio, este santo que era natural de Corinto y desempeñaba en la misma ciudad el cargo de tesorero, convencido de las razones con que el apóstol probaba la verdad de la religion del Crucificado, se convirtió á ella. Hecho discípulo de san Pablo le siguió á Jerusalen, y consagrado obispo en aquella ciudad fué enviado á la ciudad de Filippis en Macedonia. Despues de convertidas por su zelo multitud de gentes, murió martirizado á fines del siglo primero. San Pablo hace memoria de él en su carta á los romanos, y en la segunda á Timoteo.

Los santos Sinfronio, Olimpio, Teódulo y Exuperia, mártires.—Vivian en Roma en tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, y por órden del primero fueron presos y atormentados. Primeramente padeció martirio san Sinfronio, y fué tanta su constancia en los tormentos y los portentos que obró, que los dos esposos Olimpio y Exuperia, que eran testigos del martirio, confesaron á Jesucristo, y quisieron ser confundidos con él en los suplicios. Teódulo, su hijo, quiso tambien participar de su corona, y habiendo sido bautizados todos por el papa san Estéban, al dia siguiente recibieron la corona de la gloria, siendo abrasados vivos el dia 26 de julio del año 256.

San Jacinto, mártir.—En tiempo del emperador Trajano, siendo Lencio cónsul de la ciudad de Roma, fué es-

santo preso en Portu, y por órden del mismo cónsul y por no haber querido ofrecer incienso á los ídolos, fué arrojado á una hoguera de la cual salió sin lesion. Despues le echaron en un rio de muy rápida corriente, y tambien salió á la orilla sin haber recibido daño alguno, viendo lo cual el cónsul Lencio mandó que lo degollasen. Su cuerpo estuvo expuesto á las fieras; pero una santa matrona llamada Julia le dió sepultura en una heredad suya que tenia junto á Roma.

SAN PASTOR, PRESBÍTERO Y CONFESOR.—Era sacerdote de la Iglesia de Roma, y se ocupaba en enterrar los cuerpos de los mártires y escribir sus actas. Fué amigo de las santas vírgenes Pudenciana y Praxedes, cuyos restos tambien sepultó y cuya vida nos dejó escrita. Toda su existencia la consagró siempre á Dios y á su Iglesia, y fué el espejo mas cabal de su tiempo para todos los cristianos de Roma, muriendo en la misma ciudad el dia 26 de julio del año 152. Su cuerpo, resplandeciente en la virtud de Dios, fué sepultado con grandísima veneracion en la iglesia del título de Santa Pudenciana.

SAN VALENTE, OBISPO Y CONFESOR. —Varon de grande santidad y de un valor extraordinario siempre que se trataba del bien de sus ovejas. Fué obispo de Verona, y su pontificado, que duró no mas que siete años, dejó sin embargo recuerdos tan memorables, que aun en el dia se hace memoria de los infinitos beneficios que derramó sobre el pueblo durante su vida. Su muerte fué tambien preciosa á los ojos del Señor, saliendo de este mundo para la patria celestial, el dia 26 de julio del año 531.

SAN SIMEON, MONGE Y ERMITAÑO.—Nació en Armenia de una familia militar y muy distinguida. Fué educado en el temor de Dios, y como era heredero de un patrimonio considerable, apenas llegó á la pubertad quiso su padre que contrajese matrimonio. El jóven Simeon, que deseaba solo consagrarse á Dios, empezó á temblar de lo que se le proponia, y haciendo un esfuerzo de voluntad, y acordándose de la sentencia del Salvador, dejó sus padres, sus hermanos, su casa y cuanto tenia, y se fugó á un monasterio de san Basilio donde tomó el hábito é hizo profesion religiosa. Pero no siendo todavía bastantes para contentar su fervor las regularidades y privaciones de la vida monástica, despues de algun tiempo, con permiso de sus superiores, se retiró á un áspero desierto en compañía de otros dos monges. Su vida desde entonces fué angélica: entregado continuamente á las cosas del cielo, su alma no vivia; gozaba ya anticipadamente de Dios. Tan continuo y tan vehemente era su éxtasis, que se pasaban muchos dias sin que se acordase de tomar alimento; así es que su cuerpo parecia un esqueleto ambulante, una cárcel de hueso que detenia á aquel espíritu santificado. Sus milagros y extraordinarias virtudes son tan esclarecidas, que la pluma no es capaz de ponderarlos, y las personas que santificó con sus consejos y ejemplos son en tanto número, que basta decir, que por espacio de cuarenta años fué su soledad visitada de continuo por una infinidad de cristianos que no tenian donde albergarse. Por fin, habiendo llegado ya á una santa vejez, descansó tranquilamente en el Señor, el dia 26 de julio del año 1016.

DIA 27.

SAN PANTALEON, MÁRTIR. — San Pantaleon, ínclito mártir del Señor, fué de la ciudad de Nicomedia, que es en la provincia de Bitinia, en la Asia mayor. Su padre se llamó Eustorgio, hombre rico y noble, aunque gentil: la madre Ebula, que era cristiana, la cual murió dejando á Pantaleon muy niño. Pero habiendo crecido en edad, el padre le puso á los estudios de retórica y filosofía, en los cuales aprovechó mucho, y por ser de vivo y delicado ingenio, se señaló entre sus iguales. Era de honestas costumbres, modesto, concertado en sus razones, de muy gentil disposicion, de todos estimado y amado. Parecióle que para valer en el mundo era bien darse al estudio de la medicina: y habiendo en Nicodemia un famoso médico, por nombre Eufrosino, le tomó por maestro para aprender de él aquella arte. Estaba á esta sazon escondido en una pequeña casa por temor de la persecucion un cristiano llamado Hermolao, viejo venerable y sacerdote de vida santísima; el cual trabó amistad con Pantaleon, y poco á poco le vino á persuadir que el autor de la vida y señor de la salud, es Jesucristo, y que en su nombre se sanan todas las enfermedades, mas fácil y seguramente que con el estudio de Esculapio, Hipócrates y Galeno. Y como un dia anduviese Pantaleon pensando en las razones que habia oido á Hermolao, vió un niño muerto, y junto á él una víbora que parecia decir que ella habia cometido aquel homicidio; y movido del Señor, dijo entre sí: Ahora veré yo si es verdad lo que el viejo me dice. Llegóse al niño y díjole: Levántate vivo en el nombre de Jesucristo; y tú, bestia ponzoñosa, padece el mal que le has hecho. Luego el niño se levantó con vida y la víbora quedó muerta. Visto este milagro, Pantaleon se fué á Hermolao, y contándole lo que pasaba le pidió el bautismo, y él se lo administró con grande contentamiento, teniendole siete dias consigo, y enseñándole los misterios de la fé que habia recibido. De allí á pocos dias entró en casa de Pantaleon un hombre ciego que habia gastado la mayor parte de su hacienda con los médicos, y despues de muchos remedios y tormentos, lo que habia ganado habia sido, que ántes de la cura veia un poco, y despues no veia nada. Puso Pantaleon sus manos sobre los ojos del ciego, invocando el nombre de Jesucristo, y suplicándole humildemente le sanase, luego abrió los ojos y cobró la vista del cuerpo y la del alma, porque se hizo cristiano. Lo mismo hizo el padre de Pantaleon que estaba presente cuando su hijo le sanó: el cual padre de allí á pocos dias, siendo ya bautizado, murió santamente. De aquí se comenzó á divulgar la fama de Pantaleon y por las muchas enfermedades incurables, que sanaba en el nombre del Señor, á ser tenido por médico insigne y soberano. Tuviéronle grande envidia los otros médicos, y viendo que no podian oscurecer las curas maravillosas que hacia, porque eran manifiestas y notorias, determinaron acusarle delante del emperador Maximiano, que á la sazon estaba en Nicodemia: y para hacerlo con mejor color, tomaron ocasion de algunos cristianos, que por serlo, los habia mandado atormentar el mismo Maximiano, y Pantaleon los habia curado. El emperador, oida la acusacion, hizo traer delante de sí al ciego, que Pantaleon habia sanado: al cual, porque con grande aseveracion afirmaba que habia cobrado la vista por virtud de Cristo, y nó de los dioses, le mandó cortar la cabeza, y Pantaleon compró de los verdugos su cuerpo y enterróle juntamente con su padre. Y entendiendo que corria riesgo su vida, dió libertad y parte de su hacienda á los esclavos, y la otra parte á los pobres y enfermos que

curaba, para estar mas libre y desembarazado para la pelea y mas aparejado para el martirio: y no se engañó; porque á pocos dias le mandó llamar Maximiano, y habiendo pasado con él algunas pláticas, Pantaleon confesando claramente que era cristiano, y que se preciaba de adorar aquel solo Dios verdadero, que crió el cielo y la tierra, y nó los dioses de piedra y de palo; finalmente se concertaron que allí delante del emperador trajesen un enfermo del todo deshauciado de los médicos, y que sus sacerdotes con la invocacion de sus dioses le procurasen dar salud, y que él tambien invocaria á Jesucristo; y que el que le sanase, aquel fuese tenido por Dios. Hízose así: trajeron un paralítico de muchos años: los sacerdotes de los ídolos hicieron sus diligencias, y todas fueron en vano; y Pantaleon tomando por la mano al paralítico, le dijo: Levántate sano en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Apenas habia dicho estas palabras, cuando el enfermo se levantó sano, haciendo gracias á Dios; y muchos de los circunstantes se convirtieron á la fé, y quedaron sanos en sus almas. El emperador se quedó confuso, el pueblo atónito, los sacerdotes mas endurecidos; y temiendo perder su autoridad y sus aprovechamientos y ganancias, persuadieron al emperador que Pantaleon era mago, y que si no le quitaba la vida, se perderia el culto y veneracion de sus dioses, y con ella el imperio, que sin religion no se puede sustentar. Con esto el emperador habiéndole primero tentado en vano con espantos y amenazas, en medio de una grande plaza le mandó desnudar y colgar de un rollo ó madero, y arañar sus carnes con uñas de hierro y abrasarlas con hachas encendidas. Estando en este tormento, levantaba el santo mártir sus ojos al cielo pidiendo favor á Jesucristo, qne solo se lo podia dar; y así se lo dió, apareciéndole en traje y figura de Hermolao, el santo viejo que le habia bautizado y doctrinado en la fé á Pantaleon: díjole que estaria siempre á su lado y que le ayudaria á padecer; y así se vió el efecto: porque luego se aflojaron los cordeles con que estaba atado, y se apagaron las hachas, y los verdugos quedaron desalentados y cansados. Mandó el emperador echarle dentro de una grande caldera llena de plomo derretido. Hizo oracion el santo á Jesucristo: el cual entró en la caldera con él en la misma figura, que ántes le habia aparecido, y el plomo perdió su fuerza y de todo punto quedó helado. Causó esto grande admiracion en los presentes; mas el emperador empedernido mandó que, atada una gran piedra al cuello, le echasen en el mar. ¿Pero el que le habia librado del fuego, no le podia librar del agua? Invocó el nombre de Cristo: apareciósele la tercera vez, y como otro san Pedro le asió de la mano, y le libró y puso en la ribera. Supo el emperador lo que pasaba, y con gran saña y furor otro dia le mandó echar á las bestias fieras. Estando ya san Pantaleon en el teatro aparejado para ser despedazado de los leones y tigres, vió á Jesucristo á su lado en la misma figura que ántes le habia visto, y volviéndose á él con una voz blanda y amorosa le dijo: Señor ¿estando vos conmigo, qué tengo yo que temer? Ninguna cosa, respondió el Señor. Salen las fieras con gran ímpetu y braveza; y viendo al santo luego la perdieron, y como mansas ovejas se humillaron y se echaron á sus piés, no sin grande admiracion del pueblo, que por una parte tenia gran lástima de ver á un mancebo de tan lindo parecer y de quien toda la ciudad habia recibido muchos beneficios, puesto sin culpa suya en tan riguroso trance, y por otra estaba espantado por verle obrar tan grandes maravillas, y muchos se convertian y á voces decian que era grande el Dios de los cristianos. Embraveciósse sobremanera el tirano, y no quiso perdonar á las bestias fieras porque habian perdonado al santo, como mas cruel que todas ellas y las mandó matar y despues echar en una sima y cubrirlas de tierra. Hizo luego un artificio de una rueda pesada con muchas puntas de acero, y atado Pantaleon á ella mandó que le echasen de un monte alto, para que parte con las puntas aceradas de spedazado, y parte con las piedras del monte lastimado, muriese una muerte cruel y horrible. De este tormento libró tambien el Señor á su fiel siervo desatándole de la rueda sin lesion alguna: la cual á muchos de los idólatras encontró, y con su ímpetu los despedazó miserablemente. Como Maximiano vió que todas sus invenciones le salian vanas, y que no podia con tormentos vencer al santo mártir, quiso saber de él quién habia sido el maestro de aquella vida y creencia que profesaba para convertir su rabia y furor contra él: y aunque san Pantaleon entendió el intento con que se lo preguntaba; por saber que Hermolao, su maestro, deseaba morir por Cristo y tenerle por compañero en su martirio, le descubrió al tirano, que era Hermolao, y fué traido á su presencia: y habiéndosele aparecido Jesucristo aquella noche, y díchole que al otro dia entraria en el cielo. Preguntóle algunas cosas al emperador: y él, levantando los ojos al cielo, le respondió con mucha fortaleza y constancia: y luego comenzó á temblar la tierra, y los ídolos que estaban en el templo, cayeron y se hicieron pedazos. Por el enojo que por esto recibió Maximiano, y por no haber podido ablandar á Hermolao, ni atraerle á que adorase sus falsos dioses, despues de haberle mandado atormentar con diversos tormentos, le mandó degollar juntamente con otros dos hermanos llamado, Hermipo y Hermócrate. Y finalmente por vengarse de Pantaleon y desfogar la cólera que tenia por verse vencido de un mancebo tan constante y superior á todos sus tormentos, mandó que de nuevo terriblemente fuese azotado, y despues degollado en el campo y quemado su cuerpo. Llevaron al santo con grande regocijo de su alma por ver que se le abrian ya las puertas del cielo: atáronle á un olivo; y el verdugo alzando su mano hirió con la espada al cuello de Pantaleon; mas quedó sin lesion ni señal alguna, y la espada se tornó blanda como una cera. Turbáronse los verdugos: echáronse á sus piés y pidiéronle perdon conociendo que era mas que hombre el que así vencia los tormentos y los atormentadores. El santo mártir pidió á Dios que les perdonase, y oyó una voz que le dijo que su oracion habia sido oida, y que de allí adelante no se llamaria Pantaleon sino Pantaleemon, porque por él muchos alcanzarian misericordia de Dios: y animando él mismo á los verdugos que estaban temblando, para que ejecutasen la sentencia, le cortaron la cabeza, de la cual salió leche por sangre, y el árbol de la oliva á que estaba atado, luego se vió cargado de fruto: lo cual cuando lo supo el tirano, le mandó arrancar, y quemar el cuerpo del santo, como ántes lo habia mandado; aunque esto no se hizo porque los ministros no se atrevieron; y así dieron lugar á que los fieles tomasen el santo cuerpo y lo enterrasen en una alquería ó campo de un hombre llamado Adamancio. En la ciudad de Ravello, en el reino de Nápoles, se conserva hoy dia

en la iglesia catedral una redoma llena de la sangre de san Pantaleon, y cada año en el dia de su martirio, que es á los 27 de julio se derrite y descuaja aquella sangre, estando el resto de tiempo cuajada y dura, y la sacan aquel dia en procesion, y otros, cuando hay alguna necesidad; y se ven grandes efectos y milagros que hace el Señor para gloria de su santo: cuya muerte fué (como dijimos) en 27 de julio en que la celebra la Iglesia, año del Señor de 311.

Los siete Durmientes hermanos, mártires. — Aunque es muy sabida la historia de los siete hermanos mártires, que llaman *Durmientes*, todavía quiero yo referirla aquí brevemente, para declarar despues la verdad de ella, y lo que se debe tener por cierto. En tiempo pues del emperador Decio se levantó una terrible y espantosa persecucion contra la Iglesia de Cristo; porque el emperador era fiero y cruelísimo, y tenia estraño odio contra los cristianos: parte por haberlo sido el emperador Felipe, á quien él habia quitado la vida: parte por la falsa creencia y supersticion, con que adoraba á los dioses vanos de la gentilidad, teniéndolos por patronos y consérvadores de su imperio. En esta persecucion muchos cristianos fueron muertos con exquisitos tormentos en la ciudad de Efeso, estando el emperador Decio presente: otros desfallecieron: otros huyeron y se ausentaron, por librarse de las manos de tan impío tirano.

Entre los otros cristianos fueron presos siete hermanos, mozos y de muy gentil disposicion y gracia, hijos de un caballero ilustre de allí de Efeso, que se llamaban Maximiano, Malco, Martiniano, Dionisio, Jhan, Serapion y Constantino: los cuales fueron presentados delante del emperador, y por mucho que él los tentó, y con halagos y amenazas procuró persuadirles que adorasen á sus dioses; nunca lo pudo acabar con ellos, mostrándóse muy valerosos y constantes en la fé de Cristo. El emperador, aunque les mandó quitar los cintos de oro, que como soldados y caballeros traian (que era quitarles la nobleza), no quiso luego ejecutar en ellos su saña y furor: ántes movido de cierta compasion vana los dejó para que pensasen mejor lo que les convenia, y se rindiesen á su voluntad. Ellos determinados á morir por Cristo, recogieron la hacienda que pudieron, y repartieron la mayor parte á los pobres: y con lo que de ella les quedó, encomendándose muy de veras á nuestro Señor; y suplicándole que los librase de la violencia de aquel tirano, ó que les diese espíritu y fuerzas para vencerle y padecer por su amor, se retiraron á una cueva grande y capaz, que estaba cerca de la ciudad, donde pensaban que estarian seguros. Supo esto el emperador, y mandó cerrar la entrada de aquella cueva, de manera, que los santos siete hermanos no pudiesen salir de ella, y muriendo allí de hambre, la misma cueva les sirviese de sepultura. Hízose así: y un cristiano (para que quedase la memoria de tan gloriosos mártires), escribió lo que habia pasado y mandado el emperador, en una lámina, y echóla dentro de la cueva, ántes que se cerrase.

Murió Decio desastradamente, y sucediéronle los otros emperadores gentiles hasta el gran Constantino, que fué cristiano y amplificador de nuestra santa religion, y despues los demás hasta Teodosio el menor, hijo del emperador Arcadio, y nieto del gran Teodosio el mayor: en cuyo tiempo á los veinte y tres años de su imperio, abriéndose con cierta ocasion la entrada de aquella cueva, se hallaron (no sin gran milagro) aquellos siete hermanos y santos mártires, enteros con sus vestidos y miembros y sin corrupcion, como si todo este tiempo hubieran dormido y gozado de un dulce y profundo sueño. Confirmáronse de la verdad del milagro el obispo y gobernador, y toda la ciudad de Efeso, cuando prendieron á uno de ellos, (que era el menor, y habia venido de la ciudad á comprar alguna cosa de comer para sí, y para sus hermanos) y les contó como se habian escondido en aquella cueva por temor de la muerte que les queria dar el emperador Decio: y mucho mas se confirmaron, cuando leyeron en la lámina que dijimos, la misma historia que para testimonio de la verdad habia Dios ordenado, que tanto ántes se escribiese y se pusiese en aquella cueva; y así se echaron todos los que habian concurrido á la cueva, á los piés de aquellos santos y bienaventurados hermanos mártires.

Muchos autores latinos y griegos, que cuentan esta historia, como son de los latinos, Gregorio Turonense *Gloria confessorum*, *cap.* 95; Sigiberto en su Crónica en el año de 447; y de los griegos, Metafraste en la historia que escribió de estos siete hermanos Durmientes, referido por Surio en su cuarto tomo; Nicéforo en el lib. XIV, cap. 45 y Cedreno en el compendio, á los veinte y tres años de Teodosio dicen, que verdaderamente estos santos durmieron todo el tiempo que habemos dicho, que fueron ciento setenta y siete años; porque Decio comenzó á imperar el año del Señor de 253 y Teodosio el menor, el de 407, ciento cincuenta años despues; y á los veinte y tres años del imperio de Teodosio, que era el de 430 de Cristo, dicen que se dispertaron ó resucitaron estos santos: y así no fueron sino ciento setenta y siete años, aunque Metafraste y Nicéforo dicen que fueron trescientos setenta y dos años; pero es engaño ó error de la impresion.

Dicen mas estos autores: que Dios nuestro Señor los dispertó, para que testificasen la verdad de la general resurreccion de nuestros cuerpos, que creemos los cristianos y esperamos: porque en el tiempo de Teodosio dicen se habia levantado una herejía muy perjudicial, que negaba esta resurreccion y muchos la seguian: y que el mismo emperador Teodosio vino á Efeso por ver este gran milagro, y se postró á los piés de los santos hermanos, y ellos le refirieron como habian entrado en aquella cueva, y dormido todos aquellos años, y Dios los habia dispertado para que declarasen la verdad de la resurreccion de nuestros cuerpos, y deshiciesen la mentira de los herejes que enseñaban lo contrario: y que habiendo dado este testimonio, murieron en la cueva y quedaron en ella; porque queriendo el emperador hacerlos poner á cada uno en su caja de oro, los mismos santos mártires le aparecieron y mandaron que los dejase allí.

Esto dicen los autores que habemos alegado; pero el cardenal Baronio en el segundo tomo de sus Anales, y en las anotaciones del Martirologio romano á los 27 de julio, y otros autores dicen que estos siete hermanos no se llaman Durmientes, por haber dormido todo este espacio de tiempo que habemos dicho, y despertádose despues; sino porque aunque verdaderamente murieron los hallaron como dormidos: y porque la muerte de los justos se llama en la sagrada Escritura sueño, y el lugar en que sus cuerpos son sepultados llamamos cementerio, que quiere decir *dormitorio*: porque dicen estos autores, que no hay me-

moria en las historias eclesiásticas que en el tiempo de Teodosio el menor, se haya levantado herejía alguna contra la resurreccion de nuestros cuerpos: ni el concilio efesino que se celebró viviendo Teodosio, ni el calcedonense que se juntó poco despues, hacen mencion de tal herejía, ni los autores de aquel tiempo como Próspero Aquitánico, y el conde Marcelino: y finalmente, porque si aquellos santos siete hermanos no murieron ántes, sino durmieron, no fuera de tanto peso y eficacia su testimonio para probar la resurreccion; pues no era testimonio de hombres muertos que habian resucitado, sino de hombres que habian dormido y dispertado; y así parece á estos autores que verdaderamente estos santos siete hermanos murieron ántes en la cueva y no durmieron; aunque por la razon que dijimos, los llaman Durmientes. De cualquiera manera que ello haya sido (que para Dios nuestro Señor tan fácil es lo uno como lo otro), los debemos tener, honrar y reverenciar, como á ilustres y gloriosos mártires del Señor; pues padecieron tanto, y dieron sus vidas por su amor.

Hacen mencion de estos santos siete hermanos Durmientes á los 27 de julio el Martirologio romano y el de Usuardo, y los demás modernos; los griegos en su Menologio á los 4 de agosto, y á los 22 de octubre que son los dias en que entraron en la cueva, y despues se descubrieron y hallaron.

SAN LUPO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué san Lupo de la ciudad de Toul cerca de Metz de Lorena: su padre se llamó Epirochio de sangre ilustre: el cual dejó á Lupo mozo, y encomendado á un tio suyo que tuvo de él mucho cuidado, y procuró que se diese á los estudios de las buenas letras, en las cuales Lupo aprovechó mucho, y especialmente en la elocuencia. Tomó por mujer á una hermana de san Hilario obispo de Arles, honestísima y temerosa de Dios, y con ella vivió siete años; y despues de comun consentimiento se apartaron para entregarse mas perfectamente al servicio del Señor; por cuyo instinto dando de mano á todos los gustos de la carne y vanidades del siglo, dejó Lupo su casa, parientes y amigos, y se fué al monasterio Lirinense, que en aquel tiempo florecia con gran opinion de santidad para ser enseñado y guiado á la perfeccion de san Honorato, que era abad de aquel monasterio. Allí estuvo un año ejercitándose en toda virtud, y bajando la cerviz al suave yugo de Cristo: despues volvió á la ciudad de Mascon para dar á los pobres lo que le quedaba de sus bienes. Estando allí bien descuidado fué elegido obispo de Troya, que es ciudad principal de la provincia de Campaña en Francia, y san Lupo aceptó aquella dignidad por no resistir á la voluntad de Dios, que le llamaba y se queria servir de él para la salud eterna de muchos, como lo hizo reformando las costumbres del clero, y alumbrando con su doctrina y continuos sermones al pueblo, y remediando las necesidades de los pobres y personas miserables, y especialmente resplandeciendo con su vida santísima; porque fué varon muy penitente y devoto. Por espacio de veinte años no se acostó en cama, sino sobre una tabla: andaba vestido de cilicio: no usaba sino de una túnica: velaba toda la noche en oracion: pasábase los dias sin comer: lloraba mucho y sus ojos eran dos fuentes de lágrimas: el dia del sábado no comia sino un poco de pan de cebada: todas sus rentas gastaba en socorrer á los pobres y redimir cautivos con grande liberalidad: finalmente en todas sus obras era san Lupo pastor vigilantísimo y varon apostólico, y segun el corazon de Dios, y así el mismo Dios le favoreció y le ilustró con muchos milagros. Sanó á una mujer paralítica y á otra muda: dió la vida á un mancebo nobilísimo llamado Claudio, que estaba ya desahuciado de los médicos y para espirar: y restituyó el uso de sus miembros á una señora que habia diez meses que no podia moverlos, ni menear pié ni mano para ninguna cosa. No fueron estas solas las cosas ni las maravillas, que Dios nuestro Señor obró por él, porque habiéndose en Inglaterra encendido un gran fuego con la herejía de Pelagio que fué inglés, y creciendo cada dia mas aquel incendio, los católicos de Inglaterra avisaron á los obispos de Francia, el peligro en que estaba nuestra santa religion en aquella provincia, rogándoles que los socorriesen y enviasen personas que les diesen la mano, y se opusiesen á los pelagianos enemigos de la gracia de Jesucristo, y de toda virtud y verdad.

Los obispos en Francia juntaron concilio, y cogieron para esta empresa dos obispos santísimos y lumbreras de la Iglesia, que fueron san German obispo de Antisidoro, que hoy se llamá Auxerre, y san Lupo obispo de Troya: y ellos así por la importancia del negocio, como por la autoridad del concilio, y por el mandato del sumo pontífice Celestino I de este nombre, con gran zelo y fervor se embarcaron: y aunque el demonio con gran horrible tempestad pretendió impedir aquel viaje, pero no pudo: porque con un poco de aceite bendito que echaron en el mar se sosegó y llegaron á Inglaterra; y con su vida admirable, y con la predicacion, y con disputas que tuvieron con los herejes, convenciéndolos y haciéndolos callar, y con los muchos y raros milagros que Dios obró por estos santos prelados, los santos católicos se consolaron y animaron, y los herejes ó se convirtieron ó quedaron confusos; y aquella mala semilla se arrancó de aquel campo del Señor.

Despues de esta tan gloriosa victoria alcanzaron los dos santos obispos otra: porque habiendo entrado en Inglaterra los sajones y pictones, gente bárbara y feroz para destruirla y arruinarla; juntando la gente que pudieron de la tierra, se opusieron al ejército de los enemigos, que era mucho mayor y con solo clamar con alta voz, al tiempo del arremeter *Alleluya*, *Alleluya*, y tres veces invocar el santo nombre del Señor, desbarataron y deshicieron totalmente el ejército de los enemigos. Y habiendo alcanzado estas dos tan insignes victorias de los herejes y de los sajones, se volvieron á Francia los dos santos.

Otra victoria dió el Señor á san Lupo algunos años despues en su ciudad; porque queriendo su divina Majestad castigar al mundo, envió á Atila, rey de los hunos que se llamaba «azote de Dios;» y de veras lo era, y tan cruel que á guisa de un tigre, se relamia en sangre humana. Entró con su ejército por Francia, quemando, arruinando y asolando las ciudades y pueblos que hallaba. Llegó á Troya, donde san Lupo era obispo: el cual viendo que con fuerzas humanas no se podia resistir á la furia de aquella fiera bestia; volvióse al Señor suplicándole humilde é instantáneamente que la enfrenase, y defendiese aquellas ovejas que él le habia encomendado, de aquel lobo carnicero: el Señor que oye las súplicas de sus siervos, y les acude con su brazo poderoso en la mayor necesidad, ablandó á Atila y lo trocó de manera, que no solamente no hizo daño á la ciudad; pero rogó á san Lupo, que se fuése con él

hasta el rio Rhin, prometiéndole dejarle volver seguro; como lo hizo. Esta fué tenida por cosa milagrosa y muy propia de la mano del Señor, que detuvo á Atila que era su azote, para que no hiriese á los que él habia encomendado á san Lupo, y estaban debajo de su proteccion y amparo.

La manera con que dicen que san Lupo ablandó al rey, fué: que saliendo á él vestido de pontifical y acompañado de todo el pueblo, le preguntó con mucha gravedad: ¿Quién eres tú, que vencidos los reyes, y sojuzgadas tantas naciones y provincias, y asoladas las ciudades, pretendes hacerte señor del mundo? Y Atila le respondió: Yo soy Atila rey de los hunos y azote de Dios. Entonces el santo obispo dijo: Bien sea venido el azote de mi Dios: usa de él, como el mismo Dios te lo permitiere: y con esto le abrió las puertas de la ciudad; y el rey bárbaro se amansó, y le perdonó. Pedro *de Natalibus*, lib. VI, cap. 1, y san Antonio, segunda parte, tít. 11, cap. 8, §. 4; y otros dicen, que entrando Atila y sus soldados por la ciudad de Troya, el Señor los cegó por las oraciones de san Lupo: y que así iegos, entrando por una puerta y saliendo por otra, pasaron por la ciudad sin hacerle daño; aunque esto no lo dicen los autores mas antiguos que escriben las cosas de Atila.

Por estas maravillas que Dios obraba en él y por él, acompañadas con una vida mas de ángel que de hombre mortal, todos los reyes y príncipes de la tierra respetaban y reverenciaban á san Lupo, y se holgaban de obedecerle, cuando les mandaba algo en servicio del gran Rey del cielo. Cincuenta y dos años fué obispo de Troya san Lupo, y cargado de años y de merecimientos, dió su espíritu al Señor con gran llanto y sentimiento de todo el pueblo, dejando muchos discípulos, que fueron insignes varones y santos prelados; á san Severo, obispo de Tréveris, á san Policronio, obispo de Verdun, á san Albino, obispo catalaunense, y otros. Despues de su muerte escribió Gregorio Turonense en el libro *de Gloria confessorum*, cap. 67, que habiendo ido á su sepulcro un esclavo para guarecerse del santo, temiendo que su amo le habia de castigar por alguna falta que habia hecho; el amo furioso se fué tras el esclavo, y viéndole delante del cuerpo del santo, comenzó á blasfemar de él, y á decir: ¿Quitarásme tú de la mano, ó Lupo, á mi esclavo, y dejaréle yo de castigar por tí? Y echando mano del esclavo, añadió: No te podrá librar Lupo de mis manos. Al momento se le secó la lengua, y comenzó nó á hablar como hombre, sino á mugir como buey; y al tercero dia acabó su triste vida, en castigo de lo que habia dicho y hecho contra el santo. La vida de san Lupo trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo de las Vidas de los santos. Hacen mencion de él el Martirologio romano, el de Beda, Usuardo y Adon, á los 29 de julio: y Constancio, el que escribió la vida de san German, obispo antisiodorense, lib. I, cap. 19, y en los siguientes: y Sidonio Apolinar, lib. VI, epístola 1 y 4, lib. VII, epístola 14, y en los versos de la Sacrosanta Eucaristía á Fausto; y le celebra tanto, que le llama padre de los padres, y obispo de los obispos; y Beda en la Historia de Inglaterra, lib. I, cap. 17; y Adon en su Crónica, año de 452; y Sigiberto, año de 435 y 436; y el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio en 29 de julio, y en el sexto tomo de sus Anales: y en el Catálogo de los escritores de Inglaterra se dice, que Gildas el Sabio escribió la vida de san Lupo.

SANTAS JULIANA Y SEMPRONIANA, VÍRGENES Y MÁRTIRES. —Entre las ilustres heroinas de la fé, que cual balsámicas flores hermosean el delicioso jardin de la católica España, brillan en el principado de Cataluña dos hermosas estrellas de la costa laletana, Juliana y Semproniana. Oriundas de la antigua Iluro, hoy Mataró, vivian estas tiernas hermanas á principios del siglo IV en aquel nobilísimo municipio romano, sepultado aun en la noche oscura de la idolatría. Educadas en las delirantes supersticiones del paganismo, yacian envueltas en las densas tinieblas del error, cuando amaneció en el horizonte laletano un nuevo sol de verdad para alumbrar á los que se hallaban sentados en las sombrías regiones del error y de la muerte. Tal fué el jóven africano é intrépido Cucufate, quien puesto en Iluro, como Pablo en Aténas, difundió cual luminoso astro, los rayos consolantes de la verdad predicando el Evangelio de Jesucristo á los grandes y pequeñuelos. A las voces penetrantes del nuevo apóstol, cual Trifena y Trifosa á las del Apóstol de las gentes, despiertan Juliana y Semproniana del pesado sueño del gentilismo; y hechas segundos Dionisios y nuevas Dámaris, se dejan llevar de los suaves poderosos ¡impulsos de la gracia, doblan la cerviz al yugo del Evangelio, abrazan la ignominia de la cruz; hácense discípulas del nuevo Pablo, son instruidas en los sagrados dogmas, reciben las aguas del bautismo y son hechas cristianas; sin que puedan hacerlas apostatar de la fé, ni la censura del mundo, ni las embestidas de sus padres, ni los esfuerzos de sus deudos y coetáneos, ni mucho ménos el aspecto horrísono de la fulminante persecucion de Diocleciano, que por do quier amenazaba á los discípulos del Crucificado. Totalmente decididas por Jesucristo, no dudaron abandonar sus padres y patria, para entregarse á la direccion de su espiritual padre y nuevo maestro Cucufate; en cuyo seguimiento anduvieron tan constantes, que, al modo que aquellas piadosas mujeres de Galilea acompañaron al divino maestro Jesus, así en su celestial predicacion, como en Jerusalen y aun en el Calvario, hechas espectadoras de su pasion y muerte: así estas fervorosas discípulas de Cucufate le siguieron, no solo durante el curso de su apostólica mision, sino tambien en su vuelta á Barcelona, donde la invicta constancia de este esclarecido confesor, combatido por varios tiranos, salió triunfante de los mas atroces tormentos; y aun hasta el lugar de Castro Octaviano, donde, cortada por impías manos la cabeza, consumó su glorioso martirio.

En efecto, Juliana y Semproniana siguieron constantemente á san Cucufate en su predicacion, y se aprovecharon admirablemente de sus instrucciones y avisos, haciendo extraordinarias creces en toda su virtud. La lámpara de la fé que se les dió en el bautismo, no se les apagó como á las vírgenes necias, porque siempre la cebaron con el aceite de la mas encendida caridad y ejercicio de buenas obras. Su primer espíritu y vocacion nunca se desmintió, pues ni el hambre, ni la sed, ni las prisiones, ni los tormentos, ni la vida, ni la muerte, fueron capaces de separarlas de su divino Esposo Jesucristo, á quien habian jurado solemnemente la mas inviolable fidelidad. Constantes en los buenos propósitos y en su heróico desprendimiento, viendo preso á su amado maestro Cucufate por órden del cruel Daciano, le dieron

las mayores muestras de su piedad, sin que las arredrara ningun temor ni respeto humano. Ellas asisten valerosas á los cinco prolongados tormentos, que, á cual mas terrible, sufrió Cucufate bajo diversos presidentes romanos; ellas ven con ojo varonil remudarse hasta doce los ministros de la impiedad, caérsele á Cucufate los intestinos, asarlo en unas parrillas lardeado con mostaza y vinagre, azotarle con instrumentos de fierro y correas de toros, y arrojarle en una espantosa hoguera. Juliana y Semproniana animan á su santo maestro con una elocuencia muda, pero eficaz; le vuelven duplicado el espíritu que les dió al convertirlas: si se desconsuelan como Lorenzo, es porque quedan huérfanas sin Sixto, su padre en Jesucristo, y porque no pueden consumar en un mismo altar con él las víctimas de sus cuerpos. Ellas reciben en sus senos aquella sangre triunfal que derramó Cucufate al cortarle la cabeza por órden del impío Rufino; y atropellando por medio de las lanzas y cuchillos, quitan intrépidas de las manos de los verdugos su cuerpo sagrado, y le dan honrosa sepultura, á imitacion de lo que las discípulas fieles y amantes celosas practicaron con el divino Redentor.

El cielo les pagó abundantemente este heróico acto de caridad, que les mereció desde luego ser presas por órden del mismo presidente Rufino. Mas aquel Señor, que no abandona á sus siervos en las prisiones, hasta presentarles el cetro del reino por el cual combaten, les comunicó el mas estraordinario valor, para confesar su santo nombre ante los potentados de la tierra. No las amedrentó el imponente aparato de horribles torturas, con que se pretendiera hacerlas apostatar de la fé y adorar las fementidas divinidades. Teniendo por ayuda y protector al mismo Dios de cielo y tierra, en él solo se apoyaron, como que conocian muy bien ser sus fuerzas insuficientes y nulas para resistir, ya los seductores halagos de inicuas lenguas y labios mentirosos, ya los rugidos de las fieras que oyeran; ora los peines y garfios, los ecúleos y catastas que se construyeran; ora los terribles potros y llamas devoradoras que se prepararan. Confiando pues ellas en la multitud de las misericordias del Señor, por quien padecian y hubieran dado mil vidas; todos los furores y amenazas del presidente y sus ministros, se estrellaron en la invencible constancia de estas dos puras doncellitas, reluciendo en vasos tan quebradizos el infinito poder y gracia del Salvador. Por lo que confuso ya el inicuo Rufino, viendo frustradas todas sus satánicas tentativas, y desesperado de poder vencer á nuestras santas, manda furioso que les sean cortadas las cabezas: con cuya gloriosa muerte, acaecida en el mismo Castro Octaviano á los 27 de julio del año 304, esto es, dos dias despues del triunfo de su maestro, lograron las discípulas añadir á la corona de la virginidad la brillante palma del martirio.

Los sagrados cuerpos de Juliana y Semproniana, como los de otros innumerables mártires, fueron depositados en aquel mismo territorio, llamado entonces Castro Octaviano, y ahora San Cugat, donde tenian los romanos sus cárceles en tiempo de persecuciones, y cuyo sitio parecia destinado para ser un semillero de mártires. En el siglo VIII fueron confiados estos sacros restos á los monges benedictinos, habiéndose erigido en el sitio de aquel presidio romano en el año 782, el nobilísimo monasterio de San Cugat del Vallés, uno de los mas antiguos de España, y otro de los mas célebres de la esclarecida sagrada congregacion claustral benedictina. El zelo de aquellos santos varones, encargados de honrar y custodiar estas sagradas reliquias, consiguió salvar tan preciosos tesoros en medio de los horrendos trastornos que siguieron á la invasion sarracénica. Por este medio lograron las santas discípulas Juliana y Semproniana, juntamente con su santo maestro Cucufate, público solemne culto. La fiesta de estas santas se celebraba en dicho monasterio, mientras subsistió, el dia 27 de julio, con rezo, que antiguamente era propio, y rito doble de primera clase con octava.

Pero si fué siempre célebre el culto de nuestras santas en aquel imperial monasterio, lo es igualmente el que de tiempo inmemorial se les tributa en su afortunada patria la ilustre ciudad de Mataró, donde anualmente se celebra con toda pompa y solemnidad su dia natalicio á 27 de julio; venerándolas los mataroneses como á paisanas suyas, é invocándolas por antonomasia las Santas. Mataró, siempre devota de sus santas patricias, y solícita siempre de poseer, ya que no podia esperar sus cuerpos, á lo ménos alguna partecita, habia dirigido varias peticiones al real monasterio de san Cucufate á dicho efecto, cuando en fin el muy ilustre abad don Buenaventura Gayolá y su cabildo monasterial accedió generosamente á sus justos deseos, concediendo á Mataró reliquias insignes de sus dos ínclitas patricias; cuya solemne entrega se verificó el dia 25 de julio del año 1772. Colocadas en una primorosa urna piramidal, fueron trasladadas religiosamente á la parroquial iglesia de Mataró; donde con triunfal aparato, llevadas en hombros de sacerdotes, entraron el dia siguiente 26 despues de mas de catorce siglos de ausencia: cuya pomposa traslacion recuerdan todos los años los mataroneses con la segunda fiesta que consagran á sus patricias el dia 28 de julio.

En el año 1821, cuando la general supresion de monges en España, el 6 de junio del mismo año, el diocesano de Barcelona concedió á la misma parroquial iglesia de Mataró, los demás preciosos restos de Juliana y Semproniana, que en dos riquísimas urnas guardaba el monasterio de San Cucufate del Vallés, á quien fueron restituidas, luego de su restauracion, acaecida en 1823. Posteriormente en julio de 1835, cuando el furor revolucionario incendió los conventos de Barcelona, tocó igual suerte al dicho monasterio de San Cucufate, donde la piedad de los fieles cuidó de poner en salvo los cuerpos de los santos que allí se veneraban, entre ellos los de Juliana y Semproniana, trasladándolos á Barcelona, á fin de resguardarlos del furor de los nuevos iconoclastas. Puestas dichas reliquias, á disposicion de la autoridad eclesiástica, y asegurada esta de su autenticidad, siendo ya suprimidas en España todas las órdenes monacales y religiosas, en setiembre del mismo año concedió las de las santas Juliana y Semproniana á la ciudad de Mataró, accediendo á la solicitud de sus representantes, donde colocadas segunda vez las preciosas urnas en el grandioso altar mayor de su parroquial iglesia, son honradas y veneradas con esmerado culto y devocion.

Mas siempre ansiosa la ciudad de Mataró de acrecentar el culto de sus heróicas hijas, humildemente postrada ante el solio pontificio, está implorando de su santidad reinante el papa Gregorio XVI, la aprobacion de la misa

y oficio propio de las santas Juliana y Semproniana, redactado nuevamente por el ilustrado clero mataronés; y hay fundadas esperanzas de que lo conseguirá muy en breve con general satisfaccion de aquellos habitantes.

NOTA. Todo cuanto acabamos de decir de las santas Juliana y Semproniana, vírgenes y mártires, está apoyado en los documentos y memorias que se conservaban en el relatado monasterio benedictino de San Cucufate del Vallés, en la España sagrada de Florez, en los Martirologios de Ferrari, y de Tamayo, en el testimonio de los padres bolandistas y en las eruditas memorias que recientemente han escrito varios hijos de Mataró, singularmente el ilustre canónigo lectoral de Barcelona don Jaime Matas, y los reverendos presbíteros don Manuel Camin y don José Rius.

LOS SANTOS HERMOLAO, HERMIPO Y HERMÓCRATES, MÁRTIRES.—El primero era presbítero de la iglesia de Nicomedia y con su predicacion y milagros convirtió á la fé á san Pantaleon. Los otros dos eran tambien discípulos suyos y unidos á él por los vínculos de la caridad, siendo los tres degollados por órden del emperador Maximiano en la misma ciudad de Nicomedia.

LOS SANTOS FÉLIX, JULIA, Y JACUNDA, MÁRTIRES.—Padecieron martirio en Nola, reinando el emperador Diocleciano, y como se han perdido las actas de su martirio, nada mas se sabe de ellos.

LOS SANTOS MAURO, PANTALEMON Y SERGIO, MÁRTIRES.—El primero era obispo de la ciudad de Biselli, en la Pulla, y los otros dos discípulos suyos y sus compañeros en todos los trabajos. En tiempo del emperador Trajano, no queriendo obedecer las órdenes imperiales, en lo que tenian relacion con el culto religioso, fueron presos, y despues de ser probados con muchos tormentos, permaneciendo constantes en la confesion de su fé, fueron degollados.

LOS SANTOS AURELIO, JORGE, FÉLIX, NATALIA Y LILIOSA, MÁRTIRES.—Nació Aurelio en la ciudad de Córdoba en tiempo de la dominacion de los árabes, de padre moro y madre Cristiana, ambos ricos y principales. En su niñez quedó huérfano, y le educó una tia suya enseñándole la ley de Jesucristo, y haciéndole practicar la virtud. Llegado á la edad de tomar estado, casó con una doncella tambien cristiana y virtuosa, llamada Natalia. Tenia Aurelio un amigo íntimo y pariente muy cercano llamado Félix, el cual con Liliosa su mujer, servia á Dios con fervor de espíritu, despues que por miedo con gran flaqueza, habia dicho ante el juez que no era cristiano. De este yerro suyo, muy llorado ya, solia tratar Félix con Aurelio, y ambos se encendian mutuamente en deseo de triunfar de la muerte y de los enemigos de Cristo. Acrecentaban este fervor las santas matronas Natalia y Liliosa, ofreciéndose seguirles en el combate sin apartarse de ellos en vida y en muerte. Reinaba por aquel tiempo en Córdoba Abderramen II, cuya ferocidad hacia gemir á aquella Iglesia bajo la mas pesada tiranía. Un dia fué testigo Aurelio del martirio de un santo confesor, cuya serenidad y constancia le inflamaron en deseos de participar de su gloria. Fuése pues á su casa, y dijo á su esposa que era preciso prepararse para recibir el martirio, y ambos esposos empezaron desde aquel dia á multiplicar todas sus penitencias y todas sus obras de misericordia, para hacerse mas agradables á los ojos de Dios. Estando en esto tuvieron una celestial vision, en que se les anunciaba que dentro de poco alcanzarian la palma del martirio, en compañía de sus amigos Félix y Liliosa y de un monge que Dios les asociaria. Efectivamente, el santo monge llamado Jorje, del monasterio de San Sabas, se les reunió como por milagro, y estando los cinco juntos en casa de Aurelio, llegaron los ministros del gobernador y los prendieron. Grande fué su gozo al verse en el tribunal de los moros: en seguida confesaron su fé y aseguraron su constancia, y no pudiendo el juez disuadirlos ni con promesas ni con amenazas, los condenó á ser degollados. Llegados al lugar del suplicio, mostraron el mismo valor y perseverancia y murieron por este órden: primero san Félix, luego san Jorje y santa Liliosa, y últimamente san Aurelio y santa Natalia, en la ciudad de Córdoba, el dia 27 de julio del año 852. Los cadáveres estuvieron tres dias en el patíbulo, hasta que los recogieron los cristianos y les dieron sepultura.

SAN ETERIO, OBISPO Y CONFESOR.—Floreció en el siglo VI y fué obispo de Auxerre por espacio de diez años y seis meses. Administrador fiel de la casa del Señor, luz de Israel, y honor del clero de su siglo, murió en santa paz por los años de 573.

SANTA ANTUSA, VIRGEN.—Créese que fué hija del emperador Constantino Coprónimo. Durante la persecucion que éste suscitó contra los adoradores de las santas imágenes, fué la santa azotada, desterrada, y vivió por muchos años en el desierto, mortificando su cuerpo con todos los rigores de la penitencia. Obró muchos milagros, y habiendo muerto el emperador, volvió á Constantinopla, cuya ciudad ilustró tambien con multitud de portentos, hasta que el cielo la llamó á sus eternos gozos el dia 27 de julio del año 775, segun el cardenal Baronio y otros.

DIA 28.

SAN NAZARIO Y SAN CELSO, MÁRTIRES.—El bienaventurado san Nazario nació en Roma, y fué hijo de un caballero africano y de una señora romana, los dos nobles y muy ricos. Fué discípulo del apóstol san Pedro y bautizado por Lino su coadjutor. Como iba creciendo en mocedad, iba juntamente creciendo en virtudes, y llegó á tanto la fama de su santidad, que muchos acudian á él para pedirle consejo y remedio en sus trabajos, y resplandecia en Roma como una estrella del firmamento. Por inspiracion del Señor determinó salir de ella: y habiendo allegado de su hacienda alguna cantidad de dineros, se puso en camino. Predicaba á Jesucristo á los pueblos por donde pasaba, y hacia largas limosnas á los pobres necesitados, juntando en uno la misericordia espiritual y corporal. Vino á Placencia, y de allí á Milan, donde fué preso por mandato del presidente Anolino, porque predicaba á Cristo. Quiso persuadirle á que adorase á sus falsos dioses, y no habiéndolo podido acabar con él, le mandó dar en su venerable rostro muchas bofetadas y echar de la ciudad. Tuvo Nazario esta afrenta por mucha honra, por haberla padecido por Cristo. Salió de Milan, y por divina revelacion pasó á Francia, derramando por todas partes los resplandores del Evangelio. Estando en una ciudad de aquel reino, llamada Melia, una mujer principal por nombre Marianila, le trajo un niño suyo de pequeña edad, y poniéndosele en las manos

le dijo: Este niño te seguirá adonde quiera que fuéres, hasta que contigo se presente delante del divino acatamiento: y dejándole á Nazario la madre se fué. Nazario tomó el niño: bautizóle y púsole el nombre Celso, y trájole siempre consigo, y padeció muchos trabajos, penas y tormentos con él. En la misma Francia fueron presos por un presidente llamado Dinovau, y el niño azotado cruelmente; y sufriendo con ánimo de varon los azotes, con palabras balbucientes dijo al juez: Dios, á quien yo sirvo, te juzgará. Despues de esto, habiendo sido avisado el emperador Neron, que Nazario apartaba de la adoracion de los dioses la gente, y que predicaba que Jesucristo era Dios del cielo y de la tierra, y que muchos le creian y recibian su doctrina en Francia, le mandó prender y traer á Roma, donde el mismo emperador le procuró persuadir que adorase á los ídolos: y visto que estaba firme en no hacerlo, le mandó echar en el mar y con él el niño Celso. Llevároulos al puerto de Ostia, y puestos en un navío los echaron bien dentro en el mar. Al tiempo que los ministros del emperador, pensaron haber ido al fondo y ser manjar de los peces, los vieron andar sobre las aguas con grande admiracion; y movidos de este milagro, comenzaron á tener con gran veneracion á los que ántes querian quitar la vida, y tomaron por maestro á Nazario y se juntaron con él: y con esto Nazario, viéndose libre, pudo volver á predicar por las ciudades de Italia, y vino á parar á Milan, donde de nuevo fué preso por el mismo presidente Anolino, que ántes le habia preso, maltratado y desterrado; el cual, habiéndolo primero consultado con el emperador (por ser Nazario ciudadano y romano, y hombre principal), le mandó juntamente con Celso degollar. Fueron martirizados estos dos santos á los 20 de julio: cerca de los años del Señor de 78; aunque algunos ponen su fiesta á los 12 de junio, por ser el dia en que san Ambrosio halló sus cuerpos en Milan: los cuales en aquella ciudad fueron reverenciados y colocados con gran devocion, y despues repartidas sus sagradas reliquias, como un precioso y riquísimo tesoro, por diversas partes del mundo, como lo notó el cardenal Boronio en sus anotaciones del Martirologio romano.

San Víctor, papa y mártir.—En este mismo dia celebra la santa Iglesia la fiesta de san Víctor, papa y mártir: el cual por la muerte de san Eleuterio, asimismo papa y mártir, pasados cinco dias sucedió en la silla de san Pedro, en el dia 1 de junio. Fué africano de nacion, é hijo de Félix y varon santísimo y muy digno de aquella santa sede: la cual gobernó nueve años y un mes, y veinte y ocho dias, segun Baronio. Mostróse muy valeroso este santo pontífice contra los herejes, que en su tiempo infestaron la santa Iglesia, y contra algunos católicos que querian apartarse del uso de la Iglesia romana en la celebracion de la pascua. Condenó á Teodoto heresiarca constantinopolitano: el cual en tiempo de Marco Aurelio Antonino, emperador, habiendo por temor de los tormentos negado la fé de Cristo; despues para excusarse inventó nuevas herejías y nuevos errores, y por ellos fué excomulgado del gremio de la Iglesia por este santo pontífice; en cuyo pontificado se levantó entre los obispos del Asia, una muy reñida cuestion sobre la celebracion de la pascua; porque á muchos parecia que se debia celebrar el catorceno dia de la luna de marzo, en el cual solian los judíos comer el cordero pascual y le comió Cristo nuestro Redentor: y otros decian que se habia de celebrar el dia del domingo siguiente, en el cual resucitó el Salvador. Para determinar esta cuestion, se hicieron muchos concilios en diversas provincias de Oriente y Poniente: y nuestro santo pontífice Víctor juntó concilio en Roma, y mandó lo que ántes habia mandado Pio, I de este nombre, que se celebrase la pascua el primer domingo que viniese, despues de los catorce dias de la luna de marzo, así por haber resucitado el domingo, como por no conformarnos con los judíos y por haber sido esto enseñado del apóstol san Pedro y usado siempre la Iglesia romana: el cual decreto despues confirmó el santo concilio niceno, y se ha guardado inviolablemente en la Iglesia católica. Y tuvo tan gran valor y constancia san Víctor en querer que sus decretos fuesen obedecidos, que estuvo determinado á apartar de la comunion de la Iglesia á todos los obispos y prelados, aunque eran muchos y muy principales que sentian lo contrario: porque con esta ocasion los herejes cobraban fuerzas y prevalecian, y habia peligro de algun cisma y grande trabajo en la Iglesia del Señor. Otras cosas ordenó Víctor, santas y provechosas que se hallan en los decretos. Y finalmente, en la quinta persecucion que padeció la Iglesia, en tiempo del cruel y feroz emperador Septimio Severo, con otros muchos fué martirizado el año 203 de nuestra redencion. Su muerte fué en 28 de julio, y su cuerpo fué sepultado en el Vaticano. Hizo dos veces órdenes en el mes de diciembre; ordenó en ellas cuatro presbíteros y siete diáconos; y consagró por diversos lugares doce obispos.

San Inocencio I, papa.—San Inocencio, papa, I de este nombre, sucedió á Anastasio en el pontificado el año del Señor de 402, á 17 de mayo. Fué natural de la ciudad de Albano cerca de Roma, y su padre como el hijo, se llamó Inocencio. Habíanse acabado las persecuciones de los tiranos, y por la piedad del emperador Teodosio ya difunto, y de sus dos hijos, Arcadio que imperaba en Oriente, y Honorio que residia en Italia, la Iglesia tenia paz y quietud. Pero á nuestro Inocencio no le faltaron trabajos y contiendas de mucho cuidado: porque siendo él sumo pontífice, Alarico rey de los godos cercó á Roma, y la entró por fuerza, y la saquó y ejecutó grandes crueldades con los romanos; aunque con gran respeto á las iglesias, y especialmente á la del glorioso príncipe de los apóstoles san Pedro. Fué esta destruccion de Roma el principio de la caida y ruina del imperio romano. Quiso Dios nuestro Señor, que á la sazon que los godos entraron en Roma, estuviese el santo pontífice en Ravena, á donde habia ido á tratar con el emperador Honorio de algun buen concierto con Alarico, y del remedio de aquella calamidad que ya temia: porque como dice Pablo Osorio, sacó Dios de Roma á Inocencio, como á Lot de Sodoma, para que no viese su asolamiento y el mal tratamiento de su pueblo. Tambien tuvo este santo pontífice otro trabajo con el emperador Arcadio y con la emperatriz Eudoxia su mujer, por haber echado de Constantinopla y desterrado al santísimo y elocuentísimo patriarca san Juan Crisóstomo, con falsas acusaciones y calumnias, y haber él muerto en el destierro con grave ofensa de Dios y daño de toda la Iglesia. Por este hecho tan feo, Inocencio excomulgó á Arcadio y á Eudoxia, y condenó á los que habian dado aquella injusta sentencia, y tomó la proteccion

de aquel bienaventurado pontífice, y le escribió cartas de consuelo y celebró con grande honra su muerte. A mas de esto se mostró Inocencio muy celoso de nuestra santa fé y gran perseguidor de algunos herejes que se levantaron en su tiempo, como fueron Pelagio, Celestino y Juliano, contra los cuales escribieron doctísimamente los santos doctores Gerónimo y Agustino, que vivian en aquel tiempo, y nuestro Inocencio tuvo con ellos grande amistad. Ordenó ó por mejor decir, dió la causa porque el sábado se debe ayunar, y que se dé paz al pueblo en la misa despues de la consagracion, ántes que el sacerdote comulgue. Declaró ser el obispo el ministro del sacramento de la confirmacion; y el sacerdote de la extremauncion. A ruegos de una matrona romana, llamada Vestina, edificó un templo en honra de los santos mártires Gervasio y Protasio, y llamóle el título de Vestina: porque ella le dejó sus bienes y hacienda; y hoy dia se llama de san Vital, y es título de cardenal. Celebró cuatro veces órdenes en el mes de diciembre, y ordenó cincuenta y cuatro obispos, treinta presbíteros y quince diáconos. Gobernó la Iglesia de Dios quince años, un mes y diez dias segun el cardenal Baronio: aunque otros alargan el tiempo algo mas. Escribió este santo pontífice muchas y muy graves epístolas, y entre ellas una al segundo concilio toledano: en la cual reprende algunos abusos que en aquel mismo tiempo habia en España, en el consagrar de los sacerdotes; y otras para los concilios, cartaginés y milevitano, que se celebraron en su tiempo: en las cuales se vé su santo zelo y vigilancia en el gobierno de la Iglesia. San Gerónimo alaba mucho la santidad de este pontífice: y escribiendo á Demetríades, le dice, que abrace la fé y reverencie la doctrina que él enseñaba; y otros santos doctores hacen lo mismo con mucho encarecimiento de su entereza y bondad. Pasó de esta vida á la eterna, el dia en que celebra la Iglesia su fiesta, en compañía de los santos mártires Nazario, Celso y Víctor, papa, que es á 28 de julio, el año del Señor de 417.

* La conmemoracion de muchos santos mártires de la Tebaida en Egipto.—Los crueles edictos de Decio y Valeriano que condenaban á muerte á todos los cristianos, fueron tambien publicados en Egipto por los años 250 de Jesucristo; así es que muchos fueron llevados al suplicio, probando ántes su constancia con los mas exquisitos tormentos. Uno de ellos habiendo resistido con paciencia el tormento del potro, y de las planchas y sartenes ardiendo, untado de miel, fué puesto desnudo á los ardores del sol, atadas las manos á las espaldas, para que fuese comido de los tábanos y moscas. A otro atado entre blandas y hermosas flores, llevâronle una mujer deshonesta para incitarle á la sensualidad; mas el santo con grande heroicidad se corta la lengua con los dientes y la escupió á la cara de la ramera. Todos los mártires fueron probados con tormentos los mas exquisitos, mas á todos los fortaleció el Señor en la fé que profesaban.

San Eustatio, mártir.—Era de la ciudad de Ancira en Galacia. Servia en los ejércitos imperiales; pero era cristiano de todo corazon. Conducido un dia á la presencia de Cornelio gobernador de Ancira, confesó libremente que era cristiano, por cuyo motivo le azotaron inhumanamente, le taladraron los talones, y habiéndole metido en una caja lo echaron al rio Sangaro. Un ángel cogió la caja por la mano y la llevó á la orilla opuesta, con cuya noticia confundido y rabioso el tirano, mandó que fuésen á degollar al santo; pero este habia ya volado al cielo con el ángel que le habia acompañado durante su martirio. Su alma se vió subir al cielo en forma de paloma, y su cuerpo obró en la tierra muchos milagros.

San Acacio, mártir.—Vivia en Mileto en tiempo del emperador Licinio. Habiendo sido acusado de cristiano, le rasuraron todo el cuerpo y lo mandaron al pretor Terencio para que lo castigase. Metióle este en un gran caldero lleno de pez, aceite y cebo derretidos, del cual salió sin recibir lesion. Despues fué conducido al templo, y con sus oraciones hizo que todos los ídolos cayesen hechos pedazos, por cuya accion lo metieron dentro de un horno encendido que tampoco le causó daño, hasta que á palos y á sablazos le molieron la cabeza, y voló al cielo.

San Sanson, obispo y confesor.—Nació en Bretaña, y sus padres que eran nobles y poderosos se esmeraron en darle una educacion ilustrada y piadosa. El santo niño correspondió á sus desvelos, pues fué desde su juventud un modelo de ciencia y de virtudes. Elegido obispo de Dola, portóse en su cargo como un apóstol, como un verdadero discípulo de Jesus, y despues de haber apacentado su grey en santidad y trabajado cuanto pudo en la viña del Señor, murió el año 565.

San Pelegrin, presbítero.—Vivió en Lion, cuya ciudad recuerda todavía por la tradicion constante los grandes y numerosos milagros que obró en ella. Murió á principios del siglo III, y fué tan grande la fama de sus extraordinarias virtudes, que muchos siglos despues de su muerte, se visitaba su sepulcro para admirar aquel extraordinario modelo de todas ellas.

DIA 29.

Santa Marta, vírgen.—Fué santa Marta hebrea de nacion, é hija de padres nobles y ricos. Su padre, segun san Antonino, se llamó Sito y su madre Eucaria. El sagrado evangelista san Lúcas nos dice, como Cristo fué hospedado de santa Marta, que era hermana de María Magdalena y de Lázaro, y nos pone delante la solicitud y cuidado, con que esta santa vírgen le servia; porque con ser mujer principal y rica, y tener muchos criados en casa; no fiándose de los otros, ella misma entendia en proveer lo que era menester, y en aderezar la comida; y pareciéndole poco todo lo que hacia, queria que su hermana Magdalena, que se estaba á los piés de Cristo oyendo sus dulcísimas palabras y apacentándose con su doctrina divina, se levantase y la ayudase; porque todo el mundo que se empleara en servirle y regalarle, le parecia poco. Quejóse al Señor, suplicándole amorosamente que mandase á su hermana que la ayudase; pero el Señor aunque no reprendió el solícito afecto con que Marta le servia, alabó la quietud suave con que Magdalena, dejados los otros cuidados, atendia á lo que mas importa, que es oir á Dios y gozar de Dios. Vese asimismo la familiaridad que nuestro Señor Jesucristo tuvo con estas dos santas hermanas, y el favor y merced que les hacia, cuando estando su hermano Lázaro enfermo y peligroso, le escribieron: «Señor, el que amas está enfermo;» sin añadir otra palabra, porque sabian que esta sola bastaba para que el Señor viniese y le diese entera salud, como lo hizo: aunque para manifestar mas su

gloria, permitió que Lázaro muriese y estuviese hediendo cuatro dias en la sepultura, para resucitarle, llorando sobre él por la ternura y compasion que tenia á sus dos hermanas: de las cuales Marta salió primero á recibirle fuera del castillo; y despues llamó á su hermana María, mostrándose en todo devotas, humildes y amorosas discípulas del Señor: el cual, como quien tan bien paga los servicios que se le hacen, y pone á su cuenta sus mismos dones con que nos previene y enriquece, llenó aquella casa de bendicion, y con singulares gracias y privilegios adornó las ánimas, de las que con tanta voluntad y devocion en ella le recibian y hospedaban, aun en tiempo que los judíos tanto le perseguian y tenian por malditos y excomulgados á los que trataban con él. De aquí vino que despues de la ascension de Cristo á los cielos, estos mismos judíos, persiguiendo á los fieles y miembros de Cristo, echaron mano de santa Marta y santa Magdalena, y habiéndoles confiscado primero sus bienes, las pusieron con Lázaro su hermano y con Maximino y toda su casa, en un navío sin velas ni remos, para que pereciesen en el mar, mas el navío guiado de Dios aportó á Marsella: la cual ciudad, visto el milagro, y oyendo la predicacion del Evangelio, se convirtió á la fé de Cristo, y luego otra ciudad llamada Aix, hizo lo mismo. En Marsella fué obispo Lázaro y Maximino, uno de los setenta y dos discípulos de Cristo, lo fué en Aix. La santa Magdalena se apartó á un áspero y solitario monte, para emplearse toda en oracion y en meditacion. Santa Marta con una criada suya llamada Marcela, edificó un monasterio fuera de poblado, y en compañía de otras muchas doncellas que la siguieron, sirvió muchos años en santo recogimiento al Señor, alzando la bandera (despues de la Madre de Dios) de la virginidad y haciendo voto de ella, viviendo en congregacion de mujeres dedicadas á Dios enteramente, con tanto rigor y aspereza de vida, que san Antonino arzobispo de Florencia, escribe, que no comia carne, ni huevos, ni queso, ni bebia vino y que comia solo una vez al dia, y era tan dada á la oracion, que cien veces cada dia y otras tantas cada noche, se hincaba de rodillas para adorar y reverenciar al Señor. Y el mismo autor refiere, que con sus oraciones mató un dragon horrible y disforme, que hacia mucho daño en toda aquella tierra, haciendo sobre él la señal de la cruz y rociándole con agua bendita: y que llegando el tiempo en que nuestro Señor la queria galardonar, le reveló un año ántes el fin de su dichosa vida; y que para mayor corona suya, quiso que todo aquel año estuviese doliente de calenturas: pero ocho dias ántes oyó suavísima música en el cielo, y vió los santos ángeles que cantando llevaban el ánima de su dulcísima hermana Magdalena, la cual le apareció á la hora de su tránsito, y el mismo Cristo nuestro Redentor la visitó; y le dijo: Ven, huéspeda mia muy querida, que como tú me recibiste en tu casa, así te recibiré en la mia en el cielo. Mandóse poner sobre el suelo, sembrado de ceniza en parte donde pudiese descubrir y ver el cielo: y teniendo allí delante una cruz, se hizo leer la pasion del Señor escrita por san Lúcas; y llegando á aquellas palabras «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu,» dió el suyo al Señor. Tambien dice san Antonino que estando san Frontino, obispo petragoricense, que ahora llaman de Perigueux (á donde habia sido enviado del apóstol san Pedro) diciendo misa, le apareció un ángel y le dijo, que fuése á enterrar á santa Marta, y le llevó á Tarascon donde fué su muerte, y se halló á su entierro, é hizo el oficio en compañía del mismo Cristo que le ayudó á enterrar: porque así honra Dios á los que le honran, y con semejantes favores paga los servicios que por su gracia se le hacen. Pedro Galesino dice, que escribió la vida de santa Marta en hebreo y Marcela, su criada, y que la tradujo en latin Síntico, aunque al cardenal Baronio le parece aquella vida escrita por algun autor mas moderno, y digna de ser examinada. Celebra la fiesta de santa Marta la Iglesia el dia de su muerte, que fué á 29 de julio, año de 84, imperando Domiciano. Hizo nuestro Señor muchos milagros por esta bienaventurada santa, entre los cuales fué uno dar salud á Clodoveo rey de Francia, estando muy enfermo y orando al sepulcro de santa Marta.

Los santos Simplicio, Faustino, y Beatriz, hermanos mártires.—El mismo dia de santa Marta hace la santa Iglesia conmemoracion de los santos mártires, Simplicio, Faustino y Beatriz, su hermana, los cuales murieron en Roma por la fé de Cristo en la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano. Simplicio y Faustino fueron presos: y visto que estaban muy constantes en la fé, un vicario del emperador los mandó atormentar, y despues degollar, y echar sus cuerpos en el rio Tiber. Su santa hermana Beatriz los recogió y les dió sepultura, y despues se retiró en casa de una santa viuda, llamada Lucina, que de dia y de noche, no se ocupaba sino en oracion, penitencia y obras de piedad. Siete meses duró esta santa compañía; mas permitió el Señor que un hombre poderoso, llamado Lucrecio, se cegase con la codicia, y pretendiese quitar á santa Beatriz una heredad que tenia, para juntarla con otra suya. Para poderlo hacer mas facilmente, y sin costa suya, entendiendo que era cristiana, la hizo llamar para que sacrificase á los dioses: y como ella claramente confesase que era cristiana, y que de ninguna manera adoraria álos dioses de palo y piedra, la hizo echar en la cárcel, y de noche darle garrote. Con este género de muerte la gloriosa vírgen y mártir Beatriz pasó de esta vida mortal á la eterna, y su santa compañera Lucina enterró su cuerpo junto á los de Simplicio y Faustino, sus hermanos: y despues el papa Leon, II de este nombre, edificó un suntuoso templo en Roma, y trasladó á él los cuerpos de estos santos mártires. Mas para que se vea, cuan mal suceden los consejos que se toman con la codicia, y que el Señor al cabo descubre y castiga las marañas y artificios de los hombres malvados; es bien que se sepa, que Lucrecio, despues de la muerte de santa Beatriz, se apoderó de su posesion y heredad (que fué el motivo de hacerla matar, aunque con achaque y color de religion), y el dia que se apoderó de ella, hizo un convite solemne á algunos amigos suyos, y estando en él con mucha chacota y alegría, mofándose de los santos mártires y no cabiendo de placer, y por verse señor de la hacienda de ellos; se halló presente una mujer con un niño en los brazos; á quien daba el pecho; y el niño, movido de Dios, con voz clara y que todos le entendieron, dijo: Oye, Lucrecio, mataste y poseiste y caiste en manos de tu enemigo. Quedó pasmado Lucrecio: perdió el color y helósele la sangre: entró luego el demonio en él; atormentóle cruelmente por espacio de tres horas, y espiró con gran daño de su alma, y gran provecho de muchos, que con este ejemplo entendieron que hay premio para el bueno, y castigo para el malo: y que Dios quita la máscara al embuste y arti-

ficio, y lo que se alcanza por malas mañas, es cuchillo y veneno, para el que usa de ellas para alcanzarlo. Celebra la Iglesia fiesta de estos santos en 29 de julio que fué el dia de su martirio, año del Señor de 302, imperando Diocleciano y Maximiano. Hacen mencion de ellos todos los Martirologios, el romano, el de Beda, Usuardo, y Adon: y en los actos de san Antimio, mártir, se escribe la suma de su martirio.

SAN FÉLIX II, PAPA Y MÁRTIR. — Con estos santos junta la Iglesia el mismo dia el martirio de san Félix II, papa y mártir, que fué romano de nacion, hijo de Anastasio, y como escribe Dámaso, tuvo la silla de san Pedro un año y tres meses. Juntó concilio en Roma, y condenó él al emperador Constancio, arriano, mostrándose enemigo de herejes, y valeroso y constante pontífice. Cobráronle tan grande odio por esto los arrianos, que le quitaron la vida: y la santa Iglesia le celebra por mártir. Su santo cuerpo se halló en Roma á los 28 de julio, que es la víspera de su martirio, en la diaconía de los santos Cosme y Damian, en una arca de mármol, con una letra que decia: « Este es el cuerpo de san Félix, papa y mártir, el que condenó á Constancio. » Fué esto el año de 1582, siendo sumo pontífice Gregorio XIII, de feliz recordacion. Hizo una vez órdenes en el mes de diciembre, y en ellas ordenó veinte y un presbíteros, y cinco diáconos, y diez y nueve obispos. Y porque en las cosas de san Félix hay muchas dificultades, y gran variedad en los autores, así en la verdad, modo y tiempo de su pontificado, como de su martirio, teniendo lo que aquí habemos referido por lo mas cierto y mas comun, los que quisieren ver mas á la larga lo que toca á san Félix y á Liberio su predecesor, lean el tercer tomo de los Anales del cardenal Baronio, y el primer tomo de las Controversias contra los herejes, del cardenal Roberto Belarmino, que lo traen grave y acertadamente.

* LAS SANTAS LUCILA Y FLORA, VÍRGENES, LOS SANTOS EUGENIO, ANTONINO, TEODORO Y DIEZ Y OCHO COMPAÑEROS SUYOS TODOS MÁRTRES. — Las únicas noticias que se tienen de estos santos son que sufrieron el martirio en Roma durante el reinado de Galieno.

SAN OLAVO, REY Y MÁRTIR. — Fué rey de Noruega, y libertó sus estados de la servidumbre de los suecos. En 1013 fué á Inglaterra donde prestó grandes servicios á su rey Etelvedo contra los dinamarqueses, y en seguida fué á Suecia á pelear contra los suecos en su mismo pais; pero habiendo hecho la paz con su rey Olavo Scot, se casó con su hija. Desde entonces todos los cuidados del ilustre rey se fijaron en proveer á las necesidades espirituales de sus pueblos. Hizo ir de Inglaterra monges y otros eclesiásticos recomendables por su sabiduría y piedad, y habiendo hecho consagrar obispo al mas distinguido de todos ellos, lo puso á su lado y no se separó nunca de sus consejos. A ellos fueron debidas una multitud de leyes utilísimas que publicó llenas de sabiduría, aboliendo todo cuanto era contrario al espíritu del Evangelio en la Noruega y la Islandia. Habiéndose restablecido la paz en todos los paises de su obediencia, trabajó Olavo en extirpar en todas partes las supersticiones de la idolatría. Recorria las ciudades y pueblos en persona para exhortar á sus súbditos á abrir los ojos á la luz del Evangelio que les predicaban los misioneros que le seguian, y mandaba demoler cuantos templos de ídolos encontraba. Rebeláronse los paganos contra la conducta del rey, y sostenidos por los socorros que Canuto les habia mandado de Inglaterra, le atacaron, le vencieron y echaron de sus estados. Refugióse entonces Olavo en Rusia, de donde volvió algun tiempo despues, para organizar un ejército y recobrar su reino; pero fué vencido tambien y asesinado, el dia 29 de julio del año 1030, habiendo reinado diez y seis años. Fué enterrado en Drontheim, y al año siguiente de su muerte, fué ya venerado sobre los altares.

SAN GUILLERMO, OBISPO Y CONFESOR. — Nació en Bretaña y se hizo recomendable por la inocencia de sus costumbres, por su mansedumbre y por el amor á la mortificacion. Joselin, obispo de San Briese, le confirió las sagradas órdenes, y lo destinó al servicio de su Iglesia. Guillermo desempeñó su santo ministerio con mucho zelo en toda la diócesis, hasta que despues de algunos años, en 1220, estando vacante aquella misma silla episcopal, fué elegido para ocuparla. Sus tesoreros fueron siempre los pobres; y no contento con darles cuanto tenia, buscaba personas que les diesen tambien. Ordinariamente dormia sobre el duro suelo, y vivia como un anacoreta. Despues de haber ilustrado á su rebaño y de haberlo alimentado con la doctrina de la verdad, murió Guillermo el dia 29 de julio del año 1234, y fué canonizado solemnemente por el papa Inocencio IV, en 1253.

SAN PRÓSPERO, OBISPO Y CONFESOR. — Floreció durante el siglo V de la Iglesia, y en el año 454 fué consagrado obispo de Orleans. Distinguióse no solo por su vida ejemplar, si que tambien por su zelo contra los semi-pelagianos. Obró muchos milagros, y estuvo dotado del don de profecía. Sus diocesanos le querian tanto, que cuando murió vistieron luto público la mayor parte de las poblaciones de su diócesis, y en todas partes fué llorado como el padre comun de todos. Ignórase la época fija de su muerte, y solo se sabe que asistió á varios concilios celebrados en las Galias por los últimos años del siglo V.

SAN GALINICO, MÁRTIR. — Natural de Grecia, fué educado desde la infancia en la religion cristiana, cuyas virtudes hizo resplandecer en todas las acciones de su vida. Condujo á muchos á los caminos de la religion, ya con sus exhortaciones, ya con sus ejemplos, por cuyo motivo fué preso y llevado al tribunal de los paganos, en el que confesó libre y generosamente á Jesucristo. Airado el juez con las palabras del esforzado atleta, lo condenó á ser azotado con varillas de hierro, despues á ser descarnado por medio de peines de acero, y en seguida le calzaron unos zapatos llenos de agudísimas puntas, obligándole á correr mucho rato con ellos. Fortificado el santo en medio de tantos suplicios por la virtud del cielo, sufria con resignacion aquellos dolores y cantaba las divinas alabanzas, hasta que fué metido en un horno encendido, y entregó allí su alma al Criador. Su martirio sucedió en Gangra de Paflagonia á mediados del siglo II.

SAN FAUSTINO, CONFESOR. — Fué discípulo de san Félix, obispo, á cuyo martirio asistió, no abandonándole hasta despues de muerto y sepultado. Estando despues orando junto á su sepulcro, mereció gozar de la vision de los ángeles y ser recreado con sus cánticos. Fué varias veces perseguido, azotado, maltratado y estropeado por los gentiles; pero habiendo marchado á la soledad, acabó en ella santamente sus dias, siendo ilustre en milagros, y venerado en la ciudad de Todi donde se conservan sus reliquias.

SANTA SERAFINA, VIRGEN. — Nació en Galicia de España, de padres idólatras, y fué convertida á la religion cristiana por las instrucciones y predicacion del apóstol Santiago, que la bautizó y la encaminó por las vias de la perfeccion. Guardó perpetua virginidad, y murió coronada de méritos por los últimos años del siglo I.

DIA 30.

SAN ABDON Y SAN SENEN, MÁRTIRES.—Los santos mártires Abdon y Senen fueron persas de nacion y caballeros principales, y muy ricos en su patria: los cuales, siendo cristianos y viendo padecer á los que lo eran graves tormentos y muertes atroces, imperando Decio y persiguiendo crudamente la Iglesia, se ocupaban en consolar las almas de los que padecian por Cristo, y en dar sepultura á los cuerpos de los que con muerte habian alcanzado la vida. Supo esto Decio: mandólos prender y traer á su presencia, y habiéndolos oido, y sabiendo por su misma confesion que eran cristianos, les mandó echar cadenas y prisiones y guardar con otros persas que habia cautivado, y tenia presos; porque queria volver á Roma, y entrar triunfando, y acompañado de todos estos presos y cautivos, para que su triunfo fuese mas ilustre y glorioso. Hízose así: entró en Roma el emperador con gran pompa y triunfo acompañado de gran multitud de persas cautivos, entre los cuales iban los santos mártires Abdon y Senen, ricamente vestidos, como nobles que eran, y como presos, cargados de cadenas y grillos. Despues mandó Decio á Claudio, pontífice del Capitolio, que trajese un ídolo, y le pusiese en un altar, y exhortóles que le adorasen; porque así gozarian de su libertad, nobleza y riquezas: mas los santos con gran constancia y firmeza le respondieron, que ellos á solo Jesucristo adoraban y reconocian por Dios, y á él habian ofrecido sacrificio de sí mismos. Amenazóles con las fieras; y ellos se rieron. Sacáronlos al anfiteatro, y quisieron por fuerza hacerlos arrodillar delante de una estatua del sol, que allí estaba: pero los mártires la escupieron: y fueron azotados y atormentados crudamente con plomos en los azotes: y estando desnudos y llagados, aunque vestidos de Cristo y hermoseados de su divina gracia, y puestos en el anfiteatro, soltaron contra ellos dos leones ferocísimos y cuatro osos terribles, los cuales se echaron á los piés de los santos mártires. El juez Valeriano atribuyendo este milagro á arte mágica, mandó que allí los matasen; y allí los despedazaron con muchas y crueles heridas que les dieron: y sus almas hermosas y resplandecientes subieron al cielo á gozar de Dios, dejando sus cuerpos feos y revueltos en su sangre: los cuales estuvieron tres dias sin sepultura, para escarmiento y terror de los cristianos; pero despues vino Quirino, subdiácono (que se dice escribió la vida de estos santos), y de noche recogió sus cuerpos y los puso en una arca de plomo, y los guardó en su casa con gran devocion: é imperando el gran Constantino, por divina revelacion fueron descubiertos y trasladados al cementerio de Ponciano. Celebra la Iglesia fiesta de estos santos el dia de su martirio, que fué el 30 de julio, año del Señor 254, imperando Decio. Hace mencion de ellos el Martirologio y breviario romano, Usuardo, y Surio, en la vida de san Lorenzo, etc.

LAS SANTAS MÁXIMA, DONATILA Y SEGUNDA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.—Estas santas padecieron el martirio durante la persecucion de Valeriano y Galieno, en África, en el lugar llamado Tuburbo Lucernerio. Las dos primeras sufrieron crueles tormentos, les dieron á beber hiel y vinagre, las estiraron en el potro, las revolcaron sobre las parrillas embarnizadas con cal; Segunda, que solo contaba doce años, se unió á las otras y fueron juntas expuestas á las fieras, y como no recibieron lesion alguna, fueron las tres degolladas.

SANTA JULITA, MÁRTIR.—Los primeros edictos de Diocleciano publicados contra la Iglesia en el año 303, declararon á los cristianos infames, despojados de los privilegios que daba la cualidad de ciudadano, é indignos de la proteccion de las leyes. Conjurando de este modo todo el mundo contra ellos, pensaba el emperador exterminar hasta su nombre, ignorando que el cristianismo nunca se presenta mas triunfante, que cuando los que le profesan parecen vencidos por la muerte, y que esta religion divina, elevando á los hombres sobre su propia debilidad, los hace victoriosos del mundo y del infierno. El martirio de santa Julita fué una prueba de esta verdad. Esta santa, que vivia en Capadocia, era muy rica en tierras, en bienes muebles y en esclavos. Un hombre poderoso de la misma ciudad la despojó por medio de la violencia de la mayor parte de lo que poseia, y cuando ella quiso presentarse delante del juez para pedir justicia, él la acusó de ser cristiana. En seguida mandó el juez que trajesen fuego é incienso, y ordenó que sacrificase á los ídolos; pero Julita le respondió generosamente: Podeis despojarme de mis bienes y darlos á los extraños; podeis asimismo quitarme la vida despues de haber destrozado mi cuerpo; pero nunca conseguireis lo que de mi exigís, porque estoy resuelta á no permitirme nada que pueda desagradar á Dios: perdiendo lo poco que poseo en la tierra, ganaré los tesoros del cielo. Semejante respuesta irritó extraordinariamente al juez, y confirmó al usurpador en la posesion de lo que habia robado, condenando al fuego á la sierva de Jesucristo. Julita escuchó su sentencia con alegría y complacencia, dando gracias á Dios por el singular beneficio que le dispensaba. Al mismo tiempo exhortó á los demás cristianos á permanecer constantes en la fé y á perseverar con fervor en el cumplimiento de las leyes de Dios. Admirados los paganos, no sabian comprender cómo una persona de su sexo, de su edad y de su rango, hacia con tanta constancia el sacrificio de todas las ventajas que le ofrecia el mundo. Y admiraban sobre todo la intrepidez con que despreciaba la muerte. Estando ya todo preparado para el suplicio, ella misma se metió espontáneamente en la hoguera, donde acabó su preciosa vida. Parece que la ahogó el humo, porque habiéndose alzado las llamas á su alrededor en forma de arcada, no tocaron absolutamente á su sagrado cuerpo, el cual recogieron los cristianos entero, dándole sepultura en el vestíbulo de la grande iglesia de Cesarea. En 375 san Basilio hizo el panegírico de esta santa, y habló de muchos favores dispensados á los fieles por su intercesion.

SAN RUFINO, MÁRTIR.—Nació en la ciudad de Asis, de noble familia, pero entregada á las supersticiones del paganismo. Por un milagro de la divina Providencia conoció Rufino la verdad evangélica, y la abrazó y la amó tan extraordinariamente, que no contentándose con profesarla él, quiso hacer cuantos esfuerzos pudo para hacerla conocer y abrazar á los demás. Vivió algunos años como un apóstol an-

dando de un lugar á otro, predicando, enseñando, catequizando y bautizando, hasta que en la persecucion de Diocleciano fué detenido en el curso de sus conquistas, y martirizado, muriendo en su misma patria por los años de 300. San Pedro Damian habla de este santo con particulares elogios, recordando sus maravillosas acciones, su fervoroso zelo y la constancia é igualdad de ánimo con que se sobrepuso á todas las penalidades y persecuciones de la vida.

SAN URSO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué francés de nacion, y entró desde muy jóven en la carrera eclesiástica. Pasó por los grados inferiores de la clerecía, resplandeciendo siempre en eminentes virtudes. Por los primeros años del siglo VI fué elegido y consagrado obispo de Auxerre, cuya Iglesia gobernó mucho tiempo en prudencia y santidad. Asistió á casi todos los concilios de su tiempo; hizo tres viajes á Roma para tratar asuntos eclesiásticos; fué íntimo amigo de los papas Juan I y Félix IV que le confiaron varias comisiones importantes, y despues de haber sido modelo de pastores y espejo de toda clase de virtudes, murió pacíficamente en el Señor, en medio de su rebaño, á mediados del mismo siglo VI. Su cuerpo fué sepultado en la catedral de Auxerre, donde se han obrado grandes portentos por su eficaz intercesion.

DIA 31.

SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR.— Así como cuando el pueblo hebreo estaba mas oprimido de sus enemigos corporales, levantaba Dios esforzados capitanes, que le librasen y defendiesen de ellos, como Moisés, Gedeon, Sanson, Samuel, David y otros esclarecidos varones: y como cuando el rey de Israel volvia las espaldas á Dios con mayores idolatrías y abominaciones, tuvo un Elías que miró con gran zelo por su honra divina; así tambien en la Iglesia cristiana, cuando mas combatida ha estado de sus enemigos espirituales, ha levantado insignes santos, que la defiendan y se opongan á la furia de sus contrarios, como fué san Atanasio, san Agustin, san Cirilo, san Bernardo, santo Domingo y san Francisco; y en el tiempo mas calamitoso de todos, cuando á tan principales miembros de la cristiandad, como Alemania, Polonia, Hungría, Bohemia, Inglaterra, Francia y otras provincias, con mil cabezas y bocas despedazaba á unas, y amenazaba á otras la hidra infernal, vertiendo la ponzoña de todas las herejías antiguas, y otras nuevas; levantó Dios un excelente capitan, proporcionado á tan grandes necesidades, para que defendiese su ciudad santa, resistiese á los enemigos y reedificase por una parte lo que ellos habian asolado por otra. Este fué san Ignacio de Loyola, que vino al mundo, cuando parece que todo él habia de perecer, como dice un concilio tarraconense: «Este capitan Ignacio. Dios le dió á su Iglesia con singular providencia en estos tiempos, para que como atlante sustente al mundo con los hombros de su doctrina y piedad.» Vino como un nuevo Elías, para volver por la honra y gloria de Dios, que nó solo de un reino de Israel, sino de muchos de Europa estaba despreciada y hollada; y así tomó por blason la mayor gloria de Dios. Y como el zelo de Elías se extendia á comunicar su espíritu á Eliseo, su discípulo, y recojer otros muchos que mirasen por la honra divina; tambien el ardiente zelo de san Ignacio reventó fuera de su pecho, comunicando su llama á san Francisco Javier, apóstol de la India, recogiendo muchos otros discípulos, y animándoles con su espíritu, con los cuales fundó la religion de la Compañía de Jesus, para la reduccion de las herejías, conversion de la gentilidad, defensa de la silla romana: de lo cual precedieron insignes profecías y prodigios.

Nació san Ignacio, para tanta gloria de Dios y remedio de innumerables almas, en la provincia de Guipúzcoa en España, año de 1491: fué hijo de Bertran Yañez de Oñoz y Loyola, señor y cabeza de su casa: su madre se llamó doña María, ó Mariana Saez de Balda, hija de los señores de la casa y solar de Balda. Son estas dos casas de Loyola y Balda de parientes, que llaman «mayores,» y de las principales de aquella provincia. Mostró desde niño san Ignacio un vivo y despierto ingenio: fué enviado de sus padres á la córte de los reyes Católicos, para que allí se criase con otros de su calidad; y como era de altos pensamientos, y grande y brioso ánimo, se inclinó á las armas, en que se señaló mucho; mas entre la licencia militar tuvo siempre respetos nobilísimos. En los lugares que los capitanes dieron á saco á los soldados, como fué Nájara y otros, aunque Ignacio fué el que mas peleó, no quiso tomar nada, con ver lo mucho que se enriquecian sus compañeros. Reverenciaba con particularidad los sacerdotes: nunca le vieron perjurar, ni decir palabras desgarradas y de blasfemia, como suelen los soldados. Con los que se desafiaba, con no tener miedo á nadie (pues tal vez aconteció que él solo hiciese huir una calle de hombres), por cualquier ocasion se reconciliaba de corazon, quedándoles fidelísimo amigo. Á sus enemigos no les mostraba mala voluntad; ántes les hacia presentes con muestras de buena voluntad. Su genio agudo no le empleaba en cosas lascivas; hizo entre el ruido de las armas un poema español en honra de san Pedro. Sucedió que los franceses pusieron cerco al castillo de Pamplona, estando en su defensa Ignacio, que le defendió con admirable esfuerzo, hasta que fué herido en la pierna derecha, de manera, que casi le desmenuzó los huesos, y una piedra del muro, que con la fuerza de la pelota resurtió, le maltrató la pierna izquierda: lo cual sucedió el segundo dia de pascua del Espíritu Santo, año de 1521. Con esto fué ganado el castillo de los franceses, que trataron á Ignacio muy cortesmente, y le enviaron á los suyos. El mal creció de manera, que habia poca esperanza de su vida; pero nuestro Señor en el mayor peligro le socorrió, enviándole la víspera de su fiesta al gloriosísimo príncipe de los apóstoles san Pedro de quien era muy devoto, y le apareció, como quien le venia á favorecer y le traia la salud. Con esta visita del santo apóstol, comenzó á mejorar y convalecer nuestro soldado, pagando el glorioso apóstol á su devoto el poema que le habia dedicado, escogiéndole como singular defensor de su silla, en la convalecencia pidió Ignacio algun libro de caballería para entretenerse, y le trajeron dos libros, uno de la vida de Cristo y otros de vidas de santos, por no haber otros. Encendióse tanto con su leccion, que determinó hollar el mundo totalmente y no seguir sus pisadas: para lo cual determinó ir á Jerusalen para ayudar allí á los cristianos que hubiese, y reducir á los infieles, hecho predicador de los turcos y moros hasta alcanzar el martirio. Una noche se levantó de la cama (como muchas veces solia) á hacer oracion, y puesto de rodillas delante de una imágen de nuestro Señor, con humilde y fervorosa confianza se ofreció por medio de la

gloriosa Madre al amoroso y piadoso Hijo por soldado y siervo suyo fiel, prometiéndole de seguir su estandarte y dar de coces al mundo. Al mismo tiempo que él hacia esta oracion, se sintió en toda la casa un estallido muy grande, y el aposento donde estaba tembló, quebró una vidriera que en él habia. Temia mucho la flaqueza de su carne; mas la sacratísima Vírgen y soberana Reina de los ángeles, á quien él entrañablemente se encomendaba, estando velando una noche, se le apareció con su preciosísimo Hijo en los brazos, y con su celestial visitacion le infundió el Señor tanta gracia y le trocó de manera, que borró de su alma todo torpe y deshonesto deleite, y desde aquel punto hasta el último de su vida guardó limpieza y castidad sin mancilla, con grande entereza y puridad. Habiendo sanado de las heridas, con ocasion de visitar al duque de Nájara, se partió para nuestra Señora de Monserrate, acompañado de dos criados, á los cuales despidió en el camino, dándoles de lo que llevaba. Desde el dia que salió de su casa, tomó por costumbre el disciplinarse muy ásperamente cada noche: lo cual guardó por todo el camino; y encendido en el amor de Dios y abrasado del celo de su honra, referia ya todo lo que hacia y pensaba hacer á mayor gloria divina, que este fué siempre como el blason de san Ignacio, y como el alma y vida de todas sus obras. Tambien en este camino hizo voto de castidad, y ofreció á Cristo nuestro Señor y á su santísima Madre la pureza de todo su cuerpo y alma, con singular devocion y deseo fervoroso de alcanzarla; y alcanzóla tan entera y cumplida como dijimos. Llegó á Monserrate, donde hizo una confesion general: cosa bien desacostumbrada en aquel tiempo. Colgó su espada y daga delante del altar de nuestra Señora; y dando los vestidos costosos á un pobre, se vistió de un saco despreciado y aspérrimo que le juzgaban todos por cilicio de cerdas, velando delante de la Vírgen toda una noche hasta la mañana, que fué dia de su Anunciacion, dedicándose á Dios por medio de su Madre para nueva milicia: porque así como los soldados y caballeros velaban en España las armas; así él veló las de la milicia espiritual y penitencia. Entre ellas fueron una cadena de hierro con que se habia de ceñir para afligir su cuerpo, y otras cadenas mas delgadas para disciplinarse cruelmente. De allí partió á Manresa, donde por espacio de un año hizo en el hospital de Santa Lucía, y en una cueva cerca de un rio, rigurosísima penitencia, y vida santísima y de suma aspereza: y fué tanta la devocion que le cobraron los del lugar, que habiendo ya tantos años que esto pasó, hay hoy dia en Manresa muy fresca memoria y grandes rastros de la vida que allí hizo, y los naturales de aquella ciudad frecuentan con devocion los lugares en que estuvo y en que hacia oracion, pidiendo á nuestro Señor favor por su intercesion, y tienen puesta una pirámide para perpetua memoria, en que está escrita la penitencia y ejemplo de vida que dió allí el siervo de Dios.

Las elevaciones, raptos y éxtasis eran en el santo continuas y cuotidianas: muchas veces se le pasaban las noches de claro en aquella dichosa cueva de sol á sol, como á otro san Antonio, y le hallaban los ojos fijos en el cielo, con un semblante de un serafin hecho un fuego, arrobado y suspenso en Dios. Una vez tuvo un rapto maravilloso que le duró toda una semana desde sábado á sábado, en el cual le mostró el Señor grandes cosas, y el modelo de la religion que queria que fundase: porque así como al apóstol san Pablo en los tres dias que fué arrebatado al tercer cielo, le mostró Dios que le habia escogido por vaso de eleccion y doctor de las gentes, y le enseñó la traza y gobierno de las Iglesias y jerarquía eclesiástica, á imitacion de la celestial; así tambien á su modo le fué mostrado á san Ignacio, que Dios le habia escogido para fundador de una religion que habia de ser de gran fruto en la Iglesia, enseñándole la forma é idea de cómo queria ser servido en ella. La misma traza y fin de su religion le mostró el Señor por el mismo tiempo en una maravillosa revelacion, en que vió á dos compañías de soldados contrarios, una en el campo de Babilonia, de quien era capitan Lucifer y otra en un muy ameno campo de Jerusalen, de que era caudillo Jesucristo: de donde salió san Ignacio con este espíritu de juntar soldados y compañía para Jesus. Entre otras admirables cosas que por este tiempo reveló y enseñó Dios á su siervo, fué el libro de los ejercicios, con el cual ganó los compañeros que juntó para fundar la Compañía, y ha hecho increible fruto en muchas almas. Este libro divino compuso san Ignacio, ó Dios por él sin haber estudiado nada, ilustrado del cielo, inspirado del Espíritu Santo y enseñado de la Vírgen santísima, como ella misma lo reveló á una gran sierva del Señor. Admiró tanto á la universidad de París la sabiduría divina que se encierra en este libro, que por él quisieron dar grado de doctor á san Ignacio ántes que hubiese estudiado la filosofía.

Casi un año estuvo en Manresa este siervo de Dios, haciendo la vida que habemos referido, pero el Señor que le queria para mayores cosas, le sacó de aquella soledad y le inspiró que fuése á visitar los sagrados lugares de Jerusalen, donde habia visto á su capitan Jesus. Para esto partió solo y pobre de Manresa para aquella larga jornada, confiando solamente en el Señor por quien la hacia, que le favoreció en toda ella con notables providencias, y le regaló visitándole muchas veces. El consuelo que recibió en aquellos santos lugares con la memoria de su Redentor, no se puede explicar: y cuanto era de su parte quisiera quedarse allí y predicar á aquellos infieles, juntando compañeros que le ayudasen á tan santa conquista; pero la disposicion de Dios era que en otra parte fundase religion: para lo cual volvió á España con determinacion de estudiar y lo hizo con grande pobreza y trabajos, edificacion y ejemplo de todos y conversion de muchos. Estudió en Barcelona, en Alcalá y Salamanca, donde padeció por el fruto que hacia en muchos, persecuciones, cárceles, cadenas, con gran gozo de su espíritu, saliendo siempre libre, y mas honrado y estimado por varon santo, no hablando él nada por sí. Últimamente, en la universidad de París donde tambien padeció graves persecuciones, acabó sus estudios y ganó para Dios los mas excelentes mancebos de aquella florida universidad en ingenio y letras. Uno de ellos fué san Francisco Javier, en quien por medio de unos ejercicios, derramó san Ignacio el fuego de amor de Dios que no cabia en su pecho, arrojando de él como de volcan divino, centellas de caridad en todos sus compañeros con que se abrasaban en amor de Dios y del prójimo. Hizo con ellos voto de ir á Jerusalen, acabados sus estudios y dejar todas las cosas del mundo con perpetua pobreza y castidad, para emplearse totalmente en ayudar á las almas; pero si dentro de un año no les fuese posible cumplir su promesa por falta de navegacion, ó una vez allá no les permitiesen quedar, hubiesen de volver á Roma y presen-

tarse al sumo pontífice para que les emplase en servicio de la Iglesia. Despues de graduado y acabado sus estudios le fué forzoso á san Ignacio, para cobrar la salud menoscabada con sus continuas abstinencias y mal tratamiento, el tornar á su tierra, donde hizo muchos milagros. Habiendo convalecido, partió para Venecia adonde habian de venir sus compañeros, y llegaron caminando á pié pasando grandes trabajos y peligros; y en uno en que no habia remedio humano, se les apareció un ángel que los sacó á salvamento y gobernó su camino: porque aunque estaba el santo ausente de ellos, no lo estaba para favorecerlos con sus oraciones. Ordenóse san Ignacio en aquella ciudad de sacerdote: y como faltase aquel año navegacion para Jerusalen, hubieron de ir á Roma conforme su determinacion. Postrados á los piés de su santidad, y declarando su intento, alabó el sumo pontífice su piedad y zelo; y admirado de aquel instituto, con espíritu de sumo pontífice dijo: *Digitus Dei est hic*: El dedo de Dios es este: afirmando que esperaba grande fruto en la Iglesia de aquellos pequeños principios; y trocándose milagrosamente los cardenales que no les parecia bien la institucion de nuevas religiones, año de 1540 confirmó la religion de la Compañía de Jesus con el cuarto voto especial de obediencia al sumo pontífice, para ir sin viático entre los infieles y moros para la salud de las almas. Y habiendo sido san Ignacio con unánime consentimiento de todos y repugnancia suya, elegido por prepósito general escribió las constituciones de la Compañía, con admirables ilustraciones, visiones y revelaciones del cielo, enseñándole el Espíritu Santo lo que habia de escribir.

Nueve fueron los compañeros de san Ignacio con que fundó la Compañía, de los cuales y de otros hijos suyos que se le juntaron, repartió luego por todo el mundo en Asia, África, Europa y América, excelentes obradores de la viña del Señor y predicadores de su Evangelio. Fueron hombres tan raros en virtudes y letras, muchos de ellos obradores de tan grandes milagros y todos de tan gran provecho, que admiraba á todos este nuevo instituto: del cual, como cosa de grande consideracion para reformacion del mundo, precedieron grandes profecías del abad Joaquin y otros. Y en tiempos mas cercanos á la fundacion de la Compañía de Jesus, una santa mujer llamada Reinolda, de conocida virtud en Alemania, la profetizó al padre Pedro Canisio, que despues fué como un apóstol de aquel imperio, y le avisó que habia de ser uno de ellos, con estas palabras: Tú, hijo mio, has de ser recibido en una nueva religion de clérigos, que Dios ya prepara para enviar á la Iglesia, para su reformacion y la salvacion de muchos. Yo lo he visto en vision que tuve y á tí que te allegabas á ellos: serán varones graves y doctos, modestos, llenos de Dios y de gran caridad y zelo de las almas. La bendita sor Magdalena Jaso, hermana de san Francisco Javier, monja descalza de Santa Clara de Gandía y de conocida santidad, aprobada con milagros escribió á su padre, ántes de fundarse la Compañía, la santidad y vida de apóstol que en ella habia de hacer su hermano, suplicando á su padre no perdonase á gasto, porque perseverase en los estudios. La esclarecida Arcangela Panigarola, que murió en Milan año de 1525 en el monasterio de Santa Marta, entre otras profecías suyas, fué clarísima la que dijo de la Compañía, que presto habian de venir á ayudar á reformar la Iglesia unos sacerdotes que habian de trabajar en la conversion de todo el mundo como unos nuevos apóstoles, y que se habian de llamar de la Compañía de Jesus: de la cual profecía fué testigo todo el convento. La venida de los de la Compañía á Etiopia, y especialmente del patriarca Andrés de Oviopo, ántes de la institucion de la Compañía de Jesus estuvo profetizada, y se supo en aquel imperio como confesaron los mismos infieles y cismáticos.

Como Dios nuestro Señor habia escogido á san Ignacio para cabeza y fundador de obra tan grande, le levantó á un raro primor de espíritu y alteza de santidad, llenándole de sus dones y favores con insignes visitaciones del cielo y profecías. Obró grandes milagros en vida y en muerte: y lo que mas es, actos de virtudes heroicas, y obras utilísimas á la Iglesia; de todo lo cual iremos diciendo en particular; y ántes de decir lo que san Ignacio hizo por Dios, diremos lo que su Majestad hizo en él, y cuánto lo previno con sus favores, adornando su espíritu y su cuerpo, para que fuese mas pura morada suya. Lo primero, dotó su alma de una sabiduría divina, infundiéndola un altísimo conocimiento de la divinidad, representándole unas veces las tres divinas personas, y otras, algunas de ellas: las cuales ilustraciones tenia principalmente, cuando decia misa, y por el tiempo que escribia las constituciones de la Compañía, como escriben los historiadores de su vida, y consta claramente de un libro, en que apuntó el santo los favores divinos que recibia. Las cuales visiones fueron tan claras, y penetraron tanto de Dios, que don Sancho de Ávila, obispo de Plasencia, y el P. Diego Álvarez, con otros doctores señalados, así en teología escolástica como mística, y conocidos en todo el mundo por sus escritos, han afirmado, que si es verdadera la opinion de santo Tomás y de insignes Padres de la Iglesia, que juzgaron que algunos santos, estando en esta vida, vieron la esencia divina clâramente, como Moisés, san Pablo, san Agustin, san Benito; que lo mismo se ha de decir de san Ignacio. Y en un concilio de Cataluña, todos los obispos y prelados de aquel principado, escribiendo al papa Clemente VIII, dijeron de san Ignacio: «Muchas veces estando fuera de sí, y levantado sobre sí, vió como en un espejo el inefable misterio de la santísima Trinidad, trino en personas, y uno en la esencia.» El mismo santo escribió por sí mismo en aquel su memorial: que le fué mostrado, nó una vez, «el mismo Ser divino y la misma divina esencia:» y una vez pone á Dios por testigo de esto, diciendo así: «Conocia sentia, veia, *(Dominus scit)* que en el hablar al Padre, en ver que era una persona de la santísima Trinidad, me afectaba amar á toda ella, cuanto mas que las otras personas eran en ella esencialmente.» Y al principio de su fervorosa conversion, siendo hombre sin letras, fué tan altamente ilustrado acerca del misterio de la santísima Trinidad, en la unidad de la esencia y trinidad de personas, que compuso un profundo libro de este misterio, no teniendo entonces mas ciencia, ni enseñanza, que la luz del cielo, que le descubria con frecuentes revelaciones y visiones maravillosas los misterios mas altos de nuestra religion. Fué tambien cosa admirable, cómo se le manifestó el Espíritu Santo: porque estando escribiendo las constituciones de la Compañía, se le apareció de diversas maneras, y una vez del modo que bajó sobre los apóstoles, en una llama de fuego sobre la cabeza. Fuera de esto la sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor visitó muy de ordinario á san Ignacio. Cuando iba á Roma, á

fundar la Compañía, se le apareció con una luz clarísima Dios Padre, que encomendó á su Hijo, que venia con la cruz á cuestas, al mismo san Ignacio que estaba allí presente, y á sus compañeros: y volviéndose Cristo hácia su siervo Ignacio, con rostro afable dijo: Yo os seré propicio y favorable en Roma. De esta visita del cielo tan regalada salió san Ignacio con última determinacion de honrar á su religion con el nombre de Jesus. Cuando estaba en Manresa se le apareció varias veces el Salvador del mundo, como cuando andaba en él predicando, un hombre de treinta y tres años, resplandeciendo el rostro (que es conforme á lo que dice san Gerónimo) y muy hermoso, con una majestad y gravedad divina, con la cual se sonreia con san Ignacio, hablaba, y se llegaba tan cerca, que el santo con una gran reverencia que le tenia, no sabia qué hacerse, si hablar, ó llorar; mas el mismo Señor con una llaneza y afabilidad admirable continuaba la plática muchas horas, enseñando y dirigiendo á su fervoroso imitador. Camino de Venecia, siendo desamparado de todos y quedando sin remedio humano, se le apareció este Señor: dióle la mano, levantándole del suelo; y le consoló animándole á padecer mas por su amor, y le facilitó la entrada en Padua y Venecia. En el viaje de Jerusalen le visitó muchas veces y consoló: y estando en la Tierra Santa, un cristiano de los que llaman de la Cintura, le trató malamente; mas entre aquellas injurias se le apareció Cristo nuestro Salvador, que iba delante de él, y le acompañó hasta las puertas del convento de San Francisco. Estando oyendo misa el primer año de su conversion, vió clarísimamente, cuando alzaban, como estaba en la hostia Cristo Señor nuestro. Otra vez que fué preso, desnudo, acoceado, y de otras muchas maneras maltratado de unos soldados, se le representó Cristo de la manera que le llevaban preso por las calles de Jerusalen. Otras muchas veces se le apareció el Salvador, y le recreó con su presencia, así en Manresa como en otras partes. Fueron tambien muy señalados los favores que hizo la Reina de los cielos á su devoto hijo san Ignacio: porque fuera de la regaladísima visita que le hizo, cuando le trajo el don de la castidad, y los favores que recibió el santo padre de la Madre de Dios, cuando escribió el libro de los Ejercicios con su enseñanza; tambien cuando escribia las constituciones de la Compañía, vió, estando consagrando, á Dios Padre muy propicio y benigno, y que le daba á entender serle muy agrable que la Vírgen rogase por él: y luego vió á esta Señora que oraba por él, y le encomendaba al Padre eterno; y le mostró que su misma carne era la que tenia en la carne de su Hijo presente en la hostia. En este mismo tiempo, deseando saber si lo que escribia era agradable á Dios, se le apareció tambien la Vírgen, y aprobó y confirmó las constituciones de su religion, que habia escrito: que no fué una vez sola. Otras muchas veces le visitó la Reina de los ángeles, y consoló y mostró como intercedia por él con Dios. El eminentísimo cardenal Ludovisio afirma, que mas de treinta veces visiblemente fué visitado y favorecido de Cristo Señor nuestro y de su santísima Madre: lo cual se debe entender (como consta de los procesos de su canonizacion) de solos los ocho meses últimos que estuvo en Manresa: y esto es, de lo que se sabe; que otras muchas veces mas serian.

Los demás cortesanos de la casa de Dios no se desdeñaban de su familiar trato, conversando con él los santos y espíritus soberanos. La primera visita que tuvo san Ignacio, fué de san Pedro, como ya hemos dicho, cuando estando desahuciado de los médicos se le apareció este santo apóstol, y le sanó milagrosamente: y no fué sin conveniencia este favor del cielo, que á quien habia escogido Dios para defender su Iglesia y dilatar su fé, viniese á curar el que fué su primera piedra y príncipe despues de Cristo: señal manifiesta de su proteccion y providencia que tiene san Pedro de su silla, solicitando la salud de quien la habia de defender y honrar, y sujetar muchos á ella con especial voto de obediencia, en tiempo que se le negaban grandes monarquías. Esta proteccion de san Pedro se mostró en otros sucesos: y no es de poco argumento haber recibido san Ignacio semejantes favores que el santo apóstol, pareciéndole en la firmeza de la fé, revelacion de sus misterios y en el don de lágrimas, en el ardiente amor de Cristo y sus ovejas, en la aparicion semejante del Hijo de Dios, encontrando uno y otro santo en el camino de Roma á Cristo con la cruz á cuestas. En la fundacion de la Compañía en Roma hubo otras proporciones con el santo apóstol, hasta la resistencia que hizo al generalato, fué en el mismo lugar que san Pedro fué crucificado: y el admitir, aunque por fuerza, el cargo del gobierno de la Compañía, fué por el mismo tiempo que san Pedro recibió el de la Iglesia de apacentar las ovejas de Cristo. Tambien se aparecieron á san Ignacio muchas veces los ángeles y otras almas santas. Estando en el Monte Casino, queriendo rogar á Dios por la salud del devoto P. Diego de Hozes, que conoció estaba enfermo, vió de repente el alma de dicho padre, que fué el primero que murió de la Compañía, llena de resplandores de gloria, que la llevaban al cielo muchos ángeles: lo cual sucedió en el mismo lugar que á san Benito aconteció otra revelacion semejante con la muerte de san German, obispo de Capua. Poco despues estando diciendo misa san Ignacio, vió un coro hermosísimo de santos, y entre ellos al dicho padre, que con grande resplandor sobresalia entre todos: á tanto grado de perfeccion subió en los pocos dias que vivió en la Compañía. Estando enfermo el P. Juan Coduri, uno de los compañeros de san Ignacio y fundador de la Compañía, fué á decir misa por él su santo padre á la iglesia de san Pedro «de Monte Aureo;» mas en el camino, levantando los ojos al cielo, vió el alma del dicho P. Coduri muy resplandeciente entre coros de ángeles que le subian al cielo; y vuelto san Ignacio á su compañero, le dijo: Tornemos á casa; que ya ha muerto el maestro Juan Coduri: tan dichosamente dieron principio estos benditos padres á los muchos que, muriendo en la Compañía, se habian de salvar, queriendo Dios consolar á san Ignacio, manifestándole la gloria de sus hijos. Muchas veces oia, aun con los sentidos exteriores, músicas suavísimas de los ángeles y una armonía inexplicable, que le hacia deshacerse en lágrimas: principalmente en la misa le regalaba Dios por medio de los espíritus celestiales, los cuales enviaba del cielo, para que le diesen á gustar del contento y alegría que hay en la gloria, y no se halla en esta vida: y así puestos á coros encima del altar, donde decia misa, todo el tiempo que duraba (y era fuerza que durase mucho), entonaban celestiales canciones, y con suavísima armonía le daban música al bendito padre; y esto no fué una, sino

muchas veces. Con tal música y representacion de la gloria, no es mucho se arrebatase, y perdido el color desfalleciese, y al volver en sí le causaban tan grande hastío las cosas del mundo, que tenia por martirio y muerte el vivir.

Estos favores recibió singularmente en el tiempo que escribia las constituciones de la Compañía de Jesus; y en el mismo tiempo vió otra vez á todos los santos reinando con Cristo en el cielo con un modo que él confesaba no se podia explicar con palabras. Tan familiar del cielo, y como tan de casa era san Ignacio, que los ángeles y bienaventurados le trataban como compañero, conversando con él familiarmente: la Vírgen, como hijo, regalándole con sus visitas: Cristo, como hermano, ayudándole con su presencia, y la santísima Trinidad, como amigo fiel, no teniéndole cosa cerrada.

Como escogió Dios á san Ignacio para maestro de muchos santos, quiso su Majestad divina por sí mismo enseñarle; y así la infundió una sabiduría sobrenatural y maravillosa, no solo de la vida espiritual, en la cual sin enseñanza humana se halló de repente maestro, casi desde el principio de su conversion; pero de misterios altísimos y conocimiento de los corazones de aquellos con quienes trataba. Luego al primer año de su conversion, queriendo visitar la capilla de San Pablo, que está fuera de Manresa, en el camino recibió en un momento tan grande luz del cielo, y tan admirable sabiduría, no solo de los misterios de nuestra fé, sino de otras cosas, y las mas útiles cuestiones de filosofía que vió clarísimamente, como en un espejo cristalino y puro, lo que despues de largos años de estudio y diligencia no pudiera haber alcanzado. Infundiósele despues un vivo conocimiento del modo que tuvo Dios en la creacion del mundo, por unas especies tan sobrenaturales, que era imposible declararlo con palabras. Con este privilegio aprendió otras muchas cosas del cielo, de suerte que él decia, que aunque no hubiese libros ningunos que tratasen ni dijesen las cosas de nuestra santa fé y sus admirables misterios, ni sagrada Escritura que los confirmase, él no dudaria de ellos, ni dejaria de dar la vida por su defensa: de manera que pudo decir con san Pablo: No he recibido ni aprendido esto de hombre nacido, sino por revelacion de Jesucristo: cosa tan admirable, que con mucha razon la observaron por particular privilegio concedido á muy pocos santos los auditores de Rota y los señores cardenales de la santa congregacion de Ritus en la relacion que hicieron al sumo pontífice de la gran santidad de este glorioso santo.

Todo esto fué en el primer año de su conversion; porque despues aun tuvo mayores ilustraciones, y oyó mas frecuentes lecciones del cielo, así en el camino de Roma, cuando iba á fundar la Compañía de Jesus, como cuando en Roma escribia sus leyes, en el cual tiempo era muy frecuentemente ilustrada su alma con muy vivas y penetrantes luces. En todas estas ilustraciones era increible el gozo de su alma, durándole por mucho tiempo las especies de ellas, donde quiera que andaba, y en cualquiera cosa que hacia, estando como fuera de su cuerpo; de modo, que no parecia que vivia en carne, enajenado todo, y absorto en Dios. Por esta sabiduría del cielo tenia tanta estima el papa Marcelo II del parecer de san Ignacio, que como los discípulos de Pitágoras afirmaban de su maestro, afirmaba el pontífice: Esto se ha de hacer; porque así le parece á Ignacio.

Con tan divina sabiduría escribió san Ignacio algunos libros, enseñado del cielo solamente, á quien tuvo por único maestro. El primer libro que escribió, ilustrado de Dios, fué en el año primero de su conversion, cuando ni gramática sabia: y era todo él de la santísima Trinidad, y tenia cerca de ochenta hojas, declarando de la manera que pudo, con muchos y muy propios ejemplos, y de semejanza, aquel misterio, con admiracion y espanto de aquellos que con él trataban de esta materia. El otro libro fué de los Ejercicios, que escribió casi por el mismo tiempo, sin tener letras ningunas, solo por inspiracion de Dios y enseñanza de la Vírgen, en el cual encerró, con admirable sabiduría en todo, varios modos de orar y contemplar para hacer gran provecho en las almas, juntando admirables preceptos para formar una vida santísima y divina enseñando gran discrecion de espíritu, y el modo para limpiar el alma de afectos y hacer eleccion de vida y quitar escrúpulos: todo con tan maravillosa arte y espíritu, que ha sido este libro un molde de hacer santos. Con él salieron tan grandes santos, san Francisco Javier, san Cárlos Borromeo y otros innumerables siervos del Señor, así religiosos y eclesiásticos, como otros seglares: por lo cual han confirmado y alabado este libro el papa Paulo III, los auditores de Rota, los cardenales de los sagrados Ritos y los tribunales de la Inquisicion, confesando que no se hizo con magisterio, sino con luz sobrenatural y ciencia infusa. El tercer libro es de las Constituciones de la Compañía, que como ya hemos dicho, escribió teniendo grandes ilustraciones y revelaciones, y despues las confirmó la Vírgen. Son tan admirables, que deseando los herejes hallar qué calumniar en ellas, y para esto haberlas leido muchos muy advertidamente; se han maravillado, como ellos mismos confiesan, de la prudencia mayor, que se puede alcanzar con caudal humano, que en ellas resplandece. El cuarto libro de san Ignacio fué uno, en que escribió visiones celestiales y favores con que le prevenia la divina Majestad, que fueron muy regalados. Escribió tambien muchas cartas llenas de espíritu y una sabiduría mas que humana. Quiso tambien escribir un ceremonial de la misa, por la reverencia que tenia á este divino sacrificio. Al principio de su conversion, cuando le empezó Dios á tocar, escribió un libro de las virtudes de los santos, que no poco le ayudó para encenderse en su imitacion; y cuando mancebo, estando en la guerra, como hemos dicho, compuso un poema del apóstol san Pedro: lo cual, dice Horimundo, que fué en contraposicion de Lutero, que le hizo san Ignacio en el mismo año que Lutero comenzó á decir mal del pontífice y silla apostólica.

Para que fuese perfecta en todas sus partes la sabiduría sobrenatural de san Ignacio, no le faltó el don de profecía: pues desde el primer año de su conversion, supo que habia de fundar una religion, con circunstancias muy particulares de lo que habia de sucederles, con tan gran seguridad, que ántes de fundarse la Compañía, estando el santo en Venecia, dijo á sus compañeros, se llamasen « los de la Compañía de Jesus: » y mucho tiempo ántes de esto dijo en Antuerpia á un mancebo, que estaba allí, llamado Pedro Cuadrado, como habia de fundar en España un colegio de su religion; y así fué, que fundó el de Medina del Campo. Dijo del beato san Francisco de Borja,

siendo aun duque de Gandía, como habia de ser general de su religion. Lo mismo profetizó al P. Diego Lainez, que le sucedió en aquel cargo. Dando una vez buenos consejos á un mancebo, llamado Juan Pascual, le avisó de todo lo que le habia de suceder despues de su vida, como se habia de casar, y habia de pasar muchos trabajos, aconteciendo todo como el santo dijo. La entrada de la Compañía del P. Micer Rodes, supo ántes de fundarse la Compañía, y se lo dijo á su padre, estando el santo en Barcelona, avisándole como tendria un hijo religioso. A un ciudadano honrado, llamado Pedro Ferró, que estaba desahuciado, le dijo, que la Virgen le habia de sanar muy presto. No mas léjos que la noche siguiente se le apareció nuestra Señora, acompañada de un hermoso coro de vírgenes, y le sanó. Al otro dia san Ignacio, que ya sabia lo sucedido, le tornó á ver, aunque estaba ya sano, diciéndole: ¿No os dije yo que la Madre de Dios os sanaria? Al P. Simon Rodriguez, uno de sus primeros compañeros, dijo la salud no esperada que habia de tener, de una peligrosísima enfermedad. Al P. Pedro de Ribadeneira dijo en una enfermedad, como habia de recaer tres veces; y el suceso lo verificó. Al P. Gerónimo Nadal y Luiz Gonzalez, que enviaba á España, les dijo el suceso del camino, mandándoles que con el rigor del invierno no se embarcasen, profetizándoles viaje próspero. Al doctor Miguel Arrobio dijo muchas desgracias que le habian de suceder, acaeciendo todo como el santo lo dijo. Lo mismo le pasó con don Miguel Pannua, á quien dijo mucho ántes todas las cosas notables que le sucedieron. En su tierra dijo, en una doctrina que hacia, lo que habia de suceder á un mancebo que estaba presente, y de quien los demás se estaban riendo. Estando Paulo IV algo adverso á la Compañía, profetizó la mudanza que habia de hacer, y los favores, que viendo san Ignacio, la hizo. Supo tambien la hora de su muerte, sin pensarlo los demás que moriria. Atribuyóse tambien á espíritu de profecía, cuando mandó al P. Diego Lainez, que hiciese una plática, en que declarase y publicase las reglas, que habia acabado de hacer, de la modestia, mandando que fuésen á oirle todos, aunque fuesen de los diez primeros padres que fundaron la Compañía: lo cual fué cosa nueva y estraordinaria; y á la mitad de la plática oyeron un grande estruendo, como terremoto, que parecia se caia la casa sobre todos. En acabando fuéron á ver lo que era; y hallaron que se habia caido un cobertizo, donde aquella misma hora solian estar aquellos padres; pero el santo por su humildad atribuyó aquel suceso á que Dios habia querido dar á entender, con aquella providencia, que no le desagradaban las reglas. Con el mismo espíritu profético no quiso admitir en la Compañía á san Felipe Neri, que pidió á san Ignacio le recibiese en ella: porque conoció que habia Dios escogido á san Felipe, para fundar otro santo instituto de la congregacion del Oratorio, de gran bien para las almas. Pero quedó siempre san Felipe con gran amor á san Ignacio y á la Compañía, y solia decir (como lo certificaron muchos con su juramento, y entre otros Gallonio en la vida que escribió de san Felipe en italiano) que tenia tanta santidad san Ignacio, que la interior hermosura de su alma se echaba de ver por defuera, y que muchas veces habia visto rayos de gran claridad en sus ojos, y en todo el rostro. Con este concepto y evidencia, que tenia san Felipe de la santidad de san Ignacio, le iba á consultar en sus dudas; y cuando estaba afligido, con solo ponerse en presencia suya, con su vista se consolaba.

No habia para san Ignacio cosa oculta; hasta los secretos de los corazones le manifestaba Dios. Estaba una noche muy congojado un novicio con la carga de la religion, y el oficio que le habian dado, determinando volverse al siglo: en aquel mismo punto le envió á llamar san Ignacio, diciéndole primero todo lo que habia pensado y maquinado en su corazon; y despues le consoló y sosegó. Uno de sus compañeros, deseoso de la vida solitaria, se determinó á dejar su Compañía, y empezó á ponerlo en ejecucion, pero en el camino tuvo una vision espantosa, que le aterró, é hizo volver corriendo para san Ignacio: el cual ya sabia todo lo que pasaba, y con los brazos abiertos le recibió, diciéndole el dicho de Cristo á san Pedro: Hombre de poca fé, ¿por qué dudaste? En un monasterio de España le convidaron, para probar su espíritu: con aquella ocasion rogáronle que les hiciese una plática, y dijese algo de Dios. El santo se excusó lo que pudo, mas fueron tantas las importunaciones, que condescendiendo con la peticion de los religiosos, y juntos todos, dijo, habia allí dos que estaban con determinacion de dejar el hábito, avisándoles un gran castigo de parte de Dios; y allí luego compungidos los dos religiosos, confesaron públicamente su pecado, y entregaron al prelado algunos instrumentos para poder salir. Siendo mancebo el doctor Miguel Arrobio, le descubrió lo que pensaba en su corazon, y la determinacion que tenia de casarse. A otros muchos, que no sabian, ó no querian decirle las enfermedades de su alma, él se las decia ántes, y las causas que de ellas hubo, y luego les aplicaba la medicina conveniente. Viendo en París un hombre que pasaba por la calle, conoció que iba á desesperarse: luego dijo á un compañero suyo que estaba allí, que se fuése tras de aquel hombre, y condescendiese con él mostrando un mismo sentimiento de los trabajos de esta vida: y luego se fué tras entrambos el santo, y persuadiendo primero á su compañero á paciencia, y á que confiase en Dios, estándolo oyendo aquel hombre miserable. Despues le persuadió lo mismo con el ejemplo de su compañero que ya estaba consolado; y con esta santa astucia sacó aquella alma del infierno. La muerte de Inés Pascuala, que sucedió en Barcelona, estando san Ignacio en Roma, la supo luego. Supo tambien las muertes del P. Juan Coduri, y P. Diego de Hozes, al mismo tiempo que sucedieron. Muchas mas cosas pudiera decir del don de profecía y ciencia de las cosas ocultas que alcanzó, pero procuro brevedad: y mas pretendo cifrar las excelencias de san Ignacio, que presumo explicarlas y contarlas todas.

No solo el alma de san Ignacio fué prevenida con tan divinos favores; pero su cuerpo fué todo de singulares privilegios: y con mucha razon algunos escritores, que contando entre las señales de la Iglesia verdadera haberse comunicado á algunos de sus miembros en la tierra los dotes de la gloria, que en el cielo tendrán los cuerpos de los bienaventurados, meten en este número á san Ignacio. Del dote de claridad hay muchos testigos, fuera de san Felipe Neri, que le vió varias veces echar resplandores de sí, y brotarle por los ojos unos rayos de extraordinaria claridad. Otros muchos le vieron, que su rostro y cabeza le estaba resplandeciendo con grande luz, que des-

pedia de sí. Así le vió Isabel Rosela, estando san Ignacio oyendo un sermon en las gradas del altar mayor entre los niños. Con los mismos resplandores le vió Inés Pascuala en muchas ocasiones; y en Roma Alejandro Petronio, y los PP. Oliverio Manareo, y Luiz Gonzalez: el cual todas las veces que iba al aposento de san Ignacio, estando en oracion que era á menudo, le veia rodeado de luz con grandes resplandores. ¿Y qué mas testimonio se puede desear del dote de la impasibilidad, que el estarse algunas veces siete dias enteros sin comer, ni beber, y esto arrobado en un rapto prodigioso? Que suelen estos excesos del alma enflaquecer las fuerzas del cuerpo, ó haciendo grandes penitencias, disciplinándose cruelmente cada dia tres veces, y estando muy largas horas de oracion de rodillas sin sentir flaqueza alguna. En otra ocasion estuvo otros tres dias sin comer, ni beber, caminando en ellos veinte y ocho leguas á pié. Para el dote de sutilidad es cosa admirable que se viese en el mismo tiempo, mientras vivia, en dos lugares diversos, porque se vió en Roma y Colonia, en Italia y Alemania, entrándose en un aposento de un padre, que deseaba verle y estando las puertas cerradas. La agilidad no le faltó; porque estando en oracion, se levantaba frecuentemente de la tierra, como lo vieron muchas veces. ¡Cuán endiosada estaria la alma de este santo, pues comunicó tan sobrenaturales privilegios al cuerpo afligido y penitente.

Como puso la Majestad divina tantos tesoros y dones suyos en el alma y cuerpo de san Ignacio para bien de muchos, tuvo especialísima cuenta de él, y como de cosa muy preciosa en sus ojos, cuidó de su vida y opinion con particular providencia: por lo cual han escrito algunos, que tuvo un arcángel de guarda. Por estar en Venecia san Ignacio desamparado de favor humano, dormia en la plaza, y entretanto Marco Antonio Trevisano, senador muy principal de aquella república, que despues fué dux de ella oyó una voz que le despertó, y dijo: ¿Cómo? ¿que tú andes delicado y ricamente vestido, y estés tan regalado en tu casa, y que mi siervo esté desnudo en los portales de la plaza? ¿Que tú duermas en rica cama y blanda; y él esté tendido en el duro suelo al sereno? Levantóse á estas voces el senador despavorido: salió con gran priesa á las calles; y llegando á la plaza, halló á san Ignacio: y dándole Dios á entender, que era á quien le habia mandado buscar, llevóle á su casa, y tratóle con gran regalo; mas el santo que huia de esto, como otros de la muerte, se fué luego de su casa. En Barcelona estaba nuestro pobre Ignacio sin tener qué comer, bien descuidado de ello, por oir la palabra de Dios; mas viéndole una devota mujer, advirtió que le salian muy claros resplandores del rostro: oyó en su corazon una voz que le decia: Llámale, llámale. Hízolo así, y convidóle á comer. Navegando á Jerusalen, reprendia por sus vicios á unos hombres perdidos: ellos no pudiéndolo sufrir, concertaron con los marineros, que pasando por una isla desierta, le dejasen allí. Ciertos españoles que lo supieron, avisaron al santo lo que pasaba, para que se recatase y disimulase algo su zelo; mas él, confiado de Dios, no dejó de reprenderlos; y al pasar por aquella isla ordenó su divina Majestad, que un viento contrario arrebatase la nave, de suerte, que no la dejó arribar donde pretendian los malhechores. Despues cuando quiso volverse á Italia, estaban tres naos aprestadas, una de turcos, y otra de venecianos muy fuerte, la otra era un navío pequeño, viejo y comido de broma: entró en este san Ignacio, porque el capitan de la nave veneciana, entendiendo que era pobre, no lo quiso admitir, diciendo, que si era tan santo, como decian, que se fuése por su pié sobre las aguas. Mas presto volvió Dios por su siervo; porque las dos naos, se anegaron, y solo la navecilla de san Ignacio llegó salva á Venecia. Un hijo de un hombre particular pretendió con grandes veras entrar en la Compañía de Jesus: pidió á su padre la licencia y beneplácito una y muchas veces: nególa obstinadamente, y la respuesta eran palabras malas y peores tratamientos. Dióle con esto ocasion de seguir el consejo de san Gerónimo: *Per calcatum perge patrem:* y conociendo san Ignacio ser llamado de Dios, admitió al mancebo en la Compañía. Salió de sí con la cólera y enojo su padre, y amenazó con la muerte al santo patriarca, llevado del diabólico furor, é intentó poner en ejecucion lo que su malvado pensamiento habia maquinado. Púsose en asechanzas en una calle; como lo vió, corrió hácia él; y echando mano á una daga, y levantando el brazo para darle de puñaladas, se quedó el brazo pasmado é inmóvil, levantado en alto con la daga desenvainada en la mano, estando en esta forma algun tiempo, hasta que vuelto en sí de su locura el sacrílego homicida, y atónito con un prodigio tan raro, se arrepintió de su error y pidió perdon al santo padre; y el santo le perdonó, é hizo oracion por él. Entonces volvió el brazo á su natural disposicion, y pudo menearle. Fuése el hombre, corrido de sí mismo, confuso de su maldad, y admirado de san Ignacio; pues el cielo salió á su defensa. Por haber reducido á san Francisco Javier al desprecio del mundo, y á la imitacion de Jesucristo, se enojó tanto un español, que estaba en París, que determinó matar á san Ignacio. Entró en su posada con la espada en la mano; mas comenzando á subir las escaleras oyó una voz del cielo, con que se estremenció, diciendo: ¿Adónde vas, desdichado? Con esto se detuvo, y volvió en sí, confesando lo que habia pasado, y la santidad de san Ignacio. El no morir muchos años ántes este siervo de Dios, fué un continuo milagro, que el Señor hacia en él: así lo atestiguaron médicos y cirujanos que le abrieron; porque el hígado le hallaron duro y seco, y casi como vuelto en piedra: el estómago todo arrugado y encogido por su gran abstinencia y sobriedad; y en la vena del hígado que llaman *porta*, dice Realdo Columbo, insigne doctor en anatomía que floreció en aquel tiempo, que le halló tres piedras. Su confesor el P. Diego de Eguia repetia muchas veces, que no vivia san Ignacio naturalmente, sino por gran milagro que Dios obraba en él; y aunque no fuera sino sustentarse sin comer, sino es despues de ocho dias con grandísimas penitencias, no puede ser cosa natural.

No solamente tuvo cuidado la divina Providencia de la vida de san Ignacio; pero de su opinion y crédito: y no es maravilla que mirase Dios por la honra de quien no miraba sino por la gloria de su Majestad. Perdió uno el respeto á san Ignacio, y él se fué á decir misa por aquel miserable, derramando muchas lágrimas y clamando al cielo, decia: perdonadle, Señor, perdonadle Señor: mas respondióle Dios: Déjame, que yo tomaré venganza por ti: yo, si él no se arrepentiere, seré tu vengador. Sucedió despues, que visitando unos santuarios aquella persona, se le apareció un hombre con semblante terrible, amenazándole con un cruel azote en la mano, si no se rindiese á san Ig-

nacio. Con esta vision reprimió su libertad y se sujetó al santo; mas con todo eso no dejó Dios de castigarle con muchos trabajos que le sucedieron. Échase de ver, cuán á su cargo tomaba Dios las injurias de este grande siervo suyo por lo que sucedió en Alcalá, que llegando á pedir limosna á un caballero para hacer un vestido á san Ignacio, por haberle mandado el vicario que anduviese como los demás; el caballero volviéndose al santo dijo: Quemado muera yo si este no merece ser quemado. ¡Cosa maravillosa! Aquel dia se pegó fuego en su casa y murió quemado. Un ermitaño llamado Antonio, de gran opinion de santidad, viendo á san Ignacio que en lo exterior hacia vida comun, formó concepto que no seria tan santo como decian, mas recogiéndose despues á orar, como tenia costumbre, le reveló Dios que aquel á quien habia tenido en poco, estaba lleno de un espíritu apostólico, y que era un vaso escogido para la salvacion de muchos. Con esto muy pesaroso de su juicio, comenzó á reverenciar á quien ántes menospreció. A uno de los compañeros de san Ignacio le vino deseo de vida solitaria, y hacer compañía con este santo ermitaño de tan gran fama: apenas se puso en camino, cuando le salió al encuentro un hombre armado puesto á caballo, con la espada desenvainada y los ojos muy airados: queria con todo eso proseguir; pero arremetiendo á él el armado, no le dejó hasta que se tornó corriendo á san Ignacio, viéndole los labradores del campo correr á toda prisa, sin saber de qué. Y no poco muestran el singular cuidado que tuvo Dios de la honra de su siervo, que tanto la despreció por Jesucristo, las sentencias que tuvo muy favorables y honrosas, siendo acusado con gravísimas calumnias en Alcalá, Salamanca, París, Venecia y Roma, muchas veces, procurando sus adversarios con todas fuerzas y favor, y con astucias del infierno desacreditarle. Mostróse manifiestamente la Providencia divina con este santo, cuando un luterano encubierto le acusó en Roma de gravísimos delitos, y que en España, Francia y Venecia, habia sido con sus compañeros condenado por hereje, y hecho otras enormes cosas pero que habian huido de la cárcel y llegado á Roma para corromper la juventud con especie de piedad; añadiendo tales cosas, que ya todos así en Roma y fuera de ella, comenzaban á sentir mal de san Ignacio y sus hijos. Pero su capitan Jesus, que le habia prometido serle favorable en Roma, previno este daño, trayendo de Francia, España y Venecia á los mismos jueces que le habian sentenciado en tan diversas partes, para que fuesen testigos en Roma: los cuales descubrieron la verdad, publicando la santidad de san Ignacio, y diciendo, que no solo le dieron por inocente, sino que hallaron ser santo. Fuera de esto dispuso Dios que á este tiempo llegasen cartas de las ciudades de toda Italia, en las cuales habian estado sus compañeros, en que se hacian lenguas, alabando su gran celo y santidad. El uno de sus acusadores fué despues hallado ser hereje: y pasándose á vivir entre ellos, fué quemada su estatua: otro desterraron afrentosamente, sin pretenderlo el santo: al otro Dios castigó con pena de muerte ántes que los jueces. Estando en París san Ignacio condenado á azotar públicamente por los maestros de aquella universidad, trocó Dios el corazon del rector del colegio de Santa Bárbara, de manera, que tomando á san Ignacio por la mano, entró en el aula, donde estaban los maestros con sus varas aguardando para ejecutar aquel afrentoso castigo; y echándosele á sus piés, y publicando grandes alabanzas de su virtud, satisfizo su honra.

Llegó entre muchos (de los cuales es uno el papa Marcelo II) á tener san Ignacio tanta opinion de santidad, que sus dichos veneraban como sentencias canónicas creyendo hablaba en él el Espíritu Santo. Lo que mas es, que en su tierra (no siendo nadie profeta en su patria) por el concepto que tenian de su santidad, como si estuviera ya en el cielo, le salieron á recibir en procesion con toda la clerecía. El beato Francisco de Borja recibia arrodillado las cartas de san Ignacio, como tambien san Francisco Javier le escribia las cartas de rodillas y siempre que le nombraba le llamaba «santo ó beato;» y traia por reliquias juntamente con un huesecito de santo Tomás, apóstol, una firma suya: de modo que no le faltó, aun estando en estado mortal, sino, como san Pedro, dedicarle templo en su vida.

Veamos ahora cómo correspondió san Ignacio á tantos favores del cielo, y granjeó con los talentos que su Criador depositó en su bendita alma. Antes que bajemos á lo particular de sus virtudes, diré alguna cosa en general con que se muestre la excelente santidad para que Dios le escogió para salvacion de muchos: porque como en otros santos ha sucedido que para consuelo y utilidad de la Iglesia ha permitido la Majestad divina que sin menoscabo de su humildad hayan manifestado de sí los dones que han recibido de su mano; así el mismo Señor hizo á san Ignacio que dijese algunas cosas de las muchas que pasaban en su corazon para edificacion de los buenos y admiracion de todos: que no es contra la virtud conocer los dones del cielo; ántes santa Teresa llamó falsa humildad á la que los ignoraba. Andaba san Ignacio con un cuidado infatigable de aprovechar y adelantarse cada dia en el espíritu por agradar mas á su Criador: y así conforme al consejo de san Juan Clímaco y san Juan Crisóstomo, cotejaba el aprovechamiento de un dia con otro. Es cosa admirable que, haciendo cada dia este cómputo, hallase siempre haber aprovechado mas en el dia presente que en los pasados. Con esto vino á tan alto punto de perfeccion, que del estado en que estuvo en Manresa, donde hizo una vida de espantosa penitencia y maravillosa santidad, decia que era su niñez y como primeros borrones; verificándose en él lo que santo Tomás dice: que los que participan los dones de Dios, conocen que los tienen, conforme el apóstol dijo: «Sepamos qué cosas nos ha dado Dios.» Era tan fácil en él obrar actos de virtudes heroicas, y cada dia mayores, que el padre Andrés Frusio, hombre que por su gran pureza y virtud le llaman todos ángel, decia que en san Ignacio la gracia era como connatural y como ingénita. Podia san Ignacio decir seguramente los favores que de Dios recibia por tener totalmente rendido el apetito de honra. Confesó sencillamente al P. Juan de Polanco, que ningun vicio temia ménos que la vanagloria: y luego añadió que de mil partes de los dones que habia recibido de Dios, ni una podia decir, por la incapacidad de los que le oyeran que es cosa admirable teniendo siempre consigo varones muy santos y doctos, y muy ejercitados en espíritu, y de excelentes ingenios: señal clara de lo mucho que excedia al comun estado y órden de otros santos. Confirmacion de esto es, que teniendo san Ignacio suma estima y veneracion á todos los santos de la Iglesia, creia que eran mucho mas, y que fueron mas llenos de gracia y favores

de Dios que lo que sus historiadores dicen de ellos: por lo cual encomendaba muy de veras á toda la Compañía su mayor veneracion por hacer mas punta á los herejes. Apoyando una vez esto, dijo, que no trocaria con ningun santo los dones que Dios, sin merecimientos suyos, le habia franqueado, á los que esperaba recibir de su mano, sino los tuvieran mayores los santos, de lo que cuentan de ellos los historiadores: y así decia que incomparablemente era mas que lo que significaban sus historias. Con todo este conocimiento de su aprovechamiento excedian tanto las gracias y favores con que á manos llenas le prevenia Dios liberalmente, que cándidamente decia que no se podia persuadir que fuese posible concurriesen en otro hombre estas dos cosas: ser mas ingrato para con Dios: y Dios mas liberal con él. Decia que no pudiera vivir si advirtiese en su corazon algun sentimiento humano y que no fuese todo divino y solo de Dios. En todas sus acciones no se guiaba por afecto sino por razon, repitiendo muchas veces, que en esto se diferencia el hombre de los brutos. Decian varones santos y espirituales, que ver á san Ignacio era ver vivo y con alma al *Contemptus mundi*. En todas sus obras procuraba no hacerlas por temor de penas, ni esperanza de premio, sino puramente para agradar á Dios, y buscar siempre su honra; con lo cual aun no se contentaba; sino que ponia todo cuidado y fuerza por cumplir su mayor gloria que continuamente pretendia; y así repetia muy á menudo, cuando hablaba, cuando escribia cartas y en las Constituciones que hizo: A mayor gloria de Dios, á mayor servicio de Dios y nuestro Criador. Por lo cual en las relaciones que dieron al sumo pontífice la Rota y la congregacion de los cardenales, averiguadas con gran número de testigos, dicen de él: «Abrasábase en tan grande amor de Dios, que todo el dia le andaba deseando y buscando; no pensaba en otra cosa: no hablaba de otra cosa: no deseaba otra cosa sino agradar á Dios y hacer su voluntad; de manera que á Dios se entregaba totalmente: tras Dios solo se queria ir, aunque fuese privado por ello de todo el cielo y la tierra: todos tus pensamientos, palabras y acciones, referia á Dios como á su fin: á Dios las dedicaba, y á la gloria de Dios y su honra.» De lo cual aun es testigo el papa Julio III que en una bula del año 1550 dice de san Ignacio, con estar vivo entonces, que no se hallaba en su ejemplar vida y costumbres cosa que no fuese santa y pia; y nuestro muy santo padre Urbano VIII dijo de él en la bula de la canonizacion: «Que su divisa era la mayor gloria y honra de Dios.»

Descendamos en particular á algunas de las heroicas virtudes que en san Ignacio florecian. La fé es como los ojos y el gobierno de todas; y en este santo fué tan grande con la luz que Dios le habia comunicado, que santamente y con sinceridad decia, que si se hubieran perdido todos los libros canónicos, y no hubiera en la tierra alguna firme coluna de la verdad; él creyera todas las cosas de la fé y sus misterios sagrados, con tal firmeza, que diera sin duda la vida por su verdad y defensa: porque no solamente Dios le habia hablado por la revelacion general, pero por muchas particulares, y que le certificaban ser voz de Dios lo que oia. A quien su Majestad habia escogido para capitan de su Iglesia contra los infieles, con tal fé habia de estar armado. El mismo año que Lutero comenzó á vomitar su infernal doctrina en Alemania, que fué el de 1521; ese mismo en España se convirtió san Ignacio, y fué escogido por alférez de Jesucristo contra las herejías de estos tiempos. Despues por el año de 1534, cuando el rey Enrique VIII de Inglaterra se apartó de la cabeza de la Iglesia con nuevo y monstruoso cisma; en el mismo tiempo echó san Ignacio los fundamentos de aquella religion, que con voto especial de obediencia se sujetase al sumo pontífice, y que en Inglaterra habia de sustentar la fé de muchos. Finalmente, fundó san Ignacio la Compañía de Jesus año de 1540, al mismo tiempo que Calvino en Ginebra se rebeló contra la Iglesia. Por esta causa dotó la majestad de Dios á san Ignacio de tan firme y fundada fé, y zelo de su exaltacion entre herejes y gentiles, que con todas sus fuerzas procuró defender y dilatar; así como por la misma causa procuró el demonio con todas sus fuerzas pervertir á san Ignacio, y desacreditarle por esta parte. Persuadió á su primogénito Melancton, que seria gran hazaña reducir á su secta á Ignacio: y para este efecto escogió un discípulo suyo, en quien esperaba mucho y le envió á Roma, para que con astucia se introdujese en su amistad, y poco á poco le instilase su veneno; mas presto le cogieron los nuestros en su misma red, por las proposiciones que se dejó caer, y san Ignasio dió cuenta al santo Oficio, donde fué castigado. Otro ardid usaron los herejes, instigados de Satanás, para pervertir á san Ignacio ó algunos de sus hijos, y fué enviarles de limosna gran suma de libros curiosamente encuadernados; pero de tal manera dispuestos en las cajas, que al principio solo se descubrian los libros de santos y sana doctrina, y despues los de Lutero, Calvino y otros herejes. Entendió el estratagema san Ignacio, y luego mandó encender una gran hoguera, y arrojó en ella todos los libros sospechosos. Este mismo zelo de la fé le hacia rogar cada dia con lágrimas por el sumo pontífice, y causó la devocion y respeto que tuvo al santo tribunal de la Inquisicion; cuya autoridad procuraba con todas fuerzas, y en cosas que él pudiera recabar con facilidad del sumo pontífice inmediatamente, si era alguna que tocaba á la Inquisicion, nunca quiso sacar las cosas de este tribunal, y por su persuasion se puso en Roma.

Todas sus obras hacia con tan viva fé, que muchas veces principalmente cuando estaba delante del santísimo Sacramento, se inmutaba corporalmente y erizaban los cabellos de la fuerza con que se persuadia la presencia de Cristo corporal. Sus palabras y consejos todos eran fundados en fé, á que ajustaba la práctica de todas sus acciones, con dictámenes y sentimientos de su corazon, nacidos de la doctrina de Cristo: con lo cual alcanzó una prudencia divina y muy sobrenatural, con que se gobernaba á sí y á otros, andando siempre en fé y luz del cielo, siguiendo á su maestro Jesus.

Fué igual á la fé de san Ignacio su esperanza y confianza en Dios, probada contra todo el mundo, que le procuró derribar de sus altos intentos, que con la ayuda de Dios emprendió y ejecutó. No se puede significar mejor lo bien que de Dios sentia, que con lo que dijo al P. Lainez: que si le dieran á escoger irse luego al cielo y asegurar su salvacion, ó quedarse en la tierra para trabajar mas por Dios, pero con riesgo de salud eterna; ántes escogeria eso: lo uno por el zelo y caridad con que miraba primero por la gloria de Dios, que por la suya: lo otro, porque decia, que no habia príncipe, que si viese que un criado suyo que por servirle mas se privase de grandes gustos y se pusiese á grandes trabajos y peligros, pudiendole ayudar,

que no lo hiciese y despues le remunerase largamente. Pues ¿por qué se ha de sentir mejor de un hombre, que de Dios, y no confiar mucho de su infinita bondad y deseo de nuestro bien? Tenia en las demás cosas tan noble y leal confianza en su Dios, que no podia vivir con confianza en cosa humana; y así cuando navegó por Italia, no pudo sufrir el dinero que habia allegado de limosna, y luego lo arrojó, como cosa apestada, en la orilla del mar, llevándose solo por abundantísimo viático la esperanza en Dios solamente. Otras veces daba á los pobres el dinero, que para su escaso sustento habia allegado de limosna. Decia que si se lo mandase el sumo pontífice, se engolfaria en una nave sin velas ni remos. Cuando estaba preso en las cárceles con grandes prisiones, dejaba de hacer diligencia para que se manifestase su inocencia; entendiendo solo en enseñar á otros presos las cosas de su salvacion y cometiendo toda su causa á Dios, que obligado con la confianza que de su Majestad hacia su siervo, siempre le sacó de aquel trabajo con mayor honra y crédito de su santidad. Admiraba tanto este descuido de sí, y cuidado de los otros, y fervor cuando estaba en la cárcel, que un gravísimo varon maestro en Alcalá, que lo vió, dijo espantado á los discípulos: Vengo de ver á san Pablo en las prisiones: y san Juan Crisóstomo nos dijera, que venia de ver al Bautista preso; ó dijera de san Ignacio, lo que de san Juan dijo: «¿Quieres saber qué cosa es sobrenaturaleza humana? que metido uno en cárcel no esté solícito de su peligro, sino de la salvacion de otros.» En las necesidades y pobreza que padeció en Roma, confió en Dios, y mostró bien su Majestad cuánto le agradaba la confianza de su siervo, con sucesos milagrosos. Habiendo en Roma el año de 1555 gran falta de mantenimientos, Dios nuestro Señor proveyó á mas de ciento y setenta personas de la Compañia, que estaban en aquella córte; y esto tan abundantemente, que lo tuvieron muchos por cosa milagrosa. En otra ocasion se padecia mucha necesidad en la casa y se temia mayor: y por la gran confianza que Ignacio tenia en Dios, viniendo un dia el comprador á boca de noche hácia casa, le salió al encuentro un hombre, que sin hablarle palabra le puso cien coronas de oro en la mano, y luego desapareció súbitamente, quedando el hermano espantado y erizándosele los cabellos. Y saliendo el mismo comprador una mañana á comprar, se encontró con uno que le puso en la mano una bolsa llena de dineros, sin poder conocer el bienhechor, que aunque al principio entendió ser engaño del demonio, despues halló ser providencia de Dios, y que toda era moneda de oro. Y casi en el mismo tiempo, buscando el procurador ciertos papeles en una arca, que estaba en lugar público y sin cerradura y llena de trapos viejos, halló dentro cierta cantidad de coronas de oro, nuevas y relucientes, con las cuales socorrió aquella necesidad. Y habiéndose acabado una noche todo el pan, vino y leña que habia en casa, al otro dia de mañana llegó á la puerta una carga de leña que una señora enviaba: y entrando el portero á ponerla en la dispensa con priesa, se dejó la puerta de la calle abierta, y acordándose y volviendo luego á cerrarla, halló que le habian puesto dentro un costal con trigo y un pellejo con vino, sin que supiese el bienhechor, aunque se procuró saber. De estas sucedian muchas, no solo en Roma donde estaba este santo; sino tambien en otros colegios de la Compañia, que por su intercesion con patentes milagros los proveia Dios en sus necesidades: y así nunca por verse pobre ó necesitado, dejó san Ignacio de recibir á ninguno que fuese bueno para la Compañía, y pareciese venir llamado de Dios. Hubo ocasion en que estando la casa en necesidad, en pocos dias recibió en la Compañía muchos que le pedian, y decia: Sirvamos nosotros á Dios, y no nos faltará nada: esperemos en Dios haciendo lo que debemos y seremos en sus riquezas apacentados. Y viendo uno, que considerada la prudencia y providencia humana, era imposible que se sustentasen tantos, dijo que era cosa milagrosa; mas san Ignacio le corrigió, diciendo: ¿Que milagro? Milagro seria si así no fuese.

Por esta confianza tenian tanta eficacia sus oraciones, para recabar de Dios lo que queria; y así diré aquí algunos milagros de los que hizo en vida. En Barcelona se ahorcó un hombre: el santo en el instante que lo supo, voló á su casa: hizo poner el muerto en la cama y luego retirándose á parte; hizo oracion por él: cosa admirable, que en el mismo punto resucitó de repente á vista de todos: pidió un confesor, y despues de confesado con grande sentimiento de sus pecados, tornó á espirar. Estando para morir el padre Simon Rodrigez, abrazándole san Ignacio le dió la salud. A Juan Bautista Coquo se le quemó una mano, con que no podia hacer accion, ni obra alguna con ella: y el santo con su oracion le sanó luego. Libró con la señal de la cruz muchos endemoniados. Un mozo vizcaino, llamado Mateo, aunque no era de la Compañía, vivia en casa: y estando ausente unos pocos de dias el santo padre, entró en él el demonio, y le atormentaba terriblemente. Amenazaban los nuestros al demonio, diciéndole que volveria presto san Ignacio, y le haria salir mal de su grado de aquel cuerpo: mas el demonio, respondia: No me nombreis á Ignacio, que es el mayor enemigo que tengo en el mundo. Volvió á casa el santo, y sabiendo lo que pasaba, llevó á su aposento el mozo, y encerróse á solas con él; lo que hizo, ó dijo, no se supo, pero desde entonces quedó libre del demonio Mateo, y se entró religioso. A un hombre que habia tenido muchos años gota coral, con levantar los ojos y el corazon al cielo, le dió sanidad. A otra mujer tísica y para morir, le dió con su oracion completa salud. En el colegio de Loreto, por envidia que tenia el infierno, de que estuviesen los hijos de san Ignacio en casa de la Vírgen, y del fruto que allí hacian, no dejaban vivir los demonios á los nuestros, apareciéndose en varias y terribles formas de hombres fieros y bestias: y no aprovechando exorcismos, ni otras plegarias, avisaron al santo padre, pidiéndole su ayuda; y el santo lo encomendó á Dios, y les envió una carta suya, con la cual al punto que se leyó en el colegio, cesaron aquellas visiones, y hasta hoy no se han atrevido los demonios á aparecer. El P. Leonardo Ceselio, por el ardiente deseo que él tenia de ver tan raro varon, como este glorioso santo, le pidió licencia para ir á pié desde Colonia de Alemania, donde estaba, hasta Roma para verle. El santo le respondió, que se estuviese quedo, que Dios daria traza como se pudiesen ver: y estando una vez en su aposento descuidado, se le apareció san Ignacio, que vivia en Roma, y estuvo con él hablando un buen rato, dejándole lleno de gozo. Su salud, parece que tenia en la mano; porque si estando enfermo, era alguna vez necesaria su presencia para alguna obra del servicio de Dios, luego estaba bueno. Parece que de su cuerpo hacia lo que queria, ha-

llándose de repente con hábitos de cosas, que nunca habia ejercitado. Fué en París á visitar un doctor teólogo para ganarle para Dios, y hallóle jugando á los trucos quien viendo á san Ignacio, por excusar su accion le importunó que jugase con él: el santo resistió un poco; pero al fin condescendió con esta condicion, que el que perdiese hiciese treinta dias lo que el otro dijese. Vino el doctor en ello: y con ser muy diestro, y san Ignacio no haber tomado en su vida taco en la mano, jugó tan diestramente que no le dejó ganar mano alguna, de modo que el doctor conoció el milagro, y se sujetó al santo para que hiciera de él lo que quisiere: el cual le hizo hacer treinta dias de ejercicios, de que salió otro hombre y deseoso de servir á Dios muy de veras. Cuando estuvo un poco de tiempo enfermo en su tierra y muy flaco, hizo algunos sermones en los campos, por la mucha gente que le venia á oir, y con no poder echar recio la voz del cuerpo por su gran flaqueza, le oian todos claramente aunque estaban muchos apartados de él mas de trescientos pasos. Una mujer que tenia un brazo seco y muerto, con solo lavar la ropa de san Ignacio sanó. Con solo visitar á Alejandro Petronio le dió salud, viendo el enfermo al santo que echaba de sí rayos de gran claridad, con que se ilustró el aposento que estaba ántes oscuro como si entrara el sol. A un judío llamado Isaac, de un corazon empedernido y que queria volverse al judaismo, no aprovechando ruegos ni promesas, ni otro remedio alguno, con solo que le dijo san Ignacio: Quedaos con nosotros Isaac; de repente se aplacó é hizo lo que el santo le mandó, bautizándose luego. Hallábase un padre muy afligido con un grandísimo enfado é insufrible á todos los ejercicios religiosos: fué cosa singular, y con solo una palabra que le dijo san Ignacio, le libró para siempre de aquel tormento que padecia. Persuadia con blandura el siervo de Dios á cierto caballero para que se templase y pusiese en razon; mas como vió que no aprovechaba por bien, mudó de estilo y comenzóle á amenazar con la justicia divina, con tan gran espíritu y fuerza, que pareció á todos los presentes claramente, que se estremecieron las paredes y techo de la casa; de modo que aterrados se hincaron de rodillas pidiendo misericordia á Dios: y el caballero desmayado se echó á los piés del santo confesando su culpa y prometiendo la enmienda. Eleuterio Pontano habia sido molestado del demonio con terribles tentaciones, y solo con su presencia y voz le libró san Ignacio de todas. Otro tanto le sucedió con un hermano llamado Paulo. Y á otro que estaba muy terco, no queriendo seguir los consejos saludables que le daba; con una sola palabra le trocó de manera, que sin ser mas en su mano comenzó á decir: Yo lo haré, padre, yo lo haré. A un cardenal de la santa Iglesia, y al doctor Miguel de Torres que eran muy adversos al santo padre y se recataban de él como de hereje, con solo que les habló el cardenal se echó á los piés del santo y le pidió perdon señalando una limosna, que le dió por toda su vida y fué siempre gran protector de la Compañía; y al doctor Torres, con solo que le dijo san Ignacio que se entrase en la Compañía, sin esperar mas le obedeció. Todos estos y otros milagros de san Ignacio, estando vivo son efectos de su confianza, por lo cual Dios oia sus peticiones, ó para mostrarse fino con él prevenia á sus deseos, haciendo lo que el santo pidiera; que es estilo que usa con los que confian mucho en su Majestad, hacer por ellos aun lo que no han pedido.

El mayor milagro de san Ignacio fué su amor con Dios y excesiva caridad, que es la reina de todas las virtudes. No se puede exagerar mas, que con lo que dijeron los comisarios apostólicos de este santísimo patriarca: «Encendió en su corazon tan pura caridad para con Dios, y la conservó siempre, que desterró totalmente de sí su amor propio. Dijo una vez que si le dieran á escojer, queria mas vivir con incertidumbre de su bienaventuranza y servir entretanto á Dios, ántes que morirse con certeza de su gloria: y que juzgaba que le seria mas dificultoso, y de mayor tormento oir blasfemar contra el nombre de Dios, que padecer las penas del infierno si Dios le enviara allá. Finalmente se abrasaba en tan excesivo amor de Dios, que todo el dia le estaba deseando, y no pensaba, ni hablaba, ni codiciaba otra cosa sino agradarle y cumplir su voluntad. Todo entero se entregaba á él: á él solo se habia determinado seguir, aunque por eso se quedase sin el cielo y la tierra. Todo su pensar, su hablar, su obrar, referia á Dios como á su fin, y lo consagraba á su Majestad y á su gloria y honra, y en su boca traia siempre como por divisa propia: «A mayor gloria de Dios.» De aquí le nacia aquel grande gozo de espíritu de que este siervo de Dios estaba lleno, aquella serenidad que siempre mostraba en el rostro y aquella paz interior de su alma; de este amor le nacia que en todos sus trabajos y persecuciones no habia menester mas para consolarse y bañarse de gozo, que acordarse de su Dios. No habia vez que hiciese oracion á la santísima Trinidad, que le era muy frecuente, por ser muy devoto de este misterio, que no tuviese en su alma una inexplicable alegría y consolacion. Las veces que miraba al cielo, le parecia estiércol este mundo y se elevaba con un ansioso deseo de ver á Dios, y llegar á su patria. El deseo de ver á Cristo le apremiaba tanto, que deseaba sumamente morir si no fuera necesaria mas su vida para el bien de sus prójimos: cuando caia malo, con la esperanza de su partida se le enajenaban los sentidos absorto en su Dios: cuando hacia las doctrinas en Roma, solia concluir diciendo: Amad á Dios de todo corazon, de toda vuestra alma, de toda vuestra voluntad: lo cual repetia con tal fervor y encendimiento de rostro, que parecia echaba llamas y que abrasaba los corazones. Siendo ya viejo, estaba de ordinario malo con grande hastío, y arcadas del estómago, y con ninguna cosa se le aliviaba mas que oyendo las alabanzas de su Dios, ó el canto de la Iglesia, por ordinario y humilde que fuese porque no solo su alma se regocijaba con su amado sino su carne, y todos sus huesos. Con todo eso juzgando ser mayor servicio divino otra cosa, no puso coro en la Compañía contra la inclinacion de su gusto y necesidad de su salud. Entre las grandes cargas de su oficio, y otros negocios gravísimos, se ocupaba con todas fuerzas para que alguna mujer de la casa pública dejase de pecar; y si alguna se convertia, él mismo siendo ya viejo, y general de la Compañía, la iba acompañando por las calles, y llevaba á un monasterio sin empacho ninguno; y como le dijesen que se cansaba en vano, porque se volvian á su pecado, él respondió: Yo estimara por gran premio de todas las obras buenas y trabajos de mi vida, solo impedir que una de estas en sola una noche no pecase contra mi Dios.

Tan ardiente amor de Dios no podia ser estéril, ni dejar de lucir el fuego de su corazon en las manos y obras, amando á los prójimos y deseando su salvacion á costa de

su vida. Estando en París san Ignacio, trabajó muy de veras para sacar á un hombre de la amistad, que con una mujercilla tenia: y como con palabras no pudiese persuadirle su bien, sabiendo que una noche de invierno frigidísima habia de pasar, para cumplir su gusto, junto á un lago, se entró en él san Ignacio cubierto todo de aquella helada agua, salvó la cabeza y así le esperó; y en llegando cerca aquel hombre perdido, dió voces diciendo: ¿A dónde vas, miserable? ¿No ves la espada de la divina justicia, que te amenaza? Anda adelante, anda: cumple con tu maldito gusto: yo estaré aquí afligiéndome entre tanto por tu causa, hasta que á costa mia aplaque el enojo de Dios. Con este espectáculo de tan estupenda caridad, atónito aquel hombre se redujo y dejó su pecado. Por grandeza de otros santos, se dice que por librarse de su carne se metieron en estanques de agua fria; mas san Ignacio hizo tal extremo, nó por peligro de pecado propio, sino por evitar el ajeno. Por librar á otro no se tornase á manchar con alguna culpa grave, no gustó bocado en tres dias enteros, sino es pan de lágrimas, derramándolas continuamente y orando por él hasta que alcanzó su perseverancia. Estando en Sevilla habia un monasterio de monjas de grande anchura y licencia: procuró muy de veras su recogimiento; y redujo algunas á verdadera penitencia, despidiendo totalmente la correspondencia de sus devotos, no queriéndolos admitir por diligencias que hicieron. Ellos se enojaron de suerte con san Ignacio, que le cargaron de palos hasta que pensaron que quedaba muerto, y estuvo muchos dias en la cama, y milagrosamente le sanó el Señor que le visitó en un éxtasis maravilloso, en que le vieron que echaba grande claridad de su rostro. Apenas convaleció, cuando tornó á llevar adelante la reformacion del monasterio: y avisado de algunos se guardase porque le sucederia otro peor, y que corria gran riesgo su vida porque otros harian lo que no acabaron los primeros; él respondió: ¿Qué cosa por mí es mas deseada que morir por Cristo y mis prójimos? A todos queria ganar para Dios, procurando enriquecerlos con bienes del cielo y nó con hacienda de la tierra: y si alguno le pedia favor para asentar con algun príncipe, le respondia: Yo no conozco Señor ni mayor ni mejor, que el que yo para mí escogiera: ese, si quereis servir, de muy buena gana os ayudaré con todas mis fuerzas. En todas partes exhortaba á la virtud, reprendia los vicios, enseñaba el camino del cielo á niños, hombres y mujeres, poniendo Dios tal gracia en sus labios, que obraba efectos admirables. En acabando algunos sermones que hacia, se pagaban las deudas, restituian lo ajeno, y se reconciliaban los enemigos. Habiendo reprendido un dia en su tierra el juego de los naipes, no solo en Azpeitia pero ni en todo el contorno hubo quien tomase las cartas en la mano.

Cuando era menester para ayudar á los pecadores, les contaba y descubria todos sus pecados de la vida pasada, por ocultos y vergonzosos que fuesen, y ganó á un religioso mas que relajado, con solo confesarse con él. Con esta arte ganó para Cristo otras muchas personas. Decia, que si fuera menester por la salud de alguna alma, pasaria las mayores afrentas del mundo, y que no rehusaria andar por las calles y plazas públicamente con cualquier traje afrentoso y ridículo, si fuera menester. Supo que habia un hombre, que en setenta años no se habia confesado; y con sus oraciones le convirtió. Por amor de los prójimos asentó en su tierra, que se tocase todos los dias una campana, para que rogasen todos, por los que estaban en pecado mortal y padecian en el purgatorio. Fué causa que en Roma se fundase el colegio germánico, para extirpar las herejías del imperio, y tambien la casa de los Huérfanos, la de los Catecúmenos, la del recogimiento de las malas mujeres convertidas, empezando el santo con cien escudos que recogió, y luego los ofreció liberalmente, estando él y los suyos en gran necesidad. Hizo que se fundase otro monasterio para recoger las mujeres que corrian peligro en su castidad, hasta casarlas ó meterlas monjas, ó reconciliarlas con sus maridos. Alcanzó de su santidad que se renovase la decretal de san Inocencio III, para que los médicos no curasen al enfermo, hasta que se confesase. Hizo tambien que Paulo III, instituyese en Roma el supremo consejo de la santa Inquisicion, y señalase cuatro cardenales que en aquel santo tribunal velasen; que ha sido el remedio de Italia. Extendióse tambien su caridad á la misericordia corporal: hizo hacer en su tierra, y lo mismo procuró despues en Roma, que todos los tullidos, y otros mendigos imposibilitados de trabajar, se sustentasen en un lugar diputado. Sirvió mucho tiempo á los enfermos en los hospitales curando sus llagas, besándolas y lamiéndolas, dando tal ejemplo de caridad á sus compañeros, que uno de ellos acogió en su cama á un leproso, que en el hospital no habian querido admitir: y aunque á la mañana apareció cubierto de lepra, porque quiso Dios que se supiese obra de tan gran caridad que habia hecho; al otro dia amaneció limpio y sano, sanándole Dios repentinamente. Las limosnas que san Ignacio allegaba para sí, las daba á los pobres, quedándose él con los mendrugos de pan duro y negro, y dando lo mejor á los otros con gran gozo y lágrimas. Hizo en su tierra, que la cofradía del Santísimo Sacramento pidiese limosna, y despues la repartiese á los vergonzantes. Con los enfermos de casa era tan caritativo, que aunque fuese vendiendo las alhajas necesarias, se les habia de dar cuanto el médico ordenaba: y una vez mandó gastar todo cuanto dinero tenia en casa, porque se comprase un regalo á un hermano coadjutor que estaba en la cama; aunque el comprador le replicó que no quedaba ni un maravedí para lo que habian de comer los demás. Tenia ordenado que dos veces cada dia le diesen cuenta si habian traido lo que para los enfermos era menester. Una vez, que por su gran flaqueza y achaques nombró vicario general, mandó que con él tratasen todas las cosas, y solo reservó para sí lo que tocaba á los enfermos; y solia decir: Mas estimo yo la salud de cualquier hermano, que todos los tesoros del mundo: porque cuando uno está enfermo no puede trabajar, ni ayudar á los prójimos; y cuando está sano puede hacer mucho bien en servicio de Dios. Este cuidado de los enfermos fué tan grande, que el P. Pedro de Ribadeneira cuenta de sí, que una vez que le sangraron de noche, mandó á uno se estuviese con él hasta la mañana: y no contento con eso, despues de todos acostados, solo san Ignacio no dormia, enviando algunas veces quien reconociese el brazo y viese si estaba bien atado. Sobre todo, se esmeró con el amor que tuvo con sus enemigos. Largamente pagaba con buenas obras las malas que le hacian, venciendo con los beneficios que volvia á las injurias recibidas. No dió una señal de disgusto, ni enfado, con los que mortalmente le perseguian; y con falsos testimonios

eran ocasion de acreditar mas sus virtudes, y acrisolar su caridad. Uno, que en París habia hecho algunas injurias á san Ignacio, y despojádole de la limosna que le habian dado; viéndose despues camino de España muy enfermo, confió tanto en la santidad que habia echado de ver en el santo padre, que no teniendo á quien acudir, le avisó por una carta de sus trabajos. Luego que el santo la recibió, se partió sin comer bocado, ni gustó, ni bebió nada en tres dias de camino, en que corrió descalzo veinte y ocho leguas, hasta llegar donde su enemigo estaba: á quien con una caridad admirable consoló y sirvió en su enfermedad, y dió finalmente salud. Una persona religiosa le envió un recado descomedido, y que habia de hacer quemar cuantos habia en la Compañía desde Perpiñan hasta Sevilla; mas el santo respondió con mucha humildad: Pues yo deseo á ese padre y todos los suyos, no solo cuantos hay desde Perpiñan á Sevilla, pero en todo el mundo, verlos todos abrasados en amor de Dios. Finalmente, porque es parte del amor del prójimo la justicia y reputacion de su honra, diré aquí un caso notable acerca de esto, y juntamente un ejemplo de extraordinaria humildad y caridad. El primer sermon que hizo san Ignacio en Azpeitia su patria, comenzó reprendiéndose á sí: dijo, que uno de los motivos que tenia en haber venido á aquel lugar, era dar satisfaccion á la honra de su prójimo. Yo (dijo delante de un concurso numeroso de nobles y vulgo que habia concurrido á oirle), siendo mozo, entré con otros compañeros en una heredad, y tomé alguna cantidad de fruta con daño del dueño: el cual con falsa sospecha hizo prender á un pobre hombre, ajeno de la culpa que se le imponia, y le tuvo muchos dias preso, y quedó infamado con menoscabo de su honra y hacienda: pues sepan todos, que yo fuí el malo y perverso: yo fuí el que tomé la fruta, y el otro sin culpa é inocente. Pidióle desde el púlpito perdon con muchas lágrimas (estaba allí presente al sermon), y porque la justicia le habia condenado en cierta cantidad de ducados, le hizo donacion el santo padre delante de todos, de dos heredades que le pertenecian.

Toda la vida de san Ignacio, sus trabajos y desvelos, á esto aspiraban; á hacer bien á todos y conquistar todo el mundo para Cristo: y no contentándose con lo que él hacia por sí, para trabajar con mas manos y amar á Dios con mas corazones, instituyó la Compañía de Jesus, efecto grande de su caridad: de ella dicen los comisarios apostólicos: «Tenia san Ignacio un ánimo mayor que el mundo, y extendió las obras de su piedad á mas espacio que un siglo, juntó en la Iglesia de Dios una legion fortísima, que poniendo la vida por la honra de Dios se juramentase á la obediencia del pontífice.» Por fundar una religion que se emplease en esto, no perdonó trabajo, y emprendió tan ardiente caridad en los suyos que han dicho algunos, que si hubiera vivido hasta ahora, no hubiera ya que hacer en la Iglesia, la gentilidad estuviera convertida, las herejías extirpadas y todos los fieles reformados, casi como si fueran religiosos. Podrá excusar esto de demasiado encarecimiento, quien considerare el fervor de aquellos, á quienes viviendo san Ignacio, les pudo comunicar su ardiente zelo, como san Francisco Javier, y los PP. Andrés de Ovido, Pedro Casiano, Josefo de Anchieta, que tambien le alcanzó, cuatro varones apostólicos de las cuatro partes del mundo, Oriente, Occidente, Septentrion y Mediodía, y otros santos hijos suyos, en quienes él estampó mas inmediatamente su espíritu en los quince dias que vivió, fundada la Compañía. Para esto recogió en su religion empleos nuevos y propios de caridad, que otras religiones no usaban entonces: la enseñanza de la doctrina cristiana á los niños y gente ruda; porque san Ignacio fué quien introdujo esta loable costumbre: la crianza de la juventud, y enseñanza graciosa y liberal desde la cartilla y gramática, las misiones por todos los reinos, y discurrir por todos los lugares mas necesitados: con que se ha hecho y hace increible fruto, así convirtiendo infieles, como ayudando á los católicos: visitar, consolar y socorrer á los que están en las cárceles y hospitales: dar los ejercicios espirituales, propagar y defender la fé, administrar liberal y graciosamente los sacramentos y otros misterios, con que se ayudan las almas. Y no solo se debe á san Ignacion, lo que hace la Compañía; pero aun mucho de lo que hacen las otras religiones, que con su ejemplo han renovado semejantes ministerios, como costa claramente de la frecuencia de los sacramentos que como advierten los sumos pontífices en sus bulas, y los jueces de la canonizacion de san Ignacio, este santo la introdujo ó renovó en la Iglesia, y ya todas las religiones la predican y ayudan á ella. El cardenal Baronio, viendo que en la iglesia de la Compañía de Jesus en Roma comenzó á renovarse el uso de los sacramentos, la llamó á imitacion de san Gregorio Nacianceno en semejante ocasion: «Anastasia,» que quiere decir «resurreccion;» porque en ella resucitó la frecuencia y estima de los sacramentos, y de allí se comunicó por toda la Iglesia.

Por esta caridad de los prójimos era san Ignacio grandemente aborrecido del infierno y su príncipe Lucifer. Todo el tiempo que se ocupó el santo en atender á sí solamente en Manresa, le dejó vivir en mayor paz y buena reputacion y admiracion de todos; pero luego que dió principio con mas fervor á una vida apostólica y zelosa de las almas, que redimió nuestro Bien Jesus, comenzó á perseguirle con todas sus fuerzas, trayéndole por cárceles, desacreditando su doctrina, incitando quien le persiguiese, levantándole testimonios, y armando contra él todo el infierno; y no se contentó con perseguirle por medio de los hombres, sino que por sí mismo tentó de matarle. Estando en Roma, llegó el demonio á ahogar á san Ignacio y le apretó la garganta, de manera, que si no fuera porque le defendió la invocacion del nombre de Jesus, acabara con él: lo cual como temiese el demonio, tiró su primer golpe á parte que impedia el hablar, para que no pudiera decir «Jesus,» que eran las armas que temia; pero san Ignacio, se hizo tanta fuerza para invocarle, que quedó desde entonces por muchos dias ronco. Otras veces fué maltratado y herido de los espíritus infernales, como san Antonio y santa Catalina de Sena. El hermano Juan Paulo, que fué su compañero, oyó varias veces los terribles golpes que le daban; mas el santo le mandó que se estuviese quedo, y no llegase á su aposento, habiéndolas á solas, mas con Dios, con todas las fuerzas del infierno. Finalmente llegó á tanto dominio sobre los demonios, que apareciéndosele en varias y disformes figuras, mientras estaba en oracion, no hacia el santo caso de ellos. Una vez en Manresa se le aparecieron en figura de sierpes que le caian sobre la cabeza; mas él los despreciaba tanto, que sin moverse, perseveró en su con-

templacion; y llegó á tanto dominio sobre las potestades infernales, que con el báculo solamente los ahuyentaba. Del colegio de Loreto huyeron, solo con haberse leido en él una carta del santo padre. Otra vez, aunque se atrevieron á apalearle, no le pudieron hacer daño, por guardar Dios á su siervo. Estando el hospital de Altonzana en Alcalá infestado de malos espíritus, quedó libre y limpio de ellos, despues que se hospedó allí san Ignacio, al cual quisieron aterrar los demonios luego que entró, mas el santo con grande ánimo desafió á todo el infierno, diciendo que si Dios les habia dado licencia, que viniesen sobre él: con lo cual huyeron los demonios, de modo que no tornaron mas. Muchas veces, así estando vivo san Ignacio, como despues de muerto, confesaban las potestades del infierno, que no tenian mayor enemigo que á san Ignacio, forzándolos Dios á confesar esto por los cuerpos que poseian.

Alimentaba san Ignacio el fuego de su amor con largas horas de oracion. Desde el principio de su conversion gastaba cada dia siete horas, fuera de las misas que oia y vísperas y completas á que asistia, mientras se cantaban. Despues de ordenado sacerdote daba dos horas gracias despues de la misa, regalándose con su amado Jesus, por lo ménos una hora, por mas ocupaciones que cargasen; tanto, que una vez que le mandó su santidad que fuése al sacro palacio á las seis de la mañana, por obedecer puntualmente y no faltar á sus ejercicios, sino llevarlos hechos, los empezó desde las dos de la mañana, teniendo dos horas de oracion, luego otra hora de misa y otra de gracias. Gastaba casi la mitad del dia en rezar, por las lágrimas y favores del cielo, con que le era fuerza interrumpir el rezo. Estuvo á pique de cegar, con gran dolor de ojos por las lágrimas que vertia; y su cuerpo se consumia por los frecuentes éxtasis que le arrebataban; por lo cual sus compañeros impetraron del sumo pontífice dispensacion del rezo. Pero poco aprovechó esto: porque en otras oraciones y la misa (en la cual si no lloraba mas que tres veces, se tenia por indevoto y seco) corrió el mismo riesgo, hasta que por ruegos de los médicos y de otros sus hijos, que pusieron en su mano el remedio, pidió á Dios le diese poder para templar las lágrimas; lo cual alcanzó de modo, que cuando queria, no lloraba, teniendo en su libertad este afecto, sin menoscabo de las visitas divinas, que igualmente le bañaban de suavidad y dulzura, secos los ojos. Su oracion era tan fervorosa, que muchas veces cayó malo, por la fuerza de su espíritu. Solia quedar tal despues de haber dicho misa, que no podia andar, y era fuerza llevarle en brazos á su aposento: y sino es estando muy fuerte no podia decirla. Observaron sus hijos, que las mas veces era despues de este divino sacrificio cuando caia malo. Para el dia que habia de celebrar, se preparaba la tarde ántes, leyendo en el misal toda la misa que habia de decir: lo cual hacia con tantas lágrimas y suavidad de espíritu, que no podia respirar ni hablar. Abrasábase con tan grandes ardores de amor de Dios, mientras decia misa y oraba, que por todas las partes del cuerpo parece que ardia, y el rostro se le encendia y ponia tan colorado como grana: las venas le sobresalian; el corazon le daba golpes en el pecho; y á veces se le erizaba el cabello. Esta intension y fuerza de espíritu, no solo era en la misa pero en cualquier cosa en que mirase á Dios; como cuando echaba la bendicion en la mesa, y cuando daba gracias; en cualquier cosa se ponia tal, que no parecia que en su alma solo estaba presente Dios, sino que con los ojos del cuerpo le estaba viendo y adorando, brotando el incendio de su pecho en todo el cuerpo, que le inflamaba por de fuera, de manera que se estremecian los que le miraban, viéndole todo encendido como una ascua de fuego. Cosa maravillosa, que no le distraia ni le impedia, mientras estaba en oracion ruido alguno, ni cosa que sucediese, sino es que fuese por descuido suyo. Una vez, mientras oraba, le trajeron carta de su tierra: él, por no interrumpir la dulce conversacion con Dios, no hizo mas que echarlas en el fuego sin querer leerlas. Habíase en la oracion *pasivè*, mas que *activè*, como del divino Hieroteo dice san Dionisio, habiendo llegado al supremo grado de contemplacion y union con Dios, que suele haber en esta vida: eran muy frecuentes sus arrobamientos. Tenia presente y tan fácil la entrada con Dios, que con cualquier cosa, con la vista de una flor, luego le entregaba el corazon, y tomaba ocasion de amarle. Todas cuantas acciones hacia, las sazonaba, como san Basilio, con la sal de la oracion. Mientras oraba, era muchas veces levantado de la tierra, echando grandes luces de sí. Tuvo semejante favor, que san Martin; porque estando diciendo misa, se vió sobre su cabeza un grande fuego. Semejante atencion é intencion que en la oracion, ponia en cualquier obra que hacia por servicio de Dios, y eran todas las que hacia, procurando siempre la perfeccion de ellas, pues las hacia por amor de tan gran Señor: con lo cual estaba siempre en una continua oracion, y lo mismo deseaba de sus hijos. Una vez vió á un hermano, que con descuido hacia algunas cosas; preguntóle por quién las hacia: él respondió, que por amor de Dios; mas el santo le reprendió severamente, diciendo: Pues yo os certifico, que si de aquí adelante las haceis de esa manera, que os tengo de dar una muy buena penitencia; porque si lo hiciérades por los hombres, no fuera gran falta hacerlo con ese descuido; pero haciéndolo por tan gran Señor, es muy grande descomedimiento hacerlo de esa manera.

Para llegar á tan alto punto de oracion, de tal manera domó y casi extinguió sus afectos san Ignacio, que no parecia hombre, con tal paz de sus pasiones sujetas á la razon, y tan incontrastable, que parecia espíritu puro: cosa tan admirable, que singularmente la admiraron los señores cardenales de la congregacion de Ritus y auditores de la Rota, venerando el perfectísimo dominio que tuvo san Ignacio sobre los movimientos del corazon y todas sus pasiones: todas las regia, nó para mal, sino por necesidad y razon, en cuanto servian á la virtud: y fué esto en tanto grado y tan connatural en él, que juzgaron los médicos habia mudado totalmente el temperamento; porque como por su natural fuese ardiente y colérico, y como un fuego, le calificaban por frio y flemático: y no era sino que trocó la condicion, trasformándose, aun segun la condicion del cuerpo, en Cristo Jesus, su amado, dejando de ser colérico, por ser manso y humilde de corazon, como de sí dice él mismo Señor. Parece que tenia igualmente dominio sobre las demás afecciones de su cuerpo, que sobre las lágrimas dijimos: porque cuando queria reprender á alguno, por echar de ver ser necesario entonces un poco de aspereza, en su mano estaba inmutarse y exasperar el rostro; mas en acabando, al punto

se restituia á la paz y afable serenidad que ántes, como si en su vida no se hubiera enojado. Al fin se hizo señor y rey de su corazon, y afectos y potencias, mostrándose benigno y modestamente risueño, ó lloroso, cuando queria. En todas las demás cosas fué su ánimo siempre uno mismo é igual en sí; aunque el cuerpo padeciese extrínsecamente varias indisposiciones y enfermedades. Estando enfermo de la garganta, le cosia el hermano una venda, y sin advertir lo que hacia, le pasó la oreja con la aguja de parte á parte; mas el santo estuvo con gran paz y sosiego, sin moverse ni darse por entendido. No fué menester jamás aguardar coyuntura, ni tiempo, para cogerle de sazon, los que de él querian recabar algo; porque siempre era uno, siempre puesto en Dios, siempre se guiaba por razon, así en ocasiones de tristeza, como de alegría.

El rey don Pedro, el III de Portugal, por la gran devocion que tenia al santo padre, encomendando mucho á su confesor, que partia de Portugal para Roma, que estuviese muy atento y considerase todas las acciones de san Ignacio, y que por menudo se las escribiese; y él lo hizo así, y escribió al rey, que lo que podia decir su alteza, en lo que habia mandado, que ningun rato de oracion, ni leccion espiritual, le encendia tanto en amor de Dios, cuanto el rato que con atencion estaba mirando á san Ignacio. El siervo de Dios Fr. Juan de Tejada, de la órden de san Francisco, que trató familiarmente con san Ignacio, solia decir de él: que consolaba solo con su presencia á todos los que se le llegaban: que era un templo de paz; y que hacia todas las cosas con gran libertad de espíritu. Por esta libertad y paz de su alma, se decia comunmente que era san Ignacio el *Contemptus mundi* animado. La verdad es que practicaba todo lo que enseña aquel libro de oro, que le fué muy familiar, y cada dia dos veces leia en él; y así tuvo el desprecio del mundo muy entrañado desde que le tocó Dios. Y cuando iba á Monserrate, vestido costosamente como caballero y soldado bizarro en una cabalgadura bien aderezada; por vencer la vergüenza colgó de la silla unas alpargatas y una calabaza y un saco, de que despues se vistió, llevándolo descubierto de propósito, para que se riesen de él los que encontraba, y de esta manera enseñarse á hacer burla y risa del mundo.

Toda esta grandeza de santidad y de favores del cielo, sustentó san Ignacio en una singular humildad, igualmente grande que su prodigiosa virtud: y como desde que se convirtió fué santo, desde entonces fué humilde. Andaba medio desnudo, y lo que tenia vestido era de andrajos ó un saco muy vil. Acogíase con los mendigos á los hospitales, aunque tuviese otras comodidades mejores. Aborrecia como la muerte, ser estimado, y porque lo fué de aquel senador de Venecia, luego se huyó de su casa. Cuando volvió á su tierra por cobrar salud, por órden de los médicos, le conoció un hombre en el camino, y procurando no ser honrado de él ni de los suyos, que temia con el aviso de aquel hombre le habian de hacer grande honra, se le huyó y no quiso entrar por camino, sino por breñas, y con mucho trabajo se fué solo, y no hubo remedio de hospedarse en casa de su hermano, sino en el hospital con los pobres, pidiendo por las puertas limosna. Encubria la nobleza de su sangre y la nobleza de Dios que estaba en su alma, y las visiones y regalos que del cielo recibia. Porque su confesor no descubriese las que le habia comunicado, alcanzó de Dios muriese ántes que él. Decia que los de casa le daban ejemplo y le confundian, desagradándose solo de sí. En la primera eleccion de general que se hizo en la Compañía, quiso tener tan poca parte en ella, que en su voto no quiso señalar á ninguno, sino al que tuviera la mayor parte de los votos, sino es que fuera él mismo: en lo cual, á mas de su humildad, resplandeció su prudencia é igualdad de ánimo para con todos sus hijos, y estima que de ellos hacia. Deseaba que su cuerpo despues de muerto le echasen en el campo ó en un muladar, para que las aves y fieras le comiesen. Seguia el juicio de otros, aunque fuesen inferiores, cuando echaba de ver que de ello no se seguia inconveniente: deseaba entrañablemente ser risa y escarnio de todos; y si no fuera por el provecho de los prójimos, decia, que andaria por las plazas desnudo y lleno de inmundicias, por ser tenido por loco. Preso una vez por los soldados españoles, se hizo tonto, para ser mas despreciado y maltratado por Cristo. Solia en los principios de su conversion, para ser mas despreciado, y castigarse de lo que se habia preciado de hablar cortesano, usar de palabras groseras, sin hacer cortesías; y llamar á todos, aunque fuesen príncipes, de vos: tanto como esto deseaba ser humillado y tenido por loco. Cuando empezó á estudiar gramática, siendo ya hombre de treinta años, pidió de rodillas á su maestro que lo azotase rigurosamente como á niño, cuando le viese que no traia con diligencia la leccion. Resistió porfiadamente ser electo general, hasta que lo estrecharon tanto sus compañeros, y su confesor se lo mandó, que no pudo dejar de responder al llamamiento divino: mas empezó á ejercitar el nuevo cargo, haciéndose cocinero de la casa y despertador de los demás: despues con todas fuerzas procuró renunciar aquella honra. De sus cosas no hablaba, sino por necesidad del bien del prójimo; y entonces moderadamente, cumpliendo lo que dice san Gregorio del Apóstol: « Encubria en sus bienes por la guarda propia; mas publicaba sus visiones divinas y admirables, por la necesidad ajena.» Teníase por el mas vil de los hombres y mas necesitado de la mano de Dios. Cuando oia decir el fruto que la Compañía hacia en el mundo, ó cualquiera cosa que cediese en honra suya, se encogia y cubria de una vergüenza virginal; derramando muchas lágrimas. Sentia en el alma ser alabado: y como entendiese que su confesor el padre Diego de Eguía, que era ya de setenta años, decia de él lo que conocia, le dió penitencia, que tres dias seguidos se disciplinase, cada dia tres veces: y como despues tornase á alabarle, no se quiso confesar con él, y le mandó, so pena de excomunion y de echarle de la Compañía, no dijese cosa de alabanza suya. Una de las causas que le movieron á estudiar, fué, para encubrir con las ciencias humanas y adquisitas la sabiduría divina que Dios le habia infundido, y quitar la admiracion. Al principio tuvo algunas tentaciones de vanagloria; mas despues la reprimió con tanta fuerza, que en el primer año de su conversion arrancó totalmente este vicio: de modo, que despues le era tan seguro decir sus virtudes, cuando importaba al servicio divino, como si publicase sus pecados. Jamás consintió, aunque lo procuraron muchos, que le pintasen. Quísolo engañar el cardenal Pacheco: y visitándole una vez, que estaba el santo enfermo, ordenó que entre tanto por parte secreta un famoso pintor le copiase; pero el santo lo debió de conocer por revelacion divina; porque sucedió un

milagro extraño, y semejante al que cuentan los historiadores eclesiásticos y san Agustin y san Juan Damasceno, de Cristo, que no le pudo retratar el pintor que envió el rey Abagaro para esto solo: porque junto con la majestad del rostro mudaba san Ignacio tantas formas y semblantes, que el pintor no pudo dibujar nada. Por su humildad se estuvo año y medio preparando de dia y de noche con increible cuidado y atencion de espíritu, para decir la primera misa, hallándose siempre indigno de aquel acto, con conocer en sí tantos favores de Dios, como hemos dicho. Fiaba de esta virtud el buen suceso de todas las ocupaciones de la Compañía: y así cuando fuéron el padre Lainez y el padre Salmeron al concilio Tridentino, enviados del papa por teólogos de su santidad, y cuando fuéron el mismo padre Salmeron, y padre Pascasio por nuncios apostólicos de Hibernia, y cuando envió á san Francisco Javier y al padre Simon Rodriguez á Portugal, deseados mucho del rey; les mandó que ántes de hacer otra cosa, hiciesen por las calles la doctrina, sirviesen los hospitales y viviesen de limosna; y que despues cumpliesen sus ministerios.

Ilustró su humildad con la paciencia, con que llevó tantas persecuciones, escarnios, testimonios falsos, acusado, perseguido en Sevilla, Alcalá, Salamanca, París y Roma, maltratado en cárceles, no mas que por hacer bien; mas todo lo llevó con mucha paz y gozo, juzgándose por indigno de bien alguno, y merecedor de todos los males. A los que estorbaban sus injurias y afrentas, les rogaba instantáneamente no le impidiesen su bien: hacia gracias á sus calumniadores, premiándoles sus agravios con todo el bien que podia. Como un pastorcillo del campo viese pasar á san Ignacio tan pobre y humilde, como solia, se rió de él: el santo se detuvo, y preguntándole otros por qué se paraba; respondió: ¿Por qué tengo de quitar á este muchacho el gusto y entretenimiento que le ha deparado Dios? recibiendo el santo mas contento con aquel desprecio, que otros con las mayores honras del mundo. Algunas veces, cuando comenzó á predicar por las plazas mas públicas de Roma, le tiraban los muchachos tronchos y naranjas; mas él con gran paz perseveraba en su sermon, como si fuera una estatua. Decia, que estimaba él mas todas las persecuciones que sufrió ántes y despues de fundada la Compañía, que todas las honras del mundo. Preguntóle un religioso, cuál era el camino mas corto, cierto y seguro para la perfeccion; y el santo respondió: Padecer mucho y muy grandes adversidades por amor de Cristo: pedid al Señor esta gracia; porque á quien él la hace, le hace muchas juntas, que en ella se encierran. Estando preso en Salamanca, y preguntándole si le era pesado estar en la cárcel; respondió: ¿Tan grande mal os parece la cárcel? no hay en Salamanca tantos grillos ni esposas, como yo deseo por amor de Jesucristo. Su paciencia no se contentaba con llevar bien sus trabajos, persecuciones, deshonras y necesidades; pero á imitacion de los apóstoles se regocijaba en el alma, gozándose, y no cabiéndole el corazon en el pecho de la alegría que tenia de verse digno de padecer por Dios.

Compañera de la humildad es la castidad que en san Ignacio fué tan maravillosa, que despues que hizo voto de ella, y le visitó la Vírgen nuestra Señora, trayéndole el don de esta virtud del cielo, no tuvo hasta la muerte, como ya hemos dicho, mancilla alguna en su carne ni aun en el pensamiento, con ser de natural fogosísimo. El P. Mafeo escribe, que jamás tuvo sentimiento de carne, y el P. Orlandino, que guardó su cuerpo y alma inmaculada. Tenia juntamente tanta cuenta con su pensamiento, que no sufrió en él por un momento un pensamiento ocioso, examinando cada hora su conciencia para purificarla mas, usando para lo mismo del exámen particular, en que siempre se halló que aprovechaba, guardando perfecto recogimiento de sus sentidos. Con haber alcanzado desde el principio de su conversion tan escelente don de castidad, como queda referido, andaba con tanto recato en la vista, que nunca desde entónces hasta el fin de su vida miró al rostro á mujer alguna, aunque fuese muy espiritual y tratase de cosas santas, como consta de los procesos de su canonizacion. Testificaron personas gravísimas, que con solo mirar á los afligidos y tentados, les quitaba las tentaciones y pensamientos deshonestos: y así era cosa comun aconsejar á los tentados por último remedio de esta peligrosa batalla, presentarse á vista de san Ignacio; que en mirándole, se acababa la guerra y vivian en paz. Cuando estudiaba en Barcelona, era cosa muy ordinaria juntarse gran concurso de gente en las puertas de las casas, y asomarse á las ventanas, esperándole en las calles por donde sabian que habia de pasar, solo por verle, con intento de alentarse á la devocion y de ejercitarse á tener pensamientos castos. Con tener tan muerta la carne desde el principio de su conversion, que por singular favor de la Vírgen, nunca la mancilló, y con ser tan dueño de todos sus afectos, como hemos dicho, no perdonó aspereza con que pudo afligirse, ayunando todas las semanas enteras, sino es el domingo, á pan y agua, que por amor de Dios recibia de limosna. Dormia en la tierra desnuda, ó en unas tablas entre las inmundicias de los enfermos del hospital; aunque de noche mas oraba que dormia, pasando las noches con su Dios. Fuera de un áspero cilicio, afligia rigurosamente su carne con un cíngulo de hierro ó cadena. Cada dia tres veces se disciplinaba cruelmente con cadenas de hierro, y á imitacion de santo Domingo: andaba los piés descalzos y la cabeza descubierta. Despues en Barcelona, cuando estudiaba, traia zapatos pero sin suelas. Dejó crecer el cabello y uñas, para satisfacer por el demasiado aliño que en su mocedad tuvo, no perdonándose en nada que le pudiese ser de tormento. Despues de viejo guardó mayor severidad consigo que podia: apénas comia, perdiendo casi todo el sentido del gusto, sin tener apetito á ningun manjar. No se quejaba en sus enfermedades, por cosa desabrida que por inadvertencia le diesen. Los mas dias del año, siendo general, era su comida unas castañas, diciendo ser en España ordinaria comida de pobres. Castigó una vez al ministro gravemente, porque le puso en la mesa un racimo de uvas mas que á los demás, no valiéndole por excusa haberlo hecho por sus enfermedades y canas y autoridades de su cargo, y ser padre de todos. El aposento que escogió para vivir, siendo general, era muy tosco, estrecho, bajo y oscuro: diez palmos tenia de alto, catorce de ancho y veinte y nueve de largo. Por la caridad y salud de los prójimos no perdonaba á rigor, ya metiéndose en algunas heladas, ya ayunando, sin comer bocado por algunos dias continuos, con otros grandes trabajos.

La obediencia de san Ignacio fué extremada. En el tiempo que aun no estaba formada la Compañía, cuando

perdieron la esperanza de poder ir nuestros primeros fundadores á Jerusalen, el P. Lainez le dijo que le venia deseo de ir á la India á procurar la salud de aquella gentilidad, que perecia por falta de obreros evangélicos. Yo (dijo el santo padre) no deseo nada de eso. Preguntando la causa, respondió: Porque habiendo nosotros hecho voto de obediencia al sumo pontífice, para que á su voluntad nos envie á cualquier parte del mundo en servicio del Señor, hemos de estar indiferentes, de manera que no nos inclinemos mas á una parte que á otra: ántes si yo me viese inclinado como vos á ir á la India, procuraria inclinarme á la parte contraria, para venir á tener aquella igualdad é indiferencia que para alcanzar la perfeccion de la obediencia es necesaria. Siendo ya general de la Compañía, dijo diversas veces, que si el papa le mandase que en el puerto de Ostia (que es cerca de Roma) entrase en la primera barca que hallase, y que sin mastil, sin velas, sin remos, y sin otras cosas necesarias para la navegacion y para su mantenimiento, atravesase el mar, que lo haria y obedeceria, no solo con paz mas aun con contento y alegría de su alma. Y como oyendo esto un hombre principal, se admirase y le dijese: ¿Y qué prudencia sería esa? Respondió el santo: La prudencia, señor, no se ha de pedir tanto al que obedece y ejecuta, cuanto al que manda y ordena. Con este sentimiento, encargó tanto la obediencia ciega con rendimiento de todo juicio propio: y solia decir, que los que solamente obedecen con la voluntad y no con el juicio, no tienen sino un pié en la religion. Lo que mas es, que no solo á su legítimo superior era obedientísimo, pero á cualquier que tuviera una sombra de superioridad, y aun al médico y enfermero, estando sujeto totalmente con rendimiento de todo parecer propio, aun con riesgo de la vida, deponiendo todo su juicio y prudencia, como si fuera niño. Es admirable, y por ventura no se hallarán muchos semejantes, el ejemplo que de esto sucedió y refiere el P. Mafeo. Una vez por no decir cosa que fuera contraria á lo que el médico habia ordenado, ni contradecirlo en lo mas mínimo, con ver que habia errado la cura, y que los medicamentos que le habia aplicado, le causaron dolores mortales que le hacian desmayar, y que segun parecia á algunos dentro de poco moriria, se determinó á sufrirlo todo y callar, disponiéndose para morir, queriendo ántes perder la vida que faltar un punto á la perfeccion de su obediencia que tenia á todas las criaturas, y al ejemplo que en esto debia dar para autorizar lo que en sus reglas habia ordenado: cosa tan importante á los legisladores: y así tambien encomendando la administracion de la Compañía á otros padres, mandó no le entrasen á ver, para poderse preparar mejor para la muerte; confiando solo en Dios, que no permitió que una virtud tan heroica le fuese dañosa, verificándose con sentido mas superior, lo que Galeno dice, que al que obedece al médico, Dios le ayuda; porque sus hijos turbados por ver en aquel estado á su padre tan amado, llamaron á Alejandro Petronio, insigne médico de aquellos tiempos, que entrando á ver al santo, dió voces, diciendo, que le habian muerto; y aplicándole los remedios contrarios, le libró Dios de aquel peligro. Por el deseo que tenia que sus hijos floreciesen en esta virtud, les ejercitaba mucho en ella. Estando comiendo una vez el santo, y asistiéndole allí un hermano que le servia, le mandó que no estuviese en pié sino que se sentase en una silla que allí estaba. El hermano, ó por humildad ó por respeto ó encogimiento, rehusó sentarse; pero san Ignacio, estimando en mas la obediencia, que aquel encogimiento, le penitenció la falta, y le mandó que tomase la silla y la sentase sobre su cabeza, y que dijese á todos los que entrasen, que estaba de aquella manera porque no habia obedecido sentándose en ella, como so lo habia mandado. Para este mismo ejercicio de obediencia mandaba muchas veces á los suyos, que hiciesen cosas incompatibles en un mismo tiempo, y que deshiciesen lo hecho; y á los que eran capaces, que saliesen á predicar de repente á las plazas, para tomar experiencia como obedecian y rendian sus juicios. A un sacerdote, estando revestido para decir misa, ya que iba á salir al altar, le envió un recado que fuése luego á una confesion. Al punto obedeció: desnudose: pidióle al santo compañero, y díjole: Andad, vestíos, y decid misa, que esto solo se ha hecho por ver si sabeis obedecer. A otro padre muy grave, y rector del colegio romano, le ordenó fuése á la cocina á servir al cocinero, al cual le señaló por superior, para que le mandase fregar y barrer, acarrear leña y agua, obedeciendo el rector al cocinero con grande humildad. Para mayor ejercicio de esta virtud solia dar á cada uno de los de casa otro que le fuese superior. Y cuando el padre Lainez vino del concilio tridentino, donde fué tan estimado y oido, como merecia su admirable sabiduría; en llegando á Roma le dió por ayo y maestro al lavandero de casa, hombre muy tosco y grosero, así en el rostro como en la condicion, dándosele por superior, y mandando que le enseñase los tonos de predicar, de lo cual tenia cada dia ejercicio media hora, y cuando erraba le daba con un palo, al modo que algunos anacoretas antiguos enseñaban á sus discípulos.

Para conseguir todas estas virtudes tan heroicas, valió mucho á san Ignacio la devocion de la santísima Vírgen de quien fué muy querido hijo y devoto, á la cual desde el principio de su conversion, estando en su casa malo, deseoso ya de servir con todas sus fuerzas al Señor, puesto de rodillas ofreció sus santos intentos, y en significacion de que su fervorosa oracion fué oida de la Madre de misericordia, y fué formidable á los demonios, en toda la casa se sintió un grande estallido, y se estremeció el aposento del santo. La primera estacion, que hizo despues de levantado de la cama, fué á nuestra Señora de Monserrate, donde escogió el dia de la Anunciacion, para tornarse á ofrecer por soldado de su Hijo, vistiéndose de un tosco saco, y velando toda la noche delante del altar de la Vírgen. El libro, que poco despues escribió, de los ejercicios, fué por enseñanza de esta Señora: que esto mas tiene para ser estimado. Cuando iba á Manresa á visitar á nuestra Señora de Villadordis, por devocion de la Vírgen santísima se ceñia con un cíngulo hecho de una pleita de espadañas de tres ramales, y hoy se conserva fresco en Manresa, como una gran reliquia. Vino el demonio en figura humana á la cueva de Manresa á engañar al santo; y él luego se acogió á la Vírgen, renovando delante de su imágen el propósito de sus ayunos y penitencias, perseverando por muchos dias delante de su Reina y Señora, sin comer bocado, siendo en este tiempo muy favorecido de ella. La vision maravillosa que tuvo cuando el Padre Eterno le encomendó á su Unigénito, la alcanzó por medio de la misma Vírgen, á la cual y al Padre Eterno pedia de continuo por aquellos dias, le pusieran con su Hijo; y

no ménos le encomendó la Madre á su bendito Hijo, que el Padre Eterno. Para los primeros votos, que hizo en Francia con sus compañeros, escogió una iglesia de nuestra Señora del Monte de los Mártires, y el dia de la Asuncion, tomando todos desde aquel punto á la Vírgen nuestra Señora por su madre y patrona, y celebrando despues aquel dia, como el que fué el primer nacimiento de la Compañía. Para su primera misa escogió tambien el templo de nuestra Señora de las Nieves, en el pesebre, en que reclinó la Madre de Dios á su Hijo recien nacido, para qué por medio de la intercesion de la Madre le tuviese por suyo su capitan Jesus. Para la fundácion de la Compañía, cuando san Ignacio y sus compañeros hicieron las primeras profesiones, que en ella ha habido, quiso fuesen tambien delante de nuestra Señora, diciendo en su altar san Ignacio la misa, y haciendo él primero la profesion, y añadiendo en la fórmula, que aun ahora tenemos, aquella cláusula: «Delante de la santísima Vírgen.» En todos los ofrecimientos, que de sí hacia á Dios, era poniendo por medio á esta Señora, y en presencia suya: así lo enseña muchas veces en el libro de sus ejercicios, y lo puso en la fórmula de los votos, que hacemos los de la Compañía, como acabo de decir; para que como los reyes magos ofrecieron al Hijo sus dones por medio de la Madre, así los de la Compañía ofrezcan sus votos. Para la primera casa profesa, que fué la de Roma, deseó mucho que fuese una iglesia de nuestra Señora, llamada de la Estrada, porque naciera en casa de la Vírgen; y lo alcanzó finalmente, siendo como la patria donde nació esta sagrada religion, los brazos y patrocinio de la Reina del cielo. Todos los dias luego que despertaba, lo primero que hacia era rezar el rosario muy despacio. Encargó tambien á los suyos esta devocion del rosario, y las horas de la Vírgen, por los favores que en sí habia experimentado. Muy insigne fué aquella ilustracion que tuvo en Manresa, mientras rezaba las horas de la Madre de Dios, representándosele la santísima Trinidad, y viendo distintas las tres personas con sus procesiones y orígen. Las constituciones de la Compañía de Jesus, cuando las escribia las ofrecia al Padre Eterno por medio de la Reina del cielo, para que se las aprobase y lo alcanzó, y la misma Madre de Dios que se las aprobó y confirmó. Otra vez como ya hemos dicho, vino el Padre Eterno que le mostró lo mucho que se agradaba que la Vírgen intercediese por él; y luego vió á la misma Señora como estaba rogando por él. El éxtasis que tuvo de ocho dias enteros, fué tambien por beneficio de esta Señora, y fué de sábado á sábado y por consiguiente la fundacion de la Compañía se debe á ella, que en aquel rapto como dice el P. Burgheño y otros escritores, le reveló Dios el modelo de la religion que queria que fundase.

Por ruegos de san Ignacio fué esta Señora á visitar á Pedro Ferro, hombre de mucha virtud que estaba enfermo, y apareciéndosele le dió salud como san Ignacio dijo el dia ántes, y lo recabó con sus oraciones de la Reina del cielo. El dia de la natividad de la Vírgen alcanzó de ella favor para sus compañeros, que estaban afligidos en Venecia y les manifestó ántes lo que despues sucedió; porque el dia de la octava de aquella fiesta, sin pensar, salió en el senado sentencia en favor contra personas principales y muy poderosas de aquella república, como el santo lo habia prometido y alcanzado de la Reina de los ángeles. El zelo que tenia de su honra fué muy grande, aun cuando no habia entrado en la vida del espíritu, ni habia recibido tantos favores suyos: porque se encontró con un moro, que negaba su perpetua virginidad, se moria de pena; y le maltratara sino fuera porque la misma Señora lo impidió, y le libró con singular providencia de aquel peligro. El poder tan extraordinario que tuvo sobre los demonios, ellos mismos confesaban que era principalmente por la devocion que tuvo con la Reina del cielo. Estando en Módena conjurando á uno muy rebelde salió diciendo: San Ignacio, san Ignacio me echa por su humildad, paciencia y por la devocion que tuvo en la santísima Vírgen. Señal es tambien de la misma devocion, que algunas veces cuando san Ignacio se apareció á sus hijos, haya traido á la Vírgen consigo. El concilio de Tarragona atribuye al favor de la Vírgen toda la santidad de este gran siervo suyo; y así dice: «La Vírgen santísima en aquel sagrado lugar de Monserrate concibió al sagrado Ignacio: y habiéndole abrazado en su gremio, abrió y comunicó con él las entrañas de su misericordia, de penitencia y humildad y de todas las otras virtudes, para que en Manresa, lugar tan vecino de Monserrate, pusiese los primeros fundamentos de aquel alto edificio de santidad, que despues habia de edificar; y de tal manera estando aun como envuelto en el vientre, le favoreció y con pasto del cielo le alimentó y llenó con todo su espíritu divino, que siendo Ignacio aun niño como cerrado en las entrañas de su madre, daba saltos de placer, y muchas veces estando fuera de sí, levantado sobre sí vió como en un espejo el inefable misterio de la santísima Trinidad.»

Con tan heroicos ejemplos y prodigiosas virtudes ilustró san Ignacio al mundo y gobernó al Compañía quince años, tres meses y nueve dias, en los cuales extendió por todo el orbe en Italia, España, Francia, Alemania, en entrambas Indias oriental y occidental, en el Japon, Brasil, Etiopia y Persia, dejando fundadas doce provincias, y floreciendo en todas partes algunos hijos suyos con admirable santidad, y virtud de hacer milagros. Lo que pone admiracion es, que dentro de un año despues de fundada la Compañía se esparció por España, Francia, Italia, Alemania, Hibernia, Portugal y la India oriental. Este aumento ha ido creciendo hasta ahora: ocasion de harta pena á los herejes, y á Melancton le aceleró la muerte, que de lo íntimo de su corazon se lamentaba diciendo: ¡Ay, ay, que lo que echo de ver es, que en breve han de llenar el mundo de jesuitas! Esto repetia este heresiarca con gran dolor y envidia de la Iglesia romana, cuando estaba vecino á la muerte: con lo cual murió, empezando en esta vida con este tormento, los que le han de durar por toda una eternidad. Hizo otras muchas cosas san Ignacio para bien de la Iglesia: excitó en toda ella la piedad: restituyó el uso de los sacramentos y la frecuencia de la palabra de Dios: y finalmente lleno de merecimientos, y habiendo recibido la bendicion del sumo pontífice, y los sacramentos invocando el nombre de Jesus, dió su bendito espíritu con paz y sosiego al que para tanto bien del mundo le crió. Murió el año de 1556 último dia de julio, siendo de sesenta y cinco años.

Luego que espiró san Ignacio, se apareció su alma gloriosa á una santa señora llamada Margarita Gilo que estaba en Bolonia, y era muy benefactora de la Compañía, á la cual dijo; Margarita yo me voy al cielo: mirad que os encomiendo á la Compañía. Tambien se apareció á Juan

Pascual su devoto: y queriéndose llegar al santo se lo estorbó. A otras muchas personas apareció despues de muerto háciendoles muchos beneficios. Hase aparecido muchas veces trayendo el pecho abierto, y en el corazon esculpido con letras de oro el dulce nombre de Jesus, como otro san Ignacio mártir: por lo cual se pueden llamar entrambos deíferos, que con amor de serafines amaron á Dios.

Los milagros que ha obrado el Señor por su siervo despues de muerto, son innumerables. Como no pudiese una doncella con lamparones llegar al cuerpo de san Ignacio, cuando le enterraron, por el gran concurso del pueblo; luego que le tocaron con un pedazo de su vestidura, sanó. Las flores y rosas que estuvieron sobre su cuerpo dieron salud á muchos enfermos. El padre Nicolás de Bobadilla, uno de los compañeros de san Ignacio, habiendo estado muchos años enfermo, al punto que se echó en la cama del santo, estuvo bueno.

Cuando se trasladó el cuerpo de san Ignacio, se oyó por dos dias en su sepulcro música del cielo, y armonía de dulces voces: viéronse tambien dentro luces como estrellas resplandecientes. Luego despues que murió, publicaron los demonios su muerte y grande gloria, forzándoles Dios á engrandecer á quien tanto aborrecian. Estando conjurando una mujer en la ciudad de Trapana, en Sicilia, forzó Dios al demonio á decir que su enemigo Ignacio ya era muerto, y estaba en el cielo entre los otros fundadores de religion, santo Domingo y san Francisco. Los muertos que ha resucitado son muchos, por lo ménos doce: uno en Manresa, dos en Munebrega, otro en Barcelona despues de muerto el santo, como advierte el eminentísimo señor cardenal Ludovisio; porque cuando vivia resucitó á otro hombre en la misma ciudad, otro en Pardos cerca de Calatayud, dos en Granada, otro en Gandía, otro en Nápoles, otro en Mallorca, otro en Carpentas de Francia, otro en Méjico, en las Indias: donde son tantos los milagros que ha obrado este santo, que ha ganado tan de corazon el afecto de todos, que en toda la Nueva España es fiesta de guardar su dia y en otras muchas partes. A un hombre llamado Benito Lopez, le salieron por las espaldas cinco hombres dándole recias estocadas, hasta que le derribaron del caballo. En esta ocasion se encomendó á san Ignacio, y al punto le apareció allí el santo: y cogiendo el manteo con ambas manos le defendió, y apartó las espadas de los que le tiraban estocadas: y habiendo ahuyentado el santo aquellos facinerosos, desapareció, hallándose Benito sano y bueno de las heridas mortales que ántes habia recibido. En Roma tenia una honesta matrona muy malo á un hijo suyo: llegándose el dia de este glorioso santo, se le encomendó con mucho afecto; y á la mañana de su víspera halló á su hijo bueno y sano, diciéndole el mismo muchacho, porque san Ignacio habia venido, y dándole salud, tocándole con la mano en el rostro y mandado que se levantase. Pidió luego de comer; mas al punto lo provocó, sucediendo esto dos ó tres veces, hasta que la madre maravillada de aquello, dijo: Sin duda que el santo quiere que ayunes su víspera. Dióle despues á comer de vigilia, y abrazó muy bien el estómago la comida, con admiracion de todos. En Galicia sucedió un incendio de unos grandes montes, que perseveró por algunos dias: veníale trayendo un recio viento á las mieses y poblado, tan cercano ya, que no faltaban cuatro pasos. Entonces un devoto hombre tomó una imágen de san Ignacio, arrojándola donde estaba mas crecida la llama, y amenazaba mayor mal; y al punto se apagó el fuego. Visto el milagro, una piadosa mujer, que vió echar la imágen, por devocion que le dió de adorarle, se metió entre los tizones calientes que estaban humeando, y sin reparar en nada, metió la mano entre ellos y las cenizas y rescoldo sin sentir daño alguno, sacando la imágen de en medio de las ascuas. Un hombre, que vió el cielo muy cargado en tiempo que él tenia trigo en las eras, temeroso del daño que le podria suceder, acudió á san Ignacio haciéndole un voto. Pagóle el santo la confianza que de su patrocinio tuvo; porque sobreviniendo tan grande tempestad, que se llevó el trigo de las parvas vecinas que estaban al rededor, y nadando todo lo demás en agua, no cayó una gota en su era. Una mujer, estando muy temerosa de lo mal que habia de llevar su marido cuando viniese, de encontrar á un hijo suyo que se le habia quebrado un brazo, encomendósele á san Ignacio: apenas habia acabado la oracion, cuando se unió el hueso, y halló al hijo con el brazo sano y fuerte, con grande alegría suya y agradecimiento al santo. Habia entre dos casados diferencias, cómo se habia de llamar un hijo, que les nació: la madre por devocion que tenia á este glorioso santo, queria que le llamasen Ignacio: el padre por estar en aquella ciudad las reliquias de san Ireneo, queria que se llamase así: obraron en esta competencia tres meses, hasta que el padre burlándose, dijo una vez: preguntemos al niño, como quiere llamarse: y respondió la criatura con voz clara y distinta: Ignacio. Espantado el padre del prodigio, le llamó así y le dedicó al santo. En Módena hubo cuatro hermanas endemoniadas, que fueron libres por los merecimientos de san Ignacio, con extraordinarias significaciones de lo que este santo podia sobre los espíritus malos, que tampoco quiero particularizar; solo diré, que queriendo los demonios encubrir que eran echados por la oracion de san Ignacio, atribuyendo aquel efecto á la virtud de otros santos, á quienes las dichas hermanas tenian particular devocion; al tiempo de salir eran forzados á confesar la mentira que habian dicho, y dar la gloria á san Ignacio, diciendo, que Dios se queria servir de solo él en aquella ocasion. Otras veces con gran rabia, al salir, daban gritos diciendo: ¿Dónde está tu poder, ó Lucifer; pues un pedazo de papel con la firma de un clérigo nos echa, sin que le puedas resistir? Y habiendo muchas veces estado todo el dia conjurándolos sin fruto, decian que jamás se apartarian sino invocando á san Ignacio; porque así Dios lo queria: y en diciendo el sacerdote: yo os mando por los merecimientos del beato padre Ignacio: luego salian con gran rabia. Otras veces decian ¡Ay, ay, Dios, cómo nos privas de la gloria, por darla á este clérigo cojo y bizco! Los mismos efectos que habia hecho la estampa y la reliquia de san Ignacio hizo el libro de su vida; porque llevado a casa de las mujeres para que le leyesen, y puesto sobre su cabeza y pecho, ó leyéndose algun capítulo de aquella vida, eran los demonios forzados á partirse y rendirse á la voluntad de Dios, que es maravilloso en sus santos, y les da virtud para hollar al leon y al dragon, y triunfar de todo el poder del infierno. Hay en Manresa un santo Cristo de piedra, delante del cual solia orar san Ignacio. Sucedió una vez en la víspera de este santo, que empezó á sudar el Cristo, y despues al otro dia, mientras se decia la misa, á verter unas gotas coloradas que parecia sudor de sangre. Fué el caso averiguado

por milagro, y por señal de algunas aflicciones que en aquel tiempo sucedieren á la Compañía; mostrando en esto su capitan Jesus el amor que tiene á los hijos de san Ignacio, pues sus trabajos llora por todo el cuerpo con lágrimas de sangre. Fué tambien presagio de otras tribulaciones que padeció la Compañía, el milagroso sudor de dos imágenes de san Ignacio, que estos años pasados sudaron, una en Antequera, otra en Munebrega; obrando Dios por ellas muchos milagros; pero singularmente por la de Munebrega; que si hubiera de contar las muchas y grandes maravillas, hasta resucitar muertos, que por ella ha obrado su divina Majestad manifestando la grande gloria de su siervo, seria menester que se escribiese una historia de muy grande volúmen. Una beata de la órden de san Francisco, llamada María de Álava, que estaba muy afligida en el espíritu, la aconsejaron que se encomendase al santo padre Ignacio, porque por él alcanzaria alivio y remedio de su trabajo; y ella haciendo oracion á nuestro Señor, se olvidó del nombre de Ignacio y decia: O san Atanasio, ayudadme delante de nuestro Señor, para que me libre de esta tentacion y afliccion grande que padezco. Diciendo estas palabras oyó una voz que le dijo: No se llama Atanasio sino Ignacio: no dudes, sino que por su intercesion alcanzarás lo que pidieres al Señor; y así lo alcanzó.

Muy notable y celebrado fué el caso que cuenta el padre Nicolás Duran, provincial del Paraguay. Un muchacho ya de doce años estaba tan afligido y apasionado de mal de corazon, que le solia dar diez veces al dia con extraña violencia y enajenamiento de sus sentidos. Despues de grandes remedios, y de muchas oraciones y votos que se hicieron por su salud, ofreciéronle sus padres á san Francisco, para que llevase su hábito algun tiempo. Ya habian comprado la estameña para hacerle el vestido; mas el muchacho repugnó diciendo, que no habia de llevar el hábito de san Francisco sino de san Ignacio, afirmando que en poniéndosele, habia de sanar de su mal. Porfiaban los padres que habia de ser el de san Francisco: perseveraba el hijo en que habia de ser el de san Ignacio. Concertáronse finalmente en que se echasen suertes entre los nombres de los dos santos patriarcas; y por mas de veinte veces en que los padres y otras personas conocidas echaron suertes en varios tiempos y ocasiones, siempre salió la de san Ignacio; porque esta vez quiso Dios acreditar su santidad en aquella parte. Púsose el vestido de la Compañía el muchacho, y quedó luego libre de su mal, con extraña maravilla de todos, quedando los padres muy agradecidos y devotos de nuestro santo patriarca.

Un padre religioso y grave de la órden de san Agustin, morador del convento de la ciudad de Burgos, estando en Quintanilla de Somuñon, lugar del arzobispo de Burgos, adonde habia ido por caridad para administrar los sacramentos á los apestados; á los 11 de noviembre del año de 1599 fué á confesar una doncella como de veinte y dos años, llamada María, hija de Juan Gomez, labrador, que estaba con una recia calentura y herida de peste, á la cual aconsejó que se encomendase muy de veras al beato san Ignacio, y puso sobre el pecho una imágen del dicho santo; y con solo este remedio dentro de una hora el mismo padre halló sin seca ni calentura. Partieron de la ribera del Araxi en el Genovesado, á 24 de junio de 1618, dos mujeres nobles, madre é hija, para otro lugar llamado Loan, á visitar un templo de mucha devocion de la santísima Vírgen del Monte Carmelo; habiendo confesado y comulgado, volvian á su casa el miércoles de las cuatro témporas de la pascua del Espíritu Santo: llegaron á un rio muy caudaloso llamado Antonano, y venia muy crecido con las aguas lluvias que habia recogido. Llegóse la hija cerca del raudal á mirar la creciente, sin prevencion de su peligro; porque ocupando el rio por momentos todas sus márgenes, desmoronó un ribazo de arena en que tenia puestos los piés, y sin poder socorrerla cayó en el rio, el cual con su rápida corriente la llevó en un momento, envolviéndola en sus olas una milla dentro del mar. En este tiempo vieron todos los que habian concurrido á la orilla, á las voces que daba su madre doña Violante, como tres veces se fué á fondo y volvió á subir arriba. La hija, que se llamaba doña María, invocó á su favor á la Madre de Dios del Monte Carmelo y san Francisco de Paula, cuya iglesia poco ántes habia visitado, y á todos los ángeles y santos de la córte celestial: y viendo que sin remedio se ahogaba, le vino á la memoria invocar en su ayuda y favor á san Ignacio: y la ocasion de acordarse de su invocacion en esta hora, fué porque seis dias ántes que le sucediese este naufragio, tuvo María un sueño en el cual le parecia que caia en el mar, y que cuando estaba para irse á pique se le aparecia la Madre de Dios del Monte Carmelo y san Ignacio, y que la sacaban de las ondas del mar. Con este sueño le quedó una cordial devocion y tiernísimo afecto á san Ignacio, y con grandísima confianza en sus merecimientos, le decia: O bienaventurado Ignacio, ayudadme; pues sabeis que tengo dos hermanos en vuestra religion. Acabada esta oracion no se fué mas á fondo: trocó toda la agua que habia tragado; y súbitamente se halló derecha, abiertos los brazos en forma de cruz y los piés tan juntos como si se los hubieran atado con un cordel, sin tragar gota de agua: ni le fueron desde este punto molestas las crecientes del rio, ni las ondas del mar; ántes creciendo las maravillas de Dios, se halló de repente cercada de una nube hermosísima mas blanca que los campos de la nieve, y tan grande que llegaba desde el mar al cielo: estaba toda vestida y bordada de luz y hermosos rayos, que arrojaba san Ignacio que venia en medio de la nube, cuyos resplandores eran lúcidos y vehementes como los del sol, y aun incomparablemente mayores; de suerte que testificó esta sierva de Dios en su dicho, que no podia caber en entendimiento humano la aprension de cómo eran, ni en la lengua habia palabras con que declararlo. Estaba toda la nube cercada de ángeles, tan hermosos y resplandecientes, como si fuesen muchos soles juntos; y en la parte superior, cerca del cielo, descubria una matrona vestida de ropas reales y con corona en la cabeza tan hermosa, como la misma hermosura: tenia á los lados dos ángeles, que con grande reverencia recogian las sagradas vestiduras, y con admirable modestia y agrado las sustentaban en sus manos: eran las unas de color pardo, las otras de color blanco. Reconoció María, que esta señora era la Reina del cielo y la santísima Vírgen del Carmelo: volvió á invocar de nuevo á san Ignacio, pareciéndole que por su intercesion usaba de misericordia la Madre de ella, y decia: O santo Ignacio, pedid misericordia para mí á esta Señora. Dicho esto, vió á san Ignacio, que con un rostro hermosísimo la miraba, y con los brazos abiertos la amparaba y guardaba, y advirtió que la santísima Vírgen, bajando de su trono, se acercó á san Ignacio y le puso á su lado, y al-

zando el brazo derecho la Reina del cielo y su mano santísima, con el dedo índice señalaba á san Ignacio, y se lo mostraba diciendo: Vé aquí al santo que tú llamas. Entonces María deshaciéndose en lágrimas y volviéndose al santo le decia: O bienaventurado Ignacio, perdonad mi atrevimiento y descortesía en no haber hablado con tanta estima de vuestra santidad, como era razon con mi hermano, de vuestra Compañía, diciendo que habia entrado en una religion de uno que no era santo: y confieso diré á voces por todas partes del mundo donde estuviere, que he visto y conocido sois santo y santísimo, y confio en vuestros merecimientos que me habeis de ayudar é interceder por mí á la Madre de Dios. Salió tambien á la defensa del santo la Reina del cielo: dióle una amorosa reprension á María diciendo: ¿Cómo te atreviste á decir que no era santo? Vé aquí como es santo, y de tantos santos como has llamado, él solo viene para ayudarte y por su medio has de ser salva. Y aunque ella entendió estas palabras de la salvacion de su alma, no se dijeron sino de la salud del cuerpo librándola de las aguas. Tres horas duró esta maravilla y estar la doncella encima del agua, hasta que entrando un hombre á socorrerla desapareció la vision, aunque no cesó el milagro: porque dándole el hombre empellones, ella venia sobre las aguas como si fuera una tabla, á vista de innumerable gente que habia concurrido á un prodigio tan raro, atraidos de la hermosura de la nube que vieron sobre del mar, y la iluminacion de los rayos que arrojaba les parecia desde la playa, que era un cielo adornado de lúcidas estrellas. Llegó la doncella á tierra sin lesion ni mal alguno: así como llegó á la playa, hincadas las rodillas en tierra, puestas las manos y levantados los ojos al cielo hizo oracion, y pidió á los presentes que diesen las gracias á la santísima Vírgen y á san Ignacio, porque la habian librado de la muerte.

Otro caso raro fué lo que sucedió en el convento de Santo Domingo de Lima, que servirá para aumentar la devocion de este gran siervo del Señor. Referiré el caso con las mismas palabras del testimonio jurado, que dieron de él los religiosos del convento de Santo Domingo, y en su nombre el procurador general el P. Fr. Bartolomé de Ayala, que dice así

«El P. Fr. Álvaro Molina, sacerdote profeso del convento del Rosario de Lima, que estudió en Santo Tomás de Ávila en España, y en esta provincia ha sido compañero de los provinciales, y prior de Cuzco, que es la segunda casa de la provincia, y de Arequipa, que es la tercera, y procurador general en esta provincia del Perú, con voto en capítulo provincial de su órden, y definidor, conforme al estilo de ella; ha estado paralítico y tullido de piés y manos mas de ocho años, sin que por ningun modo y manera pudiese andar sobre sus piés, ni levantar las manos á la boca, ni la cabeza, y que para ir á alguna parte le habian de llevar en un carreton, que para este efecto tiene: de ocho dias á esta parte que leyó la historia y vida del P. san Ignacio de Loyola, le cobró devocion, y la continuó por todos estos dias; y el dia de la octava de Todos los Santos de este año de 1607, como á las cinco de la tarde, poco mas ó ménos, despues de haber hecho voto al dicho santo de ayunarle su vigilia, el hacer de él memoria en maitines y vísperas, con antífona y oracion, y serle muy devoto á él y á su órden, le dió un impulso que se levantase. Al punto dicho dia se levantó con dicho impulso y devocion, anduvo corriendo sobre sus piés todos los claustros altos del convento, bajó las escaleras á la Iglesia, y asistió al *Te Deum laudamus* que todo el convento cantó en canto de órgano, y despues acá se ha continuado el dicho milagro. Item: con dificultad grandísima se percibia lo que hablaba, por el notable impedimento y torpeza de la lengua, de manera, que para entender una palabra se le habian de preguntar muchas veces, y llegarse muy cerca: ahora despues del dicho milagro habla clara, distinta y perceptiblemente, de suerte que no se le conoce impedimento, ni que le haya tenido. Item: unánimes y conformes todos los religiosos, con alegría comun y universal han solemnizado este milagro, y dado gracias al Señor por él, y cobrado particular devocion al gloriosísimo san Ignacio de Loyola: y porque esto es así verdad, y lo jura cada uno de nosotros, lo firmó en Lima, á 9 de noviembre de 1607. *Fr. Bartolomé de Ayala.*» A mas de lo referido, el médico que asistió á aquel convento de Lima y se llama el doctor Fernando de Valdés, que despues vivió en Sevilla haciendo su oficio de médico, dijo, que fué testigo de vista de este milagro, porque entrando él á visitar los enfermos de este convento, alborozado con lo que habia sucedido, encontró al dicho P. Fr. Álvaro andando por la casa, y le dijo: ¿Qué ha sido esto, P. Fr. Álvaro? Respondió: Señor doctor, Dios y el santo padre Ignacio me han sanado. El mismo dia que sucedió este milagro, estaba en el colegio de la misma ciudad un hermano muy al cabo de un recio tabardillo, esperando la muerte, y recibidos el viático y la extremauncion: llamábase Cristóbal Mesa; y refiriéndole el caso uno de los que le asistian á su cabecera, para que se encomendase á su santo padre, fueron tan grandes los júbilos que le causó esta nueva, que se encendió en devocion, y pidió le dejasen levantar para ir á la iglesia á ayudar á los padres y hermanos á cantar el *Te Deum laudamus*. Valióle su fé no ménos que la vida; porque desde este punto comenzó á mejorarse su salud, y en breve se quitó la calentura: cosa que tuvieron los médicos por gran milagro.

Fuera nunca acabar si hubiéramos de referir todos los milagros de san Ignacio: porque no hay parte del mundo que no haya experimentado con muchos beneficios lo que puede este gran siervo del Señor con su divina Majestad. Refieren muchos los autores de su vida: el P. Pedro de Ribadeneira en la Vida breve; el doctor Blas Sanchez, y mas copiosamente el P. Andrés Lucas: fuera de los cuales han escrito la vida de este glorioso santo, el P. Mafeo, y el P. Orlandino en su Historia; Fr. Lorenzo Surio en los Comentarios, y otros muchos. Canonizó á san Ignacio el papa Gregorio XV, juntamente con su hijo san Francisco Javier, apóstol de las Indias, san Isidro labrador, santa Teresa de Jesus y san Felipe Neri, año de 1622, y aquel mismo año, cosa de un mes ántes de su canonizacion, se vieron tres soles en el cielo.

San German, obispo y confesor.—Dos santísimos obispos y colunas de la fé católica florecieron en el reino de Francia, que se llamaron Germanos; el uno fué obispo de París, del cual escribimos á los 28 de mayo; y el otro obispo antisiodorense, cuya vida referiremos aquí, sacada de la que escribió Constancio, varon grave y vecino á sus tiempos, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo, y de lo que otros autores graves escriben de él.

Nació san German en la misma ciudad de Auxerre de

padres nobilísimos: dióse desde niño á las letras y estudiólas con mucho cuidado y diligencia, y despues de haber aprendido en Francia las artes liberales se fué á Roma para estudiar derechos, y salió muy docto y elocuente, y ejercitó el oficio de abogado con grande loa y opinion. Casóse con una señora noble, rica, virtuosa y en todo igual suya: y como era hombre de tantas prendas, los gobernadores de aquella provincia le comenzaron á ocupar en cargos y gobiernos de aquella república. Era muy amigo de caza y preciábase mucho de gran cazador, y hacia colgar los cuernos de los venados que mataba en un grande y hermoso peral que estaba en medio de la plaza de su misma ciudad, de la cual á la sazon era obispo Amador, varon santísimo. Iba á la mano el santo prelado á German, y procuraba apartarle del continuo ejercicio y sobrada ocupacion que tenia de la caza y de aquella vana ostentacion que hacia de poner en público aquellos cuernos, como trofeo de sus victorias: y viendo que no podia acabar cosa con él, un dia que estaba German ausente, mandó cortar el peral, y arrojar fuera la ciudad aquellos que de él estaban colgados. Sintió esto sobremanera German, y determinó de vengarse del obispo: pero en el mismo tiempo que él juntaba gente y tramaba la venganza, Dios nuestro Señor reveló á san Amador, que se llegaba el tiempo en que le queria librar de las miserias de esta vida y llevarle á gozar de la felicidad eterna, y que su voluntad era que German le sucediese en el obispado. Juntó san Amador en la iglesia el clero, nobleza y pueblo; declaróles lo que del cielo le habia sido revelado; consolóles de su muerte, y díjoles, que en todo caso hagan obispo á German, para que se cumpla la voluntad de Dios. Todo el pueblo se conmovió, y cerraron las puertas de la iglesia, echaron mano de German que estaba presente, y le presentaron á san Amador, que le cortó el cabello, y le quitó el vestido seglar y rico, y le vistió de clérigo, exhortándole á bajar el cuello, y tomar el cargo de prelado que Dios le daba, y servirle en aquella dignidad con perfecto corazon y cuidado. No pudo German resistir á la revelacion de Dios, y á la fuerza de todo el pueblo; y así despues de la muerte de san Amador fué consagrado de obispo, y con la consagracion se mudó tanto su vida, que bien se vió que la mano del Señor que le habia escogido le guiaba y estaba sobre él. La que ántes era su mujer comenzó á ser su hermana: los vestidos ricos y galanos se trocaron en cilicios y hábito penitente: las riquezas, que ántes se buscaban y llevaban para vanidades, servian de remediar las necesidades de los pobres. Desde el dia que comenzó á ser sacerdote hasta el postrero de su vida, nunca comió pan de trigo ni bebió vino, ni usó de aceite, ni vinagre, ni de legumbres, ni de sal para sabor á lo que comia; solo las pascuas de Navidad y de la Resurreccion echaba una gota de vino en el agua, por la solemnidad de la fiesta. Cuando habia de comer, primero gustaba un poco de ceniza, y despues comia pan de cebada, que él mismo habia cogido y molido; y esta comida era una vez al dia á la tarde, y algunas veces se le pasaban los tres dias, y aun toda la semana sin comer. No mudaba la túnica ni la cogulla, hasta que con la vejez estaban gastadas y consumidas. Traia siempre un cilicio á la raiz de las carnes, y el mismo vestido en el invierno y en verano. Su cama era el suelo cubierto de ceniza, y de un cilicio con un pobre cobertor, y sin almohada: dormia siempre vestido, y pocas veces se quitaba el cíngulo ni los zapatos. Era devotísimo de las reliquias de los santos, y las traia siempre en un relicario colgadas al cuello. Recibia á todos los huéspedes que venian á él, con maravillosa alegría, y les lavaba él mismo los piés, y los regalaba y hacia comer, ayunando él. Edificó un monasterio allí cerca su ciudad para recogerse, y en el golfo de tantas y tan varias ocupaciones, que por razon de su dignidad tenia, hallar puerto quieto y seguro.

No pudieron los demonios, enemigos de nuestra salud, sufrir tanta perfeccion, y determinaron hacer cruda guerra á san German á fuego y sangre. Tentáronle por mil vias: acometiéronle y diéronle muchos terribles asaltos, sin poder hacer mella en aquel pecho sagrado, que como una firme y fuerte roca hacia burla de todas las ondas y alteraciones del mar. Viendo que no podian prevalecer contra el pastor, se quisieron vengar de él en sus ovejas: y permitiéndolo así nuestro Señor, causaron una cruel enfermedad en todo el pueblo, que le daba en la garganta, con la cual murió innumerable gente, chicos y grandes, sin remedio. Acudió á Dios el santo pontífice, y bendiciendo un poco de aceite, mandó que se untasen con él; y con esto cesó aquella plaga: y despues un demonio, que el mismo santo echó de un hombre á quien atormentaba, confesó que toda aquella mortandad habia venido por obra de ellos, permitiéndolo el Señor para mayor gloria del santo, y enmienda y castigo del pueblo.

Levantóse en Inglaterra (como lo dijimos en la vida de san Lupo) la herejía de Pelagio, y cundia como cáncer, y destruia aquella isla. Fueron enviados del concilio de los obispos san German y san Lupo, para apagar aquel incendio, y apagáronle los dos de la manera que allí queda referido. Solo hay que advertir tres cosas, que en esta empresa fueron propias de san German, dejando las otras, que en san Lupo le fueron comunes. La primera lo que aconteció con la santa vírgen Genoveva en el territorio de París, cuando iba á Inglaterra: lo cual no repetimos aquí, por haberlo escrito en la vida de la misma vírgen á los 3 de enero.

La segunda, que estando en Inglaterra, el demonio le hizo caer y lastimar un pié gravemente; de suerte que le fué forzoso estar echado, porque no se podia mover: y estando así, se emprendió fuego en una casa allí vecina, y creciendo con el viento que soplaba, y llegándose á la de san German, acudió mucha gente para librar al santo obispo, y él no se movió: tanta era la constancia y seguridad que tenia en el Señor: el cual mandó á las llamas que no tocasen aquella casa en que estaba el santo; y así la salvaron, haciendo ceniza las que estaban al rededor, y en todo lo que el pueblo, por atajarlas, habia puesto sus manos. Allí donde estaba echado el santo, venia gran multitud de gente enferma en el alma y en el cuerpo para que los curase; y él á todos curaba y daba remedio del cielo, sin querer tomar ninguno para su pié, hasta que el Señor se le dió: porque vino un ángel, vestido de ropas blancas como la nieve, que tomándole por la mano le dijo: Levántate, y está firme sobre tus piés; y desde aquel momento quedó sano.

La tercera cosa es que habiendo san German tornado con san Lupo de Inglaterra á Francia, estando ocupado en su Iglesia, haciendo obras de varon mas divino que humano, tuvo nueva que la herejía de Pelagio tornaba

á retoñar en Inglaterra, y que todavía quedaban algunos inficionados de aquella pestilencia, de los cuales como de una pequeña centella se podia temer algun gran fuego: y como él era tan celoso y estaba tan deseoso de trabajar y padecer por Cristo, tomando en su compañía á Severo, obispo de Tréveris varon santísimo, se partió para Inglaterra; y en llegando, sanó á un mozo cojo que no podia de ninguna manera andar: y con aquel milagro, toda la gente que habia acudido á él para recibirle y honrarle como á ministro de Dios, se sujetó á su odediencia y se declaró por católica, entregando á los dos santos los autores de aquellos errores, para que los desterrasen fuera del reino, y con esto se volvió á su casa gozoso y como triunfante san German, habiendo tenido tan feliz suceso esta jornada. Pero luego se le ofreció otra de gran servicio de Dios: porque habiéndose Aecio, capitan general de Valentiniano III, emperador romano, enojado con los pueblos de Bretaña la menor, los entregó á Ercarico, rey de los hemones, que era gentil y hombre feroz, para que los castigase como á rebeldes; y él lo pretendia hacer con rigor, y ponia en órden su ejército para ejecutar su furor contra los pobres británicos; los cuales, viéndose desamparados en tan grande angustia, no tuvieron otro remedio para salir de ella, sino suplicar á san German que se encargase de aquel negocio, y aplacase con sus ruegos á aquel rey bárbaro que los pretendia destruir: y como el santo era tan benigno y piadoso, movido de las lágrimas y gemidos de tanta gente miserable, luego se partió en busca del rey de los alemanes, que ya marchaba con su ejército: y habiéndole topado en el camino armado y bravo con sus escuadrones, hablándole por intérprete al principio blandamente y despues con mas gravedad, finalmente echó mano de la rienda del caballo, en que iba el rey, y le detuvo, y con él á todo el ejército: y el Señor, que movia á san German movió tambien al rey, para que no se enojase, sino que se admirase de su constancia y le reverenciase y obedeciese. Concedió el bárbaro todo lo que el santo le pidió, con condicion que se alcanzase de Aecio, ó del emperador, el mismo perdon que él concedia á los pueblos de Bretaña: y de aquí resultó otro trabajo al santo de ir á Italia, para alcanzar del emperador Valentiniano, el III de este nombre, que estaba en Ravena, el dicho perdon. Hizo esta jornada con muy poca compañía, y casi solo; pero eran tantos los que por el camino le salian á ver y reverenciar, que no se podian numerar, y en los lugares donde descansaba é ilustraba con su presencia, se hicieron muchas ermitas, capillas y oratorios, y se pusieron muchas cruces, para memoria de haber estado allí el santo. Llegó á Ravena, de donde era obispo el santo y elocuente Pedro Crisólogo, del cual recibido y reverenciado como un ángel venido del cielo, y no ménos de Placidia, madre de Valentiniano, que, por ser el hijo mozo, gobernaba el imperio: y era princesa no ménos piadosa que poderosa: la cual luego envió á visitar á san German con presente de una riquísima fuente de plata, llena de cosas de comer regaladas, aunque ninguna era carne. Aceptó el santo prelado aquel regalo que le envió la emperatriz, y dió á sus criados la comida, y á los pobres las fuente de plata, y envió á la emperatriz en un plato de madera un poco de pan de cebada, que él comia; y la emperatriz lo recibió con tanta devocion, que hizo guarnecer de oro el plato, y guardó el pan de cebada para con él sanar las dolencias de muchos. Convidóle un dia la emperatriz á comer, y fué á caballo en un jumentillo, por estar ya con los años, trabajos, vigilias y ayunos, consumido. Estando comiendo, avisaron secretamente á la emperatriz, que el jumento de san German súbitamente era muerto; y ella mandó aparejar un cuartaguillo mansísimo, en que volviese. Cuando lo supo el santo, dijo: Tráiganme mi jumento, que con él tengo de volver: y llegándose adonde estaba muerto, le dijo: Levántate, compañero; que ya es hora que volvamos á casa: y luego se levantó, y le llevó, como ántes. Yendo un dia por la ciudad de Ravena, acompañado de gran multitud de gente, pasó por la cárcel, donde habia gran número de presos, los cuales dieron voces, suplicando á san German que los socorriese, y entendiendo que eran presos los que clamaban, se puso en oracion, y luego se abrieron las puertas de la cárcel, y los grillos y las cadenas se les cayeron, y los que estaban atados con ellas salieron libres; y acompañando al santo, entraron en la iglesia haciendo gracias á Dios por la merced que les habia hecho. Como estos obró el santo otros muchos y grandes milagros en el tiempo que estuvo en Ravena, donde tuvo revelacion, que Dios le queria sacar de la cárcel de su cuerpo y llevarle á la gloria, y así cayó malo de una enfermedad grave, que le acabó, en la cual le visitó y sirvió la emperatriz Placidia con grande caridad y afecto: y finalmente al séptimo dia de la enfermedad, voló su purísimo espíritu al cielo con grande alegría de los ángeles y santos, y tristeza y llanto de los que estaban en la tierra, y le veian morir. Los bienes, que dejó el santo, se repartieron de esta manera. La emperatriz tomó para sí el relicario que traia al cuello: san Pedro Crisólogo, obispo de Ravena, heredó el cilicio y la cogulla: y otros seis obispos, que acompañaban á san German, repartieron lo que quedaba de esta manera; uno tomó el manto, otro el cíngulo: dos dividieron la túnica; y dos el sayo que traia.

Innumerables fueron los milagros que nuestro Señor obró por san German en vida y en muerte. Libró muchos endemoniados, y á uno que habia hurtado cierta cantidad de moneda, le hizo confesar el hurto y restituir los dineros. A un gentil, por nombre Mamertino, que era muy supersticioso en la adoracion de sus falsos dioses, y ciego de un ojo, manco de una mano, le sanó, é hizo cristiano y monge, y despues fué gran varon. Yendo de camino, llegó al santo y á su compañía un pobre caminante desabrigado y descalzo, y á la noche estando todos durmiendo, hurtó el jumento en que iba san German; pero queriendo huir, no pudo, ni pasar adelante: y conociendo su yerro, se echó á sus piés y confesó su pecado; y el santo con mucha gracia, le dijo: Si yo ayer, cuando te ví desnudo, te vistiera, no tuvieras tú necesidad de hurtar: y mandóle dar limosna, para que se vistiese. Otra vez encontró algunos pobres en el camino, que le pidieron limosna: mandó á su diácono, que les diese tres ducados, que solos tenia; y el diácono dió á los pobres dos ducados, y guardó el tercero para el gasto. En el mismo dia le trajeron doscientos ducados de limosna, y el santo dijo á su diácono: Toma estos dineros, y entiende tu poco ánimo y caridad; pues hoy quitaste á los pobres lo que yo te mandé dar: y si lo dieras, ahora recibieras trescientos ducados por estos doscientos. Sanó muchos enfermos de varias y graves enfermedades, y dió vida á los

muertos, y por do quiera que pasaba cuando era vivo, dejaba salud, vida y contento; y lo mismo hizo despues de muerto: porque llevando su sagrado cuerpo á Francia, para colocarle en su iglesia, como el santo lo habia mandado, despues que la emperatriz Placidia con rara piedad y humildad le visitó, y los obispos y todo el pueblo con gran pompa y solemnidad le sacaron de la ciudad, y el emperador proveyó con gran magnificencia todo lo que era menester para el gasto de aquel largo camino, fué recibido de todos los pueblos por donde pasaba, con extraordinaria devocion; y llegado á la ciudad de Plasencia sanó á una señora paralítica, que se tendió y estuvo una noche en la iglesia debajo de las andas en que iba el santo cuerpo; y en Francia allanaban las asperezas de los montes y los malos pasos, y hacian nuevos puentes, para aderezar los caminos por donde habia de pasar. Finalmente el primer dia de octubre le depositaron en su iglesia, con gran concurso de todos aquellos pueblos, que venian á ver, reverenciar y adorar á su santo padre y pastor, llorando muchas lágrimas, juntamente de tristeza y alegría: de tristeza, por faltarles tal maestro y prelado, en quien tenian consuelo, alivio y remedio: y de alegría, por la esperanza que tenian, que desde el cielo los favoreceria mas eficazmente, y seria su abogado y protector como lo mostraba con los milagros que continuamente hacia.

Murió san German el postrero dia de julio, imperando (como se ha dicho) Valentiniano el III. Escribió su vida Constancio presbítero, de quien hacen mencion Sidonio Apolinar, y san Isidoro *de Viris illust. in Paulino, presbitero, cap. 4*; Y Sigiberto dice, que tambien la escribió Hermino, monge, en verso. Hacen de él mencion el Martirologio romano á los 31 de julio, y los demás Martirologios; Beda en la Historia de Inglaterra, lib. 1, cap. 12; Próspero en su Crónica y Gregorio Turonense *de Gloria confes. cap. 14*; Adon; san Antonino, segunda parte de su Historia, tít. 12, cap. 17; y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y en el quinto tomo de sus Anales.

* San Juan Colombini, fundador.—Hijo de una ilustre familia de la ciudad de Sena, recibió una educacion brillante; dedicóse á la jurisprudencia, y fué elegido primer magistrado de su pais granjeándose el amor y respeto de sus compatriotas por su rectitud y delicado proceder. Vivia Juan olvidado de los deberes que la religion impone al hombre, descuidando enteramente el bien de su alma. Dios que lo queria para sí, permitió que al llegar un dia en su casa fatigado del trabajo, no encontrase dispuesta la comida entregándose á un esceso de cólera. Su esposa entrególe un libro mientras se estaba preparando la mesa, cuyo libro contenia algunas vidas de santos. Toma Juan el libro, y arrebatado de cólera lo bota al suelo; mas avergonzándose de tan mala accion, lo coge, lo abre y se presenta á su vista la vida de santa María Egipciaca. Al leerla, encuentra placer y se olvida de la comida. Su corazon va enterneciéndose á vista de su lectura, y concibiendo un verdadero dolor de sus pecados, trata de cambiar de vida. Renuncia el cargo que tenia, desprecia los encantos del mundo, y da á los pobres la mayor parte de sus bienes. Su casa convirtióse en un hospital donde recibia los pobres y los enfermos, en términos que al salir de la iglesia cierto dia, encontró en la puerta un leproso cubierto de úlceras: tomólo sobre sus hombros, y selo llevó á su casa atravesando la plaza pública. Despues de haberlo servido y cuidado hasta dejarle enteramente curado, le dió dinero para que pudiese vivir comódamente en su casa. Muriósele á Colombini un solo hijo que tenia, é hízose religiosa la hija que le quedada; así es que acabó de vender cuanto le quedaba para distribuirlo á los pobres, é hizo voto de perpetua continencia. Entregóse desde entonces al servico de los hospitales, á los ejercicios de piedad y á las mortificaciones de penitencia. Muchas personas siguieron su ejemplo, invocando siempre el nombre de Jesus, llamándolos las gentes *Jesuatos*. Colombini al ver que se aumentaba extraordinariamente el número de los servidores de los pobres, formó una congregacion religiosa, abrazando la regla de san Agustin y tomando por patron á san Gerónimo. Como el papa en aquél entonces se hallase en Viterbo, fué Juan en persona á encontrarle para obtener la aprobacion de su congregacion; y efectivamente la aprobó concediéndole á mas grandes privilegios. La mayor parte de los que abrazaron este instituto fueron tan fervorosos que casi todos son honrados como santos. Murió el dia 31 de julio de 1367.

San Fabio, mártir.—Durante los primeros dias de la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano, hallábase Fabio en Cesarea, y se convirtió á la religion cristiana, al ver el valor y la constancia de los fieles que eran llevados al suplicio. Luego de recibido el bautismo, se negó no solo á frecuentar los templos de los dioses, sí que tambien á llevar ninguna insignia que pudiese darle á conocer como pagano. Acusado delante del juez, confesó libremente á Jesucristo, y fué encerrado en una cárcel donde permaneció muchos dias incomunicado. Despues lo llevaron otra vez al tribunal donde le esperaban algunos doctores gentiles, que entablaron con él una larga cuestion, sobre la divinidad de la religion cristiana, respondiendo el santo á todos los argumentos con admirable sabiduría. De aquí salió condenado á perder la cabeza; pero ántes le hicieron sufrir otros varios tormentos, consumándo su martirio el año 298.

San Calimerio, obispo y mártir.—Floreció durante el siglo II, siendo obispo de Milan. Su sabiduría, su piedad, su zelo y el infatigable desvelo por el bien de la Iglesia, le hicieron uno de los prelados mas recomendables y mas grandes de su tiempo. La silla de Milan brilló durante su pontificado con los mas puros resplandores, viéndose casi libre de las sombras de la idolatría. Toda la Liguria y gran parte de la Italia experimentaron los saludables efectos de la tierna solicitud del obispo, que era en todas partes el azote del error, el padre de los pobres y el consuelo de todos los desgraciados. Por fin despues de una vida perfecta, en tiempo del emperador Antoninó Pio, fué Calimerio preso por unos paganos que pretendian hacerle abjurar á Jesucristo, y no pudiéndolo conseguir, le llenaron el cuerpo de llagas, le atravesaron la cerviz con una espada, y arrojándole á un pozo, acabó gloriosamente su existencia por los años 141.

Los santos Demócrito, Segundo y Dionisio, mártires.—No se sabe de estos santos sino que derramaron su sangre por la fé en la ciudad de Sinada en la Frigia Pacaciana.

San Firmo, obispo y confesor.—Floreció durante el siglo IV, padeciendo muchas persecuciones y siendo varias veces atormentado por darle muerte. Acabada la persecu-

cion de la Iglesia con la conversion de Constantino, fué este santo consagrado obispo de Tagaste, en África, cuya silla ilustró con su ejemplo y doctrina. San Agustin habla de él como de un hombre sucitado expresamente por Dios, para renovar y confirmar el espíritu de su pueblo, y le propone á los obispos como un modelo perfecto de pastores. San Firmo, murió segun el cardenal Baronio, en el mes de julio del año 372, y su cuerpo despues de muerto despidió el influjo de la celestial virtud, que el santo habia derramado por todas partes durante su vida.

AGOSTO.

DIA 1

San Pedro Ad-vincula.—El primero dia de agosto celebra la santa Iglesia la festividad de las cadenas del glorioso príncipe de los apóstoles san Pedro, no solamente para hacer gracias al Señor por el beneficio que nos hizo, en haber librado á nuestro pastor de las manos del rey Herodes; y soltándole de las cadenas con que estaba atado al punto que le querian ajusticiar; sino tambien para honrar las mismas cadenas y prisiones que tocaron aquel sagrado cuerpo, y que el apóstol con tanta gloria sufrió y estimó mas que todos los tesoros del mundo, y todos los milagros que hacia. San Lúcas cuenta en el libro de los Hechos apostólicos, que el rey Herodes, llamado Agripa, hijo de Aristóbulo, queriendo dar contento á los judíos, despues de haber mandado cortar la cabeza á Santiago el mayor, patron de España y hermano de san Juan evangelista, hizo prender á san Pedro como cabeza de todos los discípulos de Cristo nuestro Señor y capitan de los demás. Y porque la solemnidad de la pascua no era tiempo oportuno para quitarle luego la vida, mandóle echar en la cárcel atado con dos cadenas y con dos soldados que estuviesen siempre á su lado, y con otras muchas guardas á las puertas de la cárcel y de la ciudad, para que humanamente no se pudiese escapar de sus manos. Sintió toda la Iglesia este golpe como era razon: juntóse á hacer oracion continua y fervorosa, suplicando al sumo Pastor que no permitiese que su ganado quedase desamparado, y sin aquel que le habia dado por vicario suyo, estando como estaba, tan rodeado de lobos carniceros que le pretendian despedazar. Oyó el Señor las voces de sus siervos, y la misma noche del dia en que habian de sacar á la muerte al bienaventurado apóstol, estando él atado con dos cadenas entre los dos soldados, durmiendo con gran paz y seguridad (como quien sabia que estaba debajo de las alas y proteccion de su dulce Maestro y Dios todopoderoso, y que sin su voluntad ninguna cosa le podia empecer); entró un ángel en la cárcel, y luego toda aquella oscuridad resplandeció con inmensa claridad, y despertando el ángel á san Pedro, le dijo, que se vistiese y calzase sus sandalias y que le siguiese; y así libre y suelto de las cadenas, le siguió y pasaron por la primera y segunda guarda; y la puerta de la ciudad (que era ne hierro) se le abrió; y quedando san Pedro ya en salvo, desapareció el ángel, y el que ántes pensaba que aquel era sueño, conoció que era verdad lo que pasaba, y que el Señor le habia librado de las manos de Herodes, y burlado todos sus consejos y las vanas esperanzas de los judíos, y oidas las plegarias de los fieles y consoládolos, y á él dádole la vida, para que de nuevo la emplease en su servicio con mayor fervor. Esta es la primera causa de celebrar esta fiesta. Otra es el querer del Señor engrandecer á sus siervos, y magnificar y honrar los trabajos y penas que pasan por su amor: porque así como no hay cosa mas grata y acepta á Dios nuestro Señor, que padecer muchos y grandes tormentos por él; así reparte de estos trabajos con todos sus siervos, y con mas larga mano á los que son mas privados suyos, como lo hizo con el apóstol san Pedro, permitiendo que fuese afligido y encarcelado del rey Herodes, para que estimase é hiciese mas caso de aquellas cadenas con que estaba aprisionado, que dar piés al cojo de su nacimiento, salud á los dolientes, vida á los muertos, y con sola su sombra librar á todos los enfermos que se le ponian delante. Y así el apóstol san Pablo llama á los filipenses compañeros de su gozo, entendiendo por su gozo, el que tenia de verse aprisionado y cargado de cadenas por Cristo, y queriendo encomendar mucho á los de Efeso, que procurasen ir adelante en la vocacion santa en que habian comenzado, para apretarles y moverlos les dijo: Mirad que yo estoy atado y aprisionado por Cristo: os ruego y pido esto, porque no hay cosa para mí mas gloriosa, ni para vosotros mas provechosa que mis cadenas; y de la misma manera estimó san Pedro las suyas, y estiman todos los santos las que padecen por el Señor. El cual, como buen pagador para darles aun acá en esta vida el galardon de este contento y gloria, que tienen en padecer por él, no solamente quiere que sean honrados los cuerpos y los miembros que padecieron, sino tambien los instrumentos con que padecieron, y que las cárceles, calabozos, cruces, esposas, grillos y cadenas con que fueron atormentados, sean tenidos de los fieles en suma veneracion. Por esto dice san Juan Crisóstomo en un sermon que anda en su nombre (aunque mas parece de Proclo), estas palabras: «con estas cadenas como piedras preciosas, se ataviaba el apóstol: con estas andaba ufano, alegre y regocijado, como si estuviera adornado con vestido real, entendiendo, que no eran ménos instrumentos de su gloria, que de su pena ni su corona, ménos que de su tormento. Estas mismas cadenas tiene hoy la santa Iglesia Esposa de Jesucristo, como una joya preciosa para su adorno, y todo el pueblo cristiano las besa y reverencia, y por ellas piensa alcanzar perdon de sus pecados.» Hasta aquí es de san Crisóstomo. Y vese que las cadenas de san Pedro (por hablar de ellas, y dejar las demás) fueron tenidas siempre en gran reverencia, por lo cual leemos por los Actos de san Alejandro, papa y mártir, que besando los fieles las prisiones con que el santo estaba aherrojado, les dijo: «No beseis mis prisiones, sino buscad las cadenas de mi señor san Pedro, y

besadlas y tenedlas en gran reverencia.» Y san Gregorio papa escribe que solian enviar los sumos pontífices unos polvos y limaduras de las cadenas de san Pedro, encajadas en una llavecita de oro, que hubiese estado sobre el sepulcro del santo apóstol, por un don singular: y el mismo san Gregorio envió una de estas llaves á Childeberto rey de Francia, y le dice estas palabras: «Tambien os enviamos las llaves de san Pedro, y en ellas las limaduras de sus cadenas; para que trayéndolas al cuello, os defiendan de todos los males.» Y en otra epístola, escribiendo á Teotiste, le dice: «A mas de esto por bendicion de san Pedro os envio una llave que ha estado sobre su santísimo cuerpo, por la cual Dios ha obrado el milagro que aquí diré:» y cuenta como un longobardo, burlándose de la llave y queriendo con un cuchillo quebrarla para aprovecharse del oro, fué arrebatado del espíritu maligno, y con el mismo cuchillo se hirió en la garganta y en la misma hora espiró. Y no solamente la santa Iglesia ha querido honrar las cadenas de san Pedro, como honra las de san Pablo, y las de los otros santos; pero ha instituido particular fiesta para celebrarlas: lo cual no hace con las cadenas de ninguno de los otros santos: porque parece, que esta manera de honra habia de ser propia de aquel sagrado apóstol y príncipe de la Iglesia, á quien Dios habia dado potestad amplísima para desatar las cadenas de nuestras culpas y pecados.

La ocasion de instituirse esta fiesta fué la que aquí diré. Eudocia, mujer del emperador Teodosio el menor, fué por su devocion á visitar los santos lugares de Jerusalen, y allí hubo las dos cadenas con que san Pedro habia sido aprisionado del rey Herodes: las cuales san Juan Crisóstomo dice, que algunos de los soldados que guardaban á san Pedro, y despues se convirtieron, las tomaron, escondieron y guardaron. De estas dos cadenas que hubo la emperatriz Eudocia, de Juvenal, obispo de Jerusalen, la una llevó á Constantinopla, y la otra, como un precioso tesoro, envió á Roma á su hija Eudoxia, que era mujer del emperador Valentiniano el III, y fué tan grande la alegría y regocijo que hubo en Constantinopla y en Roma con estas cadenas, que en la una ciudad y en la otra se instituyó fiesta particular para celebrarlas. Y en Roma sucedió luego un milagro, que acrecentó mas la devocion de las cadenas: porque habiendo dado Eudoxia al papa la cadena que su madre Eudocia le habia enviado, el sumo pontífice hizo traer la cadena con que el santo apóstol habia sido encadenado en Roma en tiempo del emperador Neron, y cotejada la una cadena con la otra, se juntaron ambas en una, como si fuera una misma cadena labrada por un mismo artífice: y por este milagro y por otros que sucedieron, Eudoxia edificó un solemne templo en honra de san Pedro, que se llamó: «El Título de Eudoxia,» y ahora se llama: «San Pedro Ad-vincula:» donde se guarda la dicha cadena, hecha de dos cadenas, como dijimos, la cual se tiene en gran reverencia; y el primer dia de agosto (que es muy solemne en Roma), con gran devocion concurre toda la ciudad á tocar y besar, y poner sobre su cabeza la cadena de san Pedro.

Tambien andando el tiempo, el año de 979, sucedió que un conde, criado del emperador Oton II, estando en Roma, fué tan gravemente atormentado del demonio, que él mismo se despedazaba con sus dientes, y no habia quien le pudiese tener: el cual por mandado del emperador fué llevado al papa, que era Juan XIII, para que le mandase poner sobre su cuello la cadena de san Pedro, porque no habian aprovechado otros remedios que se habian usado para librarle; y en poniéndole la cadena del santo en el cuello, luego se amansó aquel caballero que estaba furioso, y el demonio echando espumarajos por la boca, y dando horribles y espantosos alaridos, le dejó libre y sano, como si tal no hubiera padecido. Y hallándose presente á este milagro un obispo de Metz, llamado Deodórico, echó mano de la cadena, y dijo, que no la soltaria, sino cortándole la mano; y despues de varias contiendas y disputas, el emperador alcanzó del papa que le diese un eslabon de la cadena, con el cual quedó él satisfecho y contento, y toda la gente mas devota del santo apóstol y deseosa de reverenciar aquella cadena, por la cual el Señor obraba tantas maravillas. Supliquemos á su divina Majestad, que por la intercesion de su glorioso apóstol san Pedro nos libre de las duras cadenas de nuestros pecados, las cuales él solo puede con su brazo poderoso romper y deshacer. De las cadenas de san Pedro, y de la institucion de esta fiesta, escribe acertadamente el cardenal Baronio en el quinto tomo de sus Anales, y en las anotaciones del Martirologio romano, y Sigisberto en su Cronicon en el año del Señor de 979. Otras cosas escriben otros, que, ó son inciertas ó apócrifas, y contrarias á la verdad de la historia.

Los santos siete Macabeos, hermanos, mártires.—El mismo dia que celebra la Iglesia las cadenas de san Pedro, hace conmemoracion de siete hermanos Macabeos: los cuales, siendo hebreos, murieron en Antioquía con su bienaventurada madre, por guarda y defensa de la ley de Dios. La historia de este martirio se escribe muy por extenso en el segundo libro de los Macabeos á los siete capítulos, de esta manera. En el tiempo que Antíoco Epífanes entró en Jerusalen, y profanó y robó el templo, y saqueó la ciudad, y mató muchos ciudadanos, é hizo otros desafueros y crueldades extrañas, en odio y ruina de los judíos; para echar el sello á sus maldades, quiso hacer que idolatrasen, ó fuesen en algo contra su ley, para que enojado el Señor con ellos, los desamparase y estuviesen fuera de su amparo y proteccion: y despues de haber atormentado sobre esto á un escriba, hombre principal, y por su ancianidad y presencia, venerable, llamado Eleázaro (que quiso ántes perder la vida, que quebrantar la ley de Dios ó fingir que la quebrantaba, por no escandalizar á nadie, ni dar ocasion á los mozos de errar, pensando que él habia prevaricado); fué traida delante del rey una valerosa mujer con siete hijos que venian con ella. Decíanles, que comiesen manjar que segun su ley no podian comer: y como no quisiesen, los azotaron cruelmente con nervios de bueyes, amenazándolos con otros mayores tormentos. El mayor de todos los hermanos, llamado Macabeo, respondió: No te canses, rey, ni pienses que nos podrás espantar; porque estamos aparejados á padecer ántes la muerte, que hacer cosa contraria á lo que nos manda la ley de Dios. Enojóse el rey, y mandó calentar ollas de cobre y sartenes, y cortar la lengua, y desollar el cuero de la cabeza á aquel primero, porque le habia hablado con tanta libertad: y no contento con esto, le mandó cortar las extremidades de los piés y de las manos, y en una de aquellas sartenes ó calderos en seco, asarle poco á poco, hasta que murió, estando presentes la madre con los

más hijos: los cuales unos á otros se animaban á padecer semejantes tormentos, pidiendo á Dios favor para sufrirlos, y teniendo esperanza que se les daria. Por los mismos tormentos pasó el segundo hermano: el cual, estando ya para espirar, volviéndose al rey, le dijo: Tú, hombre malvado, nos matas en la presente vida, mas el Rey del cielo nos resucitará para vida eterna, pues recibimos la muerte por no quebrantar su ley. Muerto el segundo, echan mano del tercero: atorméntale; pídenle la lengua para cortársela; y él con gran prontitud la sacó, y extendió las manos con maravillosa constancia para que se las cortasen, diciendo: Estos miembros he recibido de Dios y me huelgo de ofrecérselos ahora por la guarda de su ley; y estoy cierto que los recibiré muy mejorados en la vida eterna. Quedó el rey admirado, viendo el ánimo y esfuerzo de este mancebo; porque padeciendo tales y tan grandes tormentos, no daba muestras de dolor y sentimiento alguno. Muerto el tercero, traen al cuarto, y atormentándole de la misma manera, dijo al rey: Mejor es que nosotros muramos con esta muerte que nos das, para ser resucitados y vivir vida bienaventurada con Dios, que nó sufrir la que tú padecerás; pues resucitarás, nó para la vida eterna, sino para el infierno sempiterno. Atormentaron luego al quinto; y puesto en el tormento decia: No pienses, que porque tienes poder para atormentar nuestros cuerpos, Dios nos tiene olvidados, como te tiene á tí, que algun dia verás el castigo de Dios sobre tí y sobre tus hijos, y sereis miserablemente abatidos, atormentados y afligidos de su poderosa mano. Traen al sexto, y dijo al tirano: Estos tormentos que padecemos, bien merecidos los tenemos por nuestros pecados; y los que tú cometes en atormentarnos, ten por cierto que tambien los has de pagar, y que la paga será mucho mas rigurosa que la nuestra.

En estos tormentos y muertes de los seis hijos estaba la santa madre y digna de eterna memoria, viéndolos morir; y vencida la natural ternura de corazon, con la esperanza que tenia en Dios, amonestaba á cada uno con palabras varoniles y llenas de sabiduría. Hijos mios (decía), yo no sé como fuisteis concebidos en mi vientre: porque yo no os he dado el espíritu, el alma, la vida que teneis, ni la forma á vuestros miembros: mas aquel Señor, que es fuente original de todas las cosas, os crió de nada, y os dará otra vez por su misericordia la vida; porque ahora menospreciais vuestras vidas, por guardar sus mandamientos. Muertos los seis hermanos, viendo el rey Antíoco, que era vencido de aquellos santos mozos y que no quedaba sino uno, comenzó á hacerle grandes halagos y caricias, y á prometerle con juramento, que le haria rico y poderoso, si dejaba la ley de sus pasados, y no contento con esto, llamó á su madre, y con muchas palabras le encargó que aconsejase al séptimo hijo, que no se dejase matar como sus hermanos. Ella dice, que persuadirá á su hijo lo que le convenia: y haciendo burla del tirano, llegándose á su hijo, le dijo en su lengua: Hijo mio, ten lástima de mí, que te traje nueve meses en mis entrañas, y te dí tres años leche de mis pechos, y te he sustentado hasta la edad en que estás. Ruégote que mires al cielo y á la tierra, y á todo lo que en el universo se contiene, y que entiendas, que Dios lo hizo todo de nada: porque armado con esta consideracion, no temerás á este cruel carnicero: y siendo semejante á tus hermanos, padecerás estos tormentos con el esfuerzo, con que ellos los han padecido, para que yo con ellos goce de tí para siempre. Esforzado el último hijo con las palabras de la valerosa madre, se volvió al tirano, y le dijo: Tú, inventor de toda malicia y crueldad contra los hebreos, ¿piensas librarte de las manos de Dios? Nosotros justamente padecemos por nuestros pecados: mas el Señor que está al presente desairado con nosotros, presto se desenojará y nos mostrará entrañas benignas de padre. Tú, malvado, y sobre todos los hombres crudelísimo y encarnizado, y sediento de nuestra sangre, no te desvanezcas con tus vanas esperanzas; porque aun no te has librado del juicio de Dios todopoderoso y penetrador de los corazones. Mis hermanos, habiendo pasado un breve dolor, están ahora en refrigerio: mas tú, por justo juicio de Dios, pagarás las penas debidas á tu soberbia. Yo y mis hermanos damos nuestras vidas por la defensa y guarda de las leyes que Dios nos dió, suplicando amanse su ira, y que presto mire con ojos blandos y amorosos á todo nuestro pueblo, y que á tí te haga confesar con tormentos, que él solo es Dios verdadero y criador de los cielos y de la tierra. En mí y en mis hermanos se acabará la ira que Dios tiene contra los hebreos, y se aplacará con nuestra sangre. Embraveciόse el tirano sobremanera contra este, mas que contra todos sus hermanos; y así le hizo padecer mayores tormentos, y él los sufrió con grande constancia. Muertos los siete hijos, hizo el tirano matar á la santa y valerosa madre digna de perpetua gloria y alabanza, no solamente por haber parido tales hijos, sino por haberlos criado en temor de Dios, y vístoles morir delante de sí con gran fortaleza, y animándolos para que muriesen con alegría por la ley de Dios, teniendo mas cuenta con ella, que con el afecto tierno de madre, juzgando que morir por Dios es verdadera vida: y por esta razon muchos santos y gravísimos doctores de la Iglesia, dicen maravillas de esta santa madre y de sus hijos, y nunca acaban de alabarlos. San Gregorio Nacianceno hizo una oracion en su alabanza: san Juan Crisóstomo una homilía particular: san Agustin en el sermon 109 y 110. San Gerónimo *de Script. eccles.*, san Ambrosio, *lib. de Jacob, cap.* 10 *y* 12, Teófilo Alejandrino, san Leon, papa, Gaudencio, Eusebio Emiseno y otros muchos autores celebran el martirio de estos siete hermanos y de su madre: y lo que es mas toda la Iglesia católica, que no suele hacer fiesta á los santos del viejo Testamento, la hace á estos, por haber sido tan ilustre su martirio, y mover á los cristianos con su ejemplo, para que mueran con alegría y fortaleza (cuando se ofreciere la ocasion) por la ley evangélica: pues estos bienaventurados hermanos dieron sus vidas por guardar la ley antigua: porque si ellos fueron tan valerosos y padecieron tantos y tan horribles tormentos, por no comer de un manjar vedado por su ley, ántes que Cristo viniese al mundo; ¿qué hicieran por la confesion del mismo Cristo, si vivieran despues que él murió en una cruz y derramó su sangre por ellos? Tambien celebra la Iglesia la memoria de estos santos hermanos, para que entendamos que todos los que se salvaron en el viejo Testamento pertenecen al nuevo; y que la fortaleza que tuvieron los mártires, que murieron en él por la ley y verdad de Dios, la tuvieron por Jesucristo nuestro Salvador: y que todos los justos del viejo y del nuevo Testamento hacen una Iglesia, y son miem-

bros de un cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo. Josefo, judío, autor grave, escribió la historia de estos santos, y dice que la madre se llamaba Salomona, y el hijo mayor de los siete, Macabeo, el segundo Aber, el tercero Machir, el cuarto Judas, el quinto Achas, el sexto Arath y el séptimo y último Jacob, y que eran de un pueblo de Judea, que se decia Sosandro, y que fueron llamados Macabeos. El Martirologio romano dice, que sus sagradas reliquias fueron trasladadas á Roma, y colocadas en el título de Eudoxia, que es, como queda dicho, el de San Pedro Ad-vincula.

San Etelvoldo, obispo y confesor.—San Etelvoldo fué inglés, y nació en la ciudad de Vinthonia, de padres nobles y piadosos: su madre se llamó Félix, á la cual, éstando preñada de él, Dios nuestro Señor le descubrió en sueños, que el hijo que tenia en las entrañas seria gran siervo suyo y lumbrera de la Iglesia. Nació Etelvoldo, y creció no ménos en virtudes que en edad; y con el buen ingenio, excelente memoria y perpetuo estudio, vino á ser muy docto y bien adornado de letras. Ordenóse de sacerdote: y para serlo con mas perfeccion se fué al monasterio de Glasconia, y allí debajo de la disciplina de Vulstano tomó el hábito de religioso, y se dió á la oracion, ayunos, penitencias y observancia de su regla con tanta exaccion, que vino á ser espejo de los otros monges y dechado de toda virtud. Tuvo noticia de la santidad de Etelvoldo el rey Edredo, y dióle un lugar donde ántes habia habido un pequeño monasterio, y á la sazon estaba despoblado y se llamaba Avendonia. Edificóle el santo á costa del mismo rey, y llenóle de religiosos, y mucho mas de virtudes y de ejemplos de rara santidad. Entre los otros monges habia uno que se llamaba Elstano, de maravillosa simplicidad y obediencia, que tenia cargo de proveer á los oficiales del convento: quiso Etelvoldo probar su obediencia, y con su ejemplo enseñar á los demás, y díjole, que si él era verdadero obediente y soldado de Cristo, que metiese la mano en una olla hirviendo, y que sacase de ella una porcion de carne. Al momento obedeciendo á la voz de su abad, metió Elstano la mano en la olla y sacó la carne sin sentir dolor ni daño alguno, por su obediencia; porque nuestro Señor se agradó tanto de ella que le guardó, y despues fué abad del mismo monasterio y aun obispo de la misma ciudad. Grande era la fama de Etelvoldo, y con razon: porque él no se desvelaba en otra cosa de noche y de dia, sino en amplificar la gloria de nuestro Señor Jesucristo, y sacar las almas de pecado y hacer guerra al demonio, como fiel ministro del Señor. Entre las otras virtudes que tuvo fué muy dado al culto divino y á edificar templos en que Dios fuese reverenciado y adorado. Mas el demonio tuvo tanto enojo de esto, que un dia que estaba ocupado en cierto edificio, hizo caer sobre él un poste que le derribó, y se quebró las costillas de todo un lado; pero Dios le guardó, y en breve cobró la salud, y á instancia del rey fué consagrado en obispo de Vinthonia. Sentado en aquella silla, halló que los canónigos habian caido de la observancia antigua de sus santas instituciones, y que vivian escandalosamente, tomando y dejando las mujeres á su voluntad, y oscureciendo con su mala vida el esplendor de su profesion: y habiéndolo consultado con el rey y alcanzado el beneplácito de la sede apostólica, echó de su casa á los canónigos, y puso en ella los monges de Avendonia; y él los gobernaba como abad y como obispo. Los que habian sido echados por su mala vida, no trataron de enmendarse sino de vengarse de él, que tan justamente los habia castigado: para esto dieron al obispo tósigo fortísimo. En acabándole de beber luego perdió el color, y sintió el veneno en las entrañas y la muerte que venia por él: levantóse de la mesa; echóse en la cama, y comenzó á reprenderse y decir entre sí: ¿Dónde está la confianza en Dios, que tú tantas veces y con tanto ahinco has enseñado á los otros? Si el Señor te quiere ayudar, ¿qué fuerza puede tener contra tí la ponzoña? No dudes que el Señor con su virtud le quitará la fuerza y no te hará daño. Hablando de esta manera consigo mismo, el veneno perdió su fuerza y el santo quedó sano; y con un rostro sereno y alegre se levantó de la cama.

Habia en aquel tiempo muy pocos monasterios en Inglaterra; porque con las guerras y turbaciones pasadas, muchos habian sido arruinados, y casi en sola Glasconia y Avendonia florecian. Viendo pues el santo lo que importaba para bien de todo el reino, que hubiese muchos religiosos que sirviesen á Dios en estado de perfeccion, fundó muchos monasterios de hombres, en los cuales vivian los religiosos como unos ángeles en cuerpo mortal. Envió Dios en su tiempo una extremada hambre en toda Inglaterra, y la gente de pura necesidad se moria. Acudió el santo obispo al remedio: recogió todos los pobres que pudo; y con las rentas de la Iglesia los sustentó: y cuando se acabaron, tomó los ornamentos ricos, cruces, cálices y los otros vasos sagrados, y todo el tesoro de la Iglesia, y gastólo con grande ánimo y liberalidad en socorrer á los pobres, para que no pereciesen de hambre. No faltaron personas, á quienes esta piedad del obispo les pareciese mal, juzgando que las cosas preciosas de la Iglesia y dedicadas una vez al culto divino, no se habian de gastar en cosas seglares y profanas; pero el santo obispo dando un profundo gemido de lo mas íntimo de su corazon, respondió, que no sabia él cómo el oro y la plata y las otras cosas insensibles se debian guardar y no tocar á ellas, viendo que el hombre, que es imágen de Dios y comprado con su sangre, se moria de hambre, y que con aquel oro y plata se podia remediar.

Tentó el demonio á un monge para que hurtase ciertos dineros del convento: hurtólos; y san Etelvoldo mandó, que el que los habia hurtado se los manifestase, para que con su bendicion los pudiese tener, ó que los pusiese en tal parte. El monge que los habia hurtado hízose sordo, y como se habia tragado el pecado del hurto, tambien se tragó el de la desobediencia. Entonces el santo llamó á todo el convento, y dijo: Pues el monge sacrílego no quiere con bendicion restituir el dinero que ha hurtado; restitúyale con la maldicion de Dios todopoderoso, y por nuestra autoridad quede atado en el alma y en el cuerpo. Cosa maravillosa; súbitamente los brazos de aquel triste monge quedaron tan atados, que en ninguna manera los pudo mover, teniendo libres todos los demás miembros de su cuerpo: y con esto confesó su pecado y aceptó la penitencia, y con la bendicion de su prelado pudo mover los brazos.

Estaba una noche velando y leyendo en un libro; ya cansado y fatigado del sueño se adormeció, y la candela encendida cayó sobre el libro; y con haberse gastado toda, el libro no se quemó. Habiendo, pues, gobernado santa-

mente veinte y cuatro años su Iglesia, y florecido y resplandecido con admirable santidad, llegó el fin dichoso de su vida, y el dia 1.° de agosto dió su espíritu al Señor, el año de 981, reinando el rey Etelredo. Su sagrado cuerpo quedó hermoso y venerable, que mas parecia vivo que muerto. Enterráronle en una bóveda del monasterio, y nuestro Señor le ilustró con muchos y grandes milagros.

La vida de san Etelvoldo escribió Vulstano, monge vintonense, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo. Hace mencion de él el Martirologio romano el dia 1.° de agosto, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y Juan Molano en las Adiciones de Usuardo y Polidorio Vilgilio en la Historia de Inglaterra.

* Las santas Fé, Esperanza, y Caridad, vírgenes y mártires. — Fueron estas santas hijas de santa Sofía, y por la grande devocion que profesaba á las tres virtudes teologales, impuso á sus hijas dichos nombres. Las mencionadas santas padecieron el martirio en Roma en tiempo del emperador Adriano. Tuvo Sofía el placer de haber visto derramar la sangre á sus hijas en testimonio de la fé, habiéndolas animado generosamente á ello. El culto y nombre de estas santas v írgenes era muy célebre en las Iglesias de Oriente y Occidente.

San Justino mártir. — Nació en Auxerre y fué educado en las mas puras máximas de la piedad cristiana. Su hermano mayor habia caido cautivo y sido conducido á Amiens; Justino acompañó á su padre á esta última ciudad, cuando fué para rescatar á su hijo. Despues de haber obtenido lo que deseaban, ambos se apresuraron á salir de Amiens, donde la persecucion contra los cristianos empezaba á ser muy violenta. Como habian sido reconocidos, los infieles mandaron perseguirlos: pero los soldados que habian salido en su busca, no los alcanzaron hasta el pueblo de Louvres cerca de París. Justino se presentó para responderles, disponiendo al mismo tiempo que su padre y su hermano se escondiesen: los soldados se empeñaron inútilmente en saber dónde estaban los que ellos principalmente buscaban, é irritados de la constancia con que Justino se negaba á responderles, le cortaron la cabeza. Su cuerpo fué enterrado en Louvres, y la cabeza trasladada á Auxerre, donde este santo es venerado con gran devocion desde el siglo V.

Los santos Bono, presbítero, Fausto y Mauro, con otros nueve mártires. — Todos estos santos estaban al servicio de la Iglesia de Roma en tiempo del papa san Estéban. Habiéndose levantado una persecucion contra los cristianos, y muerto en ella su santo pastor, derramaron tambien ellos su sangre por la fé en la misma ciudad de Roma, el año 257.

San Eusebio, obispo y mártir. — Fué obispo de Verceli durante el sigo IV, y mereció esta dignidad por su ciencia, sus costumbres puras y su tierna piedad. Señaló su zelo por la fé en el concilio de Milan celebrado en 353. Al principio propuso que todos los obispos suscribiesen á la fé de Nicea ántes de empezar deliberacion alguna; pero muy luego el emperador Constancio se hizo dueño de la asamblea, y con amenazas y sorpresa logró que la mayor parte de los prelados suscribiesen la condenacion de san Atanasio. Los que tuvieron la constancia de resistirse, fueron desterrados, siendo de este número el venerable y distinguido Eusebio, que no pudo volver á su diócesis hasta despues de la muerte del emperador. Lleno de indignacion por las maldades que se cometian contra la virtud del cristianismo, recorrió la Grecia, la Iliria, la Italia, y por todas partes opuso un dique á los estragos del arrianismo, hasta que murió en 373. Pueden verse mas noticias de este santo en el dia 15 de diciembre donde se vuelve hablar de él.

San Félix, mártir. — Su vida está continuada con la de san Cucufate en el dia 25 de julio.

Los santos Cirilo, Aquila, Pedro, Domiciano, Rufo y Menandro, mártires. — Fueron martirizados en la ciudad de Filadelfia, en Arabia, en los primeros siglos de la Iglesia. Ignóranse las particularidades de su vida y de su muerte por haberse perdido las actas de su martirio.

Los santos Leoncio, Accio, Alejandro y otros seis compañeros, mártires. — Eran naturales de Panfilia y ejercian la profesion de labradores de los campos. El presidente Flaviano publicó en su provincia los edictos del emperador Diocleciano contra los cristianos, y nuestros santos que estaban encendidos en amor y deseo del martirio, entraron un dia en el templo de Diana, y derribaron todas las estatuas de la diosa que en él habia. Al momento fueron presos y atormentados; pero no desmayando por esto su constancia, fueron otra vez encerrados en un oscuro calabozo en el cual permanecieron por muchos dias sin probar alimento alguno. Por fin, habiéndolos expuesto á las fieras y no recibiendo de ellas daño alguno, fueron degollados en la ciudad de Perga, el año de 304.

San Vero, obispo y confesor. — Fué discípulo de los apóstoles y el quinto obispo de Viena, en Francia, consagrado y enviado á aquella Iglesia por el papa san Alejandro. En tiempo del emperador Trajano, arreciando la persecucion contra los fieles, Vero se refugió á Roma, pero el sumo pontífice san Pio lo confirmó en el obispado y le mandó otra vez á su diócesis. En ella continuó sus trabajos apostólicos hasta el año 136 en que murió martirizado, despues de un pontificado de veinte y dos años y algunos meses.

San Nemesio, confesor. — Ninguna noticia ha llegado de este santo hasta nosotros, mas que el nombre. El Martirologio romano no dice mas que esas palabras: « En una aldea de Lisvin san Nemesio, confesor. » En ninguna otra parte hemos podido encontrar nada referente á su vida.

DIA 2.

San Estéban, papa y mártir. — San Estéban, papa y mártir, I de este nombre, fué romano, hijo de Julio, y por sus grandes merecimientos, habiendo sido ántes arcediano de la Iglesia romana por la muerte del papa Lucio, fué elegido por sumo pastor y vicario en la tierra, de Cristo nuestro Redentor, imperando Valeriano y Galiano, su hijo. En su tiempo estos emperadores persiguieron cruelísimamente la Iglesia del Señor, y muchísimos cristianos eran despedazados y consumidos con atrocísimos tormentos: algunos por temor de ellos, vencidos de su flaqueza, desfallecian en la fé: otros se escondian en las cuevas y lugares subterráneos y en los mismos sepulcros de los muertos, entre los cuales hallaban mejor compañía que entre los vivos. De estos fué uno el santo pontí-

fice Estéban: el cual, oyendo decir que los emperadores habian mandado pregonar, que cualquiera que acusase ó descubriese algun cristiano, fuese señor de toda su hacienda, y alcanzase honra y dignidad en la milicia; juntó el clero romano, y díjole: Ya habeis oido, hermanos mios y soldados de Jesucristo, el edicto impío y diabólico que los emperadores han publicado contra nosotros para despojarnos de nuestras haciendas y de nuestras vidas: ahora es tiempo que menospreciemos las riquezas de la tierra, para que no perdamos las del cielo. No temais á los príncipes de la tierra, sino al Señor y Dios de la tierra y del cielo Jesucristo, que él os librará de cualquiera tribulacion y afan: y si muriéredeis por él, teneos por dichosos y bienaventurados. Con estas y otras semejantes palabras los animó y esforzó el santo pontífice en aquella cueva, donde estaba, bautizando, predicando y administrando los sacramentos á los fieles, y haciendo grandes milagros en testificacion de nuestra santa fé. Entre otros dió la vista á una doncella llamada Lucilla, hija de Nemesio, tribuno, el cual se hizo cristiano, y fué ordenado de diácono; y él y su hija fueron mártires del Señor, y con gran constancia murieron por su santísima fé. Así lo hicieron otros muchos, que por mano del santo pontífice Estéban se convirtieron, y fueron bautizados, y merecieron la corona del martirio, como fueron Sempronio, criado de Nemesio, Olimpio, Exuperia, su mujer, Teódulo, y doce clérigos, que se llamaban Fausto, Mauro, Primitivo, Columnio, Juan, Exuperancio, Cirilo, Honorato, Teodosio, Basilio, Cástulo y Donato. Mas como los emperadores entendiesen que el padre y maestro de todos los mártires era el santo pontífice Estéban, y que les hacia mayor resistencia, y con mayor ánimo y valor predicaba la religion de Cristo, sin hacer caso de sus edictos y mandatos; concibieron gran saña y furor contra él, y enviaron una escuadra de soldados que le prendiesen á él y á todos los clérigos que con él hallasen. Fué preso con gran copia de presbíteros, diáconos y clérigos, y llevado delante del emperador Valeriano: y despues que tuvo un razonamiento con él, por su mandato fué llevado al templo de Marte, para que en él sacrificase, ó no queriendo hacerlo, recibiese la sentencia de muerte. Estando en el templo de Marte el santo pontífice alzó los ojos al cielo, en presencia de todos aquellos ministros imperiales que le acompañaban, y con grande afecto de corazon y copia de lágrimas, oró de esta manera: Señor Dios, Padre de mi Señor Jesucristo, que con tu brazo poderoso arruinaste la torre de Babilonia, yo te suplico humildemente, que destruyas este lugar, en el cual el demonio es tenido por dios, y la supersticion é impiedad tan libremente se ejercita. Apenas habia dicho estas palabras, cuando se oyó un horrible y espantoso trueno, y cayó un rayo del cielo que arruinó buena parte de aquel templo de Marte; y todos los soldados y sayones despavoridos y atónitos, huyeron y dejaron á san Estéban libre con los cristianos que le acompañaban: con los cuales se fué luego al cementerio de la bienaventurada Lucina, y allí exhortó á los cristianos que tuviesen fuerte y no temiesen las amenazas y tormentos de los tiranos, cuyo poder no se extiende mas que á los cuerpos y á la vida temporal: y para animarlos mas y alcanzar la gracia del Señor se puso á decir misa. Estando diciéndola, vinieron nuevos soldados del emperador para prenderle: y aunque el santo oyó el ruido y estruendo de la gente armada, y entendió á lo que venian, no se alteró ni se turbó, ántes con gran sosiego y devocion acabó el sacrosanto misterio de la misa que habia comenzado: y en aquel lugar estando delante del altar sentado en su silla, le cortaron la cabeza á los 2 de agosto del año del Señor de 270, imperando (como se ha dicho) Valeriano y Galieno. Su cuerpo, con la silla en que fué degollado bañada de sangre, fué enterrado en aquella misma cueva, en el lugar que se llama el Cementerio de Calixto. Tuvo la silla de san Pedro tres años, tres meses y veinte y dos dias. Hizo órdenes dos veces por el mes de diciembre, y en ellas ordenó seis sacerdotes, cinco diáconos y tres obispos. De este santo pontífice hay un decreto en que manda, que las vestiduras con que se ha de ofrecer á Dios sacrificio, sean honestas y consagradas, y que ninguno use de ellas ni las toque si no fuera hombre sagrado y en lugar sagrado: porque no le acontezca lo que al rey Baltasar, que por haber profanado los vasos del templo, sintió sobre sí la venganza del cielo. Ordenó tambien que ningun hombre infame pudiese ser admitido á dignidad eclesiástica. En tiempo de este santo pontífice se levantó una gran borrasca y turbacion en la Iglesia: porque muchos obispos y santísimos varones, y entre ellos san Cipriano en África, y san Dionisio obispo de Alejandría en Oriente, fueron de parecer que los que habian sido bautizados por los herejes, cuando se convertian á la Iglesia católica debian ser bautizados de nuevo, no teniendo por verdadero bautismo el que habian recibido de los herejes: pero el santo pontífice Estéban se les opuso con tanta autoridad y resolucion, que todos amainaron y se sujetaron á lo que él, como sumo pastor y cabeza de toda la Iglesia católica, decretó y mandó guardar: que fué, que cuando los herejes en su bautismo guardan la forma é intencion de la santa Iglesia dada por Jesucristo, es verdadero bautismo: y no hay por qué repetirle ni por qué bautizar de nuevo al que así fuere bautizado. De este hecho de san Estéban papa, dice Vincencio Lirinense, autor gravísimo y de mas de mil años, estas palabras: «Cuando todos desechaban la novedad, y todos los sacerdotes repugnaban á lo que se queria introducir, la bienaventurada memoria del papa Estéban, que tenia la silla apostólica sobre todos los otros sus compañeros, hizo resistencia juzgando (á lo que creo) que era conveniente, que tanto él se aventajase en la devocion de la fé á todos los demás, cuanto les era superior en la autoridad de su dignidad. Y escribió en una epístola, que no se habia de hacer cosa nueva sino conservar lo que se ha recibido de nuestros padres; porque nosotros no debemos llevar la religion adonde queremos, sino seguir adonde ella va: es propio de la modestia y gravedad cristiana no querer enseñar á nuestros sucesores nuestra doctrina, sino conservar la que recibimos de nuestros antepasados.» Esto es de Vincenio Lirinense hablando de la autoridad y constancia con que san Estéban, papa, se opuso á los que querian introducir en la Iglesia aquella novedad; aunque algunos de ellos con santo zelo y pensando acertar. Tambien se ha de advertir el castigo que Dios nuestro Señor dió al emperador Valeriano, por la crueldad que usó contra san Estéban papa, y los otros fieles y miembros de la Iglesia: porque habiendo este emperador sido ántes muy humano y benigno para con los cristianos, y todo el tiempo que lo fué, florecido en gran manera, y tenido grandes prosperidades; despues que engañado de un mago y nigromántico, se trocó y los co-

menzó á perseguir, fueron innumerables las calamidades que padeció, y el cielo y la tierra y todos los elementos parece que se conspiraron contra él. Y finalmente en una batalla que tuvo con Sapor rey de Persia, fué vencido y encadenado y tratado tan vil y afrentosamente, que cada vez que el rey de Persia queria subir á caballo, ponia el pié sobre su cuello y se servia de él, como de un poyo; y por muchas cartas que le escribieron algunos grandes príncipes, siempre le tuvo en este cautiverio y miserable servidumbre; y al fin le hizo desollar vivo y salar como un puerco: que estos fines suele dar Dios algunas veces, para escarmiento de otros, á los que persiguen la verdad; y en esto paran sus consejos, astucias y desafueros. Y con haber padecido el emperador Valeriano lo que padeció, su hijo Galieno no hizo caso de ello, ó á lo ménos no hizo diligencia para librar á su padre. Escríbese la vida de san Estéban papa y mártir, en los Actos de los notarios de la Iglesia romana, los cuales trasladó Metafraste, y los trae el cardenal Baronio.

* Santa Teodota, con sus tres hijos mártires.—Nicea en Bitinia era el lugar donde vivia aquella santa, ocupada en cumplir con las obligaciones propias de su estado y procurando inspirar á sus hijos el santo temor de Dios. Ella junto con su familia, fueron presos durante la persecucion de Diocleciano, y presentados á Nicecio gobernador de Bitinia. No es posible esplicar el valor y la alegría que mostraron al verse en presencia del tirano, y como fuese la madre interrogada, contestó por ella y por todos su hijo mayor llamado Evodio, el cual padeció el tormento de los azotes en presencia de su misma madre, que léjos de desmayar le animaba mas á morir por Cristo. Nicecio trató de deshonrar á la madre mandando conducirla á una casa de prostitucion, pero léjos de salir con su intento, convirtió á una porcion de mujeres que allí habia. Noticioso el juez del caso, mandó que la madre se reuniera con sus tres hijos, y que juntos fuesen arrojados á una hoguera, en cuyo tormento acabaron sus vidas.

San Rutilio, mártir.—Era africano y huyendo de la persecucion del emperador Severo, marchando de pueblo en pueblo, y algunas veces comprando su vida con dinero, al cabo le prendieron de improviso, y presentado delante del juez fué castigado con muchos suplicios, hasta que arrojado al fuego fué coronado con esclarecido martirio, en el siglo III.

San Máximo, obispo y confesor.—Fué discípulo de los apóstoles y enviado por ellos á Pavía despues de haberle consagrado obispo. Su pontificado duró veinte y cinco ó veinte y siete años, segun los bolandistas, y murió en 139 en la paz de Dios. Sus reliquias permanecieron ocultas hasta el año 1033 en que la Providencia quiso revelarlas al obispo de Pavía, que las colocó en su catedral con gran magnificencia.

San Pedro, obispo y confesor.—Nació en la Galia Céltica en Burgos; su padre se llamó Guillermo y su madre Neymira, ambos de sangre nobilísima y de costumbres ejemplares. Llegado Pedro á la edad juvenil abrazó la milicia; y despues de algunos años, temeroso del peligro que corria su virtud entre el estrépito de las armas, trocó la espada por la cogulla en el monasterio de Cluni. De allí pasó al monasterio de Sahagun; y al cabo de algun tiempo fué nombrado arcediano de la Iglesia de Toledo. Reconquistada en aquella sazon por los cristianos la ciudad de Osma, que habia caido en poder de los sarracenos, fué por sus relevantes méritos y virtudes elegido obispo de aquella Iglesia; en cuya dignidad, aceptada no sin mucha repugnancia, fué un dechado de piedad y de perfeccion evangélica, mortificando su cuerpo con frecuentes ayunos y vigilias, y con un nudoso cilicio, y ejercitando su ardiente caridad con los pobres, enfermos y peregrinos. Con los humildes y dóciles se mostraba manso y benigno; y severo con los soberbios y contumaces. Fué acérrimo defensor de los derechos, bienes y demás cosas pertenecientes á su Iglesia y á su dignidad; lo que le acarreó muchas persecuciones, entre las cuales algunas le pusieron en inminente peligro de la vida. Por fin, yendo de Toledo á Osma, le cometió una grande enfermedad que apenas le permitió llegar á Palencia; en donde agravándosele el mal dió el espíritu á su Criador, el dia 2 de agosto del año 1508, estando presentes Pedro obispo de Palencia, Pedro obispo de Segovia y Bernardo obispo de Zamora. Su cuerpo fué llevado á Osma, como él lo habia dispuesto, y fué enterrado en humilde sepultura en la iglesia catedral: y al cabo de algunos años, los milagros obrados por la intercesion de este santo impelieron á la veneracion de los fieles á trasladar sus reliquias á un sepulcro mas elevado.

DIA 3.

La Invencion de los cuerpos de san Estéban, protomártir, Gamaliel, Nicodemus y Abibon.—El sagrado cuerpo del glorioso san Estéban, protomártir, estuvo mucho tiempo encubierto y escondido, sin saberse dónde estaba, hasta que el Señor se dignó de revelarle en tiempo de los emperadores Honorio y Teodosio el menor, su sobrino, el año 415 de nuestra salud. Hízose esta revelacion á Luciano, presbítero: el cual refiere toda la historia como pasó, en una epístola (de que hacen mencion muchos y graves autores) que escribió en griego; y Avito, presbítero español, tradujo en latin, cuya suma es: Que la noche de un viernes, á los 3 de diciembre, estando durmiendo Luciano en el bautisterio, en donde solia dormir, para poder mejor guardar su iglesia y ocurrir á las necesidades de sus parroquianos, le apareció un venerable viejo, con traje y hábito de sacerdote, muy cano y con una barba larga, y cubierto con una estola sembrada de pequeñas piedras preciosas engastadas en oro, y en ellas puesta la señal de la santa cruz, y con una vara de oro en su mano: y llegándose á Luciano, tocándole con la vara, le llamó tres veces diciendo: Luciano, Luciano, óyeme, Luciano: y luego hablándole en griego, le mandó que fuése á Juan, obispo de Jerusalen, y que le dijese que buscase los cuerpos santos, que estaban juntos á aquella aldea, llamada de Cafargamala, y los colocase en otro lugar mas decente: porque Dios por los ruegos de ellos habia determinado hacer bien al mundo, que estaba en gran peligro de perderse por los muchos y graves pecados que cada dia en él se cometian. Preguntó Luciano al venerable viejo, quién era, y cuyos eran los cuerpos que se habian de buscar: y él le respondió, que era Gamaliel el que habia enseñado e Jerusalen á san Pablo, apóstol de Jesucristo: y que el que estaba en el monumento con él á la parte de Oriente, era el bendito mártir san Estéban, que fué apedreado de los judíos, cuyo cuerpo él habia hecho recoger, y enterrar en aquella

heredad suya, como veinte millas de Jerusalen: y que en otro lucillo y sepulcro estaba el cuerpo de Nicodemus: al cual por haberse bautizado, y ser discípulo de Cristo, los judíos le habian anatemizado y desterrado de la ciudad; y él le habia recogido en su casa, y dado lo que habia menester, todo el tiempo que vivió, y despues de muerto lo sepultó honoríficamente junto á san Estéban: y que en el tercer lucillo estaba un hijo suyo, llamado Abibon: el cual habia recibido el bautismo con su mismo padre, y acabado el curso de su peregrinacion, siendo de edad de veinte años falleció; y él le habia sepultado en aquel tercer lucillo que estaba mas alto que los otros, en donde, siendo difunto, habia mandado que pusiesen su cuerpo. Preguntóle mas Luciano el paraje, donde estaban los santos cuerpos: y habiéndoselo enseñado, desapareció aquella vision. Despertó Luciano, y temiendo que aquella fuese alguna ilusion, suplicó á Dios que si era revelacion suya, se la tornase á mostrar segunda y tercera vez: y para que Dios se la otorgase, ayunó toda aquella semana hasta la noche del viernes siguiente, en que de nuevo le apareció el mismo Gamaliel, en la propia figura y traje con que ántes le habia aparecido, y le reprendió porque no habia cumplido lo que le habia mandado. No se aseguró aun Luciano con esta segunda vision; ántes aguardó la tercera, ayunando y orando siempre, y pidiendo al Señor que no le dejase engañar: y finalmente al tercer viernes le tornó á aparecer Gamaliel, mostrándose enojado por el poco crédito que Luciano habia dado á sus palabras, y mandádole que hiciese lo que habia dicho: y añadió, que tuviese por gracia singular de Dios, el haberle escogido á él por instrumento para una cosa tan grande, dejando á tantos otros varones mejores que él, que le pudieran servir en aquel ministerio. Confirmado, pues, Luciano en aquella revelacion, y atemorizado con las palabras y señas del santo viejo Gamaliel, luego que vino el dia, fué á Jerusalen, y habló con el obispo Juan, y le dió cuenta de todo cuanto habia visto. El obispo, despues de haber hecho gracias á nuestro Señor, derramando muchas lágrimas por aquel señalado beneficio que hacia á su Iglesia, dió órden que se ejecutase lo que Gamaliel habia revelado á Luciano: y habiéndose cavado en un campo, y cabe un monton de piedras que estaba en él, y no hallado lo que buscaban; el mismo Gamaliel apareció á un monge, llamado Nugecio ó Nigecio, y le señaló el lugar donde estaban los cuerpos, y cavando en él hallaron tres sepulcros y lucillos, cubiertos con tres piedras, y en ellas escritos tres nombres, *Celiel*, que se interpreta «siervo,» y *Apaandardan*, que quiere decir Nicodemus, y Gamaliel. Vino el obispo Juan, acompañado de Eleuterio, obispo de Sebaste, y otro Eleuterio, obispo de Jericó, y del clero y gran número de gente: y abriendo la arca, donde estaba el cuerpo del glorioso san Estéban, comenzó á temblar la tierra, y salir un suavísimo olor y fragrancia celestial de aquel sagrado cuerpo tan extremada, que á los que estaban presentes, les parecia estar en el paraiso. Habian concurrido á este espectáculo muchos enfermos y endemoniados; y solamente con el olor que salió de aquellas preciosas reliquias sanaron setenta y tres, de todo género de enfermedades, y los demonios, ahuyentados por la virtud del santo mártir, dejaron libres á los que ántes atormentaban. Fueron los santos cuerpos trasladados á otros lugares mas decentes, y el de san Estéban fué traspasado á la santa iglesia de Sion, donde ántes habia sido ordenado de diácono. Todo esto dice Luciano en su epístola: y añade, que él tomó algunos huesos pequeños de los artejos de las manos de san Estéban: los cuales (aunque eran pequeños) eran grandes y de grande estima, por ser huesos de aquel valeroso caudillo y soldado del Señor, que tan bien supo pelear por él y abrir camino los otros con su ejemplo, para con la muerte alcanzar la vida. Tambien dice Luciano, que tomó de los polvos en que las carnes de san Estéban se habian resuelto, y que envió estas reliquias á Avito, presbítero, y que esta traslacion se hizo en 26 de diciembre, y que en aquel tiempo la tierra estaba muy seca, por no haber llovido, y que en la misma hora cayó tanta agua del cielo, y regó la tierra con tanta abundancia, que toda la gente quedó admirada, alabando y glorificando al Señor.

Por este tiempo, en que Dios descubrió á su Iglesia un tesoro tan grande, Paulo Orosio, nuestro español, fué á África para visitar al glorioso doctor san Agustin y aprender de él algunas cosas, en que tenia dificultad: y despues que el santo padre le enseñó lo que sabia acerca de las que le habia propuesto, le envió á Jerusalen, para que confiriese con san Gerónimo otras dudas que tenia, especialmente del principio y orígen del alma racional, y como de varon tan docto y ejercitado en las divinas letras, alcanzase lo que él no le podia dar: tanta era la humildad y modestia de san Agustin. Paulo Orosio hizo su jornada: y volviendo de Jerusalen, fué el primero que trajo á las partes de Occidente las reliquias del protomártir san Estéban, que poco ántes se habian hallado, y con ellas enriquecido la provincia de África, donde Dios nuestro Señor obró innumerables y grandísimos milagros por la intercesion de su santo mártir, y por esta causa fueron edificados muchos templos, como se ve en muchos lugares de san Agustin. Y Evodio, obispo uzalense (que fué el primero que edificó en África iglesia á san Estéban), por ocasion de las reliquias escribió dos libros de milagros admirables é innumerables, que Dios obró por ellas. Y no solamente África gozó de este tesoro, sino tambien España, adonde las trajo el mismo Paulo Orosio: el cual, pasando por la isla de Menorca, las puso en ella, y fueron tantos los prodigios y milagros que el Señor hizo por ellas, que todos los judíos que habia en aquella isla se convirtieron y recibieron la fé de Cristo, como lo escribió Severo, obispo de la misma isla de Menorca, y el dicho Evodio, obispo uzalense, libro 1, capítulo 2: y á Francia asimismo fueron llevadas las reliquias de este gloriosísimo mártir: y allí tambien resplandecieron con muchos milagros, como se ve en Gregorio Turonense. Pero lo que mas se debe notar, es un milagro perpetuo, que hasta hoy dia dura, de las reliquias de san Estéban: porque en el tiempo que los vándalos destruyeron y asolaron la provincia de África, san Gaudioso, obispo, trajo de ella á Nápoles una redoma de vidrio llena de sangre cuajada de san Estéban, la cual hoy se guarda con gran devocion en la iglesia de San Gaudioso, de la misma ciudad de Nápoles; y es cosa maravillosa, que poniendo la dicha redoma sobre el altar, al tiempo que se dice la misa, la sangre cuajada se derrite y se pone tan líquida, como si acabara de salir de las venas. Antes de esto se habia traido á la ciudad de Ancona, en Italia, una piedra

de las que le tiraron los judíos, cuando le apedrearon, que se dice que le hirió en el brazo: con la cual ha hecho el Señor grandes milagros, y defendido muchas veces aquella ciudad: para que entendamos la reverencia y devocion que debemos á las reliquias de estos santos y amigos de Dios, y cuán grande merced hace al mundo, cuando las descubre, y por su medio le defiende y libra de grandes calamidades é infortunios; y con cuánta razon la Iglesia católica celebra fiesta el dia de la Invencion del cuerpo de san Estéban protomártir, por el cual ha recibido y continuamente recibe tantos y tan singulares beneficios. Despues, siendo Pelagio sumo pontífice, se trasladó el cuerpo de san Estéban, protomártir de Constantinopla á la ciudad de Roma, y fué colocado en el sepulcro de san Laurencio, donde es reverenciado con gran devocion, como lo dice el Martirologio romano, el dia de su traslacion, que fué á 7 de mayo.

* San Ermelo, mártir.—Era natural de Constantinopla y era muy célebre por las virtudes que le distinguian y especialmente por el don de milagros con que le habia el cielo enriquecido. Retiróse al desierto donde vivió muchos años, y como en cierta ocasion bajase á Constantinopla para recibir los santos misterios, fué martirizado or los paganos.

La conmemoracion de muchos santos mártires.—La mayor parte eran monges de la India en los confines de la Persia, á los cuales juntamente con otros fieles hizo matar con diversos suplicios el rey Abner, perseguidor de la Iglesia de Dios.

San Aspren, obispo y confesor.—Era de la ciudad de Nápoles. Habiendo pasado por ella el apóstol san Pedro, conoció á Aspren, le curó de una enfermedad que le tenia postrado en cama, le convirtió al Evangelio, le bautizó, y últimamente le consagró obispo de la misma ciudad. Este santo tuvo la gloria de ver casi desaparecer del territorio confiado á su cuidado pastoral casi todas las sombras de la idolatría, extendidas las máximas evangélicas, entre todo su rebaño, y florecer la Iglesia de Dios de un modo admirable. Llegado ya á una extremada vejez, cargado de méritos y virtudes, murió tranquilamente en el Señor á principios del siglo II.

Santa Lidia.—Era de la ciudad de Filippis en Macedonia, y se ocupaba en teñir púrpura, segun la expresion de san Lucas en las Actas de los apóstoles. Fué la primera persona que convirtió el apóstol san Pablo en aquella ciudad. Él mismo la bautizó, y despues de la administracion del sacramento dirigió ella al Apóstol estas palabras: «Si juzgais ya que soy fiel al Señor, entrad en mi casa y quedaos en ella.» (Act. cap. 16.) San Pablo le profesó un afecto singular, de modo que cuando salió de la cárcel, no quiso marcharse hasta haber visitado á Lidia y su familia. Parece que esta santa murió ántes del año 61 de Jesucristo; pues si hubiese vivido en aquella fecha, el Apóstol, en su epístola á los filipenses, sin duda hubiera hecho mencion de ella, como la hizo de otros fieles no tan señalados.

Las santas Marana y Cira.—Nacidas y educadas en Berea de Cilicia, á la edad de veinte años dejaron el mundo, la patria y los bienes, y se fuéron á un lugar distante y desconocido. En él fabricaron una pequeña celda, en la cual se encerraron y tabicaron, no dejando mas que una pequeña ventana por donde recibian de vez en cuando una porcion de pan y agua. Mortificaban su cuerpo con todo género de cilicios, hablaban una sola vez al año, el dia de Pentecostés, y comian muy de tarde en tarde. Tan singular género de vida atrajo sobre ellas las bendiciones del cielo, y fueron dispensadoras de sus beneficios. Así es que los ciegos encontraron la vista, los tullidos el movimiento y todos los enfermos la salud al rededor de aquella santa choza. Aquel desierto, ántes inaccesible y desconocido, llegó á ser un templo vivo y concurrido, donde se mostraban á porfía las misericordias del Señor, hasta que las esclarecidas santas fueron llamadas á gozar en el cielo de la presencia de su divino esposo. Su muerte, acaecida á mediados del siglo V, fué memorable por la multitud de prodigios que el Señor obró en aquella ocasion.

San Pedro, obispo y confesor.—Natural de Italia y de familia distinguida, recibió una educacion que le prometia la mejor fortuna, si él despreciando los halagos y lisonjas del mundo no lo hubiese renunciado todo por solo el placer de dedicarse esclusivamente á Dios. Primeramente abrazó la religion de san Benito, y despues fué elevado á la silla episcopal de Agnani, en Italia, cuya Iglesia guió hasta el año 1105, en que murió. Su cuerpo sepultado en la catedral de la misma ciudad, fué para sus habitantes prenda de grandes favores.

San Eufronio, obispo y confesor.—Fué obispo de Autun y tuvo mucha parte en la carta á Talasio de Angers, que contenia diversos reglamentos relativos á las fiestas, al servicio divino, á los eclesiásticos bígamos y á otras materias importantes. Cuando no era aun mas que presbítero, hizo edificar en Autun una Iglesia en honor de san Sinforiano, mártir, y envió á Tours una cantidad de mármoles para adornar el sepulcro de san Martin. Tuvo por amigos los mas célebres prelados de la Iglesia galicana, principalmente san Apolinar, obispo de Auvernia y san Lupo, obispo de Troyes. Asistió y suscribió al concilio celebrado en Arles en 475, con motivo del presbítero Lucido y trabajó mucho para extirpar la herejía y hacer fructificar las buenas doctrinas. Ignórase la época de su muerte, y se sabe tan solo que una santidad eminente, una prudencia consumada y un saber profundo le hicieron respetar y querer de todos sus contemporáneos.

DIA 4.

Santo Domingo de Guzman, fundador.—El glorioso patriarca santo Domingo, luz del mundo, columna de la Iglesia, amparo de la fé, gloria de España y padre y fundador de la sagrada órden de los Predicadores, fué español, y nació en el obispado de Osma, en un lugar que se dice Calervega, de muy ilustres padres en el año del Señor de 1170; siendo sumo pontífice Alejandro III y emperador Federico Barbaroja, I de este nombre, y rey de Castilla don Alonso, el que despues ganó la famosa batalla de las Navas de Tolosa. Su padre se llamó don Félix de Guzman, del antiguo y nobilísimo linaje de los Guzmanes, que por haber despues nacido de él santo Domingo, aun ha sido mucho mas ilustre y esclarecido que ántes. La madre fué doña Juana de Aza, igual en la nobleza y sangre á su marido. Tenian estos caballeros su solar en la villa de Aza, en el obispado de Osma. Tuvieron tres hijos, todos tres muy señalados en virtud, como lo fueron sus padres: el primero

fué llamado Antonio, que fué sacerdote; y habiendo dado su hacienda á los pobres, se recogió á un hospital para servirlos, y perseveró hasta la muerte en este santo ejercicio, é hizo Dios por su intercesion milagros: el segundo fué Manes, que habiendo tomado el hábito de los Predicadores, vivió y murió santamente: el tercero y menor de todos, fué santo Domingo de Guzman; que así se llamó á los principios, tomando el apellido de su padre. Estando preñada doña Juana, su madre, y en novenas en el monasterio de Santo Domingo de Silos, á los siete dias de su devocion, velando una noche, se le apareció el santo monge en su propia forma y hábito, dándole nuevas ciertas que Dios le daria un hijo de raros talentos y virtudes; y por esta revelacion y buen anuncio, llamaron al niño, cuando nació, Domingo, del nombre de su patron y abogado santo Domingo de Silos. Tras esta, algunos meses ántes que naciese, tuvo su madre en sueños otra vision. Parecíala, que traia en el vientre un perro, el cual, con una hacha ardiendo en la boca, alumbraba y encendia todo el mundo. Luego que nació y recibió el agua del santo bautismo, una señora, que fué su madrina, le vió en la frente una estrella tan clara y resplandeciente, que con sus rayos alumbraba la tierra: queriendo Dios nuestro Señor mostrar con estas señales el oficio que habia de hacer santo Domingo, que era ladrar, y defender la entrada al demonio en la Iglesia, y alumbrarla é inflamarla con la santa vida y doctrina suya, y de sus hijos. Tambien se dice que estando en la cuna, se vió un enjambre de abejas, que volaban sobre su boca, como se escribe de san Ambrosio; para denotar la dulzura de sus palabras. Desde niño fué enseñado de sus padres y de un tio suyo, arcipreste en Gumiel de Yza, en toda virtud y santo temor de Dios: y él de suyo era tan dócil y tan bien inclinado, que ántes era menester tenerle rienda, que usar de espuela, en todo lo que era piedad y devocion. Fué esto de manera, que siendo como de siete años se bajaba de la cama, y se echaba en el suelo, como ensayándose en la penitencia y aspereza de vida, que despues, siendo varon, habia de hacer. Y creciendo con la edad la virtud, era muy templado en el comer y beber, y muy apartado de los deleites y pasatiempos, en que se suelen entretener los mozos. Era compuesto y modesto en sus acciones; y en aquella edad parecia viejo en la mesura, y cano y maduro en el juicio. Comenzó el ejercicio de las letras, y aficionóse tanto á ellas, y al canto y oficio eclesiástico, que en ninguna otra cosa se ocupaba, sino en estudiar, leer y orar y servir al coro, y tomar por única recreacion el concertar y limpiar los altares, y asistir delante del santísimo Sacramento.

Enviáronle despues sus padres á la ciudad de Palencia, donde entonces florecian los estudios generales de España, que despues el rey don Fernando el III traspasó á Salamanca. Dióse santo Domingo tan de veras á las ciencias, que en breve tiempo salió perfectamente enseñado en lógica, filosofía y metafísica, que son las mas necesarias para el estudio de la sagrada teología; y no puso ménos cuidado en el aprovechamiento de su alma. Dábase mucho á la oracion: huia las compañías ruines, que en aquella edad son peligrosas y perniciosas: era muy compasivo y misericordioso. Lastimábanle tanto las necesidades espirituales y temporales de sus prójimos, que cuando no las podia remediar, se desbacia en lágrimas; y los pecados ajenos los sentia y lloraba como propios, castigando por ellos su cuerpo con rigurosas penitencias. Los pobres y los huérfanos tenian en él amparo: y habiendo sucedido una grande hambre, vendió las alhajas de su casa y los libros de su estudio, para remediar las necesidades de la gente pobre y miserable, quedando en su pensamiento, rico, al verse con los pobres; y por el ejemplo del santo mozo, muchos vendieron tambien sus haciendas para remedio de los pobres. Vino á él una mujer llorando amargamente, pidiendo que le ayudase para rescatar á un hermano suyo que le habian cautivado los moros; y fué tan grande la caridad del bienaventurado mancebo, que comenzó á hacer instancia á la mujer afligida, que le vendiese á él por esclavo, y le trocase por su hermano: tanto puede la caridad fina y perfecta en una alma. Fué dotado de una perpetua é inviolable castidad, la cual conservó toda su vida: y para conservarla, procuraba nunca estar un punto ocioso, huir el trato y comunicacion de mujeres, y la destemplanza en el comer y beber: por ser estas tres cosas capitales enemigos de la castidad.

Habia entonces en Osma un obispo, llamado don Diego de Acebes, varon de grande santidad y doctrina: el cual tomó tan á pecho la reformacion de su Iglesia, que en pocos años, de canónigos seglares, la hizo de reglares: y para llevarlo adelante, buscaba hombres de grande espíritu y letras, con maravillosa diligencia y cuidado: y como ya santo Domingo resplandecia entre todos con singular fama de virtud y erudicion, el obispo don Diego trabajó con todas sus fuerzas para sacarle de Palencia y llevarle á Osma, y salió con ello. Allí tomó el santo el hábito de canónigo reglar, y el obispo le hizo arcediano de aquella Iglesia, y por otro nombre «superior:» porque con la nueva reformacion habia trocado los nombres de las dignidades. Aceptó por obediencia santo Domingo el cargo: en él por una parte se mostraba muy humilde, muy manso, y muy afable y llano con todos; y por otra, zeloso y grave reprensor de los vicios. No pasaron muchos años, que tornando desde Osma á Palencia, y hallando nuevas necesidades y pobrezas en algunas personas de aquel lugar; para remediarlas vendió otra vez los libros que tenia, y comenzó sin ellos á predicar el Evangelio, entrando en los treinta años de su edad: imitando en esto al Salvador del mundo, que siendo la Sabiduría del Padre eterno, hasta los treinta años tuvo un maravilloso silencio, y despues comenzó á derramar por el mundo los rayos de su divina luz y doctrina. Desde este año, que fué el de 1200, hasta el año de 1202, anduvo el bienaventurado padre por los lugares de Palencia y Osma, enseñando el camino del cielo, con el fruto que de tan santa vida y de tan grandes letras se podia esperar. Leia en este tiempo con mucha atencion el libro de las Colaciones de Casiano, tomándole por dechado, para sacar virtudes de él, y para estampar en su alma la perfeccion de los santos padres del yermo, que en aquel libro se representan.

Andando santo Domingo con grande fervor y espíritu ocupado en su predicacion, se ofreció una jornada al obispo don Diego, su prelado: porque el rey de Castilla don Alfonso, que poco ántes habia casado su hija doña Blanca con Luis VIII, príncipe heredero del reino de Francia, le envió á él con cierta embajada y negocios de grande importancia: y el obispo llevó en su compañía á santo Do-

mingo, para guiarse con su consejo, y aprovecharse de su santa y dulce conversacion: ordenándolo así nuestro Señor para otros mas altos fines de su divina providencia. Habíase levantado en aquel tiempo una herejía bestial y escandalosa en un lugar del condado de Tolosa, llamado Albi, del que los herejes que la seguian se llamaron albigenses. Entrando, pues, santo Domingo con su obispo en Francia, por el condado de Tolosa, y entendiendo los perniciosos desatinos que aquellos hombres miserables enseñaban, y las blasfemias que contra su Dios y contra su Iglesia decian, no se puede encarecer la tristeza y sentimiento que atrevesó su corazon. La primera noche que llegaron á tierra de herejes, acertó á serlo el huésped de la posada: trabó pláticas con él sobre las cosas de la religion, y fueron tan eficaces las razones que le dió, que de enemigo de la fé católica, lo hizo hijo de la Iglesia. Este fué el primer fruto, que en esta jornada ofreció á Dios: y entendiendo que esta era su vocacion, y que el Señor le llamaba para el remedio de aquellas almas perdidas, procuró desembarazarse presto, y que el obispo de Osma concluyese con su embajada, para volver luego á cultivar aquel campo, y desarraigar las malezas, espinas y zizaña que le cubrian. Llegado á la córte del rey de Francia, halló á la infanta de Castilla doña Blanca muy lastimada por no tener hijos; y el santo la aconsejó que tomase por abogada á la Vírgen nuestra Señora, y que le rezase con mucha atencion el rosario, y que mandase repartir rosarios á todas las personas que le quisiesen rezar, y que con solo esto tuviese esperanza, que Dios la consolaria, y le cumpliria sus deseos: y así lo hizo, dándole por hijo al glorioso san Luis, rey de Francia.

Concluidos los negocios á que iba el obispo, se partió para Roma á verse con el papa Inocencio III, que entonces presidia en aquella santa silla. Acompañóle á Roma santo Domingo, y el obispo suplicó al papa, que proveyese su obispado á otro, para que él libre y desembarazado pudiese atender de propósito á la reduccion de los herejes de Francia; mas no pudo acabarlo con el papa, por no privar á la Iglesia de un prelado tan importante. Y con esto, tomando la bendicion de su santidad, se volvieron los dos santos compañeros para España por Francia, y de camino visitaron el gran monasterio del Cister, por la singular fama de santidad, con que en aquel tiempo florecia. Estuvieron allí tres dias, y el obispo por su devocion tomó el hábito y cogulla de los monges, y trajo consigo algunos de ellos, que le enseñasen la regla y ceremonias de su órden, con intento de hacer en Osma vida religiosa y mas estrecha de la que allí tenia de canónigos reglares; aunque lo era mucho. Llegaron todos á la ciudad de Mompeller, y con ellos se juntaron doce monges de la órden de san Bernardo, que habia enviado el papa Inocencio, para tratar del remedio de los albigenses, que cada dia iban creciendo en número y en potencia. Todos con parecer y acuerdo del bienaventurado santo Domingo, dejada toda autoridad y fausto, se pusieron á pié, y comenzaron con mucha oracion, ayunos y penitencias, á hacer guerra espiritual á los herejes, y con el ejemplo de toda virtud, y con disputas y pláticas particulares y sermones públicos, alumbrarlos y convertirlos. Los herejes, no pudiendo sufrir la fuerza de la oracion que santo Domingo hacia á Dios por esta causa, ni los argumentos y razones que les proponia, le aborrecian como á su mayor enemigo: y escribieron cierto libro ó conclusiones de su secta; y el santo escribió otras en defensa y comprobacion de la verdad católica: y echadas las unas y las otras en una grande hoguera, á vista de todo el pueblo, luego los papeles de los herejes fueron abrasados y consumidos; y los de santo Domingo saltando en alto volaron por los aires sin recibir detrimento, y se fuéron á poner encima de una viga que cerca de allí estaba: y en testimonio del milagro dicen, que dura y se conserva hoy dia. Tres veces porfiaron los herejes á volver los papeles del santo al fuego; y otras tantas con evidente milagro hizo Dios que saliesen sanos y enteros como habian entrado, y por este milagro algunos de ellos se convirtieron. Habia á la sazon grandísima necesidad y pobreza en aquellas provincias, á causa del nuevo levantamiento de la tierra, y creció tanto, que algunas personas nobles vendian sus propias hijas y las daban á criar á los herejes, compelidos de la extrema necesidad que pasaban. Para reparo de este daño y del estrago que el demonio hacia, procuró santo Domingo que en un sitio muy á propósito para ello, que se llama el Pruliano, entre Carcasona y Tolosa, se hiciese un monasterio para recoger la gente noble y necesitada, donde en breve tiempo se encerraron gran número de doncellas, con una cierta forma de vivir que él les dió: y á imitacion suya se movieron algunas personas ricas y católicas á hacer otras cosas semejantes, que fueron el remedio de muchas mujeres, que corrian riesgo en su fé y honestidad entre soldados y herejes. Dos años enteros estuvo el santo obispo don Diego en el condado de Tolosa, en la forma dicha: y aunque el fruto que hacia era grande; la obligacion que tenia de acudir á sus ovejas era mayor, y apretóle tanto, que no pudiendo cumplir con su conciencia de otra manera se vino á residir á Osma, dejando por capitan de la conquista espiritual á santo Domingo; y de allí á algunos dias llegó nueva que era muerto el santo prelado el año del Señor de 1207; y fué sepultado en el burgo de Osma, é hizo Dios por él muchos milagros.

Con esto quedó santo Domingo por cabeza principal para reduccion de los herejes, y aunque los abades se cansaron y se volvieron á sus tierras desconfiados del remedio; el santo con algunos que con celo del servicio de Dios se le juntaron, tomó esta tan gran empresa, en la cual perseveró diez años, con increibles trabajos y con un ánimo invencible. Iba de pueblo en pueblo á pié y descalzo, abrasado de la caridad de Dios y de los prójimos: y como el ciervo herido y sediento se arroja al agua, así él se entraba por las picas y se ponia á cualquier peligro con una sed grande de ser mártir. La suma de estos trabajos fué con su vida santísima y doctrina celestial, y con muchos milagros que el Señor obró por él, convirtió casi cien mil almas, erradas y perdidas, á la verdadera y católica religion. Y habiéndole mandado tomar el oficio de inquisidor contra los herejes, él lo ejercitó con grande autoridad, usando de todas las armas espirituales para reducirlos, castigarlos y reprimirlos: y juntándose despues las temporales de los príncipes católicos, que hicieron un grande y lucido ejército para hacer guerra á los herejes, y publicándose en Francia y en Italia contra ellos la cruzada, por las oraciones de santo Domingo, y por su consejo é industria, los católicos tomaron por fuerza las armas contra muchos lugares de los herejes, y el conde

Simon de Monfort, que era el capitan general del ejército católico, salió del castillo de Moruel, donde estaba cercado con obra de ochocientos caballos y mil infantes, los cuales habiéndose primero confesado y recibido el santísimo Sacramento del altar, con grande ímpetu acometieron á los enemigos que eran mas de cien mil hombres, y los hicieron afrentosamente volver las espaldas, y murieron de ellos mas de veinte mil á cuchillo, sin otros muchos que echándose al agua por huir y librarse, perecieron. Fué esta victoria muy señalada y muy gloriosa, si se mira el ejército tan grande de los enemigos y los príncipes y señores que habia en él; y el pequeño número de la gente que tenia el conde Simon de Monfort, que era valeroso príncipe, y como tal se resolvió en querer mas morir en el campo, como esforzado caballero, que encerrado entre puertas como oveja cobarde, pues no habia para que serlo contra los enemigos de Dios: el cual animó á los pocos soldados del conde, y con la gracia del santísimo Sacramento del altar, los esforzó de tal manera, que se determinaron, ó como soldados guerreros, á alcanzar la victoria, ó á morir como cristianos mártires. El bienaventurado santo Domingo, mientras peleaban estaba orando por ellos, alzando las manos á Dios y derramando muchas lágrimas; y dió con su oracion (como otro Moises á Josué) victoria á los soldados católicos, y no faltaron de ellos sino seis ó siete; para que se vea cuán en la mano de Dios está vencer con pocos á muchos, por la intercesion de sus santos, cuando llenos de fé, esperanza y amor, se lo suplican. Viendo el conde Simon de Monfort y el obispo de Tolosa, la santidad de santo Domingo, y las grandezas y maravillas que Dios obraba por él, le hicieron donacion de mucha hacienda, para sustentarse á sí y á todos los que andaban con él; porque aun entonces no habia comenzado su órden, que cuando la fundó, hizo renunciacion de toda manera de hacienda, en la forma que abajo se dirá. Mas el santo estaba tan entero á arrancar de la tierra á los herejes, que no dejaba cosa por hacer, que pudiese aprovechar para alumbrarlos y desengañarlos, así en su persona, haciendo muchas penitencias, y orando de dia y de noche y derramando rios de lágrimas por ellos, y predicándoles y enseñándoles las verdades de nuestra santa fé, y convenciéndolos con sus disputas, como aconsejando á los capitanes, y animando á los soldados, y exhortando á todos los fieles católicos que enmendasen sus vidas, y encomendasen á Dios aquella causa, y fuesen devotísimos de la Vírgen María nuestra Señora, y que le rezasen con devocion el rosario, meditando los sagrados misterios de él; porque de esta manera alcanzarian la victoria de los enemigos de la fé católica, y el cumplimiento de todos sus buenos deseos. Algunos compañeros tuvo el bienaventurado padre en esta grande empresa, que, (como dijimos) se llegaron á él y le ayudaron en ella con grande zelo de las almas, y poco á poco se comenzó una junta de predicadores apostólicos.

Como el santo vió la extrema necesidad que tenia la Iglesia de semejantes varones, y el copioso fruto que habian hecho aquellos pocos que estaban con él, y que Dios le iba abriendo el camino y disponiendo las cosas de manera, que se podian esperar otros mayores; movido del Espíritu Santo, determinó ir á Roma para dar cuenta al sumo pontífice Inocencio III de lo que se habia hecho en el condado de Tolosa, y del estado en que estaban las cosas de los herejes, y de la necesidad que habia de acudir á ellas, y para ofrecerse él y sus compañeros para aquella empresa, y suplicarle que los tomase debajo su proteccion y confirmase una religion que habia de tener por principal fin predicar el Evangelio, y ocuparse en la conversion de los pecadores y salvacion de las almas. Ofrecióselo al santo muy buena ocasion para ir á Roma, el celebrarse en ella aquel señalado, grande y ecuménico concilio lateranense, en el cual se hallaron con el romano pontífice, mil doscientos ochenta y cinco prelados, y con ellos los embajadores de los emperadores de Constantinopla y de Alemania, y todos los reyes de la cristiandad. A este concilio iba Fulcon, obispo de Tolosa, gran varon y celoso de la honra de Dios, y de mucho ejemplo y aspereza de vida y devotísimo de santo Domingo, que le acompañó hasta Roma, y se valió de su medio y testimonio para alcanzar del papa lo que pretendia. Y aunque el espíritu y santidad del bienaventurado padre era á todos manifiesto, y la relacion que daba de su vida y milagros el obispo de Tolosa bastaba para acreditar su persona, y el papa lo entendia así; nunca se acababa de resolver en dar licencia para instituir nueva religion: porque todas las obras de Dios tienen grandes dificultades y mayores en sus principios, y han de pasar por el fuego de la contradiccion; y para que tengan mas fundamento, nó sobre arena sino sobre la peña viva, ha de preceder mucho exámen y mucha consideracion. Pareció novedad aquella manera de vida que santo Domingo proponia al papa; y por esto se detenia. Y el demonio que barruntaba el grande daño que de ella le habia de venir, procuraba, cuanto podia estorbar tan santa obra, hasta que Dios descubrió su voluntad al pontífice, con una vision semejante á la que para la confirmacion de la órden del bienaventurado san Francisco precedió, y fué así. Estando el papa durmiendo una noche, le parecia en sueños que la Iglesia de San Juan de Letran se abria por todas partes y venia al suelo, y que santo Domingo con gran denuedo ponia los hombros y la sustentaba y tenia en peso. Con este sobresalto dispertó y conoció que Dios escogia al santo varon para reparo de su Iglesia; y así lo mandó llamar al otro dia, y le animó y esforzó en sus santos propósitos, y le aconsejó que pusiese los ojos en las religiones antiguas y aprobadas por aquella santa silla, y que escogiese la regla de ellas que mas le amase para el instituto y manera de vida que pretendia y que volviese á él; que él le concederia lo que deseaba. Y el santo, acabado el concilio, tomada la bendicion del sumo pontífice, volvió á Francia con mucha alegría, para comunicar y conferir aquel negocio con sus compañeros, y juntándose todos con el bienaventurado padre, y precediendo mucha oracion, se resolvieron en el Pruliano á tomar la regla del gran doctor de la Iglesia de san Agustin, y las constituciones y ceremonias particulares de la órden premostratense, que en aquel tiempo era rigurosísima y de mucha penitencia y aspereza. Con esta resolucion comenzaron en Tolosa á labrar una casa de san Roman, acomodada para el estudio y recogimiento de sus personas: y para estar mas desembarazado para la predicacion del Evangelio, que el sumo pontífice le habia encargado; de comun consentimiento, hicieron renunciacion y dejacion de todos los bienes, rentas y heredamientos que tenian, haciendo donacion de ellos á las monjas de Nuestra Señora del Pruliano.

Con esta determinacion tornó santo Domingo á Roma, pa-

ra traer del papa confirmacion ó aprobacion de esta manera de vivir. Pero ántes de llegar á Roma, tuvo nueva cierta, como el papa Inocencio III (por cuyo mandato él iba) era muerto en Perusa, á los 16 de julio, año de 1216.

No hizo falta á santo Domingo la muerte de aquel gran pontífice; porque Honorio, asi nismo III de este nombre, que sucedió luego á Inocencio, le acogió benignamente, y con autoridad apostólica confirmó la órden de santo Domingo á los 22 de diciembre del mismo año de 1216, como parece por la bula de su confirmacion. Fué singular y maravilloso el consuelo que el santo patriarca recibió de esta aprobacion del vicario de Jesucristo, por ver cumplidos sus deseos, y por las grandes esperanzas que tenia que la gloria de Dios se habia de amplificar con sus sudores y trabajos, y de sus hijos, y aprovecharse las almas, y ser ilustrada y amparada la fé católica, y tenia muy ciertas prendas de ello, por una revelacion que la misericordia divina le hizo de esta manera. Estando santo Domingo una noche, entre otras, en la iglesia del bienaventurado apóstol san Pedro, en su acostumbrada oracion delante del santísimo Sacramento, elevado en espíritu, vió á Jesucristo nuestro Señor en el aire, sentado en un trono real, con extraña representacion de majestad y grandeza. Tenia tres lanzas en la mano, para asolar con ellas al mundo: y no pudiendo nadie resistir á su justo enojo, vió que la Reina de los ángeles nuestra Señora se arrojó á sus piés, suplicándole tuviese misericordia de los que habia redimido con su sangre, y le presentó dos hombres, que fueron el mismo santo Domingo y san Francisco (que á este punto con divino espíritu habia ido tambien á Roma, con intento de hacer su esclarecida órden): y mostrando la piadosa madre á su dulcísimo Hijo estos dos santos, le decia, que por la predicacion de ellos y de sus hijos, el mundo se reformaria y los pecadores harian penitencia de sus pecados. Con estos ruegos y ofrecimientos de la Vírgen quedó mas blando el Señor, y aceptó para esta empresa á los dos capitanes valerosos, que su Madre le ofrecia. De esta vision quedó santo Domingo muy consolado y animado, y mucho mas, cuando acabada su oracion, saliendo de la iglesia de San Pedro, encontró en la calle al glorioso san Francisco, que sin haberse visto ántes, se conocieron los dos, y santo Domingo se fué á él, y él le abrazó muchas veces, diciéndole: Compañeros somos y criados de un mismo Señor: los mismos negocios tratamos: unos son nuestros intentos: seamos á una; y ninguna contradiccion del infierno será parte para empecernos y desbaratarnos en el servicio de nuestro gran Señor. Y así se concertaron los dos bienaventurados patriarcas en una perpetua y santísima amistad, para romper por todo el mundo por la causa y honra de Dios, como lo hicieron ellos y despues han hecho sus hijos: porque el Señor, que los habia escogido para capitanes esforzados de su ejército, les dió ánimo, armas y fuerzas para pelear y vencer y triunfar del enemigo. Y lo mismo se ha de entender de las otras órdenes y religiones, que Dios ha fundado en su Iglesia con particularísima providencia, para grandísimo fruto de ella: porque aunque en diversos tiempos y por diferentes autores, medios y caminos; pero en todas (como gravemente lo dice el P. M. Fr. Hernando del Castillo de la órden de Santo Domingo) se conoce y descubre la divina mano, que con supremo artificio las hizo, tomando por instrumento á los hombres que quiso y cuando quiso y como quiso. Tambien se confirmó mucho santo Domingo en sus buenas esperanzas, con otra revelacion que tuvo despues que alcanzó de la sede apostólica la aprobacion de su órden: porque un dia estando orando en la iglesia del príncipe de los apóstoles san Pedro, y suplicando afectuosamente al Señor que le encaminase, para que él y su pobrecita compañía acertasen á servirle en aquel tan grande ministerio que le encomendaba; le aparecieron los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo: y san Pedro le dió un báculo en la mano y san Pablo un libro abierto, diciendo: Toma tu camino, y vete sin tardanza á hacer el oficio que Dios te manda: predicad el Evangelio tú y los tuyos: pues para eso os ha escogido el Señor. Y acabadas estas palabras, le pareció que todos sus discípulos, hijos y compañeros, que de dos en dos se iban predicando por el mundo. Esta revelacion recreó tambien mucho el espíritu de santo Domingo, y le dió priesa para que tomando sus despachos, se partiese luego de Roma para Tolosa en donde halló á sus hijos, y comunicándoles la concesion de la sede apostólica que traia, y la vocacion á que Dios les llamaba, los exhortó para que todos se aparejasen á ser de veras predicadores evangélicos, y peregrinar por todo el mundo á imitacion de los apóstoles, y á dar la vida por el Señor. Y puesto caso, que el conde Simon de Monfort, y el arzobispo de Narbona, y el obispo de Tolosa y otros grandes personajes, sentian mucho que aquellos padres se fuésen de sus tierras y con razones humanas se lo quisiesen estorbar; mas á todos respondia el santo varon, lleno de espíritu del cielo, y decia: Ya yo sé lo que en esta parte tengo de hacer: ninguno me estorbe; porque yo soy mandado, y Dios ha de ser obedecido.

Con esta resolucion el dia de la Asuncion de nuestra Señora, del año de 1217, juntando á sus hijos y confiriendo con ellos el modo que se habia de tener en adelante, y en profesar la nueva regla y constituciones que traia confirmadas del papa, hizo que de comun consentimiento eligiesen todos por su prelado al santo varon Fr. Mateo, de nacion francés, llamándole abad de los otros religiosos, en quien comenzó y se acabó este título y nombre de abad de la órden. Y la causa de hacer á Fr. Mateo superior, fué el encendido deseo que tenia santo Domingo de irse á tierra de moros á predicar el Evangelio, y ser despedazado por la fé de Jesucristo, y para este efecto habia dejado crecer la barba. Pero ántes de partirse él, entendió en enviar sus hijos por el mundo. A España envió cuatro, los cuales fueron Fr. Gomez, Fr. Miguel de Uzero, Fr. Madrino y Fr. Domingo: á París envió al abad Fr. Mateo y otros seis compañeros, y otros á otras partes, dando á todos la órden que habian de tener en la predicacion del Evangelio, en la guarda de la regla y en la fundacion de los monasterios. Y por mucho que procuró la ida á los moros, Dios se la estorbó; porque no está en manos de los hombres escoger oficio en la casa de Dios. Fuele forzoso á santo Domingo dar vuelta á Roma, despues de haberse detenido algo en el edificio de la casa de San Roman de Tolosa, que por haber sido la primera que se edificaba, y en su tiempo, quiso que fuese modelo de las demás: y edificóla con grandísima pobreza, haciendo unas celdicas tan pequeñas que no cupiese mas de un zarzo pequeño de mimbres ó de cañas para dormir, y una mesilla para poder escribir ó estudiar; y esto tan pobre y tan vil, que daba testimonio de la grande humildad y pobreza con que se fundaba la

órden, y del divino espíritu de este glorioso patriarca. El cual llegó á Roma, y luego comenzó la mano de Dios á declararse mas en su favor, para que en aquella ciudad que es cabeza del mundo, se pregonase la virtud de su siervo, y de allí se derribase y viniese á noticia de todo el mundo. Dióle el papa Honorio III la iglesia de San Sixto, para que allí se recogiese é hiciese cifra en forma de monasterio, y ayudó para la labor liberalmente: y era cosa maravillosa ver el concurso de la gente que acudió al bienaventurado padre, por consuelo en sus trabajos, por consejo en sus negocios, y por remedio espiritual y corporal en sus necesidades; y era tanta la opinion que iba cobrando, que en muy pocos dias tuvo en su compañía cien religiosos. Y por órden del papa y como comisario suyo, acabó una cosa muy dificultosa, que fué recoger las monjas (que estaban repartidas en muchas partes, casillas y beaterios, y no vivian con tanto recogimiento como convenia) en un monasterio, en que guardasen clausura y la forma de vivir conveniente á su estado, y se les proveyese de todo lo necesario para sus almas y para sus cuerpos: y el papa acordó que la casa de San Sixto, que se labraba para los frailes se acabase para las monjas, y ellos se pasasen á Santa Sabina que era iglesia principal; y para esto les dió las casas que allí tenia, y eran palacio apostólico. Allí dió santo Domingo á sus religiosos el hábito blanco y el escapulario que hoy traen, por haberle dado nuestra Señora al dean de la iglesia de Orliens, llamado Reginaldo, famosísimo doctor en derechos y lector de la universidad de París: el cual á la sazon habia venido á Roma, con deseo de acertar á servir al Señor perfectamente: y habiendo caido malo de una enfermedad muy peligrosa, por las oraciones de santo Domingo le sanó la Vírgen, y le apareció y le mostró aquel hábito, diciéndole, que aquel era el vestido de la órden que buscaba. Quedó Reginaldo del todo sano y libre; y puesto en las manos del santo patriarca, tomó aquel hábito é hizo profesion en su órden: y santo Domingo mandó quitar á todos sus frailes las lobas y sobrepellices de canónigos reglares, que ántes tenian, y los vistió de hábitos y escapularios blancos, con los mantos negros como ahora los traen, y la sacratísima Vírgen los habia mostrado á Fr. Reginaldo. Allí tambien se ocupó el bienaventurado padre en leer en el sacro palacio el Evangelio de san Mateo y las epístolas de san Pablo cada dia, para entretener y enseñar la gente que concurria á él, y desde entonces se creó un nuevo oficio del maestro del sacro palacio, que hasta hoy persevera en los frailes de Santo Domingo, siendo el glorioso padre el primero de todos.

Habiendo estado algun tiempo en Roma, sustentándola con sus oraciones y admirándola con su vida, alumbrándola con su doctrina, espantándola con sus milagros, y moviendo á todos á la enmienda de la vida, al menosprecio del mundo y perfecto amor de Dios, y enviado á Fr. Reginaldo á Bolonia, y á otros santos hijos suyos por Italia; se determinó el glorioso padre á venir á España, para comunicar á los reinos de Castilla (donde habia nacido) los resplandores de su doctrina, y sembrar en aquella tierra de la cual, regada con la lluvia del cielo, esperaba gran cosecha para encerrarla en las trojes del Señor. Llegó santo Domingo á Segovia en donde predicó el Evangelio algunos dias, con grande aprovechamiento de las almas, y hoy se muestra un humilladero á la parte del rio, labrado en memoria de los sermones que allí predicaba á los segovianos: y en el convento de Santa Cruz, que comenzó el santo padre en aquella ciudad, hay una cueva donde él se recogia á orar y á sus ordinarias disciplinas, que está rociada por todas partes de su sangre. De allí pasó á Madrid donde halló algunos de sus hijos, que habia enviado á España muy bien recibidos, amados y respetados de todo el pueblo por el grande ejemplo de vida con que florecian. Aquí predicó el santo padre con mucho aprovechamiento y reformacion de las costumbres, y admiracion de los oyentes, comenzó un monasterio de monjas de su órden, que aunque á los principios fué pobre y pequeño, despues creció en mucho número de religiosas, rentas y edificios, y se llama Santo Domingo el Real. La villa de Madrid mostró tan grande devocion (por respeto del santo padre) á sus hijos é hijas, y les hizo tantas y tan buenas obras, que habiéndolas sabido el papa Honorio, le escribió un breve dándole gracias por lo que habia hecho por los frailes Predicadores: el cual refiere el P. Fr. Hernando del Castillo; y es del tenor siguiente: «Honorio obispo, siervo de los siervos de Dios, á los amados hijos de todo el pueblo de Madrid, salud y apostólica bendicion.—Agradable y acepto nos ha sido entender que nuestros amados hijos los frailes de la órden de los Predicadores, que moran en Madrid, los habeis recibido con entrañas de caridad, y los abrigais loablemente con oficios de piedad, en lo cual entendemos que haceis agradable servicio á Dios: porque entre las buenas obras con que le servimos, apenas se halla otra que mas le agrade, que el socorrer con misericordia á aquellos que por tener sed de la salud de los hombres, sacan con gozo y alegría el agua de las fuentes del Salvador, para repartirla en las plazas, no solamente para la hartura de las almas que tienen sed, sino tambien para que sea saludable remedio y medicina contra la ponzoña de las ánimas enfermas. Y porque mas enteramente conozcais el sincero afecto que tenemos á los dichos frailes, hemos tenido por bien de rogaros á todos, amonestaros y por letras apostólicas mandaros, que así como lo habeis comenzado loablemente, así por la reverencia de la sede apostólica y nuestra, los tengais mucho mas afectuosamente por encomendados; y les deis la mano con beneficios y limosnas, de tal manera que á Dios tengais propicio y á Nos obligueis á seros mucho mas favorable y benigno. Dada en Viterbo á los 20 de marzo en el cuarto año de nuestro pontificado, que fué el de 1220.» Y otra bula como esta, despachó el sumo pontífice Honorio para la ciudad de Segovia. Con estos favores de la sede apostólica y mucho mas con los del cielo, que continuamente hacia Dios á santo Domingo y á sus hijos; se extendió mucho en España su sagrada religion, y se fundaron muchos conventos dentro de muy pocos años, y se convirtió innumerable multitud de gente á mas rigurosa vida, y á hacer áspera penitencia de sus pecados.

Despues de haber cumplido con los reinos de España, y dado asiento en las cosas de la órden, se partió el santo patriarca para Italia, y pasando por Zaragoza, fué á Tolosa á ver su primera casa, la cual él amaba mucho, por haberle dado Dios allí las primicias de sus trabajos. Y despues de haber consolado á los hijos, que en ella estaban, con su vista, y dádoles los avisos que le pareció para la observancia de las cosas sustanciales y ceremoniales de su religion, tomó el camino para París, en donde estaba su

órden asentada, y la casa tenia treinta frailes con mucho concierto: y de allí partió para Italia, y llegó á Bolonia, en el mes de setiembre del año 1219, y fué recibido con grandísima alegría de sus hijos, especialmente del bendito Reginaldo, á quien por su virtud y ferviente zelo de la honra de Dios, amaba mucho. Halló allí muchos religiosos nuevamente admitidos á esta santa manera de vida, y las cosas de la religion tan puestas en su punto, que aun de las ceremonias fáciles y cosas menudas se hacia grandísimo caudal: y él los acrecentó, y recibió otros muchos varones de gran lustre y santidad en su órden, y envió á diversas partes para que le multiplicasen y propagasen: y dejando en Bolonia las cosas concertadas, partió para Roma, donde negocios de grande importancia le llamaban.

Despues de haber cumplido con ellos, y enviado al bienaventurado Fr. Jacinto con otros religiosos á predicar á Polonia, é instituido otra órden de la Tercera Regla, que se llamaba «la Milicia de Jesucristo,» muy provechosa en aquel tiempo para defender la autoridad de la Iglesia; salió de Roma para visitar algunos conventos de Italia, y volvió á Bolonia, donde celebró el primer capítulo general de su órden: en el cual se establecieron muchas cosas muy importantes para el buen progreso de ella. Aunque los religiosos que allí se juntaron, no consintieron que el santo padre dejase la administracion y gobierno, que como padre, fundador y pastor, tenia de su religion, como él pretendia hacer, alegando su insuficiencia á las obligaciones de aquel oficio (tanta era su humildad): acabado el capítulo se quedó en Bolonia y envió á Fr. Jordan á París; y él, pasados algunos dias, se fué á visitar algunos conventos, y á fundar otros de nuevo. Finalmente, tornando á Bolonia, y celebrado el segundo capítulo general, que fué el postrero que celebró en su vida, cayó en una recia y mortal enfermedad, de lo cual luego entendió que llegaba ya aquella dichosa hora, en que habia de ser desatado de la cárcel de su cuerpo, y ver al Señor. Porque poco ántes, estando en oracion, le habia aparecido el mismo Señor, y dichole: Ven, amigo, ven: entra ya á poseer los verdaderos gozos. Y por esto conociendo que se moria, no podia disimular el contento que le causaba el ver llegar aquel término, á que ordenaba la vida y los trabajos de ella. Mandó llamar á todos los novicios de aquel convento, que no eran pocos, y desde las tablas donde estaba echado y envuelto en jerga (que cama no la tenia, ni la consentia) les hizo una amorosa y tierna plática, exhortándolos al amor de Dios, y á la perseverancia en el estado que habian comenzado. Confesóse con el prior generalmente, y acabada la confesion sacramental, habló á los mas ancianos de la casa, y despidióse de ellos de esta manera: Hijos, hermanos mios, á quienes he tenido siempre en el alma, y llevaré conmigo, no os duela verme partir de entre vosotros: porque el bien de haber dejado el mundo por Dios, es poder partir de él como yo parto ahora. Lo ménos que del suelo se nos pegare, es lo mejor que hay en él; y para asegurar aquella vida, se ha de perder esta. Ya he llegado al postrer trance: quiero descubriros un secreto para vuestra edificacion y gloria del Señor. Hasta la hora que estoy, ha sido la misericordia de Dios servida de guardarme la virginidad y limpieza con que nací: y si la mano de Dios no ha sido conmigo escasa en esto, tampoco lo será con vosotros: tenedlo, hijos, por cierto; mas mucho os ha de costar lo que tanto vale. Es menester velar y orar, y sobre todo huir del trato y familiaridad de mujeres. No fieis vuestra limpieza de ocasiones; que cualquiera es grande para destruiros, y ninguna mayor que el descuido ó seguridad fundada en la confianza de vuestra virtud, ó de la ajena. El venerable y santo nombre de la castidad es como la vida, que con ninguna fuerza se cobra. Despues los exhortó al amor de Dios, á la observancia de su regla y al acrecentamiento de su órden, con palabras tiernas, amorosas, encendidas y venidas del cielo; como verdadero padre que se despedia de sus dulces hijos, y rogóles que le enterrasen á los piés de sus hermanos difuntos. Y aunque lo que dijo de la limpieza y virginidad, lo dijo con santa intencion para honra de Dios y aviso de sus hijos, y sin repunta de vanagloria; despues le vino escrúpulo: llamó al prior, y se confesó de esto, como si fuera gran culpa: tanto era la pureza de su ánima y el recato de sus palabras. Trajéronle á su instancia el Viático y sacramento de la uncion, y lo recibió todo con grandísima devocion, ayudando él mismo, y respondiendo al sacerdote, y rezando con los religiosos los salmos que en aquel oficio se dicen, conforme al uso de la Iglesia. Y como todos sus hijos se enterneciesen mucho y derramasen copiosas lágrimas, y le declarasen cuán solos y cuán desconsolados y tristes los dejaba; él los consoló y les dió esperanza, que despues de muerto les seria de mas provecho que vivo, y los encomendó con palabras afectuosas al Señor: y tornando á encargarles el amor fraternal, la humildad profunda y la pobreza voluntaria y evangélica, mandó á sus frailes que comenzasen el oficio de los que están en la agonía de la muerte: y ellos comenzaron á recomendar á Dios la alma de su santo padre, y luego á los principios, cuando se dice aquella devotísima antífona: «Socorred, santos de Dios, salid al camino, ángeles bienaventurados;» salió ella de la cárcel de su cuerpo, y los ángeles la llevaron al descanso eterno del cielo. Murió el bienaventurado confesor un viernes á las doce horas de mediodía, año del Señor de 1221, á los 6 dias del mes de agosto, siendo de edad de cincuenta y un años. Su cuerpo fué enterrado con gran solemnidad, hallándose presente el cardenal Hugolino, legado del papa, que habia sido muy grande amigo suyo, y dijo la misa cantada, y por sus propias manos le puso en la sepultura que abrieron los frailes en el suelo de la iglesia, como el santo lo habia querido en vida. Halláronse tambien el patriarca de Aquileya, algunos arzobispos, obispos y prelados, é innumerable multitud de gente, que concurrieron á honrar y reverenciar al santo, y pedir por él mercedes y favores al Señor: el cual para glorificarle mas, obró por su intercesion muchos y grandes milagros, sanando de todo género de enfermedades á los que venian á su sepultura, y al mismo tiempo hizo algunas revelaciones á siervos suyos, para declarar la gloria que tenia en el cielo, el que tan bien la habia merecido en la tierra: y con estos testimonios del cielo, y con el espíritu y nuevo fervor que el santo padre de allá les envió, quedaron sus hijos consolados de la ausencia de su bendito padre, que parecia no tener consuelo, y tan animados á imitarle y seguir sus pisadas y servir de veras al Señor, como si entonces lo comenzaran á hacer. Despues se trasladó el cuerpo de santo Domingo á otro sepulcro mas honroso el año de 1533,

y sexto del pontificado del papa Gregorio IX, y en el octavo le canonizó, y le puso en el catálogo de los santos á los 18 de agosto, y mandó que su fiesta se celebrase á los 5 de agosto, que fué el dia ántes de su muerte; aunque el papa Paulo IV ordenó en nuestros dias que se celebrase á los cuatro de agosto (como se hace), por estar el quinto ocupado en la fiesta de nuestra Señora de las Nieves. Esta fué la vida de este patriarca.

¿Pero quién podrá explicar la excelencia de sus eminentes y heroicas virtudes, y los tesoros que Dios encerró en su ánima benditísima? Sacóle el Señor tan perfecto discípulo suyo y maestro de los otros, que toda la Iglesia le tiene por vivo retrato de toda perfeccion y santidad. Tenia sobre todas las cosas una caridad tan ferviente, que parecia andar abrasado en amor del Señor, y arrojar llamas para encender á los demás. De este amor procedia nunca verse harto de trabajos, de sufrir y padecer por Dios: con este amor andaba negociando para ir á tierra de infieles y moros, por enseñarles las nuevas del Evangelio y derramar su sangre por Cristo: de este amor nacia exponerse muchas veces á grandes dificultades y peligros, los cuales le parecian manjar suavísimo: decia, que deseaba que todos los hombres y las piedras y los condenados (si fuera posible) amaran á Dios, y le reconocieran y sirvieran: efecto de este mismo amor era el llorar las culpas ajenas tan amargamente, como si fueran propias, y castigarse y disciplinarse por ellas, hasta derramar la sangre en mucha abundancia; y toda la diera de buena gana, si con ella pudiera excusar algun pecado en sus prójimos. Las noches que suelen ser descanso de los trabajos, tenia él dedicadas para hacer penitencias por los pecados que en el pueblo, en donde estaba, se cometian. Este mismo amor le hacia querer ser vendido y entregado á los moros, para rescatar el hijo de la viuda, y quererse dar por siervo y esclavo, para librar á uno que estaba en poder de herejes. Pues ¿qué diré de la ansia y deseo que tuvo tan encendido de morir por Cristo, nó una vez, sino muchas, nó con lijeros tormentos, sino cruelísimamente y poco á poco, teniendo la muerte por vida y el martirio por descanso? Por donde, como un hereje que habia salido á matarle, sin poder ejecutar su deseo, un dia le dijese: Si por tal camino pasaras, no estuvieras tú ya vivo; santo Domingo le respondió: Ya yo sé que no merezo tanto bien como ese; mas si Dios me diese á escoger muerte por su servicio, fuera para mí muy regalada, que desnudándome primero, me cortárades las manos y los piés, y me arrancárades la lengua, y despues los ojos, y dejando el cuerpo un poco bañarse en su propia sangre, al cabo quitárades la cabeza de los hombros. De aquí vino, que preguntándole una vez un clérigo, espantado de las cosas santas y maravillosas que predicaba, y diciéndole: Padre, ¿dónde hallais estas lindezas, y en qué libro aprendeis? respondió santo Domingo: En el libro de caridad, que es el mejor de todos. Para llegar á la cumbre de tan alta perfeccion como él tuvo, que consiste en esta caridad, procuró el santo padre echar por cimiento una humildad profundísima, deseando ser menospreciado, hollado, y tenido en poco de los hombres por amor de Dios. Y así el tiempo que estuvo en Francia predicando á los herejes, iba de buena gana á los lugares de Carcasona y su comarca, porque allí le escupian y maltrataban: y huia de Tolosa, porque en ella le honraban. Antes de entrar en cualquiera villa ó ciudad, hincado de rodillas se ponia en oracion, y pedia á Dios que no mirase sus culpas, y que por entrar en aquel pueblo, no mostrase contra él su ira, y por sus pecados le castigase: ¡hasta dónde puede llegar el conocimiento y sentimiento de una alma de veras humilde! Ofreciéronle con mucha instancia tres obispados; y él con no ménos constancia los desechó, teniéndose por indigno, y decia, que ántes huyera y se fuéra con un báculo peregrinando por el mundo, que tomar obispado ni dignidad en la Iglesia. Amaba mucho la pobreza, y holgábase de traer viles y pobres hábitos; y esta pobreza encomendaba mucho á sus frailes, teniendo por indicio de liviandad en el religioso la curiosidad en el vestido. Pedia limosna de puerta en puerta por los lugares, y tomaba lo que le daban con una profunda humildad, teniéndose por indigno de recibirlo; y así solia, hincadas las rodillas en el suelo, tomar el pan, ó cualquiera otra cosa de las que le ofrecian de limosna para su comida, y besarlo y agradecerlo, como si le hicieran Señor de todo el mundo: que no estimaba en ménos ser pobre por Jesucristo. Esta misma humildad y amor de la pobreza resplandeció mucho en el andar tantos y tan largos caminos, en invierno y en verano, con calores y frios, á pié y descalzo. Y por huir la ostentacion, y conservar mejor la humildad, cuando entraba por los lugares, entonces se calzaba los zapatos; y en saliendo de poblado se los quitaba: y no ménos mostró este espíritu y zelo de pobreza, en la dejacion que hizo de los bienes y rentas que le habian dado para el convento de Tolosa, y en haber establecido que se guardase esta pobreza evangélica en su órden, y echado su maldicion á los que no la guardasen, y castigado severamente á algunos frailes que pretendian sacar dispensacion del papa para relajar la pobreza: y el haber edificado sus casas con tanta estrechez, y con celdas tan angostas y pobres, como se ha dicho: y mandando cesar el edificio del convento que se habia comenzado en Bolonia, por parecerle que desdecia de aquel espíritu humilde y pobre que Dios habia plantado en su corazon. Pues ¿qué diré de la aspereza y penitencia de este santísimo varon? A mas de ser su vestido tan vil y pobre, como se ha dicho, traia un áspero cilicio y una cadena de hierro ceñida al cuerpo y casi cosida y pegada á las carnes. Nunca tuvo celda, ni cama, ni lugar particular ni conocido para dormir. Su cama era alguna peaña de los altares, ó sentado en el suelo ó en su escaño. Tres veces se disciplinaba cada noche con una cruel disciplina de hierro, que tenia tres ramales, hasta derramar sangre con mucha abundancia: la primera por sus pecados, la segunda por los de sus prójmos, la tercera por las ánimas del purgatorio. Su comida era un perpetuo ayuno. Nunca comió carne, sino manjares de cuaresma, y esto con extraña templanza. Y como una vez en Francia los herejes, por disfamarle, hubiesen publicado que era hombre que se regalaba; el santo para desengañarlos, y para que aquella infamia no le fuese estorbo para su predicacion y provecho de las almas, se aposentó en una casa de ciertas mujeres nobles, aunque tocadas de la herejía; y toda la cuaresma él y sus compañeros ayunaron pan y agua: disciplináronse terriblemente, durmiendo en el suelo, y muy poco; juntando en uno la penitencia rigurosa con el zelo abrasado y caridad fervorosa del bien de las almas: y así fué Dios servido que sus huéspedes, admirados de aquel género de

vida, se convirtiesen á la fe católica, y otros muchos herejes que lo supieron, y que se deshiciese aquella falsa opinion del regalo que ellos habian publicado. Con ser santo Domingo tan riguroso para sí, era sobremanera piadoso y blando para los súbditos, y dispensaba con ellos fácilmente, y jamás consigo: y cuando el oficio de prelado le obligaba á castigar y reprender las culpas ajenas, aguardaba siempre tiempo y sazon para hacerlo con mayor suavidad y provecho. Acaecióle ver por sus ojos algunas culpas, y pasar por ellas con disimulacion, como si no las viera, y á su tiempo las corregia, juntando con la severidad de juez la mansedumbre y amor de padre. Fué tan compuesto y modesto en el hablar, que los que le conocieron y trataron casi toda su vida, siendo examinados en el proceso de su canonizacion, testificaron que nunca le habian oido palabra ociosa, ni descompuesta, ni libre en toda su vida: y lo que mas encomendaba á sus religiosos, era que siempre hablasen de Dios ó con Dios. Era maravilloso el respeto que tenia á todas las otras órdenes y religiosos: y así cuando iba á alguna parte, la primera visita era á los monasterios de los religiosos: y decia, que con ninguna especie de conversacion, ó estado de gente, se alegraba tanto su espíritu, como con los que profesaban la perfeccion evangélica, y habian hecho divorcio con el mundo; y amonestaba á todos que hiciesen lo mismo, y amasen y reverenciasen las religiones y religiosos, como parte de la Iglesia católica, tan preciosa y de tanto valor.

¿Quién podrá explicar las otras virtudes de este glorioso santo? ¿Aquella fé viva, aquella esperanza segura y cierta en el Señor? ¿Aquella espiritual y divina providencia? ¿Aquella fortaleza y perseverancia en las buenas obras? ¿Aquella castidad virginal? ¿Aquella paciencia admirable y amable mansedumbre? ¿Aquel menosprecio de sí y del mundo? ¿Aquel aprecio y ansia del cielo, y finalmente todas las otras virtudes de este ángel humano ó varon divino? Seria nunca acabar, si quisiésemos referir aquí lo que en esta materia gravísimos autores escriben. Mas puesto caso, que por brevedad calle las mas, no quiero dejar de decir del don tan subido y eminente de la oracion y familiaridad para con Dios, que tuvo este santo patriarca: porque de esta fuente, y de este trato tan continuo con el Señor, manaron los arroyos de las otras virtudes, y las obras maravillosas que Dios hizo por él. Decia cada dia misa, en la cual derramaba tantas lágrimas, que le corrian hasta el suelo, y parecia imposible poder un hombre llorar tanto. A do quiera que tomase la media noche, en ventas ó en campo, despertaba á sus compañeros para que alabasen á Dios, y rezasen sus maitines con mucha devocion. Estando en los conventos, era continuo en el coro, y el primero de todos, así de noche como de dia. Era continua y tan fervorosa su oracion, y estaba algunas veces en ella tan arrebatado, y con tan grandes sentimientos, lágrimas y suspiros, que despertaba á los frailes sin advertir á ello: otras veces quedaba tan elevado y tan fuera de sí, como si verdaderamente hubiera perdido los sentidos: otras se levantaba en el aire totalmente, y se quedaba el cuerpo suspenso, sin llegar á la tierra, con la vehemencia de la oracion: en la cual le hizo Dios muchas y muy raras mercedes, y fueron tantas, que él mismo descubrió á un grande amigo suyo, que ninguna cosa habia pedido jamás á nuestro Señor, que no la hubiera alcanzado. Y no es maravilla; porque fué devotísimo sobremanera de la Vírgen María nuestra Señora, y tenia tan gran confianza en su patrocinio y proteccion, que nunca comenzó ni acabó cosa notable, que no fuese precediendo mucha y muy continua oracion á nuestra Señora, y por su intercesion impetraba lo que queria de su benditísimo Hijo.

De aquí vino que el demonio tuviese tanta ojeriza con santo Domingo, cuando oraba, y que procurase estorbarle y aun acabarle si pudiera: porque una vez estando el santo orando una noche en Santa Sabina delante del altar, le arrojó desde lo alto de la iglesia una piedra grandísima, que pasando por la cabeza del santo, le tocó en el capillo de su hábito, y se hizo pedazos en el suelo, que hoy dia se ven en aquel sagrado templo, en memoria del milagro: y santo Domingo no por eso se movió del lugar donde estaba, ni se mudó ni alteró. Otra vez estando en la misma iglesia rezando, se le puso delante de los ojos en figura de fraile de su hábito, muy compuesto y devoto; pero fuera de tiempo y obediencia, para inquietarle y desasosegarle de su oracion. Otra vez vió al demonio en traje y forma humana, que andaba solícito de una parte á otra. Conocióle y díjole: O bestia cruel, ¿qué haces aquí? Respondióle el demonio: Ando en mi oficio, y en fin siempre gano. ¿Y qué puedes tú ganar en el dormitorio (dijo el santo)? Que duerman (dice) mas ó ménos de lo necesario: que se levanten de mala gana; ó que no se levanten á maitines: y aun cuando me dan mas licencia, mayores males les hago. Y en la Iglesia (dijo santo Domingo) ¿qué mal les haces? Que vayan tarde, sin gana y sin gusto; y que estén allí pensando en cosas del mundo. Del refectorio dijo que allí los tentaba, para que coman mas ó ménos de lo necesario. Preguntado del locutorio, respondió con grandes risadas, que era suyo todo aquel lugar; pues allí se contaban nuevas impertinentes, y se decian palabras ociosas y de murmuracion, y que cuanto ganaban en las otras partes los frailes, tanto venian á perder en ella. Llevóle al capítulo, y huyó de allí diciendo: Este lugar es para mí el propio infierno; porque aquí se vienen á reparar los frailes de los males que toda la vida les hago: aquí son amonestados y reprendidos de sus culpas: aquí los confiesan, y aquí los perdonan: y diciendo esto desapareció. Otra vez, en figura de un mozo galan y bien tratado, vino al convento y pidió al sacristan (cuyo era este oficio) un padre, que le oyese de penitencia. El sacristan se le trajo, y el fingido penitente comenzó á pintar algunos pecados suyos deshonestos, con tan sucio y abominable artificio, que el confesor, por poner cobro en su alma, le dejó sin acabar la confesion. Lo mismo le sucedió con otros cuatro confesores, que no pudieron acabar de oir aquella fingida confesion, por no recibir detrimento en la pureza de sus almas. Y como el demonio todavía instase que viniese algun fraile, que le oyese de penitencia, y se quejase de la poca caridad que usaban con él; al fin salió santo Domingo para confesarle, y entrando en la iglesia, por divina revelacion conoció que era el demonio, y le reprendió ásperamente, y le mandó salir de allí, y que no inquietase á los siervos de Dios: y así luego desapareció, dejando en la iglesia un intolerable hedor á manera de piedra azufre con grande espanto de todos los presentes.

Los milagros que nuestro Señor obró, en vida y muer-

te, por santo Domingo, fueron tantos y tan grandes, que para escribirlos seria menester hacer un largo tratado. Tuvo don de profecía: libró muchos endemoniados: sanó gran número de dolientes de cualquier género de enfermedades; y restituyóles entera salud. Resucitó tres muertos, el uno hijo de una matrona romana, llamada Guntadona, que frecuentaba los sermones de santo Domingo, y volviendo un dia del sermon, halló muerto á su hijo, y con gran fé y dolor le llevó al santo delante de mucha gente, y el bienaventurado padre llegó al muerto, é hizo sobre él la señal de la cruz: asióle de la mano y levantóle vivo. Supo el papa Honorio este milagro, y dió gracias á Dios por él, y mandó que se predicase en los púlpitos. Suplicó santo Domingo al papa que no mandase tal cosa; porque de otra manera se iria á predicar á tierra de infieles: y aunque el papa le dió este contento, el caso se divulgó en Roma tanto como si se predicara. La gente por devocion le cortaba el hábito, que era corto y apenas llegaba á las rodillas, y queriendo sus frailes estorbar esto, les decia el santo padre: Dejadlos, no les quiteis su devocion. El otro muerto que resucitó fué un oficial: el cual andando en la obra del monasterio de San Sixto, y abriendo los cimientos, cayó sobre él un paredon y le mató, con gran lástima de los frailes y de santo Domingo, que era autor del edificio, y sentia mucho que comenzase con sangre. Hizo oracion por él, y el muerto resucitó. Pero el tercero fué mucho mas ilustre y famoso para las circunstancias que en él concurrieron. Este fué un caballero mozo llamado Napoleon, sobrino del cardenal Estéfano de Fossanova, hijo de su hermana: el cual, corriendo un caballo, cayó y se hizo pedazos, y luego murió, al tiempo que estaba santo Domingo en San Sixto con el cardenal Estéfano y otros cardenales, dando asiento en las cosas de las religiosas de aquella casa. Sintióse mucho este desastre: y cuando santo Domingo lo supo, se fué á decir misa; y al tiempo de alzar el santísimo Sacramento, juntamente se fué levantando por el aire un gran codo encima de la tierra, á vista de todos. Acabada la misa, se fué adonde el cuerpo estaba, y comenzó á concertar con sus manos los brazos y las piernas que estaban quebrados: y así como estaba en pié se puso en oracion profundísima: y despues hizo sobre el difunto la señal de la cruz, y levantando los ojos, ó las manos al cielo, dijo en voz alta: Napoleon, en nombre y virtud de nuestro Señor Jesucristo, levántate luego. Obedeció luego la muerte al Autor de la vida, y Napoleon, que habia estado muerto desde la mañana hasta despues de medio dia, á vista de los cardenales y de toda la otra gente que habia concurrido, se levantó, habló, y pidió de comer; y comió y bebió como sano, quedando atónitos de tan extraña maravilla. Mas aunque este milagro haya sido tan esclarecido, y los otros, que obró este glorioso patriarca, son innumerables, y de tan gran provecho para la Iglesia del Señor; á mi ver, el mayor de todos es la institucion, progreso y propagacion de la ilustrísima y santísima órden que él fundó para tanta gloria de Dios y beneficio de la santa Iglesia: porque si se mira el tiempo en que Dios envió á santo Domingo al mundo, y los pecados, guerras, divisiones y calamidades que habia en él; no se puede negar sino que él le escogió para que le alumbrase con su luz, y le inflamase con el amor de su Criador y Señor, de cuyo conocimiento estaba tan apartado. Pues si se consideran las armas y ayudas, con que él comenzó obra tan grande, veremos que un hombre pobre y descalzo, y desnudo de sí y de todo favor humano, y vestido solo del espíritu del cielo, se tomó á brazos con todo el mundo, y contrastó sus ondas, vientos y alteraciones, y alcanzó victoria de él. ¿Pues qué diré de los frutos que se han seguido de esta raiz y planta bendita? ¿Qué de los hijos tantos y tan gloriosos que ha tenido este santísimo patriarca? ¿A un san Raimundo de Peñafort, confesor de reyes y pontífices; á un santo Tomás de Aquino, luz y maestro de toda la Iglesia católica; á un san Pedro mártir, amparador de la fé y cuchillo de los herejes; á un san Jacinto, espejo de santos confesores; á un san Vicente Ferrer, apóstol de su tiempo; á un san Antonino, arzobispo de Florencia, dechado de santos prelados; á una santa Catalina de Sena, tan regalada y entretenida de Jesucristo, su dulce Esposo, y á tantos otros bienaventurados hijos é hijas, que en número y virtud resplandecen en la santa Iglesia católica como estrellas en el firmamento? No se pueden contar ni dignamente alabar los innumerables y santísimos hijos, que como pimpollos de una hermosísima planta, y como sarmientos de una fecundísima cepa, han brotado de la clarísima religion de santo Domingo: los mártires, los confesores, los doctores que han ilustrado la Iglesia católica, los obispos, cardenales y sumos pontífices que la han regido y gobernado: las monjas que debajo de su regla y disciplina han conservado la flor de su virginidad, y vencida la flaqueza mujeril, han triunfado de la carne, del mundo y del infierno, viviendo como ángeles del cielo con cuerpo mortal. Son tantos los hijos de este bienaventurado patriarca, que no tienen cuento, y tan esclarecidos, que uno solo bastara para ilustrar cualquiera religion. Pues el fruto que de los trabajos y sudores suyos y de sus hijos se ha seguido en todo el mundo, así en la enseñanza y reformacion de costumbres de los fieles, como en la conversion de los infieles á nuestra santa fé, y especialmente en resistir á los herejes y perseguirlos con sana doctrina, vida ejemplar y autoridad apostólica; mejor es callarlo que decir poco, habiendo tanto que decir. Todo esto se debe al bienaventurado santo Domingo, como á patriarca é instituidor de tan ilustre y sagrada religion: la cual siendo obra de tales manos no podia ser otra, ni el santo varon dejar de ser eminentísimo y grandísimo amigo de Dios, y riquísimo de los dones y gracias, que para obra tan admirable eran menester.

Fué santo Domingo mediano de cuerpo, pero muy hermoso: el rostro largo y aguileño, la barba algo roja y el cabello: el color del rostro muy blanco, pocas canas, y algunas mas en la cabeza que en la barba. Tenia la cabeza muy poblada de cabello, sin muestras ni entrada de calvo: la voz en el púlpito muy alta y buen metal, sin pesadumbre de los oyentes. Era flaco de su complexion, y con las penitencias mas acabado de lo que sus años pedian. De los ojos y de la frente parecia algunas veces que salian como rayos, ó resplandor de luz, que le hacia respetar de los que le oian y trataban. Escribió de la vida de santo Domingo ocho libros Fr. Teodorico de Apoldia, religioso de su religion, por órden del séptimo general de ella, que refiere Surio en el cuarto tomo de las vidas de los santos: san Antonino, tercera parte, tít. 23, cap. 12, y en los siguientes: Juan Garzon, «De los varones ilustres de la órden de los Predicadores:» Marco Antonio Flaminio: Francisco Diacecio, obispo de Fiésoli; y últimamente, el

padre fray Hernando del Castillo en la historia de su órden.

* San Aristarco, obispo y mártir.—Era este santo judío de nacion, vivia en Tesalónica habiendo sido instruido en la fé por el apóstol san Pablo y sido su compañero. Cuando el apóstol partió á Éfeso á predicar el Evangelio, le acompañó Aristarco permaneciendo con él todo el tiempo que allí estuvo, y ambos trabajaron en bien de la religion compartiendo los trabajos del apostolado. Poco faltó que no pereciera con Cayo, en el tumulto que en aquella ciudad promoviera un platero con pretexto de la estatua de Diana. Siguió á san Pablo en los viajes que este hizo á Corinto y á Jerusalen, embarcándose juntos para Roma el año 60 de Jesucristo. El apóstol en su carta á los Colosenses hace mencion del santo cuando dice: Os saluda Aristarco que es mi compañero en la prision. Nada se sabe de este santo despues de la muerte de san Pablo. Leemos en el Martirologio romano que fué ordenado obispo de Tesalónica por el mismo apóstol, y que murió mártir.

San Eufronio, obispo y confesor.—En su juventud entró este santo en el estado eclesiástico y llegó á ser obispo de Tours, debiendo tan solo su elevacion á las eminentes virtudes y alta capacidad que en él habian resplandecido. Estando vacante aquella silla, el pueblo y clero de Tours pidieron á Clotario I se interesase para que fuese elegido Eufronio, y efectivamente, el rey que conocia el mérito de este santo sacerdote, logró vencer su repugnancia y que aceptase el cargo pastoral. La ceremonia de la consagracion se hizo en 556, y el año siguiente el nuevo obispo asistió ya al concilio de París, en el que se publicaron muchos sabios reglamentos tocante á los bienes eclesiásticos, á la ordenacion de los obispos y á los matrimonios ilícitos. La ciudad de Tours experimentó los efectos de su ilustrada caridad; pues hallándose arruinada por los estragos de una guerra civil, contribuyó á reedificarla casi toda, alimentando á los pobres por su cuenta, y arbitrando medios para ocurrir á los gastos de la reparacion. En 566 convocó un concilio en su ciudad episcopal, que se llama el segundo de Tours, y en el que se hicieron veinte y siete cánones sobre disciplina. A pesar de las pruebas de particular afecto que recibia continuamente de parte del rey Cariberto, no iba á su córte mas que rara vez y con mucha repugnancia. Caminando un dia para ir á ella, de repente mudó de parecer y se volvió á su diócesis, diciendo á los que le acompañaban, que su viaje era ya inútil, porque el rey acababa de morir, lo cual efectivamente fué así. San Gregorio de Tours, qué fué por muchos años testigo de las acciones de Eufronio, dice que estuvo favorecido con el don de milagros y que fué admirable en todo hasta su dichosa muerte, acaecida el dia 4 de agosto del año 572.

San Tertulino, presbítero y mártir.—Fué instruido en los misterios de la fé y bautizado por el papa san Estéban y que algun tiempo despues lo ordenó de sacerdote. Ejerció las funciones de su ministerio con admirable santidad, y durante la persecucion del emperador Valeriano fué cruelmente apaleado, quemados los costados, deshecha la cara, estirado en el potro, azotado con nervios y finalmente, habiéndole degollado en Roma, consumó el martirio.

Santa Perpetua, y los santos Nazario y Africano.—Santa Perpetua era una matrona romana que fué bautizada y enseñada por el apóstol san Pedro, y con sus exhortaciones y ejemplos convirtió despues á su hijo Nazario y á su marido Africano, que fueron tambien bautizados por el príncipe de los apóstoles. Su ocupacion preferente era visitar y consolar á los cristianos que estaban detenidos en las prisiones, y enterrar sus cuerpos despues del martirio. Acompañada de estas y otras esclarecidas virtudes, murió santamente en el Señor á principios del siglo II.

Santa Centola y santa Elena, vírgenes y mártires.—Padecieron estas santas en el territorio de Burgos en tiempo de los emperadores gentiles. Siendo Centola muy buena cristiana, fué por esto acusada al señor de aquella tierra, quien al ver la constancia de la bendita vírgen en confesar y predicar á Jesucristo, la entregó á Eglisio, legado suyo, para que la atormentase si no mudaba de propósito. No dejó éste tormento ninguno de los que la crueldad de los infieles usaba entonces contra los cristianos que no ejecutase en la santa doncella. Mandóla colgar y descoyuntar en el caballete, y magullar con varas de hierro, y con peines abrir surcos en sus carnes benditas. No apagada aun la sed de su crueldad, le hizo cortar los pechos, y meterla así en la cárcel para que se desangrase. Todo lo padecia Centola con ánimo igual y tranquilo sin balancear un punto de su primera resolucion. En este estado se presentó en la prision Eglisio, y siendo insultado por la santa, la mandó cortar la lengua, y presentándo tambien allí mismo en aquella ocasion Elena, vírgen cristiana y esforzada, el prefecto las hizo degollar á las dos, siendo así compañeras en la virginidad y en la palma del martirio. Fué este martirio en la diócesis de Burgos, donde se veneran sus reliquias, ignorándose la época de su muerte.

San Eleuterio, mártir.—Fué senador romano y familiar del emperador Maximiano. Habiendo cedido á las insinuaciones de su noble y bondadoso corazon, abrazó la religion cristiana, y vivió en medio de la córte con toda la pureza y santidad de sus divinas máximas, hasta que publicados los edictos imperiales contra los fieles, confesó públicamente á Jesucristo y fué preso atormentado y por fin degollado en Constantinopla, el año 303.

Santa Ia, y sus compañeros mártires.—Por los años de Jesucristo 360 mandó Sapor, rey de Persia, que todos los habitantes de sus dominios tributasen adoracion é incienso á su dios. Los cristianos de aquellas regiones prefirieron la muerte á mancharse con la nota de apostasía, y en un solo dia fueron pasados á cuchillo mas de nueve mil entre los cuales sobresalió por su valor y admirable fé, santa Ia, mujer ya anciana, que les animaba á todos á los tormentos y que fué la última en acabar la vida.

San Agabio, obispo y confesor.—Fué el tercer obispo de Verona, recomendable por su piedad y por la inocencia de sus costumbres. Dejó á sus sucesores grandes ejemplos de caridad con los pobres y de todas las virtudes, y murió en paz ilustre en milagros.

San Protasio, mártir.—Sábese solamente que es venerado en la ciudad de Colonia desde los primeros siglos. Los bolandistas son de parecer que es el mismo san Protasio que se celebra con san Gervasio el dia 19 de junio.

DIA 5.

Nuestra Señora de las Nieves ó del Pesebre.—Celebra la santa Iglesia la fiesta de Nuestra Señora de las

Nieves á 5 de agosto por la razon que aquí diré. Siendo sumo pontífice Liberio, hubo en Roma un caballero muy noble y rico, llamado Juan Patricio, el cual estaba casado con una señora principal, é igual suyo en todo, de la cual al cabo de muchos años no tenia hijos: y aunque los deseaban mucho estos caballeros; pero como eran tan temerosos de Dios, como ricos y no ménos piadosos que ilustres, conformábanse con su voluntad, entendiendo, que no darles sucesion era lo que mejor les estaba; pues así lo ordenaba él con su paternal providencia. Eran muy devotos de la Vírgen María nuestra Señora, y determinaron tomarla por heredera de sus grandes riquezas: y para acertar mejor á servirla, hicieron grandes plegarias, limosnas y buenas obras, suplicándole que los encaminase, y mostrase en qué obra queria que ellos gastasen su hacienda en su servicio. Oyó la Reina del cielo las oraciones, que con tanto afecto Juan Patricio y su mujer le hacian; y una noche que fué la precedente al quinto dia de agosto, cuando los calores son excesivos en Roma, habló entre sueños á los dos, cada uno por sí, y díjoles, que la mañana siguiente fuésen al collado Ezquilino, y que en la parte de él, que hallasen cubierta de nieve, le edificasen un templo, donde ella fuese honrada de los fieles, y que haciendo esto, se tendria por su heredera y bien servida. La mañana siguiente confirieron entre sí los dos buenos casados el sueño, ó revelacion que habian tenido: dieron parte de ello al sumo pontífice Liberio, al cual la Vírgen habia hecho la misma revelacion. Convocóse el pueblo, juntóse el clero, y ordenóse una devota procesion. Llegados al monte, hallaron cubierto de nieve un espacio muy bastante para una iglesia capaz: señalóse el lugar para ella, y de la hacienda de los caballeros devotos de la Vírgen, luego se comenzó á labrar, y se acabó suntuosamente. Esta fué la primera Iglesia que se edificó en Roma, con título y advocacion de nuestra Señora. Llamóse al principio Nuestra Señora de las Nieves, por el milagro que aquí queda referido; y tambien la basílica ó templo de Liberio, por haber acaecido este milagro en su tiempo, y despues se llamó basílica de Sixto, por haber el papa Sixto III de este nombre, sucesor de Celestino, renovado y reedificado aquella iglesia, adornándola con excelentes imágenes y pinturas sagradas. Tuvo asimismo nombre de Santa María del Pesebre, por haberse puesto en una capilla de dicha iglesia el pesebre en que Cristo nuestro Señor, recien nacido, fué reclinado en el portal de Belen: mas despues como en Roma se hubiesen edificado muchas y muy grandes iglesias de nuestra Señora, dieron á esta de las Nieves título de Santa María la Mayor, para diferencia de las demás y mostrar la excelencia que tiene sobre todas las que hay en aquella ciudad: la cual así como en las demás cosas muestra su gran piedad; así en la devocion de la sacratísima Vírgen se esmera mucho, y se aventaja sobre las otras ciudades del mundo: porque cierto es cosa que pone admiracion y causa devocion el considerar los muchos y magníficos templos que hay de la Vírgen en Roma, y que el clero y casi todas las religiones que hay en ella están debajo de la proteccion y tutela de la santísima Vírgen, y tienen iglesia particular suya para servirla y honrarla: porque dejando aparte las iglesias colegiatas de canónigos seglares, como son las de Santa María Transtiberim, y la de la Rotunda, y la de Santa María in Via Lata, y no hablando de la de Santa María de la Estrada, que es de los padres de la Compañía de Jesus (que es religion de clérigos reglares), y pasando en silencio otras muchas iglesias particulares y de menor nombre; la religion de la Cartuja tiene en Roma por su principal morada, el nuevo templo de Santa María de los Ángeles: la de santo Domingo, el de Nuestra Señora de la Minerva: la de san Francisco, el de Nuestra Señora de Ara Cœli: la de los ermitaños de san Agustin, el de Nuestra Señora de la Paz: la del Cármen, el de Nuestra Señora Transpontina: la del Monte Olivete, el de Nuestra Señora la Nueva: la de los Servitas, el de Santa María in Via: de manera que si bien se mira, todas las religiones están debajo de las alas y amparo de la Vírgen, y casi todas tienen en Roma templos (y muchos de ellos muy suntuosos) de su advocacion, en los cuales ella es reverenciada, y mas particularmente en este de las Nieves, cuya fiesta se celebra hoy: y por esto se llama Santa María la Mayor, y el Señor en ella ha obrado grandes maravillas, por los ruegos de su benditísima Madre. A esta iglesia mandó san Gregorio el Magno, que viniese la solemne procesion de todos los estados y condiciones de gente que habia en Roma, cuando aquella cruel y horrible pestilencia la asolaba y destruia: de esta iglesia ordenó Estéfano papa II de este nombre, que saliese otra procesion para aplacar la ira del Señor; y Leon IV en tiempo de Lotario emperador, con otra procesion que mandó hacer desde la iglesia de San Adriano mártir, á la de Santa María la Mayor, libró la ciudad de Roma de una serpiente cruel y venenosa que la inficionaba. Y san Martin papa, estando celebrando en ella, y queriendo Olimpio, exarco, prenderle ó matarle, por órden del emperador, su amo, que era hereje, quedó ciego y no pudo salir con su intento, por no haber permitido la sacratísima Vírgen que en aquel templo suyo se cometiese tan gran maldad. Otros muchos milagros ha obrado el Señor en aquel templo, y obra cada dia por intercesion de su purísima Madre, la cual preside en él. Y con haberlo escogido por morada y tabernáculo súyo, hizo mayor beneficio á Juan Patricio y á su mujer, que si les hubiera alcanzado de Dios hijos, los cuales ya estuvieran acabados, y no hubiera memoria de ellos como ahora la hay, y juntamente con este hecho nos enseñó, cuán bien empleadas son las haciendas que se gastan en edificar, honrar y enriquecer los templos, y cuán bien remunera la Reina del cielo los servicios que los fieles le hacen acá en la tierra.

* La conmemoracion de veinte y tres santos mártires. —En la via Salaria y vieja en tiempo del emperador Diocleciano, fueron degollados estos santos por la fé, siendo sus cuerpos sepultados en la misma via Salaria en lo alto de la cuesta.

Santa Afra, mártir.—Durante la cruel y bárbara persecucion suscitada contra los cristianos por el emperador Diocleciano, Maximiano Hércules, colega de aquel príncipe, ejerció inhumanidades sin cuento en la Italia, en el África, la Recia, la Nórica y la alta Pannonia, cuyo gobierno le habia cabido en suerte. En Ausburgo, en la Recia, prendieron entonces á una mujer llamada Afra que habia sido prostituta. Condujéronla á la presencia del juez, y tuvo lugar un interrogatorio célebre que nos ha conservado Ruinart, despues del cual pronunció el juez esta sentencia. «Mandamos que la cortesana Afra, que dice ser cristiana, sea quemada viva por haber rehusado sacrificar á los dio-

ses.» Al momento se apoderaron de ella los verdugos, y la llevaron á una isla que forma el rio Licus cerca de la ciudad, donde le quitaron sus vestidos y la amarraron á un poste. Al rededor de este prepararon la hoguera, y durante los preparativos así como despues de haberle pegado fuego, Afra no cesaba de dirigir al cielo fervorosas acciones de gracias por la merced que el Señor le dispensaba. Así acabó esta santa la carrera de la vida, recibiendo la palma del martirio el dia 7 de agosto del año 304, muriendo tambien martirizada toda su familia, que habia sido bautizada con ella por san Narciso obispo de Gerona, el cual habia ido á la Recia por negocios importantes de la Iglesia, volviendo despues á su diócesis.

San Eusinio, mártir.—Era soldado romano, y habia llegado á la edad de ciento y diez años, cuando un dia estando en Antioquía, viendo las atrocidades que contra los fieles cometia el emperador Juliano el Apóstata, lleno de fervor y zelo por la religion de Jesucristo, se presentó al emperador, y le echó en cara su ceguedad y el furor á que se entregaba. Al mismo tiempo le recordó la piedad y todas las virtudes del gran Constantino á cuyas órdenes él habia servido. Indignado el tirano de verse reprendido por un soldado, mandó que le cortasen la cabeza, y el ilustre veterano consumó su gloriosa carrera con la corona del martirio.

San Memio, obispo.—Fué natural de Roma, ciudadano distinguido, y vivió en tiempo de los apóstoles. Enamorado de la doctrina evangélica, se convirtió á la fé cristiana, y fué bautizado por san Pedro. Poco despues le consagró obispo el mismo apóstol y le envió al territorio de Marne, el cual convirtió á Jesucristo, fundando la Iglesia de Chalons y siendo su primer obispo. Créese que murió en paz á principios del siglo II. Sus reliquias se guardan todavía en la catedral de Chalons, y se cuentan muchos milagros obrados por su intercesion.

San Casiano, obispo y confesor.—Casi nada se sabe de cierto de este santo obispo. Dícese que habia nacido en Egipto y que fué elevado al episcopado en el Oriente, y se añade que en consecuencia de una vision pasó al Occidente, cuando Constantino el Grande se hubo declarado en favor del cristianismo, y que habiendo ido á parar á las Galias san Retico, obispo de Autun, le hizo entrar s alercio de su Iglesia. En este estado se hizo respetar tan universalmente por sus afamadas virtudes, que fué elegido para suceder á san Retico, muerto poco tiempo ántes de la celebracion del concilio de Nicea. Ignórase hasta qué año vivió, pero hay motivos para creer que su muerte no fué ántes del año 330.

San Oswaldo, rey y mártir.—Fué rey de Northumberland en Inglaterra. Despues de la muerte de su padre Etelfrido, se vió obligado á refugiarse entre los pictos, y despues á Irlanda, porque Edvino, que se habia apoderado de su reino, queria asesinarle. Durante su retiro de los negocios conoció la religion cristiana y la abrazó, volviendo en seguida á su patria, y derrotando en una gran batalla á Cada-Wello, rey de los antiguos bretones, que en ella perdió la vida. Antes de entrar en accion, Oswaldo habia mandado hacer una gran cruz de madera, que plantó él mismo sobre una altura, gritando en seguida á sus soldados que se prosternasen ante el signo de la redencion, y que suplicasen al Dios de las batallas se dignase concederles la victoria. El sitio donde habia estado clavada aquella cruz se llamó en adelante «campo del cielo,» siendo el primer trofeo de la fé cristiana erigido en aquellas comarcas. El santo rey, vencedor de sus enemigos, dió gracias al cielo por los favores que le dispensaba, fué generoso y clemente, y poseyó todas las virtudes de un príncipe cristiano. Su reinado es memorable por las sabias leyes que dió á su pueblo, y por el engrandecimiento que procuró á la religion de Jesucristo en sus estados. Habia ya gozado algunos años de perfecta paz, cuando Penda, rey de los mercios, le declaró guerra, y el santo rey perdió la vida en la batalla de Marsefeld el año 642. La Iglesia le venera desde entonces sobre los altares, y algunos Martirologios le dan el título de mártir.

Los santos Cantidio, Cantidiano y Sobelo, mártires.—Padecieron martirio en Egipto, y derramaron su sangre por la fé en el siglo III. Sus reliquias obraron muchos milagros, y sus nombres se encuentran en todos los Martirologios griegos y latinos de la mas remota antigüedad.

San Páris, obispo y confesor.—Nació en Atenas, y habiendo salido muy aventajado en las letras sagradas y en todos los estudios eclesiásticos, vino á Occidente, instado por san Basilio el Grande, su íntimo amigo. Llegado á Terno, ciudad de Italia, y viendo que sus habitantes dormian aun en las sombras de la idolatría, empezó á predicar con tanto zelo el Evangelio, que al poco tiempo la poblacion presentaba un nuevo aspecto. A fuerza de razones y milagros convenció de falsedad al paganismo, é hizo brillar mas cada dia la divinidad de la religion que anunciaba. Sabidos estos progresos de la fé por el papa san Silvestre, llamó á su presencia á Páris, alabó su santo propósito, le consagró obispo, y lo mandó otra vez con su bendicion apostólica á Terno cuya ciudad era ya toda cristiana. Elevado á tan alta dignidad, redobló el santo sus esfuerzos, y correspondió de un modo tan satisfactorio á la confianza de la Iglesia, que ántes de su muerte vió toda su diócesis purificada de los errores de la idolatría. Resplandeció en milagros toda su vida, y murió tranquilamente el dia 5 de agosto del año 346.

DIA 6.

La gloriosa Trasfiguracion del Señor.—Celebra la Iglesia católica á los 6 de agosto, el misterio altísimo y regaladísimo de la gloriosa trasfiguracion de nuestro Señor Jesucristo: porque verdaderamente es un grave testimonio del misterio de la santísima Trinidad, y del de la encarnacion y magisterio del Hijo de Dios, y de la gloria con que ha de venir á juzgar los vivos y los muertos, y reformar los flacos y corruptibles cuerpos, y conformarlos con el suyo, y de grande alivio y descanso para todos los hijos de Adan, que andamos navegando con tantos trabajos y peligros entre las ondas y tempestades, para el puerto tranquilo de nuestra bienaventurada eternidad. La ocasion que tomó el Señor para trasfigurarse, fué esta. Luego que san Pedro, alumbrado con la luz del cielo, confesó que Jesucristo nuestro Salvador era Hijo de Dios vivo, y en premio de esta confesion el Señor le prometió darle las llaves del reino de los cielos, juntamente comenzó á avisar á sus discípulos, que habia de padecer mucho en Jerusalen de los escribas y príncipes de los sacerdotes, y que habia de morir en sus manos, y despues de muerto resucitar. Porque habiendo por boca de san Pedro establecido

su divinidad, y asentádose en los pechos de los apóstoles, que era Dios, é Hijo de Dios verdadero, quiso que entendiesen que de tal manera era Dios, que juntamente era hombre, y que habia tomado nuestra carne para padecer en ella, y entregarse á la muerte por su voluntad, y pagar con ella nuestras culpas, pero de tal manera, que la misma muerte, que parecia vencedora, quedase vencida y debajo de sus piés. Y como Pedro, por el amor que le tenia, no entendiendo el misterio de la cruz, le quisiese desviar de aquel propósito; el Señor le reprendió por aquel afecto humano y carnal con que le pretendia estorbar: y de aquí tomó ocasion para predicarnos la abnegacion y mortificacion de nosotros mismos, y el tomar cada uno su cruz y seguirle, y perder la vida por él para ganarla, y no amarla por no perderla: y añadió, que el Hijo del hombre habia de venir en gloria y majestad, para dar á cada uno el premio de sus obras, y que algunos de sus discípulos, que estaban allí presentes, ántes de morir le verian en su reino. Pues para confirmar lo que san Pedro habia confesado con la voz y testimonio del Padre eterno, y para que cuando le viesen morir, no se escandalizasen, y entendiesen que era señor de la vida y de la muerte, y que moriria por su voluntad, y habia de resucitar, y no ménos para que no se les hiciese tan áspero y fragoso el camino del cielo, ni pensasen que la doctrina de Cristo, toda se remataba en mortificacion y abnegacion, cruz, amarguras y penas, y desmayasen y perdiesen el ánimo en las muchas y graves dificultades que en seguirle se les habian de ofrecer: quiso el Señor transfigurarse, y darles un breve gusto de su gloria, y una como muestra y vislumbre del premio que habian de tener, y de la bienaventuranza que habian de alcanzar. Para esto dicen los sagrados evangelistas, que tomó consigo á Pedro, Diego y Juan, su hermano (que eran los mas queridos y familiares discípulos suyos, y con quienes solia tratar las cosas mas secretas, y los que despues le habian de ver desfigurado y puesto en agonía, y sudando sangre en el huerto), y los llevó á un monte alto, apartado, y se transfiguró delante de ellos. Llevó el Señor á tres discípulos, que es número bastante para testigos, y no mas: porque como queria que este sagrado misterio estuviese encubierto y se callase, y en sabiendo muchos una cosa, fácilmente se rezuma y derrama, no llamó á los demás. No dice el texto evangélico á qué monte los llevó el Señor; pero la opinion y tradicion es que fué el monte Tabor, que está cerca de la ciudad de Nazareth, y como dice san Gerónimo, está en medio del campo de Galilea, y es redondo y altísimo. Y el mismo san Gerónimo y Beda y san Juan Damasceno afirman, que la trasfiguracion se hizo en el monte Tabor, tan ilustre por la victoria que en él alcanzaron Barach y Débora, de Sisara, capitan general de Jabin, rey de Canaan; y mucho mas por haber enseñado el Señor en él, y predicado aquel largo y admirable sermon del Monte, que es una suma y epílogo de toda la doctrina y perfeccion evangélica. San Pedro llama á este monte *santo*, por haber sido pisado de los santos piés del Señor, y haber su divina Majestad obrado en él cosas tan sublimes y misteriosas. Subió Cristo nuestro Salvador al monte, como lo solia hacer otras veces, para estar toda la noche en oracion, y para enseñarnos que la soledad y el silencio son muy á propósito para este santo ejercicio, y gran estorbo la inquietud y bullicio; y que para recibir los resplandores de la luz divina, y alcanzar la perfeccion, debemos dejar los valles y los lugares bajos, y subir á la cumbre de las virtudes donde el alma se transforma en Dios. Y no ménos subió el Señor al monte para trasfigurarse, y mostrarse glorioso en él: porque despues habia de subir al monte Calvario, y ser allí desfigurado y muerto en cruz: aunque en el monte Tabor, solitario y apartado, delante de pocos discípulos, manifestó la gloria de su cuerpo, y en el monte Calvario, en presencia de toda la ciudad de Jerusalen, su ignominia y afrenta; para enseñarnos la estima que debemos tener de las cosas, é irnos á la mano, y refrenar el apetito de la honra y gloria vana, y no temer de la deshonra y los juicios de los hombres por amor del Señor. Finalmente subió al monte; porque comunmente Dios suele mostrar su gloria en los montes, porque estan mas cerca del cielo, y mas apartados de los hombres: como se ve en la Majestad de Dios, que se descubrió á Moisés en el monte Sinaí, que, como dice san Hilario, fué una figura de la Trasfiguracion. Estando pues el Señor en este monte, se puso (como escribe san Lucas) en oracion: y parece que debia ser de noche cuando esto sucedió; porque los apostóles estaban muy cargados de sueño, y porque el mismo san Lucas dice, que bajando al dia siguiente del monte, les salió al encuentro grande multitud de gente, dando á entender que la noche ántes habian estado en el monte: y así es de creer que fué un maravilloso y suavísimo espectáculo ver al Señor, en medio de la oscuridad y tinieblas de la noche, resplandecer mas que el sol, como adelante se dirá.

Haciendo Cristo su oracion, se trasfiguró delante de sus discípulos: los cuales despertando de aquel pesado sueño, le vieron glorioso el rostro, y todo el cuerpo mas claro y resplandeciente que el mismo sol, y sus vestiduras mas blancas que la nieve. Vieron juntamente á Moisés y á Elías, que estaban á sus lados, y le tenian en medio, llenos de majestad, participando de recudida de la luz y gloria que salia del Señor, y hablando con él del exceso y muerte que para cumplir las profecías habia de padecer en Jerusalen. No mudó el Señor la sustancia de su cuerpo; sino vistióle de una nueva claridad: la cual, ó penetró la sustancia de todo su cuerpo y las partes mas interiores de él, á la manera que estarán los santos en el cielo, y un cristal lucido y trasparente: y así lo insinúa san Gerónimo y san Juan Damasceno, que dicen, que fué visto con aquella claridad con que le verán los santos el dia del juicio: ó aquella claridad (y es mas probable) ocupó solamente la superficie y tez del rostro, con que le hermoseó é hizo mas esclarecido que el mismo sol, como siente santo Tomás y otros autores: y del rostro se derivaba toda aquella inmensa luz en las manos y en los otros miembros del cuerpo del Señor, como lo dice san Gerónimo, san Agustin y Lira. A mas de esto la claridad del cuerpo redundaba en el vestido, de manera, que era mas blanco que la nieve: y porque era para declarar el evangelista la excelencia de aquel resplandor de nuestro Señor, y darnos á entender que era sumo y que no se podia comprender, dijo que habia sido como el resplandor del sol; porque no hay cosa entre las criaturas, que mas resplandezca que el sol: y por la misma causa comparó la blancura de los vestidos de Cristo á la blancura de la nieve; porque no tenemos otra cosa que sea mas blanca que ella. Y el

haber el Salvador mostrádose glorioso con aquella nueva claridad en el monte, llaman los evangelistas trasfigurarse: porque aunque no tomó otra forma ni figura, pero alteró la que ántes tenia, dándole aquel nuevo resplandor y maravillosa claridad: lo cual, puesto caso que mirando al cuerpo pasible y mortal que entonces tenia el Señor, parezca que fué milagro; pero si consideramos la fuente de donde manaba aquella soberana luz, hallaremos que no lo fué; porque nacia de su divinidad y de la gloria que poseia su ánima benditísima; la cual desde el punto que fué unida al cuerpo, vió á Dios y fué bienaventurada, y de ella debia redundar, y en aquel cuerpo, la participacion de aquella gloria, y los cuatro dotes que tienen los bienaventurados en sus cuerpos gloriosos, que son impasibilidad, agilidad, sutileza y claridad: pues á la alma gloriosa se debe, cuerpo glorioso y proporcionado. Mas el Señor, para poder padecer en la carne que habia tomado por nosotros, detuvo la gloria de su alma para que no redundase en su cuerpo, con un continuo milagro: y ahora, para animarnos y alentarnos en su servicio, por las otras razones que dijimos, soltó la represa, y dejó á su santísima alma que comunicase á su cuerpo lo que siempre habia de comunicar, si para nuestro bien no estuviera detenido; y esto, como dijimos, no fué milagro sino cesacion de milagros: porque si una piedra que de suyo es pesada é inclinada á su centro, estuviese suspensa y detenida en el aire, seria milagro; pero si quitado el estorbo cayese abajo, no se tendria por milagro: porque aquello es lo natural y propio de la piedra; y lo otro habia sido violento y contra su naturaleza.

Pero dice el sagrado evangelista, que aparecieron allí con el Señor en majestad Moisés y Elías, para que fuesen testigos de su gloriosa trasfiguracion. Elías vino de donde estaba, en cuerpo y alma; y Moisés, como dice santo Tomás, vino con sola su alma, tomando un cuerpo aéreo, á la manera que le suelen tomar los ángeles cuando aparecen: aunque mas conforme á la letra del sagrado Evangelio parece, que Moisés haya resucitado y venido en su propio cuerpo; así lo dicen Tertuliano, Orígenes, Ireneo, Cirilo, san Gerónimo, san Agustin y otros gravísimos autores. Quiso el Señor que Moisés y Elías se hallasen presentes; porque en Moisés se figuraba la ley, y en Elías los profetas: y la ley y los profetas dan testimonio de Cristo. Y tambien, para que los discípulos que habian de oir decir que Cristo era Elías ó Jeremías, ó uno de los profetas, se desengañasen viendo á Elías en propia persona al lado del Señor: y para que entendiesen que no era Elías, sino Señor de Elías: y no ménos para mostrarse Señor de los vivos y de los muertos; pues Elías era vivo, y Moisés muerto. Moisés fué el legislador y el profeta mas estimado y reverenciado de los hebreos: y Elías el mas zeloso de la gloria de Dios y de la observancia de su ley: y por esto, entre todos los profetas, estos fueron escogidos para que testificasen que Cristo no contradecia á la ley de Moisés, sino ántes la perfeccionaba, y en todas sus acciones buscaba y procuraba la honra de su eterno Padre. Añade san Gerónimo, que porque los escribas y fariseos pidieron á Cristo nuestro Salvador señal del cielo; él quiso darla á sus discípulos, trayendo por el cielo á Elías y resucitando del limbo á Moisés, para declarar que podia hacer milagros en el profundo del infierno y en el cielo. Y si los que mas ayunan y se privan por amor de Dios de los buenos bocados, merecen ser mas regalados con los relieves espirituales que Dios da á los suyos; ¿quiénes habian de ser llamados á esta mesa, y como convite real, sino los que habian ayunado cuarenta dias sin comer bocado, como el Salvador, como lo hicieron Moisés y Elías? Pero cosa maravillosa es, que estos dos excelentísimos profetas, estando el Salvador en tan grande majestad, hablaban con él del exceso y muerte que habia de padecer en Jerusalen: para enseñarnos aquel exceso de la inmensa é incomprensible bondad de Dios para con nosotros; pues estando en aquella gloriosa representacion, trataba de la cruz, y de la pasion y muerte que por nosotros habia de padecer en Jerusalen: lo cual fué un exceso de infinita sabiduría, por la cual el que es Sabiduría del Padre, y en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, fué tratado y escarnecido como un mentecato, y calló como mudo delante de los que le acusaban, para salvar por la ignominia de la cruz á los que creyesen en él, y mostrar que toda la sabiduría del mundo en el acatamiento del Señor, es insipiencia y locura. Fué exceso de caridad; pues de tal manera el Señor amó al esclavo que le habia ofendido, que para que él no muriese, murió el mismo Señor, y pagó, con una muerte tan afrentosa y dolorosa, la pena que él por su culpa merecia. Fué exceso de humildad, de obediencia, de pobreza, de penitencia, de mansedumbre, y de todas las otras virtudes perfectísimas y divinas que nos enseñó desde la cátedra de la cruz, como maestro único y preceptor venido del cielo. Despertaron los apóstoles, y vieron aquella vision admirable, y oyeron el razonamiento que Moisés y Elías tenian con el Señor, y conocieron que eran Moisés y Elías: porque, aunque nunca los habian visto; por divina revelacion y por aquella lumbre de gloria que tenian, los pudieron conocer, y por ventura por las palabras que cada uno de ellos decia hablando con Cristo, y manifestando quién era. Y al tiempo que se partian y despedian de Cristo, dice el evangelista san Lúcas, que san Pedro, como mas fervoroso, y que con mas disgusto oia hablar de la pasion y muerte de su maestro, le dijo: Señor, bien estamos aquí: hagamos en este monte tres moradas: una para Vos, otra para Moisés y otra para Elías. Pero añade el evangelista, que no sabia lo que decia. Fué tan grande el gozo interior, y la dulzura y alegría que tuvo con aquella celestial visita, que engañado y como fuera de sí, habló sin saber lo que se decia, ni acordarse de cosa humana, ni quererse jamás apartar de aquella suavidad y gusto que sentia. No sabia san Pedro lo que se decia; porque estando todo el mundo en tinieblas, queria esconder y encerrar en aquel monte el Sol de justicia que le habia de alumbrar. No sabia lo que se decia; porque habiendo venido Cristo al mundo para padecer, él no queria que padeciese. No sabia lo que se decia; porque en repartimiento de aquellas moradas que allí queria fabricar, igualaba á Moisés y á Elías con Cristo. No sabia lo que se decia; porque siendo hombre pasible y mortal pensaba gozar de la bienaventuranza, sin pasar por el estrecho paso y amargura de la muerte. No sabia lo que se decia; porque buscaba en la tierra lo que no podia hallar sino en el cielo: queria descansar, donde se ha de trabajar y gozar en el lugar de destierro, y alcanzar victoria sin pelea, y corona sin batalla, y premios sin servicios, y el dinero y paga que se da al jornalero, ántes de haber

trabajado en la viña. No sabia lo que se decia; porque se contentaba con sola aquella vista de la gloria del cuerpo del Señor, y la tenia por suma bienaventuranza, no siendo mas que una gota de aquel rio que alegra la ciudad de Dios, y como una gota de aquel vino precioso que embriaga los moradores del cielo. Pero si esto dice Pedro no habiendo gustado mas que una gota de aquel vino celestial; ¿qué hiciera si á boca llena bebiera de aquel impetuoso rio de deleites, y de aquella abundantísima mesa de los que ven y gozan de Dios, cuyo pasto es el mismo Dios? Mas no es maravilla que Pedro no acertase á hablar; porque estaba turbado, estaba asombrado, absorto y fuera de sí: y en las cosas altas y divinas, y que tanto exceden y sobrepujan nuestra flaqueza, no es mucho que los hombres no acierten á hablar. Mas es de maravillar que haya hombres, si hombres y nó bestias se deben llamar, que de tal suerte están abrazados con las cosas caducas y frágiles de esta miserable vida, que tienen por rosas las espinas, y por delicias los abrojos, por miel la hiel, y la misma muerte por vida; y que si nó con las palabras, con las obras dicen: Bien estamos aquí: y de grado, si les dejasen, estarian perpetuamente: contra los cuales dice el suavísimo Bernardo de esta manera: «¿Cómo es posible que sea bueno estar aquí? Antes es cosa molesta, grave y peligrosa; porque aquí hay mucha malicia y poca sabiduría, si hay alguna. Todas las cosas son pegadizas, llenas de resbaladeros, tinieblas y lazos de pecados, en donde peligran las almas, y el espíritu se aflige debajo del sol, y no se halla sino vanidad y aflixion de espíritu.» Esto es de san Bernardo. Pero volviendo á san Pedro, en una cosa acertó, en decir: *Si vis:* Señor; si vos quereis: remitiéndose en todo á la divina voluntad.

Pero estando san Pedro hablando, súbita y repentinamente vino una nube del cielo, clara y resplandeciente que le hizo sombra, y sonó en ella una voz que dijo: Este es mi Hijo muy amado, en el cual siempre me he agradado: oidle á él. Vino la nube: porque Dios suele mostrar su majestad en las nubes, como en cosa alta y superior, para declarar que el que habla ó se muestra en ella, es el Señor soberano del cielo y Dios verdadero: y para que se entendiese, que aquella voz que sonaba en ella, era voz del mismo Dios, y nó de otro; y para que los ojos de los apóstoles que eran flacos pudiesen mejor sufrir, sin cegarse, la inmensidad de aquel resplandor y luz divina. Y fué muy conveniente que la nube fuese clarísima y nó oscura, ni caliginosa, como la que apareció en el monte Sinaí, así porque no venia como aquella para espantar, sino para enseñar; como para que fuese proporcionada á la gloria de la transfiguracion del Señor, que allí se representaba. Oyóse de la nube la voz del Padre eterno que dijo: Este es mi Hijo querido, en el cual me agrado; oidle: como si dijera: Este es mi Hijo natural, verdadero, consustancial, en el cual me he agradado, y por quien me aplaco y reconcilio con el hombre, y todas las cosas que me agradan, me agradan por él: á este habeis de oir: este es vuestro preceptor, vuestro maestro; cuyas palabras son palabras de vida, cuya doctrina es divina, y la obediencia de ella es bienaventuranza: á este habeis de oir y nó á Pedro; que en lo que ahora dice, no sabe lo que dice: ni á Moisés; porque es tartamudo: ni á Elías; porque cierra con su lengua el cielo, y hace de él venir el fuego: este es el verdadero legislador, el fin de todos los profetas, el camino y guia del cielo, el dechado de toda santidad, la figura de mi sustancia: á este habeis de seguir: á este habeis de obedecer é imitar, si quereis ser mis hijos adoptivos, como él es mi Hijo unigénito y natural. Oyendo esta voz grande y sonora, los apóstoles, despavoridos y llenos de temor y estupor, cayeron sobre sus rostros en tierra, quedando como muertos y fuera de sí; porque la flaqueza humana no es capaz de cosas tan altas y divinas, si el Señor que se las comunica, no la esfuerza y la levanta, como aquí lo hizo el Salvador: el cual se llegó á ellos y los tocó con la mano, como lo solemos hacer con los que están desmayados y caidos, y les dijo que se levantasen y no temiesen: y bajando despues del monte, les mandó que no descubriesen ni dijesen á nadie lo que habian visto, hasta que él hubiese resucitado; y así lo callaron los apóstoles, como dice san Lucas. Con esto los demás apóstoles carecieron de la tentacion de la envidia que pudieran tener, si lo supieran, y el pueblo del escándalo que padeceria, si, habiendo oido decir que en el monte habia aparecido glorioso, despues le viera morir en un madero: teniéndolo por burlador y embustero, que con fingidas invenciones y malas artes se vendia por lo que no era, y se hacia Hijo de Dios; que por esto algunos de los que le vieron en la cruz, dijeron: Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz. Y juntamente nos enseñó el Señor (como dice santo Tomás) que los altos misterios, nó luego se deben proponer á todos, sino primero á los mayores, y por ellos á su tiempo á los menores. Y, como dice san Juan Crisóstomo, por esto escogió á estos tres apóstoles, como á personas mas excelentes, para que testificasen á los otros discípulos y á toda la Iglesia, con mas autoridad y fuerza, cuando ya estaban llenos del Espíritu Santo.

Esta es la historia del sagrado misterio la de transfiguracion del Señor, que hoy celebra la Iglesia, declarando brevemente, para que los que no lo saben, sepan lo que celebran: porque fué un misterio soberano, y una vision singular y divina para avivar nuestra fé, despertar nuestra esperanza, encender nuestra caridad y engendrar en nuestros corazones un santo temor del Señor. Aviva la fé de muchos artículos y misterios que creemos. El de la santísima Trinidad, en el Hijo, que se transfiguró, y en él la voz del Padre, que se oyó, y en la nube resplandeciente del Espíritu Santo, que hizo sombra á los apóstoles: el misterio de la encarnacion, en el Hijo querido, y en dárnosle por maestro y mandarnos que le oigamos y obedezcamos: el misterio de la pasion y muerte del Señor, en aquel exceso, del cual hablan Moisés y Elías, y él habia de cumplir en Jerusalen: el misterio de la resurreccion y gloria no solo de Jesucristo, sino de todos sus miembros y verdaderos hijos, se nos representa en la misma transfiguracion: pues donde estuviera la cabeza, han de estar los miembros, y se transfiguró el Señor y se vistió de gloria, para que supiésemos que nuestros cuerpos habian de ser vestidos de aquella misma gloria y hermosura en el cielo, y animarnos con esta esperanza á resistir los apetitos y deleites de nuestra carne, que es la que nos hace guerra, y se ceba y entretiene en las criaturas. A mas de esto, aquellas palabras que dijo el Padre eterno: Este es mi Hijo querido, en el cual me he complacido y agradado; oidle á él; nos enseñan que la ley vieja ya se acabó, y los profetas cesaron, y que el viejo Testamento no

tiene fuerza, porque el nuevo ya está abierto y publicado, y el Padre nos ha dado por maestro y legislador á su benditísimo Hijo Jesucristo. Tambien este misterio de la transfiguracion nos predica que hay limbo, ó infierno, de donde vino el alma de Moisés, y paraiso terrenal, de donde se cree que vino Elías: que hay cielo, de donde sonó la voz que oyeron los apóstoles; y que hay Iglesia militante, que abraza á los casados, vírgenes y continentes, significados por Pedro, Juan y Diego: y para todos estos misterios, quiso que el cielo y la tierra, el infierno, los vivos y los muertos, diesen testimonio de la grandeza y gloria de Cristo.

Quedó el monte Tabor, con la trasfiguracion del Señor, gloriosísimo de toda veneracion y reverencia, y los fieles en la cumbre del monte, donde sucedió este admirable misterio, edificaron despues tres iglesias, por los tres tabernáculos y moradas, que san Pedro dijo á Cristo que era bien edificar, como lo testifica Beda, y junto á las iglesias se labró un insigne monasterio, y siempre los cristianos tuvieron aquel lugar por un santuario devotísimo y le iban á visitar, regalándose en él, y despertando con la memoria de aquel beneficio sus corazones, é inflamándolos en el amor del Señor, sustentando las flaquezas y miserias de esta vida con la esperanza de la eterna, que Cristo nuestro Salvador nos representó en su gloriosa transfiguracion. Para memoria de este sagrado misterio instituyó la santa Iglesia la fiesta de la Transfiguracion. Los autores que tratan de los divinos oficios, dicen que la instituyó Calixto III, el año de 1456: lo mismo dice Platina y algunos otros escritores: y que el mismo papa escribió el oficio que se habia de rezar en la fiesta de la Transfiguracion, y concedió las mismas indulgencias que se ganan en la fiesta del santísimo Sacramento: y que la ocasion que el sumo pontífice tuvo para hacer esto, fué una señalada victoria, que aquel dia de 6 de agosto dió el Señor á los cristianos en Hungría, contra los turcos, deshaciendo el ejército poderoso que tenian, y cercaban á Belgrado; y saliendo mal herido de la batalla Mahomet, rey de los turcos, con grande gloria de Cristo y ensalzamiento de su Iglesia católica: aunque otros autores dicen, que esta victoria sucedió el dia de la Magdalena, á 22 de julio del dicho año de 1456. Pero lo cierto es, que la fiesta de la Trasfiguracion es mucho mas antigua que lo que estos autores dicen, como se ve en los Martirologios latinos y muy antiguos escritos de mano, y en los Menologios de los griegos, que tambien celebran la festividad de la Transfiguracion del Señor; y en Uvaldelberto, que floreció por los años de 850, y escribió en verso el Martirologio, y pone la fiesta de la Transfiguracion á los 6 de agosto: y en los santos doctores antiguos de la Iglesia hay muchas oraciones de la Transfiguracion del Señor, que pone Lipomano y Surio, y refiere el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio romano. Lo que hizo el papa Calixto III, fué componer el oficio de la Transfiguracion, y mandar que se rezase aquel dia, y conceder las indulgencias que dijimos, á los que le rezasen; mas la institucion de la fiesta mucho ántes de Calixto fué en la Iglesia. Procuremos nosotros aprovecharnos de ella: y puesto caso que en toda la vida tengamos obligacion de acordarnos de nuestra patria, y de conocer que este mundo es lugar de destierro; pero mas particularmente lo debemos hacer en el dia que la santa Iglesia nos refresca la memoria de este incomparable beneficio, y nos pone delante de los ojos á Cristo glorioso y transfigurado en el monte, para dispertar nuestra flojedad, y encender mas nuestra tibieza, con el deseo y esperanza de nuestra bienaventuranza é inmortalidad. No nos dejemos vencer y engañar de nuestros apetitos y gustos: mortifiquemos nuestra carne: tomemos nuestra cruz: sigamos al Señor; y entendamos que el camino del cielo no es tan áspero ni tan sembrado de espinas y dificultades, como á primera vista parece: y aunque fuese mucho mas fragoso, y hubiésemos de ir al cielo por ruedas de navajas y morir mil muertes cada dia, todo seria nada y se habia de tener por regalo, por alcanzar aquella vision y gozo colmado de Dios, en la cual consiste la bienaventuranza de nuestra alma: de la cual redundará en el mismo cuerpo tanta gloria y hermosura, que de solo de haber visto san Pedro una sola muestra de ella en el cuerpo del Señor, quedó tan turbado, y tan enajenado y sin sentido, que sin saber lo que se decia, pidió á Cristo que le dejase estar perpetuamente en aquel sagrado monte. El Señor por su misericordia nos dé gracia, para que de tal manera vivamos en este valle de lágrimas, que merezcamos verle en el monte alto del cielo, nó trasfigurado como le vieron los tres apóstoles en el monte Tabor, sino como él es, y como es glorificador y remunerador de todos sus escogidos, y corona y gloria eterna de aquella bienaventurada compañía. Amen.

SAN SIXTO II, PAPA Y MÁRTIR.—El mismo dia de la gloriosa Transfiguracion del Señor, á los 6 de agosto, hace conmemoracion la santa Iglesia de san Sixto, II de este nombre, papa y mártir, el cual fué griego de nacion y natural de Atenas; y de gran filósofo vino á ser humilde discípulo de Cristo, y por sus grandes virtudes y altos merecimientos, por la muerte de san Estéban papa y mártir, fué colocado en la silla de san Pedro, y habiéndola gobernado santísimamente poco ménos de un año, fué martirizado en la persecucion de Valeriano. El cual sabiendo que san Sixto, con el admirable ejemplo de su vida y con su predicacion convertia muchos gentiles á la fé de Cristo, y los animaba para que por ella muriesen con constancia y alegría, le mandó prender; y traido á su presencia, procuró con blandura y con aspereza atraerle á su voluntad: y como el santo se burlase de todo lo que decia Valeriano, le mandó echar en la cárcel de Mamertino, para que no queriendo sacrificar al dios Marte, se hiciese justicia de él. A tiempo que le llevaban á la cárcel, se fué tras él el bienaventurado mártir san Lorenzo: y abrasado de un ardiente y encendido deseo de acompañarle en los tormentos, y morir con él por Cristo, le dijo estas palabras, que refiere san Ambrosio: «¿Adónde vas, padre, sin tu hijo? ¿Adónde vas, santo sacerdote, sin tu diácono? ¿Vas á ofrecerte á Dios en sacrificio? Pues ¿cómo le quieres ofrecer, fuera de tu costumbre, sin ministro? ¿Qué has visto en mí por donde me deseches? ¿Hasme hallado por ventura cobarde y flaco? Disteme cargo, que administrase á los fieles el Sacramento de la sangre de Cristo; ¿y ahora quieres sin mí derramar tu sangre? Escogísteme para lo que es mas; ¿y no me quieres para lo que es ménos? Mira que no te reprendan de inconsiderado, aunque te alaben de fuerte; pues la falta del discípulo es deshonra del maestro. Muchos ilustres varones alcanzaron renombre de victoriosos, por haber vencido: muchos capitanes triunfaron por ha-

ber peleado sus soldados valerosamente.» Como esto dijese Lorenzo con entrañable afecto y muchas lágrimas; el sumo pontífice Sixto le consoló y le dijo: «No te dejo, hijo mio, ni te desecho por pusilánime y cobarde; ántes te hago saber que te queda otra batalla mas dura que la mia y otros tormentos mas rigurosos. Por ser yo viejo y flaco, mi tormento será breve y lijero; mas tú, que eres mozo robusto, triunfarás con mayor victoria del tirano. Deja de llorar, que presto me seguirás. (No dice, como lo notó san Agustin: Presto pasará esta persecucion y quedarás libre, sino, presto morirás.) Pasados estos tres dias, tú, que eres diácono, seguirás á tu sacerdote. ¿Para qué buscas compañía en tu pasion, pues toda la gloria de tu martirio se ha de atribuir á tus grandes hazañas? ¿Para qué me quieres contigo? Elías dejó á Eliseo; y nó por eso le faltó virtud y fuerzas para hacer grandes maravillas: lo mismo harás tú en mí: solo te encomiendo, que los tesoros de la Iglesia que están á tu cargo, los repartas á los pobres como á tí te pareciere.» Todo esto es de san Ambrosio. Despues llevaron á san Sixto delante del tirano, para oir la sentencia de su muerte: la cual dió Valeriano contra el santo pontífice, mandando que le llevasen al templo de Marte, y que si no sacrificase fuese muerto. Estando á la puerta del templo, dijo san Sixto al ídolo: Cristo, Hijo de Dios vivo, te destruya: y los cristianos que estaban presentes, respondieron con voz alta: Amen: y al momento cayó gran parte del templo con el ídolo; y los gentiles y ministros del emperador, endurecidos mas con este hecho, le sacaron fuera de la ciudad para degollarle: y san Lorenzo iba tras de él diciendo con gran ternura y sentimiento: No me dejes, santo padre; que ya he cumplido tu mandamiento, y repartido á los pobres los tesoros de la Iglesia. Degollaron á san Sixto, y con él á los dos diáconos, Felicísimo y Agapito, y á otros cuatro subdiáconos, llamados Januario, Magno, Vincencio y Estéfano, como en este dia lo dice el Martirologio romano. Sixto fué sepultado en el monasterio de Calixto, y los diáconos en el de Pretextato. Celebró una vez órdenes por el mes de diciembre, y en ellas ordenó dos obispos, cuatro sacerdotes y siete diáconos. Adviértase, que Prudencio en sus himnos parece que nos da á entender que san Sixto fué crucificado, en unos versos que dicen así:

Jam Sixtus affixus cruci,
Laurentium flentem videns,
Crucis sub ipso stipite, etc.

Pero la comun opinion de todos los otros escritores, es, que degollado, como dijimos, y lo notó el cardenal Baronio. De san Sixto hacen mencion san Cipriano, *Epistola* 82; san Ambrosio, *libro* I *Offic.*, *cap.* 41; Prudencio, *Hymn.* 2; san Gerónimo *de Script. eccles.*; Eusebio, *lib.* VII, *cap.* 4; Nicéforo, *lib.* VI, *cap.* 34; los Martirologios de Beda, Usuardo y el romano, y el cardenal Baronio en el segundo tomo de sus Anales: el cual dice, que fué la muerte de san Sixto el año de 261, imperando Valeriano y Galieno.

Los santos Justo y Pastor, hermanos, mártires. —Entre las otras victorias, que por medio de sus mártires y esforzados guerreros alcanzó Dios nuestro Señor de los tiranos que persiguieron su Iglesia, fueron muy ilustres las que tuvo en España de Daciano, presidente y ministro de los emperadores Diocleciano y Maximiano, tan crueles y fieros tiranos, que nunca se vieron hartos de sangre de cristianos. Pero de todas ellas es muy esclarecida y gustosa la de los niños, y bienaventurados hermanos san Justo y Pastor, que en edad tierna y delicada, vestidos del espíritu y favor del cielo, triunfaron del malvado presidente, y volando al cielo dejaron en la tierra el trofeo de su victoria. Vino Daciano á Alcalá de Henares, para perseguir como lo hacia en todas partes á los cristianos: publicó un edicto en que mandaba que todos sacrificasen á los dioses, protectores del imperio romano, ó que fuesen muertos con exquisitos y atroces tormentos. Divulgóse luego este mandato: y estando muchos temerosos y encogidos, salieron al campo dos niños volerosos, para hacer burla del tirano. Estos fueron Justo y Pastor, hermanos, el primero de siete años, y el segundo de nueve (como lo dice el papa Pio V), los cuales eran cristianos, é hijos de padres nobles y cristianos, y en aquella sazon iban á la escuela, para aprender (conforme á su edad) las primeras letras. Luego que oyeron la voz y edicto del tirano, entró en sus tiernos pechos un nuevo fervor y encendido deseo de padecer y morir por Cristo: y arrojando las cartillas que tenian, se partieron de la escuela y se fuéron á casa de Daciano para ofrecerse al martirio. Cuando el tirano supo que aquellos dos niños sin ser llamados ni buscados, ni apremiados, sino de grado y por su voluntad, venian con tanta alegría á morir por la fé de Cristo, quedó sobremanera atónito y confuso; y pensando que aquella seria liviandad y muchachería, los mandó azotar secretamente creyendo que con este castigo, que es propio de aquella edad, los amedrentaria. Al tiempo que los llevaban á este tormento, dice san Isidoro, que los dos inocentes corderos se iban animando para sufrir cualquiera pena, por grave que fuese, por el Señor: y que Justo, que era el menor (temiendo por ventura que su hermano Pastor, por verle de tan poca edad, estaria con algun recelo de su constancia), le habló primero, y le dijo: No temas, hermano Pastor, esta muerte del cuerpo que se nos apareja, no te espanten los tormentos pensando que no los podrás sufrir por ser de tan poca y tierna edad; ni hagas caso del cuchillo que ha de atravesar tu garganta: porque Dios que nos hace merced que muramos por él, nos dará todo el esfuerzo necesario para que podamos morir y alcanzanzar la corona del martirio: él nos dará fortaleza para que no desmayemos en esta flaca edad, y para que lleguemos á la bienaventuranza que tienen los ángeles en el cielo, y todos sus escogidos. Quedó Pastor maravillado y regocijado con estas palabras de Justo, y díjole: O hermano mio Justo, con cuánta razon te llaman Justo; pues tiene ese espíritu tan valeroso, como se ve en esta amonestacion. Hablas como un justo, queriendo que yo lo sea. Lijera cosa me será morir contigo, por ganar á Jesucristo en tu compañía. No temeré morir, y ofrecer en sacrificio á Dios este mi tierno cuerpo, viendo con cuánta alegría tú has de ofrecer el tuyo; ni derramar mi sangre por aquel Señor que derramó la suya por mí, y por verle en el cielo, y gozar para siempre de su gloria. Estas y otras semejantes palabras iban los santos hermanos hablando y confiriendo entre sí, y con ellas manifestaban la virtud y gracia del Señor que hablaba en ellos: (como dice el real profeta) saca alabanza de la boca de los niños, y de los que toman el pecho. Oyeron este razonamiento los ministros de Daciano; y admirados de tan grande esfuerzo y constancia, le avisaron luego de que habian oido, para que proveyese sobre el caso. Quedó asombrado el tirano:

y temiendo de ser vencido de aquellos niños, y que los varones y todos los otros cristianos movidos con aquel ejemplo se ofrecerian al cuchillo, mandó que sin mas dilacion los degollasen secretamente en algun lugar apartado y fuera del pueblo. Sacáronlos á un campo que llamaban Loable, y allí les cortaron las cabezas sobre una gran piedra: en la cual quedaron impresas las señales (como hoy dia se ven) de sus rodillas y manos: dándonos á entender con este milagro el Señor, cuánto mas duros eran los corazones de aquellos verdugos é impíos ministros de Daciano, que las mismas piedras que se ablandaban para regalar á los santos niños, y testificar su inocencia y la gloria y poder de Dios. Los cristianos recogieron con gran veneracion las cabezas y cuerpecitos de los santos hermanos, y les dieron sepultura en el mismo lugar de su martirio; porque no habia otro mas digno para su reposo, que aquel en que alcanzaron tan grande triunfo, ni se podia hallar mas precioso bálsamo para ungirlos, que la sangre sagrada y fresca que acababan de verter: y algunos dicen, que Cristo nuestro Señor, para honrar á los que tan bien le habian honrado dando la sangre por su fé, vino del cielo á su entierro. Edificóse allí una capilla en su nombre. Fué su muerte á los 6 de agosto, cerca de los años de Cristo de 307, imperando Diocleciano y Maximiano. Despues con las varias y grandes persecuciones que padeció la Iglesia en España, se perdió la memoria de estos santos niños, hasta que Asturio, arzobispo de Toledo, teniendo noticia de ellos, con particular instinto de Dios los buscó y halló, y tuvo tanta devocion con ellos, que dejó á Toledo, y se pasó á Alcalá para servirlos toda su vida, como lo escribe san Ildefonso, arzobispo asimismo de Toledo. Mas habiendo los moros destruido los reinos de España, un urbicio, Urbez (el cual en la ciudad de Huesca y su obispado es tenido por santo), llevó los santos cuerpos de Alcalá, y despues de varios sucesos vinieron á parar en la ciudad de Huesca, de donde el año de 1568, con breve del papa Pio V, y por mandado del rey católico don Felipe II, fueron traidas gran parte de sus preciosas reliquias á Alcalá de Henares, y recibidas con gran fiesta y regocijo, y colocadas en el templo colegial de su nombre: allí son tenidas con gran reverencia y devocion, en la capilla que está debajo del altar mayor, que es (á lo que se entiende) el mismo lugar de su martirio, y en él está la piedra sobre que fueron degollados. Escribió la vida de estos santos niños san Isidoro, Prudencio, y los Martirologios romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y otros autores hacen mencion de ello: y Ambrosio de Morales hizo un libro de su martirio y traslacion: y aunque murieron á los 6 de agosto, en el arzobispado de Toledo se celebra su fiesta á los 7, por estar el dia precedente ocupado con la de la gloriosa Transfiguracion del Señor.

* SAN HORMISDAS, PAPA Y CONFESOR.—Por muerte del papa San Símaco fué ascendido al pontificado este santo, que fué el dia 28 noviembre del año 514. Nació en Frosinone en la campaña de Roma. Los errores de los eutiquianos habian causado un cisma en la Iglesia, cuyo cisma tuvo el gusto de ver extinguido; celebró al mismo tiempo un concilio en Roma en 518. En todas las controversias que se sucitaron relativas á los dogmas de la Trinidad y Encarnacion, fué este pontífice muy circunspecto, por el temor de favorecer á los eutiquianos. Brilló en todas las virtudes, especialmente en modestia, paciencia y caridad; veló incesantemente por los intereses de la Iglesia, y publicó una porcion de escritos con el fin de dirigir á los prelados en los negocios que les incumben. Murió en el mes de agosto del año 523.

LA CONMEMORACION DE DOSCIENTOS SANTOS MONGES, MÁRTIRES.—Segun el padre Florez y el señor Villanueva, de cuyos autores extractamos las siguientes noticias, sucedió este martirio el año 872, en el monasterio de San Pedro de Cerdeña del órden de San Benito. Reinaba entonces en Leon don Alonso III, y como los moros estuviesen despechados por las derrotas que continuamente sufrian, entraron un dia en el sobredicho monasterio, y asesinaron inhumanamente á cuantos religiosos en él habia, en odio á nuestra santa fé. Despues de tan esclarecida victoria, como duraban aun las hostilidades con los moros, se mantuvo despoblado el monasterio, hasta que tomando despues los cristianos nuevo ánimo, lo restablecieron, de modo que quedaba ya nuevamente habitado el año 899. Desde esta época puso Dios á la vista del mundo la gloria de aquellos santos mártires, obrando cada año una gran maravilla. En el dia de su martirio, que fué el 6 de agosto, el claustro donde fueron martirizados y sepultados, aparecia bañado de sangre fresca. Hizo sumaria informacion del prodigio el primer arzobispo de Burgos don Cristóbal Vela, la cual fué despues aprobada por la silla apostólica. Duró esto hasta el tiempo de los reyes Católicos, que echaron de España á los moros, contra los cuales parecia clamar aquella sangre.

LOS SANTOS FELICÍSIMO Y AGAPITO, MÁRTIRES.—Eran diáconos del papa san Sixto, y le acompañaron hasta el martirio, muriendo en su compañía. Véase mas arriba la vida de este santo papa, en la que se encuentran tambien los santos Genaro, Magno, Vicente y Estéban, subdiáconos, muertos tambien con ellos, y enterrados juntamente en Roma en el cementerio de San Pretextato.

SANTIAGO, ERMITAÑO Y CONFESOR.—Nació en Siria y pasó toda su vida en las soledades de Amida, haciendo tanta penitencia y obrando tantos milagros, que su fama corrió por todo el mundo cristiano, y de todas partes acudieron á ponerse bajo su amparo, los enfermos, los atribulados y los pecadores. Murió por el mes de agosto del año 502, segun Baronio, de una edad muy avanzada.

DIA 7.

SAN CAYETANO, FUNDADOR.—La vida de san Cayetano escribió en lengua castellana el padre don Manuel Calasibera de su misma órden, y de ella y de las lecciones del breviario romano hemos de sacar lo que aquí dijéremos. En la ciudad de Vincencia, del señorío de Venecia, nació san Cayetano Tiene, el año del Señor de 1480, de padres muy nobles; porque fué hijo del conde Gaspar Tiene, y María Porto, matrona igual en sangre á su marido, y muy cristiana y devota de la Reina de los ángeles: á quien, llevada de un impulso interior, estando preñada de Cayetano, ofreció lo que traia en el vientre; y cuando le parió, ratificó el ofrecimiento dedicándosele por hijo, para que le favoreciese como á tal; y por esto desde entonces le llamaban «Cayetano de Santa María.» Luego dió muestras Cayetano de ser escogido de Dios; porque á los pobres tenia un amor muy tierno, y deseaba socorrer sus

necesidades, y de los regalillos que le daban como á niño, partia con los necesitados: y cuando no tenia qué dar, pedia á sus padres y á los de su casa, que le diesen qué dar por amor de Dios. Con los años nacia en Cayetano el deseo de la perfeccion, y deseaba conocer y comunicar á las personas espirituales para tomar sus consejos, é imitar sus virtudes, y huia de la compañía de gente liviana y ociosa, porque no se le pegasen sus vicios. Frecuentaba las iglesias y gustaba de los lugares solitarios, por ser mas acomodados para su devocion. Por estas y otras virtudes que resplandecian en el santo mancebo, huian de él los malos y viciosos, como de reprension de sus vicios; y los buenos y virtuosos le amaban y buscaban para alentarse á servir á Dios, y todos le llamaban santo, admirados de tanta pureza y perfeccion en tal edad.

Siendo de veinte y cinco años, solícito de la caridad y deseo del bien de las almas, en una heredad suya hizo una ermita, para que los labradores de la comarca tuviesen cerca donde oir misa los dias de fiesta. Concurrió al gasto de la obra un hermano suyo mayor, llamado Bautista Tiene, y entre los dos la dotaron de setenta ducados de renta. En esto gastaba el tiempo y el dinero el santo mancebo, nó en entretenimientos ni galas, como suelen los otros mozos: ántes cuidaba del aliño de su persona tan poco, diciendo que el cristiano no ha de cuidar del adorno del cuerpo, sino del adorno del alma, que su padre le reprendia por ello ásperamente, quejándose de que deshonraba su linaje con el trato y porte de su persona. No daba el santo oido á estas razones del mundo, respondiendo con el silencio y sufrimiento, hasta que un dia que su padre le reprendió con mas eficacia, le pareció conveniente dar satisfaccion y volver no tanto por sí, cuanto por la virtud: y aunque la respuesta fué muy cristiana, y las razones muy prudentes; solo porque las dijo con alguna acrimonia, se culpó de atrevido y que habia perdido el respeto á su padre; y esta falta leve fué una de las culpas que mas lloró y sintió toda su vida, mostrando en esto la pureza de su alma y cuánto aborrecia las culpas graves, pues una tan lijera le dió tan grande cuidado. Al contrario, la madre de Cayetano gustaba mucho de verle tan despreciador del mundo, y le amaba tanto, que el santo, despues de muerta su madre, llegó á temer que padeceria en el purgatorio grave pena por el demasiado afecto que le habia tenido; pero una religiosa sierva de Dios le aseguró que saliendo su madre de esta vida, fué presentada á la Reina de los ángeles, por mano de san Miguel Arcángel y santa Mónica: y Cayetano confesó á la misma religiosa, que él habia encomendado á estos dos santos el alma de su madre.

Sucedió la muerte de su madre estando el santo en Roma, adonde le llevó, nó la ambicion de puestos y dignidades, sino el deseo de aprender la vida eclesiástica que ya profesaba, de los mejores prelados que á la sazon florecian en aquella córte de la Iglesia; aunque Dios le llevó mas para maestro, que para discípulo, mas para que fuese ejemplo á muchos, que no para que él aprendiese á vivir de otros. Vivia en Roma con grande edificacion, frecuentando las iglesias y lugares sagrados, y ocupándose en obras de misericordia, con que se ganó mucha estimacion con los príncipes y prelados, y con el papa Julio II, que presidia entonces en la Iglesia, y allegándose á la fama de su virtud la nobleza de su sangre y sus muchas letras, porque habia estudiado filosofía y teología, y estaba graduado en ambos derechos, le honró el sumo pontífice con la dignidad de protonotario apostólico, y le hizo su camarero, pensando subirle á mayores dignidades; pero todas estas dignidades y las otras que podia esperar no levantaban el corazon de Cayetano, ni divertian su espíritu de los ejercicios de devocion y piedad en que ántes se ocupaba. Ordenóse de sacerdote, y procuraba cumplir perfectamente con las obligaciones de tan alto oficio, para ser digno de ofrecer todos los dias el sacrificio del Señor: lo cual hacia con mucha devocion y aparejo. Entró en una congregacion que se llamaba del Divino Amor, y con su ejemplo enfervorizó á todos los congregantes, y se aventajó á ellos en la perfeccion del amor: que era su principal instituto. Por este amor mereció un favor muy singular de la divina mano; y fué, que estando una noche de Navidad en Santa María la Mayor, se le apareció la Reina del cielo con su Hijo; y se le puso á Cayetano en sus brazos con el gozo y alegría de su corazon, que se puede pensar.

Cada dia le daban mas en rostro á Cayetano las dignidades y puestos altos del mundo; porque cuanto tienen de altura, tienen de riesgo y precipicio; y considerando que la gracia del papa y favor de los cardenales le prometian grandes adelantamientos en la córte romana; para huir estos peligros que tantos buscan, determinó salir de Roma: y pidiendo licencia al sumo pontífice con un buen pretexto, se volvió á Vincencia su patria. Aquí halló una congregacion de oficiales y gente humilde, pero devota y ejemplar: pidió ser admitido en ella por hermano: y los congregantes le recibieron por padre y maestro; y él, primero con obras y con palabras los enseñaba y enfervorizaba: y advirtiendo que frecuentaban poco la sagrada comunion, por ser poco usada en aquellos tiempos, aun de los que trataban de perfeccion, les persuadió que comulgasen tres veces cada semana, y el mismo santo los comulgaba muchas veces de su mano, y solia hacerles con la forma en las manos un sermon breve de las excelencias de este santo Sacramento y provechos de recibirle á menudo. Con el ejemplo de los congregantes y exhortaciones del santo, se introdujo en otros muchos la frecuencia de la comunion. Con la autoridad que le tenia san Cayetano en la congregacion, y veneracion que le tenian, introdujo que los congregantes acudiesen á un hospital de incurables, á ejercer la caridad con los enfermos, que necesitaban bien de esta asistencia: y como él era el primero en estos piadosos ejercicios, ninguno se excusaba, y todos le imitaban y seguian; siendo de grande admiracion para toda la ciudad de Vincencia, ver un varon tan noble é ilustre por su sangre, ocupado en tan humildes ejercicios como le obligaba á hacer la caridad.

Mas estando tambien ocupado san Cayetano, su confesor, que era un religioso de la órden de Predicadores, inspirado de Dios, á lo que parece, le mandó que dejase su patria, casa y parientes, y se fuése á Venecia, donde hallaria en qué ejercitar su caridad. Obedeció Cayetano: partióse á Venecia, llevando consigo lo que pudo de su patrimonio, como quien dejaba á su patria para no volver á ella. En Venecia se fué derecho á un hospital, que llaman el Hospital Nuevo, aunque de nuevo no tenia mas que el nombre, y gastó en el reparo de su fábrica, que ya de antigua amenazaba ruina, y en el regalo y cura de los

enfermos, la hacienda que llevaba. No solo reparó en lo material el hospital, mas tambien en lo espiritual y económico, porque les dió leyes muy provechosas para su gobierno, así en la cura de los achaques del cuerpo, como en el remedio de las enfermedades del alma: y por eso con mucha razon, está hoy sobre la puerta principal del hospital una imágen del santo, y á los piés una piedra, en que le llaman autor de aquel hospital. Este ejemplo de tan ardiente caridad lucia en los ojos de toda la ciudad, en que era tenido por un hombre venido del cielo, y los nobles, sabiendo la nobleza de Cayetano, y viéndole servir á los enfermos con tanta caridad y humildad, se alentaban á imitar tan heroico ejemplo; y así muchos caballeros y señores principales acudian al hospital á servir á los enfermos, curando sus llagas, dándoles de comer, haciéndoles las camas y barriendo las salas, sin rehusar ningun oficio, por humilde ni bajo, en servicio de los pobres enfermos.

El padre dominico que confesaba á Cayetano en Vincencia, estaba ya en Venecia por prior de aquel convento: y aunque veia el mucho provecho que hacia en aquella ciudad, conociendo que Dios le queria para cosas mayores, le mandó ir á Roma segunda vez: y el santo se partió para Roma, sin saber á lo que iba; pero iba guiado de Dios, que sabia para lo que le llevaba. Llevábale, para que diese principio á una nueva religion; y así estando en aquella córte retirado del palacio y del bullicio, acudiendo solo á los templos y hospitales, y á su congregacion del Amor de Dios, acompañándose con los virtuosos y ejemplares, nó con los grandes y poderosos, empezó á discurrir en fundar una religion de clérigos reglares, que con su ejemplo, modestia y pureza de vida, cerrasen la boca á los herejes de aquel tiempo, que murmuraban de la mala vida de los clérigos, condenando como herejes todo el estado eclesiástico, por la vida de algunos que solamente se diferenciaban de los seglares en la dignidad y mayor obligacion, pero en las costumbres y modo de proceder no habia diferencia, si no era por ventura en ser peores; no mirando á la vida de otros muchos, en quienes la vida no desdecia de la dignidad, y las costumbres correspondian á la obligacion. Comunicó Cayetano su pensamiento con don Bonifacio de Acole, que era hermano de la misma congregacion del Divino Amor, persona noble y aventajada en virtud, que aprobó su intento y se le ofreció por compañero. Juntósele don Juan Pedro Carafa, obispo de Teati, varon muy austero y ejemplar, que despues fué sumo pontífice, y se llamó Paulo IV, el cual andaba con los mismo deseos é intentos que Cayetano y otro compañero, varon ilustre en la sangre, y mas ilustre en la pureza virginal, llamado don Pablo Consihari: y todos cuatro, habiendo conferido entre sí las cosas necesarias para la órden que pretendian fundar, alcanzaron la aprobacion del papa Clemente VII, en una bula despachada á 24 de junio de 1524, en la cual hablando el sumo pontífice con el venerable hermano Juan Pedro Carafa, obispo teatino, y con el amado hijo Cayetano, presbítero vicentino, y sus compañeros y sucesores, habiendo alabado su deseo de servir á Dios con mas quietud, y unirse á él con mas estrecho lazo; les concede que puedan hacer los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, y vivir en comun y del comun, y vestir el hábito comun de los clérigos, con el nombre de clérigos reglares, y elegir superior, y hacer constituciones oportunas y convenientes á su instituto, y recibir á todos los que quisieren profesar aquella vida, así clérigos como seglares; y les concede todas las gracias y privilegios de la congregacion de los conónigos lateranenses: y así este sumo pontífice, como sus sucesores, han concedido á esta religion tantas gracias y privilegios, que es cosa de admiracion; y dice el doctor Navarro, que no lo creyera si no los hubiera visto.

Estando ya aprobada su religion, profesaron el obispo teatino, san Cayetano y sus dos compañeros á 14 de setiembre, dia de la Exaltacion de la santa Cruz, del año de 1524, en el Vaticano, delante del altar del príncipe de los apóstoles san Pedro, en manos del obispo de Caserta, que en nombre de su santidad asistió á esta funcion, que se hizo con grande solemnidad y concurso del pueblo romano. El fin de esta religion es la reformacion del estado eclesiástico, y proveer á la Iglesia de santos prelados, cosa necesariísima é importantísima, para el buen gobierno de la Iglesia y provecho de toda ella. La pobreza que profesa es tan extremada, que ni tiene rentas para su sustento, ni pide limosna, como otras religiones mendicantes, dejándose á la providencia de Dios, que mueve á los fieles para que los provean de lo necesario: por lo cual se puede llamar justamente la religion de la Providencia de Dios; porque totalmente dependen de ella sus religiosos: y Dios, que no se olvida de las aves del aire, ni de los animales de la tierra, ni de los peces del mar, cuida de proveer de todo lo necesario á los que tan de veras le sirven. El nombre que les dió Clemente VII, es de clérigos reglares, como acabamos de decir; pero en Italia son llamados comunmente teatinos; porque don Juan Pedro Carafa, que fué entre sus cuatro primeros padres el principal, por la dignidad episcopal y el primer prepósito de su órden, se llamaba obispo teatino, ántes de fundar la religion; y de aquí los hijos de san Cayetano se llamaron los clérigos reglares teatinos. Despues el vulgo dió en España el nombre de teatinos á los padres de la Compañía de Jesus, pensando que los padres de la Compañía, que venian de Italia á España enviados de san Ignacio, eran de la religion de los padres teatinos, que pocos años ántes se habia fundado en Italia, confundiéndose con semejanza del hábito, la cercanía del tiempo de la fundacion, y ser las dos religiones y clérigos reglares, no distinguiendo los institutos que son muy diferentes, aunque ambos santos: y despues no ha podido prevalecer el desengaño contra el uso; porque los nombres impuestos son como las enfermedades contagiosas, que cuan fácilmente se pegan, tan difícilmente se quitan. Hablando del nombre que dieron en Italia á los hijos de san Cayetano, dice el padre Julio Nigronio de la Compañía de Jesus: «Este nombre de teatinos que les dieron á los clérigos reglares por el obispo teatino, vino á ceder en gloria suya; porque esta voz parece que se deriva de la palabra Teos, que significa Dios, ó Teatis que es *contemplador*: por lo cual llamar á estos religiosos teatinos, bien considerado es llamarlos *divinos* ó *contempladores*; y no desdice ninguno de estos dos nombres de sus primeros deseos y palabras, con que contemplando las cosas celestiales, encomendaban el divino amor.» Alaban muchos autores á esta sagrada religion, y con mucha razon por la excelencia de su instituto, vida de sus religiosos y provecho que ha hecho en la Iglesia. En particular el cardenal Baronio en las anotaciones del Mar-

tirologio el dia 29 de junio, dice: «Que los clérigos reglares han renovado la forma apostólica de vivir, y la observan perfectamente: que es una suma alabanza de esta sagrada religion.»

Tres años despues de fundada la religion de los clérigos reglares, sucedió el saco de la ciudad de Roma por Borbon y sus soldados; y en esta ocasion padeció mucho san Cayetano: porque estando con sus religiosos en una iglesia suya, fuera de la ciudad en Monte Pincio, dejando otra que tenian dentro de la ciudad en Campo Marcio, para atender con mas quietud á la oracion y rogar á Dios que remediase tantos daños, y enfrenase el atrevimiento de los soldados, á los cuales con sus palabras y exhortaciones no habian podido enfrenar; entrando en la iglesia algunos soldados herejes, la anduvieron toda con militar alboroto, y conociendo uno de ellos á san Cayetano por haber sido criado de su casa, pensando que debajo de su hábito pobre ocultaba sus antiguas riquezas, incitando á los otros soldados, le atormentaron cruelmente para que confesase dónde tenia el dinero apretándole fuertemente entre unas arcas; y despues le dieron, otros tormentos inhumanos y bárbaros, que sufrió el santo con grande paciencia y alegría, comunicándole Dios los consuelos á la medida de los dolores. Otro dia volvieron al mismo convento otros soldados, y hallando á san Cayetano y á los otros religiosos hincados de rodillas delante del altar mayor, procuraron primero con amenazas é injurias, que manifestasen el oro y plata que guardaban; y como no podian manifestar las riquezas que no tenian, los llevaron presos á una torre del Vaticano, donde gastaban el tiempo en oracion y alabanzas divinas: por lo cual el capitan de aquellos soldados, les dió libertad á los ruegos de un coronel español que se lo rogó, edificado de haberlos visto cantar en la torre á coros el oficio divino con el sosiego y devocion que pudieran en su convento.

Salió san Cayetano de la prision, y deseoso de salir de Roma, por no ver tantos sacrilegios y maldades como los soldados herejes, que iban en el ejército cometian, se encaminó al Tíber por si hallaba embarcacion para sí y los otros religiosos. Aquí encontró un caballero no conocido, que si no era ángel, á lo ménos hizo con ellos oficio de tal; porque les negoció embarcacion á su costa, y les aseguró tendrian buen viaje. Embarcáronse, y luego dieron en un navío de corsarios, que los hicieron detener: y cuando temian los religiosos alguna violencia, el capitan de los corsarios mandó que les diesen algunas cosas de comer, de que tenian harta necesidad; y sin hacerles ningun daño los dejó ir libres. Con este suceso animaba despues el santo á sus religiosos para alentarlos á la confianza en Dios, ponderando que les habia socorrido en el mar por medio de unos ladrones, como á Elías en el desierto por una ave de rapiña. Llegaron felizmente á Ostia, y de aquí los llevó consigo á Venecia el embajador de aquella república, que se volvia de Roma á Venecia.

En Venecia fundó san Cayetano un convento de su órden, con mucho gusto de toda la ciudad: porque como habian visto y experimentado el fruto que hizo en ella el santo, siendo seglar y solo, le esperaban mayor siendo religioso, y viniendo acompañado de tantos religiosos hijos de su espíritu. Y no se engañaron; porque entrando poco despues la peste en Venecia; sirvió el santo y sus hijos á los apestados con grande caridad, exponiendo su vida por la salud de sus prójimos: el cual ejemplo de su santo padre han imitado despues sus hijos en Padua, Milan, Génova, Palermo y en toda Italia. El año de 1530 hubo algunas diferencias entre el obispo de Verona y su cabildo, y don Juan Pedro Carafa que era prepósito de Venecia, deseaba mucho la paz del obispo que era muy amigo suyo, y bienhechor de su religion: envió á Verona á san Cayetano, fiando de su mucha prudencia el ajuste de estas diferencias; y el santo obedeció, y haciendo oficio de ángel de paz, compuso las cosas como se deseaba. De allí á tres años mandó Clemente VII, por un breve, en virtud de santa obediencia, que con toda la brevedad posible fuésen algunos religiosos á fundar un convento en Nápoles: para esta fundacion fué señalado san Cayetano, dejando á su eleccion el escoger compañero; mas obedeciendo pronto á lo primero, respondió á lo segundo: No quiera Dios que en esto haga yo mi voluntad; ántes le suplico os inspire me deis el que fuere mas contrario á mi inclinacion y gusto: y Dios le premió esta resignacion, disponiendo que le diesen al B. D. Juan Mariano, religioso tan santo y varon tan ejemplar, que le llamaban comunmente «el santo de Dios.» Luego se puso en camino san Cayetano con su compañero, saliendo de Venecia á 3 de agosto, sin reparar en el rigor de los calores y peligros de la vida, en tiempo sujeto en aquellas tierras á mutaciones. Pasó por Roma: y yendo con su compañero á besar el pié á su santidad, les dijo: ¿Qué es esto hijos? ¿Adónde vais en tal tiempo? Esto es ir á morir. Y el santo respondió: Santísimo padre, esto es ir á obedecer vuestra santidad: de que el papa quedó no ménos admirado, que edificado de tan pronta obediencia, que no reparaba en peligros de muerte.

En Nápoles fué muy bien recibido san Cayetano de todos los señores y nobles, y en especial del conde de Oppido, que habia sido el principal en procurar esta fundacion. Tomó posesion de la Iglesia y casa, que el conde le tenia preparada fuera de la ciudad y no muy léjos de los muros; pero no quiso aceptar la rentas que repetidas veces, y con muchas instancias por sí, y por otras personas, le ofrecia y persuadia que aceptase, pareciéndole al conde, que no podia sustentarse largo tiempo un convento de religiosos sin tener renta de que sustentarse; pero el santo respondia: que Dios, que los habia sustentado hasta entonces sin rentas, los sustentaria en adelante; y que sus rentas eran las palabras de Cristo en su Evangelio, que no pueden faltar: No esteis solícitos, de qué comereis ó de qué os vestireis: porque vuestro Padre celestial sabe que necesitais de todas estas cosas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas se os darán por añadidura.

Por librarse de las importunaciones del conde, y tener sitio mas á propósito para ejercitar la caridad con los prójimos, dejando la casa é iglesia que le habia dado el conde, se pasó dentro de la ciudad á la casa de una señora devota, llamada doña Lorenza Longa, que caia cerca del hospital de los Incurables, donde el santo ejercitaba con los pobres la misericordia corporal, y con todos los fieles la espiritual confesando y predicando en la iglesia de Nuestra Señora del Pópulo, que no estaba muy distante de la dicha casa. Compróles despues esta señora una casa, donde el santo abrió iglesia, y se llamó Nuestra Señora de la Estaleta. En este convento mostró el Señor los méri-

tos de su siervo con un milagro que hizo por su oracion: porque habiéndosele quebrado una pierna á un hermano lego, y en la cura cancerádose de manera, que determinaban los cirujanos cortársela, el santo se estuvo en oracion la noche ántes muchas horas, y despues visitó al enfermo, y le mandó que se encomendase al seráfico padre san Francisco, é hizo la señal de la cruz sobre la pierna, y la besó; y cuando á la mañana vinieron los cirujanos á cortar la pierna, la hallaron sana, como si nunca hubiera tenido en ella enfermedad. Pagó el santo largamente á su bienhechora María Lorenza, la caridad que habia usado con él y sus religiosos; porque admitiéndola por hija espiritual, la adelantó mucho en perfeccion, y la exhortó que fundase un convento de monjas franciscanas descalzas, y se entrase en él religiosa. Deseaba ella peregrinar á Jerusalen, para vivir en aquellos santos lugares en oracion y penitencia: y estando dudosa si seguiria el consejo de su confesor ó su inclinacion; oyó una voz clara y distinta que la dijo conmutase la peregrinacion de Jerusalen en fundar un convento de religiosas, debajo del amparo de nuestra Señora, con la advocacion de Jerusalen. Así lo hizo; y san Cayetano y sus hijos gobernaron el espíritu de aquellas religiosas, hasta que Paulo III las encomendó á los padres capuchinos, y por eso se llaman hoy las capuchinas de Jerusalen.

Despues de haber estado san Cayetano cuatro años en aquel convento, como creciese el número de los religiosos, y el concurso de los seglares á buscarlos para su aprovechamiento, le pareció tomar otro sitio mas capaz y acomodado. Alcanzó que le diesen la Iglesia de San Pablo Mayor, que está situada en lo mejor de la ciudad, y en este templo empezó á predicar con mas frecuencia, y con notable aprovechamiento de los oyentes: porque como sus palabras salian de un pecho abrasado en el amor de Dios, abrazaban los corazones de los oyentes, causando en ellos notables mudanzas. Habia por este tiempo en Nápoles algunos herejes ocultos, que con piel de ovejas eran lobos carniceros, y con capa de virtuosos, como en lo exterior lo parecian, enseñaban doctrinas falsas y heréticas; pero con tanta disimulacion, que el vulgo no podia conocerlo. Uno de estos predicadores era religioso: oyóle un dia san Cayetano; y luego entró en sospecha de la doctrina que predicaba, y continuando en oirle por certificarse mas, vino á conocer que era hereje, y escribió á Roma á don Pedro Carafa, que ya era cardenal, para que hablase al papa y pusiese remedio á tantos daños; y mientras venia la respuesta de Roma, procuraba el santo desengañar á todos con pláticas privadas y sermones públicos; y los herejes viéndose descubiertos, temiendo algun grave castigo, salieron de Nápoles y de Italia, y se apagaron aquellas centellas que se habian empezado á emprender en aquella ciudad y amenazaban un grande incendio.

Celebró su órden capítulo en Nápoles el año de 1540, y fué elegido san Cayetano por prepósito de Venecia, adonde se partió con gran sentimiento de los religiosos del convento de Nápoles, porque perdian tal padre y prelado; é igual gozo de los de Venecia, porque merecian tal superior. Fué recibido con aplauso de toda la ciudad, que tenia muy conocida su santidad, y acudian á él muchas personas para ser guiadas en el camino de la perfeccion. De aquí se partió á Verona, porque el obispo, de quien ántes hicimos mencion, le llamó á su ciudad para ayudarse de él en la reformacion de su obispado, y llevó consigo algunos religiosos que le parecieron á propósito para aprovechar á las almas. Proveíales el obispo de todo lo necesario con abundancia: y aunque el santo al principio lo admitia con agradecimiento; temiendo despues no se relajase algo en sus hijos el fervor con el demasiado regalo, rogó al obispo que se moderase, y les dejase vivir con la moderacion y templanza que lleva su regla; y como el obispo no atendiese á los ruegos del santo, le protestó que se volveria con sus religiosos á Venecia, si no se moderaba en sus limosnas, y los dejaba vivir conforme á su instituto: y por no perder tan útiles operarios, permitió el obispo que se sustentasen de las limosnas que les ofrecian los fieles, concurriendo él con las suyas como uno de ellos. Habiendo estado san Cayetano en Verona algunos meses con mucho provecho de aquella ciudad, se volvió á Venecia al gobierno de su convento, y al capítulo que se acercaba ya y habia de celebrarse en Venecia aquel año. En él fué elegido segunda vez prepósito de Nápoles, recibido de aquella ciudad como si fuera un ángel venido del cielo á traerles muchas felicidades; y traíale Dios á esta ciudad para que en ella acabase el curso de su peregrinacion, y de ella pasase al cielo á gozar el premio de sus gloriosos trabajos, que sucedió el año de 1547, del modo que contaremos, en habiendo dicho algo de sus excelentes virtudes, con mas brevedad de la que pedia varon tan esclarecido, por no faltar á nuestro estilo é instituto.

Adornó Dios á san Cayetano de todos las virtudes, que para ser fundador de un órden tan santo y provechoso era menester. Desde mancebo fué muy aficionado á la oracion, por el provecho que en ella experimentaba: y para esto, siendo seglar huia la conversacion de los hombres, y gustaba de las iglesias y lugares devotos para tratar á solas con Dios. Con el ejercicio continuo de la oracion creció mucho en la perfeccion, y recibió muchos favores del Señor. En una ocasion se le apareció Cristo, y le convidó que pusiese su boca en la llaga del costado; y Cayetano gustó de aquella suavidad celestial. Otra se le apareció con la cruz á cuestas, y mostrando estar fatigado, pidió le ayudase á llevar la cruz. Con estos y otros favores que Dios le hacia en la oracion, no es maravilla que gastase la mayor parte del tiempo en ella, como dicen los jueces de la sagrada Rota. Tenia su oracion de rodillas, y casi siempre en el coro por estar presente el santísimo Sacramento, y mientras oraba, sus ojos eran dos fuentes de lágrimas que le hacia derramar el consuelo y la devocion. En ella fué visto algunas veces con éxtasis y sin uso de los sentidos. Véase cuán agradable era Dios á la oracion del santo, con la eficacia que tenia para alcanzar cuanto pedia. Decia misa todos los dias sin dejarla ninguno, y sentia mucho que los sacerdotes, por acudir á negocios temporales, dejasen de celebrar el santo sacrificio de la misa; porque le parecia que ninguna ocupacion debia estorbar bien tan grande como el de celebrar. Gustaba de decir misa en el altar mayor, por estar allí el santísimo Sacramento. Procuraba introducir en todas partes la frecuencia de la comunion, y se admiraba y lamentaba mucho de que hubiese cristiano que pudiendo tener á Cristo en su pecho, no quisiese tal huésped, y pudiendo alimentarse con tal manjar, no le comiese, ni tuviese hambre de él. Fué muy zeloso del culto divino: querian que estuvie-

sen las iglesias y altares muy limpios y adornados : y con ser tan pobre y amigo de la pobreza , los ornamentos y alhajas pertenecientes al culto divino , queria que fuesen ricas , para que se emplease todo lo precioso en servir al Señor de todo ; y así la mayor parte de las limosnas que le enviaban , gastaba en el servicio de la Iglesia. Era devotísimo de la Reina de los ángeles , y teníala en lugar de Madre dulcísima. Sus cartas empezaban siempre con el nombre de Jesus y María; y cuando pronunciaba el dulcísimo nombre de Jesus, añadia el de María, diciendo: Jesus , Hijo de María ; porque con estos dos nombres se regalaba y endulzaba su espíritu. Cuando pedia algo á Dios, ponia por intercesora á María , y solia decir : Bien pueden hacer los fieles oracion y pedir á Dios lo que desean; mas nunca ó muy pocas veces alcanzarán alguna cosa , si no es con el favor é intercesion de María. Para llegar á decir misa, y comulgar con mayor aparejo y disposicion, vestia su alma espiritualmente de los méritos de la Reina de los ángeles, y exhortaba á otros á que hiciesen lo mismo, supliendo con los méritos de esta Señora sus muchos defectos é indignidad. Cuando estaba en el altar ántes de consagrar , se consideraba en la presencia de María santísima, y la pedia le diese á su benditísimo Hijo, y cuando le tenia en sus manos, consideraba que le recibia de las entrañas de María santísima; y de esta manera se encendia juntamente en el amor de la Madre y del Hijo. Al príncipe de los apóstoles san Pedro tenia por especial patron suyo y de su religion, por ser de clérigos y por haber nacido en el templo de este gloriosísimo príncipe de la Iglesia: por eso quiso que sus hijos dirigiesen los votos de su profesion, despues de Dios y de su Madre, al apóstol san Pedro. Fué devotísimo del apóstol san Andrés, y dió salud á muchos enfermos con el licor suavísimo del cuerpo del sagrado apóstol. Pues ¿qué diré de la devocion que tenia al seráfico padre san Francisco , cuya vida tenia muy en la memoria, por las muchas veces que la leia : cuyas virtudes procuraba imitar, especialmente aquella suma pobreza; y cuya fiesta celebraba con increible alegría? Despues de muerto le vió una sierva de Dios, llamada Dignamérita, en el cielo, abrazado con el glorioso patriarca san Francisco; significando, al parecer, con esto el Señor, cuán parecido habia sido en la vida san Cayetano al seráfico padre; pues tan uno era con él en la gloria.

El amor que tenia á Dios era mayor de lo que se puede decir: lo cual se conocia cuando predicaba, ó cuando discurria de cosas espirituales; porque su rostro se inflamaba, y sus palabras eran llamas de fuego que encendian á sus oyentes. Antes de fundar su religion, fué verdadero congregante del Divino Amor : despues fué creciendo este amor en su pecho, y juntamente el deseo de encenderle en todos, como lo procuraba en sus sermones, conversaciones y cartas. De este amor le nacia el sentimiento grande y vehemente que tenia de ver á Dios ofendido de los hombres con tantos pecados, como lo ponderan los jueces de la Rota. Este amor le hacia lijeros los trabajos, cuidados, mortificaciones y penitencias, y solia decir por la esperiencia que tenia : Al que ama á Dios todo le parece lijero. Celebraba con grande afecto y ternura el nacimiento de Cristo nuestro Señor, y los demás misterios de la vida de nuestro Redentor Jesucristo. Caminando de Roma á Nápoles, víspera de la Ascension, llegó muy de noche á Aversa, ciudad distante ocho millas de Nápoles, y no quiso detenerse en aquella ciudad, aunque era tan de noche, sino pasar á Nápoles á cantar con sus religiosos los maitines de aquella festividad: y llegando al tiempo de tocar á maitines, sin tratar de descansar, se fué al coro, tomando por descanso las alabanzas de su Señor. Del amor de Dios le nacia el amor de los prójimos y la caridad que tenia con los enfermos, la misericordia con los necesitados y la compasion con los pecadores. Siendo seglar, gastaba su patrimonio en socorrer necesidades, y llegó á decir á un amigo suyo: No dejaré de dar limosnas, hasta dar todo lo que tengo; porque deseo llegar á tal estremo de pobreza , por amor á mi Señor Jesucristo, que no me quede valor de una mortaja y que me entierren de limosna. Despues de religioso y pobre, no fué ménos liberal con los que le pedian limosna, que agradecido á los que se la daban. En todas sus oraciones rogaba á Dios por sus bienhechores , y lo mismo encomendaba á sus religiosos, y ordenó que hubiese un libro en que se escribiesen las limosnas, por muy tenues que fuesen , y los nombres de quienes las daban ; y despues de cenar, hacia que se leyesen en el refectorio, para que yendo los religiosos á la iglesia á dar gracias á Dios porque les habia dado de comer, rogasen juntamente por sus bienhechores : accion verdaderamente digna de tan grande varon , y de que la imitase, como la ha imitado y observa su religion. Era grande su celo en procurar la conversion de los pecadores , buscando trazas, inventando modos , y tendiendo redes para cogerlos y traerlos á Dios. Este era el asunto de sus cartas , el tema de sus sermones y el fin de sus conversaciones. Su modo de reprender los vicios era mas como de padre que riñe á un hijo , que como de juez que acrimina ; y así temiendo ántes un penitente llegarse á los piés del santo , por juzgarle demasiado riguroso , despues que se confesó con él, decia que habia hallado en Cayetano lo que en la abeja , aguijon y miel , rigor y dulzura , una dulzura rigurosa y un rigor suave. De esta manera fueron muchísimos los pecadores que redujo á mejor vida en el púlpito y confesonario, y no pocas las almas que encaminó y adelantó en la perfeccion. Del amor de Dios nació tambien , como rama de su tronco , el desprecio de todo lo que el mundo ama. Muy luego le dió el Señor á conocer lo que son las riquezas , honras y dignidades del mundo, y desde que las conoció, las empezó á despreciar y tener en poco , como lo muestran las cartas que escribió á sus amigos y devotos , llenas de desengaños y desprecio de las cosas temporales. No gustaba oir hablar de la nobleza de su linaje, y le daba en rostro todo lo que es pompa y ostentacion de mundo. Yéndole á visitar algunos parientes suyos , cuando estaba en Nápoles , se negó y no los quiso ver ni hablar ; porque habia renunciado el amor de sus parientes por el de Cristo nuestro Señor , y no queria ya tratarlos como á tales. Mucho ménos procuraba para sus deudos aumentos temporales: lo que pedia continuamente á Dios era , que les diese los bienes espirituales y eternos : y pareciale muy mal , que los religiosos procurasen para algunos puestos ó dignidades. Pidiendo una persona que le favoreciese con un señor , para que diese una judicatura á un hijo suyo, nunca lo quiso hacer , diciendo : Muy bien me parece que haya jueces y que hagan justicia ; porque así lo pide el buen gobierno de la república : pero que un religioso se meta

en procurar estos oficios para nadie, ni lo apruebo, ni me parece bien.

Bien mostró san Cayetano el desprecio que hacia de todos los bienes del mundo con la pobreza que profesó, y dejó á su religion: la cual no sé como pueda ser mayor, pues ni tiene rentas para sustentarse, ni pide limosnas, que es ser dos veces pobre, por lo que le falta y por lo que no busca. No sentia el padecer necesidad; ántes se alegraba: porque entonces se parecia mas á Cristo. Sucedíale ir al refectorio, y no hallar qué comer, y con un poco de pan y fruta, cogida de la huerta de su convento, quedaba mas satisfecho que si hubiera comido muchos regalos: porque aunque le socorria Dios nuestro Señor muchas veces con maravillosa providencia á él y á sus religiosos en la mayor necesidad; otras los dejaba padecer, para probar en estas su paciencia y alentar con aquellas su confianza. En lo exterior mostraba la pobreza que tenia en lo interior de su corazon; porque sus vestidos eran viles y viejos, pero honestos y limpios; y en las constituciones de su religion advierte, que la limpieza acompañe siempre á la pobreza. Solia decir, que un hábito viejo de cien años, lleno de remiendos, fuera para él bordado de ricas joyas y piedras preciosas; y con eso procuraba traerle muy pobre al gusto de su espíritu. En su celda no habia mas alhajas que una estampa de papel, sin algun ornato; que el pobre de espíritu, aun en las cosas de mas devocion, renuncia lo rico y curioso: pero libros, que actualmente le servian para sus estudios; y no siéndole alguno necesario, le llevaba á la librería para cumplir con las leyes de la mas perfecta pobreza, que veda el uso ocioso de las cosas, concediéndole solamente de las precisas: en lo demás era su celda traslado de aquella en que hospedaba á Eliseo la Sunamitis, una camilla angosta, un bufete, un banquillo y un candil: alhajas que por pobres, son ricas y de valor á los ojos de Dios nuestro Señor. Finalmente, la virtud de la pobreza es como la divisa de este santo, y á ella amó únicamente, como dice la sagrada Rota; y por eso desechó con tanta constancia las rentas del conde Oppido, y la demasiada liberalidad del obispo de Verona. Todas sus riquezas tenia en el tesoro de la Providencia divina, que es una fuente manantial de bienes para los que confian en ella, como lo experimentó muchas veces san Cayetano, y despues innumerables veces toda su religion. Siendo prepósito del convento de Venecia, fué una persona, á quien se debia cierta cantidad de dinero, á pedirle con mucha instancia, porque necesitaba de ella. No tenia el santo dinero con que satisfacerla; pero tenia confianza en el Señor, que luego envió un mancebo, que debió de ser un ángel, y sin decir quién era, ni de dónde venia, puso en manos del santo cabalmente la cantidad que se debia, y con esto se despidió. Siendo superior de Nápoles, no se aderezó de comer un dia, por no haber mas que un pan en casa: mandó el santo que bajasen los religiosos al refectorio; y estando sentados á la mesa, los entretenia con alabanzas de la santa pobreza, animándolos en la confianza en Dios nuestro Señor, cuando oyeron tocar á la portería: acudió el portero, y halló una canasta de panes muy blancos y regalados, sin parecer quién los habia traido, y de ellos comieron los religiosos con gran consuelo, creyendo que Dios nuestro Señor los habia proveido por medio de algun ángel. Muchos ejemplos semejantes pudiera traer, de los cuales algunos se han experimentado en el convento de esta córte de Madrid, en que se ve cuán hijos son en la observancia y religion estos padres de su santo fundador; pues tanto los favorece el Señor.

Las demás virtudes fueron iguales en san Cayetano. Fué verdaderamente humilde con aquella propiedad, que segun san Bernardo, tiene el humilde verdadero, que quiere ser tenido por vil; nó celebrado por humilde. Huia sus aplausos y se alegraba con los desprecios; y por eso encubriendo lo que le podia ganar alguna estimacion, descubria lo que podia traerle algun desprecio. Tenia en un pié una falta, que se le ponia disforme, y cuando estaba con otros en conversacion, levantaba un poco, como al descuido, la sotana, para que viendo el pié hiciesen burla de él. Pedia á sus hijos que le encomendasen á Dios, diciendo: Encomendadme á Dios vosotros, que sois verdaderos siervos suyos: teniéndose él por siervo inútil y desaprovechado. Juzgábase indigno de ser sacerdote, y de celebrar el santo sacrificio de la misa: y cuando hacia años que celebró la primera misa, solia decir: Tal dia como hoy cometí aquel acto de soberbia tan grande: pareciéndole habia sido grande soberbia haberse atrevido él á decir misa. Mandó el santo padre que en su órden se diese á los sacerdotes el título de «don» por mayor respeto y autoridad de la dignidad sacerdotal; pero él no le usaba, ántes se firmaba en las cartas: Cayetano, clérigo miserable. En el exterior de su persona, y en la modestia de todas sus acciones, parecia un retrato de la misma humildad: sus ojos clavados en el suelo: sus manos metidas en las mangas del hábito, y recogidas al pecho: hablaba con voz baja; y todos sus pasos y movimientos causaban edificacion en quien los miraba. A todos sus religiosos encomendaba el ejercicio de la humildad, y á los novicios les decia: Es necesario humillarse para aprender el abecé de Cristo. De esta humildad le nacia el deseo que tenia de obedecer, ántes que mandar; y así se alegraba mucho cuando acababa algun gobierno, y empezaba á ser súbdito de otros. Llamábanle *perpetuo obediens*: el que obedecia perpetuamente; que es alabanza muy semejante á la de Cristo: *Obediens usque ad mortem*: el que obedece hasta la muerte. A sus prelados y confesores, obedecia á ciegas, teniendo por bueno y acertado cuanto le mandaban, y no queriendo tener en nada eleccion propia, sino seguir en todo la de sus superiores, para no errar: que fuera de ser ejemplo raro de obediencia, es acto de profunda humildad y de extremada prudencia. Cada mañana ántes de decir misa, pedia licencia al superior, y sin ella no se atrevia á llegar al altar; y este ejemplo imitaban sus religiosos, pidiendo licencia á su prelado siempre que habian de decir misa ó comulgar. Parecióle que quien es superior, tiene mayor obligacion de obedecer á sus superiores; porque si no es él obediente á sus prelados, no puede pedir que le sean obedientes á él sus súbditos; y conforme á esto le dijo al conde de Oppido (que se quejaba de sus criados, que eran poco puntuales en servirle): ¿Por ventura señor conde, es V. S. tan puntual en servir á Dios como desea que sus criados le sirvan? No se admire que ellos falten con V. S., si V. S. falta con Dios.

Dotóle Dios de acertado consejo y singular prudencia, que se mostraba en todas sus palabras y acciones. Gobernaba á sus súbditos con clemencia y suavidad, mas que con rigor y severidad; para que los que vienen á la reli-

gion á buscar paz, hallen lo que buscan, nó rigor y aspereza. Sentia que el mejor modo de gobernar á los religiosos es hacerse dueño de sus voluntades con amor; porque de esta manera persuadirá el superior cuanto quisiere; y así lo hacia él y aconsejaba á otros que lo hiciesen. Excusándose el padre don Pedro Fuscareno del cargo de prepósito que le daban, pareciéndole mayor que sus fuerzas y talentos, le dijo el santo: Si quereis no sentir el peso del cargo que os han dado, procurad ser bien quisto de vuestros súbditos en Dios y por Dios. No queria que hubiese exenciones y particularidades en la vida comun, sino que todos siguiesen un mismo estilo de vivir, ordenado por las constituciones; tanto, que no quiso dar el hábito á cierta persona muy célebre y afamada por sus letras, solo porque pedia en la comida alguna particularidad por ser achacoso de estómago, y poder salir de casa mas á menudo de lo que acostumbraban los religiosos de ella. Sin embargo miraba mucho por los que tenian necesidad de regalo; porque esto no le parecia que era ofender á la comunidad, sino atender á la misma comunidad y á la caridad. Una regla guardaba para tener acierto en todos los negocios, que primero consultaba con Dios lo que debia hacer en ellos, despues lo ponia por obra.

En la penitencia fué tan señalado, que le llamaban algunos, «varon de gran penitencia;» y para entender cuál seria, baste saber lo que solia decir el mismo santo: Que aborrecia su cuerpo, como al mismo demonio. Comia poco; y su comida era ordinariamente de yerbas, y muchas veces se pasaba con pan y agua: bebia vino por necesidad, pero con gran moderacion; y fuera del refectorio nunca comia, ni bebia, aunque tuviese mucha sed. Comiendo poco, velaba mucho, pasando las noches en oracion, ó leccion, estudiando para predicar y enseñar á los prójimos: y cuando la necesidad le obligaba á tomar algun descanso, se echaba sobre su pobre camilla, que en lo duro y desacomodado no se diferenciaba de la tierra desnuda. Andaba ceñido de cadenas, vestia cilicio, y tomaba frecuentes, largas y rigurosas disciplinas. Todos sus sentidos tenia enfrenados y mortificados. El año de 1534, entró en Nápoles el emperador Carlos V, despues de la victoria de Túnez, con tanta ostentacion y pompa, que arrebataba la curiosidad de los mas mortificados, y satisfacia el deseo de los mas curiosos; y pudiendo verle sin nota ni reparo, con solo asomarse á la ventanilla de su celda, no lo quiso ver, por mas que le importunaban algunos amigos suyos, ponderándole cuán digno de verse era aquel cesáreo triunfo. Con la penitencia y mortificacion conservaba pura su alma y cuerpo, aun de las mas leves manchas de deshonestidad; y temeroso de sí mismo, rogaba á la Vírgen de las vírgenes, que las torpezas que oia en las confesiones no turbasen su espíritu, ni dejasen feas representaciones en su imaginacion. Con las mujeres hablaba por necesidad, y muy pocas palabras, y le ofendia de manera el traje profano, que no las admitia en su confesonario, hasta que le reformaban. En el proceso que se hizo en Nápoles, en órden á su canonizacion, se dice: «Que su pureza resplandecia en su rostro y semblante modesto; y en sus costumbres era irreprensible, sin haber qué notar en ellas.» En las constituciones pide á sus religiosos que imiten la puridad angélica en la vista, palabras y acciones; y el mismo santo la imitó, de modo, que le llamaron: *Angelicæ puritatis imago*: Traslado de la pureza angélica A todos procuraba, cuando vivo, aficionar á la castidad. Despues de muerto, muchísimos (como dice la sacra Rota) se han visto por su intercesion libres de molestísimas tentaciones de carne que por mucho tiempo habian padecido: lo cual es argumento de la gran pureza y angélica castidad de este celestial varon. Finalmente, dice la sacra Rota, que los resplandores de las virtudes con que fué adornado san Cayetano, como de un vestido, le acompañaron desde la cuna hasta el sepulcro.

Fueron creciendo estas luces y resplandores hasta el perfecto dia, que en los santos es el dia de la muerte: porque viendo Dios á Cayetano con el colmo de méritos á que le tenia predestinado, quiso llevarle á que recibiese la corona merecida. Ocasionáronle su última enfermedad los alborotos que hubo en la ciudad de Nápoles el año de 1547, por las resistencias que hacian los napolitanos á que se introdujese en su reino el tribunal de la santa Inquisicion, pareciéndoles á los napolitanos, con falso zelo, que era agraviar su fé introducir semejante tribunal, no considerando que no todos los remedios arguyen enfermedad, pues muchos son preservativos; y que un cuerpo muy grande no se desacredita con la enfermedad de alguno de sus miembros: mas al fin se ocasionaron muchos tumultos y muertes; y el santo, afligido de las ofensas de Dios y de los males de los napolitanos, á quienes amaba mucho por el bien que le hacian á él y á sus religiosos, alargaba sus vigilias, multiplicaba sus oraciones, aumentaba sus ayunos y penitencias, pidiendo á Dios el remedio de tantos males, y repitiendo por modo de jaculatoria: *Ut civitatem istam defendere, pacificare et custodire digneris: te rogamus, audi nos.* Muchos dias tuvo descubierto el santísimo Sacramento, mandando á sus religiosos orasen dia y noche delante de él; y en comunidad hacia muchas rogativas: compuso tambien una oracion muy devota y grave de textos de la sagrada Escritura, para pedir á Dios que aplacase su enojo contra aquella ciudad y contra todo el mundo. Andando en estos ejercicios enfermó y cayó en la cama, y en ella no cuidaba de sí ni de su salud, sino de la paz de Nápoles. Agravósele el mal con la noticia que vino á Nápoles de haberse interrumpido el santo concilio tridentino, de que tomó el santo mucha pena, por dilatarse el cumplimiento de su deseo, que era el remedio de las herejías, que del buen suceso del concilio esperaba. Viendole el médico en tanto peligro, mandó que le pusiesen un colchon sobre el jergon que tenia; mas él lo rehusó, diciendo: No quiero cama blanda y mullida; ántes deseo morir en una cruz, ó á lo ménos tendido en el suelo, cubierto de ceniza y vestido de cilicio. ¿Para qué buscais regalo para un cuerpo que tan presto se volverá polvo y ceniza, y será manjar de gusanos? Justo fuera imitar en la muerte á mi señor Jesucristo: mas ya que no puedo morir en una cruz como él murió por mí; á lo ménos no me priveis de esta cama por ser algo dura y estrecha; ántes añadid descomodidades y trabajos, para ayudarme á conformarme en algo á mi Redentor. Querian los religiosos llamar otro médico, porque el del convento era mozo y de poca experiencia, y el mismo médico lo solicitaba; mas el santo, que no temia la muerte y despreciaba la vida, dijo: Que de ninguna manera se llamase otro médico, porque él era un pobre religioso y su vida de muy poca importancia para hacerse junta de médicos. Fuese agravando la enfermedad: y conociendo el santo

que se acercaba su fin, recibió los sacramentos con gran devocion, y pidió perdon á los religiosos si en algo les habia ofendido; y luego, como en testamento y última voluntad, les encomendó la santa pobreza, que tanto amó toda su vida, diciendo: Hijos mios, hasta aquí, gracias al Señor, he vivido pobremente, y siempre he deseado morir pobre: esta virtud os encomiendo mucho. Luego comunicándole Cristo en su alma los dolores que él padeció en su cuerpo, y regalado de María santísima, que se le apareció en aquella hora acompañada de ángeles, dió el espíritu á su Criador á 7 de agosto de dicho año de 1547.

Alcanzó el santo, muerto, en el cielo lo que tanto habia deseado vivo; porque en el mismo dia de su muerte se sosegaron los alborotos de la ciudad de Nápoles, como lo testifica un elogio antiguo que se guarda en el archivo de San Pablo, y lo confirma la sacra Rota. Acudió innumerable gente de todos estados á su entierro, mostrando la veneracion que le tenian, con besar sus piés y manos, y procurar alguna de sus reliquias. Reveló Dios á algunas personas la grande gloria de que gozaba su siervo: y dice Fr. Juan de San Bernardo, religioso francisco, que escribió en Toscana la vida de san Pedro de Alcántara, que este gloriosísimo padre vió el dia que espiró san Cayetano, subir su alma al cielo, acompañada de ángeles y coronada de gloria, y que dijo entre gozoso y lastimado: ¡O qué gran columna ha faltado hoy al edificio místico de la Iglesia! Desde que murió, le veneraron como santo, y en particular el beato Andrés Avelino de su órden le tenia particular devocion, y engrandecia mucho sus virtudes y perfeccion.

Adornó Dios á este santísimo varon, en vida, del espíritu de profecía, é hizo por él muchos milagros; pero despues de su dichosa muerte, son tantos los que el Señor ha obrado por los merecimientos de su siervo, que de ellos solo se puede hacer un libro. Véalos quien quisiere, en la vida que escribió el padre don Manuel Calasibeta; que yo los dejo por brevedad.

Nuestro santísimo padre Clemente X, canonizó solemnemente á san Cayetano á 12 de abril del año de 1671 juntamente con san Francisco de Borja, de la Compañía de Jesus, san Felipe Bencio, de la órden de los Servitas, san Beltran y santa Rosa, de la religion de los Predicadores, dándole el primer lugar, como á fundador de una religion tan grave é ilustre; y despues ha mandado se reze de él en toda la Iglesia, como de santo confesor con oficio de *semiduplex*.

SAN DONATO, OBISPO Y MÁRTIR. — San Donato, obispo de Arezzo, que es ciudad en Italia, en la provincia de Toscana, fué hijo de padres nobles, ricos y santos; porque fueron martirizados, á lo que parece, en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, dejando á su hijo Donato de poca edad: el cual, por huir el furor de aquella persecucion, se retiró á la ciudad de Arezzo, y allí se juntó con un monge de santa vida, llamado Hilarino, por el cual Dios hizo muchos milagros. Resplandecia Donato con su santa vida, y era muy bien enseñado en todo género de letras y erudicion. Fué ordenado de diácono y de presbítero por Saturo, obispo de Arezzo; y finalmente por su muerte fué electo obispo de la misma ciudad, con grande aprobacion y contento de todos los fieles. Obró Dios por san Donato grandes milagros, entre los cuales refiere san Gregorio papa, que habiendo los gentiles quebrado el cáliz de vidrio, con que en aquel tiempo se decia misa, san Donato mandó juntar todos los pedazos del cáliz quebrado, y haciendo oracion al Señor, el cáliz quedó sano y entero: y por este milagro dice Adon Vienense, que setenta y nueve paganos se convirtieron á la fé de Cristo nuestro Señor. Daba salud á muchos enfermos: libraba á los endemoniados: en una gran sequedad alcanzó lluvia del cielo: y estando él fuera de la ciudad, y volviendo á ella mientras que llovia, no se mojó. Un cobrador del fisco del emperador, llamado Eustacio, tenia una cantidad de moneda, de las rentas que habia cobrado del emperador: encomendóla á su mujer, que se llamaba Eufrosina; la cual estando ausente su marido, sabiendo que venian soldados y gente de guerra á Arezzo, temiendo que no la robasen, la escondió debajo de tierra; y ántes que volviese á casa su marido, murió. Cuando Eustacio tornó á su casa, halló muerta su mujer, y no halló la moneda que habia dejado, ni rastro, ni memoria de ella. Habia de pagar al fisco lo que habia cobrado, y no tenia con qué: vióse en grande aprieto, y muy afligido acudió á san Donato, por remedio: el cual, yendo con el marido á la sepultura de la mujer, habiendo hecho oracion, la dijo: Eufrosina, yo te conjuro y mando de parte de Dios, que nos digas dónde pusiste el dinero que te dejó tu marido: y oyóse luego dentro del sepulcro una voz que respondió á san Donato, y le dijo en donde estaba, y que cavado en tal lugar, le hallarian; y así fué: y con esto el marido salió de aquella angustia y afan. Otra vez, escribe san Antonio, que habiendo tomado un buen hombre doscientos sueldos prestados de otro, y dádole una cédula firmada de su mano que se los pagaria; despues se los pagó, y no cobró la cédula. Vino á morir, y el acreedor ponia impedimento que no le enterrasen, hasta que le hubiesen pagado los doscientos sueldos, mostrando la cédula que tenia en su poder. Vino muy llorosa á san Donato la mujer del difunto, y contóle lo que pasaba, y los doscientos sueldos sin duda se habian pagado, aunque aquel hombre, por no haber entregado la cédula, les hacia guerra con ella. San Donato se fué al cuerpo, que estaba sobre las andas, y díjole: Levántate y vuelve por tí: que este hombre no quiere dejarte enterrar. Sentóse luego el difunto sobre sus andas, y convenció á su acreedor de aquella maldad, con que negaba haber recibido los dineros, é hízole darle la cédula, y rasgarla, y pidió á san Donato que le mandase volver á morir, y así se hizo. Con estos y otros milagros convirtió san Donato á muchos gentiles, é hizo gran guerra á los demonios: lo cual sabido por Quadraciano, prefecto del emperador Juliano Apóstata, hizo prender á san Donato é Hilarino, para que sacrificasen á los dioses: y como los santos se riesen de sus amenazas y espantos, mandó apalear tan fuerte á Hilarino, que dió en aquel tormento su espíritu al Señor: y á Donato, despues de haberle dado muchos golpes con piedras á la boca y tenídole en una oscura cárcel, le mandó degollar. Los cuerpos de estos santos fueron enterrados cerca de la ciudad. Fué su martirio á los 7 de agosto, el año del Señor de 362, y el segundo del imperio de Juliano: y aunque san Donato y san Hilarino fueron martirizados en un mismo dia, la Iglesia hace conmemoracion de san Donato el dia en que murió, y de san Hilarino á los 16 de julio, cuando su sagrado cuerpo se trasladó á Ostia. Hacen mencion de san Donato los Martirologios, romano, de Beda, Usuar-

do, Adon y san Antonino, arzobispo de Florencia: y el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el Martirologio advierte, que los Actos de san Donato están confusos, como lo podrá ver el que quisiere, en el mismo autor. Nosotros habemos sacado lo que nos parece mas verdadero y mas conforme á lo que escriben de Juliano, emperador, los autores antiguos de la historia eclesiástica y seglar.

SAN ALBERTO, CONFESOR. —A los siete de agosto hace mencion el Martirologio romano de san Alberto, religioso del Cármen, varon santísimo: cuya vida, referida por el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo, fué de esta manera.

Nació san Alberto en el reino de Sicilia: tuvo por padres á Benedito y á Juana, personas de sangre ilustre, los cuales vivian en la ciudad de Trapano, ó Trapani, con gran ejemplo de virtud y honestidad. Habian sido casados veinte y seis años, sin tener hijos: tomaron por medianera á la sacratísima vírgen María nuestra Señora, y prometiéronle, que si les daba un hijo varon, le consagrarian á su servicio en la órden de su nombre. Concibió Juana, y estando preñada, vió en sueños que salia de su vientre un cirio encendido muy resplandeciente; y la misma vision tuvo Benedito, su marido, y por ella confiriéndola entre sí, entendieron que el hijo, que la madre tenia en sus entrañas, salido á luz, habia de alumbrar á muchos. Nació el niño: llamáronle Alberto: criáronle con gran cuidado, como á hijo de oraciones, y dado la mano de Dios por intercesion de la Vírgen, y despues que creció le aplicaron á los estudios, para que aprendiese las letras convenientes á su edad. Siendo de ocho años, como era hijo de padres tan nobles y ricos, y él de suyo muy amable y bien acondicionado, no faltó quien le pidió á sus padres para desposarle con otra doncella de gran linaje y raras partes: y aunque el padre venia bien en ello; la madre no lo consintió, acordándose del voto que habia hecho á nuestra Señora ántes de tenerle, como habian prometido dedicarle á su servicio, si se le diese: y así la madre llamó á su hijo Alberto, y le declaró el voto que habia hecho, rogándole que le cumpliese y tomase á la Vírgen sacratísima por abogada y madre; y el niño prometió de hacerlo, y tomando la bendicion de sus padres, se fué al monasterio del Cármen, que está cerca de Trapani, y pidió el hábito: y aunque al principio los frailes no le quisieron recibir temiendo á sus padres, despues le recibieron con gran gusto y alegría, porque sus mismos padres habiendo sido reprendidos de la sacratísima Vírgen, porque tardaban tanto en darle lo que habian prometido, se les pidieron y rogaron. Tomó el hábito con gran gozo suyo y concurso de la gente noble; y ántes de tomarle con sus propias manos, dió á los pobres el vestido que traia, y aunque era niño comenzó luego á resplandecer y á mostrar con sus virtudes que Dios especialmente le habia escogido para gran gloria suya. Mas el demonio, temiendo el daño que le podia venir, le acometió en figura de una doncella muy hermosa y graciosa, y le tentó terriblemente, para que dejase aquella vida áspera que habia comenzado, y por su delicada y tierna edad no podia seguir, y se casase con ella; pues tanto le amaba y deseaba su compañía. Pero Alberto conoció que aquellos eran silbos de la serpiente venenosa é infernal, que se habia trasformado en aquella doncella; y haciendo sobre sí la señal de la cruz desapareció el enemigo que le tentaba.

Hizo su profesion, y para mas perfectamente cumplir lo que habia prometido, se dió á los ejercicios de todas las virtudes religiosas, y especialmente á la aspereza y penitencia. Ayunaba muy amenudo y con gran rigor, los lúnes, miércoles y viérnes, y traia un áspero cilicio: echábase desnudo sobre unos palmitos: vestíase de paño grosero, y no se avergonzaba de andar roto: nunca bebia vino, y á los viérnes mezclaba con el pan la yerba de los ajenjos, para mas mortificarse: huia la ociosidad, como veneno de la virtud: era castísimo y amicísimo de la santa obediencia: aventajábase sobre todos en la pobreza y humildad: dió todo su patrimonio á los pobres religiosos; y con estas virtudes mereció ser ilustrado del Señor, de manera, que andando el tiempo, predicaba y convertia muchos judíos á nuestra santa religion, especialmente despues que se ordenó de misa, aunque lo hizo contra su voluntad y por pura obediencia de sus superiores; porque se tenia por indigno llegarse al sacrosanto misterio del altar para celebrar. Comenzó nuestro Señor á honrar y glorificar á su santo, con muchos milagros que obró por él. Estaba un domingo en la noche haciendo oracion afectuosamente en la iglesia: quiso el demonio espantarle apagando la lámpara que allí ardia, y no pudo, mas hízola caer en el suelo: pero el Señor la guardó, para que no se quebrase ni apagase.

Tenia Roberto rey de Nápoles, cercada y muy apretada la ciudad de Mesina, y los de dentro morian de pura hambre, sin tener cosa que comer. Acudieron á san Alberto, que á la sazon estaba en Mesina, para que su oracion alcanzase de Dios el remedio, que ninguna industria humana podia descubrir. Oró Alberto en la misa con grande fervor y eficacia, y luego se oyó un terrible trueno, y de él una voz que á guisa de trompeta decia: Oido ha Dios tus oraciones: y sin saber por donde, ó como hubiesen entrado (porque el cerco de los enemigos era muy apretado), se vieron en el puerto tres galeras cargadas de provision, que se repartió á la gente necesitada de la ciudad: y con esto respiró y cobró ánimo y se defendió. Túvose entendido que aquellas tres galeras habian sido guiadas de los ángeles; porque no parecieron mas, ni hubo quien conociese á los capitanes y marineros de ellas. Habia un monge en el monasterio de San Salvador de Mesina que estaba para morir de una apostema que se le habia hecho en la garganta: hizo sobre ella la señal de la cruz Alberto; y luego la apostema reventó, y escupiendo el enfermo mucha materia por la boca, quedó sano.

Queriendo echar un demonio que atormentaba una doncella, haciéndola la señal de la cruz sobre la frente, el demonio le dió un bofeton en el carrillo derecho; y el santo sin turbarse al punto volvió el otro carrillo, y le dijo al demonio que le diese otro: y no pudiendo el maligno y soberbio espíritu sufrir tanta humildad, y tornando á hacer sobre ella la señal de la cruz y echarla un poco de agua bendita, se partió de aquel cuerpo que atormentaba, dando un espantoso trueno.

En Trapani libró á una mujer que habia seis dias que peleaba con la muerte, por los crueles dolores de parto que padecia, dándole un poco de aceite bendito, con que se untase el vientre, y diciendo: Nuestro Señor Jesucristo por los merecimientos de su santísima Madre te sane: y así como ella sin detrimento de su virginidad concibió y parió sin dolor; así tú, sin peligro de tu vida, paras la criatura que tienes en tus entrañas, para que sea consagrada

á Dios; luego parió una hija, que despues dedicó á Dios. En la Tierra-Santa sanó un judío muy fatigado de gota coral: y con este milagro, él y sus padres se convirtieron á nuestra santa fé, y el hijo se hizo religioso, y vivió y murió santamente.

Otra vez camino de Girgenti libró á ciertos judíos que se ahogaban en un rio, estando san Alberto de la otra parte del rio mirándolos: pidiéronle el bautismo; y él sin temor alguno andando sobre las aguas, llegó á ellos y los libró de aquel peligro.

Siendo provincial de su órden en Sicilia, y visitando á pié y con un báculo en la mano, su provincia, el compañero quebró un vaso de barro, en que llevaban un poco de pan y agua, que era todo su sustento; y hallándose el compañero confuso, san Alberto le mandó traer el baso, hallóle entero, y lleno de agua.

A un fraile muy devoto de nuestra Señora, habia engañado el demonio y entibiádole en su devocion, y tentádole tan fuertemente, que cayó en un consentimiento deshonesto con una mujer; y al tiempo que el pobre trataba de cumplir su mal deseo, el santo le llamó secretamente, y como el santo le leyera su corazon, así le declaró lo que habia determinado, exhortándole á penitencia y á pedir misericordia á la Vírgen sacratísima: y así lo hizo cobrando por oraciones del santo la devocion de la Vírgen que habia perdido.

Tres años habia padecido una señora una llaga incurable en el pecho: prometió al santo una imágen de plata, y de vestir tres pobres frailes si sanaba. Mandóle él que se untase con un poco de aceite: untóse con el aceite de su lámpara, y quedó del todo sana.

Tuvo revelacion del dia en que habia de morir; y así lo dijo á sus frailes: y que una hermana suya (que estaba léjos de allí doscientas y setenta millas) moriria aquel mismo dia y á la misma hora que él, como murió. Y estando todos los religiosos al rededor del santo orando por él, vieron salir su bendita alma en forma de una paloma blanca como la nieve, y volar al cielo, dejando el cuerpo en el suelo vestido de cilicio, del cual salia un olor suavísimo, y una fragancia mas del cielo que de la tierra; y una campana que el santo habia mandado hacer, se tañó por sí misma, sin que ninguno la tocase. Hallóse á su entierro el rey de Sicilia, y los grandes señores y nobles del reino, y algunos obispos con innumerable pueblo, procurando cada uno llevar algo, como un precioso tesoro de sus vestidos y reliquias con los cuales obró Dios grandes milagros. Hubo gran contienda entre el clero y el pueblo, sobre la misa que se habia de decir en las exequias del santo, porque el clero queria que se dijese *de Requiem*; y el pueblo de un santo confesor: pero puestos todos en oracion, aparecieron en el aire dos niños resplandecientes con estolas blancas, y dijeron que se habian de cantar: *Os justi meditabitur sapientiam:* y se dijo la misa de un confesor, entendiendo que aquella era la voluntad de Dios. Concurrian de muchas partes remotas al sepulcro de san Alberto muchos enfermos, cojos, ciegos, leprosos, paralíticos; y dentro de pocos dias volvian sanos á sus casas: y la manera de sanar era, que postrados primero delante del sepulcro del santo, ayunaban tres ó cuatro dias pidiéndole su favor; y á media noche veian una luz clarísima y en ella á san Alberto vestido de blanco, que los daba entera salud.

Murió el santo á los 7 de agosto el año de 1292 y despues de muerto castigó el Señor, unos soldados que habian profanado el templo en que estaba su sagrado cuerpo, el cual se halló en el arca, donde estaba puesto de rodillas, como pidiendo venganza á Dios de aquel sacrilegio, y así en la misma hora murieron todos aquellos soldados de pestilencia. Y porque no hay cosa tan santa que los malos no la echen á mala parte, y de la medicina saquen veneno, estando un predicador del Cármen, predicando al pueblo la santidad de Alberto y sus grandes merecimientos, un sacerdote (movido del padre de la envidia) dijo allí públicamente que mentia el predicador, y todo lo que decia era falso y fingido: y luego al momento se le cayeron delante de todos los circunstantes, las entrañas: y conociendo su culpa, pidió con muchas lágrimas perdon al santo, prometiendo guardarle su dia y ayunar su vigilia; y con esto alcanzó la salud.

Otra vez pretendieron ciertos clérigos, instigados del demonio, quitar la imágen del santo que el pueblo reverenciaba, y yendo de noche á ejecutarlo, un paralítico que habia doce años que no se podia mover, repentinamente sanó, y se opuso á los que iban á derribar la imágen, contándoles el milagro que Dios habia obrado por él; y espantados desistieron de su mal intento.

En la ciudad de Trapani, habiendo uno jugado y perdido su hacienda, viendo dos imágenes, una de nuestra Señora, y otra de san Alberto, loco y como fuera de sí, echando mano á la espada, fué á la imágen de san Alberto diciendo: muchas veces te he llamado y no me has oido, no te tendré mas por santo, pues no me has podido ayudar; y tú, María, que eres llamada Madre de gracia, tambien has cerrado á mis ruegos tus orejas: y diciendo esto, hirió las imágenes, de las cuales salió mucha sangre, y viniendo del cielo un rayo hizo ceniza aquel pobre y desventurado sacrílego.

De san Alberto hace mencion el Martirologio romano á los 7 de agosto, y la Crónica del Cármen, y el cardenal Baronio en sus anotaciones; y Fr. Bautista Mantuano escribió en verso su vida.

* San Victricio, obispo y confesor. — No se sabe de este santo el lugar de su nacimiento. Servia en los ejércitos de Constantino el Grande, y cuando Juliano Apóstata quiso restablecer el paganismo entre sus súbditos, convirtióse á la fé de Jesucristo. Cierto dia hallándose las tropas reunidas, adelantándose Victricio depuso sus insignias militares y sus armas á los piés del tribuno, renunciándolo todo para revestirse interiormente de la paz y de la justicia cristiana. Visto esto por el tribuno mandó que fuera allí mismo azotado, y á pesar de haber quedado con este suplicio horriblemente desfigurado, no se abatió en lo mas mínimo su valor y constancia. Conducido luego á una cárcel, lo estendieron desnudo sobre un lecho de pequeños guijarros puntiagudos, cuyo tormento solo sirvió para dar mayor realce á su constancia, y presentado por último al general del ejército, condenóle á ser decapitado. Sereno y tranquilo marchaba al lugar del suplicio, é insultándole el verdugo, perdió este la vista; á cuyo milagro sucedió otro, pues habiendo pedido le aflojaran las cadenas que ataban sus manos (pues le habian entrado en la carne), y no pudiendo conseguirlo, cayeron por sí mismos los grillos, despues de implorado el socorro divino. Anunciaron al general lo que habia sucedido, y este lo

participó al príncipe, quien, movido por estos milagros, le alcanzó la vida y la libertad. Retirado despues Victricio á la soledad, se fué á la Galia Bélgica á predicar la fé de Jesucristo, haciendo admirable fruto; lo que sabido por el romano pontífice lo nombró obispo apostólico, y luego elevado á la silla episcopal de Rouen, la que ilustró con sus ejemplos, virtudes y milagros. Mucho trabajó este santo obispo en bien de la religion: dirimió diferencias suscitadas entre los obispos de la Gran Bretaña; mandó construir varias iglesias y monasterios; asistió casi á todos los concilios de su tiempo; y despues de haber visitado los santos lugares de Roma, cargado de años y de merecimientos; murió en su diócesis de Rouen el dia 7 de agosto del año 415.

San Pedro, san Julian, y otros diez y ocho compañeros, mártires.—En tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, no queriendo sacrificar á los ídolos, fueron atormentados con varios suplicios, y por fin degollados en Roma, durante el siglo III.

Los santos Carpóforo, Exanto, Casio, Severino, Segundo y Licinio, mártires.—Carpóforo y Exanto eran soldados, y familiares del emperador Maximiano, cuando este estaba en Milan. Se les encargó la custodia de Casio, Severino, Segundo y Licinio que estaban en la cárcel por haberse publicado cristianos. Habiendo hablado con ellos los dos soldados, abrazaron la religion verdadera, y empezaron á decir públicamente que los dioses del imperio eran una impostura, y que solo habia un Dios verdadero, y este era el de los cristianos. Bautizados en seguida por san Materno, obispo de Milan, sacaron de la cárcel á los santos detenidos, y se escaparon con ellos, dirigiéndose á Como. Cuando el emperador Maximiano supo su fuga, envió emisarios á todas partes para buscarlos, y habiendo dado con ellos en una casa junto á Como, allí mismo los castigaron cruelmente, y por fin les cortaron la cabeza.

San Fausto, mártir.—Nació en Milan, abrazó la carrera de la milicia, conoció la verdad de la religion cristiana siendo aun muy jóven, y fué bautizado por el obispo san Cayo. Permaneció por mucho tiempo practicando ocultamente los deberes que el Evangelio impone á todos los fieles, hasta que, habiéndose publicado los sangrientos edictos del emperador Aurelio Cómmodo contra los cristianos, confesó generosamente á Jesucristo. Llevado á la presencia del juez pagano, se mantuvo inflexible en su confesion, y despues de varios tormentos fué degollado, sucediendo su martirio durante el siglo II.

San Domersio, y dos discípulos suyos, mártires.—Eran monges en Persia, y vivian retirados no solo de los tumultos y diversiones del mundo, sino hasta del comercio con las personas piadosas. En su soledad aspiraban solo á su propia mortificacion, y su retiro no era turbado mas que por la presencia de otro monge que de vez en cuando iba á llevarles algun alimento. En el reinado del emperador Juliano el Apóstata, los soldados de este arrebataron á los tres santos de su soledad y los llevaron á Nisibe de Mesopotamia, donde los apedrearon hasta que entregaron su alma á Dios.

San Donaciano, obispo y confesor.—Floreció en el siglo IV, y fué obispo de Chalons, en Francia, cuya Iglesia gobernó por espacio de ochenta años. Durante este largo pontificado tuvo tiempo para desplegar todos los recursos de su zelo: así se le vió recorrer varias veces toda su diócesis, sembrar por do quiera abundante semilla de todas las virtudes, levantar templos, y asilos para la virtud ó el arrepentimiento, y dejar despues todo aquel pais convertido en un ameno jardin de la Iglesia. San Donaciano, murió á la edad de cien años, y fué insigne en milagros ántes y despues de su muerte.

DIA 8.

Los santos Ciríaco, Largo, y Esmaragdo, mártires.—El martirio de los santos Ciríaco, diácono, Largo, y Esmaragdo, sacada de los actos de san Marcelo, papa y mártir, que los notarios de Roma escribieron, fué de esta manera. Habiendo venido de África á Roma Maximiano, emperador, por hacer vana ostentacion de su poder y lisonja á Diocleciano, emperador, que le habia hecho su compañero en el imperio, labró un suntuosísimo edificio para honra y regalo del mismo Diocleciano: y viendo que los cristianos no se podian acabar con muertes ni tormentos, para mas afligirlos con un largo martirio, mandó que trabajasen en aquella obra como esclavos y gente vil, trayendo piedra, arena y los otros materiales necesarios para el edificio. Hízose así; y sin tener respeto á nobleza, á milicia, ni hidalguía, innumerables cristianos con gran fatiga y sudor, andaban ocupados de noche y de dia trabajando en él. Y es cosa mucha para notar, que habiéndose arruinado otras termas y edificios suntuosísimos de otros emperadores, de tal manera, que no ha quedado rastro de ellos; de este edificio hecho con el trabajo y sudor de tantos y tan gloriosos mártires, ha quedado en pié tanta parte, que de ella se ha edificado un solemne templo dedicado á nuestra Señora de los Ángeles, que hoy dia tienen en Roma los padres cartujos. Habia en este tiempo en Roma un hombre poderoso, rico y fidelísimo, llamado Trason, el cual compadeciéndose de los cristianos, secretamente los socorria, y les enviaba lo que habian menester, por Sisinio, Ciríaco y Largo, que asimismo eran cristianos. Supo san Marcelo papa, ó segun otros, san Marcelino, la piedad de Trason: agradóse mucho de ella, y ordenó á Sisinio y á Ciríaco de diáconos: los cuales, ejercitando su caridad, y llevando la limosna ordinaria de Trason á los cristianos que trabajaban, fueron presos una noche de las guardas y soldados de Maximiano, y por su mandato condenados á acarrear piedra y arena con los demás. En este trabajo se ocuparon los santos algun tiempo: y porque entre los otros cristianos que allí trabajaban, habia un santo viejo, llamado Saturnino, el cual por su mucha edad y flaqueza no podia llevar su carga; estos santos diáconos, con grande prontitud y alegría le aliviaban, y con su propia carga llevaban la del buen viejo que él no podia llevar. Admiró esta caridad á los gentiles, como cosa nueva y entre ellos no usada (porque la virtud tiene tanta fuerza, que se hace amar de quier que se halla, aun de los mismos enemigos), y dieron parte de lo que habian visto á Espurio, tribuno, y él á Maximiano: el cual los mandó prender y entregar á un prefecto, llamado Laodicio. Estando los santos diáconos en la cárcel, fué cosa maravillosa los muchos y grandes milagros que el Señor obró por san Ciríaco, diácono. Y para mas manifestar su gloria y confundir á los emperadores, permitió el demonio que entrase en Artemia, hija del emperador Diocleciano, y cruelmente la atormentase, y que á grandes

voces el mismo demonio dijese, que de ninguna manera saldria de aquel cuerpo sino viniese á echarle Ciriaco, diácono. Estaba Ciriaco (como dijimos) en la cárcel, casi ya olvidado y desconocido, cuando Diocleciano le mandó soltar y traer delante de sí, y le rogó que sanase á su hija y el santo diácono con grande imperio mandó al demonio, que en el nombre de Jesucristo saliese de aquella doncella, y él, sin poder resistir, salió amenazando á Ciriaco, que si le echaba de Artemia, le haria ir al reino de Persia. Quedó libre Artemia del espíritu maligno, que la atormantaba el cuerpo, y mas el alma; porque se hizo cristiana. Su padre Diocleciano por entonces quedó muy agradecido y trató bien á san Ciriaco, ayudando para esto la emperatriz Serena, que secretamente era cristiana, y despues fué mártir del Señor, y de ella hace mencion el Martirologio romano á los 16 de agosto. De allí á poco vino un embajador del rey de Persia al emperador Diocleciano, suplicándole que le enviase á Ciriaco, diácono; porque el demonio se habia apoderado de una hija suya, y la atormentaba crudamente, y decia, que no saldria de ella si Ciriaco no venia á echarle. A esta tan larga jornada se ofreció el santo diácono por la voluntad del emperador, y por la instancia que le hacia Serena, su mujer, no rehusando trabajo, fatiga ni peligro de tan largo camino, por la gloria que esperaba se habia de seguir al Señor. Iban muchos en su compañía en sus caballos y coches; y Ciriaco á pié con su bordon en la mano, cantando himnos y salmos, y alabando al Señor, hasta llegar al rey de Persia; el cual se echó á sus piés con grande humildad y reverencia, y le dijo la causa para que le habia llamado, y cuán fatigada estaba su querida hija Jobia del demonio: el cual á la misma hora comenzó á dar gritos, y el santo postrado en tierra, orando con muchas lágrimas, le mandó en el nombre de Cristo, que saliese luego de aquella doncella; y él, sin poder resistir, obedeció, y por aquel milagro, ella y el rey, su padre, y otras cuatrocientas y veinte personas se convirtieron y bautizaron. Ofreció el rey á Ciriaco grandes dones y tesoros, mas él no quizo aceptarlos, diciéndole: que los cristianos no vendian por precio los dones de Dios, sino que con fé los predicaban y estimaban. Comia un pedazo de pan y bebia un poco de agua, con Largo y Esmaragdo, sus compañeros; y pasados cuarenta y cinco dias, con cartas del rey de Persia, para Diocleciano, se embarcó en una nave, y llegó á Roma donde fué recibido de Diocleciano, y comenzó á vivir con quietud en una casa que le habia dado para su morada. Poco despues Diocleciano hizo ausencia de Roma, y Maximiano quedó en ella ejecutando su rabia é impiedad contra los cristianos y haciendo carnicería de ellos. Entre los otros mandó prender á Ciriaco, Largo y Esmaragdo, y que un dia en que habia de salir á ciertas fiestas con gran solemnidad, Ciriaco desnudo y descalzo, y cargado de hierros y cadenas afrentosamente fuése delante de su cárroza, para mayor menosprecio de la religion cristiana, y cometió á Cartasio su vicario la causa de estos santos mártires, para que si no sacrificasen á los dioses los hiciesen morir: y el juez viendo que por ninguna via los podia apartar de la fé de Jesucristo, hizo derretir mucha pez, é hirviendo, echarla sobre la cabeza de san Ciriaco: y al tiempo que se le echaban, decia el santo: Gloria á tí, Señor, porque me haces digno de padecer por tu nombre. Tras este tormento siguieron otros terribles. Descoyuntáronle sus miembros en la catasta, pidiendo el santo favor al Señor para vencer aquel tormento, que era terrible: y el Señor le esforzó, y le hizo vencedor del tirano. Finalmente, Maximiano le mandó cortar la cabeza en compañía de Largo y Esmaragdo y de otros veinte hombres y mujeres. Ejecutóse la sentencia fuera de los muros de Roma en la via Salaria, junto á los huertos llamados Salustianos. Sus cuerpos fueron sepultados por Juan presbítero, á los 16 de marzo, que fué el dia de su martirio. Despues á los 8 de agosto san Marcelo papa, con una santa matrona, llamada Lucinaut los trasladó y colocó en otro lugar mas decente en la via Ostiense, y en este dia de su traslacion celebra la santa Iglesia su fiesta. Escribieron de estos santos el Martirologio romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio en el segundo tomo de sus Anales; y lo mas principal de lo que aquí queda referido, está (como dijimos) en los actos de san Mercelo á los 16 de enero.

* San Hormisdas, mártir.—Las crueldades y horrores que esperimentó la Persia cuando reinaba Cosroes segundo, se renovaron en tiempo de Isdegerdes. Enemigo declarado de la religion de Jesucristo, hacia degollar á centenares los cristianos, desollando vivos á unos, partiendo otros por medio del cuerpo haciéndolos sufrir los mas atroces tormentos, pues que muchos horriblemente maltratados, eran atados de piés y manos y metidos en unos hondos y oscuros calabozos, eran roidos de los ratones y de otros animales inmundos, sin que pudieran defenderse. No solamente esta persecucion duró en tiempo de Isdegerdes, sino tambien la continuó su hijo Varanes. Cuando reinaba este, fué cuando sufrió el martirio Hormisdas, vástago de una de las antiguas familias de la Persia, pues su padre era un sátrapa de la raza de los Aquemenidas. Fué llamado el santo mártir por Varanes para que abjurara la religion cristiana, pero le contestó que ningun género de tormento seria capaz de separarle de la fé que profesaba. El rey al oir semejante respuesta lo despojó de todos sus bienes y honores, le mandó quitar sus propios vestidos, y despues de haberlo reducido á este estado lo echó de su presencia, condenándolo á conducir los camellos del ejército. Cierto dia Varanes vió desde una ventana á Hormisdas cubierto de polvo y de miseria, y acordándose de su nobleza, llamólo en su presencia dióle una túnica de lino y le dijo: Ceded de vuestra terquedad, y renunciad al Hijo del carpintero. Hormisdas rompió la túnica diciéndole que no aceptaba el regalo, supuesto que habia de renunciar á Jesucristo. Furioso el rey mandó fuese decapitado, como efectivamente se verificó en la capital de Persia á últimos del siglo cuarto.

San Marino, mártir.—Fué de la ciudad de Anazarbo en Cilicia, cuyos habitantes convirtió á Jesucristo, bautizándolos en seguida él mismo. Habiendo esto llegado á noticia de Lisias, prefecto de dicha ciudad, lo mandó llamar á su presencia, y despues de un largo interrogatorio, en que mostró el santo todo el valor y constancia de un mártir de Jesucristo, fué cruelmente azotado, y, cargado de pesados grillos, metido en la cárcel. Al dia siguiente se le llevó otra vez al tribunal donde sufrió un nuevo interrogatorio, que dió para el tirano el mismo resultado que el anterior. Despues de esto, se le colgó de un árbol suspendiéndole de los piés enormes pesas, y en esta postura lo quemaron á fuego lento; pero resistiendo al dolor de tan horrible tormento y continuando en cantar divinas

alabanzas, por órden del mismo Lisias fué decapitado, alcanzando la corona del martirio el año 301. Su cuerpo fué echado á los perros para que lo devorasen; pero un cristiano llamado Xancio lo recogió y le dió honrosa sepultura.

SAN SEVERO, PRESBÍTERO Y CONFESOR.—Natural de la India, fué tan fervoroso en sus predicaciones, que andando de region en region anunciando á Jesucristo, llegó hasta Viena de Francia, en cuya ciudad convirtió una multitud de infieles, destruyó un templo de los ídolos, y levantó otro en honor del protomártir san Estéban. Despues de haber consagrado toda su vida á la propagacion del Evangelio, murió en paz, durante el siglo V, glorioso en milagros.

LOS SANTOS ELEUTERIO Y LEONIDES, MÁRTIRES.—Ignoramos todas las circunstancias de la vida y muerte de estos santos, pues no tenemos de ellos mas noticias que las que da el Martirologio romano con estas palabras: «Los santos mártires Eleuterio y Leonides llegaron quemados á la corona del martirio.»

SAN MIRON, OBISPO Y CONFESOR. — Nació bajo el reinado del emperador Decio en la isla de Creta, de linaje distinguido. Su educacion fué esmerada y cristiana, y en todas sus acciones brilló siempre su piedad y la inocencia de su corazon. Fué extremadamente caritativo con los pobres y compasivo con toda clase de necesitados. Sus virtudes lo elevaron al sacerdocio, y despues al episcopado de su misma patria, cuya Iglesia vió renovarse en su tiempo todo el esplendor de los dias de los apóstoles. San Miron llegó á una extremada vejez, muriendo tranquilamente el año 350.

SAN EMILIANO, OBISPO Y CONFESOR.— Floreció en tiempo de los emperadores iconómacos, distinguiéndose por su energía y constancia en defender el culto de las santas imágenes. Consagrado obispo de Cizico, en el Helesponto, redobló su fervor y sus trabajos; pero el emperador Leon lo mandó encerrar en un oscuro calabozo donde se le hicieron sufrir todas las miserias é incomodidades de la vida. Emiliano fué siempre un modelo de conformidad y de paciencia: nunca se le oyó soltar una queja ni echar una mirada de indignacion á sus verdugos, que se gozaban en prolongar indefinidamente sus martirios. Por fin, despues de muchos meses de padecer, fué desterrado á una ciudad de Grecia, en la cual acabó santamente sus dias durante el siglo IX.

DIA 9.

SAN ROMAN, MÁRTIR. —El dia de la vigilia de san Lorenzo, que es á los nueve de agosto, hace la santa madre Iglesia conmemoracion de san Roman mártir: el cual, siendo soldado del emperador Valeriano, y asistiendo al martirio de san Lorenzo, vió que al tiempo que le atormentaban en la catasta y desgarraban sus carnes con escorpiones, y descoyuntaban sus sagrados miembros, estaba el valerosísimo guerrero del Señor con grande alegría, haciéndole gracias por la merced que le hacia en darle á padecer tales tormentos por su amor: y juntamente vió que un mancebo hermosísimo estaba allí junto á san Lorenzo, limpiándole con un lienzo el sudor que cubria su rostro, por la terribilidad de aquellos tormentos. Movióse mucho Roman con esta vista, y entendió que aquel mancebo era un ángel de Dios, que venia á confortar y á regalar á san Lorenzo, y que no podria dejar de ser verdadera aquella religion, que daba tanto esfuerzo y alegría en tan horribles penas, á los que por ella las padecian: y lo mejor que pudo, se llegó á san Lorenzo, y le dijo lo que habia visto, y que él queria ser cristiano, y que le rogaba no le desamparase. Mucho se alegró el bendito mártir con lo que le dijo Roman, mostrándole el rostro amoroso; porque de palabra no le pudo responder. Quitaron despues de aquel tormento á san Lorenzo, y le entregaron á Hipólito, que en secreto era cristiano, para que le guardase: y Roman tuvo comodidad para entrar donde estaba el santo, y llevando un vaso de agua se echó á sus piés, suplicándole con gran devocion y ternura que le bautizase. Tomó san Lorenzo el agua, echóle su bendicion, y bautizó á Roman. Súpolo Valeriano; mandóle apalear y traer delante de sí; y ántes que el inicuo juez le hablase palabra, san Roman con voz clara y alta le dijo: Cristiano soy: y el emperador con grande enojo le mandó degollar. Llevároule fuera de la puerta Salaria, y allí ejecutaron la sentencia á los 9 de agosto: y un presbítero llamado Justino vino de noche y tomó su santo cuerpo, y le enterró en una cueva en el campo Verano. Este es en suma el martirio de san Roman, sacado de los actos de san Lorenzo.

* SAN NUMÍDICO, Y OTROS MUCHOS COMPAÑEROS, MÁRTIRES. —Cuando el emperador Valeriano levantó la persecucion contra la Iglesia, vivian en África estos santos. Numídico era el principal entre ellos, ya por su nacimiento, ya por su piedad; así es que no dejaba de exhortar á sus compañeros y animarles á que perseverasen en la fé, como efectivamente la confesaron cuando fueron presos por los paganos. Los arrojaron estos al fuego, y todos alcanzaron la palma del martirio ménos Numídico, que fué sacado medio vivo por una hija suya, y le curó. En razon á sus eminentes virtudes fué ordenado de presbítero en la iglesia de Cartago por el obispo san Cipriano, cuyo ministerio ejerció por el espacio de algunos años hasta su muerte. Fueron muchos los milagros que obró el Señor por su intercesion.

LOS SANTOS JULIAN, MARCIANO, Y OTROS OCHO COMPAÑEROS, MÁRTIRES.—Naturales y habitantes de Constantinopla, sintieron tanto la persecucion, que en su tiempo promovió contra las imágenes de los santos el emperador Leon el Isauro, que un dia llenos de santo zelo, colocaron la efigie del Salvador sobre la puerta de Bronce de la misma ciudad. Al dia siguiente fueron llamados á la presencia de Leon, y habiéndoles interrogado por su atrevimiento, confesando ser ellos los autores de aquel supuesto crímen, fueron condenados á varios tormentos, y por fin murieron degollados.

LOS SANTOS SECUNDIANO, MARCELIANO Y VERIANO, MÁRTIRES. — Eran soldados romanos en tiempo del emperador Decio, y se convirtieron á la fé por la admiracion que les causó la vista de la constancia y demás virtudes de los mártires. Luego que fueron bautizados declararon que adoraban á Jesucristo, y hallándose entonces en Roma fueron arrestados, sufriendo en la misma ciudad varios y crueles tormentos. Despues fueron enviados á Toscana, en cuya provincia, por órden del cónsul Promoto primeramente fueron azotados, luego estirados en el potro, descarnados con garfios de hierro, quemados sus costados con plan-

chas de hierro encendido, y finalmente acabaron su vida degollados en el año 251. Sus cuerpos fueron recogidos por los cristianos, y por su intercesion obró el Señor muchos milagros.

Los santos Firmo y Rústico, mártires.—Eran naturales de la ciudad de Bérgamo y habian abrazado la fé, ilustrados por la gracia de Dios á vista de un ruidoso milagro que aconteció en su presencia. En el reinado del emperador Maximiano, por órden del procónsul Anolino fueron presos y enviados á Verona, en cuya ciudad terminaron su vida con un glorioso y célebre martirio, el cual consumaron con una muerte santa.

San Domiciano, obispo y confesor.—Fué enviado por el apóstol san Pedro á Chalons de Francia, de cuya ciudad fué el tercer obispo. Trabajó eficazmente en la conversion de aquellas regiones, y murió en la paz de Dios á principios del siglo II.

DIA 10.

San Lorenzo, mártir.—El martirio del gloriosísimo y fortísimo mártir san Lorenzo, gloria de España, fué tan ilustre y tan esclarecido en toda la Iglesia de Dios, que dice el gran doctor san Agustin estas palabras: « La gloria del martirio de san Lorenzo es tan grande, que con su pasion ha alumbrado al mundo universo. Alumbró sin duda Lorenzo al mundo con aquella hambre con que él estaba abrasado: y con las llamas que padeció, encendió los corazones de todos los fieles; » esto dice san Agustin: y él y los demás insignes doctores y lumbreras de la Iglesia, tratan muy particularmente su martirio: de los cuales y de los Actos antiguos de san Lorenzo y de los Martirologios, sacaremos aquí su vida y muerte preciosa. Fué san Lorenzo español de nacion, natural de Huesca (1), ciudad en el reino de Aragon. Su padre se llamó Orencio; su madre Paciencia: fueron santos, y de ellos reza y celebra fiesta la Iglesia de Huesca. De su niñez, juventud y de cómo haya ido á Roma no se sabe; solamente sabemos, que fué arcediano de la santa Iglesia de Roma, y que el santo papa Sixto, II de este nombre, le dió en guarda los tesoros de la Iglesia, que debian ser algunos dineros para sustento de los ministros de ella, y para hacer limosna á los pobres, y algunos vasos ricos de oro y plata, y vestimentos y aderezos preciosos para el servicio del altar. Andaba la persecucion en tiempo del emperador Valeriano contra los cristianos, muy brava: en ella fué preso el pontífice Sixto; y llevándole á la cárcel, Lorenzo, deseoso de acompañarle en aquel sacrificio, como diácono á su sacerdote, y como hijo á su dulcísimo padre, le salió al camino, y con muchas y tiernas lágrimas, salidas de su entrañable y abrasado afecto de morir por Cristo, le rogó que no le dejase, sino que le llevase en su compañía, pues la muerte temporal seria vida bienaventurada para él, alegando muchas razones, que refiere san Ambrosio, y nosotros las escribimos en la vida de san Sixto, mártir, y por eso no las repetimos aquí. Enterneciose san Sixto con las palabras de Lorenzo: consolóle: animóle: dióle esperanza que presto moriria por el Señor; y con espíritu profético le anunció, que sus tormentos serian mas rigurosos y la victoria mas gloriosa que por ellos del tirano alcanzaria. Encomendóle que repartiese á los pobres los tesoros de la Iglesia; y con eso se despidió de él. Lorenzo, por cumplir el mandato del sumo pastor, y porque aquellos tesoros temporales no le fuesen estorbo para alcanzar el tesoro inestimable de la corona del martirio que él tanto deseaba; luego con gran diligencia salió á buscar todos los pobres cristianos y personas miserables, que estaban escondidas, para socorrerlas conforme á su necesidad. Entró en casa de una viuda, llamada Ciríaca, que padecia un fortísimo dolor de cabeza, y tenia en su casa muchos clérigos y cristianos escondidos; y la primera cosa que hizo, fué echarse á los piés de ellos, y postrado en el suelo, lavárselos con una profundísima humildad: y despues con aquellas mismas manos, con que los habia lavado, haciendo la señal de la cruz, y poniéndolas sobre la cabeza de Ciríaca, le quitó el dolor que padecia, y les dió entera salud, y repartió largas limosnas á los pobres que allí estaban. De esta casa pasó á otra de un cristiano, llamado Narciso, donde halló gran número de cristianos, angustiados, temerosos y afligidos; consolóles: esforzólos: lavóles asimismo los piés: y dióles limosna, y vista á un ciego, llamado Crescencio, haciendo la señal de la cruz sobre sus ojos. De allí fué á una cueva de Nepociano donde estaban encerrados como sesenta y tres cristianos, entre hombres y mujeres: entró el santo á ellos, dándoles un ósculo de paz, con muchas lágrimas: lavó los piés á los hombres: y repartió á todos de los tesoros que llevaba: y viendo allí á un santo presbítero, llamado Justino, que habia sido ordenado de san Sixto, Lorenzo se derribó á sus piés para besárselos, teniendo respeto al grado de sacerdote que tenia Justino, superior al suyo de diácono: Justino tambien se echó en el suelo para besar los piés á san Lorenzo; y los dos estuvieron postrados en tierra, con una santa y religiosa contienda, sobre quién los besaria á quién. Al fin venció san Lorenzo, y Justino se dejó lavar los piés; entendiendo que aquella era la voluntad de Dios, y que no era bien ir á la mano á san Lorenzo, que por aquella humildad se aparejaba por el martirio. En estas obras gastó el santo diácono toda aquella noche, cumpliendo enteramente la voluntad de san Sixto: al cual el dia siguiente llevaron á degollar: y como Lorenzo le viese, corrió á él, y con voz alta y llorosa, le dijo: No me desampares, padre santo; ya cumplí tu mandamiento y distribuí á los pobres los tesoros que me encargaste.

(1) La opinion que se deja aquí sentada es controvertible. Varias son las ciudades de España que reclaman el honor de haber sido cuna del ilustre mártir san Lorenzo, Zaragoza, Valencia, y aun la villa de Loret, se oponen á las pretensiones de Huesca. ¿Cual de ellas se apoya en razones mas valederas? es difícil decidirlo. Otra ciudad, la de Córdoba, reclama la misma gloria, y tal vez es la que se funda en datos mas fidedignos. Ello es que en la biblioteca del convento de San Pablo de aquella ciudad existia un breviario gótico del siglo VIII ó IX que en el dia 10 de agosto decia así: «*In festo sancti Laurentii CORDUBENSIS in Roma assati.*» Y en la leccion primera: «*Laurentius ex gentibus Hispaniæ regionis ducibus ex Dei promissione IN CORDUBA ORTUS EST.*» En la biblioteca del cabildo de la santa Iglesia de Córdoba hay un Flos sanctorum de letra gótica, que, segun demostró el docto magistral Bravo, es del siglo XIII (1260), y dice al 10 de agosto: «*Laurentius martyr et levita CORDUBÆ NATUS.*» El himno de Pedro Roset á san Lorenzo dice que nació *ultima in Hesperia*, palabras que excluyen á aquellos pueblos y favorecen la pretension de Córdoba. Sin embargo, la cuestion está todavía en litigio, y de desear seria que nuestros doctos anticuarios hiciesen nuevas investigaciones para aclararla.

Oyeron los ministros de justicia estas palabras, y á la voz de los tesoros, echaron mano de Lorenzo y prendiéronle. Dieron noticia de lo que habian oido al emperador, y él se holgó mucho con esta nueva, esperando hartar su codicia, y haber grandes riquezas y tesoros de la Iglesia, y despojar á san Lorenzo del tesoro preciosísimo de la fé, haciéndole adorar sus dioses, y con su ejemplo mover á los demás. Dieron al santo en guarda á un caballero, llamado Hipólito, y él le echó en la cárcel con otros muchos presos, entre los cuales habia uno, llamado Lucilio, que habia estado mucho tiempo en aquella cárcel, y llorado tanto su desventura, que habia perdido la vista y del todo quedado ciego. Persuadióle el santo diácono que creyese en Jesucristo; y él lo hizo, y se bautizó, y Dios le alumbró los ojos del alma y del cuerpo, y le restituyó la vista. Divulgóse este milagro por la ciudad, y por la fama de él concurrieron muchos ciegos á la cárcel donde estaba san Lorenzo, pidiendo remedio para su ceguedad, y él los sanó á todos, haciendo sobre ellos la señal de la cruz. Ablandóse Hipólito con los milagros que veia obrar á san Lorenzo: comenzó á trabar pláticas con él, y á rogarle que le descubriese los tesoros que tenia escondidos. De aquí tomó ocasion el santo para predicar á Jesucristo, y para decirle: O Hipólito, si crees en Dios Padre todopoderoso, y en Jesucristo su Hijo, yo te prometo demostrarte los tesoros, y lo que es mas, la vida eterna, de la cual serás particionero: y poco á poco le fué dando mayor noticia de la verdad de nuestra santa fé, y de los tesoros inestimables que tiene Dios en el cielo para sus siervos: y entrando el rayo de la divina luz en Hipólito, se convirtió y recibió el bautismo él y toda su familia, que eran diez y nueve personas. Fué tanto lo que el Señor regaló á Hipólito, que afirmaba ver las ánimas de los que se bautizaban, muy alegres y hermosísimas. Mandó Valeriano traer al santo mártir á su audiencia: díjoselo Hipólito ya cristiano; y el santo respondió con grande alegría: Vamos; que á tí y á mí se nos apareja corona de gloria. Preguntóle el tirano por los tesoros de la Iglesia: y él con una sabiduría y sagacidad divina le respondió, que si tenia tanta ansia de los tesoros de la Iglesia, le diese dos ó tres dias de tiempo para recogerlos, que él se los traeria. Túvolo por bien Valeriano, y mandó á Hipólito que anduviese siempre á su lado, y no le perdiese de vista en aquellos tres dias: en los cuales san Lorenzo juntó todos los ciegos, cojos, mancos y pobres que pudo hallar, y poniéndolos (como dice Metafraste) en los camellos y carros que le habian enviado para que trajese los tesoros, se vino con ellos al emperador, y díjole: Estos son los tesoros de la Iglesia. Porque (como dice san Ambrosio) verdaderamente son tesoros aquellos, en quienes mora Dios: aquellos que están adornados de la fé de Cristo: aquellos por cuyas manos nuestras limosnas suben al cielo, y alcanzamos los tesoros eternos. No se puede fácilmente creer la saña que recibió el tirano, viéndose engañado de san Lorenzo y burladas sus esperanzas, y el furor con que mandó luego desnudar delante de sí al santo levita, y rasgar sus carnes con escorpiones; y para mas espantarle, hizo traer todos los instrumentos con que atormentaban á los mártires, para que entendiese que por todos ellos habia de pasar si no se rendia á su voluntad. Mas el esforzado caballero de Cristo no se espantó por ver aquellos horribles instrumentos; porque estaba su corazon tan encendido en el amor de su Señor, que todas las penas que le podian dar le parecian pocas, y mas blandas que las que él deseaba padecer; y así dijo al tirano: Hombre desventurado, ¿piensas atemorizarme con tus tormentos? Pues quiero que entiendas, que para tí son tormentos, y para mí regalos; y que yo nunca he deseado sino comer á esta mesa y hartarme de estos manjares. De allí le llevaron cargado de cadenas al palacio; y despues de haberle mandado el tirano dar los tesoros y sacrificar á los ídolos, y que no confiase con los tesoros que tenia escondidos, porque no le podrian librar de los tormentos que le estaban aparejados; respondió el santo con mucho sosiego y alegría de su alma: En los tesoros del cielo confio yo, que son la misericordia y piedad de Dios con que me ha de favorecer, para que mi alma quede libre, aunque el cuerpo sienta tus tormentos. Azotáronle cruelmente con varas: colgáronle en el aire, y quemáronle los costados con planchas de hierro encendidas; y el bendito mártir por una parte se reia del tirano, diciendo que no sentia sus tormentos, y por otra daba gracias á Dios, y decia: Señor mio Jesucristo, Dios verdadero é Hijo de Dios, ten misericordia de tu siervo; pues siendo acusado no te negué, y siendo preguntado te confesé. Cuanta mayor paciencia y gozo mostraba el santo mártir, tanto mas se embravecia el tirano: y atribuyendo la gracia y favor del cielo á arte mágica, le dijo: Tú eres mago, y por arte mágica haces burla de mis tormentos. Pues yo te juro por mis dioses inmortales, que has de sacrificar ó padecer tantas y tan graves penas, que ningun hombre hasta hoy las padeció. Rospondió el santo con grande seguridad y ánimo invencible: Tus tormentos se han de acabar; y en nombre de Jesucristo no los temo: haz lo que quisieres y no te canses. Enojóse sobremanera el tirano, y mandóle de nuevo azotar con plomadas fuertemente, para que moliesen y magullasen sus carnes. Hizo oracion san Lorenzo á Dios, pidiéndole fuese servido de recibir su alma: oyóse del cielo una voz que le dijo, que le quedaba mucho por padecer. Esta voz oyeron los que estaban presentes, y el mismo juez; y mas endurecido, dió voces diciendo: Varones romanos, ¿no veis como los demonios favorecen á este sacrílego, que ni teme á los dioses ni á vuestros príncipes, ni tan crudos y exquisitos tormentos? Y ciego con el furor, mandó de nuevo que le extendiese en la catasta, y estirasen y descoyuntasen sus miembros, y despedazasen sus carnes con escorpiones y otros instrumentos: y el santo, constante mártir, con rostro alegre hacia gracias al Señor, y con corazon amoroso y confiado, le decia: Bendito seais vos, Señor mio y Padre de mi Señor Jesucristo, que usais de tanta misericordia con quien tan poco lo merece. Dadnos, Señor, por vuestra sola bondad vuestra gracia, para que todos los circunstantes conozcan que no desamparais á vuestros siervos; ántes los consolais en el tiempo de la tribulacion. Envió el Señor un ángel del cielo para que refrescase á Lorenzo y le diese alivio en aquel suplicio, y con un lienzo limpiase el sudor del rostro y las llagas de su cuerpo. Vió un soldado que allí estaba, llamado Roman, al ángel que ejercitaba este piadoso oficio, y alumbrado con la luz del cielo, pidió despues á san Lorenzo que le bautizase: bautizóle; y fué mártir de Jesucristo. No se contentó el cruel tirano de haber atormentado tantas veces, y con tan atroces tormentos á san Lorenzo; ántes queriendo de nuevo ejercitar su saña y furor, determinó gastar toda una noche

en darle nuevos tormentos: y para esto mandó traer ante su tribunal todos los géneros de instrumentos con que solian atormentar á los santos mártires, para emplearlos en aquel santo diácono, que ya estaba despedazado y consumido. Sentado, pues, el inicuo juez en el tribunal, preguntó á san Lorenzo, ¿de qué linaje era? Y él respondió: Cuanto al linaje yo soy español, criado en Roma desde pequeño: y fuí bautizado y enseñado en la ley santa y divina. ¿Divina llamas la ley (dijo el juez) que te enseña á burlarte de los dioses y á no hacer caso de los tormentos? Y el santo respondió: En el nombre de mi Señor Jesucristo, yo no temo tus tormentos. Y como el tirano le dijese, que si no sacrificaba á los dioses, toda aquella noche gastaria en atormentarle, dijo el bienaventurado mártir: Si así es, esta noche será clara y llena de alegría para mí, y no tendrá oscuridad alguna. Finalmente mandó el tirano aparejar un lecho de hierro, á manera de parrillas, tan grandes, que pudiesen sustentar el cuerpo del santo, y debajo poner fuego manso, para que poco á poco se fuese quemando, y la muerte fuese tanto mas cruel, cuanto era mas prolija. Los verdugos con gran presteza y solicitud aparejaron aquella dura cama: hicieron el fuego: desnudaron al santo levita con gran furia; y descubrieron aquel sagrado cuerpo, que de los tormentos pasados estaba abierto y llagado, y le tendieron sobre las parrillas. Estaba el tirano con los ojos encarnizados y con la cara turbada, dando bramidos y echando espumarajos por la boca de rabia y furor: los sayones atizando el fuego: los circunstantes atónitos y pasmados: los ángeles del cielo mirando este espectáculo; y el corazon de Lorenzo, blando y amoroso, se regalaba con el Señor, y le decia: Recibid, Señor, este mi sacrificio en el olor de suavidad: y Dios, que es fiel, esforzaba á su soldado para que su virtud pelease con la violencia del tirano, la flaqueza de la carne de Lorenzo con la terribilidad de aquel tormento, la vida con la muerte, y la fé de Jesucristo triunfase de todo el poder del infierno. No parecia que estaba Lorenzo en aquella cama de hierro y fuego, sino en una cama blanda y regalada, entretenido con suavísimos deleites: porque volviendo los ojos al tirano, con gran constancia y valor divino, le dijo: Mira, miserable, que ya está asada una parte de mi cuerpo: vuélvela para que se ase la otra; y tú puedes comer de mis carnes sazonadas, y no de las riquezas de la Iglesia, que ya están guardadas en el tesoro del cielo, adonde las manos de los pobres las llevaron. ¡O glorioso Lorenzo! ¡ó valeroso é invencible soldado de Jesucristo! ¿son vuestras carnes de hierro ó de metal? ¿Sois vos de piedra? ¿Habeis perdido los sentidos? ¿Sois exento de pena y dolor? Nó cierto, nó; porque muy bien sentiades las uñas que desgarraban vuestro sagrado cuerpo, y las hachas encendidas que le quemaban, y el fuego lento que le consumia, mas era tan encendido el amor que teniades á vuestro capitan y maestro, y el deseo de morir por el que habia muerto por vos, que los tormentos os eran deleites, y en la muerte hallábades vida: porque con la lumbre de la fé veiades aquella bienaventurada y eterna vida que os aguardaba; y abrazado ya con vuestro dulce Esposo, no queriades soltar la presa que teniades tan asida y apretada. Esta luz os esforzó: este amor os arrebató, y trasportó Dios de tal manera, que con la plenitud del gozo inefable que poseia vuestra alma, se agotaban, aniquilaban y desaparecian los dolores de vuestros delicados miembros.

Considerando esto el glorioso padre san Agustin, y admirado de este espíritu y constancia de san Lorenzo, dice estas palabras: «Ardia en el deseo de Cristo Lorenzo; y por eso no sintió la pena del perseguidor; porque cuanto es mayor el fervor de la fé, tanto mas se acaba la llama del suplicio. Quemaba el fuego corporal al cuerpo del bienaventurado Lorenzo; mas el amor entrañable del Salvador, que abrasaba su corazon, apagó el furor de aquellas llamas: porque aunque los miembros se deshagan en ceniza, no se deshace ni menoscaba la fortaleza de la fé.» Esto es de san Agustin, y lo mismo dice san Ambrosio por estas palabras: «Ardia el bienaventurado mártir exteriormente con las llamas del cruel tirano; mas mucho mayor era la llama del amor de Cristo que interiormente le abrasaba su corazon. Y puesto caso que el rey mandaba añadir leña y acrecentar el fuego; san Lorenzo, abrasado de otro mayor incendio de la fé, no sentia aquellas llamas; y pensando en lo que Dios mandaba, todos los tormentos que padecia eran refrigerio y regalo para él.» Hasta aquí es de san Ambrosio. Mas siendo ya llegado el plazo que el Señor habia determinado para coronarle, y habiendo dado tan excelente victoria á un soldado, volvió Lorenzo á alabar á Jesucristo y regalarse con él, y le dijo: Gracias te doy, Señor mio y Dios mio, que ya he merecido entrar por las puertas de tu bienaventuranza; y diciendo esto acabó la vida y espiró, enviando su alma vencedora á ser dignamente coronada en el cielo, donde resplandece con mas claro resplandor que las llamas de fuego con que su santo cuerpo fué abrasado. Venida la mañana, Hipólito y Justino, presbítero, tomaron el santo cuerpo y le sepultaron en una heredad de Ciriaca la viuda, que él habia sanado, en el camino que va á Tívoli. Juntáronse con ellos otros cristianos, y estuvieron allí tres dias ayunando y velando las noches, y derramando lágrimas al sepulcro del santo Arcediano que tanto bien les hacia. Al cabo de tres dias celebró misa Justino, y comulgó á los presentes: y con esto se apartaron unos de otros, porque ya se divulgaba el caso.

Este es el martirio de san Lorenzo, que fué tan esclarecido, que bastó para alumbrar é inflamar al mundo, para dejar en la Iglesia católica ilustrísimos triunfos y nobilísimos trofeos de su gloria, y para que todos los fieles tengan en él un vivo y perfectísimo retrato de todas las virtudes que imitar: porque, ¿cuánta y cuán admirable fué la castidad de este santísimo levita, pues en su mocedad mereció por ella ser ordenado de arcediano de Roma, dispensador de la sangre de Cristo y repartidor de los bienes de la Iglesia? ¿Cuán excelente fué su fidelidad en dar á los pobres los tesoros que le habian encomendado? ¿Cuán maravillosa fué su prudencia en desengañar al tirano, y darle á entender que los tesoros de Cristo no son el oro y plata y piedras preciosas, sino las almas de sus siervos en que él habita? ¡Qué deseos tan encendidos de morir por su Señor! ¡Qué lágrimas tan copiosas y tiernas porque le dejaba san Sixto, y no moria con él! ¡Qué humildad tan profunda en lavar y besar los piés de los pobres! ¡Qué fé tan cierta para alumbrar á los ciegos, y dar vista á los que no veian! ¡Qué esperanza tan segura, y que prendas tan firmes de la vida eterna! ¡Qué paciencia en sus penas! ¡Qué fortaleza en sus tormentos! ¡Qué alegría en los suplicios! ¡Qué menosprecio en todo lo de la tierra, y qué aprecio y ansia por lo del cielo! ¡Qué amor tan cordial y

tan afectuoso para con Dios! ¡Cómo se entretenia y regalaba con él, teniendo por sumo beneficio el volver la vida al que se la habia dado, y morir asado en unas parrillas con fuego lento, por aquel Señor que abrasado de amor habia muerto por él en una cruz! Estas son las virtudes que debemos imitar en san Lorenzo, de cuyo amor suavísimo hoy dia está llena la santa Iglesia: y se recrea con su fragancia y con su memoria: la cual vive, florece y perpetúa en el mundo; siendo ya acabados y sepultados en perpetuo olvido é infamia los jueces, príncipes y tiranos que le atormentaron. Seria nunca acabar, si quisiésemos traer aquí las alabanzas que los santos dan á este fortísimo caballero é ínclito mártir del Señor. San Ambrosio trata muy largamente de este santo, y san Agustin. San Leon, papa, dice, que no ménos se honra Roma con el martirio de san Lorenzo, que Jerusalen con el de san Estéban. San Máximo dice, que fué igual á los apóstoles: san Pedro Crisólogo, Metafraste, y los demás hablan de san Lorenzo con grande ponderacion y admiracion de sus virtudes: y Aurelio Prudencio en verso elegantísimo nos pinta sus batallas y victorias, y dice: Que la muerte de la supersticion y vano culto de los dioses de la gentilidad, desde aquel dia que él murió, comenzó á caer y á florecer la religion cristiana; y que Lorenzo, como valeroso caudillo y capitan del Señor, peleó con tan grande esfuerzo, que aunque murió en la pelea, venció y desbarató el ejército de los enemigos: y por ventura esta ha sido la causa que la santa Iglesia le hace tanta fiesta, con vigilia, con octava, con oraciones, y misas propias; por el beneficio que recibió y por la victoria que alcanzó de la idolatría con su muerte. En Roma el emperador Constantino le edificó un suntuoso templo en el campo Verano, donde está enterrado, que es una de las siete iglesias y principales estaciones de Roma: san Dámaso, papa, otro, que es iglesia insigne y colegial: y sin estos, la cárcel donde estuvo preso, y en el lugar donde fué asado, y donde están parte de sus preciosas reliquias, tiene otros tres, sin los demás que hay en aquella, santa ciudad, con título de San Vicente, y antiguamente hubo muchas mas. En Italia las iglesias catedrales de algunas ciudades son las de la advocion de san Lorenzo; y en Constantinopla santa Pulqueria, emperatriz, le labró un suntuoso templo, y colocó en él sus preciosas reliquias: y Justiniano, emperador, le hizo mas magnífico: y en España y Francia, y en todas las provincias y naciones de la cristiandad, ha sido y es reverenciado este ilustrísimo mártir con particular devocion, y últimamente el católico rey de las Españas don Felipe, II de este nombre, ha hecho un templo en el Escorial, digno de su grandeza y piedad: en el cual hay tanto que ver, que no sabe el hombre de que admirarse mas, ó de la gran religion, en que tantos padres de la órden de san Gerónimo viven, ó de la suntuosidad del edificio en que viven, ó del número de las reliquias de los santos que en aquel templo son venerados, ó de las riquezas inestimables con que son veneradas, ó de los libros exquisitos, que este gran rey mandó juntar en la librería de aquella santa casa, ó del colegio y seminario que fundó en ella, sin las otras cosas tan raras y maravillosas que hay en él. San Gregorio, papa, enviaba por un preciosísimo tesoro una reliquia de las parrillas de san Lorenzo: y el mismo santo pontífice escribe una cosa muy notable, para declarar la reverencia con que Dios quiere que su santo sea acatado y glorificado. Dice: que en tiempo de Pelagio, papa, su predecesor, queriendo reparar y adornar el sepulcro de san Lorenzo, se descubrió acaso su sagrado cuerpo, y que todos los monges y otros hombres que allí trabajaban y le vieron, murieron dentro de diez dias sin quedar ninguno de ellos con vida. San Gregorio Turonense refiere algunos milagros de este santísimo levita: y entre otros uno muy notable, que Venancio Fortunato, autor muy antiguo y grave, celebró en verso. Dice: que en un pueblo de Italia llamado Brionas, queriendo el cura reparar una iglesia de san Lorenzo, hizo traer la madera necesaria para ello: hallóse una viga mas corta de lo que era menester: volvióse el cura al santo, y suplicóle con muchas lágrimas, que pues habia hecho siempre bien á los pobres, se compadeciese de su pobreza, y remediase aquella falta; porque él no tenia hacienda para comprar otra viga. Luego creció la viga mas de lo que era menester para el edificio: cortóse aquella sobra, y con las astillas de ella, que tomó el pueblo por reliquias, hizo Dios grandes milagros alumbrando ciegos, y dando salud á enfermos. El martirio de san Lorenzo fué á 10 de agosto, el año del Señor de 261, imperando Valeriano y Galieno, su hijo; y esto es lo cierto, como consta de lo que escribe san Cipriano en la epístola 82 á Succeso: en la cual dice, que san Sixto, papa, habia sido martirizado aquel año: lo cual (como dijimos) sucedió tres dias ántes de la muerte de san Lorenzo: y Poncio, diácono, compañero y discípulo del mismo san Cipriano, y el que escribió su martirio, dice, que fué martirizado el mismo año que fué el séptimo del imperio de Valeriano, como muy bien lo notó el cardenal Baronio: y así los que dijeron, que san Lorenzo fué martirizado en tiempo del emperador Decio, se engañaron; y en todo lo demás que otros inventaron ó añadieron, hay mucha variedad, poca verdad, y grande confusion. Supliquemos todos á este santísimo y gloriosísimo mártir, que nos alcance del Señor aquella fé viva y lumbre del cielo, que él tuvo, para que alumbrada nuestra alma con ella, y abrasada con el fuego del amor divino, vea las cosas del suelo, nó como parecen, sino como son, y que las estime en lo que son, y anhele á las eternas y perdurables del cielo, para que allí goce de su santa compañía, y con él de aquella luz soberana y de aquel fuego que siempre arde y nunca se consume, y transforma en sí todas las almas de los que le sirven; y pasando por el fuego de la tribulacion, llegan al descanso y refrigerio.

* La conmemoracion de ciento sesenta y cinco soldados mártires.—Pertenecian estos santos á una legion del imperio que se hallaba acantonada en Roma en tiempo del emperador Aureliano. Convertidos á la fé, recibieron el santo bautismo, y como se denegasen á ofrecer incienso á los ídolos, fueron condenados á varios suplicios, y por último degollados en Roma.

San Deusdedit, confesor.—Este santo hombre vivia del trabajo de sus manos, que consistia en labrar la tierra. Poseia el arte de santificar todas las acciones de su vida, juntándolas con una oracion continua y animándolas todas con un verdadero espíritu de penitencia. Al fin de la semana distribuia á los pobres todo lo que habia podido juntar del producto de su trabajo, y ejercitándose en estas obras de misericordia, llegó felizmente al fin de sus dias, muriendo en Roma durante el siglo VI. San Gregorio el Grande en su libro de los Diálo-

gos hace un bello elogio de las virtudes de este santo.

La conmemoracion de muchísimos santos mártires de Alejandría.—Fué tan grande la crueldad que el gobernador de esta ciudad, llamado Emiliano, ejerció contra los cristianos en tiempo del emperador Valeriano, que la Iglesia no pudo recoger los nombres de todos los que en un mismo dia fueron conducidos al martirio, y celebra hoy su memoria, recordándolos todos juntos. Empleáronse contra ellos toda especie de suplicios, y despues de haberlos atormentado atrozmente, todos recibieron la corona del martirio con diverso genero de muerte.

Santa Asteria, vírgen y mártir.—Era hermana de santa Grata, y como ella vivia consagrada á Jesucristo, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano publicaron sus sanguinarios edictos contra la Iglesia de Dios. Las dos santas dieron sepultura al cuerpo del mártir san Alejandro, y Asteria le dió tambien al de santa Grata. Pocos dias despues fué presa por ser cristiana, y atormentada con diverso género de martirios; pero no cedió por esto en su constancia: al contrario aumentándose cada vez mas su caridad y su fervor, sufria con un gozo indecible los tormentos, hasta que al fin siendo degollada, voló á unirse con su celestial Esposo. Su martirio sucedió en Bérgamo, ciudad de Italia, que la venera ahora por patrona.

Las santas Basa, Paula y Agtónica, vírgenes y mártires.—Sábese tan solo que derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en la ciudad de Cartago, durante el imperio de Diocleciano y bajo el presidente Daciano.

DIA 11.

San Tiburcio, mártir.—Entre los otros nobles y caballeros romanos, que el glorioso mártir san Sebastian convirtió á la fé de Jesucristo nuestro Redentor, fué Cromacio prefecto de la ciudad de Roma, de sangre ilustrísima, de riquezas y familia poderosa: el cual habiendo sabido que Tranquilino, padre de los mártires san Marcos y san Marceliano, se habia hecho cristiano, y por medio del santo bautismo quedado libre de una enfermedad trabajosa y dolorosa de gota; con deseo de verse libre de otra semejante que él padecia, y enseñado de san Sebastian, renunció toda la grandeza y regalo que tenia en el siglo, y se sujetó al suave yugo del Señor, y se hizo cristiano él y sus criados esclavos, varones y mujeres, que eran en número de mil y cuatrocientas personas. Repartió entre ellos Cromacio parte de sus riquezas, y dió á los esclavos libertad, diciendo: que pues tenian á Dios inmortal por padre, no habian ya de ser siervos de hombre mortal. Tenia Cromacio un hijo llamado Tiburcio, mozo de grandes esperanzas, de alto y delicado ingenio, bien enseñado en todas las letras, de lindo aspecto y suave condicion: siguió el hijo al padre en abrazar la fé de Cristo, y siguióle con tanto fervor, que se señaló mucho entre los otros cristianos, y por él obró Dios muchos milagros. Uno fué que pasando por una calle, vió á un mozo que habia caido de un lugar alto, y de la caida habia quedado tan quebrantado, y tan mal parado, que ya sus padres trataban mas de sepultarle, que de curarle. Llegóse á ellos Tiburcio, y díjoles: Dadme lugar que le hable una palabra, que podrá ser que cobre salud: y el santo dijo sobre el mozo la oracion del Pater noster y el Credo, y con esto el herido quedó sano. Con esta ocasion el hijo y los padres, á persuasion de san Tiburcio, se hicieron cristianos, y él los llevó al santo papa Cayo, del cual fueron bautizados. A mas de esto era san Tiburcio muy caritativo y muy zeloso, y deseoso que todos los cristianos resplandeciesen en su vida, y fuesen adornados en todo género de virtudes, para que Dios fuese en ellos glorificado, y los gentiles, viéndolos tan modestos y ejemplares por la santidad de la vida, entendiesen la excelencia de la religion que profesaban. Habia entre los cristianos un falso y engañoso llamado Torcuato, que no vivia con las costumbres de cristiano y siervo de Dios, sino con las del siglo y de los gentiles: traia copete en la cabeza y el cabello muy peinado: dábase á juegos y convites: entreteníase con mujeres, y gustaba de verlas bien aderezadas: no ayunaba ni rezaba: era dormilon, y á las mañanas cuando los otros cristianos en los oratorios é iglesias cantaban himnos y alabanzas al Señor, comunmente él faltaba. Reprendíale á menudo san Tiburcio de estos vicios, con deseo de que los enmendase, y que así como tenia el nombre tuviese la vida de cristiano: y aunque Torcuato (por ser Tiburcio persona tan ilustre y de tantas partes) en la apariencia de fuera disimulaba, y le daba muestras que le agradaba que así le amonestase y corrigiese; todavía como la raiz y corazon estaba inficionado, dentro de sí se carcomia y concebia grande rencor y aborrecimiento contra el santo: y para vengarse de él le acusó delante del prefecto Fabiano, de que era cristiano: y para que no se entendiese que él habia sido el acusador, dió traza con el prefecto que los hiciese prender juntos por cristianos, á él y san Tiburcio: que de estas marañas y embustes suele usar la malicia humana para salir con sus intentos. Fueron presos los dos Tiburcio y Torcuato: el santo y el pecador: el cristiano verdadero y fervoroso, y el doblado y fingido; y llevados delante del prefecto Fabiano, preguntó á Torcuato, ¿cómo se llamaba? ¿y qué religion profesaba? Y él respondió que se llamaba Torcuato, y que era cristiano: que Tiburcio era su maestro; y que él habia hecho lo que le habia visto hacer, y que eso mismo pensaba hacer adelante. Entonces Fabiano dijo á Tiburcio: ¿Oyes lo que Torcuato ha dicho? Tiburcio respondió: Dias ha que Torcuato dice que es cristiano; mas sus obras no son de cristiano: porque es hombre dado á deleites: cuida del cabello como mujer: usa de comidas regaladas: entretiénese en juegos; y tiene pláticas con mujeres nó de buena fama, y hace otras cosas mal hechas: Cristo no se precia de semejantes monstruos. Finalmente, despues de varias pláticas que tuvieron entre sí, el juez mandó sembrar una pieza de carbones encendidos, y dijo á san Tiburcio, ó que echase sobre ellos incienso para sacrificar á los dioses, ó con los piés descalzos se pasease por ellos. San Tiburcio hizo luego la señal de la cruz, y con los piés descalzos paseóse sobre las brasas como si pisara rosas: y admirándose de ello el juez, le dijo el santo: Deja ya tu obstinacion é infidelidad, y confiesa que Cristo es Dios verdadero, á quien están sujetas todas las criaturas: y sino pon la mano en un caldero de agua hirviendo, é invoca á Júpiter que tienes por dios; y verás si el agua te quema: que yo en el nombre de mi Señor Jesucristo no siento el fuego, y estas brasas me parecen flores; porque toda criatura obedece á su Criador. Aquí enojado el prefecto, dijo: ¿Quién ignora que este vuestro Cristo os enseñó el arte mágica, y que todos los cristianos sois encantadores?

Y san Tiburcio, no pudiendo sufrir tan grande injuria de Cristo, le dijo: Enmudece y calla, ó hombre miserable, y no te oiga yo, con tan rabiosa y maldita lengua, decir tales injurias contra tan santo y melifluo nombre. Embravecióse Fabiano sobremanera con las palabras de Tiburcio, y mandóle cortar la cabeza. Ejecutóse la sentencia á tres millas de Roma en la via Lavicana, donde fué sepultado, y por él hizo nuestro Señor muchos milagros. Fué el martirio de san Tiburcio á los 11 de agosto, año del Señor 286, imperando Diocleciano y Maximiano. Hácese mencion de san Tiburcio, en los Martirologios, romano, en el de Beda, Usuardo y Adon, á los 11 de agosto, en los Actos de san Sebastian, á 23 de enero, y en el segundo tomo del cardenal Baronio.

SANTA SUSANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—El mismo dia de san Tiburcio, mártir, celebra la Iglesia el martirio de la bienaventurada santa Susana, vírgen y mártir: el cual sacado de los Actos de los notarios de Roma, que refiere Surio y el Martirologio romano, Adon, y el cadernal Baronio, fué de esta manera.

El emperador Diocleciano hizo césar, y sucesor suyo en el imperio, á Maximiano Galerio, llamado por sobrenombre *Armentario*. Adoptóle por hijo: y para honrarle mas, casóle con una hija suya por nombre Valeria. Murió en breve Valeria, sin dejar sucesion; y el emperador pretendió casarle de nuevo de su mano. Supo que habia en Roma una doncella de extremada belleza y honestísima y bien enseñada en letras humanas, y que se llamaba Susana, y era hija legítima de Gabino: el cual, muerta su mujer, se habia ordenado de presbítero, y era hermano del santo papa Cayo, y los dos eran deudos muy cercanos del mismo emperador; aunque por verle tan cruel y tan derramador de sangre de cristianos, se habian apartado de su trato y conversacion. Puso los ojos Diocleciano en Susana (no sabiendo que era cristiana) para casarla con Maximiano, por parecerle que concurrian en ella todas las buenas partes, que en una doncella se podian desear. Encomendó este negocio á un primo suyo llamado Claudio: el cual propuso á Gabino la voluntad del emperador, dándole el parabien de la buena suerte que le habia caido, y de la gran felicidad que podia esperar de tan alto casamiento de su hija. Dió parte Gabino al santo pontífice Cayo, su hermano, de la embajada que le habia enviado el emperador, y los dos la propusieron á Susana, para saber su voluntad. La santa doncella estimando mas la fé de Jesucristo que el imperio, y la virginidad que habia prometido á Dios, mas que ser reina del mundo, con gran resolucion respondió, que de ninguna manera se casaria con Maximiano, porque era gentil: ni con otro hombre, porque queria guardar su pureza virginal para aquel Señor, que habia tomado por esposo, y que ántes esperaba que aquel matrimonio, que se trataba, seria ocasion para que ella, quedando vírgen, alcanzase la corona del martirio. Alabaron los dos santos, padre y tio, el propósito de Susana: exhortáronla á perseverar en lo que habia comenzado, y á aparejarse con ayunos, oraciones y buenas obras á morir por Cristo. Pasados tres dias volvió Claudio á casa de Gabino por la respuesta: y dejando los criados á la puerta, entró solo, viendo á Susana, y queriendo darle ósculo de paz, como á parienta suya, al uso romano de aquel tiempo; ella se estrañó, y apartó de él, diciendo que nunca en toda su vida habia dado á hombre su rostro, y que ménos le daria á él, porque era pagano, y tenia la boca inmunda por los sacrificios de los dioses: y díjole otras palabras con tanto espíritu y fervor del cielo, que Claudio se convirtió á la fé de Cristo, y con él su mujer Prepedigna, y dos hijos suyos, Alejandro y Caria, y comenzó á hacer grandes limosnas á los pobres, especialmente á los que estaban encarcelados y padecian por Cristo, echándose á sus piés, y suplicándoles humildemente que le alcanzasen perdon de sus pecados, en haberlos perseguido: y con haber recibido con el santo bautismo entero perdon de sus culpas, y la gracia del Señor, andaba vestido de silicio. Pasados algunos dias, envió el emperador á un criado principal de su casa, llamado Máximo, para que supiese de Claudio lo que habia hecho en el casamiento de Susana: el cual habiendo venido con Claudio á casa de Gabino, y propuesto su embajada, supo que Susana no tenia intencion de casarse, y oyó tales y tan vivas razones, para menospreciar el culto de sus vanos dioses, y abrazar la religion santa del Señor, que se echó á los piés del santo pontífice Cayo, y se bautizó; y repartió su hacienda á los pobres por mano de un amigo suyo y cristiano oculto llamado Trason, y comenzó á hacer vida de perfecto cristiano. No faltó un lisonjero y hombre malvado, llamado Artisio, que dió noticia á Diocleciano de todo lo que pasaba: embravecióse sobremanera el tirano: mandóles prender á todos (excepto á Cayo, papa), y que dejando á Gabino con su hija Susana en la cárcel, los demás, que eran Máximo, Claudio y Prepedigna su mujer, con sus dos hijos, fuesen llevados al puerto de Ostia, y allí quemados, y sus cenizas echadas en el rio; y así se hizo: y de ellos hace mencion el Martirologio romano á los 12 de febrero. Todos estos fueron frutos de las oraciones de santa Susana, ganados por sus merecimientos, y por aquel amor entrañable que tuvo á la castidad: con el cual para conservarla, halló y tuvo por estiércol y basura la grandeza y majestad del imperio romano. Mas Diocleciano, queriendo salir con su intento, mandó que Susana fuese traida á su palacio imperial, y entregada á la emperatriz Serena su mujer, para que la ablandase y persuadiese que tomase por marido á Maximiano. Era la emperatriz secretamente cristiana, y hablando con Susana se descubrió con ella, animándola á llevar adelante su empresa, y menospreciar los deleites de la carne, y las vanas honras del mundo, y á no temer los espantos y amenazas del emperador, ni la misma muerte, por gozar para siempre de Dios, y de aquella bienaventurada eternidad que esperamos los cristianos. Detúvola muchos dias en su palacio, como quien deseaba cumplir la voluntad del emperador: ocupábase de dia y de noche en oracion y en los otros ejercicios de nuestra santa religion; y finalmente fué tal, que mereció ser santa, y como de tal hacen de ella mencion los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon, á los 16 de agosto. Al cabo de algunos dias, preguntando el emperador á la emperatriz lo que habia hecho con Susana, y si queria hacer el casamiento, respondió que no tenia tal propósito: y que pues Susana no queria á su hijo, que no se le diese nada: pues no faltarian otras muchas doncellas de tantas y mayores partes, con quien se pudiese casar. Con esto mandó Diocleciano que Susana se volviese á casa de su padre: porque no quiso que en la suya le hiciese fuerza Maximiano, que estaba como afrentado y corrido de verse despreciado

de una doncella, pidiéndola él por mujer. Bien entendió Susana su peligro, y lo que le podia suceder. Entróse en un aposento, y postrada en el suelo, con muchas lágrimas y suspiros, pidió al Señor que la librase de toda mancilla y corrupcion. Vino aquella noche Maximiano, para gozar de la santa doncella, y hacerle fuerza: y entrando en el aposento, donde estaba orando, vióla rodeada de una grande claridad y resplandor; y no osando tocarla volvió atrás, atribuyendo á arte mágica todo lo que veia. Dió parte de ello al emperador, el cual mandó á un privado suyo, llamado Curcio, que fuése á casa de Susana, para ver si lo que le habia dicho Maximiano habia sido imaginacion suya, ó vision verdadera. Fué Curcio, y volvió mas espantado que Maximiano. Finalmente el emperador, entendiendo que sus diligencias le salian vanas, y que Susana, por ser cristiana y hechicera, desechaba el casamiento de Maximiano, soltó la rienda á su natural crueldad é impiedad, y mandó á Macedonio, hombre sacrílego, y digno ministro de tal tirano, que hiciese sacrificar á Susana á los dioses, ó que la matase. Macedonio tentó á la vírgen con todo el artificio que pudo: púsole delante un ídolo de Júpiter para que le adorase; mas haciendo oracion al Señor la santa doncella, desapareció el ídolo, y hallóse arrojado en la plaza en el suelo. Macedonio, habiendo dado parte de todo al emperador, por su órden la mandó degollar dentro de su casa; y con esta muerte dió la santa doncella su purísimo espíritu á su dulce Esposo, y alcanzó corona de vírgen y mártir. Cuando la emperatriz Serena lo supo, vino con grande gozo de noche á casa de Susana, y tomó con sus propias manos su sagrado cuerpo, y le envolvió con sábanas limpias y olorosas, llenas de especias aromáticas, y le enterró en cierta cueva en el cementerio de Alejandro, con los cuerpos de otros santos que allí estaban; y con un lienzo recogió la sangre que pudo de la santa, y guardó aquel lienzo, como un precioso tesoro, en una caja de plata, haciendo allí oracion de dia y de noche, las mas veces que podia: y el santo pontífice Cayo, tio de Susana, celebró muchas veces el santo sacrificio de la misa en la misma casa, donde habia muerto en honra de la santa. Hace conmemoracion de ella la santa Iglesia el dia de su martirio, que fué á 11 de agosto, el año del Señor de 295, imperando Diocleciano.

San Taurino, obispo y confesor.—Ignórase su nacimiento y su muerte; lo único que se sabe es que floreció en el siglo cuarto y que fué el primer obispo de Evreux, en Francia, en cuyo punto fundó á sus espensas una iglesia, sobre las ruinas de la idolatría misma. Se sabe que padeció mucho por la fé, y que murió santamente en su diócesis, cuya santidad manifestó Dios por los milagros que obró.

San Gaugérico, obispo y confesor.—Nació en Tréveris, y sus padres lo educaron en el estudio de las ciencias y y en la práctica de la virtud. Desde niño se acostumbró á la penitencia y á la oracion, y á socorrer con mano liberal las necesidades de los pobres. La educacion que recibió en la casa paterna, le preservó de la corrupcion tan general entre los jóvenes, y mientras los de su edad bebian el veneno del vicio, Gaugérico, bajo pretexto de formarse en las ciencias, supo conservar ileso el precioso tesoro de su inocencia. Cuando san Magnérico, obispo de Tréveris, conoció los talentos y virtud del jóven siervo de Dios, le ordenó de diácono, cuya dignidad redobló su fervor en la práctica de todas las buenas obras, dedicándose además con un celo infatigable á los deberes de su estado y particularmente á la instruccion de los fieles. Su reputacion y su esclarecido mérito lo elevaron despues á la silla episcopal de Cambray, en Francia, la cual gobernó por espacio de treinta y nueve años. Durante su episcopado trabajó con todas sus fuerzas en la santificacion de su rebaño, y logró desterrar de su diócesis los restos de la idolatría. En medio de sus desvelos por el bien y felicidad de sus ovejas, no desatendió nunca su propia santificacion: así se le veia separarse del ejercicio de sus funciones para recogerse y orar, retirándose de cuando en cuando á la soledad donde pasaba algunas temporadas entregado á sus santos fervores. Estuvo dotado de la gracia de hacer milagros, y entre otros muchos prodigios, cuéntase que un leproso, que bautizó en Ivois, curó repentinamente. En fin, debilitado por los años y las fatigas de su ministerio, fué á gozar del descanso eterno, el dia 11 de agosto del año 619, siendo su cuerpo enterrado en la iglesia que él mismo habia hecho edificar bajo la invocacion de San Medardo. En Francia es conocido este santo con el nombre de san Gery.

San Equicio, abad.—Florecia en el Abrucio cuando san Benito establecia su regla en el monte Casino. En su juventud padeció violentas tentaciones de la carne, de las cuales triunfó por medio de las austeridades y de una continua oracion. San Equicio pobló toda la Valeria de monges fervorosos que vivian diseminados en las montañas y los bosques, y que pasaban el tiempo en la contemplacion y el trabajo de sus manos. El santo los visitaba en su soledad, les instruia en sus deberes, les animaba á la práctica de las virtudes, y se detenia al mismo tiempo en los pueblos y aldeas á fin de excitar al pueblo al amor y al servicio de Dios. Como era lego, algunos reprobaban su conducta, y lo miraban como hombre que se arrogaba el derecho de ejercer las funciones eclesiásticas. Formulóse contra él una grave queja, la cual fué llevada al papa, que despues de suficientemente informado de los hechos, prohibió inquietar á Equicio é interrumpir el curso de sus exhortaciones, que tenian á la caridad por principio, y en las cuales le servia de maestro el espíritu de Dios. Todo el dia lo pasaba trabajando en el campo, ménos cuando visitaba á sus discípulos, y por la noche volvia á su ermita para descansar un corto tiempo. Sus vestidos eran pobres y andrajosos; su exterior inspiraba amor á la penitencia, y vivos sentimientos de caridad y devocion. Estuvo encargado de la direccion espiritual de un gran número de religiosos, y despues de haber edificado con sus exhortaciones y ejemplos, murió santamente por los años de 540. Sus reliquias se conservan en Aquila, en la iglesia de San Lorenzo.

San Alejandro, obispo y mártir.—Dióse le el sobrenombre de *Carbonero*, con el cual es aun conocido, por haber ocultado mucho tiempo con aquel humilde disfraz las prendas que poseia. Fué natural del Ponto y recibió una educacion literaria muy aventajada, saliendo habilísimo filósofo y sabio profundo. Habiendo conocido la verdad de la religion, procuró desde luego adquirir la encumbrada ciencia de la humildad cristiana. San Gregorio Taumaturgo le consagró obispo de la Iglesia de Comana, en el mismo Ponto, en donde fué muy esclarecido por su predicacion y por su ilustre martirio, pues en el año 253, durando todavía la persecucion que habia excitado el em-

perador Decio, el santo obispo fué preso y arrojado en las llamas, en las cuales espiró.

SAN RUFINO, Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.—San Rufino fué obispo de los Marsos, en Italia. Habiendo salido un dia fuera de la ciudad á predicar á su pueblo, y estando él y todas sus ovejas reunidos en un collado cercano, se presentaron los soldados del emperador Maximiano intimándoles que se disolviesen y se fuésen á sus casas si no querian arrostrar la cólera de los dioses. El santo obispo y casi todos los individuos del clero procuraron que todos los fieles se retirasen á sus casas, y despues ellos empezaron á hablar á los soldados de la falsedad de sus dioses y de la grandeza del Dios de los cristianos, y ya los soldados iban á pedir el bautismo, cuando llegaron otros enviados del prefecto, que les prendieron á todos y condujeron á su presencia. Encontrándolos á todos constantes y decididos, los mandó degollar, y consiguieron así la corona del martirio.

SANTA DIGNA, VÍRGEN.—Natural de Todi, en Italia, cuya ciudad admiró con el ejemplo de sus eminentes virtudes, particularmente de la humildad y pureza. Habiéndose empezado la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano, dejó su patria y se fué á un desierto, donde vivió sola por espacio de poco tiempo; pues su Esposo Jesucristo la llamó muy pronto á su santa morada, despues de haberla recreado ya en vida con celestiales visiones y con el don de milagros.

SANTA FILOMENA, VÍRGEN Y MÁRTIR. — Diariamente se investigan con el mayor esmero las catacumbas, para ver de descubrir los cuerpos de los santos mártires depositados en ellas durante las crueles persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia. El señor Poncetti, habiendo recibido para ello encargo especial del sumo pontífice Pio VII, estaba practicando en 1802 grandes excavaciones en las catacumbas llamadas de Priscila, cuando el dia 22 de mayo se descubrió en el corredor llamado la via Salaria un nicho, donde en lápiz rojo habia escritas estas palabras: *Lumena pax tecum Fi....*, es decir, el nombre de *Fi.... Lumena* dividido en dos partes, y en medio el de *pax tecum*. Además á la izquierda habia pintada una ancora, signo de inmersion; en el centro unos azotes que remataban bolas de plomo, otro signo de tormento; á entrambos lados del azote tres flechas y una vara con puntas de hierro, signo de otro tormento, y á la derecha la palma, signo del martirio. Removióse la piedra tumularia, y aparecieron los restos preciosos de la mártir, y junto á su cabeza medio vaso, quebrado, de un vidrio delgadísimo, lleno de sangre cuajada. Mientras se separaban con cuidado las partecillas de sangre, despedia centellas el cristal, y cada una de aquellas partecillas formó como un cuerpo luminoso, con brillo vivísimo. Desde entonces aquellas santas reliquias han sido objeto de la veneracion mas ardiente, y no ha pasado año sin haberse referido nuevos milagros alcanzados por su santa virtud ó mediacion. La fé ha ido creciendo, y en el dia puede decirse que se ha extendido por toda la cristiandad. Las santas reliquias fueron trasladadas á Nápoles, y de allí á Mugnano, donde se veneran en una magnífica capilla. Entre las piadosas creencias que circulan acerca de la vida de la santa, es la una, que nació de elevada cuna en la Grecia, en tiempo de Diocleciano; pasó á Roma con sus padres; el emperador la vió, se prendó de ella, y la pidió por esposa; mas ella se negó con entereza, no queriendo dar su mano al enemigo de su ley. Entonces apeló el tirano á los suplicios. Primero á los azotes, que la dejaron moribunda, pero los ángeles la curaron en el calabozo. Segundo, á la inmersion; atada la santa á una áncora, quiso Dios que se rompiese la cuerda, y que ella sobrenadase. Tercero, la condenó á ser asaeteada, mas los dardos no podian salir del arco. Cuarto, á la degollacion, y la santa subió al cielo con la palma de los mártires. Créese que así le fué revelado á un modesto religioso.

DIA 12.

SANTA CLARA, VÍRGEN. — La vida de la admirable vírgen santa Clara, luz y madre de las pobres religiosas de san Francisco, escribió un autor grave (que no pone su nombre) por mandado del papa Alejandro VI, que fué el que la canonizó, y san Antonino, arzobispo de Florencia, y el que escribió la Crónica del seráfico padre san Francisco: y es de esta manera.

Fué santa Clara natural de la ciudad de Asís, de la provincia de Umbría, en Italia, de claro linaje, de padres ricos. Sus padres y sus antepasados se ejercitaron en cargos honrosos en el arte militar: su madre se llamó Hortelana: y vínole el nombre á propósito; pues dió una planta tan fructuosa y tan linda á la santa Iglesia, como fué su hija Clara. Era Hortelana muy dada á las obras de piedad, y fué tan grande su devocion, que pasó en peregrinacion á Jerusalen. Visitó la Iglesia de San Pedro y San Pablo en Roma, y la del arcángel San Miguel del Monte Gargano, en el reino de Nápoles. Estando preñada de la gloriosa vírgen Clara, temiendo los peligros del parto, suplicó á Dios delante de un crucifijo, que le librase de ellos: y orando oyó una voz que dijo: No temas; que parirás una luz que con su grande claridad ilustrará todo el mundo. Cuando parió, puso por nombre á la niña Clara, confiando que se habia de cumplir en ella la voz que del cielo habia oido. Luego comenzó la niña á resplandecer en la noche del mundo con singular gracia. Era muy agradable, y muy fácil en aprender de boca de su madre los principios de nuestra fé. Era caritativa con los pobres: dábales de lo que tenia; y muchas veces se quitaba parte de su comida y sustento para dárselo. Era muy inclinada á la oracion, y en ella se recreaba, y sentia suavísimos y celestiales deleites, con la consideracion de la vida y pasion de Jesucristo nuestro Señor: y porque no tenia rosario, para cumplir con el número de sus oraciones, las contaba en aquella tierna edad con unas piedrecitas. Daba de mano á todo lo que eran galas y atavíos profanos: y aunque por cumplir con la voluntad de sus padres vestia de ropas preciosas, conforme á su nobleza; mas interiormente usaba de un áspero cilicio. Ofreció á Dios su virginidad é hizo gran resistencia á sus padres, que la querian casar. Habia Dios enviado en este tiempo al mundo para renovarle al seráfico padre san Francisco, y vivia en la misma ciudad de Asís, de donde era natural, y derramaba por todas partes aquel espíritu y fuego, que le habia sido dado del cielo. Deseó mucho la santa doncella verle y comunicarle: y el bienaventurado padre, movido con instinto, é impulso del Señor, tambien deseaba tratarla, para darla mayor luz, y apartarla de los peligros y vanidades del siglo. Ella tuvo modo para hablarle: y él la persuadió al

menosprecio del mundo, y que tomase por esposo aquel dulcísimo Señor, que siendo Dios, por nuestro amor se hizo hombre, y nació de vírgen, para ensalzar la virginidad, é imprimirla en los corazones y almas puras: y como la vírgen Clara de suyo era tan bien inclinada y anhelaba tanto á la perfeccion, muy fácilmente se sujetó á los consejos del santo varon, tomándole por guia y maestro de todos sus intentos, y así se determinó á desposarse con un vínculo indisoluble con Jesucristo.

Vino el domingo de Ramos, y la sierva de Dios como estaba tan encendida en su amor, y cada hora le parecia mil años de romper con el mundo y comenzar nueva vida, pidió á san Francisco lo que le parecia que hiciese; porque ella deseaba no tardar mas. El santo, ilustrado con la luz del cielo, le ordenó que la noche siguiente se saliese secretamente de la casa de su padre, llevando compañía decente consigo, y se fuese á su convento, en donde él la vestiria de su hábito. Hízolo así la santa doncella: y dejando la ciudad, los padres y los parientes, se fué á la iglesia de Santa María de Porciúncula (que está como una milla de Asís), en donde el santo padre la estaba aguardando con sus frailes. Recibiéronla con velas encendidas, cantando el himno *Veni, creator Spiritus:* allí se desnudó de sus vestidos seglares y se vistió del hábito pobre de su rica religion, y dió libelo de repudio á todas las pompas y deleites vanos del mundo, y el mismo santo padre le cortó los cabellos con sus propias manos, tomando el Señor al santo patriarca Francisco y su bendita hija Clara, para que fundase en la tierra el espíritu del cielo y el menosprecio del mundo, y el uno fuese padre de tantos y tan esclarecidos hijos, que con nombre de frailes menores militan debajo de su bandera; y la otra fuese madre de tantas doncellas y señoras, pobres de riquezas temporales y riquísimas de dones espirituales, y abastadas de tesoros del cielo. Llevóla san Francisco á la ciudad de Asís: púsola en el monasterio de San Pablo, que era de monjas de san Benito, hasta que el Señor le proveyese de otro monasterio. No pudo el mundo ciego sufrir tanta luz, y el demonio, nuestro capital enemigo, temiendo algun grave daño por el ejemplo de la santa doncella, determinó hacerle guerra, tomando por instrumento á sus mismos deudos, que son los domésticos enemigos de los religiosos. Parecióles cosa nueva y en aquella ciudad no usada, que una doncella noble, hermosa y rica, en la flor de su edad, diese de mano á las galas, gustos y entretenimientos, y que se abrazase con la aspereza y penitencia, y vestida de un vil hábito y duro cilicio, triunfase del mundo; y que era afrenta suya que Clara viviese en tal estado. Vinieron al monasterio: tomaron todos los medios que la vanidad loca suele inventar, para persuadirla que dejase lo comenzado: valiéronse de todas las armas de blandura y de rigor, de dulzura y amenazas: pero el Señor, que ya habia escogido por su esposa á la santa vírgen, le dió fortaleza para resistir, y llegándose al altar, mostró desde allí su cabeza sin cabello, y con mucha resolucion les dijo: que de ninguna manera podia dejar á Jesucristo, á quien se habia dedicado, y por cuyo amor habia hecho divorcio con el mundo: y finalmente como viesen la constancia de la vírgen y que no aprovechaban todos los medios que tomaban para traerla á su voluntad, cansados ya y despechados la dejaron.

Del monasterio de San Pablo la mudó el bienaventurado padre san Francisco á la iglesia de San Damian, en la cual el santo habia residido algun tiempo, y por su órden habia sido reparada, y estaba fuera de la ciudad y apartada de ruido y de bullicio. En este templo se encerró santa Clara por amor de su Esposo celestial. Este templo tomó como paloma para su nido, y de aquí comenzó á esparcir los claros rayos de su vida y santidad. Hizo oracion á Dios que le diese una hermana suya que tenia, llamada Inés, menor de edad, para que conociendo la vanidad del mundo, la dejase y viniese á vivir con ella. Concedióselo Dios; porque al cabo de diez y siete dias y meses de su conversion, vino Inés á santa Clara y le declaró su intento, que era vivir con ella en pobreza y castidad: y santa Clara la abrazó con grande alegría, y alabó al Señor porque la habia oido y hecho tan señalada merced á las dos hermanas. Poco á poco se iba extendiendo la fama de la santidad de esta preciosa vírgen, y el suavísimo olor de sus virtudes por todas partes se derramaba, de manera, que muchas doncellas nobles y ricas, movidas con su ejemplo, despreciados todos los deleites de la carne, se determinaron á tomar al Rey del cielo por esposo, y vivir en vida casta y religiosa. Muchos casados de comun consentimiento se apartaban: y los varones iban á los conventos de los frailes, y las mujeres á los de monjas: y era tanto el fervor y espíritu del cielo que habia venido sobre las mujeres de la ciudad de Asís, que las madres convidaban á las hijas á ser religiosas, y las hijas se ofrecian á las madres, los hermanos á las hermanas; y muchos á porfía corrian á la perfeccion: y los que tenian algun impedimento, procuraban en sus casas guardar la regla de santa Clara lo mas que podian. Y no solamente en aquella ciudad y en su comarca, y en toda la Umbría y otras provincias, sino por todo el mundo se dilató y extendió el resplandor de esta nueva luz; é innumerables doncellas nobilísimas, y grandes princesas y señoras tuvieron por mayor grandeza el saco, pobreza y desnudez de santa Clara, que los estados, regalos y riquezas que tenian; pues todas las dejaron por ser humildes discípulas de tan santa y admirable maestra: y con razon se pueden mas gloriar de serlo, que del mundo que ántes tenian.

¿Quién podrá dignamente explicar las virtudes tan excelentes y heroicas de esta santísima vírgen? ¿Quién declarar aquella humildad tan profunda que puso como firme y sólido fundamento, para edificar sobre ella todas las otras virtudes? Porque habiendo los tres primeros años huido el nombre y oficio de abadesa, por querer mas ser súbdita que prelada, despues que por obediencia del glorioso padre san Francisco fué forzada á aceptarle, creció en ella mas el temor que la presuncion, y quedó mas sierva que libre, teniéndose en su propia reputacion por mas vil é imperfecta que todas las súbditas. Dábales muchas veces agua á manos: y estando ellas sentadas, la santa estaba en pié: y cuando comian, las servia. Lavaba los piés de las siervas, y con mucha humildad se los besaba: y de esta manera con su ejemplo plantaba en los corazones de sus súbditas la humildad, raiz y fundamento de toda obra perfecta. De esta humildad nació el amor tan fino de la santa pobreza que su padre san Francisco con su ejemplo habia mostrado: por ella hizo vender la legítima de sus padres y repartir el precio á pobres, sin guardar para sí cosa alguna: y no consentia á sus súbditas el recibir mas del manteni-

miento necesario, pareciéndole que cuando en el religioso hay mas cuidado en llegar á guardar hacienda, tanto ménos hay de virtudes. Hallóse un dia en el monasterio un solo pan: mandó que se diese la mitad de limosna á los frailes, y poner la otra mitad á la mesa, para que comiesen cincuenta monjas que habia: hizo oracion santa Clara, y Dios le multiplicó de manera, que todas comieron de él y quedaron hartas. Otra vez, no habiendo aceite en casa, tomó la santa un vaso y lavóle con sus manos; y despues mandó al limosnero que tomase y pidiese en él aceite de limosna; y cuando el limosnero fué á tomar el vaso, hallóle lleno de aceite perfectísimo. Regalábase tanto con la santa pobreza, que se holgaba mucho mas la santa vírgen cuando el limosnero traia mendrugos de pan á su convento, que cuando traia panes enteros. La regla que san Francisco dejó á santa Clara, y Gregorio IX, papa, confirmó, fué de tan estrecha pobreza, y ella la aceptó con tanta devocion y la guardó con tan extremado rigor, que el papa Inocencio IV, juzgando ser insufrible para mujeres flacas y delicadas, pretendió templar aquel rigor y absolver á la santa vírgen del voto que habia hecho de pobreza tan áspera y dificultosa: mas la santa le suplicó que no lo hiciese, y le dijo: Que ella deseaba que la absolviese de sus pecados y nó de la guarda de la pobreza; y así aunque algunos prelados y otras personas le aconsejaban que hiciese otra regla mas moderada; y allá al principio, mirando la flaqueza humana, se inclinó á hacerla: mas despues habiendo mejor considerado y encomendado mas á nuestro Señor, se determinó á que la primera regla dada por el seráfico padre san Francisco, y confirmada por Gregorio IX, se guardase, confiando en nuestro Señor que daria fuerzas á las que escogiese para tal instituto que las pudiesen guardar. El tratamiento y aspereza de su persona era muy conforme al amor de la pobreza. Vestia un solo hábito remendado, con un mantillo vil de paño grosero, que era mas para cubrir su delicado y virginal cuerpo que para defenderle del frio. Andaba siempre descalza: su cama de ordinario era la tierra, ó por regalo unos sarmientos; y la almohada en que descansaba era un madero. Ayunaba el adviento y cuaresma á pan y agua; y los lúnes, miércoles y viernes de la cuaresma no comia bocado. Traia una soga con trece nudos, muy áspera, á raiz de las carnes, y sobre ella un cilicio de cerdas de camello, tan grande, que le llegaba hasta la cintura, y tan áspero, que pidiéndosele á la santa vírgen una de sus hijas, se le vistió, y no pudiéndole sufrir, se le volvió, espantada de la fortaleza de un cuerpo tan delicado como el de santa Clara. Finalmente, fué tan extremada su penitencia, que el padre san Francisco y el obispo de Asís le mandaron por obediencia que la moderase.

Vivia de oracion, y era tan continua y tan fervorosa en ella, como si no tuviera otra cosa que hacer, ni otros negocios, ni necesidades del cuerpo á que acudir. Postrábase en tierra, besábala y regábala con abundancia de lágrimas; y siempre le parecia que tenia delante de sus ojos á Cristo crucificado. Cuando las otras monjas tomaban algun reposo para refocilar sus miembros, cansadas y afligidas; ella velaba en oracion y se recreaba con los regalos de su dulce Esposo. Ella era la primera que se levantaba y acudia al coro, y encendia las luces en él, y tocaba la campana, despertando y moviendo á todas con su ejemplo. Una noche, estando en oracion y deshaciéndose en lágrimas, le apareció el demonio en figura de un negro, y le dijo: que no llorase tanto porque perderia la vista, y mas servicio haria á Dios en gobernar aquel monasterio, que en derramar lágrimas: mas conociendo la santa que aquella era instigacion de Satanás, le respondió: Si yo cegara y no pudiere regir este convento, no faltará otra que lo haga mejor que yo. Tú, y los que son de tu bando, sois verdaderamente ciegos; pues nunca podreis ver la luz incomprensible de Dios; y con esto el demonio la dejó y se fué confuso. Otra noche de Navidad, deseando mucho hallarse á los maitines, y no pudiendo por su enfermedad, desde su cama oyó lo que cantaban los frailes de san Francisco en su convento, que estaba tan léjos, que humanamente no se podian oir, regalando Dios de esta manera á su sierva, y dándole lo que tanto deseaba. Cuando acababa la santa vírgen su oracion, salia con el rostro tan encendido, que hacia reparar á las que la miraban, y conocian luego en sus palabras que venia de la oracion; porque hablaba con tanto espíritu, fervor y devocion, que encendia los corazones de los que la oian, y engendraba en ellos una grande estima de las cosas del cielo. Pero entre las otras devociones, que la santa vírgen tenia, fué muy admirable la del santísimo Sacramento. Comulgaba muy amenudo, é hilaba por sus manos aun estando en la cama, lienzos delicadísimos para corporales y servicio del altar, y repartíalos por todas las iglesias de la ciudad de Asís, y unos de ellos se guardan en la santa iglesia de Toledo. Una vez, la noche ántes del jueves santo, en que la santa Iglesia celebra la institucion del divino y admirable Sacramento del altar, estando santa Clara contemplando el excesivo é inmenso amor con que el Señor en él se nos dejó y los dolores que por nosotros padeció; se transportó y arrobó, de manera que quedó en éxtasis y sin sentido toda aquella noche; y al dia siguiente la juzgaban por muerta, los que la veian.

Así como era grande su devocion para con el santísimo Sacramento, así por medio de él hizo nuestro Señor algunos milagros para favorecerla. Pasaba una vez por la ciudad de Asís el ejército del emperador Federico, grande enemigo de la Iglesia: venian en él muchos moros infieles, y como el monasterio de santa Clara estaba fuera de los moros de la ciudad, acometiéronle como enemigos de Dios y de la religion cristiana, para robarle y destruirle, y hacer todo lo que pudiesen. Fuéronselo á decir muy llorosas y despavoridas sus hijas á la santa madre, que por su enfermedad estaba en la enfermeria: y ella con gran sosiego y confianza, las consoló y se hizo llevar á la puerta del monasterio y poner á vista de los enemigos, teniendo delante de sí en una custodia del santísimo Sacramento. Allí puesta de rodillas con grande devocion y copiosas lágrimas, rogó al Señor, que no permitiese que aquellas siervas suyas, criadas en su amor, y que por él habian renunciado todos los amores del mundo, fuesen entregadas á aquellas bestias que allí estaban. En acabando de orar, se oyó una voz del cielo, que dijo: Yo las guardaré siempre; y súbitamente los infieles que habian subido por los muros, atemorizados y atónitos, cayeron y se fuéron, dejando la presa que ya les parecia tener en las uñas: y la santa mandó á sus hijas que mientras ella viviese, callasen el favor que Dios les habia hecho con aquella voz celestial: y por esta devocion que tuva santa Clara al santísimo Sacramento, la

pintan con una custodia en las manos. Otra vez estando cercada la ciudad de un ejército imperial, cuyo capitan Vital era de Aversa, hombre bravo y arrogante, y que decia que no se habia de partir hasta haberla tomado y destruido; santa Clara llamó á sus benditas hijas, y mandó traer ceniza: y poniéndola ella primero sobre su cabeza, les ordenó que ellas tambien se la pusiesen, y postradas todas en oracion, suplicaron á nuestro Señor que librase aquella ciudad que por su amor tanto bien les hacia. Oyó el Señor las devociones y plegarias de santa Clara y de sus hijas; y la noche siguiente se deshizo todo aquel ejército, y poco despues el furioso capitan violentamente acabó su vida. No fueron solos estos milagros los que Dios obró por los merecimientos y oraciones de santa Clara, sino otros muchos y muy notables; porque con solo hacer la señal de la cruz atormentaba á los demonios, y los echaba de los cuerpos; y dió salud á muchos que padecian graves y peligrosas enfermedades: los cuales por hallar remedio, concurrian de todas partes á su monasterio.

Cuarenta y dos años estuvo santa Clara en aquel convento, regiéndole con la santidad de vida admirable que habemos dicho: y la mayor prueba de su gran virtud fué la paciencia y alegría que tuvo en veinte y ocho años de enfermedad que padeció: en los cuales estando algunas veces muy apretada, nunca se vió su rostro triste, ni se oyó palabra de queja y sentimiento; porque el Señor que como á esposa suya la probaba, tambien la esforzaba y regalaba en las mismas penas que padecia. Y con haber estado diez y siete dias una vez sin comer bocado, alentaba y consolaba á todos los que venian á ella, rebosando aquel espíritu celestial, de que estaba llena, é infundiéndole en los que la visitaban. Creció tanto la enfermedad y su flaqueza, que entendió ser llegada la hora que ella tanto deseaba, de ser desatada de esta cárcel, para ver y gozar de su dulcísimo Esposo. Recibió de mano del ministro provincial al mismo Señor encubierto, que esperaba ver descubierto y cara á cara: y el mismo dia vino á ver á la santa (por la gran devocion y estima de su santidad) el papa Inocencio IV de este nombre, y la dió su bendicion é indulgencia plenaria de todos sus pecados: y la vírgen se regocijó mucho en el Señor, y convidó á sus hijas, y les rogó que la ayudasen á hacerle gracias, por haberse dignado aquel dia de comunicarle su sacratísimo cuerpo, y háberla favorecido con la presencia y visita de su vicario. Estaba entre las otras monjas Inés, hermana de santa Clara; la cual, viendo á su santa hermana y madre en aquel trance, con grande afecto y tiernas y copiosas lágrimas le pedia que la llevase consigo, y que no la dejase acá en la tierra: pues habian sido tan buenas compañeras y tan unidas en el mismo espíritu y deseo de agradar y servir al Señor. Consolóla la vírgen diciéndole, que la voluntad de Dios era que por entonces no la acompañase; mas que tuviese por cierto que no tardaria mucho á llevarla á gozar consigo: y así se cumplió. Lloraban todas sus hijas viéndola morir, y ella las animaba y exhortaba á todas las virtudes, y especialmente á la humildad y al amor de la santa pobreza. Comenzó despues á hablar entre sí con su alma y á decirle: Alma mia, vé segura; que buena guia llevas en esta jornada. Vé: porque el que te crió, te santificó, y te ha guardado siempre, y te ha amado con un amor tierno, como suele la madre á su dulcísimo hijo; y añadió: Bendito seais vos, Señor mio, que me criasteis. Preguntóle una religiosa con quién hablaba; y respondió amorosamente: Hablo con mi alma que ha sido prevenida de las humillaciones del Señor. Visitóle su dulce Esposo á la hora de la muerte, y la gloriosísima Vírgen María nuestra Señora, acompañada de un coro de vírgenes vestidas de blanco y resplandecientes, y con coronas de oro en la cabeza: y con tan celestiales favores y regalos, habiéndose hecho leer la Pasion, dió su benditísima alma al Señor, trocando el cilicio y hábito áspero, por la estola de la inmortalidad: la pobreza, por la riqueza eterna; y la ceniza y penitencia, por aquel gozo y vista bienaventurada que jamás tendrá fin. Causó su muerte en toda la ciudad, y en la córte del papa que á la sazon se hallaba en Asís, gran tristeza y sentimiento. Concurrieron todos, hombres y mujeres, niños y viejos á sus exequias: y el mismo sumo pontífice Inocencio IV, con el colegio de los cardenales, se halló presente á su entierro: y queriendo los cantores cantar la misa *de Requiem*, mandó que se cantase la de una santa vírgen, dando muestras de quererla canonizar ántes que su sagrado cuerpo fuese puesto en la sepultura. Mas porque el cardenal stiense, que era devotísimo de santa Clara, le avisó que aunque era muy justo lo que su santidad mandaba, por los grandes merecimientos de la vírgen; mas que convenia hacerlo con maduro consejo: y por este aviso la misa se dijo *de Requiem*, y el mismo cardenal de Ostia predicó y dijo muchas y grandes cosas de la excelencia y virtudes de santa Clara. Para que el cuerpo estuviese mas seguro, le llevaron adentro de la ciudad, y la enterraron en la iglesia de San Jorge, donde un poco de tiempo habia estado sepultado su padre san Francisco. Pasó esta gloriosa vírgen de esta vida el año del Señor de 1253, á los 11 dias del mes de agosto, y fué sepultada á los 12 del mismo mes, y en él se celebra su fiesta. Hizo Dios despues de su muerte muchos y muy grandes milagros por su intercesion: por los cuales y por su vida santa, el papa Alejandro IV la canonizó el primer año de su pontificado y el segundo de la muerte de santa Clara, y el de 1255 del Señor.

* San Euplio, diácono y mártir.—Cuando reinaba el emperador Diocleciano, este santo, que era diácono de la Iglesia de Catania en Sicilia, fué preso y conducido á la sala de audiencias del gobernador. Apenas llegó al lugar donde estaba el gobernador, gritó que era cristiano, y que queria morir por Cristo. Calvisieno, que era el gobernador, al punto que lo oyó, mandó que compareciera en su presencia, lo que verificó llevando en sus manos el libro de los Evangelios. El juez le preguntó por qué llevaba un libro condenado por las leyes del imperio; y él contestó con firmeza: Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos: el que quiera venir en pos de mí, debe llevar su cruz y seguirme. Apenas pronunció estas palabras, cuando fué puesto sobre el caballete y atormentado cruelmente. Mientras estaba padeciendo, preguntóle Calvisieno si persistia todavía en sus sentimientos primitivos: y como contestara que jamás desistiria en la confesion de su fé, y que no entregaria las sagradas Escrituras; Calvisieno montado en cólera escribió la siguiente sentencia: «Mandamos que Euplio, convencido de cristiano, sea decapitado en castigo de su obstinacion en despreciar los edictos del César, y en blasfemar de los dioses.» Dicha sentencia fué ejecutada en

la misma ciudad de Catania el dia 12 de agosto del año 304, alcanzando así la palma del martirio.

SAN PORCARIO, ABAD, Y OTROS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.— por su eminente virtud habia merecido este santo ser colocado al frente de la célebre abadía de Lerins. En 731, cuando los sarracenos se preparaban para pasar á la isla donde se hallaba situado el monasterio, Porcario mandó que se embarcasen para la Italia los mas jóvenes de sus religiosos y algunos niños que educaba como colegiales. En seguida exhortó al resto de su comunidad, que era bastante numerosa, á morir esforzadamente por Jesucristo. Todos aquellos monges, siguiendo el generoso ejemplo de su abad, y fortificados con el cuerpo de Jesucristo, esperaban la muerte con resignacion y alegría, cuando llegaron los sarracenos. Hechos dueños de la abadía, degollaron en odio del cristianismo á los quinientos religiosos que componian aquella comunidad, empezando por el santo abad, y por los mas ancianos de entre ellos, á fin de intimidar así á los jóvenes y hacerles titubear en su fé. Pero ni uno solo hubo que no prefiriese morir á abandonar la religion de Jesucristo, y todos son honrados en este dia por la Iglesia en el número de los mártires.

SANTA HILARIA, CON SUS CRIADAS LAS SANTAS DIGNA, EUPRAEPIA Y EUNOMIA, MÁRTIRES. —Santa Hilaria era madre de santa Afra, muerta tambien á manos de los enemigos del Evangelio. Estando un dia velando junto al sepulcro de su hija, allí mismo la quemaron los perseguidores, por la fé de Cristo, con las otras tres santas citadas. Su martirio sucedió en Augsburgo, el año 304.

LOS SANTOS QUIRÍACO, LARGION, CRESCENCIANO, NIMIA, JULIANA, Y OTROS VEINTE COMPAÑEROS, MÁRTIRES. — Padecieron martirio por la fé de Jesucristo en la misma ciudad de Augsburgo, el mismo dia que las santas anteriores, por haber manifestado y confesado su religion mientras los verdugos daban muerte á dichas santas.

LOS SANTOS ANICETO, FOTINO, Y OTROS MUCHOS COMPAÑEROS, MÁRTIRES. — El primero era conde del imperio, y el segundo sobrino suyo. Estando el emperador Diocleciano en Nicomedia, en cuya ciudad vivian los dos santos, les mandó comparecer cierto dia á su presencia delante de una multitud de pueblo que se hallaba congregada. Amenazóles con los mas bárbaros tormentos si no renegaban de Jesucristo; pero los dos santos, que se hallaban llenos del espíritu de Dios, confesaron mas altamente su fé, y por medio de sus conjuros al espíritu infernal, cayeron derribadas las estatuas de los dioses que allí habia. Furioso el emperador, mandó que los dos fuesen entregados á las fieras; pero estas aparecieron delante de ellos como mansas ovejas, visto lo cual fueron degollados en la misma ciudad de Nicomedia, el año 305 ó 306.

SAN MACARIO Y SAN JULIAN, MÁRTIRES. — Por haberse perdido las actas de su martirio, ignoramos cuándo y cómo le padecieron, sabiendo tan solo que murieron en Siria.

SAN GRACILIANO Y SANTA FELICÍSIMA, MÁRTIRES.—Era el primero un cristiano fervoroso de la ciudad de Faleria, en Toscana, y la segunda una vírgen de la misma ciudad, que habia consagrado su integridad á Jesucristo. Ambos vivian en el temor de Dios y las prácticas de la virtud cristiana, cuando en tiempo del emperador Galerio Maximiano, habiendo sido acusados y no queriendo prestar adoracion á los dioses paganos, primeramente les quebrantaron con piedras los rostros, y despues siendo degollados, alcanzaron la deseada palma del martirio.

SAN EUSEBIO, OBISPO Y CONFESOR. — Nació en Milan, y habiendo crecido en ciencia y piedad, fué ordenado de diácono. Su zelo y ardiente caridad recordaban la administracion de los primeros dias de la Iglesia. Consagrado obispo de Milan, brilló con toda clase de virtudes, distinguiéndose especialmente en la gracia de ablandar los corazones de los bárbaros que invadian entonces la Italia, de los cuales convirtió gran número á la fé. Asistió á varios concilios, y murió en paz el año 465.

SAN HERACULANO, OBISPO Y CONFESOR.— Floreció durante el siglo VI, gobernando la Iglesia de Brescia, en Italia. Su santidad fué tan grande, que á sus ruegos los enfermos curaban repentinamente, los muertos volvian á la vida, y los elementos suspendian sus efectos naturales para ostentar prodigiosamente la virtud del siervo de Dios. Murió tranquilamente en medio de su rebaño despues de un pontificado ilustre en portentosos hechos.

DIA 13.

SAN HIPÓLITO, MARTIR.—Siendo preso el invencible mártir de Cristo san Lorenzo, fué dado en guarda á un caballero romano, llamado Hipólito: el cual por haber visto los milagros que san Lorenzo obraba, estando aherrojado en la cárcel, y que con sola la señal de la cruz daba vista á los ciegos, y hacia cosas maravillosas, se convirtió á la fé del Señor, y fué bautizado él y toda su familia, que era de diez y nueve personas, por mano del mismo san Lorenzo. Fué tan fervoroso despues Hipólito, y tan deseoso de morir por Cristo, que viendo padecer á san Lorenzo, por acompañarle y morir con él, quiso á voces clamar que era cristiano, y fué necesario, para que no lo hiciese, que el mismo san Lorenzo le detuviese y le mandase que callase y se guardase para su tiempo, que presto le vendria. Pasó su carrera gloriosamente san Lorenzo, y murió asado en unas parrillas con aquella constancia y espíritu admirable, que dijimos el dia de su martirio: é Hipólito, tomando su cuerpo, honoríficamente le enterró en compañía de Justino, presbítero. Como esto se divulgase y viniese á noticia del emperador, al cabo de tres dias, estando en una casa, puesta la mesa para comer, por su mandado fué preso Hipólito, y llevado á su presencia, le dijo: ¿Tambien tú eres nigromántico y mago como Lorenzo, y has enterrado su cuerpo? Respondió Hipólito: Verdad es que yo le enterré, mas nó como mago, sino como cristiano. Enojóse sobremanera el tirano; hízole dar con una piedra muchos golpes en la boca, y desnudar de la vestidura blanca de Cristo y recien bautizado, que traia; y san Hipólito dijo al tirano: No me has desnudado, sino vestido. Despues de algunas razones, mandóle Valeriano tender en el suelo, y herir fuertemente con varas y gruesos palos; y el santo daba gracias á Dios, que le hacia digno de aquel tormento. El tirano dijo: No siente los palos Hipólito: arañen con cardos y espinas su cuerpo. Hízose así; é Hipólito á voces decia: cristiano soy, y por Cristo padezco. Estando ya cansados los mismos verdugos de rasgar sus carnes y de atormentarle, mandó el tirano que le levantasen del suelo, y le vistiesen de su hábito antiguo y militar, y comenzó á hablarle con blando-

ra, rogándole que dejase aquella pertinacia, y que fuese su amigo, y que gozase de la honra militar y de las otras mercedes que le hacia. Rióse Hipólito, y con voz alta y clara dijo: Mi honra y gloria militar es ser soldado constante de Cristo, y morir debajo de su bandera: Mandó el tirano confiscarle los bienes, y prender y traer delante de sí toda la familia de Hipólito, porque supo que era cristiana. Entre las otras personas que en ella habia, era una santa mujer llamada Concordia, la cual habia sido ama y criado al mismo tiempo Hipólito: y diciéndole el tirano que mirase sus años, y no quisiese morir con su señor Hipólito; ella respondió: Yo y los que estamos aquí presentes, ántes queremos morir valerosamente con Hipólito, que vivir sin él siendo cobardes. Embraveciόse el tirano y dijo: Los esclavos y siervos no se enmiendan sino con azotes: y mandó azotar á Concordia, y herirla con plomadas tan fuertemente, que dió su espíritu al Señor en aquel tormento, estando presente Hipólito. Quedó el santo muy alegre y regocijado, por ver que habia enviado delante de sí, á la corona de la gloria, á la que le habia dado el pecho y sustentado con su leche. Finalmente mandó Valeriano, que Hipólito y toda su familia fuesen llevados fuera de los muros de Roma, y que allí en presencia de Hipólito los demás fuesen degollados, y él, atado á las colas de caballos feroces y bravos, fuese arrastrado por el campo; y así con este terrible y cruelísimo martirio despedazado, dió su alma á Dios; y su cuerpo de noche fué sepultado por Justino, presbítero, y otros cristianos en el campo Verano, no léjos del cuerpo de san Lorenzo. Celebra la Iglesia su martirio á los 13 de agosto, y fué año de Cristo de 261, imperando Valeriano, y Galieno su hijo. Los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y de Adon, hacen mencion de san Hipólito mártir, y mas copiosamente se trata de él en los Actos del martirio de san Lorenzo.

San Casiano, mártir.—San Casiano, mártir, fué obispo de una ciudad de Alemania, que está en los Alpes, llamada Bressenon ó Brissen, de la cual habiendo sido echado, se puso en camino para ir á Roma: y llegado á la ciudad de Imola, que es en la provincia de Romanía en Italia, paró allí, y con deseo de servir á nuestro Señor y aprovechar en la juventud, abrió escuela y comenzó á enseñar á los niños buenas letras y loables costumbres. Turaba en aquel tiempo la persecucion contra los cristianos, y habiendo el juez entendido que Casiano lo era, le mandó prender y le preguntó si era cristiano, y qué era su oficio. El santo confesó con grande libertad y constancia que era cristiano, y dijo que su oficio era enseñar á leer y escribir á los muchachos. Entonces el juez mandó convocar á todos aquellos niños que Casiano enseñaba, diciéndoles que aquel su maestro era un sacrílego contra los dioses, y quebrantador de los mandatos imperiales, y digno de muerte; y se le entregó á todos para que se la diesen á su voluntad. Los muchachos incitados por el juez, deseosos de vengarse de los azotes y castigos que les habia dado, arremetieron al santo, y cada uno le heria con lo que podia y como podia. Usábase en aquel tiempo escribir en unas tablas enceradas con unos hierros delgados y agudos que llamaban estilos: con estos herian al santo por todas partes de su cuerpo, y le hacian correr sangre. Él les rogaba que fuesen atrevidos y que le hiriesen con mayores fuerzas, por el deseo que tenia de morir por Cristo, y porque cuanto las heridas eran mas pequeñas, tanto mas tardaria de verse con él en su gloria. Con este martirio acabó el santo su vida, y fué á los 13 de agosto: y segun algunos, fué imperando Juliano Apóstata. Escriben de san Casiano los Martirologios romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio: ántes de todos Aurelio Prudencio escribió un himno en verso muy elegante, del martirio de san Casiano: en el cual cuenta como estando él mismo en Imola, haciendo oracion delante del altar de San Casiano, vió allí una pintura en la cual estaba el santo desnudo, y cercado de gran muchedumbre de muchachos, que con sus estilos le lastimaban y herian, y allí le declararon lo que allí queda referido, y él lo escribió en verso, y otro trasladó en prosa, como lo escribe el venerable Beda.

* Santa Concordia, mártir.—Fué nodriza de san Hipólito mártir, cuya vida insertamos en este mismo dia, y la cual puede verse mas arriba.

San Máximo, monge y mártir.—Nació en Constantinopla el año 580, de una familia noble y antigua. Su educacion fué esmerada; pero como desde niño poseia todas las virtudes, Dios le infundió una esencia superior á la de las escuelas, la ciencia de los santos. A pesar de su modestia y humildad, su mérito fué muy pronto conocido, y el emperador Heraclio le nombró su primer secretario de estado. Su elevacion no le deslumbró nunca; al contrario, en medio de su grandeza, practicaba las mas puras virtudes, y suspiraba de continuo por el retiro y la soledad. Por aquel tiempo se introdujo en la córte la herejía de los monotelistas, y Máximo, para no hacerse instrumento de los herejes, se retiró á un monasterio. En su soledad oraba dia y noche por las necesidades de la Iglesia y del estado, y se armaba de constancia contra los peligros á que su alma se hallaba expuesta. Temiendo aun en su monasterio los lazos que tendian los herejes por todas partes, resolvió buscar otro lugar mas solitario y se retiró al África. Salió de él para disputar públicamente en Cartago contra los obispos herejes, y los convirtió; despues fué á Roma por órden del papa san Martin y asistió al concilio de Letran, en el año 649, permaneciendo en Roma hasta la muerte del mismo pontífice, sucedida el año 655. San Máximo fué entonces preso por órden del emperador, y conducido á Constantinopla con su discípulo Anastasio, y otro Anastasio que habia sido apocrisario de la Iglesia romana. Al llegar á Constantinopla se presentó un oficial acompañado de diez soldados de la guardia imperial, y habiéndoselos llevado casi desnudos, los llevaron á varios calabozos; y despues de haberles hecho sufrir espantosos tormentos y diferentes interrogatorios, fueron desterrados por órden del emperador Constante á Quersoneso, donde murieron dentro de pocos meses en la paz de Dios, el año 662.

San Vigberto, presbítero y confesor.—Era un santo monge de Inglaterra que florecia en el siglo VIII. Habiéndole invitado san Bonifacio á trasladarse á Alemania, le nombró primer abate del monasterio de Ordorfi, y despues de Friteslar. Glorioso en virtudes y en milagros, murió el año 741, y fué enterrado en este último monasterio. San Vigberto es el patron de la ciudad y monasterio de Colleda que pertenece á la órden del Cister.

Santa Radegunda, reina.—Fué hija de Betario, rey de Turingia, en la Germania, y nació en 519. Educada en el paganismo, á la edad de diez años conoció las ver-

dades de la fé, y abrazó la religion cristiana con tanto fervor, que fué desde luego modelo de todas las virtudes. Habia pensado consagrarse á Dios en perpetua virginidad, pero no le fué posible negarse á las solicitaciones de Clotario, rey de Francia, que la queria por esposa. Efectuóse el matrimonio, y la santa continuó siendo espejo de los mas altos ejemplos. A los encantos de la virtud juntaba los de la mas perfecta hermosura, y era el embeleso de su esposo y de toda la córte. Sin embargo, Clotario concibió despues de algun tiempo tal aversion contra su esposa, que tuvo que sufrir esta una serie de malos tratamientos tan dolorosos, que al fin, viendo en peligro su paciencia, pidió permiso para retirarse á un monasterio. El rey no solamente lo consintió, sino que además hizo edificar un célebre monasterio en Poitiers, donde su esposa se retiró en compañía de algunas vírgenes, esposas de Jesucristo. Ocupóse al principio en dar reglas á sus religiosas, hizo confirmar su fundacion por los padres del concilio de Tours, celebrado en 565, y en seguida normalizó las reglas del monasterio, que fueron la admiracion y veneracion de todos. Al fin de sus dias, Clotario se arrepintió de sus faltas, é hizo un viaje para ver por última vez á Radegunda, que lo recibió con todas las muestras de la mas cordial benevolencia, y oró al cielo por él. Por fin, coronada de grandes merecimientos, teniendo bajo su direccion mas de doscientas religiosas, llorada de todas ellas y de cuantos habian tenido ocasion de admirar su eminente virtud, murió santamente Radegunda el dia 13 de agosto del año 587, en su mismo monasterio de la Santa Cruz, donde fué enterrada. En su sepulcro obró el Señor grandes milagros.

San Casiano, obispo y mártir. —Convirtióse á la religion cristiana viendo martirizar á san Ponciano, obispo de Todi. Su conversion fué sincera, y su fé tan ardiente, que dentro de muy breve tiempo fué la admiracion y el modelo de todos los fieles de aquella diócesis, y lo pidieron por su pastor. Consagrado obispo de Todi, dedicóse á fortalecer á sus ovejas contra el temor de la muerte; pues se sentia ya rugir la persecucion que tanta sangre habia de costar á la Iglesia. Efectivamente, despues de algun tiempo, publicó Diocleciano sus edictos contra los cristianos, y el santo obispo Casiano fué de los primeros que se presentaron al tirano, y sellaron con su sangre la verdad de la religion que profesaban. San Casiano fué mandado martirizar por un hermano suyo, procónsul á la sazon del territorio de Todi.

Santa Centola y santa Elena, mártires. —Españolas por nacimiento, y gloria de la ciudad de Burgos que las vió morir. Centola era una vírgen de grandes virtudes, que presa por ser cristiana, fué atormentada hasta que confesase la divinidad y el poder de Júpiter; pero cuanto mas los verdugos redoblaban los tormentos, mas ánimo y valor mostraba ella para sufrirlos. Hallándose ya su cuerpo descarnado y sin sangre, fué metida en una oscura prision para prolongarla mas los dolores; y estando en ella se le presentó una matrona principal, llamada Elena, tambien de gran virtud, y empezó á exhortarla á perseverar hasta el fin. En esto entraron en la cárcel los ministros del gobernador, y cogiendo á las dos las llevaron al lugar del suplicio, y juntas las degollaron; recibiendo así la palma del martirio. Créese que su muerte fué por los años de 300 ó 302, en el reinado de Diocleciano.

DIA 14.

San Eusebio, presbítero y confesor.—En tiempo del emperador Constancio se embraveció en Roma la herejía de los arrianos, por el favor y fuerzas que él les dió, y á esta causa se levantó una gravísima y terrible tempestad contra los católicos, y muchos obispos y santos sacerdotes fueron desterrados, y afligidos y muertos por la fé católica. Entre ellos fué uno Eusebio, romano, presbítero y santísimo confesor; el cual, por defender constantísimamente la fé y verdadera religion, con mas libertad y ánimo que quisiera Constancio, le mandó encerrar y como emparedar en un aposento de su misma casa, tan estrecho y angosto, que apenas cabia en él, ni se podia extender ni volver á una parte ni á otra. Allí estuvo el santo varon siete meses, y haciendo perpetuamente oracion al Señor, y suplicándole que le diese fortaleza y constancia para morir por él: y diósela tan cumplida que al cabo de los siete meses murió, y dió su espíritu al que le habia criado, en aquella como sepultura en que habia estado. Su cuerpo recogieron Gregorio y Orosio, sacerdotes, y le enterraron en una cueva del cementerio de Calixto, junto al cuerpo de san Sixto, papa, y pusiéronle un título que decia. «Aquí yace Eusebio, varon de Dios.» Cuando Constancio supo la muerte de Eusebio, y como Gregorio y Orosio habian enterrado su cuerpo, enojóse sobre manera, y mandólos prender. Hubo á las manos á Gregorio, é hízole como enterrar vivo en la misma cueva, donde estaba el cuerpo de san Eusebio. Orosio, que se habia escapado, lo supo, y de noche se fué á él; y aunque le halló vivo, estaba ya tan debilitado que murió allí en sus manos: y así le dejó sepultado en aquel mismo lugar. Celebra la Iglesia la muerte de san Eusebio á 14 del mes de agosto, y fué el año del Señor de 357, imperando Constancio. En Roma hay una iglesia de san Eusebio, muy antigua y de gran devocion, en la cual está su santo cuerpo, y los de Orosio y Paulino, y otras muchas reliquias de santos mártires: y san Zacarías, papa, la mandó reparar y adornar. Hacen mencion de san Eusebio los Martirologios romano, el de Beda y Usuardo, y mas copiosamente el de Adon: y tambien el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el martirologio, y en el tercer tomo de sus Anales.

San Simpliciano, arzobispo y confesor.—Nació san Simpliciano en un lugar de Italia, llamado Betuata, de padres nobles, cuyos nombres eran Ludovico y Senedruga. Enviáronle de poca edad á Roma, donde se bautizó y estudió, y en poco tiempo aprendió mucho, y fué perfecto en su modo de vivir. Era tardo en el hablar: presto en el oir: discreto en el silencio: medido en las palabras: sabio en el consejo; y purísimo en la castidad. Para sí era muy estrecho, y para los pobres liberal: dábase mucho á la oracion y leccion, y ardia su corazon en un encendido y abrasado amor de Dios y del prójimo. Por estas virtudes subió en Roma á la dignidad de presbítero, y vino á ser mirado y respetado de la gente cuerda y grave, como varon de Dios. Tuvo cuatro excelencias san Simpliciano muy dignas de grande alabanza.

La primera: que estando en Roma trabó amistad con Victorino, que era africano y varon sapientísimo, y enseñaba retórica á la nobleza romana, y por sus grandes letras habia merecido que se le pusiese estatua en la plaza

de Trajano; y siendo idólatra y gran defensor de los dioses romanos, se convirtió á la fé de Cristo nuestro Señor, por el trato y familiaridad que tuvo con san Simpliciano. Esta fué una gloriosa victoria que admiró á toda la ciudad de Roma, y tanto que san Agustin, luz de la Iglesia, en el libro de sus confesiones la refiere por estas palabras.

«Para exhortarme á la humildad de Cristo, que se esconde á los soberbios, y se descubre á los humildes, me comenzó Simpliciano á contar un cuento de Victorino, á quien él habia conocido muy familiarmente en Roma: el cual no quiero yo aquí callar; porque el referirle, dará ocasion de alabar y ensalzar vuestra gracia, que se debe confesar para vuestra gloria. Contóme, pues, como aquel viejo doctísimo y en todas las ciencias sapientísimo, y que habia leido tantos libros de filósofos, y juzgádolos y declarádolos, y era maestro de tantos y tan nobles senadores, por la excelencia de sus grandes letras: y de haberlas enseñado con tanta loa, habia merecido y alcanzado que en la plaza de Roma se le pusiese públicamente estatua, que es cosa tan estimada de los hombres de este siglo. Este tan insigne varon (digo) hasta aquella edad habia reverenciado y adorado á los ídolos, y participado de sus sacrilegios y ceremonias profanas, con las cuales casi toda la nobleza romana estaba inficionada, y tenia por dioses á una multitud de monstruos, y como á tales les hacia sacrificios y suplicaba; y Victorino tanto con su elocuencia y voz sonora lo habia defendido: pero despues alumbrado y esforzado con vuestra gracia, Señor, no tuvo vergüenza de humillarse, y hacerse siervo de Cristo, y lavarse como niño en el bautismo, sujetando su cuello humildemente á vuestro santo yugo, y señalando su frente con el oprobio de la cruz. O Señor, Señor, que inclinasteis los cielos y descendisteis, y tocasteis los montes, y humearon, ¡con qué blandura y suavidad os injeristeis y entrasteis en aquel pecho! Leia Victorino (como dice Simpliciano) la santa Escritura, y con gran cuidado y estudio escudriñaba las letras cristianas, y nó en público sino en secreto y familiarmente, como amigo decia á Simpliciano: Hágote saber que hoy ya soy cristiano. Respondíale Simpliciano: No te creeré, ni te tendré por cristiano, hasta que te vea en la Iglesia de Cristo.» Y despues va contando como Victorino se bautizó é hizo públicamente la profesion de su fé, y que cuando subia al lugar donde la habia de hacer; todos los que le conocian (y no habia quien no le conociese), le comenzaron á mirar y á apellidar su nombre como quien le daba la enhorabuena con grandes muestras de alegría. Todo esto es de san Agustin: y añade, que cuando Victorino estaba en mayor reputacion, y su pecho parecia una torre inexpugnable, en la cual el demonio se habia encastillado y su lengua era saeta aguda y penetrante, con que habia herido á muchos; tanto debia ser mayor el gozo de toda la Iglesia, viéndole reducido á su fé y obediencia. Esta fué la primera hazaña y victoria de san Simpliciano.

La segunda es, que habiendo Dios nuestro Señor escogido á san Ambrosio para arzobispo de Milan, y de lego que era, y prefecto de aquella ciudad y provincia, levantádole súbitamente á tan gran dignidad, y ántes de ser discípulo, puéstolo por maestro de su Iglesia; y queriendo el sumo pontífice san Dámaso, como vicario de Cristo y pastor universal de su rebaño, ayudar á san Ambrosio para que acertase en los ritos, ceremonias y usos de la santa Iglesia romana, le envió á san Simpliciano, para que fuese su ayuda y maestro: y san Ambrosio le recibió y le tuvo por tal, como lo dice san Agustin por estas palabras: «Fuí á verme con Simpliciano, que era padre espiritual de Ambrosio, obispo, en la gracia que vos le comunicasteis, y á quien amaba verdaderamente como á padre.» Esto es de san Agustin.

El mismo san Ambrosio, hablando de sí, dice: «Los hombres primero aprenden, y despues enseñan; mas yo, habiendo sido arrebatado de los tribunales legos al sacerdocio, comencé á enseñar lo que no habia aprendido; y así juntamente tengo de enseñar y aprender, por no haber tenido tiempo de aprender ántes.» Mas fué tan rara la modestia de san Simpliciano, que conociendo la grandeza de san Ambrosio, y que el grado de obispo, que tenia, era superior al suyo de presbítero: para enseñarle, se hacia discípulo, y como á maestro le preguntaba varias y dificultosas cuestiones, á las cuales respondia san Ambrosio, que en una epístola le dice estas palabras: «¿Porque tú dudas, y me preguntas á mí, habiendo tú dado vuelta á todo el mundo, para alcanzar la fé y el conocimiento divino, y toda la vida gastado de dia y de noche en la leccion, y con tu grande ingenio penetrado las cosas ménos inteligibles, y estás acostumbrado á enseñar cuán descaminados y apartados de la verdad sean los libros de la filosofía?» Pues cuán grande loa y excelencia de Simpliciano es haber sido maestro de un doctor, á quien toda la Iglesia católica tiene por maestro, y el haberle él reconocido y reverenciado como á tal, por sus raras partes, y por haberle sido enviado de Roma de un tan gran pontífice como fué san Dámaso.

Si las cosas que habemos referido fueron ilustres en san Simpliciano, no lo es ménos la tercera; ántes de mayor estima y mas gloriosa, por la mayor utilidad que resultó de ella en toda la Iglesia católica. Esta es la conversion del gran padre san Agustin á nuestra santa religion, en la cual tuvo gran parte san Simpliciano: porque estando san Agustin en Milan teñido en los errores de los herejes maniqueos, y duro y rebelde en las verdades de nuestra santa religion, comenzó á oir los sermones que san Ambrosio, como obispo, predicaba al pueblo, y á deleitarse primero en sus palabras y elocuencia, y despues en sus razones y sentencias, y vino á estar dudoso de la verdad de su secta, y poco á poco á aborrecerla y aficionarse á los misterios y sacramentos de la ley evangélica. Pero todavía estaba dudoso y perplejo de su vida temporal, y perezoso de entrar por las angostas sendas del camino de la vida: y estando en esta duda y perplejidad, dice el mismo doctor san Agustin, que Dios nuestro Señor le puso en el corazon, que fuése á san Simpliciano; porque le parecia que era fiel siervo de Dios, y que su gracia resplandecia en él, y habia oido decir que desde mozo le habia servido con gran devocion, y ya era viejo, y con la larga edad, gastada en el estudio de la virtud, tenia experiencia de muchas cosas y sabia mucho; y por esto queria descubrirle las congojas de su corazon y conferir con él sus penas, para que viendo él la disposicion de su alma, le aconsejase lo que habia de hacer para servir al Señor. Habiendo, pues, contado san Agustin á san Simpliciano los rodeos en que andaba perdido, y los enredos de su corazon, quedó con su trato y comunicacion sosegado y confirmado en sus buenos propósitos, y encendido en el amor de Jesu-

cristo y de toda perfeccion. De aquí es, que en algunos lugares de sus obras san Agustin trata honoríficamente de san Simpliciano, y le llama y reverencia como á padre espiritual de su alma. Pero adviértase que entre las obras de san Ambrosio andaba un sermon, que es el 92, en que con nombre de san Ambrosio se trata del bautismo de san Agustin y en él se hace mencion de san Simpliciano, como de persona que fué gran parte para la conversion de san Agustin; pero aquel sermon (como lo dijimos en la vida del mismo padre san Ambrosio) no es de san Ambrosio sino de algun autor ó burlador, que con nombre de san Ambrosio quizo autorizar sus devaneos: porque á mas de que el estilo de aquel sermon es muy desemejante al de san Ambrosio; en él se dice que san Agustin fué cartaginés, y no fué sino de Tagaste, y que se convirtió de la gentilidad á la fé de Cristo; y san Agustin nunca fué idólatra, aunque siguió algun tiempo los errores de los maniqueos. Dice mas: que san Ambrosio tuvo grandes disputas con san Agustin; y el mismo san Agustin dice, que estaba siempre san Ambrosio tan ocupado, que nunca tuvo lugar de hablarle despacio, y preguntarle lo qué queria. Dice: que le vistieron de paño y con una cogulla negra, cuando le bautizaron; siendo esto contrario al uso y costumbre de aquellos tiempos, en que todos los que se bautizaban se vestian de blanco infaliblemente: y por estas razones se ve que aquel sermon no es de san Ambrosio, ni hay que hacer caso de él.

Habiendo, pues, san Simpliciano hecho cosas tan hazañosas, y de tan gran provecho para toda la Iglesia del Señor, y viviendo con maravilloso ejemplo de santidad y en una tranquila quietud en un monasterio que habia en los arrabales de Milan, debajo del gobierno y disciplina de san Ambrosio, que con sus limosnas le sustentaba, cayó malo el mismo san Ambrosio de la enfermedad que le acabó la vida; y estando ya para morir, algunos de sus clérigos y diáconos, que estaban fuera de la pieza, comenzaron á tratar entre sí de la persona que habia de suceder al santo prelado en el gobierno de aquella Iglesia: y hablando ellos muy bajo, y que apenas entre sí se podian oir, nombraron á san Simpliciano. San Ambrosio los oyó, desde donde estaba, y dijo: Bueno, aunque viejo: que fué una como profecía de san Ambrosio, en que declaraba que Simpliciano, aunque era de mucha edad, le sucederia en aquella silla, como le sucedió; y esta es otra y la cuarta prerogativa de Simpliciano, por haber sucedido á san Ambrosio, y haber sido nombrado de él de la manera que aquí queda referido. Todo el clero y pueblo le nombró por su obispo, y se consoló con tal sucesor, del sentimiento y ternura que tenia por haber perdido tan gran pastor, y padre y maestro, como lo habia sido san Ambrosio: y tuvieron gran razon; porque Simpliciano, aunque era decrépito en la edad, trabajaba como mozo, llevando adelante las gloriosas empresas de san Ambrosio, resistiendo á los herejes, enseñando y animando á los católicos, remediando á las viudas, recogiendo á los huérfanos, dando de comer á los pobres, rescatando á los cautivos, y siendo refugio y puerto seguro de todos los atribulados. Vivió el santo solos cuatro años (á lo que escribe Pedro Galesino) en el obispado. El cardenal Baronio dice, que murió en el año del Señor de 400; y habiendo muerto san Ambrosio á los 4 de abril de 397, vienen á ser los que fué arzobispo cuatro años no cumplidos. La vida de san Simpliciano escribió Pedro Galesino, protonotario apostólico, recogida de papeles antiguos de la Iglesia de Milan. Hace mencion de él el Martirologio romano á los 16 de agosto, y Paulino en la vida de san Ambrosio, y el concilio III cartaginense, cap. 48, y san Agustin en algunos capítulos del octavo libro de sus confesiones, y le escribió dos libros de diversas cuestiones, y de ellos hace mencion en el libro II, capítulo 1.° de sus Retracciones, y lib. I, cap. 4 *de Prædestin. sanctor.* El mismo san Ambrosio le escribió algunas epístolas: y san Vigilio, obispo de Trento, y mártir, en un libro *de Martyrib.* y Genadio en su Catálogo de sus Varones ilustres, pone á san Simpliciano, y dice que con sus epístolas, siendo presbítero, incitó á san Agustin para que se diese al estudio y exposicion de las sagradas Letras; y que haciendo oficio de discípulo, que preguntaba, enseñaba al maestro.

* San Demetrio, mártir.—Lo único que se sabe de este santo es que se llamaba Demetrio y que murió en Africa por la fé.

San Calixto, obispo y mártir.—Fué insigne en piedad: gobernó la Iglesia de Todi en tiempo que los godos arrianos tenian ocupada la Italia. Conservó con admirable constancia y por medio de prolongados trabajos toda su grey de la mancha de la herejía. Edificó la Iglesia catedral de San Juan Bautista en su ciudad episcopal, levantó otros monumentos de eterna memoria, y dejó á la posteridad la preciosa memoria de sus eminentes virtudes. Aun se conserva en Todi el áspero cilicio que llevó la mayor parte de su vida, el cual en el dia de hoy exhala todavía un suave olor. Estando un dia el santo reprendiendo á unos malvados sus excesos, fué asesinado por ellos, y la Iglesia lo venera en el número de sus mártires. Su muerte se fija en el dia 14 de agosto del año 528.

Santa Atanasia, viuda.—Nació en Egina, isla de Grecia, de padres piadosos, que hicieron de ella un vaso de eleccion para la casa de Dios. Tenia apenas siete años, cuando ya sabia de memoria todo el Salterio, y su ocupacion favorita era cantar dia y noche las divinas alabanzas. A pesar de su vocacion á la vida religiosa, sus padres la obligaron á casarse; pero á los diez y seis dias de boda, perdió á su marido y quedó viuda. Conociendo entonces mejor que nunca las vanidades y locuras del mundo, determinó resueltamente consagrarse á Dios, y á este fin, vendiendo cuanto poseia y distribuyéndolo á los pobres, se retiró á un lugar solitario de la misma isla Egina, donde edificó algunas celdas y fijó su residencia. Allí, acompañada de algunas santas vírgenes, que se habian puesto bajo su direccion, pasó el resto de su vida, entregada toda entera á la santificacion de su alma, regalada por el Señor con singulares favores y visiones, gloriosa en milagros, pura y santa hasta su muerte, sucedida á mediados del siglo IX.

San Ursicio, mártir.—Nació en el Ilírico, abrazó la carrera de las armas y era tribuno del ejército, cuando abrazó la fé cristiana. Delatado al emperador por uno de sus subordinados, fué llevado al templo de Júpiter para que le adorase, y negándose á hacerlo, allí mismo se le quemaron inhumanamente las manos y los piés. Estando en este tormento se presentó el tirano, y Ursicio le dijo: No me quejo por lo que padezco, pues lo padezco justamente en castigo de haber servido á los tiranos en sus injustas guerras. Despues de estas palabras, le echaron agua

á los piés y á las manos, y lo dejaron libre; pero pasados algunos dias, volvieron á prenderle y le degollaron, en tiempo del emperador Maximiano.

San Marcelo, obispo y mártir.— Sirio de nacion y educado en la fé cristiana, fué despues una de sus mas firmes columnas. Su vida fué siempre ejemplar: soltero, casado y pastor de la Iglesia, fué modelo en todas las condiciones y estados. Habiendo perdido á su esposa, se retiró á un desierto, del cual salió para ser consagrado obispo de Apamea en la misma Siria. Todo su zelo lo empleó en desterrar de su diócesis las reliquias de la idolatría; y estando un dia haciendo derribar un antiguo templo gentílico, los paganos, furiosos, le asaltaron, y desques de haberle hecho sufrir varios tormentos, le quitaron la vida el 14 de agosto del año 389.

San Estanislao de Kostka (ó Cosca); véase el dia 13 de noviembre, que es donde corresponde su vida.

San Alfonso María de Ligorio. — Nació en Nápoles el año de 1696, y siguió por algun tiempo con buen éxito la carrera del foro. En 1728 renunció á ella para abrazar el estado eclesiástico. Juntóse con muchos padres de las misiones, y predicó con tanta uncion las verdades del Evangelio, que convirtió muchísimas almas empedernidas. Retiróse despues con algunos misioneros á la ermita de Nuestra Señora de la Scala, y en ella fundó la institucion del Santísimo Redentor, destinada á la instruccion de los campesinos, institucion que, á pesar de algunos obstáculos, fué aprobada por el sumo pontífice. Clemente XIII nombró á nuestro Ligorio obispo de santa Agueda de los Godos en el año 1762. Pero Ligorio, cuya alma fervorosa no podian deslumbrar los oropeles de la grandeza, pidió con instancia y obtuvo por fin de Pio VI el permiso para renunciar y retirarse á su congregacion en Nocera de Pagani, donde murió en olor de santidad siendo de noventa años de edad; santidad que ha sido debidamente declarada para bien de los cristianos, que cuentan en el número de sus intercesores ante el Dios de bondad á nuestro insigne Ligorio. Ha dejado varias obras que corren con general aceptacion, ya entre los doctos, como su « Teología moral, » y su « Instruccion y práctica de confesores, » ya en manos de todos los fieles, como su « Verdad de la fé, » y sus « Visitas, » etc.

DIA 15.

La Asuncion de nuestra Señora.—Subió Cristo nuestro Salvador al cielo, y dejó á su benditísima Madre y Señora nuestra en la tierra: no la llevó consigo; porque así convenia á toda la Iglesia, que quedara como huérfana de padre y madre, y muy desconsolada y afligida, si juntamente perdiera la presencia corporal de su Padre y maestro y de su Madre y abogada. Dejóla, para que como luna en ausencia del sol alumbrase este hemisferio, y para que como ama blanda y amorosa diese leche, y criase á sus pechos á la Iglesia que era pequeña y tierna, y tenia necesidad de su sustento. Dejóla para ejemplo de todos los fieles, para que enseñase á los apóstoles, instruyese á los evangelistas, esforzase á los mártires, alentase á los confesores, encendiese en el amor de la pureza á las vírgenes, y finalmente, para que como un prodigio divino resplandeciese en el mundo. Dejóla para que con el ejercicio de sus admirables virtudes creciesen mas sus merecimientos, y la corona de su gloria fuese tambien mayor, cuanto habia sido mas encendida su caridad, mas duras sus peleas, y mas colmada la medida de sus trabajos y victorias. Dejóla para aparejarle el lugar que habia de tener en el cielo, y salir él mismo á recibirla, acompañado de toda la córte celestial, para que la fiesta y solemnidad de su recibimiento y entrada en el cielo fuese mas solemne y regocijada con la presencia del Señor, que salia al encuentro de su gloriosa Madre, para ensalzarla y colocarla sobre todos los coros de los ángeles: y así dice san Anselmo hablando con el Señor: « ¿Cómo os sufrió el corazon, ó buen Jesus, que volviendo vos al reino de vuestra gloria, dejásedes, como huérfana, en las miserias de este mundo á vuestra sacratísima Madre, y nó la llevásedes para que reinase con vos? » Y responde: « Queríades, ir, Señor, delante, para aparejarle en vuestro reino el lugar de gloria que habia de tener; para que despues acompañado de toda la córte celestial con mayor fiesta la saliésedes á recibir, y con mayor honra la sublimásedes, como convenia que lo hiciese tal Hijo con tal Madre. » Esto es de san Anselmo. Hoy hizo esto el Señor con su dulcísima Madre, llevándola en cuerpo y alma al cielo, y sentándola en un trono por sí sobre todos los coros de los ángeles, y sobre todos los santos, como Madre suya, y Reina y Señora de todo lo criado: y por esta gloria tan encumbrada de la Vírgen se llama esta fiesta especialmente: « Dia de nuestra Señora: » porque aunque hay otras fiestas suyas, en que se nos representan misterios muy gloriosos; algunas de ellas son en comparacion de esta, como fiestas de la tierra, y tuvieron sus cuidados y trabajos: pero así como esta fué fiesta del cielo, así tambien fué exenta de todas las pesadumbres y molestias que nacen en el suelo, y como remate y cumplimiento de todos los gozos y deseos de la Vírgen. Verdad es, que hoy celebramos en un dia tres fiestas de nuestra Señora debajo del título de la Asuncion: una es la de su felicísimo tránsito, cuando su bendita alma, dejando el cuerpo en la tierra, voló al cielo: otra es, cuando poco despues se juntó y se reunió la misma alma con el cuerpo, y con inefable gloria subió al cielo: la tercera es de su coronacion por Reina de los ángeles y Señora del universo; y de estas tres fiestas habemos de tratar.

Despues que Cristo, como victorioso y triunfador, fué recibido con tanta gloria en el cielo, la Vírgen, los años que vivió en Jerusalen, parte se ocupó en altísima contemplacion de Dios, y de los misterios que él vestido de su carne habia obrado en la tierra: parte, en visitar aquellos santos lugares que su Hijo habia consagrado con sus piés, doctrina y milagros; y parte, en formar aquella nueva y primitiva Iglesia del Señor, que se comenzaba á plantar y á extender por el mundo: y habiendo pasado su vida en estos divinos ejercicios y santas ocupaciones, y guardádola Dios algunos años para consuelo y bien de toda la Iglesia, siendo ya de anciana edad, y viendo florecer la fé y el nombre de su Hijo, abrasada de amor y encendida de deseo de verle, le suplicó intensamente que la librase de las tempestades y congojas de esta vida, y la llevase al puerto seguro de la bienaventuranza, donde para siempre le viese y gozase de él. Oyó el Hijo los piadosos ruegos de su Madre, y envióle un ángel con la nueva de su muerte, y con una palma, en señal de la perfecta victoria que habia alcanzado del pecado, del demonio y de la mis-

ma muerte. No se puede fácilmente creer el júbilo que tuvo el espíritu de la Vírgen con tan alegre nueva, por ver que se cumplia lo que tanto deseaba. Mandó aparejar muchas velas, limpiar y aderezar el aposento, componer su pobre cama, para hacer fiesta y aparejarse á la muerte, y á recibir en ella la visita del Autor de la vida. Pero tratando de la muerte de la Vírgen santísima, luego se nos ofrece una duda y deseo de saber: ¿Por qué el Señor, que la enriqueció con tan soberanos dones, y la eximió de otras penas y miserias (que son como corredores y alguaciles de la muerte), quiso que muriese, siendo la muerte pena del pecado? Y pues ella no pecó; ántes fué privilegiada y prevenida con singular gracia, para que no cayese en pecado original, ni en otro alguno: ¿por qué no la libró de la muerte y no la trasladó de esta vida mortal á la inmortal, sin pasar por este paso? No murió la sacratísima Vírgen en pena del pecado; que no le tuvo; sino porque habiendo muerto Jesucristo, su Hijo, no era razon que este privilegio se diese á su Madre, ni á otra persona. A mas de esto convenia que esta Señora destruyese las herejías, no solamente con su vida, sino tambien con su muerte, y porque se habian de levantar los maniqueos y otros herejes, y decir que la Vírgen María era ángel y nó mujer, y que Cristo tenia cuerpo fantástico ó traido del cielo, y nó humano: y si ella no muriera, pudieran afirmarse en su falsa opinion; fué muy conveniente que ella delante de mucha gente espirase, y fuese amortajada y enterrada para deshacer el error de los que la tuvieran por ángel, ó por ventura por Dios, si no muriera. Tambien convino esto para mayor merecimiento y corona de la Vírgen: porque no se puede negar, sino que la muerte aceptada con paciencia y resignacion en la divina voluntad, es muy meritoria delante de Dios: y por esto se dice, que la muerte de los santos es preciosa en los ojos del Señor; porque es de gran precio: y mucho mas lo fué la de esta Señora, que así como venció á todos los santos en las demás virtudes, así tambien en esta resignacion. Y la muerte de los santos mas parece dulce sueño que muerte, y en la Vírgen mucho mas: porque su muerte no fué de enfermedad, ni con dolor alguno, sino de puro amor de su Amado, y de un fervorosísimo deseo de verle y abrazarse eternalmente con él. ¿Pues qué diré del consuelo y aliento que á todos los miserables hijos de Adan y de Eva se nos sigue de esta dichosa muerte de nuestra Señora y Madre? Porque ¿quién se extrañará de pasar por aquel estrecho paso, por donde Cristo y su Madre pasaron? ¿Quién no aceptará de grado la sentencia de muerte que por su culpa merece; pues sin ella la aceptaron Cristo y María? ¿Quién temblará de la muerte, sabiendo que está ya desarmada, por virtud del que la venció en la cruz, y que murió su bendita Madre? Finalmente, fué conveniente que la Vírgen sacratísima muriese (como lo dice la santa Iglesia) para que con mayor confianza abogue por nosotros en el cielo, y represente nuestras miserias en el acatamiento de su Hijo, y nos alcance perdon, misericordia y bendicion, como adelante se dirá. Estas fueron algunas de las causas, por que quiso nuestro Redentor que su Madre santísima pasase por el trance de la muerte: pero veamos el modo, sacado de los autores antiguos y graves, que mas largamente referimos en su vida.

Luego que se supo en Jerusalen la nueva que la Vírgen habia tenido del cielo, y se derramó por aquella comarca entre los cristianos, vinieron muchos de ellos, y se juntaron en la casa de la Vírgen, que era en un apartado de la casa de la madre de san Juan Marcos, en el monte de Sion, donde Cristo habia cenado con sus discípulos, é instituido aquella mesa real de su sagrado cuerpo, y el Espíritu Santo habia venido en lenguas de fuego. Trajeron los apóstoles muchas velas, ungüentos olorosos y especies aromáticas (como los hebreos tenian de costumbre), muchos himnos compuestos y canciones divinas, para celebrar su glorioso tránsito. Habia la Vírgen deseado ver en esta hora á los sagrados apóstoles, que á la sazon vivian y andaban predicando las victorias y gloria de su Hijo por el mundo, y echarles su bendicion ántes de salir de él: y el Señor, á quien todas las cosas están sujetas y obedecen, por ministerio de ángeles ó de otra manera, se los trajo para consuelo de ella y de los mismos apóstoles que se hallaron presentes, y con ellos otros varones apostólicos, como Hieroteo, Timoteo y Dionisio Areopagita, que así lo escribe él mismo, y otros graves autores. Increible fué la alegría de la Vírgen cuando vió en su presencia aquella dichosa y santa compañía; y despues de haber hecho gracia á su precioso Hijo por haberla regalado con ella, volviéndose á ellos con rostro blando, y con un semblante del cielo, les dijo el deseo que ella habia tenido de partirse de esta vida, y que el mismo habian tenido los espíritus angélicos de verla á ella en el cielo: y que Dios se lo habia concedido; y que para esto los habia traido de diferentes partes. Todos se enternecieron con estas nuevas, aunque le dieron el parabien de su gloria y bienaventuranza, y encendieron las velas; y la Vírgen sacratísima se recostó en su humilde cama, y mirándolos á todos con su aspecto mas divino que humano, les mandó que se acercasen y les echó su bendicion, suplicando á su Hijo, que él la confirmase. Todos lloraban y derramaban rios de lágrimas por la ausencia de tal Madre, y por ver que se les ponia aquel sol que alumbraba el mundo: mas ella los consolaba y decia: Quedaos con Dios, hijos mios muy amados: no lloreis porque os dejo; sino alegraos, porque voy á mi querido. Luego hizo su testamento, que fué mandar á san Juan Evangelista que repartiese dos túnicas suyas á dos doncellas que allí estaban y habian vivido muchos años en su compañía: que este fué el ajuar de casa, y las riquezas y tesoros de la Vírgen, que siendo Reina del cielo y de la tierra, habia escogido para sí la pobreza, para imitar en todo á su pobre y riquísimo Hijo: el cual en este punto, acompañado de innumerables cortesanos de su córte bajó del cielo. En viéndole, con grandes júbilos de su espíritu, le dijo la Madre purísima: Yo te bendigo, Señor, dador de toda bendicion, y luz de toda luz; porque te dignaste vestirte de carne en mis entrañas. Bien segura estoy que todo lo que tú dijiste se cumplirá en mí. En diciendo esto, se compuso decentemente en su cama; y llena de increible gozo, por ver á su Hijo que la llamaba, alzando las manos le dijo: Cúmplase en mí tu palabra: y diciendo esto, como quien se echa á dormir, sin pena, ni dolor alguno, dió su espíritu á aquel Señor, á quien ella habia dado su carne: y fué la noche ántes de los 15 de agosto, cincuenta y siete años despues que parió á Cristo, y á los veinte y tres de su pasion; siendo de edad de setenta y dos años, ménos veinte y cuatro dias, segun la mas comun opinion, como mas largamente lo dijimos en su vida.

¿Quién podrá aquí dignamente explicar la suavidad y ternura con que el Hijo recibió la alma de la Madre, y las caricias y favores con que la llevó al cielo, y las alabanzas, fiestas y alegrías con que fué recibida de toda la córte celestial, como Madre de su Señor y Señora de todos? ¿Quién podrá comprender la admiracion que causó en todos aquellos espíritus soberanos, cuando la vieron tan rica, tan ataviada y adornada de todas las virtudes, y que con su resplandor oscurecia la claridad de todos los otros santos? Allí fué colocada á la diestra de su Hijo, en un trono aparte, y por sí, sobre todos los coros de los ángeles. Mas al mismo tiempo que espiró la Vírgen, los mismos ángeles que acompañaban su benditísima alma al cielo, y otros que quedaron con su sagrado cuerpo, dieron en la tierra una música celestial y divina, que fué oida de los que allí estaban presentes. Pero cantaron los ángeles, y lloraron los hombres, y los apóstoles y discípulos del Señor se deshacian en lágrimas cuando vieron sin duda aquel cuerpo del cual habia tomado carne nuestra Vida, y obrado, y padecido en ella por nosotros tantos tormentos y penas. Arrojáronse en el suelo, besáronle; regáronle con sus lágrimas; adoráronle; ungiéronle con preciosos ungüentos; envolviéronle con una limpia sábana; cantaron himnos de alabanza al Señor, y esparcieron flores y suaves olores: pero la fragrancia que salia del cuerpo de la Vírgen sacratísima era tan grande, que ningun otro olor se le podia comparar. Sanaron muchos enfermos de varias dolencias; é hizo Dios otros milagros en su entierro, que por haberlos escrito en su vida, no los quiero repetir aquí, ni lo demás que toca á las exequias y sepultura de la Vírgen en Getsemaní, por acabar esta primera parte de esta fiesta, y venir á la segunda, que es como el alma se tornó á unir y juntar á su cuerpo, y la Vírgen en cuerpo y en alma, con indecible gozo y triunfo, subió á los cielos; y por esta subida se llama este dia « la fiesta de la Asuncion de nuestra Señora. »

Puesto, pues, el cuerpo purísimo de la Vírgen en el sepulcro, cantaron los ángeles; y los apóstoles, alabando juntamente con ellos al Señor, se quedaron al derredor del sepulcro tres dias, como trasportados y arrobados en Dios. Al cabo de tres dias llegó allí santo Tomás, apóstol, que no se habia hallado á la muerte de la Vírgen, y con grande instancia y sentimiento pidió á los demás apóstoles se abriese el sepulcro, para que él tambien viese y reverenciase el santo cuerpo: pues no habia merecido venir ántes y verle, ordenándolo Dios así para que con esta ocasion se descubrise la gloria de la Vírgen: porque abriéndose el sepulcro, no se halló en él el sagrado cuerpo, sino solamente los lienzos y la sábana en que habia sido envuelto, y con esto entendieron que habia resucitado: y tornando á cerrar el sepulcro, del cual salia un olor celestial, se volvieron á la ciudad llenos de incomparable gozo; teniendo por cosa ciertísima, que la Reina de los ángeles y Señora nuestra, ya estaba en el cielo en cuerpo y alma gozando de la cara y bienaventurada presencia de su Hijo.

No pudo aquel cuerpo purísimo de la Vírgen ser comido de tierra, ni de los gusanos; porque era conveniente, que como viva arca del Testamento, no fuese carcomida, ni padeciese corrupcion. De esta arca dijo el real profeta David: «Levantaos, Señor, á vuestro descanso, vos y el arca que santificastes.» Esta arca es la Vírgen de quien canta la Iglesia: *Ventris sub arcâ clausus est*, que Dios se encerró como en una arca, en el sagrado vientre de la Vírgen. Y es de notar, que primero el profeta David habla de la resurreccion del Hijo, diciendo: «Levantaos, Señor, á vuestro descanso:» y despues de la resurreccion de la Madre, añadiendo: «Vos y el arca que santificastes:» y así aunque la muerte la tragó, como la ballena á Jonás, no la pudo digerir, ni gastar, ni convertir en su sustancia: y como los leones no osaron tocar al santo profeta Daniel, aunque estaban hambrientos y le tenian presente; así los gusanos no osaron llegarse, ni hacer presa en el cuerpo de la Vírgen: porque si el bálsamo conserva los cuerpos que no se corrompan, ¿el Hijo benditísimo, que estuvo nueve meses en sus entrañas, y las bañó y penetró con su divina virtud, mas suave y mas eficaz que el bálsamo y que todas las especies aromáticas, no habia de preservar aquella carne, de la cual él se habia vestido? Y pues la carne del Hijo fué carne de la Madre; así como no permitió Dios, segun dice el profeta David, que el cuerpo del Hijo viese corrupcion, así fué conveniente, que tampoco la viese el cuerpo de la Madre. No dicen bien cuerpo de Cristo y corrupcion, ni cuerpo de la Madre de Cristo y corrupcion: porque el cuerpo del Hijo es cuerpo de la Madre, y lo que se debe al Hijo por naturaleza, se debe á la Madre por gracia: y así dice san Agustin: « Aquella purísima carne, de donde tomó carne el Hijo de Dios, creer que fué entregada á los gusanos para que la comiesen, como no lo puedo creer, así no lo oso decir.» (Y añade): «Si Dios en medio de las llamas no solo conservó los cuerpos de los tres mozos del horno de Babilonia, sino tambien sus vestiduras sin quemarse; ¿por qué no hará en su Madre, lo que hizo en le vestidura ajena?» Esto es de san Agustin. Guardóla Dios de todo pecado: guardóla siempre vírgen, siendo madre: guardóla de dolor cuando le parió, y cuando ella murió; pues ¿por qué no la habia de guardar de la corrupcion de su cuerpo? Especialmente, viendo que los cuerpos de algunos santos han tenido este privilegio, y en muchos años no se han corrompido y tornado en ceniza; y que cualquier privilegio, se debe conceder á la Reina, que se ha concedido á los criados. Y si naturalmente el alma apetece la compañía de su cuerpo, porque es forma suya y le da vida, y cuando está apartada tiene aquella inclinacion de juntarse con él, y el alma de la Vírgen santísima tuvo este natural deseo; ¿por qué no se le habia de cumplir su Hijo, como cumple á todos los demás? Pero no solo fué conveniente que el cuerpo de la Vírgen quedase entero y sin corrupcion, sino tambien que unido con su alma resucitase, y vestido de claridad y de gloria subiese á los cielos, y los alumbrase y regalase con su belleza incomparable é inmenso resplandor: porque de esta manera estuviese adornado el cielo empíreo con aquellas dos lumbreras, mayor y menor, como lo está el cielo material con el sol y la luna: y un hombre Dios, y una mujer Madre de Dios gobernasen el universo: Cristo como Señor absoluto, y príncipe universal, y cabeza de la iglesia; y la Vírgen como tesorera y dispensadora, y cuello de este cuerpo místico, por cuyas manos se reparten, y por cuyos arcaduces se derivan todas las gracias y dones de Dios: y no ménos para que viendo nosotros que no solamente resucitó y subió á los cielos el cuerpo de nuestro Salvador, que era hombre y Dios, sino tambien el de la Vírgen que era pura criatura; avi-

vemos mas nuestra fé y despertemos mas nuestra esperanza: y sabiendo que nuestros cuerpos, á ejemplo suyo, han de resucitar y subir al cielo, no dudemos de mortificarnos y afligir nuestra carne acá en la tierra; pues este es el camino de ensalzarla y vestirla de gloria. Y si Cristo nuestro Señor dijo, que el que le ministrase y sirviese estaria en el mismo lugar donde él estaba: muy justo fué que la que le habia servido y ministrado no como los otros, sino por otra mas excelente manera (vistiéndose de su carne, sustentándole con su leche, criándole con su solicitud, acompañándole en sus huidas y temores, y padeciendo mil martirios atravesada de dolor al pié de la cruz), estuviese con un modo sigular y extraordinario donde estaba su Hijo, y que en cuerpo y en alma reinase con él: pues toda la honra de la Madre, es honra del Hijo: y ninguna honra que tal Hijo á tal Madre puede dar, se le debe negar. Y si los santos que resucitaron con Cristo nuestro Redentor, segun la opinion de muchos y graves autores, no tornaron á morir sino que subieron al cielo en cuerpo y alma con él, para mayor gloria de su libertador; y de san Juan Evangelista, muchos creen y dicen probablemente que está en el cielo en alma y cuerpo gozando de Dios; ¿con cuánta mas seguridad y certidumbre se debe esto afirmar de la Vírgen sacratísima; pues tantas mas razones hay en ella para concederle este favor, aunque no se hubiese concedido á otro ninguno? Especialmente considerando que si su sagrado cuerpo estuviera en la tierra, no consintiera el Señor que no se supiera donde está, y que careciese de aquella honra y reverencia tan debida, que los fieles dan á las reliquias de los santos, y que á muchos cuerpos de ellos estando encubiertos, el mismo Señor los descubrió y reveló para consuelo y defensa de su Iglesia, y ensalzamiento y gloria de los mismos santos. En esta verdad no hay que dudar, sino tenerla por ciertísima, y por cosa que puesto caso que no está definida por la Iglesia; pero está recibida de ella con la fiesta, que con nombre de la Asuncion celebra hoy á nuestra Señora, y fundada en la doctrina de muchos santos y gravísimos doctores, griegos y latinos, antiguos y modernos, y en la piedad del pueblo, y en toda buena razon.

La manera con que resucitó el cuerpo de la Vírgen santísima, y de nuevo se unió con su alma ya bienaventurada, no lo dice la sagrada Escritura, como tampoco lo demás que aquí queda referido: mas por lo que escriben algunos graves autores, podemos creer, que á los tres dias despues de su glorioso tránsito (aunque algunos ponen mas, y otros ménos tiempo), para que en todo se pareciese á su unigénito Hijo que estuvo tres dias en el sepulcro; el mismo Hijo vino del cielo acompañado de innumerables ángeles, y del alma de la Vírgen, y bajó al sepulcro, y dió vida al cuerpo muerto, y le volvió á juntar con aquella alma gloriosa, y le vistió de inmortalidad, y de una claridad admirable, y le adornó de las otras dotes que tienen los cuerpos glorificados, de impasibilidad, agilidad, sutileza y hermosura, sobre todo lo que se puede con palabras explicar, ó comprender con entendimiento humano. Luego se comenzó una solemnísima procesion, y un triunfo de la Vírgen inenarrable desde el sepulcro, hasta llegar á lo mas alto del cielo, y hasta el trono de la santísima Trinidad. Iba recostada sobre su querido, por cuya virtud y por la de su alma ya bienaventurada, y de su cuerpo glorioso, subia por los aires con gran velocidad, sin tener necesidad que los ángeles la ayudasen á subir, ni la llevasen; aunque todos la acompañaban, asistian y servian, y con gran regocijo celebraban aquella fiesta y triunfo. Fué presentada por el Hijo delante del Padre eterno, recibida de él, como Esposa dulcísima y templo suyo, y coronada de gloria, y constituida Emperatriz del universo y Reina soberana de todas las criaturas: y esta es la tercera parte de esta fiesta.

Sentóse como otra Bethsabé madre de Salamon, en una silla al lado de su Hijo sobre todos los coros y gerarquías de los celestiales espíritus y de todos los santos. Aquí vinieron aquellos divinos cortesanos á hacer reverencia, y dar la obediencia á su Reina y Señora, admirándose de su belleza, de su gracia y de su santidad, y que una pura criatura estuviese tan reluciente, y tan vestida del sol de justicia y de su inmensa claridad, que oscureciese con ella á todos los demás santos, y estuviese tan encumbrada y tan levantada sobre todos, que apenas la podian ver, y maravillados de la grande novedad y gloria decian: ¿Quién es esta que sube del desierto llena de deleites y recostada sobre su amado? Otros considerando el olor suavísimo de sus virtudes decian: ¿Quién es esta que sube como una vara delgada de humo de mirra é incienso, y de todos los polvos olorosos, que son todas las virtudes? Otros maravillados de su resplandor y hermosura decian: ¿Quién es esta que sube á lo alto como la luz de la mañana, cuando comienza á esclarecer: hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como los escuadrones de los ejércitos bien ordenados? Espantábanse los serafines, viéndola tan abrasada y encendida en amor de Dios, que á ellos mismos los inflamaba, y en su comparacion eran frios. Admirábanse los querubines cuando la consideraban tan llena de luz y de sabiduría, que los enseñaba á ellos, y delante de ella parecian niños é ignorantes. Los tronos estaban absortos, contemplando como en aquella arca viva reposaba la santísima Trinidad, mucho mas perfectamente que no en ellos. ¿Qué diré de las otras gerarquías y coros de los ángeles? que todos se juntaron, todos le adoraron y se ofrecieron á su servicio y obediencia, reconociéndola por Madre de su Señor, por su Señora y de todas las criaturas, y holgándose de tenerla por tal; pues veian que por su medio habian sido reparadas sus sillas, y que con su presencia habia acrecentado la gloria de ellos, y con nuevo resplandor hermoseado y esclarecido aquel palacio real. Pues de los otros santos que ya eran bienaventurados, y habian subido de la tierra al cielo; mejor es callar que hablar poco. Los cuales todos se regocijaban aun con mayor alegría que los mismos ángeles, por ver aquella Señora que era la puerta, por la cual ellos habian entrado en el cielo, y la medianera de su rescate y salud, y que siendo hueso de sus huesos y carne de su carne, habia merecido la gloria que poseia, y ser levantada á todo lo que una pura criatura lo puede ser debajo de Dios: y así dice el seráfico doctor san Buenaventura: «Admirable privilegio de la gloria de María, es que todo lo que despues de Dios es lo mas hermoso, mas dulce, mas alegre en aquella gloria de los bienaventurados, todo esto es de María: todo está en María; y todo les viene por María.» Los patriarcas se regocijaban viendo aquella hija suya, cuya memoria los consolaba cuando estaban en su destierro, y cuya esperanza sustentaba sus vidas. Los profetas no cabian de placer, viendo ya presentes con sus ojos, lo que tantos años

ántes habian visto en espíritu; y tan gloriosa á la que con tantas sombras y figuras habian anunciado: y todo aquel ejército innumerable de santos le dieron el parabien de su venida, de su triunfo y de su gloria, confesando que toda ella le era debida por su extremada pureza, singular santidad, y que justamente aquella corona correspondia á sus victorias, y aquel triunfo á sus peleas, y aquella gloria incomparable á la inmensa gracia con que el Señor la previno, adornó y sublimó para tan gran dignidad. De esta manera fué recibida y llevada esta Señora á aquel trono, que Dios *ab æterno* le tenia aparejado; y en cierta manera, como dice el cardenal Pedro Damian, fué este recibimiento de la Vírgen mas solemne é ilustre, que el que hizo á su Hijo cuando subió á los cielos: porque entonces los ángeles salieron al encuentro, y recibieron al Señor de la majestad, como triunfador de la muerte; y á su Madre dulcísima la recibieron todos los ángeles y santos que estaban en el cielo: y su mismo Hijo (que es el Santo de todos los santos) la acompañó y presentó á la santísima Trinidad, y la asentó en su trono.

¿Por ventura algun devoto de la Vírgen deseará saber, á qué grado de gloria haya sido sublimada en esta su asuncion y coronacion? A esta pregunta dos cosas se pueden responder: la una es cierta y averiguada: y la otra aunque no tiene tanta certidumbre, está muy puesta en razon y es muy conforme á los dichos de muchos santos. Cierto es que la Vírgen está ensalzada sobre todos los coros de los ángeles, como á Reina de ellos, y que no hay santo ninguno que en la gloria se le pueda comparar; porque á todos excede y sobrepuja con casi infinitas ventajas; y en esto no hay duda ni la puede haber. Pero otros van mas adelante, y afirman que sola la Vírgen tiene mas gloria que todos los ángeles y todos los santos juntos: de manera que si toda la gloria de ellos se juntase y amontonase, y como se fundiese é hiciese una, y se pusiese en una balanza, y en otra la gloria sola de la Vírgen, dicen que pesaria ella sola mas que la otra de todos los santos juntos. En confirmacion de esta probable opinion dice el devoto capellan de nuestra Señora san Ildefonso estas palabras: «Así como lo que hizo la Vírgen es incomparable, y lo que recibió inefable; así es incomprensible el premio de la gloria que mereció:» y san Bernardo: «Tanta (dice) es la gloria singular que tiene en el cielo, cuanta fué la gracia que sobre todos tuvo en la tierra:» y añade: «Así como no hay en la tierra lugar mas digno que el templo del vientre virginal, en que María concibió al Hijo de Dios; así no hay en el cielo cosa que se pueda igualar con aquel trono real, á que el Hijo de María la sublimó, y colocó á su diestra:» y en otro lugar: «La gloria (dice) de María, ni se puede comprender con el entendimiento, ni decidirse con palabras. Y de aquí es, que los mismos príncipes de la córte celestial, considerando una novedad tan grande, no sin admiracion exclaman: ¿Quién es esta que sube del desierto, llena de regocijos y deleites soberanos?» Andrés Cretense, dice, que la gloria de la Vírgen no se puede comprender; porque es mas abundante y alta que la de todos los otros, fuera de solo Dios. Pedro Damian, dice: «Entre las almas de los santos y los coros de los ángeles, la Vírgen es mas eminente y encumbrada, y excede los merecimientos de cada uno, y los títulos y prerogativas de todos:» y añade: «De tal manera resplandece aquella luz inaccesible, que ofusca la dignidad de los ángeles y de los santos, que son como si no fuesen; y en comparacion de ella, ni pueden ni deben parecer:» y en otro lugar: «Mira bien el mas alto serafin, y hallarás que el mas encumbrado es menor que la Vírgen, y que solo el sumo Artífice la sobrepuja y excede: la gloria que le fué dada cuando salió de esta vida no tiene principio, ni fin: solo podemos decir de ella, que no sabemos qué decir.» San Damasceno, hablando de esta fiesta, dice, que entre la Madre de Dios y los siervos, hay infinita distancia. San Juan Crisóstomo dice, que la Vírgen es mas gloriosa incomparablemente, que los serafines. San Efren, discípulo y compañero del gran Basilio, dice, que es la mas gloriosa sin comparacion alguna, que todos los supremos espíritus del ejército celestial; y que es un milagro del mundo excelentísimo y una corona de todos los santos, tan resplandeciente, que es inaccesible. San Lorenzo Justiniano: «Con mucha razon (dice) cualquiera honra y felicidad, que se halla en cada uno de los santos; toda junta con grande abundancia se halló en María.» San Anselmo dice: «Aquella pura santidad y santísima pureza del piadoso pecho de María, que traspasa toda la pureza y santidad de todas las criaturas, mereció por su incomparable dignidad ser reparadora del mundo perdido.» San Buenaventura enseña, que la grandeza y bondad de Dios se hecha mas de ver en sola la Vírgen, que todas las demás criaturas; y que todas las perfecciones de ellas se hallan juntas, por un modo mas excelente y admirable; en sola la Vírgen; y dice: «Así como la gloriosísima Vírgen María excede á todos los santos en la gracia que tuvo en esta vida, y en los merecimientos, así sobrepuja á todos en la gloria y en el premio que se le dió.» Y el gran doctor de la Iglesia san Gerónimo dice, que á todos los otros santos se dió parte de la gracia; pero que á la Vírgen se le comunicó toda la plenitud de la gracia: y de ella, dice el Espíritu Santo, como se lo aplica la Iglesia: «Mi asiento y reposo está en la plenitud de los santos:» lo cual explica san Bernardo con estas palabras: «Dícese, que la morada y asiento de la Vírgen fué en la plenitud de los santos; porque fué tan perfecta, que no le faltó la plenitud y perfeccion de todos los santos.»

Estas cosas y otras semejantes, dicen los santos, hablando de la excelencia de la gloria de la Vírgen: las cuales son muy conformes á los otros privilegios y prerogativas que tuvo: porque Dios la escogió por Madre suya, que es la mas alta dignidad á que puede subir una pura criatura. Es una dignidad casi infinita, y que cualquiera gloria que se le dé, cabe en ella. Pues si Dios da la gracia proporcionada al estado y oficio de cada uno, y el estado de la Vírgen es tan sublime y de casi infinita perfeccion; ¿que maravilla es, que la gracia que el Señor le dió, excedió á la gracia y la gloria (que se da á la medida de la misma gracia) exceda á la gloria de todos los santos? Porque todo esto se debe á la dignidad de Madre: y así dicen Eutimio y Andrés Cretense: «Si hallaremos que la divina gracia ha hecho en la Vírgen cosa que excede nuestra capacidad, ninguno se maravilla, mirando al misterio nuevo é inefable que obró en ella, el cual infinitamente sobrepuja y pasa de vuelo á todo lo finito, con infinitas ventajas.» Y si el Señor amó mas á sola la Vírgen, que á todas las criaturas juntas, como parece, pues la levantó (como habemos dicho) á la mayor dignidad que puede ser, y la hizo Reina y Señora de todas;

¿quién duda, que se le dió mas gracia, y por consiguiente mayor gloria que á todas? Porque el amor de Dios no es ocioso ni de cumplimiento, como el de los hombres, sino que á quien mas ama, hace mas bien, y á la medida de su amor es la gracia: á la cual siempre corresponde igual grado de gloria: ¿quién duda, sino que se debe mas amor y honra á la madre sola que á todos los criados juntos? ¿Y que el que mas ama á Dios es mas santo y mas amado de Dios? ¿Y que la Vírgen santísima amó mas á su precioso Hijo, que á todos los santos, y que (como dice san Anselmo) fué cosa conveniente que resplandeciese con una pureza tal, que debajo de Dios no se pueda entender otra mayor? Y no fuera tal esta pureza y santidad de la Vírgen, si no sobrepujara á la de todos los santos, y de una manera, que no se puede entender otra mayor. Y por esto dijo san Bernardino de Sena, que la Vírgen en aquel solo acto de fé y obediencia, con el cual dió consentimiento al ángel san Gabriel, y se dispuso para ser Madre de Dios, mereció mas que todos los santos juntos en todas sus oraciones y merecimientos. Y san Pedro Crisólogo dice: «No sabe cuán grande sea Dios, el que no se espanta del espíritu de la Vírgen, ni se maravilla de la belleza de su alma. El cielo tiembla: temen los ángeles: las criaturas no pueden sufrir, y la naturaleza no es capaz de Dios: y una doncella de tal manera le recibe en sus entrañas, y le alberga y recrea, que da paz en la tierra, y gloria en el cielo, salud á los perdidos, vida á los muertos, á los hombres amistad con los ángeles, y al mismo Dios union y parentesco con la carne.» Y san Bernardo dice: «Con mucha razon, Señora, los ojos de todas las criaturas os miran; porque, en vos, y por vos, y de vos, la piadosa mano del Todopoderoso restauró y recreó todo lo que habia criado.» Estas cosas y otras, como ellas, dicen los santos.

Y no solamente la Vírgen sacratísima tiene en sí esta gloria, que ellos dicen, sino tambien como rio copiosísimo, que sale de madre, riega y alegra á toda la ciudad de Dios, y como soberanos aumentos hace crecer los gozos y contentos de todos los santos y espíritus de la córte del cielo, como lo dice el melífluo Bernardo por estas palabras: «Subiendo hoy á los cielos la gloriosa Vírgen, no hay duda, sino que acrecentó con grandes aumentos los gozos de los ciudadanos soberanos; porque ella es aquella, cuya voz y salutacion hizo dar saltos de placer á los que estaban encerrados en las entrañas de su madre. Pues si un alma de un niño, que aun no habia nacido, se regocijó en oyendo hablar á María; ¿cuán grande pensamos que fué el regocijo de toda aquella córte celestial, cuando merecieron oir su voz, ver su rostro y gozar de su bienaventurada presencia?» Y aunque es verdad que todos los que entran en el cielo causan con su entrada gozo en los bienaventurados; pero aquel gozo es mayor ó menor, segun el grado de gloria que se da á cada uno: y pues la Vírgen (como dice el mismo san Bernardo) fué ensalzada sobre toda criatura con aquella honra, que tan gran Madre merecia, y con tan gran gloria, como tal Hijo le debia dar; ¿quién podrá explicar el gozo y fiesta que hubo este dia en toda aquella celestial córte, sino es diciendo, lo que añade el mismo santo: *Christi generationem, et Mariæ assumptionem, quis enarrabit?* ¿Quién podrá explicar la generacion de Cristo y la asuncion de María? De donde se ve la dificultad que hay en declarar la asunción y gloria de la Vírgen; pues en esto san Bernardo la junta con la generacion de Cristo.

Pero una de las razones, que arriba tocamos del tránsito de la Vírgen de esta vida temporal á la eterna, es la que dice la Iglesia en una oracion: «Para que con grande »confianza interceda por nosotros:» la cual no explicamos arriba, guardándola para este lugar, en que deseamos que todos entiendan lo que tenemos en la Vírgen y el gran valor de su intercesion. No quiere decir la Iglesia, que si la Vírgen estuviera en la tierra, no intercediera por nosotros ni fuera nuestra abogada, sino que para poderlo hacer con mayor confianza nuestra, subió á los cielos; para que nosotros entendamos que está donde ve en Dios todas nuestras necesidades, y oye nuestros clamores y piadosos ruegos, y se compadece de nuestras miserias, y las representa á su Hijo benditísimo como Madre, y nos envia desde el cielo todos los bienes: y así dice san Bernardo: «Este rio de deleites alegra hoy la ciudad de Dios con tan copioso ímpetu, que nosotros acá en la tierra sentimos el riego que de allá nos viene. Delante de nosotros ha ido nuestra Reina, y ha sido recibida con tan grande gloria, que con confianza los siervos siguen á la Señora, y claman diciendo: Llevadnos tras vos, para que corramos en el olor de vuestros ungüentos. Nuestra peregrinacion ha enviado delante una abogada, la cual como Madre del Juez, y Madre de misericordia, tratará con humildad y eficacia los negocios de nuestra salvacion.» Esto es de san Bernardo. Vestida está del sol, la que vistió á Dios de su carne. Corona tiene sobre su cabeza de doce estrellas (que son los doce privilegios de la Vírgen), y debajo de sus piés tiene la luna; que, ó es la santa Iglesia, ó todas las cosas criadas, y todo lo que está debajo del cielo y sujeto á mudanzas, á crecientes y menguantes, como son todas las de la tierra: para que entendamos que todas están á disposicion de esta Reina y Señora nuestra, y que á ella debemos acudir en nuestros trabajos y necesidades, para que siendo (como somos) flacos y frágiles, no nos arrebaten y lleven en pos de sí. Ella es (como dijimos) la tesorera y repartidora de todos los dones de Dios: ella el cuello, por el cual Cristo, nuestro Salvador (que es la cabeza), influye á su Iglesia todo el sentimiento y movimiento espiritual, con que ella vive y se sustenta: ella es el tronco por el cual la raiz da vida á las ramas y produce las hojas, flores y frutas, y toda la belleza que hay en el árbol: ella es como el arca del agua, que recoge primero y tiene en sí toda la abundancia de las aguas vivas de la gracia, y despues la reparte por sus caños á los otros, mas ó ménos, segun la capacidad y divina disposicion: y por eso dijo gravemente san Buenaventura: «¿Qué maravilla es, que toda la plenitud de la gracia se haya recogido en María; pues de ella se ha derivado tan copiosa gracia á los demás?» Por esta puerta de Ezequiel entró el Verbo eterno en la tierra; y por ella nosotros que somos de tierra entramos en el cielo: porque aquel que la escogió por Madre, y la enriqueció con tanta gracia, y la sublimó con inmensa gloria, la ha constituido presidenta y patrona del universo; y todos los negocios que despacha los despacha por su mano: de manera, que todos los cortesanos del cielo, y los hombres de la tierra, y las almas del purgatorio, y hasta el mismo infierno, la reconocen por Señora, y se le humillan y postran á sus piés. No hay estado alguno en la

Iglesia de Dios, que no esté debajo de su amparo y proteccion. La caridad y celo que tuvieron los apóstoles: la fortaleza y constancia de los mártires: la sabiduría y luz de los doctores: la humildad y penitencia de los confesores: la castidad y pureza de las que se consagraron á Dios; y todo el ornato, gracia y gloria de la Iglesia católica, es fruto y obra de su intercesion: especialmente las religiones, que son como los escuadrones bien ordenados de la milicia de Dios, y los que adornan y defienden su Iglesia, están debajo de su sombra y de sus alas: y los fundadores de las mismas religiones fueron devotísimos de la Vírgen, y por su medio alcanzaron del Señor tan grande gracia para sí y para sus hijos. Pues ¿qué diré del gobierno y conservacion de los reinos? ¿Qué de las batallas y victorias de los cristianos? ¿Qué de la administracion de la justicia de los jueces? ¿Qué de la limpieza de las vírgenes? ¿De la continencia conyugal de las casadas? ¿De la honestidad de las viudas? ¿De la buena vida de los justos, y de la conversion y lágrimas de los pecadores? ¿Quién, siendo tentado, no cayó, sino porque la Vírgen le detuvo? ¿Quién, despues de caido se levantó, sino porque ella le dió la mano? ¿Quién jamás la invocó, que no hallase remedio en sus necesidades? En el trabajo, en la pobreza, en la enfermedad, en la infamia, en la cárcel, en cualquier angustia, desamparo y afan, en el mar, en la tierra y en los abismos; ella es nuestro refugio, nuestro consuelo y nuestro remedio: y así dice san German, arzobispo de Constantinopla, hablando con la Vírgen, estas palabras: «Ninguno se salva sino por vos, ¡ó Vírgen santísima! Ninguno es libre de los males, sino por vos, ¡ó Vírgen purísima! Ninguno hay que reciba dones de Dios, sino por vuestra mano, ¡ó Vírgen castísima! De ninguno tiene Dios misericordia, sino por vos, ¡ó Vírgen benditísima! ¿Quién despues de vuestro bendito Hijo tiene tanto cuidado del linaje humano como vos? ¿Quién así nos defiende de nuestras tribulaciones? ¿Quién tan presto nos socorre, y nos libra de las tentaciones que nos acosan y persiguen? ¿Quién con sus piadosos ruegos así intercede por los pecadores, y los excusa y les alcanza perdon, y los libra de las penas que por sus pecados merecen? Por esto recurre á vos el que está afligido, el que se siente agraviado; y el que se halla angustiado y combatido de las furiosas ondas de este mar tempestuoso, mira á vos, como al norte y estrella rutilante, para que le guieis y lleveis al puerto. Todas vuestras cosas, Vírgen beatísima, son admirables; todas sobre la naturaleza, todas imensas, y que exceden nuestra capacidad: y así no es maravilla, que no podamos comprender vuestras gracias y favores.» Hasta aquí es de san German. Y puesto caso que en todos nuestros trabajos y nececidades está siempre la Vírgen pronta y aparejada para socorrernos, y oye nuestras plegarias; pero mas particularmente al tiempo de la mayor necesidad, y que mas es menester, que es á la hora de nuestra muerte y de nuestra agonía, cuando se va acabando la candela de la vida y del merecer, y por la flaqueza del cuerpo, turbacion del alma y solicitud de los demonios (que por todas partes, como leones hambrientos, la cercan y la tientan, y pretenden que pierda eternamente á Dios), hay mayor necesidad del favor y patriocinio de la Vírgen sacratísima; y ella sin duda socorre en aquel trance de la muerte á los que en la vida lo merecieron y se le encomendaron; y á los que habiéndose ántes olvidado, entonces se acuerdan y con arrepentimiento recurren al seno de su piedad: y por este al fin de la oracion del Ave María añade la Iglesia aquellas palabras: «Rogad por nos ahora, y en la hora de nuestra muerte:», y san Efren dice; hablando de la Vírgen: «Estad siempre conmigo, ó Vírgen misericordiosa, y dadme vuestra ayuda en esta presente vida, y guardad mi alma en el punto de la muerte, echando y apartando de mí la tenebrosa vista de los demonios, y librándome en el dia del juicio de aquella sentencia horrible y espantosa de la condenacion eterna.» Estas son palabras de san Efren. Tengamos, pues, todos entrañable y especial devocion á esta Princesa del mundo, Reina del cielo y Madre del unigénito Hijo de Dios: acudamos á ella en nuestras necesidades, ofrezcámosle nuestros corazones y nuestros deseos: sirvámosla; y para que alcancemos sus misericordias, imitemos sus virtudes. Alegrémonos y démosle el parabien de su subida al cielo, y por la gloria que hoy le fué dada, siendo ensalzada sobre todo lo que no es Dios, y colocada en el trono de tan alta majestad y grandeza, donde con la gloria no se ha disminuido su misericordia, sino crecido tanto mas, cuanto mas clara y distintamente vé en la esencia divina todas nuestras miserias, y encendida de aquel fuego divino, mas las desea remediar.

De la asuncion de nuestra Señora han escrito muchos doctores griegos y latinos, san Juan Damasceno, Andrés Cretense, Metafraste, Nicéforo, san Bernardo, Absalon, abad, Pedro Damian, Honorio Augustodunense, Guerrico, abad ignacense, Lorenzo Justiniano y otros que refiere el cardenal Baronio: y san Damasceno y Nicéforo traen la relacion que Juvenal, patriarca de Jerusalen, hizo al emperador Marciano y á la emperatriz Pulqueria, su mujer, los cuales, habiendo edificado en Constantinopla un suntuoso y magnífico templo en honra de la Vírgen, desearon traer á él su cuerpo sacratísimo para ornamento y amparo de aquella ciudad y de todo su imperio; y comunicando este su deseo con el patriarca Juvenal, él les dió cuenta, como por tradicion antigua y verdadera se sabia, que el cuerpo de la Vírgen habia resucitado, y lo demás que acerca de la asuncion arriba queda referido.

Nicéforo Calixto dice que la fiesta de la Asuncion de nuestra Señora se instituyó en tiempo de Mauricio, emperador, y que él la mandó guardar, nó porque el emperador instituyese la fiesta, sino porque siendo ántes instituida por la santa Iglesia, él la mandó promulgar y celebrar en Oriente, donde imperaba: y así san Bernardo, escribiendo á los canónigos de Leon, dice que habia recibido de la Iglesia esta solemnidad: de la cual hace mencion san Gregorio, papa, y pone prefacio particular de ella en su Sacramentario. Y Nicolás, papa, I de este nombre, hablando de los ayunos que la santa Iglesia romana antiguamente solia guardar, pone entre ellos el de la vigilia de esta fiesta; por donde se ve ser muy antigua: y solíase celebrar en Roma especialmente con grande solemnidad, y concurria nuestro Señor con particulares milagros en ella: porque de ella dice el venerable Pedro Cluniacense, varon de grande autoridad y contemporáneo de san Bernardo, que solian los romanos presentar á la Vírgen, la vigilia de su Asuncion, unos cirios muy grandes, y encenderlos á hora de vísperas, y despues de haber ardido hasta el dia siguiente, acabada la misa, pesados los dichos cirios, se hallaba que pesaban tanto como

ántes que los encendiesen, sin haber en ellos falta ni diminucion: para darnos á entender que todo lo que se gasta en servicio de esta santísima Vírgen, agrada á Dios, y no se pierde.

Adviértase que Gelasio, papa, da por apócrifo el libro del Tránsito de la santísima Vírgen, dado que no nombra el autor que le escribió, y se cree que este libro apócrifo es el que anda con título de Meliton, obispo sardicense, aunque él no es el autor: porque san Gerónimo, refiriendo los libros que Meliton escribió, no hace mencion de este, y es indigno de un varon tan grande. Tambien se debe advertir que Usuardo y Adon en sus Martirologios, de tal manera hablan de la muerte de la Vírgen, que parece ponen en duda si resucitó, y si en cuerpo y en alma está en cielos, engañados de una epístola, escrita á Paula y Eustoquio, del tránsito de la bienaventurada Vírgen, que con nombre de san Gerónimo anda entre sus obras: mas aquella epístola, ni es de san Gerónimo, ni de Sofronio (como otros piensan), que fué su contemporáneo; sino de otro autor mas moderno, y fingida y publicada con nombre de san Gerónimo por darle mas autoridad con la de tan gran doctor, como gravemente lo prueba el cardenal Baronio, refutando lo que en ella se dice.

El sepulcro de la Vírgen estuvo en un pago de Getsemaní, en el valle de Josafat, hasta que en tiempo de Vespasiano y Tito, Jerusalen fué destruida y toda la Judea arruinada, y se vino á perder la memoria de él entre los fieles, y á no saberse dónde estaba: de suerte que san Gerónimo, refiriendo las sepulturas de muchos santos patriarcas y profetas que en su tiempo estaban en Palestina, y con gran devocion visitó santa Paula, no hace mencion del sepulcro de la Vírgen, como de cosa de que entonces no se tenia noticia: pero despues por disposicion divina se descubrió: y Burcardo que le vió, dice, que con las ruinas de los otros edificios estaba tan cubierto y hundido, que era menester bajar á él casi por sesenta escalones: y Beda escribe que en su tiempo se mostraba vacío, y hoy se muestra en aquellos santos lugares cortado en una piedra, como refieren los peregrinos que van en romería á Jerusalen.

* San Tarsicio, acólito y mártir.—Con zelo eficaz desempeñaba este santo en la Iglesia de Roma las funciones de su ministerio; y como le hallasen en cierta ocasion los gentiles llevando el santísimo Sacramento de la eucaristía, y como ni quisiese manifestarles lo que llevaba (temerosa de alguna irreverencia), lo apalearon hasta que espiró. Registraron los paganos allí mismo el cuerpo del santo mártir, y no encontraron partícula alguna del Sacramento. Los cristianos recogieron su cuerpo y lo sepultaron honoríficamente en el cementerio llamado de Calixto.

Santa Emilia, vírgen.—En algunos de los muchos calendarios de la cristiandad, especialmente franceses, se hace mencion de varias santas Emilias. Una de ellas en 7 de abril, que otros ponen en este dia 15 de agosto; otra en 24 de diciembre, que es la santa Emiliana que corresponde al 5 de enero, y de la cual hicimos ya mencion. Se ignoran las principales circunstancias de la vida de la primera, y créese que floreció en Roma en los primeros siglos de la Iglesia. Otra santa Emilia mencionan los autores franceses, pero es la santa Emiliana mencionada en el dia 30 de junio.

San Alipio, obispo y confesor.—Descendiente de noble familia, nació en Tagaste de África. Estudió la gramática y retórica en su patria, y despues siguió sus estudios en Cartago teniendo por maestro á san Agustin, con cuya amistad se honró toda su vida. Rodeado Alipio de los halagos y seducciones del mundo se entregó á ellos; pero san Agustin, que habia fundado en él grandes esperanzas, trabajó en su conversion y logró volverlo al carril de la virtud. Desde este momento no se separó ya mas de su maestro; fué su inseparable compañero en las funciones pastorales; le ayudó en la conversion de los herejes y en la impugnacion de los errores, y fué el imitador de todas sus virtudes apostólicas. En 392 hizo un viaje á Jerusalen para visitar los santos lugares, y de vuelta á su patria fué consagrado obispo de Tagaste, en 393. Asistió á muchos concilios, y trabajó con infatigable zelo por la gloria de Dios y de su Iglesia, y murió por los años de 430, de edad muy avanzada.

San Arnulfo, obispo y confesor.—Hijo de una de las mas distinguidas familias de Francia, abrazó la profesion de las armas, y sirvió con distincion en los reinados de Roberto y de Enrique I. Llamado á otra guerra mas noble, determinó emplear para Dios los trabajos que hasta entonces habia dedicado al mundo. Retiróse al monasterio de San Medardo en Soissons, en el cual tomó el hábito, y su ejemplo fué seguido por una porcion de personas de distincion. Despues de haber pasado algun tiempo en los ejercicios de la vida cenobítica, pidió permiso á su abad para encerrarse en una celda solitaria separada del monasterio, en la cual se ocupó enteramente en la oracion y mortificacion. Hacia tres años y medio que vivia en ella, cuando el clero y el pueblo de Soissons le eligieron su obispo, y lo solicitaron á los padres del concilio de Meaux. El santo se negó obstinadamente á aceptar aquel cargo; pero las instancias del concilio y de los fieles lo decidieron al fin, y fué consagrado. No defraudó las públicas esperanzas; pues fué el prelado mas admirable de su tiempo. Algunos años despues, admitió su cargo y se retiró al monasterio de Aldembourg, que él mismo habia fundado, y en él murió en santidad, el dia 14 de agosto del año 1122.

San Napoleon y san Saturnino mártires.—Durante la persecucion de Diocleciano y de Maximiano, en el siglo III, que fué la mas cruel que ha sufrido la Iglesia, terminaron en el martirio de su santa carrera dos varones llamados, Saturnino el uno, y *Neopolis* ó *Neopolus* el otro. El último de estos dos nombres segun la manera de pronunciarle en Italia durante la edad media, y segun el uso recibido, fué convertido en el de Napoleon *(Napoleone)*. Ambos santos fueron ilustres de su nacimiento y por los destinos que ocupaban en Alejandría, y mas todavía por su firmeza en sufrir por la fé. Despues de haber sido cruelmente atormentados, ya moribundos, fueron metidos en un calabozo donde espiraron. Véase la obra *Vie des Saints Peres et Martyrs, por Godescard.*

DIA 16.

San Roque, confesor.—El bienaventurado san Roque, confesor, fué de nacion frances: nació en la provincia de Languedoc, en la villa de Mompeller, de padres ilustres y ricos, y señores de aquel pueblo. Su padre se llamó Juan y su madre Libera. Dícese que cuando nació, salió del vientre de su madre señalado con una cruz colo-

rada. Desde niño mostró grande inclinacion á la virtud: y siendo de doce años comenzó á macerar su cuerpo con ayunos y penitencias, y á hacer guerra á sus gustos y apetitos. Muertos sus padres en aquella tierna edad, vendió la hacienda que pudo y era riquísima, y la repartió á los pobres, y tomando el hábito de la Tercera Regla de san Francisco, y encomendando á un tio suyo el gobierno de su estado y vasallos, se vistió de romero, y dejando su patria, casa, deudos y amigos, vil y pobremente y sin ser conocido se partió de Francia para Italia á visitar los santos lugares de Roma. Entró en Italia y siguiendo su camino para Roma, llegó al lugar de Aquapendente donde halló muchos que estaban heridos de pestilencia. Fuése al hospital y juntándose con el administrador de él, que se llamaba Vincencio, comenzó á servir á los pobres y á hacer la señal de la cruz sobre los apestados, y con esto todos quedaron sanos. Lo mismo le sucedió en Roma, Cesena, Plasencia y otras ciudades de Italia, que con su oracion y con la señal de la cruz sanó á muchos que de pestilencia estaban á la muerte, nó sin grande admiracion de los que le veian, y ternura y agradecimiento de los que recibian salud. Pero para que él no se desvaneciese con las maravillas que Dios obraba por él, y para que acrecentase su corona con su paciencia, y con lo que padecia en sí, aprendiese á compadecerse mas de sus prójimos; nuestro Señor le avisó que habia de ser muy atormentado y afligido, y le dió una recia y aguda calentura, y permitió que fuese herido de una saeta que le traspasó el muslo. Pasó este trabajo san Roque con admirable paciencia y alegría: y estando ya libre de él, determinó volver á su tierra con la misma pobreza y menosprecio de sí que habia salido de ella. En el camino le vino una nueva enfermedad: y hallándose solo y en un desierto se echó debajo de un árbol desconocido de los hombres, y conocido y regalado de Dios: el cual para mostrar que nunca desampara á los suyos y la providencia que tiene de ellos, ordenó que un perro de un caballero le trajese de la mesa de su amo, pan con que se pudiese sustentar. Finalmente volvió á Mompeller su patria, y hallóla muy alterada, y toda aquella tierra abrasada de turbaciones y guerras: y como el santo venia en aquel traje creyó la gente que era espía: echaron mano de él, y pusiéronle en la cárcel sin ser conocido de su mismo tio, ni darse él á conocer por ser maltratado de sus mismos vasallos y padecer mas por amor del Señor. Cinco años estuvo en aquella cárcel con increible constancia y sufrimiento, y al cabo de ellos fué herido de pestilencia: y entendiendo que se llegaba el fin de su peregrinacion, se armó con los santos Sacramentos de la Iglesia y se aparejó para morir; y ántes de dar su espíritu al Señor le suplicó afectuosamente, que todos los que fuesen tocados de aquella contagion y le invocasen y tomasen por intercesor, fuesen librados y alcanzasen perfecta salud. Murió el santo, año del Señor de 1327, siendo de edad de treinta y dos años; y despues de muerto se halló junto á su cuerpo una tabla en que estaban escritas estas palabras: «Los que fueren heridos de pestilencia é implorareu el favor de Roque, alcanzarán su salud.» Por esta letra entendió el tio de san Roque, quién era el que habia tenido preso y tratado como espía aquellos cinco años; y con muchas lágrimas y sentimiento mandó tomar el santo cuerpo, y llevarle con gran pompa y solemnidad á la iglesia, y sepultarle honoríficamente. De aquí la gente comenzó á tenerle devocion como á santo, y á llamarlo en sus tribulaciones y especialmente en las enfermedades contagiosas y pestilentes; y su tio despues le edificó un solemne templo, en el cual y en otras muchas partes, Dios obró muchos y grandes milagros por san Roque. Creció mas la devocion de los pueblos por lo que sucedió en la ciudad de Constancia el año 1414, donde celebrándose el concilio ecuménico constanciense, y siendo fatigada aquella tierra y comarca de una grave pestilencia, se le hizo al santo una solemnísima procesion en la cual se llevaba la imágen de san Roque; y luego cesó aquella infeccion del aire y grave azote del Señor. Y en otras muchas partes se ha experimentado este favor del santo, y cuán eficaces son sus oraciones delante del Señor para aplacar su ira y dar salud á los pueblos. Su cuerpo se trasladó á la ciudad de Venecia el año de 1485, donde fué recibido con increible fiesta y regocijo, y se le edificó un suntuoso templo en que al presente está honrado y reverenciado con gran devocion de toda la ciudad.

¿Pues quién no ve en la vida de este santo confesor, cuán maravilloso es Dios en sus santos, y los modos que tiene para hacerlos santos y para ilustrarlos y magnificarlos en el cielo y en la tierra? Escogió á san Roque desde su niñez, y armóle de su gracia para que venciese la tierna edad y afligiese su carne, y menospreciase los bienes de la tierra que habia heredado, y repartiéndolos á pobres los asegurase en el cielo, y con hábito y traje humilde y despreciado peregrinase por el mundo padeciendo tantas incomodidades é infortunios en su persona, y dando salud á los enfermos, que no le conocian, y glorificando por todas partes el santo nombre del Señor. Qué favor y qué espíritu divino fué menester que tuviese para que en su misma patria, y en la tierra donde él era Señor, estuviese cinco años preso y maltratado de su mismo tio, por no descubrir quién era y por tener mas ocasiones de padecer baldones, afrentas y agravios por Jesucristo: el cual le hirió de pestilencia en la flor de su juventud, y libre y suelto de la cárcel donde estaba, y de la de su cuerpo, le llevó á gozar de aquella bienaventurada vista para siempre, y acá en el suelo le glorificó de manera, que los pueblos, ciudades y provincias, en su mayor afliccion acuden á él, é invocan su patrocinio y le toman por intercesor; y por sus oraciones alcanzan del Señor salud, reposo y contento.

De san Roque hace mencion el Martirologio romano á los 16 de agosto. Su vida escribió Francisco Diedo y Pedro Pino, y Claudio de Rota y Pedro *de Natalibus*, y Alberto Krantzio en la Historia sajónica escribe de él; y fray Zacarías Lipeloo, cartujo, en el Compendio que ha hecho de los tomos de las Vidas de santos del P. Fr. Lorenzo Surio. Adviértase que aunque san Roque no está canonizado ni puesto en el catálogo de los santos con la solemnidad que ahora usa la Iglesia; pero que por la devocion y comun consentimiento de los pueblos, en muchas partes se le han edificado oratorios, ermitas, capillas y suntuosos templos, y en ellos puesto su imágen como de santo, y se dicen misas, y hacen procesiones á su invocacion, y otras cosas que son propias, y como tales la santa Iglesia tiene reservadas para los santos canonizados: y esta es una tácita canonizacion universal de la Iglesia, y aprobacion de la sede apostólica que en Roma y en tantas otras partes consiente que así se haga.

SAN JACINTO, CONFESOR. — El bienaventurado santo fray Jacinto, espejo de religiosos, gloria de su patria y ornamento de la sagrada órden de los Predicadores, fué de nacion polaco, y nació en el lugar llamado Saxe, de la nobilísima sangre de los condes odrovansos, muy antigua é ilustre en aquel reino. Diéronle sus padres desde su niñez maestros virtuosos y letrados, para que aprendiese buenas costumbres y ciencias: y como tenia vivo ingenio y era bien inclinado, en breve tiempo salió docto en letras humanas y en las artes liberales. Era enemigo de juegos, de parlerías y de las travesuras que suele traer consigo la poca edad. Repartia el tiempo con Dios y con sus libros, olvidado de todo lo demas. Tuvo un tio, llamado Ibon, obispo de Cracovia (que es la mas principal ciudad y cabeza del reino de Polonia), varon docto y gran siervo de Dios: el cual proveyó á su sobrino de un canonicato de su Iglesia, no por afecto de carne y sangre, sino de merecimientos; porque vió en él grandes muestras de rara modestia y ciencia, y entendió cuánto podia ilustrar cualquier Iglesia con su persona. Despues de canónigo, se aplicó nuestro Jacinto á la sagrada teología, y aprovechó tanto en ella, que podia competir con los mejores teólogos de su tiempo. Acabados sus estudios le envió á llamar el buen obispo para tenerle á su lado, y para que con su ejemplo y doctrina comenzase á aprovechar á su Iglesia; y así lo hizo, hasta que con cierta ocasion, partiéndose el obispo para Roma, le quiso llevar consigo. Llegó á aquella santa ciudad al tiempo que el gran patriarca santo Domingo habia alcanzado la confirmacion de su sagrada religion, y resplandecia en ella con su vida, con su predicacion y milagros, como un nuevo sol que Dios habia enviado para alumbrar al mundo. Entre los otros milagros que el Señor obró por él, fué uno muy célebre y prodigioso, el haber resucitado á un caballero mozo llamado Neapoleon, sobrino del cardenal Estéban, delante de infinita gente, como lo dijimos en su vida y por esto no lo repetimos aquí. Este milagro por haber sido tan insigne luego se extendió por toda la ciudad de Roma, y aun por toda la cristiandad, y ganó las voluntades de muchos, para que de allí adelante reverenciasen al santo patriarca y le mirasen como á hombre venido del cielo. Entre estos muchos fué uno el obispo Ibon, que como era santo, cobró grande estima de la santidad del bienaventurado padre, y se aficionó á su religion por el fruto que en todas partes hacia: y deseando que se comunicase aquel bien á sus ovejas, le pidió instantemente que enviase á Polonia algunos de sus hijos para que la alumbrasen y cultivasen. Mas el santo padre, como tenia pocos hijos á la sazon, y aquellos repartidos por muchas partes, no pudo conceder lo que el obispo le pedia, hasta que nuestro Señor abrió camino, y movió á san Jacinto y á otros sus compañeros Ceslao y Hermanno, que venian con el obispo á tomar el hábito de santo Domingo, y ponerse en sus manos para ser enseñados en las cosas de la religion y encaminados á toda perfeccion. Eran Jacinto y Ceslao polacos y teólogos, y Hermanno era aleman y lego. El proceso de la canonizacion de san Jacinto añade á estos dos el tercer compañero, y dice que se llamó Enrique, y esto mismo afirman algunos historiadores de las cosas de Polonia (Matías Michoviense, lib. III, capítulo 32, y Juan Herbuto, lib. VI); y que era natural de Moravia. Grande alegría tuvo el obispo Ibon cuando supo la determinacion que habian tomado aquellos cuatro familiares suyos, y mucho mayor el glorioso patriarca, por la puerta que Dios le abria para un reino tan extendido y tan necesitado: y así en el mismo año de la confirmacion de su religion, que fué el de 1216, siendo sumo pontífice Honorio III, en el convento de Santa Sabina, los admitió á su santa compañía, y les dió el hábito de su religion y su bendicion: y con ella, en vistiéndose san Jacinto el hábito, se vistió del espíritu de su glorioso padre y fundador santo Domingo, y nuestro Señor le infundió un vivo y encendido deseo de imitarle, como lo hizo por toda la vida. Era limpio por extremo en el cuerpo, y mucho mas en el alma: toda la vida vírgen, como su santo padre: blando de corazon, puro en su conciencia, humilde en su persona, suave, amoroso y benigno, lleno de amor de Dios, y misericordioso sobremanera, y naturalmente compasivo. Así lloraba los trabajos ajenos como los propios, y tan de veras rogaba á Dios por los afligidos, como si hubieran nacido de sus entrañas. Visitaba de buena gana los enfermos, consolaba los tristes, animaba á los encarcelados; y en todo lo que podia socorria á los pobres y necesitados, y como otro Job, era ojos para el ciego y piés para el cojo, salud para el enfermo y consuelo para el desconsolado: y como traia en su alma estampada la vida de santo Domingo, procuraba retratarle y representarle al vivo en la suya; y así tenia la iglesia por celda, la tierra por cama, y la disciplina cada noche con cuerdas y de muchos nudos por descanso. Era templadísimo en el comer, y sobre las ordinarias abstinencias de la órden tenia diputados muchos dias para ayunarlos, y comiendo un pedazo de pan á secas, y bebiendo un jarro de agua. Ocupaba el tiempo de manera, que de esto solo andaba necesitado, y la mayor parte de la noche gastaba en oracion en la iglesia; y cuando le fatigaba mucho el sueño, por un breve tiempo dormia sobre el suelo. Esta vida comenzó san Jacinto desde que tomó el hábito, y la prosiguió hasta la muerte. Mas como hubiese ya hecho profesion y estuviese bien instruido en las sagradas ceremonias de la religion, y en el modo de predicar el Evangelio: el glorioso padre santo Domingo que tambien conocia el tesoro de los divinos dones y gracias que el Señor habia encerrado en Jacinto, le mandó que fuése á predicar á Polonia con sus tres compañeros Fr. Ceslao, Fr. Hermanno y Fr. Enrico, dándole la órden que habia de tener en plantar la religion en aquel reino, y en fundar los conventos que á su nueva órden se ofreciesen, y todo lo demas que le pareció convenir para que aquella mision fuese para gloria de Dios nuestro Señor y provecho de las almas, y establecimiento y propagacion de su familia: y dándoles su santa bendicion, los despidió, por una parte tristes, por dejar su bienaventurado padre, y por otra muy alegres, porque el mismo padre los enviaba á trabajar y á padecer en la viña del Señor. Partiéronse pues, y siguiendo su camino, pasaron los montes que llaman Alpes, y entrando por Carintia llegaron á una ciudad llamada Friesach, en la cual por ruegos de los ciudadanos se entretuvieron predicando algunos dias. Allí comenzó san Jacinto á entender en su labor, y á sembrar en aquella tierra la semilla divina que consigo traia, y el Señor con la lluvia del cielo la regó de tal manera, que en medio año que estuvo allí el santo, muchos se convirtieron á verdadera penitencia y renovaron sus vidas; y otros pasando aun mas adelante, hicieron divorcio con el mundo y le pidieron el hábito de su reli-

gion, y él se lo dió, y fueron tantos, que dentro de aquel breve tiempo se hizo en aquella ciudad un insigne convento de su órden, y fué el primero que fundó san Jacinto: el cual dejando por prior de él á Fr. Hermanno, prosiguió con los otros sus compañeros su camino hasta llegar á Cracovia. Allí fué recibido como un ángel venido del cielo, con comun regocijo y extraordinario aplauso de todos los eclesiásticos y seglares de aquella nobilísima ciudad, acordándose de la nobleza de su linaje, y que habia sido canónigo de Cracovia, y que era sobrino del obispo, y que el sumo pontífice muy encarecidamente se les encomendaba en las letras apostólicas que traia; y mucho mas creció este contento y benevolencia, despues que le conversaron y le vieron tan santo, tan humilde, tan menospreciador de sí mismo y de todas las cosas de la tierra, y tan suave y humano en su trato, y tan celoso del bien de sus almas: y así trataron luego de darle una de sus mayores iglesias que habia en la ciudad, para que en ella fundase un monasterio; y para esto escogieron la iglesia de la Santísima Trinidad, que era la mayor despues de la catedral.

En esta iglesia edificó san Jacinto un famoso convento, y el obispo, su tio, le enriqueció de ornamentos, cálices, cruces, imágenes y de otras cosas necesarias para el culto divino: y el mismo pueblo (que estaba ya movido y muy devoto á san Jacinto), acudia con mucha liberalidad á la fábrica del nuevo monasterio, el cual fué tan suntuoso y tan insigne, qur algunos reyes de Polonia le escogieron para su sepultura. Pero lo que mas ayudó al edificio de este santo monasterio y de los otros, que andando el tiempo, en varias partes san Jacinto fundó, y lo que mas gracia, peso y lustre dió á este bienaventurado padre, para que todas sus acciones y empresas fuesen gratas al Señor y resplandeciesen en los ojos de los hombres, fué el favor que tuvo de la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, de la cual él (como su padre santo Domingo) era devotísimo: porque esta divina Señora le tomó debajo de sus alas y proteccion, y muchas veces le regalaba y favorecia; y con tal amparo y ayudadora, no es maravilla, que san Jacinto intentase cosas grandes en servicio de su benditísimo Hijo, que se engolfase en mares tan anchos y profundos, y que llegase al deseado puerto de su navegacion. Entre otros se cuenta un singular favor que esta Reina del cielo hizo á san Jacinto el año de 1221 en la vigilia de su gloriosa Asuncion; porque estando el bienaventurado padre delante del altar de la Vírgen contemplando la gloria con que habia subido al cielo, y el triunfo con que habia sido recibida de toda la córte celestial, bajó súbitamente una luz divina sobre el altar, y en medio de ella la soberana Princesa de todo lo criado, acompañada de innumerables ángeles: y volviéndose con aspecto blando y amoroso á san Jacinto, le dijo: Huélgate, Jacinto, hijo mio, porque tus oraciones son muy gratas á mi Hijo y á mí. Ten por cierto que todo lo que por mi intercesion le pidieres lo alcanzarás. Dicho esto desapareció la Vírgen; y al partirse se oyó una música tan suave y con tanta diferencia de voces é instrumentos, que no hay lengua humana que lo pueda explicar. Quedó san Jacinto tan favorecido y tan regalado de la Vírgen, y con tanta confianza, que le parecia que ninguna cosa pediria al Señor que no se la concediese, mediante la intercesion de su sacratísima Madre.

Habiendo, pues, el santo fundado el convento de su órden en Cracovia, del cual como de fuente se derivaron otros muchos por todo el reino de Polonia, determinó plantar aquella nueva y celestial planta por otras naciones y reinos, y alumbrarlos con la predicacion del Evangelio, que era el principal fin para que su sagrada órden se habia instituido. Para esto envió á Fr. Ceslao, su compañero, y á Fr. Gerónimo á la ciudad de Praga, que es cabeza del reino de Bohemia, á donde llegaron y predicaron, y edificaron un insigne convento, con la invocacion y nombre de San Clemente, papa y mártir (el cual, en tiempo del emperador Ferdinando se dió á los padres de la Compañía de Jesus, para fundar allí un colegio; porque los padres predicadores tenian su convento en la iglesia de Santa Inés): y dejando allí en Praga al bienaventurado Ceslao, Fr. Gerónimo, su compañero, pasó á la ciudad de Uratislavia, y allí edificó una iglesia en honra de san Adalberto, y fundó otro convento de su órden; y en él, rico de merecimientos y esclarecido con milagros, gloriosamente acabó su peregrinacion. Pero nuestro santo Fr. Jacinto tomó el camino mas hácia levante, y entró en la provincia de la Rusia meridional, hasta llegar al ducado de Kiow, y predicó en la ciudad de Kiovia é hizo grandísimo fruto en ella, y edificó un convento muy principal, que dedicó á la gloriosa Vírgen, su especial abogada y patrona, confirmando el Señor la predicacion de su siervo con muchos milagros que por él hacia; y tuvo muchos trabajos y graves persecuciones por enseñar y defender la verdad católica de la Iglesia romana, porque á la sazon era duque de aquella tierra Valdomiro, muy dado á los ritos y ceremonias de los griegos, y contrario á la santa Iglesia romana: y por el temor que tenia este príncipe que san Jacinto con su vida y doctrina habia de reducir aquellos pueblos á la obediencia y creencia de la sede apostólica, pretendió echarle de su tierra; pero estando él en este propósito, entraron los tártaros con gran braveza y furor en la provincia de Kiow, y llegaron hasta Kiovia, donde el santo residia: el cual, acabando de celebrar el sacrosanto sacrificio de la misa, entendiendo que los bárbaros habian llegado ya á los muros de la ciudad, revestido como estaba, tomó con mucho sosiego y constancia el santísimo Sacramento del altar, y dijo á sus frailes que le siguiesen. Habia en la misma iglesia una imágen de nuestra Señora, de alabastro, hermosísima y de mucho peso, de la cual el santo era muy devoto: y como él se fuése sin ella, le habló la imágen y le dijo: Hijo mio Jacinto, ¿cómo me dejas? Llévame en tu compañía y no me dejes, para que me ultrajen mis enemigos: y como el santo respondiese, que cómo podia llevar aquella imágen pesando tanto; replicó la Vírgen: Tómala, que mi Hijo te la hará lijera y fácil de llevar. Entonces el santo se llegó con muchas lágrimas y reverencia á la imágen, y tómola en sus brazos, y con ella (que no le pesaba mas que una caña), y con el santísimo Sacramento, acompañado de sus religiosos, se salió del convento y de la ciudad por la otra parte á donde aun no habian llegado los tártaros. Salido pues de Kiovia, tomó su camino para Cracovia: y pasando por una ciudad llamada Gadufria, le fué forzoso detenerse en ella algunos dias para predicar allí y cumplir con la devocion de aquella gente, que se movió á tanta devocion por los sermones de san Jacinto, que edificó en breve un gran convento, y le pobló de religiosos; y dejándoles por prelado á su com-

pañero Fr. Benito, tornó á Cracovia, donde fué recibido con increible alegría y regocijo de toda la ciudad, y allí la imágen de alabastro de la Vírgen que habia llevado consigo, volvió á su naturaleza y se hizo pesada como ántes. Aquí estuvo el resto de su vida, trabajando valerosamente en la viña del Señor, y fundando muchos monasterios, no solamente en el reino de Polonia, sino en los otros mas apartados, y gobernándoles por espacio de cuarenta años que fué provincial; y cargado de años y de santas obras y merecimientos, abrasado del amor del Señor, deseoso de salir de este destierro largo y penoso y gozar de su bienaventurada vista, suplicó á su divina Majestad que le sacase de esta vida; y el Señor se lo concedió, y le reveló que el dia de la Asuncion de la Vírgen (de cuya fiesta él era devotísimo) le cumpliria su deseo. Cayó enfermo un dia despues de haber celebrado la fiesta de su padre santo Domingo, de una recia calentura, que le duró hasta que le acabó. La vigilia de la misma Asuncion, estando ya muy apretado de la enfermedad, hizo llamar á los padres ancianos del convento de Cracovia, y les encomendó que guardasen con gran vigilancia lo que él les habia enseñado de boca de su padre santo Domingo, y la blandura y mansedumbre de corazon, y principalmente la caridad y amor entre sí, y á la santa pobreza y desnudez de todas las cosas de la tierra; porque este (dijo) es el testamento de la vida eterna, y el camino seguro, por el cual habeis de llegar á la bienaventuranza. Acabadas estas palabras, calló, y el dia siguiente, habiendo oido con mucha devocion y regalo de su espíritu el oficio de la fiesta de la Asuncion, recibidos los santos Sacramentos y alzados los ojos al cielo, dijo con mucho fervor el salmo 30, que comienza: «En tí, Señor, esperé:» y cuando llegó al postrer verso: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu,» dió el suyo al Señor, que para tanta gloria suya le habia criado, á los 15 del mes de agosto del año de 1257, y á los setenta y cuatro de su edad. El sentimiento que hicieron sus bienaventurados hijos viéndose huérfanos de tal padre, y toda la ciudad de Cracovia por haber perdido tal maestro y pastor, no se puede fácilmente explicar. El obispo de Cracovia, acompañado del clero y de toda la ciudad vino al convento, y con sus propias manos puso el cuerpo del santo en el sepulcro, y ántes que le sepultase, estando aun en las andas, trajeron allí un caballero, que despeñado de un caballo furioso y desbocado acababa de espirar; y poniéndole encima del cuerpo del santo, al punto se levantó vivo y sano, y dijo: que habia subido hasta los cielos en compañía de san Jacinto.

Pero no fué solo este milagro que el Señor obró por san Jacinto en vida y despues de muerto; ántes fueron casi innumerables, y muchos de ellos muy notables y por ser tantos, seria cosa muy larga y fuera de mi propósito quererlos aquí todos referir. En el proceso que se presentó para su canonizacion, se ponen casi mil milagros de personas que cobraron salud por su intercesion, estando dolientes y con graves enfermedades, de dolor de cabeza, de ojos, de muelas, dientes, de la garganta, del cuello, de la lengua, de la boca, de los oidos y del pecho, del corazon, del estómago y de otras partes interiores, de piés y de manos y de todo el cuerpo, de calentura, de cólica, de gota coral, de bubas, de perlesía, tísica é hidropesía, de heridas y de golpes; y finalmente, no hay casi género de dolencia que no haya curado este bienaventurado padre. Dejó á los que libró de pestilencia, y á las mujeres que peligraban en el parto y á los que eran atormentados de los demonios, que fueron muchos, y no ménos á los que estando ya para morir, los detuvo y alcanzó mas largos plazos de vida. Solo quiero decir, que viviendo resucitó á dos muertos, y despues de su glorioso tránsito, sin el caballero que dijimos que resucitó ántes que pusiesen su sagrado cuerpo en la sepultura, fueron otros muchos los muertos á quienes restituyó la vida y no solamente á niños y niñas y criaturas muertas en el vientre de su madre y á hombres y mujeres, sino tambien á algunos animales, caballos, rocines, terneras y hasta á los pollos les cupo esta gracia por intercesion de san Jacinto, á quien parece que nuestro Señor habia hecho señor de la salud y de la enfermedad, de la muerte y de la vida; pues tan fácilmente la podia alcanzar del Señor con sus oraciones como lo podrá ver quien quisiere en la vida de este santo, que escribió en latin el P. Fr. Severo de Cracovia, y en castellano el P. Fr. Diego Mas, ambos maestros en sagrada teología, y de la órden de Predicadores. Yo solo referiré aquí lo que aconteció cuando fué á predicar á la provincia de Kiow, y fué, que yendo á Visogrod, ciudad de aquel ducado, que está puesta sobre la ribera de un rio caudaloso y no teniendo barco en que pasarle, con el deseo grande de llegar á la ciudad á tiempo que pudiese predicar; viendo que no habia otro remedio, se quitó el santo su capa, y tendiéndola sobre el rio, pasaron él y sus compañeros sobre ella como si fuera barca, y lo mismo le sucedió cuando salió de Kiow con el santísimo Sacramento en una mano y la imágen de nuestra Señora en la otra, huyendo de los tártaros: que llegando al famoso rio Boristenes, como no pareciese por toda aquella ribera barco para pasarle, confiado en la divina misericordia, echando la bendicion al rio se entró por él, y le pasó á pié enjuto, sin mojarse ni aun las suelas de los zapatos: y de esta manera le siguieron los frailes que le acompañaban: y sucedió en este milagro otro mayor milagro que se cuenta en el proceso; y es, que en el mismo rio quedó la huella y pisadas del santo estampadas en las aguas, y dicen, que hoy en dia se ven y que de un cabo de rio á otro se descubre una como senda, como pisadas de hombre que pasó por allí, que es cosa particular y prodigiosa y digna de admiracion, aunque para Dios no hay cosa imposible.

Despues de muerto apareció muchas veces el santo á varias personas que se encomendaban á él ó le pedian favor, y hubo algunas revelaciones de su gloria. El mismo obispo de Cracovia que le habia enterrado, y se llamaba Prandeta, habiendo quedado cansado de aquella piadosa obra del entierro, poniéndose á descansar un poco, vió una larga procesion de ángeles vestidos de albas blancas, y á dos varones ancianos y venerables, al uno con una mitra en la cabeza y con báculo pastoral en la mano, que era san Estanislao, obispo de Cracovia, y al otro vestido con el hábito de Predicadores, resplandeciendo como el sol, y este era san Jacinto, y traia dos coronas en la cabeza de vírgen y doctor. Y una monja, que ya habia cuarenta años que estaba encerrada dentro de las paredes del monasterio, sirviendo al Señor con raro ejemplo de santidad; el dia en que murió el santo, estando en oracion, vió bajar del cielo una luz clarísima sobre el convento de Predicadores, y la sacratísima Vírgen en una procesion de

cortesanos del cielo, que llevaba á su lado á san Jacinto, vestido del hábito de su órden: y como estas hubo otras revelaciones.

Con haber sido la vida de este santísimo varon tan admirable y divina, y sus milagros tantos, tan raros y esclarecidos, y haber sido hijo del glorioso patriarca santo Domingo, y padre de tantos y tan ilustres hijos, fundador y gobernador de su sagrada órden en el reino de Polonia y en las provincias septentrionales, estuvo trescientos treinta y siete años sin ser conocido; porque aunque algunas veces se trató de ello, y los serenísimos reyes y todo el reino de Polonia lo suplicaron á los sumos pontífices, y especialmente al papa Leon X y algunos de sus sucesores; por varios y diferentes impedimentos no tuvo efecto la canonizacion hasta el año de 1594, que á los 17 de abril le canonizó y le puso en el catálogo de los santos, la santidad del papa Clemente VIII, mandando que se celebre su fiesta á los 16 de agosto, que es el dia siguiente despues que murió. De san Jacinto escriben Alberto Leandro, boloñés, en el libro de los Varones ilustres de la órden de santo Domingo; Martin Polaco, obispo varmiense, lib. VII de la Historia de Polonia; Matías Michoviense, lib. III, cap. 30 de su Historia; Juan Herborth, lib. VI, cap. 8; el P. Fr. Hernando del Castillo en la Crónica de su órden, lib. I, cap. 48, y lib. II cap. 57; el P. Fr. Antonio de Sena, en la Crónica asimismo de su órden; y el padre Pedro Scarga de la Compañía de Jesus, en el Catálogo que compuso de los santos de Polonia.

* San Eleuterio, obispo y confesor.—Atendidos sus méritos y virtudes, el clero y pueblo lo eligió obispo de Auxerre el año 532. Asistió á los concilios, segundo, tercero, cuarto y quinto de Orleans, y trabajó mucho en el arreglo de los sabios reglamentos que se promulgaron á fin de restablecer la disciplina en la Iglesia de Francia. Veinte y ocho años gobernó su silla, muriendo en su misma diócesis el dia 16 de agosto del año 561.

San Tito, diácono y mártir.—Vivia en Roma, cuando esta ciudad se hallaba en poder de los godos, y segun Beda, porque estaba un dia distribuyendo limosna á los pobres fué muerto por órden de un bárbaro capitan.

San Joaquin, padre de la santísima Vírgen.—Aunque de él se hace conmemoracion en este dia, hállase continuada su vida en el mes de marzo, dia 20: véase.

San Simpliciano, obispo.—Véase el dia 14 de este mes, donde se insertó su vida, si bien la Iglesia hace conmemoracion de él en este dia.

San Diomedes, mártir.—Natural de la ciudad de Tarsis en Cilicia, descendia de noble cuna, pero fué mas noble por las virtudes que poseyó en alto grado. Dedicóse á la carrera de la medicina, y procuraba curar á los enfermos no solo corporalmente por medio de su arte, sí que tambien espiritualmente por medio de exhortaciones y consejos cristianos. Preso en su ciudad natal por órden de Diocleciano, fué conducido á Nicea de Bitinia, donde habiéndole dejado en libertad, continuó ejerciendo sus buenos oficios, y convirtiendo con ellos á multitud de infieles. Acusado y preso, fué condenado á ser degollado, y consiguió la corona del martirio, el año 301.

San Ambrosio, mártir.—Era centurion en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano; y se hallaba en Fiernuzola de Campaña cuando se publicaron los edictos contra los cristianos. Llevado á la presencia del prefecto Daciano, éste se complació en hacerle atormentar muy bárbaramente, y al fin viendo que nada podia torcer su constancia en la confesion de la fé, lo mandó meter en una hoguera de la cual salió sin recibir daño. Continuaba el santo glorificando á Dios y confesando á Jesucristo, y fué precipitado á un rio donde acabó victoriosamente su santa vida.

San Arsacio, confesor.—Servia en el ejército romano en tiempo del emperador Licinio. Viendo los excesos á que éste se entregaba contra los cristianos, abandonó su carrera y se retiró á la soledad. En ella vivió como un cenobita por espacio de muchos años, hasta que coronado de merecimientos descansó tranquilamente en el Señor á mediados del siglo IV. Estuvo dotado del don de profecía, y la ciudad de Nicomedia, en cuyas cercanías vivia, fué testigo de sus grandes maravillas. Poseyó particularmente el don de lanzar los demonios de los cuerpos, y con sus oraciones mató á un gran dragon que hacia estragos en aquella comarca.

Santa Serena.—Fué esposa del emperador Diocleciano. Habiéndose convertido á la religion cristiana, fué bautizada por san Ciríaco y profesó el Evangelio en medio de la córte de su cruel marido, con el cual intercedió muchas veces en favor de los cristianos condenados al martirio. Tambien ella tuvo que sufrir muchos disgustos y penalidades por causa de su fé; pero fué siempre un modelo de resignacion y de constancia, hasta que murió santamente á principios del siglo IV.

DIA 17.

Santa Clara de Monte Falco, vírgen.—En el valle de Espoleto, que está en la Umbría, provincia de Italia, como cuatro millas de Foligni y ocho de Asís, está una villa que se llama Monte Falco; en la cual nació la vírgen santa Clara, que por distinguirla de la otra santa Clara de Asís, hija primogénita del seráfico padre san Francisco, madre de tantas y tan gloriosas hijas llaman santa Clara de Monte Falco: la cual tuvo por padre á un hombre virtuoso que se llamaba Damian: y por madre á una buena mujer, por nombre Jacoba. Desde niña comenzó á echar de sí rayos de luz divina; porque siendo de solos cuatro años, inflamada en el amor de Jesucristo, las rodillas desnudas en tierra, ofrecia devotísimas oraciones delante de la imágen del Crucificado, y todo su estudio era entregarse á su Esposo celestial: y porque no podia tan á su gusto entregarse á estas devociones, sin ser vista y registrada de los de su casa, se hurtaba muchas veces, y secretamente se iba á una iglesia que estaba allí cerca dedicada á san Juan (que es de san Agustin), donde extendia mas las velas de su afecto y devocion.

Tenia esta santa niña una hermana llamada soror Juana, religiosa por vida y profesion. Deseó mucho la niña estar en compañía de su hermana para imitarla y consagrarse del todo al Señor; mas el demonio para estorbarla se le aparecia muchas veces en hábito y semejanza de su hermana soror Juana, amenazándola que la mataria si se hiciese religiosa. Pero la niña conoció que aquellos eran silbos y amenazas de la serpiente infernal; y confortada del amor y espíritu de su dulce Esposo, no hizo caso de cuanto le decia, y quedó de aquella bestia fiera con victoria, y mereció ser vestida de Jesucristo, y que le revelase todo el

suceso de su vida, y le diesé grande ánimo y nuevas fuerzas para llevar la aspereza y trabajos de su cruz.

A los seis años, pues, de su edad entró en el monasterio que se llamó de Santa Cruz, que era de religiosas agustinas, como si entrara en el paraiso; y bajando la cerviz tierna al suave yugo del Señor, se hizo discípula de su hermana, y se abrazó con la pobreza y oracion, y todos los otros santos ejercicios de la religion, con tanto ardor y afecto, que no parecia niña ni novicia, sino antigua y perfecta religiosa. Contentábase con un pedazo de pan y alguna fruta para su mantenimiento; amaba el silencio; refrenaba sus sentidos; solo estaba atenta á regalarse con su amoroso Esposo, el cual muchas veces la visitaba. Una vez, entre otras, le apareció en forma de niño, en los brazos de su santísima Madre, con muy alegre rostro, y como quien queria soltarse de sus manos. Entonces la santísima Madre dijo al Niño que abrazase á su tierna esposa, y llegándose la bendita niña con ferviente y dulce afecto á abrazarle, huyó y se escondió el Niño Jesus debajo del manto de su Madre: y con esto desapareció aquella vision, quedando la niña Clara, y nueva esposa de Cristo, herida de su amor, y con mayor fervor y mas encendidos deseos de servirle.

En entrando en edad de siete años, comenzó á tratar ásperamente su cuerpo: por no sentir despues la tiranía y rebeldía de la carne, traia á raiz de ella una cuerda de muchos nudos, ceñida estrechamente, y dábase largas y duras disciplinas, hasta derramar sangre. Contentábase con pan y agua para su comida y bebida, y cuando queria celebrar alguna fiesta, añadia algunas yerbas crudas; y este era su solemne banquete. Dormia sobre la tierra desnuda: y cuando la necesidad la constreñia, echaba encima algunas pajas. Su oracion de noche y de dia era continua, ya hincada de rodillas, ya en pié, extendidos los brazos en forma de cruz, y algunas veces se derribaba con profunda humildad con la boca pegaba al suelo. Su honestidad era admirable, así en el trato de su persona, y en el descubrir ó mirar ó tocar alguna parte de su cuerpo, como en todo lo demás; y estimaba tanto la preciosa joya de la virginidad, que decia, que por no perderla, de buena gana padeceria, si fuese menester, las penas del infierno, todo el tiempo que viviese.

Fué tan recatada en la vista, que se entiende que jamás miró la cara fijamente á hombre; y cuando hablaba con alguna persona, cubria su rostro, puestos los ojos en tierra. Y como una vez un hermano suyo religioso le dijese que por qué le hablaba de aquella manera, respondió: Poca necesidad hay de la vista, ni del rostro, cuando hablamos; pues hablamos con la lengua. Y este mismo recato queria que tuviesen las otras monjas, siendo superiora, zelando en gran manera su honestidad. Estando una vez en oracion, y arrobada y transportada en Dios, vino la hora de comulgar las monjas, y ella por estar absorta olvidóse de tomar el manto; y soror Juana, su hermana, quiso por aquella vez vedarle la sagrada comunion en castigo de aquella culpa. Volvióse la santa vírgen á su amado Esposo derramando muchas lágrimas: apareciéle el benigno Jesus, y con su propia mano la comulgó. Otras muchas veces le apareció en figura de corderito muy blanco que jugaba con ella, é imprimia en su alma un entrañable y amoroso sentimiento del corazon amoroso, con que el Cordero sin mancilla se habia ofrecido en el ara de la cruz por la redencion del género humano. Y este misterio de la sagrada pasion del Señor tenia tan esculpido é impreso en su alma, que parecia que ni comiendo ni bebiendo, ni por algun breve espacio podia apartar su memoria de sus dolores y tormentos. Todo lo que veia, oia, pensaba y decia, lo guisaba con esta salsa, y lo endulzaba con la amargura de la cruz: y de esta, como fuente manaban las otras virtudes que hermoseaban y adornaban su bendita alma: porque sus palabras eran pocas, graves y necesarias, y de cosas de Dios; pero muy eficaces para imprimir lo que queria en los corazones.

¿Pues qué diré de la paciencia de esta santísima vírgen? ¿Qué de la alegría y júbilo con que sufria la pobreza y mengua en el comer y en el vestir? ¿En los trabajos, en las enfermedades muchas y grandes que padeció? ¿En los denuestos, contradicciones y persecuciones, con las cuales el Señor la probó y afinó para coronarla con mayor gloria? ¿Qué de la caridad amorosa y dulce que usaba con sus enemigos, y con los que mas la habian afligido, rogando á Dios por ellos, y haciendo que las otras hermanas suyas los tuviesen presentes en sus oraciones, compadeciéndose de sus trabajos, sirviéndolos y proveyéndolos en sus necesidades, y dando siempre bien por mal, y recompensando los maleficios con beneficios? ¿Qué de su compasion, y de la amargura y lágrimas con que lloraba los pecados ajenos, y sentia las tribulaciones y miserias de sus prójimos, y remediaba sus necesidades con su pobreza, desnudándose á sí por vestirlos, y ayunando ella porque ellos comiesen?

Resplandeciendo, pues, esta sagrada vírgen con tan esclarecidas virtudes entre todas las monjas, murió su hermana soror Juana, y tuvo soror Clara revelacion de la gloria que en el cielo poseia; y con voluntad de las religiosas y con gran repugnancia suya, fué elegida por superiora en lugar de su hermana.

Luego que comenzó á ser prelada se descubrieron mayores dones y mas raras gracias del Espíritu Santo en la santa vírgen, porque ante todas cosas, ninguna cosa enseñaba que ella no hiciese. Era la primera que ponia el hombro al trabajo y á la carga, y con un espíritu divino y profético; sabia muchas cosas ántes que acaeciesen, y penetraba las enfermedades interiores de sus hermanas con la luz del cielo, y aplicaba las medicinas convenientes para curarlas, y prevenia los daños ántes que sucediesen, y á grandes letrados declaraba lugares oscuros de la sagrada Escritura, y confundia á los herejes. A un perverso hereje, que por su hipocresía tenia nombre de santo, y la vino á hablar, y pretendió engañarla, le resistió varonilmente, y alumbrada de la luz del cielo le confundió ó hizo callar, y procuró que fuese castigado como lo fué, para que no inficionase á otros con su pestilente doctrina: y á este propósito dijo, que habia recibido del Señor tan grande lumbre de su fé y verdad, que aunque todos los libros del mundo se quemasen y la predicacion evangélica cesase, le parecia que ella la podria enseñar.

Entre otras virtudes que tuvo siendo abadesa, fué una: el amor á la santa pobreza, y el ser desinteresada, sin poner los ojos en cosa temporal, sino en solo el contento y agrado del Señor. En recibir las que le pedian el hábito, y admitirlas á su religion, no miraba si eran pobres ó ricas, si de parientes que podian ser provechosos al con-

vento ó nó; sino la disposicion con que venian y la voluntad que trian de servir al Señor: y cuando conocia que él las llamaba y guiaba, abria los brazos para recibirlas con grande caridad, y tenia por especie de venta y codicia, decir palabras de Dios con intento de cosa temporal: y como ella estaba tan descarnada del amor de todas las cosas de la tierra, no es maravilla que el amor divino ardiese tan frecuentemente en su pecho, y que levantase tales y tan grandes llamas de amor. Huia mas que de la muerte cualquiera cosa que de mil leguas pudiese ser ofensa de su Señor. Lloraba continuamente los pecados y decia que era muerta el alma que no se entristecia con lo que desagradaba á Dios. No tenia mas cuenta con su cuerpo, que si no fuera suyo, á trueque de ofrecerle en sacrificio al Señor; y decia que si cien cuerpos tuviera, todos los sacrificara por su amor, y que la caridad era la vida del alma, y que morir mil veces por Cristo era verdadera vida y eterna bienaventuranza. Especialmente se entretenia y regalaba con Cristo crucificado (como dicho es), y con la continua meditacion de su sacratísima pasion; y velando y durmiendo, estaba fija en los dolores del Señor, y los tenia tan presentes, como si los viera, y se compadecia tanto de ellos, que por muchos años todo lo que comia ó bebia, le sabia amargo por memoria de la Pasion: de la cual tuvo muchas revelaciones y sentimientos, y hablaba con grandísima ternura y lágrimas de ella, y encomendaba á todas que la tuviesen presente, con entrañable compasion y devocion al Señor, y que en sus tribulaciones y fatigas se abrazasen con Cristo crucificado; porque así todas por graves y pesadas que fuesen, les serian ligeras y fáciles de llevar.

Enseñaba á las hermanas y monjas suyas, que pusiesen en su corazon, por cimiento de todo el edificio espíritual, la humildad y obediencia á sus prelados, y que sobre él edificasen las otras virtudes, la santa pobreza, la pureza virginal; y que para guardarla, se guardasen de conversaciones inútiles, y de familiaridad con los hombres, aunque fuesen religiosos y sacerdotes, y de secretos coloquios, de palabras ociosas, livianas, y de risa ó murmuracion: que llorasen amargamente sus pecados, y purificasen á menudo sus almas con la frecuente y devota oracion, y con los santos sacramentos de la confesion y comunion, y con el uso de la aspereza y penitencia se dispusiesen é hiciesen hábiles para levantar su espíritu al cielo, y unirse con su dulcísimo esposo Jesucristo, al cual sobre todas las cosas debian amar, y con purísima intencion servir, enderezando á este blanco y perfectísimo fin el curso de su vida general, y en particular todas sus acciones. Y para que no se les pegase cosa alguna del mundo que pudiese derramar su corazon y divertirle de este santo propósito, ordenaba la santa abadesa, que las andaderas y criadas del convento, que salian fuera para los negocios de la casa; cuando volvian á ella, no refiriesen á las hermanas lo que habian visto ú oido de las cosas del mundo que las podian inquietar. Era muy benigna para con todas, y mas para las viejas y enfermas, y para las que avisadas conocian y enmendaban sus faltas, y severa y terrible para las que habiendo caido, no se querian levantar; porque en aquel cuerpo flaco y mujeril, el alma que le regia era fuerte, varonil y constante, y tan zelosa de la honra de Dios, que en ninguna cosa mas reparaba, que en atajar y cortar de raiz sus ofensas. No se levantaba con las cosas prósperas, ni se encogia con las adversas; porque todas las ofrecia á Dios, y las unas y las otras igualmente recibia de su mano, é igualmente era regalada del Señor. Estando una vez contemplando en la llaga del costado del Señor, y toda traspasada de dolor, le apareció un mancebo con una cruz sobre los hombros, que le dijo: Hija Clara, ya he buscado un lugar firme para fijar esta cruz, y he hallado tu pecho en que la pueda poner y enclavar: es pues necesario que mueras en esta cruz si deseas ser mi hija y heredera. Desde la hora de este aparecimiento se cree, que las insignias de Cristo crucificado fueron impresas en el casto y amoroso pecho de esta santa vírgen, de la manera que adelante se dirá; porque desde aquel tiempo le quedó un gran dolor en el pecho.

No se desvaneció ella con estos favores y regalos de Dios, ántes creció en la humildad y en el menosprecio de sí misma, dando á sí la confusion, y la gloria al Señor, cuya era. En esta virtud de la humildad (que es el fundamento y la madre y maestra de las demás) se señaló mucho esta sagrada vírgen; porque procuró muchas veces renunciar el cargo de abadesa, deseando mas ser sujeta á todas, que superiora de ninguna. Hacia por sí los oficios mas viles y mas bajos de casa; servia á las enfermas y besaba sin asco las llagas de los leprosos. Hacia que las otras hermanas le diesen disciplinas. Sentia por extremo que le llamasen santa ó sierva de Dios: y para mayor humildad, y mayor victoria y corona suya, permitió el Señor que fuese combatida del demonio gravemente, y siete años continuos de dia y de noche sufrió espantosos terrores y aparecimientos de los demonios: mas como era piedra firme fundada en Cristo, quedó siempre invencible y triunfante de sus asechanzas; y cuanto mas duras fueron las peleas, tanto mas esclarecidas fueron las victorias y triunfos.

Llegó la hora en que habia de recibir de su celestial Esposo el premio de sus trabajos, y tuvo revelacion de ello: y queriéndose aun mas aparejar para aquella dichosa salida del mundo y entrada en el cielo, llamó á todas las monjas y exhortólas á que le encomendasen á Dios, y se acordasen de los trabajos que por ellas habia padecido: que fuesen muy humildes, pacientes y sufridas unas con otras, obedientes á sus mayores y muy unidas todas en su santo amor entre sí, porque la obra de nuestra redencion, que Cristo tanto amó, y compró con tan caro precio de su vida, no se perdiese en ellas por su culpa. Despues recibió los santos sacramentos y el de la extremauncion, con muchas lágrimas, y fuéle revelado que le eran perdonados todos sus pecados, y la gloria que le estaba aparejada. Con esta vision quedó tan consolada, que no se puede decir, y rompió el silencio, que hasta entonces habia tenido, hablando con su amorosísimo Esposo con estas palabras: ¡O dulcísimo Jesus, cuán grande es, Señor, el premio con que pagais á los que os sirven, siendo tan pequeños sus trabajos! Y con gran fervor, dijo: Es mucho, es mucho, es mucho precio, Señor, para mí el paraiso. Y algunas veces como quien hablaba con los ángeles y con los santos, decia: Llevadme. Pensaron los circunstantes que ya habia dado el espíritu al Señor, y llevaron el cuerpo á la iglesia para enterrarle; mas allí tornando en sí, abrió los ojos: y alegrándose todos los que estaban presentes, le dijeron que parecia tener mejoría; mas la esposa de Cristo, conociendo ser llegada su hora, con

grande alegría y sosiego les dijo: Amadas discípulas y hermanas mias, yo me voy de este mundo para el Señor que me llama: yo os encomiendo á él, en cuyas manos os dejo. Acabadas estas palabras, voló aquella alma bendita (sin algun movimiento ni alteracion) á su Criador, dejando el cuerpo con su color y blancura como si estuviera vivo, con los ojos levantados al cielo, y el rostro con una claridad y un color rosado que le sobrevino y le hacia muy hermoso. Pasó de esta vida á 17 de agosto, año del Señor de 1299, á treinta y tres años de su edad, segun la Crónica de la órden de los Menores; y segun la de san Agustin, el año de 1308, y siendo como de cuarenta años. Resplandeció con muchos milagros dando vista á muchos ciegos, piés á los cojos, y oidos á los sordos, vida á una doncella muerta; y sanó á otras muchas personas gravemente enfermas de calentura tísica, de gota coral, de lamparones, de apostemas malignas ó incurables, y de otras dolencias, y espantos de los demonios: y á otras necesitadas libró con la eficacia de sus merecimientos y oraciones.

Por la fama de estos milagros y por haberse entendido que en su corazon tenia las insignias de la pasion de Cristo nuestro Redentor, las monjas ó (como otros dicen) el vicario general del obispo de Espoleto, con licencia del papa, vino con tres médicos á la sepultura de santa Clara, y le abrieron el pecho; y hallaron en su corazon (que era grande, grueso y cóncavo) impresas y estampadas las señales de la pasion del Señor; conviene á saber, un crucifijo con tres clavos, la lanza, la esponja y la caña, que estaban de una parte del corazon; y de la otra estaban los azotes, y cada uno de cinco ramales, y con la columna y la corona de espinas. Estas señales ó insignias de la pasion eran como de nervios fuertes y duros. Hallaron mas, dentro de la hiel, tres peloticas redondas como tres avellanas, de igual peso, grandeza y color, las cuales siempre se hallaron en un mismo peso poniendo la una en una balanza y las otras dos en la otra, en testimonio de la verdad del misterio de la santísima Trinidad, de la cual esta vírgen fué devotísima. Y así algunos pintan á esta esclarecida vírgen, con un peso en una mano, y en las balanzas las pelotas divididas, y en la otra mano un corazon con Cristo crucificado y con las demás insignias de la sagrada pasion. Salió tambien, cuando la abrieron, sangre clara y limpia, y recogieron de ella una redomica: la cual hoy dia se muestra con el corazon, y con las tres peloticas, con grande admiracion de todos los que las ven (y yo las he visto), alabando al Señor que así honra sus santos y obra en ellos tan grandes maravillas. Tambien dicen las monjas que están en aquel monasterio, que muchas veces, ántes que venga alguna extraordinaria tribulacion, se descuaja aquella sangre de la ampolla, y hierve, y crece visiblemente, y que luego se hacen procesiones para pedir misericordia al Señor por intercesion de la santa vírgen, y suplicarle que alce la mano del azote que temen.

Hácese gran fiesta en Monte Falco, con licencia del papa, el dia de su glorioso tránsito á los 17 dias de agosto, y tambien el dia de la Santa Cruz de mayo; porque esta santa solemnizaba aquel dia con gran devocion. Muéstrase su cuerpo dentro de la iglesia del convento por una reja que el año de 1561 (en que yo le ví) estaba junto al coro de las monjas; y aunque está seco y mudado el color, está entero sin faltarle parte alguna.

Tenia el rostro descubierto, y las manos juntas, y los piés desnudos, y el resto del cuerpo vestido y cubierto con el hábito de monja de san Agustin, que es el que traen las monjas de aquel monasterio; y ellas y los religiosos y cronistas de su órden dicen que fué monja suya; y es lo que se tiene por cierto. El papa Juan XXII, en un breve en que manda hacer informacion de la vida y milagros de esta santa, dice, que fué de la órden de san Agustin, y abadesa del monasterio de Santa Cruz: asimismo fué decretado por don Antonio Cayetano, arzobispo de Capua, y de nuestro santísimo padre Paulo, por la divina providencia papa V, nuncio y colector general apostólico en los reinos de España con facultad de legado *á latere*, etc. asimismo lo decretó el eminentísimo cardenal don Pompeyo, título de Santa Balbina, presbítero cardenal Arigonio en Roma á 3 de noviembre de 1614; y por último fué decretado en Madrid por don José Archinto, por la gracia de Dios y de la santa sede apostólica, arzobispo de Tesalónica, y de nuestro santísimo padre y señor Inocencio, por la divina providencia papa XII, nuncio, y colector genral apostólico en los reinos de España, con facultad de legado, etc., en Madrid á 7 de octubre de 1698; y largamente lo escribió en su vida el P. Fr. Agustin de Monte Falco, de la misma órden. Donde debemos todos alabar al Señor, que la escogió desde su niñez por su Esposa, y la enriqueció de tantas y tan admirables virtudes, y la inflamó de un amor tan encendido y fervoroso que mereció recibir en su corazon las insignias de su sagrada pasion, y los otros dones tan sobrenaturales y divinos, que aquí quedan referidos, para testimonio de los misterios profundísimos de la santísima Trinidad y de la acerbísima pasion de Jesucristo nuestro Redentor, y de las mercedes y favores soberanos que él hace á las almas puras que, olvidadas de todas las cosas de la tierra, se abrazan con él, y se dejan guiar, labrar y perficionar de su bendita mano.

* Los santos Librado, abad, Bonifacio, diácono, Severo y Rústico, subdiáconos, Rogado, Séptimo y Máximo, monges, todos mártires. — Sangrienta fué la persecucion que se alzó en África contra los católicos. El rey de los vándalos Hunnérico que era arriano dió órden paraque fuesen destruidos todos los monasterios, especialmente uno situado cerca de Capsa, donde vivian los siete santos de que hablamos. Mandado presentar á Cartago se excogitaron todos los medios para ganarlos en favor del arrianismo, pero como siempre permanecieron constantes en la fé católica, fueron encerrados en un oscuro calabozo. Los cristianos pudieron con sus ardides visitar á los presos, lo que sabido por el rey, hizo redoblar la vigilancia, y cargar de grillos á los encarcelados. Despues de algun tiempo dispuso fueran embarcados en una nave muy vieja, y que pegasen fuego á ella cuando estuviesen dentro; casi trató de verificarse así pero salió frustrada la operacion, no pudiendo prender el fuego y quedando salvos los santos. Viendo el tirano que habia salido mal del primer paso, mandó apalearlos con remos, como efectivamente lo hicieron magullándoles la cabeza y echándolos al mar, alcanzando así la palma del martirio. Los cristianos pudieron dar sepultura á sus cuerpos porque las olas los sacaron á la orilla, que se verificó en el monasterio de Biga junto á la iglesia de San Celerino.

San Mamante, mártir. — Hijo de un pobre pastor de Cesarea en Capadocia, conoció desde su infancia las verda-

des de la fé, y vivió conforme á ellas de un modo admirable. Su fervor era tan grande en todos los ejercicios de piedad, que con frecuencia pasaba dias y noches enteras en continua oracion, sin cuidarse de comer ni de satisfacer las demás necesidades de la vida. Habiéndose publicado en su patria los edictos del emperador Aureliano contra la Iglesia, fué san Mamante hecho prisionero como enemigo de los dioses, sufrió cruelísimos tormentos, y siendo aun muy jóven, el año 275, fué decapitado en la misma ciudad de Cesarea. San Basilio y san Gregorio Nacianceno hablan en sus escritos de este santo, haciendo grandes elogios de sus extraordinarias virtudes.

San Miron, presbítero y mártir. — Reinando el emperador Decio, y siendo gobernador de la Acaya Antipatro, fué este santo acusado de cristiano, y siendo llevado á la presencia de sus jueces, le condenaron á ser decapitado. La sentencia se ejecutó en Cicico, haciéndole pasar ántes por varias pruebas, en las cuales padeció horriblemente.

Los santos Estraton, Felipe y Eutiquiano, mártires.— Vivian en Nicomedia, y un dia que habia mucha gente en el teatro esperando la representacion de un célebre espectáculo, se presentaron ellos y empezaron á anunciar al público las verdades del Evangelio con tanta eficacia y tanto fruto, que la mayor parte de los espectadores se convirtieron á la religion cristiana, y el teatro quedó desierto. Fuéron entonces á instruir á aquella multitud en la fé, y mientras bautizaban á muchos les prendieron los gentiles, los entregaron á las fieras que no les hicieron ningun daño, y últimamente perseverando en enseñar y convertir, fueron echados al fuego que los consumió, y volaron á la patria celestial.

San Pablo y santa Juliana, mártires.—Eran hermanos naturales de Tolemaida en Palestina, y unidos por los vínculos de la mas acendrada caridad. En tiempo del emperador Valeriano se les quiso obligar á ofrecer incienso á los ídolos, á lo cual se negaron constantemente, siendo por esto puestos varias veces en el potro y finalmente degollados en su misma patria, y dando á todos ejemplo de resignacion y de admirable constancia.

San Anastasio, obispo y confesor.—Nació, segun la opinion mas probable, en Terni, ciudad de Italia. Nada sabemos de sus primeros años; pero debemos suponer que en un tiempo en que la Iglesia estaba en paz y se hallaban ya regularizados los estudios eclesiásticos, pasaria el santo la juventud en el estudio y la práctica de las virtudes. En el año 516 fué elegido y consagrado obispo de su patria, y murió santamente en agosto del año 553. Su pontificado fué notable por los piadosos establecimientos que fundó y dotó con gran liberalidad, y por la reforma de las costumbres públicas, que realizó en medio de las mayores contradicciones.

DIA 18.

San Agapito, mártir. — En la persecucion del emperador Aureliano, andando los cristianos descarriados, afligidos y escondidos por bosques, montes y cuevas, escogió nuestro Señor un niño de quince años de la ciudad de Palestrina, no léjos de Roma, llamado Agapito, y armóle de su espíritu y fortaleza del cielo, y opúsole al furor y poder de Aureliano para que pelease, y venciese y triunfase de él, y con su precioso martirio animase á los hombres de mayor edad (ya que no iban adelante) á seguirle, y no dudasen derramar la sangre por la confesion de Jesucristo; pues veian que un niño tierno y delicado con tanta constancia habia sufrido tantos y tan grandes tormentos, y dado su vida por él. Mandóle prender el emperador: y viéndole por una parte de tan poca edad, y por otra tan fervoroso y deseoso del martirio, le mandó azotar con duros nervios crudamente, creyendo que con este castigo se trocaria: pero como el santo niño con los azotes y espantos se encendiese mas en el amor de Cristo, entrególe el emperador á un presidente suyo llamado Antíoco, para que en todo caso le hiciese sacrificar. El presidente le encerró en una cárcel muy áspera y oscura, y mandó que por espacio de cuatro dias no le diesen cosa alguna de comer, para que con la hambre (que suele ser muy penosa á los de poca edad) se ablandase y enterneciese. Sacáronle el quinto dia tan constante como el primero, y el juez le hizo echar carbones encendidos sobre su cabeza: y Agapito cuando se los echaban, daba gracias á Dios y decia: No es mucho que la cabeza que ha de ser coronada en el cielo, sea quemada en el suelo. Muy bien asentará la corona de gloria sobre las llagas y heridas recibidas por Cristo. Azotáronle la segunda vez tan fuertemente, que su cuerpo quedó todo rasgado y llagado, y el suelo regado con su sangre: y así desnudo le colgaron de los piés y la cabeza abajo, y encendieron fuego y echaron muchos materiales de cosas inmundas, para que el humo que salia y daba en su rostro, gravísimamente le atormentase. Estando en este tormento dijo al presidente: Bien se ve que toda tu sabiduría es vana, y un poco de humo: y él se embraveció, y le mandó de nuevo azotar por cuatro sayones, uno despues de otro, y derramar sobre sus carnes llagadas agua hirviendo, y darle grandes puñadas en la boca y quebrarle las mejillas: mas el Señor queriendo favorecer la fé y constancia del santo niño, y castigar la maldad del inicuo juez, le hizo caer de la silla en que como juez estaba sentado: y poco despues (sintiendo la virtud de Dios que peleaba en el mártir), dió su infeliz alma al demonio. Cuando supo esto el emperador, quiso vengar la muerte de Antíoco en Agapito, y mandóle echar á las bestias fieras, para que le tragasen y fuese sepultado en ellas: mas las fieras fueron tan comedidas con el bienaventurado niño, que se echaron á sus piés lamiéndolos y halagándole. Viendo esto los ministros del emperador le degollaron; y los cristianos tomaron de noche su sagrado cuerpo, y le enterraron una milla fuera de la ciudad en un campo donde hallaron un sepulcro nuevo que el Señor habia aparejado milagrosamente, para que el santo niño y valeroso mártir fuese honrado. Movióse con este ejemplo un soldado principal llamado Anastasio, y convirtióse á la fé de Cristo, y de allí á tres dias mereció la corona del martirio. El de san Agapito fué á los 18 de agosto el año del Señor de 275, imperando el sobredicho emperador Aureliano. Las reliquias de san Agapito están hoy dia en la ciudad de Palestrina donde murió, y es reverenciado de todo el pueblo con gran devocion. Hacen mencion de él los Martirologios romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio en el segundo tomo de su Anales, y en las anotaciones del Martirologio.

Santa Elena, emperatriz. — Siendo Diocleciano y Maximiano Hercúleo emperadores, enviaron á la isla de Bretaña (que es Inglaterra) por gobernador á Constancio Cloro,

valeroso y esforzado capitan. Hospedóle un caballero y señor principal de aquella isla, llamado Coel, recibióle en su casa, y regalóle y acarició en ella con mucho amor y benevolencia. Tenia Coel una hija llamada Elena, hermosísima doncella muy avisada y honesta. Viéndola Constancio y sabiendo sus grandes partes, se le aficionó y la pidió á su padre por mujer, y se casó con ella, y tuvo de ella al gran Constantino su hijo, que despues fué emperador.

Andando el tiempo, los emperadores Diocleciano y Maximiano renunciaron el imperio en un mismo dia, el uno en Milan, y el otro en Nicomedia: y nombraron Diocleciano á Galerio Maximiano, y Maximiano Hercúleo, su compañero, á Constancio Cloro por césares y gobernadores del imperio: pero fué con condicion que Constancio repudiase á Elena, su legítima mujer, y se casase con Teodora hija de Maximiano; y así lo hizo Constancio, dado que con mucho pesar y disgusto suyo, porque amaba á Elena: mas hízolo por asegurar el imperio y excusar otros inconvenientes.

Dejó Constancio cuando murió, por sucesor de su imperio (aunque tenia otros hijos de Teodora) á Constantino su hijo, y de Elena su primera mujer: y Constantino favorecido de Dios, por la virtud de la santa cruz, vino á ser señor absoluto y monarca de todo el imperio romano, por los caminos y rodeos que refieren las historias eclesiásticas y profanas; y yo los dejo por no ser propios de la vida de santa Elena, que pretendo aquí escribir: de la cual dice san Paulino, que fué cristiana aun ántes que el emperador Constantino su hijo se convirtiese á nuestra santa religion, y fuese bautizado de mano de san Silvestre papa; y que ella tambien le ayudó por su parte, para que con tanta piedad y magnificencia edificase suntuosos templos á Cristo nuestro Redentor, y amplificase su santo nombre. Alteráronse mucho los judíos, y quisieron revolver el mundo, cuando vieron que aquel, á quien sus padres habian crucificado, era tenido y adorado del mismo emperador y de los grandes de su imperio por verdadero Dios y Señor de todo lo criado; pretendiendo rebelarse; y no les valió: porque fueron castigados severamente del emperador Constantino. Y no solo con las armas sino con las letras y disputas pretendieron oscurecer la gloria de Jesucristo, y persuadir á santa Elena y al emperador su hijo, que habiendo de mudar de religion debian tomar la de los judíos, tan noble y tan antigua y dada del mismo Dios, y confirmada con tantos milagros y prodigios divinos; y nó la de un hombre, que por revolvedor (como ellos decian) y alborotador de los pueblos, habia sido muerto en un palo entre dos ladrones. Para sosegarlos, se dió órden que viniesen á Roma los mas insignes letrados de los judíos, y que disputasen con san Silvestre acerca de la religion suya y de los cristianos; y así se hizo: y el santo pontífice en presencia del emperador y su madre, los convenció y confundió de tal manera, que no supieron qué responder, ni mas hablar: y con esto nuestra santa fé quedó victoriosa, y cada dia iba creciendo y propagándose mas: y santa Elena se halló con el emperador su hijo en un concilio romano, que le celebró san Silvestre, y firmó los decretos y leyes que en él se habian establecido. Despues que en Nicea se celebró aquel famoso y universal concilio de los trescientos diez y ocho obispos, y se condenó en él la perversa doctrina del malvado Arrio y de sus secuaces (que fué el año del Señor de 325), tuvo santa Elena revelacion del cielo de ir á Jerusalen, y visitar aquellos santos lugares, consagrados con la vida y muerte de Cristo nuestro Salvador, y buscar en ellos el estandarte glorioso de la cruz, con que él habia vencido al enemigo del linaje humano y triunfado de todo el poder del infierno. Fué la santa emperatriz cargada de años, con grandes ansias de hallar tan precioso tesoro y manifestarle al mundo: y aunque al principio tuvo muchas y grandes dificultades, al cabo el mismo Señor que la guiaba, le cumplió sus deseos, y le descubrió aquella joya preciosísima y digna de toda reverencia que buscaba, y con nuevos y evidentes milagros declaró ser aquella la misma cruz, en que él muriendo nos dió la vida. De la cruz y de los clavos, con que nuestro Redentor habia sido enclavado, hizo santa Elena lo que dijimos mas largamente el dia de la Invencion de la Cruz, que se celebra á 3 de mayo. La cual invencion de la santa cruz fué de tan grade provecho para toda la Iglesia católica; porque con el favor de una princesa tan grande y tan poderosa se alentaron los cristianos, y se reprimieron los infieles; y el emperador Constantino se confirmó mas en sus buenos propósitos; y la devocion y veneracion del madero santo se comenzó á extender y propagar, y nuestra santa religion á florecer por todas las partes del mundo. Y la bienaventurada emperatriz, no contenta con lo que habia hecho, hizo otras dos cosas en Jerusalen, dignas de su rara piedad, devocion y humildad: la una fué mandar edificar un suntuoso templo junto al monte Calvario, donde habia hallado la santa cruz: otro en la cueva de Belen, donde nació el Verbo eterno, vestido de nuestra carne mortal; y el tercero en el monte Olivete, en el lugar de la ascencion del Señor: los cuales templos dotó y enriqueció de muchos y preciosos dones: la otra cosa que hizo santa Elena fué que visitó los monasterios de vírgenes y personas dedicadas á Dios, con tanta modestia y abatimiento de su imperial persona, que ella misma vestida pobremente, cuando comian les daba aguamanos, y de beber, y les llevaba los platos, les servia de rodillas: y siendo reina del mundo y madre del emperador, trataba con ellas, como si fuera su criada; porque ellas eran criadas y esposas de su Señor.

Habiendo, pues, la santa emperatriz recreado su espíritu con la memoria é insignias de nuestra redencion, y puesto en aquellos sagrados lugares, como trofeos de la religion cristiana, tan ricos y suntuosos templos, y edificado y llenado con la admiracion de su vida á todos los moradores de aquella santa ciudad, se despidió de ella, nó sin ternura y lágrimas: con las mismas anduvo por los otros lugares y provincias que habian sido santificadas por el Hijo de Dios, mandando edificar iglesias, oratorios y capillas, y adornándolas y proveyéndolas de todo lo necesario para el culto divino. Nicéforo en su Historia, en el lib. VIII, capítulo 30, dice que por su órden y magnificencia se hicieron treinta iglesias en Jerusalen, y otras partes: y lo mismo hizo pasando por algunas ciudades de Oriente, las cuales ilustró y alegró con su presencia, enriqueciendo á muchos hombres principales, que por haber perdido sus haciendas, se hallaban en necesidad, y repartiendo largas limosnas á los pobres, y sacando á los presos de la cárcel, y dando libertad á los que estaban desterrados, ó condenados á sacar piedras y metales; consolando y remediando

á todos los afligidos, como señora soberana y madre benignísima.

Volvió á Roma : y siendo ya de ochenta años, llena de santas obras y merecimientos, estando presente el emperador Constantino, su hijo, y sus nietos, despues de haberles dado muy santos consejos, y su bendicion, libre ya y suelta de la flaqueza de la carne, voló su espíritu al cielo, para gozar eternamente del fruto y gloria de la cruz, que ella con tanta ansia habia buscado y hallado. Su muerte fué á los 18 de agosto, en que la santa Iglesia la celebra ; aunque el año en que murió no se sabe de cierto. El cuerpo de santa Elena fué enterrado con imperial solemnidad y aparato en la iglesia de los santos mártires Pedro y Marcelino, en una arca de pórfido : y hay autores que escriben que pasados dos años se trasladó á Constantinopla; pero esto no es cierto : y Sigisberto dice, que de Roma fué llevado á Francia : mas hoy en dia se muestra en Venecia el cuerpo de santa Elena.

En el templo de Santa Cruz en Jerusalen hay en Roma una capilla de Santa Elena, y en Constantinopla se le hizo iglesia, y su hijo engrandeció y ennobleció la ciudad de Drepana, en la provincia de Bitinia, por haber allí su santa madre edificado un templo en honra del santo mártir Luciano, y mandó que se llamase de allí adelante *Helenopoli*, que quiere decir « ciudad de Elena », y que el mar, que ántes se llamaba Ptolemáico, se llamase *Helenoponto*, que quiere decir « el mar de Helena ; » é hizo otras cosas el buen hijo, grande emperador, para honrar la memoria de su santa madre.

Hacen mencion de santa Elena los Martirologios, romano de Usuardo y Adon, y los griegos á los 20 de junio. Escriben de ella casi todos los escritores de la Historia eclesiástica, Eusebio, Rufino, Severo Sulpicio, san Paulino, san Ambrosio, Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Nicéforo, y los otros mas modernos. Adviértase que algunos autores, especialmente griegos, dicen que santa Elena no fué inglesa de nacion, sino de la ciubad de Drepana, y que no fué tan noble como nosotros la hacemos, sino una mujer pobre y mesonera : pero no tienen razon ; y la verdad es la que aquí queda escrita, y la prueba el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y mas copiosamente en el tercer tomo de sus Anales. Mas como el emperador Constantino favoreció á los cristianos, y en su tiempo floreció tanto nuestra sagrada religion, y santa Elena, su madre, le ayudó á llevar adelante sus piadosos intentos ; los gentiles y judíos, y todos los enemigos de Jesucristo (á quienes pesaba que se menoscabasen y desfalleciesen sus falsas sectas), procuraron deslustrar la grandeza del emperador y amancillar la fama de la emperatriz, su madre, y fingieron algunas fábulas, publicando que habia sido de bajo linaje : y dió color á su mentira el no haber sido Constancio Cloro emperador, cuando se casó con santa Elena en Inglaterra ; y para serlo, el haberla repudiado y casádose con Teodora, entenada del emperador Maximiano Hercúleo (como dijimos), en cuya comparacion Elena se podia tener por mujer de baja suerte : pero ella fué de sangre ilustre y mas esclarecida, por ser madre de tal hijo ; y mucho mas bienaventurada y gloriosa, por haber conocido, amado y servido con tanto fervor á Jesucristo nuestro Señor, y procurado que todo el mundo le adorase, reverenciase y sirviese.

San Juan y san Crispo, presbíteros.—Vivian estos santos en tiempo del emperador Diocleciano en Roma, pues eran sacerdotes de esta Iglesia. Dados á la virtud, su único anhelo era obrar el bien ; así es que se ocupaban en practicar obras de misericordia y especialmente en dar sepultura á los cuerpos de los que morian por la fé. No fueron molestados durante la persecucion, continuando cuando se acabó esta, en favorecer al prógimo, en cuya buena obra se dedicaron hasta su muerte que fué agradable á los ojos de Dios.

Los santos Hermas, Serapion, y Polieno, mártires. —Fueron naturales de la ciudad de Roma, y durante la persecucion del emperador Aureliano fueron acusados de profesar la religion cristiana. Conducidos al tribunal del prefecto de la ciudad, confesaron delante de él que adoraban á Jesucristo y seguian su doctrina, saliendo de allí para ser encarcelados en tenebrosos calabozos. Despues se les llamó á otro interrogatorio; confirmáronse en él en todo lo que ántes habian dicho; negáronse decididamente á ofrecer incienso á los ídolos del paganismo, y fueron condenados á ser arrastrados por ciertos lugares angostos, peñascosos y ásperos, en cuyo martirio entregaron sus almas al Criador.

Los santos monges de Córdoba y de Sahagun, mártires. —Habiendo llegado á lo sumo el odio del cruel Mahomed, rey de Córdoba, contra la religion cristiana, los monges que florecian en aquella ciudad y su comarca en el siglo IX, huyendo del furor de la persecucion, fueron poco á poco desamparando sus monasterios y se refugiaron á los estados del rey católico don Alonso el III. Los trabajos particulares que tuvieron que sufrir de los moros los monasterios de Córdoba, no se saben con toda distincion mas por lo que acaeció en el de san Cristóbal, que estaba junto á la ciudad, á la orilla del Betis, podemos inferir la causa porque los otros monges huyeron. Vivia en él el abad Alonso con sus súbditos, varones todos de esclarecida piedad, entregados á Dios, y negados á los placeres y al comercio del mundo. Estando ausente el abad con algunos monges, fueron allá los moros, y con gran furia, desenvainando las espadas, dieron muerte á los que allí encontraron. Tras esto asolaron el monasterio, no dejando en todo él piedra sobre piedra. Sucedió esta ruina el año 874. El abad y los monges que se salvaron de ella, determinaron retirarse al monasterio de Sahagun, dedicado á los santos mártires Facundo y Primitivo, que estaba entonces asolado. Vivia la comunidad en santa paz, cuando el año 883, Almundar, hijo del rey Mahomed, entró por los dominios del rey don Alonso á la cabeza de un grande ejército de su gente. Iba asolando las ciudades y las provincias como azote de Dios, enviado para castigo de la España. En el monasterio de Sahagun, hizo principalmente alarde de su furor y del odio que tenia al nombre de Cristo. Asoló el edificio, y asesinó con gran crueldad á los monges. De estos santos monges de ambos monasterios hace hoy memoria la Iglesia española, honrándolos en el número de los santos mártires de Jesucristo.

Los santos Floro, Lauro, Próculo, Maximo, y otros compañeros mártires.—Floro y Lauro eran hermanos, naturales de Constantinopla, donde ejercian la profesion de canteros bajo la direccion de sus maestros Próculo y Máximo. Estos últimos murieron mártires en Constantinopla llamada entonces Bizancio, y sus dos discípulos deja-

ron la ciudad despues de su muerte y se retiraron á la Esclavonia, donde continuaron ejerciendo su profesion y practicando las virtudes cristianas. Pasado algun tiempo, Licinio, hijo de la emperatriz Elpidia, los llamó á su córte para que dirigiesen la construccion de un templo que queria levantar á los dioses. Efectivamente empezaron los santos la obra, y distribuian á los pobres cristianos todo el fruto de su trabajo, y cuando ya el templo se habia concluido y estaban colocadas en él las estatuas de los dioses. Floro y Lauro juntaron todos los cristianos que encontraron, y todos juntos fuéron de noche al templo, hicieron pedazos los ídolos y plantaron en su centro una gran cruz. Al siguiente dia, cuando supo Licinio el atentado hizo prender á los dos hermanos y á cuantos cristianos habia en sus dominios, les mandó ofrecer incienso á los ídolos, y como no quieriesen ceder de su propósito, dispuso que delante del mismo templo los degollasen á todos, como se efectuó. Colócase este martirio á mediados del siglo II, y sus cuerpos despues de muertos fueron echados en un pozo muy hondo.

SAN LEON Y SANTA JULIANA, MÁRTIRES.—Derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en los primeros siglos del cristianismo, y despues de haber padecido varios tormentos, fueron ahogados en el mar, junto á la ciudad de Mira, en la Licia.

SAN FERMIN, OBISPO Y CONFESOR.—Fué el onceno obispo de Metz, en Francia, consagrado por el papa san Símaco. Asistió á varios concilios, escribió un libro de *Sacrificio Missæ*, hizo dos viajes á Roma para tratar asuntos de disciplina, sufrió muchas persecuciones y trabajos por la fé católica, combatió con santo zelo la herejía, y murió en la dichosa paz de Dios el dia 18 de agosto del año del Señor 496.

DIA 19.

SAN LUIS, OBISPO Y CONFESOR.—Maravilloso ejemplo de humildad y menosprecio del mundo nos dejó el glorioso pontífice y humilde fraile de san Francisco san Luis, sobrino de otro san Luis, rey de Francia, é hijo de Carlos el II, rey de Francia y Sicilia, y conde de la Provenza; pues siendo el mayor de sus hermanos, y sucesor en estos reinos y estados de su padre, poniendo los ojos en el cielo y conociendo lo poco que valen todas las cosas de la tierra, se abrazó con Cristo crucificado, y se vistió de un pobre hábito del seráfico padre san Francisco, estimando mas aquella santa y divina pobreza, que todos los haberes y tesoros del mundo. La vida de este glorioso confesor, sacada de la bula de su canonizacion; y referida por el P. Fr. Lorenzo Surio, en su cuarto tomo, y en otra parte por san Antonino de Florencia, y mas largamente del quinto libro de la segunda parte de la Crónica de los Menores, fué de esta manera.

Nació san Luis, obispo, en un lugar de la Provenza, cerca de Marsella, llamado Brincola: otros dicen que en Mucera de los Paganos, como lo refiere Pedro Rodulfo, fraile de san Francisco, en la Historia de su órden, que dedicó á Sixto V. lib. 1. Su padre fué Carlos II, hijo de Carlos I, que llamaron Martel, rey de Nápoles y Sicilia, y hermano de san Luis, rey de Francia. Su madre fué María, hija del rey de Ungría: la cual tuvo tres hermanos reyes y santos, Estéban, Ladislao y Enrique; y á Isabel de Hungría, su tia, tambien santa.

Andando, pues, muy encendida la guerra entre el rey don Pedro de Aragon y Cárlos, rey de las dos Sicilias, hermano de san Luis, rey de Francia, fué preso del rey de Aragon Cárlos, el II, é hijo del I, en una batalla muy sangrienta que tuvieron por mar. Llevaron á Cárlos preso á Barcelona, y andando el tiempo se concertaron los dos reyes, é hicieron paces con ciertas condiciones; y para cumplimiento de ellas, saliendo el rey Cárlos de la prision, quedaron en rehenes en su lugar tres hijos suyos, Luis, que era el mayor, y Roberto, que le sucedió en el reino, por haberle dejado san Luis y Raimundo, que era el tercero. Siete años estuvieron presos en Barcelona estos tres hermanos. Aprovechándose san Luis de aquella soledad y haciendo de la necesidad virtud, se ocupaba en el estudio de las buenas letras y en la oracion: porque como él era temeroso de Dios, juzgaba que aquella prision le podia ser causa de muchos y grandes bienes, como lo fué, que las almas puras de todo sacan provecho. Estudió suficientemente gramática, lógica, filosofía natural y moral, y la santa teología, de manera, que disputaba en público y en secreto admirablemente: y aunque él tenia buen ingenio y mucho tiempo para estudiar, y excelentes maestros de la órden de San Francisco y Santo Domingo, para poder alcanzar la sabiduría que alcanzó; todavía era tan rara, que no parecia aprendida por los libros, sino divina y dada del cielo.

Era hermoso sobre manera, y mas en el alma que en el cuerpo; porque desde niño fué honestísimo, enemigo de palabras livianas y de conversacion de mujeres, y no habia delante de él quién se descompusiese en esta parte. Y para guardar mas perfectamente la joya preciosa de su castidad, era muy templado en el comer y beber, y afligia su cuerpo tierno y delicado, disciplinándose muchas veces con cadenas de hierro, trayendo en lugar de camisa estameña áspera, y ciñéndose una cuerda gruesa de muchos nudos á raíz de la carne, y sujetándola de esta manera al espíritu. Fué tan grande el recato que este santo mozo tuvo de hablar y tratar con mujeres, que el papa Juan XXII dice en la bula de su canonizacion, que fuera de su madre y hermanas, jamás habló á solas con otra mujer alguna. Cuando salió de la prision de Barcelona, queriendo la reina de Francia, que era su prima hermana, abrazarle y besarle en el rostro, al uso de su patria, nunca lo consintió: y queriendo hacer otro tanto en Nápoles la reina, su madre, desvió el santo el rostro para que no le besase: y diciéndole la reina, su madre: Hijo mio, ¿no soy yo tu madre, que seguramente puedo hacer esto? Respondió el casto mancebo: Bien sé yo, señora, que vos sois mi madre; pero tambien sabeis vos que sois mujer, y que no conviene besar á los siervos de Dios.

Otra vez visitando á la reina de Aragon, que era su hermana, nunca se pudo acabar con él que la mirase el rostro; y así tuvo sus ojos tan enfrenados y fué tan señor de sí, que no se halla que en algun tiempo mirase á alguna mujer. Con este ejemplo tan raro y tan admirable, pegó á otros caballeros y criados suyos el mismo amor á la castidad; porque con sola su vista los encendia á ella: y en su muerte se vió salir de su boca una flor como una rosa colorada muy hermosa, en prueba de su honestidad; y porque sabia que ninguno puede ser casto sino es por don de Dios, se dió mucho á la oracion, y cuando sus hermanos y otros caballeros dormian, él se levantaba y lloraba con

muchas lágrimas hasta la media noche; y hacíalo con una serenidad de rostro y puestos los ojos en el cielo, de manera, que la quietud exterior del cuerpo daba testimonio de la compostura de su alma.

Una noche estando en oracion, vieron sus hermanos que estaba cabe él uno como gato negro y disforme, que queria acometerle y saltar sobre él, y que el santo mozo le echaba de sí con la señal de la cruz: y él los conjuró é hizo prometer que no lo dirian á nadie mientras que él viviese. Tenia singular devocion á la cruz y pasion del Salvador, y solia rezar cada dia las Horas de la cruz, extendidos los brazos en forma de cruz, por sentir en alguna manera parte de los dolores que por nosotros sintió el Señor. Oia misa con mucha devocion, y en las grandes fiestas recibia el santísimo cuerpo de nuestro Señor, y despues que fué sacerdote, casi cada dia celebraba, confesándose primero: la cual confesion no dejaba de hacer cada dia aunque no celebrase. Estando aun preso y no siendo de diez y ocho años cumplidos, visitaba los enfermos y los lavaba, y tocaba sus llagas, besándolas devotamente; especialmente la semana santa tendia mas las velas de su devocion.

Mandó una vez llamar todos los presos de la ciudad de Barcelona, para lavarles los piés y administrarles la comida. Entre los otros vino uno de grande estatura y con una lepra tan horrible, que los otros dos hermanos tuvieron grande asco; mas san Luis le lavó con mas diligencia y devocion que á los otros, y le sirvió y proveyó de las cosas necesarias. Al dia siguiente, que era viernes santo, buscándole con gran diligencia, no se pudo hallar aquel leproso, y se tuvo por cierto que Cristo nuestro Redentor en aquella figura habia querido favorecer al santo. Todos los dias daba de comer en su casa á veinte y cinco pobres siendo obispo, y él por su persona les servia, y les daba aguamanos, y les ponia la comida en la mesa, y les cortaba el pan, y á las veces la rodilla en tierra los servia con tanto gusto y devocion, como si en ellos tuviera á Cristo presente.

Ocupándose, pues, en tan santos ejercicios, no es maravilla que nuestro Señor le diese la luz que le dió, y espíritu y valor para dar coces al mundo. Hizo voto de tomar el hábito pobre de los frailes menores: y queriendo ponerlo por obra, no pudo dos veces que lo intentó; porque los frailes no se atrevieron á recibirle por temor del rey, su padre. Mas habiendo ido á Roma con su mismo padre y hermanos, allí se ordenó de subdiácono, y en Nápoles de diácono y sacerdote. Vacó en este tiempo el obispado de Tolosa; y el papa Bonifacio VIII, que en esta sazon gobernaba la nave de san Pedro, proveyó de aquella Iglesia á san Luis, que estaba ausente; mas él nunca le quiso aceptar, hasta que estando en Roma, y presentes dos cardenales (como lo dice el mismo papa en la bula de su canonizacion), para cumplir primero su voto, fué admitido á la órden y se vistió el hábito de san Francisco, y dispensando el papa, hizo luego profesion en manos de Fr. Juan de Muro, ministro general, de guardar para siempre la regla de los frailes menores, derramando copiosas y devotas lágrimas todos los que allí estaban presentes, viendo un hijo de un gran rey y que habia de suceder en los reinos de su padre, hollar los cetros y coronas, y trocarlas por un saco vil y un pedazo de cuerda. Despues de haber hecho este acto tan heroico y divino, fué constreñido san Luis á bajar la cerviz y obedecer al sumo pontífice, aceptando el obispado de Tolosa como su santidad se lo mandaba.

No se mudó el santo obispo con la nueva dignidad; pues tan poco le habia hecho al caso la grandeza de sus reinos y estados: ántes guardó siempre la misma humildad, y procurando ser y parecer fraile menor en todo. Vino á Tolosa, donde fué recibido como un ángel del cielo, y todas sus ovejas no tenian mayor estímulo para vivir santamente, que ver delante de sus ojos la vida de su pastor. Su cama era de paño vil en color y precio: andaba en un macho despreciado y aderezado pobremente, sin querer jan ás usar de la licencia que el papa le habia dado de tratarse como obispo y como hijo de rey. Tomaba precisamente de sus rentas solo lo necesario para su moderado sustento y de su familia; todo lo demás era de los pobres. Perros, aves de caza, truhanes ó juglares no se veian en su casa. En su mesa siempre se leia alguna leccion de la santa Escritura, la cual oian con silencio y atencion los que presentes estaban. Con ser tan humilde, guardaba la autoridad de prelado, y era manso con los flacos y con los buenos, y severo con los soberbios y despreciadores de los mandamientos del Rey celestial. No podia sufrir que en su casa se jurase ó se tratase sin reverencia al santo nombre del Señor, en tanto grado, que siendo príncipe y mozo, al criado que habia jurado, le hacia comer á las tres de la tarde pan y agua; y si era alguno de sus hermanos, que comiese en la mesa sin manteles. Predicaba muchas veces á la clerecía y al pueblo con tanto fervor y energía celestial, que ablandaba los corazones mas duros de los pecadores, é inflamaba á muchos para que siguiesen el camino de la perfeccion que él habia tomado, y los judíos se convertian á nuestra santa fé, y los herejes eran alumbrados para abrazar la doctrina que nuestra santa madre la Iglesia católica nos enseña. Daba las órdenes por sí mismo con extremada devocion; y ántes de darlas examinaba con suma diligencia y cuidado á los que las pedian, de la suficiencia de letras y honestidad de la vida. No daba beneficio por ruegos, ni importunidad de nadie, á ninguno que no era suficiente en ciencias y de buenas costumbres; y en esto para con él no habia diferencia de pobre ó rico, de caballero ó labrador, de criado suyo ó de extraño. Castigaba á los clérigos gravemente, hasta quitarles los beneficios conforme á la gravedad de la culpa; y si veia á algun clérigo con copete, él mismo con sus manos se le cortaba. Hacia celebrar el oficio divino todos los domingos y fiestas con gran solemnidad, y todos los actos pontificales, como consagrar iglesias ó monjas, y los demas; los hacia con tanta majestad y reverencia, que bien se echaba de ver que conocia la persona que en ellos representaba: pero nunca se olvidaba que era fraile menor, ni de la humildad que habia profesado y Dios habia tan profundamente plantado en su alma, por la cual hacia que su compañero le reprendiese, y amaba con especial amor á quien le reprendia, y no podia sufrir que en su presencia alguna persona le loase.

Yendo una vez por la ciudad de Tolosa y pasando junto á una casilla, oyó la voz de una pobre vieja y enferma que pedia confesion. Apeóse luego: y aunque algunos sacerdotes que le acompañaban quisieron entrar á confesarla, el santo no lo consintió, diciendo que aquella era su oveja y que á él tocaba curarla. Confesóla, consolóla y

dióle de comer por sus manos de lo que habia mandado traer de su casa, y dejóle limosna para su sustento: y saliendo de allí lleno de polvo, suciedad y piojos, y diciéndoselo los criados, él con una boca de risa les respondió: Dejadlos estar; que los piojos son las perlas de los pobres.

Otra vez un fraile de santa simplicidad le dijo: ¡O Señor, cuánta honra dais vos á esta órden con vuestra persona! Y él con lágrimas respondió: Muy mal decís, hermano, muy mal decís; porque ántes la órden me dió á mí grande honra cuando me vistió su hábito. Y cuando posaba en los conventos de los frailes, no consentia que le aderezasen con aparato su aposento: y una, que le halló colgado y con las armas de Francia y Sicilia, con mucho sentimiento le mandó descolgar, diciendo á los frailes que aquel aposento no era de fraile menor; y aquella noche durmió en el suelo; y en señal de su profunda humildad se iba con los frailes á lavar los platos de la cocina.

Ofreciéndosele algunos negocios grandes para bien de la Iglesia; fué de Tolosa á Roma, donde predicó al colegio de los cardenales, y lo mismo hizo en muchos lugares de Francia é Italia, y pasó los montes Pirineos, y vino á España, y anduvo por toda Cataluña, esparciendo por todas partes la palabra de Dios y los suaves olores de la vida apostólica, y consagró la iglesia de San Francisco de frailes menores de Barcelona. Despues volvió á Tolosa, y con ser tan excelente y tan ejemplar prelado en todo, no reposaba su espíritu, ni se aquietaba; ántes siempre andaba pensando como se podia librar de aquella grandeza y de la carga obispal, para ser de veras fraile menor, y vivir y morir en aquel pobre y bienaventurado estado. Andando con estas ansias y encendidos deseos, determinó ir á Roma otra vez, y echarse á los piés de su santidad y suplicarle que le quitase la carga de obispo que le habia dado, mas fué nuestro Señor servido, que llegando á una villa del condado de Provenza, llamada Brincola, y estando en la misma casa donde el santo varon habia nacido, comenzó á enfermar gravemente, y entendió que Dios le queria descargar no solamente de la carga obispal, sino tambien de la del cuerpo y de esta vida mortal. Confesóse devotamente, y recibió al Señor con gran ternura: y con estar muy flaco, se levantó de la cama y se postró en el suelo para recibirle, y despues de haber estado en oracion y silencio grande espacio de tiempo, con una cruz en las manos, dió su bendito espíritu al que para tanta gloria suya le habia criado á los 19 de agosto.

Murió, segun la Crónica de san Francisco, 2 part., lib. v. cap. 12, de veinte y tres años y seis meses; porque de catorce años, dice que fué llevado á Cataluña: siete vivió en la prision; y despues que salió de ella, solos dos años y casi diez meses: y esto sigue Pedro Rodulfo en su Historia, que dice murió de veinte y cuatro años: pero en la vida de este santo, que trae Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo, se escribe, que murió de treinta y tres años; y esto parece mas probable: porque no le harian obispo de veinte y un años, ni en dos pudiera hacer lo que hizo, que fué gobernar la Iglesia, ir á Roma, y predicar en Italia, Francia y España, y convertir tantas almas, y lo demás que aquí queda referido. En la misma hora de su bienaventurado tránsito un fraile menor, estando en oracion, vió gran multitud de ángeles, que llevaban su alma al cielo, y cantando decian: Así se hace con los que sirven á Dios con limpieza y castidad. Llevároule á enterrar en el convento de los frailes menores de Marsella: dos leguas distante de Brincola, como el santo lo habia mandado, y fueron vistos unos rayos de luz resplandecientes sobre su cuerpo, y las hachas y cirios que en el camino se habian apagado por el aire, súbitamente por sí se tornaron á encender. Cuando le enterraron, fué visto el santo obispo en el coro de los frailes con su hábito de fraile, y allí estuvo todo el tiempo que duraron las exequias, y despues de enterrado tambien apareció en el altar mayor vestido de pontifical con su mitra y báculo pastoral, dando la bendicion al pueblo, como solia.

Muchos y grandes milagros obró el Señor por san Luis en vida y despues de muerto, para hacerle glorioso en la tierra, como le habia hecho en el cielo; porque por los merecimientos de este glorioso santo, cobraron vista los ciegos, oidos los sordos, habla los mudos, piés los cojos, salud y remedios los enfermos, y cumplimiento de sus deseos, los que le invocaban en sus necesidades; y por estos milagros, acompañados de su santa vida, le canonizó y puso en el catálogo de los santos el papa Juan XXII, el primer año de su pontificado, mandó que se celebrase su fiesta á los 19 de agosto, que es el dia en que murió: y en esta bula de su canonizacion dice su santidad que resucitó seis muertos: y el P. Fr. Marcos de Lisboa, en la segunda parte de la Crónica de su órden, libro v, cap. 11, dice, que por testimonios dignos de fé se halla que resucitó otros diez muertos sin los seis que testifica la bula, y él refiere algunos y otros milagros grandes, que se pueden ver en él: yo solamente referiré brevemente tres ó cuatro.

Un hombre muy devoto de san Luis tuvo deseo de ir en romería á Santiago de Galicia: despues dudando si le convenia ir, hizo oracion á san Luis, y apareciéle el santo en sueños, y díjole: Toma ese báculo y esas alforjas, y vé á visitar la iglesia de Santiago, y no temas. Despertó, y halló cabe sí el báculo y las alforjas: levantóse; y luego por la mañana se partió con aquellas insignias muy alegre para Santiago, y acabó su romería y volvió á su casa sano y salvo.

En una gran guerra civil que hubo en la provincia de Pulla entre la gente noble y popular, fué preso del pueblo un hombre poderoso, y señalado en las armas, que les habia hecho muchos agravios, y por esto era mal quisto y en gran manera aborrecido: nunca le quisieron soltar ni rescatar; ántes luego le condenaron á ahorcar, y en efecto le llevaron á la horca. Encomendóse el hombre á san Luis, suplicándole devotamente que le librase de tan gran peligro y deshonra, prometiendo que si le libraba, iria descalzo á visitar su santo sepulcro á Marsella, pidiendo limosna en hábito pobre y humilde. Fué cosa maravillosa que poniéndole la soga al cuello y atándola de la horca, y quitándole la escalera, se quebró la soga, y cayendo quedó sano sin alguna lesion. Tomaron otra soga mas recia y tornáronle á colgar; pero tambien esta segunda soga se quebró y quedó sano como de primero; y lo mismo sucedió la tercera vez con una soga mucho mas recia: y quedando todos admirados y conociendo que aquel era milagro, el caballero les dijo: Señores, en vano trabajais; porque sabed que el bienaventurado san Luis me guarda, á quien yo tengo hecho voto: y con esto le dejaron, y él cumplió su voto y veló sobre la sepultura

del santo cuarenta dias; los cuales ayunó á pan y agua, y despues se volvió con grande alegría y contento á su casa.

Estando el príncipe (ó delfin de Francia) Juan, hijo primogénito del rey Felipe, tan al cabo de su vida, que se tuvo por cierto moriria aquella noche, el rey su padre entró en su capilla, y puestas las rodillas en tierra, con mucha devocion hizo oracion á san Luis, como á santo y tio suyo, por la salud de su hijo, y prometió visitar su sepulcro humildemente como peregrino, y ofrecerle una imágen de plata del peso de su hijo y ser perpetuo bienhechor de sus frailes que le servian en aquel convento. Estando en esta oracion muy angustiado el rey, le apareció el glorioso san Luis y le prometió la salud de su hijo; y así se la dió, apareciendo al mismo enfermo y tocándole con sus sagradas manos algunas partes del cuerpo, y el rey cumplió el voto que habia hecho, y con moderada compañía de criados, y un vestido y aparato humilde, visitó el sagrado sepulcro de san Luis, y ofreció la imágen de plata, y dió otras limosnas y grandes dones á aquel convento.

El rey don Dionisio de Portugal, oyendo contar los grandes milagros que Dios hacia por san Luis, que pocos años ántes habia muerto, no los creia, y la santa reina Isabel, su mujer, por ello le reprendia: pero yendo un dia el rey á caza á un bosque que se dice Monte Real, no léjos de la ciudad de Beja, y siguiendo solo á caballo á un oso de estraña grandeza; el oso le acometió, y trabando del rey por la cintura, le sacó de la silla y dió con él en tierra, y echóse sobre él, y con la otra mano tenia el caballo de la rienda. Entonces el rey viéndose en aquel tan evidente peligro, y acordándose de las maravillas que habia oido decir de san Luis, y de lo que por no creerlas le reprendia la reina, su mujer, pidió socorro al santo, y luego le vió cabe sí en hábito de fraile menor, con mitra, y que sonriéndose, le decia: ¿Qué haces? echa mano al puñal que tienes en la cinta, y mata al oso y no temas. Cobró ánimo el rey, que estaba mas muerto que vivo, con estas palabras, y con la mano derecha que tenia libre, sacó el puñal, é hirió al oso por la parte del brazo izquierdo; y luego el oso cayó allí muerto, donde le dejó el rey con el puñal dentro del cuerpo, y subiendo á caballo, fué á buscar su gente; pero yendo por el monte le sucedió una cosa que es digna de saberse. Topó el rey con un labrador, y preguntóle de dónde era. Respondió: Vecino soy de aquella aldea donde aparejan la comida para el rey. Mal le haga Dios (dijo el labrador) en lo que mano pusiere. Y preguntándole ¿qué mal habia hecho el rey, porqué le deseaba mal? El labrador pareciéndole que aquel que hablaba con él era algun escudero honrado y hombre de bien, respondió: Porque el criado que tiene á cargo la comida del rey, me tomó por fuerza una vaca, y tres carneros y cuatro gallinas, sin querer pagarme blanca, diciendo que todo es para el rey, que es Dios de la tierra; y por esto los ofrezco todos al diablo, y me voy como desesperado, por no ver destruir mi hacienda sin remedio. Mandóle el rey volver consigo; y averiguada la verdad, pagarle todo lo que le habia tomado, y á los otros del pueblo lo que se les debia, muy por entero; y despues mandó asaetar vivo aquel su oficial y criado, para que los demás oficiales escarmentasen y supiesen que no han de hacer agravios á nadie con nombre y autoridad del rey, ni tomar las haciendas á los vasallos, y mucho ménos á los pobres labradores. Edificó el rey en la ciudad de Beja una capilla al santo en el convento de San Francisco, á la cual hasta hoy hay gran devocion, y la gente de aquella tierra encomiendan al santo sus ganados, y ofrecen allí muchas limosnas y ofrendas.

El sagrado cuerpo de san Luis sacó el rey don Alonso de Aragon y de Nápoles, de Marsella, el año de 1417, cuando la saqueó, y le llevó á la ciudad y reino de Valencia, donde ahora está en la iglesia mayor, y es tenido en gran veneracion. En el convento nuevo de los frailes de la observancia de Marsella, que se llama de San Luis, se muestra un brazo suyo engastado en plata, y otras vestiduras pobres del santo, que se salvaron por milagro de mano de los catalanes, cuando llevaron sus preciosas reliquias. De san Luis escriben los autores que habemos alegado, y el Martirologio romano á los 19 de agosto, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, que dice murió el año de 1296, como lo afirma tambien el autor de la vida que trae Surio; aunque el P. Fr. Marcos de Lisboa en su Crónica dice, que murió el de 1299.

¿Quién leerá la vida de este clarísimo príncipe y pobre fraile menor, y admirable obispo, que no se maraville y alabe al Señor que le puso por dechado de tanta santidad en su Iglesia, y le pida favor para imitarle? ¿Qué mozo habrá que diga no puede ser casto, viendo que san Luis guardó la castidad y pureza virginal en la flor de su edad, y en la grandeza de su estado, y en el regalo y ocasiones grandes que en las córtes y palacios de los reyes, para perderla, traen consigo? Pero podrá ser casto, como san Luis, el caballero mozo que tuviere el recato en tratar con las mujeres que él tuvo, y cortare las ocasiones, y domare la carne para que no tire coces contra el espíritu. ¡Cómo nos enseñó con su ejemplo cuán poco valen los reinos y los señoríos, y cuán dichoso es el que los deja por Cristo, en cuya cruz están escondidos todos los tesoros, y en la pobreza la abundancia, y en la humildad y menosprecio de la tierra el aprecio y bienaventuranza del cielo! ¡Cuánto mas glorioso fué san Luis con un saco de sayal, que lo fuera con la púpura y con la corona y cetro de rey! ¡Y cuánto mas esclarecida es hoy su memoria por haber hollado el reino, que si lo hubiera tenido como lo tuvo su padre, y su abuelo y su hermano! Los cuales, ó están sepultados en olvido, ó no son estimados, ni alabados, ni reverenciados de la gente cristiana y cuerda, como lo es san Luis: á cuyas reliquias se postran los reyes y los emperadores, é invocan su favor, é impetran de Dios las gracias que con toda su potencia no pudieran alcanzar, y por cuyos merecimientos obra nuestro Señor tantos y tan maravillosos milagros, como quedan en esta vida referidos.

* San Mariano, ermitaño y confesor.—Este santo que pasó la mayor parte de su vida en la soledad, floreció en el siglo sexto. Maceró su cuerpo mortificándolo en extremo, pues no se alimentaba mas que de yerbas y algunas manzanas que recogia de un árbol inmediato á su choza. No permitia ser visitado siempre, solo en algunas temporadas del año, permaneciendo oculto todo el restante del tiempo. Tenia por costumbre asistir á la iglesia en dia señalado, y como faltase en cierta ocasion, temerosos los fieles de que enfermara, hicieron diligencias para encontrarle, y efectivamente lo hallaron muerto en el fondo

de un bosque y de rodillas al pié de un árbol. Su cuerpo fué llevado al pueblo de Evan en el territorio de Berry, donde fué enterrado con gran magnificencia. Habia este santo obrado muchos milagros durante su vida, que continuaron despues de su muerte, siendo por este motivo tenido en gran veneracion por los fieles.

SAN TIMOTEO, SAN AGAVIO Y SANTA TECLA, MÁRTIRES.—Durante la persecucion del emperador Diocleciano, Urbano, presidente de la Palestina, señalóse por su furor contra los cristianos. Otra de las gloriosas víctimas de su crueldad fué san Timoteo, cuyo único delito habia sido el confesar públicamente la fé de Jesucristo. Despues de ser inhumanamente azotado, fué extendido sobre el caballete donde sufrió horribles tormentos, hasta que quemado al fuego lento consumó victoriosamente su martirio, en la ciudad de Gaza, el dia 1.º de mayo del año 304. Al mismo tiempo los santos Agavio y Tecla eran conducidos á Cesarea por órden del propio presidente, despues de haberlos hecho atormentar por medio de varios suplicios. Llegados á aquella ciudad fueron expuestos á las fieras, que despedazaron á Tecla, dejando intacto á Agavio, que fué otra vez conducido á la cárcel, donde permaneció por espacio de dos años, maltratado de continuo. En fin, el césar Maximiano Daia dió órden para que lo decapitasen, si continuaba en no querer abjurar el cristianismo. Los largos sufrimientos no habian abatido la constancia y el valor del dichoso atleta, y el diferirse su corona no hacia mas que aumentar los vivos deseos que le animaban de reunirse con sus compañeros. Expusiéronlo de nuevo á las fieras en el anfiteatro, en el que un oso se precipitó sobre él y lo magulló, pero no le quitó la vida, y al dia siguiente fué arrojado al mar, donde acabó sus dias.

SAN ANDRÉS Y OTROS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.—Era este santo tribuno del ejército, y sus compañeros soldados del ejército que estaba en Persia, bajo las órdenes del emperador Maximiano. Créese que Andrés era natural de Cilicia, donde parece que fueron llevadas sus reliquias y las de sus compañeros. Despues de haber conseguido una milagrosa victoria contra las persas, el tribuno y gran número de sus soldados abrazaron la religion de Jesucristo, y hallándose en las angosturas del monte Tauro, fueron cogidos por el ejército del gobernador Seleuco, y por disposicion del mismo fueron todos martirizados hasta cortarlos vivos en pequeños pedazos.

SAN JULIO, MARTIR.—Era senador romano cuando se convirtió á la religion cristiana. El juez Vitelo lo llamó á su tribunal, y viendo que no queria confesar la divinidad de los ídolos, lo mandó encerrar en una cárcel, donde estuvo mucho tiempo. Despues fué otra vez interrogado, y permaneciendo constante en su primera confesion, por órden del emperador Cómodo fué azotado hasta que murió, sucediendo su martirio por los años de 187. Su cuerpo fué sepultado por los cristianos en el cementerio de Calipodio, en la via Aurelia.

SAN DONADO, PRESBÍTERO Y CONFESOR.—Desde su niñez estuvo este santo dotado de singulares favores del cielo y en especial del don de milagros. Ordenado de sacerdote de la Iglesia de Sisteron, en Francia, dedicóse con mucho zelo á las funciones de su ministerio, pero deseando santificar su alma por medio de la oracion y penitencia, se retiró á un desierto, donde vivió por muchos años.

SAN RUFINO, CONFESOR.—Floreció en Mantua, se ignora la época, y se cree que fué sacerdote por una imágen suya muy antigua que hay pintada en una pared de la iglesia dedicada á su memoria. En Ferrara existen tambien algunas reliquias de este santo.

SAN MAGNO, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué obispo de Anagni, consagrado por los primeros años del siglo III. Cuéntanse de él muchos portentos, obrados para atestiguar la verdad de la religion que predicaba á los pueblos, obrando muchas conversiones. Llevaba ya muchos años de apostolado, cuando se encendió la persecucion contra la Iglesia en tiempo del emperador Decio, y en ella murió por el nombre de Jesucristo, el año 250.

SAN MAGIN, MÁRTIR.—Ignórase de dónde era este santo: Domenech en su Historia de los santos de Cataluña, dice que era de sangre real de Borgoña, y que se habia retirado á las montañas del principado, donde pasó algunos años haciendo vida eremítica, y obrando muchos milagros. La fama de sus extraordinarias virtudes y del divino poder con que obraba, llegó á noticia del prefecto de Tarragona que era gentil, y teniendo una hija muy enferma mandó una embajada al santo, para que se dignase ir á curarla. Efectivamente presentóse Magin, y la enferma quedó completamente sanada. Morales dice que despues de esto, el santo se volvió á sus montes, y que habiéndose encendido la persecucion contra los cristianos en tiempo del emperador Maximiano, el mismo prefecto de Tarragona mandó unos soldados para que le prendiesen, los cuales llegaron muy fatigados y sedientos á la cueva, y el santo para apagar su sed, hizo brotar de una peña un manantial de cristalina agua, que aun hoy dia se conserva, y á la cual acuden los enfermos para sanar de sus dolencias. A pesar de este beneficio, los paganos persistieron en que Magin habia de renunciar á su fé, y negándose el santo á ello, le cortaron allí mismo la cabeza. El citado Morales dice, que en el sitio donde cayó la sangre del ilustre mártir, nacieron unos rosales cuyas rosas eran blancas con tintas de color de sangre, con cuyo milagro quiso Dios honrar la muerte de su siervo. La cueva donde este santo hizo penitencia y murió, es aun muy venerada por los catalanes, que de todos los puntos de su pais acuden á ella, y encuentran de continuo visible proteccion contra toda clase de males.

DIA 20.

SAN BERNARDO, ABAD.—En la provincia de Borgoña hay un lugar pequeño que antiguamente fué de poco nombre y estima, y se llama Fontana; mas ahora con gran razon es famoso y célebre por haber nacido en él san Bernardo abad, espejo de toda virtud y retrato de santidad: cuya vida, sacada de los cinco libros que de ella escribieron Guillermo, abad de Bonavalle, y Godofrido monge de Claraval, compañero y secretario del mismo santo, es de esta manera. En el dicho lugar de Fontana hubo un caballero honrado y virtuoso, por nombre Teselino, buen soldado y juntamente siervo de Dios: porque de tal manera seguia la milicia, que no se olvidaba de la profesion de cristiano. Estaba casado con Aleta de Montebarro, mujer virtuosa, honesta y fecunda, de quien tuvo seis hijos varones y una hija. Entre los cuidados de su casa y familia, no se olvidaba Aleta del temor del Señor, y de las obras de misericordia; porque en pariendo el hijo, le ofrecia á Dios con sus propias manos, y le criaba á sus pechos no fiándose

de amas, y en siendo un poco crecido le daba á comer manjares groseros, como quien le criaba mas para el yermo, que para el siglo. Estos fueron los padres de san Bernardo, que fué el tercer hijo. Estando su madre preñada de él, vió en sueños que tenia en sus entrañas un perrillo todo blanco, y el lomo rojo, que ladraba: y consultando el caso con un siervo de Dios, le respondió que aquel hijo seria gran predicador, y ladraria contra los malos para guardar la casa de Dios que es la Iglesia, y con su lengua medicinal curaria las llagas de muchas almas. Nació san Bernardo, y su madre le crió aun con mayor cuidado que á los otros hijos, y lo mas presto que pudo le puso al estudio y le dió buenos maestros. Era el niño cuidadoso en el estudio, obediente á sus maestros y padres, afable con todos, amigo de silencio y quietud, y enemigo de bullicio. Resplandecia en él una vergüenza virginal, y una simplicidad y candor de ánimo, mortificado para todas las cosas del siglo. Siendo muchacho le dió un recio dolor de cabeza: trajéronle una mujer hechicera para que le sanase: supo quién era; y luego se levantó de la cama dando voces y echándola con grande enojo de allí: y fué el Señor servido de darle luego salud, por no haberla querido por mano de aquella mujer con ofensa suya. Estaba una noche de Navidad en la iglesia para hallarse á los maitines, y con deseo de saber la hora en que el Señor habia nacido: quedóse un poco dormido: apareciósele el Niño Jesus como recien nacido, hermosísimo sobre todo lo que se puede decir, y recreando su alma con una suavidad inefable. Con este regalo y favor del cielo, comenzó á darse á la contemplacion, en la cual fué eminentísimo, y quedó muy devoto del sagrado misterio del nacimiento del Señor, y persuadido que aquella hora de la media noche, en que le habia visto, habia sido la propia en que el Verbo eterno y Niño tierno habia nacido. Cuando le venia á mano algun dinero, dábalo de limosna á los pobres; pero con gran secreto, porque no se supiese la obra de caridad que hacia. Siendo ya mancebo, murió su santa madre muy cristianamente, con no poco sentimiento de su hijo Bernardo, por faltarle tal arrimo y tal maestra. Era de muy linda disposicion y rara hermosura, y la sangre hervia por la mocedad, y las compañías y ocasiones que le tiraban á soltar la rienda á sus apetitos, eran muchas. Tuvo grandes tentaciones del enemigo, y algunas mujeres lascivas le armaron lazos, y molestaron para que perdiese la preciosa joya de la castidad: mas con el favor del Señor todas las venció, y conservó aquel don de la pureza celestial, que una vez perdida no se puede cobrar. Una vez se descuidó un poco, y tuvo los ojos fijos en una mujer hermosa, sin advertir lo que hacia: cuando cayó en la cuenta quedó tan corrido y avergonzado de sí mismo, que por tomar venganza de sí, y pagar con la pena aquella culpa, se arrojó desnudo á un estanque de agua helada (porque era invierno), que estaba allí cerca, hasta la garganta, y estuvo en él tanto tiempo, que con el gran frio casi se le extinguió el calor natural, y le sacaron medio muerto. Pero con aquel acto tan fervoroso mereció que Dios con su gracia le mortificase la concupiscencia de la carne, y apagase las llamas del fuego infernal que reina en nuestros miembros. Viendo pues, el santo mozo los grandes peligros en que estaba, comenzó á pensar cómo se libraria de ellos, y se acogeria en alguna religion como á puerto seguro. Estando deliberando sobre esto, tuvo grandes tentaciones y asaltos del enemigo y de sus ministros. Hacíale guerra la flor de su edad, proponiéndole los deleites sensuales, y exhortándole á no dejar lo presente por lo venidero. El demonio le representaba que aunque cayese en algun pecado podria en la vejez hacer penitencia de él, y que Dios es clemente y misericordióso, como quien tan bien sabe nuestra flaqueza, y dió su sangre por nosotros en la cruz. No faltaban otros amigos y compañeros que habiendo entrado por el camino ancho de la perdicion, le exortaban con sus palabras y con sus ejemplos á hacer lo que ellos hacian. El mundo le ofrecia grandes esperanzas de honra y hacienda, fundadas en su grande ingenio, letras y gentil disposicion: y sus mismos hermanos y deudos, que en semejantes deliberaciones son los mas crueles y peligrosos enemigos, eran los que mas atizaban aquel fuego, alegando su delicada complexion para llevar la austera y áspera vida de religion: y que por otro camino mas blando podria servir á Dios y aprovechar á las almas, sin enterrar los talentos que le habia dado: con los cuales, siguiendo el curso de las buenas letras que habia comenzado, podria alcanzar el premio debido á la excelente ciencia y virtud, y honrar su casa é ilustrar su patria, y aprovechar al mundo. Hallóse turbado y afligido el virtuoso mozo con la confusion de tan varios pensamientos y entendió la cautela con que las inspiraciones de Dios se deben tratar, y que no se ha de descubrir la vocacion de Dios cuando llama á la perfeccion, sino á muy pocas personas espirituales y escogidas: como lo hizo aquel mercader evangélico que habiendo hallado el tesoro en el campo, le escondió y vendió cuanto tenia, para comprar aquel campo y gozar del tesoro que en él habia. Mas aunque san Bernardo, por ser por tantas partes combatido, estuvo vacilando; pero al fin, favorecido del Señor, rompió las cadenas y salió vencedor; porque estando en una iglesia llorando muchas lágrimas y derramando su angustiado corazon con grandes suspiros en el acatamiento del Señor, y suplicándole que le encaminase en lo que habia de hacer para su mayor servicio, fué alumbrado con la lumbre del cielo, y fortificado con su gracia, y se determinó á militar debajo del estandarte de la cruz como valeroso soldado, y á llamar y llevar consigo á todos los que pudiese para aquella gloriosa conquista: é hízolo de tal manera que ganó para Dios á un tio suyo, hermano de su madre, que se llamaba Ulderico, gran soldado rico y señor de un castillo: el cual abrió el camino á los demás; y luego le siguieron Bartolomé y Andrés, los dos hermanos menores de san Bernardo: y lo mismo hicieron despues Guidon y Gerardo, los dos hermanos mayores: de suerte, que solo quedaba el menor de todos los hermanos por nombre Nevardo, á quien les pareció que era bien dejar en el siglo para consuelo de su padre que era viejo, y para gobierno de su casa y hacienda que tenian. Determinaron todos los hermanos de san Bernardo y su tio y otros treinta que le siguieron, entrar en la religion del Cister que poco ántes habia sido fundada del venerable abad Roberto, debajo de la regla de san Benito, y confirmada del sumo pontífice el año del Señor de 1098, la cual tenia un solo monasterio dentro de un bosque apartado, y por la grande aspereza de su vida y encerramiento que en él se guardaba, habia muy pocos que la quisiesen abrazar. Este lugar escogió san Bernardo y sus hermanos, y los otros compañeros para darse de veras á Dios en perfecta humildad y menos-

precio del mundo: pero sucedió que Guidon, hermano mayor, halló un dia en la calle á Nevardo, el menor de todos sus hermanos, entreteniéndose con otros muchachos, y le dijo: Nevardo, quédate, á Dios: nosotros nos vamos al monasterio y te dejamos heredero de toda nuestra hacienda. A estas palabras respondió el muchacho, nó con juicio de muchacho sino de varon sabio: ¿Pues cómo vosotros tomais el cielo y me dejais la tierra? no es esa buena particion. Y así de allí á algunos dias él tambien siguió á sus hermanos, y entró en el monasterio donde fueron todos recibidos el año del Señor de 1113, con increible consolacion de Estéban, abad, que habia sucedido á Roberto, y de los pocos monges que con él estaban, y con grande esperanza que Dios les daria copiosa y feliz sucesion, y que se dilatarian por todo el mundo los hijos de aquella casa, conforme á una revelacion que pocos años ántes habia tenido uno de aquellos santos monges; como fué, y adelante se verá. Y no solamente creció aquella sagrada religion en los insignes varones que tuvo, sino tambien en las santas monjas que tuvieron principio de un monasterio, que por la ocasion de esta entrada de san Bernardo y de sus treinta compañeros, se les edificó; porque como algunos de ellos fuesen casados y sus mujeres, por servir mas al Señor, hubiesen librado á sus maridos del vínculo conyugal, y quisiesen ellas ofrecerse tambien en holocausto á su Criador, para recogerlas se hizo un monasterio en la parroquia linganiense, que se llama Villeto, solicitándolo san Bernardo: el cual monasterio fué muy célebre en la religion y santidad, y con el tiempo muy abastado de riquezas y posesiones; y de aquella como raiz y planta, se extendió el fruto por otras partes.

Comenzó su noviciado nuestro Bernardo, siendo de veinte y tres años, y comenzóle con tan grande estudio y cuidado de su aprovechamiento, que no parecia que comenzaba sino que acababa. Tenia siempre en el corazon, y muy de ordinario en la boca, estas palabras: Bernardo, Bernardo, ¿á que veniste á la religion? Dióse tanto á la mortificacion, no solo de los efectos interiores y pasiones desordenadas, sino tambien de los sentidos exteriores, que parecia que no usaba de ellos, sino en lo precisamente necesario. Veia, y no veia: oia, y no oia: comia, y no comia: dormia, y no dormia; tanto estaba absorto y transportado en Dios. Habia estado un año entero en la pieza de los novicios y no sabia si el techo era de bóveda ó de madera: y habiendo entrado muchas veces en la iglesia que tenia muchas ventanas, no pensaba que habia en ella mas de una. Tenia tan sujeta la carne y tan rendido el espíritu, que mas parecia estar muerto que mortificado. El silencio perpetuo, la risa rarísima y modestísima, tomada con razon por no parecer demasiadamente austero, el hábito pobre, grosero y vil, pero limpio; porque aunque era amigo de la pobreza, no lo era de la poca limpieza. Iba á comer como á tormento, y con sola la memoria del manjar estaba harto. Aborrecia el sueño como á una semejanza de la muerte: y cuando forzado de la necesidad tomaba algun reposo era tan superficial y lijero, que á ningun otro, sino á él se le pudiera dar: y cuando veia á algun religioso dormir mal compuesto ó roncando, lo sentia mucho y decia que dormia como seglar y no como religioso. Con los muchos ayunos y vigilias y con la extrema penitencia y aspereza de vida, se le estragó tanto el estómago, que lo poco que comia no lo podia retener: y si algo quedaba, mas era para dilatar la muerte que para sustentar la vida: y vino á perder el gusto de tal manera, que algunas veces por el descuido de quien le servia, vino á comer grosura cruda por manteca, y beber aceite por agua, sin caer en ello, y con tan poca salud nunca se pudo acabar con él siendo novicio, que en los trabajos de la comunidad, admitiese alguna relajacion; ántes siendo ya profeso acudia á los novicios, y pensaba y decia que los demás eran santos y perfectos, y podian tomar alguna remision; mas que á él, como imperfecto y principiante, no le convenia sino rigor y estrechura. Fué esto de suerte, que si los monges se ocupaban en algo que él no supiese hacer, lo recompensaba, tomando otra ocupacion en aquel mismo tiempo, de igual ó mayor trabajo, ó mas vil y humilde. Una vez fuéron los monges á segar por obediencia á una heredad del monasterio, y á él le mandaron que se estuviese quedo por sus pocas fuerzas, y porque no lo sabia hacer: pidió al Señor, con muchas lágrimas que le diese gracia y destreza para segar, y diósela tan cumplida, que se aventajó á los demás: toda la vida le duró esta gracia con admiracion de los monges y mucho gusto suyo por la devocion que sentia segando, acordándose de la merced que Dios le habia hecho.

Estando san Bernardo tan mortificado, y su carne tan sujeta al espíritu, y el espíritu tan recogido y tan interior, viviendo siempre dentro de sí, vino á ser como un espejo limpio y terso, para recibir los rayos de la divina sabiduría: y así no solo alcanzó un perfectísimo hábito de oracion y meditacion, sino tambien de un altísimo grado de contemplacion pasiva, por la cual enajenado de los sentidos y obras exteriores y derretido y empapado en una suavidad inefable, con silencio profundo y con unos abrazos castísimos, se unia con el sumo Bien: y el Señor le regalaba en tanto grado, que una vez estando llorando delante de un crucifijo el mismo crucifijo extendió el brazo y se le echó encima, abrazándole y acariciándole con singular favor. En las mismas obras exteriores vino por singular privilegio del Señor á ocuparse de tal manera en lo que hacia, y juntamente á tratar interiormente con Dios, que era cosa de maravilla: porque no era san Bernardo, de los que con pretexto de darse á la contemplacion, huyen del trabajo, ó por su gusto comun particular dejan el bien: ántes juntaba la accion con la contemplacion, y anteponia las cosas públicas y de obediencia, á las suyas propias y voluntarias. Mas cuando él se hallaba libre y sin obligacion de acudir á las cosas comunes y de obediencia, de tal manera se sumia y anegaba en la consideracion de las cosas invisibles, como si no tuviera sentido, ni memoria de cosa alguna de la tierra. Un dia entero caminó junto al lago de Losana; y á la noche, hablando compañeros de aquel lago, quedó maravillado, afirmando muy de veras que no le habia visto, ni sabia qué lago fuese. Otra vez yendo á hablar á los padres de la Cartuja, le prestaron un caballo bien aderezado, y con un freno curioso: y como el prior de la Cartuja reparase en el aderezo que llevaba el caballo, fué el santo avisado de ello, y abriendo los ojos para ver lo que ántes no habia visto, dijo, que él tambien se maravillaba: y con gran sinceridad confesó que no habia mirado en ello. Por donde se ve cuán abstracto y absorto andaba siempre este santísimo varon, no solo en lo ejercicios corporales, sino en otros negocios de

mucha importancia, en los cuales parece imposible no distraerse de las cosas divinas. Lo mismo se puede decir de la doctrina de san Bernardo, porque solia en el campo y en los bosques tratar familiarmente con el Señor, y recibir rayos y lumbres del cielo, y en su oracion y meditacion penetrar los altísimos misterios de la teología: y solia decir por gracia á sus amigos, que lo poco que sabia de la divina Escritura, lo habia aprendido meditando y orando en los campos, sin tener otro maestro que las encinas y hayas: mas esta ciencia de la divina Escritura que él decia era poca, fué uno de los raros y eminentes dones que recibió, porque así tenia penetradas todas las palabras y ápices de los libros sagrados, que cuanto hablaba, escribia y predicaba, era sagrada Escritura, no como quien la cita, sino como quien la tenia rumiada, dijerida y convertida en sí. Y el mismo santo confesó algunas veces, que estando orando habia visto la sagrada Escritura como declarada y expuesta, cabe sí: y no por esto dejaba de leer y estudiar con gran cuidado las interpretaciones de los padres y doctores santos, no igualándose con ellos, ni haciendo del maestro sino como humilde discípulo, sujetándose con modestia á lo que ellos habian escrito, y siguiendo con grande acierto la huella que ellos nos han dejado, como en sus devotísimas obras se puede ver.

Habiendo, pues, estado algun tiempo esta luz divina y resplandeciente escondida, quiso el Señor ponerla en el candelero, para que alumbrase á todos los de su casa, é inspiró al abad Estéban que edificase un monasterio en Claraval, y que hiciese abad de él á san Bernardo, que era todavía mozo y de poca salud, y no acostumbrado á tratar con seglares en semejantes ocupaciones. Era Claraval un lugar junto al rio Alba, en el territorio de Langres, muy antigua cueva de ladrones y salteadores. Llamábanle el valle de los Ajenjos, ó por haber allí muchos, ó por la amargura de los que caian en las manos de los ladrones. Aquí se hizo el nuevo monasterio, y fué la primera como colonia y poblacion que salió del Cister. San Bernardo procuró cuanto pudo no ser superior de ninguno sino sujeto á todos: mas al fin bajó la cabeza á la obediencia, especialmente considerando, que no iba á regalo sino á trabajo: porque el monasterio no tenia fundacion, la casa era muy estrecha, poca y mal acomodada, el aire destemplado y muy frio: de suerte, que aquellos primeros padres que la fundaron, pasaron muy gran necesidad, hambre, sed, frio y desnudez. La comida era hojas de haya cocidas, el pan de cebada y mijo, tan desabrido, que un religioso huésped se llevó uno de aquellos panes para mostrarle como por milagro, teniéndole por tal que los que le comian pudiesen vivir. Era procurador de la casa Gerardo, hermano de san Bernardo, y viendo la extrema pobreza que los religiosos padecian, y no hallando manera para remediarla, se fué á san Bernardo, y le propuso la necesidad del convento, y que á lo ménos seria menester once libras en dinero para proveer al convento, para que no pereciesen los monges. Animó el santo al procurador su hermano, é hizo oracion; y luego llegó á la puerta una mujer, que echándose á sus piés, le dió de limosna doce libras, suplicándole que encomendase á Dios á su marido, que estaba gravemente enfermo. Agradeció el santo la limosna y dijo á la mujer, que en volviendo á su casa hallaria sano al marido, como lo halló: y con este suceso el abad suavemente reprendió la pusilanimidad del procurador: y aquellos religiosos aprendieron á confiar en Dios, que nunca desampara á los que de veras le sirven.

Teníase san Bernardo por indigno de que Dios se sirviese de él para la salvacion de las almas: pero la caridad grande que ardia en su pecho, le hacia olvidar de su indignidad y con grandes ansias buscar y procurar la salud de sus prójimos. Púsose una noche á considerar esto en la oracion, y tuvo una vision en esta forma. Parecíale que de todas partes por aquellos montes venian grandísimo número de hombres, de diversos estados y hábitos, y que bajaban al valle, donde estaba su monasterio, de suerte, que no cabia la gente en todo aquel contorno. La significacion de la vision, el efecto la mostró en la multiplicacion de los religiosos que militaron debajo de este patriarca, y de los muchos y ricos monasterios que en tantas partes por su mano se fundaron. Entre los otros que vinieron á tomar el hábito, para mayor consolacion de san Bernardo uno de los primeros fué Teselino, su padre: que haciéndose hijo y hermano en espíritu, del que habia engendrado segun la carne, entró en el monasterio y acabó santamente su peregrinacion. La hermana que sola quedaba, y era casada con un hombre rico, y dada á las galas y pompas del mundo, habiendo venido muy ataviada y acompañada á ver á sus hermanos del monasterio, quedó confusa, porque no la quisieron ver: y oyendo las palabras de vida, que le dijo san Bernardo (que vencido de sus gemidos y lágrimas salió á verla), se trocó de manera, que todo el cuidado que ántes ponia en ataviar y engalanar su cuerpo, le convirtió en hermosear su alma y enriquecerla con obras de penitencia y piedad, con tan grande fervor, que su mismo marido al cabo de dos años le dió licencia para entrar en el monasterio de las monjas de Villeto, y consagrarse al Señor, y allí perseveró santamente, y dió su espíritu á Dios.

Pero no es tanto de maravillar que Dios nuestro Señor trajese á tantos hombres de tan diferentes estados y condiciones, para que le sirviesen en un género de vida tan rigurosa y perfecta, debajo de la regla é institucion de san Bernardo, cuanto el modo raro y maravilloso con que los traia, por la intercesion y oraciones, del mismo santo. Vino una vez una cuadrilla de caballeros, mozos, bizarros y gallardos, por ver al santo abad, de quien la fama grandes cosas publicaba. Era tiempo de carnestolendas: y ellos con el ardor de la juventud buscaron un lugar allí cerca de la Iglesia y para correr y ejercitarse en las armas y entretenerse. Rogóles el santo que no lo hiciesen; y no quisieron: mandó traer cerveza y darles á beber, echándole primero su bendicion. Apenas habian salido del monasterio, cuando movidos de un nuevo espíritu del cielo, comenzaron á tratar entre sí de la vanidad del mundo, de sus engaños y peligros; y de tal suerte se inflamaron en el deseo de la perfeccion, que luego sin tardanza todos juntos con un ánimo y una voluntad volvieron al monasterio, y con mucha humildad pidieron ser admitidos en él, y con gran fortaleza y paciencia, pasando muchos trabajos, perseveraron gloriosamente en la religion. Mudanza fué esta verdaderamente de la diestra del muy Alto: pero no lo fueron ménos otras, entre las cuales fué una la de un clérigo llamado Marcelino, que yendo á recibir á san Bernardo (que venia á Maguncia) en nombre del arzobispo, su señor: y diciéndole quién era, y quién le enviaba,

el santo se paró, y poniendo los ojos en él, le dijo: Otro Señor mayor os ha enviado, que se quiere servir de vos. Y aunque al principio el clérigo contradecia, y estaba ajeno y muy fuera de tal pensamiento, al cabo se rindió, y en compañía de otros muchos doctos y honrados, vino al monasterio de Claraval á pedir el hábito. Y no es de menor admiracion lo que le sucedió con Enrique, hermano carnal del rey de Francia; ántes es tanto mayor, cuanto era de mas alta dignidad la persona con quien le sucedió. Habia venido este príncipe á Claraval á tratar con el santo abad algunos negocios de importancia. Cuando los hubo acabado, pidió que se juntasen todos los monges, para despedirse de ellos y encomendarse en sus oraciones: hízose así, y luego le dijo el santo, que tenia esperanza que no moriria en el estado en que al presente estaba, sino que presto entenderia por experiencia, cuán eficaz era la ocasion que habia tenido de aquellos pobres siervos de Dios. Cumplióse aquella profecía, de manera, que el mismo dia se determinó Enrique á seguir las pisadas de Cristo nuestro Señor, y morir en la cruz de la santa religion. Sintió esta mudanza de su señor toda su familia, que le lloraba en vida por muerto: pero entre los otros criados habia uno, que se llamaba Andrés, el cual tuvo tan extraño sentimiento, que salió como fuera de sí, y frenético con la cólera, comenzó á decir blasfemias y graves injurias contra el santo abad, como contra un embaidor y falso profeta. Rogó el príncipe al santo que le sosegase, y pusiese mayor cuidado que en los otros, para convertirle al Señor, y san Bernardo le dijo: Dejadle ahora, que está muy amargo y ciego con la pasion, y tenedle por vuestro. Y como á Enrique con esta nueva esperanza le creciese mas el deseo, y tornase á pedir al bienaventurado padre que le hablase; el santo abad le respondió con rostro sereno: ¿No os he dicho ya, que es vuestro? Oyeron este razonamiento los circunstantes, y el mismo Andrés: el cual, estando mas obstinado y furioso que ántes, meneando la cabeza, decia dentro de sí, como despues lo confesó: Ahora sí que conozco que eres falso profeta; porque jamás será lo que tú dices. Partióse al dia siguiente muy despechado, echando maldiciones al abad, y suplicando á Dios que se abriese la tierra, y se hundiese aquel monasterio: mas aquella misma noche, estando en la posada, sintió tan grandes estímulos é impulsos, y movimientos interiores, que se levantó luego de la cama, sin aguardar el dia, y volvió á Claraval, y pidió con gran humildad el hábito, con admiracion y consuelo de los que allí estaban y sabian lo que habia pasado. En otro camino, que hizo san Bernardo á Flandes, ganó para el Señor algunos flamencos nobles y letrados, que le siguieron y se volvieron con él á Borgoña. Y en Chason, ciudad de la Champaña, en Francia, tendiendo las redes de su predicacion, cogió una grande manada de excelentes sugetos; y cada dia se veian entrar por las puertas de su monasterio muchos, que movidos de la fama del santo, y desengañados de la vanidad y embustes del mundo, venian á militar con Cristo debajo de tan valeroso capitan.

Al principio de su gobierno, midiendo á sus súbditos con su espíritu y fervor, fué mas severo y riguroso de lo que convenia: porque primeramente, cuando recibia algun novicio, entre otras cosas le avisaba, que dejase fuera del convento el cuerpo, y que solamente entrase con el espíritu. Cuando confesaba á sus monges, cualquiera falta por ligera que fuese, le parecia grave; y pedia á todos tan grande perfeccion, que á muchos les quitaba la esperanza de alcanzarla, y aun la gana de procurarla. De donde nacia una cierta tristeza en los corazones de los súbditos, que se les quitaba el aliento y la devocion, y aquel fervor que suele ser grande espuela para aprovechar y correr en la virtud. Mas era tan grande la opinion que todos tenian de la santidad de su buen padre, que daban toda la culpa, ó á su flojedad, ó á su poca capacidad, sin quejarse de él, ni contradecirle á cosa que ordenase: y esta humildad de los súbditos por voluntad de Dios abrió los ojos al superior; porque viendo san Bernardo la humildad y modestia de sus religiosos, comenzó á echarse á sí la culpa, y determinó no cargarlos ni afligirlos, ni decirles nada, sino atender á sí, hasta que Dios le descubriese otra cosa. Estando en esto le apareció de noche un niño, vestido de una celestial luz, y le mandó expresamente que no dejase de decir á sus hijos todo lo que sentia; porque no seria él el que hablase, mas el Espíritu Santo hablaria en él: y juntamente con este mandato le infundió el Señor una nueva gracia, y singular don de suavidad y dulzura, con la cual aprendió de compadecerse de los flacos, y ajustarse y acomodarse á la capacidad de los rudos, y sacar de cada uno lo que (salva la disciplina religiosa) buenamente pudiese: y así vino á trocarse de tal manera, que parecia otro hombre, y comenzó con extraordinaria ternura y solicitud á proveer y prevenir las necesidades, no solo del alma, sino tambien del cuerpo de todos sus súbditos. Y porque algunos echaron de ver que debajo de sus hábitos viejos y remendados traia un áspero cilicio, lo dejó, temiendo que otros con graves enfermedades le querrian imitar y seguir aquel rigor, por ver que él, estando enfermo y flaco, no le dejaba: tanto era el cuidado que, despues que el Señor le enseñó, tuvo el santo padre de la salud de sus hijos. Con esta blandura del santo abad creció mas el fervor de sus hijos, y con una santa contienda, cuanto el padre era mas amoroso para con ellos, tanto ellos eran mas rigurosos para consigo mismo, y mas obedientes á sus mandatos, y con mas cuidado y ansia anhelaban á la perfeccion y á la observancia de su regla. Atendian á los oficios divinos con suma atencion y devocion, holgábanse mucho con la santa pobreza, que era extrema: trabajaban, y ocupábanse á sus horas en la labor de manos con grande alegría: guardaban un recogimiento y un silencio tan extraño, que juntamente se veia en aquel monasterio una muchedumbre de gente, y un silencio de yermo y soledad. En todas las virtudes se esmeraban: á porfía cada uno procuraba ir delante de todos, y no quedarse atrás, por ver á su santo pastor y prelado con tan gran fervor, que solo el verle los componia, é inflamaba y arrebataba para el cielo. Guarbaba entre otros un aviso muy importante para los que gobiernan religiosos, que sus reprensiones eran modestas y suaves, y si el que era reprendido, no las aceptaba con blandura y humildad, ántes se enojaba y alzaba la voz; el santo por entonces disimulába, y aguardaba el castigo para otro tiempo: porque decia, que cuando el que reprende y el que es reprendido, están enojados, mas parece esgrima ó contienda, que correccion.

Pero aunque san Bernado se trocó para con los otros, no se mudó para consigo; porque siempre guardó aquella

entereza y rigor de vida que dijimos: de donde vino á enflaquecerse en gran manera, y á ser fatigado de varias y graves enfermedades: y los mismos médicos se maravillaban, como estando tan flaco y exhausto podia atender á ocupacion alguna: y el mismo santo padre al cabo lo conoció y se acusó, por haber tanto excedido en la penitencia, y con demasiada aspereza estragado su complexion y debilitado sus miembros, y de su parte impedido la mayor gloria del Señor: porque cierto fué maravillosa y extraordinaria la aspereza que en su vida este santo usó; y parece que humanamente no podia vivir, si el Señor sobrenaturalmente no le sustentara; mas estaba tan encendido y abrazado en el amor de Dios, que en ninguna otra cosa de dia y de noche pensaba, sino cómo podria mas amplificar su gloria, y aprovechar á las almas: y estas dos cosas procuraba con grande ansia y solicitud. A este blanco tiraban todas sus oraciones, su conversacion mas divina que humana, su oracion, el escribir tantas cartas de negocios tan graves, el interpretar las divinas Letras, los razonamientos con personas particulares, y los negocios públicos que trataba. Y añadiendo el Señor una elocuencia admirable, y una sagacidad y prudencia maravillosa, con la cual se acomodaba á la condicion, capacidad y costumbres de cada uno de los que trataba. Con los labradores hablaba como si se hubiera criado en el campo: con los caballeros, como cortesano: con los idiotas usaba de comparaciones de cosas materiales y groseras: con los letrados y sofistas disputaba de cuestiones sutiles con grande ingenio y agudeza; y finalmente como excelente pescador tenia diferentes cebos y anzuelos para pescar, proporcionados al gusto y al natural de cada uno: y todo esto nacia de su gran caridad y del deseo que tenia de ganar almas para el Señor. Tambien era efecto de este caridad la compasion y dolor que sentia de los pecadores y faltas de sus prójimos, y especialmente de los que tenia á su cargo: porque aunque era tan amoroso (como dijimos), no dejaba de amonestar y reprender, como padre, secreta ó públicamente al que faltaba, y de tomar todos los medios posibles para corregirle; y cuando todo no bastaba, le cortaba como miembro podrido, y le apartaba de su congregacion. Perocuando la necesidad á esto le obligaba, quedaba tan afligido y traspasado de dolor, que no hay madre que así sienta la muerte corporal de su hijo, como él sentia la espiritual de cualquiera de los suyos: tales eran las entrañas del verdadero imitador de Cristo: porque era muy compasivo y muy blando, y no le sufria el corazon ver á nadie triste y desconsolado. Mas no era maravilla que con los hombres fuese tan tierno, el que con las mismas bestias era tan humano: porque algunas veces yendo de camino, le aconteció ver alguna liebre perseguida de los perros, ó alguna ave que huia del gavilan: y él movido á compasion, les echaba su bendicion para librarlos, protestando á los cazadores (como es verdad) que en vano las seguirian. De este horno tan encendido de caridad salia el oro fino de la paciencia firme y constante que tuvo san Bernardo: la cual manifestó claramente en las continuas tribulaciones y enfermedades que padeció desde el principio de su bienaventurada conversion hasta el último punto de su vida, que no fué sino una muerte prolija. Pero tambien se ve que la misma caridad y amor del Señor le daba fuerzas para que cuando se ofrecia alguna grave necesidad y cosa de su servicio, estando como estaba flaco, debilitado y consumido, por divina dispensacion parecia que cobraba nuevas fuerzas y nuevo vigor para trabajar y ocuparse en ella. Tambien mostró su paciencia en algunas cosas graves de honra, de hacienda y de su persona que se le ofrecieron. Escribió el siervo del Señor una vez á un obispo, que era principal consejero del rey, rogándole que le avisase de ciertas cosas que iban mal encaminadas. Respondióle el obispo con enojo, tratándole de necio y atrevido; y el santo abad le volvió á escribir con tanta sumision y humildad, que le confundió, y se le hizo grande amigo. Enviábale un abad rico seiscientos marcos de plata de limosna, para que los gastase en beneficio de su orden: robáronlos en el camino; y cuando lo supo, dijo: Bendito sea Dios, que nos ha librado de tan gran carga. Y habiéndole quitado, ó por engaño, ó por fuerza, diez monasterios, ó los sitios donde se habian de edificar, estuvo muy sereno sin querer jamás pleitear con los que le habian hecho aquel agravio. Un religioso de otra religion, poco estable en su vocacion, habiendo leido algunas obras espirituales de san Bernardo fué á Claraval, y pidióle con grande instancia que le recibiese entre sus monges, y como el santo no se lo concediese, juzgando que era mejor que perseverase donde habia comenzado; saliendo el pobre hombre de sí, alzó la mano, y dió un gran bofeton al santo abad con tanta fuerza, que luego se le hinchó el carrillo; y él le defendió y le amparó, para que no le hiciesen mal alguno, ántes le acomodasen y regalasen. Tuvo muchos contrarios y perseguidores, por los cuales hacia fervorosa oracion y procuraba con humildad y sumision ablandarlos, y dar bien por mal, beneficios por injurias, y honra y reverencia por desprecios y afrentas. Pero ¿qué maravilla es que fuese tan paciente el que era tan humilde? Porque el verdadero humilde nunca piensa que se le hace injuria: y como el santo decia, no queria parecer humilde, sino vil. Fué tan admirable la humildad de este glorioso santo, y estaba tan fundado en esta virtud, y tan metido y sumido en el abismo de su nada, que ninguna cosa le pudo desvanecer ni levantar. Ofreciéronle muchas veces grandes dignidades y obispados, y ninguno quiso aceptar, teniéndose por indigno de todas. Y era tanta su autoridad, y el respeto que sus mismos superiores le tenian, que no se atrevieron á hacerle fuerza, porque sabian cuán contrario era á su voluntad. Mas no hay para qué gastemos muchas palabras en referir aquí el catálogo de sus virtudes; porque todas las abrazó, y fué tan excelente en cada una de ellas, como si no tuviera mas de aquella. Era sereno en el rostro, modesto en el hábito, circunspecto en las palabras, temeroso en sus obras, asiduo en la meditacion, en la oracion continuo, de la cual fiaba mas que de ninguna propia industria, ó trabajo suyo: era magnánimo en la fé, longánimo en la esperanza, perfecto en la caridad, próvido y dispierto en sus consejos, eficaz en los negocios y nunca ménos ocioso que cuando estaba ocioso, alegre en las injurias, vergonzoso en sus alabanzas, suavísimo en sus costumbres, santo en sus merecimientos, glorioso en los milagros: y él mismo fué el primero y mayor de todos sus milagros. En sus sermones tuvo una virtud mas divina que humana, para quebrantar los corazones mas duros que las piedras, é inflamar á los tibios y flojos al amor del Señor. Y viendo esto el demonio, procuraba divertirle y embarazarle, para que ó no repartiese á los oyentes los dones de Dios, ó se tiznase en alguna va-

nagloria por haberlos bien repartido. Una vez predicando, se le ofreció un lindo concepto, y púsosele delante que seria bien guardarle para otro sermon; pero el Señor interiormente le habló y le dijo: En tanto que guardares esto, no te darán otra cosa que digas: y así lo dijo luego. Otra vez oyéndole mucha gente, y con grande aplauso y admiracion, le vino una tentacion de vanagloria, pareciéndole que le decian: Mira qué de gente te oye, y con cuánta atencion. Paróse un poco pensando si dejaria el sermon; mas entendiendo que esta era voz del demonio, volvió la cabeza atrás san Bernardo, y dijo: Ni por tí lo comencé, ni por tí lo dejaré; y prosiguió adelante con su sermon. Con ser san Bernardo tan adornado de todas las virtudes, y un celestial prodigio en el mudo, una vez, estando muy malo y oprimido de una grandísima copia de flemas que le ahogaban y le quitaban la respiracion, se arrobó; y estando como en éxtasis le pareció que le llevaban delante del tribunal del Señor donde tambien estaba el enemigo del género humano para acusarle: y habiendo el maligno concluido su acusacion, y puéstole los cargos, dándole tiempo para que se descargase, él sin turbacion alguna respondió de esta manera: Yo confieso que soy indigno de la gloria eterna; mas mi Señor la posee por dos títulos, por ser Unigénito del eterno Padre y heredero del real reino celestial, y por haberle comprado con su sangre: él se contenta con el primero de estos dos títulos; y esto solo le basta: y del segundo me hace á mi donacion, y en virtud de ella tengo yo derecho al cielo. Quedó el perverso acusador confuso, y aquella forma de juicio y de tribunal desapareció; y el santo varon volvió en sí, para que se vea cuán diferentes son los juicios de los pecadores y de los santos. Pero sigamos el curso de nuestra narracion.

Habia deseado el santo abad estarse toda la vida apartado en aquel rincon, desconocido de los hombres: pero el Señor le sacó á luz, para que repartiese al mundo los tesoros y gracias que en su pobre celda habia allegado. Fué necesario que saliese de ella para reconciliar con la Iglesia romana á los cismáticos, para convencer públicamente á los herejes, y para promover en el bien y establecer en la paz á los católicos. Levantóse en tiempo de san Bernardo, despues de la muerte de Honorio sumo pontífice, un peligroso cisma en la Iglesia; porque un romano principal llamado Pier-Leone, con malas artes tomó el nombre de Anacleto, y usurpó la cátedra de san Pedro, y se opuso al verdadero pontífice Inocencio, II de este nombre. Hubo grande escándalo y una muy peligrosa division en toda la cristiandad; porque en los principios no se podia tan fácilmente averiguar cuál de los dos, se habia de tener por legítimo sucesor de san Pedro y vicario general del Señor. Hacíanse en varias partes sínodos nacionales sobre este artículo: y especialmente en Francia fué convocado el concilio en la villa de Etampes: y para poder con mayor luz y asistencia del Espíritu Santo decidir una dificultad tan grande, pareció al rey de Francia y á los mas principales prelados, que ante todas cosas se llamase al concilio al abad de Claraval, por el grande concepto que todos tenian de su sabiduría y santidad. Llamáronle, y el santo abad constreñido de la obediencia de sus prelados, y de la importancia del negocio, vino lleno de temor y temblor, considerando la gravedad y peligro de lo que se habia de tratar; aunque tuvo gran consuelo en el camino, y quedó muy animado con una vision y revelacion del Señor. Llegado al lugar del concilio, fué recibido como ángel del cielo: y en la primera sesion, por comun consentimiento y á una voz, se determinó que se pusiese aquella controversia en manos de san Bernardo, para que él la determinase y todos siguiesen su parecer: que es cosa rarísima y grande argumento de la estima que todos tenian del espíritu del Señor, que moraba y hablaba en él. Y aunque él procuró excusarse con su modestia, por parecerle carga intolerable y sobre sus fuerzas; finalmente vencido de los ruegos y de la autoridad de aquella sagrada congregacion, lo aceptó, confiado tanto en Dios, cuanto desconfiado de sí. Y despues de haber invocado el favor del cielo y hecho todas las diligencias para acertar, declaró á Inocencio por sumo y verdadero papa y pastor de la Iglesia, sin que hubiese en todo aquel concilio persona que le contradijese y se opusiese á tal declaracion; y con esto fué Inocencio obedecido en el reino de Francia. Y porque el rey Enrique de Inglaterra se mostraba duro y de contrario parecer; el glorioso abad pasó á ella, y le persuadió que se conformase con lo que se habia determinado en Francia, tomando sobre su conciencia cualquiera culpa que en hacerlo pudiese haber; y el rey lo hizo: y para honrar mas al pontífice vino á Francia, donde habia llegado como huyendo de Italia: é Inocencio en Chartres con grande alegría de todos le recibió, y le dió su bendicion apostólica. Mas porque todavía en la provincia de Gascuña duraba el cisma, por la ambicion de Gerardo obispo de Angulema, el cuál favorecido de Guillermo conde y príncipe poderoso, hacia grandes desafueros; fué enviado del papa el santo abad para poner en razon al conde, y refrenar la tiranía del mal obispo. Fué san Bernardo á Gascuña: habló al conde Guillermo, y procuró reducirle á la obediencia del verdadero pastor; y lo mismo hicieron algunos obispos y personas religiosas: y aunque él vino en ello, nunca se quiso rendir á que volviesen á sus Iglesias los obispos que con violencia habian sido echados de él. Mas viendo el santo la obstinacion del conde, y que los medios humanos no aprovechaban, tomó los divinos é hizo lo que aquí diré: fué á la iglesia, dijo misa, tomó el santísimo Sacramento sobre una patena en las manos, y salió al conde, que por estar excomulgado, no podia entrar en la iglesia y estaba á la puerta; y con el rostro encendido que echaba llamas, y con los ojos centelleando, y con una voz terrible y espantosa, le habló de esta manera: Nosotros te habemos rogado, y tú nos has menospreciado. Todos estos siervos de Dios te han suplicado; y tú no has hecho caso de ellos: he aquí el Hijo de la Vírgen, cabeza y Señor de la Iglesia que tú persigues, viene á tu presencia. Este es tu juez, á cuyas manos ha de venir tu alma: ¿veamos si harás caso de él; si le volverás las espaldas, como las has vuelto á nosotros? A estas palabras tembló el conde: cayó en el suelo; y levantándose, tornó á caer sin poder hablar, echando salivas y espumarajos por la boca, y espantado y atónito. Finalmente, hizo todo lo que el santo le mandó, y despues trabó tan estrecha amistad con él, que con sus santos consejos y dulces palabras, se trocó de tal manera que dejando el estado se retiró, é hizo muy áspera penitencia, y fué santo, y como de tal hace mencion el Martirologio romano á los 11 de febrero. Mas el obispo Gerardo quedó obstinado en su malicia, y poco despues se halló una mañana muerto en la cama, sin confesion ni viático. Despues de esto persuadió san Bernardo al emperador Lo-

tario (que en la ciudad de Lieja se vió con el papa) que dejase una vana y ambiciosa pretension que tenia de cobrar la investidura de los obispados, que al emperador Enrique, su predecesor se habia quitado. Volvió el papa á Italia, habiendo compuesto las cosas de Francia, y celebrado un concilio en Rheims: y quiso pasar por Borgoña para visitar á Claraval, y ser huésped del santo abad en aquel monasterio donde vivian sus monges, mas como ángeles venidos del cielo, que como hombres vestidos de un saco de carne. Allí estuvo el sumo pontífice con maravillosa consolacion por lo que vió. Salieron en procesion los monges, nó con evangelios dorados ni cruz de plata (que no la habia), sino con cruz de palo y pobres ornamentos: mas con tanta devocion y modestia, que el papa y los cardenales y obispos, no pudieron contener las lágrimas. Comió el papa en el refectorio, y toda la comida fué de lechugas y legumbres, y por gran regalo hubo un poco de arrope, y para el papa un pez que solo con dificultad se pudo hallar.

Estaban en Italia las cosas todavía turbadas, y para sosegarlas el pontífice intimó otro concilio en la ciudad de Pisa, en el cual entre otras cosas fué Anacleto declarado por excomulgado, asistiendo siempre san Bernardo á todos los negocios que allí se trataban, no solamente como ayudador y particionero, sino en cierta manera como árbitro y ministro principal del papa: y acabado esto, por su mandado fué el siervo del Señor á la ciudad de Milan, que estaba desunida del verdadero pontífice, y la unió y redujo á su obediencia. Fuéron con el santo á Milan dos cardenales legados *á latere*, Guidon, obispo de Pisa, y Mateo, obispo albanense: y por voluntad de san Bernardo tambien Gaufredo obispo carnotense, grande amigo suyo, y varon de gran prudencia y autoridad. Cuando llegaron á siete millas de Milan, salió toda la ciudad á recibirle, eclesiásticos y seglares, ricos y pobres, caballeros y oficiales; y sin tener cuenta con los cardenales y prelados que venian con él, se echaban á sus piés y se los besaban, y tenian por grande dicha el verle, oirle y hablarle, y cortar de su pobre vestido pedazos de paño por reliquias, con que sanaban muchos enfermos: y por mas que el santo reprendia al pueblo por la honra que le hacia, y le exhortaba la convirtiese en honrar y reverenciar aquellos prelados, que por ser cardenales de la santa Iglesia romana y legados del vicario de Cristo, eran dignos de toda veneracion; no hubo remedio: y así con este aplauso y regocijo y apretura de gente entró en Milan. De allí volvió á Claraval, guiado siempre de la mano del Señor, con extraordinario regocijo de todos sus hijos y contento de su alma; porque pensaba que se habian ya acabado los trabajos de aquellos negocios pesados y distracciones, y que podria en aquel rincon reposar y atender á su aprovechamiento con mayor quietud. Pero no le sucedió como pensaba: porque el papa, hallándose todavía cercado de trabajos por todas partes, y apretado de Rogerio, rey de Sicilia, que favorecia al antipapa, le mandó ir de nuevo á Roma, porque no hallaba quien mejor le pudiese ayudar que san Bernardo, como la experiencia se lo habia enseñado. Obedeció el gran siervo del Señor como verdadero hijo de obediencia: fué á Roma, y de allí á verse con el rey: y puesto caso que redujo á muchos á la obediencia de Inocencio y al mismo Pedro Pisano, famoso jurista, que hacia las partes de Anacleto, y convenció al rey Rogerio evidentemente y de manera que no pudiese tener ignorancia; pero ciego con la pasion y con la codicia de quedarse con los bienes de la Iglesia que habia usurpado, no quiso hacer demostracion pública como san Bernardo le aconsejaba. Mas por las oraciones del santo abad, Dios atajó el cisma y los males que de él resultaban con la muerte del falso pontífice Anacleto. El cual asaltado de una pestífera enfermedad que le duró tres dias, impenitente pasó de esta vida para dar en la otra cuenta al eterno Juez, de los daños que con su ambicion y tiranía habia causado en la Iglesia. Luego que murió Anacleto, los de su parcialidad eligieron otro sucesor suyo: mas éste con mejor consejo se vino de noche á san Bernardo, y dejadas las insignias de sumo pontífice que habia tomado, llevándole consigo el mismo santo, se echó á los piés del verdadero pontífice Inocencio, del cual benignamente fué recibido: y con esto se acabó aquel cisma tan largo y lastimoso, dando todos, despues del Señor, la honra y loa de tan deseado fin al santo abad, que habiendo gastado en esta gloriosa empresa siete años, con el favor del cielo la acabó. Mas no pudiendo sufrir las alabanzas de los hombres y la reverencia que toda la córte romana le hacia, al cabo de cinco dias impetró licencia del papa para volverse á su pobre casa, como lo hizo: de donde envió algunos religiosos al papa por su mandado, para que habitasen el monasterio que su santidad habia reparado en el lugar de las Tres Fontanas, que es donde san Pablo fué descabezado, y hoy dia tiene título de San Vincencio y Anastasio. Entre los otros monges fué por abad Bernardo Pisano, discípulo del santo abad, y gran religioso y persona que habia sido muy estimada en el siglo: el cual, muerto que fué Inocencio, y Celestino y Lucio, sus sucesores, fué elegido con grande aprobacion por sumo pontífice, y se llamó Eugenio III, á quien despues san Bernardo escribió aquellos divinos libros *De consideratione*.

No pudo tampoco el amigo de Dios otra vez sosegar en su rincon como él lo deseaba; ántes le fué necesario salir presto de él, para reprimir y confundir algunos herejes que se habian levantado en aquella sazon, como lo habia hecho con los cismáticos, viendo los miembros desnudos y apartados de la Iglesia con su cabeza. Uno de estos fué Pedro Abelardo, hombre de agudo ingenio, pero hinchado y vano: el cual engañado del padre de la mentira, comenzó á sembrar nueva doctrina, y algunas opiniones falsas y perniciosas. Avisóle el santo benigna y secretamente para que las revocase; y viendo que los medios blandos no aprovechaban, en un concilio que se celebró en Sens, en Francia, en presencia de muchos prelados y doctores, le convenció y le concluyó de tal manera, que el pobre hombre lleno de vergüenza y confusion, no supo qué responder á las razones del santo.

Tambien tuvo otro encuentro con Gilberto Porretano, obispo de Poitiers, varon muy versado en las divinas Letras, mas temerario y arrogante, que con mas sutileza que verdad, enseñaba nueva doctrina en el misterio de la santísima Trinidad. Disputó con el santo dos dias en el concilio de Rheims, que celebró el papa Eugenio III, y le hizo retractar de los errores que habia enseñado. No fué de menor daño la impiedad de un falso y perverso maestro llamado Enrique, vilísimo apóstata, que puso su boca en el cielo, y publicó guerra contra Jesucristo, opugnando los santos Sacramentos, y echando por tierra los antiguos

usos de la gerarquía eclesiástica: y porque era decidor y sagaz, habia hecho gran progreso en las partes de Gascuña, donde por su detestable doctrina se veian las iglesias sin sacerdotes y los sacerdotes sin la debida reverencia: y para decirlo en una palabra, los cristianos sin Cristo. Envió el papa un legado para remedio de tan graves daños, el cual pasó por Claraval, y llevó consigo á san Bernardo, que fué recibido con increible devocion de todos aquellos pueblos: y con su vida, doctrina y milagros, arrancó de los corazones de la gente engañada la mala semilla que el demonio, por Enrique su maestro, habia sembrado: y los que habian sido pervertidos se redujeron á la fé, y prendieron y entregaron al obispo el hereje que los habia pervertido. Otra vez salió de su recogimiento para apaciguar á los ciudadanos de Metz de Lorena y algunos príncipes comarcanos, que traian guerra cruda y peligrosa entre sí; porque no pudo negarlo al arzobispo de Tréveris, que como buen pastor deseaba excusar el daño de sus ovejas, y los males que de aquella discordia podian suceder, y habia venido á Claraval en persona y echádose á los piés del santo abad, suplicándole humildemente por las llagas de Jesucristo, que tomase la mano para pacificar los ánimos tan desunidos y feroces, que con sus enemistades tan graves males amenazaban á la Iglesia. Hallábase ya viejo el santo, y al cabo de su vida y en la cama enfermo; y haciendo mas caso por su grande caridad de la salud espiritual de sus prójimos, que de la suya corporal, se fué luego con el mismo arzobispo: y el Señor le dió súbitamente fuerzas para aquella jornada, que la tomaba para su servicio. Y aunque halló dos ejércitos enemigos puestos á punto para pelear, los aplacó de manera, que dejadas las armas, de comun consentimiento pusieron todas sus diferencias en sus manos; y él las decidió con gran paz y contento de las partes, y aquella tempestad y torbellino se convirtió en una serena concordia y tranquilidad.

Maravillosa cosa parecerá á algunos, que un pobre religioso, vestido de un saco vil y despreciado, hiciese cosas tan grandes y tan extrañas, y que tuviese tanta autoridad y fuerza, no solamente para convertir del siglo al Señor tantas personas de todos estados; sino para unir la Iglesia desunida, sujetar á los reyes, espantar á los príncipes, confundir á los herejes, y persuadir á los pueblos todo lo que queria, como si fuera señor de los corazones: pero no hay que maravillarse, porque no hay quien pueda resistir al espíritu y brazo del Todopoderoso. La opinion de la santidad de Bernardo era grandísima: sus palabras, como saetas agudas, echadas por la mano del Señor; su oracion tan eficaz y poderosa, que alcanzaba del cielo todo lo que queria; y los milagros que Dios obraba por él eran tantos, tan continuos y tan grandes, que ellos solos bastaban para rendir al mundo á su voluntad. Godofrido, monge de Claraval, que fué compañero y secretario del santo, afirma por cosa cierta y notoria, que en un solo dia con la imposicion de sus manos, en una aldea de la ciudad de Constancia, en presencia de muchos testigos, alumbró once ciegos, sanó diez mancos y diez y ocho cojos; y que en la ciudad de Colonia, dentro de tres dias, doce cojos, dos estropeados, tres mudos y diez sordos cobraron entera salud: de suerte, que algunos hombres piadosos, queriendo por su devocion notar y escribir los milagros que el santo hacia, y comenzándolo á hacer, despues lo dejaron, vencidos de la muchedumbre y gran copia de ellos. El mismo santo se maravilló de los milagros que Dios obraba por él, no sabiendo á qué cosa atribuirlo; porque por su profunda humildad conocia y decia, que no eran por la santidad que no tenia, ni por sus merecimientos, sino por la salud y aprovechamiento de muchos, para que estimasen y honrasen la virtud que ellos pensaban que tenia: y que no hace Dios los milagros para bien de aquellos por quienes los hace, sino para provecho de los que los ven y los saben: ni para que los que hacen mas milagros sean tenidos por mas santos; sino para que todos sean amigos é imitadores de la santidad. Y por esto nosotros los pasaremos en silencio, y solamente referiremos aquí algunos pocos, de los cuales los que los leyeren se puedan aprovechar; y comencemos por el primer milagro que el santo hizo volviendo de fundar un monasterio que se llamó de las Tres Fuentes. Tuvo aviso que un deudo suyo llamado Gisberto estaba para morir, y ya sin habla y sin haberse podido confesar: era hombre noble y rico, pero de mala vida y usurpador de la hacienda ajena. Entró el siervo del Señor en la iglesia para decir misa y encomendarle á Dios, y á la misma hora volvió el enfermo en sí, y comenzó á hablar y á llorar sus pecados: mas en acabando san Bernardo la misa el enfermo volvió á perder la habla. Fué el santo á visitarle y hallóle en aquel estado: rogáronle que hiciese oracion por él, y san Bernardo, alzando los ojos al cielo y movido del Señor, respondió con gran libertad á los que allí estaban: ¿Vosotros sabeis las malas obras que ha hecho este hombre y que tiene mucha hacienda mal ganada? Restituya él y sus hijos lo que no es suyo, y deje los malos tratos y los modos injustos que ha usado contra los pobres; que si así lo hiciere morirá como cristiano. Todo lo hizo el enfermo como el santo lo mandó; y luego la lengua muda y atada quedó suelta y libre, y habló y se confesó con mucha contricion; y tomados los otros santos Sacramentos de la Iglesia, espiró con mucha edificacion de todos y esperanza de su eterna salud. Cuando predicaba contra aquel hereje Enrique (que dijimos) en las partes de Tolosa, un dia, acabado el sermon, aquella buena gente le trajo gran cantidad de panes para que los bendijese: hízolo el santo y díjoles: En una cosa vereis, hijos, si es verdad lo que os predico, y falso lo que os enseñan y os quieren persuadir nuestros contrarios; es á saber: si todos vuestros enfermos que comieren de este pan quedaren sanos. Estaba presente el obispo de Chartres, y pareciéndole que aquella proposicion del santo era muy universal, quiso modificarla y añadió: Habeis de entender que sanarán si comieren con fé de este pan. Entonces replicó san Bernardo: No digo yo eso, señor, sino como mis palabras suenan: que todos los enfermos que gustaren de este pan cobrarán salud: para que se entienda que nosotros somos legítimos y verdaderos embajadores de Dios. Como lo dijo, así fué, que todos cuantos comieron de aquel pan sanaron sin excepcion alguna: y la fama de aquel milagro voló luego por toda aquella provincia, y aprovechó para extinguir la herejía y para despertar y encender los corazones de aquellos pueblos en la devocion del santo abad, que concurrian de todas partes por verle y hacerle reverencia, en tanto número, que le fué necesario para huir aquella honra, torcer el camino de Salal, donde habia sido el milagro, para la ciudad de Tolosa. En aquella misma comarca y para el mis-

mo efecto y confirmacion de la fé, sanó á un clérigo del colegio de San Saturnino, paralítico incurable, que tambien se llamaba Bernardo, tan debilitado y consumido, que por momentos parecia que habia de espirar. Echóle la bendicion el santo y partióse: y en aquel punto, confortándosele los nervios y cobrando fuerzas, se arrojó de la cama donde estaba, y corrió tras el santo abad, y le asió y le detuvo, y se echó á sus piés, y los besó con gran devocion y afecto, y le hizo compañía: y para ser agradecido de Dios, tomó el hábito del Cister, y se sujetó á la obediencia de san Bernardo: y habiendo dado buenas muestras de religion y prudencia, por el mismo san Bernardo fué hecho abad de un monasterio llamado Valdaqua. ¿Pues quién podrá referir el dominio que este gran santo tuvo sobre los demonios, y la fuerza é imperio con que los echaba de las personas que cruelmente atormentaban? No solamente estando él presente, y poniendo sobre ellos sus manos, ó haciendo la señal de la cruz, ó dándoles á beber un poco de agua bendita, sino tambien estando ausente, huian los espíritus infernales de la estola del santo como de un espantoso suplicio. Pero dejando aparte los otros milagros que tocan á esto, diré solo dos memorables. Estando en la ciudad de Milan, para reducirla á la union de la Iglesia y á la obediencia del verdadero pontífice (como se dijo arriba), entre los otros muchos y señalados milagros que san Bernardo hizo, fué el de una mujer honrada y de conveniente edad, en la cual habia entrado Satanás y poseídola buenos años, y maltratádola de tal manera, que le habia quitado el oir, ver y hablar, y sacaba una lengua que parecia trompa de elefante, y mas un horrible monstruo que mujer. Tenia el rostro muy fiero y espantable, al anhélito hediondo é insufrible, y digno del huésped que la atormentaba. Llevároula al santo una mañana por fuerza, al tiempo que decia misa en la iglesia de San Ambrosio. Miróla con ojos blandos y piadosos, y luego conoció que aquel demonio era rebelde y que se habia señoreado por permision del Señor tan fuertemente de aquella pobre mujer, que con dificultad se podria echar: y volviéndose al pueblo, que era innumerable, le encargó que todos orasen atentamente, y á los clérigos que tuviesen la mujer firme é inmoble. Entrando en el misterio de la consagracion, cuantas cruces hacia sobre la hostia, otras tantas, volviéndose á la endemoniada, hacia sobre ella, con increible rabia y dolor de aquel espíritu maligno; el cual lo mostraba con el crujir de los dientes, y con los gestos y meneos, y con los alaridos y movimientos de todo el cuerpo. Finalmente, habiendo dicho el paternóster, tomó el cuerpo del Señor en la patena, y poniéndolo sobre la cabeza de la triste mujer, y hablando con el demonio, le dijo: Hé aquí, ó espíritu maligno, á tu juez. Hé aquí al Señor todopoderoso: contrástale si puedes. Este es el sagrado cuerpo que se formó en las entrañas de la Vírgen, y fué extendido en la cruz y puesto en la sepultura; y resucitando de la muerte, subió triunfando á los cielos. En virtud de esta soberana majestad, yo te mando que dejes á esta sierva suya, y que no te atrevas á molestarla mas de aquí adelante. Salió aquel infernal espíritu, y pertinaz poseedor de aquella pobre mujer, alabando todos al Señor y confesando que el santísimo Sacramento del altar es eficacísimo y poderosísimo contra todo el poder del infierno, cuando se trata con la pureza y con la fé que conviene. Este es el primer milagro. El segundo es, que estando en Pavía, un pobre labrador le trajo á su mujer endemoniada para que la sánase; y el demonio comenzó á hacer burla del santo, y á decir: No me echará de mi casa este comedor de puerros y cebollas; y otras palabras injuriosas para irritarle: mas el verdadero humilde no se movió, sino mandó que llevasen á la mujer á la iglesia de San Sirio, obispo, que habia sido de Pavía y resplandecia con muchos milagros. Llevároule á la iglesia; y no quiso Dios que san Sirio la sanase, por guardar aquella honra para san Bernardo, á cuya presencia la tornaron á traer: El demonio comenzó á escarnecerle, y á decir: No me echó Sirillo, ménos me echará Bernardillo. Luego que esto oyó san Bernardo, dijo: No te echó Sirio, ni te echará Bernardo; mas echaráte Jesucristo. Hizo oracion por ella y quedó sana.

No tuvo ménos don en otros milagros mas íntimos y espirituales que conciernen al bien de las almas, como se verá por algunas cosas que aquí referiré. Habia en el convento de Claraval un monge ménos perfecto que los demás, al cual el santo abad mandó, por cierta culpa secreta suya, que no comulgase: mas él en una solemne fiesta, viendo comulgar al convento, y temiendo la vergüenza ó infamia, se llegó con los demás al altar, y diciendo la misa san Bernardo, recibió de su mano el santísimo Sacramento con los otros monges: porque el santo por ser la causa oculta, no se le quiso negar; mas volvióse al Señor, suplicándole que castigase aquella temeridad. Habiendo tomado el monge la sagrada hostia, nunca la pudo pasar, por mucho que lo procuró, hasta que despues, postrándose á los piés de su prelado con muchas lágrimas, en secreto le dijo lo que pasaba, y le mostró la hostia en la boca. El santo padre, reprendiéndole de su atrevimiento, y dándole saludable penitencia, le absolvió; y con esto el monge pasó aquel celestial manjar: para que se vea la cuenta que se debe tener con la obediencia de los superiores en el uso de los santos sacramentos. Otro monge hubo en el mismo convento, que hallándose seco é indevoto para llorar los pecados que habia cometido en el siglo, pidió al santo con grande afecto que le alcanzase del Señor espíritu de ternura y devocion: y por su oracion le alcanzó tan copioso, que de allí adelante sus ojos fueron unas fuentes de lágrimas. Trataba una vez san Bernardo en la córte del rey de Francia una paz de grande importancia: y la reina aunque en lo demás se le mostraba muy devota, en el tratar de la paz le era contraria. Habia sido casada muchos años con el rey, sin tener hijos, y por esto la tenian por estéril: y ella por esta causa estaba afligidísima, y todo el reino descontento; y como la reina un dia manifestase su desconsuelo y ansia al siervo de Dios, él la amonestó que no impidiese aquella paz, si no que la procurase; porque desta manera el Señor cumpliria su deseo. La reina lo hizo así; y al cabo de un año, por las oraciones del santo, parió un hijo. Cuando estaba san Bernardo para partir la segunda vez de Roma, deseó llevar consigo algunas reliquias: ofreciéronle la cabeza entera de san Cesario, mártir; y él por su modestia no quiso sino solo un diente. Quisieron sacarle de las quijadas, y no pudieron, ántes quebraron dos cuchillos que tomaron por instrumento para sacarle. Entonces san Bernardo dijo: Menester es rogar al santo mártir que se digne hacernos tan gran presente. Hizo oracion; y llegándose con reverencia á la sagrada cabeza, con dos dedos fácilmente sacó el diente

que los otros con hierro no habian podido sacar. Otra vez estando enfermo y muy apretado, ordenó á uno de dos monges que habian quedado con él (porque los demás estaban ocupados), que fuése á la iglesia á hacer oracion por él. Hízolo el religioso en tres altares distintos que allí estaban, de la gloriosa Vírgen María nuestra Señora, de san Lorenzo, mártir, y de san Benito, abad: y luego entró en la celda de san Bernardo la Reina de los ángeles, acompañada de los otros dos santos, y con una suavidad y serenidad que mas se puede imaginar que explicar, con su blanda mano le tocó donde le dolia, y totalmente le sanó. Porque entre los dones que tuvo este santo abad, fué uno de ser devotísimo de la sacratísima Vírgen, y ella singularmente le regaló y favoreció: y se dice, que una vez le roció los labios con un rayo de leche, saliendo de sus sagrados pechos: y que de allí le vino la dulzura y suavidad de estilo que está derramada por todas sus obras.

Otra vez, entrando en la iglesia mayor de Espira, ciudad de Alemania y cámara del imperio, acompañado de todo el clero y de gran muchedumbre del pueblo, se arrodilló tres veces en tres lugares diferentes; y dijo en el primero; *O clemens*; en el segundo: *O pia;* en el tercero, *O dulcis Virgo Maria;* y en memoria de esta devocion y salutacion del santo, hoy dia en la misma iglesia están tres láminas de metal, y en ellas escritas estas palabras, y cada dia se canta la Salva Regina con gran solemnidad y música: y los mismos herejes (que hay muchos en aquella ciudad) vienen á oirla. No es justo que entre tantos milagros nos olvidemos de uno muy notable, que en el escribir una epístola le aconteció. Estaba en el convento de Claraval por monge un sobrino del santo, llamado Roberto; el cual siendo mozo, engañado de unos falsos amigos, dejando la religion en que habia comenzado á servir al Señor, se pasó á la cluniacense. Determinó el santo abad, como buen pastor recobrar su oveja, y para esto escribirle una epístola: y llamando á Guillermo Rieval (que despues fué abad de Claraval), le ordenó que tomase papel, y se saliese con él al campo, donde con mas quietud podria escribir. Al tiempo que san Bernardo dictaba la carta, y Guillermo la escribia, comenzó de repente á llover fuertemente: y como el secretario quisiese levantarse de donde estaba, y recoger el papel porque no se mojase, el santo le dijo: Obra es de Dios, escribe y no temas: y así escribió, y acabó su epístola en medio del agua sin mojarse: porque la caridad que movia al santo padre á dictar la carta fué tan poderosa, que cubrió el papel, y le defendió del agua: y por este milagro, se pone la dicha epístola por la primera de todas las de san Bernardo, que son admirables, y comienza: *Satis, et plusquam satis*, etc.

Tuvo don de profecía, y por espíritu divino sabia las faltas que hacian sus monges, aunque estuviesen muy léjos, y las tentaciones que padecian, y las persecuciones que los seglares levantaban. Tambien es cosa cierta que algunas veces se le aparecian las almas de algunos monges que morian en los conventos de su órden, pidiéndole su bendicion y licencia para irse á la otra vida. Vino una vez á Claraval un monge del monasterio Fusniacense, y queriéndose volver á su casa, san Bernardo le llamó aparte y le dijo: Dí á tal monge (nombrando la persona) que se enmiende de tal cosa (que eran faltas muy ocultas); que si no se enmienda, presto vendrá sobre él el juicio de Dios. Quedó asombrado el monge, y dijo al santo: Padre, ¿quién os ha dicho estas cosas? Respondióle: Sea quien fuere, díle tú lo que yo te digo, porque si no lo haces, serás participante del castigo. Ganó, una vez que fué á Catalauno, gran número de estudiantes para Dios, que habian sido discípulos de un famoso doctor, llamado Estéban de Vitreyo: y estando un dia platicando con ellos, ántes de darles el hábito, le avisó el portero que estaba á la puerta aguardando Estéban, maestro de aquellos mozos, que con ellos queria tomar el hábito. Alegráronse sobremanera los discípulos por ver que su maestro los seguia; mas el santo alumbrado con luz del cielo, dió un grande gemido, y dijo, oyéndolo todos: El espíritu maligno le ha traido aquí: solo viene, y solo se volverá. Quedaron todos admirados de aquellas palabras; y el santo por no alterar las nuevas plantas, aunque de mala gana, le recibió con los otros novicios y le exhortó á la perseverancia. Pero al cabo de seis meses se salió, confesando él mismo que cuando estaba en la celda de los novicios, veia un negrillo que le sacaba del oratorio. Y puesto caso que el demonio le habia traido para que fuese lazo á los otros, no salió con su intento: porque los demás con su salida se confirmaron en su vocacion, y él solo se salió. Un monge llamado Gaufrido (á quien, estando muy desconsolado y sin remedio, el santo con su oracion le habia alcanzado del Señor gran serenidad y singular alegría de conciencia), siendo novicio, deseó por extremo la salud eterna de su padre carnal, y pidió al santo con grande afecto que le encomendase á Dios; y él le respondió: No dudes, hijo, que tu padre ha de ser un buen religioso, y yo le tengo de enterrar con estas manos: y así sucedió, porque el viejo entró en religion; y afinado en la virtud, cayó malo, estando san Bernardo lejos de Claraval: y anduvo cinco meses continuos peleando con la enfermedad, hasta que volvió el santo, y se halló á su muerte, y con sus manos le enterró como lo habia profetizado. Estando en Claraval otro monge, llamado Roberto, gravemente enfermo, fué desahuciado de los médicos: y estando san Bernardo en Roma, le apareció una noche en espíritu, y le visitó amorosamente y cantó los maitines en compañía de algunos monges: y á la mañana Roberto se halló del todo sano. Otra vez envió á un monge tudesco, llamado Enrique, á las partes mas remotas de Alemania: el cual temiendo que ántes que volviese de aquel largo camino, el santo padre pasaria de esta vida (porque estaba muy flaco y debilitado), iba muy desconsolado por el deseo que tenia de recibir en aquel punto su santa y última bendicion. Entendió san Bernardo el deseo y pena de su hijo, y echándole la bendicion á la partida, le dijo: Id con alegría; porque volvereis sano y me hallareis vivo, como deseais. Sucedió al buen monge, que pasando un rio helado, cerca de la ciudad de Argentina, cayó en él, y ahogándose, vió delante de sí al santo abad, y por su medio se salvó y volvió á su convento sano y alegre, y halló vivo al santo padre, como él se lo habia profetizado. Habiendo entrado en el convento de Claraval, y tomado el hábito en él tres mozos, el uno de ellos por instigacion de Satanás poco despues le dejó; y temiendo los monges que los otros dos novicios, sus compañeros, no hiciesen lo mismo; el santo mirándolos á la cara, dijo, que el uno de los dos no tenia jamás tentacion de momento, y que el otro seria combatido de muchas: pero que al fin prevaleceria, y quedaria vencedor: y como él lo dijo, así sucedió. Con cierta oca-

sion el rey de Francia Luis se enojó contra algunos obispos, y los echó de sus Iglesias, sin quererse amansar con las muchas y graves cartas que para aplacarle le escribió el siervo de Dios, ni con la humildad de los mismos obispos, que echados á sus piés del rey, le pedian perdon. Díjole el santo, amenazándole: Señor, esa vuestra obstinacion costará la vida á vuestro hijo primogénito y príncipe jurado, Felipe. El santo lo dijo, y Dios lo cumplió: y el rey conociendo su culpa, se humilló y rindió.

Seria nunca acabar, si quisiésemos proseguir esta materia: bastan los ejemplos que habemos referido para entender los merecimientos, dones y excelencias de este gran siervo del Señor, y que Dios le envió al mundo para que le alumbrase con sus rayos como un sol resplandeciente, y para que los papas, emperadores, reyes, príncipes y repúblicas gozasen de su luz, y acudiesen á él en los negocios mas oscuros y enmarañados, y él los ilustrase y desenvolviese: y no solamente las provincias mas cercanas se aprovechasen de su santidad, doctrina, consejos y milagros; sino tambien las otras de Dacia, Suecia y las demás le reverenciasen y le escribiesen cartas con extraordinaria devocion, como lo hicieron. Cualquier cosa que hubiese traido sobre sí, se tenia por una preciosa reliquia: y hasta un plato de barro, por haber comido en él una vez el santo, bastó para dar salud á un obispo, que tomó unos bocados de pan y bebió un poco de agua que habia mandado echar en él, y un báculo puesto á la cabeza de la cama de una pobre mujer que era muy atormentada del demonio, bastó para espantarle de manera que la dejase. El concurso de la gente por do quiera que pasaba era tan grande, que no se puede decir. En Roma no podia salir de casa, sin que toda la córte y todo el pueblo se fuése tras él. En Milan y en otros lugares de Lombardía, por la innumerable gente que venia á verle y á tomar su bendicion, era necesario que se encerrase, y que allí les diese su bendicion. Cuando pasaba los Alpes, salian los pastores y hombres salvajes á porfía, y quedaban haciendo fiesta por haberle visto.

Pero habiendo sido este gran patriarca de la Iglesia tan honrado, tan estimado y reverenciado en el mundo, no le faltaron sus trabajos y persecuciones: con los cuales el Señor le quiso probar, para que de ellos saliese mas puro y resplandeciente como el oro del crisol. Hízose en su tiempo una jornada muy famosa para la conquista y defensa de la Tierra Santa, que los infieles y sarracenos infestaban. Mandó el sumo pontífice Eugenio III, que habia sido discípulo y monge de san Bernardo (como dijimos), á su padre y maestro que predicase la cruzada y las indulgencias de ella á todos los que fuésen en aquella jornada, ó para librar á sus hermanos, ó para dar sus vidas por ellos. Predicó el santo, y en prueba de que Dios le mandaba predicar, hizo innumerables y evidentes milagros: y movió tanto las provincias y reinos á tomar las armas, que el emperador Conrado y el rey Luis de Francia en persona, con grandes ejércitos fuéron á ella. Pero por justo y secreto juicio del Señor, tuvo mal suceso, quedando nuestra gente desbecha y perdida; y los infieles triunfando con nuestros despojos, é insolentes con la victoria. Hubo de este suceso grande tristeza y llanto en toda la cristiandad: y como san Bernardo habia sido el principal predicador y solicitador de aquella empresa, y el que mas habia animado é inflamado los pueblos á ella, levantóse contra él una brava tempestad: llamábanle embaidor, embustero, falso profeta, ruina y calamidad de toda la cristiandad. Vióse muy afligido el fiel y bienaventurado siervo del Señor, y conoció que era tentacion y probacion suya, y que Dios le hacia muy gran merced en servirse de él y tomarle por escudo, para que todos los golpes de las murmuraciones y quejas, y todas las saetas de las lenguas diesen en él y no en el Señor, como él mismo lo escribe en el principio del segundo libro *De consideratione* al papa Eugenio. Y para que se viese que Dios habia mandado que predicase lo que predicó acerca de esta jornada, á mas de los otros muchos y grandes milagros que ántes de ella habia hecho, en testificacion de esta verdad, despues de ella hizo otros y alumbró á un ciego: y el Señor que humilla á sus santos, para mas ensalzarlos, volvió por san Bernardo, y nos dió á entender que habemos de obedecerle en lo que nos manda, y reverenciar sus juicios y no escudriñarlos: y que muchas veces las pérdidas temporales son ganancias espirituales y ayudas para el cielo.

Estando, pues, el santo abad ya viejo, cansado, exhausto y consumido de los trabajos, penitencias, enfermedades, caminos y negocios gravísimos de toda la vida, y con grandes ansias de entrar en la eterna, y ver cara á cara al sumo Bien, le sobrevino una enfermedad peligrosa y dolorosa de estómago que no podia retener la comida, con suma flaqueza é hinchazon de piernas: llevábala con tanta suavidad y dulzura de espíritu, como quien despues de una larga navegacion se ve llegar al deseado puerto. Él mismo escribe una epístola al abad Arnaldo, amigo suyo, en que le da cuenta de su enfermedad, y le dice estas palabras: «Recibido habemos vuestra caridad, con caridad y nó con alegría: porque ¿qué alegría puede haber donde todo está lleno de amargura? Solo el no comer me da algun deleite. El sueño ha huido de mí, para que aun el dolor no se mitigue, estando los sentidos dormidos. Todo lo que padezco es casi desmayos de estómago: hánseme hinchado las piernas y piés como á los hidrópicos: y en todos estos trabajos y dolores (por no encubrir al amigo que está cuidadoso del estado de su amigo, para hablar como ménos sabio, segun el hombre interior en la carne flaca) el espíritu está pronto. Rogad al Salvador que no quiera la muerte del pecador, y que no dilate mas mi fin, sino que le defiende y ampare.» Todo esto es de san Bernardo, dando cuenta de su última enfermedad, y del ánimo que Dios le daba. Estando ya para morir, se juntaron los obispos de los pueblos comarcanos, y muchos abades y monges: lloraban todos con gran ternura la pérdida de tan santo padre: mas él los animaba y consolaba, y por su humildad les decia, que era ya razon que el siervo inútil y desaprovechado no ocupase aquel puesto en balde, y que el árbol estéril fuese arrancado. Finalmente entre las manos y lágrimas de sus hijos, dió su purísima alma á su Criador á los 20 de agosto del año del Señor de 1153, siendo de edad de sesenta y cuatro años casi cumplidos. Para enterrarle, le pusieron, como el mismo santo padre lo habia mandado, encima del pecho una cajita con unas reliquias del apóstol san Tadeo, de quien era devoto, que le habian traido aquel año de Jerusalen: y solia decir que tendria por singular beneficio del Señor salir del sepulcro el dia de la resurreccion general en compañía de este santo apóstol. Apareció algunas veces despues de muerto á

algunos de sus religiosos resplandeciente y vestido de inmensa gloria, y obró muchos y grandes milagros como los habia hecho en vida; y canonizóle el papa Alejandro III, el año de nuestra salud de 1165. Fué devotísimo, como dijimos, de la beatísima vírgen María nuestra Señora, á la cual siempre miró como á su norte en su navegacion, y túvola tan favorable y propicia, como se ve en el discurso de su vida que aquí queda referido, y en los innumerables milagros y obras con que edificó, alumbró y espantó al mundo; que sin duda de esta devocion para la Vírgen santísima, se derivaban en él como arroyos de su fuente. Tenia en su rostro una gracia maravillosa y apacible, mas de espíritu que de carne; y en los ojos resplandecia una pureza angélica y una simplicitud de paloma. El cuerpo era tan flaco y consumido, que parecia que no tenia su carne; la cara sonroseada, el cabello y barba rubia, y en la vejez cana; la estatura mediana, y ántes grande que pequeña. Dejó fundados ciento y setenta monasterios de su órden, y tan poblados y llenos de santos religiosos, que en solo en el convento de Claraval vivian setecientos y setenta. Lo que toda la Iglesia católica debe á este glorioso y santo patriarca por la vida celestial que vivió: por los ejemplos admirables de todas las virtudes que dejó: por las obras y libros dulcísimos y doctísimos con que la ilustró: por los beneficios singulares y universales que hizo: por los milagros estupendos que obró: por la sagrada religion que instituyó, amplificó y extendió por todas las provincias de la cristiandad; y por lo que sus santos hijos y verdaderos imitadores de su gran padre han hecho y hacen, es tanto, que es mejor revenciarlo con silencio, que apocarlo con nuestro bajo estilo.

San Estéban, rey de Hungría, confesor. — La Hungría tiene nombre de los hunos, que la sujetaron, y habitaron: entre los cuales hubo un príncipe, y valeroso capitan, llamado Geisa, el cual era hombre severo, y en el gobierno para con los suyos áspero y mal acondicionado, y para con los otros (especialmente cristianos) era humano, benigno y liberal. Siendo aun gentil, comenzó á domesticarse con los cristianos, y darles fácil entrada en su ducado de Hungría, mandándoles acoger bien y hospedar; y á los clérigos y monges acariciarlos: y finalmente, habiéndolos oido y tratado, alumbrado del cielo, conoció su ceguedad, y recibió la luz evangélica, y se abrazó con Jesucristo verdadero Dios, y único Señor nuestro. Luego que fué bautizado, deseó comunicar á los otros sus vasallos la gracia del Señor, que él habia recibido: para esto domó á los rebeldes, animó á los obedientes, é instituyó en Hungría varios obispados y muchos ministros de Dios, para cultivar aquella viña tan inculta y llena de malezas. Mas estando con cuidado, una noche le apareció un mozo hermoso sobre manera, que le dijo: La paz sea contigo, escogido de Cristo, deja este cuidado; porque no harás tú por tí, lo que piensas, ni Dios se quiere servir de tí para eso; porque tienes las manos llenas de sangre humana. Tendrás un hijo que será rey, y del número de aquellos reyes que Dios ha escogido para reyes eternos. Este pondrá en obra por concejo divino lo que tú has pensado y determinado en tu corazon. Lo que á tí te toca es recibir con grande acatamiento á un varon santo, que el Señor te enviará por su embajador, y obedecerle en todo lo que te mandare. Dichas estas palabras desapareció aquel mancebo, y toda aquella vision, y Geisa quedó por una parte muy agradecido á Dios, por la promesa que habia hecho de darle un hijo que seria rey, y pondria en ejecucion lo que él tanto deseaba; y por otra confuso, porque no sabia quién era aquel hombre que Dios le enviaba por embajador. Estando suspenso y pensando en esto, le avisaron que san Adalberto, obispo de Bohemia le venia á ver: y entónces entendió que aquel era el embajador que le venia del cielo: y así le salió á recibir con grande alegría y regocijo, y se puso en sus manos, para que le mandase todo lo que fuese servido. El santo obispo con su vida, doctrina y predicacion divina, convirtió gran número de aquella gente que por su natural condicion y por su idolatría fiera y bárbara, vivia apartada del gremio de la santa Iglesia: y para que se fuese cumpliendo lo que Dios habia prometido á Geisa, que le daria un hijo que edificase como otro Salomon el templo del Señor, en lugar de David, su padre; estando preñada y cerca del parto la mujer de Geisa, le apareció el glorioso protomártir san Estéban, con sus insignias de levita, y le certificó que pariria un hijo, que seria el primer rey de aquel reino; mandándole que le llamase de su nombre, que era Estéban. Nació el niño en Estrigonia: bautizóle san Adalberto, y conforme á la revelacion de Dios le llamó Estéban; y allí se crió y fué enseñado en la gramática. Despues su padre llamó á los grandes y nobles, y á los demás á quienes de derecho pertenecia, y tomóles juramento que recibirian por su señor y príncipe á Estéban, su hijo, y siendo ya el padre de mucha edad, acabó el curso de su peregrinacion el año del Señor de 997 y el mismo año al bienaventurado san Adalberto, habiendo ido á alumbrar los pueblos de Prusia con la luz del Evangelio, alcanzó la corona del martirio.

Viéndose Estéban ya señor despues de la muerte de su padre, luego puso los ojos en ganar las voluntades de sus pueblos, é inclinarlos á salir de las tinieblas de la idolatría en que estaban, y abrazar el culto y doctrina del verdadero Dios Jesucristo nuestro Salvador; y aunque era mozo en la edad, tenia gran ceso y madurez, y sabia muy bien guiar los negocios de este fin. Entendiendo, pues, que los de la religion no se pueden tratar bien en el ruido de las armas, procuró la primera cosa hacer paz con los otros príncipes vecinos, para que estando entre sí unidos y aliados no hubiese cosa que estorbase el deseo que tenia de propagar nuestra santa religion. Mas como el demonio penetró los santos intentos de Estéban; para estorbarlos incitó á los señores y caballeros húngaros y gentiles que se rebelasen contra el rey, y formasen campo y corriesen la tierra, como lo hicieron quemándola, talándola y arruinando cuanto hallaban. Cercaron la ciudad de Vesprin, así porque Estéban muchas veces iba á ella, y con esto hacerle mayor befa; como porque, tomada aquella plaza, pensaban apoderarse mas fácilmente de las demás. No desmayó Estéban, por ver aquella revolucion y furor de los gentiles sus vasallos; ántes tomando mas ánimo y confianza en Dios, cuya causa trataba, y en los bienaventurados san Martin, obispo, y san Jorge, sus patrones, se les opuso y vino á batalla con ellos, y los venció, y deshizo aquel campo, quedando vencedor. Y como reconocia aquella victoria tan señalada de Dios, quiso que todos los despojos del enemigo sirviesen al mismo Dios, sin tomar nada para sí; y así mandó edificar un monasterio con la advocacion de san Martin (por haber sido húngaro de na-

cion, y haber llevado el rey en la guerra su bandera), en el mismo lugar en que el mismo san Martin hacia oracion, cuando estaba en Hungría, y dió á este monasterio grandes heredamientos y rentas, y mandó que le pagasen los diezmos, con tanto rigor, que el que tenia diez hijos estaba obligado á dar uno al monasterio de San Martin.

Acabada de sosegar esta rebelion, para llevar adelante su empresa, y tener personas fieles y doctas que en ella le ayudasen, significó á muchos clérigos, abades y monges, siervos de nuestro Señor, la voluntad que tenia de arrancar de aquel campo las espinas de la idolatría, que la cubrian, y sembrar la semilla del cielo, para que los que, movidos del zelo de la gloria del mismo Señor, quisiesen venir á labrarle, supiesen que en él tendrian toda seguridad, amparo y favor. Muchos santos varones vinieron de diversas partes, y con su ejemplar vida y predicacion hicieron maravilloso fruto, domesticaron aquella gente feroz con los preceptos blandos del santo Evangelio, y fundaron monasterios: y algunos de ellos fueron gloriosos mártires de nuestro Señor.

De esta manera san Estéban iba plantando y propagando nuestra santa religion, favoreciendo á los que la abrazaban de grado, y espantando y domando á los que le resistian y perseveraban en su error. Dividió su provincia en diez obispados, cuya cabeza, quiso que fuese la Iglesia de Estrigonia: y para que el sumo pontífice fuese informado de todo lo que se habia hecho, y lo confirmase con su autoridad y bendicion, envió á Roma á un santo varon, llamado Astrico, que por otro nombre, llaman Anastasio (que ya era obispo colosense), y para que juntamente suplicase á su santidad que le diese título de rey, para que con mayor majestad pudiese acabar lo que para gloria de Dios y utilidad de aquella gente, habia comenzado. Llegó á Roma Anastasio, al mismo tiempo que el duque de Polonia Miesco se habia convertido á la fé de Cristo, y enviado sus embajadores á Roma para impetrar del papa el título de rey de Polonia, y su santidad se habia determinado á dárselo, y mandó labrar una rica corona con intento de enviársela con su santa bendicion; mas la noche ántes del dia que habia de dar la corona á los embajadores de Polonia, le apareció al sumo pontífice un ángel, y le dijo, que el dia siguiente vendrian á él embajadores de una nueva gente, para pedirle su bendicion, y la corona de rey para el duque su señor, y que á estos diese la corona que tenia aparejada, y supiese cierto que se le debia bien por sus grandes merecimientos. Llegó Anastasio al dia siguiente, y propuso al pontífice su embajada, y declaróle, que el duque Estéban, que le enviaba, habia sujetado muchos pueblos á su obediencia, y muchos mas fieles á la de Cristo y de su santidad. No se puede fácilmente explicar el contento que recibió el vicario de Cristo con tan buenas nuevas, por ver que la gloria del Señor se amplificaba y florecia nuestra santa religion, y que Dios hubiese escogido aquel príncipe por apóstol de los húngaros; y así fácilmente concedió á Anastasio lo que le suplicó, y le dió su bendicion y la corona de rey, y una cruz para que en su nombre la diese á Estéban, y él se coronase de rey, y despues llevase delante de sí aquella cruz, diciendo: Yo soy apostólico; pero Estéban es apóstol de aquella gente feroz é indómita: pues la ha sabido amansar y sujetar al yugo de Cristo. Tambien le dió facultad para fundar iglesias, instituir obispados, y finalmente para ordenar todo lo que toca al culto divino y bien de las almas.

Esto, como aquí queda referido, dice el obispo Cartusio en la vida que escribió de san Estéban, primer rey de Hungría, y Martin Cromero, diligente escritor de las cosas de Polonia, dice, que Miesco por consejo del Senado envió á Lamberto, obispo de Cracovia, varon docto y elocuente, al sumo pontífice Benedicto VII, para suplicarle que le diese título de rey; y que al mismo tiempo, y con la misma embajada envió á Roma Estéban: y que el papa concedió á Estéban lo que le pidió y lo negó al polaco, ó porque hubo nueva que era muerto, ó porque Dios mandó al papa que lo difiriese, por ser los polacos en aquella sazon hombres intratables, ásperos y bárbaros, que oprimian á los pobres, y que poco á poco perdian y tenian poca cuenta con la religion. Esto dice este autor, y añade, que habiendo venido el emperador Oton, III de este nombre, á Polonia por visitar el sepulcro de san Adalberto, mártir, y sido hospedado y presentado magnificentísimamente de Boleslao el primero, hijo de Miesco, que para pagarle el hospedaje el emperador le dió título de rey, y le mandó coronar por Gaudencio, arzobispo el año de 1001: mas el cardenal Baronio en el fin del décimo tomo de sus Anales, por lo que escribe Pedro Damian, varon santo, en la vida de san Rómualdo, es de parecer que Boleslao, y no Miesco su padre, fué el que pidió la corona de rey al sumo pontífice, y no en tiempo de Oton el III, sino del emperador Enrique, que sucedió á Oton; y que esta gracia hizo á Boleslao el papa, y nó el emperador Oton. Pero volvamos á nuestro Estéban, el cual y todo el clero, grandes y señores de Hungría, recibieron al embajador Anastasio con suma alegría y veneracion, y coronaron á Estéban con la corona de rey que le habia enviado el vicario de Cristo con admirable aplauso y regocijo.

No se desvaneció el rey Estéban con la nueva dignidad; ántes reconociéndola de la mano del Rey del cielo, que da los reinos y los quita á su voluntad, con grande afecto hizo donacion de su nuevo reino á la Iglesia romana, como se saca de algunas epístolas de Gregorio VII, que trae el cardenal Baronio en el lugar arriba citado (Gregorio VII, lib. II, epíst. 13, 63. 70; y lib. V, epíst. 25) y refiere una, que es la décimatercia del segundo libro, escrito á Salomon, rey de Hungría, en que expresamente lo dice el papa. A mas de esto determinó san Estéban emplearse de allí adelante con mas veras en servir y honrar al Señor que tanto le habia honrado; y para poderlo hacer mejor y con mas perpetuidad, con el parecer de los obispos, prelados y señores de su reino, tomó por mujer á Gisela hermana del emperador Enrique, doncella de grandes partes, y adornada de maravillosa y extremada piedad la cual mostró en muchas cosas y particularmente en la iglesia que fundó en Vesprin, y adornó y enriqueció de muchos dones, ornamentos y vasos de oro y plata, imitando en esto al rey su marido, que con real magnificencia proveyó las iglesias y obispados que habia instituido, de las rentas y posesiones que habian menester para el sustento de sus ministros, y de cálices, cruces, candeleros, portapaces, y los demás vasos y ornamentos riquísimos que eran necesarios para el culto divino, teniendo gran vigilancia que los canónigos y ministros menores de la Iglesia viviesen con toda honestidad y fuesen sujetos á los obispos, y que los monges y demás personas dedicadas por

voto á mayor perfeccion, resplandeciesen sobre los otros, conforme á su hábito y profesion.

Fué devotísimo este santo rey de la sacratísima vírgen María, nuestra Señora, á quien con particular deseo y voto ofreció su reino, suplicándole humildemente que lo tomase debajo de su amparo y proteccion: y para ganar mas la voluntad de la santísima Vírgen, en la ciudad de Alba (que es la cabeza del reino de Hungría) le edificó un suntuosísimo templo de maravillosa traza, y le enriqueció de tantos y tan preciosos dones de oro y piedras preciosas, que no parecia se podian estimar. No se contentó el santo rey en haber dado muestras de su gran piedad en su reino, pero tambien quiso extenderla en los ajenos; porque en Jerusalen fundó un monasterio de monges, y les dió viñas y tierras, con que pudiesen vivir: y en Roma hizo otro colegio de doce canónigos con título de san Estéban, y un hospital para los peregrinos húngaros, que por su devocion iban á aquella santa ciudad; y en Constantinopla tambien mandó labrar una iglesia, proveyéndola de todo lo necesario.

Sobre este fundamento de piedad, con la cual mostraba el amor y reverencia que tenia á Dios nuestro Señor, edificó este santo rey el amor y misericordia para con los pobres, á los cuales abrazaba con un afecto tan amoroso y tierno, como si en cada uno de ellos viera y abrazara á Jesucristo nuestro Redentor. No permitia que ninguno se partiese de él desconsolado: dábales cuanto tenia; y él mismo en las noches les lavaba los piés, y por su mano les daba la limosna. Aconteciéle una noche salir solo con una bolsa llena de dinero para repartirle á los pobres: y ellos, ó por no conocer al rey, ó por haberlo así permitido nuestro Señor, para su mayor merecimiento y corona, porque no les daba todo lo que ellos querian, le pelaron las barbas, y le quisieron atropellar; y él muy contento se fué luego á la santísima Vírgen, y postrado en el suelo le hizo gracias por aquel favor diciéndole: Reina del cielo, mirad como han honrado vuestros soldados al que vos habeis hecho rey: y de allí sacó nuevos propósitos de dar siempre al que le pidiese por amor de Dios, y gastar sus tesoros en beneficio de los pobres: y nuestro Señor le pagó esta liberalidad con otra nueva merced que le hizo, dándole gracia para sanar á todos los enfermos; porque en sabiendo que alguno lo estaba, le enviaba por medicina un poco de pan ó fruta, ó de algunas yerbas olorosas, mandándole que se levantase de la cama; y luego sanaba. Gastaba los dias en dar audiencia, y en consultar y despachar los negocios de su reino; y las noches en oracion y contemplacion, y en derramar copiosas lágrimas delante del acatamiento del Señor. Era grave y severo en sus acciones: por maravilla le vieron reir; porque estaba tan compuesto y tan dentro de sí, como si con los ojos del cuerpo viera á aquel Señor, que veia con los del alma, y como si estuviera delante de su tribunal, para darle cuenta de toda su vida. A Cristo traia en su boca, á Cristo en su corazon, á Cristo en todas sus obras.

Tuvo don de profecía. Una noche despertó, y mandó luego despachar á toda diligencia un correo para avisar á los labradores y gente del campo, que con gran presteza se recogiesen á las ciudades y lugares fuertes, porque vendrian los besas (que eran pueblos bárbaros, y enemigos capitales de los húngaros y de los cristianos), y los destruirian. Apenas habia llegado el correo y recogídose la pobre gente, cuando entraron los besas y arruinaron toda la tierra; pero no pudieron cautivar la gente por estar en salvo.

Muerto el emperador Enrique, cuñado y amigo de san Estéban, le sucedió en el imperio Conrado, el cual quiso hacer guerra á san Estéban y á Hungría, y envió un poderoso ejército; pero acudió primero á la sacratísima Vírgen, como á su principal refugio y abogada, suplicándola que guardase á su pueblo, que eran las ovejas, y que no le castigase por los pecados del mismo rey, que era el pastor. Despues salió al encuentro de los enemigos: y fué cosa maravillosa que el dia siguiente llegó un correo con cartas en nombre del emperador para los capitanes de su campo, en que les mandaba que volviesen atrás; y así volvieron sin hacer nada: y cuando lo supo el emperador quedó atónito, temiendo que no fuese algun motin ó rebelion, porque él no habia dado tal órden. Pero cuando entendió de los capitanes las cartas que habian recibido y todo lo que habia pasado; dejó aquella guerra, juzgando que Dios favorecia al rey de Hungría, contra el cual él no podia contrastar.

Era tan grande la fama de sus virtudes, que muchos de varias y remotas partes venian á él, por ver y tratar á un rey que no vivia como los otros hombres, sino como hombre del cielo. Entre otros que vinieron, fueron sesenta besas (de los que dijimos), hombres principales y ricos, cargados de oro y plata y muchos tesoros: los cuales á la entrada del reino de Hungría cayeron en manos de salteadores, y fueron despojados de todo lo que llevaban, y maltratados y dejados medio muertos en el campo: pero ellos lo mejor que pudieron, siguieron su camino y vinieron al rey, y le contaron lo que les habia sucedido en el camino, y él los consoló y regaló, y mandó hacer justicia de los malhechores y ahorcarlos en los confines del reino para que estuviese seguro, y los que quisiesen venir á él no tuviesen que temer.

Con la santidad del rey, y con la justicia y su prudente administracion, florecia el reino de Hungría y Dios le echaba su bendicion, por los merecimientos de su siervo, y para declarar que lo era de veras y darle mas gloriosa corona en el cielo, le probó y afinó mas con las tribulaciones que en esta vida le dió: porque le afligió con una enfermedad muy larga de tres años: quitóle en tierna edad los hijos que le habia dado, dejándole solo uno, que fué el príncipe Emerice, en quien el rey su padre se regalaba, así porque no tenia otro y habia de ser heredero, como porque era mozo digno de ser amado por sus excelentes y admirables virtudes, que fueron tantas, que la santa Iglesia le tiene en el catálogo de los santos. En este hijo único tenia puestos los ojos el rey, su padre, y de dia y de noche le encomendaba á Dios y á la sacratísima Vírgen María, su patrona, para que se le guardase y le tuviese de su mano, y le hiciese heredero suyo, y le diese gracia para que acabase de asentar las cosas de la religion cristiana que él habia comenzado. Procuraba que tuviese siempre á su lado el príncipe personas religiosas, doctas y prudentes que le enseñasen: y el mismo padre escribió una instruccion, en que le decia lo que habia de hacer como príncipe cristiano despues de sus dias. En ella le encomendaba primeramente que tuviese siempre delante á Dios, y le amase y temiese sobre todas las cosas: que amparase la religion católica: defendiese las iglesias:

honrase á los prelados y eclesiásticos: administrase justicia: procurase ser mas amado, que temido de sus vasallos: y fuese benigno y liberal con los pobres y con los que poco pueden: que no hiciese cosa alguna de importancia sin consejo: que acariciase á los huéspedes y extraños; y finalmente, que abrazase todas las virtudes: y que para alcanzarlas, las pidiese á Dios con continua y fervorosa oracion; pues sin él, ni los reinos se pueden bien gobernar ni conservar.

Mas todas estas diligencias del rey Estéban no bastaron para que el príncipe, su hijo, viviese y le sucediese en el reino; porque Dios en la flor de su edad se le llevó, dejando al rey y al reino en un perpetuo llanto, por haberles faltado un príncipe de tan grandes esperanzas, y no quedar otro hijo que le pudiese suceder. Pero como el rey era santo, sujetóse á la voluntad de Dios, é hízole gracias por haberle quitado el hijo y llevádole á gozar de sí, y repartió muchas y grandes limosnas á las iglesias, monasterios y pobres por el alma de su hijo, y para que el Señor le diese sucesor, cual convenia para su servicio y bien de todo su reino.

No mucho despues cayó malo el rey de una enfermedad, que poco á poco le fué consumiendo y enflaqueciendo de manera, que no podia estar en pié. Tomaron ocasion los malos para vengarse de algunos tratamientos, que contra su gusto les habia hecho el rey: y cuatro palatinos se conjuraron contra él, y se concertaron de matarle ántes que el Señor le quitase la vida. Entró uno de ellos, el mas atrevido, á boca de noche ántes de traer luces en el aposento del rey, con la espada desnuda debajo de la capa, para ejecutar su mal intento; pero por voluntad de Dios, que guarda á los suyos, en poniendo el pié en el aposento se le cayó la espada en el suelo, y con el ruido le preguntó el rey que era aquello: y el hombre desventurado, despavorido y temblando se echó á los piés del rey, y le confesó lo que venia á hacer y le pidió le perdonase; y el rey lo hizo con mucha benignidad, aunque mandó prender luego los cómplices, y dió sentencia de muerte contra ellos.

Crecia la enfermedad, y conoció el rey que Dios le queria hacer merced de librarle de este valle de lágrimas, y llevarle á otro mas glorioso reino: y habiendo recibido con mucha devocion todos los santos Sacramentos, y exhortado á los obispos y señores del reino, que tuviesen cuenta con la fé católica y con la justicia, y tratado con ellos del sucesor del reino; encomendándose con extraordinario afecto á la sacratísima Vírgen, y suplicándola humildemente que presentase su alma delante de su precioso Hijo, se la dió, y acabó su peregrinacion á los 15 de agosto, dia de la Asuncion de la misma Vírgen, á quien él habia pedido con mucha instancia que le llevase en aquel dia.

Concurrió de todo el reino innumerable gente á su entierro, llorando todos muchas lágrimas, por haber perdido tal rey, tal padre y pastor. Fué oida música del cielo sobre su sepulcro, y del sagrado cuerpo salió una fragancia mas que natural. Colocáronle en medio de la iglesia de Nuestra Señora de Alba Real, que el mismo rey habia edificado, en un sepulcro de mármol blanco, donde estuvo cuarenta y cinco años, haciendo Dios por el santo grandes maravillas, y dando salud á todos los que de diversas partes venian á pedirle favor para librarse de las enfermedades y calamidades que padecian.

Despues de los cuarenta y cinco años, siendo rey de Hungría Ladislao, por órden del papa trasladó el cuerpo, habiendo precedido ayuno de tres dias y grandes limosnas: y en esta traslacion, que fué á los 20 de agosto, renovó el Señor sus maravillas, y dió salud á muchos que estaban sin esperanza de ella. Sanó á un mozo paralítico de doce años y á otro muchacho de siete, contrahecho desde su nacimiento, que andaba á gatas, y á la condesa Matilde, que habia tres años que padecia un dolor interior excesivo, y resucitó un muerto; y hallóse el sagrado cuerpo en su sepultura, que estaba llena de agua algo roja; y como mezclada de aceite á manera de bálsamo. Finalmente, fueron tantos los milagros que el Señor obró en esta traslacion, que apenas se pueden contar; y con estar el sagrado cuerpo consumido y hecho polvos, la mano del santo rey con su anillo en el dedo se halló entera: la cual dió un ángel á guardar á un monge que se llamaba Mercurio, envuelta en un rico paño, mandándole que guardase aquel tesoro hasta su tiempo; significando nuestro Señor (como lo dice el autor que escribe su vida), que no era justo que se gastase y corrompiese aquella mano, que habia sido tan liberal y dadivosa para con los pobres, y remediadora de las necesidades de todo aquel reino.

La vida de san Estéban, rey de Hungría, escribió á Colmano, octavo rey de los húngaros, el obispo Cartusio: tráela Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo. Murió el santo rey el año de 1034, á los 15 de agosto, y fué trasladado su cuerpo á los 20 del mismo mes, y en este dia le celebra la Iglesia: y el cardenal Baronio en sus anotaciones y en el décimo tomo de sus Anales, y los historiadores de las cosas de Hungría escriben de él.

* SAN SAMUEL, PROFETA.—Llamábase su padre Elcana y su madre Ana, era de la tribu de Leví, y por el espacio de muchos años desempeñó el cargo de juez en Israel. Su madre era estéril, y como la esterilidad en aquellos tiempos era mirada como un castigo de Dios, suplicó al Señor le concediera un hijo. Oyó sus ruegos el Todopoderoso, y concibió dando á luz á su hijo por los años de 1155 ántes de Jesucristo. Como habia Ana prometido al Señor que si le concedia un hijo lo consagraria á su servicio, apenas lo destetó cuando cumplió su voto yendo á Silos y presentándolo al sumo sacerdote Helí. El Señor habia amenazado á Helí y á sus hijos con terribles castigos, y como estos se realizaran, fué Samuel á la edad de cuarenta años escogido para ser juez. Desde entonces fijó su residencia en Ramata, y de vez en cuando recorria las poblaciones para administrar justicia. Tuvo Samuel dos hijos llamados Joel y Abia, y ambos fueron jueces de Israel, ejerciendo la magistratura en Bersabé, ciudad situada en la extremidad meridional del pais de Canaan. No fueron justos y rectos como su padre, porque se dejaron corromper por las riquezas haciéndose abominables. Fastidiados los pueblos del gobierno de los jueces, pidieron á Samuel les diera un rey, y Saul fué el primero consagrado por el profeta de órden de Dios. Los desórdenes de Saul irritaron mucho al Señor, de modo que le quitó el trono, y mandó á Samuel que ungiese á David por rey. Mucho sintió Samuel la desgracia de Saul, la lloró toda su vida, y se apareció despues de su muerte al rey Saul, anunciando la muerte de sus hijos y la suya, sobre los montes de Gelboé. Murió Samuel á los noventa y ocho años de su edad, y 1057

ántes de Jesucristo. Los pueblos le lloraron en extremo, dando así prueba del amor que le profesaban por su recta administracion. Fué enterrado su cuerpo en la Judea, su sepulcro fué glorioso en milagros, y segun dice san Gerónimo, sus reliquias fueron trasladadas por el emperador Arcadio á Constantinopla.

San Lucio, mártir.—Era senador romano, y se complacia en ver derramar la sangre de los cristianos. Un dia estando admirando la milagrosa constancia de san Teodoro, obispo de Cirene, cuando le martirizaban, fué tocado de la gracia celestial, y se convirtió á la religion de Jesucristo, y con sus palabras y persuasion convirtió tambien al gobernador Digniano, con el cual se fué á Chipre. En esta isla, viendo que otros cristianos recibian la corona del martirio por confesar á Jesucristo, se ofreció Lucio voluntariamente á la muerte y fué degollado, recibiendo la misma corona.

San Filiberto, abad.—Nació en Gascuña, y fué educado en las máximas de la mas pura piedad. Habiendo sido enviado á la córte de Gotario II, los ejemplos y exortaciones de san Ouen, hicieron en el santo jóven tan profunda impresion, que á la edad de veinte años renunció al mundo, y tomó el hábito en la abadía de Rebais, que el mismo san Ouen habia fundado. Filiberto fué despues de poco elegido superior de aquella casa; pero teniendo que luchar continuamente con la indocilidad de algunos monges, se fué á visitar los principales monasterios que vivian bajo la regla de san Columbano, y fijó su recidencia en la Normandía, donde fundó un célebre monasterio en las tierras que le cedieron el rey Clodoveo y la reina Batilde, el año 651. De todas partes acudieron los hombres piadosos á querer vivir bajo la direccion del nuevo abad, que en poco tiempo se vió rodeado de mas de novecientos monges, los cuales dedicó á los penosos trabajos del desmonte de las tierras, para edificar otros varios monasterios. En 674 la necesidad obligó á san Filiberto á hacer un viaje á la córte, y estando en ella, tuvo valor para reprender á Ebroin, mayordomo de palacio, sus crímenes é injusticias. Este malvado ministro, escitó contra el santo una violenta persecucion, y para sustraerse á ella, se retiró á la pequeña isla de Evio sobre las costas de Poitou, donde fundó otro monasterio, en el cual vivió hasta acabar santamente sus dias el 20 ó 22 de agosto del año 684.

San Máximo, confesor.—Francés de nacimiento, fué educado en el monasterio que gobernaba san Martin de Tours, y era todavía muy jóven cuando perdió á su bienaventurado maestro. Habiendo sido elevado al sacerdocio, se mostró mas fervoroso que nunca. El deseo de vivir desconocido de los hombres, le obligó á dejar su patria y retirarse á un monasterio cerca de Lyon, del cual fué despues dignísimo abad. Pero distrayéndolo demasiado las atenciones de su cargo, y viéndose con frecuencia molestado por las incursiones de los bárbaros, abandonó tambien la abadía y se volvió á su pais, y emprendió otra vez su primer género de vida. Sin embargo, al cabo de algun tiempo se vió obligado á tomar la direccion de los monges de Chinon, cuyo monasterio habia él mismo fundado. En él murió de una edad muy avanzada, á mediados del siglo V, dejando atestiguada su santidad por los milagros obrados ántes y despues de su dichosa muerte.

San Maneto, confesor.—Fué uno de los siete fundadores del órden religioso de los Siervos de María. Véase el dia 11 de febrero.

Los santos Severo y Memnon, y otros treinta y siete compañeros, mártires.—Severo era un cristiano de Sida, en Panfilia, que iba recorriendo las ciudades y aldeas predicando el Evangelio. Cuando un dia llegó á la ciudad de Fililópolis en Tracia, encontró que iban á ser martirizados treinta y siete cristianos; y encendiéndose en fervor y celo, se presentó en el lugar de la ejecucion y proclamó á Jesucristo, animando al mismo tiempo á aquellos confesores al martirio. Al momento fué preso y atormentado juntamente con los demás, y como obrase el Señor muchos milagros en su martirio, abrazó la religion cristiana un centurion que estaba allí presente, llamado Memnon, que asociándose con ellos en la confesion de la fé, fué tambien participante de la corona del martirio, muriendo todos juntos abrasados en una hoguera, el año 302.

San Porfirio.—Son muy escasas las noticias que tenemos de este santo, pues todas se reducen á saber que instruyó en la religion cristiana y bautizó al mártir san Agapito, y que murió en Roma á fines del siglo III. Algunos creen que alcanzó la corona del martirio; pero san Gerónimo, Ferrario y los bolandistas no se atreven á asegurarlo, é insinúan que murió en paz.

San Cristóbal y san Leovigildo, mártires.—El primero era natural de Córdoba, hijo de padres cristianos y deudo de san Eulogio, de quien fué discípulo. Dióse desde niño al estudio de las letras; y bajo la direccion de un maestro tan docto y tan santo, aprendió las ciencias y el ejercicio de todas las virtudes. Crecia teniendo grande horror á los engaños del mundo, y á los halagos de la carne, y para evitarlos, tomó el hábito de monge en el monasterio de San Martin, que estaba en la sierra de Córdoba, en un lugar llamado Rojana. Dióse allí tan de veras al estudio de la oracion, á la mortificacion de sus pasiones, al rigor de la penitencia, al estrecho cuidado de la observancia regular y á las santas ocupaciones y ejercicios de la vida monástica, que aun á los monges mas fervorosos tenia atónitos. Oia con gran dolor las noticias de la matanza que en el pueblo cristiano iba haciendo Abderramen, cruelísimo perseguidor del nombre de Cristo. Habiendo, pues, sabido el triunfo que de él habian alcanzado san Aurelio y sus compañeros, se sintió inflamado del deseo de imitarlos, y correspondió luego á la inspiracion del cielo, bajó á la ciudad y se presentó al juez, confesándose por cristiano y por declarado enemigo de las maldades del falso profeta. Exhortó al juez á que recibiese las verdades de su fé, y desechase las falsedades y torpezas de su secta, cuya conducta exasperó extraordinariamente al juez, y mandó que, cargado de hierros lo pusiesen en la cárcel pública. Al mismo tiempo dió igual ejemplo de fortaleza Leovigildo, monge de buena edad, natural de Iliberi, que dejó su patria para abrazar la vida religiosa en el monasterio de San Justo y San Pastor. Era varon de conocida virtud, justo y temeroso de Dios, y tan humilde, que nada fiaba de sí mismo, ni aun sus buenos deseos. Los que le dió el Señor de que le ofreciese su vida en sacrificio, los comunicó con san Eulogio, obispo, y tomada su bendicion, se presentó al juez y le predicó la divinidad de Jesucristo y el misterio de la redencion, que se obró por su sangre. Dijo al mismo tiempo tales cosas contra Mahoma y su secta, que no pudiendo sufrirlo los ministros, despues de haberle maltratado, lo

llevaron á la cárcel. Viéndose en ella los dos santos Cristóbal y Leovigildo, se abrazaron tiernamente, y se animaron mútuamente para el combate. Pronunció contra ellos el juez la sentencia de muerte, cuya noticia recibieron con indecible gozo por ver llegado el término de su esperanza. Conducidos á la plaza pública, fueron en ella degollados, primero Leovigildo, y luego Cristóbal, el dia 20 de agosto del año 852. Mandó el juez que los santos cadáveres fuesen echados en una hoguera, pero los cristianos los sacaron de allí ántes que el fuego los consumiese, y los sepultaron en la iglesia de san Zoilo, de la cual fueron despues trasladados á la de San Pedro de la misma ciudad de Córdoba donde hoy se veneran.

DIA 21.

San Privado, obispo y mártir.—Imperando Valeriano y Galieno, se movió contra los cristianos una de las mas crueles persecuciones que habia padecido la Iglesia de Dios, tanto que los jueces, apremiados de los crueles edictos que cada dia les enviaban de Roma, salian por los caminos y andaban de unas á otras partes con gran número de ministros y soldados, prendiendo á cuantos cristianos podian haber y descubrir, sin perdonar dignidad, edad ni sexo: y entregándolos á los inicuos verdugos (que en tal caso todos lo eran), á unos azotaban rigurosamente, á otros echaban á las fieras para que los despedazasen, á otros al fuego para que los abrasase; y finalmente á todos quitaban las vidas cruel y rigurosamente, sin hallar mas delito, que el ser cristianos y servir á Dios. Tal fué la infame crueldad de estos emperadores, que la divina clemencia hubo de manifestar su justicia contra ellos, disponiendo que cuando mas en paz y quietud se hallaban, se levantasen y rebelasen contra ellos casi todas las bárbaras naciones, las cuales con poderosos ejércitos, destruyeron casi todo el Oriente y Occidente, sin dejar ciudad que no abrasasen, ni pueblo que no inundasen, quitando las vidas y robando las haciendas, haciendo de los mas fuertes edificios y mayores poblados, desiertos y soledades vastas. Los alemanes, que eran de los muchos que se habian levantado, pasaron á Francia con su rey Croco, ó Herodes. Venian tantos bárbaros, que á manera de langostas cubrian la tierra; y así les era muy fácil arruinarlo y destruirlo todo. Llegaron á la region gavalitana, con ánimo de rendirla y destruirla toda, como hacian con las otras: lo que advertido de los habitantes de aquellos pueblos, todos unánimes y conformes se retiraron á un monte llamado Gredon, tan eminente y difícil de rendir á los que en él se guardaban, que si el arte hubiera sudado en hacer fortines, torreones y otras defensas militares, no pudiera llegar á lo que la diestra naturaleza habia en él obrado, siendo no solo defensa á los naturales, sino es tambien á los pueblos estranjeros, y peregrinos infinitos que allí venian á defenderse de los bárbaros y sus invasiones.

En esta region, pues, presidia y tenia el gobierno espiritual el glorioso san Privado, siendo su obispo: vivia en un pequeño lugar llamado Mimat, sito al pié de dicho monte, cuyo sitio eligieron por ameno los obispos, sus antecesores, colocando en él su silla y sepulcro. Pero como Privado privaba tanto con el Rey de la gloria huyendo los deleites de este mundo, vivia retirado en una cueva, que con particular estudio y cuidado habia hecho por sus manos en el mismo monte, donde siempre estaba encerrado, dado á la leccion y contemplacion de cosas divinas, siendo su trato solo con Dios, sin que jamás le viesen fuera de la gruta, sino era para celebrar los divinos oficios. Retirados, pues, todos los feligreses suyos á la fortaleza del monte, el santo obispo se quedó fuera en su cueva, donde le halló el furor de los bárbaros, y desde donde, ya que no podia con sus presentes exhortaciones, ayudaba á los suyos con súplicas y oraciones continuas que á Dios hacia, con que los defendia, sin duda mas que el mismo monte y su fortaleza. Entretanto los bárbaros arruinaron toda la region, y por dejarla del todo despoblada, sabiendo que en el monte y su fortaleza estaban los mas de sus moradores retirados con otros muchos estranjeros, vinieron á sitiarle, y de suerte le cercó la muchedumbre de los bárbaros que ya que no podian hacer guerra alguna á los sitiados, por lo ménos podian esperar que todos, oprimidos del sitio, ó se rendirian ó se moririan de hambre. Con esta intencion permanecian en el sitio los bárbaros, cuando despues de dos años, que habia que duraba el cerco, llegó á sus oidos la noticia de la cueva en que vivia encerrado, y solo el obispo santo. Gozosos con tal nueva fuéron á prenderle, persuadidos á que los sitiados, viendo preso á su obispo, se rendirian por darle la libertad; y no se engañaban, si el santo obispo no dispusiera otra cosa. Al fin llegaron á la gruta, y le prendieron y llevaron á una fortaleza que estaba en un collado, entre el monte mismo y la iglesia del obispo, y allí le dijeron por un intérprete, que si queria gozar de la vida, hiciese que su gente toda se rindiese, que con hacerlos á todos sus esclavos, aplacarian su furor y les perdonarian la resistencia sin hacerles mal alguno.

Animoso entonces respondió el santo obispo: A un sacerdote no es lícito aconsejar tal desdicha á su pueblo, y mas cuando le asiste Dios y le ha dado una habitacion tan fuerte y segurísima como la de aquel monte: á mi bien podreis quitarme la vida, que por defender mis ovejas la daré por bien perdida, si es que se puede llamar perdida la vida de un pastor que por sus ovejas muere, pero sabed, que aunque me deis los mayores tormentos, jamás se moverá mi ánimo á aconsejar tal maldad.

Con esta respuesta enfurecidos los bárbaros, le hicieron dar muchos palos y azotes, y luego le llevaron al lugar y casa suya, persuadidos á que el miedo del castigo le mudaria el ánimo, y haria que se rindiesen los sitiados: pero el glorioso mártir, constante y firme siempre, solo les dijo: Que lo que una vez habia dicho, bastaba á que entendiesen no haria lo que le pedian, y que si tuvieran razon, conocerian que en ningun modo le era lícito hacerlo. Entonces los bárbaros, como gente sin razon, añadieron mas tormentos y rigores, y por última fiereza, le persuadieron á que sacrificase á los ídolos, para que ya que no queria ser enemigo de su pueblo, lo fuese de su alma. Previnieron el sacrificio bárbaro, y le dijeron que ofreciese sacrificio con ellos á sus ídolos, ó se dispusiese á recibir cruelísimos tormentos que le esperaban. El santo obispo les dijo: Mucho me maravillo que de un obispo espereis tal maldad como es sacrificar á los demonios, y darles el culto á solo Dios debido. Quien por Dios no quiere entregaros su pueblo, ménos esperanza os puede quedar de que deje al mismo Dios por los demonios.

A esto respondieron los bárbaros: ¿Por ventura te

aconsejamos cosas ilícitas y solo usadas entre bárbaros? ¿Vuestros emperadores y sus jueces todos no adoran los ídolos y compelen á los cristianos á que los adoren; y donde nó, los martirizan? Respondió el obispo con harto dolor de su corazon: Verdad es lo que decís; pluguiese á Dios no lo fuera; pues consta al mundo todo de las maldades y crueldades de los emperadores en esa parte, y cuán graves pecados cometen con la idolatría, que si no fuera así no los castigaria Dios, como lo hace con las invasiones de tantas naciones bárbaras; porque os hago saber, que cuanto haceis contra nosotros, y cuantas provincias dejais asoladas y destruidas, no teneis que agradecerlo á vuestro esfuerzo y valor, sino á los graves pecados de nuestros emperadores, y su religion falsa. Pero os advierto, que tenemos un Dios tan poderoso los cristianos y el mundo todo, que basta en un instante á volver los corazones de los emperadores, haciendo que le reconozcan, veneren y adoren; á destruir estos vuestros ídolos, y hacer que vosotros, aunque como bárbaros le ignorais, le conozcais tambien y os humilleis ante su divino acatamiento, y á mí, su siervo indigno, que estoy en vuestro poder, librarme si es servido de vuestras manos, y que no sienta vuestros tormentos: los cuales espero me han de ser corona de gloria, con cuya esperanza no hago caso de todas vuestras amenazas, furias y rigores. Rabiosos los bárbaros, le dijeron: O sacrifica al instante, ó sabe que serán tan crueles los tormentos, que te falte el ánimo para padecerlos. Primero que el ánimo me faltará la vida (dijo el santo); y así aplicad todo vuestro furor y saña: porque yo en nombre de mi Señor Jesucristo no puedo ser otro del que soy, y mejor me es mucho sufrir las penas y tormentos todos de este mundo, que, obrando tan locamente como vosotros, padecer con vosotros y los demonios que adorais, las penas eternas del infierno.

Aquí se acabaron las palabras de los bárbaros, y dando principio á las obras, no hubo género de tormento que en él no ejecutasen, sin perdonar azotes con garfios, palos con nudosos bastones, agua, fuego y cuanto supo y pudo inventar su bárbara crueldad y rigor: tantos y tan desapiadados fueron los martirios, que ya le desampararon y dejaron por muerto, volviendo el ánimo á los sitiados, con intencion de pedirles paz y treguas; porque consideraron que eran vanas las esperanzas que tenian de rendirlos. Así lo hicieron; y así mudada la suerte, les concedieron los sitiados aquello mismo que ellos debian pedir, y lo harian muy presto, si los bárbaros no se hubieran adelantado; pero quién duda fué milagro de su santo obispo, alcanzando de Dios con su oracion esta repentina mudanza, para que viese el mundo que dejaba sus ovejas y pueblo encomendado, no solo defendido y libre á costa de su vida, sino es tambien honrado, en paz y quieto, pidiéndoles sus enemigos lo que ellos debian pedirles. Y en señal de cuán honrados quedaban, les hicieron los bárbaros muchos presentes y regalos, solo á fin de que les concedieran el comercio y trato con ellos, quedando los unos y los otros muy alegres. Luego que el pueblo gozó de la deseada libertad y paz, fueron todos á ver á su obispo, y darle las gracias de los beneficios que confesaban deberle: unos se arrodillaban: otros le abrazaban: otros con sus mismas lenguas le lamian y limpiaban las heridas: tanto era el amor que le tenian y la veneracion con que le trataban, como á santo mártir y amoroso padre y pastor suyo; y al fin todos por órden suya fueron á la iglesia á dar gracias al Señor por tantos beneficios y gracias como con ellos habia usado. El glorioso mártir sobrevivió milagrosamente algunas horas, hasta que postrado ya á tanto padecer, ya desangradas sus venas, ya oprimido del sumo gozo (que suele, cuanco es grande, como un pesar quitar la vida) de ver libre su pueblo de la opresion de los bárbaros, vino á entregar su benditísima alma en manos de su Criador para que la llevase á la gloria á darle la merecida corona del martirio. Y porque la persecucion gentílica, en aquellos tiempos, pasaba mas allá de la vida: pues no contentos de quitársela á los santos mártires, destruian tambien y abrasaban sus cuerpos, sin dejar ni aun cenizas que pudiesen venerar los cristianos; dispusieron los gavalitanos, inspirados sin duda del cielo, sepultar el cuerpo de su santo obispo en la misma cueva en que él vivia retirado, para tenerle mas seguro, donde florece en milagrosas maravillas, que cada dia Dios obra por su intercesion gloriosa. Fué su martirio y muerte á 21 de agosto (dia en que la Iglesia celebra su fiesta), por los años del Señor de 280, imperando los ya nombrados Valeriano y Galieno. Escribieron su vida y martirio Beda; Usuardo; Adon; san Gregorio Turonense, *De gestis franc., lib.* I, *cap.* 30, 32 *et* 34; Venancio Fortunato, *lib.* VII, *Carmin.*; Monbricio, tom. I; Surio, tom. IV; Vincencio, *in Speculo, lib.* I, *cap.* 75; el Martirologio romano; Baronio en sus anotaciones, y en el tom. II de sus Anales, año 202, núm. 58; y año 280, núm. 2; y otros.

SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT, VIUDA Y FUNDADORA.—De Benigno Fremiot, presidente del parlamento de Borgoña, y de madama Margarita de Berbesi, señora de mucho mérito, su consorte, nacieron tres hijos: Margarita, que casó con el baron de Efran; Andrés, que fué arzobispo de Burges, y Juana Francisca, cuya vida empezamos á escribir. Nació Juana en la ciudad de Dijon, capital del ducado de Borgoña, en el reino de Francia, á los 23 de enero de 1572. Desde sus primeros años dió bastantes muestras de la heroica santidad á que Dios la habia predestinado; porque habiendo ido á visitar á su padre un caballero que profesaba la secta de Calvino, quiso hacer algunas caricias á nuestra niña y la dió algunos regalitos; pero ella refutando la herejía con razones superiores á sus años, tomó el regalito y lo echó al instante al fuego, diciendo á aquel calvinista: Ved ahí como arderán en el infierno los herejes que no quieren dar crédito á las palabras que ha dicho Jesucristo. Como su madre murió ántes que llegase al uso de razon, cuidó su padre de educarla hasta la edad de quince años. En este tiempo casóse Margarita, su hermana mayor, con el baron de Efran, que residia en el Poitou, y como amaba tiernamente á Juana, deseó llevarla consigo, para gozar de su amable compañía en la casa de su marido. El padre consintió á sus deseos, juzgando que de esta manera se atenderia mejor á la cuidadosa guarda de la virtuosa doncella, á que él no podia atender como queria, por estar ocupado y metido en los negocios de su empleo de presidente. Mas habria sido muy fatal para nuestra santa esta condescendencia de su padre, si Dios no hubiese velado de un modo particular sobre su custodia. Habia en casa de la hermana una criada vieja, mas cargada de malicia que de años; la cual con lisonjas, con caricias y con todas las astucias que supo sugerirle su malicia, procuró inspirar á Juana el amor profano, y apar-

tarla de la vida devota que llevaba. Pero la santa doncella, asistida de la divina gracia y protegida de la Vírgen santísima, á la cual como madre amorosa recurria siempre en sus necesidades, echó de sí con fortaleza y resolucion aquella esclava de Satanás, prohibiéndola comparecer mas en su presencia. Ejemplo que debe excitar la diligencia de los padres y cabezas de familia, á velar sobre las costumbres de sus domésticos, y á no entregar fácilmente sus propios hijos á la confianza de la gente de servicio.

Por esto y por otras cosas poco agradables que sucedieron á Juana en la casa de su hermana, deseaba volver otra vez á Dijon, y mientras estaba con estos deseos, la llamó su padre para colocarla en matrimonio con el baron de Chantal, primogénito de la noble familia de Rabutin, caballero dotado de las mas excelentes prendas de alma y cuerpo, el cual tenia su ordinaria habitacion en Barbugli. Entonces Juana era de edad de veinte años; mas ni lo florido de su edad ni el deseo de imitar á las otras damas le pudieron inclinar á las vanas diversiones, ni á los juegos, ni á las conversaciones, ni á otros semejantes pasatiempos; ántes como mujer cristiana toda se aplicó á cumplir las obligaciones de una buena y sabia madre de familias. Por esto quiso que las personas de su servicio tuviesen sus ejercicios de piedad, y que á cierta hora se juntasen todas á hacer oracion, á cuyo ejercicio asistia ella siempre y era la primera. En todas las fiestas, dejando la comodidad del oratorio doméstico, iba á la parroquia, donde asistia á las sagradas funciones, no solamente para satisfacer su propia devocion y para mover á sus súbditos á practicar lo mismo, sino tambien porque estaba persuadida que es mas agradable á Dios la oracion que se hace en comun que la particular. Su vestir era modesto y muy apartado del fausto y del lujo, y no usaba otros adornos que los que deseaba en ella su marido; por esta causa los dejaba luego que su marido por sus negocios se apartaba de su lado. En este tiempo de ausencia del marido vivia mas retirada de lo acostumbrado, y no admitia las visitas de aquellas personas que iban á verla por título de urbanidad, cuando su marido se hallaba presente. Un jóven noble quiso una vez ir á su casa bajo cierto pretexto estando ausente de ella su marido; pero la santa le recibió muy friamente, y dentro de poco se despidió de él, diciéndole que la llamaban sus obligaciones.

Como en el vestido, así en todas las otras cosas lícitas y honestas procuraba Juana contentar á su marido; dependia enteramente de él, como deben hacer las mujeres casadas, segun lo enseña el apóstol san Pablo. Lo amaba con afecto verdaderamente cristiano; por lo que primeramente procuraba su provecho espiritual, y despues era cuidadosa en asistirle y ayudarle en los negocios temporales. En una ocasion en que el marido tuvo una grave y peligrosa enfermedad, le asistió Juana como la mas diligente enfermera, sufriendo grandes incomodidades; y esta caridad de la santa mujer se extendia á todas las personas necesitadas, de cualquiera condicion que fuesen. De aquí es, que cuanto ahorraba de las pompas vanas y de otros gastos superfluos, y cuanto cómodamente la suministraba su casa, que estaba bien provista de riquezas, todo lo distribuia entre los pobres. En un año especialmente en que Dios afligió aquella comarca de Barbúgli con una terrible carestía, la santa hacia cocer gran cantidad de pan, y con sus propias manos lo daba á los pobres. Algunos procuraban engañarla, pidiéndole de nuevo limosna despues de haberla recibido, pero aunque ella advertia el engaño, no por eso los despedia, ántes muy contenta les daba otra vez limosna, diciendo interiormente al Señor: Mi Dios, yo en todo momento estoy mendigando á las puertas de vuestra misericordia: ¿y querria tal vez ser rechazada la segunda ó tercera vez que á vos recurro? Vos sufrís benignamente mi importunidad, ¿y no sufriré yo la de vuestra criatura? Animada de un verdadero espíritu de caridad y humildad, sufria los defectos de los que la servian, y fácilmente olvidaba cualquiera falta, mientras el que la habia cometido se reconociese; por esta causa en todo el tiempo que vivió en el siglo, á ninguno despidió de su servicio, fuera de dos, y esto solo porque se mostraron incorregibles.

Habia pasado Juana felizmente ocho años en una perfecta armonía con su marido, y habia dado á luz seis hijos, dos de los cuales habian muerto en la infancia, cuando el Señor la quitó inopinadamente á su marido que fué casualmente herido de muerte de un amigo suyo, mientras juntos se divertian en la caza. Cuán dolorosa fué á la sierva de Dios esta pérdida, no se puede fácilmente explicar; pero por fin, la divina gracia que la regia en todas las cosas, mitigó la amargura de su corazon, sujetando á la razon de la fe los sentimientos de la naturaleza. Resignóse, pues, Juana, como obediente hija á las soberanas disposiciones de su celestial Padre: luego hizo reflexion sobre las nuevas obligaciones de su estado de viuda, y particularmente sobre el peso de la obligacion de un hijo y tres hijas que le quedaban, y del cuidado de la familia; y cumplió tan perfectamente estos cargos de su nuevo estado, que se conoció desde luego que el Señor la habia afligido con aquel golpe para mas santificarla y elevarla á mas alto grado de perfeccion. Hé aquí los sentimientos que imprimió en su alma, segun ella misma lo describe: «Cuando quiso la divina Providencia romper aquel lazo que me detenia, me comunicó en el mismo tiempo una luz extraordinaria para conocer la nada de esta vida, y ardientes deseos de consagrarme á su bondad, y entonces hice voto de castidad. En este tiempo, pues, que era al principio de mi viudez, Dios me llamaba poderosamente á su servicio, ya por medio de devotas afecciones, ya por medio de muchas y varias tentaciones que me precisaban á recurrir á él. No obstante todo esto por entonces no me llevó á mayor perfeccion, que á vivir cristianamente, dentro de los límites de mi estado de viuda, criando virtuosamente á mis hijos. Mas despues de algunos meses, á mas de las aflicciones que sentia por mi viudez, fué el Señor servido de permitir que mi espíritu fuese agitado de tentaciones tan fuertes, que si su bondad no se hubiese compadecido de mí, sin duda habria quedado sumergida en el abismo de tan furiosa tempestad; la cual por no darme reposo alguno, de tal suerte me enflaqueció, que yo no parecia la misma.»

En medio de esta interna agitacion crecia cada dia mas en la santa el deseo de darse toda á Dios; y como ella dice: «los impulsos que yo recibia de la mano de Dios eran tan poderosos, que de buena gana lo habria abandonado todo para atender enteramente á su servicio, libre de todo externo impedimento; y tengo por cierto, que si la atadura de mis cuatro pequeños hijos no me hubiesen dete-

nido por obligacion de conciencia, hubiera huido desconocida á la Tierra Santa, para acabar allá mis dias. » Pero como ella no buscaba otra cosa que hacer la voluntad de Dios, le rogaba con fervorosas y continuas oraciones, acompañadas de ayunos y limosnas, se la quisiese manifestar por medio de un docto y santo director, á quien ella prontamente obedeceria. Difirió el Señor algun tiempo el oirla, y tambien dispuso que la aconteciese una cosa que la sirviese de poderoso motivo para estimar mas la deseada gracia, cuando la hubiese obtenido. Habiendo su padre llamado á la santa á Dijon, para que descansase de los afanes que la causó la muerte de su marido: mientras estaba en esta ciudad fué á visitar un lugar pio, poco distante de ella, donde habia un religioso que tenia fama de excelente director de almas, y se puso en sus manos: pero este religioso, que era mas indiscreto que sabio, la hizo obligar con voto á obedecerle en todo lo que la ordenase, y la cargó de tantos ejercicios de pequeñas devociones, que ella quedó oprimida, y su espíritu como en esclavitud, sin algun provecho espiritual, causando aun enfado á la familia.

A esta sazon el suegro de nuestra santa, que habitaba en Monteleon, la llamó para que con toda la familia se trasfiriese á su casa, como lo ejecutó prontamente. Aquí la tenia Dios preparada una pesadísima cruz, porque habia en aquella casa una criada de espíritu soberbio, que mandaba en ella con imperio: abusando esta criada de la bondad de la santa, la decia frecuentemente muchas injurias, y esparcia contra ella varias calumnias para denigrar su opinion con el suegro; en una palabra, la tenia en una dura y vergonzosa esclavitud: mas la bendita sierva de Dios, volviendo bien por mal, lo sufria todo, no solamente con paciencia, sino tambien con alegría; y no se desdeñaba de servir con sus propias manos á los hijos de aquella sierva, de instruirlos y de tener de ellos el mismo cuidado que si fuesen suyos propios; pero todo esto no fué bastante para que aquella infeliz mejorase en nada su conducta hácia la santa. Duró este ejercicio todo el tiempo que permaneció Juana en la casa de su suegro, que fué de siete años.

Un año despues que la santa habitaba en Monteleon, fué á predicar á Dijon san Francisco de Sales, que era el santo director que Dios la tenia preparado. Fué Juana á Dijon para oir sus sermones, atraida de la fama de su excelente modo de predicar. Apenas le vió, cuando tuvo un interior presentimiento de ser aquel santo prelado el hombre de Dios á quien debia fiar toda su conciencia y toda su conducta: en efecto, despues de mucha oracion la recibió el santo obispo bajo su direccion, la alijeró de los votos indiscretos y de otras muchas prácticas, mas propias de la servitud judaica, que de la libertad cristiana que la habia impuesto el otro director; y despues de varias conferencias la envió á Monteleon, llena de una consolacion y de una interior alegría que no se puede explicar. Por lo que ella misma acostumbraba decir que desde entonces la parecia haber salido de una durísima prision; sirviendo al Señor con alegría y libertad de espíritu, sin ser molesta á nadie, segun la máxima enseñada por el mismo san Francisco de Sales: «que nuestra devocion no debe causar incomodidad á ninguno, cualquiera que sea.» Tenia distribuido el tiempo de manera, que parte lo empleaba en la oracion, parte en instruir á sus hijos, parte en visitar los enfermos, y parte en la labor de sus manos, sin estar jamás ociosa, y siempre pronta á dejar ó diferir á otro tiempo los ejercicios de su privada devocion, cuando la caridad ú otra justa causa así lo pedia: habiendo aprendido de su santo director, que el mejor modo de alabar y servir á Dios, es hacer alegremente y por amor del mismo Señor todas las cosas que exija de nosotros la obligacion de nuestro estado, y haciendo la una despues de la otra.

Mas la virtud en que principalmente se distinguió en aquel tiempo nuestra santa, fué la caridad hácia los enfermos. No habia enfermo alguno, por mas horrorosa y fastidiosa que fuese su enfermedad, á quien no procurase aplicar con sus propias manos algun lenitivo y oportuno remedio; á cuyo efecto tenia buena provision de ellos en su casa, y á veces lavaba y curaba las llagas de los pobres, dobladas las rodillas sobre la tierra, reconociendo en ellos la persona de su divino Salvador. En los dias festivos tenia un cuidado muy especial de visitar y servir á los enfermos de su parroquia, consolándolos, instruyéndolos y suministrándoles el posible socorro, así espiritual como temporal: á mas de esto tenia dada órden á sus domésticos, que si hallaban algun enfermo que no pudiese ó no osase venir á su casa, se lo llevasen sin necesitar de otro aviso. En efecto, uno de sus domésticos halló á un pobre leproso en medio del camino, que yacia debajo de un árbol abandonado de todos: lo puso como pudo encima de su cabalgadura, y le llevó á la santa, la cual lo acogió con entrañas de caridad y con júbilo de su corazon: le puso en una cama aparejada, le curó despues con sus propias manos, y por el espacio de muchos meses continuos le sirvió sin manifestar jamás disgusto ó enfado, ántes bien le instruia y le confortaba, procurando aun mas por la salud del alma de aquel miserable, que por la del cuerpo. Habiendo la gravedad del mal reducido á aquel pobrecito á los extremos de la vida, la santa le asistió una noche entera, le hizo recibir oportunamente los santos sacramentos, y le ayudó á bien morir. Antes de espirar pidió el pobre á la sierva de Dios le bendijese, y la santa le dijo: Véte, ó hijo mio, confiando en Dios que serás llevado por los ángeles al lugar de descanso. Despues de haber espirado, le dió la santa un ósculo en la frente, le cerró los ojos y asistió al entierro. No faltó quien la reprendiese de esto, diciéndola que en la ley que Dios habia dado á Moisés, estaba prohibido tocar á los leprosos. Sí (replicó la santa), pero desde que he leido en la Escritura, que nuestro Salvador en su pasion tomó la semejanza de leproso por nuestro amor, ninguna lepra me causa horror, sino la del pecado. Otros semejantes casos se refieren de nuestra santa, que se omiten por la brevedad que deseamos.

Entretanto san Francisco de Sales iba meditando la fundacion de una congregacion, en la cual pudiesen ser admitidas aquellas mujeres, que ó por delicadeza de complexion, ó por sus indisposiciones, ó por pobreza, ó por ser viudas, no podian hallar lugar en los monasterios ya establecidos. Por tanto las reglas de esta congregacion debian ser dulces y suaves, en cuanto á la austeridad corporal, para ser proporcionadas á las fuerzas de las mujeres mas flacas y débiles; y debian conducir á la perfeccion por el camino de la humildad, caridad, abnegacion de la propia voluntad, desprendimiento perfecto de cualquiera cosa, y caritativa asistencia de los pobres enfermos. Manifestó Dios al santo,

que la piedra fundamental de este nuevo edificio habia de ser santa Juana Francisca; comunicóla el santo obispo el diseño del nuevo instituto que meditaba, y ella luego le abrazó con sumo júbilo de su alma, pero le fué forzoso guardar muy secreto en su corazon este santo pensamiento, pues preveia que su anciano padre y todos sus parientes harian los posibles esfuerzos para impedir su ejecucion. En efecto, no puede bastantemente ponderarse lo que nuestra santa sufrió en este particular: porque viviendo en Dijon en casa de su padre, un caballero de buen aspecto, muy noble y rico, que frecuentaba mucho aquella casa, prendado de la suavidad del trato de Juana y de sus amables calidades, la pidió por esposa al presidente, de quien era muy amigo, ofreciendo casar al mismo tiempo dos hijos suyos con dos hijas de Juana. Como este trato era sumamente ventajoso á toda la familia, todos los parientes instaban á Juana aceptase la proposicion, no admitiendo la excusa que daba de haber hecho voto de castidad; en fin le dieron tan fuertes baterías, que sintiéndose en estremo molestada de aquella tentacion, para rebatirla de una vez, y confirmarse mas en el propósito que tenia de consagrarse enteramente al divino servicio, hizo fabricar una lámina de hierro en que estuviese escrito el santísimo nombre de Jesus, y cuando la tuvo, la puso en el fuego, y así que fué hecha toda una ascua, inspirada de Dios se la aplicó animosa sobre el pecho, é imprimió sobre él este santísimo nombre, para denotar con esta accion extraordinaria, que toda sin la menor reserva se consagraba á su servicio y amor. Despues de esta heroica accion empezó á descubrir á su padre el designio de fundar una nueva congregacion, que san Francisco de Sales habia formado, queriendo que ella fuese la primera religiosa de este nuevo instituto; y por fin vencidas generosamente con la asistencia de Dios todas las demás dificultades, que el demonio y el mundo supieron levantar contra la ejecucion de este santo proyecto, con consentimiento de su padre y hermano, la mujer fuerte con otras dos compañeras, á 6 de junio de 1610, se fué á la ciudad de Annesi, donde tiene su residencia el obispo de Ginebra (despues que esta ciudad ha sido ocupada por los herejes), á establecer la primera casa de esta congregacion, nombrada de la Visitacion de María Santísima. Hizo en ella un año de noviciado con increible fervor de devocion, al cabo del cual hizo su profesion que consistia en dos votos simples de castidad y obediencia, á los cuales la santa añadió el de la pobreza, que las otras no hacian en los principios de la congregacion. Despues de la profesion se dedicó á visitar por las casas de la ciudad á los pobres enfermos, segun estaba ordenado en su instituto, con fruto maravilloso de los mismos enfermos, y con tanta edificacion del pueblo, que muy presto se esparció por todas partes la fama del nuevo instituto y llegó hasta paises muy distantes.

De ahí provino que muchos desearon tener en sus ciudades tan laudable instituto, y la santa era la que por órden de san Francisco de Sales iba á hacer las fundaciones. Mas al cabo de algunos años se juzgó conveniente cambiar esta congregacion de oblatas en una verdadera y formal religion, con clausura y votos solemnes. A este fin las dió el mismo san Francisco de Sales la regla de san Agustin, á la cual añadió algunas constituciones llenas de luz y sabiduría, que fueron aprobadas primeramente por el pontífice Paulo V en 1618, y despues por Urbano VIII en 1625. Pero como la clausura impedia á las religiosas el andar por las casas á visitar y servir á los pobres enfermos, que habia sido el primer objeto de la congregacion, por esto el santo ordenó en sus constituciones que fuesen recibidas en sus monasterios aun aquellas mujeres, que, ó por enfermedad, ó por otros defectos no hallaban entrada en los otros, mientras sus enfermedades no fuesen contagiosas, ó de tal calidad que las hiciesen para siempre incapaces de observar las constituciones. A cuyo fin el mismo san Francisco escribia despues á nuestra santa: «que amase tambien las cojas, las corcovadas, las tuertas y las ciegas, con tal que quisiesen ser derechas de intencion, pues que por semejantes defectos no dejarian de ser hermosas en el cielo.» Y como tenia el santo obispo muy arraigado en el corazon, que la caridad y humildad habian de ser las virtudes que principalmente resplandeciesen en la nueva religion, quiso que en ella no se hiciese caso alguno de la nobleza, ni de las riquezas; pero sí de la mansedumbre y de las demás virtudes cristianas, de manera, que una doncella adornada de las mismas, aunque de bajo linaje, debia ser preferida á una princesa que se hallase de ellas desprovista. No queria el santo, que por falta de dote se dejase de admitir jamás alguna que tuviese verdadera vocacion; porque Jesucristo (decia) de tal manera amó á los pobres, que la mayor parte de los apóstoles fueron tales. Y de este mismo espíritu estaba tan poseida nuestra santa, que se mostraba mas contenta y alegre cuando recibia en su monasterio doncellas pobres y de ninguna consideracion en el mundo, que cuando admitia otras ricas y respetables por su nacimiento; por lo que en una carta escrita á san Francisco de Sales, hablando de este asunto, le dice: «¡Oh, y cuánto estimo este artículo (de admitir las pobres)! ¡y qué preciosas son estas palabras!»

Revestida, pues, perfectamente la bendita sierva de Dios del espíritu de este instituto, del cual junto con san Francisco de Sales era fundadora, aunque siempre rehusó este nombre, pareciendo á su humildad demasiadamente honroso, lo extendió en muchas ciudades, habiéndose fundado en el tiempo de su vida con su diligencia y trabajo ochenta y cuatro monasterios. Todas las religiosas de la Visitacion la miraban como á madre comun, y las del monasterio de Annesi, que era el primero de todos, la quisieron siempre por su superiora, hasta que poco ántes de morir, vencidas de sus repetidas instancias, consintieron á que renunciase el oficio. En este cargo de superiora precedia á todas las religiosas con sus santos ejemplos; fué observantísima no solo de los tres votos comunes á las otras religiones, sino tambien de cualquiera regla de su instituto por mínima que fuese. De esta observancia queria la santa que el amor de Dios fuese toda el alma. «Es menester (decia á sus religiosas) que por amor de Dios guardemos el silencio; que por su amor nos sujetemos y recibamos las humillaciones; que por su amor suframos cualquiera incomodidad y las cosas mas penosas con alegría; haciéndonos tan diligentes y exactas en la observancia, que no dejemos de cumplir el mas pequeño ápice: en suma, que este celestial amor sea nuestro principio, nuestro fin y nuestra perfeccion.»

Era la santa una regla viva de su instituto, y todas las religiosas podian aprender de ella todas las virtudes que debian practicar en la religion; pero la virtud en que mas

se señaló fué sin duda la santa humildad, que quiso fuese como el alma de su instituto. Por tanto, ejerciendo el oficio de superiora, se consideraba como la mas mínima de todas, teniendo de sí misma el mas bajo concepto. Ella misma nos da una evidente prueba de esta verdad en una carta, en que hablando del oficio de las superioras, dice las siguientes palabras: «Las superioras deben ser invariablemente constantes en sus fines de promover la exacta observancia del instituto, y conducir las religiosas á la perfeccion, pero humildes y mansas en procurar los medios para conseguirlo: no piensen que el buen gobierno del monasterio proviene de su industria, sino únicamente de Dios y de su gracia, y serán las mejores las que, desconfiadas de sí mismas, tratarán con su divina Majestad mas humilde y confiadamente.» De su humildad nacia el ejercer cualquiera oficio bajo y despreciable del monasterio, igualmente que la última religiosa; como por ejemplo, lavar la ropa, llevar leña, y cosas semejantes. Procuraba para sí la toca mas grosera y remendada que hubiese en toda la comunidad; jamás se la oyó palabra que redundase en su honor, y si se veia precisada á escuchar de otros sus alabanzas, no se ponia á rebatirlas con largos razonamientos; porque en esto, decia, somos soberbias en querer ser tenidas por humildes; pero con el color del rostro, y tambien con las lágrimas que á veces derramaba en semejantes ocasiones, daba á conocer bien su interior sentimiento. Al contrario, sufria con una alegría maravillosa las injurias y baldones, que muchas veces la dijeron personas preocupadas contra ella y su instituto. Despreciaba tambien con todo el corazon todo lo que tenia alguna apariencia de honor mundano, no solo para su propia persona, sino tambien para su órden. Por esto habiéndola dicho una vez, que muchas damas ilustres por su nacimiento, que habian entrado en su religion, podrian fácilmente por medio de sus padres procurarse preeminencias y abadías insignes; entre otras cosas respondió: ¡Cuál seria mi congoja y sentimiento, si veia á una de nuestras hermanas tener el grado, el nombre y el tratamiento de dama! Y á una de sus religiosas, que le hablaba de este asunto, dijo: Vuestra felicidad consiste, ó hija, en haber hallado la cruz; el solo báculo pastoral á nadie ha abierto el cielo, pero la cruz lo abre á todos; en vano habriais venido á la Visitacion, si en ella pretendiais otra cosa que nuestra vida humilde de la cruz.

Resplandeció igualmente en esta sierva de Dios una singular paciencia; en el discurso de su vida visitóla Dios con frecuentes y graves enfermedades; pero ella léjos de quejarse, ni aun con la mas lijera expresion, decia: Sí, Dios mio, haced que padezca esta vuestra sierva, demasiadamente sensible y delicada: ó bien ¡Cuán poco es lo que padecemos, respecto de lo que Jesucristo padeció por nosotros! Pero mucho mas que las aflicciones corporales atormentaban á nuestra santa las penas del espíritu; esto es, las tentaciones, de las cuales decia, que la causaban tan terrible y continuo tormento, que la hacian olvidar de comer, y de satisfacer á sus naturales necesidades; sobre cuyo particular se explicaba en estos términos: Dios no me ha juzgado digna del martirio que yo desde mi niñez habia siempre deseado: pero el tirano de la tentacion es tan cruel, que no hay hora en el dia que no la cambiase gustosamente con la pérdida de la propia vida. Mas con todo esto, jamás perdió el ánimo, ni dejó de adelantarse siempre en el camino de la perfeccion. En cualquier estado en que se hallase, estaba perfectamente resignada en la voluntad de Dios, la cual reconocia como única regla de todas sus acciones. Por cuya causa, ni la muerte del marido, ni la de sus hijos, ni la de san Francisco de Sales, ni otros muchos acontecimientos de su naturaleza molestos y muy sensibles, la causaron perturbacion alguna, pues en todos adoraba la voluntad de Dios. Igual á las demás virtudes era en esta santa la de la mortificacion. Negaba á sus sentidos toda suerte de gusto; rehusaba aun en tiempo de enfermedad cualquier manjar delicado; se acercaba á la mesa como quien toma los medicamentos necesarios para el sustento, y siempre se levantaba con hambre y sed, y muchos dias de la semana afligia su cuerpo con cierto órden de penitencias. Pero mucho mayor era su mortificacion interior, que es mas útil, y en que no hay peligro de exceso y es ménos vista de los otros. A este fin ponia una deligencia extremada en descubrir todos los movimientos secretos de sus pasiones, para reprimirlos en sus principios, y negar siempre la propia voluntad.

Estas y otras virtudes que adornaban el alma de nuestra santa, eran pimpollos de la caridad que habia echado profundas raices en su corazon. Ardia tanto en el fuego del amor divino, que jamás hubiera hablado de otras cosas, si su humildad no le hubiese detenido. De ahí nació el voto con que se obligó en hacer siempre lo que conociese ser mas perfecto. De ahí tambien se originaba aquella union que tenia con Dios en la oracion, en que empleaba todo el tiempo que podia, no faltando empero jamás á acto alguno de comunidad. De ahí igualmente procedia la hambre de escuchar la palabra de Dios en la Escritura sagrada, leyendo cada dia y grabando en su corazon sus sentencias, de tal modo, que las tenia siempre prontas, así para su propia conducta, como para la instruccion de las demás. En suma, este fuego de la caridad hacia de toda su vida un holocausto muy acepto á la divina Majestad. Dignóse el Señor ilustrar á su sierva con muchos dones sobrenaturales, concediéndola el don de profecía, el de discrecion de espíritus y el de hacer milagros, obrando un gran número de ellos; por lo que su santidad fué estimada y venerada en todo el reino de Francia. Los príncipes y los reyes se recomendaban á sus oraciones; los obispos la hacian visitar otros monasterios de distinta órden, para que con su celestial prudencia introdujera en ellos la reforma conveniente, y se aconsejaban con ella en los asuntos mas arduos del gobierno de sus Iglesias; y el mismo san Vicente de Paúl la entregó las reglas de la congregacion de la Mision que habia fundado, para que las examinase y corrigiese: tan alto era el concepto que habia formado de su santidad y celestial sabiduría.

De esta manera hasta el año sesenta y ocho de su vida habia enseñado la santa á sus religiosas, mas con las obras que con las palabras, la práctica de las mas sublimes virtudes en calidad de superiora; cuando para mostrarles el ejercicio de la obediencia y sujecion en calidad de súbdita, rogó con muchas instancias, y por fin obtuvo el poder hacer dejacion del oficio de superiora. Jamás estuvo mas contenta que entonces, ni se habia visto en la Visitacion novicia alguna que fuese mas humilde, ni que dependiese mas de las insinuaciones de la superiora, que la santa. De ninguna manera quiso aceptar exencion ni distincion alguna de las que las monjas de comun acuerdo

muchas veces la ofrecieron, por el respeto y reverencia que la profesaban. Despues de algun tiempo, para obedecer al obispo de Ginebra, su superior, hubo de ir á Moulins, ciudad del Borbonés, donde la deseaban sus monjas. De allí para complacer á la reina de Francia, que deseaba verla y hablarla, pasó á París, donde aquella soberana la recibió con mucha distincion y agrado. De aquí volvió á Moulins, y hallándose en esta ciudad fué asaltada de una gravísima enfermedad, que puso término á sus dias. Juzgándose cercana á la muerte, de la cual habia tenido mucho ántes un interior aviso, pidió el santísimo Viático, que recibió con aquella devocion que cada uno puede imaginar. Hizo su testamento, que consistió en recomendar á todas sus religiosas la observancia de sus reglas: « el vivir en grande union y amor, en sencillez, sinceridad y rectitud de espíritu hácia el instituto, y el no dejarse jamás poseer del deseo de dignidades. » Sufrió su dolorosa enfermedad con gran tranquilidad de espíritu, y con deseos muy ardientes de verse libre de las ataduras del cuerpo para unirse con Cristo: oyó el Señor los deseos de su sierva, y en el dia ántes de su muerte, como quien despierta de un dulce sueño, dijo: ¡Oh, y qué dia hermoso es el dia de mañana! ¡Qué grande es la felicidad de una alma que procura hacer bien la oracion! Al contrario, ¿qué cosa será una religiosa sin la observancia de su regla? Aumentándosela el mal, la administraron el sacramento de la Extremauncion, siguiendo ella con devocion y fervor las oraciones que se dicen en semejante funcion: dió la bendicion á todas sus religiosas por obedecer á su confesor que se lo mandó: se hizo leer la pasion de nuestro Señor Jesucristo, parándose con mucho consuelo suyo en los puntos principales: finalmente, teniendo en su mano un crucifijo, y preguntándola el sacerdote que la asistia, si queria salir al encuentro de su celestial Esposo que venia á buscarla: Sí, respondió, padre mio, me voy: Jesus, Jesus, Jesus; y con este dulcísimo nombre en los labios voló de la tierra al cielo, á 13 de diciembre del año 1641. Fué su cuerpo trasladado á Annesi, y colocado en la iglesia del primer monasterio de la Visitacion de esta ciudad.

Manifestó Dios nuestro Señor la santidad de su sierva al glorioso san Vicente de Paúl; porque habiendo tenido noticia de la peligrosa enfermedad de la santa, la encomendaba á Dios recogido en su oratorio, cuando de improviso vió un pequeño globo de luz, que subiendo de la tierra se unió á otro globo mayor y mas resplandeciente, y que ambos así unidos, fueron recibidos en otro globo lucidísimo mas de lo que puede decirse; y alumbrado de Dios, entendió que el globo menor era la alma de santa Juana que subia al cielo; que el otro globo mayor era la alma de san Francisco de Sales, que bajaba del cielo á recibirla; y que el tercero, infinitamente mayor y mas resplandeciente, era la esencia divina, con la cual ambos felicísimamente se habian juntado. Beatificó á la sierva de Dios Benedicto XIV, en el año 1751; y despues Clemente XIII la canonizó solemnemente con bula que despachó á 16 de julio del año 1767; en la cual refiere siete milagros obrados por su intercesion, y son los siguientes.

El primero se obró con Gabriela Angélica Morel, doncella educanda en el monasterio de la Visitacion de Abalona; en la cual tenia tan estropeada la pierna derecha, que no solo la tenia casi sin humor ni calor, sino tambien medio palmo mas corta que la otra, pero implorando el patrocinio de la santa, consiguió que dicha pierna derecha se le pusiese enteramente igual con la izquierda.

El segundo sucedió con Isabel Dromier de la Peruse, profesa de la misma órden de la Visitacion, en el lugar de Saint Amour, del arzobispado de Leon, quien de resultas de una gravísima y larga enfermedad desahuciada de los médicos, tres meses habia que estaba postrada en la cama, sin poder moverse: en este lastimoso estado imploró con mucha fé el socorro de santa Juana Francisca, y al punto saltó de la cama enteramente buena, robusta y apta para todas las haciendas acostumbradas.

El tercero acaeció con Clara de Rudeis, doncella de la ciudad de Roma: la cual estando tísica, llegó á tal extremo, que habiendo recibido los santos sacramentos parecia que iba ya á espirar, y aun alguna vez se tuvo por muerta; pero habiendo implorado la intercesion de la santa, y proponiendo hacerla una novena, se la quitó la vehemencia de la enfermedad, y convaleciendo desde el dia tres ó cuatro hasta el nueve, salió en este dia de casa perfectamente buena, recobradas las fuerzas, el color y el apetito.

El cuarto sucedió con Eugenia Tronchon, profesa del órden de la Visitacion, en la ciudad de Saumur, en el obispado de Angers: se hallaba esta religiosa casi ahogada de una asma muy fuerte, que padecia ocho años habia, desde los quince de su edad: sobrevínola despues una perlesía en el brazo y en la pierna, que la quitó el movimiento, y en gran parte el sentido de dicha pierna y brazo: por espacio de cuarenta dias padeció esta dolorosa enfermedad, sin usar de remedio alguno para curarla; pero haciendo una novena en honor de santa Juana Francisca, suplicándola la alcanzase de Dios la salud, en el último dia de ella, de repente recobró el movimiento y el sentido en los miembros lisiados, y se levantó sana y vigorosa, volviendo á ejercer con facilidad las labores que acostumbraba.

El quinto se obró con Susana Bienfait, profesa de la órden de la Visitacion: la cual padecia un tumor esquirroso con fuerte dolor en las entrañas; añadióse á esto una perlesía en las piernas, que la quitó del todo el sentido y el movimiento, y aun la derecha por extenuacion la quedó seca: cansada de medicinas, por espacio de dos meses no usó de ningun remedio humano, implorando solo el socorro de santa Juana Francisca, haciéndola una novena; y hallándose en el último dia, en un momento recobró en las piernas, el movimiento y el sentido, y se la restituyó la carne á la pierna seca, de modo, que libre de sus males, pudo cumplir expedita y vigorosa todos los cargos que ejercitan las demás monjas.

El sexto sucedió con María Dros, monja de la órden de san Bernardo, que se hallaba tísica confirmada, desahuciada de los médicos, y próxima á la muerte; pero haciendo una novena á santa Juana Francisca, recobró una absoluta, entera y perfecta salud.

El séptimo se obró con Fleuris Coing, pobre doncella: pues hallándose enferma en el hospital de Leon, en Francia, un cirujano imperito la sangró en el brazo derecho, y no saliendo bien la sangre por cisura, para hacerla salir la metió una aguja de hierro con bastante profundidad, con lo que habiéndola dañado ó cortado, como se creyó, algun nervio, se la hinchó al momento el brazo, y quedó tieso de suerte que no podia doblarse: se intentó socorrer

esta incomodidad, haciendo en la paciente la incision mas profunda, con esto la porcion inferior retraida hácia la superior, quedó como clavada con ella. Vivió la pobre por espacio de cinco años con el brazo muerto, pues carecia de todo movimiento, sentido y nutricion; pero habiendo ido á Annesi á visitar el cuerpo de la santa, despues de haber confesado y comulgado, llena de esperanza hizo tocar la parte muerta del cuerpo al sepulcro de la santa, y al punto volvió á tener vida el brazo muerto, recobrando en un momento el sentido, la carne y las fuerzas.

* Santa Ciriaca, viuda y mártir.— Esta santa pertenecia á una de las mas distinguidas familias de Roma, y como profesaba la religion cristiana, toda su ocupacion era visitar á los cristianos encarcelados, y socorrerlos en sus necesidades. Su patrimonio que era pingüe lo empleó á este objeto; lo que sabido por los enemigos de la religion, fué acusada al emperador Valeriano y luego martirizada. Sucedió su martirio en la misma ciudad de Roma á mediados del siglo tercero.

San Anastasio, mártir.— Era soldado romano en tiempo del emperador Aureliano, y estaba acantonado en la ciudad de Salone, en Dalmacia. Viendo un dia á san Agapito padecer los tormentos y la muerte con esforzada constancia, y los prodigios que aquel mártir obraba, se convirtió á la fé, y confesó generosamente á Jesucristo. Preso y conducido al tribunal, ratificándose en su confesion, fué condenado á perder la cabeza, cuya sentencia se ejecutó por los años de 270.

Los santos Lusorio, Ciselo y Camerino, mártires. — Durante el imperio de Diocleciano, vivian estos santos en Cerdeña. Por órden de su gobernador Delfo fueron presos é interrogados acerca de la religion que profesaban, y habiendo contestado que eran cristianos y que lo serian hasta la muerte, fueron degollados el año de 301 de Jesucristo.

San Bonoso y san Maximiliano, mártires. — Eran oficiales de una legion romana, en tiempo del emperador Juliano el Apóstata: su virtud era á toda prueba, y eran muy zelosos, por cuanto pertenecia á la religion cristiana. Cuando se mandaron quitar las cruces de los estandartes militares, y que todos los soldados adorasen los mismos dioses que el emperador, los dos santos no solo se negaron á obedecer las órdenes, sino que contestaron que ellos no adorarian nunca la obra de los hombres. Por respuesta mandó Juliano que les diesen trescientos azotes, pero ellos se mostraban como insensibles á aquel tormento, y cantaban divinas alabanzas. En seguida fueron metidos dentro de una caldera de pez derretida; pero como este suplicio no inmutase su serenidad, los judíos y los idólatras empezaron á decir que eran magos, y los mandaron á la cárcel. El gobernador les envió pan marcado con su sello, en el cual se veia la figura de un ídolo, y no quisieron comerlo. El príncipe Hormisda, hermano de Sapor, rey de Persia, los visitó en la cárcel y se encomendó á sus oraciones. Despues de algunos dias, el conde Julian hizo sufrir á Bonoso y Maximiliano un segundo y tercer interrogatorio, y ellos le contestaron que eran cristianos; que Constantino ántes de morir les habia hecho jurar que serian fieles á sus hijos y á la Iglesia, y que nada seria capaz de hacerles faltar á sus promesas. Preparábase Julian para probar á los santos con nuevos tormentos, cuando Segundo, prefecto del Oriente, que aunque pagano era recomendable por su probidad y su clemencia, desaprobó altamente semejante barbarie. Bonoso y Maximiliano fueron pues condenados allí mismo á ser decapitados, muriendo el dia 21 de agosto del año de 363 en Antioquía, asistidos por el patriarca san Melecio y otros muchos cristianos, que despues recogieron sus santos cuerpos y les dieron honrosa sepultura.

San Bernardo Tolomeo, fundador. — Nació de una de las principales familias de Sena, en el año 1272. Dióle esmerada educacion un religioso dominico, pariente suyo, hombre de rara piedad y de vasta ciencia. Al mismo tiempo que hacia Bernardo rápidos progresos en las ciencias, se ejercitaba con admirable fervor en la práctica de todas las virtudes. En su juventud ocupó con toda la brillantez y todo el zelo posible los primeros puestos de su patria; pero el peligro de la vanagloria le inspiró el designio de abandonar al mundo para siempre. Vendió todos sus bienes, distribuyó el producto á los pobres y se retiró á un desierto á diez millas de Sena, donde practicó austeridades increibles, y sostuvo con una constancia heroica los violentos ataques con que le atormentaron los espíritus malos. Habiéndosele juntado algunos siervos de Dios, el papa que residia entonces en Aviñon, le aconsejó que escogiese el género de vida de alguna órden religiosa aprobada por la Iglesia, y el santo adoptó la regla de San Benito. La nueva religion fué conocida con el título de «Congregacion de la Vírgen María del monte Olivete,» y fué confirmada por los papas Gregorio IX, Juan XXII y Clemente VI. El santo fundador, modelo de todas las virtudes, murió el dia 20 de agosto del año 1348, el setenta y seis de su edad, el treinta y cinco de su retiro, y el veinte y nueve de su profesion religiosa, y en 1692 fué colocado por el papa Inocencio XII en el número de los santos.

San Pateano, mártir. — Nació en Alejandría, y despues de haber edificado gran parte del Egipto con el agradable aspecto de sus virtudes, marchó para Italia con el objeto de visitar el sepulcro de los santos apóstoles. De Roma pasó á Fundis, en la Campaña, donde fijó su residencia, y en cuya ciudad se ocupaba en obras de misericordia, principalmente en dar sepultura á los cuerpos de los mártires, hasta que en la persecucion de Decio participó de los suplicios de aquellos, y alcanzó su corona dentro de la cárcel, muriendo el año 251.

Santa Basa y los santos Teogonio, Agapio y Fidel, mártires. —Santa Basa era madre de los tres restantes, á los cuales engendró dos veces, por haberlos ella convertido á Jesucristo. Los cuatro eran de Edesa, en Siria, en cuya ciudad se hallaban cuando fueron presos por ser cristianos. Los cuidados y toda la solicitud de la madre fueron desde aquel instante confortar el ánimo y el valor de sus hijos para que no desmayasen en la fé, y efectivamente lo consiguió. Madre é hijos fueron conducidos al lugar de la ejecucion, y no dejando de enfervorizarse mutuamente, murieron todos decapitados, siendo Basa la última que mereció el eterno premio. Su martirio sucedió en el reinado del emperador Maximiano.

San Euprepio, obispo. — Fué discípulo del apóstol san Pedro, que le consagró obispo y le envió á Verona, cuya Iglesia fundó. Ignóranse las particularidades de su vida, y solo se sabe que murió en paz á fines del siglo I.

San Cuadrado, obispo. —Nada se sabe de él, ni siquiera de dónde fué obispo. Algunos creen que lo fué de Ale-

jandría, otros de Cerdeña, y otros de los Pictos. Todas las noticias recogidas por los bolandistas respecto de este santo no son mas que conjeturas, por cuya razon nos abstenemos de consignarlas aquí. El Martirologio romano trae su nombre en este dia.

DIA 22.

SAN TIMOTEO, MÁRTIR.—Siendo sumo pontífice san Melquíades, vino á Roma de Antioquía un hombre principal llamado Timoteo, muy docto y bien enseñado en las divinas letras, y fervoroso siervo del Señor. Hospedóse en casa de Silvestre, que despues fué papa y bautizó al emperador Constantino. Estando Timoteo en Roma, comenzó á resplandecer con su vida inculpable y con su doctrina maravillosa, confirmando á los fieles en la fé de Cristo, y convirtiendo con su predicacion muchos gentiles y alumbrándolos con la luz del Evangelio. Ocupóse un año en estos santos ejercicios, y al cabo fué preso de Tarquinio, prefecto: y viendo que por ningun camino le podia apartar de la confesion de Jesucristo, le mandó azotar cruelmente por tres veces: y despues de haberle afligido con una larga y dura prision, y descoyuntado en el ecúleo, y desgarrado su cuerpo con otros atroces tormentos le hizo cortar la cabeza: y Silvestre secretamente llevó su cuerpo á su casa, y despues una matrona poderosa llamada Teodora le sepultó en una huerta suya, en la via Ostiense, cerca del sepulcro del apóstol san Pablo, en cuyo templo despues honoríficamente fué colocado. Hace la Iglesia conmemoracion de san Timoteo el dia de su martirio, que fué á los 22 de agosto, el año del Señor de 311.

SAN HIPÓLITO, OBISPO Y MÁRTIR. — El mismo dia de los 22 de agosto celebra la santa Iglesia la fiesta de san Hipólito, obispo y mártir: el cual fué varon esclarecido y doctísimo, y escribió muchos libros de grande erudicion y provecho para toda la Iglesia. Floreció en tiempo del emperador Alejandro Severo, y siendo obispo metropolitano de Arabia (como lo dice san Gelasio, papa), vino á Roma para visitar los cuerpos de los gloriosos príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y ver y reverenciar los cementerios de los mártires, teniendo la silla de san Pedro Calixto: del cual fué muy bien recibido y acariciado, y hecho obispo de la ciudad del Puerto Romano, que está cerca de Roma, por tenerle cabe sí y aprovecharse de sus consejos. Era á la sazon prefecto de Roma Ulpiano, gran jurisconsulto y cruelísimo enemigo de Jesucristo: hacia gran carnicería de los cristianos, y entre los otros mandó prender á san Hipólito en la misma ciudad del Puerto Romano, y atado de piés y manos echarle en una hoya honda llena de agua, donde dió su alma á Dios, y su cuerpo fué enterrado allí cerca por los cristianos: y hoy en dia en aquella ciudad hay gran memoria de san Hipólito, obispo, y se ve la hoya llena de agua, en la cual fué arrojado y acabó su martirio, el cual fué el año del Señor de 229, imperando el ya nombrado Alejandro Severo.

Adviértase que ha habido tres Hipólitos mártires: éste, de quien aquí hablamos, que fué obispo, como habemos dicho: otro que fué soldado y se convirtió á la fé, por la predicacion de san Lorenzo, como lo escribimos el dia de su martirio, que fué á los 13 de agosto: el tercero fué presbítero de Antioquía, del cual hace mencion el Martirologio romano á 30 de enero, y vivió siendo Decio emperador: y aunque algun tiempo fué engañado de los herejes novacianos, despues se reconoció y murió constantemente por la fé católica, amonestando á todos que guardasen aquella doctrina que enseñaba la cátedra de san Pedro: lo cual se debe advertir; porque algunos confunden estos tres Hipólitos en uno, como Prudencio, y otros hacen á Hipólito, obispo, presbítero de Antioquía; y lo que es del uno atribuyen al otro, como doctamente lo notó el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el segundo tomo de sus Anales. De san Hipólito escribe san Gerónimo, Eusebio y Nicéforo, y los Martirologios.

SAN SINFORIANO, MÁRTIR. — Con los santos Timoteo é Hipólito se celebra el mismo dia el martirio de san Sinforiano, mártir, el cual fué de nacion francés y de la provincia de Borgoña, de una ciudad que en latin la llaman *Augustodunum*, y ahora se dice *Autun*. Fué hijo de nobles padres, ricos y cristianos. Su padre se llamó Fausto, y crió á Sinforiano en nobles costumbres y en el temor santo del Señor. Celebraban los paganos en aquella ciudad una fiesta muy solemne á sus dioses, y particularmente á Berecinta, que era Cibeles, madre de todos los dioses: cuyo ídolo llevaban en unas andas con gran pompa y majestad, postrándose todo el pueblo por el suelo á adorarle: y como una vez siendo ya Sinforiano varon y de crecida edad se hiciese esta fiesta, y toda la gente se inclinase á adorar aquella estatua y monstruo infernal; solo Sinforiano le volvió las espaldas é hizo burla de él: de manera que fué notado y acusado á Heraclio, que era juez de aquella ciudad, y presentado ante su tribunal. Preguntóle el juez, cómo se llamaba, y quién era; y él con grande libertad respondió, que se llamaba Sinforiano, y era cristiano. Quiso el juez persuadirle que adorase á sus dioses y obedeciese á los mandatos del emperador: y como el santo mártir no hiciese caso de sus palabras ni de sus amenazas, le mandó azotar fuertemente y despues echarle en una dura cárcel. Sacáronle de allí pasados algunos dias, y traido delante de Heraclio, despues de algunas razones que tuvieron entre sí, viendo el juez que no podia ablandar el pecho fuerte y valeroso del santo mártir, le mandó degollar. Cuando le llevaban al suplicio, viéndole su santa madre, le comenzó con gran espíritu y esfuerzo á exhortar que muriese con grande alegría, y á decirle estas palabras: Hijo mio Sinforiano, hijo de mis entrañas, acuérdate de Dios vivo: ármate de su fortaleza y constancia: no hay porque temer la muerte que nos lleva á la vida. Alza, hijo mio, tu corazon, y mira á aquel que reina en los cielos. O hijo, no se te quita la vida; ántes se trueca en otra mejor: y aunque el camino es estrecho, y el paso por donde has de pasar duro y lleno de espinas, pero por él pasaron todos los santos: y aunque tú mueras, matarás y vencerás la misma muerte. Despide de tí cualquiera temor de los tormentos; porque durarán poco, y por ellos alcanzarás la gloria y corona inmortal. Todo esto dijo la santa madre al santo hijo: y él, animado con sus palabras y con el espíritu del cielo, tendió el cuello al cuchillo y fué descabezado fuera de los muros de la ciudad: y los cristianos secretamente tomaron su cuerpo y lo enterraron cerca de una fuente, y nuestro Señor obró por él muchos milagros. Su martirio fué á los 22 de agosto, el año del Señor de 273, imperando Valeriano. Escriben de san Sinforiano los Martirologios, romano, el de Beda,

Usuardo y Adon; Surio, tomo IV; el cardenal Baronio en el segundo tomo de sus Anales, y Gregorio Turonense hace mencion de él en el libro *De gloria confessorum*, capítulo 67; y en el primer libro *De gloria martyrum*, cap. 52, refiere un gran milagro de sus preciosas reliquias: las cuales en medio de un grande incendio no se pudieron quemar.

* San Mauro, y sus compañeros, mártires.—Con el objeto de que se propagara el Evangelio en Francia, fué este santo con algunos otros enviado desde Roma á la ciudad de Reims. Mucho fué el fruto que dió su predicacion, logrando bautizar gran multitud de infieles. Sabedor el prefecto Lampadio de las muchas conversiones que habian practicado, los hizo prender y sufrir muchos tormentos, y como esto no bastara para que abjuraran la fé, los hizo decapitar. Fué el martirio de estos santos á mediados del siglo II.

San Antonino, mártir.—Hacia de verdugo en el martirio de los santos Eusebio y compañeros, y se convirtió á Jesucristo, á vista de los prodigios que en sus tormentos obraron aquellos mártires. Habiendo confesado públicamente la fé cristiana, fué conducido al juez Vitelio, que le hizo pasar de verdugo á víctima, y le mandó cortar la cabeza en la misma ciudad de Roma, donde él habia ejercido su oficio.

Los santos Agatónico, Zotico, y sus compañeros, mártires.—Estos santos eran griegos de nacimiento, cristianos fervorosos, y vivian en Nicomedia en tiempo del emperador Maximiano. El gobernador de aquella ciudad llamado Eutolomio, les llamó un dia á su presencia y les reprendió su conducta, amenazándoles con castigarlos severamente si no trataban de ser mas circunspectos en su religion, y si continuaban en sus públicas exhortaciones al pueblo contra los dioses del imperio. Al instante contestaron todos unánimemente que nunca cederian en sus propósitos; que adoraban á Jesucristo, único Dios verdadero, por cuyo amor y adoracion se hallaban dispuestos á sufrir desde luego los tormentos y la muerte. Tan enérgica respuesta llenó de coraje al gobernador, que los entregó allí mismo á los lictores para que castigasen su insolencia con todo el rigor que su patriotismo les sugiriese, pues que aquellos cristianos eran enemigos de la patria y de los dioses. Efectivamente, los santos fueron tan prolongadamente atormentados, que si la virtud divina no les hubiese sostenido para manifestar su gloria en la fortaleza de sus siervos, hubieran perecido mil veces ántes de ser degollados. Sus cuerpos fueron recogidos por los cristianos y sepultados con gran magnificencia.

Los santos Marcial, Saturnino, Epitecto, Mapril y Félix, con otros compañeros, mártires.—Derramaron su sangre por la fé en el Puerto Romano, durante la persecucion del emperador Decio, en el siglo III.

San Atanasio, obispo, santa Antusa, y otros dos santos, mártires.—El primero era obispo de Tarso, en Cilicia, y obraba con su celo y milagros grandes conversiones. Antusa, mujer muy principal de la ciudad de Seleucis, abrió sus ojos á la luz de la fé, y fué bautizada por el santo pastor; pero cuando se dirigia á Tarso con dos criados suyos, tan fieles como ella á la luz de la religion, encontró por el camino á san Atanasio, que arrebatado por un ángel fué llevado donde estaba Antusa, que fué allí mismo bautizada con sus dos criados, Carisio y Neófito. Despues de algun tiempo, el Señor volvió á juntar á los cuatro cristianos en la cárcel, y no queriendo cesar ninguno de ellos en la confesion de los misterios de la religion cristiana, fueron sentenciados y degollados juntos en la citada ciudad de Tarso, durante el imperio de Valeriano.

San Fabriciano y san Filiberto, mártires.—En el breviario mozárabe se habla de estos dos santos diciendo que fueron españoles, abades y mártires. Salazar dice que murieron en el siglo IV. No han podido encontrarse mas noticias. Sus nombres se hallan en todos los Martirologios antiguos y modernos.

San Guniforte, mártir.—Parece que fué de Milan, en cuya ciudad fué preso por haber confesado á Jesucristo, y que despues de haber sido cruelmente azotado, huyó á Pavía, donde fué conocido y preso tambien, y por fin degollado. Tuvo dos hermanas, que murieron tambien mártires en Alemania, y otro hermano que dió su sangre por Jesucristo en Como. Segun los bolandistas, sucedieron estos martirios en tiempo de Maximiano.

DIA 23.

San Felipe Benicio, confesor.—Nació san Felipe Benicio de padres nobles en la ciudad de Florencia á 15 de agosto del año de 1233, dia de la Asuncion de nuestra Señora, y dia en que nació en Florencia la esclarecida religion de los Siervos de María; como el que nacia para gran siervo de María y para lustre y ornamento grande de la religion de sus siervos. Ántes de nacer, tuvo su madre, en sueños, revelacion de que habia de ser como un nuevo sol el hijo que traia en sus entrañas; porque una noche le pareció que salia de ellas una clarísima luz que alumbraba á todo el mundo. En naciendo, se abstenia ciertos dias en la semana de tomar el pecho, y ántes de tener cinco meses cumplidos, pasando por la calle los siete padres y fundadores de la órden de los Servitas, señalándolos con el dedo, dijo el niño con voz clara y distinta: Madre, estos son los verdaderos siervos de María. Despues repetia muchas veces el niño estas palabras sin saber decir otras, hasta que con el tiempo aprendió á hablar como los otros niños.

En su niñez arrojaba ya algunos rayos de la santidad con que habia de resplandecer toda la vida; porque era misericordioso con los pobres, solicitando que sus padres diesen limosna á todos los que llegaban á sus puertas, sin enviar ninguno desconsolado; era muy devoto de las imágenes de los santos; y en viendo alguna de nuestra Señora, se paraba á contemplarla con grande atencion y reverencia: nunca le hallaban en los juegos de los otros niños, y sus entretenimientos eran visitar iglesias y repetir las oraciones que sus padres le habian enseñado: la modestia y gravedad de sus acciones y palabras eran de mas años de los que tenia; y finalmente en todo mostraba que Dios le habia escogido para grande siervo suyo. Habiendo aprendido con cuidado las primeras letras, le enviaron sus padres á la universidad de París, donde cursó nueve años, y se graduó de doctor en filosofía y medicina, siguiendo en esta facultad á su padre Jaime Benicio. Vuelto á su casa, frecuentaba las iglesias de Florencia, especialmente la de los padres servitas, llamada la Anunciata, por la gran devocion que tenia á nuestra Señora, que allí era principal-

mente reverenciada: y Dios por la intercesion de su santísima Madre, que habia escogido á Felipe por su siervo, le iba abriendo cada dia mas los ojos, para que viese el engaño y falsedad de las cosas del mundo, cuán inciertas son sus esperanzas, cuán infieles sus promesas, cuán vanas sus honras, cuan pobres sus riquezas, cuán amargos sus deleites, y cuán menguados y cortos todos sus bienes para llenar un corazon en que cabe Dios. Con esto empezó á hacer una nueva vida, dándose todo á las obras de virtud y devocion, disponiéndose para recibir mayor luz, con aprovecharse tan bien de la que el Señor le daba.

Un dia de los de la cuaresma del año de 1253, visitando las iglesias fesulanas, fuerá de los muros de Florencia, puesto de rodillas delante de una imágen de Cristo con deseo de dejar el mundo y entrar en alguna religion, pedia afectuosamente al Señor le enseñase el camino de su voluntad: y estando en lo mas fervoroso de su oracion, salió una voz de la imágen de Cristo, que le dijo: Sube al monte alto á los siervos de mi Madre, si deseas hacer mi voluntad. Ejecutó luego Felipe el mandato de Cristo, segun le habia entendido: fuése al convento de los Servitas y templo de la Anunciata, y allí perseveró por algunos dias en fervorosa oracion, y pidiendo á Dios gracia para cumplir en todo su santísima voluntad, hasta la feria quinta despues de pascua de Resurreccion, en la cual oyendo la misa conventual, que con mucha devocion celebran los religiosos, al cantar la leccion de los actos de los apóstoles, y llegar á aquellas palabras *Philippe, adjunge te ad currum istum:* Felipe, llégate á este carrò; las oyó Felipe, como si á él determinadamente las dijera el Espíritu Santo: y luego fué arrebatado de un éxtasis, y le pareció que se hallaba en una intrincada y espesa arboleda, solo y desamparado: por una parte estaba cercado de profundísimos despeñaderos, que solo mirarlos causaba pavor y sobresalto, y queriendo huir de tan grandes riesgos, se le puso delante una serpiente horrible y espantosa que le esperaba, abierta la boca para tragarle. Felipe todo turbado, mirando á todas partes, y no hallando camino para salir de un extremo peligro, sin caer en otro igual, no sabia que hacer, ni que consejo tomar: perdido el aliento, imploró con grande ansia el favor divino, y oyó segunda vez aquellas palabras: *Philippe, adjunge te ad currum istum.* Levantó los ojos al cielo y vió un hermoso carro de oro, fundado sobre cuatro ruedas y guiado de un leon y una oveja: en el carro habia un majestuoso trono fabricado de oro, y matizado de varios esmaltes y diversos colores que le hermoseaban sobre manera, y hacian muy agradable á la vista. En el trono venia sentada la Reina de los cielos, llena de incomparable hermosura y majestad, acompañada de un numeroso ejército de ángeles, y traia un hábito negro en las manos. Vió tambien que sobre el carro triunfal venia batiendo las alas una blanquísima y hermosísima paloma. Alegre miraba el santo esta misteriosa y maravillosa vision, olvidado ya de todos sus temores y sobresaltos, pareciéndole que estaba no en la tierra sino en el cielo; cuando el sacristan del convento queriendo cerrar la iglesia, por ser ya tarde, le despertó de aquel dulcísimo sueño. Felipe con un suspiro de lo íntimo de su corazon se quejó de él, porque le habia privado del mayor gozo que habia tenido en toda su vida y que podia imaginar.

Fuése á su casa discurriendo sobre la vision, sin poder alcanzar la significacion de ella; y María Santísima se le apareció en sueños aquella noche y le dijo: Felipe, vé por la mañana á mis siervos que ellos te declararán los misterios del carro, y sabrás lo que debes hacer para ser fiel siervo mio. Venida la mañana del viérnes, se fué al convento de los Siervos de María, y refirió con mucha humildad la vision que habia tenido, y pidió á Buenhijo, que era prior del convento, y uno de los siete fundadores de aquella órden, que le diese el hábito, y admitiese entre los siervos de María. Propúsole el santo prior las asperezas de la religion, encareciéndole los trabajos de ella, la dificultad de la obediencia, el abatimiento de la humildad y el rigor de la penitencia, para probar la constancia del pretendiente: y viendo que no se entibiaba, ántes se encendia mas el deseo de Felipe; le esplicó los misterios de la vision que habia tenido, de esta manera. El carro (dice), que viste tan hermoso y brillante, significa la religion fundada sobre cuatro ruedas, que significan cuatro virtudes en que se debe ejercitar el verdadero siervo de María, que son: humildad, limpieza de corazon, pobreza y obediencia, basas y fundamentos de toda perfeccion religiosa: guiaban el carro un leon y una oveja; para que entiendas que con paciente mansedumbre y constante fortaleza se ha de llevar el yugo de la religion; y si estas virtudes faltan, todo lo demás se pierde: venir la Vírgen María sentada en aquel trono majestuoso, con un hábito negro en las manos, era llamarte á la religion de sus siervos, que visten luto por la muerte del Hijo, y se ejercitan en meditar las penas de la Madre; para que por medio de esta consideracion y el ejercicio de las virtudes, vengas á conseguir la inocencia y simplicidad de aquella paloma que viste volar sobre el carro. Oida esta esplicacion, se postró Felipe delante del prior, y con humildad y lágrimas le rogó que no dilatase mas el vestirle el hábito de los Siervos de María; y por mas humildad quiso ser religioso luego, ocultando lo que habia estudiado. Estuvo en el monte Senario tres años, haciendo vida solitaria, ocupándose en oracion, ayunos y penitencias, sirviendo á los otros religiosos, dando raros ejemplos de todas las virtudes, y singularmente de paciencia y humildad.

Quiso Dios manifestar al que se escondia, y dar á conocer al que deseaba vivir desconocido; y descubrióle de esta manera. Mandaron los superiores á Felipe que fuése al convento de Sena en compañía de otro religioso sacerdote, y varon de singular virtud llamado Víctor.

En el camino encontraron con dos religiosos de Santo Domingo, varones doctísimos, que iban de Alemania á Roma. Caminaban juntos, y por divertir la fatiga del camino, empezaron á hacer á Felipe algunas preguntas, á las cuales respondia con tanta agudeza y claridad, que admirados los religiosos de Santo Domingo, le metieron en cuestiones altas y sutiles de la sagrada Escritura; y á todo satisfacia maravillosamente, declarando la profundidad de misterios y sentidos de la sagrada Escritura, de manera, que los religiosos sin poderse contener, decian, que Felipe era arca de todas las ciencias, y que estaba lleno de los dones del Espíritu Santo. Cuando se oyó Felipe alabar, no quisiera haber hablado; y corrido y confuso, se arrojó á los piés de los padres, y les rogó que no manifestasen lo que habian oido, porque él era un pobre religioso lego. Pero apenas llegaron á Sena los religiosos de Santo

Domingo, cuando publicaron en la ciudad el tesoro de la sabiduría que tenian los padres servitas en Felipe; y su compañero el padre Víctor dió cuenta á los padres del convento de Sena de lo que habia visto y oido con admiracion de todos, y aun mas que de la sabiduría de Felipe, de la humildad con que habia ocultado tanto tiempo; y desde entonces fué tenido de todos en mayor estima y veneracion. Avisado su general, le mandó que se ordenase de sacerdote; y diciendo la primera misa en el monte Senario, entonó la capilla de los ángeles: *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth.*

Juntóse despues capítulo general en Florencia, á 5 de junio de 1267, y de comun consentimiento fué elegido san Felipe por prior general de toda la órden. Rehusó cuanto le fué posible este cargo, teniéndole por carga pesada, rogando instantemente á los religiosos que no echasen sobre sus hombros cruz mayor que sus fuerzas, hasta que se oyó en el coro una voz que le dijo: Felipe, no resistas al Espíritu Santo: yo te llamé del mundo á la religion, para que rijas y guardes á este pueblo mio escogido. Bajó Felipe la cabeza y aceptó el oficio por no resistir al Espíritu Santo, y luego animó á todos al servicio de Dios, con aquellas palabras del salmo: *Exultate, justi, in Domino.* Diez y ocho años tuvo san Felipe este cargo, renunciándole muchas veces, y no admitiéndole su renunciacion; y en este tiempo gobernó su religion con admirable prudencia, y la estendió y dilató maravillosamente, edificando muchos monasterios en Italia, Francia, Alemania y otras partes. Como deseaba con tantas ansias dejar el generalato, y no aprovechaban con sus religiosos ruegos ni instancias; se partió á Roma con dos compañeros, varones santos, que se llamaban Sosteno y Hugon, para pedir al sumo pontífice que eligiese á uno de ellos por general de la órden y le eximiese á él de aquel cargo que indignamente poseia; pero ántes de hablar al sumo pontífice, la santísima Vírgen le avisó que no dejase aquel cargo, porque así convenia para el servicio de su Hijo y suyo. Con esto el santo se humilló y sujetó á llevar aquella cruz, todo el tiempo qué fuese la voluntad divina. En este camino le pidió limosna un leproso, y no teniendo que darle, valiéndose de las palabras de san Pedro al cojo de su nacimiento le dijo: *Argentum et aurum non est mihi: quod autem habeo, hoc tibi do*: No tengo oro ni plata, pero doite lo que tengo: y desnudándose la túnica interior, se la dió al pobre para que se la vistiese. Recibióla el leproso, y con ella la salud; porque al punto que se la vistió, quedó limpio de la lepra y cobró perfecta salud.

Por muerte de Clemente IV estuvo la silla apostólica vacante dos años nueve meses y tres dias, deseando los cardenales hallar una persona de igual santidad al pontífice difunto: por lo cual no se resolvian, ni convenian en la eleccion. Estaba la curia en Viterbo, donde se hallaba á la sazon san Felipe: y como corria tanto la fama de su santidad, aumentada con el milagro del leproso, que ya se habia divulgado, desearon algunos cardenales de mucha autoridad, que fuese puesto en la silla de san Pedro, pareciéndoles que no podian hallar otro en quien concurriesen, como en él, las partes de santidad, sabiduría y prudencia que en un sumo pontífice se requieren: fuéron á hablarle el cardenal Ubaldinis, florentin, y el cardenal Otobono Flisco, genovés: y como le propusiesen su deseo y el de otros cardenales; el santo reusó tan alta dignidad, mostrando el bajo concepto que tenia de sí: y como instase con muchas razones el cardenal Otobono, en que convenia que él fuese sumo pastor de la Iglesia, dijo Felipe con espíritu profético: Yo no seré pontífice, y vuestra santidad sí; aunque gobernará pocos dias la Iglesia: y así sucedió; porque el cardenal Otobono fué electo sumo pontífice, por muerte de Inocencio V, y se llamó en su asuncion Adriano V, y no vivió cuarenta dias en el pontificado. Despidiéronse entonces los cardenales, con precepto de hacer sumo pontífice á Felipe: mas él, viendo el peligro en que estaba, aquella misma noche se huyó secretamente de la ciudad, y con un solo compañero estuvo escondido tres meses en las asperezas del monte Tuniato, haciendo rigurosísima penitencia todo este tiempo, sustentándose de las yerbas del campo; y en este monte alcanzó de Dios una fuente milagrosa; que dura hasta hoy, y tiene virtud de sanar de todas enfermedades á los que se bañan en sus aguas; y por esto se llaman «los baños de San Felipe.»

Fué elegido sumo pontífice Gregorio X, y en sabiéndolo san Felipe, salió de la soledad para visitar su religion; y vinieron á él dos religiosos, uno de Alemania, llamado Gualterio, y otro de Francia por nombre Juan, enviados de sus provincias, pidiendo al santo general que las visitase y consolase con su presencia. Partióse á ellas, llevando en su compañía á los padres Sosteno y Hugon, varones de mucha santidad y doctrina, para que le ayudasen en aquellas partes á la obra del Señor. Llegó el santo con sus compañeros á Paris, donde fué muy estimado de san Luis rey de Francia, y tuvo con él muy estrecha comunicacion y con su predicacion y zelo, con que procuraba aficionar á todos á la devocion de nuestra Señora, fué llamado apóstol de la Vírgen. Recibió en su religion muchos varones insignes en letras, y edificó muchos conventos así de varones, como de santas vírgenes, y viendo su religion muy aumentada, dividió la Francia en seis provincias, y señalando á cada una su provincial, dejó por vicario general de todas á su compañero Sosteno. Pasó con Hugon á Alemania, donde hizo muchos milagros, y dió el hábito de la Vírgen á muchas personas ilustres en nobleza y letras: y despues de haber visitado las dos Alemanias, alta y baja, y con su predicacion y milagros, en ellas fundado conventos de religiosos y de monjas, dispuso colegios y oratorios, para que los seglares que no podian entrar religiosos, tomando el hábito de la Vírgen, tuviesen donde recogerse á la oracion y ejercicios devotos. Era tal la eficacia de la predicacion de san Felipe, que en cualquiera parte donde predicaba, ganaba los corazones de los que le oian, con que convirtió casi innumerables herejes á la fé de Cristo, y pecadores á penitencia, y trajo á su religion mas de diez mil personas fuera de los «terceros,» que fueron en excesivo número.

Volvió san Felipe á Italia: y como vacase el arzobispado de Florencia, y hubiese en esta ciudad muchas disensiones, los eclesiásticos y seglares, todos pusieron los ojos en Felipe, pareciéndoles que no podian hallar otro mas digno de aquella dignidad, ni que mejor pudiese con su prudencia y santidad, pacificar los ánimos desavenidos; pero él hizo tanta resistencia para no ser arzobispo, que fué elegido otro, y él quedó libre de aquel peligro que temia. Habia muerto Gregorio X, el cual envió á san Felipe á la ciudad de Pistoya á sosegar los bandos célebres y guerras civiles que habia entre los güelfos y gibelinos, y

con su predicacion y autoridad los sosegó, y ganó para su religion al capitan de la faccion gibelina, llamado Buenaventura Pregii, que en la religion se llamó Buenaventura Bonacursio, y fué tanto lo que se adelantó en la perfeccion, y tal la paz de su alma, que en vida le llamaban «bienaventurado.» Sosegó tambien los bandos de Florencia en compañía de Fr. Latino, cardenal legado de la órden de santo Domingo, y protector de la órden de los Servitas.

Estando en Florencia le escribió el cardenal Otobono, que le llamaba el sumo pontífice, para dar razon de su religion: afligióse el santo, temiendo alguna grave tribulacion para su órden: encomendóse á la Reina de los ángeles, la cual le consoló y animó á tener paciencia en los trabajos, prometiéndole su favor. Mandó el santo secretamente llamar á algunos priores de los conventos mas vecinos, y á los padres mas ancianos de la religion, para comunicarles el trabajo en que estaban. Teniéndolos juntos, leyó las cartas del cardenal Otobono, y de ellas infirieron que el sumo pontífice estaba inclinado á extinguir su religion, quizá por algunas siniestras informaciones, fundándose en el decreto del concilio lateranense, celebrado en tiempo de Inocencio III, en que mandaron los padres de aquel concilio que no se permitiesen nuevas religiones en la Iglesia. Lloraban los santos padres el peligro que amenazaba á su órden, temiendo que por sus culpas los castigaba Dios, y solamente los alentaba considerar que no habian sido ellos los inventores de aquel instituto, sino la Reina de los ángeles, de quien esperaban que los defenderia, no solo como protectora, mas tambien como fundadora de su religion.

Mandó san Felipe que en todos los conventos se ofreciesen á Dios ayunos, oraciones y penitencias, para implorar el favor de Dios y de María santísima: pero muriendo luego el sumo pontífice, cesó esta tribulacion, y poco á poco fué gozando de entera paz la religion de los Siervos de María.

Poco tiempo despues á peticion de Rodulfo, emperador, le envió Nicolao III á Alemania para que con su predicacion desterrase las herejías que se habian levantado, y pacificase las guerras civiles que tenian muy afligido el imperio. En este camino, entre Bolonia y Módena, estando el santo á la sombra de un árbol para defenderse de los calores del sol, oyó blasfemar á ciertos hombres que estaban allí con él: reprendiólos de su impiedad; y no bastando, los amenazó con el castigo del cielo si no se enmendaban. Hiciéronse ellos sordos á las palabras de san Felipe: y apartándose él del árbol, bajó al punto fuego del cielo á manera de un torbellino arrebatado, y los convirtio á ellos y al arbol en ceniza. Fué el santo muy bien recibido del emperador, y es increible el fruto que hizo en su predicacion en todo el imperio, desterrando las herejías, sosegando las guerras y aumentando su religion en conventos y religiosos. Volviendo de Alemania á Italia, entrando con su compañero en una selva, como no pudiesen pasar adelante con el hambre y flaqueza, por no haber comido nada en tres dias, se puso el santo en oracion; y luego oyendo unas voces, sin saber de quién eran, se entraron en seguimiento de ellas mas adentro en la selva, y hallaron pan y agua con que se recrearon y pudieron proseguir su camino. En Arezzo, ciudad de Toscana, le sucedió otro milagro semejante, no sé en qué tiempo: porque padeciendo sus frailes grande hambre y necesidad, por no tener nada que comer, el santo los consoló y animó; y haciendo oracion delante de una imágen de la Vírgen, fueron halladas á la puerta del convento dos canastas de pan blanquísimo, traido allí milagrosamente. Antes de descansar de su larga peregrinacion, le envió el papa Martin IV, que ya presidia en la Iglesia, á la ciudad de Forli, para que la redujese á la obediencia que le habia negado. Predicó el santo á los forlienses, y fué de ellos despreciado, ultrajado y apedreado y echado de la ciudad, porque hacia las partes del pontífice; pero Dios le dió uno de los principales perseguidores llamado Peregrino, que entrando en su religion fué varon santo y ejemplar de penitencia; y finalmente, con paciencia y perseverancia, con oraciones y exhortaciones, redujo la ciudad de Forli á la obediencia del sumo pontífice.

Concluida felizmente su embajada, quiso el santo volverse á Florencia, y por estar muy fatigado de tan largos caminos, y de sus muchos ayunos, penitencias, trabajos y persecuciones, fué necesario comprarle un jumentillo para poder caminar. Llegando cerca de la ciudad de Todi en la Toscana, sabiendo los ciudadanos que el santo venia, le salieron á recibir al camino con ramos de oliva y aclamaciones de alegría, con triunfo semejante al de Cristo en la entrada de Jerusalen; mas entendiendo san Felipe la gente que le esperaba, por huir como verdadero humilde aquella honra, torció por otro camino, y encontró en él dos rameras, que con mucha desenvoltura y ninguna vergüenza, llegándose cerca empezaron á burlarse y reirse del santo y sus compañeros: pero él las habló con tanto espíritu y eficacia, afeándoles su mala vida, y ponderándoles el castigo que les esperaba por ella, que no solo prometieron enmendarse, mas se pusieron en sus manos, rogándole que las enseñase lo que debian hacer para asegurar su salvacion: y el santo las encerró en un monasterio de su órden y las mudó el nombre, llamando á la una Flora y á la otra Elena, y su órden las celebra como beatas. No pudo huir el santo la honra que sigue á los que huyen de ella; porque al entrar en Todi, fué recibido con grandes aclamaciones, diciendo á voces los ciudadanos: *Benedictus qui venit in nomine Domini:* Bendito el que viene en el nombre del Señor. Entró en la iglesia de su convento, acompañado de mucha gente, é hincado de rodillas delante del altar de la Vírgen, despues de un rato de oracion, en voz clara y distinta que todos lo entendieron, dijo: *Hæc requies mea in sæculum sæculi: hic habitabo, quoniam elegi eam:* Este es mi descanso por los siglos de los siglos: aquí será mi habitacion, porque la elegí; profetizando, que allí moriria y reposaria su cuerpo en aquella ciudad.

Estuvo algunos dias en Todi desarraigando vicios, plantando virtudes con su predicacion y ejemplo, hasta que el dia de la Asuncion de la Vírgen del año de 1285, dia en que cumplia el santo, como su religion, cincuenta y dos años, despues de haber predicado con grande espíritu y fervor, le asaltó una calentura, que fué creciendo hasta el último dia de la octava: y como se sintiese este dia muy apretado, pidió le diesen los santos sacramentos para armarse contra los príncipes de las tinieblas. Rezó despues los salmos penitenciales y las letanías, pidiendo el socorro de los santos; pero llegando á las palabras: *Peccatores, te rogamus, audi nos,* faltándole las fuerzas y sentidos que-

dó como muerto. Duróle este parasismo por espacio de tres horas: al cabo de ellas volviendo en sí dijo á los circunstantes: Hermanos mios, en gran peligro me he visto: el tentador engañoso, representándome mis culpas, quiso hacerme desesperar; pero el bendito Jesus, y la Reina de los ángeles, que están presentes, desbarataron todas sus trazas y engaños por su grande piedad y misericordia, y le echaron de mi presencia. Vosotros, hermanos carísimos, guardaos de sus embustes y engaños; porque como él está desterrado de la gloria que Dios nos quiere dar por su infinita clemencia; envidioso, quiere desposeernos de estos bienes. Contra el cual, no hay armas mas fuertes y poderosas que el ayuno, humildad, paciencia y sobre todo la caridad. Armados con estas armas, vencereis siempre y nunca sereis vencidos. Lo cual es un ejemplo muy grande para hacernos temblar á todos; pues un varon tan santo, tan favorecido de Dios, tan regalado de la Reina de los ángeles, despues de tantas virtudes, se halló apretado en la hora de la muerte, por ventura por culpas lijeras, ó si graves, muy lloradas y borradas con la penitencia y santidad de muchos años. Dichas estas palabras pidió san Felipe un crucifijo, y le adoró con singular reverencia y alegría: luego hizo memoria de los beneficios y favores que habia recibido de Dios, y le dió con humildad las gracias por todos. Hizo tambien una breve memoria de los misterios de la pasion de Cristo y dolores de su santísima Madre, encomendando á sus religiosos que nunca los apartasen de su consideracion; y despues lleno de alegría y júbilos, como el que veia ya acercársele los gozos perdurables, dijo todo el cántico: *Benedictus Dominus Deus Israel, etc.* Y acabado el cántico, dijo el salmo: *In te, Domine, speravi, etc.* Y llegando al fin del salmo, de la manera que pudo, temblando la voz, dijo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu; y en estas palabras entregó su alma en manos de su Señor y Criador, cantando sus religiosos salmos con lágrimas en los ojos por la pérdida de tal padre; y cantando los ángeles con alegría (porque les iba tal ciudadano) esta antífona propia de este santo: *Euge, serve bone et fidelis, qui à Virgine super familiam suam fuisti constitutus, intra in gaudia Domini tui:* las cuales voces oyeron los religiosos: y con esta música se les trocó toda la tristeza en indecible alegría. En testimonio de cuán fiel siervo habia sido de María santísima, murió en el dia de la octava de su Asuncion á los 22 de agosto, poco despues de puesto el sol, al tiempo que la ciudad (segun su costumbre) tocaba sus campanas para saludar á la Vírgen. Apenas espiró, cuando se llenó todo el convento de suavísima fragancia, y su rostro entre las tinieblas de la noche despedia grande claridad.

Fuera de los milagros que quedan referidos, hizo otros muchos san Felipe en vida y en muerte, de los cuales contaremos aquí brevemente algunos. Una mujer que estaba baldada de piés y manos, con solo tocar el cuerpo de san Felipe, cobró de repente perfecta salud. Llevando á un ciego al sepulcro del santo, alcanzó al punto la vista. Habiendo muerto un lobo á un muchacho en el campo de Todi, encomendándole á san Felipe, le restituyó la vida. Murióse á una viuda un hijo único que tenia, y con él murió toda su alegría y consuelo: encomendóle á san Felipe con muchas lágrimas, y al punto el muerto se levantó vivo y sano á vista de muchas personas, que habian venido á dar á la madre el pésame por el hijo muerto, y le dieron el parabien por el hijo resucitado: el cual dijo, que habia visto á san Felipe que le venia á socorrer. Dejo otros muchos milagros, y solo no quiero callar uno muy maravilloso, que nos puede servir de ejemplo para saber la reverencia con que debemos hablar de los santos. Oyendo una mujer incrédula los milagros de san Felipe, empezó á negarlos y á burlarse de su santidad; y por justo castigo de Dios quedó de repente muda. Reconoció su pecado, y que aquel era castigo de Dios; y postrada á los piés del santo, le pidió perdon, y luego cobró el uso de la lengua, y la empleó toda la vida en alabanzas de san Felipe.

Escribió la vida de este santo difusamente en cinco libros Fr. Arcángel Janio, florentino, de su misma órden; y con brevedad Fr. Felipe Ferrando, general de su órden en el Catálogo de los santos de Italia.

San Sidonio Apolinar, obispo y confesor.—Fué san Sidonio Apolinar de sangre nobilísima y de los mas principales senadores de Francia, y yerno del emperador Avito, prefecto y patricio, y varon de muy alta dignidad, y no ménos admirable por su grande ingenio, rara ciencia y excelente elocuencia, en la cual fué muy eminente, y en su tiempo apenas tuvo par, y por eso mereció que le diesen dos coronas, y que en Roma pusiesen su estatua en la plaza del emperador Trajano. Casóse con la hija de Avito, emperador (como dijimos), y vivió en el matrimonio con maravillosa honestidad. Era muy compasivo y amigo de dar á los pobres todo cuanto tenia, y algunas veces les daba los vasos de plata que habia en casa, á escondidas de su mujer, porque si lo sentia, reñia mucho y procuraba rescatar los mismos vasos, dando el precio á los pobres y volviéndolos á casa.

Viviendo aun su mujer, que se llamaba Papianila, y una hija por nombre Roscia, por la muerte de Eparcio, obispo de Albernia, Sidonio Apolinar le sucedió en aquella silla, por voluntad del clero y del pueblo, que conocia sus grandes partes. Sintió mucho su eleccion Sidonio, porque era humildísimo: y escribiendo á san Lupo, obispo de Troya, en Champaña, y pidiéndole el favor de sus oraciones, para cumplir bien con su oficio, le dice estas palabras: «Cargado de una continua carga de pecados, me veo obligado á hacer oracion por los pecados del pueblo, siendo yo tal, que si el pueblo inocente rogase por mí, no mereceria ser oido.» Y en otra epístola se queja, que le era forzoso enseñar ántes de haber aprendido, y predicar ántes de obrar, y dice: que era como un árbol estéril, que no pudiendo dar fruto, daba hojas. Sobre este fundamento de la humildad edificó el edificio de las virtudes mas dignas de tan santo y vigilante pastor; y de ellas fué muy alabado de los otros santos obispos de su tiempo: y buen argumento es de lo mucho que le estimaban los otros prelados, lo que hicieron con él: porque habiendo de nombrar y elegir obispo bituricense, que era metropolitano: ellos, y todo el clero y el pueblo, dejaron la eleccion en manos de Sidonio, para que el que nombrase, y no otro, fuese obispo: y él nombró á Simplicio, varon insigne, el cual fué de todos recibido con suma alegría y contento. No es pequeña prueba de su santidad, y de lo bien que hacia su oficio el ver los trabajos que tuvo, y las persecuciones que padeció en él; porque dos presbíteros de su

Iglesia tomaron tan á pechos el afligirle y molestarle, que le quitaron la potestad de administrar las cosas de la Iglesia, y le daban de comer parca y tasadamente, y le vedaron entrar en la iglesia, y se concertaron los dos que si entraba en ella á la noche á oir maitines, le sacasen por fuerza y echasen de ella, y uno de ellos, oyendo tocar á maitines, se levantó con gran furia y rabia para ejecutar lo que los dos habian concertado, mas el Señor tomó la mano, y en una necesidad que le sobrevino al pobre clérigo, echó las entrañas y allí espiró, y fué á dar cuenta al justo Juez, de lo que habia hecho y maquinado contra su siervo. Con este castigo de Dios fué restituida á san Sidonio la libre administracion de su Iglesia, á la cual y á toda su ciudad hizo nuestro Señor grandes mercedes por las oraciones y merecimientos de su santo pastor; porque pretendiendo Eburico, rey godo, muchas veces tomar aquella ciudad, el santo obispo la defendió con sus continuas plegarias y lágrimas, y con las letanías y procesiones que mandó hacer á todo el pueblo, y con las cartas que escribió á san Mamerto, obispo de Viena, que habia instituido las procesiones de las rogaciones, para que él tambien por su parte los ayudase y favoreciese en aquel peligro, como lo hizo, y el Señor oyó las oraciones de estos santos obispos, y defendió la ciudad por su intercesion. Mas ejercitando tan escogidamente el santo prelado su oficio de pastor, dióle una calentura mortal: y él entendiendo que lo era, se mandó llevar á la iglesia y estando en ella, acudió á verle y reverenciarle todo el pueblo, niños y viejos, hombres y mujeres, llorando y clamando: ¿Por qué nos dejas, ó santo pastor? Y él respondió: No temais, ó pueblo mio; porque mi hermano Arpúnculo vive, y será vuestro sacerdote y pastor.

Pasó á mejor vida el santo, y el otro presbítero de los dos, que le habian perseguido, viéndole muerto se entregó de los bienes de la Iglesia, y se comenzó á tratar como obispo, y á decir, que en fin Dios habia conocido sus méritos, y que era mejor que Sidonio, pues le habia dado aquella potestad; y esto con tanta hinchazon, que no cabia en toda la ciudad, y para mejor celebrar su nueva dignidad, el domingo siguiente despues del tránsito del santo obispo, hizo aparejar un espléndido banquete, y convidó á él todo lo bueno de la ciudad. Sentóse en la cabecera de la mesa, como cabeza y señor de todos: y estando muy alegre y regocijado, y queriendo beber, el que le daba la copa, le dijo: Señor mio, yo he visto un sueño, que si me dais licencia, le diré aquí. Esta noche pasada ví en sueños una casa que resplandecia con inmensa claridad: en ella estaba el juez sentado en su trono examinando con verdadero juicio las causas de todos: entre la muchedumbre de la otra gente ví al obispo Sidonio con el otro sacerdote tu amigo, que pocos dias ántes murió: éste parece que tenia no se que pleito y contienda con Sidonio: pero fué convencido, y por mandado del juez echado en un estrecho y oscuro calabozo. Despues que quitaron de allí á aquel sacerdote, Sidonio te acusó como compañero en la maldad, por la cual el otro habia sido condenado, y entonces el juez mandó buscar alguno que te citase y mandase parecer delante de su tribunal. Yo temblando me escondí, temiendo que no me mandase á mí hacer este oficio: pero poco á poco se fuéron los demás y quedé yo solo: y así me fué mandado por el severo juez que te dijese de su parte que atento que Sidonio tan terriblemente te acusaba, es justo que tú comparezcas y estés á juicio: y mandómelo el juez tan severamente, que me amenazó de muerte si no te lo intimaba de su parte. Oyendo estas palabras el clérigo, y teniendo la copa en la mano para beber, quedó helado; y luego allí de repente acabó su triste vida: para que se entienda que el Señor, aunque permita que sus siervos sean afligidos, no deja de coronar la paciencia de ellos, y castigar la insolencia y atrevimiento de los que los afligen.

Cuando san Sidonio dijo que le habia de suceder en el obispado Arpúnculo, los que estaban presentes no le entendieron; ántes pensaron que estaba trasportado, y como fuera de sí: porque Arpúnculo era obispo de la ciudad de Langres; pero nuestro Señor, que habia revelado á Sidonio quien habia de suceder en aquella silla, permitió que los borgoñones tuviesen sospecha de Arpúnculo, y determinaron matarle: y sabiéndolo el santo obispo huyó una noche descolgándose por los muros de la ciudad, y vino á Albernia en tiempo que no habia obispo, y allí sucedió á Sidonio conforme á su profecía, y fué el undécimo obispo de aquella Iglesia.

La vida de san Sidonio Apolinar escribió Gregorio Turonense en su Historia de Francia, lib. v, cap. 20, y adelante: tráela el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo. Hace de él mencion el Martirologio romano á los 23 de agosto, y Genadio *De viris illust. cap.* 92, y Molano en las adiciones á Usuardo, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y mas copiosamente en el sexto tomo de sus Anales. Vivió en tiempo de los emperadores Leon y Zenon, y dejó muchas obras escritas en prosa y en verso, de grande piedad y erudicion, que las refiere Tritemio en su libro de los Escritores eclesiásticos.

* Los santos Claudio, Asterio, y Neon, y las santas Domnina y Teonila, mártires. —Egea ciudad de Cilicia era el lugar donde tenian su residencia estos santos, no desdeñándose de hacer pública profesion del cristianismo. Claudio, Asterio y Neon, eran hermanos, á quienes acusó su madrastra de que eran cristianos, con el objeto de apoderarse de sus bienes. Al mismo tiempo fueron conducidas á la cárcel dos mujeres de la misma ciudad, llamadas Domnina y Teonila, y tanto estas como aquellos fueron detenidos en la cárcel hasta la llegada de Lisias, procónsul de Cilicia. Al momento que llegó este á Egea, mandó fuesen conducidos á su presencia cuantos cristianos hubiese detenidos, y como los interrogara sucesivamente, todos perseveraron constantes en la fé. No omitió el procónsul medio alguno, alhagos, promesas, tormentos, de todo se valió, pero no pudo conseguir que abjuraran la fé. Viendo que nada podia conseguir, los condenó á muerte, muriendo los cinco en un mismo lugar y en un mismo dia, que fué el 23 de agosto del año 285. Fueron sus cuerpos arrojados al mar.

San Teonas, obispo y confesor. —Fué colocado en la silla patriarcal de Alejandría, el año 282, y la gobernó por espacio de diez y nueve años. Por su sabiduría y santidad fué el mas bello ornamento de su Iglesia, floreciente entonces en gran número de personajes distinguidos. Escribió una célebre instruccion en forma epistolar, en la cual trazaba las reglas de la conducta que debian guardar los cristianos que vivian en la córte de los emperadores, y la dirigió á Luciano, primer Chambelan de Diocleciano. El santo obispo murió en Alejandría, el 23 de agosto del año 300.

San Timoteo y san Apolinario, mártires. — Estando el primero predicando la fé en Reims, fué arrestado y conducido á la presencia del juez, que le hizo sufrir varios tormentos. El espectáculo de su constancia y de los milagros que obró, convirtió á Apolinario, uno de sus verdugos, y á muchas otras personas. Todas estas fueron conducidas á la cárcel, en ella recibieron el bautismo por la noche, y fueron decapitadas al dia siguiente, que era el 22 de agosto. San Timoteo y san Apolinario lo fueron al otro dia, 23, recibiendo la corona del martirio. Algun tiempo despues levantóse en el mismo lugar de su suplicio una iglesia bajo su invocacion: en ella se guardaban sus santas reliquias y se obraban muchos milagros. En tiempo de Carlo Magno, estas reliquias fueron trasladadas al centro de la ciudad de Reims, donde se habia edificado para este objeto un templo mas suntuoso y mas capaz para contener la multitud de devotos que á él acudian.

San Zaqueo, obispo y confesor. — Era judío de nacimiento, y fué elevado á la silla patriarcal de Jerusalen, siendo su cuarto obispo. Su pontificado duró muy corto tiempo, aunque fué resplandeciente en virtudes, y el santo murió en el año 110 de Jesucristo.

Los santos Restituto, Donato, Valeriano y Fructuosa, con otros doce compañeros, mártires. — Derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en Alejandría, en los primeros años del siglo IV, y sus nombres se hallan en los mas antiguos Martirologios con estas palabras: «Fueron coronados con una muy esclarecida confesion de la fé.»

Los santos Quiriaco, Máximo, Arquelao, y otros compañeros, mártires. — El primero era obispo, el segundo presbítero, y el tercero diácono, y todos vivian en Ostia, en cuya ciudad manifestaban la virtud de Dios curando los enfermos, sanando á los poseidos. Quiriaco y Arquelao fueron un dia á visitar en la cárcel á Censorino, criado del prefecto Ulpiano, que estaba preso, y á la vista de los santos cayeron las cadenas y el preso quedó libre, con cuyo milagro se convirtieron á la religion todos los centinelas y custodios de la cárcel. Todos fueron luego instruidos y bautizados. Sabido esto por el prefecto, mandó prenderlos á todos, y fueron atormentados con diversos suplicios, de los cuales murieron. San Quiriaco fué degollado dentro de la misma cárcel, y siguió á los demás en la palma del martirio. Su muerte está colocada por Baronio bajo el reinado del emperador Probo, por los años de 235.

San Minervo y san Eleázaro, con otros ocho mártires. —Los ocho mártires, cuyos nombres no se expresan, eran hijos de san Eleázaro. Murieron durante una de las mas crueles persecuciones contra la Iglesia, en Lyon de Francia, al principio del siglo III.

San Lope, mártir. — Ignórase de dónde era, y en qué tiempo padeció por la fé; y solo se sabe que era esclavo de un cristiano que despues murió mártir, el cual le convirtió á la religion cristiana y le dió la libertad. Surio dice que floreció en Tesalónica, cuya ciudad fué testigo de la multitud de milagros que Lope obraba con el contacto de una porcion de sangre del santo mártir á quien habia servido, y que murió tambien degollado en tiempo del emperador Maximiano.

San Víctor, obisyo y confesor. —Floreció en Utica, ciudad de África, en tiempo de los vándalos, cuyos malos tratos sufrió con una resignacion admirable. Por sus oraciones y continuos desvelos, conservó á su rebaño siempre libre del contagio de la herejía de aquellos tiempos, y murió en paz, despues de un pontificado ilustre en toda clase de virtudes.

San Flaviano, obispo. — Fué insigne propagador de la fé en todas las Galias, y obispo de Autun. Por su sabiduría y virtudes mereció ser llamado el oráculo de su tiempo, y una de las mas ilustres lumbreras de la Iglesia. Congregó un concilio en Orleans, que regularizó la disciplina, y murió santamente en el siglo VII.

DIA 24.

San-Bartolomé, apóstol. — Con mucha razon se queja san Juan Crisóstomo, que no sepamos muy particularmente las hazañas y hechos memorables de algunos de los apóstoles, que fueron aquellos dichosos pregoneros y embajadores celestiales, que Dios envió para alumbrar y conquistar al mundo, y sujetarle al yugo del sagrado Evangelio; y así dice: «Pluguiera á Dios que tuviéramos quién nos hubiera con gran diligencia escrito la historia de los sagrados apóstoles, y nos hubiera explicado, no solamente lo que escribieron y lo que hablaron, sino lo que hicieron en toda su vida: cuando comian y cuando estaban sentados: adónde fueron: qué hicieron cada dia; y en qué partes del mundo vivieron: en qué casas entraron: á qué puertos llegaron; y todas sus cosas grandes y pequeñas nos las refiriera. Porque si muchas veces nos recreamos, considerando los lugares en que estuvieron sentados ó presos, y con sola su vista nos despertamos y encendemos en la virtud; con mayor ahinco y estudio lo haríamos, si supiésemos las palabras que dijeron y las maravillas que obraron. Y pues un amigo suele preguntar de su amigo, dónde está, adónde va y lo que hace; mas justamente lo deberíamos hacer nosotros cuando tratamos de los maestros y predicadores de todo el mundo.» Esto es de san Juan Crisóstomo. Pero así como estos gloriosos y fortísimos capitanes del Señor padecieron y trabajaron mas que todos en la conversion del mundo; así de algunos de ellos sabemos muy poco que sea cierto, averiguado y seguro: y en las historias de sus vidas y martirios se han mezclado cosas inciertas y apócrifas. Uno de estos es el bienaventurado san Bartolomé, nombrado por san Mateo en el sexto lugar del catálogo que hace de los apóstoles: el cual fué Galileo, y como dice Josefo, alegado por el Metafraste, fué pescador, como tambien lo fueron los otros apóstoles. No se sabe cosa cierta, de cuándo ó cómo fué llamado san Bartolomé del Señor, y comenzó á ser su discípulo: lo que se sabe es, que al tiempo que los apóstoles dividieron entre sí las provincias del mundo para predicar el Evangelio, cupo á san Bartolomé Licaonia, que es parte de Capadocia, provincia de la Asia, donde predicó y convirtió mucha gente á la fé de Jesucristo nuestro Salvador, como dice san Juan Crisóstomo: de allí (llevando consigo el Evangelio de san Mateo) pasó á la India citerior, como lo escriben Orígenes, Eusebio, san Gerónimo, Sócrates, Nicéforo y Fortunato; despues entró en la mayor Armenia, donde fué coronado de martirio, como lo dice Sifronio, en lo que añadió al libro de los Escritores eclesiásticos de san Gerónimo. En la manera en que murió, hay entre los autores mucha variedad. Hipólito escribe que fué crucificado cabeza abajo; y el Metraste y Nicéforo

afirman tambien que fué crucificado: san Ambrosio y san Isidoro, y los libros antiguos de las Vidas de los santos, y la misma tradicion de la Iglesia, dicen que fué desollado; y esto es lo que parece mas cierto, y sacado de los santos y graves autores. Pero el libro que anda impreso con nombre de Abdías Babilónico, discípulo de los apóstoles, cuenta lo que sucedió al glorioso apóstol san Bartolomé en una ciudad, y la causa y modo de su martirio, y lo mismo casi refieren san Antonino, el obispo Equilino, Benedicto Perionio y otros autores, que por ser tantos, lo quiero referir aquí.

Habia en una ciudad principal de Armenia un templo, donde era adorado cierto ídolo llamado Astaroth: estaban allí muchos enfermos esperando que los sanase aquel demonio, el cual era astutísimo, y permitiéndolo el Señor por sus pecados, engañaba aquella miserable gente, prometiéndoles salud, que no la podia dar. Cegaba á unos: mancaba á otros: poníales impedimentos en sus miembros: y atormentábalos con dolores, para que despues trayéndolos á su presencia en aquel templo, y quitándoles aquellos ocultos impedimentos que él mismo les habia puesto y las enfermedades que les habia dado, pareciesen sanos por su mano. A otros, usando de remedios naturales y medicinas secretas, sanaba por algun breve tiempo de sus enfermedades que él no habia causado: aunque poco despues tornaban al mismo trabajo y á sus primeras enfermedades. A otros se los dejaba enfermos como los hallaba, dando á entender que por culpa de ellos no los sanaba. Sin estos embustes, que hacia este demonio, daba oráculos, y respondia á los que le preguntaban de las cosas que habian de suceder: y unas veces acertaba y las mas mentia; aunque siempre daba sus respuestas tan equívocas y dudosas que no se pudiesen tachar, ni faltar color á sus mentiras. Entrando, pues, el santo apóstol Bartolomé en el templo de Astaroth, luego enmudeció el demonio y no curó mas enfermo alguno: y como esto fuése á la larga, los sacerdotes de Astaroth acordaron de consultar otro demonio llamado Berith, que era adorado en una ciudad allí cerca. Preguntado Berith por qué Astaroth no hablaba, respondió: que porque Bartolomé, apóstol del verdadero Dios, habia entrado en aquella ciudad y templo, y le tenia encadenado con cadenas de fuego: y declaróles quién era Bartolomé, y á qué habia venido, y dióles las señales para conocerle, que era un hombre que tenia los cabellos negros y crespos, el rostro blanco, los ojos grandes, las narices iguales y derechas, la barba larga y entrecana, la estatura mediana, los vestidos blancos, y que no se le envejecian: porque en veinte y seis años no los habia mudado. Cien veces, dijo, hace oracion en el dia, y otras tantas en la noche. Tiene voz como de trompeta: anda acompañado de ángeles: muestra siempre su rostro alegre: habla todas las lenguas; y sabe todo lo que pasa aunque esté ausente: y lo que ahora estoy diciendo, no se le esconde: y si él quiere esconderse no le hallareis. Con esta informacion los sacerdotes anduvieron muy solícitos tres dias buscando al santo apóstol, sin poderle descubrir, hasta que habiendo echado un demonio de un hombre, se comenzó á divulgar y extender por la ciudad la fama de san Bartolomé. Llegó á los oidos del rey Polimio, que tenia una hija lunática y muy enferma, á la cual el demonio Astaroth no habia podido curar, ántes otro demonio se habia apoderado de ella, de manera que era necesario tenerla á tiempos atada con cadenas, para que no mordiese como perro rabioso, y despedazase todo lo que le venia á las manos. Mandó llamar el rey al santo apóstol para que curase á su hija, y curóla con grandísima facilidad. Envióle despues el rey un rico presente en señal de agradecimiento; y los criados que le llevaban nunca le pudieron hallar, y así se volvieron con el presente al rey: el cual despues estando de noche solo en su aposento y las puertas cerradas, vió á san Bartolomé, que le declaró que la causa de su venida á aquella tierra no era por tesoros, ni riquezas, ni joyas, sino por la salvacion de su alma y remedio de su gente: y le dió noticia de Jesucristo nuestro Redentor, de su venida al mundo, vida, muerte y resurreccion y milagros, y como estaba sentado á la diestra del Padre eterno, y habia de venir á juzgar los vivos y los muertos; y todo lo demás que era menester para alumbrarle é instruirle en lo que habia de creer y obrar para ser salvo. Y para que estuviese mas cierto y seguro de la verdad que le predicaba, se ofreció el sagrado apóstol de hacer que el mismo demonio Astaroth, que ellos engañados adoraban y tenian por verdadero dios, confesase sus mentiras y engaños, con los cuales traia embaucado y perdido el pueblo: y así estando el rey presente en el templo, y los sacerdotes y mucha gente que habia concurrido á ver este espectáculo; el demonio, por mandado de san Bartolomé, confesó y declaró los embustes y artificios que solia usar, y que él no era dios, ántes estaba atado con cadenas de fuego por los ángeles del verdadero Dios, cuyo Hijo era Jesucristo: el cual por los pecados de los hombres habia muerto en una cruz, y enviado sus predicadores por todo el mundo, y que Bartolomé era uno de ellos. Con esto el rey y todos los presentes quedaron admirados y confusos, y con intento de recibir la fé de Jesucristo: y como corridos y afrentados de la burla que habia hecho de ellos aquel demonio, echaron sogas á la estatua y la derribaron en tierra; y luego aparecieron por las paredes del templo muchas cruces hechas por ministerio de ángeles. Y para que se confirmasen mas en la verdad que habian oido del apóstol, quiso nuestro Señor que viesen salir de aquel ídolo al demonio en figura de un hombrecillo negro, con el rostro prolongado, la barba larga, los ojos centelleando como fuego, y las narices echando un humo negro y hediondo, y cercado por todas partes de cadenas de fuego. Quedó el rey y la reina y sus hijos, como atónitos y asombrados de tan horrible y espantosa figura: mandó el apóstol que desapareciese y se fuése al desierto, donde ninguno mas le viese; y el demonio le obedeció. Con esto se bautizó el rey y su casa y doce ciudades de su reino: á las cuales predicó el santo apóstol, andando de unas partes á otras con gran solicitud, y alumbrando con los resplandores de su evangélica doctrina á todos, y confirmándolos con los grandes milagros que hacia. Sanaba los enfermos: lanzaba los demonios, y sacaba del cautiverio de Satanás aquellas pobres almas que el Señor habia comprado con su preciosa sangre. Hizo muchos discípulos, é instruyóles mas particularmente en los misterios de nuestra santa fé, y comunicó á aquella gente el Evangelio de san Mateo, que (como dijimos) habia llevado consigo, y traducido en su lengua de ellos.

No pudo el demonio sufrir que creciese tanto la religion cristiana, y se amplificase la gloria del Señor: movió á los

sacerdotes de los ídolos, que se vengasen de san Bartolomé, como destruidor de sus templos, y asolador de sus altares, y ruina del culto de sus dioses y de sus casas y familias, á quienes habia quitado sus ganancias y aprovechamientos. Los sacerdotes incitaron á Astiages, hermano del rey Polimio, que reinaba en otra provincia comarcana, para que mandase traer delante de sí al santo apóstol y le castigase: y habiendo pasado algunas razones con el santo, encendido de saña por lo que habia oido á los sacerdotes; y mucho mas, porque hablando con el apóstol, un ídolo que tenia en el templo principal de su ciudad habia caido en tierra y héchose pedazos, le mandó herir con varas de hierro: y despues de haberle atormentado de esta manera, desollarle vivo; y como aun viviese, cortarle la cabeza. Los cristianos y el mismo rey Polimio tomaron su sagrado cuerpo y le enterraron con gran solemnidad; y de allí á treinta dias el rey Astiages y los sacerdotes que habian sido en su muerte atormentados de los demonios, acabaron su miserable vida y comenzaron la muerte eterna del infierno: y con esto quedaron atemorizados los gentiles, y muchos se convirtieron á la fé: y por divina revelacion el mismo rey Polimio fué consagrado obispo, y lo fué veinte años, y creció mucho aquella cristiandad. Todo esto es de Abdías Babilónico, y de los demás autores que he dicho; y es lo que comunmente está recibido.

Andando el tiempo, como los gentiles viesen que de todas partes concurrian los cristianos á reverenciar las reliquias del sagrado apóstol, escribe Gregorio Turonense, que tomaron en una arca de plomo el cuerpo del santo, y le echaron en el mar diciendo: Ya de hoy mas no engañarás al pueblo. Por la majestad de Dios, que es Señor del mar, de la tierra, y honrador de sus santos, guió aquel precioso tesoro, y le llevó en su arca á la isla de Lípari, cerca de Sicilia, donde por divina revelacion fué recibido de los cristianos y se le edificó un templo, del cual fué trasladado á Benevento, ciudad del reino de Nápoles: y en tiempo de Oton, emperador, el II de este nombre, y de Gregorio V, sumo pontífice, fué otra vez trasladado á Roma el año del Señor de 983, y colocado en una iglesia que se fundó de su nombre, en una isla que hace en la misma ciudad el rio Tiber. Allí está hoy dia su sagrado cuerpo, y es tenido en grande veneracion, y frecuentado su cuerpo, especialmente el dia de su fiesta y los ocho dias siguientes. De san Bartolomé se ha de advertir que algunos le quieren hacer siro de nacion y de sangre real: lo cual no tiene alguna probabilidad, porque todos los apóstoles fueron galileos, como se saca de los Actos de los apóstoles, y san Bartolomé fué pescador, como se dijo arriba. Tambien otros dicen que san Bartolomé fué aquel Natanael, de quien se hace mencion en el primer capítulo de san Juan, y de quien el Señor dijo: «Este es el verdadero israelita, en el cual no hay engaño:» pero san Agustín y san Gregorio dicen, que Natanael no fué escogido por apóstol; porque era doctor de la ley, y el Señor queria que sus apóstoles fuesen gente pobre, vil y despreciada en los ojos del mundo. Tambien se ha de advertir que en Roma se celebra la festividad de san Bartolomé á los 25 de agosto, y fuera de ella comunmente á los 24, y así la ponen en sus Martirologios Beda, Usuardo y Adon. La razon de esto, dicen algunos que fué querer la Iglesia romana celebrar el dia en que murió: y las otras Iglesias, el dia en que fué desollado vivo, y padeció aquel cruelísimo tormento. Pero lo mas cierto es, que las otras Iglesias hacen fiesta de san Bartolomé á los 24 de agosto, que es el dia en que murió; y la Iglesia romana el dia de la traslacion de sus reliquias, que fué á los 25 de agosto, como lo notó el cardenal Baronio; y el papa Inocencio III mandó que en esto se guardase la costumbre de cada tierra. Entre los otros autores que hacen mencion de san Bartolomé, que son muchos y gravísimos, es el uno el divino Dionisio Areopagita, discípulo del apóstol san Pablo: el cual en el libro de la Mística Teología, escribiendo á san Timoteo, obispo de Efeso, y condiscípulo suyo, le dice que el bienaventurado san Bartolomé, alumbrado con la luz sobrenatural del cielo, dijo: «Que la sagrada teología era grande y pequeña, y el Evangelio ancho y grande, y por otra parte breve y conciso;» y alaba mucho esta sentencia. Un Evangelio andaba con nombre de san Bartolomé, que Gelasio, papa, da por apócrifo, como los de los otros apóstoles (fuera de los cuatro Evangelios recibidos de toda la Iglesia católica), que siguieron los herejes y usaban mal de ellos.

* El martirio de trescientos santos.—En tiempo de la persecucion del emperador Valeriano, que fué por los años 258 el procónsul de África fué á Utica, y mandó que cuantos cristianos se hallaban detenidos en las cárceles fuesen conducidos á su presencia. Dispuso que se encendiera un gran horno de cal, junto al cual mandó colocar un altar con sal y el hígado de un cochino para sacrificar ú ofrecer á los ídolos: luego dijo á los cristianos: ó bien ofreced incienso y oblacion á Júpiter sobre ese altar, ó sereis echados en el horno de cal. Mas aquellos ilustres confesores llenos de valor y fortaleza contestaron: que jamás abandonarian á su Dios y Señor por ofrecer incienso á los ídolos; y al momento fueron echados al horno, donde consumidos por el fuego, entregaron sus espíritus al Criador. Los fieles recogieron las cenizas de estos mártires, y como estuvieren mezcladas con cal, las llamaron la «masa blanca de los santos.»

San Audoeno, obispo y confesor.—Era hijo de Authaire, señor francés establecido en el territorio de Brie, y recomendable por sus virtudes. Audoeno y su hermano, llamado Adon, recibieron en su infancia las bendiciones de san Columbano, que fué á visitar á su padre, y cuando estuvieron mas adelantados en edad, entraron al servicio del rey Clotario II. En la córte de este príncipe encontraron á san Eloy, con quien estrecharon íntima amistad. A poco tiempo los dos hermanos se disgustaron del mundo, y resolvieron consagrarse al servicio de Dios. Adon fundó un monasterio cerca del Marne que tomó despues la regla de San Benito. Audoeno que habia merecido gran favor de los reyes Clotario II y Dagoberto I, obtuvo de este último un terreno situado en los bosques de Brie, y en él fundó en el año 636 este monasterio. Era todavía lego, y ya los prelados le consultaban sobre los negocios importantes de sus Iglesias. En 640 fué elegido obispo de Ruan y consagrado en Rheims, y desde entonces sus virtudes brillaron extraordinariamente sobre toda la Iglesia de Francia. Renunciando á toda la pompa mundana, juntaba á una humildad profunda la práctica de la mortificacion y de abundantísimas limosnas. Su celo era infatigable, y se hacia todo de todos por medio de su paciencia y su afabilidad. Su principal conato era desterrar los abusos

del clero y restablecer la disciplina. El rey Tierry III le encargó muchas comisiones importantes y le escogió por mediador entre diferentes provincias que estaban en peligrosa rivalidad. Una vez que iba á ver al rey para darle cuenta del desempeño de un negocio que le habia confiado, cayó enfermo en el castillo de Clichi, cerca de París, y murió el dia 24 de agosto del año 683, el cuarenta y tres de su episcopado. Su cuerpo fué trasladado á Ruan y enterrado en la iglesia de San Pedro, donde se venera.

San Eutiquio, confesor.—Fué discípulo de san Juan Evangelista, y su compañero en los trabajos del apostolado. Predicó el Evangelio en varias provincias, sufriendo en ellas prisiones, azotes y otros padecimientos. Al fin, retirado en Grecia y viviendo como un santo, murió en la paz de Dios durante el siglo II.

San Tolomeo, obispo y mártir.—Fué discípulo y amigo del apóstol san Pedro, que lo consagró obispo y lo envió á predicar la religion cristiana á Toscana, cuyas regiones dispertó del letargo de la idolatría. Su vida fué la de un apóstol, y despues de haber hecho considerables conquistas para el Evangelio, murió mártir en Nepi á fines del siglo I.

San Tacion, mártir.—Era de Mantinea en Isauria y profesaba la fé cristiana. Habiéndola confesado públicamente en tiempo del emperador Diocleciano, fué preso por el presidente Urbano, y no queriendo ofrecer incienso á los ídolos, fué degollado á las puertas de la misma ciudad.

Santa Aurea, vírgen y mártir.—Fué de familia imperial, nacida en Ostia, y cristiana desde la infancia. Cuando el emperador Claudio expidió sus edictos contra los fieles, Aurea fué presa y conducida á la cárcel, en la cual permaneció encerrada siete dias sin comer ni beber nada absolutamente. Despues de este tiempo, llevâronla al tribunal del emperador, que la interrogó y procuró persuadirla primero con halagos y promesas, y luego con amenazas, á que volviese á la religion de sus padres y adorase á los dioses. Contestó la santa con varonil esfuerzo: Yo tengo á Jesucristo por esposo, y nadie en este mundo podrá separarme de su amor y caridad. Desprecio vuestros dioses tan torpes y tan crueles como sus adoradores. Furioso Claudio con estas palabras, mandó que la desnudasen allí mismo y que la azotasen hasta que el suelo se regase con su sangre. Despues salió desterrada á un lugar no muy distante, donde habia ya otros cristianos. Aquí vivió la santa por mucho tiempo, obrando gran multitud de maravillas, hasta que, presa segunda vez por órden del tirano, fué atrozmente martirizada y por fin recibió el premio eterno siendo arrojada al mar con una gran piedra atada al cuello. Su cuerpo salió el dia siguiente á la orilla y fué sepultado por el obispo san Nono.

San Roman, obispo y mártir. — Fué convertido á la religion cristiana por san Tolomeo y consagrado obispo de Nebi por el mismo santo, que habia sido enviado á Toscana por el príncipe de los apóstoles. Despues de haber trabajado con un ardor infatigable en la propagacion del Evangelio, selló su apostolado con su sangre, en el mismo siglo I.

San Patricio, abad. — Nació en Auvernia, de noble cuna, cuyas ventajas y riquezas abandonó, para consagrarse á Dios en la soledad. Primero pasó algunos años en un monasterio; pero despues, deseando mas recogimiento y abstraccion del mundo, se retiró á un desierto de Nevers con dos íntimos amigos suyos. Los tres pasaron allí el resto de sus dias, glorificando á Dios en todas sus acciones, hasta que Patricio fué llamado á la Jerusalen celestial el año 562, siendo ilustre en portentos ántes y despues de su muerte.

San Jorge Limniota, monge y mártir. — Vivia en el monte Olimpo con gran santidad de vida. Un dia tuvo que salir de su monasterio, y habiendo encontrado al emperador Leon Isauro que habia mandado ya perseguir y destruir las santas imágenes, le reprendió por su impiedad. El emperador al verse insultado por aquel anciano, lo hizo prender, y dispuso que lo azotasen, que le cortasen las narices y las manos, que le quemasen la cabeza, con otra porcion de suplicios, hasta que al fin, cediendo á la violencia de los dolores, murió coronado por Jesucristo, á la edad de noventa y cinco años, el de 735.

DIA 25.

San Luis, rey de Francia, confesor. — San Luis, rey de Francia, IX de este nombre, espejo de reyes y gloria y ornamento de la corona de Francia, fué hijo de Luis VIII, rey asimismo de Francia y de doña Blanca, hija de don Alonso el VIII rey de Castilla, el que venció al Miramamolin en las Naves de Tolosa. Fué su padre varon muy casto, y de quien se escribe que nunca conoció otra mujer sino la suya, y tan zeloso de la fé católica, y tan obediente á la sede apostólica, que por su respeto hizo guerra á los herejes albigenses: y habiendo alcanzado victoria de ellos, fué nuestro Señor servido de llevarle para sí, dejando á su hijo san Luis de edad de doce años, debajo de la tutela de la reina doña Blanca, su madre, á quien quedó tambien encargado el gobierno del reino. Era la reina muy santa y valerosa princesa, y deseando que su hijo fundase la grandeza y seguridad de su reino en la piedad y temor santo del Señor; la primera cosa que procuró, fué darle por maestro un varon santo y sabio, que le instruyese en buenas letras y loables costumbres: y el santo niño, como era dócil y bien inclinado, tomaba fácilmente todos los consejos que la daban de virtud. Ayudábale tambien mucho para esto el trato y comunicacion que tenia con los religiosos de santo Domingo y san Francisco, que poco ántes habia enviado Dios al mundo para repararle; y comenzaban á florecer en el reino de Francia, y atraer los corazones de aquel reino, con el olor suavísimo y ejemplo admirable de su santa vida. Pero ninguna cosa (despues de la gracia del Señor) le ayudó tanto para guardarse de todo pecado grave, como las palabras que su santa madre continuamente le repetia: Hijo (le decia), ántes querria verte muerto delante de mis ojos, que con algun pecado mortal y en desgracia de Dios: las cuales palabras de tal manera se le asentaron y estamparon en el corazon, que se tiene por cierto que en toda su vida no cometió pecado mortal, ni ofensa grave contra la soberana majestad del Señor. Siendo ya de edad de diez y nueve años, por consejo de su madre y de los grandes de su reino, tomó por mujer á Margarita, hija del conde de Provenza, y de ella tuvo cuatro hijos, Luis, Felipe, Juan y Pedro, á los cuales con palabras, y mucho mas con ejemplos, enseñaba el temor de Dios, el menosprecio del mundo y conocimientos de sí mismos, y que hu-

yesen de todo pecado mortal, mas que de la muerte. El viérnes particularmente los exhortaba á abstenerse de algunos regalos; pues en aquel dia Cristo nuestro Salvador habia padecido tan amargos y acerbos tormentos por nuestra salud. Admirables, raras y excelentes fueron todas las virtudes de este santo rey, y en cada una de ellas se esmeró tanto como si tuviera aquella sola. Fué obedientísimo á la reina doña Blanca, su madre, no solo el tiempo que fué niño y mozo, sino todo el resto de su vida: tanto, que un poeta satírico de aquel tiempo en sus versos por escarnio decia él, que no se atrevia á hacer cosa, si su madre no se lo mandaba. Fué hombre de mucha abstinencia y penitencia. Traia de ordinario á raíz de las carnes un cilicio: y cuando lo dejaba por mandárselo su confesor (al cual era muy obediente), era con condicion de que aquel dia se repartiesen á los pobres cuarenta sueldos por mano del mismo confesor. Ayunaba todos los viernes; y en los dias de adviento y cuaresma, no comia fruta, ni pescado: era muy humilde y misericordiosísimo para con los pobres. Los sábados encerraba en un lugar secreto algunos pobres; y él con sus propias manos les lavaba los piés, y se los enjugaba y besaba, y despues les lavaba tambien las manos y daba á cada uno su limosna; y los dias de fiesta y las vigilias, ántes que él comiese, daba por sus manos de comer á doscientos pobres: y cada dia en su palacio se daba de comer á ciento y veinte. Siempre que comia ó cenaba, tenia á su mesa tres viejos pobres, y les daba de los platos que á él le servian: y algunas veces era tan grande su devocion, que comia sin asco lo que ellos habian dejado. Íbanle á la mano algunos hombres prudentes del siglo, pareciéndoles que se apocaba demasiadamente, y que aquella humilde bajeza no decia bien con la grandeza y majestad de su estado: mas el santo decia, que en los pobres reverenciaba á Cristo, el cual habia dicho: « Lo que á uno de estos hicistes, á mi lo hicistes: » y añadia que los pobres compraban el cielo con la paciencia en los trabajos, y los ricos con la limosna, y con imitarlos y tenerlos como miembros de Jesucristo. Y aunque abrazaba á todos los pobres con su caridad y á todos hacia limosna; especialmente, y con mas liberalidad la daba á las personas religiosas que se empleaban en propagar la gloria de Dios, y aprovechar las almas; pareciéndole que eran mas gratas á Dios, y mas debidas á los tales pobres, y mas provechosas para toda la Iglesia, en cuyo servicio los religiosos se empleaban. El vestido que traia era muy modesto y humilde, y sin curiosidad, especialmente despues que volvió de la jornada ultramarina, de la cual abajo se dirá. Era muy tierno y amoroso para con Dios nuestro Señor. Entreteníase con él, y regalábase en la oracion, que era muy continua y fervorosa; y con este riego y lluvia del cielo regalaba las plantas de todas las virtudes de su alma: y ellas dieron tan copioso y suave fruto, como en esta vida se verá. Tenia singular devocion á las reliquias de los santos, y con grande estudio y aparato las honraba: y en su palacio real de París edificó una capilla muy suntuosa, en la cual colocó la corona de espinas del Salvador, y una parte de la santa cruz, y el hierro de la lanza que abrió su sagrado costado, con otras reliquias buscadas con gran diligencia, y traidas con grande gasto: y cada año les hacia tres dias fiesta con particular solemnidad. No consentia que la señal de la santa cruz se esculpiese en el suelo: y cuando al viérnes santo él la iba á adorar, iba con las rodillas desnudas, y desgreñado el cabello, con tanta abundancia de lágrimas que enternecia y compungia á todos los circunstantes. La fé y devocion al Santísimo Sacramento, era singular. Una vez en París apareció un niño hermosísimo en la hostia, diciendo un sacerdote misa: y concurriendo el pueblo á verle, el santo rey nunca quiso ir, diciendo, que él no tenia necesidad de algun milagro para creer que Cristo estaba en la hostia consagrada. Estando en la iglesia no consentia que se le hablase de negocio ninguno que no fuese preciso, y entonces pocas palabras, por no interrumpir sus lágrimas y devocion. Era extremado el amor que tenia á los prójimos, que de este amor de Dios, como de su fuente, se derivaba aun á los enemigos; como se vió una vez, que un Arsacidas, rey de bandoleros ó asesinos, envió unos traidores para que matasen á san Luis: de lo cual teniendo aviso del mismo que los habia enviado (porque despues, considerando cuán tan gran maldad era matar á un tan grande y santo rey, tuvo arrepentimiento de ello), el santo los hizo buscar y prender, y lloró muchas lágrimas con ellos, y los mandó soltar y enviar cargados de ricos dones al mismo rey que habia urdido aquella traicion: aunque de allí adelante trajo mas gente de guarda para seguridad de su persona. Estas fueron las virtudes de san Luis, como de persona particular; aunque son de mayor admiracion y estima por la grandeza de su persona y estado real.

No faltaron algunos que, mirándole con ojos de carne, le tenian por hombre simple, y que no sabia ser rey; mas no se fuéron sin castigo del cielo, queriendo el Señor manifestar cuánto le agradaban aquella modestia, devocion y humildad. Por donde, habiendo el duque de Gueldres enviado un hombre con unas cartas á París; cuando volvió este mensajero, le preguntó si habia visto al rey de Francia: y como el hombre, por hacer escarnio de san Luis, torciese el cuello y dijese: Ya ví aquel beaton y miserable rey, que trae el capirote en las espaldas; luego al momento se le torció el rostro, y se le quedó torcido toda la vida, sin poderlo enderezar, en castigo de su burla y murmuracion.

¿Pues qué diré de las otras virtudes que tuvo, como grande y cristiano rey, que no son ménos heroicas y admirables? De la fé católica fué zelosísimo, y por defenderla contra los herejes, y propagarla entre los infieles, hizo y padeció mucho. Y por sus merecimientos, y por la buena industria y valor de su santa madre, dos años despues que comenzó á reinar, desarraigó Dios nuestro Señor la herejía de los albigenses de todo el reino de Francia, que tanto le habia infestado y tanto se habia extendido: y compelió á Raymundo, conde de Tolosa, que ántes le habia favorecido, á reducirse y amparar la fé católica, y hacer leyes muy severas contra los herejes de su estado que se pueden ver en los autores de las historias de Francia. Castigaba san Luis con gran rigor á cualquier violador de la fé católica, y cuando los inquisidores venian á él para tratar algun negocio de su oficio, luego se desembarazaba de todos los otros negocios, por atender á aquel, y dar audiencia á los que le venian á tratar. El blanco de todo su gobierno era excusar pecados, y desarraigar de la república escándalos y ofensas de Dios. Hizo ley, que á los blasfemos y perjuros los herrasen y canterizasen como esclavos: y como un hombre muy noble y rico,

de la ciudad de París, hubiese blasfemado, por mucho que el rey fué importunado que conmutase la pena de la ley en otra mas benigna, nunca lo consintió, ántes mandó ejecutar sin remision la pena. Y sabiendo que algunos murmuraban y lo tenian por rigor, dijo: Por cierto que yo de muy buena gana sufriria ser cauterizado en mis labios, si con ellos pudiese quitar de mi reino el abuso de los juramentos. En la administracion de la justicia, fué ántes severo, que blando, mandando á todos sus ministros que la ejecutasen inviolablemente sin excepcion de personas, y como ellos conocian que tenia lumbre del cielo, y que era tan favorecido y regalado de Dios, tenian gran respeto á sus mandatos, y desvelábanse en cumplirlos y en obedecerlos. Y porque temia que las causas de los pobres y de personas miserables, donde no hay intereses, no serian tratadas con tanto cuidado como él deseaba; dos veces cada semana él mismo las oia y examinaba, y las despachaba con justicia y con clemencia. Perseguia á los logreros, como á una pestilencia y destruccion de la república: y no queria que los que habian tomado á logro fuesen constreñidos á pagar las usuras. Procuraba, cuanto podia, concordar las partes que discordaban entre sí, para que hubiese paz y amistad entre todos, y ménos pleitos y contiendas; mostrándose en todo el santo rey padre benigno de sus vasallos, y pastor solícito de su ganado.

Mas porque en un reino tan grande y tan poderoso no faltaba gente inquieta, rebelde y desasosegada, tambien usó de severidad y castigo, para refrenarla y tenerla sujeta, usando en esto del valor que en semejantes cosas los reyes deben usar para beneficio de su reino; por donde como un señor principal, vasallo suyo, llamado Hugon conde de la Marca, no quisiese obedecer á sus mandatos, y engañado de la condesa su mujer, que era vana y altiva, hubiese tomado las armas contra su rey, y traido ejército del rey de Inglaterra en su favor: san Luis le domó y sujetó por fuerza de armas, y le humilló de tal manera, que el conde y su mujer se echaron á sus piés, pidiéndole con muchas lágrimas perdon: y él se le dió, y restituyó las tierras que les habia tomado, y mandó soltar de la cárcel á muchos caballeros, criados del conde, que tenia presos: juntando en uno la autoridad real y el valor de sabio y esforzado capitan, para castigar á los rebeldes; y la blandura de padre y señor amoroso, para perdonar á los humildes y sujetos. Este mismo valor mostró el santo rey en las guerras que emprendió contra los infieles y bárbaros en defensa de nuestra santa religion: porque habiendo estado muy enfermo, y tenido una manera de éxtasis tan grande, que muchos pensaron que ya era difunto, volvió en sí, y luego pidió la cruz, que en aquel tiempo por órden del sumo pontífice se predicaba por toda la cristiandad para la conquista de la Tierra Santa: la cual cruz recibió con gran devocion, y se la puso sobre su vestido: y con el deseo que tenia de hacer algun servicio á nuestro Señor, y mover con su ejemplo á los otros príncipes y reyes, juntó un grande y lucido ejército: y despues de haberse hecho en toda Francia muchas procesiones y rogativas, para suplicar á nuestro Señor que favoreciese los pios intentos del rey, y diese buen suceso á aquella jornada, que se tomaba por su servicio; dejando á la reina doña Blanca, su madre, el gobierno del reino, y para que la ayudase y sirviese, al duque don Alonso, hermano del rey, se embarcó san Luis con toda su gente á los 25 de agosto llevando en su compañía á Oton, obispo tusculano, legado apostólico, y á dos hermanos suyos, Roberto, conde de Artois, y Cárlos, conde de Anjou, y muchos obispos, y señores y nobles de su reino, que todos iban con grande ánimo y alegría por ser aquella causa de Dios, y llevar por capitan y defensor de ella un rey tan santo y poderoso: y porque el mismo Dios con algunas señales del cielo habia significado que era su voluntad que se hiciese aquella empresa, y que él la favoreceria: porque en el obispado de Colonia, en un pago, llamado Bedonfrisio, predicándose allí la cruzada, el viernes ántes de pascua de Espíritu Santo, se vieron tres cruces grandes en el aire, y en otro pueblo de Frisia, y en otro de la diócesis de Utrech, aparecieron otras cruces y señales maravillosas: las cuales tomó el pueblo por prendas de la divina voluntad, y del feliz suceso de la jornada: aunque como los consejos de Dios son tan secretos, como justos; los hombres se engañaron: y así fué, que habiendo el santo rey navegado con próspero viento, y llegado al reino de Chipre á los 20 de setiembre, víspera de San Mateo, y sido recibido del rey y de los obispos y caballeros de aquel reino con grande alegría y regocijo, que tomaron la cruz de aquella sagrada milicia, y habiendo el gran kan, rey de los tártaros, y el de Armenia, enviádole sus embajadores, y hecho paz y confederacion con él, y el príncipe de Acaya y el duque de Borgoña juntado sus ejércitos con el de san Luis, se partieron todos de comun consentimiento de la isla de Chipre para Egipto, y llegaron á la ciudad de Damieta, que era muy fuerte, y estaba llena de mucha y muy escogida gente de guerra enemiga: la cual espantada por virtud de Dios, una noche se salió de ella huyendo; y porque no viniese en poder de los cristianos, por muchas partes la pusieron fuego. Entróse en la ciudad y no hallaron sino cuerpos muertos en ella. Apagóse el fuego: purificóse una mezquita de moros; y se consagró en iglesia por el legado apostólico, con título de Nuestra Señora, é hízose una solemne procesion para la consagracion de la iglesia. Y el santo rey, y el legado del papa, y el patriarca de Jerusalen, y los otros obispos y prelados entraron á pié y descalzos; y por su ejemplo casi todos los otros del ejército que le acompañaban. Pelearon despues dos veces con los moros, y alcanzaron victoria de ellos, con gran mortandad de aquellos bárbaros y despojo de municiones y pertrechos de guerra, que tenian: mas estando en tan grande prosperidad, y navegando con vientos tan frescos y favorables, envió Dios una borrasca tan recia, que de treinta y dos mil soldados que eran, apenas quedaron seis mil; y esos por la falta de mantenimientos tan debilitados, que fué forzado al santo rey entregar por conciertos la ciudad de Damieta á los moros y pagar los daños que se habian hecho en la guerra, y hacer treguas por diez años. Todo lo cumplió san Luis: mas los moros quebrantaron su palabra, y mataron á su propio soldan y á muchos cristianos, porque no quisieron renegar: y fué cosa maravillosa, que pudiéndolo tan fácilmente hacer, no matasen al mismo santo rey y á los demás.

Pero el Señor, que quiso con este azote castigar á la cristiandad, y probar y afinar, como el oro en el crisol, á san Luis, lo guardó para hacerlo mas esclarecido con aquella adversidad que lo fuera con prosperidad y victo-

ria y destruccion de los moros: porque habiendo enviado parte de su gente á Francia, él se quedó cinco años en Siria; y no estuvo ocioso, porque con su ejemplo y gran caridad convirtió gran número de moros á la fé católica: rescató muchos cautivos cristianos: fortificó muchas ciudades y castillos que tenia: enterró por su mano muchos cuerpos de cristianos muertos que estaban por los campos, no haciendo caso de la putrefaccion y mal olor, que era mucho y muy grande: de manera, que siendo vencido de los moros, quedó vencedor de sí mismo, y de la que llaman fortuna; y con mas ilustre victoria triunfó del mundo, y fué mas provechoso á los fieles é infieles, que si los hubiera sujetado: porque como él estaba sujeto á Dios, no se quejaba ni se maravillaba que no hubiese favorecido á sus intentos: no murmuraba de sus juicios ocultos; ántes rendido en todo á su justísima voluntad, confesaba que por sus pecados era muy justo aquel castigo. Ocupándose pues en obras tan santas, recibió aviso de que la reina doña Blanca, su madre, era muerta, y que convenia que se volviese luego á su reino de Francia, y así lo hizo embarcándose á su nave: la cual, puesto caso que corrió gran peligro de abrirse, mas por las oraciones del santo rey fué libre y llegó á salvamento. No se puede fácilmente creer el gozo que causó en toda la cristiandad y particularmente en el reino de Francia, el ver en ella á su rey, libre ya de todos los peligros y afanes que en aquella jornada habia pasado, y el regocijo con que fué recibido, y el concurso de la gente que le vino á ver y darle el parabien de su llegada. Volvió aun mas fervoroso que ántes, y con mas vivos y encendidos deseos de emplearse todo en servicio de nuestro Señor: y así comenzó luego á mostrarlo en las obras. Edificó muchos hospitales, para recogimiento y sustento de los pobres: á los cuales él mismo daba de comer algunas veces hincado de rodillas. Fundó muchos monasterios de religiosos, y dotólos de muy buenas rentas; especialmente á los padres de Santo Domingo y de San Francisco (de los cuales fué devotísimo) hizo grandes limosnas, y les labró muchas casas é iglesias: y con su autoridad reprimió á los que perseguian sus órdenes, como religiones nuevas, y mandó ejecutar lo que los sumos pontífices en favor de ellas habian decretado, y castigar á los contumaces y obstinados. Favorecia en gran manera á los varones doctos y señalados en alguna ciencia, y especialmente á los teólogos, y entre ellos á Roberto Sorbon, que instituyó en París el insigne colegio teólogo, que hasta hoy (tomando nombre de su fundador) se llama Sorbona. Habiendo, pues, pasado su vida en santos ejercicios, cumpliendo enteramente con su oficio y dignidad de rey, y floreciendo en gran manera su reino, tuvo nueva de los grandes trabajos que los pocos cristianos que habian quedado en Siria padecian, y que aquellos santos lugares que Cristo nuestro Redentor habia regado y consagrado con su preciosa sangre, eran hollados y consagrados de los bárbaros é infieles, con suma ignominia del nombre de Cristo: y no sufriéndole el corazon, de no hacer todo lo que pudiese para librarlos del poder de tan fieros y crueles enemigos, como si la primera jornada le hubiera sucedido muy á su gusto y contento, así determinó de hacer otra, y poner su persona y las de sus hijos y de sus vasallos, en nuevos trabajos y peligros; por volver por la honra de Dios. Para esto juntó mucha gente de los grandes de su reino y del comun: y estando para embarcarse con tres hijos suyos, Felipe, Juan y Pedro, y con el rey de Navarra y otros señores, y príncipes eclesiásticos y seglares, llamó á sus hijos; y volviéndose al primogénito con rostro alegre y voz suave y amorosa le dijo: Bien ves, hijo mio, que yo siendo ya viejo y cansado, y la reina tu madre crecida en edad, dejo el reino que por la misericordia de Dios poseo, sosegado, rico y abundante de honras, gustos y deleites, y que no me detiene el desconsuelo de tu madre, ni el deseo de gozar lo que Dios me ha dado, por servirle á él y servir á su Iglesia. Esto te digo para que, cuando despues de mis dias vengas á ser rey, no tengas cuenta con tu mujer, ni con tus hijos, ni otra cosa alguna sea parte para que por ella dejes de emplearte en servir á Cristo, y amparar la Iglesia, y defender la fé católica. Yo he querido darte ejemplar á tí y á tus hermanos, para que cuando se ofreciere la ocasion, hagais vosotros lo que me veis hacer á mí. Embarcóse el santo rey, primero dia de marzo del año del Señor de 1270, en el puerto de Marsella para el reino de Túnez (porque los moros que allí estaban, eran grande estorbo á los cristianos que navegaban á la conquista de Jerusalen), con intencion de tomarla primero y quitar aquel impedimento, y despues pasar adelante. Llegó la armada al puerto Tarina, que es el antiguo de Cartago, ó allí cerca: saltó en tierra el ejército; tomó un pueblo de los moros; y estando allí con grande esperanza de felicísimo suceso, por secreto juicio del Señor, dió en el ejército una enfermedad que andaba por aquella tierra, de la cual muchos moros habian perecido. Fué creciendo de suerte, que no solamente moria la gente comun, sino tambien la mas principal: y en pocos dias arrebató á Juan, hijo del rey, é hirió al mismo rey: el cual, conociendo que aquella enfermedad era mortal, no se turbó ni se afligió; ántes con un corazon blando y amoroso y filial, se volvió al Señor, alabándole por la misericordia que le hacia en librarle de la cárcel de su cuerpo: y á menudo repetia aquella oracion de la santa Iglesia: «Dadme gracia, Señor, para que menospreciemos las cosas prósperas del mundo, y no temamos las adversas:» y orando por la gente que traia, decia: Señor, sed vos santificador y guarda de vuestro pueblo: y trayéndole el santísimo cuerpo de Cristo nuestro Salvador por viático, le adoró y recibió con singular devocion y reverencia, y copiosas y afectuosas lágrimas. Preguntándole el sacerdote; si creia que aquel era el verdadero Hijo de Dios; respondió: No ménos lo creo que si viera á Cristo en la misma figura en que subió á los cielos. Estando ya agonizando, miró al cielo, y dijo aquellas palabras del salmo: «Señor, yo entraré en vuestra morada, y os adoraré en vuestro santo templo, y alabaré vuestro nombre:» y dichas estas palabras, dió su espíritu al Señor. ¡O varon bienaventurado! ¡O rey verdaderamente santo, que tanbien supiste sujetar la soberanía y majestad real á los piés del Rey de los reyes y Monarca del cielo y de la tierra! ¡Pues ni te ablandó el deleite, ni te desvaneció la honra, ni te engañó la codicia, ni te levantó la prosperidad, ni te abatió la adversidad, ni te trocó alguna variedad de fortuna para que no estuvieses siempre atento á la voluntad del Señor! El cual en la vida y muerte de este rey y gran siervo suyo, nos quiso enseñar cuán gran fuerza tiene su gracia para vencer las blanduras de nuestra carne, los engaños del mundo, y to-

dos los encuentros y espantos del demonio que se nos ponen delante: y que debemos ponernos en sus benditas manos y sujetar nuestro juicio al suyo, cuando las cosas no suceden á nuestro gusto y nos parecen que van fuera de camino, y que Dios desampara á su causa. Mas ganó san Luis con la pérdida de su ejército y de su libertad, en la primera jornada y en la segunda de su vida, que si hubiera ganado y conquistado al universo, y tornado con su salud á su casa: porque con esta pérdida ganó el cielo, y tuvo y mostró las excelentes virtudes de fé, de esperanza, de amor de Dios, de paciencia, de fortaleza y constancia cristiana. Dejó ejemplo á todos los reyes del modo con que han de servir al Señor: fué de él esclarecido con muchos y grandes milagros, y alcanzó la corona de la gloria sempiterna: y acá en la tierra vive y vivirá para siempre su memoria, y será reverenciada de toda la Iglesia católica, mientras que ella durare, que será hasta el fin del mundo. Muerto san Luis, desmayaron los cristianos de su ejército, y tomaron grande ánimo y brio los infieles y bárbaros, pensando que tenian la victoria en sus manos: mas permitió el Señor que Cárlos, rey de Sicilia y hermano del santo, llegase á Túnez pocos dias despues de su muerte con un ejército muy florido, y juntándose con el que allí estaba, dieron mucho en qué entender á los enemigos, y los apretaron de manera, que con ser ellos en mucho mayor número que los cristianos, nunca se atrevian á pelear de poder á poder con ellos: y en algunas escaramuzas que tuvieron, llevaron siempre la peor parte: y el fin de aquella guerra fué, que cercados de los nuestros, fueron forzados á pedir paz: la cual se hizo dando libertad á los cristianos que eran cautivos, y licencia á los religiosos de San Francisco y de Santo Domingo, y otros cualesquiera, de predicar sin estorbo en todo el reino de Túnez la fé de Cristo, y bautizar á todos los que se convirtiesen á ella: y que el rey de Túnez pagase cada año al rey Cárlos cuarenta mil ducados de parias: de manera, que podemos decir que el santo rey muerto venció á los moros, y que la armada por sus oraciones mereció la victoria y feliz suceso que el Señor le dió. Murió el santo rey á los 25 de agosto, año de 1270. Su cuerpo se trajo á Sicilia, y de allí se llevó á Francia, y fué sepultado en el insigne templo de San Dionisio, que es el entierro de los reyes de Francia, cerca de París. Ilustróle Dios con muchos y grandes milagros (como dijimos), y el papa Bonifacio VIII le canonizó y le puso en el número de los santos.

No me parece que debo dejar de poner aquí la doctrina maravillosa que este santo rey dió á Felipe, su hijo, heredero á la hora de su muerte; porque es doctrina que muestra el celestial espíritu y celo del que la dió, y puede aprovechar para enseñar á todos los reyes lo que deben hacer en el gobierno de su reino. Escribió, pues, san Luis un papel estando para morir, en que hablando con su hijo le dice: «Hijo mio, ante todas cosas te encomiendo que ames á Dios mucho; porque el que no le ama no puede ser salvo. No des lugar á pecado mortal; aunque por no cometerle padezcas cualquier género de tormento. Cuando te sucedieren cosas adversas, súfrelas con buen ánimo, y piensa que las tienes bien merecidas, y así te será de grande ganancia: y en las prósperas haz gracias con humildad al Señor y no te desvanezcas; para que no te hagas peor, con lo que debieras ser mejor. Confiesa á menudo tus pecados, y busca confesor sabio para que te sepa enseñar lo que has de seguir y lo que has de huir, y trata con él de manera, que tenga osadía para reprenderte y darte á entender la gravedad de tus culpas. Oye el oficio divino devotamente; no des oido á las fábulas ni livianddes, ni traigas los ojos vagueando de una parte á otra, sino que medites con el corazon lo que ruegas á Dios con la boca; y mas particularmente harás esto despues de la consagracion de la misa. Serás de ánimo piadoso y humano con los pobres y con los afligidos, y favorecerlos has con todas tus fuerzas. Si alguna cosa congojare tu corazon, descúbrela á tu confesor, ó á otra persona grave y cuerda; porque con este alivio la lleves con mayor paciencia. Procura que las personas que admitieres á tu familiaridad, ahora sean religiosas, ahora sean seglares, sean virtuosas y de buena fama; con las tales trata de buena gana, y huye la conversacion de los malos y viciosos. Oye sermones de predicadores provechosos que hablan de Dios pública y privadamente, y procura ganar con mucha devocion las indulgencias y perdones de tus pecados. Ama todo lo bueno y aborrece todo lo malo. Adonde quiera que estuvieres, no ose alguno hablar en tu presencia cosa que provoque á mal, ó en daño de la fama del prójimo: ni tú hablarás de alguna persona, cosa que le toca en la fama con intento de murmurar. No sufrirás que delante de tí se atreva alguno á blasfemar ó decir mal de Dios ó de sus santos; ni dejarás sin castigo al culpado en tal crímen. Darás á Dios gracias muy de ordinario por los bienes y mercedes que cada dia te vienen de su bendita mano, para que merezcas de nuevo otras mayores. En el administrar justicia serás recto y sévero, guardando lo que las leyes determinan, sin torcer á la mano diestra ó siniestra; y escucha pacientemente las quejas de los pobres, y procura saber la verdad. Si alguno tuviere queja de tí ó se sintiese agraviado, estarás mas de su parte que de la tuya, hasta que sea declarada la verdad; porque de esta manera los de tu consejo con mayor confianza pronuncien justa sentencia. Si hallares que posees cosa ajena, aunque por via de herencia la hayas recibido de tus antepasados, sin dilacion vuélvela á su propio dueño, si está clara la verdad; y si está en duda, señala hombres sabios que con diligencia y sin dilacion lo examinen y declaren. Sobre todas las cosas debes procurar que todos tus súbditos gocen de paz y de justicia, especialmente los religiosos y clérigos que ruegan á Dios por tí y por tu reino. A tus padres debes tener amor, reverencia y obediencia. Los beneficios eclesiásticos no los des sino á los mas dignos y que no tengan otros, y esto por consejo de varones sabios. No harás guerra, y ménos contra cristianos, sin gran causa y consejo: y si la necesidad te forzare á hacerla, sea sin daño de las iglesias y de los que no tienen culpa. Si tuvieres guerra ó disension alguna ó la tuvieren tus súbditos, procura cuanto en tí fuere de componerla. Mira con mucho cuidado á quien das la vara de justicia, y no te contentes de haber escogido para jueces los mejores hombres de tu reino: pero vela sobre ellos, y pon cuidado para saber cómo la administran. Siempre serás devotísimo y obedientísimo á la Iglesia romana y al sumo pontífice, y le tendrás por padre tuyo espiritual. Los gastos de tu casa serán moderados y conformes á razon. Amonéstote, hijo mio, y encárgote con juramento, que si Dios fuere servido de llevarme de esta vida ántes de tí, tengas cuidado que por todo el reino de Francia se digan misas y se ofrezcan sacrificios

por mi alma. Finalmente, todo aquello que un bueno y piadoso padre puede desear para su hijo, yo lo deseo para tí, y suplico á Dios que te lo dé. La santísima Trinidad te guarde de todo mal y te dé gracia para hacer siempre bien y cumplir en todo su voluntad, de manera, que él sea por tí honrado, y nosotros despues de esta vida le podamos ver, contemplar y gozar su bienaventuranza, por todos los siglos de los siglos. Amen.» Estos son los documentos dados de san Luis, rey de Francia, á su hijo, que si se guardasen enteramente de los reyes y príncipes, no hubiera mas que pedir ni desear. La vida de san Luis escribió Gaufrido, de la órden de Santo Domingo, su confesor, y Juan, señor de Joinville, que veinte y dos años le sirvió y acompañó, y los otros escritores de la historia de Francia: y el Martirologio romano hace mencion de san Luis á los 25 de agosto.

SAN GINES DE ARLES, MÁRTIR.—La vida y martirio de san Ginés de Arles, escribió san Paulino, obispo de Nola, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo, de esta manera.

Fué san Ginés natural de la ciudad de Arles de Francia: inclinóse desde su mocedad á ser escribano y andar en los tribunales: y ocupándose de este oficio, mandóle una vez el juez que escribiese una provision impía y cruel contra los cristianos, en que mandaba que todos fuesen muertos do quiera que se hallasen. Parecióle á Ginés aquel mandato inicuo y bárbaro, como lo era, y no quiso obedecer al juez; ántes arrojó los instrumentos que tenia para escribir á los piés del juez, mostrando con el desden y semblante, que le desagradaba aquel mandato, y que en su corazon era cristiano, ó se compadecia de los que lo eran. Fuése de allí, y el juez enojado de lo que Ginés habia hecho, mandó á algunos de sus oficiales que le siguiesen y que le quitasen la vida. Entendió Ginés el peligro, y envió á rogar á un obispo que le bautizase: el cual, ó impedido por otros negocios, ó por examinar mejor el ánimo y disposicion con que Ginés le pedia el bautismo, no le bautizó; ántes le avisó que muriendo por Cristo, alcanzaria la vida eterna por medio de su sangre. Con esto Ginés pasó de la otra parte del rio Ródano para esconderse. Siguiéronle los ministros del tirano, alcanzáronle, diéronle la muerte, y dejaron su sagrado cuerpo allí tendido en el suelo. Tomáronle los cristianos y trajéronle á la otra parte del rio Ródano y allí le sepultaron: y de esta manera consagró Ginés las dos riberas de aquel rio, la una con su sangre y la otra con su cuerpo. Todo esto es de san Paulino.

Añade san Hilario, obispo de Arles, un milagro muy notable que hizo nuestro Señor por la oracion de san Ginés, estando el mismo Hilario presente. Dice, que celebrándose en aquella cindad la fiesta de este glorioso santo, iba mucha gente á su iglesia, y habiendo de pasar una puente del rio Ródano, fué tanta la gente que cargó sobre ella, que se hundió y cayó en el rio una multitud de hombres y mujeres, viejos y mozos, niños y niñas, con gran peligro de ahogarse los que cayeron, y gran lástima de los que lo estaban mirando y no los podian socorrer. Estaba allí el obispo que á la sazon era de Arles, llamado Honorato, gran siervo de Dios: y viendo aquel destrozo, se puso de rodillas, pidiendo á san Ginés, que pues toda aquella gente padecia tan gran desgracia por venirle á honrar, la librase con sus oraciones de aquel tan evidente peligro. Apenas habia acabado el santo obispo su oracion, cuando comenzaron á salir del rio, sanos y sin lesion alguna, todos los que en él habian caido: ninguno quedó ahogado, ninguno tullido, ni manco, ni descalabrado: todos salieron mojados, y todos muy alegres viéndose libres de tan gran desastre, se abrazaban unos á otros. No faltó á hombre capa ó espada, ni á mujer manto ó rosario: todos se vieron en peligro de muerte, y ninguno murió ni padeció otro mal que mojarse. Pasaron en barcas el rio, y fuéron á la iglesia de San Ginés á dar gracias á Dios por la merced que les habia hecho, y celebraron con mayor regocijo que otros años la fiesta del santo, por cuyos merecimientos habian salido de aquel peligro. Su martirio fué á los 25 de agosto, y en él le ponen los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon. Hacen mencion de él Prudencio, Venancio, Fortunato, el breviario Toledano y san Gregorio Turonense.

SAN GINÉS, EL REPRESENTANTE, MÁRTIR.—Maravilloso fué el Señor en el martirio de san Ginés, el Escribano, y en el milagro que obró por él, librando á tanta gente, que por celebrar su fiesta, cayó en el rio y se vió en tan grande peligro; pero mucho mas milagroso se mostró en la conversion de otro Ginés, haciéndole de representante y burlador y perseguidor de cristianos, confesor de la santa fé y verdadero mártir de Jesucristo. Mayor milagro es trocar un corazon y sacar agua de la piedra, que librar á los hombres de las aguas; porque en lo uno hay sola obediencia de la criatura que está sujeta á la voluntad del Señor; y en lo otro hay mudanza y rendimiento del corazon humano, que es libre y señor de sí, y resiste á lo que Dios quiere.

Fué, pues, así, que imperando Diocleciano, hubo en Roma un farsante, insigne chocarrero y gracioso, que se llamaba Ginés, muy enemigo de cristianos: el cual parte por su mala inclinacion, y por la mala vida que traia (como suelen los de aquel oficio), y parte por dar gusto al emperador y entretenimiento al pueblo, se dió mucho á perseguir á los cristianos y hacer burla de ellos, y para esto quiso entender los misterios de nuestra santa fé y las ceremonias del bautismo, para representarlo en sus comedias, y mover á risa á los circunstantes. Despues que se hubo enterado de lo que hacian los cristianos, instruyó bien á los otros sus compañeros de lo que habian de hacer: y un dia, estando presente el emperador y toda Roma para verle representar, fingió que estaba malo: echóse en una cama, y llamó á los que le habian de ayudar al entremés, y como eran sus criados, díjoles que estaba malo y pesado (porque era muy grueso de carnes), y que queria aliviarse. Pasaron algunas razones entre Ginés y sus criados á este propósito, llenas de donaire y de chacota.

Finalmente, él dijo que queria ser cristiano, y uno de los representantes se vistió de exorcista y otro de presbítero para bautizarlo, haciendo burla con aquella representacion del santo Sacramento del bautismo, y de la religion y ceremonias de los cristianos, con gran gusto del emperador y aplauso y regocijo de todo el pueblo. Pero (¡ó bondad inmensa del Señor! ¡ó virtud y eficacia de la divina gracia!) en el mismo tiempo que hacian escarnio de Cristo, tocó el Señor el corazon de Ginés, y le alumbró con un rayo de su luz, y le trocó la voluntad, de manera, que no ya de burla sino de veras, desease ser cristia-

no y recibir el bautismo, como hombre que entendia que por él se habia de salvar, y que no habia otro camino para el cielo, sino los merecimientos y la sangre de nuestro Redentor. Vistiéronle de blanco como era costumbre hacerlo con los recien bautizados, y mandó el emperador que se le llevasen y le subiesen sobre un púlpito, donde habia una estatua de Venus, para que de allí fuese mejor visto y oido del pueblo, y el regocijo fuese mayor. Estando en el púlpito, se volvió Ginés á Diocleciano y á toda la gente, y les habló de esta manera: Oyeme, emperador; y vosotros, si sois hombres cuerdos, oidme. Antes de ahora, siempre que yo oia nombrar á los cristianos, ciego y loco en la idolatría, procuraba (como otros) perseguirlos, é incitar al pueblo para que los persiguiese, y era tal el enojo que tenia contra ellos, que por esta causa dejé á mis padres y deudos, queriendo ántes vivir pobre y desventurado, que en mi patria entre cristianos. Con este mismo odio determiné estos dias escudriñar y querer saber las cosas de los cristianos, nó para creerlas, sino para mofar de ellas y representarlas en el teatro, y entretener y alegrar la gente, como habeis visto. Pero al mismo punto que querian echar el agua del bautismo sobre mi cabeza, y me preguntaron si creia lo que los cristianos creen, levantando los ojos en alto, ví una mano que bajaba del cielo sobre mí, y ángeles con rostros de fuego, que en un libro leian los pecados que en mi vida cometí. Diéronme los ángeles: De estos pecados serás libre con esta agua, con que quieras ahora ser bañado, si de veras y de todo corazon la deseas. Yo así la deseé y pedí; y luego que cayó sobre mí el agua, ví la escritura del libro borrada, sin que en él quedase señal alguna de letra. Dijéronme los ángeles: Ya has visto, como has sido limpio de esta culpa y mancilla: procura conservar la limpieza que has recibido, y no manchar mas tu alma con pecado. Mira pues, emperador, y mirad vosotros ó romanos, lo que es justo que yo haga. Yo procuré agradar al emperador de la tierra; y el Emperador del cielo me miró con ojos benignos y me admitió en su gracia: quise causar risa á los hombres, y causé alegría y regocijo á los ángeles: y por tanto digo, que de hoy mas confieso á Jesucristo por verdadero Dios, y os amonesto que todos hagais lo mismo, y que salgais de las tinieblas de que yo he salido, para que eviteis los tormentos que yo he evitado.

De esta manera habló Ginés; pero oyendo sus palabras, quién podrá explicar como el emperador quedó atónito y fuera de sí, y el furor y enojo con que mandó que todos los representantes fuesen traidos á su presencia, y allí azotados, pensando que ellos tambien, como Ginés, eran cristianos; pero ellos le dijeron que no eran cristianos, ni estaban engañados, como Ginés; que lo que el emperador creia, creian ellos, y adoraban á los dioses que él adoraba: que si pecó Ginés; no era justo, que lo pagasen todos: y para que viese el emperador que no eran cristianos, dijeron grandes blasfemias contra Cristo. Entonces el emperador dejando á los otros, se embraveció mas contra Ginés, y faltó poco que allí con sus manos no le matase, segun estaba fuera de sí. Mandóle herir allí delante de todo el pueblo con varas y apalear con gruesos palos, y llevar á la cárcel, y al otro dia mandó á un prefecto, llamado Plauciano, que le atormentase cruelmente, hasta que negase á Cristo. Pusiéronle en el ecúleo, desgarráronle los costados con uñas de hierro; y abrasáronle con hachas encendidas. Decíale el prefecto: Miserable de tí, obedece al emperador y sacrifica; y alcanzarás su gloria y vivirás. Respondia Ginés: Procuren la gracia y amistad de estos reyes, los que no temen á aquel Rey que yo ví, y adoré y adoro; porque aquel es verdadero Rey, que abriéndose los cielos yo ví, y usando conmigo de misericordia me alumbró con el agua del bautismo, y de burlador de los cristianos me hizo cristiano; y me pesa en el alma de haber perseguido su santo nombre, y conozco que por ello merezco cualquiera pena y castigo. A este Emperador del cielo es justo que obedezca, cuyo imperio durará para siempre; y nó á Diocleciano, que es hombre mortal, y su imperio en el suelo, y presto se ha de acabar. Date (dice) priesa: aumenta las peñas y tormentos: que por mas que hagas, no apartarás á mi Señor Jesucristo de mi corazon. Avisó el prefecto al emperador de la constancia de Ginés, y del esfuerzo y alegría con que sufria los tormentos; y el emperador le mandó degollar: y así se hizo, á los 25 de agosto, y en este dia el Martirologio romano, y los demás hacen mencion de san Ginés, el Representante, y fué por los años del Señor de 303, imperando Diocleciano, como se ha dicho. En Roma fué ilustre la memoria de san Ginés, y se le edificó templo: y san Gregorio III, papa, le reparó, adornó y enriqueció de muchos dones, como se dice en el libro de los Romanos Pontífices. Adviértase que Mombricio y Pedro de Natálibus confunden á los Gineses, el escribano y el representante, y de dos hacen uno; pero la verdad es que fueron dos distintos, y de ellos hacen mencion el Martirologio romano, y los otros autores.

¿Pues quién, leyendo el martirio de este glorioso mártir, no se maravilla de los secretos juicios del Señor? ¿Quién no se espanta del abismo de su misericordia? ¿Y de aquel piélago sin suelo de infinita bondad, que así muda los corazones, y convierte las espinas en rosas y las serpientes en palomas, los lobos en corderos, y los perseguidores de Cristo en mártires de Jesucristo? ¿Que en el mismo tiempo que Ginés hacia burla del bautismo, recibiese de veras el bautismo? ¿Y haciendo escarnio de los misterios de nuestra santa religion, fuese alumbrado y santificado por la gracia del Crucificado, á quien él tenia tan grande aborrecimiento, trocándole el mismo Señor el corazon y no forzándole la voluntad, sino ayudándole para que creyese lo que no creia, abrazase lo que aborrecia, y muriese por aquella fé, que poco ántes tanto escarnecia? El Martirologio romano hace mencion á los 14 de abril de otro representante llamado Ardaleon: el cual estando representando las cosas de los cristianos y haciendo burla de ellos, en la misma representacion se convirtió y fué ilustre mártir del Señor: y á los 15 de setiembre hace mencion de otro tambien farsante, que se decia Porfirio: el cual, en presencia del emperador Juliano Apóstata, por escarnio recibió el bautismo; y el Señor le trocó el corazon súbitamente; y confesando con gran constancia que era cristiano, le cortaron la cabeza, por mandado del mismo emperador, y mereció la corona del martirio: y san Agustin escribiendo á Lipio, epístola 67, cuenta lo que sucedió á otro farsante, que se decia Dioscoro, y era gran burlador de los cristianos, y al cabo con la enfermedad de sus hijos y otros azotes se hizo cristiano y fué siervo del Señor, haciendo él burla de los burladores y convirtiendo las burlas en veras, para mostrar mas su omnipotencia é infinita bondad.

Los santos Eusebio, Ponciano, Vicente y Pelegrin, mártires.—Cuando reinaba el emperador Como, sufrieron el martirio estos santos en la ciudad de Roma. Varios fueron los tormentos con que fueron afligidos, primeramente atormentados en el potro y estirados con nervios, despues azotados con varillas, y quemados con planchas encendidas, luego azotados con varas emplomadas, hasta que por último entregaron su espíritu al Criador.

San Gregorio, obispo y confesor.—Nació en Francia, y fué de la sangre de sus reyes. Teniendo apenas quince años conoció á san Bonifacio, apóstol de la Alemania, se enamoró de sus virtudes, y haciendo resolucion de abandonar el mundo, le siguió. Detúvose sin embargo algun tiempo en el monasterio de Orford para acabar sus estudios, y despues volvióse á juntar con san Bonifacio, que le llevó siempre consigo y le amó como un hijo. Fué su cooperador incansable en los trabajos del apostolado, y al fin san Bonifacio le nombró abad de un monasterio cerca de Utrech, y poco despues estando vacante la silla episcopal de esta ciudad, el papa Estéban III y el rey Pepino obligaron á Gregorio á encargarse del cuidado de aquella Iglesia, y algunos creen que fué consagrado obispo. La Iglesia de Utrech, que gobernó por espacio de veinte y dos años, llegó á ser á la sazon la mas floreciente del pais, por la vigilancia y la predicacion de Gregorio. Su amor á la mortificacion y á la oracion, su humildad, su dulzura y su paciencia en los trabajos le merecieron la gloria de los santos, en la cual entró el dia 25 de agosto del año 776, muriendo con la muerte de los justos.

San Geroncio, obispo.—Vivió en tiempo de los apóstoles, los cuales lo enviaron á España. Unos dicen que fué el primer obispo de Itálica, antigua ciudad de Andalucía, y otros creen que lo fué del mismo Sevilla. Papebroquio asegura que es el mismo santo el que el vulgo llama Santiponce, obispo y mártir. En lo que no hay duda es en que Geroncio fué uno de los primeros obispos de España enviados á ella los primeros años del cristianismo. San Isidoro de Sevilla compuso un epígrama en honor de este santo, el cual nos le ha conservado Salazar, y en él dice que murió en la cárcel de hambre y otros suplicios, en tiempo de Neron, durante el siglo I de la Iglesia.

San Julian, mártir.—Padeció martirio por la fé en Siria. Algunos antiguos Martirologios dicen que fué presbítero, y en ninguna parte se encuentra el año de su dichosa muerte.

San Menas, obispo.—Nació en Alejandría y dedicóse á los estudios eclesiásticos, en los cuales hizo grandes progresos. Hallándose en Constantinopla, en tiempo del emperador Justiniano, por su ciencia y virtudes fué ordenado de sacerdote, y se dedicó con tanto empeño en sostener y defender las verdades de la Iglesia católica, que en habiendo vacado en aquella sazon la silla patriarcal de Constantinopla, fué Menas elegido y consagrado para ocuparla, haciendo la ceremonia de la consagracion el mismo papa san Agapito. Gobernó su rebaño con prudencia y santidad, y estimuló con sus consejos y ejemplos la piedad del emperador y de otros principales señores de la córte, para dar mayor lustre á la religion y mas resplandor á las cosas santas. En tiempo de este santo sucedió en Constantinopla un milagro, que tuvo mucha fama. Habia en aquella Iglesia la antigua costumbre, de que las partículas que quedaban de la sagrada eucaristía despues de haberla distribuido á los fieles, se daban á los niños de corta edad para que participasen del pan de los ángeles. Cierto dia se mezcló con los niños cristianos otro niño judío, y comió con ellos de las sagradas partículas. Al llegar á su casa contó el caso á su padre que era vidriero, el cual encendido en furiosa cólera tomó á la inocente criatura y la arrojó dentro del horno encendido. La madre que ignoraba lo que habia pasado, viendo que su hijo no parecia á la hora acostumbrada, empezó á buscarle por toda la ciudad con lágrimas y sollozos. Al tercero dia estaba la madre inconsolable, y en ocasion que pasaba por delante del horno dando terribles gritos de desconsuelo, oyó la voz de su hijo que desde dentro de las llamas la llamaba; se asomó y vió al que lloraba perdido, alegre é intacto en medio del fuego. Habiéndole preguntado cómo ó por qué virtud permanecia sin lesion entre las llamas, contestó el niño, que desde que habia entrado en el horno tenia á su lado una noble matrona, que apartaba las ascuas de su alrededor, apagaba con su aliento el ardor del fuego y le daba que comer cuando tenia hambre. Al momento corrió por toda la ciudad la fama del portento, y habiendo llegado á noticia de Justiniano, hizo prender al padre, que murió crucificado como parricida, y á la madre y al niño los hizo instruir por san Menas, que despues les administró el bautismo. El santo patriarca acabó sus dias en la misma ciudad, el dia 25 de agosto del año 552.

Santa Patricia, vírgen. — Fué nieta del emperador Constantino el Grande; nació y fué educada en Constantinopla, teniendo por preceptor al célebre Lactancio. Habia hecho voto de castidad, por cuya razon viéndose obligada por el emperador, su padre, á contraer matrimonio, abandonó secretamente su patria y se embarcó para Nápoles, acompañada de algunas personas de su servidumbre. Despues pasó á Roma, donde recibió el velo de manos del papa Liberio, consagrándose desde entonces mas particularmente al servicio de la Iglesia. Dirigiéndose á Jerusalen para visitar los santos Lugares, se detuvo algunos dias en Constantinopla, cuya ciudad edificó con el perfume de sus muchas virtudes, y embarcándose para proseguir su camino, los vientos la condujeron otra vez á Nápoles, donde la asaltó una enfermedad grave, que la llevó al sepulcro el dia 25 de agosto del año 365. Antes de morir oyóse en su aposento y por todos los circunstantes la voz del celestial Esposo que llamaba á la santa á ir gozosa á la morada de los bienaventurados.

DIA 26.

San Zeferino, papa y mártir. — San Zeferino, papa y mártir, fué natural de Roma, hijo de Abundio, y sucedió en la silla de san Pedro á san Víctor, asimismo papa y mártir. Fué varon santo y de loables costumbres, y muy digno de aquella santa sede, y muy atento á todas las cosas de su oficio pontifical, así en convencer á los herejes y arrancar de la Iglesia la mala zizaña que el enemigo habia sembrado, como en el culto y reverencia que se debe al Señor y á sus santos templos, y establecer todo lo que para el aumento y ornato de la Iglesia podia aprovechar. Por donde, como en aquellos dichosos tiempos, por la pobreza que tenian las iglesias, usasen cálices y patenas de madera en el sacrosanto sacrificio de la misa, nuestro pontífice Zeferino mandó que nadie consagrase en

cálices de madera, sino de vidrio: aunque despues andando el tiempo se determinó en diversos concilios que no se pudiese celebrar en cáliz de vidrio por el peligro de quebrarse, sino de oro ó plata, ó á lo ménos de estaño. Ordenó tambien que todos los fieles cristianos comulgasen el dia de Pascua: que ningun obispo pudiese ser condenado sino por el romano pontífice, ó con su autoridad: que celebrando el obispo, se hallasen presentes siete sacerdotes, como san Evaristo, papa, lo habia mandado; y que los sacerdotes y diáconos se ordenasen públicamente en presencia de muchos clérigos y legos, para que fuese manifiesta su inocencia, y que sean elegidos para estos oficios personas doctas y de vida irreprensible, y otras cosas muy santas y provechosas instituyó san Zeferino. Y habiendo hecho cuatro veces órdenes por el mes de diciembre, y creado trece obispos, trece presbíteros y siete diáconos, habiendo tenido la silla apostólica diez y ocho años y diez y ocho dias (aunque algunos le dan ménos; pero esto es lo mas cierto segun Eusebio y Baronio), fué martirizado á los 26 de agosto, el año del Señor de 221, imperando Antonino Heliogábalo. Su sagrado cuerpo fué sepultado en un cementerio propio suyo, que está cerca del cementerio de Calixto.

* San Ireneo y san Abundio, mártires. — Durante el reinado del emperador Valeriano sufrieron el martirio estos santos, por haber sacado de la cloaca el cuerpo de santa Concordia, siendo sumergidos en ella hasta que sufocados murieron. El presbítero san Justino sacó los cuerpos de aquel inmundo lugar, y los enterró en una gruta junto á san Lorenzo. Florecieron en Roma en el siglo III.

San Segundo, mártir. — Nació de nobilísima y antigua prosapia, y recibió una educacion la mas brillante que en su tiempo podia darse. Segun costumbre de aquella época, dedicáronle sus padres al servicio de las armas, y como era de hermosa presencia, de amabilísimo trato, de bellas inclinaciones, de muy buen talento y de gran prudencia, granjeóse no solo el aprecio, sino el cariño de superiores y súbditos. Destinado á la legion tebana, tan memorable en los fastos de la Iglesia, corrió Segundo con todos sus compañeros los peligros de la persecucion, y fué uno de los que mas contribuyeron á que aquel terrible cuerpo de ejército se mantuviese fiel y constante al Dios que adoraba. San Segundo murió en agosto del año 286, y la Iglesia honra hoy especialmente su memoria, como si quisiese dar un testimonio singular de veneracion y aplauso al esforzado y esclarecido capitan que tan grande é importante conquista hizo para el cielo.

San Alejandro, mártir. — El Martirologio romano dice que fué tambien este santo de la legion tebana, y Usuardo asegura que murió con san Segundo ántes que el ejército romano que se dirigia á las Galias atravesase los Alpes. La Iglesia de Bérgamo le venera en el número de los que ilustraron su territorio con la predicacion del Evangelio y la efusion de su sangre, y para apoyarlo dicen que el santo huyó de sus perseguidores y se refugió en Milan, desde donde se dirigió despues á Bérgamo. Lo cierto es que Alejandro fué de la sobredicha legion, y se cree con mucho fundamento que fué el primero de toda ella que derramó su sangre por Jesucristo.

Los santos Simplicio, Constancio y Victoriano, mártires. — Los dos últimos eran hijos del primero, y los tres cristianos muy fervorosos que vivian en la ciudad de los Marsos, en Italia. Cuando el emperador Marco Aureliano Antonino publicó sus primeros edictos contra la Iglesia, los tres santos por haber confesado públicamente su fé, primero fueron atormentados de diversas maneras, y por último degollados alcanzaron la corona del martirio.

San Adrian, mártir. — Nació en la ciudad de Bizancio, despues Constantinopla, y fué hijo del césar Probo. Un hermano de éste y tio del santo, llamado Domicio, que era obispo de Bizancio, le enseñó la doctrina de Jesucristo, la cual abrazó con tanto fervor, que deseando derramar por ella su sangre, se fué á Nicomedia, donde se hallaba el emperador Licinio, que devastaba el imperio romano bajo pretexto de la persecucion contra los cristianos. Por órden del mismo emperador fué preso y atormentado con varios suplicios, hasta que al fin le cortaron la cabeza en la misma ciudad de Nicomedia. Sus santas reliquias fueron recogidas por el sobredicho obispo Domicio, que las enterró en Argirópoli con las de otros mártires.

San Víctor, mártir. — Por los años del Señor de 950, Abderramen Halihatan, rey de Córdoba, publicó un edicto por el cual mandaba que todos los cristianos que vivian en los dominios de los moros, ó abnegasen la fé de Jesucristo, ó fuesen condenados á muerte. En este tiempo pusieron cerco los moros á Cerezo, villa del arzobispado de Búrgos, y patria del glorioso san Víctor, cristiano ejemplar, que habiendo servido por algun tiempo en el ministerio sacerdotal, se habia retirado á la soledad de Oña, volviendo la espalda á los halagos y vanidad del siglo. Aparecióse á la sazon un ángel á san Víctor, y le dijo que fuése á su patria á librarla del peligro en que estaba de rendirse, añadiéndole que la preservaria de este mal, y que al mismo tiempo lograria él la palma del martirio. Cumplió, pues, lo que se le ordenaba: salia con frecuencia al campo de los enemigos, y con celo de Dios recobraba á muchos cristianos que habian apostatado de la fé, y convertia algunos moros. El general de los moros habiendo sabido lo que pasaba mandó prender á Víctor; y llamándole á su presencia, quedó sano de la gota que padecia. No abrió los ojos para agradecer al cielo este beneficio; ántes bien persuadia al siervo de Dios que abrazase la secta de Mahoma, y como viese que eran estériles sus esfuerzos lo hizo encarcelar. En la misma cárcel atrajo Víctor con su predicacion muchas gentes á Jesucristo; pero el general indignado, mandó que lo degollasen. El santo pidió ser ántes crucificado, y lo hicieron así: tres dias vivió clavado en la cruz, durante los cuales se convirtió gran número de infieles con su predicacion y con los milagros que obraba, y al cabo lo quitaron de allí para degollarlo. Dicen que al momento de haberse ejecutado la última sentencia, cogió Víctor su cabeza en las manos, y encaminándose así á Cerezo, persuadió á sus habitantes que hartasen á una vaca con el poco trigo que habia quedado, y que la echasen en el campo de los enemigos, los cuales la alancearon, y viendo que estaba llena de trigo, desesperaron de rendir aquel pueblo por hambre, y levantaron el cerco. El cardenal Baronio pone este martirio de san Víctor en el año 958; los bolandistas dicen que fué por los de 950, y otros autores le colocaron aun mas tarde; pero la opinion mas probable parece ser la de que fué á mediados del siglo IX, pues mas adelante los condes de Castilla habian ya derrotado á los moros muchas veces,

y despues del conde Fernan Gonzalez, ya ni rastro de los árabes quedaba en aquellas tierras.

San Rufino, obispo y confesor.—Floreció en Capua en el siglo V ó VI; fué verdadero pastor de la Iglesia, y obró infinitas conversiones entre los longobardos. Su caridad acendrada le tenia sin descanso: en todas partes donde podian ser útiles sus servicios, allí se le veia incansable y afanoso siempre por el alivio de sus hermanos y el aumento de la gloria de Dios. El cielo lo enriqueció con el don de milagros, que fueron aun mas numerosos despues de su vida en favor de los que visitaron su sepulcro, el cual existe todavía en la iglesia de Capua.

San Felix, presbítero y confesor.—Nació en Pistoya, ciudad de Italia, y deseando desde jóven unirse estrechamente á Dios, abrazó el estado eclesiástico. Su celo y su horror al mundo le hicieron tomar la resolucion de fijar su residencia fuera de la ciudad, y entrar en ella todas las mañanas para celebrar los santos misterios y distribuir al pueblo la palabra evangélica, en cuyo ministerio fué colmado de bendiciones, pues por su medio se reformaron las costumbres públicas, se convirtieron muchos infieles á la religion, y se aumentó el brillo de la Iglesia. El infierno, celoso de su santidad y méritos, le tendió infinitos lazos, pero de todos salió triunfante: los ángeles del Señor le visitaron muchas veces; el Señor le enriqueció con el don de milagros, y por fin, coronado de virtudes, murió santamente, el año 954, poco mas ó ménos.

DIA 27.

San Cesario, obispo y confesor.—Nació san Cesario de padres generosos é ilustres en el territorio de Cabillon, que hoy se llama Chalons, en los confines de Francia y Borgoña. Siendo niño de siete años daba sus vestidos á los pobres que topaba en la calle desnudos; y cuando volvia á su casa, sus padres le examinaban y apretaban para que les dijese que habia hecho de sus vestidos, y respondia que los que pasaban por la calle le habian despojado y se los habian quitado. Tocóle en aquella tierna edad nuestro Señor el corazon, é inflamóle de tal manera, que deseó ofrecérsele: y sin decir nada á sus padres, se fué á un santo obispo de Cabillon, llamado Silvestre, y se echó á sus piés, suplicándole con grande instancia que le cortase el cabello y le dedicase al servicio de la Iglesia; porque él queria hacer divorcio con el mundo. El obispo lo hizo con gran voluntad, por entender que aquel era negocio de Dios, que queria servirse del niño para cosas grandes. Estuvo Cesario como dos años en servicio de la Iglesia: y pareciéndole que aquel estado no era tan perfecto como él deseaba, y que era bien dejar no solamente á sus padres sino tambien á su patria y parientes, por amor de Jesucristo; tomando consigo un solo criado, se partió para el monasterio lirinense, el cual en aquella sazon estaba en una isla llamada Lirina, y la isla de San Honorato, y florecia con gran fama de santidad, cuyo abad era san Porcario, de quien como santo hace mencion el Martirologio romano, á los 12 de agosto. Yendo á este monasterio san Cesario, el demonio para estorbarle aquella jornada, entró en un hombre, el cual por instinto suyo iba tras el santo mancebo dándole voces y clamando: Cesario, no vayas: no vayas, Cesario: y el santo mozo, volviéndose al hombre endemoniado, y haciendo primero la cruz sobre el vaso, le dió de beber; y en bebiendo luego quedó sano. En aquel monasterio fué recibido del abad y de los otros monges con gran contento y alegría; porque en su aspecto y en sus razones conocieron que Dios estaba con él: y no se engañaron: porque luego comenzó á resplandecer entre todos con extraordinaria religion y modestia, siendo el primero al trabájo, á la obediencia y á la guarda de sus reglas, y en la oracion, vigilias, humildad y mansedumbre, un retrato del cielo, de suerte que con ser mozo y novicio, parecia viejo en el seso y anciano en la religion. De allí á poco tiempo le hicieron celerario ó procurador del convento: y él tenia gran cuidado de proveer los frailes de todo lo necesario, aunque no se lo pidiesen, y dábales de mala gana lo que le pedian, si entendia no lo habian menester. Y como esta rectitud no agradase á algunos de los monges, procuraron que el abad le quitase aquel oficio; y él se holgó mucho de ello, por estar mas desembarazado de las cosas temporales, y poderse dar mas libremente á la leccion de los santos libros, oracion y penitencia, en la cual fué tan riguroso, que no comia sino unas yerbas, ó unas puches, que aparejaban de un domingo para otro. Y por domar su carne, se afligió de manera que vino á tener mucha flaqueza de estómago y unas cuartanas que le apretaron mucho. Juzgó el abad que Cesario no se podia curar bien en el monasterio, ni moderarse aquel demasiado fervor que tenia contra sí mismo. Envióle á la ciudad de Arles, para que allí se curase mas cómodamente. Allí fué curado y regalado de algunos siervos de Dios, y tuvo por maestro á Julian Pomerio, africano de nacion, é insigne maestro de retórica; y Enio, obispo de Arles, habiendo sabido quién era, le acogió con mucha caridad, y rogó al abad Porcario que se le dejase, y le ordenó de diácono, primero, despues de presbítero; Cesario obedeció, procurando de juntar con el oficio y órden de clérigo la humildad, obediencia y ejercicios de monge. Para todas las cosas del oficio y culto divino, él era el primero que entraba en la iglesia, y el postrero que de ella salia.

Murió el abad de un monasterio que estaba en una isla, y como en el arrabal de la ciudad de Arles. Mandóle el obispo Enio que tomase el cargo de abad: y él lo aceptó por obediencia, y lo fué tres años con admirable prudencia y religion: mas el obispo descubriendo cada dia mas los dones de Dios, que Cesario tenia encerrados en su alma, viendo que por su poca salud él no podia vivir mucho, trató con el clero y personas principales de su ciudad, que despues de él muerto, tomasen á Cesario por sucesor suyo: y habiéndolo así concertado, el santo obispo acabó su peregrinacion. Supo Cesario lo que se habia tratado, y conociendo su flaqueza para tan gran peso, se escondió en la sepultura de los muertos, de donde, buscándole con gran cuidado, le sacaron mas muerto que vivo y le consagraron obispo, llorando él solo, y los demás dando saltos de placer. Dejó el cuidado de las cosas temporales á los diáconos y ministros de la Iglesia, y él se entregó del todo á la oracion y á la palabra de Dios: predicaba muchas veces con maravilloso y divino espíritu, y trataba en sus sermones de la fealdad de los vicios, y de la hermosura de las virtudes, de la vanidad de las cosas presentes de esta miserable vida, y de la excelencia y grandeza de la bienaventuranza que esperamos: y como médico sapientísimo sabia aplicar á cada dolencia su medicina, y no

tenia tanta cuenta con lo que daba gusto al enfermo, cuanto con lo que le era saludable y provechoso: y cuando trataba con alguno del bien de su alma, hacíalo con admirable suavidad y destreza, y de una manera que parecia que leia su corazon y penetraba todo lo que habia en él. Tenia particular cuidado de los enfermos: y para que se curasen mejor les dió unas casas muy grandes y capaces, y les proveyó de todo lo necesario abundantemente. Para todos era padre, maestro, pastor y digno ministro de Jesucristo: pero el Señor le quiso probar como lo suele hacer con sus siervos regalados; porque estando el santo obispo con mucha paz ocupado en su cura pastoral, un notario suyo le acusó al rey Alarico, que era rey godo y arriano, dándole falsamente á entender que san Cesario, como francés, pretendia entregar la ciudad de Arles á los borgoñones que le hacian guerra. No se averiguó la verdad, sino con enojo y saña (como se suele hacer en estas materias de estado) mandó el rey salir luego de Arles á Cesario, y le desterró á Burdeos. Estando allí, se encendió fuego una noche en la ciudad, y tomando fuerza la llamá con el viento, los ciudadanos de Burdeos viendo su peligro, acudieron á san Cesario, suplicándole con muchas lágrimas que apagase el fuego con sus oraciones, porque no tenia otro remedio. Hizo el santo oracion, movido de las lágrimas de aquella gente, y opúsose al incendio y luego cesó; y todos conocieron la inocencia y santidad de Cesario, y comenzaron á estimar y reverenciar mas al santo obispo, y publicar las maravillas que Dios habia obrado por él; y el rey Alarico le mandó volver á Arles y á su Iglesia, y apedrear al notario que falsamente le habia acusado, el cual estaba por una parte corrido y confuso, viendo que Dios ilustraba con milagros al que él habia infamado, y por otra muy temeroso que se ejecutase en él la sentencia de muerte que el rey habia dado. Mas san Cesario, viendo que el pueblo ya se armaba de piedras para ejecutar la sentencia; como era piadoso, y á imitacion de Cristo, deseoso de dar bien por mal, salvó aquel hombre miserable con su intercesion, para que hiciese penitencia de su pecado, y él alcanzase por este medio dos coronas del Señor: la una por haber padecido sin culpa; y la otra por haberle perdonado y reducido. Volvió á Arles de su destierro, y salió toda la ciudad á recibirle con cirios encendidos en las manos, y para manifestar mas Dios su santidad, habiendo estado el cielo muchos dias sin llover y la tierra sequísima, envió en aquel mismo tiempo una copiosísima lluvia, con la cual toda aquella gente quedó consolada y recreada.

Mas no pararon aquí los trabajos del santo prelado, ni las calumnias y falsos testimonios que padeció. Habia el rey de Francia Clodoveo, que era católico, muerto en batalla á Alarico, rey de España, arriano y señor de aquella parte de Francia que se llamaba Galia Gótica, y es parte de la Aquitania y de Languedoc. Tomó la proteccion de Amalarico, hijo del rey Alarico difunto, Teodorico, rey de Italia, muy poderoso y prudente príncipe, que era suegro de Alarico. Con esta ocasion hubo muchas guerras en Francia, y entre ellas la ciudad de Arles, que estaba por los godos, fué cercada apretadamente de los franceses y borgoñones, y por las oraciones de san Cesario (á lo que se entendió) nunca la pudieron tomar. Pero sucedió que un clérigo mozo, ciudadano de Arles, y deudo de san Cesario, temiendo que la ciudad habia de ser tomada, se descolgó una noche por los muros, y se pasó al campo del enemigo; y los godos que estaban dentro, creyeron que era ardid de san Cesario, que por aquel clérigo queria avisar á los enemigos y entregarles la ciudad; y así echaron mano del santo obispo, y le prendieron con intento de echarle aquella noche en el rio Ródano que pasa por allí, ó darle otro grave castigo. Entraron en la casa del santo pontífice de tropel los godos, y uno de ellos con poco respeto se echó á dormir en la cama del santo; y luego el Señor le castigó, de manera, que el dia siguiente pagó su atrevimiento con la vida, y el Señor declaró la inocencia de san Cesario evidentemente, con descubrir una traicion que armaban los judíos, para entregar aquella ciudad á los francos y á los borgoñones, con condicion que dejasen salvos á los de su nacion, y no tocasen á sus haciendas; y con esto dejaron libre á Cesario, conociendo que era varon de Dios.

Sosegada esta borrasca, atendió san Cesario á componer las cosas de su Iglesia, y á reformar las costumbres de sus súbditos, y particularmente una, que le pareció muy mala; y era que muchos que venian los dias de fiesta á la iglesia para oir misa, en acabando de leerse el Evangelio, se salian luego la puerta afuera, por no oir el sermon que el santo les habia de predicar: de lo cual reprendió gravemente al pueblo, y mandó cerrar las puertas de la iglesia de allí adelante, para que ninguno pudiese salir hasta que fuese acabado el sermon: y aunque pareció cosa dura esta al principio, y la gente lo llevaba mal; despues como iban gustando de la doctrina del cielo, que les enseñaba el santo, conocieron la merced que les habia hecho, y le hicieran gracia por ello.

Edificó junto á la iglesia un monasterio para las doncellas, que inflamadas del amor de Dios deseaban consagrarse á su servicio, y mandó llamar á una hermana suya Cesaria, mujer santísima, de un convento de monjas de Marsella, á donde el santo la habia enviado, para que allí aprendiese primero lo que despues habia de enseñar, y fuese ántes discípula que maestra. A esta hermana suya puso por maestra y madre de aquel nuevo monasterio, con otras dos ó tres compañeras; y fué tanta la fama de su santidad, que de muchas partes concurrió gran número de nobilísimas y riquísimas doncellas para vivir debajo de aquella santa institucion, y tener á Cesario por padre, y á Cesaria, su hermana, por madre y por prelada.

De esta obra tan insigne y tan grata á Dios, se levantó otra persecucion contra Cesario, tan fuerte, que le obligó á dejar su casa é Iglesia, á pasar á Italia y dar razon de sí á Teodorico, que vivia en Ravena, y (como dijimos) tenia á su cargo la administracion del rey Amalarico, su nieto. Llegó el santo á Ravena con las guardas que llevaba: entró en el palacio del rey, el cual, en viéndole, comenzó á temblar, pareciéndole que veia un ángel en él: y así le hizo mucha honra, y reprendió despues á los que le habian puesto mal con él: y estando ya Cesario en su posada, le envió el rey una fuente de plata, que pesaba sesenta libras, rogándole mucho que se sirviese de aquel pequeño don, y le tuviese por prendas de su amor. Recibió la fuente san Cesario, y mandóla vender para rescatar muchos cautivos que acudian á él: y cuando el rey Teodorico (con ser hereje arriano) lo supo, quedó tan pagado y admirado de lo que habia hecho el santo, que de allí adelante le comenzó á estimar mas, y muchos de los ca-

balleros y señores de su córte enviaban al santo grandes sumas de limosnas, para que por su mano las repartiese á los pobres y remediase á los cautivos; y el santo lo hizo con tanta diligencia y cuidado, que no solamente rescataba los que tenia presentes, sino que enviaba á buscarlos á léjas tierras; y él mismo iba á hacer por sí mismo este oficio piadoso: y no solamente gastaba en esto las limosnas que le daban, ó él podia allegar de los seglares, sino tambien los tesoros de la Iglesia, y hasta los cálices, cruces y patenas de oro y plata, y los ornamentos de brocado y seda los vendia para socorro de los pobres, cuando no tenia otra cosa que darles. Y porque algunos clérigos murmuraban de esta liberalidad, alegando que no se habian de tocar los bienes de la Iglesia, que eran sacrosantos é inviolables; decia el santo, que considerase cada uno lo que querria que se hiciese con él si se hallase en otra semejante miseria y calamidad, en que aquellos pobres hombres se hallaban, y si le pareceria bien que los tesoros de la Iglesia se gastasen en librarle de ella, no habiendo otro remedio para poderlo hacer.

Habiendo, pues, despachado felizmente sus negocios con el rey Teodorico, y edificado toda aquella córte con la excelencia de sus virtudes, partió de Ravena á Roma, donde fué recibido del santo pontífice Símaco, que en aquella sazon presidia en la silla apostólica, y de todos los prelados y señores de aquella santa ciudad, con mucha honra y muestras de alegría; porque deseaban conocer por trato familiar al que ya conocian por la fama de su santidad y milagros. Favorecióle mucho el papa, concedióle algunos privilegios para su persona é Iglesia; y despues de haber cumplido en Roma con su devocion, y visitado aquellos santuarios, y cumplido con la obediencia del vicario de Cristo, tornó Cesario á Arles. Pero ¿quién podrá esplicar el triunfo y regocijo con que fué recibido de toda la ciudad el santo pastor? Y no es maravilla, porque cada uno tenia en él padre y madre, hermano y amigo, consejero y remedio, refugio y puerto seguro en todas sus tribulaciones y miserias. Mirábanle como á santo, como á sábio y como á hombre milagroso, por quien Dios habia obrado tantas y tan grandes maravillas en diversas partes; porque en Ravena resucitó á un hijo de una viuda, y libró á un hombre llamado Elpidio, de las molestias que el demonio continuamente le daba, apedreando la casa donde moraba; y con rociarla con un poco de agua bendita, la libró á ella y al dueño de aquel tormento. A otra mujer que estaba muy afligida de una terrible enfermedad, con poner la mano sobre su cabeza y untarla con un poco de aceite bendito, luego le restituyó la salud muy entera. Pasando una vez por los Alpes en compañía de san Euquerio, obispo de Leon, hallaron en medio del camino á una pobre mujer que no podia andar sino arrastrándose como culebra con piés y manos: mandó san Cesario á san Euquerio que tomase por la mano á la mujer y la levantase; y san Euquerio lo hizo por obedecerle, aunque con mucha repugnancia (porque decia aquel milagro no tocaba á él que era pecador, sino á Cesario que era amigo de Dios), y la mujer quedó sana.

En un bosque del monasterio de San Cesario habia muchos jabalíes, venian á cazar los caballeros y señores, y maltrataban á los criados del convento; porque ó les iban á la mano, ó no les daban tanto gusto en la caza como querian. Acudieron á san Cesario y diéronle sus quejas: y el santo, levantados los ojos y las manos al cielo, suplicó á nuestro Señor que de allí adelante no hubiese en aquel bosque mas jabalíes; y Dios le oyó, de manera, que no se vió mas en él ni jabalíes ni otra fiera que se pudiese cazar. A otro endemoniado que se llamaba Paterio, sanó, untándole con un poco de aceite bendito. Visitando una vez su obispado, fué acogido en una aldea de los señores de ella con grande reverencia y amor. Despues de partido, un médico, que se llamaba Anatolio, hombre deshonesto y malo, quiso dormir en la misma cama en que habia dormido el santo prelado, y traer á ella una mala mujer: apenas se habia acostado en la cama, cuando el demonio se apoderó de él y le derribó en tierra, haciéndole confesar públicamente su maldad y la virtud del santo. Pidió uno de sus discípulos un poco de aceite bendito, y el santo le dió una redoma llena: la cual por descuido de los criados se quebró; mas el aceite no se derramó ni una gota; y estando aquel discípulo muy angustiado de unas tercianas, por virtud del aceite bendito sanó de ellas.

Otros muchos milagros hizo el Señor por los merecimientos é intercesion de san Cesario; pero el mayor milagro fué el mismo santo y admirable y celestial vida, porque habia abrazado todas las virtudes tan perfectamente, y esmerábase tanto en cada una de ellas, que con tenerlas todas, no parecia que tenia sino una. Habia juntado la virginidad con la sinceridad, y la modestia con la gravedad, la prudencia con la simplicidad, la severidad con la mansedumbre, y con la doctrina la humildad: y así los doctores antiguos alaban sobremanera á san Cesario: entre los cuales Enodio, diácono de Pavía, en una epístola que escribe al mismo san Cesario, le dice estas palabras: «Tanta ventaja haces tú á los demás, cuanta hace el sol á las estrellas. El que te mirare con los ojos del hombre interior, quedará enseñado; porque con sola tu vista enciendes á los buenos en el amor de la pureza, y compones á los deshonestos, y con tu conversacion enseñas á los unos lo que deben imitar, y á los otros de lo que deben huir. En tí se ha juntado la luz del hacer y del decir bien.» Esto es de Enodio.

La vida de san Cesario escribió Cipriano, su discípulo, y la dedicó á su hermana Cesaria; y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su cuarto tomo: mas porque no se halla entera en ella, no se dice el dia ni el año en que murió. El Martirologio romano y los demás de Beda, Usuardo y Adon, hacen mencion de san Cesario á los 27 de agosto. Cuanto al tiempo en que vivió, algunos se han engañado, porque Vincencio Belovacense dice, que floreció por los años del Señor de 700; y Tritemio, el de 600; pero esto no puede ser como lo notó el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el sexto tomo de sus Anases; porque san Cesario vino á Roma siendo san Símaco papa, el cual lo comenzó á ser el año del Señor de 498; y así fué mucho mas antiguo san Cesario, de lo que estos autores dicen: y hay otros muchos argumentos, con que se puede comprobar esta verdad; y los muchos concilios en que se halló san Cesario, y los firmó como arzobispo de Arles y metropolitano, lo testifican. Escribió san Cesario algunos libros provechosos que refiere Tritemio, de los cuales no se hallan sino algunas homilías que predicó en diversos tiempos. Hacen de él mencion, á mas de los Martirologios, san Gregorio Turonense, en la Historia de Francia, lib. VI, cap. 40 y 42; Venancio Fortunato en mu-

chas partes, y Genadio *De viris illust. cap.* 86, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y mas copiosamente en el sexto tomo de sus Anales. Adviértase que ha habido otro Cesario, que escribió la vida de san Engelberto, referida por Surio en su sexto tomo á los 7 de noviembre, y fué aleman y monge del Cister, en el valle de San Pedro, ó Heisterbacense, y se cree que es el autor del libro llamado «Espejo de los ejemplos,» y floreció por los años del Señor de 1250.

SAN JOSÉ DE CALASANZ, FUNDADOR.—Nació el santo padre José Calasanz de la Madre de Dios, en la villa de Peralta de la Sal, cabeza de la baronía de honor de la diócesis de Urgel, en el reino de Aragon, en el dia 11 de setiembre de 1556, y fueron sus padres don Pedro Calasanz, de la nobilísima familia de este apellido (cuyos ascendientes eran contados entre los ricos hombres de Aragon, por los años de 1111), y su madre doña María Gaston. Desde muy pequeño empezó á observarse que lo habia elegido el cielo para grandes empresas: él era (depuso un caballero su contemporáneo), aunque niño, niño lleno de Dios, y daba ya indicios de santidad extraordinaria. No bien rayaba en él á los cinco años el uso de la razon, cuando noticioso de que el demonio era enemigo de los hombres, y les procuraba su eterna condenacion por todos los medios posibles, le concibió tan grande odio, que le declaró la guerra, y con un cuchillo que tomó de su casa, capitaneando otros niños de su edad salió fuera de la villa á desafiarlo, con ánimo (segun él decia y le dictaba su inocencia) de quitarle la vida. Aplicáronle sus padres al estudio de las primeras letras, y tanto en estas como en la gramática, que aprendió en la villa de Estadilla, no léjos de su patria, hizo en breve tiempo progresos admirables. No es mucho; porque siempre juntó con la aplicacion al estudio el temor de Dios, que es principio de la sabiduría, y la devocion de nuestra Señora, en tanto grado, que sus condiscípulos le llamaban el Santico. Instruido perfectamente en la lengua latina, pasó á la universidad de Lérida, célebre en aquel tiempo, en donde estudió la filosofía y el derecho civil y canónico, en que recibió el grado de doctor. Constante en el propósito de abrazar y seguir el estado eclesiástico, sin embargo de la repugnancia que mostraba su padre, siendo de veinte años obtuvo un beneficio eclesiástico en la iglesia de San Estéban de Monzon, y se trasladó á la ciudad de Valencia para estudiar en su universidad la sagrada teología. Poco tiempo se mantuvo aquí, porque instigada del demonio una señora principal con quien tenia política comunicacion, le armó un peligroso lazo. El riesgo fué del todo semejante al que refiere la sagrada Escritura del antiguo patriarca José, solicitado de la mujer de Putifar: tambien fué el triunfo semejante; y librando su seguridad á la fuga, volvió las espaldas, no solo á la apasionada señora, sino tambien á la ciudad de Valencia, y se trasladó á Alcalá de Henares, en cuya universidad prosiguió el estudio de teología y recibió el grado de doctor.

Murió en este tiempo su hermano mayor, que como su padre, se llamaba don Pedro Calasanz: y siendo san José el único hijo varon que le habia quedado, no pudiendo resistir á las repetidas instancias de su padre que en edad avanzada lo llamaba sin admitirle excusa, le fué preciso volver á su patria desde Jaca, en donde se hallaba maestro de pajes del obispo de esta ciudad don Juan de la Figuera. Mientras experimentaba las continuas baterías de su padre, que por todos los medios posibles procuraba inducirlo á que, tomando estado de matrimonio, le asegurara la descendencia varonil de su casa; no hallando ya medio para resistirle, y siéndole al mismo tiempo imposible obedecerle, por tener ya hecho voto de castidad, le envió el Señor una grave enfermedad, que puso en manifiesto peligro su vida. Ya habia recibido los santos sacramentos, ya se le habian agotado los remedios á la medicina, ya no quedaba resquicio á la esperanza; cuando por especial inspiracion del Señor pidió licencia á su padre para dedicarse á Dios en el estado de sacerdote si le concedia la vida. Condescendió su padre sin dificultad, porque lo lloraba difunto. No necesitó de mas remedio para que huyera la enfermedad; y así en breve tiempo recobró la salud. En cumplimiento de lo que habia ofrecido, se ordenó de sacerdote, siendo de veinte y siete años de edad, y despues pasó con el mismo don Juan de la Figuera, entonces obispo electo de Lérida, á las córtes que Felipe II tuvo á los reinos de la corona de Aragon en Monzon, en las cuales asistió á diversas juntas que se tuvieron sobre gravísimos negocios en calidad de secretario, y especialmente á una que de órden del rey se formó para tratar de la reforma de la órden de san Agustin: y segun lo que se acordó en ella, formó el mismo san José los despachos que se enviaron á Roma. Acabadas las córtes, fué tambien nombrado secretario de la visita del monasterio de Nuestra Señora de Monserrate, en cuyo difícil empleo perseveró cuatro meses, hasta que sucedió la muerte del obispo de Lérida, que era el visitador.

Restituido á su patria, pudo mantenerse poco tiempo en la quietud de su retiro; porque el obispo de Urgel, su diocesano, lo llamó á sí, y lo nombró gobernador y oficial eclesiástico de Tremp, cabeza de una rica baronía, que en las partes septentrionales de Cataluña goza el mismo obispo con jurisdiccion espiritual y temporal de muchos pueblos. Aquí residió san José, cumpliendo exactamente con las obligaciones de juez y de padre en el distrito de su jurisdiccion, que era muy dilatado, y se extendia á setenta y dos parroquias. Tambien le confirió el mismo obispo el plebanato de las iglesias de Claverol y Ortoneda, sufragánea la una de la otra, y despues le nombró visitador de su dilatada diócesi, y finalmente su provisor y vicario general. Aunque vivia muy léjos de toda ambicion y ganaba en este tiempo mas de dos mil escudos de renta, que repartia á los pobres, á excepcion de una pequeña parte, que consumia en su sustento decente, pero moderado trato; no cesaba de percibir una inspiracion y llamamiento que con suave violencia le movia á que, dejando su patria, partiera á Roma. No sabia lo que el Señor le tenia prevenido en esta ciudad: sin embargo, siguiendo la estrella de la ilustracion divina, con licencia de su obispo que aprobó su resolucion, tomó el camino de Roma, adonde llegó á principios de 1592. Aquí solo cuidó de satisfacer su devocion, visitando los templos y santuarios mas célebres, y tratando con personas espirituales. Pero en lo que recibió su espíritu mas abundancia de consolacion, fué en la visita de las siete iglesias; de suerte, que se sintió movido á continuar este devoto viaje todos los dias, emprendiéndolo algunas horas ántes de amanecer, para que le quedara libre el resto del dia para sus precisas ocupaciones. Esta costumbre (dice el padre Alejo de la Concepcion)

la continuó por muchos años, imitando en esto á san Felipe Neri, que aun vivia con grande fama de santidad.

Estaba al principio de posada en compañía de un canónigo español, de costumbres poco parecidas á las de san José. Volviendo un dia á su cuarto, oyó que una mujer que hablaba con su compañero le decia: Quedo, señor canónigo; porque viene el que no puede ver á las mujeres: á lo cual, dándose por entendido respondió, el siervo de Dios: No decís bien; mas os quiero yo que otro alguno: yo amo á vuestra alma, y quisiera que fuerais una santa: mirad si los demás os aman del mismo modo. Retiróse corrida la mujer: hizo á su compañero una fraterna correccion, y advirtiendo despues que no producia fruto, dejó aquella posada y se mudó á otra, en la cual perseveró hasta que tuvo cuarto en el palacio del cardenal Marco Antonio Colona, que lo eligió al principio por su consultor y teólogo, y despues por su confesor, y por ayo y maestro de don Felipe Colona, su sobrino, hermano menor del condestable, que despues le vino á suceder en los estados. Tanta fama se conciliò en el palacio del cardenal, que era llamado comunmente «varon de Dios, y verdadera idea del hombre santo en la córte.» Tenia distribuidas todas las horas del dia y de la noche, á excepcion del brevísimo descanso que daba á su cuerpo, en el cumplimiento de sus encargos y ejercicios de oracion y piedad: y para cultivar mas todas las obras de misericordia, se alistó en varias confraternidades, de las cuales unas tenian por instituto el sufragio de las almas del purgatorio, otras el consuelo de los encarcelados, otras el alivio de los enfermos, ya en sus casas, ya en los hospitales, y finalmente otras la enseñanza de la doctrina cristiana á la gente rústica é ignorante, en cuyo ejercicio tenia sus mayores delicias con los niños pobres. En cuyas ocupaciones empezó el Señor aunque en enigma, á mostrarle el fin para que lo habia traido á Roma. Hallándose la víspera de las Llagas del seráfico san Francisco, de quién era muy devoto, en profunda meditacion, se le representaron en vision imaginaria tres hermosísimas doncellas, de las cuales la una que traia un vestido muy andrajoso, lloraba sin consuelo: y preguntándole José por la causa de su llanto, le respondió: ¡Ay de mí, que todos me desprecian: ninguno me quiere: todos me abandonan y aborrecen! Movido á compasion, se ofreció á ayudarla y no dejarla jamás; y diciendo y haciendo, le pareció que le estrechaba entre sus brazos y levantaba del suelo, de lo cual, luego que volvió en sí, quedó muy avergonzado. Al dia siguiente, hallándose en la iglesia de las Llagas haciendo oracion, le pareció que veia delante de sí á la misma doncella, que, preguntada quién era, le respondió llorando: Soy la pobreza, de quien todos huyen. Pero con mas claridad se le mostró el misterio de su vocacion en el año 1597, cuando pasó segunda vez á Asís en romería, para ganar el jubileo ó indulgencia de Porciúncula; porque habiéndosele aparecido san Francisco con las mismas tres doncellas, haciendo oficio de párroco, lo desposó con ellas, declarándole que representaban los votos que constituyen la religion, pobreza, obediencia y castidad.

En la práctica de los ejercicios de las congregaciones en que estaba alistado, y en especial de la doctrina cristiana, observó la peligrosa ignorancia en que vivian las personas adultas de los misterios de la fé: y vino á convencerse, que siendo efecto del descuido con que habian sido educados de niños, en la niñez se habia de procurar el remedio que los preservara. Por otra parte le enseñó la experiencia, que se conseguia con gran dificultad que los niños pobres y criados en libertad tuvieran perseverancia en aprender la doctrina cristiana; aunque para ganarlos se valia de diversos arbitrios, dándoles no solo medallas y estampas, sino tambien á algunos el sustento. De estos antecedentes presupuestos, sacó por consecuencia que no podia lograrse el remedio á tan grave daño, sino juntándolos en escuelas, en donde enseñándoles sin paga, los harian concurrir sus mismos padres, y en esta forma, con el cebo de las letras seria fácil instruirlos en lo que es necesario á un cristiano para asegurar su salvacion. Andando con este pensamiento sin pensar que él fuese escogido para tan grande obra de caridad, encontró en uno de los arrabales de la ciudad dos cuadrillas de muchachos, que instigados de su perversa inclinacion, aun mas que de odio particular, se apedreaban, llenando al mismo tiempo el aire de maldiciones y blasfemias. Detúvose con la presencia de tan horrible espectáculo; y recogido todo en el fondo de su corazon, percibió que resonaban en su alma aquellas palabras del profeta David: «Para tí ha sido dejado el pobre: tú ayudarás al huérfano y desamparado.» Asegurado, pues, de que Dios lo habia destinado á aquella obra, de acuerdo con el cura de la parroquia de Santa Dorotea, en *Transtiberim*, que ofreció su pequeña casa para escuela, y la iglesia para las funciones espirituales, con otros dos sacerdotes que se dejaron vencer de sus persuasiones fervorosas, dió principio á las Escuelas Pias (que llamó así, para dar á entender que en ellas se enseñaban letras y piedad sin estipendio, galardon ni salario) en el año 1597, siendo de cuarenta y un años de edad; y en este laborioso ejercicio perseveró por espacio de cincuenta y un años, con tanto teson, que renunció repetidas veces la mitra y el capelo por no dejarlo.

No es fácil explicar lo que padeció en el establecimiento de esta obra: los dos sacerdotes se cansaron pasado poco tiempo: el cura sobre ser viejo y embarazarle las obligaciones de su cargo la asistencia á los ejercicios, no vivió dos años: por cuya razon le fué preciso al siervo de Dios buscar maestros asalariados, y casa dentro de Roma. Los maestros de la ciudad que lo tenian por perjudicial á sus intereses, se oponian con todo esfuerzo, ni faltaban otros émulos, que para sufocarla en la cuna, no solo ayudaban á los maestros de niños, sino que en repetidas ocasiones dieron memoriales al sumo pontífice, representándole que en las Escuelas Pias con capa de piedad se enseñaba doctrina opuesta á las buenas costumbres, y poco segura en materia de religion; aunque bien informado por algunos cardenales, que de su órden las visitaron, las declaró bajo la proteccion de la santa sede, y mandó que san José, con algunos compañeros de señalada virtud que ya se le habian agregado, formasen una congregacion y vida colegial. Tambien el demonio visiblemente le declaró guerra; porque habiendo subido el siervo de Dios á una gran altura, para colocar una campana que debia hacer la señal á las escuelas que ya eran muy numerosas, lo derribó de la escalera de mano en que estaba, de cuya caida se le quebró una pierna y se tuvo por milagro que hubiera quedado vivo. Pero á pesar de todo el infierno, el pontífice Paulo V en el año de 1617 erigió las Escuelas Pias en congregacion, que quiso se llamara Paulina, hon-

rándola con su nombre; para dar á entender que era obra suya, cuyos profesores deberian hacer los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, reservados al sumo pontífice, y poner toda aplicacion y cuidado en enseñar á la juventud las primeras letras, aritmética y gramática, instruyéndolos al mismo tiempo en los misterios de la fé y buenas costumbres, y nombró por primer prefecto general á san José, que con catorce compañeros, todos muy distinguidos por sus circunstancias, vistió el hábito humilde, que es el mismo que ahora usan sus hijos, y consiste en una sotana como los demás clérigos reglares y manteo corto al modo de las reformas. Para desnudarse de todo lo que podia acordarles la vanidad del siglo, dejaron los apellidos; y san José Calasanz quiso ser llamado José de la Madre de Dios, ya por indicar su tiernísima devocion á María Santísima, y ya para conservar la memoria del dia que logró esta dicha, que fué el de la Encarnacion, cuando el Verbo divino vistió el tosco hábito de nuestra mortalidad. Despues Gregorio XV en el año de 1621 elevó la congregacion al estado de religion de votos solemnes, y le concedió la comunicacion de todos los privilegios concedidos y que se concedieren á las órdenes mendicantes. Derramó el Señor sus bendiciones con mano franca sobre esta nueva planta, disponiendo que vistieran la ropa de las Escuelas Pias varones de muy recomendables circunstancias. De estos fueron el venerable Glicerio Landriani, que en la religion se llamó Glicerio de Cristo, noble milanés, pronepote de san Cárlos Borromeo, y actual abad comendatario de San Antonio de Plasencia: el conde Otonelo Otoneli, viudo de la condesa de Montecuculi, se hizo sacerdote en cumplimiento de lo que san Felipe Neri le habia profetizado, y despues en la religion se llamó Pablo de la Asuncion: el venerable P. Pedro Casani de la Natividad de Nuestra Señora, de la república de Luca: el venerable Viviano Viviani de la Asuncion, decano de la Rota de Génova: el P. Tomás de la Madre Dios, hijo del marqués Carreti de Sahona: el P. Cárlos Bonifacio de San Francisco, primogénito del marqués Monsiglo, que cedió á un hermano menor sus estados el venerable P. Onofre del Santísimo Sacramento, napolitano de los condes de Anagni; sin hacer mencion de otros muchos que ganaron grande crédito para la nueva religion, por haber esmaltado su nobleza y literatura con ejercicio de tanta humildad.

San José trabajaba con incansable desvelo en promover el instituto, y se fatigaba en las escuelas con tanto desinterés, que no solo no admitia remuneracion alguna, sino que gastaba cuantiosas limosnas, que el Señor le multiplicaba milagrosamente, en comprar libros, papel y tinta para los discípulos pobres. Así crecia la nueva congregacion, y era universalmente aplaudida de todos, ni le faltó visible la aprobacion del cielo. Desde el principio instituyó el siervo de Dios la oracion, llamada «continua,» que la hacian alternativamente en la iglesia ú oratorio algunos discípulos con asistencia de un padre director que muchas veces era san José. En una de estas oraciones se apareció la Vírgen Santísima nuestra Señora con su dulcísimo Hijo en los brazos sobre una blanca nube, rodeada de multitud de ángeles que esparcian sobre los niños que estaban de rodillas un licor á manera de rocío. A peticion de su amorosa Madre echó su precioso Hijo la bendicion á los que allí asistian; y desapareció la vision, dejándolos anegados en un mar de dulzura. Tambien honraba el Señor á su siervo, haciendo por él visibles milagros. Hallándose en Frascati, le trajo una mujer á un hijo pequeño difunto, que estando durmiendo en la cama habia sofocado: tomó al niño en los brazos de su afligida madre: juntó los discípulos de las Escuelas; y puestos todos de rodillas delante de una imágen de nuestra Señora, mientras hacian oracion, tenia el niño levantado en alto hácia la imágen. A poco espacio que perseveró en la oracion, el niño difunto empezó á llorar para testimonio de que volvia á vivir. Gritaron todos: Milagro, milagro; y el siervo de Dios les dijo: Mirad, hijos, cuánto puede la Madre de Dios, si con viva fé la invocamos en las mayores necesidades. Hallábase moribundo un hermano operario, llamado Antonio de San José, de la noble familia Bernardini de Luca: encomendó san José á otro religioso sacerdote que le asistiese, mandándole que cuando lo viera en el último trance le avisase. Púsose á agonizar á la media noche, y no pareciéndole al sacerdote prudencia llamar al santo padre en aquella hora por si descansaba; lo ayudó á bien morir, y despues de difunto lo acomodó sobre el féretro. Poco despues llegó san José: y quejándose de que no lo hubieran llamado para echarle la bendicion, como el enfermo deseaba, acercándose á él, lo llamó en alta voz, diciendo, Hermano Antonio, hermano Antonio: respondió el difunto clara y distintamente: Benedicite, y al mismo tiempo se sentó sobre el féretro. Dióle entonces el siervo de Dios su bendicion, con lágrimas en los ojos de ternura; y el difunto se compuso otra vez sobre el féretro y reposó en el Señor. El P. Antonio de San Andrés se hallaba enfermo desahuciado y próximo á morir: en el dia 16 de diciembre de 1624 pidió le llamasen á san José, para que le echara su bendicion para morir: el cual le dijo: Padre Antonio, ¿no tiene ánimo para vivir ocho dias, que pasados estos entrará el año santo y ganará grandes tesoros de indulgencias? Respondió el moribundo: Si Dios me hiciera esta gracia, no me quedaba mas que desear en esta vida. Pues tenga fé (replicó el siervo de Dios); que todo es fácil al que la tiene. Desde aquel instante quedó el enfermo sin padecer dolor ni molestia alguna. Llegó la víspera de Natividad, y despues de haber recibido la sagrada eucaristía y hechas las diligencias precisas para ganar el santo jubileo, luego que se oyó en el castillo de San Angel la señal que avisa al pueblo la entrada del año santo, pidió el enfermo le llamaran á san José: al cual luego que lo tuvo presente dijo: Padre general, ya ha llegado mi hora: el año santo ha entrado: yo, miserable pecador, he hecho cuanto he podido para ganar el jubileo. Si V. P. me da su santa bendicion, me iré á la otra vida. Respondió san José: Si Dios os llama, andad con Dios. Echóle la bendicion, y al instante espiró plácidamente. El P. Melchor de Todos los Santos se hallaba gravemente enfermo en Roma: de órden de monseñor Andrés Castellani, que estaba á la puerta de la casa en su coche, subió el portero á preguntar al médico (que se hallaba con san José), cómo le iba al enfermo: á lo cual respondió: Dígale á monseñor, que muy mal. Pero san José lo detuvo diciendo: Nó, nó: dígale que esperamos en Dios que presto estará bueno. Dígale que está malísimo, replicó el médico, y que buenamente no hay esperanza de que mejore. Dígale, añadió san José, que está mejor, y que esperamos en Dios que nos lo dejará. Viendo la constancia de san José, le dijo el

médico: Padre general, yo le digo que el P. Melchor está desahuciado, y que tiene poco tiempo de vida: y al portero: Dígale á monseñor que el P. Melchor se está muriendo. Partia ya éste; pero el siervo de Dios lo llamó, y dijo: Dígale solo á monseñor que el P. Melchor está ya bueno, y que el Señor nos lo ha prestado por su misericordia. Oyendo esto el médico, solo añadió: Las oraciones del padre general pueden hacerlo. Y así fué: porque en aquel mismo instante recobró el moribundo la salud. Teniendo el príncipe de Yintimilla precision de escribir á Roma á san José, y sabiendo que partia de Palermo, en donde sucedió este caso, á la misma ciudad, don Francisco Ibarra y Montenegro, capitan de infantería, le entregó el príncipe la carta para que la pusiera en sus manos. La tarde antecedente á su viaje dejó el capitan la carta en casa de don Juan de Rosa, primer capellan de las galeras reales de Sicilia, con ánimo de despachar algunos negocios que tenia en la misma ciudad y volver por ella al anochecer. Así lo hizo: y tomando la carta de encima de una mesa, en donde la habia dejado, leyó el sobrescrito y halló que no decia: Al general de las Escuelas Pias; sino: Al príncipe de Yintimilla. Creyendo que habia sido equivocacion, se la volvió á éste, que la abrió y halló ser toda escrita de mano de san José, y respuesta puntual de la que la misma tarde le habia escrito.

De la luz del cielo, con que veia las cosas ocultas y distantes y profetizaba lo futuro, dió innumerables testimonios. Era muy frecuente cuando los discípulos le besaban la mano, ó reprenderlos de los pecados ocultos, y exhortándolos al oido que se confesaran; ó alentarlos á la perseverancia cuando estaban en gracia de Dios, y á muchos les decia el estado que habian de tomar. Siendo ya de setenta y nueve años de edad, se hallaba el cardenal Domingo Ginnasi, enfermo de mucho peligro: mandó llamar á san José, y éste le dijo luego que le vió: Vuestra eminencia aun tiene diez años de vida. El efecto acreditó la profecía; porque habiendo curado de aquella enfermedad, no murió hasta que pasaron diez años despues que le dijo estas palabras el siervo de Dios. Enfermó de un catarro (segun el dictámen de todos) incurable, el hermano Juan de San Carlos, operario de las Escuelas Pias, que ya tenia setenta y tres años de edad: visitóle san José y le dijo: Hermano, no tema; porque aun ha de vivir doce años. Sanó y concibió tanta seguridad en la promesa del siervo de Dios, que habiendo vuelto á enfermar siete años despues; aunque le decian que no tenia remedio su dolencia, respondia. No tengo miedo, porque aun me faltan cinco años de los doce que me ha profetizado el padre general. Así sucedió, porque no murió hasta que se cumplieron los doce años. Por la semana santa del año 1639 resolvió el marqués Francisco Biscia, irse con su familia á un lugar de sus estados con ánimo de divertirse. Sentíalo mucho la marquesa, su mujer, pareciéndole impropio de aquel tiempo cualquiera diversion. Dióle aviso á san José para que procurara disuadir á su marido: oyólo el siervo de Dios, y quedando un poco suspenso, arrojó un profundo suspiro y dijo: Pobre caballero, va huyendo de la muerte: pobre caballero, si se va no volverá mas. Por mas instancias que le hicieron no quiso ceder el marqués: y estando éste para partir, avisado de parte de la marquesa por medio de un hijo suyo de lo que pasaba, dijo segunda vez: Pobre caballero; va huyendo de la muerte y no volverá mas. Para acreditar aun con mas claridad que sabia lo que habia de suceder, el viernes santo envió dos de sus religiosos sacerdotes, con órden de que se detuviesen en compañía de los marqueses todo el tiempo que estos gustasen. Fueron bien recibidos, y el marqués habiendo hecho confesion general con uno de ellos, comulgó por devocion el domingo de Pascua. Al dia siguiente al empezar á comer, fué asaltado de un accidente de apoplejía, que al punto le privó del uso de los sentidos y potencias, y dentro de dos dias le quitó la vida.

Aunque desde el principio tuvo san José y su instituto, poderosos émulos que no perdonaban á diligencia para embarazar sus progresos, la religion se veia muy dilatada por toda la cristiandad. Por los años de 1640 se hallaba propagada en seis provincias, es á saber, de Roma, Génova, Nápoles, Toscana, Alemania y Sicilia, de las cuales las tres primeras las fundó el siervo de Dios por sí mismo, y las otras tres por medio de sus hijos. Tambien dos años ántes don Pablo Duran, obispo de Urgel, habia hecho una fundacion de las Escuelas Pias en el lugar de Guisona, del principado de Cataluña: y aunque se perdió en las guerras que por este tiempo agitaron al mismo principado; se compensó esta pérdida con el establecimiento de la religion en la isla de Cerdeña y en el reino de Polonia, cuyo rey Uladislao IV mandó despachar su real decreto, sin preceder instancias de parte de la religion, por el cual con voces de singular honra, no solo admitia en sus dominios, sino tambien llamaba al piadoso instituto, el cual no se propagó en otros reinos y provincias, por no tener bastantes individuos: así en una carta del año 1633 lo escribió el siervo de Dios: «Si me hallara con diez mil religiosos, en ménos de un año tendria en donde emplearlos.» Sin embargo, para que brillara mas lo heroico de su paciencia entre las mayores contradicciones, permitió el Señor que habiéndose valido el demonio de dos que vivian entre sus hijos, con ejemplo pocas veces visto en la Iglesia de Dios, tuviesen pretexto los émulos, que no dormian, para procurar la total extincion del instituto, no hallándose este viciado, ni en la cabeza, ni en los miembros, y les faltó poco para llegar á conseguirlo. Por falsos informes, aunque verisímiles, que dieron algunos sugetos (cuyos ojos flacos no podian sufrir el copioso resplandor que esparcian sus méritos), de haber ocupado algunas escrituras pertenecientes al santo tribunal de la Inquisicion, al principio del mes de agosto de 1642 á las diez de la mañana fué llevado por medio de toda Roma rodeado de ministros, y acompañado de sus asistentes, procurador general y secretario, al mismo tribunal del santo Oficio: y aunque descubierta su inocencia, luego fué puesto en libertad, y aun traido como en triunfo por las mismas calles por donde habia sido llevado; prevaleciendo la malicia de los contrarios á san José y á su obra, permitió el Señor, para ejercicio de su siervo, que sin embargo de la rectitud de las personas que habian de juzgar aquella causa, fuera ofuscada la justicia: así pasados solos cinco meses, expidió la sagrada congregacion del santo Oficio un decreto, que aprobó el pontífice Urbano VIII, por el cual san José fué depuesto del generalato que el mismo pontífice habia perpetuado en su persona, y nombrados con título de visitadores para mandar la religion, primero el padre Agustin Ubaldini de la congregacion Somasca, varon de costumbres irreprensibles, y despues, por renuncia

que éste hizo del cargo, el padre Silvestre Pietra-Santa. En todos estos trabajos no es fácil ponderar la paciencia, conformidad y quietud de ánimo con que se portó, siendo innumerables las ocasiones de merecer que se le ofrecieron. Nunca se quejó (deponen los que fueron testigos de todos estos fracasos), ni de palabra, ni por escrito, de que le cogian las cartas que le venian de fuera, ni cuando le abrian las que escribia: y sobre esto hacian burla de él. No se dió por sentido de que le quitasen el compañero y el secretario y los libros de la religion, ni de que hicieran pedazos los de las fundaciones: ni se quejó, cuando supo que prohibian á sus religiosos ir á su aposento, y aun los mortificaban y sacaban de Roma: ni se alteró jamás, aunque en su cara lo injuriaban y despreciaban. Causó tanta admiracion la resolucion del pontífice, que á instancia de diversos príncipes de la cristiandad, que no podian ver con indiferencia á san José herido tan gravemente en la honra, el pontífice Inocencio X, que sucedió á Urbano VIII, deputó una congregacion de cardenales, que entendiera en las cosas de la religion: los cuales acordaron que el siervo de Dios debia ser reintegrado en el generalato con sus cuatro asistentes depuestos. No obstante, condescendiendo el Señor con las contínuas súplicas que éste le hacia para que lo dejara morir en la cruz de los trabajos, á imitacion de su crucificado Dueño, no solo no tuvo efecto esta resolucion, sino que, exageradas de los émulos las turbaciones domésticas, y fomentadas ó no corregidas del segundo visitador, en el año de 1646 expidió el sumo pontífice un breve, reduciendo la religion de las Escuelas Pias á congregacion de sacerdotes seglares, como la de san Felipe Neri, pero con las circunstancias de que todas sus casas y colegios quedaran sujetas inmediatamente á los ordinarios, y de que no se pudiesen vestir ni profesar novicios. Cuando fué noticiado el breve de la reduccion á toda la comunidad congregada en el oratorio de San Pantaleon de Roma, presente san José; éste, como si no tuviera memoria de los inmensos trabajos que le habia costado aquella obra en el espacio de cuarenta y nueve años, hecho un verdadero retrato del pacientísimo Job, solo dijo: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sit nomen Domini benedictum:* El Señor lo dió, el Señor lo quitó: sea bendito el nombre del Señor. Con igual resolucion toleró los falsos rumores que se esparcieron tanto sobre su persona, como sus escuelas: diciendo unos que todos los religiosos estaban excomulgados, y otros que eran desobedientes al pontífice: y aun en Polonia y Alemania se publicó que el mismo san José habia desamparado el instituto, y huyendo de la borrasca se habia retirado á los padres capuchinos. Pero tan léjos estuvo de mostrar pusilanimidad, que no cesaba de alentar á sus religiosos á la perseverancia: Yo espero (decia) que todo cuanto han hecho y hacen nuestros contrarios, se desvanecerá con la ayuda de Dios, y á su tiempo triunfará la verdad de la envidia: tengan buen ánimo los que aman el instituto; porque sin duda se reintegrará, y tal vez mas glorioso que ántes. Y por lo que respeta á su persona, todas las persecuciones no sirvieron mas que de dar á conocer lo heroico de sus virtudes, volviendo visiblemente por su honor el cielo, que no cesaba de tomarlo por instrumento de estupendos milagros. En la ciudad de Saona, se hallaba el padre Agustin de San Cárlos, sacerdote de las Escuelas Pias, en el mes de julio de 1648 una noche, cuando habiéndose levantado una furiosa tempestad, oyó distintamente la voz de san José, á quien conocia muy bien, que le mandaba fuéra con otro religioso á tocar la campana de la iglesia. De este modo libertó la vida; porque pasado poco rato cayó un rayo, que prendiendo en el almacen de la pólvora, arruinó gran parte de la ciudad y casi todo el colegio, con muerte de seis religiosos, á excepcion del sitio en que se libró el dicho padre con su compañero.

Finalmente, habiendo obtenido del Señor la gracia de morir en la cruz de los trabajos y persecuciones, dejando el instituto en estado en que á lo natural solo debia esperarse su total ruina; hallándose de casi noventa y dos años de edad y muy débil en el cuerpo, no solo por causa de la vejez, sino de los ayunos, vigilias y mortificaciones, aunque robustísimo en el espíritu, á fines del mes de julio de 1648 empezó á enfermar: y agravándosele lentamente la dolencia, en la cual dió heroicos ejemplos de todas las virtudes, el dia 24 de agosto, presentes todos los religiosos de la casa de san Pantaleon, recibió el santísimo Sacramento por viático, exhortándolos á la devocion de María santísima nuestra Señora, y á la perseverancia en los ejercicios de su vocacion, con estas preciosas palabras: Si vervadaderamente fuereis humildes, sereis exaltados, y ninguno prevalecerá contra vosotros. Despues le suplicaron los religiosos les echara su bendicion: y como se excusase, añadió uno de ellos, que tambien el seráfico san Francisco habia echado la bendicion á sus hijos cuando estaba para morir: al cual respondió el siervo de Dios con mucha prontitud: Dadme el espíritu de san Francisco y yo haré lo propio. Sin embargo, por no dejarlos desconsolados, los bendijo á todos, presentes, ausentes y futuros. En todo el discurso de la enfermedad lo visitaron innumerables prelados, señores y personas de grande crédito; pero empezando á correr la voz de que el mismo siervo de Dios aseguraba que se moriria sin duda, fué mayor el concurso. Los tres dias últimos estuvo casi de contínuo en éxtasis, sin querer hablar con las criaturas, sino de la gloria de los bienaventurados. Varias veces se le apareció la Reina de los cielos, y en una de ellas acompañada de todos los religiosos que habian muerto desde el principio de la fundacion del instituto, ménos uno; y le fué revelado que todos, ó estaban en el cielo, ó en carrera de salvacion en el purgatorio. Al anochecer del mismo dia pidió que le administraran la extramauncion, y despues mandó que le leyeran la pasion de nuestro Redentor Jesucristo, como la escriben los sagrados evangelistas; y segun los pasos que le leian, pronunciaba muy tiernas jaculatorias. Así se mantuvo con admirable paz y sosiego, hasta que despues de las doce de la noche, entrado ya el dia 25 de agosto, presente toda la comunidad que le dijo la recomendacion del alma, al acabarla, levantando la mano derecha, como quien señalaba al cielo en donde tenia preparada su mansion, pronunció clara y distintamente tres veces, Jesus, Jesus, Jesus, y pasó á la feliz eternidad. El dia siguiente fué trasladado su cadáver del oratorio á la iglesia, en donde obró el Señor varios prodigios, curando de diferentes dolencias á los que se le encomendaban, y fué tan universal la aclamacion y el concurso, que tomando motivo la envidia de sus émulos, que no le perdonaban difunto, acudieron al vicegerente de Roma, representando la devocion como escándalo, y pí-

diéndole mandase dar pronta sepultura al cuerpo, no obstante de haber sido rechazado con desabrimiento el autor de este atentado, suponiendo órden de otro ministro superior, acompañado de un notario y ocho alguaciles, pasó á notificar á nuestros religiosos dieran sepultura al cadáver sin dilacion; y pidiendo estos la órden para obedecerla, arrabataron los alguaciles el féretro, y precipitadamente lo encerraron en la sacristía, en donde permaneció, hasta que habiendo acudido al cardenal vicario; este declaró, no solo no haber dado órden para que lo sepultaran, sino ser su expresa voluntad que lo mantuvieran expuesto todo el tiempo que pareciera conveniente para satisfacer la devocion. La concurrencia era tanta, que fué necesario valerse de la tropa para contener las avenidas del pueblo: ni por esto se crea que era el vulgo solo quien formaba este devoto concurso: prelados, embajadores y príncipes de la primera distincion, quisieron ser testigos de lo que publicaba la fama; y todos aseguraban que habia quedado corta. El mismo pontífice envió á uno de sus camareros para que le informara de todo: dos horas se detuvo viendo desde el coro lo que pasaba; y al volver á la presencia del papa, le dijo lo que al Precursor sus discípulos hablando de Cristo Señor nuestro: Los ciegos ven; los cojos andan; y no se advierten mas que maravillas: y así era; porque de dos ciegos se sabe que lograron la vista: un paralítico y otro tullido la salud: diversos endemoniados quedaron libres de los espíritus malignos; y grandes pecadores salieron del mal estado, solo con mirar el rostro del venerable difunto. Eran ya las nueve de la noche cuando con mucho trabajo pudo la guardia echar fuera de la iglesia la gente, publicando que no se le daria sepultura; pero al amanecer del dia siguiente lo sepultaron en el plano de la capilla mayor; y por la tarde, habiéndose hecho el reconocimiento, admiraron los que tuvieron la dicha de hallarse presentes, que aun el cadáver se mantenia flexible. Antes de pasar tres años despues de la muerte del siervo de Dios se recibieron informaciones para introducir la causa de su beatificacion, y en espacio de año y medio llegaron al número de ciento cuarenta y tres los milagros que se habian ya registrado. Pero entre todos merece sin duda el primer lugar la conservacion del instituto: el cual, no solo no descaeció, como parecia natural, con la muerte de su santo padre y fundador, sino que logró verse reintegrado primero por Alejandro VII al estado de congregacion, con votos simples y juramento de perseverancia, todo reservado al pontífice, y despues por Clemente IX al estado regular y título de religion con emision de los votos solemnes, y comunicacion de todos los privilegios que le habian sido concedidos.

La causa de beatificacion del siervo de Dios, no obstante los gravísimos embarazos que ocurrieron y fueron superados con repetidos prodigios, llevó feliz curso. El santísimo padre Benedicto XIII en 1728 aprobó sus virtudes en grado heroico: y nuestro santísimo padre Benedicto XIV, que siendo abogado consistorial, trabajó á favor de la causa; siendo promotor de la fé, opuso contra ella animadversiones dignas de su superior talento: siendo cardenal, concurrió con el favorable sufragio cuando fueron aprobadas sus virtudes en grado heroico; elevado á la silla de san Pedro, en 10 de mayo de 1748, aprobó dos milagros que refiere; y últimamente en 7 de agosto del mismo año declaró su beatificacion, cuya primera fiesta se celebró en la basílica de san Pedro en el Vaticano, el dia 18 de los mismos mes y año; y en el dia 25, en que puntualmente se cumplia el siglo de cien años en que murió en la casa de San Pantaleon, se celebró la primera fiesta en la misma iglesia, aunque por disposicion del sumo pontífice se le ha señalado para su fiesta el dia 27, en que le dieron á sus reliquias sepultura (1).

Escribió su vida el primero en español el padre Episio de San José, que la dedicó á Cárlos III el padre don Francisco María Maggi, de los clérigos regulares teatinos de Palermo, imprimió un comentario de la vida del siervo de Dios, en latin: despues se han impreso en idioma toscano varias obras del mismo asunto: la que dejó escrita el padre Alejo de la Concepcion, séptimo general de las Escuelas Pias, y tradujo en español el padre Antonio de San Medardo; aunque corre en nombre de don Pedro Agueuza: la que en crecido volúmen dió á luz el padre Inocencio de San José, y los Compendios que ha publicado el padre Vicente de San Felipe Neri, cronista general de la religion, de los cuales el último ha sido traducido en Madrid.

* SAN SIAGRIO, OBISPO Y CONFESOR. — Oriundo de las Galias, fué obispo de Autun y consagrado para esta dignidad el año 560. En los varios concilios que se celebraron en su tiempo asistió Siagrio, y á su zelo y prudencia se debe el restablecimiento de la paz en el monasterio de santa Radegunda de Poitiers. Acompañó al rey Gontrando en el viaje que hizo á París para asistir al bautismo de Clotario II Para dar una prueba de sus talentos y virtudes basta decir que Gregorio, el Grande, le confió varios negocios de importancia, le encomendó los misioneros que enviaba á Inglaterra con San Agustin. El mismo papa le concedió el palio mandando que en adelante los obispos de Autun serian los primeros de la provincia de Lion despues del metropolitano, y que tendrian el rango de preferencia, aun entre los prelados mas antiguos en edad ú ordenacion. Murió este santo en el año 600.

SAN PEMON, ANACORETA. — Brilló como una luz extraordinaria entre los antiguos padres del desierto, al cual se retiró por los años 385. Todo el Egipto resonó con la fama de sus asombrosas penitencias, y sus seis hermanos, que convencidos por él le habian seguido á la soledad, fueron tambien otras tantas lumbreras de no ménos magnitud. Pemon pasaba muchos dias seguidos sin tomar alimento alguno; prohibia á sus discípulos el uso del vino y de todo cuanto puede fomentar la sensualidad; estudió continuamente en la vida de los grandes patriarcas de la penitencia la regla de su conducta, y era todo su conato ser su perfecto y puntual imitador. Habiendo los bárbaros asolado en 395 los desiertos de Scete, Pemon se retiró con sus hermanos á Terenuth, junto á un antiguo templo de ídolos, en cuyo sitio permaneció muchos años. La pequeña comunidad empleaba el tiempo del modo siguiente: de las doce horas de la noche empleaban cuatro en trabajar, cuatro en cantar salmos, y otras cuatro en descansar. De dia trabajaban hasta la hora de sexta, leian en seguida hasta la de nona, y despues preparaban sus yerbas y comian. Así pasaban la vida, esperando ser llamados á la gloria de la inmortalidad. San Pemon entró en ella por los años de 451, despues de una existencia consagrada á la santificacion de

(1) La bula de su canonizacion fué expedida por Clemente XIII, el dia 17 de julio de 1776.

su alma y á la edificacion de cuantos despues de él se dedicaron á la vida penitente y solitaria. Las vidas de los padres del desierto están llenas de admirables sentencias de este santo, particularmente en lo tocante á la mortificacion de los sentidos, al silencio, al desprecio de sí mismo y á la humildad.

San Rufo, obispo y mártir.—Fué de la noble sangre patricia y cónsul de Roma el año 17 de Jesucristo. Convirtióse á vista del milagro obrado por san Apolinar, arzobispo de Milan y discípulo del apóstol san Pedro, que restituyó la vida á una hija suya ya difunta. El mismo santo arzobispo le bautizó á él y á toda su familia, y despues le consagró obispo de Capua, cuya Iglesia gobernó poco tiempo, porque habiéndose encendido persecucion contra los fieles, fué en ella inmolado, recibiendo la palma del martirio en la misma ciudad de Capua por los primeros años del siglo II.

Los santos Marcelino, Mannea, Juan, Serapion y Pedro, mártires.—Los dos primeros eran esposos, y los otros tres hijos suyos, componiendo todos una familia distinguida de la ciudad de Tomis, en el Ponto. Marcelino era tribuno de ejército, y habiéndose convertido á la religion de Jesucristo con toda su casa, fueron bautizados y martirizados durante la persecucion de Diocleciano en el mismo lugar de su residencia.

San Narno, obispo y confesor.—Consagróle obispo san Bernabé apóstol, y lo envió á Bergamo, de cuya ciudad fué el primer pastor y entre cuyos habitantes echó las semillas del Evangelio. Sus frutos fueron copiosos; porque el Señor, que se complace en bendecir los trabajos de sus siervos, acompañó con su gracia y sus milagros los esfuerzos de Narno, que verdadero discípulo de los apóstoles se habia hecho todo para todos á fin de ganarlos á todos. Su pontificado fué bastante largo y murió santamente entre sus ovejas en el año 80 de Jesucristo.

San Rufo y san Carpóforo, mártires.—Eran de la ciudad de Capua, y habiendo confesado públicamente á Jesucristo en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, fueron acerbísimamente atormentados, y por fin consiguieron la corona del martirio. Sus cuerpos, recogidos por los cristianos, se veneran todavía en la misma ciudad, y por su mediacion ha obrado el cielo muchos milagros.

Santa Eutalia, vírgen y mártir.—Fué de Lentini, en Sicilia: su madre, que era gentil, padecia un flujo de sangre, del cual fué milagrosamente curada por la intercesion de los santos mártires Alfeo, Filadelfo y Quirino. Agradecida á tal beneficio, se hizo instruir en la religion verdadera, creyó en Jesucristo y fué bautizada con su hija Eutalia. Sermiliano, idólatra furibundo y hermano de Eutalia, al saber que se habian convertido, quiso prender á su propia madre; pero se escapó y solo cayó en su poder su hermana Eutalia, á la cual degolló por sus propias manos, despues de haber intentado hacerla violar por un esclavo. La muerte de esta santa sucedió, segun el Menologio griego, á mediados del siglo III.

Santa Antusa, mártir.—Dieron á esta santa el sobrenombre de *Jóven* para distinguirla de otra santa Antusa que padeció martirio en la persecucion de Valeriano, y que se venera el dia 22 de este mismo mes. No sabemos dónde murió la que veneramos hoy, y solo nos consta que acabó su vida siendo arrojada á un pozo por los infieles.

San Juan, obispo.—Nació en Pavía, de claro linaje, y habiendo recibido una brillante educacion, abrazó el estado eclesiástico, llegando en poco tiempo á ser elevado á la dignidad de obispo de su patria. Defendió con admirable celo la disciplina eclesiástica, reformó las costumbres de su pueblo, y fué principalmente el pastor y el padre de los huérfanos y las viudas desamparadas. Despues de doce años de episcopado, habiendo florecido en doctrina y ejemplos, murió santamente en Pavía, el dia 27 de agosto del año 813, siendo enterrado en su catedral.

San Licerio, obispo y confesor.—Parece que fué natural de las Galias. Siendo ya muy ilustre por sus costumbres y milagros, fué elegido y consagrado obispo de Lérida en Cataluña, cuya Iglesia gobernó con eminente prudencia y santidad. Asistió á varios concilios, y murió un dia 27 de agosto de uno de los años entre el 540 y 550. Lanuza dice que este santo es el mismo que con el nombre de san Lley es conocido en las diócesis de Barcelona, y que tiene una iglesia dedicada á su honor en el pueblo de Villamayor.

Santa Margarita, viuda.—Fué hija, hermana y esposa de príncipes. Nació y murió en Baviera, modelo de todas las virtudes, dotada del don de profecía y de milagros. Su muerte se coloca en el 27 de agosto del año 1184.

La Trasverberacion del corazon de santa Teresa de Jesus.—Esta fiesta, conocida tambien con el nombre de «segunda fiesta de santa Teresa,» la instituyó la Iglesia para honrar aquella grande y tan señalada merced que hizo Dios á su sierva escogida; disponiendo que un ángel, en forma corporal, hincase una saeta en lo mas vivo de sus entrañas para dar paso al divino amor. Nos parece que de ningun modo podemos esplicar mejor este inefable suceso, que copiando aquí las mismas palabras con que le cuenta la santa en su vida escrita por ella misma. En el cap. 29, §. 9, dice: «No se puede encarecer ni decir el modo con que llaga Dios al alma, y la grandísima pena que da, que la hace no saber de sí; mas es esta pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida que mas contento dé. Siempre querria el alma estar muriendo de este mal. Esta pena y gloria junta me traia desatinada, que no podia yo entender cómo podia ser aquello. ¡Oh qué es ver un alma herida! Que digo que se entiende de manera, que se puede decir herida por tan excelente causa, y ve claro que no movió ella por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor le tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella que la hace toda arder. ¡Oh cuántas veces me acuerdo, cuando así estoy, de aquel verso de David: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*, que me parece lo veo al pié de la letra en mí! Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo (á lo ménos busca el alma algun remedio, porque no sabe qué hacer) con algunas penitencias, y no se sienten mas, ni hace mas pena derramar sangre que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios, mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento corporal le quitase: como no está allí el remedio, son muy bajas estas medicinas para tan subido mal: alguna cosa se aplaca y pasa algo con esto, pidiendo á Dios le dé remedio para su mal, y ninguno ve sino la muerte, que con esta piensa gozar del todo á su Bien. Otras veces da tan recio, que eso ni nada

no se puede hacer, que corta todo el cuerpo, ni piés ni brazos no puede menear; ántes si está en pié, se sienta como una cosa trasportada, que no puede ni aun resollar, solo da unos gemidos, no grandes, porque no puede, mas solo en el sentimiento.

»Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta vision: veia un ángel cabe mí hácia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque algunas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la vision pasada que dije primero. En esta vision quiso el Señor que le viese ansí: no era grande sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecia de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman serafines, que los nombres no me los dicen, mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabria decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas; al sacarle me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacia dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con ménos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.

»Los dias que duraba esto, andaba como embobada, no queria ni ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenia algunas veces, cuando quiso el Señor que me viniesen estos arrobamientos tan grandes, que aun estando entre gentes no los podia resistir, sino que con harta pena mia se comenzaron á publicar. Despues que los tengo, no siento esta pena tanto, sino la que dije en otra parte, que es muy diferente en hartas cosas y de mayor aprecio: ántes en comenzando esta pena de que ahora hablo, parece arrebata el Señor el alma y la pone en éxtasi, y así no hay lugar de tener pena ni de padecer, porque viene luego el gozar. Sea bendito por siempre, que tantas mercedes hace á quien tan mal responde á tan grandes beneficios.»

Hasta aquí la misma santa. El que quiera saber mas pormenores sobre su vida, vea en el dia 15 de octubre, donde se halla.

DIA 28.

SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR.—La vida del admirable doctor y luz de la Iglesia san Agustin, escribió Posidonio, obispo calamense, que vivió en su compañía cuarenta años: y el mismo santo en el libro de sus Confesiones, comenzando desde el tiempo en que estaba en las entrañas de su madre, alaba al Señor y pinta su niñez, y cuenta su vida hasta la muerte de su bienaventurada madre. De estas fuentes principalmente sacaremos nosotros lo que habemos de decir de este glorioso doctor: y tambien nos aprovecharemos de sus mismos escritos, y de lo que los otros autores graves escriben de él.

Nació san Agustin en una ciudad de África, llamada Tagaste, el año del Señor de 355, á 13 de noviembre, á los 19 años del imperio de Constancio, siendo cónsules Arbecion y Lolliano. Sus padres eran nobles, aunque no muy ricos. Su padre se llamó Patricio y era gentil, y la madre Mónica, cristiana, y tan grande sierva de Dios, que por sus oraciones y lágrimas se bautizó y murió cristianamente Patricio, su marido, y su hijo Agustin se convirtió y fué tan esclarecido siervo del Señor. En saliendo san Agustin de aquella tiernecita edad en que no sabia hablar, y comenzó á crecer, tuvieron sus padres cuenta con criarle y enviarle á las escuelas á aprender letras, para que alcanzase entre los hombres (como él mismo lo dice) honra y falsas riquezas. Tenia grande ingenio y excelente memoria; pero mas se inclinaba á holgarse y á jugar con los otros muchachos, que á escribir ni á leer y aprender letras con el cuidado que debia, y por eso le azotaban, y él sentia mucho cualquier castigo. Siendo muchacho, fué un dia gravemente apretado de un dolor de estómago, que súbitamente le asaltó y congojó de manera que pensó morir, y pidió el bautismo para ser librado con el agua saludable de aquel santo sacramento. Pero fué nuestro Señor servido que luego volviese en sí y comenzase á mejorar; y con esto se dilató el bautismo pareciéndole á su madre que su hijo, por su mala inclinacion habia de tornar á manchar su alma, y que los delitos que cometiese despues del bautismo, serian mas graves y dignos de mayor castigo. Enseñáronle las letras latinas y griegas: de las latinas gustaba mucho; las griegas aborrecia y las tenia por pesadas y trabajosas; porque aquella dificultad que hay en aprender la lengua peregrina, era como una hiel que se derramaba en la dulzura que hallaba en las fábulas y narraciones griegas. Y aunque se la hacian aprender con espantos, amenazas y penas, no tenia tanta fuerza la necesidad medrosa como la curiosidad libre, y el gusto que hallaba en la lengua latina, la cual aprendió perfectamente en Tagaste, y despues en una ciudad allí cerca, llamada Madauro, y finalmente en Cartago, cabeza de aquella provincia, donde florecieron los estudios de las buenas letras. Allí san Agustin aprendió la retórica, y salió tan excelente orador, que la enseñó con gran loa en aquella ciudad: y se dió á las otras ciencias, y por sí mismo, sin otro maestro, las entendió y comprendió de manera que las podia enseñar á los demás. Pero cuanto el ingenio de san Agustin era mayor y mas admirable en aquella edad, tanto su mala inclinacion y vivo y fogoso genio le tiraba á los deleites y gustos sensuales del amor loco y ciego: para lo que le ayudaban algunas malas compañías y una amistad de nombre, y verdadera enemistad y engaño del corazon, que suele haber entre los estudiantes mozos, que atiza las llamas de la concupiscencia que tanto arde en la juventud. Andaba cercado por todas partes de uno como incendio y hervidero de deshonestos amores: aun no amaba y deseaba amar, y con una mas secreta pobreza se aborrecia á sí, porque era ménos pobre. Resbaló, y estaba encarnizado en el apetito sensual (como él mismo confiesa de sí); aunque el Señor con su misericordia no le desamparaba, ántes aguaba aquellos deleites, y derramaba hiel y acíbar sobre los gustos que tenia; de manera, que cuando mas alegre estaba, se veia atar con unas ataduras congojosas, y ser herido como con unas varas de hierro de zelos, de sospechas y temores, de iras y con-

tiendas. Fuese entrando en los amores torpes y enemigos de toda honestidad, y de este tan gran mal el mismo santo se echaba la culpa principalmente á sí, y despues al haber estado ocioso y sin ocupacion de estudio un poco de tiempo que estuvo en su casa aguardando que se aparejase las cosas que habia menester para ir á Cartago. Y no ménos se queja del poco cuidado que tuvo su padre en criarle en la virtud: porque como era gentil y ajeno de la luz de nuestra santa religion, no tenia otro blanco sino que su hijo estudiase, y con su grande ingenio alcanzase riquezas falsas y honras afrentosas, y dejase sucesion en su casa. Tambien dice, que fué ocasion de su desventura el entretenerse en las representaciones del teatro, en las cuales veia como en espejo sus miserias, y con aquellas llamas crecia mas su fuego. Pero lo que mas daño le hizo, fué la mala compañía que tuvo de algunos mozos traviesos y desvergonzados que tenian vergüenza de no ser tan malos y deshonestos como otros, y que se alababan del mal que habian hecho, y muchas veces del que no habian hecho por ser tenidos en mas.

«En dónde estaba yo (dice el santo, hablando con Dios), y cuán léjos andaba desterrado de los deleites, de vuestra casa, el año diez y seis de mi edad, cuando tomó señorío sobre mí, y yo me sujeté y rendí al apetito libidinoso y loco: que aunque los hombres disimulan, y no le tienen por deshonesto, es prohibido, Señor, por vuestras santas leyes.» Lloraba su santa madre Mónica, é íbale á la mano á su hijo, y aconsejábale que se apartase de toda mujer, especialmente de las casadas. Pero (como el mismo dice) los consejos de su madre le parecian consejos de mujeres, á los cuales él tenia vergüenza de obedecer, siendo verdad que aquellos consejos eran del Señor, y cuando la madre hablaba á su hijo, Dios hablaba por ella, y en ella despreciaba á Dios. Y añade: que aquella su ignorancia y ceguedad era de manera, que le dejaba despeñar de un vicio en otro, con tan grande desvergüenza, que se corria de no ser tan deshonesto como los otros de su edad, cuando veia que se alababan de sus torpezas, y se gloriaban tanto mas de ellas, cuanto eran mas feas. «Yo (dice) me deleitaba en mis males, no solo por el gusto de la mala obra, sino tambien por alabarme de ellos. ¿Qué cosa hay digna de vituperio sino el vicio? Y yo, desventurado, por no ser vituperado, me hacia mas vicioso, y cuando no habia hecho el mal que otros habian hecho, ni era en esto tan perdido como ellos, fingia haberle hecho, para que no me tuviesen en ménos por ser mas inocente, ó por ser casto me despreciasen mas. Con tales compañeros, Señor, paseaba yo las plazas de Babilonia, y me revolvia en el cieno, como si fuera bálsamo y ungüento precioso: y en medio de ella para que me enlodase mas, el enemigo invisible me hollaba y engañaba, porque yo era engañadizo.» Todas estas son palabras de san Agustin. Y porque cuando la voluntad está estragada, fácilmente se oscurece el entendimiento: y él es tanto peligroso, cuanto es mas delicado y excelente, si no está enfrenado con la humildad y alumbrado con la verdad; andando san Agustin envuelto en los vicios, y en torpezas y deshonestidades, no es maravilla que cayese en errores y desatinos, y que su grande ingenio fuese ofuscado con las tinieblas de los herejes maniqueos, los cuales (como el mismo santo dice) eran hombres locos y soberbios, y en gran manera carnales y parleros, y en cuya boca estaban armados lazos del demonio, y una liga compuesta de las sílabas del nombre de Dios, y de nuestro Señor Jesucristo, y del Espíritu santo, nuestro consolador. Caí, dice, en manos de aquella mujer atrevida, y de prudencia pobre (significada por el enigma de Salomon), sentada en una silla á su puerta, la cual decia: Comed alegremente del pan escondido, y bebed del agua dulce hurtada. Esta mujer me engañó, porque me halló fuera de mí, y que habitaba en los ojos de mi carne; rumiaba dentro de mí las misma cosas que por su consejo habia tragado. Habíase dado ántes á leer las Escrituras, y parecióle que no eran dignas de ser comparadas con la majestad y elocuencia de Tulio: porque (como él mismo escribe) su hinchazon huia del humilde estilo de ellas; su corta vista no penetraba el meollo que en ellas se encierra: y no era tal, que pudiese entrar por su soberbia en aquel sagrario divino, ni bajar su cerviz; porque se desdeñaba de ser pequeño, y se tenia por grande

Con los errores de los maniqueos, en que habia vivido san Agustin, crecieron los dolores de su santa madre: y si ántes le lloraba por verle liviano y vicioso, mucho mas le lloraba despues, cuando le vió engañado y tan ciego con los disparates de aquellos herejes. Hacia continuamente oracion, y lloraba por su hijo vivo, mas que las otras madres suelen llorar por sus hijos muertos: mas no menospreció el Señor las copiosas lágrimas que corrian de los ojos de santa Mónica, y regaban la tierra en cualquiera parte donde oraba: porque no queriendo ántes vivir en su casa, ni comer á una mesa con su hijo, porque le desagradaban sus errores y desvaríos, despues se trocó con una vision, con la cual el Señor la consoló, y la certificó que su hijo no se perderia y que vendria á tener la misma fé que ella tenia. Alentada ya, y mas alegre con esta esperanza, vivia y comia con él, y no por eso dejaba á todas horas de importunar al Señor, y llorar por su hijo: aunque él por los nueve años siguientes se estuvo revolcando en aquel profundo cieno de su carne y tinieblas de falsedad, procurando muchas veces levantarse y cayendo cada vez mas gravemente. Pero andando en estos pasos, no se olvidaba el Señor de él; ántes le daba algunas ocasiones para que él mismo se desengañase, y conociese su error. Uno fué, que habiendo venido á la ciudad de Cartago cierto obispo de los maniqueos, que se llamaba Fausto, gran lazo del demonio, y que muchos caian enlazados por sus dulces palabras; san Agustin le habló y trató, y halló que no era tan docto como los maniqueos predicaban, y que enseñaba lo que no entendia: y conoció que no sabia arte alguna de las liberales, sino solo la gramática, y por estar ejercitado en el hablar cada dia, habia alcanzado facilidad en el bien hablar, y con esto engañaba á los que le oian. Y como este Fausto era tenido por hombre doctísimo y maestro de todos los maniqueos, y san Agustin le halló tan falto de la doctrina, y tan ignorante; desconfiado de él, y de los otros sus maestros, comenzó á perderles la aficion, y todo el estudio que ántes habia tenido de aprovechar en aquella secta. Con esto aquel Fausto, que habia sido á muchos lazo de muerte (sin quererlo, ni saberlo él), comenzó á aflojar el lazo con que san Agustin estaba apretado.

Vínole gana de dejar la cátedra de retórica que tenia é ir á Roma, nó por ganar mas, ni por alcanzar mas honra, sino principalmente por librarse de las pesadumbres y

malas costumbres de los discípulos que estudiaban en la ciudad de Cartago. Supo la buena madre lo que su hijo queria hacer: rogóle que no lo hiciese; y lloró amargamente su partida, y siguióle hasta el mar. Engañóla: y quedándose ella una noche en un lugar cerca de la ribera, en que se celebraba la memoria del bienaventurado san Cipriano, él se partió á escondidas, quedando ella orando y llorando. Llegó san Agustin á Roma, y luego fué visitado de Dios con una enfermedad corporal, que le apretó mucho, de la cual sanó por las oraciones de su madre, que aunque estaba ausente de su hijo con el cuerpo, no lo estaba con el espíritu, y con sus lágrimas y continuas plegarias le detenia para que nó se acabase de perder. En Roma fué huésped de un maniqueo, y allí trató con los maniqueos; pero friamente, y nó con el fervor que ántes solia. Y habiendo leido una disputa que un católico, llamado Elpidio, habia tenido con ellos, comenzó á despreciar aquella secta. En Roma leyó retórica, y divulgóse por toda la ciudad en breve la grandeza y agudeza de su ingenio, sus muchas letras y extremada elocuencia: de manera, que habiéndose escrito de Milan, por órden del emperador, á Símaco, prefecto de la ciudad de Roma, que los proveyese de un maestro de retórica; Símaco escogió á san Agustin, y le envió á Milan bien acomodado, para que allí la enseñase: aunque nuestro Señor Dios le llamaba para otros mayores intentos: porque en Milan halló á san Ambrosio, obispo, varon señalado y bien conocido por todo el mundo, y piadoso siervo del Señor, el cual con sus palabras enseñaba al pueblo, y le sustentaba con el pan de su doctrina, y le ablandaba con la suavidad del óleo, y con el vino fuerte le embrigaba del amor de Dios, con quien hablando el mismo san Agustin, dice: «Vos me llevábades á él, sin yo saberlo; para que sabiéndolo, él me llevase á vos.» Recibióle san Ambrosio con amor de padre, y como obispo alabó su peregrinacion. Comenzóle san Agustin á amar al principio, no como á doctor de la verdad, mas como á un hombre benigno, que le mostraba buena voluntad. Cuando enseñaba al pueblo, oíale con atencion, mas no con la intencion que debia, sino como quien con una cierta curiosidad queria hacer prueba de su elocuencia, y ver si correspondia á lo que se decia de él, ó era mayor, ó menor que su fama: y estaba atento y colgado de sus palabras, no teniendo cuenta con las cosas que decia; ántes las despreciaba y se deleitaba con la suavidad de sus palabras: que, como el mismo santo dice, eran muy mas doctas que las de Fausto; aunque no tan dulces y suaves, cuanto al modo de decir. Pero con las palabras que san Agustin amaba entraban juntamente en su alma las cosas que menospreciaba, y venian vestidas con ellas, porque no podia apartar las sentencias de las palabras: y como él abriese el corazon para recibir la suavidad y elegancia de las palabras, á vuelta de ellas entraba tambien la verdad, aunque poco á poco. Con esto se persuadió que se podia defender lo que enseñaba la fé católica, y que no era vencida de sus enemigos, aunque no le parecia aun vencedora: y de aquí vino á dejar á los maniqueos, por parecerle que muchos filósofos habian hablado con mas probabilidad y mas acertadamente de las cosas, que no ellos, y á ponerse en un estado indiferente, que ni bien era maniqueo, ni católico cristiano.

Al tiempo, pues, que san Agustin andaba vacilando, y comenzaba á abrir los ojos para ver la verdad, vino santa Mónica, su madre, en busca de él á Milan, siguiéndole por mar y por tierra, muy segura en Dios entre todos sus peligros, y fuerte por su gran piedad: porque el amor de madre no la dejaba reposar; y el deseo de que su hijo se salvase, la traia atrevasada de dolor. Para esto, á mas de las copiosas lágrimas que continuamente derramaba, y de las oraciones que de dia y de noche ofrecia con grande instancia al Señor, suplicándole que socorriese y alumbrase presto á su hijo, le encomendaba con entrañable afecto á san Ambrosio, porque conoció que por sus palabras habia ya venido á aquella duda y perplejidad en que estaba, y esperaba que por su medio habia de alcanzar entera salud. Oíale predicar Agustin cada domingo y tratar la palabra del Señor admirablemente, é íbase confirmando mas en que se podian deshacer aquellos lazos engañosos que los enemigos de la verdad, y engañadores verdaderos armaban contra los libros sagrados y misterios de nuestra santa religion. De esta manera se iban deshaciendo las tinieblas y errores que oscurecian el entendimiento de Agustin, pero el afecto todavía estaba enfermo y llagado, y preso del amor deshonesto, porque tenia una amiga, y de ella un hijo que se llamó Adeodato, de raro y excelente ingenio: y estaba tan ciego, y tan encendido en las prisiones del amor, que no le parecia posible vivir sin mujer: en tanto grado, que teniendo intencion de casarse y habiendo despedido la amiga primera, y ella ídose á Africa, de donde habia venido con él, tomó otra, entretanto que la que habia de ser su mujer tuviese edad suficiente para poderlo ser: para con ella (como él dice) cebar y entretener en su punto la enfermedad de su alma con la mala costumbre, hasta que se llegase el tiempo de casarse. Estaba tan encarnizado y tan fuerte en esta falsa opinion, que admirándose de san Ambrosio, y teniéndole por varon dichoso y bienaventurado segun el siglo, porque era honrado y estimado de personas grandes y poderosas, no sabia cómo podia vivir sin mujer, y esto le parecia muy duro y trabajoso.

La fuerza de la mala costumbre era grande, y la flaqueza de Agustin era mucha; mas el Médico soberano era poderoso para poder dar vigor al enfermo, y sanarle por mas que pareciese desahuciado, aunque el principio de la salud habia de ser (despues del toque de la gracia) el querer él dejarse curar y desear sanar. Para esto le ayudó y alentó mucho el haber tratado en Milan con un santo y venerable monge, llamado Simpliciano, á quien por su anciana edad y admirables virtudes el mismo san Ambrosio amaba y respetaba como á padre espiritual: porque Simpliciano contó á Agustin la conversion á nuestra santa fé de Victorino, que habia enseñado retórica en Roma, y alcanzado en ella que se le pusiese públicamente estatua: y siendo ya viejo y en todas las ciencias sapientísimo, habia dejado la gentilidad, y vuelto los ojos y el corazon al Señor: y con este ejemplo se encendió san Agustin con deseo de imitarle. Tambien le esforzó el haberle referido un caballero principal, africano, y de su tierra, llamado Ponciano, la vida de san Antonio, abad (de la cual hasta aquella hora no habia tenido noticia alguna), y que dos caballeros, criados del emperador, leyéndola en la ciudad de Tréveris, habian renunciado todas las cosas del siglo, héchose religiosos, y entregádose enteramente al servicio del Señor. Con esta narracion quedó tan compun-

gido, que volviéndose á Alipio (que era su fidelísimo compañero), con el rostro y con la mente turbada, le comenzó á decir á gritos: ¿Qué es esto que padecemos? ¿Qué es esto que habeis oido? Levántanse los indoctos, y arrebatan el cielo; y nosotros, faltos de corazon, con nuestras doctrinas andamos sumidos debajo de las ondas de nuestra carne y sangre. ¿Por ventura, porque ellos van adelante, tenemos vergüenza de seguirlos? ¿Y no tenemos vergüenza siquiera de no seguirlos? Pero no bastaban estos toques é inspiraciones de Dios, para desatar á quien estaba tan atado, no con hierro ajeno, sino con la dura cadena de su propia voluntad, como el mismo santo dice por estas palabras: «El enemigo tenia mi voluntad, y de ella habia hecho una cadena, con la cual me tenia aprisionado. Por que de la mala voluntad nació el mal apetito, y entregándose á este apetito, se hizo la costumbre, y no resistiendo á la costumbre, se hace la necesidad: y con estos como eslabones trabados entre sí, se hizo aquella cadena, que dije, de la cual debajo de una muy dura servidumbre estaba aherrojado y encadenado. Y aquella voluntad nueva de serviros y gozar de vos, Señor, que comenzaba á tener sér en mi corazon, aun no tenia fuerza para vencer la otra voluntad, que con la vieja costumbre se habia hecho fuerte y poderosa: aunque por mejor decir, no estaba yo tanto en lo que estaba, cuanto era llevado á ello en gran parte contra mi voluntad. Pero aquella costumbre que habia nacido de mí, tenia mayores fuerzas contra mí: y queriendo yo, me habia llevado á lo que yo no queria. Mas como estaba todavía asido y abrazado con la tierra, rehusaba seguir vuestra bandera: y temia tanto el verme desembarazado de todos los estorbos que me impedian cuanto fuera justo temer ser de ellos embarazado. Andaba sumamente cargado con esta carga del siglo, como suele el hombre con el sueño: y los pensamientos que tenia de vos, eran semejantes á los esperezos y meneos de los que duermen y quieren despertar, que con la profundidad del sueño se vuelven del otro lado y tornan á dormir.» Todo esto es de san Agustin: el cual en otro lugar pinta la lucha de su espíritu con su carne, y el favor de la gracia del Señor con que le venció: que por ser cosa tan interior y tan importante, y por la cual comunmente pasan los que desean salir del cieno de sus inmundicias en que están atascados, y les parece que no pueden por su mal y envejecida costumbre; aunque sea algo largo, me ha parecido poner aquí. Dice, pues, san Agustin: «De esta manera estaba enfermo y atormentado, acusándome á mí mismo mas gravemente de lo que solia, volviéndome y revolviéndome en aquella cadena que traia, hasta que se acabase de romper aquella parte que quedaba: la cual aunque era pequeña, todavía era bastante para tenerme. Decia yo dentro de mí: Ea, hágase luego, ahora sea: y diciendo esto, casi me iba tras lo que decia, y casi lo hacia, y con todo eso lo dejaba de hacer. No tornaba en las cosas pasadas, si no estaban cerca, y respiraba. Volvia otra vez á alentarme y cobrar nuevas fuerzas, casi llegaba y tocaba, y tenia: mas era tanta mi flaqueza, que en realidad de verdad ni yo llegaba, ni tocaba, ni tenia, dudando morir á la muerte, y vivir á la vida: y mas podia conmigo el mal acostumbrado, que el bien no usado: y cuanto mas cerca se llegaba aquel punto de tiempo, en que yo habia de mejorar, tanto me ponia mayor horror y espanto, no haciéndome volver atrás ni mudar propósito, mas teniéndome suspenso las liviandades y lazos, aquellas vanidades vanísimas de mi antigua amistad me detenian y tiraban de la vestidura de mi carne, y como susurrando decian: Cómo, ¿qué nos has de dejar? Y qué ¿desde aquel momento jamás estaremos contigo? Y qué ¿de aquí adelante no te será lícito esto, ni aquello? Yo las oia como de léjos, y no ya todo yo, sino la menor parte de mí, y no me hacian guerra, poniéndoseme delante; sino como viniendo tras mí y siguiendo mis pasos me asian y murmuraban, para que volviese los ojos atrás y las mirase. Y eran tan importunas, que todavía me detenian, siendo yo perezoso en sacudirlas y escabullirme de ellas, y pasar adonde me llamaban, cuando me decia la costumbre violenta: ¿Cómo piensas tú que podrás vivir sin estas cosas? aunque lo decia yo con gran tibieza. Porque en aquel mismo camino que yo tenia delante, y por donde temblaba de pasar, se me descubria la casta dignidad de la continencia con un rostro sereno y grave alegría, la cual halagándome con una blandura honesta, me convidaba que fuése á ella sin temor, y extendia las piadosas manos, llenas de excelentes y virtuosos ejemplos para recibirme y abrazarme. Allí habia un número innumerable de niños y niñas, allí mancebos y hombres de toda edad, allí habia gran copia de viudas graves y doncellas purísimas, y viejas continentes, cuya continencia no es estéril, sino fecunda y madre de alegrías, que son hijos de los que á vos, Señor, tienen por madre. Y burlábase de mí, como quien con donaire me exhortaba, y me decia: ¿Tú no podrás lo que estos y estas pueden? ¿O piensas, que lo que estos y estas pueden, lo pueden por sus propias fuerzas, y no por las fuerzas de su Dios? El Señor Dios suyo me dió á ellos, ¿por qué estás y no estás en tí? Arrójate á sus brazos y no temas, porque no se apartará y te dejará caer. Echate seguramente: él te recibirá y sanará. Yo tenia gran vergüenza de mí; porque todavía oia el sonido de aquellas voces, aunque sordas, y estaba suspenso y perplejo: y ella otra vez me volvia á decir: Hazte sordo á la voz de tus sucios sentidos, para que se mortifiquen. Propóngote deleites; pero no son semejantes á los que hay en la ley de tu Señor Dios. Esta batalla en mi corazon era de mí mismo, y contra mí mismo.» Todas estas son palabras de este santísimo doctor, para declarar las batallas de su espíritu con su carne, y las dificultades que tenia para rendirse á Dios. Finalmente el Señor, que le habia escogido para hacerle lumbrera de la Iglesia, y maestro del mundo, le alentó y dió la mano, y arrancó de aquel atolladero en que estaba, por una nueva y divina manera, la cual el mismo santo refiere, y dice: que despues que con los vientos recios de su consideracion se revolvieron y turbaron las aguas de sus miserias, y todas juntas, como un monte, se pusieron delante de su corazon, se levantó una borrasca grandísima, con una abundante lluvia de lágrimas, y para poderla mejor derramar toda y dar voces á solas, se apartó y arrojó debajo de una higuera; y volviéndose al Señor, le dijo: ¿Y vos, Señor, hasta cuándo? ¿hasta cuándo, Señor, estareis enojado? No os acordeis de nuestras maldades antiguas. Porque como se sentia preso de ellas, daba voces lastimosas, y decia: ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Mañana? ¿Mañana? ¿Por qué nó luego? ¿Por qué esta hora no será el fin de mi fealdad? Oyó una voz con un cantar que decia, y lo repetia muchas veces: Toma y lee: toma y lee: Tomó el libro, entendiendo que

Dios se lo mandaba: abrióle y leyó el primer capítulo que halló, y en él estas palabras del apóstol san Pablo: «Nó en comidas y bebidas, nó en camas ni deshonestidades, nó en contiendas y porfías; mas vestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no tengais demasiado cuidado de vuestra carne, ni sigais sus apetitos:» y en leyendo esta sentencia, un rayo de luz penetró el corazon de Agustin, y todas las tinieblas de sus dudas desaparecieron, y quedó tan trocado que él mismo decia de sí estas palabras: «Vos, Señor, que sois bueno y misericordioso, mirad la profundidad de mi miseria y muerte. Con vuestra diestra poderosa limpiastes lo mas íntimo de mi corazon, agotando aquella balsa de podre en que estaba: y esto era no querer yo lo que Vos queriades, y querer lo que no queríades. Pero ¿dónde estuvo tanto tiempo mi albedrío, y de qué alto y secreto abismo en un momento fué llamado, para que yo sujetase mi cuello á vuestro yugo, y los hombros á vuestra carga lijera? ¡O cuán suave me fué luego carecer de las suavidades de las niñerías y vanidades que me tenian preso! Ya gustaba tanto de dejarlas, cuanto ántes temia perderlas. Porque vos que sois verdadera y suma suavidad, las echábades de mí: echábadeslas, y en su lugar entrábades Vos, que sois mas dulce que todo deleite; aunque nó á la carne y sangre: y sois mas claro que toda la luz, y mas interior que todo lo mas íntimo, y mas alto que toda honra; pero nó para los que son grandes en sus ojos. Ya yo me hallaba libre de los congojosos cuidados del adquirir y valer, y del revolverme y entretenerme en mis gustos y apetitos: y holgábame en vos, Señor, Dios mio, que sois mi claridad, mi riqueza y mi salud.» Hasta aquí es de san Agustin. Pero por ventura alguno preguntará, ¿por qué escribiendo yo las virtudes y ejemplos de los santos, para que los imitemos, he escrito aquí los vicios y errores que en su mocedad tuvo san Agustin; los cuales no se deben imitar, sino aborrecer y detestar? A esto respondo que lo he hecho principalmente por imitar al mismo san Agustin, que en el libro de sus Confesiones pinta su vida, y hace un dibujo de sus costumbres y vicios, y los llora y pide de ellos perdon al Señor, y dice, que le aprovechó aquel libro de sus Confesiones, cuando le compuso, y cuando le leia, para despertar su entendimiento y afecto para alabar á Dios. Y no ménos porque es grande loa y gloria del Señor el haber sanado como médico sapientísimo á un enfermo tan desahuciado como era san Agustin, y dádole una salud espiritual tan entera, y á un hombre tan engañado y perdido, héchole luz de la verdad y doctor y guia de los que van fuera de camino. Bien es que se sepan las miserias de los hombres; porque en el remedio de ellas resplandezcan las misericordias del Señor. No aciertan los que cuando predican, ó quieren alabar á los santos, se recatan de descubrir las flaquezas y faltas que tuvieron ántes que fuesen santos: porque queriéndolos honrar á ellos, menoscaban la honra del que los hizo santos; y disminuyendo la enfermedad, quitan la gloria al médico que la curó. Por esto el apóstol san Pablo á boca llena dice de sí que fué blasfemo y perseguidor de la Iglesia, y que no merecia ser llamado apóstol, porque con esto engrandecia y magnificaba mas la inmensa bondad de Dios: y el Evangelio nos representa á san Mateo publicano, á la Magdalena pecadora, á los apóstoles y discípulos del Señor, ántes que fuesen confirmados en gracia, idiotas y medrosos: y al mismo príncipe de los apóstoles san Pedro, por una parte muy confiado, y por otra muy temeroso y negando á su mismo Maestro y Señor en el trance de su pasion: y la santa Iglesia hace fiesta de la conversion de san Pablo, y de la de san Agustin, y nó de otro santo alguno: para declararnos la merced tan señalada que Dios nuestro Señor hizo á su Iglesia en convertirlos y dárselos por ejemplo y maestros de toda santidad. A mas que es grande aviso para los padres, que desean criar bien á sus hijos, saber por ejemplo de san Agustin las ocasiones en que se pueden perder en su mocedad; y para los pecadores es de mucho consuelo el entender que las dificultades que ellos sienten en irse á la mano, y en vencer la mala costumbre de sus vicios, la sintieron tambien otros: y que con la gracia de Dios las vencieron tan perfectamente, que vinieron á aborrecer lo que ántes amaban, y á amar lo que aborrecian, y á ser tan grandes santos como lo fué san Agustin. Y es gran prueba y argumento de haberlo sido el confesar y publicar tan clara y llanamente sus pecados, las liviandades y torpezas de su juventud, dando á sí confusion, á Dios gloria, y á nosotros ejemplo de profunda humildad, que es la virtud á quien daba la primacía san Agustin, con tan grande encarecimiento, como si sola ella fuera virtud. Pero volvamos al hilo de nuestra narracion y digamos lo que resta de la vida de este santísimo doctor, y de sus admirables excelencias, alabanzas y virtudes.

Estando, pues, ya tan mudado san Agustin, determinó bautizarse y sujetar su cerviz enteramente al suave yugo del Señor: tratólo con san Ambrosio: señalóse el dia del bautismo (que fué el sábado santo del año del Señor de 388), no á los treinta años (como algunos dicen), sino á los treinta y cuatro años de su edad, como lo prueba el cardenal Baronio en la segunda edicion de sus anotaciones sobre el Martirologio retractando lo que habia dicho en las primeras: aunque el breviario reformado por mandado de la santidad de Clemente VIII dice que cuando se bautizó tenia treinta y tres años: y esto parece lo mas cierto; porque si san Agustin nació el año del Señor de 355, y se bautizó el de 388, no tenia sino treinta y tres años. Bautizóle por su mano san Ambrosio, y con él á sus amigos Evodio, Alipio y Adeodato, su hijo, á Nebridio, Ponciano, Simplicio, Faustino, Condono, Valeriano, Justo y Paulino. En aquel acto tan solemne, se dice que san Ambrosio dijo en alta voz: *Te Deum laudamus*, y que san Agustin respondió: *Te Dominum confitemur:* y que así llevaron aquel himno hasta acabarle: de que la Iglesia católica usa para dar gracias al Señor por algun señalado beneficio que de él recibe. No se puede fácilmente creer la alegría que tuvo el santo prelado Ambrosio y el bienaventurado Simpliciano por ver convertido á Agustin, y de tan grande enemigo de la Iglesia, trocado en un soldado esforzado y capitan valeroso del Señor. Todos los católicos se regocijaban, y mucho mas los ángeles del cielo. Pero ¿quién podrá explicar el júbilo y gozo de la santa madre Mónica, cuando vió al hijo de su dolor y de tantas lágrimas en el gremio de la Iglesia católica, casto, humilde, devoto y de leon bravo hecho manso cordero? ¿Qué de lágrimas de consuelo derramaria la que habia derramado tantas de pena y dolor? ¿Qué gracias haria al Señor porque así la habia oido, y dádole mucho mas de lo que pedia y deseaba? Partióse despues san Agustin de Milan con su madre y algunos de sus amigos, tomando la bendicion de san

Ambrosio para volverse á África. Pasó por Roma: y estando en Ostia para embarcarse, murió allí santa Mónica (como lo dijimos en su vida), y despues de haber enterrado á la santa madre, se embarcó y llegó á Cartago, y de allí á su tierra, donde en compañía de Alipio y de Evodio se retiró y comenzó á hacer la vida que en Italia habia concertado. Dejando, pues, todos los cuidados de la tierra, se apartaron á una casa en el campo, donde se ejercitaban en ayunos, penitencias y oraciones; y se ocupaban de dia y de noche en meditar la ley del Señor; y de las cosas que Dios enseñaba á san Agustin en la oracion y meditacion, enseñaba él á los presentes y á los ausentes con palabras y con los libros que escribia.

Tres años gastó en esta manera de vida, y allí murió su hijo Adeodato, de edad de diez y seis años. La vida de san Agustin en aquel recogimiento era tal, y su doctrina tan celestial, que luego se publicó y extendió su fama por todas aquellas partes de África: y él se estaba en su rincon, con deseo de no ser conocido de nadie sino de Dios. Huia por extremo las dignidades y grandezas, y por esta causa de las ciudades, que estaban como viudas y sin pastor por haberse muerto sus obispos, temiendo que el pueblo, movido mas por la fama que por lo que en hecho de verdad él era, le pediria por obispo ó presbítero. Pero nuestro Señor, que levanta á los humildes y manifiesta á los que se esconden por su amor, y queria poner sobre el candelero de su Iglesia la hacha encendida, le ofreció una ocasion para salir de su rincon y hacerle presbítero y obispo. Habia en la ciudad de Hipona, que ahora se llama Bona, un caballero principal y temeroso de Dios, que deseaba ver á san Agustin: y decia, que oyendo la palabra de Dios de su boca y sus santos consejos, él dejaria todo lo que tenia y se dedicaria perpetuamente al servicio del Señor. Súpolo el santo, y por ganar aquel hombre á Dios y traerle al recogimiento en que él estaba, fué á Bona, donde era obispo Valerio, griego de nacion y varon santísimo: el cual, sabiendo que Agustino habia venido á la ciudad, hizo luego juntar al pueblo, y exhortóle que echase mano de él (que estaba bien seguro y descuidado de esto), para ordenarle presbítero de aquella Iglesia. Hízose así, y por mas que él se excusó y lloró no le aprovechó nada; porque el pueblo y el obispo le forzaron á consentir en su eleccion. Y como el santo derramase muchas lágrimas por su humildad, teniéndose por indigno, algunos pensaban que lloraba porque no le daban otro grado mayor, y para consolarle decian, que aunque él era digno de otro grado mas alto, pero que el sacerdocio estaba cerca del obispado, como dice Posidonio, que el mismo santo lo referia: que así suelen los hombres ambiciosos y carnales interpretar y echar á la peor parte las acciones de los santos. Luego que fué ordenado presbítero, comenzó á juntar religiosos y edificar un monasterio en un huerto que le dió san Valerio. Allí fundó la perfeccion evangélica y el amor de la pobreza, exhortando á todos que vendiesen los bienes que tenian (como él lo habia hecho), y viviesen en comunidad, tomando á Dios por su parte y rica heredad. Este es el primer monasterio de monges que Dios fundó en África por manos del gran padre san Agustin, y porque pareció cosa nueva en aquella provincia, los herejes donatistas, creyendo que él fuese el primer inventor de aquella vida religiosa, murmuraban de él, como enemigos de toda religion y virtud; mas mucho se engañaban los herejes, pensando que san Agustin habia sido el primer inventor de esta sagrada religion: porque dejando los innumerables monasterios que habia en Egipto, en Palestina y en otras partes de Oriente, ya en Roma, ya en Milan y en otros lugares del Occidente habia muchos, los cuales vió san Agustin, y entendiendo la santidad con que en ellos se vivia, la trasplantó en África: y de aquel primer plantel se multiplicaron y crecieron muchas generosas plantas, no solamente en ella, sino tambien en muchas provincias. Pero como la vida reglar es muy contraria á la de los herejes y á sus intentos, tomaron de aquí ocasion para decir mal de san Agustin y perseguirle. Cuatro años fué presbítero, y en este tiempo el obispo Valerio le esforzaba á predicar; mas el santo se excusaba con dos cosas: la primera por su humildad, creyendo que no tenia suficiencia para ello: y como no le admitiese esta excusa, pidió que á lo ménos le diese tiempo hasta la Pascua siguiente para estudiar y aparejarse mas: porque decia que la sagrada Escritura es un mar Océano, inmenso y profundísimo, y que es menester estudiar los inefables misterios que en él se encierran, y despues de muy mirados entender que hay mucho mas que saber en ellos; y que cuando el hombre piensa haber acabado entonces comienza: la otra causa porque se excusaba de predicar, era una costumbre que antiguamente habia (la cual reprende san Gerónimo) en algunas iglesias, que estando el obispo presente el sacerdote no predicaba; y aunque san Valerio no reparaba en esta costumbre, porque siendo de nacion griego y no elocuente en la lengua latina, deseaba que san Agustin supliese su falta, y con su espíritu, doctrina y elegancia diese saludable pasto á sus ovejas; pero el mismo san Agustin se aprovechaba de aquella costumbre, y se excusaba con ella por no predicar y hacerse maestro, deseando callar y ser discípulo: mas venció la autoridad y celo del santo obispo las murmuraciones de algunos obispos: y el saber que en las Iglesias orientales se usaba lo contrario, fué parte para mandar á Agustino que predicase en su presencia: y salieron tan divinos y fervorosos sus sermones, que el obispo y primado de Cartago introdujo en su Iglesia el predicar los presbíteros delante de su obispo, y lo mismo hicieron los otros obispos en las suyas. Predicaba el santo con espíritu del cielo, y con una elocuencia mas que humana esparcia los rayos y resplandores de su divina doctrina, y movia al auditorio y persuadíale muchas veces lo que queria. Una vez, predicando contra una mala y envejecida costumbre, con que los padres y los hijos y toda una ciudad, dividida en dos partes, se apedreaban, se herian y mataban muchos; hizo llorar todo el auditorio y cesó aquella perversa costumbre. Pero acomodábase al pueblo cuando predicaba en sus palabras, de manera, que si para ser entendido era necesario hacer algun barbarismo, de buena gana lo hacia; queriendo ántes ser reprendido de los gramáticos que dejar de ser entendido de los oyentes.

No se contentó san Valerio con tener á san Agustin por presbítero en la ciudad de Bona; ántes viéndose tan viejo y muy enfermo, deseando dejar á su ganado por pastor y sucesor suyo á san Agustin, y temiendo que para otra Iglesia se le quitarian, alcanzó del primado de la Iglesia de Cartago que se le diese por coadjutor en su vida y despues de ella por su sucesor: y así se hizo con gran repugnancia de san Agustin, que dice: « Que en ninguna cosa

conocia que Dios estaba airado contra él, tanto, cuanto en ver que le habia puesto en el gobernalle de la Iglesia, siendo indigno de estar al remo: pero fué con suma alegría y contento de todo el pueblo y clero. Con esto creció mas la autoridad, el celo y la vigilancia del santo, y el fruto que do quiera que llegaba hacia con sus sermones. Fué consagrado obispo de Bona á los cuarenta y un años de su edad, en el año del Señor de 393 por mano de Megalio, obispo calamense y primado de Numidia, y en el primero del imperio de Arcadio y Honorio; y edificó dentro de la iglesia un monasterio de clérigos, segun el modo y regla que dejaron los santos apóstoles: porque como el mismo santo dice, considerando que la casa del obispo ha de ser frecuentada de muchos, á los cuales es menester mostrar humanidad y hospedar (porque de otra manera el obispo seria tenido por inhumano), y que permitir esto en el monasterio es indecente y ocasion de mucha inquietud; quiso en su casa obispal tener monasterio para conservar la vida religiosa y no faltar á los huéspedes. Despues tambien instituyó monasterio de monjas, y les dió regla, como la habia dado á los monges y clérigos.

¿Pero quién podrá explicar la luz con que este sapientísimo doctor comenzó á alumbrar al mundo, luego que fué ordenado presbítero y despues consagrado obispo? ¿Cómo reformó la disciplina eclesiástica? ¿Los abusos que quitó? ¿Las disputas que tuvo con los herejes? ¿Las victorias que alcanzó de ellos? ¿Y los triunfos y trofeos que por medio de este glorioso capitan tuvo la Iglesia católica? Avisó primeramente á Aurelio, obispo de Cartago, que como cabeza y primado de las Iglesias de África, enmendase algunos abusos que habia en ellas, y que los desarraigase, mas con suavidad que con severidad, mas con su ejemplo que con sus preceptos, mas enseñando que mandando; y amonestando, mas que amenazando: porque de esta manera, dice, que se ha de tratar con la muchedumbre del pueblo, y los pecados de pocos se deben castigar con rigor. Usábase todavía comer y beber en las iglesias, y habia grandes excesos, y sobre las sepulturas de los mártires se hacia esto en sus fiestas, y en las memorias de los difuntos, y en otras cosas semejantes: las cuales procuró san Agustin que poco á poco se quitasen, hasta que en el concilio III cartaginense, siendo ya obispo, y hallándose en él, se hicieron decretos contra estos abusos para arrancarlos. Tambien quitó otros muchos malos usos, que habian quedado de la gentilidad: y reprendió gravemente á los que hablaban en la iglesia, y á los que se iban de ella ántes de acabar la misa, ó se quejaban de las misas largas, ó las pedian breves por ser ricos y poderosos. Ocupábase mucho en concordar los que estaban discordes entre sí, en concertar sus pleitos, y juzgarlos y componerlos; porque en aquel tiempo solian los fieles acudir á los obispos con sus diferencias y pleitos, y tomarlos por jueces y árbitros: y ellos tenian mucha mano así por la autoridad de su oficio, como por la que les daban las leyes imperiales: y era tan pesada y tan continua esta ocupacion, que el mismo santo quejándose de ella dice estas palabras: «Cuando amonestamos á los pleiteantes y les decimos lo que les conviene, no por esto se apartan y desvian de nosotros; ántes hacen instancia, aprietan, ruegan y se lamentan, y sacan por fuerza que nos ocupemos en estas cosas temporales que ellos aman: y nó en escudriñar los mandamientos de Dios, que nosotros amamos.» Y en otro lugar dice: «Yo pongo por testigo sobre mi alma á nuestro Señor Jesucristo, por cuyo amor lo hago, que cuanto á mí toca, mucho mas querria cada dia á ciertas horas (como se usa en los monasterios bien ordenados), trabajar con mis manos, y tener algunas desocupadas para leer, y orar, y tratar de las divinas Letras, que nó sufrir el desasosiego importuno que tengo en oir los pleitos ajenos, y los negocios seglares, para determinarlos como juez, ó para atajarlos como mediadero entre las partes.» Y con tener tan poco gusto el santo en cosa tan desabrida, como era oir y juzgar pleitos ajenos, era tan grande su caridad y el deseo de cumplir con la obligacion de su oficio, que unas veces se estaba hasta la hora de comer, y otras veces todo el dia sin desayunarse por oirlos y concertarlos, procurando que los pleiteantes tratasen sus negocios cristianamente: tomando ocasion para enseñarles las cosas de Dios y del bien de sus conciencias. Lo que el santo hacia muy de buena gana era visitar á los huérfanos, á las viudas, á los afligidos, y cuando le llamaban, á los enfermos; aunque en las otras visitas era muy moderado.

Mas la principal ocupacion de san Agustin era hacer guerra á los herejes, que en aquella sazon eran muchos y muy poderosos en África, y arruinaban toda aquella provincia, inficionando las almas de los fieles con sus perniciosos errores. Estaba en Bona un maniqueo llamado Fortunato, que con su hipocresía y malas artes pervertia á los católicos, y era gran lazo del demonio. Rogaron á san Agustin, siendo aun presbítero, que disputase con Fortunato, y aunque al principio el hereje no queria, porque conocia el ingenio y sabiduría de san Agustin; pero despues, por no perder el crédito entre los suyos, vino en ello. Señalóse el dia: concurrió mucha gente docta y curiosa y de todo el pueblo. Señaláronse notarios que escribiesen todas las palabras y argumentos de una parte y de la otra. Duró la disputa dos horas: quedó Fortunato concluido, y confesó que no tenia que responder; y corrido se fué de aquella ciudad, y nunca mas á ella volvió. Y aunque los maniqueos enviaron otro en su lugar, no se atrevió á disputar con san Agustin, por mucho que el santo le convidó: y le escribió una carta, exhortándole que, ó disputase, ó se partiese de la ciudad, y no enlazase las almas flacas, y las afosigase con sus errores. Otro hereje tambien maniqueo, mas atrevido, tenido por el mas sabio y agudo de su secta, llamado Félix, vino á Bona para argumentar con san Agustin, y lo procuró: y salido al campo con él delante de mucha gente que estaba presente, al cabo de seis dias que duró la disputa, le rindió las armas, y quedó tan convencido, que allí luego en presencia de todos los circunstantes dijo, que queria ser hijo obediente de la Iglesia católica: y san Agustin le dió una cédula para que la leyese, en la cual anatematizaba los errores de los maniqueos; y él la leyó de buena gana. Con esto, y con ver vencido y desterrado á Fortunato, su cabeza y obispo, desmayaron los herejes maniqueos y se esforzaron los católicos, y no hubo de allí adelante quien se atreviese á defender en disputa aquella perversa secta. Predicaba una vez al pueblo (como solia) san Agustin, y habiendo propuesto lo que pensaba tratar en aquel sermon sin advertir lo que hacia, dejó de decir lo que habia propuesto, y dió con gran fervor contra los errores de los maniqueos. Despues estando á la mesa preguntó á los que

comian con él, si habian echado de ver que en el sermon habia propuesto una cosa y tratado otra. Y como respondiesen que sí; dijo el santo: No pensaba tratar de tal cosa; mas el Señor por este mi yerro ú olvido, quiere convertir á alguno que lo ha menester. De allí á uno ó dos dias vino un hombre muy rico, llamado Firmo, y delante de todos se echó á los piés de san Agustin, llorando y pidiendo ser reconciliado con la Iglesia; porque habia sido maniqueo mucho tiempo, y dado mucho dinero á los de su secta, especialmente á los que ellos llamaban *electos ó santos*. Súpose de él, que se habia convertido oyendo aquel sermon en el cual el santo habia hablado contra los maniqueos y dejado lo que traia pensado; y este Firmo despues fué santo varon y presbítero de una iglesia. De esta manera se iban convirtiendo los herejes maniqueos, y la fé católica prevalecia contra ellos por la doctrina de san Agustin, á quien Dios nuestro Señor habia permitido que cayese en aquellos mismos errores, para que curase como cirujano bien acuchillado las heridas de los otros, y para que diese la mano á los que estaban sumidos en aquel abismo en que él ántes habia estado; y desde este tiempo comenzó en África á alzar cabeza la Iglesia católica.

Pero no solo los maniqueos fueron vencidos de san Agustin; sino que mayores contiendas y mas duras batallas tuvo contra los herejes donatistas, que en aquel tiempo se habian multiplicado y eran muy poderosos en África, y no solamente la inficionaban con su pestilencial doctrina, sino tambien con sus crueldades la destruian, y manchaban con la sangre de los católicos que derramaban: especialmente una secta de ellos (que llamaban «circunceliones,» y profesaban continencia) era tan fiera y bárbara, que á todos los católicos que podian haber á las manos, los mataban con crudos tormentos, sin perdonar á hombre ni á mujer, á pobre ni á rico, á viejo ni á mozo, á niño ni á niña: y no es maravilla que fuesen tan sin piedad para con los otros, los que eran tan crueles para sí: porque ciegos y apasionados con un infernal furor, algunos de ellos se iban á las fiestas mas solemnes de los paganos, para que allí los matasen: otros se ofrecian por los caminos á la gente armada que encontraban, amenazándolos que los matarian, si no los matasen: y algunas veces hicieron fuerza á los jueces para que los mandasen herir y matar de los verdugos: otros se despeñaban y ahogaban en las aguas, ó quemaban en el fuego, pensando que hacian de sí agradable sacrificio á Dios: para que se vea qué monstruos eran estos, y con qué género de fieras mas que de hombres peleaba san Agustin. Y como hubiese disputado y convencido á algunos obispos y personas entre ellos famosas, y por su medio é industria se disminuyese el número de los donatistas, y creciese el de los verdaderos fieles y católicos; no lo podian llevar en paciencia los herejes; y daban voces, y predicaban que Agustin era lobo y engañador de las almas y digno de muerte, y que sin duda haria muy acepto sacrificio á Dios, y alcanzaria perdon de todos sus pecados el que le matase (que esta doctrina es propia de herejes, y mas de los calvinistas de estos tiempos) y así lo intentaron muchas veces, especialmente cuando el santo iba camino de un pueblo á otro para predicar la fé católica, y animar á los fieles á morir por ella. Mas por divina providencia se escapó de sus manos: y algunas veces teniendo los herejes puesta su celada, y armado el lazo en el camino por donde habia de pasar, sin saberlo erró el camino: y despues de haber rodeado, se sabia de cierto que en el camino derecho le aguardaban los herejes armados para matarle. Ellos procuraban matarle; y él rogaba á Dios que diese la vida del alma á los que le querian quitar la vida del cuerpo: ellos afilaban las espadas; y el santo la pluma y la lengua, y escribiendo y predicando les hacia mas cruda guerra, porque el Señor del cielo estaba con él, y le amparaba y defendia: y con la luz y espíritu que él le daba, alumbraba los ciegos para que viesen y amasen la luz que ántes huian. Innumerables fueron los herejes donatistas que se convirtieron á nuestra santa fé católica, por medio de este santísimo doctor: porque como los pueblos vieron que los mas principales obispos y de mayor nombre entre ellos, ó no osaban disputar con él, ó salian vencidos y corridos de la disputa, y que todas sus falsedades y nieblas se deshacian con la claridad y doctrina de nuestro santo, entendieron que la verdad estaba de parte de los católicos y ellos la debian abrazar. Pero lo que mas aprovechó para limpiar la provincia de África de la contagion de los donatistas, y para reprimir su orgullo y furor, fué una colacion ó disputa general que se hizo en Cartago entre los católicos y donatistas, por mandato del emperador Honorio, delante de Marcelino, tribuno y notario suyo, enviado para este efecto del emperador: á la cual vinieron y con grande aparato y pompa entraron todos juntos ciento cincuenta y nueve obispos donatistas (porque de casi cuatrocientos que pocos años ántes eran, se habian disminuido muchos); y de los católicos doscientos ochenta y seis entraron en Cartago, cada uno por sí, sin ruido ni estruendo. Y como era cosa tan nueva y de tanta expectacion, concurrió de toda África innumerable gente, así de los católicos como de los herejes á este espectáculo: unos por curiosidad; otros por saber la verdad, y arrimarse á la parte mas segura y vencedora. En esta disputa despues de haber disputado con los obispos (de los cuales san Agustin era el principal maestro), los donatistas quedaron afrentados, confusos y corridos sin saber qué responder ni qué hablar. Y puesto caso que, como herejes astutos y engañosos, pretendieron con grandes embustes, cavilaciones y marañas, oscurecer la verdad de ella, tuvo tanta fuerza que deshizo todas sus artes, y triunfó de la mentira con gloriosa victoria. Muchos de los mismos obispos se redujeron al gremio de la Iglesia católica: y los que quedaron obstinados y pertinaces, fueron castigados y desterrados con mas blanda pena que su culpa merecia: y el pueblo engañado abrió los ojos; y los amigos fieles á la verdad se confirmaron mas en ella, y comenzó á florecer y á dilatarse mas la religion católica. Y para confirmar mas los pueblos en ella, aquella disputa ó conferencia que los obispos católicos habian tenido con los donatistas, y habia sido escrita por los notarios, se leia en la cuaresma en las iglesias de África para perpetua memoria de cómo los herejes habian sido evidentemente concluidos: y para que esto se hiciese mejor, san Agustin abrevió y resumió toda aquella colacion ó conferencia, en aquel compendio ó epítome, llamado *Breviculum*. Y no solamente en las provincias de África, sino tambien en las demás, se desarraigó aquella zizaña, por la diligencia, estudio é industria de nuestro incomparable doctor.

De la misma manera hizo guerra á otros herejes arrianos que habia en África, de los cuales con el favor de

Señor alcanzó ilustres victorias. Pero las mas ilustres y gloriosas que tuvo, fueron contra Pelagio y sus secuaces: porque así como Pelagio fué enemigo declarado de la gracia de Dios; así san Agustin fué predicador y defensor de la misma gracia, en tanto grado, que despues del apóstol san Pablo no ha habido ningun escritor católico que así la haya declarado, magnificado y ensalzado, como este sapientísimo doctor. Y no sin causa observan algunos, que el mismo dia que Pelagio nació en Inglaterra, nació en África san Agustin; proveyendo nuestro Señor á su Iglesia de quien la amparase contra los desvaríos de Pelagio, y de medicina y remedio contra el veneno de sus herejías, que la podian inficionar. Fué Pelagio de nacion inglés, de profesion monge, de condicion vago, inquieto y disimulado. Estuvo en los monasterios de Egipto: vino á Roma, y vivió algunos años entre los católicos, como tal, ilustrando sus errores poco á poco, con máscara y color de santidad. Pasó á Sicilia, é inficionó aquella isla y la de Rodas, y lo mismo hizo en la de Inglatera, su patria, en Jerusalen y en Africa: y á los principios se gobernó con tanto artificio, que engañó á san Paulino, obispo de Nola, y llevó cartas suyas para san Agustin, en que le encomendaba á Pelagio, como varon santo y amigo de Dios. Mas el Señor, que siempre asiste á su Iglesia, proveyó que San Gerónimo en Jerusalen, y san Agustin en África, conociesen sus errores, y escribiesen contra ellos, y los refutasen con tan grande sabiduría y elocuencia, que se estableció en la Iglesia de Cristo la verdad católica, y la gente que iba á caer se detuvo, y mucha de la que habia caido se levantó: porque san Agustin principalmente tomó la mano contra Pelagio, y gastó diez años en escribir contra él; y escribió tan alta y divinamente, que en las otras obras suyas parece que vence á los demás autores, y en las que escribe contra Pelagio, vence á sí mismo: y por esta causa san Gerónimo se quiso excusar de escribir contra Pelagio, diciendo que ya habia escrito san Agustin, y dicho las mejores cosas que contra él se podian decir. Trató el santo doctor la materia de la gracia de Dios y de su eficacia, y de la necesidad que tenemos de ella, del pecado original, y de la corrupcion de nuestra naturaleza, de la libertad de nuestro libre albedrío, y cuán flacos somos sin la gracia con que el Señor nos previene, y mueve, y ayuda, y obra por nosotros; y todo lo demás que pertenece á esto, con tanta escritura, ciencia, fuerza de argumentos, elegancia y copia de palabras, y tan á propósito para deshacer los errores de Pelagio, que todos los doctores, que despues de san Agustin han escrito acertadamente de esta materia, han bebido de sus fuentes, y seguido sus pisadas y reguládose con su nivel: y dos concilios que se hicieron en África para arrancar esta mala semilla, que fueron un cartaginense y el milevitano, encargaron á san Agustin que declarase la verdad católica acerca de estas materias, y con la lumbre de su celestial sabiduría deshiciese las tinieblas de Pelagio, como lo hizo: y los otros concilios provinciales y aun generales en las definiciones y decretos que han hecho de estas materias tan importantes y dificultosas, han tomado por regla la doctria de este sol de la Iglesia, y predicador y defensor singular de la gracia del Señor. Y no solamente en estas materias, sino en todas las demás que trató san Agustin (que son innumerables, y casi todas las que se pueden tratar en la sagrada teología) se ve un ingenio mas de ángel que de hombre, una sabiduría mas divina que humana, y unas razones tan macizas y fundadas, una disposicion y órden tan admirable, una agudeza y presteza para deshacer los argumentos de los adversarios, y un peso y gravedad para confirmar los suyos, tan excelente y soberana, que todos los doctores que despues de él han escrito, se precian ser discípulos suyos: y especialmente los escolásticos, que examinan, apuran y pesan con el peso de la razon las verdades de la santa teología, le tienen por su guia y maestro: y principalmente el doctor angélico santo Tomás se vistió del espíritu y doctrina de san Agustin, de manera, que parece haberse trasformado en él, y bebídola y empapádose en ella, como una esponja; de donde se puede entender cuán grande fué el maestro, pues tan grande fué el discípulo.

Escribió san Agustin tantas y tan excelentes obras, ó disputando contra los herejes y refutando sus errores, ó declarando la sagrada Escritura, para edificacion de los fieles (como dice Posidonio), que apenas hay quien las sepa, ó pueda leer todas: y son tan estimadas y tenidas en tanta veneracion, que los mayores ingenios y mayores letrados son los que de ellas se admiran mas. Y todos los sabios y santos católicos dan á san Agustin gloriosos títulos, é ilustres epítetos y renombres, con grande encarecimiento; aunque ninguno llega á lo que el santo merece. Llámanle pozo de sabiduría, maestro de teología, flor de grandes ingenios, ornamento de las escuelas y templo de la religion, columna de la Iglesia, escudo de la fé católica, martillo de los herejes, ejemplo de buenos prelados, luz de los predicadores, doctor de los grandes doctores y varon enseñado de Dios, y que bebió en la fuente de la divinidad, entre los santos santísimo, y entre los doctos doctísimo. Un libro entero seria menester para referir parte de lo que los santos y gravísimos doctores de la Iglesia, y los sumos pontífices y sagrados concilios dicen de este gloriosísimo doctor, y las alabanzas que le dan. El gran Gerónimo, escribiendo á san Agustin, le dice estas palabras: «En todo tiempo he reverenciado vuestra beatitud con aquella honra que debo, y amado á nuestro Salvador que habita en ella: pero ahora ha crecido mas (si crecer pudiese) esta mi reverencia; y la medida de amor que estaba llena, ahora se ha colmado de manera, que no se nos pasa hora sin hacer mencion de vos: porque habeis estado fuerte con el ardor de la fé, y resistido á los furiosos y contrarios vientos, queriendo ántes salir solo libre de Sodoma, que morir entre los que habian de perecer. Bien sabe vuestra prudencia lo que digo. En todo el mundo se celebra vuestra virtud. Los católicos os veneran y os admiran como á reparador y restaurador de su antigua fé: y lo que es señal de mayor gloria, todos los herejes os aborrecen: y á mí me persiguen con el mismo odio, para matar con el deseo á los que no pueden quitar la vida con el cuchillo.» Todo esto es de san Gerónimo. San Paulino, obispo de Nola, varon elocuentísimo y amicísimo de san Agustin, en una epístola dice: «¡O verdadera sal de la tierra, con la cual se salan nuestros corazones para que no se corrompan con la vanidad del siglo! ¡O antorcha puesta sobre el candelero de la Iglesia, que comunica su resplandeciente luz á todos los católicos, y deshace las tinieblas espesas de los herejes, y con la claridad de sus palabras purifica la verdad y la libra de la confusion y oscuridad de ellos. Con razon puedo de-

cir que vuestra boca es un caño de agua viva y una vena de la fuente eterna: porque Cristo se ha hecho fuente de agua viva que sube hasta la vida eterna, por cuyo deseo mi alma tiene sed, y codicia esta mi tierra ser regada con la abundancia de vuestras corrientes.» San Severo Sulpicio, escribiendo al mismo san Agustin, dice: «¡O abeja de Dios artificiosa, que fabrica los panales de la divina dulzura que destilan misericordia y verdad, entre los cuales mi alma se recrea con aquel pasto divino, repara sus faltas, y esfuerza su flaqueza!» San Próspero Aquitánico, discípulo y defensor de la doctrina de san Agustin, hablando de él, dice: «San Agustin, obispo de vivo y perspicaz ingenio, suave en sus palabras, docto en las humanas, en los trabajos de la Iglesia incansable, ilustre por sus ordinarias disputas, en todas sus acciones compuesto, en la exposicion de la fé católica agudo, en decidir y resolver las dificultades y en convencer los herejes circunspecto, y en explicar las Escrituras sagradas muy mirado!» Y en otra parte dice: «En este tiempo san Agustin es lumbre y ornamento de todos los sacerdotes.» Hilario, obispo de Arles, dice: «El excelentísimo doctor san Agustin, defensor de nuestra fé, meditando continuamente en Dios, y no temiendo por su amor la muerte, destruyó á los sacrílegos y venció á los herejes.» ¿Pues qué diré de los otros encomios é insignes alabanzas que dan los demás santísimos y sapientísimos doctores á san Agustin? Casiodoro le llama insigne maestro de todas buenas letras, fuente purísima y clara, y lumbre del cielo, que resplandece en la Iglesia con claridad: el venerable Beda le da el título de excelentísimo doctor de todas las Iglesias: san Bernardo, de martillo fortísimo de los herejes: Ruperto, abad, de columna y firmamento de la verdad; y dice que fué aquella columna de nube, en la cual la sabiduría de Dios puso su trono: Remigio Antisiodorense dice, que así como el sol en la claridad hace ventaja á todos los planetas; así san Agustin excede á los demás doctores: Volusiano dice, que falta á la ley de Dios lo que no supo san Agustin; que es como si dijera, que san Agustin comprendió y supo todo lo que hay en la ley de Dios: el concilio VIII toledano, hablando de san Agustin, dice, que fué en investigar las cosas agudo, en hallarlas singular, en explicarlas curioso, elocuente y sapientísimo; y el sacrosanto ecuménico concilio florentino llama á san Agustin ilustrísimo doctor entre los latinos. Y porque despues de la muerte de san Agustin, algunos clérigos de Francia, ó mal entendidos ó mal intencionados, ponian lengua en la doctrina que habia enseñado contra los pelagianos; san Celestino, papa, que á la sazon presidia en la Iglesia católica, escribió una epístola á los obispos de Francia, en que reprende aquella temeridad, y dice estas palabras: «Siempre habemos tenido en nuestra comunion, conforme á su vida y merecimientos, á Agustin de santa recordacion, á quien jamás tocó, ni se oyó decir cosa que oliese mal ó tuviese sospecha de error: ántes sabemos que tuvo tan gran sabiduría y ciencia, que siempre los otros sumos pontífices, mis predecesores, le tuvieron por uno de los sumos doctores de la Iglesia.» Y para no alargar esta escritura, concluyámosla con las palabras del gran pontífice y doctor de la Iglesia san Gregorio: «Si quereis, dice, sustentaros con un manjar regalado, leed los libros del bienaventurado san Agustin: y hallareis que su pan es de la flor de la harina, y el nuestro del salvado.

Esto dicen los santos de la doctrina de san Agustin, y nunca acaban de ensalzarla y ponerla en las nubes. Pero por mas admirable y divina que ella sea, mucho mas hay que decir de sus heroicas y excelentísimas virtudes: porque ¿quién supo mejor juntar la cumbre de tan eminente ciencia con la humildad tan profunda, como este sapientísimo y humildísimo doctor? ¡Qué altibajos tan grandes! ¡Qué alteza en los ojos de todos; y qué bajeza en los propios suyos! Con ser luz y oráculo de los doctores, dice él, hablando de los mas antiguos: «Yo creo lo que ellos creen, y tengo lo que ellos tienen, y enseño lo que enseñan, y predico lo que predican.» Enviando alguno de sus escritos á san Gerónimo, le ruega que los lea y censure con severidad: porque dice que mas ama el que sana reprendiendo, que el que lisonjea untando la cabeza; y añade: «Porque yo con gran dificultad puedo ser buen juez de lo que escribo, sino, ó mas temeroso, ó mas atrevido censor de lo que es razon. Algunas veces veo mis faltas: pero mas las quiero oir de otros mejores. Porque si alguna vez por ventura injustamente me reprendiere, no torne á lisonjearme, y me parezca que dí contra mí sentencia mas recatada que justa.» Y en otra epístola dice: «Si yo he escrito algo que no debia, ó nó del modo que debia; avisadme de ello con caridad, para que conociendo yo mi culpa pida perdon.» Dejemos los demás ejemplos de esta humildad de san Agustin, que son muchos y maravillosos, y digamos solamente dos que son singulares. El uno de sus retractaciones y el otro de sus confesiones. Escribió los libros de Retractaciones, en los cuales refiere los tratados que hasta aquel tiempo habia escrito ántes y despues que fué bautizado, siendo presbítero y siendo obispo, censurándolos y comiéndolos con una censura tan severa, que no deja sentencia, palabra, ni sílaba que no la reprenda y retrate en lo que parece digno de reprension. ¿Pues qué ejemplo de humildad tan grande es este, especialmente para los insignes letrados, que confiados en su ingenio y erudicion se dejan arrebatar de la aura popular? ¿Y para los que, hinchados con la vana ciencia se arrojan á escribir y enseñar lo que no saben; y no quieren volver atrás de lo que una vez dijeron: fáciles en errar; y difíciles y pertinaces en defender sus errores? Pero aun mas estupenda es la humildad de san Agustin, que resplandece en los libros de sus Confesiones; pues en ellos con tanta claridad, simplicidad y verdad manifiesta sus llagas, descubre, confiesa y llora los pecados de su juventud: para que por ellos todo el mundo entienda sus miserias y las misericordias del Señor; y se avergüence (ya que fué pecador) de ser tenido por lo que era, para confundirse él mas en sí y enseñarnos á nosotros con su humildad, que este género de confusion es glorioso para Dios y provechoso para el que se confunde. ¿Pues qué diré de las innumerables y riquísimas virtudes que sobre este firmísimo y profundísimo fundamento de la humildad edificó nuestro santo doctor? Tuvo extremado amor á la santa pobreza, y trató los negocios de hacienda con maravillosa circunspeccion. Daba copiosas limosnas á los pobres de las rentas eclesiásticas: y en esto se empleaba lo que ofrecian los fieles. Sabiendo una vez que murmuraba la gente por las rentas que tenian los clérigos; el santo habló al pueblo, y le dijo que él holgaria mas de vivir de las ofrendas y limosnas del pueblo, que tener administracion de rentas, y que si ellos querian, él haria de buena gana cesion de todo lo

que á él le tocaba; mas el pueblo no lo consintió. Nunca quiso san Agustin tener llave, ni el sello del sagrario de la iglesia donde se guardaban las rentas de ella, ántes encomendaba este cuidado á otros, que al cabo del año daban cuenta del recibo y gasto. Tampoco quiso comprar heredad, ni granja; aunque si alguno la dejaba á la Iglesia, la mandaba recibir. Verdad es que algunas mandas de estas no quiso aceptar, por tener los que las dejaban herederos forzosos y pobres. Hizo un hombre donacion á la Iglesia de Bona de una heredad y envió las escrituras á san Agustin: al cabo de algunos años se arrepintió y rogó al santo que le volviese su escritura. Diósela luego; aunque avisándole del peligro que hay en quitar á Dios lo que una vez se le da. Y como el mundo siempre es uno, y busca y toma ocasion de decir mal de todo lo que hacen los siervos de Dios, comenzó á murmurar la gente de esta liberalidad de san Agustin; y á decir que era dañosa para los pobres, y que muchos no dejarian á la Iglesia por heredera, porque él no admitia los legados que los que morian dejaban en sus testamentos. Hizo el santo un sermon acerca de esto, y en él entre otras cosas dijo: El que desheredando á su hijo quisiere hacer heredera á la Iglesia, busque otro que la reciba y nó á Agustin, y plegue á Dios que no halle quien la quiera tomar. Finalmente, era tan liberal con los pobres, que en faltando qué darles hacia vender los vasos de la Iglesia y repartir entre ellos el dinero: y si le daban á él algun vestido de precio, tenia vergüenza de traerle y mandábale vender, para que ya que la ropa no podia ser comun á muchos, lo fuese el precio de ella; y si no tenia mas que dar, con grande llaneza decia al pueblo, como ya no tenia de qué hacer limosna, y que ellos se la diesen á los pobres, ó á él qué darles: porque habia aprendido de su maestro san Ambrosio aquella sentencia: *Aurum Ecclesia habet, non ut servet, sed ut eroget:* Que la Iglesia tiene oro, no para guardarlo, sino para distribuirlo. Y el mismo san Agustin solia decir: *Non est episcopi servare aurum, et revocare à se mendicantis manum:* No es oficio del obispo guardar oro y desechar de sí la mano del pobre que le pide limosna. El mismo espíritu de la santa pobreza guardó en lo demás: su vestido y calzado no era de precio, sino una medianía para satisfacer al estado que tenia: su comer era muy moderado, acomodándose á los huéspedes que comian á su mesa. Dióle nuestro Señor muy gran don de castidad, despues que le libró de las livianidades de su mocedad, y le santificó con las aguas del santo bautismo, y él de su parte se ayudaba mucho, pidiéndola continuamente en sus oraciones á Dios, como quien tan bien sabia y habia probado en sí que la continencia es don suyo, y guardándose de todas las ocasiones de caer: y para esto nunca consintió que en su casa nunca habitase mujer, ni su propia hermana, ni sobrina, ni prima, ni otra alguna por santa que fuese, por quitar las ocasiones de murmuracion ó sospecha: porque decia, que ya que la sobrina era sobrina y la hermana hermana, que las criadas de la hermana ó sobrina ni eran sobrinas ni hermanas, y así podian causar algun escándalo. Tenia gran recato en no estar ni hablar con mujer alguna á solas, sino en caso raro y de grande importancia. No visitaba monasterio de mujeres sino con grande necesidad. Era muy enemigo de murmuraciones, especialmente de los ausentes: y porque en la comida comunmente se despierta y aviva mas la lengua; á mas de la leccion que tenia el santo á su mesa, habia mandado escribir allí en la pared unos versos que decian:

Quisquis amat dictis absentum rodere vitam,
Hanc mensam indignam noverit esse sibi.

Quiere decir:

Ninguno del ausente aquí murmure;
Antes quien piense en esto desmandarse,
Procure de la mesa levantarse.

Y como una vez ciertos prelados comiendo en la mesa de san Agustin comenzasen á murmurar, el santo les dijo: O bórrense aquellos versos ó cese la plática: y si nada de esto se hace, yo me levantaré de la mesa. Pues ¿qué diré de la prudencia de todas sus acciones? Especialmente de aquellos tres consejos tan prudentes y saludables que guardaba san Ambrosio y los dió á san Agustin: Que no fuese casamentero, por las riñas que suele haber entre los casados: que no aconsejase á nadie que fuese soldado ni fuése á la guerra; y que no fuése á convites, porque en ellos se suele perder la templanza. Cuando intercedia por alguno (que era pocas veces y en casos precisos), hacíalo con mucho comedimiento y de manera, que no violentaba la voluntad de la persona á quien rogaba. Nunca quiso ser árbitro entre los amigos; y éralo de buena gana entre los no conocidos: porque decia que de los amigos se perdia aquel contra quien se daba la sentencia; y de los no conocidos se ganaba aquel en cuyo favor se daba. Aborrecia mucho á los que tenian costumbre de jurar, y tenia puesta pena á sus clérigos y criados de su casa cuando juraban, conmutándolos cuando comian á su mesa en el beber, y quitándoles por cada juramento una vez de vino, de tres que les daban.

Pero lo que mas me espanta en este glorioso doctor, es la devocion, ternura y sentimiento en su oracion y contemplacion, acompañado con la delicadeza de su divino entendimiento, y con la alta y profunda erudicion: porque el que leyere atentamente las meditaciones, soliloquios y confesiones de san Agustin, hallará en ellas tantas dulzuras, gustos y regalos de Dios, como si el santo no hubiera tratado en toda su vida otra cosa, sino de la oracion afectiva y unitiva. Por donde se ve cuán alumbrado estaba su entendimiento con la divina luz, y cuán inflamada en el amor del Señor su voluntad, y que por una parte era un querubin en la ciencia, y por otra un serafin en los ardores y encendimientos de su corazon: y así, hablando con el Señor, él mismo lo dice: «¡O dulcísimo Señor! ¡ó buen Jesus! abrasad mi corazon con el fuego de vuestra caridad, para que encendido todo, arda ya con grandes llamas de este dulce amor, que ningunas aguas las puedan apagar. Vos sois, Señor, este amor que siempre arde y nunca se apaga. Dulce Señor, buen Jesus, y caridad y Dios mio, encendedme todo con vuestro fuego y con vuestro amor, con vuestra suavidad y dulzura, con vuestro gozo y alegría, con el deseo de verme santo y bueno, casto y limpio, quieto y seguro, para que lleno de la dulzura de vuestro amor, abrasado de las llamas de vuestra caridad, os ame, Dios mio, de todo mi corazon, y con todas mis entrañas, y os tenga en mi alma y en mi boca, delante de mis ojos siempre, de suerte, que ningun amor

falso y adulterino halle en mi lugar. Concededme la señal clara de vuestro amor, que es una fuente perpetua de lágrimas, para que ellas mismas sean testigos de este amor, y manifiesten y prediquen cuanto os ama mi alma; pues se derrite en lágrimas por el exceso y dulzura de vuestro amor.» Y otras veces se deleitaba tanto en el misterio soberano de la encarnacion, que decia, hechos sus ojos fuente de lágrimas: «Señor, el que no os sirviere para lo que le criastes, bien merece el infierno: mas para el que no os agradeciere el haberos hecho hombre y muerto por él, menester es que se haga otro infierno.» Otras veces estaba tan absorto y tan trasportado en Dios, que como hombre fuera de sí (aunque nunca estaba mas en sí), decia aquellas palabras que comunmente se atribuyen á san Agustin: «Señor, en gran manera se alegra mi alma pensando que vois sois Dios; mas si por imposible pudiera ser que Agustino fuera Dios, y que vos fuérades Agustino; mas quisiera que vos fuérades Dios, que no que lo fuera Agustino.» Pues ¿adónde puede subir ó crecer mas el incendio del amor divino? Cojamos ya las velas, para que no nos hundamos en este piélago inmenso y abismo sin suelo, y saquemos de aquí en cuán subido punto tuvo este santo todas las virtudes; pues así poseia la forma y reina de todas las virtudes, que es la caridad; y que no es maravilla que Dios nuestro Señor le haya hecho patriarca tan glorioso de su Iglesia, y legislador y padre de tantas religiones, á un doctor á quien adornó de su ingenio, divina sabiduría, y de virtudes tan heróicas, y á quien dió tan grande autoridad, para que no solamente con su vida y doctrina, sino tambien con las sagradas religiones que instituyó fuese admirable y venerable en toda su Iglesia. Porque la sagrada y esclarecida órden de los Ermitaños de San Agustin (en la cual siempre ha habido, y hay varones doctísimos y de vida ejemplar) es hija de este beato padre; las religiones de los canónigos reglares, que son muchas, todas manan de esta fuente: la de los Servitas reconoce á san Agustin por su maestro, y milita debajo de su regla; y otras muchas y muy insignes monacales y militares. Y el gran patriarca santo Domingo fué canónigo reglar de san Agustin, y dió á su ilustrísima órden la regla de este santo, en la cual él mismo habia vivido, y por la observancia de ella llegado á la perfeccion que llegó. Pues el fruto que con estas santas religiones ha sacado el Señor para bien de su Iglesia, mejor es que el lector atentamente lo considere, que no que nosotros lo digamos aquí; porque es tanto que no se puede explicar con pocas palabras: y no es bien que digamos muchas, por no salir de nuestro instituto y de nuestra acostumbrada brevedad.

Estando, pues, nuestro santo ya viejo y de edad de setenta y dos años, y habiendo gobernado su Iglesia treinta y dos, cansado con la edad, y con los inmensos trabajos y estudios de toda su vida, por el deseo vehemente que tenia de ocio y quietud para hacer sus obras y aparejarse á la muerte, y disponer su alma para la verdadera vida, que es ver y gozar de Dios; con voluntad y contento de todo el pueblo y clero (como entonces en algunas Iglesias se hacia) nombró san Aguntin á Eradio, presbítero, por obispo, para despues de sus dias, y para que todos los negocios y causas los tratasen con Eradio, á quien (si en algo fuese menester, él ayudaria; y así lo hizo. Y despues vivió el santo cuatro años, regalando su alma con la oracion y contemplacion, y con las delicias de la sagrada Escritura, y aspirando y anhelando con grandes ansias y afectos al Señor, de cuyo amor estaba tan herido, y tan encendido y abrasado con el deseo de verle, que en una de sus meditaciones le dice estas palabras: «Ea, Señor, ea ya, apareced; y quedaré consolado: volveos á mí; y cumplirse ha mi deseo: descubridme vuestra gloria; y mi gozo será colmado: porque mi alma tiene sed de vos, y mi carne os desea. Mi alma sedienta corre á la fuente de aguas vivas: y dice: ¿Cuándo llegaré y pareceré delante de la cara de mi Señor? ¿Cuándo vendréis, Consolador mio? ¿Para cuándo os aguardaré? ¿O si tengo de ver algun dia el gozo que deseo? ¿O si me tengo de hartar de aquella gloria, cuya hambre me fatiga? ¿O si me tengo de embriagar de aquel vino oloroso y suave, por el cual suspiro? ¿Si tengo de beber aquel rio de deleites de que tengo sed? Entretanto, Señor, las lágrimas sean mi pan, y mi sustento de dia y de noche, hasta que se diga á mi alma: Hé aquí á tu Esposo. Mientras que viene esta hora, apacentadme, Señor, con mis sollozos, y recreadme con mis dolores.» Estas son palabras de san Agustin, para declarar sus afectos y sus deseos tan encendidos de la vida eterna. Pues estando con estas ansias y desfalleciendo de amor, permitió nuestro Señor que los vándalos, gente feroz y bárbara que habian entrado con los godos en España, pasasen de ella á África, robando y asolando la tierra y haciendo cruda guerra. Llegaron á Bona: cercaron la ciudad: apretáronla y afligiéronla mucho con extraordinario desconsuelo del santo prelado, por ver las miserias y calamidades que padecian sus ovejas: y habiendo ya durado el cerco tres meses, suplicó humildemente á nuestro Señor, que ó le librase de aquella miseria, ó le diese paciencia para sufrirla, ó le sacase de esta presente vida, para que no viese la destruccion de su pueblo. Concedióle el Señor esto postrero, y dióle una enfermedad aguda, de la cual luego entendió que se moria: y aunque estaba tan bien aparejado y tan deseoso de morir (como habemos dicho), mandó que le escribiesen los siete salmos penitenciales, y que se los pusiesen en parte donde él los pudiese leer desde la cama, y que no entrase nadie á él sino los médicos y los que eran menester para curarle; y así se hizo por espacio de doce dias. Leia muchas veces los salmos con gran ternura y abundancia de lágrimas. Recibió los sacramentos, y decia que ningun cristiano, por honesta y loablemente que hubiese vivido, deberia morir sin hacer primero digna y conveniente penitencia de sus pecados. Llegada ya su hora, estando presentes y llorando muchas lágrimas sus hijos, dió su bendita alma al que para tanta gloria suya le habia criado, á los 28 de agosto, en que la santa Iglesia celebra su fiesta, siendo de edad de setenta y seis años, y habiendo gobernado santísimamente la Iglesia de Bona treinta y seis. Y en el año del Señor de 433, segun san Próspero, discípulo de san Agustin, y de 330 segun el cardenal Baronio, imperando Teodosio el menor, y Valentiniano.

No hizo testamento; porque el pobre y siervo de Cristo no tuvo de qué. Fué sepultado en la iglesia de San Estévan que fundó. Dejó la Iglesia llena de clérigos, y los monasterios de monges y monjas. Hallóse en siete concilios que se celebraron en África y firmó en ellos. Despues de su muerte á los catorce meses del cerco fué entrada la ciudad de Bona y destruida por los vándalos, y los cristianos tomaron el cuerpo de san Agustin, y su mitra y bá-

culo pastoral, llevándolo á la isla de Cerdeña, de la cual andando el tiempo, los sarracenos se apoderaron; y Luitprando, rey de los longobardos, por gran precio que les dió, alcanzó el santo cuerpo y le trasladó á Pavía, y allí honoríficamente le sepultó en una iglesia que edificó llamada *Cella aurea*: y de esta traslacion hace mencion el Martirologio romano á los 28 de febrero. Allí está hoy dia en un monasterio poblado de sus religiosos, en una parte del cual (que es como monasterio por sí) están los frailes ermitaños de san Agustin; y en la otra parte habitan los canónigos reglares: y todos juntos cantan en la iglesia á coros los divinos oficios, queriendo los unos y los otros religiosos, como buenos hijos, poseer aquel precioso tesoro, y honrar á su beato padre. Al tiempo que san Agustin pasó de esta vida, se convocaba el concilio efesino, al cual el emperador Teodosio, el menor, llamaba al santo doctor; pero cuando llegaron sus cartas ya el santo era difunto. No se escriben muchos y grandes milagros quo san Agustin hiciese en vida: mas él mismo era un grandísimo milagro y prodigio divino: solamente dice Posidonio, que algunas veces siendo presbítero, y otras siendo obispo le pidieron que hiciese oracion por unos endemoniados, y que estándola el santo haciendo con lágrimas, salieron los demonios y quedaron los hombres libres. Tambien escribe que una vez estando san Agustin doliente en la cama, le trajeron un enfermo para que pusiese sobre él las manos, y por este medio alcanzase salud: y respondió el santo, que si él pudiera sanar á otro, primero se sanara á sí; mas que él no era de tantos merecimientos, que pudiese dar salud á otros: y como entendió que aquel enfermo habia venido por órden de Dios, le puso la mano encima y luego cobró salud. De san Agustin hacen honorífica mencion, fuera de los santos papas y concilios que arriba quedan referidos, cuatro sumos pontífices, Martino, Gelasio, Leon y Bonifacio VIII, y la quinta, sexta y séptima sínodo. Adviértase que entre los sermones de san Ambrosio se halla uno que trata del bautismo de san Agustin, que es el 92, y ha engañado y hecho errar á algunos, pensando que es verdaderamente de san Ambrosio; pero no lo es, sino de algun hombre ocioso (por no decir mentiroso), que con nombre de tan glorioso autor pretendió dar color á sus falsedades, como evidentemente lo prueba el cardenal Baronio en sus Anales.

San Hermes, mártir.—El bienaventurado san Alejandro, papa y mártir, fué grande ministro del Señor, y con su santa vida, admirable doctrina é innumerables milagros que hizo, convirtió á la fé de Cristo nuestro Salvador gran parte de los caballeros romanos. Entre ellos fué uno Hermes, varon nobilísimo y riquísimo, y prefecto de la ciudad de Roma: el cual por haber resucitado á un hijo suyo de muerte á vida, alumbrado de la luz del cielo, recibió el santo bautismo, y lo mismo hizo su mujer, sus hijos y su hermana Teodora y toda la familia, que era de mil doscientas cincuenta personas. A sus esclavos dió libertad, á los pobres y criados mucha hacienda, y á su hijo el gobierno de su casa, aparejándose él para el martirio. Dió grande estampido en toda la ciudad la conversion de san Hermes, por ser persona tan ilustre y tan conocida. Mandóle prender á él y san Alejandro, Aureliano, prefecto, y dióle en guarda á un tribuno ó maestre de campo, llamado Quirino, que tenia una hija por nombre Balbina, muy enferma de lamparones. Compadecióse Quirino de san Hermes; y así le dijo, que se maravillaba que un hombre tan principal y de tan alta dignidad, y tenido por cuerdo, se dejase engañar, y por una supersticion y locura quisiese perder tanta honra, nobleza y hacienda, y estar vilmente aherrojado en una cárcel, y que acabándose con la vida la felicidad del hombre, y no habiendo mas que nacer y morir; pudiendo él gozar de los deleites y bienes de esta vida, escogiese los trabajos y miserias que padecia; pues para ninguna cosa le podian aprovechar. San Hermes le respondió, que él habia estado en el mismo error, y que san Alejandro le habia librado de él y restituido la vida á un hijo suyo, y la vista á una criada y ama suya; y satisfízole á sus razones, y concertó con él, que si san Alejandro, que estaba preso en otra cárcel y encadenado, aquella noche viniese á ver á Hermes, Quirino se convertiria á la fé de Cristo. Él dobló las prisiones y guardas para que san Alejandro no pudiese salir de la cárcel ni venir; mas san Alejandro, guiado de un ángel que se le apareció con una hacha en la mano en forma de un niño como de cinco años, vino á casa de Quirino y visitó á san Hermes, y sanó de los lamparones á Balbina, hija de Quirino; y él y toda su casa recibió la luz del cielo y se hizo cristiana, y fueron todos los de ella mártires del Señor: porque Aureliano, el prefecto, habiendo sabido lo que pasaba, mandó poner á todos los que habian sido bautizados en un navío, y que atadas piedras al cuello fuesen lanzados al profundo del mar. Quirino fué atormentado con diversos tormentos, y al cabo le desollaron: y por la misma sentencia pasó san Hermes, cuyos cuerpos recogió santa Teodora, su hermana, y los sepultó en la via Salaria, no léjos de Roma. El martirio de san Hermes fué á los 28 de agosto, en que la santa Iglesia le celebra, y fué el año del Señor de 132, siendo emperador Adriano. Y Pelagio, papa, II de este nombre, adornó é ilustró el cementerio de Hermes. Hacen mencion de su martirio todos los Martirologios, especialmente el de Adon, que trata mas largamente, sacando lo que escribe de los Actos de san Alejandro, que están en el tercer tomo del padre Surio.

San Moisés, anacoreta y confesor.—A mas de aquel santo Moisés, anacoreta y obispo, cuya vida escribimos á los 7 de febrero, hubo otro san Moisés asimismo anacoreta, no ménos admirable: cuya vida tambien me ha parecido escribir en este libro, por dos razones: la primera, porque algunos confunden á estos dos, y de dos Moisenes que son, dicen que no fué sino uno solo, siendo verdad que fueron dos, el uno el obispo de los sarracenos, y otro que fué solo anacoreta, pero santo y notable varon: del uno hace mencion el Martirologio romano y los demás á 7 de febrero, como queda dicho, y del otro á los 28 de agosto: la segunda causa que me mueve á escribir de este segundo Moisés, es porque de su vida podemos aprender á no desconfiar de la misericordia del Señor, cuando viéremos algun gran pecador que corre sin freno, como caballo desbocado; y los santos ejercicios con que se debe ayudar el que tal es, para salir de su mal estado y vencer la tirania de su carne.

La vida, pues, de este segundo Moisés escribieron Paladio en su historia, llamada «Lausica», y Nicéforo Calixto en el onceno libro de su Historia, en el capítulo 36, de esta manera. Nació Moisés en Etiopía, y como tal era negro de color, y fué hijo de un hombre principal y gobernador de la república: el cual echó de su casa á Moisés

por sus malas costumbres, y la inclinacion que tenia de robar y aun de matar, para poder robar mejor. Llegó á tanto su desventura, que vino á ser capitan de una gran cuadrilla de ladrones. Cuéntase de él, que una vez queriendo matar á un pastor, porque le habia estorbado una noche que no hiciese cierto asalto que queria hacer, sabiendo que el dicho pastor estaba de la otra parte del rio Nilo, que á la sazon venia ancho una milla, se desnudó; y poniendo su vestido sobre la cabeza, y tomando en la boca su espada, pasó el rio nadando, y fué á buscar al pastor que estaba guardando en su majada. En viéndole el pastor, se escondió, y Moisés no hallándole, mató cuatro carneros de los mejores del hato, y atólos á una cuerda, y volvió á pasar el rio, trayéndolos consigo, y los desolló, y se comió la carne, y vendió los pellejos y lo demás por vino que le dieron; y todo se lo bebió, y se volvió al lugar donde tenia á los otros ladrones sus compañeros. Andando, pues, Moisés en tan malos y abominables pasos, le miró el Señor del cielo con ojos de piedad, y con los rayos de su divina luz alumbró á aquel corazon tenebroso y duro, y le ablandó y encendió con las llamas de su divino amor. Trocóse de manera, que de ladron vino á ser monge, y el que quitaba á los otros ántes la vida, vino á ofrecer en sacrificio la suya al Señor, y de lazo de Satanás á ser ejemplo de religion y penitencia. Estando una vez retirado en su celda, vinieron cuatro ladrones que habian sido sus compañeros, y entraron en ella para robarla sin saber que aquella celda era de Moisés, ni que él estuviese allí: dieron en él, y él cuando los vió, arremetió á ellos, y atólos como si fueran cuatro costales de paja, y los llevó sobre los hombros á la iglesia, donde estaban los otros monges recogidos, y poniéndolos así como estaban atados delante de ellos, les dijo: Padres, yo no puedo ya hacer mal á nadie; pero estos ladrones me han acometido: yo los he cogido y atado, y aquí os los traigo para que me digais lo que quereis que haga de ellos. Cuando los ladrones supieron que aquel era Moisés y el que habia sido ladron y caudillo de ladrones tan famoso, y que dejada aquella mala vida, se habia vestido de hábito de penitencia, y convertídose tan de veras á Dios; tocándoles el mismo Señor el corazon, quisieron imitarle, y pidieron que los admitiesen por monges, y fueron varones perfectos, y acabaron su vida en religion. Pero como Moisés venia del siglo acostumbrado á los vicios, y habia hecho callos en las torpezas y maldades, tuvo grandes dificultades en vencer los malos hábitos pasados, y en destejer la tela de la mala vida que en tantos años habia tejido: el demonio, que nunca duerme, velaba siempre para hacerle guerra, y de dia le apretaba, y de noche le afligia con varias tentaciones, que fueron tan terribles, que faltó poco no volviese atrás, y se rindiese, y se dejase del todo vencer: mas favorecióle nuestro Señor, y él se aprovechó de los medios que aquí diré. Primeramente, con el consejo de algunos varones santos y padres espirituales muy experimentados, á los cuales él descubrió sus tentaciones y peleas, tomó de ellos armas para poder vencer. Entre estos santos padres, fué uno Isidoro, varon perfectísimo, el cual le dijo que no se maravillase que la carne y su mala costumbre de seguir sus gustos y apetitos le hiciesen guerra; porque cuando un perro que suele estar en la carnicería, halla en ella qué comer, no le pueden echar de ella; pero si se cierra la carnicería, y no halla lo que solia, él mismo de suyo se vá: y que lo mismo hace el demonio con los pecadores que vienen del mundo á la religion, que mientras halla en ellos en que cebarse y entretenerse, siempre los infesta, pero que cerrándole la puerta, él mismo se va: y que es menester con la buena costumbre deshacer la mala costumbre, y como con un clavo sacar otro clavo, y con el ayuno y penitencia quitar á la carne los huesos con que como perro se sustenta, y al fuego la leña con que suele arder.

Siguiendo, pues, esta doctrina del santo padre Isidoro, determinó Moisés tomar el segundo medio, y afligir su carne con ayunos: para esto se encerró en su celda, y no comia al dia otra cosa sino doce onzas de pan seco, que para su gran cuerpo era suma abstinencia: y juntamente trabajaba mucho, y cada dia hacia cincuenta veces oracion, para debilitarse y enflaquecerse, y domar á tan cruel y doméstico enemigo. Pero como Moisés era muy robusto y mal acostumbrado, y el demonio atizaba el fuego que ardia en su pecho; padecia muchos malos sueños, y la carne hacia su oficio. Para rendirla y vencerla, determinó tomar el tercer medio, que fué estar toda la noche en pié, sin arrodillarse ni arrimarse, por no dormir, y de esta manera pasó seis años orando en su celda sin dormir las noches, y en todo este trabajo no pudo vencer las tentaciones torpes de la sensualidad; para que entendamos cuán dificultosa cosa es arrancar del alma un hábito vicioso envejecido, y que la castidad es don de Dios, y que él muchas veces permite estas luchas y peleas para que con el trabajo y pena que el hombre siente en resistir á los malos apetitos, purgue los ponzoñosos deleites que otro tiempo en ellos tuvo. Como no bastasen los medios que Moisés habia tomado para vencerse, buscó otro para quebrantarse mas. Habia algunos monges viejos y cansados que no podian proveerse de agua para sus celdas, por estar dos, y tres, y seis millas léjos las fuentes de donde se habia de traer: y Moisés para aliviarlos y quitarlos de este trabajo, iba de noche secretamente, sin que nadie lo supiese, por el agua que ellos habian menester, y les enchia las vasijas con grande caridad, diligencia y fortaleza. Ocupándose en este ejercicio, le aconteció que una noche el demonio, que no podia sufrir la virtud y perseverancia en el bien comenzado, hallándole cerca de un pozo llevando agua en el cántaro de un monge, le dió con una porra un golpe tan recio, que le dejó allí tendido sin sentido y como muerto. Allí estuvo, hasta que al otro dia viniendo otro monge al mismo pozo para sacar agua, le halló tendido en el suelo y desmayado; y el monge avisó á san Isidoro, abad, el cual vino con otros monges y le llevaron á la iglesia, y estuvo Moisés de aquel golpe un año enfermo, sin poder casi volver en sí. Despues Isidoro le amonestó que se fuese á la mano y poco á poco en esta lucha con el demonio, y que no pelease con él, como quien le desafía, porque tambien la fortaleza ha de tener su tasa y medida; y muchas veces se hace mas con la paciencia y confianza en Dios, que con la fuerza y poder de nuestro brazo. Y como Moisés respondiese que no cesaria de batallar hasta que los malos sueños no le fatigasen, el santo abad Isidoro le dijo: En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, de esta hora en adelante no te congojarán mas los sueños torpes y feos que hasta aquí te han perseguido. Bien podrás con confianza llegarte al altar, y recibir el santísimo cuerpo de Cristo nuestro Señor, el cual

te ha querido probar tan largo tiempo y con tan dura pelea, para que te humillases y entendieses que no por tu trabajo y valentía habias vencido esta pasion, y por ello te desvanecieses. Con esto se serenó el corazon de Moisés, y se aplacó aquella tempestad, y cesaron los vientos y las hondas que le turbaban, y gozó de entera bonanza y quietud, y dióle nuestro Señor tan gran señorío sobre los demonios, que no hacia mas caso de ellos que nosotros hacemos de las moscas; y fué uno de los mas insignes monges de aquel tiempo, y murió siendo sacerdote, de cerca de ochenta y cinco años, como dice Nicéforo, ó de setenta y cinco, como dice Paladio, dejando otros tantos discípulos imitadores en santidad y en virtud.

Hace mencion de este san Moisés el Martirologio romano, y el cardenal Baronio en las anotaciones sobre él, á los 28 de agosto; y Paladio y Nicéforo escriben (como dijimos) su vida, y de ellos nosotros sacamos lo que aquí queda referido.

* San Julian, mártir.—Este santo tomó la carrera de las armas, y descendia de una de las principales familias de Viena en el Delfinado. Amigo del tribuno san Ferreolo, vivia en su compañía, ardiendo ambos en deseos de derramar su sangre por Jesucristo. Publicóse en Viena un edicto contra los cristianos, y entonces Julian se retiró á Auvernia, no por temor de la muerte, (pues como hemos dicho no deseaba mas que morir por la fé) sino para poder ser mas útil á los fieles. Sabedor que los perseguidores le buscaban, salió de la casa donde se hallaba hospedado, y presentándose á los soldados les dijo: «Ya he vivido demasiado en este mundo, deseo reunirme con Jesucristo.» Al oir estas palabras le cortaron la cabeza. Fué su martirio en Brioude de Aubernia, durante el reinado del emperador Diocleciano, el año 304.

San Pelayo, mártir.—Padeció los siguientes martirios en Constanza, antigua ciudad de Francia, durante el imperio de Numeriano. El juez Evilasio lo mandó prender, y encerrar cargado de pesados grillos en un oscuro calabozo: despues de algunos dias lo sacaron de allí para azotarlo inhumanamente, suspenderlo del ecúleo, rasgarle sus carnes con hierros dentados, y meterlo en una caldera de aceite hirviendo. El Señor le conservó la vida despues de tan dolorosos suplicios, y por fin, habiéndole paseado y arrastrado por toda la ciudad, lo degollaron.

Los santos Fortunato, Cayo y Antues, mártires.—En tiempo del emperador Diocleciano, siendo procónsul de Salerno uno llamado Leoncio, alcanzaron estos santos la corona de la vida eterna por medio de un glorioso martirio. Despues de muertos, fueron sus cuerpos expuestos á las fieras para que los devorasen; pero los cristianos lograron de noche darles sepultura, y algunos años despues el cielo manifestó á un habitante de Salerno el lugar del sagrado depósito. Desde luego fueron trasladados á un panteon suntuoso que se levantó en su honor, y en el cual hanse visto grandes maravillas.

San Alejandro, obispo y confesor.—Era presbítero de la Iglesia de Constantinopla, cuando fué elegido y consagrado obispo y patriarca de la misma. Las turbulencias que suscitó la herejía de Arrio durante el pontificado de este santo, han hecho célebre su nombre en la Iglesia, no solo por haber sido infatigable en impugnar aquellos errores, sino principalmente por haber obtenido la muerte del formidable heresiarca por medio de sus oraciones. San Alejandro fué uno de los prelados mas ilustres de su tiempo, y murió ya muy viejo, en Constantinopla, en el año 340.

San Bibiano, obispo y confesor.—Segun un autor antiguo, fué este santo descendiente de sangre real, y floreció á mediados del siglo V. Ordenado obispo de Santonges, en Francia, fué el pasmo de cuantos le vieron por el alto grado en que poseía todas las virtudes, y mas que todo por la singular gracia de milagros con que el Señor le favoreció. Fué el milagrero de su época, y san Gregorio de Tours, despues de haber contado muchos de ellos, acaba diciendo que es inútil y ocioso el quererlos enumerar todos, porque nadie los sabe ni caben en los libros, *(sanctus Gregorius Turon., De gloria confessorum).*

DIA 29.

La Degollacion de san Juan Bautista.—A los 29 de agosto celebra la santa Iglesia la festividad de la degollacion y martirio del gran precursor del Señor, san Juan Bautista, cuya historia sacada de los evangelistas san Mateo y san Marcos, es de esta manera. Herodes Antipas, hijo de Herodes Ascalonita, el cual mató á los inocentes, fué tetrarca, y por la potestad que tuvo como rey, es llamado rey en las divinas Letras: y fué hermano de Arquelao, y el que hizo burla del Salvador al tiempo de la pasion, y el que mandó degollar al bienaventurado san Juan Bautista; porque le reprendia y le afeaba el haber quitado á su hermano Filipo, siendo aun vivo, á Herodías, su mujer, y estar públicamente amancebado con ella. El amor ciego y desordenado del rey, era vehementísimo, y el aborrecimiento y odio de Herodías contra san Juan era cruelísimo; porque temia que por la opinion grande de su santidad al fin apartaria al rey de su mal trato y conversacion. El escándalo de todo el pueblo era grandísimo, y el daño muy universal; porque cual es la cabeza, tales suelen ser los miembros, y los vasallos toman por dechado las acciones de sus príncipes. Por esto aquel sagrado pecho de Juan, encendido y abrasado del zelo de la gloria de Dios, deshaciéndose de dolor por ver sus ofensas, como verdadero predicador del cielo, que tiene mas cuenta con Dios que con los hombres; aunque veia su peligro, y sabia que le podia costar la vida aquella libertad, no dejaba de decir y replicar muchas veces á Herodes: *Non licet tibi habere uxorem fratris tui:* No te es lícito estar amancebado con la mujer de tu hermano: lo cual sentia por extremo el perverso rey, y Herodías á guisa de furia infernal, echaba llamas de fuego, buscando sus ocasiones para matar al santo profeta. Y aunque Herodes temia á san Juan, sabiendo que era varon santo y justo, y le reverenciaba y le oia de buena gana, y hacia muchas cosas que le aconsejaba; todavía las cosas que hacia eran de poca importancia, y mas por ceremonia y satisfacer á la gente, que no por verdadera aficion, ni por cumplir con sus obligaciones y mirar por su conciencia: que era quitar el escándalo que con su pecado causaba en todo el pueblo: por una parte le reverenciaba como á santo, y por otra le temia como á fiscal de sus vicios. Oíale de buena gana y pesábale cuando le avisaba de sus culpas: gustaba de sus razones y aborrecia la libertad con que le afeaba su deshonestidad: y luchaban en el ánimo del rey el respeto que le tenia como á santo, y el odio como á

juez, y la admiracion de las costumbres de san Juan, y la reprension de las propias: pero como los príncipes están hechos á vivir á su gusto, y llevan mal que nadie les vaya á la mano, y la pasion del amor loco tenia cautivo á Herodes, y los lisonjeros que andaban en su córte atizaban el fuego que ardia en su corazon, y Herodías echaba aceite continuamente en él: él se determinó á prender á san Juan Bautista y echarle en la cárcel, y aun quitarle la vida si fuese menester para hacerle callar: aunque no se atrevió, por razon de estado, á matarle luego por no alterar al pueblo, que tenia á san Juan Bautista por un gran santo y profeta escogido de Dios, hasta que vino tiempo oportuno que le dió ocasion para ejecutar lo que deseaba.

Porque queriendo celebrar el dia de su nacimiento, hizo un espléndido y solemne convite á los grandes, señores y capitanes de Galilea, y despues de haber cenado y bebido largamente, mandó venir á una hija que tenia Herodías de Filipo, su marido, llamada Salomé, de poca edad y ménos vergüenza, y que bailase y danzase allí delante de todos los convidados; y ella lo hizo con tan buen donaire y gracia, que contentó al rey y á los circunstantes, de tal manera, que el rey le dijo que pidiese mercedes; porque aunque pidiese la mitad de su reino se lo daria, y se lo afirmó con juramento. Consultó la muchacha lo que habia de pedir, con su madre: y ella tomando aquella ocasion (si ya ántes no lo habia tramado y concertado con el rey), la mandó que pidiese la cabeza del Bautista, que estaba preso; y con esto volvió la hija á Herodes, y díjole: Quiero que luego me dés en un plato la cabeza de Juan Bautista. Oida por el rey aquella demanda, se entristeció, ó dió muestras de entristecerse. San Hilario, san Gerónimo y Estrabon dicen, que la tristeza de Herodes no fué verdadera, sino fingida; porque san Mateo escribe que Herodes queria matar á san Juan. San Crisóstomo, Eutimio y Teofilato dicen, que fué verdadera aquella tristeza: porque aunque deseaba matarle, no lo queria hacer por aquel camino, por la infamia que se le habia de seguir, quitando la vida á un santo varon, en pago de un baile de una muuchacha. Pero por cumplir el juramento que habia hecho (aunque fuera mejor no cumplirle, y no añadir un pecado á otro mayor pecado), y porque no le tuviesen por hombre liviano, mandó á uno de los de su guarda, que fuése á la cárcel, y cortase la cabeza al Bautista y se la diese á la muchacha. Esta es la suma de lo que dicen los sagrados evangelistas acerca de la degollacion y martirio de este divino profeta, y excelentísimo adelantado del Señor. No faltan autores que dicen haberse sabido por divina revelacion, que nuestro Salvador Jesucristo, así como se habia hallado presente, estando en el vientre de su bendita Madre, al nacimiento de san Juan; así se halló en la muerte, que es el verdadero nacimiento de los justos: porque si san Estéban vió al tiempo de la batalla y de las piedras que le tiraban, á Cristo á la diestra del Padre en pie, como para ayudarle, y en las historias de los santos leemos, que muchas veces el Señor á la hora de su muerte los vino á visitar y á recibir su espíritu; ¿ qué maravilla es que haya hecho este regalo á aquel, que en la carne y en el espíritu le era conjuntísimo, y dotado de mas y mayores privilegios que otros santos? Tambien escribe san Gerónimo, que trayendo la mala hija á la madre la cabeza de San Juan Bautista, cuando Herodías la vió, no contentándose con ver ya muerto á su enemigo, á quien tanto temia y aborrecia; con rabia y furia mujeril traspasó con una aguja la lengua del santo, en venganza de lo que habia hablado contra ella.

¿Pero quién no se admira de una cosa tan nueva y tan maravillosa como esta? ¿ Quién no se asombra de los secretos juicios del Señor? ¿ Quién no se anega en el golfo y abismo sin suelo de la divina Providencia? ¿ Quién puede entender los caminos por donde lleva á sus escogidos? Aquel grande amigo de Jesucristo, maestro de la vida, modelo de la santidad, regla de justicia, ejemplo de virginidad, espejo de penitencia: aquella trompeta del cielo, voz de Cristo, secretario del Padre, precursor del Hijo, templo del Espíritu Santo y sagrario de la Santísima Trinidad, y tan perfecto y consumado en todas las virtudes, que entre los nacidos de las mujeres ninguno fué mayor que san Juan Bautista, es encarcelado y aprisionado por mandado de un hombre vicioso y deshonesto, porque le predicaba la verdad. Y pudo tanto el incendio de la torpeza en el pecho de Herodes, que mandó quitar la vida al casto, puro é inocente, y tomado del vino y engañado de la pasion de la lascivia y deleite, por un baile de una muchacha priva su reino de un profeta y ángel terrenal, y al mundo de la luz de un sol que le alumbraba y encendia en el amor de Dios. De lo cual primeramente habemos de sacar, cuán poderosa es y cuán desenfrenada la pasion del deleite sensual, cuando se señorea del corazon y le roba y cautiva, y saca fuera de sí; y el estrago que hace, y las calamidades que acarrea cuando se junta con el poder de un tirano, que tiene por ley lo que quiere y lo ejecuta y pone por obra, sin que ninguno le resista ni se oponga á su voluntad. A mas de esto, notó san Grisóstomo, que así como no hay cosa mas piadosa que una buena mujer; así no hay fiera mas cruel que la mujer airada, ni leon ni tigre que se le pueda comparar: y que por esto dijo el Espíritu Santo: « No hay ira sobre la ira de la mujer: » y el mismo Salomon dice, que querria ántes habitar con el leon y con el dragon, que con una mala mujer y parlera: porque como dice el mismo san Crisóstomo, los leones y tigres, y todas las otras fieras, hasta las serpientes venenosas, se pueden amansar y domesticar; pero la mala mujer no tiene cura; lo cual es bien que ellos conozcan de sí, para que al principio resistan á esta pasion, y no vengan á lo que vino Herodías, que para vivir á su gusto, procuró quitar la vida al que tanto merecia vivir: y tambien para que los hombres entiendan el recato que han de tener en tratar y conversar con mujeres, y que de una pequeña centella se emprende un fuego tan grande, que despues no se puede apagar. Pero en lo que principalmente habemos de poner los ojos en esta degollacion del santo Precursor, es la constancia que tuvo en morir por la verdad, y en la bondad de Dios que le quiso honrar con el martirio, y declararnos en cuánto estima la limpieza del alma y la castidad; y cuán poco caso debemos hacer de todos los bienes de la tierra: y que al cabo castiga gravemente á los que se le atreven y afligen á sus santos, aunque á tiempos sufre y disimula, y parece que no tiene providencia de las cosas que vemos en el mundo. La constancia de san Juan Bautista en reprender á Herodes y volver por la virtud y por la ley de Dios, fué admirable; pues no temió el furor y braveza de Herodías, ni el sentimiento de Herodes, ni la crueldad de sus ministros y soldados, ni la misma muerte que se le puso delante; por-

que conoció que como predicador divino y enviado del Señor para aparejarle el camino le corria obligacion de predicar la verdad y morir por ella, y dar ejemplo á los predicadores evangélicos y personas públicas, que se desnuden de todos los afectos humanos del amor y del temor, de la ambicion y de la codicia, de la lisonja y de la demasiada prudencia mundana, y rompan por todo cuanto se atraviesa la honra y gloria de su Señor, como lo hizo este bienaventurado precursor suyo, espejo de toda santidad. Esta constancia y fortaleza tan grande dió Dios á san Juan; porque le quiso honrar con la corona del martirio, para que no faltase este título y don tan excelente al que él habia escogido por tan especial y regalado amigo suyo, y adornádole de los privilegios y laureolas de doctor y vírgen, y de todas las prerogativas que dijimos en su vida. Y así no hay duda que san Juan fué mártir, y gloriosísimo y esclarecido mártir y lumbre de los mártires; pues entre el nacimiento y muerte de Cristo nos dejó ejemplo de constantísimo mártir; y aun es mas de estimar el martirio de san Juan Bautista que el de los otros mártires del nuevo Testamento que murieron por Cristo, despues que Cristo habia muerto por ellos, y el mismo ejemplo del Señor los incitaba á ser agradecidos, y dar la vida por aquel que con tan inmensa caridad habia dado la suya por ellos, y sabian que en muriendo habia de comenzar su verdadera vida, é ir al cielo para gozar eternamente de su bienaventurada presencia: mas san Juan aun no habia visto ejemplo, ni cuando él murió habia muerto el Señor por él, y sabia que estaba cerrada la puerta del paraiso hasta que Cristo nuestro Señor resucitado subiese á los cielos y la abriese; y que entretanto habia de estar en el limbo con los otros santos padres, aguardando su perfecta redencion.

Pero no es de menor consideracion, que queriendo el Señor hacer mártir á san Juan Bautista, quiso que lo fuese en defensa de la pureza y castidad: para que por aquí entendamos el precio de esta joya inestimable: pues su gran privado y amigo dió la vida por ella, y se opuso al ímpetu arrebatado de un furioso rey que con violencia habia quitado á su propio hermano la mujer, y la tenia por amiga. ¡Pues cuánta es la excelencia y gloria de aquella virtud por cuya defensa el gran Bautista dió su sangre! ¡Y cuánta es la fealdad y abominacion de aquel pecado, contra el cual clamó esta voz divina con tan gran fuerza y eficacia hasta la muerte; despues de muerto clama mas fuertemente con la voz de su propia sangre, que la voz de la sangre de Abel! ¿Pues qué diré del menosprecio que debemos tener de todas las cosas caducas y frágiles de esta miserable vida, y del aprecio de las eternas y perdurables, viendo vendida la sagrada cabeza de aquel varon mas divino que humano, por un vano contento de un hombre cruel, y por un baile de una muchacha liviana y desvergonzada, y por la instigacion de una mujer adúltera y rabiosa, que no pensaron poder vivir sino con la muerte del santo profeta? Si con ojos de carne solamente miramos esta historia, parecernos ha de que Dios no tiene providencia de las cosas humanas; pues los malvados prevalecen contra los buenos, y la adúltera triunfa del casto, y el juez malvado y cruel del santo é inocente profeta: mas si abrimos los ojos del alma, veremos que todo lo de acá es basura, y que solo se ha de estimar lo que permanece para siempre: y que al mismo san Juan fué de grandísima é incomparable gloria el haber estado en la cárcel por la verdad, y tendido la cerviz al cuchillo, y alcanzado por este camino corona de glorioso mártir: y á Herodes que le hizo matar, se le siguió odio y aborrecimiento de todo el género humano con una perpetua ignominia y afrenta; y así dice san Pedro Crisólogo, hablando con el mismo Herodes, estas palabras: «El mismo dia que acabaste el de tu nacimiento, Juan nació para el cielo, y el tuyo se acabó y el suyo comenzó; porque el justo entonces comienza á vivir, cuando muere por Cristo; pues la vida del mártir no se pierde con la muerte, sino traspasa á mejor vida. Con la muerte resplandeció mas el que murió temporalmente. Tú, viviendo, mueres; y Juan, muriendo, vive. Tú ya has dejado y perdido aquella ropa de púrpura que traias; y san Juan siempre está vestido de aquella estola de inmortalidad que él mismo tiñó con su propia sangre. Tus convidados ahora son particioneros de tus penas; y Juan está sentado á la mesa del rey del cielo con los coros de los ángeles. Él oye perpetuamente la música y consonancia celestial; y tú oyes los aullidos y gemidos, y el crujir de dientes del infierno: y aquel que fué condenado y dado por precio del amor torpe de tu adúltera y de una muchacha bailadora, ahora goza en el reino eterno del premio de sus virtudes; y tú con ellas has recibido en el infierno el galardon de tu injusta sentencia. José, por huir de la mujer adúltera, dejó en sus manos la capa; y Juan, por no ver la adúltera, no solamente dejó el vestido exterior, sino tambien su cuerpo: José, por no cometer adulterio, de grado entró á la cárcel; y Juan, por reprender el adulterio, trocó el yermo por la cárcel. Justamente Juan es el mayor entre todos los nacidos de mujeres; pues no solamente reprendió el adulterio, pero tambien venció con el amor de la virginidad los honestos deleites del lícito matrimonio. Y si siendo san Juan tan grande, y estando tan apartado de mujeres en el yermo, no pudo escaparse de sus manos; ¿quién es el que viviendo entre ellas piensa poderse librar sin gran trabajo y sin gran cautela, si el Señor con su santo espíritu no le libra y no le tiene de su mano?» Todo esto es de san Pedro Crisólogo.

Mas no castigó Dios nuestro Señor á Herodes, y Herodías y á su hija, solamente en la otra vida con pena eterna (aunque solo este castigo bastara y es solo digno de temer); pero tambien en esta vida le afligió y deshonró y privó del reino, y tuvo grandes guerras con Areta, rey de Arabia, por haber repudiado á su hija, que era su legítima mujer, y tomado en su lugar á Herodías: y el ejército de Herodes fué desbaratado y deshecho, como lo escribe Josefo en el libro de sus Antigüedades, y despues fué desterrado á Leon de Francia, donde estuvo con Herodías: y habiendo desde allí huido hácia España, murieron consumidos de dolor, de angustia y quebranto de corazon: y de la muchacha bailadora, que por precio de su desenvoltura pidió la cabeza de san Juan, escriben el Metafraste y Nicéforo Calixto que murió de esta manera. Yendo camino en invierno con gran frio, quiso pasar á pié (por mayor seguridad) un rio que estaba helado: al pasar, quebrósele el yelo y hundióse la desventurada en el rio, quedando la cabeza sobre el yelo; y como estaba acostumbrada á bailar, movió el cuerpo de tal manera debajo de las aguas, que su cabeza quedó cortada con la fuerza del yelo, nó sin admiracion de los que lo vieron, y justo juicio del Señor, que (como dijimos) aunque aguarda, sufre y disimula

para que el pecador se convierta y haga penitencia; al cabo le hiere y castiga tanto mas fuertemente, cuanto fué mayor su paciencia y disimulacion. La muerte del santo Precursor fué cerca de la Pascua (como lo dice el Martirologio romano, y lo notó el venerable Beda); mas porque la Iglesia en aquel tiempo está ocupada en celebrar los sagrados misterios de la pasion del Señor, traspasó la festividad de la Degollacion de san Juan Bautista á los 29 de agosto, que es el dia en que la segunda vez se halló su preciosa cabeza; porque despues que los discípulos de san Juan supieron que su maestro habia sido degollado en la cárcel, tomaron su cuerpo y le sepultaron con gran sentimiento en Sebaste, que es Samaria, entre dos santos profetas, Eliseo y Abdías, y allí obró Dios por él muchos milagros, como lo refiere san Gerónimo sobre la profecía de Abdías.

De la cabeza de san Juan Bautista escriben Rufino y los autores de la Historia Tripartita, Beda y Simeon Metafraste, que Herodías la enterró dentro de su mismo palacio, temiendo que no resucitase y se tornase á juntar con el cuerpo, y de nuevo reprendiese su adulterio. Estuvo escondida muchos años, hasta que el mismo santo la reveló á ciertos religiosos, que por su devocion habian venido á Jerusalen, y de esta primera invencion se hace mencion en el Martirologio romano, á los 24 dias de febrero. Pero hoy á los 29 de agosto fué la segunda invencion de la sagrada cabeza: la cual se halló en tiempo del emperador Valente, y queriendo él llevarla á Constantinopla con la decencia y veneracion que convenia, nunca pudo; porque como era hereje arriano, no quiso Dios hacerle tan grande merced, reservándola para el piísimo y religioso príncipe Teodosio, el mayor; el cual trasladó la cabeza del santo Precursor con gran pompa y solemnidad á Constantinopla, y le edificó un suntuoso templo; y por esta razon se celebra hoy en la Iglesia de la Degollacion de san Juan Bautista: y tambien porque habiendo mandado el mismo emperador Teodosio que todos los templos de los ídolos se derribasen, viniendo este mandato á Alejandría siendo Teófilo, obispo de aquella ciudad, derribaron los cristianos el ídolo de Serapis, famosísimo, con grande sentimiento y llanto de los gentiles, y en aquel lugar fundaron una iglesia, y la consagraron este mismo dia al Señor, con nombre de San Juan Bautista, y allí pusieron sus santas reliquias, y con esto cayó en gran parte la supersticion y vano culto de los falsos dioses en aquella provincia, y comenzó á florecer mas nuestra santa religion. Pagó bien el santo Precursor á Teodosio su devocion, y el servicio que habia hecho; porque ántes que emprendiese la guerra peligrosa que hizo contra Eugenio, tirano, se recogió el buen emperador en el templo de San Juan Bautista, que él habia edificado para hacer oracion y tomarle por abogado y patron en aquella jornada: valióle tanto, que al tiempo que se dió la batalla entre Teodosio y Eugenio, tirano, salió de este mismo templo de San Juan Bautista un demonio, dando horribles alaridos y aullidos contra san Juan, diciendo estas palabras: ¿Tú me has de vencer á mí, y desbaratar mi ejército? (como lo refiere Sozomeno). Que es señal evidente del favor que el santo Precursor dió á Teodosio, pagándole con tan señalada victoria su devocion y servicio. Bien diferente de lo que el impío apóstata Juliano pretendió hacer contra las reliquias de este glorioso mártir; porque sabiendo los grandes y continuos milagros que Dios obraba en su sepulcro, pretendió quemar el sagrado cuerpo, y derramar sus cenizas, pensando por este camino poder extinguir la gloria de Cristo: y en efecto los gentiles sus ministros lo acometieron, y en parte hicieron lo que deseaban con gran furia é impiedad: mas proveyó nuestro Señor que algunos siervos en aquella sazon hubiesen venido de Jerusalen á Sebaste, donde se cometia aquel sacrilegio, los cuales mezclándose disimuladamente entre la otra gente, recogieron muchos de los huesos y de las preciosas reliquias de san Juan: y despues de la muerte de Juliano, quedó su sepulcro en pié, con grande veneracion y concurso de los fieles, como se saca de san Gerónimo. Despues con el discurso del tiempo la cabeza de san Juan Bautista se trajo á Roma, y se colocó en el monasterio de San Silvestre, donde al presente está, como lo dice el Martirologio romano: y por estar allí la cabeza de san Juan Bautista, se llamó la iglesia de San Silvestre *ad caput*, como lo notó el cardenal Baronio: al cual podrá leer el curioso lector en las anotaciones del Martirologio romano, y en el cuarto tomo de sus Anales: tambien al padre Canisio, en lo que escribió de san Juan Bautista contra los herejes de nuestros tiempos. Las reliquias de este gloriosísimo precursor, por devocion de los fieles se han repartido casi por todo el mundo, en Alejandría, en Ciro, ciudad de Siria, en Francia y en Italia: y san Paulino, obispo de Nola, las colocó en su iglesia, y san Gaudencio, obispo de Bresa, en la suya. El dedo con que mostró el santo Precursor al Señor, dicen que está en Malta, cabeza de la órden de los caballeros que militan debajo de su sagrado nombre, y sus cenizas están en la ciudad de Génova, en una capilla de la iglesia catedral de San Lorenzo, y son tenidas y reverenciadas con suma devocion, y Dios hace grandes milagros por ellas, especialmente cuando se embravece el mar, y poniendo las cenizas delante se amansa: y otras provincias y reinos ha enriquecido nuestro Señor con el precioso tesoro de las reliquias de san Juan Bautista, y obrado grandes milagros por su intercesion. Algunos de ellos refiere san Gregorio Turonense en el libro de la Gloria de los mártires, y los trae Lipomano. Fué el martirio del santo Precursor á los 33 años del Señor, y un año ántes de su pasion. Escriben de la degollacion de san Juan Bautista, á mas de los sagrados evangelistas, todos los Martirologios, el Romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y san Juan Crisóstomo en diversas homilías, y san Pedro Crisólogo, y muchos de los autores de la Historia eclesiástica que arriba quedan referidos.

SANTA SABINA, MÁRTIR.—El martirio de santa Sabina celebra la Iglesia á los 29 de agosto, y sacado del Martirologio de Adon, obispo de Viena, fué de esta manera. Fué santa Sabina romana, de ilustrísima familia, hija de Herodes Metalario, y mujer de un caballero principalísimo, llamado Valentino. Muerto su marido, recibió en su casa á una doncella cristiana y honestísima, por nombre Serafia, la cual con su buen ejemplo y sus buenas razones, la persuadió que se hiciese cristiana, y la encendió tanto con sus palabras en el amor de Jesucristo, que siendo presa Serafia por la fé y condenada á muerte, santa Sabina no se podia apartar de ella: y así la siguió hasta el lugar del suplicio. Vióla el presidente Berillo, y díjole: Mucho me maravillo, que olvidada de tu linaje y del padre que te engendró y del marido que has tenido, andes en hábito tan despreciado tras esta maga y hechicera que te ha enga-

ñado, y á muchos otros, y sacado de juicio. Respondióle santa Sabina: Quisiera yo, ó presidente, que tú hubieras oido á Serafia como la he oido, y probado sus verdaderas y vivas razones (que tú llamas hechizos); porque yo sé que dejarias la adoracion de tus falsos dioses, y conocerias al que solo es Dios vivo y verdadero, y remunera con vida eterna á los buenos, y castiga con perpetua pena á los malos. El presidente, aunque le desagradaron las palabras de Sabina, teniendo respeto á la calidad de su persona, la dejó. Fué coronada de martirio santa Serafia; y Sabina recogió sus reliquias y las guardó como un rico y preciosísimo tesoro: y de allí algunos dias fué presa y presentada á un juez, llamado Elpidio: el cual la afeó mucho, que siendo quien era, degenerase de su nobleza y sangre ilustre de su casa y de su marido, y como mujer baja y apocada viviese entre cristianos: y viéndola muy constante en la confesion de Jesucristo y que con grande libertad le respondia, la mandó degollar y confiscar todos sus bienes. De esta manera acabó esta vida temporal la gloriosa mártir santa Sabina, y comenzó á vivir aquella vida felicísima y sempiterna, que alcanzan los que saben tan bien pelear y vencer como ella supo. Los cristianos tomaron su cuerpo, y le pusieron en la misma sepultura, donde ella habia enterrado á su maestra Serafia. Padeció á los 29 de agosto, año del Señor de 122, imperando Adriano. Trae sus actos, y confirma lo que habemos referido el padre Surio en el cuarto tomo, y todos los Martirologios hacen mencion de santa Sabina, que en Roma tiene un suntuoso templo, en el cual el glorioso patriarca santo Domingo fundó un convento de su sagrada religion: á él va el primer dia de cuaresma el sumo pontífice, y da principio á las estaciones que en los otros dias siguientes se frecuentan en ella, con gran devocion de toda aquella santa ciudad.

* San Mederico, abad.—Nacido en Autun en el séptimo siglo, mostró desde niño grande amor á la virtud. No se ocupaba en las cosas propias de niño sino de su alma, y como contase solos trece años, dejó la casa paterna y vistió el hábito monástico. Tuvo que superar algunos obstáculos de parte de sus parientes, mas al fin entró en la abadía de San Martin de Autun. Mucho aprendió Mederico de aquellos monges, en la virtud y sobre todo en la caridad, humildad y obediencia. Nombrado prior de la casa dió ejemplo á los demás siendo en todo ejemplar. Su santidad era tan conocida, que no solo los monges sino tambien los seglares venian de los puntos mas remotos para consultarle, sometiéndose siempre á sus decisiones. Temeroso de que sus consultas le hiciesen caer en el pecado de orgullo, se retiró á un bosque léjos dos horas de Autun, permaneciendo mucho tiempo oculto en un lugar llamado ahora la celda de san Mederico. Allí estaba dedicado á la oracion y á los ejercicios de penitencia, hasta que descubierto su retiro se vió obligado á volver á su ministerio. Conociendo se acercaba su muerte se preparó para ella, dirigióse á París con uno de sus amigos, llamado Fradulfo, y fijó su permanencia en un arrabal de la villa, construyendo una pequeña celda al lado de una capilla dedicada á san Pedro. Tres años vivió en ella hasta que por último murió por los años 700. Fué Mederico enterrado en la dicha capilla de San Pedro, donde se edificó despues una grande iglesia colegial que lleva su nombre.

San Sebbó, rey y confesor.—Fué hijo de Seward, rey de los sajones orientales, y le sucedió en el trono el año 664. Era el sexto rey cristiano de aquel pais: fué el padre y el modelo de sus pueblos, no solo por la sabiduría y bondad de su gobierno, sino por las ilustres virtudes de que daba ejemplo. Viósele sobre el trono practicar cuanto la penitencia tiene de mas austero, y encontrar medio de hacer continua oracion. Despues de un reinado de treinta años, tan brillante como feliz, renunció la corona en favor de sus dos hijos Sigeardo y Senfrido, abdicacion que tenia proyectada hacia ya mucho tiempo, á fin de poder servir á Dios mas libremente, y de poderse preparar á la muerte de un modo mas perfecto. Su esposa imitó su ejemplo, y tomó el velo de religiosa, y el santo rey recibió el hábito monástico de las manos de san Erkonwald, obispo de Lóndres. Mandó distribuir á los pobres todos los bienes de que podia disponer. Tenia siempre presente en su espíritu el pensamiento de la muerte, pensamiento que hizo con el tiempo su mas dulce consuelo. Dos años despues de su abdicacion, murió Sebbó en Lóndres, en 697, conociendo la hora de su muerte tres dias ántes que sucediese, y siendo atestiguada su santidad por medio de muchos milagros. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de San Pablo, y junto á su tumba obró el cielo grandes maravillas.

San Adelfo, obispo y confesor.—Aprendió la ciencia de la religion en la escuela de los inmediatos discípulos de los apóstoles, y fué obispo de Metz. Dotado de celestial virtud y predicando continuamente el Evangelio, convirtió muchos paganos á la fé, y obró gran número de milagros que atestiguaron la vanidad de su mision. Despues de quince años de pontificado, descansó pacíficamente en el Señor, y su sepulcro fué tambien famoso en portentos. El emperador Ludovico Pio hizo levantar una magnífica iglesia para trasladar sus reliquias.

San Eutimio, y su hijo san Crescencio.—San Eutimio era romano. En tiempo del emperador Diocleciano fué instruido en la religion cristiana y bautizado con su esposa y su hijo por un presbítero llamado Epigmenio. Poco despues, la persecucion contra los fieles aumentó de tal modo, que la familia nuevamente cristiana, para sustraerse á ella, dejó la capital y se fué á Perusia para vivir en paz. El hijo Crescencio murió algun tiempo despues, teniendo solo once años, derramando su sangre por Jesucristo, y el padre gozoso con tener aquel tesoro en el cielo, no tardó en acabar pacíficamente sus dias, para irse á reunir con el hijo en la morada de los santos.

Los santos Niceas y Pablo, mártires.—Nada sabemos de ellos, mas que murieron en Antioquía de Siria, hallándose sus nombres en los mas antiguos Martirologios.

San Hipacio, obispo y mártir, y san Andrés, presbítero y mártir.—Eran dos amigos íntimos naturales de Lidia, y se ocupaban en enseñar á los muchachos la doctrina cristiana y las virtudes evangélicas. Despues abrazaron ambos la vida monástica en un monasterio de Asia, y tanto se distinguieron en él por sus muchas prendas, que el obispo de Efeso consagró á Hipacio obispo, y á Andrés sacerdote, encargándoles que fuésen á combatir con los herejes, con los impíos é infieles, á fin de aumentar así el rebaño de Jesucristo. Estando un dia en Constantinopla predicando en favor del culto de las santas imágenes, el emperador Leon Isauro los mandó prender y rasurar la cabeza, y en seguida hizo que colocándoles algunas imá-

genes de madera sobre ella, las pegasen fuego, y de este modo lograron los dos ilustres confesores la palma del martirio, el dia 29 de agosto del año 735, segun Baronio.

SANTA CÁNDIDA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Esta santa, romana de nacimiento, es de los primeros dias del cristianismo. El papa Adriano I le dedicó una iglesia, en la cual estuvo su cuerpo hasta que el papa Pascual I lo trasladó á la de Santa Praxedes.

SANTA BASILA, VÍRGEN.— Fué de Esmirna, cuya ciudad ennobleció con la efusion de su sangre. No sabemos la época de su muerte; pero seguramente es muy antigua, pues su nombre se halla continuado en los mas antiguos Martirologios de todas las Iglesias.

DIA 30.

LOS SANTOS FÉLIX Y ADAUCTO, MÁRTIRES.—En el tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano hubo en Roma dos santos hermanos, presbíteros, que ambos se llamaban Félix, y lo fueron no ménos en la vida que en el nombre. El mayor de estos dos hermanos fué preso por mandato de los emperadores, y llevado al templo de Serapis, para que adorase á sus falsos dioses: mas el santo mirando la estatua é ídolo de metal que estaba en el templo, le sopló en la cara, y al momento cayó y se hizo pedazos: y lo mismo le sucedió en el templo de Mercurio y en el de Diana: por lo cual el juez le mandó atormentar cruelmente en el ecúleo, para saber de él con qué hechizos habia derribado y hecho pedazos á sus dioses: y el santo respondió: Lo que yo he hecho, no lo he hecho por maleficio del demonio, sino por beneficio y virtud de Dios. El juez con saña y furor le hizo sacar fuera de la ciudad, por el camino que va á la ciudad de Ostia, donde estaba un árbol altísimo consagrado á los demonios, y cerca de él un templo para que en él Félix sacrificase. Llegado al árbol, hizo oracion el santo, y con grande confianza (como si hablara con otra persona) le dijo: Yo te mando en nombre de mi Señor Jesucristo, que arrancado de raiz, caigas sobre este templo que aquí está, y desmenuces el altar ó la estatua que en él está, para que de aquí adelante por tí no sean engañadas las almas. En acabando el santo su oracion, cayó el árbol sobre el templo y le arruinó, y el ídolo se desmenuzó de manera, que no quedó rastro de lo que ántes habia sido: lo cual sabido por el juez, le mandó degollar y dejar su cuerpo en el campo para que los lobos y perros le comiesen. Vióle llevar al martirio otro cristiano desconocido de los hombres y conocido de Dios: y entendiendo que iba á morir por Cristo, encendido de su amor, comenzó á decir en voz alta: En la misma ley que este vive, vivo yo: él confiesa á Jesucristo por Dios; yo le confieso por Dios: él quiere morir por él; yo tambien. Oyendo esto los ministros de justicia, echaron mano de él: y habiéndose primero llegado á san Félix, y dádole paz en su rostro, fué degollado juntamente con él. Los cristianos como no supieron el nombre que tenia, le llamaron en latin *Adaucto*, que es lo mismo que «añadido» ó «acrecentado;» porque se habia añadido y hecho compañía á san Félix, para recibir con él en el cielo la corona del martirio: y venida la noche tomaron sus sagrados cuerpos, y los sepultaron en una grande hoya que habia dejado aquel árbol grande y alto que habia caido sobre el templo por la oracion de san Félix. Quisieron los gentiles sacarlos de allí; mas el demonio entró en ellos y los atormentó, y despues en aquel lugar se edificó un solemne templo: el cual, estando maltratado le reparó san Juan, papa, como se ve en el libro de los Romanos Pontífices. Celebra la Iglesia la fiesta de estos mártires á 30 de agosto, que fué el dia de su martirio, año de 302, imperando Diocleciano y Maximiano. Lo que aquí queda referido se ha sacado del Martirologio de Adon; y los otros Martirologios romanos, el de Beda y Usuardo hacen mencion de estos santos (1).

SANTA ROSA DE SANTA MARÍA, VÍRGEN.—Entre los muchos tesoros de oro y plata que han dado á España las Indias occidentales y principalmente el reino del Perú, ninguno se puede comparar con el que dió al cielo en la gloriosa vírgen Rosa de Santa María, que es el primer fruto ó la primera flor, que como primicias de muchas que esperamos, se ha ofrecido á Dios en sus altares entre los santos que tienen culto en la Iglesia. Nació esta dichosa vírgen en la ciudad de Lima, cabeza del reino del Perú, á 20 de abril, año de 1586, de padres humildes y honrados. Afirmaba su madre que no habia tenido en el parto de esta hija los dolores y congojas que habia sentido en los partos de once hijos que habia parido; y notaron que las túnicas ó telas con que salió del vientre materno, no le servian como á los demas de fealdad sino de hermosura y gala. En el bautismo le pusieron por nombre Isabel, y en la confirmacion le mudaron en el de Rosa, por haberle visto á los tres meses en la cuna el rostro trasfigurado en una rosa hermosísima. Despues de algunos años, entendiendo la santa vírgen el suceso que le habia dado el nombre de Rosa, y temiendo como humilde y prudente ser celebrada por este nombre y el riesgo que esto la podia ocasionar, se encomendó á la Reina de los ángeles; la cual se le apareció con su Hijo en los brazos, y la dijo, que el gusto de su Hijo era que se llamase Rosa, y que añadiese á este nombre el apellido «de Santa María;» y desde entonces se nombró «Rosa de Santa María.»

Nunca la vieron llorar siendo niña, ni en los brazos de su madre, ni en la cuna, hasta que un dia, queriendo llevarla su madre á la casa de una señora que se la habia pedido, empezó á llorar con tanta fuerza al salir por la puerta, sin haber medio de acallarla, que fué menester volverse á entrar en su casa; y al punto dejó de llorar, y se convirtieron en risa las lágrimas, mostrando la niña que ya disgustaba de semejantes visitas, y gustaba de estarse recogida en su casa. Desde edad de tres años obraba de manera que parecia tener uso de razon, y arrojaba las flores de las virtudes que prometian á su tiempo copiosos frutos. Especialmente en la paciencia dió ejemplos que fueran admirables en una persona de muchos años y virtud; porque habiéndose maltratado mucho un dedo, que despues se le apostemó, padeciendo intensísimos dolores, y por muchos meses; ni al recibir el golpe, ni despues en la cura sangrienta, que causaba horror á los que la miraban, la vieron llorar ni quejarse, ni mudar el semblante ó hacer otra señal de sentimiento. Con la misma fortaleza sufrió en otra ocasion que la cortasen la ternilla de una ore-

(1) La villa de Villafranca del Panadés, reconocida al inclito soldado de Jesucristo, san Félix, por las innumerables mercedes recibidas por su poderosa intercesion, le venera muy devotamente, y todos los años celebra con la mayor pompa y magnificencia su fiesta.

ja que se le habia apostemado. Llenándosele le cabeza de empeines, la echó su madre imprudentemente polvos de soliman para atajarla el mal: abrasábasele la cabeza, y padecia extraño dolor, de manera, que sin poderlo ella escusar le temblaba todo el cuerpo: perdió el color del rostro y se desfiguró, y con todo eso, preguntada de su madre si tenia muchos dolores, respondia que no era cosa de consideracion, hasta que, descubriendo la cabeza, la hallaron llena de ampollas, postillas y llagas, pareciendo cosa milagrosa que una niña de cuatro años hubiese podido sufrir tales dolores sin quejarse. No hizo despues mas sentimiento en la cura que duró cuarenta dias; ni en un tumor que se le hizo teniendo seis años, en el nacimiento de la nariz, siendo necesario entrar la lanceta y sajar aquella parte; ántes parece que afligia Dios con dolores y enfermedades á la niña Rosa, para mostrar en su flaqueza la fortaleza y sufrimiento que puede dar su gracia.

En edad de cuatro años rogaba á una criada india, que en un retrete de su casa la pisase, escupiese y diese golpes, y que la cargase un grande peso de adobes, ó un madero, y con él andaba en un huertecillo, cayendo muchas veces con el peso, por imitar á Cristo con la cruz á cuestas. Cuando tenia cinco años empezó á despreciar las cosas del mundo, pareciéndole vil cuanto el mundo estima: á que le ayudó un desengaño que la dió el Señor por medio de un hermanillo suyo de siete años. Llenóla este un dia los cabellos de lodo: sintiólo mucho Rosa, y dió quejas á su hermano; á que respondió: ¿Por qué sientes tanto ver enlodados tus cabellos? ¿No sabes que los aborrece Dios, porque son lazos con que el demonio enlaza las almas de los hombres y las echa al infierno? No eran razones estas de un niño, aunque dichas por la boca de un niño; y así lo conoció Rosa, é hicieron tanta impresion en su alma, que empezó desde entonces á aborrecer sus cabellos y á temer el infierno y el pecado que podia despeñarle en él; y decia muchas veces: Jesus sea conmigo: Jesus sea bendito, amen: y repetíalo tantas veces, que con la costumbre, ni aun durmiendo dejaba de decir estas palabras. Finalmente, ilustrada con particular luz del cielo y abrasada ya del amor de Dios, y deseosa de conservar perpetuamente su pureza; á los cinco años de su edad hizo voto de virginidad, y se cortó los cabellos por no ser ocasion de culpas á ninguno. De seis años ayunaba á pan y agua miércoles, viernes y sábado.

Era obedientísima á sus padres, aun en cosas muy dificultosas y á que sentia gran repugnancia. Viniendo unas amigas de su madre á ver un huerto que tenia en su casa, tejieron una guirnalda de flores, y pidieron á Rosa que se la pusiese en la cabeza: rehusóla ella por disgustarle semejantes adornos; pero mandándoselo su madre, por no dejar de obedecer y mortificarse en el mismo adorno, se clavó la corona con un alfiler grande y grueso tan fuertemente, que no pudiendo ella sacarle despues, fué menester llamar un cirujano que se le sacase, con mucho sentimiento de la niña; nó del dolor que padecia, sino de ver descubierta su mortificacion. Mandóla su madre una noche poner unos guantes para hacerla suaves las manos: y aunque Rosa se excusaba de aquel demasiado aliño, insistiendo su madre, obedeció y se puso los guantes ántes de acostarse; mas apenas se durmió, cuando empezaron los guantes á calentarse y encenderse de manera, que la abrasaban las manos, y no pudiéndolos sufrir, se los quitó de priesa y los arrojó. Al arrojarlos vió que despedian de sí llamas de fuego tan vivas y encendidas, que alumbraron todo el aposento, y que al tocar los guantes en el suelo se apagaron aquellas llamas. Contó á la mañana á su madre lo que habia pasado, porque no la obligase otra vez á semejantes artificios que desagradan á Dios, por querer añadir hermosura fingida á la natural que él ha dado. Con todo eso, la madre que no entendia este lenguaje, queria que Rosa se aderezase y adornase como las otras doncellas de su edad, mas ella con oraciones y con las razones que dió á su madre, alcanzó que la dejase vestir un hábito grosero y honesto, y le trajo hasta que se vistió el de la tercera órden de Santo Domingo. Padeció Rosa contraccion de nervios: púsola su madre en las manos unas pieles, mandándole que no se las quitase, porque serian su remedio: túvolas cuatro dias padeciendo gravísimos dolores, sin quejarse ni hablar palabra: al fin de ellos quiso su madre ver si estaban ya sanas las manos, y hallólas hinchadas y llenas de llagas. Espantóse de que hubiese podido sufrir tanto tiempo aquellas pieles, y quejóse de que no se las hubiese quitado conociendo el daño que le hacian: y ella respondió que lo habia hecho por no desobedecerla, como le habia mandado que no llegase á ellas. La madre atribuia á simplicidad de su hija aquella prudente ceguedad con que en todas las cosas obedecia: quiso probarla viéndola hacer unas flores en su labor; y la dijo que no iban bien hechas así, que las habia de hacer al revés: obedeció Rosa, y habiendo sacado nó flores sino borrones, la dijo su madre: ¿Qué flores son estas? ¿No conoces que esto no vale nada? ¿Para qué gastas el tiempo sin provecho? A que respondió Rosa: Estas son, señora, las flores que me mandaste hacer, y las mejores que puedo hacer yo. Bien sé que no son flores, pero á mí bástame hacer lo que me mandas, y eso haré siempre, porque así no puedo errar. Con esto estimó mas la madre á su hija, y entendió que su obediencia, cuanto tenia de ciega, tenia de sabia, y que parecia necia de muy discreta. No solo á sus padres obedecia Rosa con grande puntualidad, mas á todos los de su casa, y mucho mas á su confesor. Sabiendo éste lo poco que dormia, y los achaques que le habian sobrevenido de sus largas vigilias, la mandó que durmiese cada noche á lo ménos cuatro horas. Procurólo aquella noche y no pudo cumplirlas; hizo nuevas diligencias la noche siguiente, y no pudiéndolo conseguir, tuvo tanto escrúpulo de no cumplir lo que la mandaba su confesor, aunque no estaba en su mano, que por consolarla hubo éste de suspender el mandato.

Socorria y sustentaba á sus padres con la labor de sus manos, en que duraba hasta la media noche, cuidando tambien de servirlos y asistirlos en todas sus enfermedades y necesidades, aunque ella estuviese enferma y necesitada de quien la sirviese y asistiese. En una ocasion se le pasmó un lado, y le faltaba la respiracion, y con todo eso estaba atareada á su labor de dia y de noche. Díjola una señora que mirase por su salud, y no se acabase la vida, y que descansase á lo ménos cuando estaba tan enferma, á que respondió: Yo no puedo faltar al socorro de mis padres en sus necesidades, sin grave escrúpulo de conciencia, aun que me esté muriendo.

Como iba creciendo Rosa en la edad, trató su madre de casarla, esperando hallar tal casamiento á su hermosura y discrecion, que pudiese aliviar la pobreza de su casa, y

fué así, porque muchos la deseaban por esposa, y entre los demás, una viuda noble y rica la pidió para un hijo único que tenia. Agradó mucho este casamiento á la madre, y concertóle con la viuda sin saber nada Rosa; mas cuando su madre se lo propuso, y vió que estaba tan adelante, sintiólo mucho, y con el mejor modo que pudo desengañó á su madre y la dijo, que ella habia escogido á Jesucristo por Esposo, y que no se casaria con hombre de la tierra aunque fuera rey, porque no era justo dejar á Dios por el hombre, y al Criador por la criatura. Sintió su madre sobremanera esta respuesta, viendo que se descomponian las conveniencias de su casa: tratóla muy mal de palabra y peor de obra, hasta arrastrarla por el suelo con grande impiedad. Al ruido acudieron todos los de la casa, y sabiendo la causa del disgusto, se volvieron contra la santa vírgen, y la dijeron mil injurias y baldones. En esta ocasion, ilustrada con superior luz, conoció que en lo restante de su vida habia de seguir los pasos de santa Catalina de Sena, y así la tomó por idea y ejemplar. Duró mucho tiempo la porfía de la madre y hermanos para que se casase y dejase aquel modo de vida singular que habia tomado, de tanta penitencia, retiro y oracion, llamándola embustera, hipócrita y alumbrada, diciendo que habia de venir á parar en la Inquisicion, y salir en auto público con deshonra de todo su linaje. Y su madre no cesaba de maltratarla de muchas maneras, padeciendo la purísima vírgen de su misma madre y hermanos con admirable paciencia este penoso y prolijo martirio, por conservar su virginidad y guardar la fé á su celestial Esposo; hasta que su madre, viendo que ni razones ni malos tratamientos aprovechaban, desistió de su intento y no quiso tratar mas á su hija del casamiento.

A los veinte años recibió el hábito de la tercera órden de Santo Domingo en el convento del Rosario de Lima, y con el hábito se vistió el espíritu de santa Catalina de Sena, cuya vida se hacia leer frecuentemente, observando las virtudes de aquella santísima vírgen, para hacerse un vivo retrato de ella. Pero juntamente le vino un escrúpulo nacido de su grande humildad, y era parecerle soberbia é hipocresía vestir un hábito tan santo, siendo tan pecadora, y parecer tan otra en lo esterior de lo que era en lo interior, y esto la hacia andar corrida y avergonzada, y procurar ocultar el hábito, hasta que un dia, haciendo oracion á la vírgen del Rosario en su capilla, en compañía de otras beatas, fué arrebatada en espíritu, y su rostro se volvió resplandeciente, y al volver del rapto, dijo á sus compañeras con grande gozo: Hermanas, amemos á Dios, pues se digna unirnos con estrechos lazos de amor. Desde entonces nunca mas la acometió semejante escrúpulo ó tentacion, y concibió nuevos alientos de servir al Señor, y empezó una nueva vida que hacia parecer imperfecta la pasada, con haber sido admirable. Era humildísima, despreciábase á sí, y queria que otros la despreciasen y tuviesen por la cosa mas vil del mundo, diciendo que merecia estar en el infierno, y que ese era su propio lugar por sus innumerables culpas, y si alguno mostraba no creerlo y tenerla por inocente, decia: Nadie me conoce á mí, yo sola me conozco y sé lo que soy.

Si sucedia en su casa alguna desgracia, todo lo atribuia á sus culpas; y si su madre ó hermanos la decian alguna palabra afrentosa, confesaba que mucho mas merecia ella por sus grandes pecados. Cuando se confesaba, siendo tal su vida, que los confesores se hallaban atajados sin saber de qué absolverla, por mas que recurriesen á la vida pasada, era tal su confusion, lágrimas y sentimiento de lo que á ella le parecia culpa, y á ellos muchas veces digno de alabanza, que quien la viera llorar y no la conociera, la tuviera por la mayor pecadora del mundo; y fuera de confesarse sacramentalmente muy á menudo, se iba siempre ántes de comulgar delante de una imágen de santo Domingo, y como padre espiritual de su alma, le decia sus culpas y le pedia remedio, y que le alcanzase de Dios gracia para enmendarlas. Ocupábase en su casa en los oficios mas viles, propios de las esclavas, juzgando que nadie la habia de servir á ella y que ella debia servir á todas. A una esclava que habia en su casa, llamada Mariana, la obligaba con ruegos é importunaciones á que la dijese palabras afrentosas, y la pisase y maltratase, riñéndola y reprendiéndola, y tratándola como ella merecia. Estuvo tres años huéspeda en casa de una señora principal y aficionada suya, y aquí se miraba como esclava de todos los que habia en aquella casa, hasta de las mismas esclavas, obedeciéndolas con el mismo rendimiento que si lo fuera; y nunca estaba mas alegre que cuando la mandaban con imperio y la reñian con aspereza, porque entonces juzgaba que la trataban como merecia.

No habia para Rosa cosa de mayor sentimiento, que verse estimar y tener en algo: y así, oyendo una vez que la alababan de virtuosa, lo sintió tanto, que se quedó desmayada. Alabóle las manos una mujer, diciendo que no las habia visto mejores en toda su vida; y al otro dia, buscando cal viva, se las lavó con ella con tal fuerza, que se le rugaron y llenaron de ampollas, de manera, que en mas de veinte dias ni se pudo vestir ni hacer labor con ellas. Aunque ocultaba cuanto podia sus penitencias y mortificaciones, por huir el aplauso; como ellas eran muchas y rigurosas, naturalmente se manifestaban en su rostro, porque la enflaquecian y quitaban el color natural, volviéndole macilento y pálido. Ofrecióselo que por aquí podria venir á ser estimada y tenida por penitente y caer en vanagloria, y rogó á Dios que de tal manera templase el color y disposicion de rostro, que ni pareciese hermoso ni penitente, y alcanzó del Señor lo que deseaba: porque por mas penitencias que hiciese, no las conocia quien no conocia á la santa; ántes tal vez fué tenida por regalada, alegrándose mucho la santa de ser hipócrita al revés del mundo, y parecer acomodada, siendo mortificada. Un dia se fué tan de prisa al convento del Rosario para oir misa, que se dejó un cilicio muy áspero en parte donde le podian hallar los de su casa; acordóse á la mitad de la misa, congojóse mucho, pareciéndole que por el cilicio se habia de descubrir su mortificacion, y dudando si dejaria la misa y volveria á su casa, al fin se determinó á quedar, y suplicó á la santísima Vírgen, delante de cuya imágen estaba, que escondiese el cilicio en parte donde no se pudiese hallar. Con esto se aquietó y prosiguió oyendo misa, y al volver á su casa halló el cilicio escondido en la parte donde habia deseado y pedido á nuestra Señora. Aun con mayor cuidado escondia las revelaciones y favores que el Señor la hacia, y no descubriéndolas á nadie, sino es á su confesor, para ser gobernada por él; y desde muy niña pedia continuamente á Dios, que no permitiese llegasen á saber los hombres los favores que su Majestad la hacia.

Toda su vida fué muy inclinada á la penitencia: pues,

como dijimos, de seis años ayunaba á pan y agua tres dias en la semana. A los quince hizo voto de no comer carne en toda su vida, sino es mandada de quien fuese superior, queriendo mortificar con la abstinencia el cuerpo y con la obediencia el alma. Convidaban algunas señoras á comer á su madre, para que llevase consigo la hija: sentia mucho estos convites; y no pudiendo excusarlos, comia carne porque su madre se lo mandaba; pero en acabando de comer, volvia cuanto habia comido con grandes bascas: y si le quedaba algo de estos manjares en el estómago, luego enfermaba. Mandábanla que comiese carne para sanar: pero sucedia siempre, que comiendo carne empeoraba; y con su abstinencia de pan y agua sanaba y convalecia, como se experimentó en muchos casos. Habiendo adolecido de una grave enfermedad, la mandó el médico comer un poco de gallina, para reparar su flaqueza: comió el primer bocado; y no pudo pasar el segundo, porque la dió un mortal accidente, y si no volviera luego lo que habia comido, reventara de congoja: comió pan y bebió agua, y luego lo abrazó el estómago, y sintió mejoría, y estuvo buena. Con tantas experiencias llegaron á desengañarse los de su casa, que su remedio era el ayuno; pero su madre no podia sufrir ver á su hija tan abstinente, y la reprendia ásperamente porque ayunaba tanto. Afligíase la piadosa vírgen viendo el sentimiento que ocasionaba á su madre, y no sabia qué debia hacer; pero en esta afliccion se le apareció Cristo nuestro Señor, y la exhortó á que prosiguiese en sus ayunos, que á su cuenta quedaba el cuidar de su vida. Quedó desde entonces con firme resolucion de proseguir en sus ayunos, sin dejarlos por respeto alguno; aunque por esto llegó su madre á poner en ella sus manos. Mandóla su madre que comiese con todos á la mesa; y ella obedeció con condicion que no la mandase comer mas de lo que su estómago abrazaba: dispuso con la esclava que le diese unas yerbas cocidas sin sal ni otro aderezo, y que tal vez echase en ellas algunas pasas porque pareciese á su madre comia algo de sustancia. Comia al parecer con gusto y sabor; pero en la verdad con desazon y tormentos; porque la misma vírgen buscaba las yerbas mas desabridas y amargas que podia encontrar, y las daba á la cocinera para que las cociese y trajese á la mesa, y aun algunas veces las sazonaba con ceniza. Encontró una yerba muy amarga: y pareciéndole que era buena para su regalo, la plantó en su huerto, y la cultivaba con mas cuidado que á todas las demás, diciendo que era medicina para curar de muchos achaques; y entendíalo bien para las pasiones mortificando el gusto y apetito. Hizo una bebida de verbena; que es una yerba amarguísima, y de esta bebia buena cantidad todos los viernes y vísperas de comunion, en memoria de la hiel y vinagre que dieron á Cristo, y cuando esta bebida faltaba, traia en la boca una yerba muy amarga, y la mascaba y tragaba el zumo de ella.

Usaba la santa dos maneras de ayunos: uno ordinario de pan y agua, y otro extraordinario, que llamaba su ayuno, en que no comia ni bebia nada en todo el dia; y este usaba muchas veces en los últimos años de su vida. Desde la Santa Cruz de setiembre hasta la pascua de Resurreccion, que son ayunos de la órden de Predicadores, comia solamente pan y agua hasta la cuaresma; y en ella no comia en toda la semana, sino es el viernes; y en este, cinco pepitas de naranja en memoria de las cinco llagas de Cristo, y bebia con ellas hiel. El pan, que comia en sus mas regalados ayunos, era tan poco, que enviándole una señora cada semana siete panecillos, para cada dia uno, de pan basto y grosero, por saber que gustaba de este, comia en toda la semana un panecillo y medio, y lo demás daba á los pobres. En una ocasion se estuvo cincuenta dias desde pascua de Resurreccion hasta la de Espíritu Santo sin comer mas que un panecillo, ni beber mas que un vaso de agua en todos ellos. Otra vez pasó los mismos cincuenta dias sin beber nada, comiendo solo un panecillo. Muy de ordinario ayunaba, desde el jueves al sábado, sin comer bocado. Otras veces estaba quince dias, y un mes, sin comer ni beber, sustentándose con solo el pan del Sacramento, y las palabras que proceden de la boca de Dios. No admitia cosa de regalo, ni lo abrazaba su estómago, ó por mejor decir, su espíritu. Obligáronla una vez á que probase una fruta; y un bocado solo que tomó la hizo tanto peso en el estómago, que la fué forzoso aliviarla de él; y por castigar esta, que llamaba glotonería, no comió ni bebió en diez dias. Pero lo que mas admira, es ver que con estos ayunos tenia fuerzas para trabajar y orar, y hacer otras penitencias, como si se sustentara con grandes regalos: ántes, como dijimos, el regalo la debilitaba y el ayuno la fortalecia, de manera que habia trocado esta vírgen los términos á las leyes comunes, y su comida era ayunar y su ayuno era el comer.

Hizo santa Rosa, siendo inocente, la penitencia que hicieron otros santos muy penitentes despues de muchas culpas. Desde niña usaba el cilicio y la disciplina con tanto rigor, que fué menester se le moderasen los confesores, y este rigor iba creciendo con los años. Despues que tomó el hábito de tercera de Santo Domingo, le parecia que estaba obligada á mas penitencia, y á imitacion de su santo padre, se disciplinaba todas las noches con cadenas de hierro hasta derramar mucha sangre: y buscando nuevos motivos para afligirse, una noche se disciplinaba por sus grandes culpas, que por tales tenia las muy lijeras, otra noche por las calamidades públicas, otra por las de la Iglesia, otra por los reinos del Perú y su patria Lima, otra por las ánimas del purgatorio, otra por los que estaban en el artículo de la muerte, otra por los que estaban en pecado mortal; y de esta manera tenia repartidos los dias de la semana con la penitencia y caridad, y si ocurria alguna particular necesidad, entonces se afligia con mayor rigor, pidiendo á Dios el remedio de ella. Algunas personas, que llegaron á entender estos rigores, la aconsejaban que los moderase, y ella decia: Hágolo por un Señor á quien debo tanto, que aunque hiciera mucho mas, no hiciera nada. Al fin la mandó su confesor que no se disciplinase mas con las cadenas de hierro: y ella alcanzó con muchos ruegos poder tomar con ellas cinco mil azotes, por reverencia de los que dieron á Cristo, en número de tantos dias: y alcanzada esta licencia, tuvo gran cuidado de no exceder de la obediencia, ni faltar á la permision; y enfermando algunos dias de los determinados, añadia en los dias que estaba sana, los azotes que habia dejado por estar enferma. Cumplido el número de los azotes, aunque dejó de disciplinarse con las cadenas, no dejó las cadenas; ántes las dobló y se las ciñó al cuerpo, cerrándolas con un candado y arrojando la llave donde no se pudiese hallar. Padecia gravísimos dolores del nuevo cilicio: y habiendo durado muchos dias en esta pe-

nitencia, le fué forzoso quitarse las cadenas por una enfermedad que le sobrevino: no podia abrir el candado, y temia mas que se descubriese su mortificacion, que todos los dolores que padecia: hizo oracion á Dios, pidiéndole remedio, y el candado se cayó de suyo y se cayeron las cadenas, que se habian entrado ya en la carne, dejándola muy llagada. En sanando de las llagas, se volvió á poner la cadena; pero sabiéndolo su confesor, la mandó que se la quitase. No pensaba en otra cosa la santa vírgen mas que en afligirse y atormentarse: porque se aborrecia con aquel odio santo que quiere Cristo nos tengamos á nosotros mismos; y así cuando le prohibian unos rigores, inventaba otros nuevos y mayores. Apretóse los brazos tan fuertemente con unos cordeles, que no podia hacer accion ni movimiento alguno, sin padecer gravísimo dolor, y sembró la túnica de menudos abrojos, con que heria y ensangrentaba todo su cuerpo. Habiéndola quitado todos los cilicios, la dió una persona devota un cilicio de cerdas, que la cogia todo el cuerpo: estimóle mas, que estimaran otros un vestido muy precioso: vistiósele, y pareciéndola que era muy suave, le entretejió de gruesos y penetrantes alfileres. Causábale este cilicio gran tormento, y la vino á ocasionar vómitos de sangre: por lo cual la mandaron los médicos y confesores que se le quitase. Obedeció; pero hizo otro cilicio no ménos molesto, aunque ménos nocivo, de angeo crudo, y le forró de gruesísimo pelo, y por disimular, labró las bocas de las mangas de lienzo delgado, con que parecia camisa lo que era cilicio. Causábale grandísimo calor, de manera que no le podia sufrir, y pesaba tanto, que no la dejaba andar; pero entonces estaba mas alentado y alegre su espíritu, cuando estaba oprimido y afligido su cuerpo. Solamente la cabeza y las plantas de los piés estaban exentas de estas mortificaciones, que hemos dicho; pero deseosa de imitar al Redentor, que como dice Isaías no habia en él sanidad desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza, tambien halló para estos su particular y grande tormento. Todas las veces que se encendia en su casa el horno para cocer el pan, se quitaba los zapatos y ponia la planta de los piés á la boca del horno, para que la llama, que salia por ella, la abrasase. Para imitar la corona de espinas del Redentor, mandó hacer una corona de estaño ajustada á su cabeza, y con unos cordeles que entretejió en ella, puso unos pequeños clavos y con esto coronó su cabeza, atravesando con los clavos sus sienes, con el dolor que se puede imaginar. Pareciéndole despues que el estaño, por ser metal fácil, no tenia tan fijos los clavos como ella deseaba; hizo hacer una planchuela angosta de plata, con tres órdenes de clavos soldados en ella, dándole á cada órden treinta y tres, en honor de los treinta y tres años de Cristo; y para que no embarazase el cabello que se clavasen bien los clavos en la cabeza, se lo quitó todo á navaja dejando solo un poco de cabello sobre la frente, para encubrir la corona por aquella parte y ocultar su mortificacion; y nuca se quitó esta corona, desde el dia que se la puso, hasta que murió, mudándola todos los dias, para hacer nuevas heridas, y para que estuviese toda la cabeza llagada. Quiso ponerse tambien corona de espinas; pero consultando á su confesor, la mandó que no lo hiciese.

Desde sus tiernos años dormia sobre unas tablas, teniendo un madero por cabecera: y acostándola su madre consigo, porque no usase este rigor, esperaba que se durmiese; y luego levantando la parte del colchon que le tocaba, se echaba sobre las tablas y ponia el madero por almohada. Permitiéndola despues su madre una cama de tablas, cubiertas con unas frazadas y con sus almohadas de lana; en entrando en su aposento á dormir, quitaba las mantas y ponia en lugar de almohadas un madero; y porque las tablas no quedasen llanas, ponia debajo unas piedras que levantaban unas tablas mas que otras, y sobre ellas dormia, sin poder dormir, sirviendo la cama de cruz mas que de descanso. Pareciéndole demasiado regalada esta cama, formó una de palos muy gruesos y desiguales, y puso sobre ellos unas tablas, y sobre las tablas pedazos de teja, que con sus puntas y corte herian y atormentaban su cuerpo. Tenia á la cabecera de la cama una redoma de hiel, y bebia de él ántes de acostarse, y temblaba de entrar en la cama, como si la pusieran en el ecúleo ó catasta, para atormentarla y desgarrarla las carnes, como á los mártires. Siendo tanta la mortificacion que tenia en tomar la hiel, decia, que era mucha mayor la que sentia en haberse de acostar en aquella cama. Una noche que estaba junto á ella temerosa y sin acabarse de resolver á acostarse, se le apareció Jesucristo nuestro Señor, y la dijo: Acuérdate que la cama que yo tuve en el calvario, fué mas dura y áspera que la que tú tienes. Desapareció el Señor, y quedó la vírgen llena de gozo, pareciéndole ya la cama, nó martirio, sino flores, nó tormento, sino regalo; y en esta cama durmió diez y seis años. Finalmente, parece increible la penitencia que hacia esta santísima vírgen, y su vida se puede llamar un continuado y penosísimo martirio, insoportable á las fuerzas humanas, pero posible y fácil á las que da el Señor á sus santos.

Una de las mayores tentaciones que padeció la santa vírgen, fué la del sueño, porque en poniéndose de noche ó por la mañana á tener su oracion, luego la asaltaba el sueño sin poderle desechar, por mas que variase posturas poniéndose ya de rodillas, ya en pié, ya postrada. Estaba como corrida de sí misma: y unas veces estando en pié se dejaba caer de golpe, para que el dolor de la caida no la dejase dormir: otras, arrimándose á la pared, daba golpes en ella con la cabeza: otras, se colgaba con las manos de dos escarpias de una cruz grande que tenia en su aposento, y estaba así pendiente en el aire por mucho tiempo, hasta que el sueño huia y la dejaba orar. El dolor de las manos de donde colgaba todo el cuerpo era intensísimo: con todo eso le parecia esta penitencia muy acomodada y discurrió otra mas penosa: clavó una escarpia muy grande en la pared de su aposento, una cuarta mas alta de lo que decia su estatura, y en acometiéndola el sueño, se colgaba en la escarpia de los pocos cabellos que la habian quedado, y así estaba pendiente con increible dolor, hasta que el demonio corrido la dejaba de tentar. De esta manera venció el sueño, é hizo que su cuerpo fatigado y afligido se contentase con dos horas de sueño, dejándole libres veinte y dos, de las cuales gastaba diez en la labor para sustentar á sus padres, y doce en oracion y ejercicios devotos; pero nunca perdia de vista á Dios, y muchas veces estando haciendo labor la veian levantar los ojos al cielo, y estar suspensa por grande rato. Aun estando durmiendo la oian decir muchas veces las oraciones con el mismo órden y concierto que cuando estaba despierta, de manera, que cuando dormian los otros senti-

dos, estaban despiertos los labios para alabar á Dios. Fué muy inclinada desde niña á la oracion; y á los doce años llegó á la íntima union con Dios, creciendo cada dia en esta union: pero no es esto de maravillar; pues empezó de ménos años á darse á la mortificacion y penitencia, que son dos alas con que las almas vuelan al monte de la contemplacion. Apenas se ponia de rodillas á orar, cuando se suspendia y entraba tan dentro de la divinidad, que ningun ruido que hiciese la divertia ni inquietaba. Tres dias solia estarse en dulce contemplacion, desde jueves por la mañana hasta domingo por la mañana, sin comer ni beber, ni moverse de un lugar, y ella misma decia, que en entrando en la contemplacion, se quedaba inmoble como si fuera un peñasco, y ni se podia mover en pié, ni moverse de donde estaba. Tenia determinadas horas cada dia para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos y usaba otro modo de oracion; y era traer á la memoria los atributos de Dios, y dar á cada atributo la misma veneracion que al mismo Dios. Pidió á un padre de la Compañía de Jesus muy espiritual y gran teólogo, que le apuntase en un papel los atributos que da la sagrada Escritura á Dios: señalóle ciento; y despues otro padre de Santo Domingo le añadió cincuenta; y ella los redujo á rosario, y le rezaba cada dia todo entero diciendo despues de cada diez atributos un *Gloria Patri*: y decia que habia experimentado ser este rosario de los atributos de gran terror y espanto para los demonios. Aconsejaba á todos el ejercicio de la oracion, como muy provechoso para la salvacion y perfeccion: por esto aconsejaba á todos que leyesen el libro de la oracion y meditacion del P. Fr. Luis de Granada varon insigne por su santidad y escritos, y por las innumerables almas que con ellos ha ganado para Dios. A los confesores y predicadores rogaba que á sus oyentes y penitentes les persuadiesen la oracion como remedio universal de todas las enfermedades del alma. Nunca dejó de rezar el rosario de nuestra Señora, y decia que en él se hallaban muy bien hermanadas la oracion vocal y mental, en la consideracion de los misterios de nuestra redencion.

Como era Rosa tan amiga de la oracion, no lo era ménos de la soledad, que es donde habla Dios al corazon á las almas puras. Antes de tener uso de razon y como por natural instinto, gustaba del retiro: despues en los años de su niñez, cuando otras niñas de su edad la convidaban á jugar, ella se excusaba y retiraba á algun rincon de su casa para rezar. Hallóla un dia un hermano suyo rezando en un aposento oscuro y sucio, y riéndose de ella porque gustaba mas de estar allí que jugando con las otras niñas, respondió con razones de mas edad que la suya: Déjame estar aquí á solas con mi Dios; porque yo sé que está conmigo, y no sé si gustará de estar donde están jugando. Siendo de mas años rogó á un hermano suyo que en su huerto la hiciese una pequeña hermita ó altar, entre unos plátanos que estaban arrimados á la cerca. Aquí se retiraba la santa á hacer oracion, siempre que le daban lugar las otras ocupaciones. A este huerto convidaba ella á su Esposo, y su Esposo la convidaba á ella como la esposa y esposo de los Cantares: y nunca quisiera Rosa salir de él por no perder tan dulce conversacion: pero su madre no la dejaba en este retiro, ni en su casa; porque la sacaba muchas veces á visitas sin poderlo ella excusar con ruegos ni razones. Un dia la avisó su madre por la mañana que habian de ir á una visita á la tarde: pidióla Rosa de rodillas que no la obligase á salir de casa: y no bastando ruegos ni razones para mover á su madre, usó de un medio bien extraordinario. Estaba el horno donde cocian el pan, junto á la puerta de la calle: y al salir Rosa se arrimó con disimulo á la losa que estaba en la boca del horno, y la hizo caer sobre su pié. Dióle tan gran golpe, que no pudo dar un paso adelante; y aunque padeció grandísimo dolor, fué mayor el gozo que tuvo de embarazar con él aquella salida. Despues que estuvo buena del pié, queriéndola su madre sacar de casa, tomó otro medio no ménos penoso y extraordinario; porque avisándola su madre que habia de salir, se estregaba los párpados de los ojos con pimientos, que allá son demasiado mordaces y activos, con que se le hinchaban los párpados, y se encendian los ojos de manera, que causaba horror el mirarla: salia para ir con su madre, y en viéndola de aquella manera, se veia obligada á dejarla en casa. Valióse de esta estratagema muchos dias, hasta que su madre lo conoció, y la maltrató mucho por ello, diciendo, que se ponia á gran peligro de perder la vista; pero respondió la vírgen una sentencia digna de que la tuviesen todas las doncellas en la memoria: Harto mejor me fuera á mí cegar que tener ojos para ver tantas vanidades y peligros como hay en el mundo. Con esto se templó la madre, y la prometió de no llevarla mas á visitas: y Rosa desde entonces solamente salia á oir misa y á confesar al convento del Rosario: y fuera de esto, ni á procesiones ó fiestas eclesiásticas quería salir: y preguntada por qué no salia á estas fiestas piadosas; respondió, que la ofendian mucho los trajes profanos de aquellos dias, y las palabras necias y cortesías vanas que se usaban en semejantes ocasiones. Aunque huia de visitar, no podia excusar el ser visitada; porque muchas señoras visitaban á su madre por ver á la hija; y no pudiendo ella excusarlo, introdujo que se hablase en estas visitas de Dios para que se sacase algun provecho de estas conversaciones, y se desterrasen las murmuraciones que son tan ordinario plato de las visitas. Díjola una amiga suya, que ya gustaria de las visitas, pues en ellas se hablaba de Dios: á que respondió: No gusto por cierto; porque aunque es bueno hablar de Dios, es mejor hablar con Dios.

Deseando retirarse del todo del trato de las criaturas, pidió licencia á su madre para hacer en su huerto una estrecha ermita, y habiéndoselo negado primero, lo alcanzó despues por singular favor de la Vírgen nuestra Señora. Fabricó la ermita que tenia cinco piés de largo, cuatro de ancho y seis de alto; y en esta sepultura de muerto, mas que habitacion de vivo, se dilataba su espíritu cuando se estrechaba el cuerpo; y así diciéndola un confesor suyo por ironía que era muy ancha la celda, y era menester estrecharla mas, respondió: Padre, aunque parece estrecha la celda, muy bien cabemos en ella mi Esposo y yo. Aquí desplegaba las velas de la contemplacion, y se engolfaba en los abismos de la divinidad: aquí la vió una señora muy espiritual arrebatada en éxtasis y cercada de resplandores. En esta celda estaba como en su centro ó como en su cielo, y llegó á ser tanto su retiro, que en el convento del Rosario la notaron que no iba á misa todos los dias como ántes: á que respondió, que no necesitaba salir de casa para oir misa; porque desde su celdita veia y oia cuantas misas se decian en el hospital de *Sancti Spiritus* y en el convento de San Agustin. Venian ejércitos

de mosquitos á la ermita, especialmente de noche; y aunque estos animalejos son tan enojosos por las picaduras y ruido que hacen, con todo eso, en entrando en la celda ninguno le picaba ni hacia ruido, como si quisieran guardarla el dulce sueño de oracion: y porque se viese que este comedimiento era respeto á la santa vírgen, si entraba la madre ú otra persona en la celda, luego se les llenaba la cara y manos de mosquitos, y les picaban y molestaban mucho. Admirábanse de ver que la vírgen Rosa no tenia señal alguna en la cara ni en las manos; y diciéndoselo un dia, respondió riéndose: Cuando yo me pasé á esta celda, hicimos concierto los mosquitos y yo, de que ni yo les molestaria á ellos, ni ellos me molestarian á mí: con que vivimos con tanta amistad, que ni me pican ni embarazan, ántes con su zumbido me ayudan á alábar á Dios nuestro Señor. Y así era; porque al abrir por la mañana la puerta y ventana de su retiro, decia á los mosquitos que se habian quedado dentro aquella noche: Ea, amigos mios, á alabar á Dios nuestro Señor. Y luego como si tuvieran uso de razon, salian de la celda y en coros hacian una música apacible y concertada, hasta que los enviaba á buscar su comida; y entonces callaban y se iban. Volvian á prima noche, y decíales. Ea, amigos, ántes de recogernos alabad conmigo al Señor; porque os ha sustentado hoy, y nos sustenta á todos: luego hacian su música semejante á la de la mañana, hasta que la santa los mandaba callar y recogerse. Vínola á visitar un dia soror Catalina de Santa María, beata de la misma órden de Santo Domingo: comenzaron los mosquitos á picarla, y ella mató á uno de ellos. Díjola la santa: ¿Qué haces, soror mia? ¿á mis compañeros matas? Y replicando ella, que mejor era llamarlos enemigos que compañeros, pues se cebaban en su sangre: dijo Rosa: ¿Qué mucho es que estos animalejos se sustenten de nuestra sangre, si su Criador nos sustenta con la suya? No me mates ninguno, que yo te prometo que tengan contigo la misma paz y amistad que conmigo. Y así fué; porque yendo despues muchas veces á ver á Rosa, nunca mas la molestó ni picó mosquito alguno, como ni á otras personas á quienes mandaba la santa que no picasen. Fuéla á visitar un dia soror Francisca de Montoya, beata tambien de la misma órden: temia entrar en la celda viendo tantos mosquitos; y la santa dijo: No temas, hermana, á los mosquitos; que solo tres te han de picar ahora en nombre de la santísima Trinidad; pero de hoy en adelante te aseguro que no te picará ninguno. Y así sucedió, que aquella tarde la picaron tres; y en otras muchas veces que volvió á ver á la santa no la picó ninguno. Tambien las aves obedecian á la santa, alabando á su Criador, cuando ella las mandaba cantar: y á los árboles convidaba á alabar á Dios: y ellos se inclinaban hasta la tierra, ó hiriendo unas ramas con otras, hacian un apacible y consonante ruido, formando de la manera que podian una música suave: y lo mismo hacian las plantas y flores.

Una de las virtudes que mas resplandecieron en esta santa vírgen, fué la caridad y misericordia. Siendo pobre, daba toda la limosna que podia, á los pobres, y mas de lo que podia; pues le sucedió tal vez ayunar á pan y agua ocho dias, por socorrer con lo que ahorraba de su comida, á una persona necesitada. Otra vez, dándola su madre treinta y seis varas de lienzo, para que dispusiese de ellas á su voluntad, las envió á dos personas pobres y virtuosas, quedándose ella sin nada. Riñóla su madre porque no habia guardado siquiera parte de lienzo para sí, pues lo habria menester si la viniese alguna enfermedad, respondió: Señora, esa es necesidad contingente, esa otra es cierta: y cuando llegue este caso confio en Dios que no me faltará. Supo que una pobre y virtuosa doncella no iba á misa por falta de manto, y envióla uno de dos que tenia su madre, y echando esta juicios de quién la habria quitado el manto, confesó Rosa el hurto y la causa; y conformándose la madre, la envió Dios despues otro manto y algunos buenos socorros de donde no podia esperarlos. Mas mostró su caridad en otro caso. Supo que una mujer principal, pobre y virtuosa, padecia gran necesidad y tenia un cáncer debajo de un pecho, sin poder llevar á su casa los médicos y cirujanos, por ser tan pobre y vivir muy distante del comercio de la ciudad. Fuése á su casa Rosa, y díjola, como su madre tenia un cuarto que alquilar, y le concertase y tomase y no cuidase del precio; porque ella le pagaria, y tambien á los médicos y cirujanos, y que la proveeria de medicinas y todo lo necesapio. Tomó el cuarto aquella señora: estuvo en él cuatro meses, hasta que sanó; y en este tiempo la santa vírgen buscaba limosna con todo secreto para pagar el cuarto cada mes, y para las medicinas, regalo de la enferma y todo lo demás necesario. Despues la rogó que en pago de esta buena obra no la descubriese á nadie. Cuantos podia, los traia á curar á su casa: y diciéndola su madre que mirase por sí porque se le podia pegar la enfermedad y morirse; respondia, que no era tan venturosa que mereciese que la matase la caridad, y que mirando por los pobres miraba por sí, porque miraba por Cristo á quien servian ellos. A los enfermos vecinos á su casa, servia y consolaba, y á cuantos pobres llegaban á su puerta, socorria segun su posibilidad: á los llagados curaba sus llagas, á los que veia rotos remendaba los vestidos, á otros lavaba los piés, y á todos consolaba con sus palabras. Habiendo curado un dia á una enferma llagada y leprosa, se le pegó al hábito un poco de materia tan pestilente, que entrando en su casa la sintió su madre, y la reprendió porque traia á su casa tan malos olores, y respondió ella: Cuando servimos á los enfermos somos buen olor de Cristo nuestro Señor. Asistiendo á otra enferma, la mandó el médico sangrar, y que guardasen la sangre hasta que él viniese: tardó dos dias en venir, y la sangre se convirtió en podre asquerosísima y pestilente: causóle grande asco á Rosa solo el mirarla, y comenzó á inquietarse el estómago y dar arcadas; mas ella corrida de sí misma, pareciéndola que aquello era contra la caridad se bebió toda la escudilla de podre y alcanzó de sí una gloriosa victoria.

De quien mas se compadecia era de los que estaban en pecado mortal; por conocer con la luz que Dios la comunicaba, cuán miserable era su estado. Lloraba continuamente su miseria, y rogaba á Dios que convirtiese á todos los pecadores: y aun decia, que padeceria ella sola todos los tormentos del infierno, como fuese sin culpa, porque ninguno se condenase. Por esto deseaba mucho que se predicase el Evangelio á los infieles y la penitencia á los pecadores. Ofrecióse á un confesor suyo ir á misiones, temia el viaje por los peligros que habia en él: consultólo con la santa; y ella le dijo: Vaya, padre mio, y no tema; vaya á convertir esos infieles, y mire que el mayor servicio que pueden los hombres hacer á Dios, es convertirle

las almas, y esta es obra propia de apóstoles. ¿Qué mayor dicha puede tener que bautizar, aunque no sea mas que un indezuelo, y entrarle en el cielo por la puerta del bautismo? Persuadia á todos los frailes de Santo Domingo, que se empleasen en este ministerio apostólico, diciéndoles, que no importaba ménos esto al espíritu de su profesion que el estudio de la sagrada teología; ántes la teología se ordenaba á esto como á fin. Decia tambien, que si le fuera permitido, se anduviera predicando la fé de un reino en otro, hasta convertir todos los infieles, y salia por las calles con un Cristo en la mano, vestida de cilicio, dando gritos para despertar á los pecadores y moverles á penitencia. Tenia determinado criar un niño huérfano, darle estudios y ordenarle de sacerdote, solo para inclinarle á convertir infieles y dar á Cristo un predicador, ya que ella no podia predicar. Sentia mucho que los predicadores no buscasen el provecho de las almas en sus sermones; y así predicando en Lima con grande aplauso un fraile de Santo Domingo del convento del Rosario con este estilo algo florido, la santa vírgen le dijo un dia con grande modestia y eficacia: Padre mio, mire que Dios le ha hecho su predicador para que le convirtiera las almas: no gaste su talento ociosamente en flores que es inútil trabajo. Pues es pescador de hombres, eche la red de manera que caigan los hombres; nó para coger el aplauso, que es un poco de aire y vanidad: y acuérdese de la cuenta que le ha de pedir Dios de tan alto ministerio. Mas ya que no se le permitia predicar, procuraba con una divina elocuencia, que Dios le habia comunicado aficionar á cuantos trataba, al amor de las virtudes y aborrecimiento de los vicios. Aficionósele un caballero locamente, y entró á hablarla en su casa con otro pretexto, pero ántes que él se declarase, le descubrió la santa los pensamientos con que habia venido, y le exhortó á hacer penitencia con tal eficacia, que aquel caballero volvió arrepentido de su mal intento, y con propósito de enmendar su mala vida, como lo hizo con raro ejemplo de toda la ciudad de Lima.

Con el ejercicio de estas y otras virtudes, mereció Rosa que Dios la hiciese grandes favores, y el mayor de todos que la desposase consigo. Representósele una noche en sueños Jesucristo en traje de maestro de cantería, y preguntóla si queria ser su esposa: y respondiendo ella que sí, dándola palabra se despidió, dejando unos pedazos de mármol para que los desbastara y puliera mientras volvia. Volvió despues, y disculpándose Rosa de no haber labrado y pulido los mármoles por su poca destreza, la dijo su Esposo: No creas que eres tú sola la que yo ocupo en el ejercicio penoso de labrar piedras, y vió muchas mujeres vestidas de ricas y preciosas telas de oro, cortando, labrando y puliendo muchas piedras y mármoles diferentes; y luego se halló ella vestida de la misma manera que las demás: y su Esposo la mandó que se ocupase como las otras en aquel ejercicio. Acabóse esta vision, representándosele Cristo sin aquel traje de cantero, pidiéndola que le guardase la fé, palabra y mano que le habia dado de ser su esposa. Despertó la santa, y á este favor se siguió otro, no ya en sueños, sino estando dispierta; porque haciendo oracion en el convento del Rosario delante de la imágen de nuestra Señora, la miró el niño que tenia la Vírgen en los brazos, con rostro apacible y risueño y la dijo: Rosa de mi corazon, tú has de ser mi esposa. No pudo sufrir su corazon el grande gozo que sintió con favor tan singular; y así cayó desmayada en el suelo: y recobrándose algo, mirando su bajeza y la grandeza de Dios, ni acertaba á hablar ni á callar, y no cabiendo en su corazon sus afectos, hablaba con un silencio elocuente, y callaba con una elocuencia muda; cuando oyó que la decia la Vírgen: Mira, Rosa, el favor que mi Hijo se digna de hacerte. Creció con esto la admiracion y el gozo mas de lo que se puede decir, y bastara para quitarla la vida si no fuera confortada de quien era favorecida. Para memoria de tan sigular favor y de que era esposa de Jesucristo, determinó hacer un anillo que fuese la señal de su desposorio: llamó á un hermano suyo, y sin descubrirle el secreto, pidió que le hiciese una medida para que pudiese fabricar el anillo el platero como ella le queria, advirtiéndole que en el hueco de la piedra habia de haber un Jesus y algunas letras, que declarasen el asunto por que el anillo se hacia. Dibujóle el hermano en un papel, y despues le preguntó Rosa, que letras le parecia se podrian poner allí. A lo cual respondió prontamente el hermano las mismas que le habia dicho el niño Jesus: Rosa de mi corazon, tú has de ser mi esposa: de lo cual quedó atónita, entendiendo que el mismo que se las habia dicho á ella se las habia hecho decir á su hermano. Hízose el anillo como la santa deseaba; y al dia siguiente, que era el jueves santo, se le entregó al sacristan del convento del Rosario, para que le pusiese en la urna donde habia de estar guardado el santísimo Sacramento. Allí estuvo hasta el dia de Pascua; y este dia por la mañana, estando la vírgen Rosa en la capilla donde se habian celebrado aquellas castísimas y divinas bodas, se vino á ella el anillo y le puso en el dedo del corazon, quedando llena de gozos celestiales, y confirmada con tantas demostraciones de que Cristo la habia escogido por esposa.

Quedó desde entonces la vírgen Rosa consagrada con tan grande desposorio, no como mujer de la tierra sino del cielo, á la cual miraba todo el cielo con especial cariño, Cristo como á esposa suya, María santísima como á esposa de su Hijo, los ángeles y santos como á esposa de su Rey y Señor; y así en lo restante de su vida fueron muy frecuentes los favores, regalos y visitas celestiales. Cuando estaba haciendo labor para sustentar á sus padres, se le apareció muchas veces Cristo nuestro Señor en forma de niño muy pequeño y se sentaba sobre la almohadilla: otras estando leyendo algun libro espiritual, si hallaba escrito el nombre de Jesus, se detenia y regalaba contemplando tan dulce nombre, y veia al niño Jesus pascarse por la plana. Si algun dia no venia su dulce Esposo, se lamentaba y quejaba amorosamente porque no venia y se detenia tanto. Padecia un dolor de garganta penosísimo: apareciósele Cristo, y para divertirla de sus dolores, quiso que jugasen á los dados, y que quien perdiese, hiciese lo que pidiese quien ganase: ganó Rosa la primera mano, y pidió al Señor le quitase el mal; y luego sanó de repente. Dijo el Señor que volviese á jugar, perdió Rosa, y el Señor la dió al punto tan intensos dolores, que sin ser mas en su mano, estuvo en un grito toda la noche. Tenia Rosa gran cuidado de criar unas albahacas para el servicio de los altares en las festividades del Rosario: una mañana que fué á regarlas muy temprano, las halló arrancadas y secas: entristecióse porque las tenia alguna aficion; y al entrar por una puerta, la salió Cristo al encuentro y la dijo: ¿Por qué te entristeces de ver tus albahacas secas? ¿No soy yo flor

del campo, y mejor para tí que todas las flores? Pues sábete, que yo las he arrancado y secado, para que tú pongas en mí únicamente el amor. Dicho esto, desapareció; y Rosa aprendió á poner todo su amor en Dios y no partirle con ninguna criatura: y cumpliólo tan perfectamente, que reveló Cristo nuestro Señor á una religiosa santa, que él tenia á Rosa dentro de su corazon, porque Rosa le tenia en el suyo sin admitir otra cosa. Arrobóse un dia la santa vírgen estando en su celdilla, y vió el suelo todo sembrado de rosas. Aparecióselo María santísima con sus hijo en los brazos; y el niño Jesus le dijo, que cogiese aquellas rosas: cogiólas Rosa y ofreciólas al mismo niño; pero él no quiso tomar mas de una rosa, y dijo á la santa vírgen: Tú eres esta Rosa: de ella tomo yo por mi cuenta el tener cuidado; de las demás dispon tú como quisieres. Quedó Rosa con este favor tan soberano tan fuera de sí, como asegurada de su salvacion, de que ántes habia padecido algunos temores. Entró en duda la santa vírgen, qué haria de aquellas rosas que el niño Jesus habia dejado á su disposicion. Ofreciósele hacer de ellas una corona: púsosela al niño con gran reverencia en la cabeza; y él mostrando que la admitia gustoso, mirando á la santa y riéndose, la echó su bendicion y desapareció. En otra ocasion sosegó Cristo los grandes temores que tenia Rosa de su salvacion diciéndola: Hija, ten buen ánimo, que yo á ninguno condeno, sino á aquel que quiere condenarse. Quedó desde entonces consoladísima, y nunca mas la acometió ni una leve duda de su salvacion; ántes tuvo firmísima esperanza de tres cosas, principalmente de que se habia de salvar, de que nunca habia de perder la amistad de Dios y de que la habia de favorecer en todas sus necesidades: y tenia tanta seguridad, que diciéndola un confesor suyo, por probarla, que no se asegurase tanto de su salvacion, sino que obrase con temor y temblor de que podia caer y pecar; respondió: Mi padre, con razon soy aconsejada que obre con temor y temblor en órden á mi salvacion: así yo pudiera obedecer, pero aunque soy gran pecadora, es tal mi confianza en la bondad y benignidad de mi Esposo, que no puedo dudar de que siempre me ha de favorecer, y nunca se ha de apartar de mí.

Con estos favores crecia cada dia el amor de Dios en Rosa, y con estos soplos se avivaba el fuego que abrasaba su corazon. Decíale á su Esposo amorosísimos requiebros, y continuamente enviaba al cielo saetas encendidas de fervorosísimas jaculatorias. Solia decir: Señor: ¿quién hay que no te ame? Mas ¿cuándo empezaré yo á amarte como debo? ¿Para qué es mi corazon Dios mio, sino se deshace en cenizas en el fuego de tu amor? No sabia hablar sino de Dios, y todo su deseo era persuadir su amor, y á todos convidaba á amar á Dios; aun á las criaturas insensibles, á los cielos, ángeles, hombres, brutos, elementos y plantas, les decia: Amemos á Dios: amemos á Dios: amor á Dios, Dios amor. Escribió algunos versos amorosos á su Esposo, y cantábalos con música sin saber música, acompañando la voz con la vihuela. No habia tocado jamás vihuela: halló una colgada, y la tocó como pudiera el mas diestro músico. Otra vez la halló sin cuerda ninguna, y tocó con tanta melodía, como si las tuviera todas. Sentia mucho cualquiera ofensa que se hiciese á Dios por leve que fuese, y como á quien le tocaba por esposa mirar por su honra, lloraba y se afligia por las culpas, y procuraba de la manera que podia embarazarlas. No podia sufrir que se hablase en los templos, perdiendo el respeto á tan santo lugar, y corregia con modestia á los que veia parlando en la iglesia. Sentia mucho cuando alguno por las calles cantaba coplas profanas, diciendo que no podia dejar de ofenderse á Dios con ellas. Decia que las lágrimas no se habian de verter sino por Dios por haberle ofendido. Viendo llorar un dia á su madre cierta desgracia, la dijo: ¿Qué hace, madre? ¿las riquezas desprecia del tesoro de Dios? ¿No sabe que las lágrimas solamente se han de derramar para lavar culpas, y eso por amor de Dios? Era para ella dia de grande alegría y consuelo, cuando se celebraban en los templos fiestas con grande solemnidad, culto y reverencia, por la honra que le resultaba á Dios. Habia una fiesta célebre en el convento del Rosario, y el predicador, por un accidente repentino que le dió, no podia predicar. Envióselo á decir á la santa, y que le pesaba, porque esperaba algun fruto del sermon. Rosa, considerando la celebridad que faltaria á la fiesta y honra á Dios, si faltaba el sermon, le respondió que predicaria, aunque seria con harta costa de otra persona, y fué á costa suya; porque el predicador se halló bueno y sanó algunas horas ántes del sermon; y la santa se halló desde entonces con una grande calentura, aunque no por eso dejó de asistir á la fiesta.

Con el niño Jesus tenia especial ternura y devocion: como se le aparecia tantas veces Cristo en forma de niño, considerándole desnudo y sin abrigo en el portal de Belen, ya que por su pobreza no le podia hacer vestido material de telas, oro y plata, le hizo un vestido espiritual que le es mucho mas agradable, de las telas que ella misma dice en un papel por estas palabras: «Jesus. En el año de 1616, comienzo con el favor y auxilio de Jesucristo y de su bendita Madre, á aparejar los vestidos á mi dulcísimo Jesus, que ha de nacer desnudo, frio y necesitado en el portal de Belen. La camisa se hará de cincuenta letanías, nueve mil rosarios y cinco dias de ayunos, en reverencia de la encarnacion santísima: los pañales se harán de nueve estaciones al santísimo Sacramento del altar, nueve partes del rosario, nueve dias de ayuno por los nueve meses que estuvo en el vientre de su purísima Madre: la mantellina será de cinco dias de ayuno, cinco estaciones y cinco rosarios enteros, en honra de su glorioso nacimiento: la faja se hará de cinco dias de ayuno, cinco estaciones y cinco rosarios enteros, en reverencia de su circuncision: serán los galones, frisos y bordadura de la mantellina y de las fajas, treinta y tres sagradas comuniones, treinta y tres misas que tengo de oir, treinta y tres horas de oracion mental y treinta y tres Padre nuestros y Ave-Marías, treinta y tres Credos con Gloria Patri, y la antífona de la Salve. Mas, treinta y tres partes del rosario, treinta y tres dias de ayuno, y tres mil azotes, en veneracion y reverencia de los treinta y tres años que vivió en el mundo. Por sus tiernas niñeces ofrezco mis lágrimas, suspiros y actos de amor, y con todo esto mi alma y corazon para dárselo todo, y no quedarme con cosa ninguna, porque conviene que yo no posea nada.» Maravillosa traza de vestir al niño Jesus, y con que todos por muy pobres que sean le pueden vestir, y por eso la he puesto aquí. A la imágen de nuestra Señora del Rosario, de la cual habia recibido singularísimos favores, hizo otros vestidos semejantes. Desde niña fué devotísima del santísimo Sacramento, y tenia una insaciable hambre de re-

cibirle. A los principios, la dieron sus confesores licencia para comulgar dos veces en la semana: despues, viéndola tan aprovechada, se la alargaron á tres: luego le permitieron que comulgase los dias de fiesta, aunque cayesen fuera de los tres dias: despues la concedieron que en las pascuas y solemnidad de Corpus comulgase todos los dias; pero nunca salia en esto, como en todo, de la obediencia de sus confesores. Preparábase para cada comunion, como si hubiera de ser la última de su vida; ayunaba la víspera, y tomaba una sangrienta disciplina, y el dia de la comunion se confesaba siempre con muchas lágrimas, como si fuera la mayor pecadora del mundo, siendo su vida inculpable é inocente; y finalmente, se disponia con fervorosísimos actos de todas las virtudes para recibir al Autor de la santidad. Con esto le entraba tan en provecho este divino manjar, que, como ella misma decia, no tenia palabras para esplicar los regalos, dulzuras y mudanzas que causaba en su alma. Y bien se manifestaban los afectos interiores del alma, por los esteriores que causaba la comunion en el cuerpo, porque fué visto muchas veces su rostro lleno de resplandores, despues de haber recibido la sagrada forma. Comunicábale tantas fuerzas y alientos este manjar, que muchas veces al ir á comulgar, iba sin fuerzas ni aliento, por la mucha flaqueza ocasionada de sus ayunos y penitencias; y despues de haber comulgado, volvia á casa con tanta lijereza, que su madre no podia seguirla. Ocupábase con grande gusto en labrar corporales y otras cosas que sirven para el santo sacrificio de la misa; y finalmente, deseó padecer martirio en defensa de este soberano sacramento.

Mas no fueron todos regalos y consuelos que el Señor la comunicó: hízola beber el cáliz amarguísimo de su pasion, y lo mas penoso de él y mas sensible para las almas amantes de Dios, que son los desvíos, desamparos, soledades y oscuridades con que Dios suele probar á los suyos. Eran tales estos en la vírgen Rosa, que no es fácil esplicarlos, porque ni ella tenia palabras para declararlos como eran. Hallábase como en una cárcel oscura y tenebrosa, donde no entra ni un rayo de luz, cercada de tinieblas, desmayos y desconsuelos. Parece que su memoria se habia olvidado de Dios, y su entendimiento no acertaba á discurrir en sus perfecciones, y su voluntad se hallaba como oprimida, sin poder levantarse á ejercitar los afectos del amor: y cuando mas se esforzaba á pensar en Dios, parece que se acordaba de él como de una cosa pasada y muy antigua, y que la miraba de léjos como entre unas nubes oscuras; y al querer acercarse á él, la ponia grillos para que no lo hiciese, no dejándola llegar, ántes despidiéndola y arrojándola de su presencia. Mientras duraron estos desconsuelos y turbaciones, estuvo en un martirio tan penoso y cruel, cual nunca le inventaron los tiranos, y apenas podia determinar si estaba dentro de sí, ó fuera de sí; ó si estaba en esta vida, ó en el infierno ó purgatorio, y ántes sufriera aquellas llamas de fuego que estos desamparos de Dios. En su mayor afliccion, le decia á Cristo, lo que Cristo á su Padre: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Pero nadie la respondia, ni aun parecia haber quien oyese sus quejas; solamente veia algunas veces una confusa luz de esperanza de que tendria fin su tormento, y sucederia algun consuelo á tanto desconsuelo. Padeció este martirio por espacio de quince años continuos, todos los dias una hora, y á veces mas, queriendo Dios nuestro Señor dar estas treguas á sus penas, para que no la quitase la vida el dolor. Si queria declarar á su confesor lo que padecia para que la diese remedio, no hallaba palabras con que esplicarlo, ni ellos la entendian, aunque consultó muchos varones doctos y espirituales. Participaba el cuerpo de las penas del alma, y por lo desfigurado del rostro, conoció su madre que Rosa estaba enferma: llamó á los médicos, hicieron varios remedios para curarla; aunque ella decia que eran sin provecho, porque su enfermedad no estaba en el cuerpo, sino en el espíritu. Un dia dijo á su madre, que padecia un fuego tan voraz, que ningun fuego de acá se podia comparar con él, y que las penas que padecia, no se podian esplicar con palabras, y que no las padecia en el cuerpo, sino en el alma, y eran bastantes á quitarle la vida, si Dios misericordiosamente no se la conservara. Viendo, pues, Rosa, que solo el médico que la habia herido la podia sanar, le pidió con grande instancia que no la tuviese crucificada en tan penosa cruz, ni la hiciese beber cáliz tan amargo. Entendió luego que gustaba Dios de que le bebiese; ya no le trocara por todos los regalos que la habia hecho en toda su vida, y deseaba tanto que llegase la hora de padecer, como ántes la temia, diciéndole á Dios con ánimo varonil y esforzado: No se haga, Señor, mi voluntad, sino la tuya. Despues que estuvo mas cursada en estos desamparos, decia, que al tenerlos le parecia ver á Cristo nuestro Señor, riguroso juez con un rostro airado, decir aquellas palabras: Id, malditos, al fuego eterno: y que temblaba y se afligia, como si á ella sola las dijera, y como si estuviera padeciendo entre los condenados del infierno. Despues de la hora ó tiempo de desconsuelo, se hallaba de repente como en otra region, llena de claridad y gozos inexplicables, en que se anegaba el alma unida con Dios, sin poder acordarse ni pensar, ni amar mas que á Dios, como si en un punto la hubiera sacado del infierno de entre los condenados, y llevádola al cielo entre los bienaventurados.

De María santísima, fué Rosa muy regalada y visitada. Padeciendo un tiempo por las mañanas grandísimo sueño, y sintiéndolo mucho, porque la embarazaba su oracion, pidió remedio á la Reina de los ángeles; y esta Señora venia todas las mañanas á dispertarla, y la decia: Levántate á la oracion, hija mia, que ya es hora. Una mañana respondió Rosa: Ya me levanto, Señora: y agravada del sueño, se volvió á caer sobre la cama; y María volvió segunda vez, y la dijo: Ea, hija, no estés perezosa, pues vengo á llamarte para tu oracion: levántate, que ya es hora. ¿Qué mayor favor y regalo puede ser, que este? Pero merecia estos favores Rosa, por el entrañable amor que tenia á esta Señora, porque no sabia hablar de ella sin lágrimas; persuadia á todos su devocion, traia siempre en la mano su rosario, y no se hallaba sin él, y le rezaba todos los dias, como dijimos, fuera de otras devociones y servicios que la hacia. Fué Rosa devotísima del ángel de su guarda, con el cual comunicaba sus penas y consultaba sus dudas. Acometióle una noche un dolor de estómago tan fuerte, que temió perder la vida; consultó con su ángel de la guarda, qué remedio haria, y la resolvieron que fuése el ángel á casa de don Gonzalo de Maza, de cuya casa eran muchos los padres de Rosa, y trajese un poco de chocolate. Dentro del tiempo que bastaba para hacerle, vino un negro de don Gonzalo, que traia un poco

de chocolate con unos bizcochos; llamó á la puerta, y la madre de Rosa, sabiendo el accidente de su hija, y que el cocholate venia para ella, sin haberle enviado á pedir, la preguntó, quién habia avisado de su accidente en casa de don Gonzalo, y pedido el chocolate. Y Rosa, apretada de su madre, dijo, que el ángel de su guarda lo habia ido á pedir. Habia de caminar cierto religioso con un prelado eclesiástico un viaje muy largo: fuése á la vírgen Rosa, y rogóla que le encomendase á Dios para que tuviese buen viaje: prometiólo hacerlo la santa, y el religioso se partió con el prelado y otras personas, y en el discurso de trescientas y cincuenta leguas, que hay desde Lima á Potosí, les sucedió todo felizmente, como lo podian desear, aunque el camino es áspero y peligroso; mas pasando adelante en ochenta leguas, les sucedió todo al contrario, y padecieron tantos trabajos y peligros, que estuvieron muchas veces para dejar el camino y volverse. Quejóse despues el religioso á la santa, diciendo que parecia no haber continuado el encomendarlos á Dios, pues habian padecido tan gran mudanza en el camino: á que respondió ella, que desde Lima á Potosí los habian acompañado los ángeles, como ella se lo habia suplicado, pero que despues los dejaron los ángeles, porque procedian de otra manera desde Potosí adelante, que desde Lima á Potosí: y luego le refirió al religioso cuanto les habia sucedido en el viaje, como si hubiera estado presente. Santa Catalina de Sena favoreció singularmente á Rosa, visitándola muchas veces, y tratándola con tanta familiaridad, como pudiera una amiga con otra, ó una hermana con otra hermana, y por sus ruegos hizo algunos milagros.

No podian sufrir los demonios tanta santidad en Rosa, y rabiaban de envidia, por verla tan favorecida de Dios y de sus santos y ángeles; y así la maltrataban y afligian mucho en aquel su retiro. Mas ¿qué puede el demonio contra los que defiende Dios y tiene debajo de sus alas? Una vez vino á la ermita de la santa en figura de un alano disforme y fiero, que centelleaba fuego por los ojos. Estaba Rosa orando; y en viendo al alano conoció quién era, y le despreció y perseveró sin miedo ni turbacion en su oracion. Acometióla el demonio, como para tragarla; y cogiéndola del hábito, la arrastró por el suelo, hasta que ella dijo lo del salmo: « No entregues, Señor, á las bestias las almas que te confiesan: » y con esto huyó aquella bestia, vencida de una mujer. Otra noche le apareció el demonio en figura de un hombre muy fiero; y no haciendo la santa caso de él, la dió una bofetada con mucho ruido, pero sin hacerle daño. Rióse la santa vírgen, y volvióle el otro carrillo, para que le diese otra; pero él desapareció, no pudiendo ver tan grande humildad y mansedumbre. Otra vez vino en figura de un jayan disforme, con un peñasco en la mano: tirósele á la santa: y aunque la derribó en el suelo y parecia la habia de hacer pedazos con el golpe, no la hizo daño ninguno; ántes se levantó luego riendo y haciendo burla de él. Llamaba al demonio por mas desprecio *sarnoso*, y así, cuando la queria hacer algun daño, decia: Ya viene el sarnoso; pero no ha de llevar nada de lo que pretende. Leia muy de ordinario la santa vírgen en las obras del P. fray Luis de Granada, y el demonio por darle pesar y moverla alguna impaciencia, la cogió un dia los libros, y rasgó todas las hojas, y las echó en el lugar mas indecente de la casa. Buscó Rosa sus libros: y hallando algunas hojas rasgadas, conoció luego el autor; pero haciendo una breve oracion, encontró sus libros limpios y enteros, sin faltarles hoja ninguna. Entrando en un aposentillo oscuro, sintió algun horror, y se le erizaron los cabellos: cerró las puertas tras sí; y el demonio echó por defuera el cerrojo, y empezó á hacer ruido dentro del aposentillo: mas la santa por vencer mejor aquel miedo, que al principio la habia asaltado, apagó una luz que llevaba, y empezó con grande ánimo á desafiar al demonio, para que atormentase su cuerpo, cuanto Dios le permitiese. Apareció luego el demonio en forma de gigante, y luchó con ella, apretándola entre sus brazos, con tanta fuerza, que todos los huesos de su cuerpo parecia haberse desencajado y hecho pedazos; pero la santa despreciaba todas sus valentías y fieros, y él desapareció corrido y avergonzado, quedando ella sana, aunque muy fatigada de la lucha. Mas peligrosas fueron otras batallas, en que el demonio procuraba hacerla caer en alguna culpa; y mas gloriosas las victorias que consiguió de él. Yendo una tarde á su ermita, vió venir hácia sí un hombre de buen talle y disposicion que salió de entre los árboles de su huerta: asustóse la purísima vírgen, viendo en tal lugar un hombre que no conocia, y mucho mas cuando vió que con palabras y acciones lascivas la provocaba á mal: volvió las espaldas turbada y temerosa; y entrándose en su casa, y cerrando la puerta del huerto, tomó una disciplina tan rigurosa con una cadena de hierro, que corrian arroyos de sangre de sus espaldas, hasta regar el suelo. Quejábase amorosamente de su Esposo entre los azotes, mezclando lágrimas con la sangre, porque la habia desamparado y dejado en tan grande riesgo diciéndole, que si él estuviera presente, no se le atreviera tan fea y abominable tentacion. Aparecióse Cristo, y díjola: Rosa, ¿parécete que hubieras conseguido la victoria, si yo no estuviera contigo? Y con esto desapareció: y entendió la santa, que no desampara Dios en sus aprietos á los que le sirven, ni está ausente cuando se padece la tentacion, sino cuando se le da consentimiento.

De los hombres tambien padeció muchas tribulaciones y trabajos: porque fuera de los malos tratamientos de su madre, que duraron muchos años, y eran muy sensibles por ser de persona tan propia; sus confesores tambien á los principios, ó por no conocer su espíritu, ó por probarle, la daban á entender que su espíritu no era seguro, y sus revelaciones eran delirios que nacian de flaqueza de cabeza por sus demasiados ayunos y penitencia. Afligian mucho y turbaban á la santa los temores de ser engañada, y andaba muy desconsolada; pero juntamente se hallaba tan contenta con estos descosuelos, que diciéndola una señora, por qué no pedia á santa Catalina de Sena, su devota, la alcanzase de Dios que la librase de estas tribulaciones y trabajos; respondió: Si yo pidiera eso; me respondiera la santa: ¿Por qué quieres tú caminar por otro camino, que el que yo caminé para llegar á la gloria? Y así no se lo quiero pedir sino imitarla en el padecer; porque yo me hallo gustosa con estos trabajos, y aunque fueran mayores, los padeciera con gusto. Despues examinaron muy de propósito su espíritu, y le aprobaron y alabaron el doctor Juan del Castillo, varon doctísimo, aun mas en la teología mística que en la medicina que profesaba, cuatro padres de Santo Domingo y dos de la Compañía de Jesus; y todos sus confesores, de los cuales fueron cuatro de la Compa-

ña de Jesus, la estimaron y veneraron como á alma escogida de Dios, para obrar en ellas muchas misericordias.

Llegando la vírgen Rosa á los treina años de su edad con el colmo de virtudes y perfecciones que hemos dicho, aquel misterioso Cantero la quiso labrar y perficionar mas como á piedra preciosísima, con nuevos golpes, para colocarla en el edificio de la celestial Jerusalen: envióla una enfermedad tal, que la hizo olvidar todas las enfermedades que habia padecido en su vida, con haber sido muchas y muy graves y penosas: no tenia parte en su cuerpo, que no padeciese algun particular dolor y tormento; y decia ella, que estaba como en una penosísima cruz, y se admiraba como cabia en un cuerpo tanta multitud y diferencia de dolores. Desahuciáronla los médicos; y la santa dijo, que no moriria de aquella enfermedad; pero que los mas de los accidentes de ella le durarian hasta su muerte: y así fué, porque aunque los médicos se cansaban en curarla, sus males no estaban sujetos á la medicina, como ella misma dijo á su confesor; porque eran fuera de las leyes comunes de la naturaleza: y añadió, que la mejor cura seria la paciencia de Job, la cual habia bien menester. Padeciendo tanto, era admirable su paciencia, y solia decir: Haga el Señor lo que fuere muy de su voluntad; que yo gustosamente padezco estos males, y ni deseo vivir, ni rehuso morir. Otras veces le decia á Dios: Señor, mas y mas trabajos, mas y mas dolores: cúmplase vuestra santísima voluntad: añadid dolores; pero añadid tambien paciencia. Dijo algunas veces, que tenia mucho consuelo en tantos males, por saber que venian de mano de su Esposo, y porque se habian de pagar á peso de gloria. Habiale Dios revelado que moriria al dia de san Bartolomé; y desde que lo supo celebraba con grande alegría su fiesta: y preguntada de su madre la causa, respondió que lo hacia porque habia de ser su desposorio en dia de san Bartolomé. No lo entendió su madre entonces; pero cuando murió Rosa, conoció que hablaba de las bodas con el Esposo celestial. Un año ántes de su muerte, estando en casa del contador, don Gonzalo de Maza, tratando con la mujer del contador de la muerte dijo: Yo, señora en esta casa tengo de morir; no en casa de mis padres. En otra ocasion cuatro meses ántes de su muerte, dijo á la misma mujer, que habia de morir dentro de cuatro meses, y que los últimos dolores que la habian de quitar la vida, serian atrocísimos y sobre todo una sed ardiente y mortal. Tres dias ántes de su última enfermedad se retiró á su ermita, y en versos dulces como blanco cisne, cantó los últimos anuncios de su muerte; luego al primero de agosto, estando en casa del contador don Gonzalo, la dió la última enfermedad, que se fué agravando hasta el dia 21 de agosto, en que recibió el viático con grande devocion y ternura, quedando desde entonces con el rostro tan agradable y risueño, que causaba admiracion á cuantos la miraban. Pidió la extremauncion, y despues hizo la protesta de la fé, y rogó á un religioso que la dijese la forma de perdonar á los enemigos: y ella teniendo un crucifijo en las manos, repetia lo que su confesor iba diciendo; y concluyó con las palabras de Cristo en la cruz: «Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.» Luego pidiendo perdon al contador, del mal ejemplo que les habia dado y molestias que les habia causado con su enfermedad, diciendo, que ya le faltaban solamente dos dias. Como se iba acercando á su muerte, se le iban aumentando los dolores, y el mayor alivio que tenia era repetir muchas veces: Señor, abrasa, atormenta, aprieta y no perdones; que aunque mas me maltrates y atormentes, todo es poco para lo que merecen mis pecados. Regalóla el Señor mucho en la última enfermedad, y especialmente en los tres dias últimos, manifestándola los inmensos y eternos gozos que la esperaban: le dijo á un religioso de Santo Domingo que estaba á su cabecera: ¡Ay padre, qué cosas dijera de la gloria, regalos y delicias que me esperan si la brevedad de la vida me diera lugar! Habia enfermado su padre en aquellos dias, y pidió que se le trajesen para que la bendijese ántes de morir, y él y su madre la echaron su bendicion. Luego dió á sus hermanos buenos consejos, y rogó á los presentes que la llevasen á morir á su penitente cama, ó la pusiesen en el suelo, ó sobre unas tablas: y no pudiéndolo conseguir, pidió á un hermano suyo que le quitase á lo ménos las almohadas, para arrimar la cabeza á las barandillas de la cama, é imitar en algo á su esposo Jesus que habia muerto en un madero. Víspera de san Bartolomé á las ocho de la noche pareciéndole á su confesor el venerable P. Fr. Juan de Lorenzana, de la órden de Santo Domingo, que daba treguas la enfermedad, quiso ir á su convento; y la santa le dijo: Sepa mi padre, que esta noche me he de ir á celebrar al cielo la fiesta de san Bartolomé: ya del cielo me han convidado; ¿no será bueno ir, pues tengo las puertas abiertas? Quedóse el confesor, y llegada la media noche, hizo señas que la diesen la vela bendita, para salir con luz encendida al encuentro de su Esposo, y á un hermano suyo hizo señas tambien que la quitase las almohadas; y luego, estando diciendo la recomendacion del alma en su entero juicio, clavados los ojos en el cielo, diciendo, Jesus, Jesus sea conmigo, espiró y entró en compañía de las vírgenes prudentes, á celebrar perfectamente en el cielo con su Esposo las bodas que ántes habia empezado á celebrar en la tierra, siendo de edad de treinta y dos años, y poco mas de cuatro meses, años de 1618. Una persona muy sierva de Dios, que asistió á su tránsito, vió cercada su cama de ángeles, y que al poner el cuerpo en el féretro, cantaban con grande armonía. Otra persona vió la sala, donde pusieron el cuerpo, llena de luces y resplandores celestiales. No quiso Dios que hubiese tristeza en la muerte de tan santa vírgen; y así la madre, que ántes de morir su hija estaba inconsolable, despues que murió, mudó la tristeza y lágrimas en gozo y alegría: efecto de la oracion de Rosa, que ántes habia pedido esta merced á Dios que consolase á su madre.

Fué tan grande el concurso y devocion del pueblo, que luego concurrió al amanecer á venerar su cuerpo, tocar rosarios, y llevar, si pudiesen, alguna parte de sus reliquias, que fué necesario poner guardas para que no la despojasen de sus vestidos. Infundia su vista gozo y veneracion en cuantos la miraban, y su rostro estaba hermoso y risueño. Repararon esto muchos: y diciéndoselo al venerable P. Fr. Juan de Lorenzana, que habia sido mucho tiempo su confesor, prorumpió en estas voces: Bienaventurados los padres que te engendraron: bienaventurada la hora en que naciste: bienaventurada hija de santo Domingo, que ahora estás gozando de la bienaventuranza de tu Criador. Moriste, como viviste: no perdiste la gracia bautismal en todo el discurso de tu vida. Al cielo subes

con la pureza misma que sacaste de las aguas del bautismo: sigue ahora, adonde quiera que fuere, al divino Cordero. No pudieron sepultarla hasta el dia 27 de agosto, tres dias despues de su muerte; porque el concurso del pueblo crecia con los que venian de los lugares circunvecinos, y la devocion con muchos milagros, que Dios obró por ella, ántes de sepultar su cuerpo. Reveló Dios á muchas personas devotas la grande gloria de su sierva, y ella se apareció á diversas personas gloriosa y resplandeciente: y el doctor Juan del Casillo dijo á un religioso, que habia sido confesor de la santa, que llegarian á cincuenta las veces que se le habia aparecido poco despues de su muerte.

Son innumerables los milagros que esta gloriosísima vírgen ha hecho, despues que subió al cielo, sanando de todas enfermedades, resucitando muertos y obrando otros prodigios singulares, que yo dejo por brevedad. Lo que no dejaré de decir, es, que despues de muerta ha hecho la santa los milagros mayores y mas agradables á Dios, que son conversiones de pecadores: y religiosos de diferentes religiones llevaron muchas limosnas á la madre de la santa, diciendo, que se las habian dado algunas personas agradecidas á su santa hija, por haberlas Dios sacado por su intercesion del mal estado en que vivian. Es muy singular lo que sucedió á un pecador obstinado y entregado á todo género de vicios, que frecuentaba los sacramentos en pecado mortal, por encubrir con tan sacrílega hipocresía sus grandes maldades. Sabia un amigo suyo su mal estado: y compadecido de él, estando un dia delante del sepulcro de la vírgen Rosa, la encomendó muy de veras aquel pecador, suplicándola que le alcanzase de Dios luz para conocer sus culpas, y gracia para dejar su mal estado. Luego que el amigo hizo esta oracion, aquel hombre, como si dispertara de un profundo sueño, ó saliera de un lugar oscuro y tenebroso, con una nueva luz que alumbró su entendimiento, conoció su mal estado y empezó á llorar sus culpas, á proponer dejarlas, y con grande arrepentimiento hizo una confesion general y se mudó de manera, que despues lloraba las culpas veniales, como si fueran mortales, y vivió y murió santamente, siendo ejemplo de la ciudad de Lima. El padre Antonio de la Vega, de la Compañía de Jesus, decia, que por las confesiones que habia hecho, habia conocido evidentemente, que la vírgen Rosa desde el cielo habia convertido muchas almas á penitencia; y que esto tenia por argumento grande de su admirable santidad; y Fr. Bartolomé Martin, prior del convento de la Magdalena de Lima, dijo lo mismo, y que por cartas se sabia, era innumerable la gente que se convertia en el reino por intercesion de la vírgen Rosa. Fr. Pedro de Loaysa, del convento del Rosario, depuso que dos mujeres entregadas á los vicios, habian dejado su mala vida y mudádola en otra muy ejemplar, encomendándose á la vírgen Rosa. Una mujer, oyendo leer por entretenimiento su vida, sintió en sí tan grande mudanza, que propuso desde entonces servir muy de veras á nuestro Señor. Finalmente, Rosa consiguió muerta lo que habia deseado viva, que era predicar para convertir pecadores: porque desde el sepulcro, ó (por mejor decir) desde el cielo, convirtió innumerables pecadores.

Uno de los dones singularísimos que Dios concedió á esta gloriosa santa, fué el espíritu de profecía: porque á unos descubria lo que habian pensado en su corazon: á otros manifestaba lo oculto; y á otros decia lo que habia de suceder: de que hay en su vida muchos ejemplos, y yo traeré uno solo por venir acompañado con una milagrosa conversion, y pondrélo con las mismas palabras con que lo cuenta el padre maestro Valdecebro en la Vida de santa Rosa. «Acudia al convento del Rosario de Lima una dama tan vana, que toda su ocupacion y cuidado eran galas y nuevos usos, con nuevos gastos y lazos nuevos para el demonio; porque son verdugos de la honestidad, cuchillos del honor y muerte de muchas almas. Veíala muy de ordinario Rosa: y censurando su confesor estos excesos con la santa vírgen, le dijo á su confesor: V. P. la verá algun dia sin aquellas galas y con este hábito. Replicóle el confesor, pareciéndole imposible el suceso; y díjole lo mismo segunda vez Rosa. Ofrecióse despues hablar con la dama el confesor mismo, y díjole, que le habia Rosa dicho que habia de ser beata. Enfurecióse con extremo tan grande, que decia de Rosa y del hábito, dos mil desatinos, apurándose con la profecía. Murió Rosa en este tiempo, y pareciéle que habia muerto tambien su profecía; pero á pocos dias comenzó á avivarse, porque desmayó en el cuidado de las galas, de manera, que dejándolas todas de una vez, dijo á Dios, vertiendo lágrimas, lo que san Pablo caido, sin ojos: «Señor, ¿qué quieres hacer de mí?» Parece que le respondieron con voces interiores, que buscase á Rosa en su sepulcro, que ella le diria lo que debia hacer; porque luego al punto se fué al convento del Rosario, y con tierno llanto y dolor la pidió á Rosa la favoreciese con su Esposo, en que la diese luz para tomar el estado que fuese de su mayor servicio. Oyóla, é inclinóse el corazon al de beata de santo Domingo. Abrazólo con tanto gusto como veras; porque allí luego llamó á su confesor, y le dijo, que sin dilacion ninguna tratase de que le diesen el hábito de beata. Pareciéle sueño al confesor; pero oyendo lo que le habia sucedido, puso en ejecucion tan santo propósito y con extraña brevedad. Ella se dispuso de manera, que sucediendo esto á las nueve de la mañana, á las cuatro de la tarde ya tenia el hábito, desengañándose en lo que va de hoy á hoy: pues á la mañana era dama desvanecida y loca; y á la tarde beata humilde y cuerda. Llamábase doña Luisa de Barba, y se llamó Luisa de Santa María, y vivió y murió con maravilloso ejemplo.» Hasta aquí dicho autor.

En la vida de santa Rosa hay mucho que aprender y que admirar, y por qué alabar al Señor, Autor de todo lo bueno. Su penitencia es mas admirable que imitable, y muestra cuánto puede la flaqueza humana ayudada de la fortaleza divina; pues una vírgen tierna é inocente fué tan ingeniosa para afligirse, como los tiranos para atormentar á los mártires, é hizo tanta penitencia, que puede competir con los santos mas penitentes que han poblado los desiertos. Las vírgenes pueden aprender de esta vírgen las virtudes de que se deben adornar para no ser las vírgenes necias del Evangelio, sino las cuerdas y prudentes que esperan al Esposo santo para celebrar las bodas: la obediencia para con sus padres, el amor para con Dios, la ternúra para con María santísima, la devocion para con los santos, el retiro en su casa, el deseo de no ser vistas, el aborrecimiento de los afeites y galas superfluas, que solo sirven de deslucir la castidad propia y arriesgar la ajena, el huir el ocio que es orígen de todos los males, el repartir el tiempo con Marta y María, de manera, que haya

para la accion y no falte para la oracion. Los varones se pueden confundir, viendo que se les adelanta una vírgen que sabe vencer al mundo, al demonio y á la carne, y finalmente á sí misma; cuando ellos se dejan vencer de sus deseos y pasiones, como cobardes, perdiendo la corona y el cielo, que arrebatan los esforzados y valerosos que saben hacerse fuerza. Válganse los pecadores de la intercesion de esta santa para salir de sus culpas, y los justos para crecer en la justicia y santidad: y alabemos todos á Dios que se muestra tan admirable en sus santos, y adornó á Rosa de tantos dones, pidiéndole que por sus merecimientos nos haga en esta vida imitadores de sus virtudes, y en la otra participantes de su gloria. Amen.

Escribió la vida de esta santa vírgen en lengua castellana el muy reverendo padre presentado Fr. Andrés Ferrer de Valdecebro: y en lengua latina el padre maestro Fr. Leonardo de Hanse, la cual tradujo en español el padre maestro Fr. Jacinto de Parra: todos religiosos de la sagrada órden de Predicadores.

* San Fiacrio, anacoreta y confesor.—Un obispo de las islas occidentales cuidó de la educacion de este santo, que descendia de una ilustre familia de Irlanda. Todo cuanto podia esperar del mundo lo despreció, y queriendo junto con otros compañeros consagrarse á Dios, se dirigió á Francia para vivir en un desierto. Llegado á la diócesis de Meaux se dirigió á su obispo, y este le designó para su morada un escarpado lugar en un bosque á dos leguas de Meaux. El santo construyó allí una celdita y un oratorio en honor de la madre de Dios, teniendo á su alderredor un huerto que cultivaba él mismo. Dedicado continuamente á la oracion y contemplacion, llevaba una vida muy austera; el escaso fruto de su trabajo lo repartia entre los pobres, y como muchas personas acudiesen á consultarle, edificó á cierta distancia de su celda una especie de hospedería para los forasteros. Los pobres encontraban en él un verdadero padre, y muchos alcanzaban salud por medio de sus oraciones.

Por consejo de un señor irlandés, pariente suyo, y que viniendo de Roma pasó algun tiempo en su compañía, predicó Fiacrio el Evangelio en la diócesis de Meaux y otros obispados bajo la direccion de sus respectivos obispos, dando su predicacion admirables frutos, especialmente en la diócesis de Arras, donde es celebrado como apóstol. Algunos escritores pretenden que Fiacrio era hijo primogénito de un rey de Escocia, contemporáneo del rey de Francia Clotario segundo; y habiéndole los escoceses enviado embajadores ofreciéndole la corona, la renunció el santo, diciéndoles habia despreciado todos los bienes terrenos, para así mejor asegurar la corona de la inmortalidad. Este santo vivió como un ángel en medio del mundo, dotado del don de profecía y milagros, hasta que murió santamente en treinta de agosto del año 670. El mismo oratorio que en vida habia sido su deliciosa mansion, fué el lugar en donde fué depositado su cuerpo, y el Señor hizo glorioso su sepulcro, acudiendo los fieles de todos los puntos de la Francia, para venerarlo y alcanzar del Señor por su mediacion grandes beneficios.

Santa Gaudencia, vírgen y mártir.—Nació y murió mártir en Roma, en tiempo de los emperadores gentiles. El Martirologio dice que alcanzó la victoria en compañía de otros tres cristianos que tambien fueron coronados con la palma del martirio.

Sesenta santos mártires, africanos.—En tiempo del emperador Honorio se dió un edicto para que todos los simulacros de los dioses del paganismo fuesen rotos y quemados. Aconteció entonces en Suffétula, colonia romana en África, el siguiente hecho que cuenta y deplora san Agustin en su carta 367. Viendo los gentiles que se les habia destruido una estatua de bronce que representaba á Hércules, á quien adoraban, se armaron de instrumentos de guerra, y embistiendo á una porcion de cristianos que estaban celebrando los santos misterios, mataron á sesenta de ellos, é hirieron á otros muchos. La Iglesia los ha venerado desde entonces en el número de los mártires, y su memoria está consignada en el Martirologio.

San Bonifacio y santa Tecla, esposos.—Mientras el furor del emperador Maximiano oprimia en Europa y Asia á todos los fieles, las regiones de África ocultaban gran multitud de cristianos que se disponian fervorosamente para derramar tambien en caso necesario su sangre por Jesus. Entre ellos son muy distinguidos los santos esposos Bonifacio y Tecla, habitantes en la ciudad de Adrumeto, que tenian doce hijos, á los cuales preparaban incesantemente para ser víctimas agradables á Dios. Sus oraciones, todos sus afectos los dirigian siempre los padres al cielo para el aprovechamiento espiritual de sus hijos, y efectivamente sus ruegos fueron oidos, y los doce hermanos llegaron á ser no solo la corona de sus padres, sino la gloria de la Iglesia africana, como puede verse en su vida continuada en el dia 1.º de setiembre. Ignórase si los dichosos padres alcanzaron tambien la corona del martirio.

San Fantino, confesor.—Fué oriundo de la Calabria, consagrado á Dios desde su nacimiento, y entró en un monasterio á la edad de ocho años. Desapegado de todas las vanidades de la tierra, adelantó en gran virtud hasta llegar á estar veinte dias seguidos absorto en divina contemplacion sin tomar alimento alguno. Con frecuencia se retiraba á los montes y asperezas para entregarse allí con mas libertad á sus ejercicios de oracion, mortificacion y penitencia. Habiendo llegado ya á la edad de sesenta años se fué con dos compañeros y discípulos suyos al Peloponeso, á Corinto y Atenas para predicar á los mahometanos las verdades de la fé. Despues pasó á Tesalónica donde obró grandes milagros, y al cabo de ocho años de estar en ella, murió santamente el dia 30 de agosto del año 870.

San Pedro, confesor.—Floreció desde principios hasta mediados del siglo XI en Trevis, en Italia, cuya ciudad ilustró con su vida, sus eminentes virtudes y sus muchos milagros, y despues con su dichosa muerte, sucedida el año 1052.

San Bononio, abad.—Nació en Bolonia, donde abrazó la vida religiosa, siendo todavía muy niño. El monasterio de San Estéban de la misma ciudad le vió crecer y adelantar en la virtud á pasos tan agigantados que muy pronto fué elegido su superior. En este estado brilló como una estrella que ha de guiar á los mortales por un sendero desconocido. Sus predicaciones, sus trabajos, sus incesantes desvelos, reformaron no solo la disciplina de su monasterio, sino de la ciudad y comarcas vecinas, y bien pronto siendo aquel campo estrecho para el celo del digno abad, empezó á viajar por varias regiones de Europa, llegó hasta el Oriente, pasó al Egipto, y despues de haber con-

quistado en todas partes grandes y numerosos ejércitos para el cielo, volvió á su patria, donde á poco descansó santamente en el Señor el dia 30 de agosto del año 1026.

SAN PAMAQUIO, CONFESOR.—Era senador romano, y san Gerónimo que habia sido su amigo de juventud y su condiscípulo, le llama el mas ilustre ornamento de la familia de los Camilos. Los que estuvieron encargados de su educacion, despues de haberle enseñado los diferentes sistemas de filosofía y de literatura, le iniciaron en el conocimiento de las santas Escrituras. Pamaquio entró en el mundo para figurar un gran papel el año 370, cuando san Gerónimo se retiraba al desierto. Habiendo sido recibido en el senado, llegó á ser por su mérito y su virtud la gloria de aquel ilustre cuerpo. Fué despues decorado con la dignidad de procónsul, y casó con Paulina, la hija segunda de santa Paula. Fué el primero que descubrió los errores de Joviniano y los denunció al papa, que condenó al heresiarca, el año 390. La amistad que unia á san Pamaquio con san Gerónimo fué tan estrecha y tan íntima, que el santo doctor se sirvió de las luces y consejos de su amigo para la composicion de sus obras contra Joviniano. Despues de tres años de matrimonio perdió Pamaquio á su esposa: hizo ofrecer el santo sacrificio por ella, y dió, segun la costumbre de aquella época, un festin á todos los pobres de Roma. San Gerónimo dice, que Pamaquio ungió los restos de su esposa con el bálsamo de la limosna y la misericordia que alcanza el perdon de los pecados, y que despues los ciegos, los paralíticos y los pobres, fueron los herederos y coherederos de Paulina, y que nunca mas se le vió salir en público sin ir seguido de una multitud de desgraciados. Habiendo hecho construir un hospital en el Puerto Romano, servia por sí mismo á los enfermos y á los pobres. Escribió varias veces á los arrendadores y á los súbditos que tenia en Numidia, exhortándolos á que dejasen el cisma de los donatistas, y tuvo el consuelo de verlos entrar otra vez en el seno de la Iglesia católica. Su celo por la unidad de la fé le mereció una carta de felicitacion de parte de san Agustin, y se la escribió el año 401. San Paulino, obispo de Nola, le escribió tambien animándole en sus insignes virtudes, y felicitándole por su celo y sus trabajos. Su humildad le hizo rehusar constantemente el ser iniciado en las sagradas órdenes, y despues de una vida admirable murió santamente el dia 30 de agosto del año 410.

DIA 31.

SAN RAMON NONATO, CONFESOR.—Fué san Ramon catalan, del lugar de Portell, en la Manresana, hijo de padres nobilísimos, descendientes de las casas de Fox y Sarroy, y emparentados por sangre y amistad con la de Cardona. Eran buenos cristianos y en su casa hallaban remedio todas las necesidades de los pobres, gastando en obras de piedad buena parte de su hacienda. Dióles el Señor despues de otros hijos éste, que fué el último para corona suya y de toda su casa y familia. Estando su madre preñada, en el último mes, fué á la iglesia á confesar y comulgar para disponerse al peligroso trance del parto: y volviendo á su casa, la asaltó de repente un accidente tan violento, que venciendo á todos los remedios que se le aplicaron, en breve la quitó la vida. Con la turbacion de la familia, ó con la duda de si estaba verdaderamente muerta la madre, no se acordaron ó no quisieron abrirla para sacar la criatura, hasta que, pasadas veinte y cuatro horas, queriendo sepultar á aquella señora, Ramon, vizconde de Cardona, que habia venido con la noticia de la desgracia, mandó que abriesen á la madre para sacar la criatura, contra el parecer de los médicos, que tenian por ociosa esta diligencia, afirmando que no podia estar la criatura viva en la madre muerta; porque el mismo accidente habria quitado las dos vidas, ó la madre habria muerto al hijo: pero apenas hicieron por un lado una pequeña herida, cuando el niño sacó el brazo como llamando la piedad de los presentes para que le sacasen de aquella cárcel y primer albergue de la vida, en que iba á ser sepultado ántes de empezar á vivir. Sacáronle, haciendo mayor la herida; y fué tan grande la alegría de los presentes, viendo como resucitado al que tenian por muerto, que templó en gran parte el sentimiento por la muerte de la madre. Sucedió este maravilloso nacimiento (si nacimiento se puede llamar) el año de 1198, y aguardó su madre á subir al cielo, para dar á la tierra un varon que la habia de ilustrar con su santidad, alumbrar con su doctrina y admirar con sus milagros: y quiso Dios que no naciese este niño, sino que fuese sacado del vientre de su madre, como libertado de la cárcel maternal; para mostrar desde luego que nacia para sacar á muchos de las mazmorras y cautividad de los moros, y porque debiese totalmente su nacimiento á la gracia y no á la naturaleza, y pudiese decirle al Señor con David: «Tú eres el que me sacaste del vientre de mi madre.»

Bautizaron luego al niño porque no se arriesgase la vida del alma en quien habia tenido tan arriesgada la del cuerpo: fué su padrino el vizconde don Ramon, por cuyo respeto se llamó Ramon el niño, y despues la voz comun le dió el apellido de *Nonat*, que en lengua catalana es lo mismo que «no nacido:» el cual nunca quiso mudar el santo, aunque ocultaba el apellido nobilísimo de su casa, por tener siempre en los oidos un recuerdo que le avisase de lo mucho que debia al Señor en su milagroso nacimiento. En teniendo uso de razon, empezó á pagar esta deuda huyendo con todo cuidado de los vicios y de los viciosos, é inclinándose á la virtud y á los virtuosos: con que fué en la niñez y juventud ejemplo á los de su edad, de modestia, humildad, mansedumbre, caridad, devocion y principalmente de la castidad en que parecia ángel con carne, ó mancebo sin ella; porque su carne gozaba privilegios de espíritu, y su espíritu no sentia resabios de carne. Tenia natural inclinacion á las letras, y en las primeras que aprendió, mostró la prudencia de la abeja, que elige entre las flores para labrar su panal, y cogiendo las saludables, deja las nocivas; porque entre los poetas y autores profanos, huia de los obscenos, por no encontrar entre las flores de su elocuencia algun áspid que inficionase su pureza. Estudió despues la filosofía y teología con tanto cuidado, que en poco tiempo se aventajó á todos sus condiscípulos, ayudando para ello su agudo ingenio, y el estar su alma tan llena de virtudes, que la disponian para habitacion de su sabiduría.

Inclinóse Ramon al estado eclesiástico por atender solo al servicio divino, desembarazado de los cuidados del siglo; pero su padre no asintió á ello, diciendo, que las letras que le habian enseñado no eran para el ministerio cle-

rical, sino para el adorno de su nobleza, y para tener ocupada su juventud, porque no se despeñase en los vicios de los mozos. Mas como insistiese Ramon en su intento y estuviese firme en su propósito, su padre, parte por divertirle y parte por obligarle con la aspereza á lo que no podian persuadirle las razones, le envió como desterrado á una alquería suya que tenia en la montaña, para que cuidase de la hacienda que allí tenia y cultura de sus campos. Obedeció Ramon: fuése á la montaña, donde halló una ermita de San Nicolás, obispo, en que estaba una devota imágen de nuestra Señora. Nunca ménos solo Ramon que cuando estaba solo; porque en la soledad le parecia que estaba mas con Dios, cuanto mas apartado estaba de los hombres: en ella se daba mucho á la oracion; y la Reina de los ángeles que estaba en la ermita, era el único asilo que tenia en todas sus necesidades y aflicciones, y particularmente despues que mereció recibir un singularísimo favor de la Madre de Dios; y fué, que estando orando un dia delante de su altar, le habló la imágen y le dijo: No temas, Ramon; porque yo desde ahora te recibo por mi hijo, y podrás con toda confianza llamarme tu Madre, y acudir á mi patrocinio y proteccion. ¿Quién dirá cuánto fué el consuelo y alegría de Ramon al oir estas palabras? ¿Cuál su confusion de lo poco que habia hecho á su parecer, para merecer el nombre de hijo de María? ¿Cuál su deseo de servir al Hijo, para hacerse digno hijo de la Madre? Tomóla desde entonces, como el Discípulo por suya, para servirla con mayor cuidado que hasta entonces lo habia hecho: cuidaba del aseo de la ermita, del adorno del altar y del culto de la imágen, poniendo guirnaldas de flores en la cabeza de la Madre y del Hijo que tenia en sus brazos, y coronándola mas de su gusto con el rosario que rezaba delante de ella todos los dias con mucha devocion, con que mereció recibir otros muchos favores de María santísima. Por darse á la oracion y penitencia sin testigos, se iba con el pastor que guardaba un poco de ganado cerca de la ermita; y enviando al pastor á otra ocupacion se encargaba de guardar el ganado: y sucedió muchas veces estar un ángel en forma visible guardando las ovejas, mientras el santo mancebo estaba orando en la ermita, de que fué alguna vez testigo su mismo padre.

Envidioso el demonio de ver á Ramon favorecido de la Reina de los ángeles, y de los mismos ángeles, se le apareció en forma de un pastor anciano, con barba crecida, nevada la cabeza de canas, y con palabras de quien corrige con amor, le dijo, que pues sus años y canas le daban licencia para advertirle lo que le convenia, supiese que no era conveniente á su edad, ni decente á su calidad, ni conforme á su gallardía, el oficio de pastor que habia tomado, con el cual oscurecia la nobleza de su linaje: que se volviese á su casa y obedeciese á su padre, y conversase con sus iguales; que los desiertos eran buenos para los grandes pecadores, nó para él, que aun no habia gozado del mundo, por querer malograr una edad tan florecida, haciendo penitencia muy fuera de propósito, ántes de gozar de los deleites que eran mas propios de sus años, que los ayunos y mortificaciones; y añadió otras palabras con que pretendia persuadirle que siguiese el camino ancho de la perdicion: pero el santo mancebo, haciéndose sordo á las voces de la sirena que le pretendia encantar, le respondió, que él no creia, ni habia de seguir otra doctrina, sino la que enseñaba la Vírgen María, que estaba en aquella ermita. Al oir este dulcísimo y santísimo nombre, desapareció el fingido pastor y verdadero lobo, envuelto en nubes de humo, arrojando fuego por los ojos y por la boca, dejando contaminado aquel lugar con el mal olor. Entró Ramon en la ermita á dar gracias á la Madre de Dios, por haberle dado victoria de su enemigo, y pedirle favor para semejantes batallas; y la Vírgen, añadiendo favores á favores, y favoreciendo porque habia favorecido, se le apareció hermosísima, regalándole con su agradabilísima vista: y preguntándola el santo mancebo, qué cosa podria hacer para agradarla y corresponder á lo mucho que la debia, le respondió la Vírgen de las vírgenes, que nada podia ofrecerle que mas le agradase, que su pureza y castidad; y luego, dictándole las palabras la misma Vírgen, hizo voto de perpetua virginidad. Desde este dia crecieron las visitas celestiales de los ángeles, que le miraban como á compañero, y muy semejante á ellos en la pureza; y el niño Jesus, que estaba en las manos de la imágen, le regalaba mucho, y bajándose de los brazos de su Madre, venia á Ramon y conversaba con él dulcemente, recibiendo de ese dulce trato y conversacion grandes luces de sabiduría su entendimiento.

Pasaron en este tiempo por la ermita de San Nicolás dos compañeros de san Pedro Nolasco, ántes de fundar su religion, que andaban por la Manresana pidiendo limosna para redimir cautivos. Informóse de ellos el santo mancebo, acerca de los piadosos ejercicios de la congregacion de la Misericordia, que san Pedro Nolasco habia instituido en Barcelona, y se inclinó mucho á seguir este modo de vida; mas la obediencia de su padre detenia sus pasos, y como hijo de la Vírgen, no queria tomar estado sin saber su voluntad: la cual le declaró la Vírgen despues de otros favores, cuando ya habia fundado san Pedro Nolasco su religion, mandándole que entrase en ella, y prometiéndole facilitarle la licencia de su padre por medio del vizconde de Cardona, como sucedió: porque entendiendo su padre que Dios y la Madre de Dios le llamaban á la órden de la Merced, rogándoselo el vizconde de Cardona, dió á su hijo la licencia que deseaba y su bendicion; y él recibió el hábito con grandísimo gozo de su espíritu de mano de san Pedro Nolasco en el palacio real de Barcelona, que fué el primer convento que tuvo esta sagrada religion.

En vistiéndose Ramon el hábito de María, le pareció que se habia vestido de nuevas obligaciones, y que, siendo ya hijo de María, por nuevo título estaba obligado á servirla con nuevo fervor y cuidado. Tomó por regla de sus acciones la vida de su santo padre y primeros compañeros, procurando trasladar á su alma todo lo bueno que veia en ellos, con tanta codicia de adquirir virtudes, que en poco tiempo le miraban y admiraban los religiosos como espejo de toda santidad, en que se miraban como por reflexion las virtudes de todos. Señalóse especialmente en la humildad, teniéndose él y queriendo ser tenido de todos por el menor: en la obediencia, no contradiciendo á nada que le mandaban, y ejecutándolo todo con grande prontitud y voluntad: en la penitencia, no contentándose con los ayunos y asperezas de la órden, y añadiendo muchos su fervor, á quien todo le parecia poco, cuanto hacia por amor de Dios: en la oracion, en que se regalaba con el Señor todo el tiempo que podia: en la devocion de María, á quien acudia en todas ocasiones con

la confianza de hijo á madre; y singularmente en la caridad con los cautivos, como verdadero hijo de esta religion de redentores. Toda su ansia y deseo era derramar su sangre y perder la vida por Cristo, y por la redencion de los cautivos, y decia lo de san Pablo: *Mihi vivere Christus est, mori lucrum.* Deseo vivir en Cristo y morir por Cristo; porque comprar tal muerte con la vida es logro, y yo no quiero mas vida que á Cristo, y la muerte es ganancia para mí. Y el santo Fr. Serapio, uno de los primeros compañeros de san Pedro Nolasco, varon esclarecido en todo género de virtud, y que despues murió glorioso mártir de Cristo, haciendo oficio de redentor, viendo los fervores y deseos de san Ramon, solia decir con espíritu profético, que Ramon no habia de morir entre los moros, pero que derramaria su sangre por Cristo y por cumplir su instituto, como lo mostró despues el suceso.

Acabado el año del noviciado, hizo los tres votos comunes á todas las religiones, y el cuarto de su religion: y como era tan aficionado á las letras, se perfeccionó en la teología y se entregó á la leccion de la sagrada Escritura; con que salió un varon consumado en todo género de letras, para servir como fiel ministro á la santa Iglesia; y aun juzgaban algunos que su ciencia tenia mucho de infusa, por ser mayor que sus estudios, como se vió despues en las disputas que tuvo en África con los judíos y moros; lo cual no es difícil de creer en un varon tan regalado y favorecido de Dios y de su Madre. Ordenóse de sacerdote por voluntad de la Virgen, y empezó á predicar por consejo de san Raimundo de Peñafort, con grande fruto de muchas almas, á las cuales sacó de los vicios con la eficacia de sus palabras. Ganó tanto crédito con su doctrina y ejemplo en Barcelona y en toda Cataluña, que le llamaban comunmente «el santo fraile.» A él acudian los dudosos por consejo: los afligidos por consuelo: los necesitados por remedio, y todos hallaban en él padre, maestro y consolador. Dió de puñaladas á su mujer un caballero de Barcelona, porque unos criados suyos la habian acusado falsamente de adulterio, por haberles reprendido ella algunas livianidades: arrepintióse luego de su arrojo, entendiendo que su esposa no tenia la culpa que la imponian; fuése afligido á la celda de san Ramon, y contóle con muchas lágrimas lo que pasaba. El santo le consoló, y dijo, que como habia sido engaño é ilusion la culpa de su mujer, así lo habian sido las puñaladas que le habia dado: que volviese á su casa y la hallaria viva y sana, y que los autores de aquella maldad presto pagarian su pecado. Todo sucedió como el santo lo dijo: porque el caballero halló á su mujer en su casa, ocupada en los oficios domésticos, sin herida ni señal de ella; y los criados, huyendo de la justicia, fueron cogidos aquel mismo dia, y convencidos de muchos delitos, condenados á muerte, y al pié de la horca, confesaron la falsedad del testimonio que habian levantado á aquella castísima señora. Por este suceso, principalmente es abogado san Ramon de las personas afligidas por falsos testimonios. Envió san Pedro Nolasco á san Ramon, en compañía del santo Fr. Serapio, primero á Argel y despues á Bugía, para redimir cautivos; y él iba muy alegre, con las esperanzas que llevaba de derramar su sangre y morir por Cristo. y aunque no se cumplió entonces su deseo, padeció muchos trabajos en cumplimiento de su ministerio, y por ellos le dió el Señor la conversion de algunos judíos y moros, con los cuales disputó, y los convenció y ganó para la fé y religion cristiana. En volviendo á Barcelona, le envió san Pedro Nolasco á Roma por procurador general de su órden, para obtener de Gregorio IX, que su religion profesase la regla de san Agustin. Alegróse mucho el sumo pontífice con su venida; porque luego conoció su grande santidad y sabiduría, y no ménos fué estimado de los cardenales y prelados de la córte del pontífice: y habiendo conseguido lo que deseaba, y predicado en algunas ciudades de Italia, con mucho aplauso y fruto se volvió á España, para dar cuenta á su santo padre de su legacía.

Luego fué nombrado redentor para Argel, que era lo que él mas deseaba, y en aquel reino rescató muchos cuerpos del cautiverio de los moros, y muchas almas del cautiverio de los demonios, redimiendo á los que estaban en peligro de faltar á la fé, y confirmando en ella á los que no podia remediar. Faltóle el dinero para el número de cautivos que habia rescatado: y enviando á su compañero con ellos, se quedó él en rehenes, en cumplimiento de su cuarto voto, gozosísimo por verse entre tantas ocasiones de padecer y morir por Cristo, como le prometian la barbaridad y crueldad de los moros, enemigos de Cristo y de los cristianos. Deseoso de ganar algunas almas para el Señor, y hallar la corona del martirio, disputaba frecuentemente con los judíos y moros, y les persuadia que recibiesen la fé: y fueron tan eficaces sus palabras, que convirtió diez judíos de los mas principales y doctos en su ley, y á algunos turcos nobles, á todos los cuales bautizó el santo. Supo el bajá lo que pasaba, y determinó quitar la vida á san Ramon con muy crueles tormentos; y suspendiendo la ejecucion de esta sentencia á ruego de los turcos que habian dado sus cautivos en confianza, mandó que le diesen muchos golpes, azotes y bofetadas: todo lo cual sufria el santo con maravillosa alegría; y á los cautivos que procuraban consolarle decia: No hay para qué consolar con palabras al que Dios consuela con penas; ni necesita de consuelo, porque padece, quien tiene su consuelo en el padecer. Tenedme envidia, nó lástima, porque debajo de esta afrenta se esconde grande honra: estas penas ocultan grande dulzura, y en esta pérdida se halla mucha ganancia. Animaos vosotros á padecer por Cristo, y encontrareis el tesoro que encierra en los tormentos padecidos por su amor. No se apagó el celo ardiente de san Ramon con las aguas de tantas tribulaciones; ántes mas encendido, y con nueva sed, nó solo de ganar las almas, mas tambien de hallar la corona del martirio, salia por las calles y plazas á predicar la fé de Cristo, confirmando en ella á los cautivos cristianos, y convirtiendo á los moros, á los cuales lavaba con las aguas del santo bautismo. Irritado de nuevo el bajá contra el santo, porque desobedecia á sus mandatos, mandó que le llevasen desnudo por las calles públicas de la ciudad, para mayor afrenta y vergüenza, y le azotasen delante de todo el pueblo, y en la plaza mayor le barrenasen los labios con hierros encendidos, y pusiesen en su boca un candado de acero para que no pudiese hablar de la ley de Cristo. Todo se ejecutó como el bárbaro lo habia mandado, guardando él mismo la llave; pero en vano cerraron la boca del predicador de Cristo: porque cuando no podia predicar con la voz, predicaba con la paciencia, y la sangre que corria de sus labios era mas eficaz para persuadir la fé, que las palabras de su boca, y con ella se animaban los cristianos cautivos, y los

nuevamente convertidos, á ser constantes en la confesion de Cristo. Mandó el bajá que le encerrasen ó sepultasen, cargado de cadenas en una oscura mazmorra, y san Ramon entró en ella, como si entrara en el Paraiso: y cuanto mas preso estaba el cuerpo, estaba mas libre el espíritu para volar á Dios y hablar con aquella boca que no pueden cerrar los candados, y aquellas palabras que no pueden aprisionar los hombres; y en la oscuridad que cegaba sus ojos, esclarecia Dios con nuevas luces su entendimiento: y el santo estaba solamente con el cuerpo en la cárcel; porque el alma habitaba en el cielo, viviendo mas donde contemplaba, que donde animaba. Meditando un dia en la pasion de Cristo, dándole gracias porque padecia algo por su amor, quedó arrebatado en un maravilloso éxtasis, en que duró mucho tiempo, hasta que viniendo los moros á abrir el candado para darle de comer, le hallaron arrobado, y con la mano derecha en alto, señalando en la pared unas letras que parecieron escritas en ella por mano invisible, y decian aquello del profeta: *Ne auferas de ore meo verbum veritatis*: No quites de mi boca la palabra de verdad. Procuraron dispertarle de aquel dulce sueño las guardas haciendo ruido; y él, abriendo los ojos, volvió en sí diciendo: *In æternum, Domine, permanet verbum tuum:* Tu palabra, Señor, permanece para siempre: y luego al punto se cayeron los grillos y cadenas que aprisionaban su cuerpo y el candado que cerraba sus labios. Atribuyeron los moros este milagro á arte mágica, y dándole muchos palos, le volvieron á cargar de cadenas, y poner el candado en la boca: y de esta manera estuvo mas de ocho meses, viniendo las guardas al tercer dia á darle de comer, y renovando sus heridas con grandísimo dolor suyo, cada vez que le quitaban y ponian el candado. Propusieron los moros ocultar las maravillas de Dios; pero su misma admiracion las descubrió, no cabiéndoles el secreto en el pecho, y llegaron á noticia de los cautivos cristianos, con que de nuevo se confirmaron en la fé. ¿Quién dirá cuánto padeció el glorioso san Ramon en los ocho meses que estuvo en esta cárcel, con la hediondez del lugar, la hambre y sed intolerable, y las heridas que tan á menudo se repetian? No quiso Dios que muriese porque le guardaba para otras empresas de su gloria; pero quién le negará por eso la gloria de mártir: pues toleró, como dice el breviario romano, un largo y cruel martirio: y aunque faltó la muerte á su deseo; á quien padece por dar testimonio de la verdad, le pasa Dios por martirio todo cuanto padece, como afirma san Agustin.

Corrió la fama de san Ramon y de su constancia y fortaleza por toda África y Europa: llegó á Roma y á oidos del sumo pontífice Gregorio IX: y como tenia tan conocida y experimentada su santidad y doctrina, desde que le trató y comunicó, siendo procurador general de su órden, le creó diácono cardenal del título de San Eustaquio, pareciéndole que ninguno merecia mejor aquella dignidad, que el que sobre tantas prendas habia padecido tantos tormentos por la defensa de la fé. Llevóle la nueva su compañero cuando volvió á Africa, y juntamente precepto de que se volviese á España, porque temian de su fervorozo zelo, que se queria quedar en África para predicar la fé, y los moros acabarian lo que habian comenzado, y le quitarian la vida faltando el embarazo del interés, que hasta entonces los habia detenido. Volvió á España el santísimo cardenal, y fué recibido en Barcelona con gran pompa, aun mas por mártir vivo, que venia de padecer por Cristo, sobreviviendo á su martirio, que por cardenal de la santa Iglesia de Roma: y aunque el vizconde de Cardona, como pariente, le tenia prevenido palacio con moderada ostentacion, como para un príncipe religioso; él se fué á su convento, y quiso mas llevar á la celda la púrpura, que no que le sacase la púrpura de la celda que él tenia por cielo en la tierra. Con la celda conservó el hábito religioso; y con el hábito las virtudes de la religion; y depuesta la dignidad, se ejercitaba en todos los ejercicios de la órden, como si estuviese aun sujeto á la obediencia de las reglas: asistia al coro el primero: y en todas las regulares observancias no solo parecia religioso, sino novicio, en la humildad y fervor con que los ejercitaba. Murmuraban algunos que abatia demasiado la dignidad de cardenal, ocupándose en los oficios de religioso; y el santo, no haciendo caso de los dichos del mundo, respondia, que la modestia religiosa no disminuye ni se opone á la dignidad cardenalicia; ántes se hermanaban bien la humildad y la dignidad: porque la dignidad exalta á la humildad; y la humildad hace que no desvanezca la dignidad al que la tiene. A un pariente suyo, diciéndole que por qué no mostraba la autoridad de cardenal, respondió: Estos hábitos de fraile me conservan en el conocimiento de lo que soy. Iba á pié como ántes á pedir limosna para los pobres cautivos, y era muy compasivo con todos los necesitados.

Yendo en un dia lluvioso por una calle de Barcelona, encontró un pobre anciano y medio desnudo, que traia descubierta la cabeza y se venia mojando con el agua: y el santo movido á misericordia, se quitó el sombrero de cardenal que traia en la cabeza y se lo puso al pobre en la suya. Aquella misma noche recibió el premio de accion tan heroica; porque estando en altísima contemplacion, vió un jardin donde se paseaba una hermosísima Reina, que era María santísima, acompañada de un coro de vírgenes, la cual cogiendo flores y tejiendo de ellas una corona, vino á san Ramon, y le dijo: Bien merece ser coronado con esta corona el que por amor de Cristo dió su sombrero al pobre. Rehusó el santo recibir la corona de flores, diciendo, que no queria en esta vida mas premio que á Cristo: y luego se le apareció Cristo con corona de espinas en la cabeza, y sobre ella el sombrero que Ramon habia dado al pobre; y tomando en la mano la corona de flores que habia tejido su Madre, le dijo: Elige de estas dos coronas la que quieras: la de espinas que tengo en la cabeza, ó la de rosas que traigo en la mano. El santo cardenal, reservando la corona de rosas para el cielo, eligió acá la corona de espinas, y Cristo con sus manos le puso su corona de espinas en la cabeza: y en señal de que no habia sido esto imaginacion, padeció desde entonces un agudísimo dolor de cabeza toda su vida, que era para él de mucho gusto, porque padecia por Cristo, y le acordaba el favor que de su mano habia recibido.

Llamó á Ramon el papa Gregorio IX al santo cardenal, deseando tenerle cerca de sí, para ayudarse de su prudencia y sabiduría en el gobierno de la Iglesia: y el santo, como verdadero obediente, se puso luego en camino; pero llamóle Cristo á la gloria, cuando su vicario le llamaba á Roma; porque yendo á Cardona á despedirse de los vizcondes que se lo rogaron; al tercer dia que estuvo

en su palacio, le dió una gravísima enfermedad: y conociendo que se acercaba su muerte, hizo llamar á algunos religiosos del convento de Barcelona, para morir entre sus hermanos. Pidió el sacramento de la eucaristía por viático, y deteniéndose mucho el sacerdote que se le habia de traer, por providencia de Dios, que queria honrarle con un singular favor, viendo el santo que daba priesa su enfermedad, pidió al Señor que no le desamparase, ni le negase aquel consuelo; y luego entró por la puerta de la pieza, donde estaba enfermo, una procesion de ángeles vestidos con el hábito de la Merced, con velas blancas en la mano, y detrás un varon venerable, que se creyó habia sido Cristo, con ornamentos sacerdotales, y la custodia del Sacramento en la mano. En viendo la procesion el varon de Dios, se arrojó de la cama: y puesto á los piés de aquel eterno Sacerdote, segun el órden de Melquisedech, recibió de su mano su mismo cuerpo con grandísima devocion y dulzura. Solamente san Ramon mereció gozar de esta maravillosa vision; los demás vieron una grande claridad que cegaba sus ojos para no ver á los ángeles ni al santo cardenal, hasta que al salir la procesion los vieron por las espaldas caminar hácia un rio que estaba cerca, y pasar sobre el agua sin haber barca ni puente; y luego desapareció la vision. Volvió el santo á la cama; y levantando los ojos y las manos al cielo, con mucha devocion y voz clara dijo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum;* y luego entregó su espíritu en manos de su Criador, que para tan gloriosa vida le habia hecho nacer milagrosamente, último domingo de agosto del año de 1240. Su rostro quedó tan hermoso, que causaba admiracion y gozo á cuantos le miraban: su cuerpo con haber estado en tiempo tan caloroso quince dias sin sepultar, no daba mal olor, sino una fragancia y suavidad muy desemejante y superior á todos los olores de la tierra. Fué innumerable el concurso de todos aquellos pueblos que vino á venerar el sagrado cadáver, y fueron muchas las maravillas que Dios obró en este tiempo para honra de su siervo y provecho de los que se le encomendaban.

Movióse una piadosa contienda, que fué causa de tener tanto tiempo el cuerpo sin enterrar, entre el vizconde de Cardona y su religion, sobre el lugar donde habia de ser sepultado, como suele en los tesoros que se hallan en alguna heredad; y cada parte tenia sus razones, y las esforzaba con la codicia de quedarse con tan precioso y rico tesoro. El vizconde de Cardona alegaba el parentesco, la amistad y el habérselo Dios traido á morir á su casa, en que ya parecia haber decidido por su parte: su religion alegaba ser su hijo, y su misma voluntad bien interpretada; pues á quien no sacó de la celda el capelo, no queria que le sacase del convento la muerte. Duró el pleito, hasta que le compuso el cielo por un modo maravilloso: porque el rey don Jaime, san Pedro Nolasco y el obispo de Barcelona, por no agraviar á ninguna de las partes, ni dar sentencia en tan dudoso pleito, le remitieron á Dios y mandaron poner el cuerpo en una caja sobre una mula ciega, y que le dejasen ir libremente adonde quisiese; y en donde ella parase, allí fuese sepultado. Hízose así: y la mula tomando el camino de Portell, pasó por la casa de los padres del santo, é hincó las rodillas delante de ella; y pasando adelante, llegó á la ermita de San Nicolás, obispo, donde el santo, siendo mancebo, habia sido tan favorecido de Dios y de su Madre: y habiendo dado tres vueltas á la ermita, se paró á la puerta de ella; y en quitándole el santo cadáver, reventó para que no sirviese á otro uso la que habia merecido traer tan sagrado cuerpo. Sepultáronle en aquella iglesia, que desde entonces, mudando el título, se llamó San Ramon, y dentro de quince años se fundó allí un convento de nuestra Señora de la Merced. En el camino sucedieron algunos prodigios muy singulares, con que el Señor testificaba la gloria de su santo. Uno fué, que yendo mucha gente acompañando el santo cuerpo con hachas y velas encendidas, levantándose en el camino un recio viento con lluvias, ni el agua ni el viento apagaron las luces. Otro, que al pasar la procesion por los pueblos, se tocaban las campanas de las iglesias sin que mano de hombre llegase á ellas.

Divulgáronse luego estas maravillas por España, Francia é Italia; y llegando la noticia de la muerte de san Ramon á Gregorio IX, dijo con gran sentimiento, que en el cardenal Ramon habia perdido su religion un buen padre y protector; Cataluña un ilustre y meritísimo hijo, y la Iglesia católica un santo y dignísimo cardenal. Fueron innumerables los milagros que Dios hizo por san Ramon, como lo testifican los votos de que se llenó la iglesia de su sepulcro, que parecia la casa de la salud y del consuelo: porque allí hallaban salud los enfermos y consuelo los afligidos. Particularmente han experimentado su patrocinio las estériles y las que estaban en peligroso parto, alcanzando hijos y teniendo felices partos por su intercesion.

Luego empezó por toda Cataluña el nombre de san Ramon Nonato, y se le erigieron en diversas partes altares, edificaron capillas, esculpieron y pintaron imágenes; y dicen algunos que Gregorio IX dió licencia para que fuese venerado con público culto. Despues, el año de 1414, le canonizó solemnemente Benedicto XIII, ántes que fuese depuesto en el concilio constanciense: y el papa Urbano VIII concedió rezo y misa de su santo hijo y cardenal á toda la órden de nuestra Señora de la Merced: Alejandro VII mandó poner su nombre en el Martirologio romano; y últimamente nuestro santísimo padre Clemente X le ha puesto en el breviario romano, dando licencia á todos los sacerdotes seculares y regulares, para que recen de este santo cardenal *ad libitum*, con oficio de *semiduplex*, á los 31 del mes de agosto.

Escriben de san Ramon todos los autores de su órden, y otros muchos de fuera de ella, que se pueden ver citados por Hipólito Marracio, en la Vida que escribió de este santo cardenal, y por Tamayo de Salazar en su Martirologio, á los 14 de noviembre.

* San Aristides, confesor. — Era este santo muy célebre por sus grandes conocimientos filosóficos, viviendo en Atenas en el segundo siglo de la Iglesia. Abrazó la religion cristiana, continuando sin embargo con su profesion, valiéndose de la misma filosofía para sostener las verdades de la religion. En ocasion en que el emperador Adriano se hallaba en Atenas, Aristides se le presentó; dirigióle un elocuente discurso, en el que probaba la divinidad de Jesucristo, y al propio tiempo le entregó una apología, que fué muy celebrada, comprobando los dogmas de nuestra santa religion. Este libro se presentó al emperador el año 125, y si bien no produjo todo el efecto que era de esperar, con todo contribuyó mucho á mitigar el rigor de las leyes contra los cristianos. Muchos y muy importantes

fueron los servicios que Arístides prestó á la Iglesia, ya enseñando, ya escribiendo, hasta que siendo de edad avanzada, Dios le llamó para sí muriendo en la misma ciudad de Atenas.

San Paulino, obispo y mártir.—Nada sabemos de su nacimiento ni de sus primeros años. San Atanasio le llama un hombre verdaderamente apostólico, y uno de los mas intrépidos defensores de la fé ortodoxa contra los arrianos. Por muerte de san Maximiano, fué Paulino elegido y consagrado obispo de Tréveris. Habiendo Constancio, emperador arriano, congregado un concilio en Arles en 353, contra san Atanasio, llamó á él á Paulino para que suscribiese á la condenacion del santo patriarca; pero el ilustre obispo, léjos de prestarse á una proposicion tan inicua, fué el primero de los prelados occidentales que se atrevió á declararse abiertamente en favor de san Atanasio. Despues de esto, el emperador le desterró á Frigia, provincia del Asia menor, infestada á la sazon por la herejía de los montanistas, donde tuvo mucho que sufrir durante su destierro, que no se acabó hasta su dichosa muerte, sucedida el año 358. San Gerónimo, hablando de él, le llama hombre feliz en los sufrimientos, y la Iglesia de Tréveris le venera como á mártir. San Félix, tercer obispo despues de él, hizo trasladar sus reliquias desde Frigia á su diócesis de Tréveris, por los años 396, y colocó su fiesta en el dia 31 de agosto, en el cual la celebramos todavía.

San Aidano, obispo y confesor.—Nació en Irlanda, y y habiendo en su juventud ido á Islandia, abrazó el estado religioso en el monasterio de Hy. Oswaldo, rey de Nortumberland, pidió á Segenes, abad de aquel monasterio, que le mandase algunos de sus monges para trabajar en la conversion de sus súbditos que no habian todavía abrazado el cristianismo. El santo abad se prestó desde luego á los deseos del rey, y al frente de aquella colonia de misioneros envió á Aidano, despues de haberlo hecho consagrar obispo. Oswaldo dió al nuevo obispo la tierra de Lindisfarne, pequeña isla en la costa de Nortumberland, que desde entonces tomó el nombre de «Isla santa.» Aidano estableció y fijó en ella su diócesis, fundó un monasterio bajo la regla de San Columbano, y con la cooperacion de sus hermanos trabajó eficaz y gloriosamente en el objeto de su mision. El venerable Beda, en su Historia eclesiástica de Inglaterra, habla de Aidano, representándole como un consumado modelo de todas las virtudes cristianas, y dice que murió el dia 31 de agosto del año 651. El Martirologio romano dice, que estando san Cuberto apacentando unas ovejas, vió volar al cielo el alma de san Aidano, con cuyo milagro se convirtió, dejando el ganado y el mundo, y abrazó la vida monástica.

Los santos Robustiano y Marc..., mártires.—Está muy ignorado todo cuanto pertenece á estos santos, y solo sabemos que su nombre está continuado en todos los Martirologios antiguos y modernos. Ferrario dice además, que fueron de Milan, en cuya Iglesia se les celebraba antiguamente misa propia en su fiesta.

San Cesidio, presbítero y mártir, y sus compañeros.—Vivian en Transacco, junto al lago de Marso, en tiempo del emperador Maximino por cuya órden fueron presos, y despues de haber sostenido con heroico valor su fé y su religion, murieron degollados.

Los santos Teodoto, Rufina, y Amia.—Los dos primeros fueron padres y la tercera fué nodriza de san Mamante, que nació en la cárcel donde estos santos se hallaban detenidos. Pueden verse algunas particularidades de su vida y muerte en la del dicho san Mamante, puesta en el dia 17 de este mismo mes.

San Optato, obispo y confesor.—Gobernó la Iglesia de Auxerre un año, ocho meses y cinco dias, colmando á su pueblo de beneficios espirituales y temporales, y logrando que su corto pontificado fuese uno de los mas admirables que ha visto aquella Iglesia. Murió por los años de 800, y su sepulcro, colocado en la iglesia de San Cristóbal que el mismo santo habia hecho edificar, fué famoso en muchos milagros.

San Amato, obispo y confesor.—Fué obispo y es ahora patron de la ciudad de Nusco, en el reino de Nápoles. Nació en la misma ciudad, de noble prosapia, y despues de haber bebido ya con la leche el temor de Dios y el respeto á su ley santa, y de haber dedicado sus primeros años al estudio de las ciencias sagradas, teniendo apenas la edad de catorce, renunció todos los bienes terrenos, y tomó el hábito en el monasterio fontiliano. En él fué modelo para todos, y sus milagros llegaron á hacerse tan ruidosos, que de todos los puntos de Italia iban á aquella casa á admirar la virtud del siervo de Dios. Cuando le eligieron obispo de su patria, se escondió para no verse obligado á aceptar carga tan pesada; pero el Señor, que le tenia reservado para aquel destino, lo manifestó á sus ovejas, y á su pesar fué consagrado. Su episcopado brilló en virtudes, en milagros y en cosas de grande utilidad para la Iglesia y el estado, hasta que murió Amato el dia 31 de agosto del año 1193.

El beato Buenajunta, confesor. — Fué uno de los siete fundadores del sagrado órden llamado de Siervos de María, el cual, segun dice el Martirologio romano, estando hablando con sus hermanos de la pasion de Jesucristo, entregó su espíritu al Señor. Su muerte sucedió el dia 31 de agosto del año 1257. Véase la fiesta de los Siete Siervos de María en el dia 11 de febrero.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LOS SANTOS CUYAS VIDAS SE CONTIENEN EN ESTE

TOMO SEGUNDO.

Dias.		Pág.
	MAYO.	
1	San Felipe, apóstol.	1
	Santiago el menor, apóstol.	2
	Santa Valburga, vírg. y aba.	3
	San Jeremías, prof.	4
	San Segismundo, rey.	4
	San Andeolo, subdiác. y márt.	5
	San Orencio y santa Paciencia, márts.	5
	San Amador, ob. y conf.	5
	San Asafo, ob. y conf.	5
	San Oroncio, ob. y conf.	5
	Santa Grata, viu.	5
	San Marculfo, ab. y conf.	*supl.*
	San Briuco, ob. y conf.	*supl.*
	San Acio y san Acheolo, márt.	*supl.*
2	San Atanasio, ob. y conf.	5
	San Antonino, arz. y conf.	13
	Los santos Saturnino, Neopolo, German y Celestino, márts.	17
	Los santos Exuperio y Zoe, su esposa, Ciriaco y Teódulo, sus hijos, todos márts.	17
	San Félix, diác. y márt.	17
	San Vindemial, ob. y márt.	17
	San Segundo, ob. y conf.	17
	Los santos mártires cartujos de Inglaterra.	17
3	La Invencion de la santa cruz.	17
	San Juvenal, ob. y conf.	19
	San Alejandro y santa Antonina, márts.	19
	San Timoteo y santa Maura, su esposa, marts.	19
	Los santos Diodoro y Rodopiano, márts.	19
	San Sosteneo y san Ugucion, confs.	19
4	Los santos Alejandro, papa, Evencio y Teódulo, presb., todos márts.	19
	Santa Mónica, viu.	21
	San Silvano, ob. y márt.	23
	San Ciriaco, ob. y márt.	23
	San Porfirio, presb. y márt.	23
	Santa Antonia, márt.	23
	San Godoardo, ob. y conf.	23
	San Florian, márt.	23
	Santa Pelaya, vírg. y márt.	23
	San Paulino, diác. y márt.	23
	San Venerio, ob. y conf.	23
	San Curcodemo, diác. y conf.	23
	San Sacerdote, ob. y conf.	24
5	San Angelo, márt.	24
	Santa Crescenciana, márt.	28
	San Silvano, márt.	28
	San Eutimio, diác. y márt.	28
	San Ireneo, san Pelegrin y santa Irene, márts.	28
	San Joviniano, lec. y márt.	28
	San Máximo, ob. y conf.	29
	San Eulogio, ob. y conf.	29
	San Nicecio, ob. y conf.	29
	San Teodoro, ob. y conf.	29
	San Geruncio, ob. y conf.	29
	La Conversion de san Agustin.	29
	San Sacerdote, ob. y conf.	29
	San Hilario, ob. y conf.	29
	San Mauronte, ab. y conf.	*supl.*
	San Avertino, diác. y conf.	*supl.*
6	San Juan Ante-portam-latinam.	29
	San Juan Damasceno, conf.	30
	San Evodio, ob. y márt.	33
	San Lucio, ob. y márt.	33
	Los santos Eliodoro, Venusto, y otros setenta y cinco márts.	33
	San Teodoto, ob. y conf.	33
	San Protógenes, ob. y conf.	33
	San Eadberto, ob. y conf.	33
	Santa Benita, vírg.	33
	La Traslacion del cuerpo de san Mateo apóstol.	34
7	San Estanislao, ob. y márt.	34
	San Pio V, papa y conf.	35
	Santa Flavia Domitila, vírg. y márt.	47
	San Juvenal, márt.	47
	Los santos Flavio, Augusto y Agustin, hermanos márts.	47
	San Cuadrado, márt.	47
	San Pedro, ob. y conf.	47
	San Juan, ob. y conf.	47
	San Benedicto, papa y conf.	47
	La Traslacion del cuerpo de san Estéban, protomártir.	47
8	La Aparicion de san Miguel Arcángel.	47
	San Víctor, márt.	48
	San Acacio, márt.	48
	San Dionisio, ob. y conf.	48
	San Eladio, ob. y conf.	48
	San Pedro, arz. y conf.	48
	San Wiron, ob. y conf.	49
	La Conquista de Oran.	49
	San Odriano, ob. y conf.	*supl.*
	San Gibriano ó Gobriano, presb. y conf.	*supl.*
9	San Gregorio Nacianceno, ob. y doc.	49
	San Hermas, ob. y conf.	54
	Los trescientos y diez santos mártires de Persia.	54
	San Geroncio, ob. y márt.	54
	San Beato, conf.	54
	La Traslacion de san Andrés, apóstol, de san	

Lucas, evangelista, y de san Timoteo, discípulo del apóstol san Pablo. 54
La Traslacion de san Gerónimo, doc. 54
La Traslacion de san Nicolás, ob. 54
San Gregorio, ob. y conf. 55
San Nicolás, ob. y conf. *supl.*
San Brynoth, ob. y conf. *supl.*
Los santos Gordiano y Epimaco, márts. 55
San Job, prof. 55
10 Los santos Calepodio, presb.; Palmacio cons., con su esposa é hijos, y otros cuarenta y dos; Simplicio, sen., su esposa, y otros sesenta y ocho; y Félix y Blanda, esposos, todos márts. 56
Los santos Alfio, Filadelfo, y Cirino, márts. 56
San Cuarto y san Quinto, márts. 56
San Discórides, márt. 56
San Cataldo, ob. y conf. 56
San Nicolás Albergato, ob. y conf. 56
La Invencion de los santos mártires Nazario y Celso. 56
San Comgall, ab. y conf *supl.*
11 San Mayolo, ab. y conf. 56
San Anastasio y sus comps., márts. 57
San Mamerto, ob. y conf. 58
San Antimo, presb. y márt. 58
San Evelio, márt. 58
Los santos Sisinio, Dioclecio y Florencio, márts. 58
San Gangulfo, márt. 58
San Iluminado, conf. 58
San Eudaldo, márt. 58
12 Los santos Nereo, Aquileo, y Domitila, marts. 59
San Pancracio, márt. 60
Santo Domingo de la Calzada, conf. 61
San Epifanio, ob. y conf. 61
San German, ob. y conf. 64
San Dionisio, conf. 64
San Felipe, presb. y conf. 64
San Modoaldo, ob. y conf. 64
Santa Rictrudis, aba. *supl.*
13 San Servacio, ob. y conf. 64
La Dedicacion de la iglesia de Santa María de los Mártires. 65
San Juan Silenciario, ob. y conf. 65
San Pedro Regalado, conf. 65
San Mucio, presb. y márt. 65
Santa Gliceria, vírg. y márt. 66
La Conmemoracion de un gran número de santos mártires de Alejandría. 66
14 San Bonifacio, márt. 66
San Pacomio, ab. y conf. 67
San Poncio, márt. 72
San Pascual, papa y conf. 72
Los santos Víctor y Corona, márts. 72
Las santas Justa, Justina, y Enedina, márts. 72
San Bonifacio, ob. y conf. 72
San Pomponio, ob. y conf. 72
San Cartago, ob. y conf. *supl.*
15 San Isidro, labrador, 73
San Torcuato, y los otros seis santos comps. suyos, obs. 79
Santa Dimpna, vírg. y márt. 80
San Mancio, márt. 81
San Isidoro, márt. 81
Los santos Pedro, Andrés, Pablo y Dionisia, márts. 81
San Simplicio, ob. y márt. 82
Los santos Casio, Victorino, Máximo, y otros comps., todos márts. 82
San Genebrardo ó Geneberno, presb. y márt. *supl.*
16 San Peregrino, ob. y márt. 82
San Juan Nepomuceno, presb. y márt. 82
San Ubaldo, ob. y conf. 84
San Brendano, ab. y conf. 84
San Aquilino y san Victoriano, márts. 84
San Pelegrin, ob. y márt. 84
Los santos Félix y Gennadio, márts. 84
Los santos monges márts. de Palestina. 84
San Audas, ob., siete presbíteros, nueve diáconos, y siete vírgenes, todos márts. 84
San Honorato, ob. y conf. 84
San Domnolo, ob. y conf. 84
San Fidolo, ab. y conf. 84
Santa Máxima, vírg. 84
San Posidio, ob. y conf. 84
San Simon Stock, conf. *supl.*
San Abdas, ob. y márt. *supl.*
17 San Pascual Bailon, conf. 85
San Torpetes, márt. 87
Santa Restituta, vírg. y márt. 87
Los santos Eradio, Pablo, Aquilino y otros dos comps., todos márt. 87
San Solocon y sus comps., márts. 87
Los santos Adrian, Víctor y Basila, márts. 87
San Bruno, ob. y conf. 87
San Maden ó Maderno, conf. *supl.*
San Maw, conf. *supl.*
San Catan, ob. y conf. *supl.*
San Silave ó Silano, ob. y conf. *supl.*
18 San Venancio, márt. 87
San Félix de Cantalicio, conf. 88
San Pontamion, ob. y márt. 97
San Enrique ó Erico, rey y mart. 97
San Dioscoro, lec. y márt. 98
San Félix, ob y márt. 98
San Teodoto, tabernero, y las santas Tecusa, su tia, Alejandra, Claudia, Faina, Eufrasia, Matrona y Julita, vírgs., todos márts. 98
19 Santa Potenciana ó Pudenciana, vírg. 98
San Ivon, presb. y conf. 98
San Dunstano, arz. y conf. 100
San Pedro Celestino, papa y conf. 102
San Pudente, conf. 105
San Calocero y san Partenio, márts. 105
San Filotero, márt. 105
Santa Ciriaca y cinco compas., todas vírgs. y márts. 105
20 San Bernardino de Sena, conf. 105
Santa Basila, vírg. y márt. 109
San Baudilio, márt. 109
San Talaleo, méd., y sus comps. san Asterio y san Alejandro, todos márts. 109
San Aquila, márt. 110
San Austregisilo, ob. y conf. 110

San Anastasio, ob. y conf. 110
San Teodoro, ob. y conf. 110
Santa Plautila, márt. 110
San Etelberto, rey y márt. *supl.*
San Ivon, ob. y conf. *supl.*
21 San Hospicio, conf. 110
San Secundino, márt. 111
Los santos Timoteo, Polio y Eutiquio, marts. 111
Los santos Polieuto, Victorio y Donato, márts. 111
Los santos Sinesio y Teopompo, márts. 111
Los santos Nicostrato y Antíoco, márts. 111
San Valente, ob., y tres niños, márts. 111
San Segundo, presb., y otros comps., márts. 111
San Godrico, erm. y conf. *supl.*
22 Santa Quiteria, vírg. y márt. 111
Santa Rita de Casia, viu. 113
Santa Elena, vírg. 113
Los santos Faustino, Timoteo y Venusto, con otros comps., todos márts. 113
Los santos Casto y Emilio, márts. 113
Santa Julia, vírg. y márt. 113
San Basilisco, márt. 113
San Marciano, ob. y conf. 113
San Roman, ab. y conf. 113
San Fulco, conf. 113
San Anton, conf. 113
San Bobon, conf. *supl.*
San Conall, ab. y conf. *supl.*
23 San Desiderio, ob. y márt. 113
La Aparicion de Santiago, apóstol. 114
San Desiderio, ob. y mart. 114
La Conmemoracion de muchos santos mártires de Capadocia y Mesopotamia. 114
Los santos Epitacio y Basileo, marts. 114
Los santos Quinciano, Lucio y Julian, con otros muchos, todos márts. 114
San Miguel, ob. y conf. 114
San Mercurial, ob. y conf. 114
San Eusebio, ob. y conf. 114
Los santos Eutiquio y Florencio, mons. y confs. 114
24 Los santos Donaciano y Rogaciano hermanos, marts. 115
San Juan Francisco de Regis, conf. 116
San Manahen, prof. y doctor. 119
Santa Juana. 119
San Vicente, mart. 119
Santa Afra, mart. 119
Los santos Zoelo, Servelio, Félix, Silvano y Diocles, marts. 119
San Melecio, y doscientos cincuenta y dos comps., y las santas Marciana, Susana y Paladia, todos marts. 119
San Vicente, conf. 119
San Juan de Prado, presb. y mart. 119
San Robustiano, mart. 120
25 San Urbano, papa y márt. 120
San Cenobio, arz. y conf. 120
Santa María Magdalena de Pazzis, vírg. 122
San Gregorio VII, papa y conf. 132
San Pasicrates, san Valeucion y otros dos comps., marts. 133
San Dionisio, ob. y conf. 133
San Bonifacio IV, papa y conf. 133
San Aldelmo, ob. y conf. 133
Los santos Máximo y Venerando, márts. *supl.*
San Dumhade, ab. y conf. *supl.*
26 San Felipe Neri, conf. y fund. 133
San Eleuterio, papa y márt. 142
Los santos Simitrio, presb., y veinte y dos comps., márts. 143
San Zacarías, ob. y márt. 143
San Cuadrado y comps., márts. 143
Los santos Felicísimo, Heraclio y Paulino, márts. 143
San Prisco y otros muchísimos márts. 143
San Agustin, ob. y conf. 143
San Cuadrado, ob. y conf. 144
San Oduvaldo, ab. y conf. *supl.*
27 San Juan, papa y márt. 144
El venerable Beda, presb. y conf. 146
San Julio, márt. 146
Santa Restituta, vírg. y márt. 146
San Ranulfo, márt. 146
San Eutropio, ob. y conf. 147
28 San German, ob. y conf. 147
San Justo, ob. y conf. 148
San Podio, ob. y conf. 148
San Carauno, márt. 149
Los santos Emilio, Félix, Príamo y Luciano, márts. 149
Santa Elcónida, márt. 149
Los santos Crecente, Dioscórides, Pablo y Eladio, márts. 149
La Conmemoracion de muchos santos monges de Palestina, márts. 149
San Senador, ob. y conf. 149
29 San Maximino, ob. y conf. 149
San Conon y su hijo, márts. 150
Los santos Sisinio, Martirio y Alejandro, marts. 150
San Restituto, márt. 151
Santa Teodosia y otras doce matronas, marts. 151
La Conmemoracion de mil quinientos veinte y cinco mártires de Camerino. 151
San Máximo, ob. y conf. 151
San Eleuterio, conf. 151
San Cirilo, márt. *supl.*
30 San Félix, papa y márt. 151
San Fernando, rey y conf. 151
San Gavino y san Críspulo, m rts. 164
Los santos Sico y Palatino, marts. 164
San Exuperancio, ob. y conf. 164
San Anastasio, ob. y conf. 164
Los santos Basilio y Emelia, su esposa, conf. 165
San Walstano, conf. *supl.*
San Madelgisilo, conf. *supl.*
31 Santa Petronila, vírg 165
Los santos Cancio, Canciano, Cancianila, hermanos, marts. 165
San Crescenciano, márt. 165
San Hermias, sold. y márt. 165
San Lupicino, ob. y mart. 165
San Pascasio, diác. y mart. 165

JUNIO.

1 San Simeon, mon. y conf. 166
San Fortunato, presb. y conf. 166
San Juvencio, mart. 166
San Reveriano, san Pablo y otros diez, todos marts. 166
San Tespecio, mart. 166
San Isquirion y otros comps., marts. 166
San Firmo, mart. 166
San Felino y san Graciniano, marts. 166
San Próculo, mart. 166
San Segundo, mart. 166
San Crescenciano, mart. 166
San Caprasio, ab. y conf. 166
San Enecon, ab. y conf. 166
Los santos Pánfilo, presb., Valente, diác., Pablo, y otros nueve, todos marts. 166
San Pedro de Pisa, conf. y fund. *supl.*
San Wistano, mart. *supl.*
2 Los santos Marcelino y Pedro, marts. 167
San Erasmo, ob. y mart. 168
San Juan de Ortega, conf. 168
San Nicolás, pereg. y conf. 170
Los santos Fotino, ob., Diácono, Vecio, Epagato, Maturo, Pontico, Biblides, Atalo, Alejandro y santa Blandina, con otros muchos comps., todos marts. 171
San Eugenio I, papa y conf. 171
3 San Isaac, mon. y mart. 171
San Pergentino y san Lorentino, con otros comps., márts. 172
San Luciliano, y cuatro niños, llamados Claudio, Ipacio, Pablo y Dionisio, todos marts. 172
Santa Paula, vírg. y mart. 172
San Cecilio, presb. y mart. 172
San Lifardo, presb. y conf. 172
San Davino, conf. 172
Santa Oliva, vírg. 172
Santa Clotilde, reina. 172
San Coemgeno ó Keivino, ob. y conf. *supl.*
San Genesio ó Ginés, ob y conf. *supl.*
4 San Quirino, ob. y mart. 173
El beato Francisco Caracciolo, conf. y fund. 173
San Clateo, ob. y mart. 177
San Arecio y san Daciano, marts. 177
San Rutilo y dos comps., marts. 177
San Quirino, mart. 177
Santa Saturnina, vírg. y mart. 177
San Optato, ob. y conf. 177
San Metrófanes, ob. y conf. 177
San Alejandro, ob. y conf. 177
San Gualtero ó Waltero, ab. y conf. *supl.*
San Gualtero, ab. y conf. *supl.*
San Petroco, ab. y conf. *supl.*
Santa Breaca ó Breaga, vírg. *supl.*
Santa Buriana. *supl.*
Santa Nenooc ó Nennoc, vírg. *supl.*
5 San Bonifacio, arz. y mart. 177
San Doroteo, presb. y mart. 180
San Fernando, infante de Portugal. 180
Los santos Marciano, Nicanor, Apolonio y otros comps., todos marts. 181
San Sancho, mart. 181
Los santos Florencio, Julian, Ciriaco, Marcelino y Faustino, marts. 181
Las santas Zenaida, Ciria, Valeria y Marcia, marts. 181
San Doroteo el Tebano, ab. y conf. *supl.*
6 San Norberto, arz. y conf. 181
San Artemio y las santas Cándida y Paulina, marts. 184
Los veinte santos mártires de Tarso, en Cilicia. 184
San Amancio, san Alejandro y sus comps., marts. 184
San Alejandro, ob. y mart. 184
San Eustorgio, ob. y conf. 184
San Juan, ob. y conf. 184
San Claudio, ob. y conf. 184
San Felipe el Diácono, conf. *supl.*
San Gudwalo ó Godwall, ob. y conf. *supl.*
7 San Pedro, y cinco comps., mons. y marts. 185
San Pablo, ob. y mart. 185
San Licarion, mart. 186
San Roberto, ab. y conf. 186
San Colman, ob. y confesor. *supl.*
San Godescalco, y sus comps., marts. *supl.*
San Meriadeco, ob. y conf. *supl.*
8 Los santos Medardo y Gildardo, hermanos, obs. y confs. 187
San Maximino, ob. y conf. 188
Santa Caliopa, mart. 188
San Wilhelmo, arz. y conf. 188
San Eutropio, ob. y conf. 188
San Heraclio, ob. y conf. 188
San Clodulfo, ob. y conf. 189
San Salustiano, conf. 189
San Severino, ob y conf. 189
San Victoriano, conf. 189
San Guillermo, arz. y conf. *supl.*
Santa Sira. *supl.*
9 Los santos Primo y Feliciano, hermanos, mártires. 189
San Maximiano, ob. y conf. 190
San Julian, mon. y conf. 190
San Vicente, márt. 190
San Ricardo, ob. y conf. 190
Santa Pelagia, vírg. y márt. 191
San Columbo, ab. y conf. 191
10 Santa Margarita, reina. 191
Santa Oliva, vírg. y márt. 193
Los santos Getulio, Cereal, Amancio y Primitivo, márts. 193
Los santos Basílides, Trípodes, Mandales, y otros veinte comps., márts. 193
San Zacarías, márt. 193
San Timoteo, ob. y márt. 193
San Crispulo y san Restituto, márt. 194
Los santos Arecio, Rogato, y otros quince comps., márts. 194
San Maurino, ab. y márt. 194

San Censurio, ob. y confesor. 194
San Asterio, ob. y conf. 194
San Landerico, ob. y conf. *supl.*
San Enrique de Treviso, ob. y conf. *supl.*
11 San Bernabé, apóstol. 194
Los santos Félix y Fortunato, hermanos, márts. 196
San Parisio, conf. 196
La Traslacion de san Gregorio Nacianceno. 197
Santa Tochumra, vírg. *supl.*
Santa Tochumra. *supl.*
12 Los santos Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, márts. 197
San Onofre, conf. 197
San Juan de Sahagun, conf. 199
Santa Antonina, márt. 199
San Olimpio, ob. y conf. 199
San Anfion, obispo y conf. 199
San Leon III, papa y conf. 199
San Eskillo, ob. y márt. *supl.*
San Ternan, ob. y conf. *supl.*
13 San Antonio de Padua, conf. 200
Santa Felícula, vírg. y márt. 205
Los santos Fortunato y Luciano, márts. 205
Santa Aquilina, vírg. y márt. 205
San Peregrino, ob. y márt. 205
San Fandila, presb. y márt. 205
San Trifilo, ob. y conf. 205
Santa Damhnade, vírg. *supl.*
14 San Basilio Magno, ob. y doc. 206
San Marciano, ob. y conf. 212
San Rufino y san Valerio, márts. 213
Los santos Anastasio, presb., Félix, mon., y Digna, vírg., todos márts. 213
San Metodio, ob. y conf. 213
San Eterio, ob. y conf. 213
San Quinciano, ob. y conf. 213
San Eliseo, prof. 213
San Docmael, conf. *supl.*
San Nehemías ó Nenno, ab. y conf. *supl.*
San Salmodio, erm. y conf. 213
15 Los santos Vito, Modesto y Crescencia, márts. 213
San Próspero Aquitano, ob. y conf. 215
San Bernardo de Menton, conf. 216
San Landelino, ab. y conf. 216
San Esiquio y san Julio, solds. y marts. 216
Santa Benilda, mart. 216
San Dulas, mart. 217
Las santas Libia, Leonides y Eutropia, marts. 217
San Abrahan, conf. 217
San Vaugo, erm. y conf. *supl.*
El beato Gregorio, ob. y conf. *supl.*
16 Santa Lutgardis ó Lutgarda, vírg. 217
San Aureliano, ob. y conf. 219
San Brennon, ob. y conf. 219
Los santos Ferreolo, presb., y Ferrucion, diác., marts. 219
San Quírico y santa Julita, marts. 219
San Aureo y santa Justina, marts. 219
San Ticon, ob. y conf. 219
San Similiano, ob. y conf. 220
17 Los santos Manuel, Sabel, é Ismael, hermanos, marts. 220
La Conmemoracion de doscientos sesenta y dos santos mártires de Roma. 222
San Montano, sold. y mart. 222
San Nicandro, y san Marciano, marts. 222
San Avito, ab. y conf. 222
Los santos Isauro, Inocencio, Félix, Jeremías y Peregrino, marts. 222
San Imerio, ob. y conf. 222
San Besarion, anac. y conf. 222
San Gundulfo, ob. y conf. 222
San Ipacio, conf. 222
San Reinerio, conf. 223
San Botulfo, ab. y conf. *supl.*
San Molingo, ob. y conf. *supl.*
San Prior, erm. y conf. *supl.*
18 San Marcos y san Marceliano, hermanos, marts. 223
El beato Gregorio Barbarigo, card. y conf. 224
San Amando, ob. y conf. 232
San Ciriaco y santa Paula, vírg., marts. 232
Los santos Leoncio, Ipacio, trib., y Teódulo, marts. 232
San Eterio, mart. 232
Santa Marina, vírg. 232
San Calogero, erm. y conf. 232
Santa Isabel, vírg. 232
19 San Gervasio y san Protasio, marts. 233
Santa Juliana de Falconeri, vírg. 234
San Ursicino, mart. 235
San Zósimo, mart. 235
San Gaudencio y san Culmacio, marts. 235
San Bonifacio, ob. y mart. 235
San Die ó Deodato, ob. y conf. *supl.*
20 San Silverio, papa y mart. 235
San Novato, presb. y conf. 237
San Macario, ob. y conf. 237
San Pablo y san Ciriacó, con otros muchos comps., marts. 237
San Gobain, presb. y mart. *supl.*
Santa Idaberga ó Edburga, vírg. *supl.*
San Bain ú Omert, ob. y conf. *supl.*
21 San Luis Gonzaga, conf. 237
Los santos Acacio y Heliades, con diez mil comps., marts. 248
San Eusebio, ob. y conf. 250
San Leutfrido, ab. y conf. 250
San Albano, mart. 251
San Ursicino, ob. y conf. 251
San Martin, ob. y conf. 251
Los santos Ciriaco y Apolinar, marts. 251
San Rufino y santa Marcia, marts. 251
Santa Demetria, vírg. y mart. 251
San Terencio, ob. y mart. 251
San Ralf ó Ralfo, arz. y conf. *supl.*
San Melanio ó Meen, ab. y conf. *supl.*
San Aaron, ab. y conf. *supl.*
22 San Paulino, ob. y conf. 251
San Albano, mart. 254
La Conmemoracion de mil cuatrocientos y ochenta marts. de Palestina. 254
San Flavio Clemente, cóns. y mart. 254
San Niceas, ob. y conf. 254

San Juan, ob. y conf. 254
Santa Consorcia, vírg. 254
23 Santa Edildrida, reina y vírg. 255
San Juan, presb. y mart. 255
Santa Agripina, vírg. y mart. 255
San Félix, presb. y mart. 255
La Conmemoracion de muchos santos mártires de Nicodemia. 255
San Zenon y san Zenas, márts. 256
Santa María de Oignies. *supl.*
24 La Natividad de san Juan Bautista. 256
La Conmemoracion de muchísimos santos mártires de Roma. 259
Los santos Oroncio, Heros, Farnacio, Fermin, Firmo, Ciriaco y Longinos, márts. 259
San Agoardo y san Agliberto, con otros innumerables cristianos, todos márts. 260
San Simplicio, ob. y conf. 260
San Fausto y otros veinte y tres comps., márts. 260
San Teodulfo, ob. y conf. 260
San Juan Terestes, erm. y conf. 260
San Bartolomé, mon. y conf. 260
25 San Máximo, ob. y conf. *supl.*
San Guillermo, conf. 261
San Galicano, márt. 261
San Adelberto, conf. 261
Santa Febronia, vírg. y márt. 261
San Sosipatro, ob. y conf. 261
Santa Lucía, vírg., con otros veinte y dos compañeros, márts. 261
San Antidio, ob. y márt. 261
Santa Eurosia, vírg. y márt. 261
San Moloc, ob. y conf. *supl.*
26 San Juan y san Paulo, márts. 262
San Pelayo, márt. 264
San Vigilio, ob. y márt. 265
San Antelmo, ob. y conf. 265
San Maxencio, presb. y conf. 265
San Salvio, ob., y san Superio, su discípulo, márts. 266
San David, erm. y conf. 266
San Babolen, ab. y conf. *supl.*
27 San Zoilo, márt. 266
San Juan, presb. y conf. 267
San Ladislao I, rey y conf. 267
San Crescente, ob. y márt. 267
San Anecto, márt. 267
San Sanson, presb. y conf. 267
28 San Leon II, papa y conf. 268
San Ireneo, ob. y márt. 270
San Pablo ó Paulo I, papa y conf. 270
Los santos Plutarco, Sereno, otro Sereno, Heráclides, Eron, Raida, Potamiena y Marcela, márts. 270
San Argimiro, márt. 270
San Benigno, ob. y márt. 270
San Papio ó Papias, márt. 270
29 San Pedro, príncipe de los apóstoles. 270
San Marcelo y san Anastasio, márts. 277
San Siro, ob. y conf. 277
San Casio, ob. y conf. 277
Santa Benita, vírg. 277
Santa María, madre de Juan, llamado Marcos. 277
Santa Hemma, viu. *supl.*
30 San Pablo, apóstol. 277
Santa Lucina, márt. 283
Santa Potamiana, santa Marcela y san Basílides, márts. 283
San Marcial, ob., y los santos Alpiniano y Astridiano, presb. 283
San Cayo, presb., y san Leon, subdiác., márts. 283
Santa Emiliana, márt. 283
San Ostiano, presb. y conf. 283

JULIO.

1 San Gallo, ob. y conf. 284
San Aaron, prof. 286
San Julio y san Aaron, márts. 286
San Rumoldo, ob. y mart. 286
San Teodorico, presb. y conf. 286
San Eparquio, ab. y conf. 287
San Simeon, conf. 287
San Teobaldo, erm. y conf. 287
San Domiciano, ab. y conf. 287
San Cayo y san Secundino, obs. y márts. 287
San Martin, ob. y conf. 287
San Galo, ob. y conf. *supl.*
San Calais, ab. y conf. *supl.*
San Leonoro, ob. y conf. *supl.*
San Cibario, conf. *supl.*
2 La Visitacion de nuestra Señora. 287
San Proceso y san Martiniano, márts. 291
La Conmemoracion de tres santos soldados mártires de Roma. 292
San Oton, ob. y conf. 292
Los santos Ariston, Crescenciano, Eutiquiano, Urbano, Vidal, Justo, Felicísimo, Félix, Marcía y Sinforosa, márts. 293
Santa Monegundis, solit. 293
San Swituno, conf. 293
San Odoceo, ob. y conf. *supl.*
3 San Ireneo y santa Mustiola, márts. 293
San Trifon, y otros doce, márts. 294
San Eulogio, y comps., márts. 294
San Jacinto, mart. 294
Los santos Marcos, Muciano, Pablo, y otros comps., márts. 294
San Eliodoro, ob y conf. 294
San Dato, ob. y conf. 294
San Anatolio, ob. y conf. 294
La Traslacion de santo Tomás, apóstol. 294
San Gutacon, conf. *supl.*
San Guntierno, ab. y conf. *supl.*
San Beltran, ob. y conf. *supl.*
4 San Laureano, arz. y mart. 294
San Udalrico, ob. y conf. 295
El beato Gaspar de Bono, conf. 296
La Conmemoracion de los santos profetas Oseas y Ageo. 301
San Jucundiano, mart. 301
Los santos Inocencio y Sebastian, con otros treinta, márts. 301
San Nanfanion, y sus comps., márts. 301

San Teodoro, ob. y mart. 301
San Flaviano, ob. y conf. 301
San Elías, ob. y conf. 301
San Sisoes ó Sisoy, anac. y conf. *supl.*
Santa Berta, viu. y aba. *supl.*
San Finbar, ab. y conf. *supl.*
San Bolcan, ab. y conf. *supl.*
5 Santa Zoe, mart. 302
El beato Miguel de los Santos, conf. 302
San Domicio, mart. 307
Santa Cirila, mart. 307
San Atanasio, diác. y mart. 307
Los santos Agaton y Trifina, marts. 307
Los santos Marino, Teodoto, y Sedofa, marts. 307
San Numeriano, ob. y conf. 307
Santa Filomena, vírg. 307
San Pedro de Luxemburgo, card. y conf. *supl.*
Santa Modwena, vírg. *supl.*
Santa Edana ó Edaene, vírg. *supl.*
6 Santa Godoleva, mart. 307
San Goar, presb. y conf. 309
San Isaías, prof. 310
San Tranquilino, mart. 310
San Rómulo, ob. y mart. 810
Santa Dominica, vírg. y mart. 810
Santa Lucía y los santos Rixio Varo, Antonino, Severino, Diodoro, Dion, y otros diez y siete comps., todos marts. 311
San Paladio, ob. y conf. 311
San Julian, anac. y conf. *supl.*
Santa Sexburga, aba. *supl.*
Santa Moninna, vírg. *supl.*
7 San Odon, ob. y conf. 311
El beato Lorenzo de Brindis, conf. 312
San Apolonio, ob. y conf. 315
Los santos Claudio, Nicostrato, Castorio, Victorino, y Sinforiano, marts. 315
Los santos Peregrino, Luciano, Pompeyo, Esiquio, Papio, Saturnino, y German, marts. 315
San Benedicto XI, papa y conf. 315
San Panteno, conf. 316
San Vilebaldo, ob. y conf. 316
San Ebdas, ob. y conf. 316
Santa Edilburga, vírg. y aba. 316
San Illidio, ob. y conf. 317
San Pedro Forerio, conf. 317
8 San Cónsul, ob. y conf. 317
San Félix, ob. y conf. *supl.*
Santa Isabel, reina. 317
San Procopio, mart. 320
Los santos Kiliano, Colomano, y Totnano, marts. 322
Los cincuenta santos mártires de Porto. 322
Los santos monges Abrahamistas, marts. 322
San Auspicio, ob. y conf. 322
Santa Wilburga, vírg. 322
San Grimbaldo, conf. 322
El beato Teobaldo, ab. y conf. *supl.*
9 Santa Anatolia, vírg. y mart. 323
Los santos Zenon, y otros diez mil doscientos y tres, marts. 324
San Cirilo, ob. y márt. 324
Los santos Patermucio, Copretes, y Alejandro, marts. 324
San Briccio, ob. y conf. 324
La Conmemoracion de diez y nueve santas mártires, llamados Corcomienses. 324
Santa Everilda, vírg. 324
10 Los santos siete hermanos mártires de Roma. 325
Las santas Rufina y Secunda, vírgs. y márts. 325
Los santos Genaro, Marino, Nabor y Félix, marts. 326
Los santos Leoncio, Mauricio, Daniel, y sus comps., marts. 326
San Bianor y san Silvano, marts. 326
San Apolonio, mart. 326
Santa Amelberga, viu. 327
11 San Pio I, papa y márt. 327
San Sidronio, márt. 327
San Marciano, márt. 327
San Cindeo, presb. y márt. 327
San Genaro y santa Pelaya, márts. 328
San Sabino y san Cipriano, márts. 328
San Juan, ob y márt. 328
San Sabino, conf. 328
San Abundio, presb. y márt. 328
San Hidulfo, ob. y conf. *supl.*
San Drostano, ab. y conf. *supl.*
12 San Nabor y san Félix, márts. 328
San Juan Gualberto, ab. y fund. 328
San Jason, conf. 329
San Hermágoras, ob. y márt. 329
San Paulino, ob. y márt. 329
Los santos Proclo é Hilarion, márts. 329
Santa Epifania, mart. 330
San Vicenciolo, ob. y conf. 330
Santa Marciana, vírg. y márt. 330
San Paterniano, ob. y conf. 330
13 San Anacleto, papa y márt. 330
Los santos Joel y Esdras, profs. 330
San Silas, conf. 331
San Serapion, márt. 331
Santa Mirope, márt. 331
San Eugenio, ob., y sus comps., Salutario, Murita, y otros, confs. 331
San Turiano, ob. y conf. 331
14 San Buenaventura, ob. y doc. 831
San Justo, sold. y márt. 334
San Focas, ob. y márt. 834
San Heraclas, ob. y conf. 834
San Ciro, ob. y conf. 334
San Félix, ob. 334
San Optaciano, ob. y conf. 335
San Marcelino, presb. y conf. 835
San Ido, ob. y conf. *supl.*
15 San Enrique, emp. y conf. 335
Santiago, ob. y conf. 337
San Camilo de Lelis, conf. y fund. 339
Los santos Eutropio, Zósima, y Bonosa, hermanos y márts. 345
Los santos Catulino, Genaro, Florencio, Julia y Justa, márts. 345
Los santos Felipe, Zenon, Narceo y diez niños, márts. 345

San Abudemio, márt. 345
San Antioco y san Ciriaco, márts. 345
San Félix, ob. y márt. 345
San Atanasio, ob. y conf. 345
San Plechenio, ob. y conf. *supl.*
16 El triunfo de la Cruz. 346
Nuestra Señora del Cármen. 347
San Atenógenes, ob., y diez discípulos suyos, todos márts. 354
San Eustatio, ob y conf. 354
San Sisenando, diác. y mart. 354
San Fausto, márt. 355
San Domnion, márt. 355
San Hilarino, mon. y márt. 355
San Vitaliano, ob. y conf. 355
Santa Reinalda, vírg., y sus comps., márts. 355
San Valentin, ob. y márt. 355
San Elier, erm. y márt. *sup.*
17 San Alejo, conf. 355
Los santos Escilitano, Esperato, Narzal, Citino, Veturio, Félix, Acilino, Letancio, Genara, Generosa, Vestina, Donada, y Segunda, márts. 358
San Ennodio, ob. y conf. 358
San Leon IV, papa y conf. 358
Santa Marcelina, vírg. 358
San Jacinto, márt. 358
San Generoso, márt. 359
Santa Teodota, márt. 359
San Teodosio, ob. y conf. 359
San Turnino, mon. y conf. *supl.*
18 Santa Sinforosa, y sus siete hijos, márts. 359
San Arnulfo, ob. y conf. 359
San Filastro, ob. y conf. 359
San Federico, ob. y conf. 360
San Bruno, ob. y conf. 360
San Emiliano, márt. 360
Santa Marina, vírg. y márt. 360
San Rufilo, ob. y conf. 360
San Materno, ob. y conf. 360
Santa Gundena, vírg. y márt. 360
San Odulfo, conf. *supl.*
19 San Vicente Paúl, conf. y fund. 360
Santa Macrina, vírg. 378
San Arsenio, anac. y conf. 380
Las santas Justa y Rufina, vírg. y márts. 380
San Epafras, ob. y márt. 380
San Martin, ob. y márt. 380
San Félix, ob. y conf. 380
Santa Aurea, vírg. y márt. 380
20 Santa Margarita, vírg. y márt. 381
San Elías, prof. y fund. 382
San Gerónimo Emiliano, conf. y fund. 387
San José el Justo, conf. 390
Los santos Sabino, Juliano, Máximo, Macrobio, Casia y Paula, con otros diez comps., márts. 390
San Vulmaro, ab. y conf. 390
Santa Vilgefortis, vírg. y márt. 391
Santa Severa, vírg. 391
San Pablo, diác. y márt. 391
San Ceslao, conf. *supl.*
San Aurelio, ob. y conf. *supl.*
21 Santa Praxedes, vírg. 391
San Daniel, prof. 391
San Víctor, y sus comps. los santos Alejandro, Feliciano y Longinos, márts. 392
San Zótico, ob. y márt. 392
Los santos Claudio, Justo, y Jucundino, con cinco comps., márts. 392
San Arbogasto, ob. y conf. 392
Santa Julia, vírg. y márt. 392
San Juan, mon. y conf. 393
San Baradbesciabas, diác. y márt. *supl.*
22 Santa María Magdalena, pen. 393
San Mepeleo, ab. y conf. 397
San José, conf. 397
San Vandrilo, ab. y conf. 397
Santa Sintica. 398
San Platon, márt. 398
San Cirilo, ob. y conf. 398
San Teófilo, márt. 398
San Dabio, presb. y conf. *supl.*
23 San Apolinar, ob. y márt. 398
Santa Brígida, viu. 400
San Liborio, ob. y conf. 402
Los santos Bernardo, María y Gracia, hermanos, márts. 408
San Rasifo, márt. 409
Santa Primitiva, vírg. y márt. 409
Los santos Trofino y Teófilo, márt. 409
San Apolonio y san Eugenio, márts. 409
Las santas Rómula, Redemta y Erundina, vírgs. 409
24 Santa Cristina, vírg. y márt. 409
San Francisco Solano, conf. 410
Las Santas Niceta y Aquilina, márts. 413
Los santos Víctor, Estercacio, y Antinógenes, márts. 413
San Victorino y ochenta y tres comps., marts. 413
San Vicente, márt. 413
Los santos Meneo y Capiton, márts. 413
San Ursicino, ob. y conf. 413
Los santos Romano y David, márts. *supl.*
Los santos Wufado y Rufino, márts. *supl.*
Santa Lewina, vírg. y márt. *supl.*
San Declan, ob. y conf. *supl.*
Santa Kinga, ó Cunegunda, vírg. *supl.*
25 Santiago el mayor, apóstol. 413
San Cucufate y san Félix, hermanos, márts. 416
San Cristóbal, márt. 417
San Pablo, márt. 417
Santa Valentina y otra compa. suya, vírgs. y márts. 417
Los santos Florencio y Félix, márts. 417
San Teodomiro, mon. y márt. 418
San Magnerico, ob. y conf. 418
San Nissen, ab. y conf. *supl.*
26 Santa Ana, madre de nuestra Señora. 418
San Erasto, ob. y márt. 418
Los santos Sinfronio, Olimpio, Teódulo, y Exuperia, márts. 418
San Jacinto, márt. 418
San Pastor, presb. y conf. 419

San Valente, ob. y conf. 419
San Simeon, erm. y conf. 419
27 San Pantaleon, márt. 419
Los siete Durmientes hermanos, márts. 421
San Lupo, ob. y conf. 422
Las santas Juliana y Sempronia, vírgs. y márts. 423
Los santos Hermolao, Hermipo, y Hermócrates, márts. 423
Los santos Félix, Julia, y Jucunda, márts. 423
Los santos Mauro, Pantalemon, y Sergio, márts. 423
Los santos Aurelio, Jorge, Félix, Natalia, y Liliosa, márts. 423
San Eterio, ob. y conf. 425
Santa Antusa, vírg. 425
San Congall, ab. y conf. *supl.*
San Luican, conf. *supl.*
28 San Nazario y san Celso, márts. 425
San Víctor, papa y márt. 426
San Inocencio I, papa y conf. 426
La Conmemoracion de muchos santos mártires de la Tebaida. 427
San Eustatio, márt. 427
San Acacio, márt. 427
San Sanson, ob. y conf. 427
San Pelegrin, presb. y conf. 427
29 Santa Marta, vírg. 427
Los santos Simplicio, Faustino y Beatriz, hermanos, márts. 428
San Félix II, papa y márt. 429
Las santas Lucila y Flora, vírg., y los santos Eugenio, Antonino, Teodoso y diez y ocho comps. suyos, todos marts. 429
San Olavo, rey y márt. 429
San Guillermo, ob. y conf. 429
San Próspero, ob. y conf. 429
San Galinico, márt. 429
San Faustino, conf. 429
Santa Serafina, vírg. 430
San Olavo, rey y mart. *supl.*
30 San Abdon y san Senen, márts. 430
Las santas Máxima, Donatila y Segunda, vírgs. y márts. 430
Santa Julita, márt. 430
San Rufino, márt. 430
San Urso, ob. y conf. 431
31 San Ignacio de Loyola, conf. y fund. 431
San German, ob. y conf. 451
San Juan Colombini, conf. y fund. 454
San Fabio, márt. 454
San Calimerio, ob. y márt. 454
Los santos Demócrito, Segundo y Dionisio, márts. 454
San Firmo, ob. y conf. 454
Santa Elena, márt. *supl.*

AGOSTO.

1 San Pedro Ad-vincula. 454
Los santos siete Macabeos hermanos, márts. 456
San Etelvoldo, ob. y conf. 458
Las santas Fé, Esperanza y Caridad, vírgs. y marts. 459
San Justino, mart. 459
Los santos Bono, presb., Fausto y Mauro, con otros nueve, márts. 459
San Eusebio, ob. y márt. 459
Los santos Cirilo, Aquila, Pedro, Domiciano, Rufo, y Menandro, márts. 459
Los santos Leoncio, Acio, Alejandro, y otros seis comps., marts. 459
San Vero, ob. y conf. 459
San Nemesio, conf. 459
San Peregrino, erm. y conf. *supl.*
2 San Estéban, papa y mart. 460
Santa Teodota, con sus tres hijos, márts. 461
San Rutilio, márt. 461
San Máximo, ob. y conf. 461
San Pedro, ob. y conf. 461
Santa Eteldrita ó Alfreda, vírg. *supl.*
3 La Invencion de los cuerpos de san Estéban, protomártir, Gamaliel, Nicodemus y Abibon. 461
San Ermelo, márt. 463
La Conmemoracion de muchos santos mártires de la India. 463
San Aspren, ob. y conf. 463
Santa Lidia. 463
Las Santas Marana y Cira, vírgs. 463
San Pedro, ob. y conf. 463
San Eufronio, ob. y conf. 363
San Walteno ó Walteof, ab. y conf. *supl.*
4 Santo Domingo de Guzman, conf. y fund. 463
San Aristarco, ob. y márt. 473
San Eufronio, ob. y conf. 473
San Tertulino, presb. y márt. 473
Santa Perpetua, márt., y los santos Nazario y Africano, confs. 473
Santa Centola y santa Elena, vírgs. y marts. 473
San Eleuterio, márt. 473
Santa Ia, y sus comps., márts. 473
San Agabio, ob. y conf. 473
San Protasio, márt. 473
San Luano ó Lugido, ab. y conf. *supl.*
5 Nuestra Señora de las Nieves, ó del Pesebre. 473
La Conmemoracion de veinte y tres santos mártires de Roma. 474
Santa Afra, márt. 474
San Eusinio, márt. 474
San Memio, ob. y conf. 475
San Casiano. ob. y conf. 475
San Oswaldo, rey y márt. 475
Los santos Cantidio, Cantidiano, y Sobelo, márts. 475
San Paris, ob. y conf. 475
6 La Trasfiguracion del Señor. 475
San Sixto II, papa y márt. 479
Los santos Justo y Pastor, hermanos, marts. 480
San Hormisdas, ob. y conf. 481
La Conmemoracion de doscientos santos mártires de Leon. 481
Los santos Felicísimo y Agapito, márts. 481

Santiago, erm. y conf. 481
7 San Cayetano, conf. y fund. 481
San Donato, ob. y márt. 489
San Alberto, conf. 490
San Victricio, ob y márt. 491
San Pedro, san Julian, y otros diez y ocho comps., márts. 492
Los santos Corpóforo, Exanto, Casio, Severino, Segundo, y Licinio, marts. 492
San Fausto, márt. 492
San Domecio, y dos discípulos suyos márts. 492
San Donaciano, ob. y conf. 492
8 Los santos Ciriaco, Largo, y Esmaragdo, márts. 492
San Hormisdas, márt. 493
San Marino, márt. 493
San Severo, presb. y conf. 493
Los santos Eleuterio y Leonides, márts. 494
San Miron, ob. y conf. 494
San Emiliano, ob. y conf. 494
9 San Roman, márt. 494
San Numidico, y otros muchos comps. marts. 494
Los santos Julian, Marciano, y otros ocho comps. márts. 494
Los santos Secundiano, Marceliano, y Veriano, márts. 495
Los santos Firmo y Rústico, márts. 495
San Domiciano, ob. y conf. 495
San David, presb. y conf. *supl.*
San Fedlimido ó Felimi, ob. y conf. *supl.*
10 San Lorenzo, márt. 495
La Conmemoracion de ciento setenta y cinco soldados mártires de Roma. 498
San Deusdedit, conf. 498
La Conmemoracion de muchísimos santos mártires de Alejandría. 499
Santa Astenia, vírg. y márt. 499
Las santas Basa, Paula y Agatónica, vírgs. y márts. 499
San Blaan, ob. y conf. *supl.*
11 San Tiburcio, márt. 499
Santa Susana, vírg. y márt. 500
San Taurino, ob. y conf. 501
San Gaugérico, ob. y conf. 501
San Equicio, ab. y conf. 501
San Alejandro, ob. y conf. 501
San Rufino y comps., márts. 502
Santa Digna, vírg. 502
Santa Filomena, vírg. y márt. 502
12 Santa Clara, vírg. 502
San Euplio, diac. y márt. 505
San Porcario, ab., y otros comps. márts. 506
Santa Hilaria, con sus criadas las santas Digna, Euprepia y Eunomia, mártires. 506
Los santos Quiriaco, Largion, Crescenciano, Nimia, Juliana y otros veinte comps. márts. 506
Los santos Aniceto, Fotino, y otros muchos comps. marts. 506
San Macario y san Julian, márts. 506
San Graciliano y santa Felicísima, marts. 506
San Eusebio, ob. y conf. 506
San Herculano, ob. y conf. 500
San Muredac, ob. y conf. *supl.*
13 San Hipólito, márt. 506
San Casiano, márt. 507
Santa Concordia, márt. 507
San Máximo, mon. y márt. 507
San Vigberto, presb. y conf. 507
Santa Radegunda, reina. 507
San Casiano, ob. y márt. 508
Santa Céntola y santa Elena, márts. 508
14 San Eusebio, presb. y conf. 508
San Simpliciano, arz. y conf. 508
San Demetrio, mart. 510
San Calixto, ob. y márt. 510
Santa Atanasia, viu. 510
San Ursicio, márt. 510
San Marcelo, ob. y márt. 511
San Alfonso María de Ligorio, conf. 511
15 La Asuncion de nuestra Señora. 511
San Tarsicio, acól. y márt. 518
Santa Emilia, vírg. 518
San Alipio, ob. y conf. 518
San Arnulfo, ob. y conf. 518
San Napoleon y san Saturnino, márts. 518
San Mac-cartin, ob. y conf. *supl.*
16 San Roque, conf. 518
San Jacinto, conf. 520
San Eleuterio, ob. y conf. 523
San Tito, diác. y márt. 523
San Diomedes, márt. 523
San Ambrosio, márt. 523
San Arsacio, conf. 523
Santa Serena, empz. 523
17 Santa Clara de Monte Falco, vírg. 523
Los santos Librado, ab., Bonifacio, diác., Severo y Rústico, subdiács., Rogado, Séptimo y Máximo, mons., todos márts. 526
San Mamante, márt. 526
San Miron, presb. y márt. 527
Los santos Estraton, Felipe y Eutiquiano, márts. 527
San Pablo y santa Juliana, márts. 527
San Anastasio, ob. y conf. 527
18 San Apapito, márt. 527
Santa Elena, empz. 527
San Juan y san Crispo, presbs. y confs. 529
Los santos Hermas, Serapion y Polieno, márts. 529
Los santos monges de Córdoba y de Sahagun, márts. 529
Los santos Floro, Lauro, Próculo, Máximo, y otros comps. márts. 529
San Leon y santa Juliana, márt. 530
San Fermin, ob. y conf. 530
19 San Luis, ob. y conf. 530
San Mariano, erm. y conf. 533
San Timoteo, san Agavio y santa Tecla, márts. 534
San Andrés y otros comps., márts. 534
San Julio, márt. 534
San Donato, presb. y conf. 534
San Rufino, conf. 534

San Magno, ob. y márt. 534
San Magin, márt. 534
San Mateo, ob. y conf. *supl.*
San Cumin, ob. y conf. *supl.*
20 San Bernardo, ab. y conf. 534
San Estéban, rey y conf. 546
San Samuel, prof. 549
San Lucio, márt. 550
San Filiberto, ab. y conf. 550
San Máximo, conf. 550
San Maneto, conf. 550
Los santos Severo y Memnon, y otros treinta y siete comps., márts. 550
San Porfirio. 550
San Cristóbal y san Leovigildo, márts. 550
San Oswino, rey y márt. *supl.*
21 San Privado, ob. y márt. 551
Santa Juana Francisca Fremiot, viu. y fund. 552
Santa Ciriaca, viu. y márt. 558
San Anastasio, márt. 558
Los santos Lusorio, Ciselo y Camerino, marts. 558
San Bonoso y san Maximiliano, márts. 558
San Bernardo Tolomeo, conf. y fund. 558
San Paterno, márt. 558
Santa Basa y los santos Toogonio, Agapio y Fidel, márts. 558
San Euprepio, ob. y conf. 558
San Cuadrado, ob. y conf. 558
22 San Timoteo, márt. 559
San Hipólito, ob. y márt. 559
San Sinforiano, márt. 559
San Mauro y sus comps. márts. 560
San Antonino, márt. 560
Los santos Agatónico, Zótico y sus comps. márts. 560
Los santos Marcial, Saturnino, Epitecto, Mapril, y Félix, con otros comps., márts. 560
San Atanasio, ob., santa Antusa, y otros dos santos, márts. 560
San Fabriciano y san Filiberto, márts. 560
San Guniforte, márt. 560
San Andrés, diác. y conf. *supl.*
23 San Felipe Benicio, conf. 560
San Sidonio Apolinar, ob. y conf. 564
Los santos Claudio, Asterio y Neon, y las santas Domnina y Teonila, márts. 565
San Teonas, ob. y conf. 565
San Timoteo y san Apolinario, márts. 566
San Zaqueo, ob. y conf. 566
Los santos Restituto, Donato, Valeriano y Fructuosa, con otros doce comps., márts. 566
Los santos Quiriaco, Máximo, Arquelao, y otros comps., márts. 566
San Minervo y san Eleázaro, con otros ocho, márts. 566
San Lope, márt. 566
San Víctor, ob. y conf. 566
San Flaviano, ob. y conf. 566
San Eugenio, ob. y conf. *supl.*
San Justiniano, erm. y márt. *supl.*
24 San Bartolomé, apóstol. 566
La Conmemoracion de trescientos santos márts. de Utica. 568
San Audoeno, ob. y conf. 568
San Eutiquio, conf. 569
San Tolomeo, ob. y márt. 569
San Tacion, mart. 569
Santa Aurea, vírg. y márt. 569
San Roman, ob. y márt. 569
San Patricio, ab. y conf. 569
San Jorge Limniota, mon. y márt. 569
San Ircardo ó Ertado, ob. y conf. *supl.*
25 San Luis, rey y conf. 569
San Ginés de Arles, márt. 574
San Ginés el Representante, márt. 574
Los santos Eusebio, Ponciano, Vicente y Peregrin, márts. 576
San Gregorio, ob. y conf. 576
San Geruncio, ob. y márt. 576
San Julian, márt. 576
San Menas, ob. y conf. 576
Santa Patricia, vírg. 576
Santa Ebba, vírg. y aba. *supl.*
26 San Zeferino, papa y márt. 576
San Ireneo y san Abundio, márts. 577
San Segundo, márt. 577
San Alejandro, márt. 577
Los santos Simplicio, Constancio y Victoriano, márts. 577
San Adrian, márt. 577
San Víctor, márt. 577
San Rufino, ob. y conf. 578
San Félix, presb. y conf. 578
San Gelasino, márt. *supl.*
27 San Cesario, ob. y conf. 578
San José de Calasanz, conf. y fund. 581
San Siagrio, ob. y conf. 586
San Pemon, anac. y conf. 586
San Rufo, ob. y márt. 587
Los santos Marcelino, Mannea, Juan, Serapion y Pedro, márts. 587
San Narno, ob. y conf. 587
San Rufo y san Carpóforo, márts. 587
Santa Eulalia, vírg. y márt. 587
Santa Antusa, márt. 587
San Licerio, ob. y conf. 587
San Juan, ob. y conf. 587
Santa Margarita, viu. 587
La Trasverberacion del corazon de santa Teresa de Jesus. 587
San Hugo de Lincolna, márt. *supl.*
San Malrubio, erm. y márt. *supl.*
28 San Agustin, ob. y doc. 588
San Hermes, márt. 600
San Moisés, anac. y conf. 600
San Julian, márt. 602
San Pelayo, márt. 602
Los santos Fortunato, Cayo y Anthes, márts. 602
San Alejandro, ob. y conf. 602
San Bibiano, ob. y conf. 602
29 La Degollacion de san Juan Bautista. 602
Santa Sabina, márt. 605
San Medérico, ab. y conf. 606
San Sebbó, rey y conf. 606
San Adelfo, ob. y conf. 606

San Eutimio, conf., y su hijo san Crescencio, márts. 606
Los santos Niceas y Pablo, márts. 606
San Ipacio, ob., y san Andrés, presb., márts. 606
Santa Cándida, vírg. y márt. 607
Santa Basila, vírg. y márt. 607
30 Los santos Félix y Adaucto, márts. 607
Santa Rosa de Santa María, vírg. 607
San Fiacrio, anac. y conf. 620
Santa Gaudencia, vírg. y mart. 620
Los sesenta santos mártires africanos. 620
San Bonifacio y santa Tecla, esposos. 620
San Fantino, conf. 620
San Pedro, conf. 620
San Bononio, ab. y conf. 620
San Pamaquio, conf. 621
San Agilo ó Aile, ab. y conf. *supl.*
31 San Ramon Nonato, conf. 621
San Arístides, conf. 625
San Paulino, ob. y márt. 626
San Aidano, ob. y conf. 626
Los santos Robustiano y Marcos, márts. 626
San Cesidio, presb., y sus comps., márts. 626
Los santos Teodoto, Rufina y Amia, márts. 626
San Optato, ob. y conf. 626
San Amado, ob. y conf. 626
El beato Buenajunta, conf. 626
Santa Isabel, vírg. *supl.*
Santa Cutburga, reina, vírg. y aba. *supl.*

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

ERRATAS DE ESTE TOMO SEGUNDO.

Pág.	*Col.*	*Lín.*	*Dice:*	*Léase:*
5	1	58	Orencio	Oroncio
17	1	34	Esperio	Exuperio
17	1	34	Zoa	Zoe
17	1	34	Tendulo	Teodulo
19	2	41	Ropodiano	Rodopiano
33	2	19	Venusta	Venusto
54	2	18	Gerancio	Geroncio
58	1	42	Sisino	Sisinio
98	1	49	Trina	Faina
98	1	49	Madrona	Matrona
105	2	4	Parterio	Partenio
119	2	5	confesor	mártir
165	2	39	confesor	mártir
171	1	7	Blaudina	Blandina
177	1	43	Rutilio	Rutilo
188	1	53	Maximiano	Maximino
189	1	27	Victoriano	Victorino
232	1	59	Tribuno	tribuno
232	1	62	tres	dos
251	1	16	Ursiscino	Ursicino
259	2	41	Oroncio	Orencio
259	2	41	Fermo	Firmo
284	1	43	Alpimiano	Alpiniano
294	1	52	Heliodore	Eliodoro
315	2	36	Vitorino	Victorino
326	2	25	Merino	Marino
329	2	60	Próculo	Procto
354	1	58	Eustaquio	Eustatio
355	1	29	Hilerino	Hilarino
576	1	30 y 36	Geroncio	Geruncio.
606	2	50		Ipacio

Biblioteca Pública de Valladolid

72014696 BPA 1839 (V.2)

LA

LEYENDA

DE ORO.

2

BPA
1839